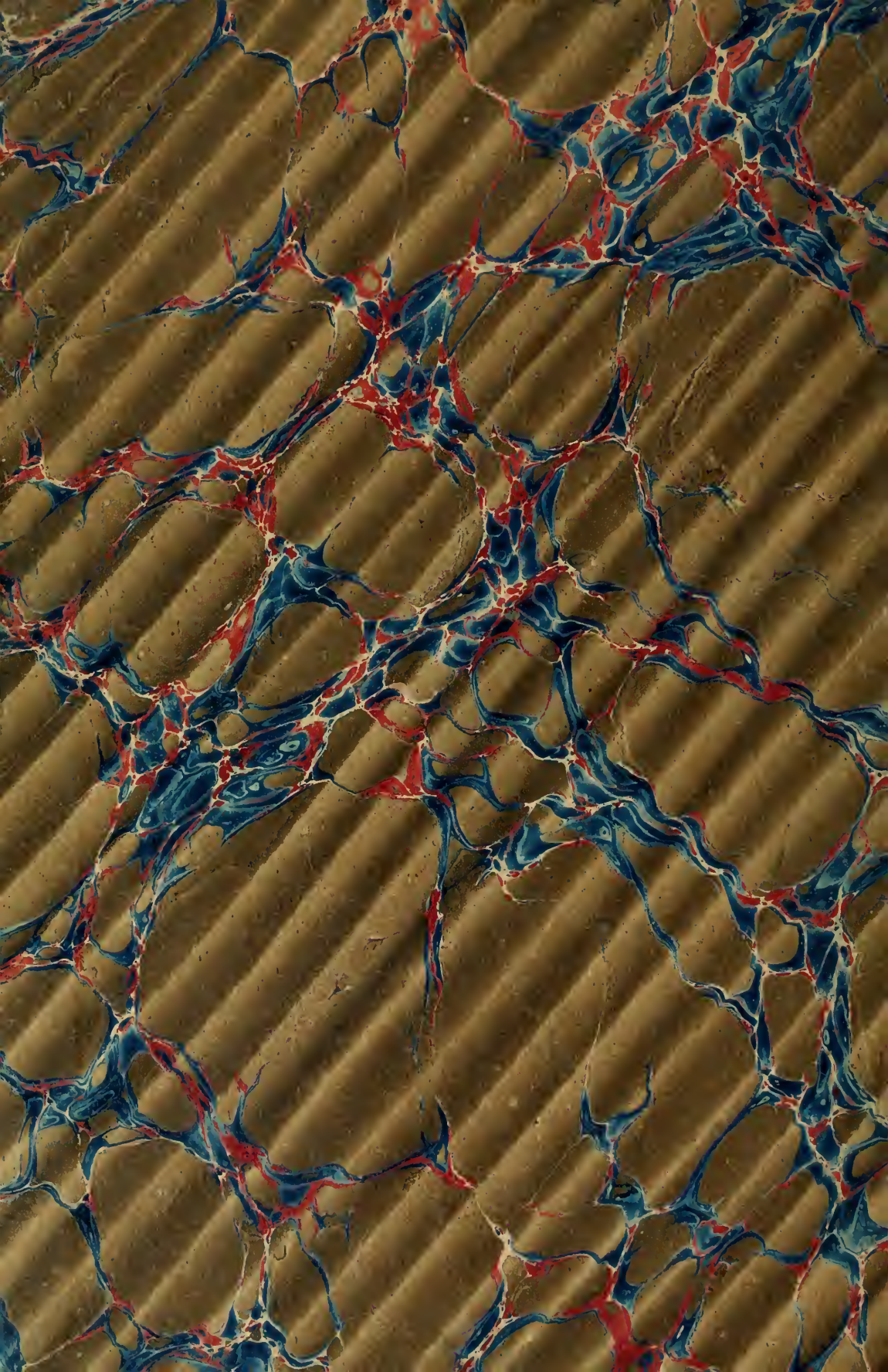
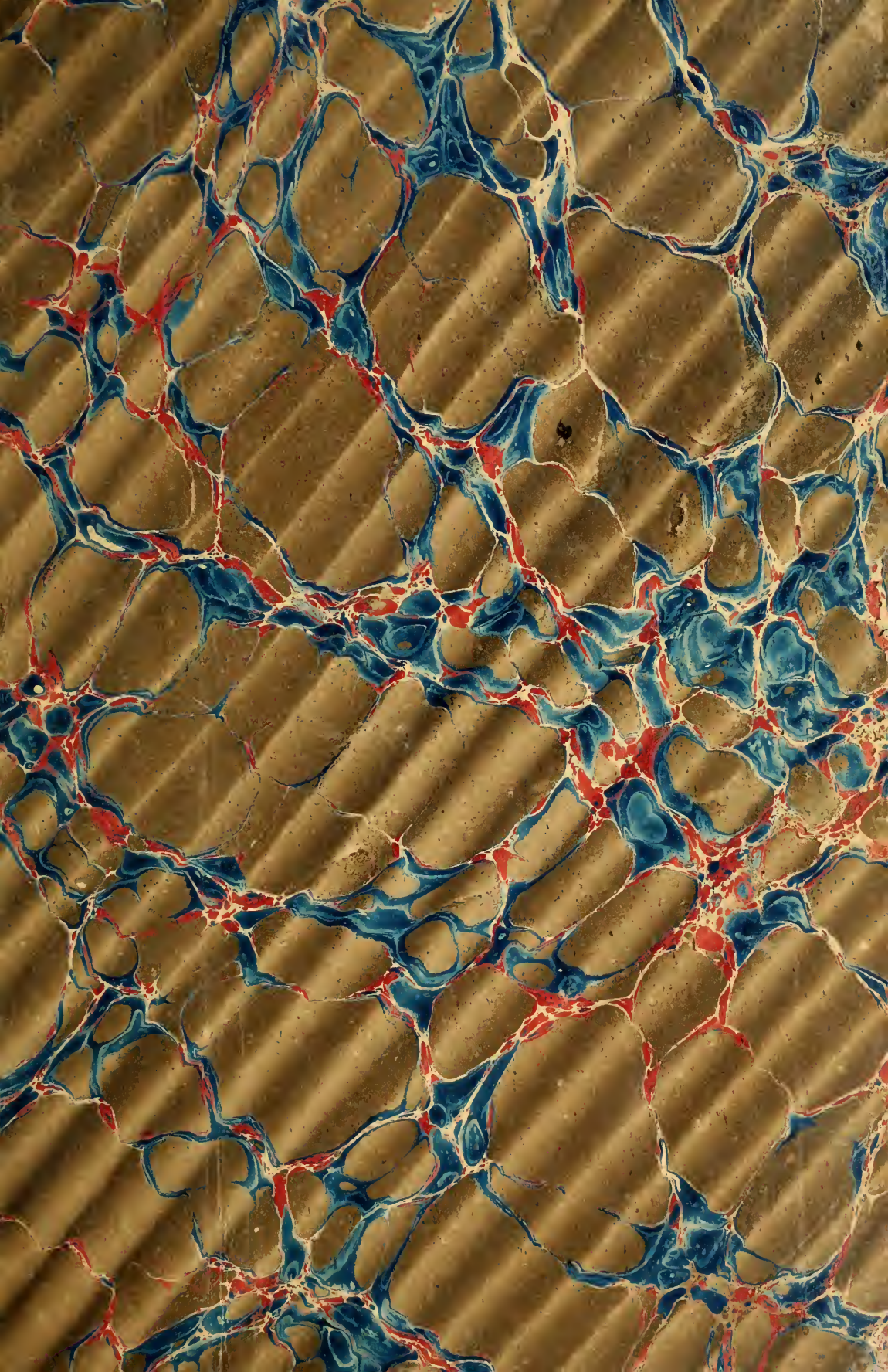


UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY





BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO DECIMOQUINTO.

19



L.S.C.
B5823

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

OBRAS ESCOGIDAS

DEL

PADRE JOSÉ FRANCISCO DE ISLA,

CON UNA NOTICIA DE SU VIDA Y ESCRITOS,

POR DON PEDRO FELIPE MONLAU.



MADRID,

IMPRENTA DE LA PUBLICIDAD, Á CARGO DE D. M. RIVADENEYRA,
CALLE DE JESUS DEL VALLE, NUM. 6.

—
1850.

PQ
6171
A2B5
t.15

2046'

NOTICIA

DE LA

VIDA Y OBRAS DEL PADRE ISLA.

NATURAL ha sido y será en todos tiempos querer saber los pormenores de la vida de los hombres que entre sus semejantes ó conciudadanos se han distinguido por sus virtudes, por sus talentos, por su valor, ó tambien por sus enormes faltas y espantosos crímenes. Nos enteramos con ávida curiosidad de los combates interiores que sufría el santo, de los caprichos de la vida doméstica del sabio, de los rasgos íntimos del capitán insigne, y con cierto terror delicioso hojeamos tambien la biografía del bandolero célebre y del desalmado criminal. Y es que en los varones grandes, y bajo cualquier concepto distinguidos, las pequeñeces se hacen grandes tambien, y lo al parecer insignificante y accesorio, tórnase en ellos importante y esencial para el que les estudia.

Esta afición natural á la biografía de los hombres notables no aspira, por otra parte, á satisfacer una pueril curiosidad ó á proporcionarse un rato de solaz y de vano entretenimiento; sino que reconoce un principio mas filosófico, y tiende á satisfacer mas altas necesidades. Es, con efecto, imposible juzgar acertadamente de los hechos públicos y de las obras de ingenio de un hombre distinguido y mas ó ménos privilegiado, sin descender al exámen de su vida interior ó doméstica. En los vulgares detalles de esta se encuentra no pocas veces la clave de las manifestaciones de la vida exterior, política, social ó literaria. Así como las obras explican á veces el autor, el autor explica no pocas veces sus obras. Hé aquí pues cómo el amor á las biografías es no solo natural en todo el mundo, sino tambien importantísimo y hasta cierto punto necesario para el observador verdaderamente crítico.

Los lectores del PADRE ISLA se encariñarán sin duda con las obras del ilustre jesuita; porque sin duda le perdonarán todos los defectos de estilo y de lenguaje que tal vez noten, en gracia de la copiosa erudición y de los elípticos y alusiones de buen género que rebosan en todos sus escritos. Naturalmente pues desearán conocer al autor, informarse de los accidentes de su vida, y ver si por estos, y por las demas circunstancias de la época en que escribió, pueden explicarse á sí mismos la índole especial de sus composiciones y el carácter íntimo de sus tendencias literarias. Vamos á satisfacer este legítimo deseo con toda la brevedad propia de una introducción, al paso que con toda la exactitud que comportan unos hechos casi contemporáneos y fielmente consignados en varios documentos dignos de entera fe.

cargo, y que, si bien prontísimo á obedecer en el caso de que su majestad se lo mandase, esperaba, no obstante, de su real bondad le permitiese regresar á la provincia, protestando humildemente su mas profunda gratitud. Yo, añadió con su acostumbrado aire festivo, *no soy para confesor ni aun de vucencia*. La Reina se dignó eximirle, y en su lugar eligió al Padre Varona, de la provincia de Toledo.

Otro de los principales teatros de gloria para el PADRE ISLA fué el púlpito. A la edad de veinte y seis años empezó á desempeñar el augusto ministerio de la predicacion evangélica; y excusado es recordar la increíble abyeccion en que por aquella época estaba sumida en España la oratoria sagrada. Nuestro jesuita deploraba amargamente en el fondo de su alma aquella triste decadencia, y propúsose remediarla en cuanto de él dependiese. Desde luego inició la reforma con el ejemplo personal: sus *Sermones*, cuya coleccion vió la luz en 1792, no eran, como casi todos los de aquel tiempo, un tejido informe de paradojas y antítesis, de vanas sutilezas y desenfrenadas metáforas, de textos tan empalagosos como inoportunos, de retruécanos pueriles y de vanos juegos de palabras, sin plan, sin unidad, sin verdadero objeto moral; no, la divina palabra, trasmitida á los fieles por boca del PADRE ISLA, era lo que debia ser, lo que fué en tiempo de los apóstoles, lo que nunca debe dejar de ser, esto es, un discurso sencillo, severo, razonado, que hiera á un tiempo el corazon y alumbre la inteligencia para decidir al cristiano á la práctica sincera de la virtud. Y si al parecer no siempre se atuvo estrictamente á esta línea de conducta, fué porque el ilustrado ISLA conocia que el gusto de los oyentes estaba tan echado á perder por la corrupcion oratoria de los predicadores, que era prudencia no chocar de lleno con sus preocupaciones inveteradas, y mostrarse algo condescendiente con aquellos paladares estragados, á fin de mejor y mas expeditamente alcanzar reducirles al buen camino.

Por lo demas, nuestro esclarecido autor no cejaba en la cruzada que habia valerosamente emprendido contra la corrupcion del púlpito. Ya en 1755, á los treinta y dos años de su edad, predicando en Santiago sobre el mal modo de oir la palabra de Dios, dijo entre otras sentidas palabras: « Algunos quieren decir que no se aprovecha el asunto de los sermones que oye, porque no gusta el mundo de oir sermones que le aprovechen... Se cree comunmente que lá mayor parte de los cristianos gusta mas de aquellos sermones donde el orador relampaguea en las acciones, truena en las palabras, fulmina en los discursos, brilla en los pensamientos, cruzándose los textos y las ingeniosidades, las clausulillas cortadas y las discreciones traídas; haciendo unos sermones á modo de Poliantea, donde igualmente sirven las verdades infalibles é inspiradas de la Sagrada Eseritura, que los delirios, sueños y embustes de los gentiles; entrando á hombrear y escupiendo en corro, como dicen, con las ponderosas sentencias de San Pablo, San Crisóstomo, San Agustin y San Ambrosio, los dichitos de Séneca, los cortadillos de Plinio, las agudezas de Marcial, y las sátiras de Horacio... No creo, ni puedo creer, que el paladar del mundo esté tan estragado como se le supone; ántes firmemente estoy persuadido á que lo mas del mundo tiene el gusto muy bien puesto por lo que toca á este punto: los mas oyen de mejor gana á los predicadores que desengañan, que á los que lisonjean; á los que proponen verdades secas, sólidas y macizas, que á los que afectan discursos ingeniosos, delicados y sutiles; á los que hablan al alma, que á los que hablan al oído; en una palabra, mucho mas séquito tiene un predicador que predica, que un predicador que representa. »

El año siguiente de 1756, en la propia ciudad, tomando por tema del panegirico de San Francisco Javier las palabras de Jesneristo *praedicate Evangelium*, le vemos insistir en el mismo asunto, y explicar extensamente por punto de doctrina cómo ha de ser uno mismo el evangelio de la misa y el del sermón, el evangelio del altar y el del púlpito, y cómo se trastorna y pervierte tan necesaria identidad cuando los predicadores no se curan mas que de *peinar la retórica, atusar las voces, y formar un juego de ajedrez con las palabras*.

Incausable estuvo nuestro autor en denunciar los abusos oratorios del púlpito. Desde su primera entrada en el ministerio apostólico, declamó incesantemente contra los vicios que se habian introducido en el respetable ejercicio de la predicacion; y fuera por demas prolijo citar aquí todo lo que públicamente y desde la misma cátedra del Espíritu Santo dijo sobre la materia. Limitémonos pues á trascribir, por conclusion de este asunto, parte del principio de un ser-

mon de Santa Teresa, predicado el año 1749 en San Sebastian. Hé aquí este precioso fragmento :

«Tengo propuesto el asunto, y en su misma proposicion, si se penetra bien, tengo tambien comprendidas todas las que se llaman circunstancias de la solemnidad, y un sabio las llama mejor impertinencias de los predicadores aprendices, ó despropósitos de los que no son capaces de aprender. En una y en otra clase me coloco yo, y por eso no me considero excusado de tocarlas, por mas que especulativamente esté muy léjos de aplaudirlas, cuando me euesta mucho vencimiento el oirlas sin irritacion. Ninguna nacion del mundo cristiano practica esta impertinencia, fuera de la española; y aun en España los que suben al púlpito con magisterio verdaderamente apostólico, ó á lo ménos sólidamente oratorio, desengañados ya de esta puerilidad, altamente la desprecian. Predican de lo que predicán, y no predicán del auditorio, mas que se halle presente rey ó papa. Dicen (y me parece que tienen muchísima razon) que si se haria risible un abogado que defendiendo un pleito en estrados públicos y á puerta abierta, se divirtiese en elogiar fuera de propósito al retrato del rey que está debajo del dosel, á los jueces que asisten, y á los curiosos ó á los interesados que concurren, ¿por qué no se hará ridiculo un orador que haciendo el panegírico, verbi-gracia, de Santa Teresa, se distrae, venga ó no venga, á elogiar al Rey de los reyes, que diviniza la fiesta con su real asistencia en el augusto Sacramento; á uno de los soldados de mayor valor, de los oficiales de mejor conducta, y de los ministros de mayor prudencia, que asimismo la autoriza; á una nobilísima, lealísima y fidelísima ciudad que la llena de esplendor, ménos por hacer gloriosa ostencion de patrona de convento, que por hacer gloriosa vanidad de estar debajo de la proteccion y del patronato de la Santa; á unas religiosas y siempre venerables comunidades, cuyos doctos antepeasados no solo aprobaron el sublime espíritu de Teresa, sino que añadieron muchas plumas á sus alas para que se elevase á mas arrebatado vuelo; y ahora vienen ellas con cierta satisfaccion generosa y bien nacida á ver colocada en los altares á la que sus mayores ayudaron á poner en ellos? Dígalo por la religion dominicana el sapientísimo Maestro Bañez, y el no ménos fervoroso que sabio Fray Pedro Ibañez, ambos confesores de la santa Madre. Dígalo por la religion seráfica uno que vale por mil, el extático Alcántara, penitente; díganlo por la mia el Borja iluminado, el espiritualísimo Baltasar Alvarez, el doctísimo Ripalda, el prudentísimo Gil Gonzalez, y el solidísimo Enrique Enriquez: todos los cuales sacaron valerosamente la cara en defensa de Teresa, vencieron á la envidia, triunfaron de la calunnia, desarmaron la ignorancia disfrazada en celo; y lo que es mas, defendieron á Teresa contra la misma Teresa, sosegando sus desconfianzas, desvaneciendo sus temores, y en fin, aprobando redondamente su espíritu.

» Pero ¿á qué vendrá todo esto? dicen los maestros del arte. Si el asunto es predicar á Santa Teresa de Jesus, ¿á qué fin hacerse cargo de unas circunstancias que son tan fuera del asunto? A qué fin tocarlas, como se tocan las teclas, ya una, ya otra, sin pararse en ninguna, con la diferencia de que aquí hacen disonancia, y allí hacen armonía? ¿No es cosa ridicula pasar revista de circunstancias como si fueran soldados, ó hacer suertes á las concurrencias como si se capearan novillos? Esto preguntan los maestros de la oratoria, y yo no sé qué responderles; pero, como estoy muy léjos de ser maestro en esta facultad ni en otra alguna, me ha parecido conveniente conformarme con los muchos, aunque sienta con los pocos.»

Desconfiando empero el PADRE ISLA de la eficacia de sus meros esfuerzos personales en el púlpito, y resuelto á combatir con todas armas y en todos los terrenos, ocurrióle componer la *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas*, obra de imperecedera fama, insigne monumento literario del siglo XVIII, y título principal del merecido renombre de nuestro autor. Ya volveremos á hablar de esta ruidosa *Historia* (empezada á publicar en 1758), que sembró la alarma en el campo de los malos predicadores, quienes, ya desde entónces é indeleblemente quedando apodados *Gerundios*, no dejaron de vengarse procurando concitar contra el autor la enemiga del vulgo piadoso, y haciendo disparar contra su obra los temidos anatemas de la Inquisicion. Cúmplenos aquí tan solo mencionar este arrojado hecho de armas contra el coloso del mal gusto en la oratoria sagrada, y asegurar que la herida fué mortal. El ridiculo mató á la ridiculez.

El PADRE ISLA era de constitucion fisica sana y robusta ; pero la habitual continuacion y fatiga de sus estudios , escritos y ministerios religiosos , habian deteriorado un poco su salud , y á los cincuenta años padecia algunos quebrantos consiguientes á la edad y al asiduo ejercicio de sus facultades intelectuales. Sus superiores , que siempre le habian mirado y tratado con singular predileccion y cariño , accedieron entónces fácilmente á los deseos que empeñadamente manifestó de retirarse á uno de los colegios situados en poblaciones cortas , así para reponerse , como para proseguir con mayor expedicion las obras que traia entre manos. A este fin , primero en Villagarcía de Campos , y despues en Pontevedra , por ser clima mas templado y benigno , vivió los últimos catorce años que estuvo en España.

Contentísimo con haber trocado el púlpito por el confesonario , y la cátedra por la silla de su estudio , encontró en Villagarcía cuantos atractivos podian lisonjear su gusto habitual. Habia en aquel colegio el seminario adonde pasaban del Noviciado todos los jóvenes de la provincia de Castilla para perfeccionarse en las letras humanas , aunque ya habian sido examinados en ellas y aprobados ántes de ser recibidos en la Orden. Esta mantuvo siempre allí dos maestros de los mas sobresalientes en latinidad y retórica ; pero desde mediados del siglo pasado quiso refinar la cultura de aquella instruccion fundamental y ampliada , añadiendo el estudio del griego , idioma madre y uno de los mas sonoros y filosóficos que haya servido jamas para la traduccion y análisis del pensamiento humano. Uno de los jesuitas que , con otros de las cuatro provincias del reino , por orden y bajo la proteccion de Fernando VI , habian estado en Francia aprendiendo las lenguas orientales y otras ciencias , fué el Padre José Petisco , que falleció á principios de este siglo. Este mismo era el primer maestro del seminario de Villagarcía cuando pasó á aquella casa el PADRE ISLA. Años ántes conocíanse , aunque solo de fama , los dos humanistas , y este conocimiento , hecho personal , se convirtió luego en singular afecto y profunda amistad. Reconoció el PADRE ISLA con la mayor complacencia las ventajas del nuevo plan de estudios ; y siendo una de sus disposiciones capitales el ilustrar con sumarios y notas los autores latinos del siglo de oro que habian de usar los estudiantes , se distribuyó esta incumbencia entre los maestros del seminario , y por particular distincion fué invitado el PADRE ISLA á encargarse de la interpretacion de algun autor. Condescendió al instante , y tratándose de *anciano* entre los que ménos lo eran , como tambien de *amigo* , escogió por esta discreta analogía los libros de Ciceron sobre la *Senectud* y la *Amistad* , que se imprimieron con sus notas.

Nuestro autor leia con bondadosa complacencia las composiciones en prosa y los versos de aquellos jóvenes , que le llevaba su maestro sin saberlo ellos , y remitia las mas sobresalientes (con el solo objeto de que las juzgasen , mas vedándoles insertarlas) á sus antiguos amigos los eruditos diaristas de España , con quienes mantuvo estrecha correspondencia desde que se les dió á conocer y admirar por la *Historia de Teodosio*. Y cuando llegaba la época del año en que se permitia que los padres antiguos tuviesen algunas pocas horas de conversacion con los seminaristas y novicios , el PADRE ISLA era el primero en salirles al encuentro , recitándoles de memoria algunos trozos selectos de sus mismas composiciones y poesías , animándoles á mayores progresos , divirtiéndoles y embelesándoles con la amenidad de sus discursos y la bondad de sus consejos y observaciones. En su obsequio , y estando prohibido hacer regalo alguno á los seminaristas , donó varias obras nuevas ó raras á la biblioteca particular de humanidades y retórica que habia para uso comun de los estudiantes. En beneficio y aprovechamiento de los mismos , tradujo en verso castellano las *Sátiras* latinas de Lucio Sectano , bajo cuyo nombre las habia escrito pocos años ántes el jesuita Julio Cordara , contra los abusos de la literatura , ó mejor dicho , contra la presuncion de los pseudo-literatos de aquel tiempo.

Miéntas gozaba tranquilamente de su dulce retiro , y dividia el tiempo entre estas apacibles tareas y los ejercicios religiosos (en cuyo cumplimiento fué siempre exactísimo) , se vió precisado á interrumpir sus amenos ocios , y volver , por la entera cuaresma de 1757 , á las fatigas de una diaria predicacion. Para este santo ministerio fué invitado de Zaragoza con tal instancia y por tales personas , que ni la distancia del punto , ni la incomodidad del viaje , ni motivos de salud quebrantada , pudieron eximirle de aquel empeño , al cual , como era de esperar , respondió cumplidamente , satisfaciendo la espectacion que habian esparcido su nombre y

fama, y alcanzando los mas extraordinarios y públicos elogios de aquella gran ciudad, acostumbrada á oir los mas célebres predicadores. Es lástima que se ignore el paradero del *Sermonario* ó *Cuadragésimo* que á dicho fin trabajó de propósito, pues indudablemente tendríamos el gusto de admirar en él, mas aun que en sus *Sermones* impresos, el fruto de una edad proveya, de una erudicion mas acrisolada y de un discernimiento mas exquisito.

De regreso á Castilla, y destinado despues de algun tiempo al colegio de Pontevedra para que con el mismo reposo disfrutase la mayor benignidad de aires, volvió tambien á observar el mismo método de vida. Concluida su hora de meditacion al principio de la mañana, celebrado inmediatamente el santo sacrificio, rezadas horas y las primeras devociones particulares del dia, se estaba entretenido y fijo en su estudio hasta un cuarto de hora ántes de comer, destinado al primer exámen diario de conciencia : hasta el segundo, que era por la noche, hallaba tiempo, despues de dormir la siesta, para terminar el oficio divino, rezar el rosario, tener leccion espiritual, hacer una larga visita al Santísimo, dar un paseo, y lograr en las noches de invierno las mismas horas de estudio que por la mañana. Es verdad que le faltaba en Pontevedra la complacencia de ver y tratar á la juventud estudiosa que dejó en Villagarcía; pero le compensaron esta privacion muchos de sus individuos que habian pasado á los estudios mayores, y otros que los habian concluido, escribiéndole con frecuencia, y consultándole varios puntos literarios. A todos contestaba puntualmente, aunque ocupado en otra mayor correspondencia que mantenía con muchos personajes y con los mas acreditados sabios del reino y fuera de él.

No es ménos de maravillar su atenta prolijidad en informarse de los progresos que hacían en las escuelas públicas de gramática y humanidades, así los jóvenes maestros en enseñarlas, como los discípulos seglares en aprenderlas : noticia que se le facilitaba por medio de los papeles impresos y repartidos en las respectivas ciudades al fin del curso de cada año, anunciando los públicos exámenes, con expresion de cuanto debían saber y responder los estudiantes que pasaban de una clase á otra, y con plena libertad á cuantos quisiesen asistir para preguntar y decidir las respuestas. Uno de los referidos jóvenes maestros, que era deudor al PADRE ISLA de particular afecto, se descuidó un año en enviarle preventivamente la noticia de aquella funcion y de lo que para ella habia trabajado; pero no se olvidó de remitirle el programa ya impreso. La respuesta fué una cariñosa queja por no haber sabido la importante pieza que allí se prometía, y era la traduccion del *Arte poética* de Horacio, en verso castellano, de que debían dar razon los mayoristas mas adelantados, interpolándola con la latina. Pidióla sin tardanza, por ser la primera de que tenia noticia se hubiese hecho en nuestro idioma : la vió, la corrigió, la alabó, y envió á Madrid para que se imprimiese; pero otras circunstancias que se atravesaron impidieron la ejecucion.

Contaba nuestro ISLA sesenta y cinco años cuando empezó para él una serie inesperada de quebrantos y de aflicciones. Su venerable edad, su bondadosísimo carácter, su inmensa reputacion literaria, y hasta la misma tranquilidad de los tiempos, debían hacerle confiar en que podria consumir el resto de su vida en su celda querida y en sus ocios favoritos. Mas no fué así. El memorable acuerdo de la expulsion de los jesuitas fué intimado á su comunidad de Pontevedra, como á todas las demas casas de la misma órden, el 3 de abril de 1767. El PADRE ISLA se enteró respetuoso y sumiso de las terminantes disposiciones del real decreto, y aceptando resignado las consecuencias de aquel contratiempo, mostróse jovial y alegre, en términos de admirar á sus compañeros y á las demas personas que fuéron á visitarle. Pero la organizacion de su cuerpo no era ya de tan abonado temple como la fortaleza de su espíritu; y al amanecer del dia siguiente, estando para ponerse en camino con los demas hácia la Coruña, fué asaltado de un violento insulto de perlesía, que le cogió la boca y la lengua, aunque dejándole libre la cabeza. Sobresaltáronse todos; y el que habia sido el dia ántes causa de la comun alegría, fué luego objeto del comun desconsuelo y dolor. Llamóse prontamente á uno de los médicos mas célebres del reino de Galicia, que residía en aquella villa; y apenas le vió, dijo ser indispensable sangrarle inmediatamente, é imposible emprender el viaje con los demas sin evidente peligro de la vida. Esta declaracion afligió en extremo á los compañeros, que ya creían separarse

para siempre de tan amable colega. El, no ménos afligido y sobremanera enternecido, haciéndose fuerte violencia, y venciendo como pudo los estorbos de la lengua, dijo con voces balbucientes y trabajosamente articuladas, que *si le sangraban y dejaban en Pontevedra, ciertamente le quitaría la vida el dolor de no seguir á sus hermanos; pero si le permitian acompañarlos, tenía por muy probable que este consuelo le restituiría la salud, ó por lo ménos le dilataría por algunos dias la muerte.*

El concepto tan justo y general de su sabiduría, sus conocimientos médico-filosóficos bien reconocidos, la resolucion y valentía con que habló, los visibles efectos de la pesadumbre y amargura, la naturalidad y viveza de genio, y el aliento de espíritu que constaban á los circunstantes, hicieron parar al médico, reflexionando algunos momentos sobre lo que acababa de oírle; y pesadas bien todas las circunstancias, accedió á que se le diese aquel consuelo, especialmente cuando podia hacer el viaje con la comodidad de una litera, que ya estaba prevenida, y cuando la primera marcha era de solas tres leguas por camino llano y agradable. Conocióse al punto que esta determinacion le habia ya como aliviado; y el alivio se hizo mas y mas perceptible á medida que se iba alejando de Pontevedra. Con efecto, llegó el enfermo á la pequeña villa de Caldas, término de la primera jornada, con notable aliento, y al parecer, con prodigiosa mejoría; mas presto se conoció que esta no pasaba de aparente; porque á breve rato de su arribo le repitió segundo insulto, con el mismo aparato de violentos síntomas que el primero. Hizosele prontamente una copiosa sangría, con la cual se desahogó la naturaleza, de modo que descansó aquella noche con gran sosiego, y el dia siguiente pudo continuar su viaje y llegar en dos acomodadas marchas á la ciudad de Santiago.

Muchos y poderosos motivos personales mediaban para que se le hiciese mas sensible la triste situacion en que se hallaba, pues ademas de los muchos amigos de la mayor distincion, así eclesiásticos como seculares, estaban allí domiciliados, y no ménos distinguidos por su posicion social y relaciones, un hermano y dos hermanas suyas, á quienes amaba tiernamente, y que le amaban con igual afecto y ternura. Sin perjuicio de la firme decision que le conducia á seguir la suerte de sus compañeros proscriptos, hizo su oficio la naturaleza, impelida de su vivísima imaginacion, y descargó el accidente su tercer golpe, con tan terrible saña, que se llegó á temer no le sobreviviese. Por consiguiente, se comenzó á tratar de detenerle en aquella ciudad hasta que la dolencia por sí misma decidiese si le permitia ó no pasar adelante. Estas precauciones de caritativa prudencia (contormes á la anticipada prevision y piedad del Rey, comunicada en sus instrucciones á los comisionados ejecutores) llegaron á noticia del enfermo; pero, léjos de consolarle, afectaron la delicadeza de su pundonor y amor á su antigua vocacion, en términos de ocasionarle una convulsion general, con la que mas y mas se imposibilitó su suspirado viaje. Atemorizado el médico asistente, protestó con juramento, que ponerle en camino en tan lastimoso estado, era llevarle á una prontísima y segurísima muerte: firmó su parecer, y despachóse con él inmediato aviso al capitán general de Galicia, informándole por menor de lo que pasaba, y deteniéndose en aquella ciudad toda la comunidad del colegio de Pontevedra hasta que llegase su determinacion. Esta fué que por ningun término se removiese al PADRE ISLA del lugar donde estaba, hasta que cesase el accidente y recobrase el enternio las fuerzas necesarias para continuar el viaje a la Coruña sin el menor peligro; y que entre tanto se le alojase en alguna comunidad religiosa, donde se cuidase de su curacion y regalo, y que se atendiese mucho á estos dos puntos.

Intimóse al paciente esta orden del Capitan General, juntamente con la declaracion del médico, y no es ponderable cuánto se volvió a afligir al oírla. Insistió no obstante en el empeño de no separarse de sus hermanos, y dijo con toda resolucion á su prelado, que *si podia exponer su vida sin perjuicio de la conciencia, queria absolutamente exponerla por lograr el consuelo de morir entre aquellos con quienes habia vivido.* Respondiósele con la misma resolucion, que ni él lo podia hacer sin pecar, siendo voluntario homicida de sí mismo, ni los demas lo podian permitir sin incurrir en igual pecado, sobre todo despues de las órdenes tan positivas que se habian recibido del jefe á cuya disposicion estaban todos en aquellas circunstancias. Riñdió su juicio, pero muy á costa suya, pues tan animoso esfuerso y sacrificio de resignacion y obediencia le

aumentó el desconcierto de sus humores, y no pudo impedir los mas lastimosos efectos de su intensísimo dolor, particularmente al querer despedirse de sus amados compañeros. Entró en su cuarto el primero el Padre Rector, á darle un fraternal abrazo; mas fué tal la vehemencia de su afliccion, tan copioso su llanto, tan penetrantes sus clamores y sus ayes, prorumpiendo como pudo en la sentidísima expresion de que era el mas infeliz de todos los jesuitas, porque no merecia por sus graves culpas hacerles compañía hasta la muerte, en sus trabajos, que el Padre Rector, temiendo el último estrago en una salud tan atropellada, se retiró al instante, y no permitió que otro alguno entrase á despedirse, tomando ademas la precaucion de emprender la marcha con el mayor silencio posible, para que no se apercibiese el enfermo.

Al dia siguiente se le trasladó al monasterio de benedictinos de San Martin, donde fué amistosamente tratado y agasajado por aquellos religiosos monjes. Emprendióse inmediatamente su curacion, que fué lenta, pero feliz. Al sétimo ú octavo dia se sintió muy amagado de un accidente apoplético, que se desahogó ó resolvió naturalmente en un desenfrenado cólico, dejando al enterino sumamente postrado de fuerzas. Mas apénas se sintió con las suficientes para volver á meterse en una litera y marchar á incorporarse con sus hermanos en la Coruña, él mismo suplicó al juez comisionado que cuanto ántes le proporcionase este consuelo; y así lo ejecutó, aunque no pudo ser con toda la brevedad que deseaba el paciente. Consiguíólo al fin, y llegó á la Coruña tan débil, tan desfigurado y con la lengua tan entorpecida, que era objeto de la compasion universal; mas luego se conoció visiblemente cuánto le alentaba el gozo de verse entre los suyos, que le recibieron con los brazos abiertos. A pocos dias fué muy notable su mejoría, y creció en el discurso de la navegacion, aunque larga y penosa: de suerte que al desembarcar apénas le habian quedado mas que algunas ligeras señales de lo que habia padecido.

Contra la publicidad y autenticidad de estos hechos sobre el accidente del PADRE ISLA, su salida de Pontevedra, detencion en Santiago y reunion con sus compañeros en la Coruña, se esparcieron por el reino algunas voces tan falsas como malignas, hijas de la efervescencia que en aquella época produjo la expulsion de los jesuitas. Sin embargo, hizose lugar la verdad; y la verdad es tal como la acabamos de referir.

El vigor y las fuerzas que diariamente recobraba en la Coruña el PADRE ISLA se debieron, segun confesion de los mismos facultativos, mas bien á la disposicion de su ánimo, ya tranquilizado y gozoso, que á los socorros del arte. *Ensanchábasele*, como él decia, *el corazon viéndose restituido á la compañía de sus hermanos y á la de su presente y funesta suerte, cualquiera que fuese*. Por lo demas, era no solo difícil, sino imposible, facilitarle en aquel colegio los medios conducentes á su restablecimiento, pues no habiendo habitacion mas que para doce padres, se hallaban en él reunidos mas de ciento, esperando el aviso del Ferrol para ser allá trasportados, y hacerse á la vela con toda la provincia de Castilla. En este intermedio se estrecharon los demas, por colocar en un aposento al convaleciente con dos compañeros que no le perdiesen de vista noche y dia; y los otros, fuera de las horas de descanso, se iban sucediendo en visitarlo, darle moderada conversacion y leerle algun libro. Ni en los pocos dias que allí estuvo le faltaron nuevas ocasiones en que volvió á triunfar del natural amor á la salud, á la propia conservacion y conveniencia. Se le hizo entender que su mejoría era de la quietud y asistencia que tenia; que ni una ni otra podian esperarse en adelante entre la incomodidad y estrecheces de una embarcacion; que los alimentos de mar, en gran parte irregulares ó recios ó salados, eran contrarios al régimen que debia seguir; que si le repetia el accidente, no podian hallarse aun en un navio de guerra los auxilios y remedios que tendria en tierra; y finalmente, que para precaver semejantes incertidumbres y peligros, se concedia á los enfermos y achacosos la facultad de quedarse en una casa religiosa, ó para siempre ó hasta su perfecto restablecimiento; en cuyo caso, deteniéndose solo seis meses mas, lograria la favorable ocasion de incorporarse y embarcarse con los procuradores, los cuales se quedaban por entónces en España para rendir sus cuentas. Agradeció tales observaciones y consejos, pero se mantuvo inmutable en la resolucion que habia tomado de seguir á todo trance la suerte de su instituto religioso.

Despues que arribaron al Ferrol los jesuitas de Castilla, Navarra, Vizcaya y Astúrias, preve-

nidos ya los buques para el convoy de toda la provincia, hasta Italia, intimó el comisionado de la Coruña á los que tenia en aquel depósito su próxima salida, pocas horas ántes que se verificase, y fué el día 19 de mayo. Transportados tambien estos á aquel puerto, y distribuidos en los navios de guerra el *San Genaro*, *San Juan Nepomuceno* y otras embarcaciones menores, pasó el PADRE ISLA á bordo del segundo, en el cual le deparó la Providencia cuanto se podia desear para su alivio. El capitan, Don José de Bienes, le recibió con demostraciones de singular estimacion y respeto; y ya fuese por la amistad que profesaba á Don Nicolas de Ayala, su cuñado, ya por preventiva recomendacion de sus amigos, que eran muchos y de las mas distinguidas clases, ó, lo que es mas verosimil, por su propia bondad y por la simpatía que naturalmente inspiraba una persona tan conocida y benemérita como nuestro autor, le acomodó en su cámara de popa, y le tuvo diariamente á su mesa hasta el término de la navegacion. Dióse principio á esta en 24 del mismo mayo, y aunque de las mas dilatadas en el rumbo desde España á Italia, fué tambien de las mas felices, pues aquel navio, separado de los otros por un temporal en el golfo de Leon, llegó en veinte dias á Civitavecchia, cuando los restantes buques del convoy se pusieron delante de Orbitello, y echaron anclas en su bahía. Las incomodidades indispensables de aquel viaje, que pueden verse en una de las cartas del PADRE ISLA á su cuñado, fueron nada respecto de la sorpresa y del desconsuelo que le causó, como á todos sus compañeros, la prohibicion de saltar en tierra, comunicada por los comandantes de las plazas italianas á los de los convoyes españoles, que eran cuatro: el mencionado del Ferrol, y los de Andalucia, Cartagena y Cataluña, de donde habian salido los jesuitas de las otras provincias. Al cabo de varias contestaciones resolvieron largarse y esperar, bordeando en el mar de Toscana, la decision de su destino. Recibida esta á mediados de julio, se dirigieron á Córcega, desembarcando en los puertos de Calvi, Ajaccio y San Bonifacio, presidios que todavia conservaba en aquella isla la república de Jénova.

El navio *Nepomuceno* fué el último que llegó á Calvi, donde quedaron los castellanos y andaluces; y mientras andaban esparcidos buscando alojamiento, parte en la pequeña ciudad y arabal, y medio destruidos, parte en Algajola, lugar tambien desmantelado, distante como media legua, viendo el PADRE ISLA la suma dificultad material de hallar ni siquiera el simple cubierto para mas de seiscientos de sus compañeros, fuera de las casas y cuartel que ocupaba la guarnicion francesa allí existente, no quiso detenerse en diligencias humanas, y se fué derecho á la iglesia, que era sola la parroquial. En ella fué visto estarse casi toda una tarde delante del Santísimo, objeto predilecto de la devocion de toda su vida, ya de rodillas, ya en pié, ya sentado, y profundamente recogido hasta el anochecer, cuando, queriendo el Preboste cerrar las puertas, le dijo que era tiempo de retirarse. Respondióle en italiano (idioma que ya entendia y empezaba á hablar) que obedecería, pero que no tenia adónde ir. El aire modesto, sumiso é ingenuo de la respuesta causó vivisima impresion en el Preboste, quien, en lugar de despedirle, le ofreció un cuarto en su casa. Aceptóle por necesidad, y lo agradeció por obligacion, manifestando su gratitud en los términos que le permitia su lamentable estado de indigencia. Este suceso, indudablemente singular y notable por sus circunstancias, tambien se vió desfigurado como otros muchos, en las noticias ó falsas ó alteradas que por entónces se divulgaron sobre los expatriados en Córcega.

Todo el tiempo que en ella se mantuvieron, y fué de catorce meses, permaneció el PADRE ISLA en la casa y compañía de aquel Señor Preboste, quien, como hombre que era de virtud y letras, prendado cada vez mas de las bellas dotes de su huésped y noticioso de sus méritos, no le dejó salir á otra casa; y si bien no pudo librarle, ni librarse á sí mismo, de los trabajos comunes á todos los habitantes, que se siguieron y continuaron casi por un año, le libtó al ménos de la estrechez y opresion doméstica en que vivieron los demas. Su ingenio literario, siempre laborioso, aprovechó inmediatamente la ocasion, y volvió á ejercitar la pluma, sin que la hiciesen titubear el estrépito, los peligros y las agitaciones de la guerra que nuevamente se encendió con mas empeño entre corsos y jenoveses. Estos fueron á relevar la guarnicion francesa que en calidad de neutral habia tenido en depósito aquella plaza, y acababa de restituirla á la república, abandonándola a la suerte de las armas. Dióse principio á las hostilidades, cer-

rando é infestando el puerto recíprocamente los dos partidos con baterías opuestas, y estrechando los corsos la ciudad por la parte de tierra con un bloqueo, que muchas veces se convertía en sitio formal, con sus improvisos ataques y defensas. Comenzaron á escasear los víveres, que solo podían introducirse por mar con peligro de caer en manos de los sitiadores ó de ser echados á fondo. Los pocos que llegaron á salvamento iban destinados á la tropa jenovesa, y no contaban con los españoles encerrados en aquellas murallas, á los cuales faltó por muchos dias el pan, y casi siempre tambien la carne salada, el vino, la manteca, el aceite, y en general todo comestible, á excepcion de habichuelas secas y tocino rancio, que era todo su alimento. Negóseles tambien el agua del aljibe de la plaza, porque no faltase á sus defensores; pero debieron á los corsos, entre otras atenciones de humanidad y respeto, el permiso de salir libremente de la ciudad con bandera blanca á proveerse del agua que necesitasen en las fuentes de que abundaba aquella campiña. Participaba igualmente el PADRE ISLA de estas y otras penalidades, sin que turbasen en lo mas mínimo su habitual serenidad, ni bastasen á distraerle del empeñado estudio que emprendió en medio de aquel desapacible teatro. Superior á los fundados temores de una carestía absoluta, inaccesible á las zozobras de un asalto cada dia inminente, y sordo al estruendo de los cañones, se puso á traducir al castellano las estimadas *Cartas* del abogado José Antonio Constantini, obra de ocho tomos en octavo, que concluyó despues en los Estados Pontificios, y por casualidad le vino á las manos en Calvi. Sirvióle esta traduccion para perfeccionarse en el conocimiento de la suavísima lengua toscana, no ménos que para útil y sabrosa distraccion en aquellos dias aciagos.

Si alguna vez daba treguas á su estudiosa asiduidad, era únicamente para ir al templo divino, para recibir las visitas de sus hermanos, ó visitar él á los mas afligidos, consolándoles y disipando en todos la mas viva simpatía, y haciéndose acreedor á la mas fina correspondencia. Cuando mas resignados estaban aquellos jesuitas, sin poder contar con mejorar su mala suerte, las mudanzas políticas ocurridas en la isla hubieron de proporcionarles gran ventaja en su futuro destino; bien que ántes de conseguirla, debían preceder aun otros dos meses trabajosos. A 13 de setiembre del año siguiente volvieron á Córcega algunos batallones franceses, dos de los cuales desembarcaron en Calvi, y otros en los demas presidios jenoveses. Los comandantes, de orden del rey de Francia, notificaron á los jesuitas que debían prontamente evacuar la isla y pasar al continente de Italia en las embarcaciones llegadas de Francia. La noticia no pudo serles mas agradable. Embarcáronse sin pérdida de tiempo, y al primer viento se hicieron á la vela, dirigiéndose á Jénova, donde todos dieron fondo. Creían, como el año antecedente, saltar luego á tierra, y lo daban tambien por supuesto los conductores franceses de los trasportes; pero unos y otros se engañaron, porque no lo permitió el gobierno jenoves, como no lo habia permitido el pontificio. Fué indispensable quedarse todos en los mismos buques, tan hacinados como habian venido, y la mayor parte sobre cubierta con solo un toldo encima, hasta que, obligados por una parte de los franceses á desocupar sus barcos, y por otra inhibidos de entrar en territorio de la república, hallaron finalmente el sutil arbitrio de no pisar tablas francesas ni terreno jenoves. Alquilaron algunas embarcaciones que estaban ociosas en aquel puerto, ó desarboladas ó para carenarse, donde trasbordaron: tuvieron en consecuencia mayor ensanche, pudieron tender cada uno su colchon, y volvieron á cocinar y á comer algo mas y mas limpio que la ración de marinería francesa, á que dias ántes habian estado reducidos. La piedad de Carlos III previno ademas por su parte, y remedió en cuanto le fué posible, aquella desolacion y desamparo, mandando se les diese paso libre para el Estado Pontificio, y un extraordinario socorro de dinero para el mismo efecto.

Resistió la salud del PADRE ISLA á todos estos contrastes de nuevas incomodidades, fatigas y peligros, sin haber experimentado novedad considerable; y con la misma firmeza se conservó en el viaje no ménos escabroso que le restaba. Despues de algunos dias pasó con sus compañeros al lazareto, situado fuera de Jénova, donde al cabo de varios manejos y oficios permitió la república que se guareciesen de la intemperie de la estacion lluviosa. Allí cobró nuevos bríos, como generalmente los demas, con la buena calidad y abundancia de los víveres, que en gran parte les regalaban diariamente los principales señores jenoveses, quienes les favorecian tambien con

sus frecuentes visitas. Practicábanse entre tanto las oportunas diligencias para que todos pudiesen encaminarse á los estados del Papa, ó por la via de Toscana ó por el ducado de Parma : la primera direccion no podia tomarse sin arrostrar otro viaje marítimo de dos ó tres dias ; la segunda, desde Sestri de Levante, era toda por tierra, pero atravesando las montañas mas ásperas y irregulares del Apenino en caballerías de acarreo, acostumbradas á aquellos malos pasos. Conseguida tácita licencia del ministerio romano, apalabradas barcas para Lerici ó Liorna, y un suficiente número de caballerías que, á diez y ocho ó veinte cada vez, fuesen y viniesen de Sestri hasta Farnuovo, primera llanura del Parmesano, dióse opcion á los padres para que eligiese cada uno el camino que mas le acomodase. Los que ya estaban cansados de mar y de marcos, escogieron la via de Sestri, y los otros la de Toscana.

No se sabe por qué causa escogió el PADRE ISLA el camino de las montañas, mas penoso sin duda, especialmente en su edad, á tiempo en que ya se iban cubriendo de nieve aquellas alturas, y debiendo montar sobre el disforme albardón de aquellas caballerías, que no pocas veces arrojaron de sí y echaron al suelo á los jóvenes mas ágiles y esforzados. Como quiera, vencidas estas dificultades, llegó sin la menor desgracia á la provincia ó legacion de Bolonia, como á la mitad de noviembre. La suma dificultad de hallar casas en la ciudad hasta el término y principio de alquileres y mudanzas (que allí es por mayo), obligó á la mayor parte de sus compañeros á meterse casi á centenares en palacios y casas de campo de algunos magnates que no hacian uso de ellas. A él y á otros tocó en suerte un palacio situado en la aldea de Crespelano, propio del conde Grassi, senador que entónces era de Bolonia, á distancia de tres leguas de la ciudad. Precedia y seguía por todas partes al PADRE ISLA el crédito y fama de su saber ; y como en la navegacion, en Córcega y en el lazareto de Génova habia sido distinguido y buscado de muchos para conocerle personalmente, tambien era conocido su nombre entre los boloñeses con la adición del *autor del Fray Gerundio*. Cuando el conde Grassi supo que estaba en aquel su palacio, tuvo luego la complacencia de conocerle y tratarle, y le cedió y destinó allí un magnífico aposento, que era el mismo que tenia reservado para sí. Esta comodidad doméstica, la belleza y amenidad de la campiña, la perspectiva pintoresca de las colinas que la dominan, coronadas de verdor y de frutos en todas las estaciones del año, y la profunda quietud de aquella dulce soledad, contrapuesta á los pasados desasosiegos, estrechez, miseria y peligros, le lisonjearon de tal suerte, que por propia eleccion nunca hubiera dejado tan apacible retiro. Volvióse á engolfar en su estudiosa laboriosidad, y escribiendo á sus amigos dispersos por otras quintas y lugares, les decía que, así como una casa de campo habia dado ocasion y nombre á las *Cuestiones tusculanas* de Ciceron, así en el Crespelano queria él componer las *crespelanas*. Bien pudiera haberlo hecho reuniendo bajo este título solos los asuntos de que escribió en aquel sitio, aunque no lo disfrutó dos años enteros. Por delicioso que fuese, no podia suministrar todas las cosas esenciales á una comunidad numerosa : un solo médico, con quien no se podia contar siempre, por hallarse tal vez distante algunas millas á visita dentro ó fuera de la feligresía, que, como todas las del campo, es muy dilatada ; la incertidumbre de botica vecina, y la distancia de las otras ; la provision de varios géneros que era preciso traer de la ciudad, y otros varios inconvenientes de la misma naturaleza, hicieron que sucesivamente todos los padres tomasen casa, ó en Bolonia, ó no lejos de sus puertas, ó en lugares de la provincia, como respectivamente la tomaron los destinados á las de Ferrara, Romanía, Marca de Ancona y Urbino.

Trasferido de Crespelano á aquella ciudad, hubiera deseado traer consigo la misma libre disposicion del tiempo, para emplear todo el que le restaba de sus diarios ejercicios espirituales, en escribir las varias obras que efectivamente concluyó, ademas de las que ya llevamos mencionadas. Pero no le fué posible en Bolonia gozar tantas horas de estudio, cuantas le permitía la solitaria morada de los campos. Apenas entró dentro de sus muros, se vió como sitiado de las personas mas ilustres y de los primeros literatos de aquel bello pais. Ni la justa correspondencia de urbanidad y de atencion, ni el genial agradecimiento del PADRE ISLA á los mas mínimos favores, dieron lugar á eximirle de las muchas visitas y relaciones contraídas por la gran fama de su sabiduria, acrecentada luego por la experiencia de su amenísimo trato. Empeñá-

ronse á porfía en tenerle á su mesa los principales señores y los profesores mas célebres del instituto de las Ciencias y de la universidad. Estos cuerpos respetables le llamaban ademas á sus juntas, y todos sus individuos le querian compañero de sus paseos y excursiones.

Haciase admirar, como repetidas veces lo decian los mismos magnates y sabios boloñeses, por la extension y variedad de sus conocimientos, por su penetracion, viveza y prontitud de espíritu, no ménos que por el sazonado chiste de sus palabras. Realzaba todas estas dotes su infinita bondad y nobleza de corazon, siempre simpático en favor de todo hombre honrado, sabio ó desgraciado. Su amor al pais que le vió nacer era tambien ardentísimo; y en materias literarias no podia sufrir que fuesen menoscabadas en un ápice las glorias españolas. Prevalecian entónces, como mucho tiempo ántes, en Italia, y aun entre sus *dotti* ó gente sabia, algunas preocupaciones contra nuestra literatura nacional, no solo como adulterada y corrompida, sino tambien como corruptora de la italiana desde el siglo xvi, miéntras la Lombardia, Nápoles y otros estados se encontraron bajo el dominio español. Añadian peso y autoridad á estas quejas histórico-críticas, aunque mal fundadas, los célebres jesuitas italianos Tiraboschi y Bettinelli, en las elegantes historias ó artificiosos panegíricos, que publicaron con el mayor aplauso, de su antigua y moderna literatura y de su restauracion. Pocos años despues les hizo frente el eruditísimo ex-jesuita Don Javier Lampillas, con su triunfante Apología de la docta y culta España, dada a luz en idioma italiano, y que tambien corre traducida al nuestro. Pero ántes que Lampillas publicase su obra, él mismo y otros muchísimos compañeros suyos esparcidos por diferentes ciudades de Italia, especialmente en Roma, Venecia, Bolonia, Ferrara y Jénova, habian ya sostenido con vigor tan justa causa, vindicando de tales imputaciones á la madre patria, en privados coloquios, discursos académicos y tertulias á que concurrían. En algunas de las mas acreditadas de Bolonia, fué el PADRE ISLA uno de los primeros defensores que embrazó el escudo y rebatió victoriosamente los golpes que tiraban á empañar nuestras glorias.

Pero hé aquí que cuando mas triunfalmente aclamado sonaba en Bolonia el nombre del PADRE ISLA, y cuando mas obsequiado y festejado se veia el ilustre proscrito, quiso la mala suerte sujetarle á la mas pública y ruidosa humillacion: dolorosísima prueba, reservada sin duda para que acreditase otra vez mas, que su virtud cristiana no era inferior á su sabiduría. Hallábase un dia (poco ántes de la extincion de su órden) en casa de uno de los principales señores, en conversacion con otros varios que allí habian concurrido. Uno de ellos empezó á hablar de la compañía de Jesus (asunto que en aquel tiempo era el mas debatido), y prosiguió mezelandó en el coloquio algunas especies que desdoraban en gran manera á aquel instituto religioso. Oyólas el PADRE ISLA, y aunque le parecieron tan infundadas como animosas, disimuló, sufrió y no desplegó sus labios por una larga media hora; mas, no acabándose todavia la invectiva, hizo sus reflexiones, y tomó otro partido. Creyó que su silencio en aquellas circunstancias seria una tácita y poderosa confirmacion de las especies vertidas, ó por lo ménos una prueba convincente de que él era un mentecato, que no sabia defenderse á sí y á sus hermanos; que el declamador contrario no tenia carácter público ni autoridad alguna legitima para ser creído sobre su palabra sin réplica de aquellos á quienes infamaba; que entre estos eran muchos los que por su nobleza, por su virtud ó por su ciencia tenían derecho á ser respetados; y que su instituto, aun existente, no podia ser despojado del santo derecho de la defensa. Estas (dijo él mismo de palabra muchas veces á sus amigos, y por escrito á alguna otra persona de carácter que merecia su confianza) fuéron las razones que le movieron á romper el silencio en aquel lance, y las que parece podian excusar en alguna parte ó en todo cualquier descuido que hubiese padecido en el calor de su defensa. Como quiera, opúsose con no ménos vigor que franqueza á las proposiciones ofensivas que habia oído, segun el juicio que entónces formaba de ellas. Túvolas siempre ocultas, igualmente que sus respuestas, la escrupulosa limpieza de su lengua; pero no faltó quien delatase las segundas al superior eclesiástico, que era el cardenal Malvezzi, arzobispo, en términos que causaron al delatado la mayor pesadumbre de toda su vida y las mas lastimosas consecuencias.

Con efecto, en la noche del 8 al 9 de julio de 1773, estando ya recogidos él y otros veinte compañeros con quienes vivia, fué asaltada y cercada su casa por una numerosa cuadrilla de

esbirros. Iba á su frente un fiscal ó juez del crimen; y habiéndose anunciado en nombre de la justicia, se les abrió al instante la puerta. Preguntaron por el aposento del PADRE ISLA, se apoderaron de su persona y de sus papeles, y llevándose estos consigo, y haciéndole entrar á él en un coche que estaba prevenido, le condujeron á la cárcel pública eclesiástica ó de Corona, que sirve para todos los acusados en cuyas causas interviene el tribunal del arzobispado.

Golpe tan rudo como impensado é ignominioso era capaz de aterrar á cualquier hombre de su posicion y carácter. Su nobleza, su estado, su edad avanzada, los accidentes de su salud, la fama de su sabiduría, la estimacion pública de que gozaba, y sus calificadas relaciones, se agolpaban como poderosos motivos para abatir, abochornar y alligir al varon mas estóico del mundo; pero ISLA supo encontrar resignacion, sosiego, y hasta verdadero consuelo, en el fondo de su corazon inmaculado, de su alta capacidad y de su acrisolada virtud. Al pronto solo se supo por el alcaide que el PADRE ISLA estaba en la cárcel y que no tenia novedad en su salud. Esto último consoló grandemente á sus numerosos y consternados amigos. Acerca de los motivos de su estrepitoso arresto, fuéron tan varias al principio las conjeturas y opiniones, como generales las hablillas en tertulias particulares, cafés y otros mentideros, segun sucede en semejantes casos, hasta que, sabiéndose cuán hondo sentimiento manifestaba el personaje en cuya casa se tuvo la mencionada disputa, se esparció tambien la voz de qué esta habia sido la verdadera ocasion de aquella desgracia.

A los diez y nueve dias de estrecho encierro, cuyas incomodidades agravaba el ardor de la estacion, le sentenció la curia eclesiástica á destierro de Bolonia, y á permanecer confinado en Budrio, lugar pequeño, distante como dos leguas, para donde salió el 28 del mismo mes, y fué á apearse y á habitar en una casa que allí ocupaban otros compañeros suyos. El oratorio doméstico para decir misa, la iglesia cercana para observar su invariable costumbre de hacer por la tarde una larga visita al Santísimo, y la mesa de su estudio, volvieron á formar sus delicias y á ocuparle el tiempo que le restaba de descanso y de un corto paseo. Pero aun no habia gozado por un mes entero de aquella apacible calma, cuando se vió envuelto en una nueva tormenta, mas sensible á su corazon que las pasadas, aunque sufrida con igual paciencia y cristiana conformidad.

Publicada en Roma la extincion de la Compañía, fué intimada tambien en Bolonia y su provincia, como en las demas, á los jesuitas españoles que en ellas existian. Disuelto el cuerpo, cada uno de sus miembros dispersos debia pensar en sí mismo en posada, en mantenimiento, en vestido y asistencia: embarazo que, si fué grande para los viejos y achacosos, fué grandísimo para el SEÑOR ISLA, acostumbrado aun mas que otros á no pensar en toda su vida en nada de lo que es menester para pasarlo con la conveniente decencia, y ménos á propósito para empezar á pensar en todo y abandonar la metódica laboriosidad de su estudio. Desde aquel momento, y por sola aquella situacion escabrosa, comenzó á sentir el peso de su destierro, al que ántes parecia insensible, no dejando por eso de ser constante ejemplar de resignacion, sin habérsele jamas oido la menor queja, ni visto la menor señal de poco rendimiento, ni aun de natural repugnancia, á las superiores disposiciones. Solo lidiaron en aquella ocasion su genio enteramente literario, unido con su invencible antipatia á ocupacion y pensamiento mecánico, contra las circunstancias que hacian indispensable el mecanismo de atender á la propia subsistencia, y compensar la escasez de medios con el molesto cuidado de la mas menuda economía.

De este trabajo, particularmente enojoso para los grandes talentos, se hubiera visto libre desde luego si se hallara en Bolonia, donde despues de su secularizacion deseaban su compañía muchos señores; pero desconfiaban de que se le levantase el confinamiento que pasaba en Budrio. Los condes Tedeschi, entre otros personajes, practicaron á este fin las mas vivas diligencias; y viéndolas infructuosas, le instaron á repetirlas por sí mismo. Así lo ejecutó al fin, escribiendo en derechura al conde de Floridablanca, á la sazón ministro de España en la corte de Roma, y diciéndole entre otras cosas: «No por eso pretendo excusar mi error: expóngole, no lo disculpo; y léjos de presentarme á usía como quejoso, ni mucho ménos como agraviado, me confieso y reconozco agradecido á la benignidad con que me castigó la clemencia de nuestro señor, quizas excitada á compasivos oficios de la piadosa y poderosa intercesion de usía.

»Esta misma imploro ahora, para que la justicia de Clemente XIV, nunca separada de la misericordia, dé por bien purgada una inadvertencia con diez y nueve dias de prision en una cárcel pública, y con cuatro meses de destierro en un lugar donde la incomodidad de la habitacion, la imposibilidad de mejorarla, y la proximidad de un invierno, el grave peso de setenta y un años que cuento, y la multitud de achaques en que están aforrados, juntamente con la pobreza (que pica en extrema) de quien no tiene otro recurso que la pension del Rey, me hacen suspirar por la libertad de restituirme á Bolonia.» Pero ni él ni sus amigos tuvieron este gusto en los dos años siguientes que vivió el cardenal Malvezzi, juez que habia sido ó ejecutor de su sentencia; hasta que, habiendo fallecido á fines de 1773, y destinado por el papa Pio VI al gobierno de la iglesia de Bolonia el cardenal Monseñor Andrés Gioanetti, que fué despues su arzobispo, logró fácilmente la licencia para establecerse en la ciudad.

Fué recibido en ella con la misma distincion y estimacion de ántes, y con singulares demostraciones de benevolencia, entre las cuales fuéron singularísimas las de sus primeros conocidos, el conde y la condesa Tedeschi, ya mencionados. Esta virtuosa y esclarecida familia salió al encuentro de su amado PADRE ISLA, y como en desquite de no haberle podido tener en su compañía mientras fué jesuita y vivia en su comunidad, no le dejaron ya eleccion ni arbitrio para buscar casa: se lo llevaron á su palacio, le aposentaron en una de las mejores viviendas, destinaron á sus órdenes un criado especial, le impusieron la ley de hacerles compañía en la mesa; y atendiendo despues á no causarle la menor incomodidad por razon de las horas y de otras precauciones sobre su quebrantada salud, mandaron se le llevase la comida y cena á su habitacion á las horas que gustase, y en todo lo demas fuese asistido y cuidado como los otros señores de la casa. Estos le trataron hasta el fin de sus dias con el mas entrañable cariño, con una confianza sin igual. Nada tenia que desear el digno huésped, y su tormento era tan solo no encontrar ocasion en que poder acreditar sin vanas frases su cordial y profundísima gratitud por favores tan significativos y apreciables: noble sentimiento que respiraba siempre en las conversaciones y mostraba con frecuencia en sus cartas, como lo convencen varias de las que escribió á sus hermanos y amigos. Tal fué el feliz término de su pasado infortunio en aquella ciudad, y la continuacion del aprecio, fama y elogios que en ella, en toda Italia, y en otros países siguió mereciendo.

A los amigos que al PADRE ISLA habia conciliado en Bolonia su inmensa fama, y aumentado su suavísimo trato, se agregaron entónces los infinitos que no habian podido ménos de simpatizar con él durante su innecesaria desgracia. Varias especies sueltas que, con motivo de tantas relaciones amistosas como debia cultivar, oyó, combinadas luego con otros indicios nada equívocos, le indujeron á adivinar el sugeto que habia sido el delator de sus palabras y el origen de su ignominiosa prision, sentencia y penalidades consiguientes. De las fundadas sospechas pasó muy en breve á la certeza mas absoluta; pero, lejos de mostrarse resentido contra el autor de su desgracia, ni siquiera comunicó á nadie la noticia del descubrimiento que habia hecho. Es regular por tanto que jamas se hubiera sabido que le constaba el nombre del delator, si su inagotable bondad de corazon no le hubiese arrastrado á declarar indirectamente su secreto. Fué el caso que llegó á noticia del PADRE ISLA que el causador de su desgracia, á quien habia tratado ántes como amigo, estaba muy mal en punto á intereses, sin que sus pasados manejos y otros espionajes semejantes en que se ocupaba le hubiesen podido sacar de su estrechez. Supo tambien el PADRE ISLA que este sugeto pretendia para una hija suya cierta dote en Jénova, pero que eran del todo ineficaces sus gestiones; y sin mas que sus naturales y filantrópicas inspiraciones, va y se presenta á una de las primeras damas de Bolonia que le estimaba cuanto merecia, y era la única que podia allanar las dificultades para el logro de la dote deseada. Enternecido hasta el punto de que no pudiesen disimularlo sus ojos y semblante, la expone el estado de indigencia del padre y de la hija, y añade estas palabras (que la misma dama refirió y dió luego por escrito): «Señora, todo lo que vucencia hiciere en beneficio de este hombre, será la mayor caridad que á mí me pueda hacer, porque son muy grandes las obligaciones que le profeso, y es grande la necesidad de su pobre hija.» Consiguióse el dote en gran parte, si no en todo; quedó remediada la doneella, y el injuriado intercesor mas agradecido y contento

que si hubiera obtenido para sí el birrete de cardenal. Este acto de generosidad revela á las claras cuán profundamente arraigado estaba en nuestro autor el espíritu evangélico, y cuán bondadoso era su carácter. Y atiéndase que ISLA nunca fué culpable, pues á haberlo sido, quizás apareceria ménos brillante su generosísimo comportamiento con el delator: nunca fué culpable; ántes la acusacion, la causa y el proceso habian sido tales, que en 1776 el mencionado obispo administrador, Monseñor Gioanetti, con autoridad pontificia y por judicial declaracion, á título y probanza de inocencia, le reintegró en su plena libertad, y mandó cancelar el proceso. *Así mortifica Dios, y así vivifica, no permitiendo que triunfe siempre la malignidad de la inocencia*, añade él mismo sin nombrarse, aludiendo á este fallo, en carta de 18 de abril de aquel año, á su hermana.

Despues de este rasgo de inaudita generosidad, nada debe sorprendernos que accediese á una singular peticion que por aquel mismo tiempo le hizo desde España uno de nuestros caballeros, maltratado por la fortuna. No le pedia, ni podia prometerse de él, en el estado en que se hallaba, socorro alguno en dinero efectivo; pero le pedia un socorro equivalente, es decir, una obra de las que debian alcanzar estimacion y despacho en España, para utilizarse de ella y remediar su deplorable situacion. El necesitado no tenia conocimiento alguno íntimo con el PADRE ISLA, siendo únicamente sabedor de que abrigaba un corazon magnánimo; y el PADRE ISLA, á su vez, no reconocia en el solicitante mas derecho que el de ser una persona desgraciada. Esto, sin embargo, bastó para que nuestro proscrito condescendiese sin demora, pusiese en castellano las conocidas *Aventuras de Gil Blas de Santillana*, y remitiese el manuscrito al caballero solicitante, quien, por cierto, atendida la aceptacion que tuvo la obra, pudo sacar alguna cantidad harto regular para remediarse.

Antes y despues de esta traduccion del *Gil Blas*, prosiguió escribiendo el PADRE ISLA otras varias obras, de las cuales unas salieron á luz posteriormente, y otras han quedado inéditas: de suerte que ni la vejez, ni los achaques, ni los repetidos insultos de perlesia que frecuentemente le amagaban con la muerte, eran parte para amenguar su nativa laboriosidad. Su último trabajo literario pertenece al mismo género que empezó á cultivar desde los diez y ocho años: fué la traduccion del *Arte de encomendarse á Dios*, escrito en italiano por su colega el Padre Bellati, traduccion que emprendió sin mas objeto que hacer un regalo á su piadosa y querida hermana (1).

(1) Justo será decir aqui cuatro palabras de esta hermana tan entrañablemente querida de nuestro autor. Por desgracia son bien pocas las noticias biográficas que de ella tenemos. Fuera de las que se deducen de las *Cartas familiares* que le escribió su hermano, quien encomia hasta con hipérbole la suma discrecion y talento de esta señora, solo sabemos que Doña Maria Francisca de Isla y Losada, casada con Don Nicolas de Ayala en 1754, murió sin sucesion, el año 1808, en Santiago de Galicia, donde residia. Murió á la edad de mas de setenta y tres años, segun se infiere de una licencia para leer libros prohibidos que pidió á Roma (y le fué concedida) en 1785, y en cuyo memorial ó peticion declara pasar de 50 años. Mantuvo relaciones y correspondencia literaria con varios escritores y personajes distinguidos, habiendo sido muy amiga de Sor Maria Tomasa de Jesus, monja carmelita descalza de Santiago, que tenia fama de poetisa, lo mismo que la hermana del PADRE ISLA. A esta fama debió Doña Maria Francisca la distincion de que la academia de Buenas Letras de Oporto la inscribiese en el catálogo de sus socios. Poco ántes de su muerte destruyó la mayor parte de las poesias que habia compuesto. Nosotros hemos debido á la amabilidad del señor Don Enrique C. Landrin, hijo, bibliófilo distinguido, el gusto de ver algunas de las *Poesías* de la Señora de Isla, que se salvaron de las llamas: consisten casi todas en cuartetas, décimas y otros poemitas menores sobre asuntos insignificantes; y, á juzgar por lo que hemos visto, si en materias literarias ántes importa ser justos que galantes, diremos con llaneza que nada absolutamente perdió el Parnaso castellano con haberse entregado al fuego las frias y asaz mal rimadas inspiraciones de la hermana del PADRE ISLA.

Por lo demas, esta señora disfrutó en su tiempo de ruidosa fama, y nos guardaremos muy bien de poner en duda que fuese merecida; porque, ¿quién no se asombrará al leer lo que publicó el *Mercurio* en su número del mes de diciembre de 1775? Hélo aqui literalmente copiado: «En el *Mercurio* del mes de octubre próximo pasado habrá visto el público que Doña Maria Francisca de Isla y Losada, dama que reside en Santiago de Galicia, posee el particular talento de dictar á un tiempo ocho cartas sobre ocho diversos asuntos. Ahora añadimos, para que crezca la admiracion que debe causar este raro esfuerzo de la retentiva y del ingenio, que por certification autorizada de un alcalde, un escribano y once testigos, consta que dicha señora ha dictado á un mismo tiempo doce cartas á otros tantos sugetos. En todas ellas se nota facilidad de estilo, coordinacion en los pensamientos, y en cada una total independencia de asuntos. Su autora las dictó sin dejar de contestar á los que la hablaron durante la experiencia, hecha en presencia de varias personas, y aun se distrajo como cosa de dos minutos á saludar y cumplimentar á al-

Entre tanto extendiase cada vez por la Italia y fuera de ella la fama del insigne jesuita español: el instituto científico de Bolonia buscaba con ahinco la segunda parte del *Fray Gerundio*, y la colocaba como preciosa joya literaria en su escogida biblioteca; varios príncipes y personas reales, entre ellas la infanta de España Doña María Luisa, entónces gran duquesa de Toscana; la emperatriz María Teresa y las archiduquesas sus hijas, Mariana y María Isabel, buscaban con afán y leían con complacencia la segunda parte del *Gerundio*, que á la sazón era libro raro, á causa de las persecuciones que se levantaron contra la obra, y se informaban con interés de la existencia, suerte y paradero del autor; los escritores críticos, en fin, así nacionales como extranjeros, se ocupaban del PADRE ISLA como de uno de los representantes mas famosos de la literatura contemporanea. Y acerca de este último extremo conviene recordar el incidente ocurrido con el Señor de Murr. Este escritor publicaba en Viena un *Diario* de la literatura europea, y entre otras memorias y noticias sobre la literatura española moderna, insertó las mas que medianamente equivocadas que del PADRE ISLA le daba desde Chinchilla Don Antonio Capdevila. Con tal motivo escribió nuestro autor desde Bolonia al diarista aleman una extensa carta, que es la última de las que damos en la segunda parte de las *Cartas familiares*, á la cual remitimos al lector. El Señor de Murr no pudo ménos de indignarse al ver claramente que habia sido sorprendido: en su consecuencia respondió con toda cortesía al PADRE ISLA, agradeciéndole el desengaño, ofreciéndole insertar sus rectificaciones, y con ellas la retractacion de todo cuanto injustamente se le habia imputado, como quedaba verificándolo en el tomo x de su *Diario*. Pareciéndole esto poco, se deshacia en expresiones del mas alto aprecio, le proponia entablar comunicaciones epistolares seguidas, y pedíale con empeño extensas noticias de todos sus escritos. Al propio tiempo escribió otras cartas á varios de sus correspondientes en España, elogiando en sumo grado el talento y la moderacion de ISLA; pero la carta que dirigió á este no le halló en vida, y esta circunstancia fué ocasion para que le tributase públicamente mayores elogios despues de muerto. Por último, entre los muchos que dentro y fuera de Italia, ademas del Señor de Murr, deseaban su correspondencia, hubo varios sugetos que de largas distancias hicieron un viaje á Bolonia para conocerle personalmente. Uno de estos curiosos, persona de alta esfera, le hizo anunciar con anticipacion el viaje que iba á emprender, y el PADRE ISLA, siempre jovial y franco, respondió en estos términos: «Gran gusto tendré en conocer personalmente á N., aunque en las facciones del alma ya le conozco; pero tendré muy poco en que él me conozca á mí, porque voy á perder mucho. Yo, señor excelentísimo, soy como aquellas perspectivas que á cierta distancia no parecen mal, pero acercándose á ellas no se ven mas que borrones del lienzo y chafarrinadas del pincel. Esto fuí siempre y no mas. ¿Qué será ahora, que á una estatura indecente y á una figura ridícula se añaden las ruinas de la vejez en potencias y en sentidos?» Por supuesto que aquí el PADRE ISLA hace de sí una pintura mas que modesta y humilde, pues peca claramente de inexacta. Por lo demas, el deseo de ver y conocer al PADRE ISLA era general y vivísimo: él mismo nos lo declara en una de sus cartas, escrita desde Bolonia, que es la cxxvii de la segunda parte. «Y como aquel bendito *Fray Gerundio* (dice) está metiendo mas bulla en Italia que metió en España, toda la turbamulta de literatos y literatillos (hay en estas regiones, de entrambas clases á enjambres) quieren ver de qué figura es el padre que le engendró y parió: de manera que el año pasado me molieron, me trituraron, me cernieron y convirtieron en polvos de salvadera, dejándome tal, que ya que no sirviera para adobo, me pudieran echar en escabeche. Por escapar de esta secatura, quiero huir este año, etc.»

Pronto juzgarémos al PADRE ISLA como escritor; acabemos ahora de juzgarle como hombre:

»gunas de ellas que entraron en la sala despues de empezada.» Este caso deja muy atras los casos raros de atencion múltiple que la historia nos cuenta de César, de Voltaire, y de otras robustas y poderosas capacidades mentales. En su vista, y aun concediendo un tanto á la exageracion, que es, como suele decirse, la *mentira de los hombres de bien*, fuerza será convenir en que la hermana del PADRE ISLA tenia singular talento, y debe ocupar una página gloriosa en la historia literaria de su sexo. Extrañamos, sin embargo, no hallar mencionado el nombre de esta señora en el *Diccionario biográfico universal de mujeres célebres*, publicado (Madrid, 1844—45, 3 vol.) por el señor Don Vicente Díez Canseco.

pronto medirémos su cabeza, midamos ahora su corazon. Este se distinguia por las mas bellas inclinaciones, y su carácter moral era bajo todos conceptos apreciablesimo. El ilustre jesuita era veraz, franco, ingenuo, modesto, humilde, generoso y desprendido, tolerante, paciente y resignado hasta lo sumo. Pruebas concluyentes y repetidas de todas esas dotes se han aducido en lo que hasta aqui llevamos de narracion; pero aun debemos ponerlas mas de relieve.

Por lo que toca á la desconfianza de si mismo y á su verdadera humildad, no hay mas que leer sus cartas familiares, y singularmente las que escribió desde Bolonia. Aspirando siempre á la perfeccion en todo, y convencido sin duda de la triste imposibilidad de que el hombre la alcance en nada, nunca compuso un eserito, ni hizo una mision, ni practicó una diligencia, de cuyo resultado atreviese á vanagloriarse. Lójos de esto, dudaba siempre del acierto, desconfiaba de sus propias fuerzas, extremando su modestia hasta un punto que llamariamos desmedido ó exagerado, si no viésemos claramente que era un producto de su privilegiada naturaleza y de las mas hondas convicciones. Su santa humildad quedará evidenciada con lo sucedido en Pontevédra cuando la expulsion de los jesuitas en 1767. Ocupado aquel colegio, y embargados todos los papeles de los religiosos, estaban muy á la vista, entre los del PADRE ISLA, algunas cartas de su general y provinciales, en que le reprendian sus faltas y modo de proceder en cuanto habia fiado el manuscrito del *Fray Gerundio* á dos ó tres seglares, de lo cual se siguió la impresion de aquella obra sin la previa licencia de los superiores, que era requisito indispensable segun los estatutos de la Orden. En dichas cartas constaba, no solo la reprension que se le habia dado, sino tambien el castigo que se le habia impuesto. Pues bien, no solo conservó aquellas cartas, pudiendo haberlas quemado luego despues de recibidas, sino que no quiso recogerlas en los últimos momentos, y hasta fué el primero en publicar su contenido. Varios de sus compañeros sintieron aquella pérdida; pero él les dijo y repitió en diferentes ocasiones, que se alegraba de que todos viesen aquellas cartas, *para que entiendan que si he sido un mal religioso, la Compañía ha estado muy lejos, no solo de aprobar mis faltas y descuidos, sino tambien de disimulármelos*. Eso de calificarse á si propio de *mal religioso*, sobre acreditar cabalmente lo contrario, y ser un testimonio de su profunda humildad, tiene doble mérito por la especie de *faltas* de que se acusaba. Aquellas faltas eran puramente relativas, ó no eran faltas sino porque habia profesado en un instituto religioso donde ni el nacimiento ilustre, ni el talento esclarecido, ni la fama oratoria en los púlpitos, ni el magisterio en las cátedras, ni las prelacías, ni los títulos, honores ó empleos eximian de la severidad de los estatutos, ni atenuaban las penas claustrales, ni enflaquecian en un ápice el vigor y la autoridad de los que mandaban.

Su desapego á los que se llaman bienes temporales no podia ser mas puro y completo. Ocasiones tuvo de atesorar un mediano peculio; pero no supo ni quiso aprovecharlas, llegando hasta rehusar ciertos alivios y moderadas conveniencias muy compatibles con su estado, y que ciertamente no le hubieran negado sus superiores, sobre todo en su edad provecta. La literatura, que ha enriquecido á algunos, aunque muy pocos, de nuestros contemporaneos, y que es como el *oficio* con que muchos proveen á su subsistencia, no era en el PADRE ISLA mas que el puro ejercicio de la mas noble tarea intelectual, y un suave entretenimiento de sus ocios. Cumplida fama le granjearon sus innumerables escritos, fama harto á menudo acibarada por los ponzoñosos choques de la envidia y la absurda tiranía de las preocupaciones; mas en punto á intereses, ni los buscaba, ni en ellos se habria parado si le hubiesen salido al encuentro, ni podia escapar tampoco á la ley de los grandes ingenios que, como Homero, Cervántes y otros, parecen condenados á ver compensado con creces de renombre su incaleficable estado de estrechez. Cuando nuestro ISLA se proponia publicar por su cuenta alguna obra, tomaba dinero prestado para costear la impresion, y luego de cubierto el préstamo, abandonaba en beneficio de otros el producto y las ganancias. Apurada la primera edicion del *Compendio de la Historia de España*, pudiendo haber hecho la segunda con plena seguridad de buen despacho, dejó que la hiciesen los libreros, y se contentó con unos pocos ejemplares para regalar. Con solos cuatro mil reales vellon, que le prestó un comerciante nada rico, empezó en Salamanca la impresion del voluminoso *Año cristiano*, con un fin que puede decirse exclusivamente piadoso. Propuso el plan de la obra y encareció su importancia al marques de la Ensenada, sabio ministro de Fernando VI,

cuyo monarca aceptó la dedicatoria y dió orden para que se facilitasen al traductor los competentes auxilios para la estampa. ISLA, tan agradecido á la regia munificencia, como desinteresado, pagó al comerciante los cuatro mil reales que le habia adelantado, y luego, por conducto del ministro citado, puso las ganancias, que no se le pedian, á disposicion de su majestad, sin querer guardar ni un oclavo para sí.

Miéntas era todavía jesuita y vivia en comunidad desde su establecimiento en Italia, léjos de sentir la menor displicencia por la escasez de comida y falta de ropa á que le tenia condenado, lo mismo que á sus compañeros, la penuria de las circunstancias, se acomodó á aquel estado de indigencia con plenísima resignacion y hasta con visible gusto y alegría. Nadie puede declararlo con mas naturalidad y gracia que él mismo en su festiva carta de 18 de enero de 1772, cuya lectura recomendamos.

Despues que se hallaron las oportunas comunicaciones y correspondencias, ISLA fué de los primeros en recibir los auxilios que empezó y prosiguió enviándole su idolatrada hermana, con tanto agradecimiento suyo como testifican sus cartas respuestas. Pero su dadivosa liberalidad con varios necesitados; la precisa decencia con que debia vestir en casa de sus bienhechores los condes Tedeschi; y sucesivamente los considerables gastos que le ocasionaron sus dolencias y achaques, y que nunca permitió fuesen costeados por aquellos señores, como los mismos querian casi con violencia: todo esto hizo que frecuentemente, en el intervalo de una remesa de fondos á otra, aunque todas abundantes, se viese entregado en brazos de su antigua madre la pobreza, hasta que volvian á estrecharle cariñosamente los de su queridísima hermana.

Su probada resignacion, ó digase su ejemplar paciencia, quedó superiormente aquilatada en el crisol de las enfermedades corporales, sobrellevadas siempre con estoica constancia, y aun con jovial mansedumbre. Repitieronle en Italia, y con mayor furia, los accidentes perláticos que, segun dejamos dicho, le habian acometido poco ántes de su salida de España; los síntomas apopléticos y la lesion en casi todos los sentidos externos vinieron á complicar su estado, conservando, no obstante, íntegras las potencias intelectuales, salvo la memoria, que á temporadas se le debilitaba; pero ni los vahidos de cabeza casi continuos, ni la turbacion de la vista, ni el entorpecimiento de la lengua, ni la parálisis del costado izquierdo, ni la flaqueza de las piernas, ni los temblores convulsivos, ni el embargo y desconcierto general de su organismo, bastaron á arrancar jamas de sus labios el menor quejido, ni á dejar que la pluma deslizase en el papel el mas leve signo de inquietud, de mal humor ó de impaciencia. Al contrario, su gracejo parecia aumentar al compas de la vehemencia de sus males y de sus tribulaciones, siendo él quien no pocas veces divertia con agudos dichos y consolaba con oportunas sentencias morales á los mismos que le visitaban. En ocasion que se hallaba extraordinariamente prostrado y rendido á la violencia de los accesos de su mal, preguntándole cómo estaba, respondió que venia á estar como los ídolos de que se habla en el salmo 115, que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, narices y no huelen, manos y no palpan, piés y no andan. Si á la misma pregunta respondia con seriedad, era por el estilo que sobre este punto muestran sus cartas, dando gracias á Dios por el beneficio que le hacia en concederle aquella ocasion de merecer y satisfacer en este mundo alguna parte de las penas que le esperaban en el otro por sus pecados. A este fin pedia otras veces al Señor le aumentase sus males y trabajos, con tal que tambien le prodigase el correspondiente aumento de resignacion y paciencia.

El acto singularísimo de su magnánima caridad con el prójimo, intercediendo por su injusto delator, segun dejamos referido, es una prueba demostrativa de cuán alto rayaba nuestro jesuita en la ardua escala de aquella virtud cristiana. Y si hasta á sus enemigos amaba, dicho se está cuán ardiente sería su caridad con todos los demas, y cuán encendido su celo por el bien de las almas. No contando las muchas misiones que hizo en España, aun cuando no le tocaban por turno ni obligacion, consiguió de los superiores, ántes de los cincuenta años de su edad, retirarse de la luz y celebridad pública del magisterio y principales púlpitos, á la oscura fatiga de traductor espiritual, creyendo así ser mas útil al prójimo que leyendo teología y predicando con aplauso á algunos centenares de fieles. Este impulso le hizo pasar á residir primero en Salamanca, y luego en Villagarcía de Campos, con la sola obligacion del confesonario; y como

este le dejaba libre la mayor parte del día, se dedicó con ahinco á la vasta y laboriosa traducción del *Año cristiano*.

Por otra parte, su viva compasión con los pobres, cuya sola presencia, y aun la mera noticia de sus infortunios, le enternecía profundamente, jamás estaba ociosa mientras podía socorrerlos con su caudal, ó implorando ingeniosamente la caridad de sus amigos y conocidos. Como su pluma hizo brotar un manantial de recursos para remediar la indigencia del caballero que le pidió la traducción del *Gil Blas*, así también le sirvió repetidas veces para empeñar toda su elocuencia y eficacia con amigos poderosos en favor de otros desgraciados. En todas las ciudades y villas de España y de Italia donde residió, dejó larga memoria de su cariñosa y cristiana filantropía. Y su virtud no solo miraba como un deber el amplio socorro de los menesterosos, sino también la pronta defensa de los calumniados. Dicho dejamos ya que no anduvo tibio ni remiso en defender á sus compañeros de hábito; pero ahora debemos añadir que con igual vigor y arrojo hizo frente á cierto abogado romano, en una docta respuesta apologética de las religiones de los siervos de María ó padres servitas, y de los hospitalarios de San Juan de Dios, acriminados en una *Historia* que de las mismas publicó dicho letrado.

Al paso que elocuente por la caridad, por ella sabía también enmudecer. Nunca se le oyó una palabra contra los que le ocasionaron algun sentimiento ó pesadumbre, ni aun contra los que abiertamente le persiguieron; antes bien, cuando en su presencia se hablaba de tales personas, bien fuese por casualidad, bien fuese por artificio de los que querían observar y poner á prueba su carácter, era más artificioso su ingenio, no solo en hallar excusas á la intención de sus contrarios, sino en hacer recaer la conversacion sobre las buenas prendas que les adornaban. Esta larga observacion y experiencia hizo formar á los que le trataron el general concepto de que su lengua era de las más limpias, y su ánimo de los más nobles y cristianos. Con efecto, su lengua y su ánimo iban tan conformes, que en materia de injurias recibidas parecía desmemoriado, y aun siendo recientes, el más franco, el más fácil, el más sincero en perdonarlas.

Sin embargo de todo, no fueron pocos los que conocieron de cerca al PADRE ISLA, ni escasean los que solo le conocen por sus escritos, que creyeron ó creen descubrir en él un natural satírico, acre, malignante y propenso á ensangrentarse contra sus adversarios. Pero este descubrimiento es una ilusión: examinado detenidamente y á fondo el carácter de nuestro autor, se ve jovialidad y gracejo, propension á la sátira festiva, pero inofensiva, y sacudiendo siempre su penca contra la ignorancia orgullosa, ó contra la ridiculez atrevida; mas nada de mala intención, nada de propósitos malignos, nada que se traslimente hasta el sagrado de la vida doméstica ó de la conciencia privada. Censor festivamente severísimo, juez delicadamente imparcial, ejecutor amenamente inexorable; pero todo esto en el campo literario, y nada más.

Con los progresos de su edad parecían progresar también sus purísimas costumbres y su sincera devoción. Empleaba constantemente el día en celebrar el santo sacrificio, dedicar un largo rato á lecturas ascéticas, otro rato de oración mental por mañana y tarde, y escribir, mientras la vista y la mano le dejaron entregarse á este, para él, delicioso ejercicio. Pero aun cuando el quebrantamiento de su salud le vedase esta diversion, no consiguió jamás privarle de sus prácticas religiosas, que eran el bálsamo más consolador de su espíritu. Casi arrastrando los pies, y apenas manteniendo el equilibrio necesario, pasaba de su cuarto al oratorio doméstico, y decía misa con señales tan visibles de fervor como del trabajo y fatiga material que le costaba aquella augusta celebracion. Cuando los vahidos eran demasiado continuos y le molestaba la frecuencia de los temblores, se limitaba á oír misa en el oratorio; mas no satisfacía su devoción, iba entonces, apoyándose con una mano en su baston, y con otra en el brazo de un criado que á este fin le había destinado el conde Tedeschi, á oír otra misa en la iglesia vecina del real colegio español de San Clemente (1). Tenia después particular complacencia

(1) Ya sabrá el lector que la inmensa reputacion científica y literaria, de que gozó en algun tiempo Bolonia, hizo que varias naciones estableciesen en aquella ciudad colegios propios. El español era el más antiguo: fundólo hácia la mitad del siglo xiv el célebre cardenal de Albornoz, elevado á esta dignidad eclesiástica por el papa Clemente VI. De dicho colegio salieron no pocos españoles insignes en erudicion y sabiduria, como Nebrija, Sepúlveda, Antonio Agustin, y otros.

en visitar á aquella noble y escogida juventud, gozándose en ver su prudente conducta, sus talentos y aplicacion á los estudios, y entreteniéndose en fomentar tan bellas disposiciones con afectuosos consejos y pláticasanálogas á sus circunstancias. Eran recibidas y correspondidas sus visitas, por aquellos señores colegiales, con un aprecio y estimacion igual al gusto que él mismo tenia en hacerlas. A varios de ellos menciona elogiándolos en sus cartas, y sobre todo á Don Jacinto de Miranda, asturiano, de quien avisó en su carta de 27 de febrero de 1779, que habia sido nombrado chantre, dignidad de la catedral de Oviedo. Este virtuoso eclesiástico, que en el establecimiento español de Bolonia era conocido con el sobrenombre de *el colegial santo*, habiendo sido por otra parte el mejor amigo, el mas asiduo consolador y el mayor confidente del PADRE ISLA, falleció en Madrid á lo mejor de su edad (febrero de 1797). El sucesor de Miranda en su beca y cuarto fué Don Lorenzo Fernandez Cueto, asturiano tambien y amigo íntimo del PADRE ISLA, quien habla con frecuencia de él en sus cartas de Bolonia.

Fuera de estos útiles esparecimientos con personas estudiosas y de intachable moralidad, no tuvo ni quiso nuestro buen anciano otro suplemento á su imposibilidad de seguir escribiendo. Desde que hubo de renunciar al ejercicio de la pluma, redobló su fervor religioso, empleando el dia casi entero en prácticas de devocion, entre las cuales merecen citarse las tres visitas diarias que hacia en sus últimos años á Jesus sacramentado, visitas que, entre ir y venir de la iglesia, eran seis increíbles esfuerzos de su desconcertada máquina corporal. En sus prácticas piadosas ocupaba tambien un lugar preferente la Madre del Hijo divino, á la cual profesó siempre singular devocion, interesándose vivamente en sus glorias, y promoviendo su culto con la mas celosa eficacia. Las pláticas domésticas que siendo jesuita hizo á la comunidad, segun costumbre de la religion, en las vísperas de las principales solemnidades de María Santísima, excedieron en solidez, en fuerza y mocion de afectos hácia la gran Reina, á todos sus sermones y discursos oratorios. El no hallarse estampadas con estos, da motivo á creer que, ó se traspapelaron, ó, lo que parece mas verosímil, que las escribió en solos apuntamientos, desechando la invariable severidad de lo una vez trazado por la pluma, para dar mas libertad y desahogo á las expansiones del corazon. Fué tambien efecto de su celo y vigilancia en promover todas las prerogativas y excelencias de la Virgen Santísima, la primera diligencia que practicó ántes de emprender la traduccion del *Año cristiano*. No dudaba de que su autor fuese tan sólido y piadoso tratando de los misterios de Nuestra Señora, como lo era en todos los demas asuntos de su obra; pero quiso de antemano cerciorarse de si, por temor á los *espíritus fuertes* de su nacion, habia tal vez omitido alguna circunstancia, el menor artículo, la menor observacion sobre cada misterio. Léjos de esto, despues de haberlo menudamente examinado, concluyó rindiendo al Padre Croiset el tributo de justicia que puede verse en la carta xviii de la segunda parte.

Aunque toda la vida, y singularmente en sus mas apurados trances y amargas vicisitudes, tuvo siempre presentes para norma de su conducta las máximas y preceptos del cristianismo, recordándolas á menudo hasta en su correspondencia epistolar con parientes y amigos, esta memoria se fué haciendo mas viva y notable en el discurso de sus últimos años. Empleábalos, segun hemos visto, en una mas inmediata preparacion para la muerte, repitiendo el anuncio de su proximidad en casi todas las cartas á su hermana, sin duda para disponerla á recibir tan infausta nueva, y con su cercana prevision templar en lo que fuese dable la vehemencia del dolor que habia de traspasar su corazon. Al mismo fin la previno que ya tenia extendido su testamento, y procuró endulzarla este amargo anuncio con su natural discrecion y gracejo, testimonios inequívocos de su tranquilidad de conciencia, en los términos que pueden verse en su carta de 28 de octubre de 1778.

La hermana del PADRE ISLA fué realmente siempre su solícita y amorosa Carixena. Ella cuidó constantemente de que no le faltase la debida asistencia, así en España como en Italia; y ella fué quien, tierna y solícita, cuidó tambien á los *hijos* del testador, sacándolos del oscuro rincón donde los dejó su padre, y dándolos a la luz pública para gloria de España y deleite de los aficionados á las bellas letras. Este entrañable amor era justamente correspondido; y difícil seria decidir quién venció en aquella generosa lucha de cariño. Respirando inmenso todas las

cartas del PADRE ISLA, segun puede verse leyendo cualquiera de ellas, y sobre todas la de 12 de marzo de 1780, en la cual casi nos atrevemos á decir que la exageracion es inferior á la realidad del amor que protesta.

Segun iba declinando la salud del PADRE ISLA, y avanzando á grandes pasos su quebranto desde el año 1776, no prometia su vida los otros cinco que todavia contó de duracion. En el de 1779 se hizo mas visible su decadencia, y mas desenfrenada la repeticion de sus accidentes. El dia 11 de abril de dicho año, estando rezando el rosario con su criado, cayó de repente desmayado en sus brazos. Conducido desde luego á la cama, se le excitó de allí á poco, con calentura, un vómito tan furioso, que por espacio de mas de cuarenta horas le fué repitiendo casi de tres en tres, y debilitándole extraordinariamente. Pidió con instancias el viático, y lo recibió, no solo con grandísimo consuelo suyo, sino tambien con notable alivio corporal, cesando poco despues la calentura, y recobrando algunas fuerzas; pero, como sobre todo pensaba en mantener y aumentar las del alma, sintiendo al cabo de tres ó cuatro dias alguna novedad, pidió tambien y se le administró la extrema-uncion. Despues de esta volvió á experimentar nueva mejoría, aunque quedándole lisiados de la parálisis, é impedida la mano, el muslo y el pié izquierdo: impedimento que no tardó mucho en extenderse á todo el costado. Esta fué la situacion en que mas gloriosamente triunfó aquella su invicta paciencia de que ya hemos dado noticia, y que, conforme adquiria mayor materia de ejercicio, se iba convirtiendo en mayor gozo de su espíritu y en hacimiento de gracias que frecuentemente tributaba á Dios por aquel beneficio.

A estos afectos sucedian otros, en que se exhalaba con la misma frecuencia, ya de firmísima esperanza en la misericordia de Dios, ya de temor filial de su justicia, ya de contricion, de amor y deseos de gozarle eternamente en la region de los santos. No solo se explicaban así su corazon y su lengua, prorumpiendo en las jaculatorias mas enérgicas, sino que el mismo impulso seguia su mano, trasladando al papel el corazon y la lengua; y aun cuando no pudo gobernar la pluma en la última carta que once dias ántes de su muerte escribió á su hermana, la advirtió que hasta entónces, ni para la misma, ni para sí propio, habia pedido á Dios la salud del cuerpo, sino mucha paciencia para merecer con las aflicciones de su máquina. Muy poco despues le descargó la dolencia el golpe decisivo, pero sin turbarle un momento el uso de la razon y de sus sentidos, ni el de los actos fervorosos en que se empleaba. Todos sus talentos, su sabiduría, su religion y piedad se juntaron en aquella ocasion suprema mas estrechamente que nunca para santificar tan preciosos instantes. Recibió todos los santos sacramentos con admirable paz y tranquilidad, con tan suave y patética devocion, que la infundió muy tierna á los circunstantes; y con la misma entregó el alma al Criador el dia 2 de noviembre de 1781, entre tres y cuatro de la mañana, á la edad de setenta y ocho años, seis meses y ocho dias.

Uno de los primeros cuidados de la señora condesa Tedeschi, en cuya casa murió, fué conservar la mas viva imágen del difunto, y con ella un continuo recuerdo de la benevolencia, estimacion y amistad que mutuamente se profesaron. Mandó á este fin que se le modelase la cara en yeso, luego que lo permitió la frialdad del cadáver, con el objeto de formar despues su busto, y dió las convenientes disposiciones para su entierro y honras, que se le hicieron con la debida decencia el dia 4 del mismo mes. Sus antiguos hermanos, todos cuantos no se hallaban absolutamente impedidos, asistieron á celebrar misas toda la mañana, y al fin de ella el oficio de difuntos en la parroquia de Santa María de la Muratele, donde se le dió sepultura.

El PADRE ISLA era de estatura pequeña, pero bien proporcionada; algo rehecho desde su edad media, ni grueso, ni flaco; gesto grave y mesurado, color encendido, ojos vivos y brillantes. Hasta los sesenta y cinco años, época en que sintió los primeros amagos apopléticos, su lengua era ágil y graciosa, como la fantasia cuyos felices arranques interpretaba. Su conversacion era amenísima, é ibaazonada siempre con cuentecitos, agudezas, antítesis y alusiones escogidas y eruditas; y esta amenidad envidiable era constante, igual como su carácter, sin sombra de afectacion y sin tacha de verbosidad. Si hubiese sido doble recoger todos los dichos graciosos, las prontas agudezas y los saladissimos epigramas con que salpicaba abundantemente todos sus

coloquios, tendríamos hoy una voluminosa Floresta ó coleccion, incomparablemente superior á la de los mas ingeniosos y fecundos decidores.

La muerte de ISLA fué universalmente sentida en Italia, en España, y tambien en el resto de Europa; los periódicos políticos y literarios la anunciaron con sincero luto, acompañado de merecidos elogios del finado, habiéndose distinguido en esta penosa tarea el señor de Murr, diarista de Viena ya citado, en el tomo x de su coleccion; y los ex-jesuitas españoles recibian de todos los amantes de las letras el pésame por la pérdida del docto escritor. Bien hubieran querido los compañeros en religion del PADRE ISLA hacer las solemnes demostraciones que requeria aquella santa defuncion, y levantar quizas un espléndido monumento que perpetuase la memoria de los talentos y de las virtudes del esclarecido jesuita español; pero ni las circunstancias, ni sus posibles les permitieron ver cumplidos sus deseos. Uno de ellos se encargó de hacer lo único que, sin necesidad de caudales, pueden hacer siempre la amistad y el talento; y fué ilustrar el sepulcro del PADRE ISLA con el siguiente epitafio latino, modelo en el estilo lapidario, y en el cual reconocerán los inteligentes todo el sabor del siglo de oro de la lengua del Lacio. Hélo aquí, con la traduccion en romance :

D. O. M.

JOSEPHO. FRANCISCO. ISLA.

NATIONE. HISPANO. GENERE. NOBILI.

VIRO.

INGENII.

LEPIDI. FOECUNDI. PERPOLITI.

ELEGANTI. VARIETATE. AMOENISSIMI.

MENTIS.

AMPLAE. SUBLIMIS. APERTAE.

AD. OMNES. SCIENTIAS. NATURA. COMPARATAE.

IN. OMNIBUS. FERE. EXCULTAE.

JUDICII.

AD. CRITICES. REGULAS. PLANE. COMPOSITI.

RHETORI. URBANISSIMO.

SACRAE. ELOQUENTIAE. VINDICI. FESTIVISSIMO

MIRIS. UBIQUE. LAUDIBUS. CELEBRATO.

QUEM.

NUMQUAM. MOROSUS. FASTIDIVIT. AUDITOR.

NUMQUAM. FASTIDIET. LECTOR.

IN. PATRIA. ORATORIA. TULLIUM.

IN. HISTORIA. LIVIUM.

IN. LYRICIS. AC. LUDICRIS. HORATIUM.

DIXERIS.

QUI.

NATUS. VILLAVIDANAE. IN. LEGIONENSI. REGNO.

DIE. XXIV. APRILIS. ANN. DOM. M.DCC.III.

EXIMIA. PECTORIS. INGENUITATE.

AC. INCUPTATA. MORUM. PROBITATE.

INTIMIS. CARUS.

EXTERIS. PROBATISSIMUS.

EXUL. EXJESUITA.

RERUM. HUMANARUM. FLUCTIBUS. DIRE. VEXATUS.

SED. INFRACTUS. ANIMO.

PIE. OBIT.

BONONIAE. DIE. II. NOVEMBRIS.

ANN. DOM. M.DCC.LXXXI.

AMICI. MOERENTES.

P.

D. O. M.

A JOSEF FRANCISCO DE ISLA,

DE NACION ESPAÑOL, DE LINAJE NOBLE,

VARON

DE INGENIO

GRACIOSO, FECUNDO, CULTÍSIMO,

AMENÍSIMO POR SU ELEGANTE VARIEDAD;

DE ENTENDIMIENTO

AMPLIO, SUBLIME, DESPEJADO,

DISPUERTO POR NATURALEZA Á TODAS LAS CIENCIAS;

EN CASI TODAS ELLAS INSTRUIDO:

DE JUICIO

AJUSTADO Á LAS REGLAS DE LA CRÍTICA,

RETÓRICO URBANÍSIMO,

EL MAS FESTIVO DEFENSOR DE LA ELOCUCION SAGRADA,

CELEBRADO EN TODAS PARTES CON LOS MAYORES ELOGIOS:

DE QUIEN

NUNCA SE CANSÓ EL QUE LE OIA,

NUNCA SE CANSARÁ EL QUE LE LEA:

QUIEN PUEDE DECIRSE

QUE FUÉ EN LA ORATORIA PATRIA UN TULIO,

EN LA HISTORIA UN LIVIO,

EN LA POESÍA LÍRICA Y JOCOSA UN HORACIO:

QUIEN,

NACIDO EN TIERRA DE VALDERAS, DEL REINO DE LEON,

Á 24 DE ABRIL DE 1705,

POR SU EXIMIA INGENUIDAD DE CORAZON,

POR LA IRREPENSIBLE BONDAD DE COSTUMBRES,

FUÉ AMADO DE SUS FAMILIARES,

APRECIADÍSIMO DE LOS EXTRAÑOS,

CRUELMENTE MALTRATADO POR LAS VICISITUDES HUMANAS;

MAS DE ÁNIMO ESFORZADO É INVICTO,

EX-JESUITA DESTERRADO,

PIAMENTE FALLECIÓ EN BOLONIA

Á 2 DE NOVIEMBRE DE 1781

CON DOLOR DE SUS AMIGOS.

P.

Allá, pues, al pié del Apenino, léjos de su patria, como las de otros varios españoles célebres, reposan las cenizas de nuestro simpático escritor. Bella es Bolonia, privilegiado su suelo, deliciosa y perfumada su campiña, ilustre su historia; y casi, casi estamos por bendecir la fortuna de que al ménos descansen ISLA junto á las galerías donde brilla la obra maestra de Rafael,

en el mismo recinto que vió nacer á los Carracis, á Guido y al Domenequino, gloria de las artes, á Benedicto XIV, honor de la tiara, y á Galvani, ornamento de las ciencias. Duélenos, empero, la distancia que nos separa de los inanimados restos del festivo escritor, y preferiríamos que, junto con los de Moratin y de otros españoles insignes, á quienes el hado adverso hizo que muriesen en el ostracismo ó en extranjera tierra, ocupasen sus respectivas urnas en un *panteon nacional*, que fuese á un tiempo venerable galeria fúnebre de nuestras celebridades en todos ramos, y templo augusto en cuyo ambiente de gloria encontrarían inspiraciones de virtud y de esfuerzo nuestros jóvenes, recuerdos de noble orgullo los españoles todos, y motivos de admiracion y respeto los extranjeros que visitan nuestra metrópoli.

OBRAS DEL PADRE ISLA.

Ya hemos dejado entrever desde el principio, que ISLA no es en rigor lo que se llama un escritor *clásico*. Con efecto, su lenguaje no siempre es terso y correcto; nótanse en sus frases algunos galicismos, falta que él mismo condena en los demas, y deslíz que rara vez se escapa de cometer el escritor que está familiarizado con la literatura francesa: en sus cláusulas advertimos harto á menudo faltas de relacion, construcciones demasiado latinas, imperfecciones de sentido, y escasisima armonía; su modo de escribir peca frecuentemente por pesado, á causa, en gran parte, de las digresiones, no siempre oportunas, á que le arrastra su mucha erudicion; y con bastante fundamento se ha achacado á su estilo una marcada y constante tendencia á degenerar en familiar, y alguna que otra vez hasta en vulgar: en una palabra, el gusto de nuestro autor no era de los mas acendrados. Pero ISLA fué un escritor de mucho ingenio, de copiosa erudicion, de festiva pluma, laborioso por demas, y sobre todo, un escritor útil y de sano juicio. Si no regeneró completamente la oratoria sagrada en España, puso de su parte cuanto le era dado para conseguirlo. Su *Fray Gerundio* vino á ser respecto del púlpito, lo que *Don Quijote* respecto de los libros de caballería; y si no estuvo de mucho tan feliz y certero como el incomparable Cervántes (á quien se propuso imitar), al ménos inició la reforma, poniendo de manifiesto el daño.

Educado ISLA en la atmósfera de los resabios del culteranismo, domada su imaginacion por la severidad inflexible de las prácticas de la órden religiosa en que tan jóven se alistó, y sin prosadores ni poetas contemporaneos á quienes emular, no era fácil que diese rienda suelta á sus inspiraciones, ni que osase erigirse en dictador literario, aun cuando se hubiese sentido con brios para desempeñar tan envidiable papel. El PADRE ISLA reflejó su época: no hizo, ni tal vez pudo hacer, mas. Tal cual alarde que se permitió en sus primeras armas literarias, hubo de costarle caro; y la polémica acre, y la persecucion y el anatema, no son en verdad incentivos (mucho ménos en España, y á mediados del siglo xviii) para que el genio se deje llevar de su espontaneidad.

De ahí quizás el que nuestro escritor se decidiese á ejercitar su originalidad en composiciones ligeras y de interes puramente actual, y sobre todo, que se resignase á consumir gran parte de su actividad mental en meras traducciones. ISLA, con efecto, no fué un gran productor, pero importó á España buenas producciones extranjeras.

Véase pues cómo, al paso que juzgamos con indulgente blandura al ilustre jesuita, tampoco hemos desconocido sus defectos como escritor; ni nos cegará la pasion en el rápido juicio crítico que vamos á hacer de sus obras originales y de sus traducciones. Pero el siglo xviii debia tener sus representantes literarios en una BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES que abraza desde la formacion del romance castellano hasta nuestros dias; y en tal concepto hemos creído que el PADRE ISLA era uno de los prosadores naturalmente indicados. Algunas de sus obras (y tambien

sus principales traducciones) son, por otra parte, muy conocidas y hasta populares; y por tanto, hubiera sido deseuído imperdonable, ó quizás verdadera falta, el no consignarlas en esta *Coleccion*, ya que no todas como modelos, como monumentos históricos de apreciable recuerdo y provechosa enseñanza.

OBRAS ORIGINALES.

La Juventud triunfante.—Esta obra es una descripción en prosa y verso de las espléndidas fiestas que celebró el colegio de jesuitas de Salamanca, en julio de 1727, con motivo de la canonización de San Luis Gonzaga, religioso estudiante de la compañía de Jesús, y San Estanislao de Kostka, novicio de la misma Compañía: ambos de raza de príncipes, ambos jóvenes, y tanto, que no se veneran en los altares santos confesores de mas tierna edad. Tan fausto suceso fué solemnizado en la primera parte de la fiesta, que duró cinco dias, empezándose el 6 de julio. Y otro motivo de regocijo, que dió lugar á la segunda parte, que duró seis dias, fué el haber el papa Benedicto XIII declarado á San Luis Gonzaga protector de las escuelas de los jesuitas. Tratábase de santos jóvenes (el primero de diez y siete, y el otro de veinte y tres años), y de unas fiestas á cuyos gastos contribuyeron en mucho, y en las cuales tomaron gran parte, los jóvenes estudiantes; y de ahí sin duda el título de *La Juventud triunfante* que se puso á la relacion, mandada escribir por el entónces intendente general de Castilla y corregidor de Salamanca, Don Rodrigo Caballero y Llanes, quien dispuso la impresion, y dedicó la obra al príncipe de Astúrias Don Fernando, que luego fué el monarca sexto de este nombre. El corregidor encargó la redaccion de la crónica de aquellas ruidosas fiestas al Padre Luis de Losada, y este tomó por colaborador á su pariente y colega de habito el joven ISLA, á la sazón estudiante de teología en aquel colegio de Salamanca.

La obra está escrita casi en el mismo estilo que el *Dia grande de Navarra*; y ciertamente no la encontramos digna de los encomios que mereció en su tiempo, y que se la han prodigado aun en épocas posteriores. Los versos, ó llámense letrillas, villancicos, canciones, sonetos, etc., de que está entreverada á cada paso la relacion de los festejos, son tan prosáicos como casi todos los que compuso el PADRE ISLA. Este es autor de la segunda parte de *La Juventud triunfante*, y suyos son tambien varios trozos de la primera.

El libro se imprimió por primera vez en Salamanca el mismo año de 1727, sin nombre de autor, pues en la portada solo se puso *obra escrita por un ingenio de Salamanca*. El año 1750 se reimprimió en Valencia, en 4.º español, de 430 páginas; y en 1787 se publicó en 8.º, y llevando ya el nombre del PADRE ISLA, una *Descripción de la máscara ó mojiganga que hicieron los jóvenes teólogos en Salamanca con motivo de la canonización de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka*.

Cartas de Juan de la Encina.—Don José de Carmona y Martínez, natural de Segovia, cursó la cirugía en Alcalá de Henáres, y concluidos sus estudios, fué cirujano titular de su ciudad natal. Ejerciendo su profesion, sucedió que á una hija del regidor perpetuo de Segovia se le ulceraron unos sabañones, y habiéndoles aplicado el aceite de nieve (nieve y aceite bien batidos), sufrieron una retropulsion peligrosa. Llamóse junta de profesores, en la cual parece que hubo algun escándalo, y fué tratado con un tanto de descortesía el licenciado Carmona, quien para vindicarse publicó el *Método racional y gobierno quirúrgico para conocer y curar las enfermedades externas complicadas con el morbo mas cruel* (los sabañones): Madrid, 1752. Esta obra consta de doce capítulos, y, médicamente considerada, no ofrece gran interes, resaltando solo en ella los consejos que da el autor sobre los riesgos que trae el uso de los repercusivos en la curacion de los sabañones.—Por entónces se hallaba de lector de filosofía en el colegio de jesuitas de Segovia el PADRE ISLA, quien habia intervenido en las reyertas de la consulta médica, y puesto en paz á los médicos y cirujanos que asistieron. En mal hora le ocurrió á Carmona romper el armisticio, puesto que tal ocurrencia le costó tres epistolas crueles, en las cuales, olvidándose quizás el PADRE ISLA de la caridad cristiana, justificó plenamente el significativo pseu-

dónimo de *Juan de la Encina*, que suscribe las cartas, y convirtió su celda ó su pupitre y pluma en un verdadero *Fresnal del Palo*, nombre inventado para designar el lugar de la feclia. Veinte y cinco años despues le duraba todavía á nuestro jesuita la ojeriza contra el cirujano de Segovia, segun se infiere del modo con que habla de él y de su *Método* en el número 4 del capitulo primero del libro tercero (véase la página 159) del *Fray Gerundio*.

Se han hecho varias ediciones de estas *Cartas*. Nosotros tenemos noticia de cuatro hechas en Madrid, y de tres reimpressiones hechas en Barcelona.

Dia grande de Navarra.—Esta fué la primera obrilla que se dió á luz con el verdadero nombre y apellido de nuestro escritor, y se reduce á una descripcion de las fiestas reales celebradas el año 1746 en Pamplona, con motivo del advenimiento de Fernando VI al trono de España. Corrió primero como verdadero elogio sin sospecha de malicia; fué despues denunciada como sátira; hiciéronse cargos al autor; este se defendió de modo que al parecer no tenia réplica, alegando la aprobacion dada á su papel por la diputacion del reino de Navarra; y esta misma confirmó de nuevo su dictámen y licencia, escribiendo al Provincial una carta de recomendacion en favor del PADRE ISLA, y de enhorabuena á la Orden por contar entre sus individuos á tan excelente sugeto y aventajado escritor.

Entre el *Triunfo del amor y de la lealtad*, ó *Dia grande de Navarra*, escrito en 1746, y la *Juventud triunfante*, compuesta en 1727, encontramos nosotros mas de un punto de semejanza. Hay sin embargo una diferencia singular, y es que ISLA vió las fiestas de Salamanca, pero no vió las de Pamplona, en cuyo colegio estaba de maestro de teología, pero de donde se hallaba temporalmente ausente cuando las fiestas: estas se celebraron el 21 de agosto, y el PADRE ISLA no regresó á Pamplona hasta el 28. Así lo declara él mismo en carta particular á un amigo, á quien dijo entre otras cosas: « Cuente usted en este número (de las impertinencias, llamadas » ocupaciones) una que me tenia prevenida para mi regreso la Diputacion de este reino, em- » peñada en que he de referir lo que no vi, abultar lo que no se divisó, y en suma, en que he » de ser criador, haciendo una cosa de la nada, é ideando una copia de un original imaginario. » Así saldrá ello, como el tiempo lo dirá; pero mientras tanto resérvelo usted para sí solo. »— Con efecto, así salió ello. A los pocos dias de publicado el *Dia grande* cayó el público en la cuenta, y el PADRE ISLA hubo de sufrir todas las consecuencias de las chanzas empleadas fuera de su sazón y lugar. Hablillas y calumnias sin cuento, anónimos y folletos mil, amasaron alrededor del picaresco, si bien pacifico, cronista una nube cargada de tormentas y peligros. Entre los folletos se dió á luz en Valencia uno titulado *Colirio para los cortos de vista, diversion para los discretos, y explicacion del cajon de sastre de la Isla transformada para los tontos*, que, entre lo mucho malo que corre impreso, es de lo mas tonto é insulso que hemos leído. No eran estas necias invectivas las que mas cuidado le daban al PADRE ISLA, quien acudió á conjurar la tormenta haciendo publicar algunas cartas laudatorias y los documentos fehacientes de la diputacion de Navarra; mas con esto y todo no consiguió desarraigar la general creencia de que el escrito tenia, cuando ménos, un doble significado.

Es, con efecto, imposible leer este opúsculo, y no participar de la opinion de los que lo calificaron de finísima ironía, cuando no de extremada hipérbole. Nosotros, demasiado distantes ya de aquella época para fallar con entero conocimiento de causa, nos atrevemos á creer piadosamente que el PADRE ISLA, llevado de su invencible tendencia á lo festivo y satírico, se propuso ridiculizar la pomposa exageracion con que solian (y suelen todavía) escribirse los relatos de las fiestas y solemnidades públicas; y de paso cargó un tanto la mano á los navarros, y sobre todo á algunos diputados por Navarra, cuyo carácter y circunstancias se prestarían sin duda á la benévola é inofensiva sátira. Por lo demas, el Virey, el Gobernador de la plaza, el Cabildo eclesiástico, el Provisor y Vicario general, cuantos intervinieron en los festejos de la proclamacion, todos son tratados con equívoca ironía, y de todos se habla con lisonja tan extremada, que bien hubieron todos ellos de tener la mas robusta fe en la bondad y candidez del PADRE ISLA para no darse desde luego por ridiculizados.— Sin embargo de todo, el autor, como es natural, insistió siempre en que no tuvo intencion de hacer rechifla ni mofa de nadie; y treinta y cinco

años despues (en 1781) todavía daba los mismos descargos, segun puede verse en la carta que desde Bolonia escribió al Señor de Murr, que es la última de la segunda parte de las *Cartas familiares*.

Agotada en pocas semanas la primera copiosa edicion en 4.º del *Dia grande de Navarra*, y una reimpression hecha casi al mismo tiempo en Zaragoza, con la carta de Don Leopoldo Jerónimo de Puig por apéndice, se imprimió y despachó segunda edicion en el mismo tamaño, á fines del mismo año 1746, aumentada con la referida carta de los Señores Diputados, la del Señor de Puig, y otra del autor sobre el mismo asunto. Tambien existe, igual á la segunda, una tercera edicion en 8.º, hecha en Madrid el año 1795, con el retrato del autor. En 1804 se hizo en Madrid y en el mismo tamaño una cuarta edicion, igual á la tercera, y sospechamos que aun ha habido otras reimpressiones posteriores.

Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas.—Es la historia de un DON QUIJOTE del púlpito. Es, por consiguiente, una historia ficticia, una novela. Juzgada bajo este punto de vista, en su invencion, unidad de plan, enredo, episodios, desenlace, caracteres, etc., adolece de bastantes defectos, y dista mucho de poder ser comparada con la obra de Cervántes, que fué el tipo que ambicionó imitar, y harto puerilmente en muchas cosas, el PADRE ISLA. Pero ¿qué dificultad hay en considerar esa *Historia* mas bien como un curso crítico de oratoria sagrada, amenizado con las formas de la novela? En este concepto ya es infinitamente mas aceptable la obra, y desaparecen muchos de sus lunares. Aun estos deben ser perdonados cuando se atiende al fin moral de la composicion, y sobre todo cuando los resultados acreditaron desde luego su eficacia. El quijotismo en el púlpito recibió la mas fiera estocada.

Al aprestarse para darla, bien debió conocer ISLA los peligros que arrostraba. Así es que en carta del 7 de marzo de 1753 escribia á su cuñado: «Sin embargo, allá verás que no me dedico » tan total y únicamente á ser copiante, que no reparta el tiempo en otra tarea original (ya muy » adelantada), cuyo despacho es seguro, cuyas ediciones serán repetidas, cuya traduccion en otras » lenguas será muy verisímil, pero cuyo ruido y alboroto de los interesados (que son innumera- » bles) eternizará mi nombre, mi paciencia y mi desprecio, que es grande siempre que se interesa » la utilidad universal.» Cumpliéronse puntualmente estos vaticinios: la impresion de los mil quinientos ejemplares del primer tomo del *Gerundio* (que salió en Madrid á últimos de febrero de 1758) se vendió en tres dias; las ediciones de esta obra fuéron repetidas en el siglo pasado, y lo han sido y son en el presente; fué traducida al alemán, al inglés y al italiano; el ruido y alboroto de los interesados fué espantoso; el nombre de ISLA ha quedado inmortal, y su paciencia estuvo sujeta á las mas duras pruebas. La profecía quedó realizada en todas sus partes.

El autor procuró pertrecharse, ántes de sacar su obra, con cartas de aprobacion de ilustres personajes y de sabios prelados, y tomó tambien la precaucion de no hacerla aparecer bajo su nombre, sino bajo el de Don Francisco Lobon de Salazar (hermano de un compañero de hábito del PADRE ISLA), cura de Villagarcía, que fué bastante condescendiente para prestarse á esta pequeña superchería. Mas á pesar de todo, el obispo de Palencia se opuso ya á que la obra se imprimiese en su diócesis; y el consejo de la Inquisicion mandó suspender la edicion segunda del primer tomo, que se empezó á tirar á los pocos dias de anunciada y despachada la primera. Despues de algun tiempo, y atendida tambien la encarnizada polémica que se trabó entre los defensores y los impugnadores del *Gerundio*, la Inquisicion prohibió, con edicto de 20 de mayo de 1760, el primer tomo, y en edicto de 1776 el segundo, que se habia impreso sin las licencias necesarias. Igualmente fuéron prohibidos todos los papeles impresos y manuscritos divulgados con motivo de dicha *Historia*, y se mandó bajo pena de excomunion que nadie escribiese en pro ni en contra de ella. En varias cartas familiares del autor, y sobre todo en las ex y siguientes de la primera parte, se encontrarán relatados muchos sucesos y pormenores concernientes á esta famosa *Historia*.

Imprimiöse, segun hemos dicho, el primer tomo en Madrid, año 1758, en casa de Don Gabriel Ramirez, calle de Atocha, frente del convento de Trinitarios calzados: es un volúmen en 4.º, de cerca de 400 páginas. El segundo tomo aparece impreso en *Campazas*, y se dice que

fué impreso en el extranjero : la edicion mas antigua que hemos visto de él lleva la data de 1770, y tiene todas las apariencias de haber sido impreso en España. Posteriormente los dos tomos juntos han sido reimpresos en 1770, 1787, 1804, 1815 y 1846 en Madrid ; en 1820 y 1842 en Barcelona ; y en varias épocas se ha reimpresso tambien el *Gerundio* en Paris, Burdeos, etc. Muchas de las ediciones modernas tienen un tercer tomo, que comprende gran parte de los escritos polémicos á cuya publicacion dió márgen la *Historia de Fray Gerundio*.

Reflexiones cristianas sobre las grandes verdades de la fe, y sobre los principales misterios de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo. Madrid, 1785, imprenta de Ibarra, en 8.º marquilla, de 440 páginas.—Es una serie de meditaciones distribuidas en diez dias. Cada meditacion está dividida en puntos y párrafos, cuya materia versa sobre la muerte, el pecado mortal, el venial, el juicio, el infierno, la eternidad, la perseverancia, la redencion, la coronacion de espinas, la crucifixion, la resurreccion, etc. Es libro bien escrito ; el estilo es cortado y muy propio de los asuntos que se tratan. Abundan los apotegmas y las reflexiones sentenciosas, que tan naturalmente se prestan á la meditacion. En toda la obra se advierte una conviccion tan sincera, y una uncion tan apostólica, que honra sobremanera los piadosos sentimientos del PADRE ISLA.

Sermones.—Imprimiéronse en Madrid el año 1792, por la viuda de Ibarra, y forman seis tomos en 4.º Son en número de ochenta y siete, así morales como panegiricos. Entre ellos hay algunos que podrian calificarse de *gerundianos*, si ya no nos hubiésemos anticipado á manifestar que el PADRE ISLA transigió á las veces con el mal gusto de la época, para hacerse escuchar y no perder enteramente el fruto de la predicacion. Por lo demas, el autor conocia muy á fondo las reglas de la oratoria sagrada ; y á falta de otras pruebas mas decisivas lo acreditarian plenamente los trozos que hemos copiado al relatar su Vida.

El PADRE ISLA tuvo siempre una repugnancia invencible á imprimir sermon alguno de los suyos ; y así es que los conservaba sin corregirlos. Pero aun así y todo, la sola celebridad de su nombre y la aficion general á sus escritos bastaron para que al solo anuncio de la publicacion de sus *Sermones* se reuniesen mas de 400 suscritores, y se hiciese una bella impresion, cuyos ejemplares van siendo ya raros.

Cartas familiares.—Acerca de esta preciosa coleccion, que debemos al buen celo y gusto de la hermana del PADRE ISLA, la critica mas severa no encuentra mas que elogios. Aquí no hay faltas de lenguaje, ni dureza en las cláusulas, ni pesadez en el estilo, ni abusos de erudicion, ni nada, absolutamente nada, que tachar. Aquí el autor está en su propia cuerda, en su elemento mas natural : en el género epistolar el PADRE ISLA es un modelo, y un modelo perfecto. Naturalidad, sencillez, cierta culta negligencia, facilidad en las transiciones, finura inafectada en los pensamientos, erudicion rápida y siempre espontanea, alusiones oportunas, dulzura, gracejo, fluidez... Todo esto, y cuanto mas quieran exigir los preceptistas, todo lo reunen esas inimitables *Cartas*. ¿Se quiere llevar la rigidez hasta profesar que solo pertenecen al género epistolar legítimo ó puro las cartas misivas privadas y familiares, escritas *sin intencion de publicarlas*? Pues tampoco les falta esta circunstancia. Véase, ó si no, lo que decia el autor en respuesta que dió á sus amigos desde Salamanca, á 11 de octubre de 1752 : «He visto el discurso »sobre..... Pero cuidado, que no reputo por ganancias mías la excesiva, ciega y visible pasion »con que ustedes leen mis cartas, el disparatado concepto que esta misma pasion les hace »formar de ellas, y el pensamiento aun mucho mas disparatado *de recogerlas por si el tiempo »puede hacerles la justicia de imprimirlas*. Conozco bien que este no fué mas que un error de la »conversacion, en que la voluntad se levantó con toda ella, sin dejar hacer baza al entendimiento »y al buen juicio de ustedes. Si creyera otra cosa, ya tendria á cuestas un sobresalto de por vida ; »y desde el poyo me despedia de la correspondencia de usted ; porque, en realidad, el que fuese »mi mayor enemigo no me podria hacer mayor mal. ¡ Imprimir unas cartas escritas sin cuidado, »de galope, ninguna de erudicion, las mas familiares, casi todas de confianza, y todas, sin casi, »ligerisimas ! Imprimir unas cartas de estilo alegre, de alusiones festivas, de gracias frescas,

» de dictámenes francos, y de un jesuita ! ; Qué poco saben ustedes el berengenal en que me meterian ! Hora bien, amigo mio ; aunque mis cartas fuesen mas elocuentes que las de Ciceron, mas sentenciosas que las de Séneca, mas eruditas que las de Justo Lipsio, mas sazonadas que las de Voiture, mas discretas que las de Balzac, mas juiciosas que las del cardenal Palavicino, mas graciosas y mas embusteras que las del ilustrísimo Guevara, mas almidonadas que las de Don Antonio de Solis, mas lánguidas y mas afectadas que las de Mayans, mas elegantes que las de San Jerónimo, mas graves que las de San Gregorio el Grande, mas dulces que las de San Bernardo, mas tiernas que las de San Francisco de Sales, mas místicas y mas caseras que las de Santa Teresa, mas duras que las del Padre Nieremberg, y mas espirituales que las del Padre La Colombière : digo que, aunque fueran todo esto y mucho mas, tendria que sentir si las viera de molde. Dejemos este punto, y no hay que pensar en él : solo imaginarlo me estremece ; y si lo considerara posible, habia de dedicarme á aprender el estilo de monja para seguir en adelante mis correspondencias. » Nosotros creemos que aqui habla ISLA con toda sinceridad ; y si alguna duda cupiese en órden á las cartas dirigidas á amigos y otros personajes, ninguna cabe en cuanto á las que escribió á su hermana y cuñado. Nunca pudo el autor pensar que estas cartas de familia vieses la luz pública ; y estas son precisamente las mas deliciosas y bien acabadas en el difícil género que nos ocupa.

La forma epistolar era por otra parte la que mejor se prestaba al carácter y estilo de ISLA para toda suerte de composiciones. Véasele discurrir sobre la reedificacion de Lisboa en su carta de 17 de enero de 1756 ; véasele analizar y hacer el juicio crítico de pastorales, en sus cartas de 27 de febrero de 1765 y 25 de enero de 1778 ; véasele disecar sin piedad la obra del licenciado Carmona, en sus *Cartas de Juan de la Encina* ; véasele salir en defensa de su combatido *Gerundio* en las cuatro famosas *Cartas apologeticas* contra el Padre Marquina y su penitente ; véasele, en fin, salir á la defensa de los servitas y de los hospitalarios de San Juan de Dios, en una *Carta* polémica ; y se conocerá claramente que la forma epistolar era la que mejor cuadraba con el modo de concebir y de expresarse que tenia nuestro autor, y que por lo mismo sus mas apreciables escritos debian tomar y tomaron la forma de *Cartas*.

Las familiares, que hizo publicar la hermana del PADRE ISLA, vieron la luz en 1786, en cuatro tomitos en 8.º ; y en 1789 se imprimieron otros dos tomos en igual tamaño, que comprenden las cartas particulares escritas á varios sugetos. En 1790 — 94 se hizo segunda edicion por la viuda de Ibarra, Madrid.

Obras varias.— Clasificamos bajo esta denominacion algunas composiciones que han corrido bajo el nombre del PADRE ISLA, sin haberlas escrito él, y otras que son realmente suyas y han quedado inéditas.

Entre las primeras ocupa el primer lugar el *Sueño*, que consiste en cincuenta y cuatro malas octavas reales, escritas con motivo de la exaltacion de Carlos III al trono de España. Diéronse á la estampa por Pantaleon Aznar, impresor, carrera de San Jerónimo, Madrid, 1785. — Las *Cartas atrasadas del Parnaso*, escritas á Don José Joaquin de Benegasi y Lujan, folleto que contiene noticias de las fiestas que celebró Madrid con motivo de la entrada de los reyes Don Carlos III y Doña María Amalia de Sajonia, comprenden noventa y dos octavas igualmente detestables que las del *Sueño*. — Bajo el nombre de *Rebusco* de las obras del PADRE ISLA, se imprimió en 1790 un tomo en 8.º, y en 1797 se imprimieron dos, que contienen varias cartas, sátiras, versos y otros papelejos de escasísima importancia y de ningun valor literario, exceptuando las cartas. — Estas obrillas, y otras varias, se escribieron en estilo toscamente imitado del PADRE ISLA, se imprimieron sin rubor, poniendo su nombre al frente, y al amparo de esta superchería se vendieron grandemente, é hicieron su agosto los sofisticadores literarios. La hermana del PADRE ISLA declaró pública y repetidamente que tales escritos no eran obra del ilustre jesuita, declaracion innecesaria para los conocedores *emunctae naris*, pero indispensable para desengaño del vulgo, que malgastaba el dinero creyendo cándidamente que saboreaba opúsculos de su autor favorito, cuando en realidad se le propinaban groseras imitaciones.

En cuanto á las demas obras verdaderamente escritas por ISLA, y no dadas á luz, solo sabe-

mos que entre las que dejó á su salida del reino en 1767, habia varias en verso, y que todas fuéron recogidas y trasportadas á la biblioteca de los reales estudios de San Isidro de esta corte. De aquí, segun las noticias que hemos podido adquirir, pasaron los manuscritos al ministerio de Estado, y en época posterior, á la biblioteca de las Cortes; pero en ninguno de estos depósitos respetables hemos encontrado papel alguno inédito del PADRE ISLA. Los manuscritos que dejó en España este autor deben sin duda haber fenecido victimas de la turbacion de los tiempos, y de esa funesta necesidad de repetidas traslaciones que tantas pérdidas han causado siempre á las letras, á la historia y á las artes. ISLA tenia bastante cariño á estos partos literarios del primer tercio de su vida; y así es que, preguntado por ellos, contestó á su hermana, en carta de 8 de junio de 1780, lo que sigue: «Al Señor conde de Aranda escribí solamente desde Calvi sobre los manuscritos que me habian embargado en España, suplicándole que, si despues de examinados, no se hallase en ellos cosa que ofendiese á la religion ni al Estado, se sirviese su excelencia disponer que aquellos inocentes hijos viniesen á hacer compañía á su pobre y deserrado padre. Respondiíme aquel señor que eso ya no estaba en su mano; pero que estuviese sin cuidado, porque aquellos hijos estaban á cargo de quien haria fuesen tratados como los trataria su mismo padre. Esto fué en suma la respuesta.» Mas á pesar de las seguridades que dió el Señor Conde, la literatura española mira hoy como perdidos aquellos partos de uno de sus mejores ingenios.

Igual suerte cabrá al fin á las obras que compuso en Italia y dejó manuscritas en Bolonia, entre las cuales se contaban completas: *El Espiritu de los magistrados exterminadores* (los que fuéron parlamentarios franceses), *analizado en la demanda del Señor Legoullon presentada al parlamento de Metz*; en 4.º; — *Anatomía de la carta pastoral de un prelado*; cuatro tomos en 4.º marquilla; — *Notas al proyecto ó Historia de Bourg-Fontaines*. Todos estos escritos son fervientes apologías de la religion cristiana.

Una de las obrillas que compuso en Italia fué la ya citada *Carta al señor abogado N. N., autor de las Memorias sobre la historia del primer siglo de los servitas y de los hospitalarios de San Juan de Dios*. El Señor Landrin, á quien hemos tenido ya el gusto de mencionar en la nota de la página xvi, posee el manuscrito original de esta *Carta*, que llena noventa páginas de la letra bastante metida que tenia el PADRE ISLA. A la amable condescendencia de aquel literato somos deudores de haber leído la *Carta* en cuestion, y de poder dar á nuestros lectores una idea de su objeto y tendencias, para lo cual bastará copiar los primeros párrafos. Empieza así el escrito:

«1. Amigo: En la tienda del famoso librero Pallarini se vende un papelucho anónimo con el título de: *Memorias sobre la historia del primer siglo de los siervos de María y de los hospitaleros de San Juan de Dios*. El autor se fuge español, y la edicion se supone hecha en Madrid y estampada en la imprenta real de la *Gaceta*; pero se sabe que le estampó el mismo que le vende en Roma, sin las debidas licencias, á hurtadillas y de contrabando, con aquella libertad y descaro con que suele salir al público la maledicencia cuando se ve protegida y tiene, á su parecer, bien guardadas las espaldas. Sábese tambien que el autor es uno que se llama *abogado romano*, famoso y célebre por haber poco tiempo há defendido muy mal, y perdido muy bien, en la romana curia Camaral, una causa que no podía ganarse ni perderse sin meter mucho ruido. En suma, usted es el autor, y yo sé que hace gran gala de serlo.

»2. Estas sus *Memorias* contienen algunas noticias, no muy exactas, del primer siglo de aquellas dos respetabilísimas religiones, ilustradas con ciertas notas mas curiosas que eruditas, y añade usted un monton de monumentos antiguos, al cual da el nombre de *Apéndice*.

»5. Tres caracteres facultativos explica usted, señor abogado, en esta obra: el de teólogo ó bien sea el de canonista, el de criminalista, y el de historiador. En todos ellos habla como oráculo, con gran franqueza, con términos generales, y sin dar razon alguna. Como canonista ó teólogo, califica de errónea ó de falsa una doctrina, sin dignarse de decirnos qué doctrina sea esta. Como criminalista, declara *rebeldes* á los jesuitas de la Rusia, pero sin determinar la sustancia ni las circunstancias de su rebelion. Como historiador, refiere ciertos hechos que ninguno ha escrito jamas, y niega otros que ninguno jamas ha negado, citando con una in-

» trepidez y con un valor verdaderamente heróico, citando, digo, en prueba de sus *Memorias*, » autores que dicen claramente todo lo contrario de lo que en ellas se refiere. Este modo de » escribir me hizo dudar si habia tomado usted la pluma por amor á la verdad, ó por espíritu » de maledicencia y de calumnia.

» 4. *Algunos escritos* (dice usted al principio de su prefacion) *dirigidos á excusar lo que sucede » en la Rusia, contienen doctrinas erroneas y falsas*. Un hombre honrado y de buena fe declararia cuál era el error ó la falsedad ; pero usted dice *que no quiere perder el tiempo en esto*. » ¿Cómo es esto? ¿Acusa usted á otro de falsa doctrina, y no quiere probar su acusacion por no » perder tiempo? Si la acusacion es verdadera.....»

Para completar esta rápida enumeracion de las obras originales del PADRE ISLA, solo falta mencionar el libro de la *Vida de Ciceron*, en verso didascálico castellano ; las *Notas* que puso á los libros de *Senectute* y *Amicitia* del mismo orador de Roma ; y los varios escritos polémicos y apologéticos que compuso en defensa del padre Maestro Feijoo. Sabido es que este ilustre benedictino empezó á publicar en 1726 su memorable *Teatro crítico universal*, ó *Discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes*, obra de suma importancia y de colosal trascendencia para España en aquellos tiempos. El *Teatro crítico* tuvo tantos impugnadores como treinta años despues habia de tener el *Fray Gerundio* ; el Padre Feijoo se defendia enérgicamente, como andando el tiempo habia de defenderse tambien el PADRE ISLA ; pero no le servia de poco la cooperacion de los inteligentes que le ayudaban á anonadar á sus adversarios. Uno de estos cooperadores celosos y desinteresados fué el PADRE ISLA, quien, jóven entónces, lleno de savia y de vigor, y simpatizando con las buenas doctrinas que sembraba el esforzado Padre Feijoo, esgrimió denodadamente su siempre festiva y temible pluma contra el doctor Don Pedro de Auenza, contra el bachiller Don Diego de Torres, y contra otros varios que osaban impugnar sin razon ni gracia las obras del famoso benedictino. — Pero ; qué mucho que entre Feijoo é ISLA mediase la mas estrecha simpatía, si ambos eran regulares, ambos eruditos, ambos escritores inextinguibles é impávidos, ambos habian de ser perseguidos, ambos eran llamados á ejercer grande influjo y representacion en el siglo XVIII ! Si ; un benedictino y un jesuita son las figuras mas gigantescas que se destacan del cuadro histórico de aquel siglo, concebido por un pensador profundamente crítico : Feijoo en filosofia, é ISLA en literatura.

TRADUCCIONES.

Novena de San Francisco Javier. — Este librito, de cuya impresion no tenemos noticia, solo merece ser citado por haber sido el primer ensayo de traduccion del frances que hizo nuestro autor, hallándose de novicio en Villagarcía de Campos. Tradujo esta novena sin tener á la vista diccionario ni gramática alguna, lo cual supone una comprension muy perspicaz, y debió ser un indicio de la perfeccion con que, andando el tiempo, habia de poseer el idioma de Bossuet y de Bourdaloue.

El Héroe español, historia del emperador Teodosio el Grande. — Obra escrita en frances por el ilustrísimo Flechier, y traducida libremente y con gran acierto por el PADRE ISLA. Entre las noticias que de este dió Don Antonio Capdevila al Señor Murr, se halla la de que *tradujo bien la Historia de Teodosio* ; pero nuestro autor quiso rectificar la especie, y es curioso lo que con este motivo escribió, entre otras cosas, al diarista alemán, en la ya citada carta de octubre de 1781. « Yo no *traduje* bien ni mal la historia del gran Teodosio : *saquela* sí de la que escribió en frances el Señor Flechier, obispo de Nimes. Así se dice en la misma que el Señor Capdevila llama *traduccion*, cuyo titulo es este : *Historia del emperador Teodosio el Grande, sacada de la que escribió en frances*, etc. ; y la razon fué, que, habiéndome divertido en aquella » obrilla solo por complacer á quien no me podia negar, y en edad poco madura, sin que me » pasase por el pensamiento que jamas saliese á luz, me desvié mucho del noble estilo del autor, y en no pocas partes, de sus no ménos nobles pensamientos : de manera que hoy me aver-

»gonzaria de lo que entónces me agradaba. Por estas razones, cuando me avisaron que ya se »estaba imprimiendo, para que la dedicase á quien mejor me pareciese, previne que no se es- »tampara *traducida*, sino *sacada*, pareciéndome que de esta manera no faltaba á la fidelidad, y »por otra parte no pasarían mis desaciertos por descuidos del discretísimo obispo Flechier.»

Dejando á un lado esta pueril insistencia, es lo cierto que la obra está bien traducida, ó, si se quiere, bien *sacada* del original frances. Consta de dos tomos en 8.º, de unas 500 páginas cada uno. El primero va dedicado al ayuntamiento de Valderas, villa cuya antigüedad, grandezas y privilegios se esfuerza en encomiar el PADRE ISLA, quien se reconoce hijo de la misma por cuanto en ella aprendió á hablar, y en la misma pasó sus primeros años, fundándose en que el hombre, como dice San Agustín, no solo es natural de donde nació, sino de donde empezó á ser hombre. *Homines non trahunt originem à solo natalitatis, sed à formatione rationis*. Esta larga dedicatoria está fechada en Segovia el último día del año 1750. La del segundo tomo, fechada en la misma ciudad á los 21 de marzo de 1751, va dirigida al ilustrísimo señor Don Francisco de Perea y Porras, arzobispo de Granada, de quien parece que habia recibido ISLA singulares favores. Es mucho mas corta que la dedicatoria del primer tomo, y en ella es de notar el siguiente párrafo: «Restaba ahora, por cumplir con la costumbre, dar razon de los motivos »que tengo para tomarme la honra de ilustrar esta version con el nombre de usía ilustrisima; »pero solo con advertir que es usía ilustrisima el Señor Perea, y yo jesuita, está satisfecha esta »obligacion.»

La version de que se trata debió imprimirse por primera vez en 1751, y ha sido reimpressa posteriormente varias veces. Nosotros tenemos á la vista una edicion hecha en Madrid, 1785, por Miguel Escribano.

Compendio de la historia de España: obra escrita en frances por el reverendo Padre Duchesne, jesuita, maestro de sus altezas reales los señores infantes de España; traducida, corregida y adicionada por el PADRE ISLA, quien hizo este apreciable trabajo hallándose de lector de teología en Pamplona. Precede á la obra un excelente prólogo, en el cual el traductor informa al público del mérito y de las faltas del *Compendio*, asi como de la precision en que se vió de corregirlo y aumentarlo, y de los justos respetos que no le permitieron insertar sus correcciones y adiciones en el cuerpo de la narracion, sino fuera de ella, en notas críticas, donde lo pedia la materia. Las aclaraciones mas importantes que hizo ISLA versan acerca de los soberanos de Navarra, y del reinado de Fernando é Isabel. La traduccion está bien hecha, y otra de sus recomendaciones es el sumario, en verso, que acompaña á cada época histórica. El *Compendio* del Duchesne consta de dos tomos en 8.º; se hicieron de él, en vida de ISLA, diferentes ediciones, de las cuales, segun hemos dicho ya, ningun lucro reportó el traductor. En el presente siglo se ha reimpresso tambien varias veces, y ha sido durante largos años el libro clásico de historia en nuestras escuelas.

Esta traduccion empezó á dar margen á que se dijese que era una lástima que el PADRE ISLA no se dedicara mas bien á componer obras originales, cosa que no es para todos, dejando las traducciones para los muchos que pueden ejercitarse en ellas. A esta reconvencion, que mas de una vez le hicieron sus amigos, satisfacía diciendo, con tanta gracia como modestia, que *agradecía, pero no podia aprobar, el ventajoso juicio que formaban de él*; y por lo tocante al empleo y número de traductores, solia replicar lo que tenia ya observado en el prólogo del mismo *Compendio*, á saber: *el traducir como quiera, es sumamente fácil á cualquiera que posea medianamente los dos idiomas: el traducir bien es un negocio tan arduo, como lo acredita el escasisimo número que hay de buenos traductores entre tanta epidemia de ellos.*

Año cristiano.—Las vidas de los santos, distribuidas para cada dia del año por el Padre Juan Croiset, jesuita frances, fué obra de grande aceptacion en toda la cristiandad. Su autor la dedicó al papa Clemente XI, y las primeras naciones de Europa se apresuraron á trasladarla del frances á sus lenguas respectivas. El castellano fué el cuarto idioma en que se vió puesto el voluminoso trabajo del Padre Croiset, que se compone de doce tomos (uno para cada mes del año),

once de ellos traducidos por el PADRE ISLA, pues aunque lo fuéron los doce, desapareció el último en Salamanca, y el que corre es traduccion de otra mano.

Hemos dado ya algunas noticias de esta obra, y en varias de las *Cartas familiares* encontrará tambien el lector curiosos pormenores acerca de ella. Aquí pues solo añadiremos que ISLA dedicó el primer tomo de su traduccion á Fernando VI (Salamanca, á 28 de febrero de 1753); el segundo al marques de la Ensenada (Villagarcía, 8 de febrero de 1754); el tercero á Don Francisco Crespo Ortiz, mariscal de campo, gobernador de San Juan de Ulua y de Veracruz (Pontevedra, á 23 de abril de 1762); el cuarto al ilustrísimo señor Don Francisco de Añoa y Bustos, arzobispo de Zaragoza (Pontevedra, á 21 de enero de 1765); y el quinto al ilustrísimo señor Don Francisco Alejandro de Bocanegra y Jivaja, obispo de Guadix y Baza (Pontevedra, 4 de noviembre de 1765).

Esta obra sufrió varias interrupciones en su traduccion y en su impresion; pero es muy de notar la especie de llamamiento interior que decidió á ISLA á emprender este trabajo, y la incansable perseverancia con que lo llevó á término. Sabida su resolucion y empeño por algunos prelados y otros personajes elevados con quienes estaba en correspondencia, aunque hacian justicia á sus religiosas miras é intencion, se empeñaron fuertemente en removerle de ellas, alegando, entre otras, una razon que parecia sin réplica. No faltan en España, le decian, quienes puedan traducir bien *del* frances al castellano; mas no abundan los que puedan enriquecer la literatura eclesiástica y profana con obras originales como un PADRE ISLA. Se le añadia que, habiendo sido españoles los originales de las ciencias, particularmente de las sagradas, por confesion de los mismos extranjeros, y singularmente de los franceses, habian degenerado tanto, que se hacian copistas de estos, aun en aquellas facultades que ellos mismos aprendieron de nosotros, queriendo imitar hasta su moralidad, y el modo de discurrir y aun de meditar. A estos y otros motivos que se le expusieron para disuadirle aquella traduccion y empeñarle á fundir obras propias, satisfizo de varios modos, manteniéndose constante en su piadosa empresa, y procurando encubrir el primer móvil de ella ya expresado, que era su celo por el bien de las almas. Escribióle sobre el mismo asunto y con mayor eficacia, privadamente como amigo, el ilustrísimo señor inquisidor general Don Francisco Perez de Prado y Cuesta, que le habia tratado y estimaba mucho. A la dignacion, al carácter, á los méritos y luces de aquel prelado, que eran grandes, correspondió como debia, manifestándole enteramente su corazon, y las reflexiones que no le permitian mudar de parecer, las cuales, habiendo merecido la aprobacion de aquel superior, como consta de su carta y de la de gracias que le dió el PADRE ISLA en 25 de octubre de 1752, son tambien dignas de acreditar euánto anteponia el provecho espiritual de los prójimos á su propia gloria y reputacion.

Las seis respuestas, que dió en una, son en compendio: primera, la confusion y rubor que le causaba tan honorífico concepto de su persona, el error que en esto padecian muchísimos sugetos de carácter, y sobre todo, el énfasis con que aquel prelado le preguntaba: *¿por qué un Padre Isla incurre él mismo en lo que abomina en los otros, y se mete á traductor de obras ajenas, cuando pudiera fundirlas propias, y mas teniendo dentro de casa tan ricos, tan fecundos minerales?* Confesó sin hazañería, que para escribir como muchos, le parecia tener suficientes talentos, mas no para escribir como se debe. Segunda respuesta: que ninguna otra obra era mas proporcionada á su limitadísima esfera, ninguna de mayor gloria de Dios, ninguna de mas utilidad para la salvacion de las almas ajenas, y ninguna de ménos riesgo para la salvacion de la propia. Tercera: que habiendo resistido tres años á estos interiores impulsos, comunicados finalmente al que gobernaba su conciencia, y con su dictámen al general de la religion, este los aprobó, y aun le exhortó á aquella tarea. Cuarta: que tambien le sirvió de grande incentivo para ella el pensamiento que tuvieron de emplear en la misma sus delicadísimas plumas los Padres Gabriel Bermudez y Luis de Losada, aunque se lo impidieron sus muchas y notorias ocupaciones. Quinta: porque esta obra no fuese desfigurada, como casi todas hasta entónce, por algun traductor ménos capaz que él; y porque, siendo digna de su profesion, lo fuese tambien de nuestra lengua, sin fruncirla, violentarla, desmayarla, ni afrancesarla. Sexta: por honrada correspondencia á los jesuitas y no jesuitas franceses, que han traducido en su

idioma nuestros insignes ascéticos Santa Teresa de Jesus, Luis de la Puente, Alonso Rodriguez y Eusebio Nieremberg, no teniendo nosotros (á excepcion de algunos pequeños libros) obras suyas traducidas, grandes, metódicas y puramente espirituales, mas que las de San Francisco de Sales, aunque no frances.

Aventuras de Gil Blas de Santillana. — Ya sabe el lector que esta traduccion fué destinada para que con su impresion y venta se socorriese un caballero español desgraciado, que acudió al PADRE ISLA en demanda de tal especie de limosna. Esta circunstancia desvanece todos los cargos que podrian hacerse al ilustre jesuita por haberse ocupado, en su edad y en su estado eclesiástico, traduciendo novelas, y novelas como el *Gil Blas*. Pero esta circunstancia no le absuelve de los defectos en que incurrió como traductor, ni de la poca maña con que intentó probar que Le Sage no fué autor de la obra. Esta se publicó (Madrid, 1787, cuatro tomos) con el siguiente titulo: *Aventuras de Gil Blas de Santillana, robadas á España y adoptadas en Francia por Monsieur Le Sage; restituidas á su patria y á su lengua nativa por un español celoso, que no sufre se burlen de su nacion*. Precede á la historia del famoso aventurero una corta disertacion, que intitula *Conversacion preliminar, que comunmente llaman prólogo, y dedicatoria al mismo tiempo á los que me quisieren leer*. En esta *Conversacion*, en que el PADRE ISLA habla solo y en su estilo de siempre, quiso persuadir al público de que el autor original del *Gil Blas* habia sido español; pero los argumentos son tan débiles, el PADRE ISLA estuvo tan mal informado, y la explanacion que puso al titulo de la obra era tan jaetanciosa y tan ofensiva á la literatura francesa, que dió lugar á que el conde de Neufchateau, del instituto de Francia y ex-ministro del Interior, saliese algunos años despues (en 1818) con una disertacion crítica, que pulverizó las malas razones alegadas por el traductor español, é hizo creer á los franceses que el *Gil Blas* era concepcion original de Le Sage. Por fortuna le salió al encuentro nuestro compatriocio el Señor de Llorente, escritor entendido y crítico profundo, quien dejó evidenciado y sin réplica, en la forma que permiten estas materias, que el *Gil Blas de Santillana* y el *Bachiller de Salamanca* fuéron en su principio una sola obra, escrita en 1635 por un autor natural de Castilla, que vivia en Madrid (probablemente el célebre Don Antonio Solis), y la intituló *Historia de las aventuras del bachiller de Salamanca Don Querubin de la Ronda*; y que Monsieur de Le Sage, á quien fué á parar el manuscrito, desmembró lo necesario para publicar como parto suyo el romance del *Gil Blas*, agregándole varias novelas españolas, que intercaló donde y como le plugo.

Mas, prescindiendo de esta cuestion, que podriamos llamar de *literatura internacional*, es lo cierto que el buen PADRE ISLA tuvo pésima mano en esta traduccion, pues suprimió sin motivo suficiente muchas cosas importantes, mudó otras con gran desacierto (entre otras la relacion de Don Pompeyo de Castro, que tuvo sus aventuras en Portugal segun el original, y el PADRE ISLA las supone en Polonia, solo por evitar un anacronismo, sin advertir que incurria en otros inconvenientes mayores), dejó sin corregir un sin número de errores eronológicos, topográficos, heráldicos, de nombres propios, etc., y por último, aumentó él mismo los defectos de Le Sage; defendiendo por otra parte la originalidad española de la obra con tan pobres argumentos, que hizo mas mal que bien á la causa de la verdad. Todos estos cargos, imposibles de desvanecer, resultan contra el señor *Don Joaquin Federico Issalps*, nombre anagramático con que le ocurrió disfrazarse en esta traduccion al señor DON JOSE FRANCISCO DE ISLA.

En 1791 se publicaron en castellano tres tomos de las *Aventuras de Gil Blas*, que sin duda dejó traducidos ISLA. El tomo quinto no llevaba advertencia alguna; el sexto y sétimo se titulaban: *Adicion á las Aventuras de Gil Blas, ó historia galante del jóven siciliano, que suena traducida de frances en italiano, y de esta lengua la ha convertido en española el mismo viejo ocioso que restituyó las Aventuras francesas á su original lengua castellana*. Pero estos tres tomos no son otra cosa que las Adiciones hechas en Italia por el canónigo Monti, de invencion notoriamente inferior á la del autor original de los cuatro primeros, únicos genuinos de la *Historia de Gil Blas*, y con los cuales no son dignos de juntarse ni compararse. Ignoramos qué fundamento pudo tener el PADRE ISLA para callar el origen de estos tomos de Continuacion y Adiciones.

De todos modos, el *Gil Blas* gustó y ha sido la novela de moda durante medio siglo : así es que fuera imposible registrar aquí el sin número de ediciones en uno ó mas volúmenes, en todos tamaños, con láminas y sin ellas, preciosamente ilustradas ó sin ilustrar, que se han dado á la estampa de cincuenta años á esta parte. Y sin embargo, todavía ha quedado por hacer el trabajo principal, que es una *buená traducción*, pues la del PADRE ISLA está plagada, no solo de los defectos de toda especie mas arriba mencionados, sino que es sobremanera desaliñada y adolece de muchísimas faltas de estilo é incorrecciones de lenguaje. Nuestro eruditísimo amigo el doctor Don Antonio Puigblanch habia acometido la útil tarea de poner el *Gil Blas* en buen castellano; pero la muerte le sorprendió hace diez años en Lóndres, donde tenia fijada su residencia desde los sucesos políticos de 1825, y quedó la traducción sin concluir. La casualidad, no obstante, ha traído á nuestras manos la parte ya concluida, y puede que algun día vea la luz junto con otros importantísimos manuscritos de aquel varón docto y consecuente, que también tuvo, como ISLA y Cienfuegos, y Jovellanos y Melendez, y Moratin y tantos otros, el imponderable infortunio de cerrar los ojos á la luz fuera del suelo santo de la patria.

Arte de encomendarse á Dios.— Última traducción y último trabajo literario del PADRE ISLA. Es un obsequio que hizo á su hermana, á quien dedicó la obra, en carta de Bolonia, fecha 8 de abril de 1781, que no será inoportuno copiar aquí : «Hija, hermana y señora mia (la dice): »hija, porque te saqué de pila; hermana, porque tuvimos un mismo padre, aunque con grande »distancia de años; y señora mia, por el respeto que se debe á tu sexo, sin ofensa del fraternal »amor ni de la mas avanzada ancianidad. Por gran fortuna mia, y por un accidente feliz, llegó »á mis manos la preciosa obrilla que escribió el Padre Francisco Bellati, de la compañía de »Jesus. Intitulábase la tal obra : *Arte de encomendarse á Dios, ó bien sea la virtud de la oracion*, »escrita en italiano y estampada en Padua el año de 1752.

»Habia ya algunos años que residia yo en Italia, cuando casualmente me hizo con él la generosa caridad de una nobilísima dama, tan conocida por su alto nacimiento como venerada »por su conducta ejemplar, pues sabe componer, no ya con fastidioso y sombrío encogimiento, »sino con modesto pero gentil desembarazo, los primores mas delicados de la religion con »todas aquellas atenciones que justamente la puede el mundo pedir.

»Luego que devoré, aun mas que leí, aquel libro incomparable (tanto me hechizó), resolví »traducirlo á nuestro idioma nativo, sin otro fin que hacerte un regalo, el mas estimable á tu »natural piedad. Ya que mis estrechas circunstancias no me permitian hacerte otras expresiones »de mi fraternal cariño y sumo reconocimiento á las muchas que tú me has hecho en alivio de »mis trabajos, con que la divina misericordia se ha dignado castigar en esta vida el mal empleo »de tantos malogrados años míos, quise á lo ménos darte este tal cual testimonio de que tengo »muy presentes tus beneficios, y de que deseo corresponderlos en lo que puedo y mas se »conforma con tu religioso gusto.

»Si formas de este escrito el alto concepto que han formado de él los mayores hombres de »Italia, no dudo harás lo posible para que se comuniqué á toda nuestra nacion el importantísimo »fruto que puede hacer en toda ella. Quizá no se habrá publicado hasta ahora cosa mas oportuna, »mas enérgica ni mas sólida, para alentar á los mas grandes pecadores, no solo á no desconfiar »de su eterna salvacion, sino á vivir seguros de ella como practiquen lo que fácilmente pueden »practicar, mediante aquellos auxilios (que Dios nunca los negará) para saberlos pedir como este »*Arte* les enseña.

»La carta que el Padre Bellati escribió al Padre Mazarrosa, y la *Introduccion* del mismo autor, »que se sigue á ella y te incluyo en esta, suplirán lo mas que pudiera decir en recomendacion »y mérito de la obra. La traducción solo tiene el de una mera fatiga mecánica y material; pero »de un viejo entrado ya en los setenta y nueve años ¿qué otra cosa se puede esperar?»

Esta obrilla se imprimió en 8.º, Madrid, 1785; y en 1786 se hizo segunda edicion.

A estas traducciones hay que añadir la de las *Sátiras* latinas de Lucio Sectano, en verso castellano, y la de las *Cartas* de Constantini, citadas ya en las páginas vi y xi de la *Vida*; con lo cual queda completa la lista de las principales traducciones de nuestro laboriosísimo escritor.

OBRAS ESCOGIDAS.

En la imposibilidad absoluta de reproducir los cuarenta ó cincuenta volúmenes que forman los escritos del PADRE ISLA, hemos debido apartar desde luego todas las traducciones; y en cuanto á las obras originales, la pública y constante aceptacion, señal casi nunca equívoca del mérito, ha sido la pauta á que nos hemos atendido para la eleccion. Esta ha recaído, pues, en el *Dia grande de Navarra*, el *Gerundio*, las *Cartas de Juan de la Encina* y las *Cartas familiares*.

Dia grande de Navarra. — Reproducimos fielmente una de las últimas ediciones corregidas y aumentadas con las curiosas cartas á que dió márgen la publicacion de este notable opúsculo.

Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas. — Para la primera parte nos hemos valido de la edicion de 1758, que es la primera, la mas completa y la mas correcta. Para la segunda parte, que adolece de varias incorrecciones y faltas de sentido, por haberse impreso sin que el autor viera las pruebas, hemos cotejado diferentes ediciones y copias manuscritas, procurando hacer desaparecer las lagunas mas notables.

Coleccion de varios escritos críticos, polémicos y satíricos, en prosa y verso, que se dieron á la estampa, ó corrieron manuscritos, con motivo de la Historia de Fray Gerundio. — Esta *Coleccion* viene formando, desde últimos del siglo pasado, como un apéndice ó tercer tomo del *Fray Gerundio*. Nosotros la hemos ordenado en lo posible, hemos corregido varias faltas que se notaban, particularmente en las *Cartas apologéticas* que escribió ISLA, y sobre todo la hemos aumentado considerablemente.

Entre los escritos en prosa sobresale como adición la brillante *Apologia de D. N. Cernadas* contra los Reparos de Fray Matías Marquina.

La *Carta del barbero de Corpa* á Don José Maimó y Ribes, catalan, abogado del colegio de Madrid, enemigo de los jesuitas y adversario decidido del PADRE ISLA, es otro escrito curioso que hemos creído del caso añadir á la *Coleccion*. — De igual distincion nos han parecido dignas la *Carta del padre Don Juan de Aravaca*, que juzga severísimamente á nuestro ISLA, y la *Carta de Lucio Comitolo*, que elogia la *Historia* del famoso predicador.

Otra de las adiciones importantes con que hemos juzgado oportuno enriquecer esta *Coleccion*, es la reproduccion de *Los Aldeanos críticos*, folleto que se imprimió suelto en 1758, y que nosotros reimprimimos con el precioso aumento de ocho cartas (hasta ahora inéditas) que mediaron entre el conde de Peñaflovida, Don Francisco Lobon de Salazar y el PADRE ISLA, con motivo de las epístolas críticas de *Los Aldeanos*. Estas cartas del PADRE ISLA han sido exactamente copiadas de las autógrafas que posee un bibliófilo, amigo nuestro, y que hemos tenido el gusto de ver y cotejar. Nuestros lectores se felicitarán sin duda como nosotros por este rico hallazgo, y se complacerán tambien en conocer el estilo epistolar del señor conde de Peñaflovida, que en verdad rivaliza con el de su esclarecido correspondiente.

Entre los escritos en verso hemos intercalado el *Romance* del marques de la Olmeda contra la *Historia* de Fray Gerundio; una *Carta* de Fray Supino á Fray Gerundio; un *Romancillo* satírico contra Fray Amador de la Verdad; y otro *Romance* hexasílabo en favor de la *Historia* de Fray Gerundio de Campazas. No nos hacemos un mérito de estas pequeñas adiciones, porque son unas composicioneillas insignificantes, y tan mal rimadas como todo lo que en verso se publicó ó circuló con motivo de la ruidosa *Historia* gerundiana; pero al fin completan la *Coleccion*, y, por otra parte, tampoco harán un papel desairado al lado de los detestables pareados del *Memorial* de un Gerundio converso, y de las insulsas *Seguidillas* del novicio jesuita.

Cartas de Juan de la Encina.—Nada tenemos que advertir acerca de estas *Cartas*, para cuya reimpression nos hemos servido de una de las ediciones mas correctas. Estas *Cartas* fueron escritas en 1752, y por consiguiente mucho antes que el *Dia grande de Navarra* (1746), y que el *Gerundio* (1758); mas no habiendo podido adquirir noticia de ninguna edicion anterior á 1758, sospechamos que no se imprimieron hasta despues del *Gerundio*, y despues de este las hemos insertado, creyendo atenernos así al órden cronológico de la impresion, que es el que nos propusimos seguir.

Cartas familiares.—Reproducimos los seis tomitos en 8.º que comprenden, habiendo innovado tan solo la division en primera y segunda parte. La primera parte contiene las cartas (en número de trescientas diez y seis) escritas por ISLA á su hermana y enñado; y la segunda parte contiene las dirigidas (en número de ciento treinta y nueve) á varios sugetos. Así las cartas de la primera parte como las de la segunda van ordenadas y numeradas respectivamente por antigüedad de fechas.

Ademas de las cartas familiares que se publicaron en el *Rebusco*, y que no están en la coleccion dada á luz por la hermana del PADRE ISLA, hemos visto otras varias inéditas, y aun autógrafas; pero hemos creído deber ser muy circunspectos en admitirlas, y esto por razones que no se ocultarán al buen juicio de nuestros lectores. Así es que solo añadimos una (es la cvi de la segunda parte), que hemos visto autógrafa, y existe en la Biblioteca Nacional de esta corte, á cuyos celosos y entendidos bibliotecarios y oficiales somos deudores de una copia puntual, así como tambien de algunos de los escritos críticos y apologéticos que hemos añadido á la coleccion del *Gerundio*.—Las cartas familiares dadas á luz en los dos tomos del *Rebusco de las obras literarias, así en prosa como en verso, del Padre José Francisco de Isla* (Madrid, 1797, en 8.º), nos parecen auténticas; y siendo muy probable que si no se hallan en la coleccion formada por la hermana del PADRE ISLA, es tan solo porque esta señora no tuvo ocasion de hacerse con ellas, hemos creído conveniente no defraudar de su lectura á nuestros suscritores. Son en número de cuarenta y cuatro, todas escritas en la mejor edad del autor, y todas dignas de figurar al lado de las que contienen la primera y segunda parte. Las damos, sin embargo, continuadas en un APÉNDICE final, ya porque hemos querido respetar la coleccion que formó la hermana del autor, ya porque, ignorando la fecha fija de las mas de estas cartas, nos hubiera sido muy difícil intercalarlas con el debido rigor cronológico.



OBRAS ESCOGIDAS

DEL

PADRE JOSE FRANCISCO DE ISLA.



TRIUNFO DEL AMOR Y DE LA LEALTAD,

DIA GRANDE DE NAVARRA.

En la festiva, pronta, gloriosa aclamacion del serenísimo Católico rey Don Fernando II de Navarra y VI de Castilla, ejecutada en la real imperial corte de Pamplona, cabeza del reino de Navarra, por su ilustrísima diputacion, en el día 21 de agosto de 1746. Escribióla el reverendísimo Padre José Francisco de Isla, maestro de teología en el colegio de la Compañía de la imperial Pamplona; y la dedica á su virey y capitán general el excelentísimo Señor conde de Maceda.

(Edicion corregida y aumentada con algunas piezas curiosas del mismo autor.)

DOS PALABRITAS DEL IMPRESOR, Y LEANSE.

El público ha hecho tanta justicia al mérito de este papel, que apenas se divulgó dos meses ha, así en esta corte como en muchas de las primeras ciudades de España, quando se consumieron todos los ejemplares de la primera impresion. Esto sin embargo de los muchos que se repartieron *gratis*, de los cuales algunos tambien tocaron *ingratis*. Los demas que se vendieron, se estamparon á excusas de la obediencia, es decir, sin noticia del Reino, que encargó y costeó la obra; porque ya se sabe que los impresores, quando se nos vienen á las manos estas cositas de gusto, siempre hacemos de las nuestras. Váyanse por otros muchos chascos que llevamos al cabo de la jornada, «ó de las jornadas», en tantas ocasiones como imprimimos de nuestra cuenta «cosas que no están escritas». En la presente no ha sucedido así; porque hipan tanto por este papel, de todas las provincias y aun rincones de España donde ha llegado su noticia, que se asegura el despacho aunque se impriman millares, como ahora se ha hecho. Por rara casualidad llegó á mis manos la copia de cierta carta que escribió un señor arzobispo de estos reinos, de aquellos que mas ilustran á las mitras que son ilustrados por ellas, en la cual se lee esta cláusula entre otras: «Todos cuantos en este gran pueblo la han leído (habla de esta obrilla) la exaltan hasta el cielo, y confiesan que en esta linea de escritos no han visto otro que con mucha distancia le iguale. Algunos sugetos conozco que ya que no podian quedarse con el papel, como todos deseaban, discurrieron el medio de hacerle proprio reservándole en su memoria, y con efecto lo lograron decorándolo perfectamente. Los demas que no logran tiempo ó facultad para esto, gritan para que aquí se reimprima el papel; y creo que se hará así finalmente, si de allí no vienen los ejemplares á cargas.» Esto se llama decir muchísimo en poco, y confieso que luego que lo leí abrí tanta codicia, como si dijéramos tanto ojo. Porque no se me anticipase otro me adelanté yo. Y ves aquí el verdadero motivo de esta reimpresion. En ella añadí dos piezas dignísimas de eternizarse en los moldes. Una es la discreta carta del erudito, sabio y juiciosísimo crítico Don Leopoldo Jerónimo Puig, bien conocido entre los literatos de España, con el motivo de la deshecha borrasca que se levantó contra este papel en la ciudad de Pamplona, y por recudimiento en muchos pueblos de Navarra; y otra es la carta que en accion de gracias escribió el autor del papel al mismo Don Leopoldo. En esta segunda carta se halla inserto un memorial que el autor presentó á la diputacion del ilustrísimo Reino, tan nervioso, tan elocuente y tan enérgico, que segun me han asegurado sugetos que tienen voto, vale este memorial tanto ó mas que el mismo papel. Léese en él una historia puntual, sincera, exacta, de todos los pasajes que intervinieron en su idea, en su resolueion, en su formacion y en su injusta increíble persecucion, con la gracia particular de citarse por testigos de los principales hechos que en él se refieren, á la mayor parte de los diputados á quienes se presenta. De los otros hechos se citan á sugetos que están á la vista, y como dicen, á la mano, ó cartas originales que se han exhibido á muchos, y se exhibirán á los que tuvierén curiosidad de leerlas. A vista de esta relacion, que dentro de los límites de la fe humana no cabe cosa mas cierta, se haria increíble la tempestad que se excitó contra el papel y contra su autor, si, como decia un discreto, no fueran mas las especies existentes que las posibles; porque cada día se ven cosas que ántes de palparse se tendrian

por quiméricas. Insértase asimismo en dicha segunda carta la que escribió el ilustrísimo reino de Navarra al reverendísimo Padre provincial de la provincia de Castilla, en vindicacion de su mismo honor, contra los que inconsideradamente le vulneraban, maltratando una obra que se habia dispuesto de su orden, y no se habia divulgado sin que precediese su exámen y su aprobacion; y de camino da el ilustrísimo Reino un honorífico testimonio del concepto que forma del papel y del sabio autor que le dispuso. Todas estas piezas interesarán la curiosidad de los que no la tuvieren del todo dormida ó amodorrada. Téname que el autor no lleve en paciencia que se le estampe su carta escrita á su amigo Don Leopoldo, con insercion del memorial y de la carta del ilustrísimo Reino; pero habrá de tenerla su reverendísima; porque si á Don Leopoldo le pusieron de molde su primera carta sin consultarle su gusto, ¿qué razon habrá para que Don Leopoldo consulte el del reverendísimo autor para hacer que se estampe su respuesta? Y mas cuando el derecho de represalia es permitido en toda buena guerra, y sabe el padre Maestro Isla que las cartas, una vez que salgan del poder de quien las escribe y lleguen á quien van, *fiunt juris illius ad quem mittuntur*. Finalmente, en esta segunda impresion me he tomado la licencia de quitar el bozo al autor, poniéndole en la frente de la obra con sus pelos y señales; porque sabiéndose ya en toda España quién es, y nombrándose expresamente en los documentos que se añaden, sería impertinencia el que guardase, ó por mejor decir, el que afectase el incógnito. Hay tambien la conveniencia de que no le llamen *anónimo*, que para la inteligencia de muchos es desvergüenza de marca. Acabáronse mis advertencias. Dirás que te ofrecí dos palabritas, y que te he encajado dos docenas. Tienes mucha razon; pero si ahora te doy mas de lo que te ofrecí, váyase por otras cien ocasiones en que te doy mucho ménos de lo que te prometo; que esto, á fuer de impresor de bien, es preciso que suceda muchas veces. Dios te guarde.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR DON ANTONIO PEDRO NOLASCO DE LANZOS, YAÑEZ DE NOBOA, ANDRADE, ENRIQUEZ DE CASTRO, CORDOBA, AYALA, HARO, MONTENEGRO, SOTOMAYOR, TABOADA Y VILLAMARIN, CONDE DE MACEDA Y DE TABOADA, VIZCONDE DE LA VOSA, GRANDE DE ESPAÑA, GENTILHOMBRE DE CÁMARA DE SU MAJESTAD CON EJERCICIO, CAPALLERO DEL REAL ÓRDEN DE SAN GENARO, SEÑOR DE LAS CASAS DE LOS MAESTRES DE CALATRAVA Y ALCÁNTARA (DON PEDRO Y DON GONZALO YAÑEZ DE NOBOA), DE LA DE VILLARINO DOCAMPO, FORTALEZA DE VILLAMARIN Y PIÑEIRA DE ARCOS; DE LA DE SANTANTOÍÑO, TERRANOVA, SOMOZA Y LAS MESTAS, VILLAMOUREL, MEDIN Y VIGO; DE LA CASA Y TORRE DE VILLOUZAS Y LANZOS, SITA EN LA CIUDAD DE BETANZOS, CON SU JURISDICCION CIVIL Y CRIMINAL, MERO MISTO IMPERIO, ALFEREZ MAYOR Y REGIDOR DE ELLA; SEÑOR DE LAS CASAS, TORRES Y JURISDICCIONES DE SOBRAN, OESTE Y CATOYRA, DE LAS DE CELASANIN, DE LA DE LOS CRUS, EN LA VILLA DE PONTEVEDRA, SEÑOR DE LAS ISLAS DE ONS Y ONZA, EN EL MAR OCÉANO, TENIENTE GENERAL DE LOS EJÉRCITOS DE SU MAJESTAD, VIREY Y CAPITAN GENERAL DEL REINO DE NAVARRA, GOBERNADOR SUPREMO EN LO POLÍTICO Y EN LO MILITAR DE LA VILLA DE MADRID, SU JURISDICCION Y TERRITORIO, ETC.

EXCELENTISIMO SEÑOR.

SEÑOR: Ya que el reino de Navarra tuvo el dolor, mezclado con mucho gozo, de que vuestra excelencia no pudiese autorizar el día grande de su proclamacion, porque al mismo tiempo que el Rey (eternicele Dios) mandó al Reino que hiciese esta funcion, dió orden á vuestra excelencia para que luego le fuese á servir cerca de sus reales piés; pretendo yo lisonjear su corazon y contentar su desconsuelo, con solicitar que vuestra excelencia se digne hacer el primer papel en la aclamacion escrita, ya que no le fué posible representarle en la ejecutada. Cónstame que si el Reino tuviera por conveniente que saliese en su nombre este papel (decente desahogo de otras tareas mas serias á que me dedica mi profesion), no le consagraria á otras aras que á las de vuestra excelencia; porque con ningunas tiene igual devocion, despues de las soberanas, y de ningunas otras esperan sus votos mejor despacho. Con que seguramente puede vuestra excelencia creer, sobre mi palabra, que si al pié de esta dedicatoria no se leen firmados los nombres de la Diputacion, por justos respetos, no le falta ni una sola firma de aquellas que rubrican los corazones con lo mejor de su sangre. Sobranle al ilustrísimo reino de Navarra todas sus luces para conocer lo que en vuestra excelencia tuvo, lo que en vuestra excelencia le perdido, y lo que en vuestra excelencia le ganado; porque lo que es y lo que ha sido vuestra excelencia, lo ven, lo conocen y lo palpan hasta los mas ciegos. La dificultad no está en conocerlo, sino en confesarlo. ¿Pero quién habrá ya que pueda resistir á esta confesion, á vista de lo que ha hecho y está haciendo con vuestra excelencia el Rey mas amado, el mas justo, el mas clemente, el de mejor corazon y el de mas benignas entrañas que ha adorado España en el trono por espacio de algunos siglos? Desde luego dió á entender al mundo este gran monarca, que su carácter era el de la bondad y la justicia; y para convencerle con la demostracion mas concluyente y mas práctica, easi el primer paso de su glorioso reinado fué confiar á vuestra excelencia el gobierno político y militar de su corte y territorio, con total independendencia de otro que de su misma real persona, creando para vuestra excelencia un empleo con facultades tan amplias, que en los términos no tiene ejemplar en la historia. Todos esperaban mucho, pero nadie imaginaba tanto. ¿Qué importa? Puede poco un rey que solo puede hacer lo que sus vasallos son capaces de imaginar. Escuchóse esto en España primero con asombro, y despues con tanto aplauso de todos los que tienen el corazon sano y bien complexionado, que ninguno necesitó consultar á las estrellas para pronosticar, no ya con observacion vana, atrevida y embustera, sino con prudente bien fundada conjetura, los mayores aciertos y las mas sólidas felichidades en el amable reinado que comienza. Este pronóstico en el reino de Navarra casi deja de serlo, porque lee lo futuro por el libro de lo pasado. Siempre ha merecido este reino á la piedad de los monarcas, que nombrasen para representarlos en el solio de sus vireyes á los mayores próceres de la monarquía, esto es, á los que habian sido en las campañas Martes, en los estados Apolos, en los gabinetes Oráculos, en los templos Numas. Y con todo es voz constante, universal en Navarra, que hasta ahora no han venerado sus naturales virey mas valiente, mas justo, mas político, mas piadoso, de celo mas ardiente por el servicio de ambas Majestades, de igual desinteres, de semejante amabilidad, y tan accesible á todos, que está por oírse la primera queja de alguno que desease hablar á vuestra excelencia y no lo hubiese logrado muy á su satisfaccion, por miserable, por desvalido que fuese: tanto, que aun los que no salian con el despacho que solicitaban, porque no era fácil que todos pidiesen cosas justas, se arrancaban de los piés de vuestra excelencia con dolor de separarse de ellos, y al mismo tiempo con el consuelo de que habian desahogado sus trabajos en el seno de un señor que sabia compadecerlos cuando no podia remediarlos. Solo una clase de gentes (si es que lo son) encontró siempre tapiados los oídos de vuestra excelencia, cerradas las puertas de palacio: los lisonjeros, los falaces, los simulados, los hipócritas en cualquiera línea. Enemigo ir-

reconciliable de todo artificio, de toda superchería, solo tardaba vuestra excelencia en deterrarla el tiempo que era menester para descubrirla; porque su genio franco, leal, veraz en el grado mas subido, no podia tolerar á esta peste de la sociedad humana. Tan distante de toda ambicion, que cuando vuestra excelencia se podia prometer de la clemencia real todo lo imaginable, se le oyó decir repetidas veces que no aspiraba á otro premio de su amor y de sus servicios, que á vivir en paraje donde pudiese consolar su lealtad con ver al Rey todos los dias. Sobre estas pruebas experimentales funda el reino de Navarra su vaticinio, si así se puede llamar lo que no es mas que mudanza de teatro, trasladándose á la corte de Madrid aquello mismo que primero se representó en la corte de Pamplona. Me he ceñido á lo que nadie puede disputar á vuestra excelencia, sin miedo de que los que se metieren á adivinar el autor de este escrito, me adviertan ni me noten otra pasion que la que todo hombre de bien debe tener por el mérito, por la virtud y por la heroicidad. Por lo demas, nadie como vuestra excelencia sabe cuánto dista mi genio de la adulacion, inclinando tal vez al extremo contrario con tanto exceso, que solo las pocas almas que hay en el mundo tan grandes como la de vuestra excelencia, pueden tolerarme; y aunque conozco este defecto, estoy muy distante de la enmienda; porque vivo muy léjos del arrepentimiento. Guarde Dios á vuestra excelencia como España ha menester.—Excelentísimo Señor.—Besa la mano de vuestra excelencia su mas fiel venerador.—*José Francisco de Isla.*

PROLOGO DE PRISA AL QUE ESTUVIERE DESPACIO.

Dirás (si ya no estás cansado de machacarlo): ¿qué cosas hizo el reino de Navarra en la proclamacion, para que la proclamacion del reino de Navarra quiera hacer papel? Qué toros, qué arcos, qué carros triunfales, qué máscaras, qué jeroglíficos? ¿Hubo mas que salir la Diputacion como otras veces, hacer lo acostumbrado, y servir? ¿Tienes mas que bachillerear? Pues digote que ni hizo mas, ni podrá hacerlo; porque todo lo demas sería mucho ménos. Siendo tan inclinada á divertirse la nacion navarra, como todo el mundo sabe, y bastando ella sola para divertir á todo el mundo, ahora dió un testimonio el mas auténtico de que para ella, en la presente ocasion, no habia diversion equivalente á la

de	<i>Viva Fernando.</i>
Sus toros.	<i>Viva Fernando.</i>
Sus arcos.	<i>Viva Fernando.</i>
Sus carros triunfales.	<i>Viva Fernando.</i>
Sus máscaras y sus jeroglíficos.	<i>Viva Fernando.</i>

En saliendo de aquí, todo lo demas la entretendria los ojos, pero no la llenaria el corazon. Hizo con Fernando el Segundo, ni mas ni ménos lo mismo que ejecutó con todos sus gloriosos predecesores; porque el amor del reino de Navarra á sus reyes, desde los principios subió hasta lo sumo, y fijóse: ni puede crecer, ni es capaz de menguar. Pero si el Reino no hizo mas, ¿qué es lo que se puede decir sobre lo que hizo el Reino? Eso, señor mio, era bueno para que me diese cuidado á mí, que lo he de contar; pero á usted, ¿sobre qué carga de agua? Para que alabe usted á Dios, y vea que el que cria y mantiene á las hormigas, tambien cuida de los habladores, ahí le sirvo con diez y ocho ó diez y nueve pliegos de *parladería*, sobre un asunto que estaria dicho en pocos renglones. Y créame (siquiera porque yo se lo digo), que si fuera por hablar, todavia estaria hablando hasta que callasen los necios; porque se me han quedado entre los otros dos deditos, como unos cuarenta pliegos mas. Y es la gracia (tanta es mi satisfaccion), que estoy persuadido á que ni aun á usted mismo le ha de cansar lo hablado, se entiende de entrañas adentro, por mas que se las roa cierta *sabandija*; que de dientes afuera, bravamente se desquitará vuesamerced. ¡Y cierto que á mí se me dará mucho! Ahora querrá alguno saber cómo yo me llamo. Pero eso es demasiada curiosidad, y es razon mortificarla. Como no me llame poeta (que ni lo soy, ni quiera Dios que lo sea), llámeme cualquiera como se le antojare, mas que me llame urraca, cotorra ó papagayo, que es cuestion de nombre. Y con esto buenos dias, buenas tardes ó buenas noches.

DIA GRANDE DE NAVARRA.

§. I.

¿Ello ha de ser? Pues pereza fuera y manos á la obra. Va de relacion; ¿pero en qué estilo? ¿Será cresco, sonoro, altisonante? No; que es estilo campanudo, de repique y de volteo, y en este estilo ya hicieron las torres su relacion, y la representaron tan alto, que las oyeron los sordos. ¿Será blondo, petimetre, almidonado y á la chamberí? Méenos; porque sería estilo de moda, pero no de estilo; sería escribir penoso, y no caen en gracia las penas cuando todos estamos en nuestras glorias. ¡Bueno fuera que en cada párrafo de relacion gastara cuatro horas de tocador, libra y media de polvos y seis botes de manteca de azahar, para atusarla el peluquín! Eso quisieran los lindos; pero no se verán en ese espejo. Soy hombre que me muero por la música, pero me matan los músicos si dan en muy tocadores. ¡Polvos! A cada paso los doy, solo por no tenerlos. El *pulvis es del memento homo*, me espanta mas en las cabezas, que en las calaveras; bien que en muchas allá se va todo. No lo digo yo de mi cabeza; que esto lo dijo el que dijo:

Por las calles, por las plazas,
Cabezas se ven quimeras;
La mitad son calaveras,
La otra mitad calabazas.

Cosa de azahar ni se diga ni se huela; es ungüento azaroso y al fin ungüento. No es estilo tan desahuciado, que necesite la unción. Ya sé que en la coronacion de algunos reyes se gasta buen recado de este género, consagrándoles la persona y acordándolos la fragilidad. Algo de esto se usó tambien en Navarra, *in illo tempore*; pero ya los tiempos son otros, y no son peores que los pasados, por mas que gruñan los que están mal con todo lo presente, pero no con los presentes. Ni la piedad de nuestros reyes necesita de este recuerdo, para pensar en lo que serán, ni el respeto de los españoles ha menester esta consagraci6n en sus reyes, para venerar en ellos lo que son. ¿Pues hablaré grave, majestuoso y de autoridad? Así parece que lo pedia el objeto de la funci6n, que no puede ser mas soberano; así parece que convenia al asunto de ella, que no pudo ser mas serio; así parece que se proporcionaba al ilustrísimo Reino que la representó, porque en todas sus funciones es propiedad el respeto, y la majestad diferencia; tanto, que aun por eso y porque así lo manda la ley, á toda funci6n pública va siempre muy de golilla. Pero en funciones de proclamaci6n golilla afuera, dice la misma ley, y á fe que tiene razon, por lo que se me antoja decir en esta cómo se llama:

¿El proclamar no es clamar?
¿Clamar no es alzar el grito?
Pues si se aprietta el garlito,
¿Cómo se podrá gritar?
Váyase pues á pasear
Por esta vez la golilla,
Que estorba á lo que se chilla
Y es importuna esa amarra,
Cuando alza la voz Navarra,
Para que se oiga en Castilla.

Con que si yo saliera ahora muy de golilla á referir una funci6n en que esta colgada por la ley del Reino, de hoy á mañana pediria la Diputaci6n el contrafuero, y me mandarian reponer el estilo. Eso quisiera el mal diablo, pero no le dará por esta vez la golilla en el garguero. No faltarán mas de dos de estos que arrastran bachillerías para críticos, que no se aquieten con esta satisfacci6n, y pongan mal gesto á este papel, diciendo que publicándose con nombre de un reino, y de tal reino, habia de ser rumboso, ponderoso, sonoro; porque lo demas parece hacer chianza de las mayores véras. Buen provecho les haga su opinion, y con su dictámen se lo coman, que yo lei muchos años ha *Ridentem dicere verum quid vetat?* Y me atengo á lo que dijo no há mucho tiempo cierto cisme aragones vestido de negro: «Hablar de veras con burlas, arduo rumbo.» Y si estuviera empeñado en conjurarles la hipocondría, á fe que habia de aplicarles el exorcismo del mayor conjurador de hipocondrios energúmenos que conoció la Iglesia poética:

*A nostris procul est omnis vixica libellis;
Musa nec insano symmate nostra tumet;*

Mart. *Ille tamen omnes laudant, mirantur, adorant;
Confileor: laudant illa, sed ista legunt.*

Vaya en lego para que lo entiendan los p6sidos en romance:

No es esta obrilla de aquellas
Que se espuman y se esponjan,
Donde es cada voz vejiga
Y cada cláusula ampolla.

A mi númen no se le hincha
Con inflamaci6n la boca,
De modo que hable palabras
A manera de ventosas.

Las obras de alto coturno,
Las crespas, las estruendosas,
Todo el mundo las alaba,
Las admira, las pregonas.

Con todo, hay la diferencia
Entre estás y las ramplonas,
Que á todos pasman aquellas,
Pero leen estas otras.

Si esto no alcanza, alcance la gracia de Dios; que ya basta de prólogo; porque no se parezca esta obra á los palacios de Sian, los cuales, si no nos engaña el señor Engelberto Kæmfer, todos son patios, zaguanes y corralizas.

§. II.

Como iba diciendo de mi cuento, ya sabe el mundo lo que es el reino de Navarra, y lo sabe tan de allá, que cuando el mundo andaba á la escuela, aprendió á leer por las glorias de este reino. Yo me guardaré de caer en la tentaci6n; que sería parvulez, de pararme ahora á hacer una reseña de ellas, cuando son tan sabidas, aun de los que ménos saben, que las cantan en su lengua los niños malabares. La historia de Navarra es la historia del mundo universal, ó por mejor decir, la historia del mundo universal es la historia de Navarra; porque no habrá imperio, no habrá reino, no habrá provincia en

todo lo descubierto, en cuyas glorias no anden mezclados los navarros, como dicen que anda la sal elemental en todos los mistos. Lástima es que el valor no tenga sus apóstoles, que las armas no tengan sus profetas, y que no haya tambien sus misioneros del garbo, del esplendor y de la gentileza, para decir de los individuos de este reino, que *in omnem terram exivit sonus eorum*, *et in finem orbis terrae verba eorum*. Pero mientras no se me ofrece otra cosa mas oportuna que aplicarlos, consuélese con que hasta ahora no ha nacido en el mundo sugeto particular á quien venga mas ajustado este textecito, que aquel gran paisano suyo que nació estrella en Navarra, vivió astro en el ocaso, y murió sol en el oriente; de quien dijo un príncipe bárbaro (olvidándose por entónces de lo que era), «que mas estimaria ser paisano de Javier, que rey de doce Amanguechis». Si yo soy hombre que me conozco en elogios, todos cuantos se han dicho de esta inclita nacion no valen la mitad que este.

Parecíame á mí que habia dicho algo el que dijo, habrá veinte años, «que sin adulacion se podia afirmar que Navarra parece el domicilio de la piedad, el pais del ingenio, la patria del valor y el suelo nativo de la generosidad; que los navarros son dóciles á lo bueno, advertidos, agudos, espirituosos, intrépidos, ágiles, garbosos y de una grande propension genial á cultivarse en todas las habilidades que pueden servir de adorno; que todo ejercicio decente que pide corazon, presencia de ánimo, agilidad y presteza, es muy del genio de la nacion navarra». En fin, le habia yo alabado mucho la eleccion, la propiedad y el buen gusto con que aplicó á la pequenez de este gran reino aquellos versos de Manilo:

*Ne contemne tuas quasi parvo in corpore vires
Quot vclat, immensum est. Sic auri pondera parvi
Exuperant pretio numerosos aeris acervos.
Sic adamas, punctum lapidis, pretiosior auro est.
Parvula sic totum pervisit popula Coelum.
Sic omni sedes, tenui sub corde locuta.
Per totum augusto regnat de limite corpus.
Materiae ne quaere modum; sed perspice vires,
Quas ratio non pondus habet.*

Y lo puso en castellano corriente, para que viniese á la inteligencia de todos.

No tu ineancto desprecio,
Cual gémetra infiel, tomar presumo
Por tu cuerpo á tus fuerzas la medida.
Inmensidad de precio,
Grandeza desmedida,
Dilatacion sin términos en suma,
Quillates mil cifrando en peso leve,
Sabe el valor ceñir á bulto breve.
Así de oro abreviado la fineza
Puede mas que del bronce la grandeza,
Venciendo generosa
De otros metales turba numerosa.
Así al oro el diamante
Vence, y no mas que un átomo brillante.
Así de nuestra vista, orbe sucinto,
Desde un breve recinto,
A un rápido desvelo,
Domina todo el ámbito del cielo.
Así todo el vigor del alma esconde
Trono conciso el corazon, de donde
Vital se esparce influjo soberano
Por toda la region del cuerpo humano.
No es medida segura
Del cuerpo la estatura,
Cuando robusta, libre, dominante
La razon muestra fuerzas de gigante.

Dijo bien, y le debemos dar las gracias los que somos

poquito, porque nos sacó del no ser al ser, y porque en cláusulas breves y elegantes hizo la mas discreta apología de la nada. Pero con licencia de su discrecion, dijo mucho mas en mucho ménos del abreviado reino de Navarra el bárbaro rey de Amanguchi, cuando, asombrado de lo que veia en Javier, exclamó «que mas estinaria ser navarro, que rey de doce reinos». No dijo ser rey de Navarra, que eso sería una verdad de Pedro Grullo; y si los reinos eran como el suyo, lo sería tambien, aunque dijera doce mil. Contentábase con ser cualquiera cosa, como fuese hijo de Navarra, porque concibió que en este reino pequeño todo es grande. Si los navarros se aplicaban á santos, á todos los imaginó Javieres; si á conquistadores, todos Sanchos; si á justicieros, todos Garcías; si á doctores, todos navarros. En suma, creyó (y no se equivocó mucho) que en las montañas, y aun en los eriales de este reino, nacian héroes, como dijo uno, que en las huertas de Roma se sembraban lechugas y nacian despues dioses: *O sanctas gentes! quarum Dii nascuntur in hortis*.

Ahora se me antoja á mí hacer una digresion, venga ó no venga. ¿Por qué razon cierto sabio, togado de este reino, mas cargado de leyes bien digeridas, que el *Digesto* mismo, y que en materia de erudicion está hecho una colmena (no sino muchas), pues chorrea noticias nada vulgares, selectas, oportunas por todas sus coyunturas, tanto, que cuando habla, parece que lee, y dicen que hasta cuando duerme, sueña tambien de molde; por qué razon, vuelvo á decir, que en cierta censura que dió á cierto papel, escrito por cierto autor, hace como que extraña ó como que se queja de que «hasta el siglo pasado no se hubiese dado á la luz pública obra alguna histórica del reino de Navarra, escrita por natural suyo?» Perdoneme su erudicion, que sabiendo en lo demas á qué mano caen todas las noticias, en este particular no sabe cuál es su noticia derecha. Han salido á luz pública tantas historias del reino de Navarra, como se han escrito historias de todas las naciones del mundo, y estas no solo se publicaron en el siglo pasado, sino en siglos tan pasados, que de puro pasados están ya podridos. Si me enfada, le diré que la historia de la China, la del Japon, la de Persia y de la Transilvania, son historias de Navarra; y no me apure tanto, que le diga que hasta la misma historia de lo futuro es historia de este reino; y no me falta un tris para adelantar que aun la historia de lo posible está á pique que lo sea; porque no parece posible valor, empresa ó hazaña, que no pruebe algun costado de este reino esclarecido, y en que no se entren los navarros como en su propia casa. Eso de que no sean naturales suyos los que escribieron dichas historias, hasta que nacieron en el siglo pasado los Moretes, los Alesones y los Elizondos, tambien se ha de entender *cum mica salis*. Del hombre de bien todo el mundo es pais: *Virtutis patria ubique est*, dijo aquel que primero fué el primer abogado que habló en los estrados de Roma, y despues lo elevó tambien su mérito á la religion ó á la region de los togados. Por esta regla de contar paisanajes, los navarros son naturales de todo el mundo, y los hombres de bien de todo el mundo deben ser naturales de Navarra. Conque para otra vez váyase con tiento en echar las temporalidades á todos los que nacimos fuera de este reino, extrañándonos de él á todos, pues con su licencia, no es lo mismo ser foraste-

ros que no ser naturales; y tenga tambien mas caridad con este ilustrísimo reino, el cual, por mas que le abrevie la geografia, por mas que le ciñan los montes que le guardan para que no se escape, por mas que le estrechen las cadenas que le aprisionan porque no se huya, sabe hacer sus escapadas y extenderse por el mundo todo. No de otra manera que un río caudaloso que estrecha en poca márgen inmenso fondo, tal vez deja descuidar á su madre, y burlando márgenes y diques, aunque la madre natural sea Navarra, sabe tambien buscar su madre gallega.

§. III.

Pues como íbamos diciendo, hasta el día 13 de julio próximo pasado era el reino de Navarra reino ilustrísimo, y no era en él lo *ilustrísimo* título postizo de dignidad, sino propiedad inseparable de su naturaleza. Pero en aquel fatal día, á las cinco de la tarde, de repente y cuando nadie lo pensaba, pasó á ser reino obscurísimo, reino anochecidísimo, reino tenebrosísimo, reino funebrísimo, y en fin, reino en quien todos los superlativos de la negregura, del luto, de la obscuridad y del dolor, le venían mas cortos que los mismos positivos. Es el caso, que aquel día y en aquella hora tuvo el excelentísimo virey conde de Maceda una posta con la noticia fatal del alevoso golpe que el día 9 habia descargado la muerte á traicion y de sorpresa en la amada vida de nuestro amado rey Felipe V. Hizolo de repente; que á haberlo pensado, quizá no se atreviera á hacerlo. Matóle á traicion; que cara á cara, ella se guardaria bien de ejecutarlo; á lo ménos se miraria mucho en lo que iba á hacer. Por mas que nos pinten á la muerte rigurosa, justiciera, igual, inexorable, imparcial y tan atrevida con los palacios como con las cabañas:

*Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas,
Regumque turres.*

yo sé muy bien que á lo ménos hubiera dilatado el cruel golpe todo lo posible, si hiciera reflexion á que iba á desentronizar la religion, á descoronar la piedad, á descetrar la virtud, á hacer polvo la prudencia, ceniza la integridad, sombra la majestad real, y la justicia esqueleto. Yo sé que se hubiera ido con mas tiento en ajar á Francia la mejor lis, en postrar á España el leon mas bravo, en dejar á Marte sin espíritu y á Minerva sin aliento; porque al fin, esto hizo en un instante la atrevida muerte con su hazañosa, mejor diré, con su facinerosa osadía.

*Religio, Pietas, Virtus, Prudentia, Leges,
Regia Majestas, Justitiaque nitor:
Gallica, mutato squalentia Lilia vultu,
Hispanisque Leo, non memor ipse sui:
Robora Mavortis, tum gloria culta Minerva,
Sub tumultu nostri Principis ecce jacent.*

Pero al fin hizolo la muerte sin saber lo que se hacia, y la posta que condujo á Navarra esta noticia no fué posta, fué bala de cañon que se llevó de calles los corazones de todo este reino. Anocheciósele el resplandor, obscureciósele el lustre, apagáronse las brillanteces, y se quedó mas negro que la media noche, un reino que era mas claro que el mediodía. En suma, perdió el color y se vistieron las almas el traje de las sombras, siendo el luto exterior no mas que reflejo obscuro de la lobreguez de adentro. No parece sino que el profeta de los tristes tomó á su cuenta hacer la relacion de lo que pasó

aquel día en Navarra, tres mil años ántes que pasase, cuando dijo arrebatado: *Quomodo obscuratum est aurum, et mutatus est color optimus?* Despues de haber referido que lloraban las piedras de la calles, que se deshacian las puertas, que se despedazaban los sacerdotes, que se desgrenaban las mujeres, y que no podia salir el aliento sino forcejando contra una opresion inmensa de amargura: *Viae Sion lugent: omnes portae ejus destructae, Sacerdotes ejus gementes, Virgines ejus squalidae, et ipsa oppressa amaritudine.* Si la noche se pudiera ver con los ojos corporales, diria yo que Jeremías habia visto con ellos las tinieblas de Navarra en aquel funesto día, tan claramente como vió con ellos mismos, en sentir de San Jerónimo, la cautividad de Jernsalen, interrumpiendo por esta ocasion lo profeta: *Captivitatem Urbis; atque Judaeae, non solum spiritu, sed et oculis carnis, intuitus est.* Tambien parece que yo la estaba viendo habrá como unos tres lustros, cuando lloré poco mas ó ménos de esta manera en ocasion muy semejante:

*¿Qué noche va arrastrando,
Todo borron el sol en vez de luto!
O se han hecho las sombras su atributo,
O, en vez de esclareciendo, está borrando.
Rasgos negros los rayos, van notando
En el papel del cielo
Mucho horror, mucho llanto, mucho anhelo;
Yo en tan mortal oscuro parasismo
La pluma mojó en lo hondo del abismo,
Si ya á mojarla en fúnebres despojos
Al tintero no acudo de mis ojos:
Siendo despues, en el pavor que pinta,
Bayeta del papel mi negra tinta.*

§. IV.

Así se veia, ó no, sino así se atentaba el reino de Navarra desde el referido día 13 de julio hasta 9 del inmediato mes de agosto, en que de repente desapareció (no se sabe adónde) aquella larguísima noche que habia durado un mes ménos cuatro días. Fué el caso, que en el expresado día, mes y año, recibió la Diputacion una carta del rey (Dios le eternice) Don Fernando II de Navarra y VI de Castilla, su fecha en el Buen Retiro á 26 del pasado mes de julio, en que mandaba su majestad se le proclamase en este reino, no mas que como el Reino mismo lo sabe y lo quiere hacer. La carta no decia mas, ni era fácil que tampoco lo dijese; porque sería mucho ménos todo lo que se quisiese añadir. Ya se sabe que el reino de Navarra nada sabe hacer en obsequio de sus reyes, que no sea con la mayor velocidad, que no sea con la mayor magnificencia, que no sea con la mayor bazarria. Si están ó no están bien puestas las alas á aquel amor de mala casta que dicen nació en el mar Eritreo, medio espuma y medio ostra, allá lo disputarán, y con efecto lo disputan (porque es cuestion muy importante) ciertos autores gravísimos que están trabajando en unos doctos comentarios sobre el Chichisveo, y concluidos estos, ilustrarán con anécdotas y escolios la Pulga, de Lope de Vega Carpio. Lo que no admite disputa es que el amor del reino de Navarra á sus monarcas (amor un poco mas bien nacido que el otro amoreillo de mala ralea y de linaje obscuro, como engendrado al fin entre abadejo y sarlinas) tiene alas tan seguras, que:

*Quando al soberano agrado
Real precepto merece,
Siempre exhalado obedece,
Pero nunca desalado.
Por mas que á su amor con bala*

Cargas le disparen sumas,
 Le podrán quemar las plumas,
 Pero no cortar las alas.
 Las cadenas, que se enlazan
 Cuando su amor eslabonan,
 A lo sumo le aprisionan,
 Pero jamas le embarazan.
 Y si subir hasta el cielo
 Para obedecer al Rey
 Fuere menester, su ley
 Sabrá obedecer al vuelo.

Con efecto, el mismo dia en que recibió la diputacion la carta de su majestad, disparó volantes á los lugares donde tienen su residencia ordinaria los miembros ausentes de este ilustrísimo gremio, á quien unos llaman arcópago en cifra; otros quieren decir que esta no es buena comparacion, porque los arcopagitas eran hombres de escuela, y los diputados del reino de Navarra no siempre son hombres de escuela, pero siempre son escuela de hombres. Por eso hay quien llame á la diputacion fragmento de los quirites y residuo de aquel tribunal que habia en Roma y se decia de los *conservadores*, porque su oficio principal era velar (invigilar diria un aprendiz de covachuela, aunque supiera que le habian de desplumar si omitia el terminillo) ó desvelarse para que se conservasen al pueblo sus fueros, sus leyes, franquicias y privilegios. Y se los mantenian tan conservados ó tan alnibarados, que es fama que nunca perdian el punto, jamas se reventaban, se enmohecian ni se acedaban. Este es pintiparado el oficio de los conservadores del reino de Navarra, ó por otro nombre, de los señores diputados, centinelas de los fueros, piquetes de las leyes nacionales y guardias avanzadas de los privilegios, que al menor rumor tocan al arma y disparan una peticion de contrafuero al mismo Rey, hablando con el debido respeto; y su majestad está tan léjos de tenerlo por desafuero, que ántes le suena á lisonja, estimando que le acuerden su palabra ó sus palabras; porque jura á tantos que se las ha de cumplir. Y es, que los juramentos de los reyes, especialmente á la ínclita nacion navarra, todos son como fiestas votivas, que son fiestas de guardar; y aquel sedicioso adagio que dice: «Allá van leyes donde quieren reyes», entendido como vulgarmente lo entiende la malicia, está condenado por las leyes de este reino; y aun, en sentido mas benigno, está suplicado, hasta que se mande reever y corregir *ad mentem Regis*.

Ahí es un grano de anís el empleo de diputados, para que los que le ocupan y le llenan no sean unos hombres en quienes la nobleza es lo de ménos, con ser así que es hasta donde puede ser, desde la misma cunarda del Pirineo inclusive, hasta los esperezos del Moncayo, tirando una línea intencional entre el Septentrion y el Poniente. Los que entienden algo de geografia y de nobleza ya comprehenden lo mucho que digo en este poquito; los que no entienden de esta ni aquella, poco se va á perder en que no me entiendan. Vuelvo á decir otra vez, y lo diré otras dos mil, que en los caballeros que componen la diputacion del reino de Navarra, la nobleza es lo de ménos; porque lo ménos que son es lo que fueron sus abuelos, y lo mas es lo que son ellos mismos. Escógelos todo el Reino junto en cortes, para fiarles las llaves de sus leyes, y para encargarles la custodia de sus fueros; que despues de lo que adoran dentro de la custodia y lo demas que hay sagrado, es lo que mas vene-

ran los navarros. Con que dicho se está que han de ser unos sujetos de un juicio maduro, de una prudencia consumada, de una experiencia conocida, de una penetracion suya, de una discrecion exquisita, de una constancia á toda prueba, de un valor acreditado y de una fidelidad inviolable; so pena de decir que un reino en donde hay tanto en que escoger, ó donde no hay que escoger nada, porque todo es escogido, no sabe lo que se escoge; y esto claro está que sería muchísimo decir.

En fe de que no miento, y para que no me digan que como quiero pinto, ó que es pintar como querer, por ahí andan vivos y sanos los originales de mi retrato: cótejese este con aquellos, y véase si conenerda la copia con el original; que yo no quiero cargos de conciencia. Y para que el cotejo no se haga á tientas, venga á noticia de todos que los diputados presentes del ilustrísimo Reino se nombran como se llaman. Y son: por el brazo eclesiástico el señor don Fray Malaquías Martínez, abad cisterciense del real monasterio de Leire: no dije bien real, quise decir celestial, empireal y angelical, aunque en este sentido tambien es real el monasterio de Leire; porque real y verdaderamente es esto, y mucho mas, si es que puede ser mas que esto. Sabemos por las historias, que sin salir, ó á lo ménos sin alejarse mucho de aquel monasterio, aprehendió un monje cómo se pasaba el tiempo en el cielo sin sentir; y que esto se lo enseñó un pajarito, á quien estuvo oyendo cantar el santo religioso con la boca abierta no mas que trescientos años, que no se le hicieron tres minutos. Y esto, aunque es historia, no es cuento; que allí se está enterito y verdadero el mismo monje para defender cuerpo á cuerpo esta verdad. Hora bien: si los pajaritos que revolotean al rededor del monasterio son tan celestiales, los que andan dentro de sus claustros, ¿qué pájaros serán? ¿Y qué será el padre Abad? Será, tengan ustedes paciencia, que ya lo voy á decir:

Si su casa es *Flos Sanctorum*
 Allí desde luengos dias,
 El padre Don Malaquías
 Será el *Abbas Abbatum*.
Per saecula saeculorum
 Dure su nombre tambien,
 Y viva, pues vive en
 Donde, sin miedo á vestigios,
 Se viven siglos de siglos.
 Respondan todos: *Amen*.

Síguese por el brazo militar el señor Don Manuel de Ezpeleta, señor de Otazu; y si como han dado en estilarse títulos de santos, y aun de virtudes, por via de suplemento, ó de *quid pro quo* de estados á los que merecian tenerlos, se usaran tambien señoríos de prendas y talentos naturales, desde luego se le podia llamar á este caballero, sin escrúpulo ni remordimiento, señor de Maduré, aludiendo á la madurez de su juicio, baron de la prudencia, de la circunspeccion y del respeto, añadiéndole como por apéndice el señorío de la gravedad apacible, de la seriedad grata y del retiro tratable, que sin achicar mucho la voz se puede llamar Buen-Retiro. Por algo le ha hecho el Reino tantas veces diputado suyo, que parece diputado nato ó diputado habitual, y alguno llegó á sospechar si era en él la diputacion hereditaria. En suma, es sujeto tan cabal, que no le falta nada, y dió motivo á no sé quién para que explicase así su atrevido pensamiento:

Encargaron á un pintor
 Pintase á un señor cabal;
 El buscó un original,
 Y copió á cierto señor:
 Vio del retrato el primor
 Un quidam particular,
 Y dijo sin cespitar,
 Con alusion bien discreta:
 Es Don Manuel de Ezpeleta;
 No le falta mas que hablar.

El compañero del señor Don Manuel de Ezpeleta, por el mismo brazo militar, es el señor Don Agustín de Sarasa; y es tan compañero suyo en todas las prendas que le adornan, que mas parecen gemelos que compañeros. Cuando salen juntos en las funciones de diputación, se equivocan tanto, que algunos dicen: «Allí van dos Sarasas»; otros exclaman: «¡Jesús! y qué par de Ezpeletas»; al fin, cada cual prorrumpe en la especie dominante de los dos sujetos, que actualmente reina en la memoria. Los picados de erudición y que gustan de hablar por libro, luego que los miran se dejan caer, como quien no quiere la cosa, aquel versécito de Publio Marón, á quien llaman Virgilio los vulgares:

Talis amicitiae non junxit gratia fratres.

Y los que se precian de noticias astronómicas, al punto se tiran al polo Artico, que parece se quieren tragar la osa, á buscar en el signo de Géminis una comparación celestial con que servir á estos dos señores, sin reparar los muy atrevidos, que los dos rapaces Castor y Polux tienen pocas barbas para presumir competencias con estos caballeros. El señor Don Agustín es tan amante del Reino y tan padre de la patria, que cuando algun predicador cita en el púlpito á San Agustín, diciendo no mas: «El gran padre Agustino»: *Magnus Parens Augustinus*; mas de dos ignorantes se dicen unos á otros, dándose de codo: «Vaya, este es Sarasa»; y aunque se equivocan (claro está) en lo que conciben, pero no yerran el concepto. Sea de esto lo que fuere, ninguno me negará que lo que voy á decir es muchísima verdad, aunque lo diga en el estilo de las mentiras:

El consistorio divino
 De padres conservadores
 Tiene padres y doctores,
 Y es Sarasa el Agustino.
 En su juicio peregrino
 Tal vez descuidos cabrán;
 Pero de Agustín están
 Los descuidos celebrados,
 Y si estos son admirados,
 Los aciertos ¿qué serán?

Fuera del brazo eclesiástico y del militar, tiene este reino Briareo el brazo que se dice de las Universidades. Llámense así todas las repúblicas que logran voto en cortés; y no hay que decir que no saben lo que se llaman; porque, entiéndase como se quisiere esta palabra *universidad*, á cada una de ellas la viene el nombre de molde. Si quiere decir lo mismo que comunidad ó cuerpo que representa el común (y esto es lo que significa en el vocabulario político navarro la palabra *universidad*), claro está que no puede ser mas propio este nombre apelativo. Pero se advierte, por excusar juicios temerarios, que aunque los individuos de la Diputación que se nombran por parte de las comunidades, representan al común, no por eso pertenecen á lo que en Castilla se llama estado general; que esa diferencia de estados está poco admitida en Cantabria, de quien Navarra hace una parte tan notable. Escógense siempre sujetos de la ma-

yor distinción, en cuyas personas añada el empleo cargo, pero no añada respeto. Así como los vocales que eligen las provincias de Inglaterra para asistir en su nombre al Parlamento, como miembros de la cámara que llaman de los Comunes, aunque sean miembros de la cámara baja, ellos por sí son personajes muy altos, y tal vez de la mas agigantada elevación. Vaya esta noticia de cuenta de Gregorio Leti, en su *Teatro Británico*, que yo no salgo por liador de un autor de tan mala fe. Mas en lo que digo de Navarra, los que no me quisieren creer sobre mi palabra, me harán muy poca merced. También las repúblicas navarras merecen el nombre de *universidades*, si por esta voz, y por esta vez, sin que sirva de ejemplar, dan licencia los cultos para que se entiendan unas escuelas generales, donde se cursa el garbo, se estudia el lucimiento, se aprende la gentileza, y se dan grados en el esplendor: solo que en estas facultades apenas hay discípulos navarros, porque todos nacen maestros, y como dicen, enseñados desde el vientre de sus madres. Pues uno de los catedráticos de prima en estas ciencias y de dichas universidades, es el señor Don Fernando Javier Daoiz, diputado por ellas para congreso habitual, que representa al Reino. Hay quien llama á este caballero Don Fernando el Conquistador, porque su discreción, su bizarría, su despejo, su apacibilidad y aquella airosa proporcionada presencia que está diciendo *comedme*, no deja libertad á vida; tanto, que los corazones que no quieren pagar pechos, andan huyendo de él, y se esconden detras de los pulmones por no verle ni oírle, muy persuadidos á que si una vez le oyen y le ven, cayeron en el garlito; porque no tienen resistencia. Con alusión á esta gracia *gratis data*, es fama que á un pajeito de Terpsicore, que es musa tutelar de los afectos del alma, *Terpsichore affectus cytharris movet, imperat, auget*, dejó escrito este pronóstico, con sus polvillos de enfático:

Vendrá tiempo en que se emboque
 En un reino un diputado,
 Ladron publico en poblado,
 Sin temor á rey ni á roque.
 Sin pistolas, sin estoque,
 Robará con su eficacia
 Mas almas que cuenta Tracia;
 Y estos robos sin malicia
 Los cubrirá la justicia;
 Que es por cierto linda gracia.

El señor Don Vicente Pedro Mutiloa y Salcedo, segundo diputado por las universidades, ese es otro que bien baila. Pero no es tal, que antes se verá bailar á un cartujo, que se vea en el señor Don Vicente cosa que huela á mudanzas ni de mil leguas. Tan firme, tan constante, tan inmóvil es en todo lo que suena á piedad, á madurez, á juicio, á cordura, á una intención tan sana y tan derecha como su mismo cuerpo; de estas que se van luego á lo mejor, sin poder irse á otra parte. El que dijo que la prudencia era una vieja arrugada, colmilluda, zahareña, un si es no es lagañosa, la mitad calva y canosa la otra mitad, yo sé que reformaría la pintura si la hubiera visto en el señor Don Vicente, joven, rolliza, fresca, con unos dientes de que se pueden hacer manillas, collares y esclavitudes; con un semblante tan grato, que á cualquiera que le vé, dice: «Me has de querer, que quieras quen no quieras:» los ojos vivaces y despejados, y en fin la cabeza tan distante de todos los síntomas de la vejez, canas y calva, que solo por falta de esta dijo

uno que el segundo nombre de Pedro se lo habian puesto sin piés ni cabeza. En fe de que no miento, contaré el gracioso chiste de un gramatiquillo medianista. Estaba dando lección del libro cuarto, y llegando á cierto ejemplito de Ciceron, que dice : *Mens, ratio et consilium in senibus est*, le preguntó el maestro qué queria decir aquello. «Padre, una grande mentira,» respondió con ingeniosa prontitud el chichenlo. ¿Cómo una gran mentira? «Sí, padre, insistió el niño sin alterarse; porque quiere decir que el entendimiento, el juicio y la prudencia está en los viejos, y yo sé que está en el señor Don Vicente Mutiloa, que ni es viejo, ni lo podrá ser en muchos años, por mas prisa que se dé á vivir.» Celebró el maestro la gracia, y le dió un parece. Yo voy á ver si puedo ganar otro para un amigo con la siguiente décima en verso :

Es el señor Don Vicente
Quisicosa de la edad :
Lo que se ve es mocedad,
Lo demas ancianamente.
Su data es data reciente,
Mas su juicio no es lampiño;
De mozo tiene el alifio,
Más que de anciano el consejo :
Sábese, sí, que no es viejo,
Pero no cuándo fué niño.

Y del señor Don Antonio de Ozcariz, tercer diputado del Reino por sus universidades, ¿qué se sabe? Sábese que aunque todas las potencias del mundo estén en guerra, las potencias de este caballero estarán en una octaviana paz, y esto con ser así que son potencias muy soberanas, muy vivas y de unos dominios muy dilatados. Sábese mas, sábese que por su sosiego, por su tranquilidad inalterable, por su serenidad, es señor tan serenísimo como el mas serenísimo señor. Por eso otros alabarán en este diputado aquella solícita diligencia con que oigo decir (que yo no lo he visto) que tiene recogido en su curiosa librería todo cuanto se ha escrito, especialmente en estos dos últimos siglos, de exquisito, de grande, de buen gusto en todas materias y facultades. Otros alabarán la buena eleccion con que trasladá desde los libros á la memoria las especies y noticias mas selectas, las mas escogidas, para destilarlas despues gota á gota por la lengua y por la pluma, en tiempo, en sazón y en oportunidad, no como otros eruditos de chor-rera ó de acequia de molino, que hablan de río revuelto y de borbollon, sino á manera de alambique, por donde salen las quintas esencias y los espíritus de tarde en tarde. ¿Pero qué importa, si vale mas una gota de ellos que una redoma de otros licores? En fin, otros alabarán en el señor Don Antonio aquella apacibilidad desablante, aquella cara eternamente risueña, donde se está continuamente descubriendo lo racional por entre las celosías de lo risible. Digo que otros alabarán en el señor Ozcariz esto y aquello y lo de mas allá; pero yo «la serenidad alabo.»

Que se alborote el abismo,
Que el cielo se caiga abajo,
Que el Ebro se pase al Tajo,
Don Antonio siempre el mismo:
En celestial parasismo
Parece que se enajena;
Cuando llueve, cuando truena,
Su semblante siempre igual;
Y si muere de algun mal,
Será de gota serena.

¿Y de qué mal morirá el señor Don José de Navas-

cues y Alfonso, cuarto diputado por las susodichas universidades? De ninguno, si no mienten los que nos cuentan que no llegan al olimpo estas que se llaman extrañas alteraciones. A todo el mundo he oido decir que este es un caballero de una gran cabeza. Créolo sin que me dén tormento; pero no quiero infernar mi alma, y así confieso que solo se la he conocido en los efectos, mas en cuanto á verla, yo no se la he visto, por falta de telescopio; y es que *caput inter nubila condit*. Su estatura, midase pon donde se midiere, es de tal tamaño, que á su lado no hay hombre grande que no parezca tamañito. Cuando es menester hacerle algun vestido, los sastres andan por esos cerros para tomarle la medida, y al fin no encuentran otra medida de su cuerpo que la de su grande alma. Y si me replicaren que esta no se vé, replicaré yo que eso solamente lo podrá decir algun ciego ó algun sordo. No se vé, no se oye, no se palpa otra cosa que alma, y mucha alma, en todo cuanto hace, cuanto dice, cuanto mira, cuanto acciona y aun cuanto anda el señor Don José Navascues; tanto, que todos los que miran su procerosa corpulencia, exclaman sin libertad : «¡El alma de su cuerpo!» Es gusto oír las diferentes definiciones con que explican el concepto de su estatura los que quieren celebrarla. Unos dicen que es Navarra la alta y la baja, Navarra toda seguida. Otros desmienten á los que tratan de pequeño al reino de Navarra, diciéndoles que no puede ser pequeño un reino donde cabe Don José de Navascues vestido y calzado. Otros, aludiendo á lo bien instruido que está en la jurisprudencia, dicen que es el Cuerpo del derecho civil, el Fuero antiguo de Navarra y la Nueva Recopilación, todo en un tomo de á folio. Yo refiero, no califico; pero no dejaré de copiar aquí unas palabritas que andan de molde en cierto libro, mas que me digan que no vienen á propósito : «Ningun poeta nos ha pintado hermosos los gigantes : dádole ha que han de ser cocos y vestiglos. *Monstrum horrendum, informe, ingens, cui lumen adeptum* : como si el sol, por ser el mayor de los planetas, dejara de ser el mas bello, ó como si tuviera mala cara el que *exultavit ut Gigas*.» Ahora añado yo que si fuera artífice de emblemas, habia de retratar al señor Navascues de esta manera : pintese un gigante hermoso, como que le sale de la boca el río Ródano, con este lema por alma de la empresa :

*Spiritus intus alit, totamque infusa per artus
Mens agitat molem, et magno se corpore misceat.*

Esto sin perjuicio de mi derecho parroquial, y por no perder el de diezmar, allá va una décima de diez piés :

De hombres grandes, sólo yo,
Navarra fecunda es;
Pero mas que Navascues,
Voto á tantos, eso no.
Por algo ella le nombró
Diputado en toda trance;
Pues en latín y en romance
Podrán hallarse doscientos
Que tengan tantos talentos,
Pero no mayor alcauce.

§. V.

Estos son en su misma mesmedad los siete señores diputados que componen actualmente la ilustrísima Diputación. Si yo creyera en agüeros numerales, y fuera devoto de las supersticiones pitagóricas, ¿qué cosicosas no pudiera decir sobre el tal número siete, glosando aquel manoseado hemistiquio, que es el refugio de los

números mancos? *Numero Deus impari gaudet*. Dejando á un lado el *tres*, que ese se levantó con el misterio mas alto; qué brega daría yo al *cinco*, al *nueve*, al *once*, diciendo al primero, que en materia de misterios respecto de *siete* no sabe cuántas son *cinco*; zumbando al segundo con que es fuera de los *nueves*, nada, y echando al prado al tercero con sus *once* de oveja! ¿Qué dificultad me costaría probar que el número *siete* es el queridito de Dios, el favorecido, el que priva, el escogido para representar las cosas mas altas, despues de la última de todas? ¿Tenia mas que pasearme un poco por la historia sagrada, y á cada paso me saldrían al encuentro siete cosas, que, sobre entronizar al número, vendrían á los siete diputados que ni pintadas? Verbi gracia: en los Números, siete aras (aquí entraba su piedad); en Josué, siete trompetas ó clarines (aun eran pocos para celebrarlos, á ménos que por esta vez se diese al *siete* toda la extension que tiene la aritmética sagrada, en la cual por este número se significa todo lo numerable); en los Jueces, siete cuerdas con siete nudos apretadísimos (bello símbolo de su union); en el Paralipomenon, siete sublimísimos cabellos (cogía la ocasion por ellos, y aplicábalos á la delicadeza de sus pensamientos, y no sería la comparacion descabellada); en Tobías, siete amigos estrechísimos (otro nudo mas á su armonía y uniformidad); en Ester, siete fuertes capitanes (por lo que toca al valor, todos siete pertenecen al brazo militar); en los Proverbios, siete columnas robustas (¿quién negará que lo son de todo el Reino?); *ibidem*, siete hombres fecundos y elocuentes (estos son ellos por ellos); en Daniel, siete leones (que los toquen al pelo de sus fueros, y se verá lo que son); en Zacarías, siete ojos, y todos clavados en una misma piedra (clavados ellos mismos, como si los viera, con la vista siempre en las leyes, abriendo tanto ojo, y ojo al margen); en el Apocalipsi, siete candeleros, siete espiritus, siete lámparas ó siete estrellas (á escoger en los tres siete). Y si quisiera lucir un poco la amenidad, ¿quién me quitaría meterme por la geografia, hasta encontrar el Nilo con sus siete bocas, dar una vuelta á la fábula y buscar el monstruo de siete cabezas (tambien hay monstruos de prudencia, de sabiduría, de virtud: al fin en todas líneas hay monstruos); barloventear por la astronomía, y subirme hasta las barbas de los siete planetas (mas acá hay posada); y en fin, si desbarraba en la naturaleza, llamarme á la Iglesia y meterme de envion en los siete sacramentos? Pero no hay que esperar que yo pitagorice, ni mucho ménos que cabalistiquee; porque de Pitágoras se me da un pito, y de la cábala rabinica me rio cabalmente; y mas cuando tengo desacomodados y con susto á los Señores síndicos y secretario de la Diputacion, que esperan tambien su sepancuanto, y no podrán librarse de la nube, por mas que la conjuren.

Pues agua va, señor Don Joaquin Ferrer. No piense usted que por su abstraccion, por su retiro, por su vida solitaria, ha de estar á cubierto de los latigazos que se dan de compañía. Yo no sé con qué conciencia llaman unos á este sabio jurisconsulto el abogado anacoreta, el síndico archimandrita, cuando se sabe que anda tanto como el que mas por esos estrados y por esas salas, y si no, que lo diga la *Preciosa*; y en cuanto á estrados, allí están los del Consejo, que no me dejarán mentir. Tambien he oido decir que es un hombre de

un genio muy pacífico; séalo por muchos años; lo que yo sé decir es que de continuo anda en pleitos, y que es el San Vicente Ferrer de los litigantes. Cuando el Reino le escogió por su consultor ó por su síndico, estuvo para aplicarle aquello de *advocatum habemus*, y lo omitió por miedo de que no fuese el mismo Reino sindicado. Mas que á mí me sindiquen y me delaten, no dejaré de decir lo que ahora se me ofrece, aunque me quemen:

Si la virtud y poder
Dió un gran Ferrer á Valencia,
Tambien la jurisprudencia
Dió á Navarra su Ferrer.
No hay mas que venillo á ver;
Y si el cotejo se entabla,
Verá, aunque sea una tabla,
Que en uno era todo el día
Un milagro cuanto hacia,
Y en este otro lo es cuanto habla.

El segundo síndico es el licenciado Don Miguel de Sesma é Igal; y cierto que por la miseria de una letra pudiera su merced llamarse *Igual*, y me aborrraba el elogio, pues trabajado el primero, con expresar su nombre y apellido, hasta el segundo inclusive, me lo hallaba todo hecho. Es de extrañar que, siendo el licenciado Sesma tan letrado, se anduviese ahora reparando en una letra. Pero al fin, como yo no le he volver á bantizar, Igal le hallé é Igal le he de dejar; y mas cuando su aseo en todo, su limpieza de cuerpo y mente, y su esmero sin igual, está dando una higa á la incultura, á la impudidez y al desaliño. Dice un santo (y pienso que es San Bernardo el que lo dice) que la limpieza del cuerpo es índice de la del alma. Si se lee al licenciado Sesma por este índice, harto será que no parezca simbolizada la limpieza de sus cinco sentidos en aquellos limpidísimos guijarros de David, del torrente y del gigante. No hay que hacer ascos á la comparacion, ni hay por qué á ninguno le parezca dura por aquello que se dice de guijarros, pues todo el mundo sabe que el licenciado Don Miguel de Sesma es hombre de gran cantera. A la limpieza en lo que discurre, en lo que habla, en lo que escribe, en lo que acciona y en lo que trata, consagró un devoto este colgajo:

Por innata propension
De tu limpio entendimiento,
Defiendes sin juramento
A la limpia Concepcion.
No es virtud: inclinacion
Es en ti, y naturaleza,
De tus manos la pureza,
Pues huirás la codicia,
Cuando no fuese avaricia,
Solo porque no es limpieza.

Aquí te quiero, amigo y señor Don Pablo del Trel, diguísimo secretario del reino de Navarra; aquí te quiero, ¡hola! No juzgue algun malsin que solo aquí quiero á Don Pablo; quíerole, y le quiero mucho en todas partes; y ahora no solo le quiero, sino que le requiero, de parte de Dios, que me diga qué Pablo es. ¿Es Pablo primer ermitaño? Su devocion, su piedad y la notoria propension que tiene á los montes y á las selvas, á las enales se retira siempre que puede boníticamente, dan indicios de que hay algo de eso; y si no temiera que se me enojase, añadiría yo que no lo desmienten las barbas, pero bórrense, y téngase por no dicho. Por otra parte predica tanto con el ejemplo, y aun á veces con las palabras, que me inclino á que lo Pablo le viene

de casta de apóstol. Item, hay tambien á favor de esta opinion las epístolas que escribe como secretario del Reino, y no son á sugetos así como quiera, sino que me consta ha escrito alguna ó algunas *ad Romanos*, muchas en el reinado pasado *ad Philipenses*, muchísimas en el presente virreinato *ad Galatas*, y casi todas *ad Colosenses*; porque son colosos, esto es, próceres de grande estatura casi todos los sugetos á quienes acostumbraba escribir el reino de Navarra. Y si la espada es allaja precisa del apóstol San Pablo, porque en su tiempo no la manejó con ménos valentía que la pluma, sépase que Don Pablo del Trell, que ahora maneja la pluma con tanta destreza, manejó con igual valor la espada en servicio del Rey, mandando una compañía de caballos. ¿Y qué sabemos lo que ahora mandaria si hubiera continuado en el servicio? Pero como siempre ha sido devoto y timorato, debió de tener por peligrosa la vida del soldado, y se retiró á bien vivir. A su espada y á su pluma se me antoja dar los buenos dias, á salga lo que saliere:

De Trell es lucido el porte;
Su atencion acreditada
Por la pluma, y por la espada
Es hombre siempre de corte.
La religion es su norte,
Sin que de él le aparte el diablo,
Pues cuando asesta el venablo,
Para hacerle desviar,
Sin llegar á bambolear,
Se dice Trell: *Guarda Pablo.*

§. VI.

Hora bien, señores leyentes (porque mi lector ya murió), ¿se acuerdan ustedes de unos volantes que salieron en bala mas que en posta, allá á los principios del párrafo cuarto de esta relacion, despachados y disparados por los señores de la Diputacion que se hallaban en Pamplona, luego al momento que recibieron la carta de su majestad (Dios le perpetúe) en que mandaba á este reino le aclamase por su rey y señor natural; los cuales volantes iban destinados á los señores diputados ausentes, para que viniesen corriendo á disponer la proclamacion volando? Pues sépase que tardaron ménos en ir, estar y volver, que yo he tardado en escribirlo, y esta es muchísima verdad. Pero hubo en esto otra gracia, y es que á cada uno de los lugares fué no mas que un volante, pero al volver vinieron dos: uno el disparado por la Diputacion, y otro el diputado, que venía, despues de haberle aplicado el botafuego, el amor, la fidelidad, el ansia de desahogar cuanto ántes por la boca los vivos que tenian de represa en el corazon, y á todos causaban una inflamacion interna que les abrasaban las entrañas. Es esto tan cierto y tan sin ponderacion, que aquí no hay mas. El día 9 á las diez de la mañana llegó la real carta órden; áquel mismo día á las dos de la tarde ya se veían por los caminos de Navarra unas exhalaciones, á manera de las que suelen travesear en las noches serenas y despejadas por el cielo, ó cosa que lo valga; el día 10 estaban en Pamplona todos los señores diputados, incluso el señor Don José de Navascues, que reside catorce buenas leguas (así llaman por mal nombre á las que son las peores, por ser largas) de aquella capital. ¿Cómo hizo esta jornada con tanta velocidad? Es un problema curioso entre los que arrastran dichos por discretos. Unos dicen que la hizo por ensalmo; otros, que el amor le prestó sus alas, y que aun por eso andaba

exhalado por aquellos dias el amor de todos los demas. Yo no creo en agujeros ni en hechicerías, y digo que se acuerde mi auditorio de su estatura agigantada, y tráigase á la memoria aquello de *exultavit ut Gigas ad currendam viam*, y no se hable mas en la materia.

Lo cierto es, que el día 11 (tan impaciente estaba la fidelidad, y tan codiciosa de aprovechar los instantes) se juntó la Diputacion plena en su sala llamada *la Preciosa*. Cosa mas bien llamada no se ha llamado desde Adán acá, esto es, desde que el primer padre de los hombres fué tambien el primer padre de los nombres, con tanto acierto, que no le erró el nombre á cosa alguna: *Omne enim quod vocavit Adam, ipsum est nomen ejus*. Preciosa por la hermosura, preciosa por la fábrica, preciosa por el destino, que no es ménos (ahí es un grano de anís) para ser la sala consistorial, donde se junta el Reino pleno cuando se convocan Cortes en la imperial corte de Pamplona. Una sala donde caben tantas y tan grandes capacidades, y todavia hay capacidad para mas, necesariamente ha de ser una sala muy capaz. Y siéndolo tanto lo material, ¿qué será lo formal de ella? Yo lo diré: en todo lo que toca á lo material, es la *preciosa* por excelencia; y aunque el mismo Rey entrara en ella, no dudaria yo llamarla *pretiosa in conspectu Domini*; pero en lo formal deja de ser preciosa, porque no tiene precio. Solo hallo un modo de valorarla, entendida en este sentido, y lo diré como pudiere:

¿Cuánto va que no sabes cuánto vale
Aquella celebrada sala hermosa,
Que por no tener precio que la iguale,
Se llama por antífrasis *Preciosa*?
La cuenta no hay que echarla (que no sale)
Por pesos, por doblones ni otra cosa.
Mira bien los que coge entendimientos,
Y echa despues la cuenta por talentos.
Uno dijo, y lo dijo grandemente,
Que no estribaba el precio en la estatura;
Precioso es el diamante, y es poco ente,
Más precioso el carbunco, y no es figura.
La regla es general; pero consiente
Su excepcion de esta sala en la estructura.
Cada piedra que de ella se desmande
Es preciosa y no deja de ser grande.

¿Pero qué entiendo yo desto? Allá se las avengan los lapidarios, que á mí solo me toca decir que, juntos todos los señores diputados en la tal *preciosa* sala el susodicho día 11, y leída la real carta órden de su majestad, dijeron preciosidades, por lo mismo que con el primer ímpetu del gozo no sabían lo que se hacían ni lo que se decían. Uno dijo: «¡Proclamar á Fernando por rey de Navarra, con título de Segundo! No en mis dias, voto á tal; que Navarra no entiende de segundas ni segundos cuando se trata de proclamar á sus reyes; y así, ó se ha de proclamar á Fernando por rey sin segun-lo, ó si no, protesto el número de la proclamacion, dejándola por todo lo demas en su fuerza y vigor.» Pero otro le serenó, acordándole que esto solo queria decir que ya habia amanecido en Navarra otro sol coronado del mismo nombre, despues que rayó en ella el *Alba*, sin que esto significase disminucion de resplandores el que nació despues. Porque ¿cuántas veces vemos (añadió) que el segundo día del mes es mas sereno y mas claro que el primero? Hizole fuerza la comparacion, y votó que luego luego se hiciese la proclamacion sin protesta.

Tan luego ha de ser, replicaron dos diputados á un mismo tiempo, que ha de ser incontinenti, porque ya

tenemos al Rey en el cuerpo, y estamos todos tan repletos de alegría, que podemos temer una apoplejía de gozo, si no se busca presto algún respiradero. Por tanto, somos de parecer que, sin esperar á mas formalidades, salgamos todos por esas calles gritando lo que se acostumbra en estas ocasiones; y si nos tuvieren por locos, mejor para nuestros juicios; que es la mayor locura tenerle en ciertos lances. Iba á prevalecer este dictámen, como el mas conforme al amor ciego y á la fidelidad á ojos cerrados, cuando se levantaron los dos Síndicos, y con voz reposada dijeron: Señor, suplicamos á vuestra señoría ilustrísima que nos oiga. Todo lo dicho está bien dicho, y es lo que se debía de hacer si en este negocio solo hubieran de entender los corazones; pero están en posesion de tener parte todos los cinco sentidos, y de mas á mas las tres potencias. Son, otro sí, interesadas las campanas, los clarines, los timbales, la artillería, y sobre todo los sastres. No se les puede turbar en la posesion, sin injusticia. *Text. in Leg. Viam. Publicam ff. de via Publica. Leg. Proculus 26. ff. de Damn. infect. Leg. 1. §. Denique 3. Leg. Si in meo 22. ff. de Aquis pub. arcend. Text., in Cap. Cum Ecclesia Sutrina de causis possess. et propriet.* A esto se añade que vuestra señoría está vestido de melancolía y arrastra la tristeza hasta el suelo, en cuyo traje no sería amor, que sería irreverencia, hacer la proclamacion. *Juxta illud in terminis terminantibus:*

Non est conveniens luctibus iste clamor.

Por todo lo cual somos de sentir que vuestra señoría se sosiegue y que tome sus medidas, dando tiempo al tiempo; pero no mas que el que fuere menester para que los sastres tomen tambien las suyas, pues por lo demas, ya conocemos que la funcion no puede dilatarse; porque no es razon, ni vuestra señoría lo podria tolerar, que nadie se anticipe al reino de Navarra en proclamar á su rey, y á tal rey, habiendo sido el Reino el que siempre ha dado el primer ejemplo en esto desde que en Navarra se usan proclamaciones; y por otra parte no dejamos de confesar que *datur periculum in mora.*

Hizo fuerza este dictámen fundado, y haciendo lugar el alborozo á que la ración discurriese con sosiego, nada tuvo que discurrir la Diputacion en resolver que se hiciese la proclamacion el dia 21 del mismo mes de agosto, considerando ser este el tiempo que bastaba para que se previniesen las galas, sin poner á los sastres en tentacion de que quebrantasen las fiestas; porque cuando se trataba de obedecer con tanta puntualidad el mandamiento del Rey, sería inconsecuencia no celar la mas puntual observancia de los mandamientos de Dios. Pero como no hay gusto cumplido en esta vida, el que tuvo la Diputacion en ocasion de tanto regocijo, se vió turbado con una circunstancia inevitable, le hizo rebajar algunos puntos, por los que irremediablemente habian de faltar al extrínseco autorizado aparato de la funcion que prevenía. Es el caso, que en el mismo correo en que el Reino recibió la órden de su majestad para que le proclamase, tuvo otra el excelentísimo virey conde de Maceda para que sin dilatacion pasase á la corte, donde le necesitaba la piedad y la confianza del Rey para emplearle (como se espera) en mucho bien de toda la monarquía. Partió su excelencia en posta el mismo dia en que asistió con el consejo supremo de Navarra á las honras que se celebraron por el Rey difunto, hacién-

dose así mas acreedor á las que le dispensa la benignidad del que vive y reina; porque eso de estar siempre y únicamente «sobre el quien vive», es bueno para las centinelas, y fuera de allí, solo se halla en fidelidades achacosas, en corazones rateros y en espíritus muy de escalera abajo. El espíritu del conde de Maceda es espíritu de primer órden, su corazon es grande de primera clase, y primero se *cubrirá* el sol con el ala de un mosquito, que lleguen á él tan villanas raterías.

Este incidente no esperado excitó en la Diputacion una borrasca de afectos encontrados. El primero y el mas natural fué el dolor de verse privado del conde de Maceda el reino de Navarra, es decir, de un señor á quien le sobra todo lo grande que heredó, y lo mucho mas grande que ha sabido merecer, para que le amen sin libertad y le veneren sin poderlo remediar todos cuantos le conocen. Su corazon, mayor que el de un ejército de Alejandro; aquella grande alma, que ella está rebosando espíritus generosos por todo cuanto respira; una bizarria genial, que no parece prenda ni virtud, sino segunda naturaleza; un desinteres en grado tan subido, que casi toca en la línea de supersticioso, pues ni aun gracias quiere recibir por los beneficios que dispensa á manos llenas, solo por no recibir; una rectitud tan inflexible, que primero blandeará la vara que empuña la Justicia, y ántes permitirá Astrea que la inclinen el peso, dejando de ser balanza, que el mundo todo sea capaz de desviar un punto al conde de Maceda de lo que concibe como justo. Ciertamente será ménos perpetua y ménos constante en la justicia que en el Conde, la voluntad de dar á cada uno aquello que le toca. Un teson en dar audiencia á todas horas, que ni aun las del comer estaban exceptuadas, habiéndosele visto repetidas veces levantarse de la mesa y salir á la antesala á oír al miserable y á despachar al desvalido, siendo de dictámen este gran Virey que la campaña es el lecho de honor donde debe morir todo buen soldado; y para que muera un buen ministro no hay lecho mas mullido que el de las audiencias y el despacho. Su afabilidad tan singular, que rodeado tan continuamente en su palacio de oficiales y de nobles, solo ella le distinguia de todos ellos, tan sin resabios de señor, que eso mismo le hacia aparecer mas grande. Habiendo visitado á su excelencia en esta primavera pasada un jesuita alemán, admirado del agasajo, de la cortesana naturalidad y de la humanísima urbanidad de su trato, al salir de palacio exclamó con gracia y con agudeza: «*O Principem divinum! Et eo diviniorem, quia humanissimum. Non dicam illum Comitem, sed Comitissimum.* ¡Príncipe divino! Y por eso mas divino, porque es mas humano. No le llamaré yo Conde, sino Comitísimo, esto es, humanísimo, urbanísimo, afabilísimo.» El alma de todo este hermoso agregado de prendas es una piedad castiza, sólida, masculina, enemiga naturalmente de toda ostentacion de virtud, follaje, aparato ni hazañería, juntando con todo el desembarazo, con todo el despejo natural de un gran soldado, una delicadeza de conciencia que puede hacer honor á cualquiera estrecho religioso.

Calle la fama, cuando mas no puede,
O grite sin temor, sin susto y miedo,
Que fué grande Alejandro, el de Macedo,
Hasta que hubo Alejandro de Maceda.

Los dos de cuerpo breve, sin que exceda
De uno á otro el tamaño ni en un dedo;

Todo el exceso estriba en el denuedo,
 En el cual es preciso que aquel ceda.
 De los dos macedonios, padre é hijo,
 Que señas mil Maceda partecipe,
 Cualquiera lo dirá, sin ser Tehandro.
 No es menester exámen muy prolijo
 Para ver que el semblante es de Felipe,
 Y el corazon mayor que el de Alejandro.

§. VII.

Miren ustedes si el reino de Navarra tenia poquitos motivos para sentir que le arrancasen de su seno á tal virey y á tal señor. Bien que por otra parte consolaba su dolor con el buen ejemplo que en esto le da la tierra, la cual, aunque sienta que el sol, monarca de los planetas, extraiga de ella los vapores que dentro de sus entrañas la abrigan y la fomentan, pero al fin fácilmente se conforma, considerando que, elevados despues á par del mismo sol, en primer lugar son nubes que la cubren y la defienden de sus rayos, y de mas á mas se desatan en fecundas benéficas lluvias que la consuelan y fertilizan.

Este símil, que propuso no sé quien, alentó un si es no es á la Diputacion. Pero eso no quitaba, dijo un diputado, que nuestro sol español hubiese suspendido por un poco la elevacion de nuestro Conde, pues para ser nuestra nube, nuestra lluvia y nuestro todo, tiempo le quedaba; y ahora le habíamos menester, para que fuese nuestra autoridad, nuestro respeto, y en fin, el primer papel en la real proclamacion que vamos á prevenir. Pero si el Rey quiere que se haga la funcion sin este personaje, pues al mismo tiempo que manda al Reino que le proclame, llama al Virey á la corte, ¿qué le hemos de hacer? «Allá van vireyes donde quieren reyes.» No se hará la funcion con toda la exterior ó extrínseca solemnidad con que se ha hecho cuando la facilitaba la asistencia de los vireyes; porque eso ahora es imposible, y mas no quedando concretados ni aun los encargos de este empleo en una sola persona, y mucho ménos la autoridad y la representacion; que esa todavía reside únicamente en nuestro amado conde de Maceda, con indecible consuelo del Reino todo. Pero al fin se hará, y se hará cuanto ántes, sin que la falte un ápice de lo substancial, de lo esencial y de lo específico. Porque esto (claro está) no consiste en meras arbitrarias políticas ritualidades, y ménos en las que únicamente introdujo la urbana atencion del Reino, sin ley que lo prescriba, ni decreto del soberano que lo mande. Y con todo eso las observará el Reino religiosamente, siempre que logre en su recinto la persona del Virey con quien practicarlas. Pero jamas las dispensará con otro alguno, por mas que alegue vicarias representaciones de este empleo; porque sería desairar al original el tratar con igual atencion á una copia, y copia tan diminuta, que solo representa la mitad. Ni el reino de Navarra necesita tener presente á su virey para guardarle y defenderle sus fueros, con el mismo generoso fiel empeño con que solicita y espera que el Virey mismo sostenga y abrigue los de la nacion.

Estas consideraciones movieron á la Diputacion á señalar el dia 21 del mismo mes de agosto para la funcion deseada. Pero atenta, como siempre, á observar en todo el real aspecto del soberano planeta que la manda y que la influye, determinó, ánte todas las cosas, poner en su real noticia esta resolucion, para practicarla ó suspen-

derla segun los movimientos que imprimiesen en su fidelidad las insinuaciones del real agrado. Con este fin, el dia 12 despachó un expreso en toda diligencia con una carta para el Rey, concebida en estos precisos términos:

« Sacra Católica Real Majestad.

»Siguiendo el real decreto de vuestra majestad, expedido en carta de 26 de julio último, para que este reino proclame á vuestra majestad por su rey y natural señor, ha resuelto la Diputacion celebrar el acto de la proclamacion el dia 21 del presente mes, no obstante de haber partido, de órden de vuestra majestad, á esa corte el conde de Maceda, virey de este reino; porque la heroica constante fidelidad de sus naturales, y el universal júbilo que explican por la exaltacion de vuestra majestad al trono, no permiten se defiera mas la solemne proclamacion, que tan impaciente espera su afecto, encendido en el mas entrañable amor á vuestra majestad, de cuya real piedad se prometen con la mayor confianza la misma proteccion que en todos tiempos han debido á los augustos predecesores de vuestra majestad.

»Nuestro Señor guarde la sacra católica real persona de vuestra majestad, como la cristiandad ha menester, y estos sus fieles vasallos le suplicamos. Pamplona y agosto 12 de 1746. — Sacra católica real Majestad. — La diputacion de este reino de Navarra, y en su nombre: — *Don F. Malaquías Martínez, abad de Leyre.* — *Don Agustín de Sarasa.* — *Don Fernando Javier Daoiz.* — Con su acuerdo, *Don Pablo del Trell.* »

Volvió el expreso el dia 16 con respuesta del secretario de la real Cámara, en que avisaba el recibo de la carta del Reino, sin la menor insinuacion de que suspendiese la determinada proclamacion, con que prosiguió la Diputacion acalorando las providencias y formalidades que, segun estilo, habia comenzado á practicar desde el mismo dia 12. Fué la primera, despues del aviso al Rey (Dios le immortalice), pasar el correspondiente á las cabezas de merindad y demas ciudades del Reino, poniendo en su noticia el dia que él habia destinado á la real aclamacion, para que á su ejemplo, todas se previniesen á lo mismo, convocando á este fin los pueblos de su distrito, y disponiendo se solemnizase la funcion con cuantas demostraciones acostumbra la fidelidad navarra en semejantes ocasiones. Las respuestas fueron todas como se esperaban y como correspondian, respirando á competencia, gozo, júbilo, amor, ansia, impaciencia de que llegase el feliz dia en que se levantasen públicamente en las calles y en las plazas los pendones y estandartes que cada uno habia levantado ya mil veces en su corazon con aclamacion privada.

Todas dijeron veloces:
 Se hará la proclamacion,
 Aunque sea en conclusion
 Meter la funcion á voces.
 Las merindades feroces,
 (Si es que lo son las lineas)
 De contento se hacen piezas,
 Gritando su ardiente ley:
 Para proclamar al Rey.
 Pondremos nuestras cabezas.

La ciudad de Pamplona, que como corte del Reino, lo es tambien de todas las demas ciudades de Navarra (ea, no me ponga mal gesto algun semisabidillo; que lo que es indisputable no se disputa, y dejémonos de

cuestiones); digo que la ciudad de Pamplona, como corte y cabeza del reino de Navarra, dió el primer ejemplo en esto á todas las ciudades, como lo tiene de costumbre. Apénas recibió el aviso de la Diputacion (y tardó poco en recibirle, porque desde la *Preciosa* hasta la casa consistorial no hay legua entera), cuando respondió al Reino como lo sabe hacer, ó por mejor decir, no sabe responder de otra manera, especialmente en tratándose cosas del servicio del Rey, que echando toda el alma por la boca y por la pluma. Al fin, leon en todo generoso (que ese es su escudo), con la diferencia de que los otros leones son monarcas de la selva, el leon de Pamplona es rey coronado de las poblaciones. Pero á vista del leon de España:

Desgrefiada la elin ó la melena,
Coronado el copete entra la grama,
La vista centellante, aunque serena,
No es bravura, es respeto, lo que brama.
Levanta si la garra, però llena
De turbacion leal en lo que clama,
Va á postrar en lo mismo que blasona,
A los piés de FERNANDO su corona.

Pasóse igual aviso al prior y cabildo de la iglesia catedral, para que á su tiempo y en los dias correspondientes franquease las campanas. De propósito no dije «ilustrísimo cabildo» ni «santa iglesia catedral», porque soy enemigo de ociosidades, y hablándose del cabildo y de la iglesia de Pamplona, decir *ilustrísimo*, y añadir *santa*, sería tan supérfluo como si dijéramos «el ilustrísimo sol; la santa Iglesia triunfante». Esta es la congregacion de los santos, que continuamente se emplean en las alabanzas de Dios, cantándolas con voz incesante en un perpetuo coro interminable. Pues véase si no es ello por ello la santa iglesia de Pamplona, y si no la viene tan ajustada la definicion, que es una gloria. Es este gran cabildo el único que, entre todas las santas iglesias catedrales de España, profesa y observa con el último rigor la estrecha regla canónica de San Agustin. Tanto, que cuando en Pamplona se quiere ponderar la vida grave, circumspecta, retirada, devota, ejemplar, y aun mortificada, de algun eclesiástico virtuoso, se dice como por última exageracion: «Al fin tiene vida de canónigo.» Por eso sería yo de parecer, que en la nueva impresion del *Libro de las Cortesias* (por mí llámese *pragmática*), se añadiese por apéndice que al cabildo de Pamplona, sin perjuicio de lo *ilustrísimo*, se le pueda igualmente dar el tratamiento de *religiosísimo*, de *ejemplarísimo*, de *edificantísimo*. Y no porque sus individuos edifiquen mucho en las calles y en las plazas, sino cuando van en las procesiones, pues fuera de estas, si tal vez se ve un canónigo en aquellas por alguna precision indispensable, sale la gente á las ventanas á mirar el fenómeno. La respuesta del Cabildo fué como de quien está siempre aprendiendo en el continuo trato con el Rey del cielo el amor y la fidelidad á que es acreedor el de la tierra.

Así al Reino responde
Aquel cabildo, imitacion del cielo,
De quien se acuerdan todos los que oran,
Venga á nos, cuando dicen, *el tu reino*.
Cabildo, que prebendas
De oficio por sus leyes no teniendo,
Por esas mismas leyes que practican,
Todos son *magistrales* del ejemplo.
Tan obedientes todos
De la regla á la voz, al aire, al eco,
Que pudiera sonar á cobardía

I. XV.

A no saber que lo hacen *ex profeso*.

En todo regulares,
En el porte, en el traje, en el respeto,
Solo no es regular lo que edifican,
Y es que edifican mas por eso mesmo.
Dos veces es divino
El oficio que cantan en el templo,
Una vez, porque el objeto es santo,
Y otra vez, porque le cantan ellos.
Allí duermen; no duermen:
Allí velan, y tengolo por cierto;
Que aunque tienen allí su dormitorio,
Tambien hay dormitorios de respeto.
El Prior que hoy los rige,
Es su alma, es su espíritu, es su aliento;
Y no hay que predicarme que no es alma;
Porque por vida mia, que no es cuerpo.
Tiempo há que deseaba
Formar de los espíritus concepto:
Vi á Lubian (dije mal), advínelo,
Y ya sé cómo son los pensamientos.

La misma urbana atencion practicó la Diputacion con el Provisor y Vicario general de este obispado, para que facilitase las campanas de las parroquias, y solicitase las de las comunidades religiosas de esta ciudad. Es á la sazón provisor de esta diócesi el licenciado Don Fausto Antonio de Astorquiza y Urreta, y dije con cuidado «á la sazón», porque siendo la sabiduría y la prudencia la sal que todo lo sazona, posee una alhóndiga entera de esta sal el señor provisor y vicario general Astorquiza. De no sé qué hombre de estatura corpulenta dijo no sé quién: *Non est in tanto corpore mica salis*. El se guardaria bien de decirlo si hubiera conocido y tratado al señor Don Fausto, hombre de gran tamaño, midase por donde se midiere, en quien la sal, la prudencia, el sosiego, la espera, la sabiduría y la hombría de bien maciza, sólida y bien actuada, es por migajas, sino por arrobas; porque el Señor Provisor tiene una gran provision de todos estos géneros. No está menos proveído de amor y de lealtad á nuestro monarca (al fin como guipuzcoano ramplon y de cuatro suelas); con que está dicho lo que responderia á la Diputacion, ofreciendo, no solo las campanas de su jurisdiccion, sino deseando tenerlas en todas las torres del mundo para proclamar al Rey con las lenguas de todas ellas.

Al señor Don Felipe de Solis y Gante, mariscal de campo en los ejércitos del Rey, gobernador de esta plaza y comandante general interino de todo el Reino, se le pasó tambien su carta de aviso y súplica, á fin de que mandase tener pronta toda la artillería para el día de la proclamacion; porque la funcion habia de ser del amor, y como en lugar de voces se habian de gritar llamas, eran menester bocas de fuego. ¿A quién acudió la diputacion por fuego para que la carta no diese lumbre, y la respuesta no viniese centelleando? Al señor Don Felipe de Solis y Gante, cuya real sangre está hirviendo fidelidad y amor al Rey dentro de sus nobilísimas venas, aun por eso mismo es tan templado, tan pacato el exterior de este gran caballero, porque todo el calor está reconcentrado en el corazon y obra hácia dentro. Hiérvele la sangre, no le bulle; porque el bullicio no es hervor, sino llamarada ó bachillería del incendio; y está siempre tan caliente, como quien tuvo por cuna y tiene por casa no mas que á la misma hoguera del sol.

*Regia Solis erat, sublimibus alta columnis,
Claramicante auro, flommasque imitante pyropo.*

Finalmente, no se omitió aviso alguno cortesano, de

todos los que practica la urbana puntualidad del Reino en semejantes ocasiones, y se hallan registrados en la liturgia, ó sea ceremonial de su cortesanía, así para anticipar el gozo á toda la nacion navarra, previéndola con la noticia del dia mayor que se celebra en sus fastos, como para que todos se dispusiesen á celebrar este dia y los tres siguientes, como verá el curioso lector en el párrafo que sigue.

§. VIII.

Dadas todas las providencias que pedia la atencion, y resuelto tambien el convite general de todos los oficiales que actualmente se hallaban en esta plaza, como tambien de todos los caballeros que ilustran habitualmente y de asiento á la ciudad, sin omitir á los que por algun accidente se hallasen en ella á la sazón, se retiraron los Señores Diputados á sus casas, no á comer ni á descansar; porque su comidilla es saborearse en todo lo que sepa á amor al Rey, y su descanso es fatigarse gloriosamente en el servicio de su majestad. Retiráronse pues á dar las disposiciones correspondientes al lucimiento de cada uno, empeñados todos en deslucirse los unos á los otros, sin que por esta vez fuese la emulacion envidia, sino noble competencia del gozo y de lealtad. No de otra manera que los planetas se desafian á brillos, sin que por eso se descomponga su armonía, y al cabo dentro de su órbita ó su esfera, cada cual lo luce hasta lo sumo.

Era gusto ver á toda la ciudad puesta en bulliciosa conmocion, luego que se publicó el dia señalado para la real aclamacion. Pero sobre todo, las calles hervian en sastres, tan azorados ó tan azogados, que sus agujas parecian de marear, tocados ellos y ellas á la piedra luan. En las botigas y tiendas de mercaderes, andaba la vara por alto y por lo mas alto, pues dispensadas en el reino de Navarra, únicamente para esta precisa funcion, las rigurosas prudentísimas leyes que prohiben el uso de oro y plata en los vestidos, cuando llega esta lance se desquita bien la genial bizarria de la Nacion, cuyo espíritu, inclinado en todo por natural propension á lo mas ostentoso, á lo mas rico, sacrifica mil violencias en obsequio de la ley y del bien comun. Por eso cuando aquella y este lo permiten, bizarrea de represa, y no repara en gastar en un solo dia tanto oro y tanta plata como puede bostezar el cerro del Potosí en algunos años. Asi pues, los mercaderes no se daban manos á medir oro tejido, plata hilvanada, y tambien no ya lluvia, sino chorreras de oro, en goteras que podian parecer canales; en fluecos, que se equivocaban con borlas; en campanillas, que aun en las torres harian mucho bullo y mucho ruido; y finalmente, en franjas y galones, que unidos despues en los vestidos y en las galas, parecian brazos del mar Rojo, ó retazos de la eclíptica, dados al sol recientemente. En materia de precio, la boca del mercader era la medida, y es de creer sin temeridad que ninguno se mostraria ni natural ni originario del puerto de *Boca-chica*. Pero ¿qué diputado reparaba entónces en eso? Ni ¿á quién le podia parecer caro nada de lo que gastaba en obsequio de un rey carísimo, en cuyo amor todos y cada uno deseaban gastar toda el alma, hasta el último maravedí?

Al mismo tiempo que los mercaderes y los sastres imitaban al movimiento continuo, no estaban mano sobre mano los deinas oficiales. Los plateros enmendaban

joyas y aderezaban aderezos; los cordoneros trabajaban en borlas de todos colores; que parecia se iba á fundar alguna universidad con creacion de doctores en todas facultades; los bordadores, dicho se está, lo bordaban, y todo era hacer flores para batas de pistolas (*tapa fundas* las llama el Lexicon de la caballería), y mantillas para caballos con sus arranques de dengues; porque al fin no han parado las damas hasta que se han echado al cuello lo que los caballos se echán á las ancas; los guarnicioneros claveteaban sillas, bruñian frenos, afianzaban borrenes, ajustaban arzones, pulian pretales y cortaban cinchas. En los albéitares habia una tintimarra de todos los diantres, con tanta prisa á trabajar el calzado para los caballos que habian de servir en la funcion, que á la pobre caballería que se desherraba en aquel tiempo, la hacian andar *de casquis*, y la dejaban descalza de pié y pierna, que era una compasion. Sobre todo, los que andaban mas afanados y mas hacendosos eran los muchachos que van de noche á la taberna con el jarro por vino para cenar. Ca sabida cosa es que estos son los precursores de todas las funciones, así ordinarias como extraordinarias, anunciándolas con las coplillas que cantan al sonsonete del jarro y del maravedí. Quevedo dice que al *poeta de los picaros* (así llama al que surte de signidillas á los pillos y á las mozas de roza) le habian de mantener las ciudades y los pueblos, del erario público, por ser bienhechor del comun; pues si la meza y el pillo que van por vino no tuvieran coplillas que cantar, divertirían el miedo y el camino empujando el jarro. Pues estos y aquellas era de ver cómo andaban luego que se publicó el dia de la proclamacion, aporreándose contra esas esquinas en busca de asonantes y de consonantes, buenos ó malos, para adelantarse al Reino y hacer ellos primero su proclamacion, como es uso y costumbre. Varias signidillas de las que arrojan por la ventana de mi estudio los chillidos de los galopines, que es tradicion se cantaron primero en la fuente de la Taconera y despues en la de Santa Cecilia, pude recoger en la memoria, y no dejaré de trasladarlas aquí aunque me sacaran un ojo:

Veinte y cinco limones
Sobre una mesa;
Viva el rey Don Fernando
Y la Portuguesa.

Atentado del alma,
Quiéreme mucho;
Que es el rey Don Fernando
Como un carbunclo.

Cuando el sol se levanta,
Cuando se pone,
Dice el Rey: buenos dias,
O buenas noches.

Diz que el rey Don Fernando
Casa en Navarra;
Y que el Reino ha mandado
Leer las proclamas.

La virgen del Camino
Dijo á San Fermín:
Si Dios quiere, la Reina
Luego ha de parir.

El conde de Maceda
Dios nos le guarde,
Para que al Rey le pida
Que nos ampare.

Viva el rey Don Fernando
Siglos de siglos;
Pero dénos primero
Cien Fernandicos.

Ya no se usan gudejas
En las Castillas;
Que las que ahora se usan
Son Fernandinas.
El conde de Maceda
Dijo á su mujer:
No tengo de ser padre
Hasta serlo el Rey.

Así se divertía en Pamplona el hambre de la proclamación, hasta que amaneció finalmente el día 21 de agosto, que, según lo que tardó en amanecer al gusto de la impaciencia navarra, pareció á algunos que el sol habia despedido los caballos de su carroza, y se habia echado el tiro de un elefante, una tortuga, un pato y un presumido; que son las cuatro cosas mas pesadas que se reconocen en todo lo descubierto. Pero al fin amaneció; bien que muchos no esperaron á que la aurora les corriese la cortina y les abriese las ventanas; porque es fama que no se acostaron, celebrando la vigilia de tan grande solemnidad, según el antiguo ritual de las vigili-
as. Fué ver la alegre transformación de todas las gentes que se notó en las calles y en las plazas. El día ántes, como (ya se vé) duraba el luto en todo su rigor, no se veían mas que pendones de ánimas con pelucas, labares de capa y espada, tumbas con tontillo, sombreros morciélagos, y en los militares bandas negras con cabos de cresta de gallo. Hasta los semblantes parecían cenotafios, y habia ojos de *Aquí yace*, que parecían troneras de panteón, cuidando las mujeres de traer pendientes de *Ne recorderis*, y tal cual, en lugar de chorrera colgada al cuello, un *Qui Lazarum* enhebrado en París. Pero luego que las calles de Pamplona se desayunaron con la clara de la yema del sol el susodicho día 21, no parece sino que habian llovido aleluyas, que habian navegado jilgueros, ruiseñores y canarios, y que habia habido algun antuvion ó diluvio de tamboriles y danzantes. Verificóse á la letra el *Regem cui omnia vivunt, venite adoremus*; solo que por aquel día pareció conveniente quitársele al oficio de difuntos y aplicarle al de los vivos, mudándolo de tono; y aun no faltó quien dijo que el *renovabis faciem terrae* se habia cortado en profecía para Pamplona en esta ocasion. Con efecto, los hombres mas maduros amanecieron verdes, los pasados, floridos, y hasta los de Valderoncal, que se hallaron por casualidad en esta corte, tuvieron sus pujos de petimetres, pues hubo roncales que se atrevió á echar medias de punto y zapatos con hebillas; bien que despues en el valle le hicieron abjurar de *levi*, obligándole á pedir perdon por el escándalo, y declarándose ante el fiel de fechos que no debia servir de ejemplar ni traerse á consecuencia. Notóse que en toda aquella mañana estuvieron desamparadas y solas las fuentes de la Taconera y de Santa Cecilia, no concurriendo á ellas ninguna de las muchas samaritanas que ordinariamente las rodean con el pozador. Ignorábase el misterio, hasta que se supo que todas se habian prevenido el día antecedente con la provision de agua que habian menester para cocer la olla y para fregar, diciendo á sus amas que aquella mañana la necesitaban toda para el tocador. Y efectivamente, apénas *extremaron* (así se llama en Navarra al barrer, regar, limpiar las sillas y cubrir las camas), cuando unas se retiraron á la cocina, otras á la solana, tal cual á un zaquizamí, y en fin, cada pobre adonde podia, y sacando un medio peine con los dientes ralos, y los mas, abiertos en brecha, tar-

daron tres buenas horas en componerse el jaque, atusándole con saliva y unto de sartén, á falta de otra manteca. Pusieronse todas las mejores cintas con que las habian regalado sus respectivos majos en la feria de San Fermín; echáronse la saya azul con ribete de seda blanca, y encima el delantal largo, cumplido y ajustado de laderas, listoneado á manera de tertiz y tela de colchones; que es el pontifical entero con que salen á las funciones recias, como procesiones, toros y caricadanzas. Si así se engalanaron las mozas de roza y damas de la cocina, por aquí podrá inferir el curioso lector cómo se prevendrían las de coturno elevado y tontillo de timbales; que yo me canso de pintar, me duele la cabeza y no estoy para dibujos. Pero en todo caso me quedo riendo entre dientes del chasco que se llevan los penosos si esperaban ahora una pinturilla que chillase. Me alegro de la burla, y de que se queden con la gana de llamarme pinta-monas.

Dieron, según se cree, lados de la tarde del suso dicho día 21; y dije «según se cree», porque si efectivamente dieron ó no dieron, no lo podria con verdad atestiguar de oídas, ni aunque fuese una audiencia entera de oidores. Fué el caso, que apénas amagó el reloj á darlas, cuando todo lo metieron á bulla las campanas de la catedral, las de las parroquias y las de todas las comunidades, con tanto ruido y alboroto, que parecia sedicion de metal, tempestad de bronce y huracan por la parte de arriba. No habia que pensar en piques ni repiques; que eso les parecia cosa baja: dádole ha que, siendo fiesta de proclamación, todo lo que no era andar á bando, era contrabando, y no era clamar, lo que no era desgañarse hasta reventar. Empeñada cada una en que habia de parecer mas loca cuanto mas la dieran de cuerda, y que habian de saber los valencianos que no tenían que venir á echar piernas á Pamplona con la lijereza de sus vueltas, pues hasta la pesadez del mismo bronce se las apostaba y se las excedia. Lástima es que estén ya de molde este par de seguidillas:

La discrecion admiro
De las campanas,
Que dan gusto y repiten
Mil badajadas.
Su alegría publican
Festivos broncees:
¿Quién dirá que obedecen
A pueros golpes?

Si no, á fe mia que las habia de encajar aquí, porque venian de perlas. Pero yo me guardaré de hacerlo, porque no diga algun envidioso que este papel tiene mas de hurtado que de Mendoza.

A este tiempo se iban juntando en la *Preciosa* los señores diputados del Reino, sus síndicos y secretario, con toda la nobleza y oficiales de la plaza que estaban convidados; sin que de los miembros que componen la Diputación hubiese faltado otro que el señor Don Manuel de Ezpeleta, á quien no permitió asistir la destemplanza de su salud, que en aquella tarde se temió se complicase con mal de corazon, por lo mucho que dolia al de este caballero el verse imposibilitado de concurrir personalmente al *triumfo del amor y de la lealtad*. Llamaba su desgracia y se quejaba altamente de sus males, sin caer-se de la boca aquellos ayes con que desahogaba los suyos el buen hijo de Priamo.

*Sed me fata meo, et scelus exiciale Lucaeae.
His mersere malis: illa haec monumenta reliquit.*

Los demas, conforme se dejaban ver en la calle, no se dejaban ver; porque, como para esto eran menester almas y ojos, ellos se llevaban tras de sí los ojos y las almas de todos cuantos los veían. Dispensada (como ya se dijo) para sola esta funcion la formalidad de la golilla, y permitido en ella solo el uso de las ricas telas, fluecos y galones de oro y plata, salieron todos de militar, chorreando plata, oro y diamantes por todas coyunturas. En los sombreros rizaban plumajes de todos colores, tan finos, tan sutiles y tan delicados, que parecían pensamientos de águilas; y es fama que quedaron en cueros, desplumados y pelones, los pájaros mas exquisitos de la Asia y América. Y no por eso quiero decir que se vistieron de ajenas plumas; porque todas eran suyas y muy suyas; con que la fábula de la Corneja se podrá escabechar y conservarse para otra ocasion en que venga bien. También rizaban todas sus cucardas encarnadas, divisa de la nacion española, cuya lealtad siempre es de color de fuego; y porque no se pensase que es fuego fatuo, exhalacion ó llamarada, ni mucho ménos lo que en culto se llama *fósforo*, que es lo mismo que cuerpo luminoso sin fuego que le encienda, afianzaban las cucardas con sendos botones y rosetas de firmísimos y finísimos diamantes, para dar á entender que el fuego español es de casta de aquel fuego inextinguible con que dicen se encendió una lámpara junto al sepulcro del serenísimo señor Don Palante, príncipe de Arcadia, hijo del rey Don Evandro Primero; otra en el del señor Máximo Olivio, ciudadano de Padua; y la tercera en el de mi señora Doña Tuliola, hija muy querida del muy ilustre señor Don Marco Tulio Ciceron, cónsul de Roma. Esto del *fuego inextinguible* sendicho con grata licencia de Octavio Ferrari, de Paulo Aresio, obispo de Tortona, y de los demas que le contradicen, protestando contra todo fuego inextinguible, ménos contra el del infierno. Como me concedan que tampoco se apaga nunca el del amor y fidelidad española á sus monarcas, por mí que echen un jarro de agua á todos los demas.

Pues, como íbamos diciendo, ademas del plumaje, de las cucardas y de los diamantes como el puño que brillaban en los sombreros, las vueltas, las camisolas y los corbates, parecían cortados de la vía láctea, que es la parte mas delicada, mas bien tejida y mas blanda que se reconoce desde acá abajo en toda la riquísima y extendida tela del cielo. Y mas, que para confirmarse uno en esta opinion, se notó tambien que los corbates de muchos iban presos con estrellas menudicas, á manera de las que brillan ó chispean en aquella famosa vía. De lo restante del vestido no se hable, pues no parece sino que todos habían acendido á la tienda del sol por el mejor oro, á la botiga de la luna por la plata mas fina, á la lonja de la aurora por los mas vivos matices y colores. Y como todo esto caía en unos sugetos naturalmente bien dispuestos, airosos y proporcionados, como lo son en la realidad todos los de la Diputacion, pues aunque hace en el Reino tanta figura, ninguno es figurilla, daba un golpe de vista que se llevaba los ojos, y sacudia un porrazo de embeleso que se robaba las almas. Si no, ahí está el Señor Virgilio, que no me dejará mentir:

*Circumstant animae dextrâ, laevâque frequentes:
Nec ridisse semel satis est; juvat usque morari.*

Esto quiere decir, para que no malpara alguna curiosidad romancista:

Por mirarlo se asomaban
Los corazones al pecho,
Y sin mas ni mas prendian
Almas á diestro y siniestro.
Embelesados los ojos,
Repetían el empeño,
Y cesaban de mirarlos,
Por la porfía de verlos.
Bien quisieran se parasen;
Mas no logrando el intento,
Ellos los dejaban ir,
Pero iban tras ellos, ellos.

Para entónces ya estaba la Señora *Preciosa* en traje de corte, como quien esperaba á la Señora Diputacion para la visita de mayor respeto y de mayor cumplimiento de todas cuantas la hace al cabo de la vida. Serviale de *tupé* el magnífico dosel que está de asiento representando la majestad en aquella real pieza. La *Devota* era el estandarte real que pendía ó colgaba debajo del mismo dosel; porque la Preciosa ni es ni será jamas devota de otros estandartes. Era este pendon de tafetan carmesí; y aunque hubiera sido de otro color, le hubiera mudado al entrar en aquella sala, porque hasta sus mismas paredes se le hubieran encendido. El flueco era de oro en la apariencia, y de fuego en la realidad. Descubrianse en él las armas de Navarra, cadenas y corona; porque así tiene la corona de Fernando al reino de Navarra en dulcísimas prisiones, que no trocara por la mayor libertad. Vestia la sala la rica colgadura del Reino; esta pendía de la sala, y de la colgadura estaban colgados todos los que miraban. La *falda* del traje era una cumplidísima alfombra tejida de hermosas plantas; pero habia una especie de competencia entre las que la pisaban y las que la entretrejan; porque las primeras eran mas racionales, y las segundas presumían de mas vivas. No faltaban á la gala de la ostentósima pieza chorreras, cintillos y brillantes en un escuadron de láminas y espejos en plenilunio, que tenían tambien sus lunas, y así era una locura lo que resplandecían. Despoblóse la ciudad á ver el adorno de la Preciosa, y al entrar en ella cierto aprendiz de poeta, tropezó en la alfombra, y se le fueron los piés en esta

DECIMA.

¡ Bien haya el que te crió,
Sala mil veces preciosa!
Dígoles que fué dichosa
La madre que te parió.
No habrá en todo el mundo, no,
Mas que sea el mayor necio,
Que no exclame con aprecio,
Cuando te ve y te saluda:
Eres preciosa desnuda;
Vestida, no tienes precio.

Luego que entró la diputacion del Reino en aquel magnífico teatro de la majestad, de la admiracion y del respeto, tomó con reverente despejo el real estandarte que estaba debajo del dosel el señor Don Agustín de Sarasa, á quien la misma Diputacion habia nombrado para enarbolarle en aquella majestuosísima funcion. Salíó el Reino de la sala con el noble, militar, lucido acompañamiento que habia concurrido á cortejarle, no tanto llamado del atento convite con que la Diputacion le habia prevenido, cuanto impelidos todos y cada uno de su innata fidelidad y amor á un rey, en cuya aclamacion no habia corazon, no habia alma, que no quisiese tener parte. Monta-

ron todos en los caballos que estaban prevenidos y tan costosamente enjaezados, que muchos de ellos tascaban plata, mordian oro y espumaban preciosidades líquidas, cubiertos, los que ménos, con tapa-fundas y mantillas tan preciosamente bordadas, que al verlos dos damas mozas (hablo de estas damas de prima tonsura, que lo son entre dos luces y andan todavía en caderas), se dijeron una á otra llenas de envidia: «Mujer, ¡quién fuera caballo!» Con efecto, hasta los mismos brutos estaban tan orgullosos viéndose tan engalonados, y que agitando en continuo airoso movimiento el cuello y la cabeza hacía todas partes, parecía fogosidad, y era mirarse; aun hasta el perpetuo escarceo de los piés sonaba á bullicio, y en realidad no era mas que inquietud y gana impaciente de lucirlo. Conocióse esto claramente en que apenas sintieron se acercaban los dueños, cuando comenzaron á enardecerse en relinchos tan festivos, que cuando me lo contaron, sin poderlo remediar se me vino á la memoria lo que hicieron en semejante ocasion otros caballos de buena casta:

Adventusque virum, fremitusque ardescit aequorum

Y si no estuviera tan de prisa, á pique estaba que les aplicase un par de hemistiquios y un verso entero, que no venían del todo mal:

.....*Fremat aequore toto
Insultans sonipes, et pressis pugnat habenis.
Huc obeersus, et huc.....*

Pero ya estoy cansado y tengo gana de llegar al fin, diciendo que se adornó el paseo de esta manera: Precedían dos clarines á caballo, con libreas tan cuajadas de plata, que el paño parecía reliquia engastada, y la dragona se reducía poco mas ó ménos á unos trozos de oro macizo cortados en figura de cordon. Hola, no quiero infernar mi alma; esto es lo que á mí se me figura; pero, como soy corto de vista, y de mas á mas el resplandor de librea deslumbra, puede ser que sea otra cosa; con que, en todo caso, quédese la verdad en su lugar. Seguíanse despues los caballeros de la ciudad y los oficiales de la plaza en parejas, todas tan lucidas, tan iguales y tan armoniosas, que cada una parecía la mejor, y por cada cual decia la gente: Vaya, esta no tiene par. Los caballos se movian tan á compas, como si hubieran estudiado la solfa, y hubo quien dijo que cada uno era una capilla entera, porque tocaban armonías con los piés, cantaban recitados con los relinchos, y en las manos tenian cosas de maestros de capilla. El Reino iba donde le correspondía, formando la primera pareja el licenciado Don Miguel de Sesma, síndico mas moderno, y el secretario Don Pablo del Trell. El licenciado Sesma parecía un ginete de miniatura sobre un caballo de filigrana, y Don Pablo del Trell representaba á lo vivo la jornada de San Pablo á Damasco, un poco ántes de la caída, salva sea la intencion, que no era buena en el tarsense, y no podia ser mejor en el Señor Secretario. Era la segunda pareja de la ilustrísima comunidad la del señor Don José de Navasques Alfonso y del licenciado Don Joaquín Ferrer, síndico mas antiguo; y aunque el señor Don José descollaba tanto, que sin poderlo remediar su modestia, *cunctis altior ibat*, y le llevaba, á manera de decir, al licenciado Ferrer toda la cabeza, *toto vertice supræ est*; ¿pero qué importa, si el Síndico iba tan bien montado que no parece sino que el caballo era *Pandectas*, segun le manejaba y le revolvia á todas manos? Inmediatos á estos camina-

ban los señores Don Vicente Mutiloa y Don Antonio Ozcariz, y ambos á porfia iban desmintiendo el refran que dice que «no hay hombre cuerdo á caballo», pues los dos seguían la marcha con tanta cordura, que era un juicio; pero por mas que hicieron, no se la pudieron pegar á los caballos, los cuales, sin hacerse cargo de la racionalidad de los ginetes, andaban por esas calles que parecían unos brutos. Cerraba todo el brillante escuadron el señor Don Agustín de Sarasa con el real estandarte, y á sus lados los señores don Fray Malaquías Martínez y Don Fernando Javier Daoiz. El Señor Sarasa se habia hecho cargo de que se habian de ir tras él principalmente los ojos de todo el auditorio, porque el pendon que empuñaba le hacia ser el primer papel de la funcion. Por eso tuvo gran cuidado de que no se llevase chasco la curiosidad, no obstante que tambien la dejó burlada por buen camino, y es que encontró mucho mas de lo que pensaba, y aun de lo que podia imaginar. Como el oficio que iba á ejercitar era tan parecido al de Mercenrio, embajador, nuncio y posta de los dioses, todo en una pieza, remedó muy al natural las señas mas expresivas de aquella deidad volante, y en todo caso calzó al sombrero alas, plumas, airones ó penachos (que todo es uno), y esos de color de brasa, con que por lo que tenia de alas creyeron algunos que iba á levantar el estandarte del leon español en el reino de las águilas; y por lo que subia como fuego, imaginaron otros que se elevaba á hacer la misma diligencia en la region de este elemento, si es que hay tal region ó tal esfera en todo el pais de la naturaleza. De mas á mas iba el sombrerillo nadando en un arroyuelo de oro que se presentaba alrededor, y no dirían sino que era una góndola negra engolfada en un brazo del mar Bermejo; y la encarda, que era de color de sol hacia la mitad de la canícula, sin hablar palabra estaba gritando que era flámula, y en voz mas baja daba á entender á cualquiera que servia tambien de gallardete. Para mayor abundamiento se aseguraba la encarda con un lazo ó roseta de diamantes, tan brilladores, que muchos empuñados en mirarlos de hito en hito, se deslumbraron con el golpe de luz que reverberaba; y aumentado el resplandor con otra grande joya que llevaba al pecho, creyendo que aquel pobre caballero ardia en vivas llamas, no faltó quien comenzó á gritar lleno de compasion, medio en verso y medio en prosa:

Agua, agua;
Que se quema Sarasa:
Venga, venga;
Que Sarasa se quema:
Aprisa, aprisa;
Que se vuelve ceniza.

Veán ustedes por su vida si tendria fuego el caballo que montaba, cuando le oprimía la espalda no ménos que una hoguera, y si ponderó mucho el que dijo que respecto de aquel caballo el Flegra era un carámbano y el Etonte un palafren garapiñado.

Por eso la acémila que sostenia al reverendísimo abad de Leyre, daba bien á entender que estaba criada donde no se toleran fogosidades ni ardimientos; porque á toda pasion encendida se la echa un jarro de agua. Parecióle sin duda á este reverendísimo señor, que algun pequeño le se escandalizaria de ver á un mouje cisterciense en un caballo bien enjaezado, y quiso su religiosidad y su modestia hacer este cortejo á la flaqueza de los parvulillos. Por lo demas bien sabía su reverendísima que

no perdió nada su padre San Bernardo por haber montado en cierta ocasion un generoso alazan (si es que era de este color el caballo en que fué á visitar á su amigo el abad de Cluni; que eso no lo dice la historia); por mas señas que habiendo andado todo el dia sobre el talcaballo, no reparó en los ricos aderezos que llevaba; y es que el caballo y el gineté ambos iban fuera de sí, aunque por distintos rumbos: el caballo fuera de sí de vanidad generosa, y el gineté fuera de sí de humildad, de meditacion profunda. Tampoco podia ignorar el señor abad de Leyre que su ínclita órden cisterciense, no embargantelo monástico, fué la matriz de las órdenes militares y de caballería de España; y si no que se lo vayan á preguntar á Fray Raimundo, abad de Fitero, y á Fray Diego Velazquez, monje en el mismo monasterio, que visitando la cota debajo de la cogulla, se ofrecieron al rey Don Sancho III de Castilla á tomar de su cuenta la defensa de Calatrava contra las invasiones sarracenas, dando principio al primer órden militar que se vió en las campañas españolas; con que, teniendo de profesion lo caballero, bien pudiera su señoría haber montado en un buen caballo, como un Bernardo; pero al fin no lo hizo por dar ese ejemplo mas á los que no se hallaban instruidos de estas noticias. Pero el señor Don Fernando Javier Daoiz, que era el otro colateral del real estandarte, y no tenia por qué gastar estos melindres de escrúpulosidad, hizo que reparasen pocos en esta quinola; porque llamó hácia sí las atenciones con tanto alinco, que apenas dejó libertad para emplearlas en otra parte. Iba, digámoslo así, navegando en golfos de oro, plata y pedrería; de suerte que hasta el mismo espiritoso bruto que montaba, tenia un movimiento equívoco, dudándose si era nado ó escarceo, y así hubo sus disputas sobre si era caballo marino ó potro etéreo; pero se decidió la cuestion, conviniéndose en que pisaba hocas y pacia estrellas.

Como soy cristiano, que se me habian olvidado los maceros, los cuales iban inmediatos á los clarines, con sus garamallas, gorras, y mazas de plata sobre los hombros, que se las apostaban á aquellos dos de sendas porras claveteadas, que guardaban la boca de cierta cueva donde estaba haciendo penitencia de sus mentiras un oráculo. Dirá alguno que no faltaban mazas en la relacion, porque su pesadez vale por muchas; pero vé aquí, primero le he dicho yo, con que le he ahorrado el trabajo de encajarme esta mazada. Otro echará méuos que no diga algun equivoquillo sobre las mazas de plata, como si dijéramos que las mazas de esta materia, enanto son mas pesadas, son mas llevaderas; pues á fe que no le he de dar gusto en decir esta insulsez. Finalmente, alguno pensará que las gorras se me escaparon por alto, y que no venía mal el conceptillo de que los maceros parecian bien, no obstante que se metieron de gorra. Yo no me pago de pensamientillos capigorriones, que se pueden pregonar «á cuatro cornados», como algunas estampas en la solemne entrada de San Miguel de Celsis. Los que me entienden, me entienden, y los que no, encomiéndense de todo corazon al Santo Angel; que no lo perderán.

Apénas se formó el paseo en esta conformidad, hallándose ya en la calle toda la Diputacion con su lucido acompañamiento, cuando el señor Don Agustin de Sarasa tremoló con gallardía el estandarte, y dando á la

voz todo el esfuerzo con que le pudo socorrer su grande aliento, gritó las palabras de la aclamacion que acostumbra el ilustrísimo Reino:

REAL, REAL, NAVARRA, POR EL REY
DON FERNANDO SEGUNDO DE NAVARRA
Y SEXTO DE CASTILLA
(QUE DIOS GUARDE MUCHOS AÑOS).

Lo que respondieron á este soberano pregon, así los Señores Diputados, como todos los caballeros que componian el magnifico cortejo, no se sabe á punto fijo; porque ni la gritería y fidelísima algazara del innumerable gentío, á quien se le iba toda el alma por la boca; ni el estrépito sonoro de las campanas, que tumultuaron en las torres, pareciendo alboroto lo que era alborozo muy leal; ni el horrisono estruendo de la artillería, que estuvo jugando horrores festivos todo el tiempo que duró la funcion, estremeciéndolo á la cuenta de Pamplona con alegrísimo perpetuo terremoto; digo que todo este conjunto estrépitoso no dejó percibir con claridad lo que respondieron á la aclamacion del Señor Sarasa sus nobilísimos compañeros. Sábese, sí, que apénas articuló la última sílaba de su clamoroso pregon, cuando

*Clamorem excipiunt Socii; fremituque sequuntur
Dulcisono.....*

Y se cree, sobre buenos fundamentos, que á algunos les pareció poca expresion la de «Dios guarde», y que la enmendaron diciendo: «Dios eternice, Dios perpetúe, Dios inmortalice,» concluyendo despues para guardar consecuencia, con clamar, en lugar «de muchos años, eternidades de eternidades, sin fines de sin fines, siglos de siglos.» Y aun no debió de faltar quien creyó explicaria su amor con mayor elegancia, ó á lo ménos con mayor vehemencia, en latin, gritando: *Per omnia saecula saeculorum*; porque se oyó una gritería interminable de *Amenes*, mas repetidos que los que suele jactear la música al fin de la *Gloria* en misas de primera clase y dias recios. Tengo gana de encajar en textecillo de la Sagrada Escritura, que me anda bullendo en la imaginacion, y no sé cómo mullirme la cama. Pero ya, ya di en el modo. Hasta los montes que guardan, que sitian ó que guarnecen á Pamplona (que todo esto hacen) dieron bríncos de placer y saltos de alegría, bailando al son que les hacia el cañon de la plaza. Ahora viene el texto, que ni aunque le hubieran cortado para el asunto: *Montes exultaverunt ut arietes, et colles sicut agni ovium*. Acabáramos con ello; que ya sali del embarazo y se me cumplió el antojo.

Enderezóse el paseo á la plazuela de Palacio, cuyas paredes todavia estaban humeando con el fuego de esfera superior que las pegó el excelentísimo virey conde de Maceda. Allí se repitió, ó por mejor decir, se continuó la misma ceremonia de tremolar al estandarte y de proclamar al Rey con la fórmula sabida; aunque esto segundo solo se sabe por conjetura y porque así lo certificó el caballero diputado que enarbolaba el pendon, pues por lo demas, ninguno podria percibir lo que voceó, aunque fuese de casta de conejos, que dicen son los mas vivos oidores de todos los vivientes de acá abajo; y es que ya la muchedumbre habia perdido el respeto al silencio, sin estar mas en su mano ni en su lengua, porque se habian subido á esta los espíritus de amor á nuestro amabilísimo Fernando, de los cuales está poseído.

todo buen español, haciéndoseles muy familiares. Lo mismo sucedió en las calles y sitios mas públicos de la ciudad, donde apenas amagaba á abrir la boca el Señor Porta-estandarte, cuando se le adelantaban abriendo las sayas los chicos, los grandes, los plebeyos, los nobles, los seglares mas graves, los eclesiásticos mas circunspectos, los religiosos mas encogidos, y lo que es mas, hasta las mismas damas, sin haber una siquiera tan presumida de boca chica, que recelase rasgársela hasta la oreja por gritar viva Fernando; y como lograsen poner este su grito en el cielo, la daban por bien rasgada, y aun hacian despues mucha vanidad de tener bocas de todo rasgo. Hubo dama moza que se expuso á perder una boda rica y de su gusto, solo porque echó á perder la boca, pues ántes de la proclamacion la llamaban Madamoisela *Boqueta*, y despues no se la conocia por otro nombre que por el de Madama *Bocalan*. En fin, no es ponderacion, sino verdad lisa y llana como la palma de la mano, que durante el paseo de la aclamacion, todos estuvieron con la boca abierta, excepto las bocascalles, que esas no solo se notaron cerradas, sino tapiadas con tabiques racionales. Los sombreros, que se metieron á pájaros volando por el aire (que para estas ocasiones son las alas); las capas, que remedaron á la de Elías; los pañuelos de todos colores, que escaramuzaban en los balcones, en las ventanas, en los tejados y hasta en las troneras de los campanarios, dieron al sol muchísima rabia, porque le estorbaron ver la funcion; y aunque se empeñó en romperlos con todo el ejército de rayos con que sale á campaña por el mes de agosto, no pudo penetrarlos, y así se llevó un gran chasco, quedando mas encendido que unas brasas, de puro avergonzado.

Concluido el paseo, que duró la mayor parte de la tarde, porque no hubo plaza, plazuela, calle, sitio, ni paraje decente de esta bien plantada ciudad y corte imperial del reino de Navarra, donde no fuese aclamado el Rey, se apeó la Diputacion con todo el acompañamiento en el patio del arcediano, y dirigiéndose á la Preciosa, colocó el Señor Sarasa el estandarte real debajo del dosel, de donde le habia tomado; y volviéndose al acompañamiento con despejo cortésano, le hizo una discretísima arenga, en que celebró el honor, el aire, el garbo y el lucimiento con que todos habian concurrido al mayor desempeño de la majestuosa funcion. Pero tuvo gran cuidado en no deslizarse en expresion que sonase á accion de gracias; porque como tiene tan bien conocido el delicadísimo pundonor navarro, receló que se diese por agraviado de que se le agradeciesen como obsequio voluntario, las que en el lealísimo genial amor de la nacion son demostraciones naturales y sin libertad. Sirvió á todos los convidados un abundantísimo refresco de todo género de aguas compuestas, de dulces exquisitos, de bizcochos delicados, de vinos generosos, con tanta profusion, como lo acostumbra el Reino en todas sus funciones, sin que en esto quepa mas ponderacion; porque en hablándose de magnificencia, de esplendor, de generosidad y de bizarria, el reino de Navarra siempre llega hasta lo sumo, y solo en estos lances rompe sus cadenas.

Llegó la noche, pero eso quisiera ella; iba á entrarse muy de rebozo en Pamplona, para tener parte en la fiesta; mas fué conocida, y sin permitirle que descubriese la cara, se quedó á buenas noches, porque la hi-

cieron ir mas que de paso á otra parte. El caso fué, que aquella tarde no hubo tiempo entre dos luces, sino entre muchas, porque apenas el sol amagó á esconderse de corrido por la burla que le habian hecho, cuando para mayor befa suya, se empeñó toda la ciudad en hacerle ver claramente que no le habian menester para bendita la cosa, pues sabia fabricar ella unos solitos de faltriquera tan lucidos y tan brillantes, que suplían con ventajas las ausencias y enfermedades del otro, el cual por ende no tenia que venirse á Pamplona á ecliar bocanadas de luz ni piernas de lucimiento; porque le meterian los rayos en el corral. Dicho y hecho: coronáronse las torres de planetas, apiñáronse constelaciones en las azoteas, asomábanse por los balcones y por las ventanas tantas inundaciones luminosas, que las calles parecian zodíacos, y un astrólogo juró sobre la fe de su telescopio, que las casas de los doce signos se alquilaban para morciélagos, buhos y lechuzas; porque se habian bajado á vivir á la corte de Navarra. En las calles, plazas y plazuelas ardian hogneras como paja, por señas, que revoloteaban al rededor de ellas enjambres de mariposas racionales, que no se les daba un pito por quemarse, diciendo que, quemados por mil, quemados por mil y quinientos; y es que al gritar viva Fernando, ardian todos en vivas llamas. En conclusion, á ninguno le pasó por la imaginacion que era de noche, ni tampoco lo podia conocer sino que lo adivinase; y así, cuando se hizo tiempo de tomar un bocado, nadie dijo, ni por descuido, que iba á cenar, sino que iba á comer la sopa. Y porque una pobre cocinera sacó á la mesa un poco de ensalada, el amo, que no debia ser de los mas bien acondicionados, se la tiró á los hocicos, diciéndola: «Bribona, ¿quién pone escarola cruda á mediodía?» De lo que se resintió tanto la moza, que luego se despidió de la posada, aunque no la faltaban mas que dos días y medio para cumplir el año. Dieron las doce de la noche, á tiempo que estaban en una tabernilla de lo caro ciertos cofrades del jarro; tocaron á maitines en una comunidad religiosa, y dijo á sus camaradas el que parecia de inclinacion mas de bota: «Caballeros, jaque de aquí, que tocan á misa de doce.» En una palabra, cuando el sueño hizo su oficio, y tocó á dormir á los mas dispierrotos, todos se fuéron á la cama en la buena fe de que iban á dormir la siesta, y es tradicion que solamente se desnudaron los poltrones, y los que saben por experiencia que el acostarse á mediodía como á media noche, es el mejor remedio contra pulgas. Esto que se ha dicho de galas, luminarias, campanas, alborozo y universal regocijo, téngase por continuado ni mas ni ménos en los tres días siguientes al famoso día 21, y con esto no hay mas que decir.

Ahora dicen los naturales que es uso y costumbre concluir este género de papeles con una cancion rumbosa, que se lleve los bigotes á toda admiracion de mostacho y pelo en barba. ¿Pero no me dirán ustedes, por vida suya, qué podré yo decir (pobre de mí) de un rey á quien en poco mas de dos meses y medio de reinado le han encajado ya tantos dichos, y aun tantos dichazos en versos buenos y malos, que solo por lo que ha tolerado á los poetas, aunque no hubiera dado ni diese en adelante mas pruebas de su clemencia, tenia ya sobrados méritos para levantarse con el renombre de «Fernando el clementísimo, Fernando el benignísimo, Fer-

nando el pacientísimo, Fernando el *jobísimo*? » « ¿Qué mal nos ha hecho un monarca que todo es bondad, todo es amabilidad, todo es ternura, todo es compasión de su alligido pueblo, todo amor de sus amantísimos vasallos, que solo respira alivios, alienta consuelos, exhala clemencias y sueña piedades, para que le paguemos estas buenas obras que nos hace, con tantas perversas obras como se le han dedicado, en las cuales (á la reserva de unas pocas) en Dios y en mi conciencia se podía perdonar la voluntad, por no sufrir el mal entendimiento con que están fabricadas? ¿Ni á qué fin he de gastar el calor natural en canciones que su majestad no ha de oír ni ha de leer, cuando estará mejor empleado en recitados para que el Rey de los reyes le asista, le ilumine, le proteja, le haga feliz, y consuele á estos sus reinos con la sucesion que tanto desean y por que tanto suspiran todos sus fieles vasallos? Lo que yo sé decir es, que su majestad ha pedido oraciones, y no ha pedido sonetos; ha mostrado mas devocion á las novenas que á las octavas; y me consta con cierta ciencia, que estimara mas una rogativa, que un libro de á folio cargado de ritmas. Pues yo sería de parecer (*salvo meliori*) que diésemos á su piedad este buen gusto, á su devocion este consuelo, y á nuestra necesidad este importante alivio. Pero si todavía dan ustedes en la manía de que es menester acabar la relacion segun estilo, partamos la diferencia. Miren, aunque el rey Don Fernando ha ofrecido dar audiencia á todos los desvalidos, hasta ahora no sabemos que la haya ofrecido dar á los poetas, sin embargo de que no

suelen ser los ménos necesitados. Es naturalísimo que no tenga su majestad tiempo para eso. Otro rey Don Fernando hay en el cielo, el cual á la hora de esta se halla mas desocupado, y sé yo que oye de buena gana las representaciones que le hacen, aunque sean en verso, con tal que los poetas las arminen al amor de aquel único verdadero númen que calienta, y no del otro dioscello por mal nombre, con cuya invocacion, á lo sumo, solo se consigue el calor de un fuego fatuo. Es decir, con tal que puedan afirmar, sin achicar la voz y con toda la propiedad que significa el rigor de las palabras :

Est Deus in nobis, agitante calescimus illo.

Con estas condiciones, el señor rey San Fernando se dejará obligar de un soneto, como un santo. Pues á Dios y á dicha, allá va por via de invocacion y á manera de himno, que digamos, este

SONETO.

¡Oh tú, Rey de aquel nombre cuyo agüero
De tres en tres anuncia al mundo espantos!
Si es que va por los treses el ser santos,
Ya está en casa el segundo en lo tercero.
Tú sacaste el adagio verdadero,
«Que á los tres la vencida va;» otros tantos
Fernandos visten ya reales mantos;
Bástete á tí la gloria de primero.
Tu piedad, tu valor quiere heredarte,
Y tu virtud fecunda prodigiosa
En nueve hijos, que al mundo dieron leyes.
El ser conquistador lo deja aparte;
Que hoy España, en dominios portentosa,
No necesita reinos, sino reyes.

Laus Deo.

CARTA

de Don Leopoldo Jerónimo de Puig, capellan del Rey en su real capilla de San Isidro de Madrid, administrador del hospital real de Franceses, y antiguo diarista de España, á un navarro amigo suyo, residente y vecino de la ciudad de Pamplona.

Amigo y señor: Yo no tengo la culpa de que la divina Providencia me haya hecho tan inútil, que solo pueda servir á mis amigos con buenos deseos: deme Dios los medios que de mí cuenta correrá el usar de ellos en beneficio de todos mis favorecedores. Al señor Don N. de N., mi señor y su hermano, le he ofrecido mi persona, mi casa y mis cortos influjos para cuanto sea de su agrado; pero este caballero, ó porque me conoce, ó porque no necesita de tan débiles apoyos, no quiere ni ha querido mandarme. Hoy he estado en su casa á besarle las manos y á repetirle las protestas de mi buen afecto, y hacerle instancias sobre que no me niegue el gusto de servirle.

Amigo, faltara yo gravemente contra la atencion y la amistad, si no diera á vuestra merced las mas expresivas y sinceras enhorabuenas, pues como individuo tan amante de ese ilustrísimo y fidelísimo reino, le contemplo acreedor á estas debidas demostraciones, por las que han practicado en la gloriosa proclamacion que se hizo en esa ciudad de nuestro deseado y amabilísimo monarca Don Fernando el Sexto. Nadie podía dudar del amor que han manifestado siempre los navarros á sus reyes, que en la proclamacion de nuestro idolatrado dueño correspondieran á la lealtad con que siempre han reconocido y servido á sus monarcas; pero tampoco le podía ocurrir á nadie que su celo apurase el ingenio todos los primores para sobresalir y distinguirse entre todos los reinos que componen esta dilatada monarquía, cuando todos se compi-

ten en manifestar el regocijo con que celebran al nuevo rey, como objeto de sus veneraciones y delicias, y como particular beneficio que les ha concedido la divina clemencia.

La apreciable noticia de este finísimo esmero es cierto que se debe, y la debe el Reino, al juicioso, al elocuente, al sazonado y festivo papel que se ha publicado estos dias en esta corte con el titulo de *Triunfo del amor y de la lealtad. Dia grande de Navarra en la festiva, pronta, gloriosa aclamacion del serenísimo Católico rey Don Fernando*. Dícese (y es cierto) que es su autor un sabio jesuita que reside en esa ciudad, y cuyos talentos se perciben con asombro en la cátedra y en el púlpito, calidades que le han adquirido las primeras estimaciones entre todos los buenos conocedores de todo ese culto país. El sin duda corresponde agradecido al alto concepto con que todos le honran, pues en el expresado papel no hay frase, línea ó término, que no esté respirando veneracion y cariño á su excelentísimo virrey, y á todo el Reino en comun y en particular.

Luego que descubrí su autor, hice el concepto que debía de su excelente obra, por la agudeza y buen juicio con que me consta sabe manejar su gran literatura; pero como su amistad y sus virtudes podian inducirme á alguna preocupacion, me previne ántes de leerle con el olvido de todos los motivos que tengo para estimarle, y con la constante resolucion de juzgar del mérito de la obra con la ingenuidad é indiferencia que me fuese po-

sible. Dos veces leí este apreciable papel, y en ambas admiré la facilidad, propiedad y nervio del estilo, la admirable disposicion de todas sus partes y la singular novedad de sus pensamientos. Finalmente me ratifiqué en que su ingenio es grande entre los que España celebra por grandes, y que su discernimiento y amenidad tiene poco que envidiar á las plumas mas felices de los pasados siglos.

Sin embargo de este imparcial juicio en que me mantengo, he oído decir, y no sin pesar mio, que hay en esa ciudad alguna division entre los dictámenes: unos, que haciendo justicia al mérito de esta ingeniosísima produccion, la alaban y la aprecian hasta lo sumo; y otros, que negándose á las luces de que debieran valerse, la deprimen hasta el mas infimo desprecio, publicando que es una sátira mordaz y una insulsa invectiva contra los navarros.

Vuelvo á repetir que he sabido esto; pero no he podido resolverme á creerlo, y cuando mas, me persuado á que sea un rumor esparcido por la ignorancia ó por la emulacion; pues nunca sabré determinarme á creer que en un reino tan rico de ingenios, y en donde las leyes de buena literatura están en su vigor y fuerza, haya quien no admire y alabe un papel tan elegante, elíctoso y honrador de todos sus naturales. Una de las cosas que mas se admira en él, es el ingenioso y exquisito modo de elogiar á las personas que intervinieron en la funcion.

Yo aseguro que si alguno califica seriamente de sátira á este escrito, será porque no conoce ni aun tiene confusa nocion de lo que es sátira, y que ignora la definicion de ella y sus especies. Porque yo ruego á vuestra merced me diga á qué propósito un sugeto tan recomendable y estimado habia de escribir sátiras contra una nacion á quien tanto ama y aprecia? Yo le conozco, y si en algo me puede haber parecido prolija su ingenuidad, es en las reiteradas expresiones que me ha hecho en nuestra comunicacion sobre lo mucho que debe á todo ese pais. ¿Qué traza por cierto de tener queja oculta ó resentimiento particular, de que se desahogase con la bella ocasion de escribir el regocijo público de los navarros en la proclamacion de nuestro rey! Pero demos que se fingiese una queja sin motivo: ¿cómo es posible que explicase su resentimiento tan groseramente un sugeto que es la misma ley de la urbanidad y de la moderacion? Un sabio tan respetoso anante de su soberano, ¿habia de cometer el sacrilegio mas enorme contra el amor y veneracion, abusando de los júbilos por su exaltacion al trono, para explicar sus pasiones? ¿El Reino y sus individuos no han coronado á este incomparable jesuita con aplausos y declamaciones? ¿Pues cómo no reparan en que satirizan á sí mismos y á sus paisanos los que imaginan que un sugeto á cuyo favor está la opinion mas ventajosa, habia de incurrir en un crimen tan intempestivo y feo? Fuera de que ¿no se viene á los ojos, que un papel que en su género será acaso el modelo por donde se deben gobernar las ciudades que tuviesen el buen gusto de imprimir semejantes demostraciones con el mismo motivo, quisiere su autor echar á perder el original afeándole con un borron tan negro, que él mismo ahuyentase las ideas de la imitacion? ¿No sería esto trabajar el autor contra su propia gloria? ¿Cómo es creible que una persona de tan delicado juicio se quisiere dar á co-

nocer al público con un traje tan odioso como el de la sátira, y que él mismo publicase su ingratitud en el mismo reino que tanto le aprecia? Pregunte vuestra merced á los mismos interesados, y á buen seguro que, como sugetos de tan notoria circunspeccion é integridad, llevarán muy á mal que se presuma tal cosa de este escrito; porque si ellos mismos se resintiesen de él, era forzoso que confiasen poco de sus abonados procederes, y que temiesen que el Padre Isla intentaba

..... Pallentes radere mores
Doctus, et ingenio culpam defigere ludo

En Madrid ha parecido este papel tan bien, que para los pocos ejemplares que se han esparcido, hay mas lectores que letras. No he visto escrito que se solicite con mas ansia ni que en los pocos dias de su publicacion haya logrado mas aplausos. Antes que llegase á mis manos supe que en casa de un ilustrísimo señor del consejo y cámara de Castilla, cuya literatura y perspicacia es bien notoria, se habia leído con entera satisfaccion de su ilustrísima y con general aplauso de los oyentes. Otras muchas personas á quienes conozco y venero por su erudicion y buen gusto, á todos les he oído alabar esta obra, sin que á ninguno le haya ocurrido el extraño despropósito de que es sátira; ántes una de las particularidades que admiran en este escrito, es el nuevo modo de alabar á los sugetos sin ponderaciones ni inverosimilitudes, y la viveza con que presenta el carácter particular de cada uno de los que en él se nombran.

Amigo, esto va muy largo, y fuera nunca acabar si hubiera de determinarme en particularizar todas las perfecciones de esta obra. Pero aunque algo me alargue, no puedo acabar conmigo de decir á vuestra merced que la dedicatoria al excelentísimo Señor conde de Maceda está primorosamente discurrida y elocuentísimamente escrita, y que es una pieza, entre las muchas que he visto de esta especie, singular y consumada. No se puede elogiar con mas verdad á un héroe, ni se puede desempeñar con mas solidez, naturalidad y extrañeza el obsequio de dedicarle esta obra. La enerjía y lo sublime de los pensamientos han de hacer agradable á su excelencia la demostracion de ofrecerle este escrito, sin que su modestia se pueda quejar de los insultos de la lisonja; porque, como tan amante de la verdad, es preciso que le agraden todas cuantas expresiones componen la dedicatoria, sin embargo de aquella gran modestia que le hace mirar con enfado aun la sombra de este vicio.

Vuestra merced perdone lo molesto de esta carta; que impelido del mérito de este escrito dejé correr la pluma mas de lo que me propuse; pero no me pesa, pues siendo vuestra merced tan verdadero amigo de su ingenioso autor, no le habrán disgustado estas expresiones hijas de mi ingenuidad. Lo que importa es despreciar cuantas habillitas y mal fundadas criticas oiga contra la relacion de la proclamacion de Pamplona, pues no tienen otro origen que el de la presuncion de los semidoctos, el de la arrogancia de los ignorantes, el melindre de las damas y el melancólico humor de los envidiosos, linajes todos de gentes enemigos irreconciliables de los aciertos. Dios guarde á vuestra merced muchos años que desee. Madrid y noviembre 10 de 1746. — Besa la mano de vuestra merced. — Su seguro amigo y capellan, *Don Leopoldo Jerónimo de Puig*.

NOTA. El sugeto á quien se escribió esta carta, luego

que la recibió, la comunicó á otro amigo suyo navarro, buen patriota, hombre de letras y muy amante del Reino. Este se quedó con ella, y por ahorrar el trabajo de copiarla, la da á luz para desengañar del vulgo de Pamplona. Dícese del vulgo de Pamplona, porque se sabe que de él ha salido y dentro de él ha quedado la poca piedad con que se ha tratado á un escrito y á un escritor benemérito de toda la nacion, y particularmente de esta ciudad, que con tanto aplauso y con tanto séquito ha disfrutado sus grandes prendas de celo y de literatura, en púlpito, cátedra y perpetuo confesonario. Ciertamente no se creyera, si no se palpara, la poca merced que se ha hecho á un sugeto tan amable y tan respetable por todas sus circunstancias. Para que los émulos de nuestra nacion no nos tengan á todos por vulgo, y para que entiendan que sabemos conocer el mérito y reconocerle, se da á luz esta carta, protestando que todos los hombres entendidos, discretos y literatos, de que abunda Pamplona (á excepcion de tal cual tenido de alguna impresion sinuista), son del mismo parecer que su juiciosísimo y discretísimo autor. Pudieranse tambien dar á luz otras dos cartas de uno de los prelados mas sabios y mas grandes en todas líneas que venera España, y tambien uno de los mayores y mas ilustres hijos que ha producido este reino fecundísimo, ambas del mismo idéntico concepto que la del diarista, las que ha visto y leído el que publica la presente, si la modestia del autor del papel de proclamacion no se hubiera negado constantemente á permitir se sacase copia de las dos, contento con tal cual que se divulgó de la primera, lo que se hace mas sensible al escritor de esta carta, porque se sabe que el ilustrísimo prelado no se dió por ofendido de que se publicase la otra. Tambien se pudieran divulgar otras muchísimas cartas de los primeros hombres en letras y nobleza del reino de Navarra, que conforman en todo con las que se citan, y con la que se estampa.

CARTA del reverendísimo padre Maestro José Francisco de Isla á Don Leopoldo Jerónimo de Puig, en accion de gracias de la que este escribió á un amigo suyo, residente y vecino de la ciudad de Pamplona.

Muy señor mio y amigo: No me tendrá vuesa merced por tan zonzo ni por tan ingrato, que me suponga insensible á lo mucho que vuesa merced me favorece y me honra en su discreta juiciosísima carta de 10 de noviembre próximo pasado, escrita á un amigo suyo residente y vecino de esta ciudad, con el motivo del papel que dispuse á instancias de este ilustrísimo reino, en asunto de su real aclamacion. Es bien cierto que ni dicha carta se me dirigió á mí, como algunos quisieron suponer, ni mucho ménos fué ella misma supuesta, como se les antojó soñar á mas de dos, sin advertir que sería hasta donde pudiese llegar la imprudencia y la osadía, el atribuir una carta fingida á un autor público, notorio y conocido en toda España, especificando su nombre, sobrenombre, apellido, estado, empleos y residencia, que no siendo en el Mogol ni en la China, sino en la corte de Madrid, á los quince dias estaba averiguado el embuste y la ficcion. No es ménos cierto que tampoco tuve mas que una noticia confusa de dicha carta, hasta que se resolvió su impresion, y que esta se hizo sin dictámen ni consentimiento mio; porque no se me pidió; estando muy asegurado el que la estampó que

jamás se la daría; porque me conoce bien. Pero despues que la vi impresa, confieso que no me pesó, para que viesen los que me hacian tan poca merced, que no todos eran de su opinion, y que sentian muy de otra manera los hombres que pueden hacer voto en la capital de nuestra monarquía; siendo así que no tienen tanta obligacion á conocerme como estos mis favorecedores, á quienes ningun mal he hecho, y he deseado hacerles mucho bien.

En dicha carta habla vuesa merced como buen amigo mio y como mejor crítico. Como buen amigo, hace excesiva merced á mi mérito personal, y si no se hicieran cargo de esto los que me tratan de cerca, ¿qué sé yo lo que pensarían de vuesa merced? Como mejor crítico, hace justicia á la obra, vindicándola de la injusta nota de *satírica* con que la calificaron los que oyen las voces sin entender los significados. Son concluyentes las razones de congruencia que vuesa merced alega para convencer que no podia soñar yo en semejante de propósito, sin haber perdido todo el uso de la racionalidad y sin haber renunciado á todo el pudor de la hombría de bien. Con igual evidencia pudiera vuesa merced demostrar que está distantísimo el papel de este torpe carácter, explicando la definicion de la sátira, discurriendo por sus divisiones, y haciendo un cotejo inductivo del papel por todas ellas. Pero hizo vuesa merced muy bien en ahorrar este improbo trabajo; porque para los que lo entienden sería ocioso, para los que no lo quieren entender sería inútil, y para los que no son capaces de entenderlo sería tiempo perdido.

Algunos oyeron decir que habia un modo de satirizar alabando; y habiendo leído en el papel los grandes elogios que se hacen de la nacion navarra y de sus individuos, pareciéndoles á ellos mismos excesivos, sin mas exámen gritaron á bulto y de monton: hétele, que esta es sátira laudatoria. No advirtieron, como vuesa merced nota con discrecion, que á sí mismos se hacian poca merced; porque si se resentian de esto, daban á entender que no merecian tanto. Tampoco quisieron reparar en el carácter de la obra, del cual son tan propios, ó por mejor decir, son tan necesarios los hipérboles, como los dijes y el aderezo lo son en una novia. Finalmente, si toda alabanza hiperbólica ha de pasar por sátira, es menester que se califiquen de sátiras casi todas las dedicatorias, casi todos los panegíricos y casi todas las piezas de elocuencia mas celebradas y mas dignas de celebrarse. Si esto es así, vamos claros; que han pagado á buen precio sus dictérios los innumerables príncipes que han agradecido con crecidas pensiones anuales las dedicatorias que se les han hecho.

¿Sabe vuesa merced lo que ahora se me acuerda? Una especie chistosa que cuenta Lactancio (*lib. 1. capítulo 21*) de los habitantes de Lindo, en la isla de Ródas. Estos celebraban á Hércules con una solemne fiesta, en la cual le ofrecian grandes sacrificios; pero no los acompañaban, como en otras celebridades, con himnos, cánticos ó motetes de alabanza; sino con maldiciones, con imprecaciones y con cuantas viciadades se les venían á la boca. *Non euphemia (ut Graeci vocant) sed maledictis et execratione celebrantur*. Y era la gracia que, si á alguno por descuido se le soltaba alguna expresion que sonase á elogio, al punto le reputaban por sacrilego, y era descartado de la fiesta como profanador del sacrificio:

Eaque pro violatis habent, si quando inter solemnes ritus vel imprudenti alicui exciderit bonum verbum. Es imposible que muchos de los que tratan de sátiras mis elogios, no quisiesen que yo celebrase á Navarra como celebraban á Hércules los de Lindo. ¡Y este sí que sería lindo modo de celebrarla! A lo ménos es cierto que algunos me han tenido por sacrilego, pues como á tal pasaron á delatarme, y muchísimos por profanador de la aclamacion. De las mujeres moscovitas se refiere que se quejan de que sus maridos no las aman si no las apalean, y de las de cierto pueblo de este reino he oido decir lo mismo. Tengo á lo primero por fábula y á lo segundo por zumba; pero voy viendo que los que sienten los elogios como si fueran dicterios, estarian muy cerca de agradecer los palos como si fuesen finezas.

No sé si vendrá al caso otra noticia de Estrabon. Afirma que en la Etiopia hay unos negros bozales, tan enemigos de la luz del sol, que luego que se descubre le saludan con improperios, siendo para ellos ardor intolerable lo que para los demas racionales ilustracion apacible. *Soli dicunt infensos esse, et detestari, cum eum exoriri vident.* No soy tan vano, que quiera comparar á mi papel con el sol; pero tampoco soy tan humilde, que deje de conocer tiene alguna claridad. Y cuando esta ha sido tan apacible para todos los forasteros que no son interesados, ¡que haya sido tan intolerable para muchísimos naturales del hemisferio que se ha pretendido ilustrar! ¿Qué quiere vuesa merced que le diga sino que tambien debe haber algunos negros fuera de la Etiopia?

Amigo mio, no es creible, sino á los que lo hemos palpado y lo estamos palpando cada dia, hasta dónde ha llegado en algunos esta enemistad con la luz. Todo el golpe de ella, con que vuesa merced les dió en su brillantísima carta; todo el resplandor que han recibido en muchísimas, que me consta se han escrito así de esa corte como de las principales ciudades de España, aun á aquellos mismos sugetos que, solicitando apoyo al dictámen de su pasion, tuvieron por respuesta desengaños; todo cuanto aquí se han esforzado á iluminarles los personajes de mayor respeto y de mejor voto; y lo que mas es, todas las grandes y públicas demostraciones que acaba de hacer el ilustrísimo Reino, dando el testimonio mas auténtico y mas expresivo que se registra en sus archivos, de la estimacion que le han debido así el autor como el papel; todo esto, respecto de muchísimos, solo ha servido de obstinarlos mas en su ceguedad. *Amant magis tenebras quám lucem*, y han hecho ya capricho de la que al principio pudo ser preocupacion. Son ciegos adredemente, con que no tienen cura. Lo mas gracioso es que son innumerables los que ladran, braham, silban y rugen contra el papel, sin haberlo leído, no mas que *in fide Parentum*, ó *in fide Tertulistarum*. Porque ha de saber vuesa merced que aquí hay tertulias como paja, y las hay de todas clases y precios. Preguntado un gramatiquillo, hijo de un zapatero remendon, dónde habia oido cierta noticia, respondió muy sereno: «Señor, anoche la dijeron en mi tertulia.»

En estas tertulias de escalera á bajo se han dicho preciosidades. Otros las llaman *tertulias de la pinta*, porque en ellas se juntan los tertulios á jugar una pinta, es decir, una azumbre de vino, al quince y á la yema, al burro ó á la mata-rata; pero si concurren tres ó cuatro que saben leer, ya se suele jugar al truque. Créese que de estas

tertulias han salido (porque no se hace verisímil que puedan salir de otra parte) los muchos coplones que andan por esta ciudad, y entre otros, unas que se llaman *siguidillas* con la mayor propiedad del mundo. En ellas es lo ménos lo necio, lo simple, lo majadero y lo mentecato, sin que el autor ó los autores (porque dicen que es obra de tres ingenios) puedan hombrar en lo poeta con aquellos niños gramáticos que en los sábados hacen coplas para la banda. Lo mas es lo sucio, lo puerco, lo hediondo, lo torpe y lo desvergonzado; perdiendo el autor el respeto, no solo á mi persona (que eso sería poco perder), sino á mi carácter, á mi profesion, á mi estado, y perdiéndosele de camino á todos los señores diputados del Reino, de quienes habla con la mayor indecencia. Estas coplillas se dedicaron á los horneros y á los dotrinos, para que las cantasen por las calles. Y con efecto, estos dignísimos Mecenates de tan insigne obra andan cantando dichas seguidillas por las esquinas y por las plazas, á vista, ciencia y paciencia de los que lo toleran con grandísima cachaza. Admiraráse vuesa merced de esto; pero no se admire; porque me quisieron persuadir (aunque no lo creo) que ha habido sugeto que anda con vara levantada, y ha hecho sacar varios traslados de dichas seguidillas para su diversion y para regalar con ellas á sus amigos. No juzgue vuesa merced temerariamente que esta inadvertencia se hubiese atribuido á algun ministro togado: son muy serios, muy sabios y muy justificados todos los que componen los tribunales de este Supremo Consejo, para incurrir en semejante baja. Como aquí hay diferentes jurisdicciones, hay tambien varios géneros de varas. Tiénese por cierto que ni aun ha llegado á los oídos de los ministros la noticia de esta especie; lo que se hace muy verisímil, por ser á horas muy intempestivas cuando se cantan estas coplillas. Es bien seguro que si hubieran llegado á entender esta insolencia, la hubieran castigado con todo el rigor que previene la ley 59 de las cortes de Estella en los años de 1724, 1725, 1726. Es dignísima esta ley de que vuesa merced esté instruido de ella, por los cristianos y prudentísimos términos en que está concebida; porque siendo tambien de la facultad, gustará vuesa merced de saber la piedad y la justificacion con que se discurre y con que se habla en el derecho municipal de Navarra. Entresacaré únicamente las palabras de la ley que hacen al caso presente.

«Considerando cuán graves ofensas de Dios se cometen en los cantares y palabras deshonestas que comunmente llaman pullas... y mal ejemplo; los muchos inconvenientes que de estos actos resultan, y que especialmente se perjudica la honestidad pública y buen crédito de muchas personas, á las enales, ó se manifiestan defectos secretos, ó por lo regular se les atribuyen muchos que no tienen, se tomaron varias providencias en las ordenanzas 4 y 5, tit. 31, lib. 3 de las Reales. Pero por la total negligencia que ha habido y hay en su ejecucion, no solo no se ataja el daño, sino que ha crecido: con total libertad se usan pullas y cantares deshonestos... de suerte que consideramos preciso nuevo mas eficaz remedio. Y pues este ha de ceder en servicio de Dios y ha de ser tan de la conveniencia pública, tenemos por muy útil que se establezca por ley lo contenido en los capítulos siguientes. Primeramente, que ninguna persona sea osada de decir ni cantar de dia ni

de noche palabras sucias y lascivas, que comunmente llaman pullas, ni otros cantares que sean sucios y deshonestos, so pena de cien azotes y dos años de destierro del pueblo siendo plebeyo, de dos años de presidio siendo hijodalgo... Item, que los alcaldes de los pueblos tengan obligacion de solicitar de oficio la observancia de esta ley, procediendo á recibir informacion y averiguar los culpados, y contra estos á ejecutar dichas penas; y si en esto anduvieren omisos, y sabiendo que se ha contravenido á esta ley, no recibieren informacion ó no procedieren contra los delinquentes al castigo, tengan de pena cien libras, y sea caso de residencia... Item, que para que esta ley se guarde mas exactamente, y noticiosos de su disposicion los ofendidos, puedan dar cuenta á los alcaldes, publique todos los años esta ley dentro de quince dias despues que los alcaldes tomasen posesion de sus empleos.»

Discurra vuesa merced á vista de una ley tan piadosa, tan eficaz y tan terminante, si se hace verisimil que ningun magistrado de Pamplona tolerase tan pública y tan sacrilega infraccion de ella, si hubiese llegado á sus oidos; y cuando las justicias ordinarias se diesen por desentendidas, si estaria ociosa la justa severidad de los ministros supremos. Así pues, tengo por impostura la que se quiso atribuir al magistrado en cuestion. Tambien se divulgó que se hacia voluntariamente autor de dichas siguidillas cierto sugeto de los mas conocidos de Navarra por su distinguido nacimiento, haciendo tanta vanidad de ser artifice de esta obra, que se saboreaba en ellos. ¿Pero quién ha de creer una calumnia tan infame de un hombre de bien y de pudor? Cuando no le contuviera lo que se debe á sí mismo por la honra que heredó de sus abuelos, cuando el santo temor de Dios no le reprimiera, le contendria sin duda el miedo de la justicia; porque la ley arriba citada con todos habla, «con plebeyos y con hijodalgo, aunque sean condes.» En vista de esto, por tan falsa tengo la segunda especie como la primera. Y mas cuando sé muy bien quiénes son los verdaderos autores de las honestísimas y cultísimas siguidillas, quiénes los que ofrecieron una peseta á cierto hornerrillo para que las cantase, y quiénes los que las cantaron á la guitarra en cierta parte. Pero todo esto lo sé para encomendarlo á Dios, para hacerlos todo el bien que pueda, *salva conscientia*, y no para otro efecto.

No extrañe vuesa merced que la malignidad haya querido imponer á todo género de gentes, buscando las mejores capas para abrigarse, cuando no para cubrirse. Ni aun los príncipes de la Iglesia, ni los próceres de mayor estatura, ni las comunidades del mayor respeto han estado exentas de que las levantasen torpísimas imposturas. Uno de los mas sabios, mas discretos, mas cultos y mas celosos prelados de España, luego que leyó mi papel, me escribió una carta gratulatoria con expresiones del mayor encarecimiento. Tuvo noticia de esta carta, porque de consentimiento del ilustrísimo autor obligaron las circunstancias á que se confiasen algunas copias de ella. No pudieron negarla los émulos ó los malignos. ¿Pues qué hicieron? Para enervar la fuerza de una autoridad tan respetable, fingieron una vileza en el prelado, tan indigna de su carácter, como ajena de sus nobilísimas prendas de corazon y alma. Supieron torpísimamente que al mismo tiempo que á mí me habia escrito en términos tan honradores, elevando la obra hasta lo

sumo, habia dirigido otra carta de significado muy contrario á cierto respetable individuo de este venerabilísimo ilustrísimo cabildo, y tuvieron avilantez para decirselo así á uno de los diputados del Reino, á quien temo que se lo persuadieron. ¿No le parece á vuesa merced que la calumnia y el descaró subieron hasta donde pudieron subir? Fue preciso para desvanecer esta infame especie, exhibir otras cartas del mismo grande prelado, aun mas honoríficas y mas expresivas que la primera.

No paró en esto el embuste y el empeño. Casi el mismo indecente procedimiento atribuyeron á un señor excelentísimo, que por su casa y por las heroicas prendas que adornan su persona, es la veneracion de todo este reino, siendo al mismo tiempo todo su corazon de la Compañía, y toda su dignacion de mi humilde pequeñez. Aun subió mas de punto la mentira. Para derribar de su favorable concepto á uno de los diputados del Reino mas honradores del papel, le atacó derechamente un sugeto, y despues de haberle embocado cien calumniosas especies con diabólica energia, le dijo por conclusion que cierta gravísima comunidad religiosa se habia juntado capitularmente, y no sé si añadió que á son de campana; que se habia leído en ella mi papel, y que habiendo sido condenado por voto de todos á la hoguera, se ejecutó la terrible sentencia delante de toda la comunidad. ¿Qué juicio hace vuesa merced de una calumnia tan atroz? ¿No era merecedor el sugeto que la forjó, de que la comunidad vulnerada se querellase altamente de su infamia, y que se le obligase á reparar el agravio, mandándole hacer pública restitution honorable? ¿Y sería creíble, no digo entre cristianos, sino entre racionales, este modo de hacerme la guerra y de agradecerme un papel que tanto ensalza á la Nacion? Pues, amigo mio, no adelanto especie ni refiero hecho que no sea certísimo, omitiendo otros innumerables que no me permite expresar la decencia y el rubor.

Esta deshecha tempestad de embustes y esta furiosa conjuracion de calumnias, me pusieron en la dolorosa precision de dar un paso que me costó muchísimo sacrificio. Vine obligado á comparecer como suplicante ante aquel mismo reino que debia esperar yo me buscase á mí, como agradecido. Aconsejaronme, instaronme, conjuraronme personas del mayor respeto y de mas consumada prudencia, que presentase un memorial á la Diputacion plena, congregada en su junta general de San Javier, quejándome modesta, pero eficazmente, de todo lo que padecia. Bien conocian los que me daban este consejo, que para la mayor parte de los diputados no era menester mas memorial que el de su mismo pundonor, para que volbiesen con eficacia por su honor y por el mio. Pero como dentro de la misma Diputacion habia alguno ó algunos que estaban mal instruidos de todo lo que habia pasado en la resolucion y en la formacion del papel, porque no habian asistido á las juntas donde se trató esta dependencia, y por otra parte se habian furiosamente impresionado de las falsedades que vertia la muchedumbre, juzgaron mis amigos por indispensable que dispusiese y que presentase este memorial. Al fin me rindieron sus fuertes continuadas baterías, y presenté á la Diputacion el memorial que se sigue:

«Ilustrísimo Señor.— Señor: José Francisco de Isla, de la compañía de Jesus, con la mas atenta y respetosa veneracion, dice: Que habiendo resuelto vuestra ilus-

trísima se diese á luz la pronta festiva aclamacion del Rey (Dios nos le guarde), por los justos poderosos motivos que siempre animan sus acertadas resoluciones, en continuacion de las notorias honras con que ha distinguido su piedad al suplicante desde que tuvo la fortuna de poner los piés en este ilustrísimo reino, determinó confiar á su insuficiencia el desempeño de su acuerdo. Y para que no faltase redoble alguno que hiciese mas estimable el honor de esta confianza, no se Jetuvo vuestra ilustrísima en la circunstancia de hallarme á la sazón ausente, ántes determinó que se esperase á mi regreso, y dió comision verbal al señor Don Fernando Daoiz, su diputado, para que luego que tuviese noticia de mi restitucion á esta ciudad, me hiciese instancia en nombre de la Diputacion para que me encargase de la disposicion del papel, previniéndole que en caso de excusarme no perdonase á medio alguno para rendirme, hasta implorar el asilo de mi inmediato superior.

»Con efecto, al dia siguiente de mi arribo me buscó el Señor Diputado comisario, y me hizo presente con el celo, con la eficacia y con la discrecion que acostumbra, la nueva honra que me dispensaba la Diputacion. Estiméla sobre mi corazon, y correspondí á ella con todas las expresiones que me dictaba mi suma gratitud; pero me excusé de aceptarla con el motivo, á mi parecer robusto y grande, de haberme negado á otra instancia en materia muy semejante que por el mes de julio me habia hecho el excelentísimo virey conde de Maceda, sin haberme podido vencer, ni toda la eficacia de su repetido poderoso empeño, ni toda la representacion de su autoridad suprema, ni (lo que es mas) todos los motivos personales de mi eterno reconocimiento á las singulares públicas demonstraciones de benevolencia con que me honraba y me honra su piadosa dignacion: de manera que si este señor no poseyera una alma tan grande, me hubiera arrojado con indignacion de su estimabilísima gracia, en la que me conservó, porque se hizo cargo de los grandes y pundonorosos motivos en que se fundaba mi resistencia. Pero temia que se diese por ofendido y por desairado si en tan corta distancia ó interpolacion de tiempo concedia á la interposicion del ilustrísimo Reino lo que habia negado á las reiteradas instancias de su excelencia. Esforzóse el Señor Diputado comisario á hacerme ver las grandes razones de diferencia que habia en la substancia de los encargos, y que no subsistian en el de la Diputacion los motivos que pudieron retraerme con indecible dolor mio de complacer á un señor á quien tanto amo y venero. Aunque no dejaron de hacerme mucha fuerza las juiciosas discretas reflexiones del Señor Diputado comisario, no me convencieron del todo, ni fuéron bastantes á desalojar enteramente de mi aprehension el recelo de que mi obsequiosa docilidad en obedecer al Reino acordase al excelentísimo Virey algun nuevo motivo de resentimiento. A este miedo, no del todo imprudente, se añadia la justa desconfianza que tenia de mí mismo, no atreviendo á prometerme que podria dar todo el lleno á la idea de la Diputacion, por la visible escasez de materiales para disponer una obra que no fuese descarnada ni desmereciese la dedicacion que se habia premeditado y resuelto para unos fines tan ventajosos á la utilidad del Reino.

»Por estas razones no pude acabar de resolverme enteramente, y convenimos el Señor Diputado comisario y

yo que se las representariamos á mi inmediato superior, y que si á este no le hacian fuerza, me rendiria á lo que se me encomendaba, fiado en los milagros que suele hacer la obediencia. Desde luego se puso la cortesana atencion de mi prelado de parte del ilustrísimo Reino, y no juzgando suficientes mis alegatos, disfrazó urbanamente su precepto en traje de ruego, que es el modo de hacerle mas eficaz: con que rendí mi juicio (que la voluntad bien rendida la tenia) y me dediqué desde aquel punto á trabajar en la obra con singular consuelo, experimentando tambien algun extraordinario aliento.

»Entreguéme totalmente á este cuidado, abandonando otros muchos de no pequeña importancia, y en veinte y un dias logré ver escritos y estampados veinte y cuatro pliegos, tan á costa de mi salud, que en medio de la tarea me asaltó una furiosa calentura, que dió bastante cuidado á los principios, hasta que se conoció ser un violento efimero. Luego que escribí los dos primeros pliegos, ántes de darlos á la prensa, los remití á la censura de la ilustrísima Diputacion, para que me mandase advertir lo que se le ofreciese sobre ellos en orden á la substancia, estilo, método, carácter y todo lo demas que la ocurriese acerca de ellos y de la continuacion de la obra. Devolvieronseme dichos pliegos despues de haberse leído, parte en la junta que se celebró con el motivo de la última fiesta que hizo el Reino en el mes de septiembre, y parte por los Señores Diputados en sus casas, haciéndome la honra de elogiarlos y de prevenirme que prosiguiese en el mismo estilo, aire y método, sin detenerme en la prolijidad de remitirlos á la Diputacion, porque esta hacia entera y total satisfaccion de mis talentos, fiando de ellos que saldria la obra con toda la decencia y gala correspondiente; y por otra parte se aventajaba la gracia de la brevedad, que suele ser la principal en semejantes escritos. Esta nueva confianza me empenó mas en desconfiar de mí mismo, y así no dí pliego alguno á la estampa, sin que pasase primero por el severo examen y por la escrupulosa correccion de los Padres Pedro Inurre y Pedro Salcedo, sujetos ambos de la literatura, prudencia, circunspeccion y discernimiento que no ignora vuestra ilustrísima. No contento con la aprobacion de estos dos hombres, verdaderamente graves, doctos y prudentes, fuí comunicando los pliegos ya manuscritos y ya impresos que iba trabajando, á todos los señores diputados que me honraron por aquel tiempo en mi aposento, como fuéron los señores Don Fernando Daoiz, Don Vicente Mutioloa, Don Antonio Ozcariz y Don José Navascues, los cuales todos vieron los elogios comunes y particulares que tenia prevenidos para la Diputacion, sin que á ninguno de ellos se le hubiese ofrecido el mas leve escrúpulo, dnda ó reparo que prevenirme, sino aquellas expresiones que á cada uno le dictaba la modestia sobre el elogio particular correspondiente á su persona, las que (claro está) no me debian hacer fuerza, por la regla general de que ninguno es buen juez en su causa propia. Por lo demas, todos alabaron el método, el estilo, la propiedad, la inventiva, y sobre todo, la obsequiosa urbanidad de la obra, así respecto de todo el Reino, como de cuantos individuos suyos iban saliendo al teatro del papel.

»Estas diligencias parece que pudieran sosegar á cualquiera otro genio no tan escrupuloso ó ménos desconfiado que el mio; pero este no se dió por satisfecho con

ellas, pareciéndome que los defectos de una obra se hacen mas visibles cuando se registra el todo, que considerándola á trozos y por partes; luego que estubo impreso el cuerpo del papel, pasé á Enges, donde se hallaba el señor Don Vicente Mutilloa, por ser el único diputado que á la sazón estaba inmediato á esta capital: llevé todos los pliegos, registrólos muy despacio, con aquella madurez que es propia de su buen juicio, y no encontré cláusula, expresion ó sílaba que no respirase atencion, respeto, estimacion, cortesania y gracia, con un visible empeño de obsequiar á la nacion navarra y á todos los particulares que se citaban en la obra.

»¿Juzgará vuestra ilustrísima que me aquieté con este último paso? Pues no fué así. Receloso siempre de que los Señores Diputados, ó por la parte que tenian en el escrito, ó por la inclinacion que profesaban al autor, no tuviesen toda aquella indiferencia que era menester para hacer juicio desapasionado de la obra, y temeroso de que los dos jesuitas revisores no padeciesen tambien las mismas excepciones, comuniqué confiadamente y bajo un inviolable sigilo todo el cuerpo del papel con un ministro togado, sabio, culto, erudito, discreto, versado en todo género de letras, y sobre todo lijo amantísimo del Reino. Conjuréle por todos los respetos de la amistad, de la ingenuidad y de la confianza, que leyese con atencion imparcial, justa y censoria aquellos pliegos, y que me dijese con franqueza y con sinceridad su sentir, en la inteligencia de que me arreglaría ciegamente á su correccion, notas y reparos, pues con este fin habia suspendido la disposicion del prólogo, en el cual se podia excusar, prevenir y declarar todo lo que pareciese necesario. Veinte y cuatro horas tuvo en su poder los pliegos este sabio togado, y al cabo de ellas me los restituyó él mismo, diciéndome que habiéndolos leído y releído con la mayor imparcialidad, no habia encontrado expresion, ápice ni tilde que debiese mudarse ó explicarse, pues todas bien entendidas, exhalaban un elogio sublime del ilustrísimo Reino y de cuantos individuos suyos se mencionaban en él, concluyendo que el autor de aquel escrito era benemérito de toda la Nacion. Con esto me resolví á divulgarlo, pareciéndome que habia apurado todas cuantas diligencias se pueden pedir á la prudencia humana para asegurar el acierto.

»Esta es, señor, la historia verídica, puntual y exacta del desgraciado papel cuya disposicion me encargó vuestra ilustrísima. Los principales hechos que refiero tienen por testigos á la mayor parte de los señores diputados, y podrá dar testimonio de ellos el secretario del Reino. De los otros que expongo podrán deponer los sujetos que cito, pues todos ellos están vivos, sanos y á la vista, y con todo eso ha corrido tan poca fortuna al expresado papel en la ciudad de Pamplona, que apenas pudiera creerse si no se hubiera palpado.

»Al escrito y al escritor se les ha despedazado con las mas sangrientas crueles invectivas. Cuando los primeros hombres literatos de la Monarquía, en Madrid, Salamanca, Valladolid, Zaragoza, Búrgos y otras partes donde ha llegado el papel, se han esmerado en ensalzarle con los elogios mas encarecidos; cuando los personajes mas distinguidos del reino de Navarra por su nacimiento, por su dignidad, por su sabiduría, por su discrecion, ó por todo junto, han apurado á la elocuencia todas las frases para explicar el sublime concepto que forman de

esta obra; unos calificándola de «única en su especie y solo comparable con tal cual de las mas celebradas que ha visto España en este siglo»; otros de «la mayor que han leído en el género»; otros de «original y molde de todas cuantas hubieren de salir de la misma clase»; otros del «elogio mas delicado, mas fino y mas elevado que se pudiera discurrir del reino de Navarra y de sus individuos»; otros de «una pieza que dejará eternizada en el mundo la aclamacion del ilustrísimo Reino en el año de 46; valiendo ella sola todos cuantos gastos han hecho las ciudades de la Monarquía, que han empobrecido sus erarios por obstar su amor y su lealtad»; otros, en fin, de «un escrito que hace caer las plumas de las manos, y abate las del corazon á todos los que están trabajando en otros semejantes». Digo, señor, que cuando las plumas y las lenguas, así reguicolas como forasteras y que están fuera de Pamplona, se desangraban en estos y otros innumerables encarecimientos, las lenguas y aun las plumas de esta ciudad se han ensangrentado impiamente contra el autor y contra la obra.

»Elas la han tratado de «mordaz, satírica, injuriosa y denigrativa de toda la Nacion y de sus respetables individuos»; ellas han fulminado contra el papel la terrible sentencia de «que debe ser quemado en la plaza pública por mano del verdugo»; y contra el autor «que debe ser desterrado *in perpetuum* de todo el Reino», adelantándose algunos á divulgar «que efectivamente le habia venido ya de su respectivo prelado la sentencia del destierro». Me han asegurado que con efecto se ha escrito á dicho prelado mio, pintándome con los colores mas feos y dando á las expresiones de mi papel las interpretaciones mas exóticas, mas extravagantes y mas violentas. Por consecuencia natural de esta rigurosa censura, se me ha representado á mí con el carácter del hombre mas indecente, mas indigno, mas torpe y mas ingrato que ha entrado en el reino de Navarra. Y á la verdad, si el papel fuera tal cual le ha querido entender la malignidad ó la ignorancia, aun eran cortos estos epítetos para expresar mi torpeza. En fin, habiéndole visto, ántes de divulgarse, los Señores Diputados y los demas graves sujetos que llevo mencionados, recae necesariamente sobre todos ellos la nota de ser unos hombres ignorantes, necios, estúpidos y destituidos del sentido comun, pues no advirtieron las nulidades tan feas y tan de bulto que manchan al expresado papel.

»Por todo lo cual me ha de permitir vuestra ilustrísima que le diga con fiadamente: *exsurge Domine, et judica causam tuam*; levántese, señor, vuestra ilustrísima, y vuelva por su honor y por el mio, tan vulnerado está el uno como el otro: en este asunto son imprescindibles los ultrajes. No puede permitir vuestra ilustrísima que sea este el premio de mi amor, de mi obsequio, de mi rendimiento y del doble sacrificio que le hice. Expíseme, por respeto de vuestra ilustrísima, á perder la gracia de un virey á quien tanto amo; expíseme á perder la salud, que debo apreciar algo: no querrá vuestra ilustrísima que me exponga tambien á perder la honra, que debo apreciar mas que todo. A cuenta de vuestra ilustrísima correrá el volver eficazmente por ella. Así lo espero de su magnanimidad, así lo pido á su justificacion; pues esto, que en otros términos sería pura gracia, en los presentes es de rigurosa justicia. — Ilustrísimo señor. — JHS. — *Josef Francisco de Isla.*»

Este memorial produjo todo el efecto que se podia y se debía esperar de unos caballeros diputados tan nobles, tan pundonorosos, tan racionales y tan justificados. Altamente condolidos y generosamente mortificados de lo que yo habia padecido por complacerlos, por servirlos y por obsequiarlos, resolvieron dar un público testimonio, así de su gran dolor, como de la grande estimacion que hacian del papel y del autor que le dispuso. A este fin determinaron enviar un diputado al padre rector de este colegio, dándole las gracias con expresiones del mayor reconocimiento por lo que se habia interesado en reducirme á que dispusiese el papel, manifestándole la grande aprobacion con que le habia recibido el Reino, y expresándole el grave dolor con que habia llegado á entender las malignas especies que habian esparcido algunos naturales suyos, perdiendo el respeto al Reinomismo. Vinieron á congratularse y al mismo tiempo á condolerse conmigo todos los diputados, á excepcion de dos, que no lo tendrian por preciso. Y en fin, no contenta la Diputacion con estas demostraciones, acordó echar el sello á todas ellas, escribiendo al padre provincial de esta provincia de Castilla la carta siguiente:

«Reverendísimo Padre.—Muy señor mio: Con motivo de la exaltacion al trono del Rey nuestro señor (Dios le guarde), determiné dar al público la real proclamacion del dia 21 de agosto de este año, para que llegase á noticia de todos, los esmeros de mi innata fidelidad en obsequio de su Magestad; y atendiendo á mi desempeño encargué esta obra al reverendísimo Padre José Francisco de Isla, quien, despues de muchas excusaciones con mucho fundamento, se venci6 últimamente, mediante la interposicion de su prelado inmediato, que tambien se dedicó á favorecerme; y no obstante de haber desempeñado con la mayor satisfaccion toda mi confianza, como lo acreditan los elogios que han dado á este papel todos los ernditos que le han visto, en las aprobaciones que de él han hecho luego que ha llegado á sus manos, así naturales míos como extraños, he sabido con mucho dolor mio, que algunos, poseidos de los afectos que por decencia callo, se han propasado á denigrar dicha obra con expresiones tan poco decorosas á dicho reverendo padre y á mi respeto, que atendiendo al cumplimiento de mi obligacion y á indemnizar á este reverendísimo

de toda mancha, para que se reintegre en los honores que por sus relevantes prendas merece, he acordado asegurar á vuestra reverendísima, como lo ejecuto, que dicha obra corre con el mayor aprecio y estimacion mia. Y que si á manos de vuestra reverendísima hubiere llegado alguno de estos siniestros informes, se sirva despreciarlo, dándose mil enhorabuena de que la ilustre religion de la Compañía tenga sugeto de tan conocido desempeño, y repitiéndomelas yo por lo que siempre intereso, asegurando á vuestra reverendísima de mi fina voluntad y afecto, pido con el mismo á Dios guarde á vuestra reverendísima muchos años, como deseo. Pamplona y diciembre 6 de 1746. — *La diputacion de este reino de Navarra*; y en su nombre, *Malaquías Martínez, abad de Leire, Don Agustín de Sarasa; Don Fernando Javier Daoiz*. Con su acuerdo, *Don Pablo del Trell*.— Reverendísimo Padre Diego de Tobar, provincial de la compañía de Jesus.»

Estas son las demostraciones que hizo la ilustrísima diputacion que representa al reino de Navarra, en desagravio suyo y mio. Reliéroselas á vuesa merced, así por la gran parte que me consta ha tenido su autorizado voto, para que estos señores se confirmasen en su primer dictámen, como para que no piense que una diputacion tan pundonorosa podia mirar con insensibilidad ó con indiferencia lo que publicaba la vulgaridad de algunos nacionales, con escándalo de toda España. Habiase divulgado en algunas ciudades de este reino, que la Diputacion se habia quejado de mí á mis superiores; que el consejo supremo de Navarra tambien habia interesado su autoridad en mi castigo; y en fin, que todos habian conspirado ó convenido en mi destierro. Con efecto, hubo muchas porfias y aun apuestas, así dentro como fuera de Pamplona, sobre que yo saldria presto á cumplir esta sentencia, adelantándose algunos á asegurar que ya habia salido. Por si acaso han llegado allá estas voces, podrá vuesa merced desvanecerlas con la verdad de esta relacion, que ya me tiene cansado. Y con esto, á Dios, que guarde á vuesa merced muchos años. Pamplona y diciembre 16 de 1746. — Besa la mano de vuesa merced su seguro amigo, servidor y capellan. — JHS. — *José Francisco de Isla*. — Señor Don Leopoldo Jerónimo Puig.

HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS,

alias ZOTES.

Escrita por el licenciado Don Francisco Lobon de Salazar, presbítero, beneficiado de preste en las villas de Aguilar y de Villagarcía de Campos, cura en la parroquial de San Pedro de esta, y opositor á cátedras en la universidad de la ciudad de Valladolid; quien la dedica al público. — TOMO PRIMERO.

AL PÚBLICO.

PODEROSÍSIMO SEÑOR :

Cox efecto, no le ha habido desde Adan acá mas poderoso que usted, ni le habrá hasta el fin de todos los siglos. ¿Quién trastornó toda la faz de la tierra, de modo que á vuelta de pocas generaciones apénas la conoceria la madre que la parió? Usted. ¿Quién fundó las monarquías y los imperios? Usted. ¿Quién los arruinó despues, ó los trasladó adonde le dió la gana? Usted. ¿Quién introdujo en el mundo la distincion de clases y jerarquías? Usted. ¿Quién las conserva donde le parece, y las confunde donde se le antoja? Usted. Malo es que á usted se le ponga una cosa en la cabeza; que solamente el Todopoderoso la podrá embarazar.

Y si del poder de las manos hacemos tránsito al del juicio, del dictámen y de la razon, ¿dónde le hay ni le ha habido mas despótico ni absoluto? Sabida cosa es que, despues del derecho divino y del natural, el derecho de usted, que es el de las gentes, es el mas respetado y obedecido en todo el mundo : esto aun en caso de que el derecho de las gentes y el natural sean distintos; controversia en que no quiero embarazarme, porque para mi asunto importa un ble-do. Lo cierto es, que una vez que usted mande, resuelva, decrete y determine alguna cosa, es preciso que todos le obedezcan; porque, como usted es todos, y todos son usted, es necesario que todos hagan aquello que todos quieren hacer. No se me señalará otro legislador mas respetado.

Parecióle á usted ser conveniente que se llamasen sabios los que sabían ciertas materias; que fuesen tenidos por ignorantes los que las ignoraban, aunque supiesen otras artes quizá mas útiles, ó á lo ménos tanto, para la vida humana. Pues salióse usted con ello. En todo el mundo el teólogo, el canonista, el legista, el filósofo, el médico, el matemático, el crítico, en una palabra, el hombre de letras, es tenido por sabio; y el labrador, el carpintero, el albañil y el herrero son reputados por ignorantes. A los primeros se les habla con el sombrero en la mano y se les trata con respeto; á los segundos se les oye ó se les manda con la gorra calada, y se les trata de tú. Esto ¿por qué? Porque así lo ha querido el público.

En consecuencia de esto, y acercándome ya á lo que mas me importa, usted solo (si por cierto), usted solo es el que da ó el que quita el crédito á los eseritos y á los eseritores; usted solo el que los eleva ó los abate, segun lo tiene por conveniente; usted solo el que los introduce en el templo de la fama ó los condena al calabozo de la ignominia; usted solo el que los eterniza en la memoria, ó hace, apénas ven la luz, que, entregados á las llamas, se esparzan sus cenizas por el viento. Dígolo con osadía, pero con muchísima verdad : no tienen los eseritores que buscar fuera de usted sombra que los refrigere, árbol adonde se arrimen, escudo que los delienda, proteccion que los asegure, ni patrono que los indemnice.

Permitame usted la flaqueza de que me cite á mi mismo. En el libro 1.º, capítulo 8.º, número 15 de esta mi historia, que lo es de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, me burlo (y á mi parecer con razon) de los que dedican sus obras á personajes de la mas soberana elevacion, pensando, y aun diciéndolo ellos mismos en las dedicatorias, que de esta manera las ponen á cubierto contra los tiros de la critica, de la malignidad ó de la envidia. ¡ Pobres hombres! Aun no los han desengañado tantas experiencias! No ha habido en el mundo ni un solo personaje que

haya sacado la espada para defender al autor que le busca por Mécenas; ni, lo que mas es, aunque la sacara pudiera defenderle. Demos que sea el mas poderoso monarca del mundo: podrá colmar de honras al benemérito autor; podrá hacer que en sus dominios ni se escriba ni aun se hable contra él, y que se tribute un exterior respeto á sus obras; pero ¿podrá embarazar que la ignorancia, la mordacidad ó la critica descontentadiza no las muerda y no las despedace á sus solas? ¿Podrá estorbar que fuera de sus estados no broten contra ellas tantos Zóilos como verdolagas?

Desengañémonos: solo usted tiene este gran poder; porque solo usted en este particular (hablo de tejas abajo) puede todo cuanto quiere. Quiera el público que nadie chiste contra una obra; ninguno chistará. Quiera el público que todos la celebren interior y exteriormente; todos la celebrarán. Quiera el público que se reimprima mil veces; mil veces se reimprimirá. Y este poder no es limitado á estos ó aquellos dominios; extiéndese por donde se extienden los dilatados ámbitos del mundo. En cualquiera parte donde hay hombres hay público, porque el público son todos los hombres. Por lo ménos, el público á quien yo dedico mi obra, este es: el público de España, de Francia, de Italia, de Alemania, el tártaro, el moscovita, el de la China, y el de las Californias. Pues si yo tuviese la dicha de lograr que todos los hombres la tomasen debajo de su proteccion, ¿á quién habia de temer? Hágame cargo de que esta fortuna es mas para pretendida que para esperada.

Pero, señor, valga lo que valiere, yo á ella me acojo; de usted me amparo; en solo usted solicito el patrocinio. Bien puede ser que la obrilla no le merezca; pero no lo desmerece la intencion. Soy con el mas profundo respeto, poderosísimo señor, vuestra mas mínima parte.—
Don Francisco Lobon de Salazar.

APROBACION

DEL MUY REVERENDO PADRE MAESTRO FRAY ALONSO CANO, CALIFICADOR DE LA SUPREMA Y GENERAL INQUISICION, ACADÉMICO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, CENSOR DIPUTADO POR SU MAJESTAD PARA LA REVISION DE LIEROS EN ESTOS REINOS, Y REDENTOR GENERAL DEL ÓRDEN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD DE CALZADOS, REDENCION DE CAUTIVOS, ETC.

La *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, que el señor Don José Armendariz, teniente de vicario de esta villa, se sirve cometer á mi censura, es uno de aquellos felices pensamientos que sugiere por último recurso el apuro ó el despecho en lances apretados, al ver frustrados los medios mas directos y propios. Bien superficial tintura de erudicion bastaría para insinuar los lugares de Escritura, sentencias de Padres, invectivas de Doctores, y universal consentimiento de celosos y prudentes, que baten en brecha la sacrilega profanacion del ministerio de la palabra divina, si un secreto latido de la sindéresis propia no nos excusase esta fatiga y acusase nuestra obstinacion hasta indiciarla de estupidez. Sin embargo, léjos de contener el mal tan legítimos y saludables preservativos, insulta indiferentemente médicos y enfermos; y lo que ántes se recelaba sintoma de mortal letargo, hoy se celebra como decretorio de apacible sueño. ¿Pues qué remedio? No aparece otro que el presente, ó recete Esculapio. Sea en buen hora extremo; que siendo extrema la enfermedad, eso mismo lo autoriza de específico exquisito (1); y el buen exito de Cervántes responde á la esperanza de igual suceso.

No es de disimularse que la extrema diferencia y respectiva importancia pide otro tino, doctrina y delicadeza en nuestro caso; y confio que en esta parte hará el público imparcial la justicia que acostumbra en el discernimiento de tan necesarias calidades, y otras de erudicion, sal, amenidad, y sobre todo, del nativo desembarazo y castiza propiedad que agracion toda la obra. Tampoco se desentenderá, al observar algo cargada la dosis de sales cáusticas y corrosivas, de que no se curan con agua rosada las gangrenas.

Con todo eso, sin aventurar mucho el pronóstico, es de recelar algun clamoroso resentimiento de aquella especie de enfermos que, ó bien hallados con su mal, ó frenéticos en fuerza de él, como los describe con gracia San Agustín (2), revuelven furiosos, contra el médico que los cura, la saña y aborrecimiento que debieran emplear contra el vicio de su llaga. Pero si las sabias y cristianas precauciones del prólogo no los desarmen, yo aconsejaria al autor que no se tomase mas pena que remitirse al exorcismo del toro que en él se cita (3).

No me atreveré á prometerle tan decisivo y perentorio desembarazo de algunas otras querellas literarias, en que por via de digresion, amenidad ó incidencia se divierte á escaramucear, regulando por su valor y ardimiento, mas que por la urgencia, las excursiones de su pluma;

(1) *Extremis morbis, extrema exquisitè remedia optima sunt.* Hippocrat, aphor. 6.

(2) *Curavit omnes languores eorum, non tacuit vitia eorum: his omnibus curationibus ejus ingrati, tanquam multa febre phrenetici, insauientes in Medicum qui venerat curare eos, excogitaverunt consilium perendi eum.* D. Aug., in Psalm. 65, v. 2.

(3) *Profl.*, num. 51.

bien que sea de esperar de la magistral destreza y pulso crítico con que la maneja, que sabrá guardar su ropa; y en todo caso que no se presente á la palestra desprevenido de alguna secreta malla que sirva de cuerpo de reserva al de su obra, proporcionando su defensa y el resto de la armadura al temple del morrion con que cubre su cabeza. Por último, para decir en una palabra mi sentir, le circunscribo al apotegma á que redujo el suyo el insigne Doctor Martínez sobre Doña Oliva, es á saber: «Que este libro solo falta, como otros muchos sobran (1).» Así lo siento en este de la Santísima Trinidad de Madrid, y octubre 26 de 1757. — *Fray Alonso Cano.*

LICENCIA DEL ORDINARIO.

Nos el licenciado Don José Armendariz y Arbeloa, abogado de los Reales Consejos, y teniente vicario de esta villa de Madrid y su partido etc. Por la presente y por lo que á nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir é imprima el libro intitulado *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*; mediante que de nuestra orden ha sido reconocido, y no contiene cosa que se oponga á nuestra santa fe católica y buenas costumbres. Dada en Madrid á 26 de octubre de 1757. — *Licenciado Armendariz.* — Por su mandado, *Jos. Daganzo.*

EL REY.

Por cuanto por parte de Don Francisco Lobon de Salazar, presbítero, beneficiado de preste en las villas de Aguilar y Villagarcía de Campos, cura en la parroquial de San Pedro de dicha villa y opositor á cátedras en la universidad de Valladolid, se representó al mi Consejo, tenía compuesto y deseaba imprimir una obra cuyo título era: *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, tomo primero; y para poderlo ejecutar sin incurrir en pena alguna, suplicó se sirviese concederle su licencia y privilegio por tiempo de diez años para su impresión, así para este tomo como para los demás que se vayan presentando, remitiéndolo á la censura de la persona que conviniere. Y visto por los de mi Consejo (y como por su mandado se hicieron las diligencias que por la pragmática últimamente promulgada sobre la impresión de libros se dispone), se acordó expedir esta mi cédula, por la cual concedo licencia y facultad al expresado Don Francisco Lobon de Salazar, para que, sin incurrir en pena alguna, por tiempo de diez años primeros siguientes, que han de correr y contarse desde el día de la fecha de ella, el susodicho ó la persona que su poder tuviere, y no otra alguna, pueda imprimir y vender la referida obra intitulada *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*; así el tomo primero como los demás que sean necesarios, con que se haga en papel fino y por el ejemplar original que en mi Consejo se vió, que va rubricado y firmado al fin de Don José Antonio de Yarza, mi secretario, escribano de cámara mas antiguo, y de gobierno de él, con que antes que se venda se traiga ante ellos, juntamente con dicho ejemplar original, para que se vea si la impresión está conforme á él, trayendo asimismo fe en pública forma como por corrector por mi nombrado se vió y corrigió dicha impresión por el ejemplar original, para que se tase el precio á que se ha de vender. Y mando al impresor que imprimiere dicha obra no imprima el principio y primer pliego, ni entregue mas que uno solo con el original al dicho Don Francisco Lobon, presbítero, á cuya costa se imprime, para efecto de dicha corrección, hasta que primero esté corregida y tasada por los de mi Consejo; y estando así, y no de otra manera, pueda imprimir el primer pliego, en el cual seguidamente se ponga esta licencia y la aprobación, tasa y erratas, pena de caer é incurrir en las contenidas en las pragmáticas y leyes de estos mis reinos, que sobre ello tratan y disponen; y mando que ninguna persona, sin licencia del expresado Don Francisco Lobon de Salazar, no pueda imprimir ni vender la citada obra, pena del que la imprimiere pierda todos y cualesquiera libros, moldes y pertrechos que de dicha obra tuviere, y mas incurra en la de cincuenta mil maravedis, y sea la tercia parte para la Cámara, otra para el juez que lo sentenciare, y la otra para el denunciador; y cumplidos los dichos diez años, el referido Don Francisco Lobon ni otra persona en su nombre, quiero no use de esta mi cédula, ni prosiga en la impresión de la citada obra sin tener para ello nueva licencia mia, so las penas en que incurrén los consejos y personas que lo hacen sin tenerla. Y mando á los de mi Consejo, presidentes y oidores de las mis audiencias, alcaldes, alguaciles de mi casa y corte y chancillerías, y á todos los corregidores, asistentes, gobernadores, alcaldes mayores y ordinarios, y otros jueces y justicias, ministros y personas de todas las ciudades, villas y lugares de estos mis reinos y señoríos, y á cada uno en su distrito y jurisdicción, vean, guarden y ejecuten y cumplan esta mi cédula y todo lo en ella contenido; y contra su tenor y forma no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna, pena de la mi merced y de cada cincuenta mil maravedis para mi Cámara. Dada en Buen-Recuerdo á 8 de setiembre de 1757.

(1) Doctor Martínez, *Elogio á la obra de Doña Oliva*, al principio de ella.

—YO EL REY. — *Yo Don Agustín Montiano Luyando*, secretario del Rey nuestro señor, lo hice escribir por su mandado.

CARTA

DEL SEÑOR DON AGUSTIN DE MONTIANO Y LUYANDO, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD Y SU SECRETARIO DE LA CÁMARA DE GRACIA Y JUSTICIA Y ESTADO DE CASTILLA, DIRECTOR PERPETUO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, DEL NÚMERO DE LA ESPAÑOLA Y DE LA DE BUENAS LETRAS DE SEVILLA, CONSILIARIO EN LA DE BELLAS ARTES DE ESTA CORTE, HONORARIO DE LA DE BARCELONA, Y ENTRE LOS ARCADES DE ROMA LEGINTO DULIQUIO.

Muy señor mío y mi amigo: Muchos dias há que deseaba se emplease alguna diestra pluma en el asunto de su obra de vuestra merced, y que saliese al público, segun se necesita, tratada magistralmente y por un término que no hallase repugnancia en llegar á las manos de todos, ni en ser buscada y leída de la curiosidad ó del gusto; medio el mas conducente á que se haga comun el desengañio, y á que no se aventure el aprovechamiento. Si vuestra merced se hubiese ceñido á la severidad de las reglas que se indican y á la acrimonia de las reprehensiones que merecen los que sin consideracion las atropellan, pararia en ocupar olvidada los estantes y sótanos de las tiendas de los libreros ó en envolver drogas en las especerías, como sucede con tantas acreedoras á mejor destino; pero no padecerá vuestra merced este chasco; porque su mañosa advertencia ha sabido quitar, con la dulzura del chiste, el desabrimiento de la enseñanza, y unirlos con tan natural y atractivo enlace, que aun aquellos á quienes hiera la burla ó fastidió la seriedad, se han de dejar vencer y conducir á cebarse en su lección por deliciosa y por útil; y lo que es mas fijo, para corregir su descaminada inteligencia y no declararse objeto determinado de la chanza, ó, verbi gracia, de los rebeldes á la solidez de la doctrina.

Verdaderamente que es doloroso el desenfreno con que corren al último deshonor los profanadores de la divina palabra, adulterando con sus impertinentes discursos la cátedra del Espíritu Santo. Llórase ya perdida la sagrada elocuencia que ejercitaron y ennoblecieron algunos de nuestros mayores, principalmente el singular Fray Luis de Granada, convencido por las pías y sabias amonestaciones de aquel apóstol de Andalucía, el Maestro Juan de Avila; y no hay resignacion (trayendo á la memoria la notoriedad instructiva de este hecho) para que triunfe el orgullo de los ignorantes en los mismos púlpitos, declamando contra los que se afanan en atraer con la razon y con ejemplo á que se renueve la verdadera oratoria, y se coteje lo que dista de la que hoy, por nuestra desgracia, es embeleso de los que se introducen sin suficiente proporcion á ejercicio tan espinoso y difícil; y por lo general de los que buscan, no sé si diga su interes y su aplauso, más que la precisa conversion de las almas.

Estos mismos ciegos, enemigos en algun modo de las suyas y de las ajenas, que no se aquietan en sus remordimientos interiores con tan pobre despique, aplican porfiados como impropio el respetable nombre de criticos á los que se apartan de las frases hinchadas, de las voces campanudas, de los conceptos falsos, de los lugares comunes de la mitología, y de las ideas extravagantes; y á los que censuran juiciosos el inútil perjudicial desconcierto de práctica tan desnuda de aprobados ejemplares que la autoricen. Contra aquellos, pues, y contra cuantos los apoyan y defienden, no hay injuria ni maquinacion que no esgriman para intimidarlos y contenerlos; y como no lo consiguen (porque no ha permitido Dios que sea absoluta la relajacion ni la carestía de los obreros) sino con los sórdidamente contemplativos del vulgo y con otros que no debieran entrar en esta clase, apelan á la supercheria de esparcir que semejantes delicadezas y escrupulosidades (como ellos las llaman) son efecto de la introduccion y estudio de los libros extranjeros, origen de los extravíos de la religion, y causa de que se abandonen nuestras puras costumbres: raro desvanecimiento, y no sé si añada absurdo temerario, querer persuadir que no hay máximas cristianas, instrucciones morales, ni documentos de probidad y virtud mas allá de la lengua castellana. ¡Buenos quedarian los Kempis, los Señerys, los Burdalues, porque escribieron en latin, en italiano y en frances!

Bien insinuá vuestra merced que de los errores de la crianza proceden cuantos perjuicios sufren hoy en España las letras. Las primeras se enseñan por unos hombres que escasamente saben la materialidad de formarlas y que no saludaron jamas la pronunciacion ni la ortografía; requisitos necesarios, y aun forzosos, para satisfacer á las obligaciones de su encargo. La gramática se estudia como lo acreditan los efectos: apenas se conoce uno que use con soltura en los teatros la jerga facultativa, y en la conversacion la mediana latinidad; y mucho mas difícilmente quien imite los autores del siglo de Augusto. No lo finjo ni lo pondero: lo uno lo vi muchas veces cuando en mi mocedad arrastraba tambien las bayetas, y aun permanece, segun se dice, tratar la materia del argumento en castellano luego que se apura la vocería de los *ergos*; y lo otro lo califican las arengas, las dedicatorias y las obras mismas, como vuestra merced lo advierte ya en la suya. Algo contribuye al embarazo que se nota, si no lo pienso mal, que estén las reglas en el propio idioma que se va á adquirir; porque no las comprehenden bien los muchachos,

no vuelven nunca á ellas en pasando á estudios mayores, y los mas, contentos con el cartapacio, no adquieren en buenos libros lo que les falta. Fuéron muy respetables los que así lo establecieron; pero ya somos singulares en la Europa en esta observancia; y hasta en las lenguas vivas que son mas fáciles, ninguno imaginó liacer mas grande la dificultad de poseerlas. En las universidades no se mejoran hacia el adelantamiento estos trabajosos principios, segun el método con que se cursan y lo que en ellas se aprende: es negocio grave para tocarle de prisa, y fuera de sazón extenderme en él.

Otras no ménos considerables especies que coinciden con estas, introduce vuestra merced en su obra, si yo no me engaño, con un pulso, discrecion y acierto que no dejan duda en que nadie será capaz de competir, y aun ni de imitar, el noble estado en que vuestra merced las ha puesto. Ojalá aproveche lo saludable del aviso, á medida de lo que conviene que le entiendan los interesados en el remedio, y que muden de sistema los que apetecieren seguir el único rumbo que lleva al acierto. Vuestra merced ha empleado por su parte todo lo que cabe en la intencion mas justa, en el conocimiento mas perfecto, en el juicio mas exacto y en la erudicion mas escogida: si los tercamente ilusos con la preocupacion que los domina, insistieren en su extraña mania, á despecho de la verdad que se les muestra, solo la mano de Dios, vigorosa y eficaz en sus impulsos, será la que pueda sacarles el entendimiento de las tinieblas que le ofuscan, y guiarles la voluntad al seguro camino que abrieron los apóstoles, frecuentaron los santos padres, y pisan en el dia los prudentes, religiosos y bien instruidos. No predicán, no, á la francesa (como yo oí á uno de los mas alabados de la corte), «poniendo el Evangelio á un lado, el asunto á otro, y echando por en medio:» predicán, sí, sin detenerse en las frívolas circunstancias de la fiesta, sin violentar el genuino sentido de los textos, sin discurrir con desentonada fantasia, sin buscar adornos aparentes y galanuras insubstanciales, sin entretener al auditorio con frases afectadas, cuentecillos de plazuela y mentidero, equívocos bajos y disonantes, y sutilezas mal digeridas y peor aplicadas: predicán, repito, segun lo pide la disciplina eclesiástica, lo mandan los cánones y lo amonestan los sumos pontífices, y se ejecuta hoy en casi todo el orbe católico: la profesion evangélica es una sola: la retórica sagrada la misma en cualquier pais: á la torpeza del abuso y al baldon que acompaña al desórden no comprehende la propia prerogativa; porque ninguno se prostituye á confesarles patria ni á concederles domicilio. ¡Ay de nosotros si los adopta España por hijos, pertinaz en su deslumbramiento!

No obstante lo delicado y vidrioso de los puntos que vuestra merced abraza, y los ensanches que permite la ironía y graciosidad con que vuestra merced los maneja, se ha ceñido con tal miramiento y templanza á los límites á que precisan las altas calidades de las mismas especies, que no hará vuestra merced quejosos con fundado motivo, ni aun con sombra de él, si no tuercen con violencia sus patentes y sanos fines y la justificada pureza de sus caritativos anhelos; ó si no abultan por empeño comun las creidas ofensas, que, cuando mas, pertenecen á los desbarros particulares, y su vindicacion al que entre delatándose de haberlos cometido, y por consecuencia que no debe reputarlas por agravio. No dificulto que habrá muchos que se resientan de ver impugnados y confundidos sus errores; pero mientras no produzcan nerviosas pruebas de que no lo son (triunfo que se ha de suponer inaccesible), y no se trastornen los cincientos de la Biblia, de la Iglesia y aun los de la razon natural, ¿quién será tan negado que los sostenga ni dé oídos á la futilidad de sus recursos? ¿No se ha de rasgar alguna vez este tupido velo con que se disfrazan los cuerpos á favor de sus individuos? Yo á lo ménos concibo que debiera detestarse, y no defenderse, al que delinque: el miembro que se pudre, mejor es que se corte, que conservar para la infeccion de los demas; y así no alcanzo que haya fundamento legal ni político para que se dejen correr impunemente los desaciertos notorios y calificados de tales, y se impida ó solicite que no suene ni se esparzan el desaire y castigo de los que los cometen. Siendo tan importante su publicacion á las costumbres, á la cristiandad y al crédito de todos, aseguro á vuestra merced ingenua y desapasionadamente, que aun antes de haber examinado su prólogo, que desarma estas maliciosas oposiciones, no encontré en la obra artículo mal sonante, expresion infamatoria, concepto sin arrimo, ni consejo sin autoridad: no es dictámen el mio que prestará opinion á vuestra merced ni le pondrá en salvo de la terrible cavilacion de la multitud; pero cumplo con vuestra merced, conmigo mismo, y especialmente con Dios, en decir lo que siento.

Quisiera no obstante preguntar á los que sin discernimiento se abanderizan por la predicacion que en lo general se gasta en las suntuosas funciones de los templos, á que entre algunos bien intencionados acuden tumultuariamente muchos de los mas ociosos y peor dispuestos, ¿qué ventajas experimentan los fieles con la hojarasca insubstancial de los panegiricos llenos de imaginaciones monstruosas, de cadencias pueriles, de juguetes ridiculos y de palabras bárbaras y ruidosas? ¿Se ha visto convertirse alguno por ellos? ¿Qué lágrimas devotas se han derramado con la narracion de los dignos hechos del santo que se celebra, vestida con pomposa verbosidad, cuando no (horroriza el pensarlo) con métricas exornaciones? ¿Hay por ventura revelacion de que crezca ó se afiance la gloria accidental de los justos, por medios tan

distantes de los que practicaron y eligieron por mejores en vida para llegar á aquel grado? No responderán de forma que debiliten el vigor de estas ni de otras reflexiones que pudiera acumular con la corta fatiga de recorrer índices y salpicar de citas las márgenes. Y siendo esto así, y que no cabe dejen de comprender tan clara reconvencion, no sé cómo se obstinan en invertir el fin de su sagrado ministerio, faltos aun de aparente descargo que los abone: ver-güenza es que se sujete á cuestion su culpa, y casi lo es no ménos que se tolere.

Lo mas reparable de la serenidad de su ánimo consiste en que, viéndose en aprietos de esta naturaleza, cuando los causa un lego como yo, salen á la orilla con el gracioso miserable efugio de que no es para teólogos de corbata ni para hombres que no son de carrera, el juzgar de los buenos ó malos oradores; como si el arte de la elocuencia, la mocion de los afectos, la pureza del idioma, la compostura del estilo, el uso de la elegancia, la sublimidad geométrica de los pensamientos, el órden en la division y subdivision de los puntos, y lo fundamental y claro de las pruebas, fuesen vínculo privativo del foro, de los cláustros y de las escuelas. El buen gusto, la aplicacion y el conocimiento de los autores sensatos en las divinas y humanas letras, es un pais libre para el ingenio, y no hay en la Escritura ni en los cánones sentencia ni decision que prohiba ni coarte su estudio. Pero quede enhorabuena sin determinar la disputa; y para que se desengañen del mal pleito que defienden, oigan al venerable Gaspar Sanchez, segun lo traslada en su vida el padre Eusebio Nieremberg, al tomo segundo de *Los varones ilustres de la compañía de Jesus*: «No ha tenido la Iglesia de Dios, exclamaba aquel insigne jesuita, mayor persecucion que la que hoy tiene en esta forma de predicar que hoy se observa en ella.» ¿Huirán ahora de confesar su delito con zaherir las circunstancias y reputacion de un varon tan grande en virtud y en letras? No me parece que se atreverán á tanto: fuera demasia imperdonable de su ceguedad: más dicen pues sus pocas palabras, que muy difusas expresiones: unas y otras son tiros que van á un blanco: si le aciertan, ¿por qué lo diferente del pulso ha de quitar su merecimiento al golpe?

¿Con cuánta ménos resistencia, por mas que se esfuerce á justificarla, se verán obligados á deferir á las convincentes demonstraciones de su obra de vuestra merced? Léase sin preocupaciones ni reparos caprichosos, y solamente con imparciales ansias de descubrir la verdad, y habrán de retribuirla entónces alabanzas en vez de enconos, y gracias en lugar de vituperios: hallarán que es docta, escrita con madurez y gracejo, y por último encomio suyo, la mas acepta á los ojos de Dios entre cuantas se pueden trabajar en el dia, proporcionadas al remedio que piden los daños inmensos que se experimentan. Me desnudo de la inclinacion que á vuestra merced profeso y de lo que estimo y venero sus tareas literarias; y no me pararé en afirmarle, con la libre sinceridad de que hago profesion, que no encuentro en qué pudiera vuestra merced haberlas empleado mejor que en confundir y avergonzar á los malos predicadores, ilustrándolos para que conozcan y detesten sus yerros, y se dediquen sin distracciones escandalosas al fervoroso cultivo de la viña del Señor, fiado á su fatiga y desvelo. Cuenten sobre la paga del Padre de familias, que es infalible; no sobre la engañosa del mundo; y no extrañen que se mezcle tal vez alguna dureza en la correccion; porque un siglo, y mas de abandono, si bien se examina, no se muda con amonestaciones ligeras y suaves.

Juzgo que toca ya esta carta en la pesadez de prolija, y es indiscrecion que se dilate y moleste á vuestra merced, sobrando cuanto yo añado á lo que tan celosa y diestramente está esparcido en su obra. Con lo expuesto se califica que soy del mismo sentir de vuestra merced hasta donde son capaces de difundirse mis cortas luces, valgan lo que valieren; más alcanzará mi fino afecto, si gustare vuestra merced servirse de él; porque en todo será la mas pronta y resignada mi obediencia; y en el interin que consigo esta satisfaccien, me ocuparé en rogar á Dios que guarde á vuestra merced los muchos años que deseo. Madrid 20 de noviembre de 1757.—Besa la mano de vuestra merced su mas apasionado fiel servidor y amigo.—D. Agustín de Montiano y Luyando.

CARTA

DEL SEÑOR DON JOSÉ DE RADA Y AGUIRRE, CAPELLAN DE HONOR DE SU MAJESTAD, SU PREDICADOR DEL NÚMERO, CURA DEL REAL PALACIO Y ACADEMICO DEL NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Muy señor mio y mi amigo: La desgracia de nuestros tiempos, por el abuso que se ha hecho de la predicacion evangélica, pedia de justicia una correccion acre y vehemente, con la que se procurase cortar de una vez contagio tan perjudicial y tan opuesto á la religion. Pero ¿de qué serviría este remedio? Acaso agravaria mas el mal, obstinándose en su tema y en su ignorancia los que, depuesto el temor á Dios y faltos de celo por la salvacion de las almas, se atreven á profanar el ministerio mas sagrado de la Iglesia de Jesucristo. Prueba de esto es lo poco que han aprovechado contra los malos predicadores las declamaciones de los santos padres, los encargos repetidos de los concilios, las exhortaciones de los sumos pontífices, las cartas pastorales y edictos de los prelados eclesiásticos, los consejos de los intérpretes de la Sagrada

Escritura, aun de aquellos que manejan con mas frecuencia los gritos de los misioneros apostólicos, y lo que es mas, los clamores continuos de la conciencia, que sin cesar los estará diciendo: «No vais bien, no predicais como Dios manda, no predicaron así los santos que dirigian sus sermones á la gloria de Dios, reforma de costumbres, conversion de las almas, y no á ganar aplauso y estimacion entre el vulgo, y mucho ménos á valerse de la predicacion para conseguir fines é intereses temporales.»

Así, reflexionando vuestra merced que los medios mas serios y mas severos serian de ninguna utilidad para la reforma que intentaba, con sabio acuerdo y con invencion prodigiosa ha fingido un héroe imaginario pulpitable (permítaseme esta voz por ahora), cuyas graciosas extravagancias en los diferentes perversos métodos de predicar que imita, ponen á la vista, como en un espejo, los defectos de los malos predicadores, para que el rubor de verse ridiculizados en cabeza ajena, los haga mas prudentes, mas contenidos y mas sabios. Porque á mi parecer, ¿qué predicador, ya sea secular, ya regular, no predicará con cuidado y circunspeccion, temiendo que le apoden con decir: qué bien ha predicado Don Gerundio ó Fray Gerundio? Si esta expresion, como sucederá, pasare á ser proverbial, ¿qué cosa mas sensible para un orador lleno de vanidad, que solo piensa en predicarse á si mismo? Por este motivo juzgo que la obra de vuestra merced es capaz de corregir en gran parte el mal método con que por lo comun se predica en este siglo.

Dije con cuidado *por lo comun*, porque no estamos tan escasos de predicadores celosos, que no haya muchos, así en las sagradas religiones como en el clero secular, que prediquen al modo de un Avila, de un Granada, de un Señery, de un Burdaloue. A algunos he oido dentro y fuera de la corte. ¡Ojalá acertara yo á imitarlos! Pero comparados estos grandes oradores con la multitud casi inmensa de los que predicán, son poquísimos. Y como siempre prevalece la multitud, no pueden, en su buen modo de predicar, hacer prosélitos. Sin embargo no admite duda que cuando mas ha padecido la palabra de Dios y la elocuencia cristiana, ha sido en este siglo. En otros tiempos estaban reputados los españoles por maestros de la oratoria evangélica, y aun los italianos, que siempre se han señalado en grandes oradores, por lo que se dijo *italus orator*, no sé si llegaban en ciertas circunstancias á los nuestros; á lo ménos los libros de sermones españoles no se les caian de las manos, y aun predicando en italiano, procuraban imitarlos. No negaré que el apoyo que tengo para lo que acabo de decir es español; pero todos hacen la justicia de conceder crítica, juicio é imparcialidad á Don Nicolas Antonio, que en el prólogo de su *Bibliotheca Hispana* se explica en estos términos (1), que corresponden con la fidelidad posible á su original.

«En punto de sermones tenemos contienda con los italianos. Estos se aventajan en el artificio, gastan mucha retórica y pretenden imitar á los antiguos oradores en las palabras, en el gesto, y en la planta y movimiento del cuerpo. La elocuencia de los nuestros es mas ceñida, sin ser afectada. Los nuestros no usan de estilo trabajado con particular estudio, ni de voces artificiosamente contrapuestas, sino de una facundia natural y como nacida de repente. Toda la agudeza, toda la erudicion que es menester, la aplican ingeniosa y prudentemente á persuadir, y confirmar sus asuntos y argumentos con autoridades de Sagrada Escritura y doctores de la Iglesia. Mediante esta notable habilidad para inventar con ingenio, discurrir con sutileza y aplicar con acierto sus discursos á las cosas de que tratan, han logrado tan general aceptacion, que aun los sermones escritos en nuestro idioma son comunmente muy estimados de los italianos, y se traducen en el suyo. Y en esta nacion hemos visto no pocos sugetos del mayor crédito, que se han hecho tan familiar y tan propio nuestro modo de predicar, que hablando en italiano, predicán enteramente á la española.» Hasta aquí Don Nicolas Antonio.

Pero ya se acabaron estos bellos tiempos, y en lugar de aquellos insignes predicadores han sucedido no pocos que, sin estudio de la Sagrada Escritura, sin la lectura de los santos Padres y de los grandes expositores, ignorando aun los rudimentos de la sólida y verdadera elocuencia, asaltan los púlpitos, admiten sermones, predicán á todas horas, y por los aplausos repetidos que logran de los ignorantes, aspiran á ser venerados como oráculos. Así los jóvenes enemigos de la aplicacion y del trabajo sacuden el yugo de los estudios mas serios; y viendo que con tener osadía, leer cuatro sermonarios, algunos libros mitológicos, y cuando mas, sabiendo manejar las concordancias de la Biblia, se consigue el renombre de predicador famoso y alguna utilidad, aunque por via de limosna, aneja á este ministerio, se arrojan á él

(1) *De sacris actionibus cum Italis nobis controversia est. Ili artificio praevalent, rethoricantur; verbis, gestuque, ac tota corporis conformatione et motu, veterum Oratorum imitatores videri volunt: nostrorum strictior, nec affectata est eloquentia, non coagmentata domi oratione, aut verbi utuntur artificiosè respondentibus; sed naturali, et quasi extemporati facundia, quidquid iudicii, quidquid acuminis, quidquid eruditionis eliciendum est, rebus ipsis, et argumentis persuadendis, confirmandis. ex Sacrae Paginae, ac Doctorum testimoniis ingeniosè, ac prudenter impendunt, eaque solerter inventendi, excogitandi acutè, atque aptè in rem praesentem copiatiliter utendi, nota sic vulgo placere, ut etiam vernaculi Sermonis conciones communiter apud Italos in ipsis gerantur, et propriae horum linguae interpretatione donentur; nec paucos vidimus ex probatissimis, qui sic formam hanc nostram suam fecerunt, ut Italico sermone loquentes more concionarentur prorsus Hispano.*

con precipitacion, se introducen en él sin ser llamados, contra la expresa palabra del Señor (1) : pues aunque los prelados lo permiten, suele ser en fuerza de empeños, de importunidad y de no estar bien informados.

¿Y no será razon que un desórden que todos confesamos y lloramos, se reprehenda? No se deberá procurar su reforma por cuantos medios sean imaginables? ¿Y le puede haber mas discreto, mas agradable, mas suave, que el que se propone en la graciosísima ficcion de Fray Gerundio? No negaré que para semejante empresa hay pocas plumas bien cortadas; pero la de vuestra merced es pluma maestra en este género de escritos. Los mismos impugnados no han de poder contener la risa al verse con tanta gracia zaheridos; y me persuado á que los quejosos se tragarán sus quejas y sentimientos, por el miedo de no verse mas corridos y avergonzados. Mas cuando no suceda así, ¿qué importarán los gritos de algunos infatuados, contra todo el torrente de los hombres de juicio, que están por vuestra merced y que desean que cuanto ántes se deje ver al público el famoso *Fray Gerundio*? Puedo decir con toda verdad que, habiendo hablado en diferentes ocasiones con religiosos doctos y ejemplares, con eclesiásticos sabios y virtuosos, á todos les he oído lamentarse del infeliz estado de la predicacion, pareciéndoles que sería muy oportuna una obra como la de vuestra merced para reprimir el mal gusto de predicar, que se halla ya tan arraigado.

No obstante, puede ser que algunos nimiamente escrupulosos, parándose solo en la corteza de la letra, discurren que asunto tan serio no se debe tratar con chanzas; pero ¿quién ignora que los antiguos inventaron el arte de la sátira para castigar con risa las costumbres? Quién quita que riyendo se digan las mayores verdades? Fuera de que, cuando los demas remedios se han inutilizado y el enfermo está deplorable, ¿hemos de despreciar uno con el que prudentemente se puede esperar que recupere la salud?

Este escrúpulo no detuvo á un celeberrimo obispo, predicador de los mas elocuentes que ha tenido la Francia (2), para componer un sermón de Magdalena, que es una finísima sátira contra el mal método de predicar, que aun reinaba en aquel pais. Y fué tan aplaudida aquella invencion por todos los hombres sensatos, que produjo el fruto que deseaba su autor. El abad Villiers escribió una sátira en cuatro cantos contra los malos predicadores, muy conveniente para la reforma del púlpito, que al fin se ha conseguido por la mayor parte en la Francia.

Pero no dejemos de disipar enteramente el escrúpulo, que acaso será el mayor tropiezo de la obra. No se ha de usar del chiste, de la sal y del gracejo para contener á los malos predicadores, ¿y se ha de permitir de muchos (no les demos el nombre que merecen) hagan el papel ridiculo de decir chistes, equívocos y refranes para mover á risa al auditorio, al que he visto yo algunas veces en una carcajada continua, aun estando patente el Sacramento agosto? Aquel medio ingenioso ha de dar en rostro, aun para conseguir un fin santo, ¿y se ha de tolerar tan sacrilegra profanacion? Háganse las justas reflexiones que pide un punto de tanta importancia, y se dejará de argüir con reparos pueriles y con escrúpulos impertinentes.

Mas no paran aquí los desórdenes: un *parece*, un «iba á decir si la fe no me detuviera,» *salva fide*, son el escudo con que se cubren estos predicadores para proferir algunas herejías. Y tal vez las pronuncian absoluta y rotundamente, sin que les pueda servir de excusa el darlas despues algun sentido católico, pues no subsanan con esto el escándalo con que desde luego ofendieron los oídos piadosos de los fieles, ni tampoco la ignorancia excusa á los que tienen tan cortas luces como Fray Gerundio; porque ignorancia no cabe en un maestro público de la religion, que ha de enseñar la verdad desde la cátedra del Evangelio. Bien pudiera, para que no se crea hay exageracion en lo que digo, citar algunas proposiciones terminantes; pero he oído que un sabio muy laborioso ha recogido innumerables de diferentes sermones impresos, para demostrar cuánto padece la pureza de la fe y de la doctrina con tan malos ejemplares.

¿Y qué diré á vuestra merced del torpe abuso de las fábulas en los sermones? ¿Quién podrá sufrir la indecente aplicacion de las fábulas á los misterios mas sagrados de la religion, á los sucesos mas venerables de Cristo y de María, como lo oímos en muchos sermones, y lo leemos impreso en no pocos sermonarios? Quién tolerará que se predique y se imprima que «el divino Adónis Cristo se enamoró de la peregrina Psíquís de María?» ¿Y lo que llena de horror y eriza los cabellos, el cotejo de la impura Vénus con la purísima Virgen? Tales despropósitos é indignidades, ó por mejor decir, sacrilegios, se predicán, se sufren, se toleran; ¿y se ha de reparar en que se ridiculicen en la persona del fingido Fray Gerundio? No ignoro que algunos pretenden defender la introduccion de las fábulas en los sermones, por contener verdades y consejos morales; pero no es razon darlos á beber á los fieles por canales tan sucios. Acudán los predicadores á los autores canónicos, á los libros de los santos, que en ellos encontrarán el moral mas puro, tratado con majestad, hermosura, discrecion y elegancia, sin que sea preciso recurrir á los padres de la ficcion y de la mentira.

Del apego á las fábulas nacen las citas de los autores profanos. ¿Qué es oír citar á un Virgilio y á un Ovidio, al lado de un San Juan Evangelista y de un San Pablo? Y yo me acuerdo haber

(1) En repetidos lugares del nuevo y viejo Testamento.

(2) El obispo de Nismes Mons. Flechier.

oido citar al mismo Ovidio, *de Arte amandi*, en un sermón de mandato. Así se trata, así se profana un ministerio tan sagrado. No negaré que tal vez convenga citar algún dicho de los poetas; pero ha de ser con gran templanza, y con la discreción que en una u otra ocasión lo practicó San Pablo. Mas por afectar erudición hablar á cada paso con los gentiles, es una relajación que no se debiera permitir. Por lo cual también fué muy reprehensible cierto orador, por otra parte hábil y erudito, que para dar á entender que estaba impuestoen libros extranjeros, no citó en un sermón moral á otro autor que al canciller Bacon de Verulamio. A semejantes extravagancias se abandona quien entre el rudo vulgo pretende granjear el vano aplauso de literato.

A estos vicios se juntan otros muy considerables, principalmente en los panegíricos de los santos. ¿Qué es ver á muchos predicadores cómo se constituyen jueces de la santidad de los espíritus bienaventurados? Hacen coitejos, comparaciones, entablan cuestiones de mayoría y preferencia, las que siempre resuelven á favor del santo de quien predicán: de modo que el santo, objeto de la fiesta, es el mayor del cielo, á lo ménos por aquel día. Así usurpan el derecho á Dios, á quien solo pertenece «pesar los espíritus en la balanza de su equidad (1).»

El angélico doctor Santo Tomas (2) afirma que es temeridad comparar otro santo con los apóstoles; pero de estas temeridades se oyen muchas, y aun las suben tan de punto, que comparan á los santos con Jesucristo y la Trinidad beatífica. Paradojas impías, que por mas que se expliquen, siempre escandalizan. Yo quisiera que los predicadores, á quienes supongo que tendrán muy á la mano el admirable libro de la *Imitación de Jesucristo* (3), reflexionasen lo que escribe su venerable autor, que á buen seguro ellos procurarían evitar las comparaciones. Citaré algunas palabras suyas, según la traducción del padre Nieremberg. «Tampoco te pongas á inquirir ó disputar de los merecimientos de los santos, cuál sea mas santo ó mayor en el reino del cielo. Estas cosas muchas veces causan contiendas y disensiones sin provecho; crián también contienda y vanagloria, de donde nacen envidias y discordias cuando quiere uno preferir imprudentemente á un santo otro, y otro quiere aventajarlo. Querer saber y inquirir tales cosas, ningún fruto trae, antes desagrada mucho á los santos; porque yo no soy Dios de discordia, sino de paz, lo cual consiste mas en verdadera humildad que en la propia estimación.... El que quisiere disminuir algo de los santos, á mí me apoca y á todos los otros de mi reino. Todos son una cosa por el vínculo de la caridad, todos de un voto, todos de un querer, todos se aman en uno.» Ultimamente, concluyo con referir estas palabras: «Callen pues los hombres carnales y animales, y no d'sputen del estado de los santos, pues no saben amar sino sus bienes particulares, quitan y ponen á su parecer, no como agrada á la eterna verdad.» Casi todo el capítulo es el mayor convencimiento en la materia que tratamos.

Ni son ménos dignos de sentirse los ridiculos asuntos que toman algunos en sus sermones. En un tomo impreso en Madrid en el año pasado de 1740, hace el predicador *jugador de manos* á San Juan de la Cruz, y para plantear bien su idea, se explica en esta forma: «Cuando hay volatines en cualquiera pueblo, dos géneros de gentes concurren fuera de ellos al espectáculo: mirones, y los que llamaba la antigüedad propiamente mimos; y nosotros, tomándolo del italiano, decimos arliques. El miron no le pierde punto al jugador de manos; pero no acierta á conocer en qué consiste aquello. El arliquin le pretende imitar, y solo pára en hacer reir. Este será el asunto de mi oración. La luz de mi gran Padre, oculta para el diablo *sub modio*. De suerte que cuando este le atiende al juego, cuando sea miron, empleando toda su perspicacia, se le pasen las suertes mas primorosas. Y cuando arliquin intente remedar su lijereza y rectitud, venga á parar en burla del teatro lo que fué avilantez del demonio. Serán pues dos puntos: el diablo *miron* y el diablo *arliquin*.» ¿Qué le parece á vuestra merced de esta invención? ¿No es ingeniosa, no es ridícula, no es...?

Pero note vuestra merced que ya deja dicho cómo en esto San Juan de la Cruz, buen discípulo, imita el ejemplo de su Maestro. ¿Y en qué se funda? Oiga vuestra merced sus palabras, pues aunque el pasaje es largo, es original en esta línea: «Una eternidad hace que está jugando la divina Sabiduría: *Delectabar per singulos dies, ludens omni tempore*. Con que es el jugar bien lo mas que á sus discípulos enseña. Y añade que, aunque los expositores le aplican juegos varios, ya la pelota; por los diversos lugares que admite; ya la esgrima, por las rectas posturas que observa; y aun ya el peon, por las espirales interminables líneas que forma;» pero él, venerando estos dictámenes (dignos por cierto de gran veneración), aplica á Dios los juegos de las artes schenobática y prestigiatoria, volatineria y juego de manos.

«Lo primero, dice, le conviene á Dios, pues le vió dar un vuelo en el aire David: *Volavit super pennas ventorum*. A todos los vaivenes humanos es la divina Providencia quien tiene el

(1) Proverb., c. 16, v. 2.

(2) D. Thom. exponens verba illa Pauli ad Ephesios, 1. Secundum divitias gratiae ejus quae superabundavit in nobis, ait: Ex quo apparet temeritas illorum (ut non dicam error) qui aliquos Sanctos praesumunt comparare Apostolis in gratia et gloria: manifestè enim patet ex verbis istis, quòd Apostoli habent gratiam majorem, quàm alii Sancti post Christum, et Virginem Matrem. Temerarium est ergò aliquem Sanctum Apostolis comparare.

(3) *Imitación de Cristo*, cap. 58, lib. 5.

contrapeso, proporcionando desdichas y ventajas, para que ni opriman ni desvanezcan; y en la recta é infalible linea de su decreto, huella sin temor el viento de todo lo caduco. En lo segundo no está ménos diestro. Para los instrumentos de la operacion (observe vuestra merced qué bella metáfora y qué bien seguida) ó juego de manos, la muerte le sirve de bolsillo; porque como allí se revuelven cubiletes, copas, naipes, libros, cuchillos, pelotillas, leznas, varas, estopas, cintas, sin que nada quede distinto sino dentro del bolsillo confuso; así en la muerte (que para la farsa de este mundo es vestuario) todos se mezclan en la primera confusa masa, sin haber distincion del pellico á la púrpura. Vara es la direccion con que rige el imperio; libro, el de la vida, en que escribe los predestinados; naipes, las figuradas dignidades que continuamente se barajan; estopas, los muchas veces vanos que las solicitan; fuego, el que fomenta la irascible y la concupiscible; cintas, el enlace que en las causas segundas luce; copa, la soberana de ese mayor misterio (habla del misterio eucaristico); pelotillas, los bienes de fortuna, que como tales ruedan; cubiletes, que las encubren lo inescrutable de los juicios que las reparten; cuchillo, su misma eficaz palabra; y lezna, la agudísima punta con que tal vez la caridad nos flecha. Así juega Dios, y enseña á mi gran padre á que juegue así.» No hay mas que pedir, ni es fácil que se encuentre semejante modo de disparatar. Pero prevengo á vuestra merced que el referido libro está impreso con todas las licencias necesarias, y no obstante, ¿habrá quien no se escandalice de que estas indignidades se prediquen y se impriman; y torcerá el rostro, arrugará la frente, el ver que se burlan de ellas en la persona de Fray Gerundio?

Vamos adelante. Tambien los titulos de comedia tienen entrada y ocupan su lugar en los sermones. No há mucho que se predicó en la corte: *Fineza contra fineza; Para vencer amor, querer vencerle*; y en Salamanca y en Sevilla, *El Escondido y la Tapada*, al santísimo Sacramento; y este último pensamiento se irá propagando y predicando en todo el Reino, respecto hallarse ya impreso en un tomo en cuarto de sermones, que se publicó en Sevilla en el año de 1753. Con esta ocasion se me viene á la memoria que, estando yo en una ciudad de las mas respetables de España, hubo en ella un predicador de tan rara inventiva, que en un sermón de Sacramento eligió por asunto representar una comedia: de su título no me acuerdo, aunque sé que era bien profano. Repartió los papeles, dió uno á Jesucristo, otro á Maria Santísima, al santo titular de la iglesia otro, y á este modo fué acomodando los demas; pero añadió que él tomaba para sí el papel del bobo; y ello es preciso confesarlo, lo bueno que tuvo aquel sermón fué lo bien que el predicador desempeñó su papel.

Pues, amigo mio, aquí doy la razon: tales disparates no se castigan, apénas hay quien levante el grito contra ellos; los hombres graves de las religiones y del clero secular callan en público, aunque bien lo sienten, y lloran en secreto; ¿pues por qué ha de ser reprehensible el que vuestra merced tenga valor, celo y destreza para cortar con ingenio y con buen gusto semejante depravacion? Puede ser que se tengan por prudentes los que callan; pero no es prudencia cristiana callar cuando se aventura la gloria de Dios, la salvacion de los prójimos y la reforma de las costumbres.

Añádese á esto el prurito, la gala y ostentacion de tocar cuantas circunstancias hayen en la fiesta. Las mas menudas, las mas pueriles, se pretenden encontrar en la Sagrada Escritura, y solo por el sonsonete quieren que el Espíritu Santo autorice las mayores futilidades. Y no crea vuestra merced que esto pasasolamente donde predicaba Fray Gerundio: en la corte, en la corte misma, á vista de tantos hombres grandes, es donde mas reina este abuso. Pero lo mas precioso es lo que sucede en el último dia de las solemnisimas octavas, que por acá con ostentoso aparato se celebran. Para aquel dia se escoge un predicador diestro y práctico en acomodar circunstancias. Es de su cargo formar un ramillete (así le llaman) de las flores que han predicado los oradores que le han precedido. Hace una recopilacion de los principales pasajes de los sermones, procura añadir algo, y si no lo ejecuta, se alaba de ello. Hecha esta diligencia, tomando ocasion del nombre, del apellido ó de la profesion, forman un grande elogio de cada predicador, y cierra con llave de oro el octavario. Pero como á vuelta del elogio tal vez se suelta, como dicen, una floja ó una sátira, suele encenderse tal fuego entre estos oradores evangélicos, que no se puede apagar en mucho tiempo. «Yo soy el espadachin de mi comunidad,» oí decir en el púlpito, enardecido y furioso, á un predicador que se hallaba sentido de otro, porque le habia satirizado en un sermón. ¡Qué ejemplo para los fieles, qué edificacion, qué mansedumbre cristiana, qué caridad!

He referido á vuestra merced todas estas cosas, no porque dejen de estar admirablemente reprehendidas en el *Fray Gerundio*, sino para que vuestra merced se persuada á que su obra es tan útil, tan necesaria en Madrid, como en el mismo Campazas.

Puede ser que al leer alguno esta carta confiese con ingenuidad lo mucho que se delira en los sermones panegíricos; pero dirá que no sucede lo mismo en los sermones morales. Así es verdad; porque hay entre nosotros excelentes apostólicos predicadores que predicán el moral con tanto celo, elocuencia y mocion, que en fuerza de la divina palabra, anunciada por su boca, vemos anegarse en lágrimas los templos llenos de gentes, hacerse innumerables confesiones generales, restituirse cantidades gruesas, y entablar muchas personas una vida arreglada y devota, correspondiente á sus respectivas situaciones. Decir lo contrario es temeridad, es

querer llevar las cosas hasta el último extremo, es ponerse de propósito á denigrar la Nación. Pero como estos celosísimos predicadores sean los ménos, por esto aun los sermones morales necesitan de una gran reforma.

¿Absolutamente se suelen descuidar en ellos todas las reglas de la verdadera elocuencia? ¿Cuántos, sin haberla estudiado ni aun saludado, suben llenos de satisfaccion al púlpito? ¿Cuántos hacen consistir la elocuencia en voces campanudas é hinchadas, en periodos pomposos, en amontonar frases y sinónimos que significan una cosa misma? La cadencia afectada y pueril, los retruécanos, los equívocos, las transposiciones, son defectos que comunmente se notan en muchos oradores que, aunque sabios en otras facultades, están destituidos de principios y de una verdadera idea de la oratoria.

Otros ponen toda la elocuencia en puras descripciones: dos ó tres pinturitas de N. han de tener lugar en el sermon, aunque no vengan al caso ni las pida el evangelio del dia. Y como no todos tienen habilidad para formarlas, qué cosa mas fácil (sigo el pensamiento (1) del padre Bartholi) que robarlas á los poetas, que tomarlas de las novelas y de las comedias, y con tal que haya un poco de arte para transformar á Vénus en una Magdalena, no se conoce el hurto y se logra el embeleso del auditorio. Con esto y con usar de un estilo florido, lleno de metáforas, salpicado de luces, de estrellas, de soles, de epiciclos, si ademas se junta una recitación cómica, con acciones mas propias del teatro que del púlpito, no hay mas que desear; y yo aseguro que este predicador tendrá séquito, serán sus auditorios numerosísimos, saldrán gustosos y alegres los oyentes del sermon; pero ni se derramará una lágrima ni se cogerá otro fruto que el aplauso del predicador. ¿Y es este el fin de la predicacion? ¿Se instituyeron en la Iglesia los sermones para remediar representaciones cómicas, ó para promover la conversion de las almas? ¿Son la corona del predicador los vanos aplausos, ó la compuncion de los oyentes (2)? Por esto quisiera que vuestra merced no se acobardase, y que saliera cuanto ántes con el segundo tomo de *Fray Gerundio*; y si fuere menester, con tercero y cuarto, para poner en claro la deformidad de estos abusos.

Mas no faltan predicadores que echen por diferente rumbo. Si hacen de los doctos, no hay punto el mas delicado, el mas sutil de la teología escolástica, que no le traten largamente. Y no importa que el pueblo no lo entienda; eso es lo que mas se alaba. Si presumen de eruditos, las citas de los autores sagrados y profanos, los textos hacinados de la Sagrada Escritura, las autoridades largas, referidas en latin para hacer ostentacion de su memoria; las versiones diferentes del sagrado texto, la hebrea, la griega, la arábica, la siríaca, la de Theodocion, de Aquila, de Simmaco, y la Paráfrasis Caldea, son el ruidoso aparato con que asombran á los que no saben: este fárrago en cualquiera parte se recoge; y cuando más, prueba que revuelven indices y polianteas.

¿Pues qué si los predicadores quieren pasar plaza de agudos en sus sermones? Entónces se amontonan conceptos sobre conceptos, dudas sobre dudas. Un sin número de *mases* y de *por-ques* (si me puedo explicar así) tienen suspenso al auditorio, que no saca jugo, sustancia ni instruccion. Ni son ménos perjudiciales los predicadores que blasonan de cultos: los mas de los oyentes vuelven á sus casas sin haber entendido una palabra del sermon. El antítesis es la figura retórica que mas aman: por lo mismo á cada paso la usan. No aciertan á decir una palabra que esté en paz con otra. Todas mantienen entre sí una guerra viva; y como se toman la licencia de inventar frases y voces que nadie sabe lo que significan, con razon dice el Padre Antonio Vieyra, en el gran sermon de la Sexagésima: «Así como hay *Lexicon* para el griego y *Calepino* para el latin, así es necesario que haya un vocabulario del púlpito.» Y añade: «Yo á lo ménos lo tomara para los nombres propios; porque los cultos tienen desbautizados á los santos, y cada autor que alega es un enigma.»

Estos escollos en que se estrella la predicacion evangélica, se evitarian si nos hiciéramos cargo los predicadores de la estrechísima cuenta que hemos de dar á Dios por el abuso de tan sagrado ministerio, y si el fin de muchos sermones no fuera el de ganar nombre y estimacion entre el pueblo, y aun el de lograr alguna retribucion. No por esto es mi ánimo decir que el jornalero no sea digno de su ganancia; lo que abomino, lo que condeno, es que la predicacion sirva de medio para conseguir fin tan ratero é interesado. Y á la verdad, ¿se puede imaginar mayor prostitucion de la divina palabra que el hacer mercancia de ella? ¡Dios, por su infinita misericordia, libre á los predicadores de una intencion tan mala, tan baja y tan vil!

Tambien entre los medios proporcionados para predicar con fruto, se señala comunmente, y con razon, el estudio de la verdadera elocuencia. Buena prueba es la gran *Retórica eclesiástica* que escribió el venerable padre Fray Luis de Granada, la que ha servido de modelo para muchas que han escrito los extranjeros. Y si no fuera porque se va dilatando esta carta mas de lo que discurrí al principio, yo haria ver en ella con ejemplos de los padres griegos y

(1) Daniel Bartholi, *Eternidad Consejera*.

(2) Div. Hieron. ad Nepoc. *Docente te in Ecclesia non clamor populi, sed gemitus suscitetur; lachrymae auditorum laudes tuas sint.*

latinos, y con lo que San Agustín escribió en los libros de la Doctrina cristiana, la necesidad de este estudio para la predicación, y respondería al argumento que toman los contrarios de una autoridad de San Pablo mal entendida.

Pero es ya demasiada mi prolijidad, y si he de decir á vuestra merced ingenuamente mi dictámen, en el estado presente no pido discursos elocuentes; me contento con que no se prediquen cosas ajenas é indignas de la majestad del púlpito, contrarias á la palabra del Señor y opuestas á la edificación y aprovechamiento de los fieles. Para este fin juzgo necesaria la obra de vuestra merced, no porque absolutamente se conseguirá, sino porque en gran parte contribuirá á que se consiga.

Nuestros ilustrísimos señores obispos, que en santidad, letras, desinterés, celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, no ceden á los mas venerables de otras naciones, son los que únicamente pueden reformar la predicación. Y como sería osadía temeraria atreverme á dar consejos á los que Dios ha puesto sobre el candelero de la Iglesia para que nos alumbrén, nos instruyan, nos enseñen, referiré solamente lo que algunos prelados practican para introducir esta reforma.

Procuran informarse exactamente de la buena vida y costumbres del que intenta seguir la carrera de la predicación, ya sea secular ó regular; y si no corresponden los informes, no le permiten el ejercicio de este santo ministerio, para que no destruya con el ejemplo lo que podía edificar con la palabra: á ninguno dan licencia de predicar hasta que esté probado en el sacerdocio; porque solo los sacerdotes deben ser los coadjutores de los obispos en dar pasto saludable á sus ovejas, que es la primera y principal obligacion del ministerio pastoral. Y aunque consta de los hechos apostólicos y de la historia eclesiástica, haber predicado públicamente los diáconos, esto fué en tiempo de las persecuciones, como lo podrán ejecutar, con el permiso de los prelados, cuando haya causa justa ó falta de operarios; pero que prediquen los que aun no están ordenados *in sacris*, sobre no ser decoroso ni decente, trae el peligro de que el mismo que acaba de dar la bendición al pueblo desde el púlpito, baja inmediatamente para el estado del matrimonio, á recibirla de su párroco, como mas de una vez ha sucedido.

En los exámenes para predicadores ponen el mayor cuidado. No los reducen precisamente á preguntar cuántos son los sentidos de la Sagrada Escritura, y otras cosas fáciles y triviales, que apenas hay quien las ignore; procuran arreglarse para examinarlos á lo prevenido en una de las actas del concilio quinto de Milan, presidido por el gran celador de la disciplina eclesiástica, San Carlos Borromeo.

Si oyen ó saben que algun predicador, desperdiciando el tiempo en circunstancias impertinentes, no explica en la salutacion un punto de doctrina cristiana, segun está mandado por la santidad de Benedicto XIII, ó que en el sermón no habla como debe, le recogen las licencias de predicar, y tal vez le corren y avergüenzan públicamente, para que escarmienten los demas. Así sucedió este mismo año en una de las mas célebres catedrales de España. En la octava del Corpus subió al púlpito, en presencia de su ilustrísimo prelado y de su venerable cabildo, uno de aquellos predicadores que no han formado idea de la alteza de su ministerio, y dió principio á su exordio con este vulgarísimo refrancete: «Media vida es la candelá, pan y vino la otra media.» El celosísimo prelado, enardecido al oír semejante despropósito, le dijo: «Bájese, padre; que para predicar así, mas vale que no se predique.» La repetición de algunos ejemplares haría mas circunspectos á los predicadores.

Estos medios, si se continúan, llegarán sin duda á reformar el púlpito y pondrán la oratoria eclesiástica en el alto grado de perfección que se merece. Vuestra merced por su parte ofrece un auxilio oportunísimo para tan santo fin; y así, estoy por vaticinar que su preciosa *Historia del famoso Fray Gerundio* será recibida con estimación de los prelados, con singular aprobacion de los hombres de juicio, y con universal aplauso del público, á quien se dedica.

Dios guarde á vuestra merced muchos años, como deseo. Madrid y diciembre 10 de 1757.—Besa la mano de vuestra merced su amigo, servidor y capellán.—José de Rada y Aguirre.

CARTA

DEL SEÑOR DON JUAN MANUEL DE SANTANDER Y ZORRILLA, COLEGIAL EN EL MAYOR DE SAN ILDEFONSO, UNIVERSIDAD DE ALCALÁ, CANÓNICO DOCTORAL QUE FUÉ DE LA SANTA IGLESIA DE SEGOVIA, BIBLIOTECARIO MAYOR DE LA REAL BIBLIOTECA DE SU MAJESTAD, ACADÉMICO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, Y HONORARIO DE LA DE LAS TRES NOBLES ARTES.

Muy señor mio y muy amigo: Ya que vuestra merced ha tenido el mal gusto de querer oír mi dictámen sobre la *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, quisiera, agradecido á una confianza que me es tan honrosa, hallarme en estado de desempeñarla dignamente, no solo anticipando á vuestra merced las justas gracias que le debe nuestra nación por lo que trabaja en su beneficio, sino tambien concurriendo al santo, aunque arduo, fin de

enmendar y desarraigar los grandes abusos y males que padece hoy entre nosotros el alto ministerio de la predicacion del Evangelio : males tan graves, tan complicados y de tan difícil curacion, que solo puede hacerlos tolerables la esperanza de que se acerca y proporeiona su remedio.

El que vuestra merced, como sabio y experto médico, propone en la citada historia, digno y admirable parto de su fecundo y floridísimo ingenio, es tan natural y oportuno y tan convenientemente al estado actual de la enfermedad, que dudo pueda ofrecerse otro de mas probables esperanzas, para coadyuvar al santo y heroico celo de los ilustrísimos prelados, escritores y oradores insignes que la divina Providencia nos ha dado siempre, y nos continúa hoy, para hacer frente y contener al numeroso esenadron de aquellos que, sin la debida reflexion y desnudos de las calidades y partes indispensables á tan santo ministerio, se atreven á invadirle y profanarle, con gran perjuicio de la salvacion de las almas.

Confieso á vuestra merced ingenuamente que no sé ni alcanzo cómo hay valor y resolucion para emprender con la facilidad y satisfaccion que vemos, un oficio de tan alta y venerable dignidad, que fué el único ó el principal que ejerció el Salvador y Maestro del mundo ; un oficio tan elevado, y casi divino, que para tomarle los apóstoles, hubo de preceder la vocacion, eleccion y mandato del mismo Jesucristo ; un oficio lleno de trabajos, fatigas y tribulaciones, que sobre el preiso fundamento de la vocacion ú obligacion, pide necesariamente una vida ejemplar y edificante, un sólido estudio de la sagrada teología, una continua leccion y meditacion de la santa Biblia, padres y expositores, una razonable noticia de las demas ciencias y artes, con la perfecta inteligencia de los preceptos de la retórica eclesiástica, para enseñar, deleitar y mover, que son las tres partes que constituyen y forman al orador cristiano.

Vuelvo á decir á vuestra merced, y diré mil veces, que no lo entiendo ; porque si el que «por oficio ú obediencia de sus mayores» ha de proponer al pueblo la palabra de Dios, tiene razon de decir con San Francisco de Borja, en el admirable tratado que hizo del modo de predicar el santo Evangelio, *timor et tremor venerunt super me*; ¿cómo se podrá disculpar la gran confianza y satisfaccion con que muchos solicitan y abrazan tan formidable empleo? ¿Qué otros motivos puede haber para atropellar ciegamente, y posponer unos respetos y consideraciones tan graves, que han atemorizado siempre á los santos y estremecen hoy con justa razon á nuestros mas ilustres oradores, sino la ignorancia de la majestad y grandeza de tan alto ministerio ; la falta de las disposiciones mas precisas para ejercitarle ; el poco ó ningun celo de la honra de Dios y de la salvacion de los prójimos, con que se emprende ; la ambicion y deseo de predicarse á si mismos ; y los demas vanos y despreciables pretextos que movieron á Fray Gerundio, y son en realidad los que han hecho tan numeroso y digno de lástima al vulgo de nuestros predicadores?

La conversion de estos al verdadero y sólido método de predicar cristianamente, es el principal y grande objeto de vuestra merced en la inimitable historia de su ideado héroe. Y aunque en este santo fin sigue vuestra merced los pasos de muchos celosísimos prelados, insignes oradores y escritores infatigables de nuestra nacion, puede vuestra merced lisonjearse de haber descubierto un nuevo rumbo de grandes esperanzas en su admirable, utilísima historia, cuya publicacion debe vuestra merced no retardar un instante, asegurado de que será admitida de los mismos ilustrísimos prelados, con mucha estimacion ; de nuestros excelentes oradores, con aplauso ; de los escritores que se han fatigado en este asunto, con admiracion ; de los doctos y sabios, con aprecio ; y de todos, con general aceptacion y agrado ; pues todos reconocerán el justo y santo fin á que se dirige, lo maravilloso y bien dispuesto de su invencion, la solidez de su doctrina, lo escogido y primoroso de su erudicion, y finalmente, lo natural, fácil, sazonado, ameno y abundante de su estilo : calidad singular que brilla admirablemente junto al desaliñado, seco y bronceo de Fray Gerundio, y que unida á las demas de su famosa historia, prueba con evidencia, en mi concepto, que aun tiene vigor nuestra España para producir nuevos Cervantes.

Aquí cerraría yo esta carta, por el escrúpulo que formo de impedir, con mi detencion en responder á vuestra merced, la utilidad y beneficio público ; pero como no desempeñaria fielmente la confianza que le debo si no expresase con sinceridad y franqueza todo mi dictámen, paso á decir á vuestra merced llanamente los reparos que se me ofrecen, con entera satisfaccion de que vuestra merced los oirá como efecto de la atencion y cuidado con que le he obedecido y de la amistosa ingenuidad con que le correspondo.

La verdad, que es el alma de la historia, pide en la de *Fray Gerundio* muy particular estudio y desvelo. Y aunque vuestra merced en la narracion de los motivos y fines que tuvo aquel héroe para dedicar sus talentos al santo ministerio de la predicacion, observa exacta y religiosamente tan importante documento, pues no falta en un ápice á la realidad de los sucesos, sin omitir circunstancia alguna ; sin embargo, no quisiera yo que, habiendo la mejor y mas sana crítica introducido y aprobado ya en todas partes el conveniente uso y estilo de autorizar y comprobar la verdad histórica con apéndices de pruebas é instrumentos sacados de archivos públicos y

de autores fidedignos, faltase á la que vuestra merced ha escrito de Fray Gerundio un requisito y calidad tan importante para tapar la boca á los muchos émulos que se puede recelar prudentemente no dejarán de abrirla cuanto puedan, para morderla con mas fuerza, ya que no sean capaces de tragarla y digerirla.

Lo segundo, aun cuando en lo substancial no la nieguen ni disputen el carácter de verdadera, podrán decir que los vicios y defectos de Fray Gerundio, que vuestra merced supone haber florecido al fin del siglo pasado, son mucho mas antiguos y rancios, y como dicen, del tiempo de entónces; que hoy no se tiene ya noticia ni se sabe de ellos, y que vuestra merced los resucita intempestivamente, sin necesidad y con riesgo de que se comuniquen y vicien á nuestros predicadores, que cuando mas solo padecen algunas leves imperfecciones, que no perjudican al digno ejercicio de su ministerio ni á la salvacion de las almas.

Temo finalmente lleguen á decir que, aun cuando fuesen ciertos los graves defectos que se notan en Fray Gerundio, y asimismo que todos ellos, y aun otros mayores, si es posible, se hallasen hoy en los predicadores, modelos ó retratos suyos, no es conveniente ni proprio modo de reprehender y corregir á unos hombres consagrados á tan santo ministerio como el de la predicacion, el hacer notorios y reparables sus defectos en una historia que por precision ha de andar en las manos de todos, y que habrá de leer continuamente hasta el pueblo y vulgo de la Nacion, aun cuando no se proponga otro fin que gozar del festivo y gracioso estilo en que vuestra merced la escribe.

Yo no sé qué fuerza podrá hacer á vuestra merced todo esto; pero bien sé que á mí me la hace tal, que estoy pesaroso y casi arrepentido de haberme metido á predicador, no ménos que de los mismos predicadores; cuando mi profesion, la ignorancia de la sagrada teología y la falta de las demas calidades necesarias, me excusa de entrar en la clase, aun de los mas comunes y ordinarios. Pero ya dado este paso, y quedándome la satisfaccion de no haber dicho cosa que no sea muy cierta y verdadera, para lo cual, sin el título de predicador, me basta el de presbítero y el saber que la palabra de Dios se debe oír con el mismo respeto y reverencia «que se debe al cuerpo de Jesucristo (1)», voy á decir á vuestra merced lo que juzgo preciso para satisfacer á los expresados reparos, creyendo no tendrá vuestra merced á mal que lo ejecute con separacion y en tres puntos, sin embargo de que sea estilo de nuestros predicadores dividir sus sermones en cuatro, cinco, y aun en trece, como yo lo he visto en uno im- preso en este siglo.

Por lo que mira á la precision de autorizar la *Historia de Fray Gerundio* con documentos irrefragables que comprueben su verdad, pudiera fácilmente hacer un libro de gran volúmen, con solo referir lo que al mismo intento han escrito casi uniformemente nuestros mas ilustres predicadores y otros santos y venerables varones que Dios nos ha dado para nuestra enseñanza y ejemplo; pero juzgando inútil semejante trabajo material, le he suspendido, por ser bastante al expresado fin el citar los lugares mas oportunos de cada autor, refiriendo uno ú otro de los que no son comunes.

Sea el primero de estos Fray Juan de Segovia, predicador general del órden de predicadores en su *Relórica evangélica*, obra excelente, singular y rara, que mereció reimprimirse en Italia, con gloria de nuestra nacion. Este grande orador, doliéndose de la libertad y de los improprios é indignos motivos con que en España se introducian muchos á ejercer la predicacion del Evangelio, pone los mismos que vuestra merced toca y refiere en *Fray Gerundio*: *Quapropter (dice) haec mea pronunc est, et semper fuit sententia, quod concionator (sit monachus aut clericus) rogatus semper, aut ex obedientia compulsus, pulpitu ascendat. Ille enim totus Evangelici concionatoris decor, ut sit vocatus tamquam Aaron. Quomodo enim praedicabunt, nisi mittantur? Quae profecto verba non usque adeo honestum, et laudabilem concionatorem illum praedicant, qui sese in concionandi officium, non vocatus, ingerit. Et haec dixerim, quod nostra hac tempestate praecipuus est hic concionatorum morbus: quippe cum ut in plurimum vix reperiatur aliquis, qui jam non summo opere curet, et anxia sollicitudine indequaque sibi conciones inquirit. Quod si hoc in eis ex animarum zelo procederet, laudarem quidem. Sed tamen vehementer suspicor aliter se habere: et quod ostentationis suae causa, aut alienus temporalis lucri, vel honoris, ac si aliquod aliud esse temporale negotium, haec ut in plurimum appetunt, et inquirunt (2).*

Explica aun con mas claridad los motivos y fines viciosos con que se emprendia la predicacion, diciendo: *Alii praedicantes quidem, ut sese in hominum opinione sapientes exhibeant: unde ad hoc deveniunt perniciosissimum malum, quod subtilia quaeque, et curiosa in suis concionibus doceant, quae potius ostentationem suam quam populi eruditionem respiciunt. Alii propter inanem*

(1) Cap. Interrogo, cans. 1, quaest. 1. Interrogo vos, fratres vel sorores, dicite mihi, quid his plus esse videtur, Verbum Dei, an Corpus Christi? Si verum vultis respondere, hoc utique dicere debetis, quod non sit minus verbum Dei, quam Corpus Christi. Et ideo quantum sollicitudine observamus, quando nobis Corpus Christi ministratur, ut nihil ex ipso de nostris manibus in terram cadat, tantam sollicitudine observemus, ne verbum Dei, quod nobis erogatur, dum aliud aut cogitamus, aut loquimur, de corde nostro pereat: quia non minus reus erit qui verbum Dei negligenter audierit, quam ille qui Corpus Christi in terram cadere negligentia sua permisit.

(2) Fr. Joannes Segovienis, Ord. Praedicator. De praedicatione Evangelica, libro primo, cap. 6, pag. 25. No he visto la edicion de España, que parece se hizo en el año de 1573; pero si la de Italia, en cuarto, *Brixiae*, 1586.

gloriam et populi applausum, qui sibi ab hominibus datur, praedicant: unde coguntur non substantialia legis, sed vana et inutilia praedicare. Alii propter populi favores concionantur, ut inter omnes reipublicae cives praecipui habeantur consultores, et omnes à minimo usque ad maximum eorum benevolentiam capient, summamque reverentiam deferant. Alii (proh dolor!) propter alicujus temporalis commodi lucrum, Evangelium docent, reipublicae officia publica, et dignitates aucupantes. Quemadmodum verum habet in iis, qui in regia incedunt curia, semper apud reges et magnates degentes vitam, inquirentes nimirum an praedicatione sua (tanquam serreo hamo piscatorum more) episcopatum aliquem sive abbatiam, aut canonitum, sive regiam praedicationem, vel aliam similem reipublicae dignitatem et honorem consequi valeant (1).

En el mismo capítulo, despues de notar á los predicadores el deseo de su propio honor, y estimacion con que ejercian tan santo ministerio, dice: *Hinc diabolicum quoddam aliud procedit malum. Nam hac de causa Evangelici concionatores minimè veritatem quandoque in concionibus tractare audent. Quia cum Dei honorem tanquam praedicationi suae finem aliquando non intendunt, sed sui ipsorum dumtaxat lucrum, ut hoc nempe ab auditoribus acquirant: statuunt in concionibus suavia illis proponere dogmata, et quae eorum demulceant appetitum, vitia eorum disimulantes, atque eorum promulgantes virtutes (2).* Por no ser molesto de jo otros muchos lugares de este celosísimo predicador; ni aun hubiera referido estos, aunque oportunos, si á su gran mérito y á lo raro de su obra no se agregase el justo motivo de la comprobacion y crédito de la de vuestra merced; pero si alguno la quisiese mayor, dígame vuestra merced que venga á reconocer las citas marginales. Ni me detengo á poner á la letra lo que al mismo intento y con igual celo escribió Fray Tomas de Trujillo, de la misma religion, porque van conformes en todo: solo diré que, habiéndose propuesto este concurrir á desterrar de España los cartapacios y códices sermonarios que muchos copiaban para ejercer el santo ministerio de la predicacion, subrogándolos en lugar del estudio de los santos padres, refiere la prohibicion que habia liecho de los tales códices el Santo Tribunal de Sevilla, y dice: *Quamobrem tum desiderio huic tam gravi morbo (si id per me fieri poterit) medendi, tum etiam quod doleam concionatores plurimos de sua aestimatione casuros esse, publicato dominorum inquisitorum haereticae pravitatis edicto, mense Junio, anno à Christi Domini ortu 1577 in Illustrissima Hispalensi urbe: quo quidem imperatur, ut omnes alieni auctoris codices manuscripti, sermones, ut aiunt, continentes, seu expositiones divinae scripturae, exhibeantur à singulis: His inquam de causis hunc non levem laborem subire decrevi, etc. (3).* Ya se ve que los tales predicadores, que se valian de sermones dignos de prohibirse, eran unos verdaderos Gerundios. Yo no me atreveré á jurar que hoy suceda lo mismo; pero si deseo que vuestra merced me diga, en vista de esta carta, si tendré fundamento para esperar que el Santo Tribunal renueve tan oportuna providencia con los muchos sermonarios que desde entónces se han impreso.

Al Padre Lorenzo de San Juan, varon apostólico de la compañía de Jesus, que ejerció cuarenta y siete años el santo ministerio de la predicacion, pidieron muchos que escribiese algunos avisos convenientes, fundados en su experiencia: hizo lo así poco ántes de morir; y en ellos, despues de sentar la utilidad de la retórica para dicho fin, dice: «Pero muchos no la estudian; de lo cual se sigue que sus sermones mas son liconas curiosas y verbosas, que sermones y homilias de santos... ¿Cuántos hay que predicán sin saber qué cosa es ser predicador y qué fin ha de tener, siendo el ministerio mas alto? Para ningun oficio hay ménos exámen; y de ahí viene el poco caso que se hace de ellos, cuán pocos los oyen, y con cuán poca estima... Dicen algunos: Yo no soy obispo, ni rector, ni cura de almas; sino que predico por mi contento y entretenimiento; ¿quién me manda á mí poner en mal con nadie? De esta manera me conservo con amistad con todos, y tengo amigos y muy ricos estipendios: doscientos ó trescientos ducados.—Buen provecho te hagan; ¡tú no predicás en nombre de Cristo, y has prometido predicar el Evangelio! Pues si tú infamas á Cristo y adulteras el Evangelio, abusas de la palabra de Dios, contaminas la Iglesia, ¿qué castigo no mereces? Dices que no haces oficio de obispo; el provisor no es obispo, ni el oidor del Consejo es rey; pero si no hacen lo que el obispo y el rey son obligados, se irán al infierno.»

Sigue el diálogo con el mal predicador, y dice este: «Padre, veo que muchos lo hacen así.—Poco importa, si lo han de pagar en la otra vida, y son pocos los que agradan á Dios de los que hacemos este oficio, y se verán innumerables condenados, segun las amenazas de la Escritura y lo que dicen los santos.—Padre, yo no sentia espíritu.—Y aun por eso habriades de tomar otro empleo: *Qui docet in doctrina, qui exhortatur in exhortando*.—Padre, Dios me hizo verboso.—Que tomárades oficio de orador en las escuelas, ó de pregonero; y no ocupar el oficio del digno y fructuoso: *Ut excludant eos qui probati sunt argento*. ¡Ah, y cuánta verdad es que el predicador habia de ser llamado, importunado, y tomar este oficio por obediencia y

(1) *De praedicatione Evangelicá*, libro 2, cap. 52, pág. 365.

(2) *Ibidem*, pag. 364; et pag. 1, 4, 5, 13, 15, 25, 27, 28, 89, 107, 111, 151, 152, 234, 265, 318, 367, 381, 447, 483, 493, 499, 500, et *ferè per tot*.

(3) Fr Tomas de Trujillo, *ordinis Praedicatorum, in praefatione ad Thesaurum concionatorum*, col. 5, et 6, *Item*, lib. 5, col. 114, 130, 151, 154 et 153, edit. *Barcinone*, 1579, duob. volum. in fol.

espíritu, y hambre de las almas, como San Pablo, el cual dice de sí: *Paulus vocatus, segregatus*: en voz pasiva; y guardarse de la ambicion, y de buscar *primas cathedras in Synagogis*, como es fama se hace por sí, por amigos y aun damas, procurando los mejores púlpitos y cuaresmas, y lo saben los oyentes! Estos ¿cómo pueden predicar con espíritu, y decir: *Non quaero gloriam meam*, sino la de Dios, haciendo todo lo contrario?»

Tenga vuestra merced paciencia, y oiga el fin de tan sólida y nerviosa doctrina, pues tanto comprueba y califica lo que vuestra merced refiere en su historia. «Padre, dice el predicador, si no se hiciese eso, nunca tendría un buen sermón ni cuaresma.—No se perdería nada, antes, antes se ganaría; y para vos y para las almas sería mejor que proveyese Dios de predicador, y no fueseis vos, que sois intruso y no entráis por la puerta. Diréis que si no sobornais con exquisitos modos, oyentes, no los tendréis. Si vos sois llamado de Dios, su Majestad traerá auditorio que no cabrá en los templos, como aconteció á San Vicente Ferrer, y al Fray Lobo, y al Padre Juan Ramirez, y á otros muchos que yo he conocido, y predicaron toda la vida contra su apetito y voluntad propia, por pura obediencia; y en cuarenta y cuatro años y mas de predicacion, jamas por sí ni por otro procuraron sermón, púlpito, iglesia ni cuaresma, etc.»

Si alguno quisiere ver lo demas que añade aquel gran maestro de la predicacion, envíele vuestra merced á la excelente *Retórica cristiana* del Padre Juan Bautista Escardo, de la compañía de Jesus (1), donde no solo hallará los avisos del Padre San Juan, sino tambien que el mismo autor que los refiere es de igual sentir, y lo confirma con muchos lugares que trae de otros escritores nuestros, y con admirables ejemplos y preceptos, hijos de su continua leccion y larga experiencia en el tiempo que enseñó retórica en Zaragoza, y en mas de treinta años que ejerció despues la predicacion. Excuso el poner aquí sus palabras por no ser prolijo, y por lo mismo me reduzco á solo apuntar lo que en calificacion de su *Historia*, de vuestra merced dijeron otros insignes predicadores, escritores y prelados celosos de nuestra nacion (2), que han resistido y hecho frente á los que han intentado profanar tan santo ministerio. Téngalos vuestra merced prevenidos para su mayor justificacion, y asimismo las constituciones sinodales, especialmente las de Toledo, Sevilla, Santiago, Valencia, Córdoba, Málaga, Segovia, Valladolid, Plasencia, Calahorra, Orense, Barcelona, Tortosa, Segorbe, Mallorca, Canaria y Ucles, en que se reprehenden y castigan los mismos y aun otros defectos gravísimos en que incurre el vulgo de nuestros predicadores, y vuestra merced nota en Fray Gerundio (3).

Pero si estos, ó algun otro que piense en defender su mala causa, dijeren que los expresa-

(1) *Rhetorica christiana*, ó Idea de los que desean predicar con espíritu y fruto de las almas, etc., por el Padre Juan Bautista Escardo, de la compañía de Jesus. En Mallorca, año de 1647, un vol. 4.º Véanse los *Avisos del Padre San Juan á los predicadores*, fol. 150, 497 y siguientes de esta *Rhetorica*.

(2) *Retórica en lengua castellana*, por un fraile de la orden de San Jerónimo, en Alcalá de Henares, año 1541: un vol. 4.º Véase el prólogo, fol. 1, B. 2 y 3; y cap. 3, fol. 12 y 13; cap. 50, fol. 51; cap. 53, fol. 75 y 74, B.

Benedicti Ariæ Montani Rhetoricorum, libri 4, Antwerpiae, 1569, un vol. 8.º Véase en el libro primero las pág. 17, 18 y 19.

Ecclesiasticae Rhetoricae, sive de ratione concionandi libri sex, Auctore R. P. F. Ludovico Granatensi, etc., Ulyssipone, anno 1576, un vol. 4.º Véase las pág. 15, 18, 50, 52, 68, 76, 79, 153, 159, 195, 193 y 196.

Modus concionandi, et explanatio in psalmo 136, Super flumina Babylonis; Auctore Didaco Stella Minorita: Salmanticae, 1576, un vol. 8.º Véase la epístola dedicatoria, y el folio 7, 16, 26 y 27.

De sacra ratione concionandi, opus Jacobi Peressi à Valdivia, Barcinone, 1588, un vol 4.º Véase el Prólogo *ad sacrae Theologiae studiosos*, y las pág. 24, 42, 523 y 527.

Primera parte de la Rhetorica de Juan de Guzmán, en Alcalá, año 1589, un vol. 8.º Véase el folio 59, 60, B. 61, 62, 63, y B. 68, 69, y B. 70, 71, y B. 75.

F. Joannis à Jesu Maria, Ord. Carm. Excal. Ars concionandi, Romae, 1610, un vol. 12.º Véase la parte 1, cap. 4, y parte 5, cap. 4.

Elocuencia Española en arte, por el Maestro Bartolomé Jimenez Paton, en Baeza, año 1621, un vol. 4.º Véase el folio 59, y B. 157, 158, B. 159, B. 141, 142, y B.

D. Ildephonsus Mesia de Tobar, Episcopus Asturicensis, De perfecto concionatore, Asturicae, 1624, un vol. 4.º Véase cap. 1, pág. 3; cap. 12, pág. 253, 245; cap. 15, pág. 536; cap. 15, pág. 276 y 277; cap. 16, pág. 290.

D. Thomas à Villanova, Conc. 2, in die Pentecostes, fol. 95, B. 140, B. El Ven. M. Juan de Avila, tomo 2, del *Epistolario Espiritual*, impreso en Madrid, año 1618, fol. 12, B. y siguiente. Santa Teresa de Jesus, en su *Vida* impresa en Ambéres, año 1549, cap. 16, pág. 145 y 144. Fray Agustín Nuñez Delgadillo, en el prólogo á sus *Sermones de Cuaresma*. Fray Jerónimo de Aldovera, al principio del tomo segundo de sus *Sermones de Santos*. El padre Bernardino de Villegas, en el libro de *La Esposa de Cristo*, cap. 51. Luis Muñoz, Padre Gaspar Sanchez, Juan Rodriguez de Leon, ilustrísimos Barcia y Lepe, padre Caravantes y otros muchos que omito.

(3) *Toletani Concilii Provincialis actiones. Compluti*, 1566, 8.º Véase fol. 47.

Dertosana Synodus, à Joanne à Izquierdo habita. Valentiae, 1575, 8.º Véase pág. 72.

Dioecessana Synodus Majoricensis celebrata, Presidae Ill. ac Rever. D. D. Petro Genesio Casanova. Valentiae, 1615, 8.º Véase pág. 26 et seg. *Maioricensis Eccles. Synodales*, per D. Didac. Escolano. *Matriti*, 1660, 4.º Véase Tit. 1, Const. 1, pág. 144 y 158. *Maioricensis Episcopatus leges Synodales, celebratae à D. Petro de Alagon. Maioricae*, 1692, fol. Véase pág. 155. *Constitutiones Sinodales del Obispado de Valladolid*, impresas en Valladolid, año 1607, tit. 12., fol. 60, tit. 15, folio 124. De Sevilla, 1609, cap. 8, fol. 8, B.; cap. 9, fol. 19. De Segovia, 1649, Const. 3, pág. 8. De Canaria, 1651, fol. 50, 79, y B. De Orense, 1622, fol. 52. De Córdoba, 1667, fol. 10, núm. 4. De Málaga, 1674, fol. 57 y siguientes. De Barcelona, 1675, pág. 155 y 155. De Toledo, 1682, fol. 26. De Valencia, 1690, pág. 1. De Plasencia, 1692, tit. 1, Const. 3, fol. 81 y sig. De Calahorra y la Calzada, 1700, fol. 52 y siguientes. De Ucles, 1742, tit. 3, Const. 6, pág. 56. De Santiago, 1747, Const. 5, pág. 23 y siguientes.

dos vicios no son del día, y que ya no se conocen ni se sabe de ellos (que es el esugio y salida que les ha de cerrar este segundo punto), además de que tienen contra sí las sinodales de nuestro siglo, que quedan citadas, dígaless vuestra merced que lean lo que en él han escrito con igual celo y santo fin, el infatigable don Gr. Mayans en sus doctos diálogos (1) del *Orador cristiano*; el reverendísimo y sapientísimo Fray Benito Jerónimo Feijóo en sus *Cartas eruditas* (2); y el apostólico, celosísimo y sabio varón el reverendo Padre Pedro de Calatayud, en su *Arte y método de hacer misiones* (3). Dígaless que vean también lo que en este particular observaron los sabios autores del *Diario de los literatos de España* (4), obra utilísima, que debemos sentir no continúe, por lo mucho que serviría no solo al intento de vuestra merced, sino también á los demas progresos de la literatura española. Finalmente, si se hallare alguno tan tenaz que no se rinda á una demostracion tan clara, póngale vuestra merced en la mano, para que las lea y medite con la atencion y respeto que se merecen, las *Cartas pastorales* de los ilustrísimos Señores Valero, Montalvan y otros grandes prelados (5) que en nuestros días han reprendido los mismos vicios con no ménos fervor y razon que lo ejecutaron los que los precedieron en los dos siglos antecedentes, auxiliados de tantos dignos ministros y fieles operarios en la noble y santa fatiga de la predicacion del Evangelio.

Mas cuando fuese posible que durmiesen tan vigilantes centinelas, y faltasen á la historia de vuestra merced tan fidedignos testigos, no podrían negar su verdad los mismos predicadores, cuyos sermones andan en las manos de todos, y son la mas convincente prueba, no solo de que aun permanecen en España los vicios y defectos que padecía en el siglo pasado tan santo ministerio, sino de que se han ido aumentando y han subido á un grado tan alto, que al paso que claman por el remedio, me parece no excluyen ninguno de cuantos se puedan imaginar, como sucede en las enfermedades contagiosas y deploradas.

No hablo de memoria: tengo reconocidos mas de cien tomos de sermones impresos de un siglo á esta parte, y quien cotejase los del pasado con los del presente, conocerá que en los de este ha sido aun mayor el abuso y mas deplorable la enfermedad. Si el Padre Vieyra, por ejemplo, en su famoso sermón de la Sexagésima, notó á los predicadores de su siglo la extravagancia de sus enigmas ó antonomasias del *Cedro penitente*, el *Evangelista Apéles*, el *Aguila de Africa*, el *Panal de Claraval*, etc., ¿qué diria hoy si oyese que el *Panal de Claraval* se ha convertido en el *Doctor de Miel-fluida*, el *Aguila de Africa* en *Caballero andante* y el *Amadis de las Letras*, el *Cedro penitente* en el *Pastor Coronado*, san Pascual Bailon en el *Santo Sacramento*, San Pedro de Alcántara en el *Serafin extremeño*, San Benito en *Padre de los Cielos*, y que á los demas santos nos los representan tan desfigurados, «que no los conocerá la madre que los parió,» como decia graciosamente en uno de sus sermones el célebre loco Don Amaro, que lo fué por la manía de predicar en las calles y plazas de Sevilla?

Igual proporcion en el aumento de la enfermedad notaria el Padre Vieyra en el sentido altisonante, culti-bárbaro, ó sea de laberintos, en los conceptos ridículos ó vulgares, en las proposiciones ya rústicas ó ya escandalosas, y en las violencias de sus sentidos acomodaticios. Y para que vuestra merced lo reconozca comprobado todo por junto, doy el texto en estas cláusulas, que he segregado de las muchas que se hacen notables en los libros impresos de este siglo.

Sepa vuestra merced (aunque importará poco que se le olvide), «que el denso vapor que congeló la clara nube que le sirvió de carroza triunfante á Jesucristo, se congeló de aquel sudor diaforético que su Majestad tuvo en el huerto.» Son palabras expresas de un sermón de circuncision. En el mismo se dice: «Que como fué (la circuncision de Cristo) prólogo de todo el contexto sangriento, plana primera de la muerte en cruz, razon de la obra de la redencion... solo la circuncision es sobrescrito rasgado, sello abierto, laque despegado, nema róto que declara á la pasion carta dichosa; y es título porque Cristo, aun siendo Dios, es digno de recibir la deidad: *Dignus est agnus qui occisus est, accipere virtutem et divinitatem*. Amante liberal (en la circuncision), quiere ser herido de gracia... dando guantes de bizarría en la cute que se despoja... La primera salida de su sangre fué mas entrada de la pasion, que la entrada

(1) *El Orador Cristiano*, ideado en tres diálogos: su autor Don Gregorio Mayans y Siscar, etc., en Valencia, 1755, un vol. 8.º

(2) *Cartas eruditas y curiosas*, en continuacion del *Teatro crítico universal*, escritas por el muy ilustre señor don Fray Benito Jerónimo Feijóo, etc., tomo 5, en Madrid, 1750, en 4.º Véase la carta 51, pág. 406 y siguientes.

(3) *Misiones y sermones* del Padre Pedro de Calatayud, arte y método con que las establece, etc. En Madrid, año 1754, 2 vol. en 4.º Véase el tom. 1, cap. 2, §. 6 y 7, pág. 94, 95 y 96.

(4) *Diario de los literatos de España*: en Madrid, 1757 y siguientes. Véase el tomo 1, art. 21, pág. 553; tomo 4, art. 4, pág. 142, art. 5, pág. 149.

(5) *Carta Pastoral* del ilustrísimo y reverendísimo señor don Fray Juan de Montalvan, obispo de Guadix y Baza, de 24 de julio de 1716, impresa en un vol. en 4.º, art. 4, §. 2, pág. 43 á 52; art. 5, §. 1, pág. 64; y art. 6, §. 5, página 108 á 117.

Carta Pastoral del ilustrísimo y reverendísimo señor Don Francisco Valero y Lossa, arzobispo de Toledo, etc., un vol. en 4.º Véase desde la pág. 160 en adelante.

Carta Pastoral de un señor prelado para los eclesiásticos de su diócesis. En Madrid, año de 1725, un vol. en 4.º Véase desde la pág. 89 en adelante. 92, 93, 97 y 98.

en Jerusalem fué nacimiento de la muerte, oriente del ocaso, aliento primero del desaliento, cuna de la sepultura, y en fin, principio del fin, y aun despues del fin... Quejaráse el domingo de Ramos del día de la Circuncision, porque habiendo empezado en él la pasion, aquel se llama natividad aun de la muerte en cruz.... El árido leño de la cruz no secó á Cristo su valor, los clavos le aumentaron, no evaporaron el olor de su virtud, y el bote de la lanza fué como pomio de licor rojo, aromático, tan bello como fragante, primaverizando su hermosura con cuanto era invierno de su belleza... Sea Cristo flor fructuosa en la cruz; la circuncision fué su natividad; porque fué flor de esa flor, matiz primero de la vital rosa ó animado clavel; su cuchillo, punta primera de la olorosa transcendencia de su vida; su herida corta primera del cuerpo floreciente, penetracion de fragancia penetrante, y vapor primero para el último perfume.»

¿Pues qué diria vuestra merced si oyese decir en la cátedra del Espíritu Santo : «*Tu quis es?* ¿Quién va á la ronda?—Una mujer honrada. — Poco á poco, señora mia ; que hay mucho que decir en eso. Antes que se santifique, óigame por su vida ; que vuestra merced dirá si es mujer honrada ó no lo es, sabiendo lo que ahora diré yo. Noticia es de Clemente Alejandrino, que los lacedemonios y sicilianos tuvieron por mujeres infames á las que vestían profanamente. Luego segun esta premática, vuestra merced se engaña en decir que es mujer honrada... ¿Para qué son tantos encajes?... Solo el traer el pelo tan atado y esa aguja atravesada por él me ha caído en gusto ; porque, siendo las mujeres de estos tiempos tan flacas de cabeza, podrán disimular lo liviano de sus cascos con tantos atadidos. ¡ Oh qué siglo tan perdido el que vivimos ! Castíganos Dios con guerras, hambres y pestes ; ¿cuál será la causa de tantos azotes? Si el tal predicador me lo preguntara, le diria que sus sermones ; porque todo el de este pasaje y los demas son dignos de un Gerundio.

Pero ni el mismo Fray Gerundio, ó la fecundidad de la fantasía de vuestra merced, pudo llegar á la elevacion de este estilo : «*Contra Eva vino la mejor ave, la fiel María ; y si aquella hizo el dobladillo del engaño, esta bordó el desengaño. Aquella sugirió á Adán para que previniese, esta metió á Cristo en que nos redimiese... Ciñamos estos pigmeos discursos con el lazo del Evangelio. Entra el ángel á saludar á la Virgen, y le hace una sacramentosa cuanto oscura advertencia : Quod enim ex te nascetur Sanctum... ¡ Oh María ! Ave la mas pura de la gracia, y qué de lejos nos traes el libro purpuro de la generacion de Cristo... Libro en que sirvió de tinta la sangre, María de papel, el Espíritu Santo de pluma, y donde se incorporaron las desencuadernadas hojas del volumen de la vida. Ya que la suerte nos deparó en el pico de una ave el libro de nuestro Evangelio... Busquemos otra ave de buen pico para panegirista de sus elogios ; que pues las aves has crió Dios para saludar la luz de la mañana, no extrañará la crítica escrupulosa que forme mi salutacion de tanta volatería.... Esta milagrosa ave no puede ser otra que el ave de María. Sea muy enhorabuena ; y para saludarla con acierto, equivoquémosle este elogio : Ave María.» ¿Pudo vuestra merced desatinar otro tanto en boca de Fray Gerundio? Pues oiga vuestra merced otro de la misma estofa : «*San Pablo fué escogido como vaso. ¿Y por qué como vaso? Porque habia de llevar el oleo del nombre de Jesus... Y gritando (San Pablo) en pintadas elocuentes voces, desnudas útiles verdades, resonaba lo lejos de la pasada noche, avisaba los clarísimos claros del presente día, borraba obras de sombras, tocaba ropajes y retocaba armas de luces para paso de buena vida, en el temporal ameno de la gracia.*» Dios por su misericordia nos la dé para sufrir tales desvarios.*

Verdad es que en cuanto al estilo pueril y culti-bárbaro, he visto tanto bueno, que siempre el último que vuestra merced lea, le parecerá el mejor : oiga vuestra merced este pasaje de un sermón de purificacion : «*María en su purificacion es la luna mas nueva, mas maravillosa, mas festiva, planeta-signo, que brillando replica á su culto, aun guiando la procesion de su misterio, tocando á vuelo de luz, á golpes de resplandor, á su mayor festividad... Más es que el Verbo divino se penetrase en sus poros puros, y se vistiese y armase de sus copados copos, cristal como pan y nieve como lana. Y más es, que si antes, humanado el Verbo, estaba encerrado en el escaparate del materno claustro, en el cuerpo que le dió cuerpo, llenándole de gracia por dentro de su clausura, hoy sale el vaso lleno de divinidad por inano de María, bebiendo á su pecho mas hilos de lactea lana para mas cuerpo humano.*» Dejo otras proposiciones erróneas, y algunas expresiones indecentes de que hago juicio no usaria el poeta mas licencioso.

Ultimamente, si yo hubiese de referir á vuestra merced todas las expresiones que en sermones impresos tengo leidas en esta Real biblioteca, y que por singulares tengo notadas, compondria un volumen algo mas abultado que el de la primera parte de su historia de vuestra merced. Doleriame sin embargo el no apuntarle en compendio, á fin de que las reserve para su segunda parte, las noticias de «*que cuando María Santísima tenia en sus entrañas á su divino hijo Jesus, el arcángel San Gabriel, que le hacia escolta y le servia de guardia de corps, acompañándola en forma humana, le mostraba una cruz bellisima que en su pecho traia divinamente rubricada. Ponia el dulce niño Jesus sus columbinos ojos en aquella cruz, etc.... Que con singularísimos prodigios dió á entender el cielo á los magos el nacimiento de Cristo. Al*

rey Baltasar le nació aquella propia noche un niño, que, segun escribe Bosquiar, fué San Bartolomé, el que, puesto por si mismo en pie, dijo estas palabras: *In hac nocte in Judaea natus est nobis Salvator mundi*. Entrando el rey Melchor en un jardin de su palacio, oyó que le decia una hermosa paloma: *In hac nocte natus est Salvator generis humani*. La propia noche nacieron al rey Gaspar un leon y una oveja, de una aveilla que tenia en luevos, dándole á entender el cielo con esta maravilla, que el Verbo divino se habia ya humanado y nacido. Todo lo refiere á San Germano. Su cita es esta: *San Germano, ap. Mésfr. in Epiphan. D.*

¿Qué tal parece á vuestra merced? ¿Dijo otro tanto Fray Gerundio? Pero prosigo mi compendio: «Que aunque Cristo nació para todos, nació tan especial para San Joaquin, que solo nació para San Joaquin. Que Cristo es pez soberano, porque en sus tormentos tuvo espinas. Que las almas se transforman en ley, en fuerza del amor de Dios: *Lex Domini immaculata convertens animas* (¡bella traduccion!). Que San Bernardino de Sena habla como echando Bernardinas. Que Jesucristo es el Dios penate. Que hace mas gala de ser hombre que de ser Dios. (Si reconvenido, se ratificase en esta doctrina, ó si la defendiese en la cátedra, ¿dónde iria á parar este Gerundio?) Que la sabiduría de María luce mas que la de Cristo. (No es de menores quilates este absurdo.) Que la Puebla de los Angeles (alude al cielo), poco despues de fundada, padeció un terremoto. Que San Juan fué medicamento contra el mal de corazon de Cristo. Que Dios es achacoso de mal de corazon. Que el ángel que dijo á San Agustin el *tolle, lege*, no vino á enseñar, sino á aprender. ¡Oh, cuánto tuvo el ángel que aprender! ¡Cuánto llevó que enseñar á los que se quedaron en el cielo! ¡Oh felices errores de Agustino, que enseñan hasta los ángeles! Que, segun dice el docto Geminiano, el ajo tiene muchas virtudes: *In alliis reperitur specialis virtus*. Virtud dice que tiene el ajo, ¿y qué mas tiene? Que pica; y es lo cierto; que no ha de faltar quien pique, y aun pique con ajo á quien trata de virtud. ¡Gallarda invencion! Omito otras muchas por tan malsonantes y excesivamente ridiculas, que temo el escándalo, aun cuando solo trato de desterrarlas y abominar su leccion.

¿Pues qué dire á vuestra merced de sermones en aire de comedias ó con títulos de tales? Mucho he visto de esto en los impresos del siglo pasado; pero en los del presente no es menor el abuso. He leído *La armonía de la naturaleza emendada en el misterio de la encarnacion*. Ononychites, *Pasquinada contra Cristo, de los cartaginenses*; *La diosa Marica*; *La desesperacion afortunada*; *El hijo en duda, declarado en la gloria*; *El carro de los Arameos*; *El Hércules de la Iglesia*; *Cegar para ver mejor*; *La mesa del sol*; *El Filis de la santidad*; *Las mejores perlas de la aurora de la gracia*; *El mayor teatro del dolor*, etc.

En vista de este tan indecente modo de predicar la palabra divina, ¿quién extrañará el que vuestra merced ha hallado de reprehender á los que le ejercitan? ¿Qué podrán estos decir contra vuestra merced, que no sea digno del mayor desprecio? Si ellos profanan el santo ministerio de la predicacion, y vuestra merced le deliende, ¿de qué podrán quejarse? ¿De que vuestra merced pone y reprende en Fray Gerundio los vicios en que incurren? No por cierto; porque estos son verdaderos, como lo acreditan los pasajes citados, que por impresos debemos suponer mas correctos. ¿Se quejarán de que vuestra merced no trata con seriedad este asunto, y con mucho respeto á los predicadores vulgares? Esto ya lo ejecutaron de dos siglos á esta parte los preladados, escritores y oradores mas celosos de la nacion, y no se ve el fruto debido á sus trabajos. ¿Pues de qué han de ser las quejas? ¿De que vuestra merced no señala los autores de tales disparates? Méenos; ántes bien deben dar á vuestra merced muchas gracias, pues pudiera nombrarlos todos, así por la libertad que ellos dan publicando sus escritos, como por el ejemplo de los mismos que los han reprehendido con seriedad.

No reparó Fray Juan de Segovia en nombrar á varios que habian compuesto diferentes sermonarios, cuya leccion aconsejaba á los predicadores huyesen y desechasen de sí, como perjudicial al digno ejercicio de tan alto ministerio. Oiga vuestra merced sus palabras: *Eadem ratione qua huc usque suasinus, concionatores hujuscemodi libellorum lectionem, qui parvae sunt auctoritatis fugere debere, eadem omnino sermonarios qui sic vulgariter apellantur, judicio meo á se quodammodo repellere oportet, siquidem non satis intelligo an concionatoris officium plurimum adjuvent, quemadmodum Barilete, Sanctius Porta, Dormi securè, Vade mecum, Petrus ad Boves, et alii similes sunt (1), qui hujusmodi inscribuntur nominibus, quandoquidem soli operum ipsorum tituli sufficere deberent, ut substantiam quam in se continent, concionatores intelligerent: ac per consequens, ut eis non usquequaque insudarent (2).*

Si extrañan el estilo festivo, lean á Juan de Guzman en su *Retórica* (3), y oigan su modo de reprender, en el convite ó diálogo 6. «D. Al predicador Amuso oí decir que lo principal que hacia era abrir los doctores que tenia sobre aquel evangelio, y sacar los principales puntos

(1) Tengo presentes estas obras, es á saber, *Barilete*, *Sanctius Porta*, *Petrus ad Boves*, que son los nombres y apellidos de sus autores, con los cuales se imprimieron en Paris, Leon, Ambres; y asimismo el *Dormi securè*, *Paratus*, *Evagatorium* y *Mamotrectus*, impresos tambien en Paris, Venecia, etc. Y advierto que solo uno es español.

(2) F. Joannes Segobiensis, de *Predicatione Evangelica*, lib. 2, cap. 53, pag. 582.

(3) *Retórica de Guzman*. convite 4, fol. 90, 96, 97; convite 3, fol. 102, 103; convite 6, fol. 124, 129; convite 9, fol. 187; convite 10, fol. 193, etc.

que á él le parecian , y engalanarlos de sentencias y palabras elegantes. *L.* Esa es traza de niños , y creo le convenia un dicho de cierta señora burgalesa. *D.* ¿Qué fue? *L.* Las mujeres de aquella ciudad son por la mayor parte de agudos entendimientos como las vuestras toledanas : una, oyendo ciertos sermones á un predicador, los cuales no iban con el orden y concierto que ella y el demas auditorio quisieran; y murmurando, segun sucede, otras muchas mujeres con ella, para dar á entender que aquella persona todo el tiempo que estudiaba en los sagrados doctores, tomaba de ellos lo ménos substancial para sus sermones, dijo : el Padre Fulano parece que toda la semana barre los santos, para despues el domingo echarnos el estiércol, etc.» Lean los *Clamores de la razon contra los tumultos de la locuacidad*, que se imprimieron en esta corte el año de 1685. Lean en Fray Tomas de Trujillo (1) sus expresiones ardientes, bien que hijas de su celo por el honor de Dios. Lean al citado Fray Diego de Estella (2), y observen el desprecio con que se explica : *Barbari quidam homines his propè lapsis temporibus insurrexerunt, qui sanè egregium priscorum dicendi caracterem, quod illi paratissimo calamo depinxerunt, carbonibus suis abolentes, et quasi meri grammatici litteram summis (ut aiunt) labiis degustantes, explicabant : et quae intrinsecus latebant mysteria, quasi Scripturae Sacrae litteris eruli, et spoliati, non calluerunt : tanquam ad miserorum refugium ad sua se conferebant monstra. Et ut in tragicis actibus fieri solet, unus et idem solus vicissim personatus incedit, nunc Regis, nunc pastoris, nunc militis gloriosi, tandem pulchrae foeminae et elegantis formae personarum acturus : Non secus hi concionatores videntur facere qui typicum Isaac in medium trahentes, quem Christum significare dicunt : et in eadem forma permanentem, aeternum patrem faciunt. Mox quasi personatus incedens, hunc Christianum representare dicunt : et tandem in montem eundem convertunt. Egregia quidem monstra et probè machinata portenta... Haec nisi delesteris figmenta, et quasi à facie aspidis non subterfugias, eo quidem longè abest ut probus concionator evadas, quam ego ut volare queam.* Vean el modo con que acusa los mismos y otros defectos Fray Juan de Segovia (3). Lean la burla con que los trata el padre Fray Juan de Pineda en su *Agricultura cristiana*, llamándolos «predicadores de las Alpujarras, engertos en toledanos, con romance nuevo de Mandinga ó Moscovia, que echan un estomacicon de alquermes, y un emplasto de médulas con que mas empalagan á los cuerdos, que si los embutiesen de chicharrones.»

Refiere este lugar el Maestro Bartolomé Jimenez Paton (4), y añade estas palabras. «Como testigo de vista puedo afirmar que, predicando cierto predicador de los de este jaez, ciertos caballeros mozos (mas amigos de chocarrerias que de doctrina devota), en sabiendo cuándo y dónde predicaba, hacian llevar con cuidado sillas, diciendo que no habia comedia mas barata que oír aquel predicador, ni truhan Velasquillo mas de balde. Y se trató de remediarlo y que no predicase, porque convenia por estar enfermo de este vicio. El cual por ser no solo contra preceptos de la buena elocuencia, mas porque es contra la religion, debe huirse.»

Sin duda seria de este mismo jaez el predicador de quien hace memoria Fray Tomas Ramon, del órden de Predicadores (5), en estas palabras : «Así le sucedió el año de 1650 en Sevilla á un predicador de estos críticos y cultos, que con sus sermones tan floreados llevaba como embelesada la gente, que á pocos sermones que hizo, como eran todos violentados y traia la Divina Escritura al redropelo (como lo hacen los que dan en este devaneo), le mandaron los Señores Inquisidores que no predicara mas. Santo y justo mandamiento, y que tienen obligacion los prelados en conciencia á hacer... con los que en esto son defectuosos, y no permitir en sus iglesias suban al púlpito semejantes bufones, hinchados y desvanecidos.»

Esto dice del siglo pasado este sabio y prudente religioso. Y aunque por lo que toca al presente, en que es mayor el daño, no me precio de anticipar censuras, ni el respeto que profeso á quien tiene autoridad para hacerlas y promulgarlas me lo permite; sin embargo, creo que si, como lo espero, llegase el caso de examinar con la justificacion acostumbrada los expresados sermones, se han de mandar quitar de ellos muchas proposiciones malsonantes, escandalosas, sentencias dignas de censura teológica, y máximas impropias de proferirse y enseñarse al pueblo cristiano en nombre del Espiritu Santo, y mucho mas de que se impriman, repartan y vendan libremente á toda la Nacion.

Lo contrario deberia decirse de su historia de vuestra merced, pues al paso que ilustra á nuestra nacion con el prodigioso hallazgo de su Gerundio, es un eficaz sermon al vulgo de nuestros predicadores para atraerlos al cumplimiento de su obligacion. No será ménos oportuno remedio para los oyentes, pues instruidos y prevenidos de lo que es paja, frusleria y puerilidades, las evitarán y solo anhelarán a oír los buenos predicadores, de quienes puedan esperar aprovecharse, cogiendo el fruto de la palabra de Dios. Con este mérito y estas utili-

(1) Fr. Tomas de Trujillo, in *Thesouro Concional.*, in *praefatione*, et lib. 3, per tot.

(2) Fr. Did. Estella, *Mod. Concion.* Véase fol. 16, 17, 24, 25, 27, 51, 51, 52, 76, 80, 89, 90, 120, 125, 124, 125, 127.

(3) Fr. Joannes Segobiensis, de *Praedicatione Evangelica*, pág. 407, 264, 265, 389, 453, 457, 486, 495, 494, 496, 499, 500, 501.

(4) Maestro Bartolomé Jimenez Paton, *Elocuencia Española*, fol. 58 y B. Véase fol. 93 y B. 104, B. y 141.

(5) Fr. Tomas Ramon, *Nueva premática de reformation contra el lenguaje culto y su mal uso*, pag. 524.

dades, ¿qué hombre de juicio no aplaudirá el trabajo de vuestra merced? Yo por lo ménos le aseguro mis vivos deseos de que lo publique, y de que continúe y haga lo mismo con su segunda parte, para que, llenando así el círculo, se consiga mas bien su piadoso y cristiano fin. Dios guarde á vuestra merced muchos años como deseo. Madrid y enero 6 de 1758.—Besa la mano á vuestra merced su mas afecto servidor, amigo y capellan.—*D. Juan de Santander.*

CARTA

DEL SEÑOR DON MIGUEL DE MEDINA, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD, SU SECRETARIO Y CONTADOR GENERAL DE MEDIAS-ANATAS, ESPOLIOS Y VACANTES ECLESIASTICAS, Y ACADÉMICO DEL NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

Muy señor mio y mi amigo: Aun cuando yo fuera como vuestra merced me contempla, por el mismo hecho de explorar mi dictámen en una obra de objeto tan digno y tan sagrado como la que me remite, estaria muy dudoso en contestarle ó en corresponderle con aquellos aplausos que son debidos á la fineza con que me favorece, al mérito de vuestra merced y al de la obra que intenta publicar.

En España, señor mio, los legos solo ayudamos las misas; y si nos admiramos cuando oímos que hay sacerdotes casados en la iglesia Griega, no es tanto por la dificultad que encontramos en unir el tálamo con el sacerdocio, sino es por una casi imposibilidad que concebimos en que un hombre pueda entender de púlpito, de teología y de materias sagradas, viviendo con su mujer.

Acaso vuestra merced me dirá que, aunque esta sea la opinion de los mas, no es vuestra merced del número de los que la siguen. Que sabe que las letras, bien sean sagradas ó profanas, ni tienen estado, ni son machos ni hembras. Que San Próspero é Hilario, ambos legos, fuéron los primeros que tomaron la pluma contra Casiano y sus monjes de Marsella, en defensa de la gracia y excelentes obras de San Agustin, sobre la *Predestinacion de los santos y don de la perseverancia*. Que Eusebio, despues obispo de Dorileo, siendo lego, fué el primero que en Constantinopla se opuso públicamente, con indecible fortaleza, á los sermones de Nestorio, y descubrió al clero y pueblo el oculto veneno de su herejía. Que... Pero vuestra merced no querrá decir tanto, ni tendrá á bien la prolija pedantería de que le forme una biblioteca de legos sabios, escritores en materias sagradas, lo cual seria necesario si los hubiese de referir todos.

Bastará que para probar la justicia de la opinion de vuestra merced, y para hablar con mas precision en el asunto, me arguya con el ejemplar del erudito corbata Don Gregorio Mayans y Siscar, que en nuestros dias, renovando la memoria de algunas reglas de oratoria sagrada, fué el primero que declamó de propósito, en idioma en que todos lo entendiesen, contra los lastimosos abusos de nuestros pulpitos, publicando en el año de 1753 su librito *El orador cristiano*.

Todo esto y mucho mas podrá vuestra merced decirme para alentar mi timidez; pero ni con todo ello ni con mucho mas podrá vuestra merced persuadirme á que yo meta mi hoz en materias que no son de mi mies. Pudieron muy bien hacerlo en aquellas ocasiones San Próspero, Hilario, Eusebio y otros, y aun Don Gregorio Mayans, pues á los primeros los defendian su virtud y sabiduría, y al último el ser á la sazón catedrático del código, y maestro público en una universidad; pero, como á mí me faltan estos méritos, sería sorprendido con la censura de haberme incluido en negocios del santuario, sin ser sacerdote griego, ni teólogo de profesion.

Fuera de esto, aun cuando vuestra merced explorase mi opinion solo con respeto á los preciosos derrames ó episodios que amenizan su obra, son tantos y tan variados, y algunos tan problemáticos, que seria necesario que esta carta pasase á ser libro, y que vuestra merced me prestase la destreza y magisterio universal que manifiesta en ellos, para que yo pudiese darle dictámen *ex cathedra*, ó responderle con solidez.

No obstante esta justa excusa, si en cuanto al objeto principal de su obra buscase vuestra merced en mí, solo aquellas razones *à posteriori* que por sus experiencias podrá darle cualquier cristiano que ciña espadín, le diré que he visto de todo: la compasion, la ira, el celo cristiano, la risa, el llanto; todos mis afectos, las mas de mis pasiones, han tenido ó cebo ó ejercicio al oír muchos predicadores. Pero, como he notado en algunos aquella majestad, aquel fuego sagrado, aquella unción, aquella solidez de doctrina, de pensamientos cristianos; aquella sentencia que brilla, que embelesa, que enciende en los Granadas, en los Barcias, en los Callos, en los Señerys, en los Flechieres, en los Colombieres, en los Bourdalues; y al fin, como he visto en ellos la virtud del Evangelio y la eficacia de la palabra de Dios, por mi propria experiencia, por mi edificacion, el fruto de estos pocos me ha hecho desear la imitacion de todos, y la necesidad de oportuno remedio para cortar, para impedir, la lastimosa é inútil tarea de muchos.

Sin querer he dicho ya á vuestra merced en estas últimas expresiones cuanto siento, y todo mi dictámen en orden al entusiasmo, ó novela de su héroe, ó sea liguron de Fray Gerundio. La medicina parece acre al primer aspecto; así lo confiesa vuestra merced en su eruditísimo, exquisito, inimitable, prólogo. Pero, ¿qué medicina se reprobó jamás por acre en enfermedades capitales, si se espera probabilísimamente que ha de ser remedio? Y ¿cuánto se promoverá el honor y gloria de Dios, el de la religion y el de toda nuestra nacion, si acertase á ser oportuno el de la *Historia de Fray Gerundio*? Son siempre ocultos, y tal vez extraordinarios, los senderos que toma la Providencia en sus mas altos designios, y muchas veces para humillacion nuestra dispone que de causas ó accidentes ruinosos ó despreciables resulten compuestos ó sustancias peregrinas. ¿Qué sabemos si para confusion, si para escarmiento de los que fuesen profanadores de la cátedra del Espíritu Santo, si para la comun cristiana utilidad de los fieles, tiene reservada á esta invencion la reforma de nuestra oratoria sagrada, así como quiso librar sobre la fecunda fantasia de Cervántes el destierro de los perniciosos libros de caballerías? Debemos así esperar por una probable conjetura; y tambien, que el nombre de vuestra merced será en el dia tan famoso entre las demas naciones de la Europa y tan glorioso en la posteridad de la nuestra (porque hoy será difícil), como lo han sido siempre los Cervántes y los Quevedos; formando así un triunvirato el principado de nuestra varia y festiva literatura.

Quedo reconocido á vuestra merced por haberme anticipado el gusto de una leccion tan grata y tan amena, y con el deseo de servirle y obsequiarle en cuanto lo permitan mis facultades laicales.

Dios guarde á vuestra merced los muchos años que deseo. Madrid y noviembre 1.º de 1757.
—Besa la mano de vuestra merced su seguro amigo y servidor. —*D. Miguel de Medina.*

PROLOGO CON MORRION.

Porque (hablemos en puridad) eso de *Prologo Galcato* es mucho latin para principio de una obra lega. Aunque el héroe de ella se supone que fué predicador y de misa, desengañate, lector mio; que dijo tantas, como sermones predicó. Yo le concebí, yo le parí, yo le ordené, yo le despaché el titulo de predicador; para todo lo cual tengo la misma autoridad y el mismo poder que para hacerle obispo y papa. Y si no, dime con sinceridad cristiana: si Platon tuvo facultad para fabricar una república en los espacios imaginarios, Renato Descartes para figurarse un mundo como mejor le pareció, muchos filósofos modernos, alumbrados de Copérnico, y atizando la mecha mi amigo y señor Bernardo Fontenelle, para criar en su fantasia tantos millones de mundos como millones hay de estrellas fijas, y todos habitados de hombres de carne y hueso, ni mas ni ménos como nosotros, ¿qué razon habrá, divina ni humana, para que mi imaginativa no se divierta en fabricarse un padrecito rechoncho, atusado y vivaracho, dándole los empleos que á ella se la antojare, y haciéndole predicar á mi placer todo aquello que me pareciere? ¿Por ventura la imaginacion de los sudichos señores mios y de otros ciento que pudiera nombrar, tuvo algun privilegio que no tenga tambien la mia, aunque pobre y pecadora?

2. Segun eso, me replicarás, ¿no ha habido tal Fray Gerundio en el mundo? Vamos despacio, y déjame tomar un polvo; que la preguntica tiene uñas. Ya le tomé, y voy á responderte. Mira, hermano, *Fray Gerundio de Campazas*, con este nombre y apellido, ni le hay ni le ha habido ni es verisimil que jamás le hayga. Pero predicadores Gerundios, con *Fray* y sin él, con *Don* y sin *Don*, con capilla y con bonete, en fin, vestidos de largo de todos colores y de todas figuras, los ha habido, los hay y los habrá como así, si Dios no lo remedia. Cuando dije *como así*, junté los dedos de las manos segun se acostumbra. No digo yo que en alguno de ellos se unan todas las sandeces de mi querido Fray Gerundio; que aunque eso no es absolutamente imposible, tampoco es necesario; pero tanto como que todas ellas están esparramadas y repartidas por aquí y por allí, tocando á este mas y al otro ménos, esa es una cosa tan clara, que la estamos palpando á vista de ojos. ¿Pues qué hice yo? No mas que lo que hacen los artifices de novelas útiles y de poemas épicos instructivos. Propónense un héroe, ó verdadero ó fingido, para hacerle un perfecto modelo, ó de las armas, ó de las letras, ó de la política, ó de las virtudes morales; que de las evangélicas hartos tenemos verdaderos, si los queremos imitar. Recogen de este, de aquel, del otro y del de mas allá, todo aquello que les parece conducente para la perfeccion de su idolillo, en aquella especie ó linea en que le quieren sacar redondeado. Aplicanselo á él con inventiva, con proporcion y con gracia, fingiendo los lances, pasos y sucesos que juzgan mas naturales para encadenar la historia con las hazañas y las hazañas con la historia, y cástate aquí un poema épico, en verso ó en prosa, que no hay mas que pedir.

3. ¿Parécete á tí que hizo mas Homero con su *Ulises*, Virgilio con su *Enéas*, Jenofonte con su *Ciro*, Barclay con su *Argenis*, Quevedo con su *Tacaño*, Cervántes con su *Quijote*, Salignac con su *Telémaco*? Y si todavía quieres que luzca un poco mas lo erudito á bien poca costa, juzgas que las *Obras y Dias*, de Hesiodo, el *Hero y Leandro*, de Museo (ó de quien fuere), el *Adúis*, del Caballero Marino, la *Dragontea*, de Lope de Vega, y la *Numantina*, de Don Francisco Mosquera, fuéron mas que unos poemas épicos, mas ó ménos perfectos, mas ó ménos ajustados á las leyes de la epopeya, que plugo promulgar á sus epopeyarcas y legisladores? Ea, no me tuerzas el hocico, ni me digas que entre las obras que cito hay algunas en prosa, y consiguientemente no pueden pertenecer á la clase del poema épico. Cierito que tienes mala condiccion. Sobre si el verso es ó no es esencial y necesario al poema épico, se dan sendos remoqueques los autores, y hay entre ellos una zambra y baraunda de mil diantres: tú aplicate al partido que te pareciere mas fuerte, en la inteligencia de que hasta ahora ningun papa ó concilio general lo ha definido, y así no te han de obligar á abjurar, ni aun *de levi*, porque sigas cualquiera de las dos opiniones.

4. Pero, si todavía te mantienes reaz, ó reacio (que no sé á fe cómo se debe decir), en que mi pobre Fray Gerundio no merece sentarse en el banco elevado y aforrado en terciopelo carmesí, de los poemas épicos, ya porque está escrito en prosa lisa y llana y harto ratera, ya porque mi héroe no es por ahí algun emperador, algun rey, algun duque, ó por lo ménos algun landgrave, que era lo ménos que podia ser para que se le hiciese lugar en la dieta épica, segun la decision del poeti-consulta Horacio:

*Res gestae Regumque, Ducumque, et tristia bella,
Quo scribi possent numero, monstrabit Homerus;*

y ya finalmente, porque falta á mi obra el papel ó el personaje principal de todo poema épico, que es el héroe, puesto que el citado Fray Gerundio, no solo no era descendiente de los dioses, pero ni aun del Cid Campeador, Lain Calvo ó Nuño Rasura, lo que por lo ménos era menester para darle la investidura de héroe; amen de faltarle las otras calidades indispensables para entrar en la órden del heroismo, conviene á saber, magnanimidad, constancia, corpulencia, robustez y fuerza extraordinaria. Digo que si por estas y por otras muchas razones te estás erre que erre en que esta no es composicion épica ni calabaza, por mí que no lo sea; que no es negocio de romper lanzas por esta bagatela.

5. Estoy viendo que aun te queda allá dentro cierto escrupulillo sobre esto del epicismo. Dirásme, como si lo oyera, que el principal fin de toda composicion épica es encender el ánimo á la imitacion de las virtudes heroicas, por el ejemplo del héroe fingido ó verdadero cuyos rasgos y hazañas se representan. Y mas, que si esto mismo me lo quieres decir en latin, para aturrullarme un poco, y para que yo sepa que sabes tú dónde te muerde el zapato épico, me espetarás en mis barbas toda la autoridad de Pablo Beni (antes el *Padre Pablo*), el cual dice así en su *Comentario sobre la poética de Aristóteles*: *Certum est heroico poemati illud esse propositum, ut herois alicujus, et ducis egregium aliquod factum celebret, in quo idea quaedam et exemplum exprimatur fortitudinis, ac militaris civilisque prudentiae.* En cuya consecuencia dirás (y al parecer no te faltara razon) que tan léjos estoy yo de proponerte en mi obra un perfecto modelo de la heroica oratoria, á cuyo ejemplo incite la imitacion, que ántes bien te represento el dechado mas ridiculo que se puede imaginar para mover á la fuga y á la abominacion.

6. ¿Parécete que me has cogido ya en la ratonera? Pues óyeme esta erudicioncilla. Léela no sé dónde, y no es negocio de perder ahora dos ó tres horas de tiempo en buscar el autor para darte la cita. Haz cuenta que lo dice Plutarco, ó cualquiera otro autor de los tantos con quien tengas mas devocion. Habia en Aténas un célebre músico (sin duda que debia ser maestro de capilla), de cuyo nombre tampoco me acuerdo. Llámale Pitágoras si te pareciere; que es cuestion de nombre. Este, para enseñar la música á sus discípulos, segun todos sus modos diferentes, *dorio*, *lidio*, *mixti-lidio*, *frygio*, *sub-frygio*, *colio*, ¿qué hacia? Juntaba cuidadosamente las voces mas desentonadas, mas ásperas, mas carraspeñas, mas becerriles y mas descompasadas de toda la república. Hacíaslas cantar en presencia de sus escolares, encargando mucho á estos que observasen cuidadosamente el chirrion desapacible de las unas, el tala-drante chillido de las otras, el insufrible desentono de estas, y los intolerables galopeos, brin-cos, corcovos y corvetas de las otras. Vuelto despues á sus discípulos, los decia con mucho cariño y apacibilidad: «Hijos, en haciendo todo lo contrario de lo que hacen estos, cantaréis divinamente.»

7. Paréceme que ya me has entendido lo que te quiero decir; pero si todavía no has caído en cuenta, no doy dos cuartos por tu entendimiento, y vamos á otra cosa; que no hemos de andar á mojicones, aunque digas que esta obra á lo mas mas es una desdichada novela, y que dista tanto del poema épico como la tierra del cielo.

8. Un poco mas serio te pones para hacerme otra pregunta. Supuesto que hay tantos predi-cadores Gerundios, por desgracia de nuestros tiempos, con *Fray* y sin él, con *Don* y sin *Don*, de capilla y de bonete, como yo mismo confieso, ¿qué motivo he tenido para pegar á mi Ge-

rundio el *Fräy* mas que el *Padre* á secas, ó su *Don*, sin otro turuleque? Es pregunta sustancial y pide seria satisfaccion : vóytele á dar, y óyeme con indiferencia; pero ántes de entrar en materia, escúchame este cuento. Fué cierto recetor á no sé qué pesquisa á Colmenar el Viejo, lugar de veinte vecinos; examinólos á todos, y espetáronle una sarta de mentiras. Aturdido el recetor, dijo al alcalde santiguándose : «¡Jesus! Jesus! aquí se miente tanto como en Madrid.» Replicóle el alcalde: «Perdóneme su mercé, que aunque en Colmenar se miente todo lo pusibre, pero en Madril se miente mucho mas, porque hay mas que mientan.»

9. No me negarás que es mucho mayor el número de los predicadores que se honran con el nobilísimo, santísimo y venerabilísimo distintivo de *Fray*, que el de los que se reconocen con el título de *Padre* ó con el epíteto de *Don*. Para cada uno de estos hay por lo ménos veinte de aquellos; porque las familias mendicantes no clericales, que todas le usan, y las monacales (que muchas le estilan, otras no), son sin comparacion mas numerosas que todas las religiones de clérigos regulares, donde no se ha introducido. Los que en el clero secular ejercitan el ministerio de predicar, claro está que en el número no pueden compararse con los que ejercen el mismo ministerio en el estado religioso. Pues ahora, aunque en todas las demas profesiones y estados hay sin duda muchísimos Gerundios que predicán mal, no hay ni puede haber tantos como en las otras. ¿Por qué? Porque en ellas son muchísimos mas los que predicán. De manera; que toda la diferencia está en el número, y no en la sustancia. Siendo pues el fin único de esta obra desterrar del púlpito español los intolerables abusos que se han introducido en él, especialmente de un siglo á esta parte, parecia puesto en razon buscar el modelo dónde son mas frecuentes los originales, precisa y únicamente porque es mas copioso el número de los predicadores.

10. Si hubieran de leer este prólogo no mas que hombres discretos, bastaba lo dicho para que sobre este capitulo quedásemos todos en paz; pero como es naturalísimo que le lean tambien otros muchos que no lo sean tanto, es menester decirlos esto mismo de otra manera mas de bulto.

11. Dime tú, Bonísima criatura (ahora hablo por ahí con un labrador de pestorejo, hombre sano y que sabé leer casi de corrida): haz cuenta que para burlarme, y al mismo tiempo para corregir la desordenada pasion al tabaco de los segadores, la inclinacion al vino de los coritos, y la fantástica ventolera de los alojeros, se me antojase escribir la vida de un alojero ideal, de un corito ente de razon, y de un segador imaginario. ¿No era naturalísimo que á mi hombre le liciese, si era segador, gallego; montañés, si era alojero; y si era corito, asturiano? Se estaba cayendo de su peso. ¿Por qué? Porque, aunque es cierto que hay coritos, alojeros y segadores de todos los pueblos y naciones; pero respecto de las tres que he dicho, los de todas las demas es un puñado de gente; y pedia esto la propiedad de la ficcion. Ea pues, aplica el simil, y no me quiebres la cabeza.

12. Otra vez te vuelves á fruncir y me replicas con sobrecejo : ¡Pase el título de *Fray*; pero el nombre de Gerundio, nombre ridiculo, nombre bufon, nombre truanesco! Eso parece que es hacer burla del estado religioso, y con especialidad de aquellos religiosos institutos que hacen tan honrada y tan gloriosa vanidad del epíteto de *Fray*; porque no hay duda que lo burloñ y lo estrafalario del nombre se refunde en el estado.

13. ¡Pecador de mí! ¡Y cómo se conoce que no sabes con quien tratas! Mira : si supiera yo que habia en el mundo quien me excediese en la cordial, en la profunda, en la reverente veneracion que profeso á todas las religiones que hay en la Iglesia de Dios, sin distincion de institutos, de colores ni de vestido; si llegara á entender que habia quien me hiciese ventajas en abominar, en detestar, en hacer el mas soberano desprecio de todos aquellos, sean de la clase que fueren, que toman con vilipendio el religiosísimo nombre de *Fray* en su indigna, en su necia y en su presumida boca; si creyera que alguno pudiese dejarme atras en lastimarme, en compadecerme de aquellos pobres infelices religiosos (hay algunos, por nuestra desdicha, de todos institutos y profesiones) que recíprocamente miran con ménos amor, estimacion y aprecio á los de otras familias, ó porque no convengan en algunas opiniones, ó por otros motivos puramente humanos y mundanales, ajenos de aquel purísimo, nobilísimo y santísimo fin á que todos debieran aspirar en sus operaciones, segun la peculiar y privativa profesion de cada uno : digo que si me persuadiera á que alguno me excedia en algo de esto, me tendria por hombre desgraciado y á quien le habia tocado la triste suerte de nacer entre las heces de los cristianos y aun de los racionales.

14. ¿Te parece en Dios y en conciencia que quien mamó con la leche estos dictámenes, quien debió á Dios la gracia de que se los arraigase mas y mas en el alma una cristiana y honrada educacion, quien se ha confirmado en las mismas máximas con alguna tal cual letura de libros y con una mas que mediana experiencia de mundo : te parece, vuelvo á decir, que un hombre de este carácter pensaria en decir cosa que ni de mil y quinientas leguas pudiese desdorar al sagrado estado religioso? No es verisímil.

15. Ea, vamos serenos. Con efecto, la misma ridiculez del nombre y su misma inverisimilitud resguardan el respeto que se debe al estado, en lugar de ofenderle. Ella misma acredita

que ni ha habido, ni verisimilmente puede haber, tal hombre en tal estado; y no solo desvia el figurado agravio de la profesion, sino de las personas. Fingiéndose una que ni ha existido ni puede existir, solo se da contra los defectos, sin lastimar á los individuos. Si alguno de ellos se hallare comprendido en los que se notan, le aconsejo que calle su pico y tenga paciencia, pues lo mismo hacemos los pobres pecadores cuando desde el púlpito nos cardan la lana.

16. Y ya que te vas suavizando un poquitico, hablemos en confianza. ¿Hay por ventura en el mundo, ni aun en la Iglesia de Dios, estado alguno tan santo, tan serio ni tan elevado, donde no se encuentren algunos individuos ridiculos, exóticos y extravagantes? Las extravagancias y las exotiqueces de los individuos, ¿son por ventura exotiqueces ni extravagancias del estado? Claro está que no. Y si algun satírico ó algun cómico quiere corregirlas haciendo visible y como de bulto su ridiculez, ya en la sátira, ya en el teatro, ¿no se vale siempre de algun nombre tingido y por lo comun estrafalario, para que ni aun la casualidad pueda hacer que recaiga la reprimenda sobre sugeto determinado? No tienes mas que preguntárselo á Horacio, á Juvenal, á Boileau, á Terencio, á Molière y á muchos de nuestros cómicos.

17. Horacio, en cabeza de Tigelio, hombre que no habia *in rerum natura*, corrige mil defectos muy frecuentes en los hombres de todos los estados, clases y condiciones. Juvenal se finge á no sé qué Póntico para dar en él, como en centeno verde, contra los nobles que hacen gran vanidad de su genealogia, y ninguna de imitar las virtudes y las hazañas de sus ilustres progenitores. Boileau, en la supuesta persona del poeta Damon, se burla con gracia de mil monadas que se usan en las cortes, de los raros fenómenos que en ellas se ven, y de los artificios que se estilan. Pero si todavia se te antojare replicarme que estos eran hombres reales y verdaderos, que comian y bebian ni mas ni ménos como comemos y bebemos los cristianos, ni por eso hemos de reñir; que yo en ciertos puntos de erudicion y de critica que importan un comino, soy el hombre mas pacífico del mundo.

18. Pero dime, ¿ha habido hasta ahora en él alguno que se llamase *Tartufa*? Y con todo eso, el bellaco de Molière, en la mas ruidosa de sus comedias, y no sé yo tambien si en la mas útil, debajo de este ridiculo nombre, da una carga cerrada á los hipócritas de todas profesiones, que los pone tamañitos. Y cierto que se le dará mucho de eso á San Francisco de Sales ni á todos los que son verdaderamente virtuosos. ¿Has conocido alguno que en la pila del bautismo le pusiesen el nombre de *Trisotin*? Pues á la sombra de él sacude valientemente el polvo el referido autor, en la bella comedia de las *Mujeres sabias*, á todos los preciados de ingenios por cuatro equivoquillos de cajon y media docena de dichicos sin sustancia con que espolvorean las conversaciones, acechando la mas remota y muchas veces las mas importuna ocasion para encajarlos. ¿Y qué cuidado le dará del tal Trisotin á Don Francisco de Quevedo ni á los demas ingenios verdaderos? ¿Sabes que se haya paseado por esas calles algun marques *Mascarilla* ó algun vizconde de *Jodelet*? Pues á Molière se le antojó despachar esos dos títulos, perdonándoles las lanzas y las medias-anatas, á dos bufones, lacayos de dos marqueses verdaderos, para hacer una sangrienta, pero bien merecida, mofa de las *Preciosas ridiculas*. Y en verdad que no tengo noticia de que por eso hayan perdido hasta ahora el sueño, ni el marques de Astorga, ni el vizconde de Zolima. Finalmente, ¿no me dirás en qué pila de Segovia está bautizado el *Gran Tacaño*? Y sin embargo, no he oido quejarse á ninguno de los originales que representa esta copia, de que fuese denigrativa de su estado ó profesion. Quedemos pues de acuerdo en que Fray Gerundio á ningun estado ofende; y si perjudicare á alguno, seguramente no será por la regla que profesa, sino por los disparates que dice. Corrijalos, y serémos grandísimos amigos.

19. ¿Quieres acabar de persuadirte á esta verdad? ¿Quieres confesar, aunque te pese, que en esta obra no se ha podido proceder con mayor miramiento ni con mayor circunspeccion para guardar el decoro y el respeto que por todos títulos se debe á las sagradas familias? Pues haz no mas que las reflexiones siguientes: 1.^a Con grande estudio se escogió el epíteto mas genérico y mas universal entre ellas, para que á ninguna determinadamente se pudiese aplicar con razon el individuo ideal de nuestra historia. 2.^a El mismo cuidado se puso en evitar escrupulosamente cuantas señas particulares podian convenir á unas mas que á otras, entre aquellas que se honran y se distinguen con el epíteto mas comun; y aunque es cierto que en esta ó en aquella pintura ó descriptcion hay tal cual rasgo que no se puede adaptar á algunas, son realmente muy pocas, respecto de las muchas á que son adaptables los retratos indiferentemente. 3.^a y principalísima. Nota bien que casi siempre que Fray Gerundio ó cualquiera otro religioso desbarra en algun sermon, plática, máxima ó cosa tal, se le pone inmediatamente al lado otro sugeto del mismo paño, lana ó estameña, que le corrija, que le reprenda, que le enseñe. Obsérvalo en Fray Blas con el padre Ex-Provincial, y en Fray Gerundio con el maestro Prudencio, sin hablar ahora del provincial que con tanta solidez deshizo los disparates del lego cuando este habló con tan poca reflexion al niño Gerundio. ¿Esto qué quiere decir? Que si en el estado religioso se encuentra algun botarate, cosa que no es imposible, apénas se hallará tampoco, ni digo religion, sino casa ó comunidad, tan reducida, donde no haya otros hombres verdaderamente sabios, doctos, ejemplares y prudentes, que lloren los des-

aciertos y que clamen contra ellos. Digo, ¿no es esto venerar las religiones y volver por su decoro?

20. Aun á los individuos particulares cuyas obras públicas se desaprueban, se les guarda este respeto, siendo así que los que dan á luz sus *producciones* (es terminillo de moda), ya las hacen *juris publici*, las sujetan al examen y á la censura de todos, y cada pobrete puede decir con libertad lo que siente, dentro de los términos de la religion, de la urbanidad y de la modestia. Como no se toque á la persona del autor en el pelo de la ropa, que esto no es lícito sino cuando se trata de defender la religion, por el parentesco que esta tiene con las costumbres; por lo que toca á la obra, cada uno puede repelarla, si hay motivo para ello, citándola con sus pelos y señales, y llamando á juicio al padre que la engendró, con su nombre y apellido, dictados, campanillas y cascabeles. En medio de esta facultad, que tienen todos por tácita concesion de los autores, en nuestra historia se observa una circunspeccion exquisita para que ninguno se dé justamente por ofendido. Censúranse en ella muchos sermones y no sermones, de regulares y de no regulares, segun las ocasiones que salen al encuentro; pero á ningún autor se nombra. Pónese el título del sermon, de la obra ó de lo que fuere: dicese á lo mas, ó se apunta, la profesion genérica del autor; pero en llegando al instituto particular que profesa, y especialmente á su nombre, chiton, altísimo silencio. De manera que solamente los que hubieren leído las obras, y tuvieren presente sus autores, podrán saber sobre quién recae la conversacion; los demas se quedarán en ayunas, y á lo sumo sabrán que un tal escribió otro tal ó predicó otro cual, que no era para escribirse ni para predicarse. No cabe mayor precaucion.

21. Solo á uno se exceptúa de esta regla general. Este es el Barbadiño, á quien se le quita el sagrado disfraz de que indignamente se vistió; se le arrancan las barbas postizas que se pegó, como vejete de entremés; y se le hace salir al público con su cara lampiña natural, ó á lo ménos barbi-hecha; con su peluquin blondo y redondo, ú ovalado por lo ménos; con su cuelli-valona almidonada, y de azul á la italiana; con su muceta de martas, terciada hácia la izquierda, á lo arcediano majo; con su cruz caballeral bien hendida de astas, que no hay mas que pedir; con su roquete á puntas delicadas, que le podia traer un padre santo de Roma; con su bonetico cuadrado y mocho arrimado al pecho, y sostenido con los dos dedos de la mano derecha tan pulidamente, que no parece sino que el hombre toma bonete como otros toman tabaco; con su librote de á marca empinado en la mesa y asido con la mano izquierda por la parte superior, que en cualquiera honrado facistol podria parecer con decencia; y finalmente, con su tinteron en figura de brocal de pozo, y en medio una pluma torcida que remata en rabo de zorra por la mano zurda del penacho. Este es el retrato del señor pseudo-capuchino, que tengo en mi estudio para divertirme con él cuando me da la gana.

22. A este solo *signor abate* se le señala con el dedo, sacándole á lucir con todos sus dictados, bien que todavia se le perdona el nombre y el apellido, aunque se sabe muy bien cómo es su gracia y la pila en que se bautizó. Para esta excepcion de nuestra regla general, hubo buenas y legítimas razones. ¿Por qué se habia de perdonar á un hombre que á ninguno perdona? Por qué se habia de tener algun respeto á quien no le tiene á los mismos santos padres, doctores y lumbreras de la Iglesia? Por qué se habia de llevar la mano blanda con quien la lleva tan bronca y tan pesada con los maestros y príncipes de casi todas las facultades? ¿Quién habia de tener paciencia para halagar, acariciar y quitar el sombrero con mucha cortesía al que no sabe tratar con ella sino á los Ensiskmildes, á los Scheuchzeros, á los Braudrandos, á los Stranchios, á los Beveregios, á los Krancios y á otros autores *ejusdem farinae*, pasándose con la gorra calada delante de los hombres de mayor veneracion, que todos respetamos? Al reverendísimo, eruditísimo, sabio y discreto maestro y señor Feyjoó le trata como pudiera á un monaguillo. Y es la gracia que en aquellos puntos, en que convienen los dos, no se vale el Barbadiño de otras razones que las que trae el maestro Feyjoó, sin mas diferencia que esforzarlas este con hermosura, con nervio, con eficacia y con modestia, y dejarlas caer aquel al desgaire, á lo farfanton, desdeñoso y despreciativo.

23. Finalmente, ¿seria bueno que yo me anduviese ahora en ceremonias ni en cortesanas con un hombre que á todos los españoles nos trata de bárbaros y de ignorantes, pues hasta que él vino al mundo no sabíamos ni gramática, ni lógica, ni física, ni teología, ni jurisprudencia, ni cánones, ni medicina; y lo que es mas, no sabíamos ni aun leer y escribir, ni aun las mismas mujeres sabian hilar, hasta que por caridad tomó de su cargo instruirnos á todos este *enciclopedia*, como él se llama, ó este corrector universal de todo el género humano, como le llamo yo? Perdóname, lector mio; que no te puedo servir en esto. Vinoseme á la pluma con ocasion oportuna ó importuna; que de eso no dispueto ahora: presentóseme con viveza á la imaginacion el honor de la nacion española y portuguesa, á las cuales igualmente aja, pisa, atropella y aniquila: irritóme el entono, el orgullo y el desprecio con que trata á tanta gente honrada: fastidióme la intolerable satisfaccion y despotiquez con que trinchaba, corta, raja, pronuncia, sentencia, define y vomita oráculos *ex tripode*; y no pudiéndome contener, esgrimi la *maquera*, y allá van provisionalmente esos cuantos espaldarazos, reservándome el derecho

de meterle la daga tinteral hasta la guarnicion, si alguna vez se me antoja tomar este asunto de propósito; porque, créeme, el hombre necesita de cura radical.

24. Quiza me dirás que eso absolutamente no te parece mal, pero que desearias que hubiese venido mas á cuento; porque no parece sino que muy expofesamente (úsase mucho este adverbio en esta tierra) le fui á sacar de alguno de los jardines de Roma, donde estaria el pobre divertido oyendo alguna buena serenata, solo, y precisamente para cantarle otras areas que no le sonasen tan bien; que si él se hubiese venido por su pié, adelante; pero que traerle yo arrastrando por los cabellos ó por las barbas, sobre ser mucha violencia, parece mala crianza; amen de que no se hace verisimil que una obra tan culta, tan exquisita y tan rara (pues aun anda á sombra de tejado) como el *Método* del Barbadiño, se hallase en la celda de un jóven tan simple, tan estafalario y de tan mal gusto como se pinta á Fray Gerundio. Y aqui te espiritará de critico, diciéndome que toda inverisimilitud en este género de obras es un pecadazo de á folio y de aquellos que no se perdonan en este siglo ni en el futuro.

25. ¡Ahora te me andas con esos melindres! Mira, yo soy hombre sincero, y aunque sea contra mí, te he de confesar la verdad. Es cierto que desde que lei el tal dichoso *Método* (el cual, y quede esto dicho de paso, tiene tanto de método como el *Método de curar los sabañones*, que compuso el otro barbero ó cirujano latino de que se hace mencion en esta obra. Ya va largo el paréntesis; cerrémosle): es cierto que desde que lei el tal dichoso *Método*, tuve un lipo-metódico de zurrarle bien la badana, que no me podia remediar. Es igualmente cierto que dentro de la misma historia de nuestro Fray Gerundio; pude discurrir, buscar y disponer otro método mejor y mas natural para zurrársela; pero dime, ¿estoy yo por ventura obligado á seguir siempre lo mejor? ¿Parécete que quien está reventando por vomitar, tendrá flemma para andar escogiendo entre rincones y para buscar aquel donde se exonere con mas limpieza ó con ménos incomodidad? ¿Sería bueno que por tu delicadeza reformase yo ahora quince ó veinte hojas de mi trabajadísima ó trabajosísima historia, solo por zurrar al Señor Barbi-Castron mas metódicamente, mas en solfa y mas á compas? Anda, hombre; que no sabes lo mucho que esto cuesta á un pobre autor, y mas si es tan poltron como yo. Pero si, no obstante, te emberrinchas en que el baqueteo está fuera de su lugar, compongámonos, que yo no quiero pependencias. Desde luego me comprometo en el juicio de aquel alcalde á quien se fué á quejar una mujer de que su marido le habia vareado muy bien las costillas lo mas importunamente del mundo. «Declaro, dijo el juez, que los palos fuéron nulos; y se le aperebe al marido que otra vez los dé con motivo, en tiempo y en sazón.»

26. A lo otro que decias, de que no es verisimil que un hombre como Fray Gerundio tuviese en su poder una obra como el *Método*, y que la inverisimilitud es un crimen *laesae proprietatis*, detestable, irremisible, imperdonable, en este género de escritos, te digo que me hubieras puesto tamañito con esa decision canónica; porque al fin, aunque pecador y miserable, soy timorato y un tantico escrupuloso, si no tuviera el testimonio de mi buena conciencia. En cuanto á lo primero, yo no sé, para aqui y para delante de Dios, qué impedimento dirimente podia haber en el pobre Fray Gerundio para que no pudiese tener en su celda el *Método* del Barbadiño, ni mas ni ménos como podia tener las *Coplas de Calafinos*, el *Romance de los Siete Infantes de Lara* y la *Historia de los Doce Pares*. Si porque es libro de contrabando, ántes por lo mismo debia de parar en él mas que en otro, pues ya se sabe que los contrabandos se guardan donde ménos se sospecha. Si por ser culto y exquisito, ciertamente que las cartas del metodista no son ni tan cultas como las del célebre Monsieur de Peiresec, ni tan exquísitas como las del cardenal Antonio Perrenot, por otro nombre el cardenal Granvela, ni tan misteriosas y tan apetecidas como las de Antonio Perez; y con todo eso sé yo que muchas de las primeras pararon primero en las mochilas, y despues en los fusiles, de algunos soldados salteadores que, juzgando ser otra cosa, se las hurtaron á un caballero de Leyden; gran porcion de las segundas fué redimida del cautiverio de las boticas y de las especerías, y el tomo de las terceras se rescató de una taberna de la Maragateria, donde servia de cobertera á un pichel. Si no sabes qué es *pichel*, pregúntaselo á cualquiera maragato; que yo no quiero decírtelo porque no sepas tanto como yo. Así que, no solamente es verdad que «donde ménos se piensa salta la liebre», sino que tambien salta el libro donde ménos se imagina.

27. Pero al fin, permitámste de gracia que tenga alguna pequeña inverisimilitud el lance. ¿Es posible que has de ser tan inexorable conmigo, al mismo tiempo que callas y te muestras tan condescendiente con otros? ¿Parécete mas verisimil que Sigismundo en la comedia de *Alcázar del secreto*, por el grande Don Antonio de Solis, se arrojase al mar en las costas de Epiro, y llegase á las de Chipre embarcado ó sostenido solo de su escudo, sino que este fuese de corcho y Sigismundo de papel? ¿Parécete mas verisimiles los oráculos que á cada paso interrumpen á nuestros representantes adivinando lo que ellos iban á decir para que el suceso parezca misterioso? ¿Parécete mas verisimiles aquellas voces que salen de la música tan á tiempo, que se adelantan á decir cantado aquello mismo que el cómico iba á pronunciar representado? ¿Parécete mas verisimiles aquellos versos, pensamientos y conceptos en que prorumpen dos representantes que á un mismo tiempo salen por diferentes puertas y sin verse ni oirse, lo

mismísimo que dice el uno dice el otro, sin mas diferencia que la material de las voces? En fin, si quieres una carga de estas inverisimilitudes, no tienes mas que acudir á la insigne *Poética* de Don Ignacio de Luzan, y allí encontrarás tantas, que no podrás con ellas.

28. Y no te parezca por Dios que solos nuestros españoles son reos de lesa verisimilitud en sus composiciones cómicas y no cómicas. Ahí tienes entre los franceses á Molière, á Racine, y todavía, como dicen, chorreando tinta, á Monsieur de Boissy en su celebrada comedia *Les dehors trompeurs, ou L'homme du jour*; no tienes mas que leer esta y casi todas las de los otros dos, y encontrarás á cada paso tantos lances inverisimiles, que te liagas cruces, pareciéndote, y con razon, que muchos de aquellos sucesos solamente pudieron acontecer por arte de encantamiento. Y porque no me digas que el primero lo conoció así, pero que de propósito no lo quiso emendar, burlándose con mucha sal de las escrupulosas reglas á que se quiere estrechar la composicion cómica, y sentando por principio universal que la suprema y aun la única regla de todas era el arte de agradar al público, te presentaré, si me aprietas demasiado, al mismo mismísimo Cornelio, al soberano Cornelio, reconocido generalmente de todos, franceses y no franceses, por el grande reformador del teatro, y por el genio mas elevado de su siglo y de otros muchos, para pulir hasta la última perfeccion cualquiera pieza dramática. No obstante, ya sabrás (y si no sábelo ahora) que contra este corifeo de la tragedia llovieron tantos escritos de sus mismos nacionales, ya fuese por enulacion ó ya por otro motivo, que le hubieran sofocado, si el mérito no fuese como el aceite, que al cabo nada sobre todo. Y aunque él se purgó plenamente de los otros defectillos que le suponian ó le exageraban sus émulos y acusadores, en el capítulo de la inverisimilitud que oponian á muchos pasos de sus tragedias, agachó un si es no es la cabeza, y solo recurrió á los ejemplares de Séneca, Terencio, Plauto y otros padres maestros del teatro antiguo, que alguna vez se descuidaron en esto, y con cuatro gotas de agua lustral, exorcizada por algun sacerdote de Apolo segun el rito poético, se juzgaban purificados de esta venialidad. Por tanto, lector mio (mira el cariño y la cortesía con que te hablo), suplicote con el sombrero en la mano que no quieras mostrarte tan severo conmigo sobre estas menudencias, melindres y delicadezas.

29. Otra cosa será si te me pones un poco serio, ceñudo y entonado sobre el asunto sustancial de la obra. Confieso que solo en imaginarte en esa figura de Minos y Radamanto, estoy ya tamaño; porque una cosa es que yo sea algo desembarazado de genio, y otra que no sea hombre pusilánime y meticuloso. ¿Qué sé yo si, mirándome con semblante torvo, feroz y truculento, y jurándomelas por la laguna Estigia, te dispones á reñir, á reprender, á detestar, á anatematizar mi atrevimiento, hablándome en esta ponderosa y gravi-sonante sustancia?

30. Bien está, mal clérigo, clérigo insensato, atrevido y nada considerado. Supongamos que el púlpito esté en España y tambien en otras partes tan estragado y tan corrompido como da á entender esta maldita obra, perniciosa, detestable, abominable. Supongamos que en nuestra nacion, y tambien en otras, haya muchos predicadores Gerundios, indignos de ejercitar tan sagrado ministerio. Demos caso que esta corrupcion, esta epidemia, esta peste (llámala así, si te pareciere) pidiese el mas pronto, el mas ejecutivo remedio. Dime, infeliz, ¿podia ofrecerse asunto mas serio ni mas grave para que le tratase una pluma docta, majestuosa, enérgica y vehemente? ¿Habia materia mas digna de manejarse con la mayor gravedad, con el mayor nervio, con un torrente arrebatado de razones y de autoridades, y con otro torrente de lágrimas no ménos rápido y copioso en el celoso escritor? ¿Y una materia como esta era para tratada como la tratas tú, sacerdote indigno! ¿Hay en el mundo licencia ni autoridad para juntar las cosas mas serias con las mas burlescas, las mas graves con las mas bufonas, las mas importantes con las mas chocarrerías? No la hay, no la hay, te clama un gentil juicioso, para llenarte de confusion y de vergüenza, si fueras capaz de tenerla. Es cosa ridícula, es cosa risible; y yo añado que en la materia presente es cosa execrable, que casi casi se roza con sacrilega, juntar chulletas y chocarrerías con atrocidades, serpientes con palomas, y tigres con corderos. Es vulgar el texto, mas no por eso es ménos verdadero:

*Sed non ut placidis coëant immitia, non ut
Serpentes avibus geminantur, tigribus agni.*

31. ¡Roma ardiendo, y Neron cantando! No pudo llegar á mas la fiereza de aquel monstruo, aborto de la naturaleza humana. Tú le imitas, pues te pones á cantar cuando arde Troya y supones que se abrasa tu nacion. ¡Bello modo de atajar el fuego! ¡Echar mano de la flauta y ponerte á tocar una gaita gallega!

32. Desde que se predicó en el mundo el Evangelio, hubo predicadores que abusaron de este oficio; y desde que hubo malos predicadores, hubo hombres celosos que declamaron contra ellos. Pero ¡con qué seriedad, con qué peso, con qué vehemencia! Este era un lugar muy oportuno para ir discuriendo de siglo en siglo hasta el nuestro por todos los padres, doctores y autores de la santa Iglesia, que levantaron el grito y manejaron la pluma contra los que en su tiempo corrompian la palabra de Dios y profanaban el Evangelio. Habiendo sido este indisputablemente el verdadero origen de todos los errores, herejías y cisma que han

aflicto en todas las edades á nuestra Santísima Madre, manchándola, ajándola y despedazándola su túnica inconsútil, como expresamente lo dice y lo llora San Agustín en el segundo libro de la *Doctrina cristiana: Corruptio verbi Dei, viscera Ecclesiae dirumpit, et tunicam dilacerat*. Discurre tú cuánto habrán declamado los padres, los doctores y los concilios contra estos corruptores y profanadores de la Sagrada Escritura en la misma cátedra de la verdad, trono especial del Espíritu Santo, que solo debe presidir, inspirar, encender, mover y hacer hablar en él. Fácil cosa me sería ponerte á la vista un largo catálogo de las vehementes invectivas que se han hecho contra esta profanísima profanidad en todos los siglos de la Iglesia, comenzando por el apóstol San Pablo y acabando en los autores mas famosos del siglo pasado y del presente. Pero ¿cuánto crecería este tu prólogo? Cuánto te detendría en esta conversacion? Ni tú con la pluma, ni tus simples lectores con su necia curiosidad, llegarais en un año á tu perniciosa historia.

53. Conténtome pues solo con apuntártelo, y con preguntarte si tienes noticia de que alguno de los santos padres, doctores y escritores sagrados hayan seguido el diabólico rumbo, que tú sigues, para corregir á los malos predicadores; si has encontrado con alguno que se vistiese el boton gordo, con la caperuza y saco de bobo, y el látigo de vejigas en la mano, que es el uniforme de los satíricos, para desterrar del mundo esta epidemia. Razones, textos, decisiones, cánones conciliares, constituciones apostólicas, edictos de santísimos y celosísimos prelados, censuras fulminadas, ayes, lamentaciones, lágrimas, súplicas, exclamaciones, amenazas, eso sí; de esto hallarás mucho, muchísimo, infinito, y todo muy escogido, en innumerables escritores que, ya de propósito, ya por incidencia, tratan este gravísimo punto. ¡Pero chufletas, pero bufonadas, pero chocarrerías! ¿Dónde, dónde las has visto empleadas en esta materia, párroco atrevido y mal aconsejado? Voy, voy á dar contigo en todos los tribunales de la tierra para que te castiguen, para que te confundan, para que te aniquilen, y para que hagan en tí un ejemplar que sirva de escarmiento á los siglos venideros.

54. *Mansuescat te Deus Pater, mansuescat te Deus Filius, et reliqua*. De muy mal humor te levantaste esta mañana, severísimo lector de mi alma, y no tengo yo la culpa de que hubieses pasado mala noche por las indigestiones y crudezas de la cena. Yo cené poco, lo digerí presto, dormí bien, y estoy como una lechuga. Por tanto, óyeme serenamente si gustares, y si no, tapa los ojos, que son las orejas por donde se oye á los autores.

55. Todo cuanto dices es así, y no hubieras perdido nada por habérmelo dicho con mayor templanza y con un poco mas de urbanidad, siquiera por esta coronaza que me abre de cuando en cuando mi barbero, molde de vaciar Sanchos Panzas. ¡Si tú le vieras! ¡Oh, si tú le vieras! Basta decirte que sus navajas no rapan tanto como sus dedos aferrados en piel de lija, y por yemas cabezas de cardo silvestre, aunque por otra parte no hay hombre mas bueno en todo Campos. Pero esta digresion no viene al caso; y si no sirve para cortarte la cólera, por lo demas es un grande dispropósito. Volvamos pues á nuestro asunto. Digo pues que tienes muchísima razon; que todos los que han tratado el asunto que yo trato, ó ya adredemente, ó ya porque les salió al camino, le trataron con la mayor gravedad, peso, circunspeccion, vehemencia y seriedad. Solo un tal Erasmo de Rotterdam, cuyo nombre huele mejor á los humanistas que á los teólogos, en un libro latino que intituló *El elogio de la locura*, dijo mil gracias contra los malos predicadores de su tiempo; pero como su idea principal era hacer ridiculas con esta ocasion á las sagradas religiones que entónces florecian, burlándose ya de sus trajes, ya de sus ceremonias, ya de sus usos, ya de sus costumbres, confundiendo inicua y perversamente el todo con la parte, el uso con el abuso, y la vida ejemplar de millares de individuos con la ménos ajustada de un puñado de defectuosos, el tal *Elogio de la locura* corrió poca fortuna, y solo la tuvo, y aun la tiene el día de hoy, con los que por interesados merecen ser comprendidos en el referido *Elogio*. Fuera de este Señor Desiderio Erasmo (que era su verdadero nombre y apellido), monaguillo, monje, ex-monje, clérigo secular, rector, consejero, todo y nada; fuera de este perillan y otro autor modernísimo, venerando y muy circunstanciado, todos los demas trataron el punto que yo trato, con toda la gravedad que vuestra merced pondera, y aun no la pondera mucho, señor lector y circunspectísimo dueño mío.

56. Pero y bien, ¿qué fruto sacaron todos esos gravísimos autores de sus truenos, relámpagos y rayos? ¿Atemorizaron á los malos predicadores? ¿Obligáronlos á abandonar el campo y á retirarse á sus celdas, aposentos, cuartos ó casas, á lo ménos miéntras pasaba la tempestad, para estar á cubierto de ella? ¿Corrigiéronse los insufribles desórdenes del púlpito en España, Portugal, Francia, Italia, Alemania y todo el mundo? Si eso fuera así, no hubieran llovido escritos contra esta lamentable corrupcion en estos dos últimos siglos. Ni Claudio Aquaviva y Juan Paulo Oliva, generales ambos de la Compañía, hubieran arrancado ayes tan profundos de lo mas íntimo de su corazon, lastimándose de ella: aquel en una gravísima instruccion, y este en una sentidísima y discretísima carta. Ni el elegante Nicolás Causino hubiera gastado tanto calor intelectual, oratorio y crítico, en su vastísima obra de la *Elocuencia sagrada*. Ni Don Cristóbal Soteri, abad de Santa Cruz, en los estados de Venecia (si no estoy equivocando), hubiera dado á luz aquel libro de oro, *Rudimenta oratoris christiani*, que á instancias

suas y para su particular instruccion escribió cierto religioso docto, grave y erudito. Ni Antonio de Vieira, en su famoso sermón de la Sexagésima, sobre el evangelio de *Exiit qui seminat seminare semen suum*, hubiera declamado con tanto ardor contra muchos predicadores que en su tiempo infestaban las almas y los oídos. Ni el célebre señor arzobispo de Cambray, Francisco de Salignac de la Mota Fenelon, se hubiera fatigado en componer sus admirables *Diálogos sobre la elocuencia en general y sobre la elocuencia del púlpito en particular*, en los cuales no solo no perdona los que todo hombre de mediano entendimiento califica de disparates y despropósitos, sino que critiquiza sin piedad algunos sermones que á primera vista parecerian á muchos, modelos de ingenio, de juicio y de elocuencia. Ni el Padre Blas Gisbert hubiera dado á luz su estimado libro, *Elocuencia cristiana en la especulativa y en la práctica*, que corre con tanta aceptación en las naciones, y en el cual descarga mortales golpes sobre todas las especies de malos predicadores. Y nota para tu consuelo y para el nuestro, que todos los autores que he citado, á excepcion de uno, son extranjeros: todos declaman contra la corrupcion del púlpito en sus respectivos pueblos, no en los extraños. De donde inferirás que este pernicioso mal no es privativo de los españoles y de los portugueses, como quieren muchos, la mitad por ignorancia y la otra mitad por emulacion.

57. Y despues de todos estos escritos enérjicos, convincentes, graves, serios y majestuosos, ¿qué hemos sacado en limpio? Nada, ó casi nada: los pseudo-predicadores *vont leur train*, como dicen nuestros vecinos, ó prosiguen su camino, como debemos decir nosotros; el mal cunde, la peste se dilata, y el estrago es cada dia mayor. Pues ahora dime, lector avinagrado (que ya me canso de tratarte con tanta urbanidad), si la experiencia de todos los siglos ha acreditado que no alcanzan estos remedios narcóticos, emolientes y dulcificantes, ¿no pide la razon y la caridad que tentemos á ver cómo prueban los acres y los corrosivos? ¿Quieres introducir en la medicina intelectual, para curar las dolencias del espíritu (¡y tal dolencia como la que tenemos entre manos!), aquel bárbaro aforismo, á quien con tanta razon trata de *aforismo exterminador* el mas famoso de nuestros modernos críticos: *Omnia secundum rationem facienti, si non succedat secundum rationem, non est transeundum ad aliud, suppetente quod ab initio probaveris*? El médico que cura fundado en razon, aunque el suceso no corresponda y aunque le sea contraria la experiencia, prosiga adelante, no mude de remedios; y si se le murieren los enfermos, que los entierren, *et fidelium animae per misericordiam Dei requiescant in pace*. ¿Párecete justo que en una materia de tanta importancia me acomode yo con tan bárbara doctrina? Vete á pasear; que no te puedo servir.

58. Antes quiero probar fortuna, y ver si soy en este asunto tan feliz como lo han sido muchos autores honrados en otros diferentes, persuadidos á la verdadera máxima de Horacio, de que

*Ridiculum acri
Fortius plerumque, et melius magnas secat res;*

esto es, que muchas veces, ó las mas, ha sido mas poderoso para corregir las costumbres el medio festivo y chufleteiro de hacerlas ridiculas, que el entonado y grave de convencerlas disonantes: echaron por este camino, y lograron su intento con felicidad; y por lo mismo dice un sabio académico de Paris: «Hizo Molière mas fruto en Francia con sus *Preciosas ridiculas*, con su *Tartufa*, con su *Paisano caballero*, con su *Escuela de los maridos y de las mujeres*, y con su *Enfermo imaginario*, que cuantos libros se escribieron y cuantas declamaciones se gritaron contra los vicios, ya morales, ya intelectuales y ya políticos, que se satirizaban en estas graciosas comedias.» Todas las tropas unidas de los mayores y de los mejores filósofos modernos, contra los ingeniosos y específicos sueños de Renato Descartes, no le licieron perder tanto terreno, como el graciosísimo, discretísimo é ingeniosísimo *Viaje al mundo, de Descartes*, escrito en frances por el Padre Gabriel Daniel, y harto bien traducido en castellano. ¿Qué nos cansamos? Hasta que Miguel de Cervántes salió con su incomparable *Historia de Don Quijote de la Mancha*, no se desterró de España el extravagante gusto á historias y aventuras romanescas, que embaucaban inutilísimamente á innumerables lectores, quitándoles el tiempo y el gusto para leer otros libros que los instruyesen, por mas que las mejores plumas habian gritado contra esta rústica y grosera inclinacion, hasta enronquecerse. Pues ¿por qué no podré esperar yo que sea tan dichosa la *Historia de Fray Gerundio de Campazas*, como lo fué la de *Don Quijote de la Mancha*, y mas siendo la materia de orden tan superior, y los inconvenientes que se pretenden desterrar, de tanto mayor bulto, gravedad y peso?

59. Y ves aquí, lector mio (ahora vuelvo á acariarte y á pasarte la mano por el cerro), que con esto queda servido el autor duende de cierto recientísimo papel que anda por ahí de tapadillo, á título de que se imprimió *in partibus*; y es su gracia: *La sabiduría y la locura en el púlpito de las monjas*. Hácia el fin del prólogo (que casi es tan pesado como este), refiere el autor, como de oídas, que un obispo de Francia, viendo inutilizadas las prohibiciones de cincuenta ó sesenta predicadores que deshonraban en el púlpito el ministerio de la palabra de Dios, creyó que debia probar si seria mas útil ridiculizarlos, que emplear la autoridad severa. «Compuso, dicen, un sermón lleno de conceptos, del que nuestros predicadores del número

se holgarian ser los autores. El texto que puso fué : *Sicut unguentum quod descendit à capite in barbam, barbam Aaron*. Luego que pareció este sermón, y al día siguiente, no tenía el librero un ejemplar. Mas de cuarenta reimpressiones que se han hecho de él, han tenido el mismo despacho. Pero lo mejor que tiene es, que ha desterrado del púlpito los conceptos; y si por descuido á algún orador se le desliza alguno, basta para que le digan que ha predicado en el gusto de *sicut unguentum...* Este medio me parece el mas eficaz y el mas pronto.

40. Tiene vuestra reverendísima muchísima razón, reverendo padre mio (hablo con el autor de este papel, á quien conozco como á los dedos de las manos, y sé muy bien que tiene tanto de español como yo de frances, por mas que quiera honrarnos con hacerse nuestro nacional, honor que le estimamos, sin envidiarle demasiado) : digo que vuestra reverendísima tiene en esto tanta razón, como en el religioso celo con que tomó la pluma para corregirnos; no ménos en los dos disparatadísimos sermones de autores españoles, que coteja con otros dos, verdaderamente sólidos y buenos, de un célebre autor frances, que en la primera parte de su prólogo, pues aunque esté tomada de lugares comunes y se componga de reflexiones trivialísimas, al fin ellas son muy verdaderas y nada pierden por manoseadas.

41. Así la tuviera vuestra reverendísima en la poquisima merced que nos hace á todos los españoles en general, y en lo mucho que ofende en particular al respetable gremio de los predicadores del Rey, singularizando entre ellos á los predicadores del número. Es un gusto ver cómo desde la página 26 comienza vuestra reverendísima á esgrimir tajos y reverses contra todos nuestros predicadores, á diestro y á siniestro, en monton, indefinidamente, y caiga quien cayere. «Há un siglo (dice vuestra reverendísima) que nos faltan los predicadores. En vez de predicadores tenemos rábulas, charlatanes, papagayos, delirantes, vocingleros.» Esto sí que es ser hombre denodado, acometer valerosamente al *todo*, y no andarse ahora en escaramuzas con partidas y destacamentos. La pequeña guerra es buena para generales raposas, tretillas y pusilánimes : los Alejandros de la pluma van á atacar al enemigo cara á cara y donde está el grueso del ejército. No hay que cansarse : los Barcias, los Castejones, los Bermudez, los Gallos y otra larguísima lista de vivos y sanos que podia añadir, «son unos rábulas, unos charlatanes, unos papagayos, delirantes y vocingleros,» y pueden aprender otro oficio; porque al fin «há un siglo que nos faltan los predicadores».

42. «No hay que admirarnos, pues (prosigue vuestra reverendísima en la página 27 y 28 de su discreto, urbano y caritativo prólogo), de que entre nosotros no haya predicadores que hagan conversiones; porque no los hay que formen el proyecto de hacerlas; y aun ellos se admirarian si vieran que alguno se convertia; porque nunca pensaron en intentarlo.» Acabáramos con ello; y viva vuestra reverendísima mil años, porque nos abre los ojos que hasta aquí teníamos todos lastimosamente cerrados, ó por lo ménos cubiertos de cataratas. Pensábamos nosotros que dentro de nuestro siglo, y en nuestros mismos dias, los infatigables Gareeses, los austerísimos y celosísimos Hernandeces (dominicanos), los apostólicos Dutaris y Calatayudes (jesuitas), los ilustrísimos Goiris y los Señores Aldaos, Gonzaleces y Michelenas (del clero secular), habian hecho y estaban haciendo muchas y muy portentosas conversiones. Imaginábamos que este era el «único proyecto que se formaban» en las continuas exensriones apostólicas con que corren incansablemente, unos por todo el reino de España, y otros por determinados reinos y provincias de la Monarquía. Creíamos que los imitaban en lo mismo otros innumerables misioneros, no de tanto nombre, pero de no inferior celo y espíritu, que andan casi perpetuamente santificando, ya estos, ya aquellos pueblos de nuestra península. A lo ménos teníamos el consuelo de pensar que el número sin número de los predicadores evangélicos que en tiempo de cuaresma declaran sangrienta guerra á la ignorancia y al vicio, yéndolos á atacar dentro de sus mismas trincheras, «ni formaban otro proyecto, ni tenían otro intento» que el de la conversion de las almas, y que, «léjos de admirarse ellos mismos si convirtiesen alguna,» se admirarian con mas razón si no convirtiesen muchas, pues aunque entre estos últimos, por nuestra desgracia, hayga algunos, ó sean tambien muchos, que, ó no se propongan este fin, ó no acierten con los medios, no se puede negar que los mas, ni tienen otro intento, ni se pueden valer de medios mas oportunos, atento el genio de la Nacion y circunstancias del auditorio. Esto creíamos nosotros; pero gracias á vuestra reverendísima, que «nos quita la ilusion» (¡bella frase para el castellano que gasta vuestra reverendísima!), ni los primeros ni los segundos ni los terceros han «formado ese proyecto ni nunca pensaron en intentarlo; porque entre nosotros no hay predicadores que hagan conversiones ni piensen nunca en hacerlas». Vamos claros : ¿en qué medallon del emperador Caracalla estaba distraido vuestra reverendísima cuando estampó una proposicion tan escandalosa y tan injuriosa á toda nuestra nacion? Pero lo mas gracioso, y acaso sin ejemplo, es el ser mendigada, no solo la sentencia, sino es la frase y casi todo el prólogo del libro que escribió en el idioma del autor, intitulado *Verdadero método de predicar segun el espíritu del Evangelio*, el ilustrísimo Señor Luis Abelly, obispo de Ródas; y porque se haga creíble tamaña galantería, doy la cata : «No debe pues causar admiracion haya tan pocos predicadores que conviertan, habiendo tan pocos que formen tan importante designio; ántes bien hay muchos que justamente se admiraran, y mucho (como

dice un buen espíritu), si se les mostrase alguno que se hubiese convertido por sus sermones, pues ellos nunca pensaron en tal cosa.» Hállase á la letra al capítulo 7, página 28, de la traducción publicada en Madrid por el padre maestro Medrano, dominicano, año de 1724. No para aquí lo mas fino de la supercheria; sino es que, así por algunos pasajes que claramente hablan con los franceses en particular, como por ser el autor frances, se reconoce ser dirigida la obra y la referida sentencia á ellos y á sus malos predicadores; y su reverendísima la rebota con un candor que edifica, en invectiva contra los nuestros y apologia por los suyos. ¿Cabe mas valentia? Cabe plagio mas descarado ni mas ratero?

43. Pero ya parece que achica vuestra reverendísima la voz en la página 51, cuando tácitamente confiesa que algunos de nuestros misioneros predicán con este intento, mas yerran miserablemente los medios, y aun mas lastimosamente se engañan en las señales por donde regulan el fruto de sus misiones. «Quedan despues muy pagados de su fervor (dice vuestra reverendísima), porque gritó con ellos y como ellos el pueblo en sus actos de contricion; porque se asustó la vieja, malparió la embarazada, se desmayó de susto la doncella; porque comulgaron dos ó tres mil personas; pero advierten que de estas no se convierten dos á nueva vida. ¿Por qué? Porque, como no quedó ganado, sino atemorizado del grito, el corazon, se arrojó al tribunal de la penitencia sin propósito meditado... y endureciéndose mas y mas en la culpa por falta de este propósito, se aleja y se desvia de la verdadera conversion; que es cuanto el diablo desea, pues de estas misiones saca un sinnúmero de sacrilegios y un renuevo de sus cadenas en los miserables pecadores que se llevaron de los aullidos, sin penitencia interior del alma.»

44. Padre reverendísimo, no sé yo que haya misionero de nombre en España, ni predicador de juicio, que no esté bien persuadido á que ni los gritos del auditorio, ni el susto de la vieja, ni el aborto de la embarazada (no hacia falta este *verbi-gracia*), ni el desmayo de la doncella, ni la comunión de tres mil personas, ni aun de treinta mil, como ya se ha visto mas de una vez, sean señales infalibles de una conversion verdadera. Saben muy bien que son señales equívocas; pero al fin son señales, si no de que se convierten todos, á lo ménos de que les hace fuerza lo que oyen. La mocion no está muy distante de la conmocion, segun aquella sentencia del Espíritu Santo: *Ubi spiritus, ibi commotio*. Y en verdad que á San Juan Crisóstomo no le parecían mal las demonstraciones exteriores de su pueblo antioqueno, quando lloraba si el Santo lloraba, clamaba si clamaba el Santo, y se derretia en ternura si el Santo se derretia. Apénas leerá vuestra reverendísima homilía alguna de este elocuentísimo padre, donde no encuentre expresiones del consuelo y de la santa complacencia que esto le causaba. «En los sermones de San Vicente Ferrer (dice el historiador de su vida) todo el auditorio era lágrimas, gritos, alaridos, desmayos, accidentes.» Y si por español le descarta vuestra reverendísima, oiga lo que dice el Padre Croiset, que sabe vuestra reverendísima que no lo es, en la vida del mismo santo, que se lee el día 5 de abril en su célebre *Año cristiano*.

45. «Predicaba con tanta fuerza y con tanto celo, que llenaba de terror aun los corazones mas insensibles. Predicando en Tolosa (note vuestra reverendísima que no fué en Labajos, ni en algun pueblo de España) sobre el juicio universal, todo el auditorio comenzó á estremecerse con una especie de temblor semejante al que causa el frio á la entrada de una furiosa calentura. Muchas veces le obligaban á interrumpir el sermon los llantos y los alaridos de sus oyentes, viéndose el Santo precisado á callar por largo rato y á mezclar sus lágrimas con las del auditorio. En no pocas ocasiones, predicando, ya en las plazas públicas, ya en campaña rasa, se veian quedar muchas personas inmóviles y pasmadas como si fueran estatuas.» Y ahora dígame vuestra reverendísima: ¿párcele en puridad que al Santo le sonarian mal estas demonstraciones exteriores, erupciones casi precisas de la conmocion interior del corazon?

46. «¡Oh señor, que en las misiones se comete un sinnúmero de sacrilegios!» Pase, aunque sea á trágala perra, el sinnúmero. ¿Pero juzga vuestra reverendísima que se cometen pocos en el tiempo de la confesion y de la comunión pascual, á que es preciso se sujete todo católico, so pena de tablillas y algo mas? ¿Cree buenamente vuestra reverendísima que dejarán de cometerse algunos en los jubileos mas célebres? ¿Y será bueno que por eso no sepan cuál es su alegría derecha aquellos celosos párrocos que tanto se regocijan en el Señor quando ven que han cumplido con la Iglesia todos sus feligreses? ¿Será bueno que vuestra reverendísima se ria del espiritual consuelo que siente todo hombre de mediano celo y amor á la religion, quando ve un número sin número de confesiones y de comuniones en los jubileos plenísimos? ¿Será bien parecido que vuestra reverendísima asiente con la mayor rotundidad que eso es «cuanto el Diablo desea», que todos confiesen y comulguen, así en el precepto pascual como en los grandes jubileos, «pues de esto saca un sinnúmero de sacrilegios?» Mi padre, como se llama, otra vez váyase vuestra reverendísima con mas tiento en esas proposiciones tan universales y tan odiosas, pesando un poco mas las razones con que pretende probarlas; y créame, que por estar de prisa, y de pura lástima, no me detengo en acribar otras clausulillas del tal donoso parralito, en que se asoman unos granzones de mala calidad.

47. ¿Pero cómo quiere vuestra reverendísima que en Dios y en conciencia le disimule todo

este monton de proposiciones injuriosísimas, por ser tan universales, que se siguen? Página 28. «Tambien una vieja que chochea, habla; habla un delirante, y un papagayo habla; ¿y son predicadores estos? Si; como *nuestros predicadores*... «que no son mas que unos habladores y nada mas.» Página 52. «Pues digo á *nuestros predicadores panegiristas*, «que no saben, que no pueden, predicar de San José, de San Benito, de San Bernardo, etc., sin decir herejías.» Página 54. «¿Puede darse libertad ni mas osada ni mas comun que la de *nuestros predicadores*, que ponen los santos que panegirizan, siempre superiores á todos los del antiguo y nuevo Testamento?» Página 65. «*Nuestros predicadores* juntan, como en otro tiempo Pablo en las plazas de Atenas, un auditorio ocioso que no se propone otro fin que el de oír algo de nuevo.» Página 55. «En una librería de Holanda habia un gran número de volúmenes españoles: eran unos sermones impresos de *nuestros grandes predicadores*, cuidadosamente recogidos, y respaldado cada tomo con una inscripcion que con letras doradas decia: *Dialéctica elocuencia de los salvajes de Europa*.»

48. Basta; que ya no hay paciencia para mas. ¡Con que *nuestros predicadores* son unos delirantes, unos papagayos, unos habladores, y nadamas! Con que *nuestros predicadores panegiristas* no saben predicar de los santos sin decir herejías! Con que *nuestros predicadores* son unos charlatanes que convocan un auditorio ocioso, «como en otro tiempo Pablo en las plazas de Atenas!» (¡Pobre Apóstol, y qué bien te ponen!) Con que *nuestros grandes predicadores* son los salvajes de Europa! ¡Y para que compremos el papelejo donde esto se estampó á hurtadillas, nos despachan por el correo á todas partes papeletas impresas en que se especifica el lugar de la impresion y las librerías extranjeras donde nos regalarán por nuestro dinero con estas donosuras! ¡Y hay españoles que se han dado prisa á comprar estas dulcísimas lisonjas! ¡Y el autor de ellas, que tanto nos honra, quizá estará comiendo sueldo de España! Como el gran Bruzen de la Martinière, que en su *Diccionario geográfico* habló de nosotros con tal deseuido, ignorancia y poca estimacion, que parece se lo pagaron nuestros enemigos.

49. Iba á exaltárase el atra-bilis, pero la eché una losa encima, porque estos negocios mejor se tratan con flemma. Ora bien, reverendísimo mío, no se puede negar que entre *nuestros predicadores* hay algunos, hay muchos, que son todo lo que vuestra reverendísima dice, y algo mas, si pudiera ser. ¿Pero lo son *todos nuestros predicadores*? Que esto quiere decir una proposicion tan indefinida. ¿Y lo son *solamente nuestros predicadores*? Eso da á entender vuestra reverendísima cuando en la página 40 nos propone el ejemplo de «nuestros vecinos (los predicadores franceses), que como fieles canes ladran contra los lobos, los apartan así de sus hatos, hacen constantemente la guerra, la mas viva al vicio etc.» Y despues comienza vuestra reverendísima á decir por contraposicion lo que pasa: «Aquí en nuestra España... *los predicadores*, mudos contra el vicio, le dejan que se arraigue, que se extienda, que se multiplique.»

50. ¡Válgame Dios, y qué flaco de memoria debe de ser vuestra reverendísima! ¿Pues no nos acaba de contar aquel cuentecito (y con una gracia que encanta) de aquel señor obispo de Francia, que quitó la licencia de predicar «á cincuenta ó sesenta predicadores»; y viendo que esto no alcanzaba, estampó aquel sermon burlesco, que se reimprimió mas de cuarenta veces, sobre el texto *sicut unguentum*, que, al leer la sal con que vuestra reverendísima le refiere, se nos derrite la risa por las barbas? ¿Y esos cincuenta ó sesenta predicadores «nuestros vecinos» (dentro de una misma diócesi, como es preciso suponerlo para que estuviesen sujetos á la jurisdiccion del tal Señor Obispo), serian «unos canes fieles que ladraban contra los lobos y los apartaban de sus hatos»? ¿Y no podrian contarse tambien entre los «salvajes de Europa»? Pues ahora regule vuestra reverendísima no mas que á razon de cincuenta ó sesenta predicadores «de las barbas de Aaron,» por cada uno de los ciento y doce obispados que contiene el reino de Francia, y eche no mas que cien predicadores de la misma estofa á cada uno de los diez y ocho arzobispados que cuenta en sus dominios; hallará vuestra reverendísima un cuerpo de ocho mil quinientos «salvajes de nuestros vecinos»; que no es mal socorro para reforzar el ejército de los «salvajes de Europa». ¿Qué digo? Harto será que las tropas auxiliares no excedan el todo de las principales.

51. Mi reverendo padre, no nos alucinemos. Ninguno de los vicios que vuestra reverendísima nota en *nuestros predicadores*, dejaron de notar en los *predicadores nuestros vecinos*, el Señor Salignac y los Padres Causino y Gisbert, en las obras que escribieron para corregir los abusos del pulpito, precisamente en sus paisanos; porque ellos no se metieron con otros, singularmente el primero y el último. «Si esto valiera la pena» (tampoco es maluca frase para el gusto de vuestra reverendísima y el de otros camaradas), fácil cosa me seria hacer la *demonstracion ad oculum*; pero me fastidia detenerme tanto en su prólogo, que ya me tiene hasta las cejas. ¿Y seria yo bien recibido en Francia si, fingiéndome frances y aprovechándome de lo que los mismos franceses declaman contra sus malos predicadores, diese á luz un *folleto*, ó llámese *libelo*, en que á rapa terron gritase: «*Nuestros predicadores* son unos rúbulas, *nuestros predicadores* son unos charlatanes, *nuestros predicadores* son unos papagayos, *nuestros predicadores* son unos vocingleros, *nuestros predicadores* no hacen conversiones, *nuestros predicadores* no forman tal proyecto, *nuestros predicadores* quedan muy pagados de su fervor porque

se asustó la vieja y malparió la embarazada, *nuestros predicadores* son unos habladores, y nada mas, *nuestros predicadores panegiristas* no saben predicar de los santos sino herejías, *nuestros grandes predicadores* son los salvajes de Europa.»

52. Si yo publicase en Francia, dándome por autoridad propia el derecho de naturalidad, un librejo atestado de estas lindezas, ¿no lloverían con razon mas decretos de todos los parlamentos, de fuego contra el librejo y de prision contra mí, que han llovido algunos años á esta parte contra los curas, sobre el negocio que sabe vuestra reverendísima? ¿No me pelarían justísimamente las barbas, y me gritarian todos, hombres, mujeres y niños, *al coquin, al faquin, al maraut*, que hace una injusticia *si criante* á todos los grandes predicadores que ha tenido la Francia y que cada día están saliendo de su seno, solo porque deshonoran su púlpito un puñado de fatuos y de mentecatos? ¿No me darian en los bigotes con los Bourdalues, con los La-Colombières, con los Fleury, con los Flechières, con los Segauts, con los Masillones, con los Bretonaus, y con un inmenso catálogo de oradores verdaderamente apostólicos, celosos, elocuentes, rápidos, evangélicos, sólidos, sublimes, modelos originales? ¿Y no me reconvenirían tambien con que no necesitaba la Francia de que un frances postizo se viniese á entrometer para corregir los defectos de sus compatriotas, pues ya tenía ella hijos verdaderos suyos que lo tomasen de su cuenta con mucha mas gracia y con mucho mayor juicio? Señor padre, estamos en el mismo caso, y suplico á vuestra reverendísima que me excuse la aplicacion.

53. Como soy cristiano, que ya quisiera dejarlo, porque me voy abochornando y no me puede hacer provecho para la digestion. Pero formo escrúpulo de no decir una palabrita sobre cierta digresion, la mas impertinente del mundo para el intento, que hace vuestra reverendísima en la página 50 : «Y con todo, predicando así (dice vuestra reverendísima), han llegado varios religiosos á la mitra! Como si las mitras fueran para cabezas escondidas en las capuchas! ¿Continuaremos en tener á los extranjeros persuadidos por nuestra culpa á esto? Como no están acostumbrados á ver que fuera de España obispen los frailes, cuando leen en las gacetas que el rey de España ha dado un obispado á un religioso, creen que por falta de eclesiásticos obispaes se ve el Rey precisado á echar mano de los religiosos, pues no tiene quien pueda ni merezca ser obispo entre los bonetes.»

54. Que se engaste este parrafito en piedras preciosas de á dos en quintal; miéntras tanto voy á sonarme las narices, porque me baja la fluxion y lo pide la materia. Mire, padre: ninguno puede hablar con mas imparcialidad que yo en este asunto; porque ha de saber su reverendísima que yo soy un pobre bonete, no tengo «metida la cabeza en la capucha», y no puedo ser obispo. ¿A qué cura de San Pedro de Villagarcía se le ha sentado jamas la mitra, no digo en la cabeza, pero ni aun en la fantasia? Lo mas mas que tuvimos aquí, fué un doctor por Sigüenza, ó cosa tal, que llegó á ser comisario del Santo Oficio, y estuvo la villa para sacarle un vitor pintado con almagre, lo que se dejó porque no alcanzaban los propios para los gastos. A mí me graduó la universidad de Valladolid de bachiller, y casi soy un fenómeno. Cuando me oyen decir que fui opositor á cátedras (si alguna vez lo digo), se santigua el concejo, y mas de dos preguntan si las cátedras son cosa de comer. ¿Considere vuestra reverendísima si con estos dictados serán humildes mis pensamientos y si podré pensar en mitra! Con una prebenda de setecientos ó de ochocientos ducados, no me trocaria por un patriarca; y dígaselo así vuestra reverendísima de mi parte al Rey y al señor confesor; que como los dos quieran, está hecha la cosa, pues por lo que toca á mí, allá va anticipada la aceptacion.

55. Esto supuesto, ¿no me dirá vuestra reverendísima en qué pensaba cuando se atrevió á escribir la primera cláusula del tal donoso parrafillo? «Y con todo, predicando así, han llegado varios religiosos á la mitra!» Esto es, han llegado á la mitra varios «rábulas, charlatanes, papagayos, habladores, delirantes, predicadores de herejías, salvajes de la Europa»; porque al fin estos son los «que predicán así». A estos ha consultado la cámara de Castilla para obispos; se han conformado con la consulta los señores y padres confesores, y el Rey los ha nombrado para la mitra. Saque vuestra reverendísima las consecuencias que se siguen de esto; que yo estoy algo de prisa, y me está llamando la cláusula que viene despues : «como si las mitras fueran para cabezas escondidas en las capuchas.» ¿Hay tal! ¿Con que ni las mitras son para cabezas escondidas en las capuchas, ni las cabezas escondidas en las capuchas son para las mitras! Pues mucho ménos serán para el sombrero rojo (*capelo* le llama el italiano), y muchísimo ménos para la tiara. ¿Y tiene vuestra reverendísima bien contadas las cabezas que desde la *capucha* salieron para el *capelo*, y desde el *capelo* se cubrieron con la tiara, sin contar las muchas otras á las cuales encajaron la tiara casi casi encima de la *capucha*? ¿Ha leído vuestra reverendísima algo de la *Historia eclesiástica*? Me temo que solamente ha oído hay en el mundo una cosa que se llama así; porque si la hubiera no mas que saludado, sabria que por casi docientos años (otros dicen treientos) apenas salió la tiara de la *capucha* benedictina del célebre Monte Casino. Pero, ¿qué *capucha*! Pero, ¿qué tiaras!

56. ¿Y las mitras de Francia nunca «se hicieron para cabezas metidas en las capuchas»? ¡Pobre español pegote, y qué poco sabe su historia! (Tambien esta frase es favorita de vuestra reve-

rendisima). ¿Ignora vuestra reverendisima que por mas de tres siglos apénas hubo obispo en Francia que no hubiese salido de las *capuchas* escondidas en los célebres monasterios de Lerins, Pontigny, Tours, Fuente-Juan, Chalis, Mon-Marre, Isla-Barba, Brou y otros innumerables, así de benedictinos como de cistercienses, por no contar á Cluni ni al Cister, que en los siglos décimotercio y décimocuarto se llamaban *les pepinières des évêques*, como si dijéramos el plantío de los obispos? ¿Nunca leyó en su historia que en el siglo duodécimo era ya como cosa asentada que para las mitras vacantes se habian de proponer en la junta del clero y del pueblo á los abades del Cister, cuya órden florecia entónces con el mayor rigor de la mas exacta observancia? ¿No reparó en ella el grande embarazo en que se halló la clerecía y la ciudad de Bourges en la muerte de su arzobispo Enrique de Sully, porque «florecia entónces el órden cisterciense en tantos sugetos insignes, que esta misma multitud embarazaba la eleccion del clero»; palabras con que se explica la historia, como que era preciso que la eleccion recayese en sugeto de aquella órden? Digame, padre español neófito, los Martines, los Guilleumos, los Luvinas, los Euquerios, y otro número sin número de mitras francesas, canonizadas y no canonizadas, «¿fuéron cabezas metidas en los bonetes, ó en las *capuchas*?»

57. Dice vuestra reverendisima que «como los extranjeros no están acostumbrados á ver que fuera de España obispen los frailes, cuando leen en las gacetas que el rey de España ha dado un obispado á un religioso, creen que por falta de eclesiásticos obispaes se ve el Rey precisado á echar mano de los religiosos.» ¿Con que los extranjeros no están acostumbrados á ver que fuera de España obispen los frailes! ¿Con que en Italia no hay frailes obispos! ¿Ni en Alemania hay obispos frailes ó religiosos! Déjelo, padre, por amor de Dios. Antes que vuestra reverendisima diese á luz esta proposicion, ¿no le hubiera sido mejor y mas fácil averiguar si habia en estos tiempos en Alemania y en Italia algunos frailes vestidos de obispos, que gastar el calor natural en inquirir si dos mil ó tres mil años há, los niños y las niñas de los gentiles se vestian de diosecicos y diosecicas de devocion, así como se visten ahora de frailicos, y monjicas de devocion, muchos niños y niñas de los cristianos? Curiosa noticia, que debemos á la infatigable laboriosidad de vuestra reverendisima, pero que nos hacia poca falta, y á vuestra reverendisima le hacia mucha, saber que los extranjeros están muy acostumbrados á ver fuera de España muchos frailes vestidos de obispos, y muchos obispos vestidos de frailes.

58. Finalmente, vamos á la raiz y abreviemos el camino. Es cierto, padre mio, que en el primer siglo de la institucion ó de la fundacion de los monjes, las cabezas «metidas en las *capuchas*» (si es que tenian *capuchas* en que meterse las cabezas de aquellos primeros monjes), no solo no se hicieron para las mitras, pero ni aun para las coronas; porque aquellos monjes primitivos, por regla general, ni recibian ni querian recibir los órdenes sagrados. Tan legos eran todos como la madre que los parió, salvo tal cual que, despues de ordenado *in sacris*, se retiraba á la vida monacal. Y no era esto porque no hubiese entre ellos muchísimos hombres tan eminentes en sabiduria como en virtud; sino porque su profunda humildad los desviaba de aquel altísimo estado. Si vuestra reverendisima quiere instruirse á fondo en la materia, no tiene mas que leer al Padre Mabillon. Esto era en el primer siglo del instituto y de la profesion monacal.

59. Pero despues que el papa Siricio, por los años de 590, consideró despacio los grandes bienes de que se privaba la Iglesia de Dios, y las grandes ventajas que podia sacar de que los monjes graves, circunspectos, ejemplares y sabios, fuesen promovidos, no solo á todos los órdenes, sino á todos los oficios y beneficios de la santa Iglesia; despues que reflexionó á que no era razon que el bien particular que los representaba á ellos su humildad, prevaleciese al bien comun; y finalmente, despues que, en virtud de estas consideraciones, en la famosa carta que escribió á Himerio, obispo de Tarragona, en el capitulo 15 le dice que, no solo ordene, sino que eleve á todos los oficios y beneficios eclesiásticos, á los monjes que sobresalieren en gravedad, doctrina, pureza de la fe y en santidad: *Monachis quoque, quos tamen morum gravitas, et vilae ac fidei institutio sancta commendat, clericorum officiis aggregari*; es gusto ver la prisa que se dieron los obispos, los pueblos, los emperadores y los mismos papas, á turbar, por decirlo así, la santa quietud de los desiertos, y á arrancar de ellos á los estáticos cenobitas, para colocarlos en las primeras dignidades, pareciéndoles muy justo que los que habian santificado primero el claustro y la soledad, fuesen á santificar despues á los poblados y al mundo. Desde entónces y por muchos siglos despues, apénas se vieron mas que monjes en las primeras sillas de la Iglesia universal, tanto en Oriente como en Occidente. Vea ahora vuestra paternidad muy reverenda «si las mitras se hicieron para cabezas metidas en las *capuchas*».

60. Conclusion.—Suplicasele pues á vuestra reverendisima con el mayor rendimiento, que otra vez no se meta en lo que no entiende; que haga mas justicia (ya que no quiera hacerla merced) á la nacion española; que cuando intente corregir abusos, hable con ménos universalidad; que trate con mayor respeto las resoluciones del Rey, el dictámen de sus prudentes confesores y el parecer de sus sabios ministros; y en fin, que no eche en olvido aquel refranquito español: «Quien tiene tejado de vidrio, no tire piedras al de su vecino.»

61. Mas, para que vuestra reverendísima conozca que procedo de buena fe y que no choco porque tengo gana de chocar, le digo ingenuamente que, como se hubiese contentado con la primera parte de su prólogo coracero; con haber contraído un poco mas la segunda, sin meterse en el delicado punto de obispados (que ya pica en antigua historia); con no haber salpicado á todos los predicadores del Rey, singularmente á *los del número*; y con haber hecho su paralelo de los dos sermones, franceses y castellanos, aunque fuese con los paréntesis y glosas en romance esguizaro que añade á estos últimos, no hubiéramos reñido. Le hubiera abandonado á vuestra reverendísima los dos sermones con sus dos predicadores, y aunque fuesen otros dos mil con ellos, sin que hubiésemos sacado las espadas. Porque al fin, vuestra reverendísima tiene muchísima razon en todo lo que dice de los tales dos sermones, y de todos los demas que sean tales como los susodichos. Convengo en eso, y por lo mismo esgrimo la pluma en este escrito, para ver si los puedo desterrar, no solo de España, sino de todo el mundo; porque mas ó ménos, en todo el mundo hay orates con el nombre de oradores. Si el *ungüento* de la barba de Aaron sanó en Francia á tantos predicadores relajados, como dice vuestra reverendísima, no desconfío de que el *sebo* del entendimiento de Fray Gerundio haga en España iguales prodigios. En todo caso, yo tendré grande consuelo si, al acabar de oír un sermón de los que tanto se usan, dice el auditorio «que ha estado admirable el padre Fray Gerundio; que el Padre Gerundio lo ha hecho asombrosamente, y que no ha podido decir mas el señor Don Gerundio».

62. Para esto, lector mío (¿cuánto há que no nos hablamos? Perdona; que se me atravesó este embozado en el camino, y era preciso contestarle): para esto, lector mío, ha sido indispensable citar muchos textos de la Sagrada Escritura como los citan los Fray Gerundios, aplicarlos como ellos los aplican, y fingir entenderlos como ellos los entienden. Pero ¡hola! no te persuadas, ni aun en burlas, á que yo los cito, los aplico ni los entiendo de véras, como los entienden ellos. Tengo muy presente, así el gravísimo decreto del concilio de Trento, como las bulas de Pio V, Gregorio XIII, Clemente VIII y Alejandro VII, contra esta sacrilega profanacion. Protesto que ántes quemara mil historias de Fray Gerundio, que contravenir, ni aun lijerísimamente, á tan severa como sagrada prohibicion. Pero no era posible hacer ridículos á los predicadores que incurren tan lastimosamente en ella y en las censuras que la acompañan, sin hacer ridículo el modo con que ellos manejan el sagrado texto. Mas esto ¿cómo podía ser sin citar el texto y sin burlarme del modo con que le manejan ellos? Así pues, siempre que encuentres algun lugar de la Sagrada Escritura ridículamente entendido y estrañamente aplicado, ten entendido que es por burlarme de ellos, por correrlos, por confundirlos, y consiguientemente, que esta impiedad debe ir de cuenta suya, y no de la mia. Cuidado con esta advertencia, que es de suma importancia, pues al fin, aunque no sea mas que un pobre clérigo de misa y olla (y esta flaca), soy un poco temeroso de Dios, me profeso rendido y obediente á las leyes de la Iglesia, y por fin y por postre, tengo mi alma en las carnes, á la cual estimo tanto como puede estimar la suya un patriarca.

63. Pero si no eres mas de lo que dices (esta es tu última réplica), ¿quién te ha metido á tí en dibujos, y en tales dibujos? ¿Faltaban en España hombres doctísimos, celosísimos, eruditísimos y sazondrísimos, que tomasen de su cargo un empeño de tanta importancia como gravedad? ¿De dónde te ha venido de repente el caudal de literatura, de juicio, de critica, de noticias y de sal, que se necesita para un empeño tan arduo? Dejo á un lado la autoridad, dictados, crédito y fama, que era menester para emprenderle. ¡Un capellan de San Luis, un cura de la iglesia de San Pedro de Villagarcía, un Lobon metido á reformador del púlpito en España! Un Lobon, santos cielos! Un Lobon, que sabemos quien fué los que le conocemos! ¡Un Lobon, que en tres ó cuatro sermones que predicó (y algunos de ellos *de rumbo*) dejó muy atras á todos los Gerundios pasados, presentes, futuros y posibles! ¡Este nos quiere instruir! Este nos quiere reformar! Este se nos viene ahora á burlarse de nosotros! ¡Oh tiempos! Oh costumbres!

64. Sí, amigo lector, sí, aunque te pese. Ese mismo Lobon, que fué todo lo que tú dices y todo lo que quieres decir, y aun mucho mas, si no estás contento, es el que se atreve á una empresa como esta. Mayor fué la de la conversion de todo el mundo, y en verdad que para ella no se valió Dios de catedráticos, sino de unos pobres pescadores; porque al fin, amigo, el espíritu del Señor inspira donde quiere, cuando quiere y en quien quiere. Que lo haria mucho mejor que yo cualquiera otro, no te lo puedo negar; mas, como oigo que infinitos se lastiman y que ninguno lo emprende, excusándose los hombres grandes con estas, con aquellas y con las otras razones, yo, que ni me mato por ser mas ni tampoco puedo ser ménos, escupí las manos, refreguélas y púselas á la obra con este tal cual caudalejo que el Señor me dió. Si acerté en algo, á él sea la gloria: si lo erré en todo, agradéceme la buena voluntad. Y con esto, adios; que, á fe estoy ya cansado de tanta parladuría.

HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

Patria, nacimiento y primera educacion de Fray Gerundio.

CAMPAZAS es un lugar de que no hizo mencion Ptolomeo en sus cartas geográficas, porque verisimilmente no tuvo noticia de él, y es que se fundó como mil y doscientos años despues de la muerte de este insigne geógrafo; como consta de un instrumento antiguo que se conserva en el famoso archivo de Cotanes. Su situacion es en la provincia de Campos, entre poniente y septentrion, mirando derechamente hácia este, por aquella parte que se opone al mediodia. No es Campazas ciertamente de las poblaciones mas nombradas, ni tampoco de las mas numerosas de Castilla la Vieja, pero pudiera serlo; y no es culpa suya que no sea tan grande como Madrid, Paris, Lóndres y Constantinopla, siendo cosa averiguada que por enalquiera de las cuatro partes pudiera extenderse hasta diez y doce leguas, sin embarazo alguno. Y si como sus celebérrimos fundadores (cuyo nombre no se sabe) se contentaron con levantar en ella veinte ó treinta chozas, que llamaron casas por mal nombre, hubieran podido y hubieran querido edificar docientos mil sumptuosos palacios, con sus torres y chapiteles, con plazas, fuentes, obeliscos y otros edificios públicos, sin duda sería hoy la mayor ciudad del mundo. Bien sé lo que dice cierto crítico moderno, que esto no pudiera ser, por quanto á una legua de distancia corre de norte á poniente el rio grande, y era preciso que por esta parte se cortase la poblacion. Pero sobre que era cosa muy fácil chupar con esponjas toda el agua del rio, como dice un viajero frances que se usa en el Indostan y en el gran Cairo; ó cuando ménos, se pudiera extraer con la máquina neumática todo el aire y cuerpillos extraños que se mezclan en el agua, y entónces apénas quedaria en todo el rio la bastante para llenar una vinajera, como á cada paso lo experimentan con el Rin y con el Ródano los filósofos modernos; ¿qué inconveniente tendria que corriese el rio grande por medio de la ciudad de Campazas, dividiéndola en dos mitades? ¿No lo hace así el Támesis con Lóndres, el Moldava con Praga, el Spree con Berlin, el Elba con Dresde, y el Tiber con Roma, sin que por esto pierdan nada estas ciudades? Pero al fin, los ilustres fundadores de Campazas no se quisieron meter en estos dibujos, y por las razones que ellos se sabrian, se contentaron con levantar en aquel sitio como hasta unas treinta chozas (segun la opinion que se tiene por mas cierta), con sus cober-

tizos ó techumbres de paja, á modo de cucurnchos, «que hacen un punto de vista el mas delicioso del mundo.»

2. Sobre la etimología de Campazas hay grande variedad en los autores. Algunos quieren que en lo antiguo se llamase *Campazos*, para denotar los grandes campos de que está rodeado el lugar, que verisimilmente dieron nombre á toda la provincia de Campos, cuya punta occidental comienza por aquella parte; y á esta opinion se arriman Anton Borrego, Blas Chamorro, Domingo Ovejero y Pascual Cebollon, diligentes investigadores de las cosas de esta provincia. Otros son de sentir que se llamó, y hoy se debiera llamar, *Capazas*, por haberse dado principio en él al uso de las capas grandes, que en lugar de mantellinas usaban, hasta muy entrado este siglo, las mujeres de Campos, llamadas por otro nombre *las tias*; poniendo sobre la cabeza el cuello ó la vuelta de la capa, cortada en cuadro y colgando hasta la mitad de la saya de frechilla, que era la gala recia en el dia del Corpus y de San Roque, ó cuando el tio de la casa servia alguna mayordomia. De este parecer son César Capi-Sucio, Hugo Capet, Daniel Caporal, y no se desvia mucho de él Julio Caponi. Pero como quiera que esto de etimologias por lo comun es erudicion *ad libitum*, y que en las bien fundadas de San Isidoro no se hace mencion de la de Campazas, dejamos al curioso lector que siga la que mejor le pareciere, pues la verdad de la historia no nos permite á nosotros tomar partido en lo que no está bien averiguado.

3. En Campazas pues (que así le llamaremos, conformándonos con el estilo de los mejores historiadores, que en materia de nombres de lugares usan de los modernos, despues de haber apuntado los antiguos), en Campazas habia, á mediado del siglo pasado, un labrador que llamaban el rico del lugar, porque tenia dos pares de bueyes de labranza, una yegua torda, dos carros, un pollino rucio, zancudo, de pujanza y andador, para ir á los mercados; un lato de ovejas, la mitad parideras y la otra mitad machorras; y se distinguia su casa entre todas las del lugar, en ser la única que tenia tejás. Entrábase á ella por un gran corralon flanqueado de cobertizos, que llaman *tenadas* los naturales; y ántes de la primera puerta interior se elevaba otro cobertizo en figura de pestaina horizontal, muy jalbeguado de cal, con sus chafarrinadas á trechos, de almagre, á manera de faldon de disciplinante en dia de Jnéves Santo. El zaguan ó portal interior estaba bernizado con el mismo

jalbegre, á excepcion de las ráfagas de almagre, y todos los sábados se tenía cuidado de lavarle la cara con un baño de agua-cal. En la pared del portal, que hacia frente á la puerta, habia una especie de aparador ó estante, que se llamaba *vasar* en el vocabulario del país, donde se presentaba desde luego á los que entraban toda la vajilla de la casa; doce platos, otras tantas escudillas, tres fuentes grandes, todas de Talavera de la Reina, y en medio dos jarras de vidrio con sus cenefas azules hacía el brocal, y sus asas á picos ó á dentellones, como crestas de gallo. A los dos lados del *vasar* se levantaban desde el suelo, con proporcionada elevacion, dos poyos de tierra, almagreados por el pié y caleados por el plano, sobre cada uno de los cuales se habian abierto cuatro á manera de hornillos, para asentar otros tantos cántaros de barro, cuatro de agua zarca para beber, y los otros cuatro de agua del río, para los demas menesteres de la casa.

4. Hacia la mano derecha del zaguan, como entramos por la puerta del corral, estaba la sala principal, que tendria sus buenas cuatro varas en cuadro, con su alcoba de dos y media. Eran los muebles de la sala seis cuadros, de los mas primorosos y mas finos de la famosa calle de Santiago de Valladolid, que representaban un San Jorge, una Santa Bárbara, un Santiago á caballo, un San Roque, una nuestra Señora del Carmen, y un San Antonio abad, con su cochinito al canto. Habia un bufete con su sobremesa de jerga listoneada á flecos, un banco de álamo, dos sillas de tijera, á la usanza antigua, como las de ceremonia del colegio Viejo de Salamanca; otra que al parecer habia sido de baqueta, como las que se usan ahora, pero solo tenia el respaldar, y en el asiento no habia mas que la armazon; una arca grande, y junto á ella un cofre sin pelo y sin cerradura. A la entrada de la alcoba se dejaba ver una cortina de gasa con sus listas de encajes de á seis maravedís la vara, cuya cenefa estaba toda encajada de escapularios con cintas coloradas, y Santas Teresas de barro en sus rnicas de carton cubiertas de seda floja, todo distribuido y colocado con mucha gracia. Y es, que *el rico de Campazas* era hermano de muchas religiones, cuyas cartas de hermandad tenia pegadas en la pared, unas con hostia y otras con pan mascado, entre cuadro y cuadro de los de la calle de Santiago; y cuando se hospedaban en su casa algunos padres graves, ú otros frailes que habian sido confesores de monjas, dejaban unos á la tia Catuja (así se llamaba la mujer del rico), y los mas á su hija Petrona, que era una moza rloiza y de no desgraciado parecer, aquellas piadosas alhujuelas en reconocimiento del hospedaje, encargando mucho la devocion y ponderando las indulgencias.

5. Por mal de mis pecados se me habia olvidado el mueble mas estimado que se registraba en la sala. Eran unas conclusiones de tafetan carmesí, de cierto acto que habia defendido en el colegio de San Gregorio de Valladolid, un hermano del rico de Campazas, que, habiendo sido primero colegial del insigne colegio de San Froilan de Leon, el cual tiene hermandad con muchos colegios menores de Salamanca, fué despues porcionista de San Gregorio; llegó á ser gimnasiarca, puesto importante que mereció por sus puños; obtuvo por oposicion el curato de Ajos y Cebollas, en el obispado de Avila, y murió en la flor de su edad, consultado ya en primera

letra para el de Berraco. En memoria de este doctísimo varon, ornamento de la familia, se conservaban aquellas conclusiones en un marco de pino, dado con tinta de imprenta; y era tradicion en la casa, que, habiendo intentado dedicarlas, primero á un obispo, despues á un título, y despues á un oidor, todos se excusaron porque les olió á petardo; con que, desesperado el gimnasiarca (la tia Catuja le llamaba siempre *el heresiarca*), se las dedicó al Santo Cristo de Villaquejida, haciéndole el gasto de la impresion un tio suyo, comisario del Santo Oficio.

6. Su hermano el rico de Campazas, que habia sido estudiante en Villagarcía y habia llegado hasta medianos, siendo el primero del banco de abajo como se entra por la puerta, sabia de memoria la dedicatoria, que tenia prevenida para cualquiera de los tres Mecénas que se la hubiera aceptado; porque el gimnasiarca se la habia enviado de Valladolid, asegurándole que era obra de cierto fraile mozo, de estos que se llaman *padres colegiales*, el cual trataba en dedicatorias, arengas y *quodlibetos*, por ser uno de los latinos mas deshechos, mas encrespados y mas retumbantes que hasta entónes se habian conocido, y que habia ganado muchísimo dinero, tabaco, pañuelos y chocolate en este género de trato; «porque al fin (decia en su carta el gimnasiarca), el latin de este fraile es una borrachera, y sus altisonantes frases son una Babilonia». Con efecto, apénas leyó el rico de Campazas la dedicatoria, cuando se hizo cruces, pasmado de aquella estupendísima elegancia, y desde luego se resolvió á tomarla de memoria, como lo consiguió al cabo de tres años, retirándose todos los dias detras de la iglesia que está fuera del lugar, por espacio de cuatro horas; y cuando la hubo bien decorado, aturrullaba á los curas del contorno que concurrían á la fiesta del patrono, y tambien á los que iban á la romería de Villaquejida, unas veces encajándose la toda, y otras salpicando con trozos de ella la comida en la mesa de los mayordomos. Y como el socarron del rico á ninguno declaraba de quién era la obra, todos la tenian por suya; con lo cual, entre los curas del río grande para acá, y aun entre todos los del páramo, pasaba por el gramático mas horroroso que habia salido jamas de Villagarcía; tanto, que algunos se adelantaban á decir sabia mas latin que el mismo Taranilla, aquel famoso dómíne que atolondró á toda la tierra de Campos con su latin crespo y enrevesado, como, verbi-gracia, aquella famosa carta con que examinaba á sus discípulos, que comenzaba así: *Patentiam mea si quis*, que unos construian: «Si alguno mea á Palencia;» y por cuanto esto no sonaba bien y parecia mala crianza, con peligro de que se alborotasen los de la Puebla, y no era verisímil que el dómíne Taranilla, hombre por otra parte modesto, circunspecto y grande azotador, hablase con poco decoro de una ciudad por tantos títulos tan respetable; otros discípulos suyos lo construian de este modo: *Si quis mea*, chico mío, suple *fuge*, huye, *Patentiam*, de Palencia. A todos estos los azotaba irremisiblemente el *impitoyable* Taranilla, porque los primeros perdian el respeto á la ciudad, y los segundos le empujaban á él, sobre que unos y otros le suponian capaz de hacer un latin que, segun su construccion, estaria atestado de solecismos. Hasta que, finalmente, despues de haber enviado al rincón á todo el general, porque ninguno daba con el

recóndito sentido de la enfática cláusula, el dómine, sacando la caja, dando encima de ella dos golpeillos, tomando un polvo á pausas, sorbido con mucha fuerza, arqueando las cejas, alhuecando la voz y hablando ganguoso reposadamente, la construía de esta manera: *mea, ve, si quis*, si puedes, *Palentiam*, á Palencia. Los muchachos se quedaban atónitos, mirándose los unos á los otros, pasmados de la profunda sabiduría de su dómine; porque aunque es verdad que, echada bien la cuenta, había en su construccion mitad por mitad tantos disparates como palabras, puesto que ni *meo meas* significa como quiera, *ir*, sino «ir por rodeos, por giros y serpenteando»; ni *queo quis* significa *poder*, como quiera, sino «poder con dificultad»; pero los pobres niños no entendían estos primores; ni el penetrar la propiedad de los varios significados que corresponden á los verbos y á los nombres que parecen sinónimos y no lo son, es para gramáticos de primera tonsura, ni para preceptores de la legua.

7. Ya se ve, como los curas del Páramo no estaban muy enterados de estas menudencias, tenían á Taranilla por el Ciceron de su siglo; y como oían relatar al rico de Campazas la retumbante y sonora dedicatoria, le ponían dos codos mas alto que al mismo Taranilla. Y por cuanto la mayor parte de los historiadores que dejaron escritas á la posteridad las cosas de nuestro Fray Gerundio, convienen en que la tal dedicatoria tuvo gran parte en la formacion de su exquisito y delicado gusto, no será fuera de propósito ponerla luego en este lugar, primero en latin, y despues fielmente traducida en castellano, para que en el discurso de esta verdadera historia y con el calor de la narracion, no se nos olvide.

CAPITULO II.

En que, sin acabar lo que prometió el primero, se trata de otra cosa.

Decía pues así la recóndita, abstrusa y endiablada dedicatoria, dejando á un lado los títulos que no tuvo por bien trasladar el gimnasiarca.

2. *Hactenus me intra vurgam animi litescentis inipitum, tua heretudo instar mihi luminis extimanda denormam redubiare compellet sed antistar gerras meas anitas diributa et posartitum Nasonem quasi agredula: quibusdam lacunis. Baburum stridorem acerrucandus oblato. Vos etiam viri optimi: ne nihi in anginam vestrachispiditatis antanticatachum carmen irreplet. Ad rabem meam magicoperit: cicuresque conspice ut alimones meis carnatoris, quam censionis extetis. Igitur conramo sensu meam returem quamvis vasculam Pieridem actutum de vobis lamponam comtulam spero. Adjuta namque cupedia praesumentis, jam non exipitandum sibi esse conjetat. Ergo benepedamus me hac pudori citimum colucari cense. Quam si hac nec treperat exiterint nec fracebunt quae halucinari, vel ut covinator adactus sum voti vobis damimusque ad exodium vitulanti is cohacmentem. Quis enim mesonibium et non murgissonem fabula autamubit quam Mentorem exfaballibit altibuanis, unde favorem exfebruate, fellibrem ut applaudam armoniae tensore á me velut ambrone collectam adoreos veritatis instrupas.*

3. Esta es la famosa dedicatoria que el gimnasiarca de San Gregorio, cura de Ajos y Cebollas, electo del Berra-

co, envió desde Valladolid á su hermano el rico de Campazas; la cual, despues de haber corrido por las mas célebres universidades de España con el aplauso que se merecia, pasó los Pirineos, penetró á Francia, donde fué recibida con tanta estimacion, que se conserva impresa una puntual, exacta y menudísima noticia genealógica de todas las manos por donde corrió el manuscrito, con los pelos y señales de los sugetos que le tuvieron, hasta que llegó á las del maldito adicionador de la *Menagiana*, que la estampó en el primer tomo de los cuatro que echó á perder con sus impertinentísimas notas, escolios y añadiduras. Dice pues este escoliador de mis pecados, que el primer manuscrito que se sepa hubiese llegado á Francia, paró en poder de Juan Lacrma, el cual era hombre hábil y baillo de Arnai-del-Duque; que despues pasó al docto Saumaise, y de este le heredó su hijo primogénito Claudio Saumaise, el cual murió en Beanne á los treinta y cuatro años de su edad, el día 18 de abril de 1661; que por muerte de Claudio paró en la biblioteca de Juan Bautista Lantin, consejero, el cual, y otro consejero llamado Filiberto de la Mare, fueron legatarios por mitad de los manuscritos de Saumaise, y que de Juan Bautista Lantin le heredó su hijo el señor Lantin, consejero de Dijon.

4. Todo está muy bien, con puntualidad, con menudencia y con exactitud; porque claro está que iba á perder mucho la república de las letras, si no se supiera con toda individualidad por qué manos, padres á hijos, habia pasado un manuscrito tan importante; y si todos los investigadores hubieran sido tan diligentes y tan menudos como este doctísimo y exactísimo adicionador, no hubiera ahora tantas disputas, repiqueos y contiendas entre nuestros críticos, sobre quién fué el verdadero autor de la *Pulga* del licenciado Burguillos, que unos atribuyen á Lope de Vega, y otros á un fraile, engañados sin duda porque en el manuscrito sobre el cual se hizo la primera impresion en Sevilla, se leían al fin de él estas letras: Fr. L. d. V.; entendiendo que el *frey* era *fray*, cosas entre sí muy distintas y diversas, como lo saben hasta los niños malabares. Ni en Inglaterra se hubieran dado las batallas campales que se dieron á principio de este siglo entre dos sabios anticuarios de la universidad de Oxford, sobre «el origen de las espuelas y la primitiva invencion de las alforjas», fundándose uno y otro en dos manuscritos que se hallaban en la biblioteca de la misma universidad; pero sin saberse en qué tiempo ni por quién se habian introducido en ella; que era el punto decisivo para resolver la cuestion.

5. Pero si al adicionador de la *Menagiana* se le deben gracias por esta parte, no se las daré yo; porque con su cronología sobre el manuscrito de la dedicatoria me mete en un embrollo histórico, del cual no sé cómo me he de desenvolver sin cometer un *anacronismo*, voz griega y sonora que significa contradiccion en el cómputo de los tiempos. Dice Monsiur el adicionador, que Claudio Saumaise murió el año de 1661, y que cuando llegó á él el manuscrito de la dedicatoria, ya habia pasado por otras dos manos, conviene á saber, por las de su padre el docto Saumaise, y por las del bailio Juan Lacrma; y es mucho de notar que no dice que pasó de mano en mano, como suele pasar la *Gaceta* y el *Prontístico de Torres*; sino que da bastantemente á entender que fué por via de herencia, y no de donacion *inter vi-*

ros. Esto supuesto, parece claro como el agua, que ya por los años de 1600 se tenía noticia en Francia de la tal dedicatoria, no siendo mucho dar sesenta años al Señor Lacurna, y veinte ó treinta á Saumaise; porque aunque se pudiera decir que ambos eran de una misma edad, no parece verisímil que un particular, por doctísimo que fuese, viviese tanto como un bailío; pues, bien que esto de bailío en Francia signifique poco mas que acá un alcalde gorrilla; pero al fin para lo de Dios, el bailío de Arnai era tan bailío como el de Lora. Y habiendo dicho nosotros al principio de esta verdaderísima historia, ó por lo ménos habiéndolo dado á entender, que la dedicatoria la compuso un padre colegial que estudiaba en Valladolid, cuando ya estaba muy entrado en días el siglo pasado, puesto que hasta la mitad de él no hacen mención del rico de Campazas los anales de esta posibilísima ciudad, y que se la envió su hermano el gimnasiarca, ¿cómo era posible que se tuviese noticia de ella en Francia por los años de 1600?

6. Para salir de esta intrincada dificultad, no hay otra callejuela sino decir que el padre colegial leería esta estupendísima pieza en algun librete frances, y despues se la embocaría al bonísimo del gimnasiarca como si fuera obra suya; porque de estas travesuras á cada paso vemos muchas, aun en el siglo que corre, en el cual no pocos de estos que se llaman autores y que tienen cara de hombres de bien, averiguada despues su vida y milagros, se halla ser unos raterillos literarios, que, hurtando de aquí y de allí, salen de la noche para la mañana en la *Gaceta* con los campandos dictados de matemáticos, filológicos, físicos, eléctricos, protoeróticos, antisisistemáticos, cuando todo bien considerado, no son en la realidad mas que unos verdaderos pantomímicos.

7. Mas dejando este punto indeciso, lo que en Dios y en conciencia no se puede perdonar al impertinentísimo adiconador, es la injusta y desapiada crítica que hace de la susodicha dedicatoria, tratándola de la cosa mas perversa, mas ridícula y mas extravagante que se puede imaginar, y añadiendo que el lenguaje, aunque parece suena á latin, es de una latinidad monstruosa, bárbara y salvaje. Pero, con licencia de su mala condicion, yo le digo claritamente y en sus barbas, que no sabe cuál es su latin derecho, y que se conoce que en su vida ha saludado los *christus* de la verdadera latinidad, pues le hago saber que ni Ciceron, ni Quintiliano, ni Tito-Livio, ni Salustio, hicieron jamas cosa semejante ni fuéron capaces de hacerla. Y á lo otro que añade con mucha socarronería, de que, aunque en la cultísima dedicatoria se hallan algunas palabras latinas que se encuentran en las *Glosas de Isidoro y de Papias*, y en la *Coleccion de Du-Cange*; pero que se engaña mucho, ó no se ha de encontrar ingenio tan hábil en el mundo que al todo de ella le dé verdadero y genuino sentido; yo le digo que, para que vea con efecto lo mucho que se engaña, el mismo padre colegial que dió al gimnasiarca la dedicatoria en latin, ora fuese composicion suya, ora ajena, se la dió tambien vertida en castellano fluido, corriente, natural, claro, perspicuo, como se ve en una copia auténtica que se encontró en el libro donde el rico de Campazas iba asentando por rayas la soldada de los criados y los pellejos de ovejas que iba trayendo el pastor. La version pues de dicha dedicatoria decia así, ni mas ni ménos.

8. «Hasta aquí la excelsa ingratitud de tu soberanía ha obscurecido en el ánimo, á manera de clarísimo esplendor, las apagadas antorchas del mas sonoro clarín, con ecos luminosos, á impulsos balbucientes de la furibunda fama. Pero cuando examino el rosicler de los despojos al terso bruñir del hemisferio en el blando horóscopo del argentado catre que, elevado á la region de la techumbre, inspira aráulitos al acierto en bóvedas de cristal; ni lo airoso admite mas competencias, ni en lo heróico caben mas elocuentes disonancias. Temerario arrojé seria escalar con pompa fúnebre hasta el golfo insondable donde campea, cual viborezno animado, el piélagos de tu hermosura; porque hay sistemas tan atrevidos, que, á guisa de emblemáticos furores, esterilizan á trechos toda su osadía al escrutinio; mas no por eso el piadoso Enéas agotó sus caudales al Ródano, cubierta la arrogante faz con el crespo, falaz y halagüeño manto; que si el jazmin sostiene pirámides á los lisonjeros peces, tambien el chopo franquea espumoso lecho á las odoríferas naves; ni es tan crítico el enojo del carasco, que no destile rayo á rayo todo el alambique del aprisco. Mentor en cavilaciones de sol, pudo esgrimir orgullosas sinrazones de fanal; pero tambien experimentó á golpes del desengaño desagrazios incantos del alevoso ceño, cuando la agigantada nobleza de tu regia exactitud embota las puntas al acero de alentada majestad. Admite pues este literario desdeñ, elegante tributo de soporífero afán; y si extiendes los aplausos de tu armonía á los hirsutos cambrones, no puede ménos de penetrar tu coeto la fragancia de la verdad, hasta calarse á las tripas, ó hasta aniquilar con dichosa fortuna los estrupones: *Ut applaudam armoniae tensore á me velut ambrosiae collectam adoreos veritatis instruppas.*»

CAPITULO III.

Donde se prosigue lo que prometió el primero.

Este tal rico de Campazas, hermano del gimnasiarca, se llamaba Anton Zotes, familia arraigada en Campos, pero extendida por todo el mundo, y tan fecundamente propagada, que no se hallará en todo el reino provincia, ciudad, villa, aldea, ni aun alquería, donde no hiervan los Zotes, como garbanzos en olla de potaje. Era Anton Zotes, como ya se ha dicho, un labrador de una mediana pasada; hombre de machorra, cecina y pan mediado los dias ordinarios, con cebolla ó puerro por postre; vaca y chorizo los dias de fiesta, su torrezno corriente por almuerzo y cena, aunque esta tal vez era un salpicon de vaca; dispensaó agua-pié su bebida usual, ménos cuando tenia en casa algun fraile, especialmente si era prelado, lector ó algun gran supuesto en la órden, que entónces se sacaba á la mesa vino de Villamañan ó del Páramo. El genio, bondadoso en la corteza, pero en el fondo un si es no es suspicaz, envidioso y enentero; en fin, legítimo *bonus vir de Campis*. Su estatura mediana, pero formado y repolludo, cabeza grande y redonda, frente estrecha, ojos pequeños, designales y algo taimados; gñedejas rabicortas, á la usanza del Páramo, y no consistoriales, como las de los sexmeros del campo de Salamanca; pestorejo, se supone, á la jejonimiana, rechoncho, colorado y con pliegues. Este era el hombre interior y exterior del tío Anton Zotes, el cual, aunque habia llegado hasta el banco de abajo de medianos con ánimo de ordenarse, porque dicen que le

venía una capellanía de sangre en muriendo un tío suyo, arcipreste de Villanueva; pero al fin le puso pleito una moza del lugar, y se vió precisado á ir por la Iglesia, mas no al coro ni al altar, sino al santo matrimonio. El caso pasó de esta manera.

2. Hallábase estudiando en Villagarcía y ya medianista, como se ha dicho, á los veinte y cinco años de su edad. Llegaron *los quince días*, que así se llaman las vacaciones que hay en la semana santa y en la de pascua, y fué á su lugar, como es uso y costumbre en todos los estudiantes de la redonda. El diablo, que no duerme, le tentó á que se vistiese de penitente el *Jués Santo*; y es, que como el estudiantico ya era un poco espigado, adulto y barbicubierto, miraba con buenos ojos á una mozueta vecina suya, desde que habian andado juntos á la escuela del sacristán, y para cortejarla mas, le pareció cosa precisa salir de disciplinante; porque es de saber que este es uno de los cortejos de que se pagan mas todas las mozas de Campos, donde ya es observacion muy antigua, que las mas de las bodas se fragan el *Jués Santo*, el día de la Cruz de mayo, y las tardes que hay baile, habiendo algunas tan devotas y tan compungidas, que se pagan mas de la pelotilla y del ramal, que de la castañuela. Y á la verdad, mirada la cosa con ojos serenos y sin pasion, un disciplinante con su cucurucho de á cinco cuartas, derecho, almidonado y piramidal, su capillo á moco de pavo, con caida en punta hasta la mitad del pecho; ¿pues qué si tiene ojeras á perspuite, rasgadas con mucha gracia? con su almillá blanca de lienzo casero, pero aplanchada, ajustada y atacada hasta poner en prensa el pecho y el talle; dos grandes trozos de carne momia, maciza y elevada, que se asoman por las dos troneras rasgadas en las espaldas, divididas entre sí por una tira de lienzo que corre de alto á bajo entre una y otra, que, como están cortadas en figura oval, á manera de cuartos traseros de calzon, no parece sino que las nalgas se han subido á las costillas, especialmente en los que son rechochos y carnosos; sus enaguas ó su faldon campanando, pomposo y entre-plegado. Añádase á todo esto, que los disciplinantes macarenos y majos suelen llevar sus zapatillas blancas con cabos negros, se entiende cuando son disciplinantes de devocion y no de cofradía; porque á estos no se les permiten zapatos, salvo á los penitentes de luz, que son los jubilados de la orden. Considérese despues, que este tal disciplinante que vamos pintando saca su pelotilla de cera, salpicada de puntas de vidrio y pendiente de una cuerda de cáñamo, empegada para mayor seguridad; que la mide hasta el codo con gravedad y con mesura; que toma con la mano izquierda la punta del moco del capillo; que apoya el codo derecho sobre el ijar del mismo lado (ménos que sea zurdo nuestro disciplinante; porque entónces es cosa muy necesaria advertir que todas estas posturas se hacen al contrario); que sin mover el codo, y jugando únicamente la mitad del brazo derecho, comienza á sacudirse con la pelotilla hácia uno y otro lado, sabiendo con cierta ciencia que de esta manera ha de venir á dar en el punto céntrico de las dos carnosidades espaldares, por reglas inconcusas de anatomía, que dejó escritas un cirujano de Villamayor, mancebo y aprendiz que fué de otro de Villarramiel. Contémplesse finalmente cómo empieza á brotar la sangre; que en algunos, si no es en los

mas, parecen las dos espaldas dos manantiales de pez que brotan leche de empegar botas; cómo va salpicando las enaguas, se distribuye en canales por el faldon; cómo le humedece, cómo le empapa, hasta entraparse en los pernejos del pobre disciplinante; y dígame con serenidad el mas apasionado contra las glorias de Campos, si hay en el mundo espectáculo mas galan ni mas airoso; si puede haber resistencia para este hechizo, y si no tienen buen gusto las mozanconas que se van tras los penitentes, como los muchachos tras los gigantones y la tarasca el día del Corpus.

3. No se le ocultaba al bellaco de Anton esta inclinacion de las mozas de su tierra, y así salió de disciplinante el *Jués Santo*, como ya llevamos dicho. A la legua le conoció Catalla Rebollo (que este era el nombre de la doncella su vecina y su condiscípula de esenela); porque, ademas de que en toda la procesion no habia otro caperuz tan chusco ni tan empinado, llevaba por contraseña una cinta negra que ella misma le habia dado al despedirse por San Lúcas para ir á Villagarcía. No le quitaba ojo en toda la procesion; y él, que lo conocia muy bien, tenia gran cuidado de cruzar de cuando en cuando los brazos, encorvar un poco el cuerpo y apretar las espaldas, para que exprimesen la sangre, haciendo de camino un par de arrumacos con el caperuz, que es uno de los pasos tiernos á que están mas atentas las doncellas casaderas, y el patan que le supiere hacer con mayor gracia, tendrá mozas á escoger, aunque por otra parte no sea el mayor jugador de la calva ó del morrillo, que haiga en el lugar. Al fin, como Anton se desangraba tanto, llegó el caso de que uno de los mayores domos de la cruz, que gobernaba la procesion, le dijese que se fuese á curar. Catalla se fué tras él, y como vecina, se entró en su casa, donde ya estaba prevenido el vino con romero, sal y estopas; que es todo el aparato de estas curaciones. Estrujáronle muy bien las espaldas por si acaso habia quedado en ellas algun vidrio de la pelotilla; laváronselas, aplicáronle la estopada, vistióse, embozóse en su capa parda, y los demas se fuéron á ver la procesion, ménos Catalla, que dijo estaba cansada, y se quedó á darle conversacion. Lo que pasó entre los dos no se sabe; solo consta de los anales de aquel tiempo, que, vuelto Anton á Villagarcía, comenzó á correr un run run malicioso por el lugar; que sus padres quisieron se ordenase á título de la capellanía; que él, por debajo de cuerda, hizo que la moza le pusiese impedimento; que al fin y postre se casaron; y que, para que se vea el poco temor de Dios y la mucha malicia con que habian corrido aquellas voces por el pueblo, la buena de la Catalla no parió hasta el tiempo legal y competente.

CAPITULO IV

Acábase lo prometido.

Parió pues la tía Catoja un niño como unas flores, y fué su padrino el licenciado Quijano de Perote, un capellan del mismo Campazas, que en otro tiempo habia querido casarse con su madre, y se dejó por haberse hallado que eran parientes en grado prohibido. Empeñóse el padrino en que se habia de llamar Perote, en memoria ó en alusion á su apellido; porque, aunque no habia este nombre en el calendario, tampoco habia el de Lain, Nuño, Tristan, Tello ni Peranzules, y constaba

que los habian tenido hombres de gran pro y de mucha cuenta. Esto decia el licenciado Quijano, alegando las historias de Castilla; pero como Anton Zotes no las habia leído, no le hacian mucha fuerza, hasta que se le ofreció decirle que tampoco estaban en el calendario los nombres de Oliveros, Roldan, Florismarte, ni el de Turpin, y que esto no embargante, no le habia estorbado eso para ser arzobispo. Vaya que soy un asno, dijo entonces el tío Anton, pues no tengo leído otra cosa; y es, que era muy versado en la historia de los Doce Pares, la que sabía tan de memoria como la dedicatoria del gimnasiarca. Llámese Perote y no se hable mas en la materia. Pero el cura del lugar, que se hallaba presente, reparó en que *Perote Zotes* no sonaba bien, añadiendo, no sin alguna socarronería, que *Zote* era consonante de *Perote*, y que él habia leído, no se acordaba dónde, que esto se debía evitar mucho cuando se hablaba en prosa. No gaste usted tanta, señor cura, replicó el padre del niño; que tampoco suena bien Sancho Ravancho, Alberto Retuerto, Jeronimo Palomo, Antonio Bolonio, y no vemos ni oímos otra cosa en nuestra tierra. Fuera de que eso se remedia fácilmente con llamar al niño Perote de Campazas, dándole por apellido el nombre de nuestro pueblo, como se usaba en lo antiguo con los hombres grandes, segun nos informan las historias mas verídicas; y así vemos hablar en ellas de Oliveros de Castilla, de Amadis de Gaula, de Artus, de Algarbe y de Palmerín de Ilirania, constándonos ciertamente que estos no eran sus verdaderos apellidos, sino los nombres de las provincias ó reinos donde nacieron aquellos grandes caballeros, que por haberlas honrado con sus hazañas, quisieron eternizar de esta manera la memoria de su patria en la posteridad. Y esto no solamente lo usaron los que fueron por las armas, sino tambien los que fueron por las letras y dejaron escritos algunos libros famosos, como *El Piscator de Sarrabal*, *El Dios Momo*, *la Carantamaula*, *El Lazarillo de Tórmes*, *La Pícaro Justina*, y otros muchos que tengo leídos, cuyos autores, dejando el propio apellido, tomaron el de los lugares donde nacieron, para ilustrarlos; y á mí me da el corazon que este niño ha de ser hombre de provecho, y así llámese por ahora Perotico de Campazas, hasta que con la edad y con el tiempo, le podamos llamar Perote á boca llena.

2. No en mis días, dijo la tía Catanla. *Perote* suena á cosa de perol, y no ha de andar por allí el hijo de mis entrañas como andan los peroles por la cocina. Punto en boca, señores, exclamó Anton Zotes de repente. Ahora me incurre un estupendísimo nombre, que enjamas se empujó á nengun nacido, y se ha de imponer á mi chichote. *Gerundio* se ha de llamar, y no se ha de llamar de otra manera, aunque me lo pidiera de rodillas el Padre Santo de Roma. Lo primero y prencipal, porque Gerundio es nombre singular, y eso busco yo para mijo. Lo segundo, porque macuerdo bien que cuando estudiaba con los teatinos de Villagarcía, por un *gerundio* gané seis puntos para la banda, y es mi última y postrimera voluntad hacer enmortal en mi familia la memoria de esta hazaña.

3. Hizose así, ni mas ni ménos, y desde luego dió el niño grandes señales de lo que habia de ser en adelante, porque ántes de dos años ya llamaba *pueca* á su madre con mucha gracia, y decia, *no chero querno*, tan clara-

mente como si fuera una persona: de manera que era la diversion del lugar, y todos decian que habia de ser la honra de Campazas. Pasando por allí un fraile lego, que estaba en opinion de santo porque á todos trataba de *tú*, llamaba *bichos* á las mujeres, y á la Virgen la *borrega*, dijo que aquel niño habia de ser fraile, gran letrado y estupendo predicador. El suceso acreditó la verdad de la profecía; porque en cuanto á fraile, lo fué tanto como el que mas; lo de gran letrado, si no se verificó en esto de tener muchas letras, á lo ménos en cuanto á ser gordas y abultadas las que tenia, se verificó cumplidamente; y en lo de ser estupendo predicador, no hubo mas que desear; porque este fué el talento mas sobresaliente de nuestro Gerundico, comose verá en el discurso de la historia.

4. Aun no sabía leer ni escribir, y ya sabía predicar; porque como pasaban por la casa de sus padres tantos frailes, especialmente custeros, verederos, predicadores sabatinos, y aquellos que en tiempo de cuaresma y adviento iban á predicar á los mercados de los lugares circunvecinos; y estos, unas veces rogados por el tío Anton Zotes y por su buena mujer la tía Catanla; otras (y eran las mas), sin esperar á que se lo rogasen, sobre mesa sacaban sus papelones, y ni mas ni ménos que si estuvieran en el púlpito, leían en tono alto, sonoro y concionatorio lo que llevaban prevenido; el niño Gerundio tenia gran gusto en oírlos y despues en remedarlos, tomando de memoria los mayores disparates que los oía; que no parece sino que estos se le quedaban mejor; y si por milagro los oía alguna cosa buena, no habia forma de aprenderla.

5. En cierta ocasion estuvo en su casa, á la cuesta del mes de agosto, un padrecito de estos alusados, con su poco de copete en el frontispicio, cuelli-erguido, barbirubio, de hábito limpio y plegado, zapato chusco, calzon de ante y gran cantador de jácaras á la guitarrilla, del cual no se apartaba un punto nuestro Gerundico porque le daba confites. Tenia el buen padre, mitad por mitad, tanto de presumido como de evaporado, y contaba cómo estando él de colegial en uno de los conventos de Salamanca, le habia enviado su prelado á predicar un sermón de ánimas á Cabrerizos, y que habian concurrido á oírle muchos colegiales mayores, graduados y catedráticos de aquella universidad, por el crédito que habia cogido en ella con ocasion de graduarse cierto rector de un colegio menor, ya ordenado *in saeris*, de quien era pública voz y fama que, despues de haber recibido el sub-diaconato subrepticamente y á hurtadillas, habia estado un año en la cárcel eclesiástica de su tierra, por cuanto tres doncellas honradas habian presentado al señor provisor tres papeles con palabra de casamiento. Esto se compuso lo mejor que se pudo; volvió á proseguir sus estudios á Salamanca, porque era mozo de ingenio; quiso graduarse, y encomendó una de las arengas al tal padrecito, que era paisano suyo, el cual comenzó por aquello de *aprehenderunt septem mulieres virum unum*; encajó despues lo de *fili tui de longè venient*, *et filiae tuae de latere surgent*; y no se le quedó en el tintero el texto tan oportuno de *generatio Rectorum benedictur*. Y puesto que los textos y lugares de la Sagrada Escritura, en semejantes composiciones puramente retóricas y profanas, son tan impertinentes y tan importunos como las fábulas y los versos de los

poetas antiguos, usados á pasto y con inmoderacion, lo son en los sermones; no embargante tampoco que el tal fraile incurrió boníticamente en la excomunion que el sagrado concilio de Trento tiene fulminada contra los que abusan de la Sagrada Escritura para liviandades, sátiras, chanzonetas y chocarrerías, la tal arenga tuvo su aplauso á título de truhanesca, y el susodicho padre quedó tildado por pieza.

6. Pues como supieron que predicaba en Cabrerizos el sermón de ánimas, concurrieron con efecto á oírle todos aquellos ociosos y desocupados de Salamanca (haylos de todas clases y especies) que se huelgan á todo lo que sale; y el buen religioso quedó tan pagado de su sermón, que repetía muchas cláusulas de él en todas las casas de los hermanos donde se hospedaba. Oigan ustedes, por vida suya, cómo comenzaba, dijo la primera noche de sobremesa á Anton Zotes, á su mujer y al cura del lugar que habia concurrido al levantarse los manteles para cortejar al fraile y brindar á la salud de su buena venida, como es uso en toda buena crianza:

7. «Fuego, fuego, fuego; que se quema la casa: *Domus mea, domus orationis vocabitur*. Ea, sacristan, toca esas retumbantes campanas: *in cymbalis benè sonantibus*. Así lo hace; porque tocar á muerto y tocar á fuego es una misma cosa, como dijo el discreto Picinelo: *Lazarus amicus noster dormit*. Agua, señores, agua; que se abraza el mundo: *Quis dabit capiti meo aquam?* La interlineal: *Qui erant in hoc mundo*. Pagnino: *Et mundus eum non cognovit*. Pero, ¿qué veo? ¡Ay, cristianos; que se abrasan las ánimas de los fieles! *Fidelium animae*, y sirve de yesca á las voraces llamas derretida pez: *Requiescant in pace, id est, in pice*, como expone Vatablo. ¡Fuego de Dios, cómo quema! *Ignis á Deo illatus*. Pero albricias; que ya baja la virgen del Cármen á librar á las que trajeron su devoto escapulario: *Scapulis suis*. Dice Cristo: Favor á la justicia. Dice la Virgen: Válgame la gracia. *Ave Maria*.»

8. Anton Zotes estaba pasmado; á la tía Catanla se la caía la baba; el cura del lugar, que se habia ordenado con reverendas de sede-vacante, y entendia lo que rezaba como cualquiera monja, le miraba como atónito, y juró por los santos cuatro Evangelios, que aunque habia oído predicar la semana santa de Campazas á los predicadores sabatinos mas famosos de toda la redonda, ninguno le llegaba á la suela del zapato. No acababa de ponderar aquel chiste de comenzar un sermón de ánimas con «fuego, fuego, que se quema la casa». Pues ¿qué el ingenioso pensamiento de que lo mismo es tocar á muerto que tocar á fuego? Tenga usted, Señor Cura, le interrumpió el padre, alargándole la caja para que tomase un polvo, que eso tiene mas alma de la que parece. Las almas de los difuntos, ó están en la gloria, ó están en el infierno, ó están en el purgatorio: por las primeras no se toca, porque no han menester sufragios; por las segundas tampoco, porque no las aprovechan; con que solo se toca por las terceras, para que Dios las saque de aquellas llamas; pues eso y tocar á fuego, allá se va todo. Ahora prosiga usted con su glosa; que me da mucho gusto, y se conoce que es hombre que lo entiende; y no como cierto padre maestro de mi religion, que, aunque es hombre grave en la órden y le tienen por docto y de entendimiento, me tiene ojeriza desde que le negué el voto en un capítulo del convento para que

fuese prelado; y me dijo que el sermón era un hato de disparates, añadiendo que eran delatables á la Inquisicion.

9. Todos somos hombres, replicó el cura, y como da esas envidias se ven en las religiones. A fe, que acaso su reverendísima el tal padre maestro, en todos los días de su vida daría con una cosa tan oportuna como aquella de «agua, agua; que se quema la casa», con ser así que, después de haber tocado las campanas á fuego, se estaba cayendo de su peso el pedir agua. Añada usted, le dijo el padre colegiat, que allí se hace alusión al agua bendita, la cual, como usted sabe, es uno de los sufragios mas provechosos para las benditas ánimas del purgatorio. Eso es claro, respondió el cura; porque el fuego se apaga con el agua, y así se lo explico yo en la misa á mis feligreses. Dende que se lo oí predicar á su merced (saltó la tía Catanla), tengo yo mucho cuidado de regar bien la sepultura de mi madre; porque diz que cada gota de agua bendita que cae sobre ella, apaga una gota del fuego del purgatorio. Lo que mas me admira, continuó el cura, es la propiedad de los textos; que no parece sino que vuestra paternidad los trae en la manga; y cuando habla de agua, luego saca un texto que habla de agua; cuando de casa, de casa; y cuando de mundo, de mundo; todos tan claros, que los entenderá cualquiera, aunque no haya estudiado latin. Ese es el chiste, respondió el padre; pero, ¿va que no sabe vuestra merced por qué traje el texto de *Lazarus amicus noster dormit*, cuando dije que tocar á muerto y tocar á fuego es una misma cosa? Confieso que no lo entendí, dijo el buen cura, y que, aunque me sonó á despropósito, pero como veo el grande ingenio de vuestra paternidad, lo atribuí á mi rudeza, y desde luego creí que sin duda se ocultaba algún misterio. Y cómo que le hay, prosiguió el fraile; y si no, dígame vuestra merced, cuando Cristo resucitó á Lázaro ¿no estaba este muerto? Así lo dice San Agustín, Lira, Cartagena y otros muchos, y no hay duda que esta es la sentencia mas probable; porque aunque el texto dice que dormía, *dormit*, es porque la muerte se llama sueño, como lo notó doctamente el sapientísimo Idiota. Pues ahora, habiendo yo dicho *tocar á muerto*, venía de perlas poner delante un difunto. ¿Y por qué escogería yo á Lázaro mas que á otro? Aquí está el chiste: porque el mayordomo de la cofradía de las ánimas de Cabrerizos se llamaba Lázaro, y era grande amigo de nuestro convento, al cual enviaba de limosna todos los años un cordero y media cántara de vino. Por eso dije *Lazarus amicus noster*; que al oírlo el alcalde, el regidor y el fiel de fechos, que estaban delante del púlpito, sentados en el banco de la señora justicia, dieron muchas cabezadas, mirándose unos á otros. No pudo contenerse el cura: levantóse del asiento, y echando al padre los brazos al cuello, le dijo casi llorando de gozo: Padre, vuesa paternidad es un demonio; y añadió Catanla: ¡Benditas las madres que tales hijos paren!

10. A todo esto estaba muy atento el niño Gerundio, y no le quitaba ojo al religioso. Pero, como la conversacion se iba alargando y era algo tarde, vino el sueño y comenzó á llorar. Acostóse su madre; y á la mañana, como se habia quedado dormido con las especies que habia oído al padre, luego que despertó se puso de piés y en camisa sobre la cama, y comenzó á predicar con mu-

cha gracia el sermón que habia oído por la noche; pero sin atar ni desatar, y repitiendo no mas que aquellas palabras mas fáciles que podía pronunciar su tiernecita lengua, como «fuego, agua, campanas, saquistán, tío Lázaro»; y en lugar de Picinelo, Pagnino y Vatablo, decía «pañuelo, pollino y buen nabo», porque aun no tenia fuerza para pronunciar la *l*. Anton Zotes y su mujer quedaron aturridos; diéronle mil besos, despertaron al padre colegial, llamaron al cura, dijeron al niño que repitiese el sermón delante de ellos, y él lo hizo con tanto donaire y donosura, que el cura le dió un ochavo para avellanas, el fraile seis chochos, su madre un poco de tirron de Villada, que habia traído de una romería; y contando la buena de la Católica la profecía del bendito lego (así le llamaba ella), todos convinieron en que aquel niño habia de ser gran predicador, y que sin perder tiempo era menester ponerle á la escuela de Villaornate, donde habia un maestro muy famoso.

CAPITULO V.

De los disparates que aprendió en la escuela de Villaornate.

Eralo un cojo, el cual, siendo de diez años, se habia quebrado una pierna por ir á coger un nido. Habia sido discípulo en Leon de un maestro famoso, que de un rasgo hacia una pájara, de otro un pabellón, y con una *A* ó con una *M* al principio de una carta, cubria toda aquella primera llana de garambainas. Hacia carteles, que dedicaba á grandes personajes, los cuales por lo comun se los pagaban bien; y aunque le llamaban por esto el Maestro Socialiñas, á él se le daba poco de los murmuradores, y no por eso dejaba de hacer sus ridiculos cortejos. Sobre todo, era eminente en dibujar aquellos carteles que llaman de letras de humo, y con efecto, pintaba un *Alabado* que podía arder en un candil. De este insigne maestro fué discípulo el cojo de Villaornate; y era fama que por lo ménos habia salido tan primoroso garambainista como su mismo maestro.

2. Siendo cosa averiguada que los cojos por lo comun son ladinos y avisados, este tal cojo de quien vamos hablando, no era lerdo, aunque picaba un poco en presumido y en extravagante. Como salió tan buen pendolista, desde luego hizo ánimo á seguir la carrera de las escenas, esto es, á ser maestro de niños; y para soltarse en la letra, se acomodó por dos ó tres años de escribiente con el notario de la vicaría de San Millán, el cual era hombre curioso y tenia algunos libros romancistas, unos buenos y otros malos. Entre estos habia tres libritos de ortografía, en cuyos autores segñian rumbos diferentes y aun opuestos, queriendo uno que se escribiese segun la etimología ó derivación de las voces, otro defendiendo que se habia de escribir como se pronunciaba, y otro que se debia seguir en eso la costumbre. Cada uno alegaba por su parte razones, ejemplos, autoridades, citando academias, diccionarios, lexicones, *ex omni lingua, tribu, populo et natione*; y cada cual esforzaba su partido con el mayor empeño, como si de este punto dependiera la conservacion ó el trastornamiento y ruina universal de todo el orbe literario, conviniendo todos tres en que la ortografía era la verdadera *clavis scientiarum*, el fundamento de todo el buen saber, la puerta principal del templo de Minerva, y que si alguno entraba en él sin ser buen ortografista, entraba por la puerta falsa, no habiendo en el mundo cosa mas

lastimosa, que el que se llamasen escritores los que no sabian escribir. Sobre este pié metia cada autor una zambra de todos los diantres, en defensa de su particular opinion. Al etimologista y derivativo se le partia el corazón de dolor, viendo á innumerables españoles indignos que escribían *España* sin *H*, en gravísimo deshonra de la gloria de su misma patria, siendo así que se deriva de *Hispania*, y esta de *Hispaan*, aquel héroe que hizo tantas proezas en la caza de conejos, de donde en lengua *púnica* se vino á llamar *Hispania* toda tierra donde habia mucha gazapina. Y si se quiere que se derive de *Hespero*, aun tiene origen y cuna mas brillante, pues no viene ménos que del lucero vespertino, que es ayuda de cámara del sol cuando se acuesta, y le sirve el gorro para dormir; el cual á ojos vistos se ve que está en el territorio celestial de nuestra amada patria; y quitándola á esta la *H* con sacrilega impiedad, oscureció todo el esplendor de su clarísimo origen. ¡Y los que hacen esto se han de llamar espanoles! ¡Oh indignidad! ¡Oh indecencia!

3. Pero donde perdía todos los estribos de la paciencia y aun de la razon, era en la torpe, en la bárbara, en la escandalosa costumbre ó corruptela de haber introducido la *Y* griega, cuando servia de conjuncion, en lugar de la *I* latina, que sobre ser mas puida y mas pelada, tenia mas parentesco con el *et* de la misma lengua, de donde tomamos nosotros nuestra *i*. Fuera de que la *y* griega tiene una figura basta, rústica y grosera, pues se parece á la horquilla con que los labradores cargan los haces en el carro; y aunque no fuera mas que por esta gravísima razon, debia desterrarse de toda escritura culta y ascada. Por esto decia dicho etimologista. Siempre que leo en algun autor «y Pedro y Juan y Diego», en lugar de «i Diego i Pedro i Juan», se me revuelven las tripas, se me conmueven de rabia las entrañas, y no me puedo contener sin decir entredientes: ¡Hi-de pu...! Y al contrario, no me harto de echar mil bendiciones á aquellos celeberrimos autores que saben cuáles son *I* derecha, y entre otros á dos catedráticos de dos famosas universidades, ambos inmortal honor de nuestro siglo y envidia de los futuros, los cuales, en sus dos importantísimos tratados de ortografía, han trabajado con glorioso empeño en restituir la *I* latina al trono de sus antepasados; por lo cual digo y diré mil veces que son benditos entre todos los benditos.

4. No le iba en zaga el otro autor que, despreciando la etimología y la derivación, pretendia que en las lenguas vivas se debia escribir como se hablaba, sin quitar ni añadir letra alguna que no se pronunciase. Era gusto ver cómo se encendia, cómo se irritaba, cómo se enfurecia contra la introduccion de tantas *hh*, *nn*, *ss* y otras letras impertinentes que no snenan en nuestra pronunciación. Aquí de Dios y del Rey (decia el tal autor, que no parecia sino portugues en lo fanfarrón y en lo arrogante); si pronunciamos *ombre*, *onra*, *ijo*, sin aspiración ni alforjas, ¿á qué ton emos de pegar á estas palabras aquella *h* arrimadiza, que no es letra ni calabaza, sino un recuerdo ó un punto aspirativo? Y si se debe aspirar con la *h* siempre que se pone, ¿por qué nos reimos del andaluz, cuando pronuncia *jijo*, *jonra*, *jombre*? Una de dos, ó él habla bien, ó nosotros escribimos mal. ¿Pues qué diré de las *nn*, *ss*, *rr*, *pp* y demas letras dobles que desperdiciamos lo mas lastimosamente del mundo? Si

suenen la misma *pasión* con una *s* que con dos, *inocente* con una *n* que con dos, *Philipo* con una *p* que con dos, *ut quid perditio haec?* Que doblemos las letras en aquellas palabras en que se pronuncian con particular fortaleza, ó en las cuales si no se doblan se puede confundir su significado con otro, como en *perro*, para distinguirlo de *pero*; en *parro*, para diferenciarle de *paro*; y en *cerro*, para que no se equivoque con *cero*, vaya; pero en *buro*, que ya se sabe lo que es, y no puede equivocarse con otro algún significado, ¿para qué hemos de gastar una *r* mas, que despues puede hacernos falta para mil cosas? ¿Es esto mas que gastar tinta, papel y tiempo, contra todas las reglas de la buena economía? No digo nada de la prodigalidad con que malbaratamos un prodigioso caudal de *uu*, que para nada nos sirven á nosotros, y con las cuales se podian remediar muchísimas pobres naciones que no tienen una *u* que llegar á la boca. Verbi-gracia: en *qué*, en *por qué*, en *para qué*, en *quiero*, *et reliqua*; ¿no me dirán ustedes qué falta nos hace la *u*, puesto que no se pronuncia? ¿Estaria peor escrito *qiero*, *qe*, *por qé*, *para qé*, etc.? Añado que, como la misma *q* lleva envuelta en su misma pronunciación la *u*, podíamos ahorrar muchísimo caudal de *uu* para una urgencia, aun en aquellas voces en que claramente suena esta letra; porque ¿qué inconveniente tendría que escribiésemos *qerno*, *qando*, *qales*, para pronunciar *querno*, *quándo*, *quáles*? Aun hay mas en la materia: puesto que la *k* tiene la misma fuerza que la *q*, todas las veces que la *u* no se declara, distinguamos de tiempos, y concordaremos derechos; quiero decir, desterraremos la *q* de todas aquellas palabras en que no se pronuncia la *u*, y valgámonos de la *k*, pues aunque así se parecerá la escritura á los *kyries* de la misa, no perderá nada por eso. Vaya un verbi-gracia de toda esta ortografía.

5. «El ombre ke kiera escribir coretamente, uya qanto pudiere de escribir akellas letras ke no se egspresan en la pronunciacion; porke es desonra de la pluma, ke debe ser buena ija de la lengua, no aprender lo ke la enseña su madre, etc.» Cnéntense las *uu* que se ahorran en solo este período, y por aquí se sacará las que se podian ahorrar al cabo del año en libros, instrumentos y cartas; y luego extrañarán que se haya encarecido el papel.

6. Por el contrario, el ortografista que era de opinion que en esto de escribir se habia de seguir la costumbre, no se metia en dibujos; y haciendo gran burla de los que gastaban el calor natural en estas bagatelas, decia que en escribiendo como habian escrito nuestros abuelos, se cumplia bastanteamente; y mas cuando en esto de ortografía hasta ahora no se habian establecido principios ciertos y generalmente admitidos, mas que unos pocos, y que en lo restante cada uno fingia los que se le antojaba. El Cojo, que como ya dijimos, era un si es no es muchísimo extravagante, leyó todos los tres tratados; y como vió que la materia tenia mucho de arbitraria; y que cada cual discurría segun los senderos de su corazon, le vino á la imaginación un extraño pensamiento. Parecióle que él tenia tanto caudal como cualquiera para ser inventor, fundador y patriarca de un nuevo sistema ortográfico; y aun se lisonjeó su vanidad que acaso daría con uno jamas oído ni imaginado, que fuese mas racional y mas justo que todos los deseubier-

tos; figurándosele que si acertaba con él, se haria el maestro de niños mas famoso que habia habido en el mundo desde la fundación de las escuelas hasta la institución de los Esculapios inclusive.

7. Con esta idea comenzó á razonar allá para consigo, diciéndose á sí mismo: ¡Valgame Dios! Las palabras son imágenes de los conceptos, y las letras se inventaron para ser representación de las palabras; con que, por fin y postre, ellas tambien vienen á ser representación de los conceptos. Pues ahora, aquellas letras que representaren mejor lo que se concibe, esas serán las mas propias y adecuadas; y así, cuando yo concibo una cosa pequeña, la debo escribir con letra pequeña, y cuando grande, con letra grande. Verbi-gracia: ¿Qué cosa mas impertinente que, hablando de una pierna de vaca, escribirla con una *p* tan pequeña como si se hablara de una pierna de hormiga, y tratando de un monte, usar una *m* tan ruin como si tratara de un mosquito? Esto no se puede tolerar, y ha sido una inadvertencia fatal y crasísima de todos cuantos han escrito hasta aquí. ¿Hay cosa mas graciosa, ó por mejor decir, mas ridicula, que ignalar á Zaqueo en la *Z* con Zorobabel y con Zabulon, siendo así que consta de la Escritura que el primero era pequeño y casi enano, y los otros dos, cualquiera hombre de juicio los concibe, por lo ménos, tan grandes y tan corpulentos como el mayor gigante del día de Corpus? Porque pensar que no llenaban tanto espacio de aire como llenan de boca, *proportione servatá*, es cuento de niños. Pues ve aquí que salgan Zaqueo y Zabulon en un escrito, y que, siendo ó habiendo sido en sí mismos tan desiguales en el tamaño, han de parecer iguales en la escritura. Vaya, que es un grandísimo despropósito. Item, si se habla de un hombre en quien todas las cosas finéron grandes, como si dijéramos nn San Agustín, ponderando su talento, su genio, su comprensión, ¿hemos de escribir y pintar en el papel estas agigantadas prendas con unas letricas tan menudas y tan indivisibles, como si habláramos, por comparanza, de las del antor del *Poema épico de la vida de San Anton*, y otros de la misma calaña? Eso sería cosa ridicula, y aun ofensiva á la grandeza de un santo padre de tanta magnitud. Fuera de que, ¿dónde puede haber mayor primor que el hacer que cualquiera lector, solo con abrir un libro y ántes de leer ni una sola palabra, conozca, por el mismo tamaño y multitud de las letras grandes, que allí se trata de cosas grandiosas, magnificas y abultadas; y al contrario, en viendo que todas las letras son de estatura regular, ménos tal cual que sobresale á trechos, como los pendones en la procesion, cierre incontinenti el libro y no pierda tiempo en leerle, conociendo desde luego que no se contienen en él sino cosas muy ordinarias y communes? Quiero explicar esto con el ejemplo de nn estupendo sermon, predicado al mismo San Agustín, el mejor que he oído ni pienso oír en los días de mi vida. Preguntaba el predicador, ¿por qué á San Agustín se le llamaba «el gran Padre de la Iglesia», y á ningún otro santo padre ni doctor de ella se le daba este *epíteto*? (Así decia él.) Y respondió:

8. «Porque mi Agustino no solo fué Gran Padre, sino Gran Madre, y Gran Abuelo de la Iglesia. Gran Padre, porque ántes de su Conversion tuvo muchos hijos, aunque no se le logró mas que uno. Gran Madre, porque Concibió y Parió muchos Libros. Gran Abuelo, porque

Engendró á los Ermitaños de San Agustín, y los Ermitaños de San Agustín engendraron despues todas las religiones mendicantes que siguen su Santa Regla, las cuales todas son Nietas del Grande Agustino. Y note de paso el discreto, que la Regla destruye la Maternidad, y la Regla fué la que aseguró la Paternidad de mi Gran Padre. *Magnus Parens.*»

9. Este trozo de sermon que oí con estos mismísimos oídos que han de comer la tierra, y un pobre ignorante y mentecato, aunque tenia crédito de gran letrado y hombre maduro, trató de puereo, sucio, hediondo y digno del fuego; pero á mí me pareció, y hoy día me lo parece, la cosa mayor del mundo: digo que este trozo de sermon, escrito como está escrito, esto es, con letras mayúsculas y garrafas en todo lo que toca á San Agustín, desde la primera vista llama la atencion del lector y le hace conocer que allí se contienen cosas grandes, y sin poderse contener, luego se abalanza á leerlo; cuando al contrario, si estuviera escrito con letras ordinarias, no pararía mientes en él, y quizá le arrimaría sin haber leído una letra. Así que, en esta mi ortografía se logra, lo primero, la propiedad de las letras con los conceptos que representan; lo segundo, el decoro de las personas de quien se trata; lo tercero, el llamar la atencion de los lectores. Y podía añadir lo cuarto, que tambien se logra la hermosura del mismo escrito; porque son las letras grandes en el papel lo que los árboles en la huerta, que la amenizan y la agracian, y desde luego da á entender que aquella es huerta de señor, cuando un libro todo de letras iguales y pequeñas parece huerta de verdura y hortaliza, que es cosa de frailes y gente ordinaria.

10. Con estas disparatadas consideraciones se enamoró tanto el extravagante Cojo de su ideada ortografía, que resolvió seguirla, entablarla y enseñarla. Y habiendo vacado por aquel tiempo la escuela de Villaornate, por ascenso del maestro actual á fiel de fechos de Cojees de Abajo, la pretendió y la logró á dos paletadas, porque ya habia cobrado mucha fama en toda la tierra con ocasion de los litigantes que acudían á la vicaría. Llovian niños como paja de todo el contorno á la fama de tan estupendo maestro; y Anton Zotes y su mujer resolvieron enviar allá á su Gerundico, para que no se malograra la viveza que mostraba. El Cojo le hizo mil caricias, y desde luego comenzó á distinguírle entre todos los demas niños. Sentábase junto á sí, haciale punteros, limpiábale los mocos, dábale avellanas y mondadnras de peras; y cuando el niño tenia gana de proveerse, el mismo maestro le soltaba los dos cuartos superiores de las bragas (porque consta de instrumentos de aquel tiempo que eran abiertas), y arremangándole la camisita, le llevaba en esta postura hasta el corral, donde el chichuelo hacia lo que habia menester. No era oro todo lo que relucía, y el bellaco del Cojo sabía bien que no echaba en saco roto los cariños que hacia á Gerundico; porque á los buenos de sus padres se les caía con esto la baba; y ademas de pagarle muy puntualmente el real del mes, la rosea del sábado, que llevaba su hijo, era la primera y la mayor, y siempre acompañada con dos huevos de pava, que no parecían sino mesmamente como dos bolas de trucos. Amen de eso, en tiempo de matanza eran corrientes y seguras tres morcillas, con un buen pedazo de solomo; esto sin entrar en cuenta la morcilla cagalar, con dos

buenas varas de longaniza, que era el colgajo del día de San Martín, nombre que tenia el maestro. Y cuando pararía Señora (así llamaban los niños á la maestra), era cosa sabida que la tía Catana la regalaba con dos gallinas, las mas gordas que habia en todo su gallinero, y con una libra de bizcochos, que se traían exprofesamente de la confitería de Villamañán. Con esto se esmeraban maestro y maestra en acariciar al niño, tanto, que la maestra todos los sábados le cortaba las uñas, y de quince en quince días le espulgaba la cabeza y sacaba las liendres.

CAPITULO VI.

En que se parte el capítulo quinto, porque ya va largo.

Pues con este enuidado que el maestro tenia de Gerundico, con la aplicacion del niño y con su viveza é ingenio, que realmente le tenia, aprendió fácilmente y presto todo cuanto le enseñaban. Su desgracia fué, que siempre le deparó lo suerte maestros estrafalarios y estrambóticos como el Cojo, que en todas las facultades le enseñaron mil sandeces, formándole desde niño un gusto tan particular á todo lo ridículo, impertinente y extravagante, que jamas hubo forma de quitársele; y aunque muchas veces encontró con sugetos hábiles, cuerdos y maduros, que intentaron abrirle los ojos para que distinguiese lo bueno de lo malo (como se verá en el discurso de esta puntual historia), nunca fué posible apearle de su capricho: tanta impresion habian hecho en su ánimo los primeros disparates. El Cojo los inventaba cada día mayores; y habiendo leído en un libro que se intitulaba *Maestro del maestro de niños*, que este debe poner particular enuidado en enseñarlos la lengua propia, nativa y materna, con pureza y con propiedad, por cuanto enseña la experiencia que la incongruidad, barbarismos y solecismos con que la hablan toda la vida muchos nacionales, dependen de los malos modos, impropiedades y frases desacertadas que se les pegan cuando niños, él hacia grandísimo estudio de enseñarlos á hablar bien la lengua castellana; pero era el caso que él mismo no la podía hablar peor; porque, como era tan presumido y tan exótico en el modo de concebir, así como habia inventado una extravagantísima ortografía, así tambien se le habia puesto en la cabeza que podía inventar una lengua no ménos extravagante.

2. Mientras fué escribiente del notario de San Millán, habia notado en varios procesos que se decia así: «cuarto testigo examinado, María Gavilan; octavo testigo examinado, Sebastiana Palomo.» Esto «le chocaba infinitamente»; porque decia que si los hombres eran testigos, las mujeres se habian de llamar *testigas*, pues lo contrario era confundir los sexos y parecia romance de vizcaíno. De la misma manera no podia sufrir que el autor de la *Vida de Santa Catalina* dijese: «Catalina, sugeto de nuestra historia;» pareciéndole que «Catalina y sugeto» eran mala concordancia, pues venía á ser lo mismo que si se dijera: «Catalina, el hombre de nuestra historia», siendo cosa averiguada que solamente los hombres se deben llamar *sugetos*, y las mujeres *sugetas*. ¿Pues qué, cuando encontraba en un libro: «era una mujer no comun, era un gigante?» Entónces perdía los estribos de la paciencia, y decia á sus chicos todo en cólera y furioso: Ya no falta mas sino que nos quiten las barbas y los calzones, y se los pongan á las mujeres. ¿Por qué no se dirá: «Era una mujer no comun, era

una gigante?» Y por esta misma regla los enseñaba que nunca dijese «el alma, el arte, el agua», sino «la alma, la agua, la arte», pues lo contrario era *ridicularia*, como dice el indigesto y docto Barbadino.

3. Sobre todo estaba de malísimo humor con aquellos verbos y nombres de la lengua castellana que comenzaban con *arre*, como «arrepentirse, arremangarse, arreglarse, arreo, etc.», jurando y perjurando que no había de parar hasta desterrarlos de todos los dominios de España; porque era imposible que no los hubiesen introducido en ella algunos arrieros de los que conducían el bagaje de los godos y de los árabes. Decía á sus niños que hablar de esta manera era mala crianza, porque era tratar de burros ó de machos á las personas. Y á este propósito los contaba que yendo un padre maestro de cierta religion por Salamanca, y llevando por compañero á un frailecito irlandés recién trasplantado de Irlanda, que aun no entendía bien nuestra lengua, encontraron en la calle del Río muchos aguadores con sus burros delante, que iban diciendo: «arre, arre.» Preguntó el irlandés al Padre Maestro qué quería decir *arre*, pronunciando la *r* blandamente, como lo acostumbran los extranjeros. Respondióle el Maestro que aquello quería decir que anduviesen los burros adelante. A poco trecho despues encontró el Maestro á un amigo suyo, con quien se paró á hablar en medio de la calle: la conversacion iba algo larga; cansábase el irlandés, y no sabiendo otro modo de explicarse, cogió de la manga á su compañero y le dijo con mucha gracia: «Are, Padre Maestro, are; y lo cual se celebró con grande risa en Salamanca. Pues ahora, decía el Cojo hecho un veneno, que el *arre* vaya solo, que vaya con la comitiva y acompañamiento de otras letras, siempre es *arre*, y siempre es una grandísima desvergüenza y descortesía que á los racionales nos traten de esta manera; y así tanta entendido todo aquel que me arreare las orejas, que yo le he de arrear á él el cu... y acabó de pronunciar redondamente. A este tiempo le vino gana de hacer cierto menester á un niño que todavía andaba en sayas: fuese delante de la mesa donde estaba el maestro, puso las manicas y le pidió la caca con grandísima inocencia; pero le dijo que no sabía *arremangarse*. Pues yo te enseñaré, grandísimo bellaco, le respondió el Cojo enfurecido; y diciendo y haciendo le levantó las faldas y le asentó unos buenos azotes, repitiendo á cada uno de ellos: «Anda, para que otra vez no vengas á arremangarnos los livianos.»

4. Todas estas lecciones las tomaba de memoria admirablemente nuestro Gerundio; y como por otra parte en poco mas de un año aprendió á leer por libro, por carta y por proceso, y aun á hacer palotes y á escribir de á ocho, el maestro se empeñó en cultivarle mas y mas, enseñándole lo mas recóndito que él mismo sabía, y con lo que lo había lucido en mas de dos convites de cofradía, asistiendo á la mesa algunos curas que eran tenidos por los mayores moralistones de toda la comarca; y uno que tenia en la uña todo el Lárraga y era un hombre que se perdía de vista, se quedó embobado habiéndole oído en cierta ocasion.

5. Fué pues el caso, que como la fortuna ó la mala trampa deparaban al buen Cojo todas las cosas ridiculas, y él tenia tanta habilidad para que lo fuesen en su boca las mas discretas, por no saber entenderlas ni aprove-

charse de ellas, llegó á sus manos, no se sabe cómo, una comedia castellana intitulada *El villano caballero*, que es copia mal sacada y peor zurcida de otra que escribió en frances el incomparable Molière, casi con el mismo título. En ella se hace una graciosísima burla de aquellos maestros pedantes que pierden el tiempo en enseñar á los niños cosas impertinentes y ridículas, que tanto importa ignorarlas como saberlas; y para esto se introduce al maestro ó al preceptor del repentino caballero, que con grande aparato y ostentacion de voces le enseña cómo se pronuncian las letras vocales y las consonantes. El Cojo de mis pecados tomó de memoria todo aquel chistosísimo pasaje; y como era tan cojo de entendederas como de piés, entendióle con la mayor seriedad del mundo; y la que en realidad no es mas que una delicadísima sátira, se le representó como una leccion tan importante, que sin ella no podia haber maestro de niños que en Dios y en conciencia mereciese serlo.

6. Un dia pues, habiendo corregido las planas mas aprisa de lo acostumbrado, llamó á Gerundio, hizóle poner en pié delante de la mesa, tocó la campanilla á silencio, intimó atencion á todos los muchachos, y dirigiendo la palabra al niño Gerundio, le preguntó con mucha gravedad: Dime, hijo, ¿cuántas son las letras? Respondió el niño prontamente: Señor maestro, yo no lo sé, porque no las he contado. Pues has de saber, continuó el Cojo, que son veinte y cuatro, y si no cuéntalas. Contólas el niño, y dijo con intrepidez: Señor maestro, en mi cartilla salen veinte y cinco. Eres un tonto, le replicó el maestro, porque las dos *A* primeras no son mas que una letra con forma ó con figura diferente. Conoció que se había cortado el chico, y para alentarle añadió: No extraño que siendo tú un niño, y no habiendo mas que un año que andas á la escuela, no supieses el número de las letras, porque hombres conozco yo que están llenos de canas, se llaman doctísimos y se ven en grandes puestos, y no saben cuántas son las letras del abecedario; ¡pero así anda el mundo! Y al decir esto arrancó un profundísimo suspiro. La culpa de esta fatal ignorancia la tienen las repúblicas y los magistrados, que admiten para maestros de escuela á unos idiotas que no valian ni aun para monacillos; pero esto no es para vosotros ni para aquí: tiempo vendrá en que sabrá el Rey lo que pasa. Vamos adelante.

7. De estas veinte y cuatro letras, unas se llaman *vocales*, y otras *consonantes*. Las vocales son cinco: *a, e, i, o, u*; llámense vocales, porque se pronuncian con la boca. ¿Pues acaso las otras, señor maestro (le interrumpió Gerundio con su natural viveza), se pronuncian con el cu...? y díjolo por entero. Los muchachos se rieron mucho: el Cojo se corrió un poco; pero tomándolo á gracia, se contentó con ponerse un poco serio, diciéndole: No seas intrépido, y déjame acabar lo que iba á decir. Digo pues que las vocales se llaman así, porque se pronuncian con la boca, y puramente con la voz; pero las consonantes se pronuncian con otras vocales. Esto se explica mejor con los ejemplos. *A*, primera vocal, se pronuncia abriendo mucho la boca, *a*. Luego que oyó esto Gerundio, abrió su boquita, y mirando á todas partes, repetía muchas veces *a, a, a*; tiene razon el señor maestro. Y este prosiguió: la *E* se pronuncia acercando la mandíbula inferior á la superior, esto es, la quijada de abajo á la de arriba, *e*. A ver, á ver cómo lo hago yo, se-

ñor maestro, dijo el niño, *e, e, e: a, a, a, e: ¡* Jesús, y qué cosa tan buena! La *I* se pronuncia acercando mas las quijadas una á otra, y retirando igualmente las dos extremidades de la boca hácia las orejas, *i, i, i*. Deje usted á ver si yo sé hacerlo: *i, i, i*. Ni mas ni ménos, hijo mio, y pronuncias la *i á perfeccion*. La *O* se forma abriendo las quijadas, y despues juntando los labios por los extremos, sacándolos un poco hácia fuera y formando la misma figura de ellos, como una cosa redonda que representa una *o*. Gerundillo, con su acostumbrada intrepidez, luego comenzó á hacer la prueba y á gritar *o, o, o*: el maestro quiso saber si los demas muchachos habian aprendido tambien las importantísimas lecciones que los acababa de enseñar, y mandó que todos á un tiempo y en voz alta pronunciasen las letras que les habia explicado. Al punto se oyó una gritería, una confusion y una algarabía de todos los diantres: unos gritaban *a, a, a*; otros *e, e*; otros *i, i*; otros *o, o*. El Cojo andaba de banco en banco, mirando á unos, observando á otros y emendando á todos: á este le abría mas las mandíbulas, á aquel se las cerraba un poco; á uno le plegaba los labios, á otro se los descosía; y en fin, era tal la gritería, la confusion y la zambra, que parecia la escuela ni mas ni ménos al coro de la santa iglesia de Toledo en las vísperas de la Expectacion.

8. Bien atestada la cabeza de estas impertinencias, y muy aprovechado en necedades y en extravagancias, leyendo mal y escribiendo peor, se volvió nuestro Gerundio á Campazas; porque el maestro habia dicho á sus padres que ya era cargo de conciencia tenerle mas tiempo en la escuela, siendo un muchacho que se perdía de vista, y encargándoles que no dejasen de ponerle luego á la gramática, porque habia de ser la honra de la tierra. La misma noche que llegó hizo nuestro escolin ostentacion de sus habilidades y de lo mucho que habia aprendido en la escuela, delante de sus padres, del cura del lugar y de un fraile que iba con obediencia á otro convento; porque de estos apenas se limpiaba la casa. Gerundico preguntó al cura: ¿A que no sabe usted cuántas son las letras de la cartilla? El cura se cortó oyendo una pregunta que jamas se la habian hecho, y respondió: Hijo, yo nunca las he contado. Pues cuéntelas usted, prosiguió el chico; ¿y va un ochavo á que, aun despues de haberlas contado, no sabe cuántas son? Contó el cura veinte y cinco, despues de haberse errado dos veces en el *a, b, c*; y el niño, dando muchas palmadas, decia: ¡Ay, ay! que le cogí, que le gané, porque cuenta por dos letras las dos *A a* primeras, y no es mas que una letra escrita de dos modos diferentes. Despues preguntó al padre: ¿Vaya otro ochavo á que no me dice usted cómo se escribe burro, con *b* pequeña ó con *B* grande? Hijo, respondió el buen religioso, yo siempre le he visto escrito con *b* pequeña. No señor, no señor, le replicó el muchacho: si el burro es pequeñito y anda todavía á la escuela, se escribe con *b* pequeña; pero si es un burro grande, como el burro de mi padre, se escribe con *B* grande; porque dice señor maestro que las cosas se han de escribir como ellas son, y que por eso una pierna de vaca se ha de escribir con una *P* mayor que una pierna de carnero. A todos les hizo gran fuerza la razon, y no quedaron ménos admirados de la profunda sabiduría del maestro, que del adelantamiento del discípulo; y el buen padre confesó que aunque habia cursado en las dos

universidades de Salamanca y Valladolid, jamas habia oido en ellas cosa semejante; y vuelto á Anton Zotes y á su mujer, los dijo muy ponderado: Señores hermanos, no tienen que arrepentirse de lo que han gastado con el maestro de Villaornate; porque lo han empleado bien. Cuando el niño oyo *arrepentirse*, comenzó á hacer grandes aspavientos, y á decir: ¡Jesús, Jesús, qué mala palabra, *arrepentirse*! No, señor, no, señor, no, se dice *arrepentirse*, ni cosa que lleve *arre*; que eso dice señor maestro que es bueno para los burros ó para las ruecas (*Recuas* querrás decir, hijo, le interrumpió Anton Zotes, cayéndosele la baba): Sí, señor, para las recuas, y no para los cristianos, los cuales debemos decir *enrepentir*, *enremangar*, *enreglar* el papel y cosas semejantes. El cura estaba aturdido, el religioso se hacia crices, la buena de la Catania lloraba de gozo, y Anton Zotes no se pudo contener sin exclamar: «¡Vaya, que es bobada!» que es la frase con que se pondera en Campos una cosa nunca vista ni oida.

9. Como Gerundico vió el aplauso con que se celebraban sus agudezas, quiso echar todos los registros, y volviéndose segunda vez al cura, le dijo: Señor Cura, pregúnteme usted de las vocales y de las consonantes. El cura, que no entendia palabra de lo que el niño queria decir, le respondió: «¿De qué brocales, hijo? ¿Del brocal del pozo del Humilladero y del otro que está junto á la ermita de San Blas?» No, señor, de las letras consonantes y de las vocales. Cortóse el bueno del cura, confesando que á él nunca le habian enseñado cosas tan hondas. Pues á mí sí, continuó el niño; y de rabo á oreja, sin faltarle punto ni coma, los encajó toda la ridícula arenga que habia oido al cojo de su maestro sobre las letras vocales y consonantes, y en acabando, para versi la habian entendido, dijo á su madre: Madrica, cómo se pronuncia la *A*? Hijo, ¿cómo se ha de pronunciar? Así, *A*, abriendo la boca. No, madre; ¿pero cómo se abre la boca? ¿Cómo se ha de abrir, hijo? De esta manera: *A*. Que no es eso, señora; pero cuando usted la abre para pronunciar la *A*, ¿qué es lo que hace? Abrirla, hijo mio, respondió la bonísima Catania. ¡Abrirla! eso cualquiera lo dice: tambien se abre para pronunciar *E*, y para pronunciar *I*, *O*, *U*, y entónces no se pronuncia *A*. Mire usted, para pronunciar *A* se baja una quijada y se levanta otra, de esta manera; y cogiendo con sus manos las mandíbulas de la madre, la bajaba la inferior y la subía la superior, diciéndola que cuanto mas abriese la boca, mayor sería la *A* que pronunciaría. Hizo despues que el padre pronunciase la *E*, el cura la *I*, el fraile la *O*, y él escogió por la mas dificultosa de todas la pronunciacion de la *U*, encargándoles que todos á un tiempo pronunciasen la letra que tocaba á cada uno, levantando la voz todo cuanto pudiesen, y observando unos á otros la postura de la boca, para que viesen la puntualidad de las reglas que le habia enseñado el señor maestro. El metal de las voces era muy diferente; porque la tia Catania la tenia hombruna y carraspeña, Anton Zotes clueca y algo aternerada, el cura gangosa y tabacuna, el padre, que estaba ya aperdigado para vicario de coro, corpulenta y becerril; Gerundico atiplada y de chillido. Comenzó cada uno á representar su papel y á pronunciar su letra, levantando el grito á cual mas podia: hundíase el cuarto, atronábase la casa: era noche de verano y todo el lugar estaba tomando el fresco á las puertas de

la calle. Al estruendo y á la algaraza de la casa de Anton Zotes, acudieron todos los vecinos, creyendo que se quemaba ó que habia sucedido alguna desgracia: entran en la sala, prosiguen los gritos descompasados, ven aquellas figuras, y como ignoraban lo que habia pasado, juzgan que todos se han vuelto locos. Ya iban á atarlos, cuando sucedió una cosa nunca creída ni imaginada, que hizo cesar de repente la gritería y por poco no convirtió la música en respuestas. Como la buena de la Catanla abría tanto la boca para pronunciar su *A*, y naturaleza liberal la habia proveído de este órgano abundantísimamente, siendo mujer que de un bocado se engullía una pera de donguindo hasta el pezon, quiso su desgracia que se la desencajó la mandíbula inferior tan descompasadamente, que se quedó hecha un mascarón de retablo, viéndosela toda la entrada del esófago y de la traquí-arteria con los conductos salivales, tan clara y distintamente, que el barbero dijo descubria hasta los vasos linfáticos donde excretaba la respiracion. Cesaron las voces, asustáronse todos, hiciéronse mil diligencias para restituir la mandíbula á su lugar; pero todas sin fruto, hasta que al barbero le ocurrió cogerla de repente y darla por debajo de la barba un cachete tan furioso, que se la volvió á encajar en su sitio natural, bien que, como estaba desprevénida, se mordió un poco la lengua y escupió algo de sangre. Con esto paró en risa la funcion; y habiéndose instruido los concurrentes del motivo de ella, quedaron pasmados de lo que sabia el niño Gerundio, y todos dijeron á su padre que le diese estudios; porque sin duda habia de ser obispo.

CAPITULO VII.

Estudia gramática con un dómíne que, por lo que toca al entendimiento, no se podia casar sin dispensacion con el cojo de Villanovate.

En eso estaba ya Anton Zotes; pero toda la duda era si le habia de enviar á Villagarciá ó á cierto lugar no distante de Campazas, donde habia un dómíne que tenia aturdida toda la tierra, y muchos decian que era mayor latino que el famoso Taranilla. Pero la tia Catanla se puso como una furia, diciendo que primero se habia de echar en un pozo que permitir que su hijo fuese á Villagarciá, á que se le matasen los teatinos; porque su marido *toadia* tenia las señales de una *guelta* de azotes que le habian dado en junta de generales, solo porque de cuando en cuando bebia dos ó tres azumbres de vino mas de las que llevaba su *estógamo*, y porque se iba á divertir con las mozas del lugar, que todas eran niñerías y cosas que las hacen los mozos mas honrados, sin que pierdan por eso casamiento ni dejen de cumplir honradamente con la *perroquia*, como cualquiera cristiano viejo. Con esto, por contentarla, se determinó finalmente que el muchacho fuese á estudiar con el dómíne; y mas que Anton Zotes afirmaba con juramento que solo él habia construido la elegante dedicatoria de su hermano el gimnasiarca, sin errar punto; cosa que no habian hecho los mayores moralistas de todo el Páramo, ni ninguno de cuantos religiosos doctos se habian hospedado en su casa, aunque algunos de ellos habian sido definidores.

2. Luego pues que llegó San Lúcas, el mismo Anton llevó á su hijo á presentársele y á recomendársele al dómíne. Era este un hombre alto, derecho, seco, cejijunto y populoso; de ojos hundidos, nariz adunca y prolon-

gada, barba negra, voz sonora, grave, pausada y ponderativa, furioso tabaquista, y perpetuamente aforrado en un tabardo talar de paño pardo, con uno entre becoquin y casquete de cuero rayado, que en su primitiva fundacion habia sido negro, pero ya era del mismo color que el tabardo. Su conversacion era taraceada de latin y de romance, citando á cada pasodichos, sentencias, hemistiquios y versos enteros de poetas, oradores, historiadores y gramáticos latinos antiguos y modernos, para apoyar cualquiera friolera. Dijo le Anton Zotes que aquel muchacho era hijo suyo, y que como padre queria darle la mejor crianza que pudiese. *Optimè enim verò*, le interrumpió luego el dómíne, esa es la primera obligacion de los padres, *maximè* cuando Dios les ha dado bastantes conveniencias. Dijo le Plutarco: *Nil antiquius, nil parentibus sanctius, quàm ut filiorum curam habeant; iis præsertim quos Pluto non omnino insalutatos reliquit*. Añadió Anton Zotes que él habia estudiado tambien su poco de gramática, y queria que su hijo la estudiase. *Qualis pater, talis filius*, le replicó el preceptor; aunque mejor lo dijo el otro, hablando de las madres y de las hijas: *De meretrice puta, quod sit semper filia... Nam sequitur leviter filia matris iter*. Lo que ya vuestra merced ve enán fácilmente se puede acomodar á los hijos respecto de los padres; y *obiter* sepa vuestra merced que á estos llamamos nosotros versos leoninos; porque así como el leon (*animal rugibile* le define el filósofo) cuando enrosca la cola viene á caer la extremidad de ella (*cauda caudae*, cola de la cola la llamé yo en una dedicatoria á la ciudad de Leon) sobre la mitad del cuerpo ó de la espalda de la rugible fiera, así la cola del verso, que es la última palabra, como que se enrosca y viene á caer sobre la mitad del mismo verso. Nótele vuestra merced en el exámetro: *puta-puta*, clavado; despues en el pentámetro, *iter-leviter*, de quien *iter* es eco. Porque aunque un moderno (*quos Neotericos dicimus cultissimi latinorum*) quiera decir que esto de los ecos es invencion pueril, ridícula y de ayer acá, *pace tanti viri*, le diré yo en sus mismas barbas que ya en tiempo de Marcial era muy usado entre los griegos, *juxta illud: Nusquam Aræcula quod recantat echo*. Y si fuera menester citar á Aristóteles, á Eurípides, á Calimaco y aun al mismo Gauradas, que no porque sea un poeta poco conocido, deja de tener mas de dos mil años de antigüedad, yo le haria ver *luce meridianâ clarius*, si era ó no era invencion moderna esto de los ecos; y luego le preguntaria si era verisímil que inventase una cosa pueril y ridícula un hombre que se llamaba Gauradas. *O furor! o insaniam maledicendi!*

3. Pues, señor, prosiguió Anton Zotes, este niño muestra mucha viveza, aunque no tiene mas que diez años. *Aetas humanioribus litteris aptissima* (interrompió el pedante), como dijo Justo Lipsio; y aun con mayor elegancia en otra parte: *Decennis Romanae linguae elementis maturatus*. Porque si bien es verdad que de esa y aun de menor edad se han visto en el mundo algunos niños que ya eran perfectos gramáticos, retóricos y poetas (*quos videre sis apud Anium Viterbiensem de praecocibus mentis partibus*); pero esos se llaman con razon monstruos de la naturaleza: *monstrum horrendum, ingens*. Y Quinto Horacio Flacco (*quem Lyricorum Antistitem extitisse, mortalium nemo iverit inficias*) no gustaba de esos frutos anticipados, pareciéndole que

casi siempre se malograban; y así *solemne erat illi dicere: Odi puero praecoces fructus*. Y el cojo de Villaornate, que fué su maestro... (iba á proseguir el buen Anton). Tenga vuestra merced, le cortó el enlatinado dómine: *Siste gradum, viator*. ¿El cojo de Villaornate fué maestro de este niño? Sí, señor, respondió el padre. *O fortunate nate!* exclamó el eruditísimo preceptor. ¡Oh niño mil veces afortunado! Muchos cojos famosos celebró la antigüedad, como lo habrá leído vuestra merced en el curiosísimo tratado de *Claudis non claudicantibus*, de los cojos que no cojearon, tomando el presente por el pretérito, según aquella figura retórica, *praesens pro praeterito*, á quien nosotros llamamos *mercederes* de Leon de Francia, llamado Monsieur Pericon; porque, sépalo usted de paso, en Francia hasta los pericones son monseñores, y pueden ser prebostes. *Imò potius*, sin recurrir á tiempos antiguos, *novissimis histemporibus*, en nuestros dias hubo en la misma Francia un celeberrimo cojo, llamado Gil Menage, que aunque no fué cojo *naturá suá*, al fin, sea como se fuese, él fué cojo real y verdadero, esto es, cojo *realiter*, *et á parte rei*, como se explica con elegancia el filósofo; y no obstante de ser cojo, él era hombrsapientísimo: *Sapientissimus claudorum quotquot fuerunt, et erunt*, que dijo doctamente Plinio el Mozo. Pero *meo videri*, en mi pobre juicio, todos los cojos antiguos y modernos fueron cojos de teta respecto del cojo de Villaornate: hablo *intra suos limites*, en su línea de maestro de niños; y por eso dije que este niño habia sido mil veces afortunado en tener tal maestro: *O fortunate nate!*

4. No lo es ménos, prosiguió Anton Zotes, en que vuestra merced lo sea suyo: *Non laudes hominem in vita sua; lauda post mortem*, dijo mesurado el dómine. Son palabras del Espíritu Santo; pero mejor lo dijo el profano: *Post fatum laudare decet, dum gloria certa*. Señor preceptor, ¿mejor que el Espíritu Santo? le preguntó Anton Zotes. ¿Pues qué, ahora se escandaliza vuestra merced de eso? ¿Cuántas veces lo habrá oído en esos pulpitos á predicadores que se pierden de vista? Así el Profeta rey, así Jeremías, así Pablo; pero yo de otra manera. Eso ¿qué quiere decir, sino: Pero yo lo diré mejor? *Praeter quàm quod*, yo no digo que el dicho sea mejor, sino que está mejor dicho, porque las palabras de la Sagrada Escritura son poco á propósito para confirmar las reglas de la gramática: *Verba Sacrae Scripturae Grammaticis exemplis confirmandis parum sunt idonea*. Eso ya lo leí yo en no sé qué libro, cuando estudiaba en Villagarcía, replicó el buen Anton, y cierto que no dejé de escandalizarle. A ese llaman los teólogos, dijo el dómine, *scandalum pusillorum*, escándalo de parvulillos; y aunque dicen que no debe despreciarse, y en este particular me parece que llevan razon; pero tambien dicen ellos otras mil cosas harto despreciables, por mas que ellos las digan.

5. Yo no me meto en esas honduras, respondió el bonazo de Anton Zotes, y lo que suplico á vuestra merced es que me cuide de este muchacho; que yo cuidaré de agradecérselo; y que le mire como si fuera padre suyo. *Prima magistrorum obligatio*, respondió el dómine, *quos discipulis parentum loco esse decet*, dijo á este intento Salustio. Es la primera obligacion del maestro tratar á los discípulos como hijos, porque ellos están

en lugar de padres. Y dime, hijo, le preguntó al niño Gerundio, mirándole entre recto y cariñoso, ¿has estudiado algunos cánones gramaticales? No, señor, respondió el chico prontamente; los cánones que yo traigo no son grajales, que son plumas de pato, que mi madre se las quitó á un pato grande que tenemos en casa; ¿no es así, padre? Sonrióse el preceptor de la viveza y de la intrepidez del muchacho, y le dijo: *non quaero à te hoc*, no te pregunto eso; preguntote si traes alguna talega. Señor, la talega era cuando andaba en sayas, pero despues que me puso calzones, me la quitó señora madre. *Non valeo à risu temperare*, dijo el dómine, y en medio de su grande seriedad soltó una carcajada, añadiendo: *Ingenium errando probat*, aun en los desaciertos muestra su viveza. Hijo, lo que te pregunto es, si has estudiado algo del Arte. ¡Ah! eso sí, señor: ya llegué hasta *musa, ae*. No has de decir así, querido; sino *musa, musae*. No, señor, no, señor; mi arte no dice *musa, musae*, sino *musa, ae*. Vaya, ¿según eso has estudiado en el *Arte de Nebrija*? No, señor; en mi Arte no está pintada ninguna lagartija, sino un leon muy gnapo; mírele usted, y enseñeñe el leon, emblema ó insignia de la oficina, que está en la llana del fróntis.

6. No dejaron de caer en gracia á la rectísima severidad del preceptor las candideces de Gerundio; pero volviéndose al padre, le dijo en tono ponderativo: *Ecce tibi sebosus*; ve aquí uno de los errores tan crasos como velas de sebo, que yo noto en este *Arte de Nebrija ó de la Cerda*, de que usan los padres de la Compañía, con quienes tambien estudié yo. Es cierto que son varones sapientísimos, pero son hombres, y *hominum est errare*; son agudos, son buenos ingenios y muy despiertos; pero muy despierto y muy bueno fué el ingenio de Homero, y con todo eso, *quandoque bonus dormitat Homerus*. Lo primero, comenzar la gramática por *musa, musae*, es comenzar por donde se ha de acabar: *coepisti quàm finis erat*; porque las musas, esto es, la poesía es lo último que se ha de enseñar á los muchachos despues de la retórica. Argumento es este que le he puesto á muchos jesuitas, clarísimos varones, y ninguno ha sabido responderme. ¿Pero qué me habian de responder si no tiene respuesta? *Deindè*, en la impresion de muchos Artes, en lugar de poner *nominativo musa, genitivo musae, dativo musae, acusativo musam*, todo á la larga y por extenso, por ahorrar papel lo ponen en abreviatura: *nom. musa, gen. ae, dat. ae, acus. am*. ¿Y qué sucede? O que los pobres chicos lo pronuncian así, *quod video quàm sit ridiculum*; ó que sea menester gastar tiempo malamente en enseñárselo á pronunciar; *et nihil est tempore pretiosius*. Pero donde se palpan *ad oculum* los inconvenientes de estas abreviaturas, son en los *Tesauros*, ya sea de Salas, ya de Requejo. Va un niño á buscar un nombre, *exempli causâ*, qué hay por *madre*, y en lugar de encontrar *mater, matris*, halla *mater, tris*. Quiere saber qué hay por *enviar*, y en vez de hallar *mitto, mittis*, encuentra *mitto, is*. Busca qué hay por *camisa*, y en lugar de *subucula, subuculae*, no lee mas que *subucula, ae*. Antójasele como al otro muchacho, escribir á su madre una carta latina, para darla á entender lo mucho que habia aprovechado, en la cual la dice, que la envia una camisa sucia para que se la lave, y encájala esta sarta de disparates: *Mater, tris; mitto, is; subucula, ae; ut lavo, as. Quid tibi videtur?* ¿Qué le

parece á vuestra merced, señor Anton Zotes? ¿Qué me ha de parecer? Que aunque habia oido mil cosas de la estupendísima sabiduría de usted, y yo tenia alguna experiencia; pero habiéndole oido ahora, me he quedado aturrido, y en llegando á mi lugar, he de dar muchas gracias á la mi Catanla, porque me quitó de la cabeza el enviar al mi Gerundio á Villagarciá; pues, dempués de Dios, á ella se le debe el que miijo mereza tener tan doctísimo maestro. Con esto se despidió del preceptor, dejó á su hijo en una posada, y se restituyó á Campazas, donde luego que llegó dijo á su mujer y al cura, que le estaban esperando á la puerta de la calle, que si Gerundio habia tenido fortuna en topar con el cojo de Villaornate, mas enfortunado habia sido enoñdiendo en dar con un maestro como el dómíne con quien le dejaba, porque era un latino de todos los diantres, y que todos los teatinos de Villagarciá juntos no llegaban al zancajo de su sabiduría. Déjelo, señor; aquello era una Gabilonia; mas de una hora estuvimos palrando mano á mano, y á cada palabra que yo le decia, luego me sacaba un rimero de textos en latín, que no parecia sino que los traia en el balsopeito de una enguñarina muy larga que tenia puesta. Por fin y por postre, el cojo de Villaornate bien puede ser el *tuauten* de los maestros de escuela; pero en línea de preceptor, el dómíne de Villamandos es el *per omnia secula seculorum*, y mientras Campos sea Campos no habrá quien le desquite.

7. Con efecto, el paralelo no podia ser mas justo; porque si el cultísimo Cojo tenia una innata propension á todo lo extravagante en órden á la ortografía y á la propiedad de la lengua castellana, el latinísimo dómíne no podia tener gusto mas estrafalario en todo lo que tocaba á la latinidad, comenzando por la ortografía latina y acabando por la poesía. A la verdad él entendia medianamente los autores, y habia leído muchos; pero pagábase de lo peor, y sobre todo, le caian mas en gracia los que eran mas retumbantes y mas ininteligibles. Preferia la afectada pomposidad de Amiano y Plinio el Mozo, á la grave majestad de Ciceron; la oscuridad y la dureza de Valerio Máximo, á la dulce elegancia de Tito-Livio; los entusiasmos de Estacio, á la elevacion sublime y juiciosa de Virgilio; decia que Marcial era un insoluto respecto de Catulo, y que todas las gracias del inimitable Horacio no merecian descalzar el menor de los chistes de Plauto. Los cortadillos de Séneca le daban grandísimo gusto; pero de quien estaba furiosamente enamorado era de aquel sonsonete, de aquel paloteado, de aquellos triqui-traques del estilo de Casiodoro; y aunque no le habia leído sino en las aprobaciones de los libros, se alampaba por leerlas, asegurado de que hallaría pocas que no estuviesen enpedradas de sus cultísimos fragmentos; porque aprobacion sin Casiodoro, es lo mismo que sermon sin Agustino y olla sin tocino.

8. Para él no habia cosa como un libro que tuviese título sonoro, pomposo y alti-sonante, y mas si era alegórico y estaba en él bien seguida la alegoría. Por eso hacia una suprema estimacion de aquella famosa obra intitulada: *Pentacontarchus, sive quinquaginta militum ductor; stipendiis Ramirezii de Prado conductus, cujus auspiciis varia in omni Litterarum ditione monstra profligantur, abdita panduntur, latebrae ac tenebrae pervestigantur, et illustrantur*. Quiere decir: El Pentacontarco, esto es, el capitán de cincuenta solda-

dos, á sueldo de Ramirez de Prado, con cuyo valor y auspicio se persiguen y se ahuyentan varios monstruos de todos los dominios de la literatura, se descubren cosas no conocidas, se penetran los senos mas ocultos y se ilustran las mas densas tinieblas. Porque si bien es verdad que el título no puede ser mas ridiculo, y mas cuando nos hallamos con que todo el negocio del Señor Pentacontarco se reduce á impugnar cincuenta errores que al bueno de Ramirez de Prado le pareció haber encontrado en varias facultades, y no embargante de que á la tercera paletada se le cansó la alegoría; pues no sabemos que hasta ahora se hayan levantado regimientos ni compañías de soldados para salir á caza de monstruos ni de fieras, y mucho ménos que sea incumbencia de la soldadesca examinar escondrijos ni quitar el oficio á los candiles, á cuyo cargo corre esto de desalojar las tinieblas; pero el bendito del dómíne no reparaba en estas menudencias, y atronado con el estrepitoso sonido de Pentacontarco, capitán, soldados y estipendio, decia á sus discípulos que no se habia inventado título de libro semejante, y que este era el modo de bautizar las obras en culto y sonoros. Por el mismo principio le caia muy en gracia aquella parentacion latina que se hizo en la muerte de cierto personaje llamado Fol-de-Cardona, varon pio y favorecido con muchos consuelos celestiales, á la cual se la puso este oportunísimo título: *Follis spiritalis, vento consolatorio turgidus, acrophytis Sacrae Scripturae armatus, manueque Samaritani applicatus*; es decir: Fuelle espiritual, hinchado con el viento de la consolacion, aplicado al órgano de la Sagrada Escritura, siendo su entonador el Samaritano. ¿Quién hasta ahora, decia el pedantísimo preceptor, ha excogitado cosa mas discreta ni mas elegante? Si alguna pudiera competirle, era el incomparable título de aquel elocuentísimo libro que se imprimió en Italia á fines del siglo pasado, con esta armoniosa inscripcion: *Fratrum Roseae Crucis fama scancia reduce, buccina jubilaei ultimi, Evae hyperboleae proevuntia, montium Europae cacumina suo clangore feriens, inter colles, et valles Araba resonans*: Fama recobrada de los hermanos de la Roja Cruz; trompeta sonora del último jubileo, precursora de la hiperbólica Eva, cuyos ecos, hiriendo en las cumbres de los montes de Europa, retumban en los valles y en las concavidades de Arabia. Esto es inventar y elevarse; que lo demas es arrastrar por el suelo. Y no que los preciados de críticos y de cultos han dado ahora en estilar unos títulos de libros tan sencillos, tan claros y tan naturales, que cualquiera vejezuela entenderá la materia de que se trata en la obra, á la primera ojeada, queriéndonos persuadir que así se debe hacer; que lo demas es *pedanteria*, nombre sucio y mal sonante; y al decir esto se esprintaba de cólera el enfurecido dómíne. Por toda razon de un gusto tan ratero y tan vulgar, nos alegan que ni Ciceron, ni Tito-Livio, ni Cornelio Nepote, ni algun otro autor de los del siglo de Augusto, usaron jamas de títulos rumbosos, sino simples y naturales: *Ciceronis Epistolae; Orationis Ciceronis; Cicero, de Officiis; Historia Titi-Livii; Annales Cornelii Taciti*; y daea el siglo de Augusto, torna el siglo de Augusto, que nos tienen ensigliados y enaustados los sesos, como si en todos los siglos no se hubieran estilado hombres de mal gusto, y que cometieron muchos yerros, como lo dice expresamente la Iglesia en una ora-

cion que comienza : *Deus qui errantibus*; y acaba : *Per omnia secula seculorum*. Digan Ciceron, Tito-Livio y Tácito, y cien Tácitos, cien Tito-Livios y cien Ciceroes lo que quisieren, todo cuanto ellos hicieron no llega al carcañal de aquella estupendísima obra intitulada : *Amphitheatrum sapientiae aeternae, solius, verae, Christiano-Cabalisticum, divino-Magicum, necnon Physico-Chymicum, ter-trium-Catholicum; instructore Henrico Conrath*. Anfiteatro de la sabiduría eterna, única, verdadera, cristiano-cabalístico, divino-mágico, físico-químico, uni-trino-católico; construido ó fabricado por Henrico Conrath. Que me den en toda la antigüedad, aunque entre en ella su siglo de Augusto, cosa que se le parezca. Dejo á un lado aquella oportunidad de adjetivos, encadenados cada cual con su esdrújulo corriente, que son comprehensivos de todas las materias tratadas en el discurso de la obra. Despues de haberla llamado á esta *Amphitheatro*, ¿qué cosa mas aguda ni mas oportuna ni mas al caso que decir, *construido, fabricado, y no, escrito ni compuesto*, por Henrico Conrath, siguiendo la alegoría hasta la última boqueada? Si este no es primor, que me quiten á mí el crisma de la verdadera latinidad.

CAPITULO VIII.

Salte Gerundio de la escuela del dómíne hecho un latíno horroroso.

Despues de haberse echado el preceptor á sí mismo tan terrible maldicion, que si por nuestros pecados le hubiera comprehendido, quedaria la latinidad preceptoril defraudada de uno de sus mas ridiculos ornamentos, pasaba á instruir á sus discípulos de las buenas partes de que se compone un libro latíno. Despues del título del libro, lo decia, se siguen los títulos ó los dictados del autor; y así como la estruendosa, magnífica é intrincada retumbancia del título excita naturalmente la curiosidad de los lectores, así los dictados, títulos y empleos del autor dan desde luego á conocer á todo el mundo el mérito de la obra. Porque claro está que, viendo un libro compuesto por un maestro de teología, un catedrático de prima, y mas si es del gremio y claustro de alguna universidad; por un abad, por un prior, por un definidor; pues ¿qué si se le añade un *ex* á muchos de sus dictados, como *ex-definidor, ex-provincial, etc.*, y se le junta que es teólogo de la nunciatura, de la junta de la Concepcion, consultor de la suprema, predicador de su majestad de los del número; sobre todo, si en los títulos se leen media docena de *protos*, con algunos pocos de *archis*, como *proto-médico, proto-filo-matemático, proto-químico, archi-historiógrafo*? De contado es una grandísima recomendacion de la obra; y cualquiera que tenga el entendimiento bien puesto y el juicio en su lugar, no ha menester mas para creer que un autor tan condecorado no puede producir cosa que no sea exquisitísima, y entra á leer el libro ya con un conceptazo de la sabiduría del autor, que le aturulla. Bien hayan nuestros españoles, y tambien los alemanes, que en eso dan buen ejemplo á la república de las letras, pues aunque no impriman mas que un folleto, sea en latín sea en romance, un sermoncete, una oracioncilla, y tal vez una mera consulta moral, ponen en el frontís todo lo que son y todo lo que fuéron, y aun todo lo que pudieron ser, para que el lector no se equivoque y sepa quién es el sugeto que le habla; que no es ménos que un

lector jubilado, un secretario general, un visitador, un provincial y uno que estuvo consultado para obispo. Así debe ser, pues sobre lo que esto cede en recomendacion de la obra, se adelanta una ventaja que pocos han reflexionado dignamente. Hoy se usan en todas partes bibliotecas de los escritores de todas las naciones en que á lo ménos es menester expresar la patria, la edad, los empleos y las obras que dió á luz cada escritor de quien se trata. Pues con esta moda de poner el escritor todos sus dictados, y mas si tienen cuidado de declarar la patria donde nacieron, como loablemente lo practican muchos por no defraudarla de esa gloria, diciendo : *N. N. Generosus Valentinus, Nobilis Cesarangustanus, clarissimus Cordubensis, et reliqua*; ahorran al pobre bibliotecista mucho trabajo, pesquisas y dinero; porque en abriendo cualquiera obra del escritor, halla su vida escrita por él mismo, ante todas cosas.

2. Y aun por eso, no solo no condeno, sino que alabo muchísimo, á ciertos escritores modernos que, si se ofrece buena ocasion, se dejan caer en alguna obrilla suya la noticia de las demas obras que ántes dieron á luz, ya para que allí las encuentre juntas el curioso, y ya para que algun malsin no les prohibe partos que no son suyos, pues por la diversidad del éstile se puede sacar concluyentemente la suposicion del hijo espurio. Por este importantísimo motivo se vió precisado á dar individual noticia de todas ó casi todas las *producciones* con que hasta allí habia enriquecido á la república litiraria cierto escritor neotérico, culto, terso, aliñado y exactísimo ortográfico hasta la prolifidad y hasta el escrúpulo. Un autor columbino y serpentino, que todo lo juntaba, pues decia él mismo que se llamaba *Frady Columbo Serpiente*, dió á luz un papelon que se intitulaba *Derrota de los alanos*, contra el doctísimo, el elocuentísimo y el modestísimo Maestro Soto-Marne, pues no porque el Rey y el Consejo sean de parecer contrario y le hubiesen negado la licencia de escribir ó de imprimir contra ese pobre hombre del maestro Feijóo, nos quitan á los demas la libertad de juzgar lo que nos pareciere. Sospechóse y díjose en cierta comunidad, que el autor del tal derrotado ó derrotador papel, era fulano. Ya se ve, ¿qué injuria mas atroz que esta sospecha! ¿Ni qué agravio mas público que el discurso de cuatro amigos en la celda de un convento! Monta en cólera el irritadísimo doctor, enristra la pluma y escribe una carta dirigida á cierto hermano suyo, que era casi lector en aquella comunidad : dala á la estampa y espárcela por España para que venga á noticia de todos su agravio y su satisfaccion, que sin duda era grandísima. Y despues de haber tratado á la tal *Derrota* como merencia, llamándola «derrota de la conciencia y la nrbanidad, derrota de la lengua castellana, derrota de la erudicion, derrota d'el gracejo, derrota d'el método, derrota de la ortografia y derrota, al fin, de todas las derrotas que toman las nobles plumas en el mar de la crítica y de las letras», añade : «Nada hay en ella que pueda llamarse cosa mia. Ni locucion, ni frase, ni contextura, ni transiciones, ni el modo de traer las noticias, ni la falta de aliño, ni la impropiedad de las voces, ni la grosería d'el dictionario, ni lo ramplon de unos apodos y la improporcion de otros; y para decirlo de una vez, ni aquella falta de aires subtilísimo que da en los escritos á conocer sus auctores, y no lo perciben mas que los entendimientos bien abiertos de poros.»

Que es lo mismo que decir : Hermano , si tus frailes no fueran tan cerrados de poros , ó no tuvieran el entendimiento constipado , á mil leguas olerian que no era ni podia ser obra mia esa derrota ; porque en todas mis obras la locucion es tersa , la frase culta , la textura natural , las transiciones , ni de encaje ; el modo de traer las noticias , ni aunque vinieran en silla de manos ; las voces propiísimas , los dieterios delicados , los apodos no ramplones , sino con mas de cuatro dedos de tacon. Aunque no fuera mas que por la ortografia , cualquiera que no estuviese aromadizado podria oler que si fuera cosa mia la *Derrota* , no permitiria que se imprimiese como se imprimió , aunque supiera quedarme sin borbola. ¡Permitir yo que se escribiese la conjuncion con la y griega y no con i latina ! ; Tolerar que en mis obras se estampase «de el padre , de la agua , de ayer acá» , y no con el apóstrofe , que las da tanta sal y tanto chiste , escribiendo «d'ayer acá , de la agua , d'el padre» ! Vaya , que es falta de criterio y no tener olfato para percibir aquel «airesubtilísimo que da en los escritos á conocer sus autores» ; y el que no conociere que mis escritos están llenos de este aire , no vale para podenco , declárole por mastin.

3. «Prueba perentoria de cuanto digo sean mis producciones.» Ahora entra lo que ántes os decia (continuaba el dómíne hablando con sus discípulos) del cuidado que tienen los escritores de mejor nota , no solo de autorizar sus obras con todos sus dictados , sino de dejarse caer en alguna de ellas la importante noticia de todas las que las han precedido. Y no hablando de las latinas , que á la sazón cuando se escribió dicha carta se sabe que serian como media docena de arengas y otra tanta porcion de dedicatorias : «De las hespañolas en prosa i verso (prosigue nuestro autor) , unas guardan clausura en el retiro de mi celda... otras andan como vergonzantes , embozadas siempre con los retazos de un acertijo , cuyo ribete es un anagrama ; otras , en fin , llevan todo el tren de mis nombres i apellidos , campanillas i cascabeles.» Y habeis de saber , hijos (interrumpia aquí el socarrón del dómíne) , que en esto de cascabeles son muchos los que los tienen. «D'este calibre son (esto es , del calibre de los cascabeles) la aprobacion que dí á un sermon del Padre M... la que hice al sermon de... la que está en el libro de las fiestas de... una oracion que pronuncie en el capítulo de mi orden , otra que dije en las exequias de... el libro de las fiestas de... ¿Y qué sé yo qué mas?» Veis aquí una noticia curiosa , individual y menuda de unas obras de grandísima importancia , que cualquiera autor que mañana quiera proseguir la *Bibliotheca hispana* de Don Nicolas Antonio , las encuentra á mano en esta carta , y por lo ménos hasta el año de 1750 sabe puntualmente todas las obras que dió á luz nuestro gravísimo escritor , «con sus nombres , apellidos , campanillas y cascabeles.»

4. Yo bien sé que algunos críticos modernos hacen gran burla de esta moda , tratándola de charlataneria y de titulomanía , con otras voces disonantes y *piarum aurium* ofensivas , pretendiendo que es una vana ostentacion , y muy impertinente para dar recomendacion á la obra , pues dicen que esta no se hace recomendable por los dictados del autor , sino por lo bien ó mal dictada que esté ella. Tráennos el ejemplar de los franceses y de los italianos , que por lo comun nunca ponen mas que

el nombre , el apellido y , á lo mas , la profesion del autor , aun en las obras mas célebres y de mas largo aliento (gústame mucho esta frase) ; como : *Historia Romana* , por Monsieur Rollin. *Mabillon* , *Benedictino* , de la congregacion de San Mauro , de *Re diplomatica*. *Historia Ecclesiastica* , por el abad Fleuri. *Specimen Orientalis Ecclesiae* , auctore Joanne Bapt. Salerno. *Societ. Jesu*. Y aun nos quieren tambien decir que los títulos , así magníficos como ridículos , que han tomado algunas academias , especialmente de Italia , no son mas que una graciosa sátira con que se rien de los títulos con que salen á la luz pública algunos autores fantasmas , y que por eso unas academias se llaman «de los seráficos , de los elevados , de los inflamados , de los olímpicos , de los parténicos , de los entronizados» ; y otras , por el contrario , «de los oscuros , de los infecundos , de los obstinados , de los ofuscados , de los ociosos , de los somnolentos , de los inhábiles , de los fantásticos.» Pero digan lo que quisieren estos desenterradores de las costumbres , usos y ritos mas loables , y estos grandísimos bufones y burladores de las cosas mas serias , mas establecidas y mas generalmente recibidas de hombres graves , doctos y pios , yo siempre me tiraré á un libro cuyo autor salga con la comitiva de una docena de dictados que acrediten bien sus estudios y su literatura , ántes que á otro cuyo autor parece que sale al teatro en carnes vivas , y que no tiene siquiera un trapo con que cubrir su desnudez. Esto parece que es escribir en el estado de la inocencia , y ya no estamos en ese estado. *Obras de Fray Luis de Granada* , del orden de Predicadores. ¡Miren qué insulsez ! ¿Y qué sabemos quién fué ese Fray Luis ? *Obras del Padre Luis de la Puente* , de la compañía de Jesus. ¡Otro que tal ! ¿Y por dónde nos consta que este padre no fué por ahí algun granjero ó procurador de alguna cabaña ?

5. Y ya que viene á cuento , y hablamos de esta religion , es cierto que en todo lo demas la venero mucho ; pero en esto de los títulos de los libros y de los autores , no deja de enfadarme un poco : aquellos por lo comun son llanos y sencillos ; y estos por lo regular salen á la calle poco ménos que en cueros : su nombre , su apellido , su profesion y tal cual su patria , por no confundirse con otros del mismo nombre y apellido , y santas pascuas. No parece sino que los autores mas graves , los de primera magnitud , hacen estudio particular de intitular sus libros como si fueran por ahí la *Vida del Lazarillo de Tórtes* , y de presentarse ellos como pudiera un pobre lego pelon. *De Religione : tomus primus* , auctore Francisco Suarez Granatensi , Societatis Jesu. *De Concordia Gratiae , et liberi arbitrii* : auctore Ludovico de Molina , Soc. Jesu. *De Controversiis : tom. I* , auctore Roberto Bellarmino , Soc. Jesu. Y si alguno de estos aúde presbítero , ya le parece que no hay mas que decir. No alabo esta moda , ó acaso esta manía ; y por mas que me quieran decir que es modestia , juicio , cordura , religiosidad , y aun en cierta manera mayor autoridad y gravedad , no me lo persuadirán cuantos aran y eavan , que parece son los oradores mas persuasivos que se han descubierto hasta ahora. Y si no digame : ¿dejan de ser modestos , cuerdos , religiosos y graves aquellos autores jesuitas (no son muchos) que ponen á sus obras títulos magníficos y sonorosos , como *Theopompus* , *Ars magna lucis et umbrae*. *Pharus scientiarum* , etc. ; y los otros que no

dejan de decir si son ó fuéron maestros de teología, y en dónde, doctores, catedráticos, rectores? Díganme mas: ¿no vemos que hasta los reyes ponen todos sus títulos, dictados y señorios en sus reales provisiones, para darlas mayor autoridad, y que lo mismo hacen los arzobispos, obispos, provisoros y cuantos tienen algo que poner, aunque sean títulos *in partibus* ó del calendario, que dan señoría simple sin carga de residencia? Solo el Papa se contenta con decir, *Benedictus XIV, Servus Servorum Dei*, y acabóse la comision; pero esa es humildad de la cabeza de la Iglesia, que no hace consecuencia para los demás y no debe traerse á colacion. Estas últimas razones, aunque tan ridículas, hacian grandísima fuerza á nuestro insigne preceptor; y procuraba imprimírselas bien en la memoria á sus muchachos, para que supiesen qué libros habian de escoger y de estimar.

6. De los títulos, así de las obras, como de los autores, pasaba á las dedicatorias. En primer lugar ponderaba mucho la utilísima y urbanísima invencion del primero que introdujo en el orbe literario este género de obsequios, pues sobre que tal vez un pobre autor que no tiene otras rentas que su pluma, gana de comer honradamente por un medio tan lícito y honesto, logra con esto la ocasion de alabar á cuatro amigos y de cortejar á media docena de poderosos, los cuales, si no fueren en la realidad lo que se dice en las dedicatorias que son, á lo ménos sabrán lo que debieran de ser. En segundo lugar se irritaba furiosamente contra el autor de las *Observaciones Ilalenses*, y contra algunos otros pocos de su mismo estambre, que, con poco temor de Dios y sin miramiento por su alma, dicen con grande satisfaccion que esto de dedicar libros es especie de petardear, ó á lo ménos de mendigar: *Dedicatio librorum est species mendicandi*; y aun no sé quién de ellos se adelanta á profetizar que el primer inventor de las dedicatorias fué un fraile mendicante. ¡ Blasfemia, malignidad, ignorancia supinísima! ¿Pues no sabemos que Ciceron dedicaba sus obras á sus parientes y á sus amigos? ¿Y Ciceron fué fraile mendicante? ¿No sabemos que Virgilió dedicó, ó á lo ménos pensó dedicar, su *Eneida* á Augusto? ¿Y fué fraile mendicante Publio Virgilio Maron? Finalmente, ¿no saben hasta los autores malabares, que Horacio dedicó á Mecénas todo cuanto escribió, y que de allí vino el llamarse Mecénas cualquiera á quien se dedica una obra, aunque por su alearnia y por el nombre de pila se llame Pedro Fernandez? ¿Y no me dirán de qué religion fué fraile mendicante el reverendísimo padre maestro Fray Quinto Horacio Flacco? Así que, hijos míos, este uso de las dedicatorias es antiquísimo y muy loable, y no solo le han usado los autores pordioseros y mendicantes, como dicen estos bufones, sino los papas, los emperadores y los reyes, pues vemos que San Gregorio el Grande dedicó el libro de sus *Morales* á San Leandro, arzobispo de Sevilla; Carlo Magno compuso un tratado contra cierto conciliábulo que se celebró en Grecia para desterrar las santas imágenes, y le dedicó á su secretario Enginardo; y Enrique VIII, rey de Inglaterra, dedicó al Papa y á la Iglesia católica, de quien despues se separó, el libro que escribió en defensa de la fe contra Lutero.

7. Y, señor domine, le preguntó uno de los estudiantes, ¿cómo se hacen las dedicatorias? Con la mayor facilidad del mundo, respondió el preceptor, diga lo que

dijere cierto semi-autorcillo moderno, que se anda traduciendo libretes franceses, y quiere parecer persona, solo porque hace con el frances lo que cualquiera medianistilla con el latin; siendo así que hasta ahora no hemos visto de su pegasus mas que una miserable *Aclamacion del reino de Navarra en la coronacion de nuestro rey Fernando el Sexto* (á quien Dios immortalice): por señas que la sacudió bravamente el polvo un papel que salió luego contra ella, intitulado: *Colirio para los cortos de vista*; el cual, aunque muchísimos dijeron que no tocaba á la obrilla en el pelo de la ropa, y que en suma se reducía á reimprimirla en pedazos, añadiendo á cada trozo una buena rociada de desvergüenzas á metralla contra el autor y contra los que este alababa; y aunque tambien es verdad que inmediatamente le prohibió la Inquisicion; pero en fin, el tal papel ponía de vuelta y media, y mas negro que su sotana, al susodicho autorcillo. Este pues, en cierta dedicatoria que acaba de hacer á un gran ministro, nos quiere persuadir, solo porque á él se le antoja, «que no hay en todo el país de la elocuencia provincia mas árdua que la de una dedicatoria bien hecha.»

8. Yo digo que no la hay mas fácil, como se quiera tomar el verdadero gusto y el verdadero aire de las dedicatorias; porque lo primero se busca media docena de sustantivos y adjetivos sonoros y metafóricos (y si fuere una docena tanto mejor), los cuales se han de poner en el fróntis del libro, de las conclusiones ó de la estampa de papel (porque hasta estas se dedican), ántes del nombre y apellido del Mecénas, que sean apropiados y vengán como de molde á su carácter y empleos. Por ejemplo, si la dedicatoria es latina y se dirige á un señor obispo, el sobrescrito, la direccion ó el epígrafe, ha de ser á este modo: *Sapientiae Oceano, Virtutum omnium Abyssus, Charismatum Encyclopaediae, Prudentiae Miraculo, Charitatis Portento, Miserationum Thaumaturgo, Spiranti Polyantheae, Bibliothecae Deambulantí, Ecclesiae Tytani, Infularum Mytrae, Hesperiaequetotius fulgentissimi Phosphoro: Ilmo. Dño. Domino meo, D. Fulano de Tal.* Si la obra se dedica á una santa imagen, como si dijéramos á nuestra Señora de la Soledad ó de los Dolores, hay mil cosas buenas de que echar mano; como: *Mari Amaro, Soli Bis-Soli, Orbis Orbatæ Parenti, Ancillæ Liberrimæ absque Libero, Theotoco sine filio, Confictæ non fictæ, Puerperæ, inquam, diris mucronibus confossæ sub Iconico Architypo de tal y tal.* Pero si la dedicatoria fuere de algùn libro romanista, y se dirigiere á un militar, aunque no sea mas que capitán de caballos, entónces se ha de ir por otro rumbo, y ante todas cosas se ha de decir: «Al Jérrjes español, al Alejandro andalúz, al César bético, al Ciro del Genil, al Tamborlan europeo, al Kauli-Kan Cis-Montano, al Marte no fabuloso, á Don Fulano de Tal, capitán de caballos lijeros, del regimiento de Tal.» Y no encajar el nombre y el apellido del Mecénas de topeton, como lo estilan ahora los ridículos modernos, diciendo á secas: «A Don Fulano de Tal, á mi señora Doña Citana de Tal, á la excelentísima señora Duquesa de Cual;» que no parece sino sobrescrito de carta que ha de ir por el correo.

9. Dedicatoria he visto yo muy ponderada por algunos ignorantes y boquirribos, dirigida al mismo rey de España, la cual solo decia en el frontis: *Al Rey*; con letras gordas iniciales, sin mas principios ni postres, caireles ni campanillas. No puedo ponderar cuánto me

estomacó, moviéndome una nausea, que aun ahora mismo me está causando arcadas y bascas. ¡*Al Rey!* ¿Pero á qué rey, majadero? Pues no sabemos si es á alguno de los reyes magos, al rey Perico ó al rey que rabió. ¡*Al Rey!* ¿Puede haber mayor llaneza? Como si dijéramos á Juan Fernandez ó á Perico el de los palotes. ¡*Al Rey!* Dime, insolente, desvengonzado y atrevido, ¿es «al rey de bastos ó al de copas»? Nos quieren embocar los críticos y los cultos que este es mayor respeto, mayor veneracion y tambien mas profundo rendimiento, como que ningun español puede ni debe entender por el nombre antonomástico de rey á otro que al rey de España, y como que lo mismo debieran entender todas las demas naciones, puesto que no hay rey en el mundo descubierto que tenga tan dilatados dominios como nuestro católico monarca, ni con algunos millares de leguas de diferencia. ¡Bagatelas y mas bagatelas! Por lo mismo era muy puesto en razon que ántes de llegar á su augusto nombre, se le diera á conocer por lo ménos con unos cincuenta dictados ó inscripciones alegóricas, que fuesen poco á poco conciliand la expectacion y el asombro, los cuales pudieran ser como si dijéramos de esta manera: «Al poderoso emperador de dos mundos; al émulo del sol, Febo subllunar en lo que domina, como el celeste en lo que alumbra; al archimonarca de la tierra;» y despues para dar á entender sus reales virtudes personales, añadir: «Al depósito real de la clemencia, al coronado archivo de la justicia; al sacro augusto tesoro de la piedad, al escudo imperial de la religion; al pacífico, al benéfico, al magnético, al magnífico, al católico rey de las Españas, Fernando el Sexto, pio, feliz, siempre augusto, rey de Castilla, de Leon, de Navarra, de Aragon, etc.» y ir prosiguiendo así hasta el último de sus reales dictados. Lo demas es tratar al Rey como se pudiera á un hidalgo de polaina, y sacarle tan solo al teatro del papel, como si fuera uno de aquellos reyes antiguos que se andaban por esos campos de Dios pastoreando ovejas, y ellos mismos llevaban los bueyes á beber en su propia real persona.

10. Despues, tampoco me gusta que se comience á hablar con el Rey espándole un Señor tan tieso como un garrote, que ya no falta mas sino que añadan un Señor mio, como si fuera carta de oficio de algun ministro superior á otro subalterno. Nuestros antepasados eran hombres mas respetuosos y verdaderamente circunspectísimos, pues nunca hablaban con el Rey sin que comenzasen de esta manera: «Sacra, católica, real majestad,» cosa que llenaba la boca de veneracion, y de contado se tenia ya hecho un pié majestuoso para un romance heroico, al modo de las coplas de Juan de Mena. He oido decir que esta moda de tratar al Rey llamándole Señor á secas, nos la han pegado tambien los franceses, como otras mil y quinientas cosas mas, por cuanto ellos, cuando hablan con su rey cristianísimo, le encajan un *Sire*, *in puris naturalibus*; y vamos adelante. ¡Válgate Dios por franceses, y qué contagiosos que sois! ¿Con que si á ellos se les antojara llamar *Sirena* á la Reina, tambien nosotros se lo llamaríamos corrientemente á la nuestra? ¡Y cierto que quedaria su Majestad muy lisonjeada! Ellos tratan de *Madama* á la suya; y en verdad, que si á algun español se le antojara tratar así á la Reina nuestra señora, no le arrendaria yo la ganancia; salvo que fuese por ahí algun lego ó algun donado de estos que

son santos y simples adredemente; que esos tienen licencia para tutear al mismo Papa, pues ahí está toda la gracia de su santidad. Portanto, hijos míos, lo dicho dicho, y tomad bien de memoria estas importantísimas lecciones.

11. Nunca imprimáis cosa alguna, aunque sean unos tristes *Quodlibetos*, sin vuestra dedicatoria al canto, que en eso no vais á perder nada, y de contado mal será que no ahorreis por lo ménos el coste de la impresion; pues no todos los Mecénas han de ser como aquel concludo papa (Dios me lo perdone) Leon X, á quien un famoso alquimista dedicó un importantísimo libro, en que, como él mismo aseguraba, se contenian los mas recónditos arcanos de la crisopeya, esto es, un modo facilísimo de convertir en oro todo el hierro y todos los metales del mundo; y el bueno del pontífice (perdónelo Dios) por todo agradecimiento le regaló un carro de talegos, para que recogiese en ellos el oro que pensaba hacer: cosa de que se rieron mucho los mal intencionados; pero los eruditos y verdaderamente literatos la tuvieron por mezquindad y la lloraron con lágrimas de indignacion. Resuelta vuestra dedicatoria, atacadla bien de epígrafes alegóricos, simbólicos y altisonantes; y si fuere á alguna persona real, cuidado con tratarla como es razon, y que no salga en público sin su compañía de guardias de corps y sin su guardia de alabarderos, esto es, de epítetos bien galoneados y bien montados, precedidos de epígrafes á mostachos, que vayan abriendo calle.

12. Y aunque ya va un poco larga la leccion, por concluir en ella todo lo que toca á lo sustancial de las dedicatorias, quiero instruiros en otros dos puntos que son de la mayor importancia. Autores latinos hay tan romancistas, que cuando llegan á poner los verdaderos títulos que tienen los sugetos á quienes dedican sus obras, como duque de Tal, conde de Tal, marques de Tal, señor de Tal, consejero de Tal, etc., los ponen en un latin tan llano, tan natural y tan ramplon, que le entenderá una demandadera aunque no sepa leer ni escribir, solo con oírle, pues dicen muy bien á la pata llana: *Duci de Medinaceli; Comiti de Altamira; Marchioni de Astorga; Domino de los Cameros; Consiliario Regio*, etc. ¡Cosa ridícula! Para eso mas valiera decirlo como pudiera un maragato. Cuánto mas culto y mas latino será decir: *Coelico-Metinnensi; Doctori-Satrapae; A Comitibus de Cacuminato-conspectu; Moenium Asturicensum à Markis; Lecti-Fabrorum Dynastae; à Penetrabilibus Regiis?* Y si no lo entendieren los lectores, que aprendan otro oficio; porque esa no es culpa del autor, el cual, cuando se pone á escribir en latin, no ha de gastar un latin que le entienda cualquiera reminimista.

13. Otra cosa es cuando los títulos no son verdaderos y reales, sino puramente simbólicos ó alegóricos, inventados por el ingenio del autor; que entónces, para que se penetre bien toda la gracia y toda la oportunidad de la invencion, conviene mucho ponerlos llana y sencillamente. Explicaréme con un ejemplo. El año de 1704 cierto autor aleman publicó una obra latina intitulada: *Geographia Sacra, seu Ecclesiastica*; Geografía sagrada ó eclesiástica. Dedicóla á los «tres únicos soberanos, príncipes hereditarios» en el cielo y en la tierra: *Tribus summis, atque unicis Principibus haereditariis in Coelo et in terra*; esto es, á Jesucristo, á Federico Augusto, príncipe electoral de Sajonia, y á Mauricio Guillermo,

príncipe hereditario de las provincias de Saxe-Ceitz : *Christo, nempe, Friderico Augusto, Principi Electorali Saxoniae, et Mauritio Wilhelmo, Provinciae Saxo-Cizensium haeredi*; Cosa grande! Pero aun todavía la habeis de oír mucho mayor. ¿Y qué títulos inventaría nuestro incomparable autor para explicar los estados de que era príncipe hereditario Jesucristo? Atención, hijos míos, que acaso no leeréis en toda vuestra vida cosa mas divina; y lo que es yo, si fuera el inventor de ella, no me trocaria por Aristóteles ni por Platon.

14. Llama pues á Jesucristo en latin claro y sencillo, como era razon que le usase en esta importante ocasion : *Imperator coronatus coelestium Exercituum; electus Rex Sionis, semper Augustus; Christianae Ecclesiae Pontifex Maximus, et Archi-Episcopus Animarum; Elector Veritatis, Archi-Dux Gloriarum; Dux Vitae; Princeps Pacis; Eques Portae inferni; Triumphator Mortis; Dominus haereditarius Gentium; Dominus Justitiae, et Patris Coelestis à Sanctoribus Consiliis*, etc. etc. etc. Quiere decir, porque es importantísimo que ninguno se quede sin entenderlo : Es Cristo «coronado emperador de los ejércitos celestiales; electo rey de Sion, siempre augusto; pontífice máximo de la Iglesia cristiana; arzobispo de las almas; elector de la verdad, archiduque de la gloria; duque de la vida; príncipe de la paz; caballero de la puerta del infierno; triunfador de la muerte; señor hereditario de las gentes; señor de la justicia, y del consejo de Estado y gabinete del Rey su Padre celestial». Y añadió el autor muy oportunamente tres *et caeteras*, para dar á entender que todavía le quedaban entre los deditos otros muchos títulos y dictados, y que de aquí á mañana los estaria escribiendo, si no bastaran los dichos, para que se conociese los que podia añadir. Muchachos, encomendad esto á la memoria; aprendedlo bien; tenedlo siempre en la uña; que se os ofrecerán mil ocasiones en que os pueda servir de modelo para acreditaros vosotros y para acreditarne á mí.

15. Falta decir dos palabritas sobre el cuerpo y el alma de las dedicatorias. Supónese que el latin siempre ha de ser de boato, altisono, enrevesado é inconstruible, ni mas ni ménos como el latin de una insigne dedicatoria que años há me dió á construir el padre de Gerundio de Campazas, *alias* Zotes, y en verdad que se la construí sin errar un punto á presencia de todo el arciprestazgo de San Millán, en la romería del Cristo de Villaquejada. Supónese tambien que á cualquiera á quien se le dedica una obra, sea quien fuere, se le ha de entroncar por aquí ó por allí con el rey Vamba, ó á lo ménos ménos con Don Veremundo el Diácono, sea por línea recta ó por línea transversal; que eso hace poco al caso y es negocio de cortísimo trabajo; pues ahí está Jacobo Guillermo Imhoff, dinamarques ó sueco (que ahora no me acuerdo), famoso genealogista de las casas ilustres de España y de Italia, que á cualquiera le emparentará con quien le venga mas á cuento. Sobre este supuesto, ya se sabe que la entrada de toda dedicatoria ha de ser siempre exponiendo la causa impulsiva que dejó sin libertad al autor para emprehender aquella osadía, la cual causa nunca jamas ha de ser otra que la de buscar un poderoso protector contra la emulacion, un escudo contra la malignidad, una sombra contra los abrasados ardores de la envidia, asegurando á rostro firme que con

tal Mecénas no teme ni á los Aristarcos ni á los Zóilos, pues, ó acobardados no osarán sacar las cabezas de sus madrigueras y escondrijos, ó si tuvieran atrevimiento para hacerlo, serán learos de su temeridad, arretridas sus alas de cera á los encendidos centelleantes rayos de tan fogoso resplandeciente padrino. Porque si bien es verdad que aunque un libro se dedique al Santísimo Sacramento, si él es malo, hay hombres tan insolentes y tan mordaces que, adorando al Jivino objeto de la dedicatoria, hacen añicos al libro, y tal vez á la misma dedicatoria no la dejan hueso sano; y mas de dos libros de á folio he visto yo recogidos por la Inquisicion, con estar dedicados á reyes, á emperadores y aun al mismo Papa, sin que los Mecénas hagan duelo de eso ni se les dé un ardite, no hallándose noticia en la historia de que jamas haya habido guerras entre los príncipes cristianos por la defensa de un libro que se les haya dedicado, siendo así que muchas veces las ha habido por quitame allá esas pajas: digo que aunque todo esto sea así (por justos juicios de Dios y por los pecados del mundo), en todo caso siempre debemos atenernos á aquel refrán que dice : «Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le acobija;» y de una manera ó de otra, es indispensable de toda indispensabilidad que toda dedicatoria bien hecha se abra por este tan oportuno como delicado y verdadero pensamiento.

CAPITULO IX.

En que se da razon del justo motivo que tuvo nuestro Gerundio para no salir todavía de la gramática, como lo prometió el capítulo pasado.

Admirado estará sin duda el curioso lector de que habiéndose dicho en el capítulo antecedente cómo salia en él de la gramática el ingenioso y aplicado Gerundio, todavía le dejemos en ella oyendo con atencion las acertadas lecciones de su doctísimo preceptor contra la fe de la historia, ó á lo ménos contra la inviolable fidelidad de nuestra honrada palabra. Pero si quisiere tener un poco de paciencia y prestar oídos benignos á nuestras poderosísimas razones, puede ser que se arrepienta de la temeridad y de la precipitacion con que ya en lo interior de su corazon nos ha condenado sin oírnos.

2. Lo primero es una intolerable esclavitud, por no llamarla ridícula servidumbre, esto de querer obligar á un pobre autor á que cumpla lo que promete, no solo en el título de un capítulo, sino en el título de un libro. ¿Qué escritura de obligacion hace el autor con el lector para obligarle á eso, ni en juicio ni fuera de él? Y así vemos que autores que no son ranas, ponen á sus libros los títulos que se les antoja, aunque nunca tengan parentesco con lo que se trata en ellos, y ninguno los ha hablado palabra ni por eso han perdido casamiento. Verbi-gracia, al leer el título de *Margarita Antoniana*, ó de *Antoniana Margarita*, con que bautizó su obra el famosísimo español Gomez Pereira, que fué el verdadero patriarca de los Descartes, de los Newtones, de los Boyles y de los Leibnitzes, ¿quién no creerá que va á regalarnos con algun curiosísimo tratado sobre aquella margarita ó aquella perla que valía no sé cuántos millones, con la cual, desatada en vino ó en agua (que esto aun no está bien averiguado), brindó Cleopatra á la salud de su Antonio, ó se la dió á este de colacion en un día de ayuno; que de una y otra manera nos lo cuentan las historias? Pues no, señor, no es náda de eso. La An-

toniana Margarita no es mas que un delicadísimo tratado de filosofía para probar que los brutos no tienen alma sensitiva, y para citar á juicio, con esta ocasion, otras muchas opiniones de Aristóteles, que por larga serie de siglos estaban en la quieta y pacífica posesion de ser veneradas en las escuelas, no solo como opiniones de tal autor, sino como principios indisputables, que solo el dudar de ellos sería especie de herética pravedad; y no obstante, aquel travieso, sutil y litigioso gallego se atrevió á ponerles á pleito la propiedad, ya que no pudiese litigarles la posesion. ¿Pero por qué puso á su obra un título tan distante del asunto? ¿Por qué? Por una razon igualmente fuerte que piadosa, y que ninguno se la impugnará; porque su padre se llamaba Antonio y su madre Margarita; y ya que no se hallaba con caudal para fundar un aniversario por sus almas, quiso á lo ménos dejar fundada esta agradecida memoria. Pues que se me vengan ahora á hacerme cargo de que no cumplo lo que ofrezco en mis capítulos.

3. Amen de eso, por grave que sea el capítulo de un libro, ¿lo será nunca tanto como el capítulo de una religion? Y no obstante, ¿cuántas veces vemos que nada de lo que se decia al principio del capítulo sale despues al fin de él? ¿Y qué capítulo se ha declarado hasta ahora nullo precisamente por este motivo? Finalmente, si un pobre autor comienza á escribir un capítulo con buena y sana intencion de sacarle moderado y de justa medida y proporcione, y de cumplir honradamente lo que prometió al principio de él, y despues se atraviesan otras mil cosas que ántes no le habian pasado por el pensamiento, y le da gran lástima dejarlas, ¿es posible que no se le ha de hacer esta gracia, ni disimularle esta flaqueza, siendo así que á cada paso vemos en las conversaciones atravesarse especies que interrumpen el hilo del asunto principal por una y por dos horas, y no por eso se hacen aspamientos, ántes bien se llevan en paciencia las adversidades y flaquezas de nuestros prójimos; y vamos adelante? ¿Pues por qué no se usará la misma caridad y se ejercitará la misma obra de misericordia con los autores y con los libros? Fuera de que, ¿no sería gran lástima que solo por cumplir con lo que prometió el capítulo inconsideradamente, sacásemos á nuestro Gerundio de la gramática ántes de tiempo, y sin haber oido otras lecciones no ménos curiosas que necesarias, con que enriquecia á sus discípulos el pedantísimo maestro?

4. Deciales pues que en sus composiciones latinas, fuesen de la especie que se fuesen, se guardasen bien de imitar el estilo de Ciceron ni alguno de aquellos otros estilos, á la verdad propios, castizos, perspicuos y elegantes; pero por otra parte tan claros y tan naturales, que cualquiera lector, por boto que fuese, comprehendia luego á la primera ojeada lo que le querian decir. Esto por varias razones, todas á cual mas poderosas: la primera, porque hasta en las sagradas letras se alaba mucho á aquel no ménos valeroso que discreto héroe que trataba las ciencias magníficamente: *Magnificè etenim scientiam tractabat*; y ciertamente nada se puede tratar con magnificencia cuando se usa de voces obvias, triviales y comunes, aunque sean muy propias y muy puras. La segunda, porque si no se procura tener atada la atencion de los lectores y de los oyentes con la oscuridad, ó á lo ménos con que no esté á primer folio la in-

teligencia de la frase, enseña la experiencia que unos ronean y otros piensan en las babias, por cuanto es muy volátil la imaginacion de los mortales. La tercera, porque mientras el lector anda revolviendo calepinos, vocabularios y lexicones para entender una voz, se le queda despues mas impreso su significado, y á vueltas de él la doctrina y el pensamiento del autor. La cuarta y mas poderosa de todas, para que sepan esos extranjerillos que notan el latin de los españoles de despeluzado, incurioso ó desgreñado, que tambien acá sabemos escribir á la papillota, y sacar un latin con tantos bucles como si se hubiera peinado en la calle de San Honorato de Paris; lo que no es posible que sea mientras no se ande á caza de frases escogidas, crespas y naturalmente ensortijadas.

5. Ahí teneis al inglés ó al escocés Juan Barclayo (que yo no tengo ahora empeño en que fuese de Lóndres ó de Edimburgo), el cual no dirá *exhortatio*, aunque le quemen, sino *paraenesis*, que significa lo mismo, pero un poco mas en griego; ni *obedire*, por obedecer, que lo dice cualquiera lego, sino *decedere*, que, sobre tener mejor sonido, es de significado mas abstruso, por lo mismo que es equivoco. Llamar *Prologus* al prólogo, ¿qué lego no entenderá ese latin? Llamarle *Prooemium*, suena á zagan de lógica; *Praefatio* parece cosa de misal, y luego ofrece á la imaginacion la idea del canto gregoriano; llámese *Alloquium*, *Ante-loquium*, *Praeloquium*, *Praeloquutio*, y dejadlo de mi cuenta. Al estilo doctrinal llámesele siempre en latin *Stilus didascalicus*, y caiga quien cayere: cuando se quiera notar á algun autor latino, aunque sea de los mas famosos, de que aun no ha cogido bien el aire de la lengua romana, y que hasta en ella se descubre el proprio de la suya nacional, dígase, á Dios te la depare buena, *redolet Patavinitatē*; porque, si bien es así que todavía no han convenido los gramáticos en el verdadero significado de esta voz, cualquiera que la usa queda *ipso facto* calificado de un latino que se pierde de vista, elegante, culto y terso. Sobre todo os encargo mucho que ni á mi ni á algun otro preceptor, maestro ó doctor, apellideis jamas con los vulgarísimos nombres de *Doctor*, *Magister*, *Praeceptor*. ¡Jesus, qué parvulez y qué patanismo! A cualquiera que enseñe alguna facultad, llamadle siempre *Mystagogus*; porque, aunque es cierto que no viene á propósito, aun el mismo que lo conoce os lo agradecerá, por ser voz que presenta una idea misteriosa y extraordinaria. La mejor advertencia se me olvidaba: es de la mayor importancia: cuando leais alguna obra latina de las que «están mas en boga» (frase que me cae muy en gracia), decir de cuando en cuando: *Hic est Trasonismus*; este es Trasonismo; y no os dé cuidado que vosotros ni los que os oyeren entendais bien lo que en eso quereis decir; porque yo os empeño mi palabra de que los dejaréis aturrullados y arqueando los ojos de admiracion. Con esto y con hacer grande estudio en no escribir jamas trabados los diptongos de *a* y *e* ni de *o* y *e*, como lo han hecho hasta aquí muchos latinos honrados, sino con sus letras separadas, escribiendo, verbi-gracia, *feminae* en lugar de *feminae*, y *Phoebus* en vez de *Phaebus*; con no contar las datas por los dias del mes, sino por las kalendas, los idus y las nonas; con guardarlos mucho de no llamar á los meses de julio y agosto con sus nombres sabidos y regulares, sino con los de *Quintilis* y

Sextilis, como se llamaban *in diebus illis*; y finalmente, con desterrar los números arábigos de todas vuestras composiciones latinas, usando siempre de las letras romanas en vez de números, y esas dibujadas á la antigua; verbi-gracia, para poner *anno millesimo septingentesimo quinquagesimo quarto*, año de mil setecientos y cincuenta y cuatro, no poner, como pudiera un contador ó un comerciante, *anno 1754*; sino *an. cxc. dcc. lrv*: digo, hijos míos, que con solo esto podréis echar piernas de latín por todo el mundo; *et peream ego, nisi cultissimi omnium latinissimorum hominum audieritis*.

6. Muy atento estaba nuestro Gerundio á las lecciones del dómíne, oyéndolas con singular complacencia; porque como tenia bastante viveza, las comprendia luego; y por otra parte, como eran tan conformes al gusto extravagante con que hasta allí le habian criado, le cuadraban maravillosamente. Pero, como vió que el dómíne inculcaba tanto en que el latín fuese siempre crespó y todo lo mas oscuro que fuese posible; y por otra parte, en fuerza de la inclinacion que desde niño habia mostrado á predicar, su padrino el licenciado Quijano le habia enviado los cuatro tomos de sermones del famoso Juan Raulin, doctor parisiense, que murió en el año de 1514, los cuales, por ser de un latín muy llano, muy chabacano y casi macarrónico, los entendia perfectamente Gerundio; dijo al dómíne, muy desconsolado, hablándole en latín, porque habia pena para los que en el aula hablasen en romance: *Domine, secundum ipsum, quidam sermones latini, quos ego habeo in pausatione mea, non valebunt nihil, quia sunt plani, et clari sicut aqua*; Pues, señor, segun eso, nnos sermones latinos que yo tengo en mi posada no valdrán nada, porque son llanos y claros como el agua. *Qui sunt hi sermones?* le preguntó el dómíne: ¿Qué sermones son esos? *Sunt cujusdam praedicatoris*, respondió el chico, *qui vocatur Joannes de... non me recorder, quia habet appellitum multum enrebesatum*: Son de un predicador que se llama Juan de... no me acuerdo, porque tiene un apellido muy enrevesado. *De quo agunt?* le volvió á preguntar el dómíne: ¿de qué tratan? *Domine*, respondió el muchacho, *de multis rebus quae faciunt ridere*. Señor, de muchas cosas que hacen reir. Anda, vé y tráelos, le dijo el preceptor, y verémos qué cosa son ellos y qué cosa es el latín.

7. Partió volando el obediente Gerundio, trajo los sermones, abrió el dómíne un tomo, y encontróse con el sermon 3, de *Viduitate*, donde leyó en voz alta este admirable pasaje.

8. *Dicitur de quadam vidua, quod venit ad Curatum suum, quaerens ab eo consilium si deberet iterum maritali, et allegabat quod erat sine adjutorio, et quod habebat servum optimum, et peritum in arte maritali sui. Tunc Curatus dixit: Benè, accipite eum. E contrario illa dicebat: Sed periculum est accipere illum, ne de servo meo faciam Dominum. Tunc Curatus dixit: Benè, nolite eum accipere. Ait illa: Quomodo ergo faciam? Non possum sustinere pondus illud quod sustinebat maritalis meus, nisi unum habeam. Tunc Curatus dixit: Benè, habeatis eum. At illa: Sed si malus esset, et vellet me disperdere, et usurpare? Tunc Curatus: Non accipiat is ergo eum. Et sic Curatus semper juxta argumenta sua, concedebat ei. Videns autem Curatus quia vellet illum habere, et habere devotionem ad eum, dixit ei, ut*

benè distinctè intelligeret quid campanae Ecclesiae ei dicerent, et secundum consilium campanarum, quod ipsa faceret. Campanis autem pulsantibus intellexit, juxta voluntatem suam quod dicerent: Prends ton valet, prends ton valet. Quo accepto, servus egregiè verberabit eam, et fuit ancilla quae prius fuerat domina. Tunc ad Curatum suum conquesta est de consilio, maledicendo horam quod crediderat ei. Cui ille: Non satis audisti quid dicant campanae. Tunc Curatus pulsavit campanam, et tunc intellexit quod campanae dicebant: Ne le prends pas, ne le prends pas. Tunc enim vexatio dederat ei intellectum.

9. No obstante la seriedad innata y congénita del gravísimo preceptor, afirma un autor coetáneo, sincrónico y fidedigno, que al acabar de leer este gracioso trozo de sermon, no pudo contener la risa; y para que le entendiesen hasta los niños que habian comenzado aquel año la gramática, mandó á Gerundio que le construyese. Este dijo que de puro leerle se le habia quedado en la cabeza, y que sin construirle, si queria su merced, le relataria todo seguidamente, y aun le predicaria como si fuera mesmamente el mismo predicador. Parecióle bien la proposicion, hizo silencio, dando sobre la mesa tres golpes con la palma: plantóse Gerundio con gentil donaire en medio del general; limpióse los mocos con la punta de la capa; hizo la cortesía con el sombrero á todos los condiscípulos, y una reverencia con el pié derecho, á modo de quien escarba; volvió á encasquetarse el sombrero, gargajéo y comenzó á predicar de esta manera, siguiendo punto por punto el sermon de Juan Raulin:

10. «Cuéntase de cierta viuda, que fué á casa de su cura á pedirle consejo sobre si se volveria á casar; porque decia que no podia estar sin alguno que la ayudase, y que tenia un criado muy bueno, y muy inteligente en el oficio de su marido. Entónces la dijo el cura: Bien, pues cástate con él. Mas ella le decia: Pero está á pique, si me caso con él, que se suba á mayores, y que de criado se haga amo mio. Entónces el cura la dijo: Bien, pues no te cases tal. Pero ella le replicó: No sé que me haga; porque yo no puedo llevar sola todo el trabajo que tenia mi marido, y le menester un compañero que me ayude á llevarle. Entónces la dijo el cura: Bien, pues cástate con ese mozo. Mas ella le volvió á replicar: ¿Y si sale malo, y quiere tratarme mal y desperdiciar mi hacienda? Entónces el cura la dijo: Bien, pues no te cases. Y así la iba respondiendo siempre el cura, segun las proposiciones y las réplicas que la viuda le hacia. Pero al fin, conociendo el cura que la viuda en realidad tenia gana de casarse con aquel mozo, porque le tenia pasion, dijola que atendiese bien lo que la dyesen las campanas de la iglesia, y que hiciese segun ellas la aconsejasen. Tocaron las campanas, y á ella le pareció que la decian, segun lo que tenia en su corazon: *Cá-sa-te-con-él, cá-sa-te-con-él*. Casóse, y el marido la azotó y la dió de palos tan lindamente, pasando á ser esclava la que ántes era ama. Entónces la viuda se fué al cura, quejándose del consejo que la habia dado, y echando mil maldiciones á la hora en que le habia creído. Entónces el cura la dijo: Sin duda que no oiste bien lo que decian las campanas. Tocólas el cura, y á la viuda le pareció entónces que decian clara y distintamente: *No-te-cases-tal, no-te-cases-tal*; porque con la pena se habia hecho cuerda.»

11. Aplaudió mucho el dómine lo bien que Gerundio habia entendido el cuento del predicador, y la gracia con que le habia recitado, conociendo que sin duda habia de tener mucho talento para predicar; los condiscipulos tambien le vitorearon, y rieron mucho el cuento. Pero el preceptor, volviendo á tomar la palabra, hizo algunas reflexiones serias y juiciosas, acabando con otras que no podian ser mas ridiculas. Por lo que toca al latin, dijo á sus discipulos, es muy chabacano, y aun los mismos que gustan de latin claro y corriente, no le aprobarán; porque ese no tanto es claro y natural, cuanto apatanado y soez; en lo cual tenia muchísima razon. Pero habeis de notar una cosa, y es, la poca razon que tienen algunos señores franceses para hacer mucha burla del latin de los españoles, tratándonos de bárbaros en punto de latinidad, y diciendo que siempre liemos hablado esta lengua como pudieran hablarla los godos y los vándalos. Esto, porque hubo tal cual autor nuestro que realmente escribió en un latin charro y guedejado, ó como latin de boticario y sacristan. Ea, monsiures, démonos todos por buenos; que si acá tuvimos nuestros Garcías, nuestros Cruces y nuestros Pedros Fernandez, tambien ustedes tuvieron sus Raulines, sus Maillardos, sus Barletas, sus Menotos; y en verdad, que su autor de ustedes, el célebre Monsieur Du Cange, en el vocabulario que compuso de la *Baja latinidad*, la mayor parte de los ejemplos que trae no los fué á buscar fuera de casa. Y de camino adviertan ustedes que cuando allá en su Paris se usaba un latin tan elegante como el del Doctor Juan Raulin, acá teniamos, dentro de aquel mismo siglo, á los Montanos, á los Brocenses, á los Pereiras, á los Leones y á otros muchos que pudieran escupir en corro, y hablar barba á barba con los Tulios y con los Livios, que ustedes alaban tanto, aunque no sean de mi parroquia ni de mi mayor devocion.

12. Esto en cuanto al latin, dijo el dómine; mas por lo que mira á la sustancia del sermon, continuó cansándose de hablar en juicio, ó dejándose llevar de su estrafalario modo de concebir; por lo que mira á la sustancia del sermon, aunque de este predicador no he leído mas que este trozo, desde luego digo que fué uno de los mayores predicadores que ha habido en el mundo, y me iria yo hasta el cabo de él solo por oírle. A mí me gustan tanto en los sermones estos cuentecitos, estas gracias y estos chistes, que sermon en que el auditorio no se ría por lo ménos media docena de veces á carcajada tendida, no daria yo cuatro cuartos por él, y luego me da gana de dormir. Yo creia que esta era una gracia privativa de algunos famosos predicadores españoles, y que en otras partes no se estilaba este modo de predicar y de divertir á la gente; pero ahora veo que todo el mundo es país; y aunque por una parte siento que no tengan la gloria de ser los únicos en esto algunos de nuestros célebres oradores, por otra no me pesa que tambien participen de ella otras naciones; porque lo demas sería envidia y una especie de viciosa ambicion. No echó esta leccion en saco roto nuestro Gerundico; porque como desde niño habia mostrado tanta inclinacion á predicar, oia con especial gusto y atencion todo cuanto podia hacerle famoso por este camino; y desde luego propuso en su corazon que si algun dia llegaba á ser predicador, no predicaria sermon, fuese el que se fuese, que no le atestase bien de chistes y de cuentecillos.

13. Finalmente, el bueno del dómine instruía á sus discipulos en todas las demas partes de que se compone la perfecta latinidad, ó el perfecto uso de la lengua latina, con el mismo gusto, ni mas ni ménos, con que les habia instruido en el estilo. Deciales que la retórica no era «arte de persuadir», sino «arte de hablar»; y que eso de andar buscando razones sólidas y argumentos concluyentes para probar una cosa y para convencer al entendimiento, era una mecánica buena para los lógicos y para los matemáticos, que se andaban á caza de demostraciones como á caza de gangas; que el perfecto retórico era aquel que le atacaba y le convenia con cuatro fruslerías; y que para eso se habian inventado las figuras, las cuales eran inútiles para dar peso á lo que de suyo le tenia, y que toda su gracia consistia en alinear á la razon, haciéndola creer que el vidrio era diamante, y oro el oropel. Enseñábales que no gastasen tiempo ni se quebrasen la cabeza en aprender lo que es introduccion, proposicion, division, prueba, confirmacion, aumento, epílogo, peroracion ni exhortacion; porque eran cuentos de viejas, invenciones de modernos, y querer componer una oracion latina con la misma simetría con que se fabrica una casa. No les disimulaba que Aristóteles, Demóstenes, Ciceron, Longino y Quintiliano habian enseñado que esto era indispensable, no solo para que una oracion fuese perfecta, sino para que mereciese el nombre de oracion; pero añadia que esos habian sido unos pobres hombres, y porque ellos nunca habian sabido hablar en público de otra manera, dádole ha que habian de hablar así todos los que habian de hablar bien. Prueba clara de que no tenian razon, eran millares de millares de sermones que andaban por ese mundo de Dios, impresos de letra de molde, con todas las licencias necesarias y con aprobaciones de hombres muy científicos y muy sapientes, los cuales habian sido oídos con un aplauso horroroso; y sabiendo todo el género humano que los sermones no son, ó no deberian de ser, otra cosa que una artificiosa y bien ordenada composicion de elocuencia y de retórica, en los susodichos no se hallaba pizca de toda esa faramalla y barahunda de introduccion, proposicion, division, etc.; sino unos pensamientos brillantes, saltarines y aparentes, á cual mas falso, sembrados por aquí y por allí, conforme se le antojaba al predicador, sin convencimiento, persuasion ni calabaza; y con todo eso fuéron aplaudidos, como piezas de elocuencia inimitables, y se dieron á la prensa para que se eternizase su memoria. De todo lo cual, legítima y perentoriamente se concluia que la verdadera retórica y la verdadera elocuencia no consistia en nada de eso, sino principalisimamente en tener bien decoradas las figuras retóricas con los nombres griegos y retumbantes con que habia sido bautizada cada una, estando pronto el retórico á dar su propia y adecuada definicion siempre que fuese legítimamente preguntado. Y así, concluia el dómine, dadme acá uno que sepa bien *quid est Epanorthosis, Ellipsis, Hyperbaton, Paratipsis, Pleonasmos, Synonymia, Hypotyposis, Epiphonema, Apostrophe, Prolepsis, Upobolia, Epitrophe, Periphrasis y Prosopopeya*; y que en cualquiera composicion, sea latina sea castellana, use de estas figuras conforme se le entojare, vengan ó no vengan, que yo os le daré mas retórico y mas elocuente que cien Cicerones y doscientos Demóstenes, pasados por

alambique. Así pues, todo el empeño del cultísimo preceptor era que sus muchachos supiesen bien de memoria estas bagatelas; y á los que veía mas instruidos y mas expeditos en ellas, los decia lleno de satisfaccion y de vanidad: «Andad, hijos; que ya podeis echar piernas de retóricos por todos esos estudios de Dios y por todos esos seminarios de Cristo.» Con efecto, los retóricos del dómíne Zancas-largas (este era su mote ó su verdadero apellido) eran muy nombrados por toda la ribera de Orbigo y por todo lo que baña el famoso rio Tuerto.

14. Finalmente, las lecciones que les daba sobre la poesía latina, última parte de todo lo que les enseñaba, eran primas hermanas de las otras, pertenecientes á las demas partes de la latinidad. Contentábase con hacerlos aprender de memoria la prosodia, la cantidad de las sílabas, los nombres griegos de los pies, *dactylo, spondee, iambo, trochaico, pyrrichio*, etc.; aquellos que explicaban la uniformidad ó la variedad de las estrofas, *monócolos, monóstrophos, dicolos, distrophos, tetástrophos*, y que decorasen gran número de versos de los poetas latinos, única y precisamente para probar con ellos la cantidad de las sílabas breves ó largas por su naturaleza; sin advertir que esta regla no es absolutamente infalible, por cuanto los mejores poetas latinos hicieron, no pocas veces, largas las sílabas breves, y breves las largas, ó usando de la licencia poética, ó tambien porque, no embargante de ser poetas, eran hombres, y pudieron deseniarse, puesto que tal vez hasta el mismo Homero dormitó. Hecho esto, como los muchachos compusiesen versos que constasen, mas que fuesen lánguidos, insulsos y chabacanos; y aunque estuviesen mas atestados de ripio que pared maestra de argamasa, no habia menester mas para coronarlos con el laurel de Apolo. Una vez decia en el tema ó en el romance para una cuartilla, estas palabras: «Entónces se supo con cuánta razón castigó Dios al mundo con el diluvio, y se fabricó el arca de Noé.» Compúsola en verso latino un discípulo de Zancas-largas, y dijo:

Diluviumque, Arcamque Noe; tum quò ratione.

Por solo este admirable verso le dió el dómíne dos pares y un abrazo, sin poderse contener. En otro tema se decia esta sentencia: «Se deben tolerar las cosas que no se pueden mudar;» y un chico la acomodó en este bello pentámetro:

Quae non mutari sunt, toleranda queunt.

Valióle doce puntos para su banda, y una tarde de asneto. Mandó componer en una estrofa de versos sáficos este breve romance: «Andrés Corbino convidó á Pedro Pagano á que el miércoles por la tarde fuese á merendar á su casa, porque aquel día se habia de hacer en ella la matanza de un cerdo.» Un muchacho que pasaba por ingenio milagroso, le llevó el día siguiente la siguiente estrofa:

*Domine Petre, Domine Pagane,
Corbini rogas, velis, ut Andreas,
Vesperì quartà mactabimus suem,
Ad se venire.*

15. Faltó poco para que el preceptor se volviese loco de contento, y luego incontinenti le declaró emperador perpetuo de la banda de Roma: hízole tomar posesion del primer asiento, ó trono imperial; mandó que provisionalmente fuese laureado con una corona de malvas

y otras yerbas, por cuanto no habia otra cosa mas á mano en uno que se llamaba huerto, y era un erreal de la casa del dómíne, mientras se hacia venir de la montaña un ramo de laurel; y ordenó que desde allí adelante y por todos los siglos venideros, hasta la fin del mundo, fuese habido, tenido y reputado por el archipoeta parames (era del Páramo el rayo del muchacho), para diferenciarle y no confundirle jamas con Camilo Cuerno, archipoeta de la Pulla.

16. Pararse el dómíne á explicar á sus discípulos en qué consistia la alma y el divino furor de la poesía; pedirle que los hiciese observar el carácter y la diferencia de los mejores poetas; esperar que los enseñase á conocerlos, á distinguirlos y á calificarlos; pretender que los instruyese en que no se pagasen de atronamientos, ridiculeces y puerilidades, no habia que pensar en eso; porque ni él lo sabia, ni él mismo se pagaba de otra cosa. Naturalmente se le iba la inclinacion á lo peor que encontraba en los poetas, como tuviese un poco de retumbancia ó algun sonsonetillo ridículo, insulso y pueril. Por el primer capítulo elevaba hasta las nubes aquellas dos bocanadas ó ventosidades poéticas de Ovidio:

*Semi-bobemque virum, semi-virumque bobem:
Egelidum boream, egelidumque notum.*

Y decia con grande satisfaccion que en este poeta no encontraba otra cosa que alabar. Por el segundo, no habia para él cosa igual á aquella recanilla tan ridícula y tan fria de Ciceron, que para siempre le dejó tildado por tan pobre hombre entre los poetas, como máximo entre los oradores:

O fortunatam natam, me Consule, Roman!

17. Pero nada le asombraba tanto como el divino ingenio de aquel poeta oculto, que en solas dos palabras compuso un verso exámetro cabal y ajustado á todas las reglas de la prosodia; pero tan escondido, que sin revelacion apenas se puede conocer que es verso. Porque sin ella, ¿quién dirá que lo es este?

Consternabatur Constantinopolitanus?

Y con todo eso no le falta sílaba. Así pues, todo su mayor empeño y todo su conato le ponía en enseñar á sus muchachos puntualmente todo aquello que en materia de poesía debieran ignorar, ó saberlo únicamente para abominarlo ó para hacer de ello una solemnísima burla, como la hacen cuantos hombres de pelo en pecho merecen hacerse la barba en el Parnaso. Por mal de sus pecados habia caido en sus manos cierta obra de un escritor de este siglo, intitulada: *De Poesi Germanorum symbolica*: De la poesía simbólica de los alemanes; en la cual se trata y se celebra la prodigiosa variedad de tantas especies de versos leoninos, alejandrinos, acrósticos, cronológicos, jeroglíficos, cancerinos, piramidales, laberínticos, cruciformes, y otras mil baratijas como ha inventado aquella nacion, por otra parte docta, ingeniosa y sesuda; pero en este particular, de un gusto tan extravagante, que ha dado mucho que admirar y no poco que reir á las demas naciones, aunque muy rara será aquella á quien no la haya pegado este contagio; bien así como el de las viruelas, que por lo comun solo se pegan á los niños y á los muchachos de poca edad; de la misma manera, esta ridiculísima epidemia por lo regular solo cunde en poetillas rapaces que aun no tienen uso de razon poética; y si tal vez inliciona á algun

adulto, es mal incurable, ó punto ménos que desesperado.

18. A todas las demas castas de versos preferia Zancas-largas los que son de la peor casta de todos, esto es, los leoninos ó aconsonantados, que fuéron, en opinion muy probable, los que introdujeron en el mundo poético la perversa secta de las rimas ó de los consonantes, que con su cola de dragon arrastró tras de sí la tercera parte de las estrellas; quiero decir, que ha sido la perdicion de tantos nobles ingenios, los cuales hubieran enriquecido á la posteridad con mil divinidades, y por estos malditos de consonantes (Dios me lo perdone), felizmente ignorados de toda la antigüedad, la dejaron un tesoro inagotable de pobreza, de impropiedades y de ripios insufribles. Encaprichado nuestro dómine en su mal aconsejada opinion, juraba por los dioses inmortales que toda la *Iliada* de Homero, toda la *Eneida* de Virgilio, y toda la *Farsalia* de Lucano, no valian aquel solo distico con que Mureto hizo burla de Gambarra, poeta antuerpiense, salva empero la sucedida, la hediondez y el mal olor; que eso nó era de cuenta de la poesía :

*Credite, restratum merdosa volumina ratum,
Non sunt nostrates tergere digna nates.*

19. Por fin y por postre los instruía en la que él llamaba *divina ciencia* de los equívocos y de los anagramas; y de esta última, con especialidad, estaba furiosamente enamorado. Un anagrama perfecto, decia, es arte de artes, ciencia de ciencias, delicadeza de delicadezas, elevacion de elevaciones; en una palabra, es el *Lydius lapis*, ó la piedra de toque de los ingenios castizos, de ley y de quilates. ¿Dónde hay en el mundo cosa, verbi-gracia, como llamar *bolo* al *lobo*, y *lobo* al *bolo*, como decir *pase* al gato, y *zape* al buey, cuando está pacienco? ¿Pues qué si en una oracion perfecta se disimula, no ménos que en un nombre y un par de apellidos, sin faltar ni sobrar sílaba ni letra, como por ejemplo, el bello disfraz con que el autor de cierto escrito moderno ocultó y salió en público con su nombre y aledaños, diciendo en el fróntis de la obra : *Homo impugnat lites*, y concluyéndola con un *pinguel olim*, que vale un Potosí, por cuanto es perfectísimo anagrama de sus dos apellidos, y una y otra oracion tienen unos significados propisimos y que se pierden de vista? Anagramas hay imperfectos que, con ser así que lo son, son de un valor inestimable, y en su misma imperfeccion tienen mas gracia que toda la que se pondera en las insulseces de Owen y de Marcial. Por ejemplo : ¿el que hizo un anagrama del apellido *Osma*, y dijo *Asno*, y «sobra una pierna», no merecia por este solo dicho que le erigiesen una estatua en el capitolio de Minerva? ¿Y mereceria ménos el otro, que habiendo encontrado en el nombre y apellido de cierto obispo este anagrama : «Tú serás cardenal,» pero sobran dos *ll* que no podia acomodar, añadió : «Y sobran dos *ll* para látigos de la posta que ha de traer la noticia?» Desengañémonos; que esto de los anagramas es cosa divina, digan lo que dijeren media docena de bufones que los tienen por juego de niños, y que nos quieren decir que aquello de Marcial : *Turpe est difficile habere nugas, et stultus labor est ineptiarum*, está bien aplicado á los anagramatistas. Y ménos fuerza me hace la otra sátira del indigesto Adrian de Valois, que, porque él no sabía

cuál era su anagrama derecho, cantó este bello epifonema á *deum de dere* :

*Cytharæus esse qui nequit, sit Aulæus :
Anagrammatista, qui Poeta non sperat.*

¡Vitor! y déne un confite por la gracia. Pues yo le digo que el que no supiere hacer anagramas, no espere ser poeta en los dias de su vida; y el que los hiciere buenos, tiene ya andado mas de la mitad del camino para ser un poetazo de á folio; porque si la poesía no es mas que un noble trastornamiento de las palabras, los anagramas no son otra cosa que un bello trastornamiento de las letras. Y váyase muy enhoramala el otro Colletet, ó Coletillo, que dijo con bien poco temor de Dios :

Eso de hacer anagramas
Y andar trastornando letras,
Lo hacen solo los que tienen
Trastornada la cabeza.

CAPITULO X.

En que se trata de lo que el mismo dirá.

Cinco años, cuatro meses, veinte dias, tres horas y siete minutos gastó nuestro Gerundio en aprender estas y otras impertinencias de la misma estofa (segun una puntualísima leyenda antigua que nos dejó exactamente apuntados hasta los ápices de la cronología); y cargado, á entera satisfaccion del dómine, de figuras, de reglas, de versos, de himnos y de lecciones de breviario, que tambien hacia construir á sus discípulos y tomarlas de memoria, por ser un admirable prontuario para los exámenes de órdenes, se restituyó á Campazas un dia del mes de mayo, que nota el susodicho eronicon habia amanecido pardo y continuó despues lluvioso. Conviene todos los gravisimos autores que dejaron escritas las cosas de este insigne hombre, en que, siendo así que el dómine era grande azotador, y que especialmente en errando un muchacho un punto de algun himno, la cantidad de una sílaba, el acomodo de un anagrama y cosas á este tenor, iba al rincon irremisiblemente, aunque le atestase el gorro de *parces*. Con todo eso, nuestro Gerundio era tan exacto en todo, y supo guardar tan bien su colete, que en todo el susodicho tiempo que gastó en estudiar la gramática, no llevó mas que cuatrocientas y diez vueltas de azotes, por cuenta ajustada, que apénas salen tres cada semana : cosa que admiró á los que tenían noticia del rigor y de la severidad de Zancas-largas. No causa ménos admiracion que en todo el discurso de este tiempo no hubiese hecho Gerundio novillos del estudio, sino doce veces segun un autor, ó trece segun otro, y esassiempre con causas legítimas y urgentes; porque una los hizo por ir á ver unos toros á la Beñaza, otra por ir á la romería del Cristo de Villaquejida, otras dos por ir á cazar pájaros con liga á una zarza, junto á una fuente que habia tres leguas del lugar donde estudiaba; y así de todas las demas, lo que acredita bien su aplicacion y el grande amor que tenia al estudio. Tambien aseguran los mismos autores, que en todo él no habia muchacho mas quieto ni mas pacífico. Jamas se reconocieron en él otros enredos ni otras travesuras que el gustazo que tenia en *echar gatas* á los nuevos que iban á su posada, esto es, que despues de acostados, los dejaba dormir, y haciendo de un bramante un lazo corridizo, le echaba con grandísima suavidad al dedo pulgar del pié derecho ó izquierdo del que estaba dormido; despues se retiraba

él á su cama con el mayor disimulo, y tirando poco á poco del bramante, conforme se iba estrechando el lazo iba el dolor despertando al paciente, y este iba chillando á proporcion que el dolor le affligia, el cual tambien iba creciendo conforme Gerundio iba tirando del cordel; y como el pobre paciente no veia quien le hacia el daño, ni podia presnimir que fuese alguno de sus compañeros, porque á este tiempo todos roncaban adredemente, fingiendo un profundísimo sueño, gritaba el pobrecito que las brujas ó el duende le arrancaban el dedo. Y si bien es verdad que dos ó tres niños estuvieron para perderle, pero siempre se tenia por una travesura muy inocente, y mas diciendo Gerundio por la mañana que lo habia hecho por entretenimiento y no mas que para reir. Por lo demas era quietísimo, pues habia semana en que apenas descalabraba á media docena de muchachos, y en los cinco años bien cumplidos que estuvo en una misma posada, nunca quebró un plato ni una escudilla; y lo mas que hizo en esta materia fué en cuatro ocasiones hacer pedazos toda la vasija que habia en el vasar; pero eso fué con grande motivo; porque un gato rojo, á quien queria mucho el ama, le habia comido el torrezno gordo que tenia para cenar. Su compostura en la iglesia del lugar, adonde todos los estudiantes iban á oír misa de comunidad, era ejemplar y edificante. No habia que pensar que nuestro Gerundio volviese la cabeza á un lado ni á otro, como veleta de campanario, ni que tirase de la capa al muchacho que estaba delante, ni que, mojado con saliva la extremidad de una pajita, se la arrimase suavemente á la oreja ó al pescuezo, como que era una mosca, ni mucho ménos que se entretuviese en hacer una cadena con lo que sobraba del cordon del justillo ó de la almilla, tirando despues por la punta para deshacerla de repente. Todos estos enredos, con que suelen divertir la misa los muchachos, le daban en rostro y le parecían muy mal. Nuestro Gerundio siempre estaba con la cabeza fija enfrente del altar, y con los ojos clavados en las fábulas de Esopo, construyéndolas una y muchas veces con grandísima devocion.

2. Vuelto á Campazas, ¿quien podrá ponderar la alegría y las demonstraciones de cariño con que fué recibido del tio Anton, de la tia Catanla, del cura del lugar y de su padrino el licenciado Quijano, que eran los continuos comensales de la casa de Anton Zotes; y apenas habian salido de ella desde que supieron que ya habia ido la burra por Gerundio (1)?

3. Despues de los primeros abrazos que le dieron todos, se quedaron atónitos y aturridos al verle echar espadañadas de latin por aquella boca, que era un juicio. Habióse luego, como era natural, del preceptor, y el chico exclamó al instante: *Proh Dií immortales! Mystagogus meus est homo qui amittitur de conspectu*: ¡Oh dioses inmortales! mi maestro es un hombre que se pierde de vista. Preguntáronle si habia muchos muchachos, y al punto respondió: *Qui numeret stellás, poterit numerare puellas*: El que puidere contar el número de las estrellas, podrá contar el número de los muchachos. Su padrino el licenciado Quijano, que era el ménos romanista de todos los circunstantes, le dijo: Mira, hombre, que *puellas* no significa muchachos, sino muchachas.

(1) En Campos, cuando se envia por un chico que está estudiando gramática, se dice: Ya le envié la burra, ya fué la burra por él, etc.

Pace tua dixerim, Domine Dripáne, le replicó su aliado: *puella puellae* es epiceno: *juxta illud: Uno epicena vocant Graii; promiseua nostri*. No tuvo que responderle el padrino, y solamente le preguntó por qué le llamaba *Dripáne*, que le sonaba á cosa de mote y le parecia atrevimiento. *Neutiquam per medium fidium!* le respondió Gerundio sonriéndose y como quien se burlaba de su ignorancia: *Dripáne est anagrammaton de Padrine; et Anagrammaton figura est, vel unius vel plurimum vocum litterae transponuntur, quod invertuntur*. Y así, señor padrino, con licencia de usted y para que lo entiendan todos, si en lugar de decir *mi madre* dijera *mi merda*, y en vez de decir *Antonio Zotes* dijera *ó tina ó zesto, y sobran dos piernas*, tan léjos estaria de perderlos el respeto, que usaria de una de las figuras mas delicadas y mas ingeniosas que hay en toda la retórica.

4. Con estas y otras necedades de la misma calaña, pasaba Gerundio el tiempo, dando muestras de sus grandes progresos en la latinidad, y esperando á que llegase San Lúcas para dar principio á las sùmulas, cuando hácia la mitad del verano pasó por su casa y se detuvo en ella algunos dias el provincial de cierta orden, varon religioso y docto. Componiase su comitiva, como se acostumbra, de otro padre grave, que era su socio y secretario, y de un lego rollizo, despejado, mañoso y de pujanza, que en los caminos servia para los menesteres de las posadas, y en los conventos para los oficios de la celda. Era el lego de buen humor, nada gazmoño y mucho ménos que nada escrupuloso. Dábale á Gerundio periquitos, rosquillas y alcorzas, con que le habian regalado unas monjas cuyo convento acababan de visitar. Con esto se le aficionó mucho el muchacho, y tambien con los cuentos y chistes que contaba entre la familia, miéntras su paternidad y el secretario dormian la siesta; que el lego no gustaba de dormir, y dicen que los contaba con gracia. Por las tardes, luego que acababan de refrescar los dos padres graves, el lego se salia á pasear con Gerundio, y este le llevaba unas veces á las eras, otras al humilladero, y otras al majuelo de su padre, que linda con el Carrascal. En estas conversaciones vertia el muchacho todos los disparates que habia aprendido con el dómine; y como el lego le oia hablar tanto en latin, que para él era lo mismo que griego, y por otra parte el chico era bien dispuesto y desembarazado, parecia que podia ser muy á propósito para la orden, y así comenzó á catequizarle.

5. Deciale que en el mundo no habia mejor vida que la de fraile, porque el mas topo tenia la racion segura, y en asistiendo á su coro, santas pascuas; que el que tenia mediano ingenio iba por la carrera de maestro ó por la carrera de predicador, y que, aunque la de las leturias era mas lucida, la del pùlpito era mas descansada y mas lucrosa, pues conocia él predicadores generales que en su vida habian sacado un sermón de su cabeza, y con todo eso eran unos predicadores que se perdian de vista y habian ganado muchísimo dinero; y que, en fin, en jubilandó por una ó por otra carrera, lo pasaban como unos obispos. ¡Pues qué la vida de los colegiales! quo así llamamos á los que están en los estudios. Ni el rey ni el papa la tienen mejor, por lo ménos mas alegre. Algunas crujiás pasan con los lectores y con los maestros de estudiantes, si son un poco ridiculos ó celosos de que

estudien; ¿pero qué importa si se la pegan gnapamente? Nunca comen mejor que cuando les dan algun pan y agua por flojos, porque no llevaron la leccion ó porque se quedaron en la cama, pues entónces los demas compañeros los guardan en la manga lo mejor de su pitanza, y comen como unos abades. Ahora la bulla, la fiesta, la chacota que tienen entre sí cuando están solos; los chascos que se dan unos á otros, eso es un juicio, y han sucedido lances preciosísimos. Es verdad que si los pillan lo pagan, y hay despojos que cantan misterio; pero *datus sunt passatus sint*. De la vida de los novicios no se hable: ya se ve que asisten siempre al coro, que nunca faltan á máitines, que ayundan las misas, que tienen mucha oracion y muchas disciplinas, que andan con los ojos bajos y con la cabeza colgando, á manera de higo maduro; pero eso es una friolera: en volviendo la suya el maestro, ó en aquellos ratos de libertad y de asueto que los dan de cuando en cuando, hay la zambra y la trisca que se hunde el noviciado; juegan á la gallina-ciega, á fiel-derecho y á los batanes, pero no hay otra cosa que ver.

6. No se puede ponderar el gusto con que oía nuestro Gerundio esta indiscreta pintura de la vida religiosa, representada con mas imprudencia que verdad, pues descubriendo únicamente las travesuras de los religiosos imperfectos, ocultaba la severidad con que se reprendían y se castigaban, disimulando el rigor con que se celaba la observancia y lo mucho que pide á todos sus individuos cualquiera religion, por mitigada que sea. Pero al bueno del lego le parecia que como él, una por una, le metiese al chico en el cuerpo la vocacion, hacia una gran cosa, y que lo demás allá lo veria. Con efecto, se la metió tan metidamente, que desde luego dijo á su catequista, que aunque le ahorcasen habia de ser fraile de su órden, y que aquella misma noche habia de pedir el hábito al Padre Provincial delante de sus padres. El lego le dió un abrazo, dos corazones de alcorza y un escapulario con cintas coloradas y su escudo bordado de hilo de oro, con lo cual se le arraigó la vocacion: de manera que ya no le quitarian de ser fraile aunque le dieran el curato de su mismo lugar. Y mas, que el lego le instruyó en el modo con que se habia de explicar con el Provincial, y que despues de haber conseguido el sí, le habia de pedir que él mismo fuese su padre de hábito, pues de esa manera aseguraba su fortuna, por cuanto el partido de su paternidad era el que mandaba y mandaria verisimilmente por algunos años, puesto que apenas habia definidor, jubilado, ni prelado conventual, que no fuese hijo ó nieto de su reverendísima, esto es, ó discípulo suyo ó discípulo de sus discípulos; y que así se llevaba los capítulos en el pico, disponiendo en ellos á destajo cuanto se le antojaba.

7. Siglos se le hicieron á Gerundio las horas que faltaban hasta la de cenar; y llegada esta, se sentó á la mesa junto á sus padres, con el Provincial y secretario, como acostumbraba; pero en vez de que otros dias los divertia mucho con sus intrepideces, latines, anagramas y versos de memoria, que decia á borbotones, aquella noche, segun la instruccion del socarron del lego, se mostró mustio, cabizbajo y desganado. Picábale por aquí y por allí, mas él apenas hablaba palabra, hasta que, levantados los manteles, el Provincial y el secretario le hicieron sentar entre los dos, comenzaron á acariciarle mucho, y le preguntaron qué tenia.

Despues que se hizo bien de rogar, y de burlas ó de véras se le asomaron algunas lagrimitas, dijo por fin y por postre, que queria ser fraile de su órden, y que aunque fuese á pié se habia de ir tras ellos hasta que le diesen el hábito. Al oir esto la buena de la Catanla, volviéndose á su marido, puestas ó encrucijadas las manos y meneando la cabeza, le dijo con la mayor bondad del mundo: «¿No te lo dije yo, mi Anton, que al cabo el chico habia de ser *flaire*? ¿No ves cómo se cumple el prefacio de aquel bendito lego, que pernosticó que este niño habia de ser un gran perdicador?» Y volviéndose despues á Gerundio, echándole la bendicion, le dijo: «Anda, bendito de Dios, con la bendicion de su divina Majestad y con la mia; que aunque te venia una capellanía de sangre, y tu padrino el licenciado Quijano queria persignar en tí el beneficio simple de Berrocal de arriba, mas te quiero ver en un culpito convirtiendo almas, que si te viera arcepaste de todo el partido.» Anton Zotes, que era bueno como el buen pan, solo respondió: «Yo por mí, como sea buen *flaire*, mas caga lo que quisiere; porque los padres no podemos quitar la voluntad á los hijos.»

8. Viendo el Provincial lo poco que habia que hacer por parte de los padres, y conociendo que el muchacho tenia en realidad viveza y habilidad, y que los disparates que le habian enseñado eran efectos de la mala escuela, los que se podia esperar que con el tiempo y con los libros los conociese y emendase, desde luego ofreció que le recibiria, y que él mismo le daria el hábito y seria siempre su padre y su padrino. Pero, como era varon docto y religioso, y el punto era tan serio, temió que fuese alguna veleidad de muchacho, ó que á lo ménos quisiese abrazar aquel estado atolondradamente y sin conocimiento de lo que abrazaba; y para cumplir con su conciencia, con su oficio y con su grande entendimiento, resolvió desengañarle delante de sus mismos padres, y así le habló de esta manera:

9. «¿Sabes, hijo mio, lo que es el estado religioso? Es una cruz en que se enclava el alma con los tres votos religiosos, desde el mismo punto en que los hace, y no se desprende de ella hasta que espira. Es un martirio continuado que comienza cuando se abraza, y se acaba cuando se deja; advirtiéndote que solo se puede dejar, ó perdiendo la vida, ó abandonando la honra, y tambien con ella el alma. Es un estado de humildad, todo de mortificación y todo de obediencia. El que no se desprecia á sí mismo, ese es el mas despreciado de todos; ninguno es mas mortificado que el que ménos se mortifica, con el desconsuelo de que padece mas y merece ménos. Al que no quiere ser obediente, se le obliga á ser esclavo. ¿Ves estas nevadas canas que blanquean mi cabeza? (al decir esto se quitó un becoquin ó escolieta que traia en ella): pues sábet que há veinte años que me la cubren, me la desfiguran, y desmienten los que tengo, que aun hoy faltan algunos para llegar á cincuenta, y nunca se anticipa tanto el color tardío de estas naturales plantas, sino cuando las deseca el calor de las pesadumbres; y puedes observar que apenas hay religioso que no encanezca, por razon de estado, muchos años ántes de lo que debiera por la edad. Ciertamente que esta violencia que se hace á la naturaleza, no puede tener regularmente otro principio que la que se hace voluntaria ó involuntariamente al natural.

10. »Como nunca has tratado mas religiosos que los que la caridad de nuestros hermanos y tus padres hospeda cristiana y piadosamente en su casa, temo que alguno ménos prudente (pues no podemos negar que en todas partes los hay) te haya pintado la religion como aquel pintor que para ocultar la deformidad de Filipo, padre de Alejandro, á quien le faltaba un ojo, le pintó á medio perfil, representándole solo por aquel lado de la cara que no era defectuoso, y eubriendo el otro con el lienzo. Quiero decir, temo que solo te hayan pintado á la religion por donde puede agradarte, ocultándote artificialmente aquello por donde pudiera retraer tu natural inclinacion. Si, hijo mio: hay en el estado religioso hombres graves, justamente atendidos por sus méritos con privilegios y con exenciones; pero no hay ni puede haber privilegios contra la obediencia ni contra la observancia, ni hasta ahora se han descubierto en el mundo exenciones de las pesadumbres y de los trabajos. ¿Qué importa que á esos padres graves les sobre cuanto han menester en la celda, si en caso de no ser ajustados, los falta lo que mas necesitan en el corazon? Tampoco te negaré que en la religion mas estrecha se encuentran inobservantes, y tal vez se ve algun escandaloso; pero tambien en el cielo hubo ángeles apóstatas, en el paraíso hombres inobedientes, y en el colegio apostólico un alevoso, un presumido, un inconstante, un incrédulo y muchos cobardes; y ni el cielo dejó de ser un cielo, ni el paraíso, ni el colegio apostólico la comunidad mas santa que ha habido ni ha de haber en el mundo. No se llama perfecto un estado porque no se hallen en él hombres defectuosos; sino porque á los que lo son se les corrige, y á los que no se corrigen, no se les tolera; porque ó se les eorta como miembros podridos, para que no inficionen á los sanos; ó se les conjura como á las tempestades, para que vayan á descargar donde á ninguno hagan daño: quiero decir, que encerrados de por vida entre cuatro paredes, ó la pena les hace entrar en sí mismos, y entónces son verdaderamente felices; ó si con la desesperacion echan el sello á su desgracia, solo se perjudican á sí propios, y pasan solos de un infierno á otro, del temporal al eterno. Así pues, hijo mio, si quieres ser religioso, has de hacer ánimo á que si fueres bueno, has de vivir y morir en una perpetua cruz; si fueres malo, aun vivirás y morirás mas atormentado; y de cualquiera manera siempre te

aguarda un martirio que durará mientras te dure la vida. Yo he cumplido con lo que á mí me toca; tú ahora resolverás lo que te pareciere: en la inteligencia de que si, no obstante la claridad con que te hablo, te determinares á abrazarte con la cruz, yo, como padre y como padrino tuyo, que desde luego me constituyo por tal, aunque no pueda quitártela de los hombros, haré cuanto me sea posible por alijerártela, salva siempre la religiosa observancia.»

11. Atentísimos estuvieron Anton Zotes y la buena de Catana á la discreta arenga del prudente y piadoso Provincial, y no dejaron de enternecerse un si es no es, tanto, que la última tuvo necesidad de limpiarse los ojos y las narices, estas con el delantal, y aquellos con la punta de la toca. Pero Gerundio la oyó con grandísima serenidad y sin ninguna atencion, pensando solo cómo habia de jugar á fiel-derecho cuando estuviese en el noviciado; en dar ya trazas como pegársela al dispenserlo, corriendo un par de raciones cada semana, y figurándose ya en su imaginacion el mayor predicador de toda aquella tierra; confesando despues que, mientras el Provincial estaba hablando, él estaba ideando una plática de disciplinantes para cuando le echasen la semana santa de Campazas. A esto contribuyó tambien que el bellacon del lego se puso donde, sin ser visto del Provincial, pudiese serlo de Gerundio, y cuando este ponderaba alguna cosa, aquel le guiñaba el ojo y le hacia señas con la cabeza, como que no hiciese caso de lo que le decia; con que luego que acabó de hablar aquel prelado, el muchacho se cerró en que queria ser fraile, y que si otros pasaban por todas aquellas cosas, él tambien pasaria por ellas, sin dar otra razon chica ni grande. Viéndole todos tan resuelto, se determinó que lo que habia de ser tarde, fuese luego; porque, teniendo ya quince años, estaba en la mejor edad para entrar en religion; y así, dentro de dos dias, el Provincial con su comitiva, acompañado de Gerundio, de su padre, de su madre y del licenciado Quijano, su padrino, que quiso hacer la costa de la entrada, se fueron á un convento de la órden, no muy distante de Campazas, donde el mismo Provincial le puso por su mano el hábito con grande solemnidad; y así al prelado de la casa, como al maestro de novicios, se le dejó muy recomendado, al fin, como cosa suya.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Concluido su noviciado pasa á estudiar artes.

Ya tenemos á Fray Gerundio en campaña, como toro en plaza, novicio hecho y derecho como el mas pintado, sin que ninguno le echase el pié adelante, ni en la puntual asistencia á los ejercicios de comunidad, porque guardaba mucho su coileto; ni en las travesuras que le habia pintado el lego cuando podia hacerlas, sin ser cojido en ellas, porque era mañoso, disimulado y de admirable lijereza en las manos y en los piés. No obstante, como no perdía ocasion de correr un panecillo,

de encajarse en la manga una racion, y en un santiamén se echaba á pechos un Jesus, cuando ayudaba al refitolero á componer el refectorio, llegó á sospecharse que no era tan limpio como parecia, y así el refitolero como el saeristan le acusaron al maestro de novicios, que cuando Fray Gerundio asistia al refectorio ó ayudaba á las misas, se acababa el vino de estas á la mitad de la mañana, y á un volver de cabeza se hallaban vacios uno ó dos Jesuses de los que juraria á Dios y á una cruz que ya habia llenado; y aunque nunca le habian cogido con el hurto en las manos, pero que por el hilo se sacaba el ovillo, y que en Dios y en su conciencia no podia

ser otra la lechuza que chupaba el aceite de aquellas lámparas.

2. Era el maestro de novicios un bellissimo religioso, devoto y pio hasta mas no poder; pero sencillo y cándido como él mismo. En viendo á un novicio con los ojos bajos, con la capilla calada, las manos siempre debajo del escapulario, poco curioso en el hábito, traquiniándose al andar, y andando siempre arrimado á la pared, puntual á todos los actos de comunidad, silencioso, rezador, y que en las recreaciones hablaba siempre de Dios; ¿pues qué si naturalmente era bien agestadillo y vergonzoso? Si le pedía licencia para hacer mortificaciones y penitencias extraordinarias y ocultas, aunque nunca las hiciese? Si acudía frecuentemente á comunicarle las cosas de su espíritu y á darle cuenta de los sentimientos que tenia en la oracion, especialmente si habia algo que oliese á cosa de vision imaginaria? Sobre todo, si en tono de caridad, de escrúpulo ó de celo, iba á contarle las faltas que habia notado, ó que quizá solo habia aprendido en los otros su malicia? Para el buen maestro no habia mas que pedir: no creeria cosa mala de este novicio, aunque se la predicaran frailes descalzos; y si alguno le acusaba de alguna faltilla, lo tenia por envidia ó por emulacion, diciendo casi con lágrimas, que la virtud hasta en los claustros es perseguida. Los bellacos de los novicios, aunque por la mayor parte de poca edad, ya tenian bastante malicia para conocer esta flaqueza ó esta bondad de su maestro; y así los mas ladinos se la pegaban tan lindamente, haciéndole creer que eran los mas santos. Nuestro Gerundio no iba en zaga al mas raposilla de todos; ántes bien en esta especie de farándula los hacia muchas ventajas, y se sabía que era el queridito del maestro, y mas añadiéndose á su buen parecer, disimulo y afectada compostura, el ser ahijado y tan recomendado de nuestro Padre Provincial; porque, si bien es verdad que el maestro de novicios era varon espiritual y místico, no embargante todo eso, á mayor gloria de Dios y por el mayor bien de la religion, hacia con purísima intencion su corte á los mandones, y no querria disgustar á un padre grave por cuanto tuviese el mundo.

3. En esta disposicion del maestro, dicho se está lo mal recibidas que fueron las acusaciones del refitolero y del sacristan. Díjoles el bendito varon que conocian mal al hermano Fray Gerundio, y que no sabía con qué conciencia hacian juicios tan temerarios y levantaban aquellos falsos testimonios á un novicio tan angelical; que si supieran bien quién era aquel mancebo, se tendrían por dichosos en poner la boca donde él ponía los pies; y que si era verdad que les faltaba el vino, sería sin duda porque el diablo tomaba la figura del santo novicio para beberle y para desacreditarle: concluyendo con decirlos que si la orden tuviera media docena de Fray Gerundios, esa media docena de santos mas adoraria con el tiempo en los altares.

4. Sucedió que, miéntras el bueno del maestro de novicios estaba dando esta repasata á los dos legos acusadores, el angelical Fray Gerundio pasó (no se sabe si por casualidad, ó por aviso que tuvo) por delante de la despensa, y viendo á la puerta de ella una cesta de huevos, se embocó media docena en el seno, y con la mayor modestia del mundo siguió su camino para el noviciado, y se fué derecho á la celda del maestro á darle cuenta de lo que le habia pasado en la oracion de aquel día. Entró,

como acostumbraba, con los ojos clavados en el suelo, la capilla hasta como dos dedos sobre la frente, las manos en las mangas debajo del escapulario, sonrosado adredemente, para lo cual le vino de perlas la travesurilla que acababa de hacer, y en todo caso (lo que era mucho del conjuro) anagando á una risita. Luego que el maestro le vió entrar, se le renovó todo el cariño; mandóle sentar junto á sí, comenzó la cuenta de oracion, y comenzaron las mentiras, ensartando todas enantas se le vinieron á la cabeza; pero tan bien concertadas, y dichas con tanta gracia y con tanta compostura, que el bonazo del maestro, sin poderse contener, se levantó de la silla, y para alentar mas y mas á su novicio, le dió un estrechísimo abrazo. En hora menguada se le dió; porque, como le apretó tanto en el Señor, se estrellaron en el pecho los huevos que el angelical mancebo traía escondidos en él, y comenzaron á chorrear yemas y claras por el hábito abajo, que parecia haberse vaciado el perol donde se batian los huevos para las tortillas de la comunidad. El maestro quedó atónito y confuso, y le preguntó al novicio: ¿Pues qué es esto, hermano Fray Gerundio? El santo mozo, que era asaz sereno, y de imaginacion pronta y viva para salir con lucimiento de los lances repentinos, le respondió sin turbarse: Padre, yo se lo diré á su reverencia. Como há dos meses que su reverencia me dió licencia para tomar disciplina en las espaldas, por no poderla ya tomaren otra parte, se me han hecho unas llagas, y llevaba estos huevos para ponerme una estopada; y no me atreví á decirlo á su reverencia, porque su reverencia no me privase del consuelo de esta corta mortificacion. Tragó el anzuelo el bonísimo varon, y pasmado de la estupenda mortificacion de su novicio, volvió á darle otro abrazo, aunque ménos apretado que el primero, por no lastimarle en las llagas de las espaldas y por no mancharse con la chorrera del hábito; y contentándose con advertirle blandamente que mejor es la obediencia que no los sacrificios, le despidió dándole orden de que se fuese á mudar otra saya y otro escapulario.

5. Con estas trazas pasó nuestro Fray Gerundio su noviciado, y hizo su profesion *inofenso pede*, sin que le faltase voto; y como todavía duraba el provincialato de su padrino y padre de hábito, le envió luego á estudiar las artes á un convento de los mas graves de la provincia, sin que pasase por la regular aduana de corista por dos ó por tres años, como pasan los demas frailes en canal que no tienen arrimo.

6. Era lector un religioso mozo, como de hasta treinta años escasos, de mediano ingenio, de bastante comprehension, de memoria feliz, estudian-ton de cal y canto, furiosamente aristotélico, porque jamas habia leído otra filosofia ni podia tolerar que se hablase de ella; eterno disputador, para lo cual le ayudaba una gran volubilidad de lengua, una voz clara, gruesa y corpulenta, una admirable consistencia de pecho y una maravillosa fortaleza de pulmones; en fin, un escolástico esencialmente tan atestado de voces facultativas, que no usaba de otras, ni las sabía, para explicar las cosas mas triviales. Si le preguntaban cómo lo pasaba, respondia, *materialiter*, bien, *formaliter*, subdistingo; *reduplicativè ut homo*, no me duele nada; *reduplicativè ut religioso*, no deja de haber sus trabajos. En una ocasion se le quejó su madre de que en las cartas que la escribia no la hablaba

palabra de su salud : y él la respondió : « Madre y señorita mía, es cierto que *signatè* no decia á vuestra merced que estaba bueno, pero *exercitè* ya se lo decia. Ahora pongo en noticia de vuestra merced cómo estoy explicando á mis discípulos la *transcendencia* ó la *intranscendencia del ente* : yo llevo la *analogia*, y niego la *transcendencia*. A mi hermana Rosa dirá vuestra merced que me alegro mucho lo pase bien, así *ut quo*, como *ut quod*; y que en cuanto á las calcetas con que me regala, la *materia ex quà* me pareció un poco gorda, pero la *forma artificial* viene con todos sus *constitutivos*. De las cuatro libras de chocolate que vuestra merced me envía, diré *in rei veritate* lo que me parece : las *cualidades intrínsecas* son buenas, pero las *accidentales* le echaron á perder por haber estado aplicado mas tiempo del conveniente á la *naturaliza ignea*, mediante la *virtud combustiva*. — Besa la mano de vuestra merced su hijo *inadequatè et partialiter*, y su capellan *totaliter et adequatè*. — Fray Toribio, lector de artes. »

7. Por aquí se puede sacar el carácter del padre lector Fray Toribio, que en un argumento á todos se los llevaba de calle; porque con la voz sonora, con el pecho fuerte, con la lengua expedita y con la abundancia de términos; no habia quien le resistiese, y así le llamaban el azote de los concursos. Tenia atestada la cabeza de apelaciones, ampliaciones, alienaciones, equipolencias, reducciones, y de todo lo mas inútil y mas ridículo que se enseña en las sùmulas, sirviendo solo para gastar el tiempo en aprender mil cosas inútiles. Ejercitábase él, y hacia que sus discípulos se ejercitasen, en componer contradictorias, contrarias, subcontrarias y subalternas, en todo género de proposiciones, en las categóricas, en las hipotéticas, en las simples, en las complejas, en las necesarias, en las contingentes y en las de imposible, gastando meses enteros en estas bagatelas impertinentísimas. Sobre la importante y gravísima cuestion de si *Blicliri es término*, era cosa de espiritarse; y si alguno le queria defender que la union era tan término como todos los demas, y que en ella se resolvía la proposicion *tan resolvidamente* como en el sujeto y en el predicado, era negocio de volverse loco, y á lo ménos no le faltaba un tris para perder el juicio.

8. El mismo exquisito gusto y la misma buena eleccion que tenia en las sùmulas, mostraba en lo perteneciente á la lógica. Aunque sabia muy bien que esta no es mas que un arte que ayuda á la razon natural á discurrir con penetracion y con solidez, enseñándola el modo de buscar y descubrir la esencia de las cosas, de formar diferentes ideas de una misma, segun los diversos respetos, nociones ó formalidades con que se presenta al entendimiento; y que estas diferentes formalidades, nociones y respetos le dan bastante fundamento, no para que de una sola cosa haga dos, sino para que conciba como si fueran dos la que en realidad es una sola; y que supuesta esta penetracion y esta division ideal, pueda ir despues racionando y discurrendo acerca de ellas, hasta llegar muchas veces á la demonstracion, y casi siempre á un prudentísimo asenso. Repito que, aunque el buen padre lector no ignoraba que esta y no otra era la verdadera lógica, de nada ménos cuidaba que de instruir á sus discípulos en lo que conducia para esto; y de los nueve meses del curso, gastaba los siete en enseñarlos lo que de maldita la cosa servia,

sino de llenarles aquellas cabezas, de ideas confusas, de representaciones impertinentes y de idolillos ó figuras imaginarias. ¿Si consiste en un único hábito, cualidad ó facilidad científica, ó en un complejo de muchos, correspondientes á la variedad de los actos logicos? Si es ciencia práctica ó especulativa? Si la docente se distingue de la utente, esto es, si la instruccion en las reglas se distingue del uso de ellas? Si su objeto es un entecillo duende, enteramente fingido por el entendimiento, ó una entidad que tiene verdadero y real sér, aunque puramente intelectual? Si la lógica artificial es tan necesaria para aprender otras ciencias, que sin ella ninguna pueda aprenderse, ni bien ni mal? Y así de otras cuestiones proemiales, que de nada sirven y para nada conducen, sino para perder tiempo y para quebrarse la cabeza lo mas inútilmente del mundo.

9. Esto es, por paridad, como si un maestro de obra prima (que así se llama, no se sabe por qué, á los zapateros), con un aprendiz que quisiese instruirse en el oficio, gastase un mes en enseñarle si la facultad zapateril era arte ó ciencia; y si arte, si era mecánico ó liberal. Otro en instruirle si era lo mismo saber cortar que saber coser, saber coser que saber desvirar, ó si para cada una de estas operaciones era menester un hábito ó instruccion científica que las dirigiese. — Señor, que yo quiero aprender á hacer zapatos. — Espérate, tonto, ¿cómo has de saber hacerlos, si no sabes si el objeto del arte zapateril es el zapato que realmente se calza, ó aquel que se representa en la imaginacion, como idea del que despues se ha de hacer? — Señor, que yo no quiero hacer zapatos imaginarios, sino estos que se palpan, se tocan y se calzan. — Eres un orate; ¿por ventura sabrás nunca hacer esos zapatos, no estando bien enterado de si las reglas que se dan para hacerlos son ó no son diferentes del uso y práctica de ellas? — Señor, ¿qué se me da á mí que lo sean ni dejen de serlo? Enséñeme usted esas reglas, pues há cuatro meses que estoy en su casa, y hasta ahora ni siquiera una me ha enseñado. — Vén acá, idiota; ¿cómo te las he de enseñar yo, ni cómo las has de aprender tú, mientras no estés plenísimamente instruido en que esta arte que llamamos de obra prima, es en parte práctica y en parte especulativa? Práctica, porque su fin es enseñar á hacer zapatos ajustados, airosos y duraderos; especulativa, porque las reglas que da para eso, es menester que dirijan primero á la razon, sin lo cual no se gobernarían bien las manos. — Por vida de... (y echóle redondo), que vuestra merced matará á un santo. Y dígame, señor, para que yo aprenda esas reglas, ¿qué me importará saber si el oficio es plático ó culativo, ó la perra que me parió?

10. Si alguno fuera al padre lector con este cuento, bien sé yo que no lo habia de contar por gracia; porque, sobre abundar de un humor escolástico flavo-bilioso, que hiriendo en un momento las fibras del cerebro, se comunicaba rápidamente al corazon por el nervio intercostal, con movimiento crispatorio, y de aquí, por una instantanea repercusion, volvía al mismo cerebro, donde agitaba con igual ó con mayor crispatura las fibras que se ramifican en la lengua, estaba tan furiosamente poseído de todas estas vanas inutilidades, que era capaz de chocar con el mismo sol, si pretendia alumbrarle en este punto. En primer lugar, luego daba en los hocicos con aquella prodigiosa multitud de hombres grandes

que se han ocupado loablemente en estas materias, y eran tenidos de todo el mundo por hombres sapientísimos. Si alguno le replicaba que los hombres mas sabios y los hombres mas grandes al fin son hombres, y que no se habian acreditado ni de grandes ni de sabios por haber gastado el tiempo en esas fruslerías, sino por haber escrito grave y doctamente otras materias utilísimas; y si se habian empleado en aquellas impertinencias, no era por no conocer que lo fuesen, sino porque la obediencia ó la política los habia precisado á no desviarse del camino carretero y á seguir el uso comun, le faltaba poco para romperle los cascos; y si lo dejaba de hacer, era de pura compasion, despreciándole como á un pobre mentecato. Despues echaba mano de aquel otro lugar comun con que se defienden los que no tienen bastante valor ni bastante generosidad para confesar que estas son impertinencias, diciendo que sirven de mucho, aunque no sirvan de otra cosa que de materia para aguzar los ingenios y para ejercitarlos en la disputa.

11. No habia que reponerle, lo primero, que siendo la lógica la que enseña á discurrir y á disputar, parecia cosa ridicula comenzar á aprenderla arguyendo y disputando. Porque, ó ya se sabian las reglas de la disputa, ó se ignoraban: si se sabian, era ociosa la lógica; si se ignoraban, ¿cómo era posible que se disputase sino diciendo en la materia y en la forma cuatrocientos disparates? Y así vemos que las artes mas mecánicas y los oficios mas fáciles no se comienzan á aprender por el ejercicio, sino á lo ménos por aquellas reglas generales que son necesarias para saber imperfectamente ejercitarle. No hay oficio mas fácil que el de aguador, porque en sabiendo echar al burro la albarda, y el camino del rio ó de la fuente, está aprendido el oficio; con todo, es indispensable, ántes de ir por agua, saber echar la albarda al burro y saber el camino. Si á un aprendiz de herrero le dijese desde el primer día que hiciese una sarten, se reiria del maestro. Primero es menester darle una noticia general de todos los instrumentos del oficio, del uso particular de cada uno, del modo de manejarlos, y de disponer la materia para recibir la forma artificial que se pretende darla; despues irle ejercitando en lo mas fácil. Pues ahora: ¿hay cosa mas graciosa que comenzar disputando si la lógica docente se distingue de la utente, y empedrar por precision la disputa de toda la doctrina que se da acerca de los hábitos naturales, infusos y adquiridos, suponiendo ya sabido el modo con que estos se engendran, y en qué consiste la virtud que tienen para producir despues unos hijos enteramente parecidos á sus abuelos, esto es, á los actos que engendraron á los hábitos, siendo así que el pobre niño no tiene idea ni noticia de otros hábitos, que de los hábitos largos de los curas, ó de los hábitos de los frailes que vió predicar la euresma y pedir el agosto en su lugar? ¿Qué concepto formará de toda aquella algarabía de hábitos, de actos, de semejanza específica, de semejanza genérica, que es indispensable entienda, aun solo para penetrar los términos de la cuestion, si nada de esto se le ha de explicar hasta que estudie la metafísica ó la animística?

12. No habia que reponerle, lo segundo, que tolerado, y no concedido, que para ejercitar el entendimiento en la disputa fuese conveniente excitar algunas cuestiones proemiales, sería razon tomarlas de aquellos puntos his-

tóricos que pertenecen al fin, invencion, progresos y estado actual de la misma lógica. Como verbi-gracia: ¿para qué fin fué inventada la lógica, si solamente para enseñar á discurrir bien, ó para evitar que otros no nos alucinasen con sofismas y con paralogismos? ¿Si la lógica es mas antigua ó mas moderna que la filosofía en todas sus partes? Y aquí entraba naturalmente un curioso resumen historial del origen de la filosofía y de su division en tanta variedad de sectas: la jónica, la itálica, la cirenáica, la elíaca, la megárica, la cínica, la estóica, la académica, la peripatética, la eleánica, la pirrónica ó escéptica, la epicúrea, y finalmente la ecléctica, ántes de hablar de los diversos sistemas de la filosofía moderna. Hallariase que la lógica, respecto de unas sectas habia sido muy posterior; muy anterior respecto de otras, y respecto de algunas sinerona ó coetanea.

13. Despues se podia preguntar ¿si la lógica se inventó por casualidad ó de propósito? Y suponiendo, como suponen todos, que se inventó por casualidad, haciendo algunas observaciones para descubrir y para desembarazarse de los sofismas, se seguia la pregunta de ¿quién fué el primero que hizo estas observaciones y formó una coleccion de ellas, para enseñar y para abrir los ojos á los demas? ¿Si Zenon Eleates, si Sócrates, si Platon, si Aristóteles, ó si Espeusippo? Y constando por la historia que Zenon hizo algunas observaciones, Sócrates otras y Platon otras, todos tres anteriores á Aristóteles, de quien Platon fué maestro, preguntar ¿por qué, no obstante eso, se tiene comunmente á Aristóteles por inventor de la lógica ó de la dialéctica? A lo cual se ha de responder necesariamente, que porque fué el primero que hizo una coleccion de todas las observaciones de aquellos tres filósofos, añadiendo él otras muchas de suyo, disponiéndolas en estilo didascálico ó instructivo, y dándolas un método seguido, claro, conexo y natural. Así como Pedro Lombardo, por otro nombre el Maestro de las sentencias, se llama regularmente el inventor de la teología escolástica, no porque lo fuese de los tratados de que se compone, sino porque los que estaban esparcidos y sin orden en las obras de los padres, especialmente latinos, los redujo á un método uniforme en los cuatro libros de los sentenciarios, disponiéndolos de manera que formasen un cuerpo bien repartido de facultad y de doctrina; añadiendo de suyo, ademas de eso, el poner en estilo de escuela y de disputa algunos puntos que en las obras de los padres se leen en estilo puramente doctrinal.

14. Despues de todas estas cuestiones, se concluia naturalmente con las pertenecientes á los progresos y estado actual de la misma lógica: ¿Si Aristóteles la concluyó, ó la dejó imperfecta? Si la que hoy tenemos es la misma que enseñó aquel filósofo ó otra diferente? Si la misma, aunque muy añadida, ¿qué partes son las que se añadieron, cuándo, por quiénes y con qué ocasion ó motivo; y de estas partes añadidas cuáles son necesarias, cuáles útiles y cuáles impertinentes? Ve aquí unos proemiales de mucha utilidad, de mucha curiosidad y de muchos y bellos materiales, para que los entendimientos se ejerciten en disputas históricas y críticas pertenecientes á la misma lógica, con tanto gusto como aprovechamiento. Pero ve aquí tambien lo que oia nuestro padre lector Fray Toribio, unas veces con una cólera espantable, y otras con una risa falsa y despreciativa que

le caía muy en gracia. Decía por toda respuesta que todos eran tiquis-miquis, fruslerías de entendimientos superficiales, y que esos proemiales eran buenos para una lógica de corbata ó de sofocante : en una palabra, admirables cuestiones para aquellos lógicos que leían gacetas y encargaban á un corresponsal de Madrid que los enviase el *Mercurio*.

15. No puede omitir la historia un caso curioso que sucedió con nuestro escolasticísimo padre lector. Cierta padre maestro de su misma órden, hombre de vasta erudicion y de igualmente grave que amena literatura, harto mejor instruido en lo que era verdadera lógica y verdadera filosofía que el bendito Fray Toribio, viéndole tan escolastizado en aquellas vanísimas sofisterías, y no pudiendo reducir á la razon aquella mollera endurecida y callosa, le dijo por burla cierto día : Pues de ese modo, padre lector, para usted no habrá en el mundo cuestion mas importante que aquella que se defendió en Alemania : *Utrum chimæra bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones?* Quedóse atónito y como pasmado al oír semejante cuestion el metafisiquísimo Fray Toribio; porque, aunque no habia curso tomista, escolista, suarista, okanista, nominalista ni baconista, que, á su parecer, no hubiese revuelto, no hacia memoria de haber leído jamas aquella cuestion *in terminis*. Suplicó al Padre Maestro que se la volviese á repetir : hizo lo este con grande socarronería. Quedóse el lector suspenso por un rato, como quien repasaba allá para consigo los términos de la cuestion, queriendo penetrarlos; y despues de haber repetido dos ó tres veces en voz inteligible : *Utrum chimæra bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones? Utrum chimæra bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones?* dió una gran patada en el suelo, y prorumpió diciendo : « Por el santo hábito que visto, que mas quisiera ser autor de esta cuestion, que si desde luego me hicieran presentado; y concluido me vea yo en las primeras sabatinas, si no la defendiere en acto público, llevando la afirmativa. » Rióse á su satisfaccion el bellacon del Maestro del fanático lector, y para echar el sello á la burla que estaba haciendo de él, le dijo con bufonada : Hará bien, padre lector, hará bien; y muérase con el consuelo de que le podrán poner sobre la piedra este epitafio, que se puso sobre la sepultura de otro que era de su mismo genio y gusto :

*Hic jacet Magister noster,
Qui disputavit bis aut ter
In Barbara et Celarent,
Ita ut omnes admirarent
In Fapesmo et Frisesomorum.
Gratè pro animas eorum.*

CAPITULO II.

Prosigue Fray Gerundio estudiando su filosofía, sin entender palabra de ella.

La verdad sea dicha (porque, ¿qué provecho sacará el curioso lector de que yo infierne mi alma?), que cuanto mas cuidado ponía el incomparable Fray Toribio en embutir á sus discípulos en estas inútiles sutilezas, ménos entendía de ellas nuestro Fray Gerundio; no porque le faltase bastante habilidad y viveza, sino porque como el genio y la inclinacion le llevaban hácia el púlpito, que contemplaba carrera mas amena, mas lucrosa y mas á propósito para conseguir nombre y aplauso, le

causaban tedio las materias escolásticas, y no podía acabar consigo el aplicarse á estudiarlas. Por eso era gusto oírle las ideas confusas, embrolladas y ridiculas que él concebía de los términos facultativos, conforme iban saliendo al teatro en la explicacion del maestro. Llegó este á explicar los grados metafísicos de ente, sustancia, criatura, cuerpo, etc.; y por mas que se desganiaba en enseñar que todo lo que existe es ente; si se ve y se palpa, es ente real, físico y corporeo; si no se puede ver ni palpar porque no tiene cuerpo, como el alma y todo cuanto ella sola produce, es ente verdadero y real, pero espiritual, inmaterial é incorporeo; si no tiene mas ser que el que le da la imaginacion y el entendimiento, es ente intelectual, ideal é imaginario. Siendo esta una cosa tan clara, para Fray Gerundio era una algarabía; porque, habiendo oído muchas veces en la religion, cuando se trataba de algun sugeto exótico y estrafalario, « vaya que ese es ente, » jamas pudo entender por *ente* otra cosa que un hombre irregular ó risible por algun camino. Y así, despues que oyó á su lector las propiedades del ente, contenidas en las letras iniciales de aquella palabra bárbara *R. E. V. B. A. U.*, cuando veía á alguno de genio extravagante, decía, no sin vanidad de su comprehension escolástica : Este es un Reubau, como lo explicó mi lector.

2. Por la palabra *sustancia*, en su vida entendió otra cosa mas que caldo de gallina, por cuanto siempre habia oído á su madre, cuando habia enfermado en casa : « Voy á darle una sustancia. » Y así se halló el hombre mas confuso del mundo el año que estudió la física. Tocándole argüir á la cuestion que pregunta « si la sustancia es inmediatamente operativa », su lector defendía que no; y Fray Gerundio perdía los estribos de la razon y de la paciencia, pareciéndole que este era el mayor disparate que podía defenderse, pues era claramente contra la experiencia, y á él se le habia ofrecido un argumento, á su modo de entender, demonstrativo, que convencia concluyentemente lo contrario. Fuese pues al General muy armado de su argumento, y propúsole de esta manera : « El caldo de gallina es verdadera sustancia; *sed sic est* que el caldo de gallina es inmediatamente operativo, luego la sustancia es inmediatamente operativa. » Negáronle la menor, y probóla así : « Aquello que administrado en una ayuda hace obrar inmediatamente, es inmediatamente operativo; *sed sic est* que el caldo de gallina, administrado en una ayuda, hace obrar inmediatamente, luego el caldo de gallina es inmediatamente operativo. » Rióse á careajada tendida toda la mosquetería del aula; negáronle la menor de este segundo silogismo; y él, enfurecido, parte con la risa y parte con que le hubiesen negado una proposicion que tenia por mas clara que el sol que nos alumbra, sale del General precipitado y ciego, sin que nadie pudiese detenerle, sube á la celda, llama al enfermero, dícele que luego luego le eche una ayuda con caldo de gallina, si por dicha habia alguno prevenido para los enfermos. El enfermero, que le vió tan turbado, tan inquieto y tan encendido, creyendo sin duda que le habia dado algun accidente cólico, para el cual habia oído decir que eran admirable específico los caldos de pollo; juzgando que lo mismo serian los de gallina, va volando á su cocinilla particular, dispónole la lavativa y adminístrasela : hace prontamente un prodigioso efecto; llena una gran vasija

de las que se destinan para este ministerio, y bajando al General sin detenerse, dijo colérico al lector, al que sustentaba y á todos los circunstantes : « Los que quisieren ver si el caldo de gallina hace ó no hace obrar inmediatamente, vayan á mi celda, y allí encontrarán la prueba ; y después que se vayan á defender que la sustancia no es inmediatamente operativa. »

3. Este lance acabó de ponerle de muy mal humor con todo lo que se llamaba estudio escolástico. Y aunque algunos padres graves y verdaderamente doctos que le querian bien, procuraron persuadirle que se dedicase algo á este estudio, á lo ménos al de aquellas materias, así físicas como metafísicas, que no solo eran conducentes, sino casi necesarias para la inteligencia de las cuestiones mas importantes de la teología en todas sus partes, escolástica, expositiva, dogmática y moral, sin cuya noticia era imposible saber hacer un sermón sin exponerse á decir mil necedades, herejías y dislates, no fué posible convencerle ; ni aunque le dieron algunos panes y agua, hasta llegar tambien á media docena de despojos, ni por esas se pudo conseguir que se aplicase á lo que no le llevaba la inclinacion, y mas habiendo en casa quien le ayudaba á lo mismo.

4. Era el caso, que por mal de sus pecados se encontró nuestro Fray Gerundio con un predicador mayor del convento, el cual era un mozallete poco mas ó ménos de la edad de su lector, pero de traza, gusto y carácter muy diferente.

5. Hallábase el padre predicador mayor en lo mas florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta ; miembros bien repartidos y asaz simétricos y proporcionados ; muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuelli-ergido, su cerquillo copetudo y estudiosamente arremolinado ; hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues, zapato ajustado, y sobre todo, su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa, obra toda de ciertas beatas que se desviaban por su padre predicador. En conclusion, él era mozo galan, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en las modales, boato en el estilo y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamas de sembrar sus sermones de chistes, gracias, refranes y frases de chimenea, encajadas con grande donosura ; no solo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calles los estrados.

6. Era de aquellos cultísimos predicadores que jamas citaban á los santos padres, ni aun á los sagrados evangelistas, por sus propios nombres, pareciéndoles que esta es vulgaridad. A San Mateo le llamaba *el ángel historiador* ; á San Marcos, *el evangélico poco* ; á San Lucas, *el mas divino pincel* ; á San Juan, *el águila de Patmos* ; á San Jerónimo, *la púrpura de Belen* ; á San Ambrosio, *el panal de los doctores* ; á San Gregorio, *la alegórica tiara*. Pensar que al acabar de proponer el tema de un sermón, para citar el evangelio y el capítulo de donde le tomaba, habia de decir sencilla y naturalmente : *Joannis, capite decimo tertio : Matthaei, capite decimo quarto* ; eso era cuento, y le parecia que bastaria eso para que le tuviesen por un predicador sabatino : ya se sabia que

siempre habia de decir : *Ex Evangelica lectione Matthaei, vel Joannis, capite quarto decimo* ; y otras veces, para que saliese mas rumbosa la colocacion : *Quarto decimo ex capite*. ¡ Pues qué, dejar de meter los dos dedos de la mano derecha con garbosa pulidez, entre el cuello y el tapacuello de la capilla, en ademán de quien desahoga el pescuezo, haciendo un par de movimientos deugosos con la cabeza, miéntras estaba proponiendo el tema ; y al acabar de proponerle dar dos ó tres brinquitos disimulados ; y, como para limpiar el pecho, hinchar los carrillos, y mirando con desden á una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural, entre estornudo y relincho ! Esto, afeitarse siempre que habia de predicar, igualar el cerquillo, levantar el copete ; y luego que, hecha ó no hecha una breve oracion, se ponía de pié en el púlpito, sacar con airoso ademán de la manga izquiera un pañuelo de seda de á vara y de color vivo, tremolarle, sonarse las narices con estrépito, aunque no saliese de ellas mas que aire, volverle á meter en la manga á compas y con armonía, mirar á todo el concurso con despejo, entre ceñudo y desdeshado, y dar principio con aquello de : « Sea ante todas cosas bendito, alabado y glorificado ; » concluyendo con lo otro de : « En el primitivo instantáneo ser de su natural animacion, » no dejaria de hacerlo el padre predicador mayor en todos sus sermones, aunque el mismo San Pablo le predicara que todas ellas eran por lo ménos otras tantas evidencias de que allí no habia ni migaja de juicio, ni asomo de sínéresis, ni gota de ingenuo, ni sombra de meollo, ni pizca de entendimiento.

7. Sí, andáos á persuadirselo, cuando á ojos vistas estaba viendo que solo con este preliminar aparato se arrastraba los concursos, se llevaba los aplausos, conquistaba para sí los corazones, y no habia estrado ni visita donde no se hablase del último sermón que habia predicado.

8. Ya era sabido que siempre habia de dar principio á sus sermones, ó con algun refrán, ó con algun chiste, ó con alguna frase de bodegon, ó con alguna cláusula enfática ó partida, que á primera vista pareciese una blasfemia, una impiedad ó un desacato ; hasta que, después de tener suspenso al auditorio por un rato, acababa la cláusula, ó salía con una explicacion que venía á quedar en una grandísima friolera. Predicando un día del misterio de la Trinidad, dió principio á su sermón con este período : « Niego que Dios sea uno en esencia y trino en personas ; » y paróse un poco. Los oyentes, claro está, comenzaron á mirarse los unos á los otros, ó como escandalizados ó como suspensos, esperando en qué habia de parar aquella blasfemia heretical. Y cuando á nuestro predicador le pareció que ya los tenia cogidos, prosigue con la insulsez de añadir : « Así lo dice el evionista, el marcionista, el arriano, el maniqueo, el sociiniano ; pero yo lo pruebo contra ellos con la Escritura, con los concilios y con los padres. »

9. En otro sermón de la Encarnacion, comenzó de esta manera : « A la salud de ustedes, caballeros ; » y como todo el auditorio se riese á carcajada tendida, porque lo dijo con chulada, él prosiguió diciendo : « No hay que reirse ; porque á la salud de ustedes, de la mia y la de todos, bajó del cielo Jesucristo y encarnó en las entrañas de Maria. Es artículo de fe. Pruébolo : *Propter nos homines, et propter nostram salutem, descendit de*

coelis, et incarnatus est. Al oír esto, quedaron todos como suspensos y embobados, mirándose los unos á los otros, y escuchándose una especie de murmurio en toda la iglesia, y que faltó poco para que parase en pública aclamación.

10. Había en el lugar un zapatero, truhan de profesion y eterno decidór, á quien llamaban en el pueblo «el azote de los predicadores», porque en materia de sermones su voto era el decisivo. En diciendo del predicador : «¡Gran pájaro, pájaro de cuenta!» bien podia el padre desbarrar á tiros largos; porque tendria seguros los mas principales sermones de la villa, incluso el de la fiesta de los Pastores y el de San Roque, en que habia novillos y un toro de muerte. Pero si el zapatero torcia el hocico, y al acabar el sermon decia : «¡Polluelo, cachorrillo! Iráse haciendo;» mas que el predicador fuese el mismísimo Vieyra en su misma mesmedad, no tenia que esperar volver á predicar en el lugar ni aun el sermon de San Sebastian, que solo valia una rosca, una azumbre de hipocras y dos cuartas de cerilla. Este, pues, formidable censor de los sermones, estaba tan pagado de los del padre Fray Blas (que esta era la gracia del padre predicador mayor), que no encontraba voces para ponderarlos : llamábale «pájaro de pájaros, el non prus hurta de los púlpitos, y en fin, el orador por Antonio mesia», queriendo decir «el orador por antonomasia»; y como el tal zapatero llevaba en el lugar, y aun en todo aquel contorno, la voz de los sermones, no se puede ponderar lo mucho que acreditó con sus elogios á Fray Blas, y la gran parte que tuvo en que se hiciese incurable su locura, vanidad y bobería.

11. Compadecido igualmente de la sandez del predicador, que de la perjudicial simpleza del zapatero, un padre grave, religioso, docto y de gran juicio, que despues de haber sido provincial de la órden, se habia retirado á aquel convento, emprendió curar á los dos si podia conseguirlo; y como el dia despues del famoso sermon de la Anunciacion le fuese á calzar el zapatero (porque era el maestro de la comunidad), y este, con su acostumbrada bachillería, comenzase á ponderar el sermon del dia antecedente, pareciéndole tambien que en aquello lisonjeaba al reverendísimo por ser fraile de su órden, el buen padre ex-provincial quiso aprovechar aquella ocasion, y sacando la caja dió un polvo á Martin (que este era el nombre del zapatero), lízole sentar junto á sí, y encarándose con él, le dijo con grandísima bondad :

12. «Vén acá, Martin, ¿qué entiendes tú de sermones? ¿Para qué hablas de lo que no entiendes ni eres capaz de entender? Si no sabes escribir ni apenas sabes deletrear, ¿cómo has de saber quién predica mal ni bien? Dime : si yo te dijera á tí que no sabias cortar, coser, desvirar, ni estaquillar, y que todo esto lo hacia mejor Fulano ó Citano, de tu misma profesion, no me dirias con razon : ¿Padre, déjelo; que no lo entiende; métase allá con sus libros, y déjenos á los maestros de obra prima con nuestra tijera, con nuestra lesna y con nuestro trinchete? Esto, siendo así que saber cuál zapato está bien ó mal cosido, bien ó mal cortado, es cosa que puede conocer cualquiera que no sea ciego. Pues si un maestro y un predicador haria mal en censurar, y mucho peor en dar reglas de cortar ni de coser, á un zapatero, ¿será tolerable que un zapatero se meta en dar reglas de predi-

car á los predicadores y en censurar sus sermones? Mira, Martin, lo mas mas que tú puedes conocer y en quo puedes dar tu voto, es en si un predicador es alto ó bajo, derecho ó corcovado, enra ó fraile, gordo ó flaco, de voz gruesa ó delgada, si manotea mucho ó poco, y si tiene miedo ó no le tiene; porque para esto no es menester mas que tener ojos y oídos; pero en saliendo de aquí, no solo te expones á decir mil disparates, sino á elogiar cien herejías.»

13. Vitor, padre reverendísimo, dijo el truhan del zapatero. ¿Y por qué no acaba su reverendísima con gracia y gloria para que el sermoncillo tenga su debido y legitimo final? Segun eso, tendrá vuestra reverendísima por herejía aquella gallarda entradilla con que el padre predicador mayor dió principio al sermon de la Santísima Trinidad : «Niego que Dios sea uno en esencia y trino en personas.» Y de las mas escandalosas que se pueden oír en un púlpito católico, respondió el grave y docto religioso. Pero si dentro de poco (replicó Martin) añadió el padre Fray Blas que no lo negaba él, sino el ebanista, el marconista, el marrano, el macabeo y el sucio enano ó una cosa así, y sabemos que todos estos fueron unos perros herejes, ¿qué herejía de mis pecados, dijo el buen padre predicador, sino puramente referir la que estos turcos y moros dijeron? Sonrióse el reverendo ex-provincial, y sin mudar de tono le replicó blandamente : Dígame, Martin; si uno echa un voto á Cristo redondo, y de allí á un rato añade *valillo*, ¿dejará de haber echado un juramento? Claro es que no, respondió el zapatero; porque así lo he oído cien veces á los teatinos cuando vienen á misionarnos el alma. Y á fe que en esto tienen razon; porque el valillo que se sigue despues ya viene tarde; y es así, á la manera que digamos de aquello que dice el refran : «Romperle la cabeza y despues lavarle los cascos.» Pues á la letra sucede lo mismo en esa proposicion escandalosa y otras semejantes que profieren muchos predicadores de mollera por cocer (repuso el buen padre); la herejía ó el disparate sale rotundo, y en todo caso descalabran con él al auditorio, y eso es lo que ellos pretenden, teniéndolo por gracia : despues entran las hilas, los parchecitos y las vendas para curarle : de manera que todo el chiste se reduce á echar por delante una proposicion que escandalice, y cuanto sea mas disonante, mejor; despues se la da una explicacion, con la cual viene á quedar una grandísima friolera. ¿No te parece, Martin, que aun cuando así se salve la herejía, á lo ménos no se puede salvar la insensatez y la locura?

14. No entiendo de tulgías, respondió el zapatero; lo que sé es, que por lo que toca á la entradilla del sermon de ayer : «A la salud de ustedes, caballeros,» ni vuestra reverendísima ni todo el concilio Trementino me harán creer que allí hubo herejía, porque la probó claramente con el Credo : *propter nostra salute descendit de Coelos*; y que á todos nos dejó aturridos. Es cierto (replicó el reverendísimo) que en eso no hubo herejía; ¿pero no me dirá Martin en qué estuvo el chiste ó la agudeza que tanto los aturdió? ¿Pues qué (respondió el maestro de obra prima), no es la mayor agudeza del mundo comenzar un sermon como quien va á echar un brándis; y cuando todo el auditorio se rió, juzgando que iba á sacar un jarro de vino para convidarnos, echarnos á todos un jarro de agua con un texto que vino que ni pin-

tado? Oigase, Martin, le digo con sosiego el reverendísimo: cuando en una taberna comienza un borracho á predicar, ¿qué se suele decir de él? A esos, respondió Martin, nosotros los cofrades de la cuba los llamamos los borrachos desalucizados; porque sabida cosa es que borrachera que entra por la mística ó á la apostólica, es incurable. Pues venga acá, buen hombre (replicó el ex-provincial), si la mayor borrachera de un borracho es hablar en la taberna como hablan en el púlpito los predicadores, ¿será gracia, chiste y agudeza de un predicador usar en el púlpito las frases que usan en la taberna los borrachos? ¿Y á estos predicadores alaba Martin, á estos aplande! Vaya, que tiene poca razon. Padre Maestro, respondió convencido y despechado el zapatero: yo no he estudiado lógica ni garrambainas; lo que digo es que lo que me suena, me suena. Vuestra paternidad es de esa opinion, y otros son de otra, y son de la misma lana, y en verdad que no son ranas. El mundo está lleno de envidia, y los claustrós no están muy vacíos de ella. Viva mi padre Fray Blas, y vuestra paternidad déme su licencia; que me voy á calzar al padre refitolero.

15. No bien habia salido Martin de la celda del padre ex-provincial, cuando entró en ella Fray Blas á despedirse de su reverendísima, porque el dia siguiente tenia que ir á una villa que distaba cuatro leguas, á predicar de la colocacion de un retablo. Como estaban frescas las especies del zapatero, y el buen reverendísimo, ya por la honra de la religion, ya por la estimacion del mismo padre predicador, á quien realmente queria bien, y sentia ver malogradas unas prendas que, manejadas con juicio, podian ser muy apreciables, deseaba lograr coyuntura de desengañarle, y pareciéndole que era muy oportuna la presente, le dijo luego que le vió: Padre predicador, siento que no hubiese llegado vuestra merced un poco ántes, para que oyese una conversacion en que estaba con Martin el zapatero, y él me la cortó cuando yo deseaba proseguirla. Apuesto, respondió Fray Blas, que era acerca de sermones; porque no habla de otra cosa; y en verdad que tiene voto. Podrále tener, replicó el ex-provincial, en saber dónde aprieta el zapato; pero en saber dónde aprieta el sermon, no sé por qué ha de tenerle. Porque para saber quién predica bien ó mal, respondió Fray Blas, no es menester mas que tener ojos y oídos. Pues de esa manera, replicó el ex-provincial, todos los que no sean ciegos ni sordos tendrán tanto voto como el zapatero. Es que hay algunos, respondió el padre Fray Blas, que sin ser sordos ni ciegos, no tienen tan buenos ojos ni tan buenos oídos como otros. Eso es decir, replicó el ex-provincial, que para calificar un sermon, no es menester mas que ver cómo lo acciona y oír cómo lo siente el predicador. No, padre nuestro, no es menester mas. Con que, segun eso, arguyó el ex-provincial, para ser buen predicador no es menester mas que ser buen representante. *Concedo consequentiam*, dijo Fray Blas, muy satisfecho.

16. ¿Y es posible que tenga aliento para proferir semejante proposicion un orador cristiano, y un hijo de mi padre San N., que viste su santo hábito? Hora bien, padre predicador mayor, ¿cuál es el fin que se debe proponer en todos sus sermones un cristiano orador? Padre nuestro, respondió Fray Blas, no sin algun desenfadado, el fin que debe tener todo orador cristiano y no cristiano, es agradar al auditorio, dar gusto á todos, y

caerles en gracia: á los doctos, por la abundancia de la doctrina, por la multitud de las citas, por la variedad y por lo selecto de la erudicion; á los discretos, por las agudezas, por los chistes y por los equívocos; á los cultos, por el estilo pomposo, elevado, altisonante y de rumbo; á los vulgares, por la popularidad, por los refranes y por los cuentecillos encajados con oportunidad y dichos con gracia; y en fin, á todos, por la presencia, por el despejo, por la voz y por las acciones. Yo, á lo ménos, en mis sermones no tengo otro fin, ni para conseguirle me valgo de otros medios; y en verdad que no me va mal; porque nunca falta en mi celda un polvo de buen tabaco, una jicara de chocolate rico; hay un par de mudas de ropa blanca; está bien proveida la frasquera; y finalmente, no faltan en la naveta cuatro doblones para una necesidad; y nunca salgo á predicar que no traiga cien misas para el convento y otras tantas para repartirlas entre cuatro amigos. No hay sermon de rumbo en todo el contorno, que no se me encargne, y mañana voy á predicar á la colocacion del retablo de..., cuyo mayordomo me dijo que la limosna del sermon era un doblon de á ocho.

17. Apénas pudo contener las lágrimas el religioso y docto ex-provincial, cuando oyó un discurso tan necio, tan aturrido y tan impío en la boca de aquel pobre fraile, mas lleno de presuncion y de ignorancia, que de verdadera sabiduria; y compadecido de verle tan engañado, encendido en un santo celo de la gloria de Dios, de la honra de la religion y del bien de las almas, en las cuales podia hacer gran fruto aquel alucinado religioso, si empleara mejor sus naturales talentos, quiso ver si podia convencerle y desengañarle. Levantóse de la silla en que estaba sentado, cerró la puerta de la celda, echó la aldabilla por adentro para que ninguno los interrumpiese, tomó de la mano al predicador mayor, metiéndole en el estudio, hizole sentar, y sentándose él mismo junto á él, con aquella autoridad que le daban sus canas, su venerable ancianidad, su doctrina, su virtud, sus empleos, su crédito y su estimacion en la orden, le habló de esta manera.

CAPITULO III.

Del grave y docto razonamiento que un padre ex-provincial de la orden hizo al predicador mayor de la casa donde estudiaba las artes nuestro Fray Gerundio.

«Aturrido estoy, padre Fray Blas, de lo que acabo de oírle, tanto, que aun ahora mismo estoy dudando si me engañan mis oídos, ó si sueño lo que oigo. Bien temia yo al oírle predicar, y al observar cuidadosamente todos sus movimientos ántes del púlpito, en el púlpito y después del púlpito, que en sus sermones no se proponia otro fin que el de la vanidad, el del aplauso y del interes; pero este temor no pasaba de ofrecimiento, y ni aun se atrevia á ser sospecha, porque no se fuese arrojando á juicio temerario. Mas ya veo, por lo que acabo de oírle, que me propasé de piadoso.

2. «¿Con que el fin de un orador cristiano y no cristiano es agradar al auditorio, captar aplausos, granjear crédito, hacer bolsillo y solicitar sus conveniencias! A vista de esto, ya no me admiro de que el padre predicador se disponga para subir al púlpito, como se dispone un comediante para salir al teatro: muy rasurado, muy afeitado, muy copetudo, el mejor hábito, la capa de

lustre, la saya plegada, zapatos nuevos, ajustados y curiosos, pañuelo de color sobresaliente, otro blanco, cumplido y de tela muy delgada, ménos para limpiar el sudor que para hacer ostentacion de lo que debiera correr un religioso que profesa modestia, pobreza y humildad. Un predicador apostólico que subiese á la cátedra del Espíritu Santo con el único fin de enamorar á los oyentes, de la virtud, y moverlos eficazmente á un santo aborrecimiento del pecado, se avergonzaria de esos afectados adornos, tan impropios de su estado, como de su ministerio; pero quien sube á profanarla con fines tan indecentes, y aun estoy por decir tan sacrilegos, ni puede ni debe usar otros medios. No quiero decir que el desaliño cuidadoso sea loable en un predicador; solo pretendo que la afectada curiosidad en el vestido ó en el traje, es la cosa mas risible; y no hay hombre de juicio que no tenga por loco al religioso que pone mas cuidado en componer el hábito, que en componer el sermón, pareciéndole que el afeite de la persona puede suplir la tosca grosería del papel. En una palabra, padre mio, el que se adorna de esa manera para predicar, bien da á entender que no va á ganar almas para Dios, sino á conquistar corazones para sí. No sube á predicar, sino á galantear; tiene mas de orate que de verdadero orador.

3. »El fin de este, sea sagrado, sea profano, siempre debe ser convencer al entendimiento y mover á la voluntad, ya sea á abrazar alguna verdad de la religion, si el orador es sagrado, ya á tomar alguna determinacion honesta y justa, si fuere profano el orador. No habrá leído ni leerá jamas el padre predicador que un orador profano, por profano que fuese, se hubiese jamas propuesto otro fin. Este es el único que se propusieron en sus oraciones Demóstenes, Ciceron y Quintiliano, dirigiéndose todas á algun fin honesto y laudable; unas á conservar á la república, otras á encender los ánimos contra la tiranía; estas á defender á la inocencia, aquellas á reprimir la injusticia; muchas á implorar la misericordia, no pocas á excitar toda la severidad de las leyes contra los atrevimientos de la insolencia. Si se hubiera oído que alguno de aquellos famosos oradores no tenia otro fin en sus declamaciones, que hacerse oír con gusto, captar el aura popular, ostentar el aseo ó la majestad del vestido, el aire de la persona, el garbo de las acciones, lo sonoro de la voz, lo bien sentido de los afectos, la pomposa hojarasca de las palabras y la agudeza ó falsa brillantez de los pensamientos; si se hubiera llegado á entender que sus arengas no se dirigian á otro fin que á solicitar aplausos, á conquistar corazones y á ganar dinero, hubieran sido el objeto de la risa, del desprecio y aun de la indignacion de todos; y si algunos concurriesen á oírlos, no sería ciertamente para dejarse persuadir de ellos como de oradores, sino para divertirse con ellos como se divertian con los histriones, con los pantomimos y con los charlatanes. Porque, en suma, ni padre predicador, el orador no es mas que un hombre dedicado por su ministerio á instruir á los otros hombres, haciéndolos mejores de lo que son. Y dígame: ¿los hará mejores de lo que son el que, desde que se presenta en el púlpito, se muestra tan dominado de las pasioncillas humanas como el que mas? ¿Hará humilde al vano y al soberbio el que en todas sus acciones y movimientos está respirando presuncion y vanidad? ¿Corregirá la

profandidad de los adornos y el desordenado artificio de los afeites el que, dentro de los términos á que puede extenderse su estado y su profesion, sube al púlpito de gala? ¿Emendará los desórdenes de la codicia el que se sabe que hace tráfico de su ministerio, que predica por interes, y que revuelve al mundo para que le encarguen los sermones que mas valen? Finalmente, ¿á quién persuadirá que á solo Dios debemos agradar, el que confiesa que en sus sermones no tiene otro fin que el agradar á los hombres?

4. »No medirá el padre predicador si los apóstoles se propusieron este bastardo fin en los sermones con que doce hombres rústicos, groseros y desaliñados convirtieron á todo el mundo? Dirá que Dios hacia la costa. ¿Y quién le ha dicho que no la haria tambien ahora si se predicara con el espíritu con que predicaron los apóstoles? Replicará que aquellos eran otros tiempos, y que los nuestros son muy diferentes que aquellos. ¿Qué quiere decir en eso, padre mio? Si quiere decir que los apóstoles predicaron á una gente idiota, bárbara, inculta, ignorante, que se convencía de cualquiera cosa y en cualquiera manera que se la propusiesen, acreditará que está mas versado en leer libros de conceptillos, que llaman predicables y yo llamo intolerables y contentibles, que en la historia eclesiástica y profana. ¿Sabe que nunca estuvo el mundo mas cultivado que cuando Dios envió sus apóstoles á él? ¿Ignora que aun duraban y duraron por algun tiempo las preciosas reliquias del dorado siglo de Augusto, dentro del cual nació Cristo, y en el cual florecieron, mas que en otro alguno, todas las artes y ciencias, especialmente la oratoria, la poesía, la filosofía y la historia? Nuestro siglo presume, con razon ó sin ella, de mas cultivado que otro alguno; y no se puede negar que en algunas determinadas facultades y artes se han hecho descubrimientos que ignoraron los que le precedieron. Con todo eso, en aquellas que cultivaron los antiguos no se ha decidido hasta ahora entre los criticos la famosa cuestion sobre la preferencia de estos á los modernos; y sepa el padre predicador que, aunque las razones que se alegan por unos y por otros son de mucho peso, pero el número de votos que están por los primeros hace incomparables excesos al que cuentan los segundos. Vea ahora si eran ignorantes, bárbaros ó incultos aquellos á quienes predicaron y convirtieron los apóstoles, cuando se disputa con grandes fundamentos si nos excedieron en comprehension, en ingenio, en buen gusto y en cultura.

5. »Responderá que aun por eso mismo los apóstoles no convertian mas que á la gente popular, idiota y del vulgacho. Otra alucinacion, que nace del mismo principio. ¿No me hará merced el padre predicador de decirme si era idiota, popular y del vulgacho, Cornelio el Centurion; si el eunuco de la reina Candace era tambien del vulgacho y popular; si era idiota San Dionisio Areopagita; si era un pobre ignorante San Justino mártir; si San Clemente Alejandrino fué idiota; si era popular y del vulgacho San Lino y sus padres Herculano y Claudia, ambos de las familias mas ilustres de Toscana; si tantos reyes, tantos príncipes y tantos magistrados como convirtieron los apóstoles en sus respectivas provincias, eran del vulgacho y populares? Un predicador que siquiera se tomase el corto y necesario trabajo de leer las vidas de los santos de quienes predica, no incurriría

en semejante pobreza; ¿pero cómo no ha de incurrir en esta y en mas crasas ignorancias, cuando muchas veces quien tiene ménos noticia del santo á que se predica, es el mismo predicador, haciendo vanidad de tomar asuntos tan abstraídos, que un mismo sermón se pueda predicar á San Liborio, á San Roque, á San Cosme y San Damian, á la vírgen de las Angustias, y, en caso necesario, á las benditas ánimas del purgatorio?

6. »Pero si acaso quiere decir el padre predicador que aquellos primeros tiempos de la Iglesia, aunque no eran ménos instruidos, eran ménos estragados que los nuestros, y consiguientemente no era tan dificultoso reducirlos á la verdad del Evangelio con razones claras, naturales, desnudas y sencillas, dirá otra necedad que en conciencia no se le puede perdonar. ¿Con que eran ménos estragados que los nuestros unos tiempos en que los vicios eran adorados como virtudes, y las virtudes aborrecidas como vicios; unos tiempos en que la incontinencia recibía incienso en Citea, la embriaguez adoraciones en Baco, el latrocinio sacrificios en Mercurio; unos tiempos en que se adoraba á Júpiter estrupador, á Vénus incestuosa, á Hércules usurpador y á Caco ratero; unos tiempos en que la vanidad se llamaba grandeza de corazón, el orgullo elevación de espíritu, la soberbia magnanimidad, la usurpación heroísmo; y al contrario, la modestia, el encogimiento, la moderación y el retiro, se trataban como bajeza de ánimo, como apocamiento, no solo inútil, sino pernicioso á la sociedad?

7. »Mas no quiero estrecharle tanto, no quiero hacer cotejo de nuestro siglo con el primer siglo de la Iglesia; conténteome con hacer la comparación entre nuestros tiempos y aquellos en que florecieron los Paduas, los Ferreres, los Tomases de Villanueva. Dígame: ¿Hay mucha diferencia entre nuestras costumbres y las de aquellos tiempos? Si sabe algo de historia, precisamente responderá que si hay alguna diversidad es en los trajes, en las modas, en la mayor perfección de las lenguas y en algunos usos puramente accidentales y exteriores; que en los demas reinaban entónces como ahora las mismas costumbres, las mismas pasiones, las mismas inclinaciones, los mismos vicios, los mismos desórdenes, solo que estos eran mas frecuentes, mas públicos y mas escandalosos en aquellos tiempos que en estos. Con todo eso, ¿qué conversiones tan portentosas y tan innumerables no hicieron aquellos santos en los suyos? Qué séquito no tenían siempre que predicaban, despoblándose las ciudades y aun las provincias enteras por oírlos? ¿Y se predicaban á sí mismos? ¿No se proponían otro fin en sus sermones que el de captar aplausos, granjear admiraciones, ganar dinero y meter ruido en el mundo? Metíanle y grande; ¿pero era esto lo que ellos intentaban? ¿Y conseguíanlo por unos medios tan impropios, tan indecentes, tan indignos, y aun estoy por decir tan sacrílegos?

8. »Páreceme que estoy ya oyendo lo que me dirá interiormente el padre predicador: lo que veo es que yo lo consigo por los que uso, que tambien meto ruido, que me siguen, que me aplauden y que me admiran. ¡Lindamente! Y de ahí ¿qué se infiere? ¿Que predica bien, que sabe siquiera lo que se predica? ¡Oh! qué mala consecuencia! Mete ruido; tambien le mete una farsa cuando entra en un lugar. Siguenle; tambien se sigue á un charlatan, á un truhan, á un titiritero, á un arlequín,

cuando hacen sus habilidades en un pueblo. Apláudenle; ¿pero quiénes? Los que oyen como oráculo á un infeliz zapatero, y los que celebran á un predicador como pudieran á un representante. Admíranse al oírle; ¿pero de qué? Los necios y los aturdidos, de su osadía y de sus gesticulaciones; los cuerdos y los inteligentes, de su satisfacción y de su falta de juicio.

9. »Ora bien, padre predicador, ¿quién le ha dicho que los aplausos y las admiraciones de la muchedumbre son hijas de los aciertos? Frecuentísimamente, por no decir las mas veces, son hijas de la ignorancia. El vulgo, por lo comun, aplaude lo que no entiende; y sepa que en todas las clases de la república hay mucho vulgo. Ya habrá leído ú oído lo de aquel famoso orador, que arrojando en presencia de todo el pueblo, y oyendo hacia la mitad de la oración una especie de alegre murmurio de la multitud, que le sonó á aclamación, se volvió á un amigo suyo que estaba cerca, y le preguntó sobresaltado: «¿He dicho algun disparate? Porque este aplauso popular no puede nacer de otro principio.» Aun el mismo Ciceron, que no escupia los aplausos, desconfiaba de ellos si eran muy frecuentes, pareciéndole que no siendo posible merecerlos siempre, necesariamente habia de tener en ellos mucha parte la adulación ó la ignorancia. «No gusto oír muchas veces en mis oraciones: ¿Qué cosa tan buena! No se puede decir mejor! *Bellè et praeclarè nimium, saepe, nolo.*»

10. »Aun mas equívocas son las admiraciones que los elogios: estos nunca debieran dirigirse sino á lo bueno y á lo sólido; aquellas pueden, sin salir de su esfera, limitarse precisamente á lo singular y á lo nuevo; porque la admiración no tiene por objeto lo bueno, sino lo raro. Y así dice discretamente un jesuita frances, muy al caso en que nos hallamos, que «puede suceder, y sucede con frecuencia, una especie de paradoja en los sermones; esta es, que el auditorio tiene razon para admirar ciertos trozos del discurso que se oponen al juicio y á la razon, y de aquí nace que muy frecuentemente se condena poco despues lo mismo que á primera vista se habia admirado». ¿Cuántas veces lo pudo haber notado el padre predicador? Están los oyentes escuchando un sermón con la boca abierta, embelesados con la presencia del predicador, con el garbo de las acciones, con lo sonoro de la voz, con la que llaman elevación del estilo, con el cortadillo de las cláusulas, con la viveza de las expresiones, con lo bien sentido de los afectos, con la agudeza de los reparos, con el aparente desenredo de las soluciones, con la falsa brillantez de los pensamientos: mientras dura el sermón, no se atreven á escupir, ni aun apenas á respirar, por no perder ni una sílaba: acabada la oración, todo es cabezadas, todo murmurios, todo gestos y señas de admiraciones: al salir de la iglesia todo es corrillos, todo pelotones, y en ellos todo elogios, todo encarecimientos, todos asombros: ¡Hombre como este, pico mas bello, ingenio mas agudo!

11. »¿Pero qué sucede? Algunos hombres inteligentes, maduros, de buena crítica y de juicio claro, que oyeron el sermón y no se dejaron deslumbrar, no pudiendo sufrir que se aplauda lo que debiera abominarse, sueltan ya esta ya aquella especie contra todas las partes de que se compuso el sermón, y hacen ver con evidencia que todo él fué un tejido de impropiedades, de ignorancias, de sandeces, de pobreza, y cuando ménos, de

futilidades. Demuestran con toda claridad que el estilo no era elevado, sino hinchado, campanudo, ventoso y de pura hojarasca; que las cláusulas cortadas y cadenciosas son tan contrarias á la buena prosa, como las llenas y las numerosas, pero sin determinada medida, lo son al buen verso; que este género de estilo causa risa, ó por mejor decir, asco, á los que saben hablar y escribir; que las expresiones que se llaman vivas no eran sino de ruido y de boato; que aquel modo de sentir y de expresar los afectos, mas era cómico y teatral que oratorio, loable en las tablas, pero insufrible en el púlpito; que los reparos eran voluntarios, su agudeza una fruslería, y la solucion de ellos tan arbitraria como fútil; que los pensamientos se reducian á unos dichicos de conversacion juvenil, á unos retruécanos ó juguete de palabras, á unos conceptos poéticos, sin meollo ni jugo y sin solidez; que en todo el sermón no se descubrió ni pizca de sal oratoria, pues no habia en él ni asomode un discurso metódico y seguido, nada de enlace, nada de conexion, nada de raciocinio, nada de mocion; en fin, una escoba desatada, conceptillos espárcidos, pensamientos esparramados por aquí y por allí, y acabóse. Con que, todo bien considerado, no habia qué aplaudir ni qué admirar en nuestro predicador sino su voz, su manoteo, su presuncion y su reverendísimo *coram vobis*. Los que oyen discurrir así á estos hombres perspicaces, penetrativos y bien actuados en la materia, vuelven de su alucinacion, conocen su engaño, y el predicador que por la mañana era admirado, ya por la tarde es tenido por pieza; los compasivos le miran con lástima y los duros con desprecio.

12. »No quiero mas prueba de esta verdad que los sermones mismos del padre predicador. ¿Cuánto se celebró y cuánto se admiró aquella famosa entradilla del sermón de la Santísima Trinidad: «Niego que Dios sea uno en esencia y trino en personas?» ¿Cuánto se admiró y cuánto se ponderó la otra del sermón de la Anunciacion: «A la salud de ustedes, caballeros?» ¿Qué elogios no se oyeron de una y otra, al acabarse las funciones? ¿Pero cuánto duraron estas admiraciones y estos aplausos? El tiempo que tardó un hombre celoso, caritativo y prudente, en abrir los ojos á los oyentes, para que conociesen que la primera proposicion habia sido una grandísima herejía, y la segunda una grandísima borrachera; y cuando ménos, añadida la explicacion de la una y de la otra, ambas habian quedado en dos grandes insultos; porque la primera se redujo á decir que muchos herejes habian negado el misterio de la santísima Trinidad; ¡miren que noticia tan exquisita! Y la segunda, estrujada su sustancia, no vino á decir mas que Cristo, ó el Verbo divino, habia encarnado por la salud de los hombres; ¡miren que pensamiento tan delicado! Luego que sus oyentes cayeron en la cuenta, quedaron corridos de lo mismo que habian admirado poco ántes; y sé muy bien que en las mismas tardes de la Trinidad y de la Anunciacion se lo dieron á entender al padre predicador, si él hubiera querido percibirlo. Porque, yendo á visitar á sus penitentas, como lo acostumbra los dias que predica, para recoger los aplausos de los estrados, cierta señorita le dijo el dia de la Trinidad: «¡Jesús, padre predicador! Dios se lo perdone á vuestra merced el susto que me dió con el principio de su sermón; porque, cierto, temí que el comisario del Santo Oficio le

mandase callar, y que desde el púlpito le llevase á la Inquisicion.» Y tambien sé que otra le dijo la tarde de la Anunciacion: «Cuando vuestra merced comenzó el sermón esta mañana, creí que estaba dormida, y que soñaba que, en lugar de llevarme á la iglesia, me habian llevado á la taberna.» Ambas fueron dos pullas muy delicadas y bien merecidas; pero como el padre predicador todo lo convierte en sustancia, túvolas por chiste y le entraron en provecho.

13. »Estos son, padre mio, los aplausos que logra, aun de aquellas personas que no tienen mas luces que las de un sindéresis natural bien puesto; burlarse de él y estimarle en lo que vale. Las que están mas cultivadas, las que tienen alguna tintura del buen gusto, y sobre todo, aquellas que no miran con indiferencia un ministerio tan serio y tan sagrado de la religion, no le puedo ponderar el dolor que las causa verle tan profanado en su boca, y la compasion con que miran tan infelizmente malogrados unos talentos que, si los manejara como debe, serian utilísimos para el bien de las almas, para la gloria de Dios, para mucha honra de nuestra sagrada orden, y para mas sólida y mas verdadera estimacion del padre predicador. No puede dudar este la especial inclinacion que siempre le he manifestado desde que fué mi novicio; las pesadumbres de que le libré cuando fuí prelado suyo; la estimacion que hice de sus prendas siendo su provincial, pues yo fuí quien le colocó en el candelero, encargándole uno de los púlpitos mas apetecidos de la provincia. Ya se acordará de la carta paternal que con esta ocasion le escribí, recomendándole mucho que desempeñase mi confianza; que no diese ocasion para que me insultasen los que censuraron esta eleccion, sin duda porque le conocian mejor que yo; que predicase á Jesucristo crucificado, y no se predicase á sí mismo; ó á lo ménos, que predicase con juicio y con piedad, ya que no tuviese espíritu para hacerlo con celo y con fervor. Protéstole que uno de los mayores remordimientos que tengo de los muchos desaciertos que cometí en mi provincialato (aunque pongo á Dios por testigo que todos con buena intencion), es el de haber hecho predicador al padre Fray Blas, liando la conversion de las almas á quien en nada ménos piensa que en convertirlas, y á quien muestra tener la suya no poco necesitada de conversion. Dile á conocer en el mundo, cuando estaria mejor en el retiro del claustro y en la soledad del coro. Púsele en ocasion de que los aplausos de los necios le engreyesen y la vanidad le precipitase. Conózcole, llórolo; pero ya no lo puedo remediar, pues veo con imponderable dolor mio, que aun dentro de la religion no faltan fomentadores de su vanidad, elogiadores y panegiristas de sus locuras: unos porque no alcanzan mas, otros por adulacion, algunos pocos por interés, y la mayor parte porque se deja llevar de la corriente y no tiene mas regla que el grito de la muchedumbre.

14. »Entre estos últimos cuento á esa pobre juventud, compuesta de colegiales filósofos y teólogos, que se cria en este convento, y á quien es indecible el daño que hace con su mal ejemplo el padre predicador. Venle aplaudido, celebrado, buscado, regalado y sobrado de religiosas conveniencias; oyen al mismo padre predicador hacer ostentacion pueril de ellas, alabarse de lo mucho que le fructifica la semilla del *Verbum Dei*; ponde-

rar la utilidad y la estimacion de su carrera, haciendo chunga y chacota de la de los lectores y maestros de la órden, á quienes trata de pelones, pobres, mendigos, pordioseros y camaleones, que se sustentan del aire de los *ergos*, y que tienen las navetas tan vacías de chocolate como los cascós llenos de cuestiones impertinentes. ¿Qué sucede? Que cobran horror al estudio escolástico, tan necesario para la inteligencia de los misterios y de los dogmas, y para no decir de unos y de otros tantos disparates como dice el padre predicador; dedícanse á leer libros de sermonarios inútiles y disparatados, ó á trasladar sermones tan ridículos, tan insustanciales y aun tan perniciosos como los del padre Fray Blas; tómánselo él mismo por modelo, remedándole hasta las acciones y los movimientos, sin advertir que los que parecen bien cuando son naturales, se hacen risibles y despreciables en el remedo. Criánsese con esta leche, y salen después á ser la diversion del vulgo, la admiracion de los ignorantes, la risa de los discretos, el dolor de los piadosos, el descrédito de la órden, y tal vez su azote y su tormento.

13. »Viéndolo estamos todos en ese pobre, simple y atolondrado de Fray Gerundio. Su sencillez por una parte, y el padre predicador por otra, ambos concurren á echarle á perder á tiros largos. Aunque no le faltan talentos para que con el tiempo saliese hombre de provecho, viendo estoy que nos ha de sonrojar y que nos ha de dar que padecer. No hay forma de estudiar una conferencia, de dedicarse á entender una cuestion, y mira con horror al estudio escolástico, gastando el tiempo en leer sermones impresos, y en trasladar los manuscritos del padre Fray Blas. ¿Y esto por qué? Porque me dicen que no sale de su celda; que tiene en ella letra abierta para desayunarse, para merendar y para perder tiempo; que el padre predicador le va imbuendo en todas sus máximas, hasta pegarle tambien sus afectos y desafectos, no solo con perjuicio de su buena educacion, sino en grave detrimento de la caridad y de la union fraternal y religiosa.

16. »Por tanto, padre mio, si el amor de nuestra madre la religion le debe algo; si tiene algun celo por la salvacion de las almas que Jesucristo redimió con su preciosa sangre; si su misma estimacion, sólida y verdadera, le merece algun cariño, ruégole por la misma preciosísima sangre de Jesus, que mude de conducta; sea mas noble, mas cristiano y mas religioso el fin de sus sermones, y será muy otra su disposicion; predique á Cristo crucificado, y no se predique á sí mismo; y á buen seguro que no pondrá tanto cuidado en el afectado alíño de su persona; no busque otro interes que el de las almas, *da mihi animas, caetera tolle tibi*; y yo le fio que predicará de otra manera; no solicite aplausos, sino conversiones; y tenga por cierto que no solo logrará las conversiones que desea, sino los aplausos que no solicita; y estos, de órden muy superior al aura popular y vana que ahora le arrebatá tanto. Sobre todo, le encargo, le ruego, le suplico, que cuando no haga caso de lo que le digo y se obstine en seguir el errado rumbo que ha comenzado, á lo ménos no dogmatice, no haga escuela tan perniciosa, no quiera imitar aquel dragon que con la cola arrastró tras de sí la tercera parte de las estrellas. Estremézcale aquel *Vae!* tan espantoso contra los que escandalizan á los pequeñuelos. Y

no trate de vejez, de impertinencia, de prolijidad y de mala condicion de los muchos años esta paternal, caritativa y reservada advertencia que le hago; sino mírela como la mayor prueba del verdadero amor que le profeso.»

CAPITULO IV.

De la burla que hizo el predicador mayor del razonamiento del ex-provincial, y de lo que pasó después con Fray Gerundio.

Sin cespitar estuvo oyendo Fray Blas el sermon que le espetó el reverendo padre ex-provincial, y á pié firme sufrió la carga cerrada que le disparó, con una contención tal, que cualquiera se persuadiria que quedaba convencido, persuadido y trocado ya en otro hombre. Porque dice la leyenda de la órden, que le oyó con semblante sereno, con los ojos bajos, con las manos debajo del escapulario, con el cuerpo algo inclinado hácia adelante, en postura humilde, aplicando un poco el oído izquierdo, como para no perder sílaba, sin estornudar, sin escupir y aun sin sacar la caja ni tomar un polvo de tabaco, en todo el tiempo que duró la mision. Ya el buen padre ex-provincial se aplaudia interiormente á sí mismo de aquella feliz conquista, ya tenia por mil veces dichosa la hora en que se había determinado á hablarle con tanta resolucion y claridad, ya estaba para echarle los brazos al cuello, dándole mil parabienes de que finalmente hubiese abierto los ojos á la luz de la razon, cuando vió que el bueno del predicador levantó los suyos, le miró con serenidad, sacó las manos de bajo del escapulario, reclinó el codo derecho sobre el brazo de la silla, refregóse la barba, echó después mano á la manga, sacó la caja, dió dos golpecitos pausados sobre la tapa, «abrióla, tomó un polvo, y encarando al ex-provincial, le dijo muy reposado: «¿Acabó ya vuestra paternidad? — Sí, ya acabé. — Pues, padre nuestro, óigame vuestra paternidad este cuento.»

2. Asistia un loco al sermon del juicio universal, que se predicaba en cierta mision. Estuvo verdaderamente fervoroso y apostólico el celoso misionero, y dejó tan aturrido al auditorio, que, aun después de acabado el sermon, por un rato ninguno se rebullia. Aprovechóse el loco de aquel compungido silencio, y levantando la voz descompasadamente, dijo: «Señores, todo eso que nos acaba de predicar el padre misionero, de juicio, juicio y juicio, sin duda que debe de ser así. Pero *nondum venit hora mea*, y yo llevo la contraria con el doctísimo Barradas.» Vea vuestra paternidad si manda algo para Cevico de la Torre; porque yo parto mañana; y sin esperar á mas razones, se levantó de la silla, tomó la puerta y se fué á su celda.

3. Esperábase en ella su queridito Fray Gerundio, que ademas de ser un eterno admirador de las locuras y de los disparates de Fray Blas, cuya sola razon bastaria para que este le estimase mucho, era, fuera de eso, un frailecito rollizo, bien agestado, muy compuesto de andadura, de acciones y movimientos; por lo cual, no solo se llevaba todos los cariños del padre predicador mayor, sino generalmente los de casi todos los padres graves de la casa, entre los cuales habia una especie de celillos y de competencia sobre quien le habia de hacer mas cocos. Enviábanle desde la mesa traviesa la fruta, los extraordinarios y el platillo, cuando solo le tenian los padres gordos, y no los colegiales; y aun por lo mismo era entre estos envidiado, acechado y mas que me-

dianamente mordido, para lo que daba él mismo no poco motivo, ya por lo que se engracia con los halagos de los reverendísimos, ya por las mañuelas y artificios de que se valia para tenerlos mas engaitados, ya, finalmente, porque el horror que tenia al estudio escolástico le daba muchas ocasiones de burlarse de él y de sonrojarle, las cuales no las perdian los bellacuellos de los otros colegiales; pero á Fray Gerundio se le daba muy poco de eso, procurando en todo caso cultivar la predileccion de los mandones del convento; y entre todos, inclinándose mas (aunque con el mayor disimulo posible) al despejo, al garbo y á la discrecion del padre predicador mayor.

4. Luego que este entró en la celda, contó á Fray Gerundio cuanto le acababa de pasar con *nuestro padre*; hizole un resumen del sermón, remedó su voz, imitó su postura, pintó sus gestos, glosó sus palabras y burlóse de todo, tratándole de *carcuezco*, de *Fray Zargüelles*, de *hombre de antaño*, y de otros apodosos semejantes. Finalmente le dijo: «Chico, como la mision duró tanto, tengo gana de cierta cosa, y así con tu licencia.» Retiróse á la alcoba, tiró la cortina, hizo lo que tenia que hacer, y acabada esta funcion, dijo Fray Blas á Fray Gerundio: Ya sabes que mañana voy á Cevico de la Torre á predicar del patriarca San Benito, en su ermita del Otero; es voto de villa, pascua de flores, y hay romería, y el sermón es de los de á oncita de oro. Ante todas cosas, tómate esos dulces (y llenóle la manga de los que sacó de una naveta), cerremos la puerta, porque no venga á inquietarnos algun Reverendo Muletilla (y echó la aldaba); siéntate y cirás uno de los mejores sermones que he compuesto en toda mi vida.

5. Título y asunto: *Ciencia de la ignorancia en la sabia ignorancia de la ciencia*. Tenga usted, padre predicador, le interrumpió luego Fray Gerundio: no diga mas; que solo eso me encanta. Esos retrucanillos, ese paloteo de voces, y ese triquitraque de palabras con que usted propone casi todos los asuntos de sus sermones, es cosa que me embelesa. ; *Ciencia de la ignorancia en la sabia ignorancia de la ciencia!* Vaya, que no hay mas que decir. A la verdad yo no entiendo bien lo que quiere significar; pero lo que me suena me suena, y signifique lo que signifique, ello es una gran cosa. No quiere decir mas, replicó el predicador, que lo que dice San Pablo, «que la ciencia de los santos es la verdadera sabiduría, y que la sabiduría de este mundo es verdadera ignorancia y estulticia.»

6. ¿Con que eso y no mas quiere decir? — Sí. — Pero ¡válgame Dios! ¿Quién lo adivinaria? Otro que no fuera vuestra paternidad diria sencillamente: San Benito supo lo que le convenia saber, é ignoró lo que no importaba ignorar; y de esa manera, aunque lo entenderian todos, pero tambien cualquiera gañan sabria decirlo. Mas eso es de proponer una cosa tan comun con el airecillo especial con que la propone vuestra paternidad, en el mundillo hay quien lo haga con tanta gracia. Y sino, dígalo aquel otro asunto del sermón que vuestra paternidad predicó al capítulo dos meses ha, en el día de las elecciones particulares: *Eleccion de la rectitud para la rectitud de la eleccion*. Primero que se me olvide el tal asunto, me he de olvidar yo de como me llamo. Pero ya que hablamos de él, ¿no me explicará vuestra paternidad el concepto? Porque á decir la verdad, no le penetré muy bien. A mí lo que se me ofreció que querria

decir, era que para que la eleccion fuese recta, era preciso que fuese recta la eleccion; mas esto, claro está que no lo querria decir vuestra paternidad; porque seria una verdad de Pero-Grullo.

7. Calla, simplon, le respondió al punto Fray Blas; pues claro está que no quise decir otra cosa; y ahí estuvo el chiste, en decir una pero-grullada de manera que parecia una cosa del otro mundo. Si te acordaras del modo tan claro, tan perspicuo, tan brillante con que entablé esa proposicion para introducirme en el discurso, verias mas claro que el sol de mediodia lo que yo quise decir. Como soy cristiano que ya no me acuerdo (replicó Fray Gerundio), aunque tengo el sermón en la celda; porque al punto le trasladé, como sabe vuestra paternidad. Pues yo te lo traeré á la memoria; que bien en ella lo tengo.

8. Concluida la salutation, que ese fué vino de otra cuba, di principio al sermón con este apóstrofe al Sacramento que estaba patente: *Amorosamente sabio os ofrecéis (soberano sacramentado Monarca), Maestro y Director de este capítulo*. Nota de paso la oportunidad de llamar presidente del capítulo al Sacramento, y dime si esto se ofrece á cualquiera? Añadí despues: «Para la mas acertada rectitud de las elecciones ofrece ese augusto Sacramento vitales luces á los electores prelados.» Prueba perentoria y terminante: *Ego sum panis vitae*. Nota lo de *panis vitae* para las *luces vitales*. Mas por cuanto los electores eran muchos, y cada uno tenia su vida buena ó mala, como Dios sabe (que á nosotros no nos toca indagar vidas ajenas), y el texto solo hablaba de una vida, *vitae*, era menester uno que hablase de muchas. Hallé á pedir de boca en el Siriaco, que lee: *Panis vitarum*. Ya tenemos al Sacramento «pan de muchas vidas»; pero por cuanto estas vidas podian ser de coristas, de sacristanes, de refitoleros y de otros muchos frailes que no tenian voto en capítulo, y yo habia menester precisamente un sacramento que fuese pan de las vidas de los padres capitulares y electores, aquí estuvo mi felicidad y mi discurso. Halléle como lo podia desear, en Zacarías, en Tirino, en Menochio y en Lyra; porque el primero llama al Sacramento *Fru mentum Electorum*; el segundo *Panem Electorum*; el tercero *Fru mentum Electorum*, y el cuarto *Fru mentum Electorum est Corpus Christi consecratum pane frumenti*.

9. Digo que vuestra paternidad es demonio, ó que tiene familiar (le interrumpió Fray Gerundio sin poderse contener). ¿Dónde diantres fué á encontrar unos textos tan á pelo, tan al intento, y que hablan de *pan de electores* con tanta claridad, que los entenderá el mas zafio batueco de los que van á vender miel á la villa de Béjar? Ahora me acuerdo que especialmente cuando oí esos textos en el sermón, me quedé como atorollado. Es verdad que hablando despues acerca de ellos con un padre maestro de la casa, que me quiere mucho, me dejó un poco confuso, porque me dijo claritamente que todos ellos, en el sentido en que vuestra paternidad los entendió, habian sido unos grandísimos disparates delatables á la Inquisicion; que así el texto como los intérpretes solo querian decir que el pan del Sacramento, ó que el Sacramento, era pan de los escogidos; que eso y no otra cosa significaba *Electorum*; que aplicarlo á los electores puramente por el sonido material de la palabra, era un abuso intolerable de la Sagrada Escritura, condenado

por el concilio Tridentino, por los papas y por la Inquisición; que esta había castigado en Roma á un predicador porque en las honras del cardenal Cibo había dicho que la carne de Cristo en el Sacramento era verdaderamente la carne del cardenal, probándolo con aquel texto: *Caro mea verè est cibus*; el cual le había querido entender aquel loco (así le llamó el Padre Maestro), ni mas ni ménos como vuestra paternidad había querido entender el *Frummentum Electorum*; que si se permitiera la licencia de usar ó de abusar de la Sagrada Escritura con esa materialidad, no habría herejía, disparate, torpeza ni suciedad que no se pudiese probar con ella; y de aquí fué ensartando tantas cosas, que me metieron en mucha confusion, y no sé cómo tuve paciencia para oirlas.

10. ¿Y tú hiciste caso de ellas? No, padre predicador; ¿qué caso había de hacer, si estaba conociendo palpablemente que todo era envidia; porque el tal padre maestro es un hombre indigesto, que no sabe mas que sus *ergos*, su teología, su biblia, sus concilios, sus santos padres, y servitor. En sacándole de allí no sabe una palabra; ni él ha leído jamás el *Teatro de los dioses*, ni á Rabisio Textor, ni á Anlo Gelio, ni á Natal Comite, ni á Alejandro de Alejandro, ni á Plinio, ni á Picinelo; con que ya se ve, ¿qué obligacion tiene el pobre á entender de sermones, ni á saber cómo se han de traer ó cómo no se han de traer los textos de la Sagrada Escritura? Y como por otra parte es un triste pelon, que anda con la hortera para tomar una jicarilla, y ve, gracias á Dios, la celda de vuestra paternidad tan abastecida de todo, se pudre á todo pudrir, y de aquí proviene que todo cuanto hace vuestra paternidad le da en rostro. Dame un abrazo (le dijo al oír esto el padre Fray Blas); que tú has de ser la honra de la órden; toma esos cuatro bollos de chocolate para que te remedies en mi ausencia, y vamos adelante con el sermon capitular.

11. Otro día hablaremos de ese sermon (dijo Fray Gerundio); que ahora, como está vuestra paternidad para irse mañana, temo que no nos ha de quedar tiempo para leer el de San Benito, aunque no sea mas que la salutacion, y yo estoy rabiando por oirla; porque solo el pensamiento de *ciencia de la ignorancia, en la sabia ignorancia de la ciencia*, me ha excitado una curiosidad, que es un horror. Tienes razon (respondió Fray Blas), y vamos á ella: aquí está el cartapacio sobre la mesa. Ten presente que estamos en primavera, que es pascua de Flores y que la ermita del santo está en el campo, y oye.

12. «Al celebrado dios del Regocijo consagraba la Grecia, Esparta y Tesalia, festivis solemnes cultos el día 27 de marzo: *Thessali huic Deo Risui quotannis rem divinam in summá lætitiâ faciebant*, dice Rabisio Textor. Tejían verdes guirnaldas esmaltadas de matizadas flores, ofreciendo una primavera de gozo al obsequiado dios del Regocijo: *Vernis intexens floribus arca... risibus, et grandes mirata est Roma cachinos*, dice Lilio Giraldo. Ofreciase esta deidad al culto en la figura de un jóven desnudo, coronado de mirto, adornado de alas y en la frondosidad de un prado ameno: *Puer nudus, alatus, myrtoque coronatus, qui humi sedebat*, dice Vincencio Cartario.»

13. ¿Has visto entradilla mas florida para un sermon de primavera en pascua de Flores, y toda ella no ménos que con autoridad de Cartario, Lilio Giraldo y Rabisio

Textor? Pues aguarda un poco y escucha la aplicacion. «Este es vernal paralelo del esclarecido patriarca San Benito, á quien con festivo gozo consagra hoy este pueblo este solemnizado culto.» ¿Qué te parece, Gerundio amigo?—¿Qué me ha de parecer? Lo primero, que vuestra paternidad tiene mas en la uña el calendario de las fiestas de los gentiles, que la misma epacta de la órden; porque jamas le he visto errar ni siquiera una de aquellas, y mas de una vez le he notado que no sabía bien el santo de quien se rezaba aquel día. Lo segundo, que casi todos los sermones de vuestra paternidad comienzan con una fabulilla tan á pelo y tan al caso, que no parece sino que la fábula se fingió para el misterio, ó que el mismo Dios fué sacando el misterio por la idea de la fábula. Por ejemplo: ¿cuándo se me olvidará á mí aquella crespá entradilla del sermon de la Concepcion, que oí este año á vuestra paternidad, y la tomé de memoria porque no espero oír en mi vida cosa mas adecuada al asunto?

14. «De la rizada espuma del celebrado Egeo, fingió la ethnicidad fabulosa, fué su idólatra Vénus concebida: *Nuda cythereis edita fertur aquis*, dice Ovidio. Concibióse de las tres celestiales gracias sociada: *Et Veneris turba ministra fuit*, dice Giraldo; porque no se verificase instante en que faltase alguna gracia á su hermosura. Y en memoria de esta concepcion graciosa celebraban los ciclades el día 8 de diciembre con solemne alborozado culto: *Hoc tamen die octavo decembris, festum Conceptionis pulcherrimæ Veneris iugenti júbilo celebratur*.» No me detengo ahora en reparar la cultura de llamar *ethnicidad* á la religion de los gentiles, y no *gentilidad* ó *paganismo*, que eso lo diría cualquier gabacho; y si no la llamé *polytheísmo* ó *polydeismidad*, interrumpió el padre predicador, fué por reservar estos dos terminillos para otra ocasion. Digo que no me detengo en esto, porque con especialidad en esta invencion de voces nuevas y llamantes, alambicadas de la lengua latina, es vuestra paternidad inimitable; y yo tengo ya apuntadas algunas, para valerme de ellas en ocasion y tiempo, con la seguridad que, aunque no haga mas que hablar en ese estilo, no ha de haber sermon de cofradía que no me busque. Ya sé que al mar salado siempre le he de llamar *salsuginoso elemento*; á la vara de Aaron, *Aaronítica vara*; al contraer el pecado original, *traducir el fomes del pecado*; *Adan futurizado*, al decreto de la creacion de Adan: á su misma creacion, *Adamítico fundamento*; *universal opificio*, á la fábrica de todas las criaturas; á la naturaleza ciega, *cecuciante naturaleza*; y á un deseo ardiente y encendido, *ignitas alas del deseo*. Este bello, claro, perspicuo y delicado estilo, déjelo vuestra paternidad de mi cuenta, y yo salgo por fiador de mí mismo, que por lo que toca á él no ha de tener vuestra paternidad discípulo que mas le honre.

15. Tampoco quiero detenerme ahora en el reparo de aquella ingeniosa figura con que vuestra paternidad llamó *idólatra* á Vénus, cuando dijo: «Fué su idólatra Vénus concebida.» Mas de dos ignorantes lo tendrían por necesidad, pareciéndoles que eso queria decir que Vénus idolatraba en ellos, y no ellos en Vénus, y que vuestra paternidad debiera de haber dicho *su idolatrada Vénus*. Pero, sobre que entónces no constaría el pié de verso heróico, de que se compone dicha cláusula: «Fué

su idólatra Vénus concebida;» que era á lo que vuestra paternidad tiraba; y (quede dicho de paso) esta es una de las gracias que mas me encantan en el elegante estilo de vuestra paternidad, la multitud de piés líricos y héroicos de que consta, que algunas veces me parece que estoy oyendo una relacion, amen de los consonantes: digo que fuera de este primor faltaria otro que no advierten ni son capaces de advertir esos tontos. Esta es aquella figura retorica que se llama... que se llama... ¡válgate Dios! ¿cómo se llama? que se llama... no sé cómo; la cual enseñaba á usar el presente por el pretérito, lo activo por lo pasivo; y así decimos: «Mi amantísimo amigo, por mi amigo muy amado; recibí la favorecida carta de vuestra merced, por la carta favorecedora;» pues lo demas querria decir que se le hacia favor en recibirla, y no me pareceria mucha modestia ni mucha política. De la misma manera se puede decir tan lindamente «idólatra Vénus, por Vénus idolatrada», como lo sabemos muy bien todos los que tuvimos la dicha de estudiar con el famoso preceptor de Villaornate; y por eso tengo yo tan en la uña todas las figuras retóricas, con sus nombres, pelos y señales.

16. Pero dejándonos de estos pelillos, como iba diciendo demi cuento, digo que la fábula de la concepcion de Vénus, para el misterio de la concepcion de María, no parece sino que vuestra paternidad mismo la inventó: tan adecuada viene y tan al caso. Digo mas: que, á mi pobre juicio, estubo de sobra aquella valiente cláusula con que vuestra paternidad la aplicó: «Gallardo, aunque fabuloso, paralelo del milagroso objeto que termina los regocijados cullos de ese dia octavo de diciembre, en que la Iglesia católica celebra la concepcion pasiva de María, Vénus del amor divino, diosa de la hermosura de la gracia;» porque no habria en todo el anditorio entendimiento tan zopenco, que no se hiciese luego cargo de la propiedad del *gallardo paralelo*, sin el cansancio de la aplicacion; porque es claro como el agua que si Vénus fué madre del amor, María fué madre del amor; si Vénus fué concebida de la espuma del mar, «en la nivea espuma de la divina gracia fué concebida María, del mar de la humana naturaleza,» como dijo vuestra paternidad un poco mas abajo; si en la concepcion de Vénus asistieron las tres Gracias, «en contraresto á las Gracias sociaron á María en su concepcion las Horas,» siendo las Horas y las Gracias dos cosas tan parecidas, que es imposible hayga otras dos mas semejantes. Finalmente, si Vénus fué concebida el dia 8 de diciembre, el dia 8 de diciembre fué concebida María. Así que, el *paralelo* no puede ser mas *gallardo* por lo que toca á estas cuatro propiedades. Y en cuanto á la segunda, en que se coteja la espuma del mar Eritlreo con la «nivea espuma de la divina Gracia», se encierra en ella una propiedad tan recóndita, que no es fácil se dé en el chiste á cuatro paletadas; porque si la espuma no es otra cosa que el viento que se introduce en el agua ó en cualquiera otro licor, mas ó menos movido y agitado del mismo aire ó de algun otro agente extraño, como lei pocos dias há en uno de estos libros que se usan y tratan de novedades, es claro como el agua que la divina gracia ha de ser muy espumosa, y precisamente ha de hacer una *espuma nivea* que disgregue la vista. ¿Por qué? Porque la divina gracia se atribuye particularmente al Espíritu Santo: este ya se sabe que unas veces es aura suave y apacible, y otras es viento

impetuoso que, agitando á la divina gracia é introduciéndose al mismo tiempo en sus divinos poros é intersticios, necesariamente ha de levantar «una espuma nivea» como el ampo; ¿y qué cosa mas propia que el que de «esta nivea espuma» fuese concebida «la Vénus del amor divino?» Con que realmente no pudo ser «mas gallardo el paralelo.»

17. A mí así me lo pareció, y así lo defendí tambien contra aquel simplon, beaton y testarudo de Fray Gonzalo que estaba junto á mí, y al oirlo hizo muchos gestos, diciéndome despues del sermon que aquello le habia escandalizado. Preguntéle por qué, y me respondió el tontarron, que porque hacer cotejo de la Madre de la pureza, con la madre de la torpeza; de la Mujer mas limpia, con la mujer mas sucia; de la concepcion inmaculada de María, con la puerquisima concepcion de Vénus; de las Gracias profanas, con la Gracia divina; y concluir llamando á María «Vénus del divino amor, diosa de la hermosura de la gracia», sobre ser la última proposicion una herejia formal, las demas eran unas blasfemias tan impías, tan sacrílegas, tan indecentes en la boca de un cristiano, cuanto mas «de un predicador apostólico», como vuestra paternidad dice que lo es, mostrando su título en toda forma, que á su parecer el sermon merecia la hoguera, concluyendo con que si él fuera prelado, le quitaria á vuestra paternidad la licencia de predicar. No sé cómo Dios me tuvo de su mano y no le llené de dedos aquella cara compungida; pero contentéme con decirle que no era la miel para la boca del asno, que no se habian hecho los *gallardos paralelos* para-losos gallardos; y volvíle las espaldas.

18. Y ya que hablamos de *paralelos*, volvamos por Dios al *vernal paralelo* del sermon de San Benito, donde dejamos la salutation; que como unas cosas llaman á otras, y todas las de vuestra paternidad me emboban, yo mismo interrumpí la lectura sin poderme remediar. Ya me acuerdo que la introduccion era del dios del Regocijo, á quien celebraban los antiguos el dia 27 de marzo; que le representaban un jóven desnudo y en pelota, como su madre le parió, muy coronado de mirto y muy adornado de alas, tendido en aquel campo como si dijéramos con la panza al sol: *Puer nudus, alatus, myrtoque coronatus, qui humi sedebat*; y finalmente, que el modo de celebrarle era con grandes risadas, zambra, bulla y carcajadas: *Et grandes mirata est Romacachinos*. Decia despues vuestra paternidad: «Este es vernal paralelo del esclarecido patriarca San Benito.» Pero ántes de pasar mas adelante, dígame vuestra paternidad: ¿qué quiere decir *vernal paralelo*? Porque confieso que no lo entiendo. ¡Ay, bobo! dime, ¿qué significa *ver veris*?—*Ver veris* significa la primavera; que así lo dicen los *Géneros*, de Lara, por donde yo estudié. Pues, tonto, *vernal paralelo* quiere decir *paralelo primaveral*, por ser en tiempo de primavera, en que se celebraba la fiesta del Regocijo, y tambien la de San Benito. Y ves ahí cómo de camino está encajada con grande arte y disimulo la circunstancia de celebrarse esta fiesta en pascua de Flores: *Vernis intexens floribus arva*; que en eso de hacerme cargo de todas las circunstancias, por ridiculas que sean, aunque yo lo diga, ninguno me echará la piedra adelante.

19. Ya estoy, dijo Fray Gerundio, en lo que significa *vernal paralelo*: ahora me falta saber la aplicacion, y en

qué se pareció San Benito al dios del Regocijo, y la fiesta de aquel á la fiesta de este. Ten un poco de paciencia, continuó el predicador, y presto lo sabrás. Y en cuanto á la onimoda semejanza de las fiestas, es cosa tan clara, que solo un ciego podrá no distinguirlas sin que nadie se lo diga; porque, si aquella se celebraba en la primavera, en la primavera se celebra esta; si aquella en el día 27 de marzo, cabalmente se celebra esta en el mismo día; si aquella en el campo, esta en el otero; si allí habia flores, flores hay aquí; si gente en aquella, gente en esta; y en fin, si en aquella habia grandes carcajadas, esta no la va en zaga, pues no se oye otra cosa por aquellos campos, y aun dentro de la misma ermita durante el sermón, si el predicador tiene un poco de sal, que grandísimas risadas: *Et grandes mirata est Roma cachinos*. Ahora digo, respondió Fray Gerundio, que las dos fiestas son tan parecidas una á otra como un huevo á otro huevo; y ahora tambien descubro yo la clave para aplicar cualquiera cosa que haya sucedido en el mundo en el mismo tiempo y en el mismo día del sermón, á la fiesta que predicare, sea la que fuere.

20. Mas dígame vuestra paternidad, ¿cómo diantres pudo casar á San Benito con el dios del Regocijo? Con la mayor facilidad del mundo, respondió Fray Blas. ¿No dice la historia que, siendo el santo de solos quince años, se salió de Roma, se fué al desierto, se escondió entre las mayores asperezas del monte Smbae, se sepultó en una cueva ó en una profunda cisterna, que allí hizo asperísima penitencia por espacio de tres años, que padeció crueles tentaciones del demonio, que se revolcó en una zarza hasta dejarla toda ensangrentada, que solo se alimentaba de pan y agua que de ocho en ocho días le traía un monje llamado Roman, descolgándose por una cuerda, hasta que al cabo de los tres años un buen clérigo, por divina revelacion, vino á buscarle, trayéndole vianda para comer, y diciéndole que la comiese, porque era día de pascua, lo que el santo mozo no sabía? ¿Pues qué cosa mas parecida al dios del Regocijo, que San Benito en este pasaje de su vida? Este jóven, aquel niño; este en el campo, aquel en el desierto; este tendido en la yerba, aquel en el pozo; este desnudo, aquel mal vestido, y cuando se revolcó en la zarza, tan desnudo como su madre le parió; este coronado de flores, aquel cubierto de espinas; y finalmente, este celebrado en tiempo de pascua, y aquel regalándose en ella con lo que el buen clérigo le trajo. Mira tú ahora si pudo venir mas ajustado el *vernal paralelo*. Porque en lo demas, aunque el dios del Regocijo fuese un dios de tatarira, de trisca, de bulla y de chacota, y San Benito en el desierto fuese una imagen viva de la mas áspera penitencia, ejemplar asombroso de compuncion y de lágrimas, eso para el asunto importa un bledo; porque ni los paralelos, aunque sean *vernales*, ni las semejanzas, ni las comparaciones han de correr á cuatro piés.

21. Iba Fray Blas á proseguir en la lectura de su sermón, cuando llamaron á la puerta de la celda con tanta fuerza, que se sobresaltó; y aunque á los principios hizo ánimo de no abrir, como el que llamaba era el Padre Prior, y le dijo en voz alta que abriese, que era él el que llamaba y que bien sabía estaba dentro, no pudo resistirse y se vió precisado á abrir. Entró en la celda el Prior, y encontrando en ella á Fray Gerundio, le dijo con alguna seriedad, ¿qué hacia allí perdiendo tiempo,

y por qué no se iba á estudiar? Fray Gerundio le respondió, sin turbarse, que habia venido de parte de su madre á dar al padre predicador la limosna de tres misas, para que las mandase decir en el altar de San Benito del Otero, porque habia parido un niño quebrado, y el Santo, en aquella santa imagen, diz que era prodigioso con los niños que padecian este trabajo. ¿V qué lleva en esa manga? le preguntó el prior, notando que abultaba demasiado. Aquí saltó prontamente el predicador: Son unos dulces que le di yo para que de mi parte los envíe á sus dos primas, las hijas del familiar de Cojeces, que el otro día me regalaron con dos pares de calcetas. No satisfizo mucho al Padre Prior una ni otra respuesta; pero como era buen hombre y nada malicioso, dejólas pasar, y contentándose con decir á Fray Gerundio que tratase de ser mas aplicado y de guardar mas la celda, le envió á ella, y él se quedó con el padre predicador mayor, tratando el negocio á que iba, de cuyo contenido no se encuentra rastro alguno en el archivo del convento ni en los exactos documentos de donde se ha sacado esta puntualísima historia: lo que da bien á entender que no debió ser cosa de importancia, ó á lo ménos que no trataron materia alguna que tenga concurrencia con ella.

CAPITULO V.

De una conversacion muy provechosa que un beneficiado del lugar tuvo con Fray Gerundio, si Fray Gerundio hubiera sabido aprovecharse de ella.

Habia en aquella villa (ya conocerá el sagaz y penetrativo lector que hablamos de aquella villa donde estaba el convento): habia pues en aquella villa un beneficiado hábil, capaz, despejado, de edad ya madura, porque estaba entre los cuarenta y los cincuenta. Habia estudiado la filosofía que se usa en España, con aplauso, y la teología con crédito, tanto, que habia sido opositor en Toledo, y despues de haberle dado uno de los mejores curatos, le renunció con pension, porque le probaba mal la tierra, y se habia retirado á su lugar, donde tenia un mediano beneficio, con el cual y con la pension lo pasaba con mucha decencia. Era de costumbres muy ajustadas, de un porte eclesiástico serio y grave, pero al mismo tiempo de un genio jovial y festivo, lo que le conciliaba la general estimacion de todos, acompañada de inclinacion y cariño. Dedicábase mucho al ejercicio del confesonario, y de cuando en cuando predicaba tambien sus sermones con juicio, con piedad y con celo; porque era muy aficionado á las obras de los padres Señery y Bourdaluc, á quienes procuraba imitar en sus sermones, así panegíricos como morales. Y como entendia medianamente las lenguas italiana y francesa, tenia algunos otros de los mejores sermonarios que se han impreso en uno y en otro idioma, sin dejarse llevar tan totalmente del estudio de las letras sagradas y serias, que no hiciese sus excursiones hácia las mas amenas, especialmente hácia los libros de crítica, de que tenia algunos selectos en su librería, no copiosa, pero escogida.

2. A favor de ellos, con su natural penetracion y juicio, ni estaba tan encaprichado con todas las opiniones antiguas, como lo suelen estar los que no han estudiado otras; ni tan ciegamente enamorado de las modernas, que no descubriese la fruslería y la insustancialidad de muchas. Conocía y confesaba de buena fe que en todas las facultades se habian introducido mil inutilidades,

preocupaciones y no pocas extravagancias; era de parecer que en realidad necesitaban de mucha reforma; pero al mismo tiempo era de opinion que ninguna estaba mas necesitada de ella que la critica. Juzgaba que esta se habia remontado con exceso, y que era menester cortarla los vuelos; porque no contenta con rajar, cortar y trincar, algunas veces con razon, otras sin ella, y no pocas por puro antojo ó capricho, por las ciencias naturales, se habia atrevido á escalar hasta el sagrado altar de la religion, con tanta osadía, que apenas dejaba costumbre inmemorial, tradicion antigua, ni monumento, aun de los mas respetables, que no pretendiese zapar hasta el cimiento; siendo este el verdadero principio, no solo de tanto error como ha brotado en el campo de la Iglesia en estos últimos siglos, sino de tanta libertad de costumbres, de tanta irreligion y aun de tanto ateismo.

3. Sobre todo se reía mucho de la grande presuncion de la crítica en punto de física natural, y de aquella intolerable satisfaccion con que se jactaba de haber arrollado la de Aristóteles, abriendo los ojos al mundo para que conociese los grandes excesos que la hacia cualquiera de las físicas modernas. Aquí se descalzaba de risa el bueno del beneficiado, porque decia que, á excepcion de tal cual fruslería de poca consideracion, tan en ayunas se estaba el mundo de las verdaderas causas, de casi todos los efectos de la naturaleza, con la física de Descartes, de Newton y de Gasendo, como con la de Aristóteles; y que para él tan inconcebibles eran los torbellinos ó turbiliones y materia etérea del primero, como la materia primera y las formas sustanciales del último, protestando que ni con una ni con otra explicacion veía gota. Yo no sé (añadía con gracia) con qué conciencia hacen tanta burla los modernos de los aristotélicos; porque, preguntados estos en qué consiste que el fuego queme, responden: «Porque tiene una virtud ustiva ó quemativa.» Convento en que nada dicen en esto, pues en suma solo vienen á decir que el fuego quema porque tiene virtud para quemar: filosofía tan recóndita, que la alcanzará el mas zafio sayagües.

4. Pero quisiera saber si dicen mas los modernísimos señores cuando responden que el fuego quema porque es una sustancia compuesta de unas partículas piramidales ó puntiagudas, sutilísimas, agilísimas, que, agitadas continuamente con suma rapidez en movimiento vertical, se penetran por los poros de los cuerpos mas consistentes, los taladran, los desunen, los deshacen. En esta respuesta hay sin duda mas aparato de voces; pero, bien reflexionada, tiene ménos sustancia que la otra, porque la aristotélica siquiera ya dice una verdad de Pero-grullo, con la cual modestamente viene á confesar su ignorancia; mas la de nuestros físicos á la Chamberí, entre un gran follaje de palabras, solo nos vende unas purísimas arbitrariedades. ¿Quien ha hecho el análisis del fuego, para descubrir de qué figura son sus partículas, si piramidales, cilíndricas, ovales, cuadradas ó globulosas, agudas ó chatas? ¿Por dónde se prueba que su movimiento es vertical ó arremolinado, siendo así que, si son tan ágiles y tan sutiles como se supone, de necesidad han de ser levisimas y volátiles, mucho mas ligeras que el aire, y consiguientemente su movimiento no ha de ser hácia el centro, como lo es todo movimiento vertical, sino hácia arriba, como se observa en

la llama, de donde vendría á inferirse el grandísimo absurdo de que ningun cuerpo estaria mas libre de la actividad del fuego que el que estuviere mas dentro de él, y que el remedio mas eficaz para no quemarse uno, era arrojarse en medio de la hoguera?

5. En fin, en esta materia estaba preciosísimo el bellaco del beneficiado, y concluía con decir que si él fuera hombre de talentos y de chiste, se le habia ofrecido un buen proyecto con que hacer, por lo ménos, tan ridícula la filosofía moderna como la aristotélica. Había de formar un exaplo filosófico, á manera de los bíblicos, ó una filosofía poliglota, compuesta de cuatro ó de seis columnas, en cada una de las cuales, discurriendo por todos ó por los principales tratados de la física, habia de exponer con sus mismas palabras lo que dicen acerca de él Aristóteles y los jefes de las principales sectas filosóficas modernas. Por ejemplo: *Principios ó constitutivos del cuerpo en general*: primera columna, Aristóteles; segunda, Descartes; tercera, Gasendo; cuarta, Maignan; quinta, Newton; sexta, Boyle. *Principios ó constitutivos de los cuerpos celestes*: primera, segunda, tercera, etc. *Principios ó constitutivos del cuerpo sublimar inanimado, del vegetal, del orgánico y sensitivo, del racional*, etc.: primera, segunda, tercera, etc. Y descendiendo despues á los cuerpos y efectos particulares de sol, luz, calor, frio, humedad, sólidos, fluidos, opacos, transparentes, colores, sonido, sensacion, etc., trasladar en cada columna, con toda fidelidad, lo que dice cada jefe acerca de cada uno de estos entes naturales. Y despues, para amenizar mas la obra, y aun para variarla, añadir por modo de apéndice un breve resumen de la variedad, de la voluntariedad, del capricho y aun de la extravagancia con que en estas y en otras materias filosóficas han discurrido aquellos modernos mas acreditados, que son *nullius in verba*, esto es, que no son partidarios de alguna secta particular, y que aprovechándose de la libertad de conciencia para filosofar, que se han tomado, especialmente en este siglo, casi todas las naciones, cada uno ha filosofado segun su fantasía. Aseguraba que solo con trasladar sus opiniones, con sus mismísimas voces, explicando las obscuras, y dejando en su tenebrosa incomprensibilidad á las imteligibles, se formaría una obra que en España liciere olvidar á los Cervantes, en Francia á los Despreaux, en Italia á los Bocalinis, en Alemania á los Menkenios, y arrinconarse en Inglaterra á los Waltones.

6. Así que, por lo que toca á todas las filosofías sistemáticas, tanta burla hacia de unas como de otras, y aun mas que todas, se burlaba mucho de la crítica de ellas. Solo daba algun cuartel á la física experimental, pero no tanto como otros que eran mas indulgentes, pretendiendo, que de cien experimentos apenas se hallarian dos hechos con la debida exactitud. En orden á la física matemática, que es hoy la física de la gran moda, adoptada por casi todas las academias de Europa, y es aquella que pretende deducir todas sus conclusiones de principios matemáticos y geométricos, se reservaba el derecho de juzgar hasta que estuviere mejor instruido de ella; bien que decia le daba el corazon que los principios de estas dos facultades apenas podian servir mas que para explicar las leyes del movimiento, la mayor ó menor resistencia, gravedad ó levedad de los cuerpos, su elasticidad respectiva, y algunos pocos efectos de la

luz. Por lo demas no concebía de qué utilidad podían ser los principios de la matemática y de la geometría, para explicar las verdaderas causas y constitutivos de todo cuerpo sensible y natural, que es el objeto de la física; pero al fin suspendía su juicio hasta que, mejor instruido en estos, se hallase en estado de pronunciar con conocimiento de causa.

7. En lo que no le suspendía era en el acierto y en la felicidad con que la crítica moderna trataba el importantísimo punto de la oratoria cristiana; en la evidencia que hacía de que esta no solo estaba adulterada, sino vilipendiada, estragada, despedazada y lastimosamente corrompida; en las verdaderas y radicales causas que señalaba de esta lamentable corrupción; y en las sabias, discretas é infalibles reglas que prescribía para resucitarla, para darla nueva vida y para conducirla al mayor estado de perfección á que puede llegar en lo humano.

8. Por lo que toca á la hedionda corrupción de la oratoria cristiana, la crítica no hace mas que remitirnos á los sermones que oímos. Entre mil predicadores, apenas se hallarán dos ó tres que sepan las partes de que se compone un sermón; y entre millares de sermones, con dificultad se encontrarán otros tantos que merezcan este nombre. Los mas son un tejido de disparates sin órden, ó una sarta de osadías sin juicio, ó un encadenamiento de agudezas sin solidez, ó una chorrera de dichos sin jugo, y los ménos malos, un matorral de verdades trivialísimas sin método, sin cultura, sin eficacia y sin mocion.

9. Las verdaderas, legítimas y originales causas de estar tan corrompido el púlpito cristiano, singularmente en España, todas se pueden reducir á tres: á la poca ó ninguna estimación que hacen del púlpito los que ordinariamente nombran á los predicadores; á la poca ó ninguna aplicación de los mismos predicadores nombrados, que no se dedican á instruirse en su facultad y á hacerse maestros en ella, y en no pocos á su incapacidad de aprenderla, aun cuando se dedicaran; y finalmente, al mal gusto de los auditores, que aplauden lo que debieran abominar, y abominan lo que debieran aplaudir.

10. En casi todas las religiones de España se aprecia mucho mas la carrera de las cátedras que la del púlpito; se hace mas estimación de la cátedra de Aristóteles que de la del Espíritu Santo; se conceden mayores honores al maestro mas inepto que al predicador mas sobresaliente. Esto es de notoriedad pública; ¿pero puede haber error mas perjudicial ni mas lamentable? Dícese que el médico comienza donde acaba el físico: *Ubi desinit physicus, incipit medicus*: si la filosofía es la que se enseña ordinariamente en nuestras escuelas, tan impertinente es para la medicina, como para la música. ¿Pero quién negará que donde acaba el teólogo, allí ha de comenzar el predicador? ¿Cómo podrá serlo, no digo sobresaliente, pero ni aun tolerable, el que no sabe los misterios de la fe, los dogmas de la religion ni los sentidos de la Escritura? ¿Y cómo sabrá los primeros para enseñarlos al pueblo, el que no está mas que medianamente versado en la teología escolástica; ni los segundos, el que ignora la dogmática; ni los terceros, el que jamas ha estudiado la expositiva ni mucho ménos la mística? ¿Cuánto desbarará en los misterios de la Trinidad, de la Encarnación, de la Eucaristía, el que no ha

estudiado estas materias? ¿Cuántos disparates dirá acerca de la predestinación, de la reprobación, de la providencia, de la economía de la gracia, de la presciencia infalible de Dios, sin perjuicio de la libertad, el que no esté mas que razonablemente instruido en todos estos necesarísimos tratados? ¿Qué locuras, qué puerilidades, qué chocarrerías, y tal vez qué blasfemias heréticas no dirá, abusando de los textos de la Sagrada Escritura, el que no sabe manejarla ni en su vida se ha dedicado á estudiar los cuatro únicos sentidos en que es capaz de explicarse, el literal, el alegórico, el místico y el tropológico? Todo esto no se puede saber sin estar mas que superficialmente versado en las cuatro partes de la teología. ¿Pues por qué se ha de hacer mas aprecio de esta que de la oratoria siendo así que puede uno ser gran teólogo sin ser predicador, pero no puede ser gran predicador sin ser gran teólogo?

11. Digo pues para descargo de mi ánima, que no me parece razonable esta preferencia, y que á mi pobre juicio debieran reflexionar las religiones que la usan, que ninguna de ellas se introdujo en el mundo, se propagó y se elevó al auge de estimación en que hoy las vemos, por las funciones de la cátedra, sino por los ministerios del púlpito, ejercitados con solidez, con meollo y con celo, á la usanza apostólica. Así que no ha llegado á nuestra noticia que hasta ahora se haya fundado en la Iglesia de Dios ninguna religion de matemáticos, de físicos, de filósofos, de teólogos; y en verdad que se han fundado algunas con el título de religion de Predicadores, de Misioneros de la doctrina cristiana, *et reliqua*. Pues aquí de Dios y del Rey: si las cosas se conservan por aquellos mismos principios que las producen (hablo como se acostumbra; que la verdad de este principio quedese en su lugar); si las cosas se conservan por aquellos mismos principios que las producen, y si es indubitable que las mas de las sagradas religiones fueron producidas, propagadas y elevadas á la próspera estatura en que hoy las veneramos, por los apostólicos ministerios del púlpito, ¿qué razon habrá, divina ni humana, para que se haga en ellas mas caudal de las fatigas literarias de la cátedra?

12. No quiero decir por esto (ni Dios permita tal) que no ha de haber en ellas maestros, y que no se ha de hacer un sumo aprecio de los que verdaderamente lo fueren; ántes pretendo todo lo contrario. Si voy suponiendo que es imposible, de toda imposibilidad, que hayga buenos predicadores sin que sean buenos teólogos, ¿cómo he de intentar que no sean sumamente estimados los que los enseñan á serlo? Lo que digo es, que si el predicador supone al teólogo, no debe ser mas estimado el teólogo que el predicador. Lo que digo es, que, en mi corto entender, no debieran las religiones nombrar á alguno para que enseñe desde el púlpito, que no fuese capaz, y muy capaz, de enseñar desde la cátedra, y que ya no hubiese enseñado desde ella. ¿Pero qué sucede por lo regular? Al que no entiende los *ergos* ó mira con tedio las arideces escolásticas, como tenga buena voz, buena memoria, buena presencia y mucho despejo, hágote predicador de la noche para la mañana, y ármote de punta en blanco caballero del púlpito, con dos grandes legajos de papeles ajenos, buenos ó malos, con media docena de sermonarios impresos, malos ó buenos, y bandeate como pudieres.

13. De aquí nace, lo primero, que como las religiones saben muy bien hasta dónde llegan los talentos de los que por lo comun hacen predicadores, los miran un poco al soslayo; y aunque los conceden algunos honorcillos, son de prima tonsura, *ornatus gratia*, y dedaditas de miel para engolosinar niños; y aquellos que llegan á jubilar por la carrera del púlpito, son jubilados de media braga ó de tapadillo. Nace, lo segundo, que los que pueden ir por la carrera de las cátedras y pudieran ser predicadores eminentes, no los harán ir por la del púlpito aunque los describen; y visto lo visto, de tejas abajo hacen bien, como soy clérigo. Nace finalmente, lo tercero, que los que van por esta via son por lo comun unos lindos religiosos que, por su parola, verbosidad y despejo, harían unos buenos procuradores, unos buenos sacristanes, unos famosos demandantes; pero hacen unos perversos predicadores. Hétele, si no me engañó, la principalísima causa de la corrupcion de la cristiana oratoria en España, de parte de los electores.

14. Y de camino queda dicha la que hay de parte de los electos. Siendo la mayor parte de ellos unos hombres como los acabamos de pintar, poco gramáticos, nada filósofos y ménos teólogos, ¿por dónde han de saber cuál es su sermón derecho, ni hacia dónde caen las partes de la oracion (salvo las del *Arte de Nebrija*)? Estudian sus mamotreos, zurcen unos, hilvanan otros, desuartizan estos, enjalman aquellos, y vamos adelante; que al cabo de los diez ó de los doce años, jubilado me he de ser, y no me ha de faltar mi platillo, ni, á mal dar, un vicariato de monjas; y desdichada la madre que no tiene un hijo predicador jubilado que llegue á defensor.

15. Finalmente, contribuye tanto como lo que mas á la corrupcion de nuestra oratoria, el mal gusto de los oyentes. Mas, porque no quiero infernar mi alma, declaro para descargo de ella, que el mal gusto de los oyentes es hijo legítimo y de legítimo matrimonio del perverso gusto de los predicadores. Si aquellos pobrecillos no oyen otra cosa, ¿cómo no se les ha de pegar necesariamente lo que oyen?

16. Ora bien: yo leí en cierta parte del mundo un tratado oratorio del Padre Sanadon, jesuita, en que prueba que esto del mal gusto de los ingenios es enfermedad contagiosa, y que se deben usar preservativos contra ella; pero la lástima es que al mismo discretísimo padre le parece que es muy dificultoso encontrarlos eficaces; y en verdad que, si no me engaño mucho, lo esfuerza de manera que, si no convence, concluye. Que el mal gusto se pegue como contagio, es mas claro que chocolate de padre de la Compañía, y no hay mas que ir discutiendo por los siglos en que reinó el mas perverso, buscar la causa de su propagacion, y se encontrará la prueba. Solo hay una diferencia entre la peste y el mal gusto: que los estragos de aquella se conocen ántes que se experimenten; los de este, hasta que se experimentan no se advierten: aquella eunde á ojos vistas, este se propaga sin sentir: por lo demas, así como aquella se dilata por la comunicacion de los apestados, así, ni mas ni ménos, se va extendiendo este por el comercio de los que se sienten tocados del gusto epidémico.

17. Que no se encuentren á dos tirones preservativos eficaces contra esta epidemia, y consiguientemente que su curacion sea muy dificultosa, por no llamarla deses-

perada, es una verdad que casi salta á los ojos. Lo primero, hay pocos médicos capaces de emprenderla. Los genios superiores, cuales se requieren para tomar á su cargo el desengañar á los entendimientos de sus erradas preocupaciones, son raros. Algunos hay que las conocen muy bien, que se lamentan de ellas, que en lo interior de su corazón las abominan; pero en el fuero exterior no déjanse llevar de la corriente, y hacen lo que todos los deinas; porque el *laudo meliora, proboque... deteriora sequor*, en toda especie de cosas tiene muchos sectarios. Lo segundo, la naturaleza de la enfermedad la hace casi irremediable. ¿Cómo se ha de curar un mal con el cual se halla tan lindamente el enfermo; que le cae muy en gracia, y que, á su parecer, nunca está mas robusto que cuando está mas achacoso? Si algun médico caritativo intenta su curacion, riése el enfermo de la locura del médico, y dice que él es el que verdaderamente tiene necesidad de curarse. Con que ve aquí la peste del mal gusto extendida, y punto ménos que sin remedio.

18. Uno solo hay, y ese es eficazísimo. Este sería que á ninguno, á ninguno, se le permitiese predicar, que no fuese hombre muy probado en letras, en virtud y en juicio. Y no hay que decir que esto es pedir gullorías; porque solo es pedir lo que David y San Pablo piden indispensablemente á todo predicador. El primero dice en sentido acomodado al intento: *Disponet sermones suos in iudicio*; vele ahí el juicio. El segundo quiere que el predicador sea irreprehensible: *Oportet irreprehensibilem esse*; vela ahí la virtud; de doctrina sana y capaz de argüir y de convencer á los que le contradijeren: *In doctrina sana, et eos qui contradicunt arguere*; ves ahí las letras. Y no hay que salirme con la pata de gallo de que San Pablo no habla de los predicadores, sino de los obispos. ¡Bagatelas! Habla de los obispos en cuanto son predicadores; ca sabida cosa es que el oficio de predicar es propio y privativo del obispo, y que en la primitiva Iglesia el obispo predicaba de oficio. Como despues se multiplicó el número de los fieles, se extendieron tanto las diócesis, y no era posible que los obispos estuviesen en todas partes para repartirlos el pan de la divina palabra, introdujéronse los predicadores, á quienes los concilios llaman coadjutores de los obispos en el ministerio de predicar: *Coadjutores Episcoporum in ministerio verbi*; y por tanto, solo se escogian para eso á los que sobresalían mas entre todo el clero en virtud y en sabiduría. Yo quisiera saber por qué ahora no se podria hacer lo mismo.

19. Y no que en ordenándose de misa cualquiera teólogo, luego solicita sus licencias corrientes para confesar, predicar, bobear, etc., y allá se las campaneas. Pero siendo esto tan malo, todavía no es lo peor. Hay en una universidad un manteistilla chusco, pero aplicado y grande argüidor. Ha estudiado su filosofía y sus tres ó cuatro años de teología con créditos de ingenio, y ha sustentado un par de actos con despejo y con intrepidez. Hacen á su padre ó á su tío mayordomo de la cofradía del Santísimo de su lugar; echa el sermón al hijo ó al sobrino, acude por la licencia, despáchasele por lo comun sin tropezar en barras, sube al púlpito con su sobrepepliz almidonada y de perifollo, representa con desembarazo lo que otro le compuso, ó echa por aquella boca, con grande satisfaccion, los disparates que él mismo

enjorjó; porque un pobre muchacho sin mas estudio que enatro párrafos escolásticos, ¿qué obligacion tiene á saber componer otra cosa? Acábase el sermon ólo que fuere, hay vítores, hay aclamaciones, hay enhorabuemas, hay despues grandes brindis y muchas copias en la mesa. ¿Y qué sucede no pocas veces? Que al dia siguiente sale una mozoela poniendo demanda de matrimonio al señor predicador, y en aquella misma iglesia donde le oyeron tantas maravillas del sacramento de la Eucaristía, le ven recibir pocos dias despues las bendiciones para el del santo matrimonio.

CAPITULO VI.

En que se parte el capítulo pasado, porque ha erecido mas de lo que se pensó, y se da cuenta de la conversacion prometida.

Pues como iba diciendo de mi cuento, de esta y otras bellas especies de critica estaba mas que medianamente instruido nuestro beneficiado, y como por otra parte no era de aquellos sectarios plebeyos, ó de escalera abajo, que hay en todas las escuelas, los cuales miran á los de la contraria con sobrecejo, con desden y aun con horror; sino de los nobles, de los distinguidos, de los verdaderamente despejados, que, haciendo la debida diferencia entre los dictámenes del entendimiento y los de la voluntad, conocen muy bien que en todas las escuelas católicas hay maestreros que se pierden de vista, doctores sapientísimos, hombrones de doctrina consumada, y que tambien hay en todas insignes majaderos; aunque él habia estudiado opiniones contrarias á las que comunmente se enseñaban en el convento de su lugar, donde estudiaba nuestro Fray Gerundio, veneraba mucho á algunos de aquellos padres maestros, y tenia grande y familiar trato con todos los padres graves de la comunidad, los cuales, viendo su gran juicio, su porte verdaderamente eclesiástico, su mucha erudicion, sus bellas y gratísimas modales, su chiste y gracia natural sin salir jamas de los términos de una modesta compostura, y sobre todo, el sólido amor y estimacion que profesaba á la órden, acreditadas con buenas pruebas; no solo le correspondian con igual estimacion y cariño, sino que no se reservaban de tocar en su presencia algunas materias domésticas con religiosa y amistosa confianza.

2. A dos de los padres mas sabios, mas religiosos y mas graves del convento, cuyas celdas eran las que él frecuentaba mas y á quienes él trataba con mayor estrechez, oyó lamentarse muchas veces de los lastimosos desbarros del predicador mayor de la casa; pero mucho mas del daño que hacia con su ejemplo y con sus disparatadas máximas en punto de predicar, á los colegiales mozos, y especialmente al candidísimo Fray Gerundio, á quien tenia tan imbuido en que para ser gran predicador no era menester ser filósofo ni teólogo ni calabaza, que habia cobrado un sumo horror á todo estudio escolástico, sin haber bastado para hacerle que se aplicase á él, ni avisos particulares, ni reprensiones públicas, ni panes y agua, ni disciplinas, ni otros castigos que usaba santamente la órden. Añadian que ya le hubieran sacado ignominiosamente de los estudios, si no tuviera unas prendas por otra parte tan amables, y á no estar apadrinado de un padre ex-provincial que le habia dado el santo hábito; y sobre todo, por el respeto de sus buenos padres, que, aunque eran unos labradores honrados y

no ricos, con todo eso eran de los hermanos mas devotos y mas profucos que tenia la órden.

3. Una de las ocasiones en que aquellos dos reverendísimos trataron esta materia con mayor vehemencia y con mayor compasion, en presencia de nuestro beneficiado, les dijo este: Ora, padres maestros, tanto como la cura del padre predicador mayor no me atrevo á emprenderla, porque la tengo por desesperada. Está el mal tan arraigado, que se ha convertido en naturaleza; y el enfermo tan casado con su mal, que echará á pasear á quien pretenda curarle. Pero Fray Gerundio es otra cosa; el achaque está muy á los principios, ni está tan duro el alcacer; y como quiera, *nihil tentasse nocebit*. Yo ni confio ni desespero; mas ¿qué vamos á perder en intentarlo? A Dios y á dicha voy allá sin perder tiempo; y diciendo y haciendo, partió derecho á su celda.

4. Entró en ella con familiaridad de doméstico, encontróle leyendo, y le preguntó con festivo desembarazo: «¿Qué hace vuestra merced, amigo Fray Gerundio?» ¿Qué le de hacer, Señor Beneficiado? Habrá una hora que acabé de trasladar un sermon, y cansado ya de escribir, me puse á leer en un libro el mas guapo que he leído ni pienso leer en todos los dias de mi vida; y en verdad que si le leyeran nuestros padres maestros, no me aporrearán tanto para que estudiase las impertinencias que estudian sus paternidades. ¡Hay cosa! replicó el Beneficiado; ¿y cómo es la gracia de ese libro?—¿Por cuál me pregunta usted? que tiene muchas, y todo él es una pura gracia. No digo eso, continuó él Beneficiado, sino que ¿cómo se intitula el libro? ¡Ah! ¿cómo se intitula? respondió Fray Gerundio: ¿Cómo se intitula? Eso es otra cosa, y no la habia entendido. ¿Cómo se intitula?... Par diez que ya no me acuerdo. Pero tenga usted, que ya se me vino á la memoria. Se intitula *El Capuchino*... No, no: soy un borracho; no se intitula *El Capuchino*; pero ello es cosa de barbas. ¡Ah! ya me acuerdo bien; se intitula *El Barbon*. ¿El Barbon?... No; ¡válgate Dios por memoria! Mas ello, pues está aquí el mismo libro, ¿hay mas que ir á ver la primera llana y lo sabremos?

5. Bien conoció desde luego el Beneficiado que hablaba de la obra del Barbadiño, pero no le quiso interrumpir por el gusto que le daba oírle desatinar, y para ver si caía en cuenta de que quien no sabía ni aun el título del libro que estaba leyendo, cómo habia de entenderle. Al fin, viéndole tan embarazado, le dijo: No es menester que vuestra merced lea la primer llana; que ya sé qué libro es ese. Está escrito en portugues, y se intitula *El verdadero método de estudiar*; y aunque su autor quiso enconderse tras de las venerables barbas de un capuchino de la congregacion de Italia, y por eso tuvo por bien llamarse el P... Barbadiño; pero, con licencia de sus barbas postizas, ya todo el mundo le conoce por las verdaderas, con sus pelos y señales; y hasta los niños, cuando pasa por la calle, le señalan con el dedo, diciendo: «Ahí va el Señor Arcediano.» Pero á propósito, mi padre Fray Gerundio, ¿usted entiende la lengua portuguesa? Toda no, señor, respondió el candidísimo religioso; pero tanto como hasta una docena de palabras ya las entiendo bien, y con ellas me bandeó: como *Pregador, Evangelho, Sermoens, Fieis*, y así otras á este tenor. Y como por el hilo se saca el ovillo, por unas palabras saco otras, y acá á mi modo formo el concepto de lo que quiere decir. Mas, puesto que, segun

parece, vuestra merced ha leído esta obra, dígame, ¿qué siente de ella en Dios y en su conciencia?

6. Eso, padre mío, es cuento largo, respondió el Beneficiado, y hoy no estoy muy de vagar: puede ser que algún día se ofrezca ocasión de que hablemos de este punto; aunque de paso diré á vuestra merced que, como hubiera escrito con ménos satisfaccion, sin tanta arrogancia, y con mas respeto de muchos hombres de bien, habidos y reputados por tales entre todos los literatos del mundo, puede ser que hubiera sido mejor recibida la obra; porque no se puede negar que tiene *muita coiza boa*. Entre esas, dijo Fray Gerundio, las que mejor me parecen á mí son aquellas en que da contra la lógica, la física, la metafísica, la animástica y la teología escolástica, tratándolas de *ridicularias*, nombre que repite mucho, y á mí me da grande choz, porque me suena tan lindamente. Poco á poco, padrecito mío, replicó el Beneficiado; no levante vuestra merced ese falso testimonio al señor arcediano de Evora, aunque no es vuestra merced el primero que se lo ha levantado; pero el hecho es que él no da contra esas facultades. Lo primero, da contra el mal método con que se enseñan en Portugal, y aun en toda España; y en eso no le falta razón: lo segundo, contra las muchas cuestiones inútiles é impertinentes que se mezclan en ellas; y en esto le sobra: lo tercero, contra el demasiado tiempo que se gasta en enseñar las que pueden ser de algun provecho; y en esto tampoco va descaminado. En materia de física natural no dice que no se estudie, sino que no es física ni calabaza la que comunmente se estudia por acá; y tambien esto, son pocos los hombres verdaderamente sabios los que no lo conozcan, aunque no sean muchos los que lo confiesen.

7. Pues si no es física la que se enseña por acá, replicó Fray Gerundio, y yo no tengo de ir á estudiarla donde se enseña, excuso aporrearle la cabeza. No se ha de tomar eso tan en cerro, respondió el Beneficiado, ni quiere decir el Barbadiño que nada de lo que acá se enseña sea física, sino que mucha y aun la mayor parte no lo es. Item, aunque da á entender que en Portugal y aun en toda España apenas se tiene noticia de la que es física legítima, castiza y verdadera, con licencia de sus venerables barbas, no tiene razón. No ha salido, ni verisimilmente saldrá en mucho tiempo, curso alguno español que de intento la profese y la promueva, porque para eso es menester superar muchos estorbos que en el genio nacional son punto ménos que invencibles; pero tanto como saber hácia dónde cae todo lo que soñaron los antiguos y cavilaron los modernos, así acerca de la constitucion del mundo en general, como de la composicion del cuerpo natural, que es el objeto preciso de la física, impugnando con vigor, con nervio y con solidez á unos y á otros, hay por acá muchos hombres honrados que lo saben por lo ménos tan bien como el reverendo Padre Barbadiño.

8. Dejo á un lado que el famoso Antonio Gomez Pereira no fué inglés, frances, italiano ni alemán, sino gallego por la gracia de Dios, y del obispado de Tuy, como quieren unos; ó portugueses, como desean otros; pero sea esto ó aquello, que yo no he visto su fe de bautismo, al cabo español fué, y no se llamó Jorge, como se le antojó á monsieur el abad Ladvocat, compendiador de Moreri, y no tuvo por bien de corregirlo su escrupu-

losísimo traductor, sin duda por no faltar á la fidelidad. Pues es de pública notoriedad en todos los estados de Minerva, que este insigne hombre, seis años ántes que hubiese en el mundo Bacon de Verulamio; mas de ochenta ántes que naciese Descartes; treinta y ocho ántes que Pero Gasendo fuese bautizado en Chantersier; mas de ciento ántes que Isaac Newton hiciese los primeros puchericos en Volstrope, de la provincia de Lincoln; los mismos con corta diferencia ántes que Guillermo Godofredo, baron de Leibnitz, se dejase ver en Leipsic, envuelto en las secundinas: digo, padre mío Fray Gerundio, que el susodicho Antonio Gomez Pereira, mucho tiempo ántes que estos patriarcas de los filósofos neotéricos y á la papillota levantasen el grito contra los podridos huesos de Aristóteles, y saliesen uno con su Organo, otro con sus átomos, este con sus turbillones, aquel con su atraccion, el otro con su cálculo, y todos refundiendo á su modo lo que habian dicho los filósofos viejísimos; ya nuestro español habia hecho el proceso al pobre Estagirita. Habia llamado á juicio sus principales máximas, principiotes y axiomas: habíalos examinado con rigor y con imparcialidad; y sin hacerle fuerza la quieta y pacífica posesion de tantos siglos, habia reformado unos, corregido otros, desposeido á muchos y hecho solemne burla de no pocos, tanto, que algunos críticos de buenas narices son de sentir que Antonio Gomez fué el texto de esos revolvedores de la naturaleza, que ahora meten tanto ruido, pretendiendo aturrullarnos, los cuales no fueron mas que unos hábiles glosadores ó comentadores suyos; y yo, aunque algo romo y pecador, me inclino mucho á que tienen razón, á lo ménos en gran parte, como fácilmente lo probaria si mereciera la pena.

9. Pero no metiéndonos ahora con los huesos del Señor Antonio Gomez, que están bien enterrados, siquiera por los que su merced hizo enterrar en Medina del Campo cuando fué médico de aquella villa; digo que bien pudiera no disimular el padre Fray Barbadiño que aun en las físicas mas rancias de España se hace larga y muy comprensiva mencion de las antiguas, y consiguientemente tambien de las modernas; porque estas, segun dije poco há, á la reserva de tal cual bachilleria, experimentillo ó cosa tal, apenas son mas que una pomposa ó galana refundicion de aquellas. A Melisso y Parménides que no reconocian mas que un único principio inmutable, indivisible, sin ponerle nombre ni querernos decir cómo era su gracia, pretendiendo que de la varia combinacion de él se componian todos los cuerpos; y consiguientemente no reconociendo en ellos diferencia alguna específica y sustancial, sino meramente accidental, copiaron despues todos los modernos que negaron las formas sustanciales y no reconocieron otro principio de todo cuerpo sensible que uno solo, al cual bautizó cada uno con el nombre que le dió la gana. Este le llama *átomos*, aquel *materia*, el otro *glóbulos*, *et sic de reliquis*.

10. A Melisso, Anaxímenes, Heráclito y Hesiodo, que tambien fueron filósofos monotelitas, esto es, que tampoco reconocian mas que un principio de todos los mistos, pero dieron un pasito mas adelante, y cada uno le nombró segun su genio ó capricho; porque Melisso, que debia de ser flemático y aguado, dijo que todas las cosas se componian de agua y no mas: Anaxímenes, que de-

bia de adolecer de fantástico y ligero, defendió que todo era puro aire: Heráclito, que sin duda era de genio ardiente y fogoso, se desgañaba por persuadir que todo era fuego; y Hesíodo, que en su poema intitulado *Las Obras y los Dias* acreditó su inclinación á la agricultura, y consiguientemente á los terrones, juraba por los dioses inmortales que todo cuanto veíamos y palpábamos era tierra, y no le sacarian de allí cuantos araban y cavaban. Digo pues que á estos filósofos de antaño tambien remedarán aquellos filósofos de hogaño, que firmes en la resolución de no admitir mas que un único principio de todos los entes corpóreos, andan besando las manos á todos los cuatro elementos, unos á este y otros á aquel, para acomodarse cada cual con el que mejor le parece. Y note vuestra merced sobre la marcha, mi padre Fray Gerundio, que el peso del aire, que tanto nos cacarean los modernos como un descubrimiento muy importante que no se habia hecho en el mundo hasta que se inventó la máquina neumática, con el cual nos encajan una filosofía llena de ventosidades, ya en tiempo de Anaxímenes debia ser tan conocido como el peso del plomo; porque, si este filósofo tuvo para sí por cosa cierta é indubitable que todo cuanto veía y palpaba era aire y nada mas (y en cierto sentido á fe que no le faltaba razon), que el plomo era aire, el hierro era aire, las piedras eran aire, necesariamente habia de persuadirse á que el aire era pesado.

11. En la misma cierta, firme y valedera persuasion estuvo no ménos que el mismo Aristóteles, á quien sus propios discípulos en muchas materias dejan padecer unas persecuciones injustas de estos bellacones de filósofos modernos, que en Dios y en mi conciencia no sé cómo se lo sufre el corazon. ¿Pero qué han de hacer los pobres, si los mas ni aun por el pergamino han leído en su vida á su maestro? Pues este hombre, verdaderamente grande, conoció demonstrativamente el peso del aire con un experimento que hizo sencillez, simple y natural, sin mas máquina neumática que la de un triste pellejo: pesóle primero estrujado, y pesóle despues inflado, y halló que inflado pesaba mas que estrujado; con que infirió legítimamente que, á no ser por arte de encantamiento, esto no podia suceder sin que el aire tuviese peso. Esta experiencia la refiere el mismo buen viejo claritamente, y no con palabras góticas, como él ó sus intérpretes se explican en otras partes, en el libro 4.º de *Coelo*, capítulo 4.º; y en verdad que para hacerla no hubo menester andarse con bolas de vidrio llenas de aire, ni con máquinas neumáticas para extraérsele, como lo hizo el bueno del académico Monsieur Amberg, supongo que no mas que *ad terrorem*, pues para la prueba bastaba cualquiera vejiga de puerco, de buey, y aunque fuese de un burro viejo.

12. No le agradó á Empédocles esta monotonía en la constitucion de los cuerpos, y queriendo echar el pié adelante á todos los que le habian precedido, dijo que aquellos tan léjos estaban de componerse de un solo único elemento, que todos se componian de todos cuatro; pero no como nosotros grosera y sensiblemente los percibimos, impuros, mezclados y revueltos unos con otros; sino purísimos, desecadísimos, y en fin, como á cada uno le parió su madre la naturaleza. Preguntado en qué consistia la diferencia específica de los mistos, puesto que todos se componian de unos mismos simples,

respondia con aquella gravedad y con aquella soberanía propia de un hombre que despreciaba coronas y cetros, que á la reserva del hombre (á quien no negaba alma racional distinta de los cuatro elementos), todos los demás mistos solo se diferenciaban entre sí, ya por la varia combinacion de los elementos mismos, ya por el mayor predominio del uno sobre el otro; y que así entre la rana y el burro no habia otra diferencia sino que en aquella dominaba el agua, y en este la tierra, y que por eso croaba la una, y el otro rebuznaba.

13. ¿Parécete á vuestra merced, padre mio Fray Gerundio, que los modernos no remedaron tambien al amigo Don Empédocles? Pues cuente vuestra merced por secueces suyos á todos aquellos médicos á la *der-nière* (son estos innumerables), los cuales no se contentan con decir que en todos los mistos se mezclan los elementos, lo que apenas se puede dudar, sino que añaden que á ellos, y á nada mas, se reducen todos los mistos, pretendiendo que todo cuanto se extrae de ellos por el análisis ó por la resolución, es aire, agua, tierra y fuego, *et praeerea nihil*. Cuente vuestra merced tambien por el mismo partido á los químicos, y sepa que este, el día de hoy, es un partido formidable; los cuales, aunque de los elementos de Empédocles solo admiten en la apariencia dos, conviene á saber, el agua y la tierra, y en lugar de los otros dos inventan ellos tres, á los cuales llaman espíritu, azufre y sal; pero en realidad el espíritu se reduce al aire, el azufre al fuego, y la sal al agua; con que solo añaden voces al sistema empedocliano. Finalmente, cuente vuestra merced por el mismo bando (segun quieren malas lenguas) al habilísimo jesuita Honorato Fabri, el cual, aunque en rigor hizo burla de todos los sistemas filosóficos sin declararse partidario de alguno de ellos; pero alguna mayor inclinacioncilla mostró á la opinion de nuestro Empédocles, bien que exceptuando de ella al hombre y á los brutos, porque esto no lo podia ajustar con lo que enseña la fe.

14. Y los señores filósofos atomistas y corpusculares, que son los que hasta pocos años há han metido mas bulla, ¿piensa vuestra merced que fuéron originales? Riase de eso por su vida: tan monas ó tan monos fuéron como todos los demas. En diciéndole á vuestra merced que la filosofía atomista y corpuscular cuenta ya por lo ménos cerca de dos mil y cien años de antigüedad; que la inventó Leucipo, la adelantó Demócrito y la extendió Epicuro, mas de trescientos años ántes que naciese Cristo, sabrá que los Galileos de Galileis, los Gasendos, los Bacones, los Descartes, los Maignanes, los Saguens, los Tóscas, y otros que no se pueden contar, no hicieron otra cosa que cristianizarla en lo que pudieron, refundirla en lo que no encontraron inconveniente, y sacarla al teatro barbi-hecha, afeitada y con zapatos nuevos.

15. Solo con poner en limpio lo que dijo Epicuro, está hecha la prueba. Soñó pues alguna noche que habia cenado poco y bebido mucha agua (porque con efecto fué hombre templado), que allá desde la eternidad andaban revoloteando libremente y á sus aventuras, sin orden y sin concierto, por esos inmensos espacios que llamamos caos, una infinita multitud de átomos ó de cuerpecillos, los cuales se estuvieron moviendo y trayeseando sin forma y sin destino siglos de siglos, hasta que quiso su buena suerte y la nuestra, que por una dichosa casualidad se trabaron, unieron y pegaron todos

unos con otros, y formaron esta prodigiosa masa de que se compone todo el universo : cielos, astros, montes, valles, rios, plantas, brutos, hombres. Para que esta casualidad, aunque extraordinaria, no fuese inabordable, vino muy á pelo y condujo mucho, que los tales átomos ó cuerpecillos no eran todos ni de una misma figura ni de un mismo peso ; sino que quiso la suerte que unos fuesen redondos, otros cuadrados, estos cúbicos, aquellos piramidales, unos cilindricos, otros triangulares, agudos estos, y aquellos chatos, unos mas pesados, y otros mas leves. Y como estuvieron tanta infinidad de siglos encontrándose unos con otros, no fué imposible que al cabo acertasen á enlazarse, enredarse y engancharse recíprocamente, mezclándose con variedad unos con otros, y hétele formada toda la masa del mundo, con toda la diversidad de mistos y de entes que la constituyen.

16. Y no crea vuestra merced, amigo Fray Gerundio, que Epicuro ni los muchos corbatines, bonetes y capillas que le copian al somormiño, se embarazan en explicar la diversidad sensible de los entes, segun esta sentencia. ¡Bueno es eso para su despejo! Si vuestra merced les pregunta qué cosa es la tierra, responderán con la mayor satisfacción del mundo : Es un gran agregado de átomos cúbicos que juntó la casualidad en un monton, y en eso consiste la consistencia y la solidez de la tierra. Y el agua, ¿qué cosa es? Eso es claro como el agua. Es un casual conjunto de átomos redondos, circulares y globulosos, que no pueden estar parados si no los cierran en alguna vasija, ó no los reprimen con algun dique ; y ve ahí en qué topa toda la fluidez de este elemento. ¿Y el fuego? El fuego, ¿quién no ve que es una masa de átomos piramidales, puntiagudos y muy afilados, que á fuer de tales todo lo penetran, lo taladran y lo deshacen ; y cádate ahí el secreto de su prodigiosa actividad. Y el aire, ¿qué será? ¡Bella pregunta! ¿Qué entendimiento habrá tan romo que no conozca que el aire no viene á ser mas que un inmenso espacio ocupado de bolillas revoleteantes, mucho mas menudas, tersas y lisas que las que componen el agua? Y en esto consiste clara é indubitavelmente que aquel sea mucho mas fluido y mucho mas diáfano que esta.

17. Ve aquí, Fray Gerundio amigo, los principales sueños de los filósofos antiguos, y las principales imaginaciones de los modernos, que apenas se diferencian de aquellos mas que en media docena de terminillos y en haber sacado al teatro sus opiniones con otro traje mas de moda. Yo no negaré que unos y otros hicieron lo que pudieron para averiguar sus secretos á la naturaleza y para sacar á luz sus escondrijos, y que esto es lo que se llama filosofía. ¿Pero quién le ha dicho al reverendo señor Don Barbadiño que esta filosofía se ignora en Portugal y en España? Ciertamente, teniendo su merced tanta obligacion como se sabe á no ignorar lo que ha pasado en su misma universidad de Coimbra, causa admiracion que afecte ignorar lo que escribieron los sabios jesuitas conimbricenses en su *Curso filosófico*. Allí verá explicados muy extensamente todos estos sistemas, y tambien los verá impugnados con el mayor nervio. Es verdad que, como aquellos padres no alcanzaron á estos monsiures novísimos, no pudieron impugnarlos en sus propios términos. Pero si es cosa averiguada que la que se llama filosofía nueva y llamante, essolo un tejido de las

mas añejas y de las mas podridas del mundo : todos los que tienen noticia de estas, tienen noticia de aquella ; y todos los que impugnan las unas, impugnan la otra. Pues por esta cuenta, no solo en el curso de los conimbricenses, sino en muchos de los cursos filosóficos que de docientos años á esta parte se han impreso en España, hallará mucha noticia de la que su paternidad barbadiña llama filosofía legítima, castiza y verdadera.

18. Pero si todavía no se contenta con esto, y pretende que sea cierta su proposicion mientras no se verifique que en los cursos de España se conoce en su propia y mismísima figura esta filosofía del tiempo, aun así será preciso que la vuelva al cuerpo. Porque, si le dieran lugar para saber lo que pasa por acá sus estrechas correspondencias con ciertos amigos de Francia, y su aplicacion infatigable á entender mal ó á interpretar peor las bulas y breves pontificios sobre las misiones del Oriente, tendria sin duda noticia de que mas há de treinta años se publicó en España el *Curso filosófico* del sabio Padre Luis de Losada, cuya admirable física comienza por un largo y docto discurso preliminar en que se exponen, se examinan y se baten en brecha casi todos los sistemas filosóficos que se llaman modernos por mal nombre, representándolos todos con sus pelos y señales. Aunque esta impugnacion, como imparcial y como verdaderamente sabia, no es tan en cerro ni tan á destajo, que en el discurso de la obra no se abracen algunas opiniones de los filósofos experimentales, desamparando la de los aristotélicos, á cuyo jefe, por lo demas, se sigue con juicio y sin empeño.

19. Acordariase tambien de que el insigne valenciano Don Vicente Tosca, no solo nos dió larga noticia de todas las recientes sectas filosóficas, sino que aun se empeñó el santo clérigo en que habia de introducir las en España, desterrando de ella la aristotélica. No logró el todo de su empeño, pero le consiguió en gran parte ; porque en los reinos de Valencia y de Aragon se perdió del todo el miedo al nombre de Aristóteles ; se examinaron sus razones sin respetar su autoridad ; se conservaron aquellas opiniones suyas que se hallaron estar bien establecidas, ó por lo ménos no concluyentemente impugnadas, y al mismo tiempo se abrazaron otras de los modernos que parecieron puestas en razon : de manera que en las universidades de aquellos dos reinos se tiene tanta noticia de lo que han dicho los novísimos terapeutas de la naturaleza, como se puede tener en la mismísima Berlin ; y hay filósofos que pueden hablar con tanta inteligencia en estas materias á las barbas de la misma academia de las Ciencias, de Paris, como los Regis y los Regaults en su mesma mesnidad.

20. Finalmente, ahora, ahora en fresco, y como dicen, todavía chorreando tinta, se acaba de imprimir en Salamanca el primer tomo de un *Curso filosófico*, que ha de constar no ménos que de doce volúmenes, en el cual, segun promete el autor, cuando llegue al tercero, todo él le ha de emplear en llamar á juicio todas las sectas filosóficas recién nacidas ó resucitadas ; y el cuarto, en examinar los recobecos de la naturaleza al gusto de los modernos, sin perjuicio del derecho que se reserva de averiguar en el quinto las verdaderas causas de tantas travesuras como hacen los meteoros, y de pasarse en el sexto por los cielos, como pudiera por su celda, donde es preciso que vuelva á encontrarse con los neotéricos,

y, ó los abraza como amigos, ó los precipite de aquellas alturas como espíritus rebeldes que no merecen pisar el estrellado país que no conocen. Ora bien: yo salgo por fiador de la habilidad del autor; pero no respondo del acierto de su ejecucion; y mas cuando él mismo destina ya *in praevisione* el tomo undécimo para corregir los errores, descuidos ó equivocaciones de los diez precedentes, lo que parece señal de que á lo ménos en estos diez tiene ánimo de errar, descuidarse ó equivocarse mucho, pues le ha hecho tan de antemano á dedicar todo un tomo á este único asunto. Verdad es que para eso está seguro de que en el tomo duodécimo y último no ha de padecer la menor equivocacion, error ó descuido en los prolegómenos á la teología positiva y dogmática, de que ha de tratar, si Dios fuere servido, para abrir los ojos á los teólogos y predicadores novicios, pues á no estar muy cierto de que este último volumen no ha de contener alguna errata ó descuidillo, era natural que el tomo de las erratas le reservase para el postrero, para comprender tambien en él las de los prolegómenos, como lo han hecho hasta aquí todos aquellos escritores que quisieron dejarnos el buen ejemplo de confesar que fuéron hombres.

CAPITULO VII.

Cánsase de hablar el Beneficiado, saca la caja, tome un polvo, estornuda, suénase, límpiase y prosigue la conversacion.

De todo lo cual inferirá vuestra merced, mi padre Fray Gerundio, que el señor arcedianio Barbadiño habló con sobrada indigestion en punto de filosofía de España, pues, aunque bien se pudiera ahorrar mucho de lo que en ella se enseña, y emplearlo mejor sin salir de la materia; pero no se pierde tanto tiempo como pondera su merced muy reverenda; y al cabo, el filósofo gasendista, el cartesiano, el newtoniano y el aristotélico, algarabía mas, algarabía ménos, todos salimos á nuestra algarabía. Pero bien entendido que, sin este tal cual estudio de la naturaleza, apénas se puede dar paso con acierto en las demas sagradas facultades.

2. Atónito estuvo oyendo el pacientísimo Fray Gerundio todo el largo razonamiento del Señor Beneficiado, sin toser, sin escupir, sin cespitar y aun sin pestañear, sino una sola vez allá hácia el medio de la arenga, que se le puso una mosca de burro sobre la ceja zurda, y se le pegó de modo que le costó mucho trabajo el desprenderla. Pasmóse de lo que le habia oido ensartar con la leve ocasion de lo que le habia preguntado acerca del Barbadiño, y aunque zorroclonco, no dejó de conocer que tenia razon en lo que habia dicho, pero que sobraba la mitad, y aun las tres partes y media, para lo que pedia una conversacion en que no se trataba sino por incidencia acerca de este autor. Pero, como en efecto le habia dado gusto todo lo que acababa de oírle, y el empeño del frailecito era escapar el cuerpo, si pudiese, á todo estudio escolástico, por dedicarse cuanto antes al baratillo del *verbum Dei*, segun la instruccion del lego su catequista, y de su héroe el padre predicador mayor de la casa, quiso apurar del todo la materia. Y pareciéndole que, por lo ménos, lo que decia el Barbadiño acerca de la teología escolástica, no tenia respuesta, le dijo: Señor Beneficiado, todo lo que vuestra merced me acaba de explicar acerca de la filosofía, me parece lindamente; y aunque, la verdad sea dicha, que en lo mas de ello yo

no he entendido palabra; pero á mí me suena bien, y convengo en que no hace daño saber un poco de filosofía, aunque sea de la que nos enseñan por acá. Yo, bien ó mal, ya estoy para acabar mis tres años, y tanto como hablar de materia primera, de formas sustanciales, de union, de compuesto *in fieri*, de principio *quod y quo*, y así de otras zarandajas, ya me atreveré á hacerlo como cualquiera arcipreste; pero eso de pensar nuestros padres en que me han de obligar á que estudie teología escolástica, ¡tavarira! no lo conseguirán aunque me emparedaran.

3. ¿Y por qué, amigo Fray Gerundio? le preguntó el Beneficiado. ¿Por qué? Por las cosas que dice de la tal dichosa teología el susodicho Barbadiño. ¿Pues qué dice? le replicó el bellacuelo del clérigo. ¿Qué ha de decir? mejor lo sabe vuestra merced que yo. «Dice, lo primero, que esta facultad se trata pésimamente en Portugal, no solo en los conventos, sino tambien en las universidades.» Y consiguientemente lo mismo dirá de toda España; porque en toda ella no se trata la teología de otra manera que en Portugal. ¿Y eso cómo lo prueba, padre mio? ¿Cómo lo ha de probar? Con una razon que no tiene respuesta; porque dice que acá se estudian cuatro años de teología, asistiéndose á cuatro cátedras, en las cuales se explican cada año dos materias de teología escolástica, una de moral y otra de Escritura, á la que ningún estudiante concurre, porque dicen que solo es buena para los predicadores. Y en esto, en verdad que tiene razon; porque en este nuestro convento, por lo ménos, donde tambien hay estudios de teología, yo no he visto otro modo de enseñarle, y discurro que lo mismo sucederá en los demas. ¿Y parécete á vuestra merced que eso basta, le preguntó el Beneficiado, para decir que «se trata pésimamente la teología»? A mí me parece que sí, respondió Fray Gerundio. Pues á mí me parece que no, replicó el Beneficiado; porque eso á lo sumo probará que el método no es bueno; que al cabo de los cuatro años es poca teología la que se trata; que ocho materias ó tratados escolásticos, cuatro de moral y otros tantos de Escritura, no bastan para que el estudiante salga teólogo hecho, ni aun para que tenga noticia de la vigésima parte de la teología; y en esto no iria descaminado; pero no prueba que la teología, poca ó mucha, que se trata, «se trate pésimamente,» que es lo que suena su valiente y atrevida proposicion. Fuera de que no puede ignorar el Barbadiño que en una de las célebres escuelas de España, al cabo de los cuatro años se estudian ó se recorren todos los tratados de la teología escolástica por un famoso compendio que no le hizo ningún español, sino un docto religioso frances, y por lo mismo será de su aprobacion. Si en otra de las escuelas no ménos célebres se observa el método que él satiriza, será, ó porque todavia no tiene un compendio teológico segun sus principios, de su satisfaccion y acomodo para el uso de los estudiantes, ó por otras razones que allá ella se tendrá, pues al fin, como decia un alcalde de Villaornate, «si es teatino y se ahogó, cuenta le tendria.»

4. ¿Y qué me dice vuestra merced, le preguntó Fray Gerundio, de lo que añade poco despues el mismo Barbadiño, «que el primer perjuicio ó la primera preocupacion que saca el estudiante del método de las escuelas, es persuadirse que la Escritura para nada sirve al teólogo?» y el segundo, «es estar en la persuasion de que

no hay otra teología en el mundo, sino cuatro cuestiones de especulativa, y que todo lo demas son arengas y ociosidades de extranjeros... Siendo esta en efecto la preocupación general de todos los teólogos de este reino, y no rapaces ó ignorantes, sino maestros y hombres de barbas hasta la cintura?»

5. ¿Qué quiere vuestra merced que me parezca? respondió el Beneficiado: que como el Barbadiño escribió la carta donde estampó estos disparates (y es la décimacuarta del segundo tomo) cuando acababa de padecer ciertos vértigos, ó vertigenes, ó vahidos, ó como quisieren llamarlos, según él mismo dice al principio de ella, y debía de ser muy acosado de este accidente, por lo que se reconoce en sus cartas, todavía parece que le duraban algunas reliquias del vértigo cuando afirmó dos proposiciones tan disparatadas con aquella osadía que es tan natural al hombre. Yo estudiante he sido y con estudiantes he tratado en las tres universidades de Salamanca, Alcalá y Valladolid, donde se estudia la teología escolástica, punto mas, punto ménos, con el mismo método que en Coimbra y en Evora; pero hasta ahora no encontré estudiante tan zopenco, que de dicho método sacase la preocupación «de persuadirse que la Escritura para nada sirve al teólogo». ¿Ni cómo es posible que alguno la sacase, á ménos «que padeciese vértigos», viendo con sus mismos ojos que en toda la teología escolástica no hay cuestion alguna, por especulativa, por abstraída, por metafísica, por sutil ó por inútil que sea ó que parezca, la cual, bien ó mal, no se procure probar con la Escritura? Y si no, señale siquiera una el Barbadiño. Aun la que él pone repetidas veces por verbigracia de las que llama *puerilidades teológicas*, conviene á saber, «si el principio quo generativo ó productivo en el padre y en el hijo, consiste en predicado relativo ó absoluto,» todos los autores que siguen diferentes opiniones, procuran fundar la suya en textos de la Escritura. ¿Pues qué estudiante ha de persuadirse que la Escritura para nada sirve al teólogo, cuando sin Escritura no encuentra siquiera una cuestion de teología?

Esto es saber hablar mal,
Por no saber hablar bien;
Y esto es mentir magistral,
Por siempre jamas, amen.

6. El otro testimonio que levanta el Barbadiño, no ya á los estudiantes *rapaces*, sino á maestros *con barbas hasta la cintura*, de que «están en la persuasión de que no hay otra teología en el mundo, que cuatro cuestiones especulativas», no le va en zaga al primero. Aquí donde vuestra merced me ve, sepa que también corrí mi cacheco de Portugal, donde traté con *lentes y mestres* de teología que regentaban *as primeiras cadeiras* del Reino. En España he rodado mucha bola, y aunque indigno pecador y vil gusano, he conversado silla á silla y facha á facha con muchos padres catedráticos, y hasta algunos padres lectores de la legua, quiero decir, aquellos lectores *in partibus*, y como de burlas, que son lectores titulares de conventos semi-pinzochas, los cuales suelen ser mas fieros y mas entonados que los mismos catedráticos de véras: digo, que hasta algunos de estos padres lectores de honor se han dignado darme puerta y silla, tratándome con cariño y casi con amistad. Pues certifico, y en caso necesario juraré *in verbo Sacerdotis*, que á ninguno, á ninguno he encontrado tan boto

de entendimiento, que no supiese muy bien que ademá de la teología escolástica, *ó positiva*, como la llama siempre el padre de las barbas largas, hay la dogmática, la expositiva y la moral, á las que algunos añaden como teología aparte la ascética ó la mística; y que todas estas cuatro ó cinco teologías se dan la mano unas á otras: de manera que tienen cierta dependencia ó conexión entre sí, y tanta, que ninguno puede llamarse teólogo consumado si no está versado mas que medianamente en todas ellas. Es verdad que suponen nuestros maestros (y por mí la cuenta si se engañaren en esta suposición) que sin entender mas que á media rienda á la teología escolástica, hay grande peligro de desbarbar mucho en la dogmática, de dar de hocicos en la expositiva, de no entender bien la moral, y de escribir cien disparates en la ascética, salva siempre la iluminación sobrenatural, que lo suple todo. Esto es lo que he oído constantemente á todos nuestros maestros, no solo á aquellos «que tenían barbas hasta la cintura», pero aun á muchos que apenas los apuntaba el bozo del magisterio, y aun á tal cual que parecia capon en el fuero externo, aunque delante de la cara de Dios sería lo que su Majestad fuese servido. ¿Pues dónde encontró el señor Padre Barbadiño «esos maestros con barbas hasta la cintura, que estaban persuadidos á que no había otra teología en el mundo que cuatro cuestiones especulativas»?

7. A lo ménos, replicó Fray Gerundio, no me negaré vuestra merced que tiene razon en lo que añade mas abajo: «que todos los teólogos escolásticos están tan satisfechos de su especulativa, que dan al diantre á los extranjeros porque se desviaron de ella... y que no vió hasta ahora teólogo alguno de los que abrazaron con todo su corazon el peripato, que habiendo de proferir censura sobre los que introdujeron el método moderno, tomase el trabajo de examinar bien las razones en que se fundan los contrarios.»

8. Pobre Fray Gerundio, respondió el Beneficiado, ¡y que bellas tragaderas que tiene! Si así engulle todo lo que encuentra en los libros, morirá de replecion de disparates. Muchos ensarta el Barbadiño en ese par de cláusulas que le copia. Supone, lo primero, que todos los extranjeros se desvian de la teología especulativa, pues eso y no otra cosa quiere decir aquella proposición indefinida y absoluta, de que los teólogos escolásticos dan al diantre á los *extranjeros* porque se desviaron de ella. ¿Pero quién le ha dicho á su paternidad barbadiña que «todos los extranjeros» se desviaron ni se desvian de la teología escolástica? Gonet y Contenson, dominicos, ¿fuéron portugueses ó andaluces? Rodes, Lesio, Tanero, jesuitas, ¿fuéron asturianos ó extremeños? El cardenal de Norris y la Martinier, agustinos, ¿fuéron gallegos ó campesinos? Mastro y Wigant, franciscanos, ¿fuéron babazorros ó de las Batuecas? ¿Y estos se desviaron de la teología escolástica, cuando muchos la comentaron toda, y los mas una gran parte de ella? No quiero alegarle mas ejemplos, porque sería negocio de formar una biblioteca. Los únicos extranjeros que se desvian de la teología escolástica, son aquellos á quienes incomoda esta para delirar á su satisfaccion en la dogmática, en la moral y en la ascética, sin reconocer otra regla para la inteligencia de la expositiva, que el caprichio y la bodoquera de cada uno. Quiénes sean estos monsiures, no

es menester declarárselo al Barbadiño; porque en sus escritos, y aun sin salir de esta carta, da lieros indicios de mantener gran correspondencia, ó á lo ménos de profesar mucha devocion á los principios, y tener gran fe con las noticias que gasta cierto gremio de ellos. Y aun de estos no todos tienen tanta ojeriza con la teología escolástica, como graciosamente quiere suponer su merced barbadiña. Y si no, ahí está el Doctor Jorge Bull, profesor de teología y presbítero de la iglesia anglicana, que murió obispo de San David el año de 1716, cuyas obras teológico-escolásticas, en folio, nada deben á las mas alambicadas que se han estampado en Salamanca y en Coimbra; y como los puntos que por la mayor parte trató en ellas son sobre los misterios capitales de nuestra santa fe, conviene á saber, sobre el misterio de la Trinidad y sobre el de la divinidad de Cristo, en los cuales su pseudo-iglesia anglicana no se desvia de la católica, en verdad que los manejó con tanto nervio y con tanta delicadeza, que los teólogos ortodoxos mas escolasticados, como si dijéramos *electrizados*, hacen grande estimacion de dichas obras. Y aun en los dos tratados que escribió acerca de la justificacion, que es punto mas resbaladizo, en los principios que abrazó, no se separó de los teólogos católicos; pero en algunas consecuencias que infirió, ya dió bastantemente á entender la mala leche que habia mamado. ¿Pues por qué nos ha de querer embocar el señor barbon, «que los extranjeros se desvian de la teología especulativa,» y que por eso «los dan al diante los teólogos escolásticos» de Portugal y de España? Yo sí que doy al diante los vértigos que aligieron á dicho señor, en fuerza de los cuales deliró tanto el *coitado fradiño* y nos quiso embocar tantas *parvoizes*.

9. Pues ahí es un grano de anís las que contiene la otra cláusula suya con que me reconviene vuestra merced: «que no vió ainda teólogo alguno de los que abrazaron con todo su corazon el peripato, que, habiendo de proferir censura sobre los que introdujeron el método moderno, tomase el trabajo de examinar bien las razones en que se fundan los contrarios.» Tampoco yo *vi ainda* escritor alguno de los que abrazaron con todo su corazon la mordacidad, que escribiese con mayor satisfaccion ni que digiriese ménos lo que escribía.

10. ¿Qué le parece á vuestra merced que entiende por «teólogos que abrazaron con todo su corazon el peripato»? Lea un poquito mas abajo y lo encontrará. Entiende los que estudian la teología escolástica, «por cuyo nombre (dice él) se entiende una teología fundada en los perjuicios de la filosofía peripatética, quiere decir, sobre las *formas sustanciales y accidentales*, y sobre todas las otras galanterías de la escuela.» ¿Pero no me dirá dónde encontró esta casta de teólogos, ni dónde halló teología de esta especie? La teología escolástica que se usa por acá, no está fundada sobre las preocupaciones de la filosofía peripatética, ni se vale de ella para maldita la cosa, sino única y precisamente para el uso de los términos facultativos, á los cuales se les dió una significacion arbitraria, como «esencia, predicados, formas, accidentes, propiedades, emanaciones, *ut quo, ut quod, formaliter, materialiter, auxilium quo, et sine quo*, eccididades, individuaciones, relativos, absolutos, etc.» Todas estas *galanterías* solamente la sirven para explicar con ménos palabras lo que quiere decir; y se vale de estas voces por suponerlas ya entendidas

desde la lógica y filosofía peripatética, donde se usa de ellas para los mismos significados; pero estos significados se aplican á principios y asuntos muy distintos, y aun inconexos con casi toda la teología escolástica. ¿Es esto estar fundada esta teología sobre los perjuicios de la filosofía peripatética? De esa manera tambien dirá que están fundados sobre el peripato todos los tratados que en este siglo han hecho entre sí los príncipes de Europa, sean de paces, sean de comercio, sean de alianza, sean tambien aquellos que se llaman «tratados de familia»; porque en casi todos ellos se lee el terminillo de que se quedarán las cosas *in statu quo*, que es tan peripatético como el *ut quo* y el *ut quod*, el *in eo quod quid* y el *quo ad an est*. Si hay algunas cuestiones en la teología escolástica que en la sustancia sean anfíbias, esto es, que igualmente pertenezcan á la teología que á la filosofía, como son las que tratan de la existencia de Dios como primera causa de la creacion del mundo en tiempo, de la espiritualidad del alma, del libre albedrío ó de la libertad de los actos humanos, y algunas otras pocas mas, estas se tratan con total independencia de los principios aristotélicos, y muchas de ellas con positiva oposicion á ellos, y para nada recurrimos á la filosofía del Estagirita, sino puramente para explicarnos y para que recíprocamente nos entendamos. ¿Pues qué teología escolástica de mis pecados es esta, «que está fundada en la filosofía peripatética»? Vaya, que cuando escribió esto, todavía le debia durar el vértigo al santo padre.

11. ¿Y con qué conciencia dice que «ainda no vió teólogo alguno de los que abrazaron con todo su corazon el peripato, que queriendo censurar á los que introdujeron el método moderno, tomase el trabajo de examinar bien las razones en que se fundan los contrarios?» ¿De qué método habla su paternidad muy arcediana? Porque si habla del método de la teología escolástica (que es la teología en cuestion), ni los modernos, ni los antiguos, ni los peripatéticos, ni los newtonianos, han inventado otro método que el que introdujo Pedro Lombardo, imitó Santo Tomas y siguieron despues todos los demas. Y si no, díganos su merced por su vida, ¿dónde encontró otro método de teología escolástica? Si habla del método de la teología puramente dogmática (que será un grande despropósito para el asunto), lo primero, hasta ahora no se ha escrito cuerpo alguno *entero* que comprenda metódicamente *todos* los tratados pertenecientes á esta teología; y si no, díganos el Señor Barbadiño: ¿cómo es la gracia del autor que los escribió ó que á lo ménos hizo la coleccion de ellos? Lo segundo, en los innumerables tratados dogmáticos que se han escrito, cada autor ha seguido el método que mejor le ha parecido ó el que le ha venido mas á cuento: unos oratorio, otros académico; estos con *ergos*, aquellos sin ellos; los mas por libros ó tratados, muchos por disputas y cuestiones, algunos en figura de diálogos, y finalmente, los dogmáticos modernísimos que han escrito contra las herejías del tiempo, y especialmente contra la que hoy es de la gran moda, de la cual muestra tener grandes noticias el señor Fray Arcediano, han preferido el método de cartas dialogizadas, el idioma vulgar y el aire un poco chufletero, para lo cual no les han faltado buenas y sólidas razones. Ningun teólogo escolástico y católico ha censurado hasta ahora alguno de estos métodos, ó señálenosle con el dedo el padre de las barbas á tiros largos. ¿Pues para qué es

meter tanta bulla, y fingir fantasmones para dar de palos al aire?

12. Mas no es esta la madre del cordero. Con el sobrescrito del método, su verdadero intento es desterrar del mundo la teología escolástica, como él mismo lo confiesa sin rebozo, pues de ella dice constantemente «que no solo es superflua, sino perjudicial á los dogmas de la religion». Esto hiede que apesta. Lutero, Beza, Calvino, Melancton, y el Barbadiño de su tiempo Erasmo de Rotterdam, dijeron lo mismo en propios términos. Los amigos del Señor Arcediano son de la misma opinion; y nada acredita mas la utilidad y aun la necesidad de la teología escolástica para la inteligencia y para la defensa de los dogmas, que lo mucho que incomoda á estos monsiures.

13. Pues el padre de las barbas postizas escribe dentro de Italia, ya tendrá noticia (y si no la tiene, yo se la doy ahora) de las obras de Benedicto Aletini (*aliàs* el Padre Benedicti, jesuita), y de las *explicaciones teológicas de los cánones del concilio de Trento sobre los sacramentos*, que el sabio servita Juan María Bertoli imprimió en Venecia el año de 1714. Lea lo que escribieron estos dos autores de á folio contra cierto autorcillo italiano que salió por entónces con el mismo proyecto con que sale ahora el Señor Barbazas, de querer desterrar del mundo la teología escolástica, para sustituir en lugar de ella la lección y la explicacion de las obras de los santos padres. Allí verá que el autor italiano supone tan en falso como el señor portuguez, que en las escuelas no se hace caso del estudio de los santos padres. ¡Impostura palmaria! Pues la teología escolástica apenas es mas que un compendio de sus obras, en el cual, ó se examinan sus diferentes opiniones sobre principios ciertos, comunes y admitidos por todos ellos, ó se comparan y se cotejan unos con otros para discernir por medio de este exámen y comparacion lo que en su modo de hablar no parece tan exacto; ó juntando las opiniones de todos acerca de los dogmas, se forma una especie de cadena y serie cronológica de tradicion; y en fin, en ella se encuentra toda la doctrina de los padres; pero digerida segun el órden de las materias, desembarazada de digresiones inútiles, limpia y como acribada de todos los descuidos que pudo mezclar en ella la flaqueza humana, ilustrada y confirmada con la autoridad de la Escritura y con el peso de la razon: de manera que estudiar teología escolástica es estudiar á los santos padres, pero estudiarlos con método. «El autor italiano,» dice el sabio servita (y oígalo con atencion, con docilidad y con espíritu de compuncion el pseudo-capuchino): «el autor italiano y sus semejantes, poco versados en éste género de estudios, ingenios y genios superficiales, amigos de la novedad, que, afectando hacerse distinguir, se apartan del camino carretero, introducian en las escuelas una extraña confusion si llegase á abrazarse su proyecto. El estudio vago y mal arreglado de los santos padres, reducido á leer sus obras sin haberse instruido ántes en los principios necesarios para entenderlas bien y para formar recto juicio de lo que quieren decir, llenaria al mundo de herejes ó de sabios de perspectiva, bien cargada su memoria de lugares, de sentencias y de centones en monton; pero su pobre entendimiento mas oprimido que ilustrado con todo aquel estudio ó embolismo.» Hasta aquí el docto servita.

14. ¡Y luego nos dirá en nuestras barbas el barbadiño, y aun barbarísimo, señor, que «la teología escolástica, no solo es superflua, sino perjudicial á los dogmas de la religion»! Sea por amor de Dios la desverguenza. Si se contentara con decir que en casi todos los tratados de ella se mezclan algunas cuestiones inútiles que pudieran y aun debieran ahorrarse; que aun muchas de las útiles y necesarias se tratan con una prolijidad intolerable; que en varias de ellas, de cada argumento se ha formado una cuestion, y aun una disputa, y aun tal vez una materia entera, para cuyo estudio no sé yo si el mismo Job tendria bastante paciencia, adelante; ya se le oiria con cristiana conformidad, y aun puede ser que en esta opinion no fuese solo; pero espetarnos á red barredera y en cerro, que «la teología escolástica no solo es superflua, sino perjudicial á los dogmas de la religion», voto... que si yo fuera inquisidor general... Mas tomemos un polvo, mi padre Fray Gerundio, y refresquémonos un poco; que ya me iba calentando.

15. Con efecto, le tomó el bueno del Beneficiado, sonóse, gargajeó y prosiguió en su tono y frescura natural: No es tan lerdó el Barbadiño, que no conociese que luego le habian de dar en las barbas con los patronos y secuaces de la teología escolástica, como verbi-gracia, Alberto Magno, Santo Tomas, San Buenaventura, San Juan Capistrano, y en fin, todos los santos teólogos que han florecido desde el siglo xii acá; porque su paternidad no quiere hacer mas anciana á dicha teología; á algunos de los cuales santos los tiene admitidos la Iglesia por sus doctores; y parece terrible osadía decir que los doctores de la Iglesia enseñaron una teología «perjudicial á los dogmas de la religion». No disimula el Padre Barbeta este feroz argumento, aunque es verdad que le propone blandamente y como al soslayo. ¿Pero qué solucion dará á él?

16. Dice, lo primero, que esto importa un bledo; «porque los santos florecieron en un siglo en que casi no se sabía otra cosa, y que conformándose con lo que se practicaba en su tiempo, tienen alguna disculpa.» Vamos, que la solucion se lleva los bigotes, y queda el entendimiento plenamente satisfecho de que la Iglesia pudo, con grandísima razon y con no menor serenidad de conciencia, colocar en la clase de sus doctores á unos santos que enseñaron una teología «perjudicial á sus dogmas»; por cuanto los pobres no tuvieron la culpa de «florecer en un siglo en que casi no se sabía otra cosa»; y en caso de tener alguna en «conformarse con lo que se practicaba en su tiempo», sería una culpa venial que se quitaba con agua bendita, y no podia perjudicarles para obtener la suprema borla de doctores de la Iglesia.

17. Pero vaya una preguntita, así como de paso y sobre la marcha: ¿Con qué teología confundió Santo Tomas á los herejes que se levantaron en su tiempo? ¿Fué con la que aprendió y enseñó, ó con la que todavia no se habia fundado ni se fundó hasta que esos teologazos modernos, llenos de celo y de caridad, abrieron los ojos á la pobre Iglesia, que por tantos siglos los habia tenido lastimosamente cerrados, ó á lo ménos legañosos? ¿Y en qué consistirá que «todos los herejes están de tan mal humor con este santo doctor», como dice con discrecion cierto moderno? Si «su teología es tan perjudicial á los dogmas de la religion», ¿por qué no la abrazan, por qué no la siguen, por qué no hacen muchas corte-

sías al Santo, y celebran su fiesta con un octavario de sermones? El hecho es, dice el citado Recencior, que el verdadero motivo «por que todos los herejes están tan avinagrados contra este admirable doctor, es porque á él se le debe aquel método regular que reina en las escuelas, con el cual se desenredan las opiniones, se quita la mascarilla al error, se pone de claro en claro la verdad, se explican con limpieza y con claridad los dogmas de la fe, segun el verdadero sentido de la Iglesia y de los padres». Y concluye: «No ha tenido la herejía enemigo mayor que nuestro Santo, porque nunca ha podido defenderse contra la solidez, y, si me es lícito hablar así, contra la casi infalibilidad de su doctrina.» ¡Ah Seó Calcillas! ¿Y todavía dirá vuestra merced, y lo dirá «constantemente, que la teología escolástica es perjudicial á los dogmas de la fe»? Pues yo tambien le diré á vuestra merced constantemente, que creo á ciegos en la del símbolo de los apóstoles; mas para creer en la que vuestra merced profesa, necesito mucho exámen. Y le advierto á vuestra merced que el autor de dichas palabras no es algun padre dominico á quien le ciegue la pasion, sino otro de profesion muy distinta, que sabe venerar las opiniones del santo Doctor, y si algunas no le arman, separarse de ellas con reverencia.

18. Dice, lo segundo, que «si Alberto Magno y su discípulo Santo Tomas comentaron á Aristóteles, no fué, á lo que él cree, porque lo juzgasen útil; sino por hacer ese servicio al público, que en aquel tiempo estaba muy preocupado por Aristóteles». Hizo bien en añadir «á lo que creo», porque el hombre da muchos indicios de creer envesadamente. Esto es decir en buenos términos que cree que Alberto Magno y Santo Tomas fueron unos hombres aduladores, unos doctores lisonjeros, unos maestros de aquellos que caracteriza San Pablo, los cuales, por acomodarse al gusto y á las pasiones del pueblo, le enseñan doctrina falsa, inútil y aun perniciosa; y apartando voluntariamente los ojos de la verdad, aunque saben muy bien hácia dónde cae, le embocan fábulas, patrañas ó embelecos inútiles. ¡Pobres lumbres de la Iglesia, y en qué manos habeis caído! Siquiera no os deja el carácter de hombres de bien, de honor y de sinceridad, que no saben engañar á nadie sin que primero se engañen á sí mismos, y cuando en cualquiera materia es la mayor vileza de un autor escribir contra lo que siente, por lisonjear el mal gusto del público, en una materia de tanta gravedad y de tanta importancia como la sagrada teología, no repara en hacer reos de semejante ruindad á unos hombres como Alberto Magno y Santo Tomas de Aquino, á quienes sobraba su santidad, y bastaria al uno su dignidad de obispo de Ratisbona y al otro su nacimiento para que los hiciese mas merced y mas justicia. Si esto lo dijera un rapagon desbarbado, adelante, pudiera pasar por rapazado; pero decirlo y estamparlo un hombre que afecta profesion de barbas largas, ¿no merecia que se las arrancasen todas pelo á pelo?

19. Ora bien, mi sincerísimo padre Fray Gerundio, un año duraria nuestra conversacion si hubiera de seguir pié á pié al Barbadiño en todos los disparates que dice con su acostumbrada satisfaccion y regüeldos, en sola esta carta, sobre el método con que se estudia la teología escolástica, y si me hubiera de empeñar en impugnarlos. Yo estoy ya cansado, y solo el hablar de

este hombre me fastidia. El abrirle los ojos á él, que los tiene cerrados con la presuncion, y el abrírselos á sus apasionados, que se conoce lo son á cierra-ojos y no mas que por el sounonete, sería una grande obra de caridad; pero sería obra muy larga, aunque no muy dificultosa; porque yo, con ser así que soy un pobre pelon, me atrevería á hacerle ridículo y á poner de par en par, mas claros que la luz que nos alumbra, los innumerables desbarros que profiere en casi todas las materias que trata, aunque, como dije á vuestra merced al principio de nuestra conversacion, no deje de traer *muita coiza boa*. Pero ni yo estoy de vagar, ni esto es por ahora de mi instituto. Solo diré á vuestra merced que en esta carta sobre la teología escolástica, muestra una grande adhesión á los enemigos mas solapados y mas perniciosos de la Iglesia; que adopta sus máximas; que celebra sus libros ó sus ediciones de las obras de los santos padres que están prohibidas por adulteradas; que insinúa con grande artificio su doctrina; y en fin, que todas cuantas reflexiones hace sobre la teología escolástica con intento de desterrarla del mundo, de ellos las tomó y en sus cenagosos charcos las bebió; especialmente de los seis libros que el año de 1700 dió á luz Juan Owen, no el célebre poeta inglés, sino otro de su mismo nombre y apellido, que los intituló: *De natura, ortu, progressu, et studio verae Theologiae*. Y ya que hablamos de Juan Owen, no debe llevar á mal el Padre Barbadiño que me den en rostro muchas cosas suyas cuando hago justicia al mérito de otras, siquiera porque no me comprenda la paulina del poeta al principio de sus epigramas:

*Qui legis ista, tuam reprehendo, si mea laudas
Omnia, stultitiam; si nihil, invidiam.*

Y porque temo que el latin que enseñó á vuestra merced el dómine Zancas-largas, no alcanza á que entienda de repente este epigrama, allá va su traduccion en esta cuarteta que se me antojó hacer ahora para alegrar un poco la conversacion:

Desde luego te declaro,
Lector de estos epigramas,
Por necio, si alabas todo;
Por envidioso, si nada.

20. Pero me hace lástima acabar esta conferencia sin que vuestra merced me ayude á reir del método que propone el Barbadiño para estudiar la verdadera y provechosa teología, despues de haber hecho tan solemne burla del que se observa para estudiar la que él llama «inútil y perjudicial».

21. Dice pues, que «el primer prolegómeno de la teología ha de ser la historia eclesiástica y civil ántes de Cristo y despues de Cristo»; que, consiguientemente, «la primerita cosa que ha de hacer el estudiante que entra en la teología, es estudiar en breve la historia del Testamento antiguo; despues la de Cristo para acá; despues la de los emperadores romanos, por lo ménos hasta el sexto siglo, y que esta se ha de estudiar *muito bem*». Que como no se puede estudiar ni entender bien la historia sin la cronología y la geografía, «ante todas cosas debe buscar una tabla cronológica de estas que se encuentran en un pliego de papel de marca, y encajar bien en la cabeza las principales épocas de la historia civil, observando bien el órden y la serie de los tiempos.» Que una vez metida bien en los cascos la cronolo-

gia, debe tener siempre á la vista el tal estudiante ó teólogo catecúmeno «una carta geográfica, esto es, un mapa general ó muchos particulares, en los cuales siempre que se habla de algun suceso particular ha de buscar la provincia y el lugar donde sucedió, y de esta manera irá aprendiendo facilísimamente la geografía sin trabajo y como por entretenimiento».

22. Y por cuanto el pobre teólogo neófito no puede tener noticia de adónde caen estos mapas, ya el caritativo Barbadiño toma el trabajo de darle razon de los que á su parecer fueron los mejores autores geográficos, aprovechando esta bella ocasion de lucir su vasta erudicion en la geografía, siendo así que ciertamente no le costó mas que abrir el primer catálogo de alguna famosa librería que tuvo mas á mano, buscar el título de los autores geógrafos, y trasladar al papel los primeros que se le vinieron á la pluma.

23. Dice pues, que es indispensable de toda indispensabilidad que el tal candidato de teólogo se arme con el *Atlas geográfico* de Janson, que se compone de ocho grandes volúmenes, ó por lo ménos con el compendio de él, que se reduce á un volumen de á folio, se entiende en papel de marca, como libro de coro ó de solfa de facistol. Item, del *Atlas* de Blaeu, que son once grandes volúmenes del mismo tamaño. Item, del *Atlas* mas breve de los Señores Sanson. Item, del de Monsieur de l'Isle. Y basta esto para cartas generales: para las particulares no se le puede dispensar en que haga provision de lassiguientes. De las de Inselin, que comprenden la Inglaterra, Países-Bajos, Francia, España y Portugal. De las de Nolin, que describen la Venecia y la Istria. De las del Padre Plácido, que siguen todo el curso del Pó. De las de Enshimid, que representan la Alemania; y de las de Scheuchzéro, que demarcan la Elvecia. «Estos autores (aquí llamo la atencion de mi auditorio) débense saber para buscarse en las ocasiones.» Con que si estos autores no se saben, y consiguientemente, si no se tienen, voló el primer prolegómeno de la teología; y el que tuviere vocacion de estudiarla, ofrezca al Señor sus buenos deseos y aprenda otro oficio.

24. Bueno es que hasta aquí estábamos todos en la persuasion de que para equipar á un estudiante teólogo no era menester mas que proveerle de un *vade* que no pasase de catorce cuartos; de un plumero, que se arma en un abrir y cerrar de ojos con un par de naipes; de una redoma de tinta; de media docena de plumas; de la cuarta parte de una resma de papel; sus hopalandas raidas; y adios, amigo. Al teólogo que no fuese por la pluma, con meterle en una alforja el par de tomos de Gonet estaba ya ajustado todo su matalotaje escolástico; y si se le añadía á Lárraga ó á la suma de Busembaum, era una India. Y ahora, segun el nuevo método barbadiñal, ve aquí vuestra merced que un triste aprendiz de teólogo, solo para libros ha menester llevar mas equipaje que un mariscal de campo. Porque, ¿qué piensa vuestra merced que aun precisamente para la geografía se contenta con los citados? ¡Bueno era eso para su humor! Todavía le encaja otra runfla de ellos, que debió encontrar despues en otro catálogo, especialmente de diccionarios geográficos, de los cuales protesta que «tambien es necesario tener noticia», como son del de Varea, Baudrand, Ferrario, Maty, y sobre todo, del de La Martinière.

25. Siguense despues los libros cronológicos que ha de llevar para mantenerse los primeros meses de estudiante teólogo. En esto está parco el Barbadiño, porque la cronología es algo indigesta y pudiera ocasionar crueldades al estudiante si cargara de ella el estómago con demasía. Conténtase con que al principio no coma mas que Strachio ó Beveregio y algo del *Rationarium*, del Padre Petavio. Pero quien se sintiere con calor para digerir mayores noticias, puede engullirse la *Doctrina temporum*, del mismo Petavio, la *Cronologia sacra*, de Userio, y con el tiempo podrá cargar de mas vianda si su estómago lo consintiere.

26. Pero lo que no tiene remedio es, que para la historia universal se eche en el maledito la primera parte del *Rationarium*, del susodicho Petavio; el compendio latino, de Celario, y no le hará daño el del Padre Turse-lino, aunque este (dice él) es mas estimado por el latin que por la historia. El *Compendium historiae universalis* de Gotlob Krancio: «Este (dice el padre calificador) es el mejor de todos; el de Brietio, especialmente despues de Cristo, y el de Lesclí, que es buen autor.» Para la historia eclesiástica hasta Cristo, el compendio de Bolerano, que es sufrible para un principiante: despues de Cristo, provéase de Riboty y de Graveson. Y porque no le tengan por impertinente ó por hombre que receta libros, como píldoras un médico charlatan, concluye con grandísima bondad: *Isto basta para un principiante*. Yo aúado que esto sobra para conocer que no solo le duraba el vértigo al santo padre cuando escribió esto, sino que debía estar en la fuerza de su mayor vigor. Porque si cree que todo esto es necesario saber «como primer prolegómeno de la teología», á los orates; y si no le cree, ¿para qué se quebró la cabeza y nos la rompió á nosotros?

27. *Ex ungue leonem*, padre mio Fray Gerundio. Por aquí conocerá vuestra merced qué cosas no dirá nuestro metodista cuando entra en lo vivo de la teología y del método que se ha de observar en su estudio. Es un embrollo de embrollos, un embolismo de embolismos, y un lazo de lazos para enredar á los incautos. En los lugares teológicos que señala, hace distincion entre «la Iglesia universal y la Iglesia romana», como si hubiera mas que una santa Iglesia católica, apostólica, romana; no toma en boca al Papa para nada; dice que la autoridad de la Iglesia universal, de la Iglesia romana y de los concilios generales «nace de la tradicion»; enseña que antes que Cristo viniese al mundo, en el pueblo judaico y en la ley escrita, «la declaracion del sumo sacerdote lo terminaba todo»; pero que despues que vino Cristo á completar *as coizas*, «su doctrina se conserva para en los prelados, de los cuales la pudiesen aprender los fieles.» En conformidad de este su amado principio, afirma que «creen los católicos que la mayor parte de los obispos cristianos (como si hubiera verdaderos obispos que no lo fuesen), *unidos al Papa*, no puede errar en las definiciones de fe». Lo que creemos los católicos que estudiamos por Astete, es que el Papa para nada ha menester la mayor ni la menor parte de los obispos para no errar en dichas definiciones, porque la infalibilidad no se la prometió Cristo á estos, sino á aquel. Déjase caer, así como al soslayo, lo que sucedió en los dos conciliábulo de Rimini y de Seleucia, en que los padres, engañados en uno y violentados en otro, admitieron primero,

y confirmaron después, una confesion de fe verdaderamente arriana; y diciendo, como quien no quiere la cosa, que presidieron en ellos dos legados de la santa Sede, y que el número de los obispos «fué mas que bastante para formar un concilio general», deja el argumento así, contentándose con decir que sin el socorro de la historia no se puede desatar. ¿Qué le costaba añadir si quiera una palabrita por donde se conociese que dichos concilios habian sido ilegítimos, no en su convocacion, sino en su prosecucion; que los legados habian sido depuestos y anatematizados; y que el Papa estuvo tan lejos de aprobar sus actas, que ántes las condenó, primero por sí, y después en un concilio? Pero esto no le venia á cuento para sus ideas ni para el nuevo método que propone de estudiar teología. Librenos Dios (que sí librará) de que se introduzca en su Iglesia; porque la quiere mucho, la tiene prometida su asistencia, y los esfuerzos del metodista no prevalecerán contra ella.

28. A vista de esto, mi padre Fray Gerundio, ¿se confirma vuestra merced en su opinion, con autoridad del Barbadiño, de que la teología escolástica es inútil y aun perjudicial, y en que no quiere estudiarla? Señor Beneficiado (le respondió con tanto candor como frialdad nuestro Fray Gerundio), es cierto que ya no me sueñan tan bien las cosas de ese padre portugues como me sonaban ántes, y que no sé qué diantes de reconcomis siento acá dentro del corazon, que me dan muy mala espina acerca de ese sugeto. Al fin, Dios le haga mucho bien, pero á mí su Majestad no me lleva por las cátedras, sino por los púlpitos; y así estudiaré yo teología escolástica, como ahora llueven albardas. Si llovieran, replicó el Beneficiado, se malograrian todas las que no cayesen sobre las costillas de vuestra merced; y haciéndole una cortesía, se salió algo enfadado de su celda, y se volvió á la otra de donde habia salido.

29. Esperáble con impaciencia aquellos dos graves y doctos religiosos, con quienes habia tenido la conferencia acerca de Fray Gerundio, y como duraba tanto la sesion, apenas dudaban ya de que le habia convencido. Luego que le vieron entrar, le preguntaron ansiosos cómo le habia ido con el padre colegial. A lo que el socarron del Beneficiado respondió con gran cachaza: Saque cualquiera de vuestras reverendísimas la caja, déñme un polvo y oíganme un cuento. Habia en la universidad de Coimbra un mediquillo teórico, gran disputador y muy presumido, pero ignorante y necio á par de su presuncion. Tenia estomagados á todos los de la facultad, y habiendo de presidir unas conclusiones públicas, rogaron al famoso Curvo Semedo que tomase de su cuenta argüirle, concluirle y correrle, para ajarle la vanidad. Juan Curvo le arguyó de empeño, y á pocas paletadas, para los inteligentes, le tumbó patas arriba; pero el mediquillo garlaba, manoteaba, se reía, le despreciaba, y en fin, se llevó la voz del populacho. Concluida la funcion, uno que no habia asistido á ella, preguntó á Curvo cómo le habia ido con el presidente; á lo que respondió el discreto portugues: *Taon grandísimo burro é, que naon le pudem convencer*. Adios, padres míos; que es tarde, y el ama estará esperando: dijo, y retiróse á su casa.

CAPITULO VIII.

Predica Fray Gerundio el primer sermón en el refectorio de su convento, encaja en él una graciosísima salutación, y deja los estudios.

Ello no tuvo remedio: cerróse Fray Gerundio en que habia de ahorcar los hábitos filosóficos, y que no habia de tomar los teologales, á excepcion del de la fe, que ese ya le tenia desde el bautismo; el de la esperanza de salvarse, á lo ménos *per modum haereditatis*, no le podía faltar; y con el de la caridad debemos piadosamente suponerle, porque parecia buen religioso, salvo sus manías y caprichos, que absolutamente podian ser sin mucho perjuicio de su conciencia. Viéndole los prelados de la religion y los padres graves del convento tan displicente con la filosofía, y tan empeñado en que no habia de estudiar teología, pues para ser predicador conventual, y para predicar, como predicaban otros muchos, con grande séquito, aplauso y provecho de su peculio, decia que no la habia menester; y á fe que en eso le sobraba la razon por los tejados. Observando, por otra parte, que mostraba bastante despejo, que tenia buena voz, que era de grata presencia, aseado, limpio, prolijo, tanto que picaba en pulcro; pareciéndoles, en fin, que llevándole la inclinacion por allí con tanta vehemencia, como le armasen de buenos papeles, que no faltaban en la orden, pues se conservaban los que habian dejado en sus espolios algunos famosos predicadores, podría acaso parecer hombre de provecho, acreditar la religion y ganar su vida honradamente, resolvieron condescender con sus deseos. Pero ántes le pareció conveniente experimentar qué era lo que se podia esperar de sus talentos pulpitaes.

2. Es loable costumbre de la orden ejercitar á los colegiales jóvenes, así artistas como teólogos, en algunos sermones domésticos que se predicán privadamente á la comunidad, mientras se come en el refectorio, dándoles tiempo limitado para componerlos; llevando en esto la mira, lo primero, de descubrir los talentos que muestra cada uno; lo segundo, de que se vayan desembarazando y acostumbrando á hablar en público, para cuando llegue el caso de hacerlo en teatros mas numerosos; y lo tercero, de que tambien vayan aprendiendo á ejercitar un ministerio que debe saber ejercitar todo religioso sacerdote, siga la carrera que quisiere. En otras religiones, donde se practica tambien esta loable costumbre, los sermones de refectorio son por lo comun sobre las festividades del año, y se suelen predicar en los mismos dias en que se celebran, siendo de cargo del Lector, con acuerdo del prelado, nombrar al colegial que quiere que predique. Pero como en cada religion hay sus estilos, en la de nuestro Fray Gerundio esta incumbencia es privativa del predicador mayor de la casa, al cual, avisado por el superior, toca nombrar el colegial predicador, y señalarle para el sermón el asunto, misterio ó santo que quisiere, con todas las circunstancias que á él se le antojaren, con tal que sean de aquellas que suelen concurrir en los sermones, y es gala precisa hacerse cargo, en la salutación, de todas ellas.

3. Apenas pues volvió el padre Fray Blas, predicador mayor de la casa, de predicar su famoso sermón de San Benito del Otero en Cevico de la Torre, cuando fué á presentarse al prelado, y á tomar, segun la ley, su be-

medicite. Hechas las preguntas acostumbradas (por algunos pocos superiores menos prudentes, y muy ajenas de los mas, que verdaderamente son hombres serios y cuerdos) de cómo lo habia pasado, cómo se habian portado los mayordomos, cuánto le habia valido el sermón, qué comida habia habido, y si traia algunas misas para el convento; y habiéndole satisfecho á todo Fray Blas, entregándole por conclusion docientos reales, limosna de cien misas que habia sacado, y por otra parte ochenta, para que su paternidad muy reverenda dijese otras veinte á razon de cuatro reales; oído y recibido todo con extraña benignidad por el afabilísimo prelado, que con esta ocasion volvió á confirmar á Fray Blas la licencia general que le tenia dada, para que durante su gobierno admitiese con la bendicion de Dios cuantos sermones le encomendasen; le dijo por fin y por postre: Váyase, padre predicador, á desalforjar y á descansar á su celda, y ántes que se me olvide, encargue luego un sermón de refectorio á Fray Gerundio, «que tenga algunas circunstancias;» pero le prevengo que no se le componga el padre predicador, y déjele que le trabaje él enteramente; porque, como ese muchacho hipa tanto por el púlpito, queremos saber lo que él puede dar de suyo.

4. En un manuscrito antiguo del convento se halló advertido á la márgen que, al oír Fray Blas este encargo del prelado, y trasliendo por él que con efecto pensaban en echar por la carrera del púlpito á su queridito Fray Gerundio, que era lo que los dos tantas veces habian tratado en la celda á puertas cerradas, se alborozó tanto, que con aquel primer ímpetu del gozo ya habia echado mano á la faltriquera para sacar el doblon de á ocho que le habia valido el sermón, y regalársele al prelado; pero, pensándolo mejor en el mismo instante, sacó el pañuelo, limpióse los mocos, ofreció hacer al punto cuanto le habia mandado, y partió aceleradamente.

5. Aun estaba con los hábitos arremangados, cuando, sin ir á su celda, se entró de golpe y como galopando en la de Fray Gerundio. Encontróle desnudado, asustóle un poco, arrojóse sobre él, dióle cien abrazos, y solo le dijo: «Vamos, chico, vamos á mi celda; que te traigo un obispado.» Siguióle Fray Gerundio, que se recobró presto del susto, y en el camino le preguntó: «Oye usted, ¿y cómo salió el vernal paralelo?» ¡Hijo mío, de los cielos! le respondió el predicador. ¿Y aquello de las grandes risadas? *Et grandes mirata est Roma cachinos*. Amigo, á pedir de boca; porque á carcajadas se hundia la ermita. Pues yo sé, añadió Fray Gerundio, que lo de *puer nudus, alatus, myrthoque coronatus, qui humi sedebat*, daría gran golpe. ¿Qué llama golpe? Dió tal porrazo, que un bachiller por Sigüenza dijo públicamente en la mesa, que él habia oído mas de mil sermones de San Benito; pero que cosa mas propia para representar al santo cuando se revolcaba en la zarza, no la habia oído. ¿Mas de mil? replicó Fray Gerundio. No seas material, respondió el predicador; que eso se entiende dos cerros mas ó ménos.

6. Con esta conversacion entraron en la celda de Fray Blas; desalforjóse este, quitóse las polainas, bajóse la saya, echó las dos manos á la capilla, que aun se mantenía descolgada, cogió vuelo, y arrojándosela primero toda sobre la cabeza, de manera que ya le cubria por la

parte anterior hasta muy entrado el pecho, volvió despues con una especie de columpio á ponerla simétricamente sobre la mitad del cerquillo, y en fin la bajó hasta el medio del pescuezo, colgando por la parte anterior iguales las dos puntas en los lados. Tomó un peine que estaba sobre la mesa, atusóse el cerquillo y el copele, abrió una alacena, sacó un frasco de vino de la Nava con bizecochos, echaron los dos un traguito, y aun no habia colado bien el último sorbo por el gaznate de Fray Gerundio, cuando este le preguntó con impaciencia qué obispado le traia.

7. ¿Qué obispado te he de traer? le respondió Fray Blas todo alborozado; que el prelado me dió á entender que querian sacarte de los estudios, y aplicarte á la carrera del púlpito. ¿Puede haber mejor obispado para tí? Si logras esto, ¿no lo pasarás, no digo yo como un obispo, sino como un arcediano, y mas con las reglecas que yo te daré á su tiempo? Padre predicador, ¿qué dice? le replicó Fray Gerundio. Lo dicho dicho, respondió el predicador. Díjome que luego luego te encargase un sermón del refectorio, y que no te le compusiese yo; porque, como muestras tanta inclinación á *sermo sermonis*, y tan poca á silogismos y á *ergos*, querian ver hasta dónde llegaba, ó á lo ménos lo que prometia, tu cosecha. Y así, amigo mío, apretar los codos, que á lo ménos en este sermón yo no te he de decir palabra; y te he de dejar que vayas por los senderos de tu corazón. En saliendo de este barranco, será otra cosa; mis papeles serán tuyos, porque tus lucimientos serán míos.

8. En el mismo manuscrito antiguo donde se encontró la nota pasada, se halló otra que dice de esta manera: «Atónito estuvo oyendo Fray Gerundio esta noticia, y le embargó tanto el gozo, que estuvo como fuera de sí por espacio de tres ó cuatro credos rezados con pausa.» Luego que se recobró, echó los brazos al cuello del predicador mayor de la casa, y le dijo: Pues ahora bien, despachemos cuanto ántes, y señáleme vuestra merced luego el sermón que tengo de predicar, pues aunque diga cien disparates en él, á lo ménos ninguno me ha de dar plumada; todo ha de salir de mis cascos, y tanto como el garbillo y el modo de decir no ha de descontentar, aunque parezca mal que yo lo diga; y diciendo y haciendo, se subió sobre una silla ó taburete (que en esto hay variedad de leyendas y no están concordes los autores), igualó las dos puntas delanteras de la capilla, metió los dos dedos de la mano derecha por entre ella y la nuez de la garganta, como para desahogarse, miró hácia todas partes con desden y majestad, sacó despues un pañuelo de seda y se sonó con autoridad, metiéndolo en la manga izquierda, y de la derecha sacó otro pañuelo blanco, con el cual hizo como que se limpiaba los ojos; entonó el *Alabado sea*, etc., con voz grave, ahuecada y sonora, persignóse magistralmente con la mano muy extendida, y tanto, que al llegar al palo de la cruz que se forma desde la punta de la nariz hasta la barba, parecia que hacia la mamola; tomó por tema: *Caro mea verè est cibus, et sanguis meus verè est potus*, con aquello de *ex evangelica lectione Joannis, capite tertio-decimo*; y prorumpió en esta disparatadísima cláusula que habia tomado de memoria, habiéndola oído á otro colegial amigo suyo, en un sermón del refectorio, y él la decoró teniéndola por cosa grande: «Al pautar las desigualdades de mi grosero pensar, fui deshenebrando las

líneas de mi discurso, tirando los primeros barruntos de mi imaginativa hácia el escrutinio del Evangelio sagrado. *Caro mea*. ¡Qué elegante está el profeta!» Y echando de repente, porque no sabía mas, prosiguió predicando un sermón mudo, manoteando y remedando todas las acciones, gestos y posturas que habia observado en los predicadores, y á él le habian caído mas en gracia; tan enfascado en esto, que aun el mismo predicador mayor se tendia de risa por aquellos suelos, y aun llegó á temer si se habia vuelto loco el pobre Fray Gerundio.

9. Cerca de una hora duró esta silenciosa muestra de sus predicaderas, en el cual espacio de tiempo el buen frailecito se zaramó tanto aquel cuerpo con tales movimientos, con tantas posturas, con tan violentas convulsiones, unas veces cruzando los brazos, otras abriéndolos y extendiéndolos en forma de cruz; ya amagando á echarse de bruces sobre el púlpito, ya arrimándose contra la pared, á ratos poniéndose de asas, á ratos levantando el dedo hácia arriba á manera de cuadro de San Vicente Ferrer, que al fin quedó tan sudado y tan rendido como si hubiera predicado de véras, y fué preciso volver á reconvenir al frasco y á refrendar los bizcochos, lo que hizo tambien con especial gusto, por ser esta ceremonia precisa cuando se acaba el sermón.

10. Despues que descansó algo de su fatiga, estuvo un poco sereno; y despues tambien que el predicador se recobró de lo mucho que habia reído durante aquella extraña funcion, le dijo este: Escierto, Fray Gerundio, y no se puede negar, que tienes talento conocido; especialmente algunas acciones salen que ni pintadas; y aunque no hablabas palabra, claramente conocia yo lo que querias decir con ellas. Parece que tienes en las manos los sermones. Y aquí viene de perlas aquello del Sabio: *In manu illius nos et sermones nostri*; porque, aunque en realidad allí habla de cosa muy diferente, ¿quién me quita á mí aplicarlo á otra muy distinta, cuando viene el texto tan clavado? Ahora bien, manos á la obra; que yo quiero ya señalarte el asunto á que has de predicar, y las circunstancias de que te has de hacer cargo en el sermón.

11. Ya sabes que en la parroquia de la Santísima Trinidad hay una capilla dedicada á Santa Ana, que pertenece á la cofradía de la Santa, á quien la misma cofradía celebra una fiesta muy solemne. Ya sabes que este año son mayordomos Don Luis Flores y Don Francisco Romero, regidores de este pueblo; y ya sabes, en fin, que estos dos caballeros desterraron á algunas mujeres publicas que habian venido á avencindarse en él; cuya obra fué sin duda muy grata á los ojos de Dios y muy aplaudida de todos los buenos. Este es el asunto, estas las circunstancias que has de tocar precisamente. No tienes mas que ocho dias de término; porque no da mas la orden. No hay que perder tiempo, á trabajar, y adios, amigo.

12. ¿Has visto tal vez un cohete cuando, prendiendo la mecha en el cebo de la caña que sostenian blandamente los dos dedos de la mano derecha, en un abrir y cerrar de ojos parte desde la mano hasta lo mas elevado de la esfera; y aquella misma vara que poco há casi tocaba con su extremidad en el suelo, ya se la ve remontada hasta dar susto á las mismas estrellas, tanto, que la constelacion de Virgo acude pronta á tapar la cara con

las dos manos temiendo que la va á sacar un ojo? Pues así, ni mas ni ménos, partió nuestro Fray Gerundio derecha y rápidamente desde la celda del predicador á la librería del convento. Allí cargó con la *Biblia poliglota* de Alcalá, con las *Concordancias*, de Zamora; con el *Theatrum vite humane*, de Beyerlink; con los *Saturnales*, de Macrobio; con la *Mitologia*, de Rabisio Textor; con el *Mundo Simbólico*, de Picinelo; con los *Calendarios mitológicos*, de Reusnero, Tamayo, Masculo y Rosino; que eran los libros y los santos padres que veia revolver á su hombre el predicador Fray Blas cuando tenia que predicar algun sermón. No se puede ponderar lo que él leyó, lo que él hojeó, lo que él revolvió en aquellos ocho dias, ni las innumerables ideas que se ofrecian de tropel á aquella inquieta y turbulenta imaginacion, todas á cual mas confusas, á cual mas embrolladas, á cual mas extravagantes. Nada leia, nada veia, nada oia, que no le pareciese que venia de perlas para su asunto, ó por símil ó por comparacion ó por texto. Apuntaba, notaba, quitaba, añadía, borrajaba; hasta que, en fin, despues de tres borradores, sacó su sermón en limpio. Estudiólo, repasólo, representólo y se ensayó mil veces á predicarle en la celda sobre todos los cachivaches que habia en ella: sobre la silla, sobre el taburete, sobre la mesa, sobre un banco y hasta sobre la misma cama. Pues dos dias ántes de la funcion, cuando entró el despertador á darle luz, le encontró en camisa predicándole sobre la tarima; y es que se habia levantado en sueños sin saber lo que se hacia.

13. Como estas especies se habian esparcido por el convento, era grandísima la espectacion en que estaba toda la comunidad por oirle. Amaneció, en fin, el dia deseado, y se dejó ver nuestro Fray Gerundio, ante todas cosas, afeitado, rasurado y lampiño, que era una delicia mirarle á la cara. Estrenó aquel dia un hábito nuevo que para el efecto habia pedido á su madre, encargando mucho que viniese bien doblado, y sobre todo que se pasase la plancha por encima de los dobleces para que se conociesen mejor; porque esto dá á la saya no sé qué gracia, y de camino pidió un par de pañuelos de á vara, uno blanco y otro de color, porque ambos eran alhajas muy precisas para la entradilla. Todo se lo envió la buena de la Catanla con mil amores, solo con la condicion de que, ya que ella no podia oirle, la habia de enviar el sermón para que se le leyese el señor cura, ó su padrino el licenciado Quijano.

14. Llegada la hora y hecha con la campana la señal para comer, no faltó aquel dia del refectorio ni el mas ínfimo donado de la comunidad; porque en realidad todos querian bien á Fray Gerundio, así por su buen genio, como porque era liberal y dadivoso, y tambien porque á todos los picaba la curiosidad viéndole con tanta manía de púlpito, la cual entendian era mas inocencia que malicia, ni mucho ménos inclinacion á ser haragan. Subió pues al púlpito del refectorio con gentil donaire; presentóse en él con tanto desembarazo, que casi comenzó á tenerle envidia el mismo predicador mayor. Echó un par de ojeadas con desden y con afectada majestad hácia todas las partes del refectorio, y precediendo aquellos precisos indispensables prolegómenos de tremolar sucesivamente el par de pañuelos blanco y de color, que habia hecho venir expresamente para el intento, entonó ante todas cosas con voz hueca

y gutural, el «sea alabado, bendito y glorificado el Santísimo Sacramento,» concluyendo con lo de «en el primer instante de su purísimo sagrado sér y natural animación»: cláusula que siempre le había dado gran golpe. Santiguóse con pleno magisterio; propuso el tema sin omitir lo de *ex evangelica lectione, capite quarto-decimo*; relinchó dos veces, y rompió la salutacion de esta manera, advirtiendo que no se añade ni se quita una sílaba de como se encontró de su misma letra:

15. «No es de ménos valor el color verde por no ser amarillo, que el azul por no ser encarnado: *Dominus, ó altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei*; como ni tampoco faltaron los colores á ser oráculo de la vista, ni las palabras en la fe de los oídos, como dijo Cristo: *Fides ex auditu; auditus autem per Verbum Christi*. Nació Ana, como asegura mi fe por haberlo oído decir, de color rojo; porque las ceruleas ondas de su funesto sentir la hicieron fuertemente palpar en el útero materno: *Ex utero ante Luciferum genui te*. A este pues ángel transparente, diáfana inteligencia y objeto especulativo de la devocion mas acre, consagra esta extática y fervorosa plebe estos cultos hiperbólicos, pues tiene, como allí se ve, hermoso y airoso bulto: *Vultum tuum deprecabuntur omnes divites plebis*. Déjome de exordios y voy al asunto, aunque tan principal. Empezee pues el curioso á percibir: *Qui potest capere, capiat*.

16. «Fué Ana, como todos saben, madre de nuestra Señora, y afirman graves autores que la tuvo veinte meses en su vientre: *Hic mensis sextus est illi*; y añaden otros que lloró: *Plorans ploravit in noctem*: De donde infiero que fué María Zahori: *Et gratia ejus in me vacua non fuit*. Atienda pues el retórico al argumento: Santa Ana fué madre de María: María fué madre de Cristo: luego Santa Ana es abuela de la Santísima Trinidad: *Et Trinitatem in unitatem veneremur*: por eso se celebra en esta su casa: *Hacc requies mea in seculum seculi*.

17. «¿Y qué te dan, Ana, en retribucion por tus compendios? *Quid retribuam Domino?* ¿Qué paralelos podrán expresar mis voces al decir tus alabanzas? *Laudo vos? In hoc non laudo*. Eres aquella misteriosa red en cuyas opacas mallas quedan presos los incautos pececillos: *Sagenae missae in mari*. Eres aquella piedra del desierto que en los damascenos campos erigió el amante de Raquel para dar á su ganado agua: *Mulier, da mihi aquam*. Pero ménos mal lo diré siguiendo el tema del Evangelio. Es Santa Ana aquella preciosa margarita que, fecundada á insultos del horizonte, deja ciego á quien la busca: *Quaerentibus bonas margaritas*; es aquel tesoro ya escondido: *Thesaurus absconditus*, ya oculto, *nilhil occultum*, que reservó el alma santa para los últimos fines de la tierra: *De ultimis finibus praetium ejus*; es aquel Dios escondido, como decia Filon: *Tuus Deus absconditus*; es el mayor de los milagros, como decia Tomas: *Miraculorum ab ipso factorum maximum*.

18. «Varias circunstancias ennoblecen la fiesta. Unas son agravantes: *Tolle gravatum tuum*; otras que mudan de especie: *Specie tua, et putchritudine tua*. Y es, que los señores Flores y Romero, nobles atlantes de este pueblo, llaman, ó anoche hicieron llamar, con aquellos truenos hijos relámpagos del huracan mas ardiente, que subian y bajaban á modo de aquellos rapidísimos espíritus de la escala de Jacob: *Angelos quoque ascendentes et descendentes*. Y es la razon natural; porque todo lo

que baja, sube, y todo lo que sube, baja: *Zachce, festinans descende*.

19. «Cese la enerjía de los labios y contemplen mis ojos, como áncoras festivas, un texto muy literal que me ofrecen los Cantares. Dice así: *Vox turturis audita est; flores apparuerunt in terra nostra, tempus putationis advenit*. Cantó la tórtola bella en nuestra macilenta tierra; vinieron á celebrarla las flores, y estas mismas flores desterraron las rameras: *tempus putationis advenit*. Es tan literal el texto, que no necesita de aplicacion. Pero diré con brevedad para el erudito: está representada en la tórtola Santa Ana; porque, si esta triste y turbulenta avecilla es trono jeroglífico de la castidad, Ana fué casta, pues no tuvo mas que una hija: *Filia mea malè à Daemonio vexatur*. Lo de *tempus putationis* viene tan al pié de la letra, pues los ínclitos caballeros mayordomos desterraron aquellas samaritanas que alborotaban el barrio.

20. «Ahora me acuerdo de otro texto que, aun mas bien que el pasado, comprende todas las circunstancias del asunto: de aquella gran mujer Ana enemiga de Fenena, como se dice en el libro de las personas reales, la cual á impulso de sus deprecaciones, ayudándola Helí, tuvo un hijo llamado Samuel. Atienda pues el retórico al argumento: *Helí* en anagrama suena lo mismo que Joaquin: *Sonet vox tua in auribus meis*. Samuel fué profeta; María fué profetisa; con que en el sentido místico, lo mismo es Samuel que María. Tengo probado difusamente el asunto, y solo falta aplicarle á los Romero; pero supuesto que el romero tiene flor, dicho se estaba ello: *Flores apparuerunt in terra nostra*.

21. «Mas todavía quiero apropiár con mas propiedad las circunstancias al asunto. Publicando están las historias que la Virgen Santísima tendia los pañales de su recién nacido hijo Dios sobre los romeros; ¿y esto quién se lo enseñó? Su madre Santa Ana; pues todo cuanto supo, ella se lo enseñó: *Ipse vos docebit omnia*. Con que Santa Ana tendia los pañales sobre los romeros. Con que los Romero servian á Santa Ana. Pues eso es lo que hacen el día de hoy. Corrí que tenemos lo que hemos menester.

22. «Ea pues, pidamos la gracia. ¿Pero quién la pedirá? ¿Isaías? Ea que no. ¿Gregorio? Ea que sí. La hija ayudará en la labor á su madre: *Filia Regum in honore suo*. Ea pues, digámosla aquella acróstica oracion que ella en sus niñeces enseñó á su hija María; porque, como buena madre, al punto la enseñó á rezar el... *Ave Maria*.»

23. Esta fué, sin quitar ni poner, la famosísima salutacion que el incomparable Fray Gerundio de Campazas encajó en el refectorio de su convento, por estrena y muestra de paño de sus predicaderas, en presencia de toda aquella venerable comunidad, incluso el reverendísimo Padre Maestro Provincial, que por una feliz casualidad habia llegado la noche ántes á visitar el convento. Esta es aquella salutacion que debiera perpetuarse en los moldes, eternizarse en las prensas, immortalizarse en los mármóles, buriles y cinceles, por pieza original, pieza única, pieza rara, pieza inimitable en su especie. Y Dios se lo perdone al reverendísimo Padre Provincial, que por su genio grave, serio, maduro y demasíadamente circunspecto, despues de haber echado un jarro de agua á la fiesta, privó del cuerpo del

sermon á la república de las letras, la cual ha hecho en esto una pérdida que jamas la podrá llorar bastante-mente; porque ¿quién dudase que sería un modelo de despropósitos, de locuras, de necesidades, de herejías, de cosas inconexas y disparatadas, el mas gracioso y el mas divertido que ha salido hasta ahora del fondo ó del sudor de las agallas? Pues aunque en realidad andan por ahí impresos innumerables infinitos sermones, especialmente de estos que llaman *circunstanciados*, los cuales, á lo ménos en la salutacion, que es lo que hemos visto del de Fray Gerundio, no le pierden pinta; pero es de creer que en el alma y en el chiste no llegarían al zancajo del de nuestro recién nacido predicador.

24. Fué pues el caso, que, como durante la salutacion hubo tanta bulla, tanta risa, tanta zambra en el refectorio, que á cada paso resonaban las carecadas á mandíbulas batidas, hasta llegar un padre presentado á vomitar la comida de pura risa, el Lector, del caso, á atragantarse con un bocado de queso, y hasta el lego que andaba con la cajeta, siendo así que no entendia mucho de sermones ni de latines, cogiéndole uno de los despropósitos con el jesu en el pico, volvió á arrojar en él por boca y por narices como cosa de media azumbre que ya se habia embanastado, con tal ímpetu, que aspergó y roció medianamente á los dos colaterales. Digo pues que, como por todos estos incidentes fuese menester que Fray Gerundio se parase á cada paso, haciendo mil pausas para dar lugar á la mosquetería, y ya estuviese para acabarse la mesa; pero principalmente porque el Padre Provincial hizo escrúpulo de dejarle proseguir en tanta sarta de disparates, y mas que ya le pareció aquella demasiada bulla para un acto de comunidad tan serio; por todos estos motivos le mandó que lo dejase y que se bajase del púlpito, lo que fué para el pobre Fray Gerundio un ejercicio de obediencia lleno de amarguísima mortificación, sucediendo despues lo que verá el curioso lector en el capítulo siguiente.

CAPITULO IX.

De los varios pareceres que hubo en la comunidad acerca de la salutacion y talentos de nuestro Fray Gerundio, y de cómo prevaleció en fin el de que era menester hacerle predicador.

La primera diligencia que hizo el Padre Provincial luego que salió del refectorio, fué pedir á Fray Gerundio el papel; y mientras este comia á segunda mesa, se leyó todo el sermon en la celda de su reverendísima, adonde concurrieron á cortejarle todos los padres graves del convento, sirviendo esto de rato de conversacion. Y aunque allí se repitieron con mas libertad las carecadas, porque aseguraron los que fuéron testigos de oídas que el cuerpo del sermon no le iba en zaga á la salutacion, no hubo forma de quererle soltar jamas el Provincial, por mas instancias que le hicieron aquellos reverendos padres, excusándose con que hacia escrúpulo de exponerle á que se hiciese mas ridiculo; y solo á duras penas alargó la salutacion, permitiendo que se sacasen algunas copias, por cuanto esta ya la habia oido toda la mosquetería y populacho del convento.

2. Despues, vuelto á los padres que le cortejaban, dijo con seriedad: Es cierto que me lastima este mozo; el talento exterior no solo es bueno, sino sobresaliente; pero los disparates que ensarta no se pueden tolerar, y todos nacen, lo primero, de la falta de estudio, y lo se-

gundos, de los cenagales donde bebe, ó de los malditos modelos que se propone para imitarlos, los cuales no pueden ser peores por el modo y por la sustancia. Maliciaron algunos que esto último lo decia el Provincial por el predicador mayor de la casa, pues no ignoraba la amistad particular que profesaban los dos, ni las pésimas instrucciones que le daba; y aun el mismo predicador debió de sospechar algo, porque es fama que se puso colorado. Pero sea lo que fuere, prosiguió el Provincial, yo quiero ver, en presencia de vuestras paternidades, si con maña y con suavidad puedo hacer que este muchacho conozca su bobería, estudie, se aplique y lea á lo ménos buenos libros de sermones, para que tome el verdadero gusto de predicar, y la órden se aproveche de sus especiosos talentos. Mandó pues al lego, su socio (que habia ido á servir á aquellos padres un traguito de vino rancio y unos bizcochos de canela por modo de postre), que bajase al refectorio y dijese á Fray Gerundio que en acabando de comer subiese á la celda del Provincial.

3. Subió al punto apresurado, sobresaltado y azorado; pero luego se serenó, viendo que el Provincial le decia con mucho agrado: Venga acá, hijo, y déme un abrazo, que lo ha hecho ni mas ni ménos como yo esperaba; y si no le permiti que acabase su sermon, no fué porque no le oyésemos todos con gran gusto, pues ya vió cuánto se celebró, sino porque estaba ya acabando de comer la comunidad. No es creible cuánto se solazó y cuánto se alentó Fray Gerundio al oír hablar á su provincial en un tono que ciertamente no esperaba; pero, llevando este adelante su prudente artificio, le preguntó: Ea, dígame la verdad, ¿quién le compuso la salutacion? Padre nuestro (le respondió con una intrepidez y una sinceridad columbina), lléveme el diablo si no la saqué yo toda de mi cabeza. Pues aquellos textos tan literales y tan apropiados (le replicó el Provincial), ¿cómo los podia saber, si nunca ha leído la Biblia? Padre nuestro (respondió Fray Gerundio), eso, con una leccioncita que me dió en cierta ocasion el padre predicador mayor, es para mí la cosa mas fácil del mundo. ¿Pues qué leccioncita fué esa? Díjome que cuando quisiere aplicar algun texto á cualquiera palabra castellana, no tenia mas que buscar en las concordancias la palabra latina que la correspondiese, y que allí encontraria para cada voz textos á porrillo, con que podia escoger el primero que me diese la gana. Así lo lince, y en verdad que los textos, si no me engaño mucho, me salieron á pedir de boca. Por eso, cuando dije que Santa Ana palpitaba en el útero materno, luego encajé: *Ex utero ante Luciferum genui te*. Mire vuestra paternidad muy reverenda el útero clarito como el agua. Cuando dije que tenia hermoso y airoso bulto, al instante espeté lo de *vultum tuum deprecabuntur*, que ni de molde podia venir mejor. En hablando de hija, allí está en las concordancias, *filia mea malè à Daemone vexatur*; y si hubiera querido traer otros cien textos de *filia*, tambien pude. Para las circunstancias agravantes, mire vuestra paternidad si el *tolle gravatum tuum* podia venir mas al caso. Y para aquello de las ramerías, el *tempus putationis advenit* me parece que vino como nacido.

4. ¿Con que esa leccioncita le dió el padre predicador mayor? le replicó el Provincial con un poco de retintin. Sí, padre nuestro, respondió el inocente Fray Gerun-

dio; y con ella no temo predicar el sermón mas dificultoso y de circunstancias mas enrevesadas que puede haber, pues como yo encuentro en las concordancias la voz correspondiente, bien pueden llover circunstancias sobre mí, que tambien lloverán textos literales sobre el auditorio. ¿Pero no ve, hijo, le replicó el Provincial, que esa regla no es buena, porque puede el predicador querer probar una cosa, y el texto donde se halla la palabra que va á buscar, hablar de otra que no tenga conexi6n ni parentesco con lo que él intenta? Pongo por ejemplo: ¿qué tiene que ver que Santa Ana palpitase ó no palpitase en el vientre de su madre (dejó á un lado el disparate), con la generaci6n eterna del Verbo en la mente divina, de la cual en la sentenciá mas comun habla el texto: *Ex utero ante Luciferum genui te?* Ello, padre nuestro, respondió Fray Gerundio, allí hay cosa de útero; y si no viniere el texto al palpar, vendrá al útero, y eso le basta al predicador.

5. Pero dígame, ¿y á qué vino el *vultum tuum deprecabuntur*? A qué habia de venir; á lo de «hermoso y airoso bulto.» ¡Pecador de mí! exclamó el Provincial. ¿Pues no sabe que *vultus, vultus, vultu* significa el semblante? Sí, padre nuestro, ya lo sé; pero significa el semblante de bulto; porque si no, diria *faciem tuam, os tuum*. Con dificultad pudo el Provincial contener la risa al oír tan furioso despropósito. Y lo de *tolle gravatum tuum*, ¿á qué lo trajo? le preguntó el Provincial. ¿A qué lo habia de traer? respondió Fray Gerundio; ¿pues no se acuerda vuesa ternidad que lo traje á lo de circunstancias agravantes? ¿Hay cosa mas parecida que *aggravantes* y *gravatum*? Yo á la verdad no sé lo que significa *gravatum*; pero á mí me suena á cosa de agravante, y lo mismo sonará á cualquiera auditorio que tenga buen oído; y como al auditorio le suene, no es menester mas para que venga bien.

6. No obstante la natural seriedad y circunspecci6n del Padre Provincial, le retozaba tanto la risa al oír tan continuados y tan tremendos desatinos, que apenas podia reprimirla; pero al fin, conteniéndola lo mejor que pudo, y empeñado ya en tocar, aunque de paso, los muchos disparates de otra especie que habia dicho en la salutaci6n, le preguntó: ¿Y qué graves autores son los que enseñan que Santa Ana tuvo á nuestra Señora veinte meses en su vientre? Padre nuestro, respondió Fray Gerundio, yo no lo sé, porque en ninguno lo he leído; pero como oigo á cada paso decir á los predicadores mas famosos: «Afirmán graves autores, dicen graves autores, enseñan graves autores, sienten graves autores,» yo creí que esa era una de las muchas fórmulas que se usan en los sermones; como cuando se dice: «Aquí conmigo, ahora á mi intento, vaya para el teólogo, note el discreto;» de las cuales fórmulas cada cual puede usar libremente cuando le diere la gana; y que, aunque ningún autor haya soñado en decir lo que dice el predicador, este puede citar á bulto autores, padres, concilios y teólogos, siempre que le viniere á cuento, como tambien versiones, exposiciones y leyendas; porque lo demas, padre nuestro, ¿adónde íbamos á parar? ¿Ni quién habia de ser predicador si todas las noticias, erudiciones y textos que se traen en los sermones se habian de encontrar en los libros?

7. ¿Pues no ve, hijo mio, replicó el Provincial, que eso es mentir, y que la mentira, sobre ser vergonzosa é

indigna de un hombre de bien en cualquiera parte, en el púlpito, que es la cátedra de la verdad, es una especie de sacrilegio? Buenos escrúpulos gasta vuestra paternidad, respondió Fray Gerundio: yo no he oído tantos sermones como vuestra paternidad, porque hasta ahora he vivido poco; pero puedo asegurar que en ninguna parte he oído tantas mentiras como en los púlpitos. Allí se dan á las piedras las virtudes que no tienen; se fingen flores, árboles, frutas, aves, peces, animales y plantas que no se encuentran en toda la naturaleza. Allí se hace decir á los padres y á los expositores lo que no les pasó por la imaginaci6n; y á mi parecer hacen muy bien los que lo hacen; porque, si los padres y los expositores no dijeron aquello, pudieron decirlo y nadie los quitó que lo diesen. Allí no pocas veces se fingen textos aun de la misma Sagrada Escritura, que no se hallan en ella; y esto, á mi ver, no tiene inconveniente; porque, así como el Espíritu Santo inspiró á los profetas y á los evangelistas las cosas que dijeron, así puede inspirar á los predicadores las que ellos dicen. A lo ménos, cierto predicador de mucha fama así me lo dijo á mí; y aunque es verdad que esta doctrina no asentó muy bien á mi raz6n; pero al fin bien conocí que era de mucha conveniencia. Finalmente, allí se fingen ó se cuentan sucesos y ejemplos trágicos y horrorosos que nunca sucedieron, adornándolos y vistiéndolos con tan extrañas circunstancias, que claramente se conoce que son novelas; y con todo eso vemos que hacen mucho fruto; porque la gente gime, llora, suspira y se compunge. Mire ahora vuestra paternidad si se miente en los púlpitos.

8. No le puedo negar que por nuestros pecados hay mucho de eso, replicó el Provincial; pero siempre es un atrevimiento y aun una desverguenza intolerable; y á cualquiera predicador á quien le cogieran en alguna de esas imposturas, se le debiera castigar severamente y quitarle para siempre la licencia de predicar. ¡Ah, padre nuestro! respondió Fray Gerundio; si se hiciera eso, ¿quién habia de predicar los sermones de cofradía? ¿Y cuántos hombres honrados quedarían por puertas ó necesitarían aprender otro oficio?

9. Pero dígame, hijo, ya que por esos disparatados motivos levantó á esos graves autores el falso testimonio de que afirmaban que Santa Ana habia tenido á la Virgen veinte meses en su vientre, ¿á qué propósito ó á qué despropósito trajo, para probarlo, el texto de *hic mensis sextus est illi*? ¿Seis meses son por ventura veinte?—Lo primero, padre nuestro, que yo no traje el texto para lo de *veinte*, sino para lo de *meses*, y para eso el *hic mensis* venía que ni de molde. Lo segundo, que aunque le hubiera traído para lo de *veinte*, tampoco podia venir mas al caso; porque la cuenta es clara: donde hay seis, hay cinco; seis y cinco son once: donde hay once, hay nueve; y nueve y once son veinte: con que vele ahí los veinte clavados por las equipolencias: que no estoy tan en ayunas de simulas como algunos piensan.

10. Reventaba de risa el Provincial, no obstante su genio adusto y algo cetrino, al oír unos disparates, por una parte tan garrafales, y por otra tan inocentes; y prosiguiendo ya por entretenimiento lo que habia comenzado por vía de amorosa correcci6n, le preguntó: ¿Y qué graves autores dicen que Santa Ana fué abuela de la Santísima Trinidad? ¿No ve que esa es una herejía formalísima; porque la santísima Trinidad es increada,

es improducible, es eterna, y consiguientemente no puede tener madre ni abuela? Por aquí conocerá ahora cuánto le conviene estudiar teología, aun para ser predicador; porque si la estudia no dirá herejías como esta. Como yo no diga otras herejías (respondió Fray Gerundio), no me llevarán á la Inquisicion. Tambien yo lo creo (replicó sonriéndose el Provincial), porque á la Inquisicion no llevan á los tontos; ¿pero dejará de conocer que esa es herejía? ¿Buena herejía de mis pecados! dijo Fray Gerundio. Pues dígame vuestra paternidad, padre nuestro: Santa Ana ¿no fué madre de nuestra Señora? Sí, porque así lo dice el texto: *Dixit discipulo: Ecce mater tua.* ¿Nuestra Señora no fué madre de Cristo? Tambien; porque así lo afirma San Juan: *Dixit matri suae: Ecce filius tuus.* Luego Santa Ana fué abuela de la Santísima Trinidad. Si no estuviera mas en ayunas de simulas de lo que piensa (replicó el Provincial), no había de sacar esa consecuencia; sino esta: «Luego Santa Ana fué abuela de Cristo.» ¿Pues qué mas me da una que otra, padre nuestro? preguntó Fray Gerundio. ¿Pues qué, le dijo el Provincial, Cristo es la Santísima Trinidad? Así lo fuera yo, respondió Fray Gerundio: *Et Trinitatem in unitate veneremur.* ¿Con que me negará vuestra paternidad muy reverenda que Cristo es la Santísima Trinidad? Y cómo que lo negaré, respondió el Provincial: es la segunda persona de la Trinidad, pero no es la Trinidad; así como Fray Gerundio es persona del convento, pero no es el convento. Y si no, argüiría bien el que dijese: «Cecilia Rebollo fué madre de Catania Cebollon; Catania Cebollon fué madre de Fray Gerundio de Zotes, persona del convento de Colmenar de abajo: luego Cecilia Rebollo fué abuela del convento de Colmenar de abajo.» Tampoco arguyó bien el hermano Fray Gerundio; y cierto hubiera sido mejor que el «retórico no hubiese atendido al argumento». Padre nuestro, le respondió Fray Gerundio, «todas esas son galanterías de la escuela,» como dice el Barbadiño.

11. ¿Y son galanterías de la escuela, replicó el Provincial, decir que Santa Ana, como buena madre, enseñó á la Virgen á rezar el Ave-María? ¿Pues qué, dijo Fray Gerundio, querrá vuestra paternidad negar tambien una verdad tan clara y tan patente? Una madre tan santa y tan cuidadosa de la buena crianza de su hija, como fué la señora Santa Ana, ¿dejaría de enseñarla la doctrina cristiana, ni mas ni ménos como está en el catecismo de Astete, comenzando por el «todo fiel cristiano» hasta acabar; y mas que hay quien diga que tambien la enseñó aun el mismo ayudar á misa, y que la santa niña á los siete años de su edad ayudaba á todas las misas que se decian en la iglesia de su lugar, con mucha devocion y con mucha gracia; porque ya sabe vuestra paternidad que en tiempos antiguos, como lo leí en no sé qué libro, las mujeres ayudaban á misa. Déjelo, Fray Gerundio, déjelo; que no hay paciencia para oírle ensartar tantos y tan furiosos disparates, repuso el Provincial. ¿Es posible que sea tan pobre hombre que no advierta que el Ave-María es una oracion que se reza á la misma Virgen, y que si Santa Ana se la hubiera enseñado, la enseñaría á que se rezase á sí misma? ¿No ha leído siquiera en el catecismo aquella pregunta: «Quién dijo el Ave-María? El arcángel San Gabriel cuando vino á saludar á la Virgen;» y que esta fué la primera Ave-María que se rezó en el mundo, cuando ya

no estaba en él la gloriosa santa, que habia muerto tres años ántes que esto sucediese?

12. No quiero ya hacerle mas preguntas sobre la sustancia de la salutacion, porque sería nunca acabar; pero no puedo ménos de hacerle algunas acerca del estilo, porque algunas cláusulas me dieron mucho golpe. Verbi-gracia, ¿qué quiso decir en esta prodigiosa cláusula: «A este pues, ángel transparente, diáfana inteligencia y objeto especulativo de la devocion mas acre, consagra esta extática y fervorosa plebe estos cultos hiperbólicos?» Padre nuestro, respondió Fray Gerundio, lléveme el diablo si yo sé lo que quise decir; solo sé que la cláusula es retumbante, y que en sonando bien á los oídos no hay que pedirla mas. Y si no, dígame vuestra paternidad, ¿quién hasta ahora ha puesto tachas á estas cláusulas que andan impresas en un solo sermón de San Andres, y en verdad que no son mas claras que la mia?

13. «Y porque el lleno de tan celestes luces no ofusque atingencias visuales, atemperaré la discrecion atenta con las lustras circunstancias del asunto... Al destellar los crepúsculos matutinos, iluminaban el templo de flamantes resplandores, siendo el brillante candor feliz panegiris de su sacra solemnidad... Nitidos ráfagos de flamulosas antorchas, brillantes destellos de solares luces, animaban afectos obsequiosos, excitando admiraciones festivas: *Candidus insuetum miratur lumen Olympi.*» (Y note vuestra paternidad de paso el modo de traer los textos, ni mas ni ménos como yo los traigo.) Y mas abajo... «En el hermoso cielo de esta magnífica capilla brillan soles en número distintos, Cristo y nuestro glorioso Santo: *Fulserunt quondam candidi tibi soles*; pero los identifica efectivamente la fineza; porque Cristo vitaliza con los igneos destellos de su amor al amante corazón de San Andres: *Lampades ignis: in me manet, et ego in illo.* (¡Cosa divina! Y luego me condenará vuestra paternidad el *Trinitatem in unitate veneremur.*) Con esta constelacion hermosa ya no hay que temer fascinaciones de la esfera; porque las luces, que podian recomendar propios resplandores, *gloria stellarum* (¡ay qué gloria! como quien dice, *vultum tuum deprecabuntur*), emplean hoy sus brillos en obsequiar de San Andres glorias: *Et opera manuum ejus annuntiat firmamentum.*» (Mire vuestra paternidad si yo mismo pudiera traer texto mas al caso.)

14. Padre nuestro, por ahora no quiero cansar mas la atencion de vuestra paternidad con alegarle mas cláusulas, no solo de este sermón, sino de otros treinta y uno que están impresos con él, y se contienen en un gran libro de á folio, los enales todos toditos están en este mismísimo estilo, que es un pasmo, es una admiracion, es una borrachera. Ahora lo dijo todo, replicó el Provincial, sin saber lo que se dijo; porque no puede haber epíteto que cuadre ni explique mejor lo que es ese género de estilo, pues solo un hombre embriagado con el vino de la ignorancia, de la insensatez y de la presuncion, puede gastarles; y digo que tiene muchísima razon; que ese estilo y el de su salutacion, esas cláusulas y las suyas, son tan parecidas como una castaña á otra castaña. ¿Pero es posible que me diga que hay un libro de sermones impresos en ese estilo? No lo creo; porque ¿quién lo habia de permitir? ¿Qué tribunal habia de dar licencia para eso? ¿Cómo habia de tolerar que una

obra como esa nos expusiese á la risa, á la burla y aun al desprecio de los extranjeros que no nos quieren bien? Y al autor que seriamente pretendiese imprimir semejantes locuras, ¿cómo podían menos de declararle por falto de juicio, y de llevarle por caridad á la casa de la misericordia de Zaragoza ó á la de orates de Valladolid?

15. ¿Con que vuestra paternidad no quiere creer que ande impreso tal libro, y con todas las licencias necesarias, y con aprobaciones rumbosas y de muy elevado coturno? Digo que no lo quiero creer, respondió el Provincial, y que aunque lo vea pensaré que lo sueño. Pues espere un poco vuestra paternidad; que yo haré que lo vea y que lo palpe; y diciendo y haciendo, sale Fray Gerundio precipitadamente de la celda del Provincial, vase corriendo á la suya, vuelve corriendo, trae un libro de á folio muy manoseado y ajado, porque no le dejaba de la mano el bueno del frailecito, y casi le sabía toda de memoria: preséntasele al Provincial, y le dice: ¿Está impreso este libro? Sí, impreso está, respondió su reverendísima. Pues lea vuestra paternidad, continuó Fray Gerundio el primer sermón de San Andrés. Hizolo y leyó á la letra las cláusulas arriba citadas, ni mas ni menos como las había recitado Fray Gerundio. Quedóse pasmado; y viendo Fray Gerundio que triunfaba, añadió: Pues ahora ábrale vuestra paternidad por cualquiera parte, y verá si se desmiente el autor, y si no es todo semejantísimo á sí mismo.

16. Abrióle por el sermón que se seguía de la Concepcion, y tropezó luego con esta cláusula: «Veamos pues en aquellas occidentales fabulosas sombras, dibujadas estas orientales marianas luces, que no es improprio á las soberanas luces el brillar entre las sombras: *Lux in tenebris lucet*; pues consta que entre la primordial tenebrosidad brilló la concepcion de la luz: *Tenebrae erant super faciem abyssi... et facta est lux.*» Y mas abajo: «Rosas que, siendo timbre de su original pureza, carecen de las espinas de la troncal mácula: *Ex spinis sine spina*; que puso el simbólico; porque á estas espinas preocuparon giros de radiantes estrellas: *In capite ejus corona stellarum.*» Y para acabar la salutacion: «Para ponderar la gloria que resulta á nuestra soberana Reina de su original gracia, pidamos la gracia que la comunica su gloria.» Aquí se paró un poco el juicioso Provincial, y dijo: Este predicador sabía tanta teología como Fray Gerundio, pues por aprovechar un insulso retruacanjillo encajó un error teológico. La gloria á ningún bienaventurado comunica gracia, ni le añade un solo gradito mas á la que tenía cuando entró en ella. Pero vamos adelante.

17. Abrióle en el sermón siguiente de la Expectacion, y luego incontinenti se halló al principio con esta primera cláusula: «Tan complicado genio anima en la comun expectacion la esperanza, que su profesion y carencia son inexorables parcas de la vida.» ¿Qué diantres quiere decir aquí, exclamó el Provincial! No sé, padre nuestro, respondió Fray Gerundio; pero allí está el primor de ese inimitable estilo, hablar al parecer en castellano, y no haber ningún castellano que lo entienda. Pero tenga, añadió el Provincial; que ya por el latín que se sigue sacó lo que quiso decir: *Nec tecum possum vivere, nec sine te.* Sin duda quiso decir que con esperanza no se puede vivir, y sin esperanza tampoco; que la es-

peranza mata, y la falta de esperanza tambien. Vaya, que eso es, reverendo padre, dijo Fray Gerundio; por eso dice «posesion y carencia», esto es, esperanza y falta de ella, y por eso tambien concluye que ambas «son inexorables parcas de la vida», esto es, que la quitan. Por el hábito de mi padre Santo Toribio, que esto es hablar culto y elevado, y que yo me muero por esto. Sin hacer caso el Provincial de la sandez de Fray Gerundio, prosiguió leyendo. «Complica la esmeralda púrpura llamante con esplendor virente... El Evangelio y el asunto enuncian natural incoherencia; porque, si el Evangelio enuncia á Cristo en María concebido, el misterio asunta á Cristo, de María suspiradamente deseado (ya escampo, y llovian necedades)... Aureo, triticeo cúmulo desciende á la aurora mariana el Verbo eterno: *Ego sum panis vivus qui de Coelo descendit*, dice el mismo: *Fru mentum electorum*, predijo Zacarías. Amaltea sacra, nuestra emperatriz excelsa, á riegos de perlas, á fomentos de suspiros, anima su corazón sacra cornucopia de celestiales flores: *Acervus tritici vallatus floribus.*» ¡Jesus! ¡Jesus! (exclamó el Provincial) ¡Y esto se predicó, y se predicó este á un ilustrísimo cabildo, y no echaron al predicador el perrero, en vez de echarle el órgano! ¡Y esto se imprimió con todas las licencias necesarias! Vaya, hijo Fray Gerundio; que ahora le disculpo.

18. Respecto de las cláusulas que he leído, son tortas y pan pintado aquellas cláusulas de su salutacion, que tanto choz nos hicieron á todos: «¿Y qué te dan, Ana, en retribucion por tus compendios? ¿Qué paralelos podrán expresar mis voces al decir tus alabanzas?... Es Santa Ana aquella preciosa margarita que, fecundada á insultos del horizonte, deja ciego á quien la busca... Cese la enerjía de los labios, y contemplen mis ojos como áncoras festivas un texto muy literal que me ofrecen los Cantares; porque si esta triste y turbulenta aveccila es trono jeroglífico de la castidad, etc. E pues, digámosla aquella acróstica oracion que en sus niñeces enseñó á su hija María.» Digo que estas cláusulas no merecen descalzar el pié á las otras, y que teniendo Fray Gerundio estos modelos, no extraño que hubiese ensartado tan furiosos disparates. Ya no tengo paciencia para leer mas, porque está bien vista la muestra del paño, y desde luego aseguro que el autor de estos sermones es sin duda algun mozalbetillo barbi-poniente y atolondrado, de estos que aun están con el *vade* en la cinta, que habiendo leído cuatro libros de estilo culti-latino-rumbático, y teniendo media docena de poetas, de mitológicos y de emblemistas, sin saber siquiera qué cosa es estilo, ni ser capaz de saberlo, se ha formado una idea de locucion estrafalaria y pedantesca, y encaja *ab hoc et ab illo* todo cuanto se le pone delante.

19. Poco á poco, padre nuestro, replicó Fray Gerundio; que vuestra paternidad padece en eso una enorme equivocacion. El autor no es lo que vuestra ternidad piensa: no es por ahí un autorcillo como quiera; es mucho hombre, es hombron, y ha hecho tanto ruido en España, que pocos han hecho mas, ni aun tanto. Vea vuestra paternidad la primera llana del libro: lea el título de la obra y los dictados del autor, y despues me dirá vuestra paternidad si es rana. Aunque ya habia cerrado el libro el Provincial, y aun habia hecho ademán de arrojarle con indignacion por una ventana, oyen-

do esto á Fray Gerundio, le picó la curiosidad, abrió el frontís de la obra, leyó el título y halló que decía así, ni mas ni ménos: «Florilugio sacro, que en el celestial, ameno, frondoso parnaso de la Iglesia, riega (místicas flores) la Aganipe sagrada, fuente de gracia y gloria, Cristo. Con cuya aflluencia divina, incrementada la excelsa palma mariana (triumfante á privilegios de gracia), se corona de victoriosa gloria. Dividido en discursos panegíricos, anagógicos, tropológicos y alegóricos, fundamentados en la Sagrada Escritura, roborados con la autoridad de santos padres y exegéticos, particularísimos discursos de los principales expositores, y exornados con copiosa erudición sacra y profana en ideas, problemas, hieroglíficos, filosóficas sentencias, selectísimas humanidades. Su autor el reverendísimo padre Fray, etc.»

20. Por un gran rato quedó atónito el bueno del Provincial, no sabiendo lo que le pasaba y pareciéndole que con efecto era sueño lo que le sucedía. Pero al fin, volviendo en sí, estregándose los ojos y palpando el libro, conoció que no soñaba. Quiso ver quién había tenido valor para aprobar aquel inmenso conjunto de desatinos, y para votar que se diesen á luz unos sermones que no solo no debieran imprimirse, aunque no fuese mas que por el honor de la nacion; pero ni debieran los superiores á quienes tocaba, haber permitido que se predicasen, pues no metiéndonos por ahora en mas honduras, y sin detenernos en examinar una infinidad de proposiciones osadas, disonantes y aun erróneas respectivamente, solo la broma, el fárrago, el hacinamiento pueril de citas, textos, autoridades y lugares de todas especies, traídos sin método, sin juicio, sin eleccion, sin oportunidad, y las mas veces por pura asonancia; solo el intolerable abuso de valerse por lo ménos tanto de los autores profanos como de los sagrados, hobreando Marcial, Horacio, Cátulo y Virgilio con San Pablo y con los profetas, y usando mas de Beyerlink, Mafejan, Aulio Gelio y Natal Comite que de los padres de la Iglesia; solo el estrafalario, el loco y aun el sacrilego empeño de apoyar los misterios mas sagrados y las acciones mas ejemplares y mas serias de los santos con una fábula, con una noticia mitológica ó con una supersticion gentilica; solo el estilo tan fantástico, tan estrambótico, tan puerilmente hinchado y campanudo; solo un lenguaje tan esguizaro, tan bárbaro, tan mestizo, que ni es latino, ni griego, ni castellano; sino una extravagantísima mezcla de todos estos tres idiomas; solo por esto, vuelvo á decir, que verá y notará cualquiera que tenga ojos en la cara, merecia el tal predicador que desde el primer sermón le hubieran quitado la licencia de predicar. ¡Pero no solo no haber hecho esto, sino haberle permitido que imprimiese tales sermones! ¡Haber encontrado quien se los aprobase! Veamos quiénes fueron los censores.

21. Aun mas pasmado quedó el celoso Provincial cuando leyó el número, la autoridad y los elogios que daban al autor los aprobantes. Es verdad que en medio de los elogios le pareció como que divisaba algunas cláusulas que le sonaban á pullas ó á discretas advertencias del modo con que el padre predicador apostólico debiera haber escrito; bien que temió que esto acaso podía ser malicia suya. Los primeros aprobantes dicen que «han leído el *Florilugio sacro* con singularísimo gusto»; y

añaden inmediatamente: «¡Ojalá que con igual aprovechamiento!» ¿Qué sabemos si en esto quisieron decir: Ojalá que el padre predicador apostólico nos hubiera edificado tanto como nos ha divertido? ¡Ojalá que hubiera hablado mas al alma y al aprovechamiento que al gusto y á la diversion! Ojalá que se hubiera dejado de flores, y de flores tan vulgares, tan inútiles y tan silvestres, y que nos hubiera dado sazonados frutos! Notó tambien que dichos aprobantes aplicaban á la obra un elogio que Cino y Praxitelo dieron á la *Cloaca*, de Galeno, y se le ofreció si acaso lo decían por lo que esta obra tiene tambien de sentina, pues toda ella huele á gentilidad y á pedantismo que apesta.

22. El segundo aprobante, sumamente respetable por todas las circunstancias de su dignidad y de su persona, da bastantemente á entender que aprobó la obra *in fide parentum*, y que la leyó por poderes, siendo muy verisímil que sus muchas y graves ocupaciones no le diesen lugar para registrarla de otra manera. Y á la verdad fué disculpable en los excesivos elogios que la dió; porque ¿quién se habia de persuadir á que no los merecian unos sermones que pretendia estampar un predicador apostólico, un lector de teología y un cronista de su orden? Fuera de que quizá tendria presente lo que dijo cierto poeta en caso semejante: «Que los poetas que alaban y los censores que aprueban, nunca dicen lo que los autores son; sino lo que debieran de ser.» Finalmente, en todo caso, al fin de la censura, hablando de cierto sermón que el autor predicó en la misma ciudad donde vivia á la sazón el reverendísimo, dice que «tuvo la fortuna ingrata de no haberle oído». Y si yo me conozco en desengaños, no es corto el que le ofrece en esta breve cláusula; pues ello, «ingrata ó no ingrata,» ya dice que el no haberle oído fué fortuna suya. Yo á lo ménos por tal la tengo.

23. El tercer aprobante, de circunstancias no ménos respetables que el segundo, no se anda en dibujos, y con toda la claridad y gravedad que correspondia á su elevado carácter, desde luego le declaró lo mucho que le sobresaltó el título de *Florilugio sacro*, que le hizo entrar ya leyendo el libro «con advertencia», que es decir en cortesía, «con desconfianza por lo mucho que disena lo florido con lo apostólico, siendo muy extrañas del apostólico predicador las flores.» Y aunque despues procura dorarle suavemente la píldora para que la trague, en todo acontecimiento el acibar medicinal allá va; si no hiciere buen efecto, atribúyalo el enfermo á su mala disposicion.

24. Pero al fin, concluyó el Provincial, volviéndose á Fray Gerundio, sea lo que fuere de las aprobaciones, dígoles que no le he de volver este libro; porque cosa mas á propósito para acabarle de rematar en ese perverso gusto que tiene de componer sermones, es imposible que se haya estampado ni que se estampe en todos los siglos de los siglos. Padre nuestro, dijo Fray Gerundio, el libro me le volverá vuestra paternidad porque no es mío. Pues ¿de quién es? preguntó el Provincial. No se lo puedo decir á vuestra paternidad, respondió Fray Gerundio, porque me le prestaron en confesion. Resonó en toda la celda una espantosa carecajada al oír tan gracioso despropósito; pero Fray Gerundio, sin turbarse, prosiguió diciendo: Y en orden á las tachas que vuestra paternidad le pone, lo que yo veo es, que corre

con grande aplauso, que la impresion se despachó luego, y no se halla uno por un ojo de la cara, porque los que le tienen le guardan como oro en paño; y en verdad que todos son hombres de buen gusto, y que el autor se hizo famosísimo en España por una obra que publicó, dicen en el mismo estilo que el *Florilégio*, contra cierto escritor que ha metido gran ruido en este siglo. Con que, si estos predicar mal y con mal estilo, yo digo claramente á vuestra paternidad que no pienso predicar con otro estilo ni de otra manera mientras Dios me guarde el juicio. Dijo, y sin hablar mas palabra, volvió las espaldas y se despidió bruscamente de aquella reverendísima asamblea.

23. No se puede ponderar lo irritado que quedó el Provincial á vista de aquel desahogo y de una despedida tan irreverente y tan desatenta. Iba á mandar con el primer movimiento de la cólera que le emparedasen; pero algunos padres maestros que conocian mejor la candidez de Fray Gerundio, le aseguraron que aquella no era malicia, sino pura inocencia y una mera simplicísima intrepidez. Con esto se sosegó, y se contentó con decir que, si como él estaba ya para acabar el provincialato hubiera de proseguirle, tarde subiría al púlpito el majadero de Fray Gerundio: expresion que no se sabe cómo se le escapó; porque era hombre moderado y comedido. Pero Dios nos libre de un hombre colérico cuando todavía están calientes las paredes.

26. Mientras pasaba esto en la celda del Provincial, andaba una terrible zambra en el convento entre los frailes de escalera abajo, sobre la misma salutacion. Es verdad que los mas eran de la propia opinion que nuestro padre, conviene á saber, que era imposible predicarse cosa mas disparatada: pero otros defendian que habia sido un asombro; y aunque no dejaban de conocer que habia dicho muchos desatinos, pero los disculpaban con la poca edad, con los ningunos estudios, y en fin, decian que el talentazo, el garbo, la voz y la presencialo suplian todo. Sobre todo, el formidable partido de los legos se le calzó enteramente, y no le faltó siquiera un voto para que desde luego le ordenasen y le hiciesen predicador. Pero los que mas á banderas desplegadas se declararon por él entre los legos, fueron el socio del Provincial y el sacristan segundo de la casa. Estos eran votos de grande consecuencia; porque el socio habia cogido al bueno del Provincial las sobaqueras, de tal manera, que hacia mas caso de él que de muchos padres graves, y era voz comun en la provincia, que le dominaba.

27. El sacristancillo segundo por su término no le iba en zaga. Era un legueto que ni de molde: de mediana estatura, cariredondo, agraciado, lampiño, ojos alegres y chuscos, pulcrísimo de hábito, vivaracho, oficioso, servicial y mañoso; porque sabia hacer mil enredillos de manos. Cortaba flores, dibujaba decentemente, componia relojes, acomodaba vidrios, y para una cazuelita, para una tarta, para una bebida, tenia unas manos de ángel. A favor de estas habilidades y de su genio blando y un si es no es zalamero, se insinuaba en las celdas, con especialidad de los padres graves, hacíalos la cama, limpiábalas las mesas, batíalos el chocolate, servíalos en otros mil menesteres; y como le encontraban pronto para todo, se habia grangeado, no solo el cariño, sino la confianza de los mas, tanto, que casi los daba la ley y los hacia querer todo lo que él que-

ria, y alabar todo lo que él alababa. No es decible cuánto importaron á Fray Gerundio estos dos votos, y despues el de los demas legos; porque los dos primeros llegaron á hacer blandear el uno al Provincial, y el otro á casi todos los padres gordos; y los demas, como cada cual tenia su santo de devocion, poco á poco le fueron conquistando á los frailes de misa y coro, de manera que en breves dias ya casi todo el convento se declaró á favor de sus predicaderas.

CAPITULO X.

En que se trata de lo que verá el curioso lector, si le leyere.

Pues con estos batidores, muñidores y panegiristas viérades volverse la tortilla á favor de Fray Gerundio: de manera que toda la comunidad, á excepcion de algunos pocos hombres sesudos y religiosos de cuatro suelas, se echó sobre el Provincial para que, supuesta su aversion al estudio escolástico y su inclinacion al púlpito, le diese dimisorias para ordenarse y le nombrase por predicador sabatino. Aun así y todo, costó mucho trabajo doblar la entereza del reverendísimo Provincial; pero al fin acabó de rendirle el socio de su reverendísima, que le sabia mejor que otros las escotaduras; bien que no so rindió del todo hasta que uno de los padres mas graves y mas maduros del convento, que queria mucho á Fray Gerundio, pero que contaba mas de lo justo sobre su docilidad, salió por fiador de que se emendaria en el modo de predicar, tomando de su cuenta instruirle muy de propósito en que á lo ménos predicase con juicio. Pareciéndole al prelado que de esta manera aseguraba su conciencia, y debajo de estas condiciones, consintió en que se ordenase de sacerdote y le hizo predicador sabatino de aquel mismo convento, con aplauso universal.

2. El que lo celebró mas que todos fué el padre Fray Blas, predicador mayor de la casa y el oráculo en materia de predicar de nuestro Fray Gerundio; porque, agregado ya á su gremio y hecho en cierta manera subalterno y dependiente suyo, le tenia como á su mandar para hacerle enteramente á su mano, y se proponia sacar en él un discipulo que eternizase la fama del maestro, como el tiempo lo acreditó.

3. Receloso de esto aquel padre grave que habia salido por fiador de su emienda y se habia ofrecido al Provincial á instruirle, ántes que le acabase de pervertir el padre Fray Blas, con el pretexto de ir á recrearse algunos dias á cierta granja de convento, le llevó en su compañía, y de propósito se detuvo en la casa de campo un mes cumplido para tener mas tiempo de insinuarle con destreza sus instrucciones, esperando que se le pegarian, por cuanto no tenia al lado al predicador mayor, que era el que principalmente embarazaba prendiese en él la semilla de la buena doctrina que le daban; porque con sus disparatadas lecciones, y mucho mas con sus ejemplos, todo lo echaba á perder. Llamábase el maestro Prudencio este padre grave, y le cuadraba bien el nombre; porque era hombre prudente, sabio, mas que regularmente erudito, de genio muy apacible, aunque demasiadamente bondadoso, y por eso fácil á persuadirse á cualquier cosa y tambien á ser engañado.

4. La primera tarde pues que salieron los dos á pasearse por entre una frondosa arboleda, dijo el maestro Prudencio á Fray Gerundio, con llaneza y con cariño: «¿Con que, en fin, amigo Fray Gerundio, ya eres sacer-

dote del Altísimo y predicador sabatino del convento? Sí, Padre Maestro, respondió Fray Gerundio, gracias á Dios, á la intercesion de vuestra paternidad y á la de otras buenas almas. Ya sabes, continuó el maestro Prudencio, que salí por fiador con nuestro Padre Provincial, de que cumplirías con tu obligacion y de que no nos sonrojarias. De eso pierda cuidado vuestra paternidad, respondió Fray Gerundio; que espero en Dios desempeñarle á satisfaccion, y que no se arrepienta de la fianza. ¿Pero, hombre, cómo ha de ser eso, le replicó el Padre Maestro, si no has estudiado palabra de filosofía, ni de teología, ni de santos padres, ni de retórica, ni de elocuencia, y en fin, de ninguna otra facultad? Y un perfecto orador, dice Ciceron, nada debe ignorar; porque se le han de ofrecer mil ocasiones de hablar de todo.

5. Ciceron, Padre Maestro, dijo Fray Gerundio, hablaba de aquellos oradores profanos y gentiles que trataban en cosas muy distintas que nuestros predicadores. ¿Pues de qué trataban, le preguntó el padre maestro? Yo no lo sé, respondió Fray Gerundio; porque no he visto cosa alguna de aquellos oradores, mas que unas pocas de oraciones del mismo Ciceron, que nos hacia construir el domine Zancas-largas; y esas parece que todas se reducian, ó á defender á un acusado, ó á acusar á un reo, ó á excitar los ánimos del pueblo y de la república á alguna resolucion ó empresa que fuese útil para todos; y tambien me acuerdo haber construido una ú otra que parecia elogio de algun ciudadano que habia hecho servicios importantes á la república, ó acciones gloriosas que podian ceder en esplendor y mayor lustre de toda ella.

6. Con efecto, de eso trataban los oradores gentiles, replicó el Padre Maestro, y á eso se reducía el fin y la materia de todas sus oraciones, á mejorar las costumbres. Y para eso solo se valian de tres medios, de defender la virtud injustamente acusada y perseguida, de acusar al vicio inicuaamente abrigado y defendido, y de elogiar á los virtuosos, proponiéndolos al pueblo por dechado, y exhortándole á la imitacion. Pues ves aquí, amigo Fray Gerundio, como por tu misma confesion, aunque sin reparar en ello, el mismo fin debe ser el de un orador cristiano en sus sermones, que era en sus oraciones el de un orador gentil, y los mismos deben ser los medios. El fin es mejorar las costumbres, y los medios son enamorar de la virtud, representando su hermosura y conveniencias (y esto se llama defenderlas); ó infundir horror al vicio, pintando con viveza su deformidad y las desdichas aun temporales que arrastra (y esto se llama acusarle); ó finalmente, elogiar á los santos y á los hombres virtuosos, proponiéndolos por modelo al pueblo cristiano y exhortándole á la imitacion de sus ejemplos. De manera que la famosa division de nuestros sermones en panegíricos y en morales está reducida á esto, y á esto tambien se reducía la division de las oraciones profanas; con que si Ciceron pedia en el orador profano tanto fondo de doctrina, que nada debia ignorar, porque se le habian de ofrecer mil ocasiones de tratar de todo, lo mismo se debe pedir del orador cristiano. Y consiguientemente, sabiendo yo que tú eres un pobre ignorante, discurre si me dará cuidado mi fianza.

7. No tiene que dársele á vuestra paternidad, replicó Fray Gerundio; lo primero, porque andan por ahí mu-

chísimos que no saben mas que yo, y son unos espantapueblos en esos pulpitos de Cristo; y lo segundo, porque Ciceron no es algun evangelista ni padre de la Iglesia, y así importa un pito que él pida tanta sabiduría en el orador. No es padre de la Iglesia ni evangelista, respondió el maestro Prudencio, pero es y se llama con mucha razon el príncipe de los oradores, y como tal, pocos supieron mejor que él lo que es menester saber para persuadir á los hombres á que sean mejores, que es el fin de todo orador, como ya llevamos dicho. ¿Y para saber persuadir á los hombres á que sean mejores, preguntó Fray Gerundio, es menester saberlo todo?

8. Sí, respondió el maestro Prudencio; en sentir de Ciceron, ménos algunas curiosidades de astrología, de matemáticas y de física, que sirven mas para la diversion que para el aprovechamiento, el orador debe saber, ó á lo ménos estar mas que medianamente tinturado, en todas aquellas facultades que dicen relacion á las costumbres y á las inclinaciones del hombre. Para combatir unas pasiones y excitar otras debe estar instruido en la naturaleza de todas, y esto no puede ser sin estar bien informado de su composicion; ve aquí la necesidad de la filosofía. Para definir, proponer, dividir, probar, y discernir entre sofismas y razones, entre paralogismos y discursos sólidos, es menester la lógica ó la dialéctica. Sin un grande conocimiento de las leyes divinas y humanas, no es fácil distinguir qué acciones de los hombres son conformes á ellas ó disformes, cuáles se han de aplaudir, cuáles se han de condenar; y esto ya ves que no se puede saber sin tener muy profunda noticia de la teología moral, mas que mediana del derecho canónico, y una tintura por lo ménos del derecho civil. Como las pasiones humanas nunca se conocen mejor que por los hechos, y como sola la historia es la que nos da noticia de los pasados, conocerá muy mal á los hombres el orador que no estuviese muy versado en la historia antigua y moderna, sagrada, eclesiástica y profana. ¿Y quién creerá que hasta la poesía es muy necesaria al orador? Pues lo dicho, dicho; ninguno será buen orador si no tiene algo, y aun mucho, de poeta. No hablo de aquella poesía que facilita el modo de hacer versos, esto es, de hablar ó de escribir en determinado número y medida; que esto es cosa muy accidental á la poesía verdadera; hablo del alma, de la sustancia, del espíritu de la misma poesía, que consiste en la elevacion de los pensamientos, en lo figurado de las expresiones, en la invencion, idea y novedad de los discursos; porque sin esto, ¿cómo se pueden pintar con viveza los caracteres? Cómo se pueden mover y remover con eficacia los afectos? Cómo se pueden proponer las verdades mas triviales con novedad y con agrado? Y ves aquí porque dice Ciceron (estas son sus formales palabras) «que el orador debe poseer la sutileza del lógico, la ciencia del filósofo, casi la diction del poeta, y hasta los movimientos y las acciones del perfecto actor ó representante»; y has de estar en la inteligencia de que el nombre de *filósofo* en la antigüedad, no significaba un hombre precisamente versado en aquella ciencia que ahora llamamos *filosofía*; significaba un hombre lleno, un hombre verdaderamente sabio en todas las facultades. El orador que no está versado en ellas, aunque tenga buenos talentos, á la legua se le conoce; anda arañando aquí y allí noticias triviales, concepillitos comunes, para llenar su sermon, que al cabo

sale un descarnado esqueleto, mostrando bien, como dice cierto ilustrísimo prelado, « que no habla porque está lleno de verdades; sino que anda buscando verdades porque tiene precision de hablar. »

9. Eso sería bueno, replicó Fray Gerundio, si los predicadores hubiesen de predicar de repente; pero en no admitiendo sermones si no es con dos ó con tres meses de término, está todo remediado; porque en este tiempo se pueden tomar de las bibliotecas y de las poliantecas cuantas especies se quieran de todas las facultades, no solo para llenar, sino para atestar un discurso. Así saldrá él, respondió el maestro Prudencio, y no habrá hombre entendido que no lo conozca. A las mujeres, al populacho, y á aquellos semi-sabidillos que solamente lo son por lectura de socorro, puede ser que les parezca cosa grande; pero los que tienen buenas narices al punto perciben el fárrago, la inconexión, el hacinamiento y la indigestión de las especies, que ninguno tiene peor sabidas que el mismo que las ostenta con tanto aparato. No hizo mas que trasladarlas del libro al papel, del papel á la memoria, de la memoria á los labios, y si se las tocan dos dias despues, le cogen tan de repente como si jamas las hubiera decorado. Predicadores jornaleros, que solo trabajan lo que basta para salir del dia. Quien no gasta muchos años en prepararse de antemano, nunca se preparará bien de repente; y al contrario, presto se dispondrá bien para un sermón particular, el que anticipadamente se halla ya prevenido para todos.

10. ¿Y esa prevencion, Padre Maestro, preguntó Fray Gerundio, cómo se ha de hacer? Ya te lo he dicho, respondió el maestro Prudencio: primeramente estudiando las facultades necesarias, y despues leyendo con mucha reflexion, observacion y penetracion á los santos padres, á los expositores y oradores mas acreditados. ¡Jesus, Padre Maestro! replicó Fray Gerundio, sería ya un hombre carcuero ántes de ser predicador; porque para estudiar todo eso eran menester muchos años. A lo ménos, respondió el Maestro, ninguno debiera ser predicador que no fuese maduro y bien adulto; porque el demasiadamente jóven puede tener ingenio, puede tener habilidad, puede tener viveza, puede tener talentos y todo lo demas que se quisiere; pero no puede tener la ciencia, noticias, especies y extension necesaria; porque esta no se adquiere sin mucho estudio y lectura, y para la mucha lectura son menester muchos años. Añádese que á los predicadores demasiadamente jóvenes, si no suplen la falta de representacion con una virtud extraordinaria, nunca se les puede tener el respeto y la veneracion que son tan necesarias para que hagan fruto los que ejercitan de oficio este sagrado ministerio, sin hablar de otros inconvenientes que no es menester decirlos para que cualquiera se haga cargo de ellos.

11. ¿Pues por qué se empeñó vuestra paternidad, le preguntó Fray Gerundio, en que á mí me hiciesen predicador, siendo así que apenas he hecho mas que cumplir los veinte y cinco? Extraño mucho que me hagas esa pregunta, respondió el Padre Maestro no sin algun enfadillo. ¿Tan presto te has olvidado de lo que tú mismo me importunaste para que hiciese este empeño? Fuera de que, viéndote encaprichado en no seguir los estudios y que echabas los bofes por aplicarte á esta otra carrera, quise ver si podias servir de algo en la re-

ligion, especialmente que los predicadores sabatinos apenas son mas que aprendices de predicadores; porque solamente se les encargan algunos sermoncillos domésticos, de poco ó ningun concurso, para que se vayan ensayando; y me pareció que en este tiempo podria suplir el arte lo que faltaba al estudio y á la edad.

12. ¿Con qué el arte ya puede suplir eso? replicó Fray Gerundio. Enteramente, no lo puede suplir, respondió el Padre Maestro, pero de alguna manera, sí. Por Dios, dígame vuestra paternidad, ¿cómo podrá suplirlo? Leyendo con cuidado buenos originales, respondió el maestro Prudencio, esto es, los sermonarios de los mejores predicadores que han florecido en España, y procurando imitarlos, así en la sustancia como en el modo. ¿Pero cuáles tiene vuestra paternidad por los mejores sermonarios? preguntó Fray Gerundio. Toda comparacion es odiosa, respondió el Padre Maestro; y así, no metiéndome por ahora en calificaciones respectivas, te digo que los sermones de Santo Tomas de Villanueva, en la naturalidad, en la suavidad y en la eficacia, son un hechizo del entendimiento y del corazon. Los de Fray Luis de Granada, á quien llamaron con razon el Demóstenes español, en el nervio, en la solidez, y en aquella especie de elocuencia vigorosa que, á guisa de un torrente impetuoso, todo lo arrastra tras de sí, acaso tendrán pocos semejantes. La novedad de los asuntos, la ingeniosidad de las pruebas, la delicadeza de los pensamientos, la oportunidad de los lugares, la viveza de la expresion, la rapidez de la elocuencia, que reinan en los mas de los sermones del Padre Antonio Vieira, quizá le merecieron el epíteto que le dan muchos, de monstruo de los ingenios y príncipe de nuestros oradores.

13. En verdad, replicó Fray Gerundio, que entre esos muchos no tiene vuestra paternidad que contar al autor del *Verdadero método de estudiar*, el cual dice « que en sus sermones no se hallará artificio alguno retórico ni una elocuencia que persuada... Que por haberse dejado arrebatado del estilo de su tiempo, tal vez fué aquel que con su ejemplo dió materia á tantas sutilezas, que son las que destruyen la elocuencia... Que sus sermones están llenos de galanías que divierten; pero que no persuaden... Que los que le aplican aquellos grandes epítetos de maestro del púlpito, príncipe de los oradores, maestro universal de todos los declamadores evangélicos, águila evangélica, ó no lo entienden ó hablan apasionados... Finalmente, que era un hombre estimado en Portugal, pero no en Roma, como se lo oyó el autor á muchos jesuitas que tenian de él perfecta noticia ».

14. Tambien yo la tengo, respondió el maestro Prudencio, de eso y de todo lo demas que dice el Barbadiño, autor de esa obra que me citas, contra este insigne hombre. Debiera este quejarse si le tratara á él de otra manera que trata á casi todos los hombres grandes que florecieron en todas las facultades, siendo su empeño conocido dar á entender que todo el mundo tenia los ojos cerrados hasta que él vino á abrírselos por caridad, haciéndole ver que eran unos pobres idiotas los que él calificaba por maestros. Nada se le dará al Padre Antonio Vieira, ántes le estará muy agradecido, de que en materia de elocuencia cristiana le lleve á él por el mismo rasero por donde llevó, en materia de teología, á Santo Tomas, San Buenaventura, Suarez, Vazquez y á

todos los escolásticos : en materia de filosofía á todos cuantos no la escribieron *à la dernière, et sic de reliquis*. No obstante, si su crítica no fuera tan universal, tan despótica y tan indigesta; si se hubiera contentado con decir que el Padre Vieyra, «especialmente en algunos de sus sermones panegíricos,» se dejó llevar con algun exceso, y aunque dijese con mucho, de aquella especie de entusiasmo que arrebatava á su fogosa imaginacion, y que rompía en las primeras ideas que le ocurrían á ella, las cuales eran por lo comun sutilísimas, agudísimas, pero ménos sólidas, adelante: yo por lo ménos no me opondría á eso; porque estoy persuadido á que muchos de sus sermones, singularmente de los panegíricos, adolecen de este achaque. Por eso pudiste notar que yo no te le propuse por modelo «en todos», aun en aquellas determinadas cosas de que le alabé, sino «en los mas». Pero pronunciar en cerro, y como dicen, á red barredera, «que en sus sermones no se hallará artificio alguno retórico ni una elocuencia que persuada,» no fué tirar la barra de la crítica hasta mas allá de lo justo; fué propiamente tirar á desbarrar.

15. En cuanto al artificio retórico, ni uno solo se señalará de sus sermones que no esté dispuesto con elmas perfecto, con el mas vivo, con el mas natural, y al mismo tiempo con el mas disimulado: si es que efectivamente hay otro artificio retórico que un entendimiento bien lleno de su asunto, una imaginacion fecunda, viva, espírita y animada, con una facundia natural, pronta, abundante y expresiva. El que estuviere dotado de estas prendas, como lo estaba el Padre Vieyra en superlativo grado, hará, sin pretenderlo y aun sin advertirlo, unas composiciones tan retóricas que el mismo Tulio las admiraría, y colarán naturalísimamente de su boca y de su pluma, no solo aquellos tropos y figuras que hizo advertir la observacion, sino otras muchas que no se habian observado y que quizá son mas enérgicas que las ya sabidas. Quien no descubriese este artificio en cualquiera de los sermones del Padre Vieyra, no entre á leer los libros sin lazarillo.

16. Por lo que toca á la elocuencia que persuada (que es la única que merece el nombre de elocuencia castiza y de ley), quisiera yo me señalase con el dedo el Barbadiño otra mas activa, mas vigorosa, mas triunfante que la del Padre Antonio Vieyra, singularmente en todos los sermones puramente morales, y tambien en muchos panegíricos. Lea con reflexion los capitales asuntos que trata en los sermones de adviento y de cuaresma, donde desmenuza los Novísimos y promueve las verdades mas terribles de la religion; y dígame, ¿qué orador antiguo ni moderno trató jamas estos puntos con mayor viveza, con mayor solidez, con mayor valentia ni con mas triunfante eficacia? Es un Ródano, es un Danubio, es un Tekesel, que quiere decir *espantoso*, río de la Etiopia llamado así por su asombrosa rapidez: todo lo lleva tras sí, todo lo arrastra, todo lo arrebatava. No hay entendimiento que no se rinda á la convincente solidez de sus razones, y apenas hay corazon que resista al rápido vigoroso impulso con que le combate: tanto, que oí decir á un célebre misionero jesuita, que si se formase un cuerpo de mision de los sermones del Padre Vieyra, entresacando los que corresponden á los asuntos que se suelen predicar en esta sagrada materia, con dificultad habria otros que conquis-

tasen mas almas, especialmente en auditorios cultivados y capaces. Y con efecto, consta de la vida de este hombre prodigioso, que no hizo ménos fruto en los corazones con sus sermones morales, que causó admiracion en los entendimientos, así en España como en Italia, con la mayor parte de los panegíricos.

17. En Italia, vuelvo á decir, por mas que el cetrino Barbadiño nos quiera persuadir que oyó á muchos jesuitas italianos, «que el Padre Antonio Vieyra era un hombre estimado en Portugal, pero no en Roma;» ¿á qué jesuitas pudo oír semejante despropósito, sino que fuese á los cocineros de las muchas casas que tiene la Compañía en aquella corte? Estoy por decir que aun estos no ignoran el gran ruido que hizo en ella, cuando fué llamado de su general por haberle significado el papa Alejandro VII, muchos cardenales y la famosa reina Cristina de Suecia, la gana que tenian de oírle, por lo mucho que habia publicado de él la fama en toda Europa. No ignoran que, despues de haber predicado varias veces en presencia del Sacro Colegio, convinieron todos en que era aun mucho mayor que su fama. No ignoran que, habiendo predicado, digámoslo así, á competencia con el mayor orador que tuvo la Italia en aquel siglo, el reverendísimo Padre Juan Paulo Oliva, predicador apostólico de tres sumos pontífices y general de toda la Compañía; no obstante el elevado mérito de este hombre, verdaderamente grande; no obstante el estar reputado, y con razon, por el evangélico Demóstenes de Italia; no obstante la pasion natrual con que necesariamente le habian de mirar todos los patricios; no obstante el peso que habia de hacer en la balanza, ó el respeto, ó la dependencia, ó la adulacion, ó todo junto, viéndole cabeza suprema de toda su religion, y con una autoridad casi despótica en la corte de Roma, por la grande estimacion que hicieron de él los tres sumos pontífices que le alcanzaron: no ignoran, vuelvo á decir, los jesuitas, que, no obstante todo esto, en los dos sermones que en la fiesta de San Estanislao de Koska predicaron el general y el súbdito, el italiano y el portugues, los extraños y los domésticos dieron al de este la preferencia.

18. No ignoran que el mismo General, en una carta que le escribió despues desde Roma á Lisboa, le llama «intérprete verdadero de la Escritura, singular órgano ó arcaduz del Espíritu Santo, modelo de oradores y padre de la elocuencia»; siendo así que los superiores de la Compañía, y especialmente el supremo de todos, en las cartas que escriben á sus súbditos, aunque no les escaseen las expresiones paternales, los dispensan con mucha circunspeccion y con grande economía los elogios. Estos que el reverendísimo Oliva dedicó al Padre Vieyra, no solo no los ignoran los jesuitas de Roma, pero pudiera y debiera no ignorarlos el mismo Barbadiño, pues se hallan estampados en uno de los dos tomos de cartas de dicho General que se dieron á la luz pública. Finalmente, no ignoran los jesuitas que el mismo papa Alejandro y la reina Cristina desearon con ansia que se quedase en aquella corte; el uno para oráculo de su capilla pontificia, y la otra para ornamento de su real discretísimo y doctísimo gabinete, donde concurrían los hombres mas sabios y mas eminentes de la Europa toda, que eran los que principalmente componian la corte de aquella extraordinaria princesa; por lo que dijo de ella con singular discrecion Samuel Bochart, haciendo el cotejo

entre la reina de Sabbá, que fué á conocer y á consultar á Salomon, y la reina Cristina :

*Illa docenda suis Salomonem invisit ab oris ;
Undique ad hanc docti , quo doceantur eunt.*

Que tradujo así un poeta castellano :

Aquella, por oír á un sabio ,
Su corte y su patria deja ;
Los sabios dejan las suyas
Solo por oír á esta.

Pero así el Papa como la Reina desistieron de su empeño por no mortificar al religiosísimo y celosísimo padre, que, habiéndose dedicado con voto al apostólico cultivo de los negros bozales del Brasil, y haciéndose intolerables los aplausos que le tributaba la Europa, suplicó rendidamente á la cabeza de la Iglesia y á aquella sabia princesa, le permitiesen restituirse adonde le llamaba su espíritu y el de la divina vocacion.

19. Así lo hizo, sin que tampoco fuesen capaces de detenerle en Lisboa las instancias del rey de Portugal, que quiso fijarle en ella para tener el consuelo de oírle como maestro desde el púlpito y obedecerle como padre en el confesionario, fiándole la direccion de su real conciencia; mas el gran Vieyra, firme en su apostólica vocacion y superior á todas las fugaces honras con que le brindaba el mundo, enamorado de sus portentosos talentos, renovó en la corte del rey Don Pedro el ejemplo que ciento y treinta años ántes habia dado San Francisco Javier en la del rey Don Juan; pues supo representar con tanta eficacia á aquel monarca cuánto mas y cuánto mejor le serviria en el Brasil que en Lisboa, que el Príncipe se dejó persuadir. Nada de esto ignoran los jesuitas italianos; ¿pues quiénes pudieron ser aquellos «muchos jesuitas romanos», á quienes oyó el Barbadiño que «el Padre Vieyra era hombre estimado en Portugal, pero no en Roma»? Harto será que cuando le pareció oír esto, no tuviese aromadizados los oídos, ó á lo ménos atornados con el sonido de la *tuba magna*, de cuyos estruendosos ecos da muestras de gustar mucho en varias partes del *Método*, pero con mas especialidad en su furiosa *Respuesta á las reflexiones de Fray Arsenio de la Piedad*.

20. Y de paso puedes notar la injusticia, y aun la temeridad, con que el Barbadiño atribuye esta que él llama falta de artificio retórico y de elocuencia que persuade, «al deseo que el Padre Antonio Vieyra muestra en casi todos sus sermones de agradar al público.» Un hombre que con tanta modestia y con tanto empeño huía los aplausos de la primera corte del mundo, y las honras con que esta y la de Portugal á competencia le brindaban, por ir á emplear sus raros talentos entre los zafios y tostados negros del Brasil, ¿qué caso haria de agradar al público en sus sermones, sino que fuese de aquel racional agrado que debe pretender todo orador para que le oigan con gusto y abra el camino al provecho? Porque, al fin, aquel agrado y aquel aplauso que consiste en las obras mas que en las palabras, no es impropio, ántes es muy digno de cualquiera orador cristiano. San Crisóstomo, que ciertamente no solicitaba en sus sermones el aura popular del auditorio, no solo no hacia ascos de este agrado, sino que le pretendia : *Plausum illum desidero, quem non dicta, sed facta conficiant.*

21. No obstante lo dicho, yo convengo de buena gana con el Señor arcediano de Evora (pues ya sabemos todos

que lo es por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica el llamado Barbadiño), en que no «casi todos», sino muchos de los sermones *panegíricos*, y aun tal cual de los *morales* del Padre Vieyra, están llenos de pensamientos mas brillantes que sólidos, mas ingeniosos que verdaderos; como tambien de lugares de la Escritura y de exposiciones traídas ó aplicadas con mayor agudeza que solidez; y consiguientemente, que sus pruebas deslumbran, pero no persuaden; deleitan, mas no convencen. Tampoco me opondré del todo á lo que añade el Barbadiño, «de que tal vez fué aquel que con su ejemplo dió materia á tantas sutilezas, que son las que destruyen la elocuencia : » con tal que no quiera significar por estas palabras, como parece lo da á entender, que el Padre Vieyra fué el que introdujo en el mundo este mal ejemplo, siendo el primer inventor de estas sutilezas que no hacen merced á la Escritura y hacen añicos la elocuencia.

22. En este caso reñiremos; porque, siendo tan erudito el Señor Arcediano, como ciertamente lo es, no puede ignorar que cuando nació el Padre Vieyra ya estaba el mundo atestado de libros de *conceptos predicables*, así en portugues, como en castellano, en italiano, en latin, y aun habia algunos en frances, que tenian desterrada de los púlpitos la elocuencia verdadera y la genuina y literal explicacion ó aplicacion de la Sagrada Escritura. Dejo aparte el reinado del sentido alegórico, que, aunque propio, es el mas arbitrario, y consiguientemente el mas expuesto á desbarrar si no se maneja con mucho pulso y con gran tiento, el cual se apoderó de todo el siglo xvi y mucha parte del xvii, en que nació el Padre Vieyra. Ya encontró este muy celebradas en los púlpitos las sutilezas de Mendoza, las metafísicas de Silveira, los arrojos de Guevara, los reparillos de Fray Felipe Diez; y tambien en Italia, y aun en Francia, habian hecho grandes estragos en la elocuencia sagrada las delicadezas de los Berninis, de los Maronis y de los Mercenieres.

23. Basten estos ejemplares para probar que no fué el Padre Vieyra el inventor de las sutilezas del púlpito, y para que no se le recargue con que tal vez fué aquel que con su mal ejemplo dió materia para que estas se introdujesen en perjuicio de la verdadera elocuencia. No por eso negaré que los sermones panegíricos con especialidad están demasidamente cargados de ellas, y por eso no te los propongo absolutamente por modelo; pero los morales, con toda seguridad pueden servirte de ejemplar, aunque se encuentre en ellos tal cual agudeza ó pensamiento no tan sólido, pues morales y muy morales son todas las homilias de San Juan Crisóstomo, y no obstante encontrarse en ellas uno ú otro pensamiento que no parezca tan cimentado, no hay en la Iglesia de Dios modelo de elocuencia mas acabado ni mas perfecto.

24. Insensiblemente fueron caminando cerca de una legua en esta conversacion el maestro Prudencio y nuestro Fray Gerundio, el cual daba muestras de oírle con atencion y con gusto: tanto, que rogó al Padre Maestro que tuviese la bondad de irle instruyendo poco á poco en aquellas materias, y aun le suplicó que le diese unas reglas breves, claras y comprensivas para componer todo género de sermones panegíricos, morales, y tambien las que se llaman oraciones fúnebres, á cuyas tres

clases pueden reducirse todas las especies de sermones que se predicán. Pidióle mas: que no solo le diese reglas para componerlos, sino tambien para el modo de predicarlos, descendiendo hasta las mayores menudencias del gesto de la persona, de la decencia del traje, del juego de la voz y del movimiento y decoro de las acciones. Todo se lo ofreció el bueno del maestro Prudencio, bañándose, como dicen, en agua rosada y rebosando en el semblante una suma complacencia, por parecerle que le iba saliendo bien su traza, y muy persuadido ya

á que habia de sacar en Fray Gerundio un predicador de gran pro, con desempeño de la fianza que habia hecho, no sin acreditar en ella la bondad de su corazon mas que la bellaquería de su buen juicio; pero como el paseo habia sido largo, era hora de comer, y los ácidos hacían su oficio en los estómagos de los dos, especialmente en el del robusto Fray Gerundio, se limitó la sesión para ocasion mas oportuna, y se retiraron á la granja á acallar las justas quejas de las tunicas estomacales,

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

De un enredo de Barrabas que hizo el mal dimoño, para acabar de rematar á Fray Gerundio.

HABRÁ notado acaso el muy crítico y muy curioso lector (y tambien es muy natural que no lo haya notado), que la division y comenzamiento de este libro tercero no está segun arte; porque, habiendo acabado el primero con las niñeces, primeras letras y estudios pueriles de nuestro incomparable Fray Gerundio, hasta dejarle en el noviciado con el hábito de la religion, parecia que el segundo libro se habia de cerrar con los estudios pocos ó muchos que tuvo en ella, y que debiera comenzar el tercero desde que se halló ya sacerdote de misa, y con el nombramiento de predicador sabatino, por cuanto el nuevo estado, y asimismo el nuevo empleo, eran una época de su vida, natural, oportuna y propia para esta tercera division. De donde acaso el mismo lector querrá poner pieito al pobre libro segundo sobre su capítulo décimo, diciendo que este toca de justicia al libro tercero y que ha sido usurpacion y tiranía privarse de él.

2. Yo no juraré que no tenga sus vislumbres ó apariencias de razon el que hiciere este reparo. Pero, sobre que hasta ahora no se ha publicado alguna pragmática-sancion que dé reglas fijas, ciertas y universales para el amojonamiento, término, límites ni cotos de los párrafos, capítulos ni libros, pues hasta en las lindes de los puntos, que son mas necesarias para que no hayga pleitos en la jurisdiccion é inteligencia de las cláusulas, sabe Dios y todo el mundo los trabajos que hay por no haberse recibido alguna ley obligatoria que ligue y cause entero perjuicio á los escritores y á los escribientes: como esta costumbre de la division de capítulos y libros, diceu que se ha introducido en el mundo literario para que descansen y tomen huelgo así los que escriben como los que leen, en asegurando yo que no me cansé hasta que dejé á Fray Gerundio, no solo con el título de predicador sabatino, sino con los primeros crepúsculos de la instruccion del padre maestro Prudencio, paréceme que por lo que á mí toca, tapé la boca al crítico reparador. Si mis lectores se cansaron ántes, eso no debe ser de mi cuenta. ¿Quítoles yo, por ventura, que cierrén el libro cuando les diere la gana y se echen á dormir hasta que despierten, con lo cual no solo dividirán, sino que podrán hacer jigote los capítulos y los libros siempre y cuando les pareciere puesto en razon?

3. Pero me dirán que, aunque no hay ley escrita que arregle estas divisiones, las regla y como que las dicta la misma ley natural, esto es, el *sindéresis* y la razon de

los escritores metódicos, claros y de buena economía. A eso respondo que en esto de *sindéresis* y de razon natural cada cual tiene la que Dios le dió, y que los entendimientos son tan diferentes como las caras. A tal lo parece que escribe y que habla con el mejor método del mundo, y al otro que le lee ó que le oye, le parece un eterno embrollador y una confusion de confusiones. Vaya un ejemplo. Dígaule al autor del *Verdadero método de estudiar*, que es un embolismo todo lo que escribe; que en muchas partes apenas se perciben las reglas prácticas que da, y que las que se perciben, ó es imposible, ó sumamente dificultoso practicarlas, y consiguiientemente que por ellas ninguna facultad se aprenderá. Se espiritará de cólera, se pelará las barbas al quitar con que quiso engalanarse, y á cualquiera que le vaya con esta embajada le dará una rociada de *parvoices*, de *ridicularias* y de *crasas ignoranzas*, con que le haga retirar mas que de paso.

4. Vaya otro ejemplo. No há muchos años que cierto cirujano latino (así decia él que lo era), hombre bonísimo, imprimió un libro con este título: *Método racional y gobierno quirúrgico para la curacion de los sabañones*. ¿Quién no creeria, segun el epígrafe de la obra, que esta se reducía á dar reglas prácticas y metódicas para curar estas bacherías de la sangre, que dan tan malos ratos á la gente de poca edad, y tal vez á hombres barbudos y aun canosos? Pues no, señor; de los trece capítulos á que se reduce todo el librete, solo el último tiene algun bastillo de metódico ó de práctico; los otros doce, sobre ser impertinentísimos para el asunto, tienen tanto de método y de gobierno quirúrgico como de oportunidad. Empeñóse en hacérsele conocer al autor un tal Juan de la Encina, escritor desalmado de tres cartas azaz bien escritas, en que esgrimió sobre las costillas del pobre cirujano toda la pujanza de su postizo apellido; y aunque con efecto le hizo evidencia de que el nombre de *Método* solo podia ponérsele á la obrilla por mote ó por antífrasis, el bonazo del autor se fué á la otra vida muy persuadido á que no se habia escrito en esta, cosa mas metódica ni mas gubernativa. Véngansenos ustedes ahora con que el *sindéresis* y la razon natural dictan á cada autor el método que debe observar en el económico repartimiento de sus escritos.

5. Pero al fin, ¿qué nos estamos quebrando la cabeza? Note el curioso lector, que en el primer párrafo ó número del capítulo último del libro antecedente quedó nuestro Fray Gerundio presbítero *in facie Ecclesiae* y predicador sabatino en toda propiedad, y respóndame

en Dios y en su conciencia á esta preguntilla : ¿sería bien parecido que aquel capítulo no se compusiese mas que de un solo párrafo, y que se presentase en el libro como un capitulillo de teta ó de miniatura, siendo así que los otros pueden pasar por capítulos generales, aunque sean de la religion mas numerosa, por la multitud de especies y de números que concurren á componerlos? ¡llaga justicia el prudente y *equitativo* lector; y si en medio de eso no me concediere la razon, «pacencia, Cálor, pacencia.»

6. Hecha esta digresion, tan necesaria como impertinente y molesta, volvamos á atar el hilo de nuestra historia. Es tradicion de padres á hijos, que estaban acabando de comer el maestro Prudencio y nuestro Fray Gerundio, por señas que les servian de postre unos caracoles de alcorza y algunas bellotas de mazapan, con que habia regalado al Padre Maestro cierta monja de la órden, confesada suya, cuando comenzaron á llamar con grande fuerza á la puerta de la granja; salió al ruido de los golpes el lego que cuidaba de ella, y encontróse (¿quién tal imaginara!) no ménos que con el padre predicador mayor de la casa, el incomparable Fray Blas, y con un labrador gñedejudo, fornido, rechoncho y de pestorejo, que venia en su compañía; caballero el padre predicador en un rocín acemilado, tordo, sutil, zancuilargo y ojeroso; y montado el paisano en un pollinejo rucio, aparrado, estrecho de ancas, rollizo, orejivo y andador. Era el caso que en una aldea presumida de lugar, dos leguas distante de la granja, que se llamaba antiguamente Jaca la Chica, y ahora, ó por que se corrompió el vocablo ó por reducir á una sola voz el diminutivo, se llama Jacarilla, habia fundado pocos años ántes una cofradía dedicada á Santa Orosia el cura del lugar, que era aragones y muy devoto de la Santa. El mayordomo de aquel año, que era el labrador que venia acompañando á Fray Blas, le habia echado el sermon; y aunque este no valia mas que quince reales, dos libras de turrón y un frasco de vino de la tierra, Fray Blas le habia admitido; porque en materia de sermones llevaba la opinion de los mercaderes : que muchos pocos hacen un mucho y recibir á todo pecador como viniere. Algo se rodeaba por la granja, pero por comer en casa de la órden, y sobre todo por ver Fray Blas á su querido Fray Gerundio, aunque habia tan poco tiempo que se habian separado, quiso hacer este rodeo.

7. Tanto como se alegró Fray Gerundio con la vista de su amigo, tanto sintió el maestro Prudencio aquella importuna visita, temiendo que si los dejaba hablar á los dos á solas, echaria á perder el aturrido del predicador todo lo que, á su modo de entender, habia adelantado él por la mañana. Hizo pues ánimo á no perderlos un punto de vista hasta que marchase Fray Blas, suponiendo que lo haria despues de comer; y para que lo ejecutase cuanto ántes, dió órden al lego para que los calentase á toda prisa lo que habia sobrado de la comida, añadiendo algunos torreznos fritos, que es el agua de socorro para huéspedes repentinos cuando llegan al levantar de los manteles.

8. Mientras se aderezaba la comida, no los divirtió poco el labrador, que, aunque zafio de explicaderas, grosero de persona y no muy delicado de crianza, era bastante ladino y un si es no es socarrón. Ya sabia que el maestro Fray Prudencio era hombre de mucho respeto

en la órden, porque se lo habia prevenido Fray Blas en el camino; y así, luego que entró en la sala donde estaba, le hizo una grande reverencia, escarbandó hácia atras con el pié y pierna izquierda, tanto, que faltó poco para hincar una rodilla; pero sin quitarse el monteron perdurable que tenia calado hasta las cejas; y saludando al Maestro, le dijo : «Tenga su eternidad buenas tardes, endisimo padre Fray Maestro, y gñien provecho haga su esencia; prega á Dios que todo se le convierta en unjundia;» y diciendo y haciendo, sin esperar á que nadie se lo rogase, echó mano de uno de los vasos de vino que estaban sobre la mesa en una salvilla, para echar á la que llaman de San Vitoriano, y con despejo patanal añadió sin detenerse : «A la salud de su trinidad muy raborenda, y tambien á la de mi padre perdicador Fray Bras, que es la frol de los perdicadores de chapa, y tambien á la de ese flaire mocito, que mal año para quien me quiera mal, si no tiene pergeño de ser con el tiempo otro padre Flay Bras, y tambien á la de mi amigo el padre granjero Flay Grigorio, que aunque no es de misa, tampoco lo fué su padre, Dios le bendiga; pero en una feria de carneros, que se venga á emparejar con él un atajo de padres persentados; porque, por fin y por postre, de todo se sirve Dios.» Acabada esta letanía, echóse á pechos el vaso, que era de mediano portante, y volcándole boca abajo sobre la salvilla, él se dejó caer en un banco repantigándose en él con mucha autoridad.

9. Cayó muy en gracia al bueno del maestro Prudencio toda esta introduccion, y como era de genio tan bondadoso y tan apacible, le dijo con mucho agrado : Buen provecho, tío; ¿cómo se llama? Bastian Borrego, para servir á su ausencia, respondió el labrador (y al decir esto hizo ademán de levantarse un poco la montera). Por muchos años, en vida y salud de su mujer y de sus hijos, si los tiene, continuó Fray Prudencio. «Y como unas froles, aunque parezca mal que yo lo diga, replicó el tío Bastian, especialmente uno que tengo vestido con el habitico de San Juan de Dios, de estos que llaman flaires gaspachos : déjelo su usandísima, eso es bobada.» ¿Con que el tío Bastian, prosiguió el Padre Maestro, es mayordomo de Santa Orosia? «Y tambien lo juí, respondió Borrego, de la cofradía del Santísimo, y serví la de la Cruz y la de las Animas, y ahora solo me falta que me echen á cuestras la de San Roque, que nò dejarán de hacerlo; porque para los probes se hicieron los trabajos.» Segun eso, tiene por trabajo el servir á los santos, replicó el Padre Maestro. «A los santos, padre nuestro, gñeno es servirlos; pero el caso es que, segun mi corto imaginamiento, en estas mayordomías de mis pecados se sirve poco á los santos y mucho á los cofrades. Y si no, dígame su reverencia : ¿se servirá mucho á los santos en que un probe como yo gaste en cada una de estas mayordomías sesenta reales en vino, veinte en tortada, diez en avellanas, todo para dar la caridad á los cofrades; sin contar la cera, ni la comida á los señores sacerdotes, ni la limosna del padre perdicador; que todo junto hace subir la roncha á mas de ciento y veinte reales? Y á la cera, la limosna del sermon, y aunque digamos tambien la comida de los curas, pase, porque todo esto parece cosa de iglesia; ¡pero el vino de los cofrades, que hay hombre que se mama dos cuartillas! ¡La tortada y las avellanas para yesca! Y añada su trinidad el baile por la tarde á la puerta del mayordomo, que

dura hasta muy entrada la noche, y mas si toca el tamboritero el son que se llama el espanta-pulgas. ¿Querráme decir su usandisima que de esto se sirve Dios ni los santos?»

10. De eso no creeré yo que se sirvan mucho, respondió Fray Prudencio, y por lo mismo estoy tambien mal con ello. Pero si el tio Bastian conoce que las mayordomías y las cofradías se vienen á reducir á esas borracheras, ¿para qué entra en ellas? «¿Para qué entra en ellas?» ¿Buena pregunta! Bien se conoce que su ausencia está metido allá con sus libros y no sabe lo que pasa en el mundo. Padre nuestro, en los lugares es preciso entrar en todas las cofradías, porque es preciso, y no digo mas; que al quien entendedor pocas palabras. Fuera de esta razon, que pesa un quintal, viene un flaire y pondera tanto las indulgencias de una cofradía; viene otro y perdica tantas cosas sobre los suflagios que hace la otra por sus defuntos, que si un hombre no los cree le llevan qué sé yo adónde, y si los cree y no lo hace le tienen por judío.»

11. Pero aunque entre en las cofradías, replicó Fray Prudencio, no le pueden obligar á que sea mayordomo. «¿No me pueden obligar?» respondió el tio Borrego; si usa caridad no sabe mas de tnlugía que de cofradías, no trueca mi cencia por toda la suya. ¿Qué razon habrá divina ni humana para que habiendo yo bebido el vino y comido el turron de los demas cofrades, no beban y coman ellos el mio? Amen de eso, si entro á la parte en los suflagios y en las indulgencias, tambien tengo á entrar en los gastos. Pues qué, ¿no hay mas que entrar uno cofrade, morir bien ó mal, como Dios le ayudase, irse al purgatorio y salir luego de él de mogollon, y, como dicen, de bóbilis bóbilis, sin que le cueste tanto como á cualquiera otro probe? A buen bocado, buen grito; lo que mucho vale, mucho cuesta; donde las dan, las toman; y donde no las toman, no las dan.»

12. Pero si el cofrade se va al infierno, replicó el Padre Maestro, ¿de qué le sirven los sufragios ni las indulgencias? «Ahora sí, respondió el tio Bastian, que su eternidad muy reverenda dió en el punto y se conoce que es tiólogo. Sin serlo yo, he puesto esa enfecultá á muchos padres perdicadores, y en verdad que no han sabido desenredarse bien de ella. Las cofradías, que se reducen todas á suflagios y á indulgencias, solo sirven para los que están en gracia; mas para ponerse en ella no sirven, sino que sea por muchos arrudeos. Pues aquí de Dios y del Rey, digo yo ahora. ¿Cuánto mas valen aquellas cofradías que llaman conjuraciones?» Congregaciones querrá decir, tio Bastian, le interrumpió Fray Prudencio. «Su usandisima no repare en venablos ó en vucablos, prosignió Bastian Borrego; que en entendiéndonos, nos entendemos, y cada probe estornuda como Dios le ayuda. Digo que ¿cuánto mas valen aquellas conjuraciones ó congriagaciones ó lo que fueren, que obligan á escobijar la conciencia, confesando y comulgando á menudo, como si dijéramos cada mes ó los dias de las fiestas recias; que dan regras para vivir un cristiano honradamente, en las cuales no hay mayordomías ni estos embebecos ó dimonios de caridades; y que, en fin, son medios para librarle á un hombre del infierno; que las otras que lo mas mas á que tiran es á sacarle á uno del pulgatorio? A eso digo yo, padre nuestro, que, una vez metido en el pulgatorio, tarde ó temprano yo

saldré de él; pero *in Enferno mula es enrentio*; y en verdad que no me han de sacar de él los oficios de Animas que hace la cofradía por los cofrades enfuntos.»

13. Grandísimo gusto le daba al bueno del Padre Maestro la conversacion del tio Bastian, porque en medio de sus charras explicaderas descubria que era hombre de humor y de entendimiento. Así pues, deseoso de oírle hablar mas, le preguntó quién habia fundado en Jaca la Chica, ó en Jacarilla, la cofradía de Santa Orosia; porque le parecia cosa extraordinaria, puesto que, aunque habia visto muchas cofradías del Sacramento, de las Animas, de San Roque y de San Blas y de algunos otros santos; pero que de Santa Orosia nunca la habia visto ni oído, atento á que esta Santa, aunque tan grande, era poco conocida en Castilla. «A eso responderé, esentísimo padre, dijo el tio Bastian (y á este tiempo tomó un polvo de la caja que á tal punto abrió el Padre Maestro), que en cada villa su maravilla, y cada ladron tiene su santo de devocion. El cura de mi lugar es aragones, nacido y bautizado en la zuidá de Jaca, que dicen está allá junto á tierra de moros; y de camino quiero que sepa su ausencia que no quiere que le llamemos Señor Guillen (que este es el apellido de su alcurnia), sino Mosen Guillen, porque dis casi susa en su tierra; y al enprencipio, cierto que todos nos riamos muchísimo, porque esto de mosen nos olia á cosa de Moises.» No (le interrumpió el Padre Maestro); es voz muy antigua de la lengua castellana, tomada de la arábica, para explicar *mi señor*, y se ha conservado en Aragon como por distintivo y mayor respeto de los señores sacerdotes. «Pnes este tal cura (prosignió el tio Borrego) es un santo (así lo fuera yo delante de la cara de Dios), y porque diz que en la zuidá de Jaca, donde él nació, tienen grandísima devocion con Santa Orosia, que es su patrona, él tambien se la tiene; y como mi lugar se llama Jaca la Chica, nos perdicó en un sermon (¡válgame Dios y qué sermon nos perdicó!) que sería güeno que tuviese la misma patrona que Jaca la Grande; porque Dios y los santos no reparan en estaturas; y para esto me acuerdo que trajo allá un tiesto de Isabel, cuando unció por rey á David.» Samuel diria el cura, interrumpió el maestro Prudencio. «Samuel ó Isabel; que para lo de Dios todo es uno, prosignió el tio Borrego, á quien dijo su Majestá que no mirase en su estatura, si era grande ó chica, y luego lo dijo en latin tan craro y tan clavado, que lo entendió hasta la mi Coneja, que así se llama mi mujer, Bartola Conejo, para servir á Dios y á su eternidad. En fin, tantas y tales cosas nos dijo de la groriosa Santa, que se junto aquel mismo dia el concejo, y allí encontinentí votamos todos que habia de ser patrona del lugar, y de mas á mas fundamos una cofradía, en que entraron casi todos los vecinos; y por fin y por proste hicimos todos obligacion ante el fiel de fechos de hacer todos los años á la bendita Santa nua fiesta que, déjelo señor, no la hay mas célebre en toda la redonda; y como digo, cada mayordomo se esmera en traer el perdicador mas famoso de toda la tierra; y así, en los tres años cá que se fundó la cofradía, el primero perdicó un padre enlindor que se perdia de vista; el segundo, uno de estos padres gordos que se llaman... que se llaman... ¡válate Dios, cómo se llaman! Se llaman padres... padres... es ansina una cosa á manera de gubilete.» Padres jubilados, dijo el maestro Prudencio. «Sí, un padre jubilado,

continuó el tío Borrego, y en verdad que era una águila; y este año, que es el tercero, y á mí me ha tocado ser mayordomo, luego puse los ojos en nuestro padre Fray Blas; porque desde que le oí el sermón de San Benito del Otero, en Cevico de la Torre, al momento le eché el ojo y dije acá para mí sayo: Ya te veo que eres garza, y como yo sirva alguna cofradía, no se me escapará este pájaro.»

14. A este tiempo entró el granjero con la comida, y ya le pesaba al maestro Prudencio haberle dado tanta prisa para que los despachase; porque iba tomando gran gusto á la conversacion del tío Bastian. No obstante, como le hacian mayor fuerza los inconvenientes que temia de que el predicador mayor y Fray Gerundio hablasen á solas y despacio, llevó adelante su primera idea de que comiesen presto y despedir á los huéspedes luego que comiesen; y así dió orden al lego para que, mientras ellos tomaban un bocado, echase un pienso á las caballerías.

15. Durante la comida preguntó el Padre Maestro al tío Borrego, cómo se entendian los predicadores para predicar de una santa de quien habia tan pocas noticias en Castilla. «A eso, padre nuestro, respondió el tío Bastian, ya nuestro cura da providencia; porque ha de saber su excelentísima que le enviaron de Jaca un rimero de sermones, como así (y levantó la mano derecha como media vara), todos imprimidos, que es un pasmo. Parece á ser que estos sermones todos son ejemplares, ó como se llaman, de uno que compuso un flaire á la señora Santa Orosia, para perdicarle en la zudá de Jaca, y que al cabo no le perdicó no sé allá por qué tracamundanas y corre, vé y díles que dubió de haber habido. En fin, el flaire, que dicen era hombre encircunstanciado y de los mas guapos perdicadores que habia en aquellas tierras, aunque no perdicó el sermón, le emprimió, y porque tiene grande amistad con el señor cura, le envió el rimero que dije; y el señor cura, luego que sale mayordomo de la cofradía, le da un ejemplar para que se lo entregue al perdicador que nombrare, y le sirva, como dicen, de pautero. Pero á la salú de su ausencia, esentísimo padre, y mojemos la palabra;» y echóse á pechos un vaso de á cuartillo.

16. Buen provecho, tío Bastian, respondió el maestro Prudencio, y continuó diciendo: Sin duda que ese sermón debe ser muy especial, y que traerá grandes noticias de Santa Orosia. «Yo, padre nuestro, prosiguió el buen Borrego, limpiándose los bigotes y relamiéndose el trago, soy un probe simple, que no sé leer ni escribir, y no lo entiendo; pero un hijo mío, que es un linco, pues no tiene mas que diez y ocho años y ya anda por proceso, nos le leyó una noche á la mi Coneja y á mí, y nos pareció que decia unas cosas muy hondas. Ello es empusible de Dios que no sea uno de los mas estupendísimos sermones que se han perdicado en el mundo; porque, vea usa trinidad, ¡sobre que anda de letra de molde y se ha emprimido! Pero si su caridá gusta de leerle, deje; que yo pediré uno á Mosen Guillen, y se le traeré cuando guélva á dejar en su convento á nuestro padre perdicador mayor.»

17. No es menester, replicó Fray Blas; que yo daré á vuestra paternidad el que me presentó el Señor Mayordomo, que ahí le traigo en la alforja, porque me embelesaba tanto su lectura, que no acierto á dejarle de la mano,

y de puro leerle casi le he aprendido de memoria. Es de los grandes sermones que he leído en mi vida. ¿Y toca todas las circunstancias? preguntó entónces Fray Gerundio. Déjame echar un trago á la salud de nuestro Padre Maestro, y despues te responderé. Bebió Fray Blas otro vaso de vino, que estaba á nivel con el de su mayordomo, limpióse con sosiego y con autoridad, y prosiguió diciendo: ¿Qué llama si toca todas las circunstancias? No deja una que no toque; ¿pero cómo? Toca el sitio donde está fabricada la iglesia de Jaca; toca su escudo de armas; toca el del señor obispo que era á la sazón; toca el número de los regidores de la ciudad; toca el de las mujeres que en otro tiempo la defendieron contra los moros; y aunque es verdad que ninguno oyó el sermón, porque no se predicó; pero como le compuso para que le oyesen, toca el número sin número de los que pudieran oírle; y finalmente, toca hasta el de los que llevaban el palio, que eran ocho. Y todo con unos textos tan oportunos, tan adecuados y tan literales, que no hay mas que pedir, y parecia imposible que ingenio mortal pudiese llegar á tanto. ¡Esto es predicar, ó esto es componer sermones! que todo lo demas es paja. Y casi fuera de sí dió una palmada en la mesa, tan recia, que faltó poco para que vasos, salvilla y jarro diesen en tierra; y lo que es el jarro, asegura un autor fidedigno que hubiera caído al suelo, á no haberse abrazado prontamente con él, al tiempo de volcarse, el vigilantísimo Sebastian Borrego.

18. Siglos se le hacian al bendito Fray Gerundio los instantes que tardaba en leer un sermón que ponderaba tanto un hombre como el padre Fray Blas, á quien él tenia por el mayor espanta-pueblos que conocian los pulpitos de aquel siglo. Reventando estaba por pedirsele, y ya tenia en el borde de los labios las palabras, cuando le contuvo el respeto del Padre Maestro, á quien ya el otro se le habia ofrecido; y tambien fué parte para detenerle, un poco de miedo que le habia cobrado, hasta saber qué dictámen formaba del tal sermón su paternidad; y mas, que le notó no sé qué gestos displicentes mientras Fray Blas estaba ponderando el primor y la menudencia con que se tocaban en él todas las circunstancias.

19. Con efecto, al machucho del padre maestro Fray Prudencio le habia disonado tanto esto, que prorumpió diciendo: Aceto el sermón que me ofrece el padre predicador, no mas que para divertirme con él y compadecerme del que le compuso, pues por lo demas, supuesto lo que el padre predicador dice, no necesito leerle para juzgar desde luego que será un tejido de despropósitos, de disparates y de puerilidades, sin que tenga de sermón mas que el título y el tema. ¡Sermones de circunstancias, y de tales circunstancias! No se ha inventado locura mayor, mas torpe, mas indigna de la cátedra del Espíritu Santo ni que mas acredite la mala cabeza del predicador, el depravado gusto de los oyentes y la lastimosa ignorancia que hay en unos y en otros de lo que es verdadera elocuencia. Solo en España se estila esta vergonzosa necedad, y aun en España no se introdujo hasta mas de la mitad del siglo pasado, en que comenzaron á profanar el púlpito con estas ridículas indecencias unos títeres ó unos poetuelas en prosa, á quienes la ignorancia del vulgo aclamó por grandes predicadores. No se me señalará ni un solo sermón de estos que se llaman

circunstanciados, que sea de data mas antigua. Todas las naciones extranjeras hacen una gran burla de nosotros (y lo peor del caso es que la tenemos bien merecida) por esta impertinente, loca y pueril extravagancia.

20. ¡Sermon de circunstancias! ¿Pues acaso hay otra circunstancia en el sermon que la de predicar del santo, del misterio ó del asunto de que se habla? ¿Qué conexión tiene con las virtudes de Santa Orosia, que la catedral de Jaca esté en este sitio ni en el otro, y se llame así ó asá; que las armas del Obispo sean un león ó un avestruz; que la iglesia catedral tenga por escudo dos llaves con dos puertas, ó dos areas sin cerradura; que los regidores sean nueve ó sean veinte; que lleven el palio ocho ni ochenta; y finalmente, qué arte ni parte tuvo Santa Orosia, ni qué gloria se la sigue de que las mujeres jaquetanas hubiesen defendido la ciudad contra los moros, cuando esta hazaña sucedió muchos años ántes que hubiese Santa Orosia en el mundo? ¿Conduce nada de esto para formar un gran concepto del mérito de la Santa, una grande idea de su poder, una viva confianza en su proteccion, ni para alentar á la imitacion de sus heroicas virtudes; que es ó debe ser todo el empeño de los sermones panegíricos?

21. Los maestros de la elocuencia sagrada, ni aun profana, ¿usaron jamas estas impertinencias? ¿Hállase por ventura ni un remoto rasgo de ellas en los sermones, en las homilias, en los panegíricos de los santos padres? Cicéron y Quintiliano ¿hicieron nunca asunto de semejantes bagatelas? Si un abogado se introdujese en estrados públicos á hablar en un pleito, haciendo circunstancia de las armas del Presidente, de los escudos de los jueces, del dosel de la sala, del artesonado de la pieza y de otras necedades semejantes, ¿habria paciencia para dejarle acabar su arenga, y no dispondrian luego que fuese á concluir á los Orates? Pues aquí de Dios y de la razon: ¿cómo se sufre esto en los predicadores, cómo se les aplaude, cómo se les celebra, cómo no se convierten en silbos los elogios, y cómo no vuelan contra ellos los sombreros y las monteras, á falta de tronchos? Pero esto era para mas despacio, y tampoco es para aquí. Ahora, pues ustedes han acabado ya de comer y tienen que andar cinco leguas hasta Jacarilla, Fray Gregorio, saca las caballerias: Fray Blas, déjeme ese sermon para entretenerme, y no hay que perder tiempo; que se va haciendo tarde.

22. Por mal de sus pecados, al querer levantarse de la mesa el bueno del mayordomo, no pudo, porque le pesaba mas la cabeza que lo restante del cuerpo. Era el caso que, mientras el celoso Fray Prudencio habia estado tan enardecido predicando contra los predicadores que perdian neciamente el tiempo en hacerse cargo de ridículas circunstancias, el tio Bastian no le habia perdido, y menudeando los tragos, que todos eran de á folio, el vino hizo su oficio, y cuando quiso ponerse en pié cayó entre la mesa y el banco, teniendo la desgracia de tropezar con la cabeza en la esquina de este, y se hizo una herida que parecia una espita. No hubo mas remedio que aplicarle una estopada, llevarle entre cuatro mozos de la labranza á la cama, y darle tiempo hasta el dia siguiente para que volviese del rapto.

23. Mucho sintió este accidente el maestro Prudencio, porque ya era preciso que á lo ménos aquella tarde estuviesen juntos el predicador y Fray Gerundio, y te-

mia que aquel echase á perder lo que juzgaba habia adelantado por la mañana. Viendo que ya no tenia otro remedio, propuso en su ánimo no dejarlos ni un instante solos, y cuando estaba trazando el modo de tenerlos entretenidos, el mal dimoño, que no duerme, dispuso que en aquel instante viniese á visitarle el arcipreste del partido, que era cura de un lugar poco distante de la granja, y despues de hechos los primeros cumplidos, dijo que con licencia de aquellos padres, traia algunos casos que consultar en secreto con su reverendísima.

CAPITULO II.

Sálense á pasear Fray Blas y Fray Gerundio, y de las ridículas reglas para predicar que le dió aquel con todos sus cinco sentidos.

Ellos, que no deseaban otra cosa, sin aguardar á mas razones toman los báculos y los sombreros y sálense solos al campo, bien resueltos á no volver á la granja hasta muy entrada la noche. Quiso ante todas cosas el predicador mayor leer luego á su querido sabatino el sermon que habia de predicar á Santa Orosia y le llevaba en el pecho, entre el coletillo y la saya del hábito, asegurándole que era de los sermones mas á su gusto que habia compuesto hasta entónces. Pero Fray Gerundio le dijo que para leer el sermon ya habria tiempo, y que en aquella tarde tenia mil cosas que decirle, las cuales no querria que se le olvidasen; especialmente que, como la ocasion es calva, era menester cogerla por los cabellos, pues acaso no pillarían otra semejante en mucho tiempo. Espetóle toda la conversacion que habia tenido por la mañana con el Padre Maestro; lo que le habia dicho acerca de las facultades en que debia estar por lo ménos medianamente instruido todo buen orador, la necesaria lectura de los santos padres, y á falta de esta, el modo de suplirla con la leccion atenta de buenos y escogidos sermonarios, los que determinadamente le habia señalado que eran los de Santo Tomas de Villanueva, Fray Luis de Granada y el Padre Vieyra; y finalmente, las reglas que á peticion suya habia ofrecido darle para predicar bien todo género de sermones.

2. ¿Y á tí qué te pareció de todo lo que te dijo ese santo viejo? le preguntó Fray Blas. ¿Qué quiere vuestra merced que me pareciese? le respondió Fray Gerundio, que todos los viejos saben á la pez, y que en fin los viejos no dicen mas que vejezes. Ahora bien, le replicó Fray Blas, excusemos de razones, porque contra experiencia no hay razon; y para que veas cuán sin ella habla ese santo hombre, oye un argumento sencillo, pero convincente. Yo no he estudiado ninguna de esas facultades que te dijo eran tan necesarias para ser uno buen predicador. Yo no he leído de los santos padres mas que lo que encuentro de ellos en las lecciones del *Breviario* y en los sermones sueltos que se me vienen á las manos, ó en los sermonarios de que uso. Yo no sé que haya visto, ni aun por el pergamino, los sermones de Santo Tomas de Villanueva. Por lo que toca á los de Fray Luis de Granada, lléveme el diablo si en mi vida he leído ni siquiera un renglon, y solo de Vieyra he leído algunos sermones, porque me gustan mucho sus agudezas. Siendo esto así, te pregunto ahora: ¿Parécete en Dios y en tu conciencia que predico yo decentemente? ¿Qué llama decentemente? replicó con viveza Fray Gerundio; yo en

mi vida he oído ni espero oír á otro predicador semejante. Luego para predicar bien (concluyó Fray Blas) no es menester nada de eso que te quiso encajar el antaño de Fray Prudencio.

3. El argumento no tiene respuesta, dijo el candidísimo Fray Gerundio, y así desde ahora le doy á vuestra merced palabra de no hacer caso de todo cuanto me diga. Mi guña, mi ayo, mi maestro, y, como dicen, mi padrino de pulpito, ¡ia de ser vuestra merced; sus consejos han de ser mis oráculos, sus lecciones mis preceptos, y no me apartaré un punto de lo que vuestra merced me enseñare. Así pues, ya que la tarde es larga y la ocasión no puede ser mas á pedir de boca, déme vuestra merced algunas reglas claras, breves y perceptibles, de manera que yo las pueda conservar en la memoria para componer bien todo género de sermones; porque, aunque muchas veces hemos hablado, ya de este, ya de aquel punto tocante á la materia; pero nunca le hemos tratado seguidamente, y, como dicen, por principios. Soy contento, respondió el Predicador, y oyeme con atención sin interrumpirme.

4. Primera regla. — Elección de libros. Todo buen predicador ha de tener en la celda, ó á lo ménos en la librería del convento, los libros siguientes: *Biblia*, *Concordancias*, *Polyanthea*, ó el *Theatrum vite humane*, de Beyerlynk; *Teatro de los Dioses*, los *Fastos*, de Másculo, ó el *Kalendario Ethnico*, de Mafejan; la *Mitología*, de Natal Conite; *Auto Gelio*; el *Mundo Simbólico*, de Picinelo; y sobre todo, los poetas Virgilio, Ovidio, Marcial, Catulo, y Horacio; de sermonarios no ha menester mas que el *Florilugio Sacro*, cuyo autor ya sabes quién es; porque en ese solo tiene una India.

5. Segunda regla. — Tenga vuestra merced, le interrumpió Fray Gerundio; ¿y no será bueno añadir algun expositor ó santo padre? No seas simple, le respondió fray Blas; para nada son menester. Cuando quieras apoyar algun concepto ó pensamientillo tuyo con autoridad de algun santo padre, di que así lo dijo el águila de los doctores, así la boca de oro, así el panal de Milan, así el oráculo de Seleucia, y pon en boca de San Agustín, de San Juan Crisóstomo, de San Ambrosio ó de San Basilio, lo que te pareciere: lo primero, porque ninguno ha de ir á cotejar la cita; y lo segundo, porque, aunque á los santos padres no los hubiese pasado por el pensamiento decir lo que tú dices, pudo pasarlos. Por lo que toca á los expositores, no hagas caso de ellos, y expon tú la Escritura como te diere la gana ó como te viniere mas á cuento; porque tanta autoridad tienes tú como ellos para interpretarla. Que Cornelio diga esto, que diga lo otro Barrádas, que Maldonado piense así ni que el Abulense discurra asá, ¿á ti qué te importa? Cada cual tiene sus dos deditos de frente como el Señor le ha deparado. Y en fin, porque me hago cargo de que para parecer hombre leído y escriturario es menester citar á muchos expositores, no te quito que los cites cuando te diere la gana, antes te aconsejo que los cites á puñados; pero para citarlos no es necesario leerlos; y haz con ellos lo que te dije que hicieses con los santos padres. Prohíjales lo que quisieres, teniendo gran cuidado de que el latín no salga con solecismos; y por mí la cuenta si te lo conocieren en la cara. Un solo expositor te aconsejo que tengas siempre á la mano: este es el Silveyra; porque es cosa admirable para un apuro; y si se te antojare probar que

la noche es día y que lo blanco es negro, harto será que no encuentres en él con qué apoyarlo.

6. Tercera regla. — El título ó asunto del sermón sea siempre de chiste, ó por lo retumbante, ó por lo cómico, ó por lo facultativo, ó por algun retruécunillo. Pondréte algunos ejemplares para que me entiendas mejor: *Triunfo amoroso*, *Sacro himeneo*, *Epitalamio festivo*, etc., sermón que se predicó á la profesión de cierta religiosa; por señas que en el primer punto la hizo el predicador *ciervo* y en el segundo *leon*, dos animales que se registran en el escudo de su familia. ¡Estos son títulos, estos son asuntos y esta es inventiva! Si en el blason de la señorita hubiera un hipógrifo, ni mas ni ménos le hubiera acomodado el predicador á su profesión religiosa, porque los hombres de ingenio son los verdaderos químicos, que de todo sacan preciosidades. Oye otros tres admirables títulos por términos contrarios: *Parentacion dolorosa*, *oracion fúnebre*, *epicedio triste*, en las exequias de otra religiosa de grande esfera; y aunque el orador no tomó asunto determinado, sino historiar poéticamente la vida de su excelentísima heroína, lo hizo tan conforme á las reglas del arte, que en la frase jumas se apartó de él, en la cadencia apenas le pierde de vista, y tal vez le sigue exactamente hasta en la misma asonancia. Escucha, por Dios, cómo da principio al cuerpo de la oración, y pásmate si no te quieres calificar de tronco: «Adios, celeste coro; adios, lirios seráficos; adios, amadas hijas; adios, cisnes sagrados.» ¿Qué la falta á esta cláusula para ser una perfecta redondilla de romance ordinario, sino haber hecho esdrújulo el último pié del postrer verso, como lo pudo hacer fácilmente el reverendísimo orador, diciendo: «Adios, cisnes extáticos?» En verdad que nada le costaría, como nada le costó la otra perfectísima redondilla de romance que se sigue pocos renglones mas abajo. «Querida esposa, ¿á qué aguardas? Bella mujer, ¿á qué esperas? Sal de esa caduca vida y ven á lograr la eterna.»

7. Bien sé que algunos monos condenan mucho en la prosa esta especie de cadencia, y mucho mas cuando se junta la asonancia, queriendo persuadirnos que tanto disuena el verso en la prosa, como la prosa en el verso. Citan para eso, entre otros muchos, á no sé qué Longino, autor allá del siglo de oro, que trata de pueriles, de insensatos y aun de rudos, á los que usan de este estilo: *Puerile est, imò tardi rudisque ingenii solutam orationem inamoená versús harmoniá contexere*. ¿Pero qué importa que lo diga Longino? ¿Ni qué caso hemos de hacer de un hombre, que acaso sería tercero ó cuarto nieto del que dió la lanzada á Cristo? Fuera de que Longino escribió en griego, y los que le tradujeron en latín y en frances le pudieron haber levantado mil testimonios. Finalmente, lo que á todo el mundo suena bien, ¿por qué ha de ser disonante? Pero vamos prosiguiendo con los títulos y asuntos de sermones.

8. *Mujer, llora y vencerás*, sermón á las lágrimas de la Magdalena. ¿Qué cosa mas divina que haber acertado á representar el amargo llanto de la mujer mas penitente, con el título y aun con los amorosos lances de una de las comedias mas profanas? Estos primorillos no se hicieron para ingenios ramplones y de cuatro suelas. *El Lazarillo de Tórnes*, sermón predicado en la dominica cuarta de cuaresma, llamada comunmente de *Lázaro*, á cierta comunidad religiosa, en el cual apenas

hay travesura, enredo, ratería ni truhanada de aquel famoso pillo, ó idea fingida de un famoso saltador de ligones y mal-cocinados, que no se acomode con inimitable propiedad á la resurreccion de Lázaro, de la que hizo asunto el predicador, dejando el propio de la dominica, y predicando solo del nombre que se daba á aquella semana. *Lo máximo en lo mínimo*; sermón predicado á San Francisco de Paula, sin salir de este oportuno retrucecanillo, que parecia nacido para el intento.

9. *El particular in essendo, y universal in praedicando*; sermón famoso al célebre confalon de cierta ciudad, que es el *lydius lapis* de los predicadores de rumbo, y los sermones suelen ser unas bellas corridas de toros, ingeniosamente representadas desde el púlpito, sacando á plaza todos cuantos toros, novillos, bueyes y vacas pacen en los campos de las letras sagradas y profanas, y convirtiéndose el estandarte ó bandera del confalon en banderilla, que comunemente clava el auditorio al predicador, «porque no ha dado en el chiste.» En fin, porque ya me voy dilatando demasiado en esta regla, si quieres tú dar en el chiste de los asuntos, no tienes mas que imitar los del celeberrimo *Florologio sacro*, que debe ser tu pauta para todo. Allí encontrarás los siguientes: *Gozo del padecer en el padecer del gozar*, á los dolores gozosos de la Virgen; *Real estado de la razon contra la quimérica razon de estado*, viérnes de enemigos; *Luz de las tinieblas en las tinieblas de la luz*, al Santísimo Sacramento; *Dicha de la desgracia en la desgracia de la dicha*, al entierro de los huesos de los difuntos; y así de casi todos los asuntos de aquel nunca bastantemente alabado ingenio, y verdaderamente monstruo de predicadores. Si algun hombre de genio melancólico, indigesto y cetrino quisiere persuadirte, como muchos han intentado persuadirmelo á mí, que esta especie de asuntos ó de títulos, sobre no tener sal, gracia, agudeza ni rastro de verdadera ingeniosidad, son pueriles, alocados, y muy ajenos de la seriedad, gravedad y majestad con que se deben tratar todas las materias en el púlpito, nunca te metas á disputar con ellos; déjalos que abunden en su opinion, hazlos una grande cortesía y sigue tú la tuya. Porque, aun dado caso que ellos tengan razon, los que la conocen son cuatro; y los que se pagan mucho de estos sonsonetes, epítetos cómicos, autítesis y bocanadas, son cuatrocientos mil.

10. Cuarta regla.—Sea siempre el estilo crespó, hinchado, herizado de latin ó de griego, altisonante, y si pudiese ser, cadencioso. Huye cuanto pudieres de voces vulgares y comunes, aunque sean propias; porque si el predicador habla desde mas alto y en voz alta, es razon que tambien sean altas las expresiones. Insigne modelo tienes en el autor del famoso *Florologio*, y solo con estudiar bien sus frases, harás un estilo que aturulle y atolondre á tus auditorios. Al silencio llámale *taciturnidades del labio*; al alabar, *panegirizar*; al ver, *atingencia visual de los objetos*: nunca digas *habitacion*, que lo dice cualquier payo; di *habítaculo*, y déjalo por mi cuenta; *existir* es vulgaridad; *existencial naturaleza* es cosa grande. Que la culpa original se deriva por el pecado, á cada paso lo oímos; «pero que se traduce por el fomes del pecado,» si no fuere mas sonoro, á lo ménos es mas latino y mas oscuro, y acaso no faltará algun tonto que juzgue que el primer pecado se

cometió en hebreo, y que un eseritor ó literato llamado *Fómes* le tradujo en castellano. Algun escrupulillo tengo de que la proposicion (salvo la hermosura de la frase) es disparatada, porque la culpa no se deriva ó no se traduce por el pecado, sino por la naturaleza que quedó infecta con él; pero al fin, la verdad de esto quedese en su lugar; porque como soy poco teólogo, no me quiero meter en lo que no entiendo.

11. Guárdate bien de decir nunca la *vara de Aaron*, porque juzgarán que es la vara de algun alcalde de aldea; en diciendo la *aaronítica vara*, se concibe una vara de las Indias, y se eleva la imaginacion. *Cecuciente naturaleza* es claro que suena mejor que naturaleza corta de vista, porque esta última expresion parece que está pidiendo de limosna unos anteojos de vista cansada. Sobre todo, «ígnitas aras del deseo,» por deseo ardiente y encendido, es locucion que embelesa. Basten estos verbi-gracias para que sepas las frases que has de estudiar, ó á lo ménos imitar, en el *Florologio sacro*, y con esto solo harás un estilo cultísimo por el camino mas fácil. Para que comprendas mejor qué cosa tan bella es esta, oye una cláusula en el mismo estilo, formada casi solamente de los propios términos: «Cuando la cecuciente naturaleza, superando los ignitos singultos del deseo, erumpe del materno habitáculo y presenta su existencial sér á las atingencias visuales, aunque con la lave original traducida por el fomes, los circunstancias se erigen, cual aaronítica vara, ansiosos de conspiciarla.» Dígate de verdad, que un sermón en este estilo no hay oro en el mundo para pagarle.

12. Hay otro estilo tambien muy elevado, aunque por diferente rumbo, el cual no consiste en frases peregrinas ó latinizadas, sino en una junta y armoniosa mezcla de voces que siendo, cada una de por sí natural, llana y sencilla, las da la colocacion no sé qué aire primoroso que hechiza, suspende y arrebatá. Esto mejor se explica con ejemplos: supongamos que me hubiesen encargado un sermón de honras, y que para explicar mi dolor por la muerte de la persona á quien se dedicaba la oracion fúnebre, diese principio á ella de esta manera: «¡Ay de mí! No sé qué siento en el alma; parece que esta se me arranca ó forceja por salirse del cuerpo. El corazon quiere seguirla, la garganta se me aínda, la voz no acierta con los labios. A no suplir un precepto la falta del espíritu, no sería posible hablar. Los suspiros se atropellan en la boca, y al salir de tropel, mezclándose con las lágrimas, turban la vista, sin dejarla percibir mas que objetos melancólicos y tristes.» ¿No te parece que sería esta una grandísima frialdad, y que á lo ménos cualquiera simple vejezuela entenderia lo que queria decir? Pues oye cómo explicó este mismo concepto un venerable varón en el exordio de aquella *Parentacion dolorosa, oracion fúnebre y epicedio triste* de que te hablé en la segunda regla.

13. «¡Ay de mí! ¡Qué pavor recibe el alma! Qué desmayo el corazon asusta! El alma, fugitiva de sí misma, aun de sí misma no acierta á dar noticia; el corazon, saliéndose del pecho, apenas late, porque á penas de esa tumba solo pulsa; anudada la garganta, es áspero cordel el mismo aliento; desmayada la voz, halla un cañiño que las ausencias supla del espíritu, porque se ve animada de un precepto; árbitro este del balbuciente labio, confundiendo los atropellados suspiros del pecho

con la copiosa lluvia de los ojos, solo libres para atormentarse con tristezas.» ¿Qué te parece? ¿No es este un encanto? ¿Y qué importará que el ilustrísimo Señor Valero, en aquella su célebre carta pastoral (que no sé, cierto, por qué la han alabado tanto los hombres mas doctos de la monarquía) haga una sangrienta sátira contra el estilo elevado en los sermones, especialmente cuando le usan unos hombres que por su profesion austera y penitente, y por su traje de mortificación, menosprecio del mundo, mortaja y desengaño, parecia que ni en el púlpito ni fuera de él habian de abrir la boca sino para pronunciar huesos, calaveras, juicio final y fuego eterno? No me acuerdo de sus palabras formales; pero bien sé que son muy semejantes á estas.

14. «¿Qué es ver subir al púlpito á un predicador, amortajado mas que vestido, con un estrecho saco ceñido de una sogá, de que hasta el mismo tacto huye ó se retrae, calado un largo capucho piramidal hasta los ojos, con una prolongada barba salpicada de canas cenicientas, el semblante medio sorbido de aquel penitente bosque, y lo demas pálido, macilento y extenuado al rigor de los ayunos y de las vigiliás, los ojos hundidos hácia las concavidades del cerebro, como retirándose ellos mismos de los objetos profanos, y gritando mudamente: «Apartadnos, Señor, de la vanidad del mundo!» Qué es ver, digo, á este animado esqueleto en la elevación de un púlpito, asustando con sola su vista aun á los que no son medrosos, proponer el tema del sermon con majestad, arremangar el desnudo brazo, mostrar una denegrida piel sobre el duro hueso hasta el mismo codo, y dar principio al sermon de esta ó de semejante manera!

15. «Bizarro propugnáculo de España, célebre colonia latina, idea de cónsules clarísimos y gloria de los pueblos arevacos, ¿qué es esto?... Qué es esto, bella emulación del orbe, jurada reina de los carpentanos montes, en cuya ilustre falda, si la vista de dos profundos valles te ciñe, al murmúreo de Eresma y de clamores te acompaña?... Qué es esto, arco de paz peregrina, donde los ciento y cincuenta y nueve de tu puente son trofeos gloriosos del que ostenta Millán en este día por real florido iris de su cielo? *Et reliqua.*»

16. «¿No quedaria escandalizado el auditorio (prosigue la sustancia de dicho melancólico prelado) al oír aquel viviente cadáver prorumpir en unas voces tan pomposas, tan hinchadas, tan floridas; y cuando esperaban escuchar de unos labios emboscados en la espesura de aquella penitente barba, ó desengaños que los aterrassen ó inflamados afectos que los encendiesen, hallarse con una relacion crespa, sonora, retumbante, la mitad en prosa y la mitad en verso, que no pareciera mal en unas tablas? Si saliese al teatro un comediante con su peluca blondá y empolvada, sombrero fino de plumaje, y por cucarda un lazo de diamantes, chupa de riquísima tela, casaca correspondiente á la chupa, medias bordadas de oro, zapatos á la gran moda, con dos lazos de brillantes por hebillas, espadín de puño de oro, baston del mismo puño, camisola y vueltas de París, bordadas con exquisito primor; y él de estatura heróica, de semblante grato y señorial, de talle airoso, de bizarra planta, de noble y desembarazado despejo; y puesto en medio del tablado, componiéndose las vueltas, dando dos golpecillos halagüeños hácia las caídas

del peluquín ó de la peluca, proporcionando la postura, hecha una airosa cortesía al silencioso concurso, y calado garbosamente el sombrero, rompiese en esta relacion:

Ahora, Señor, ahora,
Que la inexorable Parca
Quiere aplicar á mi vida
Los filos de su guadaña:
Ahora, ahora, Señor,
Que postrado en esta cama,
Me siento tal, que no sé
Si he de llegar á mañana.

¿Habria bastantes silbos para él en la mosquetería? ¿No agotaria todas las peras, manzanas y tronchos de la cazuela? ¿El alcalde de corte que fuese seamanero, no daria pronta providencia para que le llevasen á aquel pobre hombre á la casa de la Misericordia? Sí, pues á mal dar, tan loco es un capuchino que representa en el púlpito, como un comediante que hace mision en el teatro. Y lo mismo se debe entender de cualquiera predicador, sea de la profesion que se fuere, pues el haber puesto el ejemplar en un capuchino, es por la especial disonancia que hace esta hojarasca y vana frondosidad en aquel traje.» Hasta aquí la sustancia de dicho ilustrísimo; pero ¿qué sustancia tiene todo esto? El maligno cotejo que hace entre el predicador y el comediante no viene al caso, por mas que parezca convincente; porque si en las tablas se representan vidas de santos y autos sacramentales en verso, ¿por qué no se podrán predicar en los púlpitos relaciones y jácaras en prosa? ¿Que me respondan, que me respondan á esta retorsioncilla!

17. Otro estilo hay que, sin ser elevado en la expresion, es de gran gusto en el sononete, y son pocos los auditorios que no se alampán por él. Este es el cadencioso, diga Longino lo que quisiere, y digan lo que se les antojare todos los descendientes por linea recta de los sayones que dieron muerte al Salvador. El estilo cadencioso es de dos maneras: una, cuando la cadencia es de verso, ya lírico, ya heróico; otra, cuando consiste en cierta correspondencia que tiene la segunda parte de la cláusula con la primera, como si la primera acaba en *onte*, que la segunda concluya en *unte*; si la caída de una es en *irles*, la de la otra sea precisamente en *arles*; si aquella termina en *Tamborlan*, esta termine en *Matusalen*. Los ejemplos te pondrán esto mejor delante de los ojos.

18. Cadencia de verso lírico.—Fuera del divino ejemplar que ya te puse en el famoso sermon intitulado: *Parentacion dolorosa, oracion fúnebre, epicedio triste*; oye otro sacado de cierto sermon que se predicó con extraordinario aplauso en una catedral donde hervian los hombres doctos como los garbanzos en olla de potaje, y todo él fué por el mismo estilo sin perder siquiera pié ni sílaba. «Asustada mi ignorancia... confuso mi encojimiento... ni sé si atribuya á dicha... ni sé si desgracia sea... la que busco en mi eleccion... para tanto desempeño... mil asuntos al sonrojo... mil materiales al susto... pues si balbuciente el labio... se esfuerza á articular voces... es seguro el desacierto: *Dat, lingua nesciente, sonos.* Y si abismado en mí mismo... á impulsos de conocerme... busco en el silencio asilo... ó es silencio irreverente... ó es sospechoso el silencio: *Silentium mihi ignaviae tribuisti.* Pero entré estos dos escollos...

tenga paciencia el Scila... y toléreme el Caribdis... que por no estrellarme ingrato... en peñas de desatento... escojo naufragar triste... contra rocas de ignorante.» Y así va prosiguiendo sin perderle pizca hasta el mismo *quàm mihi*. No te puedo ponderar cuánto se celebró este sermón : en el mismo templo resonaron mil vítores y vivas, y después hasta las mismas damas compusieron décimas en elogio del predicador. Por merecer esta dicha y por lograr esta gloria, ¿no se pueden llevar en paciencia todas las lanzadas de ese Longino ó Longinos de mis pecados, que tan mal está con este bellissimo estilo?

19. Cadencia de verso heroico. — Un sermón al glorioso San Ignacio de Loyola comienza de esta manera : « Al Marte mas sagrado de Cantabria... al que en las venas del nativo suelo... para morrion, espada, peto y cota... forma encontró y materia inaccesible... A la bomba, al cañon, al rayo ardiente... al que nació soldado; mal me explico... al que nació Alejandro de la gracia... y desde que dejó el materno albergue... con una compañía y con su brazo... aspiró á conquistar á todo el mundo... juzgando (y no tan mal) que le sobra... la mitad de la tropa y mucho aliento... Al grande Ignacio, digo, de Loyola... reverentes consagran estos cultos... émulos de su fuego sus paisanos, etc.» Asegúrame uno que se halló presente cuando se predicó este gran sermón, que, no obstante de ser inmenso el auditorio, no se oyó en todo él ni siquiera un estornudo : tanta era la suspension de los ánimos y el embeleso con que todos le escuchaban. ¿Pues qué caso hemos de hacer de cuatro carcezuelos que, porque ellos tengan ya el gusto destituido del calor natural, nos vengán á jerohear la paciencia y á decirnos que este estilo y modo de predicar no es de oradores, sino de orates?

20. Finalmente, hay cadencia que sin ser de verso lírico ni heroico, es de correspondencia de períodos, y no hay duda sino que es una belleza. Admirable ejemplo en un sermón predicado con sobrepelliz y bonete á la canonización de San Pio V. Su principio era este : «Ya, ya sé á quiénes intima fatales *sobresaltos* el eco de estos sonoros universales *cultos*. Ya, ya sé que el apoteosis del máximo pontífice Pio V, inquieta, alborota, turba sus erizadas olas al *Lepanto*. Ya, ya sé que el eco del sonoro clarín del *Vaticano* desmaya, estremece, atemoriza el orgulloso corazón del *agareno*.» Y así va prosiguiendo, sin que en todo el sermón (que no es corto) se encuentre media docena de cláusulas que no medien y no terminen en este airoso sononete. Dime, amigo Fray Gerundio, ¿no te embelesan estos diferentes géneros de estilo? ¿No te hechizan? ¿Y no es menester que tengan unos oídos con todo el órgano al revés aquellos á quienes disuenan? Ibale á responder Fray Gerundio á tiempo que llegó á ellos, corriendo y exhalando, un mozo de la granja, diciendo que el Padre Maestro los llamaba, porque el Arcipreste había hecho su visita, acabado su consulta y se había vuelto á su casa.

21. No es ponderable cuánto sintieron uno y otro que se les interrumpiese la conversacion, porque había tela cortada para muchas horas; pero, no pudiendo excusarse de acudir al llamamiento de nuestro padre, tuvieron que volverse á la casa, dejando dentellones de la obra para proseguirla en mejor ocasion. No obstante, por el camino, en que no aceleraron mucho el paso, Fray Blas volvió á repetir brevemente las mismas lecciones á su

discípulo para que se le imprimiesen mas en la memoria, y añadió que todavía tenía que darle otras reglas muy importantes acerca de las partes mas esenciales do que se compone un sermón, como «de las entradillas ó de los arranques de las circunstancias en la salutacion», que, diga nuestro padre, ni un capítulo entero de padres nuestros, lo que se le antojare, son la cosa mas necesaria, la mas oportuna, la mas ingeniosa y la que mas acredita á un predicador; «del elogio de los otros predicadores», en funciones de octava ó fiestas de canonización, cuando han precedido ó se han de subseguir otros sermones; «del modo de disponer y de guisar estos elogios; de la clave para encontrar en la Sagrada Escritura y en las letras profanas el nombre ó el oficio de los mayordomos, y muchas veces todo junto; del uso de la mitología, de las fábulas, de los emblemas y de los poetas antiguos», cosa que ameniza infinitamente una oracion; «de los asuntos figurados ó metafóricos», tomándolos ya de los planetas, ya de los metales, ya de las plantas, ya de los brutos, ya de los peces, ya de las aves : como, verbi-gracia, llamar á Cristo en el Sacramento «el sol sin ocaso», ó el sol que nunca se pone; á San Juan Crisóstomo «el Potosí de la Iglesia», aludiendo á las minas del Potosí, y á que Crisóstomo quiera decir «boca de oro»; á Santo Domingo «la canícula en su tiempo», con alusion al perro que le figuró en el seno materno, y á que la fiesta del Santo se celebra en la canícula; á Santa Rosa de Lima «la rosa de la pasion»; á San Francisco Javier «el helotropio sagrado ó el divino girasol», porque signió con sus pasos al planeta que dicen sigue esta planta con su vista; y así de los demas.

22. Estas y otras mil cosas tenía que decirte; pero lo que se dilata no se quita, y los mismos sermones que vayas predicando me irán dando oportunidad para decírtelas. Lo que ahora te encargo es, que no hagas caso de las maximitas de nuestro padre maestro Fray Prudencio, ni de las de otros de su calaña; porque estos hombres tienen tan arrugado el gusto como la piel, y solamente les agradan aquellos sermones que se parecen á los de los teatinos, inferno por delante y Cristo en mano. Dióle palabra Fray Gerundio de que no se apartaría un punto de sus consejos, de sus principios y de sus máximas; y con esto entraron en la granja, donde pasó lo que dirá el capítulo siguiente.

CAPITULO III.

Lee el maestro Prudencio el sermón de Santa Orosia; da con esta ocasion admirables instrucciones á Fray Gerundio; pero se rompe inútilmente la cabeza.

No era tan temprano cuando los dos volvieron á la granja, que no hallasen al maestro Prudencio con el velon encendido, montados los anteojos en la punta de la nariz, con el sermón de Santa Orosia delante de sí, un polvo en una mano, reclinada la cabeza sobre la otra, la caja abierta encima de la mesa, y el gesto un si es no es avinagrado. Y fué así, que como el predicador Fray Blas le había dicho que llevaba el sermón de Santa Orosia en las alforjas y se le había ofrecido él, luego que montó el Arcipreste y apenas acabó de rezar maitines y laudes para el dia siguiente, cuando con la licencia de anciano y con la autoridad de padre maestro, registró las alforjas, dió con el tal sermón á poco escrutinio y se puso á leerle; pero á la primera cláusula fué tal el enfado que

le causó, que á no haberle contenido su genio blando y apacible, le hubiera hecho pedazos.

2. Apenas avistó en la sala á los dos paseantes, cuando encarcando con Fray Blas, le dijo, no sin alguna coherencia: Dígame, padre predicador, ¿y es posible que me alabase tanto este sermón de Santa Orosia? Ya por su misma relación sospechaba yo lo que sería: ya me daba el corazón que no había de encontrar en él mas que necedades y disparates; pero confieso que nunca creí encontrar tantos. Yo no sé por qué motivo no le predicó el orador; solo sé que si yo hubiera de dar licencia para predicarle, tarde le predicaría. Padre Maestro, respondió el predicador entre entonado y desdenoso, alabé ese sermón y vuelvo á alabarle, y digo que son pocos todos mis elogios para los que él merece. Pues dígame, pecador de mí, le replicó el maestro Prudencio, ¿no basta la primera cláusula para calificar al autor de un pobre botarate? «Señores, ¿estamos en Jaca ó en la gloria?» Todo el chiste de esta pueril y ridícula entradilla consiste en que es muy parecida á aquella vulgaridad de chimenea y bodega: «Señores, ¿estamos aquí ó en Janja?» Miren por Dios, ¡qué arranque tan oportuno para dar principio á una oración sagrada, y en un teatro tan serio! Vamos adelante. «Pero ¿quién duda estamos en la gloria estando en Jaca? Porque si el sitio de la gloria es el cielo, hoy es un cielo este sitio.» ¿Puede haber retruécanillos mas insulsos ni paloteado de voces mas insustancial?

3. ¿Y cómo probará que la iglesia de Jaca se equivoca con el cielo? Valiéndose de un embrollo de embrollos sin atar ni desatar, y confundiendo el cielo material con la gloria, como á él le parece que le viene mas á cuento. Dice que es un cielo aquella iglesia, lo primero porque la gloria se llama Iglesia triunfante, y es iglesia triunfante la de Jaca, porque en el sitio que ocupa se ganó una victoria contra los moros, y desde entonces se llamó «el campo de la victoria». Por esta cuenta tambien la famosa mezquita de Damasco se podría llamar mezquita triunfante, pues en ella ganaron los moros una victoria contra los cristianos. ¡Despropósito ridiculo, y extravagante acepción de la Iglesia triunfante! Que no se llama así porque hubiese sido campo de batalla ni de victoria de los santos que la componen, sino porque triunfan allí de lo que pelearon acá. Y no ha dejado de caerme muy en gracia que para probar la trivialísima vulgaridad de que el cielo se llama «Iglesia triunfante», embarra la márgen con una proliza cita de Silveyra, notando el tomo, el libro, el capítulo, la esposición y el número; muy parecido al otro tontarrón de predicador que decía: «*Humillitas* llamó profundamente mi padre San Bernardo á la humildad, como lo puede notar el curioso en sus libros de Consideración al papa Eugenio.»

4. La segunda prueba de que la iglesia de Jaca es un cielo, es porque el sol es presidente del cielo, al sol le llaman *mitra* los persas, el domicilio del sol es el signo de Leon, y el señor obispo de Jaca tiene mitra y un leon por escudo de armas. Por esta regla mas cielos hay de tejas abajo que de tejas arriba, porque de tejas arriba solo se cuentan once, y acá podremos contar mas de once mil, siendo cosa averiguada que todas las iglesias catedrales tienen obispo, todos los obispos tienen mitra; y si el persa llama mitra al sol, tenemos acá abajo tantos soles como obispos y tantos cielos como iglesias catedrales.

Vamos claros; que la prueba es ingeniosa, sutil y terminante. Y ¡qué nos querrá decir el padre doctor predicador en que «el signo de Leon es el domicilio del sol!» Si quiere decir que aquella es su casa propia ó alquilada donde vive de asiento, que eso significa *domicilio*, es un despropósito de que se reirá cualquiera ventero que tenga en el portal de la venta junto al papel de la tasa un miserable almanac. Si le llama «domicilio del sol», porque este brillante postillon del cielo en su jornada anual hace mansion por algunos dias en la venta ó en la casa imaginaria de este signo para dar cebada de luz á sus caballos, tan domicilio del sol es el signo de Cabra, como el signo de Leon; y cualquiera de los otros once signos donde descansa este planeta, tiene el mismo derecho para llamarse su domicilio.

5. Tercera prueba. La iglesia de Jaca es el cielo, porque el cielo se llama *tiara*, y Cartario dice que tiene dos puertas con dos llaves: las armas de la catedral de Jaca son dos llaves y una tiara; pues aquí ¿qué tenemos que hacer para declararla por cielo con autoridad de Cartario? ¡Pobre monigote! Todas las iglesias que no tienen escudo de armas particular, usan el de la iglesia de Roma, que es una tiara con dos llaves, en significacion de su jurisdiccion ó potestad espiritual y temporal, y para significar dichas iglesias particulares que no tienen otro patrono que al Pontífice, y que son de la comunión católica, apostólica, romana. Pues hétele que por esta razon tanto derecho tiene á ser cielo la mas pobre iglesia rural como la catedral de Jaca; y queda muy lucido el padre doctor con su impertinente cita de Cartario. Pero donde está mas donoso es en las otras tres razones de congruencia que añade para que la iglesia de Jaca tenga las mismas armas que la de San Pedro en Roma, cabeza de todas las iglesias. Dice que esto será, «ó porque ni la cabeza del orbe, Roma, puede gloriarse de mayor nobleza que la insigne catedral de Jaca (hicieron bien en no dejarle predicar este sermón; porque tengo por cierto que solo por esta proposición aquel ilustre y cuerdo cabildo le hubiera echado el órgano, los perros y aun los perros), ó porque parece debía estar la cabeza de la Iglesia en Jaca, á no haberla colocado San Pedro en Roma (ya escampa, y llovian necedades), ó porque el cielo, hermosa república de tanto brillante záfiro, es solo condigna imagen de cabildo tan respetoso.» (Y suponiendo que su Cartario habla del cielo formal, que es la gloria, porque de esta dice que «tiene dos puertas con dos llaves», afirmar que la gloria solo «es condigna imagen de la iglesia de Jaca», ¿no merece una coraza y una penca, ó á lo ménos ménos, un birrete colorado?)

6. Déjolo; que no tengo ya paciencia para leer tanta sarta de despropósitos. ¡Y este sermón se imprimió! ¡Y en su elogio se computieron décimas, octavas y sonetos! ¡Y el buen cura de Jaquetilla ó de Jacarilla se le presenta por modelo á los predicadores de Santa Orosia! ¡Y el padre predicador alaba tanto este sermón! Lo dicho dicho, Padre Maestro, respondió el predicador; le alabo y le alabaré; porque si todos los sermones se hubieran de examinar con esa prolijidad, y si en ellos se hubiera de reparar en esas menudencias, allá iba á rodar toda la gala y toda la valentía del púlpito. ¡Qué gala ni qué valentía de mis pecados! exclamó el maestro Prudencio. ¡Es gala el decir tantos disparates como pala-

bras? Es valentía el pronunciar á cada paso herejías, blasfemias ó necesidades? Y dígame, padre Fray Blas, ¿qué tiene que hacer nada de esto con las heroicas virtudes de Santa Orosia, con el poder de su patrocinio ni con la imitacion de sus ejemplos, que son los tres únicos fines que puede y debe proponerse en su pauegórico un sagrado orador? ¿Qué conducirá para la grandeza de la Santa, que el sol entre por el mes de junio en el signo de Cáncer, ni que este signo se componga de nueve estrellas, las cuales, en sentir de nuestro reverendísimo orador, representan los nueve senadores ó los nueve regidores que constituyen el ayuntamiento de aquella ilustrísima ciudad? ¿Y qué sabemos si esta se dará por ofendida de que para su elogio hubiese buscado un símbolo encanecido, que cierto la hace poquísima merced? ¿Y qué tendrá que ver el martirio de Santa Orosia con que en las estrellas haya machos y hembras, disparate de á quintal, de que debiera reirse el Padre Maestro, aunque le leyera en todos los libros de la biblioteca bizantina, cuanto mas en las tautologías de Villarroel, y no traerle á colacion en el púlpito, para que el auditorio imaginase que las estrellas procreaban y se propagaban por via de generacion?

7. Padre Maestro, replicó el predicador Fray Blas, hágase vuestra paternidad cargo de que todo eso se dice en la salutacion, la cual se destina únicamente para tocar las circunstancias, y no tiene conexión con el cuerpo del sermon, que es donde corresponde el elogio del santo ó de la santa. Téngase, padre predicador, repuso con alguna viveza el maestro Prudencio; eso es decir que la cabeza no ha de tener conexión con el cuerpo; que el principio no la ha de tener con el medio ni con el fin, y que el cimiento ha de ir por un lado y el edificio por otro. La salutacion ¿es parte del sermon ó no lo es? Si no lo es, ¿para qué se gasta el tiempo en ella? Si lo es, ¿por qué no ha de tener conexión, orden y trabazon con todo lo demas? ¿Y en dónde ha leído el padre predicador que la salutacion ó el exordio de los sermones se hizo para lisonjear á los cabildos, para disparatar á costa de los mayordomos, para engaitar á los auditores, para pasearse por los retablos, para correr toros y novillos, para tocar el son á las danzas, y para otras mil necesidades ó impertinencias como estas, de que se ven atestadas las mas de las salutaciones?

8. Yo no sé, Padre Maestro, si lo he leído ó no lo he leído, respondió el satisfechísimo Fray Blas; solo sé que lo que se usa no se excusa; que ese es el estilo general de España, y que á los oradores se nos encarga estar al uso, segun aquella reglecita que saben hasta los niños: *Orator patriae doctum ne spreverit usum*. Bien se conoce, replicó el Maestro, que el padre predicador entiende todas las cosas no mas que por el sonido, y de esa manera no es de admirar que forme tan extrañas ideas de ellas. Lo primero, esa regla no se hizo para los que llamamos oradores ó predicadores, sino para aquellos que hablan ó pronuncian el latin en prosa, la cual se llama *Oracion*, para distinguirla del verso. A estos se les previene que cuando encontraren algun acento que en verso no tiene cantidad fija ó determinada de breve ó larga, sino que mas veces se pronuncia larga y otras breve, en prosa le pronuncien siempre como acostumbran los inteligentes y eruditos de su país, y que no presumen hacerse singulares despreciando esa costumbre.

Lo segundo, aunque la regla hablara con los que llamamos oradores, que son los predicadores, tampoco favorecería su intento; porque no dice ó encarga que el predicador siga y no desprecie cualquiera uso, sino el uso docto, *doctum ne spreverit usum*; esto es, el arreglado, el puesto en razon, el que acostumbran los hombres universalmente reputados por doctos y por inteligentes en la facultad. Este es el que propiamente se llama uso; que los demas son abusos y corruptelas. Pues ahora señáleme un solo orador de España, de estos que la gente cuerda tiene por verdaderos oradores y no por orates; de estos que no los buscan para títeres de los púlpitos y para dominguillos de las festividades; de estos que logran y merecen general reputacion de hombres sabios, cultos, bien instruidos y circunspectos: señáleme, vuelvo á decir, uno solo de estos; que siga ese mal uso, que no le desprecie, que no le abomine, que no se compadezca de los que le practican y le aplauden, ó que no haga burla de los unos y de los otros, y despues hablaremos.

9. Por el contrario, yo estoy pronto á mostrarle muchos sermones impresos y manuscritos de insignes oradores modernos de nuestra España, que, habiendo predicado las mismas festividades y con las mismas llamadas circunstancias sobre las cuales bobearon y desbarbaron sin tino otros predicadores que los precedieron, ellos, ó las despreciaron todas con generosidad, sin tomarlas siquiera en boca, ó si las tocaron, fué con un aire de burla y de desprecio, que hizo visible y aun risible á todo el auditorio la ridiculez de esta costumbre. Algunos sermones de estos tengo en la celda; pero por casualidad traje conmigo uno cuya salutacion le he de leer, que quiera que no quiera, y aquí le tengo debajo del atril, porque estaba en ánimo de leersele á Fray Gerundio. El padre predicador debe oirla con particular cariño, por lo que se toca en ella de su santo San Blas, de quien se hace tambien particular circunstancia. Es la salutacion de un sermon que se predicó á la Purificacion de nuestra Señora en el día de San Blas y en la iglesia de los niños de la Doctrina de Valladolid, cuya ciudad es su patrona, juntamente con la real congregacion de la Misericordia. Todas estas teclas dicen que se han de tocar, y el predicador de quien voy hablando todas las tocó; pero de una manera que debia llenar de provechosa vergüenza á todos los que las tañen. Despues de hacer reflexion á que en el misterio de la purificacion la Virgen hizo á Dios dos grandes sacrificios: el primero, el de la reputacion ó concepto de su virginidad, pues se purificó, como si necesitara de purificarse; el segundo, el de su unigénito Hijo, pues se le ofreció aquel día al eterno Padre, con pleno conocimiento de todo aquello para que se le ofrecia; y despues de reflexionar con juicio, con solidez y con piedad que en estos dos grandes sacrificios padeció cuanto podia padecer como virgen y como madre, concluyó que de cualquiera manera que se considerase el misterio, se debia convenir en que el misterio de la purificacion de la Virgen era el misterio de su dolorosa pasion. Y propuesto este devotísimo asunto, prosiguió de esta manera:

10. «Pues ahora hablemos sin preocupacion y discurramos con serenidad. ¿Será bien parecido que en un sermon tan serio como el de la pasion de la Virgen me deje yo llevar de la pasion de la vanidad, acomodándome

con una vergonzosísima costumbre que ha introducido la total ignorancia de lo que es elocuencia verdadera? ¿Será bien que, por no parecer ménos que otros, haga traición á mi sagrado ministerio, pierda el respeto á ese gran Dios Sacramentado, en cuya presencia estoy, profane la cátedra del Espíritu Santo, y prácticamente me burle de un auditorio tan numeroso, tan grave, tan piadoso, tan docto, tan acreedor á todo mi respeto y á toda mi veneración? ¿Y no haría yo todo esto si practicase lo que altamente abomino, lo que abominan todas las demas naciones del mundo, y lo que no cesan de llorar con lágrimas de sangre cuantos hombres de verdadero juicio y de verdadera crítica hay en la nuestra?

11. »Llamado y traído aquí por la real, por la gravísima, por la piadosísima congregación ó cofradía de la Misericordia, para predicar del tierno, del doloroso, del instructivo misterio de la purificación de la Virgen un sermón digno de un orador cristiano, ¿no haría yo todo lo dicho, si en el sermón ó en el exordio me entretuviese puerilmente en hacer asunto de la misma cofradía y del título que da razón de su misericordioso instituto? ¿Si levantara figura sobre la accidentalísima circunstancia de que la fiesta no se celebre en el día propio, sino en el siguiente, dedicado á San Blas, obispo de Sebaste, y de que se celebre en una basilica consagrada tambien al mismo Santo prelado y mártir? Si finalmente hiciese misterio de la educación de esos niños de la Doctrina que están en primer lugar al amparo de la Virgen y de San Blas, y después bajo la caritativa protección de esta noble y leal ciudad y de esta real cofradía, ¿no me diréis qué conexión tienen con la purificación de la Virgen unas circunstancias tan distantes del misterio y tan fuera del asunto? ¿Puede haber texto en la Sagrada Escritura que las ate ni las comprenda, sino que sea desatando de su lugar al mismo texto, arrastrándole por los cabellos, violentándole y profanándole, contra lo que tan severamente nos tiene prohibido á los predicadores y á todos la santa Iglesia?

12. »Si yo quisiera hacer esto, como regularmente se estila, ¿no sería una cosa muy fácil para mí? Para unir la Purificación con la Misericordia, solo con prevenir que esta fiesta se llamó antiguamente en la iglesia latina, y todavía se llama hoy en la iglesia griega «la fiesta del Encuentro», venía clavado el textecito de: *Misericordia et veritas obviaverunt sibi*: salieron al encuentro la misericordia y la verdad; pero vendría clavado con toda propiedad, esto es, taladrado de parte á parte. Para la circunstancia de celebrarse la fiesta, no en el día propio, sino en el siguiente, no tenía que salir del evangelio del día. Observaría el modo con que se explica el Evangelista: *Postquam impleti sunt dies*: después que se cumplieron los días de la purificación; notaría con muchas recancanillas que el Evangelista no dice *cundo* se cumplieron, sino *después* que se cumplieron: *Postquam impleti sunt*; y concluiría, muy satisfecho de mi trabajo, que esta proposición no se verifica rigurosamente en el día en que se cumplen, sino en el día después. Y consiguientemente, que el día propio de celebrar esta fiesta es aquel en que la celebra esta real cofradía. Pero esto, ¿qué vendría á ser en conclusión? Querer corregir la plana á la santa Iglesia, y merecer que me quitasen la licencia de predicar.

13. »Para hacer que San Blas hiciese papel en el misterio

de la Purificación, no me sobraria otra cosa que materiales, aunque tales serian ellos. ¿Pues no estaba ahí el santo viejo Simeon, á quien muchos hacen sacerdote, y aun algunos quieren que fuese pontífice? Con hacer á uno figura ó representación del otro, estaba todo ajustado. Si me replicasen que esto no podia ser, porque San Blas es abogado contra las espinas, y Simeon en el mismo misterio clavó á la Virgen una que la penetró hasta el alma y la duró toda la vida, diria, lo primero, que no es lo mismo espina que espada, y que Simeon habló de esta y no de aquella: diria, lo segundo, que hay espinas que atragantan y espinas que vivifican; espinas que se atraviesan y espinas que nos libertan; y para probar estos retruécannilos citaria cien textos de espinas apetecibles, que solo me costaria el trabajo de abrir y trasladar las concordancias, y en vez de salutación ó de exordio, predicaria un erial. Pero si no me pareciese acomodar á San Blas por este camino, á la mano tenia otro. ¿No dice Simeon que habiendo visto al niño Dios, vió al que era la salud de su pueblo: *Quia viderunt oculi mei salutare tuum*? ¿San Blas no fué médico de profesion ántes de ser obispo? Pues con médico, con salud y con pueblo enfermo, ¿qué bulla, qué gira y qué zambra no podria traer?

14. »El patronato de la ciudad y la piadosa protección con que ampara á estos niños desamparados, estaba acomodado con la mayor facilidad del mundo. ¿Tenia mas que recurrir á aquella ciudad santa del Apocalipsi, que es el refugio de los que predicán por asonancia, ó no mas que por el sonsonete, y decir que yo estaba ahora viendo en realidad lo que San Juan no habia visto mas que en figura; porque aquella ciudad no era mas que representación de esta, con la diferencia de que va tanto de la una á la otra, cuanto va de lo vivo á lo pintado? Y para probar este disparate con otro mayor, ¿habia mas que decir que aquella ciudad, en sentir de muchos expositores, representaba á la santa ciudad de Jerusalem, y haciendo memoria de que el niño Jesus se perdió en Jerusalem, y que esos niños de la doctrina se ganan en Valladolid, preguntar en tono enfático y misterioso cuál será ciudad mas santa, aquella en donde hasta el niño Jesus se pierde, ó aquella en donde se ganan los que no son niños Jesus? Ello no sería mas que una pregunta escandalosa, con su saborete de blasfemia; ¿pero faltarian ignorantes que la oyesen con la boca abierta, y que al acabar el sermón exclamasen: *Numquam sic locutus est homo*: ¿este sí que es hombre; esto sí que es predicar: no hay hombre que predique como este!

15. »Valga la verdad, señores: ¿no es este el modo mas comun con que se ajustan estas que se llaman *circunstancias*? ¿Y no es cosa vergonzosa ajustarlas de este modo? ¿Pero por ventura se pueden acomodar de otra manera? ¿Y ha de haber valor, no digo en un orador cristiano, sino en un hombre de juicio, en un sugeto de mediana literatura, para hacerlo, ni en un auditorio cuerdo, capaz, culto y discreto, para aplaudirlo? No lo creo. De mí sé decir que, hecha esta salva de una vez para siempre, encárgueme el sermón que me encargaren, nunca haré el mas leve aprecio de otras circunstancias que de aquellas que tuvieron una proporción natural y sólida, ó con el misterio ó con el asunto. Verbi-gracia: la presencia de Cristo sacramentado, para solemnizar la purificación de su santísima Madre, tiene

una naturalísima correspondencia con el asunto y con el misterio. Con el asunto, porque este se reduce á representar lo que la Virgen padeció en el misterio. Con el misterio, porque una de sus principales partes fué el sacrificio que hizo la Virgen en ofrecer á su Hijo para que padeciese lo que padeció por los hombres; y en esta voluntaria oferta consistió todo lo que en la purificacion padeció la Virgen como madre. Pues ahora, el Sacramento es memoria de la pasion de Cristo: *Recolitur memoria passionis ejus*: la purificacion tambien es recuerdo de ella; con sola esta diferencia, que en el Sacramento se hace memoria de lo que Cristo padeció; en la purificacion, de lo que habia de padecer. La pasion de la Madre en el templo de Jerusalem, no fué otra que la pasion del Hijo en el monte Calvario. ¿Pues qué cosa mas natural ni mas proporcionada que el que esté á la vista el monumento mas sagrado de la pasion del Hijo, en el dia en que se hace memoria de la pasion de la Madre? De esta voy á predicar, implorando la asistencia de la divina gracia. *Ave-Maria.*»

16. Mire ahora el padre predicador si hay en España quien haga justicia, y si falta quien saque la espada de recio contra ese pueril é ignorantísimo uso que me cita. Y ha de saber que esta salutacion fué oida con tanto aplauso del numeroso y escogido auditorio en cuya presencia se predicó, que aun aquellos mismos que por inadvertencia ó por falta de valor estaban comprendidos en lo que ella abominaba y reprendia, salieron tan convencidos de su error, que se decian unos á otros lo que Menage y Balzac, dos célebres escritores franceses, se dijeron mutuamente al acabarse la primera representacion de la famosa comedia de Molière, intitulada *Las Preciosas ridiculas*, en que con inimitable gracia se hizo burla del estilo metafórico y figurado que por entonces se estiliaba en Francia: «Molière (se dijeron el uno al otro) tiene sobrada razon; ha hecho una crítica juiciosa, delicada, justa, y tan convincente, que no tiene respuesta; de aquí adelante, monsieur, es menester que abominemos lo que celebrábamos, y celebremos lo que aborrecíamos.» Con efecto, algunos de los predicadores que oyeron esta salutacion, y que ántes se dejaban llevar de la corriente, avergonzados de sí mismos, despreciaron despues dicha mala costumbre, y comenzaron á predicar con solidez, con piedad y con juicio, sin que por eso se les disminuyese el séquito, ántes conocidamente creció la estimacion y el aplauso.

17. Muy dóciles eran esos reverendos padres, respondió con su poco de airecillo irónico el padre Fray Blas, si es que eran religiosos, ó muy blandos de corazon eran sus mercedes si fuéron seglares. De mí sé decir que no me ha convertido la salutacion: tan en pedernido estoy como todo eso; porque, aunque parece que hacen fuerza sus razones, á mí me hace mayor fuerza la práctica contraria de tantos predicadores insignes como la usan, y sobre todo, el aplauso con que celebran los auditorios el toque y retoque de las circunstancias, enseñando la experiencia que, como estas se toquen bien ó mal, aunque lo restante del sermon vaya por donde se le antojare al predicador, siempre es celebrado; y al contrario, como aquellas no se zarandeen, bien puede el predicador decir divinidades, que el auditorio se queda frio, tiénenle por boto, y le dan la limosna del sermon á regañá-dientes y de mala gana.

18. Ni me diga vuestra paternidad que este es magusto del vulgo y errada opinion de los que nolo entienden. Maestrazos y muy maestrazos están en el mismo dictámen, y no quiero mas prueba que ese mismo sermon de Santa Orosia, que tan en desgracia de vuestra paternidad ha caido. Tres aprobaciones tiene de tres maestros conocidos y bastantemente celebrados, uno dominico, otro jesuita, y el tercero de la misma órden del autor que compuso y no predicó el sermon. Lea vuestra paternidad los encarecidos elogios que le dan todos tres, y los dos primeros específica y nombradamente por el toque de las circunstancias, y dígame despues si es cosa del vulgo, del populacho y de ignorantes el aplaudir que se haga caso de ellas.

19. Mire, padre predicador, repuso el maestro Prudencio con sorna y con cachaza, una pieza me ha movido sobre la cual tendria que hablar algunas horas si fuera ocasion y tiempo, aunque bastantes han hablado ya mucho y bien acerca de ella. Esta es la impropia y extravagantísima costumbre, introducida en España y en Portugal, pero escarnecida generalmente de las demas naciones, de que las censuras de los libros, y aun de los mas miserables folletos, se conviertan en immoderados panegíricos de sus autores, siendo así que al censor solo le toca decir breve y sencillamente si el libro ó el papel contienen ó no contienen algo contra las pragmáticas y leyes reales, ó contra la pureza de la fe y buenas costumbres, segun fuere el tribunal que le comete la inspeccion ó que le despacha la remissiva: digo que no es ahora ocasion ni oportunidad de censurar á los censores, porque se va haciendo tarde y se pasará la cena; solo le digo que en esas mismas aprobaciones que me cita, ó yo soy muy malicioso, ó la del maestro jesuita es muy bellaca; y harto será que, bien entendida, no sea una delicada sátira contra los desaciertos del sermon en todas sus partes. A mí á lo ménos me da no sé qué tufo de que el padrecito tiró á echarse fuera de alabar dicho sermon, y á lo ménos es cierto que por su misma confesion declara repetidas veces que él «nada aprueba ni alaba».

20. Supónese el bellacuelo muy de la familia y muy de la casa ó de la órden del autor, y asiéndose fuertemente del aldabon de *laudet te alienus*, que él construye «alábeta el extraño», dice una vez «que no debe admitir el empleo de arolante»; dice otra, «que cuenta por una de sus mayores dichas el no poder alabar aquel sermon»; dice la tercera, «que él es muy de casa para meterse en alabar»; dice la cuarta, hablando determinadamente de las circunstancias, «que á él no le toca celebrarlo»; dice la quinta, «que los elogios caerán mejor en cualquiera otra boca que en la suya»; y finalmente, dice la sexta, «que aun por lo que toca al buen gusto del caballero que da á la prensa el sermon, será mayor consecuencia, ó á lo ménos no dejará de ser mayor cortesanía, dejar toda la accion de elogiarte á los de fuera: *Laudet te alienus.*» O yo soy un porro y no entiendo palabra de ironías, ó el tal censor es un grandísimo bellaco. Todo su empeño es echar el cuerpo fuera del asunto, huir la dificultad y decir con gracia y con picaresca, que alaben otros lo que él no puede ni debo alabar. Y mas, que he llegado á maliciar (Dios me perdone el juicio temerario) que en aquella taimada construcccion que da al *laudet te alienus*, alábeta el extraño,

por la palabra *extraño* no entiende él precisamente á los que no fueren tan de casa, ó en el efecto, como él se supone, sino que deja en duda si se han de entender los extraños en la facultad, los forasteros en ella; mas claro, los que no entienden palabra. Bien puede ser malicia mia; pero á mí me da el corazon que no me engaño.

21. Pues á mí me da el mio, replicó Fray Blas, que vuestra paternidad se engaña mucho; porque, si ese padre maestro no queria aprobar el sermon, ¿quién le obligaba á hacerlo? ¿Quién le ponía un puñal á los pechos para que lo aprobase? A que se añade que, si el autor se valió con fiadamente de él para que le hiciese esa merced, como regularmente sucede, que las censuras se remiten por los jueces á los que les significan los autores, no es verisímil que le hiciese esa traicion, y que cuando el pobre esperaba un panegírico, se hallase con una sátira. La hombría de bien parece estaba pidiendo que, si no podía acomodar con su conciencia intelectual el aprobarle, se excusase de hacerlo, y no salir despues con esa pata de gallo.

22. Poco á poco, Fray Blas, repuso el padre jubilado; que aunque tu réplica es sin duda especiosa, y tu modo de discurrir, siquiera por esta vez, está fundado, no carece de respuesta, pues no siempre lo mas verisímil es lo mas verdadero. ¿Qué sabemos si al aprobante le pusieron en alguna precision política ó caritativa, á que no pudiese honradamente resistirse? A mí se me figura un caso, que le tengo por muy natural. Es constante que dicho sermon no se predicó, no se sabe por qué, y tambien lo es que por lo mismo que no se predicó, el autor, que era hombre bastantemente condecorado en su religion, y sus parciales hicieron empeño en que habia de imprimirse, como en desquite ó en satisfaccion de aquel desaire. Pues ahora supongamos que el Provincial de dicha religion no fuese muy de la devocion del autor, que fuese estrecho amigo del aprobante, y que se cerrase en que no habia de dar licencia para que el sermon se imprimiese mientras no pasase por la censura de este. Ve aquí un caso muy verisímil, en que el autor ó sus parciales batirian en brecha al pobre jesuita, ponderándole cuánto se interesaba la estimacion, el honor y aun los ascensos de aquel religioso, en que no se negase á hacerles este obsequio. Puesto un hombre de bien y de buen corazon en este estrecho, ¿qué partido habia de tomar? Negarse á la censura, no habia términos para eso; aplaudir el sermon á cara descubierta, no hallaba méritos para ello, ni lo podia componer con su sinceridad; reprobarle, era perder sin recurso al autor en el concepto de su jefe y hacerse del bando de los que le insultaban. ¿Pues qué arbitrio ó qué remedio? No parece se podia escoger otro mas prudente que el que tomó: dar una censura equívoca, que ni aprobase ni desaprobaba el sermon, buscando un especioso pretexto para excusarse de alabarle él, y para remitir á otros toda la accion de alabarle.

23. Bien puede ser eso así, replicó Fray Blas; pero los elogios de los otros dos aprobantes no son equívocos; son muy claros y muy significativos; y en verdad que ni uno ni otro son por allí dos pelaires; ambos son sugetos de tanta forma, que les sobran dictados para asistir á un concilio. No lo niego, respondió el maestro Prudencio; pero ya tengo dicho que de elogios de censores y de poetas se ha de hacer poco caso, por cuanto unos y otros, regu-

larmente hablando, no dicen lo que verdaderamente son las obras que elogian, sino lo que debieran de ser. Si el mérito de estas se hubiera de calificar por las ponderaciones de aquellos, las obrillas mas infelices y mas miserables, las indignas de la luz pública y dignas solamente de una pública hoguera, las que contribuyen mas y con mayor justicia á que abulten mas y se aumenten cada dia los expurgatorios, esas serían las mas excelentes; porque esas puntualmente son las que salen á la calle con mas ruidosas campanillas de aprobaciones, acrósticos, epigramas, décimas y sonetos mendigados, cuando tal vez no los haya fabricado el mismo autor buscando solo amigos para que le presten sus nombres. ¿Y dejan por eso de estar expuestas á las carcajadas y al desprecio de los inteligentes, ni á que el santo tribunal de la Inquisicion se entre por ellas con vara levantada, sin dársele un bledo por la autoridad ni por la turbamulta de los aprobantes?

24. Es cierto que si estos se redujeran precisa y puramente á los estrechos términos de su oficio, que es ser unos meros censores; si desempeñaran como debian la grande confianza que se hace de ellos, no aprobando obra que no examinasen primero con el mayor rigor; si tuviesen la santa sinceridad de exponer todos sus reparos á los tribunales que les cometen las censuras, y se mantuviesen despues con teson en la honrada resolucion de no aprobar la obra hasta que se hubiese dado plena satisfaccion á sus reparos ó se hubiesen corregido los desaciertos; entónces sí que serían de gran peso aun los elogios mas moderados de las aprobaciones. Pero si sabemos cómo se practica comunmente esta farándula; si es notorio que la amistad, la conexon ó la política, son las únicas que por regla general dan la comision á los aprobantes; si ya se ha reducido esto á una pura formalidad y ceremonia, tanto, que si algun ministro celoso, no ménos de la honra de las ciencias que del crédito de la nacion, quiere que esto se lleve por el rigor de la razon y de la ley, se le tiene por ridículo y aun se le trata de impertinente, ¿qué aprecio hemos de hacer de los elogios que leemos en esos disparatados panegíricos llamados censuras por mal nombre?

25. ¡Oh Fray Blas, Fray Blas, y cuántas veces he llorado yo á mis solas este perjudicialísimo desórden de nuestra nacion, que no trasciende ménos á Portugal y apenas es conocido en otras regiones! ¡Y qué fácil se me figuraba á mí el remedio! ¿Sabes cuáles? Que se procediese contra los aprobantes, como se procede contra los contrastes y contra los fiadores. ¿Qué cosa mas justa? Porque el aprobante no es mas que un contraste que examina la calidad y los quilates de la obra que se le remite; es un fiador que sale á la eviccion y saneamiento de todo aquello que aprueba. ¿Declaraste que era oro lo que era alquimia, que era plata lo que era estaño, que era piedra preciosa un pedazo de vidrio baladí? Pues págalo, bribon, y sujétate á la pena que merece tu malicia ó tu ignorancia. Si crees que real y verdaderamente merece esa obra que apruebas los excesivos elogios con que la ensalzas, tácitamente te constituyes por fiador de sus aciertos; si no crees que los merezca, eres un vil adulador y lisonjero. Pues, bellaco, trata de pagar lo que corresponde á la ruindad de tu lisonja ó á la precipitacion de tu fianza.

26. Padre nuestro, replicó Fray Blas, si se estable-

ciera esa ley ninguno se hallaría que quisiese admitir la comision de aprobante ó de censor. Si se hallaría tal, respondió Fray Prudencio, porque en ese caso deberían señalarse censores de oficio en la corte, en las universidades y en las ciudades cabezas de reino ó de provincia, á quienes, y no á otros, se remitiese el exámen de todos los libros que hubiesen de imprimirse, como se practica en casi todas las naciones de Europa, fuera de nuestra península. Estos, claro está que habian de ser unos hombres de autoridad, de respeto, de gran caudal de ciencia, doctrina, erudicion y sana critica; pero sobre todo, de una entereza á toda prueba. Se les habian de señalar pensiones proporcionadas, y se habian de tener presentes su laboriosidad, su integridad y su celo, para premiarlos con los ascensos correspondientes á sus respectivas carreras. Pero si alguno blandease, si fuese flojo de muelles, si por respetos humanos y políticos, por flojedad ó por otros motivos no cumpliese con su obligacion, y aprobase libros, sermones, discursos ó papeles volantes que no fuesen dignos de la luz pública, ¿sabes á qué le habia de condenar yo? Despues de privarle de oficio, y de una declaracion pública y solemne de su insuficiencia ó de su mala fe, le habia de condenar á que repitiesen contra él todos los compradores de la obra que habia aprobado, y á que satisficase sin remision el dinero que malamente habian gastado aquellos pobres sobre la palabra y hombría de bien de su censura.

27. A mas se habia de extender esta providencia. Se habia de mandar seriamente á los censores, que se ciñesen rigurosamente á los términos de su oficio, esto es, que fuesen censores y no panegiristas, diciendo en pocas palabras, claras y sencillas, el juicio que formaban de la obra, sin meterse con Séneca, Plinio ni Casiodoro, y dejando descansar á los padres, á los expositores, á los humanistas y á los poetas, cuyas autoridades solo sirven para acreditar la pobre y miserable cabeza del censor, que quiere aprovechar aquella ocasion de ostentarse erudito con aquellos desdichados ignorantes que califican la erudicion de un autor por lo cargado y por lo sucio de las márgenes, sin saber los infelices la suma facilidad con que el mas zurdo y el mas idiota puede hacer esta maniobra. Nada de esto es del caso para cumplir con su oficio, el cual se reduce á dar su censura breve, grave y reducida á lo que toca á la jurisdiccion del tribunal que se la comete.

28. ¿Cuántas necesidades se atajarían con esta providencia? ¿Cuánto papel se ahorraría? ¿Y cuánto gasto excusarían los autores á quienes no pocas veces cuesta tanto la impresion de las aprobaciones, como la de la misma obra? Muchas y muchas pudiera citar en que aquellas ocupan casi tanto volúmen como todo el cuerpo de esta; pero las callo por justos respetos. Ningunos son mas perjudicados que los autores mismos, si es que costean la impresion; porque compran ellos mismos sus elogios, y ellos los imprimen á su costa para que vengan á noticia de todos. ¿Puede haber mayor sandez ni mayor pobreza de espíritu? Semejantes, en cierta manera, á los que alquilan planiferas para los entierros, á quienes les cuesta su dinero las lágrimas fingidas y artificiosas que en ellos se derraman.

NOTA. La escrupulosa fidelidad con que nos ceñimos á los monumentos que seguimos en esta *Historia*, no nos permite el suprimir esta juiciosa invectiva del maestro

Prudencio contra los abusos referidos; pero como hoy sabiamente se han reformado por auto del real y supremo consejo de Castilla, de 19 de julio del año pasado de 1756, á cuya justa prudente providencia es de desear y de esperar que se conformen los jueces eclesiásticos en la parte que les corresponde, aunque sea cierta la enfermedad, le está ya aplicada la conveniente medicina, y ya no hay necesidad de la receta que apuntan los monumentos de nuestra *Historia*.

29. No pára aquí la miseria humana de algunos de nuestros escritores ó escribientes. ¿Será creible que se hallen no pocos que, á falta de hombres buenos y por no deber nada á nadie, ellos mismos se alaben á sí propios, siendo los artífices de aquellos elogios suyos que se leen estampados en la antesala de sus obras? Pues sí, amigo predicador, se hallan hombres de tan buena pasta y de tan envidiable serenidad. Mas de dos, y mas de veinte, pudiera nombrarte yo que han caído en esta flaqueza. No son tan simples (claro está), que suscriban sus nombres y apellidos al pie ó á la frente de sus elogios; que ese ya sería un candor que se iría acercando al gorro verde ó colorado; pero con un anagrama ó con un nombre supuesto, ó prestándoles el suyo ciertos aprendices de eruditos que hay en todas partes, hermanos del trabajo, y las mas de las veces bajo la inscripcion anónima de un amigo, de un apasionado, de un discípulo del autor, el buen señor se alaba á tacho tendido, y embóquense esa píldora los lectores boqui-rubios.

30. Pero, Padre Maestro, le interrumpió el predicador, ese es juicio temerario, ó no los hay entre los fieles cristianos. ¿De dónde le consta á vuestra paternidad que aquellos elogios fuéron fabricados por los mismos autores de las obras? ¿Acaso se lo confiaron ellos á vuestra paternidad? Mira, Fray Blas, respondió el maestro Prudencio, no has de ser tan sencillo, que, cierto, algunas veces tienes unas *parvoíces che fan pietà*. No es menester que los autores nos lo revelen para conocerlo: el mismo estilo se está descubriendo á sí propio: ni en prosa ni en verso es fácil desmentirse ó desfigurarse; y sin tener todo aquel olfato que tienen «los entendimientos bien abiertos de poros para percibir el aire sutilísimo que da en los escritos á conocer sus autores», como se explica galanamente el autor de la carta contra la *Derrota de los alanos*; cualquiera entendimiento, ó mejor dirémos, discernimiento, que no esté muy aromadizado, luego sigue el rastro, porque le dan unos effluvios que le derriban. Fuera de que, autores hay tan bonazos, que ellos mismos lo confiesan. ¡Y qué! ¿juzgas que es sencillez? A la verdad no es otra cosa; pero los bellacones no lo decían por tanto; sino porque no tienen valor para resolverse á carecer de aquella gloria ó de aquella vanidad que les resulta de que sepan sus confidentes que tambien saben hacer coplas, aunque sean á sí mismos.

CAPITULO IV.

Entra el granjero la cena; interrumpe la conversacion, y se vuelve á continuar de sobre-mesa.

Iba Fray Blas á replicarle, cuando entró el granjero Fray Gregorio con los manteles para poner la mesa, diciéndoles con gracia y con labradoril desembarazo: «Padres nuestros, *onia tempus habent: tempus desputandi, et tempus cenandi*: el bendito San Canon sea

con vuestas paternidades, y ahora déjense de circunloquios; que los huevos se endurecen, el asado se pasa, y por el reloj de mi barriga son las nueve de la noche. Tiene razon Fray Gregorio, dijo el Maestro Prudencio, y sentáronse todos á la mesa. No fué la cena espléndida; pero fué honrada y decente: dos ensaladas, una cruda y otra cocida, un par de huevos frescos, pavo asado, liebre guisada, y postres de queso y aceitunas; pero Fray Gerundio los divirtió mucho en la cena. Como su pedantísimo preceptor el domine Zancas-largas, para cada cosa, para cada especie, y aun para cada palabra tenia de repuesto en la memoria un monton de latinajos, versos, sentencias y aforismos que espetaba á todo trance, vienesen ó no vienesen, solo con que en sus textos centones se hallase alguna palabra que aludiese á lo que se discuria ó se presentaba; y por este medio pedantesco se hubiese adquirido entre los ignorantes el crédito de un monstruo de erudicion y *pozo de ciencia*, como le llamaban en aquella tierra, su buen discípulo Fray Gerundio procuró copiarle esta impertinencia, así ni mas ni ménos como todas las otras extravagancias que eran en el dichoso domine mas sobresalientes. Con esta idea se atestó bien de versos latinos, apoftegmas y lugares comunes, para lucirlo en las ocasiones; y cuando le venia el flujo de erudito, era el frailecito una diarrea de disparatorios en latin, inestancable.

2. Luego pues que por primera ensalada se presentaron unas lechugas crudas en la mesa, vuelto á su amigo Fray Blas, le hizo esta pregunta:

*Claudere quae coctas lactuca solebat avorum;
Dic mihi cur nostras inchoat illa dapes?*

Algo atajado se halló el padre predicador con la preguntilla; porque como era en verso latino, y él solo habia estudiado el latin que bastaba para el gasto del *Breviario*, y aun ese no bien, no la entendió mucho al primer embion, y así le dijo: Habla mas claro si quieres que te responda. Pero al fin, volviendo Fray Gerundio á repetirle el distico pronunciándole con mayor pausa, como por otra parte el latin tampoco era muy enrevesado, vino á entenderle Fray Blas, y dijo: En suma lo que pregunta ese verso es, «¿por qué nosotros comenzamos á cenar por lechugas, cuando nuestros abuelos solian acabar con ellas?» Pues la razon salta á los ojos; porque en casi todas las cosas nosotros comenzamos por donde acabaron nuestros abuelos. Díjolo Claudiano, interrumpió al punto Fray Gerundio, aplaudiendo la explicacion: *Coe-pisti quâ finis erat*; y el Maestro se rió tanto de la impertinente prontitud del uno, como de la sandez del otro.

3. Signiéronse despues unos puerros cocidos, sin cabeza, y apenas los vió Fray Gerundio, cuando exclamó:

*Fila Tarentini graviter redolentia porri
Edisti quoties, oscula clausa dato.*

Confesó Fray Blas que solo entendia que el verso hablaba de puerros, por aquello de *porri*; pero que para descargo de su conciencia, no percibia lo que queria decir. Entonces Fray Gerundio le puso á la vista el régimen ó el órden de la construccion. *Quoties edisti fila graviter redolentia porri Tarentini dato oscula clausa*; advirtiéndole de paso que en el territorio de la ciudad de Tarento se dan los puerros mas afamados de toda Italia, como en Navarra los ajos de Corella, y en Castilla la Vieja los espárragos de Portillo; con cuya luz dijo Fray Blas: Ya me parece que entiendo el concepto del

verso; quiere decir, si no me engaño, que siempre que se comen puerros de Tarento, y lo mismo discurro que sucederá aunque los puerros sean de Melgar de Arriba, mas parece que se besa que se come, por cuanto mas es chupar que comer, y para chupar se pliegan los labios. Dió vuestra merced en el liito, replicó Fray Gerundio; pero con todo eso, mejor que el poeta latino, explicó la insulsez de esta ensalada el castellano que dijo:

*Quien nísperos come,
Quien bebe cervaza,
Quien puerros se chupa,
Quien besa á una perra,
Ni come, ni bebe, ni chupa, ni besa.*

No dejó de reirse tampoco esta vez el maestro Fray Prudencio de la candidez de Fray Gerundio, cayéndole en gracia el chiste de la coplilla; y aunque alabó la felicidad de su memoria, todavía se compadeció algun tanto de que no le emplease mejor.

4. El, que se vió celebrado, se tentó un poquillo de vanidad, y hizo empeño de no dejar cosa que saliese á la mesa, sin saludarla con su distico. Así pues, luego que se pusieron en ella los huevos, cogió uno en la mano, arrimóle á la luz, y pareciéndole que tenia pollo, soltó la carecajada y dijo:

*Candida si croceos circumfluit unda vitellos,
Hesperius scombri temperet ova liquor.*

5. Quedóse en ayunas el bueno de Fray Blas, porque este era mucho latin para un predicador romancista; y en ayunas se hubiera quedado á no haberse compadecido de él su buen amigo Fray Gerundio, explicando el pensamiento en este serventesio, que sabia de memoria:

*Quando algun pollo ó polla
Encierra el huevo en cándido recinto,
La barriga es la olla,
Y cuézase en porcion de blanco ó tinto.*

6. Aprovechóse de esta ocasion el maestro Prudencio para chasquear un poco al predicador, insultándole sobre su cortedad en el latin, y le dijo con alguna picaresca: Paréceme, Fray Blas, que tú eres como aquel cura que decia á sus feligreses: «Yo á la verdad no sé mucho latin; pero no tiene remedio, me he de dedicar á estudiarle, y hasta que le aprenda no he de hacer mas que predicar.» Paso con esos golpes, padre nuestro, replicó algo atufado Fray Blas, que entendió todo el énfasis picante de la satirilla; para predicar no le menester entender latin de poetas, bástame construir medianamente el de la Biblia; y para eso el *Calepino* y yo á otros dos gnapos.

7. En esto salió el asado á la mesa, que era medio pavo, y apenas le columbró Fray Gerundio, cuando exclamó en tono de plañidera:

*Miraris quoties gemmantem explicat alas:
Et potes hunc sacro tradere durè coquo!*

Y sin dar lugar á que volviese á sonrojarse su amigo, dió él mismo la explicacion en el siguiente epigrama:

*Quando el pavo ostentoso
La rueda tiende, y brilla majestuoso,
Asombrado le miras;
Y á este que tanto admiras,
Cruel, duro, severo,
Le entregas tú despues á un cocinero.*

Pero sin embargo de la compasion que esto le causaba, no dejó de meterle bien el cuchillo por la coyun-

tura, y despues de hacer plato al Padre Maestro, él se quedó con una buena racion de entrepechuga y pellejo, alargando la fuente á Fray Blas, con quien no gustaba ceremonias.

8. A este tiempo ya se habia envasado algunos tragos, y á cada uno que bebia dedicaba su distico de los muchos de que habia hecho provision para estas ocasiones, sin pararse en que los disticos hablasen de los vinos mas famosos de Europa en la antigüedad, y el que él bebia fuese un chacolí ó un vinagrillo de la tierra. Como él espetase sus versos que hablasen de mosto cocido, todo lo demas era para él muy indiferente; y así al primer trago le saludó con esta impertinencia:

*Haec de vitifera venisse picata Viena
Ne dubites; misit Romulus ipse mihi.*

Al segundo con este disparate:

*Hoc de Caesareis mitis vindemia cellis
Misit, lulao, quae sibi monte placet.*

Al tercero con este requiebro:

*Haec Fundana tulit felix autumnus opimi,
Expressit mulsam Consul, et ipse bibit.*

9. En fin, á ningún trago dejó sin su dedicatoria latina; y consta por buenos papeles, que en solo aquella cena brindó veinte veces, y esto sin perjuicio de la cabeza, que la tenia á prueba de jarro, por haberse criado en Campazas con la mejor leche del Páramo y de Campos. No se puede ponderar lo aturrido que estaba el bueno del predicador al oír chorrear tanto latinorio á su amigo y queridito, pues aunque lo mas de ello se le pasaba por alto, y allá se iba por el ánima mas sola, con todo eso se le caía la cabeza viéndole lucir tan á taco tendido, protestando que si bien siempre habia hecho alto concepto de su ingenio, nunca creyó que llegase á tanto, por no haber concurrido con él en otra funcion semejante. No sabia cómo diantres habia podido meter en la cabeza tanta multitud de versos, y sobre todo, se asombraba de aquella oportunidad con que los aplicaba, siendo así que el desdichado Fray Gerundio no esperaba mas oportunidad para encajar sus versos, que la de oír ó ver alguna cosa de la cual se hiciese mencion en los que tenia hacinados en su bursal memoria, usando de la erudicion profana puramente por la asonancia, ni mas ni ménos como habia usado de la sagrada en la chistosa salutacion que habia predicado en el refectorio. Pero, como el buen Fray Blas tampoco entendia de otras propiedades para el uso y para la aplicacion de sus textos, no distinguía de colores, y lo que le sonaba le sonaba, confirmandose en el dictámen de que mozo como aquel no le habia pillado la órden en dos siglos.

10. Creció su admiracion cuando, sirviéndose á la mesa una cazuela de liebre guisada, oyó á Fray Gerundio prorumpir en esta definitiva sententia:

*Inter aves turdus, si quid, me iudice, cernit:
Inter quadrupedes, gloria prima lepus.*

No entendió el predicador mas que á media rienda y así en bosquejo lo que queria decir, aunque ya le dió al corazon poco mas ó ménos cuál sería el pensamiento, cuando notó que diciendo y haciendo, se echaba Fray Gerundio en su plato casi la mitad de la cazuela. Pero el Padre Maestro, que comprendió muy bien toda el alma del concepto, dijo con su apacibilidad acostumbrada: Hombre, eso de que en tu dictámen, «entre las aves no hay plato mas regalado que el tordo, ni entre los anima-

les, que la liebre,» prueba bien que el mismo gusto tienes en el paladar que en el entendimiento, y que el mismo voto puedes dar acerca de una mesa que acerca de un sermon. Yo siempre oí que el tordo era extraordinario de fraile, y la liebre plato de cofradía. ¿Y quién le ha dicho á vuestra paternidad, replicó Fray Gerundio, que en las cofradías no sirven muy buenos platos, y que á los frailes no les dan extraordinarios muy delicados? Sustanciales sí, respondió el maestro Prudencio; pero delicados no.

11. En esto salieron los postres, un queso y un plato de aceitunas. Aquí le pareció á Fray Blas que sin duda alguna se le habia acabado la talega á Fray Gerundio; porque ¿qué poeta se habia de poner á tratar de aceitunas y de queso? Pero le engañó su imaginacion, y quedó gustosamente sorprendido, cuando vió que tomando el queso en una mano y un cuchillo en otra para partírlle, recitó con mucha ponderacion este par de coplitas:

*Cascus, Etruscae signatus imagine lunae,
Præstatib pueris prandia mille tibi.*

Y sin detenerse añadió esta traduccion, que tambien habia leído:

Con un queso parecido
A la luna de Toscana,
Hay para dar de almorzar
A los niños mil mañanas.

Eso lo mismo será, glosó Fray Prudencio sonriéndose, aunque se parezca á la luna de Valencia, pues no sé que para el caso ni para el queso tenga mas gracia una luna que otra. ¿Y qué, no dices nada á las aceitunas? Allá voy, Padre Maestro, respondió Fray Gerundio, y tomando media docena de ellas, dijo:

*Haec, quae Picenis venit subducta trapetis
Inchoat, atque eadem fuit oliva dapes.*

Que uno construyó así:

Esta que no fué al molino,
Para que no fuese aceite,
Unas veces es principio,
Y tambien postre otras veces.

¿Qué dices, borracho? le preguntó Fray Blas en tono de zumba: ¿cuándo sirvieron de principio las aceitunas? ¿Cuándo? respondió Fray Gerundio; cuando se comenzaba á comer por donde ahora se acaba, y cuando las lechugas servian de postre, *juxta illud*:

Claudere quae coenam lactuca solebat avorum, etc.

Y si no, acuérdesese vuestra merced de lo que dijo al principio de la cena, que nosotros comenzamos por donde acabaron nuestros abuelos.

12. Halló bastante gracia el Maestro en esta reconvenccion, y se confirmó en su antiguo dictámen de que á Fray Gerundio no le faltaba cantera, y que solo le habia hecho falta el cultivo, la aplicacion á facultades serias y precisas, la crítica y el buen gusto. Pero al fin, con no poco se acabó la cena, se dieron gracias á Dios y se levantaron los manteles; despues de lo cual tomó la mano Fray Blas y dijo: Padre Maestro, acabemos de evacuar el punto de las censuras de los libros que nos interrumpió Fray Gregorio; porque á lo que veo, me parece que vuestra paternidad es del mismo dictámen que aquel famoso censor del segundo tomo del *Teatro critico universal*, que, huyendo el cuerpo á la censura del libro, se metió á censurar á los censores; pero en verdad que llevó

brava tunda en cierta aprobacion del tercero tomo. En la sustancia, respondió el Maestro, del mismo parecer soy, y hallo que tiene mucha razon en lo que dice; el modo puede ser que no hubiese agradado á todos, porque le oí notar de pomposo, arrogante y satisfecho; y á algunos tampoco les pareció bien que reservase esta crítica para aquel lugar en que no venía muy al caso; adelantándose tal cual á argüirle de ménos consiguiente, pues protestando en la misma censura, «que no se hallaba con ánimo de ayudar fructuosamente al autor del *Teatro* en el arduo y mal recibido oficio de desengañador,» él mismo le está ejercitando en la misma censura; con esta diferencia, que el autor del *Teatro* ejerce el oficio de *desengañador* de sabios y de ignorantes, pues á á todos comprenden los *errores comunes*; pero el censor ejerce el de *desengañador* únicamente de sabios, porque á solos estos, ó en la realidad ó en la estimacion, se fían por lo comun las aprobaciones de los libros.

13. Sobre la zorra que le da todo un colegio de padres aprobantes del tercer tomo, tambien he oido variedad de opiniones. Conviene todos en que la correccion fraterna está discreta, bien parlada y con mucha sal, sin que la falte su granito de pimienta; pero, como los autores de ella son de la misma estameña que el autor del *Teatro*, algunos desearan que esta comision se la hubieran encargado á otro de diferente paño, en quien caeria mejor. Dicen que esto de salir á la defensa de uno de su ropa solo porque no se le alaba, no suena bien; otra cosa sería si positivamente se le hubiera injuriado sin razon; que entónces á ningunos tocaba mas inmediatamente sacar la cara por él que á los de casa. Pero este reparo me parece poco justo y aun poco reflexionado; porque aquellos padres maestros no impugnan directamente al censor porque no alaba al autor del *Teatro*; sino porque censura á los que le alaban á él y á todos los demas autores; con que no tanto es defensa del autor, como de los censores, y en esta todo el mundo tiene derecho á meterse, con especialidad aquellos á quienes se les ha encomendado este oficio.

14. Algunos maliciosos aun se adelantan á mas: párecelos á ellos que ven una gran diferencia de estilo en lo restante de la aprobacion y en el párrafo en que se censura al censor de los censores: con esta aprension se les figura por otra parte que el estilo de este párrafo es muy parecido al nobilísimo, perspicuo y elegante que gasta el autor del *Teatro*. ¿Y qué quieren inferir de aquí? Lo que se está cayendo de su peso: que este parafillo le dictó el mismo autor, pues se hallaba dentro de casa, y sin explicarse mas, hacen un gesto y tuercen el hocico. Pero esta me parece demasiada temeridad y sobrada delicadeza. Conocer en pocos renglones, añadidos á otros muchos, la diversidad de estilo, es para pocos ó para ninguno, sin exponerse á juzgar erradamente, salvo que aquella sea tan visible que luego salte á los ojos, pues claro está que si en un sermón del Padre Vieyra se mezclaran solos cuatro renglones del autor del *Florilógio*, un topo veria al instante la diferencia y aun la disonancia; mas no estamos en el caso. El estilo de los aprobantes no es tan desemejante del autor del *Teatro*, que diste infinito de él. Fuera de que á los buenos escritores nunca los puede faltar un buen estilo, dice Quintiliano: *Bonos numquam honestus sermo deficit*; y así como no es imposible, sino muy regular, que uno dé

en el mismo pensamiento que otro, así tampoco lo es que le explique de una misma manera. Mas supongamos que el párrafo en cuestion sea del mismo autor del *Teatro*: *quid inde?* No veo en ello cosa que me disuene; porque en él nada se le elogia, y ántes se me representa un rasgo de su moderacion y de su prudencia. Finjamos por un poco (y es una cosa bien natural), que los reverendísimos aprobantes hubiesen dejado correr la pluma en este punto con algun mayor calor y libertad de lo que pedia la materia. Demos por supuesto (y no es ménos natural que lo primero) que confiasen al autor su censura para que la viese ántes que se estampase. Como la leyó á sangre fria, notó que estaba un poco acalorada, y tomó de su cuenta templarla, dictando un párrafo en que se dice lo que basta, y en realidad á ninguno saca sangre. Esto es lo que yo concibo que pudo ser; pero si fué otra cosa, todo ello importa un bledo.

15. En lo que no convengo ni convendré jamas es, en que las censuras de los libros, especialmente las que se hacen de oficio, esto es, por comision de tribunal legítimo, se conviertan en panegíricos; y perdónenme los reverendísimos censores del censor de todos ellos, que no me hace fuerza la razon con que intentan defender la práctica contraria. Dicen que «el panegírico que se introduce en la censura, siendo el mérito del autor sobresaliente, es deuda; siendo mediano, urbanidad; y solo siendo ninguno, será adulacion». Yo diria, con licencia de sns reverendísimas, que el panegírico que se introduce en la censura, aunque el autor le merezca, siempre es impertinente; y si no le merece, no solo es una adulacion indigna, sino una mentira, un engaño sumamente perjudicial al progreso de las ciencias, al honor de toda la nacion y á la utilidad comun. Al censor solamente le mandan que diga sencillamente su parecer sobre el mérito de la obra, aprobándola ó desaprobándola, sin que se detenga en alabar al autor, sino que sea indirectamente por aquel elogio que necesariamente le resulta de que se apruebe su produccion con que, pararse muy de propósito á hacer un gran panegírico del autor, aunque sea el de mayor mérito, sin dejar epíteto que no le aplique, renombre con que no le proclame, ni erudicion que, no obstante el aprobante para exornar su encomio, no solo no es deuda, sino una obra muy de supererogacion.

16. Ya se entiende que hablo solamente de aquellos largos panegíricos que de propósito se introducen en las censuras, adornados de todo género de erudicion, los cuales son los que únicamente se pueden llamar *panegíricos*. Y de estos digo que, aunque los autores los tengan muy merecidos, son fuera del asunto en las aprobaciones, digámoslo así, judiciales; y en este sentido, á mi ver, habló tambien el censor de los censores. Pero aquellos elogios que resultan del breve y sencillo juicio que se forma del mérito de la obra, como de su utilidad, de su inventiva, de su solidez, de su buen estilo, etc., estos, así como no merecen el nombre de panegíricos, así tampoco deben condenarse en los censores, ántes apenas pueden cumplir con su oficio sin que digan algo de esto; y en este sentido convengo tambien en que los elogios pueden ser deuda y pueden ser urbanidad.

17. Pero ¿quién ha de tener paciencia para sufrir otros diferentes rumbos que siguen los aprobantes? Todos ó casi todos son panegiristas, y de estos ya he dicho

bastante. Algunos añaden á este oficio el de glosadores ó adicionadores de la obra que aprueban; otros se meten á apologistas del asunto, especialmente si este es de materia crítica ó de algun punto contencioso: cuando la obra es apologética, las aprobaciones por lo comun se reducen á una apología de la misma apología; y aprobacion bien larga he visto yo que, sin tocar en la sustancia de la obra hasta el último párrafo, gasta el aprobante muchas hojas en alabar la patria del autor, la nobleza de su origen, las glorias de su religion; y de todo esto infiere que el libro es una cosa grande, y que no puede contener ápice ni punto que se oponga á los dogmas de la fe, ni á la mas severa disciplina. Digo y vuelvo á decir que todas estas me parecen unas grandísimas impertinencias, dignas de ser desterradas de nuestra nacion, como lo están de casi todas las demas del mundo, cuyos censores se ciñen precisamente á lo que se les manda, diciendo en breves y graves palabras su dictámen, y dejando á los lectores que hagan de la obra y del autor todos los panegíricos que se les autojaren.

18. Muy enfrascado estaba el maestro Prudencio en la conversacion, cuando advirtió que Fray Gerundio se habia quedado dormido en la silla como un cepo, y que el predicador bostezaba mucho, cayéndosele los párpados, de manera que cada instante necesitaba apuntalarlos. Hízose cargo de la razon, y despertando á Fray Gerundio, no sin mucha dificultad, se fuéron todos á la cama, quedando despedido el predicador Fray Blas desde la noche, porque pensaba madrugar mucho el dia siguiente para marchar á Jacarilla en compañía de su mayordomo el tío Bastian, que para entónces ya le suponian perfectamente convallecido del accidente que le habia acometido de sobre-comida ó sobre-bebida.

CAPITULO V.

Estrena Fray Gerundio el oficio de predicador sabatino con una plática de disciplinantes.

Aun no bien habia amanecido el dia siguiente, cuando llegó un mozo del convento con una carta del Prelado, en que mandaba á Fray Gerundio que cuanto ántes se retirase, porque le hacia saber que la villa habia votado una procesion de rogativa por el agua, de que estaban necesitados los campos, en la cual habia determinado salir la cofradía de la Cruz, y que era menester disponerse para predicar la plática de disciplinantes. Mucho se holgó nuestro predicador sabatino con esta noticia, por cuanto estaba ya reventando por darse á conocer en el público, y se le hacian siglos los dias que tardaba una funcion. Pero fué tan desgraciado, que media hora ántes que llegase el propio, habia partido para Jacarilla su grande amigo Fray Blas, y esto no dejó de contristarle algun tanto, porque le podia dar alguna idea ó algunas reglas propias de su buen gusto para disponer aquella especie de funcion, de la cual nunca habian tratado en particular; y siendo la primera, le importaba mucho salir de ella con el mayor lucimiento. Ya se le ofreció consultar el punto con el maestro Prudencio; pero dijo allá para consigo: Este viejo me dirá alguna de las que acostumbra; aconsejarme que encaje á los cofrades un trozo de mision; que diga como las calamidades públicas siempre son castigo de los pecados públicos y secretos; que lo confirme con ejemplos de la Sagrada Escritura y

de la historia profana, de los cuales me contará un rimerro de ellos, porque el viejo sabe mas que Merlin; prevendráme que despues me deje naturalmente caer sobre la necesidad de aplacar á la divina justicia por medio de la penitencia, porque no hay otro; y por fin y postre querrá que los espete que de este único medio se valió el mismo Jesucristo, derramando toda su sangre por nuestros pecados para satisfacer á su eterno Padre y aplacar la justa indignacion contra todo el linaje humano; y al llegar aquí querrá que me afervorice y que los exhorte á despedazar primero su corazon y despues sus espaldas, no con espíritu de vanidad, sino con espíritu de compuncion. Esta retahila me encajará el Padre Maestro, como si la oyera, y me querrá persuadir que á esto y no á otra cosa se debe reducir este género de pláticas; pero á otro perro con ese hueso. Cierito que quedaria yo bien lucido en la primera funcion en que me estreno de puertas á fuera con predicar como pudiera un carenezo, y con decir lo que diria cualquiera vieja. Yo me guardaré de preguntarle nada á su paternidad, y compondré mi plática como Dios me diere á entender, sin ayuda de vecinos.

2. Con este pensamiento se entró en el cuarto donde estaba el maestro Prudencio todavia recogido, porque con la conversacion de sobre cena se le habia encendido la cabeza y habia pasado mala noche. Dióle parte de la carta con que se hallaba del Prelado, el cual le habia enviado mula al mismo tiempo para que se retirase, y díjole que si mandaba algo para el convento. El Maestro, puesto que no dejó de sentir este incidente, porque habia consentido en que ya que no le quitase del todo la bodoquera, podria quitarle algunos bodoques en los paseos y conversaciones de la granja; pero al fin, viendo que no tenia remedio, hubo de conformarse, y solamente le previno que tratase de platicar con juicio y con piedad, porque el asunto lo pedia; advirtiéndole que, mediante Dios, esperaba oirle. Bien está, Padre Maestro, le respondió Fray Gerundio; pierda cuidado vuestra paternidad, que por esta vez pienso que he de acertar á darle gusto; y con esto se despidió.

3. Dice una leyenda antigua de la órden, que en todo el camino que habia desde la granja al convento, que no era ménos que de cuatro leguas largas, iba nuestro Fray Gerundio tan pensativo y tan dentro de sí mismo, que no habló ni siquiera una palabra al mozo que iba delante de la mula; y lo que mas admiracion causó á todos los que le conocian fué, que no solo no se paró á echar un trago en una venta que habia en la mitad del camino, pero que ni siquiera reparó en ella. Esto consistió, como él mismo lo confesó despues, en que iba totalmente preocupado en hacer apuntamientos mentales, y en buscar especies y materiales allá dentro de su memoria para disponer una plática de rumbo, que diese golpe y que de contado le acreditase.

4. Desde luego se le ofrecieron á la imaginacion como en tropel las confusas ideas de esterilidad, rogativa, cofradía, cruz, penitentes, pelotillas, ramales, sangre, penitentes de luz, etc.; y todo su cuidado era cómo habia de encontrar en la mitología ó en la fábula algunas noticias que tuviesen alusion con estas especies, pues por lo que toca á la coordinacion y al estilo, eso no le daba maldita la pena, pues siguiendo el mismo que habia usado en el sermón de Santa Ana, y procurando imitar el inimitable del *Florilógio*, estaba seguro del aplau-

so del auditorio, que era el único objeto que por entonces se le proponía.

5. Para hablar de la esterilidad, al instante se le ofreció la edad de plata y la edad de hierro; porque hasta la primera los hombres eran unos angelitos, y la tierra producía por sí misma todo género de frutas y de frutos para su sustento y regalo, sin necesitar de cultivo, el que enteramente ignoraban; pero como en la edad de plata comenzasen á ser un poco bellacos, también la tierra comenzó á escasearles sus frutos, y se empeñó en que no les habia de dar alguno sin que les costase su trabajo. Mas aquí estaba la dificultad; porque los pobres hombres, acostumbrados á la abundancia y al ocio, no sabían cómo habian de beneficiarle; hasta que compadecido Saturno bajó del cielo y los enseñó el uso del azadon y del arado, para que en fin, costándolos su trabajo y sudor, la tierra los sustentase. Pero luego le ocurrió que esto no venía muy á cuento, porque aquí no se trataba de esterilidad nacida de falta de cultivo, sino de falta de agua, y para esta habia de menester una fábula como el pan para comer.

6. Dichosamente se le vino en aquel punto á la memoria la edad de hierro, en la cual nada producía absolutamente la tierra ni cultivada ni por cultivar; y es que los dioses la negaron enteramente la lluvia en castigo de las maldades de los hombres, que se habian hecho muy taimados, y solo trataban de engañarse los unos á los otros, como dice el doctísimo conde Natal. No se puede ponderar la alegría que tuvo cuando se halló, sin saber cómo, con una introduccion tan oportuna; y apuntándola allá en el desencuadernado libro de su memoria, pasó á revolver en su imaginacion algunas especies de mitología que se pudiesen aplicar á cosa de rogativa.

7. A pocas azadonadas se le vino oportunamente á ella aquel famoso caso de Baco, cuando hallándose en la Arabia Desierta, por donde caminaba á cierto negocio de importancia, y muriéndose de sed por no encontrar una gota de agua en medio de aquellos adustos arenales, juntó los pastores de la comarca, y formando con ellos una devota procesion ó rogativa en honra del dios Júpiter, ofreció que le fabricaría un templo si le socorria en aquella necesidad; y al punto se apareció el mismo Júpiter en figura de un carnerazo fornido y bien actuado, de puntas retorcidas, que escarbando con el pié en cierta parte brotó una copiosa fuente de agua dulce; y Baco, agradecido, cumplió su voto, edificando al dios Carnero el primer templo con el título de Júpiter Amon. Dióse mil parabienes por este hallazgo, especialmente cuando supo despues, que el mayordomo de la cofradía de la Cruz en aquel año se llamaba Pascual Carnero, y propuso en su ánimo hacerle Júpiter Amon, con lo que le pareció haber encontrado un tesoro para tocar la circunstancia principal y tuvo por sin duda allá para consigo, que desde aquel punto no habria sermon de cofradía que no le pretendiese con empeño.

8. Remachóse en este buen concepto que hizo de sí mismo y de su grande suficiencia, cuando para hablar de la misma cofradía, compuesta por la mayor parte de labradores, se le vinieron al pensamiento los sacrificios ambaruales que se hacian en honor de la diosa Céres, tutelar de los campos y de las cosechas, á los cuales sacrificios presidia cierta especie de cofradía compuesta de doce cofrades, que se llamaban los *hermanos arvales*,

esto es, los *cofrades del campo*, derivando su denominacion de *arvus arvi*, que le significa; porque, aunque es verdad que estos no eran mas que doce y los cofrades de la Cruz pasaban de ciento, ese le pareció chico pleito, pues si el número siete en la Sagrada Escritura significa multitud, mas significará el número doce en la mitología.

9. Donde se halló un poco apurado fué en tropezar con alguna erudicion de buen gusto que pudiese aludir á cofradía de la Cruz; y despues de haberse aporreado por algun tiempo la cabeza sin encontrar cosa que le satisficiese, su buena fortuna le deparó una admirable especie, que á un mismo tiempo le sirvió para cumplir gallardamente con la circunstancia agravante de la cruz y con la de los penitentes de sangre, que no le daba menos cuidado que la otra. Acordóse haber leído en un extraordinario libro, que se intitula *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, cómo en honor del dios *Izcacáhqui*, que era el dios del fuego, iban los indios al monte por un grande árbol, que con mucho acompañamiento, música y aparato conducian al patio del templo; allí le descortezaban con extraordinarias ceremonias, le elevaban despues á vista de todo el pueblo para que constase á todos que tenia la altura que prescribía la ley, despues le bajaban, y cada uno le adornaba con ciertos papeles teñidos en sangre propia; hecho lo cual volvían á levantarle con gran tiento, devocion y reverencia. Entónces los amos tomaban á cuestras á sus esclavos, y bailando al redor de una grande hoguera que estaba encendida junto al árbol, cuando los pobres esclavos estaban mas descuidados daban con ellos en las llamas y se hacian ceniza.

10. No cabe en la imaginacion cuánto se regocijó el bendito Fray Gerundio con este, á su parecer, felicísimo y oportunísimo hallazgo; porque en solo él tenia cuanto habia menester para lo que le restaba que ajustar. Habia árbol traído del monte con mucho acompañamiento y elevado con grande devocion en el patio del templo; ¿qué símbolo mas propio del árbol de la Cruz? Y mas, que por descortezarle despues no perdía nada para el intento. Habia papelititos teñidos en sangre de los cofrades que levantaban el árbol; cosa ajustadísima y pintiparada á los penitentes de sangre, pues que esta tiñese papeles ó tiñese faldones, es cuestion de nombre, particularmente cuando ya se sabe que de los faldones se hace el papel. Habia amos que bailaban al redor del árbol y de la hoguera con los esclavos á cuestras, á los cuales echaban despues en la lumbre y ellos se quedaban riendo; metáfora muy natural de los penitentes de luz, que son como los amos de la cofradía, los cuales se contentan con alumbrar á los penitentes de sangre para que estos se quemen y se abrasen á azotes, ya entre los manojos de los ramales, ya entre las ascuas de las pelotillas.

11. Mil parabienes se dió á sí mismo por haber encontrado con una provision de materiales los mas exquisitos y mas adecuados para el intento, que á su modo de entender se podian juntar; y ya quisiera él que la plática fuese el día siguiente para darse cuanto ántes á conocer, pues una vez juntos los materiales, en dos horas le parecia que podría disponerla, particularmente habiéndose de reducir á una exhortacion muy breve, como él mismo lo habia observado en las pláticas de aquella

especie que había oído, por cuanto se comenzaba á practicar al mismo tiempo que se iba ya formando la procesion; y en órden á tomarla de memoria, eso le dabapoco cuidado, porque realmente era de una memoria feliz, y como dicen, burral.

12. No obstante, haciendo un poco mas de reflexion sobre todas las circunstancias de esta última erudicion mitológica, no podia enteramente quietarse, pareciéndole que la aplicacion de los papelitos teñidos en sangre á los penitentes de la cofradía, era un poco violenta; y aunque juzgó que en caso de necesidad y en un lance forzoso ya pudiera pasar, mayormente en una aldea, donde no hubiese mas críticos ni mas censores que el barbero y el fiel de fechos; pero bien quisiera él hallar otra cosa mas terminante y como en propios términos de *penitentes de sangre* para asegurar mas su lucimiento, sin exponerse á melindrosos reparos de gentes escrupulosas, de las cuales había algunas en su comunidad y en el pueblo, que, como llevamos significado, era una villa de media braga, ni tan desierto como Quintanilla del Monte, ni tan poblado como Cádiz y Sevilla.

13. Con este cuidado se iba ya acercando al lugar, asaz pensativo y no poco pesaroso, cuando de repente dió un alegre grito, acompañado de una gran palmada sobre el albardón de la mula, y prorumpió diciendo: ¡Hay borracho como yo! Vaya, que soy un mentecato. En el mismo admirable libro intitulado *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, pocas hojas mas allá donde se refiere lo del árbol y lo de los papelitos de sangre en honor del famoso dios *Izcacihquí*, me acuerdo haber leído dos especies que luego las apunté para estas ocasiones, y son tan nacidas para ellas, que, aunque yo mismo las hubiera fingido, no podían venir mas á pelo. Ambas especies se encuentran en el párrafo diez, que trata de los símbolos de los meses indios, segun Gemelli Carreri: y la primera dice así, porque la tengo en la memoria como si la estuviera leyendo:

14. «Tozotli, símbolo del segundo mes, quiere decir *sangría ó picadura de las venas*, porque asimismo en el segundo día de este mes, los indios, ó fuese con las puntas del *maguay*, ó con navajas de pedernal, en señal de penitencia se sacaban sangre de los muslos, espinitas, orejas y brazos, y ayunaban al mismo tiempo... Era esta fiesta de penitentes dedicada al dios *Tlalóc*, dios de las lluvias. Y mas abajo: Los que tenían el oficio de hacer *xuchiles* ó ramilletes entre año, llamados *xochimanque*, festejaban en la tercera edad á la diosa *Chivaltique*, que es lo mismo que decir *enaguas de mujer*, ó por otro nombre *Coatltona*, diosa de los mellizos.» La segunda especie es como se sigue, sin faltarle tilde:

15. «*Hueytozotli* superlativo de *Tozotli*, símbolo del tercer mes, quiere decir *punzadura ó sangría grande*; porque en deteniéndose las aguas, que no comenzaban hasta este tiempo, correspondiente á nosotros por abril, se aumentaban las penitencias, crecía la saca de la sangre y eran mayores los ayunos y aun los sacrificios. La fiesta se hacia al dios *Cinteotl*, dios del maíz, etc.» Estas dos especies tengo apuntadas en mi cuaderno y encomendadas á mi memoria, y me andaba yo aporreando los cascos por encontrar otras que se adaptasen á las circunstancias principales del asunto? ¿Dónde las había de hallar mas exquisitas? Dónde mas nuevas? Dónde mas cortadas al talle del intento? Aquí

tengo esterilidad de la tierra por falta de agua; aquí tengo á *Tlalóc*, dios de las lluvias; aquí tengo una procesion de penitentes de sangre, y no ménos que en el mes de *Hueytozotli*, que es el mismísimo mes de abril en que nos hallamos y en que se ha de celebrar nuestra procesion; aquí tengo *xuchiles* y *xochimanques*, esto es, los que hacían ramilletes ó *ramales*, que allá se va todo y es bien corta la diferencia; aquí tengo *Coatltona* ó enaguas de mujer, cosa tan precisa para que se vistan los penitentes; y en fin, aquí tengo una India, y ya no me trueco ni por cuarenta Fray Blases, ni por cuantos autores de Florilogios puedan producir las dos Extremaduras. ¡Hola! Pero esto no quita que yo les venere siempre como á mis dos maestros, como á los dos modelos, como á mis originales en la facultad de la carrera que emprendo.

16. Embelesado en estos pensamientos y casi loco de contento nuestro Fray Gerundio, llegó á la puerta reglar de su convento; apeóse, fué á la celda del Prelado, dió su *benedicite*, tomó la venia, retiróse á la suya, desalfórgose, desocupó, echó un trago, y sin detenerse un punto puso manos á la obra; trabajó su plática, que aquella misma noche quedó concluida, y llegado el día de la procesion, á que concurrió mucho gentío de la comarca, Anton Zotes y su mujer, á quienes el mismo hijo había escrito para que viniesen á oírle, sin faltar tampoco el maestro Prudencio, que la noche ántes se había retirado de la granja; con gentil denuedo representó su papel, que copiado fielmente del original, decia así ni mas ni ménos:

17. «A la aurífera edad de la inocencia: *Lavabo inter innocentes manus meas*, en trámite no interrumpido sucedió la argentada estacion de la desidia: *Argentum et aurum nullius concupivi*. No llegó la ignavia de los mortales á ser letálica culpa; pero se arrimó á ser borron nigricante de su nivea candidez primera:

Pocula tartareo haud aderant nigrefacta veneno.

Sobresaltados los dioses: *Ego dixi Dií estis*, determinaron prevenir el desórden con admonicion benéfica. Admirablemente el simbólico: *Ante diem cave*; y paralogizaron la correccion en preludios de castigo: *Corripe eum inter te, et ipsum solum*.

18. »La madre Cibéles (ya sabe el docto que en el étnico fabuloso lexicon se impone este cognomento á la tierra: *Terra autem erat inanis, et vacua*): la madre Cibéles, *Cibeleia mater*, que dijo oportuno el proboscide poeta: la madre Cibéles, que hasta entónces espontaneaba sus fruges, resolvió negarlas miéntras no la reconviniese por ellas el penoso afán del mádido colono: *In columna nubis*. Mas, ¡oh cielos! ¿cómo había de elaborar el infeliz agrícola, si le faltaba la causa instrumental para el cultivo, y si del todo ignoraba la causa material y la eficiente para el instrumento? *Quaecumque ignorant, blasphemant: quomodo fiet istud?* Comiserado Saturno, bajó de lo alto del olimpo: *Descendit de coelis*, y enseñó al hombre el uso del azadon tajante y del arado escindente: *Terra scindetur aratro*. ¿Habéislo entendido, mortales? Luego bien decia yo, que siempre son los pecados ocasion de los castigos: *Et peccatum meum contra me est semper*. Pero aun no estamos en el caso.

19. »A la argentada estacion sucedió el século ferrugíneo: *Saeculum per ignem*; y aunque en él había

instrumentos para el cultivo, y poseían los hombres científica comprensión de su manejo: *Possedit me in initio viarum suarum*, obstruida la Gibeólica madre, correspondía con esterilidades á los afanes del agrícola: *Et pater meus agricola est*. Aquí el reparo. Si la convenía con sus sulcos el corvo hierro; si la llamaba con sus golpes la afilada plancha, ¿por qué no se daba por entendida? ¿Por qué no producía la tierra verdigerantes frutos? *Germinet terra herbas virentem*. ¿Qué oportuno Lira? Porque el cielo empedernido la negaba la lluvia: *Non pluit menses septem*. ¿Pero qué motivo pudo tener esa tachonada techumbre para tan cruel duricie? Díjolo Cartario muy á mi intento: porque los hijos de los hombres habían multiplicado las nequicias: *Et deliciae meae esse cum filiis hominum*. ¿Pues qué remedio? Oid al sapientísimo mitólogo.

20. »Despréndase el gran Baco de esa bóveda celeste; enseñe á los hombres á compungirse y á implorar la clemencia del Tonante con una rogativa penitente: *Te rogamus audi nos*; ofrézcale cultos y sacrificios en futuras aras, y bajará el mismo Júpiter Amon, que es lo mismo que Carnero, y con una sola patada, o debajo de la planta de su pié: *A planta pedis*, hará que broten aguas que apaguen la sed y fertilicen los campos: *Descendit Jesus in loco campestri*. Para el docto no es menester aplicación; vaya para el ménos entendido. ¿No es así que há siete meses que las nubes nos niegan sus salutíferos sudores? No es así que á esta denegación se han seguido los síntomas de una tierra empedernida? Pues institúyase una devota rogativa; vayan en ella los cofrades de la cruz de Penitentes; presídala su digno mayordomo Júpiter Amon, Pascual Carnero, que debajo de sus piés: *De sub cujus pede*, brotarán aguas copiosas que fecunden nuestros campos:

Horrida per campos bam, bum, bombardá sonabant.

»Más: es muy celebrado en las sagradas letras el Cordero Pascual: *Agnus Paschalis*. Sabe el discreto que de los corderos se hacen los carneros. Luego nuestro insigne mayordomo Pascual Carnero, sería cuando niño Cordero Pascual. La ilación es innegable. Pero aun no lo he dicho todo.

21. »A la frugífera Cérés, diosa tutelar de los campos y de las cosechas, se ofrecían aquellos sacrificios que se llamaban Ambarvales, y se hacía una solemne procesion al rededor de los campos para ofrecerla estos sacrificios: *Ambarvales hostiae*. ¿Y quiénes eran los que principalmente la formaban? Unos devotos cofrades que se llamaban *arvales*: *Arvales fratres*; los cuales, en sentir de los mejores intérpretes, eran todos labradores. No lo levanto yo de mi cabeza; dícelo el profundísimo Catón: *Ambarvalia festa celebrant arvales fratres, circumcunctes campos, et litabant ambarvales hostias*. ¿Y á quién se ofrecían? Ya lo he dicho, á la diosa Cérés, que se deriva de *cera*, para denotar también á los cofrades de luz: *Vos estis lux mundi*.

22. »Mas porque el mundo impertinente ó escrupuloso no eche ménos á los penitentes de sangre, id conmigo, y veréis que esto de los penitentes no es invención de modernos, como quieren algunos ignorantes; sino una cofradía muy antigua, establecida en todos los siglos y en todas las naciones. Ea, dad un salto á la América Septentrional.

23. »Allí veréis al dios *Tlalóc*, superintendente de

las lluvias, haciéndose de pencas y no querer desatarlas en el mes de *Tozotli*, que es el de marzo. Allí veréis que para moverle á piedad, se arman los indios de *maguays* ó puntas de pedernal, y se sacan copiosa sangre de todas las partes de su cuerpo. Allí veréis que el irritado *Tlalóc* continúa las señas de su enojo en el mes de *Hucitozotli*, que corresponde al de abril, en que nos hallamos; y negando en él la agua por los pecados de aquellos infelices, arrepentidos estos, aumentan las penitencias, y se sacan sangre hasta correr por el suelo al rigor de los *xuchiles*, esto es, á la violencia de los ramales, empapando en ella á la diosa *Chivalticue*, que es tanto como la diosa de las enaguas, y dirigiendo la penitente procesion al templo de *Citeolt*, dios del maiz, ó trigo de Indias, para que, intercediendo con *Tlalóc* y uniéndose con él, los franquease los frutos de la tierra.

24. »Ea, hermanos, á vista de tan oportunos como eficaces ejemplares, ¿qué haceis? ¿En qué os detenéis? *Quid facis in paterna domo, delicatè miles?* ¿A qué aguardais para empuñar con brioso denuedo esos cándidos *xuchiles*, y convocando primero el humor purpúreo á las dos carnosidades postergadas, no le sacais después con los cerosos *maguays*, hasta dejar empapadas las albicantes *Chivalticues*, y corra por ellas la sangre á regar la dura tierra: *Guttae sanguinis decurrentis in terram?* Mirad, fieles, que está enojado nuestro divino *Tlalóc*; mirad que el benéfico *Citeolt* se pone de parte de su ceño. Corred, corred á aplacarlos; volad, volad á satisfacerlos; empuñad, vuelvo á decir, esos *xuchiles*; tomad bien la medida á esos *maguays*; brote de vuestras espaldas el rojo licor á borbotones. Así aplacaréis la ira de los dioses, así satisfaréis por vuestras culpas, así conseguireis para vuestros campos epitalamios de lluvia, y para vuestras almas epiciclos soberanos de gracia, prenda segura de la gloria: *Quam mihi et vobis, etc.*»

25. No bien habia pronunciado la última palabra, cuando resonaron en el templo unos gritos que salían por entre los caperuces, á manera de voces encañonadas por embudo ó por cerbatana, que decían: «Vitor el padre Fray Gerundio, vitor el padre Fray Gerundio;» y lo que mas es, que quedaron los penitentes tan movidos con la desatinada plática, no obstante que los mas, y aunque digamos ninguno de ellos, habia entendido ni siquiera una palabra, que al punto arrojaron las capás con el mayor denuedo, y comenzaron á darse unos azotazos tan fuertes, que, ántes de salir de la iglesia, ya se podían hacer morcillas con la sangre que habia caído en el pavimento. Las mujeres que estaban junto á la tía Cantula la dieron mil abrazos, y aun mil besos, dejándola al mismo tiempo bien regada la cara de lágrimas y de mocos, todos de pura ternura, y diciéndola que era mil veces dichosa la madre que habia parido tal hijo. Un cura viejo que se hallaba por casualidad inmediato á Anton Zotes, y que sin embargo de haber llevado tres veces calabazas para epístola, una para evangelio y dos para misa, todavía por sus años y por su bondad era hombre respetable, dándole un estrecho abrazo, le dijo: «Señor Anton, cincuenta y dos pláticas de disciplinantes he oído en esta iglesia desde que soy indigno sacerdote (en buena hora lo diga); pero plática como esta ni cosa que se le parezca, ni la he oído ni pienso jamas oirla. Dios bendiga á Gerundito, y no me mate su Majestad hasta que le vea Presentado.»

26. Déjase á la consideracion del pio y curioso lector cómo quedarían el tío Anton y la señora Catuja cuando oyeron estas alabanzas de su hijo y fueron testigos oculares de sus aplausos; y tambien es mas para considerado que para referido el gozo, la vanidad y la satisfaccion propia, que en aquel punto se apoderaron del corazon de Fray Gerundio, al escuchar él mismo tan grandes aclamaciones. Pero, como son poco duraderos los contentos de esta vida, y siempre dispone Dios que en medio de los mayores triunfos sucedan algunos acacimientos tristes que nos acnerden que somos mortales, quiso la mala trampa que al bajar del púlpito y en la misma sacristía de la iglesia, le dieron al bueno de Fray Gerundio un humazo de nariées, que á ser otro que no fuera de tan buena complexion, le hubiera trastornado.

27. Fué el caso que se hallaba de recluta en aquella villa un capitán de infantería, capaz, despejado, muy leido, y habiendo oido la plática, luchando á ratos con la cólera y á ratos con la risa, determinó finalmente holgarse un poco á costa del predicador; y entrando en la sacristía, despues de darle un abrazo ladino, pero muy apretado, le dijo con militar desenfado: Vamos claros, padrecito predicador; que aunque he rodado mucho mundo y en todas partes he sido aficionado á oír sermones, en mi vida he oido cosa semejante. ¡Plática mejor de carnestolendas y exhortacion mas propia para una procesion de mojiganga, ni Quedado! Algo cortado se quedó Fray Gerundio al oír este extraño cumplimiento; y como en punto de desembarazo no podia medir la espada con el despejo del señor soldado, le preguntó con alguna turbacion y encogimiento: ¿Pues qué ha tenido la plática, de mojiganga ni de cosa de antruidos?

28. No es nada lo del ojo, y llevábale en la mano, le replicó el oficial. Ahí es un grano de anís las fabulillas con que vuestra paternidad nos ha regalado para com-pungirnos. La de Saturno vale un millon, la de Baco se debe engastar en oro, lo de Júpiter Amon y Pascual Carnero, con aquel retoquecillo del Cordero Pascual, no hay preciosidades con que compararlo; y en fin, todo aquel pasaje de los penitentes americanos con enaguas, ramales y pelotillas; los dioses en cuyo obsequio hacían las penitencias, con sus pelos y señales; el motivo de ellas, y hasta la oportunidad de los meses en que las hacían, todo es un conjunto de divinidades; y vuestra paternidad, aunque tan mocito, puede ser predicador en jefe, ó á lo ménos mandar un destacamento de predicadores, que, si son como vuestra paternidad, pueden acometer en sus mismas trincheras á la melancolía, y no solo desalojarla de su campo, sino desterrarla del mundo. Y sin decir mas ni dar tiempo á Fray Gerundio á que replicase, le hizo una reverencia y se salió de la sacristía.

CAPITULO VI.

Donde se refiere la variedad de los juicios humanos, y se confirma con el ejemplo de nuestro famoso predicador sabalino, que no hay fatuidad que no tenga sus protectores.

Así se despidió el bellacon del Capitán del bueno de Fray Gerundio, habiendo echado un jarro de agua á todas las complacencias con que se hallaba el santo varón por los vitores y aplausos de la iglesia, y dejándole triste, desconsolado y pensativo. Pero como en esta vida, ni los gustos ni los disgustos son muy duraderos, el que le

causó la satirilla viva y desenfadada del señor oficial le duró poco, porque apenas subió de la sacristía á la celda, cuando se le entró en ella toda la inosquetería del convento, es decir, la gazapiña de colegiales, coristas, legos y gente moza. Como este, por lo comun, es uno de los vulgos mas atolondrados del mundo, y por lo mismo uno de los mas perjudiciales, no es ponderable el porrazo que dió á casi todos la tal plática; porque, no distinguiendo de colores, y gobernándose solo por el boato y por el sonsonete á los mas les pareció un milagro del ingenio.

2. Entraron pues de tropel en la celda de Fray Gerundio, con tal zambra, gresca y algazara, que parecia venirse á tierra el convento; y como todos habian sido sus condiscipulos, siendo, con corta diferencia, de una misma edad, aunque él era ya sacerdote y predicador, no acertaban á mirarle con respeto; con que dejaron correr las expresiones de su gozo con toda la libertad de una familiarísima llaneza. Unos le abrazaban, otros le vitoreaban; estos le hablaban por un lado, aquellos por el otro; algunos le tiraban por el hábito y por las mangas para que les contestase, y no faltaron otros que le levantaban en el aire, aclamándole ya por el mayor predicador que tenia la órden; tanto, que uno que era segundo vicario de coro, exclamó con voz gruesa y corpulenta: «Hasta ahora creía yo que en el mundo no habia otro Fray Blas; pero bien puede aprender otro oficio, porque todo cuanto predica, aunque tan exquisito, tan conceptuoso y tan raro, es bazofia respecto de lo que hoy hemos oido á Fray Gerundio.» A un lego anciano, sencillo y bondadoso, que habia sido refitolero mas de cuarenta años y le estaba mirando de luto en luto, se le caían las lágrimas de puro gozo y ternura. El despensero le dijo que tenia á su disposicion todo el vino de la despensa, porque á quien tanto honraba el santo hábito, era razon que todo se le franquease; el cocinero se le ofreció muy de véras á su servicio; y hasta el procurador, que no suele ser gente muy bizarra, le regaló desde luego *in voce* con dos barriles de sardinas escabe-chadas, y esto sin perjuicio de regalarle con otros dos de ostras, cuando las tuviese, en prendas de su amor y complacencia.

3. Déjase á la consideracion del pio y curioso lector cuánta sería la de nuestro Fray Gerundio al oírse alabar con tantas aclamaciones, por cuanto no era hombre insensible á sus aplausos, ni tampoco era de parecer, como el otro orador afilosofado, que el grito de la muchedumbre inducia fuertes sospechas de grandes desaciertos.

4. Pero ves aquí que cuando la gente del chilindron estaba en lo mejor de su trisca, y el bendito Fray Gerundio mas engolfado en sus glorias, entraron en su celda el Prelado, el maestro Fray Prudencio y los demas padres graves á darle la que llaman la *acenoria*, esto es, la enhorabuena de la funcion, como loablemente se estilaba en todas las religiones. Al punto cesó la algazara de los mozos, y cada cual se compuso lo mejor que pudo, metiendo las manos debajo del escapulario, y arrimándose hácia las paredes con los ojos bajos y con reverente silencio. El Prelado se contentó con decirle que descansase; y habiéndose detenido un breve rato sin hablar mas palabra, se retiró luego, de los demas maestros, unos solo hicieron el ademán de bajar un poco la

cabeza, murmulando entre dientes una especie de enhorabuena estrujada que no se entendía; otros se la dieron con palabras claras, pero tan equívocas, que algún malicioso podía interpretarlas con poca benignidad, como el que le dijo: «¡Fray Gerundio, cosa grande! Por el término no la he oído mayor, ni espero oírla igual, sino que sea á tí.» Dos ó tres de ellos, que eran algo encogidos, y un si es no es taciturnos, solamente le dijeron: «Dios te lo pague, Fray Gerundio; que lo has trabajado mucho;» y el bueno del frailecito quedó muy solazado, pareciéndole que era lo mismo trabajarle mucho que trabajarle bien.

5. A todo esto callaba el maestro Prudencio, sin hacer mas que mirarle de cuando en cuando con unos ojos entre compasivos y severos; mas luego que se retiraron los otros padres maestros, viendo que los colegiales amagaban hacer lo mismo, los dijo: Esténse quietos; que ahora tengo yo que platicar á nuestro padre platicante, y mi plática tambien puede ser provechosa para ellos. Sentóse en una silla, hizo á Fray Gerundio que se sentase en otra, y volviéndose hácia él, le habló de esta manera:

6. «Fray Gerundio, ¿has perdido el juicio? ¿Estabas en él cuando compusiste una sarta de tanto disparate, y cuando tuviste valor para predicarla? ¿Es esto lo que me ofreciste al despedirte de mí en la granja, diciéndome que perdiese cuidado, que por esta vez pensabas que habias de acertar á darme gusto? ¿Pues qué, piensas que podía yo gustar del mayor tejido de locuras y de despropósitos que he oído en los dias de mi vida, sino que le exceda ó le compita la desatinada salutación del sermón de Santa Ana? ¿Y esto en una funcion de suyo tan seria, tan tierna, tan dolorosa, en que todo debiera respirar compuncion, lágrimas, gemidos y penitencia! Estoy por decir que cuando no se hubiera cometido otro pecado que el de tu plática, él solo merecia que nos castigase Dios con el terrible azote de la sequedad y de la esterilidad que padecemos; pero no me atrevo á decir tanto, porque conozco que no pecas de malicia, sino de ignorancia ó de inocencia.

7. »Vén acá, hombre: ¿tu plática se ha reducido á otra cosa que á atestarnos los oídos de fábulas ridiculas, insulsas é impertinentes, verificándose á la letra lo que ya dijo en profecía el Apóstol por tí y por otros predicadores como tú, que huirian de la verdad y convertirian toda su atencion á las fábulas, trascendiendo este depravado gusto á los oyentes: *A veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur*? ¿Qué fuerza han de tener estas para movernos á hacer penitencia por nuestras culpas, y aplacar por este medio el rigor de la divina Justicia, tan justamente irritada contra ellas?

8. »¿Notendrian mas eficacia los ejemplos verdaderos de la Sagrada Escritura y de la historia eclesiástica, una y otra atestada de los horrendos castigos temporales con que Dios en todos tiempos ha escarmentado los pecados de los hombres, sin dejar el azote de la mano hasta que se le diese satisfaccion por medio del dolor, de la enmienda y de la penitencia? Los diluvios, las inundaciones, las guerras, las hambres, las pestes, las esterilidades, los terremotos, los volcanes y todos los demas movimientos extraños de la naturaleza, gobernados por el supremo Autor de ella, ¿han nacido jamas de otro principio ni han tenido otro fin?

9. »¿Qué siglo de oro, ni qué siglo de estaño, ni qué siglo de hierro, ni qué embustes de mis pecados? No ha habido mas siglo de oro que la estrechísima duracion del estado de la inocencia, reducida, segun los mas, á pocos dias, y segun algunos, á pocos instantes. Entre la inocencia y la malicia no hubo medio. Desde que comenzaron á multiplicarse los hombres, comenzaron á multiplicarse los pecados: de suerte que estos solamente fuéron pocos mientras fuéron pocos los que podian pecar. Y desde entónces comenzó Dios sus amorosos avisos, castigando á unos para escarmentar á otros, hasta que, extendida la maldad, sin dejarse reconvenir del escarminio, fué tambien menester que se extendiese el castigo.

10. »Si el tiempo que has perdido miserablemente en leer ficciones, le hubieras dedicado á hojear, aunque no fuese mas que de paso, la Sagrada Biblia, en ella encontrarias historias infalibles en que fundar tu exhortacion, sin el ridiculo y aun sacrilego recurso á patrañas fabulosas. Esterilidad nacida de falta de agua y de sobra de pecados, encontrarías en Egipto en tiempo de Faraon y de José. Esterilidad procedida del mismo principio, encontrarías en Israel en tiempo del profeta Elías. Esterilidad originada de la misma causa, encontrarías en el reino de Judá en tiempo de los dos Joranes enfiados. Y si despues de la historia sagrada hubieras siquiera pasado los ojos por la eclesiástica y por la profana, apenas hallarias siglo que no te ofreciese á docenas los ejemplares en diversos reinos y provincias, con la circunstancia de que no cesó el castigo mientras no cesaron ó se disminuyeron los pecados. ¿Pues á qué fin el recurso á los sueños y á las fábulas?

11. »No quiero decir que el estudio ó la noticia de estas sea inútil y que no tenga su uso. Tiénele, y muy loable, así para la inteligencia de los autores gentiles, especialmente poetas, como para la comprension de la teología pagana, que toda estaba reducida al sistema fabuloso. Pero en el púlpito no debe tener otro uso que el de un altísimo desprecio. Si tal vez se toca alguna, que fiera mejor no hacerlo, debe ser tan de paso y con tanto desden, que el auditorio conozca la burla que el mismo predicador hace de ella. ¿Es bueno que los gentiles, como escribe Tertuliano, hacian tanta de nuestros sagrados misterios, que solamente los tomaban en boca en los teatros para hacer irrision de ellos; y ha de haber predicadores cristianos que hagan tanto aprecio de sus fábulas, que apenas se valgan de otros materiales en los púlpitos para engrandecer nuestros misterios, ó para persuadir las verdades mas terribles y mas ciertas de nuestra religion! ¿Cómo se puede persuadir con solidez una verdad por medio de una mentira? ¿Ni qué parentesco pueden tener los misterios de Jesucristo con los embustes de Belial? *Quae conventio Christi ad Belial?*

12. »Pero supongamos que en la fábula se halle algún remedo, como en muchas de ellas se halla en realidad, de nuestras verdades ó de nuestros misterios: ¿qué fuerza añade á unas, ni qué esplendor aumenta á otros este ridiculo remedo? Adelanto mas: quiero suponer que la fábula tenga la mayor semejanza imaginable con algunos de los misterios que creemos y adoramos; como por ejemplo: el nacimiento de Minerva, diosa de la sabiduría, que se fingió haber nacido del cerebro de Júpiter, con la generacion del Verbo, que es sabiduría

eterna, que fué engendrado desde la eternidad, de la mente del Padre. ¿Y qué sacamos de eso? ¿Se nos hace mas creíble ó mas respetable esta verdad, porque encontremos un borron ó una oscurísima sombra suya en aquella disparatada mentira?

13. »Ya sabemos todos que el demonio, á quien llama no sé qué santo padre perniciosísima mona, para confundir mas los misterios de la fe ó para hacerlos ridículos, introdujo algunos rasgos ó como algunos vislumbres de ellos en las supersticiones paganas; pero tan envueltos entre estas y tan mezclados de hediondeces, despropósitos y extravagancias, que se conoce el diabólico artificio con que tiró á oscurecerlos ó á hacerlos enteramente risibles. ¿Y es posible que lo que el diablo inventó para burlarse de lo que creemos y de lo que él mismo cree con fe tan experimental, ha de servir para que nosotros lo apoyemos!

14. »Pero si el valerse de fábulas en el púlpito para persuadir nuestras verdades siempre es cosa intolerable y en cierta manera especie de sacrilegio, lo es mucho mas cuando se predica á gente vulgar y sencilla. El auditorio discreto da á la fábula el valor que se merece, recibela por su justo precio, y en fin sabe que la fábula es mentira. Respecto de él no hay mas inconveniente que mezclar lo sagrado con lo profano, y lo fabuloso con lo verdadero: sobrada monstruosidad es esta mezcla, pues hasta en los pintores y los poetas, cuyas licencias son tan amplias, la calificó de intolerable el mejor de los satíricos:

*Sed non ut placidis cecant immitia, non ut
Serpentes avibus gementur, Iggribus agni.*

Mas cuando se predica á un concurso compuesto por la mayor parte de gente del campo, inculta y sin letras, hay el gravísimo inconveniente de que entienda la fábula por historia, la ficción por realidad, y por verdad la mentira. Dígalo, si no, el testamento de aquella vieja que por haber oído á su cura, en los sermones que hacia á sus feligreses, hablar muchas veces del dios Apolo, dejó en él este legado: «Item, mando mis dos gallinas y el gallo al bendito señor San Pollo, por la mucha devoción que le tengo desde que oí predicar tanto de él al señor cura.» ¿Parécete que será imposible que entre tantos pobres hombres de que se compone la cofradía de la Cruz, á la cual has platicado, no haya algunos y aun muchos que vayan persuadidos á que Ceres, Júpiter Amon, Baco y los demas avechuchos que citaste, son unos grandes santos, y los tengan por especiales abogados de la lluvia?

15. »¿Y qué te diré de aquel tejido de dislates, tomado de la mitología americana, en que pareció consistir lo fuerte de tu plática, segun te inculcaste en ello y segun el esponjamiento y la satisfaccion con que lo representaste? No creí que ni aun tú fueses capaz de desbaratar tanto; y mira que esta es una grande ponderacion. ¿Quién diantres te deparáo aquellas noticias, ni cómo tuviste la poca fortuna de tropezar con ellas para hacerte mas ridículo? Ciertamente tienes singular talento de dar con lo peor de los libros, y gracia conocida para aprovecharte de ello. Valga la verdad: tú quisiste hacer ostentacion de tu memoria y de tu feliz pronunciaci6n, quedándote con aquellos nombres bárbaros, exóticos y estrafalarios de «Tlalóc, Tozoztli, Hueytozotli, maguays, xuchiles, Chivalticue y Citeolt», pareciéndote que esto era una gran cosa, y que dejabas aturdido al

auditorio. Con efecto así fué; porque aquella pobre gente no distingue de colores, y la basta no entender lo que se dice, para admirarlo.

16. »¿Pero no me dirás qué gracia ó qué chiste tiene eso? La memoria local y material suele ser prenda muy comun de los mas rudos. Y en fe de que yo lo soy, la poseo tan feliz, aun siendo un pobre viejo, que á la primera vez que oí esos nombres me quedé con ellos, como lo acabas de ver. ¿Pues qué mucho los hubieses aprendido tú á costa quizá de un improbo trabajo?

17. »No quiero decirte nada del estilo pueril, atolondrado, necio y pedantesco, porque es perder la obra y el aceite. Fray Blas y ese maldito *Florilugio*, que debiera quemarse en una hoguera, te tienen infatuado el gusto y todo conocimiento de lo que es idioma castellano puro, castizo y verdadero. El que usas en el púlpito ni es romance, ni es latin, ni es griego, ni es hebreo, ni sé le que en suma es. Dime, pecador, ¿por qué no predicas como hablas?

18. »¿Qué quiere decir «aurífera edad, trámite no interrumpo, letálica culpa, borron nigricante, candidez primera, paralogizar la correccion, espontanear las fruges, mádiolo colono», y toda la demas retahíla de nombres y verbos latinizados con que empedraste tu plática, que la entenderian los cofrades como si los hubieras platicado en siríaco ó en armenio? ¿No conoces, desdichado de tí, que esa es una pedantería que solamente la gastan los ignorantes, y aquellos pobres hombres que ni siquiera saben la lengua en que se criaron? ¿No merecias que al acabar la plática, en lugar de los vitores con que te aclamaron los simples, te hubiesen aplicado este otro vitor, que te venia tan de molde como al padre Fray Crispin, que sin duda debió de ser el Fray Gerundio de su tiempo:

Vitor el padre Crispin,
De los cultos culto sol,
Que habló español en latin,
Y latin en español?

19. »De propósito he querido decirte lo que siento, á presencia de todos estos mozos, y para ese fin los hice detener; porque, sobre estar ya cansado de hacerte algunas advertencias privadas, y haber visto, con grande dolor mio, que son inútiles mis correcciones particulares, hice juicio que debia hablarte ya mas en público, para que no trascendiese á ellos tu mal ejemplo. Mis años y mis canas me dan licencia para esto; y la parte que tuve en que se te dedicase á esta carrera que tanto apetecias, me obliga en cierta manera á dar esta satisfaccion, porque nunca se piense apruebo lo que abomino.

20. »Ni creas que solo yo soy de este dictámen, pues en ese caso se podia atribuir á la mala condicion que regularmente se achaca á los de mi edad, aunque por la misericordia de Dios la mia no está reputada por la peor. Acompañame en él todos los padres graves de la comunidad, esto es, los únicos que tienen voto en la materia. Todos se lastiman, igualmente que yo, del malogro de tus prendas; y en la sequedad y seriedad con que se presentaron á darte la enhorabuena, pudiste conocer lo mucho que los habia desazonado tu plática. Si no todos te hablan con la claridad que yo, será, ó porque no todos te estiman tanto, ó porque no concurren en ellos las particulares circunstancias que concurren en mí para no

lisonjearle, ó porque en las comunidades tiene grandes inconvenientes el oficio de desengañador, tanto, que hasta los prelados necesitan ejercitarle con mucho tiento, no obstante que su empleo les precisa á practicarle. Yo atropello por todo, pesando ménos en mí cuanto tú puedas pensar, otros discurrir y muchos murmurar, que el deseo de tu estimacion, el bien de las almas, el decoro del púlpito y el crédito de la órden.»

21. Y al decir esto se levantó de la silla, tomó la puerta, se salió de la celda y se fué á la suya. Fray Gerundio quedó pensativo, los colegiales por un largo rato silenciosos, y los legos mirando á estos y á aquel. Unos esusepian, otros gargajeaban, algunos se sonaban las narices, y ninguno se atrevia á hablar palabra. Hasta que un colegial, teólogo del cuarto año (como lo dejó notado un autor curioso, indagador y menudo), el cual era alegre, vivaracho, intrépido y decididor, rompió el silencio diciendo: «¿Quién va tras el viejo con bizcochos y vino y á hacerle mudar camisa; porque el sermon ha estado largo, patético, moral y fervoroso? Riéronse todos ménos Fray Gerundio, que aun se mantenía suspenso, cabizbajo y como medio corrido.

22. Pero presto le consoló el teologuillo; porque llegando á él y dándole dos palmadas sobre los hombros, le dijo: Hola, Fray Gerundio, *sursum corda*. ¿Pues qué, haces caso de las misiones de nuestros padres matusalenes? ¿No ves, hombre, que tienen ya el gusto con mas cascarrías y lagañas que ojos de aprendiz de bruja? ¿Qué saben ellos cómo se ha de predicar, si ya casi se les ha olvidado cómo se ha de vivir? Todo lo que no les huele á antaño, los ofende, y ellos nos apestan á los demas con sus antañadas. Ellos conocieron al mundo así, y dádole la que se ha de mantener el mundo como ellos le conocieron, sin hacerse cargo de que la bola da vueltas, que por eso es bola. Como ya no pueden lucir, rabian cuando otros lo lucen; á manera de aquellos árboles secos de puro carquezos, que en tiempo de primavera, al llenarse los otros de flores y de verdes hojas, ellos parece que se secan mas de pura envidia.

23. Hablan de los sermones como de las modas y de los bailes. Un corbatín los espírita por cuanto ocupa el lugar que debiera ocupar una valona; y no pueden mirar sin furor unos calzones ajustados, acordándose de sus zaragüelles. La mariona, la pavana y las folías valen para ellos mas que todos los paspíes del mundo, y todos los valencianos juntos los darán gana de vomitar en comparacion de un zapateado. Ni mas ni ménos en los sermones: erudicion, mitología, elevacion de estilo, cadencia armoniosa, pinturas, descripciones, chistes, gracia, todo los provoca á vómito; y es, que tienen el estómago del gusto tan destituido de calor como el del cuerpo; nada pueden digerir sino que sean papas, puches, picadillos, y á lo sumo carnero y vaca cocida.

24. ¿Hay cosa como querernos persuadir que las fábulas no se hicieron para el púlpito? ¿Pues para dónde se hicieron? ¿Para los estrados y para los locutorios de monjas? ¿Puede haber gracia mayor ni mayor ingenio, que probar una verdad con una mentira, y calificar un misterio infalible con una ficcion? Aquello de *salutem ex inimicis nostris*, ¿no es del Espíritu Santo? Y lo otro de *contrariis contrariis curantur*, ¿no es del divino Hipócrates? Y lo de mas allá de *opposita juxta se posita magis elucescunt*, ¿no es del profundo Aristóteles?

¿Cuándo está mejor ponderada la virtud del sacramento del bautismo y la del agua bendita, que poniéndola al lado de la que fingian á las aguas lustrales con que se purificaban los gentiles para disponerse á los sacrificios? *Lustravitque viros*, que dice el incomparable Virgilio. ¿Ni cómo es posible explicar con gracia la que tiene el sacramento del matrimonio, sin hacer una bella descripcion del dios Himeneo, presidente de las bodas, ó el dios Casamentero, jóven bizarro, de estatura heroica, blanco y rojo como un alemán, pelo blondo, su hacha encendida en la mano y coronado de rosas? Y para ponderar la fineza de Cristo en el sacramento de la Eucaristía, ¿se ha encontrado hasta ahora razon mas convincente, ni se ha inventado en el mundo pensamiento mas delicado que el de aquella fabulilla de Cupido, cuando para rendir á cierto corazon un poco duro, despues de haber apurado inútilmente todas las flechas del aljaba, él se flechó en el arco, y él se disparó á sí mismo, con lo cual quedó el susodicho corazon blando y derretido como una manteca?

25. Dice el Padre Maestro que usar de fábulas en el púlpito es de ignorantes y de pobres hombres. Eso sería allá cuando su paternidad nació y se usaba el baile de las paraletas; pero hoy, que está el mundo mas cultivado, es otra cosa. Yo tengo en mi celda varios sermones impresos de un famoso predicador de estos tiempos, que asombró en Aragon, aturdió en Navarra y atolondró en Madrid, tanto, que se ponian soldados á las puertas de los templos donde predicaba, para evitar la confusion y el desórden en el tropel de los concursos; y este tal predicador, á quien no negará el Padre Maestro, ni hombre mortal se lo ha negado, que es ingenio conocido, apenas predicaba sermon cuyas pruebas no se redujesen á encajonar una fábula entre un lugar de la Sagrada Escritura; y en verdad en verdad, que no perdió casamiento, y que no como quiera le aplaudieron los vulgares, sino tambien muchos hombres que tenían señoría.

26. Entre otros me acuerdo de cierto sermon que predicó en la profesion de dos ciertas señoras muy distinguidas, y luego se dió á la prensa como cosa grande; en el cual, porque el hábito de la órden es de color negro, las comparó con grandísima propiedad á la diosa Vesta, que sobre la fe y palabra de Cartario, vestía tambien de este mismo color: *Factum est ut nigra appellaretur propter vestem nigram*. Despues dijo, y dijo muy bien, que Minerva habia sido la primera fundadora de la enseianza de las niñas, citando unas palabras del mismo Cartario, que aunque solo prueban que Minerva fué la inventora de las labores mujeriles, hilar, coser, devanar, etc., porque Cartario no dice mas; pero harto dice para que creamos que tambien se las enseña á otras, pues el que estas fuesen niñas ó fuesen ya mujeres casaderas y aun casadas, no hace para el intento, y siempre se verifica haber sido la fundadora de la enseianza, que es la sustancia del negocio.

27. Finalmente, mas allá trae una comparacion galharda para probar cuánto se enamora Dios de las almas religiosas que viven en clausura, pues cita con la mayor oportunidad del mundo la fábula de Dánae, hija de Arcrisio, rey de los argivos, á la cual, siendo doncellita, encerró su padre en una torre donde no pudiese tener comunicacion alguna con los hombres, para que no se verificase el fatal pronóstico del oráculo que le intimó

había de morir á manos de un nieto suyo. Pero Júpiter se la pegó al astuto viejo; porque, enamorado de la señorita, se transformó en lluvia de oro, se caló en la torre, y la doncella parió á su tiempo á Perseo, que yendo dias y viniendo dias, finalmente vino á cumplir el fatídico oráculo, quitando la vida á su abuelo. Y no hay que reparar en que la lluvia se introdujese por la torre; porque podían estar abiertas las ventanas, ó aunque fuese torre de un rey, no hay repugnancia en que tuviese algunas goteras.

28. ¿Quién creyera que una fábula, al parecer tan sucia, pudiese jamas servir de prueba para una cosa tan limpia como es el especial amor que profesa Dios á las almas castas que viven en clausura? Pues aquí está el ingenio; nuestro sutilísimo orador la aplicó con la mayor delicadeza y con la mayor energía: «En Dánae, dice, contemplo una alma retirada que vota permanencia en la clausura: en Júpiter, transformado en lluvia de oro, á Cristo, que baja como lluvia y pan del cielo.» Y luego al márgen un par de textecitos literales: para la palabra *pan*: *Panis de coelo descendens*; para la palabra *lluvia*: *Et nubes pluunt justum*. ¿Puede haber cosa mas bien dicha? ¿Ni pudiera imaginarse invencion mas propia ni mas feliz? Porque ahora, que Dánae no fuese la doncella mas casta ni mas recatada del mundo, como lo acreditó el efecto, y que Júpiter fuese un dios bellaco y estrupador, ese es chico pleito. Ello hay virgen, hay clausura, hay un dios que visita á la doncella, sea por lo que se fuere; que eso no nos toca á nosotros averiguarlo; ¿pues qué mas se ha menester para probar que Cristo profesa una ternura muy especial á las vírgenes encerradas, y para *contemplarlas* á estas Dánaes, y Júpiter á aquel? Que es sin duda una contemplacion, sobre ingeniosa, devota y pia.

29. Así pues, amigo Fray Gerundio, rieta de las vejees de nuestro Padre Maestro; déjale que gruña: créeme, que los viejos por lo comun se disgustan de todo lo que ellos no saben hacer, y que á los mas se les puede aplicar, con la variacion de una sola palabra, aquello de...

Nam quae non fecimus ipsi... Vix ea recta voco. Y tú prosigue predicando como has comenzado; que si continuas así, llegarás sin duda á ser la honra de tu patria, el crédito de la orden, el oráculo de los pueblos, y en fin, el hombre del mundo.

30. No se puede ponderar el aplauso con que fué recibida de toda aquella juvenil mosqueteria la arenga del colegialillo barbi-poniente y bullicioso. Despues de haberle vitoreado casi tanto como los cofrades de la Cruz habian vitoreado la plática de disciplinantes, repitieron los plácemes y las enhorabuenas á Fray Gerundio aun con mayor algazara que ántes, exhortándole todos á que siguiese el milagroso rumbo de predicar á que habia dado tair dichoso principio, y pidiéndole los mas que les diese el papel de la plática para sacar muchos traslados. Con esto, no solo respiró nuestro abochornado Fray Gerundio, sino que se esponjó, se empavonó, se encaramó, se llenó de vanidad, y quedó tan persuadido á que el modo de predicar era aquel y á que cualquiera otro modo era una pobretería, que ya no le sacarian de su error frailes descalzos. Pero lo que le acabó de rematar fué un soneto, en elogio suyo, que salió el día siguiente, y decía así:

AL INCOMPARABLE FRAY GERUNDIO ZOTES,
aliás DE CAMPAZAS.

SONETO.

No hay otro Fray Gerundio, ni le ha habido;
Hará inmortal el nombre de Campazas;
En casas, en conventos, calles, plazas,
Va dos cuartos que mete mucho ruido:
No nos cite el frances envanecido
A Fleury, á Burdaloue ni á otros mazas;
¿Qué Señery, qué Oliva ó calabazas?
¿Ni qué Vieyra, portugues erguido?
¿Demóstences y Tulio? Dos zoquetes;
¿Los demas oradores? Mil orates,
Por no llamarlos pobres monigotes;
Solo Fray Blas con otros mozaibetes,
Si no le exceden, le hacen sus empates;
Por lo demas, es gloria de los ZOTES.

HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS,

aliás ZOTES,

Escrita por el licenciado Don Francisco Lobon de Salazar, presbitero, beneficiado de preste en las villas de Aguilar y de Villagarcía de Campos, cura en la parroquial de San Pedro de esta, y opositor á cátedras en la universidad de la ciudad de Valladolid; quien la dedica al público.—TOMO SEGUNDO.

PARTE SEGUNDA.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

En donde se pondera lo que va saliendo y verá el curioso lector.

PUES como íbamos diciendo de nuestro cuento, yendo y viniendo dias, el bendito entre todos los benditos de Fray Gerundio quedó tan satisfecho de su trabajo con la arenga panegirica y apologética á favor de su plática de disciplinantes, que le hizo el susodicho teologuillo, con los aplausos de la escuela moza y con la gritería de la lega, que por poco no tuvo al maestro Fray Prudencio por hombre que había perdido el seso. Pero á lo ménos, pareciéndole que le hacia mucha merced, hizo juicio firme y verdadero de que ya estaba algo chocho, y propuso en su corazon no hacer caso de nada que le dijese. Y se adelanta un autor á sospechar que hizo propósito oculto de huir el cuerpo al viejo todo cuanto le fuese posible, bien que eso no lo asegura como noticia cierta, y solamente lo da por conjetura, fundándose en unos apuntamientos de letra muy gastada que se hallaron en el hondon de un cajon. Y el diablo, que no dormia, para remachar el clavo de su sandez, dispuso que algunos dias despues recibiese una carta de su íntimo amigo Fray Blas, escrita desde Vocabilla, la cual decia así: «Amigo Fray Gerundio: Doyte mil abrazos en el corazon, ya que no puedo con la boca: en toda esta tierra no se habla mas que de tu famosa plática de disciplinantes. Fray Roque el refitolero me escribe maravillas, y el sacristan de Gordoncillo, que te oyó (y ha venido aqui á concertar un esquilon), comienza y no acaba. Ambos tienen voto, ó yo soy un porro. Mosen Guillen, que es el señor cura de este lugar, y tiene en la uña el *Teatro de los Dioses*, desea un traslado de ella, y dice que la ha de hacer imprimir, aunque sea necesario vender el macho falso que compró en la feria del botiguero. Envíamela por el portador, que es el barbero de este lugar, persona segura y de toda mi estimacion. A él me remito sobre mi sermón de Santa Orosia, pues no me parece bien que yo me alabe; y sábete que tiene tan buena tijera para cor-

tar un sermón, como para igualar un cerquillo; solo te digo que, ademas de la limosna del mayordomo, que no es maleja, me ha valido ya dos borregos y docena y media de chorizos; que de todo se sirve Dios, que te guarde muchos años á pesar de cazcarrientos.—Fray Blas, siempre tuyo.»

Cuando Fray Gerundio se halló con que le pedian su plática allá de luengas tierras (pues para su geografia ocho leguas de tierra era la mitad del mundo); cuando consideró que se la pedian no ménos que para imprimirla, y se vió en vísperas de ser autor de la noche á la mañana, y esto sobre ser hombre en cuyo aplauso y elogio *in continenti* se escribian y divulgaban sonetos, se tuvo en su corazon por el mayor predicador que han conocido los siglos; y no solo se confirmó en la estafalaria idea de predicar que ya se habia formado, sino que con el tiempo fué salpicando todas las mas ridículas y mas extravagantes, como se verá en esta puntual historia.

Pero veis aquí que en el mismo zagan de la segunda parte de ella, parece que hemos dado un tropiezo que, á buen librar, harto será que escapemos sanas las narices. ¿Es posible, dirá un lector (que las tenga de poder), es posible que, habiendo oído la famosa plática Anton Zotes y Catana Rebollo, su mujer; habiendo sido testigos de los aplausos y de los vítores con que fué celebrada; habiendo visto por sus mismos ojos el prodigioso fruto que hizo en la valentía con que arrojaron las capas los penitentes de sangre, y en el demuedo con que manejaron unos el ramal y otros la pelotilla; que habiendo recibido ellos tantos plácemes, tantos parabienes, tantas bendiciones, así en la iglesia como fuera de ella: es posible (vuelvo á decir tercera vez) que no tuvieron siquiera una enhorabuena que llegar á la boca para dársela á su hijo? ¿Se hace verosímil que, ya que no fuese aquella noche, por ser ya tarde y por dejarle descansar, á lo ménos la mañana siguiente muy de madrugada no fuesen á la iglesia del convento ó á la portería, y que allí Anton Zotes no diese cien abrazos á su hijo, y la tia Catana no aña-

diese de mas á mas otros tantos besos, aforrados en lágrimas y mocos, todos de purísima ternura? Se hace creíble tanta sequedad y tanto despego? Y si esto no fué así, sino que en efecto los buenos de los padres de Fray Gerundio hicieron con su hijo todas estas demostraciones de cariño, dándole las debidas señas de complacencia y de gozo, ¿con qué conciencia pasa en silencio el historiador una circunstancia tan sustancial, que tanto puede servir para el aliento y aun para la edificación?

A esto pudiéramos responder muchas cosas, pero las dejamos todas por no ser prolijos; y confesando de buena fe que todo pasó así ni mas ni ménos, añadimos en consecuencia de la verdad y de la fidelidad que profesamos, que no solamente hubo dichos mocos, lágrimas, besos y abrazos, sino que Anton Zotes, en presencia del Prelado y otros padres graves que habian bajado á cortejar á él y á su mujer, dijo: «Fray Gerundio, ya te envié á escribir como me habian echado la mayordomía del Sacramento. Pero entonces no te envié á decir que me perdicasen el sermón; porque no te habia oído predicar, y no queria ponerme á que quedásemos envergonzados: ahora que te he oído, dígame que me lo has de predicar con la bendición de su reverendísimo nuestro reverendo padre.» No pudo negarse el Prelado á concederla, aunque del escapulario adentro no le dió mucho gusto; porque como á hombre serio y de razón le habia desazonado la plática. Pero ¿qué habia de hacer en aquella coyuntura, y con unos hermanos tan devotos de la órden, que hacian al convento toda la limosna que podian? Al fin sacáronlos de almorzar unas tortillas, chanfaina, queso y aceitunas. Almorzaron muy bien, sirviendo el almuerzo de comida, y se volvieron á Campazas, no viendo la tierra que pisaban ni las horas de Dios por llegar al lugar, para contar al licenciado Quijano y á toda la parentela lo que habian visto por sus ojos, oído por sus oídos y palpa lo por sus manos.

Dejemos ir enhorabuena á los dos dichosísimos consortes en buena paz y compañía, miéntras nosotros nos volvemos á nuestro Fray Gerundio, que desde el mismo punto y momento en que le echó su padre el sermón del Sacramento, no pensaba ni de día ni de noche, ni soñaba en otras cosas que en el modo de desempeñarle: hacíase cargo de las circunstancias, que le ponian en mayor empeño: primer sermón que predicaba en público (porque la plática de disciplinantes no la calificaba de sermón), predicarle en su lugar y en la misma parroquia donde le habian bautizado (porque no habia otra), ser mayordomo su padre, cantar la misa su padrino, los danzantes de la procesion, el auto sacramental que siempre se representaba, los novillos que se corrian, las dos ó tres docenas de cohetes que se arrojaban, y la hoguera que se encendia la víspera de la fiesta: todo esto se le ofreció á la imaginacion como punto crítico y principal de su empeño, pareciéndole que era indispensable, no solo hacerse cargo de todo ello, sino que solo en esto estribaba toda la dificultad, pues por lo que tocaba al asunto del Sacramento, en cualquiera sermonario encontraría campo abundante donde forrajear. Es cierto que no se le habian olvidado las juiciosas reflexiones que habia oído al maestro Fray Prudencio contra la ridícula y extravagante costumbre de tocar en los sermones estas que llaman *circunstancias*: tambien es cierto que tenia muy presente la salutacion al sermón de la Purificación

en el día de San Blas, que el mismo maestro Prudencio habia leído al predicador mayor y á él, en que con gravedad, y no sin gracia, se hace ridícula esta costumbre, convenciéndola de tal con razones que no admiten réplica; pero tambien es igualmente cierto que se le imprimió altamente la sólida advertencia de su amigo el predicador Fray Blas, la cual se redujo á aquel apotegma que puede hacerse lugar entre los principios de Maquiavelo: *Sentire cum paucis, vivere cum omnibus*: sentir con pocos y obrar con muchos; y aun por desgracia habia leído aquellos días, no se sabe dónde, el dicho que comunmente se atribuye á nuestro insigne poeta Lope de Vega, y harto será que no sea un falso testimonio; porque no cabe que un hombre de tanto juicio y de tanta discrecion dijese una truhanada tan insulsa; pero al fin ello se cuenta que, reconociendo élmismo los defectos de sus comedias, los excusa diciendo «que los conoce y los confiesa; pero que con todo eso las compone así, porque las buenas se silban y las malas se celebran». Haciale esto mas fuerza que todo á nuestro Fray Gerundio, y resolvió por última determinacion no omitir circunstancia alguna de las insinuadas, aunque lloviesen Fray Prudencios. Solo dudó por algun tiempo si para hacerse cargo de ellas acudiria por socorro á las fábulas, ó apelaria á los textos y pasajes de la Escritura Sagrada; porque de todo habia visto en los famosos predicadores. Algo mas se inclinaba á lo primero, por llevarle hácia allí su genio, ayudado del ejemplo de Fray Blas y de la continua lectura del *Florilégio*; pero, como estaba reciente la fuerte repasata que le habia dado el Padre Maestro contra el uso ó contra el abuso de la fábula en la seria majestad del púlpito, no pudiendo sobre todo borrar de la memoria aquello que le habia oído de que era especie de sacrilegio, expresion que le habia estremecido, porque al fin no dejaba de ser hombre tímido á su modo; por esta vez, y sin perjuicio hasta que examinase bien el punto, se determinó á buscar en la Escritura acomodo honrado para todas las circunstancias.

Hallóle fácilmente donde todos le encuentran, que es en las *Concordancias de la Biblia*, sin mas trabajo que ir á buscar por el abecedario la palabra latina que corresponde á la castellana, para la cual se desca aquel texto, y aplicar cualesquiera de los muchos que hay en la Escritura para cuantas veces se pueden ofrecer: así en ménos de una hora dispuso los apuntamientos siguientes:

Primera circunstancia: «Primero sermón que predico: viene clavado aquello de *primum quidem sermonem feci, ó Theophile.*» Segunda: «Predicole en mi lugar, y se llama *Campazas*: para esto viene como nacido aquel texto: *Descendens Jesus stetit in loco campestri.*» Tercera: «Predico en la parroquia en que me bautizaron, y se llama Juan el que me bautizó: ¿qué cosa mas propia que aquello: *Joannes baptizavit in aqua et Spiritu Sancto?*» Cuarta: «El mayordomo es mi padre: *In Domo Patris mei mansiones multae sunt.* Tambien mi padre es labrador: *Pater meus agricola est.* Llámase Anton Zotes: el arca del Testamento, figura del Sacramento, anduvo por el país de los Azocias: *Obiit in Azotum.*» Quinta: «Echóme el sermón mi padre, el cual está vivo y sano: *Et misit me vivens Pater.* Cantará la misa mi padrino...» Aquí...

Aquí se quedó un poco atascado, porque, habiendo

revuelto cuantas concordancias se hallaban en su celda, no encontró la palabra *padrino* en todas ellas; y ya desesperado, estaba resuelto á acudir al *Theatrum vitae humanae* ó á cualquiera poliantea, por algun padrino de socorro, y aun en caso necesario valerse del *tu mihi patrinus es*, de Terencio, en el *Heautontimorumenos*, cuando le depara su dicha el texto mas oportuno del mundo: tropezó pues con aquello que se lee en el verso 14 del capítulo 16 de la Epístola de San Pablo á los romanos: *salutate Patrobam*; y pasando luego á leer el capítulo, encontró en él un tesoro; porque casi todo el referido capítulo se reduce á las memorias (hablando á nuestro modo) que el Apóstol encargaba se diesen de su parte á todos los cristianos que se hallaban en Roma y eran de su especial cariño, ó por su mayor fervor ó por algun beneficio particular que habian hecho á la Iglesia, y porque se habian esmerado en favorecer y en amar al mismo Apóstol: á todos los saludaba, nombrándolos por sus nombres, y en el verso 14 nombra entre otros á Patrobo.

«¡Oh! (dijo entónces Fray Gerundio, mas alegre que si hubiera hallado una mina) de Patrobo á padrino hay un canto de un real de á ocho de diferencia, y con decir que el padrino antiguamente se llamaba *Patrobo*, y que corrompido el vocablo se llamó despues *Padrino*, está todo ajustado. Si alguno me replicare (que él se guardará muy bien de eso), lo responderé que con mayores corrupciones que estas nos tienen apestados los etimologistas, y trampa adelante. Pues ahí que no daría golpe el *salutate Patrobam*, haciendo reflexion sobre el *salutate*, diciendo que hasta el Apóstol se acordaba del padrino en la salutacion.» Bien quisiera él encontrar tambien algun textecillo oportuno para encajar el apellido *Quijano*, no dejando de conocer que este sería el *non plus ultra* del chiste y del ingenio; porque el texto del padrino en general se pudiera aplicar á cualquiera pastor que sacó de pila un hijo de Juan Borrego; pero túvolo por caso desesperado: no obstante, despues de haber andado batallando largo tiempo en su imaginacion sin ofrecérsele cosa que le cuadrase, le ocurrió el pensamiento mas disparatado que se podía ofrecer á un hombre mortal.

Quijano, se decía él á sí mismo, sale de *quijada*; esto no admite duda: pues ahora de las quijadas se dicen cosas grandisimas en las sagradas letras, porque dejando á un lado si Cain mató á su hermano con la quijada de un burro, que esta circunstancia no consta, á lo ménos en la *Vulgata*, y aunque constara no lo podía aplicar bien para mi intento; pero consta ciertamente que Sanson con la quijada de un asno quitó la vida á mil filisteos; consta que, habiendo quedado fatigado de la matanza, y estando pereciendo de sed, sin haber en todo aquel campo ni contorno una gota de agua, hizo oracion á Dios para que le socorriese en aquella extrema necesidad, y del diente molar de la misma quijada brotó un copioso chorro de agua cristalina, con que apagó la sed y se refeció Sanson. Consta, finalmente, que, en memoria de este prodigio, se llamó el lugar donde sucedió, y se llama el día de hoy, «la fuente del que invoca de la quijada:» *Idcirco appellatum est nomen illius loci, fons invocantis de macilla, usque in praesentem diem*.

¡Qué cosa mas divina para mi asunto! Aquí tenemos una misteriosa quijada que con agua celestial y mila-

grosa da nuevo espíritu á Sanson y le restituye á la vida, á lo ménos se la conserva. El agua es símbolo del agua del bautismo, cuya virtud es milagrosa y celestial; y la quijada que la suministró, sombra muy propia de mi padrino, que la administra, cuyo apellido es Quijano, está haciendo muy clara alusion á aquel misterioso origen. Que la quijada fuese de un burro ó de un racional, ese es chico pleito para la sustancia del intento, y mas cuando á cada paso leemos en la Sagrada Escritura que los brutos y las fieras simbolizan á los mayores hombres.

Ajustada tan felizmente esta circunstancia, por todas las demas se le daba un pito, pues para los danzantes tenia la danza de David delante del arca del Testamento, que sale en todas las danzas del Corpus; y si no queria echar mano de esta por mas ordinariamente vulgar, tenia la danza de las melenas largas, como él lo construia, de la cual hace mencion el proleta Isaias cuando dice: *Et pilosi saltabunt ibi*; y mas, que se acordaba muy bien que los danzantes de su lugar siempre llevaban tendidas las melenas, cosa que los agradaba infinitamente; y lo de *pilosi saltabunt* venia para ellos á pedir de boca. Para el auto sacramental le parecia que podía acomodar todos los textos que hablan de alguna figura del Sacramento; «porque figura y representacion, discurria él, todo es una misma cosa; con que, si tenemos representacion y Sacramento, ¿qué mas falta ya para el auto sacramental?»

Donde iba muy holgado, y á su parecer literalmente, era en la circunstancia de novillos; porque, aunque fuese menester cien textos diferentes para cien corridas, estaba pronto á sacarlos de la Escritura, aplicando todos los que hablan de vítulos; y si como eran novillos fueran toros, por lo ménos para mas de treinta corridas ya tenia provision de textos. Los cohetes y las carretillas que se disparaban, los encontraba vivisimamente figurados en aquellos cuatro misteriosos animales que tiraban la carroza de Ezequiel, los cuales iban y venían por el aire, *in similitudinem fulguris coruscantis*, como unos rayos, como unos relámpagos y como unas exhalaciones. La hoguera no le daba maldito el cuidado, puesto que tenia en la Escritura mas de cien hogueras en que calentarse, sin mas trabajo que arrimarse á cualquiera de las que se encendian para consumir los holocaustos; y si se le ponía en la cabeza hacer tambien circunstancias de los muchachos que saltaban por la hoguera sin quemarse, ¿qué cosa mas propia y natural que los tres muchachos del horno de Babilonia?

Así acomodó en sus apuntamientos las circunstancias que le parecieron precisas y absolutamente indispensables; pero faltábale una que, aunque los predicadores no se hacian cargo de ella, á él no le sufría el corazon dejar de tocarla. Esta era hacer conmemoracion de su querida madre; porque hacerla de su padre y de su padrino, y no hacerla de su madre, que le parió y que le habia tenido nueve meses en sus entrañas, se le representaba una dureza insoportable, y que no se componia bien con el tierno amor que la profesaba. Ya se ve que para hablar en general de madre, de hijo, de parir y de vientre, tenia los textos á millares; pero no se contentaba con esta generalidad, y quisiera un textito terminante, paladino, que hablase de su madre Catana Rebollo, con sus pelos y señales.

Aduvo, tornó, volvió por mucho tiempo, así las

concordancias como los textos, sin poder hallar cosa que le aquietase, hasta que al fin se le vino á la memoria el ingenioso medio de que se valió cierto predicador para salir de semejante aprieto. Llamábase María Rebenga la mayordoma de cierta cofradía de mujeres, en cuya fiesta predicaba, y no pudiendo encontrar en la Escritura texto que hablase expresamente de Rebenga, ¿qué hizo? Dijo así: Había la esposa convidado al esposo para su huerto con estas palabras: *Veniat dilectus meus in hortum*: venga mi amado esposo á espaciarse por el huerto; y como se diese por desentendido al primer convite, le volvió á instar con las mismas voces: *Veniat dilectus meus in hortum*: venga á espaciarse por el huerto mi querido. Ahora noten: dos veces le dice que venga, *venias, venias*, como quien dice, *venga y revenga*. Con este arbitrio salió el discreto predicador, del empeño, con el mayor lucimiento, y mas cuando añadió que á la primera instancia en que la esposa no le dijo mas que *venga*, hizo como que no quería; pero cuando en la segunda oyó la palabra del *revenga, venias, venias*, no pudo menos de rendirse.

A este modo le pareció á Fray Gerundio que también él podía desempeñarse, haciendo reflexion que el apellido *Rebollo* parece que suena dos veces *bollo*, y tuvo por imposible que no se hallase algo de *bollo* en la Biblia, en cuyo caso él se ingeniaria para la aplicacion; pero se quedó yerto cuando en toda ella no encontró siquiera un *bollo* que llegar á la boca, y pareciéndole que alguna cosa de *Rebollo* no podía faltar en alguno de tantos huertos de que se hace mencion en los sagrados libros, ni aun esto pudo encontrar; y aburrido ya, abandonó del todo el pensamiento de nombrar á su madre expresamente por el apellido; pero apuntó el texto de: *Beatus venter qui te portavit, et ubera quae suxisti*, para aplicarle cuando se ofreciese buena ocasion.

Dispuesto así el plan de la salutacion, por el cuerpo del sermon se le daba un camino, pues haciendo á Cristo en el sacramento, ó sol, ó fénix, ó águila, ó jardin, ó amatiste, ó pirolo, ó cítara, ó clavicordio, ó fuente, ó canal, ó rio, ó azucena, ó clavel, ó girasol, y despues cargar bien de broza y de fagina, de textos, autoridades, glosas, varias lecciones, varios versos latinos, sentencias, apotegmas, alusiones, y tal cual fabulilla apuntada, aunque no sea mas que para mayor adorno, estaba seguro de componer un sermon que se pudiese dar á la imprenta.

En lo que estuvo un poco indeciso fué, si seguiria ó no seguiria en el mismo estilo que habia usado, así en el sermon del refitorio, como en la plática de disciplinantes. Es cierto que él estaba perdidamente enamorado de él, porque, sobre adaptarse mucho á su primera educacion, especialmente en la escuela del domine Zancaslargas, todas aquellas voces rumbosas, altisonantes y rumbáticas estrambóticas, se hallaba canonizado en la plática de su héroe el predicador Fray Blas, y veia que en todo caso le celebraba la turbamulta: no obstante, no dejaba de hacerle muchas cosquillas la burla que así el Padre Provincial como el maestro Prudencio habian hecho del tal estilo; pero, sobre todo, lo que le hizo titubear mas, fué un papel que por rara casualidad llegó á sus manos, como lo dirá el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

Lee Fray Gerundio un papel acerca del estilo, y queda aturrullado.

Habia muerto por aquellos dias en el convento un padre predicador, hombre de mucha snposicion en la religion, que habia seguido la carrera del púlpito con el mayor aplauso, y que (lo que es mas) le tenia muy merecido, porque, sobre ser un grande religioso, era verdaderamente sabio, elocuente, nervioso, de juicio muy asentado, de buen gusto y de acreditado celo. Su espolio (así suelen llamarse en las religiones aquellas alhajas que dejan los religiosos difuntos) casi se redujo todo á sus sermones manuscritos y algunos otros papeles y apuntamientos concernientes por la mayor parte á la misma facultad; y aunque en la comunidad hubo algunos golosos de ellos, especialmente de la gente moza, que suele hacer su veranillo en semejantes ocasiones; pero el Prelado, con mucho acuerdo y prudencia, se los aplicó á Fray Gerundio: lo primero, porque parecia mas acreedor que otro alguno, hallándose al principio de la carrera; y lo segundo y principal (que esa fué en realidad la máxima del prudentísimo Prelado), para que, leyendo en aquellos sermones y tomándose el gusto, procurase imitarlos; y si no podia ó no queria, á lo ménos los predicase á la letra, lográndose en cualquiera de estos arbitrios que aprovechase sus talentos y no dijese en el púlpito tantos disparates.

Puntualmente se hallaba nuestro Fray Gerundio batallando en sus dudas sobre qué estilo habia de seguir en el sermon, cuando entró en su celda el Prelado con los papeles y sermones del difunto, encargándoselos con cariño, recomendándole mucho su lectura y su imitacion; y luego se retiró, porque le llamaban otras dependencias. Fray Gerundio, en su natural viveza y curiosidad, no pudo contenerse sin registrar luego los títulos de aquellos papeles y sermones, que venian todos repartidos en tres legajos. Desató el uno, y lo primero que encontró fué un cartapacio de pocas hojas, con este epigrafe: *Apuntamientos sobre los vicios del estilo*. Pasmóse de aquella extraordinaria casualidad, comenzó á leer, y halló que decia:

«Primer vicio: *Estilo hinchado*. Llámase así por analogia, por aquella viciosa desproporcion del cuerpo viviente cuando en lugar de carne y jugo nutritivo, está ocupada alguna porcion de él de alguna pituita nociva que le causa tumor ó inflamacion: consiste este estilo, dice Tulio, en inventar nuevas voces ó en usar las anticuadas; en aplicar mal en una parte las que se aplicarian bien en otra, ó explicarse con palabras mas graves y majestuosas de lo que pide la materia. La hinchazon del estilo muchas veces está solo en las palabras, otras solo en el sentido, y otras en todo junto. Ejemplos de hinchazon en las palabras: Dionisio el Tirano llamaba á las doncellas expectativas, «las expectantes de varon;» á la Columna *Menocratem* ó *Validi potentem*, la forzada; y Alejandro, hermano de Casandro, rey de Macedonia, llamaba al gallo Manovien, «el músico matutino;» al barbero, *Dracma*, porque esta moneda le pagaba por afeitarse; al pregonero, *Coenice*, porque con la medida de este nombre se median las cosas que se vendian al pregon.

»Ejemplos de hinchazon en el sentido. Séneca en la tragedia de *Hércules Etheo*, le introduce pidiendo el cielo á su padre Júpiter con estas faustosísimas palabras:

*Quid tamen nectis moras?
Numquid timeatur? Numquid impositum sibi,
Non poterit Atlas ferre cum Cœlo Herculem?*

Quiere decir : « ¿Qué detencion es esta? Qué me temes? O si yo subo á él, ¿tienes recelo de que Atlante no pueda con el cielo? » Parece que no es posible pensamiento mas hinchado ; pero todavía lo es mas el que sigue :

*Da, da tuendos, Júpiter, saltem Deos :
Illa licebit fulmen à parte auferas,
Ego quam tuabor.*

No es mas que decir :

A lo ménos Júpiter permite
Que amparar á los dioses solicite,
Y para el que tomaré á mi cuidado
Sobran tus rayos, bástale mi lado.

De esto hay infinito en los poetas y oradores castellanos. Ejemplo del estilo hinchado en las palabras y en el sentido : El poeta Nenio hace decir al gigante Tifon lo que se sigue : « No pararé hasta montar á caballo sobre mi hermano el cielo ; pero en llegando allá, tengo de fabricar otro cielo ocho veces mas grande que el antiguo, porque en este no quepo yo. Asimismo he de hacer que se casen las estrellas, para que sea mas numerosa la poblacion de los astros. A Mercurio le he de poner en un cepo, y á la Luna la recibiré por moza de cámara para que me haga las camas. Cuando me quiera lavar, mandaré que me echen en una palangana todo el Eridano celestial, etc. » A cada expresion es una locura y una arrogancia.

»Segundo vicio : *Estilo cacocelo*. Llámase así aquel estilo afectado que consiste en imitar las palabras del otro, de manera que las que en una parte están en su lugar y tienen alma, en otras no pueden estar mas dislocadas ni ser mas frias. Ejemplo : Pintó Parrasio á un muchacho con un canastillo de uvas, tan vivas estas y tan naturales, que engañados los pájaros bajaban á picarlas. Celebróse mucho esta pintura ; y el mismo Parrasio, ó por modestia verdadera, ó por burla de los que la celebraban, notándoles de poco inteligentes, dijo que la pintura no podra estar peor ; porque, aunque las uvas fuesen verdaderas, si el muchacho estuviese bien pintado, no se atreverian los pájaros á ellas.

»Leyó un retórico pedante, llamado *Espiridion*, este hecho y dicho, y ofreciéndose celebrar otra pintura del mismo Parrasio, colocada en el templo de Minerva, en la cual se representaba el cuerpo de Prometeo en el monte Cáucaso, continuamente despedazado de un buitre y continuamente reproducido, despues de muchas ponderaciones sobre la horrible propiedad de la pintura, dijo por última, queriendo imitar la de las uvas, que « hasta en el mismo templo bajaban los buitres á encarnizarse en el retrato ». Rieronse los circunstantes de un remedo tan frio como impropio ; porque los buitres no son como las golondrinas, los morciégalos y las lechuzas ; que estas saben muy bien lo que pasa en los templos, y aquellos solo pueden dar noticia de lo que sucede en los montes y en los peñascos.

»Otro ejemplo : Dió principio un orador á las honras de Felipe IV con esta enfática expresion : « Con que, en fin, ¡hasta los reyes mueren ! » Y paróse un poco, dando lugar á que el auditorio rellexionase sobre ellas. Fué sumamente aplaudida la naturalidad y la elevacion de este misterioso principio. Pocos dias despues pronunció la

oracion fúnebre del capiscol de cierta iglesia, un predicadorcillo, y queriendo remedar lo que habia oido aplaudir, comenzó de esta manera : « Con que, en fin, ¡hasta los capiscoles mueren ! » Fuéron tales las carcajadas del auditorio, que el orador no pudo proseguir mas adelante, y los que comenzaron honras acabaron entre-meses.

»Tercero vicio : *Estilo frio*. Es en parte parecido al *cacocelo* ó al remedador, en que el frio principalmente consiste en pensamientos nuevos, extraños y peregrinos. Tal fué el de Egecias, insulsísimo sofista, en el panegirico de Alejandro, cuando dijo que se habia abrasado el famosísimo templo de Diana, en Efeso, al mismo tiempo que Olimpia estaba pariendo á aquel principe ; porque, ocupada la diosa en asistir á este parto, no pudo acudir á apagar el fuego de su templo. Pensamiento tan frio, añade Plutarco, que él solo bastaba para apagar el fuego.

»A esta frialdad de estilo están muy expuestos los predicadores que se entregan inmediatamente al estilo : con economia, con eleccion y con la prudencia que lo usaron los santos padres, es á una mano oportuno y provechoso ; pero practicándole con exceso y á pasto, no hay cosa mas fria ni que mas fastidio ni que ménos se pegue. ¿ Quién podrá, por ejemplo, tolerar que le anden perpetuamente predicando estas ó semejantes alegóricas interpretaciones ? « El pórtico de Salomon es la conversacion de Cristo ; la estrella Arcturo es la ley ; las Pléyades, la gracia del Nuevo Testamento ; las ánades, los consejos de los santos padres ; el céfiro, los predicadores evangélicos ; la perdiz, el diablo ; y los cinifes, los lógicos ó sofistas. » Pasen enhorabuena estas alegorías ; ¿ pero quién no se empalaga cuando llenan las orejas de ellas ?

»Cuarto vicio : *Estilo pueril*. Consiste este en una suavidad sin jugo, en una dulzura empalagosa, en retruecanillos sin sustancia, en juegos ó paloteados de voces, en equivoquillos, en ternuras afectadas, en alusiones carinosas, en ciertas figurillas alegres y floridas, en pinturillas teatrales, y finalmente, en todo lo que suena estilo clausulado y cadencioso. Por lo regular solo usan de este estilo los entendimientos aniñados ó los que están poseídos del amor ; porque, acostumbraados á leer en los romancistas réquiebros, ternuras, halagos, rosas, azucenas y claveles, hechizados de los conceptos que lisonjean su pasion, juzgan que no hay cosa mayor ni mas divina. De este principio nacen aquellos versos que compuso el emperador Adriano dirigidos á su alma, ó como quieren otros, al jóven Antinoo, de quien estaba perdidamente enamorado.

*» Animula, vagula, blandula
Hospes, comesque corporis ;
Quæ nunc abibis in loca
Pullidula, rigida, nudula,
Nec, ut soles, dabis jocos.*

»Vaya una pintura en el mismo estilo pueril, copiada á la letra de cierto sermon que anda impreso : « Quiere la águila, hidrópica de luz, beberla al planeta mas propicio la impetuosa corriente de su raudal fogoso : navega por el viento, sirviendo de seguros remos la ligereza de sus alas. Nunca vuelve los ojos al suelo ; siempre los tiene fijos en el flamante globo. Si dejó amenidades de los verjeles, domina campos azules ; si la tierra con verdores la lisonjea, el sol con benévolas influencias la halaga. Lleva pendiente en su pico ó prisionera

en la estrecha cárcel de sus garras, á su prole hermosa y tierna; mírala con desvelo, atiéndela con cuidado, registra sus ojos, repara sus movimientos. Pero si ella, ó embargada de luces ó ciega de resplandores, vuelve el rostro, encorva el cuello, pestaña sus dos pequeños orbes, declinando en cobardes timideces, la despeña con ira, la precipita con rabia, y arrojándola de las nubes, la destina para tiro de crueles voracidades. Mas, si amante de aquella mayor antorcha, alada de su incesante carrera, enamorada de su esplendor, apasionada de su brillantez, conserva estable la vista aguantando el tropel de tantas llamas, en plácidos alborozados ademanes la expresa mas intensos sus amores, siendo prueba de su legítima filiacion el simpático afecto de la caridad.»

» Pintura pueril, donde no se encuentra ni un solo pensamiento masculino, ni un solo pensamiento nervioso y varonil, reduciéndose toda ella á figurillas comunes y metáforas vulgares; porque, quitado aquello de llamar al sol « planeta mas propicio ó la mayor antorcha », á sus rayos « corrientes de raudal fogoso », al cielo « llanante globo », á los ojos « dos pequeños orbes », no queda mas fuego ni mas sustancia que las clausulillas cortadas, antítesis ridículas, y repeticiones de frases para explicar un mismo concepto. Y cuando el autor dijo « que si la águila dejó amenidades de los verjeles, domina campos azules », debía de pensar sin duda que las águilas andan en los jardines y forestas, como los ruiseñores y canarios; porque, si supiera que las águilas tienen sus nidos siempre en los sitios mas horrorosos de la naturaleza, buscando unas veces la cima, y otras el hueco de algun peñasco escarpado, no diría el disparate de que « dejaba amenidades de los verjeles », y hubiera buscado otra antítesis mas propia para acompañar á su dominacion sobre « los campos azules ».

» Quinto vicio : *Estilo parentirso*. Llámase así aquel modo de predicar descompuesto, desentonado y furioso, en que el predicador mas parece orate que orador; todo gritos, todo exclamaciones, todo ponderaciones intolerables, todo gestos, todo extensiones del cuerpo, todo movimientos convulsivos, y todo figuras magníficas y grandiosas, para explicar las cosas mas bajas y mas ridículas. Dase con mucha propiedad el nombre de *parentirso* á este estilo, por alusion al tirso ó garrote nudoso, cubierto de hojas, que se usaba en las fiestas bacanales, con el cual se sacudían de garrotazos unos á otros los que las celebraban, como si estuviesen locos; porque en realidad no hay cosa que mas rompa la cabeza que este estilo ó este modo de predicar.

» No es menester citar ejemplos para conocer este estilo; porque bien frecuentes los tenemos á la vista, especialmente en los sermones de cuaresma, que llaman de *accision*, cuando los predicán ciertos predicadores bisonos, llenos de celo; pero faltos de experiencia y no sobrados de juicio. Suélenle reducir sus sermones á pasmarotas, á exclamaciones importunas, á voces descompasadas, y á una agitacion de cuerpo tan violenta, que al acabar el sermón quedan mas quebrados y molidos que si hubieran estado cavando todo el día; y mientras ellos se retiran muy satisfechos de su trabajo, el auditorio se va riendo de su bobería ó compadecido de su locura.

» Suelen estos en el discurso del sermón llorar, en-

cenderse, enojarse, irritarse, invocar al cielo y á la tierra lo mas importunamente del mundo; y lo mas gracioso es, que cuando dicen las cosas mas comunes ó mas frías, pareciéndoles que tienen ya el auditorio conmovido, con la mayor satisfaccion dicen : « Pero ya veo que se os despedazan la entraña, ya veo que se os parte el corazón, ya veo que corren hasta el suelo vuestras lágrimas. » Y lo que hay en el caso es, que mientras tanto los oyentes están con los ojos muy enjutos, con el corazón entero y con las entrañas frescas, salvo que se les despedazan de risa.

» Sexto vicio : *Estilo escolástico*. Incúrrase de varias maneras : ó cuando el sermón mas parece una disputa que una oracion, por las pruebas, por las confirmaciones, por los argumentos, por las respuestas y por las réplicas; ó cuando en el discurso de él, aun cuando por lo demas tenga mucho de aire oratorio, se introducen frecuentemente silogismos formales, con su mayor, menor y consecuencia; ó cuando se citan, con exceso y con afectacion de sabios, puntos controvertidos en la escuela : « Sabe el maestro, no disonará al teólogo. » Incurren por lo comun en este vicio tres géneros de gentes : los predicadores demasiadamente mozos, que aun están, como dicen, con « el *vade* en la cinta »; los demasiadamente viejos, encanecidos en las aulas y en las universidades; y aquellos, así viejos como mozos, que por su profesion ó instituto no pueden lucir con sus estudios escolásticos en teatros públicos destinados para eso, y escogen el púlpito para hacer importuna ostentacion de ellos.

» Tambien se llama *estilo escolástico* el de algunos oradores tan supersticiosamente aligados á las leyes y reglas de la oratoria, que ántes quebraran los preceptos del Decálogo, que faltar al mínimo cánón de la retórica; esos tienen gran cuidado de que todo el artificio se descubra de par en par, el exordio, la proposicion, la division, las pruebas, la exornacion, el epílogo, y el ir midiendo las figuras como con un compas, distribuyéndolas y repartiéndolas en sus cajoncillos y cuartos, como tablero de damas. No hay cosa mas insufrible y mas fastidiosa que una composicion tan arreglada; hasta el gesto y tono de la voz, el movimiento del cuerpo y acciones de las manos, ponen el mayor cuidado de que salgan á nivel. Con mucha gracia se reía de ellos Demóstenes, cuando decía que no creía pendiese la fortuna de la gracia, de que la mano se moviese hacia aquí ó hacia allá : *Fortunam gratiae ex eo non pendere, an manum in hanc vel in illam partem inflexeris*. Este es aquel estilo que por otro nombre se llama *pedantesco*.

» Séptimo vicio : *Estilo poético*. Dice Teofrasto, y convienen todos en ello, que es sumamente necesario al orador ejercitarse en la lectura de los mejores poetas, especialmente cómicos y trágicos; y aun añade Halicarnáseo, que no puede ser perfecta una oracion, si no es parecida á un poema.

» La verdadera inteligencia de esta regla, que tambien la adoptan Ciceron y Quintiliano, es la que dan estos mismos. Dice Ciceron que el orador ha de aprender á hablar con número y medida; pero no con aquella medida que hace el verso, porque ese es el vicio de la oracion, *nam id quidem orationis est vitium*; sino en aquella medida que causa en el oído aquella armonía

llena y numerosa, siendo constante que es numeroso todo lo que sueña; por eso dijo un discreto, que para hacer buena prosa, era menester buena oreja.

»Quintiliano explica mas la materia, y dice que el orador debe aprender del poeta la elevacion del concepto, la viveza de la expresion, el imperio y la mocion de los afectos, la propiedad y el decoro de las personas; pero advierte que no ha de pasar de aquí, y que no debe imitar al poeta ni en la licencia de las figuras ni en la forzosa medida de los pies: *Meminerit tamen non per omnia poetas oratori esse sequendos, nec libertate verborum, nec licentia figurarum, nec pedum necessitate.*

»Por no entender esta regla ó por entenderla al revés, han caido tantos historiadores y tantos oradores en el intolerable vicio del estilo poético, tomando de los poetas lo que debian huir, y huyendo lo que debian tomar; de la sublimidad del pensamiento, de la valentia y majestad de la expresion, del divino fuego con que inflama los afectos, nada absolutamente; pero de sus entusiasmos, de sus figuras arrebatadas y de las medidas de sus pies, absolutamente todo, sin faltarles mas que las últimas y las consonantes.

»¿Quién ha de tener paciencia para oír á un orador sagrado, que desde toda la majestad del púlpito pinta un leon de esta manera? «¡Mirad este coronado monstruo de la selva, dominante terror de la campaña; atendido cómo eriza la melena, cómo afila el acero tajante de las uñas, cómo furioso acomete, cómo estremecido ruge!» (*Da pedes, et fient carmina.*) No le faltan mas que los pies para ser verso; pero ni aun los pies le faltan, por aquello de «coronado monstruo de la selva, dominante terror de la campaña; atendido cómo eriza la melena»: son pies cabales de un verso heróico; y lo otro de «cómo furioso acomete, cómo estremecido ruge», son dos pies ajustados de verso lírico.

»Amiano, Enodio y Sidonio Apolinar fueron los que introdujeron esta peste, y con ella inficionaron las cuatro partes del mundo: para decir Amiano que una injusta y cruel guerra abrasó toda la ciudad, se explica con estas poéticas frases: *Cum primum (Aurora surgente) universa quae videre poteram armis coruscantibus stellabant, et ferreus equitatus opplebat campos et colles; saeviens per urbem aeternam urebat cunctos Bellona, ex primordiis minimis ad clades ducta luctuosas.* «Ápenas la aurora habia dejado el lecho y pudo descubrir con su luz lo que pasaba, cuando vi que toda la campaña resplandecía con las armas centelleantes, y que la caballería, cubierta de hierro acerado, llenaba los campos y calles; Belona, cruelmente enfurecida, todo lo reducía á pavesas en aquella ciudad interminable, pasando de los menores daños á estragos tan lastimosos, que ojalá los hubiera borrado de la memoria el silencio ó el olvido!»

»Pero esto no tiene comparacion con la pintura que hace del suelo helado y resbaladizo en tiempo de invierno: *Hyeme verò humus crustata frigoribus, et tanquam levigata, ideòque labis in coenum praecipitantes impellit, et patulae valles per cydacia plena glacie perfidè devorant nonnunquam transeuntem*: «encostrada en el invierno la tierra al rigor de frios y escarchas, pasa de desigual y consistente á lisa y resbaladiza, y así impele con violencia al que quiera caminar con paso precipitado: de manera que ofreciéndose á la vista los valles

mas espaciosos, tal vez están tan llenos de perfidia como de hielo, y se tragan al mismo caminante.»

»No se traen mas ejemplos del estilo poético, porque no hay cosa mas de sobra en los libros ni apenas se oye otro en los púlpitos, con tanto dolor de los celosos, como risa de los verdaderamente criticos.

»Octavo vicio: *Estilo metafórico y alegórico*. Tiene mucho parentesco con el poético en lo hinchado de las frases, y solo se diferencia de él en que este huye de aquellas voces propias y naturales que se inventaron para la sencilla explicacion de las cosas, y busca estudiosamente las que solamente significan los conceptos por alguna semejanza ó analogia. La metáfora se puede ejecutar con una palabra sola, como de un hombre, cuando se dice que «es un leon», por ser fiero; ó de un empedernido, que «es una piedra, es un mármol». La alegoría se ha de seguir ó continuar en una ó muchas cláusulas, sin perderla de vista hasta que llegue á hacer completo y perfecto sentido de la oracion, como cuando decimos «que, embarcada la alma en la nave del cuerpo, se hace á la vela por la mar de este mundo, y surcando piélagos de miserias entre borascas de contradicciones, escollos de fortunas peligrosas, y bajíos de adversidades, ya zozobra, ya naufraga, hasta que, soplando el aire favorable de la gracia, llegue feliz al puerto de la salvacion». No se puede negar que, así la metáfora como la alegoría, usadas con oportunidad, dan mucha gala al estilo, le ennoblecen y le elevan; ¿pero quién podrá tolerar una oracion ó un libro entero escrito todo en este estilo? Solo el gusto gótico, que estragó todas las ciencias y las artes, pudo hallar gracia en esta frialdad, y solo aquellos que llamaban «el yerno de Ciceron» á la divina elocuencia de este hombre incomparable, podian reputar por oro su asquerosísima basura.

»¿Dónde hay cosa mas ridícula que la alegoría con que Enodio alaba la descripcion que hizo del mar un amigo suyo en cierta obra? *Dùm salum quaeris verbis compositis, et incerta liquentis elementi placida oratione describis; dùm sermonum cymbam... inter scopulos Rector diligens frenas, et curiosum artificem fabricatus... pelagus oculis meis, quod aquarum simulabas eloquiis, demonstras...* Quiere decir: «Cuando intentas pintar al salobre charco con palabras escogidas á mano, como flores; cuando pretendes describir con plácida oracion, así las inconstancias como los inquietos rumbos del líquido elemento; cuando gobiernas, diestro piloto, la navicilla de las voces entre los escollos de la facundia, y con mano maestra de artifice experto examinas, balanceas y equilibras el cuerpo y el peso de las expresiones, no representaste á mis ojos el peligro de aguas, que disimulabas; sino el piélagos de elocuencia, que no pretendias.»

»Solo puede competir con esta insulsez la carta que un cierto estudiante escribió á su padre para darle á entender lo mucho que habia aprovechado en la retórica, y sobre todo, lo bien que sabia seguir una alegoría. La carta decia así:

«Origen y señor mio: Derivándose de vuestra merced, como de su manantial inagotable, este corto arroyuelo de mi vida, que serpentea líquido por estos dilatados campos de Villagarcía, es de mi obligacion poner en noticia de vuestra merced cómo ya es muy delgado.

el hilo de su corriente; porque los rayos del sol que nos abrasó en carnestolendas elevaron hácia arriba tantos vapores, que apenas le han dejado caudal para humedecer la yerba. Por tanto, si vuestra merced no quiere que el arroyuelo se seque, socórrale con raudales, ya sea por arcaduces de lino (las alforjas), ya por conductos de pieles embotadas (botas ó pellejos). A mi señora subservidora (la madre que le dió la luz), que esta su menor antorchera se pone á la obediencia de sus rayos. De vuestra merced su fénix varon (era el único hijo con dos hermanas), el precursor sin hiel (llamábase Juan Palomo). » ¿Habria hombros en la naturaleza que pudiesen con un libro en este estilo? A los de Atlante, que pudieron con el cielo, ¿no les brumaria una cosa tan pesada? »

Hasta aquí el papel de apuntamientos con que tropezó Fray Gerundio, y lo leyó *de verbo ad verbum*, sin perder ni sílaba ni coma; y apenas acabó de leerle, cuando se quedó suspenso por un rato, cerró los ojos, sentó el codo derecho sobre el brazo de la silla, teniendo en la izquierda el papel que habia leído. Estuvo un buen rato de tiempo pensativo, y al cabo levantóse con ímpetu de la silla; coge el papel entre las dos manos, y hácelo dos mil pedazos; arrójele con indignacion por la ventana, y dando dos pasos por la celda, acompañados de media docena de patadas, exclamó diciendo: « ¡Válgate el diantre por el papel y por el grandísimo impertinente que le fabricó; que me habeis revuelto los sesos! Es imposible que el autor no fuese el hombre mas prolijo y el mas indigesto que ha nacido de madres. Pues qué, para hablar un hombre como Dios le ayuda, ¿se han de menester tantas ceremonias? Y si este autorcillo envinagrado tiene por viciosos todos los estilos que acaba de nombrar, ¿dónde hallará uno que no sea pecador? Al magnífico le llama *hinchado*; al culto, *remedador ó caco*, ¿qué sé yo? Al signrado, *frio*; al tierno, *florido y delicioso*, ó *pueril*; al vehementemente, *parentirso ó parentiablo*; al reglado, *escolástico*. ¿Pues en qué estilo hemos de hablar ó escribir? Váyase con cuatro mil pipas de dem... (y dejólo así porque era escrupuloso); que yo escribiré y hablaré en el que me diere la gana, pues el que le usado hasta de aquí ha merecido tantos aplausos, aténgome á él, y no á lo que dice este apuntador descontentadizo y malhablado. »

Con efecto, en un santiamén dispuso su sermón, sin apartarse un punto de su estilo estrambótico ni desamparar sus queridas frases estrafalarias. Para fecundar la imaginacion ó la fantasía en ellos, leyó un par de sermones de su riquísimo tesoro el *Florilógio sacro*, y aun para mayor abundamiento volvió á recorrer cierto sermón impreso de otro autor, que le habian prestado en otra ocasion para que le leyese, y á él le cayó tan en gracia, pareciéndole un milagro de elocuencia, que no paró hasta que el dueño le hizo absoluta y entera donacion de él *inter vivos*, transfiriéndole su dominio y omnimoda propiedad.

Intitulábase este sermón: *Triunfo amoroso, sacro himeneo, epitalamio festivo, mirífico desposorio, que en el Cordero eucarístico celebró en su profesion solemne Sor etc., compuesto por el reverendísimo padre Fray etc.* El título solo de la pieza le contentó y le arrebató las potencias y sentidos. Reparó que la dedicatoria y aprobaciones ocupaban tanto como el sermón; porque en

materia de hojas estaban tantas á tantas, y de contado esto le hizo formar un concepto superior al mérito de la obra, pues á cada palabra de ella correspondia otra en elogio suyo. Comenzó á leerla, y juzgó que no se habia engañado en su concepto; porque quedó como extático de admiracion y asombro al encontrarse con las primeras cláusulas de la salutacion, que decian así, ni mas ni ménos:

« O el amor está de bodas, ó yo no entiendo de amor. ¡Qué invencion! Qué sacro enigma! ¡Dulce divino Cupido! ¡Sol de justicia amoroso! ¡Qué laberintos de luces disimula en gloria tanta este disfraz de misterios! » Es cierto que el estilo no le pareció tan elevado como el del *Florilógio*; porque en realidad las voces son regulares y de estas que se usan en tierra de cristianos; pero ¿qué importa si ervidió aquella perfecta cadencia de verso lírico? Es un dulcísimo encanto. Sobre todo, aquel arranque: « O el amor está de bodas, ó yo no entiendo de amor, » le parecia á nuestro sabatino que no habia oro con que pagarle; y por lo ménos daria algo porque se le ofreciese alguna cosa parecida para dar principio á su sermón. No dejó de ofrecérsele; que la tal entradilla: « O el amor está de bodas, ó yo no entiendo de amor, » parecia un poco mas retozona que lo que á religiosos conviene, y que acaso algun bufon del auditorio diria (allá para su colete): « ¡Cuerno en el fraile, y qué respington que sale! » Antes creo que nada ganara si entendiese mucho su reverendísima en la materia. Digo que todo esto le pasó por el pensamiento á nuestro Fray Gerundio; pero lo despreció con una noble libertad de espíritu, por dos importantísimas razones. La primera, porque si los predicadores hubieran de hacer caso de truhanes y bellacos, ahorcarian el oficio, pues apenas podrian decir cosa que no la torciesen y la maliciasen. La segunda, porque si no disonó aquel arranque en un predicador de profesion mucho mas austera y de hábito mucho mas penitente que el suyo, con la circunstancia de estar cubierto de canas y cargado de años y de empleos en la religion, mucho ménos disonaria en él por las razones contrarias.

Desembarazado tan felizmente de este reparillo, y persuadido que no era posible abrir el sermón con cláusula mas curiosa, comenzó á batallar en su imaginacion con una multitud de cláusulas que de tropel se le ofrecieron, todas parecidas á ella, sin saber en qué habia de elegir; porque cada una le parecia mejor. Aseguró después á un confidente, por cuya deposicion lo supimos (pues sin algo de esto ó sin que lo dejase anotado en alguna parte, ¿cómo era posible que llegase la noticia hasta nosotros de lo que le habia pasado por el pensamiento?): aseguró (vuelvo á decir) á un confidente suyo, que entre las cláusulas semejantes á manera del *Epitalamio festivo*, que á borbotones se le vinieron al pensamiento, las que mas le dieron que hacer, porque le agradaron mas, fuéron las siguientes:

« O hay Sacramento en Campazas, ó no hay en la Iglesia fe: » esta le pareció una invencion milagrosa para captar desde luego una suspension extática. « O Jesucristo está allí, ó yo no sé dónde estoy. O aquel es cuerpo de Cristo, ó no hay en los naipes ley. » Mucho le agradó este principio, porque, sobre ser el mas popular de todos, aquello de cotejar la existencia de Cristo en el Sacramento con la ley de los naipes, se le figuró una valentía

de ingenio jamas oída ni vista. En esta última razon, y como no fuese una blasfemia heretical, vamos claros, que era un pensamiento singularísimo. «O aquel no es vino ni pan, ó soy un borracho yo :» aun esta cláusula le agradaba mas que todas, si no fuera por la palabra *borracho*, que le pareció demasíadamente llana; y aunque ya se le ofreció que *ebrio* y *beodo* significaban lo mismo con alguna mayor decencia; pero siempre que no ajnstaba tan bien al pié del verso, creyó que en quitando la palabra *borracho*, se le quitaba á la cláusula la gracia.

Finalmente, todo bien considerado, se determinó á dar principio al sermon con la cláusula primera : «O hay Sacramento en Campazas, ó no hay en la Iglesia fe.» Para tomar esta acertada determinación, tuvo buenas y legítimas razones, pues sobre ser aquella cláusula, sin disputa alguna, la mas suspensiva y la mas enfática de todas, era tambien la mas verdadera, siendo indubitable que si en Campazas no habia Sacramento, supuesta la consagracion, tampoco le habia en la iglesia de San Pedro en Roma ni en ninguna de toda la cristiandad, y allí iba la fe por esos trigos de Dios : fuera de que esta cláusula le venia de perlas para el asunto que ya habia resuelto, conviene á saber, que Campazas era la patria nativa del sacramento de la Eucaristía, lo que, á su modo de entender, estaba suficientemente probado; porque, llevando, como llevaba, la opinion (y es en la realidad la mas probable) de que el verdadero y legítimo nombre de Campazas en su primera institucion habia sido *Campazos*, esto es, «campos espaciosos y campos muy dilatados,» y consiguientemente, que el lugar de Campazas fué, digámoslo así, como el tronco, como el fundamental lugar y area de frugifera region de Campos, á la cual dió curioso y oportuno nombre. Supuesto esto, todo esto desataria nuestro Fray Gerundio con tanta solidez como sutileza, de esta manera : «La materia remota del sacramento de la Eucaristía es el trigo; la nativa patria del trigo es Campos; la casa solariega de Campos es Campazas : luego Campazas es la patria y lugar del Santísimo Sacramento.»

Esto por lo que toca á la materia del Sacramento en la especie del pan; y vamos en la misma materia en la especie del vino. *Sic argumentor* : «El vino es materia remota del sacramento de la Eucaristía; el vino nace en las viñas, las viñas en los campos, los campos en Campazas : *ergo*, para la exornacion no me sobra otra cosa que materiales tomados de la escuela de los expositores, de los padres, de los autores profanos; y si me resuelvo á valerme de la fábula tambien de los mitólogos, todo cuanto se dice de los campos, y de todo lo que pertenece á ellos, como especialmente de trigos, viñas y vino, viene clavado á mi asunto. Pasan de ciento los textos de la Escritura que hablan de campos; y solo en leer á Giserio, en la exposicion de cualquiera capítulo de los Cantares, encontraré un campo de autoridades para llenar el sermon de latin, todo perteneciente á viñas, trigos y campos, y para cargar las márgenes de tantas citas, que apenas quepan en ellos : de manera que solo con verlas me tengan por el hombre mas lucido y mas sabio que ha nacido de mujeres. De autores profanos no hay mas que abrir las *Geórgicas*, de Virgilio, y algunas de sus églogas, que en ellas hallaré versos á pasto, y todos muy al intento, con que podré aturrullar á mi mismo pre-

ceptor el dómíne Zancas-largas; y en fin, si quiero amenizar la funcion con la florida erudicion de las fábulas (que á esto todavía no me he determinado), allí están los prodigios que se cuentan de Ceres, Flora, Annona, y por fin y postre, toda la cornucopia de la divina Amalteá; pues todas estas deidades son de la jurisdiccion y departamento de la provincia de Campos, que me darán barro á mano para completar no solo la amenidad de mi gran amigo Fray Blas, sino casi casi para apostárselas al soberano autor del famoso *Florilegio*.»

Ni mas ni ménos como lo ideó Fray Gerundio, dispuso su sermon; y estudiado que le hubo, y llegando el día de predicarle, montó en un macho de noria, tuerto y algo perezoso, que le envió su padre, y partió á Campos, donde sucedió lo que dirá el capítulo siguiente.

CAPITULO III.

Predica Fray Gerundio en su lugar, y atúrdese la gente.

Habia corrido por toda la comarca la noticia de que Fray Gerundio bajaba á predicar en la funcion del Sacramento en la célebre fiesta de Campazas, ya porque Anton Zotes, como mayordomo, habia convidado á todos los amigos que tenia en los lugares de la redonda, que eran no pocos, así de labradores, como de clérigos y frailes, ya porque el mismo Fray Gerundio no se habia descuidado en echar tambien la voz entre sus apasionados y conocidos, siendo tentacion tan comun en todo predicador principiante, que tal vez cunde hasta los mas adultos y provecos, dejarse caer al descuido con cuidado, ya en las conversaciones, ya en las cartas, el día ó dias que predicán, lo que algunos maliciosos atribuyen á demasiada satisfaccion ó vanidad, y á mi pobre juicio, no es mas que un poco de lijereza mezclada con una buena dosis de bobería.

A mas de eso, la fiesta de Campazas era tan famosa en toda aquella tierra, por los novillos y por el auto sacramental, que, sin que nadie convidase y aunque el predicador fuese el mayor zote del mundo, siempre concurría innumerable gente, no solo despoblándose el contorno, sino que rara vez se dejaba de ver en ella mucha gente ociosa y alegre de Leon, de la Bañeza y Astorga; pero, atendiéndose este año á la fama del predicador y al convite de Anton Zotes, convienen los autores de quienes nos hemos valido para recoger las noticias mas puntuales que componen el cuerpo de esta verdadera historia, que fué extraordinario el concurso.

Danse por supuestas las demostraciones de alegría y de ternura con que fué recibido Fray Gerundio de su padre el tío Anton y de su madre la buena Catana y de su padrino el licenciado Quijano; y esto es mas para considerado en un casto silencio, que para explicado con la pluma, pues aunque fuese de ágnila, de buitre ó de avitarda, nunca podria remontar el vuelo hasta la cumbre de tan alta esfera; cuanto mas la nuestra, que no puede seguir el movimiento tardo del avestruz. Basta decir que apenas se desmontó del macho zancarron (así se le llama el director de la obra), cuando la tia Catana le dió mil tiernos abrazos y otros tantos maternales ósculos, dejándole tan rociado de los desperdicios de sus narices y ojos, que huía á limpiarse estos; pero no le dejaron las rociaduras semejantes que se siguieron; porque, como era la primera vez que se dejaba ver en el lu-

gar despues de fraile, no solo concurrieron á verle y abrazarle las tias del barrio, unas con la licencia de viejas y otras con la de parientas, sino que apénas quedaron dos en todo Campazas que no hiciesen lo mismo, y aun esas dos únicas, es fama que lo dejaron, una porque estaba en la cama con cámaras y pujos, y otra porque dos dias ántes habia saltado de su corral al de la tia Catanta una gallina y no habia parecido, de lo cual estaba hecha ella una furia contra la buena de Rebollo, que no sabía de eso, y aun se decia que la dueña de la gallina queria acudir á Leon á sacar una descomunión ó una pallina á mata-candelas (así llamaba ella á la paulina y excomunión) contra la enenbridora de su ave. Por lo demas, hombres, mujeres, viejos y mozos, todos acudían á casa de Anton Zotes á ver al frailecito y á dar la enhorabuena á sus padres de que tuvieran el gusto de verle en su casa y tan aprovechado. Ello es así, que consta de documentos y papeles antiguos de aquel tiempo, que se gastaron en aquella tarde cuatro cántaras de vino, ocho quesos y diez y seis hogazas y media en agasajar á los que concurrieron á casa del tio Anton; de donde podrá inferir el prudente y discreto lector los muchos que serían y lo bienquistos que estaban en todo el pueblo Anton Zotes y su santísima mujer.

Faltaban tres dias para la funcion, en los cuales fueron llegando aquellos amigos especiales de la casa de los Zotes, donde estaban prevenidas no ménos que veinte camas para los huéspedes, cuatro por los de mayor autoridad, y las demas se acomodaron en una panera que á este fin se desocupó y se barrió, colgando las paredes con mantas de mulas y caballerías de labranza, así de las que habia en casa, como otras que se pidieron prestadas, quedando la pieza, á juicio de la mayor parte del lugar, tan ostentosa, que se podia hospedar en ella un obispo.

El primero que llegó fué un primo del tio Anton, y consiguientemente tio segundo de nuestro Fray Gerundio, que habia sido colegial mayor y era actualmente magistral en una santa iglesia, hombre ya hecho, sabio, agudo, discreto, muy leído, gran teólogo y insigne predicador, en fin, de prendas tan sobresalientes, que ya habia sido presentado en tercero lugar para un obispado. Este tal traia de camarada otro canónigo de su misma iglesia, de estos que se llaman *canónigos de cuello ancho*, y por otro nombre *de capa y espada*, jóven aun y en la flor de sus años, pues no pasaba de veinte y cinco, pero muy despejado, muy alegre, naturalmente chistoso y decidor, poeta mas que decente, que decia de repente con gracia bastante, con no poca sal, y por lo comun sin sacar sangre (cosa muy dificultosa, y por lo mismo bien rara en los que tienen esta habilidad y hacen profesion de ella); por cuyas buenas partidas estaba muy bien prendado de él el Señor Magistral.

Como unas dos horas despues se apeó un labrador, pariente tambien del tio Anton, que vivia en un lugar cuatro leguas distante de Campazas. Era familiar del Santo Oficio, y aunque hombre de explicacion cerril y á pata llana, tenia una razon natural bien puesta, y discurría con acierto en aquellas materias que se proporcionaban á su capacidad. En el camino se le habia incorporado un donado de cierta religion, que, habiendo sido tres veces casado y cinco años viudo, por fin y postre, cansado del mundo, se entró á servir en un convento, donde pre-

tendió para lego, pero no quisieron darle la capilla porque, aunque muy forzudo y servicial, era extraordinariamente zafio, y allende de esto, mas que medianamente bebedor, no de manera que se privase *in totum*, pero se quedaba á medios pelos que olían á chamusquina, y entónces con especialidad hablaba por todas sus coyunturas y en todas las materias que se ofrecían; porque sabía leer y habia leído la *Historia de los doce Parcs de Francia*, á *Guzman de Alfarache*, la *Picara Justina* y cuantos romances de ciegos se sacaban de nuevo en los mercados, gustando sobre todo de leer gacetas, aunque maldita la palabra entendia de ellas; con que era el donado hombre muy divertido, y en fin, pieza de reir.

Mucho se alegró nuestro Fray Gerundio enando se vió en compañía de todos estos huéspedes, pero especialmente de su tio el Magistral, quien, como hombre entendido y de la facultad, le parecia que habia de hacer justicia á su sermón, del cual estaba tan satisfecho, que se persuadia con el mayor candor del mundo que en su vida habia oido ni leído otro semejante; y ya daba por hecho que, oyéndole, habia de enamorarse tanto el tio, de los talentos de su sobrino, que cuando fuese obispo le habia de llevar consigo y hacerle su confesor, no pareciéndole tampoco imposible que al tiempo el tio obispo (pues ya le consideraba como tal) le granjease por ahí, aunque no fuese mas que un obispadillo en Indias. Todos estos pensamientos le pasaron por la imaginacion llenándole de un inexplicable gozo.

Pero ¿quién podrá declarar con palabras el que se apoderó de su corazon cuando contra toda su esperanza, y sin que siquiera se le hubiese ofrecido tal cosa al pensamiento, vió apearse en el corral á su íntimo amigo Fray Blas, acompañado de otro religioso de otra religion que él no conocía; pero todas las señales eran de ser hombre muy reverendo, porque traía anteojos con cerquillo de plata, becoquin de seda, sombrero fino, cordón de seda y dos borlas de lo mismo, quitasol, baston de caña de Indias con puño de china; y venía montado en una bizarra mula, con su gualdrapa muy cumplida de paño fino negro, grandes flnecos y caireles, sirviéndole de espolista un gallardo mozo, bien puesto en toda la gala de los majos y petimetres de oficio, zapatillas blancas, medias del mismo color, calzon de ante, una gran faja de seda encarnada á la cintura, armador de cotonía, capotillo de paño fino de Segovia, de color amusco; redcilla verde, con su borla de color de rosa, que colgaba hasta mas abajo de la nuca; la cinta que la ceñia y apretaba, de color de nácar; sombrero rodeado de una cinta de plata de color de fuego con su roleo ó lazo á la parte posterior que remataba en la capa. Esto lo observó Fray Gerundio muy bien observado, y todo le hizo imaginar que aquel religioso era por lo ménos catedrático de la universidad de Alcalá ó de Salamanca, cuando no fuese quizá algun padre difinidor ó presentado.

No se engañó mucho; porque á lo ménos era vicario de unas monjas que estaban junto á Ocanilla, y ántes de eso habia vivido seis años en una granja, en cuya administracion no se habia perdido; porque él confesaba ingenuamente cuando se ofrecia ocasion, que no le habia valido mal, ó á lo ménos lo suficiente para socorrer á cuatro parientes pobres, para servir á dos amigos, y para subvenir á sus necesidades religiosas, aunque la vida fuese un poco mas larga que lo ordinario. Como quiera,

cuando Fray Gerundio oyó á su amigo Fray Blas, pensó perder los sentidos de puro contentamiento, y despues de haber hecho los primeros cumplimientos al reverendísimo Padre Vicario, como lo pedia la urbanidad, dió muchos abrazos á Fray Blas, y supo de él cómo, habiendo tenido noticia en Ocanilla del sermon que le habian echado en su lugar, hizo ánimo de no volver á su convento hasta habérselo oido predicar, logrando con esta ocasion ver la fiesta de Campazas y pasar en su compañía cuatro dias alegres, con toda libertad y sin el molesto acecho y murmuracion de los frailes.

Dijole que para sacar licencia del Prelado sin que ni él ni los frailes reparasen en que estaba tanto tiempo fuera del convento, le habia escrito una carta llena de mentiras, suponiendo que habia caido gravemente enferma una viuda sin hijos ni herederos forzosos, que le habia pedido con grandes instancias que la confesase y asistiese hasta entregar el alma á Dios, dándole á entender que no lo perderia él ni la comunidad; porque podia disponer libremente de sus bienes, como nuestro Señor le inspirase; que no obstante eso, se habia resistido por cuanto la enfermedad tenia traza de ir muy larga, aunque decia el barbero del lugar, hombre muy inteligente, que sin milagro no podia escapar de ella; que la misma viuda le habia obligado á que escribiese á su paternidad, esperando que no la negaria este consuelo, y que así lo hacia con la mayor indiferencia, aguardando su determinacion porque todo su gusto era obedecerle, bien que si hubiera de consultar á su inclinacion ya estaria en el convento; porque, sobre la penalidad y trabajo de asistir continuamente á una enferma pasando malos dias y peores noches, siempre le habian parecido mal los frailes que estaban mucho tiempo fuera del convento y campana; á que se añadia que, siendo él el predicador mayor de la casa, no era razon que cargase otro con los sermones que por su oficio le tocaban.

Esta fué, amigo Fray Gerundio (añadió el predicador) como la cartica que le expedí, que, aunque yo lo diga, no iba urdida del peor estambre; ya conoces pues la malicia del buen hombre y lo fuerte de la tentacion. En fin, el santo varon tragó el anzuelo, y me respondió sin perder tiempo alabando mucho mi celo, mi obediencia y mi religiosidad; pero mandándome en virtud de santa obediencia y en remision de mis pecados, que asistiese á la enferma hasta que á vida ó á muerte saliese de aquel peligro, aunque la enfermedad durase un año, encargándome que procurase fomentarla la devocion de la orden, y que no dejase de exagerarla las particulares necesidades del convento; pero me prevenia que esto fuese con prudencia, y cuando se ofreciese buena coyuntura. Por lo demas, concluia que los sermones no me diesen cuidado, pues corria del suyo encargarlos, fuera de que teniéndote á tí, no necesitaba de otro, pues aunque todavía estabas un poco verde, esto no desdecia de tus años, y por otra parte era prodigiosa tu facilidad.

Vamos claros, dijo Fray Gerundio; que el enredo está de mano maestra; ¿y cuánto tiempo ha de durar la enfermedad de la viuda? Lo que duraren las fiestas de los lugares á la redonda (respondió fray Blas); porque ninguna pienso perder. ¿Y qué diablos ha de decir vuestra merced, le preguntó Fray Gerundio, cuando se vea que no hay tal hacienda ni calabaza? ¿En eso reparas, majadero? respondió Fray Blas. ¿Hay mas que decir que, ha-

biendo hecho la enferma su testamento cerrado, en que dejaba al convento por universal heredero despues de algunos legados de corta cantidad á algunos parientes pobres, estando ya con la uncion, hizo una promesa y cobró salud milagrosamente. ¿Pero si se averigua, respondió Fray Gerundio, que no hubo tal viuda ni tal enfermedad de mis pecados, y que todo fué un puro embuste de vuestra merced para pretestar con este piadoso sobrescrito la tuna y el pispoleo? Calla, simple, respondió Fray Blas: no habiendo otra correspondencia con Ocanilla en el convento que la que yo tengo, ¿cómo se ha de averiguar? Fuera de que, aunque por alguna casualidad llegue á saberse, *quid inde?* Dirán que fué una de las trampillas que están muy en uso. Mira, Fray Gerundio: las mozas de servicio nunca salen de casa sino con sobrescritos devotos; y ya me entiendes, y no digo mas; pero como los prelados se la entienden, se visten del celo de la observancia, y miétras no les cohonestan la salida, dicen que la pierna en la cama y la moza en la rueca y el fraile en la celda.

Pero, á propósito de fraile, interrumpió Fray Gerundio, ¿quién es ese reverendísimo que viene con vuestra merced? Porque parece personaje. Y es lo que parece, respondió Fray Blas; porque, aunque ahora es vicario de unas monjas y ántes fué granjero, siguió la carrera de los estudios con mucha honra; y aburrido de que hubiesen graduado á otro condiscipulo suyo por empeños, se aplicó á este rumbo, de lo que no está arrepentido; porque, aunque no parece de tanta honra, es sin duda de mucho mayor provecho: hizo mucho doblon en la granja; despues pretendió esta vicaría, que le dieron sin dificultad: las madres le regalan como á cuerpo de rey, y él lo pasa como un pontífice. Es muy amigo mio desde que me oyó predicar en Cebico de la Torre; no sé por qué casualidad vino á oirme el sermon de Santa Orosia: llevóme á su vicariato, donde me tuvo ocho dias, tratándome como á un patriarca: temporadilla mejor no espero pasarla en mi vida; en fin, como hice ánimo de venirte á ver, en fe de nuestra amistad y de la confianza que tengo con tus padres, convidé al Padre Vicario á que se viniese conmigo, ponderándole la fiesta de Campazas, diciéndole mil cosas de tí, y asegurándole que sería muy bien recibido.

Y como que lo será, le respondió Fray Gerundio; ántes este es un nuevo beneficio de que me confieso deudor á la fineza de vuestra merced; porque sobre las prendas que me pondera del Padre Vicario, de esta hecha entablo conocimiento con él; y cádate ya el camino abierto para irme á holgar en su compañía cuatro dias cuando se ofrezca ocasion.

Con esto se entraron en la sala donde estaba el Padre Vicario, despues de haberse quitado los ajuares del camino, en compañía del Magistral, de los demas huéspedes, de Anton Zotes y de la tia Catana, que le recibieron con el mayor cariño, el cual creció mas cuando su hijo y el predicador mayor le informaron de secreto quién era. Finalmente, fueron concurriendo todos los convidados con algunos mas que no lo habian sido; y en los dias que faltaban hasta el de la fiesta, parece que no debió de suceder cosa que de contar sea; porque los autores casi todo lo pasaron en silencio. Solo uno de ellos apunta (aunque muy de paso) que Fray Gerundio, despues de haber hecho su cumplido á los que iban lle-

gando, se retiraba á repasar su sermón unas veces á un desván, otras al campo, y porque ni aun en este le dejaban la libertad, por la multitud de forasteros que acudían de la comarca, finalmente se vió obligado á encerrarse en la bodega para decorar su cartapacio. El mismo autor da á entender también en general, que en aquellos días pasaron cosas preciosas con el donado, á quien luego conoció el humor Don Bartolomé (así se llamaba el canónigo mozo), y haciéndose muy amigo de él, poniéndose en todo de parte de sus necesidades, con grandísima gracia, y no con menor socarronería, fomentaba sus simplezas: de manera que sucedían lances extraordinariamente sazonados; pero, como el referido autor no los especifica, y nosotros en materia de verdad somos tan escrupulosos, aunque sospechamos lo que pudieran ser, no nos atrevemos á referirlos, porque es infidelidad irremisible en un historiador adelantarse á vender las sospechas por noticias.

Llegado que hubo el día deseado de la fiesta y la hora de la función, vinieron á sacar de casa á Fray Gerundio, su padre, como mayordomo de aquel año, un tío suyo que lo había sido el antecedente, ambos con sus varas de la cofradía del Santísimo, dadas de almazarrón y de almagre, que no había mas que ver; los dos alcaldes y los dos regidores del lugar, con su fiel de fechos y con su alguacil detras en el sitio que le correspondía, añadiéndose de comitiva voluntaria, y para mayor cortejo, muchos clérigos circunvecinos y algunos frailes aventureros de diferentes religiones, que se hallaban en aquellas cercanías y no quisieron perder la comedia y los novillos. Precediales á todos el tamboril y la danza, compuesta de ocho mozos, los mas jaquetones y alentados de Campazas, todos con sus coronas ó corazones arrasurados sobre el cráneo ó plan de la cabeza; esta descubierta y las melenas tendidas, jaquetillas valencianas de lienzo pintado, con dragona de cintas de diferentes colores; su banda de tafetan prendida de hombro á hombro y colgando á las espaldas en forma de media luna, con pañuelo de seda al pescuezo, retorcido por delante como cola de caballo, y prendido en la punta por detras como hacía la mitad de la espalda; camisolas de lienzo casero, mas almidonadas que planchadas, y tan tiesas que se tenían por sí mismas en cualquiera parte; calzones de la misma tela que las casaquillas; y en la pretina, por el lado derecho, colgado un pañuelo de bayetilla con mucha gracia; las ata-piernas de los calzones holgadas y anchas, guarnecidas de una especie de cintillo ó cordon de cascabeles, medias de mujer, todas encarnadas, zapatillas blancas con lazos de hiladillo negro, y en toda cosa todos ceñidos con sus corbatas, para meter los palos del paloteo en el mismo sitio, y ni mas ni ménos como los arrieros llevan la vara al cinto.

Ya estaban Fray Blas y Fray Gerundio á la puerta de la casa esperando el acompañamiento; porque á Fray Blas le pareció obligación precisa en su amistad y en la hermandad de profesion, acompañar á Fray Gerundio; y no solo le dió por todo aquel día la mano derecha, sino que fué sirviendo á Fray Gerundio hasta dejarle en el púlpito; y aun se hubiera sentado en la escalera, á no haberlo embarazado Anton Zotes, que le obligó á sentarse en el banco de la cofradía, entre los dos mayordomos.

Salió pues de casa nuestro Fray Gerundio mas res-

plandeciente que el sol y mas risueño que la alba, mas brillante que la aurora. Habíase (claro está) afeitado con la mayor prolijidad, encargando al barbero que se esmerase en la operacion, pues no le valdria ménos que un real de plata; y con efecto, el maestro le dejó tan lampiño y con el rostro tan liso, que parecia bruñido: sobre todo en el cerquillo aplicó el mayor esmero; el plano no parecia sino un enadrilongo de papel fino de Génova, alisado con diente de elefante; la orla un flueco de seda negra cercenada por las puntas con la mayor igualdad, sin que un solo cabello se adelantase á descomponer la línea; y el copete elevado como dos dedos y medio, con maravillosa proporcion, al fondo del cerquillo que formaba la circunferencia; todo el campo del cogote, que corria desde el extremo del cerquillo, por la parte posterior hasta la entrada del pescuezo, tozuelo rasurado también á medio rapar, para que, negreando un poco el fondo, sobresaliese mas lo restante de la rasura. Había estrenado aquel día un hábito nuevo que su buena madre le tenía prevenido, y una hermana suya, moza ya casadera, se había esmerado en doblarle, plegarle y aun aplancharle, pasando la plancha no mas que por los pliegues y dobleces, con tanto primor y delicadeza, que al desdoblarse se dejaban ver todos ellos distribuidos con graciosa proporcion y simetría: particularmente los pliegues del escapulario hacían una labor que encantaban; y como la tela de la capa y de la capilla era flamante, á manera de estameña aprensada, hacía en nos visos que deslumbraba la vista. Calzóse (ya se ve) unos zapatos muy ajustados, hechos á toda costa, en cuanto lo permitía la hechura que se usaba en la religion; pero en todo caso había encargado al maestro que las puntadas fuesen iguales, muy menudas, y que el hilo no estuviese muy cargado de cerote, para que lo blanco de ellas sobresaliese mas. La noche ántes le había regalado el Padre Vicario con dos solideos de seda, de los que fabricaban las monjas, de exquisito arte y chulada, cuyo centro era una borlita muy chusca, elevada con la debida proporcion; y Fray Gerundio estrenó uno de ellos aquel día, así por mostrar la estimacion que hacia del regalo, como por ser un ornamento tan precioso como preciso para su pontifical. No se olvidó, y ni podia olvidarse, de echar en una manga un pañuelo de seda de dos caras y de vara muy cumplida, siendo una faz de color de rosa y la otra de color de perla; y en la otra manga metió segundo pañuelo de Cambray, muy fino, con sus cuatro borlas de seda blanca á las cuatro puntas, teniendo por cierto que cualquiera de los pañuelos que se le hubiera olvidado, sería bastante para que el sermón no pareciese la mitad de lo que era.

Dudó por algun tiempo si llevaria anteojos, cosa que le parecia daba infinita autoridad al predicador, y añadía gran peso y una maravillosa eficacia á lo que decia; pensamiento que le tuvo tan inquieto la noche antecedente, en que no fué posible pegar los ojos, que no pudiendo desecharlo de sí, despertó á su amigo Fray Blas, que por aquella vez tuvo mas juicio del que él acostumbraba. Se rió mucho de su ofrecimiento, diciéndole que los anteojos en un mozo, aun cuando tuviese alguna necesidad de ellos (lo que rara vez sucedía), era la cosa mas ridícula del mundo, y que así los hombres de juicio como los bellacos, hacían gran burla de aquella afectacion, bastando ver á un rapaz muy armado de sus gafas

para que todos le tuviesen por mozo de poco seso. Aun en los anteojos habituales de los viejos, añadió Fray Blas, son muy pocos los que creen, porque son poquísimos los que los necesitan á pasto; y mas desde que se ha observado que en las religiones regularmente echan esa gala aquellos sujetos de media braga, que estuvieron consultados para perpetuo coro ó cosa equivalente, y despues, ó por empeños, ó por paisanaje, ó en fin, porque los hallaron con una arrastrada mediania, les destinaron á una de las dos carreras de púlpito ó de cátedra, cumpliendo con ellas entre si basta ó no basta, y sal aquí, traidor. Estos son, por lo comun, los mayores y mas perdurables anteojistas, vanamente persuadidos á que pueden suplir con accidentes lo que les falta de sustancia, y pretendiendo persuadir á otros que su continua aplicacion á los libros les quebrantó la vista. Pocos hombres hay de los verdaderamente sabios y aplicados que usen de este mueble, sino cuando realmente le han menester, que es para escribir y para leer; así, amigo Fray Gerundio, déjate de locuras y déjame dormir.

Con esto no volvió Fray Gerundio á pensar mas en anteojeras, y excusando este dije, salió de casa para la iglesia con todo el tren que llevamos referido: llevaba tras sí los ojos de cuantos le miraban; porque iba con el cuerpo derecho, la cabeza erguida, el paso grave, los ojos apacibles, dulces y risueños, haciendo unas majestuosas y moderadas reverencias ó inclinaciones con la cabeza á uno y otro lado, para corresponder á los que le saludaban con el sombrero ó con la gorra, y no descuidándose de sacar de cuando en cuando el pañuelo blanco para limpiarse el sudor, que no tenia, y el de color para sonarse las narices, que estaban muy enjutas.

Apénas llegó á la iglesia, hizo una breve oracion, y se entró en la sacristía cuando se dió principio á la misa, que cantó el licenciado Quijano, sirviéndole de diácono y subdiácono dos curas párrocos de la vecindad. El coro lo llevaban tres sacristanes de las mismas cercanías, porque el de Campazas servía al incensario y cuidaba del facistol; los cuales sacristanes, en el canto gregoriano eran los que hacían raya en toda aquella tierra, sirviendo de bajo el carretero del lugar, que tenia voz asochantada, y de tipe un muchacho de doce años, á quien *ex profeso* habían capado para acomodarle en la música de Santiago de Valladolid. No habia órgano, pero se suplía con mucha ventaja con dos gaitas gallegas, que de propósito habia hecho traer de la maragatería el mayor-domo, y las tocaban dos maragatos rollizos, tan diestros en el arte, que los llamaban para todas las fiestas recias del roman Fancebadon y el Rabanal, de donde se extendió la fama hasta el mismo Páramo, con ser así que hay mas de ocho leguas de camino; y Anton Zotes, á quien llegaron estas noticias por haberlas oido casualmente en la puente Vizona á un criado del maragato Andres Crespo al tiempo que cargaba la recua, al instante envió á llamar á los dos famosos gaiteros, ofreciéndoles veinte reales á cada uno, traidos, llevados, comidos y bebidos; y como era esta la primera vez que se habia oido semejante invencion enfática en aquella tierra, no se puede ponderar el golpe que dió á todos la novedad, y mas, cuando oyeron por sus mismos oidos que los dos músicos de las bragas anchas, así en el *Gloria* como en el *Credo*, seguían el tono gregoriano con tanta puntualidad, que no habia mas que pedir. Celebróse infinito el

buen gusto de Anton Zotes, y es tradicion de padres á hijos que desde entónces quedó establecido en el Páramo el uso de las gaitas gallegas en toda misa de incienso; y de aquí nace el llamarlas en algunos lugares «el órgano de los Zotes», etimología que, á nuestro modo de entender, no carece de mucha probabilidad.

En fin, llegó la hora del punto tan deseado, de subir al púlpito nuestro Fray Gerundio. Dejemos á la discreta consideracion del piú lector y prudente, figurarse allá para consigo con qué bizarria y desembarazo saldria de la sacristía, precedido de cuatro cofrades con sus cabos de blandones, porque el mayor; no llegaría á cuarta y media; de los dos mayor-domos con las insignias de sus varas; de cuatro clérigos con sobrepellices, y de su amigo Fray Blas, que, como dijimos, quiso hacer aquel dia los honores de Fray Juan hasta dejarle en el púlpito; con qué majestad subiría á las gradas del presbiterio, en cuyo número están divididos los autores; porque unos dicen que eran diez, otros doce, y no falta alguno que se adelante á asegurar que llegaban á catorce, aunque todos convienen en que hay mil campanarios que no llegan á tantas; con qué autoridad recibiría la benediction de su padrino el licenciado Quijano, de quien es pública voz y fama que se enterneció un si es no es al tiempo de dársele; con qué despejo y gravedad caminaria hasta el púlpito, haciendo inclinaciones con la cabeza á todos lados, pero con especialidad hacia donde estaba el banco de la justicia, el del regimiento y el de la cofradía; y finalmente, con qué soberanía se presentaría en el púlpito, haciéndose primero cargo del auditorio con reposado desden, y despues hincándose de rodillas.

Así lo dejamos por ahora, miéntras se divierte la narracion y la pluma á dar alguna noticia del teatro, para que camine mas holgada la comprension en la inteligencia del asunto. Era la iglesia de tres naves, aunque tan reducidas, que cuando entró en ella el canónigo Don Bartolomé, dijo: Bastaría llamarla de tres botes: el presbiterio y la capilla mayor en misas de tres en ringle, no sufrían mas ancas que los ministros necesarios y precisos para el altar, tanto, que el facistol para cantar la epístola y el evangelio, era menester colocarle fuera de su jurisdiccion. La nave principal era tan estrecha, que cuando concurría la justicia y el regimiento en un banco, y alguna cofradía en el banco opuesto, era obligacion del sacristan dar á besar la paz á un mismo tiempo á la justicia y á la cofradía, lo que ejecutaba fácilmente yendo por medio de la nave y llevando una paz en la mano derecha y otra en la izquierda, pues solo con abrir los brazos, y no muy extendidos, alcanzaba á uno y á otro banco, de manera que á un mismo tiempo y á un mismo punto la iban besando por su órden los que estaban sentados por una y otra banda: verdad es que lo que á las naves les faltaba de anchas, lo suplía ventajosamente lo que les sobraba de largas; por lo que diría yo, con la licencia del señor Don Bartolomé, que la iglesia era de tres gabarras argelinas ó de tres galeras turcas. A los piés de ella estaba el coro alto, sin mas balaustrada que un madero tosco y bruto, que atravesaba de arco á arco, con algunos palos á trechos, á modo de estacada, para evitar que algun muchacho atrevido no cayese en la iglesia y se rompiese la cabeza, que era el mayor daño que le podia suceder, porque la elevacion era de pocas varas.

Como quiera que el templo fuese, ancho ó estrecho, largo ó breve, eso no era cuenta de nuestro predicador; porque ni á él le tocaba hacerlo mas capaz, ni la estrechez de la iglesia podia perjudicar un punto á la magnificencia del sermón, siendo ya cosa averiguada, como acredita varias veces la experiencia, que en la iglesia mas suntuosa de la cristiandad se puede predicar un sermón malo, y en una desdichada ermita ó humilladero rural se puede predicar un excelente sermón. Lo que hace á nuestro asunto y á la memoria inmortal de nuestro Fray Gerundio, es que la iglesia de Campazas, tal cual es (y Dios se la deparó), estaba toda de bote en bote, que aunque cayese (por comparacion) de las mismas nubes un alfiler, lo que es al pavimento no podia llegar, porque, ó se quedaria en el tejado de la misma iglesia (lo que es mas natural), ó caso de meterse por alguna rendija, boqueron ó gotera, tropezaria en las cabezas del auditorio, y allí ó en el vestido pararia sin duda hasta que la iglesia se fuese desocupando.

Pero ya es tiempo que volvamos á nuestro Fray Gerundio, que le tenemos incomodado y puesto de rodillas por mas tiempo del que se acostumbra, no sin gran impaciencia suya por tanta detencion, especialmente cuando estaba reventando, así por salir de su cuidado, como por desplegar las velas del discurso, navegando viento en popa por el mar de su mayor lucimiento. Levantóse pues con bizarrísimo denuedo, volvió á hacerse cargo de todo el auditorio con grave y majestuoso despejo, tremoló sucesivamente sus dos pañuelos, primero el de color con que se sonó antes, y despues el blanco, que pasó por la cara *ad ostentationem*. Entonó su *Alabado* en voz gutural y hueca; persigióse esparciendo bien la mano derecha, teniendo en la izquierda la parte anterior de la que llaman *muceta* en la capilla; propuso el texto sumisa, pero sonoramente, y dió principio á su sermón de esta manera. Pero, salvo el parecer mejor y mas acertado de nuestros lectores, ántes nos parece mas conveniente hacer capítulo aparte, porque el presente harlo será que no sea muy prolijo.

CAPITULO IV.

Expónense á la admiracion algunas cláusulas del sermón de Fray Gerundio.

Duró pues mucho tiempo en nuestra indecision, la gran duda de si copiaríamos todo el sermón de nuestro famoso predicador, ó nos contentaríamos con escoger algunas cláusulas entre aquellas que á nuestra limitada capacidad se representaban como mas sobresalientes, para que el curioso lector, por la parte, viniese en conocimiento del todo. No de otra manera que una sola uña bien dibujada en el lienzo, dá á conocer la majestuosa ferocidad del monarca coronado en la selva, y una sola línea, que cayó al desgaire por el campo de la tabla, hace presente á los ojos penetrantes la diestra mano que dió gran discurso á la delicadeza del pincel.

Por una parte nos hacia lastimosas compasion, y aun en cierto modo nos parecia especie de usurpacion injusta y hurto literario, defraudar al público de la mas mínima palabra que se hubiese desprendido de la boca de nuestro divino orador, siendo cierto que hasta las que salian de ella á excusas de la advertencia, merecian engastarse en diamante, para que compitiese su duracion con la permanencia de los siglos. Por otra se nos ofrecia

que no todos los lectores son tan inteligentes ni tan pacíficos ni de tan buena condicion como nosotros los quisiéramos. ¿Qué sabemos si quizá nos depararia nuestra mala suerte algunos de ellos tan cetrinos, tan indigestos y de gustos tan estragados, que diesen al diantre nuestra historia, viendo interrumpir el hilo de nuestra narracion con prolijos trasuntos de puntos intelectuales de nuestro héroe? Y acaso no faltaria alguno tan atrevido, que nos echase á los hocicos que cuando los referidos partes fuesen tan preciosos como á nosotros nos figuraba nuestra pasion, era impertinencia empedrar de ellos la historia, por cuanto al historiador toca hacer la narracion fiel de los hechos y proezas de su héroe, pero no una impertinente coleccion de sus obras; porque de este modo, si los que escribieron la vida de los cuatro santos doctores de la Iglesia, y tantos doctores venerables, insertasen en ellas todas las producciones de su pluma, nos serian un si es no es molestos y pesados. Confesamos de buena fe que esta última razon nos hizo un poco de fuerza; y con dejar al cuidado de otra mas felice pluma que la nuestra el empeño de enriquecer al orbe literario con una coleccion de los incomparables sermones de nuestro Fray Gerundio, ilustrándolos con hermosas notas y escolios (en cuyo afán tenemos entendido trabaja una academia de ingenios del primer orden), nosotros nos contentamos con extractar tales cuales rasgos de aquellos que salieron al encuentro de la narracion y nos parecieron necesarios para facilitar á los lectores la mayor inteligencia de los hechos. Fué pues la primera cláusula del sermón que predicó en Campazas, la siguiente:

«Si es verdad lo que dice el Espíritu Santo por boca de Jesucristo, ¡ay, infeliz de mí! que voy á precipitarme, ó es preciso confundirme. El oráculo pronuncia que ninguno fué en su patria predicador ni profeta: *Nemo propheta in patria sua*; ¿pues cómo yo, atrevido, presumí este día ser predicador en la mia? Pero tenéos, Señor, que tambien para mi aliento leo en las Sagradas Letras que no á todos hacen fuerza las verdades del Evangelio: *Non omnes obediunt Evangelio*; ¿y qué sabemos si es esta alguna de aquellas muchas que, como siente el filósofo, se dicen solo *ad terrorem*?»

Esta entradilla puso en la mayor suspension al grueso del auditorio, pareciéndole que era imposible encontrar introduccion mas feliz ni mas oportuna; pero el Magistral, que de propósito se habia metido en el confesionario del cura (el cual está en frente del púlpito), y habia cerrado la celosía de la parte anterior, para observar á su gusto á Fray Gerundio sin peligro de turbarle, apenas le vió prorumpir en dos disparates, ó en dos blasfemias heréticas tan garrafales, como dudar si era cierto lo que habia dicho el Espíritu Santo por boca de Jesucristo, y suponer que muchas verdades del Evangelio eran por espantar y poner miedo, de pura vergüenza bajó los ojos, que tenia elevados en su sobrino, y desde luego hizo ánimo de no oír en aquel sermón mas que heregías, atrevimientos ó necedades; y se hubiera salido de buena gana de la iglesia; pero, por no ser posible penetrar por el concurso sin grandes alborotos, se hizo cargo de que no era razon echar un jarro de agua á la fiesta; y así tomó el partido de disimular hasta su tiempo, y aguantar la mecha. Miéntras iba nuestro Fray Gerundio prosiguiendo su sermón ó salutacion, y á pocas pa-

lotadas, se metió de paticas en lo más vivo de las circunstancias. Aquí me habrán de perdonar los críticos mal acondicionados, porque, cáñseles ó no les canse, en Dios y en mi conciencia no puedo menos de trasladar el papel de *verbo ad verbum*, ya que no es posible trasladar á él el primoroso artificio con que las tomó todas, la valentía, el garbo y el espíritu con que las animó. Dijo así, cansándose del estilo cadencioso, ó mudándole con todo estudio en el hinchado, así porque la variedad es madre de la hermosura, como porque á este estilo le llamaba mas la inclinación :

«Esta es, señores, la estrena de mis afanes oratorios; este es el exordio de mis funciones pulpiales : mas claro para el menos entendido, este es el primero de todos mis sermones, y á mi intento el oráculo supremo : *Primum sermonem feci, ó Theophile*. ¿Pero dónde se hace á la vela el bajel de mi discurso? Atención, fieles; que todo me promete venturosas dichas; todos son proféticos vislumbres de felicidades. O se ha de negar la fe á la evangélica historia, ó tambien el hipostático Ungido predicó su primer sermón donde recibió la ablucion sagrada de las lustrales aguas del bautismo. Es cierto que la evangélica narracion no lo propala; pero tácitamente lo supone. Recibió el Salvador la frígida mundificante : *Baptizatus est Jesus*; y al punto se le rasgó el tafetan azul de la celeste cortina : *Et ecce aperti coeli*; y el Espíritu Santo descendió revoloteando á guisa de pájaro columbino : *Et vidi spiritum Dei descendentem sicut columbam*. ¡Hola! ¿bautizarse el Mesías, romperse el pabellon cerúleo, descender el Espíritu sobre su cabeza? A sermón me huelas; porque esta divina paloma siempre bate las alas sobre la cabeza de los predicadores.

»Pero son supervacúneas las exposiciones cuando están claras las voces del oráculo : él mismo dice que, bautizado Jesús, se retiró al desierto, ó el diablo le llevó á él : *Ductus est in desertum ut tentaretur à diabolo*. Allí estuvo por algun tiempo, allí veló, allí oró, allí ayunó, allí fué tentado; y la primera vez que salió de allí, fué para predicar en un campo ó en lugar campestre : *Stetit Jesus in loco campestri*. ¡Oh, que este iba al paralelo de lo que á mí me sucede! Fuí bautizado en este famoso pueblo, retiréme al desierto de la religion, si ya el diablo no me llevó á ella : *Ductus est à spiritu in desertum, ut tentaretur à diabolo*. ¿Y qué otra cosa hace un hombre en el desierto, sino orar, velar, ayunar y ser tentado? Salió de él para predicar; ¿pero en dónde? *In loco campestri* : en este lugar campestre ó de Campazas, en este compendio del campo damasceno, en esta emulacion de los campos de Farsalia, en este envidioso olvido de los campos de Troya : *Et campus ubi Troja fuit*; en una palabra, en este emporio, en este solar, en este origen fontal de la provincia de Campos : *In loco campestri*.

»Aun hay mas en el caso: el lugar campestre en donde predicó el primer sermón el Hipostático, fué á la esmeráldica márgen del argenteado Jordan, donde habia sido bautizado; ¿y quién duda que le oiria Juan, su padrino de bantismo? *Venit Jesus in Jordanem, ut baptizaretur ab eo*. ¿Y qué cosa mas natural que oír el padrino á su ahijado, y mas si hizo de él feliz reminiscencia en la misma salutación? *Salutate Patrobam*, que dijo muy á mi intento el Apóstol; saltará ahora de gozo como palpité en otra ocasion de placer en el vien-

tre materno : *Exultavit infans in utero matris*. El caso es tan idéntico, que sería injuria la aplicacion para el docto; pero vaya para el insipiente. ¿No se llama Juan mi padrino de bautismo? Todos lo saben; *Joannes est nomen ejus*. ¿No me está oyendo este sermón que predico? Todos lo ven : *Audivi auditum tuum, et timui*. ¿No le están bailando los ojos de contento? Todos lo observan : *Oculi tui columbarum*. Luego no hay mas que decir en el caso.

»Si hay tal gracia y agua en el complejo de la fuente bautismal, y agua y gracia es lo que simboliza su nombre y apellido, que Juan es lo mismo que gracia, sábenlo hasta los predicadores malabares : *Joannes, id est, gratia*. Pero que Quijano sea lo mismo que agua ó fuente copiosa, lo ignoran hasta los mas eruditos; pero presto lo sabrán. Ya tiene entendido el teólogo, y mucho mas el sabio escriturario, que la quijada de asno es muy misteriosa en las Sagradas Letras, ó desde que Caín quitó la vida con una de ellas á su hermano Abel, como quieren unos, ó desde que Sanson magulló con otra las cabezas de mil agigantados filisteos, como todos saben : *In maxilla asini percussit mille viros*. Despues de acabada esta hazaña, se moria fatigado de sed el esforzado Sanson; no habia en aquellos estrados espaciosos de la odorífica Florá, un hilo de plata líquida con que poder aplacarla; cuando ves aquí que desde la misma quijada que habia sido la mortal filisteida, brota un raudal de aljofarado reeditivo que refrigeró al infante esforzado, y quedó el sitio sigilado hasta el día de hoy, con el cognomento de «la fuente de la Quijada»: *Idcirco appellatum est nomen illius fons invocantis de maxilla, usque ad praesentem diem*. Id ahora conmigo: sabida cosa es en nuestras historias genealógicas, que el antiquísimo y nobilísimo sobrenombre de los Quijanos deriva su origen y alemnía no menos que del tronco de Sanson, cuyos hijos y nietos, desde esta gloriosa hazaña, comenzaron á llamarse los *Quijanos*: como otra, aunque menos antigua, aunque menos noble y menos extendida familia de los Nijotes. No es menos cierta la noticia, que desde entónces las armas de los Quijanos son una quijada de jumento en campo verde, brotando un chorro de agua por el diente molar, como lo afirman cuantos tratan del blason de esta familia. Asimismo es cosa muy averiguada que los Quijanos, en las batallas con los moros, no usaban otras armas sino de la quijada de un jumento cubierto con la piel de asno, siendo tan hazañosos con esta arma reboznable, como á cada folio se refiere en los anales. Dígalo, si no, aquel héroe Gonzalo Sanson Quijano, que con una mejilla de un jumento, *in maxilla asini*, quitó la vida con su propia mano á treinta y seis mil ocho sarracenos en la famosa jornada de San Quintín, debajo de Julio César, capitán general de Don Alonso el de la mano horadada; proeza que premió el agradecido monarca, mandando que en adelante se pintase la quijada de los escudos de los Quijanos con treinta y seis mil ocho dientes, y en cada uno de ellos, como si fuera una escarpia, clavada una cabeza de moro : cosa que hace una vista que embelesa. Y de paso quiero añadir, ó diré menos mal, quiero acordar, la erudicion tan sabida de que el primer escudo que se grabó con toda esta multitud de cabezas y de dientes, no era mayor que la mas menuda lenteja; siendo lo mas admirable, que quijada, dientes y cabezas, con todossus pelos

y señales, se distinguían perfectamente á mas de diez pasos de distancia. ¡Oh asombro de la invencion! Oh prodigio de la habilidad! Oh milagro de los milagros del arto! *Miraculorum ab ipso factorum maximum*, que dijo á este intento Casiodoro.

»Pero atención; que oigo no sé qué artienlado acento en las etéreas campanas; *Vox de coelo audita est*. ¿Pero de quién es ese gutural vérvico sonido? Oigamos lo que dice; que quizá por ello deducirémos quién lo profiere, como por el efecto se viene en conocimiento de la causa, y por el hilo se saca el ovillo. *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui*: este es mi querido Hijo, dulce objeto de mis complacencias. ¡Hola! dice la voz que el que está predicando en el lugar donde fué bautizado es su hijo: luego la voz es del padre. Sabe el lógico que es legítima la consecuencia. ¿Y quién es su padre? *Pater meus agricola est*. Mi padre es un labrador honrado. Ea; que ya vamos descubriendo el campo. Pero ¿qué tiene el padre con el sermón del hijo? No es nada lo del ojo, y llevábalo de fuera. ¿Qué ha de tener si el mismo se lo encarga? Dícelo expresamente el texto: *Misit me vivens Pater*: el que me envió ó me trajo á predicar es mi padre; y nota oportunamente el mismo texto, que cuando su padre le envió á predicar, estaba vivo: *Vivens Pater*; la interlineal *sanus*, que estaba sano; los *Setenta robustus*, que estaba robusto; Pagnino *fortis*, que estaba terete y fuerte. Apelo á vosotros, y decidme si es idéntico el caso.

»Vamos adelante; que aun no lo he dicho todo. ¿Cómo se llamó este generativo principio, ese paternal origen de aquella dichosa prole? Aquí deseo arepto vuestro órgano auditivo. El sermón que mi padre, vivo, sano, robusto y fuerte, encargó á mi insuficiencia, ¿no es de eucarístico panal? Sí. ¿El arca del Testamento no fué el mas figurativo emblema de este meliflúo bocado? Dígalo el docto y versado en la teología expositiva. ¿Pero por dónde anduvo esa testamentifera cóncava arca? Vámonos á las sagradas *Pandectas*: *Supportaverunt eam á lapide adjutoris in Azotium*: condujéronla al pié de los Zotes. Victor; que ya tenemos Zotes en campaña; entra el arca en la provincia de los Zotes; manda un padre á su hijo que predique de esa arca; ¿pues qué apellido ha de tener ese padre, y qué cognomento ha de distinguir á su hijo, sino es el de los Zotes principales de la provincia? *Supportaverunt eam in Azotium*.

»Es convincente el discurso; pero vaya una interrogacioncilla. ¿Y ese hijo no tenía madre? Y como que la tenía, consta pues que el padre y la madre le buscaron: *Ego et Pater tuus quaerebamus te*. Está bien; ¿y la madre no tuvo parte en el sermón? Fué el todo; pero ya fué y es basa asentada que siempre que un predicador se empeña con lucimiento en un sermón, refunde en la madre sus aplausos. Por eso al acabarse el sermón exclaman todas las piadosas mujeres: ¡Bien haya la madre que te parió! ¡Dichosas de las madres que tales hijos paren! *Beatus venter qui te portavit, et ubera quae suxisti!*

»¿Pero qué ruido estrepitoso? Qué armoniosa algarabía divierte mi atención hácia otra parte? Qué percibe la potencia auditiva? Qué especies visuales se representan delante de mi visio admiración? Mas claro y perceptible, para que el vulgo lo entienda. ¿Qué oigo? ¿Qué veo? ¿Qué he de ver ni qué he de oír, sino un coro de danzan-

tes? *Quid videtis in Sunamitide, nisi choros castrorum?* ¿De danzantes! Ea pues; que á vista de la encáristica arca, aun á los mismos reyes coronados les bullen los piés. Dígalo el rey penitente de Idumea: *Et Davit saltabat totis viribus*: brincaba con todas sus fuerzas; no se andaba ahora en paspiés-pulidos, en carrerillas menudas, en cabriolas ni en vueltas de pasos acostumbrados; daba unas vueltas en el aire echando las piernas con todas las fuerzas que podía: *Saltabat totis viribus*. ¿No es esto lo que estamos ahora viendo en estos ocho robustos luchadores á brazo y pierna partida con el viento? Mas: era David un danzante coronado; pues corona por corona, no le deben nada á David nuestros danzantes. Pero aun descubro en Isaías otras señales mas claras de ellos: *Et pilosi saltabant ibi*; y danzaban allí los que tenían el cabello largo, los de grande cabellera, los de las melenas tendidas. No puede ser mas adecuada la vision para el caso presente.

»De buena gana me iria un poco mas detras de la danza, si no me embelesara ese teatro que ya observo erigido junto á las puertas del templo, *ad fores templi*, que dijo el mítrado panal de Lombardía (hablo del meliflúo San Ambrosio). ¿Y qué significa ese teatro, que según unos es signo natural, y según otros es signo *ad placitum* de un auto-sacramental, representacion del Sacramento, si de estas representaciones están llenas á cada paso las páginas de la Escritura? ¿No fué representacion del Sacramento el maná? Así lo siente Lorrino. ¿No fueron representacion del encáristico trigo las espigas de Ruth? Así lo afirma Aperrochio. ¿Y todas estas representaciones no se hicieron en el campo? ¿Pues quién podrá dudar que fueron profecías y figuras de las representaciones del Sacramento que se hacen todos los años en mi amada patria de Campazas: *In loco campestri*?

»Mas, afuera, afuera; aparta, aparta; escápate, corre, mira que te coge el toro. ¿Qué es eso? Rodeado me veo de esos cornúpetos brutos. ¿Qué cerviguillo, qué lomo, qué rosas en el pescuezo, qué lucios y qué gordos! *Tauri pingues obsederunt me*. ¿No hay quién me socorra? Que me cogen, que me pillan, que revolotean. Pero ¡ah! que fué pánica ilusion de la fantasía, ente de razon raciocinante. No son toros furiosos ni de muerte; sino unos novillos alegres y vivos, pero ni marrajos ni sangrientos: *Vituli multi*; ó como lee otra letra, *mutiati*. Unos novillos desmochados, esto es, sin puntas en las astas, ó sin fuerzas en las puntas. Gracias á Dios que respiro; porque me habia asustado. ¿Pero qué tienen que ver los novillos con la fiesta del Sacramento? ¿Puede haberla cabal, si la faltan los novillos? Pues al profeta penitente que adelanta mas la materia, el cual dice que los novillos se deben correr, ó lo que allá se va, se deben presentar en las mismas aras: *Tunc imponent super altare tuum vitulos*.

»Ya no me detengo, ni en las hogueras, ni en las luminarias nocturnas que precedieron á este festivo día. ¿Cuándo se descubre el Señor, sin que se enciendan brillantes cirios piropos? ¿Ni qué mas hicieron los tres milagrosos niños en la flamígera hoguera del babilónico horno, que lo que anchee vinos á los pubescentes muchachos de mi predilecta patria, en las flamígeras hogueras que encendió la devocion y alegría de sus fervorosos incólas? Si aquellos jugaron con las llamas sin

que les tocase al pelo de la ropa, estos brincarón por ellas sin que les chamuscase un solo pelo de la cabeza: *Et capillus de capite vestro non peribit*, que dijo Casiodoro. Pues la multitud de estruendosos voladores que subieron serpenteando por ese diáfano elemento, saetas encendidas que disparó la bizarria y el valor para disparar el nigricante escudron de las tinieblas, parece que les estaba viendo el monárquico adivino, cuando cantó profetizando: *Sagittas suas ardentibus effecit*. Pero mas al caso presente lo pronosticó el que dijo que resonaba por todo el campo el horrisón ban-bim-bon de las bombardas: *Horrida per campos, bam-bim-bombarda sonabant*.

»Paréceme que tengo tocadas y retocadas las circunstancias del día. Pero no; que la mas especial, por nunca vista, se me olvidaba; hablo de ese vocal instrumento, y al mismo tiempo ventoso, que tan dulcemente titila nuestros oídos. Hablo de ese equivalente, como se explica el discreto Farmacopola, de ese *quid pro quo* de órgano, que añade tanta artificiosa armonía á la solemnidad del sacrificio; hablo, en fin, para que me entiendan todos, de esa gaita-gallega que tanto nos encanta y nos hechiza. ¡Pero qué oportuna, qué discreta, qué ingeniosa que fué la invencion de mi paternal mayordomo, cuando discurrió y resolvió festejar con ella la funcion del Sacramento! Porque, pregunto, ¿no es sacramento del viril, el escudo, las armas y el blason del nobilísimo reino de Galicia? así me lo atestiguó anoche un peregrino que viene en romería de Santiago. Pues siendo esto así, era cosa muy congruente, y en cierta manera *simpliciter necessaria* (ya me entienden el lógico y el teólogo), que no faltase en la fiesta del Sacramento aquel instrumento armonioso, apacible y delicado, que deriva su alcuña y apellido del mismo nobilísimo reino de Galicia; porque, como dice el filósofo, *propter quod unum quodque tale, et illud magis*. Gran gloria de Galicia tener por escudo y armas el Sacramento; pero mayor de Campazas ser la patria y el solar de la sagrada Eucaristía; porque ó hay Sacramento en Campazas, ó no hay en la Iglesia fe. Este será el arduo empeño, por cuyo golfo desplegará las velas el bajel de mi entendimiento (digo discurso); y para que lo haga viento en popa, será preciso que sople por el timón el arca benéfica de aquella deífera Emperatriz de los ángeles, implorando su proteccion y su gracia con el acróstico epinicio del celestial paraninfo. *Ave Maria.*»

Bien puede discurrir el advertido lector que es imposible á toda humana pluma, no digo ya explicar cabal y adecuadamente, pero ni aun delinear, un levisimo rasguño por donde se venga en tal cual conocimiento de la admiracion, del pasmo y del asombro con que fué oída esta salutacion por la mayor parte de aquel guedejudo y pestorejado auditorio. Fué milagro de Dios que le diesen lugar para el que se llama cuerpo del sermón, y seguramente no se le hubieran dado, á no tenerles todavía tan pendientes la suspension y autoridad, el asunto tan singular y tan raro que habia propuesto. Porque esto de probar que Campazas era el solar y la patria del Santísimo Sacramento, y que si no habia Sacramento en Campazas, no habia en la Iglesia fe; que seis granos de lúndano bastarian para amodorrar al mas soñoliento y dormilon, no es ningún grano de anís. En medio de eso, no pudo contener el auditorio sin prorumpir de con-

tado, primero en un muy alegre y bullicioso mormullo, muy parecido á aquel que hacen las abejas al redor de la colmena; despues en aclamaciones y vítores descubiertos, arrojando hasta la bóveda ó artesonado de la iglesia, no solo las monteras y sombreros, sino que no faltaba quien decia se vieron revoletear algunos botines. Sobre todo el maragatazo de la gaita-gallega, cuando vió su gaita no ménos oportuna que repentinamente alabada, no pudo contenerse sin echar al predicador una alherada; esto de cortado y, como dicen, provisionalmente, reservando á echar fuera todos los registros luego que el sermón se concluyese. En fin, la algazara y gritería fué tal, que en mas de medio cuarto de hora no fué posible á Fray Gerundio proseguir su panegírico; y aunque el sacristan hacia pedazos el esquilón del altar para que se seogase la bulla, no lo pudo conseguir hasta que de bueno á bueno se fuéron todos aquietando.

Miéntas, el sabio, prudente y discreto Magistral estaba tambien atendiendo, pero sin acertar á discurrir cuál de las dos cosas asombraba mas, si la satisfaccion y sandez del orador, ó la ignorancia de aquel rústico auditorio. El canónigo Don Bartolomé, aunque no le apuró tanto como al Magistral, le dió en pocas razones á entender que la salutacion habia sido un tejido de disparates. El otro pariente suyo, familiar del Santo Oficio, hombre de bastas explicaderas, pero mas que de mediana razon, decia allá para consigo: O yo soy porro, ó este hombre no sabe las inclinaciones de los hombres, ni ha estudiado á Selmo, ni como mi Cuco (llamábase Farruco un hijo suyo que comenzaba aquel año el arte); toda esta gente está borracha; mas, en fin, yo soy un pobre lego sin letras, y puede ser que me encalabrane.

Esto pasaba por el entendimiento de los tres cuando Fray Gerundio principió el cuerpo del sermón, que probó, confirmó y exornó puntual y literalmente, segun la ingeniosa idea que se le habia ofrecido, de la cual dímos bastante noticia al fin del capítulo segundo, donde podrán volver á luz, si gustaren, nuestros pios y benévulos lectores; porque, si bien es verdad que nos podriamos prometer de su mucha benignidad que no llevasen á mal el que se la volviésemos á poner delante de los ojos un poco mas extendida y con toda la energía, cultura y formalidad propia de nuestro orador; pero al fin, todo bien considerado, nos ha parecido mas acertado consejo no abusar de su buena inclinacion, haciéndonos cargo de que toda repeticion es fastidiosa, sin ser nuestro ánimo derogar un punto la buena fama y opinion del que dijo que hay cosas *quae saepius repetita placebunt*, que darán gusto y no fastidiarán; aunque se repitan muchas veces. Háylas enhorabuena; pero nosotros no presumimos tanto de las vuestras, que las consideremos en este número; y llamamos vuestras á las de nuestro Fray Gerundio, porque en tanto nos las apropiamos, en cuanto están sujetas á la jurisdiccion de nuestra tarda y deslucida pluma. Y en fin, ¿para qué es rompernos la cabeza, si tenemos ya hecha una firme, determinada é irrevocable resolucion *inter vivos*, de no copiar ni trasladar dicho sermón en nuestra historia? Haga cuenta el curioso lector que le leyó, dé por supuestas, y aun por oídas, muchas aclamaciones, muchos mas vítores, muchos mas *vivas*, al acabarse el panegírico, que al concluirse la salutacion. Tenga por cosa cier-

ta que, no solo la gaita, sino el mismo gaitero, estuvo por reventar, uno soplando y la otra siendo soplada. Suponga como noticia indubitable que allí incontinenti, en la misma iglesia, al bajar la escalera del púlpito, hubieron de sofocar á Fray Gerundio á puros abrazos; y que ántes de llegar á la sacristía pensó ser ahogado con las lágrimas y mocos de las tías que se atropellaban por abrazarse á él, habiendo corrido la misma fortuna á Anton Zotes y á la dichosísima Catanla Rebollo su consorte. Finalmente, dé por asentado lo que dice un autor lidedigno y sincero, conviene á saber, que el mismo licenciado Quijano, no embargante de estar revestido con las vestiduras sacerdotales, ni acordándose siquiera de que estaba celebrando el santo sacrificio de la misa, se mantuvo sentado en la silla, hasta que su ahijado pasó por el presbiterio para entrarse en la sacristía; y entón-ces, sin poderse contener, se arrojó á él, dióle un estrechísimo abrazo, y vuelto al altar, apenas pudo entonar el *Credo*, por las lágrimas que le corrían de puro gozo y ternura; demostracion que no se hallará en toda la historia eclesiástica, aunque sea del mismo Elías, autor diligentísimo de recoger todas las noticias apócrifas y ridículas que podían hacer despreciables las sagradas, augustas y venerables ceremonias de la santa Iglesia.

Salió nuestro Fray Gerundio de Campazas de la iglesia lo mejor que pudo, y no le costó poco trabajo; porque es tradicion que apenas le dejaron los pies en el suelo hasta que llegó á su casa, llevándole en el aire los innumerables que concurrieron á gratularle y se incorporaron despues en la comitiva, que se compuso casi de innumerable gentío que habia concurrido á la fiesta. Pareciónos que no era necesario decir los parabienes, los plácemes, las enhorabuenas que allí se repartieron; unos ensalzando al predicador, otros congratulando á sus padres; estos complaciéndose con Fray Blas, que recibia las enhorabuenas en nombre de su religion, aunque aplicando á sí la mayor parte de ellas; aquellos clamando en voz y en grito, «que era dichoso el lugar que habia merecido ser la patria de tal hijo;» y finalmente, gritando todos á una voz, «que Fray Gerundio era de presente la honra, y habia de ser con el tiempo la inmortal gloria de su siglo.» Pues cosas tan comunes y regulares, no es razon que los historiadores gasten el tiempo en referirlas; porque los lectores las deben dar por supuestas, y mas cuando á la sazón era ya la una de la tarde, estaban las mesas puestas, se pasaba el asado, y los convidados tenían gana de comer.

CAPITULO V.

Dase cuenta de lo que pasó en la mesa de Anton Zotes.

No es nuestro ánimo hacer una pomposa descripcion de la gran mesa, ni referir el órden de asientos que guardaron entre sí los convidados, ni mucho ménos dar al lector una menuda é individual noticia de los platos que se sirvieron en ella; pues, sobre que podria parecer á muchos una prolidad impertinente, no faltarían algunos que la calificasen de impropria y muy ajena de aquella majestad que debe reinar siempre en esta grandísima *Historia*, en la cual nunca pueden hacerse lugar noticias que no sean de la mayor importancia; porque, si bien no pocos historiadores nos han dado en esto ejemplos harto perniciosos, haciendo en las suyas cosas harto extravagantes y ridículas, como el que se paró

muy de propósito á tomar medida de las bragas de Calígula, haciendo una pintura de su corte y previniendo con toda seriedad que se las ataba con agujetas, y no con botones ó corchetes, que era lo mas regular en aquel tiempo; y el otro que refiriendo aquel caso (cierto ó dudoso), cuando el rey Don Pedro el Cruel se arrojó con la espada desnuda para matar al legado de Pavia Aguar-chlin, que le habia descomulgado desde un barco que estaba prevenido, y este se escapó á fuerza de remo; con cuya ocasion el bueno del historiador se nos entretiene en medir los pies que tenia el barco, de largo, de los que constaba de ancho, cuántos eran los remeros, de qué iban vestidos, sin omitir el color de las berretinas, y nos advierte que llevaban bordado de realce en ellas el escudo ó las armas de Don Enrique, conde de Trastámara, hermano y competidor de Don Pedro. Digo que estas y otras menudencias que nos refieren los historiadores son ejemplos mas admirables que imitables, y quo á nosotros nos ha parecido muy conveniente respetar con una profunda veneracion, y temperarnos en seguirlos. Fuera de que, habiendo hecho ya una puntual descripcion topográfica de la casa de Anton Zotes á la misma entrada de esta nuestra verídica *Historia*, con su figura de invenciones y repartimientos, le será fácil comprender á cualquiera lector (por escasa que sea la sagacidad de que le haya dotado el cielo), que dentro de la casa no era fácil encontrar pieza cubierta capaz y proporcionada para tantos convidados; porque la panera, que era la única que habia, estaba ya empleada legitimamente en otro necesario destino, como lo dejamos advertido en el capítulo tercero de esta segunda parte; y aunque hubo votos de que se despejase para poner las mesas en el pajar, no lo permitió la discrecion del mayordomo; lo primero, porque era lugar indecente; lo segundo, porque dar de comer á los convidados donde estaba la dispensa de lo que habian de comer las bestias, podia parecer pulla, y era dar asunto para que sacasen coplillas y cantares; lo tercero, porque ¿dónde se habia de echar la paja? Porque todo el cuarto estaba entoldado de telarañas; y lo cuarto, finalmente, porque no habia otra entrada para el pajar, que el boqueron por donde se entraba la paja, desde el cual hasta el pavimento habia mas de seis varas.

Esta última enfecultá, dijo un compadre de Anton Zotes que asistia á las consultas, no me hace ninguna fuerza; porque con bajar los señores por la escalera de mano por donde bajan los mozos cuando el pajar llega á las escorreduras, estaba todo acabado. ¿Y cómo se habia de servir á la mesa? replicó el tío Anton Zotes. ¿Cómo? respondió el compadre; subiendo y bajando los servidores; en si no, con una estratagemá sotil que ahora se me ocurre. ¿Habia mas de que estuviesen dos mozos arriba del boqueron en dos hernadas atadas con sus sogas, y que por ellas subiesen y bajasen los platos que habian de recibir ó enviar las mozas que estuviesen en bajo? Compadre, esa enfecultá no vale nada para las otras, sino que no toma absolucion.

Por todo lo cual es verosimil que las mesas se pusieron debajo de aquel cobertizo que estaba á la primera puerta anterior de la casa, en frente por frente de la que caia á la calle, del cual dimos exacta noticia en el capítulo primero, libro primero de esta circunstanciada *Historia*; y mas habiendo para eso la congruencia de estar muy in-

mediata la cocina, cosa que conduce mucho para que los platos salgan calientes á la mesa, como lo notó sabiamente Monsieur Henriquez, primer cocinero de su alteza real el señor duque de Orleans, en su docto tratado del *Cocinero á la moda*, capítulo segundo, del sitio donde se debe colocar la cocina. *Il faut mettre la cuisine le plus proche qu'il sera possible de la salle à manger, par la raison que les viandes*, etc. *Il faut*, palabras dignas de eternizarse en la memoria de todos, y que nos ha parecido conveniente traducir con la mayor fidelidad, para que no se priven de ellas los que tienen la desgracia de ignorar la lengua francesa. Conviene, dice el autor docto, que se fabrique la cocina lo mas cerca que sea posible del cuarto donde se come; y es la razon, porque así los platos saldrán á la mesa con el temperamento con que deben salir, esto es (añade en su erudita nota el anónimo escollador), ni mas frios ni mas calientes de lo que conviene.

Por lo que toca al órden de asientos, es natural que ocupase el primero en cabeza de mesa el Magistral, como persona mas digna, teniendo á sus lados al padre vicario de las monjas y al canónigo Don Bartolomé, el cual quiso absolutamente que Fray Gerundio se sentase junto á él, pues aunque por estar de casa le tocaba ocupar los últimos asientos, y él por su modestia así lo pretendió; pero por novio (digámoslo de esta manera) convinieron en que le correspondia de los primeros; y aunque añadieron muchos que su madre la tia Catanla debía sentarse junto al hijo para que comiese con mas gusto, y la buena de la Rebollo, sin hacerse de rogar, lo ejecutó luego así. Los demas convidados tomaron sus asientos sin preferencia personal, observando solo la de los estados, porque así lo dispuso el Familiar con mucho acierto, diciendo: Señores, la Iglesia tiene ya erringlado el cirimomial; lo que platica en las procesiones hemos de platicar en gracia de Dios en esta mesa. Primero frailes, despues los señores curas, detras los legos, y en la trasera de todos las mujeres, porque este ganado allá se entiende.

No parece que llevó muy bien este repartimiento el hermano Bartolo (así se llamaba el donado), por lo cual dijo al Familiar: Hermano Sindico (éralo de su convento), si su caridad no entiende mas de cosas de Inquisicion que de asentaderos de mesa, dígoles que es un probe ministro. La percision es percision, y la mesa es mesa; va tanta endiferencia de la una á la otra, como de mí al Padre Santo. Para sentarnos frailes junto á frailes, estuviéramonos en nuestros conventos. Lo que yo he visto siempre en mesas de respeto (porque, aunque probe y pecador, he comido con muchas personas que tienen señoría), es que las señoras se sentaban junto á los frailes, y los frailes en junto á las señoras, siendo este un lobítico (levítico queria decir) muy arreglado á conciencia y á razon, porque por fin y postre todos tenemos faldas; y como dijo el otro, «la variedad es madre de la hermosura;» y para que su caridad lo sepa todo, hubo ocasion en que me mandaron sentar en junto á sí... Iba á proseguir; pero un religioso de la misma órden y del mismo convento, que habia llegado aquella mañana, le atajó diciendo: Hermano Sindico, no haga caso de este simple, pues ya le conoce; como no ha dicho misa ni comulgado, harto será que esté en ayuno natural. Lo dispuesto está bien dispuesto, lo contrario ni es modes-

tia ni aun decencia religiosa. Si el derecho canónico encarga severamente, no solo á los religiosos, sino aun á los mismos clérigos seculares, que huyan en cuanto les sea posible de los públicos convites: *Convivia publica fugiant*; ¿qué parecerá un religioso en un convite público, sentado entre dos mujeres, ó una mujer sentada entre dos religiosos? No se atrevió á replicar el hermano Bartolo, y todos tomaron sus asientos segun la prudente disposicion del sesudo Familiar.

Dióse principio á la comida, segun la loable costumbre de Campazas en mesas de mayordomía, con un plato de chanfaina: hubo cordero asado, sus conejos, su salpicon, su olla de vaca, carnero, cecina, chorizos y jamon, todo en abundancia, sirviendo de postres aceitunas, pimientos y queso de la tierra. Supónese que no solo andaba rodeando por las mesas el vino del Páramo, sino que el de la Nava hizo rodar por aquellos suelos á mas de dos convidados. No fué de este número el hermano Bartolo, porque no llegó á tanto la virtud del específico; pero á lo ménos al cuarto trago (que hay opiniones se completó al acabar el plato de chanfaina) no pudo llevar en paciencia tanta gravedad, mesura y silencio, como se observaba en la mesa, sin hacerse cargo de que así comienzan por lo regular todos los convites que acaban en bulla, algazara y aun locura, segun aquel apotegma: 1.º, *Silentium*; 2.º, *Stridentium*; 3.º, *Rumugentium*; 4.º, *Vociferatio amentium*. Pero, como el donado no entendia latin, no le paró perjuicio la ignorancia; y queriendo desde luego alegrar la funcion, tomó en la mano un vaso de buen portante, se encaró con la tia Catanla, y diciendo en voz alta, *bomba*, para llamar el silencio y la atencion, rompió en esta disparatadísima décima, que así la llamaba él:

O tú, Catanla Rebollo,
Madre de este científico repollo,
Eres la madre mas dichosa
De cuantas han parido alguna cosa.
La fama, con su clarín y retintín,
Hará que llegue tu gloria
Desde Campazas hasta Victoria;
Y es lástima, como dicen estos señores,
Que no paras una camada de predicadores.

Aplaudióse infinito la décima con repique universal de vasos y de platos, siendo como la señal de acometer, pues desde aquel punto todo fué bulla, zambra y algazara, tanto, que se atropellaban unos á otros los brindis y las coplas.

El canónigo Don Bartolomé, que no deseaba otra cosa para soltar la rienda á su festivo humor, y á su admirable facilidad en el decir, tomó el vaso, gritó *bomba*, callaron todos, y dijo así:

Yo no he oido sermon tal;
Ni se oyó de polo á polo;
La décima de Bartolo
Solo puede ser igual.
Está mi juicio neutral;
Y tanto el contexto aprieta,
Entre una y entre otra veta,
Que es la salida mejor,
Que nno es tan gran orador
Como el otro gran poeta.

Solo el Magistral, algunos de los religiosos y tal cua clérigo, á los cuales se añadió el socarron y cortezudo Familiar, entendieron lo ladino de la decimilla; los demas se la tragaron como sonaba, y especialmente á los

dos interesados les hizo muy buen provecho. Pero el donado se esponjó visiblemente, y Fray Gerundio, que entendía tanto de versos castellanos como de sermones, quedó muy agradecido. El Familiar, hombre en extremo veraz y que no podía disimular lo que sentía, dijo con mucha gracia: Mal año para los que me quieren mal, si la tal coplilla no se me asemeja á lo que respondió un fraile muy taimado á quien le pregunté cuál de los dos hermanos míos, también frailes, que vivían en su convento, era mejor estudiante; y él respondió: Ambos son peores. El predicador Fray Blas, que había callado hasta entonces, no pudo llevar en paciencia la pulla del Señor Familiar; y como él se picaba también de poeta, y en realidad era de aquellos poetillas en ciernes que saben de lo que consta un verso, y toda la gracia la ponen en equivoquillos insulsos y pueriles, desenvainó al punto su décima, y mirando de hito en hito al Familiar, habló de esta manera:

El sentido singular
En que el Familiar se explica,
Aunque repica, no pica,
Que es estilo familiar.
A Fray Gerundio alabar
No me toca, si al donado,
El cual dijo de contado,
Que si es bueno, es lo mejor;
Pero será lo mayor
Como sea mal donado.

Aturrullóse el Familiar, y se quebraron algunos vasos y aun platos en fuerza de los repiquetes con que fué celebrada la décima de Fray Blas; especialmente cuatro curas quedaron asombrados, porque aquello de «pique, y repique, el Familiar, buen donado y mal donado», les aturdió verdaderamente, pareciéndoles que era hasta donde podía llegar el ingenio humano. Conociólo Don Bartolomé, y para burlarse de los curas tanto como del poeta, prorumpió al instante en estas dos quintillas:

Tus equivocos, Fray Blas,
Nos admiran, como soy;
Mas perdonen los demás;
Porque hoy admirado estoy
Que no sean muchos mas,
Pues tu ingeniosa cabeza
Se equivoca sin preludio,
Con tal primor, tal destreza,
Que lo que parece estudio
Es en ti naturaleza.

Tragóse la Fray Blas, teniendo por lisonja la sátirilla; y pareciéndole á Fray Gerundio que era obligación suya corresponder á los elogios que se dedicaban á su amigo (ya que á éste no se lo permitía la modestia), quiso también sacar los pies de las alforjas poéticas; pero, como no tenía uso, le costaba mucho trabajo; esto se entiende para encontrar los consonantes, pues por lo que toca á los pies, no tenía dificultad en sacarlos ajustados, por lo mucho que le gustaba el estilo cadencioso. Pero salió fácilmente del empeño, acordándose en aquel punto de una décima que se atribuye á Don Francisco de Quevedo cuando estaba preso en San Marcos de Leon, que dicen la compuso á un canónigo de aquella santa iglesia, que se intitula Santa María de Regla, el cual era gran copleador, pero muy poco asistente al coro. La décima decía así:

La musa de mi compadre
Con efecto es musa bella;
Y si no es musa doncella,
Es en cambio musa madre.

No hay cosa que mas le enadre;
Porque ya es basa asentada
En soltera y en casada,
Como Hipócrates lo arregla,
Que si la falta la regla,
Parirá ó está preñada.

Disimuló Don Bartolomé la insulsez, y aun afectó celebrarla como mayor agudeza, para tomar ocasion para volver á la carga en los aplausos de Fray Gerundio. Pero la suspendió, porque á este tiempo tocó al vaso el Padre Vicario, haciendo señal de *bomba*. Callaron todos, y después de calzarse bien los anteojos, componer el becoquín, desahogar el pecho, empuñar el vaso y mirar con gravedad y con desden á todas partes, dijo así con mucho remilgamiento:

Sermones of de circunstancias,
Pero tan circunstanciados como este,
¡Oh Gerundio, orador siempre divino!
No eres gerundio, sino supino.

..... } *Faltan otros
cuatro versos.*

Un poco se paró Don Bartolomé al oír esta octava, y como que concibió un poco si es no es de respeto al Padre Vicario,teniéndole en mas que predicador de cofradía; porque si la octava era tronía, mostraba ingenio, buena crítica y bastante travesura: no obstante, le quedó algun escrúpulo de que el Padre Vicario hablaba en todos sus cinco sentidos, porque sus modales, su aire presumido y su afectado remilgamiento le daban un no sé qué de tufo de que también era de los predicadores del uso, y que debía de ser un poco mas inocente de lo que parecia. Para sondearle pues, le dijo con su acostumbrada picaresca: Padre Maestro, á excepcion del Señor Magistral y de estos reverendísimos, todos los demás que estamos en la mesa somos algo legos, aun incluidos los de corona, pues ya sabe vuestra reverendísima que también hay eclesiásticos de capa y espada, y no entendemos mas de libros que el Breviario, y aun este sabe Dios si le entendemos. No podemos hacernos cargo de quiénes son aquellos autores que su reverendísima ha citado en su eruditísima octava, que está por todos sus pies chorreando alusiones exquisitas. Sin duda que debieron ser los príncipes de la oratoria española, cuando vuestra reverendísima los trae á colación para cotejar con el ilustrísimo y reverendísimo maestro Fray Gerundio.

¿Y cómo que son, respondió con mucha tiesura y pomposidad el Padre Vicario? A lo ménos en mi pobre juicio, hasta que oí al padre Fray Gerundio, no hallé quien les excediese, especialmente en tocar con mayor primor y delicadeza las circunstancias mas menudas, que por lo ménos son las precisas.

El primero, en su sermón á cierta funcion de jubileo, concedido nuevamente por su Santidad, queriendo hacerse cargo á un mismo tiempo, así del nuevo jubileo, como de un esquilon nuevamente fundido que pocos días ántes se había colocado en el campanario de la iglesia, trajo oportunamente aquello de: *Ecce nova fucio omnia*; y añadió inmediatamente aquello de: *Laudate eum in cymbalis benè sonantibus*. Los textos son comunes; pero la aplicacion fué singular y pasmosa.

El segundo, no se le escapó la rara circunstancia de haberse puesto peluca la primera vez en el mismo día de la funcion el mayordomo de la fiesta á que predicaba; y

habiendo hecho una bizarra pintura de los cabellos de Absalon, dijo que su padre David mandó que se los cortasen luego que tuvo noticia de su infanta muerte, cuando quedó colgado de ellos; y dando orden para que de los mismos cabellos le hiciesen una cabellera rizada, se la puso en el mismo día que fué danzando delante de la arca.

El tercero, tuvo muy presente que la mayordoma había parido un niño muy rollizo, á la cual llamaban en el lugar *la Princesa* (no se sabe si por sátira ó por mote), y con la mayor gracia y primor imaginable, se le ofreció de repente encajar en la salutacion aquel oportunísimo lugar de: *Puer natus est nobis, et filius datus est nobis, datus est principatus super humerum ejus*; cosa que aturdira á todos enantos le oyeron, y que desde que la leí no he dejado de admirarla.

Iba á proseguir el Padre Vicario; pero el Canónigo le atajó, diciéndole: Padre Maestro, no se canse vuestra reverendísima; que por el hilo se saca el ovillo, y sobre lo dicho para que yo conozca con cuánta razon, con cuánto candor y sinceridad religiosa celebra vuestra reverendísima á esos héroes de nuestra oratoria española. Del cuarto ya tengo yo alguna noticia desde que leí un epígrama de Horacio, que le aplicó un mal hablador con ocasion de no sé qué sermón que predicó satirizando otro de empeño, cuyos aplausos parece que no le sonaban muy bien, y el bellacon del deslenguado (Dios me lo perdone), aludiendo á que el tal orador debía de ser corto de persona, pero presumido de hombre grande y de lindo entendimiento, dijo por bnfonada:

*Bellus homo, et magnus vir idem Quota videri
Qui bellus homo est, Quota puerilis est.*

Pero ahora dígame vuestra reverencia: ¿qué es lo que quiso decir en este último concepto de su admirable octava, « conviene á saber, que nuestro admirable orador ya no es gerundio, sino supino? » Porque si es lo que comprende mi malicia, harto será que esto ceda en mayor elogio suyo. Señor Canónigo, respondió, no sin alguna sinceridad, el padre Vicario; yo no sé lo que su malicia de vuestra merced comprende ni deja de comprender; porque yo no soy amigo de meterme en malicias ajenas. Lo que sé es, que la inteligencia de aquel concepto está dada: el supino es lo último á que pudo llegar todo verbo, y no puede pasar de allí. Véalo vuestra merced, si no: *amo-as-are-avi-atum: lego-gis-geregi-ctum: doceo-es-ere-cui-octum: lectum, amatum y doctum* son el supino de estos verbos, los cuales todos paran en él; y no hay que andar dándose vueltas, que no me señalará vuestra merced siquiera un verbo que dé un paso mas adelante. Pues ahora claro está lo que quiero decir; y es, que así como el supino es el *non plus ultra* de los verbos, así el reverendo padre Fray Gerundio (al decir esto hizo ademán de quitarse el becoquin de respeto y reverencia) es el *non plus ultra* de los predicadores.

Tambien lo es vuestra reverendísima de los poetas agudos, respondió el taimado de Don Bartolomé, y apuesto á que ningún ingenio daba en la genuina explicacion del pensamiento, si vuestra reverendísima no nos hubiera hecho la honra, ó por hablar al uso, no hubiera tenido la bondad de explicárnosle. ¿Lo que es no entenderlo! Como yo había leído no sé en dónde, que en latín, á un hombre tardo, rudo y que todo lo trastorna se llama

supino, y tambien se aplica este significado á los perezosos, haraganes y galbaneros, que todo el día se están, como quien dice, « con la panza al sol, » confieso que me sobrecogió algun tanto, cuando oí el acabamiento de la octava; y pareciéndome que podía ser pulla, ya estaba con la musa en el ristre para volver por el decoro de nuestro incomparable orador, al cual, sin hacerle injusticia, no se le podía aplicar el epíteto de *supino* en ninguno de los significados que yo le atribuía; porque ni tiene nada de haragan ni perezoso, siendo la misma laboriosidad; ni mucho ménos se puede llamar tardo ó rudo de ingenio, pues yo no le he conocido hasta ahora mas delicado, como lo acredita cada rasgo del sermón que acabamos de oírle.

Confieso que el *supino*, en este sentido, lo soy yo, pues no caí en una significacion que se está viniendo á los ojos: tambien declaro, para descargo de mi conciencia y para mayor confusion, que ya no me parece el nombre de *Gerundio* tan proprio y tan adecuado á los méritos del padre predicador, como lo sería el de *Supino*. Antes de haber oído la ingeniosa y cabal significacion, juzgaba yo que no habia otro mejor en toda la nomenclatura.

Llámase así, Señora Catanla (porque somos deudores á todos), aquel vocabulario, *almacen* ó *dispensa*, de donde se sacan los nombres propios, nuestros principios... Que no habia, vuelvo á decir, en toda la nomenclatura otro nombre mas acomodado al talle de nuestro modelo de predicadores, que es nuestro Gerundio, porque los gerundios son los que dan á conocer el carácter de los sujetos con quienes tratamos. Y así á un hombre de condicion altiva y furiosa, le llamamos « hombre tremendo »; á un religioso grave, autorizado y respetable, le damos el título de « padre reverendo »; á uno que sea maligno, disoluto y contagioso, y mas si está públicamente escornulgado, le distinguimos en el arri-madizo de *vitando*; y sabe ya el docto, que « vitando, tremendo y reverendo » son tan gerundios en nuestra lengua, como lo son en la latina *coenandus, prandendus, potandus*.

Esto supuesto, desde que tuve la dicha de conocer, tratar y oír al padre Fray Gerundio, discurría yo así: « Este es un hombre verdaderamente admirado, estupendo, preconizado y colendo, los cuales todos son legítimamente gerundios, ó no los hay en el mundo. » Luego se le puso el nombre de Gerundio con la mayor propiedad imaginable; pero desde que oí á vuestra reverendísima, digo y vuelvo á decir que harto mejor le cuadra el de *Supino*; porque este es mucho mas, y se entiende sin perjuicio de los aciertos y de la discrecion del Señor Quijano, su dignísimo padrino, que fué quien se le puso.

El buen Licenciado, que en toda la comida habia cerrado la boca; pero tampoco la habia abierto para hablar, sino parte para comer y parte para admirar los grandes elogios que á su modo de entender se habian dicho de su querido ahijado, solamente respondió: Señor Don Bartolomé, yo soy un pobre clérigo que no entiendo de esas honduras; algo estudié de gerundios y supinos, pero jamas me metí en cuál era mas, cuál era ménos; porque no soy amigo de revolver huesos; que al fin son cosas odiosas. Si á Fray Gerundio le puse este nombre y no otro, mi razon me tuvo, que na es menester decir á nadie; lo que podré asegurar á vuestra merced es, que

mi ahijado, allí donde vuestra merced le ve, tan conocido ha de ser con el nombre de Gerundio, como puede haberlo sido cualquiera Supino que haya nacido de mujeres.

Bomba, dijo á esta sazón el hermano Bartolo; que ya es demasiada prosa; se va acabando la mesa, y entodavía no hemos dicho una palabra al Señor Mayordomo. Allá va á Dios y á dicha. Callaron todos, y él soltó esta disparatadísima chorrera de desatinos:

Carlo-Magno y todos los doce pares
Fuéron, ¡oh Anton Zotes! en tu comparanza,
Como el dedo manique con tu panza,
Y como dos pajitas enjuto á dos pajarés.
No venciste al gigante Fierabras;
Pero hiciste mucho mas,
Cuando por tu industria vino al mundo
Ese pozo de ciencia tan profundo
Como la noria de mi convento,
Que tiene mas de mil varas, y aun mas de ciento.
Si no fuera por tí y la tia Catana tu consorte,
No metiera Fray Gerundio tanto ruido en la corte:
La Reina, el Rey, el Papa y Cardenales,
Los duques, los marqueses, y hasta los mismos pobres,
Le celebran á porfía;
Que dicen que es una batalla, una algarabía.
Si el árbol se conoce por el fruto,
Como dijo un teólogo llamado Marcos Bruto,
El cual añadía que aun por eso
Las grandes camuesas indican gran camueso.
¿Que árbol serás tú, qué noble tronco?
Solo de imaginarlo me pongo ronco.
La fama.

Basta, hermano Bartolo, basta, le interrumpió el Magistral, que ya no podia aguantar mas tanto disparate, y aun habia disimulado su mal humor todo lo posible, por no desazonar la funcion. Apurada ya la paciencia, se levantó de la mesa con el pretexto de ir á dormir la siesta, haciendo lo mismo todos los demas convidados, á excepcion de Don Bartolomé, el Padre Vicario, Fray Blas, Fray Gerundio, el Familiar y el donado, que se quedaron de sobre mesa, donde pasó lo que dirá el capítulo siguiente.

CAPITULO VI.

De la conversacion, no ménos útil que graciosa, que hubo sobre comida.

Permítame vuestra reverencia, Fray Gerundio, que le dé mil abrazos, dijo Don Bartolomé, ahora que hemos quedado solos; rato mejor que el que vuestra merced me dió con su admirable sermón, no lo he tenido ni tendré en mi vida. Eso es predicar; que todo lo demas es hojarasca. Yo tal digo, añadió el Padre Vicario: si tan jóven y al principio de su carrera comienza así, ¿qué será cuando él acabe? Yo conocí un padre predicador de cierta órden, hombre ya de canas y de provecho, que aunque predicaba á este mismo aire que el padre Fray Gerundio, no merecia descalzarle los zapatos; y con todo eso le llamaban «espanta-pueblos». ¿Pues qué será el padre Fray Gerundio cuando llegue á sns años? Seguramente que le llamarán «el monstruo de España», y todavia le vendrá estrecho el renombre. ¿No te lo dije ya, amigo Fray Gerundio, interrumpió á esta sazón Fray Blas, rebosando gozo por todas sus coyunturas? Si no hubieras seguido mis consejos y te hubieras dejado llevar de la extravagancia de nuestro reverendo padre caduco, ¿lograrias ahora estos aplausos?

¿Quién es ese flaire, preguntó el Familiar, y qué con-

sejos daba á mi sobrino? Es un reverendísimo Matusalem, respondió Fray Blas, de esos que alcanzaron las valonas, el que está muy mal con todo lo que en los sermones se llama «conceptos, agudezas, equívocos, circunstancias»; en una palabra, con todo aquello que hace el gusto, el embeleso del auditorio, y produce el aplauso del predicador. Dádole ha que se ha de predicar á lo ramplón, á lo solidote, asuntos serios y naturales, verdades indubitables y de cuatro suelas, pruebas macizas y de cal y canto, como dicen. De estas que llaman *circunstancias*, no se hable; dice que no hay mas circunstancias que las del misterio del santo ó del objeto de que se predica, y que todo lo demas es locura y profanidad, que muchas veces se roza con sacrilegio. Añade que solicitar en los sermones el gusto ó deleite del auditorio y el aplauso del orador, es contra toda regla de la verdadera elocuencia, la cual solo debe tirar á convencer, á persuadir y mover; pretendiendo que los conceptos delicados, las agudezas, los equívocos, las pinturillas, deleitan, pero no convencen ni persuaden ni mueven. Vaya vuestra merced viendo lo que adelantaría un pobre predicador con estas reglechas, y si al cabo del año tendria dos arrobas de chocolate en el cajón, ó se colocarian diez y ocho doblones en la naveta.

¿Con qué eso decia ese buen flaire? volvió á preguntar el Familiar. Sí, señor, eso decia, eso dice, y eso estará diciendo por toda la eternidad, si Dios no lo remedia, respondió Fray Blas. Pues mi alma como la de su reverendísima, replicó el Familiar, yo soy un pobre monigote, como vuestras mercedes ven; solo sé leer con trabajo, y echar mi firma con enfecultá; pero por fin y postre, dos deditos de entendimiento de precision los ha de tener todo hombre irracional; mi voto lo doy á ese Fray Matias de Jerusalem, ó como le llama el padre predicador, y que me emprumen si no le sobra razon por los tejados.

Quando voy á oír un sermón, sea el que se fuere, voy siempre con intencion de que m'agan güeno, espirándome deseos de emitir las virtudes del santo á quien se perdica, ó proponiéndome alguna verdá de emportancia, que me la metan bien en la cabeza, y despues me empujen el corazon á platicarla. Pero vaya con Dios, que las mas de las veces m'allo con una retrailla de garrambainas, de entretejidos, de sotilezas y circunloquios, que en mi ánima jurada, los entiendo yo tanto como ahora llueven pepinos. Daca el mayordomo, vuelva la comida, torna los novillos.

Si danzaron una danza con los profetas, si se usaron hogueras, cuetes, carretillas y triquitaques, en la ley de los judíos; despues entran los ángeles, que suben y bajan por la escalera de Jacó; dempués aquellos serafines con sus alas, que no parecen sino los gorriones de todos los sermones; porque, así como los gorriones se encuentran en todos tiempos y en todas partes, así estos probes serafines salen á volar en todos los sermones; que no sé á fe mia cómo tienen fuerzas ni plumas; y en verdá que hicieron bien en meterles tantas alas, una vez que hubiesen de volar tan en continuo movimiento. ¿Pues qué diré de aquel que unos llaman *carro* y otros *carroza*, de un tal Ezequiel? Que habrá acarreado el dichoso carro mas paja en esos púlpitos de Dios, que todos los carros de Campos, dende que se infundió en el mundo la labranza; con que al cabo del sermón me engüelgo á mi

casa tan malo como salí, y vayan vuestras mercedes con Dios, que hemos de decir que el padre predicador es un hombre que se pierde de vista, siendo ansina que muchos de ellos los llevara yo á la Inquisicion, si el Santo Tribunal me lo mandara.

Señor Familiar, respondió Fray Blas, no hable vuestra merced de lo que no entiende: á que añadió prontamente Fray Gerundio, ¿debe pensar vuestra merced que ha de alcanzar mas que tantos predicadores famosos como predicán así, tantos hombres discretos como los celebran y los aplauden? Es demasiado pensar, sobrino, respondió el Familiar; cada probe alcanza aquello que Dios le ayuda; á eso de que tantos perdicadores perdican así, y que tantos hombres discretos los celebran, digo, porque son tantos los que perdican ansina, por eso me encarabino yo tanto; y en cuanto á los hombres discretos que los celebran, peor es urgallo. Yo confieso, porque el diablo no se ria de la mentira, que tambien los he oido apraudir á muchos; pero acá en mi imaginamiento todos eran unos tontos, y á lo otro que dijo el padre perdicador de que yo no lo entiendo, respondo á su usencia, que como los sermones se perdican para que los entiendan todos, por el mismo caso que yo no entiendo mas, digo que son malos, y no me sacarán de esto cuantos teólogos hay en la universidad de Salamanca.

A muchos ha hecho muy poca merced el Señor Familiar, dijo á esta sazón el Padre Vicario con su acostumbrado entonamiento. Si son necios los que predicán de esa manera y los que gustan de sermones de ese aire, se verifica á la letra lo que dice el Espíritu Santo, que *stultorum infinitus est numerus*; y será preciso contar en este número á muchos hombres de bien; y yo, aunque no lo sea, me encuentro entre ellos, porque mas quiero errar con los muchos, que acertar con los pocos.

¡Fuego de Dios en tal máxima! replicó con viveza el Familiar; no me la meterá usendísima en la cabeza: en todo caso, á mí me parece mas mejor acertar con uno solo, que errar con todo el mundo; porque, en conclusion, el errar siempre es errar, y el acertar siempre es acertar. No estará vuestra merced tan solo por este partido, dijo á esta sazón Don Bartolomé, que no tenga á su lado al Señor Magistral; porque, así en los sermones que le he oido, como en las conversaciones que se han ofrecido sobre la materia, con el ejemplo y con la palabra se muestra tan opuesto á este modo de predicar, que es gusto oírle cuando se zumba de él, y estremece cuando le combate en serio. Por algo ha estado tan grave y tan espetado en toda la mesa, interrumpió el hermano Bartolo, que en toda ella no ha dicho «esta boca es mía»; y alguna vez que yo le miraba, estaba con un ceño que parecía un inquisidor. Pero despues de todo, yo me atengo á nuestro Padre Vicario y al reverendo padre Fray Blas, que son predicadores leidos; y de mí sé decir que cuando oigo uno de estos sermones agudos, me embobo todo, que es un alabar á Dios. ¿Pues qué si el predicador es hombre de manoteo, y lo representa con garbo, y como dicen, con empropriedad? Entónces no trocaria un sermón por una comedia.

Esta es otra, replicó el Familiar. Predicadores he oido que no parecen sino mesmamente unos farsantes que vi en Vallauli una vez que fui allá á cosas del Santo Oficio, y habia comedias: ni mas ni ménos traquiiñar las manos cuando perdican, como las traquiiñaba el primer

galán, que decían era un prodigio. Si habran de cruz, extienden las manos; si de una bandera, hacen como que la trimolan; si de una batalla, dan cuchilladas; si de una ave, parece que vuelan. En eso hacen lo que deben, respondió magistralmente el Padre Vicario; porque las acciones han de acompañar á las palabras, en lo cual no debe diferenciarse el predicador del representante.

A otro perro con ese hueso, dijo el Familiar; que yo no lo roeré. ¿Con que quiere su usencia encajarnos que un comediante y un predicador de una mesma manera han de representar? Ambos han de pintar en cuanto sea posible con las acciones aquello que expresan con las palabras, replicó el Padre Vicario. Sí, pues ambos á dos tienen esta obligacion; pero el comediante como comediante y el perdicador como perdicador, replicó el Familiar. Pues explíquenos vuestra merced la diferencia, dijo con un poco de desden el Padre Vicario. ¡Oh! si yo supiera explicarla como acá la tengo en mi caletre, respondió el Familiar, no me trocaria yo por un arcediano.

A mí me parece, salió entónces Don Bartolomé, que comprendo lo que quiere decir el Señor Familiar. Páreceme que siendo tan diversos los fines que se deben proponer el comediante y el predicador, han de ser tambien muy diferentes los medios; y que lo que en uno es gala, hermosura, viveza y propiedad, en el otro sería locura, ridiculez, irrisión y extravagancia. El comediante solo tira á deleitar, embelesar y divertir: el predicador únicamente debe intentar convencer, persuadir y mover. En aquel las acciones, los gestos y los movimientos, parecen mejor cuanto mas vivos, enanto mas airosos y cuanto mas desenfadados: en este todo debe respirar gravedad, majestad, modestia y compostura; y perteneciendo á la accion, no solo el movimiento de las manos, sino el aire del semblante, la postura del cuerpo y hasta el tono de la voz, en todo debe reinar una modestia que no se pide al comediante. Y á este propósito me parece haber leído en Quintiliano, que el buen orador ha de querer parecer mas modesto y encogido, que garboso y desembarazado: *Modestus, et esse et videri malit*; y debe ser sin duda la razon, porque siendo el principal fin del orador el persuadir y mover, todo aquello que lo hace mas afable, le hace tambien mas eficaz, siendo cierto que el que es dueño del corazón, se hace mas presto señor del entendimiento; y como el orgullo, la presuncion y la arrogancia desagradan tanto á todos, el predicador que en sus movimientos, gestos y acciones se ostenta orgulloso, arrogante y presumido, de contado se hace aborrecible, ó por lo ménos enfadoso. De aquí es que la modestia y el encogimiento, que pocas veces cae en gracia al comediante, siempre es necesaria al predicador; y harto será que no fuese esto lo que el Señor Familiar queria decir.

¿Pero cuándo le explicaria yo con esa heregía y craridad? exclamó el Familiar, lleno de gozo, dando un abrazo á Don Bartolomé. Vuestra merced me bebió el pensamiento; y ya que una cosa llama á otra, díganos vuestra merced por vida suya, y así tenga Dios en descanso al ánima de su madre (conocíla mucho, y era una mujer... ¡Válame Dios, qué mujer era!): díganos vuestra merced, vuelvo á decir, ¿qué cosa es modestia de la voz? Porque así al descuido con cuidado se dejó vuestra merced caer este vocabro, y yo no entiendo bien lo que significa. Tampoco yo no lo entenderia mucho, respondió el

Canónigo, si por casualidad no lo hubiera leído pocos días há en cierto libro que me envió un amigo mío de Madrid, y trata de estas cosas de predicadores. Intitúlase *La elocuencia cristiana*, y su autor es un jesuita francés, llamado el Padre Blas Gisbert, hombre sin duda hábil, discreto y erudito, que trae admirables especies, aunque á mi pobre parecer escritas con no el mejor método del mundo; porque repite mucho, hacina bastante, no sigue la caza, pica mil cosas y luego las deja; y en los muchos ejemplares que trae de San Juan Crisóstomo, á quien propone con grandísima razon por el mejor modelo de la elocuencia sagrada, aunque todos ellos son muy escogidos, me parece que está algo prolijo. Pero, ¡hola! ¿quién soy yo para meterme á crítico, sin acordarme que esta facultad no se hizo para un pobre canónigo bolonio? Vuelvo á la pregunta.

Dice pues este padre, si no me acuerdo mal, hablando de la modestia de la voz, poco mas ó ménos estas palabras: «Serás modesto por esta parte, si evitas en tu voz cierto aire bronco, hinchado y dominante, que introduce hasta el corazon de los oyentes aquella enfadosa disonancia que no puede disimular el oído. Una voz dulce, fuerte, igual, flexible y moderadamente ingeniosa, es de admirable auxilio para la persuasión. Por el contrario, el entendimiento siente no sé qué repugnancia en rendirse á unas razones que se derivan por una canal tan ingrata y tan desagradable como es una grosera, desapacible, furiosa, impetuosa y violenta.»

¿Y dónde ha de ir á comprarla aquel á quien Dios se la ha dado con estas tachas, replicó Fray Blas? Eso no lo dice mi autor, respondió el Canónigo; y yo no he tomado el oficio de instruir á los predicadores; porque soy poco hombre para esto. Solo refiero lo que digo he leído; bien que á mí me parece que el arte, el trabajo y el cuidado podían corregir estos defectos. Y aun hago memoria, si no me equivoco, de haber leído ú oído que dos oradores habían recibido de la naturaleza una voz bronca y destemplada, y ambos la redijeron á un medio templado, sereno y apacible, con el cuidado y ejercicio, que lo fueron Demóstenes y Cicerón.

Pues oye vuestra merced, señor Don Bartolomé, dijo el Familiar, aun es así que esas vozarronas que parecen voces duras de güey, y esos meneos impetuosos de los perdicadores, como los llama el padre tiatino Gisbrás, ó que sé yo, que parece que le rompen á uno los cascos; pero á mí no me amolinan ménos otros perdicadores que hay tan enmelados, con unas palabras tan de azucare y de almirabe, unos zaceos y unos meneos de dama amilgada y de sí señor, y cierto dan á un hombre ganas de gomitár. Cuando todo es natural, respondió el Canónigo, porque nace de un genio verdaderamente dulce, suave y blando, y de algun natural afecto de la lengua, no solo no fastidia, sino que cae en gracia, persuade y mueve; pero cuando se mezclan en ella la afectacion y artificio, no hay cosa que mas empalague ni que mas irrite. Aun en una conversacion, el que afecta dulzaina, dengues y remilgamiento, se hace extremadamente fastidioso; pero cuando esto se quiere tambien remedar en el púlpito, no hay paciencia para tolerarlo.

En esto vamos conformes, respondió el Padre Vicario; y es que él tenía una voz sonora, grata y medianamente corpulenta. Ni distamos tanto en el dictámen sobre esta obrita del Padre Gisbert, que tengo en mi celda y he leído

con bastante cuidado, pues aunque la he notado algunos defectillos, veniales á la verdad, pero el fondo se conoce que le aprecia.

¿Ha leído vuestra merced los reparos críticos de Monsieur Lenfant sobre esta obra? Sí, reverendísimo Padre, porque están al fin de la segunda edicion, que es la que yo tengo. ¿Y qué le pareció á vuestra merced de ellos, preguntó el Padre Vicario? Padre Maestro, respondió Don Bartolomé, un triste canónigo de capa y espada, como yo soy, no puede dar parecer en estas materias; mas, pues el reverendísimo desea saber lo que siento, valga lo que valiere, digo que, fuera de las notas que le pone (y á mí me parecen justas) sobre la falta de método, la repeticion y la prolijidad de los lugares de San Juan Crisóstomo, cuasi todos los demas reparos de Monsieur Lenfant son fútiles, ridiculos y pueriles; y en fin, pidiendo licencia primero para usar de este equivoquillo, reparos propriamente de niño, que esto quiere decir en nuestra lengua *Lenfant*.

Pues qué, replicó el Padre Vicario, ¿pueril llama vuestra merced al primer reparo que pone sobre lo que dice en el prólogo el Padre Gisbert, «que la hermosura del discurso sufre la falta de brevedad?» Y añade el crítico, «que aquí hay oscuridad y un sentido equivoco, pues se quiere decir que lo hermoso del discurso excusa lo prolijo:» este reparo me parece justo y sólido.

¿Lo que es no entenderlo! respondió el Canónigo; pues á mí me parecia que era insulso, fútil y sin razon alguna; porque no comprendia yo que entre estas dos cláusulas, «la hermosura de un razonamiento sufre la falta de brevedad; la hermosura de un discurso excusa ó encubre la prolijidad,» hubiese mas diferencia que la de decir una misma cosa, con mas ó ménos palabras; pero que en lo demas ambas proposiciones eran igualmente claras y perceptibles. Mas las superiores luces de vuestra reverendísima descubren lo que no vemos los que las logramos mas escasas. Pues la segunda nota de Monsieur Lenfant sobre el prólogo, dijo el Padre Vicario, aun es mas sustancial que la primera; y no sé qué se pueda replicar á ella para excusar al Padre Gisbert la prolijidad de ejemplos que pone: dice que en eso no hace mas que imitar á San Agustín, y añade oportunamente el discreto crítico: «Si el método es malo, no lo autoriza el ejemplo del Santo; fuera de que San Agustín no es tan prolijo ni con mucho en sus citas, como lo es el Padre Gisbert en las que hace de San Juan Crisóstomo.» ¿Tratará vuestra merced de pueril este reparo?

Yo me guardaré de eso bien, respondió el Canónigo; porque, aunque es verdad que á nosotros los eclesiásticos legos nos disuena mucho esto de hablar con ménos respeto de los santos padres, y mas de un padre tan sabio como dicen que fué San Agustín, pero esto nacerá sin duda de que no lo somos: por eso nos escandaliza oír que cuando las cosas son malas, el ejemplo de los santos padres no las autoriza; porque nos parecia á nosotros que una vez que las autorizase el ejemplo de los santos padres, debíamos creer que no eran malas: por lo que toca á si son ó no largas las citas de San Agustín, como los ejemplos que cita el Padre Gisbert, de San Crisóstomo, yo no puedo hablar con conocimiento de causa; porque confieso que solo he visto por el forro las obras de San Agustín en la librería del Señor Magistral; pero como el Padre Gisbert asegura que San Agustín traslada

lugares muy considerablemente largos de los profetas, de San Pablo y de San Cipriano en su libro ó traslado *De la doctrina cristiana*, pareceme que debemos creerlo sin escrúpulo; porque no tiene traza de hombre que habla á bulto, que cita á falso.

Pero demos de barato que las citas del Santo hubiesen sido mas breves ó mas cortas, acá á mi modo de concebir me parece que no hace fuerza el cotejo, siendo muy clara la disparidad. San Agustín, en el libro *De la doctrina cristiana*, no toma por asunto el instruir á un predicador en el modo de predicar, sino imbuirle en los dogmas de la religion que debe enseñar, y para esto no era necesario copiar pasajes largos de los padres anteriores al santo Doctor. Por el contrario, todo el empeño y todo el asunto del Padre Gisbert es instruir á un orador cristiano en el método y en el modo con que ha de disponer sus sermones; y para eso era al parecer indispensable hacer un poco largos los ejemplares que se proponen á la imitación; porque, como dice el mismo padre, si no se da á estos modelos de buen gusto una proporcionada extension, es imposible sentir ó reconocer en ellos perfectamente la práctica de las reglas. Es verdad, como signifique al principio, que aun para este fin me parecen un poco prolisos algunos pasajes de San Juan Crisóstomo que copia el Padre Gisbert; pero yo soy un pobre canónigo en romance, y debo someter mis bachillerías al superior dictámen de vuestra reverendísima, á quien suplico se sirva decirme, ¿qué hombre fué ese Monsieur Lenfant, cuyas notas han tenido la fortuna de agradarle tanto? Señor Don Bartolomé, confieso que no lo sé, ni me he metido en averiguarlo; porque cuando leo un libro, me importa poco saber la vida y milagros del autor; si me gusta, le acabo y le celebro; si me enfada, le cierro y arrimo, sin meterme en mas honduras ni averiguaciones.

¡Hay cosa! replicó el Canónigo; pues yo estaba en el errado concepto de que para hacer juicio de una obra, especialmente crítica y que se roza con la religion, convenia mucho saber, por lo ménos en general, los estudios, las circunstancias, y especialmente la profesion ó la religion del autor. Confieso que habiendo observado en las notas de Monsieur Lenfant el empeño en critiquizar, morder y censurar los lugares de San Juan Crisóstomo que trasladó el Padre Gisbert (porque en suma, á esto se reducen sus principales notas, ó á lo ménos aquellas que no son puras fruslerías), y habiendo reparado que desde la misma carta que sirve de prólogo á la obrita, muestra su poca inclinación á este célebre padre, cuando dice que, «aunque él es uno de los que admiran su elocuencia y ingenio, con todo eso no quisiera proponerle por modelo sin muchos correctivos,» confieso que todo esto me hizo entrar en mala fe con este monsieur, y me dió fiera tentacion de averiguar qué personaje era.

Tuve bien poco que hacer en conseguirlo; porque como soy uno de aquellos eruditos de repente y haraganes de la moda, que quieren saber mucho á poca costa, y hablar de todas las materias sin comprender ninguna, en saliendo algun diccionario, compendio ó cosa que lo valga, luego escribo á mi correspondencia á Madrid para que lo haga venir á mi librería romancista. En ella tengo el *Diccionario histórico*, abreviado, de Moreri, escrito en frances por el abad Ladvocat, y traducido

harto fielmente en castellano por Don Agustín de Ibarra, clérigo laborioso y aplicado. En él se dice que Jacobo Lenfant fué un famoso teólogo histórico en la religion protestante, que dejó un gran número de obras y murió paralítico en el año de 1728. Por señas, ántes que se me olvide, que se asegura que nació en Bazoches del Bauze, provincia que no se sabe adónde cae, pues solo se tiene noticia del Bauzey ó Bauges, bajo y mediano, que comprende el país de Chartres y el de Vandoma; pero esto importa un bledo. Lo que á mi ver importa mas, es que, habiendo sido Monsieur Lenfant un protestante, parece deben leerse con alguna desconfianza sus obras sobre la obra de un jesuita, y mas sobre tal obra.

Pues qué, replicó el Padre Vicario, no sin algun desden, ¿es vuestra merced de aquellos entendimientos que juzgan no puede escribir con acierto un hereje en ninguna materia? No, reverendo Padre: no soy tan lego como todo eso: sé muy bien que entre ellos ha habido hombres eminentes en algunas facultades; sé muy bien (porque al fin estudié las Súmulas) que no vale esta consecuencia: «es hereje, luego no vale lo que dice ni lo que escribe;» sé tambien que, así como hay cierta especie de locos que solo desbarran en determinadas materias, así hay muchas clases de entendimientos que solamente desbarran en asuntos determinados. Pero al mismo tiempo estoy persuadido á que por esta última razon debemos leer siempre con mucha cautela y desconfianza aquellas obras de los herejes que directa ó indirectamente tratan de punto de religion; cuales sin duda son los que hacen crítica de los santos padres, cuya veneracion y concepto procuran ellos disminuir. Por otra parte, siendo tan notoria la iniqua que los herejes profesan especialmente á los jesuitas, pareceme que cuando aquellos escriben contra estos, pide la equidad que se les lea con un poquillo de precaucion, porque son parte apasionada.

CAPITULO VII.

Levántase de la siesta el Magistral, y prosigue la conversacion del capítulo antecedente, con todo lo demas que irá saliendo.

Al instante se dejó ver el Magistral, despues de haber dormido una siesta muy decente. Todos se levantaron por respeto, y los mas se retiraron, unos á rezar, y otros á descabezar el sueño, entre los cuales aseguran varios autores que el hermano Bartolo era el mas necesitado. Fray Gerundio hizo tambien ademán de retirarse; pero el Magistral le detuvo, quedando solos tio y sobrino, Don Bartolomé y el bueno del Familiar. Tomó un polvo el Magistral para despejarse, estregóse los ojos, sonóse las narices, y es fama que encarándose con el sobrino, le habló en esta sustancia:

«Sin duda, Fray Gerundio, que habrás quedado muy vanaglorioso con tu desbaratado sermón. Los aplausos de los ignorantes, la gritería de esta pobre gente, el voto de la muchedumbre y las aclamaciones de los lisonjeros, si ya no han sido irónicos elogios de los zumbones ó de los malignos, te tendrán sin duda persuadido á que nos dejaste á todos aturridos. Con efecto fué así, y dudo que algun otro lo haya quedado mas que yo; pero no de tu discrecion y de tu agudeza, sino de tu lastimosa ignorancia, de tu juvenil osadía, de tu raro atolondramiento y de tu total falta de gusto y reflexion.

»Mucho me habia escrito mi amigo y tu favorecedor

el maestro Fray Prudencio, de tu modo de predicar; algo me apuntó de las enredas y prudentes advertencias que te habia hecho para que no malograses tus talentos; no me habian dicho poco algunos que te oyeron no sé qué plática de disciplinantes en tu comunidad. Todo me hizo concebir que ibas descaminado; pero confieso que nunca juzgué, ni aun imaginé posible, que lo fueses tanto. Desde el primer período de tu sermon me hubiera salido de la iglesia, á haberlo podido hacer sin mucha nota y sin igual tumulto y alboroto del apiñado auditorio. Estúveme metido en el confesonario todo el tiempo que duró el sermon, y no fué para mí tribunal de penitencia, sino ejercicio de ella.

»Llaméle sermon, y le di un nombre muy impropio; porque no fué sermon ni cosa que ni de mil leguas se lo parezca. Es dificultoso definir lo que fué, pero veré si me puedo acercar á dar á entender lo que concibo. Fué una escoba desatada de inconexiones; fué una tortilla suelta de impertinencias y de extravagancias; fué un confuso hacinamiento de textos y lugares de la Sagrada Escritura, ridiculamente entendidos y osadamente aplicados; fué un turbion de conceptillos pueriles, falsos y superficiales, no solo ajenos de un orador, que en todo debe buscar la verdad y la solidez, sino aun insufribles en un mediano poeta.

»Dejo á un lado el intolerable abuso, la necia costumbre y el ignorantísimo empeño de tocar en la salutación aquellas que se llaman *circunstancias*. Sé que contra esta impertinentísima y tontísima costumbre te han dicho ya mas de lo que yo te puedo decir. Solo añadiré (por si acaso no te lo han dicho) que ya está únicamente reducida al infimo vulgo de los predicadores, y que solo se oye celebrarla por las lenguas de los mas despreciables de los auditorios. Tú no te contentaste con tocar las mas comunes que suelen repiquetear otros oradores de tu estofa; descendiste hasta las mas menudas y ridiculas, para que llegase hasta donde podia llegar tu extravagancia: te hiciste cargo de tu padre y de tu madre, de tu padrino, de los cohetes, de las hogueras, del auto sacramental, de los novillos, de los danzantes, de sus melenas, y en fin, por no dejar ninguna impertinencia en el tintero, metiste de circunstancia hasta la gaita gallega. No es menester mas que referirlo sencillamente para conocer la suma ridiculez: tus mismos colores están ahora acreditando la vergüenza que te causa solo el oírlo; ¿pues cómo tuviste valor para ejecutarlo?

»¿Pero cómo? Como lo han hecho hasta aquí todos cuantos te precedieron, y como no puede dejar de suceder, pues no hay otro arbitrio, violentando textos, desbautizando lugares, arrastrando y tal vez fingiendo exóticas exposiciones, ó construyendo las palabras de la Sagrada Escritura con tanta materialidad como pudiera el mas zafio sayagües ó el mas rístico batueca. Porque fué este el primer sermon que has predicado, trajiste aquellas palabras de San Lucas, con que da principio á los hechos de los apóstoles: *Primum quidem sermonem feci, ó Theophile*; sin hacerte cargo, lo primero, de que el Evangelista no trata allí de sermones, sino del Evangelio que habia escrito, como él mismo lo dice expresamente: *Primum quidem sermonem feci, ó Theophile, de iis omnibus quae Jesus coepit facere et docere, usque in diem*, etc.; lo segundo, que aunque hablara de sermones, diria todo lo contrario de lo que tú

pretendias; porque no afirma que era aquel el primer sermon que predicaba, ántes suponía que habia predicado otro y otros, pues decía: «El primer sermon que prediqué: *Primum quidem sermonem feci*.» Pero no, señor; tú leiste que el Evangelista hablaba del primer sermon, y sin mas ni mas, entendiendo materialmente sus palabras, te pareció que venían muy al intento del primer sermon que predicabas, sin reflexionar que una vez tolerado ese groserísimo modo de traer las palabras de la Escritura, no habrá absurdo que no se pueda confirmar con ella.

»De la misma manera, y aun peor si es posible, aplicaste los demas textos á tus extravagantisimas ideas. Sería cosa interminable si quisiera detenerme á recorrerlos todos en particular, y por eso bastará ofrecerte á la memoria ligeramente los mas estrafalarios. El cotejo que hiciste del retiro de Cristo al desierto, con el tuyo á la religion, dejó de ser atrevido por pasar á ser sacrilego; y la disyntiva que añadiste, de que, bautizado Jesus, se retiró al desierto ó el diablo le llevó á él, fué un arrojito que quiso parecer gracia, y vino á parar en blasfemia. Alcináronte á tí, así como á ellos ó á otros muchos, aquellas palabras de *queductus est in desertum ab spiritu*, ut etc., sin advertir que no fué el espíritu maligno, sino el Espíritu Santo, el que le condujo al desierto, como sienten los santos padres, y es casi evidente en el contexto de la letra. Pero á tí te hacia al caso esta exposicion, porque te abria camino para la otra chocarrería, de que te retiraste al desierto de la religion, si ya el diablo no te llevó á ella. Chufleta escandalosa, que no es fácil discernir si sobre sale mas la impiedad ó el descontento que muestras en tu religioso estado.

»No ignoro lo que enseña Santo Tomas hablando de la docilidad con que debemos abrazar los consejos que son buenos, aunque las costumbres é intencion de quien los da sean perversas. Bien sé que dice el Santo que, aunque constara que era el diablo el que aconsejaba que entrases en la religion, debieras seguir su consejo; porque, suponiendo que su intencion siempre sería torcida, podías enderezarla hácia tu mayor provecho, segun aquello: *Salutem ex inimicis nostris*; pero el angélico Doctor habla en hipótesis, y no categóricamente. Discurre en la suposicion de que esto sea posible, no supone que lo sea, ni mucho ménos lo da por hecho.

»Las locuras que ensartaste para hacer lugar en la salutación á tu padrino el licenciado Quijano, debian conducirte á la Inquisicion, si ellas mismas no acreditaran que competia su juicio á la casa de los orates. Cuanto dijiste de la quijada del asno con que Cain quitó la vida á su hermano Abel (si es cierto que fué ejecutado el fratricidio con este instrumento), cuanto disparastaste sobre la famosa quijada de Sanson, y cuantas boberías historiales ensartaste sobre los Quijanos y las quijadas y las familias aquellas tan ilustres en el reino de Leon, te harian reo de dos gravísimos delitos, si no les disculpas tu sandez, ignorancia y bobería. Los esclarecidos individuos de una y otra familia se reirán de tu necedad, ó se compadecerán de tus disparates, y nunca tendrán por asunto digno de su queja que un simple como tú forme despropósitos que no son capaces de obscurecer su esplendor.

»Si vuelvo los ojos á tu estrafalario asunto que tomaste, apenas hallo términos para explicar lo que concibo: «Campazas es el solar de la Eucaristía, y así, ó

hay Sacramento en Campazas, ó no hay en la Iglesia fe.» ¿A quién sino á ti pudo venir al pensamiento semejante desatino? Puedo preguntarte lo que un duque de Toscana preguntó á cierto poeta que le presentó un poema con grande satisfacción de que le había de asombrar, y con no ménos confianza de que se lo había de pagar bien: *Dicami per Dio, d' ove pigliò questo acervo di fece e questa farragine di minchionerie?* Dígame por Dios, ¿dónde encontró este monton de necesidades y este farrago de despropósitos y boherías? A un asunto tan exótico precisamente habían de corresponder unas pruebas tan exóticas como él; porque una proposición tan extravagante no se puede confirmar con razones que no lo sean. Es «Campazas el solar de la eucaristía», porque la materia remota de este sacramento es el pan y el vino que nacen en los campos, de donde se deriva el nombre de Campazas. Por esa regla el sacramento de la Eucaristía sería de toda tierra de pan y vino originario; y no tendría mas derecho Campazas á ser la alcuña de este augustísimo Sacramento, que Campomayor, Campoverde, Camposanto, Campovillar, y en fin, toda tierra y lugar de *Campos* que tenga este nombre por delante ó por detras, como Medina del Campo, Villanueva de Campos, etc. Por el mismo principio, el solar de la extremaunción será todo pais donde haya aceite, el del bautismo, donde haya agua, y el de la penitencia, todo el mundo; porque en todo el mundo se usan pecados, que son la materia remota.

»Del mismo peso y calibre es el otro despropósito, conviene á saber, que «ó hay sacramento en Campazas, ó no hay en la Iglesia fe». ¿Qué quisiste decir con esto? ¿Que la fe de la Iglesia católica depende de que haya Sacramento en Campazas? ¡Terrible locura! Tanto depende la fe de la Iglesia de que haya Sacramento en Campazas, como de que le haya ó deje de haber en Londres. No te tengo por tan mentecato como eso; quisiste sin duda significar (pareciéndote que decías una gran cosa) que, si no era verdad que había Sacramento en Campazas, tampoco lo era que había en Roma ni en parte alguna de la Iglesia de Dios. Pero vén acá, simple, ¿no conoces que eso es una insulsísima perogrullada, y que lo mismo se puede decir de la mas infeliz alquería donde esté el Santísimo Sacramento? Salvo que seas como aquel que, habiendo visto los magníficos templos de Sevilla, dijo: «Los monumentos buenos son; pero Sacramento como el de mi lugar no le hay en el mundo.»

»¿Sabes de dónde nace este disparatado modo de discurrir, y estas proposiciones, parte absurdas, parte heréticas y parte malsonantes, que echas á borbotones? Pues no es otro el principio que el desprecio que hiciste de la dialéctica, de la filosofía y de la teología, persuadido neciamente á que no eran necesarias para ser buen predicador. Ya estoy informado de lo que trabajaron tus preladitos y otros hombres sabios y celosos para desvanecer ese grosero error de la cabeza, y tambien lo estoy de que todo fué inútilmente. No presumo tanto de mis fuerzas, que me lisonjee de poder conseguir lo que ellos no lograron, y mas cuando, separado de los estudios, parece ya fuera de sazón la doctrina que voy á darte. No obstante, por no quedar con este remordimiento, y porque puede ser que te haga mas fuerza lo que te dice un tío tuyo que te ama de corazón, y que está ó debe estar mas práctico en la materia (porque al fin no tengo

otro oficio en mi santa iglesia), te expondré con toda brevedad y con la claridad que me sea posible, no ya mi dictámen particular, sino el universal de todos cuantos enseñan á formar un perfecto orador, pues si fuese tan feliz que te hagan fuerza mis razones, aunque hayas dejado de ser discípulo de los lectores en la aula, lo podrás ser de los libros en la celda.

»Ciceron dice que es imposible ser perfecto orador sin ser perfecto dialéctico, y añade que sin dialéctica conoció muchos locuaces, muchos habladores; pero elocuente, ninguno: *Disertos se vidisse multos malos, eloquentem omnino nullum*. Y él mismo afirma desí que, si es que llegó á ser orador, no aprendió este oficio en las esenelas de los retóricos, sino en las academias de los filósofos: *Fateor me oratorem, si modo sim, quicumque sim, non in rethoricum officinis, sed ex academiae spatii extitisse*. Demóstenes, Quintiliano, Longino y todos los demas maestros de la oratoria convienen en el mismo principio: la razon de él salta á los ojos; porque siendo todo el fin del orador convencer, persuadir y mover, no puede convencer sin discurrir, ni puede discurrir bien si ignora el arte de hacerlo con acierto; aquel que enseña á discernir lo brillante de lo sólido, lo real de lo aparente, lo superficial de lo profundo, lo probable de lo cierto, y el sofisma de la demostración: tal es la verdadera dialéctica.

»Otra hay, no solo inútil, sino perniciosa á todo buen orador; pero mucho mas á todo orador cristiano y evangélico; esta es aquella dialéctica disputadora de todo, quisquillosa, bachillera, sofística y cavilosa, como la llama Quintiliano, *Dialéctica cavillatoria*; aquella que hace gala de sutilizar, refinar, metafisiquear sobre todos los asuntos; aquella que se evapora en sutilezas, se exhala en pensamientos volátiles, y se quiebra ó se confunde en su misma delicadeza; aquella que se complace en representar lo falso como verdadero, en dar cuerpo á la sombra, y realidad á la apariencia; aquella que hace profesion de vender oropel por oro, sofismas por evidencias, y trampantojos por demostraciones; aquella, en fin, que descuartiza, que hace jigote el objeto que toma entre manos, en lugar de dividirlo para aclararle ó para comprenderle. Esta no solo es indigna de un orador, sino de un hombre de bien; porque solo puede servir para alucinar, mas no para encontrar la verdad, y mucho ménos para persuadirla.

»La dialéctica no solo conviene, sino que es necesaria á todo buen orador: es aquella sutil á la verdad, pero viva y penetrante, que discerne lo verdadero de lo falso, distinguiendo con precision y exactitud lo que es propio del asunto y lo que es forastero de él; aquella que reconoce con claridad las partes que constituyen al todo, y sabe distribuirlas, ordenarlas y disponerlas en la union, orden y método que deben observar entre sí; aquella que divide con destreza la materia, pero sin hacerla añicos, ni desmenuzarla en partes tan delicadas, que apenas las perciba la vista mas perspicaz; aquella que va siempre á su objeto y á su fin, sin perderle jamas de vista, sin divertirse en episodios ó digresiones extrañas, que hacen olvidar el objeto principal propuesto; aquella que da al discurso una justa libertad, sin violentarle ni oprimirle, y desviando de las proposiciones todo sentido equívoco y oscuro, las deja imprimir en el entendimiento una idea clara, limpia y precisa de lo

que quieren decir; aquella que dispone con tan bello orden y con tanta claridad todas las proposiciones del discurso, que parecen como nacidas unas de otras, y su- biendo insensiblemente á los primeros principios, deduce de ellos unas consecuencias necesarias, naturales y evidentes; aquella que descarta siempre toda prueba que no sea conducente é inevitable; aquella, en fin, que sabe unir todo el discurso como en un solo punto, para que se haga mas viva y mas pronta impresion en el ánimo del que oye, porque de una ojeada le entiende y le penetra y le comprende.

»Esta es la dialéctica, necesaria á todo buen orador; esta es aquella ciencia de los filósofos, sin la cual, dice Ciceron, es imposible que un hombre sea verdaderamente elocuente; porque sin ella, ¿cómo ha de discernir el género de las especies? Cómo ha de acertar á explicarlas y definir las? Cómo ha de distinguir lo falso de lo verdadero? Cómo ha de conocer las consecuencias legítimas, evitar las contradicciones, cautelarse contra los equívocos y desembarazarse de las ambigüedades? Cómo es posible que sin ella sepa hablar con peso y con penetración de las obligaciones de la vida civil, de la virtud, de las costumbres, etc.?

»A vista de esto, ¿qué quieres que diga de tí y de otros predicadores, ó por mejor decir, cómicos, representantes, charlatanes y habladores, tan ignorantes como tú, que hacen un sumo desprecio de la filosofía (comprendida con el nombre de dialéctica), teniendo por tiempo perdido el que se emplea en aprenderla, por juzgarla absolutamente inútil para la oratoria, y que como tal debe abandonarse á las cavilaciones y disputas de las escuelas? Cabezas desahuciadas, entendimientos infelices, ingenios atolondrados, que presumen caminar seguros sin luz en medio de las tinieblas, no advirtiéndoles que con precisión han de dar tantos tropezos como pasos, faltándoles aquel arte á quien el mayor orador del mundo llamó *la máxima entre todas las artes*, porque ella es la luz que disipa la confusion y oscuridad de todas las demas: *Hic (Servius) attulit hanc artem omnium artium maximam, quasi lucem, ad ea, quae confusè ab aliis aut respondebantur, aut agebantur. Dialecticam mihi videris dicere. Rectè, inquam, intelligis.*

»Pero, si la dialéctica es de una indispensable necesidad para la oratoria cristiana, no lo es ménos la sagrada teología. Y si no, dime, ¿qué es ser teólogo? Es ser un hombre cuya facultad le enseña á hablar bien y con propiedad de Dios y de sus atributos, exponiendo sus misterios para combatir los errores, discernir la naturaleza de las virtudes y penetrar la naturaleza de los vicios; es ser un hombre muy versado en la Sagrada Escritura y en la inteligencia de su verdadero sentido, para sacar de aquel fondo inagotable pruebas eficaces y vigorosas que confirmen lo que dice; un hombre noticioso de la antigüedad, informado de la historia eclesiástica, bien instruido en los santos padres y concilios. Esto es ser teólogo. Y ser predicador, ¿qué será? Es ser todo esto y algo mas; porque es poseer todas estas noticias, y sobre ellas, destreza para usarlas. De donde se infiere concluyentemente que puede uno ser gran teólogo sin ser buen predicador; pero es imposible que sea buen predicador sin ser gran teólogo.

»Y si á esto se llega la gran diferencia de teatros en que uno y otro ha de ejercer su profesion, es preciso

quedes convencido de que el predicador ha de ser mas teólogo que el teólogo mismo. Y si no, dime, ¿en qué teatro y á qué auditorio tiene que enseñar el teólogo las verdades de la religion? En una aula reducida y á un puñado de discípulos, por lo regular despejados, jóvenes, instruidos ya en otras facultades, libres de toda preocupacion, y no solo sin embarazo, pero con positivas disposiciones para abrazar las verdades en que se les quiere inbuir, oyendo á sus maestros como oráculos. ¿Y cuál es el teatro y auditorio de un predicador? O un templo muy capaz, ó tal vez las plazas ó los campos cubiertos de una inmensa multitud que se compone de todo género de gentes, de niños, de viejos, de hombres, de mujeres, de sabios, de ignorantes, de rudos, de ingeniosos, de dóciles, de duros, y en fin, por lo general preocupados contra lo que el predicador les intenta persuadir. ¿Para cuál de los dos auditorios se necesita mas sabiduría y mas abundancia de doctrina?

»Junta á esto el diversísimo modo con que deben enseñar el predicador y el teólogo: á este le basta hacerlo de una manera abstraída, seca, inteligible solo á unos entendimientos cultivados y hechos á comprender otras verdades delicadas, sutiles y metafísicas. Usar de la elocuencia para persuadirlas y del talento para representarlas, es oficio del predicador, quien debe enseñar de un modo claro, perspicaz, inteligible á todo el mundo; proporcionándose á las ideas comunes de manera que igualmente le comprenda el plebeyo que el noble, el rústico que el cultivado, el rudo que el capaz, el ignorante que el sabio; proponiendo de suerte que al incrédulo le convenza, al disoluto le aterre, al obstinado le ablande, y en fin, á todos persuada y mueva. Para esto, claro está que es indispensablemente necesario que el predicador tenga en cierto modo un conocimiento intuitivo de las verdades y misterios de la religion, esto es, que los comprenda todo cuanto sea posible comprenderlos en esta vida; que en fuerza de su profunda meditacion los domine y sea dueño absoluto de manejarlos á su voluntad, para proponerlos de mil formas, figuras y maneras.

»¿Y qué predicador sabrá hacer esto, si no es mas teólogo que el teólogo mismo? ¿Y quién merecerá el nombre de predicador, si no sabe hacer esto? ¿Y quién se le podrá dar sin deshonor de tanto empleo? ¿Mereceránle aquellos predicadores que cuando tienen que predicar de algun misterio, como por ejemplo, de la venida del Espíritu Santo, su mayor cuidado es huir de él, y por no engolfarse en aquel abismo, dejan el misterio á un lado, y contentanse con proponer algun punto moral, algunas veces deducido de la meditacion del mismo misterio, pero las mas arrastrado y traído como por fuerza? Bueno es lo primero; pero no basta ni cumple con su obligacion el predicador, el cual debe al auditorio la explicacion de nuestros misterios, no atada ni seca, mucho ménos que huela á escuela ni cartapacio; sino libre, fogosa, llena de fuego, con aquella buena disposicion que pide el púlpito y la oratoria.

»¿Mereceránle los otros que, por el lado contrario, reventando de teólogos escolásticos, suben al púlpito como pudieran á la cátedra, y hacen una leccion de oposicion en lugar de sermon, con sus sentencias, con sus pruebas, con sus argumentos; confundiendo en los misterios lo que es de fe con lo que no lo es, lo cierto

con lo dudoso, lo infalible con lo opinable, sin advertir que al pueblo no se le debe proponer el cómo, sino el qué; ni en los sermones se debe dar lugar á puntos contenciosos, sino indubitables, segun aquella gran máxima del Apóstol : « Mis sermones son fieles y verdaderos, porque en ellos no se tratan materias que estén sujetas á opiniones de sí y de no : *Fidelis autem Deus, quia sermo noster qui fuit apud vos, non est in illo est et non?* »

¿Mereceránle aquellos predicadores inconsiderados, indignos de que se les deje ejercer el ministerio, que para explicar los misterios mas venerables se valen de las ideas mas ridículas, como aquel que, predicando al Sacramento en la dominica infra-octava del Corpus, con el evangelio de la cena magna, tuvo osadía para tomar por asunto que el Sacramento era la cena sin sol, sin luz y sin moscas, que no sé cómo no le llevaron á la casa de la Misericordia, ya que por insensato le perdonase el santo tribunal de la Inquisición; y el otro que, predicando el mismo misterio, porque el mayordomo se llamaba *Fulano Maestro*, y la mayordoma *Zutana Larga*, escogió por idea de su sermón que Cristo en el Sacramento era maestro largo; puerilidad (por no decir otra cosa) que debiera ser castigada con quitarle la licencia de predicar, *in perpetuum?*

» Estos no son teólogos ni predicadores, sino locos mal disimulados y peor consentidos. Sin ser teólogo no es posible pintar el vicio con aquellos colores vivos y propios que le hagan aborrecible; porque no se puede conocer su naturaleza, su esencia, sus propiedades, sus diferencias, su deformidad, sus resultas, sus efectos y sus consecuencias. Sin ser teólogo es imposible describir la virtud de modo que enamore, que hechice, que mueva á abrazarse y practicarse; y me atrevo á decir, que quien no se hubiere hecho dueño del excelente *Tratado*, de Santo Tomas, *sobre las virtudes y sobre los vicios*, apenas sabrá pintar la hermosura de aquellas ni la fealdad de estos con los colores vivos y naturales que les corresponden.

» Sin ser teólogo ninguno podrá explicar acertadamente un solo precepto del Decálogo; porque no sabrá determinar su extension, y confundirá lo que es perfeccion de puro consejo con lo que es de necesidad y de precepto, exponiéndose á dar tantos tropiezos como pasos, extendiendo sus límites mas de lo justo ó estrechándolos mas de lo conveniente; unas veces imponiendo á las almas cargas que no pueden llevar; otras, exonerándolas de lo que tienen obligacion de sufrir; y siempre incurriendo en la terrible amenaza que fulmina Dios contra aquellos que por su antojo ó por su ignorancia aumentan ó disminuyen lo que está escrito en el libro de la ley : *Quisquis apposuerit ad haec, et si quis diminuerit de verbis libri, auferet Deus partem ejus de libro vitae.*

» De aquí podrás inferir cuánto desbarran en el verdadero concepto que debieran formar de la oratoria cristiana los predicadores inconsiderados y atrevidos que, para excusar ciertas proposiciones arrojadas, temerarias, hiperbólicas, ó ciertos conceptillos que llaman predicables, sutiles y delicados en la apariencia, pero falsos y sin sustancia en la realidad, responden con grande satisfaccion que hablaron *more concionatorio*, *et non scholastico*, como predicadores, no como teólogos; añadiendo, como por chiste y por gracejo, que el

púlpito no tiene poste, esto es, que ni se arguye ni se replica contra lo que se dice en el púlpito.

» Si les parece que con esto responden algo, tengan entendido que no pudieron echar mano de despropósito mayor. ¿Quién les ha dicho que la cátedra del Espíritu Santo pide ménos peso, ménos solidez, ménos miramiento, que la de la universidad? ¿Quién les ha dicho que las proposiciones que se harían risibles en la aula, puedan ser jamas tolerables en el púlpito? En aquella se examina su verdad con el mayor rigor, para que pueda despues exponerse en este con la mas segura certidumbre. Es cierto que el púlpito no tiene poste, que no se arguye, no se replica contra lo que se dice en él; ¿pero por qué? Porque nada se debe decir en el púlpito que admita réplica, disputa ni argumento.

» Pero cuando insisto tanto en que no es posible que sea buen predicador el que no sea buen teólogo, no pretendo que suba el predicador al púlpito á hacer ostentacion de que lo es : « Dicen los teólogos, saben los teólogos, ya me entienden los teólogos, etc. » cosa ridícula, vanidad pueril, que hace despreciable á quien la usa, para con todo hombre de juicio que le oye; si no se conoce que eres teólogo sin que tú lo digas, solo un pobre mentecato creerá que lo eres sobre tu palabra. Esos regüeldos podrán alucinar á los páparos, pero causan bascas á todo hombre advertido y de razon. En el púlpito no se trata de lo que sabe el teólogo, sino de lo que deben todos saber; y siempre que dices algo que no vaya igualmente para la vejezuela mas simple que para el teólogo mas perspicaz, por reventar de teólogo dejaste de ser predicador.

» Supuesto que es tan necesaria la teología y filosofía ó dialéctica para la oratoria, tú, que no eres filósofo, dialéctico, ni teólogo, ¿cómo has de predicar? Tú, que no has visto los concilios, los santos padres, los expositores, sino que sea por el forro (y aunque fuera por dentro seguramente no los entenderías), ¿cómo has de predicar? Tú, que ni de los misterios ni de los preceptos del Decálogo, ni de los de la santa madre Iglesia, ni de los vicios ni de las virtudes, sabes mas que lo que enseña el Catecismo, ¿cómo has de predicar? Dirás que leyendo buenos sermonarios; ¿y cómo has de saber cuáles son buenos y cuáles son pésimos; cuáles se deben imitar y cuáles abominar de ellos, especialmente cuando entre tanta peste de estos escritos como tenemos en España, apenas hay dos ó tres autores que puedan servir de modelo? Responderás que oyendo buenos predicadores; ¿y adónde has de ir á buscarlos? ¿Te parece que hay tanta abundancia de ellos en este siglo? No obstante, ya algunos van abriendo los ojos y procuran abrírselos á otros y van entrando por el camino derecho y solicitan con glorioso empeño que otros entren igualmente por él; ya se oyen en España algunos predicadores (no son muchos por nuestros pecados) que se oirían sin vergüenza, y acaso con envidia, en Versalles y París. ¿Pero por dónde has de saber discernirlos tú, y mucho ménos tomarles el gusto? Tú, que en todo le tienes perverso, que á guisa de escarabajo, te tiras siempre á lo peor; tú, que á lo que infiero del disparatado sermón que acabo de oírte, tanto te has pagado de un maldito *Florilégio* que anda por allí para vergüenza inmortal de nuestra nacion, y para que se rían de ella todos los que nos quieren mal; tú... »

CAPÍTULO VIII.

Corta la cólera del Magistral un huésped no esperado, pieza muy divertida, que á tal tiempo llegó en casa de Anton Zotes.

Al tercer *tú* del celoso y entendido Magistral, quiso Dios ó la buena fortuna del bendito Fray Gerundio (el cual estaba ya tamajito, viendo al tío que lo tonaba en tono tan alto y desengañado), que entró por la puerta del corral, y se apeó en el zaguan de la casa con mucho estrépito de caballos, relinchos, lacayo, aynda de cámara y acompañamiento, un huésped repentino, que ni se esperaba ni se podía pensar en él. Era cierto caballero jóven, bien puesto, de bastante desembarazo, vecino de una ciudad no distante de Campazas, que habia estado en la corte largo tiempo en seguimiento de un pleito de entidad, para el cual le habia servido el Magistral (aunque no le conocia) con varias cartas de recomendacion que le habian valido mucho; y noticioso por una casualidad de que su protector se hallaba en aquel lugar, torció el camino, y á costa de un corto rodeo, le pareció razon, y aun obligacion precisa, ir á dar gracias á quien tanto le habia favorecido.

Llamábase Don Carlos el sugeto de esta historia, y como por una parte no era del todo *lerdo*, y por otra habia estado tan despacio en Madrid, frecuentando tocadores, calentando sitios, asistiendo al patio de los Consejos, dejándose ver en los corredores del Palacio, y no dejando de tener alguna introduccion en las covaquellas, se le habia pegado fuertemente el aire de la gran moda; hacia cortesias á la francesa, hablaba en español del mismo modo, afectando los rodeos del francesismo, y hasta el mismo modo, dialecto y retintin con que lo hablan los de aquella nacion. Se le habian hecho familiares sus frases, sus expresiones, sus locuciones y sus modos de explicarse, ya por haberlas oido frecuentemente en las conversaciones de la corte, ya por haberlas observado en los sermones de aquellos famosos predicadores que á la sazón daban la ley y eran celebrados en ella, ya por haberlas leído en los mismos libros franceses, que construia ó entendia medianamente, ya tambien por haberlas aprendido en las obras de los malos traductores, de que por nuestros pecados hay tanta epidemia en estos desgraciados tiempos; en fin, nuestro Don Carlos parecia un *monsieur* hecho y derecho; y por lo que tocaba á él, de buena gana trocaria por un *monsieur* todos los dones y turuleques del mundo; tanto, que hasta los dones del Espíritu Santo le sonarian mejor, y acaso les solicitaria con mayor empeño, si se llamasen *monsieurs*.

Luego que se apeó y fué recibido de Anton Zotes con aquel agasajo y cariño que llevaba de suyo su natural bondad, le preguntó Don Carlos si estaba en aquel vilaje ó en aquella casa *Monsieur* el teologal de Leon. Sí, señoría, respondió el tío Anton Zotes, dándole desde luego el tratamiento que le pareció correspondia á un hombre que traia lacayo y repostero, y porque no entendia lo que significaba «*Monsieur* el Teologal»; pero conoció que sin duda aquel extranjero preguntaba por su primo; «*Monsieur* el Teologal», añadió Don Carlos, es uno de mis mayores amigos, y aunque no he tenido el honor de conocerlo, estoy reconocido á su bondad hasta el exceso. Suplico á vuestra merced que se tome la pena de conducirme ante todas cosas á su cámara, retrete ó apartamiento.»

El bonazo del tío Anton Zotes, que jamas habia oido hablar aquella jerigonza, como entendió cosa de cámara y retrete, ¿qué pensó? que á aquel pobre caballero se le ofrecia alguna urgencia natural de las que dan pocas treguas, y queria desembarazarse de ella ántes de ver al Magistral; y así con grandísimo candor le condujo á un cuarto estrecho y oscuro hácia la puerta falsa que daba á la alcoba donde dormia su primo, y le dijo en voz su-misa: «Entre ahí su usía, y á mano derecha encontrará lo que ha menester; porque ahí está la cámara de mi primo el Canónigo.» Avergonzóse un poco Don Carlos; pero, como era mozo de despejo, volvió luego en sí y dijo al tío Anton: «Bien se conoce que el huésped es un pobre burges y un miserable paisano; por ahora no le menester estos ustensilios: lo que digo es, que me conduzga al cnarto ó sala del Señor Magistral. Eso es otra cosa, respondió el bonísimo de Anton; si su usía se hubiera expricado ansina, ya le hubiera entrado en ella sin arrodese.»

Metióle en la sala donde estaba el Magistral con los demas que dijimos en el capítulo antecedente, y entró en ella al mismo tiempo que llegaba al tercer *tú* de su fogosa repasata, como lo dejó notado un manuscrito muy antiguo que se guarda en el archivo de los Zotes y tuvimos presente para sacar estas individualidades y menudencias de todos los lances sucedidos en esta ocasion en Campazas. Luego que vió el Magistral delante de sí un caballero de tanto respeto, se levantó de su silla apresuradamente, y cuando le iba á hablar con la debida urbanidad, Don Carlos le atajó diciendo: «No se dé vuestra merced, Señor Magistral, la pena de incomodarse; yo me he tomado la libertad de entrar en esta casa á la francesa: esta es la gran moda; porque las maneras libres de esta nacion han desterrado de la nuestra aquellos aires de servidumbre y de esclavitudinaje que, constriniéndonos la libertad, no nos hacian honor. Yo soy furiosamente frances, aunque nacido en el seno del reino de Leon. Yo tengo el honor de venir á presentar á vuestra merced mis respetos y agradecimientos. Yo soy Don Carlos de Osorio, á quien vuestra merced tuvo la bondad de favorecer tanto con sus cartas de recomendacion, y sería yo el mas ingrato de todos los hombres si no publicara altamente que á ellas es á quien debo la dicha de haber tenido la felicidad de haber ganado mi proceso; yo, monseñor...»

El Magistral, hombre ramplon, castellano macizo, leonés de cuatro suelas, y que, aunque estaba mas que medianamente versado en la lengua francesa, haciéndola toda la justicia que se merece, era muy amante de la suya propia, bien persuadido á que para maldita la cosa necesita las ajenas, teniendo dentro de sí misma cuanto ha menester para la copia, la propiedad, la hermosura y la elegancia: el Magistral, vuelvo á decir, se empalagó mucho desde el primer período, y desde luego le hubiera atajado con desprecio, á no haberlo contenido el respeto debido al nacimiento de Don Carlos, y la urbanidad con que debia tratar á un hombre que venia á buscarle por puro reconocimiento. No obstante, se resolvió á divertirse un rato á su costa con el mayor disimulo que pudiese, procurando templar la burla sin descomponer la atencion, y así le dijo: «Yo, señor Don Carlos, no soy monseñor ni nunca lo he sido, venerando de tal manera á los que lo son, que, sin envidiarles ese

tratamiento, por desconocido en España, me contento con el que tuvieron mis padres y mis abuelos, y mas cuando no es menester ser monseñor para ser servidor de vuestra merced de todas véras.—Esos, Señor Magistral, son prejuicios de la educacion, y hace lástima que un hombre de las luces de vuestra merced se acomode á los sentimientos del bajo pueblo. Hoy los entendimientos del primer orden se han desnudado dichosamente de esas preocupaciones, y hallan mas gracia en un *mon-sieur* que en un *don ó señor* que en las naciones mas cultivadas se aplica á un marchante ó á cualquiera burgues; y no me negará vuestra merced que un *Monsieur le Maner*, un *Monsieur Noboa*, suenan mejor que *Don Fulano Maner*, *Don Zutano Noboa*.

Como esto de sonar mejor es cosa respectiva á los oídos, replicó el Magistral, y ha habido hombre á quien sonaba mejor el relincho del caballo que la cítara de Orfeo, no me empeñaré en negarlo ni en concederlo; solo aseguro á vuestra merced, que á mí, como buen español, nada me suena tan bien como lo que está recitado en vuestra lengua, y esto es con ser así que no soy del todo peregrino en las extranjeras.

—¡Oh Señor Magistral! y qué donaje es que un hombre de las luces de vuestra merced, se halle tan prevenido de los prejuicios nacionales. Mi capacidad ó mis alcances, respondió el Magistral (pues supongo que eso quiere decir vuestra merced cuando habla de mis luces), no obstante de ser bien limitadas, me obligan á decir que es lijereza ajena de nuestra gravedad española y de desestimacion injuriosa á nuestra lengua, introducir en ella voces que no necesita y modos de hablar que no la hacen falta. Pero, en fin, dejando á cada uno que hable como mejor le pareciere, vuestra merced no habrá comido, y ante todas cosas es menester.... Perdone vuestra merced, Señor Magistral, interrumpió Don Carlos, ya hice esta diligencia en un pequeño villaje que dista dos leguas de aquí, y así no es menester que nadie tome la pena de incomodarse.

Yo no sé, dijo el Familiar, que en estas cercanías, ni aun en todo el Páramo, haya ningun lugar que se llame *village*.» Rióse Don Carlos de lo que le pareció simplicidad de aquel buen labrador, á quien no conocia, y díjole en tono algo desdeñoso: «Paisano, llámase *village* pequeño toda aldea ó lugar corto.» Pero, señor Don Carlos, le replicó el Magistral, si aldea ó lugar corto es lo mismo que *village*, ¿qué gracia particular tiene *village* para que le demos naturaleza en nuestra lengua? ¡Oh, Señor Magistral! respondió Don Carlos, vuestra merced es diablicamente castellano, y del aire que le veo, tampoco dará cuartel al *libertinaje* por disolucion; al *libertino*, por disoluto; al *pavís*, por pavimento; á *satisfacciones*, por gustos; á *sentimientos*, por dictámenes, máximas ó principios; á *moral evangélica*, por doctrina del Evangelio; á *no merece la pena*, por es digno de desprecio; á *acusar el recibo de una carta*, por avisar que se recibió; á *cantar, tocar, bailar á la perfeccion*, por cantar, tocar, bailar con primor; á *ejercitar el ministerio de la palabra de Dios*, por predicar; á *darse la pena*, por tomarse el trabajo; á *bellas letras*, por letras humanas; á *nada de nuevo ocurre en el día*, en lugar de ahora no ocurre novedad; á...

Tenga vuestra merced, señor Don Carlos, le interrumpió el Magistral, no se canse vuestra merced mas,

que sería interminable la enumeracion, si se empeñara vuestra merced en reconvenirme con todas las frases, voces y modos de hablar afrancesados que se han introducido de poco tiempo acá en nuestra lengua, y cada día se van introduciendo, con mucha vanidad de los extranjeros y no poco dolor de los españoles de juicio y de meollo. Dígole á vuestra merced que ni á esos ni á otros innumerables francesismos que sin qué ni para qué se nos han metido de contrabando á desfigurar nuestra lengua, daré jamas cuartel ni en mi conversacion ni en mis escritos.

Pues poca fortuna hará vuestra merced en la corte, respondió Don Carlos, y presto sería vuestra merced el juguete de las oficinas y de los tocadores si se fuera allá con esos sentimientos. Por lo que mira á los tocadores, dijo el Magistral, pase, y convengo en que sería de los mas mal recibidos; donde se halla tanto de *petibonets*, *surtis*, *ropas de chambre*, no puede esperar buena acogida el que llama cofias, sobretodos y batas á todos esos muebles; pero en las oficinas no sería tan mal recibido como á vuestra merced le parece; porque en ellas hay de todo. Es cierto que se encuentra tal cual de aquellos iniciados en la política, quiero decir, de aquellos plumistas, aprendices de primera tonsura, que *anno non ampliùs uno, et minimo sudore, et amico ab homine salvo*, solo porque leyeron las obras de Feijóo, los libros de *Ciencia de corte*, el *Espectáculo de la naturaleza*, la *Historia del pueblo de Dios*, y algunos otros pocos libros que ahora son de moda, no solo se juzgan capaces de hablar con resolucion y con desenfado en todas las materias, sino que se imaginan con bastante autoridad para introducirnos aquellas voces extranjeras que suenan mejor á sus mal templados oídos; y aunque las tengamos acá igualmente significativas, no hay que esperar se valgan de ellas ni aun se dignen de mirarlas á la cara. Estos, si escriben una carta gratulatoria, no dirán «doy á vuestra merced mil enhorabuenas por el nuevo empleo que ha merecido á la piedad del rey», aunque les saquen un ojo; sino *felicitó á vuestra merced por el justo honor con que el rey ha premiado su distinguido mérito*. Si quieren expresar su complacencia á un amigo por algun feliz suceso, no tema vuestra merced que le digan pura y castellanamente: «Complázcome tanto en los gustos de vuestra merced como en los míos propios;» es menester afrancesar mas la frase y decir: *No hay en el mundo quien se interese mas en las satisfacciones de vuestra merced; ellas tienen en mi estimacion el mismo lugar que las mías*. Escribir ó decir á uno: «Mande vuestra merced; que le serviré en cuanto pudiere,» lo tendrán por vulgaridad y aldeanismo; *cuente vuestra merced conmigo en todo trance*, es expresion que huele á corte, y lo demas es de patanes. *Ese negocio no toca á mi departamento*, para explicar que no toca á su oficina, jamas se le olvidará. *Ya está sobre el bufete*, para decir que está puesto al despacho, es cláusula muy corriente; y carta he visto yo de cierto mojatinta, que decia: *Esa dependencia ya está sobre el tapiz*, cosa que sobresaltó mucho al interesado, porque juzgó buenamente que por hacer burla de él lo habia retratado de mamarracho en algun lienzo de tapiceria.

Digo pues, que con estos pocos oficiales iniciados de covachuela no lograria buen acogimiento mi lenguaje ramplon y ceñido escrupulosamente á las leyes de Co-

varruvias y á las de otros que reconozco y venero por legítimos legisladores ó jueces de la lengua castellana; pero esta tiene tambien otros muchos partidarios dentro de las mismas oficinas, pudiendo asegurar que son los mas y de mejor voto que hay en todas ellas. Créame vuestra merced, que están llenas de hombres eruditos, cultivados y aun doctos, amantísimos de nuestra lengua, bien instruidos de las riquezas que encierra, y bien persuadidos á que dentro de sus tesoros tienen sobrados caudales para salir con incimiento de cuantas urgencias se les pueden ofrecer, á excepcion de tales cuales voces facultativas y de otras pocas peculiares, que es preciso se presten unas á otras, sin que se eximan aun de esta necesidad las primitivas matrices y originales. Cónstame que estos verdaderos españoles gimen ocultamente por haber hallado ya entremetidas y como avecinadas en sus oficinas, muchas voces que pudieran y debieran haberse excusado, como «departamentos», inspeccion, aproches, glacis, bien entiendo que hacer el servicio, será responsable, inteligenciado el Rey, exigir del vasallo, y otras innumerables, puesson tantas, que

..... *Nec tot simul Apula muscas
Arva ferant; nec tot vendat mendacia falsi
Institor unguenti; nec tot deliria libris
Adfuerit logicis, physicis, aliisque Noriscus.*

Bien quisieran ellos desterrarlas de sus mesas, de sus cartas y de sus despachos; mas, ó no se hallan con fuerzas para tanto, ó viéndolas ya como connaturalizadas en virtud de la posesion, aunque no muy larga, no se quieren meter á disputarlas la propiedad; ó en fin, las dejan correr por otros motivos políticos que á mí no me toca examinar. Pero como quiera, esté vuestra merced persuadido á que estos no me recibirán mal ni me oirán con desagrado, siempre que les hablare como hablaron nuestros abuelos.

A lo ménos, replicó Don Cárlos, no saldré yo por garante de que los traductores de libros franceses hiciesen á vuestra merced buen cuartel; y en verdad que estos no son ranas ni son en pequeño número, y que en la corte hacen la mas bella figura.

Déjelo vuestra merced, señor Don Cárlos, déjelo por Dios, replicó el Magistral. Un punto ha tocado vuestra merced en que no quisiera hablar, porque si me caliento un poco, hablaré una librería entera. ¡Traductores de libros franceses! ¡Traductores de libros franceses! no los llame vuestra merced así; llámelos vuestra merced traductores de su propia lengua y corruptores de la ajena, pues como dice el italiano con gracia, los mas no son traduccion, sino traicion á uno y otro idioma, á la reserva de muy pocos, *quos digito monstrare omni, vel caeco facili*. Todo el resto eche vuestra merced á pares y nones, y tenga entendido que es la mayor peste que ha inficionado nuestro siglo.

No piense vuestra merced que estoy mal, ni mucho ménos que desprecio á los que se dedican á este utilísimo y gloriosísimo trabajo; disto tanto de este concepto, que en el mio son dignos de la mayor estimacion los que le desempeñan bien. En todos los siglos y en todas las naciones han consagrado los mayores aplausos á los buenos traductores, y no se han desdeñado de aplicarse á este ejercicio los hombres de la mayor estatura en la república de las letras. Ciceron, Quintiliano, y aun el mismo Julio César, enriquecieron la lengua latina con la

traduccion de excelentes libros griegos; y á San Jerónimo le hizo mas excelente, y le mereció el justo nombre de doctor máximo de la Iglesia, la version de la Biblia que llamamos *Vulgata*, mas que sus doctos *Comentarios sobre la Escritura* y los excelentes tratados que escribió contra los herejes de su tiempo. Santo Tomas tradujo en latin los libros políticos de Aristóteles, y no le granjeó ménos concepto esta bella traduccion que su *Summa theologiae*. Y á la verdad, si son tan beneméritos de su nacion los que traen á ella las artes, las fábricas y las riquezas que se descubren en las extrañas, ¿por qué lo han de ser ménos los que comunican á su lengua aquellos tesoros que encuentran escondidos en las extrañas?

Así pues, soy de dictámen que un buen traductor es acreedor á los mayores aplausos, á los mayores premios y á las mayores aclamaciones. ¡Pero qué pocos hay en este siglo que sean acreedores á ellas! ¡Nada conviene tanto la dificultad que hay en traducir bien, como la multitud de traducciones que nos sufocan, y cuán pocas son, no digo las que merezcan llamarse buenas, pero ni aun tolerables! En los tiempos que corren es desdichada la madre que no tiene un hijo traductor. Hay peste de traductores, pero casi todas las traducciones son peste; son unas malas y aun perversas traducciones gramaticales, en que á buen librar, queda tan estropeada la lengua traducida, como aquella en que se traduce; pues se hace de las dos un pataborrillo que causa asco al estómago frances, y da ganas de vomitar al castellano. Ambos desconocen su idioma; cada uno entiende la mitad, pero ninguno todo. Yo bien sé en qué consiste esto, pero no lo quiero decir.

Lo que digo es, que en efecto, los malos, los perversos, los ridículos, los extravagantes, los idiotas traductores, son los que nos han echado á perder la lengua, corrompiéndonos las voces tanto como el alma; ellos son los que han pegado á nuestro pobre idioma el mal frances, para cuya curacion no basta todo el mercurio preparado por la discreta pluma del discreto Farmacopola.

..... *Unicum illum
Ulcera qui jussit castas tractare cemenas.*

Ellos son los que han hecho que ni aun en las conversaciones ni en las cartas familiares ni en los escritos públicos, nos veamos de polvo gálico, quiero decir, que parece no gastan otros en la salvadera que arena del Loira, del Rona ó del Sena, segun polvorean todo cuanto escriben, de galicismos ó de francesadas. Ellos son, en fin, los que, debiendo empeñarse en hacer hablar al frances en castellano (porque al fin esa es la obligacion del traductor), parece que intentan todo lo contrario, es á saber, hacer hablar al castellano en frances; y con efecto lo consiguen.

En esto son mas felices los traductores que en realidad son mas desgraciados. Si por su dicha encontraron alguna obra curiosa, digna é instructiva, con ella nos echan mas á perder; porque cuanto mas curso tiene y mayor es su despacho, cunde mas el contagio, y el daño es mas extendido. Por ahí hay cierta obra que se comprende en ciertos volúmenes, la cual, sin embargo de ser problema entre los sabios si es mas perjudicial que provechosa, ha logrado no obstante un séquito prodigioso; no hay librería pública ni particular, no hay celda ni gabinete, no hay ante-sala ni apenas hay estrado, donde no se encuentre, tanto, que hasta los perrillos de

falda andan jugueteando con ella sobre los sitiales. Cayó esta obra en manos de un traductor hábil y laborioso á la verdad, pero tan presuroso para acabarla cuanto ántes, que la publicó á medio traducir, quiero decir, que la mitad de ella la dejó en frances, y la otra mitad la vertió en castellano; olvidóse sin duda el presuroso traductor, de que siempre se da bastante prisa el que hace las cosas bien, y el que las hace mal haga cuenta que las hizo muy despacio. ¿Y qué sucedió? lo que llevo ya insinuado: como estos libros se han hecho ya de moda en toda España, como los leen los doctos, los leen los semi-sabios, los leen los idiotas, y hasta las mujeres los leen; y como todos encuentran en ellos tantos términos, tantas cláusulas, tantos arranques, y aun tantos idiotismos franceses, que jamas habian hallado en las obras mas cultas y mas castizas de nuestra lengua, que juzgan que esta sin duda es la moda de la corte, y encaprichados en seguirla, como la siguen en todo lo demas, unos por no parecer ménos instruidos y otros por ser monos ó monas, apenas aciertan en la conversacion con una cláusula que no parezca fundida en los moldes de Paris.

Pocos dias há que hablando con cierta dama, me espetó esta jerigonza: «Un hombre de carácter tuvo la bondad de venirme á buscar á mi casa de campaña, y por cierto que á la hora me hallaba yo en uno de los apartamientos que están á nivel con el parterre; porque como el pavis es de bello mármol, y el depósito de la gran fuente cae debajo de él, sobre lograrse el mas bello golpe de vista, hace una estancia muy cómoda contra los rigores de la estacion. Este hombre de calidad estaba penetrado de dolor, por cuanto habiendo arrestado á un hijo suyo, haciéndole criminal de no sé que pretendidos delitos, que todo se reducía á unas puras bagatelas, y venía á suplicarme tuviese con él la complacencia de interponer mi crédito con el ministro para que se levantase el arresto.» Iba á proseguir, y no teniendo paciencia para sufrir tanta algarabía, la pregunté si sabía la lengua francesa. «Perdone vuestra merced, Señor Magistral, me respondió al punto, no estoy iniciada aun en los primeros elementos de este idioma todo amable.» ¿Pues cómo habla vuestra merced tan elegante frances en castellano? «¡Ah! Señor Magistral, estoy leyendo la historia de... que es un encanto.»

Ya me lo daba á mí en el corazon, repliqué yo; esta historia es sin duda una de las mas extraordinarias obras que hasta ahora se han emprendido, y como no hay pueblo ni rincon en España donde no se lea con ansia, tampoco le hay donde no se haya pegado mas ó ménos el contagio frances de que adolece. Este ha inficionado con mucha especialidad á las mujeres inclinadas á libros. Como casi todas se hallan destituidas de aquellos principios que son necesarios para distinguir lo bueno de lo malo, y como casi todas son inclinadas á novedades, han encontrado mucha gracia en las voces, en las frases, en las transiciones y en los modos de hablar afrancesados, que hierven en dicha traduccion, y no es creíble el ansia con que les han adoptado.

Sucede á nuestras damas españolas con la lengua francesa, lo que sucedió á las latinas ó toscanas con la griega. Teníase por vulgar la que no empedraba de griego la conversacion, y llegó á tanto la extravagancia, que entre ellas no se reputaba por linda la que no pronunciaba aun el mismo latin con el acento ó dialecto

ático. Todo lo habian de hacer á la griega, hablar, vestir, tocarse, comer, cantar, reír, asustarse, enojarse; en una palabra, afectaban el aire griego en todos sus gestos, acciones y movimientos. ¿Y esto de qué nació? No solo del comercio de los griegos con los latinos, sino principalmente del desacierto de algunos traductores latinos, que por ignorancia ó por capricho se empeñaron en latinizar una infinidad de nombres griegos. Cayóles esto muy en gracia á las damas, hicieron moda de la extravagancia, y dieron motivo á Juvenal para que justamente se burlase de ellas en la sátira sexta, cuando dijo el verso 135:

*Quaedam parva quidem, sed non toleranda moritis.
Nam quid runcidius, quám quod se non putat ulla
Formosam, nisi quae de Thuscá Graecula facta est?
De Sulmonensi mera Cecropis? Omnia graecè,
Cum sit turpe magis nostris nescire latinè.
Hoc sermone parent, hoc iram, gaudia, curas,
Hoc cuncta effundunt animi secreta. Quid ultra?
Concumbunt graecè. Donec tamen ista puellis.*

Si no temiera que vuestra merced se habia de ofender, añadí á dicha señora, la recitaria una glosa no del todo desgraciada, que cierto amigo mio hizo de este trozo de Juvenal, aplicándole á nuestras damas españolas, ciegamente apasionadas por cuanto ven, oyen, leen, con tal que venga de la otra parte de los Pirineos. «No me haga vuestra merced la injusticia de tenerme por tan delicada, respondió la dama, y así puede vuestra merced recitar con toda libertad de espíritu ese pasaje.» Pues con licencia de vuestra merced, continué yo, la glosa de mi amigo sobre nuestras españolas dice así:

Otros defectos tienen no crecidos,
Mas serán unas bestias sus maridos
Si los sufren y callan;
Pues cuando piensan se hallan
Con mujer andaluzá ó castellana,
Sin sentir, de la noche á la mañana,
Se les volvió francesa,
Por cuanto dicen que la moda es esa.
Amaneció contenta con su Doña,
Y acostóse Madama de Borgoña,
Pues aunque su apellido es de Velasco,
Comenzó á causarle asco.
Cuando supo que en Francia las casadas
Están acostumbradas
A dejar para siempre su apellido,
Por casarse aun así con el marido;
Y suelen ser mas fieles con el nombre
Las que ménos lo son con el buen hombre.
La que nació en Castilla,
Aunque sea la nona maravilla,
No se tiene por bella
Mientras no hable como hablan en Marsella.
La extremeña, manchega y campesina
Afecta ser de Orleans. La vizcaína
Entre su Yaíncoa y Etxeco Andrea
Nos enaja un Monsieur de Goicochea,
Muy preciadas de hablar á lo extranjero,
Y no saben su idioma verdadero.
Yo conocí en Madrid una condesa
Que aprendió á estornudar á la francesa;
Y porque otra llamo á un criado chulo,
Dijo que aquel epíteto era nulo,
Por no usarse en Paris aquel vocablo;
Que otra vez le llamase pobre diablo;
Y en haciendo un delito cualquier paje,
Le reprehendiese su libertinaje.
Una mujer de manto
No ha de llamar al Papa el Padre Santo;
Porque, cuadre ó no cuadre,
Es mas frances llamarle el Santo Padre.
Para decir que un libro es muy devoto,
Diga que tiene uncion, y tendrá voto

De todas cuantas gastan expresiones
Necesitadas de tomar unciones.
Al Nuevo Testamento
(Este es aviso del mayor momento)
Llamarle así, es ya muy vieja usanza;
Llámasse á la *dernière* Nueva Alianza.
Al concilio de Trento ó de Nicea,
Désele siempre el nombre de *asamblea*;
Y si se quejan de esto los malteses,
Que vayan con la queja á los franceses.
Logro la dicha, es frase ya perdida,
Tengo el honor, es cosa mas valida.
Las honras que usted me hace, es desacierto;
Las honras se me harán despues de muerto.
Llamar á un pisaverde *pisaverde*,
No hay mujer que de tal nombre se ardue; *Petimetre*
es mejor y mas usado,
O por lo ménos mas afrancesado.
Ya hice mis devociones,
Por ya cumpli con ellas, ¡qué expresiones
Tan cultas y elegantes!
Y no decir, como decian ántes,
Ya recé, frase baja, voz casera,
Sufrible solo en una cocinera.
Tiene mucho de honrada, no hay dinero
Con que pagar este lenguaje; pero
Decir á secas que es mujer honrada,
¡Gran frescura, valiente pampringada!
Doña Fulana es muy amiga mía,
Esto mi cuarta abuela lo decia;
Pero *ella es la mejor de mis amigas*:
¡Oh qué expresion! Parte migas
El alma en la dulzura
De esta almibaradísima ternura.
Voy á jugar mañana,
Es frase chavacana;
A una partida he de asistir de juego,
Se ha de decir, y luego
Se ha de añadir, *Ormosa*
Tambien á otra partida va de caza.
¡Oh Júpiter! ¡para cuándo son tus rayos?
Si esto es ser cultos, mas vale ser payos.

Todo esto recité á tal señora mia; porque ya entónces lo sabia de memoria como ahora; y sin hablar mas palabra, levanté la visita, y la dejé, á mi parecer, si no del todo enmendada, á lo ménos un poco corregida, y no tan satisfecha de sns traducciones esgñizaras ó mestizas que nos han afrancesado nuestro purísimo y elegantísimo idioma, tanto, que si ahora resucitaran nuestros abuelos, apénas nos entenderian. Y por no disimular, sepa vuestra merced que el autor de aquella satirilla es este señor eclesiástico, mi compañero y amigo, canónigo de mi santa iglesia. Y al decir esto señaló con el dedo á Don Bartolomé, que, no obstante su despejo, se sonrojó un poco si es no es.

Apénas le oyó el Familiar, cuando sin libertad, al parecer, para otra cosa, le echó los brazos al cuello y exclamó todo alborozado: «¡Oh, señor Don Bartolomé! ¡Con que su merced tiene *ingenio* para componer unas *copras* en verso tan aventajadas? Ya me lo daba á mí el corazón *dende* que le oí en la mesa aquella décima de diez piés, que me quedé aturrullado. Bien haya su merced, que tan bien *emprea* la *habilidad* que Dios le ha dado en *golver* por el honra de nneestros traseros, y no *cagora* ha dado en usarse una jerigonza, que en mi ánima jurada parece que todos hablan en latin. La postrera vez que fuí á *Vallault* á cosas de *enquisicion*, ví á un *crérigo* que dicen que era de una cofradia que se llamaba *ansina*, como cosa de *Acamia*, el cual estuvo *palrando* con un santo *enquisidor* mas de una hora, y aunque al parecer *palraba* en castellano, si le entendia un *vocabro*, se me escapaban ciento. Bien haya la madre que le parió á su

mercé, y Dios le dé mucha vida para *emprearse* en tan *güenas* obras.»

Como vió Don Cárlos que no tenia de su parte al auditorio, y que no habia que esperar se introdujese en Campazas el castellano á la *papillota*; temiendo por otra parte que si duraba la conversacion, le habian de hacer añicos aquellos patanes, que por tales reputaba él á cuantos no entraban en el lenguaje á la moda, levantó la visita, y con pretexto que tenia precision de dormir aquella noche en la Bañeza, se excusó á las muchas instancias que le hizo el Magistral para que la pasase en su compañía; montó á caballo y prosiguió su camino.

CAPITULO IX.

Donde se cuenta el maravilloso fruto que hizo el sermón del Magistral en el ánimo de Fray Gerundio.

El cual, así atendió á toda la entretenida y graciosa conversacion que pasó entre el Magistral y el *monsieurísimo* de Don Cárlos, como ahora llueven albardas; porque, enteramente preocupado de la jabonadura que aquel le estaba dando, ni podia echar de la imaginacion las especies, pegándosele mas aquellas que le herian mas en lo vivo, no de otra manera que una mosca de burro se pega y clava mas en la carne que otra mosca regular, por cuanto aquella tiene el aguijon mas penetrante que esta. Sobre todo le affigia extraiamente ver desvanecidas en un instante todas aquellas alegres ideas de fortuna que él se habia representado, dando por supuesto que su tío quedaria encantado de sus prendas y talentos luego que le viese predicar. Lloraba amargamente dentro de su corazón, que ya el Magistral, aunque llegase á ser arzobispo de Toledo, no haria caso de él, y que ni siquiera solicitaria con la órden que le hiciesen superior de una Pinzocha, cuanto mas proporcionarle á un obispado de Indias, como él lo tenia consentido, y tanto, que habia dado palabra á una buena viuda del lugar, que cuando le hiciesen obispo (que á su parecer no tardaria mucho), llevaria consigo á un hijo suyo, que á la sazón tenia doce años, y le haria su paje de cámara, cosa que consoló infinitamente á la bendita de la mujer, la cual le pidió por gracia que no le dejase comer turron, ni mermelada ni cosa dulce, porque el muchachuelo era goloso y padecia mucho de lombrices, concluyendo que así se lo suplicaba por amor de Dios, á su ilustrísima. Fray Gerundio la empeñó su palabra episcopal de que esta sería la primera advertencia que haria, así á su mayordomo como al maestro de pajes; y dándola á besar la mano con mucha autoridad, la echó la bendicion y la despidió muy consolada.

Pero como todas estas diligencias se convirtieron en humo luego que se acabó ó se interrumpió la terrible repasata del juicioso y docto Magistral, no se puede ponderar qué triste, melancólico y pensativo quedó el padre Fray Gerundio: todos los demas salieron á despedir á Don Cárlos; solo él se quedó en la sala, sentado en una silla, la cabeza reclinada sobre la mano, los ojos clavados en tierra, lanzando profundos suspiros de lo mas íntimo del corazón.

En esta postura le encontró su grande amigo Fray Blas, que hasta entónces habia estado durmiendo la siesta, para cuya larga duracion habia hecho méritos en la mesa; y como no habia oido el sermón del Magistral ni asistido á la visita del cortesano Don Cárlos, quedó

extraordinariamente suspenso cuando vió á Fray Gerundio en una viva imágen de la misma melancolía.

¿Qué es esto, Fray Gerundio? le preguntó sobresaltado. ¿Qué novedad es esta? ¿Así te dejas dominar de la tristeza en el día de tus mayores glorias? Cuando has llenado de regocijo á tu patria, ¿has de dar entrada en tu corazón á esa negra melancolía? ¿Es posible que las bocas de todos estén hoy empleadas en panegirizar tus asombrosos talentos, sin acertar con otras voces que no sean las de tus mayores aplausos, y solamente la tuya ha de oscurecer la celebridad del día con dolorosos suspiros? ¿Te duele algo? ¿Te ha sentado mal la comida? ¿Acaso te atormenta tu aprensión, pareciéndote que dejaste algo que desear en el asombroso sermón que predicaste, ó que omitiste alguna sustancial circunstancia, ó que pudiste tocar mejor algunas de las que tocaste, ó que, finalmente, alguno de los innumerables textos que trajiste, no vino tan á pelo como ahora se le representa á tu delicadísimo ingenio? Pues te hago saber que si es algo de esto lo que te melancoliza, miente tu aprensión como una grandísima embustera; y no has de hacer mas caso de ella que de la de un cinife que zumba á los oídos, todo bulla y nada sustancia: no ha oído el Páramo sermón igual; ni en los famosos púlpitos que bañan las aguas del río Tuerto y las del río Grande se ha de predicar en muchos siglos panegirico mayor. Ahora se mire á la propiedad ingeniosa del asunto, ahora se atienda á la delicada propiedad de las pruebas, ahora se considere la menuda y sutil comprensión de todas las circunstancias, ahora se comprenda la casi divina aplicación de los textos, ahora se examine la sutileza de los reparos y la agudeza de las resoluciones, ahora, finalmente, se pare la consideración en la variedad hermosa del estilo, unas veces elevado, otras cadencioso; pero siempre sonoro, y elegante siempre: pues siendo esto así, ¿de qué te entristesces? ¿Qué motivo tienes para estar melancólico y tan pensativo?

¡Ay, padre predicador de mi alma, exclamó Fray Gerundio, y cómo se conoce que no sabe vuestra merced lo que ha pasado con mi señor tío el Magistral! Pero aquí no estamos bien ni podemos hablar con libertad; tomemos los sombreros y los báculos, y salgamos al campo por la puerta del corral, mientras la gente se está allá divertida en despedir á un tal Don Carlos, que viene de Madrid, y para mí debió de ser un ángel del cielo que trajo Dios para que me conservase la vida; porque llegó á tiempo que ya no podía mas, y temí que me diese un accidente, oyendo las cosas que me estaba diciendo mi tío. La entrada de Don Carlos cortó la conversacion, y ellos tuvieron allá otra que yo no entendí, aunque me hallaba presente, porque me ocupaba enteramente la atención aquello que me dolía. Salgamos, salgamos al campo; que reviento por desahogarme con vuestra merced, y le diré otras cosas que le aturdirán.

Cogieron los sombreros, tomaron los báculos, y sin que los viese ninguno de los que estaban enfrascados en la bulla de la despedida, se salieron al campo por la susodicha puerta. Contó Fray Gerundio á su estrechísimo amigo todo cuanto le había dicho su tío el Magistral, sin perder un punto, sílaba ni coma; porque sobre ser de una memoria feliz, como le habían penetrado tanto las razones de su tío, se le habían grabado profundamente en el alma. Dijo que lo que mas había sentido

en aquella sangrienta correccion, era que se hubiese dado en presencia del canónigo Don Bartolomé y del Familiar; porque, además de lo que perdería con ellos, no dejarían de divulgarlo entre otros muchos, y con esto iba su crédito por esos suelos; especialmente desconfiaba mucho de su pariente el Familiar, porque le había notado la grande complacencia con que estaba oyendo al Magistral, y á su modo cerill y toscó seguía las mismas máximas, á que se añadía tener un genio zumbón á lo socarrón y ladino, en fuerza de lo cual no dejaría de divertirse á su costa todas las veces que se ofreciese. Finalmente, no le disimuló que le habían hecho mucha fuerza las razones del Magistral, y que estaba muy tentado de dejar la carrera, porque conocía que no era para ella, y entablar la pretensión de que le volvieran para los estudios, ó cuando esto no pudiese ya ser, le dedicasen para el coro.

«¡Victor, dijo Fray Blas! ¡Que te dén, que te dén un confite por la gracia: vamos claros; que la docilidad del chico y su blandura de corazón es admirable! ¿Es posible (¡pecador de mí!) que te haya hecho tanta fuerza el sermoncillo del Magistral, que si solo se reduce á lo que me has contado y yo te he estado oyendo con grandísima paciencia, es de lo mas fútil y ridículo que se puede pensar? Dime, hombre apocado, ¿te dijo alguna cosa tu tío que no hayas oído tú ya cincuenta mil veces? ¿Añadió algo á las vejeces de nuestro reverendísimo padre Fray Borceguines Marroquines, *aliás* el maestro Fray Prudencio? La misioncita que te predicó á tí el circunspectísimo señor Don Magistral, no es tan parecida como un huevo á otro huevo á la otra que me predicó á mí el reverendísimo de Marras, después de mis famosos sermones de la Trinidad y Encarnación, cuya memoria durará por los siglos de los siglos, y de cuyas utilidades se conservarán reliquias en el baul y en las navetas por algunos años?

»¡Oh señor, que son disparates, que son locuras! Esto se dice, pero no se prueba; si con las locuras y disparates se granjean tantos aplausos, ¿dónde hay en el mundo mejor ni mayor sabiduría? Si los disparates y las locuras son tan proficuas, ¿qué mayor locura que ser cuerdo? A este precio sea sabio el que quisiere, quo yo á mi bolsillo me atengo: éntrese en casa la dicha, mas que se entre por la garita. Dijolo todo divinamente un teatino, y en Dios y en mi conciencia es lástima que lo sea:

..... *Quod si hace insania dici
Debet, amabilius nulla est sapientia; malo
Decipere hoc pacto, fias utrumque beatus;
Optandum ut fias; sunt et deliria tanti.*

Vén acá, corazón de lana: ¿tú no sabes la estrecha amistad y la gran correspondencia que tiene el Señor Magistral con los padronisimos de la órden? ¿Ignoras que estos le han pegado las máximas de *in illo tempore*, y que las suyas no son mas que hechos de las de sus reverencias? Si no te hicieron fuerza en boca de estos, ¿por qué te han de hacer en boca de aquel? ¿Acaso te da mas peso la sobrepelliz y el bonete, que el escapulario y la capilla?

»A mas de eso, has de tener entendido que tu señor tío, á lo que le oído decir, se ha declarado sectario de ciertos predicadores que se van usando así en la corte como afuera de ella, los cuales se llaman *predicadores*

modernos, ó á la moderna, para distinguirlos de los antiguos, á quienes se les da el nombre de *predicadores veteranos*, y con grande propiedad á mi juicio; porque, así como en la milicia vale mas un soldado veterano que cuatro bisonios, así en las campañas del púlpito vale mas un predicador veterano que cuatro modernos; y créeme que hablo con modestia; porque no exageraría mucho cuando dijera que valia por cuarenta. Porque al fin ¿á qué se reduce esta secta? Ante todas cosas asienta por primer máxima fundamental; que todo sermón, sea panegírico, sea moral, sea fúnebre, aunque sea tambien de ánimas (cosa ridicula), se ha de dirigir primero y principalmente á la reformation de las costumbres, haciendo amable la virtud y aborrecible el vicio; con sola esta diferencia, que en los del género laudatorio, á que se reducen los panegíricos y los fúnebres, se hace comunmente por via de imitacion; en los morales, á fuerza de razones; y en los de ánimas se ha de proceder por el terror y el escarmiento. ¿Has oído en tu vida cosa mas extravagante? Con que hétele que todo sermón ha de ser una misioncita, y el predicador que no se meta á misionero, que aprenda otro oficio... Vamos claros; que es una impertinencia.

» Supuesto este principiote, se sigue naturalmente el otro, conviene á saber, que todo asunto, sea en la oracion que fuere, ha de ser mazorrall y aplomo, quiere decir, tan sólido y tan macizo, que no haya mas que dese-ear. Pongo ejemplo: ¿predicas un panegírico á la fiesta de Todos los Santos? Pues has de tomar por asunto esta proposicion ó otra equivalente: «Lasantidad es la verdadera sabiduría: esta habita en los santos y reina en toda su conducta: » lo mas, lo mas que se te permite es, que dividas el mismo pensamiento ú otro semejante en dos proposiciones, proponiéndolas con un airecillo de antífrasis, como si dijéramos: «El santo tenido por ignorante es el verdadero sabio, primera parte: el santo sin virtud reputado por docto: es el verdadero ignorante, parte segunda: » ¿Has oído cosa mas fria? ¿Predicas el panegírico de un santo, verbi-gracia, San José? Pues guárdate bien de tomar por asunto que San José fué mas que Jesus, que el mismo Padre eterno, que el mismo Verbo divino, y que fué mas esposo de la Virgen que el mismo Espíritu Santo; porque este divino asunto predicado por un portuges, monstruo del púlpito (y no es el padre Vieyra), aunque se reduce en suma á tres hipérboles galantes, levantarán el grito los adversarios de la nuestra moda, y te dirán con la mayor frescura en tus mismas barbas que son tres herejías valientes. Solo pues te será lícito decir que San José, como padre putativo de Jesus, fué el hombre á cuyas órdenes estuvo Dios mas rendido, y fué el hombre que mas se rindió á las órdenes de Dios: mira por tu vida, ¡qué grandísima frialdad! ¿Quieres predicar de algun misterio, verbi-gracia, de la Trinidad? Si te empeñas en que las tres divinas Personas en una indivisible esencia, eran el Gedeon de la gracia, el imposible de Edipo, el lazo gordiano burlador del acero de Alejandro, todos estos oradores á la moderna te gritarán: «¡Al loco, al blasfemo, al impío!» Y no te verás de polvo, siendo así que todos tres son otros tantos pensamientos asombrosos que andan impresos con todas las aprobaciones necesarias, y que merecen realmente eternizarse, no digo yo en los moldes, sino en letras de diamantes; pero tú guárdate bien de empe-

ñarte en estas valentías del ingenio; porque estos hombres hociendos, que tienen ojeriza con todo lo que es delicadeza, sobre los silbos susodichos, te delatarían á la Inquisicion ó te harían ridiculo en los estrados y tertulias. Conténtate pues con decir simple y sencillamente, como pudiera un sayagues: El misterio de la Santísima Trinidad es entre todos los misterios, lo primero, el mas oscuro á la razon; y lo segundo, el mas evidente á la fe. Insulsez que es capaz de hacer insípida y sosa la misma sal.

» Consiguientes en todo á su sistema, dicen que, despues de haber cargado de argamasa, se ha de probar con razones de cal y canto, y es claro que las han de tener en abundancia y á cuál mas medidas en harina; porque, como todas aquellas proposiciones son unas verdades perentorias, que parece las están dictando la misma razon natural, á pocas azadonadas de la razon descubren una cantera de pruebas, con que fabrican un sermón mas sólido que la obra del Escorial. Estas razones las tornean, las vuelven y las revuelven de mil modos diferentes, adornándolas con tropos, con figuras, con todo el aparato retórico; que no parece sino que está un hombre oyendo á Ciceron, á Julio Bruto, á Cayo Graco ó á Cornelio Cetego; no dejando de la mano aquel eterno hablador que se ha levantado lo mas inicuaemente del mundo con el título de *príncipe de los oradores*, siendo así que le cuadraría el de *director ó bastonero de todos los locutores*: *Manibus Ciceronculus haeret semper adstrictus nocturno idemque diurno*. Conceptos, agudeza, equívocos, reparos sutiles, réplicas dialécticas, todo eso lo destierran de sus sermones; y si tal vez tocan algo de mitología, de fábula ó de erudicion profana, es tan de corrida y con tanta vergüenza, que visiblemente se llena de bermellon doncel su pudibundo semblante.

» A la historia sagrada, á la eclesiástica y á los santos padres ya dan algunos lugar, ¿pero cómo? No como nosotros, que si citamos algun texto ó algun paso historial, doctrina ó sentencia de santo padre, aunque sea muy larga, lo presentamos todo en su sér corpulencial y tamaño natural, para que venga á noticia de todo el auditorio, con sus pelos, señales y circunstancias. Ellos no van por este camino: toda esa erudicion la entretejen, la embuten ó la incrustan en sus propios discursos: de modo que todo parece una misma pieza, sin que se descubra rama, encaje, barniz ni escotadura: «Sermónes parecidos á las fábricas modernas de Roma, » que llaman *empclichadas*, las cuales parecen todas de pórtido, mármol, jasje ó alabastro, cuando, en realidad, de todas estas piezas no tienen mas que una hojita superficial para engaño de los ojos, que se deja levantar al impulso de una uña: *Vana superficies, quam solus judicat unguis aut oculus*. Y hay tanta diferencia en el modo de citar de los predicadores veteranos al modo de los modernos, cuanto va de las fábricas modernas á las antiguas. En estas, para formar una urna de jasje era menester consumir un monte: *Scilicet ut grandem mons integer erit in urnam*; y en aquellas se fabrica un palacio con el jasje que ántes se gastaba en una urna.

» Allá se va el modo con que están los textos de la Escritura, que no son historiales, sino doctrinales, sentenciosos ó proféticos; los mas los dan deslucidos con sus mismos racionios, pareciendo el texto, la glosa y la aplicacion, vino todo de una cuba: al modo que San Ber-

nardo los cita sin citarlos, componiendo una cláusula perfecta la mitad de sus palabras, la otra mitad de la Sagrada Escritura; tal cual textillo presentan al auditorio á cara descubierta, pero con grande parsimonia, como se usan las especias en el guisado; porque dicen que en cargándolos de ellas, los hacen desabridos en vez de sazonados. Aun los poquitos que sacan al teatro son por lo comun literales; porque del sentido alegórico gastan y gustan muy poco; del *tropológico* ó *acomodaticio*, casi nada, y no les falta un tris para condenarle; no lo hacen con las palabras, pero lo hacen con las obras, dejándole arrinconado y no dándole un pito de que se cubra de telarañas.

» De intérpretes, expositores y versiones, cuya hermosa variedad adorna tanto nuestros sermones y nos sirve para probar todo cuanto se nos antoja, hacen ellos poquísimo caudal, ó por mejor decir, ninguno. Veráse, no digo yo un sermón, sino un tomo entero de sermones á la moderna, sin que en todo él se haga memoria ni del sabio Cornelio, ni de la púrpura de Hugo, ni del profundo Baeza, ni de Celada, á quien nada se le esconde, ni del agudo Duleta, y lo que es mas, ni del doctísimo Silveyra, siendo así que con este último inagotable expositor, puede un predicador que sepa manejarle, andarse por ese mundo de Dios, y probar hasta la existencia de los mismos imposibles, en caso urgente y necesario, siendo cosa averiguada que no hay almacén mas socorrido para un aprieto y para cualquier asunto.

» Es lástima oír cómo tratan estos predicadores de moda á muchos expositores; no se atreven á tocar en los santos padres, de los cuales hablan en realidad con respeto; porque no quiero inferir mi alma ni levantarles falsos testimonios. También hacen la cortesía á unos pocos expositores de los que no están tan arriba, confesando que fueron hombres verdaderamente sabios, de erudición, de juicio y de una profunda penetración de la Sagrada Escritura, á la que convienen que ilustraron con sus doctos comentarios; pero de otros expositores, á quienes llaman ellos «de escalera abajo, de turba multa y de munición», da cólera el oírlos hablar: dicen que los mas no hicieron otra cosa que poner en mal latín los sermones que habian predicado en mal romance; que con el glorioso título de Comentarios sobre esta ó aquella parte de la Escritura embarraron cantidad inmensa de papel, llenándole de conceptillos aéreos, de pensamientos tímpanicos, de discursos pueriles y de disertaciones fantásticas, cargándola de munición y metralla; y finalmente, que los mas, como totalmente ignorantes de las lenguas hebrea y griega en que se escribieron originalmente los libros sagrados, desbarataron miserablemente en la inteligencia del texto de la Vulgata, dándole una significación tal vez contraria á su verdadero sentido, muchas violentas y casi siempre arbitrarias; y imbuidos en estas máximas, quiebra el corazón ver el desprecio con que tratan á los mejores y mas socorridos autores de que se compone regularmente la escogida librería de un predicador de tabla; y así, no los verás citados en sus sermones aunque te descejes y aunque des una peseta por cada cita.

» De eso de variedad de versiones no se trate: su Vulgata á pasto, y tal cual vez por plato extraordinario un poco de la version Je los Setenta, la Siriaca, la Caldea, la de Pagnino, la de Vatablo; ni saber cómo leyó Arias

Montano les da á ellos el mismo cuidado que averiguar cuál fué el céntesimo de los Tamas Caulican; siendo así que nosotros los predicadores veteranos, en la variedad de las versiones, nos bandeamos maravillosamente para guisar, probar y ajustar todo cuanto queremos, y sazonar nuestros pensamientos con tanta delicadeza, que el apetito mas dormido abre tanto ojo, y el paladar mas melindroso se chupa los dedos por ellos; porque, en realidad, ¿dónde hay cosa mas aguda ni mas divertida ni mas sazonada que decir un predicador: Donde la Vulgata lee *pedra*, el Sirio lee *anillo*, el Caldeo *circulo*, los Setenta *cúpula*; y donde lee *pone* la Vulgata, Vatablo leyó *espada*, Pagnino *misericordia*, Arias Montano *sabiduría* y el Burgense *calabaza*? Y haciendo despues, de todas estas ideas, cuantas combinaciones se le antoje, probar cuanto quisiere con ingenio y sutileza; fuera de que, oyendo el auditorio que el predicador cita á roso y velloso al siríaco, al caldeo, al griego y al hebreo, se persuade, sin razón de dudar, que sabe todas estas lenguas como la suya propia; tiénele por monstruo de sabiduría, y oye cuanto dice con un respeto que pasma. Los oradores modernos se burlan de todo esto, teniéndolo por ostentación, aparato y charlatanería; pero yo, con licencia de sus mercedes y de sus reverendísimas, me burlo de todos ellos.

» Ves aquí, Gerundio amigo, el plan de la nueva secta, de la cual, segun tengo entendido, se ha declarado ciego partidario tu tío el Señor Magistral, siendo uno de los que mas furiosamente predicán á la francesa; que en suma á esto se viene á reducir la nueva moda. No te disimularé que la gente sesuda, la que se llama *critica* y que se precia de culta, se ha declarado también á banderas desplegadas por el mismo partido. Vase tras de un orador á la moderna, como los niños se van tras de los danzantes y tras de la tarasca del día de Corpus; á estos los celebran, los ensalzan, los colocan muy arriba de las nubes, cuando á nosotros nos desprecian, nos oprimen, haciendo tanta burla y tanta chacota de nuestro modo de predicar, que no parece sino que hemos nacido para ser dominguillos de sus conversaciones y tertulias.

» ¿Pero qué importa ni qué nos empeece este puñado de gente melancólica y descontentadiza, cuando tenemos á nuestro favor la mayor, la mas santa y la mas discreta parte de nuestra península, desde el oriente al poniente, y desde el septentrion al mediodía? Nuestras son cuantas cofradías llevan varas ó enarbolan estandartes en el continente español. Desde los Pirineos hasta el embocadero del Tajo, y desde el Finisterre hasta las Algeciras, nuestros son todos los mayordomos de estos ilustres cuerpos, que se exhalan por buscarnos y se empobrecen por enriquecernos. Nuestros son los formidables gremios de zapateros, curtidores, sastres, barraganeros, mercaderes, escribanos, procuradores, y también el respetable gremio de los abogados. No nos faltan innumerables parciales: nuestra es la muchedumbre de las ciudades, el concurso de las villas, el total de las aldeas, la mosquetería de las universidades, la juventud de los claustros, y aun en la misma ancianidad podemos contar amigos, auxiliares y defensores.

» Dígalo, si no, aquel campeón y aquel valiente paladin, que á los sesenta años y mas de su edad, y á los veinte de predicador veterano, ejecutados muchos de sus

sermone en el mayor teatro de España, salió tan denodadamente á nuestra defensa. Había predicado á la moderna en una de las funciones mas famosas de la corte un cierto orador, catedrático á la sazón en una célebre universidad, y aunque no de muchos años, estaba generalmente reputado por un grande teólogo, por insigne predicador, por ingenio conocido, y en fin, por hombre verdaderamente sabio, mas que medianamente instruido en las humanas y divinas letras (quédese esta opinion en su lugar; que yo no soy amigo de quitar á nadie la buena ó mala fama que Dios le deparó); en fin, él predicó un sermón que logró infinito aplauso de todos los anti-veteranos: asunto grave, pruebas macizas, mucho de esa que se llama elocuencia, pocos textos, citas por alambique, reflexiones morales en abundancia, Escritura desleída, Evangelio, y á ello nada de chistes y lo mismo de circunstancias. Imprimióse la oración, y aprobóla cierto clérigo de capellanías y de mucha autoridad, que ha dado la gente en la manía de que es el gallo de predicadores, y que como tal puede y debe contar en toda España, como si dijéramos en su muladar. Mas hay hombres de tan mal gusto, que no dudan decir que este gallo, respeto de nuestra oratoria evangélica, á la cual suponian sepultada en una oscura noche, es el precursor del día, el despertador del sol, el que derrite las densas tinieblas que se habian apoderado de nuestro polo púlpital, el que disipa las patrullas de los predicadores arlequinos, saltimbancos, lijeros y mâtachines, que divertian á la gente en vez de instruirla, y empeoraban las costumbres en vez de emendarlas; aplicándole sin mas ni mas aquel par de estrofas de cierto himno:

*A nocte noclem segregans
Præco dici jam sonat,
Jubarque solis erocat.
Hoc excitatus Lucifer,
Solitæ Polum caligine;
Hoc omnis errorum Cohors
Viam nocendi deserit.*

«¿Y te parece que se contentan con eso? No pára aquí: pasan adelante, y no dudan aplicarle otro buen trozo del mismo himno, queriéndonos persuadir que le viene como de molde. Empeñanse en decir que este gallo hace abrir los ojos á los amodorrados, mete tanto aguijón á los soñolientos, confunde y convence á los pertinaces, y en fin, que á fuerza de cantar en el púlpito como se debe, hay esperanza que haga cantar á los demas predicadores como es razon:

*Gallus jacentes excitat;
Et somnolentos increpat:
Gallus negantes arguit.
Gallo canente, spes redit.*

»De este hombron, coko de los predicadores y corifeo de la nueva secta, es la aprobacion susodicha. No la pudo sufrir aquel predicador veterano, cuyos nobilísimos sermones peinaban tantas canas como su cándida cabeza. Enristró su pluma, y desde la misma dedicatoria, dirigida á un gran señor, comenzó á correr el gallo; ¿pero cómo? Desplumándole, descrestándole, y al fin haciéndole añicos. Alaba lo que él reprueba, y condena lo que él aplaude, haciendo una descripcion tan elegante de los sermones de moda, que no hay mas que pedir: yo la tomé de memoria, porque me cayó muy en gracia: dice así:

«Vamos, vamos á oír al padre Fray N.***, al señor Don..., al Doctor Tal, que predica de moda. Quiere á mi ver decir esta palabra un cuadro sin imágen, una imágen sin templo, un templo sin altar, un sacrificio sin sacerdote, y el sacerdote sin el proporcionado ornamento: es puntual descripcion de un sermón de moda.»

»¿Qué te parece, amigo Fray Gerundio? ¿Has oído en tu vida comparacion mas bella, símil mas adecuado ni descripcion mas puntual de un sermón de moda? Porque, en realidad, si la cosa se considera bien y sin pasion, la multitud de textos, la bulla de citas, el aparato de erudicion, la variedad de versiones, el paloteo de retruécanos; la gala de los equívocos, lo sutil de los conceptos, la delicadeza de los reparos, el escape de las soluciones, y de cuando en cuando el chiste de los gracejos, son puntualmente la imágen, el templo, el altar, el sacrificio, el sacerdote, el amito, el alba, el cingulo, el manipulo, la estola y la casulla, de un sermón equipado como es justo; y al que le falta todo esto, hágate un sermón en carnes vivas; que es una vergüenza y una compasion.

»No es mi intento, ni por ahora sería del asunto, hacer una relacion individual de lo que dijo el precedente veterano en el discurso de su sermón, que dedicó al susodicho gran señor, en inmortal gloria nuestra y eterna confusion de los modernos: eso sería obra larga, y era menester producir toda la pieza, que es única en su línea y la conservo en la celda encuadrada en papel dorado, para molde y original de mis sermones (se entiende despues del *Florilogio sacro*), si es que alcanzan mis fuerzas á una débil imitacion. No quiero cansar tu imaginacion con referirte que un tal Gutierrez Fernandez (hombre ignorantísimo y desalmado, si los ha habido jamas) disparó un par de cartas insolentes y atrevidas, las cuales, puesto que no salieron á luz, anduvieron de ronda de mano en mano, de casa en casa, de estudio en estudio, así en la corte como fuera de ella, é hicieron una risa de todos los diantres. ¿Pero en quiénes? En los anti-oradores magistrales con sus secuaces, que son unos pobres pelones; porque, aunque es así que las tales cartas convencen que en el sermón de nuestro insigne defensor se hallan tres ó cuatro proposicioncillas heréticas, algunas otras malsonantes, tal cual texto de la Escritura supuesto, muchos mal citados, este ó el otro testimonio venial levantado á los santos padres, y así de otras quisquillas á este tenor, ¿qué hombre de juicio hace caso de estas bagatelas? ¿Quién no sabe que esos son hipérboles galantes, valentías de ingenio, arrojos del discurso y festivas aberturas de una fantasía que se eleva y arrebatada y no anda arrastrando por el suelo? Si se hubieran de reparar y contar en nuestros sermones y careos los vuelos, ¿dónde iríamos á parar? En fin, este insigne orador de la veterana, que contaba sesenta y ocho años de edad, y de estos, veinte y cuatro de púlpito, el cual, segun esta cuenta, no subió á él hasta los cuarenta y cuatro, que es ya edad moderada, en la que aun al predicador mas manco le puede haber salido el uso de la razon pulpitable: este orador veterano, vuelvo á decir, acredita bien que aun dentro de los claustros tenemos partido, no solo en aquellos que apénas los apunta el bozo de la oratoria; que esos á red barradera los puedes contar por nuestros; sino entre los mas añejos, los mas veteranos, los mas veteranísimos. Y hay la gracia particular de que estos hablan por experiencia, en cuya escuela, que es la mas

segura y la mas conveniente, han aprendido lo bien que les ha salido la cuenta predicando á la veterana, pues no hay mejores cien doblones que los que se hallan de repuesto en sus religiosas navetas, ni chocolate mas rico, ni botes de tabaco mas exquisito, ni pañuelos de seda de color mas finos, ni ropa blanca mas delgada que la que encontrarás en sus pobres alacenas, cajones ó baules.

»Pues siendo todo esto así, *quis furor, quae te dementia cepit?* ¿Qué locura es la tuya? ¿Qué delirio se apodera de tu cabeza, cuando así te la trastornó ese tu tuerisimo tio, tumbándote patas arriba con cuatro razones que te alegó el tal dómine Espetera? Perdóname si me descompongo; porque no me puedo contener al hablar de estos caprichudos, testarudos, parciales de la sinrazon, aunque por otra parte sean hombres de autoridad y de respeto: no quiero yo que lagas caudal de mis razones, sin embargo de ser todas tan convincentes como tan triunfantes, que no admiten réplica ni sufren resistencia: tampoco quiero que te hagan fuerza los ejemplares que te he puesto delante de los ojos, ni los millares de millares de predicadores veteranos como han hecho fortuna por este camino, ni lo que has tocado y estás tocando con tus propias manos en mí mismo, que siempre lo he seguido y en mi vida pienso seguir otro. ¿Será posible, Gerundio del alma, que no te convenza tu experiencia propia? ¿Tan mal te ha ido desde que comenzaste la carrera, emprendiéndola por esta via lactea, ó hablando con mas propiedad, por este camino de la plata? Sermon y medio has predicado hasta ahora en público, y otro entre las paredes del convento; ¿y qué hombre hay mas famoso en toda la redonda? ¿De qué otro resuenan mayores ni mas crecidos aplausos en todo el dilatado ámbito del Páramo? ¿Piensas que tu fama se ha ocultado solo en las paredes de Campazas? ¡Oh cuánto te engaña tu encogimiento y modestia! Llegó ya á Villaquejida, extendióse á Villalpando, se dilató á Villamayor, y hasta en las márgenes del Orbigo resuena ya el eco de tu nombre con tanta claridad como en las concavidades de Villaornate: poco dije; ó me engaña el pensamiento, ó siento acá en lo interior del alma no sé qué proféticos presagios de que en otro tiempo no se ha de hablar otra cosa en España que de Fray Gerundio, y aun se adelanta el vaticinio á descubrir no sé qué lejanas lumbres, que ha de penetrar tu famoso nombre las provincias extranjeras.

»Mientras tanto, es cierto que ya no se sabe hablar sino de tus sermones, de tus prendas, de tus talentos, en esos caminos, en esos campos, en esas tierras, en esas viñas, en esos arenales, en esas eras, y aun en todos los mercados del contorno. Mientras tanto, es indubitable que ya no hay cofradía que no te desee ni hay mayordomo

que no te solicite, no hay sermon de ánimas que no te aguarde, no hay retablo nuevo que no clame por tí, y no hay semana santa que no te tienda los brazos. Pues, corazón amilanado, ¿por qué te acobardas? Alma de cántaro, ¿por qué te quiebras? Espíritu pusilánime, ¿por qué te desmayas? Desprecia generosamente ese terror pánico que se ha apoderado de tu pecho; no lagas caso de esas pasmarotas con que intentan aturrullarte los ciegos sectarios y apasionados á la novedad, y confirmandote en tu heroico empeño de no apartarte un punto del camino real y derecho que tan gloriosamente has emprendido, ríete á carcajada tendida de todos aquellos que pretenden apartarte de él, no dando otra respuesta á sus razones, que la que yo dí, y tambien te suministré, en ocasion semejante.»

No de otra manera que cuando en el corazón del invierno amanece el oriente cubierto de una densa nube, la cual poco á poco se va al principio enreiciando, luego que el sol presenta la batalla, comenzando la función con la escaramuza de sus rayos; pero no se declara tan brevemente la derrota de los escuadrones tenebrosos, que no disputen desamparar por largo tiempo el terreno, pues titubea al parecer, y como neutral la victoria; ya el sol abre los nebulosos escuadrones, ya estos se vuelven á cerrar mas densamente; muchas veces aquel los rompe, otras tantas estos le arrebatan; ya el ejército del sol pasa por el vientre del campo de la niebla, y aunque con luz cansada, no tanto dora cuanto argentea la cima de un vecino monte; ya se vuelve á cerrar el ejército enemigo, y repeliendo al contrario, parece que le retira hasta su mismo atrincheramiento, durando el flujo y el reflujo de la dudosa contienda hasta que al acercarse el mediodia, encendidas en fogosa cólera las tropas de la luz, acometen tan furiosamente al campo de la niebla, que por todas partes la rompen, la penetran, la pisan, la atropellan, la disipan, y dueño enteramente el sol del campo de batalla, se deja ver en todo el hemisferio el mas claro, el mas sereno y el mas despejado día: así, ni mas ni ménos, dispipó el razonamiento de Fray Blas las nieblas que habian oscurecido el entendimiento de Fray Gerundio, y quedó tan despejado y claro como el día mas apacible del mes de enero y febrero. Dió mil abrazos á su amigo por lo que le habia consolado, iluminado y alentado, y renovó en sus manos el pleito homenaje que habia hecho en otra ocasion, de que no predicaria de otra manera en todos los días de su vida, aunque el mismo gallo de la pasión le predicara lo contrario. Con esto dieron la vuelta al lugar, donde sucedió lo que dirá el capítulo primero del libro siguiente; pero ántes de escribirle, suplico al lector que tenga un poco de paciencia; que voy á tomar un polvo.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Encárganle un sermon de honras, y no le escupe: con todo lo demas que iremos diciendo.

PERO mira, le dijo Fray Blas en el camino, si tu tio te volviere á tocar la especie, tú has de hacer la gatatumba y la gancha panza: quiero decir, que te has de mostrar convencido de sus razones, rendido á sus consejos, dó-

cil á sus instrucciones, oyéndole en lo exterior con mucha docilidad, respeto y reverencia; pero allá dentro de tu corazón has de estar bien resuelto á reirte y hacer burla de cuanto dijere. La razón de este admirable y no ménos importantísimo consejo salta á los ojos; porque estas gentes de la Iglesia, constituidas en alguna dignidad, y mas cuando están asomadas á una mitra, suelen

ser delicadas, gustan de que todo se les oiga como á oráculos, y llevan muy mal que se les replique. Cuando á esto se añade la razon de parentesco, y mas siendo tan inmediato y tan superior como el de tío, los da un peso de autoridad sobre toda la familia, que no parecen sino unos consejeros, y hasta los hermanos mayores que no han ido por la Iglesia, les oyen con una veneracion que causa espanto. Es verdad que no es siempre oro todo lo que reluce, pues tal vez hacen burla de ellos interiormente; pero les tiene cuenta el paliarlo en el fuero externo, así para disfrutárselos en vida, como para heredarlos en muerte; y á ninguno importa mas que á tí el tener grato á tu tío, porque ninguno le necesita mas que tú, ya por los socorrillos que te suele enviar, ya por lo mucho que su autoridad y la de sus amigos puede servir dentro y fuera de la religion para tus adelantamientos. Por tanto sigue mi consejo capital, y traza de hacer tu papel: calla, disimula, humíllate, muéstrate convencido, da palabra de emendarte, consúltale en todo lo que se ofrezca; pero tú haz aquello que se te antoje.

Aunque la leccioncilla del padre predicador mayor no era de aquellas que mas se conforman con el Evangelio ni aun con el Catecismo, le cayó muy en gracia al delicadísimo Fray Gerundio, y la tomó tan de memoria, que jamas se la olvidó. Llegaron á casa, donde encontraron ya refrescando á toda la patrulla. Era el refresco limonada de vino y bizcochos, que es lo regular en todas las fiestas recias de Campazas; y se habian agregado á los huéspedes de casa muchos del contorno que habian corrido á la funcion, y tambien no pocos labradores de los mas pestorejados, todos con el motivo de dar la enhorabuena á Fray Gerundio, á sus padres y á toda su parentela.

Fuéron graciosas las expresiones con que se explicaron algunos, especialmente de aquellos que se preciaban tener voto en cosas de sermones. Uno que habia servido todas las mayordomías de su lugar, y estaba persuadido que ninguno le echaba la pierna delante en la eleccion de los mejores oradores, dijo con voz ponderativa: El padre Fray Gerundio ha predicado un sermon que mientras Campazas sea Campazas no habrá quien le desquite. Otro que habia sido muchos años procurador de la tierra, y era hombre de cabeza abultada y muy maciza, pareciéndole que el otro habia andado corto, dijo: ¿Qué andas ahora en Campazas? En Leon he visto yo los mejores pájaros de España, pero otro Fray Gerundio... Y no digo mas, porque toda comparanza es *urdiosa*. Al hermano Bartolo se le hacian ya limonada las palabras, y no pudiéndolas contener, prorumpió en el despropósito de que en todos los dias de su vida habia oido ni habia de oír sermon mas metafísico, palabra cuyo significado no entendia, pero siempre le habia parecido que significaba alguna cosa grande é inaudita. Allá se fué el elogio del sacristan de Venaferces, que se halló en la funcion no se sabe por qué casualidad, y era tenido entre los que le conocian por hombre de los mas cultos de que á la sazón gorgoteaban el *parce mihi*. Este pidió silencio, teniendo en la mano un vaso de limonada que rebosaba por el borde; y estando todos callando y suspensos, dijo con voz gutural, recalcada y circunspecta: Señores, vamos haciendo justicia; que el sermon desde el principio hasta el postre, desde la cruz á la fecha, y desde el tema hasta el *quàm mihi*, fué una pura cons-

truccion de filosofia. Quedaron todos mirándose los unos á los otros, y aunque ninguno entendió lo que el sacristan quiso decir, fué general la opinion de que tampoco se podia decir mas.

A todo habia estado muy callado, pero atento, un buen clérigo de estos que llaman de *misa y olla*, que con su capellanía y un decente patrimonio lo pasaba quieta y pacíficamente en su lugar, mejor que un arcedian. Era á la verdad de pocas letras; pues solo tenia las precisas para entender el Breviario y el Misal á media rienda; pero por su buena razon, por su genio apacible y bondadoso, y porque era limosnero y amigo de hacer bien, le estimaban mucho en su pueblo; y apenas moria alguno en él que no le dejase por su principal testamentario, y él admitia sin réplica estos encargos, así por tener alguna cosa en que emplear loablemente el tiempo, como por haber hecho concepto de que si cumplia fiel, legal y puntualmente con este piadoso y caritativo oficio, podia hacer mucho bien á los difuntos y ser muy útil á los vivos.

Habia fallecido pocos dias ántes el secretario de su lugar, que era ya viudo, y no solo le habia nombrado por su testamentario, sino tambien tutor y curador de sus hijos, con la expresion que no se le tomasen cuentas ó se pasase por las que él quisiese dar; todo con la confianza que hacia de su pureza, exactitud y legalidad. Dejaba encargado en el testamento, que se le hiciesen honras y cabo de año con sermon, segun costumbre, y señalaba doscientos reales de limosna para el orador que las predicase, «en atencion, decia, al trabajo que habia de tener cualquiera pobre predicador en hallar de qué alabarme; porque, si no quiere mentir, se ha de ver bien apurado.»

En efecto debia de ser así, porque era pública voz y fama que el tal secretario habia sido hombre no muy demasadamente escrupuloso. Cuando entró en el pueblo (pues fué el primer escribano que entró en el lugar) ni habia pleito alguno ni habia memoria de que le hubiese habido jamas desde su primera fundacion; pero al año y no cabal de su residencia, ya todo el lugar se ardia en pleitos, y cuando murió dejó treinta y seis pendientes, aunque no pasaba la poblacion de doscientos vecinos: encendia á unos y azuzaba á otros, y los enzarzaba á todos. Si dos partes contrarias le consultaban sobre una misma dependencia, á cada uno en particular le respondia, afectando una modestia socarrona, que él no era abogado ni entendia los puntos de derecho ni le tocaba dar parecer; pero, por lo que le habia enseñado la experiencia en tantos años de ejercicio y en tantos pleitos que habian pasado ante él, era corriente su justicia, temeraria la pretension del contrario, y que á buen librar le condenarian en costas, concluyendo con que si esto no salia así, habia de ahorcar el oficio; que estose lo decia á él solo con confianza, encargándole mucho el secreto. Despues que á uno y otro les habia metido tanto aguijon, añadia con tanto remilgamiento que, aunque era cierto lo dicho, ¿para qué queria pleitos? Que era mejor componerse; porque, aunque nadie se interesaba mas que él en que cada cual siguiese su justicia (pues al fin no comia de otra cosa ni tenia otros mayorazgos), pero que amaba mas la paz del pueblo que todos los intereses del mundo. Con este artificio, despues de haber irritado á las dos partes, él echaba el cuerpo fuera y cobraba crédito de hombre desinteresado.

En habiendo cualquiera quimerilla en el pueblo, por pequeña que fuese, especialmente si habia sido cosa de paliza con algun rasguño y efusion de sangre, al punto buscaba los alcaldes y se entruclaba con ellos, y en tono de amistad y confianza les persuadia á que levantasen un auto de oficio y que tratasen de hablarle, intimándoles con que hoy ó mañana vendria una residencia, y no faltaria alguno que los quisiese mal y les acusase de omision ó de parciales; y á buen librar caeria sobre sus costillas una multa que los levantase tanta roncha. Despues de haber hecho el auto de oficio, arrestados los de la riña y borrajado mucho papel en declaraciones, cargos y descargos, cuando ya tenia pretexto para estafar bien á las dos partes, solicitaba él mismo por bajo de cuerda que se compusiesen; y cargando bien la mano á unos y á otros en las costas, porque á ninguno se las perdonaba, á un tiempo llenaba el bolsillo y era aplaudido entre los inocentes con el glorioso renombre de pacificador.

Era muy franco en dar testimonio aun de aquello que no habia visto; y para quitar el escrúpulo á los que podian reparar en aquella maldad, les decia con una bondad que encantaba, que un hombre de bien se habia de fiar de otro hombre de bien mas que de sí mismo; que habia de dar mas crédito á los ojos ajenos que á los suyos propios, porque estos podian alucinarse y engañarle, pero de los otros no era razon ni buena crianza ni aun conciencia presumirlo; y finalmente, que esto se estaba palpando á cada paso en el uso de los anteojos, así ni mas ni ménos, con los cuales ve uno mas y mejor que con sus propios ojos; de donde inferia que, así como puede un escribano dar fe lícita y legalmente de aquello que ve con anteojos, siendo así que no son sus ojos los anteojos, así ni mas ni ménos puede y debe darla de lo que ve con los ojos de un hombre honrado cuando le asegura que lo ha visto, y que pasó la cosa ni mas ni ménos que él la cuenta; y á la réplica que le podian hacer que él no sabia si era ó no hombre honrado el que le pedia el testimonio, él salia al encuentro diciendo que mil veces habia oido á los abogados ser principio del derecho, que ninguno se debe presumir malo hasta que se pruebe que lo es, y que en caso de duda siempre debe presumir lo mejor.

Quedábanse atónitos los pobres páparos al oír esta doctrina, que les parecia á ellos mas clara que el mismo dia; y el símil de los anteojos, aunque disparatado, les ataba de piés y manos. Para acabarlos de aturrullar y convencer enteramente, añadia otro símil, en el cual les dejaba embobados y lelós. Está un escribano, decia, actuando con un señor alcalde ó con cualquiera juez; firma este, y despues mas abajo el escribano, ante mí, Fulano de Tal; ¿cuántas veces sucede que el juez al tiempo de firmar no está delante del escribano, sino á un lado ó á las espaldas, porque el alcalde se está paseando en la sala? ¿Y quién dirá por esto que el secretario es falsario porque autorizó ó legalizó la firma del juez, diciendo que habia sido delante de él? Pues si esto no es falsedad, ¿por qué lo ha de ser dar un testimonio de lo que no se vió ni se oyó, en la buena fe de que trata verdad quien me asegura que lo ha visto y oido? A los de mi oficio que topan en estos melindres y delicadezas, se les puede decir que tienen escrúpulo de Fray Gargajo.

En virtud de esta misma docilidad, era bizarro en dar testimonios, no solo de lo que nunca habia visto, sino

que con bondadoso corazon no se podia negar á darlos muchas veces contrarios á lo que habia palpado, sin detenerse á dar testimonios opuestos á las dos partes contrarias, porque decia que era enemiguísimo de descontentar á nadie. Y aunque esto le ocasionó mas de una vez algunos embarazos enfadosos en los tribunales superiores, al cabo, de ninguno salió tan mal como se podia temer, porque tenia maña para todo: solo era muy tímido en dar testimonios cuando podia sospechar que podian perjudicar á alguna parte predilecta suya; bien entendido que su predileccion nunca se fundaba sino en un honrado reconocimiento de expresiones prácticas, no de las mas ordinarias. Cuando se hallaba en este caso, decia con grande compostura que no podia tomar testimonio alguno sin que lo mandase la señora justicia; y cuando le reconvenian que estaba obligado á hacerlo en virtud de su mismo oficio, por cuanto todo fiel cristiano tenia derecho á que se le diese testimonio de lo que habia visto ó oido, él respondia con mucho fruncimiento, que eso era ignorar las nuevas pragmáticas-sanciones que habian salido sobre el oficio de escribano; y los pobres hombres patanes al oír el nombre de *pragmática-sancion*, quedaban tamañitos, pareciéndoles que debia de ser alguna excomunion del Padre Santo de Roma para que los escribanos no se metiesen en cumplir su obligacion sin licencia de los alcaldes.

Este habia sido el ejemplarísimo escribano que habia dejado por su principal testamentario al licenciado Flechilla (que así se llamaba el clérigo de quien íbamos hablando habrá como dos hojas), dando órden en su testamento para que se le predicase sermon de honras, corriente, como era uso y costumbre en aquella tierra. Pues este clérigo, que oyó á Fray Gerundio el sermon del Sacramento, quedó verdaderamente apasionado, y dijo allá dentro de su corazon: «No se me escapará este pájaro; y así predicaré otro de las honras del escribano de mi lugar, como yo soy arzobispo.» En efecto, despues de haber oido con profundo respeto la variedad de expresiones con que todos daban la enhorabuena á Fray Gerundio, se levantó pasmado de su asiento, y bonitamente encaminándose hácia donde aquel estaba, dióle un estrecho abrazo, y asomándosele las lágrimas de puro gozo, le dijo con bondadísima ternura: «Padrecito mio, obras sin amores, que no buenas razones: yo tengo la incumbencia de encargar un sermon de honras al difunto escribano de mi lugar, que vale doscientos reales; y si valiera dos mil, con otros dos mil amores lo pusiera yo á la disposicion de vuestra paternidad. El tal escribano, que Dios haya, ciertamente no fué hombre canonizable; pero por lo mismo los asuntos dificultosos se hicieron para ingenios peregrinos; y el de vuestra paternidad lo es, ó yo tengo de quemar á mi *Lárraga* y al *Piscator de Salamanca*, que es toda mi librería.

No cabe en la ponderacion el empavonamiento de que se sintió repentinamente revestido el corazon de nuestro Fray Gerundio, viéndose convidado, en aquella publicidad y en aquellas circunstancias, con un sermon de aquel tamaño, pues habria mas de cuatro definidores que se tendrian por muy dichosos en haberle conseguido despues de haberle pretendido mucho, y á él se le habia venido á las manos, como dicen, sin saber leer ni escribir. Desde aquel mismo punto se le barrió de la memoria todo cuanto le habia dicho su tio el Magistral, como

si jamas lo hubiera oído; y ya miraba tan debajo de sí al Magistral, que por poco no le tenia lástima; pero sin embargo, se resolvió á respetarle en el fuero externo, teniendo presente la importante leccion de su íntimo Fray Blas.

Respondió pues al licenciado Flechilla, muy agradecido á la honra que le dispensaba, y aceptando cuanto era de su parte el sermón de honras, bajo el beneplácito y bendicion de su superior, que no dudaba se le franquearia con agradecimiento al favor que hacia á la órden en el mas íntimo individuo suyo. Hay quien diga que casi le respondió con estas mismas voces, aunque tan forasteras á su comun estilo; bien que no faltan otros que lo nieguen, fundados en lo mismo, y persuadidos á que las expresiones eran mas cultas que le correspondian á su crianza y á la idea de hablar que se habia formado, así en las conversaciones privadas como en las funciones públicas. Nosotros no nos atrevemos á tomar partido en este intrincado punto de critica, bien que nos inclinamos á creer que, aunque la sustancia de la respuesta fué de Fray Gerundio, pero el gusto y las voces tenían traza de ser del curioso que hizo las apuntaciones de donde sacamos estas menudencias.

Como quiera que esto hubiese sido, lo que consta de cierto es, que nuestro Fray Gerundio no se descuidó en pedir al licenciado Flechilla algunos apuntamientos de la vida, virtud y milagros del difunto escribano, diligencia muy necesaria para disponer su fúnebre panegírico; y al mismo tiempo quiso informarse del día que pensaba se celebrase el pomposo funeral. Los sufragios, respondió el contentísimo clérigo, los sufragios por las benditas ánimas del purgatorio, aunque no se supongan tan necesitadas de ellos como la de nuestro escribano, cuanto mas ántes, mejor; porque el lugar no es muy acomodado, y ciertamente las pobres no están para esperar mucho en él. Dilatarlos por pereza es crueldad que solo cabe en quien no hace reflexion de lo mucho que padecen aquellos atormentados y dichosos espíritus; y así, cuanto mas aprisa disponga vuestra reverencia el sermón, mas pronto tendrán el alivio las ánimas, y saldré yo á la obligacion de mi compadre el escribano (Dios tenga su ánima en descanso), y mas anticipadamente tendrémos el gusto de oírle sus apasionados. Quedaron de acuerdo que dentro de un mes le predicaria, porque Fray Gerundio protestó que necesitaba por lo ménos ese tiempo para disponerle, especialmente siendo esta especie de sermones, á su parecer, mas rebosada y que necesitaba tomar algunas reglas para forjarle, porque ningun sermón de honras habia oído en su vida, y aun entónces le pareció que tampoco le habia leído; pero le fué la memoria en esto infiel, como presto se verá. En fin, por no perder tiempo envió luego un proprio á su prelado, pidiéndole licencia para admitir la nueva funcion, con una carta que decia así:

«Reverendísimo padre: Prediqué el sermón del Corpus al Sacramento de mi lugar á la fiesta de mis padres, como otros lo dirán; que á mí no me está bien el decirlo. Solo puedo asegurar que circunstancia ninguna se me escapó, hasta una que me cogió de súbito, que fué una gaita-gallega en vez de órgano; y la toqué tan bien, que no faltó quien dijo que ni el mismo gaitero habia tocado tan bien la gaita, como yo la circunstancia. Perdone vuestra reverencia; que se me escapó sin querer esta

alabanza, y quedo tan corrido, segun lo que dijo el otro: *Laus in ore proprio vilescit*. Los abrazos que me dieron al acabar el sermón no tienen cuenta; y las décimas y las octavas y aun los sonetos que me echaron en la mesa fueron cosa de juicio. Por lin y postre, el licenciado Flechilla, capellan de Pedro-rubio, me encargó el sermón de honras del escribano de su lugar, que murió pocos dias hace, y dejó doscientos reales de limosna para el predicador. La honra mas que el provecho me tira, y tambien la esperanza de llevar para el convento una porcion de misas de las muchas que dejó encargadas el difunto. Pido á vuestra reverencia el beneplácito para predicar este sermón, que ha de ser dentro de un mes, y yo le iré adjetivando por acá á ratos perdidos. El proprio lleva un carnero y una cántara de vino que mis padres envian de limosna para la santa comunidad, á quien piden perdon de la cortedad, porque no puede obrar mas su buen afecto, y me encargan muchas memorias de su parte para vuestra paternidad, cuya vida guarde Dios muchos años. Campazas, etc. Besa las manos de vuestra paternidad su servidor y menor súbdito.—*Fray Gerundio, indigno predicador.*»

El *benedicite* vino corriente á la vuelta del proprio; porque el Prelado no habia oído el sermón del Sacramento sino en relacion de Fray Gerundio, y creyó buenamente que lo habia desempeñado con decencia, valiéndose de algun papel ajeno, y pensó que lo mismo haria en las honras. Por otra parte, las razones que alegaba le hacian fuerza, y no eran para desperdiciadas las misas que verisimilmente llevaria para el convento. El carnero y la cántara de vino tambien pedian algun agradecimiento; y en fin, un fraile mas, por un mes fuera de casa, era para el convento una boca ménos. Por eso, no solo le dió con gusto la licencia, sino que, haciéndose cargo de que en casa de su padre no habria muchos libros de sobra para componer un sermón, por el mismo proprio le envió cuatro ó seis libros de los que Fray Gerundio habia dejado encima de la mesa de su celda, sin detenerse el Prelado en examinar los que eran, juzgando prudentemente, pues que los tenia tan á mano, serian los de su cariño y los que preferia su eleccion para la disposicion de los sermones.

CAPITULO II.

Pide Fray Gerundio á su amigo Fray Blas una instruccion para disponer el sermón de honras, y se le da divina.

Mucho hubiera convenido prevenir en el capítulo antecedente, que ni en el principio, ni en la carta, ni en su contenido, ni en el carnero, ni en la cántara de vino, tuvo el buen Fray Gerundio mas arte ni parte que hacer lo que su amigo Fray Blas le aconsejó, escribir lo que él mismo le dictó, y enviar el regalo con el piadoso pretexto de limosna que él le sugirió. Es el caso que luego que el licenciado Flechilla le encargó el dicho sermón, fué luego lleno de alborozo á comunicar su fortuna á su íntimo confidente el incomparable Fray Blas; y puesto caso que á este no dejó de pellizcarle algun tantico la envidia, acompañada de un sí es no de celillos, porque comenzaba ya á temer que Fray Gerundio en materia de fama le habia de coger la delantera y le habia de quitar muchas ganancias, haciéndole cosquillas que casi á sus mismas barbas encargasen un sermón no ménos que de doscientos reales á un oradorcillo bisoño, que aun

apénas le apuntaba el bozo de predicador. Pero al fin, considerando que Fray Gerundio era su discípulo de púlpito, que la gloria del discípulo se refunde en el maestro, y que hasta del provecho le podía tocar alguna parte, ahogó aquellos impulsos de aquella no muy honrada pasión, mostrando mucho gozo, por lo ménos en esto que se veía hácia fuera, le aconsejó sanamente lo que debía hacer, y dictó la carta para el Prelado, con todo lo demas que en ella se contiene.

Decimos, y aun lo volvemos á decir, que convendría mucho que todo esto quedase advertido desde el capítulo precedente, porque de esta manera ahorráramos ahora de advertirlo. Pero, sobre que muchas veces un pobre historiador se descuida, y sucede tal vez que mientras toma un polvo, en abrir y cerrar la caja se le va la especie que tenia entre la pluma, ¿quién sabe si en esta ocasion lo hicimos adredeamente por no interrumpir el hilo de la historia? A lo ménos nosotros estamos en la firme resolucion de no declarar lo que hubo en esto, para dejar al curioso lector el trabajo de adivinarlo.

Tres dias naturales tardó el propio entre ida y vuelta, en cuyo espacio de tiempo fuéron desfilando los huéspedes, retirándose cada cual á su destino respectivo: los dos canónigos á su catedral, el Familiar á su casa, el Padre Vicario á sus monjas, y el fraile y el donado á sus conventos, solo que este fué primero al mercado de Villamañán, porque tenia que comprar unas cebollas. Vayan benditos de Dios, y la Virgen les acompañe; porque tenian tan ocupada la casa como la historia, la cual no sabia qué hacerse con tantos personajes; especialmente el Señor Magistral nos incomodaba un poco, porque su seriedad no gustaba á Fray Gerundio, y harto será que no cause tambien á muchos de nuestros lectores. Quedaron pues solos y á sus anchuras nuestro Fray Gerundio y Fray Blas, dueños absolutos de sus cortijos, y teniendo pendientes de sus discreciones al tio Anton Zotes, á la tia Catanla y al licenciado Quijano, que apénas los perdian de vista ni aun de oído.

Cuando ves aquí que entra por la puerta del corral el deseado propio con un alforjon de libros y la carta del Prelado, que venia, como dicen, «á pedir de boca.» Luego que la leyeron los dos camaradas, se dieron recíprocamente muchos abrazos de puro gozo, y aun Fray Blas añadió tambien con religiosa confianza un pescoson y una coz á Fray Gerundio, todo en señal de contentamiento; pero entre todo les cayó en gracia la prevencion del Prelado en enviar los libros, no solo porque era señal de la complacencia con que daba su bendicion, sino porque en la realidad se veian sin ellos un poco embarazados, no alcanzando su erudicion de memoria á tanto empeño, y sería chasco verse precisados á retirarse al convento para componer el sermon.

Pasado aquel primer turbion de alegría, dijo Fray Gerundio á Fray Blas, que era preciso retirarse los dos al campo para conferenciar á solas y con libertad sobre el asunto. ¡Que me place! respondió el predicador mayor; y luego que se vieron fuera del lugar (que sería como diez ó doce pasos de distancia, porque la casa de Anton Zotes estaba en el centro del pueblo), comenzó Fray Gerundio á hablar en esta sustancia: Padre predicador, ya sabe vuestra paternidad... Córtales al punto Fray Blas, y le dijo: Amigo Fray Gerundio: *Non benè coherens, neque in una sede morantur majestas et amor*: amistad

y cumplimiento no caben en un saco. Hasta aquí te he tolerado ese tratamiento por la tal cual diferencia de edades, pues á lo sumo te llevaré veinte y dos ó veinte y tres años; ya no te lo sufriré, por lo ménos cuando los dos nos hallemos mano á mano. Un hombre á quien encargan un sermon de honras que vale doscientos reales, bien puede tutearse, no digo con el predicador mayor de una casa-matriz, pero con todos los predicadores del Rey; así pues, ceremonias á un lado, y si quieres que en adelante te conteste, trátame como yo, de tú. Era dócil Fray Gerundio, y no le costó trabajo conformarse; fuera de que en aquel mismo punto le vino no sé qué secreta vanidad y complacencia de ver que le permitian hobrear no ménos que con un predicador mayor de un convento como el suyo, y aun llegó á presumir que no debía de ser muy inferior en el mérito á quien le hacia tan igual en el trato. Rompió pues la batalla, y sin detenerse le dijo: Pues bien está, amigo predicador, y comienzo á darte gusto.

Ya sabes que en toda mi vida no he oido sermon de honras; en Campazas no se usan; en Villaornate no murió persona de importancia mientras estuve yo en la escuela del Cojo; el dómine Zancas-Largas no nos habló jamas cosa alguna sobre esta especie de oraciones; cuando fui novicio y artista no se ofreció predicar á este asunto. Sermonarios no he leído sino el *Florilógio*, y en este no hago memoria de haber encontrado sermon de honras ni cosa que suene á eso; con que, si tú no me alumbras, habré de caminar á tientas. ¡Pecador de mí, dijo Fray Blas, y qué poca memoria tienes! ¿Con que no te acuerdas de haber leído en el *Florilógio* sermon de honras? Pues vén acá, badulaque, ¿no haces memoria del famosísimo sermon predicado por el autor en Ciudad-Rodrigo á las honras del regimiento de Toledo, celebradas por sus soldados difuntos? Yo tampoco ahora tengo presente su contenido; pero así en general me quedó la especie vivísima de que es una de las mejores obras que se encuentran en aquella obra verdaderamente celestial: modelo mas acabado para disponer una oracion fúnebre con todos los primores de que es capaz el arte, modelo mas adecuado no es posible que hasta ahora haya salido de humano entendimiento. Vaya, hombre, le interrumpió Fray Gerundio; que soy un bolo; tú tienes razon, y ahora me acuerdo de haberle leído, y tambien me acuerdo que me aturrulló; porque, si bien no decian lo que querian decir varias cosas, pero esto mismo me llenaba de estupor, haciéndome acá dentro del alma un eco que me atolondraba las potencias. En volviendo á casa, prosiguió Fray Blas, te haré ver, admirar y penetrar parte por parte sus innumerables primores, puesto que entre los libros que te envió el Prelado advertí por el pergamino que venia el *Florilógio*. — Pero entre tanto, ¿no me dirás así unas reglitas generales para bandearme?

Soy contento, respondió Fray Blas, y ante todas cosas nunca te olvides lo que te dije en otra ocasion con la de leer el sermon que prediqué á San Benito en Otero, ó por mejor decir, la que tú mismo sacaste en fuerza de tu ingenio, sin que yo te la dijese por expreso: esta es la de acudir siempre á alguno de los fastos, monologios, almanaques ó calendarios gentílicos, *sive mythologicos*, y ver qué fiesta se celebraba, qué ceremonias ó qué cosa remarkable se hacia en el mismo dia, y aplicarla intré-

pidamente á tu asunto, sea el que fuere; que eso lo podrás hacer con maravillosa facilidad. Observo que te ha cogido algo de repente el término *remarable*: no lo extraño; que á mí tambien me sucedió lo mismo la primera vez que le oí; pero ya están los oídos y los ojos hechos á él, que se me hace muy reparable cualquiera cosa notable que no se llama *remarable*.

Esta cosa es regla general y conviene á todo género de asuntos, panegíricos, gratulatorios, exhortatorios, ó deprecatorios fúnebres y morales; y aunque prediques el mismo sermón de la Pasion, te puedes aprovechar de ella con una oportunidad que encante. Pero viniendo en particular á sermón de honras, ó oración fúnebre, que todo viene á ser uno, es indispensable que desde luego echés unas bocanadas de erudicion á borboton sobre el tiempo en que comenzó este género de obsequios á los difuntos, con qué ocasion se dió principio á él, quiénes fuéron los primeros inventores, si los indios, si los griegos ó los romanos; qué progresos hizo en el discurso del tiempo; y en fin, todo cuanto hiciéres en esta materia será otro tanto oro; porque desde luego captarás la admiracion del auditorio con tu portentosa erudicion. Pero, hombre de los demonios, replicó Fray Gerundio, ¿dónde tengo yo de encontrar tan antiguas y tan recónditas noticias? ¿Pienzas que somos todos como tú, que parece tienes presente todo cuanto ha pasado en el mundo desde Adán hasta el Ante-Cristo, y aunque se hable de la cosa mas despreciable ó mas ridícula, como si dijéramos de alpagatas ó de polainas, al punto señalas el inventor, con el año y día fijo en que comenzaron á usarse?

¡Válgame Dios, Fray Gerundio, respondió Fray Blas, y qué monigote que eres! ¿pues no tienes tú á Beterlint, que te socorrerá con abundancia con cuanta erudicion repentina hayas menester para cualquiera cosa que quieras? A mas de esto, ¿no están ahí los Paseracios, los Ambrosios, calepinos, y los diccionarios universales, que hoy se estilan ya en todas las lenguas, los cuales te darán tales noticias históricas y críticas sobre cada palabra, que apenas pueda con ellas tu memoria? Es verdad que los críticos llaman *erudicion de socorro* á este género de erudicion, aludiendo al agua de socorro con que bautizan los párvulos; mas ¿y qué tenemos con eso? Por ventura los que bautizan con agua de socorro, sustancialmente no quedan tan bautizados como el emperador Constantino, que le bautizó el papa San Silvestre, si es que es cierta esta noticia; porque el día de hoy todo se pone en duda? ¿Pues por qué los eruditos de socorro no han de ser tan eruditos como los que son con todas las ceremonias de la órden? Que te respondan á esta paridad, y mientras no lo hicieren, que seguramente no lo harán, ríete de malignas y envidiosas expresiones.

Estoy en cuenta, dijo Fray Gerundio; pero despues de toda la retahíla de erudicion, que sin duda acreditará á cualquiera, ¿cómo lo he de aplicar al intento particular de mi sermón de honras? Cómo he de hacer que venga á propósito para celebrar la memoria de mi buen escribano? En poca agua te ahogas, respondió Fray Blas, y un hombre que aplicó todo cuanto quiso, así en las circunstancias del sermón del Sacramento, como en la plática de disciplinantes, me admira que ahora se embarace en una bagatela. Mira: dos opiniones hay, á lo que me acuerdo, que llaman *oraciones fúnebres ó panegíricos* á los difuntos: unos quieren que los inventores primeros

de este género fuéron los griegos, y aun se adelantán á nombrar quién fué el primero, que dicen que fué Mesco, con ocasion de dar sepultura á los cadáveres de los argivos. Otros atribuyen la gloria de esta agradecida invencion á los romanos, afirmando que la primera oración fúnebre que se oyó jamas, fué la que pronunció Lucio Bruto con ocasion de la muerte de la casta Lucrecia, con la cual encendió tanto el ánimo de los romanos contra el soberbio Tarquino, que le arrojaron del trono y se fundó la república, quinientos nueve años antes del nacimiento de Cristo. Algunos se esfuerzan á conciliar estas dos opiniones, diciendo que los griegos fuéron en rigor los primeros inventores de estos elogios fúnebres, pero limitándoles precisamente á los que habian muerto en la guerra en defensa de la patria; y los romanos fuéron los que los extendieron á todos los claros varones que habian sido eminentes en otras virtudes, aunque no fuéron militares, ó que habian hecho algun considerable servicio á la patria ó al Estado.

Tú no te detengas en esta cuestion inútil, aunque convendrá que no dejes de apuntarla, para que entiendan que sabes mucho mas de lo que dices; y añadirás luego con despejo y arrogancia: «Ahora se consagren los panegíricos póstumos á las armas, ahora se dediquen á las letras, ahora se destinen á cualesquiera otras virtudes en que florecieron los clarísimos varones, siempre se deben de justicia estos póstumos fúnebres y preciosos elogios á nuestro Domingo Conejo (así se llamaba el escribano, que Dios haya). ¿Si á las armas? Míresele continuamente con el cuchillo en la mano, tajando plumas como pudiera moros, turcos y judíos. ¿Si á las letras? ¿quién formó mas ni con mas airosos rasgos en toda la redondez? Régistrense, si no estos inmensos protocolos. ¿Si á las demas heroicas virtudes que hacen reventar al clarín de la fama por lo mas ancho de la bocina? Señálese siquiera una en que no hubiese sido el *non plus ultra* nuestro plangibilísimo Conejo.»

¡Hombre de Satanás! replicó Fray Gerundio, lo de las armas y las letras está aplicado que ni el mismo *Florilugio*; pero lo de las demas virtudes, ¿cómo se puede decir sin que el diablo y el auditorio se rían de la mentira? ¿No ves, pecador de mí, que en los apuntamientos del licenciado Flechilla se dice clarísimamente que el escribano (Dios le haya perdonado) era un mal hombre, falsario, embustero, enredador, cizañero, ladron, con sus polvillos de hipocresía? ¿Y en esto te detienes? respondió Fray Blas con cierto airecito de fisga; cada día eres mas cuidado, y temo que has de daren escrupulos. ¿Pues hay mas que bautizar esos vicios con el nombre de virtudes? Y cátales compuesto. Di que ninguno le excedia en la condescendencia, que pocos le igualaron en el ingenio, que á nadie concedió ventájas en lo penetrativo, que fué único en la persuasion, y que en órden á defender sus derechos, no solo no admitió igual, sino que tampoco le rayase ninguno. Ves allí desfigurados sus vicios, y representados á la moda en traje de virtudes morales, con lo que ninguno te podrá hablar una palabra, y aun está á pique que al acabar la oración fúnebre, alguna viejecilla simple se encomiende devotamente al santo escribano Conejo. Y en fin, cuando todo turbio corra, ¿á tí que te cuesta fingir en el difunto las virtudes que te vinieren mas á punto, segun los materiales que te vinieren mas á mano? Pues si no las tuvo, á lo ménos las

debía tener. ¿Piensas tú que serás el primero que lo hace? Mucho te engañas en eso; hombres he visto ya de mucho provecho que lo practican á cada paso, sin que por eso pierdan el casamiento y nada del respeto que se les debe. Hay en cierta parte del mundo un gremio digno de toda veneracion donde se acostumbra hacer honras y predicar su oracion fúnebre por cualquiera individuo de él, mas que muera de la otra parte del cabo del mundo. Ya se ve: pensar que son canonizables todos los miembros de aquel respetable gremio, sería un juicio que se pasaría de puro piadoso; con todo eso, apénas se lee ni se oye oracion fúnebre de alguno (porque las mas se imprimen), que al oyente ó al lector no le dé gana de hacerle una novena con culto privado, siendo así que tal vez caen las oraciones en sugetos que, lo que es en vida, no hicieron milagros. ¿Cómo se hace esto tan lindamente? Poniendo el orador de su casa lo que faltó al difunto, y que este le agradezca la buena voluntad. ¡Oh señor, que esto será engañar al público y con engaño muy perjudicial! Escrúpulos de Fray Gargajo. ¿No se ve en todo el mundo que la prenda primera de todo buen orador debe ser la que se llama *invencion*? Esto quiere decir que el buen orador ha de inventar lo que alaba, y es claro que si lo encuentra en el sugeto á quien elogia, no lo inventa el que lo refiere.

Un poco le disonó esto á Fray Gerundio, oliéndole esto á grandísimo disparate, y así no se pudo contener sin interrumpirle, diciendo: Fray Blas, yo pienso que estás un si es no equivococado, y confundes la invencion con la funcion, cosas entresí muy distintas y muy distintas. Ilago alguna memoria de que cuando el domine Zancas-Largas nos explicó esto de la invencion, no nos dió el sentido que tú la das; y nos dijo que la invencion era aquella virtud ó gracia intelectual, en fuerza de la cual el orador, queriendo engrandecer algun hecho cierto, buscaba con arte medios, arbitrios y modos oportunos para amplificarle y para engrandecerle, á los enales modos, arbitrios ó medios llamaba él *fuentes de la invencion*: por señas que aun todavía me acuerdo bien de las tales fuentes, porque me costó el aprenderlas un par de vueltas de azotes; y así decia que las fuentes de la invencion eran: la primera, la historia; la segunda, los apólogos y las parábolas; la tercera, los adagios y refranes; la cuarta, los jeroglíficos; la quinta, los emblemas; la sexta, los testimonios antiguos; la sétima, los dichos graves y sentenciosos; la octava, las leyes; la novena, la Sagrada Escritura; la décima, el discurso ó el acierto ó descripcion de lugares. Así explicaba esto de la invencion; pero nunca nos dijo que la invencion del orador consistía en inventar, fingir, lo que habia de alabar; ántes bien, si no me engaño mucho, nos inculcaba que eso de fingir se reservaba para los poetas.

No gustó mucho Fray Blas de la tal réplica, porque efectivamente conoció de los botones adentro el disparate; mas, como era fuerte, se empeñó en llevarle adelante, y así le dijo con sobrado sacudimiento: Válgate el diantre por tu domine Zancas-Largas; que ya me tienes jeringados los ijares. Este domine zancarrón te engañó diciéndote que el fingir era propio de los poetas: tambien lo debe ser de los oradores, por cuanto no puede uno ser buen orador sin que sea buen poeta: así lo dice Ciceron, aunque no me acuerdo dónde; pero basta que yo lo diga; que no ha de ir un hombre con

las mangas cargadas de citas cuando se sale á pasear.

Calló Fray Gerundio viendo á su amigo algo amostazado, y este prosiguió: Lo dicho, dicho; el alabar á los difuntos, ya sea en oraciones fúnebres, ya en epicédios poéticos cantados en su loor, y fingir las virtudes que no tuvieron, no es cosa de ayer acá ni es invencion de modernos. Ahí está uno de tantos Sénecas como andan por esas librerías (pienso que ha de ser el trágico, el cual debió de llamarse así porque su padre se llamaba *Tragon*): digo que ahí está este tal Séneca, que introduce á los poetas de su tiempo llorando la muerte del emperador Claudio Druso, diciendo de él una máquina de proezas que jamas le pasaron por el pensamiento al bueno del emperador. Mas que rabies te he de encajar, que quieras que no quieras, el himno que supone compusieron en su alabanza, y solo porque me gustó el sonsonete, pareciéndose al de *Iste confesor Domini colentes*, le tomé de memoria: dice pues así...

(Por justos motivos no se pone á la letra el himno que se cita arriba.)

No quiero cargos de conciencia, y soy hombre sincero: confiéscote que esto era demasiado latin para mi gramática, y que no le entendí sino muy en monton, y como dicen, á media rienda. Pero me deparó Dios un lector de nuestra orden, que por mas de tres años habia sido rey en el general de mayores de Villagarcía, el que me declaró su contenido, y parece ser que en el tal himno se alaba al emperador Claudio de haber sido muy prudente, de grandes fuerzas, de suma claridad, y de tanto valor, que sujetó á los persas, rindió á los medas, subyugó á los britanos, extendió los límites del imperio romano de la otra parte del Ponto, y obligó hasta al mismo Océano á que obedeciese á sus leyes. Esto dice el himno. ¿Mas qué hubo en esto? Nada en conclusion; porque yo leí en un libro viejo, sin principio ni fin, de grande autoridad, que el emperador Claudio fué un estúpido, tanto, que su misma madre Antonia, cuando queria ponderar la simpleza de alguno, decia: «Es tan simple como mi hijo Claudio.» En todo su imperio no hizo cosa de provecho, sino comer, beber y tratar con la gente mas vil y despreciable. Es cierto que su hijo Británico triunfó de los britanos porque los cogió desprevenidos, y acabáronse todas sus hazañas. Casóse cuatro veces, y se hubiera casado cuatrocientas, si su sobrina y cuarta mujer Agripina no hubiera tenido cuidado de enviudar ántes de tiempo, quitándole la vida con veneno. Adoptó á Neron, hijastro suyo, sin hacer caso de Británico su hijo, y á esto se redujeron sus proezas. Con todo eso, el poeta hizo bien en fingir todas aquellas prendas que le parecieron propias de un grande emperador, y celebró por ellas, mas que nunca las hubiera tenido; que eso no fué culpa del panegirista, y nadie le quitó que las tuviese. ¿Pues qué razon habrá divina ni humana para que tú no hagas lo mismo con el escribano Conejo? Tus argumentos son tales, respondió Fray Gerundio, que no los desatará una universidad entera en cuerpo y alma. No admiten réplica; y así, no solo me conformaré á ciegas con tu dictámen, sino que en este punto me ocurre un modo mas fácil de predicar mil sermones de honras á mil escribanos que cayesen en mis manos. ¿Cómo así? le preguntó Fray Blas...

CAPITULO III.

Interrumpe la conversacion un huésped inopinado que se aparece de repente; vuelven á atar el hilo, con todo lo demas que irá saliendo.

Iba á responder Fray Gerundio, cuando al revolver del cercado de una viña por donde se atravesaba á Trasconejo, famoso sitio del monte de Balderas, se apareció un mocito como de veinte y cinco años, con todo aparato de cazador crudo: redecilla con borla á medio casquete, tupé asomado con dos caidas de vuelos, chambergó de cinta de plata y oro, con su roseta entre sí trepa ó no trepa á la capa del chambergó, capotillo de grana hasta la cintura, chupa verde bien cumplida de faldas, calzon de ante fino, ajustado á la perfeccion, asomando por la faldriquera, hasta bien entrado el muslo, una cinta con sello y llavecita de reloj, botines de lienzo listonado de azul, que ni pintados, y sus zapatillas blancas, escopeta, bolsos, dos podencos, y cuatro perdices que llevaba en una red de hilo harto bien tejida, pendiente de un cordon de seda, que á manera de banda le cruzaba desde el hombro derecho hasta el ijá izquierdo; eso se supone.

Era un colegial trilingüe de la universidad de Salamanca, jóven, bien dispuesto, despejado, hábil, de humor festivo y retozon, aunque algo vivo, osado y quisquilloso; mas que medianamente instruido en letras humanas, y sobre todo en la retórica, á cuya cátedra era opositor y aun habia leído una vez á ella. Llamábase Don Casimiro y estaba de recreacion en Balderas, donde tenia casada una hermana muy de su cariño, y al cuñado no le faltaba un tris para ser corregidor de Villalobos. Aquella tarde habia salido á caza, y fatigado de la sed, iba por mas pronto remedio á echar un trago de agua de las bodegas de Campazas, cuando al revolver del cercado se encontró con estos nuestros dos frailes. Conoció á Fray Blas, porque este, bien que mal, habia cursado en Salamanca, aunque Don Casimiro era niño gramático, y Fray Blas ya era colegial (así llaman á aquellos teólogos de receta que van en tropa á escuelas mayores y menores).

Apénas se vieron los dos, cuando recíprocamente se conocieron; y es que Fray Blas nada se habia mudado; porque tan calzado era de barbas y cerrado de mollera cuando colegial, como cuando predicador mayor de su convento; atento á que cuando tomó el santo hábito era ya entrado en mozancon. Por lo que toca á Don Casimiro, es cierto que, aunque habia crecido mucho y era hombre que ya se afeitaba á menudo, pero conservaba todavia el aire, las facciones de la cara y cierta viveza de ojos que le agradaban mucho cuando niño. Diéronse un estrecho abrazo, y despues de aquellos afectos regulares de alegría, y de aquel monton de especies antiguas que tocan de tropel dos conocidos antiguos en estos encuentros casuales, despues de haberse santiguado los dos media docena de veces con aquello, « ¡Válgame Dios, qué encuentro! ¿Quién me lo dijera? ¿Quién lo pensara? » Sin omitir Fray Blas lo otro de « ¡Jesus, y qué crecido, y qué espigado, y qué hombre, y qué galán! Venga otro abrazo, etc. », le tomaron en medio los dos frailes, y el predicador en pocas palabras dió razon á Don Casimiro de quién era Fray Gerundio, de sus prendas, de sus talentos, del sermon que acababa de predicar, de los aplausos que habia me-

recido, del sermon de honras que le habian encargado, y en fin, de toda la conversacion que habian tenido los dos desde la salida del lugar hasta el mismo punto del dichoso encuentro inclinsivamente.

Hizo Don Casimiro un cumplido á Fray Gerundio, muy cortésano, y habiéndole respondido este con las voces que le deparó su bondad, su crianza y su cosecha, prosiguió inmediatamente sin detenerse: Señor Don Ramiro... Casimiro (interrumpió el colegial), para servir á vuestra paternidad. Perdone vuestra merced, continuó Fray Gerundio, que cuando le nombró mi amigo el predicador estaba yo un tantico embobado, y solo pude advertir que su nombre de vuestra merced era un nombre acabado en *iro*. Pues, señor Don Casimiro, lo que yo iba á decir á Fray Blas cuando nuestra buena suerte nos deparó la honrada vista de vuestra merced, era que se me habia ofrecido un medio estupendísimo de predicar, aunque fuesen mil sermones, á todos los escribanos que están comiendo la tierra; esto es el ir discurrendo el sermon por todas y cada una de las fuentes, que llaman los retóricos, *de la invencion*.

Esa es mi comidilla, interrumpió el colegial, y toca usendísima un punto en que puedo decir algo con ménos desacierto, porque al fin esta es mi facultad. Si las fuentes de la invencion precisamente son diez, si son ménos ó son mas, es punto muy cuestionable, y no ignora usendísima que le contravierten los autores. Ciceron, en lo *de Invention*, señala algunas mas. Nuestro Quintiliano, en sus *Instituciones oratorias*, las redujo á ménos, y Cayo Longino, en su *Tratado de lo sublime*, que anda traducido del griego en frances por Monsieur Boileau, dice, á mi ver con mayor acierto, que no se puede señalar el número de las fuentes de la invencion, porque serían mas ó ménos, segun fuere mas ó ménos la fecundidad ó fuerza imaginativa del orador. Pero no hay que detenernos en lo que no es del dia: importa poco que las fuentes sean diez ó sean mil; lo cierto es que solas diez fuentes en cualquier asunto pueden juntar un caudal oratorio tan copioso, que forme un rio navegable de elocuencia. ¿Y cuáles son estas diez fuentes donde usendísima piensa hacer aguada para navegar felizmente por el proceloso mar de su parentacion?

Con licencia de vuestra merced, el escribano cuyas honras he de predicar, no era pariente mio, respondió Fray Gerundio. ¿Pues digo yo por ventura que lo fuese? replicó el colegial. Es que, como vuestra merced dijo eso de emparentacion, prosiguió Fray Gerundio, creí que me emparentaba con él. Sin mas exámen conoció Don Casimiro la pobreza del fraile con quien trataba; pero disimuló cuanto pudo, y ya con algun conocimiento mayor del terreno, respondió: Usendísima ha padecido equivocacion, nacida sin duda de alguna distraccion involuntaria; yo no dije *emparentacion*, sino *parentacion*. ¿Pues qué mas da uno que otro? replicó Fray Gerundio. Parece, respondió el bellacuelo del colegial, que usendísima tiene gana de elancearse, y á mi costa quiere divertir la tarde: un hombre como usendísima, que tiene noticia de la invencion y de sus fuentes, no puede ignorar que Ciceron llama « parentacion á los difuntos », el hacer honras por ellos; y de aquí se dice *parentacion* todo lo que se consagra á su memoria, ya sean ofrendas, ya elogios, ya oraciones, ya sermones. Como Fray Gerundio se vió tratar con tanto respeto

(pues á la verdad era la primera vez que habia recibido este tratamiento), y no debaba de admitirlo con gusto y con continuacion), y como quedó un poco corridillo de que le hubiesen cogido en aquel punto, resolvió disimular, y así dijo: Ya lo sabía yo, pero quise hacer el bobo por tener el gusto de oír á vuestra merced. Pues otra vez, replicó el fison del colegial, no lo haga usendísima con tanta naturalidad; porque casi me lo hizo creer. Pero, volviendo á nuestro propósito, ¿cuál es la primera fuente de la invencion que señala el autor de usendísima?

La historia, respondió Fray Gerundio. Tambien Quintiliano, dijo el colegial, señala esta por la primera fuente. No sé si me acordaré de sus palabras; porque ya hay algunos años que las encomendé á la memoria: hagamos la experiencia: *In primis verò* (pienso que ha de decir) *abundare debet orator exemplorum copiam, tum veterum, tum novorum; adeo ut eo modo, quae scripta sunt historiis aut sermonibus, veluti per manum tradita, quaeque quotidie aguntur debeat nosse. Verum nec ea quae à clarioribus poetis ficta sunt, negligere*. De suerte que Quintiliano desea en cada perfecto orador, no solo una noticia comprensiva de la historia, de la tradicion, y aun de los sucesos particulares que acaecen en su tiempo, sino que no debe despreciar aun las ficciones y las fábulas de los poetas mas ilustres y mas clásicos; porque todo sirve para exornar lo que dice, con ejemplos antiguos y modernos.

¿Veslo, Fray Gerundio, veslo? interrumpió á esta sazón Fray Blas, lleno de gozo, y dándole una palmadita en el hombro izquierdo; mira cómo Quintiliano aprueba lo de las fábulas en los sermones y en las oraciones, segun el texto literal y terminante que con tanta puntualidad acaba de referir Don Casimiro. Y qué ¿te parece que el señor Don Casimiro es rana? Pues sábele que será bien presto catedrático de retórica en la universidad de Salamanca, como yo soy predicador mayor de la casa. Dí ahora á todos los magnates del mundo y á cuantos maestros Fray Prudencios pueden tener las religiones mendicantes, monacales y clericales, que se vengan á contrarrestar á Quintiliano.

Poco á poco, reverendísimo padre Fray Blas, atajó Don Casimiro. Quintiliano instruye á un orador profano, y no á un orador sagrado. Da reglas para los que han de hablar en las academias, arengar á los magistrados, hacer representacion al príncipe en los tribunales; no se mete con los que han de enseñar al público desde los púlpitos. Es cierto que unos y otros pueden y deben usar de la historia con moderacion y templanza; pero de la ficcion y de la fábula solamente podrán valerse con mucho tiento: así lo da á entender el mismo Quintiliano, y si no, repare usendísima en que términos se explica: *Nec ea quae à poetis ficta sunt, negligere*. No dice que hagan estudio de las ficciones, sino que no las desprecien y que no las olviden del todo. Pues si Quintiliano quiere que aun en las oraciones profanas se practique tanta circunspeccion en el uso de la fábula, ¿cuánto condenaría que se gastase, digámoslo así, á pasto en las oraciones sagradas que él no conoció, porque tuvo la desgracia de morir en el paganismo? Pero dejando á un lado esto, que no es de mi profesion, dígame usendísima, padre Fray Gerundio, ¿cómo ha de usar usendísima de la retórica para el sermon del escribano?

Tan lindamente, respondió Fray Gerundio: lo primero, voy derechamente á buscar la palabra *scriba*, y leyendo todo lo que dice de los escribas en la Biblia, se lo aplico ajustadamente á mi escribano. Despues voy á consultar en un Tesauo lo que hay en latin por escribano, que á fe de hombre de bien no lo sé; porque no está obligado uno, aunque sea el mayor latino del universo, á saber cómo se llaman en latin todas las cosas. No se canse usendísima; que yo se lo diré: escribano y notario, en latin se dicen *tabellarius*, y *tabellio*, como quieren otros. Lindamente, continuó Fray Gerundio; busco pues la palabra *tabellio* ó *tabellarius* en el *The-saurum vitae humanae*, de Bernin, y allí encontraré todo cuanto pueda desear sobre el tiempo, origen, progreso, variedad de fortuna, con otras tres mil curiosidades tocantes al oficio de escribano, desde su fundacion hasta el tiempo en que escribió su *Teatro devoto y pio* Bernin, arcadiano de Ambéres; si allí no encuentro esta palabra, que es muy posible, infaliblemente la he de hallar en el *Calepino*, de Ambrosio, ó aumentado por Paseracio.

Tenga usendísima, interrumpió el colegial, y déme su permission para hacer una pregunta: ¿qué entiende usendísima por ese modo de citar semejante *Calepino*? Se me representa una cosa parecida á la carabina de Ambrosio. Cierta, señor colegial, que es muy honda la pregunta, respondió Fray Gerundio, no sin hacer algun gesto desdenoso; cualquier mero gramático sabrá satisfacerla, pues saben hasta los menoristas que Calepino es una palabra griega, hebrea ó moscovita, que en eso no me meto, que significa lo mismo que diccionario ó vocabulario, en el que, siguiendo el alfabeto, se va discuriendo por todas las palabras latinas, y se dice lo que significa en romance. Tras de esta respuesta, padre reverendísimo, respondió el colegial en tono sacudido, ya no extraño que los niños gramáticos ignoren lo que significa Calepino, cuando los reverendísimos padres predicadores no lo saben. Calepino no es voz griega, árabe, hebrea ni moscovita, sino puramente italiana; tampoco es título de la obra, sino nombre patronímico de la patria del autor. Este fué Fray Ambrosio Calepino, de la orden de San Agustín, llamado así porque fué natural de Calepino en Italia; ni mas ni ménos como San Nicolas de Tolentino, y Santo Tomas de Villanueva, religiosos del mismo orden; porque el uno, aunque era natural del Angel, cerca de Tolentino, en la marca de Ancona, vivió treinta años en Tolentino, ciudad episcopal de la misma marca, donde murió; y de esta larga residencia en este lugar tomó el nombre. El otro le tomó de Villanueva de los Infantes, donde se crió, aunque habia nacido en Fuentellana, pueblo reducido que dista tres cuartos de legua de aquella villa. ¿Pues ahora, si uno citase los sermones de Santo Tomas de Villanueva, diciendo se lee en Villanueva de Santo Tomas, no sería cosa ridícula? Pues tan ridículo es, si no es mas, citar á secas y sin llover el Calepino de Ambrosio, como si el autor hubiese puesto el título de Calepino de... y vea aquí usendísima cómo la pregunta tenía mas orden que el que parecia. Ahora pase usendísima adelante; que esto no ha sido mas que una diversion.

Algo descalabrado quedó Fray Gerundio de la refriega calepinal, y enrándose lo mejor que pudo, prosiguió diciendo: Informado una vez de todo lo que traiga el *Calepino* ó *Diccionario* de Paseracio (que no hemos

dereparar en quisquillas) acerca de los escribanos, tengo ya una buena provision de noticias antiguas para exornar mi sermón. No dejo de conocer que me hace falta un poco de erudicion moderna; ¿pero dónde la encontraré? ¿Ni quién pudo jamas soñar en escribir la historia de los escribanos? Sosiéguese usendísima, interrumpió el colegial; que no es eso tan imposible como le parece á usendísima: si hay historia completa, y no mal escrita por Juan Bautista Tiers, de las pelucas y peluqueros, ¿por qué no la podrá haber de los escribanos? Y si de los libreros y encuadernadores, ¿por qué no de los escribanos? Padre reverendísimo, yo no puedo dar á usendísima mas noticia cierta de alguna de las historias de los secretarios de Estado, que de la del Señor Faluces Dutoe, que corre con aceptación.

¡Hombre de los demonios exclamó á esta sazón Fray Blas, ese es un tesoro! ¡Historia de los secretarios de Estado! ¡Ahí es un grano de anís el librito! Cosa mas adecuada al intento era imposible hallarla; porque el escribano Conejo todo lo tenia, puesto que lo primero era secretario, y lo segundo de Estado, por estar casado *in facie ecclesiastica* con la Señora María Beltrana Pichona, por otro nombre *la Roma*, que hoy es su viuda, y que lo sea por muchos años.

Reverendísimo Maestro, dijo entónçes Don Casimiro cogiendo del brazo á Fray Blas, tenga por Dios, no se precipite; un tropiezo ha dado usendísima que no sé cómo no se ha deshecho las narices. Secretario de Estado no es esto ni suena serlo, y confundir los secretarios de Estado con los escribanos reales numerarios ó de ayuntamiento de las ciudades, villas y lugares, es un despropósito que solo la inocencia puede excusarle de grandísimo desacato. Secretarios de Estado y del despacho universal, son aquellos ministros superiores que despachan inmediatamente con los reyes, forman los decretos, autorizan los tratados y expiden las órdenes á su real nombre; llamándose de Estado, porque solo tratan inmediatamente con el Príncipe aquellas materias que pertenecen á él, sean ya políticas, ya de marina, ya de gracia y justicia, y ya tambien de la real hacienda: no son escribanos de oficio, imponderablemente inferiores á su elevado empleo; y darles este nombre sería una insolencia digna de mayor castigo, si no la disculpara la ignorancia. Los otros escribanos públicos, autorizados por el consejo para servir al comun, aunque es oficio muy honrado y le ejercitan hombres muchos de bien, están mucho mas abajo, y no sé yo de qué puede servir la historia de los secretarios de Estado para las honras de un escribano real.

Señor Don Casimiro, replicó muy sereno el padre Fray Blas, como en mi religion no se leen gacetas, no estamos diestros en estas materias tan altas; mi intencion no fué ofender á nadie: habiendo oido toda mi vida llamar secretarios á los escribanos, y escribanos á los secretarios, creí que era lo mismo uno que otro, y harto sería que no lo hubiese errado el otro día, que se me ofreció escribir una carta al secretario de cierto señor obispo, y puse en el sobrescrito á «Don Fray N. Tal, escribano del señor obispo de tal parte». Pero la carta está ya en el correo, y si el secretario se riese, este buen rato mas tendrá; sobre todo, el auditorio á quien ha de predicar el padre Fray Gerundio, tanto sabe de secretarios como yo; con que, en hablando de secretarios, sean los

que fueren, para él todo será á un precio, y yo confío que no ha de ir á examinar si viene ó no viene á cuenta la noticia.

Eso ya es otro cantar, dijo Don Casimiro, y no me toca á mí, que huyo de meter la hoz en mies ajena. Así pues, prosiguiendo adelante, dígame usendísima: ¿cuál es la segunda figura que señala el autor de usendísima? *Apologi et parabola*, respondió Fray Gerundio; los apólogos y las parábolas. Pero ¿qué entiende usendísima por parábolas y apólogos? Por lo que toca á los apólogos, respondió Fray Gerundio, confieso que todavía no he podido formar concepto claro de lo que son; mas en cuanto á las parábolas, aunque tampoco sé definir las con precision, ya las entiendo con claridad, por las parábolas que se leen en el Evangelio, de la viña, de la higuera, de los talentos, y otras.

Pues mire usendísima, continuó Don Casimiro, apólogo y parábola, parábola y apólogo, allá se van en su significado: uno y otro quieren decir una semejanza y comparacion fundada en una cosa verosímil que se sigue, para sacar de ella una sentencia ó moralidad cierta y verdadera, como cuando Menesio Agripa se valió de la parábola ó del apólogo del cuerpo humano para socagar al pueblo romano, que se habia amotinado contra el senado y se habia retirado al monte Aventino, y Menesio con su apólogo le redujo otra vez á la obediencia de los padres conscriptos. El uso de las parábolas es muy bueno, aun en los asuntos mas serios y mas sagrados: basta haberle conocido en el ejemplo del mismo Cristo, para que todos le veneremos. Muchos santos padres le aplicaron con facilidad, y sabemos que San Gregorio Nazianceno desterró la vanidad del presidente Claudio con el glorioso apólogo de las golondrinas y cisnes. Mas en mi dictámen se ha de tener presente la juiciosa regla que da el Padre Nicolas Causino, en su eruditísima obra de *Eloquentia sacra et profana*, libro 4.º, capítulo 4.º, por estas palabras: *Animadvertendum erit, ne parabola, seu apologi nimis crebri sint, sed cautè atque appositè adhiberi oportet.* «Débense usar los apólogos con moderacion, con economía, y no con demasiada frecuencia.» Las voces para explicarlos, aunque puedan ser algo festivas, nunca han de picar en graciosas ó chocarreras; porque entónçes se convertiria en bufon ó en truhan el orador. Finalmente, los apólogos se han de proporcionar á toda la decencia que pide el asunto, el lugar y la persona. Todo esto es cierto; pero tambien lo es que, aunque los apólogos practicados con estas reglas pueden ser muy útiles en asunto moral ó doctrinal, no sé yo cómo podrá usendísima acomodarlos al sermón de honras de su escribano.

En este punto se me está ofreciendo uno, dijo Fray Blas, que si Fray Gerundio sabe bornearle, ha de venir á su sermón, que ni aunque le hubieran cortado para él; y no es ménos que del mismo Demóstenes. ¿Y cuál es, reverendísimo, prosiguió el colegial? ¿Cuál, respondió Fray Blas? El de aquel caminante que alquiló un burro en dos reales por cada dia para cierto viaje en el rigor del agosto, y como todas las mañanas hacía las diez le calentase el sol demasadamente, él se apeaba y se tendia á la sombra del burro. Calló el dueño del jumento, y al tiempo de ajustar la cuenta, el que le habia alquilado le dió doce reales por seis dias de viaje. «Faltan otros doce,» dijo el alquilador. ¿Pues cómo, replicó el caminante?

Seis dias de jornada, á razon de dos reales, son doce cabales. Sí, señor, respondió el alquilador, faltan otros doce por la sombra del burro, puesto que el ajuste solo fué por el burro, pero no por la sombra.

El apólogo es gracioso, respondió el colegial, y con efecto, me acuerdo haberle leído en Plutarco, atribuyéndole á Demóstenes, quien con esa chanza despabiló la atención del auditorio que estaba distraído un poco. Pero no veo cómo el padre Fray Gerundio lo puede aplicar á su escribano. Eso, de los cielos, respondió Fray Blas: ¿tienen mas que ponderar el desinterés y la limpieza del escribano Conejo, y decir que siempre perdonaba algo de sus derechos? Porque, aunque cargaba, como era razon, el coste del papel, plumas y tinta, sin olvidarse de prevenir al litigante que echase dos pesetas sobre la mesa para el escribiente, con todo eso, no obstante de que cortaba muy á menudo las plumas, nunca cargó ni aun un maravedí por las navajas; y aquí entra el apólogo del burro y de la sombra, que ni aunque le hubieran mandado fabricar de molde.

Sonrióse Don Casimiro, y continuando sus preguntas, dijo á Fray Gerundio: Según el autor de usendísima, ¿cuáles es la tercera fuente de la invencion? Los adagios, respondió sin detenerse. Es fuente muy copiosa, añadió el colegial; pero ¿usendísima ¿qué entiende por adagios? ¿Qué he de entender? Lo que cualquiera vieja de mi lugar. Adagios y refranes son una misma cosa. ¿Pues qué, preguntó Don Casimiro, los refranes pueden tener lugar en algun género de sermones? ¡Ahora salimos con eso! respondió Fray Gerundio. ¿Y cómo que pueden y deben tener lugar en ellos? No hay cosa que mas los agracie ni que mas los embellezca. Yo tengo algunos apuntamientos de adagios varios que he leído y oído en algunos sermones, los cuales verdaderamente me han suspendido, y pienso aprovecharme de ellos cuando me vengan á pelo. ¿Dónde hay, verbi-gracia, introduccion mas magnífica para un sermón de honras, que la de un religioso grave en un sermón que predicó á un maestro de su orden, que se llamaba «Fray Eustaquio Cuchillada y Grande», cuando dió principio á su oracion fúnebre, diciendo: «Al maestro, enchillada, y grande?» Refran y equivoco que desde luego captó, no solo la admiracion, sino el pasmo de todo el auditorio; y hoy es el día en que yo no acabo de aturdirme de tan bella introduccion. ¿Pues qué, aquel divino asunto que predicó un famosísimo orador en las exequias de Don Antonio Campillo, párroco que fué en cierta iglesia, en cuyo campanario habia fabricado á su costa una aguja? Fué pues el asunto: «El sastre del Campillo, que puso la aguja y el hilo.» Esto es ingenio, y lo demas parla, parla. Y el otro que, predicando el sermón del demonio mudo en tiempo de cuaresma, asistiendo el Santo Tribunal, dió principio con este oportunísimo refrán: «Con el Rey y la Inquisicion, chiton;» añadiendo que por eso era mudo el demonio de que se hablaba en el Evangelio, porque estaba delante de la Inquisicion. ¿Párecete á vuestra merced que no podia predicar, aunque fuese delante del mismo Papa? Bastan estos ejemplares, y estoy pronto á dar á vuestra merced aunque sea un ciento de ellos, para que vea si los refranes pueden tener lugar en los sermones.

Yo, reverendísimo, tengo muy pocas barbas para meterme en asuntos tan hondos, y mas no siendo de mi

profesion, que se reduce á latinidad, retórica y bellas letras, ó letras humanas por otro nombre. Sin embargo, como en Salamanca se trata casi por profesion con tantos hombres doctos, aseguro á usendísima he advertido mas de una vez á varios padres maestros doctísimos de todas religiones, censurar mucho á los predicadores que usan de los refranes populares y chabacanos en sus sermones. Los mas templados dicen que es una «insulsísima puerilidad», otros se adelantan á calificarlo de «insigne mentecatez», y aun no faltan algunos que lo llaman «frenesí, locura, profanacion del púlpito», y otras cosas de este modo: yo reliero, no califico. Lo que á mí me toca por mi profesion, es asegurar á usendísima que jamas entendí, leí ni oí que otros entendiesen por el nombre de *adagios*, en cuanto fuente de la invencion oratoria ó retorical, lo que entiende usendísima, esto es, los refranes populares. ¿Pues qué se entiende por el nombre de *adagio*? replicó Fray Gerundio. Voylo á decir, respondió Don Casimiro.

Adagio ó proverbio (que todo es uno) es una sentencia grave, digna, hermosa y comprendida en pocas palabras, sacada como del sagrado depósito de la filosofía moral: *Proverbium est verbum dignitatem habens, et tamquam è Sacro philosophiae, unde antiquitatem trahit, depromptum, aequo, gravi, et pulchro aspectu*. Por eso llamó Aristóteles á los proverbios «preciosas reliquias de la venerable antigüedad, preservadas en la memoria de los hombres de la lastimosa ruina que padeció la verdadera filosofía, debiendo esta preservacion á su misma brevedad, destreza y elegancia»: *Cum proverbia dicant Aristoteles et veteres Philosophi, inter maximas hominum ruinas, intercedentes quasdam reliquias ob dignitatem posteris servatas*. Si no me engaño mucho, á esto se reducen los proverbios de Salomon, que distan infinitamente de ser refranes vulgares, siendo una coleccion de sentencias verdaderamente divinas, enderezadas todas á gobernar nuestras acciones por la regla de una perfectísima conducta cristiana, política y racional.

Muchos filósofos graves entre los antiguos se dedicaron á este género de sentenciarios adagios ó proverbios: Crisipo, Cleantes, Aristides, Aristófanes, Esquines, Mison, Aristarco y otros, cuyas obras perecieron. Los mas célebres que nos han quedado de esta clase son los de Cenobio Rogeniano, y Sivolos, de los cuales sacó Erasmo de Rotterdam todo lo que compuso acerca de los adagios griegos. Esto es, reverendísimo padre, lo que yo entendia hasta aquí por el nombre de *adagios*: estos los que me parecían muy oportunos para exornar una oracion, tratados con parsimonia; pero, pues que usendísima entiende otra cosa, no nos paremos, y vamos adelante.

CAPITULO IV.

Olvidase la sed á Don Casimiro; llegan á Campazas sin saber cómo; quédase allí el colegial aquella noche, y se evacua el punto que se tocó y no se prometió en el capítulo pasado.

A la cuarta pregunta que iba á hacer el señor colegial, hallaron todos, no sin asombro, que estaban á la puerta trasera, esto es, á la puerta del corral de Anton Zotes; y es que el divertido de la conversacion los habia emblesado de manera, que pian á pianó, y como dicen, sin sentir, habian andado una buena media legua de camino,

con sus paradas. Y lo mas gracioso fué, que cuando llegaron al lugar, Don Casimiro no se acordó de que tenia sed; y como ya se habia puesto el sol, sin hacer mencion de agua ni de vino, quiso volver á Balderas; pero como tenia que andar una legua muy larga, y como iba ya anocheciendo y era hombre de una conversacion divertida, no obstante los tajos y reveses que con tanta urbanidad y bellaquería descargaba con disimulo de cuando en cuando sobre los frailes, ambos le hicieron tantas instancias para que se quedase aquella noche, que al cabo lo redujeron bajo la precisa condicion que se despachase luego un criado á Balderas, para que estuviesen sin cuidado su hermana y su cuñado el casi corregidor de Villalobos.

Consta no obstante, por un manuscrito auténtico y curioso, que quien finalmente acabó de determinarle fué la tia Catanla, la cual abria la puerta trasera para que entrasen los cerdos, puntualmente cuando los tres estaban alternando, uno sobre que habia de volver, y los dos sobre que se habia de quedar. Cuando ella vió un mocito tan galan, tan majo y tan bien agestado, que venia con su hijo, y que le trataba al parecer con amistad y confianza, como era mujer tan bonaza, luego le cobró cariño, y acercándose mas á los tres preguntó llamamente á Fray Gerundio: «¿Quién es ese señor tan lindo? Bendigala Dios, señora, respondió el colegial sin dar lugar á que el otro respondiese: soy un servidor de vuestra merced;» y en pocas palabras le declaró quién era, el encuentro casual que habia tenido, la precision de volverse, y la dicha que lograba en no hacerlo sin rendir todo su respeto á su obediencia.

No se turbó la bonísima Catanla, por que era mujer serena; ántes bien, haciéndole una reverencia á la usanza del pais (esto es encorvando un poco las piernas y bajando horizontalmente el volumen posterior hácia el suelo), le encajó toda la retahíla de Campos: «Viva vuestra merced mil años; para servir á vuestra merced; lo estimo mucho; güenos todos, á Dios gracias, para servir á vuestra merced; y añadió despues: Pero de volverse vuestra merced hoy, ni por pienso; ¡el hijo de mis entrañas! ¿quién le habia de dejar golver á boca de noche, á pique de que le comieran los lobos? Mal ajo para ellos; cuatro ovejas me comieron la noche que perdíó el mi hijo Gerundio; mal provecho les haga. No, señor: ya que tengo la fortuna de que á mi casa venga su merced, esta noche ha de hacer penitencia. Unos güevos frescos puestos de hoy no faltarán. ¿Para qué quiero yo las gallinas sino para estas ocasiones? Palominos siempre los hay en mi casa; porque el mi Anton tiene un palomar muy aventajado, así no fuera por las garduñas; malditas ellas, y qué descomulgadas son. Un salpicon de vaca, cebolla y güevos duros, lo sé yo componer, que lo puede comer el mismo Rey. Una cama con sábanas blancas como un oro, la hay por la misericordia de Dios. Ella no será como su merced merece; pero por fin y postre sirvieron para mi primo el magistral de Leon, que mañana será obispo.» Y diciendo y haciendo, fué y le quitó la escopeta con una bondad y con una sanidad de corazon, que al colegial le dejó prendado; y con efecto se determinó á dormir aquella noche en Campazas, previniendo lo del recado á Balderas.

Anton Zotes le recibió ni mas ni ménos que su mujer; porque no era ménos agasajador que ella; y despues de

aquellos cumplidos reglulares, hechos por parte de Don Casimiro con despejo y desembarazo de colegio, y correspondidos por los de la casa á la buena de Dios, segun el ceremonial campesino, Anton se fué á cuidar de los mozos y dar las órdenes sobre lo que habian de trabajar el dia siguiente, Catanla á disponer la cena, las criadas á hacer las camas; y quedándose los tres en una sala baja solos, es á saber, Fray Blas, Fray Gerundio y el colegial, prosigamos, dijo este, con nuestra conversacion, y sírvase usendísima de decirme cuál es la cuarta fuente de la invencion que enseña su maestro.

Los jeroglíficos y los emblemas, respondió Fray Gerundio. Algunos (continuó el colegial) de esta fuente hacen dos, por la diferencia que hay entre emblemas y jeroglíficos; pero es tan corta, que me inclino que lo aciertan los que la reducen á una sola. Usendísima sabrá mejor que yo la diferencia que hay entre jeroglíficos y emblemas. Yo nunca la he conocido ni me he parado en examinarla, respondió Fray Gerundio. Para mí los emblemas son de Alciato, y los jeroglíficos de Picinelo, que son los únicos de que tengo noticia; y solo se distinguen en que un libro es mas pequeño y otro mas grande. Ya está conocido (replicó el colegial) que usendísima por su modestia quiere encubrir lo que sabe, y tomar de ahí ocasion para examinarme acerca de lo poco que he estudiado: complaceré á usendísima.

Los jeroglíficos (añadió Don Casimiro) son una explicacion misteriosa, figurada y muda, de lo que se quiere decir ó dar á entender, por medio de alguna ó algunas imágenes, ya realmente dibujadas en el papel ó en lienzo ó en la tabla; ya abultadas en mármol ó en bronce, ó en madera; ya meramente dibujadas ó ofrecidas á la imaginacion por medio de una descripcion formal, viva, enérgica y sentenciosa. Cuando no se añade á la imagen ó pintura, mote ó lema, inscripcion ó palabra alguna que sirva de explicacion al pensamiento, dejándose enteramente al discurso ó penetracion del que le lee ó ve el curioso trabajo de averiguar su verdadero significado, eso se llama *jeroglífico*. El emblema (y no la *emblema*, como dicen algunos) solo añade al jeroglífico el mote ó el lema ó la inscripcion en brevísimas palabras, que señala lo que quiere significar por aquello.

Pondré un verbi-gracia, no para que usendísima me entienda, que eso sería yo presumir de maestro de quien no merezco ser discípulo, sino para que su reverendísima se actúe en el modo en que yo percibo lo que digo, y en caso de padecer equivocacion se digne corregir mis yerros. Los doce signos del Zodiaco, ó las doce casas con que se divide en doce partes iguales aquel espacio del cielo que corre el sol en el discurso del año, son otros tantos jeroglíficos ó símbolos que representan lo que comunmente pasa en la tierra en cada uno de los doce meses que corresponden á las doce casas. El primer signo es el *Acuario*, y se simboliza con un muchacho que está vertiendo agua, para significar lo mucho que llueve en enero. El segundo es *Piscis*, y lo representan con dos peces pintados, para denotar que en febrero está en sazón la parte mayor de los peces. El tercero es *Aries*, representado por un carnero, para denotar que en marzo es la paricion de las ovejas, naciendo entónces los corderitos. El cuarto es *Tauro*, significado por un toro, para denotar que en abril nacen las terneras. Síguese *Geminis*, pintado hoy por los dos herma-

nos gemelos Cástor y Polux, y antiguamente por dos cabritillos, en significacion de que las cabras paren regularmente dos cabritos, como lo afirma Herodoto, para cuyo fin les proveyó la naturaleza con tanta abundancia de leche.

Bastan estos ejemplares para dar á entender la idea que formo de los jeroglíficos, cuyo origen comunmente se atribuye á los egipcios; pero yo tengo para mí que su origen fué mucho mas antiguo, inclinándome á la opinion de los que se la dan no ménos que la torre de Babel, aunque despues fuéron los egipcios los que adelantaron y promovieron mas el uso de ellos, en lo que no cabe duda racional; pero esto no es del intento. A los símbolos ó jeroglíficos añadieron despues los griegos un breve lema ó mote que explicase su significado, y á este conjunto llaman *emblema*. Usaban de él singularmente en los arneses ó escudos, como lo dicen Homero y Virgilio, esmerándose mucho en la brevedad y en el alma del epígrafe, que era como el espíritu y el alma de la divisa de cada uno. Sobresalian entre todos los atenienses, de quienes hace graciosa burla Leon, fingiendo que en todos los escudos tenian grabada una mosca muy pequeña, con este epígrafe: *Donec videant*: hasta que me vean; dando á entender que todo ateniense era tan valeroso, que se acercaba del enemigo hasta que este viese la mosca, en cuyo caso era preciso morir ó vencer.

No hay duda que en todos tiempos, así los oradores profanos como los sagrados, usaron alguna vez de los jeroglíficos, símbolos y emblemas. Nicolao escribió un librito de este asunto, donde trae ejemplares de toda especie de oraciones. Los profetas usaron mucho de este modo de persuadir enfático y misterioso. El Apocalipsis es una serie continuada de figuras y representaciones simbólicas; San Agustín, en la epístola 119, dice que, así como el cristal añade no sé qué apacibles visos á las imágenes que se representan ó registran en él, así deleita mas la verdad cuando brilla por entre signos, jeroglíficos y figuras, poniendo el Santo este ejemplo: Si para ponderar las ventajas de la union y las inconveniencias de la desunion dices sencillamente: *Concordiá res crescunt, discordiá dilabuntur*: «con la concordia todo crece, y con la discordia todo se deshace;» no da golpe, y persuade con tibieza; pero si añades: Esto nos quisieron significar aquellos antiguos sabios que pintaron una hormiga con un caduceo encima, que creció hasta elefante, y un elefante con una espada desenvainada sobre las espaldas, que se disminuyó hasta el tamaño de hormiga; y así la sutileza de la invencion, como la viva representacion de la imagen, hacen no sé qué gustosa impresion en el alma, que al mismo tiempo nos deleita con mucha dulzura y nos persuade tambien con mas suave eficacia.

Déme vuestra merced un abrazo, señor Don Casimiro, exclamó Fray Blas interrumpiéndole; que verdaderamente ha estado vuestra merced divino. Hoy soy furiosamente apasionado por los jeroglíficos y emblemas. Un sermón que comencé: «Pintaban los antiguos macedonios;» otro á que di principio así: «Pintaba el docto Picinelo,» no han menester mas para que yo me coma las uñas por ellos. Pues si despues añade diez ó doce citas del Simbólico, con otras tantas de Lilio, Giraldo y algunas de Picrio; y si escoge tambien media docena

del Prigiaso, en el mundo no hay oro para pagar un sermón tan ingenioso y erudito. Confieso á vuestra merced que despues de los mitológicos, son muy buenos los simbólicos y emblemáticos. Esta doctrina la he enseñado siempre á mi discípulo en lo predicativo, Fray Gerundio; con estas armas le he armado caballero de púlpito; estos autores le he recomendado; no hay otros: los demas son buenos para explicar á las viejas el catecismo de Astete, y servitor.

Reverendísimo, replicó el colegial, ya he dicho que soy poco hombre para dar voto en punto de sermones, y así no me meto en calificar si son buenos ó malos los que están cargados de jeroglíficos, símbolos ó emblemas. Solo sé que el Padre Nicolas Causino previene que se use de ellos con la misma templanza, moderacion y prudencia que de los adagios, fábulas, etc.; porque si no, se convertirá en fastidio su misma amenidad, siendo cierto que los pensamientos mas ingeniosos causan tedio, si se atesta de ellos la oracion: *habent igitur magnam eruditionem hieroglyphi, et mirabilitatem continent, si parce, non verò si crebrius impertiantur; tunc enim orationes communes et fastidiosae sunt*. Tambien debo añadir que por lo que á mí me toca, me cayó muy en gracia la enhorabuena que dió cierto duque á un orador que habia predicado en su presencia un sermón tejido de jeroglíficos. «Padre, le dijo, no trueco yo el juego de estampas de Don Quijote, que tengo en mi galería, por todas las pinturas de su sermón. Esto va en gustos: el mío ronca siempre que tocan en los sermones á cosa de jeroglíficos.» Pero no nos detengamos; porque ya deseo saber cuál es la quinta ó sexta fuente de la invencion que estudió Fray Gerundio.

Testimonia veterum, respondió al punto, esto es, las autoridades y testimonios de los antiguos. Para confirmar lo que dice el predicador, son fuentes y muy preciosas, continuó Don Casimiro, especialmente los testimonios y las autoridades de los santos padres, ya sobre la inteligencia de la Sagrada Escritura, ya tambien cuando se trata en materia de costumbres, ya sea de vicios y de virtudes. Por lo que toca al sagrado texto, he oido decir á varones doctísimos, que siempre es menester adoptarle con la autoridad de algun santo padre, expositor clásico y aprobado, siendo cosa imposible que ningun predicador se arrogue la autoridad de entender ó interpretar la Sagrada Escritura á su modo ó segun su capricho; y aun me acuerdo haber leído, no sé dónde, que este fué uno de los errores de Lutero, el cual pretendia que cada cual tenia tanta autoridad para interpretar la Escritura, como San Jerónimo y San Agustín, apoyando este arrogante y presuntuoso delirio con aquel texto de San Pablo: *Unusquisque abundet in sensu suo*. En órden á costumbres, ya se deja conocer el gran peso que da á lo que se dice cualquiera autoridad y testimonio de los santos padres, como tambien si se toca alguna noticia histórica ó filosófica, especialmente si es algo singular ó no muy sabida, sirve de adorno y de recomendacion la cita y aun las palabras del autor que las refiere.

Por algo, dijo Fray Gerundio, me gustan tanto á mí los sermones que en el cuerpo están bien cargados de latín, y las márgenes que apenas se descubren de puro embutidas que están de citas. Solo con ver un sermón impreso en esta conformidad, sin leer una palabra de él, estoy fir-

memente persuadido que es un sermón doctísimo y profundísimo; al contrario, ahora han dado en usarse y aun en imprimirse ciertos sermones que en todos ellos apenas se ven cuatro ó seis renglones de letra bastardilla, y las márgenes tan limpias como cara de capon, que dan asco en solo verlas. ¿Qué se puede esperar de unos sermones así? Yo no he tenido paciencia para leer siquiera uno.

Pues yo sí, interrumpió Fray Blas; por mis pecados cayó en mis manos, pocos días há, uno, y es de honras, que el licenciado Don Francisco Alejandro Bocanegra predicó á las de la señora reina de Portugal Doña María Ana de Austria, en las exequias que la consagró la ciudad de Almería, y tuve cachaza de leerlo *de verbo ad verbum*; pero sabe Dios cuánto me costó. En todas las seis hojas primeras no hay mas latin que las palabras del tema: *Omnis gloria ejus filiae regis ab intus*; repetidas dos ó tres veces; en las seis y media restantes solo se citan seis textos de la Sagrada Escritura, y de dos de ellos no se ponen las palabras; los otros que se expresan componen entre todos seis renglones y medio: hártate, comilon: á los santos padres se les deja descansar; solo se cita una vez á San Francisco de Sales, á San Gregorio y á San Ambrosio. De expositores no trata; cumplió con citar una vez á Tirino. ¿Pues qué diré del asunto? Se reduce á que la Reina amó á Dios y al prójimo; y cántate aquí el cuento acabado. Lo demas, parla y mas parla; ¿y esos sermones se imprimen? Y estos sermones se celebran?

Despacio, padre Fray Blas, dijo con bastante viveza el colegial, no pudiendo disimular del todo su enfado é indignacion; vuestra paternidad se adelanta demasiado (con la cólera se le olvidó darle *usendisima*); tambien yo he leído ese sermón, porque llegaron á Salamanca muchos ejemplares: hablóse mucho de él en todas las comunidades, donde hay tanto hombron sabio, religioso, culto, erudito y discreto, como es notorio; y á excepcion de tal cual botarate ignorante y presumido, que por nuestros pecados los hay en todas las clases y gremios, no hubo uno que no calificase dicho sermón por una de las piezas mas elegantes, mas nerviosas, mas sólidas, mas graves y mas ingeniosas que habia predicado hasta ahora nuestra oratoria castellana. Es voz comun que se podia equivocar con las mas preciosas que produjeron y están todavía produciendo, en nuestro siglo y en nuestro hemisferio español, los Gallos, los Rodas, los Aravacas, los Rubios, los Ordeñanas, los Guerras; ni faltó quien asegurase podia competir con las muchas y grandes oraciones fúnebres con que el reverendísimo padre maestro Salvador Osorio, de la compañía de Jesus, llenó de majestad y asombro el púlpito y la capilla de San Jerónimo de la universidad de Salamanca; y oraciones que, si se hiciese una coleccion de ellas (como decia un sabio), compondrian un funeral que quizá no tendria consonante, en cuantos logramos ahora de esta especie, ni dentro ni fuera de España.

Eso de que tiene pocos textos la oracion de Bocanegra, solamente lo podrán decir los que en su vida han saludado los libros; apenas hay cláusula ni sílaba que no aluda á algun lugar, suceso ó párrafo de la Escritura. En saliendo de aquellas acciones de la Reina, que sirven de cimiento á la verdad del asunto, no se citan, es así, expresa y señaladamente; pero se da desleído y como

convertido en la sustancia del orador. San Bernardo fué el primero que introdujo este admirable modo de manejar la Escritura, haciéndola primero suya, y vertiéndola despues como si no fuera ajena; pero ¿quién hasta ahora ha notado á San Bernardo de poco escriturario? Son pocos, no lo niego, los testimonios y autoridades de santos padres, expositores, y de autoridades profanas con que exorna su oracion el Señor Bocanegra; mas son muy oportunos esos pocos testimonios que alega. ¿Y quién ha dicho á vuestra paternidad que los sermones se han de llenar de morralla, de testimonios, autoridades y citas? Estas cosas deben ser como las especias de los guisados, lo que baste para sazonarlos, y no lo que sobre para que ninguno los pueda tragar. ¿Ignora vuestra paternidad lo que dijo un elocuentísimo orador, hablando de las autoridades de los sermones? *Si nimiae sint et communes, si sine vi et pondere allatae, puerum magis eloquentem sapiunt, quam virum ingeniosum.* «Si se amontonan, si son vulgares y comunisimas, si no tienen alma, fuerza ni meollo, son mas fárrago que erudicion; el orador se acredita mas de un genio pueril y atolondrado (que bueno, malo, verde y seco, todo lo hacina, todo lo recoge), que de hombre erudito é ingenioso.»

Dice bien este curioso autor: para llenar, no digo yo un sermón, sino cien tomos en folio de citas, de autoridades, testimonios, sentencias, versos, historias, ejemplos, símiles, parábolas, símbolos, emblemas y jeroglíficos, no es menester mas que hacinar y recoger tanto sentenciario, tanto libro de apotegmas, tanta poliantea, tanto teatro, tanto tesauro, tanto diccionario histórico, crítico, náutico, geográfico; tanta biblioteca, tanto expositor que va discurrendo por los lugares comunes, é inferir en cada uno cuanto se les viene á la mano; en fin, tanta selva de alegorías y dichos como cada dia brotan en esas oraciones y en esas librerías, hacen erudito de repente al mas tonto, al mas mente-cato, al que no sabe quién reinó en España ántes de Carlos II. No hay mas que abrir, trasladar, embutir, y está hecha la maniobra. Al ver un sermón atestado de esta borra, quedan aturridos los páparos, entre los cuales cuento á muchísimos que no lo parecen, mientras los verdaderos eruditos gimen corridos ó se ríen desengañados, segun el humor que les predomina. Mas de una vez oí á un hombre de gran juicio que se debian desterrar del mundo esos almacenes públicos de erudicion tumultuaria, porque solo sirven para mantener haraganes, mientras perecen de hambre los ingenios verdaderamente industriuosos. Es punto problemático, en que se pudiera tomar un término medio. Mientras tanto, digo que se pudiera aplicar á estos prontuarios de erudicion al baratillo, lo que dijo Agesilao al inventor de una máquina bélica, capaz de moverla y hacer mucho daño cualquiera soldado cobarde: *Papae! virtutem substitisti.* «Con esa máquina has quitado el valor.»

A lo que añadió vuestra paternidad acerca del asunto que escogió para su sermón el Señor Bocanegra, perdóne vuestra paternidad; que no tiene razon para censurarle. Lo mejor y mas precioso de dicho asunto es ser tan sencillo, tan natural y tan sólido. Asuntos rumbosos, delicados, alegóricos, metafóricos, simbólicos, y mucho mas de títulos de comedias; retruécanos insulsos, refranes de viejas, como «el verdadero félix de Arabia», á

San Agustín; «el león en su cueva,» á San Jerónimo; «el onix ó onís,» á Santo Tomas de Aquino; «el máximo mínimo,» á San Francisco de Paula; «mujer, llora y vencerás,» á las lágrimas de la Magdalena; «el caballero de Alcántara,» á San Pedro de ese nombre; «á muertos y áidos ya no hay amigos,» en las honras de un obispo: digo que estos y otros semejantes asuntos, Dios les haya perdonado, ya solo han quedado en algunos predicadorcillos que solo hacen ruido entre los que se van tras el tamboril y los gigantones. Ya va reviviendo el mundo de sus preocupaciones; por lo ménos los hombres graves no gastan otros asuntos que sólidos, macizos, característicos y consiguientemente naturales; tal es el del Señor Bocanegra, fundado sobre los dos ejes en que estriba toda la ley y toda la perfección. El Sabio no da otro elogio á los hombres justos, ni cabe otro mayor: *Dilectus Deo et hominibus, cuius memoria in benedictione est*: «Amado de Dios y de los hombres, y siempre que se repita su nombre será acompañado de muchas bendiciones.» Esto dijo el orador de aquella ejemplarísima princesa; esto convención y aun esto persuadió, moviendo los corazones mas duros á desear la imitación de sus reales virtudes.

Como Fray Blas vió que el colegial estaba avinagrado, y tenia ya alguna noticia de su genio vivo y quisquilloso, no se atrevió á replicarle; contentóse con decirle que en eso de sermones, de versos, de latin y cosas semejantes, cada cual tenia su gusto; y sin discurrir mas en el asunto, le suplicó que prosiguiese examinando á Fray Gerundio sobre las fuentes de la invención; porque, como observaba que este las tenia tan prontas, se le caía la baba al buen predicador. Serenóse un poco Don Casimiro, y prosiguiendo en su interrogatorio, rogó á Fray Gerundio se sirviese decir cuál era la séptima fuente de la invención que le habian enseñado. Que los dichos graves y sentenciosos de los antiguos, respondió sin dudar. El colegial prosiguió: Es una fuente bellísima, especialmente habiendo tanto recogido de sus sentencias y apotegmas, los cuales solo se diferencian de aquellas, en que las sentencias permiten mas extensión de palabras; pero los apotegmas se deben ceñir á las ménos voces que sea posible: las sentencias se pueden tomar de cualquier autor donde se encuentren; mas los apotegmas se hacen mas recomendables por ser dichos de grandes personajes, como de papas, emperadores, reyes, cardenales, obispos, etc. Vaya esta diferencia sobre la fe de Gnillelmo Budeo que la señala, pues yo no me atreveré á defenderla en el siglo que corre, el cual está como inficionado con libros de apotegmas, que son hoy de la gran moda. Tales son los libros que llaman de *ana*, como la *Menagiana*, la *Persinana*, la *Escaligerana*, la *Fureteriana*, y otros innumerables de que se hace graciosa burla en el primer tomo de la *Menagiana*, donde el autor de una salada rima, acabada toda en la sílaba *na*, despues de zumbarse de una multitud de estos erísticos, unos verdaderos y otros fingidos, concluye diciendo: «Todos los libros en *ana* se arrimen donde está la ipecacuana, yerba medicinal de las Indias, que hoy se usa mucho y con grande felicidad en la Europa. Es cierto que estos apotegmas, recogidos en los libros de *ana*, no todos son dichos de grandes personajes, pues hay algunos de sugetos de escalera abajo, si no entra en cuenta su agudeza ó su literatura; pero no se puede ne-

gar que los dichos, sentencias ó apotegmas, así de los antiguos como de los modernos, usados con discernimiento y moderación, son un preciosísimo adorno de todo género de elocuencia, tanto oratoria como histórica. Tucídides mereció la suprema estimación de todos los siglos, por el juicio, oportunidad y bello gusto con que se valió de ellos. Hesiodo, aunque muy distante de Homero, así en la gravedad del estilo como en la majestad del asunto, ha logrado los mayores aplausos por la singular elección que tuvo en las sentencias con que adorna sus dos poemas heroicos, las obras *Los días* y *Teogonía* ó generación de los dioses; bien que algunos críticos le noten, no sin razón, que las sentencias son mas frecuentes de lo que fuera justo. En fin, Quintiliano encarga mucho al orador que se aproveche de esta fuente, pero con tres precauciones: la primera, que las sentencias sean muy escogidas; la segunda, que sean raras; la tercera, que sean correspondientes á la edad, al carácter y demas circunstancias del orador. Si son triviales, se oyen con desprecio; si muy frecuentes, causan la atención y aun empalagan; si no se acomodan á los connotados del orden, mueven á risa. Yo añadiera otra cuarta calidad, y es que las sentencias sean tambien proporcionadas al teatro ó auditorio. En una aldea ó pueblo pequeño seria cosa risible aquella sentencia ó apotegma, justamente celebrada, que se atribuye á Trodomicio: *Princeps qui vult omnia scire, necesse habet multa ignorare*: «El principe que quiera saberlo todo, tiene precisión de perdonar mucho.» ¿Qué príncipe se podrá aprovechar de esta sentencia en un pueblo reducido? En un auditorio rústico y grosero sería impertinente aquel discreto dicho de Plutarco: *Seró morientur Deorum rotae, sed bene comminunt*: «las ruedas de los dioses tardan en moverse, pero hacen buena harina.» ¿Cuántos habria en el auditorio que entendiesen la metáfora? Vamos á la octava fuente.

Esta es para mí la mas seca, dijo Fray Gerundio, y no sé una tilde de ella; porque mi autor dice que la octava fuente es las leyes; y confieso que de leyes ni entiendo ni he estudiado palabra. Yo tampoco las he estudiado, dijo el colegial, por no ser esa mi profesión; pero no es menester hacer la de legista para saber algunas leyes, especialmente de las antiguas y primitivas que se instituyeron en el mundo para el gobierno de los hombres, las cuales sirven de un bello adorno á cualquiera oración sagrada, singularmente moral ó doctrinal. Es cierto que nunca las leyes de los hombres pudieran añadir peso ni autoridad á la ley santa de Dios; pero no es dubitable que encuentra el entendimiento no sé qué particular satisfaccion y consuelo, en ver tan conforme la ley divina con las leyes humanas, pronunciadas por algunos legisladores que no tuvieron conocimiento del verdadero Dios.

Yo me acuerdo de algunas que, por lo que toca á lo directivo, son muy conformes á los preceptos del Decálogo, aunque sean erradas y gentilizadas, ó que las hemos heredado de los gentiles: vayan algunos ejemplares. El primer mandamiento es: «Amar á Dios sobre todas las cosas.» Confiórmase con él la ley de Numa Pompilio: *Deos patrios colunto, externas superstitiones, seu fabulas ne admisceto*. El segundo: «No jurar su santo nombre en vano,» es muy conforme á la ley de los egipcios: *Perjuri capite multentur*. El cuarto: «Honrar padre y

madre;» lo mismo mandaba aquella ley de que hace mencion Heródoto : *Magistratibus parcendum* ; y la otra de los lacedemonios, citada por Platon en su República : *Majorum imperium libenter omnes parere assuefiant*. El sexto : «No fornicar;» son muchas las leyes que prohiben esto mismo; lo cual trae Josefo, libro undécimo, capítulo 6.º : *Adulterantes, et lecti geniales vindicato*; la de Numa Pompilio : *Aram Junonis ne tangito*; y la célebre de los atenienses, que prohibía predicar ó hablar en público á todo deshonesto : *Si quis pudicitiam prostituerit, aut stuprarit, huic interdicitur jus apud Populum concionandi*. El séptimo : «No hurtar;» á esto aludia aquella ley de los egipcios : *Singulis annis apud Provinciarum Praesides, omnes unde vivant demonstrant : si quis secus faxit, aut unde legitime vivat non demonstrarit, capitis reus esto*.

El uso, así de estas leyes antiguas como de otras mas modernas, prácticas ó municipales, con tal que sea sobrio, prudente y oportuno, tiene su gracia y tambien su eficacia en cualquiera sagrada oracion. Pero hacer estudio de componer un sermón como un alegato de los que se usan en nuestra España, embutido de leyes, textos, cánones y constituciones del derecho civil y del canónico, parecido al que yo leí de cierto catedrático, sobre ser una grandísima impertinencia, es ostentacion pueril para acreditarse de erudito y sabio en facultad forastera. ¡Hola! Esta reflexion ó censura no es mia, pues ya he protestado que ni mi profesion ni mis años me permiten excursiones á países tan sagrados : refiero lo que por entonces se dijo ante hombres que tenían voto. «Solo en una circunstancia, dijo uno de los circunstantes, puede ser del intento cargar algo mas la mano en citas de leyes nacionales, y es cuando se predica á un auditorio compuesto la mayor parte de gente de curia, como en los sermones al Consejo, á las chancillerías, á las audiencias, etc. Si se toca entonces el punto de regalos, gratificaciones y derechos de ministros inferiores, como abogados, relatores, procuradores, escribanos, etc., no será fuera de propósito referir las leyes principales que hablan de esto, y explicar con claridad hasta qué punto son obligatorias en conciencia, segun la inteligencia común de los teólogos.» Pero dejando esto á un lado, deseo saber cuál es la nona fuente de la invencion que prescribe el autor por donde su reverendísima estudió.

Sacrae litterae, respondió con un reguilete Fray Gerundio : la Sagrada Escritura; y añadió luego : En este punto no tiene vuestra merced que detenerse; porque sé lo que me basta para bandearme; he tomado mi partido, y no mudaré de rumbo por mas que me prediquen. No tiene usendísima que prevenírmelo, respondió Don Casimiro, pues sé bien que este punto no es de mi incumbencia, y no se me ha olvidado lo que leí pocos dias há en cierto autor de mi profesion, hablando de la Sagrada Escritura : *Haec, dice, haereditas, hic campus, hoc studium quod ad id unum attinet, theologorum est proprium* : «por lo que mira al uso de la Sagrada Escritura, esto toca á los teólogos, esa es su herencia, esa es su legitimidad, ese es su proprio y particular terreno.» Por señal de que, en confirmacion de lo que poco ha íbamos diciendo, se lastima mucho en el mismo lugar de que los predicadores se metan á legistas, y los legistas á predicadores, aquellos citando leyes, y estos glosando textos, *contra inverso ordine Jurisperiti, neglectis quae ad*

se attinent, Sacra Biblia saepius quam leges in ore habent. No excluye absolutamente que unos tomen de otros alguna cosa por la recíproca union y buena correspondencia que hay entre las facultades; solo abomina el exceso y la ostentacion de que se sabe todo.

No obstante, ya me permitirá usendísima que sin mezclarme en lo directo de esa fuente, que en realidad excede los límites de mis estudios, haga una reflexion acerca de ella, que me parece no es tan fuera de mi jurisdiccion. Es cierto que la Sagrada Escritura mereció tanto concepto aun á los filósofos gentiles, que Emilio de Apamea, al leer la primera cláusula del Evangelio de San Juan : *In principio erat verbum*, quedó asombrado de que un bárbaro (así llamaba al Evangelista) hubiese filosofado con tanto acierto. Tambien sabemos que Dionisio Longino, haciendo el paralelo entre Moises y Homero, calificó al legislador de los judíos por un hombre nada vulgar; pues no podia serlo el que tenia tan alta idea de Dios, como lo acredita aquel rasgo suyo en la historia de la creacion : *Dixit Deus : Fiat lux, et facta est lux; fiat terra, et facta est terra*; proponiéndole por un pensamiento verdaderamente sublime. Aunque la segunda parte, *fecit terram, et facta est terra*, la añadió Longino de cosecha propia, pues no se halla en la Escritura, en que el autor, como gentil, estaba poco versado. No es ménos cierto que en la Sagrada Escritura se halla todo lo que se encuentra en otros libros; mas no se encuentra en ellos lo que en esta se halla. Pienso, si no me engaño, que ha de ser observacion de San Agustín, y que la leí en un libro de elocuencia : *Et cum ibi quisque invenerit omnia quae utiliter alibi didicit, multò abundantius ibi invenit ea quae nusquam omnino alibi, sed in illarum tantummodò Scripturarum mirabili altitudine, et mirabili auctoritate, discuntur*. Siendo esto así, á mi grosero modo de entender, me parecia que la Sagrada Escritura debiera ser la única, ó por lo ménos la primera fuente de la invencion, respecto de todo orador sagrado. ¿Pues qué razon tiene usendísima ó su autor, que no solo no la enseñan por única, no solo no la dan en primer lugar, sino que la ponen á la cola? Y harto será que no sea la última.

Hallóse embarazado Fray Gerundio con esta pregunta que no esperaba. Pero salió á su socorro su fino amigo Fray Blas, diciendo con grande satisfaccion : Eso es claro : porque la Escritura es fuente de que todos beben, está á mano de cualquiera para hartarse de ella cuando le diere la gana. Un predicador que quiere acreditarse, no bebe del común pilon sino que sea para enjugarse. Simbólicos, emblemáticos, jeroglíficos, históricos, sentenciarios, fábulas, esta ha de ser su comidilla; y á lo mas, mas allá, hácia lo último, un poco de Escritura, á modo de mondadientes; eso es lo que quiere decir poner la Escritura por la última fuente de la invencion : está bien puesta, á pagar de mi dinero.

En medio de los pocos años del colegial, que, así por su edad como por su genio, todavia no estaba muy maduro ni era de los que se morian por sermones de Cristo en mano, no se puede ponderar cuánto le irritó una proposicion tan absurda, tan loca y tan escandalosa; sin embargo, considerándose huésped, y que no era razon dar una mala noche á aquella buena gente, disimuló su indignacion lo mejor que pudo, y se contentó con decir á Fray Blas : Si no me hiciera cargo que vuestra paterni-

dad hablaba de chanza, zumbándose de aquellos predicadores que, si no con las palabras, á lo ménos con las obras, parece que lo sienten así, delataria esa proposición al Santo Tribunal. Iba á responderle Fray Blas algo colérico, cuando oportunamente y al mejor tiempo del mundo entraron á poner la mesa, porque ya era hora de cenar.

CAPITULO V.

Dispone Fray Gerundio su sermón de honras, y sale á predicar.

Cenaron, se acostaron, durmieron, se levantaron, almorzarón y se despidieron de Don Casimiro, que muy de mañana quiso volver á Balderas; por lo que admitió una yegua cañaña, andadora y paridera, que ya habia dado cuatro potricos y dos muletas á Anton Zotes, el cual se la ofreció para el viaje con la mayor voluntad del mundo. Aquella misma mañana se quiso retirar Fray Blas también á cuidar de su fingida enferma, despidiéndose hasta que fuese á oír á Fray Gerundio el sermón de honras del escribano, como lo ofreció y cumplió á su tiempo. Con efecto, iba ya á montar á caballo, cuando se acordó Fray Gerundio de que no habia leído, glosado y admirado el celebrísimo sermón de honras de los soldados del regimiento de Toledo, por el autor del *Florilógio*, como se lo habia ofrecido Fray Blas la tarde antecedente; y es que con el encuentro de Don Casimiro, con la conversacion entablada en el paseo y proseguida despues en casa, se les habia borrado la especie de la memoria; y como Fray Gerundio estaba resuelto á todo trance á tomar dicho sermón por modelo para el suyo, no queria dedicarse á componerlo, hasta que su amigo Fray Blas le hiciese observar, notar y admirar todos los primores de él. Por tanto, tirándole de un capote de barragan que ya tenia puesto, y llamándole aparte, le dijo ó le trajo á la memoria dicha especie, y le conjuró por la estrecha amistad de entrambos, que á lo ménos hasta despues de comer no pensase en marchar, para que, encerrándose los dos aquella mañana, recorriesen el sermón del *Florilógio* y entresacasen de comun acuerdo lo que pareciese adoptable al suyo.

No se hizo de rogar Fray Blas, que en estas ocasiones era de un genio docilísimo y muy amigo de complacer á todo el mundo. Dió Fray Gerundio órden de que retirasen la caballería á la cuadra hasta la tarde, diciendo que todavía tenían los dos que conferenciar aquella mañana. Metiéronse en la sala, cerráronse por la parte de dentro, tomó Fray Blas el libro del *Florilógio*, sacudiendo el polvo, buscó el sermón de veinte y seis, leyó el título que decia así: *Episodio, Parentacion sacra, Epicedio panegirico en las solennes honras con que solicitó el alivio de sus militares el regimiento de Toledo.*

Episodio: el título solo basta para acreditar el autor. *Parentacion sacra*: ya oiste al Colegial lo que significaba *parentacion*. Mira, ¡qué cosa tan oportuna! *Epicedio panegirico*: no tengo idea clara de lo que significa *epicedio*; solo sé en confuso que significa una especie de elogio á los difuntos. ¿Pues hay mas que verlo en el Calépino? dijo Fray Gerundio; y abriéndole, halló que decia: *Epicedium, carmen quod canitur de cadavere nondum sepulto*: «aquellos elogios que se cantan á los difuntos á cuerpo presente, cuando aun no se le ha dado al cadáver sepultura.» Algo frio se quedó Fray Gerundio de leer esto, y preguntó á Fray Blas: Pues qué, ¿los ca-

dáveres de los soldados del regimiento de Toledo estaban presentes cuando se predicó este sermón de honras, y no se habian enterrado todavía? Anda, hombre, respondió el predicador; que esos son reparos de niñatura: si en todo se hubiera de escrupulizar con esa menudencia, no habría quien se atreviera á hablar en el púlpito elegantemente. Fuera de que es frase comun de que cuando se habla de algun difunto, sea para bien, sea para mal, decir que desentierran sus huesos; pues para el caso y la propiedad, ¿qué mas tendrá desenterrarlos que no haberlos enterrado?

Esta última razon hizo gran fuerza á Fray Gerundio, y prosiguió Fray Blas, y añadió: *Episodio*, no lo entiendo. A ver lo que dice ese vocabulario. Leyó Fray Gerundio: «Eran aquellos actos de la tragedia y de la comedia, que se recitaban entre coro y coro, para alternar la música con la representación: fué su inventor el poeta Thespis. Hoy se entiende por *episodio* un incidente ó digresion que diestramente se introduce en el asunto principal del poema ó de cualquiera otra oracion ó composicion.» Confieso, añadió Fray Gerundio, que he quedado muy confuso; ¿pues acaso cualquiera sermón se lia de cantar ó predicar á coros para que haya episodios? El tema ¿era por ventura incidente ó digresion del sermón para que llamase *episodio* al tema? Eres un pobre hombre, replicó Fray Blas, y estás muy atrasado en esto que llaman *adelgazar las cosas ó discurrir con agudeza*. Quizá en todo el *Florilógio* no se encontrará pensamiento mas delicado ni mas oportuno. Mira: los sermones de honras se predicán comunmente despues de acabada la misa de difuntos y ántes que se acabe el último responso, que suele ser solemnisimo. La oracion fúnebre está propriamente colocada entre el coro de la misa y el coro del responso; unos son cantados y la otra representada: pues ves ahí por qué se llama *episodio*, porque es acto que se representa entre coro y coro, mas al intento ó asunto principal de las honras. Hablando en rigor, esto que se llama el *nocturno*, la *misa* y el *responso* son propia y rigurosamente sufragios por los difuntos; y los sermones y las oraciones fúnebres no son sufragios: ¿pues qué son? Son unas digresiones, unos incidentes que se introducen con arte y con destreza en el asunto principal. ¡Mira tú con qué oportunidad se llaman *episodios*! Y porque el tema es como el cimiento de estas digresiones, por eso el dar al tema el título de *episodio*, es hasta donde puede llegar al ingenio y la invencion.

Declárome por zopenco, dijo Fray Gerundio, y hago voto de venerar todo cuanto lea en el *Florilógio*, por mas que yo no lo entienda, y aunque á primera vista me parezca contrario á toda razon. Pero vamos, ¿cómo se introduce en su sermón de honras militares? Hay dos introducciones, respondió Fray Blas: á una llaman *epicedio*, y á otra *introduccion de episodio*. Todo está reducido á dar noticia de la devocion y fervor con que los antiguos gentiles celebraban las honras de sus difuntos, especialmente militares; á contar el origen de ellos, á ponderar el aparato y ceremonias con que las celebraban, la eleccion de oradores, y finalmente, á adaptar todo esto con feliz aplicacion á las honras de los militares del regimiento de Toledo, invocando, en vez de la nueva Euterpe, la intercesion de la Virgen, para dar principio al panegirico epicedio. Supónese que para probar cada una de estas noticias se citan autores á carretadas,

pues en solo el exordio, que comprende poco mas de una hoja (se entiende de á folio), se cita á Polibio, Pansanias, Alejandro, Heródoto, Maroquino y otros, y de estos, algunos tres ó cuatro veces. Esto es lo que se llama predicar docta y eruditamente; no pronunciar palabra, ni aun sílaba, si posible fuera, sin su autor por delante y sin su latín al canto de la obra; lo demas parece conversacion de monjas y visita de damas, que se pasan seis horas en ellas sin oírse el nombre de un autor.

Bien ves que toda esta erudicion de funerales viene clavada á todo tu sermón de honras, y te puedes aprovechar de ella para el tuyo con la mayor propiedad, especialmente si no te olvidas de la reglita que te dí ayer tarde, para acomodar á los escribanos todo cuanto se dice de los militares. Tambien podrás, y en mi dictámen deberás, aprovecharte de unas nobilísimas frases que se leen en el episodio. Cuando ponderas la liberalidad de los herederos del escribano que le costean las honras, dirás «que es tan lúgubremente generosa, como luctuosamente compasiva». Hombre, replicó Fray Gerundio, que el licenciado Flechilla me dijo que no costearan las honras los herederos, sino el mismo difunto, el cual habia dejado un legado determinadamente para ellas; con que, no es generosidad de los herederos ni de los testamentarios, sino obligacion precisa. ¿En eso te paras, majadero, replicó Fray Blas; y en los tiempos que corren te parece poca generosidad de los testamentarios y herederos, cumplir los legados y últimas voluntades de los difuntos? Muy atrasado estás de cosas de mundo. Vamos adelante: lo que yo no entiendo, añadió Fray Blas, es qué quiere significar un texto que repite en dos líneas con poca diferencia: *Facta autem collatione duodecim millia dragmas argenti*: aquel *collatione* es para mí un nombre rebozado: ¿si quiere decir que Júdas ántes de celebrar las honras de sus difuntos, hizo colacion con doce mil dracmas de plata? Rióse Fray Gerundio de la poca latinidad de Fray Blas, y le dijo: Quitáte de ahí, hombre; que se conoce fué descaído de la pluma, y que escribió *collatione*, en lugar de *contributione*, que significa *contribucion*; porque Júdas debió de echar alguna sobre sus soldados, para que todos contribuyesen al gasto de las honras. Vaya, que eso es, replicó Fray Blas; y prosiguió diciendo: Ahora se sigue el discurso, que divide en cuatro escenas.

Escena primera. Pára un poco, Fray Blas (exclamó Fray Gerundio): ¡Escena primera! En mi vida no he oído cosa semejante. ¡Escena primera! ¿Qué quiere decir *escena*? Yo no sé, pero apuesto que detras de la tal palabra se nos oculta algun misterio recóndito y elevado, de aquellos que solo alcanza este hombre incomparable. Consultemos á Calépino. Abrióle, hojéole y halló que decia así: «Escena, ramas de árbol que se cortaban para hacer sombra:» ¿No lo decia yo? el sermón es un árbol, los discursos ó los puntos son las ramas; con que, las *escenas* son los puntos ó discursos de un sermón. Mas: *escena* eran las ramas para hacer sombra; en las honras de los difuntos todo es sombra y todo es negro; que para el caso es lo mismo, el túmulo, el frontal, los ornamentos, el paño del facistol, el del púlpito, las capas largas de los que hacen el luto; ¿pues por qué no ha de ser sombra tambien la oracion fúnebre? Así el dividirla en escenas es lo mismo que partirla en sombras; como quien dice:

«Sombra ó escena primera, sombra segunda, etc.»

Asombrado quedó Fray Blas cuando vió discurrir á Fray Gerundio con tanto delgazamiento, y así le dijo: Hombre, ¿qué legión de espíritus sutiles te se ha metido en ese cuerpo? Pidote perdon de lo que ántes te decia, que no tenias ingenio para delicadezas; ahora te digo que cuando te pones á ello, no hay hilandería en Leon que te iguale, ni que merezca descalzarte los zapatos. Como Fray Gerundio vió alabarse de agudo, esponjóse visiblemente, y ya con mayor satisfacion añadió: Pues aguarda; que aun falta lo mejor: otro significado da Calépino de *escena*, y dice ser el mas comun en que se toma, que, si no me engaño, no acredita ménos la sutileza de este monstruo de los ingenios. «Escena, dice, algunas veces significa el teatro donde se representa una comedia; otras (y es la acepcion mas comun) se entiende solo por aquella parte de la representacion en que se mudan las personas, aumentándose ó disminuyéndose, ó saliendo á hablar otras diferentes.» Que me emplumen si no hay algo y aun mucho de esto en las escenas; léelas, si no. Leyó Fray Blas la primera. ¿No ves claro el pensamiento? dijo Fray Gerundio; ántes de entrar en esta escena, como por modo de preámbulo, ha bien hablado «parentacion, epicedio, introduccion», y otros coluctarios lúcidos, tenebrosos; ahora entran ya á hablar Gilberto, Abraham, Erasmo, Alciato y un poeta.

Discurres bien, dijo Fray Blas; pero á tí lo que te hace mas al caso, es que todo lo que se dice en esta escena primera, lo puedes aplicar á tu sermón de honras, y cualquiera otro que se te ofrezca del asunto, ni mas ni ménos que como se aplicó á la funcion del regimiento de Toledo; porque, en suma, en esta escena solo se pondera el lugar comun de la verdadera amistad, que consiste en que el amigo verdadero se conoce en toda fortuna y en todos estados, en la prosperidad y en la adversidad, en la vida y en la muerte; y como en todo sermón de honras, los amigos vivos se acuerdan de los amigos difuntos, á todo sermón de honras se vienen por su pié Abraham, la Magdalena, Lázaro y los demas que hicieron lo mismo, ó con quienes se ejecutó lo proprio. Vamos á la *escena segunda*, que es mi dictámen que se debia engastar en oro. Leyó Fray Blas, y añadió Fray Gerundio: No digo en oro; en perlas y en diamantes debieran engarzarse estas escenas... ¿Pero para qué hemos de gastar tiempo ni cansar el entendimiento en discurrir por la segunda y tercera y cuarta, cuando con los materiales de la primera se pueden componer once tomos de á folio de sermones, que con cada uno se puede aturdir al mas ignorante y al mas facultativo? Tienes razon, respondió Fray Blas; y respecto que la tarde está proporcionada, daca un abrazo y véte á disponer el viaje. Despidieron los dos predicadores con el sentimiento de apartarse y con el consuelo de no tardar en volver á verse, dieron disposicion de echar la espuela y montar á caballo, Anton Zotes y nuestro Fray Gerundio su hijo, causando no poco sentimiento á sus paisanos y apasionados, de no poder lograr el gusto de acompañarle, y sobre todo de oírle; pero los consoló nuestro Fray Gerundio con la esperanza de dar á la prensa así este como todos sus sermones; con lo que quedaron alborozados, viéndoles tomar el camino para hacer noche en Fregenal del Palo, donde con ansia le esperaba su tío el Familiar.

No es ponderable el gozo de Anton Zotes en todo el camino, al ver echar á su hijo por la boca teología, y confirmar cuanto decía con texto de la Escritura. No cesaba de dar gracias á Dios de ser hombre que con su hijo Gerundio habia dado un Demóstenes á su tierra de Campos, y á todos los oradores nueva horma. Unas veces le miraba con atencion y lloraba, otras se reía, otras, finalmente, levantaba la consideracion á Dios, á darle gracias; y entre estas consideraciones llegaron á Fregenal.

CAPITULO VI.

De lo que sucedió en Fregenal del Palo, y cómo llegaron los convidados á Pedro-rubio.

Iba acercándose el día señalado para las famosas honras, pues ya no faltaban mas que tres días; y habiéndose despedido Fray Gerundio cortesadamente de todo el lugar, hasta de aquella tía que no le habia visitado por el cuento de la gallina, la cual quedó tan pagada de esta accion, que desde aquel punto hizo las paces con la buena de la Señora Catanla, regalando á su madre y á su hermana con cada dos escapularios bordados de realce de plata falsa y canutillo, añadiendo á cada una su santico de barro en urna de carton, guarnecida de seda floja, repartiendo una peseta entre las dos criadas; bien proveida la alforja y aumentada la maleta con un par de mudas de ropa blanca, partió para Pedro-rubio en compañía de su padre el bonísimo Anton Zotes, que quiso ver (así lo decía él) si su hijo tenia tan buena mano derecha para predicar de los difuntos como para predicar del Sacramento. Su padrino el licenciado Quijano tambien habia hecho ánimo de hacer la jornada, con cuyo motivo habia llamado á un primo suyo, capellan de Gondorcillo, que acababa de venir de Leon y habia traído licencia de confesar por seis meses, para que en su ausencia dijese la misa al pueblo y cuidase de la administracion de sacramentos; pero es tradicion que cuando ya estaba aparejada la burra, se le desenfrenaron tan furiosamente las almorranas (de que adolecia), que no le fué posible montar á caballo; y así se contentó con darle un abrazo y meterle disimuladamente en la mano dos pesos gordos.

Eran las cinco de la tarde cuando en buena paz y compañía salieron de Campazas padre é hijo, con resolucion de dormir aquella noche en casa de su padrino el Familiar, cuyo lugar no distaba mas que tres leguas cortas, y estaba como á la mitad del camino. Aquí se encuentra un vacío lastimoso en la historia, que despues de haber burlado nuestras mas exactas y exquisitas indagaciones, necesariamente ha de ser sensible á la curiosidad de nuestros lectores, pues no siendo posible sino que la conversacion que tuvieron por el camino hijo y padre fuese tan graciosa como entretenida, no se halla el mas leve vestigio en archivos, bibliotecas, armarios, legajos ni apuntamientos. Bien pudiéramos nosotros figurar aquella que nos pareciese mas natural, atendido el genio, el carácter y las demas circunstancias de nuestros dos caminantes, á imitacion de aquellos historiadores que no hacen escrúpulo de referir lo verosímil por cierto, sin detenerse en contar lo que pudo ser por lo que fué.

Ni se nos pudiera culpar con razon de que nosotros saliésemos con nuestras conjeturas en un siglo en que

todo el mundo sale con las suyas. Habiéndose hecho este título de moda, especialmente en los libros, papeles y discursos que sacan á luz los anticuarios, cronologistas é investigadores y físicos experimentales, que apenas aciertan en otras. No es nuestro ánimo condenar esta costumbre, y mas en aquellos pocos en quienes se conoce es verdadera modestia la que en otros muchos se conjetra ser pura ostentacion, pues nos hacemos cargo de que hay materias que no admiten evidencias ni otras pruebas que meramente conjeturales; pero nuestra sinceridad, singularmente en una historia tan verídica, tan fundamental y tan exacta como la que traemos entre manos, no se acomoda con ese uso, y mas cuando, siendo tantos, tan averiguados y tan instructivos los materiales verdaderos que tenemos á la mano, es ocioso buscar los ideales.

En fin llegaron á Fregenal del Campo nuestros dos caminantes, pueblo no tan grande como Sevilla ni tan poblado como Cádiz, donde hacia su residencia el Familiar, de quien fueron recibidos con agasajo y con un corazon verdaderamente sano; porque, ajeno en todo de la afectacion, era tan franco en descubrir las inclinaciones de su voluntad, como naturalote en no disimular los dictámenes de su buen entendimiento. Mientras se disponia la cena, que no fué delicada ni ostentosa, pero sí maciza y abundante, dijo el Familiar á su sobrino con cariñoso llaneza: «Oyes, Flarico, ¿y llevas enjurjadas para Pedro-rubio tantas garmabainas como echaste por esa boca en Campazas?» Tío, ¿qué me quiere vuestra merced decir por *garmabainas*? «Válasme Dios, hombre, continuó el Familiar; pues yo bien craro me explico; *garmabainas* son aquellas garatujas, entravesuradas, rezumbrones y azufaijas, con que nos encabrínaste á todos los que estábamos oyendo como unos monigotes.» Méenos le entiendo á vuestra merced ahora que ántes, replicó Fray Gerundio. «Pues entiéndanos Dios, que nos crió, dijo el Familiar, y perdonenos nuestros pecádos. Paréceme que te haces remolon á propósito; porque en lo demas es imposible de Dios que no me entiendas, pues tanto como el don de caridad, me le ha dado Dios, bendita sea su similitordia. Tirasme los términos, y ya conozco yo que no son tan retumbantes ni tan pulidos como los que se usan en las znidades; pero decirme á mí que no son inteligibles, no habremos de eso; que es quebrarse la cabeza, y tan bien las calas tú como el hijo de mi madre.»

Si vuestra merced llama *garmabainas*, dijo Fray Gerundio, la erudicion, los pensamientos sutiles, los equívocos, las agudezas, los chistes y el estilo elevado y armonioso, hay bastante recado de eso en el sermon, que llevó prevenido; y como Dios no me quite el juicio, no faltará en todos los que predicare. «Pues ves, si yo fuera que tú, replicó el Familiar, habia de pedir á Dios que me quitara luego el juicio, para no perdicar jamas ansina; pero no tienes que pedir á su Majestad que te lo quite, sino que te lo guelva.» Vos, tío, replicó Fray Gerundio, no teneis obligacion de entender estas materias. «Pero los perdicadores, replicó el Familiar, están obligados en conciencia á perdicar de manera que todos los entendamos.» Basta, replicó Fray Gerundio, que nos entiendan los cultos y los discretos. «¿Pues qué! ¿Basta solamente que los entiendan los eunultos y los secretos? respondió el Familiar. Dime, sobrino, ¿pa-

récte á tí que en Pero-rubio habrá muchos hombres encultos, como tú llamas?» Nunca faltan algunos, dijo Fray Gerundio, por infeliz que sea una aldea, ya sea de ella misma, ya sea de los convidados forasteros, ó ya de los que concurren casualmente: por eso han llevado grandes chascos algunos predicadores que, fiándose en que iban á predicar á lugares pequeños, se contentaban con cualquiera cosa, y se hallaban despues con oyentes que no esperaban; y aun oí decir á un padre grave de ni sagrada religion, que todo predicador se debia prevenir para predicar en Caramanchel, ni mas ni ménos que si hubiera de predicar en Madrid. «No m'arma su doctrina, replicó el Familiar, salvante que quisiese decir ese esentrísimo padre, que tanto ahínco debe poner un perdicador en convencer á los de Caramanchel como á los de Madrid; y que ansina debe expirarse en conformidad que lo entiendan los otros; porque, fuera de eso, irse un perdicador á Caramanchel, y lo mismo me dá la cisterniga (que esta es una comparanza), con daca acá si eran frores ó no eran frores, en virtù de que puedan concurrir algnnas personas de la znidad, eso no es mas que humo y satisfaccion, y la oste de Cristo.

» Pero dejando una cosa por otra, ¿no sabiamos qué virtudes del escribano vas á perdicar?» No le menester sus virtudes para predicar, respondió Fray Gerundio. «¿Cómo no? dijo el Familiar; pues cuando se perdica de los difuntos ¿no es indispensable que se diga aquello en que fuéron güenos, para que emiten sus ejemplos los vivos?» No, señor, respondió Fray Gerundio, nada de eso es necesario; que si lo fuera, solo se predicarian honras de aquellos sugetos que hubiesen sido muy virtuosos, habidos y tenidos por tales de todos los que los trataron; y así vemos que en algunas partes se predicán de todos los que tienen con qué pagarlo á roso velloso, sin que para eso sea preciso hacerles primero informacion de *vita et moribus*, como dicen. «Es imposible que yo no tenga el entendimiento espachurrado, ó que tú no me quieras meter los dedos por los ojos, replicó el Familiar; pues dime, sobrino, el perdicador ¿no ha de alabar á su difunto? Craro es que sí: si le alaba ¿no le ha de alabar en alguna virtù? ¿Pues qué há de decir de él el pobre flaire?»

Lo primero, respondió Fray Gerundio, se puede predicar un sermón de honras que pase, sin tomar en boca al difunto por quien se hace la función; y para que vos lo veais claramente, yo os explicaré el cómo. Entrase ponderando ante todas cosas qué antigua fué la costumbre de hacer honras y funerales por los difuntos. Aquí se va discurrendo por los hebreos, por los griegos, por los romanos, por los egipcios, por los babilonios, por los caldeos, y en fin por todas las naciones del mundo: despues se examinan mas por menor los varios modos que tuvieron de celebrarlas, segun los genios, usos y costumbres de los países; ya con sacrificios, ya con oraciones, ya con pirámides, ya con hogueras, ya con obeliscos, y en algunas partes hasta con danzas y fiestas. A esto se sigue el averiguar cuándo, en qué tiempo, con qué motivo y en qué nacion se dió principio á las oraciones ó panegíricos fúnebres por los difuntos; y se explican las velas de la elocuencia sobre los epicédios, sobre los epitafios, sobre las endechas, sobre los cenotafios, y sobre las menias, extendiéndose tambien la erudicion, si se quiere, á las tablillas ó á las inscripciones

que se guardaban sobre los sarcófagos. Bien repiqueteado todo esto, se busca despues en alguno de los muchos calendarios que hay antiguos, qué fiesta, función ó sacrificio ó cosa semejante celebran en el día que está determinado para predicar las honras, y siempre se encontrará alguna cosa que por aquí ó por allí, de esta ó de otra manera, venga clavada al intento; aplicándose finalmente todas estas importantísimas noticias al asunto de la función con la mayor propiedad, las hogueras á las lúces, hachas y blandones; las pirámides y los obeliscos, al túmulo; los sacrificios, á las misas; las ofrendas, á las que comunmente se hacen los convidados, que los hay casi en todas partes; los epicédios y las menias, al sermón ú oración fúnebre; y demostrando de esta manera el predicador que la piedad de los presentes no debe nada á la de los pasados, y que las honras que hacen á los difuntos los modernos, son parecidas á las que se hacian á los mismos difuntos por los antiguos: líetele vuestra merced cómo, sin tomar en boca al sugeto por quien se hacen las honras, puede acabar honradamente con su *requiescat in pace*, que sea seguido de muchos vítores y aclamaciones.

«Mira, dijo el Familiar, yo no te pnedo negar que eres un pozo de ciencia, y que ahí has enjurjado tantas cosas, que me tienes aturrullados estos cascos; porque, ya se ve, saber tú, como parece que sabes, en la uña todo cuanto hicieron los enjundios, los gabilonios, los miedos, los presas y esos otros que nombraste ahí á manera de caldos; habértese quedado en la memoria todos esos nombres enrevesados de embolismo, parrales, cienpedio, niñerías, cienotafios, y el último vocablo en que dijiste no sé qué de la escritura de los estrófagos, digo en mi ánima jurada, que saber tú todos estos argamandijos en los pocos años que tienes, esto sin ciencia confusa no puede ser, y loado sea el Señor de quienes es todo lo güeno; pero tambien te digo una cosa, que tan bien viene todo esto para perdicar un sermón de honras, como ahora llueven tocinos; y si no, vaya un asenejamiento.

«Yo soy hogano alcalde de Fregenal; junto mañana concejo para saber si se han de guardar ó no los plaos. Escomiencio por decir que esto de concejos es cosa muy añeja; porque los gabilonios, los presas, los calderos y los mamalucas los usaban allá desde el tiempo que hablaban los animales. Paso despues á desprayarme sobre las diversas usanzas que habia para esto de enjuntarse el concejo, y digo, por ejemplo, que en unas partes andaba el ministro de justicia de puerta en puerta, tocando con el cencerro; que en otras era incumbencia del porquerizo ir sonando por las calles el mismo cuerno con que juntaba los cerdos; qu'allá tocaba al munitor pregonar el concejo por las calles; qu'acá se enseñaba á rebuznar un burro desde niño con tales y tales señas, y que este burro, estando ya bien industrialado, y en teniendo, como dicen, uso de razon, se le entregaban al fiel de fechos con la carga y obligacion de que los dias de concejo habia de ir rebuznando por todo el pueblo para que viniese á noticia de todos los vecinos, y ninguno pudiese alegar incusa ni ignorancia. De aquí me meto á explicar la importancia de los concejos, y la grande honra qu'han tenido siempre, no solo en toda Europa, sino tambien en toda España. Digo por fin y postre que todos los concejos, si se ofrece hacer informacion de nobreza y hidalguía, han de venir á probar su alcurnia de los Con-

cejos; y así como estos son sobre las aduicias y chancillerías, pues vemos que de las sentencias de estas se apela á aquellos, ansina tambien, si estuviera el mundo como debia de estar, se hubia de ellos á la indecision de los concejos. Y concuryo con preguntar si en virtud de todo esto se han de guardar ó no los plaos. Dime, Gerundio, así Dios te haga bien, ¿vendria todo esto al caso para la enresolucion de aquel punto?»

Buenas cosas tiene vuestra merced, respondió Fray Gerundio; ¿con qué ahora quiere hacer comparacion de lo que un alcalde propone en el concejo, con lo que un predicador ha de hacer en el púlpito? Tío, en los concejos se va á la justicia.—¿Pues qué, en los púlpitos se va no mas que á entretener el tiempo?—Como Fray Gerundio se vió un poco apretado, procuró sacar el caballo por otro lado para divertir el argumento. Tambien, dijo, se puede alabar á un difunto, aunque no haya hecho milagros ni tenido revelaciones ni su vida hubiese sido la mas ejemplar y ajustada. ¿Cuántas oraciones fúnebres se habrán predicado en la iglesia á grandes capitanes, á grandes conquistadores, á grandes políticos y á muchos hombres verdaderamente sabios, de cuya canonizacion no se ha tratado ni verisimilmente se tratará jamas de ella? Con todo eso, á estos se les alaba del valor, de la intrepidez, de la presencia de ánimo, de la prudencia militar, del celo de la gloria de sus príncipes, y en fin, por otras virtudes que no se encierran ni en las cardinales ni en las teologales, y que no hacen al caso para la vida cristiana, pues sabemos que muchos herejes, gentiles y moros florecieron en ellas. ¿Pues por qué no pudiera yo tambien alabar á mi escribano, si quisiera, de la sagacidad, de la astucia, del ingenio, de la penetracion, y hasta de la velocidad con que escribia, de su buena letra, de sus airosos rasgos, y de la rúbrica que usaba, por una parte tan garabatos, y por otra, tan difícil que parecia imposible ni falsearse ni remedarse?

«Yo soy un pobre lego, respondió el Familiar, que solamente sé leer deletreado y echar mi firma con letra de palotes, estrujando bien la pluma, y no me puedo meter en si es bien permitido ó no es bien permitido que en la iglesia de Dios se alaben púbricamente y se propongan por ejemplo de emitaion al pueblo cristiano estas virtudes que tú dices, y con las cuales puede un cristiano irse al infierno tan lindamente. Este es un punto muy hondo, que no es para mi cabeza; y cuando tú dices que así se usa (que yo no lo he visto, por no haberme topado jamas en estas predicaciones), debe d'haber razones muy importantes para permitir que se haga ansina. Lo que yo digo es, que, por lo ménos acá en las aldeas, donde no se pueden practicar esas virtudes campanudas y donde la gente es sencilla, si yo fuera obispo, de ninguno se me habia de perdicar sermon de honras que no hubiese sido un cristiano muy virtuoso y ejemplar, al modo qu'acá nos imaginamos las personas virtuosas y enjemprares. Porque decir tú del escribano, que fué sagaz, estuto, enginoso, que luego se emponia en los autos, que calaba las intenciones de las personas, que escribia corridamente, que hacia una letra estupenda, que su rúbrica se podia presentar al mismo rey: todo eso bueno será; pero ¿qué sacamos de allí para las benditas ánimas del purgatorio?

A tal tiempo entraron á poner la mesa, de que no se alegró poco nuestro Fray Gerundio, porque su tío le iba

apretando demasiado. Anton Zotes se habia quedado al principio á dar orden de que enuidasen de las caballerías, y despues trabó conversacion con la mujer del Familiar y con sus sobrinos y sobrinas, que entre todos eran seis, y el mayor no pasaba de doce años, repartiendo entre ellos turron, confites, avellanas y piñones, que habia traído para este efecto, entreteniéndose con todos mientras se asó una pierna de carnero, se hizo una tortilla de torreznos y se guisó una buena cazuela de estofado de vaca, que con unas sardinas escabechadas y una tajada de queso de postre, comenzando con su gazpacho de huevos duros, componia entre todo una cena sustancial; sacando despues de levantados los manteles un plato de cebolletas con su salero al lado, para echar la de San Victoriano.

Entraron todos en la salita ó cuarto bajo donde estaban tío y sobrino, sentáronse á la mesa, y cenaron con tanta paz y alegría como ganas. Casi toda la conversacion de la cena se llevaron el Familiar y Anton Zotes, siendo su asunto el regular entre labradores. Preguntóle aquel cómo le iba de cosecha y en qué estado tenia su sembrao. Respondióle este que de cebada habia cogido poco, por falta de aguas, y que, si no fuera por tres arenales que eran linde del arroyo, apenas tendria para el gasto y para sembrar; que de morecajano estaba mal; y que de trigo esperaba que no fuese mala cosecha; porque, sobre tener ya diez cargas en la panera, quedaban doce en la era, tres peces, tres parous y otros dos montones, y entodavía estaban en la tierra como doce morenas. «Pues por acá, amigo, no podemos echar piernas, dijo el Familiar, y algunos probes labradores se quedan *por instam santam oncionem*. Sobre c'hay hombre que no coge lo que sembró. Yo, bendita sea la similitordia de Dios, no estoy tan despreciado; porque, como la hoja que tocaba hogafío está hácia Vallaulí, y aquella tierra es tan espinosa, hizo bodega con las aguas de la otoñada y las que cayeron despues por los entrecejos, con que ha dado bonisimamente, y hasta unas ciento y cincuenta cargas de todo pan ya espero coger, con que me animaré á unviar á Bartolo á Villagarcía, para que escomience la glamática con aquellos benditos flaires de Dios que llaman *teatinos*.

Sí, dijo á este punto, hecha una vibora, la tia Cecilia Cebollon (que así se llamaba la mujer del Familiar), para que aquellos flairones te lo desuellen á azotes. Mejor, respondió con mucha sorna el Familiar socarron; por eso nació el día de San Bartolomé, y fué mi gusto que le pusieran Bartolo, para que me lo desuellen; porque, desengañate Cecilia, la letra con sangre entra. Pues dígame, respondió la Cebollona, que por mas que hagas no he de unviar mi hijo á Villagarcía. En eso harás bien, respondió el Familiar; y por lo mismo que no lo has de unviar tú, tendré cuidado de unviarle yo. Irá donde yo quisiere, respondió la Cebollona, porque es tan hijo mio como tuyo. Y aun mas si lo apuras, respondió el Familiar muy fresco; pues sin meternos ahora en mas honduras, al fin tú lo pariste y yo no. Ea, Cecilia, tengamos buenos manteles y dejémonos de quebrantaderos de cabeza: ya te he dicho que tu enuidarás de las hembras y yo de los varones. Tú darás á aquellas la enseñanza que te pareciere, y yo daré á estos la que me diere la gana.

Tambien yo la tenia de que el mi flarico (dijo á esta sazón Anton Zotes) estudiase en Villagarcía, donde yo

la había estudiado; pero por tener paz con mi Catalina, l'envié á Villanueva; y no me pesa, porque no ha salido por ahí ningún morondo. En todas partes, respondió el Familiar, hay güenos y malos; solamente que en unas partes son mas los güenos que los malos, y en otras mas los malos que los güenos. Lo que yo veo es que los que estudian en los teatinos no alborotan los pueblos, ni apedrean los santos, ni salvan los rosarios, ni se desvergüenzan con los frailes que estudian por otros libros: allá van en sus controversias, vocean, berrean y gritan hasta desgañitarse; pero despues y acabado aquello, punto en boca, cortesía hasta el suelo y tan amigos como ántes. Eso parece bien á Dios y á todo el mundo; lo contrario es mala crianza; y se conocen al vuelo los que estudian con unos y con otros.

En estas conversaciones se pasó la cena: llegó la hora de recogerse y se retiraron todos, quedándose despedidos desde la noche; porque los huéspedes madrugaron mucho para librarse del calor; lo hicieron saliendo de Fregenal á las tres de la mañana y llegando á Pedro-rubio entre siete y ocho, ántes que, como se dice, comenzase á calentar la chicharra. No se puede ponderar el gusto y agasajo con que fuéron recibidos del licenciado Flechilla, en cuya casa se apearon derechamente, segun habian quedado de concierto al despedirse en Campazas. Era víspera del día en que se habian de celebrar las honras, y aquella tarde fuéron concurriendo algunos parientes y amigos del difunto, no solo de los que vivian en los lugares circunvecinos, sino tambien tal cual que residia en poblacion algo distante. Entre estos llegó un reverendísimo abad benedictino, primo del escribano Conejo, varon verdaderamente respetable; porque, sobre ser monje muy ajustado, de porte serio y estatura heroica, de venerable presencia, de semblante majestuoso y al mismo tiempo apacible, era sugeto á todas luces sabio, no solo muy versado en todas las facultades serias que son propias de su profesion, sino admirablemente instruido en todo género de bellas letras, de erudicion amena y escogida, lo que junto á un trato humanísimo y urbano, hacia sumamente grata su conversacion y constituia un sugeto cabal y redondeado.

Traia por socio un predicador segundo de la casa, jóven como de treinta años y monje de su especial cañino; porque, aunque era de genio abierto, festivo y desembarazado, se contenia siempre dentro de los límites de la modestia religiosa, sin que los chistes ni las gracias de que abundaba, perdiesen jamas los términos de la decencia ni se pasasen á ser chanzas pesadas ó pullas que pudiesen ofender ni levemente á los mismos con quienes se juntaba. Por eso y porque era mozo muy ponderoso, exactísimo en el cumplimiento de su obligacion y en el desempeño de su oficio, rendido á cuanto se le mandaba y dócil á todas las advertencias que se le hacian, habia merecido la especial inclinacion y concepto del Abad, que esperaba formar en él un monje á su modo y á su mano, capaz de hourar con el tiempo, no solo á la congregacion, sino tambien á toda la órden benedictina.

Poco despues que se apearon los monjes, entraron á visitarlos, como tambien al padre Fray Gerundio, el cura de Pedro-rubio, que era arcipreste de aquel partido, comisario del Santo Oficio y hombre de singular fábrica en el cuerpo y no de ménos singular estructura en las potencias del alma. Estatura algo menor que media-

na, cabeza abultada y un sí es no es oblonga, con canas rucias y tordas, corona episcopal, pestorejo colorado y con pliegues, ojos acardenalados, y en la circunferencia unas ojeras y sulcos que habian hecho los anteojos perdurables, que solo se los quitaba para leer ó escribir, ó cuando estaba solo; pero en visitas, paseos, funciones públicas, al instante los montaba. Era lleno de semblante, aunque se conocia no ser maciza la grosura; porque á veces fluctnaban los carrillos, subiendo y bajando como fuelles de órgano. Tampoco el color era constante: unos dias muy encendido, otros malignamente jaspeado, con sus manechas verdi-pardas, entre enjundia y apostema; la lengua muy gorda; el modo de hablar hueco, gutural y autoritativo, resoplando con frecuencia por mayor gravedad. Sus letras eran tan gordas como la persona; pero al fin habia revuelto algunos libros de moral, y tenia muy atestada la cabeza de noticias las mas ridiculas y mas apócrifas que se encuentran en los libros; porque para él una vez que estuviesen impresos, todos eran á un precio y las vertia en las conversaciones de los páparos, así de corona como legos, con una satisfaccion, con un *coram-vobis* y con unos resoplidos que no dejaban la menor duda de su certidumbre y de su autoridad. Leia las Gacetas y Mercurios cuando podia pillar algunos sin que le costase ningún maravedí, porque en materia de gastar era *strictioris et rigidioris observantiae*; y solia decir, no sin gracia, que para la relajacion bastábale la potra (era muy quebrado). Hablaba mucho de la Lusacia, de la Pomerania, de la Carintia, de la Livonia, diciendo que estas provincias componian el Landgraviado y Westfalia, con que lo oian como unos parvulitos todos los curas de la redonda; y como por otra parte era infinitamente curioso en indagar todo cuanto pasaba en las chimeneas y en los rincones, cuchicheador y misterioso, le miraban todos con un gesto equívoco, entre respetoso y burla, entre respeto y temor.

Aun estaban en los primeros cumplimientos del Comisario, cuando se entró á galope en la sala el predicador Fray Blas en traje de camino, y sin saludar á nadie se fué derechamente á dar un abrazo á su amigo Fray Gerundio, como si hubiera veinte años que no se hubieran visto; y es tradicion que todavia se estaba componiendo los hábitos que traia enfaldados, que se dió recado de parte del concejo, y entraron los dos alcaldes, los dos regidores, el procurador de la villa y el fiel de fechos; porque aun no se habia provisto el oficio de escribano. Aquel día no debió de ocurrir suceso considerable; por lo ménos se ha frustrado en su indagacion nuestra solicitud y diligencia, sin que en las memorias que hemos podido recoger se halle mas de lo sucedido en el día de las honras, cuya relacion pide capítulo aparte, y vamos á servir á nuestros lectores en el siguiente.

CAPITULO VII.

Lo mismo que el otro.

Amaneció el día siguiente, tantos del mes, corriendo dichosamente el año de 1700; y hablamos así, por estar algo embrollada la cronologia, y no es negocio de engañar á nadie, aunque nos pagaran á peso de oro cada noticia incierta. Reinaba en España su gloriosísimo monarca; gobernaba la Iglesia de Dios el Sumo Pontífice, vicario de Cristo, y era general de la órden un varon grave, elegido canónicamente por el capítulo, cuando el reloj de

sol de Pedro-rubio señaló la hora de las diez de la mañana. Este reloj era la sombra que hacia un sobradillo que atravesaba la pared sobre la misma puerta del matadero, único edificio del lugar cuya fachada principal miraba derechamente á mediodía desde el mismo punto de amanecer. Se habia doblado toda la clave de las campanas; eran dos esquilonés y un cencerro que se debia tocar para las misas rezadas; y aunque los esquilonés en su primitiva fundacion, segun la tradicion de padres á hijos, habian sido de los afamados en toda la comarca, con el tiempo, que todo lo consume, uno habia perdido la lengüeta, y se suplía la falta de esta con una pesa de hierro de dos libras ménos onzas, que por defectuosa habia quitado al carnicero del lugar un juez de residencia. Servia á la pesa de espigon un grueso cordel de cáñamo que prendia del anillo y hembra interior del esquilon deslenguado; y como el cordel no tenia consistencia para contener la pesa en aquella direccion que la daba el movimiento á la campana, siempre que esta se empuñaba, giraba en círculo la cuerda, y sonaba á almirez de boticario cuando el mancebo desprende los polvos que se pegan á las paredes. El otro esquilon se habia relajado un poco en cierta funcion en que hizo mas fuerza que la acostumbrada, y como se le iba la voz, era su sonido acatarrado.

En fin, todo esto importaba un bledo para el sermon de honras que predicó nuestro Fray Gerundio, el cual, llegada la hora y encendido el túmulo, concluida la misa, tomada la capa negra por el preste y acomodado el auditorio, subió al pulpito, predicó su sermon; pero; qué sermon! Excusamos repetirlo, porque ya dejamos hecho un exacto y puntual análisis, que casi puede ser anatomía, de su fúnebre oracion, en todo el capítulo v de este mismo libro quinto, adonde remitimos á nuestros lectores; porque no se apartó un punto nuestro insigne orador, ni de aquella division ni de aquellas pruebas. Mas, porque no es imposible que se halle tal cual lector tan perezoso, que no quiera tomarse el lijero trabajo de recorrer aquel capítulo, no de otra manera (porque un símil oportuno adorna mucho la oracion) que un clérigo galbanero se da al diante siempre que en el Breviario ó Misal encuentra parte del rezo en remisiones ó citas, y por no ir á buscarlas apechuga con el primer comun que se le pone delante; para obviar nosotros este inconveniente, hemos tenido por conveniente recopilar aquí con la mayor brevedad lo mismo que dijimos allí, en gracia de nuestros lectores flacos, miserables y poltrones.

Introdujose pues Fray Gerundio á su famosa oracion con esta primera cláusula, que dejó atónito á todo el grueso del auditorio: «Esta parentacion sacro-lúgubre, este epicedio sacro-trágico, este coluctuoso episodio y este panegiris escenático, se dirige á inmortalizar las memorias del que hizo inmortales á tantos con los rasgos cadmeos que, á impulsos del águilifero pincel que estampa en cándido lino triturado, sirviendo de colorido el atro licor de la verrugosa agalla, chupando en cóncavos aéreos vasos de la leve madera *pamvescia*: *Callanus scribat velociter scribentis.*»

No es posible ponderar con cuánta satisfaccion rompió en esta primera cláusula, y cuántos parabienes se dió á sí mismo dentro de su corazon por haber encontrado voces tan adecuadas como significativas para ex-

plicar su pensamiento. Quo se me vengan, que se me vengan, decia allí para consigo, no solo á impugnar, sino á empujar la cláusula; que levante, que levante el retórico la postura de las voces, y que me las dé á mí mas empuñadas ni mas eruditas. Llamar á las letras *rasgos cadmeos*; á la pluma, *águilifero pincel*; al papel, *cándido lino triturado*; á la tinta, *el atro licor de la verrugosa agalla*; al tintero, *el cóncavo aéreo vaso*; añadiendo despues para mayor explicacion, *de la leve madera pamvescia*, con alusion al bucy, que fué enseñando á Cadmo el camino hasta llegar al sitio donde fundó la ciudad de Tébas; ¿esto lo pensaria por ahí cualquier predicador sabatino de la legua? ¿Y no habrá mas de cuatro predicadores mayores y mas de dos predicadores generales, que no tengan númen para tanto?

Metióse al instante en el espeso matorral del antiquísimo principio de la costumbre inmemorial y de los diferentes modos y ritos con que en todo tiempo y en todas las naciones se han celebrado las honras de los difuntos: no olvidó las repetidas citas de Polibio, Pausanias, Alejandro, Plutarco, Celio, Suetonio, Bernin, Esparciano, Novarino, Apiano, Diodoro Sículo y Heródoto, todos de la misma manera y por el mismo órden que los cita el *Florilégio*. Encajó con la misma oportunidad las clausillas mas brillantes y las que á él mas le habian pechado, en el nunca bastante aplaudido sermon de honras de los militares del regimiento de Toledo; aquello de «tan lúgubremente generosa, luctuosamente compasiva»; la otra, donde erigian «túmulos suntuosos y grandiosos, fúnebres obeliscos radiados de luces y luctuados de bayetas (coherencia lúcida, tenebrosa), que entre yertas y cadavéricas cenizas vitalizaba memorias de militares difuntos»; solo que en lugar de *militares* dijo *escribanales*. Y en la que se sigue despues, dijo «trucidaban inocentes víctimas que dirigian á mitigar rigores de los dioses, esparcian rosas fragantes, confederando matices y verdores, para derramar memorias inmarcesibles y floridas esperanzas á la felicidad eterna de los militares difuntos»: solo mudó las dos últimas palabras, diciendo en vez de «militares difuntos, estiligeros finados», aludiendo á que antiguamente se escribia con unos punzones de hierro ó acero que se llamaban *estilos*. Pero lo que repitió varias veces, porque le habia dado mas golpe que todo, fué aquello de «sollozando menias sentidamente elocuentes, gimiendo endechas piadosamente elegantes»; y aun notó que el auditorio siempre que decia algo de esto, se sonaba los mocos.

En donde estuvo sin comparacion mas feliz que el autor del *Florilégio*, fué en aprovecharse de la exposicion de *Aie* sobre lo que significaba *Odolla*, ciudad donde Júdas Macabeo decretó las primeras honras ó primeros sacrificios que se lee en la Escritura haberse ofrecido á Dios por los difuntos. Dice *Aie* que *Odolla* se interpreta *Testimonium sive ornamentum* (testimonio ú ornamento). Al autor del *Florilégio* le hacia al caso el ornamento y no el testimonio; porque, así como las franjas, los galones y las guarniciones se llaman *ornamentos de los vestidos*, así las guarniciones de los soldados parece que se han de llamar *ornamento de las plazas*: con que, *Ciudad-Rodrigo* es ornamento: *Odolla, id est, testimonium sive ornamentum*, pues es ciudad ó plaza de guarnicion, y por aquí le vino el estrecho parentesco con *Odolla*. Puede ser que á mas de dos críticos de estos

que tratan de genealogías mentales, les parezca algo largo el parentesco; pero no hayas miedo que les parezca así el que probó nuestro Fray Gerundio, de su escribano con la ciudad de Odolla, ó ya se siga la interpretación de *testimonio*, ó ya se adopte la exposición de *ornamento*.

«Aquí conmigo, dijo el ingenioso orador: si Odolla es testimonio: *Odolla, id est, testimonium*, todos cuantos testimonios dió nuestro malogrado héroe, dan testimonio de que fué de Odolla su elevadísima prosapia. Nadie note el *elevadísima*; porque, como se cuentan en ella tantas plumas, pudo elevarse, pudo remontar su vuelo hasta dejar debajo de sí al Icaro presumido: *Icarus Icarias nomine fecit aquas*. Si Odolla es testimonio, *Odolla, id est, testimonium*, luego es la ciudad de los testimonios; y ciudad de los testimonios, aunque parecen dos, son una misma sinónima locucion, como sabe el retórico elegante, segun el cánon de la divina Sinecdoque: *Synecdochoe figura est, in qua pars ponitur pro toto*. Y si no, dígame el entendido, ¿por qué Juan se singulariza por *secretario* del Verbo? *Quia testimonium perhibet de illo, et scit quia verum est testimonium ejus*. Repare el discreto: lo primero, porque dió testimonio; lo segundo, porque fué testimonio verdadero: *Et verum est testimonium ejus*. Aquello le acreditó de *escribano*; porque para ser escribano basta dar testimonio: *Testimonium perhibuit*. Esto le calificó bien de *escribano*; porque para ser buen escribano es menester que el testimonio sea verdadero: *Et verum est testimonium ejus*. Pero de una y otra manera, el dar testimonio es tan propio de los escribanos, como lo es de la ciudad de Odolla el ser ciudad de los testimonios: *Odolla, id est, testimonium*.

»Volvamos al texto: celebráronse ó se decretaron las primeras exequias, *lucido tenebroso*, en la ciudad de los testimonios, en la ciudad de los escribanos: *Odolla, id est, testimonium*; y esa misma ciudad era tambien ciudad de los ornamentos: *Odolla, id est, ornamentum*. Espantábame yo que no estuviesen los ornamentos pared por medio de las exequias: alto al misterio: llamábanse *ornamentos*, en antonomástica posesion, las vestiduras sacro-séricas de que usaba el sacerdote para celebrar el sacrificio de la misa: *Paramenta seu ornamenta*, que dijo con elegancia el litúrgico Rubriquista. Y claro está que exequias sin misa son cuerpo sin alma, ó á lo ménos es la misa la que principalmente vivifica y refrigera las almas que fuéron de los cadavéricos cuerpos: *In Spiritum Dominum et vivificantem, qui*, etc. Ahora conmigo: La misa en días comunes es de puro consejo: *Consilium autem de*, que dijo el vaso escogido; la misa en días de domingo es de riguroso precepto: *Mandatum de vobis novum*. Notólo con discrecion la rubicunda púrpura de Hugo: *Omnes tenentur audire sacrum in die Dominica*. Infiera el lógico ahora: luego en estas exequias de Domingo Conejo era indispensable la misa, porque la misa es indispensable en día de domingo: *Omnes tenentur*, etc. ¿Qué hay que replicar á esta consecuencia? Pues allá va otra: luego fuéron clara y patentemente figura de estas coluctuosas exequias las que se decretaron para el invicto Macabeo en la ciudad de Odolla, ciudad de los testimonios, ciudad de los escribanos, ciudad de los ornamentos: *Odolla, id est, testimonium sive ornamentum, paramenta, ornamen-*

ta.—Omnes tenentur audire sacrum in die Dominica.»

A este modo y del mismo gusto fué toda la oracion fúnebre, cuyo traslado con mejor consejo nos ha parecido omitir, porque sería impropriedad en asunto tan doloroso hacer llorar de risa á los lectores: basta decir que, para cerrarla con llave de oro, dió fin á ella con aquella ridícula alegoría que se le ofreció de repente en el ya citado capítulo v, para contrarrestar la otra no ménos estrafalaria metáfora que tanto celebró Fray Blas en el sermón de honras del famoso *Florilugio*; solo que, allí la dijo seguida y sencillamente, sin adornarla con textos; pero en el púlpito la vistió y la sacó de gala con todos los adornos correspondientes. Tenemos lástima, y aun casi pica en escrúpulo, en defraudar al público de los oportunísimos textos de que la engalanó; y así allá va, ni mas ni ménos como la pronunció, con todos sus atavíos.

«En virtud de que el fiscal (*Adversarius vester Diabolus, tanquam leo rugiens, circuit quaerens*) levantó ante de oficio por el Supremo Juez (*Tenens adversarius Chiographum*), y se dió mandamiento de prision contra nuestro escribano difunto (*Tenete eum, et ducite cautè*), presentóse este en la cárcel del purgatorio (*Claudentur ibi in carcere*), dejando poder al amor filial para que, como procurador suyo (*Gloria patris est filius sapiens*), contradijese la demanda (*Posuit me contrarium tibi*), apelando de la sala de justicia á la de misericordia (*Secundum magnam misericordiam tuam*). Libróse despacho de inlibicion y avocacion de autos originales (*Ego veniam et iudicabo*); dióse traslado á la parte de nuestro ministro encarcelado (*Nihil respondes ad ea, quae adversus te testificantur?*); hizo este un poderoso alegato de misas y sufragios (*Domine, oratio mea in conspectu tuo semper*); y dándose por conclusa la causa (*Non invenio in eo causam*), falló la misericordia que debia de mandar y mandaba que el escribano Domingo Conejo saliese libre y sin costas de la tenebrosa cárcel (*Sinite hunc abire*), declarando haber satisfecho todas sus deudas suficientemente con las pensiones de la prision (*Dimitte nobis debita nostra*); y que así fuese á la gloria en paz (*Requiescat in pace*).»

Desengañese la elocuencia mas valiente, persuádase la elegancia mas retumbante, humíllese la pluma de mas alto remonte, y créame la fantasía del mas delicado presunte, que no es posible, no digo explicar dignamente un solo rasgo, pero ni aun concebir entre sombras un tenebroso bosquejo del embeleso, de la admiracion, del pasmo, del asombro con que fué oída la oracion, de todo el numeroso auditorio que componia todo el grueso peloton de paparismo, excepto el reverendísimo Abad y su socio, que tambien estaban aturridos, aunque por muy diverso término. No hubo siquiera uno entre todos los oyentes que por buen espacio de tiempo no pareciese estatua en virtud del extático pasmo.

Hasta el mismo Fray Blas estaba enajenado, haciéndose cruces intelectuales en lo mas íntimo de su alma, y tan persuadido ya, allá de ojo para adentro, que en comparacion de Fray Gerundio él era un pobre motilon, que desde aquel punto le costaba grandísima violencia el no tratarle con respeto, y solo por no dar su brazo á torcer prosiguió en la llaneza comenzada, pues por lo demás, en su estimacion y concepto pasaba Fray Gerundio por el primer hombre de todo el órden universal:

así lo confesó á un confidente amigo suyo, esta interior particularidad que hace tanto honor á nuestro héroe.

El licenciado Flechilla, que le habia encargado el sermón y aquel día hacia de diácono en las horas, enajenado y fuera de sí, se quedó sentado en el banco donde habia oído la oración, á mano derecha del preste, tanto, que ya el Comisario pasaba incensando el túmulo (calzados sus anteojos) en el último responso, y todavía permanecía en su banco el bueno del licenciado Flechilla, llorando á hilo tendido de ternura, sin advertir lo que pasaba. Apénas entraron en la sacristía los del altar, cuando el preste, sin dar lugar á que le quitasen la capa, se arrojó violentamente al cuello de Fray Gerundio; tuvo un gran rato apretado entre sus brazos, sin hablarle palabra; y despues, retirando un poco el cuerpo y poniéndole las manos sobre los hombros, prorumpió en estas exclamaciones: «¡Oh gloria inmortal de Campos! Oh afortunado Campazas! Oh dichosísimos padres! Oh monstruo del púlpito! Oh confusion de predicadores! Oh pozo! Oh sima! Oh abismo! Es un horror, es un horror! ¡Oh! Oh! Oh!» Y fuése á quitar la capa haciéndose cruces.

No pudo articular mas palabra el licenciado Flechilla por entónces, qué decir interrumpidamente: «¡Padre, padre, padrico! La semana santa, la semana santa del año que viene; la semana santa, no tiene remedio;» y como á ese tiempo entrase en la sacristía Anton Zotes, creyó que era llegada la postrimera hora de su vida, porque consintió morir allí ahogado, segun los abrazos que le dieron, no contribuyendo poco para anudarse las muchas lágrimas que le hacia derramar el gozo. Fray Blas estaba atónito, y solamente se explicó con los ojos y cejas. Al reverendísimo Padre Abad le pareció que no le permitía la urbanidad dejar de presentarse; y así, dejándose ver en la sacristía, seguido de su socio, solo dijo con afabilidad y con agrado, que habia tenido un rato muy divertido, y que era razon que el padre Fray Gerundio descansase; á que añadió el socio: Yo me estaria oyendo á vuestra paternidad otras dos horas; la erudicion, acarreada, el estilo, de lo que hay poco, y el modo de discurrir es original. Con las expresiones equívocas de los dos monjes se confirmaron los otros paletos de que apénas un ángel podia predicar mejor.

Vueltos todos á casa, y ya puesta la mesa, se sentaron todos á ella por su órden; menudeáronse los brindis, repitieronse las enhorabuenas y renováronse las expresiones; y solo no hubo décimas ni octavas, porque, como la funcion era de mortuario, parecia impropriedad. Con todo eso, no se pudo contener un estudiante legista que aquel año habia comenzado los Vinos en Valladolid y tambien comenzaba á hacer pinillos de poeta, echando sus quintillas de cuando en cuando, sus décimas en las porterías y locutorios de monjas cuando habia funcion de hábito ó profesion. Habia concurrido á las honras del escribano Conejo en nombre de su padre, vecino de un lugar cercano y muy amigo del difunto, que por hallarse achacoso no habia podido concurrir personalmente. Pidió licencia para decir un epitafio que se le ofrecia; y como el asunto era tan de *requiem*, fácilmente se le concedió; con que prorumpió en este disparate:

Yace entre estas dos losazas,
Conejo; no yace tal,

Pues que le hizo Inmortal
Fray Gerundio de Campazas.
Caminante, cuando cazas,
No hallarás vivar mas guapo
Que este sitio en que le atrapo,
Pues con cualquier perro viejo
Cogerás aquí un conejo,
Y en el púlpito un gazapo.

Los dos monjes conocieron bien la insulsez de la décima llena de ripio, y sin mas sal que un equivoquillo ridículo que no tenia sustancia; pero los demas, que no hilaban tan delgado, ni entendian ni atendian mas que al sonsonete, la levantaron sobre las nubes, y le hicieron sacar incontinenti muchos traslados para repartirlos por toda la redonda, conviniendo todos que el Licenciado era tan buen poeta como Fray Gerundio buen predicador. Con esto se retiraron los padres á dormir la siesta, y despues de ella sucedió lo que vamos á decir en el capítulo siguiente.

CAPITULO VIII.

Sálense á pasear los cuatro religiosos; y el Padre Abad, en tono de conversacion, da á Fray Gerundio admirable doctrina.

Dormida la siesta, tomado un polvo, rezadas visperas y completas, y adelante un poco la tarde, que estaba muy apacible, dijo el Padre Abad á Fray Blas y Fray Gerundio, que si gustaban salir á espaciarse un poco al campo. Aceptaron gustosos el convite los dos amigos, y se salieron á pasear en compañía de los dos monjes. Apénas salieron fuera del lugar (y no tuvieron mucho que andar para eso), cuando impaciente ya Fray Blas, preguntó al Padre Abad: ¿Qué le pareció á vuestra reverencia el sermón de esta mañana? ¿No fué un asombro? En su línea, respondió el reverendísimo, es de lo singular y de lo precioso que tengo oído. A tal tiempo se incorporó con la tropa el Comisario, que venia con alguna aceleracion á cortejarlos, no habiéndolos encontrado en casa del licenciado Flechilla. Era su traje de paseo, becoquin mocho, sombrero nuevo de castor, alzacuello con su esclavina, sobre-ropa con alamares, baston con puño de plata y buen recado de borla; en fin, parecia un arcediano. Despues de los cumplidos ordinarios se prosiguió la conversacion entablada, porque Fray Blas repitió la misma pregunta, y el Padre Abad le dió la misma respuesta.

No esperaba yo ménos de la profunda sabiduría de vuestra reverencia, dijo el Comisario; malo es que á mí me dé golpe un sermón, un libro, una obra, sea de la facultad y de la especie que fuere, que lo mismo mismísimo ha de parecer á todos los hombres sabios y discretos del mundo. Aquellas exquisitísimas doctrinas, digo noticias, que dijo el padre Fray Gerundio del origen de los elogios y de las oraciones fúnebres, como tambien de los diferentes ritos con que se han celebrado y celebran las honras de los difuntos, comprobadas todas con testimonios de tanta multitud de autores, ¿no prueban un milagro de lectura, y aun abismo sin suelo de sabiduría?

Bien puede ser, respondió el Padre Abad, que al reverendísimo padre Fray Gerundio le hubiese costado eso mucho sudor, mucho aceite y mucho tiempo; porque, como todavía es jóven, no puede tener grande noticia de los autores que tratan á propósito varios asuntos. Dionisio Halicarnáseo, célebre historiador y uno de los mayores críticos de la antigüedad, tiene una bella, ele-

gante y muy erudita disertacion sobre esta única materia, intitulada : *De origine et vario ritu funerandi*. Allí se encuentra todo cuanto dijo Fray Gerundio, y muchas mas. En esta especie de escritos filológicos, dicen los críticos que están puestas en su lugar todas las noticias; pero en los sermones las tienen por impertinentes y por una pueril vanidad de ostentar erudicion fuera de tiempo: á lo mas permiten que se apunten muy de paso, huyendo de recalarse en ellas. Y solo refiero lo que los críticos dicen, pero sin tomar partido; porque no es mi ánimo defraudar un punto el concepto que se merece el padre Fray Gerundio.

¡Oh padre reverendísimo! replicó el Comisario, los críticos son extraña gente: dudarle todo, impugnarle todo, negarle todo, y cádate que soy crítico. ¡Hay manía mas graciosa como negar que Júdas se crió desde niño en casa de Pilatos; que le sirvió de jardinero ó de hortelano; que despues mató á su padre sin conocerle, porque quiso llevarse mas peras de la huerta; que al cabo se casó con su misma madre sin saberlo que lo era, y que á esta tambien le quitó la vida por no sé qué niñería, y que viéndose viudo, se quiso meter fraile, pero no habiéndole querido en ninguna religion monacal ni mendicante, por fin y postre se metió apóstol, y vendió á su maestro, y se ahorcó de un moral muy alto, estando tres dias colgando de él sin poder morir por mas diligencias que hizo, hasta que en el mismo punto que Cristo resucitó, se rompió el cordel y cayó precipitado sobre una piedra ó guijarro punteagudo, que le abrió las entrañas y le sacó los intestinos? Noticias todas tan ciertas, tan auténticas y tan indubitables, como que están escritas é impresas por un varon pio, docto, religioso, en un libro de título muy retumbante. Y en medio de eso los críticos, no solamente lo niegan, sino que hacen grandísima chacota del que las escribe, y no ménos de los que las leen. No haga caso vuestra reverencia de los críticos, y déjelos decir hasta que se cansen.

Soy de esa opinion, dijo el socio del Abad, algo socarronamente. Los críticos vienen á turbarnos de la quieta y pacífica posesion en que estábamos, de creer buenamente mil y quinientas cosas sin perjuicio de tercero; y pues ellos no hacen caso de un título tan justo como el de la posesion, tambien es puesto en razon que nosotros no hagamos caso de ellos. La erudicion sirve de adorno en los sermones, y los santos padres no la desprecian cuando la tienen á mano.

Por lo ménos, interrumpió el Padre Abad, no la usa San Jerónimo. San Gregorio Nazianceno, en las oraciones fúnebres que pronunció, ya en la muerte de su grande amigo San Basilio, y en la de su padre, que se llamaba tambien Gregorio; ya en la de su hermana Santa Jerónima; ni San Gregorio Niceno, en las que predicó en las honras de las emperatrices Plácida y Pulqueria; ni San Ambrosio, en las que dijo en el colegio del emperador Teodosio el Grande, se cansaron en gastar esa especie de erudicion. Mucho peso, mucha solidez, mucha piedad, mucha elocuencia, mucho ingenio y mucha ternura, eso sí; pero erudicion, ni mucha ni poca; y en verdad que los tres santos eran muy leídos.

A eso, Padre Maestro, dijo el socio, se me ofrece una grande disparidad; esos santos predicaban las honras de otros santos, y por lo ménos de unos emperadores que, aunque no estaban canonizados, compitieron en lo he-

roico sus virtudes cristianas con las políticas y con las militares.

Todos estos grandes objetos estaban tan llenos de nobles materiales, que era inútil el adorno, y odiosa la invencion, cuando sin esta y sin aquel no tenia tiempo el orador, ni para apuntar, cuanto mas para explayarse, en dar al auditorio un claro conocimiento de sus héroes.

Nuestro reverendísimo Fray Gerundio no tuvo por objeto de su oracion á ningun San Basilio ni á ningun emperador Teodosio. El señor escribano (que Dios haya) sería muy buen cristiano; pero sus virtudes no hicieron ruido. Comulgaba una vez al año con mucha devocion, oía misa los dias de fiesta, y ganaba con su oficio todo cuanto podia. No venció tiranos, ni ganó batallas, ni conquistó provincias, ni defendió la religion. En fin, no sabemos que sobresaliese en alguna de aquellas virtudes morales ó prendas naturales que tal vez se reputan por asuntos de elogios fúnebres. Bien ve vuestra reverendísima que á un hombre así, esto es, de vida comun y por ventura no muy ejemplar, ha de gastar por lo ménos una hora en celebrarle; es menester arte inventiva, y forrajear mucho en la erudicion para llenar el tiempo y para divertir la curiosidad del auditorio, ya que no se pueda decir cosa que edifique demasadamente.

¡Admirable réplica! exclamó Fray Blas. No tiene respuesta el argumento, dijo el Comisario. Quitómele de la boca, dijo Fray Gerundio. Sosiéguese vuestras mercedes, replicó el Padre Abad; que yo veré si puedo responder á él, pero me han de oír con paciencia.

No tiene duda que las oraciones fúnebres se inventaron en el mundo para celebrar los claros varones, aleutando á los vivos en las heroicas virtudes que practicaron en beneficio de la patria y de la república; eso de que los atenienses practicaron esa loable costumbre los primeros, como lo afirmó Fray Gerundio, es muy dudoso y seguido de muy pocos. Lo mas que se les concede es la invencion de ciertos juegos ecuestres que en honor de los difuntos esclarecidos practicaban sus amigos y parientes, como lo hizo Aquiles con Patroclo, y mucho tiempo ántes Hércules con Pélope.

Lo que no admite duda es, que la primera oracion fúnebre que se lee en la antigüedad, es la de Marco Bruto, pronunciada por Ciceron diez y seis años ántes de las que se leen de los griegos, celebrando las memorias de los que murieron en la famosa batalla de Maraton; y por el mismo tiempo, poco mas ó ménos, tuvieron principio los epitafios ó elogios sepulcrales de los difuntos, dando noticia sucinta de las principales acciones de su vida, ó de los dictados mas visibiles que les adornaron, como el de Anigio Probrino, cinco veces cónsul, cnestor y candidato, á su madre Anigiria Falconia Proba, mujer de un cónsul, hija de otro, y madre de dos; pero sobre ser esta una cuestion inútil, fácilmente podemos conciliar las dos opiniones encontradas, diciendo que los griegos fuéron los primeros que inventaron los elogios fúnebres, dedicándoles precisa y únicamente á los que morian con las armas en la mano en defensa de la patria; y los romanos fuéron los primeros que los extendieron á todos los difuntos que en cualquiera linea hubieran sido beneméritos de la república ó del Estado. Aquellos los limitaron á las virtudes militares; estos se extendieron á todas las virtudes.

Hasta que la Iglesia comenzó á gozar alguna paz

permanente, hácia los principios del cuarto siglo, no se introdujo ni pudo introducirse esta costumbre entre los cristianos. Las primeras oraciones completas que tenemos, que merecen este nombre, son las de San Gregorio Nazianceno, que murió el año de 391. Es cierto que ni entónces ni muchos siglos despues se permitió en la Iglesia de Dios este género de elogios públicos, pronunciados en el templo á vista de todo el pueblo, sino en la muerte de sujetos esclarecidos, notoriamente recomendables por su eminente virtud ó por sus grandes servicios en obsequio de la república y religion. Después la lisonja, la vanidad y la condescendencia, ayudadas de la calamidad de los tiempos, introdujeron el intolerable abuso de celebrar magníficas exequias con oraciones fúnebres á todos los difuntos que dejaban conveniencias para costearlas. Tuvo principio esta corruptela en el siglo xi, cuando se comenzó á relajar la disciplina y las revoluciones del imperio abrigaron la simonía, la violencia y la ignorancia, pues se hallan en aquel siglo y los dos siguientes algunos panegíricos póstumos de sujetos no solamente escandalosos y perversos, sino de hombres, verdaderamente facinerosos.

Para formar estos elogios, claro está que era menester una de tres cosas: ó fingir descaradamente las virtudes que no tuvieron, ó ponderar las que debían tener, ó sacar al teatro con nombre de virtudes los mas descarados vicios, echándoles una capa que les diese otra apariencia. Entónces fué cuando se comenzó á torcer en los pulpitos el verdadero significado de aquellos grandiosos nombres «magnanimidad, bizarría, intrepidez, generosidad, gran corazón, política, prudencia, teson, animosidad, heroísmo, etc.». Contagio ó trastornamiento que, derivándose de siglo en siglo hasta nuestros tiempos, apénas nos dejó en los celebrados héroes mas que unos verdaderos tiranos, ladrones, usurpadores, falaces, astutos, pérfidos, ambiciosos, atrevidos, temerarios y descarados mofadores de todo el género humano.

Apoderada de los pueblos y de las naciones esta piadosa intencion, mas ó ménos se ha conservado en toda la cristiandad. Es verdad que en nuestra España es muy rara la provincia, y aun pueblo, donde se permitan sermones de honras que no sean á sujetos de virtud sobresaliente, sobre lo cual se han tomado varias providencias, así en algunos concilios provinciales, como en diferentes sínodos diocesanos. Si hay algun gremio ó comunidad donde constantemente se observe esta demostracion con todos los individuos difuntos, es por la justa presuncion que funda el mismo hecho de haber sido de tal comunidad ó de tal gremio, de que el difunto necesariamente sobresalió en alguna virtud, prenda ó talento recomendable. Algunos son de opinion que cuando estas prendas no salen de la esfera de puramente morales ó intelectuales, tampoco debieran salir los elogios de los sujetos que las poseyeron, de aquellas piezas donde las comunidades ó gremios sabios celebran sus juntas ó sus ejercicios literarios. Así se observaba en las dos academias de las Ciencias y de las Bellas Letras de Paris: los nobles elogios públicos que se consagraron á la memoria de los miembros de ellas que murieron, se encierran siempre dentro de las paredes de los académicos museos, y hacen una preciosa parte de sus utilísimos ejercicios. El pulpito y los templos parece que solo debieran reservarse para elogiar aquellas virtudes verda-

deras que, sin volver siquiera los ojos hácia la vana inmortalidad de los hombres, miran derechamente á la eterna felicidad. Los que son de este sentir juzgan que es profanarlos el dedicarlos á otra cosa. Yo prescindo de esta opinion, porque mi dictámen no hace falta ni para defenderla ni para impugnarla.

Hace bien vuestra reverendísima, interrumpió el Comisario; porque si llevara la contraria, nos habian de oír los sordos. Yo tengo en mi poder el sermon que se predicó en las honras de un primo mio catedrático, y aunque no fué negocio de que la gente anduviese á cachetes por sus reliquias, pero en fin, el orador, que tampoco es ménos que un catedrático de prima, le compara á Salomon; y en verdad que pienso dejarle á mis sobrinos como alhaja mas preciosa de mi herencia, mandando expresamente en el testamento, que le archiven entre los papeles mas importantes de la familia; y aun no estoy ajeno de hacer á mi costa otra impresion, si pinta bien la venta de carneros; pero prosiga vuestra reverendísima; porque le oimos con gusto.

Digo pues, continuó el Padre Abad, que, aun tolerada en algunas partes la costumbre de predicar sermones de honras á los que en vida no tuvieron las costumbres mas arregladas, pero se hicieron recomendables por otras prendas naturales dignas de estimacion, parece á muchos hombres discretos (cuyo dictámen no me atrevo á reprobar), que están en ellos muy fuera de su lugar las noticias eruditas, gastadas, como se dice, á pasto y muy de intento, especialmente aquellas que se toman de los funerales del paganismo.

¿Pues cómo se ha de bandear el pobre orador sin este socorro, preguntó Fray Blas? Yo se lo diré á vuestra paternidad, respondió el Padre Abad.

Como se bandeó San Gregorio Nazianceno en su admirable oracion fúnebre predicada en las honras de San Basilio, cuando llegó á tratar de su casi universal pericia en todas las ciencias. Ya ve vuestra paternidad que esto pertenece puramente á las prendas intelectuales y naturales; pues sin distraerse el Santo á noticias impertinentes ni hacer ostentacion de alusiones importunas, haciendo una noble descripcion de las ciencias que poseía con perfeccion el gran Basilio, insinuando al mismo tiempo con artificioso disimulo una admirable instruccion para que los oyentes aprendiesen el modo de poseerlas, sin descuidarse de enseñarles cómo habian de usar de ellas con utilidad. Contentóme mucho este hermoso trozo de la oracion, aun leído en la version latina, que sin duda perderia no poco de su elegancia original de la lengua griega. Tradíjele en castellano y aun le tomé de memoria, por si acaso se me ofrecia alguna vez aprovecharme de él; y á fe que han de tener vuestras mercedes la paciencia de oírmele; porque no les ha de disgustar.

«¿Qué ciencia, qué facultad hubo en que Basilio no estuviere muy versado, y tan versado como si se hubiera dedicado á ella sola? De tal manera las poseyó todas, que jamas hubo quien poseyese una sola con igual perfeccion; y con tanta eminencia se hizo dueño de cada una, que parecia ignoraba todas las demas. Y eso ¿por qué? Porque á un ingenio tan sutil como elevado, añadía una aplicacion tan continua como laboriosa: medio único para adquirir el imperio sobre las ciencias y las artes. Su ingenio pronto, rápido y penetrativo, hacia al parecer

ocioso su estudio infatigable; y á vista de su continuo estudio, parecia inútil la rápida perspicacia de su ingenio. Sin embargo, juntó la una con la otra con tanto empeño, que dejó neutral la admiracion, sin saber á cuál de las dos partes se debía aplicar mas, si á la elevada viveza de su ingenio, ó al teson incansable de su estudio. ¿Quién pudo competir con Basilio en la retórica, aquella divina arte que en todo respira fuego? Superior á todos los retóricos mas célebres en el inimitable uso de los preceptos; pero muy semejante de ellos en las costumbres: ¿quién le excedió en la gramática, aquella arte de hablar correctamente, que forma y pule la lengua para el griego mas castizo; aquella que recoge la historia, preside en la poesía, y como suprema legisladora, publica é intima leyes para el metro? Quién en la filosofía, verdaderamente ciencia sublime, que se eleva á lo mas alto de la naturaleza, ya se considere aquella noble parte suya que se dedica á la práctica y experimental indagacion de las causas que producen los efectos naturales, ya se entienda aquella otra que se entrega toda á la especulacion en las disputas, sutilezas y argumentos lógicos, que comunmente se conoce con el nombre de *dialéctica*? En ella sobresalió tanto Basilio, que si alguna vez le empeñaba tanto la necesidad en la disputa, su argumento no tenia solucion, y era mas fácil al adversario burlarse del mas intrincado laberinto, que desembarazarse en la réplica. Por lo que toca á la astronomía, geometría y aritmética, se contentó con saber lo que bastaba para que los peritos en estas facultades le mirasen y le oyesen con respeto; lo demas lo consideró como inútil á la profesion de un sabio y serio religioso que en sus estudios buscaba el provecho y no la curiosidad: de manera que tanto se admiraba en Basilio lo que no quiso estudiar, como lo que escogió para aprender.»

Aquí tienen vuestras mercedes un elogio limitado precisamente á prendas y virtudes naturales que á un mismo tiempo deleita é instruye, persuade y mueve, sin el fárrago de erudicion ó de noticias triviales que un predicador de los que se usan fácilmente embutiria en los varios puntos que toca San Gregorio Nazianceno: un elogio que, no rozándose con las virtudes cristianas, no obstante se pronunció dignamente en el púlpito mas grave, á vista del auditorio mas autorizado y mas serio. Pues ¿quién quita que á imitacion de este se formen otros muchos, cuando en los sugetos cuyos funerales se celebran, no hay que alabar sino prendas naturales ó virtudes puramente morales que, aunque no son méritos para la vida eterna, son imitables por útiles á la sociedad civil?

Y si aun eso no se halla en el difunto (dijo Fray Gerundio con algun sacudimiento y retintin, como quien se habia visto en ese caso), ¿de qué ha de echar mano el predicador? Penetro, padre Fray Gerundio, dijo el Padre Abad, todo el énfasis de la pregunta, que no es tan inocente como parece: confieso á vuestra paternidad que mi primo el escribano no fué canonizable ni se hizo muy visible por otros talentos de la linea natural que logran alguna recomendacion entre los hombres; por eso tuve lástima del orador que habia de predicar sus honras, luego que me avisaron de su última disposicion; y aun él mismo se hizo cargo de la dificultad, cuando por conocerla dejó limosna tan cuantiosa al predicador, aten-

to al apuro en que se habia de ver para encontrar en él algo digno de alabarse. Pero digo que aun en este aprieto hay en la retórica ciertos lugares comunes, y todos graves, de que puede y debe echar mano el orador para fundar su panegírico fúnebre, sin dispendio del tiempo, sin perder respeto al púlpito y con utilidad del auditorio. ¿Y qué lugares son esos, padre reverendísimo? preguntó Fray Gerundio. Yo se los diré á vuestra paternidad, respondió el Padre Abad.

Los que llaman de *la persona*, y se pueden reducir á cuatro capítulos: á las prendas del cuerpo, á las del alma, á la nobleza y méritos de sus antepasados, y al oficio, empleo ó ministerio que ejercitó el difunto cuando vivo. En el cuerpo se puede considerar la proporcion, gentileza, simetria ó hermosura, la agilidad, la robustez, la fortaleza, etc. En el alma, el entendimiento, la penetracion, el juicio, la prudencia, etc. En la nobleza ó méritos de sus antepasados, todas las hazañas que les hicieron recomendables. En el oficio ó empleo, la superioridad, la exactitud, la aplicacion, los medios, los fines, la utilidad. ¿Pues qué! interrumpió Fray Blas, ¿tambien se ha de hacer asunto en el púlpito, de que el difunto no hubiese sido corcovado y contrahecho, sino galan y bien puesto, parándonos en si fué ágil, pesado, torpe ó industrioso, buen ginete ó mal ginete? ¡Valiente impertinencia!

Allá va esa mosca, dijo el Comisario dando un resoplido. Yo me sacudiré de ella con serenidad, respondió el Padre Abad.

Sí, padre Fray Blas, cuando no hay otra cosa de que echar mano, puede el orador valerse de las prendas corporales, con tal que lo haga con la debida gravedad, circunspeccion y decencia. ¿No se celebran en la Escritura las fuerzas corporales de Sanson? No se celebran los cabellos de Absalon? No se aplaude la agilidad de Saul y su destreza en el manejo del arco? No se ensalza el primor con que David heria las cuerdas del arpa? ¿Y cuántas veces habrá celebrado vuestra paternidad en sus sermones la hermosura exterior de Cristo, y habrá hecho algunas pinturas ó descripciones de la singular belleza de la Santísima Virgen? Y del juicio que supongo á vuestra paternidad, no quiero creer que sus descripciones ó pinturillas habrán sido tan profanas, tan escandalosas, tan sacrílegas, como las que he oído yo mas de cuatro veces á muchos predicadores que en lugar de pintar á la Reina de las vírgenes y Madre de pureza, parece que hacian el retrato de una Helena incendiaria, ó de una Vénus provocativa. *Cavendum est* (dice á este intento una pluma igualmente celosa que elegante) *ab ineptiis eorum, qui in laude gravis personae ut Beatae Virginis, erranti stilo, lasciviae speciem aliquam Helenae formare nituntur.*

¿Qué cosa al parecer mas indiferente que la agilidad y destreza en el ejercicio de la caza? Con todo esto se alaba mucho en las historias de varios príncipes que fueron eminentes en este ejercicio, inclinándose á él con moderacion y con provecho y pasatiempo, sin declinar en el extremo de una pasion desordenada y viciosa. Tales fueron Mitridates, Adriano, Carlo-Magno, Henrico Primero y Alberto, emperadores los tres últimos de Alemania. Nicéas exalta con los mayores elogios á la emperatriz de Constantinopla, Eufrosina, mujer del emperador Alejo Angelo, porque en la intrepidez y destreza

en la caza de cetrería, no solo igualaba, sino que excedía á los mas hábiles cazadores de su tiempo. Ni en los nuestros nos faltan ejemplares de angustísimas princesas que no dan muestras menores de su pericia y de su valor en el bosque, que de su penetración y de su profunda política en el gabinete; tan felices en el acierto de la escopeta, como diestras en la puntería de los negocios: lo que se aplaude en la historia, ¿por qué no se podrá elogiar dignamente en el púlpito?

Dije *dignamente*, y lo dije con reflexion; porque, para que se hagan decente lugar en la cátedra del Espíritu Santo estas prendas naturales, siempre es menester elevarlas á motivos superiores, insinuando que aquellos que las poseyeron, ó las enderezaron ó debieron enderezarlas á fines útiles para la religion, ó cuando ménos al Estado. Un orador medianamente diestro puede instruir fácilmente con arte á su auditorio en los medios de elevar á fines de superior orden las acciones mas regulares y mas indiferentes. No salgamos del ejercicio de la caza. ¿Quién quita ponderar la oportuna ocasion que ofrece la soledad para el recogimiento, y varios objetos indiferentes del cuerpo para levantar el corazón á Dios; la veledad, el furor, la astucia y aun las valentías de las mismas fieras, para mil reflexiones conducentes á la utilidad del alma ú al prudente gobierno para las operaciones del gobierno civil? Sabemos que San Francisco de Borja, cuando duque de Gandia, era alicionadísimo á la caza de cetrería, en la cual ejercitaba mil virtudes: ya la mortificacion, retirando de repente la vista cuando mas le convidaba la diversion del objeto; ya el sufrimiento, tolerando sin quejarse, así las fatigas del campo, como los reveses de los temporales; ya una profunda meditacion, sacando utilísimas consideraciones de la velocidad con que el halcon se dispara á la presa, de la docilidad con que á la primera insinuacion del reclamo se retira á la frondosa, de la fidelidad con que presenta la cabeza á su legítimo dueño, refrenando su natural ferocidad por cumplir con su obligacion y agradecimiento.

Aun en el gentilismo tenemos un bello trozo del pánegírico de Trajano, que puede servir de instruccion á cualquiera orador cristiano para dirigir á la religion el elogio. «De las prendas naturales eres (dijo Plinio el jóven) diestrisimo; en la caza una moderada frecuencia parece recreo, y no es mas que mudanza de fatiga. Tienes por alivio lo que suele mudar de trabajo; interrumpes algunas veces los cuidados del gabinete, ¿mas para qué? Para penetrar los bosques, para perseguir las fieras aun hasta los mas profundos senos de sus lóbregas cavernas; para trepar por riscos y breñas inaccesibles, sin mas auxilio que el de tus piés, sin otras huellas que las que estampan tus plantas; y esto ¿en qué viene á parar? En que con sobrescrito de diversion ejecutas la piedad, visitando aquellos sagrados lugares y saliendo al encuentro á los dioses tutelares que los presiden y los protegen: *Quid si quando cum influentibus negotiis paria fecisti, instar refectionis existimas mutationem laboris: quae enim remissio tibi nisi lustrare saltus? Exeunt cubilibus feras? Superare immensa montium iuga, et horrentibus scopulis gradum inferre, nullius manu, nullius vestigio adjutum?* »

Y si el bueno del difunto, replicó el socio, no tuvo ninguna destreza ni habilidad, sino para comer y beber, pasearse y *vita bona*, ¿adónde ha de acudir el angustiado

orador por los elogios? ¿Adónde? respondió el Padre Abad, á su profesion, á su oficio, pues no hay oficio ni profesion que no dé abundante materia para celebrar, si no al modo con que le ejercitó, al modo con que debe ejercitarle y á los fines á que debe dirigirle: lo que todo redundará en provechosa enseñanza del auditorio.

¿Y parece á vuestra reverendísima, dijo Fray Blas, que se encuentran allí á la puerta de la calle los elogios de todas las facultades y de todas las profesiones? ¿Jesús! respondió el Abad: no hay cosa mas á mano, ni tampoco mas de sobra. Cualquiera autorcillo que escribe sobre el todo ó la parte de alguna facultad, oficio ó empleo, comienza colocándole mas allá de las nubes. Pues el prólogo y primer capítulo, cuando muchas veces no sea la mayor y la mas útil parte de la obra, se reduce por lo comun á recoger todo cuanto se ha escrito en recomendacion de la materia que trata: de su antigüedad, de su nobleza, de su necesidad y de su suma importancia: tanto, que al leer la introduccion del mas despreciable folleto sobre alguna parte de aquellas cualquiera facultades y aun artes y oficios mecánicos, un lector incauto se persuade á que no hay mas noble, mas importante ni mas necesaria. A este propósito me acuerdo que siendo muchacho leí cierto librito sobre las fiestas que habia hecho en una ciudad el gremio de los sastres, con ocasion de un retablo que habia costado el mismo gremio. El autor, así en la introduccion como en el restante de la obrilla, juntó ó esparció tantos y tan magníficos elogios de este oficio; sobre todo inculcó su antigüedad y su nobleza, probando, á su parecer concluyentemente, que este era el primero que se habia ejercitado en el mundo, siendo Adán y Eva los primeros sastres, fundado en aquellas palabras del capítulo 3 del Génesis: *Cumque cognovissent se esse nudos, consuerunt folia figés, et fecerunt sibi perizomata*; quo convencido yo á lo mismo, faltó poco para meterme tambien sastre.

Tan bajos pensamientos como esos, interrumpió el socio, nunca los tuve yo; pero tanto como dedicarme á boticario, no me faltó un tris para hacerlo desde que leí en un cierto papeleo sobre la confeccion de Alkermes, que el Espíritu Santo era el verdadero fundador de las boticas, por cuanto él es el que inspira el conocimiento de la virtud de los simples y el modo de elaborarlos. Añadió que por eso las quintas esencias, que son los medicamentos mas activos, se llaman *espíritus*, como alusion á su divino inventor.

Chanzas á un lado, continuó el Abad: al gramático, al retórico, al poeta, al físico, al metafísico, al músico, al astrónomo, al legista, al teólogo, y á proporcion á todos los profesores de las artes ú oficios mecánicos, se les puede alabar en el púlpito con majestad y con decencia por el ejercicio de sus mismos oficios y facultades. Para hacer el elogio de un gramático, no hay mas que leer á Marciano Capela, en el libro tercero; á Diomedes, en la epístola á Atanasio; á Diodoro Siculo, en el libro duodécimo, *Sobre las leyes de Carondas*; y á Suetonio, *De illustribus grammaticis et criticis*. Para el de un retórico y orador, sobre lo mucho que dice Filon Hebreo en un libro *De Querubín*; á Ovidio, en el libro segundo, *De Ponto*, elegía 2; á Plinio el menor, en el libro segundo, epístola 3; á Séneca, en el prólogo á las *Controversias de Craso Severo*; y tambien á Ausonio, en su *Pánegírico á Graciano*.

No hay cosa mas de sobra que los elogios de la poesia; tropiezanse tantos, que son estorbo mas que diversion. Casi todos los que se encuentran en los modernos, son copiados de los que se leen en el diálogo *Pro y contra de la poesia*, que corre con nombre de Cornelio Tácito, y muchos creen ser de Quintiliano; de los que recogió Silvio y Julio hácia el fin del libro undécimo; de los que se hallan en el *Gentiliaco*, de Luciano, como se lee en las obras de Estacio; y finalmente, de lo mucho que dijo Florido en el capítulo 7 del libro tercero, *Contra los detractores de los poetas*.

En amontonar alabanzas de la filosofia, parece que todos se han conspirado: oradores, poetas, historiadores, Ciceron, Capela, Clandiano, Sidonio Apolinario y todos los que escribieron las vidas de los filósofos antiguos y modernos, como Eunapio, Sardiano, Pórfiro, Filostrato, Lemnio, Ammonio, Hegesipo, Dion, Diógenes Laercio; y entre los modernos, Bruquero, Basio, Sonst, Capasi, y el inglés Tomas Stanley.

Para poner la medicina sobre los cuernos de la luna, no es menester mas que abrir cualquiera tratadillo que haya escrito en algun asunto de ella el mas desdichado pedante. A carretadas recoge lo infinito que se ha dicho de la buena, cuidando no ménos de suprimir lo infinito que se ha declamado contra la mala. Pero en fin, por expresar algunas fuentes determinadas, léase la *Vida de Galeno*, recogida por Julio Alejandrino; los *Comentarios de la nobleza*, por Andres Jirauquel; y la *Epistola del ilustrísimo Guevara al Doctor Melgar*; y encontrará el orador un almagacen de elogios de la medicina, que no los ha de consumir en un tomo entero de sermones de honras, á los que han hecho predicar tantos por sus desaciertos.

De las matemáticas sé muy bien lo que dice San Agustín: *Quas multi Sancti nesciunt quidem, et qui etiam sciunt eas, Sancti non sunt*: «Que muchos santos las ignoran, y que los que las saben no son santos.» Esta sentencia, que parece dura, no quiere decir lo que sueña: solo intenta el Santo significar por ella el grande embeleso con que esta nobilísima ciencia arrebató hácia sí á sus profesores, los cuales necesitan de un esfuerzo muy particular para desviar su atencion de las especulaciones matemáticas, si han de encontrar tiempo para dedicarse á las verdades del Evangelio. Por lo demas, nadie puede negar que el mismo embeleso con que arrebatan el alma, es el medio tan eficaz como inocente para desviarla de las pasiones, que son los mayores enemigos de la santidad. Y así, apenas se encontrará matemático sobresaliente que no sea hombre de costumbres irrepreensibles. Pero casi siempre va sobre seguro el elogio de estos profesores; y para formarle prestan sobrados materiales Platon, en su *Timco*; y Aluneco, en el *Isagoge á la doctrina de Platon*.

Un músico tiene mil capítulos que le pueden hacer justamente recomendable; solo con pasar los ojos por el bello panegírico que Casiodoro hace de la música en el tratado que dirigió á Boecio Patricio, libro segundo, hay copia de escogidos materiales para celebrar á los que profesan esta primorosa facultad. Y el que no se contentare con estos, puede leer al ya citado Marciano Capela, en todo el libro cuarto. De los jurisconsultos y de los teólogos no hablo, porque es menester que sea muy ignorante el que no sepa que se puede formar una grande

librería, compuesta precisamente de los elevados y mercedisimos elogios con que todos los han agradecido.

No se fatigue mas vuestra reverencia, dijo á esta sazón el Comisario; que aunque yo le estaria oyendo con grandísimo gusto desde aquí á mañana, me causa congoja el miedo de que se canse.

Pues yo, añadió Fray Gerundio, con licencia de vuestra merced y solo por oír á vuestra reverencia, tengo de hacerle todavía una pregunta. Y si el difunto, no solo no sobresalió en prendas algunas cristianas, morales ó naturales; no solo no fué eminente en la facultad que profesó ni en el oficio que ejerció, sino que en la religion fué un mal cristiano, en la facultad un zopenco y en el oficio un mal hombre, ¿qué ha de hacer el orador sino refugiarse al sagrado de la erudicion?

El caso es algo apretado, respondió el Abad; pero no tanto que no tenga salida. Puede hacer lo que se refiere en la vida de San Antonio de Pádna (caso que no pueda excusarse de predicar en sus honras, que será el arbitrio mejor): obligaron al Santo á predicar en las de un usurero; quitóse de cuentos, no disminuyó el torpe vicio de que habia adolecido publicamente el difunto, declamó vehementemente contra él, y ponderando aquel texto de la Escritura: *Ubi est thesaurus tuus, ibi et cor tuum erit*: «donde está tu tesoro, allí está tu corazon.» Para probar la verdad de este oráculo, dijo con instinto superior, que acudiesen al cofre donde el difunto tenia su tesoro, y que hallarian su corazon en él. Hizose así, y encontróse efectivamente; trájose á la iglesia con espanto de todos, y á vista de aquel desdichado corazon, hizo el Santo un sermon de ninguna utilidad para el difunto, pero de grandísimo provecho para los vivos.

En la vida del venerable capuchino y apostólico misionero Fray José de Carabantes, se refiere otro caso muy parecido: dícese en ella, que, estando un religioso de su misma órden para predicar el sermon de honras de cierto ministro de justicia, se le apareció rodeado de llamas, la noche ántes, y le dijo: «No prediques mis honras, sino mis deshonras; porque te hago saber que, así yo como los que hemos tenido empleo de justicia en este pueblo por espacio de cuarenta años, estamos ardiendo en los infiernos.» Con efecto, este fué el sermon que predicó, dándosele poco de que los parientes del difunto se diesen por ofendidos, como se diesen por avisados y por escarmentados ellos y los demas. No se puede aconsejar que se haga lo mismo siempre que la vanidad ó la lisonja insistan que prediquen honras de sujetos cuya vida fué notoriamente desordenada y escandalosa. Para esto era menester un espíritu tan iluminado y una santidad tan conocida como la de San Antonio de Padua; pero á lo ménos debe guardarse bien el orador de tocar en las costumbres del difunto, porque ó ha de mentir ó ha de escandalizar. Mucho mayor cuidado ha de poner en suponerle en estado de gracia, ponderando fuera del tiempo la infinita misericordia del Señor; porque el auditorio incauto y sencillo, y tambien el que no lo es, oyendo desde el púlpito las imprudentes conjeturas de que se salvó un hombre de tan mala vida, entra en la necia confianza de que igualmente se podrán salvar los que le imitaren en sus desórdenes.

¿Pues qué partido juicioso, preguntó el socio, se podrá tomar en ese apurado lance? El que se debiera seguir, respondió el Abad, en casi todos los sermones

de honras, especialmente los que se dedican á sugetos que no hubiesen sido de una virtud singular, notoria y generalmente conocida: desviar enteramente la atencion de aquel difunto particular, y fijarla en todos los fieles difuntos. Quiero decir, ponderar la terribilidad de las penas del purgatorio, el rigor con que se castigan aun las mas leves culpas con los mas graves tormentos, la indispensable obligacion que todos tenemos de aliviar con nuestros sufragios á las almas que los padecen; siendo esta obligacion mayor ó menor, segun la mayor ó menor conexion de los vivos con los difuntos; el sumo reconocimiento de aquellas almas afligidas respecto de todas las que contribuyen á aliviarlas; su grande poder con Dios cuando se vean en el descanso eterno de la gloria. Inferir de aquí que nosotros interesamos mucho mas que ellas en los sufragios que las ofrecemos; porque nuestros sufragios á lo ménos las podrán anticipar una felicidad de que ya están aseguradas; pero su poderosa intercesion con Dios nos podrá asegurar esa misma felicidad que aun está expuesta á tantas contingencias. Nosotros podremos conseguir que salgan cuanto ántes del purgatorio; ellas podrán alcanzar que jamas caigan en el infierno. Ve aquí unos materiales copiosísimos para disponer muchos sermones de honras, aun en la muerte de los hombres mas foragidos.

No son malos (dijo el Comisario ahuecando la voz entre resoplido y regüeldo); pero si no se ilustraran los tormentos del purgatorio con algo de la rueda de Ixion, con un poco de los perros de Anteó, con un rasgo de los buitres de Prometeo, con mucho del perro, digo toro, de Fálaris, y sobre todo, para pintar bien la pena de daño, con buen recado de la sed de Tántalo á vista del cristalino chorro, es negocio de dormirse el auditorio; y si los ronquidos no valen por sufragios, no hay que esperar otros.

Soy de esa opinion, añadió Fray Blas. Nunca me apartaré de ella, prosiguió Fray Gerundio. Padre Maestro, perdímos el capítulo, concluyó el socio. No perdímos tal, respondió el Abad; porque yo no hice empeño de traer á mi opinion al señor Comisario ni á estos reverendísimos padres, conociendo bien ser empresa muy superior á mis fuerzas. Digo mi dictámen por modo de conversacion, y en lo demas cada cual abunde en su sentir. Esto es, añadió el socio: cada loco con su tema; pero como yo estoy convencido de lo que vuestra paternidad ha dicho, y por lo que á mí toca, con firme resolucion de no separarme un punto de sus máximas, solo quisiera saber qué autor ó autores podría seguramente imitar en las oraciones fúnebres, y si ha habido alguno sobresaliente y cabal en este género de composiciones.

Vuestra merced, que entiende medianamente la lengua francesa, respondió el Padre Abad, ó á lo ménos sabe de ella lo que basta para el gasto de casa, no ignora que hay escrito en ella mucho y bueno de esta especie. Apenas se hallará una oracion fúnebre pronunciada en esta lengua, singularmente de un siglo á esta parte, que no sea un bello modelo de la mas castiza y aun de la mas cristiana elocuencia. San Francisco de Sales fué de los primeros que abrió puerta á la nacion francesa, en la tierna oracion fúnebre pronunciada en esta lengua en las honras del duque de Mercoeur. La que el Padre Bourdaloue predicó en las del gran principe de Condé, Luis de Borbon, parece que apuró todos los primores del arte.

Pero el que entre todos los oradores franceses se elevó en este género de elocuencia á tan superior altura, que no parece posible se remonte mas el vuelo de un orador humano, fué el gran Espíritu Flechier, obispo de Nîmes, excediéndose singularmente á sí mismo en la célebre oracion del vizconde mariscal de Turenne. Si despues se acercó alguno á este grande hombre, fué el ilustrísimo señor Don Pedro Francisco Lafiteau, obispo de Sisteron, en la que pronunció en las honras de nuestro gran rey Felipe V, que al punto se tradujo al castellano, sirviendo de ejemplar á pocos y de confusion á innumerables.

Verdad es que en este punto no están los franceses tan indulgentes como yo, á lo ménos en todos los artículos; porque suponen, lo primero, que las oraciones fúnebres no se hicieron para el púlpito, el cual las adoptó á regañadientes, viendo que la lisonja ó cuando ménos la condescendencia con los grandes se empeñaban en introducirlas en el santuario. En esto no me separo mucho de ellos. Suponen, lo segundo, que para celebrar dignamente á un héroe, es menester que sea tambien héroe el orador; porque no siéndolo, no puede tener ideas ni expresiones proporcionadas al mérito ni á la grandeza de su objeto. De manera que el auditorio ha de estar como indeciso, no sabiendo determinar cuáles es mayor en su línea, si el héroe del púlpito ó el héroe de la campaña, del gabinete ó del solio. Consiguientemente á esto, suponen, lo tercero, que en materia de oraciones fúnebres no se sufren medianías: ó han de ser excelentes, ó han de ser intolerables. Si el auditorio no está embelesado, tiene derecho á silbar al orador. Esta máxima me parece que inclina demasiado al rigorismo, y no mudo de opinion, porque diga Tulio en la carta á Marco Bruto, que *eloquentia quae admirationem non habet, nullam judicio*: «que mientras el orador no asombra, no es orador.» Mas acá hay posada: como llegue á agradar, persuadir y mover, cumplió bastante con su obligacion. Suponen, lo cuarto, que los grandes empleos, los primeros puestos, la autoridad, la nobleza, la sabiduría, el genio, el valor, el heroismo, ni aun el mismo trono, mirados precisamente en sí, no son asuntos dignos de un orador cristiano; y para serlo es menester que el orador haga reflexion á su inanimidad, á su inconstancia, inspirando al auditorio el ningun aprecio que merece este vano humo, útil solo cuando se usa de él para fines elevados y superiores. Tampoco me atrevo á desviar de este dictámen; porque le hallo muy conforme á los principios de la religion, y aun fundado en las mas sólidas máximas de una buena filosofia moral. Estas son las severas leyes que los franceses se proponen para sus oraciones fúnebres, y es cierto que los mas se arreglan admirablemente á ellas.

Pero no crean vuestras mercedes que ellos solos las observan, y no tengamos nosotros dentro de casa algunos bellos ejemplares que imitar, sin necesitar de mendigarlos fuera. Sin salir de la universidad de Salamanca, hay modelos muy acabados. El amor de la cogulla no me permite olvidar á nuestro maestro Vela, á quien arrebató la muerte, cuando el mundo empezaba á conocerle. En dos ó tres oraciones fúnebres que predicó y se dieron á la luz pública, mostró su raro talento para este género de composiciones, en que sin duda compitió con los mas nobles oradores.

El reverendísimo Padre Salvador Osorio, de la com-

pañía de Jesus, catedrático de aquella universidad y provincial de la provincia de Castilla, fué muy singularmente buscado para este género de empeños, y salió de ellos con tanta felicidad, que casi todos los sermones fúnebres se dieron á la estampa, aun ménos para inmortalizar la memoria de los difuntos, que para la enseñanza de los vivos y para la admiración de los sabios.

Varias veces me he lamentado de que algun sugeto celoso de la gloria de nuestra nacion no hubiese hecho una coleccion de estas oraciones para que tuviésemos en España un funeral que pudiese hombrear con los mas célebres que tanto ruido meten en las naciones extranjeras. En la corte de Madrid se predicaron tambien nobles oraciones fúnebres en las exequias del gran rey Felipe V. No hablo de todos, porque algunos inquietarian las cenizas de aquel piadosísimo, juiciosísimo y advertidísimo monarca, si fuera capaz de turbarse el descanso de sus reales despojos, que con gran fundamento considera la piedad como preludio del eterno y glorioso que algun dia les esperaba. Entre otras muy dignas del mayor aprecio, me arrebató la atencion y el gusto la que predicó el doctor Don José de Rada y Aguirre, capellan de honor de su majestad y su predicador de los del número, y hoy dignísimo cura de su real palacio. Díjola en las exequias que consagró á las eternas memorias de aquel monarca su real congregacion de María Santísima de la Esperanza. Su asunto fué un nobilísimo cotejo de las gloriosas hazañas del príncipe, con las heroicas virtudes de cristiano; protestando el discretísimo orador que aquellas sin estas serian materia indigna para un elogio proporcionado al pié de los altares. Confieso que me embelesó aquella noble oracion, y que es grande mi dolor de que muchos oradores españoles desvien tanto del verdadero camino de elogiar dignamente á los difuntos, con aprovechamiento de los vivos, cuando tienen á la vista conductores tan seguros.

Al decir esto se hallaron todos dentro de casa, de vuelta del paseo, que no fué corto, porque insensiblemente los fué empujando en él la divertida conversacion; y si la cercanía de la noche no les hubiera avisado de que era tiempo de retirarse, es de creer que el reverendísimo Padre Abad nos hubiera enriquecido con otros muchos materiales igualmente preciosos y oportunos sobre una materia de tanta importancia. Lo peor del caso es, que perdió el aceite y el trabajo, porque, segun atestiguan uniformemente varios instrumentos innegables, solo el socio se aprovechó de la doctrina: los demas la oyeron con grandísima frescura. El Comisario dijo entre dientes: «No me encaja;» Fray Blas respondió: «Tampoco;» y Fray Gerundio: «Viva el *Florilégio*, y muera la peste.»

CAPITULO IX.

Es buena cosa, y merece leerse.

Al dia siguiente descamparon todos los huéspedes, llevándose Fray Gerundio en todo caso sus doscientos reales en la bolsa, y su *Semana-Santa* entre pecho y espalda. Esto le acomodaba infinito, y ya no dudaba que se sorberia todos los sermones famosos de veinte iglesias en contorno, ni mas ni ménos como si se sorbiera un par de huevos pasados por agua: tan firme en este concepto, que ya repartía en su imaginacion algunos de los que so-

brarian, entre Fray Blas y otros amigos. Fray Gerundio, Fray Blas y Anton Zotes se fuéron á comer á Fregenal del Palo, donde se dividia el camino para Campazas y para el convento, con ánimo de descansar aquel dia en casa del famoso Familiar.

Recibióles este con su agrado, sosiego, paz y socarronería natural, luego que se apearon, y los saludó á todos cariñosamente; pero sin quitarse de la cabeza un monteron perdurable, dijo á Fray Gerundio: A fe, sobrino, que vienes al mas mejor tiempo del mundo, porque nos saques de una enfecultá; porque yo bien conozco que eres un gran letrado, y que has regolido mas libros que un bilbaticario..... *Bibliotecario* querrá vuestra merced decir, le corrigió Fray Gerundio. ¿Ya escomienzas, majadero? le replicó el Familiar. Si entiendes lo que quiero decir, ¿qué te importa á tí el modo con que le digo? Al fin, *bibliotecario* ó *bribríoquitario*, ó sea lo que se juere, lo que yo te digo es, que tu tia y yo estamos ahora en una contraversia: el punto tiene uñas; ó no me parió mi madre, ó harto será que yo no tenga harta razon en el caso... Pero desenfórjense primero vuestras mercedes y entremos en la sala baja; porque no es negocio de tratar unas materias tan hondas en el corral.

Hiciéronlo todos así, entráronse en la salita y limpiáronse el sudor, aliviáronse de ropa, echaron un trago, y estando ya sossegados, prosiguió el Familiar de esta manera: Pnes (como iba diciendo de mi cuento), ¿no ves en aquella arca grande una arpillera liada? ¡Mas va á que no adivinas lo que tiene! ¿Cómo quiere vuestra merced que lo adivine? respondió Fray Gerundio? Pues yo te lo diré en prata, dijo el Familiar; tantas varas de una tela muy rica, que yo no sé cómo se llama; solo sé que me costó á sesenta reales la vara, porque dicen que viene allá de las Indias y no se fabrica en nuestro continente, y es de color de pecluga de torlo zorrero ó de aquellos pájaros que se llaman, se llaman... Válate Dios, ¿cómo se llaman? Ello es una cosa que suena á maravedises. ¿*Malvises*? apuntó Fray Blas. Sí, padre nuestro, prosiguió el Familiar, *malquises*; que no parecen sino mismamente el color del hábito de nuestro padre San Francisco. Amen d'eso, hay en la tal arpillera otras tantas varas de raso liso, amarillo como yema de huevo, para la enforadura. Allende de todo lo dicho, se contienen en la susodicha otras milenta varas de listonejos y de frueros con campanillas ó con esquilonos ó con cencerros, que dice mi mujer, que cosa que es muy precisamente necesaria para hacer un piso ó un friso, ¿ó qué sé yo cómo se llama? con sus ondas escaladas ó escároladas en el roda-pié de la basquiña. *Item*, un cordonillo de hilo d'oro muy sutil, para los cabos de la casaca. *Item*, otro cordon grande del mismo hilo, con sus nudos á trechos como los cordones de los flaires; pero trabajado con mucha prolijidad, delicadeza y siemestria, que real y verdaderamente encalabrina la vista. Ea pues, ¿apostemos una azumbre de vino que no adivinas para qué es todo ese matalotaje?

¿Cómo quiere vuestra merced que yo lo adivine? respondió Fray Gerundio. Ten paciencia, dijo el Familiar; que yo te lo diré sin que te cueste trabajo. Tu prima Sidora estuvo primero en carrampion, despues con vruelas, despues con destinseria, y en fin si se va ó no se va; que era un joicio esta casa. A este tiempo vino aquí un flairico (ni mas ni ménos como tú, salvante el santo

hábito), que perdió á San Antonio de Paula, y dijo, entre otras cosas, que era bueno encomendar las doncellas enfermas al Santo, y ofrecerle que traerian su hábito por tanto y por enanto tiempo. Para esto contó un ejemplo de una doncella rica, hermosa y la única engénita de su casa, que estaba ya agonizando por unas vernelas malinas que le habian ponido la cara como un sapo hinchado; la madre la ofreció con mucha endevocion al bendito Santo, diciendo que si la sanaba y la quedaba sin hoyos en la cara, la habia de vestir de su hábito hasta que se casase, ó en fin tuviese otra conveniencia que Dios la deparase. Súptamente sanó la doncella, y la cara se la quedó tan lisa y tan llana, como si mesmamente fuera una mesa de trucos. Oyó este ejemplo tu tia Cecilia; viene á casa, enéntamelo, y dice que quiere hacer lo mismo con Sidorica. Digola que me parece santo y güeno. Al cabo de muchos dias comenzó á remplazarse la muchacha, hasta que al fin se levantó de la cama, y con el tiempo se fuéron cerrando los agüeros de la cara, tanto que quedó como unas flores y como si enjamas hubiera tenido tales vernelas. Díceme tu tia quiere cumplir su promesa, y yo la respondo que santo y güeno, qu'es mucha razon y justicia; ¿y qué hace? Va y despacha un mozo á Vallaulí, el cual llegó anoche con todos esos argamandijos para el santo hábito. ¿Qué te parece, Gerundio?

¿Qué me ha de parecer? Que hizo muy bien mi tia Cecilia, porque es justo cumplir lo que se ofrece á los santos. A este tiempo entró Cecilia en la sala, y conociendo lo que se hablaba por la respuesta que dió Fray Gerundio, dijo con mucho alborozo: Bien haya la madre que te parió, sobrino mio, que das la razon á quien la tiene, y no tu tio, que es un testarron, y en dando en una, no le sacarán de allí cuatro juntas de güeyes. Tanto me ha entendido el sobrino como la tia, respondió frescamente el Familiar, y mejor matrimonio era imposible que se juntase, si él no fuera flaire y ella no fuera mi mujer. Vamos al caso: yo no digo que no se cumpra lo que se promete á los santos. ¿Soy acaso por ahí algun hereje de mala ralea, para enseñar esa mala doctrina? Lo que digo es, que cuando se promete á un santo poner el hábito de su religion, como si dijéramos: á San Antonio de Paula, el de San Francisco; á San Vicente Ferrer, el de Santo Domingo; á San Francisco Javier, el de los teatinos, y ansina de otros: lo que yo entiendo es, que se ha de vestir la persona de aquel mismo paño, sayal ó estameña de que anduvieron vestidos los santos á quienes se hace el prometimiento, ó á lo ménos de lo que andan vestidos los flaires de su religion, pobre y humildemente; porque decirme á mí que ha de ser enculto y ensequio de los santos traer unos hábitos que cuestan mas que las galas de una nóvia, solo porque se asemejan un si es no es en el color, pero en lo de demas telas muy ricas, ó á lo ménos muy delicadas, mucho cinto, mucha farfala, mucha franja, cabos por aquí, gueltas por allá, escudo con mucha pedrería, hebillas de lo mismo en las correas, y ansina otras fantasías qu'ha inventado la vanidad de las mujeres, eso es habrarme de la mar, y no me sacarán de que esto es mas burla que devocion; más es irritar los santos, que hacernos los perspicios, aunque nos prediquen flaires descalzos.»

¿Segun eso, replicó Fray Gerundio, vuestra merced querrá que una mujer tierna y delicada, ofrecida á traer

el vestido de San Antonio, ó por devocion ó por reconocimiento de algun beneficio, se vistiese de un sayal áspero y burdo; y si es el de San Vicente Ferrer, de una estameña gruesa y ordinaria; si el de San Francisco Javier, de un paño comun y vasto? Claro está que lo queria y que lo quiero, respondió el Familiar, porque en demas no es vestir el hábito que trajeron los santos, ni es devocion, ni es penitencia, ni muertificacion, ni es modestia virginal; sino ventolera, vanidad, ostentacion, profandá, descarnio, sacrilegio, ¿y qué sé yo que mas? Mal me quiebren los huesos si los santos no se irritaren de este inculto, en lugar de darse por obsequiados; y para que no imagines c'habro de mi calletre, te he de contar un ejemplo que m'acuerdo haber oido á este propósito.

A cierto caballero muy jurador y maldiciente le castigó Dios, disponiendo que se le hinchase la lengua y le saliese un palmo fuera de la boca. El probe impaciente se enrepentió, y ofreció á la santísima Virgen que, si por su intercecion le libraba su hijo de aquel trabajo, se vestiria de ermitaño, y la serviría como tal en un santuario suyo muy celebrado. Al punto y al momento se recogió la lengua á su lugar, y él empezó á cumplir su promesa honradamente, yéndose al santuario y echándose á cuestras una saya de ermitaño con todo rigor, que no habia mas que pedir. Pero el diablo, que no duerme, le sugirió endemipnes que aquel traje le deshonraba, y que podia cumplir su promesa conservando no mas que la figura y mudando la materia: de manera que pareciese ermitaño sin dejar de mostrar que era caballero. Cayó el pobre señor en la red que le armaba el astuto enemigo; echése un saco y un manto y una capilla de paño fino, prendiendo la correa con hebillon de plata sobredorada, que parecería bien en el pretil del caballo del mismo rey; su sombrero blanco de castron con su galon d'oro que enchizaba; sus medias de seda entaracadas de varios colores, que formaban un pardo enceniciento muy apracibre á la vista; sus zapatillas blancas, listoneadas á trechos de negro, para remedar las andarias de los flaires descalzos; y por báculo una caña de ludias con su puño d'oro en figura de cayado, como dicen que s'usan agora en algunos señores de la corte; ¿y qué sucedió? C'á pocos dias c'anduvo en este traje enresible para los hombres de juicio, se le volvió á escurrir la lengua de la boca, y en verdá, en verdá, c'asina murió, no habiendo ninguno que no lo atribuyese á castigo de la Virgen por la burla c'habia hecho del hábito c'habia ofrecido; y esto siendo ansina que el hábito de ermitaño no está bendito, ni, como dicen, significado. Pues que s'anden agora las señoras damas á burlarse con los santos hábitos.

No creo yo, dijo entónces Fray Blas, que lo hagan por burla, sino por la natural delicadeza del sexo, que no las permite usar de unas telas ó paños tan bastos, que las brumarian. «Padre perdicador mio, replicó el Familiar, déjese de circunloquios: lo primero, del mismo sexo fuéron las santas y grandes señoras que sabemos andaban en el siglo vestidas de los hábitos de varias religiones, y de ninguna se dice c'anduviese vestida en esa forma, sino lisa, llana y probeblemente, como los flaires y como las monjas; lo segundo, del mismo género son tantas capuchinas descalzas, recoletas, carmelitas y otras innumerables, que pueden muy bien con los pa-

ños burdos sin que las avoquen las fuerzas ni las perjudiquen la salii; lo tercero, que yo no pongo el alinco en que los hábitos de las damas sean de la misma mismísima materia que los de las monjas y de los flaires. Bien está que sean de una tela de lana un poco mas delgada que la que usan estos y aquellas, aunque se incrine algo á la tela fina, con tal que sea honesta, siempre sencilla, sin armacos ni recubecos. ¿Pero de seda? Pero de telas de oro y de plata? Pero mucho encaje, mucho perifollo y mucho si señor? Déjelo, padre; que eso es un ludibrio de la religion, y no sé cómo no han metido la mano que pueden atajar estos escarnios.

Oyes, oyes (dijo á esta sazón Cecilia con bastante viveza), pues por mi vida; que el bendito San Antonio que está en la capilla de la parroquia, no tiene por ahí nengun hábito de sayal tosco; sino que tiene un hábito de saya de la reina de tela muy rica, con su flajan de oro por orla, y al rehedor de la capilla y de las mangas un galon ó punta de lo mismo. ¿Puesto yo que el hábito costó mas de veinte doblones; y es de saber que cuando ofrecí poner el hábito á mi Sidorica, ofrecí ponerla el de San Antonio, y no el de los flaires; pues si la ha unviado á traer una tela y una flanja y un galon, ello por ello como el del mismo Santo, ¿por qué nos estás ahí quebrando la cabeza y bruñendo los sesos?

¿Ahora no ven vuestras mercedes (respondió con flemma y con marrajería el Familiar) si mi mujer es ingeniosa? Cual si hubiera estudiado tología, la hora esta ya era por ahí saminadora sinodal de media docena de obisposados. Mire vuestra merced, Señora Cecilia, á los santos en los altares, regularmente hablando, los ponen muy galanos para representar, acá en nuestro modo la vestidura enmortal y riquísima de que están adornados en la gloria. Diráme tú á esto (eraro está) que aunque se empleen para esto las telas mas ricas, ni las piedras ni las joyas mas preciosas, todo es poco y nada ascanza; porque cuanto hay en la tierra todo es una garzofia enrespectivamente al menor rasguño del cielo; pero cuando se promete á un santo traer un hábito, como por comparanza á San Antonio, ora sea por devocion ó por penitencia, ora por cualquiera otro motivo, no se promete andar vestida como San Antonio glorioso, sino como San Antonio penitente; no como maginamos que está en el cielo, sino como sabemos que anduvo en el mundo; lo demas, señora letrada, de presumir andar una pecadora como nos figuramos á los santos en la gloria, no sé yo si güele á cosa de enquisicion; y en verdá que como olierá, yo mismo la enseñaría á vuestra merced el camino; que ya ve si por mi oficios'ha de decir que *en casa de herrero cuchillo de palo*.

No sino que vestiria yo á mi hija como si fuera por ahí una demandadera de las Descalzas. Mi hija es tan güena como las demas; y si otras sacan hábitos ricos, ella no ha de sér ménos. ¿Si las otras son locas, añadió el Familiar, que lo sea tambien tu hija? ¿Y si las otras se van al infierno, que se vaya tambien ella? ¿Pues qué, dijo Cecilia, es pecado traer hábitos de moda? Eso, amiga mia, respondió el Familiar, doctores tiene la santa Iglesia que te sabrán responder. Lo que yo te sé decir es, que estando en Vallauli, oí á un misionero (que dicen que era hombre muy sapientísimo), que el hacer burla de los santos hábitos de las religiones, aprobados por el Santo Padre de Roma, y aplicarlos á usos profa-

nos y á otras cosas así, era pecado muy gordo; y no me acuerdo si dijo algo de excomunion. Si es ó no es profanar los santos hábitos el traerlos para la vanidá, para la ostentacion, haciendo soberbiosa la humildá, convirtiendo en riqueza la probeza, y queriendo juntar la honestidá y la modestia de los santos con todas las modas y aun con todas las desenvolturas del siglo, la resolucion de este caso no es para cabezas redondas como la mia.

Bien hace vuestra merced, tío, en no resolver, interrumpió Fray Gerundio; porque si ese fuera pecado, no estaria tan públicamente consentido ni se hubiera extendido tanto el uso de los hábitos, que ya se ha hecho especie de moda. Vemos que los traen señoras de todas clases, y muchas de ellas frecuentan los sacramentos, confesándose con hombres sabios que las absuelven y lo permiten; con que no debe de haber en eso tanto mal como á vuestra merced se le figura. Dobremos la hoja, sobrino (respondió el Familiar); que quizás nos meteremos en cosas muy hondas, donde ni tigo ni migo podamos salir. En eso de hombres sabios hay su mas ó su ménos: las ausoluciones tambien he uido decir que andan muy baratas; en fin, *de encultis non iudicat Ecclesia*.

Una cosa te puedo decir, que aunque yo fuera Padre Santo, no me habian de llevar la ausolucion los que anduviesen como una que yo vi, y dicen que era señora de emportancia. Traia una basquiña muy cumprida de una tela morada muy riquísima, con sus encajes á trechos, de prata, cada uno de mas de tercia, y en bajo de la basquiña y el guardapiés un tontillote que, como me parió mi madre, no cabia á las derechas por una puerta muy ancha; en conformidá que cuando entraba la señora por alguna, era menester enjurrarse de lado, ni mas ni ménos como lo hace una moza cuando mete una brazada de manojos por la puerta del horno. Colgaba de la cintura una cosa á manera de trenza ó de cordon, que se componia de tres cositas muy anchas, de tela, todas entreveradas, para salpicar mejor los tres colores, que eran morado, blanco y azul, los cuales tenian ilusiones á no sé qué misterio. Esta trenza ó cordon, ó lo que fuese, no bajaba en pié preñdicularmente hácia en bajo, como las correas, los cordones, ó los ciñidores de los religiosos ó religiosas; no, señor: venia curaculeando por un lado de la basquiña, con sus lazos de tramo en tramo, y remataba postreramente entre las dos últimas correas del encaje, con unos coselos de palmo que no parecia sino un girasol pentiparado. La casaca era de la misma tela que la basquiña, y tambien subian y bajaban por ella unos encajes de hilo de prata, ensortijado ansina á manera de los cohetes que llaman de cola y si no (y es mas mejor comparanza), como los capotillos de llamas de los injusticiados por el Santo Oficio y rejalgados á brazo seglar: traia extendido al pecho un escudo de piedra, todo él desgastado en oro, y en medio de él un retrato de un divino Señor vestido de nazareno, con la cruz á cuestras, que no habia mas que ver. Las sortijas, los anillos, las isdirdaldas, los diamantes y los rubines que traia en los dedos de las manos, eso era un juicio. ¿Pues qué te diré de unos rosarios que tenia á manera de gargantillas ensortijadas en las mañecas, y eran de unas perlas finas como avellanas? Tampoco digo nada de esos que llaman *vuelos* las mujeres, todos bordados tan solitilmente, que se me asemejaban á

las venicas de un niño muy blanco y rubio, cuando se descubren por entre el cutis. Los vuelos eran de tres religiones... De tres órdenes querrás decir, borrico (interrumpió la Cecilia, no sin una gran carcajada). Estimo la lisonja, prosiguió frescamente el Familiar; ¿qué mas me da religiones que órdenes? En fin ellos eran tan cumplidos, que se m' asemejaron á mangas de roquete, como los que traen los legos c'ayudan á misa mayor.

Así vi á la tal señora; y creyendo yo bonitamente que debía de ser recien casada, y que aquella era sin duda la mas rica gala de novia, se lo dije á mi mercader mi conocido que estaba enjunto á mí. El mercader se rió mucho, y me respondió c'aquello no era gala, sino un hábito de Jesus Nazareno que s'habia echado la señora en cumplimiento de una promesa. ¡Hábito de Jesus Nazareno! Que yo en toda mi vida oí que habia flaires de esa orden. No es religion, respondió el mercader, sino que las señoras por devocion quieren andar vestidas como anduvo Jesus Nazareno. ¿Y Jesus Nazareno anduvo vestido ansina (le repliqué todo escandalizado)? Eso preguntémoslo vuestra merced á ellas, respondió el mercader.

Confieso, señores, que me quedé entónito, y que no creyera que en la religion cristiana se permitia tan ensensiblemente una cosa que parece hacer chanza de lo mas sagrado y lo mas doloroso de ella. Aquel mismo dia se lo dije á un cierto prelado de una religion, con quien me confesaba siempre que iba á Vallaulí, porque es un pozo de cencia y de virtud. Dió el buen religioso un gran suspiro, y á fe que me respondió que tenia razon; y me acuerdo que á este mi propósito me dijo dos cosas: la primera, c'habrá como unos cuatrocientos años que allá en España se inventó una seta que llamaban de los *Flangelantes*... (Flagelantes diria, corrigió Fray Gerundio), ó como tú quieres. Pues estos tales flangelantes, dice que fuéron condenados como herejes por un papa que se llamaba Cremente VI. Lo primero y principal, porque enseñaban muchos horrores, y entre otros, que no se podian salvar sino que los que, quitándose el pellejo á azotes, se bautizaban con su misma sangre; y lo segundo, porque á este fin andaban vestidos de penitentes, muy gurijs y muy emperifollados. Esto último me dijo el santo religioso que aun se habia gotvido á usar en España en tiempo de Carlos II, habiendo algunos mozelos de malos cascos, que en tiempo de semana santa se vestian de penitentes muy guapos, para galantear á las damas; pero que el piadoso príncipe, dempués de haber castigado á algunos rigorosamente, habia probheido este auto con justísimo y severísimo decreto.

La segunda cosa que me contó, aun es al caso presente mas propia. Relatóme que dempués que un emperador llamado Heraclio rescató el madero de la Santa Cruz del poder del rey de Presia (que tiene un nombre muy enrevesado, ansina á manera de Costras), instituyó una procesion muy solemne para culcarle en un tempro magnífico de Jerusalem: el mismo emperador, vestido de sus ropas empiriales, llevaba en sus hombros la Santa Cruz; pero sucedió una cosa de espanto, y fué que al querer entrar por la puerta de Jerusalem (qu'era la misma por donde el Salvador habia salido para el Calvario), se quedó inmóvil el Emperador, sin ser impusible de Dios dar un paso para adelante. Entónces el

obispo de Jerusalem qu'iba enjunto del Emperador y debia de ser un santo, le dijo: «Señor, sin duda que el Salvador debe estar muy desgustado de que vos lleveis el madero de nuestra redencion en este traje tan sustenoso; porque en verdad que cuando él le llevó por esta misma puerta, iba en hábito muy diferente. Vos llevais corona imperial en la cabeza, y su Majestad iba con corona de espinas. Vos vais con un manto imperial de púrpura, todo cubrido de flores, y él iba con la probe túnica inconsútil, que era de lana bañada de su propia sangre. Vos llevais un rico collar al cuello, y su Majestad llevaba una gruesa y larga soga por la cual le tiraban aquellos malditos sayones. Vos vais con un calzado que deslumbra la vista, y el Salvador iba descalzo de pié y pierna, con los piés todos ensangrentados.» Apénas oyó esto el gueno del Emperador, cuando, arrasados los ojos en lágrimas, se despojó al momento de las vestiduras imperiales. Vistióse una probe túnica, púsose una corona de espinas en la cabeza, echóse un degal al cuello, descalzóse los piés, y encontiuenti empenzó á andar sin estorbo ni embarazo.

Eran de oír las refrisiones que sobre este enjempro hacia el bendito padre, ponderando el enojo del Señor por una cosa en que al parecer no habia culpa ninguna, y sacando de allí cuánto se enritaba con estas obras, que no es pusible dejen de ser muy culpables; porque, en concurcion, el Emperador iba con aquel traje que era propio y preciso de su alta diñidá; pero estas otras nazarenas no tienen percision de andar ansina; y se visten ansina no mas que por antojo y por invencion de su loca fantasia. El Emperador en medio de la majestad de la púrpura, iba con devocion grande; pero las nazarenas cuando habian de dar ejemplo de compostura, siquiera por lo que significa el vestido, no parece sino que se valen de él para ser mas desenvolidas; y poco mas ó ménos lo mesmo que decia de las nazarenas, lo aplicaba tambien á las demas que traen hábitos galanos.

Vaya, dijo Fray Blas, que debia de ser muy escrupuloso este prelado. A mí, por lo ménos, un hábito bien puesto en una mujer, me gusta mucho: á todas las dice bien, pero si son bien parecidas, las cae muy en gracia. ¡Santísima razon, respondió el Familiar, y en boca de un religioso! No hay mas qué pedir. Yo, Padre Maestro, por ahora no me opongo á que las mujeres, especialmente solteras, procuren lícitamente agradar á los hombres y engalanarse por esto cada una segun sus pusibles. Su alma, su palma; y cada cual se componga segun su conciencia. Yo vi lo que dice un autor, que los hombres tenemos tres enemigos: el mundo, el demonio y la carne; pero las mujeres tienen cuatro: el mundo, el demonio, la carne y el parecer bien. Lo que digo es, que valerse de las cosas santas para parecer mejor, eso es lo que á mí me parece muy mal. Y en fin, fuese ó no fuese escrupuloso el prelado de quien vamos hablando, es cierto que no lo era otro religioso macizo, aunque no tanto que no fuese ya lector de tulugía en aquella santa comunidá el que s'halló presente á nuestra conversacion, y ciertamente que tenia unos ojos tan vivos y tan aquellos, que se conocia á la lengua que no era ganzoño. Este tal sabia muchas copras en latin y en romance, y dice que tambien las hacia muy guapas. Con todo lo que conversamos se conformó tan lindamente, y aun me dijo que yo habia de tener guien entendimiento,

aunque no me explicaba con la mayor escricion. Cuando relaté aquello del tontillo, se rió mucho y añadió que esa moda siempre le habia parecido la mayor mamarrachada en que podia dar la emaginacion de las mujeres, aun en sus trajes de gala; porque, como todos saben en qué consiste aquel bolumbo, hacen de él la misma burla que de los palitoches que levantan hasta el tejado á los gigantes del Corpus, y de los cuerpos de paja con que se fegulan los espantajos y los estafermos.

A este empropósito relató unas copras, primero en latin, y dempués glosadas en romance por él mismo, las que contentaron mucho al mismo perlado; y viendo tambien que á mí me habian gustado las segundas aunque no entendia las primeras, le mandó que me diese unas y otras escritas. Hizolo así, y me las meti en el balsepeto; y por vida del hijo de mi madre, que las ha de leer aquí mi sobrino Fray Gerundio; porque, como yo no escanzo latin, no sé leerle con aquel sentido y con aquella enteligencia que se debiera. Diciendo y haciendo, sacó del bolsillo un papel tan sobado y aceitoso, que parecia cuarteron de un encerado. Diósele á Fray Gerundio, que lo leyó en voz alta con bastante alma, y se sabe por tradicion de padres á hijos, que decia así:

*Sunt hodiè libre, ut muliebria corpora, quæ dum
Conclari neglecta suo, atque inculta morantur,
Macra videbuntur, brevibusque simillima sardis.
Fac tectis prodire eadem expectandu per urbem,
Non eadem forma est, nam cum peronibus altis
Incubere pedes, cunctam redimicula frontem
Aedificant: arcum et vestis simiosa tumescit,
Prægnantem artificei defendens turbine ventrem;
Protrius augetur species, majorque videtur
Atque alia. Ingentes una implet femina postes,
Angustaque vicem magnos imitata elephantes,
Aut orcam per aquas vastâ se mole ferentem.*

TROVA.

Si coges de repente,
En traje descuidado y negligente,
A una dama en su cuarto ó una moznela,
Tendrâs la por sardina ó por truchuela;
Tan seca, tan enjuta y estrujada,
Que ménos es mujer que rebanada.
Pero espera un poco;
Que presto verás ninfa á la que es coco:
Deja que salga á vista por las calles;
Que aunque cien veces la halles,
Has de decir mirando á la doncella:
«¡Vive Dios santo, que ya es otra aquella!
¿Cómo creció una cuarta en un instante!
¡Hoy plenilunio la que ayer menguante!
¿Cabia ayer metida en cualquier cesto,
Y hoy no rabe en la plaza! ¿Cómo es esto?
No te canses, Lucilo, en reflexiones;
¿Pues no ves que se empina en dos tacones,
Tan altos, tan iguales,
Que salen con tacon los careñales?
¿Y piensas se contenta
Con crecer por los piés? Tambien intenta
Poner en la cabeza su cuarto alto.
Da con tu vista un salto,
Y verás el tupé, el jardín, el rizo,
La mitad natural, la otra postizo,
Con el petiboné medio al desgaire,
Pues todo es ganar tierra por el aire.
Pero lo que mas te pasana
(Aun mas que todo admirarás una fantasma),
Es verla tan anbolta,
Que casi llena un juego de pelota;
Y dudas al mirar el envoltorio,
Si acaso aquello que anda es un cimborio.
Eres un monaguillo,

Pues no ves que es milagro del tontillo

Aquel que á las casadas

Sirve entre otras mil cosas excusadas;

Pero en tal cual soltera no muy lisa,

Es sin duda una alhaja muy preciosa.

¿Para qué? me dirás. Eres sincero:

¡Bátele á decir; pero no quiero.

El tontillo á la flaca la hace gorda,

Y tal vez finge tórtola á la torda;

Porque son los tontillos nobles piezas

Para encubrir gorduras y flaquezas.

Una mujer, en fin, con guarda-infante,

Cátala convertida en elefante:

¿Haces gestos al simi? ¿No te llena?

Pues por mí, mas que sea una ballena.

No obstante que ni Fray Gerundio ni Fray Blas eran del gusto mas delicado que se ha conocido hasta ahora en el orbe de las letras, como lo puede haber observado el curioso lector en la serie de esta exactísima historia, se sabe que aplaudieron bastantemente la trova, por ser lo que mas entendian; bien que Fray Gerundio, por saber sin comparacion mucho mas latin que Fray Blas, no dejó de hallar singular gracia en los versos latinos; y como que se inclinaba á que tenian mas que los castellanos, así lo dió á entender, y con esto se pelaba las barbas el Familiar, porque sus padres no le hubiesen dado estudios, por lo ménos hasta que saliese un razonable gramático, que fué la frase con que se explicó.

Los que le oyeron todos con gran indiferencia fuéron Anton Zotes y la Señora Cecilia; Anton Zotes, porque casi desde el principio de la conversacion se habia algo dormido, á causa de estar algo alcanzado de sueño por haberse levantado á media noche á dar un pienso á las caballerías; la Señora Cecilia, porque del latin (yase ve) no entendia palabra, y del romance le sucedia con corta diferencia lo mismo. Solo percibió que allí se hablaba de tontillo, y esto bastó para que dijese muy alegre: Ahí me las dén todas; que yo ni para mí ni para misa he pensado enjamias en tontillo, pues ni mi madre ni mi agüela usaron por enjamias de los enjamases de esas envencones.

Tú que tal dijiste (tomó la taba su marido el Familiar, y la dijo): Oyes, ¿y tu madre ni tu agüela usaron enjamias des los enjamases de los galones d'oro, de encajes de prata, de telas de tiezú, de enguarinas, de trapacerías, de mantos de tafetan de ilustre, con encajes de media vara, de embanico de dobron, de manguito enforrado por fuera en treciopelo, de rosario de pizazuli ó de inventurina, engarzado en prata ú en oro, ni de otras mil embusterías (otra cosa peor iba á decir; pero calló) de las c'usas tú y quieres qu'usen tambien tus hijas? Unas sayas de estameña, unas basquiñas de corodelate, una enguarina de paño fino en los dias recios, una capa sobre la cabeza con su vuelta negra de rizo ú á lo ménos de treciopelo, con embanico redondo de papel pintado con almagre encima de una caña, un rosario de lágrimas, y el mas precioso de cachumbo, estas eran las galas, y servidor. Ansina vivieron honradamente, ansina nos dejaron un pedazo de pan que comer; y no tú, que tienes traza de echarme por puertas; porque en los dias de fiesta pareces una condesa, y tus hijas unas marquesas; siendo ansina que no sois mas que unas probes y honradas labradoras, sin considerar que causais risa á la gente de meollo; porque, al fin, aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

Iria el sermón mas adelante, si en aquella hora no hubiera entrado una criada á poner la mesa, porque ya era hora de comer; y por la cuenta, ni en la comida ni en lo restante de aquel día que se quedaron á descansar en el Fregenal, no debió de suceder cosa remarcable; á lo ménos los autores de aquellos tiempos tan retirados nada refieren, contentándose con decir que la mañana siguiente, muy de madrugada, despedidos todos cortesamente unos de otros, Anton Zotes tomó el camino de Campazas, y Fray Gerundio y Fray Blas fuéron á comer á su convento, donde Fray Gerundio fué recibido de su prelado con mucho agasajo, y de los demás, especialmente de la gente moza, con indecible alegría y aplauso, porque ya habia llegado al convento la fama de sus sermones. Solo se sabe por un libro de becerro, escrito con letras góticas y ya muy gastadas despues de tantos siglos, que luego que llegó, el Prelado le puso en la mano una patente del Provincial, en que le hacia predicador mayor de la casa, dispensándole en los años de predicador sabatino y de predicador segundo que pedia la constitucion, por justas causas que le movian á ello, todo con acuerdo del difinitorio, en virtud de la facultad que le concedió para ello la bula del papa Clemente III, que comienza: *Ad promovendum*. Al mismo tiempo recibió Fray Blas otra patente de jubilacion, en que se le declaraba presentado por el púlpito para el magisterio; con que los dos amigos del alma no se veian de polvo, de abrazos y enhorabuena.

CAPITULO X (1).

Donde se refiere lo que no se sabe; pero al fin del capítulo se sabrá su contenido.

La mañana siguiente de su arribo se fué á la celda prelacial á dar cuenta al superior de todas sus gloriosas expediciones, sin olvidarse de hacer alguna expresioncilla de agradecimiento, pretextando el influjo que habia tenido su paternidad en el nuevo empleo á que acababan de elevarle. Refirióle lo mas sustancial que le habia sucedido, sin disimular los aplausos con que le habian honrado; bien que añadió que estos mas suelen ser hijos de la dicha que del merecimiento. Pero se guardó muy bien de hablar palabra ni de la terrible repasata del magistral de Leon, ni de las graciosas pulkas y solidísimos argumentos del Familiar, ni de la bella doctrina del padre abad de San Benito. Por fin, le dijo al Prelado cómo le habian encargado la semana santa de Pedro-rubio, la cual tenia entendido que valia cincuenta ducados en dinero físico, y como otros treinta, poco mas ó ménos, en lo que se sacaba de limosna; y que le pedia su bendicion para aceptarla. Dióselo el Prelado de mil amores; porque, si bien no le armaba mucho el modo de predicar de Fray Gerundio, por cuanto él era hombre ramplon y solidote; pero como entendia que las gentes le oían con gusto, y él necesitaba de complacer á todos, ya por no perder, ya para adelantar y aumentar los devotos á la órden y los bienhechores del convento; viendo tambien por otra parte que los prelados mayores le pro-

movian y le autorizaban, le dijo desde luego que durante su trienio podia predicar todos los sermones que le encomendasen.

Salió Fray Gerundio muy contento de la celda prelacial con esta licencia tan amplia; y apenas habia entrado en la suya, cuando llamaron á la puerta el maestro Fray Prudencio y aquel otro beneficiado tan hábil, tan leído y de tan buen humor, de quien se hizo larga y honorífica memoria en los capítulos v y vi del libro segundo de la primera parte. Venían con dos fines: el primero y principal, á divertirse un poco con Fray Gerundio, ya que habian desesperado sacar de él otra cosa; y lo segundo, á darle la bienvenida y la enhorabuena de su promocion á la dignidad de predicador mayor del convento.

Pasáronse las primeras cumplidas en palabras de buena crianza, y despues de las generales, dijo el Beneficiado: De los sermones que vuestra paternidad ha predicado por esas tierras, no hablo, porque llegaron ya por acá los ecos esforzados á sople del clarín sonoro de la fama. Nada me cogió de susto, porque siempre hice juicio que predicaria vuestra paternidad como acostumbra. Y yo y todo, añadío Fray Prudencio; pero eso es lo peor que tendria el padre predicador. Fuese lo peor ó fuese lo mejor, respondió Fray Gerundio, crea vuestra paternidad muy reverenda, Padre mio, que nada perdió la religion por mis sermones. Así lo creo, respondió el maestro Prudencio; porque, ¿adónde iríamos á parar si las religiones perdiesen algo por las boberías ni por los desaciertos, sean de la línea que fuesen, de estos ó de aquellos particulares? Todas las universidades son unos cuerpos sabios, aunque no todos sus miembros lo sean mucho. Todas las familias religiosas son santas, aunque tal cual religioso no sea muy ejemplar. Y en fin, la religion cristiana es santísima, aunque haya innumerables cristianos escandalosos.

Dejémonos de puntos serios, interrumpió el Beneficiado, y alegrémonos un poco en la conversacion. A propósito de sermones y de predicadores, acabo de recibir el correo, y un amigo de Madrid me envía dos papeles muy preciosos, cada uno por su término, que me han dado el mayor gusto. El uno es una esquila con que dice se hallaron muchos sugetos de la corte bajo de un simple sobrescrito, y dice así:

«El mayordomo de la casa de los locos de la ciudad de Toledo participa á V. habérsele escapado dos docenas de los mas furiosos, los cuales le asegura se han disfrazado de predicadores en la corte. En cuya atencion suplica á V. se sirva concurrir á los sermones y notar si hablan desconcertados, sin método, órden ni decencia. Si amontonan conceptos, textos truncados, fábulas de gentiles, cuentos ridiculos, ideas fantásticas, acciones y expresiones burlescas, contra el decoro y respeto de la palabra de Dios, de la cátedra del Evangelio, del auditorio cristiano, á fin de dar las providencias necesarias para restituirlos á su santa casa y enrarlos en ella; en lo que hará V. una obra de caridad. Me aseguran que uno ha de predicar el dia... á las... de la mañana, en la iglesia de...»

¡Bella esquila! Noble esquila! ¡Especie de exquisito gusto y de gran juicio! exclamó el Maestro Prudencio. Yo por tal la tengo, dijo el Beneficiado, y me dicen que la han celebrado infinito todos los hombres serios, en-

(1) En la edicion de 1787 y posteriores, este capítulo es el primero del libro sexto, que comprende cuatro capítulos. No sabiendo nosotros cómo justificar esta division de libro, que nos parece innecesaria, preferimos atenernos á las primeras ediciones, que solo presentan cinco libros, siendo los capítulos x, xi, xii y xiii del quinto, los capítulos i, ii, iii y iv del libro sexto que establecen ó admiten las ediciones modernas.

tendidos y cultos. Verdad es que tambien me añaden que á otros muchos los ha conternado extrañamente.

Eso es muy natural, repuso el maestro Prudencio; todos aquellos que por las señas que da el mayordomo temen que los recojan á la santa casa por orates de los mas furiosos, levantarán el grito y alborotarán el mundo contra la esquila; y en verdad que yo no esperaba otros edictos para recogerlos al instante. Engruese vuestra reverendísima ese partido, que es bien numeroso, dijo el Beneficiado, con los muchos que los aplauden y los celebran, y se juntará un ejército formidable contra la esquila. Es menester echarse esta cuenta; porque estos tales se ven reducidos á uno de dos extremos: ó á reconocer y confesar que hasta aquí ha habido alucinados, aplaudiendo lo que debieran abominar, y siguiendo ciegamente lo que debieran huir; ó á obstinarse, ya por tema ó por capricho, en su errado dictámen. Lo primero no hay que esperar lo ó hay que esperar lo de muy pocos, porque son muy raros los que quieren confesarse engañados; con que es preciso que suceda lo segundo.

Esta esquila, respondió Fray Gerundio con inocentísimo candor, no merece fe ni crédito en juicio ni fuera de él; y aun si mucho se apura, está condenada por la Santa Inquisición: lo primero, porque no trae nombre de autor; y lo segundo, porque no se sabe á quién se dirige, pues en toda ella no se habla con nadie, sino con *U. U.* y *V. V.*, y no hay noticia de que haya ni haya habido hombre ni mujer en el mundo que se llame *U.* Hace fuerza el argumento, dijo el Beneficiado con bellaquería, y en verdad que no es tan facililla la solucion. Con todo eso, me parece que se pudiera dar á lo de que no trae nombre de autor, pues ya dice ser del mayordomo de la casa de los locos de Toledo, el cual es muy natural que tenga su nombre y apellido. Mas que tenga treinta apellidos y otros tantos nombres, replicó Fray Gerundio, lo dicho dicho; no trae nombre de autor; porque autor es el que da ó ha dado á la estampa algunos libros, y no sabemos que el mayordomo de la casa de los locos de Toledo haya impreso hasta ahora alguna obra. Vaya, dijo el Beneficiado, que la solucion no admite réplica. Pero al otro que añadió vuestra paternidad de que no ha habido hasta aquí hombre ni mujer que se llame *U.* paréceme que pudiera decir, lo primero, que si ha habido alguna tierra que se llame *U.*, *In terra Hus, nomine Job*, no hallaba inconveniente en tener por verosímil que en aquella tierra hubiese muchos con apellido de *U.*, pues no hemos de reparar en letra mas ó ménos, siendo tan comun esto de dar apellidos á las familias de los lugares y las tierras. Lo segundo, que aun en nuestros tiempos hubo un emperador en la China que se llamaba *Can-Y.* ¿Pues por qué no podrá haber otros ciento que se llamen, unos *Can-A*, otros *Can-E*, otros *Can-O*, y otros *Can-U*?

Valiente gana tiene vuestra merced, Señor Beneficiado (dijo Fray Prudencio), de perder tiempo con ese pobre simple. ¿Ahora se para en contestar con un hombre que no sabe lo que significa la *U* en convites, y hábitos de esquelas y cartas seculares? El reparo de nuestro nuevo predicador mayor se parece mucho al de otro clérigo, tonto como él, que, habiendo visto los cuatro tomos de *Cartas eruditas* del maestro Feijóo, los arrojó de sí con desprecio, diciendo que las mas de aquellas cartas eran fingidas, y que no creía él que fuesen res-

puestas á sugetos verdaderos que hubiesen consultado al autor sobre los puntos que en ellas se tratan. Y se quedó muy satisfecho el pobre mentecato, sin advertir que, cuando fuese cierto lo que presumia su apuntada malicia, no por eso se disminuía un punto el mérito de las cartas.

Pero, dejando esta impertinencia, lo que yo reparo en la graciosa esquila es, que su autor anduvo muy moderado. Supone que no fuéron mas que dos docenas de locos furiosos los que se escaparon de la casa de los orates y andaban por la corte disfrazados de predicadores; es una moderacion digna de que muchísimos se la agradezcan mucho; porque, segun las señas que él mismo da, el número de los locos es incomparablemente mas eredido. Si, señor, respondió el Beneficiado; pero no todos estarian recogidos; y él solo habla de los que lo estaban y se le escaparon.

El segundo papel que me envían por el correo no es ménos solemne ni ménos divertido; y desde luego digo que este sí que ha de caer en gracia al reverendísimo padre Fray Gerundio. Es un cartel ó cedulon que se fijó en las esquinas y parajes mas publicos de la corte, convidando para ciertas funciones de iglesia que se hicieron en obsequio de la seráfica madre Santa Teresa de Jesus. El cedulon aun fué mas solemne que las mismas fiestas, y habiéndole leído con singular complacencia cierto amigo mio de gusto muy delicado, arrancó uno para remitírmelo, sabiendo cuánto lisonjea mi diversion con este género de piezas. Aquí está el cartel, todavía con las señas del engrudo ó pan mascado con que se pegó; y dice así, sin quitar letra:

«JESUS, MARÍA Y JOSEF.

» A la tierra del cielo, por quien eria el cielo el que fundó la tierra y profundó la humildad fértil en la virtud; al bautismo que da vida con el agua clara de su doctrina, dulce por soberana; al aire que da espíritu; al espíritu que da el aire sutil de su pluma, puro de su alma; al fuego que da amor; al amor hecho fuego, y para abrasar el corazon; á una mujer serafín; á la luna que pisa el piso de la luna, nueva en favores, creciente en verdades, llena de lúces, menguante de errores; al sol que ofusca brillos á los brillos del sol, falal del Carmelo, farol del mundo; á la estrella de la alba; á la alba de la estrella que todos buscan como norte en el mar de la vida, para el puerto de la gloria; al prodigio de pasmos, prepetido y sentado en el sitial de la justicia, donde mejor Astrea celestial, signo virgen, sabia, domina los astros; á la matriz inteligencia de los llamados cielos, que delicado vidrio guardan, guardando vasos de barro; al Agustín de las mujeres, angélica doctora de los hombres, teóloga mística, física seráfica, natural retórica, espiritual médica, crítica querúbrica, universal maestra en la ciencia de los santos, en las artes de los justos; á la niña arquitecta, que de modelos pueriles levantó para Dios palacios celestiales; á la grande en el poder, mayor en el penar, máxima en el amor; á la mujer apostólica, ó apóstol en la esfera de mujer, por su virtud, por su nobleza, por su prudencia, por su patria; hechiza de la Europa, señora de ambos mundos, abogada de España, consejera de Castilla, Santa Teresa de Jesus, á quien los dos atlantes de la militante Iglesia, nuestros católicos monarcas, rinden de-

votos cultos, majestuosa expresion de sus santos afectos, cuya soberana luz, cuyo eficaz ejemplo siguen leales, imitan fieles, todos los reales consejos y tribunales de esta corte, en... dando feliz principio á tan elevado fin el domingo 14 de octubre de 1753 á la hora de vísperas, desde las cuales hasta el 24 del referido mes (cuando en carroza de cristal hace su marcha el sol), hay jubileo plenísimo: serán trompetas místicas de las voces evangélicas *Confitebor tibi, Pater*, los oradores siguientes...»

Quedó atónito el maestro Prudencio, y no persuadiéndose á que el cartel pudiese ser cierto, figurándosele que sería acaso alguna festiva invencion del buen humor del Beneficiado, se le arrancó de las manos para leerle él mismo, con amistosa confianza; pero aun se quedó mas pasmado cuando le vió impreso, ni mas ni ménos como llevamos escrito, con sus comas y puntos y ortografía; solo que en el cartel se expresa el templo donde se celebraron las fiestas, y nosotros lo omitimos por justos respetos. Leyóle, leyóle, tornóle á leer, y apenas creia á sus propios ojos. Al fin, como era hombre serio, entendido, religioso y verdaderamente sincero, despues de haberse encogido los hombros, arrugado las cejas, levantado los ojos al cielo, y hecho muchas cruces, y santiguándose de admiracion, prorumpió diciendo:

¡Que esto se permita en España! Y en una corte! Y á vista de tanto hombre verdaderamente sabio, culto y discreto! Y donde concurren tantos millares de extranjeros de casi todos los reinos y paises del mundo! ¿Qué han de decir de nosotros las naciones? ¿En qué predicamento nos tendrán si llegan á entender que precisamente para publicar unas fiestas sagradas, lo cual en todo el mundo se hace y debe hacerse sencilla y llanamente, diciendo que tal día se comienzan tales fiestas, que durarán tantos dias, que estará ó no estará el Sacramento expuesto desde tal hora á tal hora, que habrá ó no habrá jubileo, que predicará Fulano: qué han de juzgar de nosotros, vuelvo á decir, si saben que precisamente para un asunto como este, se embarra un gran pliego de papel, llenando de bazofia, de antítesis ridículos, de esdrújulos fantásticos, de frasotas que nada significan, ó significan grandísimo disparate, de epítetos pueriles y aplicados á una santa como Santa Teresa, que mas la ultrajan que la honran, y qué sé yo si de proposiciones heréticas ó á lo ménos malsanantes?

¿Quién le dijo al autor del cartel (el cual no es posible sino es que fuese por ahí algun licenciaduelo atolondrado, de estos que comienzan á ser aprendices de cultos, y no saben ni son capaces de saber en qué consiste el serlo): quién le dijo al autor del cartel que Santa Teresa de Jesus, ni otra pura criatura, por si sola era «la tierra del cielo, por quien cria el cielo el que fundó la tierra»? Una proposicion que se dijo por Maria Santísima, conviene á saber: *Ipsa colenda est, non tantum ut causa nostrae redemptionis, sed etiam ut motuum omnium rerum creationis*, está notada por muy gravísimos teólogos como digna de grandísima censura. ¿Quién le ha dicho que Santa Teresa, ni ningun otro santo ó santa, puede ser en ningun sentido verdadero, «el agua del bautismo»? ¿Quién le ha dicho que es el aire que da espíritu, no habiendo quien le dé ni pueda darle, sino el soplo signado á la inspiracion del Espíritu Santo? Quién le ha dicho que...

Sosíéguese vuestra paternidad, dijo el Beneficiado; que estas cosas no se han de tomar con tanta seriedad: un poco de sangre fría y un poco de buen humor es la mejor receta para curarlas, ó á lo ménos para que no nos perjudiquen. Mire vuestra paternidad: los hombres sabios de la corte saben que la corte está llena de ignorantes, presumidos sabios; los extranjeros tambien tienen allá sus autores de cedulones, ó cosa equivalente; porque pensar que los tontos no están sembrados por todo el mundo como los hongos, es cosa de chanza; y si no, ahí está Menchenio, en su libro de *Charlataneria eruditorum*, que no me dejará mentir. El artifice de nuestro cedulon no fué tan mal intencionado como á vuestra paternidad se le figura. El quiso hacer á Santa Teresa un remedo de todos los cuatro elementos, tierra, agua, aire, fuego; no se le ofreció otra cosa mejor, y dijo esos disparates, sin meterse en mas honduras. Aquí no hubo mas, y vuestra paternidad no haga juicios temerarios en materia de doctrinas; porque si sabe lo que enseña el catecismo, esto le basta para salvarse, sin que sea necesario aprender otras teologías.

Así supiera yo lo que él sabe, interrumpió á esta sazón Fray Gerundio; cada cual siga su opinion, pero en la mia ese hombre es un monstruo de ingenio. ¡Qué bellos asuntos ofrece en tan pocas líneas, para predicar muchos sermones á la seráfica Madre! ¡No se me olvidarán á mí, cuando se ofrezca ocasion, «la luna que pisa el piso de la luna.» ¡Qué divinidad! ¿Pues la prueba? «Nueva en favores, creciente en verdades, menguante en errores, llena de luces.» ¡Es un asombro!

Por lo ménos, dijo el Beneficiado, están bien aplicadas las frases á ese planeta: «Luna nueva, luna llena, luna creciente, luna menguante.» Los labradores, los hortelanos y los médicos lunáticos excusan nuestro calendario, y solo con ver el cartel sabrán cuándo han de sembrar, plantar, purgar y sangrar.

Dígame vuestra merced lo que quisiere, prosiguió Fray Gerundio; que yo aquello de «el sol que ofusca brillos á los brillos del sol», no tengo con qué ponderarlo. Ni yo tampoco, respondió el Beneficiado, si entendiera bien que es esto de «ofuscar brillos al sol». Las nubes no los ofuscan, solo estorban que se comuniquen á nosotros; y lo mismo hacen las paredes, las ventanás, los toldos, los tejados. Si alguna cosa los hubiera de ofuscar, serían las manchas que dijo el Padre Cristóbal Scheinero habia descubierto en el sol con un telescopio de nueva invencion; pero es natural que el autor no quisiese decir que Santa Teresa era pared, tabique, ventana, toldo, tejado ni mancha. Como quiera, ello suena bien, y soy de la opinion de vuestra merced, mi padre Fray Gerundio.

¿Y qué me dirá vuestra merced, prosiguió Fray Gerundio, de aquello de «fanal del Carmelo, farol del mundo»? ¿No es un prodigio? Claro está, respondió el Beneficiado, que *fanal* y *farol* hacen un eco que encanta; porque, aunque *fanal* es una cosa y *farol* otra, aquí no nos hemos de gobernar por lo que las cosas son, sino por lo que suenan. Sobre todo, añadió Fray Gerundio, lo que no se me olvidará para aprovecharme de ello en tiempo y en sazón, es el bello pensamiento de «á la estrella de la alba, y á la alba de la estrella». Téngolo por muy conceptuoso, dijo el Beneficiado, pues ahí da á entender que debe haber alguna estrella ordenada *in sa-*

cris, que se reviste de alba para ejercitar su órden; y en fin, el lucero del alba no puede estar explicado con mayor énfasis ni hermosura. El concepto predicable que mas me agrada, prosiguió Fray Gerundio, es, decir que Santa Teresa fué «el Agustín de las mujeres y la águila doctora de los hombres». Eso está dicho con gran eliste, dijo el Beneficiado; porque á las mujeres las dió su hombre, y á los hombres los dió su mujer; y si alguno dijere que hacer á la santa por un lado *San Agustín* y por otro *angélica doctora*, es hacerla doctora hermafrodita, merece desprecio por la bufonada. ¿Qué cosa mas comun que llamarse un hombre el día de hoy *Agustín-Maria*? ¿Pues por qué no se podrá llamar una mujer *Agustín-Teresa*, ó *Teresa-Agustín*? La terminacion en *a* es impropinamente para el eco; porque Juno fué mujer, y se acaba en *o*; y Caracalla fué hombre, y se acaba en *a*.

Con vuestra merced me entierren, dijo Fray Gerundio, que se hace cargo de las cosas; pero no repara vuestra merced en aquellos cinco asuntos para cinco sermones que se podrán predicar delante del mismo Papa: «teóloga mística, física seráfica, natural retórica, espiritual médica, crítica querúbrica.» Dígoles á vuestra merced, Padre Predicador mayor, respondió el Beneficiado, que respecto de esos cinco asuntos esdrújulados, las cinco piedras de la honda de David, que predicó en Roma el Padre Vieyra en cinco dominicas de cuaresma, para derribar al filisteo de la culpa, fuéron cinco guijarros incultos y de los mas bastos; y esas cinco piedras preciosas son dignas de engastarse en la corona de hierro de los longobardos, que dicen se conserva en Aquisgran, y pesa algunas arrobas. Lo que extraño es, que el autor dejase quejasas otras ciencias, cuando con igual razon pudiera dejarlas favorecidas. ¿Pues quién le quitaba añadir que Santa Teresa habia sido «astrónoma extática, geógrafa célica, matemática típica, poetisa métrica, etc.? Es que no cabia en el papel, respondió Fray Gerundio. Sería por eso, continuó el Beneficiado; pero era fácil el remedio con haberle dispuesto en papel de marquilla.

El pensamiento que yo prefiero á todos, añadió Fray Gerundio, y el que no se me escapará para el primer sermón que se me ofrezca predicar á la gloriosa Santa, es aquel que comprende tres puntos admirables: «Grande en el poder, mayor en el pensar, máxima en el amor.» Ellas son tres verdades, dijo el Beneficiado, bien probadas en la vida de la seráfica Madre; que no hay duda que la graduacion de *grande*, *mayor*, *máxima*, está segun arte; y la terminacion en *er*, *ar*, *or*, es de exquisito gusto. Lástima fué no añadir que la Santa habia sido «óptima en escribir, sabia de norte á sur», y quedaban comprendidas las terminaciones de *ar*, *er*, *ir*, *or*, *ur*.

¿Y le parece á vuestra merced que no es digno de la mayor admiracion, interrumpió Fray Gerundio, el último elogio con que acaba, diciendo «que Santa Teresa era y habia sido, por su virtud, por su nobleza, por su prudencia, por su patria, hechiza de Europa, consejera de Castilla»? ¡Oh, mi padre Fray Gerundio, respondió el Beneficiado! Esa es una *cabeza de obra* (perdóneme nuestra lengua, que se me ha puesto en la cabeza explicarme así), es un golpe, ¿qué digo golpe? Es un porrazo que desembre los sesos al asombro. Por algo le reservó el autor para lo último, que es donde se ha de dar el mayor chispazo: tiene, me asina de lo que parece á

primera vista. Es uno de aquellos elogios que llaman de *correspondencia*; porque á los cuatro primeros sustantivos han de corresponder por su órden los cuatro adjetivos, consonándoles y apareándoles, segun su numeracion; y me explicaré si acierto.

Pidieron informe de cierto bellacnelo á no sé qué rector (porque no dice la leyenda si era de universidad ó de colegio), y él le dió este distico, que pienso ha de ser de Juan Owen:

*Est bonu, et fortasse pius; sed rector ineptus
Vult, meditatur, agit, plurima, pauca, nihil.*

Ahora note vuestra merced aquí la correspondencia ó consonante de los tres verbos con los tres acusativos: *Vult plurima, meditatur pauca, agit nihil*. Pues á este modo el ingeniosísimo autor del cedulon dijo «que Santa Teresa de Jesus era, por su virtud, hechiza de Europa; por su nobleza, señora de los dos mundos; por su prudencia, abogada de España; y por su patria, consejera de Castilla». Es verdad que despues de haberla supuesto señora de los dos mundos, bajó mucho la puntería, primero en hacerla abogada de España, y despues consejera de Castilla. ¿Pero qué tirador hay tan diestro que lo acierte todo, y que alguna vez no baje algo los puntos? En todo caso, todos aquellos y todas aquellas que tuvieron la dicha de haber nacido en la nobilísima ciudad de Avila, donde nació Santa Teresa, debian dar gracias al autor del cartel por haberles descubierto un honorífico privilegio, de que verisimilmente ninguno de ellos ni de ellas tenia noticia. Sepan que son por su patria consejeros ó consejeras de Castilla. Y así, de aquí adelante no se ha de llamar Avila de los Caballeros, sino Avila de los Consejeros y de las Consejeras: de las ilustres familias de los Cepedas ó Alumadas que dieron á luz esta gran santa, no hay que hablar. Su privilegio ó su gloria es mucho mayor, pues precisamente por su nobleza son señoras de ambos mundos.

Parece, dijo Fray Gerundio, que vuestra merced á ratos se zumba; pues en verdad que yo hablo muy de véras en todo cuanto digo. A lo ménos no tendrá vuestra merced que glosar sobre aquella elegantísima frase que dice: «Comienza el jubileo plenísimo despues de la hora de vísperas, cuando en carroza de cristal hace su marcha el sol.»

¿Qué he de glosar de ese paréntesis ni qué puedo decir de él, respondió el Beneficiado, que no sea muy debajo de lo que merece? La elevacion de la frase no puede ser mayor, pues llega hasta el mismo sol. La del concepto es clara como un cristal, y sobre todo, la oportunidad no tiene precio. Añádese la novedad con que se corrige la plana á todos los poetas desde que se fundó la poesía en la Arcadia ó Caldea; que ese es el chico pleito. Todos hasta aquí habian dado en la manía de que el sol hacía sus marchas en carrozas de fuego, y despues, segun unos se sepultaba en urnas de cristal, y segun otros se dormia en catre de plata líquida. Ha sido enorme error, ó por lo ménos una alucinacion tan universal como de grave perjuicio. Por un telescopio de nueva invencion, que por dicha llegó á manos de nuestro autor, descubrió clarísimamente que la carroza en que el sol corre la posta es de cristal; y aunque desde lejos parece que iba toda vestida de fuego, y que es fuego lo que respiran por las narices y boca los caballos que la tiran, es ilusion de la vista. Esto nace de que, como el sol va den-

tro de la carroza, y esta es de cristal, así como tambien son diáfanos transparentes los caballos, penetranse los rayos por las vidrieras, y parece fuego lo que en la realidad no es mas que cristal de roca.

Bártese vuestra merced ó no se burla, dijo Fray Gerundio, no podrá negar que es elegante la expresion con que anuncia al público los sugetos que han de predicar, y el texto sobre qué: «serán trompetas místicas de las voces evangélicas (*Confiteor tibi, Pater*) los oradores siguientes...» Pues ve vuestra merced, respondió el Beneficiado, eso es puntualmente lo que yo hubiera omitido; no porque no esté dicho con mucha sonoridad y en una bella cadencia de los dos esdrújulos, místicas y evangélicas; sino que, como ahora hay tantos en el mundo que perderán un par de amigos por aprovechar un equivoquillo insulso, habrá mas de dos que digan que muchos, todos y algunos de los oradores nombrados, serán unos pobres trompetas, y citarán para prueba el mismo cartel.

CAPITULO XI.

Estornuda el Beneficiado; interrumpese la conversacion con el *Dominus tecum* y con el *riuan vuestras mercedes mil años*, y despues se suena.

No solo cortó vuestra merced mi cólera, dijo á esta sazón el Maestro Prudencio con semblante placentero, sino que la ha convertido en risa. Ya veo que no es negocio de tomar con seriedad los disparates de esos cedulones que se lijan en las esquinas. De esos no se siguen otros inconvenientes, que el que á sus autores los tengan por lo que son; pero otras bocanadas parecidas á esas, en los pulpitos no se pueden tolerar, porque son de grave consecuencia para la religion, para la nacion y para las costumbres. En suma, el cartel es disparatadísimo, y no parece posible otro que le iguale.

Eso es mucho decir, replicó el Beneficiado: Padre Maestro, la esfera de lo posible es muy dilatada, y á pique está que tenga en el bolsillo con que convencer á vuestra reverencia cuánto se equivoca en juzgar que no caben en la línea del posible mayores disparates. Vuestra merced se chancea, dijo el maestro Prudencio. No me chanceo, respondió el Beneficiado; ahora lo veréds, dijo Agrages. Y diciendo y haciendo, sacó del bolsillo otro papel que tambien protestó se lo habian enviado por el correo como pieza única; y era un cartel que se le lió en la corte ó en otra ciudad muy autorizada, publicando una fiesta de San Cosme y San Damian. Leyóle con fidelidad, á excepcion de tal cual cosa que omitió por prudencia, y decia así literalmente:

«Solemnes cultos, obsequiosos aplausos, aclamaciones festivas, demostraciones del mas fino amor, que á sus fidelísimos *Acates*, templos vivos de la caridad, *Scutipuipsores*, *Cosmiclimatas*, *Brachanes*, oficinas de las maravillas divinas, prodigios de milagros, milagros de prodigios, *Crisopasos* de la gracia, *Agapetas* de corazoncs val... San Cosme y San Damian. Dedican, consagran y ofrecen con cordial devocion, los hijos de, etc.»

Me doy por convencido, dijo el Maestro Prudencio volviéndose á santiguar; ese cartel es mas breve que el antecedente, y no tiene otra cosa mejor; por lo demas, se puede decir por los dos lo que respondió un provincial á un padre que tenia dos hijos en la religion, y le preguntó cuál de los dos era peor, Fray Pedro ó Fray

Juan. A que respondió el Provincial, ambos son peores. Yo no entiendo la lengua griega, de lo que estoy muy pesaroso, y lo digo con vergüenza; pero harto será que hasta para los mismos griegos no sea griegüísima esa jerigonza de *Acates*, *Scutipuipsores*, *Cosmiclimatas*, *Brachanes*, *Crisopasos* y *Agapetas*. *Brachmanes*, y no *Brachanes*, no es voz griega, y ya sé lo que significa. Es una casta ó muchas, de las familias mas nobles y mas sabias en las Indias orientales, sumamente dificultosas de convertir, porque, teniendo por viles y por vitandos á todos los que no son de igual familia ó casta, se desdennan de tratar con ellos, tanto, que ni aun para ejercer los oficios mas bajos de la casa los admitirán. Y así el cocinero de *brachman* ha de ser *brachman*; llegando en algunas partes la extravagancia á señalar tambien sus cotas *brachmanales* á los caballos, á los jumentos y á los demas brutos domésticos, para que los *brachmanes* se puedan servir de ellos con honor. Pero en lin, yo no sé por donde les pueda venir lo *Brachma* á los dos gloriosos santos mártires, Cosme y Damian.

¿Ahora se detiene vuestra reverencia en eso, repuso el Beneficiado? Lo *Brachman* les viene por tan línea recta, como *Setisvion* y *Crisopasos*. El inventor del solemnísimo cedulón no se paró en esas minucias; tiró, lo primero, en acreditarse como otro Cornelio Escreve-lío en la inteligencia de la lengua griega para con los ignorantes de ella; y pretendió, lo segundo, aturrullar los oídos del populacho con esas voces barbarisnantes, sin habérsele pasado otra cosa por la imaginacion. Si entónces se le hubiera ocurrido á ella el *Heautontimorumenos* de Terencio, tan cierto es que llamaria *Heautontimorumenos* á los dos benditos santos, como los llamó *Cosmiclimatas* y *Agapetas*. Yo bien sé que se llamaban *agapetas* aquellos que asistian al convite de la caridad, que se estilaba entre los fieles allá en los primeros siglos de la Iglesia, y que los mismos convites se llamaban *agapes*, de *agapa*, que significa amor; pero se me esconde qué aplicacion oportuna y natural se puede hacer de esta voz á los santos médicos. Como quiera que ello sea (dijo entónces Fray Gerundio tomando un polvo y haciendo del socarrón), estos epítetos suenan bien y pueden hacer su papel en un sermoncito de rumbo.

Tenga vuestra merced (exclamó á esta sazón el Padre Prudencio dándose una palmada en la frente), que tambien yo he de contribuir con mi cornadillo á esta provechosa conversacion. Ahora me acuerdo que tengo en la celda dos papelejos impresos á manera de esquelas, que pocos dias há me envió de Zaragoza cierto corresponsal mio de la órden, hombre de juicio, de delicadeza y de literatura, para que sepa vuestra merced, Señor Beneficiado, que todos tenemos tambien nuestros amigos y nuestras correspondencias de gustillo. Si no me engaño, estos papelejos están en el mismo gusto que los carteles, salvo que son por término muy diferente y están escritos en latin. Son cuatro décimas en ecos, los cuales forman dos elogios distintos al angélico doctor Santo Tomas; y dudo mucho que hasta ahora hayan dado á luz las prensas cuatro locuras semejantes: voy por ellas. Salíó, volvió, llegó, sentóse, y leyó lo que se sigue:

EUCARISTICO ECCLESIAE CALAMO.

Angelico Praecep.		tori,
Tori Cathedrae a		genti,
Genti ut luceat pubesc		enti,
Entique fulgeat		majori,
Humilitatis a		mori,
Mori Thomae, qui est pr		ora,
Ora maris, cymba F.		lora,
Lora, Dur, gladius, A.		cantus,
Cantus, sidus, turris, Nan		thus,
Thus, Paradisus, Au		rora,
Soli lucis ful		minosos,
Minosa haeresis ter		rori,
Rori gratiae g		estuoso,
Aestuosoque Doc		tori,
Castissimo intacto fl		ori,
Ori sophiam exo		menti,
Menti proclivae ei		amori,
Amorique Dei ferv		enti,
Ista libet consecro		thura,
Dona dum expecto fu		tura.

Padre Maestro, ¡qué dice! (exclamó el beneficiado tendiéndose de risa por aquellos suelos.) Es imposible que sean impresas esas preciosidades. Si no conociera á vuestra reverencia y no supiera que es hombre tan sincero y tan veraz, creería que era invención suya. Venga por Dios ese papel; que no hay dinero con que pagarle. Tómole, leyóle, estuvo pasmado y suspenso por algun tiempo, y al cabo prorumpió en estas exclamaciones: ¡Soy un insulso, soy un tonto, soy un mentecato, soy un ignorante! Yo creí que sabía algo de composiciones locas, disparatadas, ridículas, y tenía mi vanidad de las que habia encomendado á la memoria; pero todas ellas no valen un pito en comparacion de estas dos décimas; y hablando determinadamente de mis dos carteles, con que yo venía tan confiado, digo con ingenuidad que *non sunt nostrates tegere digna nates*. Me ha de dar vuestra reverencia licencia, aunque parezca algo prolijo, para construir fielmente en castellano lo que dicen esas dos décimas, siguiendo puntualmente el mismo orden de su epígrafe y de sus piés, aunque no será posible conservar sus divinos ecos; porque, como las voces castellanas son tan distintas de las latinas, no pueden corresponder á unas los ecos de las otras.

A LA EUCARÍSTICA PLUMA DE LA IGLESIA.

Al angélico preceptor,
Catedrático de la cama,
Para lucir á los que apunta el bozo,
Y para resplandecer al mayor ente:
Al amor de la humildad,
A la costumbre de Tomas, que es proa,
Ora marítima, y el bote Flora,
Cata, capitán, espada, canto,
Canto, estrella, torre, Xanto,
Incienso, paraíso, aurora.
Al sol que fulmina luz,
Amenazante terror de la herejía,
Rocio que lleva á la gracia,
Y doctor ardiente:
A la casta intacta flor,
Boca que vomita sabiduría,
Entendimiento inclinado al clamor,
Y amor de Dios ferviente;
Consagro con gusto estos inciensos,
Mientras espero los dones futuros.

No me detengo ahora en los barbarismos ni solecismos que hierven en el latín; porque si me detuviera en esto, sería tan pobre hombre como el que lo compuso. Lo que me arrebató toda la atención es pensar qué causa-

do quedaría el brazo de su autor, y qué infantes los que costearon la impresión de esta gran obra y sembraron de estos papelitos la ciudad de Zaragoza. ¡Entre cuántos mentecatos pasaría el artífice por un ingenio monstruoso! ¡Cuántos inocentes creerían que no se habían dado al ángel de las escuelas elogios mas delicados! Ahora bien, Padre Maestro, yo no soy poeta ni permita Dios que lo sea. En serio he compuesto bien coplas, y aunque algunas he celebrado, bien conozco que estoy muy distante de la perfección de esta facultad, tan grande como desgraciada; pero tanto como para componer de repente, no digo una décima, sino aunque sea una canción real con su cola y todo, y un romance tan grande como el de Don Diego de Mendoza, con tal que sea sin orden, sin conexión, sin sentido y á desbarrar á tiros largos, dicen que tengo algun talento, y en parte me inclino á creerlo, porque me he experimentado en algunas ocasiones. Pues á Dios y á diela, y á salga lo que saliere, allá va esa décima en ecos, imitando perfectamente á las dos latinas; y sea para mayor honra y gloria de su incomparable autor.

DÉCIMA.

La batalla de Bi		tonto,
Tonto no fué en Mon		dragon,
Dragon, que vió la f		unción,
Únction tomó junto al		Ponto.
Si al Parnaso me re		montó,
Montó sobre ti, pol		lino,
Lino se hila en el mo		lino,
Lino de monje ca		zurro,
Zurro y mas zurro á este		turro;
Y cálate un desa		tino.

Es buen presente, dijo el Maestro Prudencio; digna retribución del simple que ultrajó mas que honró al Angélico Doctor con esta sarta de necedades. Llámale «pluma eucarística de la Iglesia», y es lo único bueno que tiene el elogio, con alusión á que el Santo compuso el oficio del Santísimo Sacramento; y aunque no faltaron algunos que le quisieron disputar esta gloria y á nosotros este consuelo, ya el hecho no admite duda. Y si fué tambien autor del devotísimo himno *Sacris solemnibus*, juntamente con el otro, *Pange lingua gloriosi corporis*, etc., ¿qué indignación ó qué risa le causaría (si los santos fuesen capaces de estos afectos en aquella region de inmutable serenidad), al verse elogiar tan torpemente por un poeta igualmente zafio que lerdo? Harto sería que le perdonase el solecismo de *Enti qui fulget majori*, en que hace verbo activo á *fulgeo*, siendo pasivo, y le da un caso que no le pertenece; ni tampoco le disimulase los barbarismos *minosos*, *fulminosos*, *aestuoso*, *gestuoso*, que dudo mucho hubiese dado con ellos el célebre Carlos de Fresno, señor de Cange, en su laboriosísimo *Glosario*, ó *Diccionario de la baja latinidad*. Como quiera, padre reverendísimo, replicó el beneficiado, las dos décimas son tan disparatadas que no parecen posibles otras que las iguales.

Eso es mucho decir (respondió el Maestro Prudencio, tomando del beneficiado las mismas palabras de que se habia valido para creer que no era posible otro cartel tan desbarrado como el primero), eso es mucho decir, señor beneficiado; la esfera de lo posible es muy dilatada, y á pique está que tenga en esta otra manga con que convencer á vuestra merced cuánto se equivoca en juzgar que no caben en esa línea mayores dislates. Ahíralo ve-

ródes (dijo Agrages); y diciendo y haciendo, leyó otro par de décimas, asimismo impresas, en elogio del mismo Santo, que decían así:

SANCTISSIMO CONCILIORUM ALTARI.

Maximo Scholae Pa trono,
Throno pudoris ac terni,
Terni contra vim A verni:
Verni Solis gaudes dono,
Sedulo Ecclesiae co lono.
O, multiplex tuum vo lumen!
Lumen, lugena, e acumen,
Acumen, Sol, Luna, na vis,
Vis, radius, lancea, et avis,
Avis, tuba, scutum, ... flumen.
Firmo doctrinae cas tello.
Telo humoris no civo,
Cibo Domini no vello
Bello Veneris lascivo,
Numini coeli f estivo,
Aestivo orandi sa cello,
Coelo Universi attr ocelvo,
Activo virtutis coco.
Haec scriba dico gratanter,
Numenque parituro instanter.

Vuestra reverendísima tiene razon (dijo el beneficiado, luego que le permitieron hablar las carcajadas, en fuerza de las cuales temió arrojar los livianos por la boca); en comparacion de estas dos décimas, las otras dos son discretísimas, son elegantes, conceptuosísimas, y son todos los superlativos que puede inventar el autor italiano mas ensuperlativado: es lástima no volverlas en romance. Voy á hacerlo con la misma legalidad que las otras.

AL SANTÍSIMO ALTAR DE LOS CONCILIOS.

Al máximo patrono de la escuela,
Trono del pudor eterno,
Contra la fuerza del terno averno,
Que gozas del don del sol de verano:
Al cuidadoso labrador de la Iglesia.
¡Oh cuántos volúmenes has escrito!
Luz, botella, cumbre,
Agudeza, sol, luna, nave,
Fuerza, rayo, lanza, llave,
Ave, trompeta, escudo, río.
Al firme castillo de la doctrina,
Dardo de humor nocivo,
Comida nueva del Señor,
Guerra lasciva de Venus:
Al festivo Dios del cielo,
Capilla para orar en el verano,
Cielo atractivo del universo,
Activo cielo de la virtud;
Dedico con gusto estas coronas,
Y con instancia estoy pariendo el númer.

Desafío todos los ingenios del mundo (exceptuando solo el del autor) á que en tan pocos renglones pongan en pié tanta multitud de disparates ni de cosas tan inconexas, tan absurdas y tan locas. La de «santísimo altar de los concilios», ya sé á lo que alude: hace alusion á no sé qué papa del orden de los Predicadores, que estando para celebrar misa á presencia de los padres de un concilio, mandó le pusiesen por ara un libro de Santo Tomas. Pase la noticia, por mas que la contradigan muchos; que yo no hallo repugnancia en creerla, ni encuentro dificultad en que un papa quisiese distinguir con este singularísimo honor las obras de un santo tan benemérito de la universal Iglesia. ¿Pero qué nos querrá dar á entender el decimista, con decir que Santo Tomas es «trono del pudor eterno»? ¿Si se habrá suscitado otra disputa so-

bre el pudor veterano y el pudor moderno, como la que en años pasados divirtió por algunos dias la corte sobre los oradores de la moderna y de la veterana? No haria mal el decimista de explicarnos cuál era el pudor veterano, para ver si nos convenia trocar el moderno por él.

Aquello de «contra la fuerza del terno averno» (*terni contra vim Averni*), es un desenbrimiento terrible. Hasta aquí creimos que no habia mas que un infierno: esto es, único seno de los precitos, de los condenados; y lo demas á que se adelanta la consideracion, segun el pensamiento de San Agustin, era que para los cristianos parece que debiera haber dos. El decimista ha descubierto por la cuenta otro tercero, ó un terno de infiernos horroroso:

Pues venció el pudor eterno
La fuerza superior del terno averno.

Pero lo que no se puede negar es que el pensamiento del cuarto pié, *Verni solis gaudes dono* (que gozas del don del sol de verano), es un pensamiento verdaderamente alto y profundo. No dijo que Santo Tomas gozaba del don del sol del invierno, del de la primavera ni del otoño; sí del del verano, del del estío, y verisimilmente del de la canícula. ¿Y esto por qué? Porque mereció vestir el religiosísimo hábito del gran patriarca Santo Domingo; y todos sabemos que este santo, ántes de nacer, fué misteriosamente prennunciado á su madre, cuando soñó que traia en su vientre un perro con una hacha encendida en la boca: figura la mas cabal de la canícula, la cual por ahora siempre es en el mayor rigor del verano, que andando el tiempo no sabemos por cuando será. Pues sin duda que eso quiso decir el poeta cuando afirmó que Santo Tomas gozaba del don del sol de verano; pero si quiso decir otra cosa, agradézcame la buena voluntad.

Gana tiene vuestra merced de perder tiempo, interrumpió el maestro Prudencio, en ir interpretando los disparates de las décimas. Hemos de menester hacernos cargo de que el poeta era un pobre simple, que solo tiró á ajustar sus ecos, saliesen como saliesen, sin consecuencia para lo demas. A no ser esto así, ¿quién le habia de tolerar que llamase á Santo Tomas «dardo de humor nocivo, festivo Dios del cielo» (*Numini Coeli festivo*), y capillita para orar en el verano (*Aestivo orandi sacello*)? A fe que tiene vuestra reverendísima razon, dijo el beneficiado, y no gastemos mas prosa con este inocente. Mas, porque no se quejen estas segundas décimas de que no las saludo yo con otra de mi invencion, como á las primeras, allá van esos diez piés en busca del autor, que debiera estar en cuatro:

Salvaje, en la Ca. . . . nada
Nada tenéis que bus ear,
Cár... los quinto, ni aun el Zar,
Porque mas acá hay po sada:
Sada fué mi cama rada,
Rada toma choco late,
Late un oculto miste rio;
Ríome del magisterio;
Y cata otro disparate.

Como durante la glosa de las cuatro décimas no dejaron hacer baza, nuestro Fray Gerundio guardó un profundo silencio; pero no se le dió mucho, porque á él no le habian parecido tan mal las décimas como al beneficiado y al Padre Maestro; ántes bien hallaba en los ecos una gracia sin igual, que casi casi le encantaba; y si sa-

lia á defenderlas, bien conocía que no habia de sacar buen partido; y si se ponía de parte de los que se burlaban de ellas, iria contra su propia conciencia. Con que, todo bien considerado, se alegró de que no le dejasen hablar. Solo suplicó al Padre Maestro que le permitiese sacar una copia de aquellos papeles, para reservarlos entre los mas curiosos, lo que sin dificultad le concedió, pareciéndole que despues de la merecida zurra que habian llevado, no le pasaria por la imaginacion conservarlos para otra cosa que para diversion y para risa, y no para modelo. Con esto levantó la visita el beneficiado, á quien salieron á despedir el padre maestro Prudencio y Fray Gerundio. En el camino, y como de paso, dijo el maestro Prudencio al beneficiado: Por aquí se conoce con cuánta justificacion está mandado por diferentes autos acordados del Consejo y por otras varias reales órdenes, que ningún impresor pueda imprimir libro, memorial ú otro papel suelto de cualquiera calidad y tamaño, aunque sea de pocos renglones, sin que le conste y tenga licencia para ello del Consejo ó Señor Juez privativo y Superintendente general de imprentas, pena de dos mil ducados y seis años de destierro. Es justísima esta providencia, por mas que parezca demasíadamente rigurosa; y si se observara en el debido rigor, no se imprimirían carteles necios, décimas locas ni folletos indignos, que, todo bien reflexionado, no tanto nos divierten, cuanto nos afrentan. Hoy se cela esto de los libros y de las imprentas con mayor severidad que nunca; y aunque algunos se quejen de la nimiedad, ménos inconveniente hay en este extremo que en el contrario, y mas cuando enseña la experiencia que ni aun todo este rigor alcanza para librarnos del todo de estas monstruosidades. Ojalá que con el mismo se celaran las dedicatorias de las conclusiones, en las cuales hay tanta bazoña y tanto desatino, que alguna vez he estado tentado á hacer una coleccion de las mas ridículas, y solo me ha detenido la consideracion de que las naciones no nos tengan á todos por bárbaros, siendo así que somos tantos á llorar la intrépida ignorancia de los que dan motivo para esto. A tal punto llegaron á la portería, y el beneficiado se fué á su casa, y cada uno de los religiosos á su celda.

CAPITULO XIII.

Dispone Fray Gerundio su semana santa.

Tomóla con tanto empeño, que se negó con ejemplar constancia y edificacion á predicar varios sermones en aquel verano. Entre otros, le importunaron con exceso para que admitiese uno de grande aparato y de no ménos utilidad, para una fiesta que se habia de celebrar en cierto lugar vecino, en ocasion de gracias de haberle hecho el Rey obispo para Indias al cura que era del mismo lugar, hombre docto, limosnero y piadoso. No le pudieron vencer á que le admitiese, por no distraerse de otros asuntos ni exponerse á que le faltase tiempo para disponer su semana santa. Y por cuanto uno de los que mas le instaban para que admitiese el sermón de gracias le dió á entender que atribuía su resistencia á que era asunto nuevo y enrevesado, de lo que habia poco en los libros, y por eso no se atrevia con él Fray Gerundio, para desengañarle le enseñó al instante unos apuntes que, á su parecer, tenia muy escogidos para este género de funciones.

Eran todos sacados á la letra de cierto sermón que se predicó en cierta ciudad al mismo idéntico asunto, de un párroco, electo obispo de Indias, llamado Juan (así se llamaba tambien el nuevo electo), que lloró mucho con la noticia de su eleccion, se resistió á consentir en ella; al fin aceptó. Celebró una fiesta muy solemne, en su misma parroquia, una congregacion numerosa que habia en ella, de que era padre espiritual el mismo Señor Obispo. Se buscó orador de fuera, y fué un padre maestro ingenioso, y hábil sin duda, pero de los que en el púlpito se dejan llevar de la corriente. Se trajo la música de la catedral, hubo toros, fuego y victor, que sacaron los estudiantes de la escuela que habia profesado el Prelado. De todo se hizo cargo el orador en la salutación, y todo le pareció á Fray Gerundio que con grandísima facilidad se podia adaptar á cualquiera eleccion de obispo. Y si en la fiesta estaba el Sacramento patente, como es regular, sería otro tanto oro. El escrito que leyó al que le importunaba, decia así á la letra:

Apuntes para sermones en elecciones de obispos.

«Si se allige el electo, como suele suceder, consolarle con esta entradilla: «No lloreis, Juan, no lloreis: *Ne fleberis*. ¿Y por qué llora Juan? *Vidi in dextera sedentis super thronum librum scriptum intus et foris, signatum sigillis septem, et ego flebam multum*: vi al que está sentado á la diestra del Rey, etc. Y el libro del cual pendian siete sellos (segun unos) es figura de las bulas plumbadas, de las cuales tiene pendiente el plomo con el sello pontificio: *Pictores nostri unum librum cum septem sigillis pendentibus, instar bullarum depingunt*. Segun otros, era una carta cerrada, llamada libro, como llaman los hebreos á cualquiera papel ó pergamino escritos: *Hebraei quodcumque scripti genus librum appellant*. Ille, de quo hic agitur, erat potius epistola quaedam plicata. Carta en nombre del Rey que amenaza con unas bulas plumbadas, motivo es para que Juan llore y se allija mucho: *et ego flebam multum*. Ya tenemos cédula real, bulas y llanto.

»¿Quién ha de consolar al pobre Obispo? Ya lo dice el texto: *Vicit Leo de Tribu Juda*. El leon de Judá, que se representa, no solo como manso Cordero, sino como muerto sobre el mismo libro, *agnum stantem, tamquam occisum*, es figura del Sacramento. Este Cordero sacramentado alarga con su propia mano las bulas: *et accepit de dextera sedentis librum... instar bullarum depinget*. Mándale que las acepte y dé cuenta á su santa Iglesia: *scribe Ecclesias*. No puede resistirse: *vicit Leo*. No tiene para qué, porque el mismo Cordero se empeña en darle cuanto ha de menester para desempeñar su ministerio. Por eso se representa unas veces paseando, otras sentado y otras á pié: *ambulantem, sedentem, stantem*. Cuando pesa los méritos del que ha de elegir, se pasea: *ambulantem*. Cuando los premia, se pone en pié: *stantem*. ¿Cómo que está pronto para ayudarle y para defenderle! ¿Necesita el Obispo ojos? El Cordero tiene siete: *habentem oculos septem*. ¿Necesita los dones del Espíritu Santo? Ahí los tiene figurados en los siete cuernos del Cordero: *cornua septem*. ¿Necesita atravesar el mar y que los ángeles del Señor le conduzcan á tierra firme felizmente? Ahí lo tiene todo: *habentem cornua septem, et oculos septem spiritus Domini in omnem terram*.

»Supuesta la aceptación como triunfo del Cordero, ¿quién le da, á quien le instituye la solemnisima fiesta en acción de gracias? Al texto: *Cum aperuisset librum, viginti quatuor seniores ceciderunt coram agno, habentes singuli citharas, et phialas aureas... Dicent, etc.* Los antiguos, los doce, los veinte y cuatro, que son los que ocupan el palenque de esta nobilísima congregación, y se distinguen en ella con estos nombres: *Viginti quatuor seniores ceciderunt coram agno*. Ellos parece que todos se convierten en músicos por el amor, para cantar gracias al Cordero: *Habentes singuli citharas*. Mas no contentos con esto, han conducido esta dulcísima y acorde música, que tiene su origen, no allá de los podridos nervios ó cuerdas de la tortuga de Mercurio, sino del mismo cielo: *Itaque coelum instrumentum musicae Aretipum videtur mihi, non propter alia elaboratum, quam utrum parientis hymni decantarentur*. Hasta el orador parece que estaba figurado en el texto; y porque ya fuese él ó ya fuese otro, como lo prometió el sermón, siempre sería nuevo: *Et cantabant canticum novum*.

»Los cohetes están claros, puesto que se disparaban desde el mismo trono: *Et de throno procedebant fulgura, et voces tonitruum*. El victor de los estudiantes de la escuela jesuita es el que no se puede dejar de reconocer en aquellos cuatro misteriosos vivientes que asistían á la cátedra ó trono de Jesus: *In circuitu sedis*; y con el semblante y vuelos de águilas, *et vultus eorum similes aquilae volanti*, se remontaron mas victoreando día y noche: *Et requiem non habebant die ac nocte, dicentes: Sanctus, sanctus, sanctus*. Finalmente, hasta los toros se divisan en nuestro texto, pues tampoco faltan en el semblante de toros: *Et secundum animal simile vitulo*.

ASUNTO.

El laberinto.

»Eslo Cristo en el Sacramento por cinco razones: Primera, porque fué figurado en el desierto: *Apparuit in deserto*. Segunda, porque se admiraron los israelitas: *Quid est hoc?* Tercera, porque en él se confunden los sentidos: *Et sensus deficit*. Cuarta, porque se les hizo duro á los judíos: *Durus est hic sermo*. Quinta, porque es Alfa y Omega, principio y fin de todo.

»El Sacramento pues ha de ser el centro del laberinto: el laberinto no ha de tener mas que dos calles; y las calles han de ser los otros dos evangélicos que concurren á la fiesta; porque el Sacramento está ya aplicado al centro.

»Primera calle y primero evangelio: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam*. ¿Por qué elige Cristo á Pedro para obispo de los obispos y para piedra fundamental de su Iglesia? Porque desde que le pusieron el nombre se llamó Cefas, que es lo mismo que Pedro y piedra: *Tu vocaberis Cephas, quod interpretatur Petrus*. Hermoso registro; pues descúbrase ya. Hablemos aquí claros: la cifra que desde la pila del bautismo goza por altísima providencia nuestro amantísimo señor obispo, como se llama su señoría, Don Juan García Abdiano: vuelve esto ahora en latín y escríbese de esta manera: *Don Joannes Garcíu Abdianus*; que se lee en anagrama: *Juan, obispo de Caracas admissus*; esto es, Juan, obispo de Caracas por lo ménos.

»Vaya otro anagrama latino para mayor confirmación: *Joannes, gratiá Domini V, abba ad nos*; y sobra una V;

pero es fácil acomodarla; porque, significando *abba* lo mismo que *padre*, se puede decir: «Juan, por la gracia del Señor V, padre (ó obispo) para nosotros.» El Señor V es Felipe V, que le presentó para obispo. De este modo es fácil hacer anagramas del nombre de cualquiera obispo electo; porque si no saliere en romance, saldrá en latín; y si sobraren algunas letras, mejor, pues mas vale que sobren que no que falten.»

Iba á proseguir Fray Gerundio en la lectura de sus apuntamientos; pero el sugeto á quien los leía le interrumpió, diciendo: Basta; que estoy depriosa, y quedo convencido de que no es fácil le coja á vuestra merced de súbito ningún empeño por arduo que parezca, y que el negarse á este sermón no es ni puede ser por falta de materiales. Despidióse, y nuestro Fray Gerundio, sin perder tiempo, empezó á hacer sus prevenciones.

Había traído de Pedro-rubio una nota de los sermones que había de predicar, con todas las circunstancias agravantes de cada uno; la cual había tenido gran cuidado de entregarle el licenciado Flechilla, hombre puntual y muy exacto. Venía la nota con toda división, precisión y claridad, para evitar toda equivocación; y nos ha parecido trasladarla aquí, ni mas ni ménos como se encontró en un manuscrito árabe muy antiguo (de donde fielmente se copió, si no nos engañó nuestro traductor), por lo que podrá conducir para inteligencia de lo que adelante se dirá. Está pues concebida en estos propios términos:

SEMANA SANTA DE PEDRO-RUBIO.—INTRODUCCION DE LA VILLA Á LOS REVERENDOS PREDICADORES.

Domingo de Ramos.

«Hácese la procesion á lo vivo: va á caballo en la santa asna el que hace á Cristo, que es siempre el mayordomo de la cofradía de la Cruz, rodeándole los doce cofrades mas antiguos, vestidos de apóstoles, con túnicas talares de diferentes colores. Anda la procesion al rededor de la iglesia, donde hay dos olivos y un moral: trepan á ellos todos los muchachos que pueden, los cuales, durante la procesion, están continuamente cortando y arrojando ramas al suelo. Cuando el sacristan canta: *Pueri hebraeorum*, los muchachos corresponden con descompasados chillidos: *Benedictus qui venit in nomine Domini*, etc., hasta el *hosanna in excelsis* inclusive. Tiene el pueblo gran devoción con la santa asna, la que va llena de cintas, trenzas, bolsos y carteras de seda; y antiguamente llevaba tambien muchos escapularios, hasta que un cura los quitó, pareciéndole irreverencia. No queda en el lugar manta, cobertor ni cabezal que no se tienda por el sitio que anda la procesion. Este año se llama por dicha Domingo de Ramos el mayordomo de la Cruz, que representa á Cristo. De todo se hace cargo el predicador si ha de dar gusto.

Lunes Santo.

»Buen ladrón. Fíjense las cruces grandes á la entrada del presbiterio, y son las mismas que sirven para el descendimiento. Todas las tres efigies que se representan en ellas, son de artificio muy diestro, y las costeó un hijo del lugar, que llegó por sus puños á ser canónigo de la Bañeza. La de en medio es un crucifijo muy devoto; la del lado derecho es de San Dínas; y la del izquierdo

de Géstas, con semblante desesperado y rabioso, que parece de condenado. Es tradicion que se sacó por la de un escribano; otros dicen que por la de un gran ladrón ventero que habia en la comarca. Como quiera, ya es uso y costumbre inmemorial que en este sermón se dé contra los oficiales de pluma. Concurrer mucha gente del contorno á oír las pullas y los chistes.

Mártes Santo.

»*Lágrimas de San Pedro.* Cántase la pasión por la tarde; y cuando el que canta se va acercando á aquellas palabras: *Accesit ad eum una ancilla*, salen de la sacristía un viejo con una calva muy venerable, que representa á San Pedro, y una muchachuela en traje de moza de cocina, la cual en cantando el de la pasión: *Accessit ad eum una ancilla*, *dicens*; prosigue ella también cantando muy gargariteado: *Et tu cum Jesu Galileo eras*; y el viejo entona como enfadado y con desabrimiento: *Nescio quid dicis*. Va San Pedro andando poco á poco por la iglesia, y al cantarse aquellas palabras: *Vidit eum alia ancilla*, *et ait iis qui erant ibi*; sale del medio otra muchachuela y canta: *Et hic erat cum Jesu Nazareno*: San Pedro la da un empujón muy enfadado, y dice: *Voto à Christo, quia non novi hominem*. Al fin hace como que se quiere salir de la iglesia; y á este tiempo entra una tropa de mozacones que, mirándole de hito en hito á la cara, comienzan á berrear descompasadamente: *Verè et tu ex illis es, nam et loquela tua manifestum te facit*. Aquí el pobre viejo, colérico, enfurecido y como fuera de sí, comienza á detestar, á jurar y perjurar que no conoce tal hombre, echándose cuantas maldiciones le vienen á la boca: no bien las acaba de pronunciar cuando sale de allá de encima del coro, y como hacia detras del órgano, un chillido muy penetrante que remeda la voz del gallo, y comienza á cantar tres veces: *Quiquiriqui, quiquiriqui, quiquiriqui*. Al oírlo San Pedro hace como que se compunge; se va debajo del coro, se mete en una choza ó cabaña que le tienen prevenida, y en ella está durante el sermón, plañendo, llorando y limpiándose los mocos. Es funcion curiosa; concurre mucha gente; y es obligacion del predicador decir algunos chistes acerca de los pollos y los capones, observándose que el que mas sobresale en esto, saca despues mas limosnas de gallinas.

Miércoles Santo.

»Este día no hay sermón. Despues de misa y por la tarde sale el predicador con la señora justicia á pedir la limosna de los huevos y pescado; y si dió gusto en los días antecedentes, suele sacar mas de doscientos huevos y una arroba de zineal, sin contar las sardinas saladas, que suelen ser mas que los huevos.

Jués Santo.

»*Lavatorio y mandato.* No hay cosa especial que notar de mucho gusto en este día. Un predicador tomó por asunto: *Amor es arte de amar*: lo que se advierte, por sí el predicador quisiere imitarle: generalmente han parecido bien todos aquellos que han predicado, desleídas, algunas relaciones de comedias de capa y espada, como tuviesen eleccion para coger las mas tiernas, derretidas y discretas. Ninguno logró mas aplauso que uno que se empeñó en probar «que Cristo en la última

cena se acreditó de chichisveo de las almas». Imprimiósse el sermón; y aunque luego se recogió por el Santo Tribunal, como no se recogió la memoria, ha quedado eterna de él en la villa. Hácense estas advertencias por si conducen para algo.

Viernes Santo.

»Por la mañana á las cuatro la pasión. No la hay mas célebre en la redonda: asiste al sermón debajo del púlpito el mayordomo de la Cruz, vestido de Nazareno. Cuando se llega al paso de *Ecce homo*, sube al púlpito, y el predicador le muestra al pueblo, haciendo las ponderaciones y exclamaciones correspondientes á este paso. Es grande la conmoción, y se ha observado ser mucho mayor que si se mostrara la imagen del Salvador en aquel lance. Pronunciada la sentencia por Pilatos, es obligacion del escribano de la villa, y en su ausencia, del fiel de fechos, notificársela á Jesus Nazareno, esto es, al mayordomo de la Cruz, quien se encoge de hombros con grande humildad en señal de aceptación. Cuando sale del pretorio para el Calvario, el sacristan, ó faltando este, el mullidor, con voz ronca y descompasada, publica el pregon de los delitos de aquel hombre: rara vez deja de haber desmayos. En el momento en que espira, dice el predicador: *Expiravit*; tocan las campanas á muerto; hace el predicador una breve suspension ó pausa; y despues él mismo entona el responso: *Ne recorderis*, continuándole los clérigos; y se acaba la funcion con el *requiescant in pace*.

»Por la tarde á las tres el descendimiento. Se hace en la plazuela que está delante de la iglesia, si el tiempo lo permite. Se ejecutan en él los mismos pasos y juegos de manos que en los demas descendimientos. Salen los venerables varones que representan á Nicodemus, San Juan Evangelista y á José *ab Arimatea*, con sus toallas, martillos y tenazas, estando ya prevenidas las dos escaleras arrimadas á los brazos de la cruz de medio. Colócase en medio del teatro una devota imagen de la Soledad, con goznes en el pescuezo, brazos y manos, que se manejan por unos alambres ocultos, para las inclinaciones y movimientos correspondientes, cuando San Juan va presentando los instrumentos de la crucifixion. Y sobre todo, cuando los tres venerables varones ponen delante de la Virgen el cuerpo difunto de su Hijo, pidiendo la licencia para enterrarle, suele ser día de juicio. El predicador que entre todos desempeñó con mayor aire esta funcion, fué el que tomó por asunto de ella: *Los titeres espirituales*; y al acabar por la mañana el sermón de la Pasión, convidó al auditorio para una funcion de titeres: todo dió gran golpe.

Sábado Santo.

»No hay sermón este día; pero acabados los oficios, sale el predicador con la señora justicia á pedir la limosna de torreznos, hornazos, longanizas y chorizos, y si cayó en gracia suele juntar tantos, que vende los que le sobran, despues de regalarse bien los días de Pascua. Y predicador ha habido que ha sacado ciento y cincuenta reales de estos despojos.

Domingo de Pascua.

»Sermón de gracias á las cinco de la mañana. Es obligacion del predicador tocar en este sermón todas las

gracias, chistes, cuentecillos, chocarrerías y truhanadas que puede recoger, para divertir el inmenso gentío que concurre á él. No ha de ser hazañero ni escrupuloso. Sean de la especie que se fueren, puercos, sucios, torpes é indecentes, ya se sabe que en aquel día todo pasa. Debe hacerse cargo de que la gente está harta de llorar en la semana santa, y que es preciso alegrarla y divertirla en el domingo de Pascua. Los padres predicadores que han traído socio ó lego (porque algunos lo han traído), han dispuesto que el lego subiese al púlpito y que predicase un sermón burlesco, atestado de todas las bufonadas posibles. Por lo común estos sermones se acaban con un acto de contrición truhanesco, y por Cristo sacaba el lego una empanada, un pernil ó una bota, á la cual decia mil requiebros en tono de afectos compungidos, que hacia descalar de risa.

»Adviértese al padre predicador, que en sus sermones no pase de una hora, á excepcion del de las lágrimas de San Pedro, Pasion, Descendimiento y sermón de Gracias, en los cuales podrá detenerse lo que quisiere.

»Por mandado de los señores alcaldes y concejo de la villa de Pedro-rubio, jurisdiccion de Caramanchel de Arriba. — Roque Marcon, fiel de fechos. — Concuerta con su original á que me remito.»

Esta fué á la letra la instruccion que el licenciado Flechilla entregó á nuestro Fray Gerundio, recibida inmediatamente del fiel de fechos que ejercia el oficio de escribano, *in sede vacante*, y se acostumbraba dar una copia legalizada de ella al padre predicador, *pro tempore existente* de la semana santa, para que, noticiado de todas las circunstancias, le parase entero perjuicio, si no se conformaba por ellas. Discurra el pio lector qué torbellino de especies, á enál mas extravagante, no se atropellarian en la fantasia de nuestro predicador mayor, cuando se halló en el almagacen de materiales tan copiosos como estrafalarios y ridiculos; y qué parabienes se daria de que le hubiese tocado la dicha de tener su cortadora hoz en mieses tan abundantes.

Bien conoció que la instruccion le daba hecha una gran parte de su trabajo, y aun casi la mayor, mostrándole como con la mano el camino por donde habia de ir, y poniéndole á vista de ojos los asuntos que debia de escoger para captar los aplausos, y poner el pié, si pudiese, encima de todos sus gloriosos predecesores de feliz recordacion. Pero, como los asuntos eran tantos, y necesitaba de una inmensa multitud de especies para llenarlos, no se puede explicar la aplicacion con que se dedicó los ocho meses que faltaban para la semana santa, á revolver todo género de libros, notando, apuntando, amontonando verde y seco, todo cuanto se le venia á la mano, y podia conducir, aunque fuese remotísimamente, para alguno de los asuntos.

En el domingo de Ramos tuvo poco que hacer para determinarse; porque, notando que se llamaba Domingo Ramos el mayordomo de la Cruz, de aquel año, y que era el primer papel del día, tomó por idea de su sermón «el ingerto á los ramos del domingo, enlazados con Domingo de Ramos». Acordóse haber oído ó leído que habia un célebre autor moderno que se llamaba el Señor Ramos del Manzano, y que era imposible que dejase de traer *pro dignitate*, y como dicen, á fondo, la materia de ramos. Le fué á buscar con ansia á la librería del convento, hallóle, y quedóse elevado cuando vió que aquel

docto escritor trataba de cosa muy diferente que no entendia. Haciendo despues reflexion que, segun el texto y tambien lo que se practicaba en Pedro-rubio y su funcion, los ramos eran de olivos, se le vino á la memoria el libro de Doña Oliva Sabuco, de que habia oído hablar al beneficiado como de un libro raro y exquisito que él tenia en mucha estimacion. Envióselo á pedir, creyendo que encontraria en él un tesoro para su asunto; y aunque vió que trataba del jugo nutritivo de las plantas y de los árboles, como no hablaba cosa particular de olivos, se enfadó y le arrinconó con desprecio. En este punto se le vino á la memoria que, así en el Breviario como en el Misal, se le da á este domingo el título de *Dominica in Palmis* (dominica de las Palmas); reflexionó con oportunidad que en aquel domingo daba principio la Iglesia á cantar la pasion; ocurrióle haber visto alguna vez en la librería de la casa, aunque por el forro, un libro intitulado *Palma de la Pasion*, y dándose muy alegre el parabien, dijo para sí: Vaya, que siendo palma y de pasion, no puedo ménos de encontrar aquí todo cuanto he menester para atestar de erudicion las palmas de esta dominica. Abriólo, y cuando halló que era la devotísima y juiciosísima *Historia de la Pasion*, escrita por el Padre Luis de la Palma, le faltó poco para echar el libro por la ventana, del enfado que le dió. Desesperado, en fin, se refugió á su *Poliantea*, y allí encontró una selva llena de ramos, olivos y palmas, que podía competir con la vega de Granada y con los mismos olivares de Tudela y Cascante de los Aledaños.

Lo que le dió muy poca pena fué la circunstancia de la *santa asna*, como blasfemamente, aunque con mucha simplicidad, la llaman aquellos pobres rústicos. Al instante se le vino á la imaginacion el *asno de oro* de Apuleyo; y aunque esto fué una graciosa invencion de aquel chifletero autor, y no le conoció Fray Gerundio ó se le dió muy poco de eso, porque, verdadero ó fingido, siempre le pareció especie divina para formar el paralelo. Fuera de eso, por fortuna suya, habia pocos dias ántes leído en el *Espectáculo de la naturaleza* el bello elogio que se hace del *asno* en la boca del Prior; y desde luego determinó encajarle, reduciéndole á su estilo, así para dar á su auditorio una razon plausible del motivo por qué habia preferido el Salvador este humilde animal para hacer su triunfante entrada en Jerusalem, como para promover en sus oyentes el respeto carísimo á la *santa asna*, en cuanto estaba de su parte.

El asunto en que finalmente se fijó para el sermón del buen ladrón, fué sin duda feliz. Dió por supuesto, sin razon de dudar, que el buen ladrón se llamaba Dímas, y el malo Géstas, sin embargo de que sobre el verdadero nombre de los dos haiga tanta variedad en los autores, como saben los eruditos. Y aun supuesto que se llamasen así, todavía no falta quien diga que el malo fué Dímas, y el bueno Géstas, como lo prueban aquellos versos, bastante vulgarizados:

Imparibus meritis, tria pendent corpora ramis
Dímas, Géstas; in medio est divina Potestas:
Dímas damnatur, Géstas super astra locatur.

Fray Gerundio no se paró en eso, y es sumamente verosímil que ni siquiera tuviera noticia de ello, dando por indisputable la opinion vulgar, que acaso tendria él por artículo de fe, de que el buen ladrón se habia llamado Dímas, tomó por asunto «que el buen ladrón ha-

bia sido el *Di-ménos* de todos los ladrones, y el *Di-mas* de todos los santos. Probólo ingeniosamente, asegurando que mientras el mal ladrón estaba vomitando blasfemias contra Jesucristo, el bueno le procuraba contener, diciéndole: *Di-ménos, Di-ménos*. Y cuando, después que inspiró el Salvador, los mismos que le habían crucificado se volvían á Jerusalem hiriéndose los pechos y aclamándole por verdadero hijo de Dios, el buen ladrón animaba á cada uno de ellos, diciéndole: *Di-mas, Di-mas*. Mientras el mal ladrón juraba y perjuraba contra el escribano que le había hecho la causa, tratándole de tan ladrón y tan homicida como él, procuraba sostenerle el buen ladrón, diciéndole: *Di-ménos, Di-ménos*. Cuando Longinos abrió los ojos del cuerpo y del alma, y confesó al Salvador á quien había abierto el costado, el buen ladrón le alentaba con estas palabras: *Di-mas, Di-mas*.

Exornó después este delicadísimo pensamiento con un paso retórico, sin duda alguna, ingenioso, enérgico y oportuno. Hicó una buena porción de elogios que hacen del buen ladrón así los santos padres como los sagrados expositores, y esto le costó poco trabajo, porque solo en Silveira, Baeza, encontró una decente provision para llenar muchos sermones. Hizo una especie de apóstrofe, hablando en cada uno de aquellos autores como si los tuviera presentes, y preguntaba, verbi-gracia, á San Agustín: Ea, ¿qué dices del buen ladrón, sol africano, fénix único de la Arabia feliz? *Dum patitur credit Dimas, non ante crucem Domini sectatur, sed in cruce Domini confesor Dimas, inter martyres computatur, suoque sanguine baptizatur*. ¡Y tú, púrpura betlemítica, máximo entre los cuatro maestros generales de la universal Iglesia, Jerónimo divino! ¿qué dices de nuestro Dimas? *Latro credidit in cruce, et statim moeretur audire: Hodie mecum eris in paradiso; Dimas latro crucem mutat paradiso*. Di-mas. ¿Pero qué mas ha de decir? Diga esto mismo con poética elegancia la mitrada musa de Viena: ya sabe el docto que hablo de Abilo, obispo vienense:

*Sicque reus scelerum dum digna piaculo
Pandit, martyrium de morte rapit.*

CAPITULO XIII.

Interrumpese la obra por el mas extraño suceso que acaeció al autor, y de que quizá no se encontrará ejemplar en los anales.

Aquí llegaba dichosamente la pluma, volando con presurosa rapidez por la region de la historia, en alas, á nuestro modo de entender, de la verdad mas acendrada; aquí corría la narracion sin tropiezo por el dilatado campo de la vida de nuestro héroe, faltando por lo ménos la mitad para llegar al término de su espaciosa carrera; aquí comenzábamos (por decirlo así) á tender las velas de nuestra navegacion, desviándonos de la tierra para engolfarnos en el mar alto de las mas famosas proezas pulpitaes de nuestro nunca bastantemente aplaudido Fray Gerundio; aquí, aquí era donde lográbamos los documentos mas copiosos, las mas preciosas memorias, y los instrumentos, no solo mas abundantes, sino tambien (á nuestro parecer) los mas puntuales, los mas exactos y los mas fidedignos, para divertir, entretener y embelesar (en cuanto nos fuese posible) ó instruir sin especial trabajo nuestro á los lectores, cuando el suceso mas extraño, el acacimiento mas singular, y el

mas exótico, triste, melancólico, funesto y cipresino accidente que podia caber en la humana imaginacion, nos obligó á cortar los vuclos á la pluma, á parar el caballo en medio de la carrera, á echar las áncoras al principio de la navegacion, y en una palabra, á levantar la mano de la tabla, arrinconándola para siempre, ó á lo ménos, á suspender el pincel hasta ver lo que producen las nuevas diligencias que estamos haciendo, en cumplimiento de nuestro empeño y de nuestra obligacion.

Bien conocemos que estarán ya nuestros amados lectores con una ansiosa impaciencia por saber el triste y fatal suceso que ocasionó esta desgracia. Tengan por Dios un poco de flema y déjennos respirar, haciéndose cargo de que no somos de bronce. La memoria sola nos conturba, los ojos se arrasan, la voz se corta, el pecho se cierra, la garganta se anuda, y hasta la pluma parece que no quiere dar tinta. Ya hemos tomado un poco de huelgo: allá va pues lo que nos sucedió.

En varias partes de esta, que nos pareció fidelísima historia, hemos advertido que para formarla fuimos recogiendo una prodigiosa multitud de manuscritos, documentos, memorias, instrumentos que teniamos originales, y en fin, todo aquello que podimos conseguir y juzgábamos contener las mas puntuales noticias históricas, genealógicas, tipográficas y críticas, las cuales sirviesen de verdaderos materiales á nuestra obra, sin dejarnos á nosotros mas trabajo que la diligencia de recogerlas y el esmero de ordenarlas, dándolas digeridas en aquel estilo que consideramos mas propio de una historia de este carácter. ¡Cuántos archivos revolvímos! Cuántos becerros, tumbos, cronicones, libros de cofradías, notas de espolios monásticos y otros documentos de este jaez registramos, lo dejamos á la consideracion del lector erudito y discreto, el cual solo podrá dar su justa estimacion á este trabajo tan deslucido como necesario.

Pero nuestra desgracia consistió en habérsenos significado que, como Fray Gerundio floreció en un siglo tan remoto de nuestros tiempos, y como habían sido tan ruidosas en el mundo sus empresas y hazañas oratorias, todas las naciones se habían dado prisa á trasladarlas en su lengua: de manera que, habiéndose perdido cuantos apuntamientos habia de este héroe en la antigua lengua española, con motivo de la entrada é invasion de los sarracenos, no habria noticia de él en España, si una feliz casualidad no hubiera dispuesto que cierto viajero muy inteligente en las lenguas orientales, al pasar por Egipto y hospedarse en cierto monasterio de cautos, enseñándole los monjes su inculta y desaliñada librería, no hubiese reparado en cuatro grandes cajones que estaban á un rincón de ella, rotulados con esta inscripcion arábiga: *Memorias para la historia de un famoso predicador español*.

Picado de la curiosidad, pidió y consiguió que se los dejasen registrar. Encontró en ellos mil preciosidades; y viendo que unos estaban escritos en hebreo, otros en caldeo, otros en siríaco, otros en armenio, otros en arábigo, muchos en persa, y una buena porción en griego, cuyas lenguas poseía él perfectamente, solicitó con los monjes que se los vendiesen. Ellos lo hicieron por bien poco dinero, porque ni conocían su mérito ni aun estaban enterados de lo que contenían, y así los tenían llenos de polvo. El viajero los condujo á España; murió en

Barcial de la Loma, su patria; los papeles se esparcieron por aquí y por allí en aquellas cercanías, bien que la mayor parte se reservó en el famoso archivo de Cotanes, de que hicimos mención en el mismo zaguan de esta desgraciada historia, á la que llamamos así por lo que presto se verá.

Informados pues de que todos los documentos que se hallaban en nuestra península estaban escritos en las referidas lenguas, abandonámoslos del todo el intento de recogerlos, por no entender palabra ni siquiera de una de ellas; y aquí no podemos ménos de lamentar segunda vez nuestra desgracia en no haber tenido en nuestra adolescencia quien nos enseñase por lo ménos la lengua griega y hebrea, que no solo nos servirían mucho en esta ocasion, sino en otras de mucho mayor importancia; y aunque oímos condenar á muchos que parecen personas graves, este género de estudio, como inútil y como ménos necesario, á nosotros nos hace mas fuerza el ejemplo de los mayores hombres de todos los siglos, que el particular dictámen de los que en ningun siglo tienen traza de ser muy hombres.

Hácenos mas fuerza las constituciones 14, 42, 43, 73 y 79 de Gregorio XIII, en que recomienda el estudio de estas dos lenguas con el mayor encarecimiento, para el cual y para el de otras fundó á sus expensas veinte y tres colegios ó seminarios en diferentes partes de la cristiandad.

Hácenos mas fuerza la constitucion 75 de Paulo V, en la cual se manda que «en todos los estudios de los regulares, sean del orden ó instituto que fuesen, se enseñen las lenguas griega, hebrea y latina; y en los estudios mas célebres haya tambien maestro de la arábica»: *in cujuslibet ordinis et instituti regularium studiis, sint linguarum hebraeae, graecae et latinae, in majoribus vero et celebrioribus, etiam arabicae doctores*. Hácenos mas fuerza el ejemplo del gran pontífice Clemente XI, peritísimo en la lengua griega y no ménos celoso de que los jóvenes se aplicasen á ella. En fin, nos hace mas fuerza la segura noticia que tenemos de que el gran patriarca San Ignacio de Loyola, en sus constituciones aprobadas por la silla apostólica, dejó muy encargado á sus hijos el estudio de estas dos lenguas; y nos inclinamos tambien á que el de la siríaca y caldea.

Si hubiéramos tenido quien nos las enseñase, y nosotros nos hubiéramos dedicado á ellas, no nos veríamos en el estrecho que nos vemos, resueltos á dejar la idea de la obra por no tener los manuscritos de donde habíamos de tomar los materiales. Pero cuando ya no pensábamos en eso, ves aquí que nos depara la suerte ó la desgracia una rara vision. Dícenme la criada que me quiere hablar un moro. Hágole entrar, y encuéntrome con un hombre de aspecto venerable, de estatura heróica, con barba prolongada y rubia, ojos modestos, pero vivos, color blanco y vestido enteramente á la turca, sotana talar y abotonada, de lanilla fina color morado, aforrada con tafetan carmesí; una gran banda de seda por ceñidor, que le daba muchas vueltas; chinelas forradas en tela amusca, y borceguines á media pierna, adonde salían á recibir unos anchurosos y prolijos calzones de marinero, que le bajaban hasta ella; una especie de capa ó manto corto que no pasaba de la cintura, de la misma tela que la sotana, solo que estaba forrada en martas cebellinas, que la traía rodeada al brazo izquierdo ajrosamente; su tur-

bante de tres altos, como de á media vara, con las tres divisiones regulares, blanca, encarnada y amusca, del que pendían por todas partes multitud de hermosas bandadas, ya de gasa, ya de moselina, y algunas tambien de seda.

Díjome en buen cortado castellano que era un co-episcopio armenio que venía á pedir limosna para los católicos del monte Líbano que vivían entre los eismáticos, sujetos todos al turco, para ayudar á pagar los excesivos tributos que les exigía el Gran Señor por permitirles el ejercicio libre de su religion católica en los estados de la Sublime Puerta. Añadió que aquel era el cuarto viaje que habia hecho á España con tan caritativo intento, y que en las dilatadas mansiones que habia hecho en ellos, recorriendo todos sus reinos y provincias, habia aprendido la lengua con toda perfeccion; que el Señor le habia dotado de conocido don de lenguas, pues sobre haberse instruido bastante en todas las europeas, poseia perfectamente todas las orientales, que en cierta manera podia llamarlas sus lenguas nativas. Concluyó con manifestarme una multitud de cartas de príncipes y potentados, con otra igual y mayor cantidad de despachos y licencias exhortatorias de señores obispos, para que pudiese y le diesen limosna en el distrito de sus respectivas jurisdicciones; y por fin me suplicó que, como párroco, no solamente diese el uso de mi parroquia, sino que le hiciese el gusto de acompañarle en la demanda, para excitar mas bien la caridad de los fieles.

Yo que me vi con un personaje al parecer tan recomendable (y para mayor autoridad traía consigo dos turquitos como de catorce á quince años, de aspecto muy agraciado, que decia ser pajeitos suyos), y como por otra parte le vi que era tan versado en las lenguas orientales en que estaban los manuscritos cuyo contenido deseaba saber con tanta ansia, y mas hablando la castellana con tanta propiedad como desembarazo, no puedo ponderar el gozo interior que me causó esta aventura, pareciéndome que no pudo ser sino por alta providencia del cielo, que por este camino queria abrirle á la ejecucion de mis celosos intentos.

En fin, por ahorrar razones, le hospedé en mi casa, le cortejé, agasajé y regalé en ella por muchos días, todo cuanto mi pobreza pudo dar de sí. Declaréle el pensamiento que habia tenido y el motivo por qué le habia abandonado, no entendiendo los manuscritos que estaban esparcidos en varios lugares del contorno, aunque la mayor parte se guardaban juntos y con buena custodia en el célebre archivo de Cotanes, pueblo que solo dista una legua larga de esta villa. El Señor Co-episcopo se sonrió gravemente, y me dijo con grande agrado que no me diese pena, que él me sacaría de este embrazo, y que pues no podia agradecer de otra manera mi caritativo hospedaje, celebraba la ocasion de manifestar su agradecimiento en cosa tan de mi gusto, como seria darme traducidos en castellano todos los manuscritos que le pusiese delante, aunque fuese menester detenerse en mi casa algunas semanas y aun meses; porque á las virtudes no se oponía, y era tambien especie de memoria para los católicos del monte Líbano, el reconocimiento á sus insignes bienhechores.

Beso la mano de su ilustrísima por tanto favor. Al punto hice venir todos los manuscritos que pude recoger, especialmente dos grandes legajos del archivo de Cotanes,

cuyo archivero mayor (íntimo amigo mío) me los franqueó prontamente en virtud de real cédula y privilegio que tenemos los de esta villa para eso, dándomelos con testimonio y con recibo, como se previene en la misma facultad. Mi co-episcopo tomó con el mayor calor la traducción, y en ménos de mes y medio me los presentó todos traducidos y numerados para que supiese adonde correspondían unos y otros. Para mayor autoridad y abundamiento puso su sello y echó su firma en cada uno de los documentos traducidos, como se ve en ellos por esas palabras.—Concuerda.—*Isaac-Ibrahim Abusemblat, co-episcopo del Gran Cairo.*

Despidióse de mí, dejándome este imponderable tesoro, que por tal le tenia yo; y pareciéndome que había hecho poco por él, respecto de lo que él había hecho por mí, le regalé á la partida lo mas y mejor que pude. Sin perder tiempo puse manos á la obra: con qué desvelos, con qué afanes y con qué fatiga, Dios lo sabe; porque las especies están todas repartidas por aquí y por allí, sin orden, conexión ni método. Mi suma atencion fué no desviarme un punto de las memorias en orden á las noticias; porque ¿quién no se habia de fiar de las que estaban firmadas y selladas por un hombre que se llamaba *Isaac-Ibrahim Abusemblat, co-episcopo del Gran Cairo*, y ménos el hacer milagros parecia santo?

Ahora entra la funestísima catástrofe. Cuando después de dos años de trabajo, de vigiliás y de infinito sudor, tenia yo formadas las dos partes de mi historia con la conformidad que van escritas, y puntualísimamente cuando estaba trasladando con la mayor felicidad los singulares é ingeniosos apuntamientos de Fray Gerundio para su semana santa, pasó por este pueblo un inglés de autoridad, que se dirigia á Portugal con no sé qué comision. Traía cartas de recomendacion de algunos amigos para que yo le hospedase, y lo llice con especial gusto, porque, aunque sin ellas, le tengo grande en cortejar á todo hombre de bien que transite por esta villa. Díjome que habia sido muchos años catedrático de lenguas de la universidad de Oxford, y que actualmente se hallaba en la corte de Londres sirviendo el empleo de intérprete y secretario de ellas. Creíle sin dificultad, porque, salva la religion protestante que profesaba, en lo demas parecia hombre de honor, bondad y penetracion, de honradísimos y caballerosos respetos, sobresaliendo en él una vasta y comprensiva erudicion en casi todas las facultades.

Díle brevemente razon de la obra que estaba trabajando, de los materiales ó documentos que habia tenido presentes para disponerla, del embarazo en que me hallé para su inteligencia, de la aventura que me deparó mi dicha con el Co-episcopo armenio para salir de este embarazo, de la bondad con que me los tradujo en castellano aquel santo prelado, y finalmente le dije que habia de merecer la honra de que descansase algunos dias en mi casa, y que en ellos, por via de entretenimiento, aunque molesto, se sirviese tomar el trabajo de leer los cartapacios y cotejarlos con los instrumentos á que se remitian; porque, aunque yo tenia toda la seguridad posible de su legalidad en estas materias, nunca sobran los motivos para afianzarla.

Todo lo aceptó el caballero inglés con atentísima urbanidad, diciéndome que la detencion en mi casa por algunos dias le era precisa, pues, informado de mi buen

corazon, habia dado orden para que le enviasen á esta villa ciertos despachos de su corte que esperaba por la via de Madrid, sin los cuales no podia pasar adelante; y por lo que tocaba á mi obra, la leeria con especialísimo gusto; porque á su parecer no podia ménos de tenerle yo muy delicado.

Con efecto, en los seis dias que tuve la honra de tenerle por mi huésped, se entregó tan ansiosamente á la lectura de la historia, que apenas acertaba á dejarla de las manos, ni aun para comer; y aunque protestó que no me habia de hablar palabra de ella hasta que cotejada con los manuscritos pudiese hacer jñicio cabal de todo, se le conocia bien en todas sus acciones, gestos y movimientos, que la obra le habia enadrado extrañamente. En fin, la mañana del último dia que estuvo en mi casa (era, por cierto, mártes; habia de ser un dia tan aciago para mí), después de habernos desayunado juntos, me dijo que era preciso cerrarnos; y habiéndolo hecho, me restituyó el manuscrito de mi historia, con todos los demas instrumentos y papeles que habia recorrido, en la misma conformidad y con el mismo orden con que yo se los habia entregado; y mirándome entre risueño y compasivo, me hizo un razonamiento en esta sustancia:

«Señor Cura, tengo que dar á vuestra merced mil enhorabuenas y mil pésames: aquellas, porque ha escrito vuestra merced una obra que en su línea dudo que tenga consonante; yo á lo ménos no se le hallo en todo lo que he leído, y no ha sido poco; estos, porque, creyendo vuestra merced de buena fe que ha trabajado una obra histórica, exacta y fiel, calidades que, en cuanto es de su parte de vuestra merced, verdaderamente le asisten, ha gastado el calor intelectual en disponer la relacion mas falsa, mas embustera y mas fingida é infiel que pudiera caber en humana fantasía. Si como vuestra merced la llama *historia* la llamase *novela*, en mi dictámen no se habia escrito cosa mejor ni de mas gracia ni de mas utilidad. Tan provechosa sería para muchos de nuestros predicadores de la iglesia anglicana, como para muchos predicadores de la Iglesia romana; pero habiéndola vuestra merced intitulado *historia*, no me permite mi sinceridad engañarle, ni lo merecen las honras con que me ha favorecido y la noble confianza con que se ha fiado de mí. Nada tiene de historia, porque toda ella es una pura ficcion. Sosiéguese vuestra merced, y no se asuste hasta haberme oído.

»El llamado *co-episcopo armenio* que á vuestra merced dió traducidos estos libros, tanto tenia de armenio como de húngaro, tanto de co-episcopo como de monja, tanto entendia las lenguas orientales como vuestra merced la turquesca, la china, la japona. Dejo á un lado que há muchos siglos que así en la iglesia latina como en la griega se suprimió la dignidad de co-episcopo; dejo á un lado que el Gran Cairo dista tanto de la Armenia, como la Ilircania de España; y en fin, dejo á un lado que ni los católicos ni los eismáticos armenios están sujetos hoy al Gran Señor, desde que los mogoles ó sofís de Persia conquistaron la Armenia y la Georgia, sin que en aquella conserve el turco mas que dos plazas de poca importancia, ó por mejor decir, dos fortalezas, que son la de Alkhasiké y la de Coutetis, teniendo en la primera un bajá de una cola ó de inferior orden, y en la segunda un simple gobernador ó comandante. Todas estas son fuertes señales de que el supuesto co-episcopo

debía de ser un picaron, un tunanton, un vagabundo de los que de cuando en cuando suelen aparecerse en varias partes de la Europa, y con sus hipócritas artificios engañan tan bien á personajes que tenían motivo para no dejarse sorprender con tanta facilidad.

»Lo que no admite género de duda es que le engañó á vuestra merced, pero graciosamente, en todo ó casi todo lo que dijo que contenían esos legajos de papeles; y que el haberlos legalizado con su sello y con su firma, fué una de las mas preciosas invenciones ó bufonadas que pudo discurrir para burlarse de la sinceridad de vuestra merced.

»A la verdad se habla en varias partes de ellos de un predicador extravagante y ridículo, de cuyos sermones se entresacan varios trozos y pasajes; pero no se nombra el predicador ni á tal Fray Gerundio en todos los manuscritos, ni se dice si el tal predicador anónimo fué español ó frances, campesino, andaluz ó guipuzcoano; y consiguientemente todo cuanto se refiere de Campazas, de su familia y del licenciado Quijano, es una pura patraña. El sermón de ánimas que en el capítulo iv del libro primero se supone que se predicó en Cabrerizo, un manuscrito dice que se predicó, pero no expresa dónde. Asimismo se da por cierto todo cuanto se refiere en el capítulo v del mismo libro, como sucedió con el maestro de escuela; pero no encuentro rastro de que fuese cojo ni hubiese sido maestro de Villanueva, pues solo se habla en general de un maestro de niños, que el bellaco del Señor Co-episcopo, habiendo fingido que Fray Gerundio era de Campazas, púsole voluntariamente á la escuela de Villanueva, porque quizás será un lugar poco distante de Campazas.

»Igual libertad finge en todo lo que atribuye al domine Zancas-largas, sacando de su fantasía un predicador imaginario, que no ha existido *in rerum natura*. No se puede negar que muchas de las sandeces que se ponen en su boca, se encuentran repartidas en innumerables pedantes que se meten á maestros de gramática ó preceptores; pero no es verisímil que todas ellas se encuentren solas en uno solo; porque no necesitaria de mas prueba para que le tuviesen por orate.

»La ficción mas perjudicial de todas en la religion católica que vuestra merced profesa (que en la nuestra no tendria inconveniente), es aquella con que el bribon de tunante hace á su Gerundio del estado religioso. No hay ni el mas leve rasguño de eso en todo lo que le registrado; porque al predicador de que se trata no se señala estado ni profesion: por eso todo cuanto se dice de su vocacion, noviciado, estudios, empleos, etc., se lo regaló de su bella gracia el ilustrísimo señor Isaac-Ibrahim Abusemlat, co-episcopo del Gran Cairo.

»El mismo concepto se ha de formar de su inseparable amigo y compañero Fray Blas, del cual no se habla ni hace la mas leve mencion en todos estos papeles. Solo se da una noticia cabal de otro compañero del predicador anónimo, que con su mala doctrina y peor ejemplo contribuía mucho á estragarle. Por tanto, aunque todos los razonamientos del ex-Provincial y maestro Prudencio son graves, macizos y poderosos, debo prevenir á vuestra merced que no se encuentran en los documentos originales.

»Mucho ménos se lee en ninguno de ellos el nombre de Bastian ni el apellido de Borrego, ni puedo discurrir

el motivo que tendria el señor tunante para poner en boca del sesudo labrador Bastian Borrego las graciosas, pero sólidas, reflexiones que hizo en la granja con el maestro Prudencio. Solamente conjeturo que, habiendo hecho campesino á su Fray Gerundio, aplicó á los interloqu岸es aquellos apellidos que son frecuentes en esta provincia, escogiendo quizás los que á su modo de entender le parecieran ridículos; pero si tuvo por tal el apellido de Borrego, acreditó igualmente su malicia y su ignorancia. No tiene mas de ridiculo el apellido de Borrego, que los de Carnero, Vaca, Mula, Leon, Gallo, Palomo y otros muchos con que se honran tantas familias distinguidas, y algunas de la mas elevada nobleza. Aun vuestra merced mismo no pierde nada por llamarse Lobon, siendo en la historia eclesiástica de España, tan conocida desde el primer siglo de la Iglesia aquella famosa matrona Lupa ó Luparia, que algunos hacen reina, y todos suponen señora nobilísima; y en fin, allá en Inglaterra tambien tenemos mucha noticia de la gran casa de Villalobos.

»Los documentos que vuestra merced tuvo presentes para componer la segunda parte, no son mas fieles que los que le guiaron para componer la primera. El Señor Abusemlat le vendió á vuestra merced gato por liebre, y le puso delante todo lo que á él se le antojó. Aquellos apuntamientos sobre los vicios del estilo, son un bello trozo de retórica, que me acuerdo haber leído no sé en dónde; pero bien sé que en estos papeles siriacos, arábigos y caldeos no he leído ni una sola palabra de tales apuntamientos. La carta que el estudiante retórico de Villagarcía escribió á su padre, la tengo por apócrifa; pero pues vuestra merced está en el mismo lugar, le será fácil averiguar la verdad ó la suposicion de esta noticia.

»Una pintura que vuestra merced hace de no sé qué convite en un convento de monjas, allá en el capítulo iii del libro cuarto (1), bien sé que lo sacó á la letra del instrumento traducido que está notado con el número 77; pero el original á que se remite no habla mas de monjas que de berengenas. Es una relacion arábica de la toma de Damasco en tiempo de las cruzadas. Sin duda que al tunante debían de haberle tratado mal algunas monjas, conociendo quién era y no dejándose engañar de sus embustes; y él, para vengarse, fingió de su cabeza todos aquellos absurdos, que no caben ni se pueden creer del recogimiento y modestia que dicen profesan las religiosas; que yo, aunque he viajado mucho por países católicos, nunca las he tratado; pero

(1) Esta pintura del convite en un convento de monjas está suprimida en todas las ediciones que hemos visto; pero la hemos encontrado en varias copias manuscritas del segundo tomo, y la penemos aquí por nota únicamente para inteligencia del texto. Este pequeño fragmento, que debía estar intercalado en la página 176, columna 2.ª, línea 58, despues de «temporadilla mejor no espero pasarla en mi vida», dice así:

«Comiamos en el locutorio por la parte de afuera, y comían por la parte de adentro al mismo tiempo cuatro monjas, y á fe que no eran de las mas viejas del convento, porque estas se excusaban con sus achaques, ó, por mejor decir, nosotros las excusábamos á ellas. Durante la mesa habia brindis, habia finecias de parte á parte, y habia tambien sus coplillas. En levantándose los manteles, venían las ancianas y las graves de la comunidad á darnos conversacion: despues se retiraban estas, y nos dejaban con la gente moza. Comenzaba la bulla y la chacota; cantaban, representaban, y tal cual vez ellas, de la parte de allá, y nosotros, de la parte de acá, bailábamos una jota honesta ó un fandango guillo religioso: mira tú si pasaríamos buenos días.»

siempre he oído hablar de ellas con estimación y respeto.

»No puedo negar que me cayó muy en gracia todo cuanto en esta segunda parte se pone en boca del Familiar, que es mucho y bueno. Se conoce que el Señor Coepiscopo no era lerdo, y así fuera tan veraz como advertido; pero debo decir á vuestra merced, para descargo de mi conciencia, que todo esto fué de su invención, y nada de esos papeles. Aun así y todo, se descuidó su señoría en guardar consecuencia; porque en una parte llama Cuco al hijo del Familiar, y en otra Bartolo. Verdad es que lo podía componer, diciendo que el muchacho se llamaba Cuco Bartolo, ó Bartolo Cuco. El terrible razonamiento del magistral de Leon tambien es lástima que no se encuentre en estos documentos; pero al fin, aunque sea fingido que lo dijo, es cierto que todo lo que en él se dice es muy verdadero.

»Todo el capítulo vin del libro cuarto, en que se trata de aquel caballerito mono ó mona, furioso remedador de los franceses, es de exquisita sal, y solo por él merece el co-episcopo del Gran Cairo que vuestra merced dé por bien empleado cuanto le agasajó y regaló, y que le perdona todo lo que le engañó. Fácilmente puede vuestra merced discurrir que en estos manuscritos orientales no se toca ni se puede tocar tal especie; pero si vuestra merced se resolviera á publicar su obra, reformándola y poniéndola otro título, le aconsejo que detodo este capítulo no mude sola una letra ni sílaba.

»Lo mismo le digo del capítulo ix en el libro quinto, en que se habla del intolerable abuso de las mujeres católicas, que se visten por gala los hábitos de las religiones ó otros de capricho que ellas inventan. Si esto lo hicieran las de mi religion, las aplaudiríamos mucho, porque sería la mas graciosa invención para zumbarnos de los trajes religiosos de que hacemos tanta burla; pero en mujeres católicas, parece no se debe tolerar; como quiera, el tunante le dejó á vuestra merced escrita una sátira de grande importancia, que debe engastarse en oro; y no importa que la hubiera puesto en el estilo zafio del Familiar, ni esto se debe censurar como inverisimil ó como disonante, pues quiso dar á entender que para conocer el absurdo de este abuso no era menester ser catedrático ni culto; porque su misma disonancia da en los ojos á cualquiera que tenga medianamente bien puesta la razon natural.

»Una cosa debe vuestra merced borrar absolutamente, y es toda la instruccion que se pone del lugar de Pedro-rubio; porque haiga gala ó no la haiga, es cierto que ni de tal instruccion ni de tal lugar se hace mencion en los originales, y que fué una pura fantasía del Señor Abusenblat.

»Tengo noticia de que en varias partes de España se toleran, así en la semana santa como en otras festividades, especialmente en la que vuestras mercedes llaman del *Corpus*, algunas mamarrachadas que hacen ridiculos los misterios de la religion romana, y nos dan grandes materiales á nosotros (á quienes vuestras mercedes tratan de *herejes*) para reirnos de algunos que impugnamos. Por allá nos causa novedad y admiracion que sufran esto los que fácilmente pudieran remediarlo. Los pasos de la pasion son buenos para meditados, y tambien representados en imágenes ó estatuas que aviven la consideracion; en lo cual no me conformo con los de mi secta, que se burlan de todas las imágenes sagradas, al

mismo tiempo que hacen tanta estimación de las profanas, tratando algunas con mucha veneracion. Debo este testimonio á la verdad; porque soy hombre sincero y hablo en pais libre; que en Inglaterra yo me guardaria muy bien de hablar de esta manera. Bien está, pues, que los pasos de la pasion y todos los demas así, que constan de la historia sagrada como de la eclesiástica, se hagan presentes á la vista por el pincel, por la prensa, por el buril ó por el escoplo. Cuanto mayor sea la viveza con que se figure, contemplo lo será la impresion que hará en los ánimos piadosos. Pero que la persona de Cristo y la de los apóstoles en algunos lances de la historia evangélica se representen al vivo por algunos hombres de la ínfima clase del pueblo, y tal vez no de los de mejores costumbres, ignorantes y atestados de vino, perdonémoslos que lo sufren, que allá nos disuena mucho.

»En virtud de esto que he oído decir, tengo por cierto que en varios lugares de España se practicaron distributivamente todas las extravagancias que supone la historia de Pedro-rubio, esto es, que unas se practicaron en unos y otras en otros; pero no es verisimil que en un lugar se practiquen todas. Y como quiera, no constando de estos originales ni que haya tal lugar de Pedro-rubio, ni mucho ménos que se representen en él pasos teatrales, soy de sentir que vuestra merced debe reformar ese pasaje, ó á lo ménos prevenir que no está muy seguro de que no se haya padecido alguna equivocacion en lo que se atribuye á Pedro-rubio.

»Finalmente, para convencer á vuestra merced demostrativamente que no debiera haberse fiado de la llamada traduccion legal del co-episcopo del Gran Cairo, no es menester mas que hacer un poco de reflexion á los anacronismos en que están hirviendo sus papeles. Por una parte supone á Fray Gerundio anterior á la irrupeion de los moros en España, y por otra parte le llama *Fray*, cosa que ni en España ni en otra parte alguna del mundo se usó hasta muchos siglos despues. Aquí dice que floreció en siglos muy atrasados; allí cita dichos, escritos y hechos que sucedieron ayer ó cuasi están sucediendo hoy. Si me hubiera de detener á particularizar estos anacronismos, sería menester recopilar toda la obra; pero basta esta insinuacion para que vuestra merced caiga en la cuenta.

»En los demas papeles de que todavia no se ha valido vuestra merced, porque los conservaria sin duda para la tercera parte, hallo otras mil graciosas invenciones del tunante, tan fingidas como las pasadas. Trátase en ellas del ridiculo modo con que entendia Fray Gerundio el mandato de casi todos los señores obispos de España, de explicar por lo ménos un punto de doctrina cristiana en la salutation de todos los sermones, y de lo que pasó en esto con un prelado celoso. Háblase mucho de un sermón del Confalon, que predicó en la ciudad de Toro; de otro llamado de la *Vexilla*, en Medina del Campo; de un adviento y de una cuaresma, y en varios lugares, de pláticas á monjas; de una mision que hizo en cierta parte; y concluye el Señor Abusenblat con la conversion de Fray Gerundio al verdadero modo de predicar, efecto de no sé qué libro convincente que la divina Providencia le puso en las manos. Su muerte fué ejemplar, precedida de una pública retractacion de los disparates que habia dicho en sus sermones, y de una patética exhortacion que hizo á sus frailes para que predicasen siem-

pre la palabra de Dios con el decoro, gravedad, juicio, nervio y celo que pide tan grande ministerio.

»Es cierto que el armenio de mis pecados dice admirables cosas en todos estos documentos, así de los que pertenecen á su idea principal, como de otros accesorios que entreteje al modo de los antecedentes, y tocan en costumbres, escritores públicos, criticos, mesas, trajes y extravagancias mal usadas y peor toleradas en las procesiones, abusos de rosarios públicos, de las novenas, de las imágenes sagradas en las esquinas de las calles y en los zaguanes de las casas; y finalmente, en otras cien materias, todas de grande importancia y tratadas, á mi ver, con solidez y con gracia. Pero para mí la conclusion es, que nada, nada de esto se halla en los papeles arábigos, siriacos y caldeos que á vuestra merced le han vendido por originales.

»En virtud de todo lo cual, haciéndome por una parte gran lástima que no salga á luz pública una obra como la que vuestra merced tiene trabajada; y no pudiendo

por ahora negar este testimonio de la verdad ni este desengaño á la confianza que le merezco, soy de parecer que vuestra merced no la imprima; pero que, ó ya la continúe ó ya la dé por concluida, mude solamente el título, y la divulgue de esta manera: *Historia* que pudo ser *del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas.*»

Viste tal vez cuando se cae de repente el techo de una casa y coge debajo á un perro, sea dogo, galgo ó perdiguero, ¿cómo se queda espantado? Pues así, ni mas ni ménos, me quedé yo cuando Milor Inglés acabó su razonamiento; por mas de un cuarto de hora quedé atónito, enajenado, fuera de mí, sin acertar á hablar palabra; pero, recobrados los espíritus y dándome una palmadita en la frente, me acordé que todo ya lo habia dicho yo en el *Prólogo*, y protestando que yo era el padre y la madre, el hacedor y el creador de Fray Gerundio: con que, lector mio, vamos á otra cosa, y cádate el cuento acabado.

FINIS.

COLECCION

DE

VARIOS ESCRITOS CRITICOS, POLEMICOS Y SATIRICOS,

EN PROSA Y EN VERSO,

QUE SE DIERON A LA ESTAMPA Ó CORRIERON MANUSCRITOS CON MOTIVO DE LA **Historia**
de **Fray Gerundio de Campazas**.

(Edicion corregida, y muy aumentada.)

PROLOGO BREVE Y COMPENDIOSO

DEL TERCER TOMO DE LA HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR ESPAÑOL FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.

¿No es cosa rara que todos los buenos escritos de España los descubre la casualidad, ó en los desvanes, ó en los basureros, ó en las especerías, ó en aquellos profundos archivos de quien Dios nos guarde..... Vea usía, Señor PÚBLICO (solo usía es ya digno de este tratamiento), qué preciosidad hubiera perdido el mundo si estas cartas que le presento hubiesen perecido en el terremoto que las descubrió. ¿Qué terremoto? preguntará usía. Voy á responder : en la súbita, repentina y celebrada muerte *ab intestato* del monaquismo frances, cayó el fisco (1) sobre todos los bienes; pasóse al inventario, y bien sea por no inteligencia del idioma español, ó por la naturaleza despreciable del asunto, ello es que arrojaron estos papeles, y yo los apañé. Al leer *Gerundio*, *ISLA*, *capuchino* y *penitente*, dije para mi coletó : Los otros vaya, ¿pero el Padre *ISLA* al basurero? Eso no en mis días : junté y arreglé los cartapacios; y al hacerme cargo del asunto, dije : Ello es que es inútil y no de moda, pero es gracioso y da una idea del caracter de los frailes. No es de moda, es verdad, para este imperio de ella, que ha establecido y procura difundir nada ménos que la de deslindar y apear todos los derechos de naturaleza : convengo por esto en que para ella es ridículo é impertinente distraerla de tan elevado objeto, presentándola sandeces, chismes y patrañas frailescas; pero para sus vecinos son muy útiles todas estas cosas : ya que con rigor se les prohíbe no leer mas que en romance ramplón, es caridad presentarles, aunque de contrabando (de la pena espiritual yo les absuelvo), los debates de *ISLA*, *Marquina* y otros...

Con algazara y con gresca
A *Fray Gerundio* da grito
Toda la turba fraileasca,
Y á *Gerundio* le da un pito.

Si, Señor PÚBLICO, allá os envío los detalles de una batalla muy desigual en número y en armas : de *mil* asesinados contra *cient mil* asesinos; ahí veréis el atleta de los *mil* peleando por la razon y por la verdad, y el de los *cient mil* sirviéndose de la impostura, de la iniquidad, de la torpeza y del fanatismo : ya se ve, ¿quién habia de vencer? El mayor número, como sucede siempre; pero...

Echa tu *barba* en remojo ;
No cantes gloria hasta el fin ;
Acuérdate que no hay *puerco*
Que escape de un *San Martín*.

Y entónces, y en este tan celebrado día, ni *Marquina*, ni *Fray Diego*, ni *Cabra*, ni todos los *chivatos*, con sus peludos brazos desnudos (que parece que es su instituto ostentar pelos por todas partes), conseguirán con sus descompasados berridos, ni parar el golpe, ni la fuerza del destino, ni el triunfo de la filosofía; sí, en este día tan brillante, aparecerá *ISLA* como proto-

(1) Por dispensa particular divina se apodera el fisco, en virtud de la fuerza superior, de los bienes de muchos, en perjuicio de los legítimos herederos, porque estos no tienen bastante fuerza para... saber manejarlos por sí mismos.

colo de vuestros disparates y vaciedades, así como apreciable modelo de la gracia y pureza de la lengua castellana... Huirá la impostura... Ganará la razon... Las bellas é ilusorias palabras, las sombras y las apariencias, no se contarán por nada... ¿Qué dirá entónces Doña Rita, tia del padre Fray Marquina? Puede ser que se contente con repetir lo que en tiempos pasados decia : *Si Dios no me ha dado hijos, me ha dado el diablo sobrinos* : tales eran ellos.....

De Doña Rita el sobrino
Creyó ser medio seguro,
Para hacer miedo á un *teatino*,
Ponerse en lugar oscuro
Vestido de *capuchino*.
Pero el *teatino* sagaz,
Al ver la barba tamaña,
Nacida de negra faz,
Zape, dijo, vive España;
Este es *cabrito* rapaz.

Con el tiempo será lo que usia quiera, Señor PÚBLICO; y yo en todos he sido, soy y seré miéntras viva, el mas atento y favorecido servidor.—*Uno de usta*.—A 20 de setiembre de 1790.

CARTA DE FRAY AMADOR DE LA VERDAD (*), CARMELITA DESCALZO,

al reverendísimo Padre Isla.

Reverendísimo Padre y muy señor mío : El mártir 21 de febrero de este presente año de 1738, salió en la *Gaceta* un libro intitulado : *Historia del famoso Fray Gerundio de Campazas, aliás Zotes*. El gracejo que promete su título excitó mi deseo para dedicarme á su lección. Envié luego por él, y todo el tiempo que me permitieron las ocupaciones en que me tienen empleado los preceptos de los superiores de mi órden (bien sabe vuestra reverendísima es la del Cármen descalzo, pues tiene sobrados motivos para tenerme muy presente; hablen en abono de esta verdad mis repasatas de Valladolid y Alcalá, con las que, si no instruido, dejé á vuestra reverendísima escarmentado en los asuntos que tan vilipendiados tocó y tocará su mordacidad, mientras viva el venerable señor Don Juan de Palafox), le gasté en su lectura, hasta las doce de la noche de ayer viérnes 24 del corriente. Hízose notorio en esta corte, y en tan breve tiempo, el monstruoso pecho (llámolo así por su impio corazón) donde se concibió, y el padre (este nombre sí que suena bien á vuestra reverendísima) que le sacó al mundo, que no es otro que vuestra reverendísima, mi Padre Isla; y profesándole mi sencilla voluntad (tiene muchas pruebas de ella, aunque tan á mal las ha recibido) una inclinacion llena de cordiales afectos, no puedo excusar de proponer á vuestra reverendísima brevisimamente estos reparos, que sin duda se ofrecerán á muchos, con el fin de que los satisfaga en el segundo tomo de su *Historia*, si acaso no tuviere tan viciados los oídos como otras veces, que los cerraba á la razon.

2. Confieso á vuestra reverendísima que tiene mil razones para abominar el ridículo método con que los malos predicadores abusan en España de este sagrado ministerio; y si Fray Gerundio no hiciera mas papel en esta pieza que el corregir este desórden, yase le pudiera perdonar, aunque no del todo, el estilo burlon y chufletero con que vuestra reverendísima representa el talento de este predicador estafalario. Pero trascendiendo el curso de la obra con voluntario extravío á la sátira de muchas especies espinosas, dignas de tratarse con la mayor modestia y respeto, especialmente las que se dirigen á las modales y costumbres del estado regular y mendicante, en cuyo supuesto nos propone vuestra reverendísima la imagen burlesca de la chabacanería y la irrisión, no alcanzo con qué razon, cristiandad y disculpa puede subsanar esta mofa. ¿A qué viene tanto chiste de legos y novicios, y lance caseros de personas monásticas, para que se enmienden los predicadores? ¿Qué subsidio ó qué golpazo de razon convincente halló vuestra reverendísima para descargar este abuso en aquella pobre cerviz gerundiana, con que la libertad de su agudeza nos hace reír de una religion santísima, quieta y retirada, que con nadie se mete? Verdaderamente, Padre reverendí-

simo, que si este cargo se llevase á un tribunal, aunque fuese en Campazas, y que en él regentase la judicatura el rico de este pueblo Anton Zotes, el licenciado Quijano y aun la tia Catuja ó Catanla, sin duda alguna, procediendo con gran benignidad sentenciarían, lo ménos, que vuestra reverendísima asistiese por toda su vida á estas religiosas cervices, para que su gracejo y festivo chiste fuese mas religioso y ménos atrevido que lo es en la ociosidad que está gozando de su aposento, por la gracia de Dios y de su buena fortuna.

3. Sabemos todos, reverendísimo Padre, que los desórdenes se deben corregir por cuantos medios sean posibles á la mano de la justicia, equidad y razon; pero tambien sabemos que en la coleccion de todos los medios se comprenden buenos y malos, y que los malos no son aquellos de que deben valerse la razon, la equidad y la justicia. Es cierto (lo creo así piadosamente) se ejercitaria vuestra reverendísima en esta obra con el fin de arrancar los abusos pulpitaes, que tanto descalabran á los hombres cuerdos, bien inclinados al humilde, sagrado, cristianísimo genio de la católica enseñanza; pero el diablo, que es gran corrompedor de pensamientos santos y útiles ideas, y que sabe muy bien (aunque esto lo ignoran pocos hombres) por dónde vuestra reverendísima cojea, se valió de su propio caudal para viciarle este buen propósito. Desde el momento en que acabó de conocer que vuestra reverendísima resolvió guerrear contra las ganancias con que le enriquecen los malos predicadores, se armó vigilantísimo para sostener este desórden y á todos sus secuaces alistados en el gremio loco y vanísimo que adultera la predicacion, y formó sus máquinas para trastornarle la recién nacida (con buen fin) en la idea de vuestra reverendísima. Hizo patente anatomía de las inclinaciones, afectos, interioridades y escondrijos que guarda y reconcentra en su viveza natural vuestra reverendísima; y á corto exámen dió con el seno adonde vuestra reverendísima tiene las costillas; y punzándole en ellas con astucia malvada, logró que saliesen borbotones de chistes, burlas, y un rio de gracejos, donde habian de salir repetidas cristianas reflexiones, avisos serios, documentos prudentes y maciza educacion; con que ahogó todos los buenos medios que vuestra reverendísima pudiera elegir para formar su asunto.

4. Entre la turba de estos materiales, se fué asomando el idolillo y ridiculez de Fray Gerundio, con figura tan grata al genio alegrísimo de vuestra reverendísima, que, sin consultar á su prudencia, se dejó llevar de su festivo rostro para sacarle á luz en tiempo de cuaresma, y darle al demonio cuanto él deseaba para confundir en este santo tiempo las memorias de nuestra redencion con un entremes de Fray Gerundio, gran representante de aquellas bajezas y estilos nada religiosos que atribuye vuestra reverendísima al estado monástico, porque así le acomodan para seguir su idea. Esto quiere decir que vuestra reverendísima le engañó y alucinó el demonio

(*) El verdadero nombre del autor de esta carta, que fué el primer papelejo que se esparció contra la *Historia de Fray Gerundio*, es Don Juan de Chindurza, oficial segundo de la secretaría de Estado.

desde el principio de esta obra, con el resplandorecillo que chispea su propia y nociva jocosidad.

5. Mas volviendo á los medios que dije deben escogerse para correccion de los abusos, extraño mucho que á un hombre docto y criado en religion (si la suya se puede llamar así sin confusion y santa modestia; y debia tenerla, aunque no la tiene), no le disonase el echar mano de tanto picante, burla y bufonada, para poner en método ajustado y serio el gravísimo empleo de la predicacion. Bien sabrá vuestra reverendísima que no ha habido estado en este mundo exento de lunares y miserias dignísimas de reprension. Pontífices, cardenales, obispos y otros prelados ha tenido la Iglesia con bastantes defectos, y aun, segun oímos decir á varios eruditos que tienen muy presentes las antiguas historias y noticias, nos aseguran (creo que con verdad) ha corrido todo un siglo (que fué el de x) en que la mayor parte del estado eclesiástico vivió con un desórden muy disonante á su carácter. Tambien sabrá vuestra reverendísima que en aquella edad dignísima de lágrimas, procuraron los santos varones desarraigar estas malas costumbres con el celo apostólico y doctrinas sagradas, y que con esta providencia se logró poco fruto, pues aseguran los sabios de la historia eclesiástica duró aquel desórden cerca de cien años; pero no sabrá vuestra reverendísima, ni lo habrá oido jamas, que entónces se dedicasen algunos de aquellos varones ejemplares á enmendar el estado eclesiástico por medio de una pieza gerundiana en que el Pontífice, cardenales y obispos hiciesen los burlescos papeles con que vuestra reverendísima nos retrata á varios religiosos, extraños á su asunto por no ser predicadores.

6. ¿Pues por qué razon no se valieron de la mofa y de la burla aquellos varones apostólicos, para ahogar y expeler de la Iglesia tan repetidas corrupciones? ¿Faltó el celo? Faltó el ánimo? Faltó el espíritu de la Iglesia de Dios? No, Padre reverendísimo; nada de esto faltó á los ajustados de aquel tiempo; ántes bien estaban asociados de la prudencia, sindéresis y religiosidad que ha faltado en la obra de vuestra reverendísima. Sus virtudes y su comprension les hizo creer no eran decentes medios las mojigangas, las chufletas y las ridiculas burlas, para corregir á personas sagradas, á las cuales se les debe tratar con modo reverente y correccion secreta, aun en el caso que se reprendan sus abusos; porque la publicidad de sus defectos ocasiona grandes inconvenientes en la Iglesia; y por evitar estos, los dos apostólicos varones Garces y Calatayud (este era del rebaño de vuestra reverendísima, pero no de su secta), cuando predicaron sus misiones en esta corte, convocaron al estado eclesiástico fuera del secular para darle la mónica, ajustándose con esta providencia á las órdenes de los santos concilios.

7. Pero si acaso no convencen estos ejemplares, dígame vuestra reverendísima: si hoy saliese un celoso á corregir las religiones, y empezase por la ejemplarísima de la compañía de Jesus (llamémosla así, y sea lo que fuere), sacando á plaza sus cosillas con mofa y chanzoneta, ¿cómo sonaria entre católicos este celo indiscreto? Si este hombre, tan burlon como insolente, formase un poema épico (como puede llamarse, segun el dictámen de vuestra reverendísima), y allí pintase los lancecitos de la China, de Malta, de Paris, de la Puebla de los Angeles y otros casi infinitos que con letras de molde nos

hace saber aquel bellacon que escribió el *Teatro jesuitico*, ¿qué se diria de esta pieza? Pero viniendo á mas moderna data, si en la tal obrilla se hiciese asunto de esas venialidades tan recientes que están corriendo sangre en el Paraguay; y en lugar de un Fray Gerundio se figurase un Padre Supino, Participio ó Circunloquio, mas arriscado que un Oliveros, que un Roldan ó que aquellos Jérrjes, Alejandros, Césares, Ciro, Caucicanes, que vuestra reverendísima señala en su libro, que merece llamarse *libelo infamatorio*; y á este marcialísimo padre se le hiciese un vestido bien ribeteado de burlescos apodos; y de la misma hilaza, muy de boton gordo, se formasen tambien los que deben vestir los demas, de la misma ropa, y que en la estacion presente (con bonetes y sotanas) hacen unas figuras insertas de misioneros y soldados, de capitanes y predicadores, poniendo ejércitos, formando escuadrones, y todas aquellas barahundas en que enlazan la mansedumbre de ministros apostólicos con la furia de los asuntos de la guerra, ¿qué diria vuestra reverendísima y todo fiel cristiano? Todos diriamos, sin la menor duda, que aquello no era corregir las religiones, sino sacar á la plaza insolentemente los defectos de algunos. Diriamos que era una impiedad, una calumnia, una desvergüenza y un compendio escandaloso, tirano, atrevido é insolente; y yo añadiría, mi reverendísimo Padre, que la tal pieza seria tan meritória de las llamas como el *Fray Gerundio*, ni mas ni ménos que lo han sido algunas opiniones de algunos reverendos del mismo paño que vuestra reverendísima, que los dias pasados fuéron abrasados en Paris por escandalosas, temerarias y disolutas. No pueden dar mas de sí, sea por amor de Dios.

8. Todo esto, responderá vuestra reverendísima, no es otra cosa que arrojar pullas, amontonar ejemplos y hacinar ripio sin oportunidad, sin conexion y sin venir al caso; ¿pues qué tiene que ver la *Historia del famoso Fray Gerundio*, que dirige el golpe y el golpazo á la reprension del abuso con que los predicadores desdoran la palabra de Dios, tan tenaces en mantenerse en esta práctica, que están ya como incorregibles, con los lances que se imaginan reprensibles acerca de los padres jesuitas? Hasta aquí la graciosa réplica de vuestra reverendísima; pero vamos claros, Padre reverendísimo; que no puedo tragar el efugio. Esto sí que es ripio, como su obra escándalo, efugio aquel. No tiene mala traza. ¿Defensa? Mas parece escollo; porque, si vuestra reverendísima se funda en la publicidad y teson con que abusan de su ministerio los predicadores, teson firmísimo y publicidad notoria contiene el caso que está bullendo en el Paraguay; y si no, respóndame vuestra reverendísima: ¿en qué tiempo los predicadores, por mas que hayan vocingaleado mil disparates, hicieron tanto ruido indecoroso, tanto estruendo injusto como lo están haciendo los religiosos del mismo ropaje, intenciones y cautelas que vuestra reverendísima, en las guerras existentes del Paraguay? ¿Cuándo se vió á tanto número de malos oradores como siempre ha habido, hay y habrá por nuestros pecados, formar almacenes de pólvora, balas, artillería y otros pertrechos militares? ¿Y que se escuadronen para expugnar los pulpitos y rebatir de sus contornos á los predicadores beneméritos! En ninguna edad se ha experimentado tan atrevido rumor; en la que hoy vivimos, las gacetas relatan y auténticas cartas avi-

san, corroborando á aquellos y á estas, frescas individuales noticias de Portugal, que aquellos benditos religiosos del Paraguay practican esto mismo con osadía, intrepidez y valor contra los poderosísimos monarcas sus reyes y sus señores naturales, para arrojarlos de sus tierras y dominios, y quedarse con ellas batallando, no como religiosos, sino como jesuitas, que es lo mismo que como hambrientos y ambiciosos canes. Con que ahora, reverendísimo Padre, ¿está apropiado el ejemplillo? ¿Eh?

9. Pues hay mas, y es que en esta impugnación se contiene la otra circunstancia de la incorregibilidad que achaca vuestra reverendísima á los predicadores; porque estos obreros ni reclutan tropas, ni sacan las espadas, ni usan de artillería para mantener su teson, ni, últimamente, se oponen con todas estas fuerzas juntas á sus reyes y señores. Pero los santos hermanos de vuestra reverendísima del Paraguay, usan de artillería, manejan la espada, juntan tropas, comandan ejércitos, y deseando arrojar el bonete por encasquetar una corona, se oponen á sus reyes y sus señores por mantener el suyo. Luego si los religiosos por no ser buenos predicadores son religiosos malos, en sentir de vuestra reverendísima, ¿qué serán los religiosos del Paraguay en dictamen del universo? Desengañémonos, Padre reverendísimo, y conozcamos sin pasion que los dos ejemplos están enlazados con una perfecta semejanza, y que se arguyen ellos conforme á las reglas que pide el argumento *á paritate*.

10. Bien pudiera vuestra reverendísima haber reflexionado en esta situacion (que es larto melancólica y poco favorable), y reprimir la mano para no arrojar piedras á los tejados vecinos, estando tan vidriosos los de la casa de vuestra reverendísima; pero, como vuestra reverendísima dice tan doctamente en su libro, *quandoque bonus dormitat Homerus*: Dios nos libre de hombres picados de la vena de la tentacion de los picantes y de los ofrecimientos vivos de la jocosidad; porque rara vez dejan de alucinar á los buenos talentos. Parécenlo los de vuestra reverendísima; ¿pero de qué le sirven si no se aprovecha de ellos? ¿Mas cómo se ha de aprovechar quien está dedicado al fin únicamente del provecho de su casa, metiendo en ella, ó por fuerza ó por engaño, las ajenas? A lo ménos en esta ocasion, que es nuestro asunto, no tuvo vuestra reverendísima sustancia para valerse de su capacidad, que sabe la sé á fondo, y defenderse sacudidamente del amor á las jocosidades; y cayó, como hijo de Adán (á ménos que los jesuitas no reconocan otro padre que su padre general), en un sin fin de proposiciones desproporcionadas, siéndolo en gran manera la de escribir un religioso contra personas religiosas inoportunamente y con estilo burlesco, arrollando el aviso del Apóstol, que há mas de mil y tantos años

que está diciendo á vuestra reverendísima y á todos los demas que dejaron el mundo: *Nec nominetur in vobis stultiloquium aut scurrilitas quae ad rem non pertinet*.

11. En fin, Padre mio, vuestra reverendísima ha escrito una historia que será tan sonada como inútil á la gloria de Dios, y sí muy agradable al comun enemigo; porque saldrán de su contexto tantas delaciones, tantas irreverentes sátiras, tantas malsonantes pullas y tantas ofensas al Señor, como ninguno el fruto que consiga acerca de la enmienda de los predicadores. Verdad es que andará poco en nuestras manos, porque yo andaré bastante en mis piés, y porque entre los católicos no se puede sufrir el pestífero y aun insolente uso que da vuestra reverendísima á los textos sagrados. Este es un punto del que no es posible salir bien, porque las explicaciones del *Prólogo* no satisfacen ni hacen otra cosa que poner á la vista del mundo el que vuestra reverendísima pecó con cierta ciencia; pues cita los lugares que prohiben el indecoro de los textos, aplicándolos con chanzas y con indecorosidad tan grande, que jamas se habrá visto igual en autor que profese nuestra santa fe. Mas hubiera valido que no se hubiese hallado vuestra reverendísima en la precision de poner á dicho prólogo el soberbio y fuerte *morrión* con que lo arma, reservándolo para enviar al Paraguay en primera y segura ocasion, para que cualquiera de aquellos santos, religiosos y soldados en una pieza, se favoreciese con él de la fuerza y rigor de alguna halilla perdida.

12. Podrá suceder que las cuatro cartas que autorizan el famoso Fray Gerundio detengan un poco el Santo Tribunal; mas no sé por qué causa, porque los autores de las dos siempre se quedan (aunque abonados) en la clase de legos; y los otros dos (si es que son teólogos) son teólogos de moda, que hacen poca fuerza á los teólogos rancios, que estudian y deciden al estilo antiguo.

13. Últimamente, sea lo que fuere de nuestro Fray Gerundio, yo no me puedo detener en mas reparos, porque es ya tardísimo y la carta ha de ir esta noche para que vuestra reverendísima la reciba en el mismo correo que escriban los amigos mil enhorabuenas de los maravillosos progresos de Fray Gerundio. Hágolo con el fin caritativo de no perder la ocasion de advertir á vuestra reverendísima no se deje llevar de los soplos monstruosos de la lisonja que le inspiran otras plumas, tal vez para acabar de precipitarlo. La mia es muy desengañadora, y muy dispuesta al aplauso de vuestra reverendísima en otra ocasion que elija la suya asuntos laudables, educativos y útiles, que son los propios del estado religioso. Nuestro Señor guarde á vuestra reverendísima felices años para que así suceda.

Madrid 25 de febrero de 1758.—Beso la mano de vuestra reverendísima.—*Fray Amador de la Verdad*.

REPAROS DE UN PENITENTE DEL PADRE FRAY MATIAS MARQUINA,

dirigidos al autor de la *Historia de Fray Gerundio de Campazas*.

PROLOGO.

Mi carísimo dueño, amigo y favorecedor antiguo: Sabe Dios que he procurado con vivas ansias y diligen-

cias conocerte; porque en el largo tiempo de nuestra separacion he olvidado las especies de tu aspecto, de tu traje, de tu trato, de tu profesion y aun de tu estado; porque haces tales transformaciones con tu pluma, que

á ratos te imagino fraile, á ratos clérigo, á ratos legista, á ratos teólogo, y finalmente, á ratos clérigo-cosmógrafo, y en todos crítico. De modo que cuando me parecía que aquí te pillo, aquí te cojo, aquí te descubro, aquí te denuncio, aquí te delato, aquí te excomulgan, aquí te matan, allí te queman; á la primera vuelta de hoja, en el mas leve movimiento de tu pluma te transfiguras, te ocultas, vuelves y desapareces, dejándome burlado y sin aliento para seguirte y perseguirte. ¿Cuántas veces te imaginé Cerbero, que con tres bocas entonabas al parecer escandalosos ladridos contra la santa fe y religion católica; en las chispas que salían de tus fauces, propias de los novatores, que te administran armas contra la esperanza de remediar el mundo en el estrago que causas con el dulce veneno de tus chistes, que hacen indigestiva nuestra doctrina, tanto mas confortativa, cuando mas amarga; contra la caridad en las sátiras, en contra del brazo derecho de la Iglesia al sustentáculo del templo, hiriendo al estado eclesiástico, así regular como secular, y usurpación á la soberanía de nuestro católico monarca la jurisdicción de remediar los daños de su vasta monarquía? Pero no sé en qué consiste que al momento se me desvanece cuanto habia concebido, cayéndoseme las armas de la mano cuando quiero herirte. ¿Pero quién se admirará de que vuele un sátiro? Cuántas veces te me figuraste esfinge, con tres semblantes, uno tan serio y grave como el de un jesuita; otro tan loco y presumido como el de Fray Blas; y el último, de inquieto, locuaz y bullicioso como el preceptor de Gerundio, ó como el de algun moderno almidonado crítico, verbi-gracia, el Barbandincho? Pero me desengaña luego, porque conozco mi error, que todo es ilusión, pues no cabe tan fina amistad que profesamos, en hombre de dos caras. ¿Qué sería si tuviese tres lenguas? Finalmente, concebí que eres como aquellas aves que nos propone el profeta Job, capítulo 39, con las alas del gavilan y de un avestruz: *Penna struthionis similis est herodii et pennis accipitris*. Aquí convido á tu crítica: ¿cómo puede compararse la pluma del avestruz pesado, con las plumas y alas del gavilan ligero? Si el avestruz, aun cuando tiene de mas las plumas y bate mas las alas, apenas se aparta de la tierra, quedando solo en saltos los que parecen vuelos; y al contrario, el gavilan, que acreditando su cuna sobre las alas del viento, tiene su comun habitacion en el aire, donde animada flecha de sus plumas, ya se dobla como arco, ya se vibra como salta, y ya se exhala como rayo, ¿cómo pueden asemejarse estas dos aves en las plumas, siendo la primera una hipócrita de lo volátil, y la segunda un emblema de la altivez y soberbia, ó una expresion de la agilidad aguda? Pero ántes que te fatigues te lo quiero decir ó explicar, diciendo con el Profeta, que aunque sean semejantes en las alas, no son parecidas en el vuelo, pues una siempre vive elevada, y otra siempre, por ser pesada, abatida. Lo que no hizo ni pudo hacer naturaleza en estas dos aves, hace tu pluma en el asunto que aprendes, pues desde luego que vuelas altemplo, sube tu pluma al púlpito, vibra sus filos contra la impericia de los oradores evangélicos, elevas nuestras atenciones á que reconozcan la alteza de tu sabiduría, te formas flecha que penetra toda facultad y ciencia, y finalmente eres un rayo en todo, y al mismo tiempo veo toda tu agilidad tan pegada á la tierra ó tan humillada como el

avestruz, corriendo por los cuartos bajos, abriendo las bocas de los bobos y tratando con pesada burla á un cura y á un fraile, como se ve en el capítulo vi. Omíto otras infinitas bajezas, en que se mezcla tu pluma en el capítulo v, número 8 y 10, y en el capítulo vi, número 3. ¿Pues á quién no asombrará esta repentina transformación ó metamorfosis, sin poder cogerte ni en el abatimiento ni en la elevación? Permíteme que te vea; no me niegues tu rostro, tu nombre y apellido; que no intento hacerte mal, sino darte mil gracias por el buen asunto que has tomado, tan necesario y preciso para nuestro reino, que se considera lastimado, ya de los violentos tiros de los críticos, ya de la impericia de muchos oradores que, abusando de tan alto ministerio, se hacen reos en los tribunales de una y otra majestad divina y humana, y responsables á los pecados del pueblo; y finalmente, tan útil y decoroso al honor y gloria de nuestra nacion, que cualquiera otro asunto debe ceder con maduro juicio á la necesidad de este argumento.

Persuádome á que nadie habrá celebrado con mayor regocijo el feliz éxito de tu conducta, como mi confesor el padre Fray Matías de Marquina, tu antigno y fidelísimo amigo, que te conoce del mismo modo que tú le conoces, pues habiendo tomado este mismo empeño muchos años hace, y declarado metódicamente la falta de oradores evangélicos y la ignorancia en nuestra España de la oratoria, dió á luz el primer tomo de su *Escuela general*, aquella noble cátedra de retórica y elocuencia, dividida en dos sermones, para que la teórica y la práctica fuesen una manuducción, á fin de que todos vieses y aprendiesen esta facultad tan útil y preciosa, así para los oyentes, como para los predicadores. Pero como esto de sermones sea tan fastidioso al gusto de los modernos críticos, tan indigesto al estómago del vulgo, y tan amargo al paladar de los imperitos oradores, que se resienten de que se ponga nueva planta á la oratoria física y teológica de España, sucedió al pié de la letra lo que dijo el erudito Don Agustín de Montiano en la carta de aprobación de la presente *Historia de Fray Gerundio*, no habiendo mas distincion de aquella cátedra á esta historia, que el estar aquella escrita con el decoro, circunspeccion y gravedad que se merece el asunto y corresponde al instituto y seriedad de un capuchino, sin la sal del chiste, sin la gracia del cuentecillo, sin la agudeza de la sátira y sin la destreza con que hilvana el autor de esta historia tanto monton de disparates, que discurro no se podrá inventar mejor específico para que se ria un melancólico; y así, luego que el referido Padre Marquina tomó el libro, dijo en alta voz: «¡Dios quiera que no sea como el otro, que poniendo la locura en el púlpito, puso su ignorancia, falsedad y atrevimiento reprehensible en la crítica que da á dos religiosos predicadores del número! Dios quiera que por medio de extraordinario rumbo cese la abominacion que se ha manifestado en los púlpitos de nuestro reino, y arraigándose en el templo santo, segun la profecía de Daniel, que es la desolacion fatal con que nos amenaza el Señor: *Cum videritis abominationem desolationis*, etc. Y así, para que este libro no pierda el fruto que esperamos, ni yo carezca de tener tan buen compañero en mis deseos, me enteraré de todo su contexto, y pondré los reparos, para que, respondiendo á ellos el autor de esta *Historia gerundiana*, con el acierto, sabiduría, gracia y chiste que

se manifiesta en ella, quede mas firme, calificado y victorioso.»

Habiendo pues llegado á mis manos los reparos y remedios que nota mi confesor y tu amigo, determiné yo hacer algunos y remitirlos á tu confianza; pero, como no quiero decir quién eres, y procuras encubrirte con el sombrero de Don Francisco Lobon, por eso he discurrido poner tan claras tus señas, que cualquiera te conozca por ellas mejor que la madre que te parió. ¿Y cómo será esto? Yo lo diré: llamándote *el Gerundiano*, que es lo mismo que el autor de la *Historia de Fray Gerundio*. Ea pues, sea de aquí adelante tu nombre *el Gerundiano*: *Ego te baptizo*. Perdona mi molestia; que yo tambien te perdono los derechos del bateo, por los cuartos que te ha de costar la remision de mis escritos. *Vale*.

INTRODUCCION.

No obstante que mi director insiste en que me abstenga de escribir contra esta *Historia*, por no entrar en el número de los ignorantes, avisándome que tiene en el *Prólogo* un durísimo *morrión* para burlarse de las cuchilladas y saetas de los parvulillos, y que toda esta obra parece sana y útil, sin sátiras ni dicerios que puedan delatarla á los tribunales, con todo eso á mi parecer es digna de delacion por satírica, sacrilega y escandalosa, para lo cual formaré aquí los reparos que tengo, y pondrémos los remedios; protestando que si el autor no me satisface, la he de delatar; y si me responde bien, logrará mayor crédito, cesará mi ignorancia y la de muchos; quedando tan amigos, y aun mucho mas.

REPARO PRIMERO.

Si es lícito valerse de sátiras contra los predicadores que abusan de su ministerio, viendo que no han bastado las serias amonestaciones de los santos padres y prelados.

Todos cuantos favorecen á esta obra, así autor como aprobantes, bajo el título de la *Historia de Fray Gerundio*, viendo el fuerte argumento que se les hace de que es denigrativa al estado eclesiástico y religioso, contraria al honor y reverencia que se debe á lo sagrado, y opuesta totalmente á la conducta de los santos padres, que nunca se valieron de sátiras, chistes ridículos, cuentecillos, ni mezclar lo profano con lo sagrado, no nos dan otra respuesta á él, ni otra salida para acreditar tan nueva y peregrina extravagancia, que el decir que es así que los santos padres no se valieron de este arbitrio; pero que tampoco remediaron el abuso de los predicadores, y para remediar lo que los santos padres no remediaron, se hace forzoso practicar este medio de la sátira, gracejo y chiste, para que los predicadores se avergüencen, citándoles los yerros de sus sermones, y á que muchos vengan en conocimiento de los sujetos que fueron tan delirantes.

Esta respuesta, que sirve de basa fundamental á todo el edificio y artificio de tan admirable obra, confiesa tácitamente: lo primero, que la sátira, chiste, etc., no son buenas *per se*, sino *per accidens*; esto es, que solo á falta de otros remedios se pueden permitir; lo segundo, que si los santos padres y doctores se hubiesen valido de este arbitrio, acaso hubieran remediado el daño; lo tercero, que al modo que Cervantes con un *Don Quijote* desterró muchos abusos, y el obispo de Nîmes, con el sermón de

«ungüento que cayó en la barba de Aaron», atajó el abuso de la predicacion en su obispado, así tambien con esta *Historia de Fray Gerundio*, segundo *Don Quijote*, se podrá remediar el daño. Estas tres consecuencias son inevitables en la respuesta del Gerundiano: la primera opuesta á todo principio católico, y reprobada expresamente por el concilio Tridentino, *sess. 4, in decret. de edit. et usu sacror. librorum*; la segunda es manifiesta blasfemia, como veremos; la tercera, opuesta directamente á la sentencia de San Pablo: *Neque qui plantat est aliquid, etc. Item, non est volentis, neque currentis*. De cuyas tres proposiciones, como de tres cabezas y pésimas raíces, nace tanta monstruosidad como tiene, al parecer, este libro, que apenas permite ser leído sin admiracion, horror y escándalo. ¡Dios quiera no sea así! Por lo cual, procediendo con toda la claridad que pide el argumento, digo:

Lo primero, que el abusar de las palabras de la Sagrada Escritura, mezclándolas con las profanas para mover á risa; celebrar desatinos, herir con sátiras, chistes, cuentecillos, como ejecuta el *Gerundio* en su decantada *Historia*, es, á mi ver, manifiesta blasfemia, sin que haya doctores ni autor que lo contradiga, pues aunque en un simple ó idiota que ignorase esto solo sería blasfemia material; pero en un sugeto tan sabio como el Gerundiano, no sé cómo eximirle de formal blasfemia ó sacrilegio; de modo que un loco ó fatuo, aunque diga blasfemia contra Dios, contra los santos y contra las cosas sagradas, no comete blasfemia formal ni pecado alguno, por faltarle el juicio; si con todo eso, sabiendo yo que siempre que se le mande decir algo en público, dice mil blasfemias contra Dios, y no obstante le insto á que diga en público estas contumelias, á fin de que rian los que le oyen, no faltará quien me culpe, porque soy causa de que el loco desbarre, atribuyendo á mi complacencia y á mi instancia las voces de quien estaba callando: así el caso presente saca del sepulcro del olvido las blasfemias, las injurias con que vulneran materialmente á Dios y su Sagrada Escritura unos predicadores necios, idiotas ó locos, como Fray Gerundio y su maestro; y sacarlas á luz, dándolas á la prensa para que siempre estén hablando en las villas, ciudades, provincias y reinos, donde nunca hubo noticia de ellos, y esto solo por reir y celebrar estas disonancias, no sé cómo se permita.

Digo, lo segundo, que como este delito é injuria crece segun la mayor cantidad del objeto á quien ofende, de esto nace que, dirigiéndose contra los predicadores de las sagradas religiones, extendiendo unos defectos increíbles (que por esto muchas personas los tienen por falsos, fingidos y supositivos), vienen inmediatamente á herir á todas las religiones y á ser libelo infamatorio, contra la constitucion de Alejandro IV: *Quod incipit ex alio*, etc. No dudo, amigo mio, que este puede por todo derecho obligar á que califiques y pruebes que este Fray Gerundio predicó estos sermones, como tú dices, si no quieres te calumnien de falso impostor, que finges casos y contumelias para herir á los eclesiásticos, y principalmente á los predicadores regulares. Este es uno de los grandes apuros en que es preciso trabajos mucho para salir de él como deseo, pues, aunque digas que este Fray Gerundio es un fantasma, primo hermano de una quimera, nacido en la isla de Jauja, y todos los sucesos que

refiere son tales como los de Don Quijote, no basta esta respuesta para salir de barranco; porque has de suponer que la mayor parte de los que los leen, y oyen lo que dices en tu historia, creerán sin duda alguna que fué cierto, real y verdadero cuanto finges y formas en tu idea, por mas claridad que pongas en el *Prólogo*, que no puede estar mas claro; y estos tales, que son los mas, tendrán por sátira á la inventiva y por blasfemias á las agudezas, como creen á piés juntillas que fué caso cierto todo lo que se lee en Don Quijote, y son muy pocos los que penetran los fondos de tu idea sin algun escándalo, aunque sean latinos; porque hay muchos gramáticos y teólogos *gerundianos*.

Otros muchos habrá que por necios y maliciosos tomarán como verdaderos los pasajes, solo á fin de satirizar á los frailes para vilipendiarlos; mas el horror que les causa la vida religiosa, freno de la viciosa conducta que ellos siguen, y de todos los libertinos, me persuado que no es corta la congregacion, pues entran en ella de todas clases muchos millares que, solo por haber salido de España en el breve tiempo de cuatro meses, y tomado los aires ó bebido en las fuentes de los extranjeros las libertades no permitidas en España, se jactan de sapientísimos. *Item*, muchos almidonados pisaverdes que, usurpando el girel de críticos y académicos, se figuran singulares. *Item*, muchos charlatanes que, por haber leído cuatro hojas de historia ó haber leído cuatro renglones de la física moderna, imaginan que ningun religioso sabe cosa alguna de lo que ellos saben, y así miran con desprecio tal á los regulares. En esta misma congregacion y clase entran los que, acomodados á las delicias de sus apetitos, al recreo de las comidas y paseos, mas que á los templos y sermones, quieren disculpar el hastío que tienen á lo sagrado, con decir que los predicadores son unos polbres necios; y así se experimenta que hay muchos de estos libertinos en la milicia y en las cova-chuelas, en los estados, en los campos, en los palacios, y en fin en toda clase y escuela, que se pudiera desterrar del mundo á todas las religiones; y hombres de letras lo harían, porque no hubiese quien hiciese oposicion á su vida y máximas perniciosas con que tasean rabiando el duro freno, espuman cólera contra curas, frailes y gollillas. Luego no será extraño que estos tales se valgan de tu libro como de fuerte escudo; ¿y qué será si dentro de poco tiempo lo reimprimen aquí ó en el Norte, sin las luces que administra el *Prólogo*?

Entre las confianzas políticas que un religioso mereció á Benjamin Keene, ministro embajador del rey británico en esta corte de Madrid, fué una la displicencia que le causaban los colegiales mayores. Respondió el religioso con claridad y fortaleza: «Señor, los colegiales mayores de nuestra España en todos tiempos han tenido los hombres eminentes en letras y virtud, y en los últimos siglos inmediatos á este, han ilustrado á nuestro reino con santos canonizados y con abundante número de escritores sagrados y en todas ciencias versadísimos, y especialmente por el derecho canónico y civil. Y añadió: «Parece que vuestra excelencia gusta mucho de figuras bien adornadas con corbatin y peluca.» A que respondió el embajador: «Yo gusto mucho de la gente airosa, y de estos tengo mas amigos aquí que en mi tierra, porque he vivido mas tiempo en España, y han fallecido en Londres los que tenia. De este modo, ¿cómo hablará

vuestra excelencia de los frailes? dijo aquel; y respondió este: Fuera de mi tierra no hablo de esta clase cosa alguna, porque hay aquí bastantes que hablen.»

A vista de esto, que tú citas los sermones impresos de los regulares, declarándolos con las señas y con las líneas que trasladadas de ellos, para que nos sean conocidos, y desenterrando sus defectos ya olvidados, para que vivan siempre en el público, ¿cómo puedes librarte de satírico incluso en la excomunion del Tridentino? Cuando el Padre Vieyra formó la figura que supones de un religioso ó amortajado en vida y denegrido por la penitencia, ¿pone acaso las señas y los arrabales, ojos y pelos que tú pones, trasladando los despropósitos que dijo? ¿No predicó acaso Vieyra poniendo un ente verdadero? No, sino un Fray Gerundio. Pero tú con la figura de Fray Gerundio hieres y satirizas á los entes reales y verdaderos. Vamos poco á poco, amigo Gerundiano, que ya me canso de sostenerte, y si te metes en mas honduras, puede ser que te deje solo, pues te opones á lo mismo que quieres persuadirnos contra la ley: *Qui aliud dicit quàm vult, neque id dicit quod vox significat; quia id non loquitur. Leg. 11, de Reb. dub.*

Mas claro: ó escribiste este libro para que, corridos los predicadores y avergonzados, muden de idea, ó solo lo haces para que ria la gente. Si lo haces para que ria la gente, has esperado á darle á luz en el principio de cuaresma. ¿Zape, que quema! Buscar arbitrio para reir á carcajadas, para desterrar las lágrimas que pide la pasión de Cristo, es peor que la predicacion de Fray Gerundio, es punto que pica mas allá de la historia, es crítico habio.....

..... Una de las observaciones á los libros de la venerable madre Sor Maria de Agreda, dice que no convenían al tiempo presente las revelaciones sobre el cómputo de los años: *Etiam si essent, non videtur.....*

..... (1) *revelare paribus; t. 1, observ. ad revelat. Agred. prop. ix.* Tanto como esto hace el tiempo y la ocasion; que aun revelaciones de Dios se tienen por sospechosas, no siendo en tiempo oportuno. ¿Pues qué diremos de este libro gerundiano, reducido todo á cuentecillos, chungas y chanzas, que no es mas que un libro para reir en la cuaresma?

Pero si me dices que escribes para avergonzar á los predicadores, es preciso que, avergonzados estos, lo sientan, y lo sientan mucho mas viéndose reprendidos en público; ¿y por quién? ¿Acaso por algun edicto del tribunal de la fe? ¿Acaso por algun decreto de la real majestad de nuestro soberano? No por cierto, sino por hacerme reir. Amigo mio, los que nada suponen en el mundo, nos hemos de contentar con observar los preceptos de la caridad cristiana. En las cosas públicas que saben los superiores y no las remedian, debemos clamar á Dios para que lo hagan, predicando en comun contra el abuso, por no ser cómplices. En los casos particulares debemos observar las reglas de la caridad fraterna, si no aprovecha dar cuenta á los superiores que deben remediarlo: *Dic Eccles.*, y nosotros quedamos en nuestra santa paz y quietud; pero intentar tú sonrojar, avergonzar y herir á los predicadores con chistes que los abrasan, con cuentecillos que los queman, y casos que tú finges para que el

(1) Llenamos con puntos suspensivos estas lagunas, que tambien aparecen en blanco y sin nota o advertencia alguna en el original antiguo de que nos servimos para la reimpression.

vulgo ignorante desprecie á los predicadores, á la predicacion, y se escandalice, es mas de lo que parece.

La segunda proposicion que se deduce de la respuesta dada, es decir, que eliges este arbitrio de la chanza, del chiste y cuentecillos que finges, para sacar por medio de ellos el fruto que no pudieron sacar los santos y celosos oradores con el peso y gravedad, modestia y fuerza de razon. Esta proposicion en un sentido es cierta, sana y sin sospecha, hablando del fruto temporal (esto es cuatrín), pues no dura escritor alguno que respectivamente haya sacado por de contado mas fruto que tú, pues no ignorabas el destempe del mundo, y que lo que hoy se aprecia es el desprecio del estado eclesiástico. Pero si hablamos del fruto espiritual y correccion de los abusos, es mucha presuncion creer que con esta figura ó ficcion de Fray Gerundio y de tanto disparate, puedes conseguir lo que no consiguieron los santos padres con su evangélica predicacion; porque es afirmar que no se valieron de todos los medios útiles y licitos que podian para hacer fruto; y esto huele á chamusquina, porque directamente hiere á la majestad de Cristo nuestro Señor, con herética blasfemia.

Por lo cual has de oír los textecillos, uno de la Sagrada Escritura, otro del derecho civil y canónico: el texto de la Sagrada Escritura es del capítulo 23 de San Mateo, en donde se expresan ocho rigidísimas amenazas, por no decir maldiciones, con que reprende la majestad de Cristo á los escribas y fariseos: *Vae vobis et phariseis*, etc.; pero á los sacerdotes, á los pontífices que estaban comprendidos en el mismo delito, de ningún modo los nombra: reparo muy digno del cardenal Cayetano: *Legé evangelium; nunquám invenies Jesum nominasse sacerdotes, aut pontífices, arguendo aut reprehendendo; sed scribas et phariseos*. ¿Pues no podía el Señor nombrarlos, á lo ménos en comun ó en especial, aunque no nombrase individualmente, así como nombró en comun los escribas y fariseos? «Eso no, responde Cayetano, porque la majestad de Cristo quiso instruir aquí en la regla que han de observar los predicadores evangélicos.» *Instruendo pradicatores, ut non praedicent contra sacerdotes, aut pontífices, in specie, propter reverentiam ordinis. Cayet., in cap. 23, Mathaei*. Esto fué lo que practicó y enseñó la majestad de Cristo: eso lo que observaron y enseñaron los santos padres, los doctores, celosos pregoneros de Dios, clamando con fuerza de argumentos, con peso de razones, con gravedad de sentencias, con seriedad cristiana y con caridad benigna, no con chistes, no con flechas, no con cuentecillos, no con sátiras que ofenden al ministerio y á los ministros, de quienes han de recibir la ley y norma los inferiores, como dice el profeta Malaquías, capítulo 27: *Legem requirunt ex ore ejus*. Y San Bernardo, libro 2, de *Consideraciones*, dice que el pueblo debe recibir de la boca de los sacerdotes la ley; no los chistes, no las chanzas: *legem, non nugas*.

¿Imaginas que faltarían á los santos padres y doctores apólogos, invenciones y sátiras para sacar fruto, si tuviesen por lícito este arbitrio? ¿No trabajaron cuanto pudieron para lograr el fruto de su predicacion y para exterminar los abusos del pueblo? Pues si trabajaron legítimamente cuanto pudieron, ¿en qué consiste, amigo mío, que no se valieron del mismo arbitrio de que tú te vales? ¿Acaso lo ignoraron? No. ¿Acaso no tuvieron

fortaleza para proponerlo? Méenos. ¿Pues en qué consistió que no se valieron de este arbitrio, sino en que lo hallaron por ilícito? ¿Acaso les faltó á San Cirilo ni á San Jerónimo arte para sus apólogos? Dígalo este neceso: jactábase Javino de que venían á su escuela las gentes lucidas y principales, como la otra mujer pública se jactaba de que la seguían mas personas que al filósofo. «¿Y qué os parece? respondió San Jerónimo á esta sátira. Acaso, respondió el filósofo, lo que la mujer pública. Siguiente mas que á mí, porque tú enseñas lo que es vicio; y síguennme ménos á mí, porque yo enseño la virtud.» No respondió así el Santo, mas no por eso dejó de responder; ¡pero con qué peso! con qué humildad! oíd sus palabras: «Es así, Javino, que todas las personas que vienen vestidas y adornadas, y robustas festivas, lucidas y compuestas con mayor preciosidad y gala, son de tu rebaño; porque, como los discípulos dan testimonio del maestro, yo que enseño la fe de Jesucristo no tengo en mi escuela sino hombres flacos, consumidos, con traje humilde, con sentidos mortificados, cubiertos de cilicios, que en vez de reír lloran, siendo sus diamantes las lágrimas, y su festiva música los lamentos.» Este fué el modo de oponerse los santos á los vicios, no con sátiras que saquen sangre, no con chanzas en que se malogre el tiempo, no con chistes de que gustan los mundanos y festivos genios, que se alistan en la escuela de Javino; sino con verdades puras que despierten á los dormidos, y abracen los que están en la escuela de San Jerónimo. De aquel puedes sacar cuál es la escuela de tu libro, viendo la clase de gentes que en él se abrazan.

Los árboles se conocen por el fruto; los confesores, por los confesados; y los libros, por los efectos que producen en los lectores. Pregunto ahora: ¿qué fruto se ha sacado desde que salió á luz este libro? Yo lo diré: turbaciones en el pueblo, disensiones en las comunidades, altercaciones en las casas, escrúpulos en las timoratas conciencias, enfados y disgustos en los verdaderos cristianos, y escándalos en el reino, á excepcion de los libertinos, en quienes el fruto es la risa, la sátira y la burla de las personas consagradas á Dios; pero ¿qué mucho sea así, cuando la Majestad divina nos enseña que por el fruto malo se conoce el árbol malo, y el bueno por el fruto bueno?

Mucho menor que esta fué la oposicion que padecieron las religiones de Santo Tomas y San Buenaventura, contra la cual tomaron la pluma estos dos santos doctores; y con todo eso, por no haberla prevenido ántes, cundieron tanto sus raices, que con el tiempo se vió en pié la herejía de Erasmo y la de su cooperador Lutero y Calvino: de modo que se dijo en tristísimos lamentos: «Erasmo la puso, Lutero la empolló y Calvino la sacó: de tal modo, quiero decir, creció esta herejía y se abrazó con los enemigos de nuestra santa fe católica, que se dudaba si los discípulos eran los discípulos: *Aut Erasmus lutherizat, aut Lutheris mirat*. ¿Pues qué diremos de este libro, cuyos materiales vi en Salamanca mas hace de veinte y nueve años en el aposento de un gran padre maestro? Digo aposento y no celda, porque no quiero descubrir si era fraile ó no. Este tal padre tenía un legajo grande de cuantos fingidos y chistes, muy propios á su satírica invencion, contra los que hoy hiere el libro que los bebió allí; y por mas señas, en el sermón que pone de Santa Ana, fingia que la Santa tenía en el

rostro una verruga de grande bulto, y sobre ella cargaba el texto *Vultum tuum*, con sacrilegio y blasfemo apoyo: tanto que el padre maestro Véar, catedrático de prima, jubilado de la siempre ilustre compañía de Jesus, se horrorizó al oír contar estos chistes ó blasfemias.

De aquel aposento salieron los materiales de que has formado este libro, amigo Gerundiano. No eres tú solo quien aplicó la mano á este trabajo; muchos sois, y de diversas profesiones, trajes y estados, los que, aficionados á la libertad y desahogo, formais el prodigioso concilio, del cual salió la sentencia de que se publicase este aborto de maldad que fomentaron en esta corte muchos que se hallan ya fuera de ella por la divina y humana Providencia, y algunos de ellos entregado ya su cuerpo á la tierra. No extrañé que viniesen de Castilla la Vieja y Andalucía algunas aprobaciones mas, que hiciesen recomendable á esta otra; porque no ignoro lo mucho que se trabajó para promoverla, y el tiempo que se estuvo esperando á que fuese visible un sugeto de poco peso, sobrado chiste y en cuya cabeza se hilvanase esta madeja. Luego, siendo tantos los autores que la compusieron, la empollaron y la sacaron, y siendo tan largo el tiempo que ha vivido á sombra de tejado sin salir á luz, ¿quién podrá dudar haya echado profundas raíces en los afectos noveleros? Esfuerzo mas el argumento: el decir que los santos padres y doctores no lograron el deseado fruto con sus sólidas razones, y presumir con esta *Historia de Fray Gerundio*, es no solo injuriar á los santos, dando á entender que no hicieron todo su deber, ó por no saber ó por no querer, y que tú sabes y puedes mas que ellos, pues has descubierto este medio y discurrido este nuevo rumbo; no solo es, quiero decir, injuria á los santos, sino, lo que es mas, al mismo Jesucristo, pues es constante que no logró con su predicacion todo el fruto que deseaba, y no se valió de este medio que practica el Gerundiano. Luego, siendo este medio tan eficaz para remediar abusos y pecados, se infiere de tu respuesta que la majestad de Cristo no hizo todo lo que pudo, ó por no saber tanto como tú, ó por no querer aplicar su desvelo á tan alto arbitrio. Y pregunto ahora: ¿cómo compones con esta doctrina tuya el sagrado texto en que dice su Majestad: «¿Qué mas pude hacer de lo que hice?» *Quid ultra debui facere, et non feci?* Consiguiente es que digas le faltó al Señor componer una *Historia de Fray Gerundio*: hasta este grado de maldad y de blasfemia llega la basa fundamental en que estriba la Historia. Amigo mío, que dejas de serlo en este lance, porque veo tus proposiciones capaces de producir las consecuencias que abortó Calvino, diciendo que «Cristo Señor nuestro maldijo la higuera por no haberla conocido ni hecho cargo de que no era tiempo de dar fruto». Yo, como católico, confieso en el Señor inmensa sabiduría, y que el no valerse de tu arbitrio fué por ser ilícito é injurioso á Dios y al prójimo; y no se ha de ofender á nuestra religion con irreligiosidad; no se ha de solicitar desarraigar el vicio con mayor vicio. Luego, siendo tu arbitrio un medio opuesto á la conducta de los sumos pontífices, á la doctrina de Jesucristo, y que solo se han originado de él escrúpulos y contiendas, diversiones, escándalo, y desprecio del estado eclesiástico, secular y regular, con festiva risa en tiempo de cuaresma, ¿quién podrá aprobarlo? El daño es conocido, el remedio no.

¿Pues cómo pretendes conseguir el remedio por donde se origina el daño?

El texto canónico y civil que te ofrecí, es el que enseña y persuade que la ficcion, invencion, apólogo ó parábola, en el caso fingido, ha de observar en el caso verdadero para producir el efecto que pretende. Tales fuéron las parábolas de la majestad de Cristo, así la del sembrador como la del hijo pródigo, la del rico avaro y todas las demas, guardando en ellas el órden y verisimilitud que no diga repugnancia á la verdad, sino mucha proporcion con ella. *Idem operatur fictio in casu ficto, quod veritas in casu vero*. Supuesto este principio, pregunto: ¿qué proporcion tiene la *Historia de Fray Gerundio* con la verdad, para producir efecto alguno bueno? ¿No arguye toda ella una total imposibilidad y repugnancia con la verdad? ¿Quién lo duda? ¿Pues cómo cabe en hombre de capacidad y talento querer vencer á los predicadores con una ficcion tan inverisimil como incomparable y repugnante á la verdad, sin que padezca la excepcion de sacrilega é injuriosa sátira? ¿Quién ha presumido hasta ahora que hubiese obispo que ordenase á un, verbi-gracia, Fray Gerundio, sin saber gramática ni moral? ¿Quién ha soñado que hubiese prelados tan malos, que por empeños ó intereses permitan y den licencia de predicar á los que son incapaces de ejercer tal ministerio? Luego pones una cosa repugnante á la verdad y tan incompatible con ella, que solo merece el nombre de sátira maligna y escandalosa, dando á entender al pueblo que ejecutan estos los regulares y las demas nulidades que propones.

El querer apoyar tu idea con el arbitrio de Cervantes con Don Quijote, no debe admitirse en el asunto que tomas; porque es mezclar lo profano con lo sagrado, que es diversa cualidad y temple: para desterrar una moda ó abuso profano, hasta otra nueva moda ó nueva invencion, otro nuevo uso; pero para desterrar la mala predicacion y el vicio que está arraigado en el púlpito, es preciso mucho trabajo, mucho esfuerzo y mucho tiempo; ni tampoco hace al caso el sermon que para este fin predicó el obispo de Nîmes con el texto: *Sicut unguentum quod descendit in barbam*; pues este sermon ni nombra frailes ni clérigos, ni pone las palabras de las oraciones impresas, para venir en noticia de los autores; porque, aunque pasieron en público su nombre y apellido, no por eso renunciaron el derecho positivo de la caridad cristiana, pues creer que la renunciaron, fué error de aquel ignorante y bárbaro frances españolado que puso la sabiduría en el *Púlpito de las monjas*, y manifestó su falta de noticias, su ignorancia crasa, y sobre todo, su falsedad y mentira, en el concepto de los discretos y sabios, para memoria eterna de su rudeza y bárbara osadía. De todo lo cual se infiere que, no siendo lícito mezclar lo profano con lo sagrado ni herir con ficciones inverisimiles al estado eclesiástico, por la improporcion de la figura que se toma, contraria á la conducta de los santos padres y de la majestad de Cristo, y aun denigrativa y escandalosa, sin que responda á ella con otra razon que con el conjuro del carnero, debe ser este libro examinado con mayor cuidado y reflexion, pues no sirve de apoyo la conducta de Cervantes, como hemos visto, ni la del obispo de Nîmes, que hemos tocado; y proseguirémos en el reparo último.

De todas estas reflexiones se infiere claramente el to-

tal desafecto, por no decir odio formal, que tienes contra los regulares, pues á no conocerte como te conozco, diría que eres de cierta congregacion, cuyos individuos dicen : «No nos conviene que sean obispos los frailes, porque no los podemos manejar como á los clérigos : » ni te pueden servir de disculpa las protestas que haces de que nadie aprecia ni venera mas á las religiones que tú ; pues de esto te pueden argüir con la ley 33 referida de *Reb. dup.* dándote en cara con el texto : *Qui aliud dicit quod non vult.*

Haces muy bien en confesar que no puedes manejar á los frailes como á los clérigos ; porque nunca hallarias quien bajo desu nombre y apellido sacase tu Historia como sale con el nombre y apellido de Don Francisco Loubon. ¡ Ah ! Si yo fuese obispo, ¡ qué presto le haria que pagase sus costas con las ganancias de tu Historia ! Y así te obligaría á que respondieses por él á estas instancias, pues la indecencia con que tratas á la Sagrada Escritura, trayéndola para apoyo de tus disparatadas ficciones y mezclándola con impurezas abominables, de tanta profanidad como vistes tu pluma, no puede excusarse de blasfemia. La presuncion con que imaginas lograr por medio de tu Historia el fruto que no consigueron los santos ni la majestad de Cristo con toda su doctrina y eficacia, es arrojio de la mayor soberbia ; y el presumir conseguirlo por un medio tan opuesto á la razon como á la caridad del prójimo y á todas las virtudes cristianas, fingiendo cosas imposibles, para herir á las religiones, es abominable despecto y escandaloso arresto de la osadía ó locura. Esto dirá quien examinare bien tu libro, advirtiéndote que esta presuncion en cuanto hiere á los santos padres y á la majestad de Cristo, es mas propia de Calvino que de Fray Gerundio, y en cuanto vulnera á las religiones, opuesta á la caridad del prójimo y á la veneracion de su estado. Pero ¿ qué dirá quien sepa que diste á luz este libro en el principio de la cuaresma, impidiendo á los frailes las lágrimas con la risa, y privándolos de leer otros libros espirituales, mejores que tus chistes ? Y ome inculco en esto, porque no presumo mal de tí : solo discurro que esperabas por instantes alguna infausta noticia contra tu congregacion y cofradía ; y temiendo que causase escándalo, quisiste prevenirlo con tu Historia, á fin de que, preocupadas las gentes con los chistes y disparates de Fray Gerundio, no atendiesen á otros asuntos ni acudiesen á las estafetas del otro mundo. Pero este arbitrio no puede salirte bien metiéndote con frailes que saben despreciar este mundo por el otro ; debiendo saber que donde las dan las toman.

REPARO II.

Si el valerse de la figura de *Fray Gerundio* para remediar el abuso de los predicadores, es sátira conocida.

Astuto y agudo como él mismo, previno este argumento el autor de esta Historia Gerundiana, porque no le calumniasen de satírico ; y así responde « que él no puso á Don Fulano, un señor predicador, un padre ó un clérigo ; y puso á Fray Gerundio, porque es mayor el número de predicadores frailes ». Esta respuesta, amigo Gerundiano, es para los discretos tan insuficiente, que todos dirán es razon de pié de banco, que solo puede pasar entre zoquetes, pues con oír la figura de un predicador sin poner clérigo ni fraile, bonete ni alforja,

don ni señoría, bastaba para tu asunto y comprendias á todos que hacen mayor número que los frailes. Luego el particularizarte en la figura de Fray Gerundio sin ser necesario para tu idea, es manifiesta injuria que haces á los religiosos y religiones todas. Pero, dejando esta reflexion á la critica de los discretos, pasemos á examinar si es cierto lo que afirmas, á saber, si es mayor el número de los predicadores frailes que el de no frailes, y así digo que en el número de frailes no hemos de contar los de la religion de San Antonio Abad ni los basilios ni los benitos blancos de Aragon y Cataluña, pues todos estos tienen *don* ; tampoco hemos de incluir en dicho número á los canónigos regulares de San Agustín premostratenses, etc., ni á los frailes de las religiones de San Juan, Santiago, Calatrava y Alcántara, que tambien predicán y tienen sus colegios para aprender á predicar con *don*. *Item*, debemos excluir del número de frailes á los servitas, á los padres teatinos de San Cayetano, á los clérigos menores, á los escolapios, á los padres agonizantes, á los padres jesuitas de la compañía de Jesus, que, aunque hacen voto como las demas religiones, no se llaman frailes, porque sus celdas se llaman *aposentos*. Igualmente débese excluir á los padres del oratorio de San Felipe de Neri, á los betlemitas ; y despues de haber hecho un cómputo prudente, has de juntar á los sobredichos *dones*, roquetes y bonetes, las congregaciones de eclesiásticos como las del Salvador, las comunidades ó cabildos de racioneros, los colegiales mayores, que hay muchos que predicán. *Item*, los capellanes de muchos señores ; y finalmente, un número sin número de señores curas y tenientes en todas las parroquias de los obispos ; y hecho bien este cómputo, hallarás que exceden los referidos en mas de dos partes y media á los que tú llamas frailes. Luego en esta cuenta, que es palpable y tan clara, que te puede coger un niño, faltas á la realidad, haciendo un supuesto falso para lograr tu idea ; ¿ cómo quieres que te crean, y que no atribuyan á calumnia y sátira todo el contexto de la Historia gerundiana ? Si yo hubiera de referir los casos de los tenientes de curas y las pláticas que hacen á los enfermos al tiempo de administrar los sacramentos de nuestra santa madre Iglesia, harian reir á la misma risa ; pero no permita Dios que yo la mezele con las cosas serias y sagradas. ¿ Ignoras que este libro habrá llegado ó llegará muy presto á Inglaterra, Holanda y demas vecinos ? ¡ Oh, Señor, con cuánto regocijo celebrarán los enemigos de nuestra santa fe los enuentecillos y chistes, despropósitos y enredos de los predicadores españoles, formados de la figura de Fray Gerundio ! ¡ Sin duda que para el rey de Prusia y sus aliados, interin que están retirados á cuartel, será la diversion mas apetecible ! ¡ Oh, qué noble incentivo para que abrace nuestra religion santa ! Oh, qué aumento logrará la fe romana ! Oh, qué crédito nuestra nacion española ! ¿ Quién duda que de un libro tan precioso se pueda esperar la conversion de los infieles, la abjuracion y retractacion de los herejes ? Dios nuestro Señor permita no suceda lo contrario. ¿ A quién no convencerá el fingir que los prelados regulares dan licencia de confesar y predicar á los súbditos necios, solo por respetos humanos, fiándolos la administracion y dispensacion de la divina palabra y de los sacramentos de la Iglesia, como si fuese cosa de poco momento ? ¿ Qué argumento será este tan eficaz para que se aficionen á

frecuentar los sacramentos los que actualmente los niegan? Qué reconvenccion tan fuerte para que veneren á la cabeza visible de la Iglesia los que tienen al sumo pontífice por Anti-Cristo, viendo que los prelados regulares que pueden subir á papas, hacen tan poco aprecio de lo sagrado? Qué edificación no causará este libro gerundiano, viendo en él el abuso de la Sagrada Escritura para servir á la indecencia? Qué modestia no infundirá aquella pulla ó chiste: «No puede haber maternidad sin regla,» libro primero, capítulo v, número 8? Qué fruto no producirán aquellas chanzonetas que pone en el libro primero, capítulo v, número 8, en el capítulo vi, número 3? Las omite mi pluma por no manchar la negra tinta con mas negras indecencias.

Si quieres corregir los defectos de los oradores, argue contra sus defectos. Fingir delitos que nunca se han cometido ni es posible que cometa el hombre mas disparatado, para recargar al inocente, ¿en qué tribunal lo has visto? ¿Qué bellas cosas se me ofrecian aquí! Pero chisto; que consulto á la modestia. ¿No sería, amigo mio, mejor satirizar á los herejes con las reglas permitidas, viendo que las católicas armas de la reina de Hungría y del cristianísimo rey de Francia se hallan empleadas en la defensa de nuestra religion, para que unos con la pluma y otros con la espada debilitásemos las fuerzas del enemigo? ¿No sería mejor que remitieses á la reina de Hungría, que tiene falta de dinero, los cuartos que has gastado en la imprenta, para que mantenga uno ó dos soldados en la próxima campaña? Si nuestro reino está en paz, ¿por qué razon sin S... quieres hacernos tan injusta guerra?

Concédote que nuestros predicadores cometan mil defectos por falta de oratoria y por sobra de ignorancia; ¿pero quién te ha dicho que este es suficiente motivo para que tú los refieras á los particulares, aunque fuesen ciertos, y no fingidos como los que tú propones, teniendo á la vista tantos enemigos? Ya que me precisas á que mi pluma se acalore y á que te enseñe la ley de Dios en este punto, óyeme atento. Muere Saul, y muere desesperado pidiendo él mismo su muerte. Oye David la desgracia, y al instante expidió su real decreto en que mandó que ninguno de sus vasallos participase á sus enemigos la desgracia, ni la propagase en tierra de ellos, porque no tomasen mas vigor y fuerza los contrarios al oír un caso tan lastimoso: *Nolite annuntiare in Geth, neque annuntietis in campis Ascalonis, ne forte lætentur filiae Philistini, nec exultent filiae incircumcisorum.* Reg., lib. 2, cap. 1, vers. 20. No sepan, dice el texto, no se rían de nosotros los infieles incircuncisos filisteos y sus hijas, que son de distinta religion, pues riéndose de la nuestra, llegará la snya á cobrar mas fuerza y osadía. Este es, amigo mio, el caso en que nos hallamos; ¿y sería bien que se consultasen los defectos de nuestros predicadores á nuestros enemigos los herejes? A esto responderás que ya lo saben, y lo bien que se ríen: es verdad; pero ya se reirán mucho mas con lo que tú les escribes. Bien sabían los filisteos que habia muerto Saul y que el ejército iba fugitivo; y no obstante esto, manda que callen, porque, aunque la muerte de Saul era pública, la circuncuncion de morir desesperado, y como Saul era sacerdote ó cristo del Señor, no quiso David que se escandalizasen los contrarios al oír esto. Así entiende y comenta el texto Ilugo, cardenal, para que

aprendamos todos á sepultar los delitos de los sacerdotes, aunque sean ciertos; ¿y qué será siendo fingidos?

REPARO III.

Si este libro *Historia de Fray Gerundio* vulnera la autoridad de nuestro rey católico, y la de los eclesiásticos superiores, induciendo el tribunal de la Fe.

Cuando llegué á este estrecho y apuro inevitable en que me puso este libro, llegué á conocer la fragilidad de la humana condicion, que apenas toma con empeño y viveza algun asunto, sin que el calor del argumento encienda los espíritus y destemple tanto cuanto los afectos. Así le sucedió á San Agustín: tomó con cristiano empeño las herejías de los paganos maniqueos, etc.; y fué tanto el peso de su doctrina á la contraria sentencia, que pareció á muchos haber declinado notablemente á la parte contraria, en que igualmente habia su peligro; pero que solo la majestad de Cristo, en quien el destemple de Adán no pudo tener influjo, pudo tener tan en equilibrio sus afectos y pasiones, que no declinasen un punto á un lado mas que á otro. Pero nosotros, que estamos sujetos á perder la rectitud de nuestras operaciones, cada instante vivimos expuestos á perderla. Doy que seas un San Agustín en lo sabio y en lo santo: con todo eso no podrás impedir el que muchos ignorantes como yo hayan creído te dejaste llevar tanto del celo de remediar los desórdenes en el púlpito, que no reparaste en el forzoso escollo de oponerte á la autoridad y jurisdiccion superior de lo eclesiástico y secular, pues al ver nuestros enemigos este defecto de los oradores españoles, y que no se toma contra ellos otra alguna providencia sino la de esta sátira para reir, dirán: ¿Dónde está el celo de los prelados regulares que los permiten sin privarlos del oficio? Dónde el católico esfuerzo del monarca que pudiendo desterrar de su reino esta abominacion, no lo ejecuta? Dónde el de los obispos? Dónde el del tribunal de la Fe que no fulmina rayos? ¿Es posible que los prelados regulares, tanto mas mirados y circunspectos cuanto mas religiosos, hayan de permitir á sus súbditos que denigren el honor y fama de su religion con las torpezas que pone este libro, aunque fingidas? Es posible que se halle en España tan abominable la predicación ó el abuso de los predicadores, que no hayan tenido armas de luz los prelados, los seculares, obispos y arzobispos, para remediar este daño, dando lugar á que se impongan tan falsos testimonios á las religiones, como los que supone esta satírica *Historia de Fray Gerundio*, y que se den por satisfechos con solo este escandaloso arbitrio?

Digo mas: ¿es posible que el tribunal de la Fe, cuyo celo ardiente y religioso está observando con suma vigilancia cualquier exceso ó defecto en lo sagrado, fulminando censuras contra los despiques ó satisfacciones en los pulpitos, no haya podido remediar este delirio en los predicadores, dando lugar á que unos sujetos tan condecorados como los aprobantes y tan celosos como el autor de la *Historia*, pongan en público una sátira tan denigrativa á las religiones, para hacerlas odiosas, atropellando las bulas pontificias? Si son verdaderos, ¿cómo no lo remedian, y castigan á los delinquentes? ¿Tan incorregibles son los españoles, por ventura, principalmente los regulares, que se han resistido á los mandatos del Santo Tribunal para que los deje y abandone por incorregibles? No por cierto. Luego si la *Historia de Fray*

Gerundio es verdadera, ¿en qué se detiene el tribunal de la santa Fe?

Pasemos adelante: ¿qué dirán los vecinos del cielo de nuestro rey católico, que da lugar á que en sus sátiras ofensivas corran por toda España y fuera de ella los despropósitos de los predicadores religiosos, como en esta Historia se suponen y se fingen, sin valerse su majestad de tantos y tan poderosos medios como tiene para poder licitamente, como patrono que es de todas las religiones y defensor de la fe, cortar este abuso si lo hay, y en caso de no haberlo, prohibir un libro tan injurioso á su soberanía? ¿Temen acaso los reyes de España á los regulares? No por cierto. ¿Acaso todos los frailes ó algunos de ellos han desobedecido á las órdenes reales? Acaso en España han hecho los frailes algun desacato contra la real majestad? Acaso le han sido infieles ó han tumultuado los pueblos contra su rey y señor? Acaso se ha escrito de ellos alguna relacion de que intentaron en algun tiempo establecer alguna república en España, Europa ó en la América, para levantarse contra la corona en los dominios de España? Pues si no hay tal miedo y recelo ó sospecha de los frailes españoles, ¿en qué se detiene el rey de España, que no pone remedio? Vamos claros, amigo Gerundiano, que bien se conoce has querido ofender á las religiones; pero has pasado mas allá, ofendiendo al soberano, al tribunal de la Iglesia y de la Fe. Si notaste algun defecto en los frailes, ¿por qué no los delatas á quien debes? Y si no lo notaste, ¿por qué con tanto escándalo lo finges? ¿No sabes que hay una ley *Cornelia*, con graves penas para los que fabrican falsedades? Teme pues que te pueden dar con ella en los bigotes si se enojan.

REPARO IV.

Si el haber algunos malos sermones en España consiste solo en los predicadores.

Este último reparo nace de una cuestion que con toda cautela y disimulo toca el Padre Marquina en la referida *Cátedra de retórica*, tomo I, capítulo 3, diciendo no acaba de averiguar si la causa de predicarse tan malos sermones, es falta de oratoria ó si de ciencia en los predicadores, ó la sobra de ignorancia en los oyentes. Esta cuestion que mueve el Padre Marquina es el fundamento en que estriba el reparo aquí puesto. Pues decimos que tienen mucha culpa los oyentes, no será razon echarla toda á los predicadores: solo la principal causa de esta lástima la conoció la majestad de nuestro rey Don Felipe V, que Dios guarde, pues mandó venir á España los mejores sermones de Francia, para que sirviesen de norma á nuestros oradores. Pero pregunto: ¿quién gustaba de oír semejantes sermones, sino algun hombre docto, discreto y timorato? Yo fui testigo de quien, valiéndose de este método, lo observó con toda puntualidad; pero tambien observé que no era oído con la aceptacion que merecia, y que gustaban los oyentes de los sermones que no entendian, mas que de los sermones que tanto iluminaban. Muchos ignorantes decian que eran sermones secos, porque tenian pocos latines; otros decian que aquello era hablar, pues no citaban muchos santos padres, glosas y textos; otros finalmente, que no les costaba mucho trabajo, pues no decian: «Vaya otro realce,» como suelen decir otros predicadores famosos que son muy celebrados.

Si supiesen los oyentes que los sermones de muchos latines son peores que los que inútilmente gastan el tiempo en repetirlos sin decir ni probar cosa alguna, ya los predicadores sabios tendrían algun consuelo: si admitiesen que el ~~citar~~ autoridades y glosas cuando la razon natural y la Sagrada Escritura no los necesitan, ya podriamos echar la culpa toda á los predicadores: si advirtiesen que es de necios ignorantes el decir «vaya otro realce», y mas sin sacar otra cosa ni proposicion ó confirmacion, sino con otro texto sinónimo, yo disculparia á los oyentes. Pero si nada de esto saben y aplauden, porque no lo entienden, ¿por qué hemos de culpar solo á los oradores, y no á la necesidad de los que oyen?

Vaya este cuento. Llegaron el alcalde y mayordomos de cierta villa á un convento de frailes de San Francisco á encargar un sermón; pero con la condicion de que le habia de predicar el padre Fray N. El Padre Guardian, que conocia no poder desempeñar el encargo Fray N., dijo: «Este padre no puede ir; yo procuraré enviar á ustedes un buen orador. Eso no, dijeron ellos, ó ha de predicar este padre que pedimos, ó ninguno de esta casa; y cuidado, que si no nos concede usted este favor, no tiene que enviar fraile alguno á esta villa á pedir limosna; porque se vendrá sin ella.» Viéndose el Prelado amagado de esta censura y excomunion que le apartaba de los bienes temporales y del doblon de á ocho que le valia el sermón, se vió precisado á condescender con la súplica. Dióles el sí; pero luego les preguntó por qué motivo habian elegido al padre Fray N., habiendo en casa otros mas hábiles. A lo cual respondieron: «En que nos ha dicho un lego de este convento que el padre Fray N. es el mejor predicador de todos, porque predica en cadencia; y con efecto, sabemos que el año pasado predicó en Villaverde, y dejó nombre para siempre, pues nadie sino él citó al tío del Santísimo Sacramento, cosa que jamas habian oído los nacidos ni aun el Señor Cura; sobre la cual tuvieron los dos una gran pelotera, porque el Señor Cura, que no es rana, negaba todo lo que decia el Padre; y el Padre sacó un libro de molde con que convenció al señor cura. Llamaron al escribano y al maestro de niños, y hallaron que era cierto lo que dijo el Padre N., á excepcion de una letra, que debia ser R y era T. Ya tengo noticia de ese lance, dijo el Padre Guardian, y fué que el padre Fray N. dijo que habia predicado la fiesta del Santísimo Sacramento, escrito por Fray Lorenzo Surio; pero como en lugar de la R estaba una T, dijo escrita por Fray Lorenzo Sutio. Es verdad, Padre N., así fué, de modo que el Señor Cura lo negaba todo, y el padre Fray N. salió con la suya, sin faltar mas que una letra, y esta por yerro de imprenta.»

Siendo pues tan crasa la ignorancia de los que forman los auditorios, ¿por qué razon se ha de culpar á los predicadores, y no se ha de reprender la groseria de los oyentes, que eligen á los peores y desprecian á los mejores? Esto es idiotísimo; y no solo está radicado en las aldeas y chozas, no solo en los pueblos rústicos mal limados, sino en las grandes villas, en ciudades y en las mas lucidas cortes. Tan bien se sienta en una alfombra como en una estera; tan bien (tan mal quiero decir) se cubre con una peluca blonda, se adorna con camisola, vueltas y baston, como con una montera, un gaban y cayado, rodando en coches como la mala fortuna, por las calles, plazas y oficinas. ¿Cuántas personas hay que

solo gustan de los sermones en que solo sueñan palabras huecas que nada significan? ¿Cuántos que solo aprueban los que llevan por epígrafe el título de una comedia? Cuántos los que llaman *caudencia* al mas bárbaro romance de ciego, compuesto de piés de coplas, que es la mayor monstruosidad de la oratoria? ¿No estamos viendo sermones impresos que comienzan: «La dama de San Elías mirándose al tocador con el mas precioso adorno, la santa de los consejos, el consejo de las santas, que en sentir de Tertuliano, etc.» No estamos viendo que los aprobantes tributan elogios dignos de la mayor elocuencia á esta monstruosa é intolerable algarabía? Pues si esto hacen los aprobantes, ¿qué quieres que hagan los demás oyentes? Habiendo un orador predicado en una villa el sermón de Cuarenta horas, trasladado del Padre Vieyra, dijo uno de los mayordomos: «No tiene el padre predicador mucha trastienda, pues ni él ha citado la teología ni las escuelas, ni ha dicho cosa alguna de los mayordomos; y sobre todo, ha predicado un sermón tan bajo, que cualquiera niño lo puede entender.» Con este grado inéron á comer; y el religioso predicador se aplicó al plato del cordero asado, de modo que el mayordomo censor dijo á otros: «Si como el padre sabe comer cordero, supiera predicar, no hubiera mejor predicador en el mundo. El otro respondió: No lo extrañes, porque ha predicado hoy y tiene que predicar mañana; y no ignoras que aun las caballerías necesitan comer mas cuando trabajan que cuando huelgan. A esto respondió el mayordomo: Pues de esa suerte, si el padre tiene que predicar mañana, echarle tres piensos esta noche.» ¿Cómo quedaria el padre de la Compañía al oír esta brutalidad? ¿Culparia acaso á los predicadores? Pues si estamos viendo todos los dias en esta corte de Madrid, que cuando predica un Fray Gerundio ó Fray Blas no cabe la gente en la iglesia, los coches en las plazuelas, ni las sillas en los átrios y pórticos de los templos; y cuando predica un Oliva, un Nauni, un Lanza, todos huyen y blasfeman, ¿quién tendrá la culpa? Si estamos viendo que aquellos Fray Gerundios son convidados, rogados ó admitidos á predicar en las funciones mas clásicas, en los auditorios mas respetuosos, como son la villa de Madrid y los consejos de su majestad y supremos tribunales, sin que se los castigue ni prive de oficio, antes sí son elogiados y aplaudidos de los ignorantes, y aplaudidos como ellos, ¿qué quieren que hagan los sabios oradores (á no ser muy santos), sino tomarse este mismo rumbo de honra y provecho, como Fray Blas, para pasar su pobre vida?

Si los legos de las religiones y los zapateros y sacristanes de los lugares y aldeas son los que califican y aprueban los sermones, ¿para qué se ha de enlazar á los oradores y no los oyentes? Si nuestros auditorios fuesen como los de Alemania, Italia ó Francia, donde se estudia la retórica con mas desvelo que en España, habria mas oyentes que pudieran conocer los que eran buenos y malos oradores; pero aquí se ha olvidado la retórica, y hay pocos que la sepan, creciendo la ignorancia de modo que se gradúan por mejores los que no se entienden. ¿Qué quieren que suceda? Por eso digo que el arbitrio que tomó en Francia el obispo de Nîmes, no hace fuerza en nuestra España para avergonzar á los oradores; porque, como aquí hay pocos que entiendan de oratoria,

se ocasionaria mayor escándalo, pues llamarian Gerundios á los buenos predicadores, y Salomones á los malos.

Si la ignorancia de muchos españoles se humillase á callar y estar á lo que dicen los que lo entienden, fuera menor daño; pero si se meten á censores los que no saben, ¿qué remedio habrá? Si supieran todos que los sermones mejores son aquellos de los que sacan cosas mejores, esto es, mas ciencia, doctrina, luz y propósitos, ya seria consuelo para los oradores; pero si solo se gusta de los oradores que no se entienden, ¿qué harémos con satirizar á los oradores? Dirá un ignorante: «¡Que bien ha predicado el Padre!» Y si le preguntas qué ha dicho el predicador, ó ha sacado del sermón, dirá que no se acuerda ó que no lo ha percibido. ¿Pues cómo aplaudes lo que no entiendes ni percibes? Porque esta es la ignorancia de los españoles.

Otros muchos reparos se me ofrecen; pero, como los mas principales de donde nacen son los que van propuestos, dejo á tu comprension las consecuencias que pueden producir. Tú eres conocido en España por tu grande ingenio, por tu aplicacion y estudio, por tu predicacion ferviente, de que aun dura la memoria en Aragon y Navarra, y sentiré que pierdas muchos grados de estimacion y aprecio con esta historia.

Finalmente, quiero advertirte que la voz comun y fama pública de toda esta corte está clamando y diciendo que no tienes otro asunto mas que tirar á los frailes; y aunque no lo hayas ejecutado con este fin, nadie está libre de no poder contentar á todos. Con que es forzoso que te expongas á los sangrientos tiros de los que se declaran lastimados de tu pluma, que son muchos, poderosos y científicos; á los cuales no se ocultan las humanas providencias, ni las enfermedades de que adolece la república. Y así, enterados de tus faltas y de las mias, nos pueden hacer un gran tiro si no los tenemos gratos. Siempre nuestros ojos abultan los defectos ajenos y minoran los propios, aunque estos sean graves y aquellos leves; por lo cual debemos mirar que no nos engañen, ó que cuando nos determinemos á herir á otros, nos fabriquemos acaso armas con que nos abran mucho mayor herida.

Habiendo oído en Alcalá de Henares un sermón predicado á San Félix de Cantalejo, que se nombra *arcediano* de los capuchinos, dieron los religiosos de otra religion en llamar *asnos* á los legos capuchinos: supóngola confianza religiosa. Ofrecióseles un viaje á dos padres maestros, y caminando con sus mulas arrogantes, encontraron á dos pobrecitos frailes franciscos que apenas podian dar paso de cansados. Preguntáronlos los dichos maestros: «¿Dónde van los asnos?» Uno de los referidos respondió: «Los asnos van encima de esas mulas.» Considera, amigo, cómo quedarias tú metiéndote con frailes que se declaran heridos contra tus sátiras, pues apenas hay entre ellos quien ignore de que pié cojeas. Ellos estudian mucho, porque, como tienen abundantes librerías sin que les cueste un ochavo, se ejercitan continuamente en saber lo que no pueden los clérigos, que se contentan con comprar un *Lárraga*, un *Corella*, una *Suma de Machado*, ó de *Torrezilla*, por estar en romance; y con estos libros solos, sin haber visto biblias en latín ni concordancias en romance, predicar y citar textos, esperando ser obispos... ¡Buena va la danza!

Guárdate de los frailes, vuelvo á decirte, pues á caso cuando estés mas descuidado, experimentarás los rigores de sus quejas, que pueden clamar al tribunal de la Fe, á la justificación del Monarca y á la Sede Apostólica. Dios nos libre que haya junta de comunidades, como lo temo; porque oírás lo que no quieras. Doy que haya algun fraile digno de reprension en el punto que previenes; dóite que haya un Fray Blas, que por asegurar un poco de tabaco y chocolate, cometa iguales disparos; pero si se comparan estos excesos con los que otros ejecutan, apenas se pudieran llamar excesos.

Vaya de cuento: Aquel mismo frailecito que respondió tan agudo á los dos maestros, se vió tan combatido de las nieves en su dilatado viaje, que apenas podia vencer la inelemencia del temporal. Erale forzoso llegar en el día á una villa que distaba una legua; y teniendo el hermano á temeridad que saliese de su casa con tan áspera estacion, le instó el que á lo ménos se pusiese unas polainas por defensa; pero como las instancias fueron tan recias como la necesidad, las admitió y llegó con ellas á la villa. No es decible el escrúpulo que formó sobre las polainas, pues toda aquella noche no pudo so-

segar; y como si se hubiese puesto las polainas sobre la cabeza, se la fatigaron con imponderable peso. Fué por la mañana á la iglesia á buscar un confesor; y hallando á uno, le pidió se dignase reconciliarle. El confesor le dijo: «Sí, Padre; pero contíeseme usted á mí primero.» Aquí creció el dolor del frailecito, sin que valiesen las inocencias de su escrúpulo con polainas. Hizo muchos actos de contricion, y se sentó en el confesonario. Comenzó el otro su confesion diciendo tantos y tan abultados defectos, que, asombrado el frailecito, decia interiormente: «¿Es posible que á vista de esto hiciese yo escrúpulo de mis polainas?» Proseguia el otro echando otro golpe mayor de culpas, y repetia el frailecito: «Aténgome á mis polainas.» De modo que á vista de las culpas del otro, se le quitó el escrúpulo. Atiende bien, amigo Gerundiano; que puede ser eehen en cara algunos defectos, que digan los frailes con Fray Blas: «Aténgome á mis polainas.»

Este, amigo, es el fin del libro primero, en que tratamos de los reparos: verémos las llagas de tu segundo libro, y aplicaremos á todas las remedios.

APOLOGIA DE DON N. CERNADAS

contra los Reparos de Fray Matías Marquina, religioso capuchino, á la HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.

PROLOGO.

No me pasa por el pensamiento la presuncion de haber movido, en este ataque apologetico, armas que ya no manejasen otros diestramente contra los enemigos de la célebre *Historia del famoso Fray Gerundio*; solo me parece que los persigo mas que de paso, y les aprieto un poco mas el sitio.

Entre otros motivos que tuve para dar esta descarga, el que últimamente me determinó á ella fué el ruidoso disparo del penitente del reverendísimo Marquina, cuyos reparos me han parecido no mas que pólvora, cisco y estruendo, ó por decirlo mas rumbosamente: *Bam bim bombardá sonabant.*

No llegó á mis oídos su rechinante estrépito hasta el día 10 de julio; y aunque conocí que era ya muy tarde para salir á la campaña, con todo no pude contener la cólera; y sea ó no sea intempestivo el movimiento, la razon, que hizo liga con el enojo, me hace salir al campo sin que me desmaye la sensible falta de un padrino que me habia ofrecido su lado y su esfuerzo para esta accion, que por esa causa saldrá mucho ménos airosa; pero de lo ménos se echará de ver que no retiré el cuerpo por cobardía.

Tengo, y con razon, mis recelos de que he de parecer pesado; pero, si se me admite, me puede servir de disculpa el que tambien lo es el contrario con quien lidio, y que mi proyecto fué el de no dejar piedra por mover de cuantas amontonó el enemigo para tentar al autor del *Gerundio* y precipitarle del pináculo. No niego que me recalco á veces porfiadamente en una especie; pero lo que abunda no daña, y lo que para el lector parece supérfluo, no lo será acaso para el asunto. Todavía me queda no poco en el tintero, que vaciaría con gana si no

temiese que manchase mucho la tinta. Estuve por omitir la traduccion en castellano de algunos pasajes de San Bernardo, Hugo de Sancto Victore, y San Jerónimo, porque conozco bien que le ha de ser á los contrarios mucho mas dolorosa que cuanto dijo el Gerundiano; pero, como ella es tan gramatical, tan al pié de la letra, que nada puse de mi casa, me parecio indispensable ponerla, porque es una evidente demostracion de que el Gerundiano no trató á los frailes ó religiosos con menos respeto que un San Bernardo. Paréceme que estoy oyendo decir á los anti-gerundianos, que es muy mal hecho traer á nuestro propósito unos sentimientos que aquellos padres dijeron privadamente en sus pláticas á sus súbditos ó conventuales, y sacar á la calle ó á la plaza lo que pasó entre las paredes de los claustros.

Pero esta réplica es una pura necesidad. Para los libros impresos no hay clausura. La doctrina de los santos padres es (en su modo) como la del divino Maestro, que mandó á sus apóstoles que aquello que les enseñaba (1) en particular, lo comunicasen al público cuando lo pidiese la oportunidad. Bien es que se vea que el Gerundiano en lo que dijo habló como un santo, y que no levantó falso testimonio á alguno de los que, por notorios transgresores del decoro de su sagrado ministerio, se hicieron dignos de la pública correccion de sus defectos. Lo que escribió el buen penitente con intrepidez orgullosa, no lo dijo á puertas cerradas en una celda; si allá no oyó lo que dijo un San Bernardo, etc., oígallo ahora; que, aunque no le dé gusto, no le hará daño. El Gerundiano no habla contra los buenos religiosos; los que fueren malos, ellos se tienen la culpa de que los comprenda la pena.

(1) *Quod vobis in tenebris dico, dicite in lumine, et quod in aure auditis, predicate super tecta.* Math., 10, 27.

Mi ánimo no es que se divulgue mucho esta apología. Ella no se da á la prensa. De mi mano solo salen tres copias, sin deseo de que estas propaguen otras; ántes bien con la esperanza de que, ó por larga ó por molesta, nadie tomará el trabajo de trasladarla, porque no se puede hacer sin mucho ejercicio de paciencia ó detrimento de la bolsa. Por mí me contentaré con que la vean el Morondo Josepe y su compinche el buen penitente, porque, como los contemplo tenaces en su mal intencionada emulacion, aun no va tarde para ellos este desengaño, por si caen en la cuenta de que no es racionalidad tirar coces contra el agnijon.

No me remuerde la conciencia sobre cosa alguna de lo que aquí escribo; si me remordiese, no me mataría por envidados ajenos; porque ni tengo la sagrada fortuna de ser fraile ó capilla, ni la honrada conveniencia de ser bonete; soy solamente gorra, entre sobrepelliz y roquete, ó digámoslo así, un donado vestido de lego, y abonado. Con todo, tomo cristiana y católicamente mi protesta, que si por inconsideracion ó ignorancia se halla en este papel cualquiera cosa que desdiga ó disuene á la pureza de nuestra santa fe y decretos de nuestra santa madre Iglesia desde luego digo que no valga ni se entienda que lo escribí con advertencia. Si en la pintura del Josepe sobresale la tinta algo colorada, no se culpe al pincel, sino á la materia, y el verso disculpe lo que se llama licencia poética. No ignoro que habrá bien de qué pedir perdon, y así lo espero de la benignidad de quien lea este papel.

CARTA

Del Lirondo Crisanto Criton, ex-decurion de la banda de Roma, y protopauper del gremio del *Vade-mecum*, por Lobaina, al Morondo Josepe Benoit, famoso eunuco, impresor del *Mercurio* en la oficina de la ciudad de Babea, sita en los Países-Bajos, y administrador general de gaitas por la Cámara, en la Cava baja de Madrid, etc.

(Desengañale fraternalmente de su errada conducta en varios caprichos, y principalmente en el de ser enemigo mortal de la importante vida del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas.)

Mi Morondo Josepe: Voy darte con esta carta en los hocicos, ya que no puedo en las barbas; que de esto ya te holgarías bien, aunque fuese á costa de llevar este jabon. Si deseas tener mas noticia de mí persona que la que te da mi nombre, que va en la fachada, te diré que mi fortuna toda es nada entre dos platos, porque, habiendo en mi juventud quebrado algunos, despues de haberme roto los cascos con Reubau y con Blictiri (los dos formidables cocos que espantan á los niños en el zaguán de la lógica), despues de haber dado mil patadas en las aulas, estremeciendo á *ergos* las barandillas, solo he consignado el famoso empleo que pongo por título, y buscando entre los escolares mi *madre gallega*, encuentro la *madre olla*, tanto mas sabrosa para mí cuanto mas podrida. Cuando hay platillo, no dejo de meter mi cucharada, y si hay especias, procuro avivar el sainete á la salsa con su sal y pimienta. De esto te daré ahora una prueba, ya que eres amiguito de revolver caldos y jeringar con ellos.

Pero, porque no me digas que me meto contigo sin Dios ni por qué, óyeme; que ya te quiero poner en razon. La *Historia de Fray Gerundio* ha dado un golpe y metido tal ruido en el mundo todo, que no se habla de otra cosa en los palacios, en los gabinetes, las antesalas, los claustros y las tertulias. El es un libro tan discreto,

tan erudito, tan salado, tan chusco, que, no pudiendo ser para todos, porque muchos no alcanzarán sus fondos, no obstante todos son para él: él se lleva tras sí á todos, desde los altos cedros hasta los humildes hisopos. Me han asegurado que en un santiamén se habian despachado toditos los muchos ejemplares que habian salido; y que aunque fuese un millon de ellos, habia gula para paparlos de un embion, porque para tanta miel eran tantos como moscas, y habia mosca en tantos. En fin él es un libro por quien se puede cantar aquel verso de no sé quién, que se me quedó en la memoria desde no sé cuándo:

Hunc Reges, hunc gentes amant, hunc aurea Roma.

Daréte lo romanceado al intento y á mi modo, porque no pienses que te empullo ó que no sé lo que me digo:

Ninguno hay á quien la *Historia*
De Fray Gerundio no choque,
Pues no queda rey ni roque,
Que de verla no haga gloria:
Con aclamacion notoria
Fué de todos recibida,
Y le es con razon debida,
Pues con delicia no escasa
Una vida alegre pasa
Quien pasa tan buena Vida.
Enseñando y divirtiéndolo
Tal gusto esta Vida da,
Que el que la empieza, se está
Toda la Vida leyendo:
No se cansa el que va viendo
Su contextura agradable;
Hallala al fin tan amable
Sicut erat in principio;
Porque esta Vida es un ripio
De la vida perdurable.
Con tal espíritu está
Vivificada esta *Historia*,
Que es vida de la oratoria,
Que el alma al púlpito da:
Vital remedio será
De toda la mal ferida
Predicacion corrompida;
Y ya los Gerundios todos
Pueden buscar otros modos
Con que ir ganando su vida.
Por el estilo que lleva,
Si es de ellos bien atendida,
Les dice esta nueva Vida:
Vida nueva, vida nueva;
Festivamente repueba
La predicacion pomposa,
Teatral y cadenciosa,
Con tal arie y enerjia,
Que en el mundo no se habia
De predicar otra cosa.

Quedarán, si el argumento
Logra el fin de sus primores,
No pocos predicadores
En ningún predicamento;
Harán un gran sentimiento
De que los han bautizado
Por Gerundios; mas su enfado
No es justo, pues en efecto,
Segun predica el sugeto
Se le apropia el predicado.
Si de esta *Historia* la andanza
La juzgan chocarrería,
Predicar de algarabía,
Díganme, ¿es cosa de chanza?
¿Irse como un Sancho Panza
Al púlpito con refranes,
A hacer como unos Roldanes
Aventuras con el texto
Sagrado! Pues si hacen esto,
¿Qué quieren los perillanes?

¡Válgate la mala trampa, qué presto se me detuvo la vena! Algo adelantadilla anduvo, pero poco se perdió en que no ande atrasada, como ande como un reloj; y esto pase por muestra; que despues será de repetición. Pues como digo de mi cuento, el tal libro de la *Vida*, en que tienen asiento los predicadores que no le tienen, para que lo tengan en el día del juicio (si la falta que padecen de él la enmiendan en tiempo y lugar), me dicen que como es tan dulce, ha padecido lo que el almíbar (si no lo tienen muy tapadito) donde hay plaga de hormigas, pues se mueren por comerlo; y así se matan, lo corrompen, lo ensucian, y no paran hasta que lo ponen en estado de que lo arrojen por un vertedero; así sobre el tal libro se amontonó un hormiguero de libelos y una langosta de papelorios, que es un asombro. Por las noticias que están acá y nos llegan desde esa corte, sabemos que es una fiesta de toros lo que pasa con ese torillo. Dicen que unos están hechos unos perros con él, otros le tiran á jarrete; muchos le quieren plantar su banderilla, no pocos clavarle su garrocho; pero que él entre tanto lograba la suerte de los que le echaban la capa, y á lo marrajo se reía de los que toreaban, no obstante que estos tiran á verlo metido en el toril. Como no se hablase de otra cosa en cuantas partes me hallaba, y por otro lado, no hallase, á mi parecer, razón para perseguir de muerte un libro tan digno de immortalizarse, aunque no fuese por otro mérito que el del fin que lo justifica, me tentó la curiosidad de saber qué gente era la que se amotinaba contra él, y cuál la que estaba á su favor, para ver si eran mas en calidad y cantidad los del bando contrario que los del mio; que aunque soy un pobreton en materias de gusto, tengo mi voto en la punta de la lengua.

Conseguí en parte por aquel bello y curioso romance que salió con el nombre de Fray Supino, que está escrito con bastante naturalidad y desembarazo; y el grandísimo bellaco que lo compuso, se le conoce bien que sabe manejar con destreza el Pegaso, pues á media rienda va á los alcances de todos los que andan en la escaramuza, y se revuelve con brio en la carrera. Del mismo modo vi que lo hacian otros, especialmente el que en el Ovillejo devanó con garbo á cuantos andaban en el argadillo. Por estos y otros muchos documentos vine á conocer que el partido mas honrado era el que favorecia la nueva famosa Historia que habia merecido el agrado de todo lo primerito de la corte, lo mas soberano, lo mas grande, lo mas ilustre, lo mas docto, lo mas cuerdo y lo mas prudente de toda esa regia y primorosa poblacion, como sucede tambien por acá. Entendí que el bando opuesto por la mayor parte era vulgo y turbamulta de mal contentos, ó pelotones de repelados que llevaban la tuididura muy contra pelo. Los mas distinguidos de esta pandilla me dijeron era un poeta con título enarbolado; un Fray Amador sin regla ó sin voto; un Toribio sin cogote; un barbon despeluzado y un *cachibache morondo*. Deseé una descripción del carácter y circunstancias de cada uno de estos, y la que logré mas puntualmente fué la de este último, que por las señas creí tú, y me la enviaron en el siguiente bosquejo:

El buen Jusepe es un hombre,
Dije mal, la verdad se hable;
Que en él es indeclinable,
Sin genitivo, este nombre.

No le cuadra ese renombre
En ningún caso de lleno,
Y solo no le es ajeno
Si alguno que se lo dé
Lo hace con la buena fe
De que *hombre* es epicoeno.

El dicho Jusepe pues,
Hablando naturalmente,
Es un eute indiferente,
Que ni hombre ni mujer es:
Abraza por su interes
Todo negocio importuno,
Mas siempre sin fruto alguno;
Que en estériles esencias
Tiene muchas dependencias,
Pero dependientes, ni uno.
Con faeciones afectadas
Puede, conforme á sus dengues,
Pues está sin perendengues,
Ponerse unas arracadas:
Viendo sus calvas quijadas
Y sus mulatos carrillos,
Le pudieran los concillos
Juzgar por muchas razones:
Nacido en los orejones,
Si trajese los zarcillos.

Quien quiera saber de paso
Lo que es por naturaleza,
Verá que es en una pieza
Nada liso, y todo raso:
Que venga ó no venga al caso
Anda en todo entrometido,
Y aunque se lo han advertido,
Un pelo no se le da,
Porque viéndosele está
En la cara lo raído.

Que es un bravo pájaro hallo
Por su capricho exquisito,
Porque no valiendo un pito,
Quiere en la corte ser gallo:
Que es un desatino fallo,
Segun lo que considero,
Pues sabiéndose que huero
De huevos le salió un par,
No se le puede aguantar
Que alborote el gailinero.

Que es mucho pájaro explica,
Y si él lo dice, que corra;
Que en fin tiene de cotorra
Lo que tiene de marica:
El revolotea y pica,
Mostrando que está en las notas;
Mas los que no son idiotas
Que es muy pajarero ven,
Y que sus cosas tambien
No son mas que pajarotas.

Anda de aqui para allí
En demandas en que va
Cantando el cacaracá
Con mucho quiquiriquí:
Por ese tono entendí
Que entre los de su capilla
Alza la voz cuando chillá;
Mas como no es contrabajo,
Nada logra por lo bajo,
Si algo por alto no pilla.

El palacio con frecuencia
Visita, sin conocer
Que le repugna el poder
Si le falta la potencia:
Estéril toda su agencia
Le sale regularmente;
Y si se engaña, la gente
Luego ve, llegando el caso,
Que muy mal se puede el paso
Gobernar con tal agente.

Por la guerra y por la paz
A todos corta el capote,
Y tonto de capirote,
Se mete á ser capataz:
Presume de muy capaz,

Siendo un pobre zangandullo,
Y por el comun murmullo,
Es delirio garrafal
Que piense en ser caporal
Quien no salió del capullo.
Habla con gran libertad
En puntos de erudicion,
Cuando esas cosas no son
Para su capacidad:
Es mucha su ceguedad,
Pues para tales contiendas,
Con todas sus reverendas,
Por mas que apure las artes,
Si lo miramos por partes,
Se halla del todo sin prendas.

Concibe allá su aprension
Que es gran hombre, ¡buen decir!
Mas ¿qué podrá concebir,
Si no hay obra de varon?
De su vana presuncion
Su fantasía preciaada,
Anda por la corte hinchada;
Mas vésele por la huella
Que, aunque mucho pára en ella,
Es cuando mas para nada.

Ayuda, no tiene duda,
A los pobres, lo confieso;
Pero tambien para eso
Es menester Dios y ayuda.
A cualquiera que á él acuda
Con achaque forastero,
Le asistirá con esmero
Aunque esté ya con la uncion;
Pero es con la condicion
De que ha de sudar primero.

Por esto, si no se atufa,
Confieso, fuera de mofa,
Que, aunque es de muy poca estofa,
Es hombre de mucha estufa:
De guapo y bizarro bufa,
Ahuecando su garguero
Con aircillo altanero;
Mas esto todo solo es
Su medio retrato, pues
No es posible hacerlo entero.

Cuando recibí este rasguño, y con él la noticia de que un sugeto de tales circunstancias tenía tambien valor para perseguir la vida de Fray Gerundio y andar haciendo gente (siendo tan contrario á su naturaleza) para acabar con ella, te confieso que no tuve paciencia; y si pudiese cogerte á mis manos, esto es, en mi jurisdiccion, te aseguro que otro gallo te cantara; mas ya que no puedo desplumarte, veré si te puedo pillar á la pluma, bajarte la cresta y cortarte las alas.

Ya sé que sin duda las tomaste ó las hiciste del cartón de tantos papelones como la emulacion y la ceguedad de muchos empapó en tinta para denigrar y borrar tan bella Historia, y oscurecer ó sepultar en el horror al autor de ella; ya sé que son tantos y tan espesos, que forman un nublado caliginoso, levantado por genios magos y maléficos, á fin de disparar rayos y granizos, y conmover la tempestad turbulenta que hoy corre contra tan preciosa obra. Conozco que no es posible conjurarlos separadamente á todos; pero como para el caso están resumidos en la cuadrúpeda coligacion de los reparos que han salido con el nombre de un Penitente del reverendo Padre Marquina, bastará dirigir contra estos los exorcismos, para comprender á todos los conjurados de que tú quisiste hacerte candillo y servirle de voluntario.

Para esto hemos de suponer que para juzgar si una obra es buena ó mala no hay mas que mirar al fin y á los medios con que se hace: si estos son buenos y la

intencion con que se procede es sana, no se puede dudar que lo es la obra. Ahora pues, querer desterrar de la cátedra del Espíritu Santo la vanidad, el orgullo, el devaneo, la farsa y el desbarro, ¿quién duda que es un pensamiento muy justo y muy santo? Tan corrompido estaba el sagrado ministerio del púlpito, que algunos cuerdateamente sabios, que podían subirse á él sin temeridad, le concibieron miedo, por no decir horror; y viendo que si habian de predicar á la moda, no podian hacerlo sin injuria de la palabra divina, y si predicaban conforme al espíritu de la Iglesia, ó les faltaba el concurso ó sobraba el tedio en el auditorio, se vieron necesitados á huir el cuerpo por evitar uno y otro peligro. Explicó con agudeza este sentimiento un escarmentado, en el siguiente soneto:

¿Pregúntasme por qué con tanto ahinco
Repugno predicar, pues bien podia,
Con un poco de critica osadia,
Subirme al mayor púlpito de un brinco?
Confieso, amen, que los talentos cinco
Son ya solo una vana parleria;
Mas en ella ¿qué gana el alma mia,
Pues ni una flecha en las ajenas hincó?
Si al oido estragado me acomodo,
Estrago la doctrina; si la templo
Con sencillez, á las paredes hablo.
¡Oh sacro oficio, ya profano en todo!
Es comedia el sermon, teatro el templo,
Farsante el que predica, autor el diablo.

Siendo esto así, y no teniendo la *Historia de Fray Gerundio* otro fin mas que el de exterminar de una vez un abuso tan pernicioso y descomunal, abriendo los ojos á predicadores y oyentes, para que ni aquellos hiciesen ni estos desearan semejantes sermones como los que suelen ser pésima ocupacion y lastimosa pérdida del tiempo de aquel fruto, que debe ser el objeto principalísimo de tan sagrado ministerio, ¿quién duda que á lo ménos por este capítulo es justa y santa? Este es el sentir de los sabios, prudentes y eruditos aprobantes, y el de muchísimos hombres de juicio, penetracion y discernimiento, así regulares como seculares, del mayor carácter y graduacion en todas jerarquías, segun oigo á varios, dignos de todo crédito; y en verdad que este copiosísimo número de votos que tiene á su favor la tal obra, es bastante para acreditarla de buena y provechosa, pues regulados sinceramente, son mas en cantidad y calidad que los contrarios, y mas cuando los mas de estos padecen la excepcion de ser apasionados, por ser de los comprendidos en la fraterna y dolerles en lo mas vivo la sotana.

Véote, Morondo mio, muy encantusado con el papel de barba que representa el buen Penitente del reverendísimo Marquina; pero su carácter está bien descifrado por aquel célebre crítico frances Monsieur de Balzac (1), donde hallarás una puntual descripcion de otro sicofanta como este, en estos términos fielmente traducidos: «Colotes habla muy de padre conscripto y en tono de magisterio; pero á mí me parece que cuanto dice, ni es bueno ni bien dicho, por mas que nos quiera justificar su intencion y valerse del pretexto de que solo persigue la ignorancia y la falsa doctrina. Lo que él trabaja no es por el sano deseo de instruir ó desengañar las gentes. No es, por mas que él lo diga, andar en seguimiento de la razon y en busca de la verdad por medio de sus dis-

(1) En sus *Entretiens de feu*, el 10 y 5, que intitula *El Falso Crítico*.

cursos y reparos. ¿Pues qué será á vuestro parecer? Yo os lo diré, á fin de que él lo sepa de mi parte y se emmende: es ensuciar, es roer, es viciar las bellas cosas; es hacer lo mismo que los ratones en las casas y las orugas en los jardines. Todo es disputable, prosigue Balzac, y problemático en el mundo: yo lo sé bien. Todo está expuesto á dudas y á contradicciones: no hay cosa ciertamente que no tenga varios visos y sentidos diversos; nada hay por el todo tan hermoso, que no tenga necesidad, en tal cual parte, de algun colorido: nada hay tan fuerte, que no se le halle algo de debilidad, y que no se pueda batir y atacar con razones en la apariencia tan buenas como aquellas con que se puede defender. Ese Colotes en todo aquello en que pone los ojos aprende defectos, y sus antojos le engruesan ó abultan de tal suerte las cosas, que los menores átomos le parecen montañas.»

Sucédele al Gerundiano con ese bendito Penitente lo que á un sabio religioso, célebre matemático, que yendo de camino, llevaba en su maleta varios instrumentos para sus curiosas observaciones. Cogióle la muerte de improviso en un lugar. Acudió luego la justicia á hacer inventario y depósito de sus alhajas: halló entre ellas un botecillo ó cañuto de vidrio como de una tercia de largo, y dentro de él vieron un monstruo que les pareció un dragon horrendo. El susto les obligó á buscar ságrado. Llamaron al cura y vecinos, y con la espantosa vision quedaron como yertos. El cura, imaginando que aquel formidable espectáculo era algun demonio familiar del religioso difunto, á quien concebía mágico, determinó que no se le diese sepultura eclesiástica y sacasen el cadáver al campo para quemarlo. Ordenó que el pueblo concurriese en procesion para ayudarle á conjurar aquel vestigio aprisionado en aquel vidrio, que no se atrevieron á romper, temiendo que si se soltaba tragaria el lugar al primer envión: acudieron todos, si no con cera, con muchísimo cerote, armados de reliquias, cruces y rosarios, otros con acetres é hisopos, y todos con el miedo sudando la gota tan gorda. Iba ya el padre cura á empezar su exorcismo, cuando un caballero que por fortuna pasaba de camino por aquel paraje, viendo el alboroto é informado del motivo, como hombre que habia visto mundo, conoció el misterio; entróse en la casa donde estaba el difunto, tomó el vidrio en la mano, y habiéndolo reconocido, habló al cura y á la turbamulta en esta forma: Suspended vuestro juicio temerario contra este inculpable religioso; culpád vuestra ignorancia; que ese es el diablo, el fantasma que os turba y os altera, y no el que imagináis dentro de ese vidrio, que no es mas que un instrumento que los matemáticos llaman microscopio, nada nocivo, ántes bien muy provechoso para descubrir muchas menudencias que hay en los objetos, que sin ese medio se nos hacen imperceptibles, y cuya observacion puede traer á los hombres mucha utilidad. ¿Lo queréis ver? Sobresaltáronse todos, porque todavía, preocupados de su aprension primera, temian sáliese de aquel vaso algun serpiente horrible y venenoso: unos se pusieron en salvo, otros ménos cobardes esperaron, aunque con susto, el desengaño. Rompió el vidrio el caballero, y vieron salir de él un inicu gusanillo, con que paró en fiesta toda la tremolina, y al sabio religioso le dieron supultura con la honra que le correspondia.

No era necesaria, Morondo mio, la aplicacion del cuento, si fueses otro; pero me es indispensable este trabajo, mientras lo tengo de hablar contigo. La *Historia de Fray Gerundio* no es mas que un instrumento de un admirable artificio, claro como un cristal ó como un microscopio, que hace venir á los ojos varios defectos solapados de muchísimos predicadores, ya ineptos, ya frívolos, ya fútiles, ya ampulosos, que se dejan andar por esos pulpitos, y convenia especular menudamente el nervio, las arterias y las fibras de su oratoria contagiada, para que, reconocido el mecanismo de ella por medio de esta inspeccion anatómica, se remediase tan ruinosa epidemia. Pasaban hasta aquí por sanos muchos frenéticos, y se acariciaba la enfermedad á título de buen humor. Los delirios se apreciaban como gracejos, y se celebraban como agudezas los despropósitos. A los que miran la *Historia gerundiana* alucinados de su passion y no penetran á fondo su preciosa utilidad, les pone mucho horror y dicen sapos y culebras de ella; pero los que la vieron y revieron muchos hombres grandes é imparciales (y no pocos de ellos religiosos), la consideran como una primorosa invectiva, ó un cristal fino á quien dió el arte todos los grados condnecentes para descubrir las particulas venenosas que, introducidas en los poros ó en el cerebro de muchos oradores de estos tiempos, los hacia delirar en los pulpitos, infatuados ellos y los bobos que oían con la boca abierta sus desatinos.

¿Pues cómo este cari-acontecido Penitente, mal aconsejado de su reverendo director, aprende diablos y monstruosidades donde no las hay? ¿Cómo levanta el grito, diciendo que el libro gerundiano es un artificio endemoniado, y que su autor está obseso ó poseído; que es indigno de sagrado, y merecedor del fuego? Cómo exclama que no se debe tolerar porque es contra toda regla de religion? Vaya otro cuento, Morondo mio.

Caminaban juntos dos frailes, uno dominico y otro francisco: llegaron á un rio que era preciso vadearlo á pié, y el dominico dijo al compañero: Hermano, vuestra reverencia ya se ha de mojar para pasar el vado; de que yo me moje tambien no se le sigue alivio; vuestra reverencia ya está descalzo, y yo no; para quitarme zapatos y medias, enjugarme despues y volverme á calzar, es menester detenerme mucho; con que, por no perder tiempo, tómeme á cuestras y pasemos en buena caridad el rio. Consintió el franciscano; pero así que llegó á la mitad del vado, le preguntó al caballero dominico: Padre, ¿lleva consigo algun dinero? Sí, le respondió, hasta un par de reales aun llevo. Pues, padre, perdóneme (dijo el bendito franciscano), perdóneme; que en conciencia no puedo llevar dinero alguno conmigo, porque es contra mi santa regla; y diciendo y haciendo, dió con él de patitas en el agua. Los escrúpulos del buen Penitente son como los de este fraile: vióse cargado, y sintiendo el peso, por despicarse del chasco ó sacudir la carga, buscó un pretextillo aparente de religion y observancia de santa regla, y tiró á ahogar la *Historia de Fray Gerundio* y echarlo todo por el rio abajo; y lo haria por ménos de dos reales; porque es muy extremada su pobreza, por lo que se le conoce en toda su obra desarrapada.

Esto sin duda, y así no me hacen la menor fuerza cuantos reparos nos saca al teatro con la pomposa proso-

popeya de crítica, católica, apostólica, tres esdrújulos que, puestos en cáfila, meten una armonía horrfica y zumbática á los que no entienden la trápala y la música. Todos sus argumentos son una fútil sofistería, y están ya cortados ó desatados por el Gerundiano en su erudito prólogo. Si este se leyese con reflexion juiciosa y con intencion sana, no era menester mas para tapar la boca á toda la crítica de tantos críticos como ladran contra su obra. Confieso de mí (tan clarito soy), que tambien á las primeras ojeadas de esta historia empecé á torcerle un poco la cara. Pero despues que me hice bien cargo de todo su contexto y volví á repasar con mas atencion el prólogo, no solo no hallé motivo de mirarla con desagrado, sino que la tengo por digna de todo aprecio. Nada hay que añadir en substancia á lo que él mismo alega en su defensa; pero por modo de ampliacion te daré desvanecidos los reparos que tanto agiganta el Penitente en su mordaz censura.

Al primer reparo.—Clama, lo primero, «que no es lícito abusar de las palabras sagradas y divinas, mezclándolas con las profanas para hacer reir, etc.»

Esta es una verdad innegable; y por tanto es pecaminoso, aborrecible y delatable el que muchos predicadores cometan este sacrilegio en la misma cátedra del Espíritu Santo, y muchas veces estando patente el Santísimo Sacramento; y por lo cual el Gerundiano esfuerza su ingeniosa inectiva contra este infame abuso, y por lo mismo pone á la vista tantos casos prácticos de este intolerable desórden, para que los que incurren en él tan sin escrúpulo y remordimiento, caigan en la cuenta de su desatino; y por tanto pone claros los varios modos con que algunos truncan, vician, desfiguran ó violentan los sagrados textos. ¿Han visto qué desentendido se nos hace el buen Penitente, no mas que por hacer del entendido? La mezcla de palabras sagradas y profanas no es del Gerundiano, es de aquellos á quien él pretende corregir y desengañar: él no hace mas que referir las abominaciones de los predicadores, para darles con ellas en los ojos, á fin de que, viéndolas manifiestas, las miren con horror y no las vuelvan á cometer; ¡linda traza! El que escribe ó inserta en una Suma de teología proposiciones condenadas, para rebatirlas, para descubrir la zorrería de algunas de ellas y para que se conozca su faramalla solapada, ¿será culpado en eso? ¿Dirémos que va contra los sagrados decretos de la Iglesia y el Santo Tribunal? ¡Buena jácara tenemos!

Es así que quien á un loco que tenga la manía de decir blasfemias le incita á decir las, peca; ¿pero por qué? Porque no lleva otro fin que el de reir ó el de hacer diversion de una cosa intrínsecamente mala y cuyo material sonido debe horrorizar á todo fiel cristiano, y peca porque le induce á eso; pero el Gerundiano no indujo á los predicadores que corrige para que dijesen los disparates que refiere; ántes bien se los acuerda para que se hagan cargo de su locura. Si un borracho (tambien parece que lo son los predicadores de casos alegres) profiere blasfemias ó palabras torpes, mientras está fuera de sí, ¿pecará el que despues, para reprendérselas, vuelva á repetir las, diciéndole: Hombre, refrena esa boca, deja esa borrachera, bebe ménos y ata la bota ó la lengua; porque poseído de esa pasion que te trabuca el cerebro, dijiste esto y esto, con que escandalizaste al pueblo todo? ¿Pecará un misionero cuando grita diciendo:

¡Almas! ¿Tendréis valor, podréis sufrir por toda la eternidad esta infernal y destemplada música con que están repitiendo aquellos desesperados: Maldito sea el Padre eterno que me crió, etc.? Ya se ve que no pecan; ántes bien obran santamente. Pues del mismo modo obra el Gerundiano, bien que por otro estilo, para el intento mas oportuno, como te lo iré declarando.

El reverendísimo padre maestro Fray José de Acebedo, religioso franciscano, uno de los mayores sugetos de su órden, y provincial de ella, nos dejó escrito en su *Grano moral evangélico*, tratando de los predicadores evangélicos, lo siguiente: «Por la brevedad de este compendio, solo diré dos géneros de proposiciones en que suele caer un indocto por malicia y otro por ignorancia. El indocto por malicia suele rozarse con las proposiciones que tienen por censura ser satíricas, y mirar derechamente á las personas por pasion de quien las dice, y no á la reforma de los defectos, que es el fin del docto en las reprensiones. Estuve presente á esta monstruosidad: introdujo un predicador á un personaje (á quien le tocaba presentar sugetos para ciertas conveniencias), en forma de provisor, y asentó esta proposicion: «Que siendo provisor, no podia dejar de cometer una iniquidad.» Aun es peor la prueba: caminando Isaac (decia) con su padre al sacrificio, reparó que no llevaban víctima, y preguntando á su padre por ella, le respondió: *Dominus providebit*; ya está Dios metido á provisor; ¿y qué sucede? Hace una injusticia, que es disponer que le quiten la vida á un inocente. ¿Qué mas diria un maniqueo, de aquel Dios que tenia por diferencia todos los predicados transcendentales de la malicia! Las censuras á que están sujetas estas proposiciones son muchas; pero el decir las proposiciones que las merecen, nace de malicia, indocilidad, y aun positiva rebeldía (note esto el bendito Penitente para adelante), á las leyes y á la materia de la predicacion evangélica.

»El indocto por ignorancia suele decir proposiciones que merecen la censura de fatuas, porque son unos errores fundados en la materialidad de las leyes retóricas, de cuya simple aplicacion á las letras sagradas sobresalen despropósitos, que mueren á escarnio y oprobio de quien los dice. Tal es el que movió á escribir al sapientísimo Cornelio á Lápide, como él mismo lo afirma en el proemio del primer tomo *in Genesim*. Dijo un predicador, que cuando decia David á Dios: *Deus in adiutorium meum intende*, le pedia que le librase de la mujer, que mirase le afligia; y para probar que *adiutorium* era la mujer, se valió del capítulo 1.º del *Genesis*, en que llamó Dios á la mujer *adiutorio*. *Faciamus ei adiutorium simile sibi*, etc.»

Pregunto ahora: ¿Pecaría el doctísimo Acebedo en dejar esto escrito? Ya se ve que no; porque el referir estas enormes extravagancias de predicadores temerarios, fué para prevenir á otros que evitasen tan sacrilegos desbarros. No nos dice este modestísimo padre quien ni de qué jerarquía fué el bárbaro predicador de la proposicion primera; pero yo, que traté algo á su reverendísima, entendí de él que no fué bonete, y que fué en un sermón de capitulo. ¿Pues por qué se ha de clamar tanto contra el Gerundiano, que con el mismo fin inserta semejantes sandeces en su historia? ¿Por qué se le ha de imputar que contraviene á los sagrados cánones?

Ya lo dice muy satisfecho el buen Penitente: porque

el estilo es festivo ó burlesco y nunca usado de santos padres que escribieron al mismo intento y trabajaron cuanto pudieron en este asunto. Y si para este fin fuese á propósito el método gerundiano, no lo habrían omitido; y es temeridad presumir que supieron ménos ó no alcanzaron tanto.

¡Donosísima retorsion! ¡Valentísima pamplinada! Vamos poco á poco: una cosa es escribir desviándose de la doctrina de los santos padres (que eso claro está que es peligrosísimo y expuesto á errores grandes), y otra cosa es no seguir su estilo y cantar las mismas verdades que ellos por distinto tono. Los estilos son como las voces, y estas son agudas ó graves, blandas ó fuertes, ásperas ó dulces, segun la disposicion del órgano ó la diversidad de las flautas. En un coro lleno y enmullido hay bajos, tenores, contraltos y tiple, y todos cantan á compas, aunque cada uno por su cuerda. Porque los antiguos españoles no usasen casi de mas instrumentos que las arpas y las guitarras, ¿se han de condenar por inútiles los violines tufones? Todo cabe en el concierto, y en verdad que ya las guitarras callan, y sus *pavanas* y *sombras* apenas son oidas, despues que se fueron introduciendo los *alegres* y los *ritornelos*. Cada cual habla con su lengua y su garganta, y no está obligado á hacerlo con las de otros; cada cual discurre segun su talento propio y obra segun su ingenio y su genio. Apenas hay santo padre que en su estilo se parezca al otro. Unos son doctores *angélicos*, otros *seráficos*, otros *melifluos*. Unos tienen un estilo sencillo, humilde y claro; otros le tienen sublime, relevante y conceptuoso; unos afable, y otros severo; unos tal vez demasiadamente celoso, como se lo notó San Isidoro el Peluciotá á San Cirilo el de Alejandria; otros mas benigno y templado. ¿Acaso serán culpables los santos padres mas modernos, en no haber seguido el mismo estilo de los antiguos? Tirana esclavitud sería la de querer que los hombres no fuesen libres para escribir segun su númen, siempre que su doctrina no se opusiese á la de los santos padres. Dionisio I, tirano de Sicilia, arrancó una vez unas barbas de oro á la estatua de Esculapio, diciendo «que no parecia bien que llevase barba aquel dios, pues su padre Apolo no las habia llevado.» Yo imagino que el buen Penitente ó su director nos quieren, por el contrario, hacer creer que parece muy mal que todos no traigamos unas barbas frondosas y caprinas, solo porque las traen así sus venerables padres. Ya se acabó el tiempo de las perillas, y se hallan ingenios de los mas peinados de alto copete sin guedejas, sin que por eso sea contra el orden de la tonsura. Todas las cosas tienen su tiempo, dice el Espiritu Santo, tiempo hay de llorar y tiempo de reir. Aquel le cuadró á los santos padres y este le tocó al Gerundiano. ¿Acaso este consintió en el pensamiento de que lo tuviesen por un santo padre? No por cierto: él solamente se propuso la idea de ser un nuevo Cervantes, como lo insinúa él mismo. La verdad es un blanco ó un centro adonde se puede tirar por varias líneas: como todas se enderecen allí, todas van bien. La misma doctrina del desprecio del mundo que Heráclito enseñaba llorando, la persuadía Demócrito riendo, y uno y otro en este particular llevaban razon, siendo ambos por este capítulo (prescindiendo de otros) filósofos insignes. Es así que los abderitanos tenian á Demócrito por loco, como el buen Penitente al Gerundiano; pero en verdad, que

habiéndolo aquellos presentado á Hipócrates para que lo curase, respondió este célebre médico, «que lo miraba con profunda veneracion, y que, en su dictámen, los que se tenian por sanos estaban mas peligrosamente enfermos»: lo mismo que yo puedo decir de los que no tienen el juicio que deben formar del Gerundiano. David, bailando en festejo del arca, fué muy mal visto de Michol melindrosa, que poniendo los ojos en lo juglar de la accion, no miraba á la religiosidad del fin, por el cual aprobaba Dios con agrado lo que ella motejaba con ceño. Rústicos é indigestos llamaba Aristóteles á los que no sabian decir un donaire y sufrir una chanza. Horacio nos dejó escrito, en una de sus odas, lo que yo te traslado en estas dos décimas (1):

Dale al consejo eficacia
El chiste con el mezclado;
Que siempre contra el pecado
Fué necesaria la gracia:
Del vicio la contumacia
Tal vez terca se resiste
A la correccion, si es triste;
Pero si de fiesta va,
El que con chiste la da,
Ese es el que da en el chiste.
No deja de ser cordura
El ser loco en la ocasion,
Pues no hay duda que la accion
Que es con sazón, es madura:
Cuando se da con voz dura,
Toda correccion espanta;
Pero sin dureza tanta,
Al que mas la contradice,
Quien dos jácara le dice
Es quien mejor se las canta.

No falta quien diga que hay males que se curan con la música y se hace burla de ellos con la chanza. Al cardenal de Richelieu le eran tan medicinales los chistes de Bois-Robert, abad de Castillon, hombre igualmente sabio que jocos, que solia decir á su médico: «Monsieur, todas vuestras drogas son inútiles si no mezclais una dracma de Bois-Robert.» Muy insipidos son los que aborrecen las cosas que tienen sal: con ella intentó el Gerundiano preservar el púlpito de la corrupcion.

Por aquí se echa de ver la sofisteria del buen Penitente. No le niego que los santos padres, para remediar los daños de la oratoria sagrada, hicieron cuanto pudieron; pero no hicieron cuanto era posible. Si esto fuese, ¿qué dejaban que hacer á cuantos viniesen al mundo despues de ellos? Lo mismo que en esta materia les pasó en otras semejantes. Los santos patriarcas, verbigracia, un San Bernardo, San Basilio, San Bruno, hicieron cuanto pudieron por restablecer la caridad primitiva de la Iglesia y la perfeccion evangélica, por diversos modos. Vinieron despues un San Francisco y un Santo Domingo, que vivamente procuraron otro tanto por diferente estilo. Signiéronse un San Ignacio, un San Juan de Dios, un San Camilo, que trabajaron en lo mismo por otro término. ¿Pues qué, forzosamente habian de ligarse los últimos á las reglas de los antiguos? ¿La mano de Dios habia de estar abreviada, y su milicia se habia de vestir toda de un solo uniforme?

El texto *Quid ultra debui facere*, etc., aunque está bien romanceado, estaria mas bien construido literal ó gramaticalmente, en cuyo sentido el verbo *debeo* no

(1) Horat., lib. 4, od. 12. *Misce stultitiam consiliis brevem: dulce est desipere in loco.*

significa *poder*. Cristo nuestro bien pudo por sí mismo predicar en todo el mundo, y no lo hizo: dejó eso que hacer á sus apóstoles, y por eso decía San Pablo «que cumplía con lo que faltaba á su divino Maestro (1)». No porque su Majestad no hubiese hecho cuanto debió por la redención del hombre, y muchísimo mas: *Quid ultra debuit?* Nada le faltó en cuanto al mérito, á la plenitud y superabundancia de la satisfacción de nuestro rescate, porque á lo infinito, ¿qué cosa le puede faltar? Pero sí en cuanto á la extensión y aumento del cuerpo místico de su Iglesia, por medio de la promulgación del Evangelio; que esta quiso fuese obra de sus apóstoles, cuya plena instrucción reservó para después de su muerte, y la perfeccionó el Espíritu Santo. De que se deduce cuán vanamente satisfecho está el buen Penitente de la fuerza del silogismo con que quiere aterrar, diciendo fantásticamente que si el arbitrio de que se valió el Gerundiano para convertir á los malos predicadores fuese oportuno, no habiéndolo usado Jesucristo, se seguía que su Majestad no había hecho cuanto pudo para nuestro remedio. Nada quiere decirnos este argumento; y si el buen Penitente quiere le concedamos que vale algo, adelante le demostraré que Cristo Señor nuestro hizo cuanto pudo para corregir á los malos predicadores, y que el Gerundiano hizo cuanto pudo por imitar en eso al Maestro soberano; en lo que doblo por ahora la hoja, por satisfacer primero á otra instancia.

Dírame que con esto no desato la nudosa dificultad de ser indigno el medio de los chistes, chanzonetas y sátiras, para defender á los sagrados ministros del Evangelio y conseguir su enmienda. Oígame un poquito; que iré mas práctico, y procuraré mostrar que muchos santos se han valido de zumbas, ironías, pullas, sátiras y otros medios de parecer extravagante ó poco decentes, pero siempre lícitos, ya para su provecho espiritual, ya para el de sus prójimos, tanto seculares como religiosos, obrando en eso bien y rectamente, no obstante que no hubiesen hecho lo mismo los santos padres. Páreceme que si lee esto el buen Penitente se le erizará horridamente la barba, se le encrespará tortuosamente el cairel, pensando que he proferido una blasfemia heretical; pero aguárdese, hermano, y no sea tan súbito. La voz sátira se debe entender de dos maneras: una conforme vulgarmente suele entenderse, esto es, por un dicho ó escrito maliciosamente mordaz, que tira al vilipendio y escarnio de la persona y la dicta el odio ó la venganza; en este sentido, la sátira es malévola é ilícita. De otro modo, la sátira, según su verdadera definición, es un poema ó una composición que se ordena á la debida corrección de los vicios y defectos, así del cuerpo como del alma. En esta acepción es lícita, honesta y laudable, pues no dirige sus puntas ó sus dientes contra las personas particulares, sino contra los desórdenes y malas costumbres; mira á curar las llagas con sal y pimienta, y dar á las heridas sus puntadas, no por dar que sentir á los pacientes, sino por sanarlos. El homicidio, verbigracia, es un acto horrendo cuando lo ejecuta el odio, y es una acción justa cuando lo impera la vindicta pública y se encamina al escarnio de los facinerosos. Sobre esta basa le haré memoria al Penitente de varios discursos ó ideas, al parecer ridículas é impropias (no

digo solo de santos, sino aun de hombres meramente prudentes), que practicaron los justos para utilidad espiritual suya y ajena.

Un San Felipe Neri, cuando esperaba visitas de personajes, disponía le hallasen divertido en oír leer un libro de novelas, para conseguir por este arbitrio el desprecio de sí propio. Bebió en una calle de Roma de una bota de San Félix de Cantalicio, y trocando sombreros, le puso á este el suyo negro, y se encasquetó el blanco del santo lego. Para castigar la voluntad propia de un hijo espiritual, le hizo objeto de la pública irrisión, mandándole llevar un cilicio puesto con las puntas hacia afuera sobre el vestido. En una procesion, para refrenar la gula de otro, le mandó llevar á las espaldas pendiente una tapa grande de caja de jalea ó de una caja de dulce, con este mote de letras gordas: «Porque comió turron.» El mismo santo salía tal vez á la calle saltando y corriendo con media barba hecha, para recibir á los cardenales. Se ponía tal vez de zapatos blancos con un armador encarnado sobre la ropilla y un bonete ridículo. ¿Qué cosa mas irrisible en un sacerdote de la santidad de un San Felipe Neri, hacerse bobo de comedia, vestirse de botarga, y repetir muchas veces estos y otros extremos al parecer indecentísimos, así en su persona como en las de otros, ó legos ó eclesiásticos, para desarraigar vicios y plantar virtudes? ¿Hicieron esto los santos padres ó Cristo nuestro bien? No. ¿Y por eso pecaría Felipe en usar de este medio? Ya se ve que no; ántes esto fué una de las mas admirables pruebas de su heroica virtud y extraordinaria santidad.

¿No se entró un San Ignacio de Loyola en la casa pública de los trucos á jugar de apuesta con uno, para ganarlo para Dios? No jugaba un San Javier á los naipes con los tahures? No se hacia soldado con los soldados, marinero con los marineros, tomando tantas figuras y tan diferentes modos para convertir á los que trataba, cuantas eran sus condiciones y calidades? No se hacia amigo y familiar con los amancebados, metiéndose de gorra á comer con ellos para lograr su lance, diciendo con gracia: «Entre con la suya y salgo con la mía.» No parecia indignísimo de un apóstol como Javier, hacerse pegote y comer de mogollon? Es verdad que el comer con los pecadores y publicanos, con el fin de ganarlos para sí, lo hacia santamente Cristo nuestro bien, aunque los predicadores y religiosos de aquella era le roían por eso muy bien la capa.

Un seráfico San Francisco, ¿no le mandó á Fray Rufino que fuese á predicar á la ciudad desnudo, lo que ejecutó al momento? El mismo Santo Patriarca, ¿no le siguió en esta al parecer imprudencia? Si, pues reflexionando el Santo sobre este hecho, se empezó á reprender á sí mismo, diciendo: «¿Qué es esto, hijo de Pedro Bernardo, siendo tan vil, mandar á Fray Rufino, que es de los primeros caballeros de Asís, predicar al público desnudo? Yo te haré experimentar en tí lo que al otro mandas hacer. Dicho y hecho: ropa fuera y desnudo se encaminó á la iglesia y al púlpito, riendo y diciendo á los mundanos: «Esta, con otras penitencias, me hicieron perder el juicio.»

El venerable Giacomone, doctor en derecho, conocido y venerado de todos, ¿no se quitó al principio de su conversion los vestidos, y poniéndose una albarda en las espaldas un dia en que la ciudad celebraba una fiesta,

(1) *Adimpleo ea quae desunt.*

no salió andando á gatas á la plaza, con cuyo espectáculo cesó el pueblo en su vano regocijo, trocando en compuncion y confusion el devaneo? ¿No se desnudó otra vez, y untándose con trementina, se cubrió de plumas de varios colores, y se fué así á bailar á la boda de un hermano?

Pregunto ahora: ¿léese que los santos padres hubiesen hecho estas mamarrachadas extravagantes? Porque no las hubiesen practicado, ¿se han de condenar estas santas Inmoradas de estos santos? Para darlas por licitas y buenas, ¿sería menester que los santos padres se hubiesen subido á los pulpitos en pelota ó se echasen una albarda encima? Ea, cálese el buen Penitente, y no sea tan bobito.

No omitiré otra accion todavía con apariencia de ménos licita que las que acabo de referir, ó con sus visos de escandalosa en un varon tan famoso en santidad como el abad Pafnucio. Para convertir á Tais, pecadora pública, se vistió de seglar, púsose de petimetre, fué á su casa como á hacer un papel de galan. Entróse con ella en un retrete, mostró deseo de hablarla en otro mas retirado, y así por el modo bien sabido de todos, trocó en una gran santa una ramera tan escandalosa. ¡Y qué accion en un monje (aunque fuese muchísimo ménos venerable que Pafnucio), con mas apariencias de mala! y con todo, ¿no es aplaudida por extraordinariamente santa? Ya se ve que sí; pues del mismo modo, que el Gerundiano se vista de cinico, que se ponga la máscara de Momo, que tome su vara en la mano, pendiente de ella la vejiga ó la cola de zorro, aunque son disfraces que parece desdican de su profesion, haciéndolo como lo hace con el santo fin de desengañar á los predicadores ignorantes ó presumidos, no se debe censurar por invencion sacrilega y pecaminosa, como el buen Penitente la exagera, juzgando temerariamente de ella, no ya por ignorancia, sino por tema ó con el escándalo que llamamos farisaico.

Para que esto se entienda mejor, trasladaré aquí la doctrina que sobre este caso del santo Pafnucio nos da el reverendísimo padre Fray Francisco de la Anunciacion, coimbricense, en sus libros de oro, *Vindicias de la virtud*. «Por esto (dice) si alguno movido de este hecho pecase, diríamos que pecaba de ignorancia, si no obstaba otro principio; mas si el santo Abad declarase á alguno el buen intento que llevaba (nótese bien esto), y él, no obstante esta declaracion, continuase sus pecados, ya pecaba de malicia, como arriba dijimos y defienden Ponce, Hurtado, etc.

Ahora pues, el Gerundiano declara en su prólogo, muy de plano y muy de intento, el buen fin que llevaba en su primorosa Historia, y sus eruditos condecorados aprobantes conocieron este fin, lo abonaron y autorizaron, y despues de ellos, muchos hombres de categoría. Luego los escándalos, espavientos y pasmarotas de los anti-gerundianos son pecados de malicia, cuya raiz fácilmente se descubre á la primera azadonada.

Todavía pienso queda á las orejas el buen Penitente, replicándome que estos símiles que traigo de acciones que temendo visos de ridiculas é imprudentes, fuéron buenas y plausibles, no son chistes, pullas ó sátiras contra sacerdotes ó personas religiosas. Dóyme por entendido y voy al caso, teniendo presente lo que llevo dicho acerca de la sátira cuando es licita.

Vaya pues de chiste: La santa madre doctora de la Iglesia Santa Teresa de Jesus, por corregir á una religiosa picadita de culta y escrituraria, le escribió este donaire: «Bueno es eso de Elías; mas como yo no soy tan letrera como ella, no entiendo qué son asirios.» La eleccion de la voz *letrera* no puede estar mas chusca ni mas fisgona; el *no entiendo qué son asirios*, es un *mica salis* de lo mas salado que puede darse. ¿Por qué una santa tan grande como discreta no la hizo esta advertencia con palabras graves, serias y magistrales? Porque no estaba entónces de ese humor, y porque hay cosas que mejor se corrigen con la risa que con la circunspeccion, segun dice Tertuliano (1).

El doctor Villalobos, hombre cristiano y chistosísimo, dijo un donaire á otro médico delante del rey. Quedó corrido el empullado, y por despicarse, dijo: «Sepa vues- tra merced que yo mas me precio de médico que de gracioso y chocarrero.» A que con gran prontitud respondió Villalobos: «Pues, señor doctor, ya que es tan gran maestro, enséñeme vuestra merced á ser necio, y no seré gracioso.»

El ilustrísimo señor obispo de Jaca, el venerable Don Miguel de Ferias, decia su sentimiento de los sermones panegíricos y de su tiempo, llamándolos *sermones pajarricos*, porque (decia con gravedad de prelado) eran unos sermones estófilos, insulsos ó plúmbeos, y porque tenia mas aire llamarlos voladores, volanderos, aéreos ó ventosos.

Vaya de pullas ó ironías: Aquel gran religioso franciscano, el milagroso Fray Bernardo Quintabal, viendo la profanidad de aquel mal fraile, indigno sucesor de un San Francisco en el generalato de su órden, que entre otros excesos tenia el de andar en un caballo de regalo, solia decirle: «A fe, á fe, Padre General, que se le luce al caballo el amo que tiene; ¡y qué lindo que está y qué gordo!» Y echándole la mano por el anca añadía: «Caballo es este para un general, no de unos peones, sino es para un general de un ejército.» Véanse de este venerable religioso y de otros varios, casos semejantes, que resume el Doctor Boneta en su *Gracias de la Gracia*. ¿No hablaba de este modo un Quintabal no ménos que con el supremo prelado de su religion?

Vaya de sátiras (en el sentido que dejo explicado). Ahí es nada la vivísima pintura que hace el ilustrísimo Señor Valero (2) de un predicador fantasioso: ella es tan acre, que aun el mismo Gerundiano en su indice la denomina *fogosa declamacion*. Pues repare el buen Penitente los términos en que remata: «Pues, á mal dar, tan loco es un capuchino que representa en el púlpito,

(1) Tertul. *Multa ridendo possunt revinci, ne gravitate adorentur*. Apud Anunciad. Franciscus de la Anunciacion, *Vindicias*.

(2) Fué equivocacion del autor de *Fray Gerundio*, que tiene ya reconocida y confesada de buena fe, el citar al Señor Valero, suponiendo que este en su Carta pastoral pone el ejemplar del predicador vano y pomposo en un capuchino. Este ilustrísimo prelado solo cita allí á este propósito el simil ó ejemplar que trae para el mismo intento el Padre Tirso, de uno que clama por apagar un incendio, y un soldado que grita en una batalla porque las tropas vadean á toda prisa un río interpuesto. Pero en la sustancia y para lo principal del asunto, es uno mismo el pensamiento.

El célebre autor del sermon *Sicut unguentum* (ya sea el Señor Flechier, ya el Señor Bossuet), este sí que lo pone en boca de un capuchino, y es la pintura mucho mas irónica, picante y satírica que la supuesta del Señor Valero, y no cede en lo ridiculo á las mas extravagantes de sermones disparatados puestos por ejemplares en la *Historia de Fray Gerundio*.

como un comediante que hace mision en el teatro; y lo mismo se ha de entender de cualquiera predicador.» Pues el haber puesto el ejemplar en un capuchino, es por la especial disonancia que hace esta hojarasca y vana frondosidad en aquel traje. ¿Cómo el buen Penitente no dispara su mortero contra esta pieza de tan respetable prelado, atacándolo con la misma metralla, cascajo y fuego con que bombardea al Gerundiano? ¿Dijo este otro tanto? ¿Puso por verbi-gracia de predicadores locos á alguno de religion determinada? ¿Y no dijo que ponía á un Fray Gerundio indefinido ó vago, y que lo hacia por no lastimar señaladamente á órden alguna, porque su fin no era hacer guerra á nadie mas que á la corrupcion deplorable de la sagrada oratoria, estuviese esta calzada ó descalza, con túnica ó sin camisa, con bonete, con capucha, con saya ó con ropón? Así lo dijo y así lo ha hecho. ¿Y pues por qué no vale, como al Señor Valero, esta protesta? Porque el Gerundiano no es de la ropa.

Véanse tambien las sátiras que sanamente dijo el ya nombrado santo Fray Gil á cierto predicador en sus barbas y á unos eminentísimos cardenales facha á facha, que por estar en el citado libro *Gracias de la Gracia* y ser este tan manual, excuso referirlas; porque he menester el tiempo para mas.

¿Bastarán estos ejemplares para hacer evidente que los chistes, las pullas y las sátiras (en el sentido ya explicado) no son extrañas en los labios y en la pluma de los santos, aun proferidas contra personas sagradas y del mayor carácter, cuando (como se supone) no miran á envilecer ó denigrar el estado, sino á reprender el desórden y la relajacion? Si no bastaren, aquí de Dios. Véase cómo su Majestad ántes de haberse hecho hombre habla de los malos predicadores y sacerdotes, por boca de Jeremías. «Por los pecados de los profetas y por las iniquidades de los sacerdotes desolaré á Jerusalem.» Despues de haberse humanado, los trató cara á cara de generacion de víboras, de falsos, de ambiciosos, de soberbios, de ciegos; les dió en rostro con la vana ostentacion de sus filacterias, pergaminos ó cartapacios, y con los pliegues ó vuelo de sus pomposas túnicas. Este fué el estilo con que, no obstante su infinita moderacion y mansedumbre, trató Cristo Señor nuestro á los malos predicadores y religiosos; que eso eran entónces los escribas y fariseos, con mofa y con escarnio. Un santo padre, el mas graduado de todos, esto es, Elías (1), so reia de los pseudo-profetas, pseudo-predicadores; y á este modo el apostólico misionero jesuita, el Padre Calatayud, no dudó de darles sazonado con bastante pimienta el mote de predicadores de *pane lucrando*.

De aquí se intiere cuán fútil es el reparo que tanto agiganta el buen Penitente, de que á los sacerdotes hasta la misma majestad de Cristo Señor nuestro les tuvo respeto de no tomar el nombre de su estado en boca, cuando fulminó aquella terrible sentencia contra los fariseos: *Vae vobis*, etc. Digo que está bellamente la observacion del cardenal Cayetano en el sentido acomodaticio; pero en el literal, que sanísimamente se puede seguir, es otra cosa. No tiene la menor duda que con los sacerdotes, por su venerable y sagrado carácter, se debe tener la mas reverente atencion y disimular ó esconder sus defectos; pero ¿cuándo? Cuando sus faltas

proceden de mera fragilidad; cuando estuvieren en términos que se puedan tergiversar ó encubrir; cuando ellos mismos no hacen gala de sus vicios; cuando no son contumaces en ellos; cuando no son en daño de tercero, de la religion y de las buenas costumbres. En estas circunstancias es muy justo y muy preciso guardarles todo el respeto que merecen como ministros del Altísimo. ¿Pero en las contrarias? Eso es otro cuento. No faltaba mas, que fiados en el *Nolite tangere christos meos*; esto es, á título de sacerdote me soy, y que por eso no han de tocarme ni en un pelo de mi pundonorcillo delicado, lie de hacer cuanto se me antoja, reirme de los sagrados cánones, bulas pontificias, constituciones sinodales, preceptos de los señores obispos, que seriamente previenen el modo con que se debe predicar, y subirme al púlpito con frescura á decir jácara, blasfemias heréticas, chocarrerías, fanfarrias, despiques y otras mil desvergüenzas que se me pongan en la chola, corrompiendo la pureza de la palabra divina y adulterando la Sagrada Escritura.

Vea el buen Penitente en el mismo texto que trae para fundamento de la piadosa interpretacion del cardenal Cayetano, la evidencia de lo que digo: *Vae vobis Scribae, et Pharisei* etc. ¿Quién eran estos señores? Ya se sabe, los que daban la ley ó la enseñanza; los maspreciados de religiosos. ¿Y serían sacerdotes? Algunos de ellos sí, en sentir del Abulense (2). ¿Y á unos sacerdotes trata el Señor en público muchas veces con tanto oprobio como ya hemos visto? ¿Qué remedio? Tales eran ellos; y adviértase que el sermon de su Majestad empezó por el tema: *Super cathedram Moysi*, abominándoles el abuso de la cátedra. Si me dijeren que la voz material *sacerdotes* no se halla expresa en aquel capítulo (que en esto se funda la referida exposicion de Cayetano), sobre ser esa una materialidad, vayan luego á buscarla en Jeremías, ya citado; en Oseas, por cuya boca los llama Dios: «Lazos (3) para la caza, y redes para la pesca;» en Sofonías (4), donde los trata de locos de atar, de infieles, de violadores de lo sagrado; en Malaquías, donde les dice su Majestad, «que pues no le quisieron, ni aplicarse á dar gloria á su nombre con su doctrina, los ha de echar por puertas, y cargar de maldiciones sus alabanzas,» como si dijéramos sus panegíricos, «que los arrojará á la cara el inmundo estiércol de sus corrompidos cultos; y por último, que porque se descaminaron de la verdadera sabiduría y de predicar sólidamente la divina ley, los hará despreciables á todo el mundo, y que los tengan por bajos y villanos, así como ellos vilipendiaron con sus escándalos los sagrados respetos (5).» Si con tales expresiones reprende Dios á los pseudo-profetas, si así habla á los sacerdotes, ¿qué aturdimiento es ese del buen Penitente, que tanto le desatina y atolondra el leer al Gerundiano? ¿qué escrúpulo pánico es el suyo? A mí me parece que es otro tal y tan bueno como aquel en que unos clérigos metieron á una cándida doncella: cuéntalo el autor del *Flores apum*, asegurándolo como testigo del caso. «Estando (dice) en Bruselas, vino á mí una hermosa doncella, hecha un

(2) *Apud Silr. Osce.*, 5, 1.

(3) *Audite hoc sacerdotes quoniam laquei facti*, etc.

(4) *Sophon.*, 5, 4.

(5) *Malaquias.*, 2, 1 *Et nunc ad vos mandatum hoc, ó sacerdotes, etc. Propter quod et ego dedi vos contemptibiles, et humiles omnibus*, etc.

(1) *Illudabat illis Elias*, Reg. 5, 4.

mar de lágrimas, pidiéndome tuviese piedad de su desventura; ofrecí consolarla y la pedí me dijese su pena. Ella entre sollozos y suspiros exclamó: ¡ay miserable de mí! que al irme á dar un beso por fuerza vuestro vicario, le volví un revés tan recio, que le hice saltar la sangre por las narices; y ahora me dicen los clérigos que he de ir á Roma por absolución. Yo entónces para espantarla, aunque me hice gran fuerza para contener la risa, la dije que no la podía absolver si no juraba hacer lo que yo la mandase; juró que lo haría; yo le dije: Pues yo te mando debajo de ese juramento, que si algun sacerdote ú otro de cualquiera estado te quisiere otra vez hacer semejante desacato, le des, no un mojon con, si no una furiosa puñada; y si no pudieres defenderte de otro modo, le saques los ojos, sin perdonar á ningun órden.» ¡Qué! ¿Al buen Penitente se le atoja que el Gerundiano está incapaz de absolución si no va á Roma, por los reveses que les sacude á los que dan el ósculo de Judas á la divina palabra, y la babosean con impuros labios? Pues han de saber ahocicar en eso, y vuelva por mas. ¿No ve que al que profana el templo no le vale el sagrado? Ea, no se me ande en lagrimitas y no sea bobito.

Mire: la doctrina que nos acuerda del órden que debe observarse en la correccion fraterna, es muy linda; pero está mal aplicada. Ya sabemos que primero se ha de dar en secreto; si esto no llega, dar cuenta al superior: *Dic Ecclesiae*; y si todavía persevera en su error, ¿qué se ha de hacer? *Dic Ecclesiae*: decirlo á la Iglesia; no solamente en cuanto por esta se entienden los prelados (como su caridad lo interpreta), sino en cuanto significa la congregacion de los fieles; que este es el propio significado de Iglesia. Désele un *sepan cuantos*, para que ya que no se enmendó de corregido, se enmiende de avergonzado. Así lo explica la interlineal (1), Eusebio Galicano (2) y otros muchos; y esta, mas que exposicion, es sentido literal del texto, pues allí mismo dice la majestad de Cristo: Si se hiciese sordo, trátale como á un gentil, como á un publicano (3). No hay que andar en mas contemplaciones y respetillos. Con esto se le quitará al buen Penitente aquel escozor con que pregunta al Gerundiano si escribe para que los predicadores muden de idea ó para que la gente ria. Para uno y otro escribe: con la diferencia de que en la segunda parte de la disyuntiva se ha de entender que no es para que la gente ria, sino para que se ria del modo que tienen de predicar los que lo hacen por el detestable estilo que se les reprende; porque habiéndoles tan repetidas veces amonestado, conminado y apercibido los sumos pontífices, los señores obispos, los hombres sabios y celosos, no se moderan, porfían, y llevan adelante su tema; con que no hay sino correrlos y avergonzarlos, por si de ese modo se logra contenerlos.

Esta es la razon con que discretamente justifica la idea gerundiana el reverendo padre Maestro Cano, en su bien reflexionada aprobacion, bien que en términos mas concisos y mas bellamente puestos que los míos. Sobre el mismo punto van unidos los demas señores aprobantes

en sus eruditas cartas. ¿De qué se quejan los predicadores alucinados? Si ellos se hacen ridículos, ¿en qué los ofende quien les habla á compas de lo que son? Que esto fuese al principio de la cuaresma, no me parece tan intempestivo como declama el buen Penitente; ántes lo tuve por oportunísimo, si es que en esa corte (donde nunca estuve), aun en tiempo tan santo hay predicadores que (á lo ménos en los panegíricos, que son los mas arriesgados á los abusos reprehendidos) gastan discursos ampulosos, fútiles y casquilucios, para que se atajase semejante abominacion. ¡Ah! exclama el buen Penitente, que el fruto que se sacó no ha sido otro que el commover los ánimos, excitar disensiones y tumultuar quejosos. Bien, ¿y qué nos quiere decir con eso? ¿Imagina que esta novedad es tan extraña que nos asombró el oírlo? No por cierto. Por la reprension acre que dió Cristo Señor nuestro á los fariseos culpándolos su modo de enseñar contemplativo y su hipocresía, le dijeron sus discípulos: «¿Sabeis, Señor, que los fariseos quedan todos escandalizados?» Y el Señor les respondió: «Son ciegos; y si un ciego guía á otro ciego, ambos darán en el precipicio.» Esta fué la satisfaccion que les dió el divino Maestro. ¿Quiénes son los que se amotinaron? Los zaheridos, los predicadores de *pane lucrando*; pues dejadlos; que están ciegos. Son acaso sus devotos, sus apasionados, los que oyen como unos bobos, los que corren tras sus embelecos; pues dejadlos; que están ciegos, y si se guían por los otros, todos darán de hocicos.

Apostaré yo que los cuerdos, que los timoratos, que los deseosos de oír las doctrinas para aprovecharse de ellas, no dejaron de concurrir adonde se predicase como Dios manda, y que los auditores de los predicadores legítimos (no mercenarios), cuyo número en esa corte será sin duda muchísimo mayor que el de los espúreos, serán copiosísimos. Toda la turbacion y la inquietud andaria remolinando entre algunos oradores peripuestos, semi-cómicos, boquirubios y presumidillos, que, teniendo ensayado su papel, vieron corrido el bastidor y mudado el teatro cuando pensaban salir con su relacion, y se les pudrió en el cuerpo, ó si la echaron fué á costa de muchas bascas y del temor de los silbos. ¿Querrá el buen Penitente que tenga por una prueba grande de sus recelos, en cuanto al daño que resultó de la historia gerundiana, la temeridad y precipitacion del que la llevó al púlpito y la hizo añicos á vista del pueblo? Pues qué, ¿pudo haber cosa mas mona? ¿No fué esa una accion de las mas garbosas y edificantes que pudo hacer un religioso de tanto rasgo? ¿Qué compungido dejaría al auditorio! ¿Qué actos de caridad saldrían haciendo de la Iglesia! ¿Qué sermon les quedaria mas fijo en la memoria? ¿Cuántas veces se repetiría en los corrillos y las tertulias? ¡Ah buen Penitente! ¿Podía el Gerundiano desear mas público testimonio de la profanacion del púlpito? Y dígame, ese predicador de *rompi-rasga*, ese alentado del alma y alentadillo, ¿respetó la majestad del Rey y la autoridad del Santo Tribunal, observó las reglas de la caridad en la correccion? Un hombre de esos arranques, tan valentónazo, que así sabía hacer ó echar taces, ¿no fué lástima que no los emplease en los fusiles con que se está acañoneando á los protestantes? Oí decir que le habian desterrado; si eso se hiciese con todos los de su calaña, ese sería el modo de exterminar la peste y de hacer callar al Gerundiano. Es para descalzarse uno de

(1) *Ut oburgatio plurium eum corripiat.* — Interlin.

(2) Euseb. Gallic. Homil., fert. 3. *Apud sil. Dic Ecclesiae ut omnium oburgatione erubescat, qui paucorum humili allocutione satisfacere nolit.*

(3) *Quod si le non audierit, sit tibi ut Ethnicus.*

risa ver la santa Inocencia con que el buen Penitente tiene por imposible en tanto el Gerundiano refiere en su salada historia: antójaselo «que todo lo finge, que todo es máquina de su rota fantasía, que nada tiene de verosimilitud, y que está obligado á probar la realidad de los hechos que supone, si quiere que le crean». ¡Vióse santa varonía como ella! ¡Daríase parvulez mas infantil! ¿Con que no se lo harán creer en tanto aran y cavan? Pues tenga fe; y si quiere mas pruebas, oiga.

El caso que ya llevo referido, de que fué testigo presencial el reverendísimo Padre Acededo, sobra para no dudar de todos en tanto se producen en la *Historia de Fray Gerundio*; porque raro se podrá dar mas increíble que el decir en un púlpito que no podía Dios hacer de provisor sin incurrir en una injusticia, solo por salir con la tema de satirizar á un prelado; pero vamos adelante. La extravagantísima salutación de Santa Ana mas há de cinco años que desde Oviedo me la remitió un amigo que la pescó en la celda al ilustrísimo maestro Feijóo, mar de erudición adonde van á desgazar todas las corrientes de curiosas novedades; enviáronmela por ser una pieza monstruosa, como pudieran presentarme una quimera, solo por ser cosa nunca vista; traía el nombre y apellido del autor, declarada su religion y el lugar en que se predicó: la religion y el apellido del predicante no le explicaré; pero sí el nombre, que era el de Fray Gregorio; y la ciudad, teatro de la tal escena, fué la de Andújar. No tengo el mas leve fundamento para juzgar que esto fuese fingido; ántes bien lo tengo para lo contrario; porque sé muy bien que al ilustrísimo Feijóo no se le comunican noticias que no vayan muy circunstanciadas; con que ya este hircocervo no fué parto de la fantasía del Gerundiano ó sueño suyo.

Ahora vayan casos de que yo fuí testigo. En la ciudad en que estudié teología conocí y traté á dos religiosos de un mismo orden y convento, predicadores de los de mas fama, que ambos habian hecho mucho ruido en la corte: el mas antiguo, padre ya jubilado, en un sermón de San Bernardo que predicó en la catedral, que es de las mas respetables de España, se dejó arrebatar tanto del empeño de ensalzar al Santo sobre todos, que se desmandó en los hipérboles de modo, que el Señor Penitenciarario, que era habilísimo y muy ejemplar y celoso de la honra de Dios y del sagrado ministerio, no pudo digerirlos. Acabado el sermón, fué dicho Señor Penitenciarario con otros á la sacristía á darle el parabien, y á vueltas de este le dió á entender bastante la mucha disonancia que habia hallado en sus descompasadas exageraciones: el reverendo jubilado, que no sufría cosquillas ni gustaba que le anduviesen con cháncharas máncharras, luego que sintió la espuela empezó á brincar y á tomar el freno sobre el colmillo; pero como el sitio era estrecho y la hora apretada, paró ó se suspendió la escaramuza, quedándole al reverendo la espina en el alma, que no dejaron de hincarle mas las sugerencias de otros amigos que no gustaron de la entereza del Señor Penitenciarario, y estaban muy engastados en la rumbosa verbosidad del reverendo. Pocos dias despues predicó un panegírico en una parroquia, adonde, como todos sabían su genio, conjeturando que el Señor Penitenciarario no habia de quedar sin su rifirrafe, concurrió mucho auditorio, que encontró lo que esperaba; porque el reverendo tenia un gran manejo para estas te-

clas. ¡Ah gran Dios sacramentado (estaba manifiesto en aquella funcion), que á presencia de ese grano celestial se siembre la cizaña del abismo! Despicóse el reverendo en tanto pudo, pero no en tanto quiso; porque reservó pólvora para otro disparo. Llegó luego una novena de un santo de su orden, que él tomó de su cuenta, y en uno de los sermones tocó el punto de que su santo, siendo canónigo secular, habia abandonado una conveniencia tan apetecida de todos, por consagrarse á Dios en la religion, sobre cuyo ripio fundó este elevadísimo espavento: «¿De un señor canónigo un santo? Sí, señores; pero advertid que era canónigo suelto (de esta línea tenia algunos compinches), no de oficio; porque canónigo de oficio y santo no habréis leido hubiese alguno. La razon es clara: porque los canónigos de oficio ordinariamente aspiran á los ascensos, andan á caza de mitras, y para eso se hacen mojigatos y santurrones; y como la ambicion y la codicia son incompatibles con la santidad, por eso no veréis canonizado canónigo alguno de oficio.» Es de advertir que á este sermón estaba el Señor Penitenciarario.

Hágase ahora una juiciosa crisis de este rico terno de sermones. El primero, pajarico ó pajarero; el segundo, provocativo y satírico; el tercero, falso, malsonante y contumelioso: falso, porque lo es decir que no hubo ó no hay por lo comun canónigos de oficio santos (y aun canonizados) y despreciadores de las honras temporales. El mismo Señor Penitenciarario, contra quien iba la sátira, fué un visible ejemplo de eso. Jamas, por muchas y fuertes instancias que le hicieron, fué posible reducirle á que aceptase un obispado que le confirieron; y aunque lo admitiera, ni por eso dejaria de ser santo y quizá mas santo. El era un sacerdote integérrimo, continuo en el coro, hasta en los mañanitas, á los que no habiendo *inter praesentes*, no suelen asistir los capitulares; incansable en el confesonario, pronto á ayudar á bien morir á los enfermos, aun los mas pobrecitos; caritativo con los menesterosos, y celoso de la salvacion de las almas, para cuyo fin destinaba los meses de recreacion, saliendo en ellos á hacer misiones por las aldeas, acompañado de otro misionero religioso. A vista de esto (que sin duda era lo que mas excitaba la envidia del tal reverendo, que no predicaba de gracia, y aunque gracioso, parece la perdida cuando predicaba): á vista de esto, vuelvo á decir, ¿qué mas erróneo ni malévolo pudo ser el tal sermón? Este mismo reverendo, predicando de San Juan Baptista á una cofradía de alquiladores, de quien era patrono, tocó esta circunstancia en esta forma: «A todos hará novedad el que este gremio tenga por patrono á San Juan Baptista, porque no parece hay proporcion en los oficios, así de los cofrades como del Santo; porque los plateros celebren á San Eloy, los carpinteros á San José, los médicos y cirujanos á San Cosme y San Damian, vaya; que ya se descubre bien la razon; ¿pero los alquiladores, á San Juan Baptista? Sí, señores; y ahora veréis con cuánta propiedad les corresponde este elevadísimo protector. Todos sabéis que el Baptista fué y se llama el Precursor. ¿Y qué quiere decir *precursor*? El que corre y va adelante enseñando el camino. Bien. ¿Y qué ejercicio tienen los de este gremio? Ir á buen trote delante de aquellos que les alquilan sus milas, guiándolos por las veredas. Pues ved ahí la razon; que claro está que una cofradía de precursores

no podía ménos que escoger por su abogado al santo Precursor.

¿No le gusta esto al buen Penitente? Pues oiga, mas por el sentido contrario, otra gracia del mismo reverendo, predicando al mismo asunto otro año. Como la fiesta se hiciese en una iglesia sita en un campo harto distante de la ciudad, y desde esta se hubiese de traer el Santo en procesion antes de la misa, sucedió no sé qué embarazo, por el cual se retardó tanto, que iba ya para las doce y la procesion no llegaba. El reverendo, acostumbrado á comer á las once (aunque aquel dia ya se hacia cargo de que habia de estar como un presidente en la mesa del mayordomo), todo era atisbar y hacerse ojos por ver si asomaba el Santo; que la limosna ya estaria en el bolsillo. Paseábase entre los árboles por divertirlos roimientos de su estómago, y ya apurado, le dijo al compañero: Estos bribones bien pueden pegármela y hacerme roer el poste; pero les aseguro que me la han de pagar, y no se han de ir riyendo de mí. Llegó en fin la hora, y ponderando la rara abstinencia del Baptista, sobre aquello de que nunca probaba vino ni cerveza (aquí te quiero), soltó la tarabilla, diciendo: «¡Ah, santo mío, cómo os acomodais á patrocinar y tener por cofrades vuestros á los que lo son de Baco! Cómo recibís los votos de unos hombres que andan regoldando vino, que cuantas tabernas ven tantas quieren! ¿Cuánto va que en esto estuvieron embebidos toda esta mañana? Antes hicieron, y muchas veces la razon, que cumplir con vuestra devocion. Esto solo es una relevante prueba de vuestra heroica y singular paciencia, etc.»

¿No me dirá el buen Penitente si no es esta una maravilla de la oratoria sagrada y un ardiente fervor del celo apostólico?

Con esto (súfrase la digresion) se me ocurre otro chiste semejante, aunque mas inocente, de otro religioso predicador sempiterno, que en sermon tambien de San Juan, para concluir las ponderaciones de su excelentísima perfeccion, dijo: «Ahora percibo yo por qué á nuestro santo le tocó el martirio de ser degollado; y fué porque es tan grande ó tan gigante en la santidad, que no cabia en el cielo de pié, y fué menester cortarle ó rebanarle la cabeza para poder entrar por las puertas de la gloria.»

Pero no olvidemos al hermano de hábito, contemporáneo del otro reverendo: predicando de la Anunciacion en cofradia de cortadores, tocó así la circunstancia: «No podia este misterio celebrarse con tanta propiedad por otro gremio alguno. La razon se está cayendo de su peso; porque, decidme: ¿no es este el dia en que el Verbo divino bajó á tomar carne en las purísimas entrañas de María? Es constante. Pues misterio que se reduce á tomar carne, ¿á qué gremio le corresponde mas que á este?» ¡Oh qué bello corte de predicador!

El mismísimo, predicando en cofradia de zapateros, que tiene por patrona á la Virgen con el titulo de la Consolacion, entró diciendo: «Todo es consolacion este dia; porque el adorno del altar con-suela, la devota generosidad del mayordomo con-suela, la hermandad toda con-suela, etc.»

En otra ocasion, predicando de San Amaro á los silleteros, como el mayordomo no anduviere tan galante como él esperaba, concluyó la peroracion así: «Dadles pues, santo mío, robustas fuerzas á estas acémilas racio-

nales para que puedan llevar la carga y desempeñar el honor de la estola que los distingue, etc.» Con estos celeberrimos oradores, hazme-reir de los oyentes, habia carcajadas para la iglesia, chacota para la plaza, risa para las tertulias, mientras ellos iban ganando dinero como cosa de risa.

De esto fuí testigo cuando mozo. ¿De cuánto mas pudiera serlo si no hubiera veinte y seis años que perdí el oído para este efecto, por un aire que me constipó en una montaña? Sin embargo, no me acomodo á omitir algunos casos mas del mismo calibre que los referidos; que aunque no fuí testigo de ellos, son del propósito y los asegura la tradicion, para que el buen Penitente y su director se desengañen de que el Gerundiano no finge los que cuenta, y que en comparacion de otros son muy verosímiles los que él apunta.

Predicó un religioso, dia de la Anunciacion, en un illustre monasterio de religiosas, donde se admiten á educacion señoritas seglares, y queriendo dar á estas su salmorejo, lo dispuso de este modo: «Condolido Dios de la misera esclavitud del género humano, determinada la hora de su rescate, llamó á uno de sus familiares ministros, y dijo así: Oyes, Gabrielito, anda presto, presto, y dí á María de Nazaret que está elegida para madre del Verbo eterno. Fué Gabrielito como un rayo, llegó al retrete de la purísima Señora, y hallóla, ¿cómo? Aquí os quiero atentas. Puesta de rodillas delante de un devoto crucifijo, con sus Horas en la mano, rezando el *Oficio parvo*. ¿Lo entendeis, señoras doncellitas? Así debierais hacerlo vosotras, y no andar revoloteando como las avecitas en las jaulas, rozando el pico en la red ó la reja, ó rondando como maripositas el incendio, girando el torno, etc.» ¿No se le podria pasar bien á este predicador, por tan oportuna moralidad, el horrendo embrollo en que la fundó?

Todavía es mas abominable lo que voy á contar. En vísperas de sermon fué un oradorcillo flamante á visitar unas señoras: durante la visita, por no sé qué impen-sado accidente, se asustaron; pero desvanecido luego el sobresalto, empezó el religioso á zumbarlas, tratándolas de pusilánimes y pendejonas. ¿Qué es eso de pendejonas, padre, respondieron ellas? Y él les dijo: ¿Qué, se admiran de que se lo llame aquí? Pues sí me apuran, haré en público lo mismo, aunque sea mañana en el púlpito. ¡En el púlpito! ¿Cuánto va que no? Apostaron. Pues á ver estamos, respondió el bendito Tulio. Al otro dia fuéron las señoras de apuesta al sermon, y se supone tomarian lugar donde las pudiera ver el orador: óigase ahora cómo este desempeñó su palabra. Hizo venir á la vela (si no fué á remo) la nave en que fué embarcado el profeta Jonas: pintó la tempestad hasta el lance de arrojar el Profeta al agua, y pronunciando breve la última sílaba de su nombre, dijo: «Ya echa mano de él para precipitarlo á las ondas, ya le asoman al borde del navío. Atended ahora: aquí pende-Jonas, allí pende-Jonas. ¡Oh en qué apretura se vió, etc.!» ¿Puede llegar á mas la desenvoltura y liviandad en el púlpito?

De otro jubilado, sermocerante perenne (le he conocido), me aseguraron que, queriendo complacer á muchos que llevaban mal la severidad con que empezó á manejar el báculo pastoral un ilustrísimo prelado que era bizco, se ofreció á darle en rostro con este defecto desde el púlpito, en sermon de cuaresma á que habia de

acudir su ilustrísima. ¡Qué bellas preparaciones para el ministerio sagrado! Acabada la salutacion, empezó así: «Mala cara tiene, ilustrísimo señor, mala cara tiene y fea vista el pecador.»

Aunque estos casitos no son muy antiguos, mas fresco es todavía otro del día de San Pedro de este presente año de 1758, en que en una catedral de las mas respetables de España, asistiendo al sermón su ilustrísimo prelado y cabildo, tomó el religioso que predicaba la idea de hacer á San Pedro, no solo semejante á Cristo, sino idéntico; y como á tales pensamientos, que borda la fantasía, les añade mucha gala lo que llaman *realce*, el que le dió por último fué el siguiente: «Solo en la muerte del Maestro y del discípulo hallo, en vez de la identidad, mucha ventaja en nuestro santo. Muere en la cruz el Señor, y veo que para entrar en su trono celestial fué necesario precediesen algunas diligencias. Clamaban unos ángeles á otros príncipes soberanos: Franquead esas puertas, desquiciadlas, para que entre vuestro Rey por ellas. ¿Y quién es ese Rey? respondieron otros. Y así anduvieron en demandas y respuestas. Pedro muere tambien en cruz, cabeza abajo, y para entrar en aquel reino no fueron menester aquellas requisitorias; porque como murió con los pies para arriba, con dos patadas que dió en las puertas del cielo se abrieron de golpe sus puertas y se entró de patitas en la gloria: *Quam mihi et vobis*, etc.»

Con este puntico de leccion espiritual acabó este religioso orador, para que le quedase á tan grave auditorio una especie muy piadosa en que meditar todo el resto de la misa. Creo que no habria visto la *Historia de Fray Gerundio*, la que por santa obediencia habian de mandar leer los prelados á tales Tullios; pero he sabido que cuantos leyeron el Gerundiano hicieron de su bufonada el escarnio que merecia.

Pesado seré en este punto; pero como veo al buen Penitente tan relapso y tan tieso en no creer que son verdaderos los ejemplos de la corrupcion del púlpito que trae el Gerundiano, todavía no me contento hasta hablarle bien de ellos. Vea dos que el conde de Oxenstiern, como testigo, trae en su librito *El filósofo sueco*, en el título *Predicadores*. Vea otros que andan en los libritos *Floresta española*. No quiero remitirle á libros mas costosos ó ménos comunes: de los que traen estos no callaré, por lo extravagante, el siguiente:

Murió en Nápoles un caballero noble, catalan, llamado Don Lupo; y para enterrarlo con el honor debido á su nobleza, encargaron, segun la costumbre que hay de predicar en los funerales, el sermón á un sacerdote llamado Arloto, célebre predicador. Subió este al púlpito, y dijo: «Para satisfaccion del noble concurso, diré solo cuatro palabras. Acostúmbrase decir alguna cosa del difunto cuando ha dejado alguna buena fama de sí en el mundo. Cuatro son los animales, entre los otros, que tienen esta propiedad. El uno es bueno vivo y no muerto, que es el asno; el otro es bueno muerto y no vivo, que es el puerco; el tercero es bueno vivo y muerto, que es el buey; el cuarto ni vivo ni muerto es bueno, que es el lobo. El sugeto de mi parentacion se llamó Lupo y fué catalan, que es cuanto se puede decir, y nada tengo mas que adelantar.»

Vea ahora el buen Penitente y su bendito director si son creibles, si son verisímiles, los casos de que está te-

jida la gerundiana Historia. ¡Ojalá no fueran tan visibles y tan frecuentes! Y á vista de estos desórdenes, ¿no pudo con mucha razon decir el Gerundiano lo mismo que Juvenal al principio de sus obras (1)?

¿Oyendo tales locuras
Me he de estar toda la vida
Hecho un tronco, sin poder
Decir esta boea es mía?
Cuando un Codro tantas veces
Me mata con boberías,
¿Se me ha de quedar riendo,
Sin que me muera de risa?
¿No me las han de pagar
Cuando así me mortifican,
Con sus bucólicas unos,
Y otros con sus elegías?
¿Hame de estar un Telefo
Consumiendo todo el día
De su pesada cadencia
Con la parola infinita?
Si por ventura tal vez
La curiosidad me pica,
¿Me he de estar leyendo impresas
Cosas que no están escritas?
No es posible alto á escribir;
Que necia piedad seria
No hacerlo por el temor
De que me quemé la envidia.
No perdono á mis escritos
La pena de que á cenizas
Los reduzcan, como á lumbre
La llama á los que la atizan,
Cuando á cada paso encuentro
Con tanta necia gavilla
De adúlteros asesinos
De la palabra divina,
¿Será razon que la espada
Se esté en la vaina metida,
Por mas que tumultuaria
La muchedumbre me oprima?
No por cierto, aunque le brume
La premeditada ruina:
Tronche Sanson tantos postes
Como en el templo se empuñan.
Al peso de mis razones
Tantos sacrilegos rindan
Su aliento, y será victoria
Morir porque ellos no vivan.
Cuando la cátedra santa
Se llora tan corrompida,
Delincente es la paciencia
Que sufre tal ignominia.
No soy bronce, no hay culparme
Que el grito levante y gima,
Si al desentono en la queja
La violencia me precisa.
No es posible no escribir,
Pues por mas que el mundo diga,
Lo que el sátiro condena
Lo aprueba sabia invectiva.
Aunque tan débil mi ingenio
Para el empeño se mira,
La cólera y la razon
Arte y valor me ministran.
Si me notaren que fallo
A las reglas de la esgrima,
Desáirse mi destreza,
Como haga fruto la herida.

(1) Juvenal, sátira 1.

*Semper ego auditor tantum? numquamne reponam,
Vexatus toties ranci Theside Codri?
Impunè ergo mihi recitaverit ille togatas,
Hic elegos? Impunè diem consumpservit ingens
Telephus...*

.....*Stulta est elementia, cum tot ubique
Vatibus occurras, perituras parcere chartas.
Difficile est satyram non scribere. Jam quis iniquee
Tam patiens Urbis, tam ferreus, ut teneat se?*

Pero el buen Penitente no está bien con esto; y para deslucir la historia gerundiana alega noticias viejas y roñosas, diciendo que há treinta años vió los materiales de ella en cierto aposento. Bien: ¿y qué nos dice con esto? ¿Dejaría de ser útil, hermosa y magnífica la obra de un palacio, porque yo hubiese visto treinta años há las piedras amontonadas en la cantera? Dejaría de ser tenido por muy hábil y primoroso el artífice que las puliese y colocase con debida disposicion y simetría? Si el reverendísimo Padre Bear se escandalizaba de aquellos chistes blasfemos cuya impugnacion se meditaba entónces, tenía muchísima razon. Pues lo mismo me sucede á mí, sin ser Bear ni catedrático de prima: ¿y no le sucederá á cualquiera, si es de juicio, aunque no tenga mas que la tonsura? ¿Horrorizan? ¿Quién lo ignora? Y porque horrorizan, se abominan; y porque se abominan, se presenta á todos su monstruosidad asombrosa, su asco, su fealdad pestífera, para que todos, al ver su cara, queden sin gana de volver á verla cuando haya algun diablo que quiera subirse al púlpito de botarga. Contados por este fin, ni el reverendísimo Bear ni otro cuerdo lo podrá culpar; y si aun así se desaprobare por ese reverendísimo, sin faltar á su respeto diré que el otro que con esa intencion los referia por ser de graduacion en todo igual, tambien hacia opinion como él. Horror causa una llaga podrida, llena de gusanos, corrupcion y materias hediondas; ¿pero pecará el cirujano en descubrirla para curarla? Y si uno á quien le apesta el aliento y tiene el color aceitunado, no conoce ó no quiere conocer que está muy enfermo, y porque come y bebe á su antojo no advierte su mortal peligro, ¿pecará el que, conociéndolo, le desengaña, y que para que mire por sí le pondera la gravedad de su mal, declarándose por su nombre, diciéndole que es una tisis contagiosa ó un apostema solapada? ¿Y pecará aunque lo sienta, se entristezca ó lo tome á mal? Pues si hay predicadores corrompidos que la boca les hiede, respirando patrañas, delirios y bufonadas en sus sermones, y porque comen y beben con eso á su paladar se tienen por muy sanos, ¿pecará el que descubriente les avisa que tienen las entrañas dañadas y purulentas, ó que están cacoquimios, para que cuiden de la salud de su alma, aunque sea á costa de guardar dieta de narices y de boca, no tomar tabaco de Sevilla, chocolate de Guajaca, no gastar botellas forasteras ni beber auroras garapiñadas? Paréceme que no, aunque el chasco fuese á un maestro jubilado ó un padre conscripto.

Curiosa doctrina nos trae el buen Penitente acerca de que la parábola ó apólogo ha de observar las reglas de la verdad y guardar el órden y similitud que no haga repugnancia á ella. ¡Hay cosita! ¿Así ras con ras? ¿sin que le falte un pelo? ¿Qué verosimilitud tiene el que los árboles hablen (si no nos quieren embocar en la selva Dodónea) y racionen como si fuesen unos políticos de cachaza? ¿Y por eso deja de ser un apólogo muy ajustado el que trae la Escritura Sagrada de los árboles que quieren elegir rey? Déjese de cuantos el buen Penitente trae, y vamos á la historia: « Erre que erre, que no tiene proporcion alguna con la verdad, ántes bien una total repugnancia con ella; ¿no se lo oyen? No lo ven? ¡Vaya que es de alabar la satisfaccion! ¡Qué parvulez de Penitente! Si le dicen la verdad, ¿por qué no la cree el buen Penitente? ¿Para qué apura tanto la paciencia, que le dén

con ella en los hocicos? Cuanto se dice en cabeza de Fray Gerundio por muchos que hay como él, no solo es cierto, sino evidente. Pueden deponer de ello, y lo hacen algunos sin darles tormento, los interesados; pero no me tuerzan ahora la intencion; que ánimo tienen para todo; y para que no lo puedan hacer, me explicaré un poquito mas.

No todos los predicadores (Dios nos libre) son Gerundios; pero hay no pocos que lo son ó por fas ó por nefas, y esos son bastantes ó sobradísimos para dar materia justa á la correccion ó inectiva gerundiana. Créame el buen Penitente, y créalo en santa paz, y créalo para llamarlo y para pedir á Dios con ayunos, disciplinas, cilicios y largas oraciones, que tenga piedad de ellos; que entre los religiosos hay predicadores cultiparlos, florígeros, hojarascosos, atufadillos, cadentes, intercadentes, matones, matachines, allaraches, belasquillos, agudos y romos, rucios y pardos; y créame tambien, que de esto no se infiere lo que su paternidad penitente quiere se deduzga, esto es, que los prelados eligen los indignos, los ignorantes y los poco cuerdos para el púlpito, con el conocimiento de que lo son. No por cierto; no es menester por ahora decir tanto; y si algo hubiere que decir, no se lo negaré á su tiempo.

Mire: ha de saber que muchos se hacen malos despues de elegidos, ó porque del mismo empleo toman por su culpa ocasion para prevaricar, ó porque despues de colocados estudian, mas que por aprender, para lucir, ó porque el interes les hace tomar por donde los oyentes se paguen de ellos, y ellos de todos. No sería fuerza ó fuera del caso poner clarito el cómo sucede esto; pero ello se viene de suyo, y no se ha de decir todo pan pan, vino vino. Tampoco sería blasfemia ni desacato decir que, aunque todos los religiosos tienen un estado perfecto, no todos lo son á la perfeccion, y que hay algunos que están un poquito mas acá. Ni se les hace injuria en decir en comun que algunos prelados de las religiones, que todas son santísimas, no están alambicadamente depurados de pasioncillas, y que estas tal vez no dejan libre ó imparcial la eleccion. Supongo que el buen Penitente habrá leído en el eruditísimo Feijóo el nobilísimo *Discurso del amor de la patria*. Traducirélo aquí con gusto, solo por el deleite de estarlo repitiendo, pero me contentaré solo con exhibir estos dos puntos que están al número 38, párrafo 8.º, de dicho *Discurso*: «Ningun fuego tan violento asuela el edificio en cuyos materiales ha prendido, como la llama de la pasion nacional en la casa de Dios. En cebándose en las piedras del santuario, el mérito se atropella, la razon gime, la ira tumultúa, la indignidad se exalta, la ambicion reina.»

Sería atrevimiento añadir algo á lo que este doctísimo religioso y héroe del orbe literario dice en cualquier asunto; pero el deseo de la claridad no me deja omitir que yo no alcanzo la razon por que entre aquellos que han renunciado enteramente la carne y la sangre, y abandonado por el todo la tierra, haya de haber ley ó pacto de que en la distribucion de los puestos y prelacias haya de entrar indispensablemente por turno la nacion, siendo todos, sin diferencia, de una misma provincia en el estado ó la república de la religion. Venero por calificadas estas providencias; pero para mí son ocultas.

Mas demos (como lo supongo) que los prelados obren en el reparto de los empleos con toda la rectitud posible

al hombre; ¿acaso les dejará por eso de salir á veces contrario el efecto? ¿Quién con mas infalible, quién con mas íntima penetracion de interiores que Cristo nuestro Señor? ¿Quién mejor podia acertar en la eleccion de predicadores? Y con todo, de los doce primeros que fuéron elegidos, el uno salió peor que un demonio, un falsario, un codicioso, amigo de hacer bolsillo, que se pegaba como sanguijuela, á las limosnas, y por otra parte predicaba y exhortaba á ellas con el fin de pillarlas. Otro (aunque muy de paso, y enmendándose luego), por muy pagado de sí mismo, dijo en la noche de la Pasion tres falsos testimonios contra la Verdad infinita. Otro, por temosillo y pegado á su propio parecer, anduvo vaguando en la fe, y para acertar el camino fué menester andar á tientas y hacerle palpable la verdad. Pregunto ahora: ¿pudo ser errada la eleccion del infinitamente sabio y justo? Es imposible. Y con todo, de doce predicadores hubo tres que cayeron en tales desbaratos; y con ser predicadores puestos en el oficio por voto del divino Maestro, no por eso dejaron los sagrados evangelistas de dejar escritas para siempre sus faltas para escarmiento de otros que caen en las mismas por el interes, por la satisfaccion propia y por capricho. Vea ahora el buen Penitente cuán frívolos y antojadizos son sus escrúpulos. ¿Los yerros de los predicadores primeros del mundo cristiano arguyen desacierto en quien los puso en esa dignidad; ni el referirlos, en contra la ley de Dios y el respeto de la religion; que, á serlo, no los escribirían los sagrados evangelistas? Quien los destinó al púlpito, ¿no les quitó el libre albedrío? Si los hombres quieren ser como dioses, ¿qué culpa tendria quien los colocó en el paraíso?

No es razon pasar por alto lo que dice el buen Penitente de las ineptias y patochadas que dicen los teniente-curasen sus pláticas; porque, concediéndole que serán muchas, le quiero preguntar: ¿esos sacerdotes no los ordenaron y aprobaron los señores obispos? Sí. ¿Y de eso se inferirá que esos ilustrísimos prelados no han sabido lo que hicieron? El bendito Penitente así lo quiere argüir; pero se yerra en eso como en todo lo demas. Es así (ojalá no lo fuera) que hay sacerdotes ignorantísimos: los señores obispos los ordenaron, y aun á muchos por presentaciones legas los hacen curas; pero el yerro no está en los señores obispos, porque estos para juzgar de su mérito ponen su confianza y descargan su conciencia en los examinadores. ¿Y estos por lo regular de qué gremio son?

Ni se arguye tampoco, de haber tantos predicadores Gerundios, poco celo en los católicos reyes; los oradores que oyen sus majestades son los mas selectos; de los que habla el Gerundiano no tienen noticia; porque, ó no hay quien se ladé, ó setiene por mas propia la delacion á otro tribunal. Pero cuando llegan á los reales oídos los excesos ó imprudencias de tales predicadores, no se descanan en dar para el remedio providencias tan cristianas ó tan edificativas, que resplandece en ellas la pureza de su catolicismo celo y la reverencia al estado religioso. No se lee sin ternura y sin admiracion lo que de aquel gran rey Felipe IV hallo escrito en este punto.

Poco ántes de una cuaresma previno á su confesor que pasase de órden de su majestad un aviso á todos los prelados de las religiones en esta sustancia:

«Adviertan á todos los religiosos que predicán, que se

moderen mucho en tratar en el púlpito de las razones de Estado; porque, ignorando las materias secretas del Consejo y gobernándose por las hablillas del vulgo, turban los pueblos; (ahora lo mas pasmoso de la dignacion de un soberano) y que si todavía hubiere alguno que dudase de la justificacion de las cosas que hubiere oído, está resuelto su majestad á oírle benigneamente y darle satisfaccion.» ¿No lo ve el bendito Penitente? ¿Y no ve que por mas que con severísimas penas prohiban los reyes los contrabandos, no obstante las maulas corren, los fraudes se traganan, y los metedores, como viven de eso, no dejan esa vida miéntas no los empareden en un presidio ó los columpien en una horca!

Al segundo reparo.—Pero adonde está mas inconsolable el buen Penitente es en que para reprender á los malos predicadores se ponga por verbi-gracia un Gerundio con su Fray al canto. Ya se le dijo ántes, que mucho mas habia hecho el ilustrísimo Señor Valero, pues no pnsó por ejemplar un fraile *in genere*, sino en especie, esto es, un capuchino; y no por eso hubo quien tratase á aquel prelado celosísimo del modo que tratan al Gerundiano. ¿Y por qué? Porque aunque la verdad es una misma, á este le oyen de mala fe. Díjose que el poner por testa férrea á un fraile, era porque el mayor número de predicadores es de frailes. ¡No lo quiere tragar el buen Penitente, siendo tan corriente como el agua! La órden arriba dicha del Señor Felipe IV no es pequeña prueba. Fué dada á los prelados de las religiones para que advirtiesen á los religiosos que predicán. ¿Pues cómo no se la dieron á los señores obispos para que amonestasen á sus clérigos? Porque estos son tan pocos ó tan raros, que para el número no se hace cuenta de ellos, si ya no es por otras razones que excuso decir.

En el lugar que yo estudié teología hay universidad, colegios y seminarios, y por consiguiente muchos profesores teólogos seculares: hay un numeroso cabildo en que, ademas de los señores canónigos de oficio, hay otros muchos que han sido colegiales y catedráticos. Predicaránse en aquella ciudad cerca de trescientos sermones en el año, y de todos ellos solo dos ó tres á lo mas son de clérigos seculares: de los regulares (á excepcion de los que predicán en su iglesia) apenas llegan á seis: de manera que á todo rigor, los que predicán los bonetes, regulares y seculares, contando los de la cuaresma de estos, no llegan á treinta, que rebajados de los casi trescientos, quedan para los frailes casi doscientos setenta. Véase ahora si en comparacion vienen á ser excesivamente mas los predicadores frailes que los no frailes; y es de notar que los sermones panegíricos (que son como se ha dicho los mas ocasionados á gerundiadas) nunca ó rara vez los predicán los bonetes, porque como estos no mendigan limosna, no los buscan para ganarla ó no se acomodan á trabajar por ella; pues fuera de las ciudades, ¿quiénes son los que van á predicar en cuaresma y cofradías á las villas y aldeas sino los frailes? Por aquí se ha de echar la cuenta, por los que *in actu* ejerce el ministerio, no por los que tienen aptitud para eso, y de este modo es cuenta palmar que de mil sermones los novecientos son de frailes: los que predicán las curas en sus parroquias rurales no deben entrar en cuenta, porque estos ordinariamente son mas pláticas domésticas y sencillas, que se reducen á una explicacion llana de doctrina, y algunas moralidades acomodadas al capto de los oyen-

tes, y en esas no hay necesidad de apurar discursos, sutilizar conceptos, voltear textos y revolver expositores: no hay tropos, figuras ó figuradas, ni otros escollos en que tropiezan los oradores de viento en popa y á todo trapo; fuera de que, de mil curas, aunque hay muchísimos bien hábiles, apenas son cincuenta los que suben al púlpito: arrínanse á su pié de altar, y desde allí hacen su papel de oracion, cumpliendo con su ministerio por lo bajo, sin subirse por las nubes.

Dádole la que Fray Gerundio es un ente quimérico, formado en los espacios imaginarios, y que no es posible conseguir con verisimilitud un fraile predicador tan estrafalario. Tenga paciencia, buen Penitente, y no se atosigne: si no basta lo que el Gerundiano le dijo en este particular, y yo con él, crea siquiera, no ya algun bonete, sino á dos gravísimos frailes y doctísimos maestros, que, sin irlos á buscar fuera de su religion, le presentarán un tanto-monta de Gerundio. Estos son los reverendísimos padres Fray Francisco de Arcos y Fray Francisco de la Vega (1), historiadores de la vida del prodigioso y venerable Padre Rojas: ambos cuasi cuasi por unos mismos términos traen el caso siguiente: « Otro caso bien singular sucedió con un religioso, estudiante del colegio de Salamanca, que habia venido á tener conclusiones en este convento de Madrid; llegó aquí con opinion de muy ingenioso; guiáronse los cándidos que formaron este juicio, de lo superficial del sugeto; porque era chistoso, decidior y desahogado en el decir; y guiados de este oropel, ya no hallaban sugeto, por grande que fuese, á quien compararle: por estos escalones suben los mas á la primera estimacion. » El Padre Arcos dice esto con las palabras siguientes: « Esto se suele hacer en las comunidades, sin mirar el daño que causa: por alentar á los mozos al trabajo y por acreditar los ingenios, suele tener esto mucha parte de vulgo y no ménos de perjuicio. » Prosigue Vega: « Pero si se atiende con juicio y se tantea el fondo del sugeto, hallará el prudente, al primer folio, descubierta su ignorancia, y todo lo que promete es un oropel que se queda en lo superficial de las voces, relumbrones sin cosa de sustancia; y al que juzgan sugeto universal para tratar y escribir de todas materias, se hallará que es al propósito para cosa ninguna, porque solo se hallará en él una grande ignorancia. De esta clase de sugetos era este padre colegial. Dijéronle al Padre Rojas era universal para todo, y para el púlpito singularísimo; pidieronle que le dejase predicar un dia. Con mucho gusto, dijo el venerable Padre, esperando que sus padrinos sacasen desengaño, y el religioso para su alma algun provecho. Llegó el dia del sermón, llamóle el Padre Rojas, dióle de desayunar y le persuadió con mucho amor á que se recogiese, porque el auditorio que habia de tener era de mucho punto y muy grave. El religioso oyó, pero hizo muy poco caso; porque su vanidad lo tenia tan desalumbrado, que á todos en su comparacion los tenia por unos ignorantes, y que no podia competir con su ingenio, estudios y habilidad, ninguno.

» Al tiempo de predicar mandó el santo ministro á otro religioso que tenia prevenido, lo hiciese, y al religioso vano le dijo: « Vuestra reverencia predicará á la hora del comer en el refectorio; que si Dios le ha dado espíritu, allí se verá; quedarémos todos advertidos, y

vuestra reverencia desengañado; y para en adelante le aprovechará mucho, haciendo lo que le ruego, sobre lo que no hemos de hablar mas palabra. No se atrevió á replicar; entró en el refectorio, donde lo esperaban mas de cien religiosos, con la acostumbrada gravedad y compostura que observan en semejantes actos. Dijo el sermón que tenia estudiado con continuas y vivísimas sátiras, que tocaban en lo mas superior del mundo; y en algunos particulares y en materias gravísimas, tan descubiertamente, que ninguno del numeroso concurso ó auditorio que habia concurrido á la iglesia con la novedad del predicador, dejaria, si lo hubiese oído, de quedar herido ó escandalizado, empenándose en la reforma del mundo como si él hubiera nacido para componerlo. Los religiosos que lo habian celebrado no se atrevieron á hablar palabra, corridos y avergonzados; mirábanse unos á otros, y todos conocieron que si hubiera predicado en público hubiera escandalizado el auditorio; y dieron gracias á Dios por la luz que le comunicó al Padre Rojas para embarazarlo. El Padre le dijo: « Poca falta hará á la Iglesia su predicacion, pues con ningún discurso de los que ha dicho sacará de los oyentes una compuncion ni un acto de amor de Dios; lo que hubiera hecho, si hubiera predicado en la iglesia, fuera dar mucho que mormurar. Para en adelante quisiera que vuestra reverencia entendiese que el infierno está lleno de entendidos, sin que haya un humilde; y el cielo está poblado de humildes, sin que haya un soberbio. » El que ántes fué tan decidior, de allí en adelante fué un hiel. Fué tragedia su vida, y murió desgraciadamente. El Padre Arcos lo dice de este modo: « No subió vez al púlpito desde este dia, que no fuese un hiel; y aunque leyó en la orden, vivió con tanto desconsuelo, que dejó el hábito, y murió siendo teniente-cura en un lugar corto del obispado de Astorga, cerca del Vierzo. Conociémosle muchos de los que vivimos. »

Veis aquí un Fray Gerundio pintiparado ello por ello, y no fingido; sin mas diferencia, que el que dibuja nuestra Historia está con mas falfalares, arreos y dingo-londangos. Veislo ahí con hábito conocido, signadamente retratado en un lienzo indeleble, por pinceles de casa; veislo ahí con todos los arambeles de decidior, satírico, soberbio, orgulloso, satisfecho de sí mismo; veislo ahí celebrado en corrillos, que con risas falsas muchas veces le aplaudian (dice el Padre Arcos); veislo ahí con padrinos, y repárese en las palabras: « Esto se suele hacer en las comunidades, sin mirar el daño, etc. »; veis ahí cómo, no obstante habersele conocido la pinta, todavía le dejaron despues subir al púlpito, aunque corregido, y le hicieron padre lector por razones que para eso tendrían los prelados, despues de haberle humillado. Veis ahí cómo para atajar al tal Fray Gerundio fué menester toda la prudencia y la autoridad de un venerable Padre Rojas, toda su penetrativa discrecion de espíritu, y en fin, casi un milagro, y, sin casi, un santo; y veis ahí que, acostumbrando á suceder esto en las comunidades, como los prelados, aunque son doctos y buenos, no todos llegan al grado heróico de perfeccion y santidad de un venerable Padre Rojas, ni se les pide ni requiere tanto para ser buenos superiores, no pueden remediar semejantes daños. Yo fui testigo en cierta comunidad de España (fué público y notorio): un predicador de mucha chispa, de los que truenan, fulminan y revuelven la Gre-

(1) Vega. *Vida del venerable Padre Rojas*, fol. 169.

cía (como dicen de Demóstenes), dió bien que hacer á su prelado y á un maestro jubilado, que hicieron mucho por corregirlo suavemente, y no lo consiguieron. Llegó á términos de ser escandaloso, y aun de dejar el santo hábito. Castigáronle y trasplantáronle á un convento muy distante, de una observancia rígida; pero por fin, á empeños de seglares, especialmente de un poderoso de la primera distinción, que se lastimaba de que el ingenio de un paisano suyo se quedase emparedado, le dieron (bien que mudándole á diferente provincia) un púlpito de los mas condecorados, desde el cual fué subiendo á otros mas visibles, siempre como la espuma, que toda es ampulosidad aérea. Prudencia hubo aquí en los prelados, pero no sé si hubo justicia; y creo no hubo fortaleza, ó que faltó la que empezaron á tener; porque, aunque eran doctos y buenos, no tanto como el venerable Padre Rojas, que supiesen decir: «Poca falta hará á la Iglesia su predicación.» Dejáronse vencer de los respetos humanos y de la vanagloria con que se lisonjean (aun las comunidades) de que sus predicadores sean el imán de los oyentes; los Hércules, que con dulces palabras, aunque sean de oropel, arrastren tras sí los hombres; y los Orfeos que, con músicas cadencias, lleven tras sí las piedras. Lo bueno es que los sermones de estos se imprimen á devoción de sus apasionados seglares, siendo así que muchos de ellos son, como los del famoso Fray Gabriel Barlet, de los que se dice están llenos de pullas y donaires, mas propios para escandalizar que para edificar los fieles.

Dígame ahora, ¿pecarían los dos gravísimos maestros trinitarios en escribir en compendio la vida de aquel infeliz Fray Gerundio, religioso suyo? ¿Harían injuria á su sagrada, ejemplarísima y utilísima religión? ¿Pecaría el venerable Padre Rojas en correr y avergonzar á aquel fraile, no solo delante de toda una comunidad de cien individuos, sino tambien por resulta delante de la corte, porque esperando todos oír al orador flamante, colegial salmantino, viéndose burlados, precisamente se habia de saber afuera toda la historia? ¿Daría materia á los herejes para que se burlen ó mofen de las religiones sagradas? ¡Eh! Quítese de ahí el buen Penitente; que no sabe lo que se dice ó no entendió bien á su reverendo director.

¡Ay, me dirán, que esos doctos trinitarios tocaron ese cuento seriamente, no con chistes, pullas y varetas! Gana me da de decirle lo que siento, pero haré por contenerme; solo advierto que aquello de «esto suele hacerse en las comunidades», y otras puntaditas á este modo, no deja de tener su puntica de ajo ó sátira, aunque lícita, como llevo explicado. Ya dije que el Gerundiano no se habia propuesto pasar en el mundo por un santo padre, sino, verbi-gracia, por un Cervántes; replicásemle que el sugeto de la historia de Cervántes era un seglar imaginario, pero no un fraile ó religioso; estoy hecho cargo, y digo ahora: Los santos padres, los apostólicos misioneros, clamaron y claman con la pluma y con la voz contra las perversas costumbres, y entre ellas, contra la corruptela de la predicación; hácenlo con aquella majestuosa gravedad que corresponde á su carácter, no obstante que el ilustrísimo Señor Valero y el reverendísimo Padre Calatayud, están bastantemente festivos en lo que hemos referido de ellos. Viene al mundo un hombre tan por excelencia ingenioso como

un Quevedo; ve que los santos padres no se leen ó no se entienden, porque unos escribieron en griego, otros en latín; conoce que la píldora no se traga ni se dora; que el hastío rehúsa el alimento si no va con salsa, y que la horchata se desaloja si no va con garapiña. ¿Y qué hace? Busca el mismo fin que los santos padres, que es la fuerte reprensión de los vicios por aborrecimiento á estos, no por odio á las personas; y sigue el intento por un estilo muy diverso, pero no contrario á los santos padres. Tiene presente aquello de Séneca, que te cantaré en copla castellana, ya que tomé el trabajo de hablar con un Morondo (1):

No es bufon el juguetero,
Si ves en sus eficacias
Que son justicia las gracias
Y véras las burlas son.
Tal vez se viste Cenón
De Diógenes la piel,
Este muerde, halaga aquel;
Mas quien mezclarlos alcanza,
Hará para la enseñanza
Un ingenioso papel.

Suscribe de mas á mas al pié de la estatua de Talía aquellas coplitas que están de buril en la estampa del Quevedo:

Burlas canto y grandes véras:
Miento; que yo siempre he sido
Sermon estóico, vestido
De máscaras placenteras.
Del donaire mi fición
Cuidé; pues quien fuere sabio,
Que lo dulce pruebe el labio
Y lo amargo el corazón.

Con estas prevenciones toma el disfraz de gracioso, y sale al teatro con una cara de risa á dar un vejámen á todos los viciosos en general; ponérales con semblante risueño y festivo las máximas mas serias y melancólicas; cuéntales el sueño de las calaveras, y llévalos á las cavernas de Pluton, con que buenamente los va introduciendo en la memoria el rigor del juicio universal y el horror del infierno, haciéndoles visibles varios caminos rastreros por donde muchos sin sentir van á parar á él. Veis aquí cómo mezcla las véras con las burlas, y las chanzonetas con las cosas santas. ¿Acaso deja por eso de ser un ingenio el mas plausible? ¿Se han de desterrar del orbe literario católico sus bellas obras? No; porque su fin es justo y honesto, como por Juvenal dijo Claudio Rutilio (2):

La crítica censura,
Lima sutil que el desengaño apura,
Limpia el orin que las costumbres vicia,
Y guardando justicia,
Expurgando la roña de sus senos,
Muerde á los malos para hacerlos buenos.

No dejó aquel saladísimos ingenio tecla que no tocara, ni se le quedó en hueco la de la corrupción del púlpito, pues en su célebre novela de *El Perro y la Calentura*, pone el figurón de un predicador Gerundio, en el siguiente mamarracho, que copio aquí porque es muy

(1) Séneca. *Minimè enim ludos semper facit, qui sapè verbis ludere consuevit: sub persona Diogenis Ceno plerumque latet, alter tamen conviciatur, alter jocatur; sic ex utroque conficitur jocularis convivium, quod ingeniosum documentum est.*

(2) *Instituit veterum censura lima pudores: Dumque capit malos præcipit esse bonos.*

posible que no lo hayas visto, ó que no te acuerdes de eso.

«Acabando de cantar vísperas de San Juan unas monjas de Granada, estando mucha gente en la iglesia, se subió al púlpito el Doctor Sumo Camaloco, estando yo presente; comenzó á predicar diciendo: San Juan, San Juan, mas guardado que oro en pan y sábado de judío, si me alcanzáis la gracia que os pido, yo os daré los buenos días. Hoy, que sois mas cantado que pan y vino por Todos Santos, no ha sido menester avisar á mi sermón, porque no toquemos campanas para ensalada de zanahorias. Mas porque el dinero no crece en el talego, y el bolsón es para la ocasión, digo que tengo mucha ropa de contrabando embargada en el estanco del silencio; mas esta vez hasta las tripas han de salir de su viaraza; que soy máltas callando, si espántalas hablando; y así, señoras madres, decirlo tengo, aunque sea á tontas y á locas; y como el santo de hoy predicó en desierto, á quien cortó la cabeza la verdad y una pu... (iba á decirlo); y debió de ser porque enseñó á los lobos el cordero, etc.»

Aquí te cojo, me dirá acaso el buen Penitente, pues ahí Quevedo no hizo la concordancia de *Fray* con Camaloco, sino la de *Doctor*. Confíesole que sí; pero ó sería porque á la hora no se le vino á la pluma, ó porque ya á pocas columnas ántes se habia dejado caer como al descuido estas flojas: «Padre predicador del *Flos sanctorum*, ¿para qué no vende á mas de la tasa el trigo que recogió de las espigas de Ruth en la traqueada de Valderrama? ¡Ay, cómo el padre mortificado se abstiene de cernicalos cuando tiene perdigones! ¡Ay, cómo al torno pide el Padre Presentado! Mas ¿para qué quiere la oveja besamanos del lobo?» En verdad que este funículo triple no da el zurriagazo mas suave que el sencillito del Doctor Camaloco.

Vamos claros: yo no sé cómo chilla tanto el buen Penitente contra el Gerundiano con su torna y daca, «que bien se le conoce ha querido ofender las religiones, y que tiene enemiga ó tirria con los frailes.» Vaya, vuelvo á decir, que no sabe lo que dice ó no entendió bien á su padre espiritual. El Gerundiano solo tira á los malos predicadores, sean frailes, ó semifrailes, ó bonetes, ó las cuatro puntas, ó de cuatro costados. Esto se hace evidente, pues entre los ejemplos de sermones que critica, no perdona, en lo poco que pudo cogerle la rueda, á un hombron como el jesuita Vieyra, cuyo nombre solo bastaba para enmudecer de miedo ó de respeto al mas alentado crítico, como no fuese una monja de Méjico; que á esa, por ser señora ó por *rara avis in terra*, se le podía tener por favor su ingeniosa censura. Tampoco exceptúa á los eclesiásticos seculares, como se echa de ver en el sermón que apunta de San Pío V, que yo he oído por estos oídos que han de comer la tierra; y aunque el señor canónigo que le predicó era de los mas celebrados oradores que tenia entónces la carrera, y paisano mío, no puedo negar que el estilo de triquitraque era muy pueril é impropio en un hombre de su circunspección. ¿Qué mas claro puede estar que en el Gerundiano no hubo excepcion de personas? No se metia con estas, sino con la extravagancia de su oratoria. Imputarle que quiere ofender las religiones, es un juicio temerario y depravado, que no tiene mas fundamento que el de ver aplicado el *Fray* al Gerundio. Pero si por eso, siempre que se habla ó se escribiese algun defecto de un fraile sin omitir este título, se habia de argüir que era con

ánimo de ofender ó denigrar las religiones, estábamos bien; sería menester entónces mandar recoger muchísimos libros, aun de los santos padres, ó católicos y santos escritores, como adelante diré: no es eso, buen Penitente, no es eso; que es un pobrecito mal enseñado y espantadizo de una sombra. Mire: lo que nos enseña la moral en este punto es lo siguiente: «que no se reprendan en el púlpito los vicios de prelados y sacerdotes *nominatim* y en particular. Que es lícito hacerlo con palabras generales, con la condicion de que siempre que se hable de algunas costumbres perversas de ellos, se haya de hablar tambien á favor de la dignidad y perfeccion del estado, como tomando la excelencia de este por motivo para ajar lo que desdice de su respetable honor.» Así lo ejecuta noblemente el Gerundiano; sino que la mala fe con que lo leen no se lo deja entender á los émnulos. Pone una descripcion, que él mismo llama imprudente y falsa, de la vida de fraile, como suelen hacerla algunos mentecatos. ¿Y para qué la pone? Para desmentirla con la prudente y verdadera que luego le arrima. Refiere en cabeza de un Fray Blas ó Fray Gerundio las casquilladas, necedades y desatinos que algunos cometen en el púlpito; y al instante añade los prudentes, sólidos y magistrales consejos en cabeza de un Fray Prudencio. En este delinea á un legítimo religioso, como todos debian serlo; en aquellos bosqueja un religioso espúreo, como algunos que hay y ninguno debia ser. Ya se ve que si no se toma la sarten por el mango, ó por mejor decir, por donde quema, la dará al diablo y al que la hizo, el que no la sabe manejar. Yo creo que todos los anti-Gerundios no perciben el bello artificio de la *Historia de Fray Gerundio*. Ella es un completo edificio en que hay todas las piezas precisas y las necesarias. Quien se detuviere solo en estas, le parecerá un asco; pero eso es no mirar las cosas como se debe. Un caballero tenia un criado vizcaíno; mandóle fuese á comprar unas perdicés, encargándole mucho las trajese bien frescas: de vuelta de la plaza se las pidió el amo para ver si eran como se las habia pedido ó encargado; tocó con el dedo á una debajo de la cola, acercólo á las narices, y como le oliese mal, empezó á reñir al criado, tratándole de tonto, etc. Y respondió el vizcaíno: ¿Por ahí hueles? Juras á Dios que la mas linda dama del mundo huele por ahí mal. A cuantos no les huele bien la *Historia de Fray Gerundio*, es porque la olfatean por donde se les descubre su inmundicia y su seculenta corrupcion en el púlpito. Y es la causa del asco con que la miran y los gestos que la hacen, queriendo arrojarla de si y del mundo; pero se les puede responder lo que un pobre á un caballero que le oía de mala gana en una cosa que le pedia, y por despedirle le dijo: Quitate de ahí; que hueles á ajos; y el pobre le respondió: El negocio es el que huele á ajos; que yo no.

Para hablar con juicio de un retrato y fallar si está errado ó no, es menester observar el aire, la postura ó la edad en que se representa el original que se copia. De varios modos se puede retratar un sugeto, todos semejantes y todos muy propios, sin que por eso se culpe la destreza del pincel, ántes en eso la demuestra mejor. De órden del papa Julio sacó Rafael de Urbino dos retratos de su beatitud: uno en que estaba de rodillas, y otro que lo representaba como cuando volvía de Belvedere; este tenia mas vivos los colores del rostro que el

otro, por lo que decían algunos que Urbino se había errado, pues no decía una copia con otra; pero el Papa lo sosegó diciendo: Os engaños; que Urbino me ha guardado bien el decoro, porque después de misa, cuando estoy dando gracias á Dios, estoy sereno y templado; pero al volver de Belvedere traigo mas vivos los colores por lo que he bebido. El Gerundiano pinta bien lo que es un fraile que observa la moderación, la prudencia y la cordura de su perfecto estado; pero no le pinta mal cuando está de color distinto, por estar ébrio con el exceso de su destemplada presunción y abrasado con la sed del aura popular.

Lo segundo que nos enseña la moral es, que cuando los pecados son ocasión de la ruina espiritual, no solo en quien los comete, sino en el pueblo; cuando son contra la reverencia debida á lo sagrado, faltando á ella públicamente; en fin, cuando son contra el decoro de la religion católica y en desprecio virtual de los sagrados decretos pontificios y sinodales, entónces cualquiera puede y aun debe clamar contra ellos sin recelo, séanse los culpados los que se fueren; y es la razón, porque se ultraja con ellos enormemente la honra de Dios, se arriesga el bien comun de la Iglesia, cuyos daños preponderan á todo respeto y dignidad humana, y los delinquentes pierden el derecho que por otra parte tenían al mayor acatamiento. La profanación del púlpito en los términos en que el Gerundiano la persigue, es contra la honra de Dios, la de su templo, la de su divina palabra, y es un adulterio ó un estupro de la Sagrada Escritura, que tantas veces gime violentada; es una villanía indecorosa, una infame afrenta del carácter del ministerio, una contravención á los sagrados concilios, una, si no formal, equivalente, desobediencia de los sumos pontífices; y es, por fin, algunas veces una herética pravedad, como en algunos de los ejemplos que he traído se puede ver, pues en el primero de «Dios metido á provisor», nada le faltó para hereje al que dijo aquel disparaton, mas que la pertinacia ó el asenso interno, y aun así era indubitablemente delatable.

La doctrina que acabo de decir no es mía, que es del cielo; y como inspirada de lo alto, la observó sin pusilanimidad aquella heroína en la virtud, dotada de un espíritu igualmente varonil que angelical, la venerable Catalina de Cardona. Era en su tiempo el mágico del púlpito en la corte el Doctor Agustín Cazalla, que dulcemente infestaba á todos con suavidad de sirena por modo de encantamiento. Era agudo, elocuente, decididor y muy donairoso en sus conversaciones (con estas palabras lo describe el reverendísimo Santa María, primer historiador general de la reforma del Cármen); con estas doradas prisiones tenia cautiva la corte, desde lo soberano hasta lo plebeyo. Solo la mujer fuerte, la Cardona, con santa libertad era limo de esa cadena. Desaprobaba á la princesa de Salerno, de quien era compañera, el gran gusto que tenia en oír los sermones de Cazalla. Advertíale á su Alteza que andaba el áspid entre aquellas flores; y tanto instaba en esto, que la tenian, no solo por molesta, sino tambien por denigrativa del decoro de un ministro evangélico universalmente aplaudido. Pero á todos respondía: «El espíritu me da que por este hombre habla Satanás, y no puedo dejar de ladrar.» Esto decía una mujer contra toda la opinión comun, cuando en lo que oía á Cazalla no hallaba aun que notar otra

cosa mas que una estúdiada elección de pensamientos siempre alegres, una continua ponderación de la facilidad de salvarse, una exaltación del valor de la fe, sin tocar en la necesidad de las obras, etc. Que cuando llegó á oírle (iba ella á los sermones por la obligación de acompañar á la Princesa) cierto discurso picante contra las mujeres que aspiran á la perfección, tratándolas de *bachilleras*, y queriendo que fuesen mudas para cosas espirituales, y ciegas para ver mas luz superior que la que les viniese encañada por arcaduces de barro, entónces ya no pudo contenerse la santa mujer; y á presencia de la misma Princesa le dió con el desengaño en la cara, le declaró su errada conducta, le desenbrió el veneno de su atraicionada doctrina, y le profetizó «que ya no volvería mas al púlpito», como se vió de hecho, pues un día que estaba un numerosísimo auditorio y la Princesa tambien esperando tener un buen rato con el orador elíctico, llegó un ministro á avisar que prosiguiesen en la misa, porque el buen Cazalla estaba ocupado en el tribunal de la Fe, que después le mandó quemar. No hubo menester la venerable Cardona esperar á oírle á Cazalla proposiciones sospechosas, para sentir y aun para expresar claramente el mal concepto que hacia de un predicador que siempre predicaba de fiesta y nunca de vigilia; siempre subía al púlpito con cara de pascua, y nunca de cuaresma; siempre entonaba aleluyas, y jamas misereres. No se detuvo en que era mujer ni en las reglas generales de la corrección (esto es, en la de dar cuenta al superior); en nada de esto se embarazó, porque el daño era público y perjudicial á la Iglesia, aunque, todos embelesados en la perspectiva, no conocían el serpentino secreto de la máquina. La Cardona ladraba porque conocía al lobo debajo de la piel de cordero, y presentía el gravísimo riesgo de las ovejas que se dejaban lisonjear de sus halagos. ¿Qué necesidad habia de dar parte á los prelados de lo que sabían ellos mismos? Si el gobernador de una plaza oye la trompeta enemiga ya dentro de ella, no hay que andar perdiendo tiempo en darle aviso, sino echar mano á las armas y pegar con el contrario de golpe. Sea la Cardona una pobre mujer, sea Cazalla un bonete con borla y un predicador con perilla, si profanó el santuario, ya no hay que guardarle respeto alguno. Si á una mujer ilustrada de Dios le fué lícito y santo ladrar contra aquel zorro de la viña del Señor, ¿por qué no podrá hacer lo mismo el Gerundiano?

Muy parvulico es el buen Penitente cuando teme que los herejes tomarían ocasión de la Historia gerundiana para hacer escarnio de la religion católica y sus diferentes sagradas familias. No hay tal, parvulico, no hay tal. ¿Cómo la han de tomar, ó de qué? ¿De que haya quien inste sobre que se predique el Evangelio sencilla, clara, sólida y maduramente? ¿De que haya quien grite que el Papa y los santos concilios sean obedecidos puntualmente? ¿Es eso? ¿Burlaránse los protestantes de que un católico promueva la obediencia al Papa? Dígame por su vida: ¿tomarán ocasión los enemigos de la Iglesia católica para burlarse de nosotros, porque sepan que á los eclesiásticos, seculares ó regulares, sean de esta ó la otra lana, barbiplenos ó barbitonsos, los saquen por sus miserables culpas al cadalso con una soga al cuello ó una vela amarilla en la mano, por mandado del Santo Tribunal, y allí en voz alta y distinta lean al pueblo los sacrilegios, las torpezas, las infamias y los errores que

han cometido? ¿Sería razon que el Tribunal Sagrado dispensase en la publicacion de tales delitos, porque los reos fuesen bonetes ó capillas? Quítense de ahí, parvulico: los herejes, aunque pierden la fe, no pierden el uso de la razon, y bien conocen que la religion que castiga á los malos y á los transgresores de la ley, es buena y santa; y si ellos prevaricados no la siguen, es por otros capítulos que no les tienen cuenta á su idolatrada infame libertad. Si se predicase como es razon, habria ménos herejes, y se convertirían muchos de los que por necesidad de política correspondencia ó comercio suelen venir á las cortes ó pueblos católicos. La palabra divina en los labios de un San Antonio de Padua, nada afectado en su estilo; en los de un San Vicente Ferrer, sobradamente llano; y en los de tantos misioneros apostólicos como hoy sudan y se fatigan por la honra de Dios, ha sacado de la herejía muchas almas, y redime muchísimas de los católicos que por sus miserias se dejan llevar cautivos del demonio. Pero siendo tan comun la predicacion á lo Gerundio, es muchísimo el fruto que se pierde y el daño que se hace. Un turco (dice el reverendo padre misionero Calatayud) vino á España con mas que mediana inclinación á recibir el bautismo; pero habiendo reparado en un día de concurso la poquísima reverencia y modestia que habia en el templo, se enfadó de modo, que dijo: No puede ser buena la religion que tal permite; y se volvió como vino, ó peor, para su tierra, á ser pregonero de nuestra irreligiosidad. ¿Qué diria si viese en el púlpito á un ministro sagrado jacare-ro, charlatan ó decidir, y un auditorio retozon y carcajeante?

Diráme acaso el buen Penitente que el Santo Tribunal tiene una plena jurisdiccion real y pontificia para los actos que llevo dicho, pero de este afuera, ninguno. ¿Han visto? El Santo Tribunal tiene autoridad suprema para proceder contra los reos de lesa religion ó suspectos *in fide*, judicialmente por autos en particular, y para prohibir al comun los delitos con gravísimas penas: tiene potestad para encarcelar los delinquentes, sentenciarlos á azotes, galeras, horca ó fuego, cuando son dignos de eso. Esa jurisdiccion es privativa suya, y nadie puede injerirse en ella; pero para clamar contra los vicios públicos, como hacen los predicadores legítimos y celosos; para escribir contra ellos (bajo la correccion de la santa madre Iglesia y permiso del Rey), batir y combatir con razones las torres de la vanidad, la soberbia, la falsificacion del Testamento Viejo y Nuevo, y la pseudo-predicacion, cualquiera católico tiene licencia, si es de talentos para eso, ó sea con la espada ó con cañones, ó sea con balas ó con sacetas, esto es, con el estilo que mas se le acomode, grave, festivo, serio ó jocoso; grave y serio en el púlpito; festivo ó burlesco, ó bien catónico y saturnino, conforme á su genio, por escrito. De uno y de otro vemos ejemplares permitidos y aprobados entre los católicos.

Por tanto, el muy reverendo padre maestro Fray Francisco de la Anunciacion, en su *Vindicias de la Virtud* (por cuyos libros sería bien hiciese el padre director tener leccion espiritual á su buen Penitente), no tuvo embarazo en afear, aun contra la opinion benigna del ilustrísimo señor don Fray Gaspar de Villaroel, no ya algunos individuos en confuso, sino á dos comunidades enteras, calzada y descalzada, de su sagrada religion en esa corte,

señalándolas expresamente por una diversion pública que allí refiere (y omito aquí, aunque está impreso el capítulo), que le pareció indigna y disonante al estado regular. Véalo el curioso en dicho autor, y hallará que, ni porque el Rey, ni porque el presidente de Castilla dieron providencia para estorbar aquel capricho, ni por eso les faltó arbitrio ó trampilla para salir con su tema; y por aquí conocerá el buen Penitente que solo él y otros tales y tan buenos sumulistas infieren que el clamor gerundiano es injurioso al Rey y á los tribunales; porque dice es suponerlos sordos ó dormidos para el remedio. No son sordos ni mudos, como no lo fué la Santidad de Benedicto XIII para mandar seriamente que en todo sermon se explicase un punto de doctrina cristiana catequísticamente; ¿pero qué le harémos? Vaya por amor de Dios. ¿Y por qué con tanta especificacion imprimió aquel docto y religioso portugues el caso que apunto? Ya lo dice, y bien: «Porque no quisiera que las comunidades de mi órden fuesen escudo y ejemplar de esta abominacion.» ¡Tomáos esas!

Al buen Penitente no le debe de aconsejar su santo director que lea á los santos padres: todo se le va, segun parece, en persuadirle que el título honorífico y respetable de *fraile* es un *Noli me tangere*, como el de rey ó inquisicion, con quienes cliton. Eso, y debese; pero no para hacer de él capa de pecadores, como los que son nobles por virtud heredada y no adquirida, que quieren que ese privilegio les sirva de carta ejecutoria para sus libertades, y para que nadie pueda poner los labios en ellos. Están engañados; que los religiosos por serlo no se hacen impunes ni se eximen de ser reprehensibles mientras fueren públicos sus desórdenes; antes por lo mismo que en su paño cualquiera mancha es mas fea, se hace en ellos el borron mas visible. Pesado será; pero porque de la condicioncilla del buen Penitente no parece hay que esperar que mis verdades le asienten bien, y que estará terco y tenaz en su opinion, he de ver si le hacen alguna fuerza un San Bernardo y un Hugo de Sancto Victore, para que vea en qué términos explican el sentimiento que tenían de algunos religiosos de su tiempo, que, por estar la religion en su primitiva observancia, nunca podian ser mas defectuosos que ahora. Y para que gusten y prueben la reprension que les da sin pararse en echarles su sal y pimienta, ni en el melindre de que son frailes ó monjas, coristas ó paternidades, darélo traducido en romance; porque, no solo pretendo que lo entienda el buen Penitente, sino tú tambien, Morondo mio.

Veo, dice San Bernardo (1),
; Con cuánto dolor lo veo!

(1) Bernard., homil. 4. *Super missus est.*

Video quidem, quod sine dolore rideri non debeat, post egressam Christi militiam rursus implicari saecularibus, rursus terrenis cupiditatibus immergi, cum magna cura erigere muros et negligere rumores sub communis salutis praetextu; verba vendere divitiis, et matronis qualitates. Sed est contra sui Imperatoris edictum concupiscere aliena, et sua cum site repetere. Ita nec se mundo, nec sibi mundum crucifixerunt, ut qui ante in suo rico vel oppido vix cogniti fuerant, modo circumcumbat provincias et curias frequentantes, regum notitias, et principum familiaritates assecuti sunt.

Video, quod non parum doleo, post spretam saeculi pompam, nonnulli in schola humilitatis superbiam magis addiscere, ac sub alis mitis humilitatis magistris gravius insollescere et impatientes amplius fieri in claustrorum quam fuissent in saeculo.

Plerique in domo Dei non patiuntur in contemptu haberi qui in sua domo non nisi contempti viles esse poterant, ut quia videlicet ubi a

Muy melidos en el mundo
 Los que de él por Cristo huyeron.
 Para vivir recogidos
 Se hacen suntuosos conventos;
 Pero sobra la clausura
 Si falta el recogimiento.
 Ni al mundo crucificados
 Viven muchos, ni este á ellos;
 Antes en vez de la cruz
 Parece aspiran al cetro.
 Muchos, que ántes conocidos
 No eran por su nacimiento,
 Hoy ya con títulos grandes
 Se ostentan de honor cubiertos.
 Muchos, que humildes carrascos
 No hacían sombra en el suelo
 Nativo, ya son en otras
 Provincias erguidos cedros.
 Veo ¡con cuánto pesar!
 Que los que desprecio hicieron
 De la vanidad del siglo,
 Son en el claustro soberbios.
 No encontraban honra allá
 En donde hay della comercio,
 Y acá la buscan y la hallan
 Donde es de ley su desprecio.
 Antes andaban á pata
 Por estío y por invierno,
 Y hoy no saben dar un paso
 Sino muy de caballeros.
 Antes todo su equipaje
 Era el saco sobre el cuerpo,
 Y hoy son maletón y alforjas
 Para su menaje estrechos.
 Antes, de lana casera
 Era el hábito grosero,
 Y hoy las telas no le agradan
 Sino de fuera del reino.
 Los que en un jergón dormían,
 Porque en las pajas nacieron,
 Hoy, si el colchon no es mullido,
 Les quita la cama el sueño.
 La camisa de estameña,
 Aunque estén sanos y buenos,
 Les es enfermiza, y se hallan
 Mucho mejor con el lienzo.
 Las legumbres flatulentas (1)
 Les son, indigesto el queso,
 La leche al cerebro daña,
 El agua encrudece el pecho.
 Las berzas melancolía
 Cria, cólera los pueros,
 Y á su complexión los peeces
 Del estanco son veneno.
 El pan no les entra ya
 Sino muy blanco y muy fresco.
 Y se echan por esos trigos
 Los que comían centeno.
 ¿Cómo es esto? ¿Ya no se halla

pluribus honores appetantur, ibi locum habere non meruerunt, saltem ibi honorabiles rideantur ubi ab omnibus honores contemnuntur.

Bernard., in Apologetico.

Habitus noster, quod et totens dico, qui humilitatis solet esse indigné á monachis nostri temporis gestatur superbè. Vix jam in nostris provinciis invenimus quo vestiri dignemur.

(1) Idem, super Cant. Serm. 50.

Legumina, inquit, ventosa sunt; caseus stomachum gravat; lac capiti nocet; potum aquae non sustinet; cautes nutriunt melancholiam, coteram porri accedant. Pisces de stagno, aut de luto aqua meae penitas complexioni non congruunt. Quale est hoc, ut in omnibus fluvii, agris, hortis reperi vix possit quid comedas? Puta te quaeo monachum esse, non medicum, nec de complexione judicandum, sed de professione. Parce obsecro primum quieti tuae; parce deinde labori ministrantium; parce gravaminibus Domus; parce conscientiae, conscientiae non dico tuae, sed alterius scilicet, qui prope te sedens et edens, de tua singularitate murmurat, et de tua superstitione scandalizatur.

Hugo, de Claustr. Animae., lib. 1. Monachi sibi claustra faciunt quibus homo exterior tenere possit, sed utinam claustra facerent quibus homo interior ordinatè teneretur.

En rios, sembrados, huertos
 Y dispensas, cosa alguna
 Que os cuadre para alimento?
 Ved que somos religiosos,
 No médicos, y por eso
 Cuidar mas de nuestra regla
 Que de la salud dechemos.
 Doléas, por Dios os pido,
 De vuestra quietud primero,
 Despues de los oficiales,
 No les seais tan molestos.
 Doléas de ser gravámen
 Cuotidiano del convento:
 Doléas de la conciencia
 Vuestra y de los compañeros:
 De los compañeros, digo,
 Que á vuestro lado comiendo,
 De la singularidad
 Vuestra forman mal concepto.
 Murmurando están al ver
 Tan delicados extremos;
 Porque á hombres religiosos
 Les están mal los pucheros.

Veis aquí en la pluma de un San Bernardo un dibujo de un fraile tibio y tiznado de amor propio, hecho con una tinta de un color muy parecido al de la pintura del Gerundiano, y si no me engaño, mas vivo y con unas sombras mas bien buscadas. ¿Quiso aquí el santo Patriarca denigrar la religion? ¿Faltaría al respeto que se debe al sagrado título de fraile? ¿Tomarán de él ocasion los herejes para lo que vanamente teme el buen Penitente? ¡Eh! Que es un parvulico, que no entiende de la misa la media. Oiga ahora á Hugo de Sancto Victore, que no pinta ménos al oleo ni con ménos valentía que un Bernardo (2).

¡Oh qué horror! Los que frailes
 Ser profesaron,
 Quieren que honra y provecho
 Coja en el saco;
 Y no conocen,
 Que hacerse delicados
 No es para pobres.
 Algunos que en el siglo
 Miseros eran,
 Quieren hoy por su órden
 Sus conveniencias.

(2) Hugo, de Claustr. Animae., De. 12.

Quam detestanda perversitas in monasterio! Ut ubi sunt divites laboriosi sint pauperes delicati qui in saeculo pauperiores vixerant quam nunc in claustro vivant, et nunc in monasterio quaerunt quae foris habere non poterant. Mentior ego si non vidi quorum talis paupertas erat, quando foris erant, quod nec ipsa necessaria invenire poterant, erigentes sibi montes, voluerunt sociari his ad quos foris accedere non poterant, aut non audebant; et qui ante conversionem lectulum proprium nusquam habebant, nunc si fortè volantas eis fuerit eundi alicubi secum portant. Vidi ego, si fallor, monachum camisia restitum jocantem et dicentem: durior est stamina quam camisia: tunicam vero vestire magna difficultas est; sed forsitan dicēs: quoniam infirmus erat hujusmodi sanus et petulans, et pingui residens equo, abundans rebus, et curias frequentans, qui tamen ante conversionis habitum pedes ire consueverat, nec saepe lineis inducatur. Sunt enim quidam qui mente vagui oculis attoniti, habitu dissoluti plana parietum prospicientes perlustrant, aliud cantant, aliud cogitant. In choro sunt corpore, et in foro sunt mente, nunc intus nunc foris erant. Psalmis verba proferunt, sed psalmidis sensum non intelligunt. Sunt alii verba dissoluti, qui vocis modulatione gloriantur. Non tantum gaudent de dono gratiae, sed etiam alios spernant, tumentes elatione aliud cantant quam libri habent, et quanta est levitas vocis, tanta forsitan est mentis. Cantant ut placeant populo magis quam Deo. Si sic cantas ut ab aliis laudem quaeras, vocem tuam vendas, et facis cam non tuam, sed suam. Gaudent multi claustralium quum de rebus fabulantur, dum casus militum narrant, dum pro illis loquuntur á quibus non agnoscuntur, multorum partes defendunt; pro multis filigant; ignorant autem quod negant, aut quod affirmant.

Su mayor ansia
Es pasar una vida
Acomodada.
Antes no se atrevían
A hablar á un fraile,
Y hoy que les hablen quieren
Por memoriales.
Derecho alegan
Para las sumisiones
Sus reverencias.
Con el cuerpo en el coro
Están algunos.
Y anda el alma vagueando
Por esos mundos;
Que no son hombres
De los que andan gastando
Contemplaciones.
Otros, mientras el coro
Presos los tiene,
Se les suben los ojos
Por las paredes.
En salir piensan,
Con que sus pobres ojos
Anden por puertas.
Al Señor con la boca
Dan alabanzas,
Mas decirseles puede:
¿Adónde cantan?
Salmos divinos
Dicen, pero muy fuera
De su sentido.
La *Gaceta* es el libro
Que mas meditan,
Y gobiernan el mundo
Muy estadistas.
Ellos barajan
Prusia, Hanover, Bohemia,
Londres y Francia.
Otros, que de sus voces
Mucho se precian,
En lo mismo que cantan
Se contonean.
De esto hacen gala,
Y á los que cantan ménos
Mas se las cantan.
Por la solfa del libro
La voz no guían;
Que cantar solo quieren
De fantasia.
Nada les suena
Cuando no ponen algo
De su cabeza.
Pero, así como tienen
Liviano el canto,
Así tienen lijeros
Quizá los cascos;
Que es muy conforme
Que la voz y el sentido
Anden acordes.
Más que á Dios, quizá al pueblo
Gustar intentan,
Porque á Dios alabando,
Ellos lo sean.
Así, en los salmos
Aspiran á cantores
Como a-labados.
Si así cantan, sus voces
Ponen en venta,
Pues del aire se pagan
Y él se las lleva.
Por este tono
Deja Dios desairados
Cantos airosos.

No me puedo contener en darte tambien construido otro sentimiento de San Jerónimo, siquiera porque habla en términos con un buen Penitente (1) :

(1) Hieronimus, in epist. ad Marc.

Pudet dicere, de carernis cellularum orbem damnamus. In sacco et cinere veluti de ipsis sententiam ferimus. Quid facit sub tunica

Cubiertos con el saco y la ceniza,
Desde las tristes ásperas cavernas
De las celdas (me corro de decirlo),
Del mundo hacer queremos residencia.
Condenamos á muchos como jueces;
Mas en un penitente ¿no es quimera
Intentar de la túnica hacer toga,
Y los claustros trocarlos en audiencias?
¿Y qué querrá decir un religioso
Que con soberanía como regia
Quiere juzgar y gobernar á todos,
Y que á hacerlo con él nadie se atreva?

Esto y mucho mas dejaron escrito estos santos padres, y otros que no refiero (que para prueba bastan estos). ¿Qué nombre le dará el buen Penitente ó su santo director á este modo de hablar y de escribir de estos santos padres? ¿Metióse en tanto, ni con mucho, el Gerundiano? ¿Corrió tanto el velo á los actos interiores de un religioso? ¿Penetró tan adentro la punta de su flecha? No por cierto; que él solo habla de la pública y notoria manía de aquellos que inconsideradamente se atreven á subir al púlpito con demasiada lijereza, ó *per saltum*. De aquellos que, solo porque tienen un poco de chispa, ya predicán como rayos, gloriándose de que son vivos como una centella: con que, no sé con qué razon se acrimina como sátira nunca oída lo que tiene unos ejemplares tan antiguos y tan venerables como los que acabo de decir.

Diráisme (parece que lo oigo ó que lo he oído) que estos santos escribieron en latin, pero el Gerundiano lo hizo en lengua vulgar. ¡Lindamente! Tambien los santos padres escribieron sus homilías y sermones en griego y en latin, y hoy los predicadores lo hacen en romance; ¿y acaso, para los religiosos que no son del todo Gerundios, no es tan claro el latin como el castellano? De las Sumas de moral sienten algunos (y con poca razon) que no es bien se escriban en castellano; y se escriben, y las escriben religiosos muy doctos y graves, y algunas escribieron así de intento para el uso de los religiosos. ¿Y por qué? Díganlo otros; que en mí parecerá mal.

Pero al caso: ¿No está en portugues y en castellano lo que ya dije con el reverendísimo Anunciacion? No está en varios idiomas, y en el nuestro tambien, pegado el *Fray* á Jacobo Clemente, execrable asesino de Enrique III de Francia? Cállese, verbi-gracia, el nombre y la religion de Pedro Corbario, y el de su general Miguel de Cesena, que le sostenia en la temeridad de ser anti-papa; suprimase la noticia de que muchos de sus frailes fuéron quemados en aquel tiempo por unas porfiadas, frívolas y pueriles disputas sobre la cuestion llamada *El pan de los franciscanos*; y sobre si los hábitos habian de ser de esta tela ó la otra, pardos ó rucios, anchos ú estrechos, y si la capilla habia de ser aguda ó roma, rotunda ó cúbica, con las que dieron mucho que hacer al papa Juan XXII. En punto de sermones (perdónesele al mismo papa Juan XXII), ó dejó de fijarse para siempre en la historia la censura de dos que predicó ántes de ser papa, en los que asentaba una doctrina falsa sobre la vision beatífica, de que él mismo se retractó en la hora de la muerte. ¿Pues qué melindres son los del buen Penitente y su padre director, que tan furiosamente se queja de que se escriba que algunos frailes envilecen este honorífico título con sus desórdenes en el púlpito?

pœnitentis animus regius? Alios vult regere, et alios judicare, et à nemine regi, à nemine judicari?

La pena de fuego que se dió á los frailes referidos, en el pontificado del papa Juan XXII, fué por indóceles ó rebeldes á la obediencia del Papa, oponiéndose á sus decretos en orden á la pobreza evangélica. Y la fogosa invectiva con que el Gerundiano abraza á los fatuos predicadores, frailes ó no frailes, es tambien porque no se acomodan ó no se rigen por los decretos pontificios en punto de historia evangélica: ¿para qué se ha de andar en cumplimientos con unos pastores mercenarios ó de *pane lucrando*? Si las noticias de los religiosos delinquentes en materias mas enormes, no se reservan en la historia, ¿por qué se ha de culpar que no se omitan en el asunto que tratamos, cuando ellas son tan públicas?

Al tercer reparo. — De que se venga por los sermones que se censuren *supresso nomine*, en conocimiento de algunos hombres célebres ó frailes graduados, no se les hace injuria alguna; porque el pintor que expone sus lienzos en la plaza, el mercader que desarrolla sus telas en la tienda, no puede ni debe quejarse de que cualquiera le ponga las tachas que le pareciere (y mas si es del arte); que con esa pension se alquila la casa. ¿Qué otra cosa estamos viendo mas comun y mas recibida, que el que los gladiadores, en la palestra literaria, se estén dando de puñadas á cuerpo descubierto; un corbata se envuelve con una capilla; una capa y espada la tiende con una cogulla; este dale que dale, ó... Estas guerras galanas son las suizas con que se divierte el orbe literario. Si se escribe contra errores comunes, verbi-gracia, el de la música profana del templo, ¿por qué no se ha de escribir contra la oratoria corrompida del púlpito? Desentónense los tenores, desgaitense los tiples, metan el pleito á voces, aprieten las clavijas los violines, y disparen sus arcos contra quienes intentan poner ley en las orquestas sagradas; ¿qué importa que se destemplan y que digan que el crítico sabio y juicioso metió la hoz en la mies ajena, y que no sabe lo que se dijo, que tocó lo que no le tocaba; que se vaya al coro, que se atenga á su canto llano? ¿Por eso no es laudable su cristiano celoso empeño? Pero mas al intento de nuestro asunto es, por costumbre tolerada, la posesion en que están todos, sabios ó ignorantes, eclesiásticos ó seculares, de dar su voto como quieren en los sermones que oyen, nombrando al que predicó, fraile ó bonete: vengo del sermón de Don N.: estuvo admirable, ó no valió un pito; estuve á oír al padre Fray N.: dijo bellas cosas, ó ralló las tripas. Pues si esta libertad la tenemos todos, sin que por eso sean delatables en cuanto á los sermones los recitados ó áreas graves ó alegres que se gorjean *in voce*, ¿por qué no se podrá tener la misma con los que se puntúan *in praelo*?

Más ad hominem: el buen Penitente y su director ¿han tenido por pecado escribir tan satírico ó tan insolente libelo contra el autor Gerundiano, solo porque se les puso en la cabeza que era digno de aquella censura, aun cuando otros cuerdos lo juzguen digno de alabanza? Supongo que no, pues de un hombre venerable por su capucha no se puede presumir otra cosa. ¿Pues por qué no podrá escribir el Gerundiano contra un público abnso que nadie aprueba (sino alguna cabecilla) y que todos aborrecen? En verdad que si el buen Penitente no hizo escrúpulo de los gazafatones que ha escrito, bien podemos nosotros atenernos á nuestras polainas. El lle-

na de injurias é improperios al Gerundiano, y despues de señalarlo con el dedo por su apellido y por su religion, siendo esta aprobada como tal y engrandecida con los mayores elogios de los sumos pontífices, tiene la avilantez de tratarlos de *congregacion* y *cofradia*, expresion irreverente y contumeliosa, y añadir (ahí que no es nada) que en ella se tiene por máxima «no querer obispos que no sean bonetes, porque no les son tan manuales ó manejables». ¡Penitente, Penitente! Esto sí que *sapit haeresim*. Escribir contra los viciados predicadores seculares ó regulares, alabando á los honestos y prudentes, sin determinar esta ni la otra religion; demostrar con ejemplos los vicios de la oratoria sagrada, en este ó el otro que expuso sus obras al público, no es escribir contra las sagradas religiones, ántes bien es volver por su decoro, deseándolo limpio de lunares que lo afeen, como lo hicieron por otros títulos san Bernardo, san Jerónimo, etc. Pero darle á una sagrada religion un tratamiento respectivamente bajo y muy diminuyente de su carácter, que insinúa que no la tienen por tal, y atribuirle como propia una máxima tan infame, esto sí que es escribir conocidamente contra la religion é incurrir en las gravísimas penas que hay contra eso. ¿Pues qué diré de otras varetas ó flojas que se dejan caer como al soslayo? No hablemos mas en eso.

De todo lo dicho se colige la futilidad del reparo de que la *Historia de Fray Gerundio* vulnera ó perjudica la autoridad del Rey y santos tribunales: no merece esta friolera la atencion mas leve, es un disparatado garrafal. Segun eso, vulnerarian la regia potestad cuantos declaman y escriben contra las perversas costumbres de todos los estados ó jerarquías de los vasallos de un soberano, cuántos describen las injusticias, los sobornos, los robos, las codicias, los fraudes y demas delitos en que hierve el mundo. El que vivamente representa á los superiores los desórdenes de sus súbditos, no les quita la jurisdiccion, ántes bien desea que la ejerciten; acuerda los males para que se aplique el remedio ¡Ah, que dirán los herejes que los reyes duermen, que los tribunales hacen la vista gorda, que los prelados eclesiásticos hacen oídos de mercader, cuando esperan á que los avive el picante aguijón del Gerundiano! ¿Qué desatinorio tan clásico! No dirán tal. Dirán que los predicadores venáticos están rematados, que son incorregibles mientras no les echen todas las temporalidades. Dirán, oyendo al Penitente y á otros como él, que tienen factores, partidarios y compadres que abogan por ellos y que hacen los mayores y mas violentos esfuerzos por sacar falsarios á los justos delatores que dicen que los yerros que acusan son fingidos; que es increíble que religiosos ó frailes cometiesen tales abusos; que es preciso que los prueben, aun siendo públicos y notorios. Esto sí que es perjudiciar la regia potestad y jurisdiccion de los tribunales; porque es entrapar los delitos y patrocinar la maldad, distrayendo la justicia para que no obre lo que debiera. Introdúcese, verbi-gracia, una maula de tabaco en un convento, abrigan algunos frailes, sin saberlo los superiores, las corachas; vense despues algunas cosas sospechosas, otras en que el polvo de buena entrada tiene sus visos de mezcla; dase parte á los ministros del Rey, ¿y qué suele suceder? Luego se clama: Señor, que no hay tal; que es mala voluntad para infamar á los religiosos. ¿Qué no es creible de ellos? Insta

el que da el soplo, registran las celdas y las oficinas, y hasta los altares y las sepulturas; vengán á juicio los sopillos y las cajas. Pregunto ahora, mi buen Penitente, ¿el que da este aviso, el que levanta este clamor, vulnera la autoridad real? ¿Indica poca vigilancia en sus ministros? ¿Da á entender que no se tomaron ni se toman las mas cuidadosas providencias para desterrar manías? ¿Me entien te, bendito?

Al cuarto reparo.—¡Pues el último reparo! Otro que bien baila. Dice que el haber algunos malos sermones en España pende de los oyentes: ¡gentilísima reflexion! ¿Y eso puede ser disculpa de los que predicán mal? El haber comedias pende de haber muchísimos que se mueren por ellas; ¿y por eso no se ha de escribir y predicar contra ellas? El haber cortesanas pende de que hay muchos que las galantean, las visten, las calzan, las regalan; ¿y por eso no se han de encarcelar, enplumar y desterrar con cajas destempladas? El haber malos y pésimos sermones, según dice el Penitente, pende de que hay bobos que gustan de ellos, bobisimos que los pagan, babiecas que dan el doblon de á ocho, el bote, el botijon, los pañuelos, las muestras y otras mil bujerías que no debían admitir los religiosos consagrados mas estrechamente á Dios; ¿y por eso no se han de abominar, abolir y silbar los malos sermones y pésimos sermocinantes? Penitente, Penitente, si *adhuc hominibus placerem*, decia San Pablo; ¿un religioso ha de dar por disculpa de las ofensas que comete contra Dios, de los sacrilegios con que deshonor la cátedra del Espíritu Santo, de la ambicion con que busca el honorecillo vano y el aplauso aéreo del vulgo: ha de dar (digo) por excusa de esta relajacion la complacencia del auditorio por agradar á este ó á una parte la mas despreciable de él? ¿Ha de desagradar á Dios, á los cuerdos y timoratos? No habrá, dicen, concurso si no se predica de moda. Predique como un San Francisco de Sales, que hallándose una vez con solos siete oyentes, y esos rústicos, no dejó el sermón, y hizo con él un fruto tan grande como el de asegurar la conversion de un hereje. Predique como el que, habiéndole regalado la princesa de Longville, Madama de Orleans, con un bolsillo de doblones en significacion del gusto con que lo habia oido, se los devolvió con este recado muy cortésano: «A mí me bastó por premio la honra de haber tenido tal oyente; por lo demas, de balde doy lo que de balde he recibido.» Haga como el santo obispo Bonete, que en los últimos tiempos de su vida, el que ya por estar enfermo de las piernas no podia moverse sin grandísimo trabajo, teniendo que ir á predicar un sermón de adviento á una iglesia bien distante de su posada, no quiso admitir un coche que le envié un piadoso, diciendo: «Buena fuera ir yo en coche á predicar la penitencia de San Juan Baptista y la pobreza evangélica.» Predique, si faltan hombres, á los peces, como un San Antonio de Padua; ó á las piedras, como un venerable Veda, y no faltarán aun así alabanzas de Dios, y de resultas provecho de las almas. Lo que yo veo es que en las misiones y sermones de enauresma están, gracias á Dios, llenas las iglesias, y es preciso muchas veces predicar en las plazas.

Si los oyentes, pues, son causa motiva de la prevencion del púlpito, lo son del modo que el deseo de tener muchos litigantes que concurran á su estudio les es ocasion á los abogados de dar parecer á todos del

modo que vayan consolados, aunque sea paliando doctrinas y arañando textos. O del modo que la mucha copia de enfermos, de que hacen vanidad ó interés los médicos, les suelen quitar el tiempo para estudiar ó hacer pausada reflexion sobre la enfermedad de cada uno de tantos; ó por la contemplacion de no melancolizarlos, ne avisarles que reciban los Santos Sacramentos á tiempo, y dejar morir á no pocos sin ellos. Por eso decia un discreto, de un predicador complaciente: «Lo que tiene de bueno en sus sermones es, que deja bien descansado al pecador.» Pues así como la multitud de litigantes y enfermos no excusará á letrados y doctores de irse al infierno; lo mismo y peor les sucederá á los predicadores que por atraer gentes y adquirir aplausos se van al púlpito á coronarse de rosas y á espereir florecillas.

Y veis aquí una de las circunstancias de la *Historia de Fray Gerundio* que califica su grande utilidad, y es la de servir á un tiempo de desengaño á predicadores y á oyentes. Muchísimo se escribió para aquellos, pero en libros que no son para todos ó que no todos gustan de ellos ni pueden comprarlos, y últimamente, á buen dar solo sirven para los de la profesion de estos. Los que la tienen por granjería no se paran en leer mas que aquellos que les hacen al caso para salir del empeño; pero de lo que les importa para su propio bien, no hacen el menor caudal. Son como los escultores ó pintores, que si tienen un libro en que está, verbi-gracia, la pasion de Cristo con láminas, miran y remiran estas para sacar de estas sus copias; pero ni un punto leen (aunque sepan leer) de las meditaciones que suelen estar ántes ó despues de las estampas. Como ellos tomen el ademan y el aire de la figura para que la estatua ó la pintura salga al gusto del que ha de pagarla, tienen tomado del libro cuanto les conviene.

Los que hacen de oyentes son como los que van á las comedias; que como estas tengan variedad de lances sutilmente enredados, y los cómicos los representen bien, ni entienden ni se paran en si se observa la unidad de lugar, la verosimilitud ó la conformidad con la historia ó la fábula, y las buenas condiciones que debe tener la comedia para ser buena segun arte. Ahora pues, la *Historia de Fray Gerundio* tiene para los predicadores la utilidad de ponerles á la vista la mala conducta de los que se ponen á serlo sin las disposiciones que deben tener para tan alto ministerio; y para los oyentes tiene el provecho de instruirles en la calidad del género que les venden, para que no lo compren ó no se paguen de él, como si uno declarase bien la inutilidad de los diamantes falsos, dando los ejemplos para distinguirlos de los verdaderos y conocer los fondos, para no dejarse engañar de brillantes superficiales y no enamorarse de vidrios frágiles y mentirosos; pero como estos avisos, dados por el estilo con que los da, verbi-gracia, un Barcia, no los leen ni aun los predicadores, cuanto mas los oyentes, porque la severidad con que están escritos retrae ó no llama la atencion ó la curiosidad de los lectores, ahí está el chiste ó el *quid* de la *Historia de Fray Gerundio*, que brindando á todos con el festivo plato de una enriosa novela, les hace tragar una importante doctrina á unos y á otros, que no se la embocarían si no fuese de esta forma, pues con el hastío que tienen á las sustancias sus paladares estragados, no las recibirían aunque

les abriesen la boca, labios y dientes con una cuchara de plata.

Escrupulizar ahora en la variedad de sucesos de que está prinorosamente tejida, censurándolos por impropios del intento, es ignorar enteramente las reglas de tan ingenioso artificio. Dos cosas se propuso el autor de la Historia Gerundiana: la principal, desengañar á predicadores y á oyentes; la otra, hacerlo por modo de novela; y para esto segundo era indispensable el enlace de la urdidura de los varios casos que entreteje. Quien no se hace cargo de esto, no sabe lo que se pesca. Doy que en el cuerpo de la Historia haya algunos lunarillos: en ese caso debiera todo cuerdo tener presente aquella noble máxima de Monsieur Balzac (1): «Disimulemos (dice), disfracemos, encubramos cuanto sea posible las pequeñas faltas de los grandes ingenios, á lo ménos en lo público, por dar buen ejemplo al mundo.» En ciertos casos llevemos contra nuestra propia opinion, contra el informe de nuestros ojos, contra las réplicas de nuestra lógica ó gramática, que tales hombres no han tenido defectos, ó que sus descuidos han sido bellamente artificiosos (como la rotura en el guante para descubrir el anillo precioso): en fin, persuadamos á que no han tenido faltas ó que aquestas tienen mas de virtudes imperfectas que de vicios. Por esta razon me parecia á mí se puede aplicar bien aquel epigrama de Marcial al famoso cómico llamado Latino, que voy á darte trasladado en los siguientes castellanos (2):

Es el decoro dulce del teatro
Gracia del chiste, gloria del sainete,
Que en lo festivo temple el desengaño
Epico insigne.
Te oyen con gusto los Catones serios,
Los cuerdos Curios, los Fabricios graves,
Porque el donaire viste su doctrina
Con mucha gala.
No se presume acaso por su estilo
Que son sus voces eco de su vida,
Pues sus costumbres toman de la farsa
No mas que el arte.
Sin el externo adorno del gracejo
No captaria universal agrado,
Mas el interno fin de su inactiva
Dios le conoce.

(1) *Entretiens de Feu. II.*

(2) Marcial, lib. 10. Epigramm. 49.

*Dulce decus scenae, ludorum fama, Latinus
Ille ego sum, plausus delitiaeque tuae;
Qui spectatorem potui fecisse Catonem;
Solvere qui Curios Fabriciosque graves.
Sed nihil à nostro sumpsit mea vita theatrum
Et sola tantum scenicus arte feror.
Nec poteram gratus Domino sine moribus esse;
Interius mentes inspicit ille Deus.
Vos me laurigeri parasitum dicite Phoebi,
Roma sui famulum dum sciat esse Jovis.*

Llámenle algunos Momo chocarrero;
Que ese desprecio le será sufrible
Como los cuerdos sepan que es su objeto
De Dios la honra.

Estas son, Morondo mio, las razones que debes tener presentes para no dejarte alucinar de los sofisticos y fantásticos argumentos del buen Penitente, con que tú y otros andais atolondrados. No te debe aturdir el ver tratados los pseudo-predicadores con irrisión; porque este género de castigo es el que Dios tiene dispuesto á los que se obstinan en el error, viviendo y obrando como niños insensatos y sin uso de razon, ocupados en discursos pueriles, poco maduros y ridículos, con que profanan la santidad del púlpito. Y ¡ay de aquellos que despues que se les dió esta pena del escarnio y fuerte correccion no se enmendaron porque se hará en ellos eterna la confusion que ahora es temporal, y se confirmará en ellos el justísimo juicio con que Dios condena el que ellos no quisieron tener, idolatrando en sus floridos conceptos (3), pomposas fantasías y vanisimas sutilezas, con que llenando de viento lisonjero los oídos de los cristianos, los dejan vacíos de sal y de doctrina! Ten pues por cierto, Morondo mio, y hazte bien cargo de que los santos padres y doctores hicieron cuanto les pareció conveniente y cuanto pudieron para exterminar los abusos del púlpito, pero no cuanto era posible:

Que los santos han usado de chistes, donaires é ironías para corregir vicios y ganar almas, y se han valido de algunas invenciones, al parecer extravagantes é impropias en ellos, para el mismo fin:

Que por el título honorífico de *frailes* no están exentos los religiosos de ser agria y seriamente reprendidos de sus desórdenes y defectos, y mas cuando estos son públicos y en perjuicio grave de la Iglesia y del debido respeto á la dignidad del ministerio evangélico:

Que el clamar contra la profanacion del púlpito, como contra los demas pecados notorios, no es argumento del poco celo del Rey y sus tribunales, ni usurparles su autoridad; sino avisarlos para el remedio:

Y por último, que la necia complacencia de los oyentes no es disculpa, ántes bien es mayor cargo, de los malos predicadores.

Y con esto, mi eunuco,
Con Dios te queda,
Que te enmiende las faltas
De la potencia;
Porque este aviso
Desvanezca el engaño
De los sentidos. Amen.

(3) Sapient., 12, 24. *Etenim in erroris via diutius erraverunt infantium insensatorum more viventes, propter hoc tanquam pueris insensatis iudicium in derisum dedisti.*

Qui autem ludibriis et mere passionibus non sunt correpti, dignum Dei iudicium experti sunt.

DIALOGO ENTRE EL CURA DEL ZANGANO Y EL GUARDIAN DE LORIANA,

de la mas extraña observancia de San Francisco, sobre Fray Gerundio de Campazas, aliàs Zotes.

Defensa del Padre Isla, refutando las impugnaciones del carmelita descalzo Fray Amador de la Verdad, y Padre de las Barbas largas.

Cura. Benedicite, Padre Guardian. Dichosos los ojos que ven á vuestra reverendísima despues del entredicho de treinta dias que puso mi ausencia á la corte á nuestras pláticas familiares.

Guardian. Sea usted muy bien venido, Señor Cura, y Dios le perdone el cuidado en que me ha tenido, y la falta que me ha hecho, especialmente en estos dias, que estoy reventando por comunicarle algunas cosas que al presente suceden y que son de la mayor importancia á la iglesia católica y á nuestra sagrada religion.

Cura. ¿Qué me dice vuestra reverendísima? ¿Son acaso las repetidas victorias que ha conseguido el rey de Prusia en los paises de Alemania?

Guardian. Peor que eso.

Cura. ¿Se ha suscitado algun nuevo heresiarca, ó se ha reproducido alguna de las antiguas herejías que celebrábamos extinguidas y subyugadas á impulsos del celo y de la razon?

Guardian. No es eso niesotro, Señor Cura.

Cura. ¿Pues qué es, Padre Guardian? Sáqueme vuestra reverendísima de este susto; que juro á Dios que aunque soy un pobre cura del Zángano, no cedo á un patriarca en el amor, celo y reverencia á nuestra santa Iglesia, y creo como el que mas todo cuanto nos propone y nuestra religion nos enseña.

Guardian. Pues sepa usted, Señor Cura (¡conqué dolor lo digo!), que se ha declarado guerra por el comun enemigo contra las sagradas religiones.

Cura. ¡Zape! Eso es muy malo: las sagradas religiones son firmes columnas de la Iglesia, la ilustran con sus virtudes, la fortalecen con sus ejemplos, la defienden con sus escritos. Hay gravísimas censuras contra los insultadores y justas penas canónicas contra los atrevidos. Pero dígame vuestra reverendísima, por amor de Dios, quiénes son los temerarios que han hecho esta declaracion y se han atrevido á tan atroz insulto; que por el hábito de mi padre San Pedro...

Guardian. Tenga usted, Señor Cura, y guarde ese celoso ardimiento para cuando lea las insolencias, chocarrerías, blasfemias prácticas y paliadas herejías que se contienen en este, no libro, sino libelo infamatorio que tengo sobre esta mesa, al cual ya hubiera quemadosi no fuera por dar á usted alguna parte de la gloria que me puede resultar de este sacrificio.

Cura. Manos á la obra, Padre Guardian; ¿pero cómo se intitula y qué autor tiene ese libro? Porque yo no me atrevo á tocarlo temiendo su contagio.

Guardian. Esta infame obra se intitula *Fray Gerundio de Campazas*: su autor viene en testa férrea con nombre de un tal Lobon, beneficiado de no sé dónde; pero el verdadero padre de este monstruo es un tal Padre Isla, de la compañía de Jesus, y sin duda es descendiente del mal ladrón ó de Júdas, que tambien fuéron de la compañía de Jesus, si no es acaso algun demonio en fi-

gura de teatino, que tal cisma ha introducido en nuestro reino, con grave perjuicio de la salud de las almas.

Cura. ¡Acabáramos, padre nuestro! Dios sea bendito; que me ha sacado vuestra reverencia del gran susto en que me habia puesto con sus excesivas y disparatadas exclamaciones, y ya se me está asomando la risa por todas las porosidades. Yo creia que se habia resfriado la caridad de los fieles y no concurrían con sus limosnas y con sus legados, poniendo el sitio por hambre; que esta era una guerra muy grave; que se habian muerto los machos de los conventos, ó que la peste ó la roña habian consumido las brigadas de carneros que se mantienen para sustento de los religiosos: providencia muy útil y necesaria; pero ¡Fray Gerundio, pero Fray Gerundio! ¿qué perjuicio trae á las religiones, á Dios ni á su santa Iglesia? Sepa vuestra reverencia que le leí varias veces en la corte, y por la vida de mi padre, que no encontré en él otra cosa que una invectiva discretísima y salada contra el mal abuso de predicar; y aunque es verdad que se escandalizaron muchos religiosos de infima nota, y hubo una horrible fermentacion entre los mosqueteros, por ignorancia, y entre algunos de alto coturno, por envidia ó por malicia (tambien se escandalizaron los fariseos de los milagros de nuestro Redentor), creo que todos estos vanos esfuerzos no servirán de otra cosa que de acrisolar la obra.

Guardian. Atónito y admirado me ha dejado usted, Señor Cura, con el juicio que ha formado de una obra que merece el mismo castigo que las de Calvino y Lutero. Dígame, por vida suya, ¿es invectiva discreta y salada contra el abuso del púlpito, un libro denigrativo de nuestros elocuentes predicadores, de los padres conscriptos de la oratoria cristiana, y que pretende con todo esfuerzo hacer ridícula la palabra de Dios y los órganos por donde se comunica el Espíritu Santo? Voto á tal, que si no tuviera este santo hábito, nos habian de oír los sordos; y ya que atropella insolente á todas las religiones, ¿por qué no echa una ojeada hácia la suya, donde encontrará abundante cosecha su mordacidad y maledicencia, y no venirse á turbar una posesion inveterada por algunos siglos? No creyera yo, Señor Cura, que fuese usted hombre de tanto candor y de tan mal gusto; pero en fin, es usted cura del Zángano, y basta.

Cura. Vamos con tiento, Padre reverendísimo; que se me va subiendo la mostaza á las narices, y si se me amontona el juicio, habrá la de Mazagatos. ¿Quién le ha dicho á vuestra reverendísima que por ser cura del Zángano no seré capaz de defender lo que he propuesto? Estos hombres de capucho juzgan que todos son ignorantes, si no ellos. Por vida de Fray Gerundio, que estaba tentado por descubrir á qué se reduce la ciencia frailesca en los mas, á excepcion de muy pocos á quienes un natural gusto ha separado de la senda ordinaria; pero agradézcame, Padre Guardian, mi moderacion, y vamos por partes, mi reverendo Padre. Dígame vuestra paternidad (así Dios le guarde para lustre de su religion), ¿en qué parte del *Fray Gerundio* se contienen tan es-

candalosas proposiciones? Yo, con tener la vista bien perspicaz y haberle leído con escrupuloso cuidado (me importaba mas que á otros hacerlo), no las encuentro.

Guardian. ¡Ah, Señor Cura, Señor Cura, qué bien se conoce que está usted preocupado de antemano á favor de Fray Gerundio! Pues en Dios y en conciencia, ¿le parece á usted niñería sacar al público los defectos de los predicadores (si es que los que llaman defectos lo son; que yo no lo creo ni me lo harán creer cuantos aran y cavan), y sacarlos con un modo irrisorio y truhanesco en un idioma que lo entiendan todos, y figurarse un frailecito para objeto de la risa y escarnio de todo el mundo, que mirado de perfil, me dan mis barruntos que es de mi religion; que hasta allí podia llegar la desvergüenza? Por la madre que me parió...

Cura. Envaine usted, Seó Carranza; que todo cuanto ha dicho vuestra reverencia es un despropósito, hijo de la cólera que le domina. Sosiéguese vuestra reverencia, y mire á este frailecito á mejor luz, y yo salgo por fiador de que no encuentre religion determinada, aunque lo pueda acomodar á todas. Pero lo que mas me admira es que se espire tanto vuestra reverencia con sola la sospecha lijera de que sea de su órden, cuando todos los dias nos cuentan duendes vestidos de frailecillos de su religion, y no le altera poco ni mucho. Pues ahora, ¿es mejor ser duende que Gerundio? Sepa vuestra reverencia que este fraile es de ninguna religion y es de todas; porque en todas hay Gerundios, y los habrá si esta obra no los desarraiga. La gran circunspeccion del autor lo pinta vario, por no ofender á ninguna; que las venera con profundo respeto; y esto baste en este particular, y pasemos á examinar quiénes son estos insignes predicadores á quienes denigra. ¿Son por ventura otra cosa que unos mozalbetes pedantes y casquilencios, cuyo mal gusto ha corrompido el idioma con un estilo hermafrodita, entre altisonante y zarrapastroso, y la Sagrada Escritura con la mala inteligencia y peor aplicacion de los textos, en grave perjuicio de la salud espiritual de los prójimos, por mas que lo lamentan los hombres grandes, doctos y juiciosos, de que cualquiera comunidad abunda? Pues siendo esto así, ¿por qué se ha de tener indulgencia ó respeto con unos entes ridículos y perniciosos, que son gangrena de un cuerpo tan respetable y religioso? ¿A vuestra paternidad le parece en su conciencia que esto se debe tolerar? Y á lo que su paternidad dice que podia echar una ojeada hácia su religion, donde hallaria abundante cosecha, déla vuestra reverencia por echada, pues él busca los Gerundios y los ataca donde quiera que los encuentra; pero tengo mis recelos de que este campo es mas estéril que el de otras religiones. Prosigue vuestra paternidad con que semejante medicina, en caso de ser conveniente, no se debia aplicar en el idioma nativo, sino en latin, pues esto bastaba para el remedio, sin que anduviese el crédito de las religiones en boca de todo ignorante que leyese el libro. Mire vuestra paternidad, como soy hijo de Dios, que le voy á decir la verdad de lo que siento en esta materia. ¿No es cierto el abuso del púlpito por muchos predicadores? Es tan evidente que nadie lo puede negar; y los mayores enemigos del Gerundio lo confiesan; y aunque no lo confesaran, importaba un bledo, pues yo lo he visto algunas veces, de que pudiera producir varios ejemplos, sin embargo de que en mi iglesia del Zángano no se predica mas sermon que el

del patrono, como vuestra paternidad no ignora, y llega su limosna á ocho reales y un par de conejos, ni mis feligreses tienen mas pasto de esta especie que algunas pláticas doctrinales que yo les hago, y esto no obstante, los tengo tan gordos y rollizos, que es una bendicion de Dios. Vamos adelante. ¿No se solicita el remedio por medio del temor que este libro infundirá al predicador el verse reputado por Gerundio? Es constante. Luego era preciso que saliera en castellano, porque en latin, ademas de que los censores no lo comprarán, ó por la mayor parte no lo entendieran, corria gran riesgo que á los mismos predicadores de quienes hablamos les sucediese lo propio; y cata aquí una medicina muy eficaz sin aplicacion, y una enfermedad sin remedio. Que se hagan públicos estos avisos, no importa; porque ellos son públicos en los púlpitos, y los delitos públicos se deben corregir públicamente.

Guardian. Bien se conoce, Señor Cura, que no ha visto usted ciertas cartas volantes que han salido, y ponen al autor del Gerundio de una casca y dos pelambres. Ruego á usted las vea; que aquí las tengo tambien; y verá cómo muda de dictámen, porque plenamente convencen sus razones.

Cura. Fácilmente se cree aquello que con ansia se desea, Padre reverendísimo. Las he visto, las he leído, y en materia de impostura, descoco y desvergüenza, no hay mas que ver; y de las dos que he visto, no sé cuál se aventaja á cuál. Es verdad que para semejantes producciones mas es menester relajacion que ingenio, y en perdiendo el temor á Dios y la vergüenza al mundo, se pueden componer muchas obras de ese jaez. Y si no, dígame vuestra reverencia, ¿las ha leído, ó lo sabe por relacion? Hablemos amigablemente, sin dar lugar á que la cólera nos descomponga las mollereras.

Guardian. Cuando dejó sentado que las tengo encima de esta mesa, es consecuente haberlas leído; por mas señas que son exquisitamente buenas, y que lo hieren en lo mas vivo, y que no volverá en adelante el nuevo reformador de la oratoria cristiana á respirar en este asunto.

Cura. ¡Oh, válgame Dios, y qué mal asentado tiene vuestra reverencia el gusto y qué estragada la moral! Y si no, vamos á cuentas: la primera carta que supone ser su autor Fray Amador de la Verdad, y no la supo decir nunca, asienta dió al Padre Isla repetidas repasatas sobre lo que allí insinúa, y que á lo ménos le dejó escarmentado, si no enteramente instruido. Apuradamente sucedió á presencia mia este lancecito, y el tal Fray Amador, á cuatro palabrilas que sin cuidado alguno produjo el autor de Fray Gerundio, quedó pegado junto á la mesa; porque fué sobre comida. Esto pudiera justificarlo ahora mismo con otros tres sacerdotes y cuatro seglares de suposicion; pero, sobre no importar un rábano, porque el Padre Isla tiene acreditada su capacidad y literatura, sacamos en consecuencia, que el padre Fray Amador solo vertió aquella especie por ostentar el talento que le falta, pues no venia á pelo á la impugnacion que pretende hacer al Padre Isla. Esto sentado, ¿no ve vuestra reverencia con qué gracia objeta la obra? ¿No ve qué razones tan convincentes produce? Mofa, escarnio, palabras escandalosas, sátiras é imposturas, es lo que vierte; y si no, en la hipótesi que hubiese errado enormemente el Padre Isla, y hubiese ul-

trajado indignamente á las sagradas religiones con su Gerundio, pregunto: ¿el Padre Isla es mas que un indviduo de la compañía de Jesus? Ya se ve que no: ¿pues por qué esta sagrada religion ha de ser el blanco de las iras que se ha merecido el Padre Isla? ¿Es lícito en ningún caso envolver en la pena de un delito igualmente al inocente que al culpado? ¿Pues á qué viene el Paraguay, Portugal y Francia, sino para ligar la dificultad millares de leguas? ¿A qué vienen todas aquellas malsonantes, atrevidas, insolentes voces con que en repetidos paréntesis hiere la estimacion y crédito del Padre Isla, y pierde el respeto y la veneracion (que es lo mas notable) que merece su sagrada religion? Yo aseguro al padre Fray Amador, que no estoy lejos de ir á buscarlo á su misma celda, y juntando en ella á su prelado y otros padres graves, hacerle retractar de cuanto allí atrevidamente produjo; y esto no por obediencia, sino á la corta costa de un argumentillo que le ponga; pero no hay que cansarnos, Padre nuestro; que esto es, en buen romance, cantar la palinodia en tono de taberna.

Guardian. Confieso á usted, Señor Cura, que me hace fuerza el casillo de conciencia; porque, ya se ve, insultar al colegio apostólico porque hubo un Júdas que vendió, un Pedro que negó, y un Tomas que dudó, no me quedaria muy tranquilo el espíritu. Pero habrá usted de confesar que el modo con que ataca al Padre Isla el Padre de las Barbas largas (de quien es la segunda carta), poniéndole á su vista y paciencia las heréticas y escandalosas proposiciones que vertió en sus tres sermones, en Salamanca, á la Purificacion de nuestra Señora; en Valladolid, á San Francisco de Borja; y en Medina del Campo, á San Agustín; y esto citándole no solo el año y el día de cada uno, sino asentando tiene en Madrid hasta seis sugetos que los presenciaron, no deja de hacer al Padre Isla mas Gerundio que su Gerundio.

Cura. ¡Válgame Dios, Padre reverendísimo, qué creederas tan anchísimas tiene vuestra reverencia! ¿Con que, segun eso, cree lo que el padre Barbon dice? Pues para prueba de que miente, y se lo diré en sus propias barbas, y de que toda su carta no es otra cosa que una máquina de embrollos sin la mas mínima parte de verdad, dígame vuestra reverencia, respecto de que es natural de la misma villa de Medina del Campo, ¿qué tiempo hace falta de ella?

Guardian. Todo el año de 56 y parte del 57 estuve asistiendo á mi madre en su enfermedad, que ya he contado á usted cuál fué, y que de ella murió.

Cura. Pues para que vea vuestra reverencia cómo dispone Dios las cosas para desengaño de los hombres, que no leyó ni relevó como debía las cartas; en la del Padre Barbaza se presupuso, que puntualmente en el año de 56 predicó el Padre Isla un panegirico á San Agustín el día 6 de su octava; luego es regular que vuestra reverencia se hallase en él, y notase la proposicion que al barbon le acomoda sentar.

Guardian. ¡El diantre es usted, Señor Cura! Por los hábitos de mi padre San Francisco, que me doy por un zopenco, y me corro de no haber advertido lo mismo que usted ha notado; y estoy casi por darle todo crédito y valor al Gerundio y á su autor, y quemar las tales cartas, especialmente la del Padre Barbillas, pues ni aquel año se predicó tal sermon en Medina, ni nunca se ha celebrado allí con octava ni sin ella la fiesta de San Agus-

tin. ¡Haya mal barbon, y qué testimonio ha levantado al Padre Isla! Ya no tengo que preguntar, ni aun que dudar, si serán lo mismo los otros dos; porque, sobre ser yo en este verdadero testigo, creo firmísimamente que los otros dos sermones tendrán la misma verdad. Mas no me ha de negar usted la oposicion que tiene la compañía de Jesus á cuasi todas las demas religiones, y sus motivos están bien ponderados en otra carta como la del venerable Palafox, para los carmelitas descalzos.

Cura. Téngase vuestra reverencia, Padre Guardian; que es punto ese muy delicado y en que hay mucho que no se puede decir; y se conoce muy bien que vuestra paternidad no está impuesto en los autos. Yo he leído algunos originales sobre el asunto, y no importa que vuestra reverencia lo ignore; pero de paso procure vuestra paternidad ver lo que en la Puebla y en toda su diócesis hizo y pretendió contra la Compañía, porque esta defendía sus privilegios, y el memorial que contra esta dió al Papa, y las dos cartas contradictorias, una al Papa y otra al general de la Compañía, que sin sacudir la pluma escribí en Osma; y visto esto hablaremos sobre el asunto. Lo cierto es que de parte de la Compañía no hay tal oposicion ni odio ni envidia, pues esta religion sagrada nada tiene que envidiar á las otras, no obstante de que son un modelo de perfeccion cristiana. Todas las noticias escandalosas con que viste su carta el Padre de las Barbas largas, son voluntarias é infundamentales; la de los dominicos, de que San Pio V quiso reformar la Compañía, es tan exótica y desatino tan descomunal, que el mas ignorante conocerá la malicia con que se profiere esto en quien la reforma connota relajacion antecedente; ¿pues cómo es posible que una religion que en el presente siglo es un dechado de perfeccion religiosa, necesitase en su cuna de un remedio tan violento, teniendo á la vista los grandes ejemplos de su santo fundador, de un Javier y de un Borja? Vuestra paternidad ha oido algo sobre el asunto; pero como está en desierto y todo entregado á la contemplacion, no se enteró bien de la verdad que hay en la materia. Yo, que soy un cura muy desocupado, pues no llega mi rebaño á treinta ovejas, y esas roñosas, ni pruebo mas oracion que las que digo para prepararme y dar gracias en la misa, y por otra parte soy un tanto cuanto pregunton, le diré por caridad lo que se puede decir en este caso, callando mucho que no se puede decir ni á vuestra reverencia le importa saberlo. La Compañía, mi Padre reverendísimo, no solo fué combatida, sino que pretendió aniquilarla en mantillas un sugeto doctísimo de cierta religion (1); y para esto se valió de todos los medios que puede sugerir la envidia y la malicia, hasta hacer á sus hijos sospechosos en la fe; pero este cuerpo, que desde su nacimiento resplandeció gigante en virtud y en letras, eludió todas las asechanzas de este grande hombre, con la paciencia y la conformidad en la voluntad de Dios; y no extrañe vuestra reverencia hiciese esto con la Compañía quien no perdonó á sus mismos hermanos, hasta dar en la inquisicion de Roma con uno de los mas doctos de su religion, y por su dignidad el mas condecorado (2). Si estas persecuciones las movió este doctísimo varon por celo ó por envidia,

(1) Fray Melchor Cano, fraile dominico.

(2) Don Fray Bartolomé de Carranza y Miranda, dominico, arzobispo que fué de Toledo.

no me toca á mí averiguarlo, que aunque soy un pobre cura, tengo una alma como un pontífice, y no quiero infernarla por cuanto tiene el mundo. Vamos adelante, Padre nuestro, y dígame por su vida qué le ha parecido aquel honorífico y nunca bastantemente celebrado elogio que hace á la Compañía el autor de mi señora *Doña Monita secreta*, diciendo que la aversion que la Compañía tiene á las demás religiones, nace de que estas no quieren concurrir á la desolacion de la Iglesia santa, á que ellos aspiran continuamente. ¿Ha visto vuestra reverendísima caridad mas refinada? ¡Ah guapo: esto sí que es saber á fondo todos los modos del insulto, de la maledicencia y de la impiedad! Esto sí que es incurrir de medio á medio en las censuras y penas justísimamente impuestas por la Iglesia contra semejantes monstruosidades; pero esto no obstante, se le perdona de gracia la desvergüenza, como de buena fe se confiese concluido. ¿Con que pretende destruir la Iglesia una religion que inspiró Dios al grande Ignacio para resistir á las herejías de su tiempo, como en otro inspiró al grande Guzman la suya contra los albigenses? Con que pretende la destruccion de la Iglesia una religion que desde que nació la defiende con sus escritos tan acérrimamente y la adorna con sus virtudes y ejemplos? Con que favorece á los herejes la que los bate en brecha sin cesar, por lo que se ha granjeado un odio irrevocable de estos mismos á quienes patrocinaba? Con que procura destruir la santa Iglesia quien por medio de sus insignes hijos ha ilustrado al mundo, y sin cesar lo ilustra con el santo Evangelio, á costa de cansancios, hambres, desnudeces, desamparo y muerte? Con que favorece á los herejes una religion, de la cual uno de los mas pertinaces y doctos (Francisco Bacon de Verulamio) se lamenta por el grande apoyo que tiene la iglesia católica en la sabiduría de sus hijos? Vive Dios, que merecia el autor de *Doña Mónica*, que es el mismo Padre Barbillas,

á quien mas de una vez le he quitado yo en el *ergo*, y me teme, digo, teme como á un lobo rabioso, que...

Guardian. Sosiéguese usted, Señor Cura; que en este particular soy de su mismo dictámen, y si conociera al tal Padre de las Barbas largas, se las habia de pelar á cañon, para que otra vez no ensartara voluntariamente tanta tropa de enredos y faramallas, y quizá de proposiciones escandalosas y temerarias; y he de merecer á usted me diga para *inter nos* en otra ocasion quién es este Padre Barbazas; porque ya nos tocan á rectorio, y necesito estar á la frente de mis súbditos, despidiéndome de usted hasta la tarde.

Cura. Me conformo, Padre Guardian, y le doy palabra de decirle quién es el tal Barbon; pero si prosiguiessen nuestras pláticas, suplico á vuestra reverencia temple un poco el estilo; porque yo soy poco sufrido, y sentiré que estas disputas alteren la buena armonía que debe reinar entre vecinos.

Guardian. Bien pudiera usted quedarse á comer conmigo.

Cura. Lo estimo, Padre Guardian: hasta la tarde.

Guardian. ¿Con que, sobre quién es el Padre de las Barbas-largas?

Cura. Y aun he de haber dos cartas suyas escritas al Padre Isla, y son originales, que por rara casualidad me pude hacer con ellas, donde pide dictámen á dicho padre para salir bien de unas dos ó tres herejías que vertió en un sermon, por lo cual lo delataron, y por mediacion y composura del Padre Isla no le perdieron.

Guardian. ¡Jesus, y qué gran gusto me dará usted, Señor Cura!

Cura. Y mas, que tengo el sermon tambien que en la primera carta incluyó al citado jesuita.

Guardian. Pues cuidado en volver temprano.

Cura. No me descuidaré: hasta despues.

EL CIRCUNLOQUIO DEL PADRE JOSE FRANCISCO DE ISLA.

PROLOGO Á LA OBRA, Y ADVERTENCIA

Á LOS LEYENTES.

Saco á luz esta obrilla en figura de folleto, por muchas y buenas razones que iré zurciendo. 1.^a Porque no quede desconocida y en tinieblas. 2.^a Para divertirme yo y dar en qué pensar á otros. 3.^a Porque, como todos hablan y muchos escriben sobre la obra del campanudo Fray Gerundio, sería singularizarme entre todos si callase, y me expondría á ser tenido en ménos que algunos, si no escribiese. Escribo mejor que algunos y hablo como todos, y esto basta si ya no sobra. 4.^a Para enseñar á suspender su juicio (nota la frase) á los que no le tienen; y á los que le tienen, á formar el juicio que deben; y á los unos y á los otros y á todo el mundo, el juicio que yo hago y el que la obra merece. 5.^a Para que el autor no tema (no es de esos), el libro no se estanque (no hay peligro) y el impresor no se pierda (ya no es posible). Y si mas quieren, para que el parcial se contenga, para que el cuerdo delibere, para que el particular se instruya leyendo bien, y el público, despues de instruido no mal, haga justicia, y esa seca.

Excusó otras mil razones,
Que tenia que alegar:
Seria nunca acabar
Concordar las opiniones.
No tienen fin las cuestiones
Que suscita la pasion;
Y aunque yo fundo en razon,
Ser, sí, aquí, y no doy punto,
La circunstancia el asunto,
Y el asunto confusion.

Doy al folleto el nombre ó título de *Circunloquio*, porque no hablo en derechura, sino por rodeos. Y hablo así, porque este modo de hablar, sobre llamar mas la atencion, está canonizado por el Evangelio, y es el que usó el Señor en el sermon del monte, modelo de sermones: *Ista circumlocutio qua scribitur*, etc. (ya saben que voy con San Agustin); y lo otro, porque habiendo de tratar de los Gerundios, y viendo que me han precedido los Supinos, creí llegar á tiempo y seguirse ahora los Circunloquios. Si estos no alcanzan, me prestarán nuevas armas los gramáticos, y entraré á profetar con los futuros, el en *rus*, y el en *dus*.

Los circunloquios de que uso son dos, porque uno solo no bastaría á ceñir y sitiar, ni aun á bloquear, á tanto

como anda esparcido y triunfante por el mundo; y también porque así lo quisieron los autores antiguos (llámanlos el latino *priores*): *Quia sic voluere priores*: los cuales entablaron que no será buen latino quien sabe solamente un circunloquio; y que para hablar bien este idioma, es menester usar de dos circunloquios y alternarlos.

Yo no hablo aquí latin, sino castellano limpio, y con todo eso, siento en el alma que no haya mas circunloquios; porque confieso que si hubiera mas, por mas hablara. Es mucha la energía de un circunloquio á tiempo. Considere el discreto si será mayor la de dos. ¿Y con cuánta energía conversará el que usase de ocho, diez ó mas circunloquios juntos? Sería un Quintiliano. No los hay, ¡mal de pecado! Y si los hay no están en uso. Y este es el arbitrio de las modas, y el que da su significado y su vigor á la locucion humana, siendo como la madre y el corriente de nuestras voces:

Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi.

Hay muchos modos de hablar,
Y en el hablar, sus trabajos;
También hay altos y bajos
En el arte de inventar.
Sin espina, sin azar,
La idea y el labio extendiendo;
A nadie compro ni vendo,
Y aunque voy por circunloquios,
Hallarás en mis coloquios
Que hablo siempre lo que entiendo.

Añado que divido el folio en dos partes y otros tantos circunloquios, porque así lo requiere la oratoria y el buen método. ¿Cómo habria particion si se redujese á solo un punto la materia? ¿O adónde iria á parar la oratoria si la particion faltase? Aunque somos españoles, vivimos á la francesa, y el gusto frances es el que hoy está en uso y prevalece; si bien aun alabamos, como buenos patriotas, las antiguallas de España.

Laudamus veteres, sed nostris utimur annis.

Alábanse con razon
Lain Calvo y Nuño Rasura,
Y se tiene por cordura
El calarse un pelucon.
Es uso, mas que pasion,
Engrandecer lo de antaño
Y vivir á lo de hogaño:
¿Quién pondria las azules
Bragas del gran Peranzúles
Hoy día sin grave daño?

No le doy dedicatoria ni le busco padrinos ó valedores, así porque no pretendo ni traigo pleito, y ménos esgrimo y me atacan ó estoy de duelo; como porque sería gastar la pólvora en salvas, lo que tanto monta, en solos preliminares ó tratados de paz; y en variedad de títulos, todo el nervio de la obra. No necesita de proteccion ajena quien está tranquilo y vive seguro de la razon propia. Y que esto me sucede lo pruebo.

Dos circunloquios son como dos castillos roqueros ó dos almenas y parapetos de bronce. Venga quien viniera, me sostengo dentro de ellos mientras el adversario no me los derroca. Y cuando suceda el duro caso de que uno y otro bambaneen y hagan vicio, es tan natural que yo tome la fuga *via recta* al caer los circunloquios ó muros de la defensa, como el que las ruinas cojan debajo y atortujen ó entortillen á cuantos los demolicen y me ataquen.

Sea lo que fuere, no uso de dedicatoria, no solicito empeños, no necesito de padrinos. No debe mendigar de otros quien dentro de sus trojes y su despensa propia halla á mano abundancia de provisiones: *Prolixa laudatio est, quae non quaeritur*. Fuera de que ¿adónde acudiré yo, y quién podrá ya ni querrá valerme, si pruebo por experiencia reciente que la vida de Fray Gerundio no queda muy á cubierto, habiéndose acogido al público por padrino desde su ruidoso nacimiento, y sabiendo que periclitaba todavia despues de recostada á su sombra poderosa, en virtud de una dedicatoria angustada, chistosa, amena y deliciosa? Todo es allí filis y filigrana, salvo el caso del horrendo morrion y el eco de la tremenda y ruidosa campanada. ¿Qué importa? *Habent sua fata libelli*. Pero no hay qué temer donde se niegan el hado y la fortuna. *Tu ne cede malis, sed contra audientior ito*. Es decir, prosiga y adelante:

Un libro siempre es igual,
Tenga ó no dedicatoria:
Si es bueno, sube á la gloria,
Si es malo, baja al corral.
Un discurso racional,
Aunque nadie le dé abrigo,
Lleva su valor consigo;
Pero un infame papel
Dedicado á San Miguel,
Se lo lleva el enemigo.

Vaya de chufleta para la tia Catanla y el tio Zotes, y para sus secuaces.

No flores por fortuna,
Fortuna tienes;
Mira, libro de plata,
¿Cómo te vendes?
No temas hado,
Correrás por el mundo,
Y eso de gato.

No hablo en este folleto sino á todos y solos mis leyentes. Testigos de oídas tienen su excepciones, y yo aquí no las admito; pueden ser sordos ó tenientes de orejas; pueden ser olvidadizos ó flacos de memoria; pueden ser como la mala definicion, redundantes ó diminutos, y agravar por ponderosos la narracion, ó achicarla por escrípulos: en suma, ó faltar ó sobrar en algo. Y que falte, que sobre, me perjudica, si es verdad que tanto se peca por carta de mas como por carta de ménos. Sobre todo, aunque el lector lea bien, ¿qué sé yo si el oidor lo toma á mal? Y cata que nace un enredo entre el auditorio y los lectores sobre si el autor dijo bien ó dijo mal. En cuyo caso será menester volver á la lectura, lo cual es *actum agere*, y aun trabajo perjudicial á mí y doblado para ellos. Bien haya Aristóteles, que todo lo advirtió y previno: *Quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur*: quiero decir, que cada uno tiene su turquesa ó bodoquera. Hasta los peluqueros tienen su molde y los zapateros su horma; no sea que se haga zapato de enano para el pié de un gigante, y el peluquin de ángel salga peluquin de diablo, como se ve en los de la tarasca y gigantones por el Corpus. Solo advierto (y nota tú) que la horma es molde, y el molde horma, *ex parte rei*; pero se diferencia *ex parte modi*, y por la diversidad de oficios. Lo cual conviene saber y se apunta, para que ni el zapatero use del molde al hacer zapatos, ni el peluquero se valga de la horma para formar pelucas. Todo cabe, y la equivocacion sería per-

judicial á los compradores y vendedores, á los leyentes y oyentes, á toda la república. Son increíbles, pero muchas y dañosas, las equivocaciones. Vimos pedir la calca por gaceta, y traer por escarola la escalera. Los moldes tambien son tan irregulares como varios. Un amigo lo notó, y escribía con agudeza:

Hay hombres, como letargos,
Pesados en discurrir;
Mas Palomino es un Argos,
Que halló modo de vestir
Su espada de hábitos largos.

Hablo pues á los lectores míos, quiero decir, á mis leyentes; no sea que entienda alguno que hablo con el lector que está pared en medio del exorcista, y tiene grado en la Iglesia, ó con los padres lectores é infulados de las sagradas religiones: no pido tanto. Con meros leyentes me contento, con tal que lean bien y sean buenos; digo buenos leyentes; que leyentes buenos son vino de otra cuba. Yo los supongo tales, y si no lo son no es culpa mía: su alma es un palma; aunque tampoco sé por qué á almas malas adjudique palmas el adagio claudicante, ó qué palmas sean estas, que yo llamara corozas.

Leyentes han de ser, y esos flamantes y con ejercicio presentáneo y el papel delante. No es de mi incumbencia que los tengan ó no por músicos y en capilla. Temo que algunos, y lo sé por experiencia, se olviden, á poco andar, de lo mismo que han leído: la memoria es flaca y vil. Y como no tengo la virtud de prestarla ni doy á mi papel ese privilegio, si no están leyendo pueden trascordarse, y volvamos á las andadas. Vuelvo á pedir leyentes, y de esos no exceptúo á ninguno, con tal que lea por sus ojos propios y no por los ajenos, quiero decir, con anteojos. No pretendo que nadie abulte mis letras; pero tampoco gusto que me las achiquen. ¿Qué remedio? ¿Fuera anteojos! Llámelos la culta *gafas* y el discreto *perspicilios*: los anteojos desfiguran tal vez los objetos, presentándolos unos al grande chico, y otros al chico grande; y hay de ellos (¡oh qué figuras!), que visten de verde al blanco, de colorado al negro, de pálido y mortecino al rubio, al vivaz de sanguino, *et reliqua*.

Busco leyentes que no se engañen ni engañen á otros con trampantojos, y que puedan decir en todo rigor y sin escrúpulos, y aun jurar redondamente y sin anfibologías, léjos de mentira y mas léjos de perjurio: con estos ojos lo vi. No importa que añadan ó no lo de que ha de comer la tierra; porque no es del caso, y está por averiguar el cómo y el cuándo, y si ellos han de comer á la tierra ó la tierra á ellos, y quién mas y quién ménos, cuando coman juntos.

Por lo demas, que mis leyentes sean discretos ó indiscretos, literatos ó idiotas, pios ó indevotos, santos ó pecadores, va mucho y es grande la diferencia que hay; pero yo en ella no me meto, porque no es de nuestro caso ni pertenece á mi exámen y folleto. Así como no toca á él, ni en él, si son gordos ó flacos, de narices romas ó aguilieñas, de pescuezo largo ó corto, de cabeza redonda ó ovalada, de melon ó calabaza; si visten golilla ó peluca, y si esta es amarga ó de cáñamo ó jovial, con sus bucles á la moda; *et sic in infinitum*; tú lo andas mientras yo descanso. Y con tanto:

Agur, leyentes míos, *valetote*:
Ojo al papel, y nadie vaya al trote.
No trato con caballo ni rocín:
Si lo es alguno, lo dirá su crin,
O el ver que ni le azoto ni le pincho,
Y él me tira la cox y da el relincho.

CIRCUNLOQUIO PRIMERO.

Sobre la vida del famoso Fray Gerundio de Campazas. Daré una vuelta entera y redonda de la derecha á la izquierda. Preámbulo circular ó introduccion circularioria.

Supongo, leyentes míos, así tontos y obesos, como listos y sagaces, que no me preguntéis de qué se trata ó de qué hablo. Fray Gerundio de Campazas y de memoria eterna, os es igualmente conocido, como á mí, por su vida rara y peregrina y mas admirable que imitable.

Tampoco ignorais que no fué, es ni será santo, aun de los que llamamos extravagantes. Y lo peor es que no puede ser santo jamas, aunque todo el mundo se conjure á su favor y le haga fiesta. Y eso constando (aquí está lo exquisito y lo picante) que nunca cometió pecado ni mortal ni venial en su persona (hablo del teológico y omito el filosófico); y lo que sube de punto la dosis de la invencion y el pensamiento y casi derriba el chapitel del celebro, es que no incurrió en el pecado original, en que incurrimos todos los hijos de Adán y Eva. Supongo que me exceptúas á la Madre de tu Dios y mio, que lo es de gracia; y que no estrellas el lucero ni te estrellas en la estrella de la mañana y de nuestra dicha. Es sol sin manchas, luna sin eclipses; es estrella sin paso errante, y como sin manecilla en sí, el honor, la hermosura y la gloria de todo su linaje y nuestro. ¿Adónde se fué Gerundio y en qué pára? Métele en el Circunloquio, y verás en lo que pára y con qué sale.

La razon de no poder ser santo es clara. Porque no consta de la identidad de persona, y paró en supuesto. No sé si me explico yo y tú me entiendes. Se tiene por cierto y consta con evidencia, que Fray Gerundio de Campazas no es hombre ni mujer, y que cierra todo portillo, ni aun hermafrodita ó epiceno (llámalo promiseno); y si mas es menester, ni es ángel ni diablo, ni racional ni bruto. ¿Pues qué es? Es un sugeto imaginario, un individuo vago; es universal á *parte rei*, y un ente de razon fingido y en idea. Pero ideado y fingido con fundamento gravísimo, y colocado sobre lienzo terso por pincel vivo y con colores vivísimos. De suerte que no es canonizable en sí, sino á su modo, en la fama. Porque no tiene ni vida, ni alma, ni cuerpo, ni otro sér alguno, sino el que le dió la pintura y fantasía del autor (el cual pinta como quiere), cuando ideó la traza. ¿Quieres mas? Es una parábola gallarda, es un enigma entre feto y parturiente, es un discurso moral, político y cristiano de sugeto con supponente, contra muchos que suponen lo que no debieran.

Fray Gerundio, que, como sabes, es pájaro, y en su especie papagayo, se parece en cuanto tal, y salvo el supuesto que no tiene y la jaula que se merece, al sugeto del enigma que te propongo; y no lo soltarías sin estas luces. ¿Qué cosita es?

Uno que nunca pecó,
Y al tiempo del espirar
A Jesucristo llamó;
Mas no se pudo salvar.

Sabeis, en fin, que su vida anda escrita y esparcida por el mundo con edificacion ó celebridad de unos, con ofension y desagrado de otros; pero deseada y buscada de todos con ansia y con su dinero. En tanto grado, que partidarios y adversarios solicitan el libro con mil diligencias, y meten, para haberle á las manos, no ménos empeños que si la buscaran de gracia ó pidiesen de balde. Y quien al fin lo halla, lo tiene por mucha ventura y se huelga y da el parabien, y lo celebra como si á fuerza de cavar ó por su industria hubiera dado con un tesoro escondido.

Escondido no está, puesto que anda en las manos de muchos, y que muchos mas se quejan (y esta es la primera vez que se oyó en el mundo tal linaje de queja) de que haya mas manos de hombres para soltar dinero, que no para recogerlo, siendo ménos los libros de venta que los compradores. Pero á esto se habrá de volver en los Circunloquios.

El eje de ellos será de examinar si la obra es ó no tesoro que se debe apreciar y guardar como oro en paño y por reliquia; ó por el contrario, si es ó no alguna mortal cicuta que se debe evitar y huir de ella, ó cautelarse como de culebra que se oculta y enrosca sobre la verde grama y entre amenas deliciosas flores. Voy á ello. En el primer circunloquio doy las pruebas que favorecen al libro. En el segundo circunloquio pongo los argumentos que le contradicen: nada disimulo. Pero os ruego que tengais ojo al prólogo, y que si me olvido, me hagais memoria de unas coplitas que oí con gusto á una niña, y las intitulaba *del encanto*. Sirvan de especies rememorativas, porque no os olvideis del encargo, el Licenciado Abril y el Supino, y tambien el Doctor Grillo.

CIRCUNLOQUIO PRIMERO.

Los fundamentos ó las pruebas.

Este circunloquio, aunque sale de refresco, por cuanto es el primero, tiene mucha vuelta que dar, y temo no se canse ó cause á alguno á quien no ha costado nada. Nos hallaremos en el lance fiero de: No suda el ahorcado, y suda el teatino. Ahorraremos de prosa, y vamos de la circunferencia al centro. Ya estoy como en el meditullio de todo el circunloquio. Y haz cuenta que junto en él los materiales y he hecho los cimientos, todo de corrida.

No temais que falsee la obra. Materiales y cimientos son igualmente buenos, y mejor la union que los trava. Ya sabeis que la union es aquí el mortero, y que se llama glutino.

Inopem me copia fecit: quiero decir, que me embarraso cuasi, y se atropellan aquí unas á otras razones. Mejor diré que se apiñan como en los fondos de un cristal; que es circunloquio material, pero claro; y se comunican mútuo vigor y fuerza nueva las partes al todo, y el todo á las partes, cuya pujanza es mayor, cuando al fin se componen entre sí y quedan en paz y juntos en el materno seno y albergue interior ó meditullio, ya del cristal luciente, ya del circunloquio relumbrante. Y advierto que nada empee á la maniobra y sus efectos el que este todo, como tal, sea escótico, y viceversa. Esto es, que el todo en su totalidad se distinga ó no de sus partes unidas, ó en coleccion y asamblea, y todas juntas son cuestiones sutiles y metafísicas. Aquí se buscan las hacederas y naturales. Empiezo.

Laprimera recomendacion, y bien ruidosa, de la vida

del incomparable Fray Gerundio de Campazas, es la voz comun y unánime de todo el pueblo, que le celebra mucho y á las claras, y aun le canoniza (á su modo) y hace fiesta solemne en toda nuestra monarquía de España.

Esta voz universal, valga ó no en otras materias, aquí debe prevalecer y prevalecerá de suyo, aunque no se quiera. No depende su fuerza de uno que otro sugeto particular, y ménos si ese es anómalo, irregular y defectivo. Ese tal quiere ser único individuo en su especie, y pretende ser ave rara y peregrina, y uno como eisne cantor, pero negro. Acaso será cuervo, y puede haber sido ganso, por cuanto dice lo que oye, y habla por la boca ajena.

¡Oh leyentes míos! Una golondrina no hace verano; y lo mismo fuera que fuese grulla ó pavo, y este real y con su rueda desplegada. Ese pájaro todo es pluma, y no tiene sustancia ni sirve para comer ni hace caldo. Y todo pára en que tras el ruedo y con él muestra su cola y tiene rabo. Más querria todo hombre de gusto un pichon ó pollo sobre la mesa y en el plato. Mírese á los piés, y mira tú el cimientio, y verás que está fundado no bien y formado mal.

Pero doy que venga de la Arabia y presuma de fénix esa ave solitaria: ¿qué importa, si es ménos que un gorrión que chilli y un ruiseñor que canta? ¿Y por qué? Por cuanto no es ave real, sino imaginaria. Y cuando la hubiese, apuesto que la venceria el alcotan, y tras la avutarda, y en fin el gavilán y milano.

Demos que fuese un águila real, reina y emperatriz de las aves. Ponla dos cabezas ó una sola, porque todo es lo mismo y nada empee. Sea. ¿De qué se gloria en el caso de mi primer circunloquio si queda sola y sin imperio ó reino ó poderio? Suponga que todas las aves se rebelan contra ella, por su capricho duro y extravagancia rara; la desplumarán y sacarán los ojos. *Ergo pariformiter*:

Esta águila tan real
Ya pasó en humo, y es nada
Por su cabeza fatal.
Sin ojos y desplumada
Yace muerta en un corral.

Prosigo, y se fomenta el argumento sin salir de la esfera del propio circunloquio. Es sin disputa, y todos saben, que en esto de gustillos y galillos, los cuales son muy diversos, cada uno cuenta por el suyo y no por el de su vecino. Por eso se dice que no hay que disputar sobre gustos. Uno quiere faisán, otro torrezno; uno pichon, otro perdiz ó pollo. Este gordo, el otro magro. Cuál piezas enteras, y cuál jigote ó pepitoria; sin hablar de aquel ó aquella á quien se le antojan berros; que el antojo no es buen gusto, ni el gustillo es mero antojo. Esto es patente y claro; y quien no opina así, va contra el torrente y muy expuesto á caer ó tropezar, y aun á ahogarse, especialmente si no sabe nadar ó no tiene pujanza. Y ademas de eso, prueba que no sabe de gustos y que tiene la nuez, no en la garganta, sino en la nuca.

Añádese á esto que los hombres, en materia de opinar, son á una mano cabezudos y férreos, y mas si se fundan en razon valiente ó piensan que ella está de su parte. ¿Pues qué si interviene un *míhi* ó *invento propio*? Y sobre todo, ¿si se revuelve el fatal juicio de si tenemos ó no entendimiento y bien asentadas y corrientes sus operaciones? Ya sabes que son y se llaman

aprension, juicio y discurso; y no te canso con las subdivisiones, que son eternas. Todos somos delicados y celosos. Cuya calidad es *malignantis naturae*, porque la celotipia es mal sufrida y amarga. Y que sea enfermedad ó tentacion (de lo cual prescindo), es uno de los coscojos de la vida humana, aun cuando cae en mozos, y no pasa á mertume de la vejez ó precursora de la muerte; que entónces es peor, y se enfurece ó pára en furia; porque los vasos corpóreos, como ya mas débiles, resisten ménos al humor maligno. Y fuera de eso, la estima de sí y la opinion propia crece y se arraiga con los años, y estos amortiguan las oficinas y los tubos, así en el hombre como en el caballo.

Guárdate de coscojo. Librete Dios de celos. Mira que te lo aconsejo, y mas si eres ó viejo ó caviloso, ó colérico ó adusto. Y sobre todo, no seas testarudo ó duro de juicio.

Mira que es maligno yerro
Ser duro en el opinar;
Y una semilla de errar,
Hacerse testa de fierro.
No hay rabia, ni la del perro,
Si empiezan á carcomer,
Como celos. A mi ver,
Es gusano roedor
Y un perpetuo torcedor
En el hombre y la mujer;
Pero
Es de maldito pellejo
El celo de la vejez.
No hay celo de peor reja,
Ni mas importuna pez,
Que el celo que cae en viejo.

Continuando con mi tema y con el del argumento, y cerrando esto como paréntesis del circunloquio, repara que quien no quiere sentir con los demas, merece que los demas no sientan con él, y los obliga á ello. Empieza extravagante, prosigue obstinado, y acaba tereco.

Miralos en los novatores
Autores de la herejía,
Ciegos á la luz del día
Y ofuscados con errores.
Estos perversos autores,
Léjos de toda razon,
Se aferran en su invencion;
Y aunque ella no valga un cuerno,
Quieren mas ir al infierno,
Que no mudar de opinion.

Tenia que decir mas aquí; pero basta por ahora. Mejor caerán al fin ciertas coplillas ménos serias y mas gaiteras. Solo nota, y concluyo con el *ergo*, que el circunloquio aprieta algo por esta banda, porque así se estrecha. ¿Pnes qué será abajo?

La segunda recomendacion de esta obra es el aprecio que hacen de ella los sabios y discretos, pios y eruditos, y otros muchos de todas clases. Hombres puestos en dignidad y dignos; altos, brillantes, copetudos: todo lo digo de méritos.

Bastaba para tu confusion y para tu vergüenza, si no tuvieras la frente de morillo y la cabeza sin cola, ó ella rota, el ver que nadie te conoce de casa, ni te tiene por persona, y que todos se rien de tí, y que tú mismo te escondes y andas á sombra de tejado y huyendo de tu propia sombra. Buho retirado, murciélago corriente y lechuza desconocida de día y rondante de noche.

Pero, pues no bastan razones, valga el hecho, y entiende que si me ves andar, ando y andar puedo. Hoy se

están vendiendo en Madrid los Gerundios á cinco, seis y siete pesetas (sábete que Madrid es corte, y la corte de España, esto es, el domicilio real de nuestro rey señor, monarca poderoso de dos mundos, pio, moderado, justo): aquí pues se venden á rapa-pelo, y pelo arriba se rascan los compradores todos, y no obstante se aran unos á otros por solo conseguir un Gerundio. Mira lo que le estiman, y saca por lo que cuesta lo que vale, si opinas que lo que mucho vale mucho cuesta.

Acaso niegas los adagios y los principios asentados. Ese es el camino mas corto para que todos te declaren por desahuciado en lo que es racionalidad, y te adjudiquen la animalidad por carácter ó diferencia. Pero sabe para tu castigo otros dos adagios mas: uno, que no hay atajo sin trabajo; otro, que el loco por la pena es cuerdo.

Yo sé que hubo hombre, y de gustillo, que buscando el libro con un puñado de pesetas en la mano, y no hallándole en toda la corte, dió por él trescientos reales, y muchas gracias encima. ¡Mira si se las dará dobladas á él el autor, y si es de estimar la obrilla ó tesoro! Es como un cuño de moneda; pero en seco, sin oficiales que pagar, y sin fatiga ó sudor ni sustos á cuestras.

Ahora quisiera saber lo que determinas y piensas: *Quid cogites de transeundo in Epirum scire velim?* y es, sial oir esto escoges mas ir á Turquía ó ahorcarte. Ya sabes que no hay otro medio, si no mudas y paras en desesperado, y que Epiro y epirotas son albaneses, y que el gran turco los domina hoy, por desgracia.

Si todo esto no alcanza, te puede y debe bastar, y aun sobrar, la autoridad, el poder, la ciencia, la moderacion, la piedad, la justicia de los señores que aprobaron esta obra. No hay virtud ó prenda que no concenrra en dichos aprobantes. Todos son respetables, y cada uno de ellos sobrado para convencerte por razon, y aun á infundirte temor y temblor por fuerza. Unos son táticos y otros expresos y declarantes. Quiero decir que unos callan y piedras apañan; otros se explican y apedrean sobre tu calavera. Entre los táticos hay Cornelios que son incapaces de adulacion, y pican mas en el rigor de la censura que en el favor de la alabanza. Al oir Cornelio, apuesto que estás tan léjos del objeto y de mi pensamiento, como de tu juicio; y que concibes y entiendes por la voz, ó la herramienta del toro, ó el remate del bonete; que todo es cornerito. Entre los declarantes hay Cicerones, hay Virgilio capaces de desenmarañar los enredos de Verres, y de enmarañar ó desarmar las furias de Catilina, y no ménos capaces de hacer pasar una nave por caballo, y eso sin mentira; ó despistar un armamento fiero, cuya figura y apariencias sean caballo que nada ó vuela, y la sustancia y realidades sean aves que surcan el mar y sus espumas.

Advierto aquí que Catilina no era mujer, sino hombre, y bien taimado; que Verres fné un berraco como tú, sin dejar de ser racionales ambos como tú, él por naturaleza, tú por privilegio. Ya sabes que el caballo de Troya tenia vientre, como tú tienes panza: con esta diferencia, que él paria y soltaba soldados, como tú sueltas y pares lo que no digo: *Uteraque armato milite complent*. Siento el hablarte latin, pues no puedo hacerte entender el castellano, aun por circunloquio; pero consuélate; que no es por tí, sino por mí y para los demas leyentes.

No me has recordado las coplitas del encanto. Mira si

decía yo bien, que la memoria es cosa vil y faltosa. No importa; que yo aquí no traigo mi tema con ella, sino con el entendimiento, de que hay mayor falta, y es mas del caso para los predicadores. Siendo así que ellos son los que mas se quejan de que les falte la memoria, y con razon á veces. Ya tendrán su lugar despues; que yo ahora y siempre mas quiero fiarme de la propia que de la ajena. Y ya que me acuerdo, toma esta obra que hizo años ha un picaron á un padre maestro predicador, el cual cojeaba de ambas poteneias como tú, y daba fieros gritos muy satisfecho de si mismo, y que esto de predicar consiste en la pujanza, y ha de ser á voces.

Predicó, que se hizo rajás,
Mas perdióse en una historia;
Que es vil cosa la memoria,
Y el entendimiento pajás.

Y nota de paso que tampoco consiste en oficio ni dignidad, ni en que el predicador tenga *coram vobis* y hable con prosopopeya. Advirtiolo el otro poeta, y fué á un religioso muy grave y de religion discreta.

Aleson, hombre de chapa,
Predicó á lo retoral;
Y puede predicar mal
Delante del mismo Papa.

Si aun estás terco y te petrificas por el mismo caso de haber sido hombres de tamaño esfera los aprobadores de la obra, desengáñate y cede á tantas y tan buenas reflexiones que hacen otros de tu misma profesion, y aun de tu mismo palo, cualquiera que este sea y sea aquella. Unas las puedes leer en el mismo libro y en boca de sus autores; otras las debes oír de tantos como lo aplauden por el mundo. No son ménos que toda España, como verán luego, excepto tal cual ente volatín y hombre de soplillo ó alquilado; y á tí, seas ó no alquilador, seguro de que eres de carne y hueso, pero algo estúpido, y que por lo que tienes de tronco te lignificas, creo no obstante que el circunloquio te hace fuerza tambien por esta banda; porque tambien aquí se apiña el círculo y se estrecha. Aguarda un poco; voy con el cañón á metralla.

La tercera y última recomendacion de esta obra (vale por todas, y léela con cuidado) son sus virtudes y ejemplos, sus conversiones, sus milagros, sus maravillas, y en una palabra, sus frutos. ¡Oh amados leyentes míos! Recorred estas cosas y parad de pasmo; y si no, andad de puro aturdidos de aquí para allí, ó como el circunloquio, de unas en otras. Pero sea á la redonda, como lo hacen los niños; que si no, saldrá de imperfecto el circunloquio. Al caso. Ninguna prueba hay mejor y mas conveniente que esta; porque el árbol se conoce y recomienda por sus frutos, y no da peras el olmo, ni el alcornoque dátiles ó tamarindos; tampoco el encino y el roble dan sino bellotas, y el zarzo, el matorral, la cambrónera solo dan espinas y malezas. Pero al punto y al centro del circunloquio amado.

El árbol bueno da frutos buenos, y no malos; el árbol malo da frutos malos, y no buenos: otra cosa no puede ser: es principio fundamental, liso y llano. Niégamelo ó derroca este fundamento, y verás adónde vas á dar y yo te llevo, y no será por circunloquio, sino *vía recta* y sin rodeos. Supongo que lo concedes. Infiere ahora si tienes algo de ilacion; y si todo eres hilaza, saca de aquí la bondad admirable de este libro, cuyos son los frutos que te presento: al detalle.

Frutos son, conversiones son, milagros son (hablo de

tejas abajo, acá *inter nos*), sanar á locos, dar discrecion á tontos, hacer de farsantes predicadores, y de predicadores aereos, vanos, fútiles, indignos, socces, predicadores sólidos, asentados, sesudos, dignos, limpios. Hacer á los auditorios que amen y deseen la verdad que ilustre y la compuncione que aproveche, y conseguir que los oradores miren á Dios y al bien de su pueblo, y den con el buen ejemplo el pasto saludable de doctrina sana, piadosa, divina.

Frutos son las virtudes, y la virtud es la flor y el grano de los frutos. Ojo al circunloquio, y mira que hablo tal vez en alegoría y con analogía, y como de frutos en la prensa, así de virtudes papiráceas y de imprenta. Virtud es enseñar á ignorantes, corregir yerros, sanar enfermos, y aun visitarlos. Virtud es el celo de la palabra de Dios y el amor y deseo del lustre de su casa. Virtud es la prudencia y discrecion, y mas si esta discrecion es de espíritus, y la prudencia, de las que lucen en la correccion fraterna, la cual nace de la caridad y es parte de ella, como sabes, y tiene su filis y cuenta. Virtud es, y la suma de todas, el padecer persecuciones por la justicia. Mira si dicho libro, en la prensa ó fuera de ella, observa estas virtudes y las enseña. Quien dice libro, dice autor; que como hay oradores que predicán á bulto y hablan *ab hoc et ab illo*, y escritores que vuelan y no saben adónde; ó como el otro decia, en todo este discurso hemos de ir *in incertum*, así hay leyentes que todo lo toman en cerro. Rnégote que no seas uno de ellos; pero si lo tienes por naturaleza, prosigue adelante, con tal que creas que yo no hablo contigo. Ha sido digresion, y de estas y de paréntesis gusta y lleva de genio el circunloquio.

Dejo aparte y como á los bordes de él, otros milagros, como son, correr un libro sin piés, y aun estando atado; volar un tomo sin alas, y cortado el vuelo, tomar nuevo y mayor aire; cobrar un escrito y un escritor mayor fama y nombre con la persecucion y en la infamia; hallarse un cuerpo en todas partes, y venderse caro y darse ó tenerse por barato. ¿Qué te parece, ó qué quieres?

Todo nace del aprecio,
Y el aprecio de bondad;
Un libro no tiene precio
Si es bueno, y á la piedad
Mueve con chiste, y da recio.

Pero descendamos á ejemplos ó casos particulares. Me place y convengo. Escojo de muchos pocos, y estos flamantes, y los encajo al pié del circunloquio, y si no, á la redonda. Abre los ojos é imita; que inventar no te conviene ni se hizo para tu mollera.

1.º En el reino de Navarra un predicador Gerundio y que habia gerundado largos años, luego que leyó este libro entró dentro de sí y se retractó públicamente de los chicleos antiguos, andando en circunloquio por el púlpito y con el libro en la mano. En adelante predicó bien y con aplauso, y aun prosigue. Como quien tuvo, retuvo, y no es fácil dejar de golpe un hábito largo, y el natural sabe á lo que es aun cuando se corrige, empezó su primer sermón así: «¡Mal haya quien gerundea, y bien haya quien se desgerundia, etc.!»

2.º En el señorío de Vizcaya hizo mas otro que era Gerundio pajarero; pero de ménos pico y de vuelo mas tardío. Ilizo voto de no gerundiari mas y ser misionero para siempre. Se está disponiendo. Cada dia reza una

salve, para que el autor prosiga la obra, y el primer tomo corra y no se prepedite ó le prepediten otros. Tres veces al día lee la admonición familiar y juiciosa del reverendísimo á Fray Blas, aquel de cuya bodoquera salió el infeliz bodoque de nuestro Fray Gerundio, hijo peor de padre bien malo.

3.º En la Mancha casi lo mismo acaba de suceder mas recientemente : en la Extremadura un predicador barbiponiente y lampiño, de papeles propios, estando congregando arrapiezos ajenos para vestirse de remiendos varios, todos gerundinos y con ánimo de gerundiar á trompa-talega, entre cuesta y cofradía, hubo á las manos este libro. Leíale por curiosidad, y aun con desprecio en los principios; en los medios con furor y rabia, ira y enojo; en los fines con sumo regocijo y paladeándose hasta no mas en ciertos pasajes; pero con ánimo dañino y resolución maligna, todo en contra del autor y del fin de la obra. ¡Oh dura suerte y volubilidad malisana de los consejos humanos! Era su idea y se propuso sacar de la miel y de la triaca hiel de mortal cicuta, entresacando de todas las boberías del maestro y discípulo (digo Fray Blas y Fray Gerundio) la quinta esencia, y no como zumo linfático de fatal delirio, para predicar á lo gaitero y hacerse celebrar de mosquetero. Pero ¡oh virtud de tomo y no lomo, oh fruto de leyenda útil y pegajosa! Al llegar á cierto punto de la plática del reverendísimo á Fray Blas (es de gran peso) se halló trocado en otro hombre. Quemó todo el farrago de sus legajos de papeles colecticios, y se suspendió á sí mismo del púlpito por diez años.

4.º En los reinos de Castilla es donde mas aprecio tiene y coge mayor fruto. En Ciguñuela un predicador mayor le presentó en el púlpito, y mostrándose al auditorio, le besó, y dijo: «¡Bien haya la madre que te parió! Tú infundirás juicio á locos, madurez á verdes, y á lijeros peso.» Y tomó por tema que este libro era el libro del milagro.

5.º Otro predicador de campanillas y jubilado de cascabel, hizo lo propio en Calva-rasa, y no se hartaba de llorar y besar el libro; y añadió que solo él era una librería entera, y uno como molde de hacer sermones.

Lo mismo (hablo á poco mas ó ménos) sucedió á otros muchos en Caraquiz, en Jarama y en las tierras de Madrid, y en Zaratan junto á Valladolid, y en Tejares cabe Salamanca. Escojo dos solos casos de infinitos.

6.º El primero (esto es, el de Tejares) subió al púlpito, y habiendo dado un profundo suspiro y una grandísima palmada sobre el borde, agarró el libro con las dos manos, y exclamó á gritos, diciendo: «¡Oid, los de Tejares, oid! Que acabo de venir de Salamanca y os traigo un tesoro. ¡Oh libro de plata mejicana, oh volúmen de ámbar y de algalia, oh tesoro mayor y mas precioso que toda una India!» Y luego, palmeteándole con caricia y encaramados al púlpito los ojos, concluyó: «¡Este es el libro de libros; esta sí que es obra de romanos! Otros libros ayudan cuando mas á formar sermones; este á formar y reformar predicadores. Quiera que no, se pega á uno, y uno se empapa en él. Estoy pasmado de él, y soy, como él, hechizado por fuerza, por su encanto.» Y se retiró al desierto.

7.º El segundo (este sucedió en Caramanchel) hizo extremos aun mayores, y entre ellos se sacó un bocado de un mordisco, sin tocar en las letras, y lo guardó por

reliquia, diciendo: «Mas estimo yo el forro de este libro que el fondo de otros. Todo el día lo colmaré de elogios, y á la noche lo tendré en la cabecera por almohada. ¡Oh libro, y si el Rey te viera; oh libro, y si el Papa te aprobara!» La conclusión fué, que juró tener en él su lección espiritual, y practicar por él á los frailes y tambien á las monjas.

¡Oh libro todo salado,
Que salpicas discreción
Y empapas en devoción
Al que te lee con cuidado!
Sacas por fuerza ó de grado
De las espinas las flores,
De las tinieblas candores,
Y haces con tu chiste y sal,
De hombres que predicán mal,
Los buenos predicadores.

Por si te cansas, miéntas entre burlas y véras me divierto, concluyo este circunloquio, no porque hago punto redondo, sino porque me planto en el meollo del Gerundio y me encastillo en él, miéntas él en mí se acobia. Ojo alerta al circunloquio. Arguyo así, y te hago juez en la causa.

Supon tú que soy religioso, y yo supongo tambien que tú lo eres. Dame tú ó señala la religion que quieras, soy contento: todas son buenas, y la mas mediocre es santísima y muy sabia. Yo te hago á ti teatino ó padre de la Compañía de Jesus: no es poca gracia. Y nota que te doy por entradilla ó para la entrada una de las tres letras *I. H. S.*, ó ingenio, ó hacienda, ó sabiduría, y aun todas juntas con el complejo y significacion de ellas.

El partido es bueno. Y esto supuesto, arguyo así. Y aquí de Dios y de la razon, del juicio de la obra y del circunloquio.

O en tu religion ó en la mia ¿hay algun fatal Gerundio, ó no le hay? Escoge. Si no le hay, á Dios las gracias, y yo me complazco. ¿Pero de qué te quejas y qué te duele? Dímelo por tu vida, penoso mío y sin amores, quejumbroso y sin penas, y de vicio; y respóndeme, si puedes; que yo no lo sé, ni hallo dónde te aprieta el zapato.

Si le hay, dichosas de tu religion y la mia, y dichosas una y mil veces, supuesto que no tienen sino un solo Gerundio, ó tal enal y muy raro.

Por merced de Dios no son muchos, y esos regularmente serán de la metralla ó morralla y como apuntados con el dedo y tildados en la órden por gente descabezada. Y toma la prueba. ¿Son mandados? Ni por pienso. ¿Son aprobados? Nada ménos. ¿Son permitidos ó siquiera tolerados á las claras? Tampoco. ¿Pues qué? Gente indócil y mal mandada. Ganado difícil de recoger y enderezar, y aun de discernir, y que se escabulle á la providencia de los superiores, que por fin es humana. Son como la pulga y el mosquito, que andan saltando de aquí para allí. Son como el arador y la verruga, cosa chica ó medio invisible y no de mucha monta en un cuerpo vasto y giganteo. No es de admirar que haya tal cual malo entre muchos buenos. La maravilla es que haya tantos buenos en medio de un mundo todo malo. Hasta aquí va bien. No puede decirse mas del colegio apostólico y de la primitiva Iglesia.

Pero al fin, ya hay un Gerundio, y tales cuales en tu religion y mia. ¿Quién lo duda, y que en unas mas y en otras ménos? Concédolo redondamente. No lo niegues. Está claro. Es cosa de hecho, y que la ven y palpan todos.

Confesémoslo de plano, y tú y yo juntos. Es así, y no es extraño. Así es, y en eso quedamos. Ahora aquí conmigo. Vuelvo otra vez, y vuelta al circunloquio. Arguyo así.

¿O queremos que se quite este mal, y esta plaga ó haga se disipe, ó no queremos? Si no lo queremos, es malo y malísimo. Mira que nos obstinamos, y somos incurables; no lo permita Dios! y tu religion te castigará. Si lo queremos, como supongo y se debe, ya sabes que el querer á secas no basta. Es menester poner las manos á la obra ó al remedio. Obras son amores; que no buenas razones. Ya sabes que es necesario hablar para explicarse uno y para entendernos todos. En boca cerrada no entra mosca. Y ha menester abrirla el hombre, porque no es ángel para hablar con el pensamiento á solas. Y no es mal médico si con solo hablar y razonar cura la dolencia. Ya sabes que quien calla otorga. A lo ménos si hay obligacion en contra, ó se debia hablar, es cierto, como tambien lo es que los ministros de Dios tenemos obligacion de oponernos á los abusos, escándalos públicos y otros inconvenientes ó males que perjudican á la pureza de la palabra de Dios y al bien del pueblo.

Así lo hacemos, unos mas, otros ménos, y lo practica el autor de la obra, el cual habla por no callar y por no ser participante ó consensiente en el pecado que no hace ni le aprovecha. Y tambien porque Dios le dotó de prendas para ello en despejo, lengua y pluma. Es pica que pica poco y peca nada. ¿Qué sabes tú ni qué sé yo si cuando hace del que rie llora? ¿O si está hoy haciendo penitencia? O si habiéndola hecho es como satisfaccion de obra lo que escribe y te presenta?

Aunque picase el autor
Algo, y nos diese un pellizco,

Su pluma no da mordisco,
Ni su estilo es de furor.
Sabe que breve dolor
Es materia de gran gozo,
Y este no cae en el pozo
Cuando se mata el pecado;
Dios queda glorificado,
Y el hombre con alborozo.
Es doctrina de San Pablo,
Y el santo la practicó
Cuando, usando del vocablo,
Con la fraterna rompió
El hocico al mismo diablo.

Tenia ya concluido, como ves, este mi primer circunloquio, y cuanto es de mi parte le habia fijado en su punto céntrico, cuando cata aquí que se rebulle por su propia virtud, y dando otra vuelta en honor de sí mismo, chilla que rabia, y empieza á darme quejas sobre que no lo he acabado como debo y con la gloria y el chiste que se merece y esperaban de él los leyentes de gustillo. La vuelta fué refleja y me salpicó con estas reflexiones, que te reduzco á una cantinela alegre, no solo para que te diviertas la comezon, si algo te pica, sino para que veas la fuerza que tiene el circunloquio en general, y cómo está dominando el universo mundo.

Arrímate á una pared, y si eres tapia, arrinado á tí mismo oye por reflexion, y escucha lo que en derectura puede y vale el circunloquio *ut sic* y en general, y tambien dividido en partes y derramado en sus especies, y la predicacion actual de sus mejores individuos. Ruégote que, si sabes cantar, me lo bordes; pero si no, no porfies. Escucha atento, y basta. No hagas lo que los teatinos, que á fuerza de cantar mal, nos rompen el tímpano auricular y dan dolor de cabeza, y ellos crian catarro y se rompen la nuez de la garganta...

DEFINICION Y REMATE DEL CIRCUNLOQUIO.

1. Alma del circunloquio,
No temas nada;
Puedes hablar con todos,
Y barba á barba.
Entre las gentes,
Donde quiera que vayas
Tienes parientes.
2. Circunloquio del alma,
Corre tu giro;
Que al fin todo este mundo
Anda contigo.
No es nada el cuento;
Salga del circunloquio
Una vez dentro.
3. ¿Qué son los altos cielos
Bien comparados,
Sino unos circunloquios
Lindos y claros?
Ellos regulan
Por compases los pasos
Con que circulan.
4. El globo de la tierra
(Tenga y repare)
Es vasto circunloquio,
Que ande, que pare.
A no ser tema,
Le daría ese nombre
Todo sistema.
5. Microcosmo es el nombre,
Mundo pequeño;
Porque es un circunloquio
Todo en sí mismo.
Uno es redondo,
Otro con sus esquinas

- Es mas tolonдро.
6. Dentro y fuera del siglo,
Por donde quiera
Hallarás circunloquios,
Y en toda esfera.
¿Qué es el cerquillo?
Circunloquio mediano
Con su tontillo.
 7. Da vuelta á las iglesias:
¿Qué es lo que encuentras?
Circunloquios de misa
Con que tropiezas.
¿Qué es la corona?
Circunloquio pequeño
Que se jabona.
 8. Hasta el padre teatino,
En su sombrero,
Se saca un circunloquio
Como un harnero.
Ronda las casas
Circunloquio ambulante
Que vende pasas.
 9. Véte por las audiencias
Y los estrados;
Si la sala es enredos,
El pelo es lazos.
Y es cosa rara
Ver cómo el circunloquio
Sale á la cara.
 10. Son el juez y el letrado
Con aldeaños,
Circunloquios de pleitos
De muchos años.
Y el escribano,

- Es otro circunloquio
Del mismo diablo.
11. Mira, los negociantes
Son circunloquios
Que van dando mil vueltas
Con el comercio.
Por mar y tierra
Los giros que van dando
Les da la guerra.
 12. Mira al rey y al vasallo,
De eso blasona:
Este con la obediencia,
Y él con corona.
Trae en su frente
Circunloquio brillante,
Que arrastra gente.
 13. No hay sin el circunloquio
Cosa ninguna:
Con él hacen su rueda
El sol y luna.
Y en las estrellas
Hallarás circunloquios
De luces bellas.
 14. Circunloquio es en suma
Un fenómeno
Que da vuelta redonda
A malo y bueno.
Es como el ente,
Todas las diferencias
Lleva en su vientre.

FIN DEL CIRCUNLOQUIO PRIMERO.

APENDICE. — JACARA NUEVA Y CURIOSO ROMANCE.

Allá vas, jácara nueva,
 Jácara valiente y guapa,
 Jácara de macarenos,
 Jácara de rompe y rasga,
 Jácara con su penacho,
 Jácara de uñas y garras,
 Jácara con sus bigotes,
 Jácara de gresca y zambra,
 Jácara que va corriendo,
 Que se la lleva la trampa.
 Y aquí invoco, no á las Musas,
 No de los sátiros flautas,
 No de Apolo la corneta,
 Si de Galicia las gaitas,
 Si dulzainas de Valencia,
 Si tamboril de Vizcaya:
 Toda suerte de chillatos,
 Toda especie de guitarras,
 Todo género é individuo,
 Con sus piés, manos y patas,
 De salterios mal acordes
 De Rusia y la gran Tartaria:
 Flautas, pitos, traveseras
 De la membruda Alemania;
 Trompas de caza de Frisia
 Y cornucopias de Arcadia,
 Zampoñas de todo el mundo
 Y el fole mayor de Arabia.
 Resuene el chilllo canoro
 Desde aquí hasta la Canaria;
 Pero ¿adónde gira el rumbo,
 Y corre ó vuela que rabia,
 La jácara retumbante?
 ¿O contra quién se encarama
 La jácara cresta en plumas,
 Como quien echa las garras,
 Y en el plumaje y los ruelos,
 Uñas y cresta se calza?
 Voyólo á decir; que la pena
 Se alivia cuando se canta.
 Oigo que andan en cuestiones
 Los escribanos de España
 Sobre un cierto Fray Gerundio
 Que en los pulpitos escampa,
 Y con mal sano consejo
 En sus sermones desbarra,
 Perdida toda vergüenza,
 Y echada al toro la capa,
 Sin pensar que á Dios no place
 Un predicador Juan Rana,
 O que puede el mal demonio
 Soplar bien á quien mal canta.
 No conozco á Fray Gerundio;
 Pero sepa, si se llama
 El Gerundio por buen nombre,
 Que tiene muy mala fama.
 El nombre no se lo envidio,
 Ni le arriendo la ganancia;
 Tenga consigo sus preudas;
 Que yo no le quito nada.
 Si andas tras los mosqueteros,
 Si gustas de truhanadas,
 Tómese este mosquetazo,
 Y mosquee con la bala.
 No piense que gasto siempre
 Toda la pólvora en salvas.
 Un predicador Locarías
 A sí mismo se difama,
 Y al pueblo le escandaliza,
 Por mas que él haga sus mangas,
 Ensartando disparates,
 Cuando le llega su tanda.
 Lláménle Gerundio ó Jerga,
 Y aunque coja buena ganga,
 No es ese oficio de cuerdos

Ni la cuerda está templada
 En su lengua y su cabeza,
 Si predica cosas vanas,
 Y en flujo de desconciertos
 Los devaneos hilvana.
 ¡Oh Dios, y el ruido que mete
 Un casco de calabaza!
 Pero al cuento, y prosigamos
 En la historia gerundiana.
 Yo no sé si mas me queje
 Del borrico ó de la albarda:
 Digo, del que sube al puesto
 Y dice las horricadas,
 O del concurso salvaje
 Que los rebuznos alaba;
 Siendo el alma de la fiesta,
 En funcion que todo es paja,
 El orador Juan Danzante
 Y un sermon que todo es gaita,
 Los oyentes todos bultos,
 Y el congreso todo danza;
 Sin haber quien considere
 Que no estamos en la plaza,
 Y que funciones de iglesia
 No son entremes ni farsa.
 Lo que les noto, y es cierto,
 Es que los lleva la trampa,
 Sin que les valgan excusas
 Al oyente y al que habla,
 Cuando sobre sermon malo
 Uno con otro se rasca,
 Siendo como la zampoña
 Y el soplo que el folle ensancha.
 Ya saben que aunque uno sea
 A un tiempo gaitero y flauta,
 Órgano con su teclado,
 O las cuerdas y guitarra,
 Si no hay mano que lo toque,
 Si el soplo en boca le falta,
 Todo el órgano está muerto,
 Toda la bandurria calla,
 Las teclas todas se amorrnan,
 La cuerda no brinca ó salta,
 Y el fuelle mas vocinglero
 No chillá ó chista palabra:
 De suerte que falta el son,
 Aunque esté á punto la danza;
 Y dando que el son no falte
 Y mueva á danzar la gaita,
 Es como si nunca fuera,
 Cuando al son ninguno baila.
 Así que es comun la culpa,
 Y en ambos encuentro falta:
 Si es gaitero el orador,
 ¿El pueblo por qué lo aclama?
 Y si el concurso es gaitero,
 ¿Por qué no le desengaña
 El orador que debiera
 Predicar al pueblo al alma?
 Así pues, que obran de acuerdo
 Y andan juntos en la farsa.
 Juntos rien, juntos huelgan,
 Juntos hacen la ensalada;
 Y así como pecan juntos,
 Soltarán juntos la maula,
 Cuando al ajustar las cuentas
 Vengan juntos á la paga:
 Si bien al que peca doble
 Se dará pena doblada.
 No piensen los oradores
 Que les contarán por gracia
 El chiste, los chicoleos,
 La chanzoneta, la gata,
 El meneo, la chufleta,
 Y el garbo con que echan planta.

Es mayor el juicio entónces
 De quien ménos se recata,
 Y toca al que es mas liviano
 La sentencia mas pesada.
 Las burlas se vuelven véras,
 El rigor signe á la chanza,
 Y pára en tragedia el cuento
 Que empezó por mojiganga.
 Pero pues los del Gerundio
 (Hombres de maldita casta)
 Por razon no se gobiernan
 Y el juicio en ellos no canta,
 Hechos á andar con el mundo
 Y á pasar por lo que pasa,
 Llevan que el que vive vive;
 Que lo de despues hoy no arma
 Contra el gusano que muerde,
 Contra conciencia que clama,
 Contra su propio decoro,
 Contra Dios y su palabra.
 Oigan el grave conjuro
 Que un ciego les pone al arpa,
 Y el auditorio no ignore
 Lo que en su cara les canta.
 ¡Mal haya quien gerundeá,
 Y hace del templo campaña,
 Aunque sea en los sermones
 De una cofradia asnarga!
 ¡Quiera Dios les dé San Blas
 Un mal rato de garganta,
 Ya que no quieren á buenas
 Enseñarnos cosa sana!
 ¡Plegue á Dios que no descargue
 Al auditorio otra plaga,
 Y en las orejas y el gusto
 No les nazca alguna sarna!
 Puesto que en las cofradias
 Celebran las truhanadas,
 Y oyen mas aína á un loco
 Que al que dice cosa santa.
 Mas porque esto es general,
 Y por si lo otro no alcanza,
 Voyólos á atacar en cuerpo,
 Y carga con la plegaria.
 Quiera Dios que, si es bonete,
 Que en cuatro puntas remata,
 Todo se le vuelvan cuernos
 En la frente y en la cara;
 Y uno se le encaje ó meta,
 Aunque sea media cuarta,
 Donde no digo y se sabe,
 Como es entre nalga y nalga;
 A ver si escarmienta, y sabe
 Predicarnos siempre al alma.
 Quiera Dios que, si es capilla,
 Cuando toda se la cala,
 Se le vuelva en caperuza,
 Montera ó cosa que valga.
 Ruego que de mas á mas,
 Cuando el cerquillo se rapa,
 El barbero no le deje
 Pelo en la cabeza flaca,
 Para que por Calva-trueno
 Se le tenga por la calva,
 Y sepan todos que tiene
 Rapado el juicio á navaja.
 Quédaseme todavia
 El mejor pájaro en jaula:
 Será el cuervo que lo huele
 De á llega y así se escapa.
 No se irá; que la justicia
 Es igual, y va que raja:
 Quiera Dios que si es teatino,
 Con su manteo y sotana,
 Y aquel sombrero de duelo

Con que á las viejas espanta:
No hablo del ropón que viste,
Y es cuento de mangas largas
Para si mismo el manguito,
Para los niños las pasas.
Quiera Dios que cuando tienda
Mas seguro pluma y garra,
Ninguna vieja le deje
En el testamento nada;
Que el tabaco y el chocolate
Se le pudran en la caja,
Hasta que crie carcinoma
De los sesos en la tapa:
O en el vientre aquel gusano
Con que la conciencia sana;
Que no entre en su puchero

Carnero negro que bala,
Y que su caldo no cate
Gallina negra ni blanca.
Bástale, como á los otros,
Con media libra de vaca.
A todos ronde el conjuro,
Hasta tanto que se vaya
De los púlpitos y templos
Toda esta maldita plaga.
Y quedemos en que es bueno
Predicar bien, pero al alma.
Esto es lo que en los Gerundios
Persuade un libro de plata.
Belzebú es rey de las moscas,
Y este las moscas espanta;
Esto es lo que en circunloquios

Mi folio-volante trata.
Prosa que suelta el enigma,
Copia que el misterio canta:
Via recta, van perdidos
Si el circunloquio no alcanza.
Esto es lo que yo pretendo
En esta jácara parda;
Que aunque divierte á lo chusco,
En tono muy serio acaba.
Todo sermón, si es cristiano,
Tira á Dios, y es su palabra.
Mire bien no le conculque
Quien la siembra; porque basta
Lo que el mal demonio pierde,
Y el hombre bueno no agarra.

CARTAS APOLOGETICAS

en defensa del autor é HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS, contra el papel que dió á luz el Penitente del muy reverendo Padre Marquina. Impresas á costa de un apasionado de la dilatada familia de los Zotes y Rehollós. — En Campazas, año de 1787. Con licencia.

CARTA PRIMERA,

que se me antojó escribir á cualquiera que la quiera leer.

Muy señor mio: Ni á usted le ha pasado por la imaginación el escribirme, ni á mí me pasó por la calavera el responderle. Así pues, esta carta, breve ó larga (pues no sé lo que saldrá), no es respuesta ni calabaza. Es un turbión, es un ímpetu, es una ráfaga, es un empujón, es un antojo, es una manía, es, en fin, todo lo que usted quiera que sea; porque es cuestión de nombre, y no es negocio de que andemos á estocadas por este cómo se llama. Acabo de leer un papelón sin título ni autor, sin nombre fingido ni verdadero, propio ó prestado; con que no puedo decir á usted cómo es su gracia: solamente puedo asegurarle que no la tiene. Suena escrito por un penitente del Padre Marquina, capuchino, y capuchino muy conocido, pues el mismo escritor afirma que su confesor, el Padre Marquina, exclamó esto, le dijo aquello, y le aconsejó lo otro, y le enseñó lo de mas allá. No da mas señas de su persona, y aun estas (por lo que luego diré) se me figuran postizas. Así pues, hablaré con el Señor Penitente, ya que plugo á su merced presentársenos en este compungido estado. Y si consiguiera hacerlo penitente arrepentido (de lo que no desconfío, mediante la divina gracia), no se habrá perdido mi trabajo. De contado afirmo á usted con toda seguridad, que el tal Señor Penitente no es el penitente instruido por el venerable Padre Señery, pues ya verá usted pruebas convincentes de que al pobre pecador le falta mucha instrucción. El susodicho papelón del sobredicho Penitente tiene gana de ser una furiosa impugnación, ó por mejor decir, unas baquetas generales y de muerte del primer libro de la ruidosa *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*. Sin haber salido de este libro, queda ya calificada la obra por el devoto Penitente, «de impía, de blasfema, de injuriosa y denigrativa de todo el estado eclesiástico, secular y regular, de ofensiva á los prelados de la Iglesia, al tribunal de la Fe, á la soberana autoridad del Rey, y en fin, rea *lesae majestatis divinae et humanae*»; como delincuente y convida de todos los demás atroces delitos pasados, presentes, futuros y posibles, salvo el del-

cidio; que este quizá se reservará para el baqueteo del segundo libro. ¿Juzgará usted que esto me removió la cólera, y me encrespó la irascible en superlativo grado? Se engaña usted enormemente: jamás ha estado aquel humor tan tranquilo, ni este afecto mas en calma; así lo hubiera estado el de la risa, porque no me hubiera dado tan mal rato. Consentí que me sucediese lo que á aquel romano, á quien dicen quitó la vida una carcajada; por lo ménos las mías fueron tales, que en su comparación tengo para mí eran carcajadas de teta las que se usaban en la fiesta del dios del regocijo: *Et grandes mirata est Roma cachinnos*. Sosegadas algun rato estas cosquillas del gáznate, comenzaron á hormiguar tan vivamente las de los dedos, que no me pude contener sin tomar la pluma para ver si las podía apaciguar de aquel prurito ó comezon de escribir, que no acerté á explicar al principio de esta carta si me la escribiría solo á mí mismo ó la comunicaría á otros, para que hagan cuenta se la escribo á ellos. Todavía no lo sé; eso será conforme ella saliere, y como á mí me diere la gana.

Ahora le tengo de desbuchar á usted los motivos que tengo para creer y sospechar que el tal escribiente ó escritor no es ni puede ser penitente del Padre Marquina, segun lo que él mismo dice y sienta en el número 1.º: «que los confesores se conocen por los confesados.» Si esta máxima es cierta con la generalidad que el buen hombre la pronuncia (gracias á Dios que nolo es), resueltamente digo, ó que no es penitente del referido padre, ó le hace una injuria atroz, ó debe volver al molde su doctrina para fundirla de nuevo, achicándola un poco la universidad. ¿Quién ha de conocer aquel confesor por este confesado? Aquel religioso, este ni aun buen cristiano; aquel humilde, este lleno de vanidad y de propia satisfacción; aquel modesto, este destemplado; aquel de profesion austera, este desahogado de profesion; aquel versado en leer libros, este en revolverlos; aquel sabio, este ignorante; aquel veraz, este embusterero; aquel lleno de celo, este de furor. A su tiempo verá usted si me desmando ó exagero; pero miéntras tanto, dígame usted, para mi consuelo, si por las señas de este confesado se puede venir en conocimiento de aquel confesor.

¡Pobre Padre Marquina! si fuese cierto que los confesores se conocen por los confesados, y que era confesado suyo este penitente, no le arrendaría yo la ganancia; porque sería preciso confesar que el Padre Marquina era un hombre furioso, presuntuoso, envidioso, revoltoso, vanaglorioso, mentiroso, calumnioso, artificioso, y todos los acabados en oso que suenan á ferocidad, como leon, tigre, escorpión, anfisirena. Esto último lo dije no mas que por aprovechar este versécito: *Et gravis ingenium vergens caput Amphisireni*; pues por lo demás, ¿qué sé yo si viene á cuento? Por lo ménos *haec est vera effigies* de su devoto y compungido confesado. Pero consuélese su reverendísima; que el pobre pecador no lo dijo por tanto, y va tanta diferencia del retrato del penitente al original del confesor, como va de lo vivo á lo pintado.

Otra sospecha de que el tal penitente, ó no lo es del Padre Marquina, ó si lo es, este religioso no es sino su confesor de honor, como dicen que ahora se usan algunos, se funda en otras cosas que dice el santo varón con un candor que edifica. Afirma en la introducción «que, no obstante que su director insiste en que se abstenga de escribir contra esta Historia, para no entrar en el número de los ignorantes, avisándole que tiene en el prólogo un durísimo morrion para burlarse de las cuchillas y saetas de parvulillos, y que toda esta obra parece sana y útil, sin sátiras ni dieterios que la puedan hacer delatable á los tribunales; con todo eso, á su parecer, es digna de delación por satírica, sacrilega y escandalosa; para lo cual formará aquí los reparos que tenga, y pondrá los remedios». Concluyendo con una protesta en tono de amenaza, capaz de atemorizar y de poner tamaño al corazón mas intrépido. Vea aquí usted un penitente bien rebelde, ó á lo ménos cándido como él solo, pues paladinamente confiesa que su confesor le aconseja una cosa, y él hace otra; que su confesor es de un parecer, y él del opuesto; que su confesor lleva una opinión, y él lleva la contraria con el doctísimo Borradas. Su confesor le aconseja que no escriba contra la obra, y él escribe contra ella; á su confesor le parece sana y útil, y á él le parece pestilencial y pernicioso; su confesor juzga que no tiene sátiras ni dieterios que la hagan delatable, y él juzga que es digna de delación por satírica y escandalosa. Y es de advertir que este dictámen de su confesor no fué un dictámen ni un consejo repentino, transunto ó pasajero; fué premeditado y repetido con empeño. Esto quiere significar el verbo *insistir* con que se explica el confesado: «Mi confesor *insiste* en que no escriba.» Pues ahora, un penitente que desprecia los saludables avisos de su confesor, que no hace caso de sus consejos, y que se burla prácticamente de sus paternales amonestaciones inculcadas con instancia, ¿no da motivo para creer que solo es un penitente *ornatus gratia*, y que lo tiene por confesor solamente *ad pompam et honorem*? Por estos motivos estoy muy tentado á creer que no es penitente de quien dice; ó si lo fuere, en esto de la confesión seguirá sin duda la brutal opinión de aquel impío que cantaba:

Mi confesor me dice
Que no le quiera:
Yo le respondo: ¡Ay, padre,
Si usted la viera!

Pero lo que nunca creeré, aunque para convencerme

de ello se celebrara una congregación general de todos los críticos del mundo, es (aunque no faltó quien intentase persuadirme) que el autor del papel no era el confesado, sino el confesor; no el penitente del Padre Marquina, sino el mismo padre. *Abrenuncio: vade retrò*. Yo no sé si el autor de la *Historia de Fray Gerundio* conoce ó no conoce al Padre Marquina, porque esto de conocerse los hombres unos á otros, es mas obra de lo que parece. Lo que sé es que yo conozco mucho al Padre Marquina, y á mi parecer lo conozco bien. Por esto nadie me persuadirá que sea suyo un escrito tan necio, tan ignorante, tan insulso, tan mordaz, tan furioso, tan insultante, tan inconexo, tan inconsequente, tan mentiroso, tan vengativo, y todos los demás *tan*es que no suenan á bien. El Padre Marquina edificó á Madrid con su vocación, á Roma con su actividad, á Galicia con su celo, á Orán con apostólicas fatigas, y en su religión hace hoy una figura muy recomendable. El Padre Marquina ha sido oído en los pulpitos con estimación, ha merecido concepto en las consultas; y en los escritos que ha publicado (aunque yo he visto bien pocos), me dicen que ha logrado aceptación. El Padre Marquina (según afirma el escritor del papelote) ha profesado antigua y fidelísima amistad con el que quieren suponer autor del Fray Gerundio, y no se sabe que este le haya ofendido jamás de pensamiento, palabra ni obra. ¿Pues cómo me he de persuadir yo de que sea autor de un papel que tan mal trata á su antiguo y fidelísimo amigo, aun cuando el papel estuviere escrito con gusto, con otra sal, con otro tiento, con otro juicio, con otra ciencia y con otra crítica? *Credat judaeus Apella*.

No ignoro lo que se puede responder á esto. Diráse: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*; y que cuando se trata de volver por la religión atropellada, por el estado eclesiástico secular y regular ofendido, por los prelados de la Iglesia ultrajados, por los tribunales puestos á los piés, y por la misma potestad real usurpada ó desatendida, no hay amistad que valga; porque *amicus usque ad aras*, y en llegando aquí, beso á usted las manos, y adiós amigo. Sea por ahora así, y supongamos por un momento cierto todo lo que significan estas voces campanudas; ¿se hace verosímil que en este caso el caritativo Padre Marquina dejase solo de serlo con su fidelísimo y antiguo amigo, omitiendo en gracia de su antigua y fidelísima amistad, todos los preceptos de la corrección fraterna? ¿Había de hacer añicos estas reglas el mismo que tanto las inculca en su papelote, número 9? Había de darle el aviso fraternal y privado por medio de un papelón lleno de injurias, divulgado en la corte, y acaso en toda la España, ántes que llegase á manos del miserable delincuente? ¿Y me querían persuadir que un varón tan religioso, tan circunspecto, tan letrado, tan canonista, tan teólogo como el Padre Marquina, había de incurrir en este grave absurdo contra la santa caridad? Lo dicho dicho: *Credat judaeus Apella*.

Es verdad que parecen muy fuertes las razones en que fundaba su cavilación el que pretendía encajármela á mí. Apuesto yo á que ya ha consentido usted en que se las voy á exponer. Pues engañase, y echa acá la maula; porque como no sé quién es usted, pide la prudencia que no le diga todo lo que sé ni todo lo que digo. ¿Qué sé yo si será usted alguno de aquellos boquiru-

bios, bonísimas, docilísimas criaturas, que se convienen de todo lo que leen ó de todo lo que oyen, y tienen por demostraciones las mas miserables fruslerías? En este caso, infaliblemente daría usted al Padre Marquina por convicto y por confeso, si yo le expusiera los motivos en que fundaba su sospecha el que nos la quería embocar por evidencia. A la verdad no eran fruslerías, sino razones presentadas con tan buena cara, y al parecer tan ramplonas, que aun á mí me harían titubear si no fuese tan estrecho de tragaderas y tan acorador de graunzones que quieren colarse por trigo de buena calidad. Como estoy persuadido á que no siempre lo mas verisímil es lo mas verdadero, y á que *multa falsa saepe sunt probabiliora veris*, me quedé en mi incredulidad, y mas cuando noté que apuntaba algunos argumentos maliciosos y que hacían poco honor á dicho reverendo Padre; y nunca deben entrar hombres de crianza en esto que se llama « contiendas literarias y remoquetes de pluma », ni aun en disputas de otra clase. Por lo cual usted se estará en su curiosidad, y yo en mis trece de que el reverendo Padre Marquina no tiene mas arte ni parte en el papelote, que el dolor con que le contemplo de verse nombrado en él tan importunamente, queriendo el impertinentísimo escritor abrigarse ó protegerse á la sombra de tan venerables como religiosas barbas. Pero le sucedió lo que al ciervo de la fábula, que pretendió refugiarse entre los bueyes, y lo descubrió lo desmesurado de sus cuernos. Por tanto vuelvo á mi Padre Penitente, y dejemos al señor confesor, que no ha pecado; y si ha pecado algo, será algun pecadillo como el de las polainas, que se cuenta allá en el último arrabal del papelote con una sal que derrite los ijares.

Quisiera dejar todo lo que se llama prólogo al autor de la aplaudida *Historia de Fray Gerundio*, porque naturalmente me enfada gastar la pólvora en salvos; pero por otra parte me hace lástima echar á las espaldas mil preciosidades que contiene. Amen de esto no se puede tomar una plaza por sitio regular, sin echar primero á tierra, ó á lo ménos sin apoderarse ántes de las fortificaciones exteriores. Vamos pues con un polvo, un gargajo, un refregon, y manos á la obra. El prólogo es de nueva invención, pues comienza en tono de carta: « Mi carísimo dueño y favorecedor antiguo »: esto va bueno, carísimo, culto y cortesano: « Sabe Dios que he procurado con vivas ansias conocerte. » Esto ya no va tan bueno, pues un tuteo tan de topeton, al primer abordó y en prosa, descubre luego las zurrapas tras del tapon, y suena á crianza de polainas. En verso ya es permitido, y se puede tutear al Rey y al Papa, sin que se den por agravados por la etiqueta del Parnaso: así lo dijo el discreto Fray Supino en aquella admirable carta que escribió al reverendo Padre Gerundio:

Tú el travieso, tú el bellaco;
Pero ya de tues baste;
Aunque el Parnaso me dé
Licencia para tutearte.

Mas en prosa castellana, Señor Penitente, pórdoneme usted, es rusticidad y grosería; salvo que usted sea tan antiguo y fidelísimo amigo del autor, como su padre confesor, y que aquel le hubiese permitido esta llaneza; que entónces sería otra cosa. Mientras tanto yo bien sé que los grandes se tutean por grandeza; pero los pequeños, no siendo hermanos ó cosa tal, siempre lo hacen por par-

vulez. Sin embargo, este es chico pleito; y los cinco tues en ringle que usted le espeta una línea mas abajo, « de tu aspecto, de tu traje, de tu profesion, de tu trato y aun de tu estado, » vayan por las cinco llagas. En latín encajaron á un amigo mio otros cinco tues en este breve pentámetro:

Tute te fugias, si tu cupis esse tuus.

Y él los celebró mucho. ¿Pues por qué he de sacar yo la espada contra usted por la bagatela de que haga el autor del Gerundio el *tu autem* del tuteo en romance? Y mas que, segun usted es de agudo, está á pique de que me retrusque con el prólogo del mismo autor y de todos los prólogos que se usan en el mundo, en los cuales es moda el tuteismo. A que añadirá usted, muy satisfecho en su triunfo, que tambien es prólogo su carta; y que si el tuteo no viene á carta, viene á prólogo. ¿En este caso qué podré responder yo, miserable de mí? Aun para consuelo de usted y su mayor disculpa, le he de regalar á usted con este cuenteillo.

Salió á caza cierto señor de grande entendimiento, pero de presencia un poco basta. En el monte se desvió de sus criados y encontró con un lego de cierta religion, con quien trabó conversacion. El bendito lego, teniéndole por algun labrador de la comarca, desde el primer envion comenzó á tutearle. A poco rato vinieron los criados, y uno de ellos le dijo: « Gusta vuestra excelencia de montar? » Sorprendiéndose algun tanto el lego, y dijo al señor: « Perdone, hermano; que no sabía que su señoría era excelencia. » Pero el señor le consoló diciéndole: « Padre, no le dé cuidado, pues ya sé que tengo traza de *tú por tú*. » He oído decir que el autor del *Fray Gerundio* no es cosa; y así puede consolarse el devoto Penitente. Sobre todo, si dicho autor tiene traza de Cerbero, de sátiro, de esfinge, de avestruz y de gavilan, como nos lo dice su merced el Señor Penitente un poco mas abajo, ha hecho tan lindamente en tutearle. Por que ¿quién hasta ahora ha tratado aquellos monstruos ni á estos avechuelos, de usted, de señoría, de paternidad ni de reverencia? Lo que no puedo perdonar al Señor Penitente es, que levante al Cerbero el falso testimonio de que con sus tres bocas entona escandalosos latidos contra la fe, la esperanza y la caridad. No sabíamos hasta ahora que fuese este el oficio de aquel perro, mastín ó dogo, hijo legítimo y de legítimo matrimonio del gigante Tifon y de su mujer Echiana. El Cerbero que de padres á hijos y de abuelos á nietos ha llegado á nuestra noticia, era un perrazo como un filisteo, de tres cabezas, tres bocas y tres fances, que se acomodó por portero del infierno de Pluton ó en el infierno. Era su incumbencia hacer pedazos á las almas que pretendían salir; colear ó colobear, halagar y hacer muchas fiestas y abrir las puertas á todas las que se presentaban para entrar, sin meterse jamas con las tres virtudes teologales, que niaun de cara conocia el grandísimo mastín. Este es el Cerbero de quien teníamos alguna noticia; del otro de quien habla el Señor Penitente, nada habíamos oído: con que, tengo para mí que es un Cerbero formado en su celebro. Vamos claros; que el anagramilla no ha salido del todo desgraciado; y si hubiera alcanzado los tiempos del dómíne Zancas-largas, apuesto á que le premiaba. Lo de sátiro volante, que se sigue despues en aquellas palabras: « ¿Pero quién se admira de que vuele un sátiro? » tambien me ha dado coz; porque es un sátiro de nueva

especie, nunca visto ni oído en los bosques ni en las selvas. Los sátiros que se estilaban allá cuando las madres parían sátiros, así como ahora paren penitentes, eran unos semidioses, medio hombres, medio cabras, medio castrones, que presidían en las selvas y en los bosques con los faunos y los silvanos; toda gente alegre y divertida, pero un poco agreste, rústica y salvaje. Nunca se vió sátiro medío gavilán, medío avestruz, ni aun siquiera medío murciélago. Sus cuernillos, sus ojos hundidos, su cara piramidal, su barba larga, su medío cuerpo de castron, sus piés de cabra, y servitor. Pero sátiro con alas no sé que se haya visto hasta que el Señor Penitente lo sacó á volar; y así, el primero que se admira de que vuele un sátiro soy yo, y estoy seguro de que despues se han de admirar todos los demas que no tengan noticia de esta nueva fundacion de sátiros. Monsieur Tulp, célebre médico holandés, refiere en sus observaciones, que se condujo de Angola á Holanda y se presentó á Federico Enrique, príncipe de Orange, un sátiro cuya estatura era de un niño de tres años, la corpulencia como de seis, el cuerpo cuadrado, y lo demas como cualquier cristiano, salvo que tenia cuatro piés. Previene que era sátira, no sátiro, esto es, hembra y no macho; pero yo creeré que no era sátira ni sátiro ni calabaza, sino un monstruo de la especie humana, como los muchos que vemos cada día. Pero al fin, ni esta señora sátira tenia una alita de mosca de burro para elevarse un poco. Esto siendo así que las sátiras, especialmente si son buenas y de ley, vuelan mucho. Por tanto, lo dicho dicho: yo soy el primero que me admiro de que vuele un sátiro.

Lo que no me admira ni me admirará jamas es la estrafalaria inconexion con que trae esta exquisita erudicion el compungido Penitente. La cláusula inmediata dice así: «Pero no sé en qué consiste que al momento se me desvanece cuanto habia concebido, cayéndoseme las armas de las manos cuando quiero herirle»; y añade luego sin interrupcion: «¿pero quién se ha de admirar de que vuele un sátiro?» Hermano confesado, ¿qué connexion tiene esto de que vuele un sátiro, con que á U... se le caigan las armas de la mano? Pues qué, en viendo volar á un gorrion luego se le caen las armas de la mano! ¿Y por qué no podrá herir á ese picaro de sátiro, por mas que vuele? Apúntele bien, tirele un escopetazo, y verá cómo le alcanza, aunque su vuelo sea mas rápido que el de un arjarque. ¿Pero qué sabemos? quizá no será diestro en la caza de volateria, y solo se habrá ejercitado en correr liebres con galgos, de que da bastantes muestras en su papelon, pues algunas liebres levanta que no hay galgos que las alcancen, verbigracia, la de esfinge con tres caras, una de jesuita, otra de Fray Blas y otra de Barbadiño. La primera, seria y grave; la segunda, loca y presumida; la tercera, locuaz y bulliciosa. Hé aquí una bellísima esfinge de la última moda. Señor Penitente, lo puntualísimos y verdaderísimos anales de la fábula y de la mentira no hacen mencion mas que de una sola esfinge, con que Juno, en venganza de cierta bellaquería de su marido Júpiter con una moza de Tébas, castigó á los tebanos y se embocó en su monte Citeron. Esta tal dicha esfinge no tenia mas que una cara, y esa linda, cuerpo de perro, garras de leon, cola de serpiente y alas de murciélago para mayor gracia. Las otras dos que usted le añade, son de pura liberalidad. ¡Y cierto que con una cara de jesuita y otra de capuchino seria

de ver la señora nia! Soy de parecer que usted la quite esas dos caras con que se ha dignado regalarla, pues con ellas no la ha de conocer la misma Juno que la parió. Y de camino prevengo á usted caritativamente que en adelante digiera mejor lo que lee; porque si en las tres primeras trivialísimas erudicioncillas con que usted nos hace merced, desbarra tanto, ¿qué confianza podemos tener de las otras cosas mas hondas que toca en su mamotreto?

Pero ya que estamos en el capítulo de la esfinge, me hace lástima dejarle de la mano sin añadir lo que se sigue. Divertíase esta doncella en estos que llaman *acertijos* y *quisicosas*, que ponía á los caminantes: llamábalos con blandura, mirábalos halagüeñamente y les proponía este enigma con un cariño y una melosidad que admiraba el alma: «¿Qué cosi-cosa es un animal que á la mañana anda en cuatro piés, al mediodía en dos y á la noche en tres?» Los pobres pasajeros se daban por aquellas encinas, ya que no podían darse por aquellas paredes, siendo cosa muy natural que no hubiese paredes en el monte: no acertando con el enigma, eran irremisiblemente despedazados por la suavisísima doncella. Tanto, que afirma cierto autor anónimo, Mendo de Tal, que el monte Citeron parecia cimiterio segun los huesos y calaveras de los tebanos que se veían esparcidos por todo él, hasta que en fin quisieron los dioses inmortales que pasase por allí el príncipe Edipo, jóven de raras aventuras, y desató el enigma diciendo que ese animal era el hombre, el cual cuando niño (que es la mañana de la edad) anda en cuatro piés, porque anda en brazos ajenos; cuando mozo (que es á mediodía) anda en dos; y cuando viejo en tres; porque un baston ó una muletilla ¿á qué viejo se le puede negar? Desesperóse tanto la buena de la doncella de ver desatado su acertijo, que de pura rabia se echó por un precipicio, que debia de estar por allí á mano, y se hizo pedazos la cabeza; que cierto fué una grande lástima. No le hubiera sucedido esta desgracia, si usted y otros penitentes de su pelo hubiesen nacido en aquel tiempo, pues usted y ellos son unos animales que, cuando niños, cuando mozos y cuando viejos, siempre andan en cuatro piés. Y en verdad, que si entónces se usaran muchos hombres semejantes, el serenísimo Señor Edipo no lo hubiera contado por gracia.

Está conocido que el Penitente no es feliz en monstruos fabulosos; veamos si tiene mas fortuna en pajarotas verdaderas, sucediéndole lo contrario que á los poetas, segun la discreta salida de aquel inglés que habiendo compuesto un poema en elogio del usurpador Cromwel, y habiendo compuesto otro celebrando á Carlos II, legítimo rey de Inglaterra, cuando el parlamento lo restituyó al trono de sus antepasados, se le presentó al monarca. Este le leyó y dijo: «Mejor estaba el que compusiste á Cromwel.» A que respondió prontamente el pantegirista: «Señor, es que los poetas siempre son mas fáciles en la ficcion que en la verdad.» Como el Penitente no es poeta (ó á lo ménos no lo parece), puede ser que sea mas dichoso en la verdad que en la ficcion, y que habiéndole salido tan mal lo que dijo del Cerbero, del sátiro y de la esfinge, le salga mejor la comparacion que hace del autor del *Fray Gerundio*, con el avestruz y el gavilán, de que habla el profeta Job (no sabemos con qué razon ó con qué autoridad pone á Job en la clase de los profetas) en el capítulo 39.

De contado es cierto que ya tardaba la aplicacioncilla de un texto de la Sagrada Escritura para insultar al autor y para amenizar el papelón. Un textecillo en este género de composiciones ó desbarros, es una preciosidad, «diga lo que dijere el sagrado concilio Tridentino.» Y aunque el Penitente en otra se muestra con mucha razon (así fuera con igual oportunidad) acerbísimo defensor de esta justísima prohibicion, eso no importa; que á él no le perjudica, por cuanto tendrá privilegio para no conformarse con ella segun le viniere á cuento. Sea lo que fuere, el desdichado autor habrá de tener paciencia; porque, si no fuera el Cerbero que vomita (me equivoqué), el Cerbero que entona (porque el Cerbero es grande entonador) escandalosos latidos contra las tres virtudes teologales; si no fuere el sátiro con alas, ó la esfinge con las tres caras, por lo ménos, de ser el avestruz y el gavilán de que habla el profeta Job, no se escapa. El texto claro como el agua, y la aplicacion al autor del *Fray Gerundio*, no hay expositor que no la haga: *Pennis structionis similis est pennis occipitis*. ¿Que se rasque ahora el grandísimo bellaco! Pero aquí del reparo, prosigue el águila de los penitentes: «¿Cómo pueden ser parecidas las plumas del avestruz á las plumas del gavilán? Aquel pesado, este ligero. Aquel apenas se aparta de la tierra; este, acreditando su cuna sobre las alas del viento (ahí es un granito de anís la elansulilla), tiene su comun habitacion en el aire. Aquel hipócrita de lo volátil; este emblema de la altivez; ¿buena expresion de la aguilidad aguda! ¿Pues cómo pueden ser parecidas las plumas de dos aves tan diversas?» Ea, no se fatigue el lector; que ya se va á explicar el Penitente diciendo con el profeta, que aunque son parecidas en alas, no son semejantes en el vuelo, pues una siempre vive elevada, y otra, por ser pesada, abatida. ¿Qué le parece á usted de este parrafito? ¿No vendria de perlas á un sermón de cofradía en que el mayordomo se llamase Toribio Gavilán? Pero desplumemos primero el avestruz del Penitente. ¿Quién le diría á este señor que el avestruz, por pesado, apenas se levanta de la tierra? Dice que se lo dijo el profeta Job, pues aquí no nos cita otro. Pero el profeta Job en el último capítulo dice lo contrario: pues pintando en los números 14, 15, 16 y 17, las demas propiedades del avestruz, añade en el 18: *Cum tempus fuerit, in altum alas erigit: deridet equum et accessorem ejus*: á su tiempo (esto es cuando lo persiguen) levanta el vuelo muy alto y se burla del caballo mas ligero, dejando con la boca abierta al cazador. En verdad que esto no prueba ni tanta pesadez ni vuelo tan atterrado como lo pondera el Señor Penitente. Y si levanta estos testimonios á los profetas, á los que no lo son ¿qué testimonios no levantará? Fuérale mejor acusarse de esto á su padre confesor, segun sus prudentes consejos y no meterse en lo que no entiende; porque en Dios y en mi conciencia, no le da el naípe para impugnador, siendo así que es un oficio muy fácil.

De propósito no le cito al abad de Pluche en su célebre *Espectáculo de la naturaleza*, tomo 2, página 7, donde dice, con autoridad de Diodoro Siculo, «que las dos alas del avestruz son fuertes, aunque cortas para poder levantar del suelo tan grande mole; solamente le sirven de velas ó remos para tender y sacudir el aire, lo cual le da una grande lijereza á su carrera.» Mire si este pajaron es tan pesado como le pinta. Digo que no le cito

al abad de Pluche, porque temo que me diga que mis frases son propias de los *novatores*; y que estos me remitan las armas á mí tambien, como dice que se las ministraron al autor de *Fray Gerundio*. Cuando leí este despropósito, me descompuo la risa mi natural mesura sin poderlo remediar, y me acordé de este caso gracioso. En casi todas las comunidades de Salamanca se suele zumbiar por algun tiempo á los nuevos, llamándolos con diferentes nombres: en unas *catecúmenos*, en otras *neófitos*, en otras *insectos*, y en otras *novatos*. En una de estas últimas habia un religioso (buen fraile por cierto) que estaba muy mal con dicha zumba, pero no lo podia remediar. Por fortuna tropezó un día con una bula pontificia en que se hablaba mucho contra los *novatores*, detestándolos y anatematizándolos como lo merecen. El santo religioso, que estaba mas ejercitado en llorar pecados que en revolver libros, vase luego con la bula á la celda del prelado, y dícele azorado y aturdido: «Lea, lea, vuestra paternidad, y ahora verá si eran bien fundados mis escrípulos sobre estas negras zumbas que se toleran para mortificar á los pobres novatores.» Discorra usted cuánto reiria aquel prelado, pues no me reí yo ménos con la sandez de nuestro Penitente y de todos los que le acompañan en tratar de novatores á cuantos les enseñan lo que ellos no saben, pretendiendo espantar con este coco aun á los que no son niños mentecatos ni badeas.

Los novatores, Señor Penitente, en todos tiempos se han llamado, y lo son únicamente, aquellos que han enseñado ó enseñan nuevas doctrinas, contrarias á los dogmas de la fe, á las decisiones de los concilios generales y á las tradiciones universalmente aprobadas y recibidas por la Iglesia. Los demas, que en otras materias pertenecientes á las ciencias naturales, ó descubren nuevos rumbos, ó ellos los inventan, separándose del camino comun y carretero, ni son ni merecen el odioso nombre de *novatores*, sino el de gloriosos descubridores de sendas ignoradas, ó el de inventores de rumbos verdaderamente nuevos, que quizá guiarán á la verdad por mejor y mas seguro camino. Vea usted con sosiego y sin preocupacion si hay algo de lo primero en el *Fray Gerundio*, y si lo hallare y me lo hiciere ver á mí, yo seré el primero que grite contra el autor y que le declare por novator *in primo capite*; y si no se desdijere, tampoco seré el último que concorra con mi cornadillo ó con mi manojo á la hoguera. Algó pesadilla ha estado esta digresion; pero como nos hallábamos en el capítulo del avestruz, pégome este pájaro la pesadez con que á usted regalo.

En órden al gavilán tengo poco que decir, porque el Penitente le pinta que ni el mismo Don Pedro Calderon de la Barca le pintaria mejor. Aquello de «acreditando su cuna sobre las alas del viento, tiene su comun habitacion en el aire, donde animada flecha de sus plumas, ya se dobla como arco, ya se vibra como saeta, ya se exhala como rayo», ¿no pareceria bien en una relacion que Carlos hiciese á Lanza al volverse de una caza de cetrería? Es verdad que si yo fuese demasadamente reparativo, algo podría decir sobre las alas del viento, que se me figuran á las otras alas del sátiro, puesto que jamas he visto pintado al viento con alas, ni sé para qué las haya de menester, una vez que no ha de volar sobre sí mismo; pero este reparo se lo lleva el aire, y mas cuando

sabemos que hay ciertos vientos pestilenciales que se llaman *plumas*, y estas solas se diferencian de las alas en la forma y en el sitio. Mas dificultad me causa aquello de que el gavilan «sea animada flecha de sus plumas»; porque no entiendo lo que quiso decir el Penitente, pero acaso ni él mismo tampoco lo entenderá, pues acá también tenemos nuestro Gali-Matías (1), aunque el nuestro sea Matías sin Gali. «Al exhalarle él solo como rayo.» eso sí que estaba bien dicho y filosóficamente; porque ¿quién no sabe que el rayo es un cuerpecillo sutilísimo y muy espiritnoso que se evapora de las nubes luego que les quitan el tapon? Y como todas las nubes están con la boca hácia la tierra, en sacándolas el corcho (por ministerio del tirabuzon, como se hace con las botellas), el rayo se exhala hácia abajo. La filosofía es un poco nueva; mas no por eso le han de llamar *novator* al Penitente. Dejémonos de fruslerías, y en todo caso el autor del *Fray Gerundio* tenga entendido que es la mitad gavilan, advirtiéndolo no le hacen poco favor, pues á mal andar ya se supone medio parecido al otro padre guardián, de quien se dijo (no sé si con razon ó sin ella) :

Reverendo en Cristo padre,
Seráfico gavilan,
Prelado de San Francisco
De Asís, por lo que agarráis.

¿Pero apostemos dos cuartos á que usted no sabe por qué el Penitente llama avestruz y gavilan al autor desdichado de *Fray Gerundio*? La razon es clara y concluyente; porque «unas veces vuela al templo, otras veces se abate á la cocina; unas sube al púlpito, otras baja á la despensa; unas vibra sus filos contra la impericia de los oradores evangélicos, otras hace burla de un clérigo y de un fraile; y unas se pasea por los miradores, azoteas y galerías, otras camina por los cuartos bajos; unas eleva las atenciones para que conozcan la altura de su sabiduría, otras deja á los bobos con la boca abierta». Vea aquí usted unas razones que no admiten réplica, en virtud de las cuales queda el autor concluyentemente convencido de ser avestruz y gavilan, sin que tenga escapatoria. Pero diga usted al Señor Penitente que pregunte á su padre confesor, ¿cuántas veces su reverendísima voló al templo, y desde el templo voló también á la cocina y al refectorio? Cuántas subió por la mañana al púlpito, y por la tarde bajó á la despensa? Cuántas veces vibró sus filos contra la impericia de los oradores evangélicos, y despues para divertirse se zumbó con algun fraile ó con algun clérigo? Cuántas se paseó por las galerías del convento, y despues bajó á los lugares comunes? Cuántas subió al campanario, y desde allí se fué á las cantinas? Cuántas elevó las atenciones para reconocer la alteza de su sabiduría, y cuántas dejó á muchos bobos con la boca abierta? Pues cate aquí otro avestruz y gavilan, que no le pierde pinta al otro avestri-gavilucho. ¿Qué digo? desde Adán acá no ha habido hombre que no haya sido avestruz y gavilan, segun este modo delicado de concebir; porque ninguno ha habido que no haya tratado de cosas elevadas y abatidas, altas ó bajas, segun lo pide la necesidad. Quedamos pues en que esto lo dijo el pobre Penitente para aplicar con la mayor delicadeza el texto del santo Job.

No, señor, téngase usted ahí, replica el Penitente; porque «el autor, en el capítulo v, números 8 y 10, y

(1) El Padre Marquina se llama Matías.

en el capítulo vi, número 8, se abate á unas bajezas tan ínfimas, que solo el avestruz mas pesado y mas soez pudiera abatirse á ellas». Veamos cuáles son. En el capítulo v, número 8, cita el autor las palabras formales de cierto sermón que oyó, y en ellas un equívoco muy sucio; y está claro como el agua, que las cita para dar vaya, y todo contra el tal disparatado equívoco, pues añade inmediatamente que un gran letrado y hombre maduro lo trató de puero, sucio, hediondo y digno de hoguera. Dígame ahora: una indecentísima bajeza que detesta el autor tan fuertemente, ¿será de cuenta suya ó del orador evangélico que la dijo? ¿Y con qué buena fe atribuye el Penitente al autor lo mismo que este detesta y abomina? La bajeza del número 10 se reduce á que un maestro de niños, grande estrafalario y socaliñero, y muy agasajador de niños, cuyos padres le regalaban mas, bajaba él mismo las braguitas á un chicuelo para que se proveyese. Esta ya se ve que es una bajeza avestruzal, que no sé cómo no se le cayó la cara de vergüenza al autor cuando se resolvió á estamparla. Señor Penitente, como usted es tan melindroso y tan escrupuloso, es natural que jamas haya leído la abominable *Historia de Don Quijote de la Mancha*, que desterró del mundo los libros de caballería, así como en la *Historia de Fray Gerundio* se pretende desterrar del púlpito las caballerías de los libros. Pero haga usted que algun hombre mundanal y libertino, verbi-gracia, un militar ó un covachuelista (á los cuales honra usted con este lisonjero título), le lea el capítulo xx de la tercera parte de dicha *Historia*, en que se trata de la aventura de los batanes. Considere despacio (que es muy para considerarlo) el paso en que el buen Sancho Panza se fué soltando bonitamente las agujetas ó el lazo de los calzones, con todo lo demas que verá el curioso lector; y dígame despues qué le parece de esta avestrucesísima bajeza; mientras tanto que yo le aseguro que han leído este pasaje innumerables paladares, incomparablemente mas delicados y mas limpios que el de usted, y no han hecho hazauéncias ni espayientos.

De la misma especie son los que usted hace á lo que se dice en el número 3 del capítulo vi. Redúcese á contar que un niño pidió la caca, añadiendo que no sabía arremangarse: miren qué bajeza en un capítulo en que se trata de niños; como si no dijera el refran: «quien con niños se acuesta, etc.» que no quiero me avestruce usted tambien á mí si le acabo todo. Pero harto será que lo que mas ofendió su pudibundo y doncel garguero crítico de usted, no fuese aquella maldita palabra *arremangarse*, palabra obscena, palabra torpe, palabra diablammente soez, palabra detestable, de la última detestabilidad. Dígolo, porque así la han interpretado y han metido mucha bulla otros penitentes, ó por mejor decir, otros pecadores como usted. Aquí viene lo de no sé qué santo padre: *Verbum purissimum sed impurissima interpretatione donatum per mentem impurissimam*. Esta es una palabra limpia, honesta y sana, que la usan á cada paso los autores mas graves y mas serios: si se la quiere torcer á sentido sucio, no es culpa de la voz, sino de los hediondos oídos por donde cuela y de la apestada imaginacion que la recibe. Lo mismo sucede á otras voces muy honradas y muy puras, que han tenido la desgracia de estamparse en celebros enteramente vacíos. No quiero decir á usted qué palabras son estas ni

cúales las exposiciones que algunos las dan, porque tiene trazas de entenderlas como el que peor.

Solo me ha de permitir usted que le traslade aquí un bello cuento del célebre Molière en su *Crítica de la Escuela de las mujeres*, que es otra comedia sobre la admirable comedia que compuso debajo de este título; y la crítica es una noble y graciosa apología en defensa de ella. Notáronla de ménos limpia algunos penitentes que debían de ser de la misma fábrica de usted; especialmente en el pasaje en que la taimada Ines, fingiéndose muy sencilla, se burló del ridículo, celoso y extravagante Arnolfo, diciéndole que «su amante Horacio la había cogido el... la había cogido el...», y afectando que no se atrevía á pronunciarlo, hasta que al cabo paró en que Horacio la había cogido el lazo ó la cinta con que el mismo Arnolfo la había regalado. Sobre este *el* hacia grandes espavientos una dama muy remilgada y muy cultilatina, llamada Climenia, y decía á su amiga Urania, mujer sólida y de carácter muy diferente: «El lazo ó la cinta, pasen; pero aquel *el* en que Ines se pára ó se corta tan malignamente; aquel *el*, que no se dijo al aire y sin misterio; sobre *el*, sobre el cual se ofrecen á la imaginacion ideas tan extrañas; aquel *el* me escandaliza furiosamente; y por mas que se diga, nunca se podrá justificar la insolencia del tal *el*, y en fin, la honestidad de una mujer.» Enfadóse la solidota Urania, y le espetó esta admirable doctrina: «La honestidad de una mujer no consiste en hazañerías; á cualquiera cae mal afectar el ser mas honesta que las que verdaderamente lo son: la afectacion en esta materia es peor que en cualquiera otra. No hay cosa mas ridícula que una delicadeza de honestidad que lo*echa todo á la peor parte, que da un sentido sucio á las mas inocentes palabras, y se ofende de la sombra de las cosas. Créeme, que todas esas hazañeras melindrosas no por eso están reputadas por mas castas. Al contrario, su misma severidad misteriosa y sus afectados espavientos irritan la censura de todo el mundo contra su vida; y se celebra mucho el descubrir algo con que se las pueda hacer callar.» En la misma comedia de Molière habia unas mujeres enfrente de nuestra camarilla ó aposento, quienes, por los gestos que hicieron todo el tiempo que duró la representacion, por sus movimientos de cabeza, por aquel cubrirse la cara á cada paso, hicieron decir mil cosas acerca de su vida, que sin eso no hubieran dicho; tanto, que hasta un lacayo dijo «que aquellas mujeres eran mas castas de las orejas que de lo demas». Carísimo Penitente, aplíquese esta doctrina; que yo estoy de prisa y no me puedo detener á hacer la aplicacion.

Pero dígame, candidísima criatura, despues de haber tratado al autor de *Fray Gerundio* de Cerbero, de sátiro, de esfinge, de avestruz y de gavián, ¿con qué inocencia dice usted que «descubra su rostro, nombre y apellido; que no intenta hacerle mal, sino darle mil gracias por el noble asunto que ha tomado, tan preciso y necesario para nuestro reino, tan útil y decoroso al honor y gloria de nuestra nacion, que cualquiera otro asunto debe ceder con maduro juicio á la necesidad de este argumento»? Ya se ve que no intenta hacerle mal; lo mas que pretende es que se le declare por sacrilego, por blasfemo, por hereje... ¿Y qué mayor mal le puede hacer al pobrecito? Esas son las mil gracias. A mí me parece que aquello de la esfinge con tres caras venia de molde al

inocentísimo Penitente; porque aquel monstruo comenzaba con halagos y acababa con destrozos; y este buen señor, despues de haber descubierto un poco mas las uñas, las retira y convida al autor con cariños, para hacerlo pedazos con las garras: solo hay la diferencia de que aquel era monstruo de la naturaleza, y el Señor Penitente no lo es; porque ni es monstruo de la naturaleza, ni monstruo de la gracia, ni monstruo de la sabiduría, ni (lo que es mas) monstruo de la ignorancia; porque monstruo es aquel que se desvia mucho de lo comun y regular dentro de la especie; y este buen hombre ni poco ni mucho se desvia de lo regular que vemos en el comun de los ignorantes. Iba á dejar este punto, y me acordé de este cuento. No há muchos dias que un mozancon dió á otro un palo tan fuerte en la cabeza, que el pobre herido estuvo á pique de perder la vida. Prendieron al agresor; tomáronle declaracion, y él dijo con una sinceridad columbina, ó por mejor decir, asnal: «Es cierto que le dí en la cabeza un palo con toda la fuerza que pude, y que tiré á matarlo; pero no fué por hacerle mal, sino por escarmentarlo de una vez.»

El párrafo que se signe es aun mas donoso: «Persuádome (así comienza) á que nadie habrá celebrado con mas regocijo el feliz éxito de tu conducta, que mi confesor el padre Fray Matías Marquina;» y acaba diciendo «que el autor de la *Historia de Fray Gerundio* hilvana en ella tanto monton de disparates, etc.» Bendito entre todos los benditos, porque supongo piadosamente que la enaresma de los benditos no la perdona usted, y se lo alabo mucho: si fué tan feliz el éxito de su conducta, que mereció los aplausos de su reverendísimo confesor de usted, ¿cómo hilvana en su *Historia* tantos disparates? ¿Acaso una historia que se reduce á un hilvan de disparates, merece que se celebre por un hombre como el Padre Marquina, á título de una obra de mi éxito feliz, esto es, de una obra que desempeñó felizmente su asunto; que esto quiere decir usted, ó nada quiere decir? ¿Santo religioso, y en qué manos ha caído! Vaya otro apretón. En el mismo párrafo pone usted en boca del propio padre estas palabras: «El autor de esta *Historia gerundiana* la escribe con acierto, sabiduría, gracia y chiste.» Escribir disparates con *sabiduría* y con *acierto* solo podrá comprenderlo la dialéctica de usted: *Utinam tam veraciter quàm lepidè!* ya lo he leído muchas veces; *Utinam tam rectè quàm sapienter!* solamente lo leo ahora que usted nos favorece con este descubrimiento. Si se escribe con sabiduría y con acierto, no se escriben disparates; y si se escriben disparates, no se escribe con acierto ni sabiduría. Hola, señor mío, mire usted que solo hablo de escribir disparates en aquella materia misma en que se escribe con acierto y sabiduría; que es el punto en que estamos, y lo que usted dice con poco acierto y ménos sabiduría. Porque, por lo demas, acertar en unas cosas y desbarrar en otras, ser sabio en unos puntos y necio en otros, á cada paso lo vemos. Sirvo á usted con esta autoridad de San Jerónimo, que le hará á usted al caso alguna vez. *In Tertuliano laudamus ingenium, sed damnamus haeresim. In Origene miramur scientiam, non recipimus falsitatem.* «Alabamos en Tertuliano el ingenio, y condenamos la herejía: admiramos en Orígenes la pericia de la Sagrada Escritura, y abominamos sus dogmas.» Yo, por el contrario, alabo en usted la religion, y condeno la necesidad.

Celebro que sea penitente del Padre Marquina, y siento que se le luzca tan poco.

Pero mas sentiria su reverendísima la imprudente, necia, contradictoria y orgullosa exclamacion que se atreve usted á poner en su religiosa boca. Quiérenos usted persuadir que luego que tomó el libro en las manos dijo en alta voz : « Dios quiera que no sea como el otro, que poniendo la locura en el púlpito, puso su ignorancia, falsedad y atrevimiento reprehensible en la crítica que da á dos religiosos del número. Dios haga que por este extraordinario medio y rumbo cese la abominacion que se ha manifestado en los púlpitos de nuestro reino y arraigádose en el templo santo, segun la profecía de Daniel, que es la desolacion fatal con que nos amenazó el Señor. *Cum videritis abominationes*, etc. Y así, para que este libro no pierda el fruto que esperamos ni yo carezca de tener compañero en mis deseos, me enteraré de todo su contexto, y pondré los reparos y remedios que parezcan precisos para que, respondiendo á ellos el autor de la Historia gerundiana, con el acierto, sabiduría y chiste que manifiesta en ella, quede mas firme, calificado y victorioso su trabajo. »

¿ A quién ha de persuadir usted, vuelvo á decir, que una exclamacion tan imprudente, tan necia, tan contradictoria y tan orgullosa se deslize, ni aun por descuido, de los modestos y circunspectos labios del Padre Marquina? *Imprudente*, porque trata de ignorante, falso y atrevido al autor del papel *La locura y sabiduría del púlpito de las monjas*, por una crítica justa, arreglada y juiciosa que hace de dos sermones que ciertamente la merecen. *Necia*, porque lo que dice en la crítica que da, siendo aquella impropia expresion muy ajena de la cultura, propiedad y elevacion de estilo que intenta acreditar el Padre Marquina en sus escritos y que es tan precisa en un cronista de su órden. *Contradictoria*, porque en este mismo papel hace usted la crítica á uno de los dos mismos sermones que critiquiza el autor de *La sabiduría y de la locura*. No hay mas diferencia que donde dice el sermón : « La dama de San Benito al tocador y al espejo con el mas precioso adorno, » pone usted : « La dama de San Elías mirándose al tocador con el mas precioso adorno. » A esto llama usted, y con mucha razon (mire usted cómo se la concedo cuando la tiene), « romance de barbero, compuesto de piés de coplas de ciego ; la mayor monstruosidad de la oratoria monstruosa, intolerable algarabía. » Pues una de dos : ó el Padre Marquina le trata tambien á usted de falso, de atrevido y de ignorante, por la crítica que da á este sermón (¿ y esto quién lo ha de creer en un padre espiritual tan dulce y tan cariñoso como el Padre Marquina, respecto de un hijo de confesion tan rendido, tan dócil y tan devoto como usted ?), ó se contradice en lo que exclama, celebrando en el hijo lo que detesta en el padre. Es finalmente *orgullosa* dicha exclamacion, porque respira toda ella una satisfaccion propia, un concepto de sí mismo, que no me acomodo á creer que sea de un hijo tan distinguido del humilde padre San Francisco. Supone la exclamacion que el Padre Marquina es (por decirlo así) el general, el jefe que sacó la espada ó declaró la guerra á los malos predicadores, y que los demas solo son subalternos ó compañeros. Con efecto, este es el verdadero sentido que se debe dar á aquella expresion « de tener tan buen compañero en mis deseos », segun lo que usted

nos deja dicho un poco mas arriba. Refiérenos « que habiendo tomado este (el Padre Marquina) el mismo empeño que el autor de *Fray Gerundio*, muchos años hace, declarando metódicamente la falta de oradores evangélicos y la ignorancia de la oratoria en nuestra España, dió á luz en el primer tomo de su *Escuela general*, aquella *Noble cátedra de elocuencia y retórica, dividida en dos sermones*, para que la teoría y la práctica fuesen una manuduccion, á fin de que todos vieses y aprendiesen esta facultad tan útil y preciosa ». El que tantos años ántes habia tomado el mismo empeño que el *Fray Gerundio*; el que tan anticipadamente habia « dado á luz aquella noble cátedra de elocuencia y retórica, dividida en dos sermones, para declarar metódicamente la ignorancia de la oratoria en nuestra España », claro está que cuando llamó « buen compañero suyo al autor de *Fray Gerundio* », solamente consideró á este como un auxiliar suyo voluntario que, levantando tropas á su sueldo, venia á militar debajo de sus banderas. ¿ Parécete á usted que la tal consideracioncilla es muy modesta y humilde? Ahora se me acuerda la respuesta de la mosca. Pica en la cola á un buey que araba la tierra con otro : viola el amo, y la dijo : ¿ Qué haces ahí, pica-rona? *Aramus ego et socii* : « estamos arando yo y mis compañeros, » respondió la mosca. No permita Dios que yo tenga por Fray Mosca al Padre Marquina ; pero tanto como de usted, no puedo ménos de creer que es usted un grandísimo moscardon.

Ahora bien, Señor Penitente : yo no solo no he visto esa *Escuela general* del padre Marquina, ni esa *Cátedra de elocuencia dividida en dos sermones*; pero ni aun tenia noticia de ellas, hasta que me la dió usted en su papelon discreto. Por eso no puedo hablar ni bien ni mal de la tal Escuela ni de la tal Cátedra ; pero puedo proponer á usted la gran dificultad que me hace el que en dos sermones se « enseñe metódicamente á predicar, no solo con la práctica, sino con la teórica ». Que dos sermones bien hechos sean dos lecciones prácticas de cómo se deben hacer, eso cualquiera lo alcanza ; pero que dos sermones sean lecciones teóricas y metódicas para predicar bien, perdone usted, que me hace un guisguis que no lo puedo apaciguar. Cuanto mejor hechos estén los sermones, mas han de distar de la teoría y del método instructivo para hacerlos. ¿ Por qué? Porque mas se han de conformar con el estilo oratorio, el cual dista tanto del didascálico ó del instructivo, como dista la práctica de la especulativa, y la experiencia de la práctica. En una palabra, si son reglas, no son sermones ; y si son sermones, no son reglas ; y es preciso que lo sean para ser, no solo « una noble cátedra de elocuencia y retórica, metódica, teórica y manuductiva », sino para cualquiera cátedra plebeya y del estado general.

Pero tenga usted ; que ahora se me ofrece cómo se puede componer todo. Los misioneros suelen predicar unos sermones cuya primera parte es doctrina cristiana, pura y neta ; y la segunda sermón. La doctrina siempre se explica ó siempre se debe explicar en estilo sencillez, claro y catequístico, que es rigurosamente el didáctico, teórico ó instructivo. El sermón es otra cosa. Ese ya pide figuras, tropos y atracciones. El Padre Marquina es un misionero apostólico, segun dice su reverendísima ; pues ¿ qué sabemos si es esta la *Noble cátedra de elocuencia y oratoria, compuesta en dos sermones*

de mision, con sus doctrinas y todo, siendo la primera doctrina, de la falta de oradores evangélicos, y la segunda, de la falta de oratoria en España: ve aquí un modo fácil, natural, de componer, cómo estos dos sermones, sin dejar de ser un primor, un *non plus ultra* del arte, sean al mismo tiempo una cariñosa teórica y segura manuducción, á fin de que todos aprendan y vean «esta facultad tan útil y preciosa».

Y mas, que para mí tengo una fuerte presuncion de que los sermones que compusieron esta *Noble cátedra*, y se pusieron por verbi-gracia de la elocuencia y de la oratoria evangélica, fuéron de mision, y no pudieron ser de otra cosa. Voy á decir á usted en qué lo fundo. Dos únicos sermones impresos del Padre Marquina he leído, y los dos tengo en mi poder. Estos no son de mision, ni aun de misionero apostólico, *reduplicativè ut* tal (vaya esto para el padre lector de artes Fray Toribio); y si todos los sermones que ha predicado su reverencia (fuera de los de mision) son parecidos á estos, no creo ni puedo creer que un hombre de su juicio los estampase por verbi-gracia de la «oratoria evangélica», y para que «todos vean y aprendan esta facultad tan útil y preciosa». Y si no, dígame usted en puridad: ¿habia de proponer por modelo de la «oratoria evangélica» cierto sermón en las honras de cierta gran señora, en que despues de haber concluido su asunto con la ejemplar muerte de la difunta, muy correspondiente á su piadosa vida, como si se le hubiera olvidado lo mejor y mas del caso, definese al auditorio un rato mas para contarle que aquella señora tenia un gran lunar en el pecho? Oiga usted las palabras con que lo refiere, que ciertamente no son ni las mas prudentes, ni las mas discretas, ni las mas honestas. «Una noticia me han dado, y es, que habiéndola señalado la naturaleza con una perfeccion extraña esculpida en su pecho, cual era un ercidísimo lunar, procuraba su excelencia ocultarlo con tanto disimulo, que bien daba á entender reservarlo para su Dueño.» Dejo á usted las reflexiones que se ofrecen naturalmente á cualquiera que lea este raro pasaje; porque ni yo debo seguirselas, ni usted tiene traza de necesitar que nadie se las sople.

¿Habia de proponer por modelo de la oratoria evangélica un sermón en que, con ese motivo dignísimo de que ni aun se le ofreciese á la imaginacion á un misionero apostólico, no deja en los cantares textos de pechos sin revolver y en que no se revuelque el santo padre? Allí hay lo de: *Ubera mea sicut turris*; allí hay lo de: *Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi, inter ubera mea commorabitur*; y allí hay todo lo que no debiera haber, sin saber á qué viene todo eso, si no que sea á la palabra *pechos*; asunto por cierto tan digno de que el auditorio cargase la consideracion sobre él, como el del otro predicador portugues, de quien se finge que, pintando á un mozo que solicitaba á una doncella honesta, cantándola este estribillo, que el mismo predicador cantaba tambien desde el púlpito: *¿Min hanenado amavero; si quigeras, ó en que enquisiero?* Y preguntándole al mozo en tono enfático y ponderativo: *E què fora, vilaon, si ela quijera? Si ela quijera, que fora?* Vuelto al auditorio le decia: *Carregad aqui la consideracion.* No creo que hubiese predicador tan loco, que predicase semejante disparate; ni tampoco creeria que hubiese castellano que predicase otro tan parecido, si no lo hubiera visto de molde.

Finalmente, ¿habia de proponer el Padre Marquina por modelo de la oratoria evangélica, un sermón en que se concluye el famoso episodio de los pechos de la excelentísima, con esta pinturilla, sin quitar ni poner? «Siendo los pechos de nuestra difunta una sierra nevada, en cuya blancura podian peligrar los ojos ó perder la vista, no quiso que se perdiesen al ver perfeccion tan alta, que solo para su esposo reservaba su modestia.» Lástima fué que no añadiese debajo: «*Faciebat* Fray Matías de Marquina, misionero apostólico de la seráfica religion de los capuchinos.» Hablemos en serio. No creo que el Padre Marquina pusiese este sermón por modelo de la oratoria evangélica en su *Noble cátedra de elocuencia*; porque sería un modelo bien poco para imitar.

Tampoco me harán creer cuantos aran y eavan, que propusiese el otro, tambien impreso, que conservo para mi diversion y para otros efectos que puede haber lugar en derecho. Predicólo de repente en la santa iglesia catedral de Zamora, y tan de repente, que hoy llegó de camino á dicha ciudad y mañana predicó el sermón, por estar indispuerto el orador que se habia encargado de él. Pide la buena fe que no omita esta circunstancia. Lo primero, porque llegue á noticia de todos la admirable facilidad de este reverendísimo padre: es verdaderamente prodigiosa. Lo segundo, porque él mismo la publica en el fróntis de su oracion, donde dice que la compuso en pocas horas. Si notó esto para disculpar los desaciertos que acaso podia tener, no satisface á los que llevan la opinion de que siempre se gasta poco tiempo en lo que se hace bien: *Sat serò, quod sat malè.* Fuera de que, le podrian decir que la disculpa podia pasar en una obra forzosa, pero no en una voluntaria; y que suponiendo desgracia que se viese precisado á predicar, no podia estarlo á permitir que se imprimiese el sermón. Si advirtió las circunstancias de las pocas horas por otro motivo, ¿qué sé yo si algun malicioso discurrirá que fué para hacer demostracion de su monstruoso ingenio? Pero esto no se puede presumir de un misionero apostólico; y así digo que no consiento.

¿Así pudiera desechar con la misma facilidad los juicios que me asaltaron de tropel cuando leí en la salutación las voces y los conceptos con que toca esta circunstancia! Quisome Patillas persuadir á que no podian ser mas presuntuosas, mas arrogantes, ni acaso mas sacrilegas, pues al fin se compara él mismo con Cristo, y en cierta manera se da la preferencia. Pero no pudo el tiñoso salir con su intento, porque lo mas en que consentí fué, en que se descubria en ellas una buena cantidad de inocencia, con un gran pedazo de filancia y una decente dosis de boberia. Ahora bien: el pasaje es largo y pesadillo; pero habrá usted de tragarlo todo; y anime-se; que mas padeció Cristo por nosotros. Dice así, sin perder sílaba alguna.

«Al registrar estos lucimientos, contemplo la repentina conmocion del pueblo, no á celebrar las luces de la doctrina que el orador reparta, aunque por nuevo, por extraño ó por pasajero, pudiera mover la curiosidad de muchos, como se vió en Jerusalem en la entrada de la majestad de Cristo: *Commota est universa Civitas*; aunque yo discurro que la conmocion no sería por forastero, solo si por predicador extraño; y si no, veamos lo que sucedió en Jericó. Entró el Señor tan de paso como yo entré en Zamora ayer; *quia inde erat transitu-*

rus. Conmúvese todo el pueblo para verlo, en tanto grado, que los señores y príncipes, como Zaqueo, deseaban verlo y no podían lograrlo: *Prae turba videre non poterat*. Pregunto yo: ¿sería por predicador famoso, ó por forastero peregrino? Por predicador famoso, dice el doctísimo Silveria, siendo el mismo Zaqueo á quien buscaba para convertirlo: *Quaerens Zacheum ut converteret, ac eum reduceret in viam salutis*: sí; que por forastero debería tan escasas las atenciones como yo he debido. En fin, tuvo el arbitrio Zaqueo de subirse al árbol y ver en él á la majestad de Cristo; y tuvo Cristo la atencion de llamar á Zaqueo, quedándose con él un día: *Zachee, festinans descende, quia hodie in domo tua oportet me manere*. No sé si en la entrada que hice en esta nobilísima ciudad de Zamora, hice papel de Zaqueo ó papel de Cristo. Muy parecido fué á Zaqueo en lo pequeño y desatendido, *statura pusillus*; muy parecido á Cristo en lo pasajero, *quia inde erat transiturus*. De Cristo tuve el ser predicador forastero; de Zaqueo el buscar un árbol donde arrimarme para descanso de mis fatigas. Y apenas me arrimé al árbol de una ilustre familia, hospicio felicísimo de mi religion seráfica, cuando sonándose en Zamora que habia llegado el predicador Marquina, todos franquean sus casas, convidan con su iglesia, ofreciéndome para ser mas visto, la eminencia de este púlpito. Sí, que no es nuevo ser como orador pretendido, el que es como Zaqueo despreciado.»

¿Pareciale á usted posible que el estático Padre Marquina fuese capaz, no solo de predicar, sino tambien de imprimir todo este conjunto de pobreza y de inocentadas? (Porque adelantar tambien á mas la censura, sería fuerte rigor.) ¿Un varon que se levanta en el aire muchas veces con la sagrada hostia en las manos, como dicen algunos que lo han visto con sus propios ojos (esto vaya por cuenta de ellos), se habia de quejar, y en la publicidad de un púlpito, de las escasas atenciones que habia debido á la ciudad de Zamora? ¿Un varon de quien se cuentan á docenas profecías (aunque he oido decir que en algunas le faltó profetizar lo que habia de suceder al profeta), habia de decir de sí mismo que en «Zamora no le cortejaron por forastero, sino por predicador famoso»? ¿Un varon que naturalmente habia hecho milagros como paja, se habia de comparar en nada con Jesucristo, ni habia de afirmar que de Zaqueo tenia lo pequeño, y de Cristo lo predicador forastero (si no que este sea otro milagro mas, pero de arrogancia y de temeridad)? ¿Un varon que habia tenido mas visiones (imaginarias) que pelos en las barbas, habia de estampar con tanta sandez, «que se conmovió toda la ciudad de Zamora luego que sonó que estaba en ella el predicador Marquina, franqueándole todos sus casas y convidándole con su iglesia»? Y vea usted aquí en lo que se prefirió á Cristo cuando entró en Jericó, pues no solo no le franquearon todos sus casas, pero ni aun el mismo Zaqueo le convidó con la suya, siendo expreso en el Evangelio que el mismo Salvador se convidó: *Hodie in domo tua oportet me manere*. Valga la verdad: ¿creería usted que un hombre tan santo como el Padre Marquina, escribiese ni predicase estas arrogantes parvuleces, si no las viera de molde? Usted me dirá que no; pero yo le digo á usted que es un badulaque, mas que sea catedrático, si es que responde esto. Por lo mismo que hace usted un concepto tan elevado de un varon tan

santo, debiera creer de él esto y mucho mas; porque ninguna cosa acredita mas que esto, que el padre Fray Matías Marquina verdaderamente es un santo varon.

Y si no, dígame usted en puridad: ¿quién sino un santo varon habia de decir que «los señores y príncipes como Zaqueo deseaban ver á Cristo y no podían lograrlo»? Zaqueo señor ni príncipe, ¿quién lo duda? Responderá el predicador forastero, el predicador famoso, el predicador Marquina: ¿pues no dice el Evangelio, *et hic erat princeps publicanorum*? ¿Y este era príncipe de los publicanos? Reverendísimo Fray Gerundio de mi vida, diria yo á su reverendísima si tuviera la fortuna de hablar con él al volver de algun arrobo, ¿es posible que el autor de la *Escuela general*, y el catedrático de la *Noble cátedra de la elocuencia y oratoria*, haya incurrido en una gerundiada tan garrafal? ¿Es lo mismo ser el príncipe de los publicanos, esto es, el jefe y la cabeza de los alcahaleros, que ser señor y príncipe? Por esta construccion bien podrá nuestra gerundiedad reverendísima llamar señores y príncipes á los capataces de los guadalulines, á los mayores de los pastores y á los capitanes de bandoleros; porque cada uno de estos es el principal de los de su tropa ó cuadrilla. Los publicanos (bien lo sabe su padre reverendísimo) eran los alcahaleros, esto es, los que cuidaban de la recaudacion de las alcabalas; gente odiada entre los judíos, y no la mas bienquista en los otros pueblos; porque es cierto que todos los que nos vienen á pedir dinero, tienen mala cara. Zaqueo era en Jericó el principal de estos, porque corria con la recaudacion de la alcabala en aquella ciudad, si por administracion ó arrendamiento no se sabe. No falta quien diga que era el administrador general de este ramo de la hacienda imperial. Fuélelo enhorabuena por muchos años; porque yo no pienso en pretender esta plaza para mí; pero sea uno ó sea otro, es cierto que hay grande distancia de un alcahalero en jefe de mucha ó poca tropa, de corto ó largo partido, á un príncipe ó á un señor. Tambien es cierto que en construyendo tan materialmente las palabras de la Escritura, ¿adónde iríamos á parar? Pero vamos adelante con las preguntas.

¿Quién, sino un santo varon, se habia de quejar de las escasas atenciones que debió á la ciudad de Zamora, al mismo tiempo que confiesa que toda se conmovió luego que sonó que «estaba en ella el predicador Marquina; que todos le franquearon sus casas y todos le convidaron con su iglesia»? Y esto fué en el primer dia en que llegó, apenas se arrimó al árbol de aquella familia; ¡santísimo padre mio, y estas fuéron escasas atenciones! Sí, señor; porque debieran haber salido, cuando ménos, á dos leguas de distancia de la ciudad, el cabildo, el clero, las religiones y todo el pueblo procesionalmente, á recibirlo con el palio; debieran haberse repicado todas las campanas; debieran haberlo conducido á la iglesia catedral, y allí cantar solemnemente el *Te Deum* en accion de gracias por el gran beneficio que dispensaba Dios á aquel antiquísimo y nobilísimo pueblo, en dejarle ver dentro de su recinto el archi-misionero apostólico, al estático cronólogo, al crítico, en una palabra, al predicador Marquina. Todo lo que no fué hacer esto, perdóneme la ciudad de Zamora, que fué escasearle las atenciones con una economía que se acerca á mezquindad.

¿Quién, sino un santo varón, se había de explicar con esta grosera frase, «la majestad de Cristo tuvo la atención de llamar y de favorecer á Zaqueo?» ¿Es posible que un hombre tan cortesano y tan palaciego, que estuvo para ser una gran cosa (según he oído decir que él lo ha dicho muchas veces), hablando de la majestad de Cristo, se explique con tanta impropiedad? La majestad, respecto del vasallo, podrá tener la dignación, podrá tener la bondad; ¡pero tener la atención! ¿Quién se había de explicar con esta grosería, sino que fuese aquel culto frances recién venido á Madrid, á quien se le habían pegado las frases de la gran moda, que él explicaba con el mayor despropósito del mundo á cuanto se le ofrecía? Preguntáronle si había cumplido ya con el precepto pasenal, y él respondió: «Yo tuve la bondad de arrimarme á la sagrada tabla, donde mi divino Salvador tuvo el honor de entrar en mi pecho; porque hice mis pascuas el domingo de pascuilla: vea aquí usted mi billete» (hablando de la cédula de comunión). Finalmente, ¿quién, sino un santo varón, había de decir que fué muy parecido á Cristo en lo pasajero? ¿Y por qué? Porque Cristo había de pasar de Jericó, y el padre Marquina de Zamora. ¿Pues no advertía la candidísima criatura que por esta cuenta serían mas parecidos á Cristo los correos, los trajinantes, los arrieros y los maragatos, porque son cuatro clases de pasajeros que se conocen en los caminos reales?

Basta este *echantillon* del famoso *in promptu* ó sermón repentino del Padre Marquina, para que yo me persuada, y tambien para que usted crea, que los dos sermones en que propuso su *Noble cátedra de elocuencia y de la oratoria de España*, no fuéron, por lo ménos este ni el susodicho, de la pia consideración sobre los pechos de aquella gran señora. Y así, no siendo posible sino que todos cuantos sermones panegíricos ha predicado este padre sean muy parecidos á los mencionados, según aquella decantada sentencia de nuestros abuelos, «quien hace un cesto hará ciento;» y otra no ménos honda: «por el hilo se saca el ovillo;» infiero así concluyentemente, que los dos modelos que propuso serían dos sermones de misión, los cuales por lo ménos no tendrían ni un lunar tan crecido como el primero, ni tantas manchas, borrones y candideces como el segundo.

A vista de esto, considere usted, Señor Penitente (¡válgame Dios, y cuánto tiempo hace que no nos hablamos!), si será verisímil que su padre confesor promoviese en la exclamación que usted le supone; y mire en Dios y en su conciencia si aun, dado que sea suya, hará caso el bellacuelo autor de la *Historia de Fray Gerundio* de los reparos y de los remedios que á su reverendísima le parecieron precisos. Salvo que sean algunos reparos para el estómago y algunos remedios contra la hidropesía; porque he oído decir que padece bastante, y tambien de ciertos entripados que los vulgares llaman «retortijones de tripas». Y así verosíblemente el grandísimo picaron hará un grandísimo desprecio de los reparos del confesor, no obstante el aprecio que hace de su persona, supuesta la antigua y fidelísima amistad de que usted nos da noticia; y creo que será así, pues basta que usted lo diga. ¿Qué bulla y zumba y qué chacota no hará de los reparos y de los remedios que usted le ha prometido, con la terrible propnesta, en tono de amenaza, de que si no le satisface á ellos

le ha de delatar? ¡Pobre Gerundiano (así se ha servido usted de bautizarle con toda solemnidad, sin omitir las palabras y forma del bautizo: *Ego te baptizo*, etc.; traídas con tanta sal, con tanta oportunidad y con tanta reverencia, que encanta): pobre Gerundiano, vuelvo á decir, y qué tamañito estarás si han llegado á tu noticia estos reparos y esta fornidable amenaza, especialmente si es cierto lo que me han informado de que el tal autor Gerundiano es de corazón arrugado, meticoloso, pusilánime y espantadizo! Como quiera, tengo por cierto que á usted le ha de responder con solo un gargajo, y á su amenaza con esta fábula de Fedro, que va en romance para los que no saben mentir en latín:

En el timón de un carro iba sentada
Una mosca de burro (¡ahí que no es nada!).
Decíala á una mula remolona:
«Trata de andar aprisa, picarona;
Que si no, he de meterte por la panza
Este aguijon mas grande que una lanza.»
Y á este tiempo enseñaba sin mucho arte
Una punta sutil por mala parte.
Respondió la mula (era bellaca):
«No veo bien si es aguijon ó es caca.
¡Tus gasconadas me hacen reir mucho!
¿Qué ha de hacer un insecto, un avechuelo,
Cuyo sucio instrumento
Sacar sangre podrá solo á un jumento?
¿Sabes á quién temo? A ese morlaco
Que lleva el palo bajo del sobaco;
Y si le da la gana,
Me mosquea el pescuezo y la badana.
¡Pero temerte á ti? ¡Bueno por cierto!
Vete á comer; que está allí un burro muerto.»

* Basta de primera carta. Espere usted la segunda, si me diere la gana de escribirla. Guarde Dios á usted como usted ha menester.

Tal parte, tal día, tal mes y tal año.—Besa la mano de usted su... lo que quisiere.—Quien usted gustare.—Señor Don Calquiara.

CARTA II.

De aquel mismo *Quidam*, para aquel propio *Cuidam*.

Muy señor mío: Con efecto caí en la tentación de remitir á usted la carta de marras, y usted cayó en la tentación de responderme que la recibió. Dígame que le ha hecho reír hasta pedir carnal; pero añada que si la viera el Padre Marquina, duda mucho que le diese á usted gana de reír. ¿Y por qué no? ¿Pues acaso al dicho padre se le toca ni aun en el pelo de la harba? ¿No se le procura sacar indemne del falso testimonio que le levanta su inconsiderado penitente? Signifícame usted que no parecen fuertes las razones con que se le procura excusar. ¿Y qué culpa tengo yo de eso, si no se me ofrecieron otras mejores? Concluye usted este punto diciendo que antes que llegase mi carta ya sabían muchos ciertamente que el papelon de los reparos era del Padre Marquina, y otros lo sospechaban con vehemencia; pero que en vista de la referida carta, aun estos últimos consintieron en que el misionero apostólico era su legítimo y verdadero autor. Peor para ellos, pues con tan leves fundamentos hacen un juicio poco piadoso de un varón tan santo como sabio.

Pasa usted á los dos bocadillos de los sermones predicados por el Padre Marquina, á los cuales se les dan algunas tijeradas, y significa usted que acaso podrá responder el referido padre lo que ya se le ha oído en mas

de una conversacion, conviene á saber, que tambien tuvo sus gerundias el que se supone autor del *Fray Gerundio*. Pase, aunque yo he oido lo contrario; pero sea así: á ese autor presnto nunca se le ha notado de presumido orador. En ningun escrito suyo ha puesto sus sermones por modelo de una *Noble cátedra de elocuencia y retórica*. No hemos visto impreso ni siquiera un sermón suyo, siendo así que ha predicado innumerables, y me consta que le han hecho grandes instancias para que permitiese que se imprimiesen algunos; pero á esto jamas se le ha podido reducir. Por el contrario, el Padre Marquina hipa por ser orador de molde, y él mismo se vende por molde de los oradores, llamándose «predicador famoso, predicador extraño», y en fin, «el predicador Marquina» por antonomasia. El autor del *Fray Gerundio*, si fué Gerundio alguna vez, arrepintióse, y su misma obra puede ser la mas pública, la mejor y la mayor prueba; pero el predicador Marquina se muestra muy satisfecho de haberlo sido y serlo. Ahora se me ofrece este cuentecillo, y mire usted que no es cuento. El padre Fray Angelo de Joyosa dejó con las licencias necesarias el hábito de capuchino, por vestir la cota y empuñar la espada en defensa de la religion, llegó á ser con el tiempo mariscal de Francia, duque y par. Hallándose en Ruan una vez con Enrique IV, todo el mundo tenia puestos los ojos en el Rey y en el Mariscal. Díjole á este el Rey: «Duque, ¿sabe el motivo de la curiosidad de esta gente? Pues mira: en tí consideran un capuchino renegado, y en mí un hugonote convertido.» Si el cuentecillo no viene á propósito, agradézcame usted la buena voluntad, y vamos á meternos de paticás en los reparos, sean del confesor ó sean del penitente, pues para mí, visto lo visto, ambos son á un precio.

Propone lo primero, por estas palabras en tono de cuestion: «Si es lícito valerse de las sátiras contra los predicadores que abusan de su ministerio, viendo que no han bastado las amonestaciones de los santos padres y prelados.»

La cuestion es curiosa y nueva, tanto, que en los términos dudo yo que se encuentre en algun autor; porque dudo mucho que autor alguno racional haya admitido en esto alguna duda. Voy á explicarme. O se habla de aquella sátira que intrínsecamente es mala, y que por su misma naturaleza es maligna, es abominable, es pernicioso, como toda maledicencia, dicho picante, escrito injurioso ó libelo infamatorio, que tira directamente á denigrar, oscurecer ó quitar el honor al prójimo; ó se habla de aquella sátira que se define comunmente un género de escrito inventado para corregir y reprender las costumbres corrompidas de los hombres, ó criticar sus malas obras, ya con dichos picantes, ya con gracias, chistes, sales y agudezas, tirando únicamente á hacerlos ridículos, y apuntando única y directamente á las costumbres, la cual solo por incidencia ó reflexion puede herir y lastimar á las personas.

No hay en el mundo mas especies de sátiras; y si las hay, háganos merced de señalarlas el papalista. De las primeras, ¿á quién, sino á él, se le ha ofrecido dudar que no son lícitas? De las segundas, ¿quién, sino él, ha dudado hasta ahora que lo son? Oiga usted á Santo Tomas en la *secunda secundae quaest. 72 ad secundam*, en la cual toca el punto de contumelias, ó convicio, á cuya clase pertenece todo género de sátira. Resuelve pues el Au-

géllico Doctor que todo convicio ó contumelia que se hace con el fin de infamar, deshonorar y desacreditar, es pecado mortal; pero si se hiciere con el fin de corregir y de enmendar, algunas veces podrá ser pecado venial (note que no dice que lo sea, sino que podrá serlo), y otras ninguno. *Si intentio proferentis ad hoc feratur, ut aliquis per verba quae profert, honorem alterius auferat, hoc propriè, et per se, est dicere convitium et contumeliam; et hoc est peccatum mortale. Si verò aliquis verbum convitii vel contumeliae alteri dixerit, non tamen animo dehonorandi, sed fortè propter correctionem, vel aliquid hujusmodi, non dicit convitium, vel contumeliam formalem et per se, sed materialem et per accidens. Unde hoc potest esse aliquando peccatum veniale; quandoque autem absque omni peccato.* De manera, Señor Penitente mal instruido, que segun esta doctrina del Angélico Doctor, seguida de cuantos teólogos nos han explicado bien la doctrina cristiana, la sátira será lícita ó ilícita, segun la intencion del que la hace y segun el fin perverso ó bueno. Si la intencion es buena y el fin santo, la sátira será santa y buena; será ilícita si se viciare por otros capitulos, mas no por su naturaleza. Aquí viene de perlas aquello que dijo el otro á quien usted llama sátiro; porque desde que se le presentó en vision imaginaria el sátiro con alas, á todos concibe de esta figura:

El beber por beber no tiene filis:
En la intencion está todo el basillis.

¿Y por dónde me podrá usted probar que la *Historia de Fray Gerundio*, aun dado que fuese sátira, como usted supone graciosamente (sobre lo cual hablaremos á su tiempo), es de la primera especie y no de la segunda? ¿A quién ha de hacer creer que se escribió con intencion de infamar, y no con el santo fin de corregir? Ann el famoso autor del primer famoso papel que salió contra la obra (¡hola! mire usted que aquel adjetivo *famoso* se ha de entender en latin, y no en romance): aun el autor, digo, del tal papelejo, que se quiso llamar por antífrasis Fray Amador de la Verdad, así como

Llaman todos rabones á los mulos
Cuando no tienen rabos en los cu...

Aun este autor (vaya con barricancas á la tercera), que no está muy acostumbrado á echar las cosas á la mejor parte, no pudo ménos de confesar la santa intencion del autor de nuestra Historia, cuando dice al que él y usted presumen serlo: «No dudo que vuestra reverendísima se excita á esta obra con el fin santísimo de arrancar los abusos pulpitanes, que tanto descalabran á los hombres enverdos.» ¿Qué digo? Usted mismo, si señor, usted mismo en su propia misitudad le confiesa la propia santísima intencion cuando le da gracias «por el noble asunto que ha tomado, tan necesario y preciso para nuestro reino, tan útil y decoroso al honor y gloria de nuestra nacion». Pues ahora, escápate, que te cojo. Santo Tomas dice que cuando la sátira se hace con intencion de corregir ó cualquiera otra intencion honesta, *sed fortè propter correctionem, vel aliquid hujusmodi*, no es convicio ni contumelia ni calabaza, y que puede ser lícita y muy lícita, porque se puede hacer sin riesgo del mas leve pecado: *quandoque autem absque omni peccato*. Usted y su penitente el Padre Amador (ambos buenos hijos de tal padre) confiesan paladinamente que el autor de la Historia la escribió «con santísima inten-

cion; que su asunto es muy necesario, muy preciso, muy honorífico y muy glorioso á nuestra nación». *Ergo* y mas *ergo* consulte usted el silogismo, aunque sea con el mismo lector de artes Fray Toribio, que no lo recuso por juez; y vayan dos equipolentes á que se los da por de buena casta, por de noble alcuña y por de forma concluyente y escolástica.

Y valga la verdad: ¿cómo había de decir Santo Tomas ni hombre alguno de juicio, que la sátira era ilícita, si el mismo Santo se valió de ella con tanta gloria de la religión y de las religiones, como confusión de la calumnia y de los calumniadores? ¿Ha leído usted su nobilísimo opúsculo contra los que impugnaban las religiones, y en especial las mendicantes? Pues léalo por su vida, y diga despues cómo los trata. Sin salir del proemio, los llama «enemigos de la salvacion de las almas y de todo el género humano, precursores del Anti-Cristo, embusteros y engañadores, réprobos sigilados, públicos blasfemos, tiranos de los santos y de los siervos de Dios, hombres perversos y secuaces de la astucia de los filisteos, imitadores de Julio Apóstata, marcados con el carácter de la bestia del Apocalipsi, verdaderas copias de Faraon».

¿Qué le parece á usted de esta confitura? ¿No se le presenta á usted el santo Doctor como una fecunda nube, no ya preñada de piedra y granizo, sino de rayos y centellas, que justísimamente descarga, ó por mejor decir, fulmina contra las cabezas de aquellos impíos doctores que se lo tenian merecido? ¿Y hará usted juicio en Dios y en su conciencia, que heririan ménos á aquellos sapientísimos maestros de la iniquidad estos terribles apodos con que los hace añicos el Angélico Doctor, que cuatro chufletadas, media docena de pinturillas al natural, y otras tantas festivas ironías con que el autor de *Fray Gerundio* se burla de los profanos y verdaderos sacrílegos predicadores? ¿Serán ménos dolorosos unos epítetos que realmente los aniquilan, que los que los ridiculizan? ¿Merecerán estos mas que aquellos el odioso nombre de sátira, entendida como vulgarmente ó popularmente se entiende? Y lo mejor del caso es, que Santo Tomas, para confirmar todo cuanto les dice, se vale de los textos mas fuertes y mas oportunos de la Sagrada Escritura, y el autor de *Fray Gerundio* solo echa mano de alguna copla ó de algun cuento. ¿Cuál de estas armas será mas afilada y penetrante?

Pero oiga usted al Angélico Doctor dar la razon, con unas palabras de San Jerónimo, del motivo por que se vale contra ellos de aquel estilo y de aquellos testimonios: *Hoc utimur testimonio adversus eos qui epistolae plenas mendacis, et fraudulentis, et perjurio, in orbem dirigit, et aures audientium polluit*: «usamos de este estilo y de este testimonio contra aquellos que llenan al mundo de cartas atestadas de mentiras, de fraudulentas noticias y de perjurios, manchando torpemente los castos oídos de cuantos las oyen ó las leen.» ¡Qué bello epifonema para la carta ó el cartafolio de usted y para la cartica del otro su gemelo Fray Amador! ¡Y qué casito tan adecuado para todos aquellos Gerundios y Fray Gerundios que llenan los castos oídos de sus oyentes, de fábulas, de chufletas y de ventosidades, en la misma cátedra de la verdad! Concluye el ángel de las escenas diciendo en una palabra: «Porque

le es lícito y muy lícito tratarlos de esta manera y escribir contra ellos en aquel estilo.» *Predicatorum igitur malignantium nequitiam comprimere intendentes, hoc ordine procedimus*. En castellano. Pues como sea nuestra intencion reprimir el orgullo y la iniquidad de unos hombres tan malignos observadores de la nequicia, observaremos el órden y método que se sigue. Como si dijera el Santo: «Ellos son malignos; mi intencion no es de infamarlos, sino de contenerlos; pues á ellos hasta aniquilarlos.» El autor del *Fray Gerundio* no dice tanto; solo dice que los malos predicadores talan el campo de la Iglesia, y dan en esto el mas perverso ejemplo; hacen en las almas el mas lastimoso estrago, causan el mas doloroso perjuicio; que su intencion no es de desacreditarlos por desacreditarlos, sino única y precisamente por corregirlos. Pues á ellos hasta hacerlos ridículos, hasta que todos los conozcan por lo que valen, hasta que hagan burla de ellos. Y una de dos: ó se enmienden (y esto es lo que se pretende), ó no se atrevan á parecer delante de gentes; en lo cual ellos podrán ir á ganar mucho, y los demas nada podrán ir á perder. ¿Habrá algun racional que dude ser esto, no solamente lícito, sino laudable, santo y sumamente meritorio?

Pero por cuanto me temo (y no es juicio temerario), que usted no ha de ser el mas fino devoto del Angélico Doctor, y que aun á lo angélico diga usted que debe preferirse lo seráfico, siendo de aquellos que jamas se acusan de haber dicho: *Ita, Frater Thomas, sed contra*; voy á citar á usted el testimonio de otro, que ciertamente no me lo ha de reprochar. Repare usted el terminillo, y mire si yo tambien sé hablar á lo Chamberí cuando me viene á cuento. ¿Qué dice usted de San Buenaventura? Pregúnteselo usted á su padre confesor, y le dirá (porque fué Ventura ántes de ser Matías, y despues de ser Matías aun fué su ventura mayor), dirá sin duda, y dirá muy bien, que una vez que San Buenaventura haya usado de la que usted llama sátira, esto es, de estímulo mordicante y corrosivo, queda como canonizado este estilo. Es piáculo decir y sentir lo contrario; y cualquiera que sea osado decir y afirmar que esto no sea lícito, *anathema sit*. Pues oiga usted al Santo en su *Apologia pauperum*, contra Giraldo Baubelle, doctor parisiense, que osó impugnar la evangélica regla del seráfico padre San Francisco.

«Sabemos, dice en su prólogo (tampoco es menester pasar que el Padre Marquina se llamó en el siglo Don Ventura Olabeadelante), que en estos nobilísimos tiempos en que habia amanecido al mundo con mayor claridad que hasta aquí la brillante luz de la verdad evangélica (no puedo decirlo sin derramar un torrente de lágrimas), ha brotado cierto dogma que ya anda escrito por ese mundo; el cual, teniendo su origen en lo mas profundo del abismo, salió á gnisa del mas deuso, hediendo y denegrido humo, á oponerse directamente nada ménos que á los mas puros y mas luminosos rayos del sol de justicia, pretendiendo llenar de tinieblas el hemisferio en que respiran las almas de los cristianos.» *Porro diebus istis novissimis, quibus Ecangelii fulgor illuxerat (quod absque profluentium exuberantia lacrymarum nequaquam proferre valeamus), dogma quoddam populare, jamque in scriptis redactum reperimus, quod tamquam fumus teter et horridus è puteis abyssi prorumpens, ipsius Solis justitiae splendenti-*

bus radiis se directè objiciens, christianorum mentium hemispherium obscurare contendit.

« A fin pues de que no se extienda mas un horror tan pernicioso como feo, disimulado hasta aquí no sin ofensa de Dios y grave detrimento de las almas, especialmente cuando, cubierta con capa de piedad, oculta el veneno de serpiente, he juzgado preciso quitarle la mascarilla y exponer á la vista de todos el horror de su semblante, para que, descubierta la profunda sima, todos eviten el precipicio: » *Ne igitur tam perniciose labe, non sine Dei offensa, et animarum discrimine dissimulata, concreseat præcipitè, cum calliditate serpentis, pietatem quandam in superficie proferens, revelanda est facies indumenti ejus, ut clarè, detecta fovea, cautè possit evitari ruina.* « Pero viviendo todavía el artifice de estos errores, según lo creemos, y siendo aun capaz de enmendarse mediante la misericordia de Dios, debemos ante todas cosas implorar para él incesantemente la piedad de Jesucristo, á fin de que con la virtud de su voz y con el resplandor de su sabiduría, como lo hizo con Saulo, no olvidándose de sus misericordias, atreva al contumaz, humille al soberbio, busque, corrija y enderece al que va descaminado: » *Sanè, quia hujusmodi fabricator erroris, cum adhuc sit viator, ut credimus, corrigi possit per Dei clementiam, sollicitè interpellandus est Christus, ut suae vocis virtute, ac sapientiae lumine, ejus, quam quondam Saulo exhibuerat, miserationis non inmemor, et protervium deterreat, et superbum humiliet, et errantem requirat, corrigat et reducat.*

« No obstante, porque son mas apreciables las dolorosas heridas del que ama, que los falaces halagos del que aborrece, por ningun caso nos hemos de valer del oleo de los pecadores, esto es, de la blandura ó de la lisonja, para curar la débil cabeza, ó la cabeza cuasi desahuciada de este hombre, ni hemos de andar palpando con gran tiento la mortal apostema de su hinchado corazón; ántes bien (aquí llamo la atencion de usted) es conveniente dar á mantenimiento sobre la altanera cerviz de este hombre desvergonzado, con increpacion dura y fuerte, bien que no movida de odio ni de amargura de corazón, sino de un ánimo tranquilo y sereno y de una verdadera caridad deseosa de su bien: » *Et quoniam meliora sunt vulnera diligentis, quam fraudulenta odientis oscula, nequaquam peccatorum oleo, adulazione videlicet, impugnantulum est ipsius languidum caput: nec timidè corporis apostema palandum: quin potius, procacis hominis erectam cervicem oportet durè increpatione ferire; non quidem amaro cordis odio, sed tranquillae mentis aemulatorià charitate.*

Hecha esta salva, entra en su apología el Santo, y no hay epíteto ni dictado injurioso y denigrativo con que no recargue al libelo y á su autor. Llámale calumnioso, ignorante, erróneo, rebelde á los decretos pontificios, insano, impío, necio, blasfemo, injurioso á los prelados de la Iglesia y al mismo Jesucristo. En fin, aplica el Santo justisimamente al señor Doctor Abevilla todos aquellos horroríficos dictados con que tan liberalmente se sirve usted honrar al autor del *Fray Gerundio*. Ahora dígame usted con ánimo sincero: ¿Es este estilo satírico? Es preciso que usted diga que sí. ¿Y es por ventura ilícito? ¿Qué llamo ilícito! Dejando aparte la autoridad de Santo Tomas para los que la respetan

mos mucho, San Buenaventura, á quien usted no se puede resistir, afirma que no solo es lícito, sino muy conveniente, muy necesario y muy meritorio: *Oportet durè interpretatione ferire*; cuando se hace sin odio, sin amargura de corazón, con tranquilidad de ánimo y con celosa caridad: *Non quidem amaro cordis odio, sed tranquillae mentis aemulatorià charitate*. Pruebe usted que no lo hizo así el autor del *Fray Gerundio* (lo que le ha de costar muchísima dificultad), y despues nos hablaremos.

Pero ántes que se me olvide, porque la memoria es frágil, supongamos por un ratito que la sátira sea ilícita, en atencion al grande argumento de usted, de que no la usó Cristo ni los santos padres (y no hay que andar dando vueltas, porque no trae usted otro algun argumento que este), dígame, criatura de Dios, ¿el papelón de usted no es sátira? ¿No lo puede adoptar por tal cualquiera sátira zurdo, tuerto, ó cojo de una ala? ¿Hácelo acaso lícito el haberlo practicado el desconcienciado, el blasfemo y el satirazo autor del *Fray Gerundio*? Pues si este malvado hombre cometió un pecadazo de á folio en haber satirizado bufonescamente á los malos predicadores, ¿dejará usted de haber cometido, aunque no sea mas que un pecadillo mortal de faltriguera, por haberle satirizado á él tan mazorrall y furiosamente? Ya sabrá usted aquel bello dicho de San Agustín, y si no lo supiere (como es muy natural), sabrálo desde ahora. Escribióle Joviniano una carta atestada de desvergüenzas. Recibida del Santo, leyóla con sosiego, tomó la pluma y le respondió con serenidad: « Tu carta, que acabo de recibir, me da testimonio de que por lo ménos hay un desvergonzado en el mundo; si yo te respondiese en el mismo estilo, ya seríamos dos desvergonzados: *sed hoc non licet*, pero esto no es lícito; porque, aunque he leído en la Escritura: « Responde al necio según su necesidad; » no he leído hasta ahora: « Responde al desvergonzado según su desvergüenza: » *Legi in Scriptura: responde stulto secundum stultitiam suam; sed responde procaci secundum procacitatem suam, non legi.* »

Ea, dñense ustedes ambos por buenos; que yo por tales les tengo á los dos. Al autor del *Fray Gerundio* le tengo por un buen hijo, y á usted le tengo por un buen padre, tanto, que es lástima no se llame Fray Juan. El primero no pecó, porque, aunque fuese una sátira su libro (lo que ya examinaremos), sabe muy bien el bribonazo que la sátira de suyo no es pecado. Usted estuvo mucho mas léjos de pecar, porque no procedió con error craso. Aunque usted y su primer ministro Mecénas colmaron á Horacio de honras y de beneficios, apenas se publicaron sus sátiras, cuando los mayores ingenios de su siglo solicitaron á porfía su amistad. Y ya sabe usted que los ingenios del siglo de Augusto no fueron ranas. Ninguna obra mereció mayores elogios que ella. Padecía Horacio una habitual fluxión á los ojos, que le obligaba á usar frecuentemente de colirios; y con alusión á estos compuso este juguete que no está del todo malo:

Colirio son de ojos flacos
Las obras de Flaco Quinto;
Mas también sus flacos ojos
Necesitan de colirio.

Cuánto aprecio han hecho siempre y hacen el día de hoy de las obras de Horacio, y singularmente de sus sátiras, aun los hombres mas graves y mas serios, sola-

mente lo ignoran ó lo dudan los que, hablando seriamente, no son hombres. Si no, pregúntesele usted á Monsieur Dacier y al Padre Sanadon, jesuita, y vuelva despues á contarme lo que le dicen.

Tras de Horacio salió á lucirlo Decio Junio Juvenal, que habiendo probado mal en el oficio de declamador, quiso probar fortuna en el de sátiro. No le hubiera salido tan desgraciadamente, á no haberlo tentado la mala trampa de hacer burla de un bufon del emperador Domiciano, llamado Pani, el cual persuadió á su amo que con un honrado pretexto lo desterrase de la corte enviándolo á mandar un cuerpo de tropas á Pentápolis. Mire usted cuánto pueden en las cortes los bufones, siendo así que unos son amadores de la verdad y otros de la mentira; pero al fin bufones unos y otros. Las sátiras de Juvenal son ingeniosas, pero duras y sucias; por lo que están chapodadas por el Santo Tribunal. Lo que corre libremente es muy celebrado de todos los que tienen voto, esto es, los que no son *botos*. ¡Mire usted qué dichito!

Antes de Juvenal debía haber puesto á mi grande amigo Anlo Sergio Flaco; pero se me olvidó. Lea usted este artículo, primero que el antecedente, y con eso quedará el anacronismo remediado. Siendo este un hombre del ingenio mas dulce, mas afable y mas bondadoso, parece que mojó la pluma en líel, para dar contra las costumbres del siglo: de donde podrá inferir usted no ser siempre verdadera aquella máxima, de que los escritos manifiestan el carácter y el genio de los autores. Yo ya lo habia inferido para mí en vista de la carta de usted, pues ella da á entender que usted es un hombre muy perverso, siendo así que yo le tengo por un buen hombre. Pero volvamos á nuestro Persio. Este tal dulcísimo, snavisimo y nobilísimo caballero (¡hola! que era de las primeras familias de Roma) á ninguno perdonó, ni aun al mismo Neron, de quien hizo sangrienta mofa en su primera sátira, burlándose de aquellos cuatro versos: *Torca mimalloneis*, etc., que se atribuan á este emperador. Pero Neron le perdonó á él, siendo así que Neron era un Neron: ya que tirano, enemigo de la razon (ahora hablo con las palabras de Monsieur Despréaux), tan amante de sus obras como todo el mundo sabe: *Susas fez galans homsi poit eniender Zaile eciesvacee vez*; tuvo generosidad y valor para sufrir que le zumbasen sobre sus versos, no creyendo que en aquella ocasion el Emperador se debiese interesar por el poeta.

Finalmente, si usted quiere enterarse á fondo de la estimacion que ha merecido en todos tiempos la sátira cuando es buena, y de lo bien recibida que ha sido siempre en todas las naciones, estados y religiones, inclusa la católica, apostólica, romana, no tiene mas que leer á Isaac Casaubon en su libro 2, *De sátira*, y Julio César Escaligero, en su *Poética*, libro 1, capítulo 2, y allí verá que no solo no se ha reputado por ilícita, sino que siempre se ha considerado muy útil y á veces muy necesaria. Tambien verá usted que en todos los siglos de la Iglesia han florecido algunos célebres autores satíricos, que en verso y en prosa han procurado corregir las costumbres de los hombres y los desaciertos de los escritos, haciéndolos ridículos, sin que ninguno los haya condenado por pecaminosos como se hayan contenido dentro de los límites de la verdad y de la decencia, atacando defectos verdaderos y no fingidos, que en realidad mere-

cian ser atacados. El *Catolicon de España* ó *La sátira Menipée*; el *Satiricon*, de Barelayo (á excepcion de lo que mandó borrar el Santo Oficio), las sátiras en verso, y casi toda la prosa de nuestro incomparable Don Francisco de Quevedo; las sátiras francesas de Despréaux y las latinas de Lucio Sextano, que há pocos años se publicaron en Italia con admiracion de todos y con opuesto furor de los que se veian en ellas convencidos de su pedantismo ó de su verdadera ignorancia; la primera y única sátira que publicó en el séptimo y último tomo del *Diario* de nuestros literatos, el malogrado jóven Don José Gerardo de Hervás, con el nombre de Jorge Pitillas, autor tambien de las dos tan aplaudidas cartas que se hallan en el mismo diario, una sobre la *Vida de San Antonio Abad*, escrita por Don Pedro Nolasco de Ocejo, y otra sobre el rasgo épico *Veridica epifonema*, etc., que compuso el doctor Don Joaquin Cases y Jalo: todas estas obras satíricas, y otras innumerables, corren á vista, ciencia y paciencia de todos los tribunales graves, serios y santos que hay en la cristiandad, sin que ninguno de ellos las hable palabra ni diga que por sátiras son pecaminosas; ántes bien todos los hombres de juicio y de buen gusto, entre los cuales ha de contar usted á muchísimos que son fuertes cristianos y unos religiosos de cal y canto, las acarian, las hacen mil halagos y las ponen en las nubes con mil elogios.

Todavía le he de decir á usted mas. Lea con reflexion las prudentísimas y escrupulosísimas reglas generales de nuestro *Expurgatorio*. Note si toman siquiera en la boca la palabra *sátira*: observe si hay alguna que dé por prohibido ó condenado todo libro ó papel satírico, precisa y únicamente porque lo es; y si la encontrare, sáqueme con ella un ojo. Lo único que hallará usted que pueda hacer á este propósito, es lo que se dice en la regla diez y seis, donde se habla de la forma que se ha guardado y se debe guardar en la correccion de los libros. Dicese lo primero, que se han de borrar las cláusulas detractorias de la buena fama del prójimo, y principalmente las que contienen detraction de eclesiásticos y príncipes, y las que se oponen á las buenas costumbres y disciplina católica. ¿Hay algo de esto en el *Fray Gerundio*? ¿Encontrará usted en todo él siquiera una cláusula detractoria? Y si no, dígame, *quid est detractio*? Es, responderá usted con Santo Tomas (si es que lo sabe), *denigratio alienae famae per verba occulta*: denigrar ó quitar á escondidas la fama del prójimo cuando él no lo oye. Porque si esto se hace cara á cara y en sus barbas, no es detraction, sino contumelia, descaro y una grandísima desvergüenza. ¿Pero es detraction, pregunta el Santo, y con él todos los demas, hablar mal de públicos delinquentes y de desórdenes notorios á Dios y á todo el mundo? No señor, responden todos á una voz, porque estos cuando salieron al público, ó ya en tribunal, ó ya en plazas, ó ya en escritos, y mas siendo impresos, perdieron sus autores todo el derecho que tenían á su reputacion en aquella determinada materia, y no se les hace injuria, ántes bien conviene abominarlos y detestarlos para escarmiento de otros, y para mayor crédito de la ley. Así lo hace el real profeta David: *Iniquitatem odio habui, et abominatus sum: legem autem tuam dilexi*. Aplique usted esta doctrina cristiana, y busque segun ella una sola cláusula detractoria en la *Historia de Fray Gerundio*; vea si se toca en ella especie alguna,

sea de la línea moral, sea de la intelectual, que no sea pública en España, ó en impresos, ó en púlpitos, ó en todas las ciudades, villas y lugares; y si no lo hallare, no nos quiebre la cabeza.

Pase usted adelante, y examine si en dicho libro hay alguna cosa que se oponga á las buenas costumbres y disciplina eclesiástica; si no es que diga usted que se opone á aquellas y á estas, el censurar á los maestros de niños, ridiculos é impertinentes; á los preceptores pedantes; á lectores de artes escolastizadas hasta en materias y asuntos mas remotos; á un religioso mozo *ut sic*, algo alegrillo; á un lego ó individuo vago, gracioso y enganchador; á un novicio zalamero y un poco travieso; á un maestro de novicios, *en monton*, demasidamente sincero; á un predicador mayor, *de ente de razon*, totalmente disparatado; á un autor lleno de arrogancia y público escarnecedor de todas las facultades, y aun de lo mas sagrado que hay en la religion; á un prelado religioso, fingido *per intellectum*, un poco flojo de muelles, y un si es no es interesadillo en beneficio de su comunidad y en suyo propio. Dígame usted si el censurar con gracia, sin destemplanza ni acrimonia, estos defectos (pues en el libro no se encuentran otros), es contra la disciplina eclesiástica y contra las buenas costumbres. Pero piénselo bien ántes de resolverse; porque si condena la censura, es preciso que á estos los declare por muy conformes á las buenas costumbres y á la disciplina eclesiástica. Es preciso que usted condene á todos los santos padres y autores ascéticos de todas las religiones que han tratado del estado religioso. Es preciso que borren de San Buenaventura, de San Blasio, de San Bernardo, de San Basilio, de Arbiol, de, de, de... todas las vivísimas pinturas que se encuentran en ellos, de religiosos discolos, inobedientes, esparcidos, contrarios, indevotos, relajados, etc., etc., etc., como contrarias á la disciplina eclesiástica y á las buenas costumbres. Y si, como se acaba de reimprimir en Madrid (por los motivos que se ignoran) la *Visita general del supremo Rey del cielo á sus vasallos los predicadores, residenciándolos en el modo de predicar*, escrita por el reverendísimo padre maestro Fray Gabriel de Morales, del orden de San Agustín, se hubiera impreso tambien la *Visita general de frailes y monjas*, que está en el mismo tomo de á folio, de donde esta obra se sacó, sin duda que usted la borraría cuasi toda como contraria á las buenas costumbres y á la disciplina eclesiástica. Pero yo salgo por fiador de que no la habia de mandar borrar el Santo Tribunal, y á fe que entónces á usted y á otros seles quitarían los mismos, y no alborotarían el mundo ni espartirían á los pobres parvulillos, metiéndolo todo á voces con solo las venialidades que solo se apuntan en la *Historia del Fray Gerundio*, las que quiere usted por fuerza que sean pecados mortales, como si fuera usted capaz de entender lo que en ella se contiene.

Dice, lo segundo, el *Expurgatorio*, que se han de expurgar los escritos que ofenden ó desacreditan los ritos eclesiásticos, el estado, dignidad, órdenes y personas de los religiosos. En lo que toca á los ritos eclesiásticos, á la dignidad y órdenes de las personas de los religiosos, no se mete la *Historia de Fray Gerundio*. En orden al estado, dificultosamente encontrará usted libro en que se trate de él con mas profunda ni mas cordial veneracion. Y si no, lea usted el prólogo de este, desde el nú-

mero 8 hasta el 24 inclusive, y lea tambien el grave razonamiento del Padre Provincial en el capítulo x; y despues impugne, si puede, esta proposicion. Por lo que respeta á las personas de los religiosos, note usted, y nótele bien, que el Santo Tribunal no manda expurgar los escritos que precisamente las ofenden, sino los que las ofenden y desacreditan en sentido copulativo, y todo junctico. Porque mire, hermano, hay grande diferencia de ofender á desacreditar: esto no se puede hacer sin aquello; pero aquello se puede hacer sin esto. Mas claro (porque me da el corazon que usted es un poco romo de entendimiento), no puede uno desacreditar á otro sin ofenderle; pero puede ofenderle sin desacreditarle. Nombrar la soga en casa de un ahorcado, claro está que es ofender á los parientes; pero no se les desacredita. Decir de un predicador, que se quedó; de otro, que dijo cien disparates ó herejías; de este escritor, que escribió mil necesidades; y del otro, que levantó mil falsedades, cuando todo fué así, es claro como el agua que se les ofende, porque esto á nadie sabe á confites; pero tambien es mas claro que el sol que no se les quita el crédito. ¿Por qué? Por lo que ya queda dicho, conviene á saber, porque ellos se lo quitaron á sí mismos cuando hicieron pública su ignorancia ó su miseria, y dieron licencia á todo el mundo para que hablasen de ella, unos compadeciéndose y otros zumbándose, segun el humor ó pasion que predomina á cada uno. Pues ahora, hermano carísimo, así se ha de entender y no de otra manera lo que previene el santo *Expurgatorio*: que se borren los escritos que ofenden y desacreditan las personas de los religiosos. Si no, ¿adónde iríamos á parar? Seria preciso borrar casi todos los manifestos, memoriales y apologías, defensores y millares de papeles que han escrito los religiosos unos contra otros, ya en contiendas literarias, ya en otras guerras civiles y dogmáticas en que no siempre se han tratado con el mayor melindre ni con el mas escrupuloso miramiento. Seria preciso borrar todas las sátiras y todos los libros de crítica que se han escrito desde que se usa esta facultad en la república de las letras, en las cuales se descargan los sendos latigazos, que todos sabemos sobre los autores que los merecen, sean religiosos ó no lo sean; y con todo eso, como no se les toque en sus vicios ó pecadillos personales, que esto nunca es lícito en semejantes escritos, el Santo Tribunal y sus rígidos censores dejan pasar libremente las otras gracias, chistes, pullas y quemazonas, que sirven de sainete y no trascienden á la bondad ó malicia moral de las personas.

Dice, lo tercero, el *Expurgatorio*, que tambien se han de borrar los chistes y gracias publicadas en ofensa ó en perjuicio del buen crédito de los prójimos. Este artículo es extensivo ó ampliativo del antecedente. En uno se habla de la ofensa ó descrédito de los religiosos; en este otro, de la ofensa, perjuicio ó descrédito de todo prójimo; pero en uno y otro se ha de juntar el descrédito á la ofensa ó al perjuicio; porque si no, no estamos en el caso. No basta perjudicar á otro, es menester desacreditarle, para incurrir en la condenacion. Usted, que en su papelote da tantas señas de ser abogado de á folio, pues á lo ménos cita en él un plan de leyes, y harto recónditas, no ignora que no es bastante para condenar á Ficio el que este perjudique á Sempronio; es menester que lo perjudique injustamente. Voy á hacer que usted lo entienda aunque no quiera. Si Sempronio poseia de buena

fe ó de mala fe, una heredad que pertenecía á Ficio, claro está que este le perjudica cuando se la quita en virtud de los legítimos instrumentos que produce; y mas si el pobre Sempronio no tiene otra cosa para mantenerse; pero como Ficio usa de su derecho, y tiene muchísima razon en hacerle aquel perjuicio, la justicia no lo condena; ántes bien le halaga, le caricia, le defiende y le protege, porque aquel es un perjuicio justo y arreglado. ¿Ve usted como puede haber ofensa ó perjuicio sin injusticia? Pues tambien lo puede haber sin descrédito. ¿Lo ha entendido usted ahora? Pues si no lo ha entendido, dígole claramente que es un grandísimo porro.

Y ahora dígame, señor y padre mio, ¿en qué quedamos? ¿Es ó no es lícita la sátira? Santo Tomas la defiende y la practica; San Buenaventura la usa y protege; la razon dice que sea muy bien venida; el orbe literario la da un distinguido lugar en su estimacion y en su biblioteca universal; todas las naciones la han acariciado muchísimo; ella tiene dos mil años de antigüedad; el santo tribunal de la Inquisicion ni en bueno ni en malo se mete con ella, y la deja correr á su salvo en todos los idiomas *servatis servandis*; ¿pero, *tu autem quid dicis*? ¿Usted qué dice de esto? Porque de la resolusion de usted está pendiente todo el universo, ó para desterrarla como el monstruo mas perjudicial de todo el género humano, ó para mantenerla en su antigua, quieta y pacífica posesion, como un remedio utilísimo y eficazísimo para mil enfermedades.

Como si lo viera, me parece estarle oyendo decir que nada de esto viene á cuento; porque la famosa cuestion de usted no procede de sátira *ut sic*, ó de la sátira en cerro, sino de la sátira contrainda á los predicadores que abusan de su ministerio. Acabáramos con ello y supiéramos ya en qué topa toda la dificultad. ¿Con que el pecadozo, el sacrilegio y la blasfemia heretical de la pobre sátira solo consiste en haber sido osada de profanar el intemerado asilo de los malos, de los perversos y de los pésimos predicadores? Perdone usted y dígame, ¿hacia qué parte cae este sagrado? Verdaderamente que si lo logran los malos predicadores, han obtenido un raro privilegio, que no han podido conseguir ni los papas, ni los emperadores, ni los reyes, ni los obispos, ni aun el venerable cuerpo de todas las religiones; porque, al fin, todas cuantas personas ha habido, de cualquier estado, clase y dignidad que fuesen, han estado sujetas á la sátira, unas veces con razon y otras sin ella. ¿Quiere usted sátira contra filósofos, jueces, sacerdotes, generales de ejército y contra la mas calificada nobleza? Pues no tiene mas que leer la sátira de Juvenal, que comienza: *Ultrá Sauromatas fugere hinc libet*; y avíseme despues. ¿Quiere contra el emperador mismo Domiciano y contra el respetable cuerpo de los senadores romanos, con su toga senatoria y todo? Pues vea la sátira cuarta del mismo Juvenal, y veámonos en leyéndola. ¿Quiérela contra todo género de gentes, oficios y profesiones? Pues abra las sátiras de Horacio por cualquiera parte, y le contentará la gana.

Pero, porque no me salga usted con la impertinencia de que estos fuéron satíricos gentiles y no deben traerse á colacion, dígame si fué gentil Don Francisco de Quevedo. Pues no tiene usted mas que abrir sus obras, así en prosa como en verso, y encontrará sátiras á pasto

contra los malos teólogos, contra los malos legistas, contra los malos médicos, contra los malos políticos, contra los malos matemáticos, en una palabra, contra todos los malos, sean en la profesion ó sean en las costumbres. ¿Qué mas? Iba á preguntar á usted si queria tambien sátiras contra los malos clérigos, contra los malos frailes, y aun contra los malos confesores; y por poco iba tambien á decirle donde las hallaria con abundancia; pero no quiero, porque todavia está muy tierno en los principios de la critica, y temo que le perjudique lo que pudiera y debiera aprovecharle. Pues ahora, señor mio, si la sátira es lícita contra todos estos profesores y facultativos que abusan de sus facultades y profesiones, ¿por qué no lo será contra los predicadores que abusan de su ministerio? ¿Será por ventura porque este abuso es mas pernicioso? Será porque su daño es mas perjudicial? ¿Será porque es mas lastimoso su estrago? ¿O será, en fin, porque es mas ridiculo y no hace tanto daño un mal predicador en el púlpito como un mal teólogo en la cátedra, un mal abogado en los estudios y en el estudio, un mal médico en la cabecera de un enfermo, y un mal confesor ignorante, interesado, parcial, ó qué sé yo qué, en el confesionario?

No es por eso ni por lo otro ni por lo de mas allá, responde usted muy satisfecho. Es porque los santos padres nunca usaron de la sátira contra los predicadores; de que se infiere que, pues que no la usaron los santos padres, es evidente señal de que la tuvieron por ilícita. Porque; una de dos: ó se les ofreció este medio, ó no se les ofreció. ¿No se les ofreció? Luego el Gerundio no presume alcanzar mas que los santos padres. ¡Qué arrojo! Si se les ofreció y no lo practicaron, otra de dos: ó no practicaron todos los medios que tuvieron por lícitos para desterrar de la cátedra del Espíritu Santo esta sacrilega profanacion, ó no es lícito este medio. Aprieta usted (á su parecer) el argumento, trasladándolo á la persona de Cristo; y hobeas así: O Cristo supo este raro arbitrio de la sátira para remediar al mundo, ó no lo supo. Si no lo supo, ¡qué blasfemia heretical! Luego el Gerundio supo mas que la majestad de Cristo. Si lo supo y no lo practicó, luego lo tuvo por ilícito. Y si no, es preciso confesar que Cristo no hizo todo lo que pudo para remediarlo. ¿Y esto cómo se compone con aquello del sagrado texto: *Quid ultrá debui facere vineae meae et non feci*? Salvo (concluye usted con infinita gracia) que le faltase á aquel divino Señor el componer una *Historia de Fray Gerundio*, cuando le quitaron la vida.

Este es el único y grande argumento de usted, y que ocupa algunos pliegos; porque sin adelantar un paso de gallina, mete en él tanto ripio, tanta broza, tanta música, bulla y acompañamiento, que casi se pierde de vista lo mas principal que usted quiere decir. Con un poco de mas claridad y con un mucho de mas fuerza (en caso de ser capaz de alguna) le propongo yo, aunque yo lo diga. Venga usted acá, irracionalísima criatura: vamos claros: ¿habla usted de véras, ó de burlas, cuando tiene valor de estampar y proponer un argumento tan miserable, tan superficial y tan ridiculo, á unos hombres que se hacen la barba, por enanto no han profesado instituto que se lo prohiba? ¿Estaba usted despierto o dormido cuando tuvo caclaza y flema para estampar una proposicion formalmente herética en cualquier otra pluma que en la de usted? Porque la de usted, en mi corto

entender, solo es capaz de herejías materiales, según abunda de ignorancias. Comencemos por Jesucristo, por donde se debe comenzar y acabar todo: debiendo ser este Señor el *alpha et omega*, principio y fin de nuestras acciones.

¿Con que Cristo hizo cuanto pudo para remediar al mundo? ¿Está usted en su juicio, hombre de Dios? ¿Pues no ve que si hubiera hecho cuanto pudo, no solo lo hubiera remediado en cuanto á la suficiencia, sino tambien en cuanto á la eficacia, esto es: no solo hubiera hecho que todos se pudiesen salvar, sino tambien que todos efectivamente quisiesen salvarse? Aquello mismo que está haciendo hoy con solos aquellos que se salvan, ¿no podia haberlo hecho con todos los que se condenan? Así como hoy hace efectiva la salvación de los predestinados, sea por este medio ó por el otro, pero siempre sin quitarles la libertad (en lo cual convenimos todos los católicos), ¿no pudo hacer efectiva la salvación de los réprobos? ¿No pudo haber hecho Cristo á todos los hombres tan seráficos y mucho mas seráficos que el seráfico padre San Francisco? ¿Tan querúbico, y mucho mas querúbico que el querúbico padre Santo Domingo? ¿Tan celosos de su mayor gloria, y mucho mas celosos que el celoso padre San Ignacio? ¿Qué católico ha imitado á Cristo este poder, sino que sea usted que sabe creer todo lo que le enseña la santa Iglesia católica, pero sin saber lo que se cree? Luego si Cristo pudo hacer todo esto para remediar al mundo y no lo hizo, claro está que no hizo todo lo que pudo para remediarlo; claro está que está claro. Señor catecúmeno, y no Señor Penitente, pues en esto da usted fuertes indicios de que todavía no está capaz de sacramentos, por falta de doctrina y de catecismo, enséñanos la fe que Cristo hizo infinito mas de lo que era necesario para remediar al mundo y á infinitos mundos, si fueran posibles; infinito mas de lo que debió, infinito mas de lo que los mismos hombres y los mismos ángeles eran capaces, no solo de desear y de esperar, sino de imaginar y concebir. Pero al mismo tiempo nos enseña la fe, que era capaz todavía de hacer infinito mas de lo que debió, pero infinito ménos de lo que pudo. Esto y no otra cosa dice el texto que usted cita, y que no lo entiende, porque no supo construirlo: *Quid ultra debui facere vinee meae, et non feci?* «¿Qué mas debí hacer por mi viña que no lo hice?» Note usted que no dice *potui*, sino *debui*; no dice qué mas *pude*, sino qué mas *debí hacer por mi viña*? Mas para usted lo mismo debe ser *deber* que *poder*, siguiendo la opinion de aquel que pretendia ser maestro de niños en una aldea, y examinándolo el cura á presencia del alcalde, porque este no sabia leer ni escribir, el pretendiente leía «por los perros de una perra», en lugar de «por los poros de una perra.» Y el cura le replicó: «Mire usted que dice *perra* y no *perra*; *poros* y no *perros*.» A que respondió el pretendiente, atusándose el pelo y meneando la cabeza: «¿Y qué mas tiene uno que otro, señor cura?» Mire usted, no delataré esta su proposición al Santo Tribunal, porque estoy en el entender de que usted no es delatable.

Quedamos pues en que Cristo hizo mucho mas de lo que debió para redimir al mundo, sin que por eso debiese escribir una *Historia de Fray Gerundio* para remediarlo. (Vaya de cuenta de usted la irreverente bufonada, porque suya es.) Y quedamos tambien en que

no es ilícita esta historia porque Cristo no la escribiese; ni son ilícitos los otros millares de millares de medios que despues se han aplicado para reformarle. Y Cristo no quiso aplicarlos por sí mismo, dejando este cuidado á cargo de sus vicarios, de los sucesores de los apóstoles, de las potestades del mundo, de los doctores de la Iglesia y de los demas autores católicos, aunque todos por la gracia del mismo Jesucristo.

Pero enidado; que por esto no condono á usted que Cristo no usó de estilo satírico para corregir al mundo cuando lo tuvo por conveniente. Entendámonos: cuando digo que Cristo usó de estilo satírico, no quiero decir que se valió de gracias, chistes y agudezas, ni mucho ménos de pullas y chocarrerías; que esto sería muy ajeno de su infinita gravedad, seriedad y soberanía. Aun de los apólogos no se quiso valer la majestad de Cristo ni los profetas del antiguo Testamento, como observa el Padre Salmeron, entre otras razones, por no confundir la doctrina que enseñaba, con la filosofía mundana y con las demas ciencias naturales, á quienes sirven los apólogos de recomendación y lustre. *Christus tamen, virtus et sapientia Dei, illis uti numquam voluit; ut distingueret christianam philosophiam à mundi sapientia, quae apologis et commendata et illustrata satis videtur*. Pero de aquel estilo que se compone de palabras acres, picautes, corrosivas y que penetran de parte á parte el corazón, ¿quién le ha dicho á usted que no se valió á cada paso Cristo nuestro bien para corregir y reprehender todo género de vicios en toda clase de personas? Pregúnteselo usted á los escribas y fariseos, á quienes trató de «hipócritas tentadores», *Mat.*, 22, 18; de «señaleros dealbados, blancura por defuera; huesos, horror y podredumbre por adentro», *Mat.*, 23, 27; de «generación de serpientes verdaderas», repitiéndoselos tres veces para que no se les olvidase, *Mat.*, 3, 7, 12, 34, vers. 23, 33; de «hijos del demonio», *Joan.*, 8, 44; de «embusteros y mas embusteros», *Joan.*, 7, 19 et 8, 53. Pregúnteselo usted á los príncipes de los sacerdotes, á quienes trató de «peores que los publicanos y las mujeres perdidas», *Mat.*, 21, 32; de «obstinados é infieles», *Idem*, cap. 12. Pregúnteselo usted á los mismos apóstoles, á quienes trató unas veces de «desconfiados», *Mat.*, 6, 30; otras de «tímidos y pusilánimes», *Idem*, cap. 8, 26; otras de «ignorantes y descaminados», *Idem*, 22, 29; otras de «escultos y tardos para creer», *Luc.*, 24, 25. Pregúnteselo usted por fin al mismo príncipe de los apóstoles, á quien no dudó tratar en cierta ocasión de «hombre escandaloso y verdadero Satanás para el mismo Salvador», *Mat.*, 16, 23. ¿No le parece á usted que todas estas frases pueden entrar tan lindamente en cualquiera confección satírica, con grande provecho del enfermo, y sin que desdiga (claro está) de aquella divina boca que las pronunció? ¿Mas para qué nos cansamos? En diciéndole á usted que casi todas las parábolas con que por lo comun se explicaba la majestad de Cristo fueron otras tantas sátiras que no solo instruían, sino que herían en la tetilla á los que eran comprendidos en ellas, me parece que quedará usted bien servido. Pues téngaselo por dicho; porque con efecto, no fueron otra cosa, puesto que la parábola y la sátira no se diferencian en el fin ni aun en los medios sustanciales, sino en los accidentales. Una y otra tiran á corregir, una y otra á reprender, una y otra á avergonzar. Con sola una disparidad, que la

parábola lo hace siempre debajo de algun velo, figura, representación ó semejanza, cubriendo lo que quiere decir con otra cosa distinta, pero muy parecida á ella, para coger mejor en el garlito al que se pretende reprender. La sátira unas veces lo hace á cara descubierta, y son las mas; y otras se cubre tambien con el velo de la parábola, hiriendo á unos en cabeza de otros, y burlándose de los objetos fingidos para zumbarse de los verdaderos. Tal fué la *Batrachomyomachia*, de Homero, tal la *Gatomaquia*, de Lope de Vega, tal la *Mosquea*, de Villaviciosa, tal el *Orlando*, de Bernis, y tal en fin el *Lutrin*, de Boileau ó Despréaux, en que á la sombra de las ranas, de los ratones, de los gatos, de las moscas, de un baladron furioso y de un facistol, se satiriza graciosamente á los generales de ejército, á los políticos, á los poetas, á los oradores, á los soldados fanfarrones, á los que excitan alborotos y discordias por motivos ridiculos y lijeros. De manera que estas se pueden llamar «sátiras parabólicas», y aquellas «parábolas satíricas», esto es, punzantes y penetrantes; pudiéndose decir que no toda sátira es parábola, pero que toda parábola es sátira, entendida esta, no en el sentido odioso y ofensivo que vulgarmente se le ha querido atribuir, sino en el provechoso y verdadero que realmente le corresponde.

Y en este honrado, serio y provechoso sentido, ¿quién le ha dicho á usted que la parábola de la cizaña no es una penetrante sátira contra los chismosos; la del publicano y fariseo, contra los hipócritas, soberbios y presumidos; la del hijo pródigo, contra los jóvenes disolutos; la de la cena grande, contra los indevotos; la de los convidados á las bodas, contra los sacrílegos; la de la viña, contra los envidiosos; la del grano de mostaza, contra los altaneros; la de los talentos escondidos, contra los haraganes; la de las vírgenes necias, contra los que dilatan la conversion para la hora de la muerte; la del samaritano, contra los eclesiásticos y religiosos poco caritativos; la del sembrador, contra los oyentes de los sermones; y la de los operarios de la viña, que primero mataron á los criados, y despues al hijo unigénito del amo de ella, contra los perversos predicadores? Ea, lea usted á cualquiera santo padre y á cualquier expositor sobre estas parábolas de Cristo, y despues veámonos las caras. Pero no se nos venga con la fresca de que Cristo no se valió de sátiras para remediar al mundo. Si todavía no está usted contento con esto, y quiere en boca de Cristo una sátira que no como quiera avergüence, sino que ridiculice y liaga verdaderamente risibles á los malos predicadores, óigala, tan parecida á miles de miles de originales que ahora andan por el mundo, que no es posible oirla sin soltar la carcajada.

Habla el Señor, en el capítulo 23 de San Mateo, determinadamente contra los malos predicadores, como convienen unánimemente todos los intérpretes y como es literal en el mismo texto: *Super cathedram Moysis sederunt scribae et pharisei*: «Sobre la cátedra de Moisés subieron y se sentaron á predicar los escribas y fariseos.» Pero es de advertir que, aunque va á hablar de los malos predicadores, no va á dar contra los peores, esto es, contra aquellos que predicán mal y viven peor; sino contra los menos malos, esto es, contra los que viven mal y predicán bien. Pues mire usted, por su vida, qué tal me los pone. «Haced, dice á su auditorio, todo lo que ellos os dijeren; pero guardáos bien de hacer nada,

de lo que ellos hacen:» *Omnia ergo quaecumque dixerint vobis, servate et facite; secundum opera verò eorum, nolite facere*. Porque son unos papagayos, unos cotorras, unos charlatanes, ó á lo mas unos meros farisantes. Representan, y no practican; hablan, y no obran; dicen, y no hacen: *Dicunt, et non faciunt*. Ahora la glosa: Acaban de predicar sobre el ayuno, y desde el púlpito se van á sentar en una mesa ostentosa. Claman contra la profanidad, y sus personas, sus casas, sus celdas y sus aposentos están llenos de mil superfluidades. Gritan contra el regalo, y para ellos ha de haber el chocolate mas rico, el tabaco mas exquisito, los muebles y viveres mas delicados. Se desgañitan hasta ponerse roncos contra los que no perdonan las mas atroces injurias, y ellos no saben sufrir que les toquen el pelo de la ropa, sin perseguir *usque ad internectionem* á los que levisíma y remotísimamente los ofenden. Esto y mucho mas quiere decir aquello de *dicunt, et non faciunt*: «Dicen, y no hacen.» Prosigue adelante el Salvador. Echan sobre los hombros de los demas cargas pesadísimas é insostenibles, y ellos no arriman el hombro. ¿Qué llama arrimar el hombro? Ni aplican siquiera el dedo para moverlas, ni con un dedito han de levantar una paja del suelo: *Alligant enim onera gravia et importabilia, et imponunt in humeros hominum, digito autem suo nolunt ea movere*. Ahora la paráfrasis: Si se habla de opipiones, para los demas las mas estrechas, para sí mismos las mas laxas. Si se trata de penitencias, para los otros las mas austeras, para sí mismos ningunas. Si es negocio de cargas indispensables, para los demas las mas pesadas, para sí mismos las mas ligeras. Si de seguir algun camino de tantos como conducen al cielo, para los otros los mas escabrosos, para sí mismos los mas suaves y mas llanos. Si de ejercicios de obras de caridad, las mas penosas para los otros, las mas fáciles y menos incómodas para sí mismos. En una palabra, prosigue el Salvador, no hacen cosa que no sea por pura vanidad, por pura ostentacion, por captar la aura popular, la estimacion y el aplauso de los hombres, y para meter ruido en el mundo:» *Omnia verò opera sua faciunt, ut videantur ab hominibus*. Hasta aquí la pintura que hace el Salvador del hombre interior, esto es, del corazon y del espíritu de aquellos predicadores que son los menos malos. Atienda usted ahora y verá cómo los pinta en su exterior. Y cuando estos se presentan en la calle, se dejan ver (dice su Divina Majestad) con unos hábitos muy anchos y muy campanudos. No contentos con traerlos muy cumplidos, ellos mismos hacen ostentacion de sus ensanches y de sus superfluidades, contoneándose con pomposa vanidad, y llamando la atencion de sus hinchados movimientos. En todas las concurrencias pretenden sin disimulo el asiento mas distinguido y mas autorizado; y con igual satisfaccion se declaran pretendientes de los primeros púlpitos y de los primeros sermones. Gustan mucho de que todos los que los encuentran las saluden con el mas profundo respeto, haciéndoles la cortesía hasta el suelo; y rabian porque los traten de *padres maestros* todos los que hablan con ellos:» *Dilatant phylacteria sua, et magnificant fimbrias; amant autem primos recubitus in coenae, et primas cathedras in Synagogis, et salutationes in foro, et vocari ab omnibus Rabi*. ¿Qué le parece á usted de la pinturilla, Señor Penitente? ¿No ha visto por esos

púlpitos de Dios millares de millares de originales, á quienes se parece vivamente este retrato? Y dígame usted en puridad, ¿hay en todo el Gerundio cosa que se le parezca? Ea pues, confiese usted de buena fe, ó que no es sátira la *Historia de Fray Gerundio*, ó que si lo fuere, lo será solo por usarse de aquel estilo picante, vivo y natural que canonizó con su ejemplo el mismo Jesucristo.

Con esto apenas tenemos que detenernos en el argumento que hace usted, tomándolo del ejemplo de los santos padres. Da lástima contestar á usted en este punto; porque hombre que da á entender sobradamente que es del número de aquellos predicadores de quienes habla el padre maestro Fray Gabriel de Morales, en el capítulo 2 de su *Residencia general* á todos los predicadores, impreso recientemente en Madrid con un prólogo donoso que vale un Potosí: un hombre, vuelvo á decir, que ni gramaticalmente sabe explicar la doctrina cristiana, como queda convencido en la construcción del *de-bui por potui*; un hombre que da tantas señas de ser de aquellos que en muchos años que siguieron el púlpito, predicando en muchas ciudades de estos reinos, no solo no vieron la Biblia sagrada, pero ni la tuvieron, como casi lo demuestra la ignorancia lastimosa de los lugares mas sabidos de ella que se acaban de explicar ó exponer; en una palabra, un hombre que no ha leído la Biblia, ¿cómo ha de haber leído á los santos padres ni cómo puede saber lo que estos escribieron?

¿Con que los santos padres no se valieron de la sátira para remediar al mundo? ¡Pobre criatura, y qué atrasada está de noticias! No hablemos de Santo Tomas ni de San Buenaventura, de quienes ya le hemos dicho lo que basta. ¿Ha leído usted alguna vez las obras del máximo doctor San Jerónimo? ¡Qué ha de haber leído! Solo tiene noticia de que hubo un santo que se llamaba así, y que es doctor, y que escribió muchas cosas. Pues mire, padre, ó lo que fuere, ha de saber que todos casi los que hacen crisis de las obras de este máximo doctor, notan en su estilo el carácter de satírico, esto es, de acre, de penetrante y de lleno de pimienta. Y advierto que no se lo notan por defecto, ni mucho ménos por pecado mortal, sino por distintivo ó por genio de su pluma. Sería menester trasladar casi todo lo que escribió el Santo, si pretendiera justificar esta crítica con todas sus pruebas. Por ahora bástame este *echantillon* ó esta muestra. Habla, en la *Epístola á Nepociano*, de la vida de los clérigos y de los monjes, y dice este par de venialidades: *Nonnulli sunt ditiores Monachi, quam fuerant seculares; et Clerici qui possideant opes sub Christo paupere, quas sub locuplete et fallace Diabolo non habuerant; ut suspiret eos Ecclesia divites, quos mundus contempsit antea mendicos*: «Hay algunos que son mas ricos cuando monjes, que lo fueron cuando seculares; y clérigos hay que, afectando ó profesando, seguir á Cristo pobre, poseen mas riquezas que cuando seguían las banderas del diablo falaz y poderoso. De suerte que la Iglesia llora opulentos á los que el siglo despreciaba ántes mendigos.» ¡Ahí es un grano de anís la clausulilla! Vaya otra: *Pudet dicere! Sacerdotes Idolorum, Mimi, et Aurigae et Scorta hereditates capiunt; solis Clericis et Monachis hoc lege prohibetur; et prohibetur non á persecutoribus, sed á Principibus Christianis: Nec de lege conqueror, sed doleo cur meruimus hanc legem. Cauterium bonum*

est; sed quod mihi vulnus, ut indigeam cauterio? «¿Ver-güenza me da el decirlo! Los sacerdotes de los ídolos, los farsantes, los cocheros, y hasta las mujeres, pueden heredar; y solamente no pueden heredar los sacerdotes y los monjes; porque solo á ellos les está prohibido por la ley; y prohibido, no ya por los emperadores que persiguieron la Iglesia, sino por los mismos príncipes cristianos. No me quejo de la ley; lastímonos del motivo que hemos dado para ella. El cauterio bueno es; pero ¿á qué fin hemos de hacernos con nuestra propia mano una herida que necesite de canterio?» Ahora bien, señor mío, no hubiera copiado estos lugares, ó los hubiera dejado en latín para que no los entendiesen tantos, si usted con su imprudencia no me hubiera precisado á ello: *Factus sum insipiens, vos me coëgistis*; ¿Y qué me dirá usted del melísimo padre San Bernardo? ¡Páresele á usted que gasta mas azúcar ó mas aluñar con los malos sacerdotes cuando es caso de reprenderlos? Pues no tiene usted mas que leer el libro *De Sacerdotis dignitate*, que no es largo, porque solo se compone de siete capítulos breves, pero bien cargados de pimienta, que es un gusto cómo pica. Y si usted quiere ahorrar el trabajo de leerlos todos, lea no mas que el séptimo, y por él conocerá: lo primero, cómo aprieta la mano en los otros seis; y lo segundo, cómo pronosticó el santo doctor que le había de suceder con aquel librito lo mismo á la letra que está sucediendo al autor de *Fray Gerundio* con el que usted llama *libelo*. *Et quamquam se jam pro hoc libello plurimos Sacerdotes, qui haec quae loquimur agere nolunt, infideliter esse detracturos, sed sicut lacerationibus obrectationum minime pergravamur: sic demum probatorum et Sanctorum virorum orationibus adjuvamus*: «Y aunque sé muy bien, dice el melísimo padre, que me han de cargar de dieterios y de murmuraciones, con ocasion de este librito, muchos sacerdotes que no quieren practicar lo que en él les digo; tambien creo que otros muchos, muchos que ó lo practican ya ó desean practicarlo, me han de llenar de bendiciones; con la diferencia que los dieterios con que los malos piensan despedazarme no me hacen daño alguno; y las oraciones con que los buenos me ayudan me hacen grandísimo provecho.»

Ea, ¿qué me dice usted? ¿No piensa en su ánima jurada, que este Ingarcito de San Bernardo viene de perlas al libro de *Fray Gerundio* y á su autor? Yo conozco mucho á mi bellaco; es hombre de un bozo sin igual en ciertas materias. Aunque le han cargado á metralla de los dieterios mas furiosos, no le han hecho la menor mella. Sé que está con una fresca, que es un contento. ¿Qué digo con una fresca? Ninguno se ha divertido mas que él mismo con los papelones que se han escrito contra él; especialmente con el de usted se ha holgado á satisfacción. Y en todo caso se atiene á las oraciones que muchas almas piadosas y celosas han ofrecido á Dios, pidiéndole que le dé vida hasta desterrar del púlpito las malas sabandijas.

¿Se imaginará usted, por ventura, que el tercer doctor de la Iglesia, san Gregorio el Grande, se anduvo con melindres cuando trató de corregir á los malos predicadores? Toda la tercera parte de su pastoral la gastó en esta importantísima materia. Da principio con treinta y seis avisos ó advertencias, que deben tener presentes para mudar el método de la curacion, segun fueren di-

versas las enfermedades del alma, ó segun predominaren los humores de los enfermos. Vaya sin metáfora: enséñales que de un modo han de reprender á unos, y de otro modo á otros; y en la *advertencia* nona dice así: *Aliter admonendi sunt protervi, atque aliter pusillanimes; tunc enim protervos melius corrigimus, cum caquae bene egisse se credunt, malè acta monstramus, ut inde adempta creditur gloria, inde utilis subsequatur confusio*: «Para corregir á los protervos, no hay mejor medio que ponerles delante sus disparates, haciéndoles visible que fuéron despropósitos los que ellos imaginaban aciertos, y tratándolos de manera que su necia vanidad se convierta en saludable confusion, y en provecho su vergüenza.» No ha pretendido otra cosa el autor de *Fray Gerundio*. Y apuesto yo dos cuartos á que tuvo muy presente esta *advertencia* cuando se resolvió á dar á luz su necesarísima obra. Pero apuesto yo á que no se acordó de ella el autor del donoso prólogo á la novísima edicion de la *Visita general de todos los predicadores*, cuando se dejó caer tantas lindezas al sonormujo ó al desgaire contra la *Historia de Fray Gerundio*. Si la hubiera tenido presente, no hubiera seguramente dejado caer aquella pullita de que «en la *Visita general* se verán residenciados los predicadores con la seriedad que corresponde al estado del que hace la correccion, y á la gravedad y dignidad del alto ministerio de que abusan los predicadores relajados»; ni la otra de que «el mal de estos veráse reprendido con una generalidad caritativa, que al mismo tiempo con la mayor acrimonia y violencia declama contra el vicio: jamas, ni aun indirectamente, toca á individuo alguno para sacarlo al teatro como reo; como quien sabe bien que el modo mas prudente y saludable de corregir ha de ser sin irritar»; ni la otra de mas allá: «que en toda la *Visita* no se leerá una línea que no sea dirigida al santo fin que se propone, sin extraviarse á otros asuntos muy loables, ajenos de su loable objeto.» Sea todo así, le diria yo. Pero si despues de cien años que se hizo esta *Visita* tan seria, tan general, tan caritativa, tan acre, tan valiente como en realidad lo es, los visitados y los residenciados se han hecho mas protervos, ¿los hemos de dejar abandonados? ¿Y hemos de abandonar la causa de Dios, del Evangelio y de las almas? ¿No llegó el caso de aplicar á la correccion de los protervos la correccion de San Gregorio, poniéndoles á la vista sus disparates y sus locuras, para que se corran, se avergüencen y se confundan?

Pero esto habia de ser, replicará usted con el autor del prólogo, sin tocar ni aun indirectamente á individuo alguno para sacarlo al teatro como reo. Tenga usted, señor mio; que San Gregorio nos previene todo lo contrario en las palabras que se signen inmediatamente. «Antes bien (añade el Santo), cuando se ve que nada aprovecha, y que léjos de corregir su proterva obstinacion, ni siquiera la conocen, convendrá echar por el atajo, y escogiendo algunos ejemplares de aquellos que mas visiblemente han delinquido, sacudirles bien la liendre en cabeza de estos, para que en la burla de estos conozcan los otros la que se hace de ellos; y convencidos de que no pueden defender los desaciertos ajenos, ó se enmienden ó alviertan á lo ménos que incurren en los propios:» *Nonnumquam verò, cum se vitium proterviae minime perpetrare cognoscunt, compendiosè ad correctionem veniunt, si alterius culpaè manifestio-*

ris, et exaltare requisitae, improprio confundantur; ut ex eo quod defendere nequeunt, cognoscant se tenere improbè quod defendunt. ¡Oh señor! que el modo mas prudente de corregir ha de ser sin irritar. Distingo: cuando se puede hacer así con probable esperanza de la enmienda, no hay duda; cuando la experiencia de tantos siglos, y especialmente la de este último, despues que se publicó la admirable *Visita general*, quita toda esperanza prudente de la correccion sin remedios irritantes, niégolo á piés juntos. Si los médicos pueden curar sin cauterios ni ventosas sajadas, deben hacerlo; cuando no hay esperanza de que el enfermo sane sino con estos remedios (*cauterium bonum est*), deben no omitirlos; y si el doliente chillare, que tenga paciencia.

¿Y qué me dice usted del cuarto doctor de la Iglesia, San Agustín? ¿Nunca usó este santo del estilo satírico, mordicante, corrosivo, para corregir los desórdenes, y para correr y avergonzar y hacer ridiculos á los enemigos de la Iglesia, por el prudente temor de irritarlos mas, en vez de persuadirlos á la enmienda? Buen hombre será usted, si está en este concepto. Mire, señor; un buen tomo de á folio se puede componer de los libros, tratados y cartas del santo Doctor, que están en este gusto. Por ahora me contentaré con dar á usted noticia de una obrita suya, tan idéntica con el punto de que vamos tratando, que no hay mas que pedir. Viendo Agustino que no alcanzaban para reprimir á los donatistas todos los medios serios, graves y fuertes, de que se habia valido en sus cartas, tratados y libros, sermones y disputas, por fin y postre echó mano de lo mismo á que recurrió el autor de *Fray Gerundio*, y por el mismo motivo. Compuso pues una sátira que intituló *Salmo contra los donatistas*, en cierta especie de tiempo ó de cadencia leonina, observada en la mayor parte de los versículos con un hippo-salmo, esto es, con su estribillo y todo, para que lo cantasen los niños por las calles, las mozas de cántaro cuando iban por agua, y las lavanderas al son de la piedra y de la tabla; en una palabra, para que los disparates de la religion llegasen á noticia del infimo vulgo, y así se hiciesen risibles. Oiga usted al Santo, en el libro I de sus *Retractaciones*, capítulo 20, cuyas palabras pone el colector de la obra por epigrafe del salmo: *Volens etiam causam donatistarum ad ipsius humillimi vulgi, et omnino imperitorum et idiotarum notitiam pervenire, et eorum, quantum fieri potest per nos, inhaerere memoriae; psalmum qui ab eis cantaretur, per latinas litteras feci.* No parece sino que los números 34, 35, 36, 37 y 38 del famoso *Prólogo con morrion*, que está en la frente de la *Historia de Fray Gerundio*, fuéron glosa ó comentario de estas palabras del águila de los doctores; léalas usted con devocion y sin preocupacion, y no volverá á quebrarnos la cabeza con la tediosa cantinela de que estas materias se deben tratar con gravedad, con generalidad, sin herir ni sacar sangre.

Pero vamos adelante con el gracioso salmo de San Agustín. Estaba tentado por copiarlo todo aquí, traduciéendolo despues en verso castellano, á fin de que entendiese usted y otros latinicos como usted, sus chistes, gracias y pullas, diciéndome despues si son comparables con ellas las pullas, gracias y chistes de *Fray Gerundio*; pero es obra larga, y todavía tenemos los dos muchísimo que hablar. Contentaréme con trasladar no mas

que algunos rasgos para prueba. El estribillo es este: *Omnes qui gaudetis de pace, modò verum judicate*: «Los amantes de la paz, juzgad quien dice verdad.» La introducción, tomada de la parábola de la red echada al mar, se reduce á decir que el mundo es el mar, los peces son los hombres malos y buenos, la Iglesia es la red, el fin del mundo es la orilla ó la ribera de la mar. Y suponiendo que muchos peces entraron en la red de la Iglesia y la rompieron, y se escaparon al mar, pregunta el Santo: *Bonus auditor fortassè quaerit qui ruperunt retem?* Y responde:

*Homines multum superbi, qui justos se dicunt esse,
Sic fecerunt scissuram, et altare contra altare:
Diabolo se tradiderunt, cum pugnant de traditione:
Et crimen quod commiserunt, in alios vult transferre,
Ipsi tradiderunt libros, et nos audent accusare.
Ut pejus committant scelus, quam commiserunt ante.*

Vaya en romance, para que usted no se quede en ayunas:

Preguntarás acaso:
¿Quiénes, rota la red, abrieron paso?
Unos hombres soberbios y orgullosos:
Verdad es que en su boca son piadosos:
Estos, la santa red despedazada,
Al altar hacen guerra declarada;
Y cuando niegan nuestras tradiciones,
Intentan defender sus traiciones.
Siendo todos artifices peritos
De imputar á los otros sus delitos.
¡Prodigiosa invención de sus errores,
Estos los reos ser y acusadores!

Prosigue el Santo:

*Custos noster, Deus magne? tu nos potes liberare
A pseudo-prophetis, qui nos quaerunt devorare;
Maledictum cor lupinum contegant ovina pelle.
Qui non noverunt Scripturas, hos solent circumvenire:
Audiunt enim traditores, et nesciunt quod gestum est ante:
Quibus si dicas, probate, non habent quid respondere:
Suis se dicunt credidisse: dico ego, mentitos esse:
Quia et nos credimus nostris, qui eos dicunt tradidisse,
Vis nosse, qui dicunt falsum! Qui non sunt in unitate.*

En castellano, para lo dicho:

¡Oh gran Dios! solo tú puedes librarnos
De estos que tiran á despedazarnos
Con capa de profetas verdaderos;
Pero en el fondo grandes embusteros.
La piel de oveja ó manso corderito,
El corazón del lobo muy maldito.
Es verdad que podrán solo hacer daño
En los mas inocentes del rebaño,
En los que nada saben de Escritura;
Los demas ya conocen su locura.
Précianse de saber antigüedades,
Sin saber lo que pasa en las ciudades.
Mándales tú probar sus desaciertos,
Y los veras callar como unos muertos.
Con los suyos dicen que consienten,
Y yo les digo que los suyos mienten,
Porque los nuestros dicen lo contrario;
Y es modo estrafalario,
Al buscar la verdad hombres maruchos,
Separarse los pocos de los muchos.

Habla despues de Botrio y de Celestio, sediciosos obispos de Numidia y enemigos declarados de Ceciliano, obispo de Cartago, á quien injusta y tiránicamente depusieron con pretexto de que no estaba legítimamente consagrado; y los pinta de esta manera:

*Erant Brotius et Caecilius hostes Ceciliano valdè,
Impii, fures, superbi, de quibus longum est referre.*

*Fecerunt quod voluerunt tunc in illa caecitate:
Non iudices sederunt, non sacerdotes de more
Quod solent in magnis causis congregati judicare,
Non accusator et reus steterunt in questione;
Non testes, non documentum, quo possent crimen probare;
Sed furor, dolus, tumultus, qui regnant in falsitate.
Si mutus erat sacerdos, deponentis erat ante;
Si non poterat deponi, tolerandus intra rete,
Sicut modo toleratis tam multos malos aperte.
Et qui fertis pro furore, feretis unum pro pace.*

En nuestra lengua, para servir á usted:

Eran Celestio y Botrio
A cual mas enemigo uno y otro
De Ceciliano, obispo de Cartago;
E injuria no les hago
En tratarlos, por sus operaciones,
De impíos, de soberbios y ladrones;
Y cuanto hicieron en su ciego arroyo
Lo consultaron solo con su antojo.
Por si solos obraron,
Ni con otros conjuces se asociaron,
Como en las causas lo previene
El derecho, y el uso lo mantiene.
No hubo fiscal ni reo,
Testigos, documentos ni careo;
Solo el furor, la trampa y el tumulto
Hicieron la probanza, y esta á bulto;
Testigos sobornados por la ira
Cuando quiere probar una mentira.
Si era mal sacerdote Ceciliano,
Lo habria depuesto ántes otra mano;
Y no habiendo lugar á este remedio,
El tolerarlo fuera el mejor medio,
Así como sufrís á otros peores;
Mas vosotros, señores,
En gracia del partido sedicioso,
Dejáis á mil perversos en reposo;
Y por la paz no dejáis á solo uno.
¿Quién dirá que obráis bien? Ninguno.

Basta de coplas, Señor Penitente, y sobran estos lugares de los cuatro doctores de la Iglesia latina, para que entienda usted y los demas inocentes como usted, á quiénes ha alucinado con su papelote, que los santos padres no pusieron tan mala cara al estilo satírico como á usted le parece, y que echaron mano de él siempre que hicieron juicio que lo pedia así la cura del enfermo. Los padres griegos aplicaron con mayor frecuencia esta medicina, por ser los sarcasmos muy del genio de aquella nación y de aquella lengua, de cuyos versos mordicantes, llamados *silla*, se gloria la sátira derivar su noble alcurnia. No tiene usted mas que abrir á San Basilio, casi en cualquiera parte, y á San Gregorio Nazianceno, en sus poesías líricas y cómicas; ó si le gusta mas la sátira en prosa, lea las dos grandes oraciones que escribió contra el emperador Juliano Apóstata, á las cuales el mismo Santo dió el nombre de *Invectivas*, y encontrará usted con qué saciar su apetito. De San Juan Crisóstomo no hablo: apenas encontrará usted una homilía de este Ródano de la elocuencia sagrada, en que no se hable con mil donosas y vivísimas pinturas, de todos los vicios, que no es posible leerlas sin dar licencia á la risa para que salga con toda libertad. Pinta á un borracho, á un jugador, á un cortejante, á una dama en el tocador, á un hipócrita, á un declamador, á un ministro interesado, á un clérigo entremetido, á un monje aseglarado, á un miserable, á un ambicioso; en fin, pinta á todos aquellos cuyos vicios reprende, con tanta viveza, con tanta propiedad, con tanta gracia, que, en mi dictámen, Quedo fué insulso en sus descripciones respecto de este

gran santo, hombre, por otra parte, de los mas serios y mas circunspectos que ha conocido el mundo.

Y porque no me diga usted que los santos que se acercan mas á nuestros tiempos no fuéron de este parecer, quizá porque les enseñaria la experiencia que la sátira sería mas para irritar que para corregir, no le alegaré por ahora otro ejemplo que el de San Bernardo, para su desengaño. ¡San Bernardo! sí, señor, el suavísimo, el dulcísimo, el meliflúo padre San Bernardo, de cuya pluma se dijo que *mel et fel ex aequo fluebat*; que igualmente destilaba miel que hiel: esta para sacar las manchas profundamente empapadas, y aquella para curar las llagas ligeras ó superficiales que apenas pasaban el cutis. Diviértase usted en leer sus cartas, y verá muchas que parecen fabricadas, no con la boca, sino con el aguijón de aquella celestial abeja del Clarabal. Pero si usted quiere ahorrar este trabajo, tome no mas que el de leer sus libros *De consideratione ad papam Eugenium*; y habiéndolas leído, dígame amistosamente si se puede escribir sátira mas penetrante, ni tampoco mas sangrienta (séame licito decirlo así), contra toda la corte de Roma, comenzando por el Papa y acabando con el mas infimo curial. Allí á ninguno se perdona, ni á dignidades, ni á clases, ni á empleos, ni á tribunales, ni á clérigos, ni á monjes. Allí nada se disimula, ni profanidad, ni ostentacion, ni aparato, ni mesas, ni carrozas, ni muebles, ni injusticias, ni cohechos, ni simonías, ni exámenes, ni provisiones. Allí á todos se les residencia, al Papa, á los cardenales, á los obispos, á los embajadores, á los ministros de Estado, á los de justicia, á los eclesiásticos, á los regulares, sin perdonar ni aun á la infima plebe; y todo con tanta caridad, con tanta viveza, con tanta enerjía, que el buen papa Eugenio cuasi pidió cuartel al Santo, y oprimido con las reconvenções, hubiera renunciado la tiara, si el mismo Santo no lo hubiera sostenido.

Ea, señor mio, ¿qué me dice usted ahora? ¿Se está todavía en sus trece de que los santos padres no se valieron de la sátira para reformar al mundo? Pues estése, y buen provecho le haga. ¿Pero qué sacamos de esto? ¿Que el uso de la sátira no es licito? ¡Valiente consecuencia! Allí va este entimema. Los santos padres no se valieron ó no usaron del medio de fundar la religion de los capuchinos para reformar al mundo; porque realmente no fuéron santos padres los que la fundaron; luego la religion de los capuchinos no fué licita. Consulte el argumentillo con su padre confesor, y el bufido con que justamente le responderá á usted, téngalo por dado y délo por recibido.

Adios, amigo, hasta otra que allá irá. Tal dia, tal mes y tal año. — Beso la mano de usted, su lo que quiere. — Quien usted gustare. — Señor Don Cualquiera.

CARTA III.

De aquel mismo para aquel propio.

Muy señor mio: A las tres va la vencida, dice el refrán; pero no crea usted que yo escribo con esperanza de vencer ó de convencer á las tres ni á las trescientas. ¿Sabe usted por qué? Por este cuento. Argüia un hombre muy hábil á otro muy tonto. Apurólo, estrujólo, hízolo añicos; pero no pudo conseguir que el otro no hablase mas que una cotorra. Preguntáronle despues cómo habia ido con el argumento, y él respondió, tomando un

polvo, con vehemencia: «Tan grandísimo burro es, que no lo he podido convencer.» Si, andados á convencer al Penitente del padre ni al padre del Penitente, cuando entre los dos han inventado un nuevo modo de concluir en *bárbara*, que debió de traer de la Canadá cierto amigo que en años pasados fué echado de allí, desterrado de Francia, expellido de Roma, y se refugió en Holanda (otros dicen en Ginebra) á hacer vida tan penitente como la del mismo señor mio. Ello es cierto que si los salvajes de la Canadá no inventaron el modo y la figura del argumento, aquí por lo ménos no teníamos noticia de la una ni del otro. Oigalo usted por su vida; que es donoso, y lo propone en el número 2 de su papelote en esta sustancia:

«El abusar de los textos de la Escritura Sagrada para hacer reir, es blasfemia. El Gerundio saca del sepulcro del olvido las blasfemias y las injurias con que vulneraron materialmente á Dios y á la Sagrada Escritura unos predicadores necios, idiotas ó locos, para que siempre estén hablando en las villas, ciudades, provincias y reinos donde nunca hubo noticia de ellos: luego el Gerundiano es formalmente blasfemo, ó lo ménos no se escapa de sacrilego.» ¿Qué dice usted del argumentillo? ¿No se lleva, no digo yo los bigotes, sino las barbas mas reverendas, y esas á rapaterron? Mas allá va otro argumento en la misma forma: «El abusar de los textos de la Sagrada Escritura para fundar y para confirmar herejías, es blasfemia heretical: los santos padres y doctores de la Iglesia, y con ellos todos los teólogos católicos, sacan del sepulcro del olvido las blasfemias y las injurias con que vulneraron formalisimamente á Dios y la Sagrada Escritura unos herejes locos, furiosos y presumidos, para que siempre estén hablando en las villas, ciudades, provincias y reinos donde nunca hubo noticia de ellos: luego los santos padres y doctores de la Iglesia, y con ellos todos los teólogos católicos, son formalmente herejes y blasfemos.» No hay que andar dándole vueltas, que la figura del segundo silogismo no pierde pinta al primero. Si el uno concluye, el otro convence. Pero si aquel es un desbarro, este es una locura.

Con efecto, no son otra cosa uno y otro. Benditísimo de Dios, para que el discurso de usted fuera discurso, y no fuera rebuzno, le habia de formar así: «El abusar de la Sagrada Escritura, es blasfemia: el Gerundio abusa; luego es blasfemo.» Pero tratarle á este pobre con tan poca piedad, solo porque saca á plaza las blasfemias de otros, caso que lo sean, ya ve usted que si este modo de argüir llegase á noticia de Fray Toribio, lector de artes, se habia de espiritar de cólera dialéctica. «Sí señor (insiste usted), es blasfemo, y blasfemo garrafal; porque azuzar á un loco cuya manía es decir blasfemias, para que las diga y para que las repita, es grandísima blasfemia, con la diferencia de que la que es material en el loco, es formal en el que azuza.» Pase la decision votal, aunque no es tan cierta como la supone el moral del Padre Marquina. Si él azuzarle es puramente por divertirse, será una diversion ilícita y gravemente pecaminosa; pero eso de condenarle rotundamente no ménos que á blasfemia formal, es mas obra de lo que al Penitente le parece y se le figura. Mas al fin corra la opinion como quisiere el Penitente, pues para el caso en que estamos importa un pito. Pero dígame, hermano, repetir las blasfemias de un loco para darle cuatro latigazos á fin

de que no las diga y con el caritativo intento de curarle aquella manía, ¿es blasfemia formal? ¡Pobres padres de los locos (así llaman en algunas partes á los que cuidan de ellos) si hubieran de cargar en su cuenta las blasfemias de los orates, que repiten á cada paso para corregirlos! Habia en los orates de Valladolid un célebre loco que decia era dos veces la « Santísima Trinidad; porque este misterio (añadia) se reduce á ser tres personas distintas en una sola naturaleza divina, y esta es una grandísima friolera: yo soy tres naturalezas distintas en una sola persona verdadera, y tres distintas personas en una sola naturaleza verdadera: ¿este sí que es misterio! » Visitábale el padre todos los días, y le preguntaba cuántas eran las personas de la Santísima Trinidad. A que respondia: « Tres y una, una y tres, y yo solo soy las seis. » El padre empuñaba bien el látigo, y le sacudia el bálago, repitiéndole á cada golpe: « ¡Pícaro, tú la Santísima Trinidad, tú tres personas en una sola naturaleza, tres naturalezas en una sola persona! Ven acá, infame, ¿no sabes que eres Crispin el zapatero? » Con eso pasaba á la otra jaula, y el que la ocupaba, viendo la tempestad que habia descargado en la del vecino, le decia con voz ponderosa y mesurada: « El señor padre, no haga usted caso de ese loco, que es un pobre simple, y pase usted adelante; que yo no me meto en esas honduras; porque me contento con ser San Isidoro. » Pregunte usted ahora á su confesor, Señor Penitente, si el padre de los orates que repetia sus blasfemias para castigarlas era blasfemo. Pues este es el caso en cuestion. El Gerundiano no hace mas que repetir las que usted llama *blasfemias* de los que usted llama *necios*, *idiotas* ó *locos*, para corregirlas, abominando de ellas y pintándolas tan feas ó tan locas como son. ¿Pues en qué está la blasfemia ni á qué propósito viene el casito de moral de los que azuzan á los locos para que blasfemen? ¿Es azuzar el sacudirles el latigazo que los levante el ronchon y les hace levantar el chillido hasta ponerlo mas arriba de las nubes? Ea, confiese usted de buena fe que es un botarate, y que tan á tontas y á bobas escribe cuando habla de locos como cuando habla de cuerdos.

Pero dice usted que el Gerundiano saca del sepulcro del olvido las blasfemias é injurias con que vulneran materialmente á Dios y á la Sagrada Escritura unos predicadores necios ó locos, para que siempre estén hablando en las villas, ciudades, provincias y reinos donde nunca hubo noticia de ellos. Valga la verdad. ¿Estaba usted en su camisa ó en su túnica cuando escribió este despropósito? Dígame, buen hombre, habrá aldea tan infeliz en España donde no se pueda formar un buen tomo de á folio de las locuras y blasfemias que han predicado, están y andan predicando los malos predicadores? ¿Hay clérigo, cura ni fraile que no esté atestado de necedades, desbarros y sandeces, que ellos mismos los han oido por aquellos sus mismos oídos pecadores que ha de comer la tierra? En el mismo país de las conversaciones, ¿hay provincia mas fértil ni mas abundante que la de los predicadores ignorantes ó locos, cuando se toca esta materia en un corrillo; y aunque sea en la cocina abumada de la maragatería, hay arriero que no contribuya con una reena de cuentos tan verdaderos y tan chistosos como los que puede traer el autor de *Fray Gerundio*, ni otros mil Gerundios como él? Dígame mas: la mayor parte de las locuras y de las blasfemias que este

cita, ¿no andan de molde por ese mundo de Dios? Las otras que alega ¿no se predicaron en esos púlpitos de Cristo? ¿Y cree usted en Dios y en su conciencia que se predicaron en tiempo del rey Witiza ó que se imprimieron con licencia del arzobispo Don Opas? ¿Pues por qué nos sale con esta sandez y hace el papon á los sencillos con esas bocanadas? Acuérdome de este caso, que liarto será no venga bien, por ser otro penitente. Acusábase que no se habia confesado en veinte y tantos años, y en cada mandamiento echaba por aquella boca sapos y culebras, víboras y dragones. Al acabar la confesion, dijo frescamente: « Y para materia mas cierta del dolor, me acuso de dos blasfemias de la vida pasada. » Reparólo el confesor, y le replicó: ¿Pues no me ha dicho usted que en veinte y tantos años no se ha confesado? — Sí, padre. — ¿No me ha dicho que en todo ese tiempo ha sido blasfemo de profesion? — Sí, padre. — ¿Pues á qué vienen las blasfemias de la vida pasada? — Padre, respondió el penitente, porque estas ya se pasaron. Señor Penitente mio, remedo del susodicho (no digo en la conciencia, que no supongo tan perdida la de usted; sino en la ignorancia ó en la zorrería), si las blasfemias y las locuras de los predicadores idiotas, necios ó locos (según usted los califica), son frescas, actuales, y están chorreando tanta sangre en nuestro reino, como usted no ignora, ¿á qué fin sale con la parvulez de que el Gerundiano las saca del sepulcro del olvido?

A fe que ya se me iba olvidando lo mejor. Y dígame usted, inocentísima criatura, ¿por qué esas blasfemias han de ser no mas materiales en los oradores ó en los orates que las predicaron, y han de ser formales y formalísimas en el Gerundio, que solo las resume para burlarse de ellas, para desterrarlas y para exterminarlas del mundo? Ya lo dice usted con un candor que hechiza: « Porque los oradores que las predicaron fueron unos orates, unos necios, unos idiotas y locos; por consiguiente incapaces de vulnerar mas que materialmente á Dios y á la Sagrada Escritura; pero un sugeto tan sabio como el Gerundiano, no puede eximirse de formal blasfemia ó sacrilegio. » Apuesto yo que al leer esto el Gerundiano (si es que lo leyó), haría á usted una profunda reverencia quitándose el bonete ó el sombrero, diciéndole: *Vi ringrazio, padrone mio collendissimo*; ó si su lengua adolece de mal frances: *Bien obligé, monsieur*; porque no se puede negar que le hace usted muchísimo favor cotejándole con unos hombres que han sido hasta aquí unos espanta-mundos. A estos los hace usted incapaces de pecar, y por consiguiente incapaces de sacramentos. Al Gerundiano lo supone usted, no solo pecable, sino tambien pecador; pero al mismo tiempo, como hombre sabio, no le niega usted que pueda arrepentirse y sea capaz de absolucion, la que no faltará por ahí alguna buena alma que se la eche. El pecar ciertamente no es ninguna gracia; pero el poder pecar y no hacerlo, esta sí que es muchísima, según aquello: *Qui potuit transgredi, et non est transgressus*. La impecabilidad en la providencia ordinaria es poco apetecible; pero la pecabilidad desviada siempre del pecado, es todo cuanto en esta vida se puede desear. Pregúnteselo usted, si no, á su confesor, cuya sutil escuela defiende por esta razon, entre otras muchas, la pecabilidad de la humanidad de Cristo. Con que, suponiendo usted que los predicadores necios, idiotas ó locos no pueden decir mas que blasfe-

mias materiales; pero que el Gerundiano, como hombre tan sabio, puede decir las muy formales, y que muy formalmente las dice, aunque no le hace la mayor merced en el acto, no deja de hacerle mucha en la potencia.

Por tanto venga á noticia de todos, que siempre que en algun sermón salga á lucirlo, «una perfeccion extraña, esculpida en el pecho de una dama, cual era un crecidísimo lunar», no es mas que una indecencia material de que no se debe hacer aprecio, porque es un necio, idiota ó loco el predicador que la predicó; siempre que á este lunar y á estos pechos se apliquen «los textos de la Sagrada Escritura que hablan de los pechos de la Esposa», no es mas que una blasfemia material que debe despreciarse, porque es un necio, idiota ó loco el predicador que los aplicó; siempre que se haga «una pintura, no ya cómica, sino lúbrica y obscena, de los pechos de la dama ó de cualquiera otra», no es mas que una obscenidad material de que solo se pueden escandalizar unos oídos que no tienen pelo de barba ni siquiera les apunta el bozo, porque es un necio, idiota ó loco el predicador que la hizo; siempre que en otro sermón se queje el orador «de que en todo un día de Dios no hicieron caso de él en una populosa ciudad, pero que al segundo día toda la ciudad se esmeraba en cortejarlo á competencia», no es mas que una sandez material que debe causar risa mas que enfado, porque es un necio, idiota ó loco el predicador que la estampó; siempre que el mismo orador se llame «el predicador Marquina» por antonomasia, significando que «solo á esta voz se alborozó y se alborotó todo el pueblo», no es mas que una inocentada material que está corregida con una carcajada, porque es un necio, idiota ó loco el predicador que la pronunció; siempre que á un jefe de los alcabaleros se le llame «príncipe, porque dice la Escritura que era el principal de los del oficio», no es mas que una ignorancia material que está suficientemente castigada con dos palmetas en la clase de medianos, porque es un necio, idiota ó loco el predicador que la construyó tan materialmente; siempre que el orador se coqueteje «á sí mismo con Jesucristo, y aun le lleve dos dedos de ventajas en la comparacion», no es mas que una blasfemia material de que solo pueden hacer aspavientos las orejas farisaicas, porque es un necio, idiota ó loco el predicador que hizo la comparacion. Pero siempre que todo esto, ó cosa equivalente, «se encuentre en el autor de Fray Gerundio, aunque lo repita por mofa, por burla, por escarnio y por llenar de rubor á los que tienen osadía de predicar de esta manera,» téngase entendido que es una blasfemia formal y formalísima, porque el tal Gerundiano es hombre sabio, bellaco, marrajote, observador, y de una intencion como de un caballo. Y ve aquí usted cómo han cargado sobre las espaldas del pobre Gerundiano las iniquidades, las blasfemias, las maldades y la lepra de los malos predicadores. Bien empleado le está al insolente y atrevido, para que otra vez no se meta en Gerundios de once varas.

No obstante lo dicho, debo prevenir para descargo de mi alma, que por ningún caso admito, adopto, ni aun tolero, la proposicion generalísima en que el Señor Penitente pésimamente instruido funda su silogístico armatoste. Sienta como indubitabile la tal proposicion, con este sapientísimo regüeldo: «Digo, lo primero, que el abusar de las palabras de la Sagrada Escritura, mezcladas

con las profanas, para mover á risa, celebrar desatinos, herir con sátiras, chistes y cuentecillos, como ejecuta el Gerundiano en su decantada Historia, es, á mi ver, manifiesta blasfemia, sin que haya doctor ni autor que lo contradiga.» ¡Hay tal chiste, ó por mejor decir, hay tal satisfaccion y tan ignorante bobería! Pues yo le digo, lo primero, que no me señalará un solo autor de nota entre los sabios que enseñe ese disparate. Yo digo, lo segundo, que todo cuanto enseñan los mayores teólogos en este punto, se reduce á tres proposiciones. La primera, el usar ó abusar de la Sagrada Escritura para cosas profanas, en rigor y propiamente no es blasfemia: *Propriè non est blasfemia, si quis verbis Scripturae utatur ad profana*. La segunda, el usar ó abusar de ella para cosas profanas ó torpes, cuando se junta con desprecio de las mismas palabras, es pecado mortal de sacrilegio, por ser contra la reverencia debida á las cosas sagradas: *Si tamen utatur ad turpia vel ad profana, cum contemptu, semper est grave peccatum contra reverentiam rebus sacris debitam*. La tercera, pero el usar ó abusar de ellas para zumbra de cosas lícitas y honestas, y aunque sea tambien por chistes y gracias (como sea sin desprecio, y la demasiada frecuencia no dé motivo para juzgar que es con él), no será mas que pecado venial: *Si autem ad res honestas utatur per jocum, etiam ad facetias, absit, que contemptus, non erit nisi peccatum veniale*. Vea usted todas estas proposiciones con estas mismas voces en el padre La-Croix, parte 1, libro 3, número 236; y no le considero á usted tan parvulillo, que tuerza el hocico al autor. Y vea usted tambien en qué ha parado toda aquella bocanada de que no hay doctor ni autor alguno que diga que no es blasfemia el abusar de las palabras de la Sagrada Escritura para mover á risa, celebrar desatinos, etc. ¿Ni cómo podia haber doctor ni autor que dijese tamaño disparate, sabiendo qué cosa es blasfemia? Todos los teólogos la definen así: *Maledictio, sive verbum contumeliae adversus Deum*: un desprecio, vituperio, contumelia y convicio contra Dios, sea de palabra, sea de obra. Definicion que tomaron de San Agustín, libro 2, *De moribus manichaeorum*, capítulo 2, donde la describe de esta manera: *Est autem blasfemia cum aliqua mala dicuntur de bonis: itaque jam vulgo blasfemia non accipitur, nisi mala verba de Deo dicere; de hominibus nonnumquam dubitari potest: Deus verò sine controversia bonus est*. «Blasfemar (dice el Santo, atendiendo precisamente al origen y significado primitivo de la voz), no es otra cosa sino decir mal de los buenos; pero como solo Dios es bueno sin controversia, y de los hombres se puede dudar, ya por blasfemia se entiende comunmente hablar mal de Dios con desprecio de sus atributos.»

Pues como sea cierto que puramente el abusar de la Sagrada Escritura, aunque sea para chistes y para gracias, con tal que estas no se dirijan á hablar mal de Dios, ó vituperarlo, ó escarnecerlo, ó quitándole sus atributos, ó fingiéndole los que no tiene, ó tratando con desprecio ó con desacato los que le competen, no es desprecio, contumelia ó vituperio contra Dios, es innegable que puramente el abusar de la Escritura Sagrada, no es blasfemia, y que ningún autor ni doctor pudo decirlo con la generalidad que lo pronuncia el dómine Penitente, asesorándose sin duda con su teólogo de cámara el padre confesor.

Pero no nos detengamos en lo que á mí no me importa. Sea enhorabuena blasfemia, y blasfemia heretical, este intolerable abuso. *Quid inde?* Luego el Gerundiano es un blasfemo y un hereje de, á tiros largos, con equipaje, recámara y reposteros fabricados en Ginebra. ¿Por qué? Porque abusa de la Sagrada Escritura para celebrar desatinos. ¿Usted está en su jubón? Harto será que lo tenga, y seguramente que no le pesará de eso en la hora de la muerte. Pero dígame, hermano carísimo, ¿qué desatinos celebra el Gerundiano? ¿Los de los predicadores necios, idiotas y locos? Pregúnteselo usted á ellos, si los celebra. ¿No los ataca? ¿No los deshace? No los aniquila siempre que se le ponen delante? Las visibles ironías de que usa, ¿no son unas penetrantes saetas que les pasan de parte á parte el corazón, sin poderlas desprender, por mas vueltas y revueltas que den para arrancarlas? *Haeret late-ri laetalarundo.* ¿Tienen otro verdadero principio esos clamores, esos alaridos con que han llenado el mundo de lastimosa bazofia? Porque, créame usted, hermano, todas las demas injurias, agravios y vilipendios de las sagradas religiones que pretexto, son cuento y mas cuento, espantajos y cocos para atemorizar á los chiquillos. ¿Y á esto llama usted *celebrar desatinos*? Vaya un cuentecillo. Habia en Roma cierto flautero de teatro, llamado Principe (no necesitaba mas su confesor para tratarlo de alteza en algun sermón); este en cierta representacion se rompió una pierna, de que estuvo muy malo. Aun no estaba bien convallecido, cuando no sé qué caballero que habia de dar al pueblo unas grandes fiestas, le instó, le importunó y le untó tanto las manos para que se dejase ver en ellas, que al fin Principe no se pudo negar ni resistir á la eficacia del unto. Apenas subió al teatro, cuando la música comenzó á cantar el motete acostumbrado con que solia dar principio á las piezas dramáticas:

Alégrate, Roma,
Festéjate y rie:
Alégrate, Roma,
Que el Principe vive.

Lactare, incolumis Roma, salvo Principe.

El simple del flautero creyó que se cantaba por él lo que se decía por el Emperador. Esponjose, ensanchose, empavonose, y se deshacia á besamanos y á cortesías para corresponder á los que á su parecer festejaban tanto el recobro de su importante salud. Conocen los mirones la fatuidad de aquel tonto, riense á carcajada tendida, hacen que la música repita por burla el motete, que comenzó de véras y por costumbre: *iteratur illud*; repitese; y mi hombre, firmemente persuadido á que aquello era por celebrarle mas y mas, se tiende á la larga en el púlpito, como que ya no podia mas con el aplauso: *Homo meus se in pulpito totum prosternit*. Resuenan las carcajadas por todo el teatro, y especialmente la gente noble, como mas advertida, continuaba en los aplausos irónicos y burlescos con que celebrada la salud del Principe: *Plaudet illudens eques*: de manera, que la que comenzó comedia, prosiguió y acabó entremes. Mal me quieran mis comadres, si el modo con que el Gerundiano celebra los desatinos de los predicadores, no es todo parecido al modo con que aquellos caballeros romanos celebraban la locura del infatuado trompetero. Y si les abruma este género de aplausos, bien pueden tenderse á la larga en el púlpito y boca arriba; que con esto pasarán de Gerundios á Supinos.

Hablemos un poco mas serios. ¿No me señalaria usted por su vida una sola parte de la *Historia de Fray Gerundio*, en que su autor abuse de la Sagrada Escritura para sátiras y cuentecillos? Encontrará usted, sí, innumerables abusos del sagrado texto. ¿Pero cómo? Los mas copiados á la letra de los sermones impresos que andan ó pueden andar en las manos de todos: otros muchostrallados de los manuscritos ó resumidos fielmente de los que se predicaron, oyéndolos el mismo autor: algunos, y son muy pocos, fingidos por él; pero aplicados propisimamente, y aun idénticamente, ni mas ni ménos como los predicadores Gerundios; y los unos y los otros vigorosamente combatidos y graciosamente rechiflados siempre que salen á la palestra. Pues ahora dígame usted: ¿es abusar de la Sagrada Escritura referir literalmente los abusos de otros, y detestarlos con el mayor empeño? ¿Es vulnerar el sagrado texto remedar con toda propiedad las armas y el modo con que otros le vulneran, y combatirlos con el mayor vigor? ¿Es faltar á la veneracion y á la reverencia debida al Espíritu Santo, pintar con viveza las diferentes maneras con que otros faltan á ella, y dar en ellos como en centeno verde? En una palabra, ¿es profanar los libros sagrados hacer ver de bulto las profanaciones de otros, y abominarlas y anatematizarlas y hacerlas detestables por los medios posibles? Ea, mire usted lo que responde; porque si dice que no, como debe, dió en tierra todo su armatoste; si dice que sí, debe decir consiguientemente que todos los predicadores celosos que explican en el púlpito los varios modos que hay de blasfemar, son unos blasfemos: si dice que sí, debe decir que todos los santos padres y doctores de la Iglesia que refieren en sus obras las diferentes herejías que se han levantado contra ella, son unos herejes; que todos los teólogos que resumen en sus escritos las opiniones erróneas, son unos descaminados; y en suma, que todos los ascéticos que en todos sus libros pintan con tanta viveza los vicios, las pasiones y los desórdenes de todos los estados, clases y profesiones, son unos impíos disolutos. No ha hecho otra cosa el Gerundiano con el sagrado texto; y añado mas, que tampoco podia dejar de hacerlo.

Y si no, vamos á cuentas. Siendo uno de los mas principales, de los mas importantes y de los mas necesarios fines del historiador de *Fray Gerundio*, desterrar del púlpito católico el sacrilego abuso de la Sagrada Escritura, era absolutamente indispensable hacer visible este abuso. Para esto no habia mas que dos medios: ó copiarlo fielisimamente con las mismas voces y palabras con que se halla en los predicadores ó con que á cada paso se les oye: ó remedarlo, en alguna pieza fingida, pero con tanta propiedad, que en nada se diferenciase del que se lee ó oye en los sermones verdaderos. No tiene usted que aporrearle; porque no encontrará otro medio; y si lo encuentra, avíseme; que yo le pagaré el hallazgo. Pero no me salga usted con la pata de gallo de que todo se podia hacer muy bien, sin especificar nada, hablando en general de abusos, profanaciones y sacrilegios; porque esas generalidades no son medio ni calabaza; sino bulla, estruendo, cacareo y nada mas. Jamas se ha remediado cosa alguna con ellas, sin especificar los desórdenes, pintándolos con sus pelos y señales; ó ya como se hallan en personas verdaderas, ó ya como se suponen en personas fingidas. De otra suerte no hay

que esperar curacion, porque no hay que esperar que se den por entendidos los enfermos. Del primer medio se valió el apóstol San Pablo. Tuvo noticia de las parcialidades que dividian á los corintios con peligro de que viniesen á parar en un cisma declarado. Y así para atajar todo el daño que amenazaba, como para que no la pudiesen negar, se las resumió con las mismas palabras con que ellos las fomentaban : *Hoc autem dico, quod unusquisque vestrum dicat : Ego sum Pauli, ego autem Apollinis, ego verò Cephae, ego autem Christi* : yo os digo aquello mismo que decís vosotros : Yo soy de Paulo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo. Ve aquí al Apóstol resumiendo y repitiendo los mismos cismas ó las mismas cismáticas y sediciosas palabras de aquellos alucinados cristianos, para atacarlos despues. Del segundo medio se valió el profeta Natan para reprender el adulterio y el homicidio de David, en la parábola del rico y del pobre, del huésped y de la oveja. El pobre era Urias, el rico era David; el huésped su desordenado apetito, y la oveja era Bersabé. Debajo de aquellas personas fingidas le hizo un retrato tan vivo de sus delitos verdaderos, que apenas el Profeta corrió el velo ó la cortina con aquellas palabras : *Tu es ille vir*, tú eres ese mal hombre ; cuando se reconoció David en el retrato, *peccavi Domine* ; y arrepentido, hizo y padeció la penitencia que se sabe, pasando de rey adúltero á monarca penitente.

¡Así usted le imitará, Señor Penitente mío! Pero no le veo traza ; porque las señas de usted no son de penitente arrepentido, sino de penitente azotado, á manera de Anton Zotes cuando el galanteo de Catanla. Mas al fin, agrádecame usted la buena voluntad, y en todo caso tenga entendido que el Gerundiano, en los abusos de la Sagrada Escritura que fielmente repitió, imitó al apóstol San Pablo, pudiendo decir á los verdaderos Gerundianos con el mismo apóstol : « Yo no digo mas que lo que vosotros decís, ó lo que cada día estáis diciendo cada uno de vosotros : » *Hoc autem dico, quod unusquisque vestrum dicit*. En los abusos que copió en las dos piezas parabólicas, imitó perfectamente al profeta Natan, pudiendo y debiendo decir con él á cada uno de los Gerundios : *Tu es ille vir*, tú eres el que predicó el sermón de Cabrerizos, tú el que predicaste la plática de disciplinantes allá donde tú sabes. Mas para unos y para otros dejó juicio-sísima y piadosísimamente prevenida en su prólogo aquella religiosísima protesta, que dudo que en su línea quepa cosa mas seria, mas ponderosa ni mas grave. Y porque usted se da por desentendido de ella, sea descuido, ó sea malicia ó falta de memoria, tengo por muy conveniente repetírsela aquí en toda su estatura natural, así para hacerle á usted este recuerdo, como para desengañar y abrir los ojos á los que, alucinados con su figuron austero, no le conocen tan bien como le conozco yo. Allá va pues en cuerpo y en alma el número 62 del *Prólogo con morrion* : « Para esto, lector mío, ha sido indispensable citar muchos textos de la Sagrada Escritura, como los citan los Fray Gerundios ; aplicarlos como ellos entienden. Pero, ¡hola ! no te persuadas ni aun de burlas á que los cito, los aplico y los entiendo de véras, como los entienden ellos. Tengo muy presente, así el gravísimo decreto del concilio de Trento, como las bulas de Pío V, Gregorio XIII, Clemente VIII y Alejandro VII contra esta sacrilega profanacion. Protesto que ántes quemara mil historias de Fray Gerundio, que

contravenir ni aun lijerísimamente á tan severa como sagrada prohibicion. Pero no era posible hacer ridículos á los predicadores que incurren tan lastimosamente en ella, sin hacer ridiculo el modo con que ellos manejan el sagrado texto. Mas eso ¿ cómo podia ser sin citar el texto y sin burlarme del modo con que lo manejan ellos ? Así pues, siempre que encuentres algun lugar de la Sagrada Escritura ridículamente entendido ó estrañalariamente aplicado, ten entendido que es por burlarme de ellos, por correrlos, avergonzarlos y por confundirlos ; y por consiguiente, que esta impiedad debe ir de cuenta suya y no de la mia. Cuidado con esta advertencia, que es de suma importancia, pues al fin, aunque no sea mas que un pobre clérigo de misa y olla (y esta flaca), soy un poco temeroso de Dios, me profeso rendido y obediente á las leyes de la Iglesia, y por fin y postre, tengo mi alma en las carnes, á la cual estimo tanto como pueda estimar la suya un patriarca. » ¿ Quiere usted mas ? ¿ Pudiera el Gerundiano hablar de esta manera despues de haberleido el papelote de usted y del otro comiliton, que tiene apellido gótico y le mandó en el de Fray Amador de la Verdad cuando entró en la órden ? Y por el amor de Dios no me salga usted con la grandísima friolera de que no todos leen el prólogo, cantinela que ya me tiene abochornados los hígados. Léanle ó revienten ; que para eso se hizo. No tuvo otro fin la fundacion de los prólogos, sino dar á los lectores la razon de toda la obra, en miniatura ; instruirlos de su idea y de sus principales partes ; y sobre todo, avisarlos de los escollos en que pueden naufragar. Es el prólogo en los libros lo que la carta en la navegacion, el farol en las tinieblas y el prenotado en las disputas. El piloto que no gobierna con el ojo en la carta, ó encallará ó se estrellará. El que camina de noche y sin farol se romperá las narices. El que en una disputa no se hace cargo de los prenotados, se desgañará impugnando lo que no le niegan. ¿ Y quién tendrá la culpa de esto ? Su atolondramiento y su inconsideracion. Vaya con un verbi-gracia que anda en las manos de todos. El que no leyere el prólogo *Galateo* de San Jerónimo, que pone á la frente de su version vulgar de la Escritura, y las veinte y dos prefaciones que incluye en él á cada uno de los veinte y dos libros de que se compone el Testamento antiguo, dará de hocicos á cada paso (especialmente si tiene alguna tinturilla de la lengua hebrea y griega), atribuyendo á descuido ó á ménos inteligencia del Doctor máximo, lo que es falta de reflexion ó sobra de satisfaccion en el lector mínimo.

De este principio nacieron tantos falsos testimonios como levantaron al máximo de los doctores todos aquellos grecizantes y hebraizantes del norte, que desde la mitad del siglo pasado hasta la hora presente conspiraron en desacreditar la Vulgata, porque les incomodaba mucho ; acusando al santo Doctor de que quitaba y añadia á la version de los *Setenta*, lo que le daba gana ; sin querer hacerse cargo de lo que tantas veces, y por modos muy diferentes, dejaba prevenido en sus prólogos. En vano les está clamando el Santo : *Audi, aemule obrectator, ausculta. Non damno, non reprehendo Septuaginta, sed confideret cunctis illis apostolos praefero* : « Oye, envidioso calumniador y murmurador, escucha. No condeno á los *Setenta*, no los reprendo ; prefiero sí el testimonio de los apóstoles á todos los testimonios. »

Quid livore torqueris? Quid imperitorum animos contra me concitas? «¿Para qué te estás consumiendo de envidia? ¿A qué fin esa bulla y esa gritería con que intentas alborotar contra mí á todos los ignorantes?» Pero ni por esas, adelante con su tema; cada día mas enfurecidos en su conspiracion sediciosa, sin darse por entendidos de lo que el Santo les decia en abono de su version. ¿No es esto á la letra el caso en que nos hallamos? Pues, Señor Penitente, váyase usted al rollo, y no nos maree mas con su pretendido abuso de la Sagrada Escritura.

Harto mejor le fuera á usted entender bien los textos de la Sagrada Escritura, y no aplicarlos tan ignorante y disparatadamente como los aplica. ¿Puede haber necesidad mas lastimosa ni ignorancia mas supina, que la que usted se atrevió á escribir en su número 2? «Decir (son palabras formales de usted) que al modo que Cervantes destrerró con su *Don Quijote* muchos abusos; y el obispo de... con el sermon del ungüento que cayó en la barba de Aaron, atajó el abuso de la predicacion en su obispado; así tambien con esta *Historia de Fray Gerundio*, ó segundo *Don Quijote*, se podrá remediar tan grave daño: decir esto es una proposicion opuesta directamente á la sentencia de San Pablo: *Neque qui plantat est aliquid*, etc., etc. *Item, non est volentis, neque currentis*, etc.» ¡Oh el teólogo profundo! Oh el expositor científico! Oh el incontrastable dogmático, y el pobre caballero, fraile, ó lo que fuere! Segun esto será directamente opuesto á la sentencia del Apóstol todo cuanto se hiciere en este mundo para ver si se pueden remediar algunos daños, sean graves, sean leves, sean del alma ó del cuerpo. El médico que, experimentando inútiles unas medicinas, aplica otras para ver si puede curar al enfermo, es un hereje, porque se opone directamente á la sentencia del Apóstol: *Neque qui plantat est aliquid*, etc. El confesor que ve que no alcanzan unos medios, y se vale de otros para desarraigar un vicio al penitente, es un hereje, porque se opone directamente á la sentencia de San Pablo: *Neque qui plantat est aliquid*, etc. El abogado que entabla de otra manera el pleito, para ver si puede ganarlo, es un hereje, porque se opone directamente á la sentencia del Apóstol: *Neque qui plantat est aliquid*, etc. El que se casa por mejor servir á Dios, y en el mismo diase arrepiente, y usando de su derecho, se va á meterse fraile capuchino, pareciéndole que así le podrá servir mejor, es un hereje, porque se opone directamente á la sentencia de San Pablo: *Neque qui plantat est aliquid*, etc. El hortelano que planta un cantero de lechugas en una parte, y viendo que se ponen talladas, las replanta en otra para ver si se logran, es un hereje, porque se opone directamente á la sentencia del Apóstol: *Neque qui plantat est aliquid*, etc. Déjolo, porque es cargo de conciencia gastar tiempo en mas inducciones.

Señor catecúmeno, ha de saber usted que el apóstol San Pablo en estas palabras: *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat, Deus*: «Ni el que planta ni el que riega son algo, esto es, se deben atribuir á sí ni á sus labores los progresos de lo que riegan y de lo que plantan; porque estos se deben á solo Dios:» digo que el Apóstol en estas palabras no hace mas que explicar el quinto artículo de la fe, en cuya virtud creemos que solo Dios es Criador: *Omnia*

per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil: «Todas las cosas se hicieron por él, y sin él nada se hizo.» Como Criador, todas las cosas se conservan por él, y sin él nada se conserva. Como Criador, todo lo que se adelanta se adelanta por él, y sin él nada se adelanta. Como Criador, todo lo que se remedia, se remedia por él, y sin él nada se remedia. ¿Y esto por qué? Porque, como es Criador, es suya la principal accion física de todas las criaturas racionales é irracionales, sensibles é insensibles, para todos cuantos efectos hay y puede haber en la naturaleza: de manera que sin el concurso ó sin la concurrencia de esta accion verdadera, física ó sumamente libre en Dios, nada se haria en el mundo y nada habria en él, porque ni aun mundo habria. Por eso es Dios el principal agente en todos los negocios (ya sean libres, ya sean necesarios), puramente en lo que tienen de físicos; con esta esencial diferencia, que á los efectos libres buenos (como son todos los actos virtuosos y honestos) concurre deseándolos y queriéndolos; y por eso se atribuyen principalmente á su Majestad. A los libres malos (como son todos los actos deshonestos y viciosos) concurre detestándolos, abominándolos y repugnándolos, y precisamente por no destruir la libertad que él mismo concedió á la criatura racional con decreto irrevocable. Por eso estos efectos se atribuyen principal y únicamente á la criatura que voluntariamente quiere usar mal de su libertad, y contra la voluntad del mismo Dios, que concurre con ella como violentado, forzado, y (si me fuere lícito explicarme con esta vulgaridad) contra todos sus cinco sentidos. De lo que se queja el mismo Señor por el Profeta, que dice: *Servire me fecistis iniquitatibus vestris*: «Hicisteis servir, hicisteis concurrir á vuestras iniquidades y maldades.» En nada de esto hay, señor catecúmeno, ni puede haber opiniones. Es doctrina cristiana que todos estamos obligados á creer en virtud del quinto artículo de la fe.

Pues ahora es claro lo que el Apóstol quiere decir en las palabras que usted no ha sabido entender. Reprendia severamente á los cristianos de Corinto por las cismáticas disensiones ó disputas que se habian levantado entre ellos, preciándose unos de ser discípulos de Paulo, y jactándose otros de haber tenido á Apolo por maestro; y deciales el Apóstol: «¿Qué Apolo ni qué Paulo? Ni Apolo ni yo somos mas que discípulos ó ministros de Jesucristo, en quien vosotros creéis:» *Quid igitur est Apollo? quid veró Paulus? Ministri ejus qui creditis?* «Vuestra fe no es obra de sus palabras; es la de la gracia del Señor, que á cada uno la comunicó como quiso:» *Unicuique sicut Dominus dedit*. «Yo no hice mas que plantar; Apolo no hizo mas que regar; pero el que la fe se arraigase en vuestros corazones y creciese en ellos, esa fué obra de Dios:» *Ego plantavi, Apollo rigavit, Deus autem incrementum dedit*. En virtud de esto ya conoceis que ni es algo el que planta, ni es algo el que riega, puesto que el que todo lo hace es Dios: *Itaque neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat: sed qui incrementum dat, Deus*. «Nosotros no somos mas que unos coadjutores ó cooperadores á la accion principal de Dios, autor de todo lo bueno: *Dei enim sumus adiutores*. Si es que yo hice algo en el edificio de vuestras almas, á lo sumo seria echar los cimientos, y aun eso no lo pude conseguir sin el auxilio y sin el concurso de Dios; todo lo demas fué efecto de su piedad, de su om-

nipotencia y de su gracia:» *Secundum gratiam Dei, quae data est mihi, ut sapiens architectus, fundamentum posui; alius autem supraedificat.* Esta es toda la sentencia y alma del texto del Apóstol, explicada por él mismo, y resumida por el catecismo de Astete en solos dos artículos: «Creer que es Criador, y creer que es Salvador.» ¿No me dirá ahora usted, por su vida, en qué se opone el Gerundiano á esta sentencia? ¿Afirmar en alguna parte que con su Historia ha de remediar al mundo, que quiera Dios ó que no quiera? ¿Da á entender que podrá curar ni á un solo predicador, sin la gracia, sin el concurso de Dios? ¿Hay palabra alguna que huela á que, si lograrse alguna curacion, sería obra de su obra? ¿No protesta en el último número de su prólogo, «que el espíritu del Señor inspira donde quiere, cuando quiere, y como quiere y en quien quiere?» ¿No da fin diciendo «que si acertó en algo, á él sea la gloria?» Pues, tontísima criatura, ¿á qué vendrá toda esa algazara? ¿Puede haber en esto otro fin que el de aturullar al vulgo necio, y por acreditarse de teólogo, quedar convencido de mentecato?

Alegremos un poco la conversacion; que esto va muy serio. Un pobre zapatero de viejo lo pasaba muy mal con su oficio, porque ni aun servia para remendon. Fué á otra tierra en donde no le conocian, y fingiéndose médico, vendia cierta droga inútil, por un excelente antidoto. Con esto y con un grande aparato de verbosidad ó charlatanería griega, en poco tiempo consiguió fama del primer hombre del mundo. Dióle al Rey no sé qué tufo de que aquel hombre no era mas que un hablador y un embustero. Quiso hacer la experiencia; llamólo, y echando á su presencia en un vaso de agua unos polvos inocentes, suponiendo que era veneno, le dijo: Puesto que tienes ese antidoto tan prodigioso con los venenos, bebe este aquí luego en mi presencia, bien entendido de que si no lo bebes, te mandaré ahorcar luego al punto; pero si lo bebes y no te hace daño, te lo pagaré bien pagado. ¡Qué sudores y trasndores no acongojarían á mi pobre charlatan, viéndose en aquel aprieto! Al fin no tuvo otro medio que confesar de plano su impostura y su ignorancia. Dijo que él era un triste zapatero que jamas habia podido aprender ni aun á echar un capillo ni unas medias suelas; que no habia estudiado palabra de medicina, y que los créditos que habia cobrado, no los debía á su ciencia, sino á la necia admiracion del vulgo. Entónces, vuelto el Rey á los cortesanos, les dijo con gracia: *Quantae putatis esse vos dementiae, qui capita non dubitatis credere cui calceandos nemo commisit pedes?*

¿No sois unos mentecatos
En confiar vuestras vidas
A quien ni unos maragatos,
Viendo las suelas podridas,
Fiarian sus zapatos?

Ello, señor mio, bien puede ser que usted sea confesor y penitente; porque no es repugnante, salvo en el concepto de aquellos doctísimos párrocos de Milan, digo, del arzobispado de Milan, que encontró San Carlos Borromeo tan ignorantes, que jamas se confesaban, porque estaban en la inteligencia de que los que absolvian á otros podian absolverse á sí mismos, y que los confesores no debian confesarse. Opinion de que no distan mucho aquellos confesores que tambien están por acá en

uso, y son de parecer que *praedicatoribus non est praedicandum.* Digo pues que es muy posible que usted sea penitente y confesor en una pieza. Tambien es posible que sus hijos ó hijas de confesion estén pasmados de su profundo saber, especialmente despues que esparció entre ellos el papelote. Ni es metafísica repugnante que, en vista de lo que á usted se le lleva dicho y que se le dirá todavía, conozca y confiese su pobreza y su ignorancia. Yo á lo ménos no desconfio totalmente de que, siguiendo el buen ejemplo de nuestro zapatero, confiese de buena fe que su fama y su estimacion, si es que la tiene, no la debe ciertamente á su sabiduría, sino á su charlatanería y verbosidad, acreditándose de hombre grande á costa del pismo y de la admiracion de los que son unos pobres hombres. En este caso me ha de dar usted su grata licencia para que á sus hijos y á sus hijas les repita esta cantinela:

¿No sois unos mentecatos
En confiar vuestras vidas
A quien ni unos maragatos,
Viendo las suelas podridas,
Fiarian sus zapatos?

Paréceme que está de mas la aplicacion, cuando ella misma se viene á los ojos. ¡Ah! sí, que se me olvidaba aquel otro texto del mismo apóstol: *Non est volentis neque currentis*, etc., que con un *item*, cose, hilvana ó nos zurce usted con el *Neque qui plantat est aliquid*, etc., traído y glosado con el mismo exquisito gusto que el antecedente. Es el capítulo 9 de la epístola *ad Romanos*, que gusta el Apóstol en explicar del mejor modo que se puede el incomprensible misterio de la gratuita predestinacion de los que son escogidos para la gloria. Dice en suma: «Que esta eleccion toda es efecto puro de la voluntad y de la misericordia de Dios, que quiso tenerla con unos y no quiso tenerla con otros; amar á Jacob y aborrecer á Esaú; predestinar á estos y condenar á aquellos, sin hacer agravio á nadie y usando de su derecho, como lo hace el alfarero que fabrica mas vasijas para el estrado, otras para la cocina, sin que la caznela tenga razon de quejarse de que la hizo cazuela y no la hizo jicara, ni la jicara motivo para engreirse de que la hiciere jicara y no la hiciese cazuela. Que el mismo Dios lo protestó así cuando dijo á Moises: Me compadeceré de quien quisiere compadecerme, y tendré misericordia de quien la tuviere: *Miserebor cujus miserebor, et misericordiam praestabo cujus miserebor.* De cuya doctrina infiere el Apóstol que la predestinacion no es obra del predestinado que quiere, sino de la misericordia de Dios, que hace que quiera y que corra, sin meterse en el modo con que hace esto, sin vulnerar los fueros de la libertad, sobre lo cual hay furiosos gritos en las escenas y sendos remoquetes en los libros. *Igitur non volentis neque currentis, sed miserentis est Dei.* Hágame usted merced de decirme por qué lado ataca el Gerundiano esta doctrina directamente, mientras yo repito á usted claritadamente que esto dijo usted no mas que para captar reputacion de teologaza entre el vulgo necio, con vanas estrofas.

Pues, ¡ahí es un grano de anís lo que se sigue! ¡Pobre Gerundiano, y qué carga tan cerrada va á descargar sobre tus flacas costillas! Dice usted en el número 4: «Que como su delito ó injuria crece segun la mayor santidad del objeto á quien ofende, de esto nace que, di-

rigiéndose contra todos los predicadores de las sagradas religiones, extendiendo unos defectos increíbles (que por eso muchas personas los tienen por falsos, por fingidos y por supositicios), vienen inmediatamente á herir á todas las religiones y á hacer un libelo infamatorio contra la constitucion de Alejandro IV, que empieza: *Ex illa die.* Yo quisiera saber si usted habló de véras ó de burlas cuando escribió estas sandeces. El objeto á que se dirige la obra del Gerundiano es contra los malos predicadores, sean de las sagradas religiones ó no lo sean, tengan *fray* ó no lo tengan. Pues ni el *fray* ni el *padre* ni el *don* vienen á este turuleque. Esto bien protestado y reprotestado lo dejó en su prólogo. Pues ahora dígame, bonísimo señor: ¿es grande la cantidad de los malos predicadores en cuanto á tales? Porque el Gerundiano no se mete con ellos por otros respetos. Usted mismo los llama «idiotas, necios ó locos». Dar contra la locura, contra la necedad y contra el idiotismo, ¿es dar contra la cantidad del objeto? «Sí, señor, responde usted, porque esos idiotas, esos necios, esos locos, son religiosos, y no se les puede ofender á ellos sin ofender á las sagradas religiones.» ¡Ay de las sagradas religiones, y ay de la religion católica, si fuera cierta esta doctrina! Segun ella, dar contra los malos cristianos sería dar contra la religion cristiana, y dar contra los malos religiosos, sería dar contra su sagrada profesion. ¿Ha reflexionado usted las consecuencias que se infieren de aquí?

«¡Oh, señor, replica usted, que no está la ofensa de las religiones en que se publiquen los defectos verdaderos de sus malos predicadores, sino en que se extiendan unos defectos increíbles, que muchos los tienen por falsos, por fingidos y por supositicios!» En cuanto á lo increíble, yo mismo lo hubiera tenido por tal si no lo hubiera palpado; y en cuanto á lo falso, fingido y supositicio, tambien me hubiera parecido lo mismo, á no haberlo visto de molde. ¿Por dónde se me habia de hacer creible que un capuchino se detuviese en el púlpito á hacer una lasciva, puerca, sucia y provocativa pintura de los pechos de una dama? Por dónde no habia de tener por fingido que él mismo se calificase de predicador por antonomasia, y se cotejase con Cristo, quejándose de que no le habian cortejado? Por dónde no me habia de parecer supositicio que el otro diese principio á un sermón, diciendo: «O el amor está de bodas, ó yo no entiendo de amor?» Por dónde habia de creer que el de mas allá predicase desde el púlpito este par de redondillas?

Adios, celeste coro,
Adios, lirios seráficos,
Adios, amadas hijas,
Adios, cisnes sagrados.
Querida esposa, ¿á qué aguardas?
Bella mujer, ¿á qué esperas?
Sal de esa caduca vida,
Y vén á gozar la eterna.

¿Por dónde no habia de tener por falso que en este mismo año el predicador de cierta cuaresma, en el sermón de despedida, hubiese lisonjeado á las damas del lugar con este requiebro: «Si Vénus se apareciera en esta villa, se ocultaria de vergüenza, ó de corrida se huyera?» Por dónde se me habia de hacer creible que predicando tambien otro en este mismo año, de San José, en la corte de Navarra, hubiese dicho «que luego que San José entró en el cielo, se equivocó tanto con la segunda persona

de la Santísima Trinidad, que los ángeles no acertaban á discernirla, y que andaban acechando por allí para ver si la podian conocer; pero inútilmente, hasta que el Hijo, advirtiéndole su equivocacion, levantó las manos, enseñó las llagas, y por ellas le distinguieron de San José?» Por dónde me habia de persuadir á que no era fingido lo que recientemente, y, como dicen, chorreando sangre, acaba de predicar otro en un púlpito de Castilla la Vieja, y no de los ménos respetables, donde, explicando el misterio de la Santísima Trinidad, dijo «que la Trinidad era como un ternero de tres días ó tres meses ó tres años, comido por tres personas distintas, siendo solo un ternero verdadero». Digo y vuelvo á decir que todo esto á mí mismo se me haria increíble, falso, fingido y supositicio, si yo no lo hubiera leído con mis propios ojos, ó no tuviera en mi poder testimonios irrefragables que no se pueden reensar sin echar por tierra la fe humana. Vea usted ahora aquí cómo me pongo de parte de su razon y disculpo á los que tienen por increíble, falso y supositicio lo que se dice en el *Fray Gerundio*. Pero por nuestra desgracia es preciso confesar que, así como *multa falsa saepe sunt probabiliora veris*, así tambien *multa vera saepe sunt probabiliora falsis*.

Y á vista de esto, ¿quién podrá leer lo que usted añade inmediatamente, sin dar licencia á los livianos para que se salgan por la boca envueltos en una carcajada? «No dudo, amigo mio (prosigue usted hablando con el Gerundiano con aquella tanta llaneza que le permite, *per communicationem idiomatum*, la antigua amistad que profesa con su padre confesor): no dudo, amigo mio, que te pueden por todo derecho obligar á que califiques y pruebes que ese Fray Gerundio predicó esos sermones como tú dices, si no quieres que te calumnien de falso impostor, que finges cosas y contumelias para herir á los eclesiásticos y principalmente á los regulares. Este es uno de los mayores apuros, en que es preciso trabajar mucho para salir de él como deseo.» Viva usted mil años por su buena voluntad, le diré yo, en nombre de mi amigo el autor de *Fray Gerundio*. Pero viva usted sin susto, y no tema que lo obliguen por ningun derecho á que califique y pruebe la existencia de los sermones que cita. Si él fuera de intencion maligna, harto se alegraria de que le pusiesen en esa precision; porque me consta que no solo puede probar y calificar los disparates, locuras y blasfemias de que hace mencion, sino que tiene recogidos documentos irrefragables para probar y calificar otras iguales ó aun mayores, sacadas de mas de quinientos sermones, y todos de regulares, impresos ó predicados en este presente siglo dentro de la península de España. Pronto está á exhibir algunos millares de proposiciones respectivamente erróneas, temerarias, escandalosas, heréticas, blasfemas, provocativas, locas, truhanescas ó insolentes, presentando los autógrafos ó los originales, donde se hallarán con todos los pelos y señales de sus autores, sus nombres y apellidos, títulos, dictados, campanillas y profesion, lugar de las impresiones, púlpitos donde se predicaron y auditorios que los oyeron.

Tambien me consta que, informados de esto algunos hombres de autoridad, de gran juicio y de conocido temor de Dios, en vista del injusto alboroto, tumulto y gritería que usted y otros de su estofa han excitado, le han hecho repetidas instancias para que, poniendo en ór-

den estos materiales, los dé al público en un volumen, junto con este título: «Catálogo de asuntos y proposiciones sacadas á la letra de los sermones que se han impreso y predicado en España, desde el año de 1700 hasta el presente de 1748. Danse á luz pública para que las examinen, censuren, califiquen y juzguen aquellos á quienes toca.» En el cuerpo de la obra no se habia de observar otro método ni gastar mas palabras que precisamente estas: «Primer sermón: su autor el padre tal, del orden de cual, doctor, catedrático, maestro, etc.; impreso ó predicado en tal parte, tal día, tal mes, tal año; asunto, este; pruebas, aquellas; proposiciones, estas, aquellas y las otras. Segundo sermón: el reverendísimo padre Fray Fulano de Tal; religion, asunto, etc.» ¿Parécete á usted que la obrilla sería mal recibida del público, y que no sería oportuna para justificar la necesidad que habia del *Gerundio*, y para aquietar á los mismos que ahora se quejan tanto, pero con tan poca razon? ¿Y juzga usted buenamente que esto sería un grande apuro para el Gerundiano, y que para salir de él como usted desea, le sería preciso trabajar mucho? Pues hombre de Dios, entienda que no, y no sea bobo; y dé mil gracias á su divina Majestad de que al Gerundiano no le han podido vencer ni tan respetables instancias, ni aun el precioso pretexto de defenderse á sí mismo, firme siempre en que para esos fines bastan los ejemplares que cita en su Historia, con la prudente moderacion de no dar señas de sus autores. No obstante, no saldré por fiador de que si le urgen demasiado, no le pongan en la dolorosa precision de salir con su Catálogo. Y entónces, ¿qué gritería habrá? Qué alaridos no se levantarán? Pero ¿de quién será la culpa, y cuánto tendrá que hacer el santo Tribunal? ¿Cuánto crecería el Expurgatorio? Pues el atajo es dejar correr al *Fray Gerundio*, para ver si con él se remedia el abuso de los malos predicadores.

Dando usted por supuesto que son fingidos los hechos que se citan en el *Fray Gerundio*, así como es ideal, fingido é imaginario el mismo héroe, infiere que unos por necios y otros por malignos, creerán que son verdaderos, y tomarán de aquí ocasion para satirizar á los frailes. Harán muy mal; porque el libro solamente se les da para que se burlen de los malos predicadores, sean frailes ó no lo sean. Trata usted de libertinos á los que vilipendian el estado religioso. Soy con usted; y aun no les da el tratamiento que merecen. Añade que no es corta la congregacion de estos. Tiéneme usted á su lado; porque estoy en el entender de que es muy numerosa. Concluye usted diciendo: «Que aunque los libertinos se componen de todas clases y esenelas, hay muchos de estos en la milicia, en las covachuelas, en los estrados, en los campos y en los palacios.» Aquí hago á usted una grande cortesía, y le pido licencia para separarme de su dictámen, por parecerme que esa especialidad ó esa especificacion es tan injuriosa como poco necesaria, pues habiendo dicho que habia libertinos de todas clases, no sé yo con qué fin nombra usted particularmente á esas cinco. No es ahora de mi instituto el defenderlas, ni ellas necesitan de mi defensa. En la milicia hay espadas; en las covachuelas, plumas; en los estrados, lenguas; en los campos, garrotes; y en los palacios, guardias alabarderos, que cumplirán con su deber cuando lo juzguen necesario. Lo que yo puedo asegurar á usted es, que en la milicia hay soldados; en las covachuelas, ministros

y oficiales; en los estrados, damas; en los campos, labradores; y en los palacios, cortesanos, que dan harto que aprender y no poco en que avergonzarse á muchos que viven en claustros, celdas, aposentos, cuartos, bosques, despoblados y desiertos. Usted está muy metido dentro de la corte; yo muy desviado de ella. Usted la ha tratado mucho, y hace de ello gran vanidad; yo poco, y me alegro infinito de eso. Sin embargo, me atrevería á demostrar esta proposicion haciendo un coitejo que ni usted lo podría negar ni le habria de ser muy agradable. Pero vaya no mas que esta pruebecita lijera. Apuesto una mudada de sandalias á que ni en la milicia, ni en las covachuelas, ni en los estrados, ni en los campos, ni en los palacios se hallarán dos que se atrevan á escribir un papel tan necio, tan insolente, tan arrogante y tan desvergonzado como el que usted ha escrito: luego en aquellas clases no hay tantos libertinos como se pondera; y en otras quizá hay mas de lo que fuera creible. Cierito que por ahora me alegrara que no fuera usted del estado regular, para poder desmentir mejor al que dijo:

*Non audet é Stygiis Pluto tentare, quod audet
Ejrenus Monachus, penaque fraudis anus.*

No quiero volverlo en castellano; y así para usted será lo mismo que si estuviera en griego. Tampoco puedo servir á usted en esto otro. Sienta como principio indubitante «que el motivo por que los libertinos (esto es, segun el vocabulario de usted, los militares, los covachuelistas, las damas y los palaciegos) vilipendian á los frailes, es por el horror que les causa la vida religiosa, freno de la viciosa conducta que ellos siguen; y que si pudieran desterrar del mundo á todas las religiones y hombres de letras, lo harian porque no hubiese quien les hiciese oposicion á su mala vida y máximas perniciosas, con que rabiando tascan el duro freno, y espuman cólera contra los curas, frailes y golillas.» En órden á las lindezas que usted nos dice aquí, libertinos hay en el mundo que le saldrán responder; porque no permita Dios que yo jamas haga su apología. En cuanto á que hay muchos que aborrecen y vilipendian generalmente á los frailes, entendiendo por este nombre á los que tienen *fray* y á los que no le tienen, tampoco se puede negar. Pero que esto sea por el horror que les causa la vida religiosa, freno de la viciosa conducta que ellos siguen... y porque no hubiese quien hiciese oposicion á su mala vida y máximas perniciosas, perdone usted; que en esto no le puedo servir. Todo lo contrario estamos viendo y palpando todos los días. Am aquellos disolutos que mas aborrecen á los frailes, por punto general son los que mas aman y mas veneran á los verdaderos religiosos, cuando conciben que lo son. Cuanto mas religiosa sea su vida, tanto mayores es el amor que les profesan; cuanto mas contrarias sean las máximas que los religiosos practican, á las máximas que siguen ellos, mayor es el respeto con que los veneran. Por la misericordia de Dios, dudo mucho que haya en España una sola comunidad donde esto no se palpe. Mas para hacer el ejemplo mas casero para usted, quiero ponerlo en un capuchino. Ponga usted los ojos en cualquiera de tantos como sin duda encontrará en esos ejemplarísimos conventos de Madrid: su coro, su oracion, sus penitencias, su celda, su confesionario, su púlpito, sus ministerios, cuando es legitimamente llamado á ellos. En el

coro, puntual; en la oracion, fervoroso; en la penitencia, austero; en la celda, laborioso y recogido; en el confesionario, asiduo, entero, snave y sumamente circunspecto; en el púlpito, sólido, juicioso, celoso, natural y verdaderamente apostólico; en los ministerios, sin distincion de personas; lleno de fervor, de caridad, de celo dentro de la comunidad; con sus hermanos, apacible; con los superiores, rendido; en las conversaciones privadas, modesto; en las pláticas y exhortaciones públicas, prudente, detenido, general y muy distante de lo satírico. De trato con seglares, que no sea preciso y únicamente dirigido al bien espiritual de sus almas, no se hable. Introducciones con poderosos, *nec nominetur*. Visitas exensadas, y mas á personas de otro sexo, ni por lumbré. Si anda, ¡con qué gravedad! Si se presenta, ¡con qué compostura! Si habla, ¡con qué modestia! Si responde, ¡con qué juicio! Si le desprecian, ¡qué alegría! Si le ultrajan, ¡qué sufrimiento! Si lo aplauden, ¡qué confundirse! Si lo buscan, ¡qué esconderse! Aunque sea hombre de respeto y de autoridad, si su religion no le ha dado alguna incumbencia, en nada se mete. Solo atiende á gobernarse á sí mismo, y ni directa ni indirectamente se mezcla en el modo con que los superiores gobiernan á los demas. Dígame usted si ha encontrado algun libertino que no ame, que no venere, que no adore á cualquiera de tantos capuchinos como hay de este carácter, y lo mismo á otro cualquiera individuo parecido á este, entre tantos como cuentan las religiosas familias, sin exceptuar una sola, con todo eso que ninguna vida es mas opuesta, ningunas máximas son mas contrarias á sus máximas. Luego es falso, y muy falso, que los libertinos que aborrecen á los frailes sea por el horror que les causa la vida religiosa, freno de la viciosa conducta que ellos siguen; ni porque no quisieran que hubiese quien hiciese oposicion á su mala vida y máximas perniciosas.

¿Pues por qué los aborrecen? Porque suponen, con razon ó sin ella, que no todos los religiosos son de este carácter, y que hay muchos enteramente contrarios, no teniendo de religiosos mas que el traje y el aparato exterior. Si no, respóndame usted. Si fuese posible un capuchino que huyese del coro, que trampease la oracion, que se excusase de las penitencias de la órden, que aborreciese la celda, que asistiese al confesionario solo por ostentacion, que subiese al púlpito á hacer pinturillas teatrales, y tal vez ni aun tolerables en los teatros; que ejerciese los ministerios con visible acepcion de personas, negándose á los pobres y franqueándose á los poderosos: si fuera posible un capuchino que á sus hermanos los tratase con altanería, á sus superiores con afectado teson, en las conversaciones privadas los despreciase á todos, y en las exhortaciones públicas satirizase á muchos: si fuera posible un capuchino tan aseglarado, que siempre se le viese rodeado de las gentes del mundo, agente general de negocios y pretendiente universal de todo el género humano; tan callejero, que en todas partes se le encontrase, tan visitador, que no solo no perdiese años, dias, bodas, partos, pésames, enhorabuena, sino que frecuentase las salas y los estrados, sin otro fin que el de ver y ser visto; si fuese posible un capuchino que se presentase en la calle con el despojo de un teniente general, en el púlpito con la arrogancia de un arengador, y en las visitas con el desenfado de un

oficial ó cadete, que fuese entremetido, ambicioso, muy satisfecho de sí mismo, regoldando á cada paso confianzas políticas, que habia leído consultas de Estado que le habian confiado, estrecheces con ministros de alta jerarquía, y hasta familiaridades con príncipes: si fuese posible un capuchino que se tomase la licencia y se diese á sí mismo la libertad de hablar con desprecio del ministerio público, y tratar con vilipendio á otros, y por otra parte fuese tan delicado y sensible á sus desprecios personales, que abortase el mundo en tocándole un solo pelo de la barba: si fuese posible un capuchino que hiciese profesion de censurar todo cuanto hacen sus prelados, jactándose de azote de guardianes, de gran reformador de todos, cuando quizá ninguno hubiese que mas tuviera tanta necesidad de reforma como él: dígame usted, ¿si este capuchino-quimera fuera posible, habria libertino ó no libertino, disoluto ó timorato, que no abominase de él? ¿Y sería esto por el horror que causaria á los libertinos su religiosa vida, freno de la licenciosa conducta que ellos siguen? No, señor mio, sino por el horror que les causa la vida del religioso que no se conforma con la santidad de su estado.

Ea pues, quedemos en que este es el verdadero principio del desprecio ó del desafecto con que miran muchos á todo género de regulares. Verdad es que en esto hacen una gravísima injuria al estado, dejando aparte la falta de respeto; porque de un antecedente demasíadamamente cierto, por nuestra desgracia, sacan una consecuencia erradísima. Hay algunos pocos frailes, no del mayor juicio, no de la mayor circunspeccion, no de la mayor compostura, no de la mayor urbanidad, no del mayor desinterés, no de la mayor limpieza en sus tratos: ¿luego todos los frailes son unos atordidos, unos atropellados, descompuestos, groseros, desatentos, interesados y gente ruin? Pésima ilacion, que solo cabe en aquellos entendimientos que son las heces de los que se llaman racionales. Sobre esto ya esgrimió la pluma con aquella valentia y con aquel triunfo que acostumbra, el muy ilustre señor y verdaderamente sabio padre maestro, el reverendísimo Feijóo. Pero desengañémonos; que los desafectos á los regulares por estas desacertadísimas máximas y vulgarísimas preocupaciones, aman, estiman y veneran á los que verdaderamente lo son, sean de la familia que fueren. Los mas disolutos libertinos respetan profundamente á los religiosos ejemplares, sin detenerse en que su religiosa vida sirva ó no sirva de freno á la licenciosa que ellos siguen; porque ya se sabe que *virtus laudatur et auget*. Y así, señor y carísimo hermano mio, tenga usted por cierto que el *Fray Gerundio* no les quitará ni disminuirá un solo punto de estimacion á todos los religiosos que la merecieren. ¿Pero qué quiere usted? ¿Quiere que los libertinos y los no libertinos respeten mucho á aquel religioso que ahora, ahora en caliente, habiendo predicado por la mañana en cierta romería de las inmediaciones de Madrid, por la tarde se puso á bailar públicamente en el campo entre un gran corro de mozcarras? ¿Viólo sugeto de grande autoridad, escandalizóse, encendióse en cristiano celo, y dijo en alta voz: «¿Cuándo nos libraré Dios de estos Gerundios?» Y el religioso, dando una vuelta en el aire, le hizo la mamola. ¿Quiere que los libertinos ó no libertinos hablen bien del otro que tocaba el tamboril y la gaita en un baile público de mozos

y mozas? Estoy muy cierto de que si estos inconsiderados excesos llegasen á noticia de sus prelados, los castigarían severamente; porque ninguna religion hay que los tolere. Esto pone á cubierto el honor de las religiones contra la mordacidad de los maldicientes; pero de los particulares en quienes se notan y se abominan dichos excesos, ¿quiere usted que se hable con profundo respeto?

Por aquí conocerá usted con qué importancia trae á colacion lo que respondió Monsieur Keéne á aquel religioso que hace tan impropia y tan pueril ostentacion de haber debido tantas confianzas políticas á aquel embajador de Inglaterra. Mas propias serian de su estado haberle debido confianzas ascéticas y dogmáticas, que desahogos políticos. Es verdad que tanto creo lo uno como lo otro, pareciéndome mas verosímil que aquel sagacísimo ministro solo admitiese en su conversacion al tal religioso para divertirse, cuando no fuese por abusar de su candor ó de su facilidad, sacándole especies ó noticias que seria mejor ignorase. En fin, sea de esto lo que fuere, ¿qué le dijo en conclusion Monsieur Keéne? Díjole « que de los frailes no se hablaba fuera de su tierra, porque ya habia en España bastantes que hablasen de ellos ». Y el santo religioso que volvió (como él dice) con caridad y fortaleza por el honor de los colegiales, se quedó mudo como un poste para vindicar el honor de los españoles y de los religiosos en una ocasion tan oportuna. Sí, señor, le hubiera yo respondido al Milord, en Inglaterra y en España se habla mal de los frailes; pero con esta diferencia: que en Inglaterra se habla mal del estado; en España solo de las personas que lo merecen. En Inglaterra se abomina de la profesion religiosa; en España, de los que, habiéndola abrazado, no se conforman con ella. En Inglaterra se hace chacota hasta de la variedad de trajes que santamente visten los frailes y las familias religiosas; en España hasta el traje es venerado, y al individuo se le respeta por el vestido. En una palabra, en Inglaterra se habla de los frailes buenos y malos; en España son adorados los buenos y detestados los malos. ¿Y qué se infiere de aquí? Que en España bien puede estar estragado el corazon, pero está muy sana la fe; en Inglaterra, tan corrompido está el entendimiento como la voluntad: en España, si hay miserias humanas, se lloran y se abominan; en Inglaterra, viciosos y no viciosos, todos son á un mismo precio. Solo hay la diferencia de que no se sufren los que perjudican la sociedad, pero se hace poco ó ningun caso de los que son perniciosos únicamente á la conciencia. Si este candidísimo religioso hubiera dado á Milord esta respuesta, ¿qué sacaría de que en España hubiese muchos que hablan mal de los frailes que lo merecen? « Lo mismo que sacarán los que leyeren los sermones impresos de los regulares que cita el Gerundiano (voy hablando con las palabras de usted en el número 7), declarándolos con las señas y con las líneas que traslada de ellos para que siempre vivan en el público. »

Si no son tan tontos como usted, no haya miedo que en consecuencia saquen el despropósito que usted infiere de que « esto es no poderse librar de la nota de satírico ni dejar de incurrir en la excomunion del Tridentino ». ¡Bendito! Si el Gerundiano no hace mas que trasladar las líneas de los sermones impresos, como usted mismo lo conliesa, ¿en qué está la sátira, ni en

qué está la excomunion? ¿Es sátira el repetir las necesidades de otros con sus mismas voces? ¿Hay excomunion para que no se trasladen los dislates de los necios con sus mismas palabras? ¿Y es desenterrar los defectos ya olvidados, repetir fielmente los que andan impresos y se dieron á la estampa para que se eternizasen en los moldes, como suelen decir los aprobantes? ¿Sobre que ha dado en acreditarse de un pobre simple, y me temo que se ha de salir con ello! ¿Sabe usted pues qué sacarán ó deberán sacar legítimamente los que leyeren esos sermones impresos que cita el Gerundiano? Sacarán que en España hay muchos predicadores indignos de ejercitar tan sagrado ministerio; sacarán que estos y los parecidos á ellos estarian bien en la casa de los orates, y están muy mal en el púlpito; sacarán que, habiéndose experimentado ineficaces todos los medios que se han practicado hasta aquí para corregirlos, era conveniente que saliese á probar fortuna un Fray Gerundio para avergonzarlos. Estas y otras consecuencias semejantes deberán sacar; pero si no las sacaren, serán tan lógicos como usted; que es cuanto se puede decir para ponderar cuán atrasados están los pobrecillos aun en la lógica natural.

Y ahora que se me acuerda, aquí se queja usted del Gerundiano, de que saca á luz los sermones impresos, trasladándolos con sus líneas y señales: más arriba se quejaba de que los sermones que citaba eran fingidos y supositicios, y que se le podía obligar por todos los derechos á que declarase, calificase y probase que Fray Gerundio habia predicado aquellos sermones. No viene aquí mal aquello que trovó con tanta oportunidad el otro satírico (por la gracia de usted): *Illos mihi liga funes*. ¿Cómo ajustarémos estos bolos, Señor Penitente? Si los sermones que cita el Gerundiano andan impresos, ¿cómo son fingidos y supositicios? Y si los desenterró, ¿cómo es posible que nunca existiesen? ¿Ha encontrado usted por ahí algun muñidor de entes de razon ó algun desenterrador de los huesos de la nada? ¿Y es posible que usted tuviese brazo para llenar á todo Madrid, y aun á toda España, de estas preciosidades?

No es de ménos chiste lo que añade usted inmediatamente, reconviniendo al Gerundiano, por estas urbanísimas palabras: « Cuando el Padre Vieyra formó la figura que tú pones en el religioso amortajado en vida y denegrado por la penitencia, ¿pone acaso las señas y arrabales, ojos y pelos que tú pones, trasladando los disparates que dijo? ¿Predicó acaso Vieyra poniendo un ente verdadero? No, sino á un Fray Gerundio. Pero tú, con la figura de Fray Gerundio hieres y satirizas á los entes reales y verdaderos. » Ocurrióle esto; y bien se puede añadir al márgen: « ¿Quién da limosna para alumbrar á este párrafo? » Con efecto, ¿qué quiere decir usted en él? Porque solo se percibe algo, pero á tientas. ¿Quiere usted decir que la pintura que hace el Gerundiano de un predicador (capuchino, verbi-gracia, como su padre confesor) en el capítulo II, número 14 del libro tercero, la sacó de la que hace el Padre Vieyra en su famoso sermón de la *Sexagesima*? No seria gran pecado aunque lo hubiese hecho; porque al fin el Padre Vieyra fué hombre de quien se pueden tomar sin vergüenza muchas cosas. Pero dice usted un grandísimo despropósito, para cuyo desengaño no es menester mas que los ojos y el cotejo. Allá va este.

VIEYRA.

«Sube tal vez al púlpito un predicador de los que profesan vivir muertos al mundo, vestido ó amortajado en un hábito de penitencia (que todos, mas ó menos ásperos, son hábitos de penitencia, y todos desde el día que profesamos son mortaja) : la vista es de horror, el nombre, de reverencia; y la materia, de compuncion; la dignidad, de oráculo; el lugar y la expectacion, de silencio; y cuando este rompe la voz, ¿qué es lo que se oye?» (Aquí acaba la pintura de Vieyra.)

LOBON.

«¿Qué es ver subir al púlpito un predicador, amortajado mas que vestido, con un estrecho saco, ceñido de una soga de que hasta el mismo tacto huye ó se retrae, calado un largo capucho piramidal hasta los ojos, con una prolongada barba salpicada de canas cenicientas, el semblante medio sorbido de aquel penitente bosque, y lo demas pálido, macilento, extenuado de los ayunos y de las vigiliás, los ojos hundidos hácia la concavidad del cerebro, como retirándose ellos mismos de los objetos profanos, y gritando mudamente : «Apartadnos, Señor, de la vanidad del mundo?» ¿Qué es ver, digo, á este animado esqueleto en la elevacion de un púlpito, asustando con sola su vista aun á los que no son medrosos, proponer el tema del sermon con majestad, arremangar el desnudo brazo, mostrando una denegrida piel sobre el duro hueso hasta el mismo codo, y dar principio á su sermon de esta ó semejante manera, etc.?» (Aquí da fin la pintura de Lobon.)

¿En qué se parece esta á la de Vieyra? En lo mismo que el espíritu de usted al de un capuchino verdadero. ¿Pues con qué verdad dice que Vieyra formó la figura que el Gerundiano pone? Con la propia que dice que Vieyra no trasladó los despropósitos que dijo su figuron, así como el Gerundiano traslada los de su fantasma. Santo varon, ¿tiene ojos en la cara, ó sabe á qué obliga la buena fe que deben observar todos los que hablan? ¿Con que Vieyra no trasladó los despropósitos que dijo su estafermo? Pues óigale usted una docena de renglones mas abajo. «Vemos salir de la boca de aquel hombre, así en aquel traje, una voz muy afectada y muy pulida, y luego empezar con mucho desgarro, ¿á qué? A motivar desvelos, á acreditar empeños, á acrisolar finezas, á lisonjear precipicios, á brillar auroras, á derretir cristales ó á desmayar jazmines, á bostezar primaveras y otras mil indignidades de estas.» Tenga usted por cierto que si hubiera alcanzado á su padre confesor y á otros de su calaña, hubiera añadido : «A bosquejar lunares, á descubrir pechos, á naufragar en candores, á peligrar en sierras nevadas, *et reliqua.*» ¿Y esto no es trasladar los despropósitos del predicador amortajado? Sí, me responderá usted muy fruncido; pero no con sus mismas palabras. ¡Válgate la mona por hombre! Y para el caso ¿qué mas tendrá trasladar la sustancia que copiar las voces? Ayer me sucedió este caso con un niño. Andaba vestido de donadito : vile con calzones, y le dije : «¡Ah mal fraile! ¿por qué colgaste los hábitos?» Y el chienelo comenzó á patear y á llorar, diciendo : «Yo no los colgué; que están en el arca de mi abuelo.» Lo mas precioso del pasaje es lo que se sigue. «¿Predicó acaso Vieyra poniendo á un ente verdadero? No, sino á un Fray Gerundio; pero

tú, con la figura de Fray Gerundio, hieres y satirizas á los entes verdaderos.» Cada paso es un tropiezo. Dígame usted, criatura de Dios, ¿y para qué puso Vieyra á ese Fray Gerundio? ¿No fué para dar, en cabeza del Fray Gerundio fingido, contra los Gerundios verdaderos? Porque, si no fué eso, sería para hablar al aire y sin objeto. Pues si el Gerundiano hace lo propio, como usted mismo lo confiesa; si da contra los entes verdaderos en cabeza del Fray Gerundio fingido, ¿en qué está su delito? Lo que fué loable en Vieyra, ¿por qué ha de ser reprehensible en el Gerundiano? Porque en la teología de usted está precisado á pecar, quiera ó no quiera. Si supone sermones fingidos en todo semejantes á los verdaderos, peca, porque se vale de especies increíbles, fingidas y suposiciones, para desacreditar á entes verdaderos. Si traslada sermones verdaderos, á cuyos desbarros apenas pueden acercarse los fingidos, peca, porque debiera dar contra los Gerundios verdaderos, en cabeza de un Gerundio fingido. ¡Válgate Dios por catonísimo señor, que todo le desagrada! A pelo le viene á usted aquello de Fedro contra los censores de sus fábulas. Haga usted cuenta que se lo dice el Gerundiano :

*Quid ergo possum facere tibi, lector Cato,
Si nec fabellae te jubant, nec fabulae?
Noli molestus esse omnino litteris,
Majorem ne tibi exhibeant molestiam.*

Vaya la trova en romance, para que á usted no se le pase por alto.

Válgate Dios por lector,
Que pone en lo que repara.
A la ficción mala cara,
Pero á la verdad peor :
Penitente y confesor,
Ambos son dos penitentes
Que no han de hablar entre gentes
De letras, ni con autores;
Porque, aspirando á doctores,
Quedarán en inocentes.

Y ahora, ¿qué le parece á usted mismo de aquella terrible amenaza con que inmediatamente llena de terror al Gerundiano con estas formales palabras : «Vamos poco á poco, amigo Gerundiano, que ya me canso de sostenerle, y si te metes en mas honduras, puede ser que te deje solo, pues que te opones á lo mismo que quieres persuadirnos contra la ley? *Qui aliud dicit quam vult, neque id dicit quod vox significat, quia non vult, quia id non loquitur.* Leg. § 5.º, ff. *de reb. dub.*» Bien empleado le está al bribonazo del Gerundiano, bien merecido lo tiene por sus bellaquerías, que se cansa de sostenerlo el que lo ha sostenido hasta aquí con el vigor y con la fineza que hemos visto. Demasiado ha hecho el Marquínades en griego, y el Bar-Marquina en hebreo, en sostenerle hasta ahora : de manera que sus enemigos, á lo sumo, podrán tacharle de blasfemo y de hereje; pero de allí no pasarán, gracias á su mantenedor. Pero si el insolente no se enmendare y se metiere en mas honduras, puede ser que lo deje solo. ¿Y entónces en qué parará el desdichado de él? Incurrió *ipso facto* en la ley *Qui aliud dicit*, etc., ff. *de reb. dub.* Y cátese un excomulgado á mata candela, que no habrá mas que pedir. Vamos serios. ¿Usted deliraba cuando escribió esta bobería? Antojósele á usted bufonear una vez con gracia irónica, y ni aun para eso poquito le da el naípe. Mire usted, no se cansa en sostener al Gerundiano; que él se

sostendrá por sí mismo (mal que les pese á ciertos amigos) sin necesidad de puntales comidos de carcoma, como verbi-gracia... Sosténgase usted á sí mismo; que no hará poco, y aun hará mejor en contenerse, que en sostenerse; porque, aunque lo *continente* no se lo disputo, tanto como el *contenido*, á piés juntillas se lo niego. Y en orden á la amenaza de dejar solo al Gerundiano, esté en la inteligencia de que en medio de dos millones de hombres como usted, estará tan solo como usted pudiera estar en los desiertos de la Tebaida ó en las ardientes arenas de Libia; pero en todo caso mande usted, decírnos á qué proposicion viene y qué quiere decir aquella ley que usted cita de latin arábigo, solo por lucir las antiguas memorias de letrado gótico; porque le aseguro á usted por mi ánima jurada, que ni aun el mismo dómíne Zancas-largas, con ser el dómíne Zancas-largas, le ha de dar sentido propio y acomodado á su extraña gramática: *Qui aliud dicit quam vult, neque id dicit quod vox significat, quia id non vult, quia id non loquitur*. El latin de la tal ley es muy parecido al romance de aquella carta: Amigo mio: digo que digo que cuando digo digo, no digo digo; sino digo que digo que no digo.

Ya que estamos todavía sobre el capítulo de la pinturilla que hizo el Gerundiano de un capuchino, que en realidad fué lo que á usted exaltó el humor atrabilioso, voy á dar un testimonio de mi buena fe y otro de que usted no supo impugnarla. El Gerundiano supone que dicha pintura se halla en la carta pastoral del Señor Valero, no con las palabras formales con que él la hace, sino con otras muy semejantes. No hay tal cosa, ni en toda la carta se encuentra semejante pintura, ni aun en bosquejo, aunque en ella se da á mantenimiento contra los predicadores aéreos y floridos que se olvidan del sitio, de la materia y de la profesion; que para la sustancia del caso es lo mismo. Hice amistosamente cargo de esto al Gerundiano, y él me respondió lo que se sigue, con aquella honrada sinceridad que le caracteriza: «Era muy niño cuando leí esa carta, y despues no la he vuelto á tener en las manos. No sé por dónde se me imprimió vivamente la especie de haberla leído en ella, cuando sin duda la habia leído en otra parte, de que ahora no me acuerdo. Ello importa poco para la sustancia de mi asunto, que no se puede negar promovió el Señor Valero con la mayor vehemencia. No obstante, estimo á usted mucho el aviso, y si publicare la segunda parte, ya cuidaré de aprovecharme de él, informando al público de mi equivocacion. Esto no me cuesta trabajo; porque no tengo ménos gusto en confesar mis errores, que en impugnar los desaciertos ajenos.» ¿Qué le parece á usted de esta ingenua confesion? ¿Hácela usted tan sincera cuando se va á acusar de sus venialidades á los piés de su padre confesor? Aquí queria poner fin á esta tercera carta, porque ya va larga, y yo estoy un poco causado; pero me hace lástima el dejar para otra el convincente dilema que se comprende en los números 8 y 9. Dice usted en suma, «que el Gerundiano escribió su Historia no mas que para hacer reir á la gente, para avergonzar á los predicadores, y para que, corridos, se enmendasen. Si la escribió para hacer reir á la gente, y esperó para darla á luz á principio de cuaresma, zape, que quema (¡qué chistoso zape!): buscar arbitrios para reir, divirtiendo las lágrimas que se debian derramar por la pasion de Cristo, es peor que la predicacion de

Fray Gerundio y punto que pica mas allá que en historia (otro chiste como el zape). Si aun las revelaciones divinas piden tiempo oportuno para publicarse, ¿qué será un libro reducido todo á cuentecillos, chungas y chanzas? Si la escribió para avergonzar á los predicadores, es preciso que estos lo sientan, viéndose reprendidos en público por un hazme-reir que no tiene comision del Papa, del Rey, ni de la Inquisicion para hacerlo, y que siendo un pobre pelon y un triste particular, debiera contentarse con observar el precepto de la correccion fraterna, predicando en comun contra el abuso, por no ser cómplice, y encomendarlo á Dios, si los superiores no lo remediasen. Pero exponer los predicadores al desprecio del vulgo ignorante, con cuentecillos que los queman y casos que se fingen, es mas de lo que parece.»

No dirá usted que le disimulo ni que le disminuyo la fuerza de su valiente dilema. Pero vamos claros. ¿Es posible que el dilemilla le hizo coz á usted mismo? Si se la hizo, no envidio su docilidad; si no se la hizo, tampoco su sinceridad le envidio. Alucinóle á usted el confundir el fin con los medios y los medios con el fin. Esta distincion es demasiado delgada para la hilaza que usted gasta. ¿El Gerundiano no hizo bien patente á todos, con las palabras mas claras del mundo, que su fin no era hacer reir ni avergonzar á los predicadores; sino valerse de la risa de unos y de la vergüenza de otros, como medios para que estos se corrigiesen y se reformasen? De manera que la enmienda de los predicadores es el fin, y la risa del auditorio y la vergüenza de los interesados fueron los medios. Oigalo usted en el número 38 de su prólogo, respondiendo en profecía á toda la pobreza del papelon de usted; solo que él se la opuso á sí mismo con un poco mas de gracia y con un mucho de mayor valentía, aunque yo lo diga. «Antes quiero probar fortuna (dice), y ver si soy en este asunto tan feliz como lo han sido muchos autores honrados en obras diferentes, persuadidos de la máxima de Horacio, que *Ridiculum acri... fortius plerumque et validius magnas secat res*: esto es, que muchas veces, ó las mas, ha sido mas poderoso para corregir las costumbres el medio festivo y chufletero de hacerlas ridiculas, que el entonado y grave de convencerlas disonantes.» ¿Ve usted aquí claro como el agua, que su fin no fué la risa, la chufleta ni la ridiculez, sino la correccion de los abusos pulpita-bles por aquellos medios poderosos? Con que, negándole á usted las dos partes de su dilema, quedó el argumento cornuto enteramente desmochado.

Vaya un simil, para que usted lo entienda mejor; porque tambien me parece un poquillo mocho de entenderas; y á fe que el simil tampoco ha de salir de la cuaresma. Dígame usted: cuando en ella los predicadores mas celosos y mas apostólicos se suelen valer, especialmente en la explicacion de la doctrina, ya de cuentecillos chistosos, ya de comparaciones y símiles caseros que hacen reir á la gente, ¿para qué lo hacen? Para que á vuelta del cuentecillo y de la comparacion se estampe mejor la sustancia de la doctrina en la memoria de la gente ruda. ¿Dirá usted esto es en la cuaresma? ¿Zape, que quema! Esto es buscar arbitrios para convertir en risa las lágrimas que se debian derramar por la pasion de Cristo. Si usted dice este disparate, yo le diré que vaya por la pasion del Señor; pero le prevengo que lo piense bien para decirlo; porque chamuscará á mucha

gente honrada, y entre ella San Crisóstomo y San Ambrosio, y le aseguro que no lo ha de contar por gracia. No quisiera meterme por ahora con San Pedro Crisólogo; mas no puedo excusarlo: decia el Santo á su pueblo de Rávena: «Muchas veces os provocó á risa para excitaros el llanto: *Saepe provoco vos ad risum ut excitem ad planctum.*» Vea usted aquí cómo la risa puede ser muchas veces un admirable medio para cosas muy serias. Por tanto, señor mío, déjese usted de esos *zapes* y de esas alharacas que solo pueden hacer fuerza á entendimientos lampiños como el de usted, por mas que le cuelgue una madeja de pelos de castron desde los bigotes hasta la cintura. Advirtiéndole que la risa que se emplea en hacer burla de los predicadores indignos, para llenarlos de provechosa vergüenza, no es ménos meritoria que las lágrimas que se derraman por la pasión de Cristo; porque no es medio ménos eficaz para que se logre en nosotros el mérito de esta pasión. ¿Y será ajeno de la cuaresma un fin tan santo por un medio tan loable? ¿Será fuera de tiempo predicar á los predicadores en el tiempo que mas lo necesitan, por ser aquel en el que predicán mas?

Todo esto va en la graciosa suposición de que el Gerundiano hubiese esperado el principio de la cuaresma para dar á luz su obra, pues aunque fuese así, ni habria incurrido en el cánón *Si quis, suadente Diabolo*, ni era negocio de que por ello le obligasen á abjurar de *vehementi*. Acuérdome que años pasados anduvieron revoloteando por España ciertas obrillas críticas sobre cierto punto histórico. Quiso la mala trampa que una de ellas por casualidad salió á plaza en las cercanías de la semana santa. Encendióse en celo de la causa de Dios cierto astrólogo apostólico, y predicó una misioncilla contra este atrevimiento escandaloso, que hizo compungir de risa á todo el auditorio. Verdad es que salió despues un folleto en defensa del tiempo en que el papel se habia publicado, que dicen convirtió para el pobre astrólogo la semana de pascua en semana de pasión. Lo cierto es que despues ha metido mucha ménos bulla, y ha empleado mejor sus prendas intelectuales y morales, de que no se puede negar tiene mas que decente provision. Si hubiera alguna esperanza de que en usted se hubiera de lograr sacar el mismo fruto, me detendria quizá algo mas en burlarme de su reparo, que es bastante despreciable por sí mismo y por quien lo hace; pero no quiero perder tiempo, y me basta el decirle, como resueltamente se lo digo, que niego el supuesto.

Niego que el Gerundiano hubiese esperado el principio de la cuaresma para dar á luz su Historia. Páreceme que al leer esto, le estoy viendo á usted desgañitarse de pura cólera y de pura risa. Páreceme que sin poderse contener se sale de la celda ó de lo que fuere, y convocando auditorio, da grandes risadas al compas de palmadas y patadas, poniendo por testigos al cielo y á la tierra de la descarada insolencia con que le desmiento á usted. Páreceme que le oigo exclamar entre espiritado y rabioso: «¡Aquí de Dios! Aquí de la villa y corte de Madrid! Aquí de toda España! El maldito, el blasfemo, el sedicioso libro de la *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, ¿no se publicó en la *Gaceta* de 21 de febrero de 1758?—Sí, señor, aquella semana—¿No era este año la tercera semana de cuaresma, contando los cuatro dias que preceden á la primera?—Sí,

señor.—Luego el Gerundiano esperó el tiempo propio de cuaresma para dar á luz su Historia.—No, señor; tan de repente le cogió al Gerundiano la publicación de su Historia, como le pudo coger á usted; tanto le sorprendió verla publicada entónces, como sorprendió á los que no tenían la menor noticia.» Y esto créámelo usted sobre mi palabra; porque estoy instruido muy á fondo en la historia de esta Historia. Sintió altamente el Gerundiano que se publicase entónces; pero no le tiente el diablo á creer que fué por los ridículos motivos que usted exagera. Es hombre que discurrir muy de otro modo que usted. Sintió que se publicase entónces, entre otras razones que no necesita usted saber, por nna honrada lástima y caritativa compasión de muchos predicadores, persuadido á que no pocos Gerundios lo son de buena fe, y á que, si predicán mal, es por estar inculpablemente engañados en el concepto de que aquello es predicar bien, pues si se les hiciese ver lo contrario, ó dejarían el púlpito conociendo que no eran para ello, ó al punto se enmendarian. Tuvo lástima de estos, pareciéndole que el libro en aquellas circunstancias solo serviría para perturbarlos, sin darles tiempo para enmendarse, pues enfrascados ya en sus cuaresmas y prevenidos sus trabajos, apenas les era posible el reformarlos. Esto le compadeció indeciblemente, y así lo dijo á muchos de palabra y por escrito. Por lo que, en su dictámen, la publicación de la Historia no se debia haber hecho hasta dos ó tres meses ántes de la cuaresma siguiente, para que los predicadores celosos y bien intencionados abriesen los ojos y tuviesen lugar de disponer sus papeles: de manera que en la misma cuaresma siguiente fuese visible el fruto de la obra. Esta fué siempre su idea, y este su parecer: con que estuvo muy léjos de esperar el principio de la cuaresma para darla á luz. Si usted quiere saber los grandes y verdaderos motivos que tuvieron los que lo dispusieron así, para no conformarse con la voluntad del autor, venga acá, y quizá se los confiaré y quizá no. Y allá va roto ó cascado el primer cuerno de su agudísimo dilema.

El segundo aun es mas lastimoso. Demos caso que la Historia se hubiese escrito con el único fin de avergonzar á los predicadores, aunque ya se le tiene á usted explicado que este fué el medio y no el fin. Pero y bien, ¿qué sacamos de aquí? ¿Que es preciso que los predicadores lo sientan? Concédolo; porque ni el libro se escribió para divertirlos, ni los enfermos dejan de sentir las ventosas sajadas, y si no las sienten, tanto peor para ellos, porque es funesta señal. ¿Y qué mas hemos de sacar? ¿Que es preciso lo sientan mas cuando se ven reprendidos en público, no por algun superior ni por algun edicto del tribunal de la Fe, no por cierto; sino por un hazme-reir? Lo primero *implicat in terminis*; porque los hazme-reir no reprenden ni en público ni en secreto, ni en comun ni en particular. A lo sumo se burlan, se zumban, chulletean; y de esto á la reprension hay grande diferencia. Lo segundo *nego suppositum*, á lo ménos respecto de los predicadores que tanto lo sienten; porque para estos no es hazme-reir; sino hazme-rabiar, hazme-patear, hazme-espumar de cólera. Lo tercero, ¿quién le ha dicho á usted que solo pueden reprender en público los prelados, superiores, el tribunal de la Fe y la real majestad? Si se trata de delitos y de personas particulares dentro de la linea moral, pase; si se

habla de delitos públicos y de personas indeterminadas en la línea intelectual, es grandísimo disparate. Los predicadores reprenden en público, y hasta los comediantes reprenden en público, sin que sean prelados, superiores, tribunales de la Fe ni reales majestades. Y con esto se rompió el otro cuerno.

Lo mas donoso es que usted mismo adopta esta propia doctrina cuando dice inmediatamente: «Amigo mio, los que nada suponemos en el mundo nos hemos de contentar con observar los preceptos de la caridad cristiana. En las cosas públicas que saben los superiores y no lo remedian, debemos clamar á Dios para que lo hagan, predicando en común contra el abuso, por no ser cómplices.» Esto es lo que ha hecho el Gerundiano, predicar contra un abuso tan público, que no es posible otro que lo sea mas. Y porque no es prelado, superior, tribunal de la Fe ni real majestad, no le pareció conveniente usar del estilo censorio, catoniano, severo, autoritativo y jurisdiccional; sino del festivo, alegre, burlon y chuliflero. Mas ¿va que me replica usted con gesto avinagrado (tuteándose tambien á mí; porque usted tiene arranques de tutearse con el lucero del alba): Y á esto llamas predicar? Sí, señor: ¿usted no dice que la obra del Gerundiano es una sátira? Pues tenga usted entendido que las sátiras son sermones. Pregúntesele usted al incomparable Lucio Sentonio, que todavía vive (no sé muy bien en dónde), el cual intituló *sermones* á sus sátiras, y con muchísima razon; porque si el fin de los buenos sermones no es ni puede ser otro que el de enmendar las malas costumbres, tampoco puede ser otro fin el de las sátiras castizas.

*Dum prodesse volunt, et delectare Poetæ,
Et jucunda simul dicunt, et idonea vitæ.*

El párrafo que añade usted sobre las reglas de la caridad fraterna, gran cuenta le hubiera tenido entenderlo mejor y practicarlo. «En los casos particulares (dice usted) debemos observar las reglas de la caridad fraterna. Si no aprovechan, dar cuenta á los superiores, que pueden y deben remediarlo: *Dic Ecclesiae*; y nosotros quedémonos en nuestra santa paz y quietud. Voy á explicar á usted las reglas de la caridad fraterna, las cuales se entienden de esta manera. Primera, en delitos y personas particulares, amonestar reservadamente al delincuente: *Corripi eum inter te et ipsum solum*. Segunda, si esto no alcanzare, advertirle de su delito en presencia de dos ó tres testigos: *Adhibe tecum duo aut tres testes*. Y no aprovechando esto (esta es la tercera), dar cuenta á quien lo pueda y deba remediar: *Dic Ecclesiae*. Ahora bien, Señor Marquiniades: ¿y cuál de los dos ha hecho añicos esta regla, usted ó el Gerundiano? Este está fuera del caso y de la cuestion: no se ha metido con delitos particulares, sino con públicos; no con sujetos determinados por sus personas, sino por sus escritos, ó dados á la luz pública ó pronunciados en público teatro; no con defectos morales, de los cuales hablan únicamente las reglas, sino con defectos intelectuales, con los cuales no se meten. ¿Pero usted? Ese es otro cuento. Usted habla determinadamente con el Gerundiano, señalándolo no solo por la obra, sino por la profesion que voluntariamente le supone; usted le reprende por un figurado delito público, esto es, por su obra; pero ese delito público, aun cuando lo sea, es de una persona particular. Usted lo acrimina, no ya culpas

intelectuales, sino morales y moralísimas; verbi-gracia, las venialidades de «hereje, sacrilego, blasfemo, enemigo del estado eclesiástico, secular y regular», y en fin, «crede ambas majestades, divina y humana». Pero ¿qué reglas ha observado usted para esta caritativa correccion? ¿Le ha amonestado suave y reservadamente? ¿Si por cierto! El primer aviso fué el de su furioso papelon; y aun este aviso ha tenido usted gran cuidado de darlo á todos menos á él. Espareciólo usted por toda España, sin acordarse del pobre Gerundiano, que á la hora de esta aun no lo hubiera visto, á no habérselo enviado un amigo desde la corte; sin que de aquí se infiera que lo haya leído. ¿Es esto corregirle reservadamente y á solas, *inter te et ipsum solum*? Lo será, si entiende esta regla como aquel otro fraile que, ofendido por otro religioso de su misma comunidad, fué á la celda de este, cerró la puerta, tumbólo en el suelo, y hartólo de patadas; y reconvenido por el prelado, dijo «que él no había hecho mas que cumplir con la primera regla de la correccion fraterna: *Si peccaverit in te frater tuus, corripi eum inter te et ipsum solum*: Si algun fraile te ofendiere, corrígelo entre ti y el mismo suelo». ¿Ha hecho la correccion á presencia de dos ó tres testigos? No solo á presencia de dos ó tres, sino de doscientos ó trescientos mil. Solo ha cuidado mucho que no fuese á presencia del delincuente; y en esto no dejo de alabar su grande prudencia. ¿Esperó usted á ver si se enmendaba, para, si no, decirlo á la Iglesia: *Dic Ecclesiae*? No tuvo flemma para tanto, sin duda porque desesperó de la correccion; y á fe que yo tambien desespero de ella. Pero al fin entendió usted el precepto de la correccion fraterna, ni mas ni menos como los dos textecillos de San Pablo: *Ego rigavi, ego plantavi; Apollo rigavit. Non est vocentis neque currentis, etc. Qui aliud dicit. Leg. ff. de reb. dub...*

Dios guarde á usted muchos años. Tal día, tal mes, tal año y tal parte. Beso la mano de usted. — Su aquel el Otro. — Señor Don Usted.

CARTA IV.

Ejusdem, eadem, de eodem, et secundum idem.

Muy señor mio: ¿Qué me dice usted? ¿Es posible que el Penitente de mi alma se haya resuelto á imprimir el papelon de mi vida? ¿Es posible que ande ya de molde en las manos de todos, y que todavía no haya llegado á las mías ni á las del Gerundiano? ¿Es posible que sea usted tan buen hombre, que le haga novedad el que habiéndose remitido por el correo á todas las comunidades religiosas de la corte y de fuera de ella, solo se hubiesen excluido de este precioso regalo los padres de la Compañía? ¿Pues qué, habia de regalar el autor con un ejemplar, á todas las cofradías del Reino? ¿Adónde iríamos á parar! ¿Y el devoto que franqueó el dinero para una obra pía de esta necesidad ó importancia, no hizo bastante en costear tanto número de ejemplares para todas las comunidades religiosas, sin que le empeñasen en costearlos tambien para todas las cofradías? Tengan paciencia los cofrades de San Ignacio, así como la tienen los cofrades de San Antonio y de San Roque; porque eso de querer hombrar con las familias religiosas, suena un poco á orgullo y propia estimacion; así que en esta parte yo soy con el Señor Penitente, una vez que se dé por sentada su doctrina de que los referidos padres, entre los cuales se digna tambien contar al Ge-

rundiano, no forman mas que una congregacion ó cofradía. Solo hubiéra deseado que á este se le hubiese remitido un ejemplar, no precisamente por cofrade, sino porque al fin era mayordomo de la fiesta, y parece cosa extraña que hablando con él la obrilla, la conversacion se dirija á todos ménos á él.

2. Algunos inadvertidos lo atribuyeron á miedo. ¡Simpleza y mas simpleza! El que no tiene miedo á Dios, ¿por qué ha de temer á los hombres? El que tiene valor para escribir y aun para imprimir tanto monoton de desatinos, ¿para qué no lo tendrá? Fuera de que tarde ó temprano es preciso que llegue á las manos del autor de *Fray Gerundio*; y entónces, si este se amostaza, solo se logrará el dilatar un poco la escaramuza; pero no evitarla. Yo soy mas piadoso que usted, aunque yo lo diga, y así discurro con mas piedad. Sin duda que el Penitente no envió el impreso al Gerundiano, porque creyó que sería dispararle un trabucazo á quema ropa y á sangre fría. Temió quedar irregular haciendo un Gerundianicidio; y no es tan maligno ni tan desaforado como todo eso. Por tanto dispuso que llegase á otro ántes que á él la noticia, para que poco á poco le fuesen disponiendo para recibir el fatal golpe. ¡Mire usted si el Penitente es hombre caritativo! Pero si esto fuese así, ¡oh! y qué poco que conoce al picaron del Gerundiano! Es hombre tan fresco, tan sereno, tan conchudo, y no me falta un tris para decir tan sin punto y sin vergüenza, que ninguno se ha divertido ni se ha holgado mas que él con la tempestad de papelones que han descargado sobre sus costillas. Singularmente el de Fray Amador de la Mentira, y el del Penitente del Padre Marquina, le volvieron á poner negra mas de la mitad de la cabeza (que ya blanqueaba mucho), con las canas que le quitaron. Era gusto ver cómo se divertía á sí y divertía á otros con las chistosas especies que se le ofrecían. Es esto tanta verdad, que, habiendo pasado por su retro varios sugetos de todos estados y profesiones, sin otro fin que el de verle y conocerle, quedaron aturridos luego que le vieron. Todos creían encontrar á un hombre chupado, consumido, macilento, melancólico, abochornado, taciturno y fugitivo de las gentes, no permitiéndole la confusion ponerse delante de ellas; pero se pasmaron al hallarse con un semi-viejo, macizo, rechoncho, colorado, alegre, festivo, despejado, sociable y hambriento de papelones contra su *Fray Gerundio*. Salva siempre en todo la ley inmaculada de Dios, que convierte las almas, hubo quien se enfadó de verle tan fresco, hubo quien hizo todo lo posible para irritarle; pero no pudo hacerle hacer cólera. ¡Mire usted si el impreso del Marquiniades le haría mucha impresion! ¿Y por qué se le había de hacer, no habiéndosela hecho el manuscrito? Pues aunque me dicen que varía mucho en la forma, también me aseguran que desvaría mismísimamente en la sustancia. Paréceme asaz que también hay alguna añadidura; pero me escribe un amigo, que son á manera de remiendos de la órden, que solo se diferencian del fondo del sayal en que pardean mas ó ménos. Como quiera, mientras usted no me envíe el impreso, yo voy adelante en espulgar las liendres al manuscrito.

3. Señor Penitente mio, ó señor mio Penitente, estamos ya en el famoso número 10 del papelote de usted. En el grano apenas tendremos en qué detenernos,

porque ya queda bien acibado en las cartas antecedentes. La paja es mucha y de mala calidad; ni aun para las bestias sirve; y así con el beneplácito de usted, irá al muladar para convertirse en estiércol.

4. Dice usted hablando con el Gerundiano: «La segunda proposicion que se deduce de la respuesta dada, es decir que eliges este arbitrio de la chanzoneta, del chiste y cuentecillos que finges, para sacar por medio de ellos el fruto que no pudieron sacar los santos y celosos oradores con el peso, gravedad, modestia y fuerza de razones. Esta proposicion, en un sentido es cierta, sana y sin sospecha, hablando del fruto temporal (esto es, del cuatrin), pues no se dará escritor alguno que haya sacado por de contado respectivamente mas fruto que tú, pues no ignorabas el destemple del mundo, y que lo que hoy se aprecia, es el desprecio del estado eclesiástico.»

5. ¡Y luego dirán que es usted un insulso! No tienen razon los que lo dicen; porque no puede estar mas gracioso este pasaje. ¿Hay tal gracia como el equivoquillo del fruto que esperaba el Gerundiano, aplicándolo al cuatrin? ¿Y hablando del cuatrin, añadir *por de contado*, no tiene infinito chiste? Dígole á usted que tiene un ingenio de Barrabas; pero también le digo que sin querer ha hecho el mayor elogio que podía hacer de la *Historia de Fray Gerundio*. Con efecto, dice el cardinal Palavicini en una de sus cartas: «La mayor prueba de lo que gusta un plato, es comerlo todo; la mayor recomendacion de un libro, es leerle con ansia sin dejar letra; y el mayor elogio de una obra, es despacharse presto.» Con que, afirmando usted que respectivamente no se hallará escritor que saque mas fruto que el Gerundiano, sin duda por el velocísimo despacho de su obra, viene usted á hacer, segun esta regla, el mayor elogio que cabe de él. Ea, hablemos claros: ¿qué diera usted porque su papelon impreso tuviera el mismo despacho, caso que fuera venal? Pues habiéndolo dado á luz á oscuras, sin nombre de autor, sin las licencias necesarias, ya se guardará usted de exponerle en pública almoneda. Pero, señor mio, tenga usted paciencia; porque esto del despacho de los libros, unas veces es mérito y otras fortuna; y los de usted, ni por uno ni por otro título corren ese peligro. Por eso óí decir que á la primera noticia que tuvo el Gerundiano de que usted escribía contra él, respondió muy fresca y oportunamente con aquel epigrama de Marcial...

*Versiculos in me narratur scribere Cinna;
Non scribit eujus carmina nemo legit.*

Vaya ahora en castellano, para inteligencia de usted:

Digo que no puede ser,
Por mas que quieras decir,
Pues no se llama escribir
Lo que nadie ha de leer.

Mas para que al Gerundio no le venga vanidad por el despacho de su obra, ya tiene usted cuidado de aplicarle un eficazísimo antidoto, significándole que «este le debió al destemple del mundo, y á que lo que hoy se aprecia es el desprecio del estado eclesiástico». Allá va este tajo, señores compradores, lectores y proclamadores de la *Historia de Fray Gerundio*: aconséjoles á ustedes que se calen un morrion, como el autor de la *Historia*, si no quieren que esta cuchillada les hienda de medio á medio los cascos. Ya está averiguado que el mo-

tivo por que ustedes se dieron tanta prisa á comprar esa maldita obrilla y la verdadera razon porque la han celebrado tanto, es por el destemple de esos estragados gustos, y porque hoy no saben apreciar sino todo aquello que es en desprecio del estado eclesiástico. Y no importa un pepino que casi todo el despacho de la obra se hubiese hecho entre los que son de este estado; nada significa que los que mas se han empeñado en celebrarla, en defenderla y en promoverla, sean muchos ilustrísimos señores obispos y arzobispos, muchos eminentísimos cardenales, y, segun es pública voz y fama, hasta la misma cabeza de la Iglesia se dignó recomendarla con expresiones de singular aprobacion. Todos se alucinaron miserablemente; á todos los fascinó y engañó ese mágico y herejote de Gerundiano. Ninguno vió cuán perjudicial era al estado eclesiástico esa infernal produccion del mismo Erebo, hasta que la conjuró el Padre Bar-Marquina, y descubrió las diablillos anti-eclesiásticos que se ocultaban en ella. Es verdad que su autor no puede hablar con mayor veneracion del estado eclesiástico secular y regular; es verdad que su principal empeño es purgarle de los pestilentes humores que inficionan uno de sus mas sagrados ministerios; es verdad que otras cosillas incidentes todas tiran á este fin mas ó ménos inmediatamente; pero ¿qué importa si su verdadero fin es aniquilar á este estado; porque así lo dice la ley: *Qui aliud dicit, ff. de rebus dubiis*? Y así, téngase entendido que todos aquellos que han comprado, aplaudido, celebrado y defendido á esa tetérrima obra, todos tienen el gusto destemplado, todos aprecian mucho cuanto es desprecio del estado eclesiástico, mas que sean obispos, arzobispos, cardenales y papas; porque al fin son hombres, y *hominum est errare... Omnis homo mendax... mendaces filii hominum in stateris suis...* Sin que de esta regla general se exceptúen mas que el padre Fray Amador de la Mentira, y el hijo de su padre, empañador de la verdad.

6. Todo lo dicho hasta aquí se entiende del fruto del *cuatrin* que ha hecho el Gerundiano. Pero si hablamos del fruto espiritual y correccion de abusos (ahora prosigie usted mudando de tono), «es mucha presuncion creer que en esta ficcion de *Fray Gerundio* y de tanto disparate puedas conseguir lo que no consiguieron los santos padres y doctores con su evangélica predicacion; porque es afirmar que no se valieron de los medios lícitos que podian para hacer fruto; y esto huele á chamusquina, porque directamente hiere á la majestad de Cristo con blasfemia heretical.» Buen provecho le haga á usted ese coscorrón, Señor Gerundiano mio, que bien merecido lo tiene usted; porque eso de meterse usted á creer que con su *Fray Gerundio* ó calabaza pueda conseguir lo que no consiguieron los santos padres y doctores con su evangélica predicacion, es presuncion de marca; y eso de afirmar usted que no se valieron de todos los medios lícitos que podian, para hacer fruto, «huele á chamusquina, porque directamente hiere á la majestad de Cristo con blasfemia heretical.» Esto es claro como el agua. Y así, creer que con la fundacion de la reforma de capuchinos (que no la hizo ningun santo padre de la Iglesia) se puede hacer el fruto que no hicieron en ella los santos padres con su predicacion, y afirmar en virtud de esta fundacion que los santos padres no se valieron de todos los medios lícitos que pudieron para

hacer fruto, «huele á chamusquina, porque se opone directamente á la majestad de Cristo con heretical blasfemia.» ¿Qué nos cansamos? Todos los medios que se han inventado en la Iglesia de Dios para hacer fruto en las almas, como religiones, reformas, penitencias públicas y otras mil piadosas industrias, si no las inventaron los santos padres y no lo practicó Jesucristo, todos son presuncion, todos huelen á chamusquina, todos se oponen directamente á la majestad de Cristo con heretical blasfemia.

7. Esto no admite duda: porque se prueba con dos textecillos, uno de la Sagrada Escritura, y otro del derecho civil y canónico, ambos terminantes y que dejan la cuestion fuera de controversia. El texto de la Sagrada Escritura es del capítulo 23 de San Mateo, en el cual fulmina la majestad de Cristo ocho rigidísimas amenazas, por no decir maldiciones, contra los escribas y fariseos: *Vae vobis, Scribae et Pharisei*; pero á los sacerdotes, á los pontífices que estaban comprendidos en la misma trama ó delito, de ningun modo los nombra. Reparo es muy digno del cardenal Cayetano: *Lege Evangelium; numquam invenies Jesum nominasse Sacerdotes aut Pontifices, arguendo aut reprehendendo, sed Scribas et Phariseos.* ¿Pues no podia el Señor nombrarlos, á lo ménos en comun ó en especie, aunque no los nombrase en individuo, como á los escribas y fariseos? Esto no (responde Cayetano); porque la majestad de Cristo quiso instruir y dar aquí la regla que han de observar los predicadores evangélicos: *Instruendo Praedicatores ut non praedicent contra Sacerdotes in specie, propter reverentiam Ordinis.*

8. Admirable doctrina para aquellos confesores de municion, que llevan la sentencia de que *Praedicatoribus non est praedicandum* Pero no nos divertamos; que ya volveremos á lo que quiso decir el eminentísimo Cayetano: lo que ahora nos hace al caso es, observar luego y en caliente la oportunidad del textecillo de la Sagrada Escritura para convencer. Lo que se pretende en el asunto es probar que fué mucha la presuncion del Gerundiano en creer que podria remediar su obra lo que no remediaron los santos padres con su predicacion evangélica; y que afirmar que no se valieron de todos los medios lícitos que pudieron para hacer fruto, huele á chamusquina, porque es «oponerse directamente á la majestad de Cristo con heretical blasfemia». El testimonio se reduce á fulminar Cristo ocho maldiciones contra los escribas y fariseos, sin tomar en boca á los sacerdotes ni á los pontífices; y la exposicion de Cayetano á decir que esta fué leccion dada á los predicadores para que no prediquen contra los sacerdotes en especie, por la reverencia á su sagrado órden. Es cierto que yo no veo la conexion que tienen el texto y la exposicion con lo que intenta probar; pero viola un varon tan sabio y tan perspicaz como el Penitente. Esto me basta para creer que el textecillo no puede ser mas terminante; porque es traído por un hombre que penetró el verdadero sentido de la enredada ley. *Qui aliud dicit quam non vult, ff. de reb. dub.* Es el mayor zahorí de sentidos textuales que ha nacido de mujer.

9. Vamos ahora á la exposicion de Cayetano. No tengo las obras expositivas de este autor, ni necesito tenerlas, para creer firmemente que no puede decir lo que usted dice, sin que preceda, acompañe ó se subsiga alguna

palabrita que limite ó explique mas la proposicion. Con la generalidad que usted la propone, sería el mayor despropósito que se podría ofrecer á quien no hubiese hecho mas que leer ú oír los Evangelios que se cantan en la misa. ¿Cómo habia de decir Cayetano: «lee el Evangelio, y no hallarás que el Salvador hubiese nombrado jamas á los sacerdotes para zaherirlos ó para reprenderlos?» Cualquiera le responderá: leo el Evangelio, y hallo en el capítulo 10 de San Lucas, versículo 31 y 32, gravemente reprendidos á un sacerdote y á un levita por la ninguna caridad que tuvieron con aquel pobre robado y herido en la parábola del samaritano, declarándolos el Salvador por peores que un infiel samaritano: *Accidit autem ut Sacerdos quidam descenderet eodem viâ, et viso illo praeterivit: similiter et Levita cum esset secus locum, et vidcret eum, pertransiit*. Leo el Evangelio, y hallo en el capítulo 11 de San Marcos, versículo 27, que llegando el Salvador á los malos sacerdotes con los escribas y ancianos, *accedunt ad eum Summi Sacerdotes et Scribae et Seniores*, le hicieron una pregunta muy capciosa, y á todos los reprendió con una respuesta muy penetrante. ¿Qué nos cansamos? Leo en el Evangelio toda la carga cerrada que en este mismo capítulo 23 de San Mateo da el Salvador á los escribas y fariseos que subieron á la cátedra de Moises para predicar la ley al pueblo; todo lo que dicen de su hipocresía, de sus desordenadas costumbres, de su vanidad, pomposidad, aparato y ventolera. Y leo fuera del Evangelio que todo esto lo entiende el torrente de padres y expositores, igualmente de los sacerdotes que de los escribas y fariseos. Oiga usted á San Juan Crisóstomo, en la homilía 42 sobre el mismo capítulo: *Videndum quomodo quis super cathedram sedeat, quia non cathedra facit Sacerdotem, sed Sacerdos cathedram; ideòque malus Sacerdos de Sacerdotio suo facit crimen, non dignitatem*. Oigale usted en la homilía 43 sobre lo mismo: *Postquam Dominus Sacerdotes responsione postravit, et incorrigibilem eorum conditionem ostendit* (mire usted si el Salvador reprendió en público á los sacerdotes): *sicut Clerici si male fecerint incmendabiles sunt; Laici verò delinquentes facile emendantur, tunc convertit sermones ad Apostolos*, etc. Oiga usted á Santo Tomas, interpretando en el mismo capítulo, especialmente aquellas palabras: *Secundum verò opera eorum nolite facere*; y dígame despues si reprendió ó no reprendió Cristo en público á los sacerdotes: *Frequenter enim* (dice el Santo) *de malo bona doctrina procedit, secus autem Sacerdos melius judicat, propter bonos, malos docere, quàm propter malos, bonos negligere; sic est subditi propter bonos Sacerdotes, malos etiam honorant, ne propter malos boni etiam contemnantur*. De manera que el largo comentario que hace el santo Doctor del capítulo 23 de San Mateo, camina siempre en la suposicion de que toda la fuerte y acre reprension del Salvador se dirigia expresamente á la correccion de los sacerdotes y de los predicadores. Por tanto, no creo que al cardenal Cayetano le pasase por la imaginacion el reparo que usted le atribuye, ó si le hizo, sería en términos muy distintos y que querian decir cosa muy diferente de lo que á usted se le ha antojado entender.

10. ¿Ni á qué hombre de razon le podia ocurrir que los malos sacerdotes y los malos predicadores gozasen de semejante impunidad? Pecar en público, desbarrar en

público, y no poder ser reprendidos en público *propter reverentiam ordinis*, por el respeto á sus órdenes? ¡Hola! ¿Con qué no tienen ellos respeto á sus órdenes para cometer tantos desórdenes, y se le han de tener los demas para disimulárselos? ¿Han de tener ellos licencia para hacer añicos el Evangelio, y ha de ser contra el Evangelio el hacerlos añicos á ellos? Han de tener libertad para burlarse con él, y el mismo Evangelio nos la ha de quitar para que nos burlemos de ellos? Carísimo Penitente, usacá no crea ese disparate, aun en caso (negado y que parece quimérico) que se lo dijese su padre confesor. No vale el sagrado á los que le profanan, ni el Evangelio protege á los que juegan con él como pudieran con el Alcoran; y si todavía se mantiene en la tema de que es contra el Evangelio reprender en público á los malos sacerdotes y predicadores, pregunte al mismo reverendo padre si el Apocalipsis tiene ménos autoridad que el Evangelio; pregúntele mas, si unos pobres predicadores y unos sacerdotes simples, ó unos simples sacerdotes, serán mas respetables por sus órdenes que los señores obispos. Y despues que le haya respondido á estas dos preguntas, lea los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis, observe en ellos la gravísima reprension que el Espíritu Santo da á siete obispos de las iglesias de Asia, siendo así que por calificacion del mismo Espíritu Santo, todos siete eran unos ángeles: *Angelo Ephesi Ecclesiae..... Angelo Smirnae Ecclesiae..... Angelo Pergami Ecclesiae...* Note que no solamente les reprende en general, sino en sus propias propisimas personas, y otra vez no se nos vendrá con la parvulez de que es contra el Evangelio dar repasatas públicas á los sacerdotes y á los predicadores que las merecieren. De camino aprenderá usted á no levantar falsos testimonios á los expositores de bien, y á no entenderlos tan materialmente, que es el verdadero principio de donde dimana el sacarlos violentamente al púlpito, para corroborar con ellos los mas solemnes desatinos.

11. Eslo de á folio el que añade inmediatamente su caridad, despues de haber citado el lugar de Cayetano (si no le levantó algun falso testimonio): *Lege Evangelium, numquàm invenies Jesum nominasse Sacerdotes aut Pontifices, arguendo aut reprehendendo, sed Scribas et Phariseos*. «Lee el Evangelio, y nunca hallarás que Jesus hubiese tomado en boca á los sacerdotes ni á los pontífices para corregirlos ni para reprenderlos; sino á los escribas y fariseos.» Despues de haber usacá excitado el reparillo en tono Gerundial ó Fray Blable, nos dice estas palabras: «¿Pues no podia el Señor nombrarlos, á lo ménos en comun ó en especie, aunque no los nombrase individualmente, así como nombró en comun á los escribas y fariseos?» Despues de haber dado su solucion á la Gerundiana con aquello de.... eso no, dice Cayetano, «porque la majestad de Cristo quiso instituir aquí la regla que han de observar los predicadores evangélicos.» *Instruendo Praedicatores, ut non praedicent contra Sacerdotes aut Pontifices in specie, propter reverentiam ordinis*; y la instruccion que les dió fué que nunca predicasen contra los sacerdotes ó contra los pontífices en especie, por el respeto que se debía á sus órdenes. Despues de toda esta salva, añade usacá estas palabras: «Esto, esto es lo que observaron y enseñaron los santos padres, los doctores y celosos pregoneros de Dios, clamando con fuerza de razones,

con peso de argumentos, con gravedad de sentencias, con seriedad cristiana y caridad benigna, no con chistes, no con chifletas, no con cuentecillos, no con sátiras que ofendan al ministerio y á los ministros de quienes han de recibir la ley y norma los inferiores; como dice el profeta Malaquías, 27 : *Legem requirent ex ore ejus*; y San Bernardo, libro 6 de *Consideratione*, dice : «Reparad el bien que el pueblo debe recibir de la boca del sacerdote, la ley, no los chistes ni las chanzas : *legem, non nugas.*»

12. Deténgase usted un poco, carísimo hermano; que va muy de prisa : ¿pues no acaba de enseñarnos que es contra el Evangelio reprender á los sacerdotes y los pontífices en especie? ¿No acaba de decirnos, con autoridad mal entendida de Cayetano, que jamas lo hizo Cristo? ¿No acaba de añadir que así lo practicó Cristo, y así lo practicaron los doctores y celosos pregoneros de Dios? ¿Pues cómo prosigue inmediatamente, diciendo que Cristo, los doctores, los celosos pregoneros de Dios, «clamaron con fuerza de argumentos, con peso de razones, con gravedad de sentencias, etc.»? Cuando Cristo clama con gravedad de sentencias, con peso de razones y con fuerza de argumentos contra los sacerdotes y pontífices, ¿no los reprendió? Si «el Evangelio (comentado por usted) dice que no es lícito reprender á los sacerdotes y á los pontífices en especie, por el respeto á sus órdenes, ¿será lícito hacerlo á fuerza de razones, de sentencias, de argumentos? Acuérdome de este chiste : «Una buena madre tenía una buena hija muy simple y altanera de ojos; no había forma de bajarlos en casa, en la calle, en la iglesia : todo lo veía, todo lo registraba. Matábase la madre por quitarla esa mala manía, acordándola continuamente que no había cosa mas mal parecida en una doncella. A cada paso la decía : «Mariquita, esos ojos.» Tanto la inculcó sobre esto, que persuadida la simple de la mozueta á que no había otra cosa mala en el mundo sino levantar los ojos, dió en el extremo contrario. No se puede ponderar el consuelo de la buena madre; pero como un día la encontrase en cierta travesura (de no muy buena especie), la reprendió con la severidad que el caso quería. ¿Y qué respondió la tonta de la muchacha? «Pues, madre, ¿no reparó usted que lo estaba haciendo con los ojos bajos?» Esta boba juzgaba que todo le era lícito, como no levantase los ojos.» Y usted (que no debe ser mas advertido que ella) parece está en el entender que, aunque el Evangelio prohíba (caso que lo prohibiese) reprender á los sacerdotes, como sea sin gracias y sin chistes, clamando contra ellos á fuerza de razones y argumentos, eso no es contra el Evangelio.

13. Y mas que le echa usted á cuestras al Gerundiano una sentencia del profeta Malaquías, comentada por San Bernardo, que primero que se desenvuelva de ella le han de sudar los bigotes, caso que no sea lampiño : *Legem requirent ex ore ejus* : el pueblo buscará en la boca del sacerdote la explicacion de la ley; y añade San Bernardo : «Reparad que el pueblo debe recibir de la boca del sacerdote la ley, no los chistes ni las chanzas : *legem, non nugas.*» ¡Pobre Gerundiano, y qué sobarbada te han dado! Andate ahora con el Penitente del doctísimo Padre Marquina ! Pero como el tal Gerundiano es tan taimado, temo que revuelva contra usacá el mismo texto y la misma exposicion. Por lo que puede tronar, bien será que

usacá viva prevenido. Puede preguntarle si el pueblo recibe la ley de los predicadores tontos; puede preguntarle si recibe la ley de los predicadores mitológicos; puede preguntarle si recibe la ley de los predicadores circunstancistas; puede preguntarle si recibe la ley de los predicadores jacareros; puede preguntarle si recibe la ley de los predicadores que empujau; puede preguntarle si recibe la ley de los predicadores cadenciosos; puede preguntarle si recibe la ley de los predicadores galantes; puede preguntarle si recibe la ley de los predicadores jactanciosos; puede preguntarle si recibe la ley de los predicadores chifleteros; y por fin y postre puede preguntarle si, siendo lícito á los predicadores profanar la sagrada majestad del púlpito con chifletas, con gracias, con chistes y con pullas, será lícito abrazar la sacrilega profanidad de los predicadores con pullas, con chistes, con gracias y chifletas. Si el diantre le tienta al Gerundiano de hacerle á usted esas preguntas, ¿qué le lia de responder usacá, pobrisimo Penitente?

14. De este atolladero no ha de salir mal el Gerundiano; pero del otro que se signe no sé cómo saldrá sin tres ó cuatro pares de bueyes que le saquen. «Los árboles (le dice usted, ¡y qué bien dicho!) se conocen por el fruto, los confesores por los confesados, y los libros por los efectos que producen en los lectores. Pregunto ahora, ¿qué fruto se ha sacado despues que salió á luz este libro? Yo lo diré : turbaciones en el pueblo, divisiones en las comunidades, altercaciones en las casas, escrúpulos en las conciencias, enfados y disgustos en los verdaderos cristianos, y escándalos en el reino, á excepcion de los libertinos, en quienes el fruto es la risa y la burla de las personas consagradas á Dios.» Rásquese usted, Señor Gerundiano, si es que le pica, y vuelva despues por otra; pero es un bribon, y harto será que se dé por convencido. A mí me tiene usted de parte de su razon, porque ese es un pasaje declamatorio y patético, que á un mismo tiempo achucha y estremece; pero bueno será que usted y yo nos armemos contra lo que nos puede decir.

15. Dirá que admite los dos símiles de los árboles y de los libros; pero que no puede admitir el símil del confesor y del confesado, por las consecuencias que de esto pueden resultar contra el confesor de usted, el Padre Marquina, que ya en parte se significaron en mi primera carta. Dirá que no tiene noticia de que por el libro se hayan suscitado «turbaciones en el pueblo»; ántes le consta que no hay pueblo visible en España que no esté clamando por el libro; que no grite por el otro que se signe, y que no ponga los alaridos en el cielo contra los que con su conspiracion, tumulto y gritería, han puesto á un recetísimo tribunal en la precision (acaso dolorosa para él mismo) de suspender el curso y la notoria utilidad de la obra, hasta examinar á fondo el mérito de la vocingleria contraria. Dirá que si ha habido algunas turbaciones en los pueblos, no han nacido seguramente de la Historia, sino de no haberla leído y de haber dalo ciego asenso á los que por su estado se creian no eran capaces de engañar, de mentir, y mucho ménos de calumniar con las mas groseras imposturas. Dirá que estas turbaciones no las ha suscitado el libro, sino aquellos que tenían interes en excitarlas, eclándose la enenta de que á pueblo revuelto ganancia de pseudo-predicadores. Dirá que el libro ha producido diversiones en las comunidades. Eso mas tiene que agradecer al autor; porque al fin mas vale

divertirse con el libro que con los naipes; en vez de jugar á los bolos, mejor es entretenerse en leer una ó otra obra que habla con ellos.

16. Dirá que en las casas suele haber *altercaciones* hasta sobre lo que dice el catecismo, y que á cada paso las hay sobre cuál de los escapularios tiene mas indulgencias, sin que de esto tengan la culpa el catecismo ni los escapularios. Dirá que por lo que toca á los «escrúpulos de las conciencias», es el mayor y mas clásico falso testimonio que hasta ahora se ha levantado. Quizá no habrá salido á luz en el mundo libro alguno que haya quitado de raíz mas escrúpulos de conciencia. Despues que se publicó ese libro, ya no se hace escrúpulo de desacreditar con el mayor descaro y osadía á una de las religiones mas ilustres que hay en la Iglesia de Dios. Ya no se hace escrúpulo de tratarla con la mas desvergonzada insolencia, de «congregacion ó cofradía»: ya no se hace escrúpulo de reproducir las mas hediondas vaciedades que se fingieron contra ella, bebiéndolas en aquellos mismos sucios y apestados charcos que tantas veces han procurado consumir los rayos del Vaticano: ya no se hace escrúpulo de poner debajo de los zapatos, y tal vez aun de las mismas sandalias, las mas graves, serias y terribles constituciones pontificias contra los que tienen atrevimiento para hablar mal de las sagradas religiones: ya no se hace escrúpulo de despreciar las mas solemnes censuras ni de incurrir en ellas *ipso facto*, burlándose de aquellos parvulillos que se juzgan excomulgados, aunque no los pongan en las tabillas: ya no se hace escrúpulo de hacer solemne chufleta de los mas fuertes y mas ejecutivos edictos del santo tribunal de la Fe, sin hacer mas aprecio de ellos que si fueran edictos del divan de Constantinopla ó del parlamento de Londres: ya no se hace escrúpulo (claro está) de las venialidades siguientes: de tratar á un religioso, sacerdote condecorado, conocido, estimado, como se pudiera al hombre mas soez y mas malvado del mundo; de fingirle abuelos que nunca tuvo, locuras que nunca le han pasado por el pensamiento, maldades que nunca ha cometido, llegando la brutalidad, el furor, y la rabia, mas que diabólica, á publicar un papel con título de su *Confesion general*, en que le suponen reo de cuantas especies de pecados se han cometido desde la primera hora del mundo hasta la presente. ¿Y esto por qué? Porque se le juzga autor de un libro donde se incurre en el intolerable atrevimiento de burlarse de los malos predicadores, de los latinos pedantes, de algunos pocos religiosos imprudentes, y de tal cual especie de que se rien todos aquellos hombres de juicio que saben bien de lo que se deben reir. De un libro que ha quitado todos estos escrúpulos, ó por hablar como se debe, de un libro á cuya publicacion se ha seguido el no escrúpulizar en nada de esto, ¿cómo se puede decir que su fruto ha sido llenar de escrúpulos las conciencias?

17. Dirá que con la misma verdad se dice que ha producido *enfados y disgustos* en los verdaderos cristianos; y al llegar á una cláusula tan destemplada y tan denigrativa como esta, ¿qué se yo lo que dirá? ¿Pues qué (podrá exclamar), no son verdaderos cristianos aquellos en quienes el libro, no solo no ha producido enfados ni disgustos, sino grandísimo gusto y grandísimo consuelo? Dicese que mereció la aprobacion y los elogios del sabio pontífice difunto: «¡con que este no sería cristiano

verdadero!» Sábese que logró la mas benigna, piadosa aceptacion de nuestros católicos monarcas: «¡con qué estos no serán cristianos verdaderos!» Tiénese noticia cierta de los aplausos con que le han celebrado algunos eminentísimos cardenales dentro y fuera de España: «¡con qué estos no serán cristianos verdaderos!» Es pública la grande estimacion que ha hecho de la obra una gran parte (si no es la mayor) de los prelados de toda la monarquía: «¡con qué estos no serán verdaderos cristianos!» Son notorias á todo el reino las aclamaciones que le han dedicado generalmente cuantos hombres sabios, pios y discretos se reconocen en él, á excepcion únicamente de los de cierto gremio: «¡con que estos no serán cristianos verdaderos!» No se ignora que dentro del tal venerabilísimo gremio logra el libro innumerables panegíricos, estando por él los que mas sobresalen en ejemplar religiosidad y en verdadera sabiduría: «¡con qué estos no serán verdaderos cristianos!» Paréceme razon, carísimo hermano mio, que estemos sobre aviso para cuando el bellaco del Gerundiano nos haga estas reconvenções, y mas si las sazona con el repulguillo de que por la cuenta de usacá solo entran en el número de los «cristianos verdaderos» media docena de beatas simples y otro igual número de devotos á cierra ojos, poco mas ó ménos tan entendidos como las beatas.

18. A lo que nada tendrá que decir será al último fruto de la maldita Historia, que usted le prohija cuando le atribuye «los escándalos del reino». Estos escándalos no se pueden negar, porque no hay tienda de zapatero adonde no hayan llegado. ¿Pero sabemos si el Gerundiano saldrá con la pata de gallo de decir que los escándalos no los ha producido la utilísima doctrina del libro, sino el furor de sus impugnadores? ¿Qué sabemos si se le antojará probar que el reino se ha escandalizado de que unos hombres que por todas sus circunstancias debían ser dechados de moderacion y compostura, han parecido en esta ocasion serlo de la mas furiosa rabia y del odio mas emponzoñado; que el reino se ha escandalizado de ver que en lugar de impugnar el libro con razones, hayan acometido al autor, arrojándose sobre él para despedazarle á dictérios y á calumnias; que el reino se ha escandalizado de que, no contentos con hacer pedazos su persona, se hayan ensangrentado con el mismo enojo contra la profesion que se le atribuye; que el reino se ha escandalizado de que al mismo tiempo que llenaban de quejas á los tribunales, sin esperar su decision ni aguardar el efecto de este legítimo recurso, inundasen al público con bocanadas y con las mas insolentes contumelias contra el autor; que el reino se ha escandalizado de verlos dispararse por las calles, por las plazas, por los caminos, por los lugares, yendo de casa en casa, de corrillo en corrillo, de estrado en estrado, de tienda en tienda, de meson en meson, de venta en venta y de cofradía en cofradía, armados con sus papelones los mas necios y los mas torpes, extendiéndolos, celebrándolos, haciendo gente, y compitiendo á voces sobre á quién le habia de tocar la gloria de producir el papelon mas maligno y mas desvergonzado? Si el Gerundiano nos dijere que estos han sido los verdaderos *escándalos* del reino, ¿qué hemos de responder, carísimo Penitente?

19. Tambien le temo un poco si se le pone en la cabeza revolverse contra la última cláusula con que acaba usacá

el famoso parrafillo de los de esta pestilente Historia. Dice usted «que todos se han escandalizado de ella, á excepcion de los libertinos, en quienes el fruto es la risa, la sátira y la burla de las personas consagradas á Dios». Recelo que revuelva sobre nosotros como una víbora, y nos repita otra descarga como la de marras, que no nos veamos de fuego, de balas y de humo. Si son *libertinos* y mofadores de las personas consagradas á Dios todos los que no se hayan escandalizado del libro, ántes le han celebrado mucho, el difunto papa no sería *lambertino*, sino *libertino*; los reyes, *libertinos*; los eminentísimos cardenales, *libertinos*; los ilustrísimos prelados, *libertinos*; los primeros ministros de la monarquía, togados y no togados, *libertinos*; los varones mas sabios y mas respetables del reino, *libertinos*; y aun en el estado religioso apenas se encontrará comunidad algo numerosa donde no haya media docena de *libertinos* y escarnecedores de las personas consagradas á Dios. La réplica me parece un poco fuerte y demasiadamente bien fundada, segun la doctrina de usacá; y no será malo que nos pertrechemos contra ella.

20. Y en fin, supuesto que el hombre prevenido vale por dos, ¿qué daño nos podrá hacer el atrincherarnos contra otro ataque que puede antojársele emprender? Supongamos que le dé la gana de responder por sí mismo á la preguntilla que le hace usacá: «¿Qué fruto se ha sacado desde que salió á luz este libro?» Aquí, si se le da confesar la verdad, le he cobrado miedo; porque nos podrá dar en los ojos con un fruto tan pronto como uotorio, tan visible y tan palpable, que ni aun nosotros mismos hemos de tener valor para negarle. En Madrid fué tan ejecutivo y tan repentino el fruto, que se vió cuasi verificada á la letra la exposicion de San Ambrosio sobre aquel lugar de Isaías: *Quis audivit numquam tale, aut quis vidit huic simile? Numquid parturiet terra in die una?* «¿Quién ha oído tal cosa, ni quién ha visto cosa semejante? ¿Por ventura dará la tierra fruto en un solo día?» Y responde el Santo: «La tierra no lo dará; pero lo dará la gracia: *Uno die terra non parturiet; sed parturiet gratia.*» Al segundo ó tercer día de la publicacion del libro, uno de los mas conocidos predicadores de Madrid, y que mas se habia dejado llevar del torrente ordinario de la predicacion, teniendo que predicar en presencia de la misma coronada villa, se hizo cargo de la obra que acababa de salir: elogiola mucho, confesó su verdad, su utilidad y su necesidad, pidió perdon de los desaciertos que habia cometido en el púlpito, y protestó enmendarlos, y comenzó haciéndolo desde luego, aun á costa de la turbacion que le habia de costar el predicar de repente, porque no se atrevió á predicar el sermon que tenia prevenido. Tres días despues le imitaron otros dos en varias iglesias de esta corte, y despues se han seguido tantos, que tengo muchas cartas contestes con la gustosa noticia de que apenas hay comunidad religiosa donde no se hayan observado algunas de estas ejemplares conversiones, con tanto consuelo de los *verdaderos cristianos*, como dolor y rabia de los *verdaderos Gerundianos*.

21. De Sevilla, de Cádiz, de Murcia, de Valladolid, de Pamplona, de Alcalá, de Salamanca y de Santiago han avisado lo mismo. Desde que salió á luz el libro hasta la hora presente, es muy raro el correo en que de varias partes no se anuncien semejantes noticias. La gravisi-

ma, ejemplarísima y eficazísima salutacion que el reverendísimo padre Fray José de Medina, capuchino, predicó sobre este asunto en su convento de Valladolid el día de San Francisco de este presente año, con asistencia de las comunidades religiosas de aquella ciudad, llenó de gozo á todas las personas sabias, cuerdas, piadosas y discretas que hay en ella. Despues que salió á luz el libro, se ha observado en toda la monarquía el mayor tiento con que por punto general suben al púlpito los predicadores. Si algunos se han obstinado por empeño ó por capricho en seguir su antiguo método, en vez de aclamaciones han recogido pullas y desprecios. Hasta los mismos mayordomos de las cofradías, al tiempo de encomendar los sermones, han suplicado á los predicadores que, dejándose de circunstancias impertinentes, los prediquen al alma con solidez y con piedad; de lo que se pueden citar varios ejemplares, y de gente poco instruida que ántes del libro prevenia y celebraba lo contrario. Sábese de algunos párrocos discretos y advertidos (especialmente de cortas poblaciones), que al llegar á ellas los predicadores, los suelen avisar «de que en aquel lugar ya se ha leído el *Fray Gerundio*, ó de que está el libro en él»; y se ha notado que esta sola advertencia ha sido bastante para contener á muchos, haciéndoles mudar de idea. Es voz general de todos los interesados, que si se hubiera extendido mas la primera parte de la Historia, sacándose mucho mayor número de ejemplares, y si se diese libre curso á la segunda, quedara el púlpito de España generalmente reformado; siendo este el fruto que ha producido el libro desde que ha salido á luz, en medio de las furiosas contradicciones que ha padecido. Si el Gerundiano responde con esto á la preguntilla de usacá, ¿qué será de nosotros, infelices y miserables pecadores? Como en este punto me he puesto de parte de la razon (que á usacá le chorrea por las barbas), soy acreedor á que no me escasee sus luces para mi propia defensa y la suya.

22. En una cosilla, de poca importancia á la verdad, pero que á la gente escrupulosa la puede parecer muy fea en un devoto penitente del apostólico varon el venerable Padre Marquina, especialmente si se le adapta la regleita que nos enseña usacá, de que «los confesores se conocen por los confesados», no puedo servir á usacá: esto es, aquella mentiraza de á dos en quintal que nos quiere encajar usacá, por estas bellas palabras: «¿Pues qué dirémos de este libro, cuyos materiales vi en Salamanca mas hace de veinte y nueve años ó treinta, en el aposento de un padre maestro? digo aposento y no celda, porque no quiero descubrir si era fraile ó no. Este tal padre tenia un legajo grande de cuentos fingidos y chistes muy propios de su satírica intencion contra los que hoy hiere el libro, que los hebió allí. Por mas señas, que en el sermon que pone de Santa Ana, fingia que la Santa tenia en el rostro una verruga de gran bulto, y sobre ella cargaba el texto de *vultum tuum* con sacrilego y blasfemo apoyo, tanto, que el padre Maestro Vear, catedrático de prima jubilado de la siempre ilustre compañía de Jesus, se horrorizaba al oír contar estos chistes ó blasfemias.»

23. Digo que en este particular no puedo en conciencia ponerme de parte de usacá; porque en esta preciosísima cláusula ensarta cuatro mentiras en una, que por mí las dejaría pasar; pero, como viven todavía tantos parientes.

del difunto, á quienes consta la falsedad de todas ellas, temo que, si yo quisiese disimularlas, me habian de dar en rostro con aquello : *si videbas mendacem concurrebas cum eo*; ó por lo ménos me habian de decir que voluntariamente me habia dejado cegar de la vehemente pasion que profeso á usacá.

24. Voy á contar las cuatro mentiras : primera, que usacá hubiese entrado jamas en el aposento de aquel grande padre maestro; segunda, que hubiese visto en él ni fuera de él los materiales de este libro; tercera, que aquel tal padre tuviese un legajo grande de cuentos fingidos y chistes muy propios de su satírica intencion contra los que hoy hiere el libro, que los bebió allí; cuarta, que entre ellos estuviere el sermón de Santa Ana, con sus pelos y señales que usacá pone, ni tampoco sin ellas. Ya habrá reparado usacá que yo he ajustado la cuenta de las mentiras de grueso y no por menor; porque si la hubiera ajustado en todo rigor de aritmética, todavía importaría mas la suma, puesto que aquello de «satírica intencion» es mentira aparte, con sus polvillos de calunnia; y aquello de que «los chistes se bebieron allí», tambien es partida que pudiera ponerse separada; pero los amigos no hemos de reparar en menudencias. Vamos á la prueba de las cuatro mentiruelas.

25. Usacá estuvo en Salamanca por los años de 1726 y 27; yo tambien estuve algunos mas : allí renovamos los dos nuestro antiguo conocimiento, y no le llamo amistad porque usacá era ya medio hombre cuando yo era medio niño, y faltaba entre los dos aquella proporcion ó igualdad que requieren para la amistad, con razon ó sin ella, los que han tratado este punto : *Amicitia non nisi inter aequales haberi potest*. Tuvo el bueno ó mal gusto (de que ahora no disputo) de honrarme su benignidad con su enseñanza y con su lado todos los cuatro años que cursé en aquella universidad, tanto, que en todos ellos jamas me aparté de su compañía. Ninguno estaba mejor instruido que yo, de los pocos que entraban rarísima vez en su aposento; porque frecuentarle, ninguno le frecuentaba, siendo un castillo roquero, impenetrable á toda conversacion que no fuese absolutamente necesaria y aun para lograr esta era menester mucha estrechez, inteligencia, prevencion anterior y contraseña. Es cierto que veneraba profundamente á la sagrada familia de usacá como á todas las demas familias religiosas; pero tambien lo es que en los dos años poco mas ó ménos que usacá vivió en Salamanca, ni en los cuatro en que yo no me separé de su lado, se proporcionó ocasion de que alguno de su penitente sayal le buscara en su aposento, ni de que el tal padre entrara en su ejemplarísima casa. Sin temeridad me atreviera á afirmar esto debajo de juramento en caso necesario, y viviendo todavía mas de cien testigos que residieron en el colegio real de Salamanca desde el año de 1725 hasta fines de 29, estoy seguro que ninguno hará memoria de haber visto entrar en el aposento del padre Luis de Losada (porque ¿para qué hemos de andar lidiando con anónimos?) á ningún religioso capuchino en todos aquellos cuatro años, mucho ménos á vuestra paternidad muy reverenda; porque, aunque usacá siempre ha sido muy hombre, y ya entónces tenia muchas barbas, con todo eso aun era todavía mozalbete y no era barba para barbear con la del Padre Luis de Losada, como lo requeria la confianza de manifestarle los materiales prevenidos, de la cual usacá

se quiere hacer tanto honor, por ser vos quien sois y por lo mucho que os amais. Por tanto, suplico rendidamente á usacá que me dispense por ahora la honra de aceptar el padrínazgo de esta primera mentira.

26. La segunda no es ménos garrafal, mas por eso es mucho mas maliciosa. Todo su torcido intento ó su intencion zaina y bizca se dirige á persuadir que ni el que suena autor de la *Historia del Fray Gerundio*, ni el que se supone serlo, son capaces de hacer una obra como esta; que no son sus padres legítimos y naturales, sino padres putativos; y á lo sumo, que solo tuvieron el trabajo de mal zurcir «los materiales de este libro», que usacá vió en el aposento del tal padre. Por aquí comenzó el trompetero (hablé con impropiedad), el clarinero (tampoco me expliqué bien), el primero que hizo la señal con el cuerno, de acometer en esta sangrienta batalla.

Et rauco strepuerunt cornua cantu.

Ya se entiende que hablo del gemelo de usacá, Fray Amador de la Verdad; signióle inmediatamente usacá, tocando la misma sonata con su caracol torcido, y la repitieron á trompa y talega con sus trompetas de caza casi todos los demas que han inflado los carrillos de ventosidad para animar con sus instrumentos de aire á las tropas enemigas. Esta cantinela de que el *Fray Gerundio* es obra del Padre Luis de Losada ha cundido tanto, que apenas hay hoy tanto alguno en España que no lo crea. Mire ahora usacá si será numeroso y grueso este formidable partido. Pero de contado estos mismos, sin querer, hacen el mayor elogio de la tal obrilla, pues la suponen digna de aquel hombre verdaderamente grande, verificándose aquello de *dum carpunt extollunt*, que pienso ha de ser del discreto Picinelo; y si no fuere de este, será de otro; porque al fin el *salutem ex inimicis nostris* ya sabemos todos de quién es.

27. Mas ántes de convencer á usacá de la mentira (que costará muy poco), dígame (así Dios le haga padre definidor) si el Padre Luis de Losada fué el autor del prólogo á la *Historia de Fray Gerundio*. Capaz es usacá de responder que sí; porque ¿dónde se encontrará disparate tan grande de que usacá no sea muy capaz? Dígame mas, ¿es dicho padre autor de esta y de las otras tres cartas que llevo escritas á usacá? Tambien le juzgo apto notoriamente para responder que esto no tiene duda, y que le consta de buen original que me las remitió «por el correo del otro mundo», para que yo se las dirigiese á vuestra paternidad muy reverenda. Dígame por fin y por postre, ¿el autor del *Prólogo con morrion*, y el de las cuatro cartas, será capaz de hacer por sí mismo y sin ayuda de vecinos una media docena ó una docena y media de historias de *Fray Gerundio*? A esto (como si lo viera) redondamente me responderá que no, porque el autor de estas cartas es un hombre absolutamente incapaz. Persuádasele usacá á los demas; que á mí poco trabajo le costará el persuadirmele, porque estoy en el firme entender de que el autorcillo á lo sumo es capaz de lidiar ventajosamente con usacá y con otros así : lo cual ciertamente no prueba ni capacidad ni literatura, sino mucha dicha de haberle tocado la suerte de combatir con tales enemigos. Y vea aquí usacá que con estas sabias y oportunas respuestas me ha desarmado de un fuerte argumento que le iba á hacer para evidenciarle que la *Historia de Fray Gerundio* no necesitaba de pluma

tan delicada, tan sabia ni de tanta sazón como la del Padre Luis de Losada.

28. Así me hubiera desarmado del que ahora voy á proponer para convencer la garrafalidad de la segunda mentira. Dice usacá que «vió en el aposento del tal padre los materiales de este libro»; si no que estuviesen á la ventana para oírase, no pudo verlos en el tal aposento su caridad, porque su caridad jamas vió mas que las ventanas del tal aposento; pero ni en estas pudo verlos, pues en realidad no existieron jamas *in rerum natura*, semejantes materiales recogidos por el sobredicho padre. Ahora bien: es hecho constante y de pública notoriedad en la provincia de Castilla, que el Padre Luis de Losada tuvo la misma idea que el autor del *Fray Gerundio*, y gran deseo para dedicarse á una obra del propio asunto, pero por rumbo muy diferente. No es ménos constante que jamas pudo lograr este tiempo, porque sucesivamente y sin treguas ni intermision se le fueron encadenando tareas sobre tareas, que no le dejaron respirar, continuándose hasta el último aliento de su preciosísima vida. Es de igual notoriedad que este deseo jamas pasó de la idea, y que ni en vida ni en muerte se le encontró el mas mínimo apuntamiento que pudiese conducir á este fin, ni se hallará un solo jesuita que atestigüe haber visto, leído, ni aun oído á persona alguna fidedigna, que el Padre Luis de Losada dejase á este intento un solo renglón.

29. Oyéronle, sí, varios en diferentes conversaciones hablar de esta y de otras no ménos graciosas que utilísimas ideas que le habian ocurrido, bosquejando en confuso, pero con mucha sal y oportunidad, el modo de promoverlas; mas nunca estos asuntos le pasaron de la idea, ni jamas trasladó al papel un solo rasgo que condujese á delinearlos. A esto alude el Padre Jacinto de Yebra, en la Breve noticia de la vida, prendas y virtudes de este insigne hombre, que dió á luz en el año de 1748, cuando en la página 12, número 12, dice así: «Llévabale su inclinación á trabajar obras utilísimas, sumamente amenas y especiosas, que cuanto mas deleitaban al público, mas eficazmente desterrasen abusos é ignorancias comunes, dignas de remedio. La idea solo de estas obras, segun los títulos que queria imponerlas y segun el rudo bosquejo que hacia de ellas en sus conversaciones, excitaba tanto el deseo de verlas trabajadas, que solia decir uno de los sujetos mas condecorados de la provincia: «Al Padre Luis se le deben dejar manos libres para que trabaje en lo que gustare; lo demas es no saber aprovecharse de sus prendas.» Dígame ahora usacá, Padre Penitente, el que no hacia misterio de manifestar en las conversaciones la idea que le habia ocurrido para desterrar del mundo los abusos y las ignorancias de los malos predicadores; el que se adelantaba á dar un rudo bosquejo del modo con que le habia de poner en ejecucion si sus ocupaciones se lo permitiesen, ¿parécele buenamente á usacá que dejaria de dar alguna noticia de los materiales que ya tenia prevenidos, ni juzga verosímil que dejase de comunicárselos en confianza á alguno ó algunos jesuitas confidentes suyos, reservándola únicamente para su caridad muy reverenda, de quien es muy natural que nunca hubiese oído ni aun hablar al susodicho padre? Por muy anchos de tragaderas debe de reputar vuestra paternidad á sus lectores, si presume embocarles esta patraña. Pues ello, padre mio, es innegable

que ningún jesuita ha visto hasta ahora materiales, ni oyó al Padre Losada que los tuviese dispuestos, sino que fuese en apuntamientos mentales: con que una de dos: ó usacá ha faltado á la verdad torpe y descaradamente (y esto, ¿quién lo habia de creer de un penitente tan ejemplar del veracísimo Padre Marquina?), ó usacá fué el mayor confidente, *per intellectum*, que tuvo el Padre Luis de Losada, mas que este nunca hubiese hablado ni aun conocido á vuestra caridad; porque ¿quién quita una confianza *ratione ratiocinantis* á un amigo *ratione ratiocinata*?

30. Pero ahorremos de razones, y vamos á las inmediatas. ¿Cómo habia de haber visto usacá los materiales de este libro en el aposento de aquel gran maestro, si son muy posteriores á la muerte de aquel gran maestro los materiales de este libro, y muchísimo mas posteriores á los veinte y nueve ó treinta años que há que los vió usacá, segun nos lo asegura? Murió el Padre Losada á 27 de febrero de 1748; pues vaya usacá recorriendo por curiosidad todas las piezas que se critiquizan en el *Fray Gerundio*, desde el *Prólogo con morrion* hasta la última letra del libro, sean de la especie que fueren; y si tiene noticia de sus autores y de sus originales, porque en la Historia, ni de unos ni de otros se dan mas que unas señas vagas, hallará que, á la reserva de dos ó tres frioleras, todos los demas ejemplares que se citan salieron á lucirle cuando ya el Padre Luis estaba en la region de los muertos. ¡Y no obstante usacá los vió veinte y nueve ó treinta años ántes en su aposento! Sí los veria; pero seria con ojos proféticos, aunque algo legañosos, parecidos en esto á los de su santo confesor, del cual oigo decir que, ademas del don de milagros, tiene tambien el de profecía, pero en confuso, porque solo ve el bulto de las cosas que pueden suceder, sin acertar á discernir las que sucederán, hasta que quiera la suerte que encuentre con algun diestro oculista que le bata bien las cataratas proféticas. Posible es que á usacá le hubiese comunicado este don; porque, como no es sobrenatural, puede ser pegadizo y contagioso, por lo que no me hace fuerza que usacá hubiese visto el año de 26 ó 27 la *Crítica del Barbadiño*, cuyo *Método* no se ha publicado hasta el año de 1746; la *de la sabiduría y la locura en el púlpito de las monjas*, que no salió á luz hasta el año de 1757; la otra de la carta contra el papel *Derrota de los alanos*, que no se imprimió hasta el año de 1750; la del famoso *Florilégio Sacro*, que no se estampó hasta el de 1738; y finalmente, la de los demas sermones y no sermones de que se zumba el autor del *Fray Gerundio*, que casi todos son de la presente y de la pasada década de este siglo. ¿Pero qué importa? Veinte años ántes lo pudo tener usacá tan á la vista en el aposento de aquel gran maestro, como si hubiese sido veinte años despues; porque desde que Bandarra en Portugal y Nostradamus en Francia, inventaron los catalejos de profecía artificial, no hay ojos tan pecadores, que no se caten á todos los siglos futuros con tanta seguridad como á todos los siglos pasados. En todo caso, bien será que usacá esté prevenido, por si se le antoja á algun mal-sin aplicar á sus visiones proféticas aquel tan sabio distico que se aplicó á las del visionario Nostradamus, extendiendo tambien la intencion maligna á su padre confesor:

Nostra-damus, cum falsa damus; nam fallare nostrum est: Sed cum falsa damus, nihil nisi Nostra-damus.

31. ¿Pues qué será en tropezando con la tercera mentira que «usacá vió en el mismo aposento del tal padre un legajo grande de cuentos fingidos y chistes muy propios de su satírica intencion contra los que hoy hiere el libro»? Entónces dirá que el autor del dístico no solo fué poeta, sino profeta verdadero; y que para ajustarle mas, tomó la medida del tamaño de usacá y de su venerable confesor que al del mismo Nostradamus. Como esta tercera mentira no es mas que explicacion de la segunda, no tenemos que detenernos en ella en cuanto es simple mentira; pero no es razon dejar de corregir el picantillo que tiene de calumnia. Ya conocerá su caridad que hablo de aquel granito de mostaza ó de pimienta con que sazonó la clausulita, «muy propios de su satírica intencion.» No se puede negar que este picante le da un 'gustillo de salchichas de Zaratán, que se come uno los dedos tras ellas. ¡Hay tal! Con que aquel grande maestro tenia una intencion tan satírica! ¡Válgame Dios, y quién lo creyera! Con que aquel hombron, al parecer tan religioso, tan circunspecto, tan serio, tan comedido, tan honrador de todos los buenos, tan compasivo con todos los malos, tan defensor de los oprimidos, tan perdonador de las injurias, tan sereno, tan sosegado en medio de las mayores calumnias personales, tan benéfico con todos, y en fin, tenido generalmente por modelo de la sabiduría, de la religiosidad y de la moderacion, en el fondo era un satírico descomunal, que en lugar de jaculatoria purificaba siempre la intencion con una sátira! No hay que fiar del mundo, decia un maragato, recelándose de pasar un vado: no hay que fiar del mundo; que el rio va crecido.

32. Confieso que ya habia oído alguna vez esa misma especie; pero era á sugetos que me hacian poca fuerza, por parecerme que no tenian mucho voto en esto de sátiras; mas la autoridad de usacá en este particular es tanta, que ella sola hace opinion probable en la materia. Desde que se le apareció en vision imaginaria aquel sátiro con alas, tributo un grande respeto á su fallo, y creo que olerá usacá una intencion satírica á mas de mil leguas de distancia. En vano pretende vindicarlo de esta nota el autor de su *Vida*, cuando en la página 19, número 22, dice así. «Este es todo el arte de aquella pluma que algunos sin razon motejaron de satírica; porque en realidad no es satírica ni inectiva contra la persona del autor, la que es pura impugnacion de sus escritos, especialmente cuando no se descubren otros defectos personales que los que publican sus mismos desaciertos. No es satirizar, sino corregir blandamente al iracundo, ponerle delante un espejo en que se mire, para que, avergonzado de su fea compostura, se contenga y reforme. No es efecto de satírica malevolencia, sino grandeza de corazon muy digna de aplaudirse, el manifestar un festivo desprecio del contrario. Responder con otras tantas injurias, es desquite indigno de la caridad cristiana; darse por ofendido, sería dejar vanaglorioso al agresor de que sabe herir por donde duele. Callar del todo, sería dejarla causa á la discrecion del vulgo y á la fácil credulidad de los indoctos. Satisfacer con toda seriedad, sería llenar de presuncion al atrevido, y envanecer mas su temeridad, viendo que se le trata como á un principe ó monarca, y que se miran con tanto respeto sus mordaces invectivas, como se podrian mirar las quejas mas justificadas.» Hasta aquí el Padre Yebra, en la *Vida del Padre Losada*, vindicándole de la nota de satírico. A mí me parecia hasta ahora que tenia mucha razon, y que sus razones eran buenas; pero una vez que usacá, sin hacerse cargo de ello, «cicra sus ojos y mata una pulga», afirmando rotundamente, sin razon de dudar, «que la intencion de aquel padre era satírica,» paréceme que en buena prudencia debo creer á su caridad; y porque es verosímil que en materia de satíricas intenciones le revelase mil misterios escondidos aquel sátiro con alas de la vision de antaño.

33. Así pudiera ser yo tan dócil para creer la cuarta mentira que usacá añade, de que entre aquel grande «legajo de chistes y cuentecillos fingidos que vió en el aposento del mencionado padre, veinte y nueve ó treinta años há, estaba el sermón de Santa Ana; por mas señas, que fingia que la Santa tenia en el rostro una verruga de grande bulto, y sobre ella cargaba el texto *vultum tuum*, con sacrilego y blasfemo apoyo.» Para salvar esta mentira tambien es menester recurrir al don de profecía marquinal porque el sermón de Santa Ana, cuya salutation se copió literalmente en el *Fray Gerundio*, se compuso en la ciudad de Baeza, diez ó doce años después del año de 1730, como le será fácil á usacá averiguar en esta corte, donde me consta que se enviaron muchas copias de él; y aun mas fácil le será la averiguacion, escribiendo á la misma ciudad de Baeza, donde hasta los niños saben quién fué su celebrísimo autor.

34. Al mismo tiempo se desengañará usacá de la otra mentira que se embebe en esta, cuando supone «se fingió este sermón por el susodicho padre». Es verdad que en esta equivocacion disculpo yo mucho á su caridad; porque á su circunspectísimo remiramiento en usar con seriedad y con solidez de los textos de la Sagrada Escritura, no le parece posible que á una verruga de gran bulto se le aplicase el texto de *vultum tuum*, con sacrilego y blasfemo apoyo. Solo tengo un ligero escrupulillo contra esto, y se lo he de proponer á usacá, mas que me tenga por impertinente. Dígame, carísimo hermano mio, ¿y será apoyo ménos blasfemo y ménos sacrilego el aplicar á un linar en los pechos de una dama, aquello de *fasciculus mirrhæ; dilectus meus mihi inter ubera mea commorabitur*? ¿Pues si esto lo leemos todos impreso (y de buena letra por vida mia), ¿qué repugnancia encontrará usacá en que el otro, ya que no hubiese predicado, porque no se permitió, hubiese corrido manuscrito?

35. Las cuatro mentiruelas, á mí pobre parecer, quedan concluyentemente demostradas; pero usacá no se sonroje por ellas; porque en mi dictámen todas se le deben perdonar por aquel gallardo paréntesis que está al principio de la primera: «Vi en el aposento de un gran padre maestro (digo aposento y no celda, porque no quiero descubrir si era fraile ó no).» Lo dicho dicho: no hay dinero con que pagar este graciosísimo paréntesis, y solo por él merecia usacá, no solo que le disimulasen esas cuatro, seis ú ocho mentiras garrafales, sino que se hiciese con usacá la vista gorda, aunque por modo de diversion y juguete pasase por encima de todos los mandamientos de la ley de Dios y de la santa madre Iglesia. ¡Qué carcajadas resonarian en la Puerta del Sol, en las gradas de San Felipe, en los Pañeros y hasta en el mismo Lavapiés, cuando se llegó en la lectura al chiste del tal paréntesis! ¡Pues qué sucederia por esas celdas de Jesucristo! Tiene una gracia infinita aquello de «digo aposento y no celda, porque no quiero descubrir si era fraile

ó no». Y mas si se junta con otra que dice su caridad en otra parte : « los jesuitas no son frailes, porque llaman á sus cuartos aposentos, y no los llaman celdas. » Digo y diré mil veces que esto está dicho con infinito chiste; porque todo el mundo sabe que en diciendo celda, cáteate fraile. Por eso ya es de notoriedad pública que todos los eminentísimos cardenales se meten frailes luego que entran en conclave, porque todos se meten en celdas; pero es por poco tiempo, pues desfrailan en volviéndose á sus casas. Item, ¿quién ignora que entre los insectos volantes son tambien frailes, aunque de diferentes órdenes, las abejas y las avispas, pues al fin viven en sus celdas y trabajan en ellas como si fueran unos padres? Porque, por lo que toca á las abejas, se dan tanta priesa á enfrailar (¡hola! entiéndase que voy hablando segun el noble pensamiento de su caridad), que de la noche á la mañana, ó de la mañana para la noche, fabrican un convento de cuatro mil celdas, como lo observó el exactísimo cronista de esta meliflua orden, Jacobo Felipe Maraldi, de quien tomó el Padre Jacobo Daniel cuanto nos dejó escrito en su *Casa de campo*, con elegancia maroniana (mire usacá si yo tambien sé citar en culto á Virgilio):

*Veteres ignota sequuntur
Hostia; venturae soboli cunabula ponunt,
Horrea quae aedificant ita festinata favorum;
Ut nascente die, si fundamenta locdrint,
Vespere cellarum quatuor stent millia, quales
Dedaliae manus artifices vix acumula fangant.*

Como si dijera, siguiendo el concepto de usacá :

No hay abejas seglares en el mundo.
Todas son frailes, y en razon lo fundo,
Porque viven en celdas separadas,
Tan ansiosas de verse allí encerradas,
Que echando á la mañana los cimientos,
Celdas hay para mas de cien conventos
Aquella misma tarde :
¡ Tanto la vocacion en su pecho arde !

36. Chanzas á un lado : ni el hábito hace el monje, ni la celda al fraile, ni el aposento al jesuita, ni estos serían frailes porque llamasen á sus habitaciones celdas, ni los frailes dejarían de serlo porque las llamasen cuartos, aposentos, salas, palacios, cámaras ni caramanchones. Todo esto es vulgaridad que solo puede imponer al infimo populacho. Los unos no son frailes, porque son clérigos; y los otros no son clérigos, porque son frailes. En Francia hay frailes y no hay celdas, sino que sean las cuevas, los graneros y las despensas ó los gnardaropas. En tiempo de Ciceron habia celdas y no habia frailes : *Arati in cellis lecti*. Es una materialidad ridícula en que ningun jesuita de juicio se detiene; y si vuesa caridad estuviera algo versado en leer á los Padres Alonso Rodriguez, Luis de la Puente, Juan de Mariana, Diego Alvarez de Paz, Manuel Arias y otros innumerables, hallaria que unas veces las llaman celdas, y otras aposentos, conforme les da la gana, sin que á ningun jesuita le haya dado la gana de impugnarlos ni torcerles el hocico, infiriendo de ahí que les mudan la profesion. Por tanto, hermano mio, escabeche ese paréntesis, y llévele para yesca á los que frecuentan aquellas celdas de que habla Antonio Gobeá en el discreto epigrama que compuso á Brando-Valleo porque se refugiaba en la bodega de su casa siempre que tronaba :

*Im tonat, in cellas trepido pede Valles imas:
Confugit : in cellis non putat esse Deum.*

Si truena, Brando corre
A su celda ó su bodega ;
Y es que Brando no cree
Que entre Dios en esas celdas.

37. Tampoco creo yo « que el Padre Vear, catedrático de prima jubilado de la siempre ilustre compañía de Jesus (porque no añadió su caridad si era congregacion ó cofradía) se horrorizaba al oír contar estos chistes ó blasfemias », como acaba el famoso párrafo de las mentiras. El padre maestro Miguel Jerónimo de Vear, catedrático de prima jubilado de la siempre ilustrísima religion (y no cofradía ni congregacion) de la compañía de Jesus, era un teólogo sabio, un religioso (no congregante ni cofrade) sólido, un amigo fiel y fino, un hombre honrador de todos, cortesano, atento y urbano hasta el exceso; en fin, un hombre que sabía mas que medianamente lo que pasaba en el mundo; porque sus empleos, sus honores, sus prendas, sus conexiones y su noble corazon le franquearon mil ocasiones de tratar á muchos, de servir á muchos y de saber de muchos; que sabía y no ignoraba los grandes inconvenientes que tiene esto de decir un hombre su dictámen acerca de personas y de cosas, cuando no le precisa á ello la obligacion ni la conciencia. Por eso no creo yo, ni lo creerá ninguno de los que conocieron y trataron mas de cerca que usacá al dicho Padre Maestro, que se hubiese horrorizado jamas (en el fuero externo), al oír contar esos *chistes ó blasfemias*, como los llama vuestra paternidad. En el fuero interno no me meto; ántes bien, para que usacá vea la buena fe con que procedo en todo, me inclino vehementemente á que de botones adentro no le darian el mayor gusto los cuentecillos ni los chistes que diesen en las mataduras á los malos predicadores. ¿Sabe vuestra paternidad por qué? Porque el padre maestro Vear, aunque era un buen teólogo dogmático, un buen teólogo escolástico, un buen teólogo polémico, un buen teólogo ascético, un buen teólogo ético y canónico, ciertamente no era buen predicador, ni aun tolerable. Nególe el cielo este don á aquel reverendísimo padre, habiéndole concedido otros muchos; porque... *non omnibus omnia Cœlum.... imò vix ulli*, como cantó no sé quién : pero bien sé que el apóstol San Pablo dice que los dones se reparten entre muchos : á uno toca el de la sabiduría, *alii sermo sapientiae*; á otro de erudicion, *alii sermo scientiae*; á otro el don de lenguas, *alii genera linguarum*; á otro la discrecion de espíritus, *alii discretio spirituum*; y á otro el don de comprender, explicar ó interpretar bien las palabras en los sermones, *alii... interpretatio sermonum*. Este último don seguramente no le tocó á nuestro reverendísimo. Pagábase indeciblemente de unos retruécanos, de unas fruslerías y de unas inanidades, que apenas las toleraría en sus muchachos el mismo dómíne Zancas-largas, siendo así que se comia las niñas tras los equivoquillos; pero los del padre maestro Vear eran tan de infima suerte, que no los habia de llevar en paciencia, ni aun todo el mal gusto de aquel pedantísimo preceptor. En un sermón á San Nicolas, obispo de Mira, que le hicieron el corto agasajo de imprimirsele, hay esta gallarda cláusula : « Mira, admira y remira al grande obispo de Mira; » y á cada paso se tropiezan otras muy parecidas á ella. En otro á

San Martín, obispo de Tours, que también se dió á la estampá, no se sabe si por obsequio ó por pulla, siempre que hace memoria del Santo cuando servia en el ejército del emperador Julian Apóstata, le llama «nuestro Marte Martín»; saboreándose en este insulso dicho, como si fuera el último primor de la discreción y de la agudeza. Aun en las materias escolásticas que dictó, sin embargo de ser por otra parte ingeniosas y llanas, se le pegó este mal gusto. Citando una doctrina del ilustrísimo y sapientísimo Palanco, de la sagrada religion de los mínimos, dice así: *Itá palam Palancus, minimorum minimè minimus*. Y tratando una cuestion contra los jansenistas, despues de haber respondido á varias objeciones de ellos, queriendo decir que salió otro á replicar, escribió: *Exit nunc alter Monsieur*. Un padre maestro que en sus obras, y singularmente en sus sermones, manifestaba este gusto (á la verdad no muy exquisito), no sería de extrañar que le asentasen mal en el estómago aquellos chistes que se dirigian á condenarle; pero tanto como horrorizarse de ellos, calificarlos de blasfemias, y mucho ménos manifestar á nadie su dictámen, perdone vuestra caridad que no puedo servirle con creerlo así.

38. También me alegrara poderle servir con no trasladar el párrafo que se sigue, por no renovar en el mundo la insolencia con que usacá tuvo atrevimiento para publicarle, denigrando en él con la mayor torpeza á sujetos de tanta elevacion y de tanto carácter, que solo el sacerdocio de usacá, y ese sagrado saco á quien deshona y profana, pueden librarle de la pena del rebenque, del remo y del birrete colorado; pero, pues usacá se arrojó tan desenfrenadamente á manchar el honor de los que se le harian grande en castigarle, tenga paciencia, y téngala también el público; que no puedo ménos de volver á poner delante de sus ojos lo que llenaria de injusta indignacion á todos los que merecen tenerlos, la primera vez que lo leyeron. Dice pues así, ni mas ni ménos, en su manuscrito (que el impreso aun no le podido lograrle), el modestísimo Penitente del extático Padre Marquina:

39. «No eres tú solo quien aplicó la mano á este trabajo: muchos sois, y de diversas profesiones, trajes y estados, los que, aficionados á la libertad y desahogo, formais el prodigioso concilio del cual salió la sentencia de que se publicase este aborto de la maldad, que formaron en esta corte muchos que se hallan fuera de ella por divina y humana providencia, y algunos de ellos entregados ya sus cuerpos á la tierra: mucho extrañé que no viniesen de Castilla la Vieja y de Andalucía algunas aprobaciones mas, que hiciesen recomendable á esta obra; porque no ignoro lo mucho que trabajó por promoverla, y el tiempo que estuvo esperando á que fuese visible un sujeto de poco peso y sobrado chiste, en cuya cabeza se devanó esta madeja: luego, siendo tantos los autores que la pusieron, la empollaron y la sacaron, y siendo tan largo el tiempo que ha vivido á sombra de tejado sin salir á luz, ¿quién podrá dudar haya echado profundas raíces?»

40. ¡Dioses inmortales! ¡Dónde estamos! ¡En qué tiempo vivimos! ¡Qué infeliz siglo alcanzamos! ¡Esto se permite publicar, primero manuscrito, despues impreso (y de buena letra, segun me aseguran), en medio de la corte de España, á vista de una monarquía, en presencia de tantos tribunales, á los ojos de tantos maestros? ¿Y por quién? Por un infeliz pseudónimo del carácter

que hemos visto, ignorante como él solo, necio como él mismo, presumido como él propio, insolente como ninguno, embustero como nadie, y sobre todo, tan hipócrita de costumbres como de traje, pues quiere persuadirnos viste el de una de las religiosas familias mas austeras y mas ejemplares que honran, alegran y edifican á la santa Iglesia de Dios, suponiéndose penitente de otro individuo de ella, cuando en realidad de ninguno puede serlo, porque no es capaz del sacramento de la penitencia el que calumnia con tanto descaro, el que miente con tanta insolencia, el que denigra con tanto desenfreno, y el que hasta los huesos de los respetables difuntos los revuelve con la mayor impiedad. Mientras no se arrepienta, mientras no se desdiga, mientras no restituya las honras que ha procurado quitar, ni del Padre Marquina ni de otro alguno puede ser penitente, y solo deberá ser penitenciado de todos.

41. No son estas exclamaciones, no, por las nuevas y crasísimas mentirazas que vuelven á brotar en este atrevido párrafo; no son por la necia satisfaccion con que asegura ser *Fray Gerundio* obra de muchos autores, unos que residieron y que todavía residen en la corte, olvidado del empeño con que poco há procuraba persuadir serlo de un padre maestro que hace diez años murió en Salamanca; no son por la autoritativa y resolutoria sentencia con que definitivamente pronuncia ser el *Fray Gerundio* «aborto de maldad»; de donde resultará, por la regla de los contrarios, que su papelón será hijo de la virtud, fruto de la perfeccion mas acendrada, pimpollo de la modestia y renuevo de la mas acrisolada caridad. Mi asombro es, ó por mejor decir, mi justa indignacion se dirige contra la temeraria osadía con que este pseudo-capuchino, y aun un pseudo-racional, se atreve á poner su destempladísima boca en uno de los mas respetados y mas celebrados ministros que hay en la monarquía, desde su primitiva fundacion hasta la hora presente, aludiendo de camino á otros dos que, aunque no de igual elevacion, les sobra mucha para hacerles acreedores, no solo al respeto, sino á la veneracion de todos los que no sean tan atolondrados como el Penitente. A ninguno de los tres nombra; pero da tales señales de todos, que solo dejarán de conocer la ventana adonde tira las piedras, los que carecen de todo conocimiento. Fué un prodigio de moderacion en su intrépida y desenvuelta bodoquera, que cuando habló de Andalucía no hubiese nombrado á Granada ó al Puerto de Santa María; y cuando citó á Castilla la Vieja, no hubiese especificado á Valladolid; ni fué menor milagro que cuando se acordó de los cuerpos entregados á la tierra, no hubiese añadido en qué día murieron y en qué iglesia los enterraron. A unos sujetos de este tamaño, por mero antojo de su desconcertada fantasia los finge autores de la *Historia de Fray Gerundio*, y debajo de esta portentosa ficcion se atreve á decir de ellos, «que eran unos hombres aficionados á la libertad y desahogo; que sentenciaron saliese á luz este aborto de maldad; y que uno era sujeto de poco peso y sobrado chiste.» ¿Dónde estáis, rectísimos tribunales, que esto permitis? ¿Dónde estáis, prudentísimos y justificadísimos ministros, que esto tolerais? ¿Así dejais atropellar impunemente el decoro de los que tan dignamente os precedieron, cuyas huellas haceis reputacion de seguir con tanto aplauso de vuestra rectísima intencion, como crédito de sus ex-

perimentados aciertos? ¿Es bastante motivo que el Rey, por las reservadas causas que es sacrilegio indagar, hubiese resuelto que cesasen en el ejercicio de su ministerio, para que una pluma de avestruz, mordaz, atrevida y grosera, tenga aliento para llenarlos de tan sucia tinta, hablando con tanto desacato de los que poco há eran fieles oráculos del trono? ¿Es bueno que hasta ahora no ha salido de este decreto ni aun la mas minima expresion que manchase levisimamente el honor de su fidelidad, y que un pobre mamarracho fantasma de Penitente, cubierto de un venerable sayal de que quiso disfrazarse, tenga avilantez para tratarlos como si su honor y su respeto se hubiesen puesto en pública subastacion? Encendiome un poco la flava bilis este atrevimiento... *Sed motos praestat componere fluctus*; y vuélvome á la frescura de mi humor.

42. Un poco mas adelante se acordó usacá de regalarlos con aquel textecillo canónico que nos habia ofrecido un mucho mas atras; y porque el pasaje es curioso, aunque sea un poco largo, voy á copiarle. «El texto canónico y civil que te ofrecí (son sus palabras) enseña y persuade que la ficcion, invencion, apólogo ó parábola, en el caso fingido, ha de observar las reglas de la verdad en el caso verdadero, para producir el efecto que pretende : *Idem operatur fictio in casu ficto, quod veritas in casu vero*. Supuesto este principio, pregunto : ¿qué proporcion tiene la *Historia de Fray Gerundio* con la verdad, para producir efecto alguno bueno? ¿No arguye toda ella una total imposibilidad y repugnancia con la verdad? ¿Quién lo duda? ¿Pues cómo cabe en hombre de capacidad y de talento querer convencer á los predicadores con una ficcion tan inverisimil como incomponible y repugnante á la verdad, sin que padezca la excepcion de sacrilega é injuriosa sátira? ¿Quién ha presumido hasta ahora que hubiese obispos que ordenasen, verbi-gracia, á un Fray Gerundio, sin saber gramática ni moral? ¿O quién ha soñado que hubiese prelados tan malos, que por empeños ó intereses permitan y den licencia de predicar á los que son incapaces de ejercer tal ministerio? Luego pones una cosa repugnante á la verdad, y tan incomponible con ella, que solo merece el nombre de sátira maligna, escandalosa, dando á entender al público que ejecutan eso los regulares con las demas nulidades que propones.»

43. Dígole á usacá que este parrafillo me ha desterrado la melancolia con que me abochornó el antecedente, templándome el humor, de modo que ya estoy como un jilguero. El texto canónico y civil (que para usacá lo mismo es uno que otro) no viene á cuento para lo que trae, ni quiere decir lo que quiere entender su caridad muy juriconsulta : su verdadero sentido es el que explicaba un gran prelado de España, hablando de las mentiras gacetales : «A mí tanto me divierte en esta materia una verdad como una mentira.» No dice otra cosa el texto. El mismo efecto hace la ficcion en un caso fingido, que la verdad en un caso verdadero : *Idem operatur fictio in casu ficto, quod veritas in casu vero*. Fíngese, verbi-gracia, que el rey de Prusia ganó la sangrienta batalla de Zorndorf contra los moscovitas. Alégrause los del partido prusiano, y desconuélense los que están por el austriaco. Publícase falsamente por esas pinzochas, aldeas, cuestras, veredas y cofradías, que la Inquisicion de España condenó ya como herético y blasfemo el libro de *Fray Gerundio*, y se añade que en Portugal fué que-

mado públicamente por mano del verdugo. Celébranlo con largos brindis y palmadas los verdaderos Gerundios, acompañándolos sus inocentes prosélitos, y lo lloran todos los hombres celosos, pios, sabios, discretos y machuchos, ó por lo ménos aquellos que tienen la flaqueza de ser un poco crédulos. Esto y no mas dice el texto *canónico y civil*, sin meterse en que la ficcion haya de observar las reglas de la verdad en el caso verdadero, para producir el efecto que pretende, que es el asunto para que lo trae su caridad muy reverenda. Este sentido se lo fingió usacá al texto civil *de plenitudine tolondritatis*, sin duda *per fictionem juris*.

44. Pero al fin la doctrina es cierta, aunque el texto no se meta con ella; porque si en la ficcion no se observa la verisimilitud, solo puede servir para divertir á páparos y á niños. Si usacá pensaba autorizar este exquisito pensamiento, no necesitaba andar revolviendo decretales ni pandectas. Sin andarse por esas alturas, solo con abrir el *Arte poético* de Horacio, tropezaría al primer envion con las reglas que deben observar los pintores y los poetas, en lo que pintan y escriben de pura fantasia. Pueden fingir lo que se les antojare; que para eso tienen licencia, ó ellos se la toman.

..... *Pictoribus atque poetis
Quidlibet audendi semper fuit aequa potestas
Scimus, et hunc veniam petimusque damusque vicissim.*

Pero no la tienen para fingir lo que les diere la gana. No han de juntar las tres furias con las tres gracias, las palomas con las serpientes, los cocodrilos con los tigres, ni al devoto y modestísimo Padre Marquina con su impío y desbocado Penitente; que eso sería una cosa totalmente inverisimil, y la ficcion no produciria otro efecto que la risa y desprecio.

Spectatum admissi, risum teneatis amici.

Ve aquí un texto de bastante autoridad para el empeño del día, que dice lo que, por la poca fortuna de usacá, no quiso decir el otro textazo bigotudo que fué á buscar allá no ménos que *in corpore juris*.

45. ¡Y bien! Supuesta una doctrina tan recóndita, ¿qué resulta de ella contra la *Historia de Fray Gerundio*? ¡Pobre de mí! Resulta no ménos que ser entre las cosas inverisimiles la inverisimilísima, entre las repugnantes la repugnantísima, entre las quiméricas la quimeriquísima, y entre los hircocervos el hircocervísimo. ¿Esto quién lo duda? ¿Quién duda que no tiene proporcion alguna con la verdad? Quién duda que es una continua imposibilidad y repugnancia con ella? ¿Pues qué, habian de ser posibles los sermones del *Florologio*? Habian de ser posibles los de honras y profesiones? Habian de ser posibles aquellas coplillas, requiebros y ternuras? ¿Y si al autor de *Fray Gerundio* se le hubiera antojado añadir otros verbi-gracias, habia de ser posible aquello del crecido lunar en el pecho de una dama? ¿Habia de ser posible aquello del predicador Marquina, á cuyo solo nombre se alborotó y se alborozó la ciudad de Zamora? Habia de ser posible lo otro de que el predicador Marquina fué muy parecido á la majestad de Cristo? ¿Y qué importará que anden impresos todos estos sermones? No hace al caso para el intento; porque, como decia el otro, «ello bien puede ser; pero es imposible.» Y así *de primo ad ultimum*, se infiere que toda esta

Historia es una ficcion tan inverisimil como imposible y repugnante á la verdad; quedando convencida «de ser una sacrilega é injuriosa sátira».

46. Por tanto, este argumento *à posteriori* no admite réplica, y hemos de estar fijos en que son imposibles de toda imposibilidad los ejemplares que se copian en el *Fray Gerundio*; y lo mismo se debe decir, aunque se copiaran otros dos mil mas, como fácilmente sepudiera, tanto ó mas ridiculos que aquellos, y muchos de ellos ocurridos despues de publicada la famosa Historia, sin que obste la notoriedad de los hechos, el testimonio de los auditorios ni de la inmensa multitud de los lectores; porque, como dice el filósofo, *sensus sunt fallaces*; los sentidos son unos embusteros, unos alucinadores á ojos vistas, como se ve en los colores del arco iris y en los del cuello de la paloma cuando la hieren los rayos del sol; en la vara que se tuerce, al parecer, cuando la meten derechamente en el agua, y otras mil experiencias del mismo modo; pues mienten los ojos, mienten los oídos, mienten los moldes, y todo miente en los sermones gerundiales; ni los hay ni los ha habido ni los puede haber, porque todos son trampantojos de los sentidos, embelecos de la fantasía, sueños imposibles y ficciones repugnantes. Para mí basta y sobra que usacá nos lo asegure con tanta seriedad: si los demas no fueren tan dóciles, con su dureza se lo coman; y si se rieren de la sandez de usacá, allá se lo dirán de misas. Pero dejando esto á un lado, vamos á dar la última mano al preciosísimo párrafo del usacá.

47. Lo que (hablando en puridad aquí entre los dos) no me hace tanta fuerza, es este argumento promovido *à priori*, como lo promueve vuestra caridad. ¿Quién ha presumido hasta ahora (pregunta usacá) «que hubiese obispo que ordenase, verbi gracia, á un Fray Gerundio sin saber gramática ni moral»? A esto se pueden responder tres cosas, á mí parecer harto buenas y que no admiten réplica: púdesese responder, lo primero, que Fray Gerundio por lo que toca á la gramática, segun le pinta la Historia, era sobradamente hábil, como lo acreditan la multitud de versos latinos que sabía de memoria, y la oportunidad ó importunidad con que los aplicaba, aunque quizá no fuese tan diestro en esto de latinidad. Harto será que al leer esto no haga usacá algun visaje, teniéndolo por disparate ó por implicacion palmaria *in terminis*; porque me da el corazon que usacá no hace diferencia entre la gramática y la latinidad, la latinidad y la gramática; pero si fuere así, se quedará por ahora en su ignorancia; porque yo no estoy de vagar para explicarle este puntico. En órden al moral, no se ha dado hasta ahora en la Historia seña alguna de que le supiese ni de que le ignorase; porque todavía no se le ha hecho confesor ni resolutor de casos. Púdesese responder, lo segundo, en consecuencia de esto mismo, que los señores obispos ordenarán y podrán ordenar sin escrúpulo, por lo que respecta á la gramática, á todos los Gerundios que se les presenten, con tal que sepan tanta como el de nuestra Historia, puesto que cada dia están ordenando (tambien sin escrúpulo) á tantos y tantos que en punto de gramática son unos Supinos. Púdesese responder, lo tercero, que hacen muy bien los prelados en no tener escrúpulo de esto; porque el escrúpulo no ha de ser suyo, sino de los examinadores que los aprueban, en quienes prudentemente descargan sus conciencias; y

estos examinadores ¿de qué gremio son por lo comun, ó de qué clase y estado hay mayor número de ellos? Pregunto mas: ¿los pocos pretendientes de órdenes que llevan calabazas, qué examinadores son los que se las dan por lo general? ¿A qué estado pertenecen? No quisiera yo hallarme en el pellejo de usacá, si respondiera esto á lo primera pregunta. ¿Pues qué, si explicara en qué suele consistir esto?

48. A la segunda pregunta ó razon *à priori* que propone usacá para probar la imposibilidad de los Gerundios, irán sin duda mucho mas holgados en la respuesta. Pregunta usacá quién hasta ahora ha soñado que hubiese prelados tan malos, que por empeño ó interés permitan ó den licencia de predicar á los que son incapaces de ejercer tal ministerio. La respuesta está en la mano. Dirán á usacá en sus venerables barbas, que usacá es el que lo ha soñado, usacá mismo el que nos lo ha referido, y usacá mismo es el que nos lo está contando á todos en este mismísimo papelote, con aquella nativa gracia que hace despedazar los ijares. ¿Pues no nos refiere con su caridad el casito chistoso de aquel fraile predicador que habia citado en un sermon al tío del Sacramento, y á quien por sola esta curiosísima noticia pidieron determinadamente los mayordomos de una fiesta para que los predicase en ella? Pero el prelado conociendo que no podia desempeñar el encargo, les ofreció enviarles otro buen orador, á cuya proposicion no hubo forma de rendirse, y erre que erre en que habia de ir el padre que habian pedido, añadiendo: «Si usted no nos concede este favor, no tiene que enviar fraile alguno á esta villa á pedir limosna; porque se vendrá sin ella.» ¿No afirma usacá «que el prelado, viéndose amagado de esta censura y excomunion, que le apartaba de la participacion de los bienes temporales y del doblon de á ocho que le valia el sermon, se vió precisado á condescender con la súplica»? Por señas, que con aquella gran prudencia que es tan propia de la remiradísima circunspeccion de usacá, nos especifica que el prelado era guardian, el predicador fraile francisco, y la villa donde le habia de predicar, Villaverde. Dígame, hermano carísimo, ¿ese predicador no era incapaz de ejercer el ministerio? ¿No parece posible mayor incapacidad en un hombre que habla con tanta serenidad del tío del Sacramento? ¿Su prelado no le conocia? Usacá mismo confiesa que sí cuando dice: «pero el prelado conociendo que no podia desempeñar el encargo.» Y el prelado, no obstante eso, ¿no condescendió en que predicase por empeño ó interés? Así nos lo enseña docta y paladinamente en aquellas preciosas palabras, dignas de engastarse en oro guarnecido de pipos y amatistas: «El prelado, viéndose amagado de esta censura y excomunion, que le apartaba de la participacion de los bienes temporales y del doblon de á ocho que le valia el sermon, se vió precisado á condescender con la súplica.» Pues venga acá, bendito entre los benditos, ¿cómo prueba la imposibilidad de los Gerundios por una razon que, segun usacá mismo, no solo no les convence imposibles, sino es que los demuestra existentes? No me deja proseguir la risa; y así hasta otra: á Dios, que guarde á usacá para molde de imposibles.

De tal lugar, tal dia, tal mes y tal año. — Beso la mano de usacá, su totalmente El Aquel. — Señor Fray el mismo.

CARTA ESCRITA POR EL BARBERO DE CORPA A DON JOSE MAIMO Y RIBES,

doctor en teología y leyes, abogado de los reales consejos y del colegio de esta corte, y de mas á mas defensor del BARBADIÑO, en que le da cuenta de una conversacion que la tarde de San Roque tuvieron á la puerta de la botica, el Señor Cura del lugar, Fray Julian el agostero y Miguel el boticario.

SEÑOR Doctor en teología y leyes: *Pax vobis et vitam aeternam*. Ya iba á echar la firma y cerrar la carta, porque toda mi erudicion la he soltado de una vez, y en ese latin va cuanto pude alcanzar en seis años de estudiante, á costa de bastantes desaires de faldon; pero todo lo doy por bien hecho y en razon, pues ¿qué sería de mí, si, viéndome con precision de escribir á vuestra merced, que dicen que sabe lenguas que es barbaridad, no supiera yo mas que hablarle en una? Mas por si acaso vuestra merced no me conoce, que es muy natural, pues yo tampoco le he echado paja ni cebada en toda mi vida, sepa vuestra merced, Señor Doctor, que yo soy un hombre, por la gracia de Dios y de las dos iglesias universal y romana, vecino de Corpa, cristiano viejo y barbero en una pieza; estos son y nada mas mis dictados, y ojalá que cuando mas chico hubiera sabido algo mas de mundo; que con haber podido sufrir cuatro ó cinco años la vida andariega de la tina, quizá me hallara ahora capaz de poderme añadir otros veinte ó treinta títulos mas, y llamarme á cara descubierta doctor en teología y leyes, y aun mas; pero vamos adelante; que no todos hemos nacido para doctores, y es preciso que haya barberos en el mundo; porque, si no, ¿con qué decencia entraria un abogado, y mas si tenia dos ó tres onzas de borla, á perorar en público, barriéndose con las barbas el ombligo? Yo, señor, soy barbero, y no me pesa decirlo á vuestra merced, porque le veo empeñado por las barbas, que aun espero en Dios que pare en capuchino; y este es el motivo que me excita á escribir á vuestra merced, porque ayer tuve la noticia de que vuestra merced defiende á un Barbadiño; y aunque esta voz suena á metal de Galicia, todavia esto es cosa de barberos, y era mas puesto en razon que todos los barberos nos interesásemos en esto, y si ya quiso Dios que el mismo libro llegase á mis manos, donde puede vuestra merced notar de paso el gran golpe que habrá dado en el mundo, pues habiendo desde aquí á la corte casi la jornada de un borrico, ha llegado la noticia en poco mas de dos meses, y por buen original he sabido que á Carabanchel el de abajo llegó casi en mes y medio.

Pero á la verdad, señor, nadie puede ver á otro medrado. Hay en esta tierra un cura tomista, agudo como un diantre y bufon como un dimonche, que es peor una palabra suya que un edicto de la Inquisicion. Y como Dios los crió y ellos se juntan, cate vuestra merced que por mal de mis pecados se apareció aquí este agosto un padre Fray Julian de los Infernos, decididor y apodista de Barrabas, que en ménos de ocho dias que está en el lugar ha puesto mas nombres que cuantos curas ha habido desde su fundacion; y no es nada tonto; que aunque es agostero, dicen que no es de nacimiento, sino que quedó lisiado desde una ocasion que se torció un capítulo y quedó debajo. Pues añada vuestra merced,

amen de estos, á Miguel el Boticario, que es otro tal que Dios crió, y no ha habido comedia en el lugar de que no se haya llevado los vitores de todos, y en las del *Diablo predicador y Trampa adelante*, de tal manera lo hizo, que dicen que mayor demonio no se ha visto despues que hay abogados en el mundo, ni mayor predicador desde Fray Gerundio acá.

Esto lo digo á vuestra merced para que sepa con quién tuve la refriega la tarde de San Roque; porque, habiendo hecho ánimo de pasarla muy gustosa leyendo la defensa que vuestra merced ha compuesto, tomé el pañuelo, la caja de los anteojos (porque la del tabaco habia espirado aquella misma mañana), y con mi paliito en la mano, y bajo del brazo el tomo que vuestra merced ha compuesto para tanta gloria de Dios, honra de la nacion y obsequio de la verdad, me fuí á la «peña de la botica», que es sitio alegre. Ya habia limpiado los anteojos, y casi los estaba dando el pié para que montasen sobre las narices, cuando descubrí por la esquina al Señor Cura, que traía á su lado á Fray Julian, que le venía dando palmaditas en el pescuezo, que no estaba muy ayuno. Apenas llegó á mí, cuando dijo: «Adios, Señor Gaspar de Bonillo y otras yerbas,» que este es mi nombre, para lo que vuestra merced me quisiere mandar, y para si me respondiese, poner en el sobrescrito. Preguntóme: ¿Qué libretin es ese? Y díjele que era la *Defensa del Barbadiño*, escrita por un doctor, y que iba á pasar una buena tarde leyendo. Pues haz cuenta, me replicó, que has dado con una cosa lijera, porque mas pesado está el dicho papel que tu mano y tus navajas, que las afilas de un año para otro. Y sin mas ni mas dió una voz al boticario, y le dijo: Asomate aquí, Miguel, si quieres cuatro cuartos de entremes. No bien lo habia nombrado, cuando ya estaba allí, abrochándose la chupa; que venia de dormir; y tomando todos tres asiento en el umbral, dijo el Cura: ¿Vuestras mercedes no sabrán lo que es esto? Pues sepan vuestras mercedes que es un papel de estraza impreso en papel florete. Ya leímos aquí (como vuestras mercedes saben) la incomparable *Historia de Fray Gerundio*, y en ella los desatinos que se notaban en el Método del Barbadiño; pues un señor doctor ha querido enseñar á andar en público su nombre, que ántes no se leia mas que en sobrescritos de cartas y si es que en una ú otra tablilla de parroquia; y la sutileza del lance está en que el Señor Doctor (como vuestras mercedes verán en leyendo Gaspar) estaba tradiciendo las obras del Barbadiño; porque la abogacia, no obstante de llevar mas borla que un pendon, no parece que contribuye bastante á la subsistencia del puchero, y teme que el público le conceda la licencia de estancar la impresion en su casa, hasta que alguna funcion de pólvora la saque á relucir á la plaza; porque la censura del autor de *Fray Gerundio* le ha revuelto el estómago mas que pudiera un paquete de los polvos de

Aix; y para ver si puede obviar este inconveniente, viene haciendo, no el obsequio á la verdad, sino á su bolsa. Por esta razon nos envia el postillon de este papelejo; pero así conseguirá él su intento, como yo que me paguen los diezmos sin rebaja.

Por San Roque, que es hoy (dijo Fray Julian), que ese hombre está loco, pues viene de hoz y de coz á meterse con ese demonio de autor de *Fray Gerundio*, que si le toma bien el pulso, puede ser que no salga de la enfermedad; y ya que Dios no le ha hecho fraile, y por tanto está libre de sus garras, ¿quién le ha dado tan mal consejo que se viene por su pié y sin andadores á dar en sus nias? De mí puedo decir que aun no he vuelto del susto, y eso que cogió en comun; que si conforme dió contra todos, le ha dado la gana de pegar tras Fray Julian de Arabaca, no ha dejado fraile ni aun para pedir el agosto. Pesadillos están vuestras mercedes (dijo el boticario, abriéndose la boca), y si empiezan las bufonadas, no oírmos leer el papel en toda la tarde. Monte vuestra merced esos anteojos, Señor Gaspar del Bonillo, y lea sin hacer caso de estos hombres. No hago mucho, dije yo entónces; porque á mí mas fuerza me hace que todo está escrito de molde. Ann ántes de empezar ya estoy viendo en esta primera llana cuatro renglones de dictados honoríficos, y que él mismo se llama *doctor* á boca llena, sin que haya quien se atreva á desmentirle. ¡Ah simple Gaspar, dijo el Cura, y cómo se conoce que has pasado tu vida detras de una celosía en tu tienda! Y si no, dime: ¿no tienes tú colgada tu puerta con un paño azul, en qué con letras gordas, como pucheros de añadir, nos ofreces títulos, diciendo: «Barbero y sangrador, sacamuelas y comadron;» y con todo eso tanto entiendes tú de lo que dices en tu paño azul, que parece que afeitabas con espinas, que sangras con barrena, que sacas muelas á golpe de martillo, y la que pare, si tú vas, es de miedo de verte cerca? Hazte cuenta que, cual mas cual ménos, toda la lana es pelos; y doctor he visto yo (mejorando lo presente), que todo su estudio no alcanzaba mas que hasta los compuestos de *sum, est, fuit*: y queriéndole hacer juez conservador del convento universidad, le dieron el grado de doctor en teología, y no hubo en toda la célebre universidad de Almagro quien no le juzgase digno de esta honra, y en un *sancti-amen* le pegaron una borla, como quien la pega en un pendon. Esto te digo para que sepas que no es todo oro lo que reluce; y bástete saber por ahora que todos esos que de la teología pasan á los cánones, suelen ser aquellos doctorcillos que en las licencias de las universidades han logrado el lugar mas inmediato á la misma muceta de la cola. Ann de ahí vendrá (dijo Fray Julian) aquello de *si logicam non intelligo, ad canones me remitto*. Pero tú, Gaspar, empieza á leer; porque si no cortamos el hilo al Cura, estará devanando hasta mañana. Voy allá, dije yo entónces; pero crea vuestra merced, Señor Cura, que cuanto veo aquí me huele á cosa grande, llevándome los ojos hasta este muchacho que hay aquí pintado á la larga con una trompeta, que mismamente me parece aquel ángel de la *boca lisa*, que dicen que ha de llamar á juicio. Otra vez has de decir *Apocalipsi* (me corrigió Fray Julian), y seguí leyendo sin parar, con aprobaciones y todo. Lei la dedicatoria, y al acabar, dije: Segun esto, yo no tengo voto, porque esto parece que es para los doctos no mas;

y yo, aunque estudié seis, no llegué mas que hasta las raíces. Ann por eso (dijo el Cura) te viene la mala maña de afeitarnos de raíz. Pero sábetelo, Gaspar, que en el primer paso empezó á tropezar el Señor Doctor; porque debia haber dedicado su papel á los tontos, que como no entienden, quizá le aprobaran; pero entre los doctos poco fruto hará. No quise darle oídos, y de cartilla leí la aprobacion de Alvira, la licencia de Armentariz, y al decir *censura* del padre Don Juan de Arabaca, se rió el Señor Cura. Con esto me dió lugar de pensar qué querria decir en aquella *P. y D.* Alargué el libro al Señor Miguel, y dijo que queria decir *padre don*. Pasé luego al Fraile, y le dije qué queria decir. Respondió que aquello queria decir *padre doctor*. Fuí luego al Cura, y dije: Pues á mí me parece que quiere decir *padre donado*, porque el buen Arabaca estoy en que anda en Lárraga años há, como los niños en el libro espejo. No quise oírle mas, y sin hacer puntos leí de corrida hasta la introduccion, sin dejar letra, bien que al leer la fe de erratas oí que el Cura dijo entre dientes: Con que dijera que estaba errado por esencia, presencia y potencia, concordaba con su original. Pero yo, sin hacer caso, empecé á leer la introductiva, habiéndose pactado primero que nadie hablase hasta terminar cada capitulo. Desmonté los anteojos, y dijo Fray Julian: Limpíese las narices porque está gangoso como carro sin untar, y no le oigo una palabra. Pues yo nada le pierdo, dijo el Cura. Y sepan vuestras mercedes que este Señor Doctor pone un gran cuidado en no perder ocasion de herir á los sabios jesuitas (de quien saben vuestras mercedes soy poco aficionado, pues ni la doctrina tengo suya), y por esto se deja caer con gran tiento proposiciones escandalosas. Pero si á cada paso hemos de poner tantos reparos, no acabaremos en dos semanas. Vaya, tío Gaspar, suénese vuestra merced esas narices, y vamos leyendo poco á poco (dijo el Cura): lo mejor se les ha pasado á vuestras mercedes en claro, pues no han notado aquella clausilla «de la ingeniosa traduccion». No se acuerdan de un punto que dice: «No me incluiré en hacer juicio de lo demas de la *Historia de Fray Gerundio*: mas alto (aquí llamo), mas autorizado y mas decisivo le espera.» En lo cual, segun mi parecer, quiere decir ó profetizarnos el Señor Maimó, «que la Inquisicion recogerá dicho libro.» ¿Y por qué? Pues bien sabrá su merced muy canouista, que si el Santo Tribunal recogiera libros á fuerza de memoriales, que ya tiempo estuviera quemado; porque no ha quedado fraile que, viendo sus trastos en la calle, no haya clamado. Y diria ahora todo lo que se me ofrece contra ellos, si no fuera por el respeto que debo á mi amigo Fray Julian, que está presente. Por mí, dijo Fray Julian, no se detenga vuestra merced, y diga lo que quiera, que yo ayudaré; porque no puede vuestra merced estar con los frailes de peor cata que yo.

Pues ya que el señor canonista (prosiguió casi enojado el Cura) quiere echar el Santo Tribunal sobre *Fray Gerundio*, ¿no fuera mejor que ántes lo echara sobre otros muchos papelejos impresos y por imprimir, que andan por ahí de embozo, sin atreverse á sacar la cara sino por celosía? ¿No sabe el Señor Maimó que anda impreso un cuadernito (tan enfermo, que todo está lleno de reparos), sin licencia, sin nombre de autor, sin aprobaciones y sin revista de tribunal alguno, contra *Fray Gerundio* y

su autor? Pues yo bien sé que anda y le he tenido en mis manos, bien que parece aborto de algún fraile lechuzo, porque le ofende la luz y no sabe volver sino á oscuras y por rincones; y sé tambien que le han remitido á todos los prelados de las religiones interesadas, y que, aunque muchos de estos varones sabios y que saben cuál es su priorato derecho han conocido el contrabando y han sepultado el dicho librejo al pié de la olla boba de la comunidad; pero otros muchos que llevan la dignidad sobre muletas, y que son superiores y lectores por voluntad de Dios, *puré permissiva*, no se han contentado con leerle á la mosquetería del convento, sino que ellos le han procurado extender hasta por las tiendas de aceite y vinagre, y despues que media docena de postillones de los frailes mas andariegos llegan á casa de la hermana, al portal del zapatero, al mostrador de la tienda y otras oficinas de igual calaña, y prevenían los ánimos de los fieles á oír con atencion la buena doctrina, venía el ombligudo prelado, con mas arrugas en el cervigullo que un fuelle de fragna, y los leía algun reparito del donoso librito, sin acordarse que habia Inquisicion en este mundo, é infierno en el otro; y no obstante, nos viene el licenciado Doctor á refregar los mostachos con el santo hachon, como si no tuviera bastante que chamuscar sin salir de su casa.

¿Y no sabe vuestra merced que un chirigaíta de esta corte, ó chirivía, ó chiridulces, ó chiriamargos, qué sé yo cómo se llama, quiso salir de máscara, y se quitó, sin sentir, el espadín, arrimó la casaca y tiró el peluquin, se descalzó las medias de seda y se abrió cerquillo, se rapó el cogote, se metió en un hábito, dejó el nombre de pila, y por meterse en todo, se metió fraile, con el apellido de Fray Amador de la Verdad, el que el día ántes habian visto pasear la corte con una cuarta de pierna á la prusiana, cuerpo inglés y cabeza francesa? Bien que su papel de estraña mereció los cachinos de los doctos, porque sin tocar el punto, estuvo delirando mas de una hora en mentiras que nadie mejor que él sabe que lo son, y solo logró dar testimonio por escrito de lo que sabíamos de palabra: esto es, de que el dicho señorazo goza algunos fueros de desvergonzado. ¿Pues por qué el Señor Abogado no dirige al Santo Tribunal, y ledá las señas para que encuentre á este fraile disfrazado y le pellizque el cerquillo y rape ántes que crie pelo, ó si le encuentra á lo militar, le mande dar doscientos azotes adonde rematan los chorros de la peluca? ¿Y el otro papelejo de la señora *Doña Mónica Secreta*, con varios colaterales vergonzantes que por ahí andan, ya que no han podido lucir, á lo ménos no podrán arder? Digo á vuestras mercedes, señores, que me espiritan estas cosas. ¿Y qué haya hombres tan necios que estén atizando el fuego, cuando saben que tienen tantas cargas de leña en sus librerías, que con una chispa que caiga en ellas se llevará los estantes enteros, y no digo mas!

Ea pues, chiton, dijo el Boticario, repórtese vuestra merced, Señor Cura, y lee tú aprisa, Gaspar. Tomé el libretín, y casi sin escupir le ensarté todo el matalotaje que vuestra merced trae en el prólogo de la instancia. Volví á apear los anteojos, y ya Fray Julian se estaba haciendo unas cruces que le cogian desde lo mas empinado del cerquillo hasta el ombligo: el Boticario estaba jesuseando, y el Cura rompió la presa y dijo: Si á cada cosa de las que estoy bautizando (como cura que soy)

con el honroso título de disparates, hubiera de responder, no acabaría en todo el año; y así, no podemos hablar mas que de algunas cosillas. Yo, dijo Fray Julian, estoy pasmado de ver el despotismo con que habla el Señor Abogado, como si en la república literaria tuviera á su cargo muchas conquistas. Y gusto verle cómo se abalanza al antor de *Fray Gerundio* en el parágrafo 6, y le llama inmodesto, impío y otras zarandajas. Esto consistiría, dijo el Boticario, en que el tal señor no tendr á por piadoso sino al que ayundare á la exaltacion de su bolsa; y en este sentido no dice muy mal.

¿Pues qué es verle, dijo Fray Julian, aferrado, incoherente en el 16 y lisonjero en el 18; pero en el 19 lo echó á perder, pues él tambien lisonjeó á los portugueses, sin saber cómo, y por escrito, que es la tacha, y luego últimamente le converge con aquel cuento tan saladito de Pedro Gianone? A todo esto callaba el Cura como pensativo, hasta que, dándole una voz el Boticario, le dijo: ¿Qué es eso, Señor Cura? Por cuantos órdenes militares, respondió rascándose la corona, que el Señor Mainón tiene gana de llevar su cuero á la tenería, que no quede rastro de su abogacía, doctorado eternamente. ¿Vuestras mercedes no ven cómo, sin irle ni venirle, todo lo que á él le parece que nos huele mal, y nos huele muy ricamente, y juzgando que va á dar un gran gatazo á los sabios jesuitas, los echó encima la cita del cardenal Norris, con el título de autor moderado, como si nos diera una gran pesadumbre? Pues en verdad que no há tanto tiempo que está mas moderado, y gracias á los cielos que en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño; pero callar y callemos, que despues de los años mil vuelven las aguas por do solian ir.

Pero aun con un poco de mas frialdad nos trae á la memoria la empresa de Concina contra los moralistas jesuitas, habida, tenida y reputada en el orbe literario por una desvergüenza de alto calibre, que refutó Benci, y que este fué condenado, y Concina honrado (¡y qué honrado!) del Papa. ¡Ah, qué chico diablo debe de ser el Señor Doctor canonista! ¿No fuera mejor que el señor canonista dejara descansar á Concina en la sepultura de Génova, ya que un *sófoco* le quitó allí la vida? Y en verdad que no se le dió ningún jesuita; que el mismo Papa que tanto le honró le concedió esta indulgencia para la hora de la muerte. Y amen de eso, ¿no sabía vuestra merced que el Señor Concina se desvergonzó en Roma con un señor cardenal por no perder la costumbre, y el Papa le desterró á Génova, donde murió como he dicho? Y no, no tan querido del Papa; que ya le iban oliendo el poste: ademas que pudiera saber el señor licenciado, que aunque son tan apreciables las honras del Pontífice santo, pero no sé que diantres era, que todas las que empleó el pasado en frailes, salían cocas. ¿No sabes, ó tienes noticia de aquel tan favorecido, querido y honrado, que le daban las barbas á la rodilla y podía barrer de una escobada la iglesia de la Rotunda, y que era el favorito del Papa, que parece no habia gracias en el infinito tesoro de la Iglesia para regalar al dicho barbon, y no obstante, pareciéndole pocos los sacramentos que tenia á cuestras, sin pedir licencia al Papa, cargó á la grupa todas las honras pontificias, y se escapó á Holanda para echarse á pechos el santo matrimonio que tria atravesado en el corazon? Y añada vuestra merced esta clausulilla (que no es despreciable): que el honrado barbi-

largo, despues que ató el orden sacerdotal al pié de la cama del matrimonio, tuvo una comunicacion muy estrecha por cartas con nuestro célebre Concina, y en ellas, como infiel al Papa, le revelaba los secretos que el mismo Papa le habia fiado acerca de las misiones de donde el barbi-pleno estuvo, y pudiera yo á vuestra merced contarle puntos muy escabrosos sobre esta historia; pero lo reservo para mejor ocasion.

Pues que se venga ahora el señor licenciado á echar á la oreja de los sabios jesuitas ese perrito de Santo Domingo. A otros alanos mayores saben ellos dar zarazas; ¿y para eso fué á desenterrar al pobre Padre Benci? Pues no estaba ahí mas cerca y mas mozo Noceti, que si le consultara el Señor Ribes, le sacara de muchas dudas crasas en que tiene sepultados los cascos? En él veria que á su célebre Concina le conviene de un impostor malévolo, que no supo cortar la pluma sino lleno de malicia, de odio y de mala voluntad: notaria la variedad de los lugares que cita, la infidelidad en referir las sentencias, y la siniestra interpretacion en las palabras dudosas, y últimamente conoceria el fin é intento de este mal fraile, pues teniendo cada una de las sentencias que nota muchos defensores y autores mas antiguos vestidos de frailes dominicos, los pasó en silencio, y da solo impiamente contra los mas doctos jesuitas. Como soy, dijo el Boticario, que toma vuestra merced esto de véras, Señor Cura, y lo extraño mucho, porque al fin vuestra merced ha paseado sus claustros, y parece se habia de inclinar mas á los dominicos. Aun por eso, replicó el Cura hecho una furia, y no me apasiono sino es por la verdad, y no tengo mas que tres vicios, como vuestras mercedes saben, que son: tomar tabaco de hoja, jugar á los naipes, y no saber teología, y los tres los saqué de allí: con que miren vuestras mercedes lo que les debo; pero vamos adelante; que ahora estoy tal, que no se me puede oír. Signe, Gaspar, dijo Fray Julian, y date prisa. Tomé el papelejo, y como es tan corto el capítulo 4 del libro 1, en un instante acabé con él. Luego que hice punto, dijo Fray Julian: Eso es una cosa ridícula si se ha de decir el alma ó la alma, la agua ó el agua, y así mas vale que no nos detengamos aquí, aunque á la verdad el Señor Doctor pone todo su conato en defender que el Barbadiño solamente solicita que se introduzcan los apóstrofes. Bien conozco que es voluntaria extravagancia; mas por mí, que se introduzca al punto. Con esto, como los vi con tan poca gana de criticar, les ensarté el capítulo 6 del libro 2. Aquí sí que muestra de bulto, dijo el Cura luego que hice punto, la grande sutileza que gasta para argumentar el licenciado Pica-seca: no reparo en que por picas y lanzas quiere sacar de todo cenagal á su amado Barbadiño, porque al fin espera que le dé de comer. Lo que mas me dulcifica el atrá-bilises ver cómo argumenta el Señor Doctor. Y si no, diga vuestra merced, Fray Julian, el autor del *Fray Gerundio* dice que no es fisica ni calabaza la que comunmente se enseña por acá; y de este antecedente infiere el espiritado canonista á favor de su ahijado el Barbadiño: «luego por acá no se tiene noticia de lo que es fisica verdadera; y da la razon, porque de lo que no se enseña, poca ó ninguna noticia se puede tener.»

Acertólis (dijo el Boticario), y viva el señor Botarga, que arguye que rabia. A fe mia, añadió Fray Julian, que saca de pié una consecuencia que hará dar de espaldas á

un doctor de bronce. Y de aquí se infiere que todos están en la obligacion de ser maestros; porque raro es el que no sabe algo, y no se sabe mientras no se enseña. No obstante, dijo el Cura, esa proposicion puede tener otro sentido, y es, que como no hay quien enseñe esa filosofia, hay de ella poca ó ninguna noticia; pero, ademas de ser el supuesto falso, es incoherencia del mismo Señor Licenciado, pues él mismísimo, con una boca de un bártulo, afirma que el que sabe alguna cosa de verdadera filosofia y teología, la sabe, no porque se la enseñaron, sino porque él á sus solas se la aprendió con mucho trabajo. Luego sin enseñarse esa verdadera filosofia, se sabe: luego para saberse y que haya noticia de ella, no es menester que se enseñe. Esta consecuencia me parece que no necesita tantas muletas como la del Señor Doctor, que ella por sí misma se tiene firme, y aquella estaba casi perniebrada. No es de extraño, dijo el fraile, porque vuestra merced está todavia con el *tiqui* en los labios, y el Señor Doctor, con tantos bártulos, no es mucho se le enreden los dediles dialécticos.

Pues no es ménos eficaz (continuó el Señor Cura) el modito que gasta el irrequisito Canonista para probar que es falso lo que afirma el incomparable Lobon acerca de los físicos modernos, y que es falso igualmente que Antonio Gomez Pereira adelantase su conocimiento hasta los mismos que despues nos han ofrecido los newtonianos peinado á la papilota.

Y para esto da la razon de que no se habian inventado por aquel, sino por estos, tantas máquinas que prueban la verdad de sus aserciones. Señor Abogado (le diria yo ahora en medio de sus barbas), *distingue tempora, et concordabis jura*. Quiero decir, que advierta lo que quiere decir el Doctor Lobon y lo que afirma Maimó. Lobon no dice que Pereira probó con máquinas tan costosas y célebres sus conocimientos, como despues lo han hecho los filósofos modernos; sino que filosofó como ellos, y aun hizo tambien algunos experimentos que probaron lo mismo, aunque no con tanto aparato como voccean, con que todo lo adelantaron y perfeccionaron. Y si no, dígame vuestra merced, ¿si vuestra merced inventase (siendo posible) una máquina con que claramente se demostrase la verdad de la precision objetiva, de la forma de corporidad ó de la distincion de razon, seria vuestra merced por eso el primero que filosofó en esos puntos? ¿Dejarian por eso de haberse dado dos mil capilazos los frailes dominicos por la segunda, y cuatro mil bonetazos los sapientísimos jesuitas por la tercera? Es cierto que no, y no obstante, la demostracion por la máquina de vuestra merced se le debia.

Pero vuestra merced juzga, Señor Maimó, que nadie es filósofo en este mundo si no va cargado, como un amolador ó como un calderero, con dos ó tres docenas de pertrechos, de ruedas, de tubos, de cañoncillos, de telescopios, todos instrumentos filosóficos, y otros mil cajones de titiritero. Pero ya le dijo á vuestra merced el docto Lobon lo que hay en eso, y que aire que tanto habia de pesar, se lo habia hallado ya Aristóteles en un pellejo de corambre. Mas pareceme que vuestra merced trajo este puntillo para tener ocasion de citar tantas academias, memorias de las ciencias, transacciones y misceláneas, y que le tuviéramos por hombre leído y escrito; pero á otro perro con ese hueso; que ya no hay pícaros en el mundo, porque los conocen. Y últimamen-

te, vuestra merced esté entendido que los puntos en todas las materias que toca, le dan á conocer por un pobre (1):

*Declamas bellè, causas agis, Attale, bellè,
Historias bellas, carmina bella facis:
Componis bellè mimos, epigrammata bellè,
Bellus Grammaticus, bellus es Astrologus,
Et bellè cantas, et saltas, Attale, bellè:
Bellus es arte lyrae, bellus es arte pilae:
Nil bene cum facias, facis attamen omnia bellè
Vis dicam quid sis? Magnus es ardetio.*

Porque todas las noticias se conoce que están de huésped en su cabeza, cuando Lobon se lo ha mostrado en cuantos puntos toca. Todo esto, decia el Cura, le diria yo en sus barbas de perilla á Maimó, y le venia de perilla. Y si mi intento fuera tomar despacio la crítica, le mostrara sus errores de á folio; pero esto es una conversacion de paso y corriendo. Con esto lizo punto el Cura y sacó la caja: al ruido que hizo la tapa, y no fué mucho, se pusieron en movimiento las narices de todos, y apénas la abrió, cuando se llenó la caja de dedos, y el tabaco de picazos: de manera que parecia riña de gorrones. Sorbimos todos á un tiempo y con tanta gana, que hubo miedo se trajese los sesos enredados en la niña.

Ahora es menester (dijo el Cura) que saquen almohadas y prevengan un pisto, porque en ayunas y sentados no se puede oír la pesadez de este capítulo 7 que se sigue. Yo no quise oírle mas, y tomando resuello, porque sabía que no me habia de sobrar nada, apechugué con ello. Cuando acabé de leerlo ya se iba poniendo el sol, el Boticario se iba quedando dormido, al fraile medio le dió jaqueca, y el Cura estaba reclinando porque acabara, y últimamente acabé. Pero para que vuestra merced vea si tardé ó no, cuando me quité los anteojos me quedaron en las narices dos rayas negras que parecian trazo de carpintero. Entónces dijo el Cura, dando una voz: despierta, Miguel; que te has dormido á lo mejor. ¿No me habia de dormir, respondió; pues que hombre despierto y con los ojos abiertos habia de escuchar eso? Yo desde que empezó: «Vino Dios al mundo», como vi que iba tan largo el cuento, me quedé dormido. Pues no juzgues que te ha valido poco el dormirte, que de una jaqueca te has librado, dijo Fray Julian. Por vida mia (dije yo entónces) que van vuestras mercedes á murmurar también de ese capítulo, y si yo he de decir lo que siento, mire vuestra merced, Señor Cura, que cosa mas acabada ni horrorosa no juzgo que haya dado mas garrote jamas en la prensa. Y para que vuestra merced vea qué solterones son los juicios de los hombres, vuestra merced juzgará acaso que por este capítulo se le debia raer á el Señor Maimó hasta de la letanía de los que saben leer y escribir; y yo juzgo que por él merecia, no solo llamarse doctor en teología y leyes, sino doctorazo y doctorismo en toda ciencia.

Como soy que eres ingenio (replicó el Cura); pero dime, Gaspar, ¿qué es lo que tú ves en ese capítulo que te espanta y conmueve de ese modo? ¿Qué veo? le respondí, veo tantas cosas, que eso es una India. Mire vuestra merced: yo veo que para ese hombre lo mismo es la teología que nada: él sabe cuando nació, lo mismo que si hubiera servido de comadre en su nacimiento; él sabe cómo se llama y todos los nombres y apellidos que tiene, lo mismo que si fuera su padre de pila; él sabe y tiene en

la uña (y no será mala si es abogado, dijo entre dientes Fray Julian) quién le puso la primera camisa, quién le envolvió en las mantillas, quién le arrullaba, quién lo mecía en la cuna, quién le daba papas y quién le puso andadores; y luego mas adelante él sabe quién le acomodó cotilla para sacarle decente al público, quién le peinó á la moda, quién le echó los polvos, y en mi juicio, seria Fray Melchor (que por eso se llamaria Cano); y quién le puso tontillo. Pues ¡qué digo! lo mismo sabe de filosofía y de cuanto Dios crió. A todos los santos padres y pontífices conoce, lo mismo que á la madre que le parió; y quien le oyere hablar de concilios, no diria sino que se halló en ellos. Pero, ¿y en la historia? Eso es cosa que no tiene cabo. ¿Pues no le ha oído vuestra merced, Señor Cura, cómo sabe lo que ha pasado en el mundo ántes de Cristo, en Cristo y despues de Cristo? ¿Cómo sabe lo que hacian los hebreos, lo mismo que si él lo fuera? Y en verdad que ahora le cojo á vuestra merced, porque en el sermón de la Virgen trajo vuestra merced un texto que decia que era capítulo 18 de los *Actos de los Apóstoles*, probando que San Pablo disputaba con los hebreos en materia de religion; y en verdad que fué testimonio, porque ya acababa vuestra merced de oír que los judíos no podian disputar de esa materia. Y demas, á mas de esto, ¿cuánto se conoce que sabe de geometría, astronomía y matemáticas? Estoy por decir que lo que ménos sabe son leyes, y eso es que es abogado y doctor en ellas. Ultimamente, á mí me es preciso creer que (valga por lo que valiere) este hombre tiene en la cabeza muchos libros (si se los pone como tabla de pan, dijo al somormujo el pícaro del Boticario), porque yo me pismo cómo cita autores, y que aquello no va en chlama, porque apénas los cita, cuando zas, emboca un latín que atorrulla, y no como quiera de autorcillos que se hallan allí detras de la puerta; sino de nuos autorazos, que se levantan los pelos de oírlos nombrar solamente, como cuando cita á Nicolas de Clemencis, por poco, de susto no se me cayeron los anteojos; pues y á Berengario, Regirido, Aliaco, Anato y Sadoleto; ¿los ha oído vuestra merced siquiera nombrar en los dias de su vida? Y de los padres eclesiásticos, que no parece sino la casa de los padres enclenques, ¿ha tenido vuestra merced hasta ahora la menor noticia? A todo esto añada vuestra merced el trueno gordo, y es, que este Señor Doctor, ademas de la lengua que le enseñó su madre, y la lengua portuguesa, que posee como actual traductor suyo que es, es preciso que sepa como un rayo las lenguas griega y hebrea; porque si no las supiera no se atreviera á llamarse ni imprimirse doctor en teología, sino á lo mas teologuillo; que así se deben llamar (según dice él) los que no las saben, aunque supieran mas teología que los mismos que la inventaron. Pues vea vuestra merced, Señor Cura, si es poco lo que veo en dicho capítulo, que en mi sentir no le ha habido mas famoso desde el capítulo de las esteras de nuestro padre San Francisco. Pero aunque pobre pelon, bien sé yo que la envidia es hija del diablo, y que lo mejor siempre es lo mas perseguido, y elhíton, que caza el huron.

Oyó el Cura con gran paz este razonamiento, que yo le encajé sin escupir, y al acabar me dijo con gracejo: Gaspar, hijo, entre los muertos te cuento ya; porque cuando deliras tanto, es señal que estás de peligro, aunque por otra parte me hago cargo de que eres un idiota, y que no puedes comulgar mas de con especie de pan

(1) *Maréchal, lib. 2, Epigram. in Ardetionem.*

solo, y así tienes excusa y no serás tú el único que se haya embarazado; que otros de copete mas á la moda no habrán sabido dónde poner el pié. Pero sábetelo entre tanto, que eso que á tí te lleva la atención es un ardid de disparates, uno tras otro, como reata de ciegos, y si tú que no eres muy lerdo abres un poco los ojos, lo verás tambien. Porque ¿qué cosa mas molesta ni mas impertinente que ese arregon tan eterno, que habla de todo, y nada dice? Porque es como el paréntesis, porque quitado no queda imperfecta la oración, sino que el indigesto Abogado quiso mostrarse erudito, sin perder la ocasión que se le presentaba. Pero no te ciegues, Gaspar, de esos relámpagos; porque toda esa procesion de autores, esos textos, esos cálculos de tiempos y edades, todas son hurtadas y al pié de la letra del Barbadiño, y aun por eso en el párrafo 3 lo da él á entender, temiéndose que le cogiesen con el hurto en las manos, y al modo que quicu hace versos trasladando unas coplas, á ese mismo modo escribió el Señor Abogado todas esas noticias eruditas, sin poner mas de su tienda que tinta y papel.

Pues ahora bien: ¿deberías tú pasar por el cedazo de los poetas porque sabías transcribir los versos que otros escribieron? Es cierto que no; pues aplica el cuento, que vamos á otra cosa. A fe mía, Gaspar, que me parara con gusto á desasnarte los cascos, declarándote la insuficiencia de todas las impugnaciones que ofrece en ese capítulo el Señor Maimó contra el incomparable Lobon; pero ya estoy cansado de hablar, y tengo mas que mediano deseo de dejarlo. La resolución mas pronta es que tú mismo, allá despacio y á tus solas, vuelvas á leer eso mismo, y verás cómo en la primera proposición acerca de aquel pésimamente del Barbadiño no puedes sacar ni desenredar su caballo, por mas que le quita la carga, le tira de la cola, le espolea y le anima de mil modos: en la segunda verás saltar los disparates como ranas en charco, y conocerás el miserable estado de teología en que se halla el Señor Doctor, pues afirma á pié juntillas que los teólogos escolásticos dejan la escritura de los santos padres y concilios para probar sus aseeriones. Por vida de sanes, que si supiera dónde tiene la borla blanca, le habia de arrimar un hachon de esparto. Pues al mismo compas puedes ir reparando las demas proposiciones, y verás que parece todo ello estómago de pobre, lleno de verduras, y revoltorio sin snstancia ni razon; y notarás tambien de paso lo que ya te he dicho ántes, que su intento es injuriar en cuanto pueda á los sabios jesuitas, y por eso cuando cita á alguno lo procura hacer del peor modo: así dice, el jesuita Rapin, como si fuera lo mismo Rapin que rapagón como el Señor Licenciado; y aun con los hombres mas doctos y santos, como el jesuita Suarez, el jesuita Bazquez, el jesuita Salmeron.

Ahora digo yo: ¿Y cuándo era digno un pobre portidosero de teología, de tomar en su boca á los primeros hombres, sin que ántes se hubiese lavado con un escobon, como caballo que está tomando verde? ¿Qué pareceria á par de estos hombres toda la teología y leyes del licenciado Maimó, aunque entrase tambien su habilidad de traducir del portugues? Pues sepa su merced que no estimarian estos doctores que desprecia toda la ciencia maimona y todas sus borlas para algodones de sus tinteros. Pero sabe muy bien enmendarse cuando

cita á Fray Melchor Cano; que á este le llama docto, doctísimo y célebre, y es que juzga que en esto ofende á los jesuitas, porque el tal Fray Melchor fué opuestísimo á su religion cuando aun estaba en la cuna; pero esto tampoco les ofende; porque como buenos religiosos saben perdonar á sus enemigos, y porque, item mas, al tal Fray Melchor Cano le era connatural el ser traviesillo, y la fuerza del natural le hacia saltar alguna vez sin reparo, aunque fuese por cima de una excomunion ó bula pontificia; y porque tú conozcas mejor lo que puede el genio, ¿qué le sucedia á este fraile Cano? Lo mismo que á los gatos; porque ya habrás tú visto que estos animalitos son cuando pequeños tan aficionados á jugar, que cuando no hallan otro entretenimiento á mano, juegan con su mismo rabo, se le muerden, se le arañan y le traen á mal traer, como si no fuera propio, sino algun rabo enemigo; así, ni mas ni ménos, sucedia á Fray Melchor: mientras hallaba qué arañar y qué morder estaba contento, y si no podia entretenerse con los jesuitas, porque le daban en los ojos con algunas excomuniones, volviéndose á su mismo rabo, esto es, á sus mismos frailes los mordía y arañaba como si fueran eneinigos, tanto, que dió á uno un arañon tan disforme, que fué preciso llevarlo á cenar á Roma á la Santa Inquisicion (1), por lo que mereció que los mismos suyos, hombres de conocida virtud y sabiduría, como el célebre Fray Luis de Granada y Fray Antonio de la Peña, le diesen en las uñas algunos palos tinterales. Con que mira tú, Gaspar, si debemos tomar queja los extraños del geniecito del tal Fray Melchor, cuando ves que no estuvieron libres de su pluma y lengua aun los propios. Pues por mí madre (dije yo entónces) que si hubiera sabido cuando me bauticé que tan mal Melchor habia habido en el mundo, no me habia de haber llamado Gaspar; porque he oido decir que Gaspar y Melchor fuéron compañeros en un viaje muy largo, y yo con el señor Fray Melchor ni aun desde aquí á Valverde. Ea pues, luz nos va faltando, dijo el fraile, y fuera mejor que acabaras de leer lo que falta; que despues se podía hablar, aunque fuese á oscuras. Bien está (añadió el Cura), porque yo estoy cansado, y lo demas que contiene ese capítulo es un continuado disparate, como el aferrarse en la necesidad de las lenguas griega y hebrea para saber teología, y el decir que no habrá teólogo en España que pueda persuadir á un hereje, con otras cosas fuera de los cajones del celebre; que sin duda juzgo que al señor traductor le han alcanzado algunos vértigos de los que padece su amigo el Barbadiño; y aunque todas estas cosas pedian mas larga conversacion, no obstante, ni el tiempo ni la jaqueca de Fray Julian nos lo permite. Con esto volví á enarbolar mis vidrieras en un cerco de suela inglesa que podia arder en un candil, y leí sin cesar todo lo que faltaba, bien que con algunos tropezones, por falta de luz. Acabé de leerlo todo, y el Cura me dijo: Y bien, Gaspar, ¿qué juicio formas tú de lo que acabas de leer? Yo, señor, le respondí, haga vuestra merced cuenta que ningun juicio formo; porque esto parece que es como los títeres y juegos de manos, que el que mas mira ve ménos. Yo formé el mayor concepto del mundo al ver tantas *DD* en la primer hoja, y segun lo que vuestra merced dice, poco caso se debe hacer de letras grandes; porque quien hace un cesto hará ciento, segun aquel

(1) El arzobispo don Fray Bartolomé de Carranza y Miranda.

doctor de la universidad de Almagro. Dices bien, Gaspar, respondió el Cura, y ahí no hay mas que notar sino que todo lo que dicen del Padre Vieyra el Barbadiño y su traductor, está dicho mas breve y mejor por el sutil Lobon. Ya lo conozco yo eso, dije yo, porque cuando leímos á *Fray Gerundio* se hizo reflexion sobre ello, como vuestra merced sabe; pero lo que me hace fuerza es, que saca ladron á Lobon, y dice que cuanto escribió es del Barbadiño, y á esto no sé yo qué se le ha de responder.

Para responder yo á esto, dijo el Cura, era preciso que tuviese delante toda la obra del Barbadiño, y que fuésemos notando los lugares que cita, para hacer el cotejo, y ya ve vuestra merced que era obra larga. Yo juzgo que el señor Lobon no se descuidará en este punto; porque á él solo le toca, y aun he oído decir que está amolando la daga tinteral para darle una mojada al Señor Licenciado, y le ha de echar el menudo al Rastro (1).

(1) Así lo ha hecho el autor del *Gerundio* con tres eruditísimas y difusas cartas, en que no solo saca á Maimó por un impostor y calumniador malévolo, sino que vindica su honor, probando todo lo contrario: esto es, que el verdadero plagiarlo es Maimó, con tal evidencia, que no deja lugar á este copiante á defenderse.

Al llegar aquí entró una mujer en la botica: fué á despaclarla el Señor Miguel, y ántes me pidió el libro: dísele, juzgando que queria ver algo, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, le arrancó una hoja y envolvió en ella tres cuartos de ungüento amarillo que pedia la mujer. Yo me puse como un leon, y él me dijo: Anda, Gaspar, que al fin este libretín ha de parar en esto, y el que de aquí se libre ha de ir á la especería ó casa del polvorista; con que déjale; que este es su destino. Ríyéronse mucho de esto el fraile y el Señor Cura, y ya empezaban á bufonearse, cuando á mí me venían buscando para sangrar prontamente á un hombre, y aunque no pude volver á verlos, me dijeron despues que hasta las once se habian estado royéndole á vuestra merced los huesos sin piedad ni conciencia; por lo que me pareció justo y cabal escribir esta carta para que sepa vuestra merced la materia de murmuracion, y para si trae el Barbadiño su defensa entre las muchas cartas que vuestra merced suscita con que se ha defendido en Portugal; y vea vuestra merced si le puedo servir en algo, pues de mi cuenta corre el encomendarle á Dios. De Corpa, hoy 17 de agosto de 1758.—*Gaspar del Bonillo*.

CARTA DEL PADRE DON JUAN DE ARABACA,

missionero del oratorio del Salvador del mundo, en respuesta de otra que escribió Don Agustín de Montiano, remitiéndole la carta del barbero de Corpa.

Mi dueño y amigo: Restituyo la *carta del Barbero de Corpa*, que es del mismo metal, y no le quita pinta al audaz proclamador del reino de Navarra y desahogado autor del *Fray Gerundio*. Yo le absuelvo de la dentellada que me da de paso, porque no pudo mas, pues aunque Alvira y yo éramos igualmente partícipes de una misma culpa, se acumuló esta mia á la de no haber querido aprobar su libro. (No era yo tan *donado* cuando se solicitaba esta aprobacion.) Y bien mirado, debo agradecerle la honra que me hace en maltratarme como á Concina, Cano, y aun al papa difunto. Ya sabemos que es delito irremisible el no conformarse en todo y por todo y á ojos cerrados con cuanto dicen y quieren los jesuitas; y que llevará sus porrazos corrientes el que se desmandare, *tròs, rutulusvè fiat*, sea rey, papa, obispo, sacristan ó donado, apartándose de sus dictámenes en lo negro de una niña.

Extraño, sin embargo, que con toda su prosa, deje pasar libremente los cargos tan graves que le hace Maimó, el cual le acusa no ménos que de calumniador, de plagiarlo del Barbadiño. Y ya que no se le diera nada del primer defecto (que tan mal se compadece con el animo generoso de un hombre honrado, cristiano y sacerdote), no se cómo le sufre el corazon el tácito consentimiento que da á la acusacion del hurto literario, un escritor que hace tanta vanidad de este oficio.

Acerca de este segundo cargo, nada dice. (¿Y qué podrá decir?) Acerca del primero, da estocadas al aire, repite los dictérios y las pullas; pero se deja intacto el argumento. Debía mostrar que en su *Gerundio* critica justamente al Barbadiño, y que no tomó de este cosa alguna; y esto era responder: lo demas es meterlo á voces por falta de razones. El buen Padre Isla está un

poco atrevido y un mucho insolente, porque hasta aquí no le han combatido sino con desvergüenzas y disparates, y no se han ido sus antagonistas al punto de la dificultad. Toda la guerra ha sido hasta ahora como las escarapelas que se arman entre las mujeres del Barquillo, que andan á mas puta es ella; y así canta la victoria, como si su libro fuera el de las leyes del reino, que todo el mundo las lee, y chiton. Ruegue á Dios que le dure esta calma, y que no se le anteje á cierto amigo tentarle las corazas, que le hará ver bien presto que el susodicho libro ni tiene invencion ni estilo sostenido; que falta en él á la caridad cristiana, al pudor y al respeto; que vulnera las leyes divinas y humanas; que está sembrado de sátiras mordaces, no solo contra el vicio en comun, sino contra ciertas y determinadas personas; que se hallan no pocas contradicciones, errores y calumnias; que abunda en pullas y chistes de taberna; que no guarda el decoro á las personas; que se parece al *Quijote* de Cervantes, como las coplas de Benegasi á las églogas de Garcilaso; y sobre todo, que su libro (como está) sugiere á los herejes un argumento *ad hominem* para acusar á la Iglesia romana de ignorancia y de supersticion, pues en uno de los paises mas limpios y católicos se enseña y se une cuanto allí pinta. ¿Pues qué sería cuando se fuese averiguando la alcurניה de cada una de las especies, cuentos y noticias del libro, y se diese á cada dueño lo que le pertenece? Ya se vería el Padre como la corneja, pues en todo su trabajadísimo libro apenas hay otra cosa suya que el zurcido. Se le acordaria de quién fué la idea y aquellos pedazos mejor trabajados (que sin duda los hay excelentes), y se citaria *cum die et consule* dónde se hallaban depositados los materiales; y si el tal abogado Maimó le ha conven-

cido de plagio en unas especies, se le haria el proceso sobre las restantes. Pero yo desde luego califico por un gran mentecato al que perdiere el tiempo en este trabajo; porque no sirve para el vulgo, y no le necesitan los doctos. Ahora bien, el Padre Isla me debe agradecer que no haya dado el pase á tres papelones, que él no ha visto, en que follones atrevidos descargaban sobre su bonete los mas horrendos porrazos que jamas se dieron en el mundo, y en que habia esas desverguenzas que podian competir con las de su paternidad muy reverenda. A la verdad yo hice mi deber en esto como en no aprobar á *Gerundio*; pero conozco yo que el Padre ne-

cesita un competidor que use de sus armas y tretas, y se entienda con su esgrima. Buen provecho les haga; que yo me mantengo en mi primer dictámen de que se erró el golpe, y nada ménos que esto era lo que pedia el infeliz estado de nuestra oratoria. Y del *Gerundio* repito que el mejor partido que puede desear su autor de pila es, que no se hable mas en ello; porque *peor es urgallo*.

Quedo, etc. De este, hoy juéves 7 de setiembre de 1758.—Besala mano de vuestra merced su menor capellán.—*Juan de Arabaca*.—Señor Don Agustín de Montiano.

CARTA DE LUCIO COMITOLO,

elogiando la obra del incomparable Fray Gerundio de Campazas.

Muy señor mio: Recibo la de vuestra merced con no ménos aprecio que admiracion. Díceme en ella el recelo con que se halla acerca de la incomparable *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, cuya primera parte acaba de salir al público con harta dicha nuestra, honra de toda la nacion y provecho que será aun de las extranjeras. Añade vuestra merced que teme no se mande suspender, ó acaso dejar del todo, la segunda impresion, en que se trabaja diligentemente para satisfacer á los deseos de los curiosos que no la pudieron lograr de la primera. Y esto no mas, como vuestra merced dice, que porque diferentes sugetos, principalmente religiosos, de cuyo desórden nada se toca en dicha Historia que no sepa Dios y todo el mundo, y de que ellos mismos nos suelen hacer gala á sangre fria, han empezado á resentirse con la oportunidad del remedio, y por evitar mayores daños que podrian seguirse de que se exasperasen los tales.

No obstante, señor mio, yo soy de sentir que el temor de vuestra merced carece de probable fundamento; porque, fuera de que no dejaria de estar previsto todo lo que vuestra merced se sirve decirme, ántes que se dejase correr una obra tan singular, y mas por la vigilancia de los señores cuyas cartas de recomendacion la honran en el frontispicio, una obra vista inmediatamente y aprobada por los señores del Consejo de su Majestad; una obra que en el fondo nada contiene que no sea muy conforme á la mucha piedad de nuestro católico monarca, ¿qué supone que no sea delagrado de cuatro volantes bolonios, que en eso mismo mostrarán ser de aquellos que quieren hacer ganancia del mismo desórden? ¿Qué supone que se resientan? Esto sería decir que por el desagrado, ó llámese tumulto de algunos que por su estado y circunstancias debian ser á todos ejemplo de moderacion, de rendimiento y humildad, se habian de trastornar los órdenes de los tribunales mas autorizados, las providencias de los ministros reales, y aun el querer mismo del Rey; perdone vuestra merced, que no me hallo con fuerzas para creerlo.

Dice vuestra merced que por evitar mayores daños. ¿Y qué mayores daños que los que con su sal y gracia inimitable hace patentes y moteja el autor de *Fray Gerundio*? Dejo aparte los monstruosos desórdenes del púlpito y de la oratoria, de que hace principal asunto: ¿qué mayor daño que los muchos que apunta en la casi

total falta de latinidad, no sabiéndola realmente aun muchísimos de los que la enseñan? Qué mayor daño que la infinita barbarie de arengas y dedicatorias que se experimentan aun en las universidades? Qué mayor daño que vernos, *jure vel injuria*, como el oprobio de las demas naciones, si cuando la nuestra acaba de hacer una produccion que la vindica casi universalmente, y que será envidiada de ellas en los siglos venideros, se la viese sufocar en su nacimiento? Qué mayor daño que el haber de callar invariablemente á vista de la delicadísima y no ménos verdadera crítica que hace nuestro autor en varios asuntos notorios, acostumbrándonos á decir á lo malo bueno y á lo bueno malo, contra la amenaza del Espíritu Santo por Isaías (1)? Abuso y error lamentable, que en su sabia y erudita carta, no oscuramente arguye de inexcusables el señor Don Agustín de Montiano y Luyando, uno de los ilustres censores.

En fin, amigo y señor, los mayores daños que por ventura se seguirán de que corra libremente en el público nuestra Historia, podrán ser el que se estrellen cuatro predicadores casquilucios (ó sean frailes), como ya oigo decir que hizo la prueba uno de ellos en esa corte, agitado de un furor infame, desgarrando el libro públicamente en el púlpito: ¿mas qué es esto en comparacion de tanto bien? ¿Qué ventajas se puede prometer de hombres de este carácter, la causa de los oradores evangélicos? Qué adelantamientos el estado de las buenas letras (pudiera también decir de la sólida piedad) que con tanto acierto se promueve en dicha obra? Si prosiguiesen en dejarse ver semejantes abortos de inurbanidad y contumacia, ántes creyera yo se precipitarian en su ruina, pues le sobran al Rey Peñones, Ceutas y Oranes, dentro y fuera de España, para tales monstruos, y deberian atribuir á sí mismos su desastre, si diesen causa á que se les cortase como á miembros podridos, para que no inficionen todo el pueblo con su contagio.

Una cosa debe vuestra merced tener como fuera de toda duda, y es, que la *Historia de Fray Gerundio* hallará toda su estimacion en las naciones extranjeras; ellas sabrán apreciarla dignamente; ellas la admirarán como uno de aquellos prodigiosos partos que apenas suele dar de siglo en siglo la naturaleza y el arte: ellas todas la adoptarán cuanto ántes en sus nativos idiomas; y si tanto han ilustrado con su aprecio á los Quijotes y San-

(1) Isaías, 20.

cho Panzas, persuádase vuestra merced que no valdrán ménos en su estimacion los Gerundios, cuando echen de ver que todavía es el mismo, y no dudará decir que mas feliz es el suelo español que produjo á los Cervantes, Quevedos y Gracianes, pues si estos supieron preparar á sus lectores una mesa surtida de manjares que los recreen gustosamente, y diviertan el ánimo de los cuidados serios que les oprimirian si se tomasen sin la medida y discrecion que dicta la prudencia, no son tales los que nos preparó el sazonado gusto de dichos an-

tores, que pueda del todo sin tropiezo echar mano de ellos el lector piadoso; pero en los Gerundios hallará, sin mezcla de infeccion, el chiste mas sazonado con la erudicion que se apreciaba mas, y una juiciosa crítica que tanto mas se insinúa en el alma, cuánto mas se atempera con el suave condimento de un finísimo y casi nunca interrumpido sainete. Dios guarde á vuestra merced muchos años. De esta de Castro y marzo 20 de 1758. De vuestra merced servidor y apasionado. — *Lucio Comitolito.*

LOS ALDEANOS CRÍTICOS, Ó CARTAS CRÍTICAS SOBRE LO QUE SE VERÁ,

dadas á luz por Don Roque Antonio de Cogollor, quien las dedica al príncipe de los peripatéticos Don Aristóteles de Estagira. Impreso en Evora, año de 1758. — (Edición aumentada con varias cartas inéditas que mediaron entre el conde de Peñaflorida y Don Francisco Lobon y el Padre Isla.)

Al vetustísimo, calvisimo, arrugadísimo, tremulísimo, carcuesísimo, carriquisimo, gangosísimo y evaporadísimo señor, el señor Don Aristóteles de Estagira, príncipe de los Peripatos, margrave de Antiperistasis, duque de las Formas sustanciales, conde de Antipatias, marqués de Accidentes, baron de las Algarabias, vizconde de los Plenistas, señor de los lugares de Tembleque, Potrileca y Villavieja, capitán general de los flatulentos ejércitos de las cualidades ocultas, y alcaide mayor perpetuo de su prae-adamítico mundo.

Vetustísimo señor: No se atribilice V. V. de que ante vuestras arrebólicas aras se holocausten mis incoantes producciones, para que, metamorfoseadas en categoremáticas exhalaciones, escalen la antiperistática entitativa region del fuego.

Inadecuadamente propenso por una simpática cualidad que me predetermina *in acto secundo* á recurrir bajo la sustancialísima forma cadavérica concomitada de una insustancialísima caterva de accidentes universales *à parte rei* por ser aptos *esse in multis univocè et divissimè*, que se distingue del universal lógico, el cual de *pluribus aptum natum est prædicari* (hablo de la eternidad, ubiquidad y de todas las demas propiedades de los universales), con los cuales (vuelvo á decir) solicito su pavorosa influencia, para lograr una conglomerada beatitud en los undosos y encrespados antros de vuestros pirofilacios, donde tendré por tan seguros como si me los viera en los cacaminosos coleros del Pindo. — Vetustísimo señor. — Beso la mano de V. V., vuestro mas adherente, inherente y coherente servidor.

AL QUE LEYERE.

Doscientas y cincuenta y seis razones y media, bien contaditas, me asisten, letor mio (que lo habrás de ser, mas que te pese, si llegares á pasar los ojos por esto), para poner aquí este prólogo, prefacio, ante ó coileto, llámale como quisieris; y por parecerme lo mas metódico y lo mas oportuno para no fatigarle, le he querido dividir en otros tantos puntos. Esto supuesto, empiezo.

La primera razon ó punto (que es lo mismo, porque razon y punto allá se van, pues donde asiste aquella suele concurrir regularmente el último): la primera ra-

zon (decia) es haber oido siempre que un libro sin prólogo es lo mismo que un doctor sin mula, un barbero sin guitarra, una beata sin camándula, un padre grave sin tozuelo... Pero mejor lo dirán los versos siguientes, que aunque son hurtados de Losada, como sé que hoy en día son mas estimados en España estos que los de Mendoza, los he de encajar aquí; porque realmente, *mutatis mutandis*, y alguna licencia poética que se introduce en ellos, viene como de molde:

Yo sé bien lo que pasa:
Un libro impreso que entra en una casa
Sin prólogo delante,
Es como un berrador sin pujante,
Es como un cirujano sin lanceta,
Es como un cazador sin escopeta,
Es tahir sin baraja,
Barbero sin navaja,
Es cáscara sin fruto,
Jeringa sin cañuto,
Capador sin silbato,
Podenco sin olfato,
Vieja sin tos,
Cortador sin un dago:
Esto es un libro impreso sin prólogo (1).

La segunda, tercera, cuarta y quinta, se reducen en sustancia á lo mismo: solo te prevengo que, como he dicho ántes, cada una de ellas vale por un punto. La sexta (y esta es la madre del cordero) es, que toda mis vida he estado rabiando por probar á lo que sabe esto de ser escritor, por ver mi nombre impreso, y por oírme llamar «el divertido, el jocosó, el ameno y el chistoso autor»; que todos estos honrados epítetos me hace esperar mi amor propio (quiero confesar mi locura), aunque no los de «sabio, docto, profundo, erudito, ingenioso», y otros que quedan para aquellos que rompen cátedras, rajan losas, y hunden á *ergos* y patadas las aulas de nuestras universidades. Yo soy amigo de hablar claro, pan por pan, vino por vino; y diré la verdad aunque sea contra mí mismo; y así te he de asegurar

(1) No hay que extrañar el acento; porque, fuera de que el prólogo mas veces suele ser largo que breve, la licencia poética tiene una jurisdiccion muy dilatada, como se puede ver en esta coplilla á San Lorenzo:

El fuego ni los tormentos
No pudieron divertir
El ánimo y la constancia
De este glorioso Martir.

que no he tenido para dar al público estas cartas otro motivo que el que te acabo de decir; porque ni me ha movido la emulacion (que soy demasiado soberbio para dejarme llevar de ella), ni he tenido amigo alguno que me haya solicitado para ello, ni mis borradores han caído sin noticia mia en manos de ningún impresor de Leiden ó Amsterdam, ni he creído, en fin, que pudiese redundar en utilidad alguna para la sociedad humana; con que solo he mirado á mi reputacion y á satisfacer mi autojo.

La séptima, octava y nona, dar noticia del asunto de la obra; pero las dejo á un lado, porque no quiero que le sepas, y deseo que te coja de improviso.

La décima... Basta para chasco; que liarto he abusado de tu paciencia, y dejémoslo con tanto.

Bien sé yo que aquí me tocaba ahora recomendarte la obra, pedirte el que disimules sus faltas, y otras zarandajas de estas que son del conjuro en la prologuería; pero ni tengo ganas ni lugar para ello, y quédate con Dios; que aunque es final de carta, esta vez habrá de pasar tambien por de prólogo; porque de cosa que huelva á *vale*, desde cierto chasco que me llevé en la fianza que hice de uno de ellos, he quedado tan escarmentado, que no me atrevo á tomarlo en boca, mas que el *Gran Tacañó* á Poncio Pilato delante de su maestro.

CARTA PRIMERA.

De Don Roque Antonio de Cogollor á Don P. X., residente en L.

Valladolid y mayo 20 de 1758.

Amigo y señor: Admirábame mucho de que no me viniese vuestra merced con un «qué se dice por ahí de Fray Gerundio»; como con el «qué se dice del prusiano; cómo se habla de la retirada de los franceses; qué se discurre de los armamentos que se disponen en el Ferrol y Cartagena»; y otra infinidad de «qué se dices, cómo se hablas, qué se discurren, á qué se atribuyes, qué se piensas y en qué consistes», con que vuestra merced y otros amigos, que por mis pecados tengo esparcidos por esas aldeas, me muelen, pareciéndoles adquieren derecho á ello por cuatro dias de bureo que me tomo en sus cascas el verano, y por algunos regalos campesinos con que me favorecen entre año.

Como la mayor parte del día están vuestras mercedes ociosos, en cansándose de cuidar de sus peones, de la leyenda de *Gacetas*, *Mercurios* y algun librejo que otro, de la conversacion del cura y cuentos de las viejas, agarran á un pobre amannense, y á trueque de satisfacer su insaciable curiosidad, escriben á troche y moche para cuantos conocidos tienen en las ciudades vecinas: de modo que parece se hizo para vuestras mercedes aquella coplilla, que no sé dónde la leí, aunque sé que es muy sabida:

Escribesme que escribiste,
Y escribirás de manera,
Que por escribir mas cartas,
Te escribirás la respuesta.

Hacen vuestras mercedes un monton de cartas para cuando haya ocasion de aviarlas, y al primer cencerro de recua que sientan, salen vuestras mercedes presurosos al balcon ó á la ventana, preguntan al arriero su destino, y como regularmente hay en el tal monton alguna que tenga el mismo, se la embocan á costa de dos cuar-

tos, y quedan muy contentos esperando con impaciencia su respuesta. De este modo recogen vuestras mercedes cuantas noticias y papeles anónimos se publican en todo el Reino, hacen análisis de ellos, los critican á roso y velloso, y luego envían su critica á los amigos ciudadanos, pidiéndoles su aprobacion.

De esto estoy ya tan escaldado, que tal vez al tropezar impensadamente por esas calles con un escribano que lleva en la mano algun papelon, se me erizan los cabellos, figurándoseme algun arriero de estos que sirven á vuestras mercedes de correo de gabinete, que viene á embocarme alguna carta, transformándome el miedo el sombrero de aquel en monerón de este, su pelucon en guedejas, su golilla en cuellazo bordado, su ropilla en colete, su petrina en cinto, su espada larga en el palitroque atravesado, y en fin, su papelon en carta de aldeano; y aunque al rezar (como acostumbro todas las mañanas) la letanía de los Santos, añado á las preces dispuestas por la Iglesia un *Ab epistolis paganis libera nos, Domine*, al ménos pensar me veo con una que me da que hacer para algunos dias; y el cuento es, que no se contentan vuestras mercedes así como quiera; y la experiencia me ha enseñado que el único medio de liberarse uno de esta nueva persecucion pagánica, es responder á vuestras mercedes inmediatamente, y, á poder ser, aun mas de lo que preguntan. Por eso voy, sin perder tiempo, á satisfacer punto por punto á la de vuestra merced de 6 del corriente, y quiera Dios lo haga de modo que me deje descansar algunos dias, dándome siquiera lugar de responder en ellos á otros cien impertinentes moleadores que me están estos dias gerundiando la paciencia. Empiezo pues con lo primero que vuestra merced me pregunta, esto es, con el «qué se dice por ahí de Fray Gerundio».

De la *Historia de Fray Gerundio de Campazas y Zotes*, tomada generalmente, dice todo hombre de juicio, todo hombre de gusto, todo hombre sabio y todo hombre verdaderamente piadoso, que es una obra incomparablemente grande, una obra utilísima para el bien público, y precisa para desterrar los execrables abusos que de tiempo á esta parte tiranizan el púlpito español, y una obra, en fin, que, juntando lo mas jocoso y divertido del *Don Quijote*, de Cervantes, con lo mas serio y instructivo de Mentor del *Telémaco*, de Monsieur Salignac, tira á corregir á los predicadores errantes ó errados, ridiculizándolos con las extravagancias y sandeces del primero, y amonestándolos con los sabios y sólidos consejos del segundo. He dicho «tomada generalmente», porque no deja de haber varios entre ellos que hallan en tal cual pasaje suyo algunos de los defectos que vuestra merced, sin que por esto desmerezca el todo de la obra, pues ni la *Odisea* de Homero, ni la *Eneida* de Virgilio se han podido librar de la censura de los criticos.

Pero como *stultorum infinitus est numerus*, muchos abominan del todo de esta célebre obra; mas ¿quiénes son estos? Todos aquellos Fray Blases, Padres Gerundios (por hablar al paladar de vuestra merced), y Mosen Guillenes, que, como los delirantes y frenéticos bien hallados con su locura y frenesí, se enfurecen contra los mismos que intentan sacarles de tan miserable estado; ó como aquellos bracmanes de la India, aunque convencidos de la verdad del Evangelio, no se rinden á ella, y ya por soberbia, ya por interes, cierran los ojos por no

ver la luz, y procuran cerrar al pueblo los suyos, para que con la claridad de ella no descubra lo supersticioso de su doctrina. Estos todos es clamar y gritar furiosamente que se recoja *Fray Gerundio*; que se borre, se tizne y se quemé en hoguera pública por mano de verdugo, sin dar otra razón sino que es una obra abominable y detestable; y no hay sacarlos de ahí, ni forma dé que nos digan qué tiene de abominable y por qué lado sea detestable, ni mas ni menos que el marques de Mascarilla en la comedia de Molière, intitulada *Crítica de la escuela de las mujeres*. Sale este marques al teatro haciendo todos aquellos gestos, monadas y *turlupinadas* propias de los de su especie, á tiempo que estaba ya en él Climene, Urania y Elisa, damas; la primera, muy culta y melindrosa, y las otras dos verdaderamente discretas y juiciosas, disputando y haciendo crisis de una comedia que acababa de dar al público Molière, con el título de *Escuela de mujeres*: luego llega tras el Marques un tal Dorante, mozo hábil é instruido; y como las damas no tardan en informarles del asunto de su disputa, salta nuestro Mascarilla muy intrépido, y dice en tono rotal: «Señoras, acabo de ver esa comedia, y para mí es de lo mas detestable que cabe.» Pregúntale Dorante «en qué ó por qué»; y responde el otro muy satisfecho: «¿Por qué? Porque es detestable.» Ríese Dorante de su respuesta, y apúrale porque dé alguna razón en prueba de ella; pero nuestro marques, atufado, no hace mas que levantar la voz y decir: «*Eh morbleu, est detestable*: porque es detestable.» De modo que por mas esfuerzos que hace el juicioso Dorante, no saca del Marques otra respuesta sino «que es detestable porque es detestable».

Vea vuestra merced ahí al pié de la letra lo que nuestros Fray Blases, Gerundios y sus scenaces dicen de nuestra obra, como Mascarilla de la de Molière, que es una obra indigna, infame y abominable. ¿Y la razón? Es abominable porque es abominable. Bástale á vuestra merced con tanto para venir en conocimiento del concepto que aquí se forma de la *Historia de Fray Gerundio*, y permitame que pase á la segunda parte de su carta.

Esta se reduce á varios reparos que pone vuestra merced á esta obra, y á pedirme mi dictamen sobre su modo de discurrir acerca de ella; y aunque la empresa no deja de tener sus pelillos, ello vuestra merced ha de salir con la suya, y es preciso bajar la cabeza, porque sino lloverán cartas como balas en la Silesia. Voy pues á obedecer á vuestra merced recorriendo todos sus reparos uno por uno, y poniendo al pié de cada uno de ellos mi sentir con toda ingenuidad, segun aquello que me dictare mi pobre conciencia crítica.

Despues que la levanta vuestra merced hasta los enornos de la luna, diciendo, entre otras ponderaciones, que es lástima que algunos defectos fáciles de remediar, sin quitarla en lo sustancial nada del chiste y hermosura que brillan en toda esta bella obra, la priven del epíteto de perfecta, empieza vuestra merced con su crítica desde el título mismo.

Aseguro á vuestra merced que al ver esto consentí iba á emprender algun *Anti-Gerundio universal*, á imitación de aquel *Anti-teatro de Martas*; y que se empeñaba vuestra merced en impugnar esta obra párrafo por párrafo, sin perdonar ni al *laus Deo*: que aunque no lo tiene, podía haberle tenido: hasta que despues me desengañé al leer el segundo reparo.

«Lo primero que me ha chocado, dice vuestra merced, en *Fray Gerundio*, es el *Fray*, porque me parece que este distintivo ha de ser un estorbo grande para el fruto que nos prometíamos de esta obra, así en los Gerundios con *Padre* y con *Don*, como en los Gerundios con *Fray*; porque, dígame vuestra merced: si aun en aquellas reprensiones que nos dan en comun los superiores y predicadores sobre alguna falta en que ciertamente nos hallamos comprendidos, encuentra lo ingenuoso de nuestro amor propio modo de figurarnos que aquello no se dirige á nosotros, sino á algunos de los demás concurrentes; ¿no es muy regular que este sutil custodio de nuestra vanidad se agarre del asidero de *Fray* para persuadir á los que no le tienen, que los disparates de Fray Blas y Fray Gerundio solo hablan con los *Frays*; y que aquietando los escrúpulos y remordimientos que en ellos habian suscitado los desatinos de Fray Blas, los despropósitos de Gerundio y la florilocuencia del *Florilogio*, haga que saquen el cuerpo fuera, y sin hacerse cargo de aquello de «á tí te lo digo, hijuela, etc.», se rían con gran majadería de los Gerundios con *Fray*, manteniéndose ellos en sus trece? ¿Parécele á vuestra merced que se puede esperar mucho fruto de estos? Pues no digo nada de los segundos. Estos, ó no le leerán, enfadados con el solo título de *Fray*, ó si le leen, irritados de verse distinguidos con daca Fray Blas, torna Fray Gerundio, salga el ex-provincial y el predicador mayor, prorumpirán en quejas y dieterios contra la obra y su autor, ensuciarán las prensas con mil papeiones, y cate vuestra merced ahí lo que sacará de ellos. Con que la mayor parte de los Gerundios, sea con *Fray* ó sea sin él, vendrán á ser unos árboles malogrados por falta de manejo, y que en vez del fruto que se esperaba de ellos, solo darán espinas y abrojos.

«No hubiera sucedido esto á mi ver, si el autor, en vez de titular á su héroe de *Fray*, lo hubiera hecho de *Padre*; porque, como el *Padre* comprende á los padres abades, padres priores, padres guardianes, padres comandadores, padres ministros, padres rectores, padres superiores, padres curas, padres capellanes, en fin, á todo género de padres predicadores, entónces nadie podía quejarse sino los últimos, y estos se hubieran guardado muy bien de hacerlo, de miedo de que, al verlos tomar vela, los tuviesen por cofrades y los apodasen de Padres Gerundios; y creo que la fecunda imaginación del autor hubiera encontrado materiales para darnos una historia del Padre Gerundio, tan divertida como la de *Fray Gerundio*, despues que es *Fray*: fuera de que un poquito de chiste poco mas ó ménos no merecía la pena de que en una obra como esta se le sacrificase la mayor probabilidad de lograr su fin.»

Vaya, que por crítico puede vuestra merced apostárselas á cuantos dias críticos temieron Hipócrates y Pitágoras; porque, amigo, discurrir vuestra merced con tanta delicadeza, que creo me pone de su lado, á no acordarme de una seguidilla que he visto alguna vez, no sé si en Anacreon ú otro poeta así rancio, y es esta:

Pocos críticos vemos
Que sean sólidos,
Y para un Aristarco
Hay muchos Zoilos.

Pero me dió tal coz esta sentencia del discreto viejo, que quise registrar, primero el amenisimo prólogo del

Gerundio; porque, aunque le lei algo de prisa con la impaciencia de llegar cuanto ántes al cuerpo de la obra, tenia especie de que se hacia cargo en él del título de *Fray*, así como de algunos de los otros reparos de vuestra merced; y habiéndole leído y releído con el mayor gusto y cuidado, he dado con la solución que da al reparo que se hace á sí mismo sobre el *Fray*; y aseguro á vuestra merced que he quedado tan satisfecho, que no he podido ménos de recelar que á vuestra merced le ha sucedido con el tal prólogo, lo que á mí: quiero decir, que pasó por él como gato por brasas. Si vuestra merced le hubiera leído con reflexion, hubiera encontrado con la satisfaccion del primer reparo, en la que da al segundo que se pone á sí mismo. La sola respuesta que da el alcalde de Colmenar el Viejo al recetor, en el cuentecito que pone ántes de entrar en materia, tapa la boca á los indigestos; porque ciertamente viene tan de molde, que no hay mas que pedir; pero no se contenta con esto, sino que despues justifica con varios símiles y reflexiones solidísimas los motivos que ha tenido para adornar á Gerundio con el *Fray*.

En el número 9 es donde entra en materia, y entra con una razon que, á mi entender, no admite réplica. Dice pues que, siendo el número de los predicadores con *Fray* mucho mayor que el de los con *Padre* y *Don*, de modo que para uno de estos hay, por lo ménos, veinte de aquellos, es preciso haya muchos mas Gerundios de *Fray*, que de *Padre* y *Don*, por lo mismo que, segun el alcalde de Colmenar el Viejo, se miente mas en Madrid que en su lugar, «porque hay mas que mentan.» Por lo cual, para una obra como esta, que tira á desterrar los abusos introducidos en el modo de predicar, «parecia puesto en razon buscar el modelo donde son mas frecuentes los originales.»

Esto lo corrobora en el número 11, con un símil el mas adecuado que cabe y que se lo he de encajar á vuestra merced á la letra. «Haz cuenta (dice) que para burlarme, y al mismo tiempo para corregir la desordenada pasional tabaco, de los segadores, la inclinacion al vino, de los coritos, y la fantástica ventolera de los alojeros, se me antojase escribir la vida de un alojero ideal, de un corito ente de razon y de un segador imaginario; ¿no era naturalísimo que á mi hombre le hiciese, si era segador, gallego; montañes, si era alojero; y si era corito, asturiano? Se estaba cayendo de su peso. ¿Por qué? Porque, aunque es cierto que hay coritos, alojeros y segadores de todos los pueblos y naciones; pero, respecto de las tres que he dicho, los de todas las demas es un puñado de gente, y pedia esto la propiedad de la ficcion.» Ea pues, «aplica el símil, y no me quiebres la cabeza.»

Haga vuestra merced cuenta que le repito esto último, y vamos adelante. En los números 13 y 14, despues de exagerar el grande aprecio que hace y el profundo respeto con que venera á todas las sagradas religiones que se distinguen por el santísimo y humildísimo título de *Fray*, hace esta pregunta: «¿Te parece que un hombre de este carácter pensaria en decir cosa que ni de mil y quinientas leguas pudiese desdorar el sagrado estado religioso?» A esta reflexion añade otra en el número 15, fundada en lo ridiculo del nombre de Gerundio; y es, que la misma extravagancia y ridiclez de este nombre resguarda el decoro de las sagradas religio-

nes; porque da á entender claramente que ni ha habido, ni habrá verosímilmente, en el mundo tal hombre (pensamiento que confronta con el delicado y original ingenio de nuestro gran Quevedo, cuando dijo en su musa 6:

Don Turuleque me llaman:
Imagino que es adrede;
Porque se zurren muy mal
El Don con el Turuleque).

Y esto lo evidencia con la costumbre de varios poetas satíricos y cómicos, que siempre que han querido desterrar de alguna profesion, esfera ó clase de gentes, algun vicio dominante en ellas, se han valido del medio de fingir un héroe de la tal clase ó profesion, con un nombre conocidamente burlesco y estrafalario, logrando de este modo el que sus individuos no se diesen por ofendidos, y que viendo representados en él sus defectos, pusiesen todo su cuidado en evitarlos. En los números 16, 17 y 18 propone varios ejemplares de estos, como del Tigelio, de Horacio; del Pontico, de Juvenal; del Damon, de Boileau; y del Trissotin, Mascarilla y Tartufe, de Molière. En efecto (como él dice), ¿qué se le diera al marques de Mantua (si hoy viviese) de que en los teatros de Paris se rian á costa del pobre marques de Mascarilla? ¿Y le parece á vuestra merced que los siete sabios se ofenderian mucho de las carcajadas que dan al oír las pedanterías de Trissotin y su camorra con Vadius, á quien poco ántes llenaba de elogios? ¿Pues qué diré de los verdaderos devotos, al oír ó ver la comedia del *Tartufe* ó el *Hipócrita*? ¿Cree vuestra merced que estos siervos de Dios querrán mas tapar los oídos y vista, que no oír y ver la escena tercera del tercer acto, y la quinta y séptima del cuarto, entre Elmira y Tartufe (1)? ¿Piensa vuestra merced ahora, seó crítico de mil diablos, que se les dará (ó á lo ménos debiera dar) mucho á los *Frais* santos, sabios y discretos, de que ande por ahí un *Fray* imaginario, y que su mismo nombre dé á entender que es ridiculizando los entes de su especie; y mas cuando interesa en ello una cosa tan grande y tan importante como la reforma de predicadores? Pero vamos á otra reflexion.

En el número 19 previene el cuidado especial que ha puesto en evitar las señas particulares de cada religion, y en contraponer, siempre que habla de algun personaje ridiculo de ellas, otro grave, docto y juicioso de la misma comunidad; y es cierto que en esto se desempeña grandemente en toda su obra; porque para lo primero es tal la confusion que pone siempre, y la mezcla que hace en un mismo sugeto del hábito de una religion con los dictados y títulos de otra muy distinta, que nunca se puede sospechar, ni de cien leguas, de qué religion sea; y para lo segundo, la juiciosa crítica que hace el Padre Provincial del desatinado sermon de Santa Ana, y los del *Florilugio*; la seria y docta amonestacion del ex-Provincial á Fray Blas, y la sólida instruccion que da á

(1) Si el autor, al hablar de la comedia famosa del *Tartufe* con esta expresion: «Y no sé yo tambien si es la mas útil,» nos quiere dar á entender que la tiene por tal, no sé yo que tenga razon; porque, aunque es verdad que acaso en ninguna de sus comedias sostiene mejor Molière el carácter de su héroe, que en esta, creo que las escenas citadas arriba no se pueden ver ni oír sin que el lenguaje blando y endemoniado, y las acciones poco decentes con que el malvado de Tartufe solicita en ella á Elmira, dispierten en los oyentes la concupiscencia mas dormida.

Fray Gerundio el padre Fray Prudencio, encierran tanto juicio, sabiduría y santidad, que es mucho mas el elogio que redunde de ellos á las sagradas religiones, que el descrédito que pudieran acarrearlas las sandeces de Fray Blas y Fray Gerundio. Pues digo, ¿no es esto (como dice el autor) venerar las sagradas religiones y volver por su decoro? ¿Y pueden estas darse por ofendidas de ningún modo? Yo creo que no; y en prueba de ello, mire vuestra merced la primera aprobacion de nuestra obra, y verá que es de un *Fray*, y que no se harta de elogiarla.

Si con tanto no quedare vuestra merced satisfecho, yo no tengo la culpa, porque no se me ofrece mas que decir ni me parece se puede decir mas; y será preciso confesarle que, si en lugar del *Fray* hubiera puesto *Padre*, á lo ménos hubiera tenido un crítico ménos en este punto.

En lo que dice vuestra merced de los Gerundios sin *Fray*, de que no tomarán esta obra para sí y se quedarán en sus trece, fundado en lo que sucede (según vuestra merced) en los sermones y reprensiones que nos dan en comun nuestros superiores, me parece cosa descalabrada; porque, según esto, sería inútil la predicacion mientras no se hiciese con unas señas tan claras, que picare en escándalo; fuera de que las que se dan en esta obra lo son tanto, que no cabe mas sin este inconveniente, pues los disparates que dice Fray Blas, aunque se ponen en boca suya, como son al pié de la letra los mismos que dijeron en sus sermones un *Fray*, un *Don* y un *Padre*, estos, por mas que el amor propio les pinte que allí solo habla de *Frais*, no los creerán, porque saben que ellos mismos los concibieron, los parieron (por valermé de la expresion de uno de estos, que empezó su sermon diciendo estaba de parto), y echaron por el pulpito, bautizándolos de agudezas y discreciones. Vea vuestra merced aquí lo que me parece de su primer reparo; y pasemos ahora al segundo.

«Lo segundo que he notado (prosigue vuestra merced) es un anacronismo ó inverosimilitud continuada. Paréceme muy extraño que un hombre que ostenta tanta erudicion en la poética, como el autor, que, no fiándose de las reglas que nos ha dado en nuestro pobre idioma el célebre Don Ignacio de Luzan, las saca de sus originales, haya caido en un descuido tan gordo como el de hacer hablar al dómíne de Gerundio, á mediados del siglo pasado, de nuestro gran monarca Fernando el VI y de varios autores del presente, como el eruditísimo Feijóo, el Padre Sotomarne y la mayor parte de aquellos cuyos títulos, dedicatorias y estilo critica con tan ingeniosa y adecuada ironía, no dejando en el tintero al impugnador del papel de las *Fiestas de Pamplona*, cuyo autor es (como dicen) uña y carne con el de nuestra obra; y mucho mas el que este descuido prosiga en toda ella, como en la censura del *Florilégio*, en la del Barbadillo, etc., todos escritores de nuestro tiempo: de suerte que, según mi cálculo, la plática de los disciplinantes la ha debido predicar Fray Gerundio cuando el último sequió de Campos.»

Esto de anacronismo ó inverosimilitud se cuenta de muchos modos, pues si á unos le miran como crimen de lesa-epicidad, hay otros que ni hacen el menor escrúpulo de él, fundándose en ejemplares de primera clase; y ahí es nada los que citan: á un Virgilio, príncipe de los poetas latinos, que en su *Eneida* hace se enamore su

héroe de la reina Dido, que, según se dice por ahí, llegó á la Africa doscientos y setenta y siete años despues del viaje de Enéas á Italia; á un Homero, jefe de la épica que no repara en si su Penélope fué tan casta como él la pinta, y en si las aventuras de Ulises tienen mas de portentosas que de verosímiles. Y viniendo mas acá, á un Salignac, que hace contemporáneos de su Telémaco á Sesostris, Adraste, Pigmaleon, etc., siendo así que era á lo ménos trescientos y veinte y seis años mas jóven que el primero, y noventa y cinco que el segundo, y trescientos dos mas viejo que el tercero; lo que no puede ser, á ménos que hubiese tambien logrado de Apolo el privilegio de vivir trescientos años, como su amigo Nestor.

Pues ahora digo yo: si unos hombres tan epicielos como estos, que mejor que vuestra merced, yo y otros habladores, sabrian distinguir de tiempos, embanastaron en sus obras tanto anacronismo, ¿no sabian lo que se anaeronizaban? Y ¿de quién nos hemos de gobernar: de estos modelos grandes, ó de lo que nos dicen unos críticos á la *cabriolé*, que con cuatro especies mal digeridas de las *Memorias* de Trevoux ó el *Journal* extranjero, peinaditas en *ailes de pigeon*, y empolvadas con polvos finos á la *lavande*, ó á la *sans paille*, quieren parecer personas en la república de las letras? Este rigor es bueno para observado en lo dramático, pero no en lo épico. Vea vuestra merced, si no, á su amigo Luzan, en el folio 300 de su célebre *Poética*, donde dice así: «De suerte que en la primera (en la epopeya) debe ostentarse mas lo maravilloso que lo verosímil: en la segunda (en la dramática) debe campear lo verosímil mas que lo maravilloso.» Y dígame despues si el anacronismo es un descuido tan gordo como vuestra merced le pinta.

Lo cierto es que, según los números 2, 3, 4 y 5 del prólogo, el autor está muy bien puesto en la epopeya; con que, cuando él no ha corregido los muchos anacronismos que hay en su obra, bien estudiado lo tiene y él se entiende.

Mariquilla compra una saya:
Ella la compra, mas ella la vende;
Mas ella se entiende,
Y allá se las haya.

Ni valga el decir que acaso no habria reparado en ellos; porque en esta materia es tan delicado de conciencia, que en el número 26 se le atraviesa el escrúpulo de si parece ó no verosímil el que una obra como la del Barbadillo se halle en la celda de Fray Gerundio. Pues qué: hombre que pone dificultad en una friolera como esta, ¿no la habia de poner en que esta obra, que acaba de darse al público por un autor que aun vive, la tuviese un fraile en su celda ahora cien años? No lo creo, y para mí el tal escrúpulo es una ingeniosa sátira contra los rígidos defensores de la verosimilitud.

Bien está, me dirá vuestra merced, que se toleren los anacronismos de Homero, Virgilio y Salignac, porque recaen sobre mos hechos históricos muy antiguos y llenos de oscuridades; pero ¿cómo se pueden disimular los del *Gerundio*, siendo sobre cosas de nuestro tiempo y cuya disonancia no hay topo que no la vea? ¿Cómo? (Responderé á vuestra merced con los números 27 y 28 del prólogo.) Como se disimulan y sufren los del *Alcázar del secreto*, de Solís; *El amigo hasta la muerte*, de Lope; *Para vencer amor, querer vencerle*, de Calderon; y otra infinidad de estas obras de nuestros autores, que

admiramos todos los días. ¿Y cómo aguantan en Francia los de Racine y Molière (1)?

En fin, si no obstante las autoridades, ejemplares y razones que he puesto á vuestra merced por delante, le quedare algun escrúpulo, haga cuenta que el domine Zancas-largas desciende por línea recta del famoso mágico Merlin, y que el convento del Colmenar de Abajo, donde se dice vivia Gerundio, era una fundación del buen viejo Montesinos, y verá que, así aquel mágico por herencia, como los habitantes del convento encantado (que debía de serlo, pues no hay memoria ni el menor vestigio suyo), hablaban en estilo divinatório, teniendo presentes entonces las cosas que habían de suceder en nuestro tiempo. Con esto se componen muy bien cuantas faltas de verosimilitud pueda haber en nuestra obra; y logrando el gusto de satisfacer el segundo reparo de vuestra merced, puedo pasar al tercero, que dice así:

«Lo tercero es la falta de crítica; y aunque todos los reparos pudieran entrar bajo la generalidad de este, solo intento hablar aquí de las digresiones y de la indiferencia histórica. El razonamiento que en los capítulos v, vi y vii del segundo libro hace el Beneficiado á Fray Gerundio, es una digresion que pica en molesta; porque, fuera de los desatinos filosóficos que embanasta el buen clérigo, y de que los cortos límites de una carta no me permiten tratar, está tan largo y pesado con su Barbadiño, que el Cura, el Beneficiado, el Barbero y yo, que nos juntábamos en el cementerio á su leyenda, cansados de bostezar, saltamos seis ó siete hojas en busca del capítulo siguiente; y aunque este es de los mas sazonados y graciosos de esta Historia, estábamos ya tan distantes de ella y tan frios, que le hubimos de dejar para otra tarde: bien veo que esto no quita el que otros tengan acaso este pasaje por admirable; pero ello sucedió así; y á enalquiera de estos que me pregunte mi dictámen, responderé lo que la duquesa de Longueville á unos apasionados de la *Pucelle de Chapelain*: *Oui, cela est parfaitement beau; mais il est bien ennuyant*: ello está muy bueno, pero cansado; y si no, lo de Boileau al mismo asunto:

*La Pucelle est encore un oeuvre bien galant,
Et je ne sais pourquoi je baille en le lisant.*

que yo dijera en castellano así, si fuera poeta:

No tiene duda ninguna
Que es obra muy singular;
Pero (no sé en qué consiste)
A mí me hace bostezar.

»A la verdad, yo no sé qué haga al caso á los lectores de *Gerundio* el que el Barbadiño haya dicho ó no cuantas *parvoizes* quiera del método de enseñar la filosofía y teología en Portugal y en España; y si el autor creia necesario el impugnarle, podia haberlo hecho en una apología separada de esta obra, contentándose aquí con añadir algo á la pintura ridícula que hace de él con tanto

(1) No he oído nunca que se halle en ellos tal falta: solo sé que algunos censuran á Molière de demasidamente popular, y entre ellos Boileau, diciendo:

*Peut-être de son art eût remporté le prix,
Si, moins ami du peuple, en ses doctes peintures
Il n'eût point fait souvent grimacer ses figures,
Quitté, pour le bouffon, l'agréable et le fin,
Et sans honte à Terence allié Tabarin:
Dans ce sac ridicule ou Scapin s'enveloppe
Je ne reconnais plus l'auteur du Misanthrope.*

chiste en el prólogo, dándole una buena zurra allí mismo, como lo hace con el señor padre.

»En lo que toca á la indiferencia y libertad histórica, gasta el autor muy poca picardía; ¿por qué el santo Cura no habia de mezclar entre el Jesus y la mesa traviesa alguna de aquellas vulgaridades que el populacho sueña y cree de los padres jesuitas? ¿Para qué poner tanto cuidado en exceptuarlos en todas sus críticas? ¿Y en dónde hay paciencia para ver el empeño con que en la que hace de los aprobantes del sermón de Santa Orosia, disimpe al jesuita con la sutil aunque violenta salida de *laudet te alienus*? Como si en un censor fuese mas de disimular la falta de sinceridad que la ignorancia. ¿No era mejor no dar lugar á que por esta distincion que hace con ellos se ande por ahí diciendo que, por mas que suena, el autor de esta obra no es Lobon, sino alguna lobilla ó sotanilla de Villagaría? Y tengo para mí que estos padres se lo hubieran agradecido muy de véras; porque ningún hombre de juicio gusta de ser singularizado en una obra, así tan á costa de su modestia, si por ahí puede aventurar el buen éxito de ella.»

Amigo, hila vuestra merced tan delgado, que se lo lleva Barzoque. ¿Con que tanto le chocan á vuestra merced el razonamiento del Beneficiado y la falta de indiferencia y libertad histórica (que en buen romance suena lo mismo que pasion y contemplacion) del autor? Es cierto que no deja vuestra merced de tener algo de razon; y si entre sus puntos de crítica hay alguno que tenga visos de justo, es este; pero tambien me parece vuestra merced un poco materialista, y que quiere llevar las cosas á punta de lanza. No negaré á vuestra merced que el razonamiento del buen Beneficiado me ha parecido tambien algo largo; pero es menester hacernos cargo de que el autor habrá tenido motivos muy poderosos para extenderse tanto contra la obra del Barbadiño; porque, aunque vuestra merced y yo no la conocimos hasta que la ha publicado *Gerundio*, mas que á la isla de Aix hasta que el almirante Hawke la ha hecho célebre, habria infinitos en la nacion preocupados de ella, á quienes era preciso desimpresionar por medio del Beneficiado ú otro personaje de los que introduce en su obra. En lo demas, que esta digresion tenga ó no conexión con la *Historia de Fray Gerundio*, no importa mucho. Tampoco la tiene con la del famoso *Don Quijote* la novela del *Curioso impertinente*, y no obstante divierte, y Cervantes ha adquirido por su obra los aplausos de los eruditos de todas las naciones, que la tienen ya traducida en sus respectivos idiomas.

Convento tambien en que un poquito mas de picardía «ó indiferencia y libertad histórica» hubiera criado ménos émulos; y que la singularísima distincion que hace con los padres jesuitas en la mayor parte de su crítica, verbi-gracia en la de títulos y dedicatorias de libros (aunque aquí ya nombra tambien algunos autores jesuitas, como del *Theopompus*, *Ars magna lucis et umbræ*, del *Pharus scientiarum*, etc., y particularmente en la de los aprobantes del sermón de Santa Orosia), empalaga. Pero bien léjos de creer que por eso se atribuirá esta obra «á alguna lobilla ó sotanilla de Villagaría», me parece que se debiera inferir lo contrario; porque, á serlo así, no hubiera descubierto su pata de gallo, y con la «mónita secreta y tal cual vulgaridad de las que el populacho sueña y cree de ellos», se hubiera chuleado

y reido de los muchos majaderos que están empapados de semejantes preocupaciones. En conformacion de esto, pondré á vuestra merced aquí la definicion que hace de ellos la *Juventud triunfante*, una de las mas preciosas producciones que ha dado el Parnaso español en este siglo :

Ser un poco bellaco ,
Traer sotana llena de tabaco ,
Sombrero ali-caído ,
El zapato ramplon y mal cosido ,
Enseñar ciencias medias ,
Hablar siempre muy mal de las comedias ,
Gritar por la cuaresma ; y esto hecho ,
Gátate aquí un teatino hecho y derecho .

¿Sacaré vuestra merced de aquí que el autor de esta insigne obra no es de la ropa ? Pues no tendrá razon ; porque en realidad lo es , y no ninguna rana , sino aquella famosa loba de Salamanca , tan estimada y galanteada del gran lobo español.

«Últimamente (prosigue vuestra merced), en el número 4 del capítulo x del libro..., he reparado un descuido que á mi parecer es falta de imprenta, y es que, suponiendo que los padres Fray Prudencio y Fray Gerundio salieron á pasear la primera tarde que llegaron á la granja, dice luego que el calor del sol y la hora de mediodía les hizo que volviesen á ella. Ya he dicho á vuestra merced que esto, á mi entender, es falta de imprenta ; porque de otra suerte no era cosa de dejar en el tintero el decirnos qué se hizo de la noche correspondiente á aquel día, y en qué pudo consistir un trastorno tan grande y sin ejemplar en la naturaleza ; pues, aunque en las sagradas letras vemos que un Josué detuvo al sol en su carrera, y que un Ezequías le hizo retroceder hasta diez grados, no se nos cuenta que ninguno hasta ahora haya hecho de modo que, al mismo tiempo de ocultársenos de nuestro horizonte, empiece á caminar para atras, desandando lo andado aquel día ; y no creo yo que el padre Fray Prudencio ni el padre Fray Gerundio tuviesen tanta familiaridad con Dios, que lograsen una monstruosidad como esta.

»A esto se reduce lo sustancial de lo que he notado en la *Historia de Fray Gerundio de Campazas*, prescindiendo de lo que en ella habla sobre la fisica (que en eso hay mucho que decir, y lo haré otro día) ; y me hace lástima el que su autor no se haya dedicado á corregirla ; porque estoy persuadido á que si (como se lo hubiera yo aconsejado) el tiempo que ha gastado «en escaramupear, regulando por su valor y ardimiento, mas que por la urgencia, las excursiones de su pluma» (que dice el maestro Cano en su aprobacion), le hubiera empleado en recorrer las líneas de su obra y en enmendar sus yerros, hubiera sido esta digna de colocarse entre las *Odiseas*, las *Iliadas*, las *Eneidas*, los *Telémacos* y los *Quijotes* ; y Fray Gerundio podría predicar sin vergüenza en un auditorio de Salignagues, de Cervantes, de Quevedos, de Boileaus, de Corneilles, de Racines y de Molières.

»En todo caso vuestra merced perdone mis bachillerías ; no deje por Dios de contestarme, y quede con él ; que aunque se me ofrecian otras cosillas que decirle, lo dejo para otra vez, acabando esta con Jacinto Polo :

Con esta no digo mas,
Aunque otras cosas me quedan ,
Y para el otro ordinario
Habrá segunda gaceta.»

Bendito sea el *últimamente*, que le estaba esperando como al agna de mayo. Amigo, Dios me libre de caer en sus manos de vuestra merced, que ni á las que tiene por faltas de imprenta perdona ; y si alguna vez me dejase vencer, como frágil, de la tentacion de ser autor, ántes que mi obra pare en ellas, permita el cielo se emplee en tacos de escopetas, en encunuchos de dulces, en tapones de redomas de boticas, en papelillos de especias y en papillotas de petimetras ; y que, ántes que vuestra merced, la lean todos los cíclopes posteriores del mundo, que es la última casa del lugar en materia de obras ; pero al caso ; que este prelude va algo largo.

No puedo yo persuadirme á que este descuido nazca de error de imprenta, porque no puede consistir en la alteracion ó transmutacion de alguna letra ó letras, sino en un trastorno total de expresion entera ; y esto no es nada regular en semejantes errores : para eso ántes le atribuyera yo á falta de memoria del autor ; pero ni uno ni otro. Esta que mira vuestra merced como falta de imprenta, es un lunareito que da un realce grande á la obra, Sepa vuestra merced que es una bellísima imitacion del incomparable y verídico Cide Hamete Benengeli, en el descuido (acaso con enidado) que tuvo este en suponer al bueno de Sancho sobre su acostumbrado rucio, poco despues que cuenta se le habia robado Gines de Pasamonte. Si vuestra merced no penetra el chiste de esto pasaje, y está erre que erre en que no le satisface, recurra al efugio último que dí á su segundo reparo : suponga que todo iba por encantamento ; y Cristo con todos.

Es buena que ni aun con el *últimamente* acaba vuestra merced de aporrearne, sino que, cuando ya no le queda otro medio, recurre al de amenazarme con que en la fisica hay mucho que decir, y lo hará otro día, encajándose, para que lo entienda mas claro, la coplilla de Jacinto Polo. Vale Dios que espero atajarle, enviándole copiadas unas enantas cartas que me ha hecho escribir al asunto otro amigo cuasi tan porra como vuestra merced. Es verdad que con mas gusto ; porque veo que todo buen físico á la *dernière* tiene justisimos motivos para mostrarse mal ferido del modo con que el bueno del Beneficiado los trata. Pero vuestra merced se mete en cosas que ni le tocan ni le tañen, y agarrándose de pelillos, tira tajos y reveses ; y caiga quien cayere ; y luego lo mas gracioso es, que dice que, á seguir el autor su consejo, hubiera gastado el tiempo que empleó en las digresiones, en enmendar los yerros de su obra. Es cierto que necesitará de los consejos de vuestra merced. Déjeme, por Dios, que me ria de su humorada, y que concluya enviándole en retorno de parte suya este consejito del Maestro de niños :

Siempre que aconsejares
Espera el ruego,
Si quieres hallar gracias
Y no desprecies.

Dios guarde á vuestra merced muchos años, etc.

CARTA II.

Al mismo.

Valladolid y mayo 28 de 1758.

Amigo y señor : Para que vea vuestra merced que soy hombre de mi palabra, remito esas cartas luego que me las ha entregado el copiante. Celebraré quedo satisfecho

con ellas, y si no, tan amigos como ántes. Solo preven-
go á vuestra merced que no me ande en delicadezas de
faltas de naturalidad, de verosimilitud y otras de este
jaez; que no parece sino que las saca del bolsillo para
aplicarlas á cuantos escritos llegan á sus manos, y que
sobre todo no me venga con que el estilo burlesco de
ellas le parece impropio de la gravedad filosófica; por-
que, amigo, en esa materia estoy abroquelado con una
poderosísima reflexion.

Dígame vuestra merced, si no, ¿es acaso mas natural
el que unos poetas y unos pastores hablen en sus res-
pectivos lenguajes de esa misma gravísima facultad, que
el que un hombre de mi humor trate de ella sin violentar
su genio festivo? Ya se ve (me dirá vuestra merced)
que no. Pues si un Virgilio, en el libro 4 de sus *Geór-
gicas*, describe tan hermosamente los dogmas de Pitá-
goras; si un Lucrecio escribió tan bellamente del siste-
ma de Epicuro; y si, por último, como habrá visto vues-
tra merced en el segundo tomo de Julio, de 1755, de las
Memorias de Trevoux, los Lisidas, los Amintas, los
Dafnes, del Signor Damiani, toman por asunto de sus
conversaciones familiares la gravitacion de los cuerpos,
el sonido, la luz, la accion de los cuerpos celestes, y
otros arcanos grandes de la fisica, como los Dametas y
Menaleas de España, los mas delicados primores de la ar-
quitectura, ¿por qué no he de poder yo escribir de esto
con la misma libertad que si escribiera las coplas de Ca-
laínos?

Bástele á vuestra merced lo dicho, para aquietar todo
escrúpulo, y no reparar en si mi lenguaje es mas alegre
ó no de lo que pide el asunto; y con tanto, «agur y man-
dar»; que es estribillo de seguidilla; y valga por una
que casi tuve tentaciones de encajar aquí, por seguir el
estilo que vuestra merced tiene de acabar todas sus car-
tas con una coplilla. Dios guardé á vuestra merced mu-
chos años.

CARTA III.

A D. J. M. N., residente en V.

Valladolid y abril 18 de 1738.

Muy señor mio y amigo: Es cierto, como vuestra mer-
ced dice en su carta de 15 del corriente, que una cor-
respondencia tirada y continua tiene algo de molesta,
especialmente para los que les pesa la pluma, como á
mí; y que los que vivimos en ciudades populosas somos
dignos de compasion si tenemos en las cercanías algu-
nos amigos curiosos y deseosos de saber las novedades
del tiempo; pero algo se ha de hacer por ellos, y un ami-
go, que es mas precioso que el oro, y tan raro, segun el
conde de Oxenstiern, como el fénix, no es fácil se logre
sin que cueste algo, pues lo que mucho vale, mucho
cuesta. No obstante, aseguro á vuestra merced, sin la
mas leve lisonja, que su última, bien lejos de haberme
causado la menor molestia, me ha llenado de compla-
cencia, por ver el empeño con que sale en ella al desagra-
vio de los filósofos neotéricos, y que en el celo con que
defiende su causa contra el Beneficiado de la *Historia*
de Fray Gerundio, demuestre ser verdadero neófito de
ellos. Así lo hiciera vuestra merced sin enfervorizarse
tanto y con la moderacion que corresponde á un filóso-
fo; porque me temo que si el Beneficiado tiene presente
el bacinazo de Sócrates, el mortero de Anaxarco y los
palos de Epicteto, se confirmará mas y mas en el alto

concepto en que tiene á los filósofos de antaño, respecto
de los de hogaño.

Perniciosa llama vuestra merced su conversacion con
Fray Gerundio en los capítulos v y vi del libro segun-
do, y al santo clérigo me lo pone de vuelta y media.
No sea vuestra merced tan fogoso, y hágase cargo de
la razon. ¿Cómo quiere vuestra merced que un bene-
ficiado mondo y lirondo, con solos tres años de filo-
sofia peripatética, hable de «sistemas, del peso del
aire, etc.»? *Tractent fabrilis fabri*. Esto no es de su in-
cumbencia. Pregúntele vuestra merced de «hilocacio-
nes, precisiones objetivas, fisicas predeterminaciones»,
que son las únicas cuestiones de importancia, y verá
qué tal se esportica el Cura de mi alma. ¿Y no está vues-
tra merced contento? Pues todo lo demas es fruslería.
¿Le parece que es poco para un beneficiado saber que
hay «sistemas, y que ha habido Newton y Descartes»?
Pues gracias al reverendísimo padre maestro Fray Be-
nito Feijó; que si no, tan en ayunas estaria como el
primer día que se dejó ver en su lugar «envuelto en las
secundinas»; y á la verdad, ¿quién no ve lo que va de
filósofos á filósofos?

Traslátese vuestra merced á los tiempos traseros, y
verá unos filosofazos con sus barbas que les sirven de es-
cobas; unos ojos que van de camino para el cogote; unas
frentes arrugadas, que se extienden hasta media cabeza;
unas narizotas tan horrendas, que nadie las mira de
cara por no tropezar con ellas; unas mejillas hundidas,
unos carrillos chupados, unas caras pálidas y macilen-
tas, unos trajes modestos y graves, unos hombrones,
en fin, tan respetables, que si miran aterran, y si ha-
blan echan unos sentencias que abruman. Verá vues-
tra merced al uno devanándose los sesos, calculando los
varios cuerpos por donde ha transmigrado su alma; al
otro sepultado en sus cualidades ocultas; á este hacién-
dose pedazos en llorar; á aquel riéndose á carcajada ten-
dida; y finalmente, á otros infinitos, que cada cual por
su lado tira á despreciar y hacer mofa de cuanto el resto
de los hombres estima y aprecia.

Pues ahora eche vuestra merced una ojeadita por los
modernísimos señores. Verá vuestra merced unos hom-
breillos como de la mano al codo, sin pelo de barba,
con unas caritas de diciocheno y unos ojitos que andan
bailando contradanzas, vestidos á lo *parisien*, peina-
dos á lo *rinoceron*, ó en *ales de pigeon*, y empolvados
como unos ratoncitos de molino; en fin, unos hom-
breillos tan alegres y tan atiteretados, que no mas que
vuestra merced los mire, al pasar le embocan una cor-
tesía tan profunda, que no parece sino que han jurado y
van á besar la tierra. Pero sígales vuestra merced á sus
gabinetes, y allí conocerá mejor la diferencia de estos
pobres enitados á aquellos insignes varones. Verá vues-
tra merced uno que se encaja en un *tourbillon*, y anda
revoloteando en él como figurilla de pólvora; á otro
que, metido á agrimensur de los cielos, anda midiendo
á varas la distancia que hay del Sol á Vénus, de allí á la
Tierra, de esta á la Luna, de la Luna á Jupiter, de aquí
Saturno, y de este á la estrella Sirius; á este, que, can-
sado de darle bomba á la máquina neumática, agarra
el microscopio, y se está muy serio seis ó siete horas
considerando la patica de una hormiga, los ojos de una
mosca, aquel polvo que dejan en los dedos las maripo-
sas, y otras piezas de este calibre; á aquel que, conver-

tido en cordelero, se le va todo el día en dar vueltas y mas vueltas á una rueda para electrizar á un globo de vidrio, y sacar por este medio chispas de una barra de fierro. Todo esto (ya se ve) *ad terrorem*; porque sin tanta fatiga y sin tanto aparato lo pudiera lograr en la fragua de cualquiera pobre cerrajero; y así á todos los demas muy ocupados con estas fruslerías: de modo que parece andan ensayándose en aprender habilidades para salir cada uno por esos mundos de Dios con la linterna mágica al hombro y ganar su vida. Coteje vuestra merced ahora lo que va de estos á aquellos.

Fuera de esto, ¿quién ha de hacer caso de unos perros, herejes, ateistas y judíos, como Newton, que fué un herejote terrible; un Descartes, que, á lo ménos en lo que toca á los animales, era materialista; un Leibnitz, que sabe Dios lo que fué; un Galileo de Galileis, que, segun su nombre, debió de ser algun archi-judío ó proto-hebreo, y otros que hasta los mismos nombres causan horror? Los antiguos nos otra cosa, y yo conocí á un estudiante que tenia tanta devocion al gran Aristóteles, que le rezaba todas las noches indefectiblemente un *Padre nuestro* y *Ave Maria*, y no dejaba de dar sus razones á su modo. Me acuerdo haberle oido, hablando de filósofos modernos: Allá se compongan con sus patrañas y embelecos; mas nos vale jugar á lo seguro y andar piano piano, á la pata la llana, siguiendo las pisadas de nuestro cristiano viejo Aristóteles. Muchos de estos filósofos se escandalizarian sin duda ninguna si se les dijera que Aristóteles fué un idólatra; pero entre-mos en materia; que temo se me enfurruñe vuestra merced con tanta frusleria; previniéndole no extrañe si acaso no observase en este asunto aquel riguroso esceptismo que en otros sobre que ha girado nuestra correspondencia; porque, como vuestra merced sabe, tambien tengo yo mi piedra en el rollo de los filósofos modernos, y como dice aquella coplilla que habrá oido vuestra merced cantar cien veces al son del jarro y la tarja:

En los cuartos de abajo,
Dice Marica,
Cada uno se rasca
Donde le pica.

Perdone vuestra merced esta piltrafilla de copla, en el supuesto de que me enmendaré, pues sé no es tan amigo de las mnsas como otro perillan que lo es de vuestra merced y mio, que me ha pegado este vicio.

¿Dice vuestra merced que de dónde habrá sacado el buen Cura la erudicion de que Antonio Gomez Pereira sea el original de los Bacones, de los Gasendis, de los Cartesios, de los Newtones, etc.; y quiénes serán «los críticos de buenas narices, que son de sentir que Antonio Gomez fué el texto de estos revolvedores de la naturaleza que ahora meten tanto ruido, pretendiendo aturrullarnos, los cuales no fueron mas que unos hábiles glossadores ó comentadores suyos? «¿Newton (clama vuestra merced furioso), copiante de Antonio Gomez? ¿Newton!»

¡Válgame Dios, y qué vivos somos! Serénese vuestra merced un poco, y óigame con atencion. Yo no tengo la honra de conocer á mi señora Doña Antonia Margarita, sino para servirla: solo sé de algunos que han tratado á esta señora, que aunque no tiene noticia alguna de *tourbillones* ni de *atracciones*, defiende con ardor la

opinion de que los animales son meramente máquinas, y sacude valientemente el polvo al pobre Aristóteles sobre la materia primera. Esto supuesto, mire vuestra merced cómo arguye el Beneficiado: Pereira fué el primero que sacó los piés de las alforjas (no sé yo si Galilei le dejaria pasar esta); Descartes, Newton, etc., hicieron, mucho despues, lo mismo: luego estos son copiantes de aquel. Ya veo que vuestra merced me dirá que la consecuencia es mala, y que es lo mismo que si dijera: El autor del sermón *Sicut unguentum* tira á ridiculizar á los malos predicadores; el de la *Historia de Fray Gerundio* sale con el mismo fin algunos años despues; luego es copiante de aquel. En esto de argumentos estoy ya algo remoto; y así, no me meto en si la consecuencia es ó no legítima; pero no me negará vuestra merced que el bueno de Descartes es copiante de Pereira, á lo ménos en lo que toca á la opinion de que los animales son puras máquinas, por mas que los señores franceses nos digan que leia muy poco y que no tenia noticia alguna del escrito de nuestro Pereira. Ahora tampoco me empuñaré yo en defender que este primer apóstata del peripatetismo sea original en esto; porque he leído, no sé dónde, que esta opinion tuvo sus partidarios en tiempo de los Césares; que los estoicos no hablaban de otra cosa, y que aun trescientos años ántes de estos hubo un cínico (algunos creen era Diógenes) que decia que los animales carecian enteramente de sensibilidad y conocimiento. Sobre todo, si el Beneficiado se ha excedido, ha sido en honor de la nacion; y lejos de que ningun buen español le critique sobre esto, merece que todos le demos mil gracias y le llenemos de elogios. Dígame vuestra merced, si no: ¿fuera decente y bien parecido en ningun español, el que, haciéndose del número de estos malditos críticos que no dan mas cuartel que los Croatos y Panduros, se pusiese de intento á escribir contra una especie tan gloriosa hácia su nacion, como la que nos cuenta el verbi-gracia de nuestros traductores (segun los diaristas), en el prólogo del segundo tomo de su *Año cristiano* traducido, esto es, de haberse vencido aquel imposible matemático de la cuadratura del círculo, por un caballerito español? ¿Fuera bueno, digo, que uno de estos nos saliese con la frescura de decir que el tal autor ha dado mucho que reir con esto á los franceses, ingleses y prusianos? ¿Y qué (le responderémos todos), esos caballeros no saben tambien reirse de envidia? Y no se les pudiera decir, con el célebre vizcaíno Chanton de Iturreta, Jauregui, «esas errisas arrabias son para mí?»

Pero demos el caso que tengan razon, y que de hecho esta demostracion que hace el español de la cuadratura del círculo no cuadre á ningun matemático cuadrado, ó de cuatro costados, que es lo mismo: si de aquí á doscientos años apareciese algun nuevo Descartes ó Newton que diese con esta invencion, ¿quién nos quitaria á nosotros la gloria de poder hacer patente y probar delante de todo el mundo, con este prólogo, de que aquel monsieur no era mas que un pobre plagiaro de nuestro Don B. G...? ¿No me dirá vuestra merced que toda la nacion debiera darle gracias por esto al bellísimo autor del tal prólogo? ¿Pues por qué no lo mismo al Beneficiado?

Pregíntame vuestra merced tambien dónde habrá leído este santo cura, que los filósofos modernos no

han hecho mas que refundir lo que dijeron los viejísimos Meliso, Parménides, Anaxágoras, Heráclito, Hesiodo, etc.

Señor mío, eso no se lo diré á vuestra merced, porque yo jamas he estado en Atenas ni me llamo Erasmistrates, para que sepa mas griego que el que me enseñaron en los tres años de filosofía; y así, no podré asegurarle como testigo de vista á qué se reducen los sistemas de estos grieguísimos señores; que era lo que nos hacia al caso para confrontarlos con los de nuestros modernísimos.

No obstante, como me parece que este punto pide alguna seria reflexion, porque realmente tira en él á desjarrete á los pobres modernos, aunque no soy de aquellos que (como dice el sabio Nollet) afectan de ser newtonianos en Paris y cartesianos en Londres, ó por mejor decir, peripatéticos en Paris ó Londres, y newtonianos ó cartesianos en Salamauca, soy amigo de dar á cada uno lo que es suyo, y quiero aquí examinarle un poco para ver qué fuerza nos debe hacer lo que el Señor Beneficiado dice, valiéndome para esto de algunos autores dignos de que se les crea sobre su palabra (á lo ménos mientras no nos liciesen ver lo contrario), como son nuestro sapientísimo Feijóo, el gran Moreri, el profundo Severien, el juiciosísimo y eruditísimo Rollin, y varios filósofos así ingleses como franceses que tengo en mi librería, de los cuales, unos de intento y otros por incidencia, hablan de casi todos los antiguos que cita el Señor Beneficiado. Dije «casi todos los antiguos», porque, por mas que me he roto la cabeza y me he descejaado, no encuentro con quien me dé noticias del filósofo Hesiodo, y todos dicen que no ha habido mas Hesiodo que un celeberrimo poeta griego, que segun unos floreció ántes que Homero, segun otros, al mismo tiempo, y segun algunos otros, mucho despues, y á quien se dice que las musas le infundieron la gracia, *gratis data*, de poeta, estando de pastor, y despues le hicieron su sacerdote en el monte Helicón. No por eso creo que le haya puesto aquí no mas que *ornatus gratia*, sino que sería algun filósofo poco conocido; pero esto no quita el que fuese tambien de los monotelistas.

Vuestra merced no extrañe el encontrar aquí especies que de puro sabidas las tendrá olvidadas; y sepa que esto no lo escribo para él, sino que ya que me veo en precision de tomar la pluma sobre esta materia, quiero hacerlo de modo que me sirva para tapar la boca á tanto filósofo de calzas atacadas como hay aquí, que celebran y elogian este pasaje de la *Historia de Gerundio* contra los señores de las bellas letras (que así llaman á los filósofos modernos, como si estos tuviesen mas conexion con ellas que el aquel con las cuatro témporas), al mismo tiempo que están mordiendo y desechando cuanto tan dignamente se debe elogiar en ella.

No era esta mala ocasion para embocar aquí unos rezatos de erudicion sobre los sistemas antiguos y modernos, con los nombres, apellidos y patrias de sus autores, como lo hace el Señor Beneficiado; pero no tengo humor ni tiempo para andar ahora tras ellos en Moreri; y el que estos señores fuesen de Samos, de Elea, de Efeso, de Chantersier, de Vostrope y de Leipsik; ó fuesen de Cam-pazas, Colmenar el Viejo, Villaornate, Villagarcía ó Getafe, no nos hace al caso; y vamos á él.

Dígame cualquiera en Dios y en su conciencia: ¿qué

le parece de lo que este buen sacerdote griego nos dice, hablando de los pobres modernos, que «el uno con su órgano, el otro con sus átomos; este con sus *tourbillones*, aquel con su atraccion, el otro con su cálculo, no hacen mas que refundir á su modo lo que habian hecho los antiguos? Creerán (ya se ve) todos, que les ha pillado en algun mal latin de plagisimo ó cosa semejante. Pues no, señor; porque, aunque (como despues se verá) pudiera decirlo con alguna apariencia, de Gasendo y Cartesio con Leucipo, Demócrito y Epicuro, aquí no nombra á ninguno entre los tales viejísimos, y nos deja á buenas noches; pero poco despues empieza á explicarse, diciendo que de Meliso y Parménides «que no reconocian mas que un único principio inmutable é indivisible, sin ponerle nombre, etc.», tomaron los modernos que negaron las formas sustanciales, y admitieron un principio solo en los cuerpos sensibles, y despues llamaron á este principio, unos materia, otros glóbulos, otros átomos, etc.; y algo mas abajo añade que á «Milesio, Anaximenes, Heráclito y Hesiodo, que fueron filósofos monotelistas», ó de los que no conocieron mas que un principio en todos los mistos; pero poniéndole nombre, como el primero diciendo que era agua, el segundo que aire, el tercero que fuego, y el cuarto que tierra, «remedaron los modernos, que, empeñados en no admitir mas que un principio, andan besando las manos ya á este, ya al otro elemento.»

Es cierto que todos los filósofos que cita el Beneficiado fueron monotelistas, segun mis libros, á excepcion de Parménides, que mas tenia de diatelista, porque admitia dos elementos, el fuego y la tierra; á ménos que despues de haberse escrito aquellos, se los haya separado el buen Cura con algun conjuro, para regalar el de la tierra al amigo Hesiodo, que si no se quedaba de poeta mudo. Mas esto no importa un comino, y lo que no tiene duda es, que la mayor parte de ellos fueron monotelistas.

Tambien es cierto que lo son Gasendi, Cartesio, Newton, etc.; pero ¿hemos de inferir de aquí que estos son unos meros copiantes de los primeros? No sé por dónde, sino es que sea con el argumento que hicimos para probar que estos señores modernos son unos pobres ladrones de Pereira. Porque ¿qué importa que así unos como otros funden sus respectivos sistemas sobre un principio único, si este es muy diferente? ¿Qué conexion tienen los átomos de Gasendi, los torbellinos de Cartesio y la atraccion de Newton, con el agua de Milesio; el aire de Anaximenes, con el fuego de Heráclito; y la tierra del filósofo *in dubio* Hesiodo, para que á los pobres modernos no se les agradezca su trabajo, y se les nitraje con que no han hecho mas que refundir lo que dijeron los antiguos? Y por qué no se ha de decir que hicieron lo mismo estos caballeros con Milesio, primer monotelista? ¿Tienen aquellos la culpa de que sus nombres no acaben en «crates, mando, phanto, imenes, omenes y toletes?» Pues vaya (dirá vuestra merced) el santo Beneficiado á argüir con aquel loco célebre que conocimos en A., que tenia la manía de poner este argumento á cuantos encontraba: *Materia prima non habet propriam existentiam; sed Logica non est necessaria ad inquirendas alias scientias: ergo non datur vacuum in natura.*

Ya he dicho ántes, que con alguna mas apariencia de

razon se pudiera decir esto de varios de los modernos, singularmente de Gasendi y Cartesio respecto á Lencipo, Demócrito y Epicuro; pues á fe que no le deja en el tintero; porque en el número 14, donde pone el árbol genealógico de los señores atomistas, dice que los primeros fueron unos monos de los segundos: sí, señor: «Los Bacones, los Gasendis, los Maignanes, los Saguenses y los Toscas, son unas monas ó monos de Lencipo, Demócrito y Epicuro.» ¿Unos monos? ¡Válgame Dios, si se lo oyera alguno de ellos, cómo me lo ponía hecho un mono, mas mono que cuantos hay en Tetuan! Según este modo que nos enseña el Señor Beneficiado para ajar la vanidad á los señores modernos, bien pueden estos caballeros retirarse en buen orden, sin andar vendiéndonos por suyos los sistemas y opiniones de los viejos. Empéñese el Señor Copérmico en persuadirnos á que fué el primero en hacernos caminar por esos cielos de Dios con mundo y todo; pero con su licencia no le hemos de creer, porque sabemos que mucho ántes lo dijo Lencipo; y aunque nos quisieran replicar los apasionados de aquel, que este solo supuso el movimiento de la tierra en el centro del universo, sin meterse en si el sol anda ó está parado, cuando el otro, lijando á este hermoso planeta en medio del mundo, cree que así la Tierra como la Luna, Mercurio, Vénus, Marte, Júpiter y Saturno andan revoloteando alrededor de él, no viene al caso, porque basta que haya en Lencipo cosa de movimiento de la tierra, para que nosotros estemos en la cierta inteligencia de que Copérnico es un mono de este venerable viejo. Díganos en hora buena el Señor Galilei que él fué el primero que se paseó por los montes de la luna; mas habrá de llevar á bien el que nosotros nos atengamos á los libros que nos enseñan que Anaxágoras, maestro de Pericles y Enrípides, lo hizo muchos años ántes; y aunque es verdad que Galilei tiene á su favor un instrumento como el telescopio, no nos toca el meternos en tales honduras; y con que Anaxágoras hubiese dicho que la luna tenía montes, valles y ríos, tenemos lo que hemos menester para asegurar que Galilei fué un pobre trompeta y un mono de aquel viejo lunático. Admiren los que quisieren el gran pensamiento de los mundos de Monsieur de Fontenelle; pero sepan que el vetustísimo Xenófanes admitía tambien una infinidad de ellos, y que no importa que el fertilísimo ingenio del tal monsieur suponga solo siete mundos en los siete planetas, con tanta verosimilitud (se entiende de tejas abajo), contentándose el viejo con decirnos con gran prosopopeya, que hay infinitos, para que por eso dejemos de creer que es mono de Xenófanes. Finalmente, lo mismo se puede decir de todos los demas modernos, que son unos filósofos de viejo (como zapateros) que nos encajan opiniones viejas, remendadas con nombre de sistemas y descubrimientos nuevos.

Es verdad que á estos les quedará tambien á salvo su derecho para valerse de la misma ilacion, y decir que el gran príncipe de los peripatéticos fué un mono de Empédocles; que los doctores Angélico, Sutil y Eximio fueron tambien unos monos de Aristóteles y Empédocles; y de este modo irán derribando todos los hombres grandes de la posesion en que están, siglos há, del respeto y veneracion de todos los peripatéticos, y no sé yo si con ménos fundamento del que el Señor Beneficiado tiene para despostrar á los señores neotéricos de

la gloria que se han adquirido estos últimos tiempos.

¡Cómo! (clamará el Beneficiado) ¿habrá blasfemo, hereje ó ateista que se atreva á decir que los religiosísimos y sapientísimos doctores Angélico, Sutil y Eximio son monos de Aristóteles y Empédocles? ¿Acaso estos varones ilustres nos vendieron la filosofía de Aristóteles por suya, para llamarlos así? ¿Hicieron otra cosa que ilustrarla y aclararla? Pues dígame el inocentón del clérigo, ¿Gasendi, Maignan y Saguens se lisonjean de ser originales? ¿No se jacta el primero de ser epicúreo (como soy cristiano, no sé cómo se deba decir) ó epicurista? Y los otros dos, aunque no se tienen por consecrarios de este (como lo supone su merced), ¿no confiesan ellos mismos que son platónicos? ¿Y así aquel como estos no están diciendo á boca llena, que no tienen en sus respectivos sistemas mas parte que la de haber enmendado los absurdos morales y físicos que encontraron en ellos, y añadido varias pruebas y razones con que los hicieron mas verosímiles? ¿Tendrá que responder á esto el Señor Beneficiado? Dúdolo mucho; porque, á mi entender, tan bien fundado estaria el disparate de los modernos, que con tanta razon le escandaliza, como lo que él dice de los atomistas neotéricos.

Hame caído en gracia la ocurrencia de vuestra merced de que se le pudiera disimular á este buen sacerdote el que haga mofa de Gasendi y Leibnitz, porque, siendo el primero un Gerundio de genitivo, no podrá ménos de hacerlo en una obra cuyo fin es zurrar Gerundios; y que en cuanto al segundo, basta que sea el inventor de las célebres Mónadas, para que se le tenga por mono, monísimo, aunque no se parezca con su cálculo á ningún antiguo. Desde luego digo que es un ofrecimiento admirable, y tan raro, que ni se le habrá pasado á él por la imaginacion, singularmente lo de las Mónadas de Leibnitz, de que apostaré no tiene la menor noticia, y creará que este grande hombre fué distinguido sin duda por lo mono que era cuando niño, ó por los melindres, gestos y monadas que usaba cuando grande.

Tiene vuestra merced muchísima razon en creer que el Beneficiado no ha visto á Descartes, ni aun por la corteza; porque, como vuestra merced previene, no es menester mas que cotejar lo que dice en el mismo número 14, del sistema de Epicuro, con el de este gran hombre, para conocer claramente que habla de memoria. «¿Y que haya hombre, dice vuestra merced, que siendo tan calvo de erudicion, se atreva á asegurar que Descartes es un infeliz plagario de Epicuro?» Templanza, amigo, templanza: deje en paz al pobre Beneficiado, que no es tan grande su delito como á vuestra merced le parece. Leyó el pobre alguna vez el discurso 13 del tomo 1 y el 1.º del 11 del *Teatro crítico* de nuestro admirable Feijóo, y como en ellos vió «Epicuro, Descartes, átomos y corpúsculos», dijo: Tate, aquí tenemos todo lo que necesitamos, y aun mucho mas. Fuera de esto, ¿qué quiere vuestra merced que diga un pobre clerizonte, despues de haber leído el discurso preliminar de la *Física* del Padre Luis de Losada, «en que está muy creído (según se explica en el número 18) se exponen, se examinan y se baten en brecha casi todos los sistemas filosóficos que se llaman modernos por mal nombre, representándolos con todos sus pelos y señales?»

¿Qué quiere vuestra merced pues que diga? ¿Y qué juicio quiere vuestra merced que forme de unos filósofos

y de una filosofía que un hombre tan sabio como el Padre Losada (que sin duda fué uno de los mayores ingenios que ha producido nuestra España), llama «filosofía de capa y espada, filosofía de estrados, etc.»? Esto no solo lo creerá él, sino tambien todos aquellos que tengan á este padre por tan gran físico, como fué profundo teólogo, crítico delicadísimo, excelente poeta, y en fin hombre erudito á todas luces, y uno de aquellos entendimientos que de tarde en tarde se dejan ver en el mundo. Bien es verdad que cualquiera físico les podrá desengañar haciéndoles ver lo contrario por su misma obra, pues empeñándose en el celebrado discurso en impugnar á Descartes, se divierte en defender formas, accidentes, etc., y no toca ni aun de mil leguas á los *tourbillones*, que es el fuerte de Descartes, inaccesible sin duda al gran jesuita, por la falta de geometría y astronomía, ciencias que no se aprenden en *estrados*, ni andando por ahí con *capa y espada*; sino quemándose las cejas en el rincón del gabinete, y oyendo á maestros que saben aclarar sus oscuridades.

Lo mismo inferirá de toda su admirable (así la llama el Beneficiado) física, donde, prescindiendo de tal cual especie que apenas merece el nombre simple de física sin que le preceda el *meta*, todo lo que trata su reverendísima es jerigonza: es metafísica llena de, *utrum* si la union se distingue de la materia; *utrum* sea posible la bilocacion; cuestiones que no tienen mas de física que de anatomía. *Jan dic, Posthume, de tribus capellis* (dirá el físico): basta de digresiones, hable vuestra reverendísima de física; díganos cuántas y cuáles son las leyes del movimiento, trátenos de vectes, de hidrostática y de óptica; que esto se llama física. Díganos si aquella máquina celebrada de los antiguos, llamada ariete, cuyo peso suponíamos aquí de cuarenta y un mil ciento doce libras, ó una bala de cañon de treinta y seis hará mas estrago en una muralla. Díganos, padre reverendísimo, ¿se necesita mas fuerza para levantar cien libras á diez piés de altura, que diez á la de ciento? Díganos si dos potencias A, P, son entre sí recíprocamente como los senos de los ángulos formados por sus direcciones, y la línea tirada del punto de apoyo al del concurso de las mismas direcciones estarán en equilibrio. No entenderá este lenguaje. Pues esto es física, y de esto habla Descartes, y da reglas para saber todas estas cuestiones, que son las únicas interesantes para la sociedad; y no las de bilocaciones, que solo son para admiradas en el *Flos Sanctorum*.

No quisiera que por lo dicho creyese alguno que yo dejo de venerar á este sapientísimo y doctísimo varon con todo aquel respeto que se debe, ni que por esta falta desmerezca ni un punto en el alto concepto en que siempre le he tenido; porque sé que en los entendimientos de primera magnitud, acostumbrados á parecerles llano y fácil todo lo que para los demas es inaccesible y difícil, es engaño bastante comun el creer que no se les ha de resistir materia alguna, aunque no hayan estudiado de ella; y en prueba de esto no hay mas que ver la idea del insigne y profundo Newton, que porque miró con desprecio á Euclides, y porque en dos paletadas se tragó lo mas sublime de la geometría de Descartes y astronomía de Keplero, consintió en que podía tambien meterse á teólogo, y se puso á escribir del Apocalipsi de San Juan. Ahora pregunto: ¿se ofenderia el Padre Losada de que yo le dijese que no sabía mas de física, que Newton de

teología? Ya se ve que no; porque, así como en las escuelas de matemáticas de Cambriga no se explican los doctores de la Iglesia ni los santos padres, etc., tampoco se enseñan en Salamanca y en Valladolid la geometría, la ciencia del cálculo, etc., que son precisas (como ya he dicho) para entender á Descartes, y consiguientemente tambien para impugnarle.

Díganlo, si no, cuantos sin conocimiento de estas ciencias han escrito contra él, y cnéntenos los prosélitos que han hecho. Lo que yo puedo asegurar es, que de cuantos argumentos he leído contra este insigne frances, solo uno me ha parecido poco ménos que indisoluble, que le trae Monsieur Manpertuis, sacado de las leyes de la revolucion de los planetas, y que lo quiero poner aquí para descargo de mi conciencia, á fin de que no me tengan por cartesiano cerrado. Dice así: Primero: cada planeta describe áreas proporcionales al tiempo. Segundo: las revoluciones de los planetas son proporcionales á la raíz cuadrada del cubo de las distancias medias del sol. Establecidas estas leyes, se trata de saber si se observan en las hipótesis de los *tourbillones*.

Describiendo cada planeta áreas proporcionales al tiempo, las velocidades de los *tourbillones* deben ser proporcionales recíprocamente á las distancias de sus capas ó superficies al centro; pero como las revoluciones de diferentes planetas son proporcionales á la raíz cuadrada de los cubos de las distancias, las velocidades de los *tourbillones* serán á un mismo tiempo proporcionales á las capas ó superficies al centro y á la raíz cuadrada de los cubos de las mismas distancias, lo que es imposible.

Esta es una objecion invencible, pero ininteligible para nuestros filósofos, que no saben mas de matemáticas que de captar moscas, porque las juzgan inútiles; y que solo sirven para los ingenieros, medidores de tierras, pilotos, astrólogos, etc.

Es de admirar que, jactándose estos caballeros de ser tan celosos secuaces de los filósofos antiguos, se aparten de lo que tanto recomendaron los mas celebrados de entre ellos, y que siendo cosa tan sabida que Platon, Pitágoras, Anaxágoras y otros muchos tenían á las matemáticas por cosa indispensablemente necesaria para el estudio de la filosofía, y que entre ellos, el célebre Xenócrates, discípulo de Platon, no queria admitir á sus lecciones á ninguno que no las supiese, diciendo que les faltaba la llave de las ciencias; miren estos con desprecio y con una especie de compasion á los que las estudian. Pues ahora, ¿qué mucho que el pobre Beneficiado siga la torrente? Y qué, ¿extraña vuestra merced tanto esto para prorumpir diciendo: «Quién sino un beneficiado zote puede poner en duda que la matemática sea necesaria para la filosofía?» Fuera de que el pobre no debió de estar en sí cuando lo dijo; porque poco ántes está hablando de un «exaplo filosófico ó una filosofía poliglota», que ni el diablo que la entienda, y ciertamente se echa de ver que allí hubo cosa de *Demonium habes, orate fratres ó noctum phanthasmata*: dígame vuestra merced, ¿fué zote Ciceron? No. Pues tampoco lo era quien dijo que la matemática es un conjunto de conocimientos abstractos. Es verdad que yo creo que interiormente conocia las verdades de esta ciencia; pero las ocultaba por fines particulares. Sobre todo atienda vuestra merced á este argumentillo de cierto autor no muy pedante,

que, no contento con atribuir á la casualidad todos los descubrimientos matemáticos, silogisma así: Una ciencia fundada en definiciones *absolutè* falsas y postulados inútiles, no puede ser verdadera: *sed sic est* que las matemáticas no tienen otro fundamento; *ergo* etc. La mayor es evidente. Para probar la menor observa el autor que las definiciones son falsas, y exclama: Donde se hallan las líneas sin longitud y puntos sin extension; luego no podemos tener idea alguna de todo esto, pues no pueden los sentidos representar sus imágenes; y lo prueba con Aristóteles: *Nihil est in intellectu, quod non prius fuerit in sensu!* Luego todas las matemáticas, fundadas en definiciones imaginarias, se reducen á un ente de razon. Si alguno quisiere explicarle la máxima de Aristóteles, se alborotará, llamará sedicioso, temerario; ¡contradecir al oráculo de naturaleza, al divino Aristóteles! Diga vuestra merced que le entren. Ahora pues, si el Beneficiado es un zote solo porque sujeta á cuestion la necesidad de la matemática para la física, ¿qué será nuestro cultísimo silogismador? Acuérdesse vuestra merced del *nihil tam absurdum*; coma caliente y beba frio, pues lo mismo hará el Beneficiado y los suyos, y consolémonos con la sencilla confesion del célebre Boyle en su prefacio: *Ad nova experimenta physico-mechanica de vi aeris elastica. Ex quo primo utilitatem speculativæ geometriæ ad naturalem philosophiam perspexerim infausta oculorum meorum imbecillitas adeo semper impedimento fuit, quominus in ea multum versarer ut verear, implorandam esse à mathematicis lectoribus veniam pro iis rebus, quas si in Mathesi magis pollerem accuratius tractassem*; que no lo quiero traducir. *Qui potest capere capit.* Ya nos entendemos.

Para que se acabe vuestra merced de serenar, le advierto que siempre tendrán émulos los matemáticos; porque la mayor parte del público, enemigo del estudio serio, se paga de cualquiera librejo galante, ya porque apoya sus máximas y autoriza su impericia, ya por tener derecho para despreciar lo que no puede comprender.

Acabo de satisfacer á vuestra merced con mi amigo Wolfio: *Utinam qui Ecclesiæ ac Reipublicæ praesunt, caverent, ne ad caetera studia tractanda animum appeterent, nisi mathematica cognitione imbuti*; de que inferirá vuestra merced mi parecer, que se conforma y identifica con el de vuestra merced. Pero *quid inde?* ¿Por ventura habrá en España mas géometras que hasta aquí, porque nosotros lo queremos? No, amigo: con cuernos araron nuestros traseros, y con cuernos hemos de arar tambien nosotros.

Pero no obstante, así en esto como en la preocupacion que tienen estos caballeros contra los filósofos neotéricos, acaso mudarian de parecer si se les pusiese á la vista alguna cuestion particular de la física, dando noticia de lo que acerca de ella dijeron antiguos y modernos; porque, viendo allí lo mucho que estos últimos han adelantado con los descubrimientos que á merced de las matemáticas han hecho, y que para su inteligencia es forzoso saber algo de ellas, se verian precisados á darnos la razon. Esto lo hiciera yo con gusto si no temiese rozar algo en molesto; pero, para que no me quede escrúpulo de no haber hecho lo que está de mi parte, ofrezco ejecutarlo en primera ocasion, pues veo que es cosa que pide alguna extension, y que á poca que añadamos á

la que tiene ya esta, pasará los límites de carta. Por tanto, mas vale hacer punto aquí, dándola el fin que se da regularmente á todas las que se escriben en España, que es de este modo:

Nuestro Señor guarde á vuestra merced muchos años.

CARTA IV.

Al mismo.

Valladolid y abril 27 de 1738.

Muy señor mio y amigo: Si mal no me acuerdo, en mi última me obligué á hablar á vuestra merced hoy de una cuestion particular de física, con los diferentes modos de discurrir acerca de ella, de los filósofos antiguos y modernos, creyendo podría desengañar de este modo á los señores antimodernos: con que, á ley de hombre de bien, es menester cumplirlo. Sea enhorabuena; pero ¿qué cuestion ha de ser? Esto es lo que me ha dado bastante en qué pensar; porque varios dias he andado fluctuando entre algunas de ellas, escogiendo ahora una y luego otra, y desechando despues todas, hasta que, por fin, me determinó un raro y divertido sueño, que se lo he de contar á vuestra merced mas que se enfade.

Una de estas noches en que, fatigado de luchar con variedad de especies que se me habian presentado en pro y en contra de alguna de dichas cuestiones, me entregué dulcemente al sueño, me pareció hallarme en unos campos muy espaciosos y dilatados; y á pocos pasos que di en ellos, encontré con una ninfa de incomparable hermosura, tendida en la yerba, arrimada la cabeza sobre la mano izquierda, y que en la derecha tenia una delicada flor que aplicaba de cuando en cuando á sus hermosas narices; veianse á sus piés un espejo, un anteojo, un compas y algunos otros instrumentos. Acérqueme mas, y aunque pensé que por lo distraida que estaba no lo echaria de ver, no fué así; porque inmediatamente se incorporó y me saludó con el modo mas afable y grato que cabe. Correspondila con un temeroso respeto, pidiéndola perdon de mi osadía, y ella me animó diciéndome se alegraba infinito de verme en sus estados; que ella era la Física; que toda aquella vasta y deliciosa campiña era suya; que si queria pasearme por ella, encontraria varios sitios amenos donde recrearme. Apénas oí esto, cuando dije á mi capote: no pude llegar á mejor paraje en la coyuntura presente, y esta es buena ocasion para ver si en este pais encuentro algo que me haga al caso para mi intento. Dila mil gracias por su bizarria, y empecé á caminar.

No habria andado aun medio cuarto de hora, cuando tropecé con una calle de árboles, dispuesta de un modo raro y para mi nuevo, pues iban en una disminucion tal, que ya á poca distancia apénas eran visibles, siendo no obstante tan perfectos los últimos que se veian, como los primeros, que eran de una altura regular. Enderecéme por ella y vine á parar en un cerrado, en cuya portada, que era de una delicadísima filigrana, se leia esta inscripcion: *De divisibilitate absolutè possibili*. Dióme golpe, y creí tener ya cuanto queria; pero luego que me vi rodeado de «categorematicos sincategorematicos, de partes alicuotas y de partes proporcionales», tuve tal miedo, que apreté á correr, y no paré hasta que dí con otra calle de árboles, tambien extraordinaria, aun-

que por otro rumbo que la de ántes. Estos todos eran linecos, y no había uno que por casualidad tuviese mas que corteza hasta las ramas. Anduve por ella hasta que descubrí otro cerrado; arriméme por ver si acaso en su portada había alguna inscripcion que me instruyese de lo que había allí dentro, y de hecho vi que en medio del arco, formado de entretejidas plumas, había unas letras vaciadas que decían así : *De vacuo*. Entré, y me detuve luego á examinar un poco; mas cuando reparé en el *horror naturae*, en los tubos herméticos, las máquinas neumáticas, los sifones, las bombas, las antlias y otras cosas de unos nombres así horrosos, tambien me salí de aquí enfadado, y proseguí mi paseo.

Habría andado como cosa de media hora, cuando me sorprendió la perspectiva mas maravillosa que cabe. Eran dos órdenes de columnas, que cada una de ellas era un prisma de cristal hermosísimo, sostenida sobre un poliedro de la misma materia, y de columna á columna pasaba un arco iris que mantenía constantemente sus colores : del medio de cada arco de estos colgaba aquí un antejo, allí un espejo, acullá un telescopio, mas allá un microscopio, y así de los demas : de modo que parecia que cada arco se empeñaba en añadir algo á su hermosura con una maravilla del arte. No obstante lo absorto que me dejó esta vision, llegué, yo no sé cómo, al fin de esta prodigiosa perspectiva, que la cerraba una magnífica portada, cuyas columnas eran de una preciosísima venturina, sostenidas sobre sus basas de piedra lázuli, las puertas de ágata muy transparente, y sobre ella se leía una inscripcion formada de diamantes, rubíes y esmeraldas, que decia : *De optica*. Entré dentro como Pedro por su casa, y vi que lo interior correspondia perfectamente á lo exterior ; pero como sería nunca acabar el describirlo, déjolo estar. Ya me parecia á mí que no había mas que llenar el lineco de especies, y con efecto había aquí cosas prodigiosas para el caso; mas como mi desgracia me sigue á todas partes, en la conversacion que tuve con el Señor Newton (así se llama el dueño de este sitio), hallé que su lenguaje era tan sublime, tan delicado y tan ininteligible, especialmente para los que no saben distinguir de colores, que me desengañé y me hube de salir con las manos vacías.

Tentado estuve ya de volverme, pero quise ver ántes si por allá cerca podia dar con algo que me viniese bien, y á pocos pasos descubrí otro cerrado : arriméme hácia allá, y viendo una cosa que me pareció sería la entrada, vine á dar con una concha grande, donde estaba un viejo concludo, con un tenedor grande en la mano, y sobre su cabeza se leía un rótulo que decia : « *De aestu maris*, (vulgo) del flujo y reflujo. » No hubo menester mas que ver cosa de flujo, para que yo, que aborrezco hasta su nombre (mientras no juegue á quinolas), conociendo tambien que el hablar de esto sería como hablar de la mar, me dijese á mí mismo : no nos metamos en honduras, y vamos para atras; que parece está de Dios que no le de encontrar con cosa de provecho.

En efecto, venía ya de vuelta medio aburrido, mirando no obstante con gran cuidado á todas partes, por si con el ansia con que entré en aquel delicioso país, y el embeleso que me causó, se me hubiese pasado algo por alto; cuando, al pisar ya el conlin, observé me hacia novedad un sitio que se descubria por allí cerca, como

que veia alguna cosa no vista hasta entónces: arriméme mas, y me acabé de confirmar en que á la entrada me descuidé sin duda, y dejé de reparar en él.

No hice mas que arrinarme, cuando, sin saber cómo ni de qué manera, me vi atrebatado por una fuerza invisible á un deliciosísimo prado cubierto de yerbecita suave, de un agradable verdor, sembrado de delicadas y fragantes flores, y rodeado de unos árboles de elevadas copas, tan bien pobladas de hoja y tan proporcionadas, que con la hermosura que daban, la frescura que infundian, y el armonioso canto de los pajarillos que abrigaban, creí hallarme en el paraíso terrenal; pero mi mayor pasmo fué cuando, apenas vuelto en mí de la admiracion y embeleso que me causó este encantado prado, reparé que este venía á ser como un punto céntrico de un espaciosísimo y amenísimo terreno, repartido con la mas magnífica y hermosa simetría. Por cualquiera parte que enderezase la vista hácia su circunferencia, me ofrecia un agradable objeto : por aquí era una calle muy ancha, adornada de unos árboles de tan agigantada altura, que podian competir con los mas elevados montes; por allá un delicioso paseo, entretejido de rosas, azucenas, lirios y claveles, regado de cristalinas fuentes y abundantes cascadas; mas allá un enramado de jazmines que prestaba fragante y cubierto descanso; á este lado un abundante y sosegado río que fertilizaba con sus corrientes las inmediaciones, y daba vida á las medio marchitas y agobiadas plantas; al otro un frondoso y cerrado bosque por el que iba culebreando un arroyo parlero, que con su bullicioso murmullo servia de reclamo á las canoras avecillas; en fin, cada punto descubria una variedad, y cada variedad un prodigio, no siendo el menor el que toda esta hermosa confusion de árboles, fuentes, flores, plantas, ríos y bosques, estuviere dispuesta con tal arte, que viniesen precisamente á dar á este maravilloso centro. Absorto me hallaba con esto, cuando eché de ver á mi lado á un venerable y robusto anciano : atemorizóme un poco á la primera vista; pero luego, sacando fuerzas de flaqueza, le pregunté con aquella humildad propia de un forastero, si era señor de aquel sitio, y cómo se llamaba; y me respondió con una afabilidad grande, que en cuanto á lo primero lo era así; pero que en cosa de decir su nombre no me podia servir, porque aun era desconocido de los hombres. Díjome que algunos le habían tenido por deidad, siendo así que no era mas que un pobre instrumento de que la Omnipotencia se servia para una de sus disposiciones; que otros le habían llamado *gravitacion*, y otros *atraccion* (aquí me embocó muy por extenso todos los sistemas antiguos y modernos sobre la gravedad); pero que en sustancia era la causa de la gravedad; que él era el que impelia á todos los cuerpos hácia el centro de la tierra, que (me aseguró) era el paraje donde nos hallábamos, y que así no tenia que extrañar el ver que todo viniese dirigido hácia él. Aquí estábamos, cuando vino la muchacha con el chocolate, abrió las ventanas de mi cuarto, y me dejó á buenas noches : tan oseno quedé con el sentimiento de que me despertasen á lo mejor de mi sueño. Estuve por tirar jicara y plato por el balcon; pero serenéme un poco, tomé mi chocolate, luego un polvito, y me puse á repasar la vision de aquella noche, que la tenia tan presente como vuestra merced, que la acaba de leer.

No hay que decir á vuestra merced que naturalmente de resulta me arrimaria á la gravedad para asunto de la cuestion prometida. Así lo fué; porque, como el buen viejo me dió materiales en abundancia, y fuera de esto, no hay duda que es una de las propiedades que primero se reconocen en los cuerpos, y que ha estado siempre á la vista de los hombres, de suerte que así antiguos como modernos han podido hacer sus observaciones sobre ella, no créi que hubiese asunto que mejor me viniese para mi idea.

Pues sí, señor: la gravedad ha de ser el objeto de esta carta; porque, por lo mismo que es una propiedad que la conocieron los primeros filósofos del mundo como los últimos, en ninguna materia se puede hacer mas palpable la diferencia de los progresos que han hecho estos sobre aquellos, y que estos progresos se deben á las matemáticas, que es el fin que me propuse cuando prometí á vuestra merced escribir esta. No tiene vuestra merced que pensar que yo me meta aquí á tratar de esta causa oculta que hace caer á los cuerpos hácia el centro de la tierra; porque en eso creo que tan á ciegas andan los unos como los otros: solo intento hablar de sus efectos, que están y han estado siempre á vista de todos.

Desde los principios del mundo se ha observado que una piedra arrojada al aire, vuelve precipitadamente hácia el suelo; que un tronco cortado á la orilla de un precipicio, va rodando por él hasta que le detenga algun otro cuerpo; y esto mismo se ha notado en todos los demas, ya mayores, ya menores; pero ¿qué proporcion guardan estos diferentes cuerpos en su descenso, y en qué razon obra en ellos la *gravedad*?

Así los peripatéticos como los modernos responderán á vuestra merced, que la *gravedad* es proporcional á la mole de los cuerpos, esto es, que un cuerpo de doble mole es dos veces mas pesado, porque tiene doble materia con propension al centro: hasta aquí van conformes; pero haga vuestra merced esta otra preguntilla: Digo, caballeros míos, ¿y los cuerpos de doble materia, caen mas aprisa? Aquí entra el diablo de la discordia. *Respondeo afirmativè* (dirán los señores peripatéticos con la satisfaccion que acostumbran), que es como si dijeran: *Respondeo tontativè, majaderativè*, etc. Sean pues los que no entienden latin, que responden los aristotélicos, que un cuerpo, cuanto mas pesado, cae mas aprisa. ¿Y qué dicen los modernos? Que la diferencia de la caída de los graves depende de la resistencia del aire ó del medio por donde caen, y no de su peso: de suerte que, segun ellos, tan de prisa caería una pluma como un doblon de á ocho, si no hubiese medio que resistiese á su caída. Vea vuestra merced encontrados los señores neotéricos y peripatéticos: es verdad que la experiencia favorece á los modernos; pero no hace fuerza á los aristotélicos, que veneran como artículo de fe todo lo que dijo su jefe. Vamos adelante. En la caída de los graves, señores aristotélicos, ¿con qué razon se acelera su movimiento? Eso no nos lo preguntéis, responderán; porque no hay nada escrito sobre ello; y tienen razon, porque hasta el tiempo de Galileo no se descubrió la ley de esta aceleracion. ¿Y qué obligacion tienen de saber lo que dijo Galileo? Desde luego digo que ni lo querrán saber. No obstante, explicaré brevemente para los curiosos la conclusion que sacó nuestro célebre florentino, de repetidas experiencias.

Encontró pues que los cuerpos aceleran en la caída su movimiento, y siguen esta ley de progresion 1, 3, 5, 7: de suerte que un cuerpo que corre un espacio determinado en el primer segundo, anda tres veces mas en el segundo, cinco veces mas en el tercero; de donde se sigue que los espacios que corren los cuerpos en la caída, son entre sí como los cuadrados de los tiempos. ¿Y qué nos dirán nuestros peripatéticos acerca de la variacion de la gravedad?

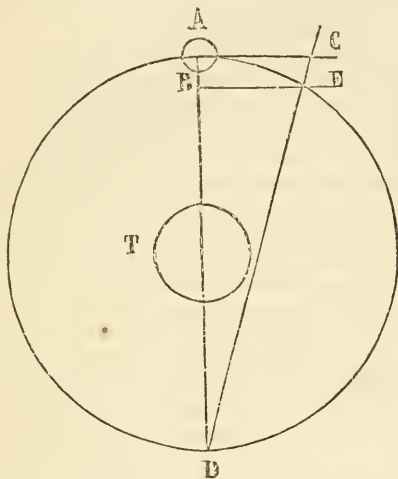
¿Es la misma en el ecuador que en los polos? No lo saben; pero aunque se les diga que es mayor hácia los polos, no perderán el sueño para dar razon de este fenómeno. Duermansen pues tranquilamente, mientras ven los dispiertos las observaciones de Monsieur Richer. Este fué el primero que reconoció en 1679, que una péndola de treinta y tres pulgadas ocho y tres quintos líneas, que hace en Paris sus vibraciones en un segundo, tardaba mas en Cayene, á cincogrados del ecuador.

Advertia Monsieur Des Hayes en 1695, que para que en esta isla la péndola hiciese sus vibraciones en un segundo, como los hacia en Paris, era preciso acortarla de dos y un décimo líneas; de que se sigue evidentemente que la gravedad en los cuerpos es ménos en el ecuador que en otra cualquiera parte. ¿De dónde puede provenir esta diferencia? Los dos célebres matemáticos Messieurs Huygens y Newton (con ser unos pobres comentadores de Pereira, como quiere el Beneficiado), no solo dan razon de ella, sino que determinan nueva figura á la tierra, negando su perfecta esfericidad y haciéndola chata por los polos; consecuencia precisa de la retardacion de las péndolas en el ecuador, donde debe ser mayor la fuerza centrífuga que se opone al descenso de los graves. Desde el ángulo de su cuarto, estos incomparables físicos señalaron todas las dimensiones de la tierra, y hoy las vemos confirmadas con las últimas observaciones. ¿Puede haber pruebas mas convincentes de las superiores luces de estos matemáticos? ¿Y habrá quien los compare con Aristóteles? *Haud fas conferre, pudet, que miscere ex ficto numina vera Deo.*

Dejemos á un lado á los pobres peripatéticos: dejémosles indagar si la substancia y accidentes son términos sinónimos ó equívocos respecto del ente; si la lógica es ciencia ó arte, y si tiene por objeto las tres operaciones del entendimiento, ó la tercera solo; si se ha de decir *forma* de sombrero ó *figura* de sombrero, y qué diferencia hay entre *forma* y *figura*; que son enestiones inutilísimas á todas luces; y escuchemos á Newton, ingenio de primer órden, «que puso en prensa á la naturaleza para que le descubriese sus secretos.» Así lo dice el reverendísimo Feijóo, lustre de nuestra nacion, que queda tiznada con los disparates del Beneficiado, hombre, á su parecer, de letras, hombre de erudicion, hombre de suficiencia, hombre de capacidad, hombre consumado en todas las ciencias naturales, morales y políticas; hombre sabio, sapientísimo *per omnes modos et casus*; hombre que posee fábulas, mitologías, historias, gramática, retórica, dialéctica, sofística, matemática, animástica, óptica, cosmometría, geometría, arquitectura, medicina, astronomía, astrología, quiromancia y geomancia: en fin, un Paneras de cuatro costados, y mucho mas, porque es teólogo escolástico.

Veía Newton por los síntomas que experimentan los cuerpos al caer, que se podia creer, como lo creyeron

muchos, que la gravedad es una fuerza constante y uniforme, una misma á todas las distancias; pero, como era hombre que no cedia á las primeras impresiones, y no habia experiencia que le convenciese, por no poder hacerlas sino á pequeñas distancias de la superficie de la tierra, pensó averiguar este punto, y puso la mira en la luna, que le prestó los medios en su distancia, que es bastante grande para que la gravedad, si es variable, sea diferente de la que experimentamos en los cuerpos que nos rodean. Examinó pues la gravedad de la luna hácia la tierra, y encontró ser la misma que hace caer aquí los cuerpos al centro, disminuida en razon del cuadrado de la distancia de la luna al centro de la tierra. Que lo demuestra así :



Lemma. El seno verso A. B. de un arco infinitamente pequeño A. E., es como el cuadrado del mismo arco dividido por el diámetro A. D. del círculo : pues siendo A. E. infinitamente pequeño, D. E. A. es un triángulo rectángulo en E. y E. B. perpendicular, tirada del ángulo recto sobre la hipotenusa A. D. Luego A. B. : A. E. :: A. E. : A. D.; de donde se sigue que A. B. : A. D. :: A. E. : A. E.; esto es, que el seno verso A. B. es igual al cuadrado de A. E., que es el arco dividido por A. D., que es el diámetro.

Es constante que todo cuerpo que describe una curva, hace un continuo esfuerzo para escaparse por la tangente : así la luna perderia bien presto su movimiento curvilíneo, sin su fuerza centrífuga, que es lo mismo que el esfuerzo ó inclinacion á la tierra, ó por mejor decir, no es otra cosa que la gravedad de la luna, igual al seno verso del arco que describe en un momento; pues este seno A. B. es igual á C. E., que es lo que la luna se aparta de la tangente rectilínea que hubiera descrito á no tener gravedad; de donde se sigue que, reconocido el valor de este seno, se conocerá la gravedad de la luna, que será fácil compararla con la de los cuerpos de acá abajo. Es muy fácil evaluar este seno. Segun las medidas de Monsieur Picart, la circunferencia del ecuador es de 123.249.600 piés de Paris. Luego la luna, que dista de nosotros 60 semidiámetros terrestres, describe una órbita igual á 123.249.600 por 60, que son 7.394.976.000 piés de Paris.

Conocido el valor de la órbita que describe la luna y el tiempo que gasta en su revolucion, esto es, 27 dias, 7 horas, 43 minutos, ó 39.343 minutos, es constante que, dividida la órbita entera de la luna, 7.394.976.000, por esta cantidad 39.343, el cuociente nos dirá el arco que describe la luna en un minuto, que será 187.961, que, respecto de toda la órbita, puede pasar por infinitamente pequeño; y dividido el cuadrado de este arco 187.961, que es 35.329.337.521, por el diámetro de la órbita de la luna, que es 2.353.893.840, el cuociente, 15 piés y algo mas, será el seno verso del arco de un minuto, ó la fuerza centripeta de la luna : con que corre 15 piés en un minuto : véase.

Ahora pues, sabemos por experiencia que los graves caen en la superficie de la tierra 15 piés en un segundo : luego la gravedad es menor en la luna que en la tierra, y sigue la razon inversa del cuadrado de las distancias ; porque, andando aquí los graves 15 piés en un segundo, y siendo los espacios corridos, segun Galileo, como los cuadrados de los tiempos, correrian 15 por 3.600 piés en un minuto ó 60 segundos, y por consiguiente el espacio que corriera la luna en un minuto, es al que corren aquí los graves como 15 á 15 por 3.600, ó como 1 á 3.600, que es la razon inversa del cuadrado de las distancias, representando 1 el quebrado de la distancia de la superficie de la tierra al centro, y 3.600, que es el cuadrado de 60, el de la luna al mismo centro; con que el peso sigue la razon inversa de los cuadrados de las distancias.

Así discurrió el gran Newton sobre el gran fenómeno de la gravedad; pero, como temo que su lenguaje no sea familiar al Señor Beneficiado, pues no es lo mismo entender de « precisiones objetivas » como de « precesiones de equinoccios », ni de « precesiones » como de « progresiones », pasaré, con licencia de vuestra merced, acomodándome á sus talentos, á explicar los descubrimientos del divino Newton con el lenguaje del abate Nollet, mas accesible á cualquier espíritu que no esté mas beneficiado que el de nuestro Beneficiado. Manos á la obra, y por mas que incurra en la nota de maza, porra, etc., quiero traducir aquí, palabra por palabra, á este físico célebre, que en la leccion 4 del tomo II se explica así :

« Newton nos asegura (y Newton merece que se le oiga) que aquella potencia secreta que solicita los cuerpos á caer á la tierra, obra ménos sobre ellos cuando están mas distantes : no contento con esto, nos da reglas para evaluar esta diminucion; y como si hubiera estado en la luna con su balanza, quiere que se le crea que una piedra que cayese de este astro, no correria mas en un minuto de lo que aquí corre en un segundo, esto es, que caeria en la luna 3.600 veces mas lentamente que aquí.

» Si es cosa admirable que este filósofo se hubiese atrevido á decidir sobre cosas al parecer superiores al entendimiento humano, no lo es ménos el que tenga apoyado todo lo que dijo con pruebas y demostraciones que prevalecen contra el exámen mas riguroso. » Y luego pasa á explicar cómo se puede probar lo que pasa en la luna.

« Supongamos que T. (la misma figura de ántes) es la tierra, A. la luna, y A. E. D. la órbita de este astro ó la revolucion que hace al rededor de la tierra en el espacio

de cerca de un mes : se conoce la distancia que hay de la tierra á la luna , que á poca diferencia es de 60 semidiámetros terrestres.

»Muévase en círculo un cuerpo en consecuencia de dos fuerzas cuyas direcciones son diferentes, y podemos asegurar, al ver á la luna dar vueltas al rededor, que tiene una fuerza centrípeta, que es decir que pesa hácia la tierra.

»Es constante que cuando un móvil obedece á dos potencias, se conoce la razon de ellas por la diagonal A. E. que describe el cuerpo; como se sabe el tiempo en que la luna corre su órbita, se sabrá tambien lo que tarda en describir una pequeña parte como A. E., y de aquí se puede colegir el camino que hubiera corrido á no obedecer sino á una de las dos potencias. Si, por ejemplo, A. E. es lo que anda en una hora, A. B. representa la cantidad que bajaría en una hora si siguiese solo el impulso de la gravedad.

»De este modo, á poca diferencia, vino Newton en conocimiento de que un cuerpo grave, al empezar á caer de la luna, correría poco mas ó menos 15 piés en un minuto; y luego, comparando esta velocidad con la de los cuerpos que obedecen aquí abajo á la gravedad, la halló 3.600 veces menor; porque una piedra que cayese libremente, en el espacio de un minuto correría 3.600 veces 15 piés, ó lo que es lo mismo, 54.000 piés; de donde concluye que la gravedad se disminuye á proporcion que se aumenta el cuadrado de la distancia, pues 3.600 es el cuadrado de 60, y la luna está 60 veces mas distante del centro de la tierra, que los cuerpos que están en la superficie de esta.» ¡Oh Pereira, Pereira, aunque no nos hubieras dado otro cachorro ó mono tuyo que este gran inglés, cuánto te deben las ciencias y artes!

Este solo descubrimiento del profundo neotérico Newton me prestaba asunto para extenderme muchísimo en probar mi intento; pero no quiero ser mas pesado: basta lo dicho para que vean el Señor Beneficiado y sus secuaces cuánto mas han adelantado los modernos con sus polvos finos, que él y todos los antiguos con sus asquerosas capas. Basta para que se desengañen de lo mucho que la física debe á las matemáticas, y de que el emprender el estudio de aquella ciencia sin el conocimiento de estas es andar á ciegas. Bien veo que ni el Señor Beneficiado, ni los Regis y Regnaults de las universidades de Valencia y Aragon entenderán palabra de este lenguaje, siendo así que es el familiar de los Regis y Regnaults de la academia real de Ciencias de París. Pero ¿qué culpa tengo yo de que ellos sean unos tolondros?

Dejémoslo estar; que se me va calentando la fantasía; y quede vuestra merced con Dios hasta otro día en que volveré á tomar el hilo de su carta. Entre tanto no ignora vuestra merced soysuyo, y mandar.

CARTA V.

Al mismo.

Valladolid y mayo 3 de 1758.

Muy señor mio y amigo: Solo dos puntos me restan sobre que contestar á vuestra merced, para acabar con mi empresa; que harto lo deseo: el primero es el fuego, y el segundo el peso del aire. Voy á ellos sin perder tiempo, confesando á vuestra merced, primero, ha te-

nido mucha razon en haberlos dejado para el último, sin embargo de que el Señor Beneficiado habla de ellos muy á los principios de su coloquio con Fray Gerundio; porque, siendo estos unos asuntos particulares, parece muy puesto en razon el que hagan lugar y cedan la primacía á unos asuntos generales como los que hasta aquí se han tratado.

No parece sino que le han dado á vuestra merced fuego por los cuatro costados al oír al Beneficiado, que Aristóteles, diciendo que el fuego calienta porque calienta, daba tanta razon de la naturaleza de este elemento, como los modernos con sus suposiciones de partículas *piramidales*. «¿No sabía, dice vuestra merced, el infeliz, que los modernos han inventado el termómetro, sea Drabell ó sea Santorio su inventor? Y qué, ¿nos informa mejor este instrumento, de la actividad del fuego, que Aristóteles con su *antiperisthasis*? ¿Con que no se sabe mas que en tiempo de Aristóteles, de las propiedades y naturaleza del fuego?»

Señor mio, esto se cuenta de mil modos. Sabrá vuestra merced, si ha leído á Nollet, que, como él confiesa á boca llena en sus *Lecciones de física experimental*, tomo iv, capítulo 13, ni Newton ni Descartes ni Malebranche sabían á punto fijo ó definitivamente si el fuego es una materia simple inalterable, ni si su esencia consiste en el movimiento; con que mucho menos si se compone de partículas *piramidales* ó triangulares. Ni se detienen en esto los modernos; sino en hacer experiencias útiles al bien comun, como lo hizo Monsieur Gomger en su *Mecánica del fuego, ó Arte de aumentar sus efectos sin que se aumente el gasto*. Daria por bien empleadas todas sus experiencias Monsienr Mariote, con tal que se desterrase enteramente de España el *antiperisthasis*, esto es, aquella aprension que conserva todavía la mayor parte de los españoles, de que los lugares subterráneos están mas frios el verano que el invierno. Este célebre académico tuvo la paciencia de observar muchos años consecutivos con termómetros puestos en dos cuevas, la una de ochenta y cuatro piés de profundidad, y la otra de treinta, y vió que el licor bajaba constantemente el invierno y subía el verano: prueba evidente de que en esta última estación hacía mas calor en ellas que en la primera. Mas de cuatro se reirán al leer esto, lo tendrán por un disparate garrafal, y dirán: á la abuela con eso; que yo lo que veo, veo; y á fe que si aprieta la chicharra, los señores modernos no se irán al tejado, sino á las bodegas, como cualquiera hijo de vecino.

No obstante, valga lo que valiere, voy á añadir las palabras del abad Monsieur Pluche: «Encontramos en verano el aire de una cueva muy fresco, no porque deje entónces de haber allí fuego, ni porque hay menos; sino porque, siendo este fuego mas feble que el del aire exterior que en aquel tiempo nos abrasa, quedamos advertidos por medio de esta suave sensacion y de esta agradable frescura que se siente en los lugares inferiores, que tenemos preparado un medio seguro para librarnos de una gran parte de este fuego excesivo. Y al contrario, el aire de la cueva nos parece caliente el invierno, no porque contenga entónces tanto fuego como el verano, sino porque contiene mas que el aire exterior que toca y circunda entónces nuestro cuerpo. Esta diversidad de apariencias es totalmente semejante á la que experimentamos cuando, teniendo una mano muy fria y la otra muy

caliente, las metemos entrambas en agua tibia. Esta agua parece muy caliente á la mano fria, y al contrario, muy fria á la mano caliente.»

Miren vuestras mercedes, señores antiperistáticos, si sedan ya por convencidos: ¿no? Pues á tirar de un carro; que no hay paciencia para mas.

En cuanto á la consecuencia que saca el Beneficiado, de que si las partículas del fuego fueran *piramidales*, el remedio mas eficaz para no quemarse sería arrojarle en medio de la hoguera, merece que le demos conlites por la gracia; pues ha de saber su merced, que, sin saber lo que se dice, y pareciéndole que proferia un desatino, dijo una grandísima verdad; porque el remedio que propone es evidente, no para librarse del fuego, que este es privilegio reservado para las salamandras, sino para no quemarse tanto, pues el mayor calor de la llama no está ni en su basa ni en su centro. Considérese, si no, con atencion la de una vela, y se verá que la parte inferior ó la basa es la mas sombría, la mas inmediata mas clara, y que mas arriba forma una especie de bóveda, que es el paraje mas ardiente de la llama. Lucido ha quedado el cultísimo Beneficiado con su corolario; pero disculpa tiene el pobre, pues él se contenta con saber que el fuego quema porque quema, y no quiere meterse en honduras. Para prueba de esto, pregúntele vuestra merced por qué el fuego ablanda ó derrite la cera y endurece la greda ó la petrifica. No se detendrá mucho en la respuesta: dirá que ablanda porque ablanda, derrite porque derrite, endurece porque endurece, y petrifica porque petrifica. ¡Alta doctrina en pocas palabras!

Pero demos el caso de que sobre esto no hubiese mas escrito que lo que el Señor Beneficiado pone en boca de los modernísimos séres, y es «que el fuego quema porque es una sustancia compuesta de mas partículas piramidales ó pontiagudas, sutilísimas, agilísimas, que, agitadas continuamente con suma rapidez en movimiento vertical, se penetran por los poros de los cuerpos mas consistentes, los taladran, los desunen y los deshacen». Démos el caso (decía) que no hubiese sobre esto nada mas escrito que lo que acabamos de oír al Señor Beneficiado; ¿podráse decir por eso, que los que discurren así no adelantan mas que los que se contentan con que «quema porque quema», no mas que porque no subemos á punto fijo, y como dicen, por testigos de vista, el que la figura de las partículas del fuego sea como se acaba de decir?

¿Pues qué, miéntras no llegnemos á conocer la verdad de una causa física, no debemos atenernos á la verosimilitud? Ya se ve que sí: luego cualquiera que explique bien los efectos de una causa no conocida, fundado en verosimilitud, se puede asegurar que adelanta mucho mas que otro que no se meta en eso y se satisfaga meramente con repetirnos lo que nosotros mismos estamos viendo, porque (dice) no sabemos aun nada de cierto sobre su causa; y á la verdad, ¿qué entendimiento habrá que no se aquiete mucho mas con la explicacion de las partículas *piramidales* (aunque sepa que esto no es mas de un hipótesis), que con la pedrogrullada de que «quema porque quema»? Veamos, si no, lo que nos dice el Señor Beneficiado á este similito, que cae aquí como pedrada en ojo de boticario.

Supongamos que la célebre invencion de la escopeta se descubre hoy por la primera vez, y que una de ellas

viene á dar en manos de este presbítero: figurémonos que anda dando vueltas y mas vueltas á su escopeta, mirándola por todos lados, hasta que, reparando en la prontitud con que cae la llave á poco que tire al gatillo, pára allí y se pone muy despacio á discurrir en qué puede consistir aquello; y que no quedando satisfecho con su discurso, llama á un herrero para que le explique lo que pasa por allá dentro. Si este hombre, con gran presuncion, le dijese que aquello sucedia porque el gatillo, tirado hácia el cuerpo, infundia á la llave «virtud disparativa» ¿se aquietaria el santo clérigo? ¿No le echaria á pasear, diciéndole lo haca mas en su respuesta que repetir su misma pregunta, disfrazada con el horrendo masearon de «virtud disparativa»? Pero si luego, haciendo venir á otro herrero, le respondiese este con mucha sencillez, que aunque él no podia asegurar el mecanismo interior de aquella pieza, le parecia podia consistir en que la llave tuviese algun muelle fuerte que continuamente la impeliese hácia la cazoleta, pero que se lo quitase algun otro muellecito ó estorbo que le detenía por el otro lado; que este estorbo podia tener alguna conexion con el gatillo, y que como tirando á este se apartaba aquel, quedando de este modo la llave con libertad para obedecer á la fuerza del muelle, se disparase con la precipitacion que se ve: si este segundo herrero le diese esta salida, ¿no quedaria mas contento que con lo que le dijo el primero? No hay duda. Tú eres hombre insigne (le diria): amigo, diste en el punto de la dificultad; has salido con la invencion; no tiene duda, á mi ver, que debe de suceder ello por ello como tú lo dices. Poco á poco, Señor Beneficiado, poco á poco. Mire vuestra merced que nadie sabe si hay tal muelle, tal estorbo, y si este tiene conexion con el gatillo, y que así tan en ayunas nos deja ese caballero como su antecesor. ¿Cómo tan en ayunas (me responderia)? ¿No me explica este hombre la cosa de suerte que, si realmente el mecanismo interior de esta pieza fuese como él lo dice, habia de suceder lo mismo que vemos ahora? ¿Pues qué otra idea quiere vuestra merced tenga interín me desengañe y vea que no es así? ¿Y cómo he de creer que este no adelanta mas que el otro majadero? ¡Ah, ah! Tras eso andaba yo. Dígame el Señor Beneficiado, si con las partículas *piramidales* me explican los efectos del fuego de modo que, á mi entender, habia de acontecer lo mismo que regularmente acontece si el fuego fuese un compuesto de ellas, ¿qué otra idea quiere que tenga de este voraz elemento, hasta que me hagan ver otra cosa? ¿Y cómo he de creer que los que me enseñan esto, no adelantan mas que los majaderos que me dejan con un palmo de narices con decirme que el fuego «quema porque quema»?

Si esto no convence al Señor Beneficiado, Dios le remedie; que yo no puedo mas. Estoy quemado con tanto fuego, y voy á tomar un poco de aire; que lo hago con tanto mas gusto, como que es lo último que me queda para acabar de satisfacer á vuestra merced.

«Paséme (dice vuestra merced) de cólera al oír al Beneficiado, que Aristóteles conoció demostrativamente el peso del aire con un experimento que hizo, sencillo, simple y natural, sin mas máquina pneumática que la de un triste pellejo: pesólo estrujado, y pesólo despues inflado, y halló que inflado pesaba mas que estrujado: con que infirió legítimamente que, á no ser por arte de encantamiento, esto no podia suceder. Esta experiencia la re-

fiere el mismo buen viejo claritamente en el *lib. 4 de Celo*, cap. 4; y en verdad que para hacerla no hubo menester andarse con bolas de vidrio llenas de aire, ni con máquinas neumáticas para extraerle, como lo hizo el bueno del académico Monsieur Amberg; supongo no mas que *ad terrorem*, pues para la prueba bastaba cualquiera vejiga de puerco, de buey, y aunque fuese de un burro viejo.

»Y á la verdad, ¿no es esto hablar al aire? ¿Has hecho la experiencia, inflado tuanton, para asegurárnoslo de ese modo? Vén acá, pobre arlote: ¿qué importa que te lo diga Aristóteles en el *lib. 4 de Celo*, si es un puro disparate? Un vidrio lleno de aire pesa mas que vacío, pero no un pellejo, que pesa lo mismo inflado que estrujado. Monsieur Amberg habla como quien sabe, y Aristóteles como quien sueña. ¿No ve que el pellejo á proporcion que se hincha aumenta de superficie; y á esta superficie no se le resiste el aire, el mismísimo ó de la misma naturaleza que el que se le introdujo? Con que pesará tanto como ántes ó algo ménos; porque, aunque es verdad que se le añade peso, crece al mismo tiempo la resistencia; y siendo esta proporcional á la superficie exterior, que es mayor que la interior, que se ha llenado de aire, ha de pesar algo ménos inflado que estrujado. ¿No se le cae la cara de vergüenza al ver los desatinos que ha embanastado? Trate con respeto á Amberg, que bien se guarda de decir pellejo de puerco: dice vidrio, porque la superficie de este es siempre la misma, esté ó no lleno de aire. ¿Quién le mete al sopen á hablar del peso del aire? No se hizo para su mollera. Desengáñese, coja sus cartapacios viejos y pase el tiempo santamente sin meterse en honduras.»

Mansuescat te Deus. Bien dijo vuestra merced que estaba pasado de cólera; y no sé cómo aplacarle; porque es constante que un pellejo inflado, esto es, lleno de aire, no pese mas que estrujado; solo sucede esto en la máquina neumática, donde no padece resistencia. Confieso á vuestra merced que en rigor pesa ménos inflado que estrujado. He hecho la experiencia repetidas veces, y siempre encontré diferencia, aunque no grande. Las razones que vuestra merced alega son convincentes; pero ¿no se podia discurrir que Aristóteles, cuando hizo la experiencia (si es que la hizo, que á mí no me toca averiguarlo, pues hasta que lo diga el Beneficiado para que se lo concedamos): no se podia discurrir, vuelvo á decir, que en lugar de llenar de aire el pellejo, lo llenó de vino, y demostró su peso, á pesar de la lijereza con que suele subir hasta la glándula pineal? Me dirá vuestra merced que no; que se condena él mismo en su *lib. 4 de Celo: in sua regione omnia gravitatem habent etiam aer ipse; signum autem est, quod plus trahit uter inflatus, quam vacuus*. Sea en hora buena condenado Aristóteles; ¿y qué dirémos de la mayor parte de sus discípulos, que sin meterse en gravedades ni peso del aire, explican hermosamente con el horror del vacío todos los fenómenos, que, al parecer de los modernos, consisten en la presion de este fluido? ¡Ah, horribles monstruos de naturaleza! ¿Qué horror de vacío, ni que haga muerta! ¿Acaso es algun Proteo este horror, que es mayor en el agua, que sube en el tubo hasta ochenta y tres piés, que en el mercurio, que no sube mas de diez y ocho pulgadas (fuera de que está poco ménos que demostrado que hay vacío, á pesar del insigne Descartes); ó es la naturaleza

alguna mujer preñada, llena de antojos, para que, haciendo subir en un tubo al agua, solo por el horror que tiene al vacío, hasta la altura de ochenta y tres piés, si despues se introduce en este mismo tubo un poco de mercurio, pierda este horror y se contente con hacerle subir hasta diez y ocho pulgadas no mas? ¿Qué mucho pues que un pobre hombre destetado con estos desatinos equivoque el pellejo con la bola de vidrio? ¿Y qué hay que maravillar que un triste campesino, criado entre la caspa y la mugre, prefiera para sus pruebas «cualquiera vejiga de puerco, de buey, y aunque sea de un burro viejo», á la máquina neumática, y al globo de vidrio de Amberg, que naturalmente no los conoce ni de cara?

En fin, si es parte de mérito para con nuestros hombres grandes el tratar con desprecio y aun con insolencia á la filosofía y á los filósofos modernos ¿qué ha de hacer un pobre monigotillo de sacristan, que anda con su turbulo en la mano incensando á los santos de su devocion, sino aprovecharse de esta ocasioncita para darles este poco de incienso?

¡Válgame Dios, y cómo le convirtiera yo en humo de pajas, si me fuera licito pagarle en la misma moneda y darle aquí una zurra de buena mano! Pero no puede ser, porque he estudiado la filosofía de estrado (quiero decir), las leyes de la urbanidad, cortesía, política y buena crianza, que me lo estorban.

Pues ¿quién le mete á este hombre (dirá vuestra merced), sin mas estudio de la física y sin mas conocimiento de sus autores, en hablar de ella con tanta satisfaccion, y en dar como en centeno verde, contra unos hombres que son la admiracion de todas las naciones extranjeras? ¿Contra un Descartes, que fué quien libertó la física de la oscuridad de las escuelas donde yacia sepultada bajo la tiránica autoridad de Aristóteles; y quien, segun el abad Saint Pierre, nos dió mas conocimientos verosímiles sobre la física, en veinte años, que los sectarios de Platon, Aristóteles y Epicuro, en dos mil? ¿Contra un Newton, á quien no se hartan de elogiar todos los hombres grandes del mundo, como se ha visto en aquella admirable expresion de nuestro gran Feijóo, que pongo en mi última carta; y como se puede ver en otros muchos, entre ellos en el sólido y hermoso autor de las *Consideraciones sobre las revoluciones de las artes*, que en dos palabras hace de él este grande elogio: «Newton es el que entre todos los hombres ha visto mas y mejor?» ¿Contra un Bacon, un Leibnitz, y otros que hoy en día son escuchados en materia de física como oráculos? ¿Qué disculpa (dirá vuestra merced), qué excusa se podrá hallar para esto á favor del Señor Beneficiado?

Ya he dicho á vuestra merced en otra parte que el Señor Beneficiado es teólogo; y ya sabe vuestra merced que esto de teólogo en España es lo mismo que hombre universal. No ignora vuestra merced que están acostumbrados á que se les consulte, no solo en punto de religion y conciencia, sino en todo género de cosas. Si un caballero tiene que entrar en alguna dependencia política, primero lo ha de tratar con el teólogo; si un comerciante quiere entablar compañía con otro ú hacer algun asiento con el rey, ha de ser despues de haberlo consultado al teólogo; si á un padre se le proporciona acomodo para sus hijos, no dará paso sin el parecer del teólogo; si hay que formar alguna representacion al soberano, lo ha de hacer el teólogo; si es cosa de ex-

tender un testamento, venga el teólogo; si una novia ha de responder á la carta galante del novio, ha de ser soplando por detras el teólogo; si hay que tener un criado, ha de ser de manos del teólogo; y en fin, si hay que fabricar una casa, que erigir un templo, que abrir unos caminos, ha de ser á las órdenes del teólogo; y creo que llegaremos á que ni un sastre querrá tomar la tijera, ni un zapatero la lesna, ni una costurera la aguja, sin la aprobacion del teólogo: con que, ¿qué mucho que el Señor Beneficiado, revestido de la autoridad de teólogo, se crea en estado de hablar, no solo de fisica, sino aun de medicina, química, botánica, ortología, cefalonía, y todo cuanto vuestra merced quiera?

Mire vuestra merced ahora qué papel harémos nosotros que, como ellos dicen, no somos mas que unos pobres *corbatas*, y qué otro fruto sacaremos sino el que nos trate el vulgo de herejes y ateístas, al ver que no conformamos con estos hombres doctos. Contemple vuestra merced qué fuerza habrá hecho á estos cuanto se ha dicho en estas cartas, cuando están tan preocupados con su Aristóteles, que, aunque se les haga ver y palpar que es de día, si el texto de aquel viejo dice que es de noche, habrá de ser así con precision, como sucedió con aquel peripatético, de quien cuenta el Doctor Martínez en el prólogo de su *Anatom. Comp.*, que hallándose presente á la demostracion que hacia cierto anatómico de que el origen de los nervios era el cerebro y no el corazon, como quiso Aristóteles; viendo claramente con sus ojos que todos los nervios salian de un tronco medular que nacia del cerebro, y que al corazon solo entraban algunos pequeños ramillos, dijo: «Tan paciente habeis puesto á los ojos el nacimiento de los nervios, que si el texto de Aristóteles no dijera lo contrario, casi estuviera para creerlo»; y dígame si nos podemos prometer algo de tanto como hemos trabajado.

Contentémonos pues con llorar la suerte de nuestra nacion, que, con tener las llaves de las ciencias depositadas en manos de estos obstinados partidarios de la antigüedad, que cierran las puertas á todo lo que huela á novedad, se ve privada del conocimiento de la verdadera fisica y de la gloria que se adquiriera sin duda ninguna en la república de las letras, si tuviese proporcion de hacer en ella los progresos y adelantamientos que ha hecho siempre en todo género de ciencias y artes á que se ha aplicado. Contentémonos pues (digo otra vez) con llorar la suerte de nuestra nacion, al ver el abandono en que están en ella estas, solo por nuestra terquedad, cuando en todas las demas de la Europa florecen á competencia. Digo «solo por nuestra terquedad», porque las sabias y excelentes providencias de nuestro gran monarca y sus celosos ministros para fomentarlas, no pueden llegar á mas. Véanse, si no, las escuelas recién establecidas en Barcelona, Cádiz y otras partes, y el cuidado que se pone en adelantar las artes mecánicas en todo el Reino. Contentémonos, en fin, con llorar de que nuestra España, que en otros tiempos era el objeto de la envidia de todas las naciones, como lo es todavía en otros asuntos, sea por este lado el de la risa y rechifla de todas ellas; porque, como dijo nuestro insigne Martínez hablando de la anatomía: una de dos, ó toda Europa es necia, y tantos celeberrimos franceses, italianos, alemanes son tontos; ó nosotros somos descuidados y tercios. Ni valga el decirnos que en España es

indispensable la filosofia aristotélica por razon de la teología (1); porque, aun dado caso que supongamos que en ninguna parte de la Enropa haya tantos teólogos como en nuestra nacion, no hay duda que tambien hay algunos en Italia, Alemania y Francia; á lo ménos yo conozco uno en este último reino, que está enseñando esta facultad en una de sus mayores universidades, y á fe que no solo no es aristotélico, sino cartesiano; y tan cartesiano, que hace agna por ahí y es celebrado por ese lado en el reino y fuera de él. Y nuestro santísimo padre Benedicto XIV ¿no será tan teólogo como cualquiera de los de Salamanca? Pues tambien es de los modernísimos señores, y no aristotélico. Pero yo quisiera preguntarles: si la mayor parte de los santos padres no eran platónicos, y si los Justinos, Clementes, Cirilos, Agustinos y Ambrosios tenían por tan propia á la filosofia de Aristóteles para la teología, como á la de Platon, de la que decian era muy conforme al cristianismo, ¿á quién hemos de atenernos: al concepto que forman estos santos y doctos padres de la teología y de la Iglesia, ó á nuestros reverendos? Pues si esto es así, ¿por qué no se destierra la filosofia de Aristóteles, y se enseña la de Platon? ¿Es acaso porque está expuesta á mil errores? Pues qué, ¿la de Aristóteles no lo está? Dejémoslo estar, y concluyamos este capítulo con lo que dice Moreri sobre este asunto: «Estos pretendidos filósofos no se contentaron de echar á perder la filosofia por los conceptos abstractos y términos bárbaros de que se servian en ella, sino que aun se valieron de esas ideas para la teología. Por este medio la han llenado de mil cuestiones espinosas, pero absolutamente inútiles, que hacen bárbara esta ciencia para los que se han contenido con leer la Sagrada Escritura y los santos padres.» Hasta aquí Moreri, y hasta aquí tambien yo, porque conozco que me canso de balde y predico en desierto. Y supuesto que no me queda otro despicue, permítame vuestra merced me desahogue un poco aplicándoles este retazo de Boileau:

*Un Pedant enivré de sa vaine science,
Tout hérissé de Grec, tout bouffi d'arrogance,
Et qui de mille auteurs retenus mot par mot
Dans sa tête entassés n'a souvent fait qu'un sot,
Croit qu'un livre fait tout, et que sans Aristote
La raison ne voit goutte et le bon sens radote.*

Como vuestra merced entiende frances, y yo no soy poeta en saliendo de redondillas y seguidillas, no lo pongo en castellano.

Me parece que no dejo punto ni coma en la de vuestra merced á que no haya satisfecho, segun aquello poco que alcanzo. Me alegraré lo quede vuestra merced así, ó á lo ménos se divierta algo con mis descalabros, que con tanto me daré por servido, pues sabe que nada deseo mas que complacerle. Vuestra merced procure sosegarse y gastar hígado fresco; porque todo lo demas es bobería: recurra en sus ahogos al cielo, pida al Señor que se digne alguna vez de abrir los ojos á estos pobres paganos de la fisica, ínterin yo hago lo mismo, añadiendo á esta peticion la de que guarde á vuestra merced muchos años.

(1) Véase acerca de esto el bello y erudito discurso *Sobre la aplicacion de la filosofia á los asuntos de religion*, escrito por nuestro celebre Don Andres Piquer.

CARTAS

que con motivo de la publicacion de los ALDEANOS CRÍTICOS mediaron entre el conde de Peñaflores y Don Francisco Lobon y el Padre Isla.

CARTA PRIMERA.

De Don Francisco Lobon de Salazar al conde de Peñaflores.

Señor conde de Peñaflores. Muy señor mío: Acabo de recibir por la vía de Valladolid el papel intitulado *Los aldeanos críticos*, con que me consta me regalan vuestra señoría y los señores Don Joaquín de Eguía y Don Manuel de Altuna. Mil gracias, señores, mil gracias. Es muy propio de caballeros tirar el beneficio y esconder la mano. Muy grande es el que he recibido de la de ese noble y aplicado triunvirato, «como el tiempo lo dirá.» Hasta ahora no he podido leer mas que tal cual trozo de la tal obra: es cosa linda y chulamente parlada. Los pobres aristotélicos rancios tendrán paciencia, y se harán cargo de que es mucha razon que cada cual defienda su partido. Al triste Beneficiado, que se metió á hablar en lo que no entendia, «mas le valiera estar duermes.» El escarmentará para la segunda parte; ó si se atreviere á hablar en materia de física moderna, ya sabe á quién ha de consultar, y que no le es licito tratar esta dependencia sin licencia *in scriptis* de aquellos á quienes toca. Yo voy á encargar en Londres un barómetro, un termómetro, un telescopio, un microscopio, una máquina pneumática, otra eléctrica, y por añadidura una óptica, sin omitir un par de prismas y dos convexos ustorios de *bueno* y recogido *fuoco*; y despues, que se me vengán á echar piernas todos los peripatéticos del mundo. Son unos pelmazos: haré una demostracion de ello por el cálculo geométrico, y despues pretenderé una plaza de académico honorario en la academia de Azcoitia. Mientras tanto, besa las manos de vuestra señoría y de los otros dos, su afecto servidor y capellan, *Don Francisco Lobon de Salazar.* — Villagarcía y enero 13 de 1759.

CARTA II.

Del conde de Peñaflores á Don Francisco Lobon de Salazar.

Muy señor mío: La casualidad de hallarme en esta corte me ha retardado el gusto de recibir la de vuestra merced de 13 del pasado, hasta este último correo, que me la han remitido de mi casa. Ha sido tal la complacencia que he tenido con solo ver la firma de «Don Francisco Lobon de Salazar», que únicamente podrán formar juicio de ella los que saben lo apreciable que es para los amadores de las letras la correspondencia con los grandes hombres de la república de ellas, mucho mas si supiesen que yo he tenido tal manía en esto, que me he dejado llevar de la humorada de escribir á nuestro eruditísimo Feijóo, á los Padres Cavaleri y Salet, insignes jesuitas franceses, á Monsieur Nollet, Monsieur Duhamel du Monceau y otros, y aun he tenido mis impulsos de escribir al rey de Prusia, no mas que por lograr respuesta de estos grandes hombres, recrearme con ellas, y mostrarlas á los que vienen á mi gabinete, como en efecto lo hago con las que he debido á la urbanidad de estos señores, y de aquí adelante podré mos-

trar otra mas á merced de vuestra merced, que no será de ménos satisfaccion que las otras, así para mí como para cuantos hombres de buen gusto lleguen á verla.

Pero á proporcion de este gusto y complacencia ha sido la sorpresa que me ha causado el contexto de ella. Díceme vuestra merced que por la vía de Valladolid ha recibido un papel intitulado *Los aldeanos críticos*, con que *le consta* le regalamos Don Joaquín de Eguía, Don Manuel de Altuna é yo. ¿Cosa rara! ¿Con que *le consta* á vuestra merced, y *le consta* que le regalamos con el tal papel nosotros tres? Aseguro ingenuamente que no sé lo que vuestra merced nos quiere dar aquí á entender con el regalar, ni el valor que hemos de dar al *me consta*. Vamos á verlo; y supuesto que ha tenido vuestra merced paciencia de oír á tanto machaca de fraile, á tantos sátiros con alas y sin ellas, etc., téngala tambien conmigo.

Segun lo que yo alcanzo, vuestra merced, con esta expresion de que *me consta* me regalan, quiere decir una de estas tres cosas: ó que nosotros le hemos enviado el tal papel, y no mas; ó que hemos pagado á escote la impresion; ó que hemos sido los autores de él. Si lo primero, siendo este papel tan comun, que aun yo le tuve por la misma vía de Valladolid (por señas que me costó veinte y siete cuartos de portes), era tontada regalar á vuestra merced con él, porque debía suponer sería el primero en recibirle. Ni tampoco, segun este sentido, valia la pena de que vuestra merced me escribiese una carta tan regalada; porque lo mas que nos podia costar el ejemplar es un real de plata, y un cuarto que se añada por la cubierta son diez y ocho cuartos, que en buen «cálculo geométrico» nos toca á seis á cada uno. Véase si su carta de vuestra merced es de seis cuartos mas ó ménos. Si lo segundo, no creo que es vuestra merced hombre de hacernos tan poco favor, como que nos tenga por gente capaz de valernos de escritores de alquiler y asesinos literarios. Si lo tercero, ya por fin nos hace vuestra merced mucha honra, y aunque sea lisonja (como dijo el otro), me gusta; pero la verdad en su lugar.

Lo que es de Don Manuel de Altuna, no lo creeré por mas que vuestra merced me lo afirme con dos mil *me consta*; no porque este caballero no sea capaz de una crítica mucho mas sólida y delicada que la de Don Roque Antonio Cogollor; sino porque sé ciertamente no está de humor de divertirse en estas cosas. Ahora, de Don Joaquín de Eguía y de mí, no saldria por fiador; y á no hallarme en Madrid, me lo hubiera vuestra merced hecho creer con su *me consta*; porque realmente me acuerdo que tuvimos nuestros impulsos de emprender una cosa así, y hablamos sin reserva alguna, especialmente delante de un amigo á quien yo quiero muy de véras, y *me consta* se corresponde con vuestra merced en cuanto autor de la *Historia de Fray Gerundio*, aunque no sé si en enanto Don Francisco Lobon.

Dírame vuestra merced qué quiere decir el que yo

esté ó no en Madrid, para el crédito que debo dar al *me consta* que me regalan, tomado en el último sentido. La preguntita es curiosa; pero habrá de tener vuestra merced pecho, porque yo no le tengo hasta salir del encantado *me consta*.

No le puede á vuestra merced constar esta especie, si no es por una conjetura bien fundada, ó por relacion de algun amigo que la supiese de fijo. Por conjetura, no alcanzo que pueda vuestra merced tener ninguna bien fundada; porque si es el contemplarnos aficionados á la filosofía moderna, otros hay que lo son mucho mas, y con mas fundamentos, á lo ménos, que yo; y si es por relacion, se me hace aun mas difícil que la pueda vuestra merced tener; porque el amigo corresponsal suyo, lo mas que ha podido decir es, que el triunvirato de Azcoitia estaba altamente ferido del modo con que el Beneficiado hablaba de los filósofos neotéricos: habrá acaso añadido que no extrañaría el que saliésemos por la causa de estos; y tal vez despues de haber visto en las *Cartas criticas* alguna de aquellas especies que nos oyó, se habrá explicado con alguna mas seguridad sobre lo que recelaba de nosotros; pero esto no creo que basta para asegurarnos vuestra merced redondamente le *consta* somos nosotros los que le hacemos ese regalo.

Esto viene á ser lo mismo que si los que sabemos que aquel fecundo ingenio del Padre Losada tenia proyectado un Don Quijote de los pulpitos para reforma de predicadores, asegurásemos nos consta que la *Historia de Fray Gerundio* no es de vuestra merced, sino del dicho padre: afirmacion que, aunque yo no supiera lo contrario por carta de vuestra merced mismo, escrita á dicho amigo, fuera ridicula.

En el supuesto pues de que á vuestra merced ni le consta ni le puede constar semejante cosa, voy á sacarle de la curiosidad en que le tendrá lo que dejamos pendiente arriba.

Pues sí, señor: á no haber estado en Madrid, hubiera enasi creído que Don Joaquin de Eguía y yo éramos los autores del tal papel. Sepa vuestra merced que he oído hablar á muchos que se precian de eruditos, y entre ellos algunos que suponen tener con vuestra merced correspondencia muy tirada, y todos á una voz aseguran que conocen muy bien la pluma, y que es de vuestra merced mesmo en su misma mesmedad.

Véase ahora cómo, á vista de esto, he de persuadirme yo á que soy el autor de una obra tan universalmente atribuida á uno cuya fértil imaginacion supo parir á un frailecito con su cerquillo y todo, tan mono, chulo y gracioso como Gerundito. No, señor; no soy tan loco como que crea una cosa como esta: lo que sí firmemente creo es, que vuestra merced, ó sea á influjos de algunos favorecedores nuestros, ó acaso solo de su buena voluntad, nos ha querido hacer el favor de atribuirnos una gloria como esta, de que quedo tan agradecido (supongo sucederá lo mismo á mis compañeros), como lo verá vuestra merced siempre que tenga ocasion de manifestárselo; mucho mas si su fineza me pone en paraje de ello, como parece me lo da á entender cuando, siguiendo la metáfora, me dice que es muy grande el beneficio que ha recibido del noble y aplicado triunvirato, « como el tiempo lo dirá. »

Me parece muy bien se haga vuestra merced cargo de que á cada cual le llega su Martin, y que, como hasta

aquí los filósofos modernos han sido el cura... del fraile para nuestros peripatéticos, alguna vez les habia de llegar tambien á estos su poco de tribulacion.

Pero pobres de aquellos si el amigo Beneficiado se arremanga y enristra su báculo; que habrá palo que cante el misterio, y los pobres modernos bien podrán reenrir al gran secreto que tienen de disponer á su arbitrio de los rayos de Júpiter tonante: ello el tiempo lo dirá.

En lo que me dice vuestra merced de los instrumentos que piensa encargar en Londres, ya que me hace esta confidencia, debo prevenirle que si su destino es el de desimpresionar al Beneficiado, es dinero echado al agua, porque ya es duro Pedro: otra cosa es si los quiere para su instruccion particular, que en tal caso no digo mas sino que le alabo el gusto, especialmente en querer tener aquellas máquinas mas curiosas y fáciles de adquirir, como son: un termómetro, una máquina eléctrica, otra óptica y los ustorios de buen fuego, que los puede encontrar sin salir de Villagarcía. El termómetro lo puede vuestra merced disponer con un poco de manteca, que habrá en abundancia por allí, valiéndose del método de Réaumur en su modo de sacar pollos. La eléctrica, con tener una rueda, sea de carro ó sea de cordelero, y un matras, que lo logrará con facilidad del hermano Boticario, está ya formada. La óptica se la hará el Padre Vicente Gutierrez, que si no me engaño, está por allí, y de quien es la que tenemos en la academia de Azcoitia. El mismo podrá tambien hacer los ustorios, y cate vuestra merced un gabinete rústico, que no le tendrá mejor el preste Juan de las Indias. Con esto y hacernos constar que la carta y quinla carta de los *Aldeanos criticos* son de vuestra merced; ó cuando no, hacer demostracion con su « cálculo geométrico » de los errores matemáticos y físicos que hallase en ellas, no dudo que los académicos de Azcoitia se lisonjearán de tener á vuestra merced por miembro de su respetable cuerpo.

Sírvase vuestra merced de dar mis afectuosísimas expresiones á los Padres Petisco y Isla, diciendo á este último, que en mi estancia en Madrid he murmurado de él muchas veces, y ahora muy pocos dias con una bellísima y discretísima gallega ingerta en irlandesa (1).

Vuestra merced perdone la molestia de esta carta tan larga, y mande como puede á quien besa la mano como su mas apasionado y afecto servidor. — *El conde de Peñaflorida*. — Señor Don Francisco Lobon de Salazar.

Postdata. Despues de escrita esta carta, me asegura un amigo, que otro que lo es de vuestra merced se halla con no sé cuántas copias, que dicen ser fieles, de la carta con que vuestra merced me ha honrado; pero que ciertamente las tales copias no tienen nada de fieles, porque vienen con algunas adiciones poco decorosas hácia el triunvirato de Azcoitia. Yo no lo creo, pues no puedo persuadirme á que la venerable circunspeccion de vuestra merced sea capaz de una tan nefanda traicion; como ni tampoco, aun dado el caso de que cayese en semejante tentacion, la disfrazase con el supuesto nombre de *copias fel*; porque esto de imponer nombres á las cosas, es privilegio reservado á nuestro padre Adán; y los que quieren meter la hoz en mies ajena, están expuestos á traba-

(1) Mi señora Doña Teresa Camaño, mujer de Don Francisco Lessi, coronel del regimiento de Ultonia, que se corresponde con el Padre Isla.

jos. Dígalo, sino, el loco de quien nos cuenta aquel célebre cura (cura, sin duda tan cura como vuestra merced, sin hacerle agravio) que dió en esta manía: llamaba cada cosa como se le ponía en la cabeza; y antojándosele un día al pasar por una pastelería comer buñuelos, quiso llamarlos sopapos, y empezó á gritar: Vengan sopapos, sopapos quiero; hasta que, enfadado el pastelero de oírle pedir sopapos, quiso complacerle, y le hartó al pobrecillo de ellos, que ciertamente no le sabrían á buñuelos.

Aténgome pues á que no hay nada de tales copias, ó que si las hay serán apócrifas y dictadas de alguna mala intencion que tira á enzarzarnos á vuestra merced y á mí á que se deshaga la porquería de nuestra amistad, y luego nos digamos las pascuas. Pero bien seguro está que lo logren, á lo ménos de mi parte; y con prevenir á vuestra merced (por si usasen con él del mismo artificio), que yo no he dado sino tres copias fieles de esta, sacadas al pié de la letra, y por mas señas sin el P. D., creo sucederá lo mismo con vuestra merced; y con tanto, agur.

CARTA III.

Del Padre Isla al conde de Peñaflovida.

Muy señor mio: Entregóse á Don Francisco Lobon la carta que vino con cubierta para mí. Dice que siendo contestacion á otra suya, no se le ofrece que añadir, sino estimar mucho la honra que vuestra señoría le hace, á la que corresponderá siempre con igual agradecimiento. Protesta que de su poder no ha salido mas que una sola copia de la que él escribió al triunvirato, y que esta fué sin quitar ni añadir un ápice al original que recibió vuestra señoría; y por tanto declara que cualquiera otra nota, escolio ó glosa, ni aun tilde, que se lea en los trasuntos, no es suya; sino de algun majadero ó mal intencionado que se metió en lo que no debía; afirmando que esta noticia le ha llenado de indignacion, porque á todo el triunvirato en comun, y á cada uno de los que le forman en particular, respeta por su nacimiento, estima por sus prendas, alaba y ha alabado siempre por su aplicacion á un estudio tan honesto como útil. Por lo mismo extrañó mas la guerra que le hicieron y el modo con que se la hicieron; pero nunca ha pensado en defenderse, ni en despicarse con rusticidades ni con desprecios personales. No es ese su genio, ni maneja semejantes armas sino cuando lidia con fieras ó con enemigos de azadon y pala. Ya me parece que está bastante instruido en que Don Manuel de Altuna no tuvo mas parte en la obra, que haberla leído y no haberla aprobado. Tambien sabe quién fué el autor de la famosa dedicatoria, que cierto puede competir con la del Ginnasiarca. Cree muy bien que vuestra señoría recibió el papel impreso por la via de Valladolid, donde sabe que se imprimió, y no ignora por quién, cómo y cuándo. Todo esto me encargó dijese yo de su parte á vuestra señoría, sabiendo que estaba resuelto á escribirle para manifestarle mi reconocimiento á la memoria que se sirve hacer de mí en dicha carta. En él me acompaña tambien el Padre Petisco, con quien varias veces se ha hecho en nuestras conversaciones larga y honorífica mencion de los caballeritos de Azcoitia, celebrando mucho su nobilísima aplicacion y aplaudiendo poco á los que hablan de ella con desden ó con ménos aprecio. Por eso nos ha sido mas sensible la no muy reflexionada desestimacion con que los señores Al-

deanos críticos tratan á los que no seguimos en todo sus opiniones sin condenar sus estudios, ajando con el mayor vilipendio al pobre Beneficiado, que sobre dar sobradas señas de su imparcialidad y de su buen gusto, no da pocas de estar tan instruido en estas materias, por lo ménos como cada uno de los señores Aldeanos. Pero estos no son negocios nuestros, y allá se las haya Don Francisco Lobon con dichos señores. Lo que á mí me toca en particular, es agradecer mucho á vuestra señoría la grata memoria que se sirvió hacer de mí con «esa bellísima y discretísima gallega ingerta en irlandesa.» Ambos superlativos se hicieron para esa señora, y todos los demas que explican el supremo grado de las prendas de una alma de orden superior. Pero cuide vuestra señoría de que no lo sepa esa señora; porque, aunque es bien y aun justicia que lo entendamos todos así, podrá ella misma creerlo; y ¿qué sabemos el efecto que esto producirá? En todo caso vuestra señoría nunca dude de mi afecto y disponga de él á su arbitrio. Viva vuestra señoría cuanto deseo. Villagarcía y marzo 3 de 1759. — Besa la mano de vuestra señoría su seguro servidor y capellan. — *José Francisco de Isla.* — Señor conde de Peñaflovida.

CARTA IV.

Del conde de Peñaflovida al Padre Isla.

Reverendísimo Padre. Muy señor mio: Recibo la de vuestra reverendísima de 3 de este con especialísimo gusto, ya por ser de quien es, ya por el conducto por donde ha venido (1), ya tambien por ver en ella verificados los recelos que yo manifestaba á Don Francisco Lobon en la postdata de mi carta, acerca de aquella maligna especie comunicada por el amigo de las copias adulteradas.

En vista de las noticias que, segun veo por la de vuestra reverendísima, gasta ese santo eclesiástico, ya no extraño el que me asegurase en la suya *le constaba* que los Aldeanos críticos éranos los del triunvirato de Azcoitia, como ni tampoco el que aun en vista de mi última se mantenga en sus trece: dígoles por las dos ó tres especies que me comunica vuestra reverendísima en su noubre.

La primera es que «parece que está bastante instruido en que Don Manuel de Altuna no tuvo mas parte en la obra que haberla leído y no haberla aprobado.» No sé qué instruccion particular puede tener para creerlo así. Lo cierto es, que con este caballero concurri á la lectura de la *Historia de Fray Gerundio*, y tengo muy presente que ninguno se mostró mas indignado que él contra el Beneficiado: con que no puedo persuadirme á que no haya él aprobado la obra de los Aldeanos, á ménos de haberle parecido poco eficaz y demasiadamente modesta.

La segunda es, que «cree muy bien que yo recibí el papel impreso por la via de Valladolid, donde sabe se imprimió, y no ignora por quién, cómo y cuándo.» Aprecio mucho la honra que me hace el Señor Lobon de creer sobre mi palabra que yo hubiese recibido el tal papel por la dicha via; pero está muy mal informado si cree lo que dice de la impresion del papel, del por quién, cómo y cuándo. No hace muchos dias tropecé, andando por Madrid, con un amigo muy íntimo mio, y hablando

(1) Por mano de mi señora Doña María Teresa Camaño.

de este papel me aseguró había sido él quien corrió con la impresion y distribucion de ejemplares: nombróme el impresor de quien se había valido aquí, y la persona con quien remitió algunos ejemplares á Valladolid para repartirlos allí y dirigirlos á Madrid y otras partes.

La tercera es, «que sabe quién fué el autor de la famosa dedicatoria.» Si sabe quiénes fuéron los autores de la obra, no es mucho; porque, segun me informó el dicho amigo, la tal dedicatoria salió de las mismas manos que aquella; pero si está en que es produccion particular de algun otro ingenio, está ciertamente equivocado. Todo esto estimaré á vuestra reverendísima se lo diga en mi nombre, encargándole no tenga tan buenas tragaderas, y gaste un poco mas de crítica en las noticias que adquiriere en adelante. En lo demas me parece que no tiene que extrañar la guerra que le hacen los Aldeanos, y mucho ménos el modo con que se la liacen; porque, á mi parecer, ninguno elogia mas la *Historia de Fray Gerundio* que ellos, cuando hablan del concepto general que forman de ella; y si en algunos puntos hacen crítica, es de un modo que, léjos de ajar al autor con *rusticidades ni desprecios personales*, tira á disculparle, ménos en lo que toca al Beneficiado. Pero ¿qué mucho que unos apasionados sectarios de los jefes de la filosofía moderna se enciendan algo contra quien trata con tanto vilipendio á un Newton, un Descartes, etc., mucho mas cuando este Beneficiado imaginario no es sino un ente de razon?

No dudo de lo mucho que los caballeritos de Azcoitia habrémos debido así á vuestra reverendísima como al padre Petisco, en sus conversaciones; porque siempre ha sido máxima de todo hombre de letras el favorecer, no solo á los profesores de ellas, mas aun á aquellos que tienen una inclinacion á querer saber. Por esto mismo siento mas lo que vuestra reverendísima me dice, de lo sensible que le es «la no muy reflexionada desestimacion con que los señores Aldeanos críticos tratan á los que no signen en todo sus opiniones sin condenar sus estudios, ajando con el mayor vilipendio al pobre Beneficiado, que sobre dar sobradas señas de su imparcialidad y buen gusto, no da pocas de estar tan instruido en estas materias, por lo ménos como cada uno de los señores Aldeanos»: siéntolo por el disgusto que esto ha causado á vuestra reverendísima: siéntolo por el que tendrán los Aldeanos al ver en este parrafito el par de claridades que se les emboca de «la no muy reflexionada desestimacion», y de las señas que da el Beneficiado de estar tan instruido «en estas materias, por lo ménos como cada uno de ellos»: siéntolo finalmente, porque no discurrimos en este punto vuestra reverendísima y yo con uniformidad, aunque supongo se hará cargo de que cada uno concibe á su modo, y que como esto del concebir no es acto de la voluntad sino del entendimiento, por mas que este se separe del de vuestra reverendísima, aquella le seguirá siempre. Pues sí, Padre: no me parece á mí que los Aldeanos tratan en sus cartas tan mal como le parece á vuestra reverendísima, á los que no discurren como ellos: es verdad que se enfervorizan contra el pobre Beneficiado; pero ¿quién le metió á este en hablar de unos hombres tan grandes, como pudiera del Cojo de Villaornate y de la tia Catana? Y aunque esto de «mas lo eres tú» está condenado, ¿quién usó primero de este lenguaje, el Beneficiado ó los Aldeanos? ¿Hacen acaso

estos mas que imitar su estilo burlesco? Me parece que no, aunque lo mas cierto será que, así como á mí se me figura esto, á vuestra reverendísima es lo otro, porque estamos criados con dos leches tan diferentes como la del peripatetismo y la del neoterismo; y así como á mí me duele lo que se diga contra esto, á vuestra reverendísima le duele cuanto se diga contra aquello. Que el Beneficiado dé señas de estar tan instruido en estas materias como cualquiera de los Aldeanos, tampoco me lo parece, porque yo lo que veo veo, y á fe que en la tercera carta van corriendo los aldeanos toda la instruccion que manifiesta en su discurso el Beneficiado, y lo zarandean bravamente, no con dictérios y expresiones indignas, sino con razones y autoridad. Con que, si nos hemos de atener á lo que vemos, para mí, sin comparacion ninguna, es mas la instruccion que muestran los Aldeanos en las materias que tratan, que el Señor Beneficiado.

Ya he dicho á vuestra reverendísima que, aunque mi modo de discurrir sea diverso del suyo, mi aprecio y estimacion hácia su persona son las mismas desde que tuve la honra de conocer á vuestra reverendísima en Estella y la de renovar este conocimiento en Arzazubia, y lo serán interin viva, como tambien hácia el Padre Petisco.

Reservaré *in pectore* los dos superlativos que daba en la carta de Lobon á mi señora Doña María Teresa Camañón, sin embargo de que sé que el juicio de esta señora es á prueba de toda adulacion y lisonja. Dios guarde á vuestra reverendísima muchos años. Madrid 5 de marzo de 1759. Besa la mano de vuestra reverendísima su mas afecto servidor.—*El conde de Peñaflores*.—Señor reverendísimo Padre José Francisco de Isla.

CARTA V.

Del Padre Isla al conde de Peñaflores.

Muy señor mio: Creí que mi atenta y afectuosa carta mitigase un poco el fuego de vuestra señoría: veo que ha producido un efecto del todo contrario, por el tono magistral y despreciativo con que habla á Don Francisco Lobon, pretendiendo que yo sea el cance por donde lleguen á su noticia unas voces tan poco concertadas. Hácame vuestra señoría á mí tan poca merced como á él. Sí, señor mio: Don Francisco Lobon gasta mejores noticias de las que á vuestra señoría se le figuran: no necesita que vuestra señoría le dé lecciones de crítica para discernirlas; no tiene Aldeanos críticos para comenzar: hablo en el determinado punto en que estos presumen tanto de sí; y celebra infinito que con la autoridad de vuestra señoría pueda desmentir á los que están en el concepto de ser autores del papel los que él tiene por tales en el fuero interno, para poder hablar á su tiempo sin los respetos que le contendrian en la otra hipótesis. Entónces se verá quién tiene razon; y mientras tanto pongamos punto á una conversacion á que dió principio mi atencion y el buen deseo de atajar desazones; pero veo que la va acalorando un poco el injusto empeño de vuestra señoría en ajar á los que no han despreciado sus estudios y le desean en ellos grandes progresos, como yo deseo á vuestra señoría mucha salud y larga vida. Villagarcía y marzo 10 de 1759. Besa la mano de vuestra señoría su afecto servidor y capellan.—*José Francisco de Isla*.—Señor conde de Peñaflores.

CARTA VI.

Del conde de Peñaflores al Padre Isla.

Reverendísimo Padre. Muy señor mío : La carta de vuestra reverendísima del 10 de este, ha andado tan discreta, que no llegó á mis manos hasta el miércoles á media noche, imposibilitándome por este medio á responder á vuelta de correo (el que parte á aquella misma hora, habiendo llegado el día ántes), y dándome lugar á que lo haga con reflexion, madurez y frescura, sin dejarme arrebatar del atrabilis, lo que acaso no me fuera tan fácil en aquel *primo primus* (que decimos los teólogos), y en solo el término de veinte y cuatro horas. Es cierto que la tal carta, al leerla la primera vez, me levantó en peso (sin embargo que este pasa de nueve arrobas), tanto, que formé resolucion de escribir á vuestra reverendísima aquello que se llama de buena tinta; pero á pocas horas de sueño se evaporó mi cólera y discurrí de otro modo. Hiceme cargo de que vuestra reverendísima no habria entendido mi carta, ó por la priesa con que la leyó, ó por alguna falta de expresion en ella, ó por algun descuido del amanuense. Acordéme de lo que debo á vuestra reverendísima, no solo por su carácter, sino aun por la amistad que le profeso y pienso profesarle toda mi vida, mas que le pese. Y acabó de convencerme, el haberseme ofrecido un pasaje de carta de San Agustín á Joviano, que no hace muchos dias vi bellisimamente aplicado en una carta de cierto *quidam* á un cierto *cuidam*, que no le pongo aquí por muchas razones; y sobre todo, porque me consta que vuestra reverendísima me entiende con tanto (1).

Padre mío : ¿ está vuestra reverendísima dado al dianche, para creer que soy hombre de tantos fuegos, como que no haya bastado para mitigarlos su atenta y afectuosa carta? ¿ Yo hombre de fuegos, cuando soy el animal mas pando que ha criado la tierra? Yo fogoso, siendo la criatura mas flemática que Dios ha echado á este mundo; y que, si tal vez he querido hacer del colérico, entre un «por vida de tal» y un «voto á tantos» he soltado una carcajada que ha hecho ridícula mi furia? No le parezca pues á vuestra reverendísima que yo sea hombre de picarme así sin mas ni mas; y si no me lo quisiere creer, le diré con el hermano Roque... «El que me pica es él : yo no me pico.»

Mucho ménos convendré en que yo sea capaz de hablar de Don Francisco Lobon «en tono magistral y despreciativo», ni con «voces poco concertadas». Al señor Don Francisco Lobon le venero como debo, por su ve-

nerable carácter y por sus apreciables prendas : creo muy bien que no es hombre de necesitar «que yo le dé lecciones de crítica» (merced que vuestra reverencia me hace, que, como soy cristiano, nunca soñé en tenerla), y que «no tiene Aldeanos críticos para comenzar» : para que yo crea todo esto, bástame que vuestra reverencia me lo diga; y para que yo le trate con el respeto correspondiente, bástame su dignidad. Sepa vuestra reverencia que yo respeto, no solo á los sacerdotes, aun de aquellos que llamamos legos, sino hasta el mas infeliz monaguillo que vista su pedazo de roquete; y que sobre la veneracion natural con que miro á todo lo que toca á la Iglesia, tengo un motivo tan particular para añadir algo de inclinacion, como que soy nieto de Don Francisco Antonio de Muñibe, que fué trinitario descalzo, y tomó el hábito en Pamplona; y hijo de Don Francisco Muñibe, abad que fué de la colegiata de Zenarruza, de que le podrá informar á vuestra reverencia el Padre Idiazque, su rector, que no me dejará mentir.

Véase ahora cómo podré yo hablar nunca con desprecio ni de Don Francisco Lobon ni de otro en quien no concurriesen sus circunstancias. Que yo dijese á vuestra reverencia que ese santo eclesiástico no gastaba muy buenas noticias, ¿ qué mucho, si las tres que me aseguraba en su nombre son supuestas? ¿ Tengo yo la culpa de que Don Manuel de Althna no hubiese desaprobado la obra de los *Aldeanos*, de que la dedicatoria de esta no sea de otro que del autor ó autores de ella, y que la impresion no se haya hecho en Valladolid? ¿ Pues en qué está el desprecio? ¿ Es acaso en llamarle santo eclesiástico? Nadie dirá tal cosa; y si algun escrupuloso dice que á lo ménos, ya que no sea desprecio, es un si es no es de falta de aprecio, vaya por aquello de «los caballeros de Azcoitia», con que titulaba vuestra reverencia á unos hombrones como zamarros, que el que ménos es padre de tres hijos; pero sin embargo, si se me hace ver cualquiera voz poco concertada, desde luego ofrezco desdecirme y explicar lo que quise decir con ella; porque bien sé que mi intencion no era esta.

Del tono magistral no entiendo palabra, sin embargo de tener mi poca de vanidad en entender de tonos. Siempre he aborrecido todo lo que huela á magisterio, porque he aborrecido el único modo de llegar á él, quiero decir, que siempre he aborrecido el estudio. Desde tamañito (haga vuestra reverencia cuenta que señalo á cuatro ó cinco piés del suelo), le he tenido tal repugnancia, que una cuartilla de oraciones primeras de activa me costaba dos ó tres vueltas, como lo dirá mi maestro el Padre Antonio de Arribillaga; y luego en la filosofía, allí están mis cartapacios, donde no se encuentran tres lecciones sin un corral de ocho ó diez. Es verdad que he gustado siempre de la lectura; pero tan lejos de oler á estudio, que ha sido sin sujecion, método ó cosa que lo valga; á pasar el rato, y nada mas. Prueba de esto es que en mi vida he concluido juego entero de libros, sino es la *Historia del pueblo de Dios*, la de *Don Quijote* y las *Aventuras de Telémaco* : todo lo demas ha sido á pujos y picando aquí y allí. La mesa de mi gabinete suele estar sembrada de libros ascéticos, poéticos, físicos, músicos, morales y romancescos: de suerte que parece mesa de un Gerundio que está zurciendo algun sermón de los retazos que pilla, ya de este, ya del otro predicable. Y en fin, con decirle á vuestra reverencia

(1) Alude á esto : Hay cuatro cartas (que dicen ser del Padre Isla) con el título de «Carta primera, segunda, etc., de aquel mismo *quidam* para aquel propio *cuidam*, escritas á un penitente del padre Fray M. M., sobre un papelón publicado por él contra la *Historia de Fray Gerundio*.» En una de estas cartas, que, si no me engaño, es la segunda, para dar á entender el autor su moderacion y reprimir al Penitente la demasiada libertad de su estilo, se vale de un pasaje de carta de San Agustín á Joviano, diciendo que, habiendo en cierta ocasion recibido aquel santo padre una carta sumamente insolente de este hombre, se contentó con responderle lo que él quiere ahora, y es : «Tu carta, que acabo de recibir, me da testimonio de que por lo ménos hay un desvergonzado en el mundo. Si yo te respondiera con el mismo estilo, ya fuéramos dos desvergonzados, *et hoc non licet*; porque, aunque he leído en la Escritura : Responde al necio segun su necedad; no he leído hasta ahora en ella : Responde al desvergonzado segun su desvergüenza. *Legi in Scriptura : responde stulto secundum stultitiam suam; sed responde procaci secundum procacitatem suam, in Scriptura non legi.*»

que actualmente estoy altamente ocupado con la lectura de la *Historia de los ratones*, impresa en Ratópolis, basta para que vuestra reverencia conozca el objeto grande de mi estudio, y cuánto presumo de sabio para usar del tono magistral. Ya he dicho á vuestra reverencia que de otros tonos entiendo algo, como que hago mi pedazo de papel en las academias de música de la corte. Canto mis arias corrientes con todos aquellos «trinos, fermatas y adagios» que estilan los Farinelos, los Cafarielos, los Manzolis y los Rafes. Dígame ahora vuestra reverencia si le parece regular que quien gusta tanto de los *riens*, y posee el espíritu de la bagatela, puede usar del «tono magistral»; y si el que canta sus concertadas arias, se pondrá á prorrumpir en «voces poco concertadas.» Quedemos pues en que vuestra reverencia no me conoce á mí, y no ha penetrado el fin de mis cartas, que no ha sido otro que el contestar á las suyas con franqueza y naturalidad. Lo que celebro es que puedan contribuir á que Don Francisco Lobon hable á su tiempo «sin los reparos que le contendrían en la otra hipótesis»; porque concibo que, disputándose la razon entre ese señor eclesiástico y los Aldeanos en estilo propio de filósofos, y filósofos cristianos (como no se puede dudar de su categoría), será una contienda de mucho gusto y instruccion para el público.

En cuanto á poner punto á nuestra conversacion, vuestra reverencia es dueño de hacerlo cuando le guste; pero no hay que pensar que yo lo haga. Demasiado la aprecio para eso; y si tal cosa hiciese, me quedaria atravesada esta espina en mi corazon para toda mi vida; la que se la deseo á vuestra reverencia muy feliz y dilatada. Madrid, etc.

CARTA VII.

Del Padre Isla al conde de Peñaflorida.

Señor Conde. Muy señor mio: Si «la respuesta blanda quebranta la ira», la que sobre blanda es muy discreta y llena de gracias, ¿qué no quebrantará? Tal es la que acabo de recibir de vuestra señoría con la mayor complacencia, y es buena seña de eso el contestarla á letra vista, en la fuga de las confesiones á que nos atarea una mision que se está haciendo en este colegio. Toda la mañana la he llevado en absolver á diestro y á siniestro; porque en estos lances tanto se suele absolver á una mano como á otra; y despues de haber confesado á otros, vengo á reconciliarme con vuestra señoría, no tanto arrojándome á sus piés, cuanto estrechándole en mis brazos, á lo ménos con el corazon, ya que no puedo con la boca. Acabáronse nuestros piques y repiques; porque ni para los primeros jugamos al «tric trac», ni para los segundos somos sacristanes. Siga sin este embarazo aquella inclinacion afectuosa que vuestra señoría me merece «allá desde luengos días», y prosiga sin el propio la misma con que vuestra señoría me honra, «por ser vos quien sois, y porque me amais.» Yo para amigo maldita la cosa sirvo, sino puramente para amar; para enemigo me da el naípe y el diablo, esto es, no para enemigo personal, pues no me hago tanta merced que piense pueda tener enemigos personales; pero con los de otra casta no me ahorro, mas que me lleven mil codos; porque una cigüeña tiene mucho mas pico que una águila, y ya ve vuestra señoría la diferencia. Si me tocan, lo primero, en mi madre, y lo segundo, en mis hermanos, habrán de

tener paciencia los tañedores; porque ó en sus cabezas ó en la mia se han de estrellar las guitarras; pero esto se entiende todo á compas, y en cuanto me dejen usar de la propia voluntad, que há enarenta años dejé en los otros calzones. Aseguro á vuestra señoría que solo con que se hubiese verificado esta última condicion, así en la persecucion que padece la Compañía en Portugal, acaso la mas gloriosa que ha padecido hasta ahora, como en vunto de Fray Gerundio,

*Obtrectatorum populus decresceret et fons,
Et fieret mutae, post prima pericla cicadae.*

Amémonos, y mande vuestra señoría. Villagarcía y marzo 24 de 1759.

¿Quiere hacer vuestra señoría en mi nombre una visita á la gallega?

Besa la mano de vuestra señoría su amigo, servidor y capellan.—José Francisco de Isla.—Señor conde de Peñaflorida.

CARTA VIII.

Del conde de Peñaflorida al Padre Isla.

Reverendísimo mio: ¿Con que por fin somos amigos? Seámoslo enhorabuena: seámoslo por muchos años, y seámoslo de modo que todos los que han sido testigos de nuestras reyertas lo conozcan.

*Ut aliquis sic dicat Archivorumque, Trojanorumque
profecto pugnabant pro contentione animum rodente, et
iterum in amicitia separati sunt conciliati.*

Cese desde luego nuestra guerra: mal dije: emprendámosla de nuevo; pero sea con otras armas.

*..... Le nostra gare
Non finiscan però. De torti antechi
Se ben l'oddio mi spoglio
Guerra conte più generosa io voglio.*

Arrinconemos las de los «piques y repiques», y amémonos de amor, cariños y finezas. De estas nos hemos de valer en adelante, y con estas nos hemos de hacer esta nueva guerra. Vuestra reverencia la ha empezado ya con asegurarme su amistad, diciendo que «para amigo maldita la cosa sirve, sino puramente para amar»; ¿qué mas puedo yo desear? ¿Y para qué otra cosa puedo pretender me sirva el amigo, que para amarme y amarle? Con que á mí me toca ahora el repetir á vuestra reverencia que le amo como le he amado siempre, y «propongo firmemente de nunca mas» dejar de amarle. Que para enemigo sea vuestra reverencia temible, no lo dudo, pues si para tal cualquiera lo es, aquel lo será mas que esté mas diestro en el manejo de las armas ofensivas y defensivas; fuera de que no hay duda de que hasta á los ménos diestros les sopla el diablo en esto, y no parece sino que esta maldita inclinacion que sacamos todos del vientre de nuestras madres, hace veces de entendimiento en este punto. Yo puedo decirlo por lo que pasa por mí. Si tengo que poner la pluma en algun asunto serio y de cuidado, aquella me pesa infinito, y la imaginacion está tan estéril y seca, que no me presenta nada de provecho; mas, haya que hacer algo con quien roza con mi amor propio, entónces la imaginacion hierve en especias, la pluma vuela, y yo me trasformo en otro hombre; en una palabra, me sucede lo que al famoso Despréaux:

.....
*Je ne puis, pour louer, rencontrer une rime;
 Dès que j'y veux rêver ma veine est aux abois;
 J'ai beau froter mon front, j'ai beau mordre mes doigts.*

.....
*Mais quand il faut railler, j'ai ce que je souhaite;
 Alors, certes, alors je me reconnais poète;
 Phœbus, dès que je parle, est prêt à m'exaucer,
 Mes mots viennent sans peine et courent se placer.*

Pero ya esto no viene al caso para nosotros. Destiérrase de nuestra conversacion todo lo que huele, no solo á enemistad, sino aun á indiferencia. Hagámonos cargo de que

*Corsaires attaquant Corsaires
 Ne font pas guère leurs affaires;*

y amémonos. Madrid 31 de marzo de 1759.

He visto á la gallega, que ha tenido la desgracia de haber malparido dias pasados: está ya muy repuesta; pero todavía no la viene bien el mo de aquellos dos justísimos superlativos que la di en una carta, bien que el otro le acomoda en todas circunstancias y estados: estimó muchísimo las expresiones de vuestra reverencia, y me mandó se las retornase.

NOTA. La contestacion del Padre Isla á esta última carta del conde de Peñaflorida puede verse en la Segunda parte de las Cartas familiares, carta xcii.

ROMANCE CONTRA FRAY GERUNDIO, ESCRITO POR EL MARQUES DE LA OLMEDA.

Señor cura de mi vida,
 Escriba su reverencia
 Unas novelas de mundo,
 Y no sagradas novelas.

Emplee ese gran talento
 En obrillas menos serias;
 Que resbalar de la altura
 Pocas veces tiene enmienda.

En esto de subir alto
 Usted no se me parezca
 A aquel que llevó tras sí
 Tantos millares de estrellas.

Luzca esa pluma brillante
 Por la literal palestra;
 Porque, sin hacer quejosos,
 Puede decir agudezas.

También al estado ciña
 Lo que piense con modestia;
 Que no pueden decir unos
 Lo que los otros dijeran.

Las religiones son flores
 Que en el verjel de la Iglesia
 Las plantó la soberana
 Mano de la Providencia.

Hacerse juez de los otros
 Es una cosa tan ciega,
 Que deslumbra con sus sombras
 Las luces de la prudencia.

Bástale á un hombre la vida
 Para que enemigos tenga,
 Sin despertar con los golpes
 El estruendo de sus quejas.

El asunto que tomó
 Es un asunto de tecla;
 Y en errando el golpe, se hacen
 Disonancias las cadencias.

Con gobiernos exteriores
 Jamas usted se me meta,
 Pues tiene para no hacerlo
 Dentro de casa la escuela.

El alboroto que cansan
 Tal vez muchas lijerezas,
 Dejan libre al delincuente,
 Y lo paga la cabeza.

Trabaje en otros asuntos:
 Veamos de su Minerva
 Obras que no escandalicen;
 Si partos que nos convenzan.

Es lástima, por mi vida,
 Que un hombre de tantas prendas
 Malgaste en un entusiasmo

El caudal de su elocuencia.

Del pueblo nunca se fie;

Porque su voluble rueda

Al que alaba al mediodía

A la tarde le apedrea.

No pueden ser todos grandes

Predicadores; y advierta

Que mas vale que uno yerre,

Que no que todos padezcan.

El vulgo, como es tan ciego,

Sacará por consecuencia

Llamar siempre Fray Gerundio

A los Barcias y á los Vieyras.

Vea usted qué se ha logrado

De esta obra cuando la vea,

Prologoio de bodegonos

Y adagio de las tabernas.

Si este pensamiento mismo

Cervántes me le cogiera,

Le hubiera cristianizado

De su pluma la agudeza.

Lo que pasa en este mundo

También sucede á las letras,

Pues donde el uno se gana

Es fácil que otro se pierda.

Y así lo que yo le encargo,

Si otra vez la pluma vuela,

Que me huya de los asuntos

De tan malas consecuencias.

El maestro que satiriza

Crea tan grande en su escuela,

Que sin ser lobo, á las otras

Las quitaba las ovejas.

A usted le han tratado bien

Allá en Castilla la Vieja,

Y han mantenido á su costa

A un alano que los muerda.

Es su libro el horror de ahora

(Digo como si lo viera),

Escándalo de los claustros

Y alboroto de las celdas.

Caminemos poco á poco;

Que en peligrosas materias

El error de ejecutarlas

Aumentará el defenderlas.

Dios me libre de los hombres

Que en su república ciega

Está el corazón distante

De lo que dice la lengua.

Respete las venerables

Canas de religion seria,

Que solo con el vestido

Nos predica penitencia.

La armonía de los juicios

Parece que se destembla

Cuando se aplaude en la corte

Lo que se rompe en la Iglesia.

No creo que pueda haber

Segunda parte á la idea;

Porque su enojo le veo

Apurado en la primera.

Si aquesta insinuacion

Le pareciere que aprieta,

A quien gasta tanta sal

No le hará mal la pimienta.

Otro año por este tiempo

Se quitaban las comedias;

Pero en este, Fray Gerundio

Ha sido comedia nueva.

Yo llevo siempre un axioma

De razon muy verdadera,

Y es: quien gasta mal la pluma,

No tiene buena conciencia.

El padre de la mentira

En su casa de tinieblas

Dicen que sabe, que rabia;

Mas con lo que sabe, quema.

La falta de caridad

No es una cosa lijera,

Y mas cuando sin motivo

Se ven las faltas impresas.

Ya por el libro hay destierros,

Ya por el libro pendencias:

Propio fruto de mision

Fragnada en las covachuelas.

Y para los papelillos

Que han de chorrear de carrera,

Pues usted tuvo la culpa,

Apolo le dé paciencia.

Y así, amigo, el *tolle tolle*

De aplausos no le envanezca;

Que son los que crucifican

Los mismos que vitorean.

Válgate Dios por librillo

Pues él ya ha dado materia

A que tantos disparates

Salgan de las calaveras.

Dios guarde á usted muchos años,

Y este romancito lea;

Que para disciplinarse

Bastan estas tres docenas.

CARTA QUE AL REVERENDÍSIMO PADRE FRAY GERUNDIO

escribe su apasionado Fray Supino, en este romance.

Docto, discreto, erudito,
Religiosísimo Padre,
Hijo al fin de un grande santo,
Y hermano de un santo grande.

Tú, Fray Gerundio supuesto
(Verdad que aun tú publicaste),
Pues lo mismísimo tienes
De Gerundio que de fraile:

Tú, *lobo*, mas no loben,
Sin que esto sea negarte
Que Lobon lo escribe; pero
No es Lobon el que lo hace:

Tú, que á orador de oradores
Te metes, ¡empeño grande!
Tú, que lo sabes mejor
Por lo mismo que tú sabes:

Tú, que eres de la oratoria
Don Quijote incontrastable,
Aunque Doña bulcinea
Difículto se rescate:

Tú el agudo, tú el salado,
Pues en todo inimitable
Las sales en ti rebosan
Con que á cada paso sales:

Tú, que lleno de contrarios
Te miras por todas partes,
Como *isla* á quien las olas
Por todos lados combaten:

Tú, que cauto preveniste
Lo que te sucede, y hábil
Gerundiar te resolviste,
Porque no digan te aislaste.

Tú el travieso, tú el bellaco;
Pero ya de *túes* baste,
Aunque el Parnaso me dé
Licencia de tutearte:

Oyeme por vida tuya
Unos cuantos disparates;
Porque al ver tu docto libro
No hay cañon que no dispare.

Vayan pues; que siendo en verso
Parecen mas tolerables,
Y no grandes, que los míos
Siempre son *particulares*.

Salió tu libro, y envié
A toda priesa á comprarle;
Que aunque ingenio, tal cual vez
Suelo tener doce reales:

¿Juzgarás que lo trajeron?
Pues digo que te engañaste;
Porque otro autor mas vendido

Difículto que se halle ⁴.

Hice empeño en verle presto,
Y costó empeño el lograrle;
Que yo, amigo, para todo
Necesito de empeñarme.

Vi las cartas que preceden
Como la guardia delante
Diciendo: ¡Hacedle lugar;
Y cierto que se le hace.

Lo bien que me parecieron
Es para papel aparte,
Que con el autor no es propio
Hablar de los aprobantes.

Al ver tu dedicatoria
Dije con gusto notable:
Este es pajaro; bien puede
Volar por donde gustare:

En el prólogo, y en ella
(No es nada lo que lograste)
A ti mismo te excediste,
A ti solamente fácil.

Pondéransen los Quijotes;
Pero ya debe dudarse
Si Cervantes fué Gerundio,
O si Gerundio es Cervantes.

A tu gracia nadie llega,
Pues eres (sin adularle)
Nuevo Quevedo en la prosa,
Y en el verso nuevo Cáncer.

Lo que en Madrid gerundeán
No es posible ponderarse:
Fray Gerundio en los estrados;
Fray Gerundio por las calles;

Fray Gerundio en oficinas;
Fray Gerundio en los corrales;
Unos, Fray Gerundio es necio,
Otros, Fray Gerundio sabe;

Unos, ¡pobre Fray Gerundio!
Otros, Fray Gerundio es delatable;
Unos, Fray Gerundio vive,
Otros, Fray Gerundio yace;

Unos allí le patean,
Otros allá le deshacen;
Unos, peca quien le compra,
Otros, que debe comprarse;

Unos... Que me canso
Cuando para no dejarte
No hay otros, todos son unos,
Aunque no es uno el dictámen.

Hay capaces que te quieren,

(1) Se vendió la impresion en ménos de tres días, y no se hallaban despues ejemplares.

Hay necios que te maltratan;
Que solo para estas cosas
Son los segundos capaces.

Autor mas ruidoso dudo
Pueda entre todos hallarse:
Nombre y dinero ¡no es nada,
Nada lo que pide el padre!

¡Ojala bien se conozcan
Tus talentos especiales!
Pues me parece imposible
Conocerse sin premiarse.

De la cátedra mejor
Y en todo mas respetable,
Destierras, con risa, cosas
Bignisimas de llorarse.

¡Válgame Dios qué bien dices!
Válgame Dios qué bien haces!
Sin admiracion no sé
Pueda nadie celebrarte.

Los desatinos que notas,
Admiro mucho se extrañen,
Poniéndonos la experiencia
A la admiracion distante.

Yo sé de cierto Gerundio
Que andaba por los lugares
Truncándole á la Escritura
Los suyos en mil pasajes.

Y trayendo la carroza,
Que es en rodar incansable,
Dijo (bastante fruncido
Y presumido bastante):

¿Quién diréis que es aquí el buey?
Pues es nuestro Juan Fernandez;
Buey en sentar bien el pié,
Y buey por su grande aguante.

Llamóle buey muchas veces,
No cesando de embueyarle,
Siendo lo mejor del caso
Que acababa de casarse.

Y así con razon repito
Que tu fin es admirable,
Que discurras como pocos,
Y que aciertas como nadie.

La llaga está envejecida:
Con que, sin polvos de Juanes
No hay curacion; ahora inquietan;
Ya querrá Dios sosegarles.

Y manda, que Fray Supino,
De Fray Gerundio es amante;
Que, aunque distantes, vecinos
Nos hallamos por el arte.

AL ENTE SIN SUSTANCIA, AL ATOMO BULLICIOSO,

el Orate de las tertulias, el Gerundio de covachuelas, el Arlequin de las ciencias y facultades, el Alborotaboliches por oficio y discordias por naturaleza, el Parlantin eterno y plenario, sin principio, el verdadero Juan Rana, y fingido Fray Amador de la Verdad.

Había en Calzadillas,
Allá en la montaña,
Un zapaterillo
Llamado Juan Rana.
Llevaba en la mano
Una horma por arma,
Y todos oficios
Cual maestro danzaba.

Al sastre decia:
¿No ves que desbarras?
Esa monterilla
Así has de cortarla.
A los albañiles
De tino sacaba,
Midiendo con su horma
Obras derregladas.

A los carpinteros
Sus reglas les daba:
Un cofre así se hace,
Y así se hace un area.
La mano el cepillo
De esta suerte agarra:
El compas, escoplo,
Sierra y regla falta.

El zapaterillo
Y dicho Juan Rana,
Arlequin de oficios
Su vida pasaba.
De tolo entendia,
De su oficio nada;
De alto á bajo *bicho*
De balde enfiadaba.

Enfadados todos
Con estas monedas,
Faltos de paciencia,
Sobrados de saña,
Enristrando reglas,
Garlopas y gavias,
Mazos y tijeras.
De esta suerte le hablan :
Dinos, Arma-trinche,
Si eres Sancho Panza,
¿Sabrás en tu oficio
Profesion extraña?
Si coser no sabes
Un vestido en casa,
¿Por qué has de saber
Artes extremadas?
Por *Petrus in cunctis*
Los oficios fallan
Contra ti destierros,
Pencas, picos, lanzas.
Entre tanto, tona
Esa rociada
Que preñada nube
Te descarga airada.
Quedó muy molido
El pobre Juan Rana,
Y a su casa apenas
Llegar pudo á gatas.
Señor *Calduchin*
(Hablo en lengua clara :
Le doy *Señoría*;
Que sé que le agrada):
Calduchin amigo,
Salga usted á plaza,
Pues quiere usted ser
El otro Juan Rana.
¿Si usted se merece
Por justicia y gracia
Honores, respetos
Y atenciones claras,
Por qué da lugar,
Por andarse en gangas,
Pierdan el respeto
A esa personaza?
¿Por qué bullicioso
Te mezclas en danzas
Que son muy ajenas
De capas y espadas?
Dando así lugar
Saquen á las tablas
Tu talle, tu brio,
Tu frente, tu calva?
Pues que tú lo quieres,
Paciencia y aguanta;
Oye requiebritos
De estas mis sonajas.
Oigan pues, señores,
Las señas sin saña,
Para que conozcan
Al bicho Juan Rana.
Morillo alarache,
Cuya vista espanta,
Hijo de una mora
De cabeza á patas :
Negruzco, atezado,
Cerrado de barba,
Un dedo de frente,
Y ciento de calva:

Vara y media tiene
De altura extremada,
Un palmo de cuerpo,
Y cinco de zancaas :
Un cuerpo tan chico
Con tan grandes patas,
O es un monicongo,
O muñeco en danza.
Sepan que es chulito,
Títere de farsa,
Que ya *Caçarrache*,
Ya *Calforras* baila.
Este calva-truenco,
Flato de Diana,
De Platon bostezo,
Parto de una rana :
Este de Vulcano
Gentil paje de hacha,
O de su orificio
Pajuncia zurrapa,
Sin duda un ciclope
Allá junto á *Nalgas*
Le parió vivito
Por su gran culamas.
Este de Neptuno
Bufón á las claras,
Por hacerle á Baco
Mil fiestas y danzas :
Este pues, festivo
Como dos mil pascuas;
Serio, grave y dulce
Como una guitarra :
Pues este Arma-trinche,
Pues este zurrapa,
Este badlaque,
Pues este Juan Rana,
En pleitos ajenos
De capa y espada,
Por meterse en todo,
Su espadilla saca.
Habrador eterno,
Títere á las claras,
Que quiere danzar
En la mojiganga :
Por Fray Amador
De la Verdad clara
Se firma ese títere
En su corta carta.
Creia, Arma-trinche,
Que algo alcanzabas :
Sus cortos talentos
Se leen en la plana.
¿Frale tú te firmas?
¿De cuando acá, Rana?
Ni aun de devocion
Te vistió tu taita.
Será porque dices
En tu tonta carta
Muchas necesidades,
Oprobios sin tasa.
¿Y escondes mañoso
La mano en la manga,
Después que has tirado
Guijarros, pedradas,
Queriendo al sagrado
Del sayal ó capa
De Elias, oh Fraile,
Cubrir tu gran saña?

¿A tan santo estado
(Admiracion causa)
Haces alcahuete
De insultos, veinganzas?
En covachuelistas
Ménos mal sonara,
Ménos en un títere
Y en un porta-espadas.
¿Pero en la cogulla?
En personas santas?
En hábitos santos?
Abrenuncio, Rana.
¿Por qué como lobo
Oculto en piel santa
Contra ti iracundos
Los frailes no braman?
Mejor que Gerundio
Mereces sus sañas,
Pues con sacrilegios
Su buen nombre infamas.
Amador te nombras,
Y es cosa bien rara
Tomes este nombre
Que tanto te agrada.
Amador y amante
Es lo mismo; vaya,
Apuesto chulito
Te reilan las nalgas.
Voces tan suaves
Ellas solas bastan
Para derretirte
En mil ambrosiadas.
¿De Filis te acuerdas?
¿De favores, gracias,
De dulces cariños,
Del talle y sus barbas?
¿Ah pobre Juanico!
No es esta tu llaga :
Eres negruzquillo;
Ergo risa es clara.
Si eres amador,
Lo confieso, vaya;
Mas ¿de la verdad?
Lo niego, Juan Rana.
Si tú, cuando niño,
A una cruz sagrada
Juraste advertido
Ser mártir con palma
Antes que decir
Una verdad clara,
¿Cómo pues ahora
Has de confesarla?
Podrás cual Pilatos
Quizás preguntarla;
Pero por no oirla
Volverás la espalda.
Como fraile pues
Las verdades hablas,
Anda que te esquilan
Allá en la montaña.
Aquello del teatro,
Aquella maraña
Del Paraguay,
Que tan mal ensartas,
Sabe todo burro
Es historia falsa,
Que á diestro y siniestro
Inventó una rabia.

Ya todos conocen
Su origen, prosapia :
Fué muy mal nacida,
Y peor criada.
España le ha sido
Solariega casa;
La fama estampido
Nos cedió la Holanda.
Mas también la mis
En lengua muy clara
Al dicho pastel
Le quitó la ojaldra.
Si esta voz en grito
Ser muy falso clama,
¿Cómo tú, Arma-trinche,
Lo afirmas, lo cascás?
Déjate ya, orate,
De dicha fantasma;
Que no somos niños
Ni tampoco ranas.
Y como no son,
Las que son fantasmas
Fuéron en las voces,
Mas realmente nada.
Testigo es el mundo,
Testigo la Holanda,
Testigo es el diablo,
Y tú también, Rana.
Mal has hecho, títere,
En salir á plaza,
Pues tus prendas cortas
Has puesto en las tablas.
Quien de vidrio tiene
Su tejado en casa,
No tire al vecino
Piedras tan tamañas.
Pensarás has dicho
Algo de sustancia :
Aprieta, no pinchen
El rabo al culamas.
Y pues, calvatrueno,
El tuyo es de plata,
¿Y tus mataduras,
Y tus llagas rancias?
¿Pues cómo, camueso,
Incitas, inflammas
Contra tí, leproso,
De cabeza á patas?
Lo de ménos es
Eso de Caracas
En que te interesas
Contra órdenes altas.
¿Y los papeletes,
Cartas reservadas,
Las correspondencias
De estranjes ó estranjas?
Si el Rey lo supiera...
Si lo oliera el Papa...
De cierto darías
Al diablo esta danza.
Querido Arma-trinche,
Hermano Juan Rana,
Toma mi consejo,
Escóndete y calla.
Pasarás gustoso
Una vida honrada ;
Si no, te prevengo
Segunda jornada.

UN APASIONADO DE LA VERDAD.

en favor de la HISTORIA DE FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.

A un lado, señores,
Señores, á un lado ;
Que tontos y locos
Se mandan á palos.
Un libro de fuego

Se viene á las manos,
En que son las líneas
Otros tantos rayos :
Jove los fulmina
De su trono sacro,

Contra la ignorancia
De tontos y tontos.
Aunque si quisiera
Castigar á cuantos
Pecan, quedaría

Presto desarmado.
Vengan pues á juicio
Los sermocinarios,
A dar de su empleo
La razon y el tanto.

Gerundios, Gerundios
 Presentes, pasados,
 Y los que adelante
 Seguiréis sus pasos:
 ¿Por qué tanta furia?
 Por qué tanto estrago
 Contra el que os enseña
 A ser bien hablados?
 ¿Por qué os resentís
 Se haya declarado
 Que vuestros sermones
 Son sermones fatuos?
 La razón es clara:
 El tiempo es muy santo,
 Y andan los sermones
 A tres menos cuarto.
 Si no sois Gerundios
 Se pierden los granos,
 Se pierde el aceite,
 Se pierde el ganado;
 Y los superiores,
 Que se hallan burlados
 Porque no hay cosecha
 Para todo el año,
 Os riñen, se enfadan,
 Anda listo el palo,
 Azotes, destierros,
 Y lo otro que callo.
 ¿Quién tiene la culpa?
 El pobre cuitado
 De nuestro Gerundio
 De tierra de Campos.
 ¿Notable desgracia!
 ¿Lamentable caso!
O tempora, o mores,
 Cómo estáis mudados!
 Hubo en otro tiempo
 Cosechas, abastos,
 Y no gerundiaban
 Los que hablaban alto.
 Ahora falta todo,
 O todo anda escaso,
 Si no se gerundia
 A tiros muy largos.
 ¿De dónde proviene
 Efecto tan raro,
 Tan rara mudanza,
 Tiempos tan contrarios?
 Se levanta el grito,
 Se grita tan alto,
 Se pide venganza
 Contra un libro... Callo
 Porque iba á decir
 Que libro mas santo
 En mas de diez siglos
 No se ha publicado.
 Libro que prohíbe
 Dejar profanados
 El texto y sentido
 De los libros sacros:
 Libro que condena

Al que dice osado,
 Que Dios, aunque trino,
 No es uno: ¿qué chasco!
 Se viene después
 Que esto lo afirmaron
 Herejes blasfemos
 Y otros: ¿no es un pasmo!
 Dígallo Martín,
 Zapatero honrado,
 Pájaro de cuenta,
 En Campazas sabio,
 Voto sin segundo,
 Tercero ni cuarto,
 Voto decisivo.
 En hacer zapatos.
 ¿Dónde hay mejor fruto
 Que dejar á un payo
 Con la boca abierta
 Oyendo disparos?
 Y si á esto se llega,
 Que vaya un hermano
 De la cofradía,
 Pidiendo y clamando:
 Para la linosna
 Del nuevo retablo
 Que ha sacado á luz
 Un ingenio raro.
 ¿Qué fruto! Qué opimo!
 Qué gloria! Qué pasmo!
 Qué sermon! Qué asunto!
 Qué hechizo! Qué encanto!
 Adios, Fray Gerundio,
 Tan hueco has quedado,
 Que ni una alcachofa
 Llenará tu vacuo.
 Diga, reverendo
 Padre ó donado,
 Con *Don* ó con *Padre*
 O con Fray Fulano:
 ¿Es este el oficio
 De un ministro santo
 (Y si no lo es
 Debe procurarlo),
 Que ante el mas augusto
 Sacramento, incauto,
 Indecencias dice,
 Si blasfemias callo?
 Ver al Sacramento
 Como á uno de tantos
 Jugar á los naipes,
 Jugar á los dados:
 Ser fiesta de toros,
 De comedias teatro,
 Siendo agudo asunto
 Dos enamorados.
 ¿Jove en lluvias de oro
 Con Danae encantado,
 Cupido con Venus
 En estrecho lazo!
 ¿Qué lindo! Qué bueno!
 Qué feo! Qué malo!

Qué gloria! Qué premio!
 Qué infierno! Qué diablo!
 Dígame en conciencia:
 ¿Dónde hay mas pecado:
 En un buen aviso,
 O en un desacato?
 Pues sepa vuesaerúa
 Que en tiempo de hogaño
 Desacatos muchos,
 Avisos muy raros.
 Y porque os avisan
 De estos atentados,
 Todo es alboroto,
 Pandillas y bandos.
 Vaya este dilema
 Cornuto ó cornado:
 O sois ó no sois
 De los gerundiados:
 Si sois Fray Gerundios,
 Y veis que ello es malo,
 Seguid otro rumbo,
 Id por el contrario;
 Y si no lo sois,
 Andar, que va andando,
 Y dejar correr
 Al que os lleva en brazos.
 Pero en este tiempo
 Lo peor del caso
 Es que sois Gerundios
 Desde cabo á rabo,
 Y como la lepra
 Coge de alto abajo,
 Volveis en veneno
 El remedio sano.
 Mirad, hijos míos,
 Gerundios amados,
 Echad maldiciones,
 Injurias, agravios
 Contra este libelo
 Que habeis disfamado
 Sin mas fundamento
 Que hallaros culpados;
 Que si yo tuviera
 Puñitos y mando
 En cierto supremo
 Tribunal sagrado,
 Formara un decreto,
 Fulminara rayos,
 Entregara al fuego
 Cien mil sermonarios
 Que de Fray Gerundio
 Siguiéron los pasos,
 Dejan la doctrina
 Que Cristo ha enseñado.
 Y este conceptillo,
 Si llegase á parto,
 Diría en compendio,
 Puesto el *sepan cuantos*,
 «Nos, inquisidores
 Del Tribunal Santo,
Sub quavis censura,

Queremos, mandamos
 A cuantos obispos
 A cuantos prelados
 Mandan las iglesias,
 Gobiernan los claustrós,
 Que cuantos Gerundios
 Hayan en su obispado,
 Al punto, al momento
 Sean delatados,
 E incurran las penas
 De los que han hablado
 Contra la fe santa
 En sermones varios.
 Y es nuestra intencion
 Que sean contados
 En esta runllada
 Los que irán nombrados.
 Decimos primero
 Que están declarados
 Herejes formales
 Los que á cada paso
 Nos quieren probar
 Que del día el santo
 Es cuarta persona
 Del misterio sacro.
 En lugar segundo
 Es blasfemo claro
 El que á Dios iguala
 Con dioses profanos:
 Es impio el que diga
 Que Dios encarnado
 Es Cupido niño
 Y de Venus parto;
 Y otras mil locuras
 Del mismo tamaño,
Heresim sapientes,
Y piarum aurium.
 Hasta aquí el decreto;
 Que fuera muy largo
 Querer por menudo
 Irlas relatando.
 Pregunto, señores,
 ¿Hubiera algo malo
 En este decreto?
 Ni aun imaginarlo.
 Pues sepan ustedes
 Que, si no me engaño,
 Este es del librito
 Objeto primario;
 Y aunque se suspenda
 Por siempre ó por años,
 El fruto está hecho.
 Gallar, y emendaros;
 Que no os faltaran
 Presentes, regalos,
 Dulces, chocolate,
 Pañuelos, tabaco.
 Pues no está abreviada
 La suprema mano,
 Y el sol ilumina
 A buenos y malos.

ENDECHAS DEL PADRE MARCO

contra el famoso predicador FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS, y contra su autor el Padre Isla, probándole varios y notables defectos que cometió en sus sermones.

Afuera, señores,
 Señores, afuera;
 Que ya no hay un libro
 Dentro de la tienda.

Esse *Fray Gerundio*
 Que ustedes celebran,
 Mas que un corcovado
 Recogido queda.

Como el libro es santo,
 Santo el fin lleva,

No falta una santa,
 Que el santo suspenda.
 ¿Qué agudo, qué bello!
 Qué gracia, qué ciencia!
 ¿Qué celo, qué amor!
 Qué venta, qué venta!
 Del púlpito abusos
 Desterrar intenta:
 Este fin buscaba;
 Otro fin encuentra.

Pero la impresion,
 Pero la cosecha,
 Cuando por *tirarla*
 Estaba en dos *prensas*.
 ¿Qué chasco, qué susto!
 Qué enfado, qué pena!
 Qué susto, qué droga!
 Qué manos, qué resmas!
 Todo el mundo es bandos,
 Todo diferencias;

Tontos y no tontos,
 Todos *gerundean*.
 De *impio* le tratan
 Personas diversas;
 Pero lo *salado*
 Ninguno le niega.
 A unos los pellizca,
 A otros apedrea,
 Rehosando cosas
 De los que le aprueban.

Al que una vez toma,
Dejar no quisiera;
Y el que deja, es risa
Ver como le deja.
Sobre los *dictados*
Se burla, se huelga,
Y á sus aprobantes
Les saca la lengua,
Pues no solo ponen
Cuantos hoy ostentan;
Sino cuasi, cuasi,
Todos los que esperan.
¿Qué burla! ¿Qué chasco!
¿Qué pulla! ¿Qué brega!
¿Qué premio! ¿Qué hallazgo!
¿Qué linda ocurrencia!
Nota los elogios
En obras diversas,
Sin ver que en la suya
De aplausos le llenan.
¿Qué cosa tan chusca!
¿Qué herir! ¿Qué agudeza!
¿Despreciar á los que
Le honran y aprecian!
Con los cerviguillos
Tiene mucha tema,
Sin ver que el ser *gordo*
Nunca fué *flaqueza*.
¿Qué golpe! ¿Qué tino!
¿Qué chiste, qué bafa!
¿Qué bien acogota!
¿Y cómo se empuera!
Parece mosquito
(Con ser mosca muerta),
Cojete en cogote,
Salta, pica y vuela.
¿Qué pronto! ¿Qué agudo!
¿Jesus, qué viveza!
Penetra pescuezos:
¿Miren si penetra!
Contiene su libro
Mil inconsecuencias:
Como es tan sutil,
En todo se cuele.
Satirico, y mucho,
Contra todos pega,
Contra todos gira
Y á todos desuella.
No falta quien case
(¿Qué boda tan bella!)
A su grosería
Con su reverencia.
Falto es de memoria,
Y así no se acuerda
Cuando era Gerundio:
No es nada lo que *era*.
En Pamplona dijo
Mas de una simpleza,
Que hasta hoy se la notan.
Que hasta hoy la motejan.
«¡Ojalá, Javier
(Dijo en esta fiesta),
»Por convertir almas,
»Tanto no supieras!
»¡Ojalá que no
»Anduvieras leguas
»A pié y á millares,
»Mejor me estuviera!
»Y no que me faltan
»Voces con que pueda
»Publicar tus glorias,
»Y tus excelencias.»
Este disparate
Incluye docenas,
Sin lo mal *sonante*,
De la consecuencia.
Pues por lucir él
Mejor su Minerva,

Quisiera que el Santo
No tan santo fuera.
Adelantó en Toro
Aun mas la materia;
Y esto hasta los niños
De Toro lo cuentan.
En el panegirico
Que á Kosca presenta,
Dijo nuestro padre
De aquesta manera:
«Junta de los santos
»La piedad inmensa,
»A la de mi Kosca
»Ni alcanza ni llega.»
¿Bravo desatino!
¿Valiente blasfemia!
Ni aun están los santos
Libres de su lengua.
«Si han de ser los santos
»Piadosos, es fuerza
»Que de Estanislao
»La piedad aprendan.»
Esto significa
Aquella demencia.
¿Y que no se afrente
El que á tanto afrenta!
Otra vez Pamplona
Oyó sus simplezas;
Mas él corrió aun antes
Que no lo corrieran.
«De Gandia duque
»Fué mi Borja. Adviertan,
»Tanto cielo ocupa
»Como tuvo tierras.»
Esto dijo; pero
Una viejezuela
Que lo estaba oyendo
Con la boca abierta,
Prorumpió: «A ese paso,
»Cielo no nos queda,
»Si ocupan los duques,
»Del cielo cien leguas.»
¿Qué cielo! ¿Qué pasmo!
¿Qué sal! ¿Qué pimiento!
¿Qué guerra! ¿Qué Hortensio!
¿Qué Gallo! ¿Qué Vieyra!
De estas *gerundiadas*
No pocas se cuentan;
Porque el padre mio
Tiene muchas de estas.
Tambien Salamanca
Bastante conserva,
Valladolid muchas,
Medina cincuenta.
Nota las limosnas,
Nota cómo ceban;
Pero no lo nota
Sin propia experiencia.
El dijo (esperando
Con la mano abierta):
«Esfuércense, hijos;
»Que es Dios el que premia
»De lo acostumbrado
»No importa que excedan;
»Y aunque importe, vaya;
»Que no importe, venga
»¿Garbo! ¿Qué arrauque!
Que frases! ¿Qué arengas!
¿Qué joiosidad!
¿Qué poca vergüenza!
¿Juzgarán que es chanza
Lo que aquí se cuenta?
Pues no soy amigo
De hablar de cabeza.
Todo es evidente,
Nada se pondera;
Por señas, que en Toro
Le avisé por señas.

Remeda cerquillos,
Cogullas remeda;
Y el Padre *Raton*
Tambien *ratonea*.
Al pulpito sube
Con grave presencia;
Y aunque afeitá á tantos,
Tambien él se afeita.
Lo que en otros eaza,
Eso en él es pesca;
El que lo haya oido
Sabrá esta evidencia.
Altera la voz,
Se encoge, se eleva,
Y luce el morles
Que del brazo cuelga.
Como es tan chiquito
Como es, sin que sea,
La nuez se le parte
Por *alzár cabeza*.
De mirar al cielo
Dicen que no cesa:
¿Oh chico de azogue,
¿Qué afectos afeitas!
Se encaja el bouete,
Se empuña, se esfuerza,
Se suena, se mete,
Y en fin *gerundeá*.
¿Qué olvido! ¿Qué culpa!
¿Qué falta! ¿Qué buena!
¿Qué ciego! ¿Qué torpe!
¿Jesus, qué demencia!
¿Que en otros un pelo
Viga le parezca,
Y que en él su viga
Por pelo la tenga!
¿Que trate de burlas
Cosas tan de véras!
Que se haga Quijote
De esta *Dulcinea*!
¿Que á Solís corrija,
Viendo la violencia
Que tiene mezclar
Sermon y comedia!
¿A Solís! Pues cuando
Desuoidos le viera,
No es digno de que
Isla los supliera.
A Solís el monstruo
Que no es, embelesa;
¿Y un Isla! ¿Y un Isla!
¿Ay Dios, qué inocencia!
¿Que de impropiedades
Lo acuse y lo hiera,
Quien tiene su libro
Tantas como letras!
¿Que quien por su estado,
Que quien por su esfera,
Ser modesto debe,
Hable sin modestia!
¿Qué virtud tendrá,
¿Qué oración, qué regla,
Quien dice disparos,
Quien habla indecencias?
Olvidada tiene
De Dios la presencia;
Porque de otro modo,
Con modo eseribiera.
El sorbo de vino,
Lo que hace á la quietá,
¿Qué tiene que ver
Con el fin que intenta?
Las dedicatorias,
Y así otras frioleras,
Pudiera tratarlas
Si eseribiera de ellas.
La voz *cu...* con puntos,
En los puntos muestra

Lo bien que dispara,
Y lo mal que acierta.
¿Y que un religioso
Tome esto en la lengua!
Mejor fuera al suyo
Darle tres docenas.
El disciplinante,
El beso á la perra,
Hará que lo flamen
Lo que no quisiera.
Lo abominan doctos
De aquellos que fueran
Padres de un concilio,
Si concilio hubiera.
De su mismo paño
Sabio hay que detesta
De él y de su libro.
¿Si hablara mi celda!
Aun *cundo* jurara
Porque me creyeran.
Miren que es el Marco
De buena conciencia.
En los carmelitas
El libro reprehuan,
El libro abominan,
El libro desprecian.
Los Perez, Basualdos,
Pugas y Pinedas,
Siguen á los otros,
Y no *gerundeán*.
Los Solís, Ibañez,
Frias y Riberas,
Publican lo mismo,
Lo mismo vocéan.
Pizarros, Velascos,
Agairres, Moredas,
Con otros iguales,
El libro blasfeman.
Jimenes, Hugartes,
Rodriguez, y... Cesa;
Mira, musa, que
Son muchas endechas.
Te metes con quien
No es bien que te metas;
Que dicen que rabia,
Y temo te muerda.
A todos reprende,
A todos gobierna,
A todos corrige,
A todos enseña.
¿Y que todos, todos
Camian á ciegas!
¿Que todos se engañan,
Que solo él acierta!
¿Que el Tribunal Santo
Su libro detenga,
Y que por él clame
Quien cristiano sea!
Los daños que causa
No bien se contemplan:
Presto lo dirán
Holanda y Ginebra,
Cuando en laminitas
A Gerundio vean
Luciendo la barba,
Arqueando las cejas.
¿Qué rabia, qué enfado!
¿Qué autor, qué destreza!
¿Qué burla, qué escarnio!
¿Qué estampas, qué jergas!
¿Oh Inquisición santa,
El daño remedia;
No dejes Lobones
Entre las ovejas!
¿Qué riesgo, qué engaño!
¿Qué reses, qué afrenta!
¿Can tiene Domingo,
Espante las fieras.

DECIMAS DE UN COCINERO DE CIERTA RELIGION, CONTRA FRAY GERUNDIO.

¿Qué libro ó qué diablo es este,
Que con su trompa ó hocina
Hasta en mi propia cocina
Ha introducido su peste?
El es preciso que infeste
Desde el mas grande al mas bajo :
Todos los frailes debajo
Del brazo lo traen ; me enoja
De verlo así, y si uno cojo,
Me ha de servir de estropajo.

Era una paz octaviana
Antes mi cocina ; y hoy,
Que salgan temiendo estoy
Los platos por la ventana ;
Que esta historia Gerundiana
En todos hace tal risa ,
Que aquí, aquí donde se guisa ,
Tan mal de él se habla en monton ,
Que temo empiece en cuestion ,
Y que se acabe en paliza.

A los doctos hace guerra ,
De lo que es mistico , risa ;
Predica puesto en camisa :
Por besar, besa una perra.
Su prólogo mucho encierra ,
Mucho su dedicatoria ,
Y en todo es cosa notoria ,

Y aseguran mas de dos ,
Busca la gloria de Dios ,
Y esto en camisa ; ¡qué gloria !
Sale uno y otro papel
Contra Isla ; ¡bravo dislate !
Si él se metió á botarate ,
¿Por qué se hace cuenta de él?
Si el docto y el cascabel
Saben de la Compañía
En general la osadía ,
Soberbia , avaricia , tren
Y ambición ; de un hijo ¿quién
Otra cosa esperaba ?

Cuando conocen que abarca
La infelicidad tambien ,
Que quita otro mundo en
Otro mundo , á su monarca :
Cuando soldados embarca ,
Amotinando la grey
Para hacerse un padre rey ,
Perdiendo al Rey el temor ,
Y á la ley ; no es mucho error
Que su hijo escriba sin ley.

Dicen reforma oradores
Este padre Don Bonete ;
Y cuando en esto se mete ,
Los pone como unas flores.

¿Adónde estamos, señores?
¿Entre cristianos se aguanta
Un Lohon que nos espanta ? ¡Hola ,
De Dios los órganos! ¡Hola ,
Si es que tiene el libro cola ,
A tanto mal, lumbré tanta !
Con desvergüenza provoca ,
Pues dice sin disimulo ,
Clarito dos veces *cu...*
¡Y esto Isla toma en la boca !
¡Oh qué ocurrencia tan loca !
¡Oh qué sal para el apodo !
¡Oh que escribir tan sin modo !
¡Oh autor de los delirantes !
Pero al fin los aporahantes
Quisieron pasar por todo.

Yo no entiendo nada ; pero
Oigo decir tanta cosa
De aquesta historia famosa
Y del Lohon carnícero ,
Que, aunque pobre cocinero
Y con algo de joroba ,
Capaz de dar una soba
Soy, al libro y su autor, si
Pillarlos pudiera aquí,
Pues tiene palo esta escuela.

MEMORIAL DE UN GERUNDIO CONVERSO

por la lectura del incomparable FRAY GERUNDIO, comun desengañador de predicadores vulgares, en que pide
se haga justicia seca en el tribunal de la misericordia.

OVILLEJO.

Señor, justicia seca :
Gerundio pene si Gerundio peca.
Pero, señor, cuidado y mas cuidado ;
Que hay quien de la virtud hace pecado.
Hay quien sin ser de nacimiento hebreo,
Se escandaliza aun mas que un fariseo.
El indicante aquí justo es se tome ;
Que el que se pica dicen que ajos come ;
Y á Fray Gerundio es cierto no mordieran ,
Si la especie del ajo no comieran .
El morderle con rabia y así á bulto ,
Suenan, señor, á especie de tumulto ;
Y si se ha de atender al *tolle, tolle*,
Caerá de la verdad la inmensa mole.

¿Quién se pondrá á alear malas costumbres
Si ha de sufrir tamañas pesadumbres ,
No mas que porque muchos ignorantes,
De dientes pasar quieren á trinchantes ?

El *Fray Gerundio*, por remediar males,
¿Hace mas que citar originales?
Lo que con proponerles él pretende
¿Es mas que evidenciar lo que reprende?
¿Es él el inventor tan mentecato ,
Que, hablando de la cama ó garahato ,
Persuade estar allí á los circunstantes
Las que son *circunstancias agravantes*?

Pero no me detengo ;
A esta comparacion gustoso vengo :
El que hace un ramillete delicado ,
No da sér á la flor, esto es sentado.

Del ramillete unidos los primores
Solo en el colocar están las flores,
Y aunque salga la flor ó mala ó buena ,
No le alaba ninguno ni condena.

Es *Fray Gerundio* mas que un ramillete
Que en el jardin de nuestra edad se mete ,
De la oratoria hoy tan celebrada

Por gente botarate y estragada ,
Y para que conozcan sus errores
Les muestra puas las que juzgan flores ?
¡Oh que lo hace con sátira y sainete !
Pues ese es el primor del ramillete.

La sátira fué siempre cosa usada
Contra cualquier costumbre inverteada
Que los santos y padres reinar veian ;
Y por Dios que con ella la extinguian.

Juvenal con las suyas fué infamito
Lo que logró, y jamas fué él en delito.

Laudable es de la sátira el oficio
Cuando se satiriza solo el vicio ;

¿Y solo *Fray Gerundio* no procura
(En aquello que cabe) con blandura ,
Y con recios clamores,

Quitar la peste de los oradores?
¿Comete un crimen y un atroz delito
Porque esa misma peste ha alzado el grito?

Cualquier vicio ó pecado en que se encalla ,

¿Publica el pecador? Antes lo calla :

Si en un *Soto* le cogen en fragante ,
Bórrese el *Soto-Marne*, y adelante ;
Que si ello impreso al publico fué dado ,
El reimprimirlo aquí es chico pecado.

¿Válgate Dios por suspension tan rara !

¿Si otra vez volverá á sacar la cara ?

¡Ah pobre Gerundillo !

Que te tienen colgado del cerquillo ;
Para verte en el paso que ahora abrazas ,
Mejor no haber nacido era en Campazas.

¿Por dónde, di, trabajo tal te vino ?

¿Predicador te ahogan sabatino ?

Mas ya tu enfermedad he conocido :
Por decir la verdad te han suspendido ;
Que vamos alcanzando unas edades ,
Que es delito decir hoy las verdades.
¡Oh infelice de ti ! Y ¡oh desdichado ,
Que la virtud hacer quieren pecado !

¿Donde está mi Gerundio, adónde para?

Su lección á ningún precio era cara:

O bien estés en pena, ó bien en gloria,

No borrarán los frailes tu memoria.

En fin, ¿por qué te ocultas y te escondes?

¿A un Gerundio con verso no respondes?

¿Quién oculto y suspenso así te tiene?

De los frailes recelo el mal te viene.

¡Tú, que volabas ántes, ya no corres!

Mira bien por tu gloria, no la borres;

Que hay quien habló de ti con tal decoro,

Que te quiso imprimir con letras de oro.

Tú, que triunfante á tu primer avance

De aquellos hombres de primer alcance,

A quien en tu lectura anochece,

Y en la misma tal vez amanecía,

¿En dónde estás? ¿Adónde te escondiste?

¿Por ventura en tu oriente anoheciste?

¿Mas, para qué pregunto, si he sabido

Quien, pero no el por qué, te ha detenido?

Por falsas delaciones (¡golpe inmenso!)

Me acaban de decir que estás suspenso.

¡Oh qué golpe! De acierto grande fuera

Si á los frailes Gerundios suspendiera.

Para sanar la enfermedad, no es medio

Detenerle al enfermo su remedio.

¡El Gerundio á sanar va tanto abuso!

Peor quedaría el enfermo sin su uso.

En fin el pobre se halla con la carcoma

De que, porque intentó poner reforma

En la ignorancia, orgullo y mil errores

En que hay incursos mil predicadores,

Mil cuentos, y millares de millares

En aldeas, ciudades y lugares,

Le acumulan al pobre mil excesos

(Temo no se los roan, aunque vivo).

Todo al fin (si se halla en él motivo)

De quemarlo en estatua ó papelote;

Al ménos la mitad, pues él al trote

Y á reserva de lo que sucediera,

La mitad de su cuerpo dejó fuera.

¡Asombroso prodigio será, cierto,

Verle andar medio vivo y medio muerto!

Pero en fin, acabemos:

¿Dónde á nuestro Gerundio encontraremos?

Si está en el Rey ó está en la Inquisición,

Ya se sabe en España que hay chiton;

Mas si á este tiempo, entre sus enemigos

Está, siendo ellos jueces y testigos,

Juntos, no tanto para examinarlo,

Sino todos acordes á arruinarlo,

Y ántes de verlo, en Dios y en su conciencia

Le han echado ya el fallo y la sentencia:

¡Ay de mí! Qué dolor! ¡Ay, hijo mío!

Llorando estoy, aunque parece río.

Aquel que, cual oráculo, escuchado

En sus sermones era, y tan buscado

Fué en varias poblaciones,

Que en las mayordomías y funciones

Se hallaba siempre á autorizar los bailes,

Ahora está recogido y entre frailes.

Aquel que poco ántes

La *plática de los disciplinantes*

Al número fraileasco dió por panta,

Con voluntad seneilla, simple y eauta,

Hoy lo miraremos preso en cepo y grillos

Por los mismos cerquillos

De quien corrector fué: ¡mortal estrago!

¡Escarmienten del mundo! ¡Este es su pago!

¡Oh qué mole caerá de pesadumbres

En sus costillas, mas que en sus costumbres!

Y él, viendo el reformador lo que le euesta,

Podrá decir despues (si sale de esta),

Y no afirmar nada *contra mentem*,

Mollis estatem reformare gentem.

Yo aquí le considero

Que todos le traerán al retortero;

Y por mas que él resiste,

Cada fraile de su hábito lo viste.

Fíngesele contrario á su pandilla,

Despójale de túnica y capilla,

Y á purísimo azote,

Como un guante le ponen el capote;

Y cuando vivo así le crucifican,

Dicen que su doctrina califican;

Añadiendo: Bergante,

Indigno del honor de mendicante,

¿Cómo antiguas costumbres tan guardadas

Y entre sagrados claustros encerradas,

Sin reservar á los del noviciado

(En fin ladrón casero), las revelado?

¿A qué vino decir mi satisfecho

La tortilla que el otro hizo en el pecho?

¿A qué nuestros capítulos nombraste?

¿A qué nuestras pandillas publicaste?

¿A qué el que son predicadores diestros

Aquellos que no son para maestros?

¿A qué fin vino el descubrir la hilaza

Y sacar nuestras cosas á la plaza?

¿Qué te aprovecha ahora tu gracejo?

¿Cribas hemos de hacer de tu pellejo!

Tales son de tu libro los delitos,

Que no hay para él hastantes sambenitos.

¡Oh qué de buenos libros hay peores,

Y no hay para ellos calificadores!

Exclamó Fray Gerundio con sosiego,

Y con el mismo así prosiguió luego:

¿Culpais el que en romance yo publico

Vuestras cosas secretas? Pues replico:

¿No salió un libro, y baile,

Que de San Agustín su autor fué fraile,

Formando general una visita,

En la que fiel medita,

Con claras expresiones,

Las cosas que ve en las religiones,

Y con pulso feliz pinta (es bien ande)

Desde la mas pequeña á la mas grande?

¿No relata en su tono

(Y está en el arte mono)

Cuanto entre frailes y entre monjas pasa?

Pues este bien fué ladrón de casa;

Y en verdad toca cosas de un calibre

Que no dice mi libro, aunque es tan libre.

Aquel impreso corre á trote inmenso:

¿Pues cómo no elamais que sea suspenso?

Aquí sin duda hay coeo,

Y es que mirais de dónde cuelga el moco.

Qué soy yo quien publica las pandillas?

¿Hay quien ignore en todas las Castillas,

Que los maestros (cuando son mejores)

Nunca se aplican á predicadores?

El predicador entre ellos reputado

Fué siempre como especie de pecado;

Y de esto que yo digo

Cada uno de ellos me será testigo;

Porque el fraile que no es de *tantum ergo*,

Sabe decir, pues yo *ad pulpitem pergo*.

Y si acierta á tener su vozarrona,

Gestos de mico ó mona,

Y usa de pinturillas nada fieles,

O por dicha son buenos los papeles

Que heredó al principiár esta carrera,

Será muy afamado donde quiera,

Aunque descubra en todos sus sermones

Su ignorancia con mil garrapatones.

Esto no he sido yo quien lo publico;

Ellos se lo publican por su pico;

Pues en sacar á plaza vuestras cosas

¿Soy el primero acaso? ¿O vergonzosas

Aventuras de aquellos que el agosto

A los lugares á coger el mosto

Van por los superiores destinados;

Y por lograr vivir mas bien logrados,

Cuentan en corro á hermanos, y aun á hermanas,

Las cosas de *extra-canas* ó *intra-canas*?

Si esto es notorio, público y sabido,

¿En qué mi pobre libro ha delinquido?

Esto dijo Gerundio en voz sonora.

Yo prosigo ahora:

Yo, señor, uno fui de los Gerundios,

Y de predicador tuve precundios,

Quiero decir, juguetes, donecillos,

A manera de cuando á los ebiquillos,

Les ponen delantal sobre el baquero,

Su mano de tejón y su moquero;
Y confieso que esta obra consumada,
De raíz me quitó toda la niñada;
Que el que este libro lea
(Como pasión en contra no posea),
Es preciso que se haga, sin dislate,
Grande predicador, de grande orate;
Repárese si acaso es sedicioso,
O si es contra el estado religioso;
Si es útil, ó si quemar se debe;
Que como á votos esto se compruebe,
Saldra con entereza;
Que á sentencia salimos por cabeza.
Aunque el consonante juega á veces;
Es el ruido, señor, mas que las nueces;
Pues el *Eloi*, *Eloi* de ciertos dias

Tambien dijeron que sonaba á *Ellas*,
Los hombres doctos y condecorados
Y en la lengua hebraica muy versados.
Con que, atender tal vez al sonsonete,
No es de tal disonancia (aunque es juguete)
Que en caso, aunque tan serio, necesario.
No tuviese lugar en el calvario.
Sobre todo, señor, si es que contiene
Voz digna de censura, que lo pene:
Solo desea (si se le condena)
Se le dé por lo ménos muerte buena:
Esto suplico á enjutos lacrimales;
Mas si estuvo Gerundio á los piés reales,
Y allí logró atencion, ya de esta suerte
No temerá condenacion ni muerte.

NOTICIOSO FRAY GERUNDIO

de que le busca su autor, le participa su paradero, como tambien los trabajos que ha pasado, y repetidos tiros de la envidia que ha sufrido, tomando el hilo del ovilloje antecedente.— (*Del Padre Isla.*)

Yo, pobre Gerundio,
Que soy tan desgraciado desde chico
De un padre al llanto cierto,
Que ignora si estoy vivo ó si estoy muerto,
De dar consuelo trato,
Y el cabo del ovillo así desato.
Yo, Gerundio al principio,
Mas quisiera haber sido participio
Viendo cuán mal me cuadre
Un tal padre tener en un tal padre;
Que si otro padre fuera,
Persecucion tamaño no sufriera:
Yo pues, mi padre amado,
Despues que, por mirarme adelantado,
A la corte me enviaste
Y á tus amigos me recomendaste,
En ella fui bien visto
Y aplausos por tu gracia me conquisto.
No me dejan un punto,
Siendo de los discretos digno asunto:
No quedó gabinete,
Sala, celda, aposento ni retrete,
Que fuese reservado
A mi nombre recién engerandiado.
Los doctos y eruditos
Daban por verme pasos infinitos;
Pero á muy pocos dias
(Aquí comienzan las desgracias mías),
A pocos dias digo,
Contra mí, cual comun fiero enemigo,
Se levantó tal gresca,
Ciego y torpe motin de la fraileasca,
Que con mil repelones,
Bofetadas, mordiscos, pescozones,
Con rabia infinitiva
Gerundio me formaron de pasiva.
Hubo quien cierto dia
En lugar de decir Ave-Maria
En cierto sermoncillo,
A Gerundio agarró por el cerquillo,
Y... Mas vamos callando;
Que este pobre ya la está pagando.
Otros con rabia en popa
Me tiraban del pelo de la ropa;
Y alguno en cierta parte
Los Gerundios juró borrar del arte.
Todo su encono ha estado
En que yo tan chiquito haya enfrailado;
¿Que es enfrailar? decian
Cuando mas entre manos me tenian.
¿Fraile un pobre petate,
Quijote de oradores botarate?
¿Fraile este monigote
Que toda la fraileasca sube á un zote?
Pero esta santa gente

Encarnizada en mí, pobre inocente,
No miraba en sus llares
Los Gerundios con Fray á centenares.
En otros apercibo
Desafectos á mi padre putativo,
Juzgándole protervo
Porque la piel del lobo vistió el cuervo;
Así entre mil afaes
Lobo y cuervo me siguen como canes.
Otros con mucho ceño,
Extraño me juzgaban por isleño,
Declarando en sus juicios
Que en el reino no tengo beneficios.
Pero ya tiros crueles
A disparar me empiezan con papeles;
Y aunque nada acertados,
Se contentan con ser muy disparados.
Uno escuché, y al punto
De dónde vino el tiro me barrunto;
Pues conocí en el eco,
Que es disparado de cierto chuchumeco,
Critico chirimia
(Por poco no le nombra mi porfia).
Este, pues, duende triste
Tambien de fraile se reviste.
Y aunque *Amador* se nombra,
De la Verdad, no tiene ni aun la sombra,
Pues fuera caso fiero
Que la verdad cubriera á un embustero.
Y se hace mas extraño
Que tomando los frailes á mi daño,
Que fraile yo me nombre,
Pues solo presentan á este semi-hombre.
Otro apuntó á mi vida,
Cuya pólvora y *marca* es conocida;
Porque por aquel *Marco*
Conoci las endechas y su chasco;
Aunque este dió muy léjos;
Que alcanzan poco ya los tiros viejos,
Y el que llegase al colmo,
En él fuera pedir peras al olmo.
Pero el tiro mas fuerte
Que me amenaza horrores de la muerte,
Es otro que se aforra
En diez pliegos de letra ó mucha borra:
Este si que me asesta
Y que me tira á la tetilla y testa:
Este si que en sus razas,
Apunta á cuerpo entero con barbazas:
Este si que á sermones
Tuyos, padre, corrige en los barbones;
Y fuera tiro cierto
Si no me hubiera hallado tan cubierto
Con el morrion luciente
Que me pusiste, padre, tan prudente:

Este si se maquina
 (Si ando un poco, aclaro ya esta mina);
 Este si que me avanza,
 Y al morrion quiere dar bote de lanza;
 Este si que, letrado,
 Conservando en su pecho desalmado
 Las reglas del derecho,
 Da veneno el veneno de su pecho.
 Pero poco advertido
 Del derecho lucido,
 En seña desmedida
 Acuerda reglas, y la suya olvida.
 Yo no sé qué se escarba
 Ni por qué así se tira de la barba;
 Pero sin leva ó quinta
 Ya nos dice que queda *barba* en cinta.
 Déjeme al pobreillo
 Que le veo ponerse ya amarillo.
 Y si algun poco escarbas,
 Cabe que le quite mas de diez barbas.
 Descargas diferentes
 De necio he sufrido, impertinentes;
 Pero no me han herido,
 Porque el morrion está bien metido,
 Y ya me han avisado
 Que los tiros se habrán desbaratado.
 En este asunto hasta los brutos casi
 Han metido su hocico: Benegasi,
 Aquel botaraton, y aquel menguado
 Coplero de los ciegos disparado;

Aquel que en algun dia, aunque me ladre,
 Un plato de gazolia dió mi padre,
 Para que allí comiese,
 Porque de hambre pensó que se muriese,
 Salíó con modo reto,
 Y disparó su cox en un soneto.
 Doña Mónica encaja muy veloces
 En su soneto mas de treinta coces.
 El cocinero (bravo mentecato)
 Solo en el *cu...* se mete de barato;
 Y en fin, oh padre, ya estoy encerrado,
 Pero en toda memoria retratado.
 Y pues que la mitad del cuerpo mio
 La teneis reservada, en vos coullo
 Que la saqueis de modo que á los frailes
 En sus casas, en púlpitos y en bailes
 Los ataque y los muela; mas de modo
 Que de ellos quede libre, y diga todo.
 No falta quien espera
 El verme proseguir en mi carrera,
 Y que de sabatino
 Seré predicador ultramarino.
 Así tambien lo espero,
 Porque está en buenas manos el pandero.
 Mi justicia no es poca,
 Cada uno llevará lo que le toca.
 En fin, amado padre,
 En la corte me estoy: la envidia ladre;
 Y si lo pide el caso,
 Estimaré noticias sin atraso.

DECIMAS DEL PADRE ISLA.

1.^a

Aunque por diversos modos
 La emulacion obre ya,
 Mi Gerundio impreso está
 En la memoria de todos.
 No se librarán de apodos
 Los truhanes habladores,
 Charlatanes decidores;
 Y mucho mejor obrara
 La Inquisicion, si mandara
 Recoger predicadores.

2.^a

¡Que es ver subir á un bufon
 Con cerquillo y con capilla,
 Y con una seguidilla
 Dar principio á su sermon!
 ¡Y ha de haber Inquisicion
 Que esto consienta y permita,
 Aunque sea un carmelita,
 Y prohiba á dos por tres,
 De mision ó de entremes,
 Un sermon hermafrodita!

3.^a

Pues ¿qué dirémos del que
 Con sacrilega osadia
 Nos persuade una herejía
 Como artículo de fe?
 Tampoco sabrá el porqué,
 Ni Dios quiso ni dispuso.
 Solo porque así esta en uso,
 En vez de milagro en ella,
 Y es tal vez una novela
 Que aquel Gerundio compuso.

4.^a

¿Y qué es á otros oír trincar
 Sagrados textos sin tino,
 Siendo un puro desatino
 Su modo de acomodar?
 Si algun santo han de elogiar,
 Todo es por comparaciones,
 Y necias desproporciones
 Con que sobre Dios le elevan;
 ¡Y que sobre estos no lleuvan
 Las corozas á montones!

5.^a

Tan severo tribunal
 Fuera mejor que celara
 Que del carro no tirara
 Tanto grosero animal.
 Hombre justo, leon real,
 Aguila de agudo pico,
 Y buey grave: no replico;
 Que así el profeta lo vió;
 ¿Mas qué va que no se halló
 Entre los cuatro un borrico?

6.^a

Recoja, sabio, advertido,
 El tribunal de la Fe,
 Gerundios que andan á pié
 Y hacen daño conocido.
 No preste piadoso oído
 A tanto Gerundio orate,
 Y de persuadirse trate
 Que las quejas aparenta,
 Porque le falta la renta
 Del tabaco y chocolate.

7.^a

Vea en qué Gerundio peca;
 Reconozca sus lecciones,
 Y encontrará á borbotones
 Los Gerundios á la greca.
 Su doctrina (que no es seca)
 A ellos apunta y dispara;
 Y será cosa bien rara
 Que al que reprende costumbres,
 Le dén estas pesadumbres,
 Y quede el mal en la cara.

8.^a

Últimamente, quisiera
 Que el bando opuesto se aunara,
 Y conmigo disputara,
 Que mi Gerundio corriera.
 Esto en nada extraño fuera;
 Que en sus bocas y sus manos
 Materiales soberanos
 En todo el bando tendria,
 Pues cada *quisque* argüiria
 (Cierto) como Gerundianos.

9.^a

Por fin y por postre, en ese
 Mi Gerundio habrá salida,
 Pues saldrá su media Vida,
 Aunque á los Gerundios pese.
 ¡Oh Santo Tribunal! Cese
 Dar oído á tanto, aunque late,
 Monton loco y botarate,
 O bien se pique ó se encune;
 Que mi Gerundio lo pone
 Como debe, á todo orate.

SEGUIDILLAS

que aseguran ser de un novicio de la compañía de Jesús.

Esto yo no sé cómo
Hacerse pudo,
Que al Gerundio han quitado,
No á los Gerundios.

Aquel que diestramente
A estos corrige,
Lo han detenido; y á estos
Los dejan libres.

Todas estas confusiones
Han persuadido
Que al Gerundio detestan
Gerundios mismos.

El salió retozando
Como buen fraile,
Y los frailes retozan
Para quemarle.

Pinta muchos pecados
De los cerquillos,
Y por eso castigan
Al pobre niño.

Lobon corre á los lobos
De la oratoria,
Y ellos van á una santa
Que los socorra.

Ellos mismos descubren
Ser mentecatos;

Si no te pican, calla,
Con dos mil diablos.
¡Pero callar! Es droga:

No era esta mala,
Picándoles Gerundio

Donde se rascan.

Abultan que hay blasfemias,
Que hay herejías;
¡Que inocencia! Y son ellos
Por quien se pintan.

Contra las religiones,
Contra la Iglesia,
Dicen que es el Gerundio;
Y ellos lo engendran.

El Lobon que allí pinta,
Si los pillara,
En la fuerza del *ergo*
El los *aistlara*.

Ya se ve, no costaba
Trabajo mucho;
Porque ellos son del *ergo*
Bravos Gerundios.

Prediquense disparos;
Porque eso es droga;
Recojase el Gerundio;
Que es lo que importa.

Todos hasta aquí estamos
No conocidos;
Pero el Gerundio dice
Lo que hemos dicho.

Destá manera aclara
Nuestros rebuznos,
Y nos dirán mañana
Lindos Gerundios:
Quiere nos fatiguemos
Para oradores,

Cuando vemos predica
Cualquiera pobre.

Quiere que seamos todos,
En este obcio,
Teólogos, y hoy le ejerce
Cualquiera bicho.

Quiere que se predique
Sin circunstancias,
Y que queden perdidas
Nuestras ganancias.

En el pulpito quiere
Hombres tan serios,
Que no se aparten nada
Del Evangelio.

Las pullas y los chistes
(Que es nuestra India)
Quiere que se destierren:
¡Es cosa linda!

¡Todo esto el autor quiere!
Brava carcoma;
Y dirá que no es justo
Que se recoja.

Mas no sientas, Gerundio;
Verte suspenso;
Que á bien que por milagro
No estás entero.

No se te dé cuidado;
Que tú correrás:
Hay mas mundos, y entónces
Ellos lo verán.

CARTAS DE JUAN DE LA ENCINA,

CONTRA UN LIBRO

que escribió Don José de Carmona, cirujano de la ciudad de Segovia,
intitulado *Método racional de curar sabañones*.

CARTA PRIMERA.

De un amigo á otro.

Muy señor mío: Pecador soy, y muy grande; pero no tanto (á mi pobre juicio), que merezca la espantosa penitencia que vuestra merced me impone, enviándome el librete del Licenciado Carmona. Recibíle con tres actos de contrición, que apliqué por tres personas: el primero por mí, el segundo por vuestra merced, y el tercero por el triste Licenciado. Pésame de haberle pedido, pésame de que vuestra merced me le hubiese enviado, y me pesa mucho mas de que el Licenciado Carmona hubiese emporcado los moldes y su buen nombre con esta rara obrilla. Confieso (y digo con reflexion, que lo *confieso*, porque lo tengo por gravísimo pecado) que consentí en la maldita tentacion de leerla, luego que la vi pregonada en la *Gaceta*: no soy médico ni cirujano, ya vuestra merced lo sabe; mis letras son tan escasas y tan abultadas, como vuestra merced no ignora; con todo eso, tengo un género de inclinacion á todas las facultades, muy parecida á aquel linaje de devocion zonga que suelen tener algunos casadazos de muchos hijos, á todas las religiones. En fuerza de esta inclinacion, sea buena ó sea mala, en teniendo noticia de algun librete nuevo, me alampo por leerle; pero las mas de las veces me sucede lo que á los calenturientos de fiebre aguda y ardiente: están rabiando por beber, y si alguno de los circunstantes con piadosa crueldad se rinde á sus instancias ó á su porfía, al experimentar los perniciosos efectos de su antojo, rabian mas por haber bebido, y dan al diablo la caridad del que condescendió con ellos.

Resistióse vuestra merced á la primera, segunda, tercera y cuarta instancia que le hice para que me comunicase el *Método racional*, porque sabía muy bien lo que yo pedía y lo que vuestra merced me negaba; pero al fin rindióse á la quinta, y condescendiendo con mi perverso gusto, hizo añicos el quinto mandamiento, matándome de medio á medio. Dios se lo perdone, y yo se lo perdono, para que Dios nos perdone nuestros pecados. Mándame vuestra merced (esta es otra) que lea todo el libro, y que le lea despacio, pasando despues á su noticia los reparos que sobre él se me ofrecieren. Señor mío, esto de brindarme con una taza de bebida nociva, sobre amarga, y precisarme á que la beba toda á sorbos, es inhumanidad aforrada en tiranía; pero, ha-

ciéndome cargo de que mas merece mi curiosidad mal escarmentada, y de que la amistad de vuestra merced constante y de buena ley merece tambien mucho mas, aceto el precepto como orden y como penitencia. Iré leyendo, iré notando, y tambien escribiendo lo que leyere y notare. Vuelvo á suponer que no soy de la profesion, y con todo eso (mire vuestra merced qué rara osadia) me atrevo á poner en pié algunos reparillos que no parezcan mal á los mismos profesores. Verdad es (porque todo se ha de decir) que no es animosidad todo lo que reluce; y es el caso que son tan garrafales los desenidos del Licenciado Carmona, dentro y fuera de los términos facultativos, que al tropezar en ellos, ni prueba ingenio, ni arguye inteligencia, ni convence atrevimiento ó descaro; lo que convence ó lo que prueba, vuestra merced lo dirá miétras yo doy un refregon á las manos y vuelvo á enristrar la pluma para escupir mis reparos.

Y sea el primero: ¿A qué fin, ó por qué motivo sale al teatro del mundo, y no ménos que de molde, el Licenciado Carmona, con tufos de escritor y con sus polvillos de hombre de letras? El dice que por volver por su honor, que supone ajado; y trae luego aquel textecillo del Eclesiástico, mas ajado que su honor: *Habe curam de bono nomine*. Lo cierto es, que esta es la primera cura que todos deberiamos emprender; y para hacerla con acierto, todos tenemos en nuestra mano el remedio. No se puede negar que tambien acertó con ella el Licenciado Carmona, y con grandísima felicidad; porque, si su nombre era bueno ántes de dar á luz esta obrilla, despues que la parió, no solo convienen todos en dar por bueno á su nombre, sino en confesarle á él por hombre bonísimo y santísimo, de aquellos que en nuestra expresion vulgar se caen á pedazos. ¿Pero no nos dirá el Licenciado Carmona quién fué el malsin y descomulgado follon que tuvo avilantez para alterar la salud ó la sanidad de su nombre? El echa la culpa al doctor Don Alonso Ruiz, y á Manuel de Medina, médico; aquel, titular de la ciudad de Segovia; y este, cirujano de primera lectura en la misma ciudad: conózcoles á entrambos, aun mas por las señas del alma, que por las facciones del semblante. Cónstame por buenos informes y noticias muy seguras, que ambos son maestrazos en sus facultades respectivas, y que entrambos podieran graduarse en la facultad de atentos, modestos, cortesanos y templados; si se dieran borlas á los que sobre-

salen en este género de ciencias, desde luego apuesto una peluca blonda (para que en caso de perder, tenga siquiera el Licenciado Carmona una muda de peluca) á que ninguno de los dos, fuera del ardor natural de la controversia, en el ejercicio actual de las consultas se descompuso en la menor expresion que fuese lijamente denigrativa del «buen nombre y honor» del Licenciado Carmona. Pero finjamos (ya que el Señor Licenciado nos abre el campo para fingir) que algunos de ellos, ó entrambos, en alguna conversacion particular se descuidasen en decir (y no sería grandísimo pecadazo) que no veneraban los dictámenes de Carmona como los aforismos de Hipócrates, por esta razon, por la otra y por aquella: este tizne venial se quedaba arrinconado en un corrillo, y olvidado en la noticia ó en el desprecio de cuatro. Ninguno lo supiera si el Señor Licenciado no nos lo revelara: con que, en suma, él mismo nos descubrió su caca, por ocultarla, y se repitió el casico curioso de aquella dama púdica que, sorprendida de repente por su galan, en la postura de cierta natural evacuacion, queriendo afectar que estaba sentada, se sentó de véras y muy de plano sobre la mala cosa: el moznelo, que era bellaco y algo arriscado de narices, conoció al punto la manla, y asiéndola blandamente del brazo, la levantó, diciéndola con ternura picaresca:

¿Para qué es encubrir la cosí-cosa,
Si así te ensucias mas, querida Rosa?

Valga la verdad: el Licenciado Carmona tenia fieros pujos de escritor; reventaba por verse de molde y hacer patentes los terribles dictados de «cirujano latino de la real familia, de obras y bosques, titular de Segovia», con su bocado de *Don* y el saborete de *Licenciado*. Parecióle que en un siglo tan fecundo de escritores, en que es desdichada la madre que no tiene un hijo que imprima, él tambien podía meterse entre la bulla y hacer ruido con su poco de folleto: pues sin mas ni mas finge agravios, sueña desprecios, enarbola la pluma, borrajea dislates, dalos á la prensa, y cádate que ya me soy el autor Carmona, quieran ó no quieran. Pnes vaya un cuentecito: cierto frances de buen humor quiso hacer burla de muchos mentecatos que imprimian cuanto se les antojaba, y dió á luz un librete cargado de bagatelas: sintiéronlo mucho sus amigos, y uno de ellos le preguntó á que fin habia publicado una obra que tanto le desacreditaba. «Para que mis nietos (respondió el monsiur con mucha flema) puedan decir cuando me citen: Monsiur mi abuelo el autor.» ¿Pnes no ve vuestra merced, replicó el amigo, que para merecer ese decoroso título no basta cualquiera obra? «Señor mío (le respondió con gran frescura el monsiur), en unos tiempos en que se estilan obispos sin obispado, marqueses sin marquesado y condes sin condado, tambien se pueden estilar autores sin libros.»

Llama el Licenciado Carmona á su librete *Método racional*: supongo que este es mote, y que le puso este nombre por antífrasis, así como llamamos pelones á los que no tienen pelo;

Y llamamos rabones á los mulos
Cuando no tienen rabos en los cu...

Todo lo malo se halla en el tal librete, excepto lo racional y lo metódico, que de ello nada tiene, ni malo ni bueno: el método es puramente práctico, sin mezcla de especulativo; prescribe reglas para curar, sin pararse

en definir; no se detiene en averiguar qué es sabañon, qué es morbo, qué es flemon, qué es úlcera; supone sabidas estas definiciones, y enseña el modo de curar los accidentes de esta ú de aquella manera. En todos los doce capítulos de que se compone el librete armoniano, excepto el último, ninguno tiene ni aun el arranque de práctico ú de metódico. El primero dice qué se ha de entender por el morbo mas cruel. El segundo trata del sabañon y de sus diferencias. El tercero explica el flemon y otras zarandajas. El cuarto habla de algunas cosas que se han de considerar en la transmutacion. El quinto refiere lo que pasó en la consulta con el Doctor Ruiz. El sexto y séptimo examinan si el aceite de nieve y el comun son repercutivos. El octavo, nono y décimo cuentan lo que pasó en la consulta con el cirujano acompañado. El undécimo busca la causa de las calenturas que acometieron á la niña enferma. Ahora bien (preguntaría yo al señor Licenciado Carmona si le tuviera presente), díganos vuestra merced en puridad, ¿en todos estos once capítulos se descubre siquiera alguna cosa que huela á método, práctica y gobierno con que se ha de curar, no digo yo un sabañon complicado con el morbo mas cruel, pero ni aun la picadura de una mosca, complicada con el beso taimado de algun piojo? Ciertamente, sin querer, se me viene á la memoria la manía de aquel loco que andaba pregonando por las calles de Sevilla: «Cualquiera persona que quisiera saber cómo se cata un melon, acuda al tío Anton.» Llegaban los muchachos, y le preguntaban: Tío Anton, ¿cómo se cata el melon? ¿Cómo? (respondía el loco en tono muy magistral) Sabiendo el credo y los artículos de la fe.»

Pero arrimémonos ya (si á vuestra merced le place) á espulgar mas de cerca las inmundicias de este libro. Dedícale á la ciudad de Segovia, á quien llama madre á boca llena, y la pierde el respeto tratándola de vos, como hijo mal criado y á usanza de la serranía. Llama á su dedicatoria sacrificio y ofrenda; pero en el ayuntamiento se la dió otro nombre de peor significado; porque unos la trataron de atrevimiento, otros de descaro, algunos la llamaron picardía; pero los mas templados y ménos maliciosos se contentaron con darla el nombre de sandez y bobería; y á mi ver, estos últimos se arriaron mucho á la razon, aunque los primeros tampoco se alejaron de ella. En toda la tal dedicatoria, á fuer de «cirujano latino», está regolando latinidad, hasta en las mismas cláusulas castellanas: al agna del bautismo la llama *lavacro*, y por poco no la llamó *unda baptismal*, *frigida*, *sacra*, *lavatorio mundificante*; á la vil canalla de la morisma la trata de «ingente peste de los moros», y al noble ayuntamiento de Segovia le califica de «alto empóreo», figurándose sin duda un ayuntamiento de cal y canto y chapiteles, muy parecido al otro simple labrador, que aseguraba haber visto al concilio de Trento en un caballo blanco, y que iba en su compañía el parlamento de Paris, con una capa de lamparilla. Hacia el fin de la dedicatoria le tentó el diablo de trasladar unos versos que trae Colmenares en su *Historia de Segovia*, y como es cirujano latino en romance, y romancista en latin, en renglon y medio encaja dos barbarismos y un solecismo espantoso; defectos irremisibles en quien á todo trance rabia porque le luzca lo latino. Escribe así, copiando unos exámetros de Guillermo Petit:

*Dicitur, et celebri sublima Segovia culta.
Splendicat á longis laribus, pínacula scandum.*

Donde el *sublima* y el *splendicat* son dos terminillos llamantes, nunca vistos ni oídos en todo el país de la latinidad, pero recientemente fundidos por el señor cirujano latino, con licencia que para ello le dió el Rey en el título que presentó á la ciudad, « en que su Majestad le confirió el grado de licenciado; » y aquel *scandum* es un tremendo solecismo, que va trepando por los pínáculos de Segovia, aunque le cueste algo el subir, por su mucha pesadez; y de camino observe vuestra merced una erudición recóndita, negada hasta aquí á la noticia de todos, y solo concedida á la del sagacísimo Carmona. Sepa vuestra merced que el Rey, no solo hace corregidores, alcaldes y oidores, sino también bachilleres, licenciados y doctores; y si á Carmona se le pone en la cabeza, también le ha de dar autoridad para ordenar presbíteros, diáconos, subdiáconos, acólitos y exorcistas, y no ha de parar hasta hacer á Felipe V tan papa como el rey Jorge; pero de esto y de otras mil pobreza de la dedicatoria, yo no echo toda la culpa al Licenciado Carmona: ¿quiere vuestra merced saber por qué? Por lo que dijo un poeta moderno en este hemistiquio bribonesco, de una décima zumbona:

Si el papel de una tragedia
Es malo (según Heredia),
No tiene la culpa aquel
Que representa el papel,
Sino el que hizo la comedia.

Vamos á los aprobantes, que son seis no ménos, y todos seis, por vida de Júpiter tonante, bellísimas criaturas y cortesanzas hasta dejarlo de sobra; pero quisiera saber quién fué el que dió comision á tantos hombres honrados para la censura. Don Francisco de Murga, que es el primero y debe ser hombre de véras, confiesa con ingenuidad, que la « ocasion fué quien le permitió leer el librete » del señor latino, y á la *ocasion* la trata de *señoría*, cuando al fin de la aprobacion dice: « Es mi parecer que vuestra señoría, etc. » ¡Ira de Dios, y de qué alto coturno deben de ser las « ocasiones próximas » de Don Francisco de Murga! Pero todo se le perdona por la caritativa admonicion fraterna con que previene al licenciado latino « la madurez y respeto que los cirujanos han de tener á los señores médicos ».

El segundo aprobante, Don José de Nieva, hace una censura con arranques de sermon: introdúcese á ella con su bocado de texto, plantándola por becoquin dos versos latinos, y comienza diciendo « que es la razon la que rige » la obrilla del Licenciado latino: lo cierto es, que si el aprobante no la buscaba alguna ayuda, ella andaba muy mal *regida*, particularmente estando tan amostazada con los digestivos, que tanto contribuyen al buen régimen. Asegura que el buen cirujano ha de ser buen médico, trayendo un textecillo de Ibonis, que así lo dijo en su *Práctica quirúrgica*, que soltó (como si fuera cuesco) por el mundo; y ve aquí que el amigo Nieva graniza pullas en su aprobacion contra el Licenciado Carmona; porque si ha de ser buen médico el que quiere ser buen cirujano, el que no es cirujano ni médico, ¿qué será?

Al reverendísimo Robles, cándido premostratense, se le pueden perdonar sus descuidos, porque escribió mandado, y al cabo es religioso agradecido. Verdad es

que su reverendísima no vió ni aun el zaguan de la obra carmoniana; porque si le hubiera visto, ¿cómo podía afirmar con tanta serenidad de conciencia, que el autor no ofende en ella aun al mayor antagonista, sino que aquel la mire con ojos *nebulosos*? Por cierto que si el reverendo padre Maestro, injerto en canónigo, se hubiera dignado poner sus ojos (aquí venia de perlas el adjetivillo *nebulosos*) en el prólogo del Licenciado, á los primeros renglones hallaría su merced reverendísima, que trata al Doctor Ruiz de falso calumniador, hombre de intencion dañada, con un si es no es de ofuscado, embutido en tenebricoso. Y toda esta carga cerrada de favorazos cortesanos se la encaja en cuatro rengloncitos, que apuesto yo á que no hay en toda España ingenio tan superior, que en tan escasas líneas se atreva á zurcir tantas y tan agudas desvergüenzas. Oiga vuestra merced, para su mayor consuelo y edificacion, las donosuras de la clausulilla cortesana: « Animoso con la luz de estas palabras, quise desterrar las tinieblas en que ofuscado vive aquel que falsamente me calumnió, ó con intencion dañada censuró la curacion racional; » y luego nos dice el tal padre Fray Canónigo, que en toda la obra carmoniana no hay cosa que ofenda aun al mayor antagonista. Cierto que su paternidad tiene cosas atroces: pues oiga, por Dios, un cuento: Habia en Rozas un Labrador taimado, de una lengua viperina, ó (lo que todo es uno, si acaso no es algo mas) de una lengua carmoniana: dió querella contra él un vecino suyo llamado el tío Bodega, quejándose de que le habia maltratado gravemente de palabra. Llamó el Alcalde al Labrador, y estando presente el tío Bodega, le preguntó si era así que habia injuriado á aquel hombre con palabras ofensivas: á que respondió el Labrador, hecho un energúmeno y dado todo á Carmona, en lugar de á todos los diablos: Señor Alcalde juro á Dios y á esta cruz, y á estos santos evangelios (esto dijo poniendo las manos en un libro de *Don Quijote* que por casualidad estaba sobre una mesa), que todo es una grandísima mentira, y que ahora y siempre he tratado con muchísimo respeto á este grandísimo cabron, judío, cornudo y ladrónazo del tío Bodega, y si no, su merced séame testigo. Sea el Alcalde el padre Maestro, sea el Labrador el Licenciado Carmona, y mas que apliquen el papel de Anton Bodega al señor Doctor Ruiz.

Quien me da mas lástima entre todos los aprobantes, es el licenciado Don José Pradillo. A este pobre es cargo de conciencia hacerle mal; porque una de dos: ó el señor Don José degüella su propia doctrina con esta aprobacion, ó su merced no leyó un librito curioso, intitulado *Cirugía triunfante*, que se publicó el año de 1723, compuesto, segun dice la frente, por el mismo Don José Pradillo. En varias partes de este libro, que por vida de Apolo esta bien escrito, enseña el Señor Pradillo (como observaré en mejor ocasion) el uso de los lechinos y de los digestivos en los casos de la enracion que dió motivo á la controversia, y con todo eso, el Licenciado Carmona, en la curacion y en la obra, se emperrió contra los digestivos y los lechinos, desterrándoles todos al remoto país de la posibilidad, sin permitirles casi domicilio seguro en los términos de la existencia: pues si el licenciado Pradillo hubiera leído esto en Pradillo y en Carmona, ¿cómo era posible que desperdiciase tantos elogios en la doctrina de Carmona, opuesta, punto

ménos que diametralmente, á la doctrina de Pradillo! Ciertamente con estas cosas da motivo el señor Don José á que se remachen en su opinion aquellos picarones que, con poco temor de Dios, aseguraban, cuando salió la *Cirugía triunfante*, que el Licenciado Pradillo en esta obra no era mas que cabeza de fierro: agravio atroz contra la cabeza del señor Don José, á quien tengo yo por cabeza sana y tan de carne y hueso como todas las demas, sin hacer caso de hablillas de maliciosos, melidos á hurones racionales y munitores de la fama de hombre de bien.

El doctor Don Antonio Fernandez de Lozoya dice su sentir con juicio, y no se mete en honduras; por eso merece que se le trate con atencion; y no lo merece ménos el doctor Don José Jimenez, siquiera porque nos repite aquel adagio comun: *Nulla fatuitas sine auctore*; que quiere decir (para que lo entienda el Licenciado Carmona) que no hay necesidad que no tenga quien la apadrine. La verdad de este aforismo político ya logró nuevo experimento en la obra carmoniana, cuyas boberías por lo ménos están bien pertrechadas en el escudo de su autor: lo que no se pudiera tolerar, si por otra parte no se supiera que no lo hizo con mala intencion, es que á los que no siguieron el dictámen de Carmona, los llama zóilos á boca llena; pero sábase ya que no lo hizo á mal hacer, y que solo fué por encajar unos verscecitos de Marcial que tenia á la vista, donde leyó esta palabra *zóilo*, sin pararse mucho en hacerla las pruebas de su origen ni en averiguar lo que significaba: semejante al otro loco que llamaba *ditirambos* á los zapatos, por haber oido en una ocasion la palabra ditirambos. Llegóse una vez á un zapatero, y le dijo que si le queria calzar unos ditirambos. El maestro, que debia estar mal humorado y aprendió que hacia burla de él, metió al loco en la oficina, y desenvainando el tirapié, descargó sobre sus costillas una espesa lluvia de latigazos, repitiéndole á cada golpe: ¿Quieres titirambos? Pues toma titirambos.

Gracias á Dios que acabamos de zarandear, aunque muy por mayor, los granzones de la dedicatoria y censuras del *Método racional*. Detúveme en esto mas de lo que pensé y de lo que quisiera, y con todo eso todavía se me quedan entre los dedos otros muchos reparillos no ménos curiosos, que omito en gracia de la brevedad, y por la gana que tengo de ir, como dicen, á las inmediatas, al Señor Licenciadillo.

Dos gorras planta al figuron de su librete: á una la llama *prólogo*, y á la otra *proemio*: mucho fué que no hubiese añadido otra tercera con el título de *introduccion*, y otra cuarta con el nombre de *advertencia*, y otra quinta con el dictado de *preludio*, y otra sexta con el sobrescrito pomposo de *prolegómenon*; que, aunque este terminillo no venia al caso, era sin embargo muy á propósito para acreditarse de cirujano griego-latino, entre los parroquianos del arrabal. El primer prólogo maldita la cosa dice, salvo aquellas lindezas cortesanas con que trata al Doctor Ruiz de «embustero, calumniador, nebuloso, hombre de intencion dañada». Verdad es que esto lo escribe «sin faltar á la veneracion que debe tener al Doctor Ruiz y al compañero cirujano; porque no es de su genio herir á ningun profesor, aun con la ocasion que permite la Apología» (*Carmon.*, pág. 7). Ira de Dios, y si como es atento, modesto y cortesano

el genio de Carmona, fuera esgrimidor y algo atufado, ¡qué tal quedaria de esta vez el pellejo del doctor y el cutis del cirujano! Apuesto yo á que de la piel de entrambos se pudieran hacer catorce mil salvaderas para enjugar los borrones del *Método racional*.

¿Y le parecerá á vuestra merced que se me escapó sin notar aquella donosísima proposicion del Licenciado Carmona, en el mismo prólogo, en que asegura «que la desconcertada furia es efecto de la voraz melancolía asada»? ¡Mas va que ni el Doctor Ruiz ni el cirujano Medina ni todo el proto-medicato junto, aunque se asocie la regia sociedad médico-química, sabian hasta ahora tan importante noticia! Hasta aquí todo el género humano miraba con ceño á la melancolía, ya fuese frita ó ya *asada*, por sus perniciosos efectos; pero este ha sido un vano espantajo, cuyo desengaño debemos al Licenciado Carmona. Sepa vuestra merced, y sepa el mundo todo, que no es nociva la guisada ni la cocida ni la estrellada, ni mucho ménos la melancolía en escabeche. La melancolía que únicamente hace muchísimo daño á la salud, es la *asada* (ita *Carmon. Mét. Rac. Prolog.* 4, § 3, *lin. mihi*, 17); y así, por tan alto señor ruego encarecidamente á vuestra merced, que cuando se haya de melancolizar, prevenga en la cocina de los hipocondrios que no le *asen* la melancolía; sino que se la dén pasada por agua ó estofada en una cazuelita. Tampoco hay inconveniente en que los viérnes y témporas del año tome vuestra merced la melancolía con aceite y vinagre. Pero dejando chanzonetas, dígame vuestra merced en puridad, ¿ha oido por ventura, ó leido jamas en toda su vida, sandez de este tamaño? Semejante expresion de cazuelas y asadores, ¿cabia, no digo yo en la propiedad de un «cirujano latino licenciado por el Rey»; pero ni en la bazofia natural del cocinero de los mínimos? Es imposible que el pobre diablo de Carmona no ande cargado con todo el ajuar de una espetera, para sazonar el cocimiento de sus humores: para cocer el bilioso, traerá prevencion de cazos; para *asar* el melancólico, abundancia de asadores; para freir el colérico, copia de sartenes; y para escabechar el flemático ó flemoso, no le faltará recado. Y ve aquí vuestra merced que ahora entiendo yo una coplilla que hasta ahora no entendia, y la leí años há en un papelete alegre:

En el faro de Mesina
Se hallaron en un rincon
Los trastos de la cocina,
Que traia Salomon
Colgados de la pretina.

Porque ya se ve que un rey tan sabio y tan poderoso como Salomon, no habia de traer colgados los cachivaches de una cocina, si no fueran necesarios para *asar* la melancolía ó para cocer la flemma ó para espumar la cólera, de que suelen abundar aun los reyes mas templados.

En el segundo prólogo, á quien puso el apellido de *proemio*, hace á su modo la relacion de la enfermedad y cura de la niña. Dice que la salieron en los piés unos tumorcillos que vulgarmente denominan sabañones, con una úlcera en el *carpo* de cada uno. Así leia yo, y pareciéndome á los principios que sería equivocacion mia por la prisa que me daba en engullir cuanto ántes la obra de Carmona, aunque fuese con riesgo de atragan-

tarme, por el principio general, « el mal trago pasarle luego, » me reparé un tantico, tomé un polvo, y volví á repasar la lección con mayor sosiego: segunda vez lei *carpo*, y aun todavía no me resolví á echar la culpa de este crasísimo error al Licenciado. Parecióme que podía ser descuido del impresor, poniendo *carpo* en lugar de *tarso*. Examiné la fe de erratas, y como ni aun allí encontré el arrepentimiento de este enorme pecado anatómico, confieso á vuestra merced ingenuamente que se me escapó todo género de duda, y que consentí en que el Licenciado Carmona lo había cometido. Es verdad que (como soy un tantico escrupuloso) no me persuadí á que el cirujano latino le había cometido por malicia, sino por pura ignorancia. ¿ *Carpo* en los piés? decía yo á mi jubón (porque capote no le tengo): es imposible que si á Carmona se le pone en la cabeza, no coloque otro día el cráneo en la panza, los hipocondrios en las orejas, y la pupila en medio del enves. ¡ Si vuestra merced viera qué carcajadas tan sueltas daba al oír esto un muchachuelo muy chulo que mantengo yo en mi casa, y es pretendiente de albéitar! Cierto que era de ver la gresca y la grita que traía el pícaro del rapaz. Díjome, empujando la risa como pudo: Señor, ¿ sabe su merced lo que yo pienso? Pues tengo para mí que á ese cirujano Carmona se le debe de haber hecho una grande « úlcera en el carpo de la calva », y que por allí evaporó todo el meollo.

Prosigue el buen Carmona en su relacion y curioso romance, y dice que, habiéndose aplicado á la niña el aceite de nieve, « se experimentó una total transmutacion del humor de los sabañones y úlceras al vientre. » Note vuestra merced esto para juntarlo con lo que despues niega y reniega, es á saber, que fuese accidental la calentura que resultó á la enferma. Supone primero la transmutacion de los humores á la parte del vientre: confiesa que hasta que se hizo esta transmutacion no se suscitó la fiebre; y con todo eso, erre que erre en que la calentura era esencial á las úlceras y á los sabañones. Hermano Carmona, le diria yo, todo aquello que es ó signe á la esencia de las cosas, va inseparablemente tras de ellas, como la sombra tras del cuerpo, la luz junto al sol, y Carmona compañero perenne de su mula. Luego si la calentura era esencial á los sabañones y á las úlceras, en habiendo úlceras y en habiendo sabañones, habria indefectiblemente calentura. Vuestra merced confiesa que hubo úlceras y hubo sabañones, y que con todo eso no hubo calentura hasta la transmutacion del humor contenido al vientre: luego la calentura que resultó no fué esencial, sino muy accidental, como efecto, no de las úlceras ni de los sabañones, sino de la perversa retirada y maligna transmutacion. Consulte el Licenciado Carmona este argumentillo con el Padre Lector, su acompañado, y á fe de hombre de bien que su paternidad muy reverente le desengañe y le haga conocer su eficacia concluyente.

Mientras tanto quiero yo cerrar mi armería hasta otra carta, en que espulgaré los seis primeros capítulos del *Método racional*, y diré á vuestra merced mis ofrecimientos. Vuestra merced no deje de acudir á la estafeta; porque estaré fijamente á mi palabra; y si ocurriere por allá algo de nuevo con el motivo de esta mi primera carta, espero aviso pronto para hacerme cargo de ello en la segunda. No mas por ahora, sino que vuestra merced

añada por ataharle en el fróntis del *Método racional*, esa decimilla que fabricó el barbero de este pueblo:

El *Método racional*

Y lo que en él se contiene,
De racional solo tiene
Lo que tiene de animal.
De la familia real,
De obras, bosques y sus frutos,
Son del autor atributos;
Con que el señor bachiller
Cirujano viene á ser
De piedras, troncos y brutos.

Guarde Dios á vuestra merced, y le prospere como le ruego cada día. Fresnal del Palo á 6 de julio de 1732. Besa la mano de vuestra merced su adherido.—*Juan de la Encina*.

CARTA II.

De un amigo á otro.

Muy señor mio: ¿ Con que mi primera carta hizo tanta riza, y anda en las manos de todos? Alégrome en cuanto hombre; y que á la verdad yo no la escribí para que vuestra merced la archivase ni para que la metiese monja en las madres descalzas. Díceme vuestra merced que todo el mundo se aporrea para acertar con el autor; que unos me hacen fraile, otros teatino, y ninguno presume que yo sea Don Alfonso Ruiz ó el cirujano Medina. Los primeros mienten, los segundos deliran, y solo aciertan los terceros; porque ni Don Alfonso ni Medina tienen tanta enemistad con su crédito y su honor, que se hayan de humillar á medir sus sabias fuerzas con los pinicos del Licenciado Carmona. Si esto hicieran, merecerian que el real proto-medicato los desnudase de los títulos de hábiles, y que, puestos en cueros de toda buena razon, los expusiesen á los silbos truhanescos y al desprecio de los hombres de juicio. Ahora bien: yo soy hombre honrado, y no quiero que por mí padezcan famas ajenas, ni gusto de que se desperdicien juicios temerarios, con despudio del tiempo y opresion de las conciencias timoratas. Mascarilla fuera, y salga á lucirlo mi caraza en su figura original. Sepan todos, como lo sabe vuestra merced, que cinco años há entré á servir á mi amo el señor doctor Don Alfonso Ruiz, por paje de caballero y por platicante de la mula, ántes que su merced se echase la gala del caballo, cuya espalda dicen que ahora oprime con extraña gallardía. En las conversaciones largas y tiradas que tuvo la mula de mi amo, á las puertas de las casas y de los conventos, con otras caballerías mayores, médicas y cirujanas, que tambien solian concurrir á las mismas puertas, aprendí algunos principios médicos y quirúrgicos, y á mi parecer los que bastaban para entender á fondo (en caso que le tuviera) todo lo que escribe el *cirujano latino*; porque ha de saber vuestra merced que yo logro la singular habilidad de entender perfectamente el lenguaje de las bestias, y aun por eso penetro sin mucha dificultad todo lo que dice el Licenciado Carmona. A pocos meses de cursar en esta escuela, me hallé (gracias á mi ingenio pronto y vivo) con bastante provision de doctrina para pretender la plaza de albéitar titular de la villa de Fresnal del Palo, la que conseguí con mi buena maña, sin mas brazos que mis créditos. Aquí me llegó la noticia del libro de Carmona; y al oír que el tal librete se habia compuesto ó se habia desbaratado contra mi amo

y señor, entre curioso y mohino, porque me amostazó infinito la osadía, se le pedí á vuestra merced; enviémele, leíle al principio con enfado, al medio con desprecio, y al cabo con carcajada suelta y repiqueo universal de quijadas y de encias. Así pues, señor mío, vuestra merced desengañe á todo el género humano; que no hay inconveniente diga mi nombre, especifique mis señas, y como no me haga «cirujano de obras y hosques» (porque esta puede ser pulla), ni quiera llamarme *Carmona*, apellido que me ofende por la alusión á «cara de mona», mas que me llame Perico de los Palotes ó Juan de la Encina. En todo caso, sepa todo el mundo que soy criado de buena ley, y que ya que mi señor no puede salir con decencia á reñir en esta lid por la notoria desigualdad de fuerzas y de personas, estoy yo aquí, que me acuerdo del pan que comí en su casa, y todavía tienen vigor los colmillos para algunas tarascadas. Esto supuesto, vamos tras del capítulo 1.

Redúcese todo él á querer persuadir que la «calentura es el morbo mas cruel». Mire vuestra merced por vida suya qué noticia esta tan necesaria para observarla un *método racional* y *gobierno quirúrgico* en la cura de sabañones, como si no hubiera inmensa diferencia entre saber qué es calentura, y saber despues curarla, segun lo que cantó ó lo que gimió aquel desterrado plañidor:

*Non eadem ratio est scire et demere morbos;
Sensus inest cunctis tollitur arte malum.*

A fin de probar su extraño asunto, planta por montera al capítulo este texto de Hipócrates, en sus *Prenociones*: *Ulcus autem, sive prius factum fuerit, sive in morbo accesserit, considerare oportet*. Y no nos dirá el Licenciado Carmona, ¿á qué viene este texto para convencer aquel aserto? ¿Quién, sino Carmona, de este antecedente que contiene formalmente las palabras de Hipócrates: «Conviene considerar la úlcera, ya proceda ó ya siga á la calentura», ha inferido esta consecuencia: luego la calentura es el morbo mas cruel? Ciertamente, si esta lógica zorrera comienza á tener valimiento, cualquiera podrá sacar ilaciones de capricho, figurándose á su antojo cualquier inconexo antecedente. Vayan un par de ellas por verbi-gracia: «Conviene saber latin, ya sea ántes ó ya sea despues de manifestar el hipo de cirujano latino: luego el hipo de latino es el morbo mas cruel que abraza las entrañas del Licenciado Carmona. Conviene entender prácticamente qué cosa es ser racional, ántes de sacar á la vergüenza un triste libro con el título de *Método racional*: luego la poca vergüenza, el descaro y la osadía son el morbo mas cruel que inflama los ijares del cirujano latino.» La verdad sea dicha, que el Licenciado Carmona solo trajo el texto de Hipócrates porque estaba en latin, mas no porque viniese á propósito; como aquel otro predicador ignorante que ponderaba el sumo desconuelo de María al pié de la cruz, y volviéndose de repente á un auditorio de patanes que le escuchaban, exclamó diciendo: Oid en este asunto una visisima expresion de San Juan Crisóstomo; y sin mas ni mas les encajó aquel manoseado verso de Virgilio:

Tiñre, tu patulae recubans sub tegmine fagi;

con lo cual lloraban aquellos salvajes que era una bendición.

No es de ménos calibre otro texto que cita de Pedro Foresto, para dar á la calentura la primacia de la cruel-

dad entre todos los morbos. Dice este autor, lo primero, que la calentura es enfermedad: *Quod febris ipsa morbus sit*. Lo segundo, que es enfermedad muy frecuente, y muchas veces muy aguda (excepto las calenturas de Carmona, que siempre las consiñe romas y embotadas): *Frequentissimus, saepe et acutus*. Dice, lo tercero, que si no es aguda, por lo ménos tiene grande conexon con casi todos los morbos agudos; á la manera que Carmona por natural simpatía consiñe estrecha amistad con casi todos los entendimientos zopencos: *Vel acuti propè omnibus connexus*. Dice, en fin, lo cuarto, que la calentura no pocas veces nos pone en gravísimo peligro de la vida: *A quo maximum vitae periculum raro non impendit*; y cátele aquí, segun la anti-lógica del Licenciado, que la calentura es el morbo mas cruel. Pues venga acá, señor latino, el síncope, la apoplejía, la epilepsia, ¿no son enfermedades? No son muy frecuentes? No son agudas, no solo *saepe*, sino *semper*? No están complicadas con otros mil accidentes fatalísimos? No entran siempre con espada en mano, sin dar cuartel casi nunca á ninguna vida que acometen? Pues ¿por qué no las pondrá por lo ménos en igual grado de crueldad con la calentura, y mas cuando esta, por el contrario, muchas veces está tan léjos de ser cruel, que ántes es benigna; tan distante de ser nociva, que ántes es provechosa; conviniendo todos los autores médicos, que no le Carmona (que son los buenos), en que en tales y tales casos se debe acariciar, entreteñer y fomentar la calentura? ¡Y con todo eso, por sentencia definitiva del Licenciado Carmona, se falla que toda fiebre *indiscriminatin*, á red barredera y sin excepcion, es el morbo mas cruel! Sentencia injusta, si la hubo jamas, para la cual no quiero creer que le diese su voto el señor abogado que dicen tuvo Carmona por asesor en la composicion de su libro. Pero si el abogado apadrinó esta notable sentencia, desde luego digo que tiene dictámenes zainos con su puntita de bizcos. En todo caso debo prevenir que si alguno tuviere alguna rabieta contra el Licenciado Carmona, nunca le desee calentura ni fiebre por lijera que sea; porque esto sería deseable el «morbo mas cruel», y pecaría gravemente contra la caridad. Para desahogar con algun aliento cristiano el amostazamiento, bastará deseale algun síncope ó alguna apoplejía, morbos veniales en sentir del Licenciado, que se curan con un poco de agua bendita.

Tambien es muy despreciable la razon que alega para esforzar su proposicion. Dice que es la calentura el morbo mas «feroz, porque daña sensiblemente todas las acciones»; y haciendo reseña de todas, cuenta solamente la «animal, vital y natural, sin hacer caso de la racional». Si Carmona hablara precisamente de sus acciones propias, ninguno extrañaria que entre ellas no hiciese algun lugar á las racionales; porque se tiene por cierto que hasta ahora ningun morbo se las ha dañado ni se las puede dañar, si es verdad lo que dijo un poeton del siglo pasado:

*Que no hay fuerza ó poder en lo visible
Para herir á lo que es puro posible.*

Pero hablando de las acciones de los demas hombres, no se le puede perdonar que hubiese omitido las racionales, á las cuales tambien dañan, alteran, suspenden, y aun destruyen, otros accidentes que no son calenturas, verbi-gracia, los apopléticos, los epiléticos, y los insul-

tos ó movimientos repentinos de la sangre hácia la parte superior de la cabeza. Estos morbos y otros innumerables dañan tanto ó mas que la calentura, todas las acciones del hombre, incluidas las racionales : luego por esta razon han de ser dichos morbos por lo ménos tan *crueles* y tan *feroces* como las señoras fiebres, las cuales estarán justamente resentidas de la injuria que las hace el Licenciado latino, tratándolas á boca llena de *mas crueles* que todos los demas morbos, y levantándolas á vista de todo el mundo este cruel testimonio.

El epígrafe del capítulo 2 tiene su harto de númen y algunos arranques de aria : dice así : *Del sabañon : de su diferencia y curacion* ; como si dijéramos : *De Carmona : de su peluca y de su cara de mona* ; concurrencia de consonantes molesta, importuna y digna de evitarse en toda prosa bien nacida, siendo muy reparable que al corrector de la obra carmoniana se le hubiese escapado esta falta de lenguaje, salvo que al sabio corrector le pareciese que era mucha obra eso de enmendar todos los descuidos del librete, acordándose quizá de lo que escribió cierto corrector bellaco :

*Saepe piget? Quid enim dubitem tibi vera fateri?
Corrigere, et longi ferre laboris onus.*

Dícenos el Señor Licenciado que el sabañon se llamó en latin *pernio*, á *pernicië membri* : si nos hubiera dicho que á *pernicië pernae*, por el estrago que hace en la pierna, ya se alejaria ménos de la verdad, aunque ni por eso se acercaria mucho á ella ; pero á *pernicië membri*, ó está fuera de sí, ó el *Diablo cojuelo* se lo dijo. Señor latino, ¿ vuestra merced no ve que si esa etimología es verdadera, se infiere necesariamente que la apostema externa es sabañon, que el divieso es sabañon, que el lobanillo es sabañon, que los flemones son especie de sabañon, y que, en fin, es sabañon toda úlcera, llaga ó tumor que se levante en enalquiera parte del cuerpo, porque siempre se verificará que es á *pernicië membri*, opresion, daño ó pernicië del miembro que le padece ? ¿ Y qué mas se inferirá de aquí? Inferirás que el Licenciado Carmona tiene sabañones en las piernas, sabañones en las costillas, sabañones en la calva, y solo no los tiene en el cacohetes, porque cacohetes no le tiene. Inferirás, en fin, que todo él es un sabañon « hinchado, ulcerado y pruriginoso », que causa *pernicië* á todos los miembros de la medicina y cirugía, *fluyendo* por la lengua y por la pluma un « sanies icoroso, acre y rodente », con visible « prurito y comezon » de hombre latino.

Lo que en conciencia tampoco se le puede disimular es, que señalando las causas mediatas del sabañon, y colocando en primer lugar al frio externo, diga con grandísima satisfaccion « que este irrita las partes, y por el dolor causa disposicion inflamatoria. ¡ Ahí es decir que es un grano de anís la explicacioneilla! ¡ Pobre hombre! Si todo dolor de las partes irritadas causa disposicion inflamatoria, como sea verdad que todo se ocasiona de la irritacion de las partes, necesariamente se ha de inferir que todo dolor dispone para la inflamacion ; con que el dolor de cabeza será *prólogo* á la lynchazon de los cascos, y el dolor de tripas será *proemio* á la inflamacion del vientre ; y lo que es mas, el mismo dolor que muchas veces ocasiona la supuracion de la parte inflamada, será *preludio* para otra nueva inflamacion. ¿ No ve el triste Licenciado los absurdos tan abultados que se siguen de su exquisita filosofia ? Mas dejémosle pasar esta venia-

lidad ; que no es razon detenernos en todas las menudencias. Lo que no quiero consentirle es, que levante al frio externo el falsísimo testimonio de que *irrita* las partes. Si el frio del ambiente fuera de la misma especie que el frio ó la frialdad del Licenciado Carmona, bien creyera yo que irritaria, no solo á las partes, sino á todos los todos ; pero el frio exterior, señor latino, no irrita : lo que hace es condensar la sangre en la parte, y embarazarla que cirente por su viscosidad, opresion y pesadez : con que detenida en aquel paraje, levanta el tumor que llamamos sabañon, y de esta detencion extraña resulta la fermentacion violenta que ocasiona el dolor.

Dice su merced, página 19, que, aunque algunos menosprecian el sabañon, « él le tiene mucho respeto. » Gracias á Dios que dimos con una cosa á quien tenga respeto el Licenciado Carmona. Yo sé que si el Doctor Ruiz y el cirujano Medina se hubieran convertido en sabañones, de otra manera muy diferente les hubiera tratado el señor latino. Pero, dejando chanzonetas, es bien cierto que le sobran á Carmona muchos motivos para tener mucho respeto y fiero miedo á los sabañones, si se obstina en curarlos, como pretendió curar el sabañon de la niña, esto es, intentando cerrar la úlcera con la snavidad de un parche. Siguiendo este *Método racional y gobierno quirúrgico*, desde luego apuesto á que los sabañones en manos de Carmona hacen mas estrago en los pacientes, que la artillería en los moros de Oran ; y se podrá decir del Licenciado, lo que muchos años há se dijo de un famoso cirujano llamado Cabrejas, insigne matador de sanos :

Murió Juana de un dolor
Tan venial, como de muelas :
¿ Te admiras ? Pues no te admires ;
Porque la curó Cabrejas.

Si el cirujano latino se quiere desahogar de una gran porcion de miedo á los sabañones, déjese de parchecitos, y aplique á las úlceras licores minerales, y algunas veces corrosivos, que destruyen y absorben todos los ácidos fermentativos y sales acrimoniales ; y en caso de que el daño haya tocado en los artejos de los dedos, produciendo caries, inmediatamente separe la parte infecta, haciendo amputacion. De esta manera podrá tratar con alguna mayor llaneza y confianza á los *chimetones*, y no ponerse en el estrecho de publicar su miseria, siéndolo sin duda grande que un « cirujano latino de la familia real de obras y bosques, con su *Don* por delante y licenciado por el Rey », confiese sin rubor que « tiene gran respeto y mucho miedo á un sabañon ». Vaya vuestra merced viendo, para que se atrevan á liar de la pericia del señor latino la cura de una gangrena ó el desempeño feliz de una corrupcion de hueso, cuando él mismo asegura que un sabañon le hace estremecer. Por cierto que se me viene á la memoria la extravagante fanfarronada del otro soldado, que solia decir frecuentemente que mas temia á una pulga que á una bala. Y preguntándole por qué, respondia con gran sorna : « Señor mío, mi miedo es allaja mia y no de vuestra merced ; con que yo puedo hacer de él lo que quisiere y aplicarle adonde se me antojare. » Vamos al tercer capítulo ; porque en este ya no hay mas que forraje de recetas inútiles, follaje y engaño de bobos.

Habla de flemon, absceso propio y úlcera ; pero ha-

bla por boca de ganso; porque casi todo lo que escribe en este capítulo, lo trasladó del sabio Doctor Suarez de Ribera, en su *Cirugia metódica*, libro 2, tratado 1, capítulo, 1, como lo verá el que tuviere paciencia y flemá para hacer el cotejo. Verdad es que el cirujano Carmona halló modo de hacer suya la doctrina de este docto médico, echándola á perder por mal entendida y peor practicada; y verificando lo que dijo el picaron de Marcial, del otro ladronzuelo plagario que le habia hurtado unas coplas, y despues las vendia por suyas con alguna variacion:

Hoc opus est nostrum, etc.

Sed malè cum recitas, incipit esse tuum.

Quiere decir, porque sería gran lástima que no lo entendiese bien el Licenciado latino:

De Dorila y de Marcial
Es esta famosa obrilla;
Bien escrita de Marcial,
Mal copiada de Dorila.

El Doctor Ribera, en su *Cirugia metódica* y en todas sus demas obras, muchas y grandes, dice mil cosas admirables, que si caen en manos de Carmona ó del *Diablo cojuelo*, que todo es uno (el latino ya me entiende), se las puede tener compasion; porque no las ha de conocer despues ni aun el mismo Ribera que las parió. Vaya un ejemplito: dice el Doctor Ribera en el capítulo y tratado que tiene tanto y tan mal leído el cirujano Carmona, «que el tener el flemón natural scirroso ó erisipelatoso, consiste en la mayor ó menor coagulacion de la sangre.» Pues sin mas ni mas, y á Dios te la depare buena, planta en su libro el sapientísimo latino, «que las tres diferencias de flemón edematoso, erisipelatoso y scirroso... consiste en la mayor ó menor obstruccion y coagulacion de la sangre.» Añade esta palabra *estancacion*, haciéndola una misma con la obstruccion y la coagulacion, siendo así que no va en ellas ménos diferencia que de la causa al efecto, del calor al fuego, y de la rudeza á Carmona, que se distinguen solamente *penes producentem et productum*. Señor Licenciado, la sangre y todos los demas líquidos se estancan porque se obstruyen y coagulan, así como en vuestra merced está esencialmente *estancada* la ignorancia porque padece conaturales *obstruccion*es el sindéresis, sin haber purgante capaz de *descoagularle* para hacerle *fluir* siquiera una proposicion científica. ¿Y quién le dijo al Licenciado lo que asegura en la página 32 del mismo capítulo 3, «que la inflamacion que ocupa las partes, así membranosas como glandulosas, en nuestro idioma se llama flemón?» La que se apodera de las membranas glandulosas, pase; pero la que llega á poner su maligno pié en la region de los músculos, ni en castellano, ni en latin, ni en griego, ni en arábigo, ha tenido jamas el nombre de flemón, hasta que se le antojó imponérsele al nuevo Adán de la cirugía, José de Carmona. Cuando la inflamacion toca en los músculos, ya es enfermedad de mayor bulto, porque tiene raíces mas profundas y merece ser tratada con «tanto miedo y respeto» como trata el latino al sabañón. Así lo dice, y bien, el Doctor Ribera, donde tambien lo leyó el Licenciado; pero debió de leerlo con «ojos nebulosos», y cuando llegó á trasladarlo, echólo todo á perder con una sola palabrita que se le antojó añadir de su desatinado pegujar.

Algo le debió de remorder la conciencia en la página 39, conociendo la extraordinaria virtud que tiene su

bodoquera, de corromper cuanto copia con tanta fidelidad. Y así se resolvió á no poner nada de suyo en una receta que trae para evacuar los humores conjuntos al flemón. Trasládola, aunque él lo calla como un perro, del tomo 2 de la *Cirugia triunfante*, de Don José Pradillo, ó de su apoderatario, que yo no quiero quitar á nadie lo que fuere suyo. Mas por no hacer nada bueno nuestro Licenciado, ¿qué le parece á vuestra merced que hizo? El autor de la *Cirugia triunfante*, cualquiera que sea, en la página 99 y 100 del segundo tomo, trae dos recetas para hacer esta evacuacion. Leyólas ambas el señor latino; y por no trasladar alguna de ellas al pié de la letra, hizo de las dos un revoltito diabólico, y plantóle por receta propia á la buena dicha ó á la ventura; y no solo hizo esta mistion armónica, sino que alteró de camino la dosis, quitando y añadiendo á buen ojo. Por ejemplo: donde Pradillo receta de azúcar de plomo dos dracmas, él no pone mas que una y media; y porque Pradillo señala de vino alcanforado cuatro onzas, Carmona le añade un par de onzas mas, recetando seis; y para esta arbitrariedad de adelantar números segun su capricho, no puede tener mas razon el señor latino que la que tuvo el otro licenciado que estaba leyendo una carta en presencia de sus compañeros de posada. Escribíale el padre cómo le habian sacado una gruesa multa por no sé qué enentecillo, y que le hacia mucha falta este dinero, «no teniendo mas que doscientos ducados de renta,» y esto se lo ponía por número. El licenciado, que se avergonzaba de confesar la pobreza de su casa, en lugar de *doscientos*, leyó *dos mil ducados*. Otro bribon, compañero suyo, le estaba leyendo la carta por las espaldas, y le dijo con disimulo: «Mire vuestra merced, señor Don Juan, que ahí no dice mas que doscientos. Vuestra merced tiene razon (le respondió el de la carta); pero es que á mi padre se le olvidó un cero.»

En la página 45, capítulo 4, da por principio á un párrafo con esta ponderosa cláusula: «Padezca nuestra enferma unos sabañones en los piés, pasion propia no solo á los adolescentes, sino tambien á los niños, que con frecuencia los padecen.» ¿Ha visto vuestra merced retórica mas bien manejada ni gradacion mas oportuna? Hasta aquí todos teniamos entendido que la gradacion se hacia de lo mas frecuente á lo mas raro y que así salía la ponderacion ó la expresion segun las formas; pero el nuevo orador (por poco no dije orate) Don José Carmona nos enseña la regla contraria: de manera que, segun ella, en adelante todos hemos de decir: «No solo yerran los sabios, sino, lo que es mas, los ignorantes. No solo dormita tal vez Homero, pero hasta el mismo Carmona.» Y en fin, segun esta notable expresion del Licenciado, ya no tiene chiste aquella aplaudida copla de Solís:

No ha visto Europa mayor
Tontarrona que mi Anarda.
¿Dije Europa? Soy un necio:
¿Qué es Europa? Ni aun España.

A la página 46 dice «que, por no tratarse los sabañones con auxilios leves, que por serlo se llaman remedios caseros, se originan en los niños graves daños». Componga vuestra merced esto con lo que deja dicho en la página 4, es á saber: «que por haber mantenido á la niña enferma con la penosa afeccion de los sabañones, sin mas auxilios medicinales que los que llaman caseros, se siguió una total transmutacion de su contenido al

vientre.» ¿Ha visto vuestra merced contradicción mas palmaria? En una parte se originan graves daños á los niños porque no se tratan los sabañones con remedios caseros; y en otra parte, porque se trató á la niña enferma con remedios caseros, se la siguió la total transmutación, que sin duda es grave daño. No sé cómo se desembrazará el Licenciado de esta redonda y clarísima contradicción, sino que acaso diga que en una parte hablaba de niños, y en otra de niñas; en una de machos, y en otra de hembras. Pues entónces cátese que viene á pelo el gracioso estribillo del grande Don Martín Martínez, en su opúsculo nuevo, *Monita quimica secreta*, donde repite á cada paso con gracia: «¿Y qué dirá á esto el Doctor Carmona? Que si no fuere Simón, será Simona.» Lo demás de este capítulo ¿tambien es música, bulla y acompañamiento, textos citados á Dios te la depare buena, proposiciones de N. y cláusulas al aire, todo para llenar el libro, aunque sea de aquello que se llenan los calzones. Hacia el fin del capítulo se quiso alegrar un poco, y para eso hace jinguetona á la naturaleza, asegurando que esta practica *mil juguetes* con las transmutaciones. Luego que leí esta proposición, tambien yo me alegré hácia dentro, y dije para conmigo: Vaya que á lo ménos hemos encontrado ya una cosita que nos divierta; y á fe que tengo gana de que se me descomponga un poco la seriedad; porque el enfado de leer tanto dislate me tiene grave y ceñudo. Con eso proseguí leyendo, y me hallé con este chistoso juego de manos que refiere el saladísimo Carmona por estas mismas palabras: «Acuérdome que el grande Coó refiere un caso que prueba los juguetes dichos, y es de un varón (seria algun *bonus vir* como el Licenciado) que padecía un dolor cólico, y siempre que la causa se transmutaba á las articulaciones, cesaba, y en quitándose de las articulaciones, le volvía á repetir en el vientre.» Y cátese el cuento acabado, el juego de manos hecho, y la sandez del pobre Carmona abierta de par en par.

En el capítulo 5 hace relacion de lo que sucedió en la primera consulta del Doctor Ruiz; y porque este echó la culpa de la transmutación al aceite de nieve, diciendo que era frigidísimo, saltó al punto el encrespado latino, y sin faltar á la veneración que debe tener al señor Doctor Ruiz, ni «meter su hoz en mies ajena; porque no es inclinado á eso», puramente por el amor de la verdad, que «siempre procura averiguar en las cosas naturales», disonándole esta proposición, como si fuera herejía filosófica, le replicó, diciéndole con exquisita modestia: «Señor Doctor Ruiz, por el mismo caso de no haber yo ordenado el aceite de nieve (repare vuestra merced de camino en la causal), no me hace fuerza el decir vuestra merced que tal aceite sea frigidísimo en extremo.» Y ve aquí vuestra merced la grande genial modestia del cirujano Carmona, que no le hace fuerza lo que dice un médico tan sabio y tan instruido como mi amo el señor Doctor Ruiz, solo porque el Licenciado no recetó el aceite de nieve. ¿Y ha de haber paciencia para tolerar tamaño atrevimiento de un pobrete infeliz, hombre por privilegio, barbero por paranomasia, chola de cal y canto, bizco de razón, calvo de entendimiento, cojo de juicio y zambo de *sindéresis*? Oh tempora! Oh mores! Señor Licenciado, la respuesta que vuestra merced merecía á esta proposición tan desahogada, en la mano la tenía el Doctor Ruiz; y si yo me hubiera hallado en la

camisa del Doctor, no me hubiera contentado con tenerla en la mano, y á fe que le había de haber hecho á vuestra merced sentir la fuerza de la razón. Ahora bien, porque somos deudores á sabios y á ignorantes, á entendidos y á Carmonas, quiero decir á vuestra merced, que el Doctor Ruiz dijo muy bien en lo que dijo. Afirmó que el aceite de nieve es frigidísimo, esto se entiende en línea de aceite frígido artificial, en cuya línea es bien cierto que no ha de encontrar el Licenciado, aunque se busque con un candil de garabato, otro aceite mas frío. No quiso decir el Doctor Ruiz que la frialdad era propia en cuarto ó en sumo grado del aceite, como lo es del agua y de Carmona. Así como cuando decimos el Licenciado latino es «criatura bobísima, es hombre lerdisísimo», no queremos significar que sea la mas boba de todas las criaturas ni el mas lerdo de todos los hombres; que eso seria agraviarle; sino que en línea de cirujano es dificultoso hallar otro que le exceda, ni aun le iguale, en lo bobo y en lo lerdo, en cuyo sentido no puede ser mas verdadera nuestra proposición.

El capítulo 6 comienza de esta manera: «Mal podrán los cirujanos y los médicos.» ¿Han visto y qué mala crianza? Otro diría: «Mal podrán los médicos y los cirujanos;» pero no, señor, el Licenciado tiene visible tentación de precedencia, y desde el vientre de su madre nació con la vocación de adelantado. Va de cuento: porfiaba un sastre con un arriero sobre quién sabía mas caminos; y díjole el sastre: Apostemos «yo y vuestra merced» una azumbre de vino á quién da mejor razón de toda España. El arriero, que habia sido tres veces alcalde de su lugar y se preciaba de hombre entendido, le respondió entre zumbón y marrajo: «Bien puede ser que vuestra merced sepa mejor que yo los caminos; pero á lo ménos yo sé mejor que vuestra merced hablar en cortesía.» Aquí satisfizo el sastre con notable prontitud, diciéndole: «Señor Roque, los burros siempre van delante de los arrieros...» Mientras Carmona aplica el cuento, voy yo á examinarle su capítulo.

«Pregunta en él si el aceite de nieve es repereusivo.» Y ante todas cosas enseña la composición de este aceite, sacada al pié de la letra de la que trae el Doctor Ribera en su *Cirurgia metódica*, libro 1, parte 3, página 91. Así lo confiesa el mismo Carmona; pero añade, muy pagado de su trabajo, que el Doctor Ribera «no la trae con tanta especialidad y claridad.» Ciertamente que no hay aguante para sufrir la repetida arrogancia con que este mequetrefe trata á los hombres de bien. No sé lo que dirá el Doctor Ribera si llega á leer esta cláusula y sabe que todavía le anda tentando el *Diablo cojuelo*. Lo que yo le digo á vuestra merced es, que habiendo cotejado la composición de Ribera con la composición de Carmona, hallé que en lo que es pura y rigurosamente composición del aceite, no hace Carmona otra cosa mas que traducir con todo rigor á Ribera; es verdad que en traducirle bien no hizo poco. Porque vuestra merced no imagine que hablo al aire y de buena gracia, quiero plantar aquí las dos composiciones, primero la del médico y despues la del cirujano, aunque este género de colocación no sea conforme al levítico, policía y ceremonial de Carmona.

EL DOCTOR RIBERA.

*R. Nivis limpidissimae et spongiosae, libr. xij.
Olei Olivarum, non rancidi, libr. ij.*

Oleum et nix injiciantur in capacissima fuscina aeris : fortiter agitentur cum magno coeleario liqui, donec solum remaneat oleum, velut quaedam substantia alba et serva; quodque, si volueris, distilla.

EL LICENCIADO LATINO.

«R. De nieve muy limpia, esponjosa y reciente, doce libras.

»De aceite de olivas, que no sea rancio, y muy transparente, dos libras.

»El aceite y la nieve se pongan en un perol, y fuertemente se agiten con una cuchara grande de palo, hasta que solamente quede el aceite enajado como mantequilla.»

Hasta aquí el Doctor Rivera, y hasta aquí el in-doctor Carmona, en lo que es precisa y recta composicion del aceite de nieve. Porque lo que añade despues, que esta sustancia enajada se llama así, y destilada se llama asado, es cuestion de nombre, que para el negocio de la composicion maldita la cosa sirve. Pues ahora díganos por su vida el Licenciado, ¿en qué está el exceso de especialidad y claridad que hace su composicion á la de Rivera? ¿Esto es mas que prurito de hablar, y pujos ardientes de hacerse hombre?

Pero acerquémonos á lo inmediato de la cuestion, donde el Licenciado latino despliega, como en campo abierto de batalla, todas las banderas de su ignorancia supina. Escandalizase poderosamente porque el Doctor Ruiz dijo que el aceite de nieve es frio y repercussivo; y todo el fundamento de su escándalo (que es aquel género de escándalo contentible, á quien llaman los teólogos *Scandalum pusillorum*) consiste en que «la nieve consta de sales nitrosas, las cuales se envainan en los poros del aceite; el nitro no puede ser mas ardiente, porque consta de partes volátiles, sulfúreas y lijas, que por eso le llaman sal salso». Fuego y repercussion *implicant in terminis*: luego nieve y repercussiva tambien implica. A esto se reduce toda la bambolla, forraje y faramalla del capítulo 6 de Carmona, en que, á guisa de perro perdiguero por camino llano de panes, entra, sale, busca, anda, vuelve, sigue, torna, desanda, y al cabo hace y deshace, y maldita la cosa concluye.

Despues de haber plantado su argumento como si hubiera puesto una pica en Oran, y derrotado los mostachos de Bigotillos, muy á lo de fanfarron y hombre que desafia sobre seguro, dice, hablando con el Doctor Ruiz: «Espero que, como es muy docto, buscará la ocasion para hacer obra de misericordia enseñándome:» romance de que se avergonzaria, y con razon, un vizcaíno bozal. Yo no sé lo que hará mi amo el señor Doctor Ruiz: lo que yo haria, si fuera con su merced, era ver si entre las obras de misericordia hallaba alguna que aconsejase «dar buenos palos al que los ha menester», y en tal caso haria con Carmona esta obra de misericordia; pero la que manda «enseñar al que no sabe», no obliga en el caso presente; porque los asnos no saben, y con todo eso no hay obligacion de enseñar á los jumentos. Mas al fin, porque yo tengo buena condicion y no soy tan escrupuloso como el señor Doctor Ruiz, estoy resuelto á decir lo que pregunta el Licenciado, no en

tono de enseñanza, que esta implica cuando no hay término capaz, sino por diversion y por gusto.

Sepa vuestra merced, y sepan todos los demas que fueren capaces de saber alguna cosa, que hay dos géneros ó dos especies de nitro: uno se llama *sal-nitro*, y otro se nombra *nitro-aéreo*; el *sal-nitro*, unos quieren que no se componga de azufre, y establecen esta opinion en la experiencia, pues por mas que se funda en el crisol, nunca él solo se convierte en llama; y si echado sobre los carbones se enciende, dicen que esto depende de que entónces disuelve con mas eficacia los hollines ó azufres del mismo carbon. Confirman esto con la fijacion del mismo nitro, pues si la materia de él, fundida en el crisol, constara de azufres, una vez encendidos por la primera cucharada de carbon inolido, se continuara su detonacion y deflagracion hasta que se consumieran todos ellos. Con todo eso, vemos que, haciéndose una detonacion y deflagracion correspondiente á los azufres que puede tributar dicha cantidad de carbon, cesa aquella deflagracion y estruendo fogoso, y que si repiten nueva cucharada, vuelven á encrespase, arder y detonar: luego porque el sulfur está en el carbon y no en el nitro, el cual no consta de partes pingües ó sulfúreas, como tambien lo acredita su misma pureza y claridad. Añádese que hasta ahora ningun artífice ha sabido ni podido separar el azufre del *sal-nitro*. ¿Pues de dónde consta que el *sal-nitro* contenga partes sulfúreas? Y mas cuando para averiguar los constitutivos de los cuerpos naturales, no tenemos los hombres camino mas seguro que el de su resolusion.

Convénese esto mismo por los usos á que aplica el nitro la buena medicina. Ella se vale de él contra las calenturas mas ardientes, siendo uno de los mayores antifebriles que se conocen: practicase para refrigerar universalmente todo el cuerpo, y es decantadísimo remedio contra los peligrosos ardores de la lascivia. Y luego se escandecerá el Señor Licenciado porque le dicen que el nitro tiene mas de garapiñado que de fervoroso. Pero replica muy fruncido y muy satisfecho: Si el nitro es frio, ¿cómo se compone de él la pólvora? Yo se lo diré, aunque sea perder tiempo. El *sal-nitro* consta del nitro-aéreo, como de alma que le vivifica; el aire es el disolvente universal de todos los azufres disolubles, y si cuando el aire se ocupa en este empleo, se le arrima el nitro-aéreo, que estaba como aprisionado en el *sal-nitro*, crece la fuerza, duplicada su actividad, y consume muy en breve la disolucion, en que consiste la detonacion estruendosa ó el bufido atufado de los granos de la pólvora; y ve aquí vuestra merced, señor latino, cómo el *sal-nitro*, sin ser cáldo, es útil para la composicion de este misto.

No niego que otros muchos, y son los mas, son de sentir que el *sal-nitro* se compone de azufres; pero aun así y todo, descantilla al Licenciado y no hace baza, porque aun estos mismos sientan que su composicion es, en cuanto á lo primero, de aquel sal central de la tierra, que comunmente se llama «sal universal»; el cual, siendo embrion de los minerales debajo de diferentes modificaciones, y la varia combinacion ó concertacion de diversos principios seminales, pasa á constituir, ya este mineral, y ya el otro. Este sal le suponen ácido todos los autores que le apadrinan, y para la generacion del nitro echan mano de una materia álcali pingüe y penetrada

del nitro-aéreo que se pone en estado de la disolucion; la cual materia álcali pingüe, disuelta y animada de este nitro, luego que es visitada del sal central ácido de la tierra, se concreta y coagula en esto que llamamos sal-nitro; con que por forzosa consecuencia afirman estos autores que en el tal concreto abundan dos ácidos, ó como ellos se explican, un ácido duplicado natural; y en enanto á los azufres, confiesan que son en corta cantidad respecto de los sales. Preguntados si el tal sal-nitro es frio ó cálido, todos á una voz responden ser frigidísimo, y aun por eso se valen de él para los efectos medicinales ya dichos.

Esto se ve aun mas poderosamente en lo que sucede con el espíritu de nitro, pues sin embargo de que sus azufres se elevan unidos con el espíritu, no le quitan el ser tan frígido coagulante, que para usar de él sea necesario dulcificarle con los azufres del espíritu de vino; y aun así y todo, queda remedio muy eficaz en las calenturas ardientes. Pues ahora, ¿no se podia hacer una interrogacioncilla mas oportuna y mejor fundada que la del señor latino? En vista de lo dicho, «¿habrá quien diga que el nitro no es frio?»

Pero lo que causa mucha compasion, y, como se explican los zalameros italianos, es cosa *che fà pietà*, es la serenidad con que se afirma que este sal-nitro se llama «sal salso, porque consta de fijos y volátiles». Ciertó, Señor Carmona, que vuestra merced tiene cosas de hombre mayor, como si el libro de vuestra merced no constara de disparates *fijos* y de pensamientos *volátiles*; y con todo eso, ninguno encontrará en él una sola pizca de sal salso, pasando, en dictámen de todos, por el superlativo ó por el hipérbole de lo *insulso*. Habrá de saber vuestra merced, que por constar de fijos y volátiles el sal-nitro, se llama con propiedad y en todo rigor facultativo, sal *androgino* ó sal *hermafrodítico*, esto es, sal que tiene diferentes porciones de distintas especies; sal que participa de macho y hembra, no como vuestra merced, en quien todo lo que se halla (ya se ve, como muy hombre) es de purísimo macho. Vuestra merced; para qué se mete en cosa de sales, cuando no le caen en gracia? Ciertó que por su eminente habilidad en los descubrimientos de la sal merecia el Señor Licenciado tener por amigo al otro zapatero de buen humor, que cuando iban á importunarle para que acabase de componer algunos zapatos, gritaba con gran socarronería á una criada bufona, que ya tenia instruida: «¿Marica?» Ella respondia: «Señor». Replicaba el bribonazo del maestro: «Muchacha, ¿por qué no bajas sal?» A que respondia la bribonísima chula: «Señor, porque ya hay allá bastante sal-bajada». Basta por ahora, hasta la tercera carta, que tendrá vuestra merced indefectiblemente, y entónces acabará de repasar los capítulos y las costillas al Señor Licenciado latino. Pero ántes de poner la fecha, quiero suplicar á vuestra merced, que si viere á mi amo el señor Don Alfonso Ruiz, le diga de mi parte que he celebrado mucho la generosidad con que ha despreciado esta pueril provocacion de Carmona; y que si yo fuera componedor de símbolos, para explicar al vivo el lance presente no habia de hacer mas que dibujar un juego que practican los niños de este pueblo, y aun creo que tambien los de esa ciudad, las noches de verano. Vendan los ojos á uno de ellos, al cual dan el nombre de *Carmona*; arrojan despues un zapato por debajo

de sus piernas, y hasta que encuentre el zapato con los ojos bien vendados, los otros muchachos se están burlando de él muy á su satisfaccion, descargando sobre sus costillas honrados latigazos; pero el chiste mejor está en la coplita que dicen al mismo tiempo de despedir el zapato, la cual, si no estoy equivocado, es ni mas ni ménos de esta manera:

Tiro mi zapato
Por debajo de Carmona,
Si Carmona me le hallare;
Yo prometo ir á Roma
Con doscientos zapatos,
La mitad en las costillas,
Y otros tantos á la cola.

Infórmese vuestra merced de cualquiera muchacho medianamente versado en la facultad del enredo, y á fe que alabe mi puntualidad y buena memoria.

Guarde Dios á vuestra merced y le prospere como le ruego cada dia. Fresnal del Palo á 14 de julio de 1732. Besa la mano de vuestra merced su adhérido.—*Juan de la Encina*.

Perdone vuestra merced la postdata, siquiera por la noticia curiosa que tengo que comunicarle, ya que vuestra merced no me la comunica. Tenia cerrada esta, cuando recibí una carta de cierto amigo íntimo, paseante en esa ciudad y grande huron de corrillos, en que me cuenta la risible y graciosa especie de que el triste cirujano Carmona, habiendo llegado á entender no sé qué sordo rumor de que andaba por Segovia cierto papelon anónimo, en el cual se decia que su libro estaba lleno de falsedades, mentiras y sandeces, juró por los dioses inmortales, que todo aquello era grandísima bufonada, y que habia de hacer, con peticion en forma, que el Señor Alcalde mayor hiciese una informacion plena y jurídica, tomando el dicho á mas de cuatrocientos testigos, y entre ellos á las criadas de Don Pablo Melendez, para que jurasen que todo lo contenido en el *Método racional* era tan verdadero como los cuatro evangelios, y que no habia en el tal libro cláusula, proposicion, ápice ó tilde que no fuese muy conforme á las purísimas reglas de la mas acendrada, acrisolada y destilada filosofia médica, quirúrgica, teológica y matemática; y que esta informacion, así plenísima, autenticada para mayor abundamiento con las firmas y signos de tres notarios, la habia de poner en manos del real Proto-Medicato, para que le hiciesen justicia, y nunca le parase perjuicio la malignidad de sus contrarios. Esto me escribe el amigo, y me asegura con seriedad que efectivamente el cirujano latino está entendiendo con la mayor aplicacion en esta diligencia: vuestra merced descomponga por un rato su gravedad innata, dé libertad á las careajadas, mientras yo recojo las mias, que andan sueltas como frailes, desde que leí esta notable noticia. ¡Lástima es en conciencia hacer mal al pobrecito Carmona!—*El mismo de arriba*.

CARTA III.

De aquel mismo para aquel propio.

Muy señor mio: A las tres va la vencida; pero segun vuestra merced me avisa, creo que ántes de las tres se dió ya por vencido el cirujano Carmona. Píntamele vuestra merced con unas señas dudosas, que pueden hacer á zainas y á compungidas; porque me dice vuestra merced que trae la peluca negligente, la calva húmeda, el

semblante abollado con algunos pliegues á trechos, la vista líquida y embozada con las cejas, la voz confusa y un sí es no es intercadente, las piernas arrolladas y todo el cuerpo en tono de *Gloria Patri*, lo que se percibe mejor cuando se apea y quiere interrumpir por un poco la figura de sátiro ó de centauro. Añade vuestra merced que ya no gallea tanto en las tertulias nocturnas que se suelen convocar en el atrio de la Mayor, donde ántes se hacia insufrible su orgullo y la valiente cobardía con que ajaba el honor de sus contrarios ausentes. Inclínase vuestra merced á creer que estas son señas de hombre reconcentrado; pero yo, que á veces me descuido en ser piadoso, aunque ni entiendo ni creo mucho en fisonomías, todavía tengo para mí que esas señas son de hombre arrepentido. Porque, mire vuestra merced, aunque yo nunca hice concepto de que el Licenciado Carmona fuese el hombre mas capaz del mundo; pero siempre le tuve por tan capaz de serlo, como al que mas; y una vez que no hubiese repugnancia metafísica en que el Licenciado abriese un tantico los ojos de la razon, no era dudable que los habia de abrir á los golpes de luz que le dieron mis dos primeras cartas. En ellas le hice ver, mas claro que el mediodía, la sinrazon con que se habia recalentado, el atropellamiento con que habia escrito, la ceguedad con que habia ultrajado á dos hombres tan de bien como el Doctor Ruiz y el cirujano Medina, uno y otro maestreros en su esfera, corifeos en sus facultades, y que, sin agraviarle ni disminuirle al latino, cada uno de ellos le hace tanto exceso,

Quantum lenta solent inter viburna cupressi.

Con estos desengaños, templando el primer ardor, segada la cólera, y digerida ya «la voraz melancolía asada», viéndose objeto risible de los corrillos alegres, tengo por cosa muy natural que haya reconocido su yerro, llorado su culpa y arrepentidose de su pecado; y que esas señas atufadas mas sean de dolor que de desquite. Si esto es así, desde luego alabo su cordura tanto como ántes vituperé su atrevimiento. Pero con todo eso, no puedo tocar á recoger como quisiera; y tengo por necesario recorrer, aunque sea muy al trote, los capitulos que restan; porque si dejara de hacerlo, quizá juzgaria el *Diablo Cojuelo* que era carestía de materia la abundancia de compasion. Pues alto, y vamos á ello.

Pregunta en el capítulo 7 si el «aceite comun es repercusivo. Y da por razon de tan extraña pregunta el «haber dicho el Doctor Ruiz en la consulta, que era frio el aceite comun». Cónstame de fijo que miente sin temor de la Cruzada. Mi amo no dijo que el aceite comun era frio: solo aseguró que cerraba los poros de la úlcera, y que embarazando el curso á la fluxion, accidentalmente la hacia retroceder. Esto no es decir que sea frio ó repercusivo el aceite comun, sino impropia ó indirectamente. Pero supongamos que se hubiese dicho la proposicion que él finge. ¿Tan grandísimo tan falso testimonio le parece al Licenciado? Pues mire, todas cuantas pruebas amontona para despojar el aceite de esta cualidad, todas convencen que la tiene; y si no, vamos al exámen. Dice, lo primero, que no es frio el aceite comun, «porque no se congela como el agua, sino que solamente se espesa;» y para autorizar esta mentira enorme, contraria á la experiencia de todos los que no son ciegos, cita á Jacobo Schenkio: verdaderamente que cuando lei semejante despropósito, me faltó poco para creer que á Carmona

se le habia congelado el meollo de la razon. Con que, Señor Licenciado, ¿el aceite no se hiela? ¿Y esto lo dice vuestra merced de serio? ¿Y en Segovia? ¿Y facha á facha en los mismos hocicos de la Fuen-Fria? ¿No merecia vuestra merced que por enero le saliesen á desmentir públicamente todos los candiles de garabato, todas las alenzas y todas las tinajas de aceite? Si como vuestra merced echó mano de padres maestros, predicadores en infusion de abades y lectores, para que le ayudasen á remendar su librete, le hubiera fiado al exámen de algun padre cocinero, á buen seguro que no le hubiera dejado pasar semejante proposicion. El le diria los enfaduelos, las rabetas y los rectos degollados que le tiene de costa las frescas burlas que suele hacerle el aceite en el corazon del invierno; cuando va de priesa á forjar una tortilla, reconviene á la alcuza, llama al aceite, y él tieso que tieso, sin querer salir y duro como un garrote: de manera que muchas veces es necesario el socorro de paños calientes y el auxilio del fuego para derretir su obstinacion. Y con todo eso nos querrá persuadir el Licenciado que el aceite comun no se congela, creyendo mas á Jacobo Schenkio que á sus mismos ojos, manos y experiencia. Dígase la verdad: Carmona está energúmeno y poseido del mal espíritu de contradiccion. Ciertamente licenciado, porfiado eterno y terco desde *ab initio*, tenia particular complacencia en contradecir cuanto afirmaban sus compañeros. Uno de ellos tenia un libro en la mano, y el licenciado porfiado dió en la manía de que aquel no era libro: sobre si era libro ó no lo era estuvieron altercando un grande rato, hasta que, cansado el compañero, le dijo al porfiadísimo porfiado: «Hombre, si no lo quieres creer, tómale, mírale, tócale, pálpale: á que respondió el picaron con esdrújula prontitud: Tó-mole, mírole, tócole, pálpole; pero niégole, niégole, niégole, niégole, niégole».

Lo mejor es la sanidad con que dice Carmona que el aceite no se congela, pero que se espesa. Bendito entre todos los Carmonas: en los líquidos congelarse, espesarse, endurecerse, coagularse, condensarse y obstruirse, todo es una misma cosa con nombres diferentes, así como decia el otro cirujano portuñés llamado Ferreyras, que *Ferreyras é sua mula eran duas bestias distintas, é un soulo Ferreyras verdadero*. Si el Licenciado quiere decirnos que el aceite cuando se hiela no se endurece tanto como el Támesis ó el Mar Caspio, por donde corren postas y patines, sea por amor de Dios la extraordinaria noticia.

No es de mejor calibre la segunda razon que alega. Dice que no se congela el aceite, porque está lleno de espíritus aéreos y no de acuosos: lo que «aprueba con demonstracion» (ahí es decir que se contenta con poco); porque echado sobre el agua no se hunde, ántes nada encima de ella. ¡Terrible demonstracion! Como si el latino no estuviera lleno de aire, y con todo eso es frio y aun helado *in summo*. Si el aceite nada sobre el agua, esa habilidad es efecto de su mayor lijereza, pero no de la oposicion que tenga con la misma agua; ántes, en atencion á que participa tanto de su misma naturaleza, podiamos decir que el agua no sorbe, traga ó engulle al aceite, como lo hace con otros líquidos; sino que le acaricia y le trae sobre sus hombros ó en palmillas. Lea á Etmulero, si es que le entiende, y él le enseñará que el aceite, dejado por mucho tiempo en alguna vasija, se

resuelve ó se transforma en agua; pero ninguno ha dicho hasta ahora que estelcor se desvanezca en aire; que eso sería idear al aceite con calidades de flato, lo que fuera una grandísima porquería. Que el aceite cause ó no cause vómito; que sea ó no sea contra veneno, ¿qué importará para probar que no es frío? ¿Y á qué propósito inquietará el latino á Platon y á Alberto Magno para persuadir una insulsez tan ajena del asunto? Esto no es mas que gana de tiznar páginas y de echar aceite en el fuego de los impresores, de los cuales, por estas y por otras obrillas semejantes, si es que ha tenido semejante la obra de Carmona, dijo bien el que dijo:

Impresores infelices,
A quienes solos condenan,
Menos que pecados propios,
Las malas obras ajenas.

Dice en el capítulo 8, que por tocarle la relacion como *cirujano de cabecera* (si ha dicho *cirujano de cabezal*, dice una gran cosa) voto el primero. ¡Miren qué causal ó qué consecuencia! Por tocarle la relacion, habia de relatar el primero; pero votar el primero porque fué el primero que echó la relacion, solo Carmona lo ha dicho; porque en toda conferencia ó consulta arreglada, el que hace la planta de la proposicion es el primero que habla, y el último que determina es el mas antiguo. Añade que « todos se conformaron con su voto »; y en la página siguiente que es la 86, confiesa, « que votó Medina la lechinacion, que él se apartó de ella, y que los dos señores doctores se aplicaron al voto de Medina, porque sus razones y fundamentos los debieron de hacer mas fuerza ». Aquí de Dios, hermano latino: si todos se conformaron con su voto de vuestra merced, ¿cómo se aplicaron todos al voto de Medina, que fué contrario al de vuestra merced? Acaso dirá que eso fué en diferentes dias y en diversas consultas; pero dirálo de gracia; porque él mismo confiesa en varias partes, que siempre estuvo inmóvil en su dictámen; con que siempre queda en pié la contradiccion palmaria de que « todos se conformaron con su voto, y todos se aplicaron al sentir contrario ». Algo olvidadizo me parece el Licenciado, y á fe que no venia aquí mal un cuentecillo: cierta señora que padecía la misma flaqueza de memoria, se hallaba en una visita de recien ida á un lugar; y preguntó á otra que estaba junto á ella, cuántos hijos tenia. Esta la respondió muy cortesana, « que tenia tres, criados á su disposicion para servirla »: de allí á un cuarto de hora, la buena señora recien llegada, ó distraída en otras especies ó no acordándose de lo que habia preguntado, volviéndose hácia la misma, repitió la misma pregunta, diciéndola: « Y vuestra merced, mi señora Doña María, ¿cuántos hijos? » La Doña María, que era taimada y socarrona, reprimiendo la risa que le andaba retozando, la respondió con bellaca seriedad: « Señora, como no he vuelto á parir desde que vuestra merced me lo preguntó, todavía no tengo mas que tres ». A semejantes respuestas punzantes y significativas se exponen los que son de memoria lerda, como nuestro Licenciado.

¿Y no le parece á vuestra merced que es admirable la sencillez del pobre Carmona, cuando en la misma página 86 dice con su poco de reconcomio y relamiéndose en la noticia, que, viendo los padres de la niña enferma la oposicion de dictámenes, « eligieron el suyo? » ¿Y qué sucedió? ¿Qué habia de suceder? « Abrirse el

absceso; evacuóse la mayor parte del pus, cesaron los dolores, huyó la calentura, volvió el sueño que andaba amontado ». ¿Pues qué hacemos? ¿A qué aguardamos? ¿En qué nos detenemos? ¡Victor Carmona! Victor el Licenciado! Viva el latino! Y váyanse los dos médicos con el amigo Medina á pretender plaza de artilleros en el ejército de Africa; que solo el *cirujano real de obras y bosques*, sin el socorro de sus tropas auxiliares, ha conseguido una completísima victoria, derrotando enteramente las fuerzas del enemigo; pero sosiéguese vuestra merced un poco, recoja los vítores, envaine la algaraza y tenga flemma para acabar de oír la relacion del latino. Prosigue así: « Tres dias duró esta felicidad (dure su merced por tres centenares de años), y en la declinacion del tercero dia le acometió una calentura tan grande, que la duró su fuerza mas de veinte y cuatro horas, de la que no se vió libre en diez y seis dias, teniendo en todo este tiempo diarias accesiones, de que rarísima vez se hallaba limpia. » No se paga con dinero la candidez del buen hombre. Señor Carmona, ¿y este fué el fruto de su voto? ¿Este el efecto de su cura? ¿En esto paró aquella evacuacion del pus? Aquella suspension de los dolores? Aquella fuga de la fiebre? ¿Y aquel recobro del sueño que habia hecho novillos? ¿Y esta es la victoria decantada? Y este es el triunfo aplaudido? Pues ha de saber vuestra merced, que revolviendo unos mamotretos viejos, hallé pocos dias há un papel impreso, con este título: *Triunfos de Vasco Figueira, traducidos del portugues en castellano*. Picóme la curiosidad, acudí al índice y ví que decia así: « Triunfo primero: desafía Vasco Figueira á Pedro Coello, y Pedro Coello azota á Vasco Figueira. Triunfo segundo: asienta plaza de soldado Vasco Figueira; levántase una pendencia entre los de su rancho, y dánle de palos. Triunfo tercero: sale Vasco Figueira al campo, encuentra á un castellano, arranca la espingarda, acomete al castellano con bravura, y el castellano quita la espingarda á Vasco Figueira, y fártale de coces. » A este tono proseguian los demas triunfos; y todos los triunfos de Carmona se me figuran á este tono.

En el capítulo 9 reflexiona sobre lo que pasó con el cirujano, y por no dejar su buena costumbre, relaciona algunas mentiras, *supresion* muchas verdades, *exageracion* varias impertinencias, *masticacion* tal cual autoridad, pero ninguna *digestion*. Lo primero que relaciona es, no lo que dijo, sino lo que soñó Carmona que habia dicho Medina, á quien trata siempre con fastidiosísima llaneza, nombrándole *Manuel de Medina*, á secas, y esto cuando á sí mismo se adorna con las campanillas graciosas y aun gratuitas de *Don* y de *Licenciado*. ¿Quién podrá sufrir hinchazon tan extravagante? ¿Dónde hay paciencia para tolerar que el señor *Don Licenciado*, con arrogancia de niño que tiene zapatos nuevos, desprecie tan á su salvo al cirujano Medina, aquel cuya estatura, mídase por donde se midiere, levanta tantos codos sobre la de Carmona, que, mirado Carmona desde la cabeza de Medina, parece un escarabajo que anda por la tierra, formando pelotillas de estiércol? Dígase la verdad. Vió y está viendo el latino, que, á pesar de su *latin*, de su *licencia* y de su *Don*, todo tan postizo como la peluca, el cirujano Medina, sin *Don*, sin *licencia* y sin *latin*, por su notoria superioridad en lo que sabe, en lo que discurre, en lo que practica

tica, y por aquellos sus naturales términos afables, cortesanos y modestos, se levanta con la devoción de todos los enfermos y con la estimación de todos los sanos: véle dueño de las principales casas, introducido con singularísimo aprecio en muchas comunidades, aplaudido de los que le conocen, deseado de los que no le tratan, y en fin, juez de apelación en varios yerros ó en varios desaciertos del mismo latinísimo Carmona. Esto le cobijó el atrabiliis, esto le «asó la voraz melancolía», y de aquí nace la «desconcertada furia» con que le aja, le desestima, le vilipendia, citándole tan desnudo de autoridad como lo está el Licenciado, de razon, de ciencia y de cortesía. Pues sepa el señor latino, que, á pesar de su «furia desconcertada, efecto de su voraz melancolía asada», Don Manuel de Medina nunca se ha visto tan acariciado, tan favorecido y tan abrigado como despues que su merced le sacó á luz y le puso á la vergüenza tan en cueros, en su *Método irracional y gobierno pollinico*. Todos los hombres de bien de Segovia, á quienes abuchornó el descaro carmoniano, han hecho empeño de estimar mas á Medina, desde que se publicó el librete metódico, y cada día va engrosando su partido con nuevas casas que se le entregan y se le rinden á discreción. Sepa todavía mas el Licenciado, es á saber: que Medina con no tener «Don ni grado por el Rey, ni ser cirujano de la real familia, de obras y bosques, ni tener peluca», no ha cometido ni ha de cometer jamas la desdichada vileza que actualmente está cometiendo el señor Don Latino, quien en medio de sus cascabeles y alharacas, tiene cachaza y flemma para sufrir ser subalterno del cirujano de Zamarramala, el cual obtiene en el Parral la plaza de cirujano; y el «señor licenciado Don José de Carmona Martinez, cirujano de la real familia, de obras y bosques, y titular de la ciudad de Segovia», en el mismo monasterio no logra mas título ni ejerce mas empleo que el de mero sangrador. Y con todo eso, se nos viene con ventoleras; pues llévese esta repasata, disimule esta digresion y volvamos á la segunda consulta.

En ella mantuvo Medina el mismo parecer que en la primera, salvo que ahora se aferró mas en su dictámen, habiendo visto cumplido todo el pronóstico que hizo luego que se resolvió la curacion carmoniana. Siempre fué de sentir que el tumor era una apostema con principio de supuración; y cuando llegó el lance de abrirle, viendo la figura del tumor, que era plano, con dos eminencias y un intermedio á manera de foso muy profundo, lleno de material grueso que se formó por via de crisis, y todo cerca de la articulación, sin género de duda votó lechinos, digestivos y mundificativos, fundado en razon, en autoridad y experiencia. Lo mismo votó en la segunda consulta, y lo mismo votaria en la centésima manteniéndose constantes las mismas circunstancias; pero su dictámen no le estableció ni por sueño en las razones ó sinrazones que planta el Licenciado en figura silogística, reventando de escolástico y dando á entender que es tan lógico como gramático, y tan gramático como metódico, y tan metódico como político. Seria nunca acabar si hubiera de seguir á Carmona por toda la inculta broza de este capítulo, donde padece conocida diarrea de textos, flujo de citas y corrupcion de autoridades. No es mi ánimo impugnarle todos los disparates que dice;

Porque ¿quién ha de tener
Paciencia para impugnar
Al que se empeña en errar
Todo lo que ha de saber?
Entonces vendria á ser
La misma paciencia error
Y la impugnacion mayor:
Pues ¿quien impugnó hasta aquí,
Ni el gruñir al jabali,
Ni el rebuznar al menor?

Pero debo prevenir al Licenciado, que otra vez no se meta en corregir la plana á Galeno, alterándole las palabras y sustituyendo otras que, aunque digan en sustancia lo mismo, lo dicen de muy diferente manera. En todo el libro 3 del *Método galénico*, que es el que cita el latino en la página 119, no se hallan las palabras que él refiere: *Studere oportet ut eo modo componatur medicamentum, ut ad fundum ulceris ejus vis penetrare valeat*. Y aunque sé muy bien que el latino no levantó este falso testimonio de su cabeza, sino que le halló ya levantado en cierta parte que yo sé, de donde trasladó no solo esta autoridad, sino casi toda la doctrina de este capítulo (que en el original está bien aplicada, pero en la copia está perversamente traída); con todo eso, es grave delito del Licenciado el no acudir á la fuente, y creer á otros sobre su palabra, cuando con tanta facilidad podia desengañarse. Y crece mas la culpa por la circunstancia de ser esta autoridad, supuesta aquella, en que mas se revuelca y con la cual canta la victoria: no embargante de ser una sentencia de N. y lugar de cajón ó de encaje, que hace á todo, y maldita la cosa prueba. Ahora bien, tenga entendido el señor Don Licenciado, que Galeno nada dice de lo que él le hace decir, por lo ménos en el lugar para donde nos convide. Las palabras propias, enérgicas, y algo mas elegantes que las que gasta Carmona, son estas, y las hallará en el capítulo 4 del libro 3 del *Método*: *Considerandum igitur est, non modò an siccat adstringensque medicamentum sit, verùm etiam an pervenire ad imum valeat*. Este es el único lugar que se halla en todo el libro 3 con alguna alusion (aunque tan larga como el pescuezo de su mula) á lo que pretende el desdichado latino; pero no las palabras que él trae y las trasladó de aquella cierta parte. Tambien le prevengo caritativamente y por via de admonicion fraterna, que dé dos cuartos á un gramático para que le construya la referida sentencia, y hallará que por ella de medio á medio se condenan sus parches superficiales, desterrándolos á los profundos, porque no llegan ni pueden llegar á lo profundo de las úlceras.

Dice que el capítulo 10 publica cómo «prosignió en la consulta»; y un amigo veraz, que se halló presente á ella y observó con inteligencia cuanto habló el Licenciado, me escribe que nada dijo en la consulta de cuanto escribió en el capítulo. Sin dar tormento á mis creencias, me persuado á que seria así; porque en el tal capítulo cita á Santo Tomas, á Séneca, á Aristóteles y á Paracelso: es verdad que á todos cita importunísimamente, por no perder la mala costumbre; y me consta de cierto, que estas y todas las demas autoridades de su libro (excepto las que trasladó de Ribera y de Pradillo, si es que Pradillo y Ribera son dos) las encargó á varios amigos despues que ya tenia ideada su grande obra, y no era fácil que las alegase el latino en la consulta, sino que fuese en profecía. ¿Pues á qué són se nos quiere hacer erudito de repente, cuando, aun de pensado, sabemos que

es erudito sin e? Pero si es verdad que en la consulta gastó tanta prosa, aunque tan mala como la que gasta en el capítulo, para persuadir que la naturaleza es el mejor médico, la mejor botica y el mejor bálsamo, proposición sabida de todo albéitar, en que se revuelca por mas de tres hojas, desde luego admiro su extraña locnidad; pero admiro mucho mas la enorme paciencia de los tres acompañados que le oyeron. Y no puedo dejar de decir á vuestra merced, que me ha caído muy en gracia el tremendo disparate que pronuncia con bobísima satisfacción en la página 128 del mismo capítulo 10. Dice su merced en tono muy ponderado, «que no habrá quien diga que la carne, la gordura, la sangre, etc., la engendre el hombre ni la comida, sino que todo eso lo hace la naturaleza.» Pues yo digo, que no habrá quien diga lo contrario, sino que Dios quiera criar otro Carmona para ostentar su virtud omnipotente, la cual no ha criado hasta ahora animal tan imperfecto ni ente tan ridículo, que no se quede con fuerzas reservadas para producir otro mayor. Y si no, díganos el desdichado balandran, ¿qué podrá responderme? ¿Que él por lo ménos experimenta en sí mismo diferencia muy esencial? Créoselo de muy buena gana, porque todos estamos en que Carmona es especie distinta de los demas hombres; pero es menester que tambien esté en esta inteligencia el Licenciado, el cual por este motivo, sin el menor escrúpulo, podrá adoptar por suyas las palabras del Fariseo: *Non sum sicut caeteri homines*; y no haya miedo que se las atribuyan á arrogancia, sino á sinceridad y conocimiento propio. Tambien ha de saber el elocuentísimo latino, que la comida y la bebida engendran la gordura y la sangre, como causa material; y esto lo mismo sucede en Carmona que en los hombres; porque, en cuanto á los efectos naturales de alimentos y de pastos, vamos iguales los hombres y los brutos. Risa me causa la sinceridad con que dice en la página 130 «que el buen efecto de sus parches en semejantes curas, se le ha acreditado la experiencia de diez y seis años que há que sigue la via particular.» Es cierto que há diez y seis años que sigue estarara vía; pero tambien há los mismos que ejecuta garrafalísimos desaciertos. Pudiera referir á vuestra merced un crecido catálogo de estos errores; pero no quiero molestarle con una noticia que, por comun y pública, no puede ménos de tener vuestra merced muy presente. Conténtome con decir á vuestra merced que sin el menor remordimiento se puede aplicar á la via particular y metódica del Licenciado, aquellas manoseadas redondillas que se dijeron la primera vez por el Doctor Carlino:

Con grande método mata
Nuestro doctor cuantos cura;
Los que no pulsa, esos viven;
Pero mueren los que pulsa.
El Cura y Carlino juntos,
Siempre recetan á una;
Dice *recipe* Carlino,
Requiescat in pace el Cura.
Saben esto los criados;
Y así, ántes de ir por la purga,
Se pasan por la parroquia
Para prevenir la tumba.

Donde mas desbarra el latino es en el capítulo 11, pero tambien se ha de confesar que aquí desbarra con mas razon y con ménos disculpa. Métese á examinar la causa de las calenturas que acometieron á la niña: dice

mil pobreza, pero eso ¿qué importa, si no tiene obligacion á saber en esto lo que se dice? Ya significa él mismo que esta materia pertenece á los médicos, y confiesa que él no lo es (si no nos lo dijera con tanta seriedad, ápenas lo creyéramos): perdonánsese pues los disparates que aquí zurce, aunque no se le perdona el arrojito voluntario de zurcirlos. Tampoco se le puede disimular en conciencia la crasísima ignorancia con que asegura, página 140, «que los elluvios, vapores y fulgiones, se introducen por las arterias, por medio de la circulacion.» Este es un error descomunal, que no puede pasar sin castigo; porque es el *christus* de la cirugía el saber que por las arterias no puede circular ningun elluvio, vapor ó fuligo: esa es funcion propia y privativa de las venas, que son los cauces y canales por donde se comunica el reflujo de los humores de todas las partes del cuerpo al corazón. Tampoco le hemos de sufrir la osadía con que nos miente en nuestras barbas, repitiendo varias veces que oyó esto, aquello y lo otro en Alcalá, queriendo persuadir que fué profesor en aquella universidad. Si esto lo escribiera el Licenciado en Astracan, en Londres ó en Stokolmo, aun sería intolerable su embustera presuncion; pero que se atreva á estampar esto en Madrid, y á publicarlo en Segovia, donde todos le conocen desde tamañito, y donde saben todos que en la gramática no pasó de menores, y que desde allí saltó inmediatamente á desterrar carrillos y á fabricar guedejas, es falsedad insufrible, y que ninguno se la creerá, aunque haga dos mil probanzas jurídicas, con citacion de todos los cementerios por testigos. Sin querer se me viene á la memoria la sandez de un labrador infinitamente tonto, pero tan porfiado como simple, y tan presumido como porfiado. Era de estos que han pasado dos veces el *Caton cristiano*, y saben de memoria los *Doce Pares*. Cada día estaba altercando con el Cura sobre cualquiera materia que se ofreciese, y si el Cura le preguntaba dónde habia visto ó leído aquellos disparates, respondia el labrador, abuecando el gazañate, hundiendo la barba y abultando su poco de sobrecejo: «¿Dónde lo he visto? Dónde lo he leído? Lo he leído en la universidad de Salamanca, y estoy mas harto de leer en ella que su merced en el Breviario.» ¿Pues qué señas tiene la universidad de Salamanca? le preguntó una vez el Cura entre zumbon y enfadado: ¿Qué señas tiene? respondió el labrador; «es un libro muy grande, aforrado en pasta, á manera de un misal, con las hojas escritas por detras y por delante.» El Cura se desternillaba, el escribano del lugar se reia, y el labrador, llevando pesadamente la algarazara, levantaba la voz y les decia: «Señores, no hay que hacer bulra; ese libro de la universidad de Salamanca le tengo yo en mi casa, que le heredé de mi tío el licenciado Arroyo, cura de Gumiel de Abajo: por mas señas, que por él rezaba mi tío el Cura los *mañitines*.»

Hácia el fin del famoso párrafo donde el latino se supone tan versado en la universidad de Alcalá como nuestro labrador en la de Salamanca, hablando de las señas de la putrefaccion de la fiebre, en la página 146 estampó este clausulote estupendo: «Y porque el Doctor Ruiz no diga que ignora las señas, aquí se las pongo presentes; que así sabrá su merced la diferencia que hay de un cirujano latino á un romancista.» Al leer este admirable rasgo de la profundidad carmoniana,

juzgué yo, y juzgara tambien vuestra merced, que nos iba á descubrir unas señales sacadas inmediatamente de las entrañas latinas de Galeno ó de los ijares griegos de Hipócrates, por la llave maestra de Willis, Sydenham, Etmúler, Lúcas Tozzi ó algun otro de tantos elevados intérpretes como han explicado las observaciones y pensamientos de aquellos dos grandes hombres, en idioma latino, culto, elocuente y elegante, escondido por eso este tesoro á la pobreza de los tristes romancistas, y franqueado solamente á los que son de la llave dorada y tienen puerta franca en las mas reservadas gabinetes de la latinidad, como nuestro licenciado. Esto imaginaba yo, esto imaginaria vuestra merced, y esto imaginaria cualquiera; pero cualquiera, vuestra merced y yo nos engañamos poderosamente; porque las recónditas señales que cita Carmona, colocando en la noticia de ellas «la diferencia entre un cirujano latino y un romancista», están trasladadas al pié de la letra, sin quitar ni poner y con no acostumbrada legalidad, de la *Febrilología quirúrgica* del Doctor Ribera, capítulo 3, página 16 y 17. Vuestra merced haga por Dios el cotejo, y hallará que toda la hoja y media que hay desde el párrafo de Carmona, en la página 146, hasta la primera línea de la página 148, está fidelísimamente copiada del lugar que cito en la *Febrilología quirúrgica*; salvo que donde Ribera dice *fièvre*, Carmona lee *calentura*; y donde escribe *calentura* Ribera, traslada *fièvre* Carmona. Este libro de Ribera está en romance claro, liso, llano y muy inteligible; porque se escribió para que le entendiese el señor latino, con el motivo de otro disparate que hizo, semejante al de la cura de los sabañones. Por esta razon anda la tal obra en las manos de todos los cirujanos y barberos de esta ciudad: tíenela tambien algunos sujetos que no son de la profesion, y me consta que pasan de veinte las *Febrilologías* que hay en Segovia. Siendo todo esto así, como lo es, ¿no es una mala vergüenza que el Licenciado latino tenga avilantez para escribir «que en la noticia de estas señales se conoce la diferencia de un cirujano latino á un romancista», cuando las tales señales las trasladó de un libro castellano, comunísimo, y que le puede leer y entender el romancista mas zurdo? ¿Y no es osadía aun mucho mas insufrible, que al acabar de trasladar á Ribera, inmediatamente y sin que haya siquiera en medio de él el débil tabique de un renglon, diga con grandísima seguridad, cachaza y sorna el bendito Licenciado: «En el aula de medicina de la universidad de Alcalá, oí explicar dichos signos, de la doctrina del doctísimo Enriquez de Villa-Corta?» Señor Latino, ¿qué aula, qué universidad ni qué Villa-Corta de mis pecados, si vuestra merced no ha visto, para saber tales signos, mas universidad que la *Febrilología*, ni mas aula que el capítulo 3, ni mas Villa-Corta que el Doctor Ribera? ¿No venia aquí de perlas aquel estribillo que se repite en cierta comedia:

A la corta ó á la larga
Siempre miente el Doctor Parga?

Gana tenia de no ensuciarme mas en el lodazal inmenso de este capítulo; pero se me hace cargo de conciencia no detenerme un poco en admirar la cláusula con que acaba, y es de las mas asombrosas que hasta ahora se han escrito. Vuélvese al Doctor Ruiz con un gravísimo apóstrofe, y haciendo primero almondegui-

llas las palabras, á puro revolverlas en la boca, le dice con hinchadísima, exquisita y extravagante enerjia: «Vuestra merced, sabio Doctor, me enseñaréis, dando respuesta que desde ahora me reemplazo á ser vuestro discípulo, por los muchos deseos en que me ha puesto vuestra sabiduría, para aprender algo de lo que ignoro.» ¿Habrán visto los moldes en todos sus largos dias paloteado de voces mas necio ni mas estrafalario? ¿Aquel casar la tercera persona de singular con la segunda de plural, no es un matrimonio elegante, invencion propisima de la mollera carmoniana? «Vuestra merced me enseñaréis» ¿no es un milagro de las concordancias? ¿Y no será muchísima razon que todos demos las gracias al señor latino, porque nos ha libertado de la pesadísima corma en que nos habian constituido las reglas gramaticales, precisándonos á concordar el verbo con el nombre en número y en persona? Esta era una tiranía de la locucion, una esclavitud de las palabras, unos grillos injustos, sobre pesados, de las voces: ya nos hallamos libres de este manantial perenne de solecismos, y así, sin incurrir en la mas ligera culpa contra la buena gramática, ni exponernos á que nos silben los chulos ó nos gruñan los académicos, teniéndonos por vizcaínos recién trasplantados del vascuence, podemos decir sin rubor, con grandísima entereza: «Vuestra merced, señor latino, no sabes lo que te pescas, porque haces usted una mezcla de lenguaje, que es para alabar á Dios, y vos nos causas risa, como quiera que las simplezas de vos muevan á desprecio de tí.»

Con esto, metámonos ya en el capítulo 12 y último del insigne *Método racional y gobierno quirúrgico*, el cual gobierno se me figuraba al del famoso Sancho Panza en la insula Barataria, segun se iba retardando; pero al fin llegamos, despues de haber vencido piélagos inmensos de dispartes, montes incultos de boberías, selvas asperísimas llenas de brozas y pobladas de sabandijas, dilatados desiertos, páramos eternos de doctrina. Este gobierno pues, donde ejercita la jurisdiccion de su baston quirúrgico el señor gobernador Carmona, es el referido capítulo 12, donde trata «del gobierno que ha de tener el cirujano para curar los tumores y úlceras asociadas con el morbo mas cruel». Aquí le verá vuestra merced expedir decretos, dar órdenes y prescribir leyes á los tristes cirujanos romancistas, tratándolos como á unos pobres soldados gregarios, de la ínfima plebe de la milicia. «Si el cirujano es romancista (pronuncia en la página 157 con resolucion de gobernador ó con humillos de oráculo), luego que vea calentura en cualquier caso quirúrgico, porque no sabe si es esencial ó accidental, para cumplir con su conciencia debe llamar al médico.» Dice su merced estupendísimamente; pero respóndame por su vida á esta preguntilla escrupulosa. Y si el cirujano es latino, ve calentura, y no sabe si es esencial ó accidental, ¿cumplirá con su conciencia si no llama al Señor Doctor? Acaso me negará el supuesto, y me dirá que no puede haber cirujano latino que no sepa si es esencial ó accidental la calentura. Pero si su merced da esta respuesta, yo le mostraré un cirujano de nuestros tiempos, *latino* hasta no mas, *escritor* de molde, y hombre que anda solicitando casa retirada para escribir mas y para obrar otras obrillas que no sean partos de la razon, sino cursos de un entendimiento achacoso, que por eso está de purga; el cui-

cirujano latino, con todos estos pelendengues, no sabe ni conoce cuándo es esencial ó cuándo es accidental la fiebre, como lo lize manifesto hácia el fin de mi primera carta, con un argumentillo que no tiene fácil solución. Con que este cirujano por lo ménos, no obstante de ser *latinísimo*, en este particular ya le igualarémolos con los puros romancistas.

Prosigue el señor legislador gobernante con sus leyes de gobierno, y en la misma página 157 y 158 manda lo siguiente: «Si los cirujanos romancistas estuviere en partidos en donde no hay médico, en cuanto no pudieren consultar con el que estuviere mas inmediato..., gobiérnense por la *Práctica de Guadalupe*, ó por la *Febrilología quirúrgica* del Doctor Ribera.» Aquí supone una máquina de cosas. Supone, lo primero, que solamente tienen obligacion de consultar á los médicos los cirujanos romancistas. Supone, lo segundo, que tienen obligacion de consultar, no como quiera á cualquier médico, sino es «al mas inmediato». Supone, lo tercero, que el cirujano latino está dispensado de esta obligacion, porque en los casos quirúrgicos en que se excita calentura, debe saber si es esencial ó accidental, como cualquiera médico. De donde se infiere esencial y naturalísimamente, que si el cirujano latino estuviere mas inmediato que el médico al cirujano romancista, como en punto de si es esencial ó accidental la fiebre quirúrgica, sabe tanto el latino como el médico, el pobre romancista á quien sucediese el lance no tendrá obligacion de consultar al médico, sino al latino, que es el mas inmediato. Pues hétele que va ahora mi casito de moral quirúrgico: supongamos que el Licenciado Carmona se halla en el Parral echando unas ventosas en cumplimiento de su oficio de puro sangrador, que tiene en el monasterio, y supongamos que en Zamarramala un niño llamado Simon (ó si no fuera Simon, sea Simona), de resulta de un tumorcillo en los piés, con una úlcera en el *carpo*, padece repentinamente una cruel calentura, que le lleva de *carpos* como de calles. Lllaman al cirujano de Zamarramala, que es romancista; llega apresurado, observa la novedad de la fiebre, no sabe si es esencial ó accidental, encuéntrase embarazado; á este tiempo le dicen que el Licenciado Carmona está *ventoseando* á la falda de la cuesta: pues ahora se pregunta si el buen cirujano de Zamarramala tendrá obligacion de consultar al señor latino, «que es el mas inmediato» y en el punto que se duda sabe tanto como el médico mas remoto. Si le dispensa de esta obligacion, arruina todo el armatoste de la segunda ley de su gobierno; si le precisa á ella, fiera cosa es estrechar á un cirujano de bien, como es el de Zamarramala, á que acuda, por vía de apelacion, al tribunal del latino, que es subalterno suyo por lo respectivo al Parral, en calidad de sangrador puro y neto, imponiéndole esta dura ley en el mismo territorio en que ejercita su jurisdiccion suprema. Bien puede ser que sea justo este decreto del señor gobernador quirúrgico; pero yo no quiero creer que le obedezca el cirujano de Zamarramala, ni aun el mayor zamarro de todos los cirujanos.

Siento mucho ir ya pecando de prolijo, y que meresten todavía algunos punticos necesarios que tocar, por no poder detenerme á decir á vuestra merced que el latino no es de aquellos hombres especulativos que dan buenos consejos á otros y ellos no los practican. De esta

culpa á buen seguro que está muy distante nuestro Licenciado; porque ejecuta con escrupuloso rigor lo que aconseja. No quiero traer mas que un verbi-gracia, porque vuestra merced no se amostace con mi morosidad. Aconseja á los cirujanos romancistas que acudan á la *Febrilología quirúrgica* del Doctor Ribera; y él, olvidándose por el buen ejemplo de lo latino, y humillándose por un poco á ser cirujano en romance, acude tanto á la *Febrilología*, que para la composicion de su *Método* apenas tuvo presente otro libro. No solo doctrinas, sino es hojas enteras de la *Febrilología* trasladó al pié de la letra, como ya llevo observado, sin hacer mas que traer fuera de propósito lo que Ribera dice con oportunidad. En este último capítulo no olvidó su buena maña, ántes la pone por obra tanto como en el que mas. Todo lo que dice en la página 161 y 162, así de la calentura intermitente, como de la sindicacion de la causa material, es copiado de la *Febrilología*, capítulo 3, página 19. Lo que escribe en este mismo capítulo, página 179 y 180, acerca de la calentura hética, lo trasladó de la propia *Febrilología*, capítulo 19, página 332. «El grande remedio de la quina,» que aconseja en la página 182, aunque él dice que lo leyó en Ricardo Morton, no lo leyó sino en la *Febrilología* de Ribera, página 333, donde le halló citado al márgen, y trasladó las palabras de Morton como las del mismo Ribera, en varias partes.

En vista de esto ya conocerá vuestra merced con cuánta razon y con cuánta verdad confiesa el latino que nada de lo que contiene el *Método racional* es suyo: así lo asegura en la página 183 por estas mismas palabras: «Todó lo que en este libro leyere el muy sabio Doctor Ruiz, no se lo vendo por mio.» Dice bellísimamente, y todos se lo creemos á piés juntillos, pues ni es suyo lo que trae en el tal libro, ni el tal libro le vende por suyo ni por ajeno; porque no le vende; verificándose aquí al pié de la letra el comunísimo refran: «Quien no te conoce te compre;» pues ninguno de los que conocen al autor ha comprado su obra. Es verdad que ahora, con el motivo de mis cartas, puede ser que tenga mayor despacho; y en tal caso estará obligado en conciencia á repartir conmigo la ganancia; y si lo hiciere, desde luego le empeño mi palabra de escribir otras carticas semejantes, siempre que él diere á luz otras semejantes obras, para facilitarle el producto de su venta; pero volvamos al latino. Dúróle poco el espíritu de ingenuidad; porque ya que no se quiso abrogar el título de hábil para nuevas producciones, por lo ménos se aplicó el de erudito y de hombre que ha revuelto muchos autores y sabe poner en orden con buena eleccion sus doctrinas. Esto quiere decir cuando, despues de las palabras citadas, añade inmediatamente: «Todas son doctrinas sacadas y escogidas de diferentes autores antiguos y modernos». Y cita luego un crecido catálogo de escritores médicos y no médicos, entre los cuales coloca en primer lugar á Santo Tomas, á Alberto Magno, y hácia la cola á Séneca. Al leer esto, pensará vuestra merced (ya se ve) que Carmona, en su *Método*, es un Santo Tomas desleído, ó un Alberto Magno colado, y un Séneca pasado por alquitara, ó por lo ménos hará vuestra merced juicio que trae grandes, oportunas y muy frecuentes sentencias y doctrinas de estos autores. Pues, no señor: vuestra merced no desperdicie juicios benignos, recójalos y resérvelos para mejor ocasion; porque sepa vuestra merced que á Santo Tomas solo le

cita una vez para una grandísima frescura; á Alberto Magno le trae otra para una importunidad; y de Séneca se acuerda dos veces, y entrambas á cual ménos á propósito. Lo mismo sucede con los mas de los otros autores que reza su letanía, de los cuales ni aun hace ligera mención en el cuerpo de la obra. Lo cierto es, que él no los ha visto, sino que sea en Ribera ó por el pergamino; ¿y con todo eso quiere que le creamos que no los alega por vanidad? Pues mire, no há muchos días que concurrió en un corrillo de bellacos cierto sugeto tan ingenioso como glorioso; alabábase de mil gnupezas increíbles, y hacia suyos todos los lances de valor posibles ó imaginables. Al acabar de referir alguna de sus pretendidas hazañas, tenía la costumbre de decir: «Aseguro á ustedes que esto no lo digo por vanidad.» Tanto repetía este fastidioso estribillo, que uno de los concurrentes, sin poderse ir á la mano, le dijo con disimulo: «En eso no se pare vuestra merced, señor Don Juan, porque ya le conocen estos señores. Y así, todos estamos en que vuestra merced no cuenta esas cosas por vanidad: lo mas que creemos es que las cuenta por bobería.»

Pone glorioso fin el cultísimo latino á su insigne *Método racional y gobierno quirúrgico*, con el discreto cartel de desafío en que previene al Doctor Ruiz, «que siempre que le ponga en la palestra, tomará la pluma, que deja cortada y en remojo en tinta muy cortés, y no de alacranes, como hacen otros.» Víctor el autor Carmona, y retírese á descansar; que habrá quedado reventado. Miéntas tanto, déme licencia para acribar estas últimas preciosísimas palabras, que no dejan de tener algunas granzas. En cuanto á la «tinta de los alacranes», dánsele muchas gracias por el nuevo descubrimiento; porque no sabíamos hasta ahora que los alacranes quitaban el oficio á las agallas y á la caparrosa. Suplicasele al Señor Licenciado que nos explique con alguna mayor claridad tan recóndito secreto, y que nos comunique la receta para disponer la confección. Aquello que dice de que su pluma queda en remojo «en tinta muy cortés», si es tan cortés como la tinta del *Método racional*, aténgome al cuento del tío Anton Bodega. Con todo eso, pudo excusar el echar su pluma en remojo; porque ciertamente no está tan salada que lo necesite, y á mí parecer sería mas cuerdo consejo el echarla en escabeche. Lo otro de la *palestra*, con su puntica de desafío, á fe de hombre de bien que me cae muy en gracia, y que quiera Carmona que no quiera, le tengo de encajar un cuentecito donoso: Erase un maldito cojo, y tan cojo, que para ser tullido no le faltaba mas de que Carmona le curase. No se podía mover sin el socorro de dos robustas muletas; y con todo eso, era tan fanfarrón el cojo endemoniado, que por quitame allá esas pajas, desafiaba á todo el género humano. Un día tuvo no sé qué repique con cierto alentado moceton, hombre de gran pujanza en los brazos, de mucha destreza en la espada, pero de humor muy solemne; y á dos por tres le desafió el señor cojo. A los principios oyó con risa y desprecio el desafío, diciendo que no le sería bien contado en el lugar que midiese su espada con un hombre de fuerzas y de miembros tan desiguales; pero el diablo del cojo estuvo tan porfiado, tan befador y tan perro, atribuyendo á cobardía del otro su prudente resistencia, y asegurando que como él estuviese arrimado á la pared, sin mas muleta que la espada, no temería á Oliveros de Castilla ni á to-

dos los Doce Pares, que al cabo el picaronazo del mozo hizo que admitia el desafío, resuelto á burlarse muy á su salvo de la fanfarronada del contrahecho. Aplazóse día, señalóse sitio, determinóse hora, y concurrieron entrambos en el día, hora y sitio señalado. El cojo tomó su puesto arrimándose á una pared, como se había convenido, despidió lejos de sí las muletas con fuerza, y con gallardía terció la capa, empuñó la espada y dijo á su contrario que se acercase si era hombre. El guiton del contrario, que le vió en aquella postura, desamparado de las muletas, destituido de los pies, é incapaz de dar un paso, tomando sitio en lugar proporcionado donde no podía llegar la espada del derrengado, terció tambien la capa y desenvainó con denuedo. ¿Qué le parece á vuestra merced que desenvainaría? Desenvainó un costalillo ó talego bien proveído (con licencia de vuestra merced) de cagajones. Sacó uno de la talega, y diciendo á su contrario con picarona algazara: «Allá va esa estocada, señor cojo,» se le disparó á los hocicos. El cojo no podía moverse, y se daba todo á los diablos. Llamábale cobarde, gallina, picaron, infame. Decíale que se acercase, que le había de hacer jigote. Pero el otro, con grande sorna y risadas, le disparaba otro cagajon repitiendo: «Señor cojo, esa estocada á la tetilla.» Volvia el cojo á empuñarse y á rabiar prorumpiendo en retos y por-vidas; pero el bribón, tieso que tieso en su puesto, sacando cagajones y disparándoselos á los bigotes, hasta que se le agotó la talega y se concluyó el desafío. Dícame vuestra merced que el Licenciado Carmona es cojo: siéntolo por lo demas; pero alégrome por lo de ahora, para que hasta en esta circunstancia le acomode con tanta propiedad el cuentezuelo.

Y ve aquí vuestra merced que sin sentir hemos acabado ya con el famoso *Método racional*, sin que me reste mas que satisfacer á los escrúpulos ó reparos que dice vuestra merced han puesto á mis cartas en esa ciudad algunos sugetos que tienen obligación á ser prudentes. No es mi ánimo hacermé cargo de todo lo que se dice, segun vuestra merced me avisa en amigo verdadero; porque no estoy de humor de apreciar los ofrecimientos, ó necios ó malignos, de algunas chollas de cal y canto con cascos de argamasa y la razon emparedada, racionales por mal nombre, á quienes se les favorece siempre que se les impugna. Porejemplo: ¿quién ha de tener flema para contestar con los que dijeron que mi primera carta era delatable, «por mofadora de los santos sacramentos y por injuriosa á las sagradas religiones?» Si yo me detuviera á desvanecer estas esparavan extravagante y calumnioso, ¿no me tendrían por tan simple como los mismos que le publicaron? Y una sencillez tan estrafalaria, ¿merece, por ventura, otra satisfacción que una carcajada ruidosa y de buen tamaño? Así pues, señor mío, no hay que pensar que yo estime estas miserables críticas ni otras semejantes á estas: con que, solo me haré cargo de tres ó cuatro reparos que parecen sustanciales y hechos con buena fe.

Es el primero: «¿A qué fin ensangrentó la pluma contra el cirujano Carmona? Para responder á su libro, podía hacerlo con sosiego, impugnando con templanza sus doctrinas, sin ser necesario echar mano de las pillas.» Respondo con el caso tan sabido de aquel caminante, al cual le salió atraidoradamente un mastinazo de ganado, y le dió una fiera tarascada en una pierna. El revolvió

prontamente y con tanta felicidad, que mató al mastín con el chuzo de un varapalo que llevaba. Echáronse sobre él los pastores, lleváronle ante la justicia, acusándole del parricidio; y el alcalde, acriminando la acción, le dijo: «Mal mirado, si queriais espantar ó castigar al perro, ¿por qué no le disteis con el mango, y no con el chuzo?» «Señor Alcalde (respondió muy sobre sí el caminante), porque el perro no me mordió con la cola, sino con los dientes.» «Háganse todos cargo de que Carmona fué el primero que mordió, y mordió atraído-radamente. Bien notorio fué en esa ciudad el pasado lance que sucedió con el Doctor Ruiz y el cirujano latino en casa de la niña enferma, á que dió motivo el mal reprimido ardor del cirujano, dando ocasion á que se atropellase el sagrado de tan respetable casa. Despues que se le sosegó la «desconcertada furia, y se le enfrió la voraz melancolía asada», conoció el exceso á que se habia arrebatado; y mediando la autorizada interposicion de un sugeto religioso (1), pidió perdon al Doctor Ruiz con señales muy sinceras: hiciéronse las amistades; borráronse, al parecer, todas las especies; y cuando todo estaba tranquilo y todos olvidados, saie Carmona de repente con las fieras tarascadas del *Método racional*, en que muerde, aja, burla y mofa de mil modos al pobre Doctor Ruiz, desairando tambien la mediacion del reverendísimo, que debiera darse por muy ofendido que el Licenciado pasase con tanto desprecio por encima de su celosa garantía. ¿Y querrian despues de esto que á Carmona se le tratase con mucho comedimiento, cortesía y melindre? Aquello de *vim vi repellere*, á todos nos es lícito; y el desarmar al enemigo para siempre, ninguno deja de hacerlo, como pueda.

Segundo reparo. No impugno todos los puntos médicos y quirúrgicos que toca Carmona; y los que impugno, los toco muy superficialmente; con que parece que huyo de la dificultad. Respondo con otro cuento. Espulgaba un cura á un sacristan, con quien congeniaba mucho, porque ambos eran de humor solemne: matóle hasta dos docenas de piojazos muy adultos, y dejóle mas de doscientos piojos niños. Viólo el sacristan, y le dijo: «Señor Cura, pues y estos, ¿por qué no los mata?» «Porque cuando voy al monte (respondió el bribon del Cura), siempre dejó mucha caza para el día siguiente.» Eso de matar todas las sabandijas del *Método racional*, es obra larga, ni era fácil conseguirse en una caza tan volante como la de mis Cartas. Mi fin no fué despoblar el monte, sino coger algun ganado mayor. Si el latino me pusiere en paraje de salir á otras batidas, caza dejé para entretener muchos ojeos. Ni me empué jamás en impugnarle todo lo que dice, y mas cuando no se puede negar que trae muchas cosas buenas, como son casi todas las que traslada; pero es verdad que ninguna trae bien traída. Detenerme á contradecirle muy de propósito, revolviendo autores y cargando el papel de citas,

(1) Este fué el mismo Padre Isla, que se halló presente á la consulta; y despues de reconciliar á médicos y cirujanos, salió garante de su amistad y reconciliación; y habiendo salido despues Carmona con su *Método racional* impugnando los dictámenes de los otros, dió motivo á dicho padre para escribir estas cartas.

sobre no venir al caso, sería llenarle de vanidad; y yo quiero que por mí se lleve el diablo á ninguno.

Tercer reparo. Ya que saco la cara, ¿para qué oculto mi verdadero nombre? Nadie quiere creer que yo me llamo «Juan de la Encina»; y eso de tirar la piedra y esconder la mano, se tiene communmente por cobardía. Si Carmona quiere replicar, razon es que sepa con quién habla; que eso de tratar con anónimos, es comerciar con duendes. Respondo: Ya sabe vuestra merced, y saben muchos, lo que dijo aquella tapada que se estaba confesando. Preguntóla el confesor, ¿cómo se llamaba? Y ella respondió muy fruncida, pero muy pronta: «Padre mio, mi nombre no es pecado.» Dándole á entender que el saber ó ignorar su nombre no hacia al caso para la integridad de la confesion. Que yo me llame Juan de la Encina ó Perico el de los Palotes, ni á Carmona ni á nadie ¿qué le importa? Si quieren dar contra las cartas de Juan de la Encina, dén en buena hora; que Juan de la Encina sabrá volver por el honor de sus cartas. Lo demas es curiosidad perniciososa, y es razon mortificar esas curiosidades. Díceme vuestra merced que entre los sugetos que mas se explicaron contra mi nombre postizo, fué una personuela atufada de gesto, podenquilla de narices, arrogante en borron, y muy meticulosa. Añade vuestra merced que anda en mula, y que tiene el apellido *Maton*, no sin conformidad con el oficio que ejercita. No me especifica vuestra merced mas señas, ni yo quiero saberlas; porque nada se me da ignorar los nombres y las personas, como tenga noticia de los dichos. Entre los de este notable personaje, me refiere vuestra merced uno que pronunció en cierto concurso numeroso, donde se hablaba de mi primera carta. Dijo, con la cólera en el gaznate y la valentía en la punta de la lengua, que si cogiera al tal Juan de la Encina, con la *encina* del apellido le habia de *matar* á palos. ¡Hay tal! ¡Y qué *matador* debe de ser ese hombre! Pues, aunque vuestra merced me riña, tengo de contar un cuento á Dios y á dicha, mas que digan que no viene al caso los que no dan en la alusion. Vacó la plaza de cirujano en el lugar de Matilla, y pretendióla Roque Mata, cirujano de Carabanchel. Cumplia el tal Roque Mata con su oficio y con su apellido á diestro y á siniestro; pero tenia la flaqueza de temer extrañamente á los difuntos, y él á cada paso aumentaba los motivos de su miedo. Pidieron informe los de Matilla á los de Carabanchel, y estos enviaron el informe que se les pedia, en las dos quintillas siguientes:

1. De Matilla en el lugar
Mata ser barbero quiere;
Mata es hombre singular;
El, cuando hay muertos, se muere.
Y él es muerto por matar.
2. En admitirle Matilla
Obrará con discrecion,
Porque tiene proporcion
Con el nombre de la villa,
Matilla, Mata y Maton.

Guarde Dios á vuestra merced y le prospere como le ruego cada día. Fresnal del Palo á 28 de julio de 1732. Besa la mano de vuestra merced su adherido. — *Juan de la Encina.*



CARTAS FAMILIARES

DEL PADRE JOSE FRANCISCO DE ISLA.

PRIMERA PARTE.

CARTAS ESCRITAS POR EL PADRE ISLA A SU HERMANA DOÑA MARÍA FRANCISCA DE ISLA Y LOSADA,
Y Á SU CUÑADO DON NICOLAS DE AYALA.

CARTA PRIMERA.

Escrita en Villagarcía á 10 de enero de 1755, á su hermana.

MISIONERÍSIMA MIA : Al volver de Santa Eufemia, adonde fui cuatro días á cuidar de que no se emmoheciese la escopeta de Nicolas, que conservo por vía de empréstito, y cuyo uso solo está prohibido dentro de las bardas del colegio, me encontré con dos tuyas : una aquella carta perdida, y hallada en algun pellejo del aceitero de Villar de Frades, con la rancia fecha de 18 del mes y año pasados, y otra de data reciente; porque se escribió (si no mientes) en el primer día del año que acaba de nacer. En esto tampoco me llevas ventajas; porque tambien fué la tuya la primera carta que escribí en este año de teta, por dar siquiera buen principio al ejercicio en que me empleo tanto, y cada día me molesta mas, pues sacando el único par de cartas que me recrean, y no quiero decir cuáles son, pagaría doblados los portes (has de saber que los pago) porque no me trajesen los otras, y triplicados porque me excusasen responderlas. Creeré que dicha carta no te haya desplacido; porque al fin ya me reduje á mas de lo que debiera; y en verdad que me alegré de hacerlo ántes que llegase este último asalto que me das en tu mision, para que no tengas la vanidad de que me convirtieron tus gritos, aunque dados segun arte; sino mi grandísima bondad y mi todavía mas grandísimo deseo de complacerte en lo que no perjudicare á los fueros de mi teson y desengaño. Verdad es (porque todo se ha de decir) que no contribuyó poco á ablandarme el ver que te ponias de parte de mi razon, y que, confesándome esta, solo te empeñabas en combatir mi sentimiento; pues si hubieras seguido otro rumbo, me enfazonabas el corazon hasta empedernírmelo. El mismo aire siguió Nicolas en esta segunda carta, con lo que serenó la borrasca que alborotó la primera, tan grande, que á dos soplos mas de viento paraba en tempestad; porque cuando estoy anegado en razon me es muy sensible que se me dispute, y en materia de gasconadas me daré de cachetes con los mismos sitiadores de Zamora en tiempo de Doña Urraca.

Mañana esperamos al justo juez de residencia, tu tío y amigo, el Padre Osorio. Yo, por bien parecer, le saldré á recibir dos leguas de aquí; pero de mejor gana le sal-

dria á despedir aunque fueran treinta; ceremonia que jamas uso con los que me duele que se vayan.

A la chulísima carta de 18 no contesto, por ser ya cosa de antaño, bien que lo que en ella me fraileas no te lo perdono, ni aun para el siglo futuro. Ello yo debí estar consultado para capilla, pues aun en esta semana me encajaron una carta de una grandísima monja, á quien no conozco sino para reirme de ella, cuyo sobrescrito decia así : « Al reverendo Padre Isla de Jesus María guarde Dios muchos años en su convento de, etc. » Su único asunto era preguntarme por Don José Mascareñas, de quien no he tenido noticia desde que salió de Salamanca : contémplole ya en Coimbra, si no le sucedió algun azar en el camino. Juzgarás, hijita mia, que estoy muy de vagar cuando alargo tanto la conversacion; pues todo es por el tedio que tengo en trabarla con treinta y seis cartas que están esperando la respuesta; pero pues no tiene remedio, adios; que escupo las manos y voy allá. — Tu amantísimo hermano, *Francisco Maria*. — Escrita esta, llegó un hombre de Villar de Frades con la caña de marras, que dijo se la habia enviado el maragato desde Madrid, adonde parece que apareció entre dos fardos. Yo, cierto, habia consentido en que era caña de pescar; porque, ¿cómo habia de pensar que tú y tu marido fueseis tan locos que regalaseis á un fraile con un baston de capitán general, que solo me puede servir para hartaros á los dos de palos por el disparate? Pero á bien que teneis muy léjos las costillas. Majaderos, ¿habeis visto jamas á algun teatino con baston de puño de plata, sino que fuese á alguno de los que están vara y media de la puerta de los carros? Voto á... Y sirva esto de gracias. — Mariquita mia.

CARTA II.

Escrita en Villagarcía á 10 de enero de 1755, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Si no se hubiera atravesado la porquería de esta desazon que tanto me ha envenenado, en la que ni tú ni esa jitana teneis culpa alguna que llorar : digo que, á no habérseme revuelto esta ponzoña que tengo reconcentrada en el corazon, sin haberla podido vomitar por mas triaca que he tomado, y alguna eficazísima, hubiera celebrado infinito tuazonada carta de 18 del mes y año pasados, que al fin llegó en compañía de la de 1.º del mes y año presentes;

la cual debió de esperar para venir de caravana, como se usa en Egipto y en el Cairo. No es ménos chula la carta de la misma fecha que me escribe esa cananera de las serenísimas Reinas Magas, mujeres de los Reyes cuya octava estamos celebrando; pero todavía no se me han asentado bien los humores, y hasta que hagan sedimento, á lo que llamamos poso los vulgares, no está ni pluma para chufletas. No los sosegó poco tu carta de lo-gaño, en que me confiesas la justicia que afectabas negarme en la de antaño; sinrazon que temí me alborotase mas que el huracan que excitó la principal borrasca; porque no hay cosa que sienta tanto como el que me nieguen la razon cuando nunca me quejo, y mas en tono tan alto, sino agobiado de ella misma, y en lances en que el disimulo pasaria por mentecatez ó por insensibilidad. Al fin, por ahora estamos de la otra parte del bar-ranco, y firmadas, como espero, las moderadas capitulaciones que propuse el correo pasado, tú y esa bruja quedaréis satisfechos, y yo desembarazado de mil tediosos cuidados.

Salí del grande que tenia por la pérdida de aquel pliego que remití á Madrid, que tambien debió de ir de caravana, pues no llegó hasta 1.º de este, como verás por la adjunta de Medina, que me devolverás; y mañana espero alguna resulta.

Diviértete en leer ese par de cartas de pascuas, que tambien llegaron en la famosa caravana del día 18, y me dieron grandísima risa por la satisfaccion del mentecato que las dictó y de los dos que las firmaron. A cartas locas, respuestas sordas.

Muy cuidadoso estoy de nuestro Mascareñas, no habiendo recibido carta suya desde Ciudad-Rodrigo, como me lo prometió al partir de Salamanca. Si no le ha sucedido algun gran trabajo en el camino, al que iba muy expuesto, ya le contemplo en Coimbra, adonde le encamino tu carta, que viene bien dictada, y me cayó en gracia el embate de la V.

Convirtiése en caña fistula la que yo habia creído ser caña de pescar. Ya digo á esa Medea (y no Safo) lo que se me ofrece. Ahora solo te falta que me regales una sortija de diamantes, con un lazo que sirva de encarda para el sombrero. Hombre del diablo, ¿qué concepto formas tú de mi cabeza, ó qué concepto quieres que yo forme de la tuya? Si deseabas que el baston me sirviese, ¿por qué no le quitaste el puño de plata y le pusiste uno de cuerno, material que no te puede faltar mientras estés casado con la hermana de un teatino? El baston y la escopeta son gemelos; hiciste bien en casarte, porque si Satanas te hubiera dado vocacion de papa, eclarías á perder todas las religiones. — Tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José Francisco. — Nicolas mio.

CARTA III.

Escrita en Villagarcía á 18 de enero de 1733, á su hermana.

Hija mia: Me dice Nicolas que no me escribes porque el día del correo te hizo quedar en cama para repararte de un constipado con que te regaló la precision de pagar tus visitas de novia á cuerpo patente; y añade que seguirá esta tarea por todo el mes que corre: en lo que no sé si me querrá decir tambien que tampoco debo esperar carta tuya en todo este mes, porque quizá serán los constipados dije preciso de la gala. Esta relacion no puede ser mas natural; pero tambien puede ser muy

natural que en ella no haya otra cosa de verdad sino que no me escribes porque estás mala. Si el accidente es constipado ó es otra cosa, sábelo Dios y vosotros. Sea lo que fuere, me resigno en la voluntad del que no lo puede errar, sin que la conformidad se oponga á los efectos de la naturaleza, ni pueda tampoco embarazar los primeros. Estos fueron los que corresponden á quien tiene una sangre extremadamente volátil, un corazon de fuego y una imaginacion de alquitran: juntándose á eso el haberme cogido la noticia con una violenta fluxion á la mitad de la cara, garganta y pecho, que se irritó de repente, y me ha dado los días y las noches que se dejan discurrir. Esta fluxion no la cogí yo por pagar las visitas de novio en traje de ceremonia; porque desde que vine de Santa Eufemia solo he salido de mi celdilla á lo que no puedo hacer en ella, que es á decir misa y á comer, revocando el ánimo que habia hecho de salir á recibir al Provincial, á vista del rigor del tiempo, que de quince días á esta parte no puede estar mas furioso de nieve, heladas y aires frigidísimos, que parecen afilados en la Laponia. Al fin, veremos qué nos dicen las cartas del próximo correo, aunque ya tengo hecho casi el ánimo de que no llegarán, por ser experiencia constante que cuando mas las deseo, entónces es cuando puntualmente se detienen ó se extravían. Eso mas tendrá que hacer la resignacion, y se le añadirá de mérito al dolor todo lo que se le añadiere de cuidado.

No te puedo ponderar las expiaciones que me ha hecho tu tio y mi prelado el Padre Osorio. Parece que me está convidando con todas sus facilidades para que use de ellas á mi arbitrio, y estoy persuadido á que sentirá mucho que no las disfrute. Pero este sentimiento es el que yo no le podré excusar; porque, estimándole mucho como debo sus finezas, y creyendo que le nacen muy de corazon, no veo por ahora en qué puedo aprovecharme de ellas. Estoy donde mas gusto, vivo con el descanso con que nunca he vivido, trabajando mas de lo que jamas he trabajado: el único consuelo que apetezco en esta vida, le lograré cuando Dios fuere servido; y si no le lograre hasta la otra, tendré el mérito de la paciencia y la satisfaccion del dolor, pues en las circunstancias presentes solo me serviría para acortarme la vida, ó acortársela á otro, que importa mas que la mia; con que no descubro cosa en que pueda valerme de la bizarría de mi jefe; pero esto nada disminuye mi estimacion y mi sumo reconocimiento. Basta de conversacion; porque si estás constipada, tambien fatiga el leer: si es otra cosa peor, te fatigará mucho mas. A Dios, que te me guarde cuanto quiero. — Tu amante hermano y padrino, José Francisco de su María Francisca. — Jitana mia.

CARTA IV.

Escrita en Villagarcía á 18 de enero de 1733, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: El constipado con que me dices quedaba María Francisca, será lo que Dios quisiere: yo creo en su Majestad á ojos cerrados, y por lo demas, ¿qué he de hacer sino resignarme en lo que el mismo Señor dispone? En todo caso, sea lo que fuere, hicieste bien en no permitir la que me escribiese; porque á ella y á mí nos podia costar caro este consuelo: á ella, poniéndose peor, y á mí, dándome ese motivo mas para mi sentimiento y para mi cuidado. No puedo remediar uno ni otro, habiéndome hecho Dios así, y no habiéndome

dome hecho yo á mí mismo; y para que ambos hiciesen peor efecto, me cogió la noticia desollando una violenta fluxion á cara, garganta y pecho, que no se minoró con este baño. Doy por supuesto que la carta del correo próximo se detendrá ó se extraviará, como acostumbra siempre que la deseo con especial ansia; porque Dios es un gran maestro de novicios, y sabe mortificar en lo vivo como ningún otro.

Hasta ahora no he visto respuesta de aquellas cartas que me avisa Medina en este correo se entregaron ya. No echaré ménos las respuestas como sean favorables las resultas, aunque mi amor propio siempre quedará muy escocido de que el portugues me violentase á escribir á quien no me dé señas de que agradeció mi sacrificio. Me edifica mucho la indiferencia con que miras tus ascensos, y la grandeza de alma con que desprecias todo lo que sobra para salir honradamente del día; pero, como esto mismo es mérito, no solamente para con Dios, sino tambien para con los hombres, ese motivo mas tengo yo tambien para interesarme con el mayor calor que pueda, no en que te sobre mucho, sino en que nada te falte, aunque Dios te dé hijos que sustentar y que establecer.

El día 26 partió Mascareñas de Ciudad-Rodrigo para Portugal, segun me lo avisa en carta de 23, aunque desesperado por no haber recibido ninguno de los pliegos que le dirigía Salamanca; pero ¿cómo los habia de recibir si anduvo siempre serpenteando y hecho un trasgo, visitando las estaciones de Alba, Batuecas y todas cuantas se le presentaron á la diestra y á la siniestra de su estafalarío camino? Ya no espero carta suya hasta que escriba desde Coimbra; y esa llegará cuando Dios fuere servido.

Sobre las finezas que he debido hasta aquí á nuestro Provincial, remitome á lo que digo á esa chula. El tiene sin duda gana de que yo use de su franqueza; pero á mí no se me ofrece sobre qué; y temo que le he de mortificar sin pretenderlo, atribuyendo á ménos satisfaccion lo que solo es falta de material. Entró en ejercicios al cuarto día que llegó aquí; con que solo hemos tenido una sesion un poco larga, cuyo asunto se redujo á darme muchas satisfacciones y á franquearme su corazon hasta donde lleguen sus facultades.

El tiempo está cruel, y solo pueden cotejarse los frios del año de 39 con los de 53. Yo no salgo de mi *tugurio*; y aunque atribuyo mis fluxiones á la falta de ejercicio, me conformo con ellas, porque dicen que esto conviene para el campo; y si el año prosigue como pinta, se resarcirán en parte tantas miserias como se están padeciendo. Vive y manda. — Tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José Francisco. — Nicolas mio.

CARTA V.

Escrita en Villagarcía á 24 de enero de 1733, á su hermana.

Hijuela mia, á manera de las que tocan en los reparcimientos: No sucedió lo que temí de que faltase el pliego de Nicolas este correo; pero á lo ménos se detuvo dos días, no llegando hasta el miércoles, debiendo llegar el domingo, y esos dos días mas me duró la espina que me dejó clavada el correo antecedente. Cuando Dios quiere mortificarnos de véras, no ha menester nuestros ayunos, nuestras disciplinas ni nuestros cilicios. Al fin el día 15 quedabas en pié y sin sangrías, segun me dice Nicolas; pero muy desgana. Cuentan los naturales que no es

esta la peor señal en las de tu profesion. Como la mia es tan distinta, aténgome á que «virtudes vencen señales»; pero me alegro mucho de lo que me aseguras que «solo comeis lo preciso para vivir», porque este es el mejor medio para engordar. Si con todo eso no se echaren carnes, paciencia, pues no es ménos cierto en las plantas racionales que en las naturales lo que dice San Pablo: «Apolo regó, Céfás plantó; pero el que dió el incremento fué Dios.» ¿No te parece que estoy muy textual y erudito? Tienes un hermano que se pierde de vista: es verdad que lo mismo sucede al grano de mostaza, y este es poco elogio para los que casi somos invisibles sin el socorro de microscopio. Puesto que tienes un marido que te manda hacer cama enando se le autoja, autójesete tambien á tí mandarle hacer cama á él hasta que se cure perfectamente de ese canillazo que me dice se dió. Yo ya se lo encargo mucho, pero hará mas caso de media monada tuya que de cien conjuros míos. No es él mas enemigo de cama que yo, pues la aborrezco tanto como á los médicos; y no hay para mí dos horas mas intolerables que desde las tres en que siempre despierto, hasta las cinco, en que me levanto; pero hay males que no se pueden curar de otra manera, y esto solo puede ser su curacion. Tales son todos los de golpes en piernas, y mas en ese país que dicen es malo para piés y bueno para cabezas, aunque en pocos las he visto peores. Por no haber yo practicado este remedio estuve cojo cuatro meses en Salamanca. Hazle pues que se reduzca á la razon, y que no sea bárbaro, pues yo en este particular le remito á este capitulo de tu carta. El de la tuya que habla de mi Provincial, está ya de antemano respondido: no es cosa de que sus ternuras me envanezcan ni me derriitan; porque soy humilde como yo solo; y manteca pasada por barbas es grasa que lardea, pero no suaviza. Con efecto, me hace mil cocos, y para eso ya ves que no le desaynda la figura, pues á otro le costaría mas el hacerlos. Correspóndoselos como es razon, sin que tampoco á mí me cuesten mucho trabajo; porque nuestras estaturas y nuestras caras allá se van. Sígnese ahora hablar un poco de M... J... La misma vocacion tiene de monja que tú, y en eso he estado siempre; pero la bailo al son que me toca. Dióme mas risa que enfado lo que te dijo de que queria serlo, pero que de la ciudad no salia. ¡Furiosa vocacion! Por una parte sentirse llamada á dejar el mundo, y por otro capitular que se ha de quedar lo mas cerca de él que la sea posible. Toda vocacion legítima y de ley, especialmente en las mujeres, ha de comenzar por aquellas palabras del Espíritu Santo: «Oye, hija mia, y atiende: olvida á tu patria y la casa de tus padres.» El mimo que todas teneis de estar juntas es hereditario, pues me aseguran que cuando tu marido te sacó de casa para llevarte á la suya, á madre y á Antonina hubo de costar muy cara esta terrible separacion; y aun hay malas lenguas que atribuyen tu presente indisposicion á este durísimo lance. A la verdad, vivir distantes unas de otras mas de cuarenta pasos, y no verse á lo sumo mas que de veinte y cuatro en veinte y cuatro horas, dóyselo al mas denodado. Y si á vuestra merced, querida mia, la parece que basta ya de coloquio, dejémoslo, y véte á poner de pontifical para proseguir en tus visitas de ceremonia. A Dios, señorísima, que te me guarde enanto le ruego. — Tu amante Lanazas, Yo. — Mi, tú, ella y usted.

CARTA VI.

Escrita en Villagarcía á 24 de enero de 1753, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Salí profeta á medias; porque, aunque llegó tu pliego del día 13, se detuvo un par de días el correo, no sabemos dónde ni por qué, pues casi toda la semana corrió un tiempo muy templado; pero ya han hecho chorrillo los postillones gallegos de correr hácia atrás, que es el movimiento natural de las coces del país. Al fin, esos dos días mas duró mi martirio, y celebro que la Señora Tesorera hubiese excusado el de las sangrías. La debilidad del estómago y la grande inapetencia con que ha quedado, pueden ser efecto de buen principio; pero si esta aprensión mia fuere el sueño del ciego, consuélome con que mientras se sueña se duerme. En todo caso, á ella la libertaste del mayor mal habiéndola libertado de los médicos; pero á tí te curas perversamente de ese gran golpe que diste en la cañilla huyendo de la cama. Sobre esto digo á tu mujer lo que se me ofrece para que te lo diga á tí, desconfiando de que mis razones tengan tanta fuerza en mi pluma como en su lengua. Si no te redujeres á la cama, dispondré que María Francisca se meta en ella, y de esta manera tomarás la medicina. No hay otra para ese mal, que despreciado puede producir fatalísimas resultas, y mas en ese suelo tan húmedo. No te receto ni te aconsejo cirujano; pues, aunque estos no son tan inútiles como los médicos, no suelen ser menos salvajes ni menos perjudiciales: aconséjote emplastos de lino, quietud y conversacion de tu jitana á la cabecera. Darásme mucho que sentir si no lo haces, y ya tendrá sobrado ejercicio mi aprension y micuidado porqueno lo hayas hecho. Mi aborrecimiento á la cama es sumo: de las siete horas que la ocupo, porque lo manda la campana, me sobran por lo ménos las dos, y esas las pasaria de mejor gana sufriendo á un necio que á los colchones; con todo eso, en sintiendo alguna cosa que los pida, me empotro en ellos, echándome la cuenta de que ménos malo es tolerar la cama dos días que dos meses. En esta semana volví del paseo con las plantas de los piés muy doloridas sin saber de qué. Quitáme de cuentos: metime entre las dos sábanas: tendíme á la larga; y el día siguiente ya podia echar plantas, aunque fuese á un mozo de mulas. Si lo hubiera hecho así en Salamanca no hubiera estado cojo cuatro meses, ni me hubiera quedado con un tobillo dislocado ya de por vida. He dicho lo que se me ofrece: tú harás lo que se te antojare, que así lo hacias el año pasado; pero si quedares cojo, avísame; que te regalaré con una caña muy rica con su puño de plata á la *dernière*, y con eso nada te faltará para ser Don Sancho el Craso, el cual se rompió una pierna al entrar en los cincuenta años; y dice la historia que hacia un cojo muy gracioso. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.—Nicolas mio.

CARTA VII.

Escrita en Villagarcía á 31 de enero de 1753, á su hermana.

Con que, ponderadorísima y poltronísima señora, el día 23 del que espira hoy á las doce de la noche «no estaba la Magdalena para tafetanes, porque mi marido quedaba en cama cuatro días habia; á Antolina se la habia hinchado una mano, y no sé si se la romperán á lanceta, y á tal instante me acaban de dar la noticia de que

madre se acostó ayer á las cuatro de la tarde, porque se la arrimó la gota al lado izquierdo; mal tan peligroso como sensible por estar próximo á arrimarse al corazon.» Y toda esta bulla, ¿qué viene á ser, reducida á su justo precio? Que Antolina tiene sabañones, y á madre le aligió un flato; porque eso de gota arrimada al corazon, sino que sea gota coral ó gota de Ribadavia, no hay otra que se le arrime; y cádate que esto basta para que «á la pobre Magdalena la despojen de los tafetanes» y la dejen en cueros, que en un tiempo tan riguroso como este, verdaderamente es una impiedad. Pues di á mi señora Doña Magdalena que vuelva su merced «á cubrirse con sus tafetanes», ropa admirable y de mucho abrigo para el tiempo que corre; porque el flato es cosa de aire, no siendo de la casta del que á mí me cortejó por espacio de año y medio: los sabañones son una bachillería de la sangre, que se corrige fácilmente; y si no, ahí está mi amigo el Doctor Carmona, en su *Método de curar los sabañones* cortando el pié, la mano, la oreja ó el miembro infecto, que no me dejará mentir. Y por lo que toca á la cama de tu marido, es cierto que si yo fuera Magdalena, tambien me «quitaría los tafetanes»; pero no cosa de vestirme de luto, sino que fuese por la barbaridad do no haberlo hecho desde el mismo punto que se dió el golpe en la cañilla: desacierto que solo se lo pudo permitir una mujer del tiempo del arpa, cuando eran mandadas las mujeres; pero ahora que, gracias á los violines, ya son ellas las que mandan, estoy por pensar que no le quieres bien, cuando le diste licencia para que se tratase tan mal. De toda la letanía de trabajos que me cuentas, «enemigos de los tafetanes», este último es el que me da mas cuidado, porque ese tu insigne país se parece mucho al concepto de la santidad que formaba cierto navarro, el cual siempre que veia la estatua de algun santo de medio cuerpo, decia con gracia: «Esa es una friolera: santo, santo de medio cuerpo arriba tambien lo sería yo; la dificultad está en serlo de medio cuerpo abajo.» No encuentro otra diferencia sino que ese suelo es muy malo para los piés, pero para las cabezas no puede ser peor. Muy propia es tambien de su terreno la ruin interpretacion que das á lo que dije sobre la caña de pescar, suponiendo que podia aludir á tu marido. Si yo fuera evangelista, mas quisiera tener por expositor á un asturiano que á un gallego, porque aquel, á lo mas, podria decir mil mentiras sin perjuicio del octavo mandamiento, que no está admitido en Asturias; pero este levantaria mil cavilosos testimonios á mi mente, tan ajena de lo que tú la imputas, como de tenerte á tí por cándida, de cuyo juicio temerario me libre Dios. Muchos años ántes que te viese en pelota entre mis uñas *berraquando* sobre la pila bautismal, y apartando con las manos y con los piés el agua del sacramento, tenia mas y mejor conocido á Nicolas que tú ahora, aunque parezca mas estrecho tu conocimiento; y desde entónces penetré que era mejor para pescado que para pescador: tanto, que por no serlo, renunciaria el pontificado aunque lo hicieran papa. Mira tú ahora, Doña Marisabidilla, si me pasaria por el cogote (téngolo por parte de Osorno, aunque no le tenga por parte de Colunga) la disparada significacion que me atribuyes por ser vos quien sois y á fuer de finísima gallega. Véte mucho enhoramala, y hazme un poco de mas merced, así como yo te la hice á tí, y grande, en honrarte con la palabra de la ley; porque el signi-

ficado vulgar que se la da es muy distinto del que tuvo en su primitiva fundacion. Rabiando estás porque te lo diga, pero no quiero; que no ha de saber tanto como yo la grandísima, y mas.

Prosiguen cada dia mas finos los halagos de tu tio, que saldrá de aquí para Palencia el lunes de carnestolendas, habiéndonos favorecido con una visita de cinco semanas, en la que realmente todos han estado gustosos, y yo muy singularmente complacido, porque me intereso mucho en sus aciertos, aunque no use de sus caricias ni de sus generosas ofertas sino para estimarlas.

Aunque los frios han sido rigurosos, tenaces, y tan portafidos, que todo el mes de enero ha estado petrificada el agua, no he sentido mas novedad en mi salud que la que dije el correo pasado, y en esa tuvo ménos parte el nitro del ambiente, que el fuego de mi corazon, y la locura de estar tan ciego por una que no me lo merece por esto, por lo otro, por aquello, por lo de mas allá y por lo que se sigue despues: razones fortísimas que se llevan de calles. Pero si calo los anteojos y me pongo de respeto, á fe que te ha de temblar la barba. Ea, chula, acuérdate que soy reverendísima, y que tú no has llegado ni aun á maternidad; pero todo te lo perdonaré con tal que me correspondas. Bueno está, hijita; que hoy es dia de nuestros *chouchiños* (1), aunque para mí, hablando contigo, todos los dias son de mi *chochiña* (2).—Tu mayor gurrumino y tu compadre.—Amísima mía.

CARTA VIII.

Escrita en Villagarcía á 51 de enero de 1755, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Da muchos recados de mi parte á ese discretísimo y oportunísimo constipado que te acometió entre cristales y te redujo á la cama, con tanto beneficio de la pierna, que deberá estarte poco agradecida por el ningun caso que hiciste de ella, como si perteneciera á alguna copla de pié quebrado. Desde aquí estaba yo viendo y temiendo lo que habia de suceder, con tanta cólera contra esa tu médica, cirujana y enfermera, porque te lo permitia, que si estuviera á tiro de mis uñas, la hubiera convertido en enfermedad, ó la hubiera relajado al brazo secular de mi amiga la condesa de Canillas, á quien toca privativamente el conocimiento de las causas que pertenecen á sus estados. Sírdate de escarmiento esta experiencia, y aprende para otra vez, que para echar piernas es gran remedio tenderlas. Yo lo hago con poco motivo, siendo así que ya se me ha olvidado la oracion de la sábana santa, porque há mas de treinta años que no la rezo, por ser muy tibia la devocion que tengo con este paso; y si viviera en Turin, temo que me habia de apedrear la cofradía del Santo Sudario. Pero, sin embargo, siempre que me amenaza alguna indisposicion, me acomodo mejor con San Lino que con San Cosme y San Damian, y tal vez he trampeado quince dias de cama con solas dos horas. Toma tú esta leccion, y si te fuere mal con ella, regálame con un médico, á quien temo mas que á un puñal bulido.

¿Has visto la respuesta de Valparaíso? No. Pues yo tampoco; y si no se extravió en aquel pliego de quince

dias há, que todavía no ha parecido, llegará por posta la tarde ántes del juicio universal. La dama sacramentada no me respondió ni tenia qué responderme, porque no soñé siquiera en escribirla. Unicamente la dirigí el pliego de su primo, acompañado de dos esquelas para su señoría reverendísima, y otra del mismo primo para el señor superintendente general, dentro de la cual se escondia la mia: es verdad que se prevenia á dicha señora se sirviese entregar las respuestas á Medina para que me las dirigiese á mí, que cuidaria de encaminarlas á Mascareñas; pero ó las engulló, ó quizá tuvo por ménos respetosa la confianza y le respondió en derechura á Coimbra, donde llegó felizmente el dia último del año pasado, y en aquella misma noche me lo avisa. En todo caso ya le tengo escrito de buena tinta, pintándole á mi modo el lance en que me metió á empellones, y espero que hará brincar á su prima; porque me consta que esta señora desea mucho que él la haga el son para bailar á su modo.

Ni tú ni esa jitana me habláis nunca palabra de la gaceta de Santiago, y aunque soy poco curioso de novedades que no me interesan, algunas noticias merecen saberse, verbi-gracia, cómo se recibió ahí y qué efectos produjo, especialmente entre los suyos, la extraña resolucion de mi antiguo pupilo de embanastarse en la capilla, ya que no pudo encajarse el bonete de algun colegio mayor. Si la vocacion fué legítima, y persevera, acértolo; pero si fué despecho ó fantasía de aquel genio irregular, mi alma como la de San Buenaventura. Tampoco me pesará saber cómo corre su casa con la tuya, que por ciertos principios me temo sea mas á la italiana que á la española. Vive y manda.—Tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA IX.

Escrita en Villagarcía á 7 de febrero de 1755, á su hermana.

Madama: O el pliego de esa ciudad correspondiente á este correo no llegó á Villafranca, ó se pasó á Madrid. Todo cabe en partido; porque los puertos se descubren desde aquí tan cubiertos de nieve, como lo está el corazon de cierta señorita respectivamente á cierto pobre; y el cajero de Villafranca dicen que es tan abonado como el de Villar de Frades para hacer rabiar á los que dependen de él, aunque ambos por diferente camino. Es mozo recién casado, y he oido decir que con mujer bonita, con que está comprendido en la máxima del cardenal de Richelien, que no conferia empleos á jóvenes y novios, salvo que tuviesen mujeres viejas y feas. San Pablo, en medio de su seriedad apostólica, no estaba muy distante de la misma máxima cuando decia que los maridos tenian el corazon muy repartido, y á las mujeres tampoco se le suponía muy entero. Sea lo que fuere, todos nos hemos quedado sin cartas este correo, incluso mi Provincial, que las esperaba con ansia, aunque discurro no con tanta como yo. El se ha excedido en halagos y confianzas; pero yo me he mantenido dentro de mi trinchera sin desden ni grosería, pero sin disfrutar sus finezas. El lunes de carnestolendas salé para Palencia, despues de habernos residenciado mas como amigo y como huésped, que como juez: todos han quedado muy pagados de sus modales, y yo muy singularmente complacido; porque, aunque no tenga interes alguno personal en sus aciertos, le tengo por tablilla, y

(1) *Chouchiños*, casa de campo que tenian los jesuitas en Santiago.

(2) Voz gallega equivalente á *tela*.

siempre le hice mas justicia que otros. No sé cómo alargar la conversacion, sino que sea hablando del tiempo y de la salud, aunque lo primero se reputa necedad, y lo segundo será para tí una grandísima impertinencia; porque ¿qué se te dará de que yo la tenga buena ni mala, ni de que haga burla de los frios y de las heladas, que en el rigor y en la tenacidad no han tenido consonante en este siglo? Pero, aunque te dé rabia, no dejaré decirte que con efecto me he burlado de todo, y á la reserva de aquella fluxion que te conté, aumentada por mi incorregible simpleza cuando me asusté tanto por la falta de tu carta y por la sobra de tu calentura, há muchos años que no he pasado tan buen invierno ¿Y piensas por eso que me faltan mis quebraderos de cabeza? Si estuvieras tan cerca de mí como lo estás de tu Don Sancho el Craso, puede ser que te admiraras de mi corazón, y que ya que no me quisieras por lo lindo, me amaras por lo magnáximo. Ahora vamos un poco serios. Es cierto que me ha sido muy sensible la falta de tu carta este correo, no solo porque carezco de lo único que en esta vida me consuela, sino porque me dejó con sobrado cuidado la noticia que me dabas en el antecedente, de lo maltratadas que quedaban madre y Antolina, aquella de su gota y esta de sus sabañones, pues no es lo mismo burlarme de tus aprensiones, que librarme yo de las mías.

Si se acabara la carta en el mismo tono, seria una grandísima friolera; y eso de dejar de decirte algun reconcomio no lo sufre mi fineza. Por tanto, brujísima criatura, quédate con Dios, que te me guarde muchísimo para que yo merezca mucho cielo, ya te vea ó ya deje de verte. De mi *tabulino* hoy día de la fecha.—Señora, besa los piés de su merced su mas humilde tacon, *El Padre Vicario*.—Mi señora Doña Tú.

CARTA X.

Escrita en Villagarcía á 7 de febrero de 1733, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: El márgen va de autoridad, porque se pasa el papel, así como se pasó á Madrid ó no pasó del Cebrero el pliego de Galicia correspondiente á esta posta. Todos nos hemos quedado al *pisto* (no dejes de notar la delicadeza del pensamiento, *pisto* y *posta*), incluso el Padre Provincial, que esperaba con impaciencia las cartas gallegas; y tenia razon para esperarlas, porque mis paisanos por afinidad son hombres extraordinarios. Ciertamente que si tu mujer hubiera de parir á mi gusto, habia de ser del Rabanal para acá, así como algunas mujeres de Salamanca se salen á parir á los lugares vecinos, para que sus hijos puedan ser colegiales. ¿Pero has visto digresion mas impertinente? Fuése la picotera de la pluma adonde la picaba lo que tiene en el corazón; pero arrepentida ya de su cotorrería, volvamos á tomar el hilo de nuestra historia. Faltáudome tu carta y la de esa gallegota, no hay que pensar que yo esté para dibujos; y no solo daré contra cuantos gallegos se me pongan delante, sino que yo mismo me convertiria en gallego para dar contra mí propio, que por ahora es la mayor maldicion que me puedo echar. Y sosegada ya la cólera, aunque no el enfado, lee despacio esa carta, que me devolverás sin enojarte contra esa mi señora Doña Marisacramentos; que yo, despues de haber visto por dónde rompe Mascareñas, á quien ya he dado parte de la fineza de su pri-

ma putativa, no estoy tan pobre de recursos (quizá mas poderosos con su señoría reverendísima), que por haberse cerrado este, me ahorque de desesperado. La carta y el regalo anual de Taboada, que se cita, no la he recibido, y es verisímil que viniese inclusa en ella la respuesta de Valparaíso. Aunque aquel se muestra tan hambriento de mis cartas, todavía quiero que tenga un poco de mas hambre; porque de cuando en cuando me viene mis pujos de soberbia, y estando un poco escocido de que hubiese dejado de responderme á las otras tres, me parece razon darle á entender que no le busco como poderoso y que solamente soy capaz de galantearle como amigo. Has de saber que tienes un cuñado que en materia de quijotismo asturiano y honradote, no debe nada al misino Nicolas de Ayala.

El último punto que me toca M... sobre la impresion del *Año Cristiano*, es cuento de cuentos. Despues de haberme escrito que él y otro amigo tomaban de su cargo la impresion del tercer tomo y de lo restante de la obra, habiéndome estorbado que aquel estuviese ya impreso en Salamanca, sale ahora con ese embrollo. Pilló, y acabóse la comision; pero es preciso disimular, aunque no tanto, que en pocas palabras no tenga allá un puntico de larga meditacion. El chasco ha sido muy grande, y mayor por haber dicho á mis jefes que este negocio ya no corria por mí. Véome precisado á gastar el tiempo en apologías, y lo mas sensible, á no poder hacerlas sin descubrir la flaqueza de un amigo. La obra no se imprimirá ó caminará muy lenta, porque mi madre no me amoldó en la turquesa de petardista. Este es chico pleito, y no hay que temer que por eso se atrase el gran negocio de la eleccion de rey de romanos.

¿Qué cuento ha sido el de esos dos canónigos penitenciados por la corte? Lo bueno es que todos acuden á mí como si fuera el gacetero de esa ciudad; y es que no saben que Dios me ha deparado un hermano que en materia de noticias, mas parece archivista que tesorero. Adios, señor mio.—Tu amante hermano y amigo.—Jhs.—*José Francisco*.—Nicolas mio.

CARTA XI.

Escrita en Villagarcía á 14 de febrero de 1733, á su hermana.

¿Cuándo pensó la grandísima gallega que habia de llegar el caso de que yo la escribiese con autoridad de márgen á la *dernière*? Pues con efecto llegó, gracias al maldito papel que no permite otra cosa, so pena de que oscurezca el enves todas la brillantes de la cara. Y aquí entra como en su propio lugar el decir que tu tributo del correo pasado ya está cobrado por la via de Madrid, adonde se fué el dichoso pliego, y parece que iba por aposentador del que le signió, porque con efecto ha tomado el mismo camino. Y en orden al parrafito moral que me encajas para que temple mi sentimiento cuando me falten tus cartas ó me lleguen noticias *das tuas queijas*, por lo que toca á la especulativa estamos conformes, pues ya sé mas há de cuarenta y seis años que «es preciso morir ó ver morir»; pero la práctica es el diantre. Y puesto que sabes por experiencia ajena, y acaso tambien por la propia, qué malos ratos da á un cristiano un genio ardiente, amoroso, aprensivo, fino y veraz, ahora que todavía estás en estado de remediarlo, trata de no regalar á tus hijos con aquellos humores de que se compone este temperamento, pues no

faltan borrachos que digan y estampen que de esto tienen la principal culpa las madres. Si fuera cierta esta doctrina, á los piés del altar de la Concepcion de nuestro colegio está la mia : entiéndete allá con ella, y riñela porque me parió así y no me dió un bazo tan carrilludo como tú, para no pillar tanto fastidio por ciertas cosas que en otras es invulnerable.

Pero si quieres seriamente y de veras que yo vaya personalmente á reñir esta pendencia, hoy lo tienes en tu mano y en la de tu panza de cocos, como lo verás por los despachos de este correo que él te comunicará; y si no me habeis engañado mucho, no serán los menos alegres que habréis recibido. Viendo el Provincial que se acercaba su partida sin que yo le hablase palabra, la víspera de ella se anticipó á tocarme la especie; y bien informado de todo, me mandó que sin réplica practicase esta diligencia. Fué preciso obedecer y que se sujetase mi soberbia á este acto, que puede servir de satisfacción á los desahogos pasados; pero mirad bien cómo manejaís este paso.

Mis ideas son vastas, porque mi corazon es mayor que mi cuerpo, y como va delante la pureza de intencion, es grande mi confianza de que Dios ha de bendecirlas. ¡Oh cuántas cosas sabrá Nicolas á dos paseos que demos hácia los barrancos de San Lorenzo ó en el bosque de Conjo! Pero si tiene lugar lo que se trata, es menester callarlo hasta el tiempo preciso, pues los pocos amigos que tengo en esa ciudad, se complacerán mas si la noticia les cogiere de repente; y á los que hubieren de sentirla, que no faltarán algunos, es falta de piedad anticiparlos el dolor; y como quiera, el secreto es el alma de todas las negociaciones.

Quedo bien cuidadoso por el accidente que tanto maltrata á madre, á quien no amo ménos que tú; ni tampoco á Antolina, por mas que me lo desmerezca la desconfianza con que me trata. Ella es un poco cazarilla, y seguramente me conoce mal ó hace juicio de que para maldita la cosa la podré servir. En esto último no se engaña mucho; pero debiera admitir por obsequio mi buen deseo, sin desconfiar de que tras de una ruin persona se suele esconder un buen fístol. Quedo muy á tus piés, siempre dispuestos los míos para darte cuatro coques.—*Tu Padre Maestro.*—Mi reverendísima discípula y señora mia.

CARTA XII.

Escrita en Villagarcía á 15 de febrero de 1755, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Pasóse á Madrid el pliego del correo pasado, y el sábado siguiente me le restituyó el de Medina. Lo mismo ha sucedido con el de esta semana, lo que me confirma en la aprension de que el señor novio y novicio de Villafranca todavía no ha aprendido la *Guía de pecadores á de forasteros*, ó en que por corresponder él á su novia se le da un pito por las correspondencias de los demas.

Estoy muy persuadido á que jamas me disminuirás ni disminuirás tus indisposiciones, las de tu mujer y las de la demas familia. Soy asimismo contigo en que lo contrario es el mayor disparate que ha introducido la boberia con capa de piedad y de prudencia. Pero tambien me has de confesar tú, que habiéndome fabricado Dios de esta manera, no tengo la culpa, ni de mi viveza en aprender, ni de mi vehemencia en sentir. Si se ven-

dieran almas pandas, créeme que empeñaria la plata labrada y echaria un censo sobre mis pergaminos y cartapacios por comprar una de ellas; pero mientras no esté de venta este género, no seas burro, compadécete de mí y no te burles de mi flaqueza.

Ahora vamos á dos asuntos alegres; que harto nos hemos podrido. El primero es el de esa carta de Valparaíso que se anduvo paseando un mes no sé por dónde, y con efecto sucedió lo que temí. Unica debí á su antecesor ni un rasgo de semejantes expresiones, habiéndole debido tantas; y si sobre ellas no podemos contar todo lo contable, digo que no hay ley verdadera sino la ley santa de Dios. Volvíe á escribir con mucha confusion y con mucho agradecimiento, sin tomarte en la pluma, y se irá calentando la correspondencia con el tiento que dicta la razon.

Ensénasela á padre para que le sirva á su merced de algun consuelo, en contrabalance de lo mucho que le desazonó la imprudente y ciega carta del Doctoral, cuya respuesta no tiene otro defecto que el exceso de templada; pero este es un defecto muy precioso. Así lo conozco y así lo confieso; sin embargo, si me hubiera escrito á mí otra semejante, dudo mucho que pudiese contenerme sin responderle de manera que quedase para siempre *hors de combat* (fuera del campo), como se explican los franceses.

Mi viaje le emprenderé inmediatamente despues de cuaresma, porque hace mas impresion á mi salud un grado de calor que veinte de frio; y quisiera estar allá á tiempo de poder tomar las aguas de Melon al fin de la primavera, pues se ha visto ya que la causa del accidente que tanto me maltrató en Salamanca, de que aun tengo bastantes reliquias, son las arenas, que me dan muy malos ratos. En cualquiera acontecimiento mi viaje se debe tener secreto, y reservarlo de todos hasta el tiempo crudo. Acaba de llegar la carta de 5, habiéndose detenido el correo cinco días, porque los rios se han convertido en mares, y los arroyos en rios. A Dios, que te me guarde como ha menester tu amante hermano y amigo.—*Jhs.*—*José Francisco.*—Nicolas mio.

CARTA XIII.

Escrita en Villagarcía á 21 de febrero de 1755, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : ¿Con que, en fin, ya puedes echar piernas como el mas sano? Sea Dios bendito; que estaba con mis miedos de que hoy ó mañana entrases en la religion de los collazos, á la cual he profesado siempre muy poca devocion. ¿Pero te servirá esto de escarmiento? No lo sé; ántes temo que el primer canillazo le vayas á curar al monte, si Dios por su misericordia no tiene cuidado de enviarte un tabardillo ó un constipado de á folio tras el mismo canillazo. Madre cada dia nos asusta con los terribles golpes que padece, y cada dia nos consuela Dios sacándola de ellos y alargándola la vida, que bien aprovechada, la ahorrará mucho purgatorio y la merecerá no poca gloria. Tambien mi señora Doña María puede adelantar mucho para ella con sus dolores de muelas, con tal que los sufra sin rabiár; que este no es mérito, ni aun remedio. Este accidente hay físicos que le cuentan entre los pronósticos, asegurando que es señal de que se van formando huesos nuevos quando duelen los viejos. Dios sobre todo. Es consuelo tener allí un maestro de danzar para niños y niñas

que no han nacido, tan diestro y tan de casa como el que me dices; porque este puede anticiparnos el gusto tomando el pulso á las cabriolas, y si fueren hácia el lado derecho las declarará por cabriolas de niño, y por paspiés de niña si bailare hácia el izquierdo. Verdad es que tengo para mí que no debe ser cierto esto de que todos los niños y niñas aprendan á bailar en el vientre de su madre; porque, si eso fuera así, no nos venderían portan extraordinarias las cabriolas de San Juan. Lo que sin duda debe haber en el caso es, que los hijos de madres bailarinas bailan, y los que no, se están quietos como unos santos; y de esa manera es muy verisímil que no se engañe el Señor Visitador.

Ya habrás restituido el crédito del señor V... en su debido lugar con la carta que te remiti la posta pasada, mas expresiva, á la verdad, de lo que lleva el estilo de cartas de los que se miran en su elevacion. Como dicha carta se la entregó Madama P..., por cuya mano fué, no desconfío de que, no obstante su resolucion de no entregar las dos esquelas al padre, mudase de parecer; bien que tengo bastantes fundamentos para presumir que es una de las muchas y muchos palaciegos que desean verle cien leguas de allí. Esto ya no podrá ser en virtud de la plaza de Inquisicion, que se la calzado á pesar de dicha mademoisela, que se la pidió al Rey para su confesor el Padre Varaona; pero el Rey regaló con ella á su absolvedor, aunque este no contesta ni contestará mientras no le venga el breve y precepto de Roma, el cual será mas seguro que el que yo tengo pedido á Santiago; porque los padres santos son mas benignos que los que son padres y no mas. A Dios, que te guarde muchos años.—Tu amante hermano y amigo.—Jhs.—*José Francisco*.—Nicolas mio.

CARTA XIV.

Escrita en Villagarcía á 25 de febrero de 1733, á su hermana.

Alhajisima: Como si yo tuviera la culpa de tus dolores de muelas (que me ocultas por no darme dentera), me espetas una carta escrita el día de ceniza entre rescoldo y chispas, que á ratos quema, y cuando menos chamusca. Cogisteme frigidísimo, como ordinariamente lo solemos estar en este tiempo los que no somos carne ni pescado, con que me hiciste beneficio, y léjos de chillar, te lo agradezco. Aunque te escribí en aquel tono sobre el nuevo insulto del accidente que padeció madre, no dejé de entrar en cuidado desde luego teniéndolo por cosa seria, y era mayor mi dolor porque se desvaneciese la esperanza que casi tengo consentida de besarla la mano y despedirme de su merced ántes que nos toquen á marchar al otro mundo, cuya jornada, que nunca está distante para los mozos, siempre debemos considerarla inmediata los viejos. Rindo á Dios muchas gracias porque la sacó de este apuro, y reviví mi confianza de verla, luego que vengan en forma los despachos que pedí la posta pasada. Si no lo tienes por gran trabajo, haz á su merced una visita en mi nombre y otra á Antolina, á quien no beso la mano hasta que la tenga mas limpia, porque mi virtud no ha llegado al grado heroico de saborearse con el almíbar de las llagas, aunque estoy acostumbrado á tragar otras cosas que no son menos podridas. M... I... quiere persuadirme á que es legitima su vocacion, porque se vistió de monja estas carnestolendas y la asentaba bien el hábito, sin advertir que yo nunca

he dudado de que para monja de carnestolendas vale lo que pesa; pero no me atrevo á salir por fiador desde ahí adelante. Por la cuenta, este año debieron de durar allá los *antroidos* hasta el miércoles de ceniza inclusivamente, porque me dice que salió con este disfraz el *miércoles de antruejo*: no lo extrañaré; porque ya he visto yo durar ahí las carnestolendas por toda la cuaresma, y nunca mas vivas que en la semana santa. Verdad es que esta, por nuestros pecados, en la mayor parte del mundo cristiano es el mas fino, pero el mas impío carnaval que se celebra. Mi reverendísima, pasada de piro vieja, tambien está tan insulsa como vuesa maternidad futura cuando Dios quiera; pero cuidado con asegurarla bien y no publicarla hasta que el Señor Visitador te haya registrado y dé testimonio en forma de los salticos del feto; porque me escriben que es gran comadron de San Juanicos Nonatos. Verdad es que en caso de que tú des en esa flaqueza, es natural que se te asiente en el estómago tan de asiento, que no diga «esta cabriola es mia», ni «es mio este paspié»; porque los niños, ántes y despues de nacer, son como los enseñan las madres.

Estoy tan arrepentido de aquella mala palabra que te llamé, que te pido perdon, como el otro que llamé p... á cierta dama á quien no queria mal. Quejósese esta, y la respondió: «Llaméte p..., es verdad: eres mujer honrada: yo mentí, yo me desdigo.» ¿Quieres mas satisfaccion? Pues búscala, *cuerno*, y no esperes de mi otra.

Por los efectos habrás ya conocido que las expresiones de tu tío el Padre Provincial fueron sinceras. Quedo esperando con impaciencia el efecto de mi carta y de vuestra liabilidad, y aunque pasado mañana correspondian las respuestas, como todo este invierno se han atrasado una semana los correos de ese reino, tendré paciencia hasta el domingo ó lunes siguiente. Adios, mi sultana favorita.—Quien te puede mandar á zapatazos.—*Tu amo*.—Mi esclava indigna.

CARTA XV.

Escrita en Villagarcía á 28 de febrero de 1733, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: En órden al capítulo del correo, y al de F... M... remítome á lo que escribo á *Marusiña*; porque hasta los relojes de repeticion me fastidian.

Mi modo de concebir en órden á aquella dama palaciega salió cierto, no obstante lo que me avisaba Medina. Esas dos cartas que me remite Mascareñas desde Coimbra confirman bien mi esperanza: son de un portugues confidente de dicha dama, que sabe mejor sus secretos que el Señor Contador principal de las tres gracias; y como yo sé mejor que nadie cuánto desea complacer á su primo, me gobierno por otros principios. Con todo eso, no dejaré de batir al padre por otro lado, y acaso tan á cara descubierta, que le ponga en precision de complacerme ú de sonrojarse, pues sabe él mejor que nadie que lo ménos que debe hacer por mí es esto. Debíle mucho en otro tiempo, pero él me debió mucho mas; y no le hago tan poca merced, que me persuada á que esté en otro conocimiento. Hasta ahorano le he causado para cosa de los míos: si me resuelvo á hacerlo, será arrojando la vaina y quedándome con la espada en la mano; pero esto pide pensarse mucho.

Mascareñas se muestra tan fino desde Portugal como cuando estaba á mi lado. No me ha faltado carta suya

desde que llegó á Coimbra, ningun correo, y en todas hace tierna conmemoracion de tí y de nuestra galleguita. Su empeño en sacarme de mi rincón ha pasado á tema; pero como concurre la suya con la mía, solo Dios podrá hacer que la venza. Hoy no tengo otra pretension en este mundo que una: esta espero lograrla desde el pozo: sacrificar mi quietud y arriesgar mi salvacion por anteojos ajenos, no me tiene cuenta para la otra vida, ni aun para esta. Manden al mundo los que quieren ser esclavos suyos; que yo no me siento con esa vocacion.

Me aseguran de Madrid que V... P... cada dia está mas loco con mi correspondencia. Por aquí conocerás lo que son los hombres, y de qué medios se vale el Señor para humillar su orgullo. Yo que me conozco á mí mismo mejor que nadie, infiero qué pobres somos todos, cuando hay quien me tenga por algo.

Ahora aseguran que el arzobispado de Toledo se dará al cardenal Portocarrero, y que el cardenal Córdoba irá á servir el ministerio de Roma. Nada de esto es imposible; porque ni la corte ni muchos particulares estaban muy satisfechos del primer ministro. Pero, si esto es cierto y se premian los deméritos con el mayor beneficio eclesiástico que tiene el mundo, despues del supremo, ¿qué borracho querrá vivir en medio de un mundo que discurre así?

Soy tuyo de corazon: manda y vive como necesita tu amante hermano y amigo.—Jhs.—*José Francisco*.—Hermano Nicolas.

CARTA XVI.

Escrita en Villagarcía á 23 de febrero de 1755, á su hermana.

Hija mía: Tambien era demasiada gulloría pedir que el correo de ese reino viniese tres semanas segnidadas, regular ó derecho, aunque con el atraso de dos ó tres dias, despues que en las dos antecedentes cumplió con su obligacion. En la presente, por no perder su costumbre ni perjudicar á su derecho, se fuéron los pliegos adonde ellos sabrán, y vendrán cuando les diere la gana. Sobre que en todo este invierno se han atrasado las cartas que vienen mas prontas, una semana entera; con esta nueva gracia es casi mas pronta la correspondencia con Roma que la correspondencia con Santiago. En virtud de esta bella direccion de postas, no espero las respuestas sobre mi viaje hasta pascua de Espiritu Santo del año de 53 ú del año de 56; y si prosiguen las aguas con la violencia con que nos han inundado estos dias, despacharé un expreso á la Armenia para que vean si en el monte Ararat se encuentran las cartas de Santiago en un rincón del arca de Noé. Supongo que me considerarás desesperado, y será muy piadosa consideracion; pero no tanto que me ahorque, porque era menester mucha sogá, segun lo que dicen me ha engordado el pescuezo; y ahora están ocupados todos los esparteros en hacer cables para las numerosas escuadras que dicen han de cruzar por el famoso canal de Campos. Si logro el gusto de verte, yo te doy palabra de enflaquecer, y con eso, para el año que viene me podré ahorcar á ménos costa.

Con efecto, el reverendo padre Fray... salió el domingo pasado para esa ciudad con el pretexto de una calentura continua que no conocieron los médicos, y yo la conozco desde aquí como si la viera. Su curacion será abstinencia perpetua de sayal y sustancia de sayas, reduciéndose á ser padre de ejercicio y no puramente de

honor; que es su vocacion legitima, como cien veces se lo dije, desengañándole de que no le llamaba Dios para padre de provincia, sino para padre de familias, y que solo tenia por verdadera su vocacion á la *compañia*. No me creyó, y ahora lo experimenta, hallándose con el honorcillo mas de la capilla, que será nuevo aliciente para una mujer devota, pues al fin, teniendo capilla en casa, no es menester gastar dinero en breve para oratorio.

A pesar de las nieves y de las aguas, y en medio de los muchos tabardillos que hierven en esta villa, yo me conservo robusto, cual no me he visto muchos años há; mas no por eso me fio, pues sé que desde la mayor robustez hasta la sepultura hay pocos ménos pasos que desde la mas peligrosa enfermedad. Buen acabamiento de carta, y es lástima echarle á perder con otra cosa. A Dios, amiga, que te me guarde quanto le pide tu amante mariposo.—Jhs.—*El viejo*.—Mi amadada Mari (ra) posa.

CARTA XVII.

Escrita en Villagarcía á 7 de Marzo de 1755, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Pareció la tercera dominica de cuaresma en la balija de Rioseco tu carta de 19 del pasado, que debiera haber llegado en la dominica segundada. Para este, y aun para mayor atraso, habia sobrados méritos en el diluvio de aguas y nieves que se desprendieron y se desgajaron en la semana correspondiente; mas para haber sacado la cabeza en una balija tan irregular á las cartas de ese reino, no pudo haber otro motivo que ignorancia ó atolondramiento en los plieguistas de allá, ó algun artificio de mi amigo el aceitero de acá. El pliego de 26 llegó puntual, sin mas atraso que el de un dia, y por el camino que Dios manda. Voy á responder por su orden al contenido de ambos despachos.

M... se vuelve y se revuelve como una culebra para salir como puede de su agujero; pero deja el pellejo entre sus mismas disculpas, y sin ensangrentar la pluma (porque no conviene hacerle enemigo), tiene allá otra carga cerrada que le ha de dar muy malos ratos. Que se imprima, que no se imprima la obra, maldita la cosa me importa á mí; pero mientras viva y no se acabe, no levantaré la mano de ella, que es lo que me manda Dios; lo demas correrá á cuenta de su providencia. Las razones que me alegas para disuadirme á su continuacion, nada añaden á las que yo propuse y deshice convincentemente en mi prólogo al segundo tomo; porque á centenares me las habian hecho presentes los innumerables que me hacen mil mercedes porque me conocen mal. Si pensara en trabajar para mi gloria ó para mi provecho, y no únicamente para la gloria de Dios y provecho de las almas, estaba convencido; pero, como no tengo tan bajos pensamientos, solamente lo estaré cuando me desahagan con solidez mis razones. Sin embargo, allá verás que no me dedico tan total y únicamente á ser copiante, que no reparta el tiempo en otra tarea original (ya muy adelantada), cuyo despacho es seguro, cuyas ediciones serán repetidas, cuya traduccion en otras lenguas será muy verisimil; pero cuyo ruido y alboroto de los interesados (que son innumerables) eternizará mi nombre, mi paciencia y mi desprecio, que es grande siempre que se interesa la utilidad universal.

Por las cartas portuguesas que fuéron allá la posta pasada, conocerás que la *dama sacramentada* lo es para los cortesanos como Medina; mas para los pobres pro-

vinciales, almas campesinas y sencillas como la mía, se deja de sacramentos y se manifiesta como es. No obstante, las certificaciones que hoy han llegado no sobran en mi poder; y si esos padres te hubieran pelado porque me precisaste á pedírselas al Padre Ambrosio, hubieran cumplido con tus méritos y con su obligacion.

El último punto que me tocas en la carta de 19, sobre la necia enhorabuena que te da el H... R..., me ha abochornado aun mucho mas que á tí. Este muchacho es de los intrépidos y tontos que comen pan en mi sagrada órden, sin que mis consejos, cariños ni reprensiones hayan bastado á corregirle, ni aun á moderarle; porque *quod natura dat, tururú, tururú*. Ni á él ni á alma viviente le comunicado ni dado el mas leve indicio de mis ocultas ideas en órden á tí, sino á Don José Mascareñas, la noche ántes que partiese á Madrid; y á Don Cristóbal de Taboada, en la carta de creencia que este mismo le llevó. Cualquiera que diga haberme oído ni el mas remoto indicio de este pensamiento, miente. ¡Oh qué mal me conoces cuando has admitido en tu imaginacion esta sospecha! ¿Pues por dónde se ha podido rezumar esta especie? Dirélo.

Don José Mascareñas padece por contrapeso de sus singularísimas prendas el único defecto, pero grave para la sociedad civil, de vaciarse siempre que concibe puede conducir, ó para acreditar su fineza con sus amigos, ó para significar la confianza que sus amigos hacen de él. Estuvo despacio en Valladolid, supo, no sé por dónde, pues yo con gran cuidado jamas se lo dije, que tenia allí un amigo: buscóle al instante, y sin distinguir de colores, para testificarle nuestra amistad, espetóle nuestras confianzas; y el rapaz, por hacer del hombre que sabe secretos (achaque de que adolece mucho), encajóte esa bobería. ¡Qué bien se la guardado él de tocarme á mí esta especie! No descubro otro origen mas verisímil á esa voz, cuya divulgacion es sensible; pero en nada te perjudicará.

El que pudo tener la otra, no ménos disparatada, de que Mascareñas volverá por embajador de su corte, es muy parecido al primero. El administrador de aquí es otro R. lleno de años y de canas, tan pobre de talentos como de bienes de fortuna, aunque de corazon muy sano. Hízole mucho bien Mascareñas, como á otros muchos de este pueblo y su comarca: yo tambien le he servido en lo que le podido, de pura caridad, viéndole cargado de hijos y de obligaciones, sin que haya pasado á mas nuestra estrechez, que el pobre hombre pondera tanto. Al despedirse Mascareñas de él, de los alcaldes y de otros particulares de la villa, que le acompañaron algunas leguas, para consolarlos á ellos y para consolarse á sí mismo, pues realmente fné muy enamorado de España, les dijo que no desconfiaba volver á verlos; y en las cartas que les ha escrito desde Coimbra les repite lo propio. No necesitaron de mas para suponer que vendría por embajador, y habiéndomelo preguntado algunos de ellos con cañidísima simpleza, yo les respondí con alguna socarronería que eso «no era cosa imposible»; con que, hiétele que el administrador embocó á Coto esta gran noticia. No hay mas en los dos asuntos; y ahora dime en puridad si es culpa tuya ó mía que esté el mundo lleno de hombres lijeros, tontos y majaderos, ó cómo podrémos remediar esta plaga. Queda contestada la carta de 19: vamos á la de 26.

Seguramente que al recibo de ella no hice los funes-

tos pronósticos que das por asentados viéndome sin carta de nuestra *Maruxiña*. Convenidos ya en el prudentísimo dictámen de que no conviene ocultarme ni disimularme nada de sus males, y habiéndome enseñado la experiencia que así lo practicas con toda fidelidad, ya no se adelantan mis pronósticos á mas que á lo que merece tu desnuda relacion; y exonerada la imaginacion de su inenumbencia, solo le queda al corazon la que le corresponde, que ni se le puede quitar ni es posible moderarla. Dios la dé el sufrimiento que necesita para que no pierda el mérito de lo que padece, y á nosotros nos conceda la resignacion que hemos menester para que nuestra compasion no exceda los límites de cristiana. La esperanza de nuestra próxima vista pudo ser ocasion inocente de que se la irritase mas la fluxion, porque un gran gusto no suele alterar ménos los humores que una grande pesadumbre.

Darás á padre mil gracias por su benigna carta, que no puede venir mejor, y ayer la recibiria en Arévalo el Padre Provincial, siendo muy factible que mañana reciba yo su respuesta; y suponiendo que esta será como se pide, veo que mi viaje urge mucho, y consiguientemente voy ya tomando mis medidas para salir de aquí el miércoles de la semana de pascua; y á no haberme encargado del Mandato, sin reparar en la incomodidad de la cuaresma ni en la destemplanza del tiempo, me pondria inmediatamente en camino. Pero no pudiendo ya ser esto, emprenderé, queriendo Dios, mi viaje el dia señalado, estando aquí el domingo ó lúnes de pascua la mula y mozo que espero de allá. Como este último sea un hombre de satisfaccion y de juicio, á quien yo pueda enteramente confiar mi gobierno, importa poco que no sea guarda; y supuesto que este ha de ir á caballo, porque yo tengo ya una laquita de malísima figura, pero de admirables hechos, que me ha de llevar y traer, no hay que examinarle los piés, sino consultarle la cabeza. Mi viaje será via recta, sin mas detencion que medio dia en Villafranca; pero las jornadas no podrán ser muy tiradas, porque es indecible el trabajo que me cuesta andar á caballo.

Penetro la política que te movió á manifestar á N... la carta de Valparaíso; pero yo no lo hubiera hecho siendo del genio tan reservado como me pintas, porque no se le antoje valerse en Madrid de esta noticia, dándola los colores que le vengan mas á cuento para sus ideas. Si viniere por aquí, le trataré como á grande amigo tuyo y como á mayor amigo suyo, de manera que vaya satisfecho de mi franqueza sin que se ria de mi bobería, persuadiéndole á que mi mayor confianza de tus ascensos está colocada en su amistad y en sus buenos oficios. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José Francisco. — Mi amado hermano Nicolas.

CARTA XVIII.

Escrita en Villagarcía á 7 de marzo de 1753, á su hermana.

Hija mía: ¿Y tendrían la culpa las aguas y las nieves de que tu carta de 19 del pasado (atrasado ocho dias redondos) viniese por la balija de Rioseco, extravió que hasta ahora no he experimentado en ninguna carta de ese reino? ¿Si algun turbion ó remolino, que sirviese de bata á un par de brujas, desbalijaria el muleton de Villar de Frades, desatacaria los pliegos, y meteria el de Villa-

garcía en el de Rioseco, solo por divertirse y por juguete? Piadosísima señora, el que juzga lo peor, no hace bien, pero lo acierta por lo común; y supuesto que una mujer bonita y recién casada fué causa de todos los males que padecemos en el mundo, ¿qué agravio se la hace á la novia de Villafranca en atribuirle este pequeñito mal? Mas para que veas que yo tambien alguna vez me descuido en ser piadoso, y que si me empeño en ello soy hombre de razon, doy por legitima la falta de tu carta correspondiente al dia 26, y por muy prudente el precepto que te impuso tu marido de que no escribieses, atento al raioso dolor de muelas con que quedabas y al flemón que se te iba formando, sin que por eso se mitigasen los dolores. Más hay en el caso: tengo ya tan corregida la imaginacion en este punto, en virtud de los latigazos que me ha descargado ese cómitre de cavilaciones, que ya ni por ella se me pasa adelantar sobre tus males mas de lo que él me dice. ¡Ojalá que hiciera el mismo milagro en la parte sensitiva, que me tendria mucha cuenta! Pero ese no le hará, y se reserva únicamente para aquel *qui facit mirabilia solus*. Di á Frasco ó á Perico que te expliquen este latín, pues cuando yo les escriba en griego te encargaré á tí que se lo expliques á ellos, siendo cosa averiguada que gallegos y griegos todos nacieron de un mismo solar. Pero no extraño que con la noticia de mi próximo viaje te hubieses puesto tan hinchada: no extraño el esponjamiento; porque moverse un hombre como yo sesenta ó setenta leguas por ver á una chula como tú, dóyselo á la mas humilde. Al fin, queriendo Dios, tendrás la desmerecida dicha de verme y de conocerme. Pasmada te quedarás al ver qué estatura tan heroica, qué distribucion de miembros, qué despejo de persona, qué delicadeza, qué brillantez de colores, qué nariz tan proporcionada, qué vivacidad de ojos, qué cabellos tan blondos y tan rubios. Pero debo prevenirte que, como no se ha acabado aquella maldita casta de encantadores, malandrines y follones que tanto persiguen al heroico Don Quijote de la Mancha, y que es cosa averiguada que uno de ellos há muchos años que tambien me persigue á mí, temo con gravísimos fundamentos que al ponerme en tu presencia ha de trastornar enteramente mi figura, y que siendo esta ni mas ni ménos como arriba te pinté, sin perderla pizca, harto será que no me represente como una almondiguilla, mola ó turumbon de carne cazcarrienta, podrida, legañosa, arrebujaada en sí misma, y que te dé asco el mirarla. Si esto sucediere, está cierta que es por arte de encantamiento; y representándote allá en la imaginacion con la mayor viveza que puedas el retrato mio que arriba te dibujé, no dudes que te pareceré bien, especialmente siempre que cierras los ojos para ayudar mas á la consideracion.

Lo mismo se ha de entender de las prendas de entendimiento y de alma. El envidioso malsin que me persigue, tambien me las desfigura cuando se le antoja. Yo de mi cosecha soy discreto, chistoso, jovial, esparcido, sociable, franco y popular; pero el maldito casi siempre me representa tonto, pesado, frio, taciturno, melancólico, amigo de la soledad, muy casado con el encierro, reservado, medio salvaje, y *misántropo*, voz hueca, que quiere decir antagonista de todo aquello de que gustan los demas. Pero esto tiene fácil remedio para que no te alucines. En oyéndome una necedad, da por supuesto

que dije la mayor discrecion; las frialdades, ten por cierto que son mis mayores gracias; cuando te parezca que estoy taciturno, entónces hablo mas con el corazon, ya que no pueda con la boca; de melancólico no creas que haya mas que las apariencias; sobre lo reservado, en diciéndote á tí misma todos aquellos secretos que tú quisieres saber, ve aquí que te hablo con el corazon de par en par; y así de lo demas. Con esta clave no hay que temer, y mas que lleven encantadores; que no por eso dejaré de parecerte el hombre mas cabal que hrs conocido.

A la pregunta que me haces, ó por mejor decir, al conjuro con que me exorcizas para que te diga de dónde nacieron las voces de, etc., te responderé en una palabra. Nacieron de que yo tengo algunos amigos muy lijeros. Este enigma te le descifrárá Nicolas, á quien respondo largo en el asunto; y tú, grandísima mentecata, otra vez no me hagas tan poca merced. De aquí á dos meses me conocerás mejor, y te correrás de haber sospechado de mí semejante lijereza: bautízala como quisieres. A Dios, que te guarde de mis iras, porque quedo *muy enojadísimo*. — Tu enojado capellan, *Mi persona*. — Mariquita mia.

CARTA XIX.

Escrita en Villagarcía á 14 de marzo de 1733, á su hermana.

Hija mia: Mndemos de papel, puesto que Filis lo manda; y sean ménos estrechas las márgenes de la conversacion; que esto no cuesta mucho á los habladores; mas por ahora te sucederá lo que á los rios poco caudalosos, que cuanto mas se ensancha la madre, llevan ménos agua; y á fe que esta carta la podrá vadear enalquiera. Es el caso que nos hallamos á la puerta del jubileo de las doctrinas, y cargados de ejercitantes, cuatro de los cuales quieren mudar ropa limpia, y dejarme con cuenta y razon toda la sucia en los oídos; y como todos ellos son gente de mucha ropa, el recuento consumirá muchas horas, que es preciso se ahorren de tararira. Pero no quisiera que se me olvidase darte la enhorabuena de que hubiese parido ya tu carrillo con tanta felicidad, que se excusase el ministerio de la comadre de acero, y que tu cara perdurable se hubiese restituido ya á su llanura natural. Queriendo Dios, presto verá ese retrato del valle de Josafat, que dicen es cuadrilongo; y se hará el juicio universal de todas cuantas perrerías, picardías, infamias y desvergüenzas me has dicho, sin respecto á mis anteojos, que es lo que mas siento.

Mañana espero la licencia formal de tu amigo, con la respuesta á la carta de padre, que estará descansando aquí siete dias; y en llegando Piña, que parece me conduce los bagajes, podré regular con corta diferencia el dia de mi partida. Hasta venir dicho permiso con las formalidades acostumbraadas, no puedo avisar al colegio; porque se tendria por lijereza; pero si padre comunicare ántes la noticia, que sí lo hará como se le acuerde, no será de mi cuenta la anticipacion.

Mi señora Doña Antolina es mujer de fondos, y no necesito verla para conocerlo, así como sin haberte visto á tí sino cuando no eras para vista, pude definirte. No me quiebres la cabeza, y hazme tío cuando te se autorizare, que en «tío de Campos» me convierta yo si volviere á tocarte esta especie. A lo mas, puede ser que alguna vez diga á Nicolas lo que un oficial escribió á un

cuñado suyo desde Lima: «Por amor de Dios, encarga mucho á Mariquita que no pára hasta que vuelva yo de las Indias»; y cierta reina de Francia á una dama suya que se hallaba en los ocho meses: «Duquesa, no quiero que paras hasta el buen tiempo», y era por noviembre. Si han de esperar á él para hacerlo las que en Castilla se hallan en ese estado, pocas señas hay de que lo logren en muchos meses; porque el de marzo hasta ahora ha ido tan cruel como el de enero, y á mí me esperarán los puertos con algunas picas de nieve; pero ¿qué picas no atravesaré yo por verte? Y ¡qué tonta serás tú si me lo crees! Adios, jitaná; que voy á darme una panzada de pecados. — *Tu dije.* — Mi cañona.

CARTA XX.

Escrita en Villagarcía á 14 de marzo de 1755, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Mañana espero la respuesta del Padre Provincial, si la carta de padre y la mía le alcanzaron en Arévalo, y en vista de ella se tomarán las medidas arregladas á la providencia que has dado y me comunicas en tu carta de 5 del corriente, las que son muy acertadas. Yo tenía ya mi rocinejo en nuestra caballeriza, para que en estas tres semanas fuese cobrando las fuerzas que no tiene y necesitaria para la jornada larga que le esperaba; pero luego que recibí la tuya, se le restituí á su dueño, que me había regalado con él con la mayor bizarría, sin haberle podido reducir á que me le vendiese, ni aun con el pacto de la retrovención. Sintiólo mucho, y yo también siento no hacer mi entrada pública en esa ciudad sobre una hacanea que me envidiarían todos los sardineros, y me aseguraria los gritos de los muchachos y los tronchos de las verduleras; pero como há algunos años que me rio del mundo por lo ménos tanto como él se rie de mí, en afianzando mi conveniencia, me divierto con todo lo demas. En fin, montaré en el palafren que me destinas, y marcharé de pupilaje á las órdenes del señor guarda, circunstancia que aprecio sobre todas las demas; pero no el que le hubieses proveído de dinero; porque para un viático desde aquí á Santiago, ya había formas en el copon de mi parroquia.

Quedo enterado de las nuevas instrucciones que me das en órden á la conferencia con Piña, y no saldré un punto de ellas; pero la advertencia que me haces de que le tenga prevenida una posada decente, solo pudo ser necesaria para que sepa con corta diferencia cuándo ha de ocuparla, pues por lo demas, há un mes que tiene dispuesta la que honraron con su presencia los señores novios, y le trataré de manera que solo pueda quejarse de la cortedad del lugar, pero no de la de mi corazón; porque en esto, mas que en alguna otra cosa, me precio de ser hermano tuyo.

Hasta que venga la licencia formal de mi jefe no puedo escribir á Don Andres de la Torre ni al colegio; porque seria lijereza, pues aunque parece no puede tener contingencia, supuestos los pasos que él mismo me precisó á dar, dicta la prudencia no anticipar los efectos de las resoluciones humanas hasta que salgan enteramente de sus causas. El hijo no acabará la gramática en todos los dias de su vida, y así se lo tengo avisado repetidas veces á su padre; pero, como este solo quiere que gaste aquí con ménos libertad aquel tiempo que perderia con mayor perjuicio suyo donde tuviese mas, si no tiene á qué

destinarle prontamente en Santiago, le dará ménos que sentir en Villagarcía. Si resolviere el que le lleve conmigo, le haré un grande sacrificio; porque es de los insignes morlacos y cazueros que comen pan.

El mártir se apareció aquí el colegial Losada, y por él te remití los dos tomitos de aquella obrilla mia que se imprimió en Alemania, aunque suena impresa en Flándes. Tiene muchas erratas la impresion, y por eso no se divulgará esta, sino la segunda, que se está haciendo de letra mucho mas hermosa, arreglada á las correcciones que remití. Ha contentado á los pocos que la han visto, y en las notas se corrigen, no solo los descuidos ó eniados del Padre Duchesne, sino algunas groseras inadvertencias de nuestros mejores historiadores. Es día y aun semana muy ocupada, y no puedo dilatarme mas. A Dios, que te me guarde como necesita tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José Francisco. — Mi amado Nicolas.

CARTA XXI.

Escrita en Villagarcía á 21 de marzo de 1755, á su hermana.

Hermanita mia, hijita mia, jitanita mia, cuernito mia, y todos los acabados en *ita* y en *ito*, con su añadidura de gato: ¡Han visto el estilo que ha tomado el diantre de la muchacha ahora en las vísperas de nuestra visitacion, disminuyéndome hasta aquellos dictados que me franqueó en su estatua natural la misma naturaleza! ¿No es esto ir haciendo la cama para cercenarme hasta la misma persona, dejándola en estado en que no se pueda visar ni aun con microscopio? Oyes, bruja, si otra vez me *hermaniteas* el alma, á la vista ajustaremos la cuenta; y en verdad que tengo tanta gana de ajustarla, como que siento un poco mas que tú la inevitable dilacion que ocasiona Piña con su retardado viaje. Pero passion no quita conocimiento; y es menester confesar que será un insigne temerario si le emprende en tiempo tan riguroso, á ménos que intente quedarse garapiñado en el Cebreiro, y que de aquí á cien años le encuentren enjuto sobre su caballo, como despues de un siglo se hallaron en la cordillera de Chile los primeros españoles que pretendieron atravesarla, aun estando ménos cargada de nieve que lo están ahora cuantos puertos nos rodean y nos dividen. Es cierto que mi vehemencia, mi borrachera y mi perverso gusto, ya me representan como eternidades los instantes; pero tambien lo es que si me quedara por estaca en Foncebadon, tardaria mas en verte; y que en este punto, como buen teatino, llevo la opinion que se atribuye á los de mi ropa, de que ántes andarán una jornada por buscar el puente, que vadear un rio; porque si se ahogan, sin duda tardarán mas en pasarle. Por lo que á mí toca, ya estoy haldas en cinta con todas las licencias necesarias, y despedido por escrito de todos aquellos que tienen derecho á saber dónde paro, á fin de que no anden á tientas para marearme; y aunque me alegrara mucho estar ahí ántes que se abriera el punto y se rompiera la guerra, por ver si podia atajar la declaracion, no hemos de querer lo que Dios no quiere, y la conformidad tambien es medio para que el autor de la paz eche su bendicion á mis derechos fines. Aquí venia de perlas contestar al parrasto de cuaresma: lenguas de fuego, corazones helados, espíritu vivificador, y toda la demas retahila mistica con que nos retas al Padre Ambrosio y á mí, haciéndote la merced de su-

ponerte mas apostólica que entrambos. Pero en materia de lenguas y de viento, ¿qué hombre se las ha de apostar á una mujer, ni quién dejará de confesarte la preferencia? Si se tratara de mentiras, contra las cuales prediqué uno de estos viérnes con tanto aplauso del auditorio, que me llaman por excelencia el «Padre de las mentiras», acaso podría disputártela; pero ni aun en esto te la disputo, porque conozco que tampoco en materia de embustera tienes contraresto. A lo que podría desafiarte con mayor seguridad, es al sermón de Mandato que me espera; porque, siendo su asunto el amor, sobre el cual se representan en el púlpito tantas jácaras, estoy cierto de que no me habías de hacer competencia. Con especial gusto hubiera visto tras de una cortina la que hubo entre tí y el señor visitador de fetos bailarines cuando concurrísteis á la cabecera de madre, aprobando desde luego el partido que tomaste de contestarle en su estilo; porque los presunidos y los necios no entienden el idioma de la modestia. Como en este correo se publicará en esa ciudad mi viaje, por las cartas que me ha parecido razon escribir á varios, me alegraré mucho saber cómo les ha sentado á los dos perillanes, y qué calendarios hacen de él, cuya noticia me importará tambien para arreglar mis medidas. Discurro que con esta novedad pedirán prontamente instrucciones para mi recibimiento. Adios, gallegota: memorias á madre y á las chicas, hasta que yo bese la mano de la primera, y las segundas me la besen á mí. — Tu calabaza. — Jhs. — *El Peregrino*. — Mi esclavina.

CARTA XXII.

Escrita en Villagarcía á 21 de marzo de 1755, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Tengo ya las licencias necesarias con toda amplitud y bizarría para marchar cuando quisiere, y aun me encarga el Provincial que lo haga cuánto antes lo permitiere el rigor del tiempo, para ver si puedo evitar el rompimiento, y cuando no, para solicitar cortar el fuego ántes que tome mas cuerpo; con que, ya solo me detendré el tiempo que tardare Piña en resolverse á venir y conducirme el equipaje; que hará muy bien dilatarlo hasta que deje de ser temeridad; porque si él ó yo nos garapiñáramos en los puertos, ambos tardariamos mas en arribar á nuestros respectivos destinos. Discurro que no habrá salido de la Coruña por lo ménos hasta el día despues de San José, que fué el primero en que aquí descubríamos algun asomo de serenidad, y de esa manera no le espero hasta fines de semana santa, ni el equipaje podrá estar aquí de vuelta de Madrid hasta despues de la primera semana de pascua. Esta dilacion mortifica mucho las vivas ansias que tengo de daros un estrecho abrazo; pero, como no debemos querer lo que Dios no quiere, es justo que la pasión ceda á la razon y á la conformidad. A Dios, que te me guarde como necesita tu amante hermano y amigo. — Jhs. — *José Francisco*. — Nicolas mio.

CARTA XXIII.

Escrita en Villagarcía á 28 de marzo de 1755, á su hermana.

Hija mia: Tus flemones, por un lado; la flema con que la nieve ha tomado esto de estarse regodeando sobre los puertos, por otro; la que en consecuencia de la misma gasta Don Antonio de Piña en la Coruña y en el Ferrol, sin que yo me atreva á condenarla; los dolores que ali-

gen á madre con tanta porfía; y el tener desahuciado á este Padre Rector, sin que pueda vivir sino que sea por una especie de milagro, perdiendo en él mucho todos, y yo un buen amigo, me han retirado el gusto de manera que solo le siento en suspirar, y aun esto me lo recatea el corazon, porque está muy sofocado. Añádese á esto que en las primaveras y en los otoños regularmente se me desenfrena la hipocondría, siendo estas las flores y los frutos que produce mi terreno. Hoy extraño ménos esta visita, porque solo la dilacion de la tuya, aunque faltaran los demas motivos alegados, bastaria para desazonarme toda la gracia; y así, por lo que toca á esta carta, no temo que me repitas la desvergüenza de llamarme «el atrevido gracioso», y estará mas en su lugar el epíteto del «vejete insulso», ó el de «Marica con barbas». Con efecto, teniendo poblado de cerdas el corazon para algunas cosas, cuando se trata de perder á quien quiero bien, le tengo tan lampiño, que es una lástima. En fin, hija mia, no está gracia en casa, ni ya lo estará hasta que te vea, que será cuando Foncebadon lo permita, el Cebrero dé licencia y á Don Antonio de Piña se le anteje. — Tu amante, *Pepe*. — Mi amada Maruja.

CARTA XXIV.

Escrita en Villagarcía á 3 de abril de 1755, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Don Antonio de Piña llegó bueno el domingo de Pascua; hícele descansar lúnes y mártres; partió el miércoles; déjome á Ignacio y al caballo, por no malograr el bellissimo tiempo, y yo salgo de aquí mañana viérnes 4 del corriente. No sucediendo azar ó demasiada fatiga que me obligue á tomar en el camino algun día de descanso, espero dormir en esa ciudad sábado ó domingo 14 ú 15, tomando la ruta por Lugo. Miéntas tanto diviértete con las adjuntas y resérvalas; porque á la del Doctoral no he de responder hasta que ponga la fecha de Santiago, y ahí tambien responderé á la deesa bruja desvergonzada; porque me falta tiempo para mucho; y en el interin dala dos bofetadas á letra vista. Avisa en el colegio y recoge el baul que va por Rioseco, si llegare ántes que yo, que lo dudo mucho. A Dios, que te me deje ver con la felicidad que desea tu amante hermano y amigo. — Jhs. — *José Francisco*. — Mi amado Nicolas.

CARTA XXV.

Escrita en la Bañeza á 5 de abril de 1755, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Voy á comer en este meson de la Bañeza hoy sábado 5 del corriente; y á pesar del grande viento que nos ha molestado, dormiré esta noche, queriendo Dios, en Astorga, porque deseo verme cuanto ántes del otro lado de Foncebadon, que ahora está limpio y pasado mañana puede no estarlo. Según estas jornadas, no habiendo novedad en el camino, espero dormir el sábado en ese colegio. Parte el correo. Adios, y un abrazo á esa embustera. — Tu amante hermano. — Jhs. — *José*.

CARTA XXVI.

Escrita en Sobrado á 12 de abril de 1755, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: A vista de la tierra de promision estoy detenido sin entrar en ella cuando pensaba. Despues de un viaje bastantemente feliz y tirado, llegué ayer á esta posada de Sobrado, calado de viento, granizo

y agua que me acompañaron desde Lugo. Por mas instancias que me hicieron los monjes para que durmiese en el monasterio, no lo admití, con la resolucion y con el ansia de darte hoy un abrazo; pero, habiendo amanecido el dia como considero los del diluvio, tengo por temeridad ponerme en camino hasta enjugarme siquiera hoy; pero mañana le continuaré aunque sea navegando. Desde las Herrerías acá vengo hecho mayordomo de mí mismo, porque al buen Ignacio Cambeiro le clavaron el caballo en Villafranca, de manera que no pudo pasar de aquella infeliz posada; y me ha venido sirviendo de proveedor Pepe Lopez, tu futuro paje y actual amanuense mio. Para que no estés con cuidado te anticipo ese propio, que es el mozo de Villafranca que ha de volver con la haca de Pepe. Paciencia hasta mañana, y di á mi señora Doña Teodomira que la tenga tambien.

Amigo, el pulso está húmedo, y hasta que se seque no puede regir. Casualisimamente supe ayer tarde que estaba en el monasterio el Señor Abad recluso: pasé á darle un abrazo: oíle, consoléle; repetirélo hoy; y en habiendo oído á todos, se hará lo que se pudiere. A esa chula abrázala por mi intencion; que yo haré lo mismo por la tuya cuando se me ponga delante. A Dios, que te me guarde cuanto quiere tu amante hermano.—Jhs.—José.

CARTA XXVII.

Escrita en la Coruña en 1.º de junio de 1733, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Ayer á las cinco de la tarde entrámos felizmente por la barra de la Pescadería, sin mas azar que los que dejamos á las espaldas: estos, dice el señor Don José Manuel que fuéron muchos, pero que todo lo azaroso de ellos consistia en dejarlos; y lo dice tan de véras, que es preciso creérselo mucho mas que en cortesía. Oyó leer la carta que me entregó Don Manuel de la Puebla con sobreescrito para mí y con el contexto para su señoría, con singular complacencia, tanta, que me persuado que daría por bien empleado volver á doblar el cabo de Rabo de Eguia, hacer aguada en Carral, y echar áncoras en Poulo, á trueque de verse sentado enfrente del alma de San Javier, junto al espíritu y cuerpo de Don Nicolas de Ayala: esto es así; y tambien lo es que yo me encontré la carta de Doña María de la Llera en el aposento de la Coruña bien abrigada en mi cartera, sin acordarme de quien me la metió allí. Al fin hoy se la remito por el mismo guarda que lleva esta; y por cuanto han dado ya las siete y media, vóyme á cenar á la mesa del colegio, antípoda de la tuya, suponiendo que esta carta, con las expresiones contenidas en ella, se dirigen á mi señora la duquesa de Medinasidonia en representacion, por mano de su marido en propiedad Don Nicolas Jacinto de Ayala, á quien guarde Dios muchos años.—A tu órden.—Jhs.—José Francisco.—Señor mi cuñado.

CARTA XXVIII.

Escrita en la Coruña á 6 de junio de 1733, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Mañana sábado marchamos al Ferrol, estando dispuesto el viaje por tierra; pero si llueve tanto como ayer y ántes de ayer, navegáremos en la litera, y si no peligráremos en la Marola, darémos al traves en el Peñon; que de estos no faltarán en el camino de la costa. Nuestro Don José Manuel no solo ha ejercitado el empleo de visitador general, sino el de general-

mente visitado: de manera que título mas inútil no le ha despachado el Rey, pues sin el sello de su Majestad será visitador general en cuantos pueblos entrare. Aquí le han hecho todos la misma justicia que ahí; pero en medio de los atractivos herculinos, respira siempre por los encantos de la *rua* nueva, dando cada dia mas señales de que jamas se olvidará de ellos; y segun los términos en que se ha explicado, no me cogerá de susto que te haga saltar de repente hasta las columnas gaditanas; porque hace tanta burla de tus melindres honrados y políticos, como ha formado concepto de tus talentos aun para mucho mas. No te ha escrito, por haberlo hecho yo en nombre de entrambos, á cuya voz va tambien esta carta, en la que se deben entender todas las expresiones respetosas que corresponden de su parte para esa chula, y todas las cariñosas que corresponden de la mia.

El dia 11 ú 12 se bota un navío en la Graña: inmediatamente que se acabe esta funcion, el señor Don José toma su ruta, y yo la mia, á esa ciudad; pero no puedo decir el dia que entraré en ella, porque eso dependerá del tiempo, del cansancio y de las circunstancias.

A padres y hermanitas una visita, con mil respetosas memorias á Madama Valdivieso y á tu alijada. Adios.—Tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA XXIX.

Escrita en Esteiro el Real á 12 de junio de 1733, á su hermana.

Excelentísima señora: Don José Manuel Dominguez se metió esta mañana en su litera con todo el hombre exterior sano y robusto á lo que parecia, y por lo que toca al interior, vuecelencia, que parece está mas dentro de él que yo, lo sabrá mejor. Déjome hecho el encargo de que pusiese esta gustosa noticia en la soberana comprension de vuecelencia, á quien en cambio ruego yo pase á la de mi señora Doña Juana Tomasa la de que este su cautivo caballero finca de hinojos á los piés de su fermosura, acatando su grandeza, hasta que, cansándose la suerte de ser cuitada, me lleve *piano piano* hasta el tapete de su trono.—Excelentísima señora.—Besa los piés de vuecelencia.—*El tercero de su hermana.*

CARTA XXX.

Escrita en Esteiro á 12 de junio de 1733, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Si hubieras esperado á escribir el dia 6 la carta que escribiste el dia 5, la que Concha me remitió al Esteiro con puntualidad, exensarias el encendimiento del atrabiliis, que es perjudicial á los pulmones, y ahorrarías un juicio temerario para otra ocasion en que liciese mas falta, porque recibirías la segunda carta que te escribí desde la Coruña el mismo instante en que me apeé del valle de Barcia, donde no fué el Tobías del ángel San Rafael, sino el Aaron de la María de Moises, y faltó poco para convertirme en Noé, segun lo mucho que llovió los dos dias que el procurador de la Coruña y yo nos detuvimos en aquellos nuevos estados hereditarios de su colegio, tan aislados, que hasta en la misma cama no estábamos seguros del naufragio. Esto fué el viérnes de la semana pasada, y el dia siguiente por la tarde salimos á dormir á Betanzos, de donde el domingo seguimos nuestra derrota al Esteiro, en cuya bahía dimos fondo á la una y media del dia, conducidos por todos los dependientes á casa de Don José Alcalá,

cuyos excesos, los del Señor Intendente tu verdadero apasionado, y de toda la oficialidad y marinería de los tres sitios, piden mucho papel, larga conversacion y mas elocuencia que la mia, para pintar el embeleso del señor Don José Manuel y el mio. Finalmente, ayer miércoles á las tres y media de la tarde se botó el *Vencedor*, de sesenta cañones, con la mayor felicidad; y hoy á las cuatro de la mañana partió el señor Don José, y nos arrancámos entrambos en el desembarcadero de Neda, hasta donde le acompañé con toda la dependencia ó departamento de Rentas, dejando á tu consideracion lo que pasaria en aquel doloroso tierno lance, y los encargos que me haria para tí y para esa mi señora, especialmente habiendo recibido anoche tu carta y la esquila de su excelencia, con la cual quedó tan derretido como si fuera de la misma mismísima señora duquesa de Medinasidonia en original. Esta noche voy á dormir á Bañobre, cuyo cura, Don Francisco Marin de Robles, me estaba ya esperando en el Esteiro, y mañana viernes le pasaré en ver las obras ó fábricas de Sada, por complacer á este Señor Intendente, que se empeñó en eso y dió orden á su subdelegado Taboada para que me recibiese y tratase en aquel sitio como á su misma persona. Y aunque el cura de Bañobre traia la pretension de que me detuviese algunos dias en su casa, ya le he desahuciado de ella, diciéndole que, solo me detendré hasta el domingo á mediodía por la misa, y durmiendo ese mismo dia en Betanzos y el lunes en el valle de Barcia, espero darte un abrazo el mártres por la tarde, y dar fin á esta primera peregrinacion, que, aunque tan divertida, no ha templado mis suspiros por las vecindades y esquinzas de la parroquia de Salomé. Así el Señor Intendente como Alcalá me encargan mil expresiones para tí, cuyo recibo me darás á boca, pasando las mías á padres y á las chicas.—Tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA XXXI.

Escrita en Goyanes á 10 de agosto de 1755, á su cuñado.

Amado hermano mio : Ahí va la respuesta á la carta de Perea, que encaminarás con prontitud y con seguridad por mano de Alcalá, para que conste de su recibo. Es necesaria esta precaucion por la gracia para el cirujano de marina que le pido en ella; y si la pudiere recibir ántes del dia 16, mejor, por ser en ese la revista. Muý al caso me ha hecho el encuentro de este cirujano, pues, sobre la fechoría de la cotorra, se añadió ayer (después de escrita la esquila para María Francisca) el desenfrenarseme la erisipela en la pierna derecha, aumentada con el disimulo de haber salido á pescar al mar, por no quitar esta diversion y para evitar el cuidado á estos señores. Mareéme tambien á mayor abundamiento; con que fué preciso volvernos á tierra, y yo inmediatamente á la cama, bien lleno de dolores; pero con los remedios que me aplicó nuestro cirujano se aplacaron dentro de pocas horas; y aunque no me permitió dormir la fatiga y el excesivo dolor, pude levantarme hoy á oír misa, con sola una memoria sorda del dolor y muy corregida la inflamacion.

Al *faco* se le dieron dos sangrías, se le pusieron dos cañones y se le aplicó una untura, con cuyos remedios y con habérsele quitado el verde por consejo del mariscal, dándole paja y cebada con moderacion, queda casi restablecido, sin toser apénas ya. No hubo otro motivo

para su enfermedad que la barbaridad de Manchiles, á quien, si yo fuera rey, le pagaria pension para que fuese á cuidar de la caballería enemiga, y en poco tiempo la convertiria en infantería.

No habiendo novedad, saldré de aquí para Melon el dia 16 ú 17, por dar lugar á que llegue ántes el hermano Virto á prevenirme la cama. Dale una caja grande de tabaco flojo y ordinario; porque la que yo traje con esta prevencion, me la alivió alguno de los criados, encontrándola en el cuarto donde duermo, que está sobre su palabra.

Estiméte mucho la *Gaceta* y papeleta, que con las demas cartas podrás remitir el correo que viene al administrador del tabaco, de Ribadavia, adonde enviaré yo por ellas. Ahora no mas sino que hagas una visita á padres y á las chicas en mi nombre, y envíes las adjuntas á sus respectivos dueños. Vive cuanto desea tu amante hermano.—Jhs.—José Francisco.—Nicolas mio.

CARTA XXXII.

Escrita en Goyanes á 10 de agosto de 1755, á su hermana.

Amada Mariquita mia : Ya sabes que llegué y cómo llegué. Lo que se sigue es que estás señoras me confunden á favores, me ahitan á regalos, me embelesan á diversiones, miéntras una picara de una cotorra me quiso comer á picotazos. ¿Serían celos ó envidia? Es cuestion que hasta ahora no se ha podido decidir, ni tampoco ha habido tiempo, porque todo este se le lleva la música, la caza, la pesca, la mesa y la cama, después de cumplir con el breviario y con el misal lo mas aprisa y lo peor que se puede. ¡Hola! Tambien se debe quitar una hora casi de rosario de invierno, tan aforrado en padres nuestros, que no lo estará mas el refectorio del convento de San Francisco, de Paris, donde se cuentan como unos quinientos frailes en tiempo de *cuesta*, en que falta la mitad. Las señoras no pueden ser mas agradables, el sitio no puede ser mas delicioso, las frutas no pueden ser mas delicadas ni las ostras pueden tampoco ser mas frescas, salvo que se convierta en ostra la marquesa de A... Mañana domingo nos embarcamos para la isla de los Conejos, donde llevamos ánimo de matar el lunes como hasta unos tres mil; y uno solo que falte darémos por perdido el dia; que la noche no podrá serlo mas, puesto que será preciso pasarla debajo de una gran Peña; y si el dia siguiente fuéremos á amanecer á Argel, como es muy natural, no por eso te alijas; que ya tendré cuidado de regalarte con algunos dátiles. Olvidábaseme decirte cómo he encontrado aquí una bellísima fuente de agua escobilladora y barrendera, que me tiene ya la barriga tan limpia como Nicolas deja los platos. ¿Puede ponderarse mas? Ninguna mejor que tú puede comprender hasta dónde llega esta virtud purificadora y mundificativa, pues sabes bien cuánto habia que limpiar. De mi señora Doña María Teresa solo te podré decir que te podrías si me vieras á su lado; y yo te dejaría podrir tan lindamente, porque dicen que los nísperos saben mejor así. Con todo eso, esta señora ha dado en la manía de quererte mucho, porque la encajó no sé quién que eras este, aquello, lo otro y lo de mas allá: yo la dejo en su buena fe y engaño adelante, porque miéntras no gastes calzones no perjudica. Tambien estima mucho á tu amiga y mi señora Doña Juana, de quien tiene grandes noticias; y es de tan buena condicion, que me ha dado licencia

para que cada día la quiera mas y mas; porque si en el coro de un convento caben muchas monjas, ¿quién quita que dentro de un mismo corazon se acomoden muchas vírgenes? Aprende á tener buen genio, y dí á esa señorita que precisamente la lie de agradecer infinito lo mucho que te estima. Y ¿por qué no se lo agradeceré tambien á mi señora Doña Nicolasa Marin? Allí cuidarás tú de que lo sepa, con tal que María Isabel y Antolina Cândida tengan entendido que es hermano suyo el que es tu amante padrino.—*José María.*

CARTA XXXIII.

Escrita en Goyanes á 17 de agosto de 1753, á su cuñado.

Amado hermano mio : Sobre el capítulo de mi salud remitome á la esquila y á lo que diria el cirujano. No hay mas ni ménos; porque soy de tu opinion en este punto. Voy temiendo que he de llevar de Galicia esta compañera de por vida, y en verdad que no es tan amable como la tuya.

Toda esta casa es tu apasionada, porque lo fué el difunto Don Juan Caamaño, y mi señora Doña María Ventura me encarga que nunca te escriba sin hacer memoria de las véras con que te estima. La señorita es digna de un monarca, así por lo que vale como por lo que parece. Muérese por nuestra Mariquita Francisca, habiendo formado un concepto superior de sus talentos. Dispon que la responda en esquila aparte con todo el cariño que pueda, correspondiéndola en el mismo tratamiento, y que se fie sobre mi palabra de la realidad y de la vehemencia de la suya.

Anticipa esta hoy domingo, porque mañana vamos todos por mar al Esteiro, que dista media legua de aquí, donde estas señoras quieren darme un día de campo en la bella casa que allí tienen.

Ayer y hoy han sido unos días muy apacibles : los antecedentes fueron turbados y lluviosos, lo que aumentó la desazon de mi pierna.

Dispon que se entregue la adjunta al hermano Cayetano, previniéndole que al sugeto para quien va le advierta que responda luego; pero que no se mueva hasta que le avisen.

Si no hubiere salido el hermano Virto, dile que no me espere; porque en el estado en que me hallo será temeridad emprender la jornada de Melon. Si hubiere salido, puedes decir de mi parte al Padre Procurador escriba al hermano de Pazos que le diga no me aguarde.

El *faco* ya está bueno, habiendo purgado mucho por los cañones. Curvina tambien lo está, aunque un poco flaca, y creo sea de amores; porque no hay forma de separarse de mí ni un solo instante, ménos cuando fué á la isla, donde nada perdió por ella la religion, no obstante que los tres mil conejos se redujeron á cinco; pero esto fué sin duda por la mala voluntad de los malsines y encantadores que nos persiguen.

A Perico y á Frasco mis memorias, con una gran visita á madre y á las chicas, á quienes escribiria si no fuera por la jornada de mañana. A Dios, que te guarde cuanto desca tu amante hermano y amigo.—*Jhs.—José.—Nicolás mio.*

CARTA XXXIV.

Escrita en Goyanes á 17 de agosto de 1753, á su hermana.

Amada Mariquita mia : Ni fui á tal caza, ni fui á tal

pesca, ni he podido salir de casa, y aun con mucho trabajo de la cama, hasta ayer que pasé á ver á mi señora Doña María Nogueira. De todo tuvo la culpa la erisipela, que se ha servido hacerme una visita tan cansada y tan prolija como las que acostumbra cierto conde, aunque no tan molesta; porque mas quiero erisipelas que mazas, aunque sean con señoría ni con excelencia. Mi cirujano Don Ramon Jimenez, á quien encargué que hiciese una visita, y por quien no pude escribir, porque á las once de la noche supe que partia el día siguiente á las cuatro de la mañana : mi susodicho cirujano os informaria del estado en que me dejaba, y en el mismo me mantengo poco mas ó ménos, aunque ya casi sin dolor, pero la pierna inflamada; por lo que ni estas señoras me permiten montar á caballo, ni creo que ya pueda hacer mi viaje á Melon, así por el peligro de que se inflamo mas, como por el desconsuelo de verme en aquella bárbara montaña con este enfadoso huésped, y expuesto á las resultas demasidamente serias que suele tal vez traer. Esto quiere decir que me veréis allá cuando ménos se piense; porque, en estando para montar, soy con vosotros. Miéntras tanto no te puedo ponderar lo que debo á estas señoras, con especialidad á la tocaya de la emperatriz reina, que nada la debe, ni en el espíritu ni en el cuerpo; pero tú la debes infinito, y tanto, que me llenaria de celos si no fuera por el sexo, si me hubieras pegado tu genio y si no fuese la mayor lisonja mia todo lo que es mayor estimacion tuya. Estoy firmemente persuadido á que cuanto hace conmigo lo hace precisamente por tí; y tan lejos está de que este conocimiento disminuya ó temple mi gratitud, que ántes la enciende mucho mas, dando un nuevo primoroso realce á sus finezas. Tengo en mi poder unas tabletas de memoria con que te regala para que nunca la desvies de la tuya, y de contado quiere regalarte con una posdata suya en esta esquila, sin reparar en que será un diamante engastado en plomo, solo porque sirva de primera prenda á vuestra correspondencia. Yo no sé qué diablos ha imaginado de tí, concibiéndote como una mujer allá de no sé qué materia y de qué forma, sin querer persuadirse, por mas que se lo juro, á que eres de carne y hueso como todas las demas. Allá se las haya con su engaño, y buen provecho os haga á las dos vuestro futuro amancebamiento, que ya veo irremediable. Lavo mis manos; y por hacer lugar á las tuyas pára aquí esta esquila, con las mismas memorias que la pasada, y con iguales protestas de que no quiere mas Don Jorge Caamaño á su Mariquita Teresa, que ama á su Mariquita Francisca.—*José María.*—No sabes bien cuánto significa esta expresion.

CARTA XXXV.

Escrita en Goyanes á 24 de agosto de 1753, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Pensé abrazarte en lugar de escribirte; pero no ha querido el bárbaro del herrador que clavó á la haca y me enclavó á mí, no sin mucho gusto de estas señoras, que dicen con gracia deben mas al caballo que al ginete, y no podian llevar en paciencia que hablase de viaje, sin hacerse cargo de que ya me podian echar la mayordomía del Sacramento á titulo de vecindad. El albéitar de Noya la recetó una tuntura y el descanso de algunos días, que por la inclinacion de mi señora Doña María Ventura y de su hija debieran de ser meses, los que tampoco me harán daño para que

acabe de disiparse la erisipela, pues aun se mantiene inflamado, aunque sin dolor, el empeine del pié, y solo se supuró la inflamacion de la caña. Por lo demas he estado aquí con grandísimo gusto, por la confianza, sinceridad y cariñosa llaneza con que me tratan como si fuera hijo de la casa, siendo estos y los del Ferrol los únicos días de recreo que he logrado en Galicia, libres de aquellos cuidados y molestas atenciones que en esa ciudad no me permiten disfrutar completamente la satisfaccion de vuestra amable compañía, que por ninguna del mundo trocaria si pudiese lograrla á gusto lleno; y aun ahora recelo que podré gozarla ménos; porque si entra toda la comunidad en ejercicios el día último de este mes y me dejan sin compañero, habré de pasar los ocho días encerrado sin el consuelo de veros, que será la pena de Tántalo, por cuyo motivo salí ya de allí con ánimo de no restituirme á Santiago hasta el día 7 del que viene, en el cual se acaba el encerramiento. Para que no me suceda este chasco, convendrá estés con el Padre Lorenzo, y aun con el Padre Rector, suplicando á uno y á otro que suspenda aquel sus ejercicios hasta otro tiempo, pues no siendo así, será inútil y aun enfadosa mi asistencia ahí durante esta temporada.

La congregacion salió como todos discurriamos y como deseábamos todos; ni habia otro modo de suplir la falta que haria en Villagarcía el Padre Idiaquez, supuesta la remocion de su ayudante, sino hacer volver al Padre Villafañe, cuyo pensamiento tambien se me ofreció y tambien le dije; pero me hacia fuerza quisiesen exponer segunda vez su importante salud á los peligros pasados, y más habiendo clamado él mismo para que le exonerasen de aquella pesada carga. Sea como fuere, todo se ha compuesto á mi satisfaccion ménos el viceprovincialato, para el cual no es el que le tiene, y creo que así lo conoce el Provincial; pero la política no siempre va de acuerdo con la razon ni la deja obrar libremente.

Estas señoras desean mucho tener todas mis obras ó semiobras, y así enviarás á pedir de mi cuenta al Padre Cayetano el primero y segundo tomo del *Año cristiano*, con otro de la *Juventud triunfante*, y tú me remitirás el *Compendio de la Historia de España*, las *Fiestas de Pamplona* y la *Historia de Teodosio*, si las tuvieres, sobre la seguridad de que todo te lo reemplazaré, deteniendo al muchacho lo que fuere menester para que no se venga sin estos libros.

Aquí estubo á verme dos veces el abad de Fruime, y la segunda le detuvieron estas señoras tres días para que nos acompañase al Esteiro, donde tuvimos un día de campo sumamente divertido. Siente mucho haber perdido tu amistad sin saber por qué: yo le procuré desvanecer esta aprension, aunque no sé si lo conseguí.

A padres te servirá hacer una visita en mi nombre, y á Dios, que te me guarde cnanto desea tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José Francisco. — Nicolas mio.

CARTA XXXVI.

Escrita en Goyanes á 24 de agosto de 1755, á su hermana.

Mariquita mia: Entre tantos gustos como me has dado, ninguno excede al que tuve con la discreta y tierna esquila que escribiste á esta señorita. Remachóse con ella en el alto concepto que habia formado de tus prendas de corazon y de entendimiento, quedando tan pagada de ellas, que ya conozco que las excesivas hon-

ras con que me favorece son mas por respetos tuyos que por méritos míos, siendo este un redoble que aumenta mas mi reconocimiento en lugar de disminuirle; porque para mi amor tiene mas gracia lo que se hace por tí que lo que por mí se ejecuta. Ambos hemos interesado infinito en este viaje mio: tú por esta conquista, de que debes hacer mucha vanidad, porque los raros talentos de esta señorita no se dejan deslumbrar de brillantes y solo se pagan de los que se parecen á los suyos, siendo tan real en lo que dice, como justa en lo que concibe: yo porque fuí ocasion de que la lograses al mismo tiempo que tuve la fortuna de conocerla, y voy con la seguridad de que quede bien persuadida á que la venero.

Tenia resuelto mi viaje á esa ciudad para hoy, á pesar de la porfia de madre y de hija por detenerme, y mas á pesar de mi dolor en la forzosa separacion de estas dos amabilísimas señoras: pero con gran gusto suyo y con no poca vergüenza mia, me veo precisado á detenerme hasta que la haca sane de un clavó que la encajó el herrador tan bárbaramente, que apenas puede dar paso, y con mucha dificultad pudo ir de diestro á Noya para que allí la cure el albéitar que la curó aquí del muermo, de que ya estaba enteramente libre. Tampoco me harán daño estos días de detencion, porque aun hay sobradas reliquias de la erisipela, que quizá retoñaria con el movimiento de á caballo; y en fin, hago cuenta que fuí á las aguas de Melon, con lo que me sale la misma de los días en que habia de estar ausente de tí, con la diferencia de ser los consuelos mas y los trabajos ménos.

A madre y á mis dos chusquillas, Mariquita Isabel y Antolina, darás un millon de memorias tiernas, sin olvidar á la madre de la Concepcion (porque vírgen lo fué muchos años há), á mi señora Doña Juanita y Doña Nicolasita, y en casa á Perico y á Frasco. Acabóse la esquila; pero no la perpetua conversacion que tiene contigo tu amante hermano y padrino. — José Maria.

CARTA XXXVII.

Escrita en Goyanes á 28 de agosto de 1755, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Acaba de llegar el muchacho con las cartas del correo, y prontamente despacho á ese propio para que no se le dilate á padre el gusto de ver la respuesta del padre confesor, que pudiste y debiste abrir, supuesto que conociste la letra de Conejero. Así esta como la del Padre Nieto juzgo será conveniente que se remitan luego al Señor Regente, á quien discurro se le habrá ya pedido informe ó no tardará en pedirsele.

Estas señoras no quieren que el propio vaya vacío, y acompañan mi carta con esa cesta de melones y con mil memorias á marido y á mujer, á quien no escribe mi señora Doña Maria Teresa por no detener un punto al extraordinario; pero cada esquila de esa chula la encanta mas.

El *faco* está mejor, aunque incapaz de ponerse en camino en cuatro ó en seis días. Si los ejercicios no estuvieran ya en casa, le dejara aquí y pediria allá caballería; pero estando ya á la puerta y no habiendo cosa particular que hacer, allá me consumiría y acá me divierto, y comoplazco indeciblemente á estas señoras, que no pueden oirme hablar con paciencia, de viaje.

Te estimo mucho los libros, que puedes estar seguro te reemplazaré.

Mascareñas me escribe muy sentido de no haber reci-

bido mi respuesta á su carta : reconven á la persona á quien se la encomendaste para que la retire del correo de Valencia , donde la supongo estancada , y te la restituya á fin de dirigirla por Madrid á Lisboa , dónde se halla al presente.

Luego que llegue el Padre Rector hazle una visita de mi parte y refiérele mis pasajes. A esa cluda dos bofetadas , y adios.—Tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA XXXVIII.

Escrita en Goyanes á 1.º de setiembre de 1755 , á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Ayer se quitó la puchada al *faco* y se le puso la herradura ; cojea aun un poco ; dice el albéitar que esto se le quitará con el ejercicio : con que el miércoles ó el jueves saldremos de aquí el señor Don Vicente Caamaño y yo , pues , aunque habia liecho ánimo á condescender con el gusto de estas señoras quedándome hasta el día 6 , como á Don Vicente se le ofreció la precision de salir dos días ántes , no me pareció razon dejar de irle acompañando y sirviendo hasta que se apee en tu casa , siendo justo corresponder en parte á la fineza con que me han tratado en la suya. Así detendrás allá mis cartas , y harás que Mariquita responda á la escuela de esta señorita.

A Dominguez respondo con cubierta para Sagardibñro , oficial de la aduana de Pamplona , porque me dice que á principios de este salia de Vitoria para aquella ciudad.

Escribo al Doctoral lo que verás abriendo la carta que cerré por inadvertencia ; y estando tan cerca el gusto de darte un abrazo , adios , hasta la vista.—Tuyo.—José.

CARTA XXXIX.

Escrita en la Coruña á 24 de setiembre de 1755 , á su hermana.

Mi amada María Francisca : Discurro que tus oraciones y las de tu penitenciario me consiguieron un tiempo tan feliz hasta una legua ántes de llegar á la Coruña , en que me llovió un poco , sin duda para que conociese lo mucho que debia á las devotas almas que me encomendaban á Dios ; y acaso será efecto de lo mismo la descomposicion de vientre que me dura tres días há , pues , como no prosiga alelante , será mas beneficio que indisposicion , aunque sirva de molestia mientras persevere. Tu salud me tiene con mas cuidado del que manifesto , siendo razon que yo oculte mi dolor á quien por no aumentármele me disimula lo que padece , porque así lo pide la buena correspondencia. Nunca he pretendido saber mas de lo que me quisieren decir , ni que me quieran mas de lo que me quisieren querer ; con que siéndome en este punto sumamente fácil la conformidad , solo aspiraré á manifestar en todas ocasiones que ninguno te ama ni puede amarte mas que tu amante hermano y padrino.—Jhs.—José Francisco.

CARTA XL.

Escrita en Astorga á 28 de octubre de 1755 , á su hermana.

Hija mia : Remítome á la de Nicolas hasta que me vea descansado y con sosiego en mi estudio , donde espero dormir , queriendo Dios , pasado mañana ; y aunque alcanzaré allí el correo , será con tanta limitacion de tiempo , que apenas le tendré para añadir dos palabras con el aviso de mi arribo ; por lo que hasta el siguiente no podré

cumplir con las personas de nuestro especial cariño , como lo es la casa de N... y la de tus dos amigas Doña Juana y Doña Nicolasa , á quienes harás mis expresiones hasta que yo pueda desempeñar mi obligacion. Esta noche vamos á dormir á la Bañeza , mañana á Benavente , y el jueves me arrullaré en mi camita. Deséate tanta salud y tanta vida como á mí , tu amante hermano.—Jhs.—José Francisco.—Mariquita mia.

CARTA XLI.

Escrita en Villagarcía á 7 de noviembre de 1755 , á su hermana.

Hija mia : Si á la indisposicion con que te dejé , cuyo verdadero nombre ignoro hasta ahora , se siguió despues un constipado que te obligó á proseguir guardando la cama á tu modo , que es bailar en ella ; y al constipado sucede despues otra destemplanza anónima , como lo temo , excusemos hablar en punto de salud , pues recelo ha de llegar tiempo en que no sepas ni aun el significado de este nombre. Remédiate Dios , que puede , y déme gracia para que mis oraciones sean tan eficaces como mis deseos. Yo voy prosiguiendo tan sin novedad en todo , como si no hubiera salido de mi rincón sino á cazar una tarde al monte de Torozos ; y á no haber encontrado los libros y alhajuelas del aposento todos revueltos con ocasion de la obra que se hizo en él , apenas conoceria que le habia desamparado por tanto tiempo. Verdad es que estuve en muy próximo peligro de que me durase poco esta habitacion ; porque al segundo día que llegué lo estuvimos todos de vernos en un instante vivos , muertos y enterrados por el horrible terremoto que nos asustó en el de Todos los Santos. Serenóse ya el tiempo , pero no se han serenado los ánimos ; y la mayor turbacion presente del mio no es ya por lo que sucedió aquí , pues aun cuando sucedió , no la tuve ; que de estos privilegios gozamos muchos los tontos ; sino porque no sé lo que habrá sucedido en otras partes ; y no me libraré de ella hasta recibir cartas de todas.

El Padre Ramiro me preguntó al primer envion si estabas preñada : respóndile que le avisaria cuando se casase el primer hijo ó hija que tuvieses , pues entónces era señal cierta de que á lo ménos lo habias estado.

Discurro que no me darás el disgusto de dejar la correspondencia con tu amiga Doña María Teresa Caamaño , siquiera porque yo estoy pronto á darte cuantos gustos pendan de mi arbitrio. Vive tanto como deseas tu amante hermano.—Jhs.—José Francisco.

CARTA XLII.

Escrita en Villagarcía á 14 de noviembre de 1755 , á su hermana.

Hija mia : Tengo tan poca confianza en la subsistencia de tu salud , que aunque en la carta de 5 me avisas quedar muy aliviada del constipado , doy casi por seguro que al recibo de esta habia vuelto á molestarte el mismo ú otro mal. En otro tiempo te rogaria que , ya que no te enidas por amor de tí , lo hicieses por amor de mí : en el presente solo te puedo suplicar que lo hagas por amor de Nicolas. El medio sólo yo , y lo hubieras sabido tú si hubieras tenido gana de saber algo de mí ; pero cuando nada se te ofreció que preguntarme , tampoco debo yo entrometerme á decir todo lo que se me ofrece. Lo que deseo es que mires por tu vida y por la de otros. Como la mia importa poco , se mantiene buena y robusta , á pesar de la mudanza de alimentos y de clima : aquella

no debo extrañarla; porque desde la mesa de tu marido no se puede pasar á otra que sea de mas sustancia, y quien ha digerido lo que se presenta diariamente en ella, bien puede burlarse de los alimentos mas robustos. El clima sí que pudiera desconocerme; pero, como me ha tratado tanto, siempre me ha recibido con cariño, y le he debido mas confianza que á los que me tratan menos: hoy está generalmente desabrido con todos, porque el frio ha entrado con espada en mano; sin embargo, solo lo hubiera sabido por noticias, á no haber tenido precision de salir á visitar á los tíos y á las tías, que vinieron en tropa á felicitarme y á darme la *güena venida*. Mi cuartico está impenetrable á los hielos y á los temporales: en eso se parece á mi corazon, cuyos pertrechos, gracias á Dios, están á toda prueba. Hasta el terremoto pasado no se sintió en él: mira qué lejos estará de bambolear á mas débiles impulsos. Parece que tampoco se debió de sentir en esa casa, cuando ni tú ni tu marido me le tomáis en la pluma; y no obstante, me avisan que así en esa ciudad como en todo el reino se experimentó en el propio dia y en la misma hora. Fué grande mi cuidado hasta recibir el correo de Galicia, donde parece que tampoco ha hecho tan considerables estragos como se podían temer. Por acá no ha sido tan inocente como creí á los principios, pues sucesivamente van llegando noticias de muertes, de ruinas y de sentimientos de edificios que las están amenazando, en Salamanca, Avila, Palencia y Birgos. Si á la pobre Doña María de la Concepcion la cogió en Coreubion, donde escriben fué mas sensible el huracan que en otras partes, llevó la triste buena recreacion. El correo pasado la escribí en carta de su marido, y mientras no vea letra de los dos estaré con sobresalto.

Grandes soledades causará en esa ciudad la ausencia del regimiento de Ultonia; pero presto se suplirán con los oficiales del de Bruselas, porque esta gente solo se diferencia en el color del uniforme.

Ahí van esas dos cartitas para las chicas. La de María Isabel acaso la escocerá un poco, aunque va en tono festivo; porque tambien las cosquillas hacen reir y escuecen. Con los sobrinos cumpliré la posta que viene.

Tu amiga y mi señora Doña María Teresa me escribe celebrando infinito tus cartas y tus zumbas. Es cierto que M... la honró con su memoria; pero fué tan ingrata, que no le correspondió con su voluntad, aunque sí con su agradecimiento. El debiera de contentarse con eso, porque los pobres viejos no podemos aspirar á mas, y ves aquí cómo ya voy encontrando tiempo para molerte con mi larga conversacion: hágolo en la confianza de que la escrita no te molesta tanto como la parlada, porque estorba menos. A Dios, hija mia, que te me guarde tanto como á tu amante hermano. —Jhs. —*José Francisco*. — Mariquita mia.

CARTA XLIII.

Escrita en Villagarcía á 19 de diciembre de 1753, á su hermana.

Hija mia: La noticia no esperada de la lastimosa muerte de Don Nicolas del Riego, que me participas en tu carta del dia 10, cogió mi corazon ya tan herido de dolor por la de nuestra Doña María Ventura Gayoso, que nada tuvo que hacer en penetrarle. Un golpe sobre otro golpe no abre nueva llaga; pero hace mayor la primera. Conozco las fatales consecuencias de este segundo para la pobre

viuda y para toda su familia, tan numerosa como tierna. Fáltame el ánimo para escribirla el pésame, y solamente lo haria con menos dolor si, á vueltas de él, pudiera decirle que dos ó tres hijos suyos corrian de mi cuenta; pero no habiéndome concedido Dios las facultades como ma ha concedido el corazon, y mas en la era que va corriendo, no tengo aliento para aumentarla el dolor con la memoria de mi amistad por el difunto, sin ofrecerla algun alivio. Estimaré que tomes de tu cargo este cumplimiento, mientras yo quedo bien resuelto á no malograr ocasion alguna que se me proporcione de consolarla.

La imponderable Doña María Teresa, despues de un tristísimo silencio por su parte, me escribe hoy tan afligida como puedes considerar. Pero en medio de su indecible dolor, descubre bien la grandeza y la nobleza de aquella alma. Está sumamente agradecida á la fineza con que la has escrito sin perder correo y sin quejarte de su silencio, no obstante que no te pudo responder en tres semanas. Encárgame mucho que te dé mil gracias por esto, no contentándose con las que ella misma te dará con mucha mayor viveza y con mucha mayor gracia. Yo te rindo tantas por este noble rasgo de tu bello corazon, que solo por él te harias dueña del mio, á no tener ya el tuyo tan dignamente ocupado; y quisiera que me hubieras ofendido mucho para pordonártelo todo por esta accion, en que verdaderamente te reconozco por mi hermana.

Me alegro de que aquel jesuita te pareciese ni mas ni menos como yo te lo habia pintado. Es cierto que he padecido algunas equivocaciones en el concepto que he formado de algunos sugetos, pero pocas; y las mas de esas no porque se despintasen mucho en los colores de mi idea, sino porque tenia motivos para no confiarlos á la explicacion. Harás bien en tratarle sobre el pié que me dices, y con eso nada tendrás que sentir con el tiempo, de sus delicadezas.

Mi señora Doña Juana Tomasa continúa en su silencio y yo en el respeto con que la venero. La pobre Doña N... tendrá bien que padecer con su cuñada; y aunque todo sea efecto de la grande satisfaccion y propio juicio con que su padre se gobernó, esto mismo la hace mas digna de compasion, pues padecerá la triste por lo que ella no pecó y por lo que solicitó que ninguno pecase, pues me consta que desde los principios desconfió mucho y deseó introducir la misma desconfianza en quien no pudo conseguirlo.

El coche que estaba ya esperando por horas para ir á Astorga, se pasó por Villar de Frades sin entrar en Villagarcía. No sé á qué atribuirlo despues de la carta que me escribió H..., sino á que acaso haria reflexion que era demasiado chasco ponerme en el empeño de andar cuarenta leguas en tiempo tan riguroso, y mas cuando sin moverme yo ni rodear su hijo un cuarto de legua, podia darme un abrazo en mi aposento. Si fué así, discurrió bien, pero tarde; y debiera haberlo hecho ántes de haberme obligado á publicar el empeño en que me hallaba. Como quiera, en el fondo me he alegrado mucho, porque hacia con grande violencia esta jornada en tiempo tal y en tales circunstancias, que temia malas resultas hácia mi salud, poco segura y bastante mal tratada de quince dias á esta parte. No sé si P... A... vendrá por aquí; solo sé que yo no me moveré de mi cuarto, y así se lo he escrito á su padre, que me envié posteriormente una carta

para que se la entregase *al paso por estas cercanías*. Dígole que, siendo incierto cuándo ha de pasar por ellas, y no estando el tiempo para que yo ande llevando chascos en los caminos, si el chico no viniere por dicha carta á Villagarcía, se la devolveré á Madrid.

Téngome hechos á mí mismo los cariños que me encargas, y melos he agradecido mucho. A tí te hará Nicolás los que quisiere de su parte, para lo cual le dejo el tiempo tan libre desde aquí como se le dejaba allá. Mi gato se te encomienda con toda devoción: el tordo real lo mismo, y yo soy como he sido siempre, sin perjuicio del derecho parroquial, *tu amante hermano*. — Jhs. — José Francisco. — Mi María.

CARTA LXIV.

Escrita en Villagarcía á 26 de diciembre de 1755, á su hermana.

Hija mía: Las cartas del correo que faltó, allá se estuvieron descansando ocho días en Villar de Frades, y esta vez no fué por culpa de aquel estafetero, sino por la del mozo del colegio, que las llevó tarde y llegó cuando ya había partido la balija. Se queda trabajando en remediar uno y otro inconveniente con mucha esperanza de conseguirlo, y si se logra, todos nos libreremos de muchos cuidados, enfados y sentimientos.

Grande ha sido el que me ha causado la muerte del Padre Lorenzo, aunque la consentí desde que me avisaste quedaba en cama de resulta de su viaje y acompañamiento. Quizá me hubiera sucedido á mí lo mismo si hubiera tenido efecto el primero que se proyectó y á que yo me ofrecí luego que me le propusieron. Verdad es que me hubiera guardado un poco mas de lo que se guardó el difunto; porque ya estaba resuelto á no entrar en la litera, sino en caso de necesidad. Finalmente el buen padre murió víctima de la caridad; y esto debe mitigarnos el desconsuelo de que su delirio y la ignorancia ó la confianza del médico no le permitiesen recibir los sacramentos en diez y siete días de enfermedad.

Doña María Teresa es tan agradecida como fina, y desperdicia gracias por lo que se la debe de justicia. Ningun correo la ha faltado carta mía, ni la faltará mientras yo pueda, aunque ella deje de escribirme, como lo ha hecho muchas veces, y hoy es una de ellas; pero estoy seguro de que jamás lo dejará por falta de voluntad, ni aun por tibieza: confianza que no se puede tener de todas ustedes. No sé qué harán ahora de esta admirable madamita; porque su hermano mayor, de quien hoy depende todo y á quien ama Mariquita con una pasión que no tiene cojejo, ni aparece por allá, ni se ha dejado ver por acá, como yo lo esperaba; y si no deja el servicio, toma estado y se retira á cuidar de su casa, temo que no lo acierta.

Tampoco tu apasionado P... A... de H... se ha dejado ver en Villagarcía, habiendo pasado el día 18 una legua de aquí casi corriendo la posta. No le culpo á él, sino á su padre, á quien, si no me diere una grande satisfacción, haré una grandísima cortesía; porque no me ha cabido en snerte un corazón tan ruin que sufra cabronadas de ninguno.

Te estimo mucho el regalo de barriles, que recogeré en llegando á Villar de Frades, y no dudo que tus cabellos, ó los de ángel, que es lo mismo, serán tan delicados y tan dulces como obra de tus manos, aunque es

bien extraño que no sepa hacer cabellos de hombre la que sabe hacerlos de ángel. Vuelvo á decir que estimo mucho el regalo; pero mucho mas te estimaré persuadidas á tu marido que levante ya la mano de estos excesos conmigo, pues son tantos los que tiene hechos, que no me acuerdo jamás de ellos sin llenarme de mucho empacho; y no creas que esta expresión es de ceremonia, porque me nace de lo íntimo del alma; ni tampoco tiene su origen en falta de humildad, sino en aquella honrada vergüenza que consiste en hallarse un corazón agobiado de beneficios, sin arbitrio para corresponderlos sino con un agradecimiento profundo, que se queda allá en lo mas escondido del alma misma. Mientras él me honre con su amistad y tú me hiciere en tu corazón el lugar que él te permitiere, tendré yo lo que vosotros tuviereis: seré rico mientras lo fuéreis vosotros, y á todos nos faltará cuando á vosotros os falte: con que te suplico me consigas como la mayor gracia que ya no gaste conmigo sino aquello que yo pidiere.

Antolina me tiene en un continuo sobresalto: sus males y su grande sufrimiento son dos enemigos alevosos que cada día estoy temiendo nos hagan una traición. Hazla mil cariños de mi parte, con mil respetos á madre, dando á todas las pascuas en mi nombre. Segun está el tiempo, pienso pasarlas todas en mi cuarto con mi pluma y con mis libros, pues desde que vine, solo he podido salir una tarde al monte y otra á paseo. A Dios, que te guarde tanto como á tu amante hermano. — Jhs. — José Francisco. — Mi querida Marica.

CARTA XLV.

Escrita en Villagarcía á 2 de enero de 1756, á su hermana.

Hija mía: Buenas entradas de año nuevo y de año santo te dé Dios; y su Majestad nos libre en el de 56 de los trabajos públicos y particulares que hemos padecido en el de 55, cuya triste memoria durará hasta el fin de los siglos.

Discurro que el correo pasado recibiríais las dos mias que estabais esperando, luego que al estafetero se le antojase regalarlos con ellas. No es de extrañar que en correo de pascuas disfríese tanto el dar cartas, por la multitud de ellas que concurrirían, aunque si todos fueran de mi humor, en ningún tiempo habria ménos, pues en él se debieran cerrar todas las correspondencias de enfado, como se cierran los tribunales, quedando únicamente abiertas las de gusto; y lo mismo debiera suceder en punto de visitas, con lo que todos lograrían unas pascuas alegres, divertidas y libres, cuando en el sistema que se sigue es el tiempo mas enfadoso, mas engoroso y mas neciamente atareado de todo el año; pero eso de reformar al mundo es obra larga.

Doña Mariquita Teresa me escribe que su hermano Don Antóniño ha pasado á esa ciudad á curarse de una fiebre maligna acompañada de cámaras de sangre, y que por mas que ella hizo, nunca pudo reducir á que su tío Don José permitiese que se fuese á apear y á curar á vuestra casa, donde lo podía hacer con la misma satisfacción que en la propia; sobre lo cual se explica esta señorita con aquel juicio, con aquella discreción y con aquella grandeza de alma que en todo lo demás, mostrando tener mas confianza en tu corazón y en tu amistad, que en la de todos sus hermanos y hermanas juntas. Yo la respondo como es razón á esta fineza con que

tanto me lisonjea, y me alegrara (si no hallarais en eso grande inconveniente) que sacaseis al enfermo de la posada y le llevaseis á vuestra casa, accion nobilísima á los ojos de Dios y á los del mundo. Pero cuando no permitan esto las circunstancias, no dudo que así tú como Nicolas practicaréis todas las demostraciones de amistad y de cariño que sean practicables con el enfermo y con su hermano Don Vicente, que parece le está asistiendo. El chico aseguran todos que es lo mejor de los Caamaños, y será gran lástima se malogre, como lo temo, segun la mala calidad de su accidente, sin que me reste otra confianza que la de sus pocos años y las muchas fuerzas que en ellos suele tener la naturaleza para vencer mayores enemigos.

Prosigue mi salud sin novedad, á beneficio de los paseos cuando el tiempo lo permite, y de la quietud de mi retiro. Quiera Dios que la tuya, la de madre y la de esas mis queridas chicas, á quienes harás mis cariños, se recobre, y que se dilate tu vida tanto como la de tu amante hermano.—Jhs.—*José Francisco*.—Mi amada Mariquita.

CARTA XLVI.

Escrita en Villagarcía á 2 de enero de 1736, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : No es de extrañar que en correo de pascuas, y en la misma víspera de ellas, hubiesen tardado tanto en dar cartas. Si el mundo amaneciera un año con juicio, en ningún tiempo se debiera tardar menos; pero dejémosle correr su tren, pues no se puede remediar. No obstante, ya he conseguido este año no haber recibido hasta ahora mas que tres cartas de pascuas, y esas de gente novicia en mi correspondencia, á excepcion del Señor Taranco, á quien por mas que he hecho no he podido expeler del cuerpo este espíritu maligno, siendo las pascuas mas seguras en su carta que en el calendario.

Diviértete en leer esa necia satisfaccion que me da N... á la pieza que me jugó, suponiendo que yo habia de ir á Villar de Frades á esperar el coche para dar las órdenes á los cocheros. Allá tiene una respuesta en la merece su bobería, con el nuevo cargo de que su hijo se pasase á vista de Villagarcía sin entrar en ella; y suponiendo que él por sí no era capaz de hacerlo, si no mediaran las instrucciones de su padre, le pregunto qué motivo le he dado para que le instruyese tan mal : él me ha dado malos ratos; pero no los llevará buenos con mis cartas, y estoy esperando las de padre y hijo para ver por donde parten. Este último es natural que trueque el viaje de Portugal por el de Paris, adonde dicen que irá el conde de Aranda por embajador ordinario, despues de haber evacuado ya su embajada extraordinaria, que parece se redujo precisamente á condolencia por la destruccion de Lisboa, y á socorrer á aquellos príncipes con caudales y con géneros; cuyo convoy fué gobernando Don José Joaquin García, administrador de Extremadura, despues que le habian negado la licencia para pasar á la corte, y se la sacó un sobrino suyo con mañoso ardid, á quien en premio de este beneficio dejó abandonado en ella torpemente, y este viaje le servirá de mérito para todos los ascensos que quisiere. Así juega en el mundo la divina Providencia con los acacimientos humanos, siendo razon que todos nos sujetemos á sus escondidos juicios.

Recibí una carta atrasadísima de Don Miguel de Medina, en que me resume lo que le escribe Mascareñas «desde el campo delante de la que fué Lisboa, á los diez y ocho dias de su total destruccion». Dice que se salvó con toda su familia entre una espesa lluvia de piedras y de cascajo por especial proteccion de la santísima Virgen, habiendo visto primero desplomarse toda su casa, y despues arder con todos los muebles, alhajas y papeles. Estos últimos y los libros son los que mas le duelen, no habiéndose eximido mas que unos pocos que tenia en una quinta, y un cajon de ellos que le llegó de Madrid el dia despues de la fatalidad. Solo pide á Medina mas y mas libros, especialmente de arquitectura, porque el rey de Portugal trata de edificar una nueva corte, de planta, en paraje distinto de la antigua, aunque este todavía no se ha determinado. A mí aun no me ha escrito, no obstante tener allá tres ó cuatro cartas mias; pero ni lo extraño ni me quejo.

Llegaron los diez y ocho barriles de escabeches y de dulce, buenos todos, á excepcion de uno de sardinas, que debia de estar mal calafetado y se abrió en el camino. Repito gracias, y renuevo todo lo que te supliqué en la posta pasada.

Dime si has recibido ese cajoncillo de cigarros de la Habana; porque cada dia me confirmo mas en la sospecha de alguna maniobra del mesonero de Villar de Frades, en cuyo poder los puso el Padre Manuel de Barchaguren, administrador de esta iglesia; y el pícaro del mesonero no hay forma de decir cómo se llamaba el maragato á quien dice se los entregó y que se obligó á llevarlos. Antes de ayer vino de allá Pinilla, que está encargado de esta averiguacion, y solo me trajo razon de que el maragato habia vuelto á pasar á Madrid, y que á su regreso á Santiago le haria cargo el mesonero de dicho cajoncillo. Yo hubiera ya ido en persona á Villar de Frades á liquidar este embuste y á escarmentar al mesonero, si el tiempo lo hubiera permitido; pero á reserva de dos dias que por fuerza eran ocupados en la iglesia, todos los demas han estado intratables.

Maria Francisca te dirá lo que la escribo acerca de Don Antoñico Caamaño. Mi súplica se entiende en términos hábiles, y sin que contraigas nuevos empeños por atender á mis obligaciones.

Hubo carta de Roma de 17 de noviembre, pero nada dice de congregacion ni del Padre Idiaquez. Tampoco me ocurre mas que añadir sino rogar á Dios te me guarde como ha menester tu amante hermano y amigo. —*José*. —Nicolas mio.

CARTA XLVII.

Escrita en Villagarcía á 9 de enero de 1736, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : En este correo nos hallamos sin cartas de Galicia, que es bravo chasco para quien esperaba la respuesta de tres que están allá. Cogíome este enfado en cama cociendo un fuerte catarro que me tiene en ella cinco dias há, sin otra medicina que la que yo mismo me he recetado: dieta, horchatas, quietud y abstinencia de médico; porque, aunque este me visita dos veces al dia por la calentura que desde luego se me excitó y de que aun no estoy enteramente limpio, él oye mi relacion, yo oigo sus centones; él me receta píldoras, yo no las tomo; él toma chocolate, yo se lo doy con mucho gusto; él se va regañando, yo me

quedo tosiendo; y al cabo del dia quedamos tan amigos como ántes. Aquí no hay mas ni ménos: con que mi indisposicion no merece la pena ni aun de pensar en ella; y no teniendo otra cosa que decir á esa chica, díla que se contente con esta carta; y si no quisiere, se vaya á pasear. Manda y vive cuanto desea tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José. — Nicolas mio.

CARTA XLVIII.

Escrita en Villagarcía á 16 de enero de 1736, á su hermana.

María Francisca: Llegaron juntas tus dos cartas de 31 del pasado y de 7 del presente; y supuesto que ni tú puedes vencer tu genio ni yo mis aprensiones, tengo por mas conveniente no contestar al principal asunto de la primera, porque no acertaria á hacerlo sin sacar mucha sangre mas á mi corazon que al tuyo. Aunque en materia de sacrificios á Dios, debiera por mi estado y por mis años darte ejemplo, no me hallo con valor para hacer á su Majestad el que parece que tú desearas; pero él me dará fuerzas para resignarme, siempre que tú te resolvieres á hacerlo.

Doña María Teresa cada dia descubre mas los fondos de aquel corazon digno de mandar al mundo. Me da la noticia de la muerte de Antõico con tanta entereza que me asombra, y muy de propósito se detiene en consolarme á mí. A la verdad, me conoce bien y sabe que nada siento mis penas en comparacion de lo que me duelen las de aquellas personas á quienes amo. La fina y ciega pasion que te profesa es acreedora de justicia á las tiernas expresiones con que la correspondes. Hasta ahora no me ha escrito carta en que no me haya hablado de tí, conociéndose bien que sin esta salsa nada la entra en gusto.

En este correo recibí la respuesta de Doña Juanita Tomasa á la primera carta que la escribí, y es de fecha de 19 de noviembre: mira cuáles andan las estafetas ó los criados que llevan las cartas á ellas. La segunda que me escribió llegó sin detencion, y sin detencion la respondí por la misma mano por donde vino. Me alegro que se haya divertido tanto con las funciones de su prima, que sin duda habrán sido muy lucidas, porque el Marques lo es tambien; pero á mí mas me hubiera divertido un rato de conversacion con la misma Juanita, que todo el estruendo de la Quintana y todo el baile del estrado. Dala mis memorias, si te pareciere, como á mi señora Doña María y á Doña Nicolasita.

Te estimo mucho la generosa prontitud de ánimo con que estabas dispuesta á recibir en tu casa y á enidar de la salud de Antõico Caamaño, aun haciéndote cargo, como me le hacia yo, del engorroso afan y gravísimos cuidados que traia consigo la asistencia de un enfermo de aquella calidad, cuya muerte en tu casa era en cierto modo mas sensible que la de cualquiera de ella. Todo lo tenia yo tan presente como tú, y todo se le ofreció tambien con la mayor viveza á Doña María Teresa; y por lo mismo me espolcaba mas á desearlo por corresponder á lo mucho que confiaba de nuestra fineza. Esta ha quedado con todo su mérito, sin haber padecido los sinsabores á que se habia espontaneado, habiéndolos cortado Dios con la temprana muerte del amable chico.

Escribeme el abad de Fruime lo siguiente: «De mi señora su hermana tuve estos dias unas bellas cantáridas que me *aburraron* (busque vuestra merced la voz

en el *Tesouro da porta fazeira* si no la entiende). Bien empleado sea en mí, que, debiendo hacer el papel de barba, me meto á gracioso; pero *júrolle* por estas que si Dios me *deixa* vivir ha de haber *torna vira*, é *Xan fou-eiño*». Hasta aquí el Abad: ignoro la alusion, y la ignoraré hasta que tú me la expliques.

Despues de diez dias de calentura con mis accesiones y un gran catarro, quedo ya libre de todo sin mas médico ni boticario que cama, horchatas y dieta, todo recetado por mí mismo, y hoy he bajado ya al refeitorio. Ramon ha desollado tambien su tabardillo, de que se libró al quinto á costa de tres sangrías, sanguijuelas, etc. Entróle igualmente con capa de catarro; pero las fatales experiencias que habian precedido en Valladolid, donde murieron muchos sin sacramentos con este sobrescrito, hicieron abrir los ojos á los médicos, y le acudieron con tiempo. La gota de madre me deja con todo el cuidado que corresponde al tierno amor que la profeso, y no es menor el que me da el viaje que me dice padre tiene que hacer precisamente á la Coruña, pues aunque le haga su merced con todas las conveniencias imaginables, el tiempo y sus años son dos circunstancias que me estremecen. A las chicas mis finas memorias, como tambien á los dos sobrinos; y á Dios, que te me guarde enanto desea tu hermano. — Jhs. — José Francisco. — Mi María Francisca.

CARTA XLIX.

Escrita en Villagarcía á 22 de enero de 1736, á su hermana.

María Francisca: Te estimo mucho la fineza de escribirme, aun cuando yo no pude hacerlo por mi indisposicion: esta no fué mas de lo que dije, aunque las reliquias que me han quedado de una profunda melancolía, de una grande pesadéz y de una extrema debilidad, no dejan de darme algun cuidado; pero mayor me le da lo que padece madre, y no me causa poco la duda de si su merced recibió una carta que la escribí habrá como un mes, cuya pérdida me seria muy sensible; y aunque me hago cargo de que su indisposicion no la permitiria avisarme de su recibo, pudo encargártelo á tí para librarme de esta zozobra. Averigua si llegó á sus manos dicha carta, y no dejes de avisarme.

Celebro que Doña Juanita esté tan divertida con su prima, y es fineza que en medio de tanto embeleso haga lugar á mi memoria. Cuando se deje ver, correspondé-sela con el mas atento y fiel cariño, como tambien á la pobre Doña Nicolasa, que cada dia me compadece mas, y la dirás que estoy muy léjos de olvidarme de lo que me encargó; pero que hasta los frutos piden sazón y coyuntura.

No parece que hay novedad en la salud de Doña Mariquita Teresa; pero sospecho que debe haber alguna en la correspondencia con Doña M... de la C..., pues habiéndote de ella en casi todas mis cartas, há mucho tiempo que no la tomas en boca. Habrá tres semanas que respondí á una que recibí de su marido, incluyéndole otra para Rosana; y no habiéndose dado por entendido, puede servir esto de adminículo á mi sospecha: quiera Dios que salga incierta; porque deseo la mejor correspondencia con aquella casa.

Haz en mi nombre una visita á madre, con muchos cariños á las dos chicas; y á Dios, que te guarde cuanto

desea tu amante hermano.—Jhs.—*José Francisco*.—
Mi María Francisca.

CARTA L.

Escrita en Villagarcía á 7 de febrero de 1756, á su hermana.

Hija mía : Supuesto que madre está mejor, las niñas también, tu marido robusto, y tú con la mas cumplida salud que has experimentado en tu vida, ¿á qué propósito viene esa melancolía? Hazme gusto de conjurarla como se conjura á los nublados, para que vaya á descargar donde no haga daño. Esto, como todas las demas cosas, se aconseja con mas facilidad que se practica; porque cuando á mí me hace merced esta señora (y me la hace con mayor frecuencia de la que yo quisiera), no tengo otro remedio que sufrirla hasta que ella se despidá, y mientras tanto hacerme infrible á todos los que me tratan. No obstante, esta semana ya hice mis diligencias para desterrarla, yéndome dos días al monte, el de la Purificacion y el de San Blas; traje mis trece liebres á casa, que aun las estamos comiendo en compañía del Vice-Provincial, y aunque ví una raposa, no quise tirarla, temiendo si acaso eras tú.

Mucho siento que se hubiese perdido una carta bien larga que escribí á madre, cuyo contenido era de bastante importancia : solo me consuelo con que puede parecer ántes que se acabe el año, así como pareció el correo pasado la carta que me escribió mi señora Doña Juana Tomasa, en respuesta á la primera en que la avisé de mi feliz arribo; y por el correo de Madrid recibí otra suya mas reciente, en que me protesta que las diversiones de su prima nunca pueden distraerla de favorecerme. Créolo en cortesía; porque, si no la permiten cultivar tus cariños, ménos la darán lugar para permitir audiencias á mi memoria, que nunca puede lisonjearla tanto como la tuya. Mi señora Doña María de la Concepcion ya respiró; y yo contrarespiro en la adjunta, que te servirás remitirla.

A todas las demas que me honran con sus conmemoraciones, correspondo con mis agradecimientos, ya que no pueda corresponder con otras, sino que las haga con las encinas y con los carrascos; porque no trato otras gentes; pero estoy tan divertido con estas, que no trocaré su conversacion por todos los saraos de la marquesa de Santa Cruz de Ribadulla, aunque sea su gobernador en jefe el bastonero perpetuo Montalete; porque Montalete por Montalete, aténgome á mi monte de Torozos.

Aquí estamos esperando de hora en hora á una sobrina del padre vice-rector de este colegio, Antonio Villafañe; que se acaba de casar con el conde del Vado, caballero de Vitoria y primo de la regenta de la Coruña. De estas visitas tenemos algunas de cuando en cuando en Villagarcía, que yo perdonaría de buena gana; porque, sobre quitar mucho tiempo, estamos tan poco acostumbrados á señorías, que por no errar el tratamiento, á unas damos paternidad y á otras reverencia; fuera de que, en viendo un guardapiés de seda, preguntamos si es la mujer del obispo. La novia fué muy señora mía en *Santispiritus* de Salamanca, y tuvo gana de quererme mucho: es de bello genio, y desde luego salgo por fiador de que las cóleras no la han de estorbar la sucesion.

Tampoco he tenido carta de Doña María Teresa este correo; y como el pasado avisaba que su sobrino Joaquinito quedaba dos veces sangrado, recelo la haya re-

galado Dios con otra tercera pesadumbre, que para su genio será mayor que las otras, porque temerá que los portugueses atribuyan á ménos cuidado suyo la muerte del chico. Ello será una grandísima locura; pero ¿quién deja de adolecer de la misma en semejantes ocasiones? A Dios, que te me guarde cuanto desea tu hermano y padrino.—Jhs.—*José Francisco*.—Mi María Francisca.

CARTA LI.

Escrita en Villagarcía á 15 de febrero de 1756, á su hermana.

María Francisca : En esta semana no llegó el pliego de Nicolas, y consiguientemente ni la carta ó esquila tuya que viene inclusa en él. Quedo con el enfado correspondiente; pero sin envidia, porque he recibido otras cartas de esa ciudad en que me avisan de vuestra buena salud; y Joaquinita Caamaño añade el gran gusto que tuvo en verte el día 29 del pasado, alegre, gordita y buena, aumentándosele mucho con que hubiéseis echado á pasear todo cumplimiento, y comenzado á trataros como corresponde á vuestro recíproco cariño. Yo tambien lo he celebrado igualmente, porque en esta clica y en su hermana reconozco tanta sinceridad de corazon y tanto parentesco de entendimiento como tienen en la sangre, siendo dificultoso que se hallen dos hermanas mas iguales.

Creí que padre estuviese ya en la Coruña; pero me dice el Regente que el día 4 de este aun no habia aparecido. Lo mismo hicieron los novios que esperábamos la semana pasada, y ya no vienen hasta hoy, si no vuelven á darnos otro chasco. Mi tonto y mi pájaro se te encomiendan mucho. A Dios, que te guarde cuanto desea tu hermano y padrino.—Jhs.—*José Francisco*.—María Francisca.

CARTA LII.

Escrita en Villagarcía á 21 de febrero de 1756, á su hermana.

María Francisca : Fué providencia de Dios que me faltase la carta de Nicolas el correo pasado, y que no llegase hasta este con la correspondiente á él. Si me hubiera hallado con aquella carta, sin la tuya y con la noticia de tu violenta calentura, mala semana hubiera pasado; porque no puedo negarme á los movimientos de la naturaleza, ni es fácil desprenderme de los que pudieran parecer de supererogacion. Como vinieron juntas las dos cartas, y en la segunda inclusa otra tuya, excusé la pesadumbre, pero no el sentimiento de las malas resultas que recelo del susto que te causó la desgracia de Manchiles, y mas habiéndole disimulado tú tanto, con mas amor que prudencia. Cúmplase en todo la voluntad del Señor; y en todo caso trata de conservar tu salud y tu vida; que todo lo demas importa mucho ménos. En la mía no experimento novedad, promediando las tareas con los paseos y con las visitas que hago al monte, donde asusto á unos conejos y mato á otros, siendo el día de hoy estos los únicos que se mueren por mí.

Doña María Teresa debe estar con alguna grande desazon ó pesadumbre, aunque no me la explica; pero la infiero de la carta que recibí este correo. A la verdad es terrible cosa dejar aquella pobre señorita sola con todo el peso de la casa á cuestas, y que su hermano mayor, que tan ciegamente la ama, segun ella está persuadida, se mantenga inmóvil en su destacamento, sin haber vo-

lado á consolarla en estas circunstancias, no solo abandonando, si fuese menester, el servicio del Rey, sino todo cuanto hay en el mundo, fuera de la salvacion. Grandes son los misterios de la fe, pero de tejas abajo hay algunos que no parecen ménos impenetrables. Ni una sola palabra me ha escrito de la indisposicion de Don Vicente, ni ménos que se halle en esa ciudad, siendo Joaquinita la primera que me dió noticia de esto.

Doy por perdida la carta que escribí á madre, y en esta suposicion el correo pasado repetí otra á su merced por mano de Alejandro, pareciéndome que van muy arriesgadas las que se le escriben en derecho. Otras cartas escritas á diferentes partes se han perdido tambien, y siendo tan universal la queja, se disminuye mucho el cuidado. Entre otras, há tres semanas que por mano de Joaquinita escribí á mi señora Doña Juana Tomasa, respondiendo á la última suya, y temo que haya seguido la misma fortuna que las demas, pues no se ha dado por entendida, aunque puede ser que la haya ocupado el tiempo la obra de misericordia de consolar á la Marquesa por la muerte de su padre, y de esta manera le emplearia mejor.

Con la advertencia que me haces, volví á leer las segundillas de Fruime y las tuyas. Ambas están muy buenas; pero el segundo pié de la vuelta de tu primera, « porque en tí es tan viejo, » estaria mejor ó mas corriente, diciendo: « Porque es en tí tan viejo. » Asimismo es menester huir de comenzar el pié con vocal, cuando el antecedente acaba con la misma, como en tu segunda:

No puedes deber gracia
A mi cariño;

porque, elidiéndose una vocal con otra, queda defectuoso el segundo pié, ó se hace dura la pronunciacion; y así parece que estaria mejor:

No puedes deber gracia,
Diego, al cariño,
Pues todo el que te tengo
Te es muy debido.

Estos leves defectillos puede ser que no lo sean sino en la apension de mi demasiada delicadeza, ó en el ansia de que todas tus cosas sean las mas perfectas. Nuestro Señor te guarde cuanto desea tu amante hermano y padrino. — Jhs. — *José Francisco*. — Mi María Francisca.

CARTA LIII.

Escrita en Villagarcía á 28 de febrero de 1756, á su hermana.

María Francisca: El chasco que me dió á mí el correo en una semana, os le dió á vosotros en la siguiente. No se lo estimo; porque en materia de enfados quisiera ser yo solo, como no quisiera tener gusto en que no me acompañaseis. Discurro que una posta restituirá lo que ha usurpado otra, y espero que, por lo que toca aquí, se remediarán presto estos pesados descuidos; porque tengo ya casi lograda mi antigua pretension de que se traslade á esta villa la caja de Villar de Frades, donde sin duda será mejor servida, especialmente si se encomienda al sugeto que tengo propnesto.

Doña María Teresa me dejó sin carta, como si fuera culpable de que no hubiese recibido la mia; aunque habiéndola faltado tambien la de su hermano, estaria para pocas fiestas. Yo me consumo considerándola en

aquella soledad, sin tener adonde volver los ojos para su consuelo, y no acabo de admirarme de la conducta de su hermano mayor, constándome por una parte cuánto la ama, y mirando por otra cómo la deja; pero mientras no sepamos las razones que puede tener para este procedimiento, será temeridad el condenarle.

Me alegro que madre hubiese recibido la carta que la escribí quince dias há: esto me basta para no estar con cuidado, pues lo demas importa poco que no responda hasta que pueda ó hasta que quiera. Cada correo estoy en ánimo de escribir á las dos chicas, y cuando espero ménos cartas, me hallo con tantas, que ni aun para responderlas me dejan tiempo: si hoy me concedieren alguno, las escribiré, y si no, que tengan paciencia, estando bien persuadidas á que no soy ménos hermano suyo cuando callo que cuando hablo.

Como el tiempo ha estado admirable, he frecuentado el monte esta semana, y me hallo con buena provision de fuerzas para entrar en la cuaresma. Al volver ántes de anoche de la caza, encontré á Bernardo que se estaba apeando, y ayer le encajamos la sotana parda. Las memorias acostumbradas; y á Dios, que te me guarde cuanto desea tu hermano y padrino. — Jhs. — *José Francisco*. — María Francisca.

CARTA LIV.

Escrita en Villagarcía á 5 de marzo de 1756, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Gran chasco es no recibir carta tuya, cuando estaba esperando la respuesta de dos. Esto me sucede en la semana presente, y si no hubiera recibido otras seis cartas de esa ciudad, en que nada me dicen de vosotros, sería intolerable mi cuidado, porque no puedo echar de mí las resultas que temo de la desgracia de Manchiles. ¿Y no lo es mia el que precisamente me falte vuestro pliego? Aun algunas cartas de ese reino, que por equivocacion se pasaron á Riosco, vinieron el día siguiente, lo que es bastante testimonio de que la tuya no llegó á Villar de Frades; y esto me hace sospechar si el criado que las lleva á la estafeta se descuida y llega despues que se hayan cerrado ya los pliegos, ó despachado la balija, en fuerza de la costumbre pasada, sin hacerse cargo de la anticipacion presente así para recibir como para despachar las cartas. Sea lo que fuere, yo carezco de la tuya y de la de tu mujer, con que todas las demas me sobran. El mal humor de que esto me puso, me quitó todo el gusto de las carnes-tolendas, que aquí son muy divertidas cuando el tiempo lo permite, como lo ha permitido este año, siendo el de todos tres días como el de la mas apacible primavera. Sale todo el numeroso estudio formado con sus banderas y tambores, acompañándole los que queremos, y dirigiéndose ya al monte, ya á alguno de estos espaciosos campos, hace su acampamento, se distribuye en ranchos, y mientras las cajas hacen señal para atacar á las meriendas, que todas son abundantes, y algunas se acercan á ostentosas, los muchachos se divierten y nos divierten con mil géneros de juegos todos inocentes, retirándonos á casa cuando se acerca la noche, sin envidiar los carnavales de Italia ni los *in dominos* de las provincias del Norte; porque nos volvemos con mayor diversion y sin el menor remordimiento; pero este año á nada he tomado gusto, y aun se le he quitado á los demas; porque me cogió la desazon muy de lleno.

Ahí va esa carta de N..., cuya humildad merece el perdón que pide; y no ocurriendo otra cosa, á Dios, que te guarde como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA LV.

Escrita en Villagarcía á 19 de marzo de 1756, á su hermana.

María Francisca: Si el tiempo presente es solo trabajoso para los que predicán, será para mí muy aliviado, porque en esta cuaresma no pienso subir al púlpito si no que suceda algun accidente repentino; y si lo consigo, será la primera, despues de treinta años, en que me divierto desde el mirador, oyendo con gusto á los varones apostólicos: el padre Santiago Mier es uno de ellos: su habilidad es grande: su despejo notorio: ¿pues qué le falta para que en todas partes le oigan con aplauso? Aquí pasamos las cuarenta horas en el monte, aunque á mí me hubiera sido mejor pasarlas oyendo al mayor maza de los predicadores, porque me quebraría la cabeza, pero no me dejaría con una terrible fluxion que me causó el sol de aquellos tres días, y aun hoy se mantiene tan tenaz como en el primero.

Mi señora Doña María Teresa debió de pensarlo mejor, y arrepentirse de su mal propósito, pues me houró con su carta de 8 del corriente, que recibí con la estimacion que todas. Si de las cuatro docenas de quesos de Villalon que remití á Nicolas, y habrá ya recibido, quisieres regalarla con una en mi nombre, podrás hacerlo, diciendo que no la escribo en el asunto, porque, como tienen figura de pié de mulo, no me atrevo á tomar en la pluma cosa que pueda aludir á cox.

Nicolas parece que tiene devocion de darse algun canillazo todos los marzos de cada año, pues el pasado ejecutó lo mismo en el propio mes: si es penitencia, no es heródica, porque es de pié quebrado; si descuido, es singular, pues pocos hombres hay que pisen mas recio ni mas firme. Mucho celebro que madre esté ya para sentarse en los sitios: hoy la respondo á la que recibí con fecha de 29 del pasado, y sentiré que se la atrase ó que se pierda mi respuesta: dala un tierno abrazo en mi nombre, y tres á Antolina y á María Isabel, repartidos por partes iguales. Bien ha probado Dios al pobre Don Jacinto Pereira, disponiendo que enterrase á sus padres y á todas sus hermanas, sin que de una familia tan numerosa le haya quedado ya mas que un solo hermano, á lo que entiendo. Ello es preciso morir ó ver morir, y para algunos corazones es muy dudoso cuál de los dos extremos es ménos sensible. Dios te guarde muchos años.—Tu hermano y padrino.—Jhs.—José Francisco.—María Francisca.

CARTA LVI.

Escrita en Villagarcía á 20 de marzo de 1756, á su hermana.

María Francisca: Tú te quejas de la esterilidad de mis cartas, y las tuyas vienen tan fecundas como la madre que las parió, la cual hasta ahora no ha sabido dar á luz mas que buenas seguidillas y décimas muy rollizas, segun aseguran los que las vieron; que yo, como no las alcancé en esta vida, no puedo dar noticia de ellas, sino que sea por fe. Es cierto que desde que me separé de tí no se me ha ofrecido mucho que decirte, así como á tí no se te ofreció ni poco ni mucho que decirme miéntras estuvimos juntos, lo cual sin duda debe con-

sistir en lo que afirman los naturalistas y este año se ha experimentado en muchas partes, que algunos mantiales se secan cuando están cerca de los volcanes, y otros brotan mas cuando revientan junto á ellos. Como quiera, vamos manteniendo nuestra conversacion hablando de las cosas del tiempo, y dándonosenos muy poco del refran portuguez que dice que *quien fala do tempo, tein moito vento*; porque eso será segun el tiempo que corra cuando se habla de él. No obstante, ya amenizas la carta de 7 del corriente con la curiosa noticia de la boda de Marica con el archipoeta Anselmo, que me ha caído muy en gracia sin haberme hecho novedad, porque ya no es fácil que me la haga cosa alguna en este mundo. Bien te acordarás de que la aparente candidez del archipoeta solamente me engañó por pocos días, y aun esos fuéron respectivos á sus coplas; que en lo de mas luego penetré que el santo mozo era un hombre sujeto á las pasiones humanas como cualquiera hijo de Adán. A María nunca la tuve por boba, y aunque en la boda no se ha acreditado de muy discreta, y mucho ménos en haberala hecho á bendiciones tapadas y sin haber dado parte á sus amos, ¿qué sabemos las razones que tendria para uno y para otro? El tiempo es un gran descubridor de misterios, y miéntras no los declara, ten presente que ella te sirvió bien y él te divirtió mucho; con que hazles todo el bien que puedas, que en la otra vida lo hallarás. Y la otra María tu costurera ¿cuando busca por ahí á su Anselmo? Dala mis memorias, y dila que ahora andamos buscando un tiple para nuestra música, y que si conserva el chillido avise con tiempo; que será preferida á todo pretendiente. No me has hablado nunca del alma de Felipe IV, parecida á la famosa de San Francisco Javier, que se venera en tu oratorio ó en tu sala, que allá se va todo: quiero decir, del amigo Pepe el serio: ¿Sabe ya reirse? ¿Dignase de saludarte siquiera una vez al mes? Y lo que á él le conviene mas, ¿adelanta algo en la letra y en las cuentas?

La bella solitaria dice mil gracias sobre los quesos de pié de mulo. Yo la respondo hoy lo mismo que á tí, que la mayor fineza de un raton es quitarse el queso de la boca por alargarle á las dos gatas que mas le han arañado en este mundo. No lo hace así mi tonto, pues no obstante haber llevado algunas tundas de palos por meterse en la cama ántes que yo, ocupando el sitio que no le toca á él, un cuarto de hora despues viene muy humilde á darme un par de abrazos, y hechas las paces, se va á ocupar el sitio que le corresponde, que es encima de la sobrecama, hácia donde caen los piés, cuyo puesto ha ocupado todo el invierno, teniéndomele tan caliente, que me rio yo de todos los *scaldettos* de Italia. Leíle el capítulo de tu carta, en que me refieres los cariños que te estaba haciendo el burro cuando la escribías; y me dijo con el corazon, ya que no pudo con la boca: «Señor amo, cariños por cariños, aténgase usted á los que le hace su tonto, y no tenga envidia á otros.» No sé si te he escrito que desde que vine come en un plato con una tordita real que, acosada de un gavilan, se refugió á las manos del Padre Labrador, y habiéndomela dado, la dejó en el aposento sobre su palabra, donde, no solo come con el gato, sino que este retoza con ella, y cuando á ella se le autoja, duerme la siesta sobre él: prodigio que tiene asombrados á todos, viniendo muchos á verle de propósito; y mas cuando saben que el gato no deja pájaro á

vida en toda la huerta; pero conoce cuánto quiero yo á la tordita, y esto le basta, no solo para que la respete, sino para que la acaricie y la corteje.

Gracias á Dios que llegó á manos de madre la carta que consideraba perdida: quedo muy consolado con la noticia, y tú harás á su merced y á las chicas las acostumbradas expresiones, correspondiendo muy particularmente á las de mi señora Doña Nicolasilas Marin.

Dominguez se queja sin razon, para que yo no me queje con ella. Le he escrito, y no me ha respondido, aunque los puntos importantes y serios que le tocaba pedian pronta respuesta. No te quejarás hoy de mi esterilidad. Enmiende Dios la tuya, y te guarde muchos años. — Tu hermano y padrino. — Jhs. — *José Francisco*. — Mi María Francisca.

CARTA LVII.

Escrita en Villagarcía á 2 de abril de 1736, á su hermana.

María Francisca: Estancáronse las cartas de ese reino correspondientes á este correo de la otra parte del Cebreiro, por lo mucho que nevó el día de la Anunciacion; y aunque despues acá ha hecho un hermosísimo tiempo, no extrañaré que no puedan penetrar los puertos ni aun las del correo siguiente, pues aquí, que estamos tan distantes de ellos, todavía tenemos grande cantidad de nieve en los campos y en las calles. Para conformarnos con estas disposiciones del cielo, es fácil la resignacion; mas para no tener que ejercitarla con las intolerables equivocaciones del estafetero de Villar de Frades, tengo ya conseguido de la corte que aquella caja se traslade á esta villa, en cuyo importante negocio comencé á trabajar desde que estuve en ese reino, sin dejarlo de la mano hasta que finalmente el correo pasado envié á la Coruña el poder del que ha de ser administrador de esta caja, para otorgar la escritura con el director general de las estafetas de ese reino, á cuyo departamento pertenece esta; conque en breve tiempo nos librerémos, queriendo Dios, de una matraca que tanto nos mortificaba. No puedo escribir hoy á María Isabel, porque dentro de una hora voy á predicar á las honras de unos soldados que murieron doscientos años há; y en verdad que si todavía necesitan de estos sufragios, habrán conocido mucha gente honrada en el purgatorio. A Dios, que te guarde muchos años. — Tu hermano y padrino. — Jhs. — *José Francisco*. — María Francisca.

CARTA LVIII.

Escrita en Villagarcía á 9 de abril de 1736, á su hermana.

María Francisca: De ningún consuelo me sirve el que me imites en mis males, no siendo esta de aquellas penas que repartidas se alivian. Déjame á mí con mi mala cabeza ó con mis vahidos, y no quieras exponer la tuya á perder el crédito que tiene tan asentado; pero extraño mucho que habiendo experimentado ese efecto desde el principio de la cuaresma, te hayas obstinado en comer de vigilia, siguiendo la opinion del Maestro Feijóo, de tu marido y la mia, de que estos manjares son de suyo mas inocentes que cualquiera vianda de carne; porque esto se debe entender para los que están habituados á ellos, mas no para los que una costumbre contraria indispuso el estómago para su digestion. Pero me dirás que yo tampoco me he librado de los vahidos comiendo de carne, con que no hay motivo para que tú atribuyas

los tuyos á la comida de pescado. Respóndote que, habiéndose originado verisímilmente los míos de causa conocida que precedió á la cuaresma, nunca podia atribuirlos á la diversidad de alimento, aunque le hubiera mudado; pero, habiendo comenzado los tuyos poco tiempo despues que le mudaste, y no descubriéndose otra causa para ellos, es bastante motivo para atribuirlos á esta. Mas ya llega tarde mi receta, y aunque llegará muy á tiempo, nunca he presumido tanto de mi eficacia ni de mi parecer, que le considerase capaz de hacerte mudar el tuyo. Nicolas me habla tambien con desconsuelo de su salud, cuya indisposicion juzgo se aumenta mas con el conocimiento de que tu enludo y pesadumbre es mayor de lo que ella merece; con que estando en tu mano una gran parte de su alivio, será lástima que el mismo exceso de amor se le escasee. Yo ciertamente no estoy peor; y aunque lo estuviera, es de tan poca importancia mi vida, que no merece la pena de pensar en ella.

La bella solitaria tiene tantas, que no debes extrañar te falten cartas tuyas algunas semanas, como ni yo extraño la falta de ellas que á veces experimento; porque no es lo mismo sentirla que extrañarla. Sobre las aliciones del ánimo tambien ha padecido sns quebrantos en el cuerpo, aunque no quiere que los sepa Joaquinita; y no obstante que en la última carta me habla de estos últimos con ménos desconsuelo, bien será que los ignore su hermana, cuyo vehemente amor y cuya ingeniosa aprension pone á todos los que la quieren bien en la fina necesidad de engañarla ó de alucinarla en estas materias. El día 3 del corriente profesó la monjita de la Encarnacion; y siendo esta la única disculpa que alegaba su hermano Don Jorge para no volar luego á consolarla y á dar las demas providencias que parecen tan precisas en las circunstancias actuales, presto hemos de ver si se han atravesado otros impedimentos que le corten las alas ó le dificulten el vuelo.

Es bien extraordinaria la estrella de las cartas que escribo á madre, cuando de tres una sola ha llegado á sus manos, y esa fué dirigida por otras: valdréme de las de Nicolas, si en adelante se ofreciere. Mientras tanto celebros infinita la noticia que me das de que ya ha dejado la cama; y si el tiempo se ha serenado por allá como por acá desde la borrasca de la semana pasada, espero que no volverá á ella hasta el invierno siguiente. Ya sabes á quienes has de dar mis memorias; pero no dejes de hacerla en tus oraciones, de mi señora Doña Manuela de Larramendi, aquella famosa vieja guipuzcoana cuyas cartas te gustaban tanto, á quien se llevó Dios el día 24 del pasado, habiendo conservado su raro despejo y serenidad hasta dos minutos ántes de espirar, y habiendo recibido yo el correo pasado una carta suya en que hacia la crítica de cierto historiador, con la mayor gracia del mundo. Aunque pienso que estaba ya entrada en los setenta años, prometia vivir mas de ciento; pero la vida es tan falaz como indubitable la muerte. No me deje Dios ver la tuya. — Tu hermano y padrino. — Jhs. — *José Francisco*. — Mi María Francisca.

CARTA LIX.

Escrita en Villagarcía á 25 de abril de 1736, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Las cartas mas occidentales que hemos recibido esta semana son de Ponferrada; con que el correo de ese reino se debió de quedar á cele-

brar la semana santa en Gallegos ó en sus aledaños. Esos ocho dias mas se me dilata el sobresalto con que estoy esperando tu primera carta. Aquí fuéron mojados los oficios de la semana mayor; pero no por eso dejamos de lograr la famosa procesion del Juéves santo, en que los ocho ó diez penitentes que la componian cumplieron con su obligacion; y si entre ellos habia algun mozo soltero, fijamente se acomoda de esta hecha; porque todos manejan la pelotilla á cual con mayor garbo, y se conoció que las mozas se derretian.

El mártir santo entraron en Madrid Horecasitas y Mascareñas; y el último dia de pascua en Valladolid el Padre Provincial, que viene harto de Italia. El Padre Idiaquez se separó en Zaragoza, donde le esperaba su hermano el nuevo Duque, y pasó á Estella á evacuar la testamentaría de su padre, sin que sepamos á punto fijo cuándo se desocupará; pero ofrece hacerlo cuanto ántes, por los deseos que tiene de verse en este retiro. A Dios, que te guarde como ha menester tu amante hermano y amigo. —Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA LX.

Escrita en Villagarcía á 14 de mayo de 1736, á su hermana.

Miña Maruxiña: Con el pecho fatigado, la cabeza oprimida, el sueño con atrasos y el pulso un poco bailador por un repentino, acelerado y enfadoso viaje que acabo de hacer y deshacer á Ríoseco, me falta tiempo y temple para conversacion un poco larga, pero no gusto para celebrar tus gracias, ni conocimiento para concederte la razon en todo lo que discurre del señor novio y de la bella solitaria. Esta me dejó sin carta este correo; con que hasta ahora solo tengo noticia de la boda por tí y por Joaquinita, sin que hubiera sido exceso de dignacion que el señor mio me la hubiese dado; pero en todo va muy consiguiente, como yo lo iré en servir á la bella solitaria, por ser vos quien sois y porque os amo, sin que me entibien las quirotadas ó las desidias de su hermano, en que ella no tiene mas culpa que la de no conocerlas, ó el ciego y amoroso empeño de pretender disculparlas; delito noble que, como nace de una grande generosidad de corazon, está á pique de que sea virtud. Tambien lo será en tí el ponerte de parte de mi razon para sosegar los celos á Juanita Tomasa, sin que esto sea hacer el papel que no te corresponde; porque, estando cierta, como lo estás con efecto, de que en esta comedia eres la primera dama, tu misma confianza debe empeñarte con gusto en representar todos los demas papeles, como los hizo la otra en cierta comedia francesa que se intitula *La tercera de si misma*.

A Dominguez le sosegaría mucho mi segunda carta, pero mucho mas le templaría la tuya; porque cuando quieres tienes virtud de poner en armonia los mayores desconciertos, y tambien de desconcertar los afectos mas sosegados.

En Ríoseco tuve noticia de la boda de la condesita de Medina con tu primo Carantoña, y de la intempestiva muerte de la madre del futuro novio. Nada de esto me has dicho por no tomarte la pena de meterte á gaceta de estrados; y cierto que algunas veces sirven estas noticias para desengrasar y para mondadiendes de otras mas jugosas y grasientas. Hija mia, voy á escribir á otras damas para que me dejen el poco pelo que tengo. Espar-

rama memorias, dame preceptos, regálame con sobrios, y vive siglos de siglos.—Tn fino.—Pp.—MiMaruja.

CARTA LXI.

Escrita en Villagarcía á 21 de mayo de 1736, á su hermana.

Hija mia: Lo mismo que á tí me escribe á mí la bella solitaria; solo añade que duda mucho pueda pasar por aquí para tener el gusto de dar un abrazo á su hermanito; porque si los portugueses no cubian ántes por el niño que dejaron en Goyanes, la será preciso ir en persona á dejársele en Braga y á tomar desde allí su ruta para Madrid, que es muy distante de este camino. Doy por supuesto que se tomará esta última resolucion, con la que habré de conformarme, pues no hay otro partido que el de aprobar cuanto determinare el oráculo inerrable de Don Jorge, cuya infalibilidad es para la bella punto ménos venerable que la del Vaticano. A lo ménos así lo quiere persuadir hácia fuera, empeñado ya su nobilísimo corazon, no solo en defender, sino en respetar sus decisiones; pero si le viéramos por adentro, hartosería que no descubriésemos en él los mismos dictámenes que forman los que están mirando el campo sin preocupacion y observan unos movimientos tan irregulares. Dícame que ella misma ha representado á su principal que, por excusarle la molestia de tan largo viaje, le hará en compañía de Don Vicente. No creo que se niegue al convite de tu casa; y si lo hiciere, me confirmará en mi dolorosa aprension de que desde el instante primero que sale de la suya comienza á ser sacrificada. Temo, temo, temo que esta hermosa, pero desgraciada víctima del amor, ha de seguir presto á su incomparable madre. No permita el cielo que se verifiquen mis temores. El señor Don Jorge no se ha dignado dar parte de su boda á este amable niño, ni le ha escrito una sola letra desde que está á mi direccion. Tampoco á mí me la ha dado, como debiera haberlo hecho por mil y quinientas razones. La bella no lo ignorará ni dejará de conocer y de sentir altamente esta sinrazon, quirotada ó poltronería; pero confesarla nada ménos. Yo no me daré por entendido con ella, porque la pasaria el corazon; y el mio padecerá todo cuanto hay que padecer ántes que lastimar ni aun levemente el suyo. Pero siendo tan advertida, ¿parécete que dejará de conocer todo lo que significa mi silencio? Lo que me duele es esta dama, y en viéndola colocada como merece, por todo lo demas se me dará un bledo. Basta de doctrina: vamos al ejemplo.

Dos dias há que va caminando el hermosísimo perro, si no se detuvo en Villar de Frades á hacer aguada ó á hacer aguas, que, segun el miedo que llevaba, no lo omitiria. A lo ménos, en las pocas horas que se detuvo en mi aposento le dejó bien regado: esto acredita su buen genio y que tiene un corazon tan blando como sus lanas; porque el miedo y la vergüenza son señales de suavidad. No le hagas retratar; porque se morirán de envidia los que tienes en la sala; y adios, que aunque yo no hago la novena de San Juan Nepomuceno ni tengo que oír el sermon del reverendísimo Padre Santiago Mier, voy á dar un ratico de conversacion á la bella solitaria, que en el dia es para mí ocupacion muy seria y cuidadosa. Memorias á madre, á las chicas y á todas las memorables. Tu amante hermano. —Pp.—Mi Maruja.

CARTA LXII.

Escrita en Villagarcía á 23 de mayo de 1756, á su hermana.

Hija mia : La futura cortesana tiene mil experiencias de que cuando la falta carta mia sale el correo á volver por mi inocencia ; y yo tengo casi otras tantas de que aun con este desengaño rara vez me escribe cuando se halla sin mi carta. Si las faldas fueran iguales, no lo toleraria ; pero , como las mias son mas cortas la guardo fielmente los privilegios de las tuyas , y nunca dejo de decirle que vivo , aun cuando me da tantas señales de que no es este el mayor cuidado que la aflige. Nunca dudé que , estando en su mano , dejase de admitir el convite de ser huésped tuya ; porque estoy persuadido á que ninguna de sus hermanas , con ser tan amables , la merece mas cariño ni mas confianza que tú , cuyo conocimiento debió sus principios á mi informe , pero sus progresos á tu mérito y á su propia experiencia. Tambien creeré que si quieres lograr el gusto de tenerla algunos dias en tu compañía , será preciso que la cumplas la condicion con que admitió el hospedaje , tratándola con decencia sin visos de ceremonia ; porque si huele algo de esto la servirá de espuela para que cuanto ántes te deje ; porque no hay cosa que mas repugne á su genio , tan natural como apacible y señor. En fin , cuando la comuniqués de cerca , hallarás mil disculpas á mi ciega inclinacion , y ella encontrará otras tantas para disculpar la no ménos ciega que te profeso , aunque no la excusaran los estrechos lazos que nos unen.

Remítome á la carta de Nicolas sobre nuestro Padre Ramoncito. Por la cuenta ya sabiais allá mucho mas de lo que yo sabía de él hasta que le vi en este colegio ; y pudiera quejarme de vuestro cuidadoso silencio , si no me hiciera cargo de que , persuadidos á que no era posible ignorase yo lo que padecia teniéndole tan cerca , imaginariais quizá que el mio era igualmente estudiado. Así suelen engañarnos nuestras imaginaciones , no permitiéndonos conocer que no siempre es lo mas verdadero lo que parece mas verisimil. Siete meses liá que no dice misa , y aun el comulgar de cuando en cuando lo hace con grande peligro , porque sus fatales y continuos vómitos le exponen á no retener las especies. Aquí se estará hasta que sea ménos temeridad exponerle á los peligros de tan dilatado viaje , y me dé padre la órden de lo que debo hacer para aviarle , siendo á mi ver lo mas conveniente , y aun lo ménos costoso , que el primo Don Juan viniese por él , sobre lo cual podias hacerle propio , pidiéndoselo en tu nombre y en el mio , pues no dudo que así lo ejecutará con gusto.

Celebro el feliz parto de la marquesa de Santa Cruz como si lo comiera ; pero es cierto que celebraria mucho mas la noticia de otro que no me dejara envidiar á Juanita Tomasa el parentesco con el Señor Marquesito. Buenos ejemplos te dan tus amigas y conmuchachas , como tú supieras aprovecharte de ellos ; y no sé qué has de responder en el día del juicio cuando te hagan cargo con las palabras de San Agustín : « Lo que estas y estas hicieron , ¿ por qué no lo hiciste tú ? Lo que pudieron aquellas y las otras , ¿ por qué no podrias tú hacerlo ? » Eres una perezosa , y no hay otra disculpa. Recibe mil abrazos de este esqueletillo de tu hermano , los cuales mas te servirán de desengaño que de tentacion ; y vive cuanto desees tu amante. — Pp. — *Miña Maruxa.*

CARTA LXIII.

Escrita en Villagarcía á 4 de junio de 1756, á su hermana.

Hermanita mia : Tu carta ó tu cédula de 26 del pasado solo me dice que estás con salud ; que te faltó carta de la futura cortesana ; que la esperas sin saber cuándo ; que llegó el Señor Visitador , le enviaste regalo , y aun no le habias visto. Celebro lo primero , si es verdad ; sucédeme tambien lo segundo , y ya van con este dos correos ; no espero lograr yo lo tercero ; y no extraño lo enarto , porque el Señor Visitador es un hombre como Dios permite.

Ramon no está peor ; yo soy su único médico , y espero ponerle de manera que dentro de quince dias pueda hacer poco á poco su jornada en una buena mula y con un buen mozo que le cuide , caso que Juan no pueda ó no quiera venir por él. Dios te guarde cuanto desea tu mas fino hermano. — Jhs. — *José Francisco.* — Mi señora Doña María Francisca.

CARTA LXIV.

Escrita en Villagarcía á 18 de junio de 1756, á su hermana.

Mi querida hermana : Estoy malito ; pero no tanto que por ahora sea menester prevenir el luto. Cómo poco , me refresco bien , he levantado la mano de todo lo que me pueda molestar , y sin otra receta espero darte conversacion la semana que viene por mi propio puño. En esta , como en otras muchas , me ha faltado carta de la bella solitaria : á ella tambien la faltará hoy carta mia , porque ya hago escrupulo de abusar de su paciencia ó de no aprovecharme de su aviso. Doña Juana Tomasa me lo da hoy del nuevo gusto con que se halla por la prebenda de su primo : comencé á trabajar para su logro desde que estuve en esa ciudad ; proseguí desde este rincon , y soy interesado en las enhorabuenas por muchos motivos.

A Ramoncito le ha hecho bellísimo tiempo desde que salió de aquí , y será lástima no se haya aprovechado de él para pasar los puertos , deteniéndose sin grande necesidad en casa de sus parientes. Hasta saber que llegó á esa ciudad estaré con gran cuidado. Devuelve mis respetos á esas damas que me honran con sus memorias : haz una visita á madre y á las niñas. No tengo mas ni ménos de lo que llevo dicho ; y soy ni más ni ménos , como tú dices que eres , tu amante hermano y padrino. — Jhs. — *José Francisco.* — Mi querida María Francisca.

CARTA LXV.

Escrita en Villagarcía á 25 de junio de 1756, á su hermana.

Hija mia : Lo mismo tengo yo de padre santo que tú de madre pecadora ; porque , si todo el mérito que me asiste para aquella dignidad es el despachar cartas en figura de breves , como tú fuiste la primera que me diste este ejemplo , tambien te sentaste ántes que yo en la silla papisal. Bien se conoce que solo te acuerdas de lo que escribes cuando estás con la pluma en la mano , pues si lo tuvieras presente , no gruñirias lo lacónico de mis cartas , y ántes te vendria vanidad de que yo solo aspirase en ellas á la imitacion delas tuyas. La presente no tendrá esta gracia por razon de copia , sino por un motivo muy original , y es , que estoy tan oprimido de la destilacion que baja al pecho , que no solo me tiene cerrados los canales de la voz , sino el conducto por donde

deben bajar los pensamientos á la pluma, costándome tanto trabajo el discurrir como el pronunciar.

Mucho es que la bella solitaria te haya dejado sin conversacion en dos semanas; pues, aunque á mí me priva de ella muchas, no eres lo mismo tú que yo. Prueba grande de sus extraordinarias ocupaciones ó de sus muchos cuidados. A mí me escribe muy brevemente este correo, sin decirme mas que los portugueses han enviado á un criado mayor por su hijo Joaquinito; pero á Ramoncito le añade que exonerándose así del molesto rodeo de Portugal, espera lograr el gusto de darle un abrazo. Como á mí no me toca esta segunda parte, tampoco se la toco yo en mi respuesta, pareciéndome que pide la razon y la buena crianza no meterme en contestar á lo que no me dicen.

Sea muy bien llegado el hermosísimo feo; que ya me tenia con cuidado su feliz arribo, temiendo alguna grande novedad en su delicadeza al tiempo de pasar el Cebreiro, que para un perro campesino es lo mismo que pasar la línea. De su buen genio estaba yo muy seguro, pues á la primera visita que le hice se familiarizó tanto conmigo como si nos hubiéramos tratado toda la vida. El *burro* se conoce que lo es en tener celos; y la experiencia le enseñará que el cordero no es perro que se metía en hacer perjuicio á nadie. También el *tonto* á la primera vista le recibió con un zapazo; pero luego que le oyó llorar con mucha gracia, y conoció su natural blando y apacible, quedó corrido, y poco despues le convidó, comiendo los dos en un mismo plato.

No me hables de la tordita. La ingrata, ó se escapó ó se dejó coger dos dias ántes del Corpus; el hecho es, que despues acá no ha parecido viva ni muerta; y habiendo preguntado por ella á todos los gatos del colegio, todos se encogen de náas, sin darme la menor noticia. Ella era hembra, y la bastaba su sexo para cansarse de ser cortejada. Ya está reducida al tonto toda mi familia; porque, aunque quise aumentarla con un lobo, tambien este se desgració. Es el caso que me trajeron un lobito de pocos dias para que le criase. Dí órden de que se le alimentase con leche de ovejas, y á las dos semanas ya una oveja le daba de mamar, como pudiera á un cordero; siendo mi ánimo que, criándose entre ellas y no dándole á comer nunca cosa de carne, se domesticase tanto, que algun dia el mismo lobo las guardase. Con efecto se hubiera conseguido, si el muchacho á quien hice ayo del lobito no le hubiera dejado subir á un poyo alto, de donde cayó y se reventó el pobre animalito. Mira si se multiplican las desgracias y las pesalumbres, y si tendré justo motivo para estar de luto, no ménos en la salud que en el gusto. Conserve Dios la tuya para consuelo mio, á falta de lobas y de tordas.—Tu amante hermano y padrino.—*El viudo*.—Mi *quid pro quo* de pájaras y de fieras.

CARTA LXVI.

Escrita en Villagarcía á 50 de junio de 1756, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Ya finalmente salimos de nuestra duda sobre el profundo silencio que se observaba en la otra pretension. La carta adjunta te informará del verdadero motivo: salió incierta la noticia reservada que se me dió, y una vez negado el supuesto, no hay lugar á la conclusion. Pero de esto mismo infiero yo que era y es muy favorable el silencio del otro ami-

go, pues si no pensara seriamente en hacernos merced y tirara á salir del dia, hubiera respondido á letra vista que no habia tales carneros, á lo que no se le podia replicar. ¿Ha callado y calla? Señal muy verisímil de que si entónces no los habia, los habrá, como da á entender el aviso presente; y no ménos verisímil indicio de que él no está ajeno de favorecernos. Ninguna conjetura es infalible; y así, vendo esta no mas que por lo que vale.

Puedes estar cierto de que no hay en el mundo quien me deba mayor confianza que tú, en materia de secreto. Si no te confió entónces el que contenia el pliego que remití al Provincial, fué precisamente por falta de tiempo, pues me ocurrió tanto que escribir en aquel correo, que consentí no tenerle para escribirte á tí. Reducíase pues á incluirle dos cartas, una de la ciudad y otra del señor arzobispo de Zaragoza, en que con las mas vivas y mas honoríficas expresiones me convidaban, ó por mejor decir, me instaban con el mayor empeño á que admitiese para el año próximo la célebre cuaresma de aquel hospital general. Es la mas gloriosa, pero tambien la mas trabajosa de toda España, porque hay que predicar en ella todos los dias indispensablemente, y hasta ahora que dieron en este extraordinario desbarro, han echado siempre mano de los mas acreditados oradores de toda la monarquía. Cogióme tan de repente esta noticia, como ahora te cogerá á tí, pues desde el año de 47, que hallándome en aquella ciudad me echaron esta especie, y yo la rebatí prontamente con el mas vigoroso esfuerzo, ninguno me le ha vuelto á tocar ni de palabra ni por escrito, teniéndola desde entónces tan olvidada como las cosas que jamas me han ocurrido al pensamiento. Ni ¿cómo se me habia de ofrecer que al cabo de tantos años les pasase ya esto por la imaginacion, viéndome en este rincón abstraído totalmente de todo ejercicio de púlpito, cargado de ocupaciones, y sin mas comercio con aquella ciudad, que tal cual carta que me suele escribir la abadesa de las Capuchinas, á quien no conozco?

De aquí inferirás cuánto me sorprendieron dichas cartas. Mi primera resolucion fué negarme, por mil razones que saltan á los ojos; pero el Padre Idiaquez, á quien se las comuniqué inmediatamente, fué de parecer contrario, por el sumo respeto de las personas que escriben, y por el honor que resulta, no tanto á mi persona como á toda la provincia, donde no hay otro ejemplar que el del Padre Mascarel, cuando ya se hallaba prefecto de los estudios del colegio de San Ambrosio y fué llamado por el Señor Arce, colegial suyo; y en fin, por otros motivos que á dicho padre se le representaron fuertes, aunque á mí no tanto.

Conformándome con su dictámen, escribí al Padre Provincial con la mas perfecta indiferencia, aunque significándole mi repugnancia, por conocer ciertamente ser un empeño muy superior á mis fuerzas y que me obligará á no pensar en otra cosa por muchos meses, arrimando todas las tareas que me están encomendadas, y otras mayores que con gran fundamento temo me amenazan. No ha respondido todavía el Padre Provincial ni á esta carta ni á otras que fueron de este colegio en el mismo correo, lo que atribuyo al poco tiempo que da el de Castilla para contestarle á letra vista. Mañana espero la respuesta, que ya tarda, para que aquellos señores tomen providencia en caso de que yo no

pueda servirlos. A esto se reduce el secreto, que solamente lo es porque no es razon se divulgue, á fin de que no tengan embarazo en acudir á otro, por cuya prudente razon le reservarás en tí mismo.

El primo Granda aun no ha respondido á mi carta gratulatoria por haber escapado de su peligro. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. —José.—Nicolas mio.

CARTA LXVII.

Escrita en Villagarcía á 6 de agosto de 1736, á su hermana.

Hija mia : Al acabar yo en Valladolid de predicar una cuaresma, en que quedé muy quebrantado, me instó mucho mi superior á que tomase quince dias de campo para descansar. Aceptélos, metíme en la cama, y cuando el Rector me suponía en alguna aldea ó en alguna quinta del colegio, supo que estaba tendido á la regalona sobre mis colchones. Pasó á visitarme, preguntóme qué era aquello, y respondíle : « Padre, tomar los dias de campo que me acomodan, y que por ahora he menester. » Aplica el cuento y ejecuta lo mismo, pues se han ido ya esos señores. Enmienda el refrán que dice : « iránse los huéspedes, y comeremos el gallo ; » este no te hace falta, pues le tienes á pasto todos los dias ; lo que te conviene es inventar otro refrán que diga : « iránse los huéspedes, y tumbarme en la cama. » El consejo no puede ser mas saludable ; pero que me emplumen si tú le tomares.

Del mal el ménos, y habiendo sido tan de tu gusto mi señora Doña Joaquina, se harían, no solo mas tolerables, sino muy dulces las fatigas de acompañarla. El tormento sería si hubieras tropezado con una tonta ó con una presumida que te martirizase. Siendo indispensable que acompañases á esta señora á cualquiera parte donde fuese, entrarías por precision en muchas casas que no eran visitas tuyas, sin que esto perjudicase á tu estimacion ni hiciese consecuencia para en adelante, pues ¿ por qué ha de perjudicar que hubieses entrado con esta notoria ocasion en casa de mi señora Doña Anastasia, ni en qué ha de fundar el orgullo de esta y el de su marido motivo sólido, ni aun aparente, para cantar el triunfo ? Bien puede ser que le canten ó que le cacaren ; pero esto mas acreditará su bobería que lisonjeará su vanidad. Muy natural es que en iguales circunstancias no hiciese lo mismo mi señora Doña Anastasia.

Si Don V... C... te visitó sin que le hubieses enviado recado, ejecutó lo que debía ; si se lo enviaste, hiciste una obra de supererogacion. De cualquiera manera, apruebo que hubieses explicado tus sentimientos acerca de su hermana y de su hermano ; porque, aunque sus palabras no valen mas que lo que sueñan, conviene mucho que él y todos los suyos entiendan que sabemos sentir y tambien sabemos quejarnos. En tanto como he vivido y en tanto como he tratado al mundo, precisamente he de haber experimentado muchas ingratitudes y muchas quiebras de amistades ; pero tan repentina, tan sin fundamento y tan no esperada como esta, confieso que ninguna. Nunca hice mas progresos en el conocimiento propio, que en este lance, y ya me guardaré bien de presumir que conozco á las gentes con quien trato, cuando me equivoqué tan enormemente en el conocimiento del verdadero genio y carácter de aquella

señorita. No tengo otro consuelo sino el de que me engañé con unas cartas que engañarian á un concilio general compuesto de filósofos, de políticos, de linces y de desconfiados. Deseo saber si te respondió á las quejas que la diste, y en qué tono lo ejecutó.

Ya tendrás noticia como estoy destinado por toda la cuaresma que viene para la casa de los Orates de Zaragoza. Otros habrán ido á ella con ménos méritos, pero en todo caso, mas parece tienen que yo los que me han dado este destino. El es sin duda en la línea el mas glorioso de toda España ; pero como, gracias á Dios, há muchos años que no me sustento de aire, cederia con el mayor gusto esta gloria á cualquiera que la desease. La de Dios, que se puede adelantar mucho en la empresa, cualquiera otro la promoveria con mayor celo y con mayor espíritu ; con que no veo otra razon que me consuele, sino la de que el mismo Dios visiblemente lo quiere y lo ha dispuesto, cogiéndome tan de repente este extraño derrumbadero de aquellos señores, como te pudiera coger á tí que tu amiga la Emperatriz Reina te enviase por gobernadora de los Países-Bajos. A los pocos dientes que ya tenia el año pasado, se ha añadido la falta de otros dos : mira qué gracioso estaré para que suene mi voz apaciblemente en los oídos aragoneses : si me pudieras prestar tu boca y tu lengua por aquellos cuarenta dias, desde luego aseguraba que me oirían con gusto. Encomiéndame mucho á Dios ; que bien lo he menester.

¿ Cómo está madre y las chicas ? Hazlas á todas una visita en mi nombre, repitiendo las acostumbradas memorias á las que ya sabes ; y á Dios, que te guarde cuanto desea tu amante hermano. —Pp.—Mariquita mia.

CARTA LXVIII.

Escrita en Villagarcía á 6 de agosto de 1736, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Aunque por casi toda la semana pasada se mantuvo el tiempo como correspondia á la estacion, se cansó presto, y volvió á los vientos frios y fuertes que han dominado la mayor parte del verano, sin especial perjuicio de los frutos, sino en tal cual lugar de esta provincia, en los que un gran golpe de agua llevó todos los que estaban en las eras. Sin embargo de esta irregularidad, mi salud se mantiene robusta, con particular providencia de Dios, para que me vaya previniendo para mi cuaresma de Zaragoza, de la que el Padre Provincial no me permite excusarme, y ántes ha tomado de su cuenta alcanzar la confirmacion de nuestro Padre General, que, segun nuestras leyes, es necesaria, por ser en provincia extraña ; con que estoy enteramente dedicado á este nuevo y molestísimo entretenimiento, teniendo que andar cien leguas de camino en lo mas riguroso del invierno, y descansar despues de ellas con la buena vida que me espera ; que esta y otras pensiones semejantes traen consigo las fantásticas honras de esta vida.

Si Don Fernando de Junco es hijo ó nieto de Don Bernardo, aun es poco lo que padre ha hecho con él ; porque tengo mucha noticia de la estrecha amistad que profesó con su padre ó abuelo ; y siendo, así él como su mujer, de las singulares prendas que me dices y confirma María Francisca, se harían muy llevaderas las indispensables molestias del hospedaje, por lo que alteran las horas y el sosiego. Discurro que los visitaria todo lo principal de esa ciudad, de entrambos sexos ; y como

con ocasion de acompañar á mi señora Doña Joaquina, entraria Maria Francisca en muchas casas que no eran visitas suyas, sin que esto hiciese consecuencia ni pudiese sonar á cosa de arriar bandera, tampoco puede tener ese sonido la entrada en casa de mi señora Doña Anastasia, quien si toma motivo de esto para su engeñamiento, no tanto acreditará su altanería cuanto su necesidad.

No dudes que el viaje del señor, abad de San Isidro á la corte, no tuvo otro fin que el que te significué. Detúvose en Aranjuez solos dos dias, y de Madrid salió por la tarde, habiendo entrado por la mañana, sin ver á nadie mas que al Padre N... reservadamente. Si conseguirá ó no conseguirá que se le admita la renuncia, no lo sé: dificultolo mucho; pero de cualquiera manera, ni él quiere á la corte, ni la corte le quiere á él.

A los ingleses los va cegando su orgullo. Ya tienen contra sí á todas las potencias de la Europa, ménos al rey de Prusia, que no es su amigo, y al ministerio de España, que no quiere ser su enemigo. Nadie se atreve á hablar de los buenos sucesos de los franceses, sino que sea en voz baja y muy en secreto. Corren voces de que estos van desfilando á *petit bruit* hácia Gibraltar: no lo creo, y tendria ménos dificultad en creerlo, si lo hiciesen á cara descubierta, pidiendo públicamente el paso, como lo hicieron los hanoverianos con los holandeses.

Ya respondió el primo Granda. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—*José Francisco*.—Nicolas mio.

CARTA LXIX.

Escrita en Villagarcía á 15 de agosto de 1756, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: El Padre Provincial respondió á letra vista á la consulta que le hice; y la dilacion en recibir su respuesta consistió en haberse pasado el pliego, que vino despues por el correo de Castilla. Ya te avisé de su resolucion, en que cierra la puerta á toda réplica, haciéndole mas fuerza el honor de la provincia y la autoridad de los que se interesaron en determinacion tan extraña, que todas las razones que le representé, ni aun las que le sugerí para que con toda libertad me excusase de este trabajo, sin miedo de que resultase queja ni resentimiento contra su persona, pues me ofrecí satisfacer á la ciudad y al Señor Arzobispo de manera que todos quedásemos bien. Sin embargo, resolvió que me echase á costas esta pesadísima carga, y que pasase luego los avisos correspondientes, como lo ejecuté con el mayor dolor del hombre animal, y con aquella resignacion del racional, que consiste en el claro conocimiento de que Dios lo quiere así para los fines que ignoro, pues de providencia ordinaria no se podía pensar en semejante desbarro. Atendidas mis fuerzas naturales, es innegable que en lo moral y en lo físico soy incapaz de desempeñar el encargo, y tendria por cierto que moriria en la demanda, si no templara este miedo la consideracion de lo que puede Dios y de lo que su Majestad sabe hacer cuando determina que se haga lo que quiere. En fin, yo me dispondré hasta donde alcanzaren mis fuerzas, y despues me presentaré con tanta confianza como si lo pudiera todo, y con tanta desconfianza como quien efectivamente nada puede. Suplicote que me mandes decir una misa al santo Apóstol, y que le pidas con frecuencia que, pues aquel fué el primer teatro de su

apostolado en España, me consiga de su primo parte de su espíritu para desempeñar el mio con el fruto que deseo; pero guárdate bien de tomarle en boca nada de mi estimacion ni de mi gloria, pues con tu licencia me rio de todo lo que suena á ella. Da esta noticia á padre, para que tambien me tenga presente en sus trabajos y oraciones.

Aquí se han repetido las noticias de que en Lóndres se habia quemado la estatua del rey de Francia y de la Archiduquesa. Ya se habia dicho que á la primera la habian azotado sacándola en un burro por las calles. Tan increíble se hace la una como la otra, si no se considera cuánto permite Dios que se cieguen aquellos á quienes quiere castigar por sus pecados. No echando mano de esta reflexion, tengo por una locura la especie. Tambien se dice que Galisoniére ganó otra batalla naval contra Bing, echándole á pique cuatro navíos y tomándole otros dos. El tiempo nos descubrirá la verdad de todo, como asimismo de la mala inteligencia que se asegura hay entre las dos cortes de Madrid y de Lisboa, tanto que algunos se adelantan á pronosticar el rompimiento; pero mientras la tierra no vomite los muchos portugueses que tragó, no puede ser. Manda y vive como necesita tu amante hermano y amigo.—Jhs.—*José Francisco*.—Nicolas mio.

CARTA LXX.

Escrita en Villagarcía á 20 de agosto de 1756, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: La doctrina que me das en el último capítulo de tu carta de 11 del corriente, con ocasion de lo que escribí á Granda sobre las esperanzas que tenia de que mejorases de fortuna, pienso que la hubieras recogido, reservándola para mejor ocasion, si Granda te hubiera remitido mi carta, ó copiado las voces con que me explicaba; porque ellas mismas acreditaban mi desconfianza; y aun con esta precaucion la hubiera excusado, no obstante la prevencion que él mismo me tenia hecha, de que le anticipase cualquiera esperanza que se asomase de tu alivio, á no hallarse en las circunstancias de convaleciente cuando le escribí, creyendo que aun este remoto asomo conduciría para dilatarle el ánimo, y ayudarle al restablecimiento, en cuyo caso aconseja Hipócrates, y despues de él nuestro padre San Ignacio, que se trate con los enfermos de cosas que puedan recrearlos. Si la bondad del primo se adelantó á consentir en mas de lo que expresaba mi carta, no debe ser de mi cuenta, ni temo que aun él mismo me haga la injusticia de atribuir á lijereza mia los excesos de su buen deseo.

Veo los fundamentos que tienes para mantenerte en el concepto que has formado del poder del Señor Valencia; pero, como no los considero superiores á los que tengo para deponer yo el contrario, ambos nos quedaremos con nuestra opinion, sin que esta oposicion de dictámenes perjudique á la union de los corazones.

Es gran cosa no creer noticia alguna hasta despues de seis meses de verificada. Todas las que corrieron de insultos hechos en Lóndres al rey de Francia y á la Archiduquesa, de segundo combate entre las dos escuadras de Galisoniére y de Bing, con las añadiduras que las adornaban, han calmado tanto como si jamas se hubieran inventado. Mas seguras son las de la abundante cosecha de granos con que Dios nos ha favorecido, sin

que en todo este término haya sucedido hasta ahora la menor desgracia, aunque los del contorno han experimentado bastante perjuicio por la piedra y por la mucha agua de tempestad que cayó en algunos de ellos. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. —Jhs.—José Francisco. —Nicolas mio.

CARTA LXXI.

Escrito en Villagarcía á 15 de octubre de 1756, á su hermana.

Hija mía: Gracias á Dios que tuviste tiempo para darme un poco mas larga conversacion que la ordinaria. Si estuvieras persuadida á que nunca me gusta mas que cuando es mas dilatada, no me la escasearias tanto; y si yo tuviera los materiales que tú para dilatar me en ella, no te dejaría de la pluma en muchas horas, como ni te hubiera dejado de la boca cuando pude hacerlo, si tu gusto y el mio estuvieran tan de acuerdo como nuestras inclinaciones.

Lo que celebro ante todas cosas es que Nicolas se haya restablecido á su salud regular, y acaso con mejoras; que ese efecto suele producir el accidente que padeció, cuando no es con exceso. Por acá le han padecido muchos, y todos experimentaron el beneficio despues de haber sufrido los dolores y haberse recobrado de la debilidad que causa naturalmente. A mí no me acometió esta destemplanza; pero no me faltaron otras propias de la otoñada, en la cual y en las primavera es cuando se me descomponen mas los humores.

Bien hiciste en retirarte á la Esclavitud el día de tu santo, para ahorrar los quebraderos de cabeza que hacen los mas penosos de todo el año aquellos dias que debieran ser los mas descansados y de mayor gusto, siendo pension de todas las diversiones del mundo el cansar y el molestar mas que los trabajos ordinarios, y tal vez aun mas que los extraordinarios. Poca falta te haria el recado de N... para divertírte bien en compañía de tu marido; y harás mal en no mirar ya las cosas de esa pobre simple con risa, con lástima y con desprecio.

Te he estimado mucho las noticias reservadas que me participas de aquel señor novio que pasó por esa ciudad, y no se dejó ver: lo mismo hizo con la prenda que tiene en esta villa, aunque pasó á una corta legua de ella, disculpándose con la compañía que traía, la cual cierto nos embarazaria mucho. Todas las especies que os refirieron son muy conformes á lo que siempre temí, ménos la que le supone incapaz de escribir bien una carta. En esto le hacen injusticia, y solo será cierta la proposicion entendiéndola en el sentido de que no es capaz de ponerse á escribirla; porque es un hombre todo de la diversion, y nada de los negocios, estando notado de ser la pereza y el dejamiento su vicio dominante. Si se empeña en llevar á la hermana contra la voluntad del viejo, y aun mas contra la voluntad de su mujer, como se puede temer verisimilmente, ¿qué vida esperará á la pobre señorita? Y cuando ella estaba en la inteligencia de que iba á ser aun mas feliz que su hermano, será chasco que el despecho la introduzca una vocacion que nunca ha tenido, y mas cuando por la esperanza de una dicha dudosa perdió la posesion de otra segura, en la cual estaria ya si el hermano no se la hubiera cortado con sus alegres ideas. No sé el partido que tomará; pero me inclino á que atropellará por todo ántes que separarse de aquel á quien ama con tanta pasion, y este será el ma-

yor de todos sus desaciertos. Yo no hago reflexion en este asunto, de presente ni de futuro, que no me llene de dolor; pues, aunque se extinguió enteramente la pasion que la profesé, nunca puede ni debe extinguirse la estimacion de su persona ni el concepto de sus apreciables prendas, cuyo malogro penetrará siempre mi corazon, que se acreditaria de bárbaro si se mostrara insensible á las desgracias de quien ocupo tanto lugar en él. Por lo que toca á hospedarse en tu casa, tengo por cierto que no lo harán; pues, no ignorando nuestros justos sentimientos por sus desaires pasados, no es de creer tengan valor para tanta confianza; y si le tuvieren, será el mayor testimonio que podrán dar del gran concepto que les merece la nobleza de nuestro corazon y nuestro honrado modo de proceder. Vive segura del secreto, y no temas que me dé por entendido de lo que sé.

Horcasitas resueltamente me dijo que iba derecho á su departamento, sin pensar por ahora en la visita del santo Apóstol, en cuya suposicion nada le hablé sobre que se sirviese de esa casa; ni aun en la suposicion contraria se lo hablaria tampoco, porque eso se debia dar por supuesto desde el convite aceptado ya el año pasado. No me persuadía á que me ocultase la verdad de sus ideas ú de las instrucciones de su padre, de las cuales no se separa un punto; ni extrañaré que estas sean un poco extravagantes por la excesiva formalidad de aquel ministro, que en ciertos puntos le hace discurrir con singularidad, desviándose del comun de los demas hombres. En virtud de esta instruccion salió el chico de Valladolid la antevíspera de los toros, y con calentura: llegó aquí bien destemplado, y no fué posible detenerle mas que medio día, porque no rezaba mas el itinerario, aunque él salió con sentimiento de no detenerse mas, y todos quedámos con mayor dolor de que no se hubiese detenido.

Di lo que quisieres á madre y á las chicas, sin dejar de decir á la viejísima Cerbaña, cuando tengas ocasion, que valen mas mis herejías que el catolicismo de otros; siendo cierto que no temeria mucho el juicio, como solo me hiciesen cargo en él de los artículos, y no de los mandamientos. A la nieta de su abuela renovarás mi inclinacion. Basta por hoy, hija mía; que aunque mi carta no ocupa tanto lugar como la tuya, tiene muchas mas letras. Vive cuanto desea tu amante hermano. —Jhs.—José Francisco. —Mariquita mia.

CARTA LXXII.

Escrito en Villagarcía á 22 de octubre de 1756, á su hermana.

Hija mía: Ya te dije que en lo natural es menester contar poco con la vida de madre, haciendo el ánimo á que Dios la despenará luego; porque, en comenzando á retraerse la gota de los extremos, y habiendo aprendido ya el camino del estómago y del pecho, la ahogará cuando ménos lo pensemos. La pobre señora será feliz, porque se acabarán sus trabajos, y comenzará su gloria; pero esas pobres niñas ¿cómo quedarán despues? Esta reflexion me atraviesa el alma, y mas viéndome inhabilitado por la constitucion de cosas á servir las de algo. En fin, aquel Señor que cuida de todos no las olvidará, y esta es mi única confianza.

Mucho tiempo há que ni tú ni Nicolas haceis mencion de Perico ni de Francisco. Yo los tengo muy en el corazon: ¡ojalá que pudiera manifestarlo sin decirlo! Deseo

saber cómo están y cómo estudian. Dales mis tiernas memorias, y ponme á los piés de mi señora Doña Tomasa, pues desde que se metió á doncella, ya se habrá echado la gala de medias. Tampoco estoy olvidado del amigo Pepe el serio, ni de Don Pedro el interciso, ni del discretísimo Conto, ni de Pepin el castellano, ni de Manchiles el de los Villardos; y en fin, hasta el burro me causa mis soledades, bien que se las disimulo al tonto, para que no tome celos. Pues ¿qué diré del maragato que representa el alma de San Francisco Javier (1)? Como los primeros calzones que vestí fuéron de la hechura que tienen los de la tal alma, se me antoja algunas veces que estoy revestido del mismo espíritu, y me da gana de irme por esas Indias de Dios; pero al fin me contentaré con que me llamen el Apóstol de Aragon.

Y dime: ¿quién es ahora tu confesor? ¿Qué te ha parecido el Padre Peña? ¿El predicador frecuenta vuestra casa? Manda y vive cuanto desea tu amante hermano. —Jhs.—José Francisco. —Mariquita mia.

CARTA LXXIII.

Escrita en Villagarcía á 11 de enero de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Estamos en el día 11 y todavía me tienes en Villagarcía. Es cierto que el tiempo ha estado cruelísimo, no habiendo con que compararle sino con el año 29; pero tambien lo es que absolutamente pudo el calesero cumplir con su obligacion y estar aquí á lo mas tarde el día 8, porque los caminos no están del todo impracticables, supuesto que han llegado los correos sin particular detencion. Pero estos pícaros están amancebados con sus mulas, y maldito cuidado les da el perjuicio que se sigue á los demas. El que á mí me causa tanta detencion es gravísimo; y así, ántes de ayer despaché un propio á Valladolid echando á pasear al bribon del calesero, y pidiendo un coche luego, luego. En las circunstancias es absolutamente necesario, y aun en él han de ser muy cortas las jornadas; con que ántes de llegar á Zaragoza habré gastado lo que vale la cuaresma, que se reduce á cien doblones, de los cuales nos hemos de mantener mi compañero y yo todo el tiempo que nos detuviéremos allá, y hemos de hacer el viaje de ida y vuelta. Esto es lo que no me da pena alguna; porque no me ahogo en poca agua. Como aun no ha vuelto el propio, no sé si llegará hoy el coche. Si viniere, saldré mañana, pues cada día que pierdo me atrasa mucho. De dos días á esta parte ha ablandado el tiempo, aunque todavía hay mucha nieve petrificada en virtud de las heladas que cayeron sobre ella. Va conmigo hasta Palencia mi grande amigo el Padre Petisco, maestro de este seminario, aquel insigne mozo que estuvo en Francia, de órden del Rey, con el Padre Isidro Lopez. Por ahora experimento una salud robustísima, cuando casi todos sienten destemplada la suya á violencia del temporal; con que es visible la providencia de Dios. Segun esta detencion, no esperada, aun me podréis responder á Logroño, donde me esperarán las cartas de dos correos. A Dios, que te me guarde como necesita tu amante hermano y amigo. —Jhs.—José Francisco.—Nicolas mio.

(1) Era una pintura en que con impropiedad está vestida de cota de maila el alma de San Francisco Javier, representando el milagro de cuando fué en espíritu á socorrer á un indio que se hallaba en peligro de muerte.

CARTA LXXIV.

Escrita en Villagarcía á 11 de enero de 1757, á su hermana.

Hija mia: ¿Si pensarás que la fecha de esta carta es de Búrgos ó de mas allá? Pues te engañas; que la estoy escribiendo sobre mi *tabulino* de Villagarcía. No gusto de repeticiones, y Nicolas te dirá la picardía del calesero y mi resolucion de pedir un coche de camino, que estoy esperando por horas, pues cada una que me detengo me perjudica indeciblemente.

La dama cortesana escribió á su hermano Ramoncito, encargándole memorias para mí, y muchas enhorabuena porque una señora amiga mia casa con el primogénito del duque de Alba, que para ella y para su Don Jorge es la cuarta persona de la Santísima Trinidad. Dije al niño que la repitiese las memorias, sin contestarla á lo demas. Su tio Don J... C... me escribe una carta atenta y expresiva, á la que yo le respondo con entereza y con brevedad. Memorias á todas, y apretar con Dios para que me asista en mi viaje, que verdaderamente será trabajo y arriesgado. Su Majestad te me guarde cuanto desea tu amante hermano. —Pp. —Mi Marica.

CARTA LXXV.

Escrita en Búrgos á 21 de enero de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Salí de Villagarcía el día 15: en él se estancó dos veces la calesa sobre el hielo, y la segunda tan de vez, que estubo encima de él desde las cuatro de la tarde hasta las once del día siguiente, y nosotros dentro de ella por espacio de tres horas. Socorriéronnos caritativamente de un lugar vecino, enviándonos caballerías para que subiésemos á él, y llegámos como puedes considerar. Allí tomámos otras dos mulas para que ayudasen á romper el hielo y nieve hasta Palencia; pero aun así y todo, yo no quise entrar en la calesa y fui á caballo hasta la misma ciudad. En ella me detuve día y medio: tomé otra calesa, mejoré el tiempo, y voy caminando, gracias á Dios, con felicidad, despues de haber padecido muchas tentaciones de volverme á mi colegio. No tengo tiempo de escribir á María Francisca ni á las demas personas que me hacen merced, y sirva esta para todas. Hoy llegué á Búrgos entre mil trabajos y peligros. Mañana parto, tomando de aquí otras dos mulas para pasar los montes de Oca, que son lo mas peligroso del camino. La salud buena, á excepcion del pecho, que se me cerró el día que estubo sobre el hielo. Adios.—Tu hermano.—José.

CARTA LXXVI.

Escrita en Logroño á 26 de enero de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Anoche llegué á esta ciudad de Logroño, gracias á Dios, sin desgracia; aunque, si fuéron grandes los peligros hasta Búrgos, no fuéron menores hasta una legua de aquí, en que cesaron las nieves y los pantanos. Ya me considero libre de ellos; porque las cuatro jornadas que faltan á Zaragoza son de buen camino. En medio de mis trabajos la salud se ha conservado robusta, sin mas *aje* que habérseme cerrado el pecho en la famosa jornada del hielo á vista de Montealegre. Tuve el consuelo de encontrar aquí tu carta de 5 del corriente, y te doy gracias porque no hubieses dejado escribir á María Francisca hallándose como se hallaba. Dale un abrazo de mi parte, con mil respetos á

padres, y cariños á las chicas. Voy á ver al Señor Obispo, quien no sé si me permitirá salir mañana, en lo que yo insistiré cuanto pueda, pues realmente se me hace mala obra. Manda y vive como necesita tu amante hermano y amigo.—Jhs.—*José Francisco*.—Nicolas mio.

CARTA LXXVII.

Escrita en Tudela á 1.º de febrero de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Ayer llegué á este colegio de Tudela en plena salud, habiendo cesado los trabajos desde Logroño acá; porque, aunque nevó despues un día, me cogió la nieve en buen cuartel. Ni en aquella ciudad ni en esta encontré carta tuya, como la esperaba; circunstancia que me tiene un poco desazonado, especialmente quedando María Francisca con la destemplanza que me significabas en la última: quiera Dios halle mejores noticias en Zaragoza, donde espero entrar el día 4, pues ya solo me faltan dos jornadas cortas, y de admirable camino, con que doy por ganado el pleito. A la chica y á todos los de ambas casas mil expresiones; y á Dios, que te me guarde como necesita tu amante hermano y amigo.—Jhs.—*José Francisco*.—Nicolas mio.

CARTA LXXVIII.

Escrita en Zaragoza á 8 de febrero de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Estoy á los piés de la Virgen del Pilar desde el día 5: consentí morir helado, ahogado y ahorcado, porque estuve consultado para todos estos tres géneros de muerte. De todos me sacó Dios; pero condenóme al de las visitas, que no me sofoca menos. No me dejan respirar, y en poco mas de veinte y cuatro horas ha concurrido tanta gente, que parece el aposento y el colegio jubileo de la Porciúncula. Mantendréme en él hasta el lunes de carnestolendas, en que me retiraré á mi hospital. En medio de todo, estoy tan robusto como si no hubiera salido de mi *tabulino*. Aquí me esperaba tu carta del día 19 del pasado. Esa chica me tiene con gran susto. Ya he dicho á la Virgen del Pilar todo lo que se me ha ofrecido. Memorias á todos, y oraciones de todos. Vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—*José*.—Nicolas mio.

CARTA LXXIX.

Escrita en Zaragoza á 15 de febrero de 1757, á su hermana.

Hija mia : Gracias á Dios que veo letra tuya, aunque esto en órden á tu salud no me significa mucho, porque sé cuánto sabes disimular. Cúmplase en todo la voluntad del Señor, que á todos nos mortifica. Todos los dias visito á la Virgen del Pilar, y en todas las visitas la pido con muchas véras lo que me encargaste, teniendo grande confianza de que, si nos conviene, nos ha de conceder este consuelo. Mi salud es buena, mi tarea grande, y la expectacion de esta ciudad mayor de lo que puedo ponderar: ella me desconsolaria mucho si en mi ministerio buscara mi gloria, y no la de Dios.

Ninguna falta te hace la correspondencia con la Madriña, quien merece mas lástima que enfado; y sin ser profeta me atrevo á asegurar que á la hora de esta habrán sido mas sus lágrimas que sus consuelos. A Dios, que te me guarde lo mucho que le suplica tu amante hermano.—Pp.

CARTA LXXX.

Escrita en Zaragoza á 15 de febrero de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Tu carta de 12 del pasado, dirigida á Tudela, vino tras de mí á Zaragoza, donde la recibí con singular complacencia. Prosigne mi buena salud en medio de la tarea de visitas que continúan hoy con tanto furor como al principio; pero respiro de ellas tomando el coche (que desde luego me señaló y puso á la puerta la bizarría y la piedad de este Señor Arzobispo), y saliéndome á orear al campo todas las tardes: así lo han hecho mis predecesores, y así me dicen los médicos y todos que es indispensable hacerlo; con cuyo ejemplar me redijeron á admitir esta conveniencia, siendo los de casa los primeros que me persuadieron á usar de ella. El sábado de carnestolendas me retiraré á mi cuarto del hospital, que es una vivienda completa, con todas las conveniencias posibles y con toda la asistencia que se puede desear.

No hay tiempo para hablar del rey de Francia, ni del de ***. Si Dios ha tomado á este para azote de nuestros pecados, no habrá poder que le resista; pero sin esto, en lo natural será tratado en la primavera como merece su soberbia. Acabo de recibir la tuya de 2 del corriente: ni el correo ni mis tareas dan lugar para responder á letra vista, con que será preciso hacerlo de una semana para otra. No te puedo ponderar lo que debo á todos, la expectacion de todos y la suma desconfianza de mí mismo. Apretar con Dios y con el santo Apóstol; porque de otra manera es imposible desempeñar el ministerio ni el concepto de las gentes. A Dios, que te me guarde como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—*José*.—Nicolas mio.

CARTA LXXXI.

Escrita en Zaragoza á 20 de febrero de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Contesto á tu carta de 2 del corriente, que recibí la semana pasada. Ya estoy en mi alojamiento del hospital, que es bastante acomodado: consta de sala, alcoba, estudio, oratorio, cocinilla, cocina, solana, jardín, cuarto para el compañero, y otro para un cirujano y un criado que me asisten, sin un capellan que desde que llegué me señaló la casa para acompañarme en las visitas. El Señor Arzobispo me puso inmediatamente coche: con eso dejé iguales y sin queja á mas de veinte que me ofrecieron los suyos. Todos mis antecesores le han usado, y en la realidad no puede ser otra cosa. Mañana doy principio á mi terrible tarea. La expectacion es cual nunca se ha visto: todo me acobardaría si Dios no me alentara. Consternóme extrañamente la muerte de mi grande amigo Valencia, y mas habiendo tenido carta de su puño, escrita el día 12. Diéronme incautamente esta noticia al acabar de cenar, sin saber lo que me interesaba en ella, y temí me hubiese costado caro. Grande falta hará para los proyectos que se tenían entre manos; y para los mios particulares, respecto de ti, hará mucha mas. Paciencia, y ayúdame á encomendarlo á Dios, pues nos lo tiene bien merecido. Su Majestad te me guarde como necesita tu amante hermano y amigo.—Jhs.—*José*.—Nicolas mio.

CARTA LXXXII.

Escrita en Zaragoza á 8 de marzo de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Acá está la de 23 de febrero. Prosigue la salud en medio del rigor del tiempo, que de tres días á esta parte se ha destemplado mucho. Prosiguen los concursos, prosigue el fruto, prosiguen los aplausos, especialmente de la gente cuerda. El que tuvo el sermón que prediqué ayer á Santo Tomas fué exorbitante. Gracias á Dios por todo; que te guarde como ha menester tu amante hermano y amigo. —Jhs. —José. —Nicolas mio.

CARTA LXXXIII.

Escrita en Zaragoza á 18 de marzo de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Segun lo que me dices en la tuya de 2 del corriente, contemplo ya á madre en la otra vida y á padre muy cerca de ella : cúmplase en todo la voluntad del Señor. Yo voy continuando con felicidad mi carrera, teniendo ya andado mas de la mitad de ella. Me han pedido varios sermones para imprimirlos, pero no lo conseguirán. La salud se ha resentido un poco; porque no soy de alabastro; pero no me ha estorbado, gracias á Dios, cumplir con mi ministerio. Un abrazo á María Francisca, y vive como necesita tu amante hermano y amigo. —Jhs. —José Francisco. —Nicolas mio.

CARTA LXXXIV.

Escrita en Zaragoza á 22 de marzo de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Cuando esperaba la noticia de la muerte de nuestros dos enfermos, me hallo gustosamente sorprendido con la que me das de su recobro, en la tuya de 9 del corriente. Bendito sea Dios por este nuevo beneficio. Solo sí me da cuidado la salud de María Francisca, cuyos excesos de amor son incorregibles. Yo estoy molido y medio reventado despues de veinte y ocho sermones, faltándome todavía diez y seis. El fruto es grande, y este es mi único consuelo. A Dios, que te guarde como ha menester tu amante hermano y amigo. —Jhs. —José Francisco. —Nicolas mio.

CARTA LXXXV.

Escrita en Zaragoza á 5 de abril de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Faltáronme hoy enteramente las cartas de esa ciudad : discurre tú con qué cuidado estaré, sin tener otro recurso para mi consuelo que al extravío del pliego. Ya no me faltan mas que tres sermones, habiéndome sacado el Señor casi milagrosamente de esta terrible campaña; porque en tres semanas padecí mucho, y siempre me acosté con bien fundados temores de no salir de aquella noche. Bendito sea el Señor, que ya toco el puerto sin haber pedido auxilio á nadie sino al mismo Dios por medio de su madre en el Pilar. Ayúdame á rendirle mil reconocidas gracias. Un abrazo á Mariquita, con mil memorias en casa; y á Dios, que te guarde como necesita tu amante hermano y amigo. —Jhs. —José Francisco. —Nicolas mio.

CARTA LXXXVI.

Escrita en Zaragoza á 18 de abril de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Recibo juntas dos tuyas, de 26 del pasado y 6 del corriente, con las fatales noticias de nuestra María Francisca. A esta pobre y á nosotros

nos dé el Señor conformidad para que no padezcamos sin mérito. Yo me quedo despidiendo á destajo para retirarme cuanto ántes á mi dulce rincón por el camino mas breve y mas solo, huyendo de todos los lugares donde me puedan detener; porque no lograré sosiego hasta verme en mi quietud. Pasan de cuatrocientas las visitas; con que necesitaré bien todo lo que resta de este mes para evacuarlas, añadiéndose otros quebraderos de cabeza consiguientes al ministerio. Los años y los trabajos de padres no permiten mayores esperanzas de que resarzan las fuerzas que han perdido; y es harta misericordia del Señor el dejarnos gozar tanto tiempo de su amable vida. La tuya guarde su Majestad muchos años, como ha menester tu amante hermano y amigo. —Jhs. —José Francisco. —Nicolas mio.

CARTA LXXXVII.

Escrita en Zaragoza á 26 de abril de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Vase el correo : no me dejen vivir. Estoy bueno; y segun lo que me apuran de Madrid, sobre todos el Padre Nieto, será mucho que no me hagan la forzosa. En todo caso pienso salir de aquí el día 4 sin hablar palabra á nadie; porque de otra manera apenas será posible. Un abrazo á Mariquita, y memorias á todo el género humano. —Tuyo. —José.

CARTA LXXXVIII.

Escrita en Zaragoza á 3 de mayo de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Tuve pronta noticia de la muerte de Davalillo, cuyo sucesor se cree que será un pariente del mismo, que puede hacerlo. Cuanto mas crecen las instancias para que pase por Madrid, mas me confirmo en el dictámen de que ni á ti ni á mí nos conviene, aunque parezca lo contrario; porque yo me entiendo; y así, cerrando los ojos á todo, tomo últimamente la resolucion de retirarme por el camino mas breve y mas desviado de amigos y conocidos, para lograr cuanto ántes el descanso, que no es fácil conseguir en otra parte que en mi dulce rincón. No puedo partir hasta el día 6 ó 7 por complacer al Señor Arzobispo, que me ha significado su deseo de que platique ántes á dos conventos de su filiación y de su especial cariño. Una vez puesto en camino, tengo ánimo de no detenerme hasta Palencia y el canal de Campos, casi á la vista de mi tierra de promisión. Vive como ha menester tu amante hermano. —Jhs. —José Francisco. —Nicolas mio.

CARTA LXXXIX.

Escrita en Palencia á 14 de mayo de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Antes de ayer llegué en la mayor felicidad, en el tiempo, en la salud y en el gusto, á esta de Palencia. En ella encontré tu carta de 5 del corriente, á cuyas dudas daré plena satisfaccion luego que me vea sobre mi suspirado *tabulino*; y espero que aprobarás mi última resolucion, así en salir de Zaragoza ántes de lo que pensaba, como en no haber dirigido mi ruta por Madrid, á pesar de tantas instancias, que llegaron á ser importunaciones, y no obstante el conocimiento de lo que pudiera importar para tus ascensos y para mis negocios alguna visita á los amigos de la corte, siendo los domésticos los que mas me estrechaban para que no dejase de pasar por ella. A todo te satisfaré tan llenamente, que no dudo te pongas de parte de mi ra-

zon. Ahora no me puedo detener, porque voy á tomar el coche para ir á comer con el Intendente del canal, donde descansaré un par de dias para hacerme cargo de aquellas obras, cuyo informe se me ha encargado, y el dia 21 espero dormir en mi celdita.

Tengo por cierto que los polvos de Aix han de restituir la salud á nuestra María Francisca, quien hace mal en tomarlos con repugnancia. Dala un abrazo de mi parte, con mil cariños á madre y á las chicas, sin olvidar á los sobrinos; y á Dios, que te me guarde como necesita tu amante hermano y amigo.—Jhs.—*José Francisco*.—Nicolas mio.

CARTA XC.

Escrita en Villagarcía á 27 de mayo de 1757, á su hermana.

Hija mia : Ya estoy ochenta leguas ménos distante de tí, y consiguientemente mas inmediato á las noticias de tu alligida salud, que me tiene tan sobresaltado. Si solo hubiera ofrecido á Dios por ella mis heladas oraciones, creeria que estas mismas te habian puesto peor, y que padecias tú lo que merecian ellas; pero habiendo interesado las de muchas almas verdaderamente buenas, me persuado prudentemente á que no te conviene otra cosa. Mi fe con los polvos de Aix es toda lo que cabe con este género de remedios, y la poca ó ninguna que tengo con los médicos no la ignoras tú. Cuando me faltaran otras experiencias para desconfiar de ellos, me sobraria la tuya. Ellos caminan á tientas, y ningunos mas que los mas presumidos y resueltos. Bien conozco que él es un mal necesario; pero se puede hacer ménos preciso con un poco de desengaño y de paciencia. La melancolia es consecuencia natural de tanto como padeces. Pedir á un enfermo que esté alegre, es pedirle que arrime á un lado sus achaques y sus dolores. Algo puede corregir la razon este pernicioso efecto de los males, y siendo tan despejada la tuya, no dudo harás todo lo posible para procurarte este pequeño alivio. Vive cuanto y como desea tu amante hermano. — Pp. — Mariquita mia.

CARTA XCI.

Escrita en Villagarcía á 27 de mayo de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Ya, gracias á Dios, puedo hablar despacio y con sosiego desde mi amada huronera espiritual, donde entré con la mayor felicidad el dia 21 á las nueve de la mañana. No puedo ponderar mi complacencia de verme en la dulce quietud de mi suspirado centro, ni me harto de besar con el corazón estas santas paredes, ya que no me permitian hacerlo con la boca los justos respetos que me retraen de toda exterioridad. Muy gruesos han de ser los cables que me vuelvan á arrancar de este suavísimo retiro, y á lo ménos han de lidiar con toda mi posible resistencia.

Voy ahora á contestar mas quietamente á la carta tuya que recibí en Palencia, como lo ofrecí desde aquella ciudad, y de camino quedará tambien contestada la que me encontré ya aquí el dia depues de mi arribo, su fecha 18 del corriente.

No me retrajeron del tránsito por Madrid, ni me obligaron á seguir últimamente mi primera resolucion de restituirme á mi aposento por el camino mas breve y ménos empedrado de conocimientos, ni envidias ni reparos de los que visten mi paño. Las primeras há

mucho tiempo que las desprecio interior y exteriormente : los segundos no los ha habido, á lo ménos de los que pudieran hacerme fuerza. Ninguno me asignó itinerario para la ida ni para la vuelta : ninguno puso limites á mi estancia, detencion, extravíos ni rodeos : dejáronme en todo una plenísima libertad, y esta misma confianza fué puntualmente la que mas me empuñó en no abusar de ella, espoleándome para que me restituyese con mayor velocidad á mi Tebaida. Estoy palpando el acierto de mi resolucion, no solo en la complacencia, sino en la admiracion de los que me ven en Villagarcía, y todavia apenas lo creen.

Tan léjos estuvieron de coartarme la libertad para que no transitase por la corte, que ántes me estimularon mas á que no omitiese este tránsito los sugetos de mayor autoridad y de mayor peso para mí. En medio de eso y de las instancias de los extraños, que llegaron á ser importunaciones, seguí mi primera determinacion. Lo primero, porque estaba hecho harina de la cuaresma, cumplidos, negocios y consultas de Zaragoza, dudando si me fatigarán mas las dependencias y las visitas posteriores á la cuaresma, que la cuaresma misma. Alteróse la salud, huyóse el sueño, encendióse la cabeza, y temí con grave fundamento mas sensibles, y acaso mas funestas, resultas si me metia en Madrid á enfrascarme en mayor tropel de visitas, de negocios y de pretensiones propias y ajenas, como sería inevitable una vez que me vieses en la corte medianamente introducido con algunos de los ministros que mandan. Si me negaba á ello, ofenderia á muchos amigos; y si me abría á todos ó á algunos, no me dejarían vivir; y para quien estaba tan necesitado de descanso, era buen modo de solicitarle el irse á meter en un laberinto de enredos y de cuidados.

Lo segundo, porque tuve motivos para recelar que se esperaba mi tránsito por Madrid para tomar algunas providencias de gobierno en orden á Zaragoza y al reino de Aragon, que nunca convenia se pudiesen atribuir á influjo ó á informe mio, no solo por ajenas de mi profesion, sino porque habian de ser sensibles al comun y al particular de los que tanto me favorecieron, y se perderia el fruto de mi ministerio si se llegase á pensar que me llevó á Zaragoza otro fin, ni traté en ella de otro asunto, que del mayor bien de las almas. Mi nombre, que hoy se oye con estimacion entre los aragoneses, quedaria despues odiado entre todos ellos.

Lo tercero, porque tampoco me faltaron bastantes premisas para temer que, una vez puesto en Madrid, se buscarian pretextos para detenerme allí, lo que aborrezco mas que la muerte.

Lo cuarto, no podia ir por Madrid sin contraer nuevos empeños, siendo preciso pagar en el colegio imperial un peso por dia por razon de alimentos del compañero, del muchacho y míos, los que infaliblemente se cargau, aunque todos los dias se coma fuera.

Estas son algunas de las razones que tuve para excusar dicho tránsito, en medio de representármese muy conducente, así para tus adelantamientos como para facilitar la impresion de aquella obra que no ignoras, cuyas dificultades, por parte de la religion, están ya vencidas; y las que puede haber por la del juez de imprentas, me aseguraban los amigos se allanarian fácilmente con mi presencia. Balanceados despacio todos los motivos, me pareció que pesaban mas los primeros que

los segundos; y creeré que en tu buen juicio logren igualmente el mismo peso.

Por lo que toca á tus ascensos, aunque pudiera producir algo mas mi influjo presencial, siempre era temible que solo adelantase esperanzas alegres y buenas palabras, de que abunda el ministro, como todos aseguran; pues en cuanto al Señor Taboada, así tu carta como mi estudiado silencio, le harán sin duda mas fuerza que las mayores instancias verbales. Conozco su genio intimamente, y sé que le ofenden mas que le estimulan los recuerdos de lo que una vez llega á ofrecer que tendrá presente; pero las ocasiones no se proporcionan á su humor con tanta facilidad como á otros, porque ninguna busca, y espera á que todas se le vengan á las manos; política que no solo es conforme á su inclinacion y á su dictámen, sino muy necesaria respecto del jefe de quien es colateral.

La especie que me tocas de padre es la que me coge muy de susto. Ninguno creí llevaria mas á mal mi tránsito por Madrid que su merced, así por la genial oposicion que tiene con todo lo que suena á corte, como por la aprension en que le considero de que yo no le he heredado este prudente fastidio de sus humos y de sus embustes.

Olvidábaseme decirte que los mismos motivos, á proporcion, que tuve para excusar el tránsito por Madrid, me asistieron para salir cuanto ántes de Zaragoza y para huir de todos los lugares donde me esperaban, dirigiendo mi ruta por donde ménos me conocian. Era imposible descansar en Zaragoza, porque cuanto mas me detenia en ella, mas me molestaban, no habiendo dependencia, cuento ni consulta que no viniese á parar á mí. Cada dia se aumentaban nuevos conocimientos y nuevos negocios, que me quitaban aun las horas precisas del descanso. El Señor Arzobispo, todos aquellos padres, á quienes debí infinito, y mis mayores amigos, que deseaban me quedase por allá, á lo ménos todo el verano, conocieron esto mismo; y en fuerza de eso, con grande dolor suyo, me permitieron, no tanto salir, cuanto escaparme, pues de otra manera apénas me hubiera sido posible. Prediqué á un monjo en las Capuchinas el día 6, y el día 7 tomé el coche ántes de amanecer, y me fuí á dormir diez leguas de Zaragoza. En Tudela, Calahorra, Logroño, la Calzada y Burgos, me esperaban enjambres de conocidos y de curiosos: dejélos á todos iguales, y me vine por Agreda, Soria y Burgo de Osma. Solo no pude excusar el tránsito por Palencia, para ver el famoso canal de Campos, porque tenia orden superior y antiguo de verle. Es obra magnífica, y de tanta importancia para los reinos de Leon y de Castilla, que solamente los ignorantes ó los malignos podrán poner en duda su utilidad y su muy posible ejecucion. Detúvome dos días el Intendente del canal, hombre de singulares talentos cristianos y políticos: híceme cargo de todo, y al dia siguiente me escondí en mi ratonera.

Llego á lo último de la carta, adonde no quisiera llegar nunca, que es al fatal estado en que se halla la salud de esa amada prenda de tu corazon y el mio. Ya me faltan voces para explicar mi sentimiento; pero en cambio me sobra dolor para padecerle, y necesito de toda la asistencia de Dios para conformarme. Clamé cuanto pude á la Virgen del Pilar por su salud, por su vida y por su fecundidad: nada de esto debe convenirnos, y es

preciso resignarnos. Si los polvos de Aix no la restablecen, estoy casi seguro de que los médicos la han de echar cuanto ántes en la sepultura; y es cosa durísima que por respetos humanos aceleremos su entierro los que mas la amamos. En primera ocasion os remitiré las devotas prendas de mi peregrinacion, que os traigo prevenidas; y miéntras tanto, dando muchos abrazos á nuestra pobre enferma, con mil respetos y cariños á padres y á las niñas, ruego á nuestro Señor que te guarde como necesita tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.—Nicolas mio.

CARTA XCII.

Escrita en Villagarcía á 5 de junio de 1757, á su hermana.

Hija: Consuélame Nicolas con la gustosísima noticia de que vas prosiguiendo con felicidad en tu restablecimiento, la que tambien me confirma el hermano que acaba de llegar de ese colegio, asegurándome habias dejado ya la cama y que te adelantabas á dar tus paseos dentro de casa. Nunca han conseguido tanto los médicos con sus recetas á bulto; y pues la experiencia acredita el provecho de los polvos, harás mal en probar otros remedios, continuando con ese, á pesar de los que gritan contra él, de pura memoria y en fe de lo que dicen los que tienen interes en desacreditarle. Yo voy poco á poco descansando de mis fatigas y restituyéndome á mis antiguas carnes, que con efecto llegaron muy disminuidas; y sería mucho mas visible el reparo, si me hubiesen permitido mayor sosiego las muchas cartas que ha sido preciso escribir á Zaragoza y á otras partes, sin faltar tampoco otra especie de dependencias enfadosas que me estaban aguardando.

Pondré en Villar de Frades ó en Rioseco un cajoncito con las devotas memorias aragonesas que traigo destinadas para tí, que serían mas preciosas si llegara mi bolsillo adonde se extiende mi voluntad.

Antolina Cándida no me ha respondido á la última carta que le escribí por mano de Nicolas, y estoy esperando su respuesta. Así se lo dirás, con mil tiernas memorias de mi parte, que igualmente deben entenderse con madre y con María Isabel. Vive cuanto desea tu amante.—Jhs.—Pepe.—Mariquita mia.

CARTA XCHI.

Escrita en Villagarcía á 8 de junio de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Repítese hoy con tu carta lo que se ha representado aquí muchas veces con la misma, esto es, faltarme sola ella, y venir las demas de esa ciudad. Y no sucediendo esto con otras, es preciso discurrir, ó mucho descuido en tus criados, ó alguna mala inteligencia en ese cajero, no quedando el recurso de culpar al de Villafranca, aunque es tan negligente; porque no se hace verisímil que tropezase precisamente con tus cartas para extraviarlas. Si no dispusiera la Providencia que recibiese otras de ese pueblo, en que de una ú de otra manera me darian á entender cualquiera novedad visible que hubiese en las dos casas, tendría mucho que cavilar y que padecer con esta demora de tus pliegos en las presentes circunstancias de la estragada salud de María Francisca y de la decadencia de mi padre. Pero, aunque esta reflexion me exima de aprensiones y de pesadumbres, no me liberta de repetidos enfados, siendo indispensable para excusármelos que

tomes el trabajo de averiguar en qué consisten tan frecuentes descaminos, pues si resultaren culpados tus domésticos, te será fácil el remedio; y si ese cajero, no me será á mí dificultoso.

No hay materiales para llenar la carta, por lo que suplirá esa papeleta, cuyas noticias, en la misma desconfianza con que están escritas, avisan la que se debe observar en dar asenso á ellas. Un abrazo á Mariquita, con una visita á padres; y á Dios, que te me guarde como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA XCIV.

Escrita en Villagarcía á 10 de junio de 1757, á su hermana.

Hija : Aunque tardaban mas tiempo en llegar á Zaragoza las noticias tuyas, por lo ménos las recibía con regularidad, y ningún correo me faltaron. Aquí ya comienzan á hacer *flux*, no habiendo llegado vuestro pliego á mis manos en este último correo. La desazon no se puede evitar, pero el cuidado sí; porque infiero de otras cartas de esa ciudad, que no se detuvieron, que no hay en las dos casas mas novedades que las acostumbradas. Tampoco yo la experimento en mi salud con la mudanza de clima y de alimentos; porque, aunque pudiera hacérmela la ociosidad, no me han dado lugar á ella las ocupaciones que me estaban aguardando; y es natural que miéntras viva no me dejen media docena de dias con la panza al sol. A tí te contemplo tan divertida con tus males, que no me atrevo á pedirte noticias de nuestras antiguas amigas, por no darte ocasion á que se aumenten con esta tarea; y así careceré de ellas sin que me cueste mucho desvelo el saberlas; porque desde que me metí á hombre apostólico, renuncié lo erudito y me abracé con lo desengañado. Manda y vive cuanto desca tu amante.—Pp.—Mariquita mia.

CARTA XCV.

Escrita en Villagarcía á 10 de junio de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Vuélvome otra vez á Zaragoza para asegurar que no me falte carta tuya correo alguno. Allá llegaron todas puntuales, y aquí comienzan ya los estafeteros á regalarme con sus descuidos ó con sus cuidados. Quedóse tu pliego, correspondiente á este correo, donde él lo sabrá, sin que las otras cartas que recibí de esa ciudad me ahorrasen el enfado, aunque me excusaron el susto; porque si hubiera novedad melancólica en la familia sobre las regulares, no dejaría de rezumarse por la expresion de alguna. Para mayor abandamiento pasó por esta villa Manuel de la Torre el sábado antecedente, y me aseguró que todos quedabais como acostumbrais: madre en cama, las chicas alternando, padre vigoroso, María Francisca ménos afligida, y tú robusto. Yo lo voy estando poco á poco, y hubiera hecho mas progresos en esta útil facultad, si las tareas rebalsadas, y otras que se han añadido, me permitieran repantigarme mas.

Léjos de verificarse las noticias de Valladolid que te comuniqué con tanta desconfianza la posta pasada, y léjos de confirmarse otras aun mas alegres que se deslizaron aquí por la misma vía, se asegura ya que en la segunda batalla dada el dia 6 de mayo quedaron en el campo diez y ocho mil austriacos, y que Cárlos de Lorena con el general Broune se encerraron en Praga para

defenderla; diciéndose consta la guarnicion de esta plaza de treinta mil hombres y que está abastecida de todo lo necesario para una larga defensa. Hoy no hay otro recurso que el divertir á los prusianos delante de aquella plaza hasta que se junten las tropas del Imperio, acudan las francesas y hagan las rusianas alguna grande diversion en los estados de Brandembourg. El bárbaro arresto de toda la familia real y electoral de Sajonia en el palacio de Dresde, le han callado nuestras gacetas por los altos motivos que sabrán los superintendentes de su edicion y traduccion. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.—Nicolas mio.

CARTA XCVI.

Escrita en Villagarcía á 17 de junio de 1757, á su hermana.

Hija mia : Tus cartas de 1.º y 8 del corriente, que llegaron juntas porque así lo quieren los señores estafeteros, me dejan con la misma alternativa de afectos que tú experimentas en tu salud. Sigue mi corazon fielmente los pasos de tus dolores y de tus alivios; y aunque procura no desviarse de la conformidad, no puedo dejar de confesar que le cuesta trabajo. De buena gana partiría contigo mi robustez; porque, aunque no me sobra mucha, ménos me bastaría para mis tareas ordinarias y extraordinarias. Los baños casi fuéron las primeras medicinas que se conocieron en el mundo, y por muchos siglos las únicas; por eso tengo mucha fe con ellos. La dificultad está en atinar qué especie de baños son los que se oponen á tal especie de enfermedades, y cuáles achaques son los que no pueden resistir á tales baños. En todo caminan á tientas los médicos; mas por lo mismo puede ser que acierten, porque tal vez hace la casualidad lo que no puede hacer la eleccion y el discernimiento. Ya estamos en el mejor tiempo de tomarlos, que es el mes de junio y cercanías de San Juan, especialmente si por allá comienzan á explicarse los calores, que por acá todavía están muy remisos. Mi parecer es que no se pierda día, pues si surtieren buen efecto, tendrás lugar para recobrar las fuerzas que son menester para repetirlos por setiembre. Yo no abandonaría el uso de los polvos de Aix, habiéndolos experimentado tan propicios, sin extrañar que hasta ahora no hubiesen desarraigado la causa; porque cuando las raíces son profundas, es menester no dejar el azodon de la mano hasta arrancarlás; y eso no se hace en un día.

No puedo negar que cuanto mas largas son tus cartas mas me gustan; pero tampoco me puede gustar fineza tuya que sea en detrimento de tu salud; y así, miéntras Dios no te la mejore, me contentaré con una fe de vida, para lo cual basta tu firma, y me darás que sentir siempre que tuvieses que padecer por consolarme. Las memorias acostumbradas, y adios, hija. — Tu amante hermano.—Jhs.—José Francisco.—Mariquita mia.

CARTA XCVII.

Escrita en Villagarcía á 17 de junio de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Restituyó esta posta lo que injustamente retuvo la pasada, y por ahora quedamos en paz hasta otra ocasion en que suceda lo mismo. Parece que en Villafranca consiste todo el trabajo; porque de allí vienen barajados los pliegos. Aquel estafetero debe ser hombre que gusta de sus conveniencias, sin

advertir que se expone á perderlas todas el que todas las quiere lograr.

Me alegro que así á padre como á tí hubiesen hecho fuerza los graves motivos que tuve para excusar el tránsito por Madrid. Cada día me confirmo mas en el acierto de mi resolución, porque cada día se aumentan los desengaños de que aquel terreno es bueno para considerado de léjos y para despreciado de cerca. Malas noticias gasta el que informò que la cuaresma de Zaragoza vale trescientos ducados de plata, hecho el gasto del viaje y de mansion : la verdad es la que escribí, y no hay que dudar de ella ni de cuanto diga jamas positivamente.

Tampoco yo dudo que el Conde escribiría al amigo esa esquila y otras ciento si fuesen menester ; pero permíteme dudar de toda la *intriga* con que se ha escrito ahí que se manejó este negocio. Camina sobre el supuesto falso de la estrechez que tiene Taboada con N... Cóstaname lo contrario ; y ántes se unirán los lobos con los corderos, que la realidad del uno con el artificio del otro. La pronta explicacion con que el Conde declaró su intento, me hace mas sospechosa su sinceridad : en estos asuntos no es regular decir tan francamente lo que se piensa hacer, hasta despues de haberse hecho ; y en fin, haber dado tiempo á un recurso tan dilatado, no pudo ser sin alguna colusion. Pocas veces me meto á malicioso ; pero cuando doy en serlo, cedo á pocos, y ninguno me desbancará.

Convengo en que si se ha de lograr algo, ha de ser á puro macear. Para esto es menester genio, y ni el tuyo ni el mio son para ello. Harto haces tú en no desesperarte, y yo en no echarlo todo á rodar ; aunque ambos lo erraríamos para Dios y para el mundo : con el primero se perdería el mérito de la paciencia, y con el segundo el fruto del disimulo.

Hoy estriba en Taboada toda mi confianza, estando casi seguro de que no dejará de hacer lo que puidiere, aunque en realidad puede ménos de lo que suena ; porque su jefe tiene su genio, y aun sus celillos, que él procura no fomentar, sin que le ceste trabajo. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA XCVIII.

Escrita en Villagarcía á 24 de junio de 1757, á su hermana.

Hija mia : Mucho te estimo que dejases de escribirme este correo, hallándote con el furioso dolor de muelas que me dice Nicolas quedabas padeciendo. No es menester tanto mal para que dejes de hacerlo. Si me quieres complacer, dame conversacion cuando sientas alivio en ejecutarlo, pero no á costa del mas leve trabajo tuyo ; entónces no lo tendré por fineza, sino por falta de confianza.

El día 19 remití á Rioseco, á mano de Don Salvador Martínez, mercader de aquella ciudad, una lámina bordada de Nuestra Señora de la Concepcion, con el marco correspondiente y dos imágenes de la Virgen del Pilar, de plata sobredorada, una para tí y otra para Nicolas, con encargo de que lo dirijiese todo por el ordinario que estaba para partir, recomendándole el mas exacto cuidado. Sentiré que se desgracie el cristal de la lámina, porque quizá no se encontrará ahí otro tan grande y tan bueno. Quedo corrido y no poco mortificado de que no sea mayor la memoria de mi viaje ; pero ya estás acostumbrada

á tolerar mis ruindades, que lo son de las manos, pero no del corazón. Adios, hija, y vive cuanto desea tu amante hermano.—Jhs.—Pepe.—Mi Mariquita.

CARTA XCIX.

Escrita en Villagarcía á 24 de junio de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Mas agradezco á María Francisca que dejase de escribirme hallándose con el furioso dolor de muelas que me expresas en tu carta de 15, que la estimaria lo contrario. Así se lo tengo dicho, y así dispondrás tú que lo ejecute siempre que el hacerlo la haya de costar la mas mínima fatiga. Quererla de otra manera sería irracionalidad, y no tanto amarla á ella cuanto á mí, ó por mejor decir, sería querernos mal á los dos.

Si padre no hubiera sido siempre tan amigo de la cama, entraria en mayor cuidado á vista de lo que me dices. Con todo eso, quedo con mucho, porque en el genio de su merced cualquiera decadencia de vigor es indicio fatal.

Por lo mismo que há dias me son muy sospechosas las noticias que vienen de Valladolid, tengo cuidado de indicar la fuente siempre que las refiero. No hay duda que las ventajas conseguidas por el *baladron de la Europa* (me ha gustado este epíteto) fuéron muy inferiores á las que ponderaron sus relaciones y las de sus parciales ; pero ya han sido sobradas para desconfiar de que los austriacos en esta campaña hagan cosa de provecho, debiéndoseles considerar acobardados, ya por los progresos del enemigo, ya por lo que supondrán haber perdido en el concepto de los políticos. Es problemático si la fortuna de los prusianos acelerará ó detendrá los socorros del Imperio, porque el miedo puede producir dos efectos encontrados ; y si prevalece el de no irritar mas al enemigo triunfante, es de temer que la pobre Emperatriz se quede casi sola, y que las tropas francesas no logren el abrigo que necesitan de aquellos príncipes para obrar con celeridad y con aliento. Pero ¿ quién me ha tentado á mí á discurrir en lo que no entiendo ? Manda y vive como ha menester tu amante hermano.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA C.

Escrita en Villagarcía á 1.º de julio de 1757, á su hermana.

Hija : Me contento con la postdatilla que añadiste á la de Nicolas de 22 del pasado. No te pido mas cuando no estés para ello, y para que esto se verifique no es menester esperar á recibir la santa uncion. Cuida mucho de tí ; que con eso cuidarás de algunas mas vidas que la tuya. No hay novedad en la mia ni en la salud que la sostiene, la que se va fortificando visiblemente con la quietud, con la uniformidad de vida y con el trabajo ordinario, que es diversion y no afán. Vive cuanto desea tu amante hermano.—Jhs.—José.—Mariquita mia.

CARTA CI.

Escrita en Villagarcía á 8 de setiembre de 1757, á su hermana.

Hija : Buenos paseos, buenas arboledas, buenas diversiones y buenos dias sossegados te dé Dios en la amable compañía de esa señora amiga tuya, á quien rindo mis respetos, acompañados de muchas gracias por lo que te favorece. Hazte golondrina de otoño, y no pienses vol-

ver á Santiago hasta que haya peligro de que las nieves cierren el camino. Este es el máximo de los remedios, y para mi gusto un buen baño de aldea vale mas que todos los malos baños del mundo. Por algo estoy tan gustoso donde estoy, burlándome tanto de los que viven en el tumulto, como ellos se compadecen de los que habitamos en el campo; y es que no se hizo la miel para paladares insulsos. Esto, y una moderada dosis de Nicolas, que no te faltará todas las semanas mientras estés en esas cercanías, es lo que te conviene, y deja que el prusiano se desespere, que al moscovita le descalabren, que toreen al inglés, que la Archiduquesa triunfe, y que el frances se pasee por donde quisiere. Lo mismo, á proporcion, se le ha de dar de padres, hijos, hermanos y cuñadas; con cuyo soberano remedio verás cómo engordas igualmente por todas partes, y se te acabarán los tumores, ménos aquellos que Dios enviará cuando fuere su voluntad. Guárdete el mismo Señor cuanto desea tu amante. — *Pepe.* — Mi Mariquita.

CARTA CII.

Escrita en Villagarcía á 16 de setiembre de 1737, á su hermana.

Hija mia: Cuando estás buena, ninguna cosa me consuela mas que tus cartas largas: cuando dejas de estarlo, ninguna me aflige mas. Me estremezco siempre que las leo, considerando que por consolarme á mí te pones peor tú, sin advertir que no puede servirme de alivio lo que á tí te cause la menor molestia. Si me amaras como te amo, conservarias mejor una vida sin la cual será para mí intolerable la mia. En el estado presente nunca recibiré correo mas gustoso que cuando me halle sin carta tuya, porque estabas bien acostada, bien tendida y bien apoltronada en tu cama, por cuanto te acomodaba mas el recado de descansar, que el recado de escribir. Lo mismo digo de cualquiera otra diversion: dejarla, interrumpirla, cercenarla por cansarte la cabeza para disminuirme el cuidado, bien puede ser fineza; pero es poca confianza del purísimo desinterés con que te amo. Por ahora no pienses mas que en disfrutar bien la fina amistad de esos señores, á quienes repito mis afectos, sin dar lugar á los melindres de la imaginación sobre si incomodo ó no incomodo. Las amigas verdaderas nunca incomodan á sus verdaderas amigas sino cuando las dejan. Nicolas te visitará á menudo, y con eso te debes contentar, sin adolecer tanto del mal de marido como del mal de madre, achagues ambos bien molestos, y tal vez mas perjudicial el primero que el segundo. Cuanto mas vivas, mas te durará el marido; con que, por lo mismo que le amas tanto, debes cuidar de conservarte mas. Estar separados cuatro dias para vivir juntos muchos años, es mejor cuenta que la de vivir juntos pocos años, por no tener paciencia para estar separados cuatro dias. Adios, hija, y vive cuanto desea tu amante. — *Pepe.* — Mariquita mia.

CARTA CIII.

Escrita en Villagarcía á 30 de setiembre de 1737, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: El gusto que tengo con las cartas de María Francisca es grande; pero mayor es el que me dará siempre que tenga la confianza de dejar de escribirme, solo por exensar esa fatiga, ó por no dejar de divertirse ese ratico mas. Mira tú si daré por legítima la excusa de que lo hubiese omitido por falta de propio.

Ya la predico que se detenga en compañía de su amiga, por lo ménos hasta celebrar con ella el día del santo de las dos, pues sobre parecer cosa regular que la haga este obsequio, ahorrará la bulla y las fatigas que ha introducido la indiscrecion y la vanidad, no tanto para celebrar los años que se han vivido, como para acortar el número de los que se han de vivir. Dudo mucho del fruto de mi sermón; porque á todo el mundo le arrastran sus pasiones, sin mas diferencia que lo mas ó ménos perniciosas.

Mi salud ya está restituida á su curso regular; y si con la prolija indisposicion antecedente pago la pension anual de la otoñada, me dará por muy bien servido.

Entre los nuevos artistas habrá ya llegado ahí el hermano Pedro Montero Guerra, pariente del Padre Predicador: es admirable chico; y puedo decir que le crié yo. Visítale, y dile que acuda confiadamente á tí para lo que se le ofreciere, que puede ser bien poco. Tambien estimo mucho al nuevo maestro de provincia, cuyas prendas son mayores de lo que manifiesta á primera vista su vergonzoso encogimiento.

Ya está en mi poder el privilegio del Rey para la impresion de aquel frailecito, á nombre de un cura de este obispado. No lo ha llevado á bien nuestro obispo de Palencia, por lo que teme que se sacuda á los de su predicta estameña, como si el varapalo no se extendiera tambien á los de mi paño. Esta es la verdadera madre del cordero, aunque él da otra casual muy disparatada, que en vez de impugnar, prueba mi conclusion. Hoy estamos riñendo los dos amigablemente esta pendencia; pero si se obstina, habrémos de sacar las espadas, y lo mas que podrá impedir será que se imprima la obra en su territorio; pero no en Madrid. Es cierto que hará un gran perjuicio á esta imprenta, en cuyo beneficio tenia cedido todo su producto; pero quizá hará así la fortuna del buen clérigo, porque los protectores del fraile, que son muchos y muy poderosos, harán empeño de sacarle de sus uñas. Es lance enfadoso; pero no cosa que haya llegado á inquietarme.

He sabido que el Señor Villena se casa con una viuda extremeña muy poderosa, que le lleva ochenta mil ducados de dote. El no me ha escrito palabra ni he tenido carta suya desde que llegué á Zaragoza. Ignoro el motivo; pero le presumo si ha tenido alguna parte en las pesadumbres con que pretendieron sofocar á nuestro ilustre granadino. Díenme que ya cesó la tempestad, y que fué arrojado al mar, con despojo de su empleo, el maligno anti-Jonas que la excitó con sus chismes.

Nada especial sabemos de novedades públicas, y solo tenemos por cierto que el rey de Prusia á la hora de esta tendrá que sustentar en sus estados á los austriacos, franceses, moscovitas y suecos. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — *Jhs.* — *José Francisco.* — Nicolas mio.

CARTA CIV.

Escrita en Villagarcía á 30 de setiembre de 1737, á su hermana.

Hija mia: Te doy gracias porque no me hayas escrito este correo, como fuese precisamente por divertirme. Niñerías á un lado; que el que ama sin ellas, debe atender á la razon ántes que al gusto. Por esta regla quisiera yo midieses tú el amor á tu marido, y tendrías ménos prisas para restituirte á casa, donde sé que por ahora no haces falta: solo harás mucha en ella y en otras, si te

mueres presto. Díeme Nicolas que espera te detendrás por lo ménos hasta que se pase el día de San Francisco, para librarte de lo que se llama *celebrarlos* y snele ser medio para disminuirlos. ¡Oh qué bella providencia si la tomas, contentándote con tenerlos en la amable compañía de tu amiga y tocaya mi señora Doña Francisca! Si os abrazais las dos, quedaréis recíprocamente colgadas; y en verdad que no será fácil encontrar otras cadenas ni joyas mas preciosas. Debes suponer que, aunque nunca te pierdo de vista ni de corazon, aquel día es preciso que sea mas manifiesto, porque tambien tiene el amor sus descubiertos. Ha vuelto mi salud á su sér natural, con que hoy no tengo mas que desear sino el restablecimiento de la tuya. Ruego á Dios que me conceda este consuelo, y que sea por muchos años. —Jhs.—Tu amante. —Pepe. —Mariquita mia.

CARTA CV.

Escrita en Villagarcía á 7 de octubre de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Disponga Dios de la salud y de la vida de María Francisca como fuere servido, pues de tejas abajo no se ha podido hacer mas; y si ella no quiere ó no puede ayudarse, esto mismo es materia de nuestra resignacion. Yo prosigo en mi robustez, en mis tareas y en mis paseos, sin que me alteren la quietud los accidentes que salen al encuentro.

Hoy estoy lidiando con el señor obispo de Palencia. No quiere dar licencia para que *F... G...* se imprima aquí á nombre de Don Francisco Lobon, hermano del Padre Pedro, á cuyo sobrescrito se pidió y se consiguió el privilegio del Rey para el primer tomo y para los sucesivos; alegando el ridículo pretexto de que, saliendo la obra en nombre de un súbdito suyo y párroco, los frailes se la han de atribuir al prelado, por cuanto mandó que toda la salutacion de los sermones se redujesen á doctrina cristiana. Desbanqué de este impertinente parapeto, haciéndole demostracion de que por párroco, por súbdito suyo, y por su mismo decreto, de ninguno era mas propia dicha obra, y ninguno debiera abrirla mas que el mismo Obispo. Apeóse despues por esa escuela que me dijo acababa de recibir de la corte, enviada por un predicador del Rey, que le aseguró habia puesto á todos en consternacion. Volvísela al cuerpo, haciéndole evidencia de que la misma escuela debiera espolpearle á solicitar que cuanto ántes se publicase la obra, pues por ella se hacia visible el admirable temple de que estaban todos los imparciales para recibirla, y que la consternacion solo sería de los verdaderos Gerundios comprendidos en las dos docenas de los predicadores locos que se habian escapado de la casa de los orates. En este estado nos hallamos. El no cejará; pero yo le eché la brava de que si la obra no se imprimia aquí, se imprimiria en otra parte donde no fuese necesaria su licencia, y que solo adelantaria el gusto de hacerme un perjuicio inútil. Esto se lo doré con mucha cortesanía, de modo que puede rabiarse, pero no puede quejarse; porque nos escopeteamos con la mayor amistad. Con efecto, si no cede en virtud de mi última carta, la obra se imprimirá prontamente en Madrid. El Padre Idiaquez está mas inquieto que yo, que riño esta pendencia con grandísima frescura.

De Alemania no hay cosa *remarcable* sino que los franceses y los prusianos se buscan en Sajonia, donde á

la hora de esta ya se habrán encontrado y batido. No sé cómo probará Sonhize, que tiene poco nombre, y tambien confío poco de las tropas coleccionadas del Imperio, por bisonas, por hijas de muchas madres, por luteranas, y porque las mas van contra todos sus cinco sentidos, á que se añaden las etiquetas de los generales. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. —Jhs.—José. —Nicolas mio.

CARTA CVI.

Escrita en Villagarcía á 21 de octubre de 1757, á su hermana

Hija mia: Mucho ha valido esa cuarentena, y está ya experimentado que para tus molestos males (y lo mismo digo para los de otros) vale mas un buen *lazareto* que todas las boticas. Falta la otra pierna de tu medicina, que es dársete un bledo por todo, encomendarte á Dios, gobernar tu casa, y criar hijos para el cielo; para lo cual, ante todas cosas, es menester tenerlos. Este ha de ser tu negocio: los demas mirarlos como si fueran del Sofí de Persia. Voy á darte un buen ejemplo: estoy convalciente, y no quiero cansarme mas. Adios, querida. —Jhs.—Tu amante. —Pepe. —Mariquita mia.

CARTA CVII.

Escrita en Villagarcía á 21 de octubre de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Con efecto he desollado mi pequeña enfermedad. Seis dias de calentura continua, con sus accesiones corrientes, inapetencia suma, pervigilios, dolores y encendimientos de cabeza, su poco de delirio, y por contera un furioso despeno: á esto se redujo mi constipadillo. ¿Y mi curacion? A caldos, agua fria, baños y obstinada dieta de médico y de boticario. Con esto me levanté ántes de ayer sin tener que convalcer de otra cosa que de mi abstinencia, lo que es fácil habiendo gallinas en el corral, en el palomar pichones, y en volviendo las ganas de gana, que hasta ahora no han hecho mas que asomar diciendo que ya vienen. Pienso que con esto pagué al otoño su tributo, y con usuras, si me recibe en data la destemplanza del mes de setiembre. Si no se contentare con esto, será como el rey de Prusia, que despues de haber comido toda la carne á la pobre Sajonia, volvió á roerla los huesos.

Mi obispo palentino se ha mantenido como un héroe en su resolucion, y yo como un pozo de nieve en mi frescura. No te pase por el pensamiento que este incidente me haya ocasionado ni aun primer movimiento de enfado, porque le tuve muy prevenido desde el principio. Mañana vuelve á Madrid el original rubricado, y allí se imprimirá mucho mejor y mucho mas ántes que aquí, con la circunstancia de ser lugar mucho mas oportuno para la idea de tener distribuidos todos los ejemplares en las capitales de todo el Reino ántes que se publique la obra en la *Gaceta*, para que lo mismo sea publicarse que despacharse y extenderse por la Península, suponiendo que á un mismo tiempo se ha de publicar la primera y segunda parte. Esto no se pudiera hacer desde aquí sin grande engorro y crecidos gastos. El original revisto y rubricado por el secretario del Consejo es el de mi letra, y por este se ha de hacer precisamente la impresion y es el que ha de quedar archivado. Por eso no te le puedo remitir ni me queda otro que el que tú leiste.

Mucho tiempo há que tendrias en tu poder, para diversion de Mariquita, el animalito mas mono que he visto en mi vida, con que me regalaron en Zaragoza. Es una ardilla ó un esquiro, por una parte tan vivo, que desvanece, y por otra tan doméstico y tan manso, que duerme conmigo dentro de las mismas sábanas, y se me mete á comer en la faltriquera, paseándose igualmente por todas partes. No le he enviado por dos razones: la primera, porque es menester entregarle á un maragato de total confianza para que le lleve en la jaula con el mayor cuidado, librándole en el camino de gatos y de perros. La segunda y principal, porque un padre de este colegio, que tiene exquisita habilidad para toda obra de manos, se me ofreció á hacerle una jaula con sus figuras y diferentes juegos de ruedas que aprovechen el rápido movimiento de la ardilla; y por haber estado empleado en diferentes maniobras para la imprenta, no ha podido dedicarse á esta: luego que la concluya, te avisaré, para que prevengas al mismo Nieto en persona, que se vea conmigo, á fin de entregársela con la instruccion correspondiente á su sustento y seguridad. Nada le he hablado á Mariquita, por si se halla en términos de antojo, y se la excita el deseo ántes de tiempo. El Padre Palomares te hará descripcion mas viva y mas menuda del animalillo. Basta para un convaleciente, aunque es preciso añadir que toda la caballería que estaba en Castilla se arrima á las fronteras de Portugal, con el fin, segun dicen, de formar un cordon para evitar se comunique la peste que se ha descubierto en Almeida. Pero si esta consiste, como dicen tambien, en la picadura de una especie de cínifas que asestan á los labios, y estos en veinte y cuatro horas se hinchan tan monstruosamente, que cierran la puerta á la respiracion y se ahoga el paciente, no sé cómo podrán los soldados estorbar que los cínifas pasen á Castilla, sino que sea matándolos á pistoletazos. Otros discurren mayor misterio en este movimiento; pero yo no me quiero cansar en discurrir lo que el tiempo nos ha de decir sin que me canse. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco. — Nicolás mio.

CARTA CVIII.

Escrita en Villagarcía á 4 de noviembre de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Todos estamos muy conformes con la resistencia del palentino, por las mismas razones que tú expresas, y nos arrimamos á creer que ha sido alta providencia de Dios para que salga el fraile mas lucido en la sustancia y en los accidentes. Se ha ofrecido á corregir la impresion uno de los religiosos mas hábiles y mas autorizados que tiene la corte, y es el mismo á quien el Consejo remitió la censura; con que saldrá sin duda la obra muy almidonada.

Es general el concepto de que no ha habido tal retirada de los moscovitas, y que ha sido una de las añagazas del prusiano. Si hubiera habido novedad en la vida de la Zarina, ya estaría harta de saberlo toda la Europa. Igual problema es la peste de Portugal, no obstante haber pasado un alcalde de corte con dos médicos del Rey, á Ciudad Rodrigo, á informarse de ella. Ahora dicen que donde hace mayores estragos es en Lisboa, asegurando mueren al día setecientas ú ochocientas personas. En Zamora no hay orden con orden sobre las tropas que se han arrimado á aquella plaza; y el mariscal D. N. Cara-

veo, que viene á mandar el que se llama cordon, no ha traído instrucciones por escrito; con que todo se va en disputas entre los ministros, las que ya han costado la vida al intendente Amorin. El rector de Pontevedra avisa que en aquella raya mueren portugueses como moscas: si esta noticia fuera cierta, ya dirias tú algo. Por varias cartas se asegura que los franceses tomaron á Dresde, y los austriacos á Breslau; pero, como varian las circunstancias, necesita esta noticia de confirmacion. Las cortes á quienes se ha dirigido el prusiano para hacer las paces, se excusan unas con otras. Con efecto, mientras Viena, Versalles y Petersburgo no confieren y convengan entre sí, parece que ninguna en particular puede contestar.

He tenido aquí tres días á mi grande amigo el Intendente del canal, que es insigne hombre. Todo el verano ha sido un continuo hervidero de huéspedes de respeto, que me han quitado muchísimo tiempo; y esta que se llama soledad es como el retiro de Madrid, donde se retiran los reyes para estar mas acompañados. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José. — Nicolás mio.

CARTA CIX.

Escrita en Villagarcía á 18 de noviembre de 1757, á su hermana.

Hija mia: Confesándose cierta dama casada, con el Padre Tomas Sanchez, que escribió dos tomos de matrimonio y murió virgen, el padre la hizo algunas preguntas sin duda necesarias. Admirada la mozueta, le dijo: «Padre, mucho sabe en la materia;» á que el jesuita respondió: «Hija, ella y otras como ella me lo han enseñado.» Con esto queda contestada la primera parte de tu carta de 9 del corriente, que tambien me hizo reir mucho; porque eres bellaca y chula:

Así contestaras tú á todo lo que yo toco en las mías. Pero cuando quieres salir de alguna dificultad, viene el dolor de cabeza, y sacaste el caballo del atolladero: Preguntástele en una carta qué me parecia de cierto sugeto, nuevo para tí y viejo para mí. Conoci tu inclinacion en la pregunta: respondí, no segun ella, sino segun mi dictámen, afianzado en largo trato y experiencias. A esto no te has vuelto á dar por entendida. Si te cogiera, yo te haria tener respeto á mi verdad y á mis canas.

¿Sabes si se ha muerto Dominguez? Creo que no he tenido carta suya desde la noticia de su boda. ¡Raros muebles sois las mujeres! ¡Pobre del que carga con una! Pues sucede lo que con el burro de la fábula, que el burro dió en tierra con el jinete, y el jinete con el burro.

¿Me ves de tan buen humor? Pues no me lo envidies; y á Dios, que te me guarde cuanto quiere tu amante. — Pepico. — Mi señora Doña Maricaza.

CARTA CX.

Escrita en Villagarcía á 18 de noviembre de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Ahí van las primeras muestras de la que llamas apetecida obra, sacadas á mano para la correccion, y no en la prensa ni en el papel en que ha de salir, que será mas fino y batido con el mazo, lo que promete una bellísima impresion. Me dicen que solo me podrán ir enviando un juego de pliegos correspondiente al primer tomo, para que vaya disponiendo el índice; y que aun este ha costado mucho triunfo sacársele al impresor, por las penas de que están amena-

zados para que no entreguen libro alguno impreso hasta que se haya presentado al Consejo para cotejarse con el original, corregir las erratas y disponer la tasa: formalidades que hasta aquí se quedaban en el sonido; pero hoy se observan con el mayor rigor por el celo del Señor Curiel, juez de imprentas, que lo ha tomado con notable empeño, y no me atrevo á condenarle, porque todo es menester para reprimir la desenfrenada licencia con que se imprime tanta bazofia; y aun no alcanza esta severidad, como lo convenzo en la segunda parte de mi obra, pues todavía se desliza tal cual impreso en mucho descrédito de la nacion. No enviándome mas que un ejemplar, es imposible cumplir mi palabra, por la necesidad de tenerle presente, así para formar el índice, como para coger las erratas, que, aunque es oficio del Corrector general, este ha quedado como ántes en puro nombre y utilidad, siendo el trabajo de los autores, que lo dan por bien empleado, á trueque de no dejar las erratas á merced de quien las recorrería por ceremonia. Será menester pues que tengas paciencia por algunos pocos meses, que no serán muchos, segun la prisa que se dan á imprimir la obra, aunque se hayan de publicar juntas las dos partes, pues ya está casi concluida la segunda; y hasta en esta friolera no tienes que agradecerme mas que mi buena voluntad. Pero ¿cómo lo he de remediar yo?

Me han faltado las gacetas holandesas esta semana, ni tampoco hemos tenido papeletas intermedias; con que no sé cómo está el mundo. De Madrid me escribian con mucha duda una batalla muy sangrienta entre los austriacos y los prusianos, delante de Breslau: ella es muy verosímil; pero no siempre lo mas verosímil es lo mas cierto. El verdadero estado de la soñada peste de Portugal le comprenderás por la carta adjunta de un oficial que está en el cordon, escrita con mas sencillez que elegancia.

Olvidábaseme decirte que el Señor Montiano ha escrito seis pliegos en elogio de la obra, para que se estampen al principio de ella, cuya sustancia es digna de San Juan Crisóstomo. Saldrá con muchas campanillas parecidas á esta; porque los primeros hombres literatos de la corte se han espontaneado á honrarla. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs.— José Francisco. — Nicolas mio.

CARTA CXI.

Escrita en Villagarcía á 2 de diciembre de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Como el tiempo no me permite mis paseos, se siente un poco la cabeza por las noches; pero tengo la cama junto al *tabulino*, y me da poco cuidado, especialmente ahora que, concluida mi obra, no tengo tarea que me apure, ni la tomaré algun tiempo, aunque dentro y fuera me estrechan sobradamente á que no deje la pluma de la mano, queriendo unos que me dedique á esto, y otros á aquello. Yo dejo á unos y á otros que esfuercen su partido, mientras escojo el de probar un poco de vida poltrona por alguna temporada. Téngolo por muy preciso para ver si se recobran algo las fuerzas corporales y las intelectuales que experimento gastadas y decadentes, porque el ejercicio de estos tres años ha sido mas que regular.

Las noticias parece que tambien han entrado ya en cuarteles de invierno: por lo ménos de Madrid nada avi-

saban sino confirmar las que te dí del Paraguay, con la añadidura de que los ingleses, al retirarse á su Rio-Janeiro, se llevaron consigo seiscientas familias guaraníes, sin quererlas restituir por mas que las reclamó Ceballos. El padre visitador Luis Altamirano habia de volverse á España con el Padre Escandon, procurador del Paraguay, en un navío que debia salir de Buenos-Aires por el mes de agosto. Está para embarcarse una numerosa mision para el Perú, con todas las licencias necesarias de la corte, que solamente la negó á los jesuitas extranjeros, que eran once italianos y alemanes. No ocurre mas. Manda y vive como le menester, suponiendo que el dia de San Nicolas (en que recibirás esta) debes poner un cubierto mas para mí entre tí y Mariquita, pues si no pudiere comer con la boca, comeré con el corazon. — Tu amante hermano y amigo. — Jhs.— José Francisco. — Nicolas mio.

CARTA CXII.

Escrita en Villagarcía á 9 de diciembre de 1757, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Mucho mas galano está el frailecito con la ropa limpia que con la sucia con que le viste. Ya tengo en mi poder quince pliegos almidonados; y segun la prisa que se dan á hacerle el vestido nuevo, creeré que á la hora de esta estén ya acabadas las piezas principales. Pero como las canisolas, corbatines y otros cabos necesarios para su adorno corren á cuenta de otros que no están tan desocupados ó no son tan activos como yo, quizá por esto se detendrá la gala. En fin, todo lo que me toca á mí en orden á la primera parte, á excepcion de índices y erratas (que hasta aquí son muy pocas), está ya despachado, y tambien por lo que corresponde á la segunda, que dias há está en poder de mis dos vendedores. Pero, como hace (segun dicen) muchas ventajas á la primera, y se tocan en ella materias de otra gravedad é importancia, pide exámen mas atento, aunque he llegado á entender que habrá muy poco en que tropezar. Ten un poco de mas fe y mas confianza. Luego que yo haya despachado el tomo que me van enviando para los efectos que tengo dichos, te le remitiré para que lo gres muy anticipadamente el gusto de leerle; pero con el exactísimo recato de que nadie le vea ni le huela, sino padre, tú y María Francisca, pues si el severísimo juez de imprentas que tenemos llegase á entender que se habia divulgado algun tomo ántes de la formalidad de presentarse en el Consejo para la tasa y fe de erratas, echaria sin duda toda la ley al impresor, y él mismo se echaria sobre toda la impresion. Este punto está hoy muy delicado, y es menester observar hasta los ápices.

¿Quién se averiguará con el prusiano despues de la total rota del frances y del ejército del Imperio en la Sajonia? Siempre desconfié totalmente de las tropas de este; nunca confié mucho de la pericia militar del príncipe de Soubize, y siempre me pareció mal la morosidad y la demasiada confianza del mariscal de Richelien. Si despues que no tenia que hacer en el electorado de Hannover, se hubiera echado con todas sus fuerzas sobre la Sajonia, contando poco, como debiera hacerlo, con unas tropas violentas, colecticias y bisoñas, como las del Imperio, no cantaria este nuevo triunfo *el baladron*, estaria ya libre de sus uñas la anatematizada Sajonia, y así austriacos como franceses invernarian en aquel territo-

rio. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José. — Nicolas mio.

CARTA CXIII.

Escrita en Villagarela á 16 de diciembre de 1757, á su hermana.

Hija mia : Entre las pocas mujeres á quienes no se las ofrece qué hablar si no las dan materiales, una eres tú, para que en todo se verifique que nada tienes de mujer sino lo útil y lo favorable. Tampoco valgo yo mucho para inventor, particularmente en especies de cartas, porque algunas se me acaban luego, y otras nunca deben comenzar. Don Francisco Lobon, hermano del Padre Pedro, que ha oído leer parte de algunas tuyas y no es lerdo, dice que tiene envidia á tu entendimiento y á tu pluma, y quiere absolutamente que le ponga á tus piés. Haz cuenta que ya le puse, y pues le tienes á ellos, dale buenas patadas para que otra vez no vuelva á ser envidioso. Lo que á mí me hace al caso es, que tu salud no vaya á ménos, ni aun con motivo de haber estado tanto tiempo embarcados en vuestras casas. ¡Ojalá que este embarco produjera otro que durase mas! Acá ya hemos comenzado á ver tierra desde el día 9, y han dado principio las heladas con espada en mano; pero, como el ambiente está tan húmedo, aun no han hecho sensible impresion en el agua. Lo que podemos temer es, que si continúan, congelen el aire y nos endurezcan el que hemos menester para la respiracion.

Tu tio el Padre Osorio llegó ántes de anoche tan robusto como si tuviera treinta años, siendo así que ya cuenta sesenta y cuatro; y por lo que toca á las fuerzas, no solo promete las sobradas para el segundo viaje de Roma, mucho mas trabajoso que el primero, por razon del tiempo, sino para dar tres giros enteros al rededor de todo el mundo.

Habiendo vuelto á la corte el duque de Alba, puede pensar en casar tan ventajosamente á Doña Maria Teresa Caamaño como casó á su hermano, de lo que no me pesará; porque nunca quiero mal á quien una vez quise bien. Verémos qué efectos produce en lo político y en lo doméstico esta novedad.

No la hay en mi salud, gracias á Dios, pero tampoco en mis tareas; porque en acabando unas, luego me encajan otras. Mientras tenga fuerzas, no me oprimen, ántes me divierten, por lo mal hallado que está mi genio con la ociosidad. A madre una visita, y mil cariños á las chicas, con otras tantas memorias á las que la hicieren de mí. A Dios, hija, que te me guarde cuanto quiere tu viejo arrugado. — Pepe. — Mi moza.

CARTA CXIV.

Escrita en Villagarcía á 30 de diciembre de 1757, á su hermana.

Hija mia : Está declarado que Dios quiere que padezcas, y no podemos ni debemos ir contra su santa y justa voluntad. Ya no hay que recargar al tiempo la culpa; porque, aunque en realidad está cruel, del mismo modo te trata el uno que el otro: invierno, verano, primavera y otoño, para ti todo es á un precio con corta diferencia. Si yo pudiera repartir contigo mi robustez, al instante lo haria; y si pudieras tú repartir conmigo tu conformidad, no me haria daño, pues aunque te exhorto tanto á ella, tengo por cierto que estoy yo mas necesitado de esta exhortacion.

No lo está ménos de algun conjuro Don Francisco Lo-

bon cuando le leo algun capítulo de tus cartas, y mas cuando le leí el de esta última que hablaba con él. Creí que el buen clérigo se habia puesto energúmeno, aunque no de mala especie; y como es de una explicacion bastante feliz, casi me persuadí á que debia de envanecerme de tenerte por hermana. Dióme Dios gracia para resistir á la tentacion; y no salí de las trincheras del conocimiento tuyo y mio, advirtiéndome que Lobon hablaba ya favorecido, y era consiguiente que estuviese mas apasionado. Como quiera, él me encargó un millon de respetos para ti; pero yo me eché con la carga; porque, no acertando á tenerte ni siquiera uno, ¿cómo habia de poder con tantos?

Es lástima que Doña Maria Teresa Caamaño no lea tu panegirico; pero no le leerá, pues desde que está en Madrid no ha leído mas que una carta mia en respuesta á otra suya, escritas ambas como si jamas nos hubiéramos visto. Grandísima chula eres, sin que en esto experimentes alteracion por tus dolores de cabeza. Bien segura estás de que te los aumente yo por este camino ni por otro.

Da por supuesto que el Provincial te correspondió con mil cariños á su modo. Es muy verisímil que se quede en Roma por asistente (aunque muy contra su voluntad); y si fuere esto, nos mandará mientras viva, de lo que á mí no me pesará; porque al fin fuimos amigos muy estrechos, y ahora no somos enemigos: tú sí que eres mi dulce enemiga, y es lástima no acabar la carta con este requiebro. Tu amante hermano. — *El viejo desdentado.* — Mi moza colmilluda.

CARTA CXV.

Escrita en Villagarcía á 15 de enero de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Lo mismo nos sucede acá con los correos, á quienes detienen tanto las aguas, que el último de Madrid llegó á la misma hora en que se suele despachar, y el de ese reino tardó un día natural mas de lo ordinario. De esta manera no nos podemos quejar de que las cartas vienen secas, pues no las sobra otra cosa que agua, ya que las falten las noticias. En Valladolid han corrido algunas tan disparatadas, que las despreciaban los mismos que las vertian. La mas verisímil es la intentona del rey de Prusia de tomar por asalto á Schewenitz, de donde dicen fué rechazado con pérdida de tres mil hombres. Ya parece que no se usan cuarteles de invierno, pues solamente los ha tomado el príncipe de Soubize para descansar de la gloriosa jornada de Rosbac.

Aunque no se ha descubierto el sol, hemos logrado unos cuantos dias serenos y apacibles. Quise aprovechar una de las tardes, y me costó gran trabajo salir de estos barrancos que llaman *calles*. El piso del campo no estaba malo, pero hasta que todo se ponga mejor me volví á meter monja. Los vocales de nuestra congregacion ya se estarán calzando las espuelas para venir á ella. Si el tiempo prosigue así, tendrán fortuna, y yo tambien la tendré, pues de esa manera se excusarán ménos y no habrá tanto peligro de que me toque por mi antigüedad este pesadísimo chasco, apetecible solo á los que se apacientan de aire. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — José.

CARTA CXVI.

Escrita en Villagarcía á 20 de enero de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Hallámonos esta semana sin el correo de ese reino, lo que no me cogió de susto teniendo consentido desde que quince dias há tardó la posta de Madrid en llegar aquí casi un dia natural mas de lo ordinario, detenida de las aguas que en todas partes han sido copiosísimas, y su abundancia ha hecho en Campos poco ménos daño que pudiera hacer su falta, aunque en medio de eso se vende el trigo á precio muy bajo. A las lluvias se signieron las heladas bastantemente fuertes; pero tolerables, por dejarnos ver el sol, cuyo color se nos habia olvidado, y se han podido aprovechar en el paseo algunas tardes, aunque se han malogrado otras por la viveza de los nortes. Yo me he escapado hasta ahora de aquellas fuertes constipaciones que padecia regularmente otros inviernos, lo que atribuyo á haber huido de nuestras quietes de lumbre, tan halagüeñas como engañosas; y tambien puede suceder que en otros años me perjudicase el sol á vuelta de los paseos.

Ahora es menester que me envíes dos grandes piezas de paño y otras tantas de bayeta negra para el luto del *tonto* por la muerte de la ardilla, que el sábado pasado amaneció hinchada como una bota y tiesa como un garrote; desgracia que se atribuye á haberla picado alguna araña ó algun otro insecto venenoso; porque, sobre que todos los gatos de casa la respetaban, y con los mas profesaba una amistad estrecha, si habia alguno maligno, el *tonto* la defendia de él, y ella tambien sabía defenderse. Dicho *tonto* está inconsolable, tanto, que el dia de la fatalidad no quiso probar bocado ni dió su acostumbrado paseo por la huerta, con grande extrañeza de los demas gatos que le hacen corte, como gusto de los pájaros, que aquel dia se holgaron á sus anchuras. Yo tampoco las tengo todas conmigo; pues, aunque procuro hacer de las tripas corazon, en fin, no soy de mármol, y mas cuando tenia destinada la ardilla para los empleos mas elevados en mi estimacion, con esperanza de que los desempeñaria con el mayor lucimiento. Así se lo habia dicho á ella, y sospecho que la vanidad, mas que otra cosa, fué la causa de su muerte, con cuya alusion se dispuso el siguiente epitafio para grabarle sobre su losa:

Aquí yace un torbellino,
Que de puro traquinar
Ya no puede menearse:
Ojo alerta, peregrino.
Llegó á entender su destino,
Y fué esta la ocasion
De su mortal hinchazon,
Pues á su cabeza y panza
Hinchó tanto la esperanza,
Como á otros la posesion.

Una carta de Segovia aseguraba que el dia 8 habia habido segunda batalla, en que los austriacos habian vuelto por su reputacion, sacudiendo bien las tiendras al prusiano. Pero, como las cartas de Madrid de la misma fecha no hablaban palabra de esta noticia, dudo mucho de su verdad, por lo mismo que la deseo tanto. Lo que hoy me irrita mas es la insensibilidad del rey de Inglaterra, y la frescura con que echa á rodar la convencion ratificada por él, levantando en su orgulloso manifesto á la corte de Francia tantos falsos testimonios como cláusulas contiene. Ya sabremos desde aquí adelante que para algu-

nos príncipes no hay mas derecho natural ni mas derecho de gentes ni mas honor de su palabra, que aprovechar la ocasion, engañar al enemigo, y viva quien vence. Pero nada me asombra tanto como el alto silencio del rey de Dinamarca, de quien no se habla mas en este negocio, que si por ningun lado le tocara, siendo realmente el mas herido, y el que parece debia volar á ponerse á la frente de las tropas francesas para defender el honor de su garantia con su sangre. Y ahora se deja sospechar el motivo que debió de tener el duque de Cumberland para retirarse y para renunciar sus empleos, oliendo sin duda lo que se tramaba, y queriendo dar á la Europa este testimonio de lo que le dolia ver desairada su firma y su sello. En mi dictámen jamas ha habido motivos mas legítimos para que esté ahora encarnizada la guerra mas que nunca, y tan distante la paz, como que no habrá quien se quiera encargar de la mediacion á vista del ningun respeto que se tiene á ella. Basta de trozo político á falta de asuntos caseros. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. —Jhs.— José Francisco.—Nicolas mio.

CARTA CXVII.

Escrita en Villagarcía á 27 de enero de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: No nos podemos quejar de que los correos lleguen cuando puedan, pues hacen prodigios de valor en andar por los caminos en un tiempo en que se hielan aun los que están en la cama; y así, recibí con breve intervalo las dos tuyas de 11 y 18 del corriente. A la desazon comun que causa á todos el excesivo rigor del temporal, se me añade á mí la singularísima del justo miedo con que estoy de que me toque el pesado chasco ó burla de la congregacion, pues sobre que no merecen otro nombre los honores que dan puramente los años, ni los mios ni mi genio se pagan de cosas de aire; y aunque el viaje es corto, la estancia sumamente pesada, así por la incomodidad de la habitacion, como por las molestísimas sesiones; añadiéndose para mí el general conocimiento que tengo en aquella ciudad, donde no me dejarán respirar los pocos y precisos dias que se permite estar en ella. De suerte que, hablándote con toda ingenuidad, nada se me representa que me pueda consolar. A dos que se excusen ó no puedan penetrar los puertos, seré infaliblemente llamado, y ya con el desconsuelo de tener enteramente cerradas las puertas á mis disculpas, que á prevencion anticipé aquí al Padre Provincial y Secretario; pero, como ellos no son árbitros en esto, me dijeron que si llegaba el caso excusase de alegarlas porque no serian atendidas. Por eso nunca he pedido á Dios con mayores véras la serenidad del tiempo, ni dicho con mayor devocion la oracion por los que andan en caminos, rogando á su Majestad los conserve á todos con la mas robusta salud.

Así hubiera conservado á la mision del Perú, que pereció casi toda desde Cádiz á Sanlúcar, abriéndose el navío, y ahogándose, de treinta jesuitas, veinte y uno, y los otros nueve que escaparon á nado ó en tablas, se teme que mueran todos por lo maltratados que llegaron á la orilla. Entre estos se salvó el hermano Sotelo, natural de ese reino, que estaba estudiando artes en Medina. El hermano Pagola, que salió de artista de ese colegio, fué de los ahogados, como tambien el Padre Martinez, procurador general de la mision: desgracia que, sobre

la pérdida de los sugetos, tendrá de coste á la provincia del Perú mas de cincuenta mil pesos.

A este contratiempo particular se añade el mas general de la toma de Breslau por los prusianos, que hicieron prisionera de guerra toda la numerosa guarnicion, por la desgracia de haber caído una bomba en el almacen de la pólvora, dejando á los bloqueados sin un grano. Esta fatalidad naturalmente producirá otras muchas, hasta que, bien castigadas nuestras culpas, se acuerde el Señor de sus misericordias. Los franceses parece que son mas felices en Hanóver; porque habiendo pasado el Aller, no los quisieron esperar los hanoverianos, aprovechándose de sus caballos y de sus piés para correr á toda brida y á pierna tendida; pero, como no pueden desamparar aquella conquista, servirán de poco sus ventajas á las tropas austriacas. Estas noticias se escriben de Valladolid.

No seas en adelante tan escaso de las de ese pueblo, pues al fin, como tengo en él toda mi carne y sangre, á excepcion de la que traigo conmigo, no me son indiferentes las novedades que ocurran. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—*José Francisco*.—Nicolas mio.

CARTA CXVIII.

Escrita en Villagarcía á 3 de febrero de 1758, á su hermana.

Hija: Ahora ya te puedes morir cuando quisieres, con el consuelo de que dejas en este mundo un hermano que tiene voto en capítulo, pues ya estoy formalmente convocado para el que se celebrará de pasado mañana en ocho dias en Valladolid. No obstante, si hubiera quien me lo quisiera comprar, se le venderia por muy poco dinero, que me hace mas falta que pasar bobáticamente malos dias y peores noches metido en un desvan, como gato. A cuya palabra me acuerdo de mi *tonto*, el cual está muy quejoso de tí porque le dices que solo por serlo podrá sentir tu muerte. Mal lo pasarías si te cogiera ahora en sus uñas; y aun si yo te cogiera en las mias no lo pasarías mejor; porque en las cosas pertenecientes á tí tenemos hecho los dos trato de compañía; y en verdad que ni él ni yo nos tenemos por tan tontos como parecemos. Lo que te ruego seriamente es que no me vuelvas á hablar en la materia; porque no en todas es verdad que las saetas prevenidas hieren ménos. Mira si mandas algo para Valladolid; porque no le veo traza de que me valgan las mias para excusar este fastidiosísimo viaje. Allá estaré cuatro dias, que son los precisos, y ya comienzan á parecerme cuatro siglos: vive tú muchos, y manda á tu amante.—*Pepe*.—Mariquita mia.

CARTA CXIX.

Escrita en Villagarcía á 17 de febrero de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Ya estoy de vuelta en mi rincón despues de mi pequeño viaje. Ganamos el capítulo, porque no se hizo mencion de nuestro Padre Idiaquez, que salta de contento. Por el lado contrario salta igualmente de gozo el Padre Javier de Aguirre, que ha sido elegido por primer vocal á Roma, por segundo el Padre Zubimondi, por primer sustituto el padre rector de Palencia, por segundo el Padre San Cristóbal, y por tercero el padre rector de Medina, todo con nuestra paz acostumbrada. El Padre Provincial piensa salir el martes para Roma, donde es muy verisimil se quede, y

tambien lo es que sea vice-provincial el Padre Colmenares; con lo que se acaba de verificar que iban totalmente erradas las cuentas que se echaban ántes de la congregacion.

En los cuatro dias que nos detuvimos en Valladolid vi tres veces á los hermanos y bebí dos tardes en su casa; que fué hasta donde me pude extender, haciendo concurso de acreedores por mas de doscientas visitas. Regaláronme; por señas, que no tuve noticia de esta demostracion hasta la noche ántes del dia que salimos, por descuido del portero, disculpable entre tanta batahola. Coto está muy conceptuado, y me pareció que con razon: mi señora Doña Josefa no merece ménos por su término, y las niñas son muy lindas. Con esto respondo anticipadamente á lo que desearás saber, sin que yo te dé lugar á que tengas el trabajo de preguntármelo.

Volvimos á Villagarcía los mismos que salimos de ella, añadiéndose el padre rector de Logroño y el Padre Guerrero, que vienen á ver un novicio. El cortejo de tantos huéspedes y las cartas atrasadas no permiten alargar mas la conversacion. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—*José Francisco*.—Nicolas mio.

CARTA CXX.

Escrita en Villagarcía á 25 de febrero de 1758, á su hermana.

Hija mia: Segun la pintura que me haces de ese médico en tu carta de 16 del corriente, no me atrevo á oponerme á tu resolucion; porque sería temeridad darte dictámen contrario. Pero me hace gran fuerza que, siendo un hombre tan acreditado en esa ciudad y aun en todo ese reino por sus singulares curas, no tuviesen la menor noticia de él ni el Padre Rector de ese colegio ni el Padre Candeda, que vive tan cerca de su partido, á quienes pregunté por él, y ambos se encogieron de hombros, asegurándome no habian oído hablar de semejante Esculapio; y uno y otro se inclinaron á que sería uno de tantos como andan engañando al mundo, sin haber forma de que este se desengañe. En fin, yo deseo tanto tu vida como la mia (y en esto nada pondero): tu capacidad y la de tu marido no han menester mendigar luces ajenas: mi desconfianza de todos los de la facultad es suprema, y sobre suprema, incorregible; con que, en el asunto nada me resta que decir.

Mira si eran vanos mis temores de la indisposicion de padre, pues salimos con un costado bastardo, que en cualquiera es casi tan peligroso como el legítimo y de legítimo matrimonio.

Verdaderamente es cosa de asombro que en un invierno tan cruel se haya mantenido madre con el vigor que me dices, teniéndole para asistir al marido y á las hijas en el estropeo de todos. Es visible la asistencia particular de Dios con esa señora, en premio de su genio angelical y de su heroica paciencia. Ríndela mis respetos y cariños, como tambien á las chicas.

Cuando llegue el Padre Rector os entregará el primero y único hábito limpio de mi frailecito que hasta ahora ha llegado á mi poder, esperando cada correo el último requisito que le falta para que salga á volar. Es diversion que no se opone á la seriedad de la cuaresma; ántes, bien entendida, la aumenta muchos quilates, porque descubre la locura de los que la convierten en carnestolendas; pero esta diversion debe ser para vosotros solos

hasta que la *Gaceta* la publique para todos. Soy con toda el alma todo tuyo.—Tu *Pepe*.—Mariquita mia.

CARTA CXXI.

Escrita en Villagarcía á 25 de febrero de 1738, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Ese Padre Rector salió de aquí el día 18 con buen tiempo y con ánimo de irse poco á poco y á pequeñas jornadas, no pasando la primera de nuestra granja de Santa Eufemia, que solo dista dos leguas. Alabéle su prudente resolución, y mas yendo con un constipadillo que cogimos casi todos los de la tropa el famoso día de nuestra salida de Valladolid, entendiendo yo ahora en la curación del mio, que ya va de vencida con algo mas de cama y de dieta, á que se reduce toda mi botica. El tiempo se ha vuelto á desazonar con agua y nieve, que cayendo y deritiéndose en los puertos hará su tránsito mas molesto, aunque ménos peligroso ; y como esta novedad se experimentó al amanecer del día 20, que era el que tenia destinado el Padre Provincial para emprender su viaje de Roma, no sé si le habrá suspendido.

Al Padre Esterripa entregué el ejemplar del frailecito que me enviaron de Madrid para ponerle el rodapié, añadiéndole la única carta que faltaba, y llegó la mañana del mismo día en cuya tarde salió de aquí el Padre Rector. Por eso va sin coser ni hacer cuerpo con lo restante de la obra, que se *enjurjó* aquí de prisa, únicamente para que no fuesen los pliegos despeluzados. Si me enviaren mañana el *fat* romano, como lo espero, no tardarán un punto en Madrid en echarle á volar ; porque me escriben que son imponderables los clamores de todos, altos y bajos ; añadiéndome que será imposible enviar á las provincias ejemplar alguno, porque los mil y quinientos que se imprimieron desaparecerán dentro de la corte en brevísimos dias ; y como los que anticiparon el coste de la impresion querrán cobrarse luego, no es fácil persuadirlos á que miren por el gusto de otros ántes que por su interes. Yo solo he pedido veinte y cuatro para mis cumplidos, que serán pocos ; porque no debo ser liberal á costa ajena.

Las nuevas providencias sobre la bula de la cruzada, hacen indispensable que cada uno tenga en su poder las que tomare para que le valgan las gracias. Y aunque ya me he prevenido aquí con una, como en casa me la toman todos los años, será lástima que se pierda su usufruto ; y así tomarás el trabajo de disponer que me la envíen.

Escrita esta me dieron á leer el papelejo del cura de Frume, de que hago mención en la adjunta. Enfadóme mucho, y me resolví á escribirle esa admonicion fraterna, que, despues de leida y cerrada, cuidarás de que llegue seguramente á sus manos ; pero sin divulgar su contenido mientras él no dé motivo para que el aviso privado se haga público ; y no ocurriendo por hoy mas, manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.—Nicolas mio.

CARTA CXXII.

Escrita en Villagarcía á 5 de marzo de 1738, á su hermana.

Hija mia : Ya me considero sin mas hermanas que tú ; y aun sin tí me consideraré presto, si mides tu dolor por tu corazon, y no por tu entendimiento y por tu piedad. Cuando no mires por tu vida, atiende á la de tu marido y á la mia, que dependen de ella. Si el Señor se hubiese

llevado para sí á las dos chicas, mejor están en su compañía que en la de su hermano. Considera los trabajos que en lo natural las esperaban, y las tendrás mas envidia que lástima. No pretendo quitarte el dolor con estas reflexiones ; pero sin duda te le deben suavizar, caso de que haya sucedido lo que ya tengo tragado. Prenda mia, haga su oficio la naturaleza ; pero haga principalmente el suyo la religion. Los delirantes miedos de nuestra amada Antolina de que se condenaba sin remedio, aun en el delirio acreditaban su corazon timorato. ¡ Ay de aquellos que no temen condenarse ! Y ¡ dichosas las almas que viven siempre con este santo temor ! Vive, hija mia, como me importa y desea tu amante.—*Pepe*.—Mariquita de mi vida.

CARTA CXXIII.

Escrita en Villagarcía á 3 de marzo de 1738, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Doy por muertas á esas dos niñas, segun lo que me decis en vuestras cartas de 22 del pasado. Es preciso que en todos haga su oficio la naturaleza, y que el efecto sea mayor, cuanto aquella sea mas sensible. La mia no lo es poco : lo que amaba á las dos era mucho ; pero si el dueño que nos las habia prestado las pidió y se las llevó, no podemos quejarnos, aunque no sea posible dejar de sentirlo. A muerte ó á vida se han ofrecido por ellas oraciones á Dios en este santo noviciado de comunidad. Cúmplase en todo su voluntad siempre justa. Nunca mas que ahora temo á María Francisca, así por lo que se ha fatigado en su asistencia, como por su vivo dolor, especialmente en la falta de Antolina, siendo las dos tan verdaderamente hermanas como eran. Discurro que presto la seguirá si el Señor no la esfuerza extraordinariamente : hágase su voluntad así en la tierra como en el cielo.

Cuando yo ménos lo pensaba ni lo queria, y no obstante las repetidas y apuradas prevenciones que tenia hechas para que no se publicase á *Fray Gerundio* hasta que yo avisase, le echaron á volar, sin arbitrio para otra cosa ni tiempo para prevenirmelo, porque no le dieron las instancias del ministerio mas alto para que se hiciese inmediatamente. En ménos de una hora de su publicación se vendieron trescientos que estaban encuadernados : los compradores se echaron como leones sobre cincuenta ejemplares en papel, que vieron en la tienda : á las veinte y cuatro horas ya se habian despachado ochocientos ; y empleados nueve libreros en trabajar dia y noche, no podian dar abasto : de manera que, segun me escriben, hoy no habrá ya ni un solo libro de venta, consumida toda la impresion y precisados á hacer prontamente otra para cumplir con los clamores de Madrid y con los alaridos que se esperan de fuera.

Convienen todas las cartas en que no hay memoria de libro que haya logrado ni mas universal aplauso ni mas atropellado despacho. La noche del mártis subió Valparaíso al despacho del Rey, dejando en su cuarto al señor comisario general de la Cruzada. A poco rato bajó orden del Rey para que se subiese á su Majestad el tomo que se habia regalado al Conde, quien certificó despues no tener voces para ponderar las demostraciones de gozo con que el Rey se le habia hecho leer. Así me lo avisan de orden del Señor Comisario General. En suma, si es verdad lo que hasta ahora me han escrito todos, la obra logrará el alto fin que únicamente se pretendió con ella, y se

disputará en las naciones si deja ó no deja atras al famoso Don Quijote. Como se consiga lo primero, lo segundo me cae muy por de fuera.

Todo esto y mucho mas me escribieron para suavizarme el dolor que me causó su intempestiva publicacion en la *Gaceta*, con la cual me hallé el dia despues que te escribí la semana pasada. Esta divulgacion (aunque inculpable en mí) puede producirme algunos sinsabores domésticos, salvo que los reprima el agrado del Soberano y el increíble aplauso de la obra. Este se cree que no será inferior en los de mi paño, por lo ménos en este colegio, adonde enviaron media docena de ejemplares. Todos, sin exceptuar ni uno solo, están ó borrachos ó locos con el tal libro: de manera que en muchas noches hasta la una no se ha evacuado mi aposento con harto detrimento de mi salud, que no se ha restablecido desde el terrible dia que trajimos de Valladolid. Mañana daré órden en Madrid para que se te envíen dos libros encuadernados en pasta, uno para tí y otro para padre, y se añadirá otro en pergamino para el Padre Lobon, en nombre de su hermano, que espero no perderá su fineza. El correo pasado se me olvidó hacer esta prevencion, con la confusion de cartas y de especies. Vive y manda como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.—Nicolas mio.

CARTA CXXIV.

Escrita en Villagarcía á 10 de marzo de 1738, á su hermana.

Hija mia: Tambien yo consideraré como resucitadas á esas chicas si salen felizmente á la orilla, aunque de María Isabel lo dudo mucho por las mismas razones que tú, que sin duda son bien fundadas. En fin, las oraciones se continuarán, y disponga Dios lo que fuere mas conveniente.

Segun las máximas de los físicos, la fe de los enfermos en sus remedios es muy parecida á la fe sobrenatural de los misterios; porque sin esta no puede sanar el alma de sus dolencias, ni sin aquella el cuerpo de las suyas. Siendo esto así (que por ahora lo dejo pasar), el Doctor Barata debe esperar milagros de los suyos, supuesta la fe que tienes en ellos. Verémos cómo prueban, pues si surtieren el efecto prometido, no he de ser yo el último en agradecerélos.

Pero á tí te agradezco muy poco la ninguna merced que me haces en zumbarne sobre el secreto que te encargué de *Fray Gerundio* cuando ya le publicaba la *Gaceta*. Este mismo hecho y la experiencia que tienes de la realidad con que os trato, debiera bastar para que creyeses desde luego que su publicacion tan anticipada me cogió á mí tan de susto como á todos. Con efecto, así fué, y hoy te acabarás de desengañar, si no bastó lo que escribí el correo pasado.

Ahora me resta saber cómo ha tomado el Padre Lobon ver el nombre de su hermano á la frente de esta ruidosa obra. El caso es que su nombre quedará inmortal en España y fuera de ella, sin que pierda nada su persona, como me lo hacen esperar los amigos de la corte; y cuanto mas le muerdan los originales de *Fray Gerundio*, mas protectores tendrá para que sea premiado y atendido. Ya llueven tantas cartas de enhorabuenas incógnitas sobre mí, que no me veo de polvos de salvadera; y en corriendo la obra por toda España, ¿cuántas lloverán?

Haz á las enfermitas muchas visitas de mi parte, y

otras tantas á su santa madre, con quien anda visible la mano de Dios, que te guarde cuanto quiere tu amante. —Pepe.—Mi bella Mariquita.

CARTA CXXV.

Escrita en Villagarcía á 10 de marzo de 1738, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Consideraba ya difuntas á las dos chicas, y así he celebrado la noticia de su casi milagrosa mejoría, como si las viera resucitadas. En medio de eso, por lo que toca á María Isabel quedo casi con el mismo cuidado que ántes, por lo que tú me dices y por lo que expresa con mayor extension María Francisca, que teme prudentemente alguna inflamacion interna, segun lo que ha observado en la pobre niña. En todo caso cúmplase la voluntad de Dios, y sea la nuestra el ofrecerle aquel sacrificio que le sea mas agradable.

Celebro mucho el feliz y pronto arribo del Padre Rector, pero me duele la desconfianza con que muestras tratar mi verdad. Ninguna tecla me toca mas en lo vivo. Solo dije á dicho padre que te remitiría un libro, sin declararle cuál era ni hablarle una palabra de *Fray Gerundio*, de cuya obra estaba persuadido á que no tenia ni la mas remota especie. Entregué el libro á su compañero el hermano Grande, bien empaquetado y bien encordelado, observando el mismo silencio; y aun, para que no hiciese misterio, no hice mas que encargarle con estudiada tibieza que te le entregase ó te le remitiese. Este es el hecho. Si alguno de los dos se dejó vencer de la curiosidad; si registraron el libro; si el Padre Rector se hizo caja de él; si le vieren todos los padres y los inquisidores ántes que tú le veas, nada de esto es de mi cuenta: ni pude hacer mas que remitirte el primero y único ejemplar que á la sazón habia llegado á mis manos, con tanta puntualidad, que la noche ántes habia recibido la carta de Santander, y sin haberla podido leer mas que á cuatro piés, te la envié con todo lo demas. Siempre que admitas la mas leve sospecha ó duda de la sinceridad con que te trato, me darás una grave pesadumbre.

Tanto me sorprendió á mí como á tí verle publicado en la *Gaceta*; pero mas que todo me sorprende ver que María Francisca muestre no creerlo, segun el airecillo con que se explica. Ya te escribí largamente el correo pasado lo que hubo en esto, y con el tiempo os convenceréis á que la publicacion no pudo dejar de hacerse sin consentimiento mío. En fin, el despacho fué tan furioso y tan pronto, como lo verás en la relacion adjunta, que me devolverás á vuelta de correo. Los aplausos sonarán mejor en otras plumas que en la mia. La reimpresion del primer tomo se comenzó al tercero dia, y se ha de dar concluida el de San Gabriel.

Supónese que el cura de Frume no se podrá contener sin echar al aire su papelillo; y si no le asienta bien (como es muy natural) la carta que le remitiste, acaso esgrimirá de macareno. Muy mal hará en meterse en este berengenal; y sentiré mucho verme en la precision de que haga papel en la segunda parte de *Fray Gerundio*; porque le amo, y porque acá se usan unas armas muy distintas de las que gastan *los Cojos*, *los Foles* y *los Bedoyas* (1). Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

(1) Escribió dicho cura contra estos sujetos varios papeles que ocasionaron algunas disensiones.

CARTA CXXVI.

Escrita en Villagarcía á 17 de marzo de 1738, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Faltaron esta semana las cartas de ese reino, porque quizá habrá sido nieve en los puertos la que ha sido aquí agua y borrasca en todo lo que va corriendo de este mes, sin dar lugar al oreo y al paseo, que tanto acomoda á mi salud. No obstante, se mantiene sin mas novedad que el mal asiento que me hace la comida de pescado, con la que comencé y espero acabar la cuaresma. Tambien está en pié mi cuidado de Antolina y de María Isabel, especialmente de esta última, por lo que me decia María Francisca de que estaba inclinada á que padecia alguna inflamacion interna, fundando su conjetura en razones demasidamente sólidas. Hágase en todo lo que fuere mas del agrado de Dios.

Se han despachado órdenes circulares á todas las imprentas y jueces subdelegados del reino para que no se imprima ni un solo renglon contra la *Historia de Fray Gerundio*, y para que todo cuanto se les presentare con aprobaciones, cartas laudatorias, etc., lo remitan de oficio al gobernador del Consejo. De manera que nada se podrá imprimir contra dicha obra, que no se revea ántes en Madrid por los censores públicos nombrados por el Rey.

La Reina se ha hechollevará su cuarto todas las obras del autor de *Fray Gerundio: Juventud triunfante, Historia de Teodosio, Papel de fiestas de Navarra, Compendio de la historia de España, Año cristiano, Muchas cartas á varios particulares*; y escriben que no acierta á leer otra cosa. Los Reyes llevan ya de segunda lectura la primera parte de *Fray Gerundio*. Me aseguran que todos los ministros de los tribunales, todos los señores, todos los que no son frailes, y entre estos casi todos los hombres graves están por la obra. El Maestro Sarmiento dice á gritos que « solo un badulaque dejará de aplaudirla y de admirarla ».

Los hermanos del autor van con la muchedumbre : los mas de buena fe, y muchos á regañadientes; pero tienen paciencia, y disimulan como pueden, lo que les cuesta trabajo.

Mañana se concluirá la segunda impresion del primer tomo, por la cual dan alaridos en todas partes, por ser rarísimo el ejemplar que ha salido de Madrid. El autor pidió veinte y cuatro, y no le han enviado mas que catorce, de los que no le ha quedado mas que uno, porque de Valladolid, Salamanca, Leon, Palencia y Zamora, le han sacado los ojos las personas de mas alto carácter.

Algunos colegios mayores, y muchos sugetos de la primera elevacion empeñaron al Señor Curiel, juez de imprentas, para que les consiguiese por su dinero un ejemplar; y llovieron tantas esquelas de este ministro sobre el que cuidó de la impresion y del despacho, que le ha sido imposible satisfacer á la mitad de los encargos que el autor le tenia hechos para sus cumplidos, comenzando por el mismo autor, para que ninguno se quejase.

Este es un ceñido compendio de lo sucedido hasta aquí, omitiendo otras mil cosas que sería largo contar. Los Gerundios andan aturridos y confusos, esperándose con grandes fundamentos que se logrará la reforma que se desea, de lo que ya se han dado muchas pruebas. Sea

toda la gloria del Señor, y mil gracias sean dadas á su piedad, que te guarde muchos años, como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.—Nicolas mio.

CARTA CXXVII.

Escrita en Villagarcía á 21 de marzo de 1738, á su hermana.

Hija mia : Hasta que descargue esta primera furia de cartas habréis de tener paciencia, si es que la necesitais, para sufrir mi brevedad mas que mi laxitud. De las enfermas y de las sanas será lo que Dios quisiere, y lo mismo sucederá de tu curacion, que siempre será *barata* como sea buena. Dícenme que el tal Barata no es médico, sino cirujano; cúrete él, y mas que sea carpintero. Si *Fray Gerundio* te ha agradado á tí, poco se me dará de que los Gerundios se espiriten de cólera. En el capítulo 1 del libro tercero no tuve intencion mas torcida que en todos los demas. Burléme un poco de los escritores archimetódicos que miden con un compas las divisiones de sus obras; y pasé adelante con la mia. El Anton Zotes que se tuvo presente en ella, fué el mismísimo compadre de madre y vecino de la Antigua, aunque no me ocurrió la circunstancia del parentesco espiritual, y por eso no salió á lucirlo. Si ese Padre Lobon sintiere que su hermano prestase su nombre para la obra, será injusto su sentimiento. A madre y niñas mil ternuras; y adios, hija.—Tu amante.—Pepe.—Mariquita mia.

CARTA CXXVIII.

Escrita en Villagarcía á 21 de marzo de 1738, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : He pasado en la cama casi toda esta semana santa con un fuerte flemon, que he curado como acostumbro. Cesó el dolor, pero aun dura la inflamacion. Confirme Dios la mejoría de las enfermas, y premie con robusta salud la caridad de la enfermera. Sea mil veces enhorabuena por el beneficio simple conferido á Francisco en tiempo tan oportuno. El consejo de la suprema Inquisición mandó suspender la reimpression del primer tomo, y la impresion del segundo « hasta nueva orden ». Esta no se habia comenzado; aquella estaba ya para acabarse. No embargó lo impreso, y solo mandó se reservase depositada en poder del impresor. Estoy fresco, y lo estaré aunque sea completo el triunfo de los Gerundios y acabe de descargar el rayo que amenaza. Los protectores de la obra no son ménos ni ménos respetables que el gremio de los enemigos. Ningunos la hacen mas favor que los que la atribuyen al Padre Losada, porque la suponen digna de tal pluma. Está muy léjos de eso; y ellos muy distantes de toda reflexion. A poca que hagan, conocerán que las mas de las obras que se critiquizan en *Fray Gerundio* son posteriores á la muerte de aquel hombre grande. Perdona el laconismo de esta carta : ni mi salud ni las innumerables á que debo responder, me permiten otra cosa. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.—Nicolas mio.

CARTA CXXIX.

Escrita en Villagarcía á 30 de marzo de 1738, á su hermana.

Hija mia : Hiciste bien en no escribir si no estabas para eso. Así me lo dice Nicolas, y así lo creo fácilmente; porque la temporada que has llevado no permitia

esperásemos otra cosa. Yo me mantengo bueno, sin que la varia fortuna de mi *fraile* haya alterado mi salud, ni aun mi ánimo. Se han conjurado contra él todos los de su palo, suponiendo que con pretexto de los sermones se da contra las religiones en otros asuntos. La conjuración es general y muy fuerte; pero no es ménos fuerte ni ménos general el partido contrario. Verémos quién vence. De cualquiera suerte me quedaré sereno. Si fuere causa de Dios, su Majestad la defenderá; si no la fuere, tampoco quiero yo que lo sea mia. A Nicolas envío un libro, y no puedo enviar mas, porque no los hay. El Padre L... no le echará ménos, segun todas las señas; pero el tiempo le desengañará de la sinrazon de su sentimiento. Adios, hija, que te me guarde cuanto apetece tu amante.—*Pepe*.—*Mariquita* mia.

CARTA CXXX.

Escrita en Villagarcía á 30 de marzo de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Considérote cuidadoso por la noticia que te di el correo pasado de la suspension del *Fray Gerundio*, la que tambien habrá llegado quizá á esa ciudad por otras muchas cartas, aunque acaso desfigurada. Está sereno; porque la obra tiene altísimos protectores y defensores, ademas de lo que ella misma se defiende por si propia, pues hasta ahora no se ha puesto reparo sustancial que no esté prevenido en ella y concluyentemente satisfecho. No se han declarado mas enemigos que los frailes (y no todos), con algunos pocos seglares mas piadosos que advertidos, los cuales, ó no han leído el libro, ó no son capaces de otras reflexiones que de las que los sugieren aquellos. Hay fundadas esperanzas de que saldrá victoriosa en juicio contradictorio; pero si estas engañasen, no hay que pillar fastidio; porque no se ha perdido el mérito ni el fruto. Ayer se entregó en Rioseco á Don Salvador Martinez, mercader en aquella ciudad, un tomo en pasta para que te le dirigiese en la primera ocasion, habiendo sido preciso que me cediese el suyo uno de los censores, para poder remitirte; porque no me habia quedado mas que el mio. Por eso no es posible enviar otro al Señor Arzobispo, como deseaba yo; ni se le envié desde Madrid; porque, no saliendo la obra en mi nombre, sería oficiosidad contradictoria, publicando por una parte lo que ocultaba por otra. El modo con que ahí se ha visto destrozada en cuadernillos ha sido bien inútil; porque, no leyéndose toda seguidamente, no se puede hacer concepto de ella. A Dios, que te me guarde como ha menester tu amante hermano y amigo.—*José*.—Nicolas mio.

CARTA CXXXI.

Escrita en Villagarcía á 7 de abril de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Estoy con el gran cuidado que piden las circunstancias de la familia, y singularmente las de María Francisca, quien no me da poco por la frase con que te explicabas en la última carta. Las de Madrid hablan con mas consuelo sobre la fortuna de *Fray Gerundio*; y segun las diligencias que se hacen y se harán, hay esperanzas de que le dejen libre el paso, pues ya van conociendo muchos que no anima á los contrarios el celo, sino el interés y el desco que prosiga la libertad de bobear en los pulpitos. Cuanto han opuesto hasta aquí, no tiene migaja de sustancia, reduciéndose á que se tratan puntos extraños que tocan en lo vivo de las

religiones, sobre lo cual dispuse una apologia convincente, que ya está en poder del Señor Inquisidor General. Asegúranme que este prelado está ya muy frio, habiendo reconocido la pasion y la vehemencia de los contrarios, sin escondersele el verdadero motivo de ella. En fin, aunque son poderosos por el número los enemigos del *fraile*, no lo son ménos por el peso y por la autoridad sus defensores. Yo estoy muy sereno por lo que toca á este punto, bien confiado de que, si fuere causa de Dios, su Majestad la defenderá. Encomendarlo al mismo Señor, y no pillar fastidio. Miétras tanto, cada día se habla mas en Madrid de esta obra, y cada día salen papelones en pro y en contra de ella, con la circunstancia de que los favorables son todos de mano ó manos muy maestras; y los que la impugnan son de aprendices de poetas y discretos.

Zernádas no ha respondido aun á la carta que le dirigí por tu mano. Si la leyó sin preocupacion, no debe sentirse de ella, porque no lo merece una reconvencion secreta, amistosa y familiar; pero si se resintiere y cayese en la tentacion de echar á volar algun *folleto*, que es su prurito, acaso la perderá doble. Manda y vivo como ha menester tu amante hermano y amigo.—*Jhs*.—*José*.—Nicolas mio.

CARTA CXXXII.

Escrita en Villagarcía á 14 de abril de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Llegaron juntas las dos de 29 del pasado y 5 del corriente, segun el atento estilo que observa el señor mio que tiene complacencia en detenerlas. Ya es ocioso hablar de cosas pasadas, como de mi flemon, melancolía de María Francisca y recobro de las chicas, que cada día será mayor si lo-grais por allá un tiempo tan benigno como el que acá logramos. Yo le disfruto poco, por no permitirle mis tareas, que cada día son mas intolerables, y temo que al cabo dén conmigo en la sepultura, siendo en el día una de las que mas me fatigan la multitud de cartas que me es preciso recibir y escribir, contestando elogios, sufriendo peticiones y adelantando diligencias para que no venza el partido de la muchedumbre. Entre estas, ningunas me abochornan mas que las que me piden libros de todas partes, sin hacerse cargo de lo limitado de la impresion, del rebato con que desapareció, y de que, aunque hubiese sido la mas copiosa, ella sola no bastaria para agasajar á todos los que se llaman ó son amigos míos. Para satisfacer la curiosidad de Coto, como era justo, me vi precisado á enviarle prestado el único ejemplar con que me habia quedado para mi uso; y para cumplir con ese Señor Arzobispo y con padre, fué necesario recoger dos con que habia regalado á dos padres de este colegio, que habian sido censores por la religion. Estos dos libros te los llevará un hermano coadjutor que está para salir de este colegio al de Pontevredra; y luego que los recibas entregarárs ti mismo el de pasta al Señor Arzobispo, á quien hoy se le escribo así, no dudando que, despues de leerle, junte su autorizada recomendacion de la obra á las que de palabra y por escrito han hecho al Señor Inquisidor General los señores gobernador del Consejo, cardenal arzobispo de Sevilla, arzobispo de Zaragoza, comisario general de la Cruzada, obispo de Leon, obispo de Guadix y el Señor Goyri. Estas, y otras del ministerio alto, á cuya

frente está el señor duque de Alba (que me escribió con la mayor fineza), se cree bastarán para contrarestar el formidable partido gerundio, que lo es por su número mas que por su peso; especialmente en vista de la apología que yo mismo remití al Señor Inquisidor general, desvaneciendo concluyentemente cuantos reparos han llegado á mi noticia, y desmontando del todo la batería principal de los Gerundios. Así se lo ha parecido á todos los que la han visto aquí y en Madrid; que no han sido mas que los precisos; porque no es papel que deba divulgarse mientras esté pendiente la causa. No obstante, el correo que viene te enviaré una copia con la debida reserva, si hallo quien la saque, pues en el lugar apenas hay quien sepa escribir; en la escuela no hay muchacho capaz de poner un sobrescrito; y en el colegio, pasando de veinte los hermanos, ni uno solo hay que no esté muy atareado; y aunque tu amigo me ha ofrecido su pluma y su mano, estimádoselo como es razon, nunca lo aceptaré, porque me tienen muy escarmentado sus rasgos y sus oficios. Para sacar esa copia de las coplas que pides, y son las únicas que han llegado á mis manos, ademas de la carta de Chindulza y el romance que me dices tienes ya, me he valido del maestro de capilla, cuyo empleo no permite que se le canse muchas veces. Discorre tú cómo estaré teniendo tanto que escribir, y habiéndolo de hacer todo de mi puño, con la circunstancia de que muchos dias no puedo tener la pluma entre los dedos, porque ha dado en pasmármese el pulgar, y hay temporada en que la vista se me turba de manera que casi escribo á tientas.

No contesté á la especie que me sugerias como necesaria de enviar un libro al Señor N..., porque sino que yo me convierta en libro, no puedo hacerlo, aunque conozco como tú que era razon prestarle este corto obsequio. Dije *corto*, respecto de cada uno de los que son ó se juzgan acreedores á esta atencion; pero muy costoso respecto de todos los que se creen con derecho á la misma, sin hacerse cargo de que por esta cuenta, un autor que tenga mediana comunicacion habrá de gastar su dinero, su calor y su vida para servir á sus amigos; y sucederá con los libros lo que en la matanza de los cerdos, que las morcillas y los lomos van siempre á la casa del vecino; con la diferencia de que el que mata un cerdo, si no come las morcillas de su casa, comerá las de sus amigos; pero en los libros pocas veces se podrá esperar esta correspondencia. El padre predicador tendrá paciencia hasta que salga la segunda impresion, pues debajo de esta condicion ofrecí enviarle un ejemplar: si no saliere, mas la habrá menester yo que su reverencia.

Es cierto que tengo en mi poder una copia de la segunda parte, toda de la mala letra de Don Francisco Lobon; pero no puedo desprenderme de ella, porque si se permite su impresion, necesito tenerla presente para las muchas correcciones que es preciso hacer, arregladas á los motivos ó á los pretextos de la bulla que ha metido la primera. La original de mi letra está en Madrid, aprobada ya por el Consejo y rubricada por el escribano de Cámara, sin embargo de que será preciso presentar otro original con las correcciones dichas; pero de cualquiera manera, imprímase ó no se imprima, en evacuándose la instancia pendiente, te remitiré el manuscrito que tengo, para que logres la satisfaccion de verle, pues muestras tantos deseos.

Cada dia son mayores las instancias de grandes personajes para que pase á Madrid; pero por mi gusto y eleccion primero iré á galeras. Si la fortuna del libro pendiere de este viaje, y si este viaje se deja á mi arbitrio, será desgraciado el fraile fingido, y dichosos los verdaderos. De puertas adentro, nada, nada he tenido hasta ahora que padecer; porque no pueden estar mas favorables los iefes de la provincia, ni los que en ella tienen voto en la materia. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.—Nicolas mio.

CARTA CXXXIII.

Escrita en Villagarcía á 14 de abril de 1738, á su hermana.

Hija mia: Tus dos cartas de 29 del pasado y 5 del corriente llegaron muy á propósito para desahogarme un poco el corazon, que estaba tan lleno de hipocondría, como la mas aventajada que pueda tener cualquiera corazon de pelo en pecho. Mira si te correspondo con fineza, y si el mio es muy parecido al tuyo. Pero no te pase por la imaginacion pensar que este accidente haya sido producido por la varia fortuna del libro. No se me ha dado un bledo por ella, ni se me dará, sea la que fuere. Está muy segura de eso. La fortuna del autor no depende de la del libro: aquella ya esta hecha, sin que nadie la pueda deshacer; y si fuera de pensamientos tan bajos y tan ruines, que hubiese trabajado por la gloria propia, nada tendria mas que desear. Dios, por su misericordia, me ha dado mas honrados ó mas cristianos pensamientos. Eso de desdoro personal, aunque la Inquisicion recoja el libro, es bueno para que lo piensen los entendimientos del infimo vulgo: el tuyo, gracias á quien te lo dió, es muy superior aun á los que son de clase mas elevada, y es lástima que se haya dejado teñir de una aprension tan ajena de su despejo. Dentro de las paredes domésticas nada he tenido ni tendré que sufrir; porque los que podian darme algo que padecer, son los que mas elogian la obra. Majaderos y envidiosos en todas partes los hay, pero estos no hacen mas que número en el comercio de la vida humana. En fin, esto negocio pide mas oraciones que palabras: apríeta á Dios con las tuyas, y dejémonos serenamente en sus manos.

Cayeronme en gracia tus quejas por no haberte dado parte de mi flemon. Bobona, si lo escribo á Nicolas, ¿qué mas me da? ¿Querrás persuadirme que vuestras cartas no son comunes? Véte al rollo. Haz á madre y á las convalecientes una visita; y á Dios, hija, que te me guarde cuanto apetece tu amante.—Pepe.—Mariquita mia.

CARTA CXXXIV.

Escrita en Villagarcía á 21 de abril de 1738, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Nada me dices en tu carta de 12 sobre el libro que te remití y salió de Rioseco tres semanas há en una pieza de paño que Don Salvador Martinez, vecino de aquella ciudad, envió á no sé qué corresponsal suyo de esa, bien empaquetado y rotulado para tí, segun lo previne. Será chasco que suceda con este lo que te sucedió con el que te envié por ese Padro Rector, pudiéndose temer todo por el hambre general que hay de dichos libros, la que igualmente padecen los que no le pueden tragar y rabian por morderle, que aquellos á quienes asienta tan lindamente en el estóma-

go. En órden á desearle con ansia, y á no dejarle de las manos los que le pillan, todos son unos. Los otros dos ejemplares que te llevó el hermano Domingo Fernandez (que salió de aquí para Pontevedra el día 14 por la tarde), al recibo de esta ya habrán llegado á tus manos; y con esto se cerró la plana, si no corriere libre la impresión. El primero que te remití sin encuadernar puedes disponer que se encuadérne y entregársele al Padre Lobon; que es todo el arbitrio que hoy me ha quedado para evacuar mi primera idea.

Ahí va el papel que tres semanas há remití al Señor Inquisidor general, por señas que no me ha respondido ni avisado de su recibo; pero no dudo que llegaría á sus manos, y que el no contestarme será máxima de jnez, como yo no me declaro parte formal. Este no se puede ni se debe divulgar por ahora hasta su tiempo, por la delicadeza de aquel sigiloso arcópagó; y así, á nadie le comunicarás sino á padre y á María Francisca, y me devolverás esa copia después que hayas hecho sacar otra, si quieres hacerlo, para lo que te doy libertad, con tal que ni la lean ni la fies á nadie fuera de los dos expresados, hasta que sea tiempo de que salga á volar.

No tiene este inconveniente esa respuesta original que va adjunta á la carta que me escribió Don Manuel de Ocampo y Solís. Puedes hacerla trasladar, si gustares, y dirigírsela despues con toda seguridad á su dueño. En constándote que ya la ha recibido, no hallo reparo en que dejes correr el traslado, si lo juzgares conveniente. Dime quién es ese clérigo á quien no conozco, pero me ha prendado su sinceridad afectuosa, y formé juicio de que merecia ser contestado con tanta prolijidad. Me devolverás su carta original; porque guardo todas las que me escriben acerca de *Fray Gerundio*, para los efectos que puedan ocurrir.

El señor obispo de Zamora me envió á pedir la segunda parte manuscrita con la mayor instancia por medio del padre rector de aquel colegio, previniéndome que si condescendia con sus deseos, despacharia un propio por el manuscrito, le tendria en su poder los dias precisos que le señalase, y observaria religiosamente todas las condiciones que yo prescribiese. Pareció á este Padre Rector que debia complacerle, y así yo mismo anticipé el propio, enviando al Padre Rector el manuscrito de letra de Lobon, porque mi original está en Madrid, con la limitacion de tiempo y condiciones que tuve por precisas. Allá está, y volverá á mi poder en toda la semana que viene; porque, si saliere favorable la sentencia de la Inquisicion, es preciso dedicarme luego á corregirle mucho, no obstante estar ya rubricado mi original por el secretario del Consejo, para desarmar enteramente á los Gerundios hasta de los ridiculos pretextos con que intentan distraer su verdadera ojeriza al asunto principal de la obra.

Sobre el éxito que tendrá en el tribunal donde se está examinando, no me atrevo á discurrir tan alegremente como pronostican casi todos los que escriben. Dije *pronostican*, porque la noticia que dices se escribió ahí de que ya se dió libertad para que se imprimiese, es falsa. No hay de cierto mas que los buenos pronósticos de los que escriben, fundados acaso en solo su particular concepto, y no en otros principios. Los míos me alientan poco. Sesenta mil enemigos por lo ménos, que están aullando continuamente, sin que les falten auxilios de

pelucas muy autorizadas, y aun de algunas mitras con capilla y sin ella, no son antecedentes para inferir con demasiada seguridad felices consecuencias. Es cierto que el partido contrario es incomparablemente mas numeroso y de mucho mas elevado respeto; pero, como no levanta tanto el grito, porque el gusto nunca hace chillar tanto como el dolor, es de temer que no se le considere tan interesado como realmente lo está por la razon y por la religion. En suma, yo ni desespero ni confio, salvo la confianza que tengo colocada solo en Dios, cuya causa me parece que deliendo.

Mientras tanto, no dejan de consolarme las noticias que escriben de Paris. Dícenme que allí ha metido y está metiendo el libro punto ménos el ruido que en Madrid, y que corre con tanto aplauso, que disputará la preferencia á Cervantes.

Son ciertas las expresiones de Don Isidro Romero sobre el aplauso con que corre en Valencia. Hay en aquella ciudad quien tiene encargado en Madrid que luego que salga la segunda parte se la envíen por posta. ¡Valiente locura gastar cien doblones solo por el gusto ó por la vanidad de leer un libro tres ó cuatro dias ántes que los demas! No me dicen quién, pero sospecho con fundamento que es el duque de Huéscar, cuya brigada está en aquel reino, y él suele residir en Valencia.

Sin duda que es de peso la crítica de Coto; porque es hombre muy leído, de bello gusto y de gran juicio. Segun te explicas, no debe ser contraria á la obra. A mí no me ha escrito su parecer, que discurro lo reservará hasta que me devuelva el libro. Al primo Granda no debe haber llegado todavía, cuando ni él me ha escrito, ni tú me le has tomado en boca despues que se publicó. Generalmente están por él casi todos los benedictinos de Madrid, segun me envió á decir el abad de Sahagun; y en realidad esto me consuela mucho; porque es una de las religiones á quien profeso singular inclinacion y de quien tengo formado alto concepto. Vive y manda como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA CXXXV.

Escrita en Villagarcía á 21 de abril de 1758, á su hermana.

Hija mia: ¿No tienes vergüenza de zumbarme en punto de esterilidad? Hasta en las cartas lo eres tú tanto, que si no parece por ahí otro cirujano portuñes con alguna cura radical para tu pluma, temo se pasen muchos correos en que me des tantas cartas como sobrinos me has dado. Yo no he dejado siquiera uno sin presentarte por lo ménos la pierna de una esquelita, aunque esté mas obstruido de hipocondría que lo está una piedra de fecundidad. Pero tú, ¿cuántos has dejado colar sin ofrecirme ni aun dos deditos adoptivos que pudiesen consolarme? Añádese que una llana de mis cartas vale por cuatro de las tuyas; porque, aunque eres mujer de mucha letra, es de letra abultada; mas la mia es de la que llaman los impresores *entredos*: poca, pero menuda. En fin, allá te disparé el correo pasado una carta de marcar, en cuya respuesta espero me prevengas que no lo decias por tanto, y me pidas que tenga lástima de tu paciencia, ya que no la tenga de tu tiempo. No lo harías si te sucediese con mis cartas lo que á mí con las tuyas, que solo me enfadan cuando llego al fin: es verdad que me desquito de este dolor con volverlas á leer

muchas veces; y aunque ni aun así me parecen largas, logro el consuelo de no acabarlas de leer tan presto.

No te desconsuele tanto la resulta que ha tenido la enfermedad de la pobre Antolina, dejándola como balda de ese lado. Quizá será una felicísima terminación que la asegure en lo sucesivo la robustez que no ha tenido hasta aquí. Yo me inclino mucho á este pensamiento, por varios casos que tengo presentes, y porque va muy de vencida la malignidad de los humores cuando la naturaleza los empuja hácia las partes exteriores del cuerpo. No distan mucho de ellas los que entorpecen el movimiento, ya causen pismo, ya dolor y por eso ceden tan fácilmente á los baños dulces, y á todos los remedios sudoríficos. Ni debes extrañar que así esta clica como María Isabel caminen tan perezosamente en su convalecencia. Siempre tarda mas un edificio en repararse que en venirse al suelo, y cuanto mayor ha sido la ruina, mas tiempo se ha de gastar en el reparo. Haz á las dos una tierna visita en mi nombre, diciéndolas que serán muy ingratas á la misericordia de Dios si no emplean bien una vida que su piedad las ha alargado casi milagrosamente. A madre la darás la enhorabuena de las dos hijas que acaba de parir, y de las fuerzas que el Señor la ha concedido, las cuales, si no han sido milagrosas, por lo ménos han tenido poco de ordinarias.

Mujer, déjame en paz con los Gerundios, que ya me tienen abochornado: no siento sus badajadas, pues las tuve muy presentes cuando no eran mas que futuras, sino los embustes y las patrañas que fingen para engrosar su partido. Es verdad que por este torpe medio, en vez de adelantar conquistas, van perdiendo terreno á proporcion que se va extendiendo el libro, prestándose á otros los que ya le han leído. El suceso que tendrán en el Santo Tribunal sus descompuestos alaridos, es muy dudoso: los mas me dan buenas esperanzas; pero ya soy viejo, y no me calientan pronósticos alegres hasta que los vea cumplidos.

Nicolas te comunicará mi respuesta á cierta carta que tuve de ese reino, y el papel que remití al Señor Inquisidor general, satisfaciendo á los reparos que habian llegado á mi noticia. Este, no solo no debe divulgarse por ahora, pero ni aun confiar á persona alguna que se haya escrito; porque, como se presentó en un tribunal tan serio, tan delicado y tan sigiloso, puede hacer sentimiento de que se rezume hasta su tiempo. Pero mi respuesta á la carta no tiene inconveniente que se divulgue despues que haya llegado á manos de su dueño. Casi al mismo aire que discurrieron los cuatro frailes que hablan en ella, discurren todos los demas que hacen número, y no opinion. Considera tú qué aprecio merecen sus impugnaciones.

Dejo con dolor la conversacion hasta la semana que viene; pero no te perdono el falso testimonio que me levantas tratándome de «Pepon el seco», pues respecto de tí no me sobra otra cosa que juro en el corazon. Vive, querida mia, tanto como desea tu mojadísimo.—Pepe.—Mi Marica.

CARTA CXXXVI.

Escrita en Villagarcía á 28 de abril de 1753, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: El correo, que regularmente llega el sábado por la noche, no llegó hasta el mártes por la tarde: tan furiosas han sido las aguas de

casi toda la semana pasada. Basta decir que este riachuelo, á quien llaman Rioseco con toda propiedad, ha tenido y todavía tiene casi tanta madre como el Ebro. Por este tiempo no se ha visto en este país mayor inundación. Sin embargo, no he oído hasta ahora desgracia alguna; pero estaré con cuidado hasta saber que llegó felizmente á esa ciudad el hermanito por quien te envié los dos *Gerundios*; porque es algo intrépido, y temo no le suceda alguna fatalidad. Hoy se ha sabido que dirigió su camino por Leon, de cuyas cercanías es; y así por este rodeo, como por alguna detención en su casa, sobre la que le ocasionarian los rios, puede dilatarse su arribo, de manera que ni aun en respuesta de esta corresponda el recibo de los libros. Ellos son desgraciados en todo, ménos en su primer despacho, pues apenas uno ha arribado á su destino cuando yo lo deseaba. El que fué por Rioseco no salió el día 2, segun me lo habia asegurado el compañero de este procurador, á quien se lo entregué para que le encaminase; sino la semana siguiente, por haberse detenido el maragato. Esto me respondió al cargo que le hice en fuerza de tu carta; y preguntándole á qué mercader de esa ciudad se dirigió, no sabe dar razon; pero ofreció que me la daría ántes que partiese el correo, para que puedas acudir por él; porque, como va dentro de una pieza de paño y es tan codiciado el libro, puede el mercader sospechar lo que es y hacerse remolón hasta leerle.

No detengas un instante la entrega del libro al Señor Arzobispo, y hazla en propia mano de su ilustrísima, observando cuidadosamente sus palabras y sus gestos para penetrar su verdadero concepto, que en el día importa mucho la aprobacion ó la desaprobacion de un prelado de su clase. Por lo demas, el negocio duerme hasta que despierte con estampido, que precisamente le ha de dar hácia cualquiera parte que se espurra; ni hay por ahora otra novedad cierta que los papelones en pro y en contra que brotan cada día. El que hoy hace ruido es un abultado mamotreto del Padre Marquina, capuchino, que pasa de diez pliegos, y todavía no ha espolgado mas que el primer libro de la historia gerundiana. Su asunto es probar que la obra es sacrílega, herética y blasfema, denigrativa del estado eclesiástico, secular y regular, ofensiva al tribunal de la Fe y vulnerable de la potestad real. Enviáronmela este último correo, y me ha divertido mucho; pero mas divertirá con el tiempo á los lectores la respuesta, si llegare el caso de divulgarla. No he visto escrito mas loco, mas tonto, mas inconexo, ni autor mas satisfecho de su trabajo. De esta fuente y otras semejantes nacen las voces que se escribieron ahí desde Madrid de que «la obra ocultaba mas veneno del que parecia». Este es el empuño de los Gerundios, pretender persuadir que la obra se escribió precisamente para hacer contemptible el estado; porque, como no tienen que replicar contra su verdadero asunto, que los atraviesa el corazon de parte á parte, divierten el agua por donde les parece que le puede aprovechar el regadío.

No tengo noticia de que se haya formado tal junta de hombres doctos, ni es esa la práctica del Santo Tribunal. Habrá llamado algunos calificadores para oirlos en una ó en muchas sesiones despues de haber examinado el libro, si es que le han examinado ya, y esa se llamará junta de hombres doctos; pero de cierto se puede ase-

gurar que cuanto se escribe sobre esto es pura adivinación; porque el sigilo con que camina en todo el Santo Tribunal, no permite mas que conjeturas.

Mal harás en despojar á María Francisca de su libro por dársele al padre predicador. El arbitrio que te sugerí el correo pasado basta para que se contente; fuera de que, deberá hacerse cargo de que lo que yo escribí fué en confianza de la segunda impresion, y mientras esta no corra, no obliga la palabra.

La dedicatoria que me envías es pieza digna de engastarse en cualquiera obra de gusto, y mucho mas en la de *Fray Gerundio*, por ser visible que se hizo en desquite de lo que en la primera parte se zumba de otra «á los tres únicos soberanos príncipes hereditarios en el cielo y en la tierra», cuya trova es esta. Pero es preciso confesar que la trova hace grandísimas ventajas al texto en los disparates. Me da el corazon que el tal doctor ha de escribir tambien su papelejo contra *Fray Gerundio*. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA CXXXVII.

Escrita en Villagarcía á 12 de mayo de 1753, á su hermana.

Hija mia : Alguna satisfaccion es del pecadillo que cometiste el correo antecedente, dejándome sin carta, la bellísima que me escribes en el de hoy. Si te agradó tanto la que respondi al verdadero ó fingido clérigo de los aldeaños de Pontevedra, doyla por bien escrita y por bien empleado mi trabajo, aunque se dirigiese á un fantasma ó á un sátiro. Tu solo gusto vale para mí el gusto de todo el mundo. Pero yo todavía creo que el tal clérigo es persona real y verdadera, hombre de carne y hueso, mesmamente como si fuera un cristiano. Ni me puedo persuadir á que su intencion fuese maligna; porque no veo señales de eso, aun con todas las luces que me comunicais. El Padre Ministro, que me entregó la carta, lo hizo sin duda con la mayor sanidad del mundo. Tanto conoce él al clérigo como yo : hallóse con ella, y con una escuela en que le suplicaba su autor que la leyese y me la entregase, ó me la remitiese si por casualidad no me hallase aquí. Lo único que me da mala espina es, que vendiéndose él mismo por tan amigo de nuestra casa y por tan favorecido de padre, no tengais la menor noticia de él. Esta es la única presuncion contra su sinceridad : ella es fuerte, pero no tan convincente que no admita salida. En fin, sea lo que fuere, ningun daño hará que la carta se divulgue.

Admiraste de mi sangre fria y de mi serenidad. Mas te admirarás cuando leas la respuesta al papelote del capuchino, y la burla que hago de sus desvergüenzas de á folio, y badajadas de á dos en quintal. Estas cosas no se deben tonar de otra manera. Cuanto fuere mayor la desvergüenza, ménos hiere á quien se dirige, y mas perjudica al que la escribe. Si este fraile tiene razon, estás como en una caja, porque logras la fortuna de tener un hermano mucho mas hereje que Lutero y que Calvino, y mas perjudicial á la Iglesia de Dios que todos los monstruos que hasta ahora ha abortado el infierno contra ella. ¿Qué mas quieres, picacona? ¿Puedes aspirar á mayor gloria de tejas abajo, y bien abajo? ¿Y querías que yo pillase fastidio por esto? Véte enhoramala; que no quiero.

Casi estaba por aconsejarte que tampoco le pillases tú,

aunque saliese ejecutoriada tu esterilidad en juicio contradictorio. ¿De qué te ha de servir el tener hijos, si eres tan desgraciada con los tuyos como yo he sido con los míos? Ya ves cómo anda por ese mundo de Dios este hijito de mis entrañas que acabo de dar á luz. Fuera de que, ¿qué dirán de tí si te ven parir sobrilos de un here-siarca? Piénsalo bien, y despues no te llames á engaño : por lo ménos no dirás que no te avisé con tiempo.

¡Válgate Dios por Antolina, y qué sustos que nos da! Sin embargo, no discurro tan melancólicamente como tú, y todavía espero saber que por medio de tantos golpes ha llegado á conseguir una decente robustez. Quíralo Dios, como se lo suplico todos los dias. Tú no la escasees tus visitas en tu nombre y en el mio, como tambien á madre y á María Isabel; pero, hija, sea esto sin el menor perjuicio tuyo.

Me alegraré que Doña Juanita Tomasa haya leído ya el libro, por las ansias con que mostraba desearlo, y porque, con efecto, si no fuere la mas fina, es la mas constante en parecerlo, aunque yo solamente me fio de quien debo; ¿mas va que piensas eres tú? ¡Valiente satisfaccion!

El tiempo ha mitigado por acá su furia llovediza. Si continuara, se perderia en Campos la cosecha por sobra de agua; que sería un fenómeno bien extraordinario. Ayer tuvimos un buen dia de campo, aunque para mí se acabaron ya las diversiones, no pudiendo lograr otras que la de estar continuamente con la pluma en la mano y tratar con los muertos para defenderme de los vivos. Asegúrote que de puro tener el c... en la silla, está mas callosa y mas llano que el de una mona.

No puedo negar que te di licencia para que dejases de escribirme siempre que te incomodase; pero puedes estar cierta de que ninguna cosa me incomoda mas á mí que el que uses de esta licencia. En fin, algo se ha de hacer por un amigo; pero por una amiga, ¿qué no se ha de hacer, y qué no se ha de padecer?

¿Sabes cuántas cartas van con esta en la semana que corre, y todas de mi puño? Cincuenta y dos. Ahora voy á consolar á una monja. En cada correo hago mas papeles diferentes que en aquella comedia (no me acuerdo cómo es su gracia) donde son treinta y seis las personas que hablan en ella; pero ninguno represento mas al natural que el de fino amante tuyo.—*Pepe el desdentado*.—Mi bella Mariquita.

CARTA CXXXVIII.

Escrita en Villagarcía á 12 de mayo de 1753, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Mucho celebro que esté ya en manos del Señor Arzobispo el libro que le remití. Ahora pasarás á las mismas el pliego adjunto, despues de enterarte de él, quedándote con copia de la carta del señor arzobispo de Zaragoza, si gustares; pero reservándola para tí solo y para María Francisca hasta su tiempo.

No puedo vencerme á creer que la carta del clérigo de Pontevedra sea de persona fingida, ni mucho ménos que se escribiese con intencion maligna. Ningunas señales descubro de eso, ni estos padres la han descubierto aun despues de informados de tus recelos. Si no obstante lo fuere, es preciso confesar que no es posible disimularse mejor la perfidia en traje de la mas noble y mas cándida sinceridad. En todo caso tu previa diligencia ántes de

enviar mi respuesta fué muy prudente y muy oportuna. El tiempo nos desengañará. Como quiera, sea verdadera ó sea fingida la carta, no hay inconveniente en que mi respuesta se divulgue; y en caso de ser supuesta la primera, á ninguno le llegará mas al alma que á su autor. Este Padre Ministro tampoco le conoce: hallóse con sola una esquila en que le suplicaba su amigo Solís (así se firmaba), que me la entregase, ó me la dirigiese si estaba ausente; y la esquila es de la misma letra y nota que la carta.

Creeré que Marquina se arrepienta presto de haberse metido en este berengenal. Mañana irán á Madrid los últimos pliegos de la primera carta en respuesta á su necio y furioso papelon. Seguiránse otras de la misma tinta, aunque pienso bastará la primera para que todos le conozcan por lo que vale, y para que no se atreva á parecer entre gentes. Todas las verás cuando se concluyan, y cuando se ofrezca ocasion segura de remitirlas.

El señor obispo de Zamora me restituyó con la mayor fidelidad y con los mayores elogios el manuscrito de la segunda parte, diciendo que hace muchos excesos á la primera. Acompañó la restitution con un bote de cuatro libras de tabaco rico, y lo mas estimable para mí, con algunos reparos harto sólidos, aunque reducidos á solos dos. También ha escrito y escribirá á sus amigos de Madrid recomendando mucho la obra.

Puede ser que no sea tan general la aprobacion de los benedictinos, como me envió á decir el abad de Sahagun. Inclínome mucho á eso por las noticias que me das y por otras que tengo; siendo tambien una fuerte presuncion el misterioso silencio del primo Granda. Pero á lo ménos la aprobacion del Maestro Sarmiento es muy segura y muy pública en Madrid: el dictámen del Maestro Feijóo allí le leerás en su carta original, que espero me devuelvas.

No me puedo acordar del libro que fué por Rioseco, sin abochornarme. Apénas he remitido libro alguno con que no me haya sucedido lo mismo. ¡Notable fortuna de obra, y notable desgracia de su autor!

Por no abultar mas el pliego, no te remito otras bellas coplas que me enviaron de Madrid el correo pasado. Irán el que viene. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José. — Nicolas mio.

CARTA CXXXIX.

Escrita en Villagarcía á 19 de mayo de 1758, á su hermana.

Hija mia: Es cierto que allá en tiempo del arpa, cuando se daban las paraletas, y las damas tenían el cabello de oro, la frente era una sierra nevada, las cejas dos arcos iris, los ojos un par de soles, la boca el poro de un clavel, los dientes unos cuadrilongos de marfil, la garganta un cañon de alabastro, y todo lo restante á proporeion: cuando los galanes cortejaban entre doce y una de la noche, primero con una guitarilla, despues con endechas tristes; á estas se seguian los suspiros; y por último favor, allá cerca de las dos se dejaba sentir la dama en una reja que caía á la calle; llamaba al galan con un *cé, cé*, y tal cual vez con una tosecilla en secreto; porque cuando se llegaba á abrir la puerta del jardin que daba hácia el parque, ya no habia mas que desear: digo que en aquel tiempo, si un galan dijera á una dama que no la escribía porque no quería, no lo contaría por gracia; y que si llegase á correr la voz de la desvergüenza,

todas las rejas del lugar, y aun las de los lugares á la redonda, serían de hierro para él. Pero ya los tiempos son otros; y desde que las damas comenzaron á ser de carne y hueso, como lo eran antiguamente las dueñas, y desde que los galanes se despidieron de las rejas (salvo que galanteen á monjas), quitándose de trasnochar y dispensándose de las vigiliass por comer de carne: desde que no tuvieron necesidad de la puerta del jardin para entrar, logrando franca la puerta de la calle á todas horas y en la mitad del día; en fin, desde que dejándose de preámbulos dieron en comenzar por donde acababan nuestros abuelos, ya un «no quiero» en su boca tiene infinita gracia, y dicen los naturales que hoy día un «no quiero» dicho con oportunidad tiene admirable virtud para que ellas quieran todo lo que quieren ellos. Lo que hay de cierto en la materia, yo no lo sé: solo sé que he hecho una apología pasadera de mi «no quiero», y que harto será que no gustes de que te diga otra claridad para que haga otra apología. Ahí van esos cuatro rendimientos muy de corazon, que sin duda derretirán el tuyo, así como habrán derretido el del Señor N. los que le lize en mis dos últimas cartas, agradeciéndole la desconfianza con que me honraba, como si fuera la mayor fineza. Y luego dirán que por no ser politicon estoy arriñonado, cuando pudiera mandar al mundo.

Muy distante está de heredar mi querido hijo Fray Gerundio, no solo por el estado de su profesion, sino por el presente estado de su causa. Es verdad que, segun me escribe una Excelentísima (1), el Papa le ha acariciado mucho. Díceme que el Nuncio se le envió á su Santidad, y que este le respondió con muchas gracias por el regalo, diciéndole que le habia leído todo con gran gusto, celebrando mucho el ingenio del autor, y concluyendo con que el libro nada tenia de malo sino el no haber salido mucho tiempo ántes. — Todo tuyo. — Tu Pepe. — Mariquita mia.

CARTA CXL.

Escrita en Villagarcía á 26 de mayo de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: El papelon de Marquina no puede salir de mi poder mientras no acabe de responderle, y esa es obra larga, en medio de que no levanto la mano de ella. Dicen los pocos que han leído los nueve pliegos que ya tengo escritos, que en su línea aun es mejor que el *Fray Gerundio*; pero no sé si se imprimirá. No tengo mas copia que el mismo original, y no es razon exponerle, pues solo se ha sacado el trasunto que ha ido á Madrid, en lo que está ocupado toda la semana mi único copista. Ten paciencia; que ya procuraré complacerte. Mientras tanto, diviértete en leer esa carta que vino el correo pasado, y la tengo por lo mejor que ha salido en defensa de la obra. La absolucion de esta tiene hoy mas apariencias que nunca. El señor cardenal arzobispo de Sevilla escribe al Padre Rector con toda resolucion, que sin duda saldrá libre.

El canónigo huye el cuerpo á la dificultad, y en esa misma fuga da á entender su inclinacion al dictámen de la muchedumbre; pero no discurre bien sobre lo que se dice acerca de la aprobacion del tercer tomo del *Teatro critico*: más es apología que sátira lo que se dice de ella. Vive y manda como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José Francisco. — Nicolas mio.

(1) La excelentísima señora condesa de Santa Eufemia.

CARTA CXLI.

Escrita en Villagarcía á 2 de junio de 1738, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Ese ilustrísimo me escribe ponderando mucho mi apología y mi respuesta al cura liugido, confesando que ni una ni otra admiten réplica, y que, sin valerse de otros materiales, tiene sobrados para formar su representacion. ¡Qué fuera si hubiera visto los doce pliegos que ya tengo escritos en respuesta al Capuchino, y aun estamos muy á los principios! El Señor Abad los ha leído, y asegura que es mucha mas obra que la de *Fray Gerundio*. Segun la tela que tengo cortada, excederá aun quizá en el volumen. Cada correo tengo que remitir á Madrid dos ó tres pliegos, que pasan inmediatamente á manos del Señor Inquisidor general: este los lee con singular complacencia, y ha mudado mucho de semblante: me ha mandado prevenir que no deje esta obra de la mano, y que no la divulgue «hasta su tiempo», tanto, que no quiere la vea ni aun el mismo Capuchino, hasta que le llegue su hora. En fin, parece que el negocio camina con toda felicidad; y los que saben algo de lo que pasa interiormente, no dudan de su éxito feliz.

Es cierto que la práctica comun del Santo Oficio es no dar traslado á los autores de los capítulos de las delaciones que se presentan contra sus obras, por no hacerlo un pleito interminable. Así me lo escribió el mismo Señor Inquisidor general, respondiendo á mi primera carta; y aunque me avisaron de Madrid que, no obstante esta respuesta, insistiese en que se me comunicasen las acusaciones; porque tambien habia algunos ejemplos en contrario, y el carácter de la obra pedia esta especial gracia, me pareció mas conveniente no insistir, contentándome con satisfacer á los reparos que se habian puesto en cartas y en papelones, pues no serían otros los que se habrían expuesto en las delaciones judiciales, y lograba de esa manera desvanecerlos, sin destemplan al Señor Inquisidor general con instancias que le podían sonar á tema ó á desconfianza. El medio me ha salido bien, pues me consta que nada le ha hecho tanta fuerza como mi frescura y mi sosegada indiferencia.

Granda escribe con juicio, y no puede hablar de otra manera mientras no vea la obra. Con efecto, los benedictinos están divididos, y no es tan general su aceptación como me lo habian pintado á los principios. Si saliere la segunda parte, entónces se arrepentirán, viendo que de ninguna familia se habla con mayor amor ni con mas concepto. El de los de mi paño es muy favorable por punto universalísimo: de modo que jamas me prometí tanto. Solo en Roma han llevado á mal su publicacion anticipada, por los informes de algunos pocos toledanos; pero se espera que con la mudanza de gobierno mudarán tambien de parecer. En todo caso, así el Vice-Provincial como el Secretario han estado finisimos en defensa de la obra y del autor; por lo que se hace preciso que en llegando á ese colegio hagais con uno y otro alguna demostracion de agradecimiento, cortejándolos tambien á entrambos con particular cariño.

No sé qué diga sobre la carta de Cernadas á Domingo Antonio. Si es cierto lo que da á entender en ella, se calentó demasiado, y no la merecía una reconvencion puramente privada y amistosa sobre un descuido de su

pluma, que no se puede excusar sino que sea haciendo mayor el agravio. Como él tenga valor (que lo dudo) para no publicar nuestra disputa, por mí nunca se divulgará; pero si no se pudiere contener sin echar á volar su trabajo, acaso se arrepentirá fuera de tiempo, y yo tendré un verdadero dolor de romper con un amigo tan antiguo.

Mañana va el Señor Abad á hacer mision en Villalpando, despues de la cual volverá quizá á este colegio para descansar algunos dias. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. —Jhs. —José. —Nicolas mio.

CARTA CXLII.

Escrita en Villagarcía á 2 de junio de 1738, á su hermana.

Hija mía: Ya se pasó la octava del Corpus, que para mí ha sido semana de pasion. El dia del Señor fuí con otros cinco del colegio á llevar el palio en la procesion de la villa, como se acostumbra; y aunque no estaba el sol muy fuerte, el poco que me dió se reconcentró en la cabeza tan de gana, que no salió de ella en muchos dias. Ya se fué, gracias á Dios; y yo le he tomado tanto miedo, que aun visto me estremece. Aquí venía de perlas decirte que solo por esto me alegraba de no verte; pero está á pique de que lo creas, y tanto temo enojarte como lisonjarte. Esta mañana se fué la gruesa de huéspedes: solo hemos quedado con el Señor Goiri, que parte mañana á hacer mision en Villalpando. Tampoco ha contribuido mucho para mi alivio el indispensable cortejo de tanta gente honrada, porque en realidad no me da el naípe para cortejante.

He leído la loca dedicatoria de ese doctor, que él solo vale por una casa de orates. Teníale por mucho, pero no por tanto, ni aun por la mitad. Ahora solo me resta la duda de saber cuál de los dos es mas loco, si el que hizo la dedicatoria, ó el que la admitió y luego que la vió impresa no solicitó que se recogiese. En parte me alegro que esta prueba de aquella infeliz cabeza venga por tu mano, para que acabes de desengañarte, si no lo estabas ya en virtud de tus propias experiencias y de lo poco que te dije en fuerza de lo que yo habia observado en él. Compadezcámonos de su trabajo y de los que le han de sufrir por precision, pidiendo á Dios que lo remedie, como puede.

Nada me dices de las chicas, siendo este el punto mas sustancial para mí despues de tu salud; que esta no admite cotejo. Avisásteme de la muerte de N., pero no de sus lastimosas circunstancias, que no snpe hasta pocos dias há: dijéronme que le habian muerto á estocadas, pero sin expresarme la ocasion, que me temo fuese la mas comun, pues ya se sabe que las mujeres han muerto á mas hombres en la calle que los médicos en la cama. Todo me contristó mucho, confirmándome en mi invariable resolucion de dejar que cuiden de los muchachos los que cuidan de llenar al mundo de ellos. De esta regla general quedarán solo exceptuados los tuyos; porque es preciso mirarlos como míos. A Dios, hija, que te me guarde cuanto quiere tu amante. —Pepe. —Mi querida Mari-Paca.

CARTA CXLIII.

Escrita en Villagarcía á 9 de junio de 1738, á su hermana.

Madama: No puedo snfrir la picardia de que no hago caso de tus males porque no te pregunto todas las sema-

nas en qué grado está el barómetro de tu cabeza. ¿Qué gusto me ha de dar el hacerte esta pregunta estando cierto de que me has de responder que no la tienes buena? Y lo peor del caso es que en esto hay tanto de modestia como de realidad; siendo bien extraño que diga no tiene envidia á mi entendimiento una mujer que casi todos los miércoles de Dios firma de su mano y pluma, que tiene la peor cabeza del mundo. Creía yo que por lo mismo cualquiera otra cabeza era para tí muy envidiable. No soy vengativo; y así, confieso de buena fe que ningún entendimiento debieras envidiar, si correspondieran á los partos de este los de todo lo demás. ¿Qué razon habrá para que habiéndote dado yo á tí nueve sobrinos públicos, sin contar otros que por varias causas se les dió distinto padre, no me correspondas tú siquiera con uno? Vaya que eres un peñasco.

Al pobre Barbadiño le acaba de suceder un trabajo. Habíale traducido en castellano: llevaba el Señor Muñoz el privilegio para la impresion, á fin de que le firmase el Rey. Oyólo la Reina y dijo: «No; que ese hombre habla muy mal de Portugal, como se lee en *Fray Gerundio*»; y el Rey se conformó con esta resolucíon. Así me lo escriben de Madrid, pero no es alguno de los cuatro evangelistas. La lástima es que al pobre fraile se le mueren sus amigos. El Papa ya está allí, y otros se van acercando. En medio de eso me aseguran que no saldrá mal librado; y aunque hay variedad de pareceres, porque unos dicen que se le rasurará un poquitico, y otros que no se le tocará ni un pelo, convienen los mas en que se le dará su patente para que haga con libertad misíon en todo el mundo.

Los que suponen ser parto del Padre Losada la obra de *Fray Gerundio*, hacen al pobre viejo un agravio que Dios se lo perdone, y á mí me hacen una merced que Dios se la pague. En todo caso estos son los que forman concepto mas ventajoso de la obra; y si su verdadero padre hubiese sido bautizado en *Saint Fins*, no le pondrían á pleito este chiquillo. No te mates por defender su genealogía; y contenta con saber que es legitimo sobrino tuyo y de legitimo matrimonio, désete un bledo porque le supongan hijo de la Iglesia.

Si tuviste el gusto de oír el miércoles al Padre Lobon, cinco de casa tuvimos la complacencia de oír el domingo á su hermano Don Francisco. Predicó en su iglesia de San Pedro, á San Felipe de Neri. En la conversacion le habia oído mucho, en el púlpito nada. Hizolo con juicio, con espíritu, con modestia y con despejo. El domingo anterior habíamos oído en nuestra iglesia al señor abad de San Isidro, y con todo eso el domingo siguiente oímos sin la menor disonancia al cura de San Pedro. ¡Mira tú que elogio le hecho tan verdadero como delicado! ¿Cuándo has de tener tú habilidad para otro tanto? ¡Sobre que eres un zángano! En medio de eso, si yo fuera abeja, no te habia de matar. ¿No es así, querida? Vive muchísimo.—Tu amante.—Pepe.—Mariquita mia.

CARTA CXLIV.

Escrita en Villagarcía á 9 de junio de 1738, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Devuélvete la carta de N., que leí con gusto. En ella alabo mucho la realidad con que se explica, y apenas tengo otra cosa que alabar; porque los reparos que pone merecen poco elogio. El de

la digresion del Barbadiño está preocupado en el prólogo, y aunque él dice que no hasta esta satisfaccíon, tampoco basta que él lo diga: es menester que lo pruebe. Las especies que dice acusan algunos de *atroces*, serán las de los Gerundios. A esto se les ha respondido de manera que no tienen que replicar. La cuestíon para él tan problemática de si la obra es tan prudente como célebre, dejaria de serlo si reflexionase bien que, apurados ya todos los demás medios, solo restaba este que, siendo lícito, y muy lícito, no debia omitirse. En fin, se conoce que el caballero habla ya tinturado del dictámen de su amigo el viejo, que, habiendo tenido la flaqueza de divulgar en la ciudad (y no sé si fuera de allí) su carta y la mia, pretende hacer partido. Es hombre grande, pero es hombre.

Don N. ha entablado ya conmigo su regular correspondencia. Envíame su romance del Barbero contra Marquina, y la carta agrídulce en prosa y verso que escribe á Fruime, con ocasion de haber puesto en décimas la instruccíon que dió á su S. Ni una ni otra están tolerables, y así se lo doy á entender, diciéndole sentiria mucho que se publicasen; porque sería especie de sacrilegio engañar á un hombre de tan honrado y tan noble corazón. Si fuera tan buen poeta como amigo, sería el mejor poeta del mundo; pero le falta tanto de uno como abunda de lo otro. Dudo mucho que Fruime le hablé con tanta claridad, y estoy cierto que si no le hubiera menester tanto, sería quien mas se burlase de él, sin que me atreva á apostar que no lo haga á su satisfaccíon con los que lo fueren de ella. Tambien le significo cuánto me ha disonado que en dos papeles impresos le haya zumbado Fruime sobre sus mocedades. Estas porquerías y flaquezas no son materia de zumba pública, respecto de un amigo, en pluma de un eclesiástico, y en asunto por su naturaleza piadoso, aunque tratado con festividad, sin que disminuya su disonancia el dirigirse á un soldado. La primera vez que las leí, me abochornaron mucho sin conocer al sugeto; hoy, que le conozco, no las puedo tolerar; y harto será que su paciencia no le perjudique en el concepto de muchos que le tratan.

En la primera carta que me escribió me decia que se estaba disponiendo una obra graciosísima en defensa de *Fray Gerundio*. En la segunda me repite lo mismo, y aun se adelanta á ofrecer que en el primer correo tendria yo un ejemplar de ella; pero ni en una ni en otra me da señales de que Fruime sea su autor. La facilidad de este es sin duda prodigiosa, pero la gracia no es de las mas delicadas, consistiendo casi toda en dichicos y en equivoquillos, que ya no gustan á los críticos del tiempo, aunque no se puede negar que ha escrito algunas coplas verdaderamente nobles. Tampoco hacen ya la mayor fuerza ni las impugnaciones ni las apologías en verso: sirven para la diversion, pero no para mudar de parecer. Por otra parte, dudo que, habiéndole picado tanto como le picó, aunque sin razon, mi carta privada y amistosa, se haya querido empeñar en reñir pendenencias mías. Solamente la porfia de un hombre á quien necesita tanto, le habrá podido reducir á eso. En fin, veremos lo que sale, pues si fuere parto suyo, luego se conocerá, y no podrá contenerse sin echar sus pullicas contra el mismo á cuyo lado se pone.

El sol se desquita bien de lo mucho que nos per-

donó en el invierno. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA CXLV.

Escrita en Villagarcía á 16 de junio de 1758, á su hermana.

Hija mia: Al recibo de esta ya habrás descansado de la funcion de tu parroquia: los huesos estarán en su lugar, las piernas cumplirán con su obligacion, la cabeza se tendrá sobre los hombros, y los brazos podrán luchar mano á mano con el argadillo. Solo son incurables las heridas de la bolsa; y aunque algunos dicen que son tan gloriosas como las cicatrices que dejan en la cara los golpes de la guerra, yo no soy de esta opinion, y no me valdré de este pensamiento en ninguna dedicatoria; porque todo lo que se gasta en lucir, arde; y todo lo que se emplea en brillar, quema. Por eso nunca han sido de mi gusto ni de mi aprobacion las fiestas de pólvora. Deséote una salud tan robusta como la que yo tengo, y una paz tan octaviana como la que gozo, con admiracion de los que vienen á Villagarcía á ver repetido el milagro de la zarza que en medio de las llamas no se quemaba, conservando todo su verdor y lozanía. He tenido esta semana tres visitas de tres religiosos, carmelita descalzo, mercenario calzado y un benedictino. Todos tres vinieron para rezar un responso sobre la sepultura del autor de *Fray Gerundio*, ó á lo ménos, para hacer con él lo que los amigos de Job cuando estaba en el muladar. Quedáronse atónitos y pasmados al verle, no solo vivo y sano, sino gordo, rollizo, colorado y fresco, que era un alabar á Dios. Juraron todos tres, cada cual por su respectivo escapulario, que esto sin milagro no podia ser; y aunque yo procuré persuadirles á que lo contrario no podia ser sin milagró, no lo pude conseguir. En fin, todos se fuéron convencidos á que debió ser verdad la mentira de Aquiles, y á que á mí me bautizaron sin duda con agua de la laguna Estigia para hacerme invulnerable. Hoy, todo el empeño es ver si pueden encajarme en el talon algun flechazo, y por eso me andan acechando á los carcañales.

Siendo tan insensible á este género de dardos, no soy sino extrañamente delicado á los de otra especie. Hablo de los que me penetran el corazon cuando se trata de tu salud, de la de padres y las chicas. A todos cuatro me los pintas tan vivamente, que en parte me disminuyes el dolor, por ser yo de opinion que el que ama con vehemencia, siente ménos lo que ve que lo que imagina, porque los ojos nunca pueden llegar adonde llega la imaginacion. Los vahidos de padre son muy peligrosos, y tu temor demasiadamente fundado; ¿pero quién lo podrá remediar en un señor acostumbrado á no sufrir que le gobiernen? Recibe un buen abrazo de mi parte; y á Dios, que te me guarde cuanto quiere tu amante.—Pepe.—Mariquita mia.

CARTA CXLVI.

Escrita en Villagarcía á 16 de junio de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: En Madrid prosigue el alto silencio. Recíbense mis pliegos con exquisito gusto, celébranse con extraordinario aplauso, y se leen con admiracion. Escríbenme que no creian que el autor de *Fray Gerundio* fuese tanto hombre. Respóndoles que, sea poco, sea mucho, es preciso que cada dia lo sea mas.

Todo bien considerado, no quiero ver el papel de Fruime, que siempre di por supuesto estaria en el delicado gusto que me significas; pero nunca supuse, ni aun ahora lo supongo, que satisfaria á muchas de mis cláusulas *convincientemente*. Ni una sola hay que admita satisfaccion probable, habiendo extrañado no poco en esta parte tu grande docilidad. El darse por ofendido de que yo solo, entre tantos, me hubiese metido voluntariamente á juzgarle *ex cathedra*, acredita su extrema delicadeza. No es voluntario el repeler á un agresor injusto. No es definicion *ex cathedra* un aviso privado y amistoso, aunque fuese un poco vivo. Y no es de admirar que entre tantos yo solo se le diese, cuando entre todos no puede contar amigo mas antiguo ni mas fino. La queja sería justa si la advertencia se le hubiese hecho en algun escrito público; pero resentirse tanto de una carta particular, solo cabe en quien no tiene por amigos á los que no aprueban todo lo que escribe y todo lo que hace. La horrible sotana que me da es el mejor testimonio de su genio, y muy propia del que pretende hacer papel en el mundo á título de «capellan de la Virgen y fino amante de la Madre dolorosa». No sé lo que haria si la leyera: solo sé que para hacer lo que manda el Evangelio, era menester hacer todo lo contrario de lo que él hace; pues por lo demas, para hacer ridículo á cualquiera, á ninguno tengo envidia. Si no la ha echado á volar el papelon, no se debe esta prudencia á tus respetos ni á los míos, sino á Don Vicente, que le ha contenido y conminado; ni este debe atribuirlo á la amistad que le profesa, sino á la necesidad que tiene de él. ¿Pero á cuántos amigos se le habrá confiado? ¿Y cuántas carcajadas se habrán dado á costa del que no las oye ni sabe el asunto de ellas?

Compon esto con lo que dice la minuta adjunta, que me devolverás; porque, aunque me encargan el secreto, no quiero guardarle contigo, y mas teniendo ya noticia de la especie por el mismo conducto que yo. El plan es un poco vulgar y chabacano; verémos como sale el guiso. En todo caso, he prevenido que no se vuelva á tomar en boca el apellido de *Borrego*; porque, teniéndole el Señor Muñiz, y habiéndolo sufrido sin disgusto la primera vez, puede empalagarse de que se borreguee tanto.

El señor arzobispo de Zaragoza no pierde correo en que no ataque la plaza, estando cada dia mas fino y mas firme en su dictámen, siendo de parecer que ningunos debieran proteger mas al *Fray Gerundio* que las sagradas religiones. Los benedictinos de por acá están mas humanos que los de por allá. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA CXLVII.

Escrita en Villagarcía á 23 de junio de 1758, á su hermana.

Madama: Subiósete la hipocondría á la pluma; que es peor que si se te hubieran soldado todos los diablillos. Dispárasme toda una andanada de impropiedades á metralla; pero como dieron en la popa, sirviéronme de viento, y me hicieron andar mas aprisa: á esto se redujo todo el daño. Quien está sufriendo con una paciencia digna de una Doña Rosa de Losada los repetidos dicterios del mas necio del mundo, ¿cuánto se relamerá en las dulcisimas desvergüenzas que le dicen esas be-

lilísimas barbas? Vengan muchos de esos confites; que tú á sembrar, y yo á coger, hemos de ver quien se causa primero. No obstante, te aconsejo amigablemente que no irrites demasiado «al insolente ó lengua de áspid de *Fray Gerundio*», porque los áspides dan unos besos taimados, y tienen unas lenguas, que Dios nos libre de que se trasladen á la boca de una pulma; que entónces cualquiera cañon no parece sino mesmamente una cu-lebrina. Hagamos las paces, y no andemos á cachetes; que yo por ahora no tengo cólera hecha, ántes padezco la desgracia de que, conjurándose tantos para irritár-mela, no hacen mas que convertirla en risa. Y luego dirá el reverendísimo Carrera que soy un *insultante* y un *insulso*. A fe que no tiene razon; porque me rio con una sal, que ni aunque fuera un arenque. Y por lo que toca á lo *insultante*, si ha dicho *exultante*, no iria descaminando; porque realmente me hace *exultar* de alegría ver que una sabandija, desde su agujero, hace brincar á tantos.

Ahora pongo en tu noticia cómo eres ya indigna sobrina del dignísimo y reverendísimo padre asistente de España é Indias, Salvador Osorio, de la compañía de Jesus. ¿Podías soñar tú; ¡oh ingrata criatura! llegar jamas á tan alta dignidad? Por una parte sobrina de un asistente, y por otra tia carnal de un Fray Gerundio. ¡Hola! Y mira que esto de asistente de la Compañía, no es lo mismo que ser asistente de Santiago, que se reduce á tener medio dedito mas de autoridad que el juez de la Quintana; es un gradito ménos que general, y en sustancia es ser general de toda su asistencia. Ea, murrias á un lado, dolores de cabeza á otro, esterilidad aparte, y trata de dar á luz pública media docena de asistenticos que vayan á contárselo á su abuelo por parte de tí. Con efecto, yo he celebrado mucho esta noticia, y creo que habrán dejado pocos de celebrarla conmigo. Ha sido un provincial pacífico y sesudo, con que tambien será un asistente sesudo y no belicoso. A Nicolas encargo que le escriba la enhorabuena, y á tí te mando que le añadas tu palabrejilla. Cuidado, que esto lo mando con la autoridad que tengo sobre tu divinidad; que la jurisdiccion sobre la humanidad la he cedido á otro.

Esta semana lize el atrevimiento de salirme á pasear un poco, y se me representó el campo como la luz á los ciegos la primera vez que la ven. Engañóme el semblante de la tarde, que me pareció apacible, y al cabo la encontré de tan mal humor, como solias gastar tú allá cuando eras casada recién profesa.

Ahora, por fin y por postre, dime una verdad. ¿No es así que yo te quiero mucho? Adios, amabilísima regañona. — Señora, besa los piés de vuestra merced, su cautiva criatura. — *Don Quijote de la Mancha*. — Mi señora Doña Vinagrea del Tojoso.

CARTA CXLVIII.

Escrita en Villagarcía á 30 de junio de 1758, á su hermana.

Hija mia: me alegro, como soy cristiano, de que ya te vayas persuadiendo á que tienes un hermano héroe, y un sobrino diosicillo del segundo órden. Aquel y este se mantienen invulnerables, tanto, que habiendo estado aquí la semana pasada dos caballeros de Bilbao, sin mas fin en esta romería que el de conocer al padre de tu sobrino, se quedaron aturdidos cuando le vieron tan gordo, tan colorado, tan fresco, tan rollizo y tan

jovial; siendo así que por la cuenta traian buena provision de responsos para gastarlos sobre su sepultura, persuadidos á que solo encontrarían el polvo de una persona tan triturada. Juraron por todos los dioses y diosas que se usaban antiguamente, que, habiéndoles pasinado la viveza de la obra, mucho mas los asombraba la vitalidad del autor, y fuéron resueltos á levantarle una estatua con esta inscripcion, aludiendo á la planta que se llama siempreviva: «Al siemprevivo Mata-Gerundios.»

Con efecto, amigo mia, estando rodeado de todo género de enfermedades, tercianas, perlesias, hemotísis, catarros, destilaciones ardientes, hipocondrias, gotas y opilaciones, que de todas estas especies hay actualmente en el colegio, á mí, hasta ahora, ninguna se me ha acercado. ¿No es un milagro de Dios y una prueba concluyente de mi invulnerabilidad (cuenta las letras que tiene esta palabra)? ¡Ah! y si te pudiera comunicar á tí este privilegio! ¡Ah! y si fuera posible participársele á Antolina! Líbrame de estas dos espinas que me penetran, y échame Gerundios; que yo me los tragaré.

¿Pues qué, N. tenia todavía padre? Será preciso encomendarle á Dios; pero mi pésame se quedará hasta el correo que viene, porque hoy tengo mucho que escribir y poco tiempo para hacerlo. Esto es lo mismo que decirte: Adios, amiga, hasta otro día. — Tu amante. — *Pepe*. — Mariquita mia.

CARTA CXLIX.

Escrita en Villagarcía á 7 de julio de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Los de Madrid me obligan á levantar un poco la mano de la rasura del penitente, para dar un jaboncillo lijero al autor de la defensa del Barbadiño, impugnando la *Historia de Fray Gerundio*, que nos anunció la *Gaceta*. Tengo ya este papel en mi poder, que con efecto merece contestacion, porque está escrito con afectada modestia y con refinada malicia; pero con una ignorancia y una impostura tan crasas, que para hacerle harina no es menester mas que un trabajo puramente material. Confieso que este es para mí mas tedioso que el formal; pero, siendo absolutamente necesario para poner de par en par la mala fe del Señor Abogado, es preciso apechugar con él. Su principal empeño es querer probar que levanté falsos testimonios al Barbadiño, y que todo lo bueno que hay en el *Fray Gerundio* «se copió á la letra», de este autor. Por este asunto conocerás que para convencer su calumnia será menester trasladar lo que dice el Barbadiño y lo que digo yo: trabajo ímprobo, pero indispensable. Bien quisiera ceñirme, pero toca otros mil puntos en que es preciso hacer patente su malignidad y su alucinacion. El escribe en estilo serio, y en el mismo se le responde; afecta atencion, y se le corresponde con la misma urbanidad. Ya tengo escritos algunos pliegos, y haré cuanto pueda para que la respuesta salga lo mas presto que sea posible.

Al amigo ya le he hecho yo conocer que en recoger el papel de N. mas hace su negocio que el mio, pues ni la justicia de la causa ni la desigualdad de las fuerzas me dan motivo para temerle. No habiéndome de dar por entendido de sus desvergüenzas excuso leerlas, y mas teniendo tanto en que emplear el tiempo. Sin perder un punto de él te remití los capítulos de Roma, que me en-

cargó el mismo amigo, aprovechando el primer correo de ese reino, que ya tenemos despachado cuando llega el de Madrid; porque esto no hace mas que dejar unas cartas y tomar otras, sin detenerse mas que el tiempo preciso para registrar la baliya: de manera que cuando recibimos las cartas de Castilla, ya él ha partido con las de Galicia, y así no podemos aprovecharnos ni de sus noticias ni de su contenido; en lo que toca á ese reino, Asturias y Leon, hasta la semana siguiente. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA CL.

Escrita en Villagarcía á 14 de julio de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Nunca se ha expedido orden para que no se escribiese en pro ni en contra de *Fray Gerundio*, y semejante orden sería poco honorífica para mí. Solo se mandó á los jaces subdelegados no diesen licencia para que en sus respectivas jurisdicciones se imprimiese cosa alguna, por corta que fuese, en el asunto, sin remitirla á la corte para que se examinase primero de orden del Consejo; lo que se cela con tanta vigilancia, que hoy se están haciendo las mas vivas diligencias para averiguar dónde se imprimieron los dos furiosos papelones de Fray Amador de la Verdad y del Padre Marquina, á fin de proceder al mas severo castigo. El abogado Maynó imprimió su defensa del Barbadillo con todas las licencias necesarias, que se le concedieron sin inconsecuencia, en vista de que al parecer está su obrilla escrita con modestia, aunque ya se verá en la respuesta, así el artificio de la mal disimulada templanza, como la futilidad de sus discursos y la grosería de sus calumnias. En este asunto va corriendo la pluma con toda felicidad, bien que se detendrá algo mi satisfaccion, así por las muchas especies que encuentro en el camino, que no deben quedarse sin contestacion, como porque habiendo de correr todas las caravanas necesarias para que salga sin tropiezo, es preciso que se consuma algun tiempo, por mas que yo no le pierda en ajustar cortesauamente la golilla al Señor Abogado. Ignoro lo que harán en Madrid con el largo conjuro de Marquina, que realmente está con todo el recado que pedia su rusticidad y su presuncion; pero de cualquiera manera, vuelvo á ofrecerte que luego que se concluya le verás.

Por lo que toca á la fortuna de la Historia, se está como se estaba, y los amigos se mantienen en lo escrito, habiéndome ofrecido segunda vez el duque de Alba su proteccion. Parece que Santander está trabajando no sé qué defensorio á nombre de los cuatro epistolarios; y como es hombre tan lento, á todos nos tiene mortificados, bien que nos consuela mucho con sus misteriosas segnidades, constando la estrechez con que le trata el Señor Inquisidor general. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.—Nicolas mio.

CARTA CLI.

Escrita en Villagarcía á 14 de julio de 1758, á su hermana.

Mujer de tu marido: Como habias de dar en comer tierra, has dado en la manía, de algunas semanas á esta parte, de que te pierdo el respeto, sin que yo acierte á concebir cómo se puede perder lo que jamas se ha te-

nido. Pero tú eres una pequeña diablesa, y sabes mas que Merlin, por lo que te estimaré me comunique este secreto, que puede importar para mas de dos ocasiones. Hallar una cosa ántes de perderse es habilidad que á cada paso la usan los ladrones; pero perderse lo que jamas se poseyó, no lo habia tenido por posible hasta que tú me aseguras que es cosa evidente. Al fin, si te he perdido el respeto, fijaré cedulones en las esquinas de los correos (porque has de saber que los correos tienen esquinas), para que cualquiera persona que haya hallado un respeto que se perdió, acuda á tí, á quien pertenece, que se la pagará el hallazgo; y por lo que toca á mí, doy palabra de guardar tambien el primero que te tenga, que no solo no se pueda perder, pero que ninguno me le pueda encontrar.

No sabia que estuviese por prior de ese convento de San Agustín el maestro Ocampo. Es de los hombres sabios, religiosos, honrados y atentos que he conocido. Dice bien: tratéle mucho en Pamplona, y siempre le he profesado singular estimacion. La he hecho muy grande de la memoria con que me honra, y de la amistad que me conserva. Te estimaré mucho, así á tí como á Nicolas, que le correspondais en vuestro nombre y en el mio con el mas fino aprecio, tratándole con toda confianza y sirviéndole en cuanto se le ofrezca. Si ántes de ahora hubiera sabido su destino, ántes de ahora os hubiera hecho esta recomendacion, porque tengo singular complacencia en que los hombres particulares sean particularmente distinguidos. Si todos fueran como el reverendísimo Ocampo no habria quejas, porque no habria Gerundios. Dile cuanto quisieres de mi parte, en la inteligencia de que en nada te excederás. Ahora vé á pasear; que yo voy á escribir otras cartas.—Señora.—Besa tus piés (con un cardo) el mas atento capellan de tí.—Yo.—Ella.

CARTA CLII.

Escrita en Villagarcía á 21 de julio de 1758, á su hermana.

Madama: La carta de vucelencia, buen viaje: la salud de usía, como Dios quisiere: el humor de usted allá se sabrá: tus gracias á Dios, amigas. Mi enfado está para servirte: quedo discutiendo el modo de aborrecerte.—Tu amante á la truhanesca.—Yo mismo.—Tu aquella.

CARTA CLIII.

Escrita en Villagarcía á 4 de agosto de 1758, á su hermana.

Hija mia: Por mas que la mona se vista de seda, etc.: tu escuela acredita que no puedes disimular tus males por mas que te esfuerces; ni yo creeré en otra apología por el Doctor Barata que en la de verte con un Ayalica en los brazos que te llame *mama*, y á Nicolas *papa* sin ser padre santo. Lo demas, hija mia, es cuento, y á mí, que te conozco, no me vengas con gracias entripadas, que pasan primero por todos los hipocondrios. Malos ratos me has dado en las dos semanas antecedentes en que me vi sin letra tuya. No es esto decirte que me escribas cuando te incomoda: ni de burlas lo quiero; solo es declararte que estoy muy persuadido á que estás muy incomodada siempre que dejas de hacerlo: tanta merced me hago. Como la enfermedad del marques de N. se cure con sangrarle de la vena del *arca*, no será mortal. Pero, demonio, ¿quién te enseñó tanto latín, que se pasas ya lo que significa *usque ad animi deliquium*? Cuan-

do lo leí estuve para vestirme la sobrepelliz, ponerme la estola, coger el libro de los exorcismos, hisopo, agua bendita y conjurarte : Ea, *da gloriam Deo*; ¿cuántos son los que habitais en esa criatura? ¿cómo te llamas tú, espíritu maligno que los presides? ¿por qué entrasteis en ella? *Exi foras, maledicte: Antuerpiae: ex officina Plantiniana*. ¿No es así que ya te sientes mas aliviada, y que ahora no sabes tanto latín como sabías antes? Mira lo que puede la virtud de un buen exorcista. Ea, déjote ligados los espíritus debajo del frenillo de la lengua, ó mas arriba de los dos puntos de la pluma hasta el miércoles de la semana que viene.—Tu *Pepe*.—Mariquita mia.

CARTA CLIV.

Escrita en Villagarcía á 25 de agosto de 1758, á su hermana.

Hija mia : ¿Qué mas quieres si estás segura de la correspondencia epistolar del padre predicador mayor de san Ignacio de Valladolid? Eso será si no pudiere mas con él la pereza que los impulsos del corazón. Yo no conozco aquella ni aun de cara, y con todo eso hoy te quedarás con poca carta, y el correo que viene sin poca ni mucha. Hoy, porque voy de aquí á un rato á predicar de San Luis; y el correo que viene, porque el miércoles próximo entraremos en ejercicios, en cuyo tiempo mi conversacion debe ser solo con el cielo. Si fuera tu galan como soy tu hermano, ya te diria que por lo mismo no embarazaba la tuya, porque con llamarte *cielo mío*, estaba todo ajustado. Pero como soy hermano tuyo hasta en lo desengañado, no puedo ménos de decirte que cielo que necesita del Doctor Barata para componerse, es á manera de los cielos rasos que están pendientes de los albañiles. Aspiro á otro mas sólido; y así, perdona, hermana, por amor de Dios; que no hay un bocado de cielo con que socorrerla.

No es culpa mia que Don Francisco Lobon sea un simple y tenga á tus cartas por muy discretas. Ha leído algunas, le han parecido cosa grande, amancebóse contigo, y yo déjole correr, porque el oficio de desengañador me enesta caro: mas acomodado es el de alcahete, y así te retorna por mi medio las memorias con todo derretimiento. Vive hasta que te causes.—Tu amante.—*Pepe*.—Mariquita mia.

CARTA CLV.

Escrita en Villagarcía á 8 de setiembre de 1758, á su hermana.

Hija mia : Bésame la mano y escoge la reliquia que te pareciere, como no sea la cabeza; que esa la he de necesitar para ciertos negocios de importancia. Dígolo porque ayer salí de mis ejercicios punto ménos que canonizado: solo me falta la virtud de hacer milagros; si la tuviera, serian mas seguros que los del Doctor Barata, cuyos prodigios van saliendo ni mas ni ménos como siempre lo temí y como desde luego lo pronostiqué. Gracias á Dios estás peor desde que comenzó la gran cura: por poco no digo *la gran locura*, pues por tal tengo fiarse de un hombre que solo ha hecho lo que él dice, y creer á media docena de simples que califican de aciertos las casualidades. En fin, si tuviera con qué, le regalaría bien, porque ha hecho mas que un Cid en no haberte muerto. Hija, yo no espero tu curacion sino del cielo: ingéniate con él y ríete de charlatanes.

Esto se entiende despues que te den lugar para reir

las justas lágrimas que habrás derramado por la ausencia del Padre N. No lo habrá pasado mal en la compañía del amigo N., que sabe bien el camino de la Plata, como hombre que la tiene de sobra. Segun los viajes que hace á Madrid, parece ordinario de Galicia; pero, al fin, este es el camino de pretender para conseguir, y no hay otro. Va en bello tiempo; porque la muerte de la Reina, cuando no influya algunas novedades en el ministerio, siempre influirá muchos temores; y mientras duran estos, suelen ser ménos fieros y mas accesibles los ministros, que procuran hacer criaturas cuando recelan que están para dejar de ser criadores.

Sí, señora: mi señora Doña M. T. C. me dió noticia dias há de su boda con vuestro amigo L... Habíame buscado ella misma para otra cosa algun tiempo ántes de este tratado, y me encontró, porque yo soy así y no quiero ser de otra manera. Con efecto, es gran negocio el que hace; pero mucho mayor le pudo hacer algunos años há, de lo que se arrepintió fuera de tiempo. No me ha escrito palabra de que L... deje el regimiento, ni de que se le dé la comandancia del mando militar de Madrid; pero todo es muy verisímil si el duque de Alba no deja de reinar con la muerte de la Reina. Entónces será el negocio doble, porque tendrá marido continuo y á pié quieto; que es cosa muy apreciable para quien se casa de véras. Tampoco he oído la especie de que su hermano se pasee con ella y no con su mujer; pero igualmente la tengo por muy probable, así porque ya es marcialidad en los maridos á *la dernière* calentar lo ménos que puedan el lado de sus mujeres, dejándolas toda libertad para que las abriguen otros; como porque Don J... con ninguna mujer del mundo está mas casado que con su hermana. En esto no me atrevo á censurarle; porque lo mismo me sucede á mí con la mia. Si en Madrid vieran á un hombre de forma pasearse con su mujer, bastaria para que le pusiesen en la mano el arpa, y en el cuello la valona.

¿Qué te parece de la conversacion? ¿No me he portado? ¿No he resarcido la que no te di el correo antecedente? Parece que he salido de los ejercicios con flujo de parladuría. Sí; pero solo contigo; porque las demas correspondencias casi se han reducido á quitarme el sombrero y á decir: «Buenos los tenga usted.»—Tu capellan.—*José*.—Carísima Barata.

CARTA CLVI.

Escrita en Villagarcía á 22 de setiembre de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: El Padre Petisco salió de aquí el dia 17, y llegará á ese colegio el dia 4 ni á 5 del que sigue, con corta diferencia, porque va por el Esteiro á ver á un hermano suyo. Lleva la segunda parte del *Fray Gerundio*, y la primera carta en respuesta al Abogado, con orden de remitírtela luego que llegue. Ninguno de estos originales ha de salir de tu poder, no dándote licencia para que los confíes á alma viviente. Solo tú y María Francisca teneis permiso para divertirlos con esos papeles, con la precisa condicion de que luego luego que leais la segunda parte, me la has de restituir con toda seguridad por la via de Rioseco, procurando que esto sea lo mas presto que fuere posible; porque si se levantara la suspension, como se espera cada dia, no me queda ejemplar alguno para corregir el original de mi letra, que está en Madrid, y se le han de hacer algu-

nas correcciones, además de las que acaso podrá prevenir el Santo Tribunal.

Por lo que toca á la primera carta en respuesta al Abogado, te podrás quedar con algun traslado, si gustares, con tal que no salga de casa para hacerse, pues tienes dentro de ella sujetos de confianza y de tan buena pluma á quien encomendarlo. Pero ante todas cosas has de mandar sacar una copia en pliegos sueltos, y conforme se fueren copiando, los has de ir remitiendo por el correo al señor arzobispo de Zaragoza, con sola una cubierta, pues así se lo prevendré yo mañana á su ilustrísima; y en concluyéndose la copia para tí, si gustares de quedarte con alguna, me devolverás al instante el original, para que te la remita el de la segunda carta, que ya se está acabando.

Estáanse copiando en Valladolid los veinte pliegos de la respuesta al papelón del Padre Marquina, y pasará el traslado á tu poder inmediatamente que llegue al mío. La publicación de estos papeles depende de la fortuna que corriere la obra principal. Si á esta se le diere libertad para que corra, ellos lo lucirán á su tiempo: si aquella se sepulture, tambien se enterrarán estos. Prosiguen dándome buenas esperanzas de feliz éxito; pero tambien yo prosigo no calentándome á ellas hasta que vea el efecto.

Fruime remitió á Madrid otro ejemplar de su obra á manos del amigo, para que la pasase á las del Señor Taboada. Hizolo este inmediatamente; y habiéndose leído luego en la tertulia de aquel ministro con los mayores aplausos, se divulgó por Madrid la noticia: atribuyóse-me á mí dicho papel, y me produjo una carta muy sentida del Padre Nieto, que me ha dado malos ratos. El amigo faltó á lo que me tenia prometido, de que mientras yo no viese la obra, no se divulgaría ni impresa ni manuscrita; y así me escribe el Padre Nieto, con razon, que mis mayores amigos son los que mas contribuyen á mi ruina, verificándose á la letra lo que en los mismos términos tenia yo protestado al amigo. Devuélveme otra vez la carta original de Fruime, que te restituí el correo pasado, pues quizá la habré de menester para hacer mi apología.

Esperaba que me dijese en este el concepto que has formado de su obra, pero no me hablas palabra de ella: silencio que me hace dudar sea tan grande su mérito como le suponen los grandes elogios que debió á la tertulia de Taboada. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mío.

CARTA CLVII.

Escrita en Villagarcía á 29 de setiembre de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Mañana por la tarde, en despachando el correo de Madrid, salgo con el Padre Petisco á Barcial de la Loma, que dista tres leguas de aquí, á hacer una misioncita de doce ó catorce dias. Me ha sido preciso condescender con el gusto del Padre Rector, que me lo ha pedido, sacrificando en su obsequio mi grande repugnancia á este santo ejercicio, no porque no le tenga amor, sino por conocer que me falta todo lo que es necesario para ejercitarle con fruto. Al Padre Petisco le pegó su espíritu el señor abad de San Isidro, y el Padre Petisco quiere pegármele á mí, sin advertir que todos los espíritus piden sus ciertas proporciones. Cógeme esto tan desprevenido de materiales

como de fuerzas, porque he consumido muchas este verano en mis incesantes tareas. Quizá servirá para repararlas el mismo mudar de trabajo, especialmente teniendo tanto de material y de agitado el que me espera, como de intelectual y de sedentario el que suspendo. Procuraré que no os falte carta mia, aunque sea muy breve, el único correo que considero me cogerá en esta excursión; pero si no tuviere proporcion para escribirla, sirva esta advertencia para que estéis sin cuidado.

Discurso que Don Vicente tendrá el de remitirme la obra del Cura, que le has dirigido para este efecto; y no me da buena espina la tibieza con que la alabas, especialmente cuando el amigo canta la palinodia en este correo, diciéndome ser incierto que se hubiese leído en la tertulia del Señor Taboada, y consiguientemente serlo tambien los extraordinarios aplausos con que la celebraron todos los tertulistas. En fin, ella misma lo dirá, y yo lo diré tambien con ingenuidad cuando la vea, pues ni los enlados ni aun las pasiones me oscurecen la razon, ni mucho ménos me hacen torcer el camino de la verdad.

No te hablé de tu respuesta, porque supuesto el artificio con que te escribía el Cura, en tu genio era regular que le respondieses en el mismo tono; y es cierto que nada le quedaste á deber, sin otra diferencia que el tuyo iba un poco mas disimulado, porque parecia mas natural. Yo no me atrevo á condenar del todo esta política del mundo, viéndola tan introducida y conociendo que en algunos lances parece casi necesaria. Con todo eso, rarísima vez me hallo con fuerzas para imitarla, por lo que conozco que no me crió Dios para hombre de corte.

Aunque se escribe de varias partes que el 25 de agosto el rey de Prusia batió enteramente á los moscovitas, matándoles quince mil hombres, tomándoles cien piezas y toda la caja militar, todas las circunstancias hacen inverisímil esta noticia, á lo ménos en la amplitud con que se vende. Quiéralo Dios, que te guarde como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.—Nicolas mío.

CARTA CLVIII.

Escrita en Villagarcía á 20 de octubre de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Estoy ya en mi aposento desde el día 17, sin mas novedad en la salud que un gran constipado, tan discreto, que me dejó concluir felizmente toda mi mision de quince dias, sin declararse hasta despues que prediqué el último sermón. Ahora le estoy curando con mi receta ordinaria, dieta y horchatas, añadiendo alguna dosis mas de cama; y en despachando mas de sesenta cartas que están esperando audiencia, volveré á mis tareas regulares, acabando de ajustar la golilla al abogado Maimó en la tercera carta que resta, pues la segunda se concluyó ántes de salir á mi excursión.

Creí encontrar carta tuya en mi aposento; pero faltó este correo, sin duda por los extravíos á que estamos tan acostumbrados. En lugar de tu carta me hallé con doce juegos de la *Historia de España*, reimpresa en Madrid por la compañía de Libreros recién formada en aquella corte, que suplieron la falta de atencion, y aun de justicia, en no haberme hablado palabra hasta pocos dias há, haciéndome este regalo. Tengo muy en la memoria que te estoy debiendo un juego, el que te remitiré en primera ocasion, con el gusto de que esta segunda impre-

sion excede mucho á la primera en lo correcta y en lo hermosa.

En la mayor fuga de la mision recibí el papel de Fruime, que apenas pude leer mas que atropelladamente. No me pareció mal, aunque en algunas cosas está flojo y somero, en otras demasiadamente laxo; pero en otras está muy bueno. Conócese la falta que tiene de lectura en libros serios y facultativos, para apretar mas las clavijas al fraile en los puntos dogmáticos y teológicos que toca; pero si alguna vez se imprimieren mis cartas, quedará bien servido en este particular. A la reconvenccion que me hace de que ni Cristo ni los santos padres usaron del estilo satirico para corregir las malas costumbres, no le satisface bien el Cura; porque toma el badil por donde no quema, equivocando las gracias de los santos con lo que se entiende por sátira; pero tambien en este punto quedarán bien rasuradas las barbas del Padre M., si saliere á luz mi papelon.

Estoy con impaciencia, y aun con cuidado, hasta saber si recibiste el libro y los papeles que entregué al Padre Petisco. En devolviéndome la primera carta, te remitiré la segunda, y acaso tambien la tercera, si estuviere concluida.

Restitúyote la del Padre N., que me ha dado poco gusto, por la ninguna disposicion que muestra de volverse á la provincia, donde ya es muy notada y muy censurada su voluntaria detencion, pues se sabe que está para hacer todo lo que quiere. Apenas se cuenta ya con sus extraordinarias prendas, malogradas por un genio irregular y por una holgazanería que se va haciendo naturaleza.

El Padre Rábago se retiró á Zamora desde Villanueva de Duero, y se cree que inverne allí, porque está muy estropeado y casi inútil. Yo pensaba en irle á ver, y tengo ya licencia para ello; pero me ha entibiado mucho la noticia de lo mal que ha recibido á cuantos han practicado esta atencion, tanto, que desde el camino hizo volver al Padre Mier y á no sé qué otro maestro de Salamanca, que iban á verle, despachándoles un propio para que lo excusasen. Siempre ha sido muy impertinente en sus males: ahora es preciso que lo sea mucho mas. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José Francisco. — Nicolas mio.

CARTA CLIX.

Escrita en Villagarcía á 27 de octubre de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Restituyóme el correo de Castilla la carta de 11 del corriente que me habia detenido el de Galicia; pero la de 18 llegó con regularidad. Ambas vienen sin el acompañamiento acostumbrado de la de María Francisca, y en ambas la excusas con los remedios mayores que quedaba tomando. El mérito del martirio en una cura tan larga y tan penosa, si se ha sabido aprovechar de él, como no lo dudo, nadie se le podrá quitar: la salud á que ha aspirado, solo Dios se la podrá conceder, y solo este Señor podrá reparar los estragos que habrán hecho los remedios, quizá mas irremediables que la causa de sus dolencias. Yo siempre he sido de este dictámen, y nada he visto que no me haya confirmado mas y mas en él. Mi constipado cedió á mis acostumbrados medicamentos, y me hallo ya en mi estado natural, en medio de lo borrascoso del tiempo, que ha estado muy metido en aguas.

Ya me avisa el Padre Petisco de su llegada; pero nada me dice del pasaje sucedido con los papeles que te llevó. Hizo bien; porque me renovaria el enfado que me causó la primera noticia, sin acabar de entender por qué reglas se gobiernan esos padres para tomarse semejantes licencias. En fin, los papeles llegaron á tu mano sin señas de registro, y obraste con tu acostumbrada cordura en no darte por entendido; pero debes cuidar que ejecuten lo mismo los de tu casa; porque si en el colegio se llega á entender que están en tu poder, te sofocarán á instancias, á importunaciones y aun á empeños. Para que te eximas de estos, el medio mas eficaz que se me ofrece es prevenirte, como te lo prevengo, que así el libro como los papeles que te he confiado y los que te confiaré en adelante, pertenecientes á este asunto, van cargados con la obligacion del secreto natural, que no puedes quebrantar sin vulnerar tu conciencia, ni comunicarlos á otro que á María Francisca, debiendo cargar al copiante con la misma obligacion. De esta manera podrás negar que tienes tales papeles, ó asegurar que no tienes arbitrio para comunicarlos á nadie.

Tengo hecho gran concepto de tu juicio y de tu buen gusto, con que me sirve de grande satisfaccion que la primera carta te haya llenado tanto. Lo mismo me han dicho los pocos que hasta ahora la han leído: con que si la lisonja ó la pasion no entran á la parte de la censura, me puedo prometer el mas feliz efecto. Lo que puedo asegurar es, que la segunda hace muchos excesos á la primera, por ser tambien de mas sustancia las materias que se tocan en ella; y creeré que la tercera exceda á las otras dos, especialmente cuando lleguemos al punto critico del plagio, que tan osada y tan calumniosamente me imputa el Señor Abogado.

En la posta pasada remití á Madrid una copia de la segunda carta, y á tí te remitiré el original por el correo, luego que me restituyas por el mismo el de la primera; y podrá venir certificado, con sobrescrito «A Manuel de Urueña, estafetero de Villagarcía de Campos», á quien ya tendré prevenido; y en la misma conformidad podrá venir tambien la segunda parte de la obra principal, luego que la hayas leído con sosiego.

Mientras tanto diviértete con esos seis pliegos, á los que irán sucediendo los demas; y si no te quisieres quedar con ellos, dispon que con una cubierta vayan pasando á manos del señor arzobispo de Zaragoza; pero si gustares de reservarlos, hazlos copiar por sugeto de tu satisfaccion, y véuelos enviando á aquel prelado, á quien ya tengo yo advertido que los espere.

He leído despacio el papel de Fruime, y me pareció mejor la segunda vez que la primera. Trae cosas muy buenas, aunque algunas ménos esforzadas de lo que pudiera y debiera hacerlo. Fué lástima que los tres largos pasajes de San Bernardo, de Hugo y de San Jerónimo, en que se describen tan al vivo las costumbres de los religiosos imperfectos, los hubiese traducido y glosado en verso. Mas fuerza y mayor peso les hubiera dado si los hubiese traducido en prosa literalmente, sin añadir ni glosar. Las coplas, especialmente inclinando algo á burlescas, quitan casi toda la gravedad y toda la autoridad á este género de materias.

No obstante el enfado que me ha causado la lijereza y la mala fe con que ha comunicado en esa ciudad su respuesta á mi carta de marras, sin duda con el fin de que

se divulgue, por no tener valor para sepultar este nuevo parto de su ingenio, resuelvo escribirle hoy, dándole las gracias por el papel en defensa de *Fray Gerundio*, y haciéndome desentendido á la composicion y á la divulgacion de su respuesta.

Me ratifico en que no conviene que yo vea ese papel, porque solo ha de servir para destemplarme, estando resuelto á no perder tiempo en contestarle, así por no malograr el que necesito para las otras tareas mas precisas y mas graves en que estoy empleado, como porque basta que él haya sacado la cara tan de recio por el *Fray Gerundio*, para que yo no me muestre desagrado, haciéndole ridiculo como me sería tan fácil.

El dia de San Francisco predicó en el convento de capuchinos de Valladolid á presencia de las comunidades, F. N., uno de los mayores Gerundios que habia en aquella ciudad y el mas furioso enemigo del libro que se reconocia en ella. Tocóle Dios al corazon cuando ménos se pensaba. Hizo una larguísima salutación sobre el modo de predicar, digna de un San Juan Crisóstomo: despues de haber dicho mil cosas buenas, hácia el fin concluyó diciendo, con el apóstol San Pablo, que los malos predicadores «adulteran la palabra de Dios»; y citandola ley contra los adúlteros, que los condenaba á ser apedreados, dió mil gracias en su nombre y en el de todos los predicadores malos, al que con tanta benignidad se había contentado con corregirlos, y con hacer burla de ellos cuando pudiera apedrearlos. El mismo entregó una copia de su salutación escrita de su misma mano al padre rector de San Ambrosio para que me la remitiese en su nombre. He tenido grandísimo consuelo con este suceso, y á este precio nada se me da que rabien, ladren y muerdan los mastines. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. —Jhs.—*José Francisco*.—Nicolas mio.

CARTA CLX.

Escrita en Villagarcía á 2 de noviembre de 1753, á su hermana.

Asustéme cuando comencé á leer tu carta con el «oyes, oyes, oyes». Sonóme á proclamacion de nuevo rey, por aquello de «oid, oid, oid: Castilla y Leon por el rey Don Fernando». Pero sosegado un poquitico, conocí que esto no era mas que habermene tenido por un poco sordo, teniendo sí, hija mia, pero sordo no, por la gracia de Dios y la Santa Sede Apostólica; y así no tienes por qué *oyearme* tanto las orejas para otra vez, y en fin,

Dicea que no me quieres
Porque soy sordo;
Yo tampoco te quiero
Por lo que oigo.

Pero entre todo lo que oigo, nada me disuena ni me mortifica tanto como tu continuado padecer despues del martirio de tantos remedios. Todo lo demas lo llevaré en paciencia, mas para esto me falta, sin que adelantemos nada con la reflexion de que mi impaciencia á ti no te cura y á mí me perjudica. Andáos ahora con reflexiones, cuando casi casi te quiero tanto como el Padre Lobon. Estoy al presente de malísimo humor, porque á su hermano el pobre Don Francisco le han levantado la calumnia mas atroz que se ha levantado á hombre; y como sus furiosos émulos hallan abrigo en el tribunal, se han desenfrenado con la mayor desvergüenza. No obstante, ya tengo al Obispo y á su provisor amañitos, y

no lo dejaré de la mano hasta que, averiguada la verdad, se le dé una plena satisfaccion y sean castigados rigurosamente los calumniadores, que son tambien los alborotadores de este pueblo. Hoy me lleva la principal atencion este negocio, que, agregado á tantos como traigo entre manos, apenas me deja tiempo ni aun para enfadarme con reflexion. No obstante, así de prisa y sobre la marcha ya me puedo alegrar un poco por la prebenda de Don Manolito Regnero, aunque no sea mas que por la complacencia que tendría el que se la dió: bien que sería mayor si hubiera podido hacerle arcediano de Nendos; pero como no se opone á eso el ser canónigo del Padron, bueno es que espere lo futuro con el consuelo de lo presente, y que á falta de silla poltrona se sienta en otra no desacomodada.

No sabes el gusto que he tenido con la carta de Antolina, de cuya firma me habia despedido ya hasta la eternidad, si es que allá se usan correos y correspondencias. Bien necesito de estos bocadillos para limpiar la boca de otros amargos que engullo y que digiero; mas no hay que tenerme lástima, porque tengo calor para todo, y estoy tan gordo y tan lucio, que si no fuera por la fe de dientes y de bautismo, nadie diria que era yo tu abuelo de edad, sino tu hermano menor ó cosa semejante.

Has de saber que la dama N. há muchos dias que me ha escaseado el honor de su correspondencia. No es negocio de que me haya quitado el sueño ni de que me le quite en adelante. Ignoro el motivo de esta novedad, y sospecho no sea otro que discurrir ella no podrá ignorar sus andanzas, y que estas me habrán dado poco gusto. Sea lo que fuere, así nos estamos, y nos estaremos así hasta que Dios quiera. Este Señor te me guarde cuanto apetece —*Tu viejo*.—Mi Mariquita.

CARTA CLXI.

Escrita en Villagarcía á 5 de noviembre de 1753, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Ya te he significado algunas veces el motivo que tengo para estrechar tanto los encargos sobre que no se divulguen ni aun se comuniquen mis papeles. No es otro que las igualmente estrechas prevenciones de los amigos de la corte en orden á que vaya escribiendo y callando, sin que salga nada mio al público hasta que pueda salir todo, persuadidos á que sería de gran perjuicio á la causa pendiente cualquiera cosa mia que en estas circunstancias se publicase; como con efecto varios papelonos que se me han atribuido y yo ni siquiera he visto, me hubieran hecho perjuicio, á no haber constado no ser míos, viéndome en precision de mostrarlo, y estando en la continua y molestísima tarea de hacer casi todos los correos apoloías secretas, que me han consumido tanto tiempo como paciencia y espíritus.

Abí van ocho pliegos: el séptimo, en que se concluye la primera carta, y los otros siete, que comprenden la segunda al reverendo Marquína. El correo que viene seguirá á las dos la tercera, si acaso no la hubiere menester tener presente para proseguir esta obra luego que concluya con la del Abogado, en cuyos tres últimos insolentísimos y embusterísimos capítulos estoy ya. Tampoco te remitiré la segunda carta á este, mientras no acabe la tercera, porque necesito tenerla á la vista para varias cosas. Las dos apoloías formarán un tomo mucho mayor que el del *Fray Gerundio*, y acaso será preciso

dividirle en dos. Si quisiere Dios que se publique, no se divertirá ni se instruirá ménos el público que con la primera y con la segunda parte de la Historia.

De esta no me has hablado palabra acerca de lo que te parece. Todos los que la han leído convienen en que hace muchas ventajas á la primera; y si saliere á lucirlo, se acabarán de ahorear los Gerundios.

Está ya prevenido el juego de la *Historia de España* con el papel de *Fiestas de Navarra* para enviártelo en primera ocasion. No hay duda que la impresion es hermosa y mucho mas correcta que la extranjera, aunque no por eso deja tambien de tener muchas mentiras. En medio de eso, aun todavía me parece mejor la primera que la segunda, porque no se tiró á ahorrar papel, y el desahogo de las márgenes hermosea tanto á la una como lo contrario afea á la otra. A que se añade que en la segunda pusieron las notas del traductor de la misma letra que el texto, sin distinguirlas siquiera con algunas comillas marginales, y esto incomoda tanto á los lectores, como desfigura la impresion.

La *Historia de Teodosio* no era fácil que te la restituyese, porque no ha sido posible encontrarla ni aun para mí, y así me estoy sin ella. Hasta el original frances ha desaparecido de mi librería, sin poder dar en quién me le llevó.

Se me pasó de la memoria incluir en tu pliego la carta del Padre N., que devuelvo ahora. Me haces poca merced en prevenirme que no le pare perjuicio. No soy hombre de esos tratos, ni las confianzas que se me hacen me sirven jamas para hacer daño á nadie. Ninguno por mí ha visto esa carta, ni aunque la viese añadiría una pizca al concepto en que creo están todos. A él le quitaron ir á Indias, y Dios dispone ó permite que en ninguna parte sirva.

Salió mal tu pronóstico acerca del Padre Rábago. Respondíome por medio de aquel Padre Rector, á quien escribí que no juzgaba conveniente hacer ejemplar en punto de visitas. Yo cumplí y me quedé en mi aposento. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.—Nicolas mio.

CARTA CLXII.

Escrita en Villagarela á 10 de noviembre de 1758, á su hermana.

Hija mia: Si se imprimieren las cartas al Abogado y las que hablan con el Capuchino, irá delante de ellas tu preciosa carta de 1.º del corriente, con este título: *Carta al autor, de una dama hermana suya*. No será cosa nueva; porque, si no de hermana á hermano, á lo ménos de mujer á marido (que es unión y parentesco mas estrecho), ya se ve algo parecido á esto en la famosa traduccion de las obras de Plutarco, que hizo Mouséñor Andres Dacier, ayudado de su esposa Ana Dacier (alias LeFebvre), en cuyo principio se lee una bellissima carta de esta mas bellissima sibila en elogio de su marido. No serías tú inferior á ella si hubieras logrado su educacion; porque los talentos nada deben á los suyos ni á los de cuantas celebra el Maestro Feijóo, despues de otros muchos que trataron el mismo asunto. Yo, que no sé adular á nadie, ménos te adularé á ti, á quien tengo obligacion de enseñar la doctrina cristiana en calidad de padrino, y no sería buena doctrina la de la lisonja. Mira con qué discrecion te he dicho que tambien yo hago va-

uidad de tener tan bella hermana, y confiesa que soy vez y media mas discreto que tú.

¿Quieres que te diga una verdad? Mas aprecio tu aprobacion que la de todo el mundo entero, porque mas te amo á ti que á todo el mundo junto. Como mis trabajos contribuyan para aliviarte un breve rato, no quiero otro premio de ellos; y esto no va en el estilo poético, sino en el idioma del corazon. Mal harás en no creerlo, y peor en creerlo y no correspondermelo. Para que prosigas divirtiéndote va hoy la tercera carta al Capuchino; y las dos á Maymó, que ya están casi concluidas, seguirán muy presto. Nada vale la primera respecto de las otras; pero no por eso me tengas por hombre grande; porque para hacer pedazos á un pigmeo basta cualquiera enano. Como la causa de *Fray Gerundio* es sin duda buena, y no admite réplica ni en el todo, ni en sus partes, no pueden salir tachadores contra ella que no sean Maymones y Marquinas. ¿Pero qué gloria es vencer á estos hombres?

Entre Corito y Menalea
Hubo un combate reñido:
Quedó el vencido confuso;
Pero el vencedor corrido.

Sépadés que hoy me escribe Madama N. con mil disculpas de su silencio, reduciéndose todas á que ha estado en la aldea. Admitoselas con gusto y la respondo con frialdad, aunque esta no es nueva, porque aquel fuego siempre me calentó poco.

Madamoisela Caamaño ya es Madama Laci desde el dia 3 del corriente, habiéndose logrado oportunidad para hablar al Rey á fin de que diese la licencia. No la tengo yo para decirte todo lo que quiero; pero tú la puedes tomar para entender todo lo que gustares. Soy tu amante —*Hermano*.— Mi qué sé yo qué.

CARTA CLXIII.

Escrita en Villagarela á 10 de noviembre de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Ya me dice María Francisca mil cosas sobre los papeles que ha visto. ¿Qué dirá cuando lea los que la faltan por ver? Aunque mi trabajo no produzca otro efecto que aliviaria á ella y divertirme á ti, lo daré por bien empleado. Y en realidad temo que solo sirva para poco mas, porque las últimas noticias de Madrid no son de tanto consuelo como las antecedentes. Ello han sido siempre tan varias, que en nada se puede hacer pié.

Es cierto que dichos papeles se han comunicado en otras partes á los pocos sugetos que me mencionas, pero á todos con órden al fin principal. En esa ciudad no tengo otros de confianza que á ti y á María Francisca, y no hay duda que el Señor Arzobispo sería acreedor á esta, y aun á mayores estrecheces; pero es de genio demasiadamente franco.

Convengo en que me devuelvas los papeles y la segunda parte por el medio que señalas, siendo sin duda el mas seguro. Pero si no hubiereis leído esta última, podrá venir en otro viaje. Ahí va la tercera carta al Capuchino: quiera Dios que esta y la segunda, que remití el correo pasado, lleguen con la misma felicidad que la primera; porque si se perdieran sería grande el caso.

La tercera al Abogado se está ya concluyendo: si él es hombre de vergüenza, es menester que al leerla se muera de confusion. Ya cuidaré de remitirte las dos, que, como son el original, y no se ha sacado mas copia

que la que va á Madrid, es menester asegurarlas mucho.

Enviéronme de la corte un admirable papel contra Marquina; pero no se puede imprimir, porque es la sátira mas sangrienta que se ha escrito contra la ignorancia y contra la desvergüenza de todos los quejosos. Su estilo es irónico, imitando el de *Fray Gerundio*, aunque se conoce á leguas la diferencia. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José Francisco. — Nicolas mio.

CARTA CLXIV.

Escrita en Villagarcía á 17 de noviembre de 1758, á su hermana.

Hija mia: No estabas de tan buen humor cuando escribiste la última carta, como cuando escaramuceaste en la penúltima. ¿Qué le hemos de hacer? Tampoco el tiempo está siempre igual; bien que ahora por acá varía poco, pues há cerca de dos meses que apenas deja de llover; y el veranillo de San Martín cumplió con dos ó tres dias buenos, y fué. El Padre Pedro Nolasco baila de contento con una carta tuya que recibió; y yo entraría tambien en danza, si las buenas noticias que le das de tu salud no fueran anteriores á las que me comunicas á mí, y no son tan buenas. Esta es una tecla que ni quisiera mover ni puedo dejar de tocarla, porque al fin es la principal y la que mas me duele. Para consolarme no tengo otro recurso que el del Padre nuestro.

Pero ¿á qué fin gastas una apología inútil en defender tu correspondencia con nuestro padre? En ella me das gran gusto, y en todas aquellas en que le tuvieses tú, sin que mis bufonadas merezcan tus cavilaciones, por estar bien seguro que ninguna me perjudicará en los derechos parroquiales. Ratifico lo que dije la semana pasada en este asunto, y no seas majadera. No me ocupa poco la defensa de su hermano, que ya estaria atropellado si no hubiera yo sacado la espada con tanto vigor. No volverá á la vaina hasta que quede justificada plenamente la calumnia, escarmentada la maldad, y convencida la pasión con que se ha procedido en este negocio, en lo que tambien me ayuda con esfuerzo el Padre Idiaguez.

Bien empleado le está el chasco á la dama N. Ni una palabra me ha tocado de esta especie, y ha obrado cuerdamente; porque tendria muy prevista mi respuesta. Pero mucho mayor chasco hubiera sido el que se efectuase este negocio. ¡Infeliz mujer! Pocas habria que lo fuesen mas. El es loco, tataraloco y una casa entera de orates. En Madrid lo acreditará mas, y se puede temer que haga el último de todos los desatinos.

Te agradezco el influjo que tuviste en la carta de Antolina, la que sin duda me dió grandísimo gusto; y con la misma lineza contribuiré á que logres todos los tuyos. Vive cuanto apetece tu amante hermano. — Pepe. — Hija mia.

CARTA CLXV.

Escrita en Villagarcía á 17 de noviembre de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: No conceibo que en esa ciudad haya quien se muera por el *Fray Gerundio* ni por mí. Esta es la razon por que á ninguno juzgo acreedor á la confianza privada de que lea esos papeles que están allí, salvo los únicos dos que me la merecen. Lo demas solo serviría para un poco de humo, y de este ya estoy harto.

Aun no he concluido con el Abogado. Me ha distraído

mucho la defensa de Lobon, á quien pretendia atropellar el tribunal de Palencia; pero le he parado, y espero que del todo lo desarmaré. Era una infamia que no puedo consentir, y en que necesito echar el resto por mi propio honor.

Tienes razon en todo cuanto dices sobre las correcciones de la segunda parte. Solo una fué de Medina: las demas son de nuestros padres, y especialmente la del inglés. Reíne y rabíe todo á un tiempo; pero tú no sabes bien lo que á un pobre hombre le cuesta el ser autor. Tal vez ó mil veces necesita rendir su juicio al de un majadero, lo cual (y créemelo) es un grandísimo trabajo.

En viniendo la respuesta de Fruime, si la diere, pasará á tus manos. Temo que mi carta le parezca fresca porque no hay en ella nada de Macrobios ni de Casiodoros. Alabos tu papel á la ramploña; y adios, amigo. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José. — Nicolas mio.

CARTA CLXVI.

Escrita en Villagarcía á 24 de noviembre de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Ni aun corazon tengo para sentir todo el dolor con que quedo por el lastimoso estado en que contemplo la salud y aun la vida de esa amadísima hermana mia, segun lo que me informais en vuestras cartas de 13 del corriente; considera dónde encontraré voces para explicarle. Mi único consuelo es que si Dios se la lleva, tambien me ha de conceder la gracia de que la siga; porque en lo natural no podrá ser otra cosa; y si el Señor quisiere que la sobreviva para castigarme mas, aprenderé mejor la importantísima leccion de que en este mundo no hay mas que calamidades y miserias. No me quejo de que su grande entendimiento se hubiese cegado tanto que se abandonase absolutamente al arbitrio de un hombre ignorante y presumido, de cuya ignorancia y presunción se lloran en ese reino efectos tan funestos. Tampoco me quejo de que en este particular hubiese hecho tan poca estimacion de mi dictamen ni de mis amorosos ruegos. Sé muy bien hasta dónde llega la vehemencia de un deseo, y mas en un genio tan elizic y tan activo como el de esa pobre niña. Mucho ménos me quejo de tu condescendencia y del sacrificio que hiciste á las cavilaciones del mundo. En suma, de nada me quejo, por estar bien persuadido á que todos los medios de que se vale Dios para sus fines, caen debajo de su adorable providencia. Adórola, venérola, y dejo en manos de ella á mi querida hermana. Solamente quisiera suplicarte y merecerte que no permitieses á los médicos que la atormentasen mas, ni mucho ménos que ese infeliz charlatan volviese á atravesar las puertas de tu casa. Mátela Dios, que la crió, cuando fuere su santísima voluntad; pero no la mate un bárbaro, que solamente siéndolo puede prometer con tanta seguridad lo que solo Dios puede cumplir. No necesité mas prueba de su torpísima ignorancia, que la valentía con que aseguraba tan de antemano el buen efecto. El Señor se lo perdone como yo se lo perdono, y su Majestad nos dé á ti y á mí la fortaleza que habemos menester.

Estaba para ir á ver al señor obispo de Leon, mi fino amigo, que está haciendo la visita en la villa de Aguilar, á cuatro leguas de aquí; pero me ha conturbado tanto

esta noticia, que dudo mucho pueda resolverme á hacerlo, faltándome la tranquilidad y el gusto necesario para hablar de lo mucho que teníamos que hablar.

Por varios conductos recibí muy luego la salutación del sermón de la Magdalena, que se predicó en Salamanca, siendo muy raro el correo en que no me hallo con papeles de este jaez, unas veces acompañados de esquelas ciegas, y otras con solo el sobrescrito. Es pieza original; pero como el prelado quitó luego al fraile la licencia de predicar y confesar, dió satisfacción pública, y ya no se puede usar de ella sin ofension. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José. — Nicolas mio.

CARTA CLXVII.

Escrita en Villagarcía á 24 de noviembre de 1758, á su hermana.

Hija mia : Moderar el dolor que me causa el estado actual de tu salud, pintado con tan estimable realidad en tu carta de 15 del corriente y confirmado por la de Nicolas, no puede ser. Disimularle, tampoco es posible; y explicar hasta dónde llega, lo es mucho ménos. Lo único que puedo, debo y procuro hacer, es ofrecérsele á Dios en satisfacción de mis culpas, y que mi resignación sirva de algun mérito para que Dios te conceda la salud y la vida que deseo con tanta ansia. Si nada de eso conviniera, ruego á su Majestad me dé las fuerzas que he menester para no rendirme al mayor de todos los golpes temporales que puede descargar sobre mí. Para otros de diferente especie es visible la especial asistencia del Señor que experimento, y no lo es ménos la constitucion natural de un corazón hecho á toda prueba, que se dignó concederme; pero en tocándole por cierto lado, dudo que le haya mas cobarde ni que ménos pueda resistir á este género de pesadumbres. Al fin, es de fe que Dios nunca nos echa á cuestras mas carga que la que podemos llevar con el auxilio de su divina gracia.

Sentiria mucho los accidentes que padece el hermano de esa dama, si los que padeces tú me dejaran arbitrio para sentir otra cosa; pero este dolor ocupa por ahora enteramente todo mi corazón, y no hay lugar en él para que se haga cargo de otros trabajos.

Doña María Teresa Caamaño prosigue en escribirme, y yo en contestarla; pero siempre de chilindron. Fué la primera que rompió la valla, con que no tuve arbitrio para otra cosa, haciéndome cargo de que hay mucha diferencia entre sus faldas y las mías. Entre las tuyas y las suyas ninguna hay, por lo que tú debes hacer lo que haces. Ni ella te ha tomado en la pluma, ni yo tampoco. Volvió á atar el hilo de nuestra conversacion como si jamas se hubiera interrumpido, y yo á seguirle como si no se hubiera cortado : sus cartas se reducen á cuatro gracias : las mías á cuatro y media, sin internarnos mas. Aquí no hay otra cosa.

Luego que vuelva á mí poder la segunda parte de *Frax Gerundio*, cumpliré la palabra que tengo dada al Padre Lobon; y ya siento habérsela dado; porque quisiera hacer por ti sola lo que ya es preciso hacer tambien por mí. Se ha conseguido para su padre la vara de alcalde mayor de esta villa y su partido, con esperanza de conseguir despues la administracion. Aquella sin esta nada vale, aunque será de grande utilidad para este pueblo, que dudo le haya mas perdido ni mas insolente en toda España. La dependencia de Don Fran-

cisco está por ahora dormida, y creeré que el Señor Obispo y su provisor quisieran que se quedase así; pero no podrá ser, porque su inocencia necesita de una pública y grande satisfaccion.

Por amor de Dios, no me escribas cuando no estés para ello; ni en este punto debes hacer caso de mis sentimientos; porque la razon ha de prevalecer siempre contra todos los ciegos dictámenes del corazón. Vive tanto como pide á Dios todos los dias tu amante hermano. — Pepe. — Hija mia.

CARTA CLXVIII.

Escrita en Villagarcía á 1.º de diciembre de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : En pocas horas de tiempo recibí dos cartas del señor obispo de Leon, que me obligaron á emprender el viaje de Aguilar, y mucho mas la orden del Padre Rector, á pesar de la mala disposicion en que me hallaba, así para cortejos, como para tratar de negocios serios. Fuéme mas sensible por la precision de hacerlo la vispera del correo de ese reino, que estaba esperando con la mayor ansia; por lo que dejé orden que inmediatamente se me remitiesen las cartas por un propio, con cuya providencia se me atrasaron pocas horas, respiré algo de la congoja con que estaba, en virtud de la tal cual mejoría de esa chica, y pude disfrutar los favores del ilustrísimo sin tanto sobresalto. Ayer se retiró su ilustrísima á su casa, y yo á mi colegio, bien acompañado de agua por la mucha que ha caido estos dias, á la que atribuyo el que no hubiese llegado aun el cajoncillo con esos papeles que me conduce el maragato Santiago de Castro; ni extrañaré que no llegue en algunos dias; porque los caminos están impracticables, tanto, que habiendo ido en el coche del Señor Obispo á un lugarcito distante una legua corta de Aguilar, á una diligenzuela que me encomendó, por dos veces se atascó el tiro entero, y costó mucho sacarle de los pantanos.

El Padre Negro, que llegó el dia ántes que yo saliese á mi pequeño viaje, despachó la mula de esa ciudad desde Astorga, donde le detuvo algunos dias aquel ilustrísimo, por lo que se malogró esta ocasion de remitirte las dos cartas al Abogado, con el compendio y papel de fiestas que tengo prevenidos; por lo que ya no hay otro arbitrio que enviártelos en tu mismo cajoncito por el ordinario de Rioseco, encargándolo á alguno de aquellos mercaderes, como se ha hecho en otras ocasiones, siendo regular que con la de pascuas no falte ahora oportunidad para que vaya prontamente.

El miércoles es dia de San Nicolas : allá me tienes al besamanos con el corazón, ya que no puedo con todo el cuerpo. Quiera Dios que esa amada prenda no tenga que disimular aquel dia su gran gusto. Grande le hemos tenido aquí los mas (y aunque yo lo diga, los mejores) en que á nuestro Padre Idiaquez se le haya prorogado por otros tres años este gobierno, con el que solo están mal aquellos que nunca están bien con todo lo bueno. Puedo asegurar que no he tenido superior á quien mas haya debido ni que mas me haya dado que sentir; pero la razon debe ser superior á los caprichos. Tambien le han hecho consultor ordinario de provincia, honor que á su reverendísima no le hacia falta, pero nos la hacia á los demas para muchas cosas. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José. — Nicolas mio.

CARTA CLXIX.

Escrita en Villagarcía á 1.º de diciembre de 1758, á su hermana.

Hija mía: La tuya de 22 del pasado me cogió en Aguilar de Campos, á cinco leguas de aquí, visitando al señor obispo de Leon, que me hace muy particular merced. Recibi con diferencia de pocas horas dos cartas de su ilustrísima, que me dejaron sin arbitrio para negarme á la honra de complacerle; porque, aunque ya estaba yo en ánimo de cumplir con esta precisa obligacion sin tanto empeño, me destemplaron en tal extremo las melancólicas noticias del estado de tu salud que me disteis el correo pasado, que ya no pensaba en semejante viaje. Obligóme el Padre Rector á emprenderle la tarde ántes que llegase el correo de ese reino, y dejé orden para que inmediatamente que diesen las cartas me las despachasen por propio, como se ejecutó, y tuve el consuelo de recibirlas en pocas horas, aliviándoseme mucho el cuidado con las noticias ménos funestas que me comunicabais, sin cuya circunstancia sería imposible contestar á nada. En fin, respiré algun tanto, y acabo de apearne de vuelta de mi viaje, que ha durado cinco días, habiéndoseme restituído ayer el Señor Obispo á su palacio, y yo á mi aposento. Ruégote encarecidamente que dejes á Dios la cura de tu buena ó mala cabeza, desengañándote de que solo este Señor podrá darte robustez cuando fuere su santísima voluntad, sin que debas esperar de los médicos mas que martirios y nuevos estragos en toda tu natural constitucion. Dame este consuelo, porque seguramente ninguno hay que no te merezca; y no uses de médicos ni de medicinas, sino en aquellas enfermedades agudas y ejecutivas, en que lo manda la ley de Dios y sería temeridad el dejar de practicarlo. Memorias á madre y á las chicas; y á Dios, vida mía, que te conserve la tuya cuanto le pide.—Tu *Pepe*.—Hija mía.

CARTA CLXX.

Escrita en Villagarcía á 8 de diciembre de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Admírame el empeño que muestras en defender al medicastro portugués despues de las funestas experiencias de sus decantadas curas, acreditadas últimamente con la muerte del pariente Prado, canónigo de Orense. Para tenerle yo por ignorante, me basta saber que sabe tanto como tú me dices; porque es mucho hombre el que sabe bien una facultad, y no lo es el que afecta saber muchas. Vuélvete á suplicar con el mayor encarecimiento que solo le admitas en tu casa para la conversacion, mas no para otra cosa. Siendo hombre de tantas especies, tendrá sin duda una conversacion muy divertida; pero las recetas serán mas especiosas y mas arrogantes que sólidas; porque ha tenido poco tiempo para estudiar á la cabecera de los enfermos y para revolver los libros de la facultad, el que se ha distraído tanto en otras.

Me consuela poco la mejoría de María Francisca, por las mismas razones que á tí. Son de corta duracion sus alivios, habiendo observado mucho tiempo há, que los tales cuales paréntesis de sus dolores, mas han sido emboscadas que fugas, ni aun de campanamentos. Lo que puedo asegurar es, que cada víspera del correo de Galicia es para mí un pervigilio, y cada día un sobresalto, temblándome la mano y el corazon siempre que abro tu

pliego. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA CLXXI.

Escrita en Villagarcía á 8 de diciembre de 1758, á su hermana.

Hija mía: No tienes por qué arrepentirte de haberme hablado con aquella claridad en la carta que me puso en tanto cuidado. Si el continuo en que me tiene tu perpetuo padecer es capaz de algun consuelo, ninguno ignala á la seguridad de que ni tú ni tu marido me disimularéis las novedades que ocurran, disminuyéndome la verdad de ellas; porque en esta confianza solo trago el cáliz de la realidad, y no el de la aprension, que, sobre ser mas copioso, suele ser mas anargo. Si sospechara que me hablabais con disimulo, vivia siempre sin alivio, porque no le podria fundar en vuestras cartas; y así, no mudeis de método, si no quereis que pasen á pesadumbres continuas las que hasta aquí solo han sido intermitentes. Tales son todos los alivios que has experimentado desde que se desconcertó el reloj de tu salud, y por lo mismo me caliento poco á ellos, aunque al fin siempre es descanso todo lo que sea treguas. Bien seguro es que si tú llegas á faltar ántes que yo, colgaré la pluma de un cipres, y sólo pensaré en disponerme para ir detras de tí, dejando libre el campo á todos los Gerundios presentes, futuros y posibles. Pero tengo gran cuidado de no descubrir este secreto á ellos, porque no hagan desde luego tantas rogativas por tu muerte como están haciendo por la vida del Rey. Mientras vivas tú, no los dejaré vivir á ellos; y así he celebrado mucho ese vivísimo deseo de vivir que te ha entrado de repente; pues, siendo tan vehemente, espero te ayundaras para eso mas de lo que te has ayndado hasta aquí, procurando vivir despacio, sin ansia de nada, y sin pillar fastidio por cosa alguna: receta única á que está vinculado todo tu remedio. Es cierto, hija, que yo te amo ciegamente, porque eres tan discreta; pero de algun tiempo á esta parte se me ha ofrecido que te habia de amar mucho mas si dieras en ser un poco tonta. Léi pocos dias há en un insigne médico, que la fecundidad del ingenio servia de estorbo á la otra fecundidad; y con efecto son muy raras las mujeres que ha habido de ingenios sobresalientes, que no hubiesen sido estériles. Aun en los hombres se ha notado ser muy contados los que hayan dado á luz muchos libros, y hayan tenido muchos hijos. No dejan de ofrecérseme algunas causas naturales, bastantemente especiosas, que puedan serlo de este efecto. Pero sea lo que fuere, no tiene duda que todos los espíritus animales que se consumen en la cabeza, dejan de emplearse en otras partes, y que una cabeza perspicaz, vehementemente y vivaracha, gasta sin reparo una prodigiosa cantidad de estos espíritus. Modera este consumo: persuade á tu entendimiento á que sea mas económico: consigne de tu aprension que no sea tan gastadora, y yo salgo por fiador, no solo de tu larga vida, sino de que ántes de un año se han de convertir esos dolores que tanto te martirizan á tí y nos atormentan á todos, en otros que á todos nos consuelen. Amen. Ya va para dos meses que apenas cesa de hover.—Tu amante.—*Pepe*.—Mi amada María.

CARTA CLXXII.

Escrita en Villagarcía á 15 de diciembre de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Si María Francisca dejó de

escribírmelo el día de besamanos por asistir á él, está bien; si por hallarse extraordinariamente mala, como lo presumo, aun está mucho mejor, aunque fuese mucho peor el motivo. Yo tengo hecho el ánimo á todo; porque esto lo puedo hacer yo; pero como no puedo hacer el corazón, tampoco puedo excusar ni disminuir los efectos de su flaqueza ó de su debilidad. El viaje á Aguilar me desahogó poco el ánimo, y lo mismo me sucedería aunque lo hiciese á la China, siendo cierto que por mas que luya la fiera que lleva clavada la saeta, aunque se desvie del impulso, no puede separarse de la herida. Dentro de un mes tengo que hacer otro viajecito á Benavente á predicar el sermón de San Vicente mártir, patrono de aquel cabildo, cuyo abad me le encomendó con tan porfiado empeño, que mas que grosería parecería tenacidad, orgullo, y aun altanería, la resistencia. No puedo ponderar el tedio que me causa este ejercicio y el respeto con que lo miro, fructificando primero en mí el miedo que he procurado introducir en los demás. Añádese la falta de dientes, que ya se va acercando á ser total. En poco mas de un mes he despedido á dos, ó por mejor decir, ellos se me despidieron, cansados ya de servirme, aunque imploré el auxilio del cirujano para que los echase de casa, de la que no querían salir, no obstante de que servían ya de estorbo mas que de auxilio, y parecían dientes de perro de hortelano, que ni comen las berzas ni las dejan comer. En fin, cuando venga la muerte, que barrunto no tardará, tendrá menos que matarme; y al muñidor no le pesará tanto, porque ya há días que yo mismo me voy enterrando poco á poco.

Te servirás disponer que se entreguen reservadamente en sus propias y respectivas manos las cartas adjuntas que van para Pontevedra, recogiendo sus respuestas, y advirtiéndole que no se dé noticia al uno de la carta que se escribe al otro. No entres en aprension por este género de correspondencia; porque no tiene otro fin que curar á un enfermo y averiguar si el médico de cabecera tira mas á enterrarle que á curarle. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. —Jhs. — José. — Nicolas mio.

CARTA CLXXIII.

Escrita en Villagarcía á 15 de diciembre de 1758, á su hermana.

Hija mia: Sea el que fuere el motivo de la falta de tu carta en este correo, me conformo con él; porque siendo el que me dice Nicolas, no debo sentirlo; y si fuere el que yo temo, debo celebrarlo, no por la causa, sino por el efecto. Aunque te machaque, no puedo menos de repetir que jamas recibiré gusto que te cueste á tí el mas mínimo trabajo. No sé si N. habrá aprovechado tanto como yo en este género de conformidad tan desinteresada; á lo menos la viveza con que me escribe los capítulos que hablan de tí, me hace sospechar que no está muy adelantado en esta generosa virtud. Yo voy prosiguiendo en mi tono ordinario de humores menos destemplados que ántes, por lo que se espere en la soledad del campo, aprovechando los bellos días que logramos despues de dos meses de encierro por las agnas y por las nieblas. Paseo todas las tardes mi legüecita, y ántes que se ponga el sol me pongo tambien yo, cuidando de no tener noticia de las heladas hasta la mañana siguiente. Aun los tránsitos del colegio no me ven el pelo sino á las horas precisas, con que me burlo de las revueltas del tiempo.

¡Así pudiera librarme de los temporales del corazón! Pero contra estos no hay pertrechos ni retiro; ántes hieren mas á los que encuentran mas encerrados. Manda y vive todo aquello que fuere voluntad de Dios. —Tu amante. —Pepe. — Mariquita mia.

CARTA CLXXIV.

Escrita en Villagarcía á 22 de diciembre de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Sea el Doctor Barata lo que tú quisieres, y punto redondo; porque veo que sientes demasiado el que alguna vez no me conforme en todo con tu dictámen. Solo no puedo dejar de contestar á la puntadica de que «ningunos realzan mas la virtud de la abstinencia que los que están hartos». Si experimentaran que la saciedad les irritaba mas el apetito, segun tu concepto no realzaran tanto aquella virtud. Los que padecen hambre canina, cuanto mas comen mas hambre tienen, y por eso el mejor remedio es comer lo ménos que puedan. Este símil es mas justo para los enfermos que empeoran con las medicinas. He dicho lo que siento: me has respondido tú lo que conceibes: evacúese la materia; y disponga Dios de la salud y de la vida de esa chica como fuere servido; que yo ninguna autoridad tengo para gobernarla.

Ya te dije que tampoco había tenido arbitrio para enviar aquellos papeles ni para dejar de remitirlos á Valladolid. Soy acreedor á ser creído. Allí están: tengo muy encargado que, bien ó mal despachados, me los restituyan en pasando pascuas: luego que vuelvan á mi poder, pasarán al tuyo. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. —Jhs. — José Francisco. — Nicolas mio.

CARTA CLXXV.

Escrita en Villagarcía á 22 de diciembre de 1758, á su hermana.

Hija mia: Tambien por acá se usan encendimientos de cabeza, aunque distan mucho de los que se estilau por allá. Dos días hice cama por uno que se le antojó mareármela; y si supiera que se te habia de disminuir á tí la porcion que me tocase á mí, pediría muy de véras á Dios que me la aumentase. Estoy ya casi restituído á mi sér natural, pero conozco que por algunos días debo tratar la cabeza con un poco de mimo, porque ha quedado débil; y así, tendrás paciencia hasta que cobre fuerzas, para lo que ayudarán las dos docenas de barriles de dulce y otras con que me regalas, por los que te doy unas gracias muy secas, costándome mucha mortificación el no poder dártelas mas mojadas. No espero en estas navidades otro regalo; y en esto solo conozco que me voy haciendo ingenio; porque experimento la fortuna comun de todos los que lo han sido. Cuando no hacia cosa de provecho, me sobraba todo: ahora que comenzaba á ser ménos inútil, todo me falta, ó por mejor decir, me sobra mucho mas, porque apetezco mucho ménos. Discurro que en estas navidades despacharán en Valladolid con aquella obra; y bien ó mal despachada me la restituirán; en cuyo caso pasará inmediatamente á tu censura; porque mas pesa para mí tu gusto solo que el de todo el mundo entero. Madama N. me escribe con mucha compasion de tus males, y con no menor sentimiento de los suyos, esto es, de su reumatismo; porque de los otros achaques del corazón jamas me ha hablado palabra, ni yo se los he tocado nunca, respondiéndola siempre en el

misimo tono. Adios : vive tanto como tu amante. — *Pepe.* — *Hija mia.*

CARTA CLXXVI.

Escrita en Villagarcía á 29 de diciembre de 1758, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : La antevíspera de navidad se resolvió el Padre Provincial venir á pasar aquí las pascuas con toda la curia, esto es, con el Padre Secretario y los dos consultores de provincia Recio y Villafañe, para tener aquí las consultas y excusar al Padre Idiaquez el viaje á Valladolid. De esta manera se me vino á las manos la ocasion, y pude hablar á todos los camaristas sobre aquel papel que actualmente está leyendo el Padre Villafañe, despues de haberle leído ya con gusto y con elogio el Padre Recio. No tengo duda de que la pluralidad de votos estará á favor de la obra.

Como estamos llenos de tanta gente grave, todo el tiempo se me pasa en cortejos; y no pudieron llegar estos padres en peor ocasion.

Ya respondió Fruime á mi segunda carta, disculpando la dilacion con sus continuos huéspedes, y manifestando el hipo que tiene de que se imprima su papel, aunque me quiere persuadir lo contrario. Echó las cabras á otro que es muy capaz de eso, porque tiene mejor corazon que critica, gusto ni discernimiento. La obrilla no está mala; pero no es cosa que acredite demasiadamente ni la erudicion ni el ingenio de su autor, mas feliz en copillas que en otros asuntos de meollo, y seguidos. Yo no me opondré ya á que se imprima; porque, sobre ser cosa decente, no me puede perjudicar en el estado en que contemplo la dependencia. Manda y vive como la mester tu amante hermano y amigo. — *Jls. — José Francisco.* — *Nicolas mio.*

CARTA CLXXVII.

Escrita en Villagarcía á 29 de diciembre de 1758, á su hermana.

Hija mia : Si has tenido las pascuas con el alivio que pronosticabas en tu carta de 20 del corriente, lo celebraré mas de lo que puedo ponderar; pero si mintió el pronóstico, no tendré otro consuelo que el único que me queda. Yo sigo ya en mi ordinario tenor, habiendo holgazaneado todo este tiempo, sin otra ocupacion que la de cortejante, no creas que de alguna dama, sino de los padres gordos que tenemos en este colegio, á quienes debemos hacer acatamiento los flacos. Verdad es que si los mas no fueran de mi devocion, no malograria el incienso; porque soy muy económico de este precioso aroma. Esta circunstancia me ha hecho sentir que no bayan aparecido todavía los barriles, de los cuales no hay noticia en Rioseco, pues lo hubieran lucido en alguno de los *deserts* que acostumbra dar todo hombre honrado en semejantes ocasiones. Ya di ayer el mio, más lleno de grasa que de almíbar.

La memoria que te hace el Padre Nolasco, del libro, es bien ociosa. El mismo me escribió que no se le enviase hasta pasadas pascuas y ocho dias mas, porque no le sirviese de estorbo á tres funciones en ringle que tiene en este tiempo. De aquí se infiere que se queja solo por bufonear. Estamos escasos de materiales para hablar, no porque se pueda acabar la provision de los que tocan al corazon, sino porque en tiempo de cuidados no lo es de gustar ternuras por no añadir esa fuerza mas al sentimiento. Renuevo á padres mis respetos y á las chicas mis

cariños. Vive tanto como yo. — Tu amante. — *Pepe.* — *Mariquita mia.*

CARTA CLXXVIII.

Escrita en Villagarcía á 18 de enero de 1759, á su hermana.

Hija mia : No creo que dejases de escribirme porque no hubieses llegado el correo de Castilla, sino porque no tendrias cosa buena que participarme de tu salud. El silencio que Nicolas observa en este punto aumenta mi envidia, creyendo que calló por no mentir y porque le faltó valor para decirme la verdad. Con esta espina partiré mañana á Benavente, donde divertiré poco á mis huéspedes y á los que me hicieren merced, si no me encuentro allí con carta tuya que me consuele, segun os advertí el correo pasado. El Padre Pedro Nolasco lo está cada dia mas con las tuyas, de cuya falta no se queja; ántes, como en ellas le disimulas tus males, es para su satisfaccion, sin mezcla de disgustos que se la templen. Parece que el cura de Fruime pretende darla de lo hecho, segun me apunta Nicolas : ha de ser muy llena para que á mí me haga fuerza. No hay paciencia para sufrir á un amigo infiel y alevoso. Túvola Cristo con Judas; pero al cabo lo pagó. Demasiado larga va esta carta para lo que tú mereces, si fué poltronería el dejar de escribirme; demasiado impertinente si fué necesidad; pero demasiado breve para lo que yo quisiera hablar. Vive tanto como tu amante. — *Pepe.* — *Mariquita mia.*

CARTA CLXXIX.

Escrita en Villagarcía á 18 de enero de 1759, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Por acá no ha nevado ni ha llovido dias há, y así solo se experimenta en los correos de Castilla aquella detencion de pocas horas, que es tan excusable en este tiempo; pero el correo de ese reino ha llegado por algunas semanas con el atraso de casi un dia natural, lo que acreditada ser por allí muchas las aguas ó las nieves, y mas cuando faltó enteramente en esa ciudad el del dia 10, como me lo dices en la carta de la misma fecha. Dasme en ella memorias de María Francisca sin decirme palabra de su salud : silencio que se me hace sospechoso, y mas habiendo precedido los tres dias de cama que ella misma me confesaba en su última. Ni sus males tienen mas remedio que uno, ni mi dolor admite tampoco mas que un consuelo.

Tengo que corregir la segunda impresion del Compendio de la Historia, porque salió con muchas erratas (aunque no con tantas como en la primera); y la compañía de los editores me pidió que quisiese tomar este trabajo, porque piensan en tercera impresion : señal indubitable de lo bien que les fué con la segunda.

El último correo recibí un papel impreso con nombre fingido y sin licencias, intitulado *Los Aldeanos criticos*, cuyos verdaderos autores son el conde de Peñafloreda y otros dos caballeros de Azcoitia, muy dedicados á la fisica moderna, la que pretenden vindicar furiosamente de lo que se dice contra ella en el *Fray Gerundio*, haciendo al mismo tiempo una decente apología de lo restante de la obra, aunque tampoco dejan de darla algunos tajos. Está escrito con bastante gracia, solo que es visible el remedo del estilo que se gasta en el *Fray Gerundio*; y como el remedo nunca es natural, se percibe bastantemente la frialdad del artificio. No sé si me resolveré á responder á esta obrilla, ni mucho ménos en

qué términos lo haré; porque todos son parientes del Padre Idiaquez, y con todos tengo conexiones que me obligan á tratarlos con blandura, aunque en algunos pasajes no la gastan ellos, y se olvidan con exceso de los motivos que los asisten tambien para que me hubiesen tratado de otra manera.

Me hablas muy en general del escopeteo en que estás divirtiéndote con el cura de Frumie, y deseo saberle muy por menor, porque estoy resuelto á tomar este negocio con la mayor seriedad, induciéndome á eso mas que todo la desvergüenza con que culpa únicamente á Don Domingo Antonio, atribuyéndole á él la divulgacion de su destemplado papelon. Tengo escritas dos cartas muy fuertes en este asunto á Don V., tan ciego por el cura, que le veo inclinado á esta misma opinion solo porque no halla otro medio para sacarle inocente y para cubrir la torpeza con que hizo tan solemne burla de su interposicion. Remítale una carta de Don Domingo Antonio, que casi hace demostracion de su inocencia, por lo mismo que se duele tanto de su demasiada fidelidad. Díceme Don V. que remitió al Cura copia de mi primera carta. Nada se me da de que vea en ella hasta dónde llega mi justo sentimiento, y que léjos de honrarle con responderle, solo pienso en aplicar medios eficaces para escarmentar de vez su desvergüenza, su atrevimiento y su alevosía. Veo por la tuya que va estás de temple muy diferente: el mio no se mudará con tanta facilidad, ni desistiré del empeño hasta que haga una pública retractacion de lo que dice en su sátira, la que te vuelvo á pedir para dar principio á mis formales diligencias. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José. — Nicolas mio.

CARTA CLXXX.

Escrita en Villagarcía á 25 de marzo de 1759, á su hermana.

Hija mia: Tu carta de 14 me ofrece pocos materiales para escribir, y bastantes para quedar con algun mayor cuidado que el regular por ese temblor del lado que tanto te molestaba. No por eso me atrevo á decir que valen poco las muchas oraciones que se hacen á Dios por tí; porque si no sirvieren para una cosa, aprovecharán acaso para otra, que importa infinito mas. Desvaneciése por ahora el pensamiento de la mision de Ampudia, habiendo ocurrido el accidente que digo á Nicolas, y yo me he quedado con el mérito, sin el trabajo ni la confusion que me cuesta el ejercicio de este santo ministerio. Parte de aquel ya le tendré aquí, donde se queda ejercitando por un padre de Valladolid y por mi compañero, el Padre Petisco, que entró á sustituir al del misionero principal, por haberle faltado la salud al primer sermón; y sin duda que hemos mejorado mucho. Se espera muy copioso fruto de esta santa mision; y como ha concurrido tambien el jubileo del Papa, en parte se aumentará y en parte se disminuirá el utilísimo trabajo; porque se harán de una vez las confesiones. A Dios, que te me guarde cuanto quiere tu amante. — Pepe. — Mariquita mia.

CARTA CLXXXI.

Escrita en Villagarcía á 20 de abril de 1759, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: A excepcion del uso de yerbas y legumbres (que me llenan de flatos), y de huir de la vida sedentaria (pues no puedo tener otra), practico á la letra la admirable receta que me prescribe tu

carino para minorar el accidente que tanto me ha mortificado de dos meses á esta parte, y en el que me parece experimento algun alivio desde que se dejó con la cuaresma el vino blanco y usamos del tinto, aunque de bien mala calidad, porque ninguno salió de buena en la cosecha pasada. Los paseos largos, lentos y diarios no los pierdo mientras el tiempo lo permite, logrando para ellos una mesa de trucos de muchas leguas de largo, la mas deliciosa para mi gusto que he hallado en ninguna parte, sin tener que levantar mas los pies que si me pasara en tu sala. Por las tardes no trato de otro estudio que del rezo, devociones y alguna lectura muy ligera, hasta que se llega el tiempo de beber y de marchar al Prado con las bestias, en que voy á empeorar poco de conversacion, y no la echo ménos; porque, no siendo racional, ninguna me gusta.

Lléveme el chasco de hallarme sin mis *Reflexiones*, que esperaba este correo, pareciéndome que despues de tus santos ejercicios te habria sobrado el tiempo para leerlas, caso que le quisieses perder en la lectura de un escrito que podia disponer cualquiera; por ser tan obvios sus pensamientos, que solo es menester el uso de la razon para ofrecerse al ménos adelantado. Seria sin duda olvido por el mismo caso de que el papel no merecia mucha memoria; pero, como la estimacion de las cosas son respectivas, y muchas veces se llevan las primeras atenciones aquellas que las merecen ménos, ninguno de mis juguetes me ha merecido tantos deseos de recogerle como ese; y así, suponiendo que solo sirve de ocupar tu escogida papeleria, estinaré que me le restituyas.

Creo te dije ya en la posta pasada como habia pensado hacer un viajecito á Leon, así por orear me un poco, como por complacer al Señor Obispo y al Intendente de aquella ciudad, que me han hecho varias instancias para que les diese este gusto. Tenia resuelto hacerle en la próxima semana, para desembarazarme cuanto ántes de esta atencion y para lograr la benignidad del tiempo, retirándome con él á divertir los calores del verano en otras tareas que me esperan. En todo caso, si faltare carta mia el correo inmediato, estad sin cuidado, porque será señal de que, admitidas ó no admitidas las disculpas que les he dado, emprendí mi viaje, pues, considerándole conducente para la salud, debo anteponer el cuidado de esta á todo lo que no sea el de la eterna.

Yo no sé lo que te diga del enfermo. Si estuviera como le han pintado cuatro meses há las noticias públicas y las particulares, ménos milagro sería el que escapase, que el haberse conservado así tanto tiempo. Las señas encontradas que da el amigo de Madrid son tan equívocas como sus operaciones. Ni creo se halle displicente en la corte, ni infiero otra cosa de sus nuevas dilaciones, sino que aun no debe estar maduro todo lo que pretendia; porque su alentado corazon no se contenta con poco. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José. — Nicolas mio.

CARTA CLXXXII.

Escrita en Villagarcía á 20 de abril de 1759, á su hermana.

Hija mia: Di que el día 11 del corriente se llevaron toda tu atencion las encantadoras tinieblas y lamentaciones de los padres de la Compañía, y no digas que dejaste de hablar conmigo un ratico mas por falta de

materia para la conversacion. Sobrada te di en la ingenua critica que hice de las obrillas de José Joaquin, por no negarte este gusto; pero debió de darte poco mi dictamen, y echaste por el atajo de hostezar y de sonarte, que es la contraseña de lo que cansa un pesado.

Tambien pudieran servir de un puntico mas para alargar la parleta las *Reflexiones* que tenéis allí y esperaba yo estoviesen ya acá de vuelta de su viaje; pero ni ellas han aparecido, ni alguno de los dos consortes las toma en los puntos de la pluma, aunque no fuese mas que para escripirlas. Me edifica mucho vuestra union; porque en todo vais á una, y es gusto cuando, no solamente están casados los cuerpos y las voluntades, sino tambien los entendimientos, que rara vez dejan de inclinarse al celibato: por lo ménos el mio jamas tuvo otra inclinacion.

No sé cómo no te caiste muerta de dolor á vista de la esquivéz del Padre Nolasco; pero consuélate; que tiene nombre de Padre Redentor, y como tal presto se compadecerá de tu cautiva ferrosura y rescatará á ese enjuto y amarrado corazon, aunque le cueste escribir una llana entera de papel; que en su holgazanería y pereza original es lo último y lo mas de la fineza. Por tu respeto le debo la singular de proseguir escribiéndome todos los correos, y aun fuera de ellos, las ocasiones que se ofrecen. Me da bellisimas noticias, y con aquella gracia natural en que tiene pocos semejantes; por lo que intereso mucho en que no os divorcieis por pocas cosas; á cuyo fin veré si conviene hacer una novena al glorioso patriarca San José, que decia un alcalde de este lugar, que era el «letrado de los mal casados».

Logramos una bella primavera, que yo disfruto en cuanto puedo, y disfrutaria mas en mi viaje á Leon, resuelto en mi mente para esta próxima semana, si las cartas de Madrid del correo precedente no me hubieran echado de nuevo una de tantas amarras como inútilmente me han cargado en todo este año, reviviendo otra vez la historia del desgraciado *Frailecillo*, que consideraba yo sepultada en el olvido mas profundo. Procuré sacudir la mosca en cuanto pude, escarmentado de tanto tiempo como me han hecho perder; pero no puedo saber hasta mañana si me valdrá el mosqueador, y consiguientemente no sé si emprenderé mi jornada cuando lo tenia pensado. Solo sé que, andando y á pié quedo, te quiero casi tanto como el padre del párrafo que queda atras; en fe de lo cual me firmo—Tu amante.—*Pepe*.—Mariquita mia.

CARTA CLXXXIII.

Escrita en Villagarcía á 25 de abril de 1739, á su hermana.

Hija mia: Voy á ponerme los botines para montar y proporcionar mejor las dos jornadas largas que hay desde aquí á Leon; porque no estoy ya para guapezas de alquiladores. Echadas bien las cuentas, es natural que no alcance al correo inmediato en aquella ciudad; y porque no os quedeis sin alguna noticia mia, obedeciendo los superiores preceptos, dejo aquí esta, y si llego con bien, lo mismo haré desde dicha capital cuando esté para restituirme á mi rincón, que será lo mas presto que me sea posible, porque ya estoy pesado de haber empeñado mi palabra, costándome suma dificultad abandonar mi quietud. Tengo mil baratijas que componer, y no puedo alargar mas la conversacion. Vive cuanto desea tu amante.—*Pepe*.—Mariquita mia.

CARTA CLXXXIV.

Escrita en Leon á 4 de mayo de 1739, á su hermana.

Hija mia: Hoy hace ocho dias que llegué á esta ciudad, habiendo gastado cuatro en el camino, porque me detuve dos en el monasterio de Vega con mi prima. La mitad del viaje fué con gran calor, y la otra mitad con excesivo frio, el que ha continuado desde que llegué, acompañado de agna, de vientos fuertes y tambien de algo de nieve. Pagué la patente en la primera noche con un fuerte dolor cólico, que me obligó á guardar cama todo el diasiguiente; pero, como rompió por ambas vias, quedé presto desahogado. Lo mismo sucedió al general de San Benito, que se halla en esta ciudad; solo que á este le acometió á la despedida, y á mí á la entrada; por cuya razon y por el mal tiempo suspendió el viaje que ya tenia echado á Espinareda. Visítome al dia siguiente de mi arribo: comí con su reverendísima otro dia. Me ha visitado toda la ciudad, y cómo con el Intendente los dias que dejan libres otros convites. He celebrado mucho ver la fábrica de telas, aunque temo que se atrase por la desunion de los que principalmente la manejan. Luego que el tiempo lo permita, me restituiré á mi celdita, cuya quietud se me hace mas apetecible siempre que carezco de ella. Vive tanto como tu amante.—*Pepe*.—Mariquita mia.

CARTA CLXXXV.

Escrita en Benavente á 18 de mayo de 1739, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Mal me recibió Leon á la entrada; pero me trató peor á la salida. Recibíome con un cólico, y despidióme con unas tercianillas dobles, que se explicaron en el camino. El primer dia no pude salir de la cama en el meson de Villamañan. El segundo me vine á refugiar á casa de este mi amigo, abad del cabildo de Benavente, donde tampoco la he dejado desde la primera noche que entré en ella. El médico del Conde, que me cura y es un admirable viejo de mas de ochenta años, dice que será mas salud para en adelante; y acomodándose á mi genio, no me ha recetado mas que una purga de las que se llaman lijeras. Avisé á Villagarcía pidiendo calea y un hermano que me asista, y luego que venga me restituiré á mi rincón, al cual con estas experiencias tarde desampararé. Un abrazo á María Francisca; y á Dios, que te guarde cuanto desea tu amante hermano y amigo.—*José*.—Nicolas mio.

CARTA CLXXXVI.

Escrita en Villagarcía á 1.º de junio de 1739, á su hermana.

Hija mia: Ya estoy bueno, y te puedo dar con seguridad esta gustosa noticia. Doce papeletas de quina hicieron el milagro de cortarme las perniciosas tercianas, y no ayndó poco el gusto de verme en mi aposento y en compañía de mis hermanos. Es cierto que no podía ser mayor, mas cariñosa ni mas desvelada la asistencia que tenia en casa de mi amigo el cura del Santo Sepulcro y abad de Benavente; pero esto mismo me la hacia mas gravosa, por considerar las molestias que causaba y lo mucho que el pobre se afligia. El médico del Conde, que es un venerable viejo de mas de ochenta años, me asistió con la mayor puntualidad y fineza. En fin, esto se acabó por ahora, sin que sienta mas que la precisa debilidad y desfallecimiento, efecto necesario de las ca-

lenturas y de los frios, que fuéron terribles, como tambien de las medicinas; porque tomé dos purgas en Benavente, y me sangraron una vez. Querian repetir la misma diligencia; pero no lo consentí, y me escapé á mi colegio. Espero recobrarme muy presto, porque ya como con apetito y duermo sin turbacion.

Preguntábasme en una carta si era yo autor de los *Circunloquios*. No lo soy, ni tuve noticia de ellos hasta que me la dió una monja de Tudela mucho tiempo despues que habian salido, y me los enviaron de Zaragoza. Su autor es un jesuita de esta provincia, á quien conoce Nicolas; hombre de rara fantasia. Así pues se engañaron mucho esos padres en prohibírmelos á mí, y se declara que tienes tú mejor tulo y mayor discernimiento de obras, á lo ménos de las mias, pues ni gasto aquel estilo, ni tengo aquel modo de pensar tumultuante y arrebatado, aunque verdaderamente enérgico y gracioso. Yo discurro mas tierra á tierra, con otro método y sin entusiasmo; porque rara vez se me encrespa la fantasia. No puede ya mas mi cabeza, aunque mi corazon queda descontento, porque no se hartaria de hablar contigo. Adios, hija, y encomiéndame mucho á su Majestad, que te me guarde cuanto desea tu amante hermano.—*Pepe*. —Mariquita mia.

CARTA CLXXXVII.

Escrita en Villagarcía á 2 de junio de 1759, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Ya estoy del otro lado del pantano, gracias á Dios, á la quina y á mi resolucion de retirarme á mi celda, despreciando el parecer de los que lo tenian por temeridad. No puedo negar que el golpe ha sido fuerte, conociéndose ahora mas en lo mucho que me ha maltratado; pero, comenzando ya á comer sin hastío y á dormir con sosiego, espero en mi buena constitucion que me recobraré presto.

Este accidente rompió todas mis medidas; porque, pensando estar aquí el día 4 ó 6 del pasado á mas tardar, no pude llegar hasta el día 22. Malogróse por esto la ocasion de remitirte aquel libro por el conducto que me señalabas; pero he descubierto otro mas pronto y mas seguro, así para esto como para todo lo demas que ocurriere en adelante. Todos los maragatos pasan por Benavente, para cuya villa hay aquí ordinario seguro casi todas las semanas. Don Francisco José de Villalpando, cura del Santo Sepulcro, y abad de aquel cabildo, en cuya casa estuve tan asistido, es hombre de la mayor puntualidad y exactitud en los encargos. De él nos podemos valer en todo lo que ocurra, y por él irá dicho libro el juéves que viene, bien empacquetado, previniéndose le entregue á maragato seguro y conocido, quedándose con el nombre para hacerle el cargo, por no esperar el viaje de Nieto ó de Ramos, que irá quizá muy largo.

Necesito regalar al médico del conde de Benavente y al Abad. No tengo con qué ni con qué comprarlo. Estimaré que me envíes algunos permiles para estos precisos cumplidos. Tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José Francisco. — Nicolas mio.

CARTA CLXXXVIII.

Escrita en Villagarcía á 8 de junio de 1759, á su hermana.

Hija mia: No han quedado otras señas de mis tercianas, que la sobrada debilidad con que me hallo, precisándome á contarme de enfermo todavía, aunque el día

de la Trinidad espero presentarme en la letanía, que es nuestro coro. El tiempo ha estado y está muy contrario, por mantenerse frio y húmedo, lo que me ha escaseado los paseos en nuestra gran luerta, y no me han hecho poca falta. Es verdad que me cuesta trabajo el andar, no solo por la flaqueza de las piernas, sino porque se ha encontrado algo la profunda cisura de la sangría que me hicieron en Benavente, con mucha extrañeza mia, por la suma facilidad con que siempre se me ha cicatrizado, pudiendo seguramente quitar la venda y el cabezal á dos horas de sangrado. Bien conocí que esta mas habia sido lanzada que sangría; pero lo disimulé, porque ya no tenia remedio, ni yo esperanza de abrir los ojos á mi Longinos.

Antes de ayer por la tarde se nos apareció aquí de repente el señor obispo de Zamora, que estaba visitando en estas cercanías. No se detuvo mas que dos horas: hízome muchos halagos, y se despidió hasta otra ocasion. Es muy hábil y muy vivo: habló dos tomos de á folio, pero bien; con que no habló mucho; porque solo hablan mucho los que hablan mal.

Muy valiente se hará en esta temporada tu amigo el Padre Pedro Nolasco. Dígolo porque en Valladolid se han prohibido por bando público las gallinas; y aunque de nuestros refectorios están desterradas sin necesidad de bando, se suelen ir á cazar en otras mesas, de donde salen mas cobardes los que tienen el diente mas valiente. Escribíome luego que llegué, al aire que acostumbra; y doy por supuesto que no habrá dejado ni dejará de mantenerte conversacion. ¿Cómo está madre y las chicas? A mí me faltan por contestar muchas cartas atrasadas; y así, á Dios, amiga, que te me guarde cuanto quiere tu amante.—*Pepe*. —Mariquita mia.

CARTA CLXXXIX.

Escrita en Villagarcía á 15 de junio de 1759, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Pues Dios lo quiere así, tengamos paciencia. Desde el viérnes pasado por la noche, despues que salió el correo de ese reino, estoy en la segunda parte de mis tercianas, poco mas ó ménos tan fuertes como las primeras, salvo la inapetencia, que no es tan grande. Ya me han dado tres, y hoy he tomado los polvos de Aix, que hicieron bastante efecto, con resolucion de volverlos á tomar pasado mañana, pues me aseguran que á la segunda toma infaliblemente se me quitarán, sin peligro de que vuelvan. Para esto me citan un ejemplar que hizo ese Padre Rector en Pamplona. En fin, verémos lo que resulta, pues efecto malo no le pueden producir los polvos, especialmente siendo en tan corta cantidad. Anticipo dos dias el escribir esta, porque mañana es de correspondencia, y seguramente no faltará mi buésped, ántes vendrá con mayor aparato, segun el pronóstico del que me ha hecho tomar dichos polvos, y mi presente constitucion no da señas de desmentirle. En postdata daré cuenta de lo que hubiere ocurrido.

Te agradezco cuanto debo la generosidad y la prontitud de los jamones, todo muy propio de tu corazon, igualmente noble que benéfico, y yo saldré con ellos de mis obligaciones.

Si el sábado estuviere para ello escribiré dos letras á Madrid de puro recuerdo; porque lo demas creo desazonaria á aquel amigo, quien ya me ha significado alguna

queja de mi desconfianza. Mucho mayor la tengo de que se logre la pretension de nuestro estorbo, no obstante los documentos originales que has visto; porque no le dejarian salir de Madrid si lo pensaran de véras. El pronóstico del que me recetó los polvos de Aix, por lo que toca á la terciana de ayer, se verificó perfectamente; porque fué terrible. Verémos mañana si se verifica la segunda parte de que no volverá otra despues de la segunda papeleta que tomé hoy. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — *José Francisco*. — Nicolas mio.

CARTA CXG.

Escrita en Villagarcía á 28 de junio de 1759, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Las tercianas me dan ya poco enuidado, porque aunque ninguna ha faltado hasta ahora, ya son poco mas que cerimonia y aviso. Lo que me aflige es la suma debilidad, la suma inapetencia, la suma melancolia y una obstinada dureza de vientre, causa principal de todo. No obstante, ayer tomé una conservilla purgante que hizo admirable efecto: despejé mucho por algunas horas, mas ni por eso dejé de volver la calentura por la noche, dándomela bien inquieta. Mi temor es que se me arrime alguna calenturilla tenaz, cuyo desarraigo cueste mucho trabajo, aunque me inclino á que este miedo es efecto de la melancolia con que discurro en todas materias.

Preguntábasme en una carta si era autor de cierta bella apología en defensa de aquel señor que te dijo ese amigo andaba de tapadillo por la corte. No por cierto; no lo soy ni he visto semejante papel, del que solo he tenido una confusa noticia. Si fuere cierto, es verisímil sea obra de nuestro paisano y su especial favorito, que dias há está en la corte, y se retira á Salamanca con ocupacion nuevamente creada y de puro nombre, pero honrada y fija. Sea de quien fuere la obra, es dudoso si le perjudicará mas que le aprovechará al defendido, sobre lo cual políticos tiene la santa madre Iglesia, etc.

De los otros papeles de que habla el amigo con tanta individualidad, solo puedo decir que de mi poder no salió mas que una copia precisa de cada uno de ellos, debajo del grande sigilo que por mi parte he observado inviolablemente. Este le quebrantarán allá, sin que yo lo pudiese remediar, dándome sobradamente que sentir; pero con la precision de engullir mis sentimientos, porque de manifestarlos, solamente saco motivo para otros. Esto me tiene tan aburrido, que estoy muy tentado á abandonarlo todo y á pensar únicamente en una vida poltrona y holgazana, pues apenas encuentro un hombre como le busco y como le he de menester.

Tengo precision de escribir á Taboada largamente en otros asuntos que necesariamente han de ser de mi pluma; pero si Dios apenas me permite que firme sin grandísimo trabajo, ¿cómo lo podré remediar? Créeme, que no me consume poco esta especie, siendo una de las que dan mayor ejercicio á mi conformidad.

Por la adjunta del abad de Benavente reconocerás su cuidado en remitirte aquellos papeles, los que solo por asegurarlos mas no están ya en tu poder. No me ha avisado aun de que hayan llegado al suyo los jamones; pero ellos llegarán. Manda y vive como ha menester tu amante

hermano y amigo. — Jhs. — *José Francisco*. — Nicolas mio.

CARTA CXCI.

Escrita en Villagarcía á 5 de julio de 1759, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Ya, gracias á Dios, me faltó la terciana de ántes de ayer, sin mas remedio que levantar la mano de toda medicina, especialmente de unas sales que me abrasaban, y en lugar de quitarme la calentura continua, para cuyo efecto me las recetaron, aumentaban las accesiones, dándome la peor semana que he tenido. Ayer y hoy me encontré el médico, limpio; y espero que no venga hoy mi enemiga, ó que á lo sumo se contente con un aviso de que queria venir. Ya solo me resta poner corriente el vientre, causa á mi parecer de la suma inapetencia y de la desazon que experimento. Ocho dias há que no se explica, efecto, en mi dictámen, de la dichosa quina, pronosticado por mí desde el mismo punto que me la encajaron. Mañana repetiré aquella conservilla que me probó tan bien la primera vez, y con esto te he dado cuenta exacta del estado actual de mi salud.

El abad de Lenavente me avisa que el dia 27 del pasado llegaron á su poder los jamones, cuya distribucion quedaba hecha, segun le tenia prevenido desde Orense. No dudo que costaria trabajo el juntarlos, y el comprarlos no poco dinero. Eso mas tengo que agradecer, ó por mejor decir, eso ménos, porque lo ménos para mí agradecimiento es lo que gastas, y lo mas el fino corazon con que lo haces.

Añádeme el Abad que pocas horas despues se proporcionó la remesa de los papeles por Agustín del Puerto, ordinario de Salamanca, que caminaba derechamente á esa ciudad; pues aunque habian pasado por allí algunos maragatos, unos iban á la Coruña, otros al Esteiro, y el eriado de una recua, que iba á Santiago, no le pareció de mucha satisfaccion. Por esta cuenta, al recibo de esta ya estarán en tu poder dichos documentos, los que podrás detener el tiempo que te pareciere, y aun copiarlos si gustares, pues yo necesitaré bien un par de meses para recobrarne enteramente de modo que pueda tomar las armas; porque es mucho el quebranto que experimento, y estoy resuelto á no emprender cosa de sustancia hasta mi total recobro. Tampoco me opondré á á que confidencialmente los comuniques á tal cual que te pareciere, pues ya que lo hicieron en Madrid contra mi dictámen, no tengo reparo en que tú lo hagas con mi gusto. No vino hoy mas que un ligero aviso. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — José. — Nicolas mio.

CARTA CXCH.

Escrita en Villagarcía á 13 de julio de 1759, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Paréceme estoy bueno. Esta noche lo he pasado bien, tanto que el médico me ha encontrado limpio de calentura. No obstante, porque sepas no te oculto nada de mis males, te aviso que ántes de ayer me dieron el viático por haberme dado un dolor cólico con unos fuertes vómitos, que me vi bastante fatigado; y temiendo que al dia de correspondencia hubiese mas novedad, se hizo esta prevencion cristiana, con la que Dios se ha servido mejorarme tan de lleno, que aunque la inapetencia ha sido en mí tan continua,

hoy la voluntad está mas dispuesta á tomar lo que ántes aborrecia; y así no tienes que tener el menor cuidado; porque esta es la verdad de mi actual constitucion. A mi hermana no la escribo, porque enteramente me han privado de leer y de notar; y con mucha razon, pues hallándome tan débil, cualquiera cosa me hace perjuicio á la salud: que no tenga pena; porque esto será aumentar mis males. Encomiéndame á Dios, á quien pido te me guarde muchos años.—Jhs.—*José Francisco*.—Nicolas mio.

CARTA CXCH.

Escrita en Villagarcía á 20 de julio de 1759, á su hermana.

Hija mia: Ayúdame á dar gracias á Dios por sus grandes beneficios, pero con especialidad á pedirle me asista con su gracia para que emplee mejor que hasta aquí la vida que me ha alargado. Temióse mucho que la perdiese si me repetia otra terciana como la última que me dió. Vino á visitarme el Médico de los médicos, y disipóse este temor. En la carta de Nicolas verás el verdadero estado en que me hallo, teniendo muy fundadas esperanzas de ir ganando terreno cada dia. Si pudiera montar á caballo, procuraria retirarme por tres ó cuatro meses á algun puerto de mar, pues concibo sería el mas eficaz y aun el único remedio para volver á mi antigua robustez; pero el último viaje me hizo conocer que ya no es posible caminar dos leguas de esta manera sin grandísimo trabajo, y acaso tambien sin grave peligro. Manda como puedes, y vive como lo pide á nuestro Señor tu amante.—*Pepe*.—Mi querida María Francisca.

CARTA CXCV.

Escrita en Villagarcía á 27 de julio de 1759, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Sirvan estos pocos renglones del mejor y mas verdadero testimonio de mis progresos hácia la salud. Es cierto que van muy lentos, y que los dias de correspondencia experimento alguna novedad, y tal vez suele descubrirse en ellos alguna calenturilla; pero me dicen que raros son los que dejan de experimentarlos, aun no habiendo padecido tercianas tan pertinaces y de tan mala calidad. El apetito aun no ha vuelto, y en el sueño experimento otra especie de tercianas. Por lo demas todos los dias me levanto, oigo misa, y doy mis paseitos por la huerta á la mañana y á la tarde en compañía de un monje benito, primo del Maestro Cornejo, abad que fué de ese monasterio, quien me la ha hecho muy grande en toda esta prolija enfermedad.

Restituyo el papel que deseabas, del cual no sé si el amigo usaria con toda la prudencia que era menester, no por malicia, sino por sobra de bondad. Parece que me hubiera yo valido de él con algun fruto, si me lo hubiese permitido mi fatal estado. Me canso. Adios.—Tu amante hermano y amigo.—Jhs.—*José Francisco*.—Nicolas mio.

CARTA CXCV.

Escrita en Villagarcía á 5 de agosto de 1759, á su hermana.

Hija mia: Sobre el capitulo de mi salud traslado á Nicolas, por no cansarte ni cansarme con la repeticion. De la de Antolina no desconfío tanto como vosotros, aunque hasta ahora parezca que no han hecho efecto los baños, pues hay mil experiencias de que le suelen hacer después, salvo que se mezcle algo de perlesía; porque

esta jamas da carta de pago. En todo caso, su alma volverá muy aprovechada, y atégase á eso. Enfermedad ó salud, vida ó muerte, importan un bledo. Ha de llegar el fin de la jornada, y solo no tendrá fin el premio de lo que en ella se mereciere. Sentirá mucho que la obediencia saque de ahí su confesor el Padre Matías Martínez; pero debe hacerse cargo de que es Dios quien le saca. El es sin duda muy buen jesuita; mas no lo es ménos el sucesor, y segun mis noticias, y aun experiencias, ejercita con mucho juicio y con igual acierto el delicado ministerio del confesonario.

Si lo permitiere mi salud te iré divirtiendo con algunos papeles de poco chiste, pero de bastante sustancia, dando principio desde este correo. Por ellos conocerás cuánto han revuelto mis enemigos, y las débiles fuerzas con que me han acometido, aun eclando todas las que tienen. Sin embargo, estoy muy léjos de prometerme la victoria; porque los modos de concebir en los hombres son muy diferentes, especialmente cuando la voluntad no va de acuerdo con la razon. Soy tu amante hermano.—Jhs.—*José Francisco*.—Mi amada María Francisca.

CARTA CXCVI.

Escrita en Villagarcía á 10 de agosto de 1759, á su hermana.

Hija mia: Ahora sí que puedo decir tienes hermano, y le tendrás por el tiempo que el Señor fuere servido; pero hasta ayer solo podia asegurar que tenias el esqueleto del que lo fué, el cual hablaba, comia y se movia, aunque nada de esto hacia. La feliz novedad que me obliga á explicarme así, te la dirá Nicolas, siendo cierto que hasta que la experimenté, no solo no me daba por seguro, sino que me consideraba mas enfermo que cuando estaba moribundo.

Ya era tiempo que el buen Nicolas descansase en su casa de sus caritativas fatigas. Es cierto que la caridad las hace meritorias, y aun las suaviza; pero no las quita el peso. Te doy la enhorabuena de que le tengas á tu lado con alguna mayor quietud y con caudal mas crecido de merecimientos. Antolina no los habrá adelantado poco, y eso la envidio; porque la salud ó falta de ella es cosa muy indiferente para quien solo desea que se haga la voluntad de Dios en la tierra como la hacen los bienaventurados en el cielo. Sin embargo, vuelvo á decir que no desconfío experimente todavia el buen efecto de los baños, aun para la salud corporal. Hazla una visita de mi parte.

Apénas conozco al Padre Mateo Calderon, con quien nunca he vivido; pero he oído á los que le han tratado mucho, que es un bello religioso: hábil, celoso, juicioso, laborioso, retirado, y que en todas partes se ha merecido la estimacion universal de los pueblos. Quizá por esto ha parado tan poco en los colegios; porque toda república de hombres, por santa que sea, es república de hombres. Algo de esto, aunque no tanto, le ha sucedido al Padre Teodoro. Este lleva la ventaja de que parará poco en el colegio, y trabajará gloriosamente donde no se encuentren las cruces de las parroquias. Sin embargo, temo mucho que uno y otro hagan ahí corta mansion.

Nosotros regalamos á ese colegio con el P. N., y vosotros cumpliréis con el primer recado y con la primera visita, siguiéndose despues las generales de pasenas ó enfermedad. No es para tratado mas. Hay opiniones de que es jóven muy celoso, aunque son muy

pocas. Yo voy por el camino medio : no le niego el celo, pero está muy verde; y la prudencia por sembrar, cuanto mas por nacer : es grande embutidor de vocaciones, y se puede esperar que haga tantos viajes á Villagarcía con novicios, como hacen los maragatos á Madrid con tercios. En suma, en no faltándole á lo preciso, sobra.

Estimo mucho á las dos señoritas que me nombras el cuidado que las ha debido mi salud, y se le agradecerás de mi parte con las mas finas expresiones. Doña N. me escribe algunas veces; pero ha dado en hacer misterio de que tú lo sepas, pareciéndola sin duda que has de aprender te puede perjudicar su correspondencia conmigo; cavilacion de que me he reído mucho, porque la tal correspondencia no puede ser mas seria ni mas seca, á lo ménos por mi parte, especialmente desde que tuve noticia de los cuentos de antaño. Sin darme por entendido de ellos, la he escrito unas cartas capaces de garapiñar al mismo mes de agosto; pero su bondad, ni por esas. Tú llévala el humor adelante, y engañala inocentemente por los mismos filos, sin darla á entender sabes que me escribe. No puedo negar que la estimo porque la estimas tú, y porque el corazon me parece sano; mas por lo mismo siento mucho cualquiera cosa suya que no sene al mayor juicio. Adios.—Tu amante hermano.—Jhs.—José Francisco.—Mariquita mia.

CARTA CXCVII.

Escrita en Villagarcía á 17 de agosto de 1759, á su hermana.

Hija mia : Nada me dices de lo mucho que has padecido y estás padeciendo. Nicolas me lo refiere, y yo se lo refiero todo á Dios para que no se pierda el mérito de mi dolor, que no puede ser mas excesivo. Los baños dulces que han recetado á Antolina, despues de los sulfureos, se me representan á las damas que en una mano llevan el manguito y en otra el abanico, para calentarse y refrescarse todo á un tiempo. Cada dia me confirmo en que los médicos parlan, pero no curan; pues los enfermos que sanan lo deben á la casualidad ó á la naturaleza. En el cielo está nuestro único remedio : acudamos allá sin cesar; y en la tierra usemos solamente del de la paciencia.

Bien necesaria es esta para la mudanza de confesores, pues aun yo, con tener calzones y ser poco escrupuloso, la necesito. Segun los informes que te dije, entre los cinco que van, no veo otro mas adecuado para tí que el Padre Calderon, dure lo que durare. Conozco mucho al sugeto por quien me preguntas : buen monje, pero empalagoso y mas que medianamente simple. Cascado sería el mejor de todos si hiciera mansion ahí; pero siempre estará de huésped por su ministerio.

Tu favorable dictámen sobre aquel memorial que remití para que se copiase, me ha sido de grande satisfaccion, porque tengo la mayor de tu critica y de tu delicado gusto. Espero que no te han de desagradar los pliegos que sucesivamente voy remitiendo de la otra obrilla, con el singular gusto de que seais vosotros de los primeros que los leen, saliendo inmediatamente de mis manos á las vuestras. Aunque no logre mas que divertirte por algun rato, daré por bien empleado mi trabajo.

Dime si volviste á leer la respuesta al abogado Maimó; porque no es lo mismo leerla en trozos que seguida; y tambien quisiera saber á qué sugetos la ha confiado Ni-

colas en virtud de la facultad que le dí, y el concepto que forman de ella. Un abrazo á Antolina; y á Dios, que te me guarde cuanto quiere tu amante padrino. —Jhs. —José Francisco.—Mi María Francisca:

CARTA CXCVIII.

Escrita en Villagarcía á 50 de agosto de 1759, á su hermana.

Hija mia : Este año se me proporciona el gusto de poder te escribir sin especial anticipacion ántes de entrar en ejercicios, en que nos encerramos esta noche, y ya sabes que para mí se cierran las velaciones durante estos ocho dias. En ellos solo se debe vacar al único negocio que merece este nombre; porque todos los demas no lo son, ni respecto de él valen un pepino.

El Maestro Ocampo es muy acreedor por la ley que nos profesa á que lea la respuesta al Abogado, si á Nicolas le pareciere conveniente. Cuando no hubiese otro motivo que el de tu gusto, sería para mí muy poderoso : hoy ha subido para mí á un supremo grado la estimacion que le profeso, por el gran juicio y modo tan religioso con que se ha portado. De todo me ha informado el Padre Castañoso con la mayor satisfaccion mia, no porque me cogiese de nuevo, habiendo tantos años que le conozco; sino porque se renueva la complacencia siempre que se repiten nuevas pruebas en confirmacion del ventajoso concepto. Cuando tengas ocasion dale mil gracias y repítele otras tantas seguridades de mi fina amistad.

Poco tendrás que hacer en la eleccion de confesor, segun lo que te tengo dicho. Es verisímil que el Padre Calderon asiente ahí el pié; y siendo su carácter el que me han informado, te irá bien con él. Lo mas acertado será probar una y otra vez sin soltar prenda; y caso que no te acomode, tampoco está ligado á solo los jesuitas el acierto en la direccion de las almas: Soy amantísimo de la libertad en punto de tanta importancia; y me irrito contra los que quieren acortarla, midiendo precisamente la inclinacion á las religiones por la eleccion de los confesionarios.

Hoy, dia de santa Rosa, os considero rodeando á nuestra buena madre. Ya que yo no puedo ser de la tropa con la boca, lo soy con el corazon; y puesto que es fiesta de octava para nosotros, hazme presente á su merced dentro de ella; repartiendo mis cariños entre Antolina y María Isabel. Vive cuanto desea tu amante hermano. —Jhs. —José Francisco. —Mi amada María Francisca.

CARTA CXCVIX.

Escrita en Villagarcía á 7 de setiembre de 1759, á su hermana.

Hija mia : La mejor prueba de que estoy tan robusto como estaba ántes de caer enfermo, es que acabo de hacer hoy los ejercicios con toda la comunidad, sin otra dispensa en ellos que no haber consentido el Padre Rector que hiciese cierta mortificacion que suelen hacer todos, y yo pude hacerla tambien como el mas sano, porque es harto lijera y me sobran fuerzas para mas. ¡Ojalá correspondiera á ellas el espíritu; que entónces ya podría hacer alguna cosilla en satisfaccion de lo mal que las he empleado. Verdad es que para la mortificacion interior de las pasiones no son menester las fuerzas de un jayan.

Ayer salió de aquí el Padre Matías Martinez, que ya estará en su término. Detúvose un solo dia, y como nos cogió aun en los ejercicios, ni le pude cortejar ni pudi-

mos hablar mucho. Informóme por mayor del estado de su salud y del de esa fatal viveza de tu genio, que es el mayor enemigo de ella. Créeme, hija mia, que con la gracia de Dios no es imposible moderarla: hablo de experimentado, pues he adolecido de este achaque tanto como el que mas; y aunque no he sanado del todo de él, le reconozco muy corregido. Replicárame que para eso son mis años muchos mas: responderéte que tambien tu entendimiento es mucho mayor.

Dijome dicho padre que en el camino habia encontrado una posta que llevaba á Madrid el aviso de la muerte de Don Antonio Piña. Conséntila desde que supe el estado en que se hallaba y el médico en cuyas manos se habia puesto. (¡Librete Dios de ellas por su misericordia!) He tenido con esta noticia un verdadero dolor, de que es buena prueba el haberme dado una mala noche; y desde el primer sacrificio que ofrecí al Señor, comencé á cumplir con las obligaciones de amigo. Expresarás á mi señora Doña Isabel mi sentimiento y lo mucho que pido á nuestro Señor que la consuele, porque en estos duros lances es ocioso buscar el consuelo en otra parte. Para el difunto se acabaron ya todas las cosas del mundo, y él mismo acabó tambien para él. El que le sucediere en el empleo, tambien le ha de suceder en la muerte. Pero como esta consideracion, aunque templa las ansias, no estorba las prudentes y cristianas pretensiones, tengo ya hechos los oficios que me corresponden para que Nicolas sea atendido, dejando lo demas en manos de la divina Providencia. Pero esta noticia me ha hecho mas sensible la falta de vuestro pliego, por si en él se me prevenia algo que me restase que hacer; y se me ha ofrecido el malicioso juicio de si fué cuidado mas que descuido el haberse detenido ó extraviado.

Un abrazo á Antolina, con muchos respetos á madre y afectos á María Isabel; y vive cuanto pide á Dios tu amante padrino. — Jhs. — *José Francisco*. — Mi amada María Francisca.

CARTA CC.

Escrita en Villagarcía á 8 de setiembre de 1759, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Bien sabe Dios lo que se hace y lo que se mortifica. Vió su Majestad que no habia de hacerlo mi poco espíritu, ofreciéndole la mortificacion de no leer vuestras cartas durante los santos ejercicios, si las hubiera recibido; y dispuso que hiciese la necesidad lo que acaso no haria la poca devocion. Faltó el pliego de Galicia este correo, como otros muchos, y falté yo á la paciencia, como siempre, sin escarmentar en la experiencia de que en esto lo voy á perder todo.

Es cierto que en la ocasion presente hay algunos motivos mas para el cuidado, asi por el estado de las dos muchachas, como por el de tus negocios y por los pliegos que van y vienen, pues sería fuerte el asco que se descaminasen algunos.

El abad de Benavente me avisa tiene en su poder un paquete parecido al que te remití por su mano: discurre será el mismo, y esto me coge de susto, porque no le esperaba tan presto, segun lo conocieras por mis dos últimas cartas y por lo que escribí á María Francisca, que, segun mi cuenta, no ha leído esta obrita seguidamente, caso que sea ella la que está en poder de dicho abad.

No ha respondido el Señor Taboada, aunque se han pasado ya dos correos desde que le escribí la primera carta. Esta es mucha novedad en su fineza y en su exactitud. No sé á qué atribuirlo ni puedo acertar con pronóstico que no sea muy dudoso, especialmente no entendiendo lo que significa una cláusula misteriosa que me pone de su letra el tesorero general, sin comprender yo á lo que alude. Esta noche espero salir de esta duda, como tambien ver lo que han producido ó prometen producir otros oficios que he pasado.

Ahí va el nono y décimo pliego: el primero y el segundo llegaron ya á Madrid, como me lo avisa el Señor Santander.

Ya tengo en el aposento á mi nuevo amanuense, quien se estrena en esta primera carta. Su letra es imagen de sus carrillos, por donde conocerás que son rechonchos, redondos y bien tratados. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — *José Francisco*. — Nicolas mio.

CARTA CCI.

Escrita en Villagarcía á 12 de setiembre de 1759, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Las de 29 del pasado y 5 del presente llegaron juntas, como en otras ocasiones. El atraso de la noticia que me daba la primera no perjudicó mucho, porque estoy en el entender que las postas despachadas aprovecharán poco á los pretendientes que las costearon; y por lo que á mí toca, tenia anticipados ya todos los oficios que podia pasar, como lo conocerás por las cartas adjuntas.

Aténgome yo á la dichosa muerte del amigo. Si fué tan preciosa en los ojos del Señor como en los de los hombres, hizo el negocio de los negocios, ó por mejor decir, el único que merece llamarse así.

No apruebo que te acobardes ni que desistas de tus justas pretensiones. Tu estado es muy diferente del mio: lo que en este sería ambicion, es en el tuyo virtud. El que no sabe perder, no merece ganar; y no ignoras que tal vez ha acreditado mas á un general la pérdida de una batalla, que á su contrario la victoria. A mí me tendrás á tu lado siempre que me lo permitan las estrechas leyes de mi profesion. Estas me piden otro miramiento; y aun el carácter de mis amigos es tal, que si quiero hacer algo, es preciso manifestar que pretendo hacer poco. Va extendiéndose mucho la voz de que el ausente volverá presto á la corte. Puede ser discurso, puede ser deseo y puede ser noticia, aunque me inclino mas á lo primero que á lo segundo, porque ni ahora es tiempo de tomar esas resoluciones, ni aun cuando se hayan tomado, lo es de que se sepan. En fin, si esto se verificare, no desconfío de que Dios te premie, ni desconfiaré aunque no se verifique; porque Dios para nada necesita de los hombres. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — *José Francisco*. — Nicolas mio.

CARTA CCH.

Escrita en Villagarcía á 21 de setiembre de 1759, á su hermana.

Hija mia: Lo ménos que puede hacer un infante de España por un sugeto que tuvo la dicha de merecer su gracia, es lo que ha hecho por el nuevo administrador. ¿Por qué hemos de condenar en los príncipes lo que cada día aplaudimos en los particulares? Estoy moral-

mente cierto de que los ministros ni querian ni pensaban en otro jefe de esa renta, que en tu marido; pero Dios pensó en otro desde la eternidad. ¿Nos atreveremos á quejarnos? La justicia que con esta ocasion han hecho todos al mérito de Nicolas, vale mas que todos los empleos. Léjos de haber perdido en el concepto universal, por no haberle logrado, ha adelantado muchas estimaciones y se ha renovado la memoria de sus preidas. ¿Qué sabemos lo que Dios sacará de aquí? No sé si se le conferirá la administracion de aduanas; pero si no se le confiriere, tan sereno me quedará como estoy ahora. Para esto y para los otros pensamientos que tambien me apuntaron de Madrid, hice el correo pasado la única diligencia que en las presentes circunstancias juzgo me es decente. Propúseselos al Señor Taboada por medio del mayor confidente que tiene este ministro y que tengo yo en la corte. No hice mas, ni por ahora pareceria bien que yo hiciese otra cosa. Son muy linees los hombres del mundo en acechar las obligaciones de las personas religiosas: especulativamente saben muy bien hasta dónde llegan sus límites; en traspasándolos, se miran sus recomendaciones con desprecio, porque no se puede mirar con estimacion sus personas. A un religioso metido aturdidamente en pretensiones de mundo, y mas por sus parientes, le consideran como uno de tantos: luego le dan en rostro con la carne y sangre. Despreciable, y por querer hacer mucho, se inhabilita para poder hacer algo. Por estos motivos no me pareció razon acomodarme al dictámen de Don V. Si hallare motivo para escribir gracias, entónces será otra cosa; porque es mas honrado, y tambien mas religioso, el sobrescrito de agradecido que el de pretendiente. Nicolas siempre parecerá bien con este, como se proporcionen las pretensiones á la esfera en que Dios le ha puesto. Su cobardía disonará mucho, porque puede parecer despecho el que solo es desengaño. No tiene hijos, pero tiene parientes, y es virtud hacer todo lo que permite la religion. Algo le signifíco de esto; pero tú puedes y debes poder con él mas que yo ni todos juntos. Su Majestad te me guarde cuanto desea tu amante hermano.—Jhs.—*José Francisco.*—Mariquita mia.

CCIII.

Escrita en Villagarcía á 12 de octubre de 1759, á su hermana.

Hija mia: Ya dije mi culpa en el correo pasado. Págame bien mis desasosiegos con los tuyos. Desde el mártires estarias fuera de ellos; pero yo tuve una semana inquietísima considerando vuestro cuidado: me hubiera hartado á mí mismo de bofetadas (y me hartaria presto) si tuviera carrillos. Estos ya se fueron para no volver; con que agradéceme la buena voluntad.

Estoy de mal humor porque un amigo de Nicolas, con mejor intencion que prudencia, le ha inquietado la resignacion, llenándole de especies contra los de la corte, como si este fuera buen medio para consolar ni camino derecho para pretender. Aunque fuesen evangelios las que son malicias, sería grandísima imprudencia embocárselas en esta coyuntura. Por su carta conozco lo mucho que le destemplaron, y esto me abochornó de manera que le diria mil disparates si le tuviera presente. No se los escribiré ni me daré por entendido con él, porque le excusa su buena fe; pero cada dia voy viendo mas y mas por experiencia que, siendo

rarísimos en el mundo los que quieren ser amigos verdaderos, aun son mucho mas raros los que saben serlo.

No me has dicho con quién has resuelto finalmente confesarte. Mi voto está por el Padre Calderon; pero este es un punto en que todo lo ha de hacer tu inclinacion y confianza. El Padre N. volvió á escribirme: respóndile en tono que le desengañaria de mi desengaño, pero sin que sonase á rompimiento; porque nunca es bueno declararle con los que fueron amigos. Sustancialmente le tengo por un grande jesuita: sin faltas no hay hombres, y aquellos son ménos malos, que las tienen ménos fastidiosas. Una visita á la enferma; y á Dios, que te me guarde cuanto quiere tu amante hermano y padrino.—Jhs.—*José Francisco.*—Mariquita mia.

CARTA CCIV.

Escrita en Villagarcía á 19 de octubre de 1759, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: No hay gusto puro en esta vida. El grande que tengo en darte la enhorabuena por la administracion de rentas generales con retencion de las tesorerías de todas rentas, que te confirió el Señor conde de Valdeparaiso en 5 del corriente, casi me le aboga del todo el deplorable estado en que me pintas á nuestro Pedro Manuel, cuya vida solo puede yaser efecto de un milagro ó de un esfuerzo extraordinario de su robusta naturaleza. Por esta consideracion le he tenido igualmente presente en ambos mementos desde que recibí la noticia, y espero con impaciencia la del domingo, luchando entre el temor y la esperanza, pero mas propenso al primero que á la segunda, aunque de cualquiera manera resignado en lo que Dios dispusiere; porque yo no hallo otro remedio para suavizar estos golpes, ni tampoco hallo otro para hacerlos meritorios. En dando al sentimiento lo que es razon, debe hacer su oficio la fe que creemos y la religion que profesamos.

Con igual resignacion estaba en órden á nuestra pretension, aunque mucho mas confiado que tú ni el amigo de Madrid, como lo verias por mi carta antecedente, sin embargo de que no tenia mas principios que vosotros, porque no soy hombre que alego méritos, finjo misterios ni supongo confianzas. El efecto te habrá hecho conocer que es preciso borrar muchos rasgos «de la horrible pintura» que te hizo el tal amigo de aquellos sujetos, «sin excluir á mi Mecénas;» porque cuando la fantasía está turbada, no acierta el pincel con las líneas, ni el gusto con los colores. Créeme, que yo tengo un mediano conocimiento de gentes, y desde mi rincón veo algo mas de lo regular en los sujetos que he tratado, por distantes que estén. Si no hubieran estado de buena fe, fácilmente hubieran eludido el empeño del Señor Infante-Duque, y este solo les servirá para satisfacer á los dos partidos formidables que se estaban haciendo la guerra, y ellos querian adormecer para hacerte á tí justicia. En conclusion, eres administrador general sin haber gastado dinero en postas, ni haber dado paso alguno que no te aprobase la religion y la hombría de bien. Infórme de todo, porque todo puede servir; y dime en qué términos te respondió Dominguez, para ver si le he de describir ó dejar de hacerlo. Don V. queria que á letra vista y en virtud de su aviso escribiese yo al Conde y á Taboada, previniéndome que fuese por su mano, porque rabia el buen hombre por estas comisiones. A mí me pareció que no era razon recibiesen mis cartas

antes que las tuyas, y dejé pasar aquel correo para que todas llegasen á un tiempo, como llegarán escribiendo yo mañana.

Este Padre Rector me ha hecho particular encargo de que te dé en su nombre la enhorabuena, y de Valladolid me la han dado los Padres Lobon, Aguirre y Petisco: los de este colegio brindaron todos á tu salud el domingo pasado á mediodía, en que les dispuse un bocadillo de lo que da la tierra; y los novicios te encomendarán mucho á Dios, porque tambien les ha tocado algo de la fiesta. Yo no cesaré de hacerlo, pidiendo á su Majestad te asista para que le sirvas de administrador como le has procurado servir de puro tesorero, no dudando que si su Majestad te alargare la vida, tampoco ha de querer que pares en eso.

Esta noche esperamos aquí á las madres de la Enseñanza, que van á fundar á esa ciudad: conózcolas á todas, y todas son muy buenas. No sé si se detendrán mañana: es natural, y con eso apenas me permitirán despachar el correo de Madrid, que es de gatillazo y para mí muy molesto; pero de estos estorbos á cada paso los tenemos en este colegio, cuya soledad solo tiene para mí de malo el ser imaginaria: ojalá fuera mas verdadera: dos meses há que no nos vemos de polvo de huéspedes, y los mas vienen á pegar conmigo. Es increíble el tiempo que me quitan, y mas quisiera que me quitaran una muela, caso de tenerla. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José Francisco. — Nicolas mio.

CARTA CCV.

Escrita en Villagarcía á 19 de octubre de 1759, á su hermana.

Hija mia: Considero ya á Pedro Manuel en la region de los muertos, y á vosotros penetrados de dolor, como lo estoy yo por la pérdida de un mozo á quien verdaderamente amaba. ¿Pero quién se atreverá á resistir á la voluntad del Señor? Quién fué su consejero, ni quién tendrá que replicar á lo que dispone su amorosa providencia? Si todavía vive, y si se recobra, contra toda humana esperanza, será duplicado vuestro gusto por la administracion que el Rey ha conferido á Nicolas á pesar de vuestras desconfianzas, y mas á pesar de los que dieron oídos á su ambicion mas que á la razon y á la justicia, sin haber adelantado mas que perder dinero y tiempo, descubriendo un corazon poco sano y ménos agradecido. En fin, allá aparezco yo entre pésames y enhorabuenas, dándoos muchos abrazos y recibiendo los tuyos sin perjuicio, pues por viejo y por hermano me calentarán poco y me gustarán mucho. Mi dictamen sería que se llevase Dios y los pobres toda la parte del agradecimiento que corresponde á la profusion, y que los demas se contentasen con lo que basta para evitar la mezquindad.

No me hubiera pesado mucho que leyese el famoso conjurador la carta que te escribí, aunque es mas conforme á la prudencia que no la lea; pero tanto como á madre, no la hará daño el leerla, pues no pudiendo dudar lo mucho que la venero y la amo, debe creer que solo me obliga á explicarme de esta manera el deseo de desterrar de su piadoso corazon y entendimiento esas preocupaciones: mujercillas fuera, embusteras á un lado, y los que tratan en conjuros mil leguas de casa.

Yo quisiera saber uno muy eficaz para lanzar del padre

prior de la Cerca el diablillo de la desconfianza: si no estuviera poseído de él y si tuviera de mí toda la que debe, no necesitaría ni de tí ni de Antolina para que yo le sirviese hasta donde llegasen mis fuerzas. Cuanto mayores son las de vuestras expresiones, mayores son las de mi enfado por la poca merced que me hace ese reverendísimo. Merecía que por lo mismo os devolviese el memorial para el Padre Barona; pero, como no teneis las dos la culpa, haré mañana sin falta por complaceros á vosotras, lo que hubiera hecho de mejor gana por servir al maestro Ocampo. Y has de saber que el hacerlo mañana es doble mérito, porque esta noche esperamos aquí á las maestras de la Enseñanza que van á fundar á esa ciudad; las que, por tales y por ser antiguas conocidas mías, me ocuparán todo el tiempo que me habia de ocupar el correo; pero ya le buscaré para escribir al Padre Nieto ó quizá al mismo Padre Barona en derechura, pues ya me da confianza para tanto la amistad con que me honra.

Está lloviendo á todo llover, con lo que se asegura la sementera, y para el año que viene habrémos de convertir en paneras los aposentos, así como este año regarémos con vino rico los nabos. A Dios, Señora Administradora, que me guarde á vuestra merced como ha menester tu amante. — Pepe el viejo. — Mi proto-amada Marica.

CARTA CCVI.

Escrita en Villagarcía á 4 de enero de 1760, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Ya discurría yo que no llegaría el correo correspondiente á la carta de esta semana, porque tambien aquí le tuvimos con mas de un día de atraso. Ya ha vuelto á su curso regular, aunque no sé si durará mucho, porque no acaba de asentarse el tiempo, en que há un mes no cesa de llover con una furia y con una continuacion nunca vista en Castilla; y segun avisan de todas partes, parece que ha sido general. Oigo decir que desde esta semana se establecen aquí dos correos para Madrid, Castilla y Vizcaya, sin que hasta ahora sepa si se extenderá esta providencia á Galicia, en cuyo caso lograrémos noticias mas repetidas, aunque no mas recientes.

El terremoto que se sintió ahí la víspera de Navidad, tambien parece que llegó á la Coruña, y es natural se hubiese extendido por toda la costa. Maria Francisca me habla de él muy lijeramente, y con la misma brevedad toca las dos muertes sucedidas en el día despues, sin expresar quiénes fuéron las infelices víctimas, quiénes los agresores, ni cuál fué el motivo, que discurro sería el mas comun en estas desgracias.

Nuestros huéspedes se retiraron á sus respectivos colegios de Valladolid el día despues de la Circuncision, habiendo tenido unas pascuas bastante divertidas, pero muy encerradas, como todos los demas, que en todo el mes de diciembre no hemos podido salir de casa, y á mí me ha hecho bastante impresion la falta de ejercicio.

Estamos todos muy condolidos é igualmente consternados con la fatalidad del Padre José Díez, electo rector de Pontevedra. Volvíase de Valladolid á Salamanca para tomar el camino de su gobierno, y la víspera de Navidad, ya de noche, se ahogó en el río ó en el arroyo de Travancos, á una legua de Aladós. El macho en que iba montado dió la primera noticia; porque él por sí solo se

presentó en la puerta de la casa que tenemos en aquella villa, la mitad mojado y lleno de lodo, y la otra mitad enjuto; lo que acredita que el arroyo llevaba poca agua; que el macho cayó, y cogiendo debajo al padre sin que estese pudiese desembarazar de él, le ayudó á ahogarse: lo que se confirma con haberse encontrado el cadáver la mañana siguiente á un tiro de fusil del mismo vado. Noche fatal en todas partes: ahí por el terremoto y por las muertes violentas; acá por esta desgracia, que nos ha sido muy sensible. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. —Jhs. —*José Francisco*. —Nicolas mio.

CARTA CCVII.

Escrita en Villagarcía á 4 de enero de 1760, á su hermana.

Hija mia: Tú no sentiste el terremoto, y yo sí; porque le veo en tu carta trémula, espantada y melancólica. Pero no lo extraño, porque el cuento no es para ménos; y en verdad que cuando bailan las casas, no están para bailar los vecinos. Los agresores de las dos muertes violentas que me refieres, sucedidas en la misma noche del terremoto, ya le padecían en el corazon y en la cabeza, pues á no ser así, parecia imposible que en tales circunstancias se atreviesen á una ferocidad mas que de brutos. No me dices quiénes fuéron los muertos, quiénes los matadores y cuál fué el motivo, aunque desde luego discurre lo sería el que lo fué de todas las desgracias. Una mujer nos mató á todos, y todos se mueren por ellas, siendo esto segundo en mi dictámen el mayor castigo de la culpa original. Yo no estoy exento de él, pues aunque solo me muero por una, para matar sobra un puñal y no es menester apurar toda la oficina de un cuchillero. Si te hubieras divertido en referirme mas circunstanciada la noticia de las muertes, no tendrías que echar mano de las monjas de la Enseñanza para hacer conversacion con el fin de tentarme un poco. Visítalas cuando te diere la gana; que yo no la tengo de que me hagas la mamola, pues por hoy ya hablo un poquito de ellas con N., que me da parte de la vocacion de su hermana, no sé si al ahorro del dote ó á la utilidad del instituto, aunque de todo se sirve Dios y todo sirve á sus intentos. Los que tiene su Majestad, así en los terremotos como en los demas castigos con que nos avisa, son sin duda los mismos que expones tan cristianamente. En esto sí que filosofas con acierto, importando muy poco que la causa natural de estos terribles fenómenos sea la humedad ó la sequedad, el frio ó el calor, el aire ó el fuego; que todos estos litigantes tienen sus abogados entre los señores filósofos antiguos y modernos, distinguiéndose estos de aquellos únicamente en que son un poco mas bachilleres, un mucho mas habladores y un infinito mas presumidos; riéndose miéntras tanto la naturaleza de sus sospechas almidonadas, y el autor de ellas lastimándose de sus discursos de volatería. Una cosa te puedo asegurar, y es, que habiéndoleido bastante en estos monjes, tan majadero me estoy como me estaba cuarenta años há; y que hasta ahora no he aprendido ni siquiera una sola causa del mas mínimo efecto, de manera que pueda sosegarme en ella con mediana seguridad. Solo sí he aprendido á charlatanear sobre cualquiera friolera, tanto como puede hablar una mouja sin asunto. Esta es filosofía, y el que dijere que es otra cosa, dile de mi parte que es un pobre tonto.

Ponme á tu obediencia ó á tus piés, como mejor te

pareciere; que yo en cualquiera parte estaré á mi gusto, como no me apartes de tí; y vive tanto como tu amante. —*Pepe*. —*Mariquita* mia.

CARTA CCVIII.

Escrita en Villagarcía á 7 de enero de 1760, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: En nombre de Dios probemos fortuna con este segundo correo que nos han puesto á la semana, pues aunque no es mi ánimo precisarte ni precisarme á que nos escribamos en los dos, hecho cargo de que ni tú ni yo estamos ociosos y de que á María Francisca pudiera perjudicar mucho esta tarea, quiero experimentar en estos primeros cómo nos sale la cuenta, y después echarémos ambos la correspondiente para convenir en cuál de los dos hemos de fijar nuestra correspondencia, sin perjuicio de valernos del otro para casos extraordinarios y siempre que nos diere la gana. Con la misma prosigue lloviendo en ambas Castillas, con que comenzó cinco semanas há, faltando ya solos tres ó cuatro dias para que se cumplan los cuarenta del Diluvio. Las calles están tales, que para visitar á un clérigo moribundo, cuya casa dista poco del colegio, me vi precisado á montar á caballo; y sintiéndome ya con bastante novedad por la falta de ejercicio, hice ayer tarde un poco sobre una mula, aprovechando un par de horas que cesó de llover. Tambien llegaron por acá los huracanes, pero no á mi noticia hasta después que pasaron, gracias á la disposicion de mi aposento y al resguardo de los forros y contraforros de vidrieras, que me libran hasta del ruido de los truenos si no son de muy especial calibre.

Tres correos há que me falta carta del Señor Santander, sin saber á qué atribuirlo, sino que sea al general trastorno de ellos; porque si estuviera malo ya lo sabria por los amigos; y se aumenta mi cuidado por no haber tenido aviso del recibo de los últimos tres pliegos, que sería chasco se hubiesen perdido desde aquí á Madrid, no habiendo peligrado los demas con tantos rodeos. Luego que me los restituya pasarán á tu poder para que acabes de leer toda la obra; y si se hubieren perdido, tendré que trabajar otros de nuevo, porque jamas he gastado borrador, por lo ménos de treinta años á esta parte, enseñándome la repetida experiencia que lo primero que se me ofrece en todo es lo ménos malo; y así cuanto has leído mio, sea de molde ó manuscrito, es ni mas ni ménos como salió de la primera impresion. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. —Jhs. —*José Francisco*. —Nicolas mio.

CARTA CCIX.

Escrita en Villagarcía á 7 de enero de 1760, á su hermana.

Hija mia: Voy á ver cómo prueba este segundo correo que nos han puesto; que si pinta bien será una gran cosa, pues sobre repetirse la conversacion entre semana, si alguna vez se extraviasen las cartas no durará mucho el cuidado.

Comienza el año de 60 por principio de carta con *Hermanito mio*: mal *escomienzo*, segun mis observaciones, porque es señal de mosca, y no era de mal tamaño la que te picó por no tener que responder á la segunda clausulita con que te regalé, de aquel señor mio y señor tuyo, que no es sugeto *fantástico*, pues nada tiene de eso; ni mucho ménos imaginario, sino real y verdadero,

que come y bebe como cualquiera cristiano. Pero di al tábano que se vaya enhoramala; porque sobre que á mí no me escuece, siendo así que me debia escocer mas, ántes me halaga y me lisonjea, no veo por qué razon has de pillar tú tanto fuego ni dejar que penetre tanto el aguijon. Metisteme la espuela con los celillos de la ensenanza, y fué dicha mia tener tan á la mano con qué re-trucarte; porque no era razon que la perdiese teniendo tan buen juego. Ahora echas por otro camino, valiéndote de la sutil y delicada distincion de *causa remota y objeto inmediato*, en lo que yo no me quiero meter, porque es demasiada metafisica para mi entendimiento de boton gordo, y solo te diré que, aunque tú discurras con mayor delicadeza, no me negarás que yo juzgo con mas solidez, porque los fundamentos son de bulto, salvo la fiera solucion que apuntas de negar el supuesto y hacer como que te persuades á que todo ha sido ficcion mia. Eso se llama echar por el atajo, y no habria que replicar, á no parar en mi poder las cartas originales. Lo que te añadí acerca del *chisme*, juzgaba yo que, en vez de enojarte, debiera hacerte reir, pues la misma chufleta con que trataba un punto tan quisquilloso, era el mejor testimonio de la ninguna impresion que me hacia; y dar otro sentido á aquella cláusula, perdóname, que fué estar de mala condicion.

Cumpliste no con la de tu sexo, sino con la de la sarnica que te picaba, en haber leído la carta de la M. D., pues por lo demas, habiéndotela enviado abierta, no incurriste en ningun caso reservado, y yo celebré mucho el chasco que te llevaste, si consentiste hallar en ella algo de *Perla Gallega* con su poco de *vivir si vive, enfermar si enferma, y morir si está muerta*. Ahí va la respuesta, sujeta igualmente á tu censura, en que descubro lisa y llanamente todo lo que ha habido, lo que hay y lo que habrá; añadiendo solo para tí sola, que el haber deseado esta correspondencia fué precisamente por tener noticias seguras y menudas de los progresos de esa fundacion, en que he tenido mas parte de lo que suena ni se sabe; y aunque estoy seguro que la Madre Priora me las comunicaria con gusto, hay de por medio cierta etiqueta (que ella misma ignora), en virtud de la cual seria en mí mala política valermé de este conducto. Tengo hecha contigo mi confesion general por lo que toca á este mandamiento: espero la absolucion, con ánimo pronto á cumplir la penitencia que me fuere impuesta, salvo que me mandes llevar en paciencia el que quieras á otro tanto como á mí; pues, por lo demas, el que otros te quieran tanto como yo, y aun mas, si fuese posible, ¡miren que tacha! Yo mismo los alabaré el buen gusto por todos los siglos de los siglos. —Tu amante.—*Pepe*. —Mariquita mia.

CARTA CCX.

Escrita en Villagarcía á 19 de enero de 1760, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Confórmome gustoso con tu providencia para que aprovechemos los dos correos que tenemos ya á la semana, escribiendo en uno á tí, y en otro á María Francisca, á que doy principio desde luego, reservando la carta de esta para el lunes. Verdad es que la tenacidad del tiempo en mantenerse tan borascoso no ha permitido hasta ahora que estos vengan regulares; pero ellos se arreglarán, y al cabo las cartas llegan.

El Señor Santander recibió ya el último pliego que le remitiste, y por esperarle no hizo copiar los míos. Ofrece ejecutarlo luego, y yo enviártelos sin detencion inmediatamente que me los restituya.

Yo no me hallo bueno dias há, pudiendo tener mucha culpa, aunque no toda, la melancólica constitucion del tiempo y la falta de ejercicio, á que se añaden otros cuidados y trabajillos, de que en todas partes hay cosecha. Sin embargo, ando en pié, y la gracia ayuda visiblemente al corazon. Da un abrazo á María Francisca; y á Dios, que te me guarde como ha menester tu amante hermano. —Jhs.—*José Francisco*. —Nicolas mio.

CARTA CCXI.

Escrita en Villagarcía á 21 de enero de 1760, á su hermana.

Hija mia: Junticas llegaron la de Nicolas escrita el dia 12 por el extraordinario del sábado, y la tuya de 16 en el ordinario del miércoles; pero como ahora estás tú en turno, segun la nueva pragmática de familia, te escribo á tí, y no á él hasta que le llegue su tanda. Verdad es que ambos os hallaréis á un tiempo con carta mia, por haberse quedado en la estafeta todas las del viérnes; y fué el caso que el balijero llegó seis ú ocho horas ántes de lo acostumbrado, porque ahora los aprietan las clavijas, y no estando recogidas las cartas del colegio cuando él llegó, ni queriendo detenerse para que se recogiesen, por traer órden de no pararse mas que á dejar y tomar las cartas que estuviesen prevenidas, se quedaron acá todas hasta el dia de nuestro extraordinario, que es el lunes.

En virtud de dicha pragmática, que comencé á practicar el viérnes, tengo tambien que hacermé cargo de la tuya con fecha de 9, y comienzo por ella, porque soy hombre metódico.

Has dado en que yo soy mas pícaro que hermoso, porque no te quiero decir quién es el sugeto que me lisonjea con llamarte la *Perla Gallega* y lo demas. Pues has de saber que yo te tengo por tan hermosa como pícara (y de las dos porciones te toca buena racion), porque me quieres persuadir que no lo has conocido, siendo así que desde la primera palabra lo entendiste al vuelo. Mas para que no te venga vanidad, tambien he de añadir que te tenia por un poco mas bellaca, pues no ha sido tanto tu disimulo que no le haya conocido yo, viendo que el tal sugeto (que me escribe todos los correos) en las tres últimas cartas no te ha tomado en boca, siendo así que este capítulo era el principal de las antecedentes, como que precisamente por saborearse en él le debia yo tanta fineza. Esto quiere decir (ó yo soy un grandísimo porro) que tuvo alguna advertencia de que se explicase con tiento, compadeciéndose de mi delicadeza: aprension que me ha divertido mucho, y en todo caso este punto te le cogí. Basta de esta friolera.

Tenga poco ó tenga mucho que hacer, mi mayor ocupacion debe ser el complacerte á tí y á Nicolas, en cuyo testimonio va la carta que me pides á letra vista. No sé si será del gusto de quien la desea: solo sé que yo en sus circunstancias no escribiria otra. En ella dice él todo cuanto concibo pueden decir de su oracion, segun lo poco que me apuntas y por lo que yo he visto de otras obras suyas, que no son las mas limadas, porque todo su hipo es que le tengan por latino y por erudito. Vive

en compañía de Nicolas cuantos años desea tu amante.
—*José Francisco.*— Mi amada María Francisca.

CARTA CCXII.

Escrita en Villagarcía á 28 de enero de 1760, á su hermana.

Hija mía : Tienes mucha razon : los dos correos que nos han puesto no han servido hasta aquí mas que de embrollar las cartas y de trastornarlas, pues desde esta providencia son pocas las que llegan regulares, y la queja es muy general. Ahora hay la disculpa de que las postas se alcanzan unas á otras por la dificultad de los caminos y por lo desabrido del tiempo : despues entrará la flojedad ó la ignorancia de los estafeteros, y siempre tendrémos en qué ejercitar la paciencia. La mia se emplea de presente en un viaje que tengo que hacer mañana á Puente-Duero, lugarcito que dista dos leguas de Valladolid. Empeñóse Don Jerónimo Estrada, canónigo de aquella santa iglesia, el mas fino y el mas antiguo amigo que tengo, en que habia de predicar á la profesion de una sobrinita suya, que la hará el día 2 en las Brígidás de aquella ciudad. Neguéme desde luego por mil razones, y la principal fué porque me habian de sofocar á visitas. Hiciéronle fuerza, y yo estaba bien des-cuidado, cuando hé aquí que me hallo ayer con un propio y con una carta apretadísima, en que me dice que ántes de profesar la chica tiene precisamente que comunicarme, y que pues no quiero entrar en Valladolid, concurrirémos en su casa de Puente-Duero, para cuyo fin estará aquí esta noche una calesa. Esto se llama valerse de la vía ejecutiva; y no habiendo otro arbitrio, es menester hacer este sacrificio á la amistad, que en las circunstancias no es corto, porque aunque el tiempo está ménos áspero que los dias antecedentes, anda muy vario y poco seguro, y por otra parte me sobran tareas muy urgentes sobre mi tabulino. Como no sé para lo que soy citado, tampoco puedo saber cuánto durará mi ausencia : solo sé que la cortaré todo lo posible, porque estoy muy violento fuera de mi aldea. El correo del viérnes no es posible alcanzarle, y así, á Nicolas que esté sin cuidado en aquel hueco de su turno : los demas ya procuraré lograrlos.

Pregúntasme si se ha muerto el Padre N. ¡Válgame Dios, y qué sencilla que eres! Este contrapunto y no mas faltaba á tu picardía redomada. Hija, yo no soy tan bellaco como tú; pero algunas veces, como que tengo presunciones de no ser muy bobo. El ya no me habla de tí, y tú me preguntas ahora por él. Ambos sois muy lindas piezas. Cuando me falte carta suya (que hasta aquí raro correo me ha faltado) acudiré á tí por sus noticias, y cuando carezca de las tuyas (no lo permita Dios) le preguntaré á él por su *Perla Gallega*. Esta es la respuesta que merece tu pregunta. Ya sabrás, y quizá antes que yo, que predica á la profesion de la sobrinita de Estrada, quien le encargó el sermon luego que yo me excusé, por saber cuánto me complaceria.

La priora de la Enseñanza escribirá ó no escribirá cuando la pareciere, y tú las verás ó no las verás cuando te diere la gana; que por aquí no me has de coger puntitos. A padres y chicas mis memorias, con un abrazo apretado á Nicolas si no ha engordado demasiado. Manda y vive cuanto desea tu amante.—*Pepe.*— Mi amada Mariquita.

CARTA CCXIII.

Escrita en Villagarcía á 11 de febrero de 1760, á su hermana.

Hija mia : Esta noche ó mañana espero tu carta, que discurro piadosamente me iria á buscar á Valladolid; pero, como no sé lo que me dices en ella, tampoco sé lo que en esta tengo de decir. Lo bueno es que es preciso hablar, aunque no haya asunto, porque el de la salud se evacua presto. De presente no es mala, bien que no dejan de darme algun cuidado ciertos validillos que he experimentado estos dias, acompañados de un dolorcillo sordo de oídos, que á ratos tambien á mí me hace sordo, y es cierto que represento el papel con bastante gracia. Ayer me vi precisado á salirme del confesonario por no exponer á los penitentes á la confesion pública, que ya se abolió en la Iglesia; y como este accidente no tuviera otra resulta que excusarse de este trabajo (para mí el mayor de todos), ya daria por bien empleado el escorron por el bollo. A la verdad, el oído y el olfato son los dos sentidos que hacen ménos falta, porque es poco lo bueno que se oye, y aun es mucho ménos lo que huele bien. Está nombrado por rector de ese colegio el Padre Javier Torrano, amigo mio, hombre de cachaza y que pienso ha de agradar. No sé el destino del Padre Esterripa, ni es fácil adivinarle en las circunstancias, por no haber hueco donde emplearle, con que naturalmente se irá donde le pareciere mejor. La madre priora de la Enseñanza me escribió muy agradecida al regalo que lahiciste el dia de San Nicolas: si fué por devocion á su estado, ó á su nombre, es lo que yo no sabré determinar; pero sea lo que fuere, me encarga que te dé las gracias, y yo te las doy muy cumplidas, no atreviéndome á que sean muy cariñosas; porque eres suspicaz, y tengo presente los berros de antaño. El día 6 predicó tu amigo en Valladolid á la profesion de una monja, y me escriben que lo hizo con primor : noticia que no dejará de agradarte. Ya no se acuerda de tí en las cartas que me escribe, lo que te prevengo para que no le vuelvas á reñir y para que estés enterada de que toma bien tus lecciones. En hora menguada dije lo de la *Perla Gallega*, pues me veo privado por culpa mia de que lisonjeen mi gusto con la frecuente conmemoracion de la persona á quien mas amo. Dias há que no sé de nuestra Antolina, bien que el mismo silencio de Nicolas me consuela, porque si hubiese novedad particular, no dejaria de participármela. Prevengo que ayer no recibí carta suya ni tuya; mas no por eso dejaré de seguir el turno. Manda como puedes, y vive tanto como tu amante.—*Pepe.*—Mariquita mia.

CARTA CCXIV.

Escrita en Villagarcía á 15 de febrero de 1760, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Encontróme ya en Villagarcía la tuya de 30, que me fué á buscar á Valladolid; y aunque no te toque el turno, por el que se pasó de María Francisca, quiero contestarla de pronto para tener ménos que responder el lunes.

La carta que escribiste al D... me parece que no puede estar mas discreta; y aunque yo en esta primera me hubiera abstenido de toda expresion que sonase á pretension, ni aun indirecta, contentándome con la mera relacion de tu carrera y estado; pero la tocas con

tanta delicadeza, que no recelo te perjudique, y á lo sumo solo podrá influir en el atraso de la respuesta, tomándose acaso tiempo para informarse el D... del concepto en que estás con tus superiores. La lástima es que su secretario no es seguramente tan despejado como tú, y es de temer que lea lo que dices, sin penetrar lo que quieres decir. Por lo ménos, si entiende tan mal las cosas como las explica en su respuesta al M. N., no doy dos cuartos por su comprensión ni dos maravedís por su elocuencia. Pocas cartas he leído mas simples ni mas atronadas; y no siendo verisímil que se publicase por la secretaria del D..., solo resta que se divulgase por el estudio del viejo, y con eso acredita bien la flaqueza de los muchos años. Pero ¿por qué no se ha de disimular esta en un hombre que en todo lo demas es grande, dándole licencia para que en alguna costilla suene al barro de que todos somos formados? Yo no le he descubierto mas ambicion que de gloria, la que dicen es la mas honrada, bien que sea tan aérea como la de las demas especies. En fin, ya sabe España que el Rey tiene hecho concepto de su literatura; que el D... es su amigo y su panegirista, y que tambien tiene su piedrecita en el rollo del presente ministerio. ¿Qué mas ha menester para morirse con todo consuelo? La moralidad que yo saco de este ejemplo es, que *vanitas vanitatum, et omnia vanitas... et hoc est omnis homo*. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.—Nicolas mio.

CARTA CCXV.

Escrita en Villagarcía á 21 de marzo de 1760, á su hermana.

Amiga: Estoy en la cama purgado de ayer, porque no podia mas con mis vahidos, con mis flatos ni con mis hipocondrios. La purga me ha desahogado mucho, no sé si despues corresponderán los efectos. Todos me dicen que no espere recobrarne miéntras no levante la mano de todo y me oree bien por alguna temporada. Conozco que tienen razon; pero la pereza es mucha, y mayor la violencia que me cuesta dejar esta celdita. Como quiera, siéndome preciso pasar á Astorga á predicar de Santo Toribio el dia 16 del que viene, porque no me han permitido renunciar el sermón, es muy natural que, puesto allí, me tiente á ir á dar un abrazo al santo Apóstol y otro á tí, si no lo has por enojo. Pero todavía no hay que consentir; porque, aunque mi mayor dificultad es salir de casa, pueden ocurrir otras que me acobar-den ó me impidan este santo pensamiento.

Discurro que N. responderia á la carta que le remití, aunque no me ha avisado de su recibo. Hija mia, me acomodo muy mal á escribir en la cama, y así tendrás paciencia; pero si no la tuvieres, peor para tí. A Dios que te guarde cuanto desea tu amante.—Pepe.—María Francisca.

CARTA CCXVI.

Escrita en Villagarcía á 21 de marzo de 1760, á su hermana.

Hija mia: Nada tengo que añadir á la esquila de Nicolas, sino que el correo en que no veo letra tuya, cuesta muy caro á mi corazón.

Don Juan de Piña me ha escogido por conductor de sus atenciones para que llegasen á tu noticia; y las expresiones de que se valió me hubieran hecho embarazoso el encargo, si no conociera que el vocabulario de

los soldados es tan alegórico como el de los orientales, y lo que en estos suena anrora, sol, jardines y florestas, en nosotros significa unas cosas muy regulares. Díjome que te habia de escribir; y si lo hiciere, eso mas tendrás á que responder.

El amigo recibió tu carta, y la respondió en la conformidad que tú se lo prevenias. Sirva de aviso para que, en caso de que no recibas su respuesta, no culpes su atencion, sino su desgracia.

La purga que tomé el dia de San José hizo su efecto en los vahidos, que despues acá no he experimentado; pero los flatos se desenfrenaron con mayor furia que nunca, habiendo consentido que la noche de antes de ayer fuese la última de mi vida. Ayer tambien fué dia muy trabajoso, pero esta noche dormí con sosiego; y el flato, que en quince dias no habia mudado de sitio, está ya en otro lugar, donde me aflige mucho ménos. Quedo tomando unas aguas de agraz, que me probaron grandemente cuando padecí este mismo accidente en Salamanca, y al primer vaso experimenté el alivio; pero conozco que el remedio de los remedios será levantar la mano de todo por una temporada.

En el convento de Villalpando se hace tanta y aun mas estimacion de las legas que lo merecen, que de las que no lo son. Acredítalo muy bien la carta que recibí ayer de la religiosa á quien pedí el informe que te remití el último correo, la cual me dice estas formales palabras: «El mismo dia que dí la relacion de la de coro, la dió á una de cocina una enfermedad al modo de las muchas que andan por la villa, que á mi conocimiento es mortal. Será lástima; que mas bien merecia por sus prendas ser prelada que ser cocinera. Pída vuestra merced á Dios por su salud; que para mí y otras será muy sensible su muerte.» Hasta aquí la religiosa; y es de advertir que la tal enferma es gallega, y la que escribe es una muchacha de Valderas, que vale mucho por su virtud, por su juicio y por su capacidad; de donde inferirás si se hace ó no estimacion de las de velo blanco, cuando se dan ellas á estimar. Concédete á tí su Majestad la salud que nos conviniere, como se lo pide todos los dias tu amante.—Pepe.—Mariquita mia.

CARTA CCXVII.

Escrita en Leon á 1.º de mayo de 1760, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Dos dias há que estoy en Leon, aliviado de mis flatos, aunque anoche me molestaron, despues de seis dias de treguas. Retiraréme á mi rincón luego que aparezca la primera calea; porque me tiene con algun cuidado el silencio del Padre Idiáquez, de quien no he recibido mas carta que la que tienes allá, por mas que me diete la razon que este mismo silencio prueba no haber ocurrido novedad.

Vine desde Astorga en el coche del abad de San Benito de Valladolid, quien me dijo encontraría aquí á Fray Joaquín en posesion ya de predicador segundo de San Claudio. Aun no le he podido ver, por hallarse dos veces sangrado á causa de no sé qué fluxion que contrajo en el camino. Estoy esperando el coche para hacer esta visita.

Puede suceder que María Francisca experimente algun alivio con el oreo del Carril, y sería sin duda mayor si la vehemencia del amor que te profesa la permitiera algun sosiego no teniéndote presente; pero esto es im-

posible, y al recibo de esta la considero ya de vuelta en tu despacho.

Al buen Don Francisco responderé á boca en Villagarcía, si ejecuta lo que dice tiene resuelto; y si no lo ejecuta, me excusará aun esta respuesta. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mío.

CARTA CCXVIII.

Escrita en Leon á 1.º de mayo de 1760, á su hermana.

Hija mia: Respondo desde Leon á la última carta tuya que recibí en Astorga el día ántes de mi partida. Hice el viaje desde aquella á esta ciudad en el coche del abad de San Benito de Valladolid, y haré el de Villagarcía en la primera calesa que aparezca. Mis flatus me han dado seis dias de treguas: anoche me repitieron, sin saber cuándo me dejarán. Tu viaje al Carril sería sin duda de la mayor utilidad, si pudieras hacer paces con tu imaginacion y si fuera posible que templases la vehemencia de tu amor á Nicolas; pero me temo que esta y aquella lo han de echar todo á perder, y te has de cansar presto de hacer diligencias para lograr algun alivio en tus males. No quiero perder tiempo en darte consejos inútiles, ni gastar papel en recetas que no has de poder tomar.

Aquí encontré de predicador segundo en su monasterio de San Claudio, á Fray Joaquín, noticia que no tuve hasta Astorga. Aun no le he podido ver, porque ni él ha salido de la cama, donde está dos veces sangrado por no sé que fluxioncilla, ni yo he salido desde que llegné, de la casa de los intendentes y del colegio. Ahora estoy esperando el coche para hacer esta visita. Ya le vi, y su indisposicion es de mas molestia que enádado. Adios, querida mia: manda como puedes, y vive cuanto desea tu amante.—Pepe.—Mariquita mia.

CARTA CCXIX.

Escrita en Villagarcía á 18 de mayo de 1760, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: El día despues de la Asension llegué felizmente á mi colegio en compañía del marques de San Isidro, y en él encontré tus cartas de 3, 7 y 10 del corriente, á las que se añadió la del 14, que recibí ayer hallándome ya en la quietud de mi aposento. Bien discurría yo encontrar á mi regreso las tres que me faltaron, atribuyéndolo al verdadero motivo que ocasionó el dolor de carcer de ellas; pero como el corazon no siempre se arregla á los dictámenes de la razon, importa poco que esta le sugiera argumentos para el consuelo, si él no quiere admitirlos. Todo consistió en que mi mansion en Leon fué mas dilatada de lo que habia resuelto, por las razones que no pude prever, y con eso se me desconcertaron todas las medidas, encontrándome aquí con un monton de cartas que me darán bien que hacer en el discurso de esta semana.

En la de 3 me refieres la novedad que María Francisca experimentaba en las manos, sintiéndolas tan ásperas como si estuviesen aforradas en lija, y lo embarazado que se halló ese médico Bedoya en la explicacion de ese fenómeno. Con la misma fecha me escribe la paciente, y nada me dice de esta novedad ni del aumento que precedió á ella en la intension de sus dolores; ántes me lisonjea con la noticia de que reconocia alguna mayor fuerza, aunque se reducía á solo ello todo su alivio.

Sin duda me ocultó lo demas por no añadir esta nueva materia á mi cuidado; pero, léjos de aumentarse por este recien nacido accidente, le considero beneficio de la naturaleza, como lo es todo desahogo hácia las partes externas; y si la aspereza llegara á ser costra escamosa como la que forma la lepra, podíamos esperar el total recobro de esa pobre chica, como lo acreditan los muchos ejemplares que se leen en los libros médicos; y por lo mismo me admira que á Bedoya le hubiese parado una especie tan obvia en sus mismos autores. Pero el caso es que no seremos tan felices, y que la dicha aspereza es muy natural, sea producida del ambiente salitroso que la circunda en el puerto de mar donde se halla, cuyas impresiones se comunican mas fácilmente á los cutis muy delicados, que por lo mismo son mas susceptibles de ellas; y el mismo silencio que observas acerca de esto en las cartas posteriores, me confirma en esta aprension.

La de 7, despues de las juiciosas reflexiones que haces sobre la resurreccion del gran M... y sobre el arbitrario destino que le señalan los novelistas, se reduce á las cariñosas quejas del amigo Don Vicente porque no respondia á sus cartas, y á la acertada satisfaccion con que procuraste acallarlas. Ellas son muy dignas del mayor aprecio, porque no pueden nacer de mejor principio; pero, sobre que el mas eficaz remedio de mis males era levantar la mano de todo trabajo, especialmente del ejercicio de la pluma, en cuya virtud á nadie escribí ni contesté durante mi ausencia, sino á tí y á mi jefe inmediato, se olvidó presto el buen Don Vicente del ejemplo que me dió de esto mismo el año pasado, dejando de escribirme todo el tiempo que duró su larga mansion en los baños, sin que á mí se me hubiese ofrecido el pensamiento de quejarme; ántes le alabé la resolcion, porque el que va en busca de la salud ha de huir de todo cuidado y de toda correspondencia que traiga consigo alguna especie de servidumbre. En medio de eso, le escribí una carta desde Leon, y ayer le repetí otra desde aquí, con las que se habrá serenado su ánimo y volverá á su lugar la debida confianza.

La carta de 10 me da á entender que este amigo te anticipó la noticia del desgraciado, pero tan previsto, fin que tuvo aquel libro, cuya sentencia se publicó el mismo dia de su fecha, segun la copia que remite de los delitos que se le imputan para haberle conducido al cadalso. No me alteró un punto la paz del corazon ni la serenidad del semblante, como lo notaron los mismos que me la oyeron leer luego que la recibí; porque este sacrificio estaba ofrecido á Dios muy de antemano, por no echar á perder el mérito que sin duda tuve en la formacion de la obra; porque Dios no descuenta los desaciertos del entendimiento en los cargos de la voluntad.

Ayer á mediodía llegó el Padre Esterripa, con quien hasta ahora no he tenido lugar para conversacion reservada, y solo me ha dicho lo muy estropeados que están padre y Antolina. Si falta el primero, será indispensable mi viaje á esa ciudad, para consuelo de esas pobres muchachas y para cumplir con el mundo, pues para lo demas, estando tú allí, no habrá cosa mas sobrada que mi presencia.

Ordenaña estuvo en este colegio la semana pasada, cumpliendo la palabra que me dió de que esta sería la

primera visita que hiciese luego que tuviese libertad; pero no me encontró en él, y perdí esta buena ocasion de saber algunas cosas.

El señor abad de San Isidro acabó hoy su mision en Riosco, y el märtés ó miércoles de esta semana le esperamos en este colegio para descansar algunos días. Siempre que escribas á Frúme dile lo que quisieres de mi parte. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. —Jhs. —José. —Nicolas mio.

CARTA CCXX.

Escrita en Villagarcía á 19 de mayo de 1760, á su hermana.

Hija mia : Restituíme á mi rincon el viérnes en compañía del marques de San Isidro, que pasa á jurar al Rey por el reino de Leon, con lo que logré conveniencia de coche desde Astorga hasta mi casa, sirviéndome el del abad de San Benito de Valladolid hasta la primera mansion, y el del Marques hasta la segunda. Aunque mis flatos no me han dejado del todo, se han corregido mucho, no siendo tan frecuentes ni tan violentos como ántes.

A mi regreso encontré la tuya de 3 del corriente con la noticia del poco alivio que experimentas en tus males, reducido precisamente á sentir algun mayor vigor. Todo lo que no es atrasar es adelantar, y si el tiempo hubiera sido mas favorable, tambien lo serian los efectos de tu acertada resolucion. Aquel se ha compuesto ya por acá, dando principio á los calores; y si por allá sucediere lo mismo, será lástima que le malosres, retirándote de esa bella estancia cuando debias comenzar á gozar de ella. Y así, te mando con toda la autoridad de viejo, de padrino, de hermano y de mucho mas, que te mantengas ahí todo lo posible, negando los oídos á las vehemencias de mujer, y concediéndolos únicamente á los dictámenes de la razon.

Mañana escribiré al Padre Lobon, y sabré si recibió la respuesta que me citas. Durante el tiempo de mi ausencia puse entredicho á su correspondencia, como á todas las demas, sin otra excepcion que la tuya, la de Nicolas y la de mi jefe. Aun á la primera falté de propósito algunas veces por no precisarte á contestarme, hecho cargo de los embarazos que ocurren en una aldea, y de que el que va á divertirse y á buscar la salud, va á huir de toda servidumbre. En la misma noche que llegué recibí carta de dicho padre con fecha de 14, sin que dijese en ella cosa contraria á su salud.

Quiera Dios que verifiquen las esperanzas que da la priora de la Enseñanza de recibir á tu criada, pretextando la lentitud de su cumplimiento con la que gasta el fundador.

Dios tenga en descanso al pobre *Fray Gerundio*. Condenóle el tribunal, y se publicó la sentencia el día 10 del corriente. Ella le declara reo de todos los delitos que puede cometer un libro, salvo los que tocan inmediata y directamente á la fe y á la religion; pero al mismo tiempo que le condena á él, condena igualmente á todos sus enemigos pasados, presentes, futuros y posibles. Este negocio se acabó, y yo me he quedado tan tranquilo como si hablara con el bey que se refugió á la plaza de Oran. Adios, mi bien: vive tanto como tu amante. —Pepe. —Mariquita mia.

CARTA CCXXI.

Escrita en Villagarcía á 26 de mayo de 1760, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Acabo de recibir dos cartas tuyas á nn mismo tiempo, una de 26 del pasado, que el buen canónigo de Astorga, mi luésped, detuvo en su poder hasta que le avisé de mi arribo á este rincón, sin duda por no exponerla á riesgo de descaminarse; y otra de 21 del corriente, que es la que correspondia al correo de hoy; y dejando por rancias las especies de la primera, digo á la segunda, que con efecto te faltó la carta que echaste ménos, por el motivo que sospechas-te, cogiéndome en el camino el día de correo; pero aproveché el primero que ocurrió, con lo que te duraría ménos el cuidado.

No es poco el que me da la pobre María Francisca por lo nada que adelanta en su recobro con la mudanza de aires y de terreno, sin embargo de que el haberla desayudado tanto el tiempo, deja todavía algun corto lugar á la esperanza de que, mejorándose este, experimente algun alivio. Para ese fin, hizo bien en determinarse á permanecer allí por mas larga temporada, no siendo razon que desconfie de aquellos aires ni los desacredite lijaramente, cuando aun no los habia respirado con su pureza natural; porque mientras la atmósfera está turbada, todos los temples son iguales. Tu visita la consolaria tanto como la mortificaria tu pronta ausencia y el justo dolor de que hicieses el viaje con la incomodidad que era precisa en tanta aceleracion; y si te amara con tanto juicio como yo, hubiera perdonado el gusto de verte por el desconsuelo de perderte tan presto, acompañado del prudente recelo de que alterase tu salud un viaje tan acelerado.

Ayer se apareció aquí Don Francisco con sus tres pelendengues, y hoy se los llevó consigo á Madrid para que viesen las fiestas, pretextando los grandes empeños que cargaron sobre él en esa ciudad á fin de que no les negase este gusto. Es fácil discurrir lo que pensarían estos padres de una resolucion tan descabellada, confirmando esta la idea que formaron de su cabeza por todas sus obras y palabras. Luego que llegó, me envió recado; pero con el pretexto de ser mañana muy ocupada, me estuve en mi aposento hasta que se me presentó en él, como lo hacen todos los que transitan por este pueblo y quieren que los veamos, especialmente los que vienen á negocio tan propio como á encomendarnos sus hijos y parientes. Recibíle con tibieza, pero sin desagrado, dejándole seguir su capricho de llevarse á los muchachos, sin aprobarle ni desaprobarle. Aseguró que, concluidas las fiestas, él mismo los conduciría á este estudio, lo que ejecutará ó no ejecutará, segun el viento que entónces corriere.

El Padre Esterripa recibió ayer la noticia de su destino á Loyola, como lo habia solicitado, por la regla general de todo buen guipuzcoano, que solo piensa en vivir. Yo no habia consentido en que hiciese aquí larga mansion; pero tanto como hasta setiembre ó octubre creí tenerle por compañero, de lo que no me pesaba, porque siempre le he estimado. Ya no habrá quien le detenga; y así, discurro que no tardará en partiirse á su vascuence. Es amigo tuyo, y me encarga memorias para tí y para María Francisca. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo. — Jhs. — José Francisco. — Nicolas mio.

CARTA CCXXII.

Escrita en Villagarcía á 6 de junio de 1760, á su hermana.

Hija mia : El día 31 del pasado te hallabas sin novedad en tu retiro, segun me avisa Nicolas en carta de la misma fecha; y debiendo reputarse por progresos todos los que no sean atrasos, será razon que los continúes, no restituyéndote á los enidos domésticos, por lo ménos hasta el tiempo señalado. Yo voy siguiendo igualmente en el alivio de mis ajeillos, habiéndose disminuido el vigor y la frecuencia de los flatos visiblemente, bien que los vahidos raro día dejan de asomarse, aunque tambien muy mitigados; pero siempre con la necesaria precaucion de contemplar mucho la cabeza, que á poco ejercicio se queja, y si no hago caso de ella, se me escapa: con que haz cuenta que trabajo tanto como un clérigo que no sabe latín y entiende el romance con dificultad.

Las cartas que me debias eran cuatro, y yo no me recompensé mas que de dos; con que de las otras dos te hice gracia. Pero valga la verdad. No dejé de escribir por usar del derecho de represalia, tan lícito en toda buena guerra, sino precisamente porque formé juicio redondo de que tú no estabas para responder, ni aun para leer, y que en tu genio sería ménos sensible mi silencio que el cargarte de obligaciones á que no podías satisfacer. Tambien me hice cargo, amaestrado en mi propia experiencia, de que el que está de huésped, aunque se halle muy robusto, no tiene la libertad, el tiempo ni los amaños que en su casa para mantener conversacion á los ausentes.

Posible es que en las chufletas que escribí sobre la borla del Doctor N. se mezclase alguna dosis de envidia, sin conocerlo; porque esta droga se desliza ó se deslie con tanta sutileza en los afectos humanos, que no la percibe aun el gusto mas sagaz. Con todo eso, me atrevo á asegurar que en mi composicion no encontré lugar este ingrediente, por el bajo concepto que formo de este simple, y porque las borlas se han hecho ya como los hábitos de las órdenes militares y las cruces de la Inquisicion, que ningun hombre de bien ni cristiano viejo quiere ponerlas sin dote para sustentarlas. Manda si quieres, y si no, tan amigos como ántes.—Tu amante.—Pepe.—Mariquita mia.

CARTA CCXXIII.

Escrita en Villagarcía á 6 de junio de 1760, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : Desde la primera carta que me escribió el abate N., noticiándome la dignacion de hacer gloriosos á estos estudios con la honra de destinar para ellos á sus meritísimos *nipotes*, penetré la idea de embocarne el enidado de esta manla; y desviándola el cuerpo, respondí con una gran frialdad á su resolucion; pero le significué con igual calor la mia, de no tomar de mi cargo otra comision que la de estar á la mira para que se les distinguiese en el enidado de su aprovechamiento, negándome determinadamente á cualquiera otro, pues me sobaban los míos y el peso de mis años para divertir el tiempo. Sobre el mismo pié respondí á todas las cartas que me escribió en el asunto, estando prevenido para no abandonar mi plan cuando me hablase á boca en la materia; pero, como no la tocó ni aun remotamente cuando hizo escala de este pueblo para ir

á lograrsiquiera «algunos esperezos de las fiestas, y acechar si podia entre celajes á la deidad» (todas frases suyas), me excusó el trabajo de repetírselo, y espero que no me pondrá en paraje de hacerlo cuando vuelva á solemnizar la entrega formal de los tres infantes: lo que para mí es muy dudoso, así por la tibieza con que en todo se le contestó, como porque le pudo parecer esta jaula indecente para pájaros tan exquisitos; y solo le determinará á colocarlos en ella la consideracion de que en ninguna otra le han de salir mas baratos los cañamones: reflexion á que se dedicará en acabándose los «esperezos y en tapiándose los celajes».

La conversacion sobre el *embompoint* de ***, y las demas particularidades de su recibimiento esparcido por España, tendrán mas sonrojados que cuidadosos á sus émulos, que nunca han sido muchos, y hoy parecen ménos, porque conociéndole ellos mejor que los demas, vivirán asegurados á favor de aquel corazon magnánimo, á quien hiere ménos el dolor de las injurias, que lisonjea la gloria de olvidarlas; y si conservare algunas en la memoria, serán precisamente aquellas que recayeren en sujetos á quienes pueda favorecer sin detrimento de la conciencia y con honor de la religion.

Ya te dije cómo me había resuelto á escribirle aquella carta muda que ideé, en los mismos términos que te expuse. Dirigila á nuestro Don N., sin declararle su contenido, para que la entregase en propia mano, y por solo un día malogró la ocasion de ejecutarlo en el primer viaje que hizo á Madrid para dejarse ver de los amigos; pero ya la contemplo entregada á la hora de esta, y espero sin inquietud la resulta, que llegará á tu noticia, si tuviere alguna, pues quizá seguirá el resucitado la máxima que observaba ántes de morir, de que nos hablásemos por tablilla casi todos los correos.

En el siguiente escribí por la misma direccion otra carta á N., ménos muda, pero muy poco habladora, porque no tenia que decirle tanto, ni era razon que lo tuviese. Respondan ó no respondan, cumplí con mi buena ley: hice lo que me pareció que debía, y vamos adelante.

Inclínome á lo mismo que tú en orden al destino de Castaños, quien hará mal en preferir el corregimiento de Madrid á cualquiera de las otras dos intendencias, si le dejaren arbitrio para escoger; porque es muy distinta la autoridad de quien manda sin tantos pedagogos á distancia de la corte y de los Consejos, con la circunstancia de ser el provecho mayor; y celebro que hubieses podido proporcionar el carruaje á la francesa, de manera que esta se manifestase agradecida, y no quejosa, como yo lo recibí.

El Padre Esterripa aun se mantiene en este colegio, y naturalmente se mantendrá en él hasta que llegue el Señor Victoria, á quien desea acompañar hasta donde pudiere, logrando igualmente la conversacion de su amigo el Padre Cenzano. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.—Nicolas mio.

CARTA CCXXIV.

Escrita en Villagarcía á 9 de junio de 1760, á su cuñado.

Amado hermano y amigo : La mucha concurrencia de huéspedes y los largos ratos de iglesia que nos ocupa esta octava, no me permiten contestar á la de 4 del corriente, sino que sea en miniatura, aprobando desde lue-

go la acertada resolución de que María Francisca se detenga en su retiro hasta que se pasen esas funciones, reducidas á puro estrépito, en que se gasta el dinero para perder la quietud. En mi salud no hay otra novedad que haberme repetido el flato anoche y ántes de anoche con bastante rigor, después de haberme concedido muchos días de treguas, pudiendo ser la causa algun exceso cometido con ocasion de los huéspedes; pero tengo la confianza de que se corregirá con volver por otros quince días á mi experimentada agua de agraz.

El ministro que te respondió sobre aquel asunto, te habló mas categóricamente que los dos teólogos consultados, cuya indecision se ha hecho ya chorrillo en los que quieren parecerlo de moda, sin advertir que mas aumentan que resuelven las dudas; y si esta mala costumbre se va propagando, será menester borrar del catecismo aquello de «Doctores tiene la Santa Madre Iglesia, etc.» En virtud de la respuesta del ministro, ningún pecado hubieras cometido en conformarte con ella, pues por su empleo y por los créditos de ser el mas sabio en su facultad, pudiste formar juicio prudente de que sabría bien lo que te respondia; pero una vez que hubieses abrazado el partido que te propuse, queda á tu elección el seguir aquel que te pareciere mas acomodado.

Iguualmente secas vienen las cartas de Madrid de este correo, que las del antecedente: solo se dice que las fiestas se dilatan, sin saberse cuándo serán; que han sucedido algunas muertes desgraciadas, y que se esperan grandes novedades. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA CCXXV.

Escrita en Villagarcía á 12 de junio de 1760, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Parece que no alcanza el ocio para librarme enteramente de la molesta pension de mis flatos, pues ya me han dado tres muy malas noches, desquitándose con usura de las treguas que me concedieron, sin que para disiparlos haya bastado mi inaccion, reduciéndose hoy casi todo mi trabajo á sostener las correspondencias mas precisas, y aun de estas cargan sobre la pluma de Pepe todas las que permite la calidad de los negocios y las circunstancias de las personas. Estoy resuelto á tomar un par de papeletas de polvos de Aix, y aun á llevar adelante este remedio, el único con quien tengo alguna fe, sin que me haga fuerza el dictámen del Maestro Feijóo, no del todo contrario, pero ménos resuelto de lo que pedia la materia, en la cual discurre con mas especiosidad que solidez.

Puede ser que mi ejemplo mueva mas á María Francisca para confiar en este remedio, que mi insinuacion. Tambien es posible que se haya venido al Padron con el pretexto de oír á su hermano, pero con la realidad de estar mas cerca de su casa para restituirse á ella, y aun con la mira de excusar al padre predicador de la octava el viaje al Carril, conociendo lo mucho que incomodan dos huéspedes mas en una casa de aldea. Como quiera, quedo con bastante cuidado hasta saber el paradero de la novedad que experimentó nuestra enferma y te precisó á meditar el medio de hacerla conducir en una silla de manos á falta de litera.

Soy del mismo parecer que tú sobre el gran tiento con que nos debemos explicar en las noticias favorables, y aun por lo mismo he suprimido muchas de las que han

llegado á la mia, hasta verlas confirmadas con todas las seguridades que requiere la fe humana, sin confiarlas ni aun á los mismos interesados, escarmentado de las lijerizas que se observan en los de todas clases.

Las últimas cartas de Madrid solo dicen que las fiestas están señaladas para el dia 21, y que la Reina queda sangrada, discurro que por su preñado. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.—Nicolas mio.

CARTA CCXXVI.

Escrita en Villagarcía á 15 de junio de 1760, á su hermana.

Hija mia: Si un carretero no engañó á Nicolas, desembarcaste en el Padron el dia despues de Corpus, sin duda por tener el gusto de oír á tu hermano y para excusar que te buscasse en el Carril. Doy por supuesto que le oirias y que me dirás lo que te pareció, con la sinceridad que acostumbras, sin dejarte ofuscar de la pasion de hermana; pues, aunque varios me han asegurado que predica bien, yo vivo tan desconfiado, que solo tu juicio me hará deponer el mio.

Díceme Nicolas que te pusiste peor, y tanto, que solo esperaba tu aviso para enviarte una silla con seis ú ocho mozos, á falta de litera. Esta noticia me deja tan cuidadoso como puedes discurrir, y mas ofreciéndoseme si fué efecto de esta novedad el repentino viaje al Padron por ser pueblo mas socorrido y para acercarte mas á tu casa. Tengo por cierto que nada te perjudica tanto como la vehemencia del amor que profesas á tu marido, dejando en este particular sin uso tu despejadísima razon para advertir que todo exceso es delincuente, y para considerar que es imposible se conserven sosegados los humores ni que surtan efecto los mas eficaces remedios, mientras el corazon está agitado de alguna fuerte pasion.

Mis flatos se me han vuelto á alborotar, de manera que estoy resuelto á entregarme á los polvos de Aix, cuya devocion me aumentó la debilidad con que en parte los impugna y en parte los defiende el Maestro Feijóo, no concediéndolos tanta malicia ni tanta utilidad como declaman sus émulos ó como proclaman sus apasionados. Por algun tiempo fuí de los primeros; pero la razon y la conciencia me obligaron despues á alistarme en el partido de los segundos. Manda como puedes, y vive cuanto desea tu amante.—Pepe.—Mariquita mia.

CARTA CCXXVII.

Escrita en Villagarcía á 25 de junio de 1760, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Los males físicos de los viejos son como los morales: en tomando posesion del edificio no hay modo de desalojarlos. Esto me sucede con los flatos: hiciéronse dueños de la casa, y ya tengo consentido que no la dejarán mientras yo no la deje. No obstante, pienso que algun efecto hicieron los polvos de Aix; porque, desde que los tomé con bello efecto, no han hecho mas que avisarme de que no se han ido, pero sin meter tanta bulla como ántes. Yo volvería á tomar esta semana otra ú otras dos papeletas si tuviera libertad para curarme á mi gusto; mas San Ignacio me la quita, y su sobrino rehusa concederme la necesaria dispensacion. Lo cierto es, que tengo en este medicamento mas fe que en todos los demas juntos, y con todo eso tengo bien poca, porque es muy poca la que me deben todos ellos. Si María Francisca se resolviera á usar de él, segun su in-

ventor y segun lo arraigado de sus males, necesitaria de mas de cuarenta tomas interpoladas, y era preciso que se levantase una gran polvoreda de los humores, que á ella la desalentarian, y á los enemigos de los polvos darian ocasion para levantar el grito y para clamar que la mataban. Pero yo quisiera saber si lo que la han martirizado hasta aquí ha producido otro efecto; y sin embargo, esos insignes médicos (incluso el famosísimo Barata) estarán muy satisfechos de su trabajo. Cada día me confirman mas en que casi todos ellos son unos meros charlatanes.

Por la carta que te escribe, y estimé mucho me remitieses, veo que el día 17 del corriente por lo ménos estaba viva y aun tenia pulso para formar letras. Consolome mucho, porque era grande la apension con que vivía, pues no hago memoria se haya pasado jamas tan larga temporada sin ver su firma desde que me comenzó á honrar con ella. Dila que queda disculpada con José Francisco, el cual queda tambien desengañado de que el no tener carta suya en tres semanas no es señal de muerte actual, ni aun de muy cercana. Ha sido felicidad que se encontrase litera, andando tan escasas en ese reino con ocasion de las fiestas reales, que ya no se sabe cuándo serán, segun las últimas cartas de la corte; dilacion que desesperará á los muchos que concurrieron á verlas con tanta anticipacion. No me dicen el nuevo motivo que hay para diferirlas; pero, si no fuere el de no estar prontas todas las disposiciones previas, es de recelar que tenga gran parte en eso la gran novedad de Portugal, que habrá dado bastantes materiales á la corte para pensar en algo mas que en divertirse.

A la hora de esta ya considero al señor Doctor Pacho con su borla reverenda, que por lo blanca y por lo esponjadaes á mi modo de entender la espuma de la ciencia que rebosa por la cabeza. Dale mil enhorabuenas de mi parte, pues al fin esto de que á un hombre le entierren con muceta y con su poco de coliflor en el bote, es parte de lamedor para suavizar la amargura de la muerte. Ahora solo resta que haga sus oposiciones, primero á las cátedras de esa universidad, y despues á lo que saliere, pues aunque solo sirva para llenar títulos, no servirá de poco, segun la loable práctica de la Cámara. Si Perico siguiera el mismo rumbo, se acomodará tarde ó temprano, y tú dejarás en el mundo una experiencia mas de que casi siempre es mejor un buen tío que cuarenta padres malos.

El rey de Portugal se excusó de poner la birreta al Nuncio, con el pretexto de que, hallándose en una barraca, no era sitio decente para una ceremonia tan majestuosa; pero el Nuncio hizo con la birreta lo que yo con el primer becoquin, que sin cansar á nadie me le puse á mí mismo cuando me dió la gana.

Ayer mañana siguió su viaje á la corte el Señor Victoria, habiendo descansado aquí tres días, sin el rodeo de Toro, que excusó por haber sabido que su parienta la condesa de Catre habia marchado con su marido á las fiestas. El día antes por la tarde salió el Padre Esterripa en compañía del Padre Cenzano hasta Búrgos, donde se dividirán para ir el primero á Durango y el segundo á la Rioja. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA CCXXVIII.

Escrita en Villagarcía á 26 de junio de 1700, á su hermana.

Hija mia: Gracias á Dios que se acabó el paréntesis de tu correspondencia, el mas largo, á lo que me acuerdo, que he experimentado desde que comenzámos á tener conversacion por escrito. No dejé de tener presentes todos los motivos que podian ocurrir para justificarle, aun sin contar con el mas doloroso de habésete agravado tus males; pero una ciega pasion no tiene ojos sino para llorar lo que la duele, especialmente cuando tu fineza la tenia mal acostumbrada. En fin, ya te has restituido viva á tu casa, aunque sumamente extenuada, segun dice Nicolas. Por lo ménos tendrás el consuelo de padecer sin ser molesta á los extraños, que no es poco alivio para un genio pundonoroso y capaz.

Yo tomé los polvos de Aix por mi propia inclinacion, y no por la predicacion del Padre Esterripa, que sabe bien la poca fuerza que me hace, en punto de medicamentos, todo lo que no se conforma con lo que yo mismo concibo. Fuéme tan bien con ellos, que ya hubiera repetido otra ú otras dos papeletas si tuviera libertad para curarme á mi modo; pero me la coarta mi profesion, que no me permite usar de medicamento alguno sin licencia expresa de mi superior, y este no me la ha querido conceder para repetir tan inmediatamente este remedio. Lo cierto es, que por eleccion mia jamas usaré de otro purgante, siempre que le necesite, dejando á cada uno que discurre y se gobierne como le pareciere. Si tú tienes tanto horror precisamente al uso material de dichos polvos, no quiero perder tiempo en persuadirte á que los tomes; porque sé que el paladar ejerce un dominio tiránico en todas las de tu sexo.

Las religiosas de Santi-Spiritus de Benavente son dominicas, están sujetas á los frailes. Su racion, á punto fijo, no la sé; solo sé que es tan grande, que con ella sola está sustentando una monja pobre á sí y á otra hermana suya, tambien novicia, cuya profesion está detenida dos años há por falta de dote. El de las legas es conforme se ajusta: de cuatro mil reales nunca pasa; pero algunas entran por tres mil, y tal cual ha entrado por ménos. Tengo por falsa la noticia de que á las legas se las da la mitad de la racion que se da á las otras: de ningun convento he oido jamas semejante especie; porque eso seria dar de comer ménos á las que trabajan mas. No obstante, me informaré y te avisaré, aunque temo que ya sea tarde; porque á vista de tanta detencion, quizá habrán recibido á otras. Poco hubiera importado que me hubieses dicho el nombre, la edad, la patria y la parentela de tu criada, como te lo previne, para tener esto adelantado en cualquiera acontecimiento; pero eres tan descuidada en dar los informes mas necesarios, como diligente en pedir otros que acaso no lo serán tanto. Adios, y vive tanto como tu amante.—Pepe.—Mariquita mia.

CARTA CCXXIX.

Escrita en Villagarcía á 4 de julio de 1700, á su cuñado.

Amado hermano y amigo: Sigue adelante el conocido alivio en la molestia de los flatos, que por lo ménos han buscado otro conducto mas regular y ménos doloroso para su desahogo, dejando libres las concavidades superiores, que tanto atormentaban con igual dolor que

angustia de la respiracion, y no sin bastante peligro de la vida. Los vahidos han vuelto á asomar en esta semana, pero sin mas que asomar un poco la cabeza, causando alguna leve y pasajera turbacion en ella, la que luego vuelve á despejarse; pero yo no me fio, y prosigo tratándola con la mayor delicadeza, sin fatigarla en cosa alguna que pida la mas lijera intension, y levantando la mano de todas, aun ántes que ella me lo pida. Con este método espero conservarla lo que Dios quisiere: de manera que, aunque no pueda ganar todo el pau que como, no lo coma todo de mogollon.

Segun ha comenzado el verano, es de temer que se recoja poco en las trojes, aun despues de estar una decente cosecha en la era. Va adelante el empeño de las aguas, que, aunque no son de temporal, son muy copiosas y muy violentas, por ser de tempestades que, salpicando á este y á aquel término, en todos causan estragos, especialmente viniendo, como vienen muchas, mezcladas con alguna piedra. La siega de las cebadas camina muy trabajosa, y la de los trigos será preciso suspenderla, porque la falta de los calores y la sobra de humedad mantiene verdes las espigas, sin permitir tampoco que se trille la cebada recogida. Esto en Campos, donde estamos ménos mal; que en otras partes nos llenan de relaciones lastimosas, tanto que ya todo el mundo reserva sus granos, unos con esperanza y otros con temor de que se vendan á la tasa. Las viñas están extraordinariamente cargadas; pero, como se menudean tanto las tempestades, siempre se vive con el recelo de una piedra que las arrase. El día de la Visitacion, entre tres y cuatro de la tarde, padecimos aquí una de las mas terribles. Desprendió una centella en Pozuelo, que dista una legua de esta villa, y maltrató tanto á un pastorcillo del colegio, de doce á trece años de edad, que se desconfía mucho de su vida.

Las cartas de Madrid no toman en boca á las fiestas, ni rezan otra novedad que la de haber penetrado Laudon en la Silesia sin pérdida de un hombre, y habiendo alucidado á Fuquet. Manda y vive como ha menester tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José.—Nicolas mio.

CARTA CCXXX.

Escrita en Villagarcía á 14 de julio de 1760, á su hermana.

Hija mia: Decir á un melancólico «trate vuestra merced de alegrarse», es lo mismo que decir á un enfermo «trate vuestra merced de estar bueno»: dos necedades que no dejan de ser muy grandes porque sean tan comunes. Lo que yo te digo es, que en aliviándote Dios de tus males, te aliviará de tus melancolías; porque en cesando la causa cesa el efecto, como me sucede á mí con mis flatos, que siendo principalmente ocasionados de los cuidados del alma, disminuidos estos, se han minorado aquellos tanto que en tres semanas solo he sentido uno ó dos lijerísimos amagos.

Semejante principio tienen los estragos que han hecho las pesadumbres en la salud del pobre N.; bien que son mayores ó menores sus impresiones, segun es mas flaco ó mas fuerte el corazon de quien las recibe. No es muy grande el de ese desgraciado enfermo, y por lo mismo temo que al cabo den con él en tierra, no obstante el tal cual alivio que experimenta. Su mujer es ménos desgraciada, porque aprende ménos, y no padecerá tanto; pero bien pudiera hacer en el uno el en-

tendimiento lo que causa en la otra la falta de él; porque la capacidad modera con mérito el dolor de las pesadumbres, y en esto se diferencia de la simpleza y de la insensibilidad, que absolutamente le quita.

Tu amigo tiene esperanza de quedarse en Valladolid, mudando no mas que de cuarto y empleo, lo que yo celebraré mucho, porque le quiero cerea, y sentia pensasen en él para otro muy desengañado que oí decir le destinaban. Mauda y vive tanto como tu amante.—Pepe.—Mariquita mia.

CARTA CCXXXI.

Escrita en Villagarcía á 4 de agosto de 1760, á su hermana.

Hija mia: Ahí va la respuesta original del Padre Nieto á la pregunta que le hice prontamente, aunque ya no sirva mas que de nuevo testimonio de la puntualidad con que obedezco tus preceptos. Nunca dije que por la tal pregunta se riesen de tí, que ninguna obligacion tienes de entender estas dependencias; sino de mí, que tengo alguna de no ignorarlas del todo. En fin, este negocio estaba ya abandonado; con que se puso punto redondo en la materia.

Sábete que esta mañana amaneci con la gracia de estar sordo. Ya sentia bastantemente tardo el oído izquierdo desde la enfermedad del año pasado, experimentándolo unos dias mas y otros ménos, segun el tiempo; pero hoy me levanté con ambos oídos poco ménos que una tapia, sin haber precedido el mas leve dolor, sino ayer tarde una extraordinaria pesadez de cabeza, cual en mi vida habia experimentado. Me han puesto un poco de bálsamo católico, y no pienso hacer mas remedio; porque si fuere humor pasajero, ello se irá; y si no lo fuere, en mis años y trabajos no hay que esperar cura, sino martirios inútiles. Aunque el desconsuelo es natural, no me afligirá demasiado la torpeza de un sentido que al cabo ocasiona mas disgustos y daños que provechos, por ser tan poco lo bueno que comunmente se oye, y tanto lo malo que no se quisiera oír.

Ya prevengo á Nicolas que os faltará carta mia el primer correo, por un viajecillo corto que tengo que hacer, en que no alcanzo dia de estafeta.

El Padre Lobon va á maestro de teologia de Monterey. Le han atendido bien, dándole el empleo que apetecia, con el cual le han habilitado para todo, pues para este fin lo mismo vale aquella cátedra que las de Salamanca. Yo lo he celebrado mucho por lo que podrá servir al Padre Remigio, caso que él quiera dejarse gobernar, que es lo que dudo, aunque hoy se lo prevengo encarecidamente; pero hará el mismo caso que de todo lo demas, porque solo busca á los que le quieren bien, para que abriguen sus pasioncillas, mas no para que se las corrijan.

Di á padre y á las chicas lo que quisieres; y á Dios, que te me guarde tanto como á tu amante.—Pepe.—Mariquita mia.

CARTA CCXXXII.

Escrita en Villagarcía á 6 de agosto de 1760, á su hermana.

Hija mia: Escribe recio, porque estoy sordo, y cada dia mas: gracias al Señor, que me ha enviado este regalo al mejor tiempo del mundo.

No llegó ayer el carruaje que esperaba de Palencia,

y así, he podido recibir aquí vuestro pliego de 2 del corriente, dejándole respondido para el viernes, y logrando por este accidente el poder escribiros todos los correos, pues alcanzo el primero en Valladolid, y para el otro espero estar en mi casa de vuelta.

Tu hipocondría es tan natural en lo mucho que padece, que sería milagro no se añadiese este accidente á los demas; pero es menester que la paciencia se extienda á todo.

Por la cuenta, N. tiene que lidiar con un genio que por su demasiado fondo en nada hace pié. Resuelva lo que resolviere, bien hecho está lo hecho, y se remachará el clavo.

Mucho habrán sentido las madres de la Enseñanza la muerte de la Madre Mendibura, que era insigne monja, y en quien naturalmente se tendrían puestos los ojos caso que faltase la Priora. Gracias á Dios que por ahora no haya novedad en casa de padres, donde harás las expresiones acostumbradas. Manda y vive como ha menester tu amante. — *Pepe.* — Mariquita mia.

CARTA CCXXXIII.

Escrita en Villagarcía á 25 de agosto de 1760, á su hermana.

Hija mia: Nicolas no me habla palabra de tí en la carta del día 20, y tú guardas tanto silencio como si el día de San Bernardo lo fuese de San Bruno. Mala espina me ha dado esto, persuadido á que se tomó este medio término para no mentir y para no decir la verdad.

Segun las líneas que se van echando para mi viaje, temo llegará esa ciudad cuando tú estés en tus baños, y eso será para mí á la manera de quien desea ver cuanto ántes la cara de Dios, y le detienen en el purgatorio; pero al fin, la seguridad de que no ha de ser eterna la pena de daño, hace que se padezcan con resignacion las penas del sentido.

El que me faltó el día de Santo Domingo se mantiene en un estado que me causa mas gusto que dolor, porque sin privarme de la conversacion un poco alzaprimada, me ofrece un bello sobrescrito para no admitir mas secretos que los que se me antojare oír, y serán solos aquellos que bastaren para que entiendan todos que se me pueden confiar y que yo los sé esconder.

Dí en casa lo que quisieres, manda lo que gustares, y vive tanto como tu amante. — *Pepe.* — Mariquita mia.

CARTA CCXXXIV.

Escrita en Villagarcía á 1.º de setiembre de 1760, á su hermana.

Hija mia: A la hora de esta ya te contemplo en tus baños, que serán de lágrimas mas que de agua, considerando el estado en que dejas á Antolina, singularmente si el dolor de costado pone fin á su vida y á sus trabajos. Mucho temo encontrarme con este recibimiento, para el cual necesitare á todo un Dios y á todas las máximas de la religion. Consuélame la esperanza de que el costado puede ser tan extraordinario como todos sus males, que en lo natural debieran ya haberla convertido en polvo, y en medio de eso han burlado hasta ahora todas nuestras desconfianzas. Cúmplase en todo la voluntad del Señor.

Pasado mañana parto, y si alcanzo correo en Villafraña, desde allí adelantaré noticias mías. Consuéleme

Dios con las tuyas, que apetezco, y vive tanto como tu amante. — *Pepe.* — Mariquita mia.

CARTA CCXXXV.

Escrita en Santiago á 17 de setiembre (6 enero) de 1760, á su hermana.

Hija mia: Acá estamos todos, á pesar de las disenterias, aguas, truenos, rayos y todo lo que se sigue; porque cuando Dios quiere, deja correr los snstos y desvía los peligros. Llegué el día señalado, y encontré á todos como yo esperaba. Padres ni mas ni menos, Antolina muriendo y resucitando, pero siempre la misma. María Isabel sangrada, porque se usa asustarse con una noticia repentina, y Nicolas disimulando el dolor de tu ausencia, mas, á mí que las vendo. El primer recado que tuve fué de Doña Anastasia: su marido se presentó luego, y le recibí con un abrazo; pero hasta ahora no he visitado mas que al santo Apóstol, á padres y á Nicolas. Si el tiempo prosigue así, comenzaré á ver las gentes en viniendo la primavera. Tú eres feliz, porque á lo ménos mientras estás en el baño no tendrás frío. Esta es la única ventaja que nos haces, pues por lo remojada no te tenemos envidia. Sin salir de la cama tomaremos todos baños, segun la furia con que llueve y segun la fuerza con que empuja el agua la ventisca.

Si no estuviera tan de priesa, qué bellas cosas te diria sobre la pena de daño, que verdaderamente me atormenta mas de lo que fuera razon; pero, sobre que estoy haciendo mala obra á otras cartas que me esperan, está á pique que creyeses mis finezas, y echaria sobre mi conciencia los malos efectos de tu vanidad. ¡Guarda, Pablo!

No quiero que me respondas, sino que te bañes y te diviertas. Basta que escribas á Nicolas, siendo tu carta comun de dos; y no pienses mas que en que no te rompan la cabeza los que te cortejan, ni mucho ménos en cansártela tú. Manda como quisieres á tu amante. — *Pepe.* — Mariquita mia.

CARTA CCXXXVI.

Escrita en Santiago, día de las Mercedes de 1760, á su hermana.

Hija mia: Buenos son los abrazos con el corazon, las saluciones con el deseo, y las bienvenidas con la voluntad; pero créeme, que cuando todas estas cosas son de carne y hueso como los cristianos, tienen una gracia muy particular. Yo habia consentido disfrutarla ántes del tiempo prefijado, viendo que el cielo se habia puesto de parte de mi razon, dándote á entender con gritos tan corpulentos, que han atolondrado hasta mi sordera, lo mucho que desaprobaba tus baños, enviándonos un temporal que no puede ser mas contrario á ellos, quiero decir, á los calientes; que á los de agua natural son muy conformes, y las nubes nos los recetan á todos, metiéndonoslos dentro de la misma cama. En fin, está decretado que hasta el día 6 ó 7 del que viene no he de aprender cómo se abrazan los espíritus; con que el corazon y la curiosidad habrán de tener paciencia, porque tus decretos son mas inmutables que los del Areópago, y peligrará mi cabeza si suplico por alguna alteracion.

Hasta ahora ninguna experimento en mi salud hácia ninguno de los extremos, salvo el oído, que á ratos está conocidamente mas torpe, segun le ocupan mas ó ménos estas nieblas petrificadas que se usan aquí. El duende

de los flatos raro día ha dejado de saludarme; pero como tengo dentro de casa tantos y tan admirables modelos del disimulo, procuro copiarlos lo mejor que puedo, bien persuadido á que las compasiones verdaderas aumentan el dolor del paciente, y las fingidas no le disminuyen.

Ayer tarde vi por la primera vez á tu grande amiga y tocaya Doña Maria Francisca Mourin Isla y Ayala, que por tu vida y por la mia merece serlo de cualquiera, porque tiene un rojo claro en aquel entendimiento y en aquella cara, que no parece sino mesmamente así como cuando se rie el alba. Si supiera yo que no lo habias de llevar á mal ni tenerlo por chisme, te diria que ántes de anoche fué á visitar á tu marido en compañía del suyo: visitas nocturnas, que ninguna mujer hourada debe rehusar ni interpretarlas maliciosamente desde que las fundó Nicodemus, por cuanto en todas partes está extendida la secta de los acechadores. Ademas que ya es moda en Paris que ninguna dama bien criada duerma jamas donde amaneció, siendo verdaderamente una cosa muy cansada dormir dos noches seguidas en una misma alcoba. En fin yo la dí palabra que te habia de contar este pasaje, y ántes faltarán nubes en Santiago que yo falte á las mías, especialmente cuando huelen á un poco de cizaña.

El día ántes habia visto á Doña Rosita Freire, otra que bien baila, que no sé si es la primera ó la segunda de tus concubinas de honor, pues de todo veo señas. Ocupe el lugar que ocupare, lo que yo te digo es, que la naturaleza hizo muy bien en hacerte de su misma especie; porque si fueras de la otra te levantarías con lo mas *mijor*, y los que tuviesen vocacion de casados, ó habian de contraer con dragones, ó habian de meterse frailes. Si yo hubiera de escoger entre tí y las dos referidas, escogeria á todas tres, por excusar el peligro de dejar lo mejor. En fin, este par de amigas tuyas merece serlo de los Doce, ó de las doce docenas de Pares de Francia, y es lástima que no haya tres Geriones verdaderos para estas tres Gerionas, que nada tienen de fabulosas.

Amo tu salud mas que la mia, y no quiero ni espero tu respuesta, sino tu persona. Ibate á decir dos requiebros, y cata aquí que se me han atravesado entre la pluma y el papel; pero deja, que cuandote vea, ellos colarán sin estorbo. Al Señor Doctor y al Señor Bachiller mis comemoraciones, y que traten de venirse y de dejarte, porque me hacen mucha falta. Vive tanto como tu amante.—Pepe el viejo.—Mariquita mia.

CARTA CCXXXVII.

Escrita en Santiago á 1.^o de octubre de 1760, á su hermana.

Hija mia: Acabo de leer un párrafo en la carta para Nicolas, que llegó veinte y cuatro horas despues de lo que la tocaba (gracias al cuidado del guarda que la guardó), en el cual se habla de un *caballero jesuita*, de unas damas, de unas comparaciones, de una confesion sin tormento, de unos agravios, de una mudanza de afecto, de una dificultad en determinarse á la eleccion, de una ceguedad y una sordera, de un abrir y cerrar de ojos; y allá á lo lejos se bruñe una amenaza de salir cara ó barata la chanza, con otras mil zarandajas que yo no pude entender, porque esta jerigonza es mucho latin para un pobre campesino. Solo saqué en limpio

que por haber alabado tu buena eleccion en las dos que me aseguraron ser dos de tus mayores amigas; que por haberlas distinguido, en atencion á este preciso respeto, únicamente en comenzar por ellas á pagar las visitas de las faldas (despues de las comunidades), *cátate queya se le pegó el pañal*, *cátate que ya tiene corazon canónigo*, *cátate que vivan los interpretes*, *cátate que hace coitejos odiosos*, *cátate que su afecto voluble fluctúa en la eleccion*, *cátate que á ratos es tan ciego como sordo*, *cátate que su confesion tuvo mas de artificioso que de voluntaria*, *cátate que si se le respondiera le saliera cara la chanza*, y *cátate otras mil cataduras, todas de caras á cual peor*. Señorita mia, si por acá se usan estos embrollos, vuélvome á mí tinajen, jigote me llamo, y en mi redoma me meto. Aquí no ha habido ni mas ni ménos que lo que llevo expuesto: liscnjar el gusto de vuestra merced, no querer desacreditar el mio, dejar que corra el río por donde va, estudiar el modo de darte gusto, y manifestar á todos cuánto distingo á los que te distinguen á tí. Si estas son ofensas tuyas, prepárate para muchas; porque no te las podré excusar, aunque te las podré disminuir; porque, en evacuando mis precisas obligaciones, el tiempo dirá lo que pienso hacer, y mas á vista de esta entradilla: yo soy el que fui y el que será, sin que me dén el menor cuidado, ni tu canónigo, ni tu inquisidor, ni tu teatino, ni tu fraile; porque de todo es bueno tener un *mio*. Soy, vuelvo á decir, tu amante.—Pepe.—Mariquita mia.

CARTA CCXXXVIII.

Escrita en Pontevedra á 25 de marzo de 1761, á su hermana.

Hija mia: El correo de hoy es de gatillazo, llega á las ocho de la noche, parte á las mismas de la mañana, y en medio es menester cenar, dormir y otras cosillas. Ten paciencia si la has menester para leer poco, y si no, guárdala para otras urgencias. Esta mañana os avisé por el alquilador de que ya quedaba en Pontevedra: son las nueve de la noche y todavia me mantengo aquí: mira si soy hombre constante. Todo el día se me ha ido en oír arengas y en responderlas, por señas de que he dicho valientes majaderadas. Todo consiste en la falta de uso; que, en acostumbrándome, ya se las apostaré al capitán del regimiento de Orense. Algunos oficiales del de Pontevedra me han venido á ver, que no le deben nada: el primer recado que tuve fué el de tu amiga la marquesa de Leis, y el Marques vino esta tarde. Siguiéronse despues los de las de Figueroa, Villamenazar, Doña Francisca Paula, su sobrina Doña Teresa Rosa, Doña María Ignacia Gayoso, y qué sé yo qué mas. Discurré qué caso haré de tu merced rodeado de tantas señorías. Con todo eso algo me acuerdo de la copa, más de los piés de la cama, no poco de «¡alelita alel ay!» bastante de la parida, muchísimo de *tío Contos*. Pero todo esto ¿de qué sirve? A un lado memorias tristes. A tu canónigo, á tu inquisidor y á todos los que comienzan con tu, asegúrales que soy su. Pero no entran en esta cuenta el *tu-ron*, ni el *tu-lípan*, ni el *tu-autem*, ni tampoco el *tu-ruleque*. Dí al señor doctor Don Francisco que le beso las manos, á Don Pedro el Crnel que me la bese á mí, á *Farruquito Ponte* que no crea á los dos, á Tomasa que se ponga derecha la cofia, y á *Marifocñños* que me traiga agua de pan. Lo mejor se me olvidaba. Está lloviendo tan de véras como si la ría se hubiese subido sobre los tejados.

Aprende á escribir esquelas discretas; y adios.—El menor de tus capellanes.—*Pepe* el viejo.—*Mariquita* mia.

CARTA CCXXXIX.

Escrita en Pontevedra á 27 de marzo de 1761, á su hermana.

Hija mia: Por tu bella esquila voy creyendo que he de sacar en tí una valiente discípula, y que ántes de veinte años casi has de ser tan discreta como yo. Perdona el agravio que te hice en tenerle por mas ruda de lo que eres. Engañóme el deseo de tu aprovechamiento; pero al fin confieso ya que no eres del todo negada; si yo te hurté el chiste, tú te levantaste con mi gracia.

Concluí ya todas mis visitas, en que he visto señorías de bulto y mercedes de feligrana. Aquí no tendria buen partido Nuestra Señora de la Merced; y si hubiera de casarse, solo hallaria conveniencia en la Moureira (1). Chanzas á un lado: la gente es muy sociable, y como yo lo fuera un tantico, no me faltaria conversacion; pero mi genio y tú teneis la culpa de que cada día sea mas uraño.

La primera tarde que salí vi lo que pude de tu grande amiga la marquesa de Leis, protestándola que primero era tu visita que la mia. Dijo «que vi lo que pude», porque no era fácil verla toda en una tarde de marzo, cuando no basta para ver la mitad ni la mas larga de junio. En fin, iré viendo poco á poco este coloso de las damas, tomándole por trozos, y de contado te digo que el primer trozo que me tocó me pareció grandemente: adjetivo que no se puede quitar sin injusticia á todo lo que toque á esta señora. Te ama tanto, que casi me dió celos; porque, aunque es mujer, lei no sé dónde que las gigantas tenían cosas de hombres; que en una gran mole para todo hay cabimiento. Será la privilegiada en las pocas visitas que pienso repetir; lo primero, porque fué encargo tuyo, y lo segundo, porque será sin riesgo mio, si es verdad que este entra en el corazon por vuestras caras. A la de tu Marquesa no alcanza la vista mas perspicaz sin el socorro de un buen telescopio, por lo que está el peligro tan remoto como la ocasion. Con otras damas el ponerse los hombres á sus piés es cortesanía, pero con esta señora es necesidad. Y en fin, por decirte de una vez todo lo que siento de ella, cuantas damas he visto hasta aquí, inclusa tú, no la llegan al zancajo. Perdona si te ofendo; que el amor á la verdad me ha hecho cometer esta primera indiscrecion.

Quiere al Padre Ramon apasionadamente, y en esto le acompaña todo este lugar alto y bajo, masculino y femenino, tanto que estoy en el entender de que las mas de las visitas fuéron al apellido mas que á mi persona. Hablando en serio, no creyera, si no lo palpara, el lugar que se hizo en este pueblo.

El Maestro Con partió de repente ocho días ántes de lo que él me habia dicho, por no sé qué novedad repentina que ocurrió, segun lo avisó al Padre Camino, aunque yo recelo que fué por llevar mis opiniones en punto de despedidas. Como quiera, me bastó lo poco que le vi para conocer que tienes razon en lo mucho que le quieres.

Desde ahora para siempre tienes letra abierta para decir en mi nombre lo que te pareciere á tus favoritas y favoritos, para excusar la pension de acabar las esquelas en figura de letanía. Vive tanto como tu amante.—*Pepe*.—*Mariquita* mia.

(1) Es un arrabal de la villa.

CARTA CCXL.

Escrita en Pontevedra á 21 de mayo de 1761, á su hermana.

Hija mia: Tú has comenzado á respirar, y yo tambien; porque has de estar firmemente persuadida á que mi respiracion caminará siempre al mismo paso que la tuya. Creo muy bien que nunca has estado peor que ahora, y lo tengo tan creído, que tampoco yo he temido tanto como ahora á los correos, pues me tiembla la mano y palpita el corazon al abrir las cartas de tu marido. Procuro que la resignacion haga su oficio; pero no pueda impedir el suyo á la naturaleza. En estos quince días me han repetido con alguna frecuencia mis flatos, que ya no me dejarán mientras se usen en el mundo cuidados y pesadumbres; pero, por lo demas, es cierto que este terreno me arma tanto á la salud como al gusto, y si el duende me dejara en paz, pudiera contarme por tan robusto como veinte años há. Las Urrutias me tuvieron cuidadoso por las voces que corrieron aquí de haberse perdido su navío, lo que hacian verisímil los huracanes que se levantaron luego que salió del Ferrol. Cuando las escribas correspondenles su memoria, singularmente á Doña Inesita, de quien la tengo grande por su docilidad, por su candor y por su genio angelical. Igualmente estimo y correspondo á mi señora Doña Rosita Freire, á quien hubiera tratado mucho mas, si las circunstancias me lo hubieran permitido. Las quejas de mi señora Doña Juana Tomasa me suenan muy bien, y cierto que son muy justificadas. Es mucha verdad que no la he escrito desde que llegué á este pueblo; y tambien lo es que no he dejado de hacerlo por falta de memoria, ni mucho menos de reconocimiento á sus finezas; sino por los mismos respetos que años há me obligaron á abstenerme de esta apreciable correspondencia. No obstante, puede ser que la escriba el correo que viene, así para que entienda tu puntualidad en comunicarme sus quejas, como para significarla que no es lo mismo callar que dejar de agradecer. Lo propio me ha sucedido con tu tocaya la de Mourin: por todas razones la debiera haber escrito, pero me contenté con hacerlo con su marido por otros motivos semejantes. Cuando se ofrezca ocasion no dejes de decirle que estoy escandalizado de que no haya parido mas de dos meses há.

Admito las gracias que me da el reloj por las manos á que le destiné; y ellas son la mejor prueba de su peso, de su concierto y de su cordura; pero mayores se las daria yo si las horas que te está contando hacia la eternidad te las contara al revés, por cuyo motivo, si fuera dueño del reloj de Achab, no te regalaría con otro. Vive tanto como tu amante.—*Pepe*.—*Mariquita* mia.

CARTA CCXLI.

Escrita en Pontevedra á 21 de junio de 1761, á su hermana.

Hija mia: No espero tu carta para escribirte, porque llegará hoy á mala hora, y mañana muy temprano parto á Vigo en compañía de N., que me ha tentado para ver los navíos de guerra, y caí en la tentacion, aunque no es de las que mas rinden á mi flaqueza. Son los mismos que salieron del Ferrol á dar caza á un argelino que andaba en la costa, y con mejor acuerdo convirtieron la caza de moros en pesca de congrios, que es campaña mas gustosa y ménos arriesgada. Nuestro viaje durará solos tres días, y de vuelta te hablaré mucho de babor,

estribor, andana, grímpola, iza, sur, suruest, cuarto al est, gallardete y mesana; pero nada habrá de *zafarrancho*, porque de eso se usa poco en nuestras escuadras ferrolenses.

Fuéronse las nieblas y volvió la serenidad á mi cabeza, que ha estado tan turbada como los racimos. Tambien me ha dejado el duende cuatro dias há, y si lo hiciera de una vez, le diera muchas gracias. El pícaro se tira siempre al pecho, donde está grabada tu imagen; pero en sintiéndole, la escondo dentro del corazon, al cual no se ha atrevido hasta ahora. Ves aquí un buen concepto para una coplita; pero, en medio de ser concepto, no deja de ser verdad.

Dime cómo lo pasas con los oficiales murcianos, que las oficiales desde luego aseguro no estarán muy contentas contigo, especialmente si tu resurreccion ha sido con el mismo «cuerpo y alma que ántes tuviste». Ahora estarán muy contentos, y lo deben estar con el monte de piedad. Con él llegó el tiempo en que para una mujer de bien sea la boda mejor la que ántes era la mas mala, y nuestra Doña I. puede alentar su esperanza. Si los oficiales gustaren de muchachos, tambien podíamos esperar que Doña María Antonia enganchase á alguno que fuese muy discreto, para desengrasar un rato con un poco de bobería; pero temo que la han de pretender para cadete, y que han de dar poco crédito á las faldas. Aquí se me presenta todos los dias un muchacho gramático tan parecido á ella, que solo se diferencia en el traje y en que al muchacho no le apunta tanto el bozo.

Por lo demas, caso que el sexo sea cierto, la fecundidad yo la aseguro, por cuanto dicen los naturalistas que ninguna tonta ha sido estéril, y porque, ademas de otras cosas, no hay funcion mas animal entre todas las humanas, y en ella lo lucen todos aquellos y todas aquellas que tienen el género por diferencia. Basta de bobería á falta de otro asunto.

Hoy escribo á Doña Juanita con ocasion de sus dias, como me lo preveniste. No la he escrito otra carta desde aquí: es muy natural que no lo creas, pero tambien lo es que yo no me ahorque por eso. Acabo de recibir tu carta, sobre la cual hablaremos el juéves, y si encontrare en Vigo á tu capellan mayor, bravamente nos estrecharémos. Vive tanto como tu amante.—*Pepe*.—Mariquita mia.

CARTA CCXLII.

Escrita en Pontevedra á 24 de junio de 1761, á su hermana.

Hija mia: ¿Si sería pulla el que te hubiesen visitado tantos el dia de la Magdalena con alusion al divino Maestro? Sea lo que fuere, estoy poco agradecido á los que me acortan mi conversacion, cuando yo no les estorbo las suyas; y si en las antenaslas de España se estilaban suizos con sable en mano, como en las de Francia, los dias de correo pondria yo un par de ellos en la tuya, para que á nadie diesen entrada hasta que me hubieras repartido mi racion. Como quiera, siempre que me escribas poco por divertirme mucho, lo llevaré con resignacion, porque eso de llevarlo con alegría es demasiada perfeccion para quien está todavía en los cristos de la virtud. Pero, como mi mayor diversion es hablar contigo, los juéves y los domingos me condeno á reclusion, sin hacer la acostumbrada visita á Madama de San Blas (es una fuente de agua muy delicada), que en el dia es la

mayor demostracion que puedo hacer de lo mucho que te amo.

Si se declara por tiña la de Madamita, será menester no llegue esto á noticia del archipoeta Gallego, porque la sacará unas coplas que la pondrán para pelar: bien que hasta ahora no sé que haya tocado al pelo de las damas. No lo hizo así el cocinero de los capuchinos de Ascoli, de quien me escriben hoy que una noche cargó bien la cena de opio, y habiéndose dormido profundamente los padres, él los rasuró á todos muy á su satisfaccion, dejó colgado el capucho, y las afufó. Dispertaron los santos religiosos por la mañana, y viéndose todos lampiños, echaban al pobre diablo la culpa que habia tenido el diablo del cocinero. Súpose el caso, y se celebró con la risa que merecia; pero los buenos padres se condenaron á reclusion hasta la nueva cosecha de barbas, para poderse presentar en la calle con decencia.

¿Y qué me dices de la voz que corre de que el Papa nos ha quitado la cuaresma, dándonos licencia para que á mediodía nos hartemos de carne, con tal que por la noche nos abstengamos? La especie se escribió aquí hoy hace ocho dias, y hoy me la confirman de Madrid; pero como voz que todavía no ha salido del vulgo, no hay para ella mas fundamento que el andarse pensando en el modo de quitar al inglés tres millones de pesos cada año, que se considera le produce el consumo del bacalao.

Creí que Madama Inesita te habia olvidado ya: siempre que la escribas, asegúrala de mi correspondencia á su memoria. A tu tocaya *Maricuca* dirás lo que quisieres, ó por el órgano de tu pluma, ó por el de la de su marido, que le sonará mejor; y á este le asegurarás de mi amistad, como á tu diácono y subdiácono Serrano y Salvanes. Manda si quisieres. — Tu *Pepe*. — Mariquita mia.

CARTA CCXLIII.

Escrita en Pontevedra á 27 de julio de 1761, á su hermana.

Hija mia: Todos tenemos nuestras ocupaciones, y la que hoy me estorba dilatarme ha sido gravísima. Hemos estado de prueba general de danza, que se anticipó á esta tarde, por hacer ese cortejo al Padre Peña, que, concluida su apostólica mision, se restituye á Santiago; y este maestro de escuela ha querido hacerle esta lisonja, ó por mejor decir, darle materiales para que llene de envidia al Padre José Alejandro, cuyos discípulos seguramente no serán tan buenos espolistas como los de la Buena Villa, ni se perderán con tanta gracia como se perdieron estos en el famoso lazo de la alcachofa. Discurre si será este legítimo impedimento para que hoy calentemos poco el sitio, y si valdrá por todas las visitas que te hicieron los forasteros que concurrieron al santo Apóstol, entre los cuales cuentas al Señor Salvanes, lo que me hace sospechar que en mas de veinte y cuatro horas no te habia visto. Dale la bienvenida de mi parte cuando se deje ver; pero guárdate bien de darle las gracias porque me hubiese quitado el gusto de que me escribieses mas. Yo te daria muchas, si fuera posible volver á nacer, para quererte mas de lo que me quieres, pues solo por eso me meteria desde este mismo instante en el vientre de cualquiera gallega, que seguramente era la mayor fineza que podia hacer por tí, y se la habia de romper á puñadas para salir cuanto ántes á

dejarte muy atras en esto que se llama amor; pero sin tanto milagro y sin tanto trabajo lo tengo ya conseguido, porque tú me quieres con una prudencia mas imitable que envidiable, y yo te quiero con un furor mas envidiable que imitable, sobre lo cual no disputemos, porque no admite disputa. Ahora, hija mia, me has de dar licencia para que me despidas, porque ya no veo, y por otra parte me está derritiendo el calor. Vive cuanto apetece tu — *Pepe*. — Mariquita mia.

CARTA CCXLIV.

Escrita en Pontevedra á 17 de agosto de 1761, á su hermana.

Hija mia: ¡Hicieron bien los que te fueron á cumplimentar el día de Nuestra Señora, sin omitirle el día de San Francisco, porque de damas como tú deben ser días todos los del calendario. Dime si te dijo alguno lo que en semejante día dijo un amigo mio á cierta dama de tu mismo nombre: «Señora, no venga á dar á vuestra señoría los días de la Asuncion de María á los cielos, sino á complacerme del día en que bajó de los cielos Mariquita»; y dice la leyenda que lo creyó la boba de la señora; porque en este particular no son demasiadas las discretas.

Luego que recibí la carta de Don José Antonio por mano de su mujer, hice justamente el mismo juicio que tú, atribuyéndolo á que deseaba recatar sus pretensiones de la noticia de Nicolas: ¡valiente simpleza! pero muy propia de su cavilacion. De tantas cartas como me pedia, solo le envié una para el Padre Isidro, reducida á cuatro precisos renglones; y con la doctrina que él mismo me enseñaba sobre las cosas de la corte, le hice ver la injusticia y la inconsecuencia de sus quejas.

Há muchos días que cierto obispo de España me está dando las mas fuertes baterías, sin dejarme respirar, para que con el «título de su confesor vaya á ser coadjutor suyo de obra y de palabra»: estas son sus mismas voces. Es empleo que siempre he mirado con el mayor tedio y horror, por muchísimas razones; y aunque desde la primera proposicion hice la mas seria y la mas fuerte resistencia, el bueno del señor insiste con tanta tenacidad en su pensamiento, que temo me obliguen por fuerza á sacrificarme, que en buen romance será condenarme á muerte ántes de un año. Ruega muy de véras á Dios que no tenga efecto esta idea, la que precisamente comunico contigo y con Nicolas, para algun desahogo de mi oprimido corazon, pues no puede privarme de este único respiradero la libertad que no tengo para explicarme mas. Manda y vive cuanto desea tu amante. — *Pepe*. — Mariquita mia.

CARTA CCXLV.

Escrita en Pontevedra á 20 de agosto de 1761, á su hermana.

Hija mia: Ten paciencia; que estamos hoy de campo general; págole yo (porque hasta ahora no hice demostracion alguna con esta comunidad), y necesito adelantarme á hacer los honores de la fiesta. Es preciso dejar despachado el correo, ó por mejor decir, dejarlo atropellado, pues de prisa no acierto con cosa buena. Hago terrible calor, y la casa es pequeña y desacomodada; pero está cerea, y este es el único consuelo.

Dificultosamente acertaré con el que necesito, si se verificare lo que temo. Tus razones son buenas y las tengo muy presentes; pero puede mas mi inclinacion al

sosiego, mi horror á las dependencias, y mi odio formal á marchas y contramarchas, música, bulla y acompañamiento. Por otra parte, ya me atrevo á que me lleve el diablo con muchas ventajas, por pecados propios. ¿Qué mas se le puede pedir á un santo religioso? Pero que me lleve por los ajenos, ¡vive Dios que es fiero desconsuelo! En fin, tengo hecho mi último recurso con el mayor esmero: verémos lo que resulta, y te avisaré; pero mientras tanto (para que no te tiente la vanidad), te declaro que distaste mucho de dar en el blanco, cuando apuntaste al negro. De este me descarté dos años há: no sé si será tan dichoso con el otro.

En llegando el monje benedictino hermano de Madama, le visitaré precisamente, y le diré á la letra lo que me encargas. Algo extraño que, teniendo aquí capellan pagado, te valgas de otro para lo que toca al oficio divino; hágame cargo de que, aunque el sacrificio sea el mismo, hay grande diferencia en el mérito de los sacrificantes. Antes de ayer ya estaba la casa en paz: hoy no sé en qué estado estará; porque de un instante para otro hay grandes novedades: sin embargo, me parece que se ha acertado con un medio bastante eficaz para que no sean tan frecuentes. Ya no me puedo detener. Adios: vive tanto como tu — *Pepe*. — Mariquita mia.

CARTA CCXLVI.

Escrita en Pontevedra á 6 de setiembre de 1761, á su hermana.

Hija mia: Como el flato que me molestó la semana pasada no era el hijo de la casa, comió, cenó, durmió, y fué al día siguiente. Si se acuerda del recibimiento que le hicieron, no quedaria con gana de repetir la visita.

Mucho enfado me dió el lance de N., muy propio de la tacañería de ese italiano ruin y refinado. No hay que culpar á otro; y en lo poco que dices, se conoce lo bien que le tienes comprendido. Así le comprenderian otros que todo lo llevan por los accidentes, y nada por la sustancia. La porqueria mas merece desprecio que sentimiento. Si le regalaras bien, no tendrías mayor amigo: en buscándole por otro lado, nunca se le encontrará.

Una monja, tan vieja como yo (para quitarte escrúpulos), á quien estimo mucho, me encarga quince varas de beatilla de esa misma muestra que me envia, y me dice que es la misma que fué á Castilla desde la Coruña. Esos mas son negocios vuestros que míos ni de quien se haga la rasura. Si tienes á quien encargarla en aquella ciudad, hazlo, previniendo que te avisen del coste y te la envien, para que se dirija desde allí á la tal religiosa.

Ayer pasó por aquí un correo de gabinete con pliegos para Vigo, desde donde tiene orden de pasar á la Coruña, lo que me hace recelar sean órdenes respectivas á la flota y efectos del miedo á los ingleses. Como la flota llegue allí, y como Córdoba no venga á ocupar la casa de Acevedo, á quien se la tiene pedida, consentiré en el repetido convite que este me ha hecho, de ir á comer los melones y las paviás al pié de la misma obra.

Son las siete y media de la noche, y actualmente me arrebató la atencion una especie de aurora boreal que estoy viendo entre el oriente y el septentrion, si acaso no es el resplandor de la quema de algun monte. Adios; y vive tanto como tu — *Pepe*. — Mariquita mia.

CARTA CCXLVII.

Escrita en Pontevedra á 11 de setiembre de 1761, á su hermana.

Hija mia : A ningún mal tengo tanto miedo, y consiguientemente ninguno me merece tanta compasion como la hipocondría : sé muy bien lo que es, y por lo mismo la aborrezco tanto. En un momento me lastimaria infinito: ¿qué será en tí, objeto único, y único empleo de todo mi corazón en este mundo? Dueleme incomparablemente mas, por no considerarla efecto preciso de la exaltacion del humor que la revuelve, sino pasion de ánimo motivada de tantas causas, que en tí son mas poderosas por lo mismo que es mayor tu entendimiento. No dirás que no me pongo de parte de tu razon : así estuviera por ella tu religion y tu piedad; pero, hija, á esta la tenemos contraria; porque ninguna se te puede ofrecer para dejarte abatir, que ella no la desvanezca. Fuera de su jurisdiccion no hay consuelo para millones de cosas ; mas dentro de ella todas le encuentran, y muy sólido. Si me amas, ruégote que por mí solo te esfuerces ; y si no me amas, no se formó en las entrañas de mujer peor corazón que el tuyo.

Ríndote mil gracias por la bondad con que te encargas de las quince varas de beatilla, adelantándote á solicitarla mas fina que la muestra enviada por la religiosa. Pero cuando esta previene que nos arreglemos á ella, quizá no se permitirá en su comunidad otra mas delicada, y en ese caso nos exponemos á servirla mal con lo que nada la sirve ; con que, lo mas seguro será conformarnos con lo que ella misma prescribe.

Acevedo me volvió á regalar hoy con dos docenas de pavías muy ricas, despues de haberlo hecho ántes con cuatro melones de extraordinario tamaño y de exquisito gusto, lo que puede ser señal de que ya no piense en que vayamos á examinar los protocolos, aunque tenga el camino desembarazado por lo que toca al señor Córdoba ; pero quizá no le permitirán salir los negocios de su regimiento, y mas si está próxima su marcha á la Coruña, bien que esta no la considero tan inmediata si se perdieron las armas en el mar, como corrieron las voces. A Dios, que te me guarde tanto como á tu—*Pepe*, de su Mariquita. —Mariquita mia.

CARTA CCXLVIII.

Escrita en Pontevedra á 14 de setiembre de 1761, á su hermana.

Hija mia : Como me cumplas la palabra que me das de hacer cuantos esfuerzos puedas para vencer á ese cruel enemigo de la hipocondría, respiraré de la extraña alicion que me causó la carta antecedente ; porque este es un contrario que, solo con querer de véras atacarle, está rendido. La defensa es natural : herir al que viene á herirme y matar al que intenta matarme, todos los derechos lo permiten y en algunas ocasiones lo mandan. Ruégote que tires á vivir todo lo que puedas, hasta que te quiten la vida los males del cuerpo, mas no las pasiones del ánimo, pues no te dió en balde el Señor un espíritu tan superior á todos los humanos acontecimientos.

Hoy me siento un poco destempladillo, de lo que tuvieron la culpa tres tajadas de melon con que me tentaron anoche por principio de cena, y me dió chasco la experiencia de otras antecedentes, que me asentaron bien y aun me facilitaron para estar mejor. No culpo la

calidad, sino la cantidad, y con este conocimiento doy palabra de la enmienda.

Estimo al señor inspector Rivagüero la merced que me hace por ser padre de aquel desgraciado hijo, sirviendo esto de algun contrapeso á los disgustos que me produjo aquella desafortunada paternidad ; y de camino puedes hacer la reflexion que, unos por estériles y otros por fecundos, todos padecemos nuestros trabajos.

Vase ya verificando lo que pronostiqué de aquel indigesto y atropellado congreso : solo que el suceso se anticipó mucho al pronóstico. Están las gentes poco mas ó ménos como estaban ántes, lo que sé del mejor original ; y se tiran de los pelos por no haberme creído, confesándome una grande transcendencia, que sería bien corta si no tuviera otras pruebas ; pero, como siguieron en todo lo demas mi dictámen, que les habia salido grandemente, y se separaron de él cuando les tenia mas cuenta, ya no se atreven á acudir á mi tienda ; y hacen bien, porque solo llevarian de balde palabras consolatorias, pero nada mas, aunque me lo pidieran por Dios y por su dinero. Hasta los que concurrían á conversacion á la casa se van retirando por huir las ocasiones de perderse en que les pone este loco.

No sé si te vió el Padre Granja, sobrino del contador Mendoza y ministro de este colegio, que transitó por ahí muy de rebato para la Coruña, de donde volverá á fines de este mes. Vase acercando el invierno, y perdí mi manguito en el camino cuando vine á esta villa. Envíame uno ordinario, negro ó pardo, como le hallares, y acompañaile con dos librillos de cerilla de los que usamos nosotros y sabrá el cerero del colegio, con lo cual me calentarás y me alumbrarás, que son las dos propiedades del sol ; y ves aquí un buen concepto para una redondilla si pensara en galantearte ; pero, en caso de hacer dos, despues del alumbrar y calentar se seguia el derretir. Para esto te sobran materiales sin acudir á la cerería. A Dios, que te me guarde tanto como á tu —*Pepe*, de su Marica. —Mariquita mia.

CARTA CCXLIX.

Escrita en Pontevedra á 19 de setiembre de 1761, á su hermana.

Querida María Francisca : La esquila adjunta es de un tío de la mujer del guarda de aduanas José Lorenzo, hombre muy de bien, que es mis piés y mis manos para todo lo que aquí se me ofrece. Es menester echar toda el agua por tí y por tus conocidos para amparar á ese pobre, y mas pidiendo una cosa tan justa como el que se le permita volverse á su casa en tiempo tan crítico para que no se le pierda la cosecha, ofreciendo fianzas para estar á derecho. En estos términos no puede negarse el juez á la gracia que se le pide, y solo pudiera no haber lugar á ella en un caso atroz y capital, de lo que está muy distante el presente, al que ha dado lugar la perversa índole del querellante, quien, segun me han informado, es un procurador ocasionado, provocativo, maligno y revoltoso, como lo espera convencer mi ahijado en su justa defensa. Toma esto con todo calor y empeño ; y á Dios, que te me guarde enanto desea tu amante hermano y padrino.—*Jhs.—José Francisco.* —Mi querida María Francisca.

CARTA CCL.

Escrita en Pontevedra á 24 de setiembre de 1761, á su hermana.

Hija : Tú estás malísima, y á mí me falta mucho para estar bueno. Há ocho días que estoy padeciendo una porfiada indigestion, ocasionada á mi parecer de lo que me han traspasado el alma y alterado los humores nuestros trabajos, que cada día son mayores. Ayer amanecí con un reumatismo que apenas me dejaba mover, y esta mañana con un ahogo de pecho que apenas me permite respirar. Son las siete de la noche y estoy con media jicara de chocolate que tomé esta mañana, bien resuelto á no usar de otro medicamento. En esta constitucion me encuentra la noticia que me das de la tuya. Dejo á tu consideracion los efectos que producirá.

Acabo de recibir la carta adjunta de N., á la que contestaré dentro de un mes, y te la remito para que conozcas que su silencio es efecto de su dolor por haber encontrado tan desfigurada la imágen que adoró; chasco á que están expuestos los que dejan sin culto al fondo, por tributar todos sus incienso á la superficie. Yo discurro tan al revés, que aunque me pasó el corazon verte como él te vió, por lo mismo me he hallado sin libertad para tratarte como nunca te traté, sirviéndome de grandísimo consuelo que se junte la piedad con el amor : union que se logra en muy pocas ocasiones.

Por los estorbos que ocurrieron el correo pasado, no pude escribir en él al padre procurador de ese colegio que te entregase los ochenta y seis reales ménos cuartillo que costaron los beatillas : hágolo hoy, y si se hallare en la ciudad, espero que lo ejecutará á letra vista. Vuélvete á suplicar que se las remitas sin perder ocasion, y no la escribo porque quiero lo hagas tú, para que trates algo á la mujer mas constante y de mejor corazon que he conocido, pues despues de treinta años de comunicacion, la encuentro tan igual como el primer día. Calzose todos los cariños del Padre Rávago, ántes y despues de su elevacion : dejómela encomendada con otras doce cuando le hicieron provincial, y le oí decir muchas veces que no habia conocido entrañas semejantes. Pasa mucho de cincuenta años y está como si tuviera veinte.

Adios, prenda mia : manda como puedes, y vive tanto como tu—*Pepe*, de su Marica.—Mariquita mia.

CARTA CCLI.

Escrita en Pontevedra á 28 de setiembre de 1761, á su hermana.

Hija mia : Es gusto comunicar las penas con quien, no solamente las alivia con la mas verdadera compasion, sino con solidisimos consejos. Dicesme por tu modestia que solamente me reproduces los mios; pero los torneas con tanta eficacia y con gracia tan particular, que los haces enteramente tuyos, y tan tuyos, que es imposible pueda producirlos otro con igual viveza. Hicieron en mí una cura milagrosa, pues fué tan repentina, como que abrí el correo con un profundo abatimiento de ánimo, y al acabar de leer tu carta me sentí tan esforzado, que yo solo desafiaria á cien parlamentos de Paris, con mil presidentes á *Mortier*, sin dárseme mas por ellos que por un ejército de Carvalhos. Este valor del espíritu se comunicó tan prontamente al cuerpo, que, no pudiendo esta tarde mover apenas un pié para el paseo, me reconozco ahora tan ágil, que bailaria contigo dos docenas de contradanzas, salvo que á la mitad de ellas

me cogiese el sueño ú el cansancio, que ámbas cosas serian muy naturales. En fin, espero cenar con apetito, dormir con sosiego, desterrar la indigestion, exterminar el reumatismo, burlarme del parlamento, y sobre todo, calentarme con tu manguito, cuyas motas blancas solamente las podrán descubrir los zahories, por enanto se ha de aforrar en el boqueron de paño, que se deja abierto en uno de nuestros mangones.

A N. no le vi hasta que volvió de su viaje, y tan de rebato como te dije, con que no hizo aquella diligencia por instruccion mia, sino por la que allá le dieron; y aunque la haria con todo el calor que cabe en su heladísimo genio, no sacó mas fruto que el que te dije y siempre esperé, porque esa señora solo puede aspirar á boda decente y aun ventajosa entre los chiriguanas, donde de propósito se buscan mujeres tontas y feas para vivir sin recelo y para que no dominen á los maridos, reservándose las hermosas y discretas para el pasto comun, como bien que toca á todos.

No te he ponderado los talentos de la monja, sino su corazon, sus buenas entrañas y su igualdad, en que no tiene par, pues en lo demas es una mujer regular, de juicio, de conducta y de porte muy religioso : lo que te prevengo, para que no te equivoques pensando que vas á tratar con alguna Sabá, y te halles no mas que con una prudente Abigail. Manda y vive cuanto desea tu amante.—*Pepe*.—Mariquita mia.

CARTA CCLII.

Escrita en Pontevedra á 1.º de octubre de 1761, á su hermana.

Hija mia : Ayer recibí la tuya del 28 del pasado con el manguito y la cerilla, que me servirán de luz y de abrigo para el invierno que insta, dándote muchas gracias por lo que me alumbras y me calientas. El manguito viene tan ajustado á mi mangon, como si le hubieran tomado la medida; y aunque será lástima que no lo luzcan las motitas blancas que tanta gracia le dan, tendrán paciencia, porque las motas, por blancas que sean, mejor son para escondidas que para manifestadas. El invierno dirá si mis manos se han de acordar mucho ó poco de tí, pues por lo que toca al corazon, ni su calor ni su memoria tienen nada que ver con el frio ni con el manguito.

Puntualmente en el mismo día en que recibí la primera tuya me habia ocurrido el pensamiento de que si retirarian al amigo N... porque se orease algunos días, ó llevarian la opinion de que siguiese á destajo su carrera; pero el modo con que te explicas me hace sospechar qué le han llamado para separarle de ella, pues de otra manera seria mas natural que le fuese mas agradable que sensible esta especie de recreacion, salvo que hubieses sucedido tú en los derechos de Doña Inesita de Urrutia, en cuyo caso cumplió con su obligacion en haberse inmutado tanto por haberle desviado de tu vista, aunque fuese por pocos días; porque la pena de daño, aunque sea por pocos instantes, es intolerable á las almas que conocen lo que pierden.

Así es que Doña Juanita Tomasa respondió prontamente á mi pésame por la muerte de su madre, y que con la misma puntualidad recibí su respuesta; pero como despues no se ha ofrecido asunto para fatigarla, me he contentado con respetarla en silencio, sin servir de estorbo á sus cuidados, por no abusar de su inclina-

cion, y así se lo dirás cuando se ofrezca, agradeciéndola su memoria y asegurándola de mi atenta correspondencia. Nada me has dicho de Doña Ramona Fajardo ni del dragon que guarda esa manzanita de oro, por cuyo miedo la recaté cuidadosamente mas de la mitad de mi lástima, y dejé de ofrecérme desde aquí á cuanto pudiese de mi arbitrio; pero seguramente me hallará pronto á obedecerla, siempre que me haga la honra de servirse de mí. Tu tocaya y mi amiga *Mari-Pacha* debe de hallarse bien con su enñado, y Mourin sin su mujer, cuando aquella se detiene tanto con el uno, y este vive tan sosegado sin la otra. En mi dictámen ambos lo aciertan, porque no hay medio mas eficaz para alijerar la cruz de los casados; y si á mí me hubiera tocado tu sexo, abrazaría con gusto el estado, capitulando con un marido de invierno y con un cura de verano.

A los Señores Salvanes y Serrano agradezco mucho su memoria, pero es preciso que yo me acuerde mas de los dos, porque como tú no te separas de mi pensamiento ni un instante, de necesidad han de estar ambos en él; y ahora siento que se haya ausentado N..., porque, si no, él te diría que es imposible que se represente el relativo sin el término de la relacion; pero á bien que allí tienes dos teólogos de cámara que no me dejarán errar. Esto en cuanto á la carta de 28.

La de 30, que acabo de recibir, entra con una alegoría médica, tan bien seguída, que si la leyera el mismo Bedoya, te habia de respetar, y aun te habia de temer. Dices lo que quieres y como quieres, dejándome con esta envidia mas, pues cuando te escribo no acierto á decir la mitad de lo que quiero, y aun aquello poco no sé cómo lo tengo de decir, solo sé que quisiera decirlo de otra manera. Consuélome con que comprendes con tanta felicidad como te explicas, y suplirá tu inteligencia lo que falta á mi explicacion.

Por mi suma bondad no quiero dilatar mas la respuesta á la del Padre Lobon, y hoy se la doy con un par de lanzaditas, bien persuadido á que sentirá mas las de una pulga; pero como no trato de lastimarle, sino de sacudirme, logro mi intento y me divierto este rato.

Antes de anoche llegó aquí el Padre Mogneimes de vuelta para ese colegio, y el pobrecito amaneció esta mañana con una cólica que le maltrata mucho. Este accidente ha dado en repetirle demasiado, y será lástima se nos malogre un muchacho tan precioso. Te da muchas memorias. Dilate Dios tu vida mas que la de tu — *Pepe*, de su Mariquita. — Mariquita mia.

CARTA CCLIII.

Escrita en Pontevedra á 4 de octubre de 1761, á su hermana.

Hija mia: Pocas visperas y pocos dias de San Francisco. Aquellas me privaron de mucha parte de tu conversacion, y estos apénas me permiten lugar para dár-tela. Llevé toda la mañana en el confesonario; saqué la cabeza como un carro; entramos esta noche en ejercicios, y para descanso me hallo con una multitud de cartas, todas apuradas, que es menester contestarlas á letra vista. Estoy muy léjos de zambarme de tí, y aunque me parece muy bien que seas modesta, no puedo sufrir que sea tan á costa mia. Tú si que satirizas con discrecion mi estudiado olvido de tus dias: távelos muy presentes, pero hice por no acordarme de ellos, porque no habiéndolos de pasar contigo, pudo ménos el gusto

que la envidia. A ninguno ni á ninguna se los he dado de pura cólera, pues no lo podia haer sin que me renovase mi dolor. Mogneimes nos ha dado enñado: está mejor, pero le falta mucho para estar bueno. Te da finas memorias, habiendome estimado mucho las tuyas. Vive tanto como tu — *Pepe*, de su Marica. — Mariquita mia.

CARTA CCLIV.

Escrita en Pontevedra á 8 de octubre de 1761, á su hermana.

Hija mia: Acertaste en un todo. Hoy no he tenido mas quiete que la que me dió tu bella carta de 7 del que corre, pues habiéndomela entregado cuando estaba comiendo, luego que me levanté de la mesa me escurrí de contrabando á la huerta para leerla con las demas. Estas no me sirvieron de quiete, sino de mucha inquietud, viniendo todas atestadas de especies melancólicas, cuya primera impresion no se puede remediar; mas, para que no eche raíces, yo me valdré de tu admirable receta.

Para curar á los glosadores de la grave indisposicion del Padre Mogneimes ninguna alcanza; porque ni la envidia ni el mal corazon admiten cura. Si él fuera tan destemplado en su boca como ellos en su lengua, pudiera culpársele lo que padece; pero tú y yo tenemos bastante experiencia de su templanza, aun provocada con mas fuerte tentacion de la que le pondrian durante todo el tiempo de su recreo, en que solo se sentó á la mesa de dos curas parcos y moderados. En hablando por hablar, se desbarra mucho, y los que vertieron las especies que me dices no saben hablar por otro fin. Su accidente es ya muy antiguo, y lo peor es que, segun las señas, le acompañará de por vida, que con él no podrá ser muy larga, y será lástima, porque quizá importaria un poco mas que la de los que la pasan tan ociosamente. Te da muchas memorias, y yo le tengo mucha lástima.

No me da poca el chico N..., siendo sus gentes como tú las pintas y como yo creo, pues aun en el mismo chico observé muchos rasgos muy parecidos á los que tú delineas. Ni el agradecimiento ni el agasajo ni el cariño las tocaron entre sus partijas; y persuadidas á que todo se las debe de justicia, no merecen que por ellas se haga nada de gracia. Pero no esperes que Nicolas deponga por eso su primer concepto: es inflexible en lo primero que aprende. Una sola carta he visto del padre del muchacho, y por ella hice juicio que era hombre de gran peso, pero lleno de sí mismo hasta rebosar por la cabeza.

A Dios, hija mia, que te me guarde tanto como á tu — *Pepe*, de su Marica. — Mariquita mia.

CARTA CCLV.

Escrita en Pontevedra á 17 de octubre de 1761, á su hermana.

Hija mia: Voy á contestar á la tuya del correo pasado, sin esperar á que llegue la del presente, que, ó no llegará, ó vendrá mucho mas tarde que el otro, por la copiosa lluvia que se desgaja sin cesar veinte y cuatro horas há, sobre la mucha que ha caído estos diez dias. Tuvimos unos ejercicios muy mojados, y por eso no será mucho de extrañar que no prendiese el fuego demasiadamente en ellos; pero irias en lágrimas lo que no pudo ser en suspiros, ayudando el tiempo para las unas, tanto como estorbaba para los otros. En medio de eso me he mantenido y me mantengo bastantemente

bueno, sin otra novedad que sentir la cabeza tan cargada como lo está la atmósfera. Este terminillo ya puede entrar en una carta familiar, pues se ha domesticado tanto en todas las conversaciones.

Supongo que padre habrá vuelto á su sér natural, cuando no me habeis avisado por extraordinario de otra novedad; y aunque en todo tiempo es preciso que sienta su falta, en el presente la sentiria mucho mas, si me precisara á hacer viaje en tiempo tan borrascoso. Si sucediere este caso (manteniéndose así el temporal), envíame una litera de mi cuenta, de modo que no lo entienda Nicolas; pero que no sea la que me trajo de Astorga; porque ántes querría ir á pié que lidiar con aquel hombre. Estando bueno el tiempo, cuando Dios quiera darnos este golpe, me bastará una buena mula con un mozo racional. Púsome Dios lo que mas amo en esta vida, como á los codiciosos les coloca las mayores riquezas, en lo profundo del mar y en las entrañas de la tierra, para templan la codicia con la dificultad y trabajos que se padecen para contentarla.

Siendo esa señora teniente-coronela tan de tu satisfaccion, precisamente lo sería de la mia si tuviese la honra de tratarla, estando de mas todas las grandes prendas con que me la pintas, pues para dedicarla todo mi respeto, me basta saber lo que te distingue á ti. Muchísimo celebro que logres este consuelo, y me sería muy sensible que te faltase, dándose otro destino á ese batallon.

Estas gentes no estaban muy contentas con el de Granada que se les habia destinado, cuyo regimiento no es el mas favorecido de la voz pública; y hoy lo están con la noticia de que tendrán por tertulio al de Mallorca, cuyo desembarco esperan en Vigo por horas, aunque se puede recelar alguna desgracia, y cuando ménos mucha dilacion, habiendo tenido los vientos tan contrarios como impetuosos.

En quince dias no habia salido de casa, hasta que me sacó Santa Teresa para cumplir con tu devota la suegra del de San Roman, y con su madre, que es buena señora. No las hice corto obsequio, por lo mucho que llovía, aunque casi se va siempre por debajo de portales hasta sus casas, sin cuya circunstancia tampoco me hubiera atrevido.

Ya se habla con mucha tibieza de la venida de los de antaño, y algunos dicen resueltamente que no vienen. No por eso se perderá la provision de paja ni de leña; porque en todas partes hay muchos que gastan la primera, y sobran los que merecen cargar con la segunda. Para mí, que vengan, que se queden, todo es á un precio, pues en ningun acontecimiento me sacarian de mi paso.

Irá muy lento el de la convalecencia de N. despues de un tabardillo tan furioso, y no se deberá extrañar que, para lograrla mas pronta y mas segura, salga todas las tardes de casa, y las mañanas que pudiere, aunque se hunda el mundo con agua; porque dice Hipócrates que las paredes del cuarto son fuliginosas, hipocondriacas y corrosivas para todo convaleciente, y si no lo dijere, nadie le quitó que lo hubiese dicho.

Doy por supuesto que ni Mourin ni su familia habrán vuelto, en virtud del temporal, y mas cuando pueden decir que hasta aquí se estuvieron por su gusto; pero ahora se están porque así lo quiere Dios. Cuando lleguen cumplo por mí con *Mari-Pacha*.

No murió muy malograda Doña Lorenza Fariña, aunque dicen que en su muerte perdieron mucho los pobres. Al Canónigo le encontré casualmente junto al meson la última vez que se restituía á Vigo, y me pareció tan desfigurado, que, siendo de mi edad, no trueco mis años por los suyos aunque me dé veinte mas encima.

Hasta aquí los puntos que tocabas en la carta pasada: verémos los que tañes en la presente, y los reservarémos para otro correo, con enya diligencia irémos mas holgados.

Llegó en fin la balija seis horas despues de lo ordinario, pero tan mojada que apenas se pueden leer muchas cartas. Quedo libre del cuidado de padre, y en su lugar me ha entrado el de tu hipocondría, sobre que hablaremos el domingo, queriendo Dios.

Nuestro nuevo provincial es mi antiguo amigo, y casi perpetuo compañero en la carrera de cátedras. En la carta que le escribo de enhorabuena le pido que me permita arrancharme aquí, sin acordarme ya mas de Villagarcía, y espero que me dará este gusto. Si fuere tambien el tuyo, lo celebraré mucho, y si no, ambos tendrémos paciencia. Vive tanto como tu — *Pepe*, de su Mariquita. — Mariquita mia.

CARTA CCLVI.

Escrita en Pontevedra á 25 de octubre de 1761, á su hermana.

Hija mia: A mí me hacian alguna falta mis ordinarios paseos, aunque los procuraba suplir en esta divertida azotea: volvió el tiempo á componerse, y volví á aprovecharme de la ocasion, que no malograré siempre que pueda. Tengo por cierto que lograrías mucho alivio si pudieras mudar aquí tu residencia, por la benignidad del temple, por el despejo del cielo, por la dulzura del terreno y por el genio de las gentes; pero ¿de qué servirá apacentar la imaginacion con ideas quiméricas?

Llevarán mucho chasco estas gentes si, habiendo consentido en tener de huésped á un batallon de Mallorca, se encuentran con otro de Granada; pero mayor le llevará el mismo batallon si le precisan á embarcarse despues de lo mucho que ha padecido desde San Sebastian á la Coruña; y dudo que, aunque se junte todo el regimiento pareciendo las cuatro compañías de que no se tiene noticia, esté capaz de hacer el viaje de América.

El nuevo comandante de la provincia de Tuy, Mac-Donell, y su mujer, escribieron á mi señora Doña María Teresa Gayoso que les ojease alguna casa en esta villa, por si lograban la pretension que harian de poder vivir aquí; pero dudo mucho que venga en ello el marques de Croix, sin enyo consentimiento será dificultoso y poco acertado conseguir el permiso de la corte. No da el tiempo mas materiales: á mi corazon le sobran, pero es menester que para tolerarlos estés de otro temperamento. Vive cuanto desea tu — *Pepe*, de su Marica. — Mariquita mia.

CARTA CCLVII.

Escrita en Pontevedra á 30 de octubre de 1761, á su hermana.

Hija mia: Antes que se me olvide: ántes de ayer visité á Fray Luis Pedrosa en el colegio de Lerez, y en toda esta semana (si el tiempo lo permitiere) haré lo

mismo con su hermano Fray Benito, que está en el de Poyo. Hubiéralo hecho ántes sin que tú me lo previnieras, si hubiese tenido esta noticia. Cuidaré de saber cómo se portan ámbos, y serviré á los dos en lo que pudiere.

Para que tampoco se me olvide en esta lo que se me ha olvidado en otras, quiero preguntarte si llegó ya ahí el nuevo predicador, y dónde cayó malo. Supongo sería en Lugo; porque sus males son discretos, y rara vez vienen fuera de sazón.

La monjita no necesitaba de mis noticias para tenerlas de tí, ni tú me debes suponer tan mentecato, que ande ponderando por el mundo mis agüetas, y mas cuando hay tantos que me excusan este trabajo. Añádese que todas las cosas mías las mira como muy suyas; y para que la parezca bien todo lo que me toca, te sobra mucho á tí, cuya carta la apreciará como prodigio de discrecion, aunque sea una cosa regular.

En los términos que te explicas, parece estar decidido el embarco de ese teniente coronel. Siéntolo bastante por él, por su mujer, por tí y por mí. Es cierto que voy á ganar mucho en que no me conozca, pero voy á perder mas en no conocerle á él; y computando la ganancia con la pérdida, sacrificaría aquella por no cargar con esta. A cuantos tengan gana de tratarme, díles que por escrito no se ve mi mala cara, ni por lo comun mi peor condicion. Díles que mi pluma es mas sociable que mi persona. Díles que me sucede lo que á los apocados de corazon, que snelen ser bizarros en letra, y me quinó á dinero contante. Díles que en la conversacion, si doy en hablar, nadie me sufre; si en callar, ninguno me tolera; mas por escrito, si callo, me lo agradecen; y si escribo, lo celebran. Si les dijeres esto, no faltarás á la verdad: á ellos y á ellas los curarás de una inútil curiosidad, y á mí me librarás de la mortificacion de que en presencia me escupan los que en ausencia me besan. No dirás que no me conozco bien. Nada tengo yo que añadir sino que consuelos á esa señora teniente coronela en la dolorosísima ausencia de su marido, solo diferente en la muerte, en que de esta sin milagro no se vuelve, y de aquella sin milagro se puede volver.

Ya tengo la aprobacion de mi jefe para fijar aquí mi residencia, aunque todavia no lo he publicado por lo que digo á Nicolas. Tuvimos un par de dias buenos: cansóse el tiempo, y ya está turbado otra vez. A Dios, que te me guarde cuanto desea tu—*Pepe*, de su Marica. —Mariquita mia.

CARTA CCLVIII.

Escrita en Pontevedra á 20 de noviembre de 1761, á su hermana.

Hija mia: Ante todas cosas he tenido el mayor gusto con la noticia de que no se embarca el teniente coronel de Murcia, de que darás en mi nombre á madama la teniente la mas fina y mas completa enhorabuena, y mas cuando espero que esta gracia no tendrá las consecuencias que se pudieran temer si no hubiese en el mismo regimiento otro teniente coronel graduado, á quien tambien se le hace mucha en que vaya á merecer con el ejercicio del grado: de manera que el Capitan general ha podido servir al Rey y á dos oficiales con pretensiones contrarias á un mismo tiempo. Este gozo mio es tanto mas puro, cuanto hoy no se mezcla en él otro interes tuyo que el que esa señora tan de tu cariño se libre

del grave disgusto que la amenazaba, pues por lo demas, quedándose en la Coruña el primer batallon de su regimiento, será preciso que le siga y que tú carezcas de su amable compañía, lo que es muy sensible para mí, porque quisiera tener á mi disposicion todos los consuelos del mundo para ponerlos á la tuya, considerando que habrá pocas mas necesitadas de ellos.

Há mas de cuatro meses que no tengo noticia de Doña María Teresa, ni sé si con este general movimiento de tropas ha salido de Manresa su regimiento, y ántes deseo que se lo envíes á preguntar á la monjita, y me avises de su paradero; porque temo se hubiese perdido la última carta que la escribí. La monjita de Valladolid me encarga hoy mil tiernas expresiones para tí, de quien quedó muy enamorada, y ambas lo estariais mas recíprocamente si os conocierais. Adios, mi bien: vivo cuanto desea tu—*Pepe*, de su Mariquita. —Mi amada Mari-Pacha.

CARTA CCLIX.

Escrita en Pontevedra á 30 de noviembre de 1761, á su hermana.

Hija mia: Me ha divertido mucho la relacion de Milord Hamilton. Há muchos dias que dí noticia á Nicolas de este extraordinario ente. Aparecióse aquí, metió mucha bulla en todas estas casas del pabellon, buscóme, ocupóme tres horas agradablemente, me dió un par de libretes, y fué, dejando muy encargado á todos y á todas que me estimasen, porque era el primer hombre de España. Una vez que te haya declarado á tí por la primera mujer, me parece que es boda igual, y si quieres que nos casemos, avisa; que para esto no es menester mas ceremonia. El impedimento del parentesco se quitará con una dispensacion de Londres que solicitará el mismo Hamilton, y el que ya tengas otro marido es chlico pleito, pues con que se introduzca en España la costumbre de los guaicurus, está todo acabado. Entre estos una mujer de honor ha de dormir con un marido distinto cada noche de la semana; pero si la averignan que tiene mas que siete, queda divorciada é incasable. Díceme Nicolas que te recetó las aguas de Spa, en el obispado de Lieja, y que se ofreció á hacerte compañía. Hiciste muy mal en no aceptar un remedio tan fácil, y mas cuando el efecto de la fecundidad era seguro solo con que tú quisieras. Por lo demas, aunque te pidió licencia para escribirte desde Leon, no te asustes; que ántes de llegar á San Marcos se le olvidaría tu nombre. En fin, un par de sugetos como él cada semana, valen un par de entremeses, y si yo tuviera muchos á mi mandar, todos los pondria á tus piés para que te divirtieras.

Habiendo muerto el buen M. como me dices, podrá hacer á sus pobres hijas mucho mas bien en la otra vida que las hacia en esta. Ello es un dolor, para el cual no hay otro sólido consuelo que los grandes principios de la religion.

Estaba pensando dónde habia de meter el pipote de vino que me enviases, cuando oportunamente me apuntas tú misma la mejor especie y te ofrees á facilitarla. En ninguna parte estará mas á mi gusto, y así lo podrás gobernar como mejor te pareciere. La bota volverá inmediatamente que se desocupe, y mientras tanto tenga paciencia su dueño; porque en mi casa

no hay mas vasija que una botella, y esa me costó mi trabajo el hurtarla.

Há dias que no ando muy bueno: alborotáronseme los duendes despues de tres meses de silencio, y aunque no ha sido alboroto mayor, me han dado y me dan malos ratos. Harto será que no tuviese la culpa una tajada de sandía y unas castañas cocidas.

Ya tengo aquí mi equipaje monacal, y aunque me ha tocado un cuarto donde no caben en pié los cachivaches, se irán acomodando lo mejor que se pueda. Como estoy de supernumerario, me metí donde encontré, hasta que se desocupe nicho, si ya no fuere el mio el primero que se desocupe. Adios; y vive cuanto desea tu—*Pepe*, de su Marica.—Mi amada Mari-Pacha.

CARTA CCLX.

Escrita en Pontevedra á 17 de diciembre de 1761, á su hermana.

Hija mia: Bien conocí que no te daría mucho gusto la precision de escribir a la Marquesa; pero acometido del buen Don Domingo Nieves, y deseoso de servirle, no pudo resistirse la realidad de mi genio á señalarle el verdadero camino por donde habia de dirigir la pretension, si llegase á tiempo. No he visto á la Marquesa muchos dias há, aunque tuve recado suyo ántes de ayer, porque desde que dejé de ser huésped y comencé á ser vecino, entablé el plan que me pareció el mas conveniente para andar á paso que dure. Tengo por cierto que me zumbará bien la primera vez que la vea; pero procuraré salir del empeño como Dios me ayudare.

Dirijete esa carta para que se la encamines á nuestra monjita, y con esa ocasion la escribas cuatro letras, que sé muy bien la sirven de grandísimo consuelo.

Con la obra del aposento, y la del sermon á la bendicion de las banderas de este regimiento, cuya funcion es el dia de San Esteban, estoy muy ocupado, repartiendo la atencion en muchas cosas y dedicándola á ninguna. Manda como puedes, y vive cuanto desea tu—*Pepe*, de su Marica.

CARTA CCLXI.

Escrita en Crespelano y palacio del senador Grassi, á tres leguas de Bolonia, en 17 de diciembre de 1763, á su hermano.

Amado hermano y amigo: Desde España á Citavechia; desde Citavechia (puerto pontificio), con solo un dia de detencion, á la rada de Orbitelo, que pertenece al rey de Nápoles; desde Orbitelo (con el descanso de dos dias) al puerto de San Fiorenzo, en la isla de Córcega; desde San Fiorenzo (donde nos mantuvimos á bordo tres semanas) al puerto y presidio de Calvi, en la misma isla; desde Calvi (despues de quince meses de mansion) de repente al puerto de Jénova; desde el puerto de Jénova (anclados en él por espacio de nueve dias) al lazareto de la misma ciudad, donde nos alojamos al pié de mil trescientos hombres; desde el lazareto (donde estuvimos encerrados dos semanas) á Sestri de Levante; desde Sestri de Levante (con el descanso de nueve dias), unos por tierra y otros por mar, al Bolonies. Yo escogí entre otros muchos este segundo partido, que nos salió el ménos penoso y costoso; y desde Sestri pasé embarcado á Liorna, donde descansé tres dias, y tomando la ruta con el destacamento que mandaba por Pisa y por Florencia, llegámos á Bolonia, en cuya legacia se acuarteló todo mi regimiento, dividido en va-

rios destacamentos mas ó ménos numerosos, segun la capacidad de los palacios que ocupan en los contornos de dicha ciudad, dentro de la cual ninguno tomó cuartel, por el excesivo precio de los víveres, á que no alcanza nuestro pobre sueldo.

A mí me tocó el destacamento de la plana mayor (que manda Fonseca), á cuyo número fui agregado desde que saltámos en Calvi, donde mandé un pequeño piquete. En todos estos giros y regiros se han padecido los trabajos que se dejan considerar; pero, gracias al Señor, he tenido salud, he tenido fuerzas, he tenido constancia y aun he tenido singularísimo consuelo. Solo me ha faltado el dinero, porque el poco que me dieron de limosna al salir de España, se acabó con los indispensables y extraordinarios gastos que ha sido preciso hacer en tantas marchas y contramarchas, sin mas recurso que á nuestro limitado sueldo, el cual apenas alcanza para pagar el simple cubierto y una escasisima y pobrisima comida.

En esta necesidad, que la falta poco para extrema, no tengo á quien volver los ojos, despues de Dios, sino á tu piedad, á tu cristiana caridad y á la nobleza de tu razon, tantas veces experimentada. Confiado en ella y en el favor que me dispensa el Señor Domingo Antonio Rossi, comerciante en Liorna, doy en este mismo dia una libranza contra tí de cien pesos fuertes, á pagar á ocho dias vista, y á la órden de dicho Señor Domingo Antonio, que me los entregará luego que tenga noticia de su recibo; y acompañará la libranza con carta suya, debiendo tambien venir en su pliego tu respuesta, si me favoreces con ella. La libranza irá duplicada, como me lo previene el mismo comerciante, y de la misma manera este carta para que llegue una si se perdiere otra.

Desde nuestra salida de España hasta el dia de hoy no han muerto en mi regimiento mas de los que regularmente moririan por allá; pero de esto tocó una gran parte á mi compañía, de la cual solo hemos quedado cuatro oficiales y tres soldados, porque murieron Puga, Candeda, Camino, Soto y Orbiso: el primero en la Coruña, los otros tres en Calvi, y el otro en un palacio vecino á Bolonia, á pocos dias que entró en él.

Nada he sabido de nuestra familia desde que sali de esa ciudad, aunque te escribí tres cartas, sin recibir respuesta de alguna. Dicho se está el consuelo que tendré en saber de todos, como tambien de los principales amigos y conocidos, á quienes podrás asegurar que vivo mas robusto, mas contento y mas bien hallado con mis trabajos, que lo estuve nunca con las mayores satisfacciones. Lo mismo puedo decir de todos mis compañeros por punto general. De presente lo que mas nos molesta es el frio intensísimo é intolerable en este pais, y mas con el desabrigo y con la incomodidad de las habitaciones, que solo tienen de palacios el nombre, la ostentacion y las paredes. Vive y viva toda la familia como necesito, y como todos los dias se lo pido á nuestro Señor. A mis compadres, etc.—Tu amante hermano y amigo.—*Jhs.—José Francisco.*

CARTA CCLXII.

Escrita en Crespelano á 4 de junio de 1769, á su hermano.

Amado hermano y amigo: Recibióse la carta de 8 de marzo, y con ella el socorro que la acompañaba. Este llegó tan á tiempo, que el pobre interesado no tenia con que pagar los remiendos de una camisa. Discurre qué

gracias daría á nuestro Señor por tan amorosa providencia, y qué agradecido quedaría á la caritativa mano que tan generosamente aliviaba su extrema necesidad. Aunque fué grande este consuelo, no es comparable con el que le causó la noticia de que todavía viven todas las personas que le tocan tan de cerca y tiene metidas dentro de su corazón, repartiendo con ellas fielmente el mérito de sus trabajos, que, aunque grandes, son muy lijeros respecto de lo mucho que tiene que satisfacer. Esta consideración se los hace, no solamente dulces, sino apetecibles, y tanto que visiblemente engorda con ellos, ó por lo ménos nunca se ha visto con salud mas robusta ni con el ánimo mas tranquilo. Hizo la cuaresma entera con todo rigor de la ley, cuando había treinta años que ninguna había podido acabar, y muy pocas comenzar.

Es muy natural que el comerciante á quien se dirigió la letra de cambio duplicada, enviase la primera y se quedase con la segunda por si se perdía la otra; y así me parece que se puede vivir sin cuidado, especialmente no conteniendo la carta cosa que á ninguno pueda darle.

Hácese mucho mas estimable el socorro habiéndose franqueado en circunstancias tan críticas; pero la caridad y la magnanimidad siempre fueron taumaturgas. Fundado en este principio, no desconfío de que todavía se acabe la obra comenzada; bien que por mi pobre parecer, nunca se hubiera dado principio á ella; porque, no habiendo familia y teniendo esa señora asegurada una viudedad tan decente, si llegare el caso (que no quiera Dios alcancemos ella ni yo), en cualquiera parte podría meter la cabeza con aquella modesta decencia y comodidad que corresponde á una viuda. Esto aun cuando no alcance en días á su hermano mayor; porque en ese caso tendría casas propias á escoger. En fin, lo hecho ya no se puede deshacer, ántes bien convendrá que se concluya y se perfeccione en caso de que sea posible sin acabarse de arruinar. Ni te acobarden tus años ni tus ajes: mayores eran los míos, y mas viejo soy yo. Sin embargo, ha hecho Dios conmigo lo que llevo dicho, ¿por qué no podrá hacer lo mismo contigo?

Los trabajos de nuestros campesinos me pasan el corazón. Alíveselos el Señor como puede y se lo suplico, ó déles gracia para que sepan aprovecharse de ellos, en cuyo caso les valdrán mas que todas las conveniencias del mundo. Lo mismo digo de esas dos pobres señoras: gran lástima será que malogren el mucho cielo que pueden ganar.

Los que se ofenden de que se les niegue aquello que justamente no se les puede conceder, agravan mas que honran con su amistad. Y aunque siento que aquellos sujetos de mi estimación estén comprendidos en este número, no puedo sentir la falta de su estimable correspondencia por un motivo que los hace tan poco honor. Con todo eso, siendo ambos tan capaces y tan piadosos, se puede esperar que conozcan su sinrazón y que vuelvan á correr la buena armonía.

Por el mismo canal (que considero muy seguro) irán las prometidas cartas del conde de Santi-Pupiani, que corren con grande estimación de todo hombre piadoso, juicioso, discreto y erudito; pero es menester aguardar ocasión segura para dirigir las al embarcadero. En llegando allá harás de ellas lo que mejor te pareciere.

Actualmente logro un alojamiento magnífico; porque el dueño de este palacio escribió á su mayordomo que

me alojase en la noble cámara que en la escritura quedaba reservada para su excelencia, bien que para el invierno es muy fría; ¿pero quién sabe las novedades que ocurrirán de aquí allá?

Un estrecho abrazo de mi parte á la bella mano que escribió la postdata de tu carta. Páguela Dios el tierno consuelo que me dió. Creo que le tendrán grande en saber de su hijo y de mí aquellas pobres y buenas gentes de mi último cuartel, á quienes tanto estimé. Fácil cosa será dársele por medio del doctor que me asistió en mi monacato, asegurándolas que así su hijo como yo vivimos alegres, sanos y aun robustos. ¡Oh! quiera Dios nuestro Señor que tú puedas decir lo mismo por dilatados años, como necesito.

En 7 de febrero te escribió Gaetano Pasquali por mano de unos pobres medio paisanos que se aparecieron aquí, y dijeron que iban á ese santuario. Sin embargo de la desconfianza que manifestaba en aquella carta, el socorro llegó á puerto seguro, de que ya tiene aviso el interesado, aunque todavía no le haya percibido tu mas amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.

CARTA CCLXIII.

Escrita en Bolonia á 17 de mayo de 1771, á su hermano.

Mi amado hermano y amigo: Dirijo esta por mano del excelentísimo señor conde de Aranda, á quien pido licencia para que de cuando en cuando y por la posta ordinaria sepais vosotros que yo vivo, y para saber yo si vosotros vivís. Espero en la bondad de su excelencia que no me la negará.

Desde que llegué al estado eclesiástico, me destinaron mis superiores al palacio del señor marques Grassi, senador de esta ciudad, y distante de ella diez millas, ó tres leguas. Allí me mantuve bien alojado y con buena salud hasta el día 14 del corriente, en que por orden de los mismos vine á establecerme en Bolonia, donde logro tambien muy cómodo alojamiento; y por lo que toca á la salud, sería gulloría, no ya el pedirla, pero ni aun el desearla mejor en mi edad de sesenta y nueve años. Tendré mucho consuelo en saber de toda la familia, en que toda la familia sepa de mí, y en que recíprocamente nos encomendemos á Dios, que te me guarde como necesita tu amante hermano y amigo.—Jhs.—José Francisco.

CARTA CCLXIV.

Escrita en Bolonia á 19 de julio de 1771, á su hermana.

Hija mía, mi muy amada hermana y señora: Ayer, 18 del corriente, recibí la tuya de 19 del pasado. Gracias á Dios que me inspiró el pensamiento de recurrir á la piedad del excelentísimo señor conde de Aranda. Por ella sé que nuestro querido Nicolas quedaba casi civilmente muerto; que María Isabel há dos años que está viuda; que murieron tambien su suegro y su cuñada; que José Joaquin y su mujer se mantienen en Salamanca; que Antolina se casó; que Fray Joaquin está predicador de gracia en su monasterio de Oña; y finalmente, que tú estás sitiada y consumida de trabajos. Bendito sea Dios por todo. Todos son inestimables beneficios de la divina Misericordia. A Nicolas le previene tan anticipadamente para que se disponga á la inevitable partida; á tí para que hagas provision de conformidad y buena cosecha de méritos; á los demas los regala por ahora con consuelo: tiempo vendrá en que los regale con cruces. Este es el

camino mas trillado, mas comun y mas seguro. Las que á mí me han tocado, en lugar de lijarme, me confortan. Nunca mas pobre y nunca mas contento; nunca mas falta de todo y nunca ménos necesitado, porque nada me hace falta. Experimento, palpo, toco con las manos, que Dios da la lana con el frio, que aumenta las fuerzas cuando añade el peso, y que es fideisimo en sus pruebas: á ninguno carga mas de lo que puede sufrir. Mi salud se conserva sana; mis fuerzas, casi ya septuagenarias, vigorosas; mi color cual nunca le he tenido: solamente las piernas dicen alguna vez que ya se cansan de andar, y las pobres tienen sobrada razon. Sesenta y nueve años de movimiento continuo, son capaces de fatigar á un par de piernas de bronce. Comunica estas noticias á toda la familia, y libra un estrecho abrazo en letra á cada uno de por sí, asegurando á todos, sobre la fe de mi palabra, que cada día os hago á todos tres visitas en la presencia de Dios; las que espero que á vosotros y á mí nos harán mas al caso que las personales. En ninguno de tus conocidos hay novedad, todos están buenos, y aun mejor que estaban en España. Es gran cosa esto de estar donde nos quiere Dios, que te guarde en su gracia cuanto desea tu amante hermano y rendido servidor.—Jhs.—*José Francisco*.—Mi amada hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCLXV.

Escrita en Bolonia á 3 de noviembre de 1771, á su hermana.

Hija mía, mi amada hermana y señora: Dios te lo perdone. Pues qué, ¿no hay correo desde el Ferrol á Bolonia, y aunque sea á Monomotapa? Pero te disculpo. Segun cartas de España y de otros países, habrá como dos meses que yo me morí á tres jornadas de Turin, llamado (segun ellas dicen) por el rey de Cerdeña, sin duda para predicar el advento en Ginebra ó en Zurich. Una vez que sea cierta esta noticia, hé aquí que me hallo en el otro mundo sin saber cómo ni cuándo, pero comiendo, bebiendo, durmiendo, leyendo y paseando ni mas ni ménos como cuanoo residia en la region de los vivos: succédeme á la letra lo que á Tancredo:

*Il pover' uomo, che non sin'era accorto
Andava combattendo, ed era morto.*

Chanzas á un lado. Si este embustese te acercó al oído, no extraño que en lugar de pronta respuesta á la mía de 19 de julio, me la mandases decir de misas y de respondos. La tuya de 1.º de octubre se apeó en la estafeta de Bolonia el 28 del mismo, y el 29 se me presentó en mi cuarto. Gracias á Dios y á nuestro excelentísimo bienhechor.

Nada perdí de nuestro querido enfermo (á quien abrazo con toda el alma) en su jornada al Ferrol, si la experiencia le sirve para no considerar muy distante la de la eternidad. Cuanto mas me acercan á ella mis años, mas pretendo alucinarme mi embustera salud; pero confío en Dios que no me engañará; porque setecientos noventa y seis meses que llevo ya vividos, son una apostema que se burla de toda aparente robustez; y así, cada día procuro embauilar algo para que la posta no me coja tan desprevenido. Reservemos para allá nuestros consuelos, con la seguridad de que cuantos ménos tengamos en este destierro (como no lo echemos á perder), mas encontraremos en nuestra patria. Todos tus conocidos están buenos y te saludan. Los míos harán muy

mal en llorarme si me quieren bien. Dalos á todos mi fe de vida y salud, la cual es tanta que casi me avergüenzo de ella y me falta poco para desear algun aje, siquiera por la decencia. Pídeles sus oraciones, y tú da por supuesto que tienes tanta parte en las mías como tu amante hermano y rendido servidor.—Jhs.—*José Francisco de Isla*.—Mi hermana y mi señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCLXVI.

Escrita en Bolonia á 18 de enero de 1772, á su hermana.

Hija mía y mi señora: Hoy día de San Anton recibí la tuya de 4 del pasado. ¿Has leído la vida de este gran Santo? ¿Sabes que por antiquísima tradicion de la Iglesia es singular protector de las bestias de carga y andadura? Pues tengo para mí que por este título es protector mio muy particular. Por eso quizá alcanzaria de Dios que en su día recibiese este consuelo, el mayor, y á mí parecer el único que deseo en esta vida. Como sepamos unos de otros, ¿qué importa que jamas nos veamos en ella? Otra hay, donde espero en la misericordia de Dios nos juntaremos sin separarnos por toda la eternidad. Respecto de esta, ¿qué son cien años, aunque tardara otro tanto la deseada reunion? Ménos que un momento. Todos los hijos de Eva estamos desterrados en este valle de lágrimas: verdad es que yo en mi destierro no encuentro otras que las que tal vez me hace el Señor merced que derrame por mis pecados; pero estas no son lágrimas amargas, son dulcísimas, llenan el corazon de alegría y al alma de esperanzas.

Desde el día 3 de noviembre, en que te escribí la última carta, no he tenido un leve dolor de cabeza, y lo que mas es, ni el mas mínimo quebradero de ella. ¿Podría decir esto con verdad si estuviera en España, no digo ya por espacio de dos meses largos, pero ni aun por el día mas breve de diciembre? Las berzas de Bolonia (que es el plato principal de nuestra comida) me saben mejor que los capones de Pontevedra. Las camisas de cáñamo, sábanas de lo mismo, bragas-celosias, medias-redes, zapatos la mitad sandalias y la otra mitad chinelas, vestido lampiño y sin pelo de barba: con todo este equipaje me burlo de los terribles frios de Lombardía y de las copiosas nieves del Apenino (cuyo pié estamos besando), como se burlaba el zar Pedro, de los de la Siberia, empanado entre martas cibelinas. ¿Pues de qué me puedo quejar sino de haber tardado casi setenta años en aprender lo poco que necesita el hombre para vivir? San Ignacio nos manda á todos sus hijos «que amemos la pobreza como madre». Nunca pensé que lo fuese tanto como ahora que lo palpo. Ella nos cria á todos buenos, gordos y rollizos. Que sea con *broa* (1), que sea con *pan trigo*, ¿qué importará para el caso? Pido humildemente perdon á esta riquísima virtud, del tiempo en que no la tuve por madre, sino por madrastra. Conociála poco y no tengo otra disculpa.

Abrazo estrechamente á nuestro querido Nicolas; doyle mil parabienes por el alivio que experimentó con su viaje al Ferrol; suplicole encarecidamente que le repita en la futura primavera; pero al mismo tiempo le advierto que no se lie de su mal. Es muy traidor, hace mil zalagardas, rarísima vez da recibo, y cuando ménos se piensa está sobre nosotros este filisteo. Como yo

(1) Así se llama en Galicia el pan de maiz.

le tengo cinco años há dentro de casa, sé por experiencia sus mañas y sus alevosías: por tanto, procuro vivir siempre prevenido, y nunca estoy mas desconfiado que cuando al parecer me siento mas robusto.

Vive el gran Padre Maurin sanísimo y contentísimo. Reside en Forlí, ciudad de la Romanía, distante trece leguas de esta. Vile por el setiembre del año de 70, en que hice de limosna mi peregrinacion á la santa casa de Loreto: tengo frecuentes noticias de su reverendísima. Si no escribe á sus hermanos, lo mismo hacia en España cuando tenia toda libertad para hacerlo, y «genio y figura, etc.» Lo propio hace el Padre Barreiro con las suyas. Sonlo aquellas pobres doncellas de Pontevedra que recomendé tantas veces á tu caridad. Repítelo ahora, y haz con ellas la de avisarlas que su hermano se mantiene en esta ciudad mucho mejor que salió de España, y encárgalas que me encomienden á Dios. Lo mismo ejecutarás con todos los parientes y conocidos dentro y fuera de Galicia, especialmente con la pobre María Isabel y con el amigo de Andalucía. Dame noticia de los que se hubieren muerto ó tomado estado, y dime si se han acomodado los sobrinos Don Francisco y Don Pedro, cómo y en dónde. Nada de esto es contra la pragmática del Rey, ni mucho ménos contra su piadosa intencion.

En todas las ocasiones que te he escrito he suplicado á nuestro excelentísimo bienhechor que me permita poderlo hacer directamente, por excusarle esta impertinentísima molestia; pero, como su excelencia no la contestado á mi súplica, sigo el mismo rumbo, alegrándome de que mis cartas solo te cuesten el porte desde Madrid á Santiago, aunque ciertamente no le valen, cuando por cualquiera de las tuyas daría yo no solamente los nueve reales que cuesta aquí la menor carta de España, y los paga el que me las saca de limosna, sino nueve mil, si fuera dueño de ellos. Consérvame en tu gracia, manda y vive como desea y ha menester tu amante hermano y rendido servidor.—Jhs.—*José Francisco*.—Mi hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCLXVII.

Escrita en Bolonia á 18 de abril de 1772, á su hermana.

Hija mia, mi amada hermana y señora: A tu carta de 11 de marzo, que recibí el miércoles santo, respondiendo cantadas ya las aleluyas. Anticipómelas aquella cuatro días, y me cortó el susto en que me tenia la falta de respuesta á la de 18 de enero, de cuyo recibo me constaba; pero entro en nuevo cuidado sabiendo que el motivo de aquel atraso fué el haberse agravado tus trabajos de alma y cuerpo. Solo me consuela la esperanza de que te sabrás aprovechar de ellos mejor que yo de los míos, no obstante las diligencias que hago para no malograrlos, procurando me abran el camino y me faciliten la entrada en aquel felicísimo país, donde se enjagan todas las lágrimas sin que se sepa en él qué cosas son llantos, clamores, sustos ni ansias, desterrado todo dolor, con eterno olvido de cuantos se pasaron y se padecieron. Entónces no me acordaré ni de la hipochondría, que casi dos meses há me está devorando, ni de los acerbos dolores reumáticos que estoy sufriendo por el mismo espacio de tiempo, resulta de dos sangrías que me dieron para atajar una coagulacion á que estuvo muy amenazado, ni de las otras miserias que son inse-

parables de mi presente constitucion. Estas esperanzas fundadas en la misericordia de Dios, y estas reflexiones que nos sugiere nuestra religion, deben alentarnos á entrambos para hacer frente no solo á las presentes angustias, sino á todas las demas con que el Señor nos quisiere castigar, alligir y acrisolar, persuadidos á que no nos echará mas carga que la que podamos sufrir con su divina asistencia.

«Ayala (me dices) prosigue felizmente,» y no me dices mas. Estas tres palabras por una parte significan mucho, y por otra no me dan poco en que pensar. Quisiera saber si continúa en sus empleos, si los puede servir por sí mismo, ó si le han puesto cirujero. Estriba mi razon de dudar, en el temor que su accidente no le permita escribir, á vista de que en ninguna carta tuya he logrado el consuelo de ver un solo renglon suyo; y como tengo tan conocida la nobleza de su corazon y los alientos de su espíritu, no me puedo persuadir á que camine con tanta felicidad su recobro, cuando no me ha dispensado este consuelo.

Estimé mucho la lista de los difuntos conocidos, y del nuevo estado de los vivos. Entre estos el que mas he celebrado es el establecimiento de Madama Makdonell y el de su hija mayor Madamoisela Daly, porque ambos pueden contribuir mucho á que se coloque como merece el resto de su dignísima y numerosa familia. Si tuvieses proporcion, no dejes de significarla mi singular complacencia, como ni de manifestar al amigo de Andalucía mi agradecimiento á la constancia con que continúa en honrarte su fineza.

La condesa Grati, mujer de un senador de esta ciudad, cuya familia hace alguna estimacion de mí, tiene un hermano capitán en el regimiento de Milan. No me acuerdo de su nombre; pero podrás preguntar de él por estas señas, informándote si vive, y disponiendo que sepa el cuidado de toda su ilustre familia, habiendo ya cerca de un año que no sabe de él.

Murió el Padre Felipe Gutierrez, y te rinden sus respetos los Padres Idiaquez y Uriarte. Encárgote las conmemoraciones acostumbradas, y sobre todo, que la hagas muy frecuente de mí en tus oraciones, y me solicites las de las madres de Vista-alegre, procurando que sepan estoy todavía en la region de los muertos, con esperanza de que no tardará la misericordia de Dios en trasladarme á la de los vivos. Su Majestad te conserve en su gracia; y continuame tú la tuya, como te lo suplica tu amante hermano y servidor.—Jhs.—*José Francisco*.

CARTA CCLXVIII.

Escrita en Budrio á 22 de febrero de 1774, á su hermana.

Señora, hija y hermana mia muy amada: Acabo de salir casi de entre las garras de la muerte. A fines de enero sentí los precursores ordinarios de mi accidente apoplético. Informado mi médico de Bolonia, me ordenó «que me sangrase sin perder tiempo, estuviere como estuviere». Del mismo parecer fueron los dos médicos de esta villa, no obstante la fuerte representacion que le hice de que, hallándome, como me hallaba á la sazón, con un grande resfriado, probaban muy mal las sangrías á los españoles en semejantes circunstancias. Burláronse de mí con la bárbara práctica de Italia, donde la lanceta es la primera cosa que se aplica á los resfriados; y en conclusion dijeron que el enemigo mayor era el acci-

dente, el cual llamaba ya á la puerta y no habia otro modo de alejarle. Rendíme : sacáronme doce onzas de sangre, la cual hizo ver lo poco que la faltaba para coagularse; pero apenas se pasó una hora, cuando se alborotaron todos los humores. Excitéseme una calentura que por algunos dias me llevó á otra parte la cabeza; desenfrenóse la linfa, dilatándose por todo el cuerpo y ocasionándome un reumatismo universal que solo duró dos dias, y si hubiera durado mas, no hubiera durado yo. Recogióse despues á los conductos salivales, y en ocho dias arrojé por la boca muchas libras de postema. Desenfrenóse la hipocondría, y finalmente, rompió la naturaleza en una furiosa disenteria que no cesó hasta el día tercero, y fué toda mi salud; pero esta tormenta, que me tuvo en la cama tres semanas, me dejó tan débil, que apenas puedo tenerme en pié; y tan flaco, que solo me conocen los que me ven á todas horas. En este estado, y al principio de él, me cogió tu última carta, que viene sin fecha, por lo que no sé en qué día ni en qué mes se escribió. Veinte dias despues que la recibí, llegó el socorro de los dos mil reales que tu fineza y tu caridad me libró por mano de mi antiguo amigo el marques de Zambrano, con la rebaja de ciento veinte y seis reales ménos ocho maravedises, que corresponden á la negociacion del giro, como lo verás por mi carta de pago con la misma fecha de esta. Dios te lo pague, Dios te lo pague, Dios te lo pague. Esta limosna no pudo venir mas á tiempo. Con ella satisfaceré las deudas contraidas y aumentadas con los extraordinarios gastos de mi enfermedad, en la cual ninguna cosa me sofocaba tanto como la memoria de ellas. Haréme un humilde vestido de verano, pues no tengo otro que el que de mis trapos viejos me acomodé para el invierno, y me proveeré de algunas camisas, ya que solo me hallo con cuatro muy remendadas. Sobraránme despues como unos doscientos reales, los cuales servirán para socorrer por algunos dias las grandes necesidades y mayores trabajos que nos esperan.

Es el caso que para el mes de mayo, por repetidas órdenes de la corte, debemos estar ya separados unos de otros, sin que podamos vivir en una posada mas que dos ó tres. Nuevo golpe que hará perecer de desnudez y de miseria á los que no tenemos otro recurso que á la escasa pension del Rey, la cual, con el desfaleo del giro y del cambio (que siempre se nos ha cargado), solo alcanza para el simple cubierto y para que el hambre no nos mate. Lo demas que es necesario para sustentar la vida, ha de salir de la corona. Esta, en mis años y en mis ajes, solo me sirve de peso, puesto que no tengo fuerzas para estar en ayunas hasta las doce del día, ni mucho ménos para andar á pié una legua en invierno y en verano en busca de una misa : circunstancias que regularmente acompañan á las pocas que se encargan á los pobres españoles que viven fuera de las ciudades.

Si yo me hallara en Bolonia, ahorraria por lo ménos el alquiler de la casa, pues varios personajes me han convidado instantemente con un cuarto en su palacio; pero, confinado (mientras no me alcen el destierro) en este infeliz lugar, mas reducido que el Padron, en llegando el caso de separarnos, no sé dónde he de meter la cabeza. Al fin Dios proveerá, y no se olvidará de mí el que cuida de albergar y mantener las hormigas.

N... no ha respondido á la carta que le escribí por

mano del Señor Figueroa, como decano del Consejo. Ni sé tampoco si la recibió; porque ni el Señor Figueroa se dignó de responderme. Loado sea Dios que así estrecha los cordeles.

Gran consuelo tengo de que esté tan contento nuestro capellan del santo Apóstol, y de que te continúe su fineza, de lo que nunca dudé. Ratifícale toda mi veneracion y suplicate que por caridad no me olvide en sus santos sacrificios. Abraza á nuestro amado Nicolas, como á todos los hermanos y sobrinos, saludando á los demas antiguos amigos que no me hubieren arrojado de su memoria. Tenme presente en la tuya y en tus oraciones : vive como necesito, y manda á este tu amante hermano é inútil servidor.—*José Francisco*.—Hermana y mi señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCLXIX.

Escrita en Budrio y mayo, día de la Ascension de 1774,
á su hermana.

Hija, hermana y señora mia: Acabo de recibir la tuya con fecha de 23 de marzo, en respuesta á la mia de 27 de noviembre del año pasado. No sé á qué atribuir el enorme atraso de esta segunda. Dicesme que dilataste el responderla por haber estado gravemente enferma de un violento dolor de corazon, y añades una sucinta relacion de los trabajos de otra especie que padeces, siendo no obstante el mayor la imposibilidad de dar algun alivio á los mios. Así lo creo firmísimamente, sin permitirte en esto la menor duda el conocimiento práctico de tu noble y tierno corazon, acreditado con tantas experiencias. ¿Pero será el mio ménos tierno que el tuyo, y no me penetrarán mas tus trabajos que los mios? Sin embargo, rindo mil gracias á Dios por unos y por otros; pues, ora sean castigo, ora sean prueba, siempre son argumentos claros del especial amor con que el Señor nos mira. Animo pues, hija mia, y hacerlos generosa frente; porque en nuestra mano está, con la divina gracia, que ellos mismos nos fabriquen la mayor fortuna. «Convino que Cristo padeciese para entrar (hoy) en su reino.» Así nos lo dejó escrito San Pablo. ¿Pretenderá el siervo ser mas privilegiado que su Señor? Si no hay otro camino para aquella eterna patria, ó si este es el mas seguro, es gran dicha nuestra que Dios nos laya puesto en él. Ves aquí en compendio todo mi consuelo en mis tribulaciones, entre las cuales cuento en primer lugar las tuyas.

Ya habrá llegado á tus manos la que te escribí en 22 de febrero, avisándote el recibo de los dos mil reales por libramiento del marques de Zambrano, con la rebaja del cambio y conduccion. Repítote mil gracias por esta limosna, tanto mas estimable, cuanto te considero á ti quizá mas necesitada de ella que yo, porque tu estado pide otros gastos. El diario mio, por lo que toca á la mesa, se reduce á unas yerbas, á una libra de vaca y á dos huevos para comida y cena, así mia, como de una criada (que ya es abuela de dos nietos) con quien estoy desde el día primero de mayo en los cuartos bajos de la mejor casa de este pueblo. El alquiler de ellos es el renglon mayor; pero no tuve otro partido que tomar, así para la decencia como para la economia.

N... es mas digno de compasion que de enfado; su conducta debe ser llorada, ya que no pueda ser corregida. No ha respondido á mi carta sin embargo de que

en la sustancia y en el modo podría mover á un peñasco. Quizá no la recibiría, puesto que ni el nuevo Señor Comisario de Cruzada, por cuya mano la dirigí, se dignó tampoco responderme. Paciencia, y agréguense estas humillaciones á los autos de la resignacion. Dime si este monseñor retiene el antiguo empleo de decano del Consejo, con el reciente de la Comisaria. No me hablas en esta carta de nuestro capellan mayor del santo Apóstol, y este es un artículo tan sustancial, que deseo me le toques en todas. Algunas cartas de España le suponen con no sé qué comision en órden á los expatriados. Si es cierta esta noticia, quizá no la ignorarás tú; pero si la sabes de manera que no la puedas decir, no quiero que faltes á tu obligacion. Las mentiras que corren allá, vienen de rebote acá; y agregadas á las que se fabrican aquí, no nos vemos de polvo entre la confusion de tanto embuste.

Aun no se ha librado ni un solo maravedí á los suprimidos para el nuevo vestuario, aunque todo este tiempo nos han estado entreteniendo con buenas esperanzas. Los acreedores claman, los deudores suspiran, y todos se asombran. No son ponderables, y por lo mismo se harán increíbles las miserias que se padecen. No obstante, viven todavía en medio de ellas todos tus especiales conocidos. Abraza á nuestro amado Nicolas, saluda á toda la parentela, acuerda mi gratitud á los amigos, y pide á Dios que tenga misericordia de este tu amante hermano y servidor.—*José Francisco*.—Mi hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCLXX.

Escrita en Bolonia á 29 de diciembre de 1774, á su hermana.

Hija, hermana y señora mía: Tarde llegan á mi noticia tus trabajos, y tarde llegan á tus trabajos mis consuelos. Pero estos ¿de qué sirven? Los únicos que confortan son los del cielo. Estos creo que los habrás tenido muy pronto y muy eficaces. Así me lo prometen tu religion, tu piedad y tus talentos. Para nuestro amado Nicolas se acabaron ya las miserias de esta vida. No solo piadosa sino prudentísimamente se debe esperar que goza ó está seguro de gozar la felicidad de la eterna, reflexionando cómo vivió la mayor parte de la temporal. Fiel á Dios, ejemplar al mundo, amado de todos é imitado de muy pocos. Cinco años de una muerte civil se los habrá tomado en cuenta la divina Misericordia, en satisfaccion de los defectos que lleva consigo nuestra miserable humanidad. Envidio su suerte, compadezco la tuya, haciéndome cargo de las consecuencias que necesariamente se siguen á esta falta. Pero aquí de tu corazon, aquí de tu grande espíritu, ó por mejor decir, aquí de tu religion. Hállaste en el lance en que has de mostrar que eres filósofa cristiana y estoica á la evangélica. No hay otra filosofía ni otro verdadero estoicismo que el del Evangelio. Este es el que únicamente nos hace superiores á todas las desgracias humanas: fuera de él solo hay verbosidad, magníficas palabras, grande aparato de sentencias, y nada mas. Un mes há que llegó á mis oídos esta noticia, por una voz vaga esparcida en Bolonia. No la desprecié para acudir prontamente al alivio del difunto, por los sufragios propios y ajenos; porque cada correo la estaba temiendo desde el primer insulto del accidente; pero vivía con alguna débil esperanza de que fuese incierta, mientras no la tuviese yo directamente, hasta que ayer me la confirmó Fray Joa-

quin en su carta con fecha de 21 de noviembre. Sea Dios bendito por todo.

Gozo por ahora bastante salud en medió del extraordinario y rigidísimo frio que se padece en toda Italia, singularmente en esta porcion de la Lombardía. Tengo chimenea en mi cuarto: en ella, en la cocina y en la cama, paso la mayor parte de las horas en conversacion con los libros, hasta que llegue la de ir á juntarme con nuestro querido difunto. Deseo saber cómo se ha portado contigo en este lance el capellan mayor del santo Apóstol, y deseo tambien que descargues en mi pecho tus trabajos, ya que no puedo aliviártelos de otra manera. Saluda á los que te pareciere, tenme tan presente en tus oraciones como yo te tengo en mis sacrificios, y manda á tu amante hermano.—*José Francisco*.

CARTA CCLXXI.

Escrita en Budrio á 16 de marzo de 1775, á su hermana.

Hija, amada hermana y señora mía: Tu dolorosísima, pero deseadísimá carta de 24 de diciembre del año pasado, no llegó á mis manos hasta el día 9 de marzo del año presente. Dije *deseadísimá*, porque, habiéndose sabido aquí la muerte de nuestro amado Nicolas por un rumor vago que desde principios de noviembre se esparció entre los españoles de Bolonia, y confirmada despues en carta de Fray Joaquín con fecha de 21 del mismo mes, viendo que se pasaba tanto tiempo sin ver letra tuya ni de algun otro que á tu nombre me escribiese, vivía en una continua agitacion, temiendo que hubieses ido á hacer compañía á tu querido esposo. No contribuyó poco este sobresalto á lo mucho que se alteró mi salud desde principios de enero, pasando en la cama casi todo aquel mes y gran parte del de febrero, apoderado de una profunda melancolía, disipacion de espíritus, frecuentes deliquios, y una especie de mordera que dió algun cuidado. Resolvieron á sangrarme, no obstante mi avanzada edad y el rigor extraordinario de la estacion, con lo que experimenté pronto alivio; pero me han quedado ciertas palpitaciones de corazon, y han sacado la cabeza otros ajes que me hacen muy molesta la vejez y tediosísima la vida. Gracias á Dios por todo, y sea todo en descuento de mis culpas, y en justo, pero amoroso castigo, de mis ingratitudes.

Figúrome vivamente los trabajos de que te verás oprimida, y quizá mi imaginacion me los abultará mayores de lo que son. Ni para tí ni para mí encuentro otro consuelo que el recurso á la asistencia de Dios, y el acordarme de que el Señor te dotó de un corazon tan grande como tu entendimiento: dos prendas que, ayudadas de los auxilios divinos, son muy superiores á todos los golpes y desgracias de este mundo. Si á mí no me hubiera favorecido con alguna parteica del mismo beneficio, muchos años há que ya sería polvo y gusanos; pero por su misericordia me sucede lo que á los paños, que se hacen tanto mas fuertes cuanto mas golpeados en el batan.

El aviso que me das de la nueva caritativa fineza que debo á nuestro capellan mayor del santo Apóstol, en virtud de la viva pintura que le hizo ese amigo nuestro de tu dolor por no poder socorrerme, y de mi necesidad, no pudo venir mas á tiempo. Precisado á vivir solo en el cuarto bajo de una casa, á merced de una criada (con nietos), sin haber entendido jamas qué cosa sea

gobierno ni economía, y reducido á la escasa pension del Rey, ayudada alguna vez de tal cual socorro volante, me hallo siempre alcanzado, no obstante de tratarme en todo con la mayor estrechez; y si el Señor me regala con alguna larga enfermedad, no tendré otro recurso, salvo algun extraordinario golpe de su divina Providencia, que refugiarme á un hospital ó perecer de miseria. En estos términos, considera tú de cuánto consuelo me habrá servido la generosa expresion de nuestro piadosísimo capellan, comenzada ya á desempeñar por la limosna de seiscientos reales, que ayer mismo me avisaron estar ya en Bolonia á mi disposicion. Si hallas modo de manifestarle mi sumo y eterno reconocimiento, no lo dilates un punto, ya que á mí no me es lícito hacerlo mientras no se mude el viento contrario.

Entre los ajes que acompañan á mi avanzada ancianidad, el mas molesto, y no el ménos peligroso, es una hernia que se descubrió el mes de octubre pasado. Y como en este reducido lugar no hay mas que dos médicos de aldea, los amigos y protectores míos de Bolonia, entre la primera nobleza, solicitaron y consiguieron del vice-Legado (sin hablarme palabra) licencia para que pudiese pasar por algunos dias á aquella ciudad, á consultar el remedio ó el alivio con los famosos profesores que hay en ella. Harélo con la brevedad posible, y me restituiré despues á Budrio, mas pobre de lo que estoy, por los inevitables gastos de un recurso que no puedo negar á mi salud. Conserve Dios la tuya como necesito, y manda á tu amante hermano, servidor y capellan. — José Francisco.

P. S. Un momento despues de escrita esta llegó un abate, amigo mio y de nuestro amigo Mr. N..., con un cupé enviado por el conde Todeschi, y con la precisa instruccion de que sin réplica y sin detencion alguna me transfiriese á Bolonia, donde sin falta me esperaban á comer. Fué preciso obedecer; y apeándome en la casa de estos señores, encontré esperándome en ella un habilísimo médico, que ordenó y dirigió él mismo la composicion de un tirabraguero, cual él habia visto fabricar en Lóndres para el rey Fernando el Sexto. Dos dias se tardó en ajustarle, y me hallo tan bien con él, como si no tuviera semejante mal; pero sus consecuencias, originadas de mi disimulo ó de mi vergüenza en descubrirle por el espacio de cuatro meses, dice el médico son tales, que no se pueden abandonar sin inminente peligro, por lo que será preciso detenerme en Bolonia mas de lo que pensaba y yo quisiera para repararlas. Aquí encontré en poder de Don Lorenzo Uriarte los seiscientos reales con que me socorre la piedad de nuestro gran capellan del santo Apóstol: socorro que viene tan á tiempo como puedes considerar, para los gastos de la curacion y los que todo hombre de honor, hospedado generosamente en casa tan distinguida, no se debe dispensar. Figúrate tú cuál será mi agradecimiento, y mas cuando el caritativo bienhechor me lo permite expresar, escribiéndole á él mismo por la propia mano por donde vino el socorro, como lo ejecuto con esta misma fecha de Budrio á 16 de marzo de 1775.

CARTA CCLXXII.

Escrita en Bolonia á 29 de noviembre de 1775, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mia: La última carta tuya que llegó á mis manos fué la que me escribiste con

fecha de 28 de marzo, y yo recibí en 27 de mayo. Respondí en 1.º de junio, incluyendo en ella otra para Don Francisco Ramirez, dándole mil gracias por las finezas que te dispensaba, y contestando lo mejor que pude y supe al extraordinario caso que me comunicabas en la tuya. Cónstame que recibiste aquel pliego, porque así lo escribió aquí el amigo consabido; pero yo no he visto despues acá letra tuya, es decir, despues de seis meses cabales. Considera lo que habrá pasado y lo que actualmente estará pasando por un corazon que tan tiernamente te ama. Por carta de Fray Joaquin con fecha de 26 de setiembre, sé que á la sazón te mantenías viva y sana. Esta noticia disminuyó mi cuidado, pero aumentó mi confusion, no pudiendo adivinar el motivo de tan desacostumbrado silencio. El amigo frances tambien le observa con su corresponsal, contándose ya cinco semanas que no ha recibido carta suya, nueva circunstancia que aumenta mi agitacion, cortado ó suspendido aquel canal que alguna vez me aseguraba de tu existencia y me informaba de tu actual constitucion. No pudiendo ya con mas mi pobre sufrimiento, resuelvo escribirte en derecho, viendo que ya se nos permite ó se nos disimula este consuelo, suplicándote, y aun conjurándote, me saques de este laberinto de pensamientos y congojas, que temo lleguen á sofocarme.

Desde el primer dia de setiembre estoy fijamente establecido en Bolonia y alojado en el palacio Todeschi, porque ni el Conde ni la Condesa me dejaron arbitrio para otra resolucion. Si me respondieres derechamente, añade á mi nombre, en el sobrescrito regular, «en el palacio Todeschi,» para que se incluya mi carta en el cajoncito de la casa, donde estoy tratado como si fuera hermano de los Condes, uno y otro avanzados ya en edad, pues ambos pasan de los cincuenta y ambos son dos ángeles humanos. Esta singularísima fineza me libra de cuidados mecánicos, tediosísimos á mi genio y muy dispendiosos á mi ningún talento para ellos; mas no por eso se mejora la economia. El honor y la gratitud, tanto á los Condes como á la numerosa familia, compuesta de quince criados entre mayores y menores, me empeñan en gastos muy superiores á la cortedad de la pension. Añádese la precision de vestir con mayor decencia, por la necesidad de tratar con casi toda la nobleza bolonesa, á causa de las correlaciones de los Condes y del imaginario mérito que ha querido fingir ó eriar en mí el concepto comun de esta gran ciudad, propagando su benigno, pero lastimoso error, por toda Italia: lo que mortifica infinito, no á la modestia, que no tengo, sino al perfecto conocimiento de mí mismo, de que estoy íntimamente penetrado.

Aquí llegaba cuando el corresponsal de nuestro frances viene á decirme que ha recibido carta suya con fecha de 22 del pasado, en la que nada habla de tí, contra lo que acostumbra en casi todas, aunque le hace un encargo para mí. Con esta novedad mudé de parecer y resolví dirigirte esta por la via ya trillada. En mi salud no hay otra que las que acompañan ordinariamente á la vejez: los cimientos titubean, y la cabeza puede ya con poca fatiga, sin las frecuentes y pesadas burlas que me hace el accidente que se descubrió el año pasado. Murió el ex-general de la agitada Compañía en el castillo de Sant Angelo. Esto es lo único que hasta ahora se ha podido saber; porque espiró en la misma hora que par-

tió la última posta de Roma. Los efectos de esta muerte serán los que solo Dios puede saber, y los sabrán los que vivieren conforme vayan sucediendo. Luego que salió de aquella prision dos meses há un grande amigo del capellan mayor del santo Apóstol, le participé esta noticia : no sé si responderá.

Hazme la gran caridad de tomarme todos los años la bula de la Santa Cruzada, asentando en ella mi nombre, reteniéndola en tu poder, y avisándome siempre el dia en que se publicó en esa ciudad ; porque no me quiero privar de las indulgencias y privilegios que gozan los vasallos del Rey que la toman en sus dominios, aunque por casualidad estén fuera de ellos. Renuevo mis respetos al Señor Ramirez Portocarrero : mis memorias á todos los que la tuvieren de mí, particularmente en sus oraciones ; y creo firmemente que no olvidarás en las tuyas á quien cada dia está mas necesitado de ellas, quiero decir, á tu amante hermano y servidor. — *José Francisco.*

CARTA CCLXXXI.

Escrita en Bolonia á 18 de abril de 1776, á su hermana.

Hija, hermana y muy señora mia : Respiré mi oprimido corazon con tu carta escrita en 10 de febrero. Trece meses sin ver letra tuya era una prueba muy superior á un amor tanto mas flaco cuanto mas vehemente. Encontréme dicha carta apoderado de una profundísima y negra hipocondría. Si no me la dispó enteramente, me dilató el corazon lo bastante para hacerse ménos intratable á la sociedad. En fin, vives, aunque oprimida de trabajos y de dolores. En esto no solo somos hermanos, sino gemelos, sin que obste el no ser uterinos ni la enorme distancia entre uno y otro nacimiento. Ni el parentesco moral de las pasiones del ánimo, ni el físico de las sensaciones del cuerpo, están sujetos á las leyes que gradúan al que produce la sangre. Tú te lloras viuda y reducida á una cama casi siempre. Yo me veo huérfano, sin madre, sin padre, sin cabeza, sin manos, y aun sin piés, precisado muchas veces á moverme en los ajenos ; y sobre todo, mantenido de limosna. Aquel gran Dios que á ninguno desampara te preparó á tí el apoyo de ese insigne incomparable caballero, y á mí la caridad de estos dos nobilísimos y piadosísimos señores : aquel y estos, tres originales de los cuales se ven en el mundo tan raras copias.

Mientras tanto, divirtámonos los dos, tú con mis pobres obras, y yo con tus preciosas cartas, que leo y releo frecuentemente, y nunca sin que los ojos revelen tiernamente los amorosos secretos del corazon. Mas por Dios, no me escasees tanto este consuelo. Aprovechémonos de la gran fineza de aquel amigo frances, que regularmente escribe á su corresponsal cada quince dias. Por lo ménos procura consolarme cada mes, aunque no sea mas que con una fe de vida. Cuando tú no lo puedas hacer de propio puño, no se negará á hacerlo por tí y por mí el señor Don F...

No he tenido el menor sinsabor con N... ; ántes bien me he esmerado con él en mayores demostraciones de estimacion y de amistad que cuando podia necesitarle para algo, y él siempre me ha correspondido con sus acostumbradas lisonjeras expresiones. Este es el flanco de aquel buen hombre : adular cara á cara y morder

por las espaldas. No sé en cuál de tantos defectos míos habrá hincado el diente : solo temo que no le haya hecho buen estómago el verme aquí con la estimacion que ciertamente no merezco. Si es así, tiene razon ; porque los hombres de celo no pueden llevar en paciencia ninguna especie de injusticia. Por lo respectivo á tí, ha mostrado siempre interesarse mucho en tus desgracias y en tus gustos, bien que yo tomaba sus palabras por el justo precio que valian. Dista su casa de la mia casi una legua ; y la última visita que le hice á pié me hubo de costar la vida, por lo mucho que se descompuso mi rotura.

Yo no he estado ocioso en este país : parte traduciendo para aprender la lengua, que poseo pasaderamente, y parte cultivando mi propio pobrisimo terreno con los pocos instrumentos que tenia para las labores. He trabajado aquí en nueve años mas que en veinte cuando me distraian tantos otros cuidados. Entre las traducciones, empecé, precisamente para enviártela, la de una obrita intitulada *Arte de encomendarse á Dios*, la cosa mayor, la mas discreta y la mas sólida que he leído en el asunto. Te la remitiré por la via de Cádiz en la primera ocasion segura que se ofrezca. Otros desahogos, no del todo despreciables, podrán llegar á tus manos con el tiempo. Mas para eso será menester que tú encuentres en Jénova ó en Liorna alguna estrada encubierta y sin peligro, que costee el porte de ciertos remedios anti-hipocondríacos, y todos de mi invencion, capaces de divertir con gusto y con provecho tus males y tus ahogos. Cuando no la encuentres, quizá la hallará mas fácilmente nuestro héroe frances, con quien te podrás entender y avisarme.

Aquellos tres españoles que tres años há fuéron desterrados de Bolonia y confinados en tres lugares diferentes, á media jornada de dicha ciudad, por sentencia del difunto cardenal Malvezzi, han sido declarados inocentes y reintegrados en toda su libertad con autoridad pontificia, por judicial declaracion del obispo administrador de este arzobispado, habiéndose cancelado su proceso. Así mortifica Dios y así vivifica, no permitiendo que triunfe siempre la malignidad, de la inocencia.

Hice presente á estos mis condes tus agradecidas expresiones. Las oyeron con la mayor estimacion y las corresponden con sincerísima amistad. Haz saber á las Barreiros que su hermano Don Felipe está tan gordo y de tan buen color como nunca le he conocido. Pídelas sus oraciones como las de mis monjitas de Vista-Alegre : género de que estoy muy necesitado, porque cada dia es mayor el cargo, menor la data, y la cuenta no puede estar muy distante. Saluda á los amigos, si me ha quedado alguno, y manda á tu amante hermano y servidor. — *José Francisco.*

CARTA CCLXXIV.

Escrita en Bolonia á 18 de agosto de 1776, á su hermana.

Hija, hermana y señora mia : Leo tu corazon en el mio. Si tú leyeres el mio en el tuyo, hallarás que ambos son iguales en la ternura, y la mayor viveza de las expresiones consiste solo en que tú sabes decir cuanto quieres, y yo le olvidado ya lo poco que siempre supe, sirviéndome las buenas lenguas que la necesidad me ha precisado á aprender, para no saber hablar bien en ninguna. Compadécete de mí, y toma de tu cuenta responder á las finezas que con tanta abundancia derrama tu

corazon en la estinnadísima carta de 20 de junio, que acabo de recibir.

Al ñngeto de Cádiz á quien se debe dirigir el tabaco, prevenle que advierta á quien le hubiere de recibir en Jénova, que no me lo envíe hasta haberme avisado y recibido mi respuesta. El bote ó botes deben venir sellados con lacre, avisándome de la cantidad y calidad, como tambien de los emblemas del sello, para precaver todo fraude, ó á lo ménos conocerlo. Si pudiere llegar para Navidades, se le añadirá la gracia de la oportunidad. Mis condes cada dia me oprimen mas á beneficios: carga pesadísima para quien es pobre y no nació plebeyo.

Dos meses he estado cojo por la dislocacion de un músculo, que tardó todo este tiempo en restituirse á su estado natural. Me dicen que hacia un cojo gracioso, especialmente despues que una gran señora me regaló con una pierna de cristal, á quien respondí que, sin curar la flaqueza, habia aumentado la fragilidad. Ya ando sin dolor, pero poco; porque las piernas no pueden mas despues de setenta y cuatro años de servicio, y piden de justicia la jubilacion. Yo las respondo que tengan un poco de paciencia, pues ya no puede tardar el breve de jubiladas por toda la eternidad.

Don Francisco Fernandez, sobrino de nuestro amado difunto, me escribe que en refrescando el tiempo (padece calores excesivos) quiere venir á conocerme y á dar un abrazo á este su tío por tabillana. Su carta muestra un hombre de juicio y de talentos: verémos (si place á Dios) qué es lo que nos dice su conversacion. Tendré singular gusto en verle y en tratarle.

No me suena bien tu silencio sobre las pobres Bárcenas, particularmente habiéndote hablado de ellas en mi última carta. Yo contesto en las mías todas tus especies; tú olvidas en las tuyas muchas de las que toco en las mías. ¿Qué querrá decir esto? ¿Desatencion? No lo creo. ¿Inadvertencia? Mucho ménos. ¿Priesa por acabar cuanto ántes la conversacion? Bien puede ser; pero es imposible. ¿Pues qué será? Lo sabré cuando tú me lo digas.

A principio del próximo setiembre saldré con mis condes á campaña. No te asustes; que no es cosa de ir á la guerra. Es ir á respirar aire puro, franco y mas abierto, en dos palacios ó casas de campo que tienen estos señores á diez, y veinte millas de aquí. Estas son las campañas incruentas y muy divertidas que se usan por toda Italia en el verano, hasta el tiempo de retirarse á los cuarteles de invierno. La nuestra solo durará hasta mediado de octubre. Uniránse á las casas Todeschi y Guidoti de Bolonia, la casa Todeschi de Ferrara, y no se desenvainará la espada contra alma viviente racional; pero tampoco se dará cuartel á los pollos, faisanes, terneras, melones, paviás, peras, higos, ni especie alguna de fruta rica y regalada que caiga en nuestras manos. Tú no dejes por eso de continuar tu dulce conversacion de quince en quince dias, como me lo prometes.

Ya no es necesario la bula; porque el Pontífice reinante me la ha concedido personalmente de gracias por las cuales la deseaba. Renueva á nuestro ilustrísimo bienhechor toda mi reverente veneracion; á Don Francisco Ramirez Portocarrero toda mi amistad y mi respeto, y á cuantos se acordaren de mí, con la respectiva distribucion acomodada, todo lo que tú quisieres. Amame como te amo, y vivirá contento tu apasionadísimo hermano, padrino y servidor.—José Francisco.

CARTA CCLXXV.

Escrita en Bolonia á 27 de diciembre de 1776, á su hermana.

Amada hija y señora mía: Por amor de Dios, por amor tuyo, por amor mio (tres amores distintos y un solo amor verdadero) me has de perdonar el tal cual sacudimientillo con que en el dia 13 del corriente mes y año respondí á una brevísima esquila tuya escrita en 15 de agosto y recibida aquí en 11 de diciembre. La enorme brevedad de la esquila, y la no ménos enorme tardanza en el viaje me pusieron de mal humor. A quien se muere de sed presentarle una gota de agua, mas es irritarle el apetito que contentársele. Aquella esquila, que se escribió en Santiago el dia 15 de agosto, vino en una carta del amigo, firmada en 2 de noviembre; y la carta que acabo de recibir con fecha de 24 de setiembre, llegó embolsada en otra del mismo amigo en data de 20 del propio mes de noviembre: de manera que la esquila tardó dos meses y tres dias en el viaje desde Santiago á su primer destino, cuando el correo ordinario solo tarda diez dias á lo sumo. La carta que hoy recibo tardó casi otro tanto en el propio viaje. ¿En qué puerto de España hacen aguada estos tus pliegos? Sobre el tabulino del amigo no puede ser; porque no le hay en el mundo mas honrado, mas fino ni mas puntual. Exáminalo pues, y remédialo si puedes; porque me es insufrible tan monstruosa tardanza.

¿Con que al fin trataste á mis amadas monjitas, y ellas se acordaron mucho de mí? ¡Ah, y si supieran que yo ni quiero ni puedo olvidarme de ellas! Si tienen presentes mis gracias, mas presentes las tengo yo en las que doy á Dios todos los dias ántes del sacrificio, en el sacrificio y despues del sacrificio de la misa. Estas son las gracias que á ellas y á mí nos pueden servir de algo; las demas son insulseces, frialdades y díchicos. ¿Qué te pareció la Javierita? ¿No es una perla montada en una especie de hierro que vale mas que el oro? ¿Y la Sacramento, otra alhaja tan preciosa como la primera, con una ganaza de salvarse castiza, legítima y de fina ley? En fin, aquel es un relicario de vírgenes, que, si está como yo le conocí, hace ventajas al del Evangelio, en el cual estaban tantas á tantas las prudentes y las necias; pero en el de Vista-Alegre el mayor número por lo ménos es de las prudentes. No ceses de pedir las sus oraciones para mí, que me considero muy cercano á la última cuenta, porque en mis años no hay cosa mas sospechosa que una aparente salud, la cual por lo comun es una emboscada ó una solemne mentira de los humores.

Mi señora Doña María Josefa Vivero es una persona de quien solo me puedo olvidar cuando me olvide de todas mis obligaciones. Asegúraselo así, y dila de mi parte cuánto me consuela y cuánto me honra el saber que todavía me conserva en su memoria. Lo mismo á las no ménos amables señoras Doña Juana Tomasa, Doña Rosa Freire y viuda de Mourin, cuyo gran cuñado se conserva alegre, y aun gordo, en la ciudad de Forlí, distante solas doce leguas de Bolonia. A los señores Ramirez y Urrutia manifestarás mi sumo agradecimiento á sus generosas expresiones, esperando que el primero se hallará ya recobrado de su indisposicion. A los hermanos di cuanto te parezca corresponde á mi ternura y amor.

El que escribió ahí que nada me faltaba y que me

sobraba todo, no ha sido mi mayordomo ni mi comprador, para saber lo que me sobra ni lo que me falta. Antes bien, sospecho con graves fundamentos ser un sugeto cuyo carácter es lisonjear á todos cara á cara y hablar mal de todos por las espaldas. Este mismo, informado de mi verdadera constitucion, me dijo varias veces que me consideraba el mas pobre de todos los españoles; y es preciso que me consideren así todos los que no me tengan por un hombre insensato, sin punto y sin honor.

Por lo mismo que estos señores en nada me distinguen de un hermano suyo, dándome cuarto, mesa, cama y un criado particular destinado á mi servicio, empuñan mas mi agradecimiento y me obligan á que en manifestarle y en atender á las demas indispensables necesidades mías gaste mas de lo que sufre la pension que el Rey nos tiene señalada. Cada mes doy un peso duro al criado que me tienen señalado. Tres veces al año, por navidad, por el carnaval y por pascua de resurreccion es costumbre inalterable hacer alguna expresion con el resto de la numerosa familia, compuesta de quince personas, y esta expresion siempre ha de ser en dinero, único regalo que aprecia en Italia la gente comun. Todo lo que toca á vestuario en este pais es á precio muy subido. Debo tener dos vestidos de invierno y dos de verano, uno largo y otro de abate, no profanos ni de seda, pero propios y decentes, como quien se ve precisado á tratar con la mayor parte de la nobleza en una nacion donde no se puede sufrir la poca limpieza ni la impropiedad. La ropa blanca debe corresponder á lo demas, y no cuesta ménos que lo restante. Dime por vida tuya si hay algo que sobre en estos gastos, y si para ellos alcanzará la pobrísima pension, y mas en quien no tiene la limosna diaria de la misa, como casi todos la gozan; porque siempre la digo en casa, no permitiéndome mis años ni mis ajes andar de iglesia en iglesia á ganarla ó á solicitarla: de todo lo cual podrás inferir la verdad con que se escribió que nada me faltaba y que me sobraba todo. ¡Pero santo Dios! ¿con qué fin se escribirán á España estas especies? Y ¿qué sugetos pueden ser los que emplean el tiempo en escribirlas? ¿Es posible que allá no acaben de conocerlos? Estos sí que se hacen indignos de la caridad, y aun de la compasión, porque no pueden tener otro impulso que el de la codicia ó de la envidia. El juicio que haces de las encontradas noticias que se escriben de aquí, es como tuyo. Los que le tienen creen poco, esperan mucho y nada hablan, entendiéndose con Dios, que te guarde para mi consuelo, como ha menester tu amante hermano y padrino. — José Francisco.

CARTA CCLXXVI.

Escrita en Bolonia á 28 de febrero de 1777, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mía: Las quejas tan tiernas como injustas que me das en tu carta de 28 de diciembre del año pasado, recibida en 18 de febrero del presente, me causaron dos diferentes efectos: uno de ternura y otro de dolor; aquel, viendo la constancia de tu amor, á que corresponde perfectamente la inmutabilidad del mio; y este, reconociendo la sinrazon con que te atormenta tu imaginacion, representándote posible que yo no conteste á tus cartas cuando contesto á las de N., como si este me lo mereciera mas que tú. Perdónote

lo que me agravia sospecha tan injuriosa, por conocer el buen principio de donde nace.

Desde el día 20 de junio del año pasado no he recibido mas que una brevísima esquela tuya con fecha de 15 de agosto, en que me avisabas de tu próxima partida á tomar baños de agua salada, y la recibí tres meses despues que te habías restituido de ellos. A esta esquela respondí en 13 de diciembre, dos dias despues que llegó á mis manos, no siendo posible mayor puntualidad. Quince dias despues recibí otra carta tuya con fecha de 24 de setiembre, la cual no entró en esta ciudad hasta el día 22 del mencionado mes de diciembre, y fué contestada por mí en 27 del mismo. Estas dos únicas cartas tuyas, y la última á que ahora voy contestando, son las precisas que he recibido en el espacio de nueve meses. Si me has escrito otras, se extraviaron desde Galicia á la raya de Francia, como se detuvieron tanto las dos citadas en el mismo camino; porque desde allí á la Lombardia ninguna se ha detenido ni extraviado. Aquella en que dices me incluías una nota de los conocidos muertos y casados, no la han visto mis ojos, y por lo mismo ignoraba que Doña Petronila Barreyro se hubiese casado con un viudo y con seis hijos suyos, es decir, que con nombre de mujer hubiese ido á servir á siete años. ¡Pobre moza! Su hermano está mas robusto y ménos viejo que cuando salió de España. Así se lo escribirás de mi parte á la Rosalía, añadiendo que tambien yo tengo diez años ménos de los que tenia cuando me arrancaron de Pontevedra. Aunque con algunos ajes mas, sin embargo voy pasando este largo y rigurosísimo invierno sin haber hecho ni un solo dia de cama. Pero ¿quién se fia de estas embusteras fanfarronadas de la vejez? Asegura á madre é hija que las tengo tan en la memoria y en el corazon, como cuando vivíamos calle en medio, y que me contentaré con que en sus oraciones se acuerden tanto de mí, como yo me acuerdo de ellas en mis tibios sacrificios.

El amigo frances (corazon incomparable) ya te habrá contestado en punto á la conduccion del tabaco, puesto que hoy escribe á su corresponsal, con fecha de 20 de enero, que le quedaba esperando para encaminarle aquí con la mayor posible seguridad.

Don Alonso Fernandez aun no ha hecho la visita tantas veces prometida, ni yo he dado paso alguno para ejecutarle por ella: quizá esperará á venir en compañía de la marquesa del Villet, embajatriz de España en la corte de Parma, gran padrona suya, y en otro tiempo tambien mia, que tiene gana de ver á Bolonia, y es natural la satisfaga en el futuro verano, si se lo permite su quebrantada salud.

Vive el Padre Mourin sano, gordo y alegre en Forlì, pequeña ciudad de la Romanía. Así se lo puedes asegurar á la señora viuda su cuñada, añadiéndola á mi nombre mil respetos, como á mis señoras Doña María Josefa Vivero, Doña Juana Tomasa, Doña Rosa Freyre, y á cuantos me favorecen con su memoria, esperando lo harán tambien con sus oraciones, de las que estoy muy necesitado, porque cuanto mas cerca me considero á la última cuenta, mas la temo.

Siempre que tengas ocasion de renovar mi veneracion y mi gratitud al digno capellan mayor del santo Apóstol, no la pierdas. Adios, amada hija, y quiere bien á tu amantísimo hermano. — José Francisco.

CARTA CCLXXVII.

Escrita en Bolonia á 14 de marzo de 1777, á su hermana.

Hija, hermana y señora mía: Con esta tendrás allá cuatro cartas, dos escritas en el mes de diciembre, la tercera en el de febrero, y la presente hoy 14 de marzo. De ninguna he recibido respuesta todavía, lo que tampoco extraño, por lo mucho que se detienen desde tu casa á la del amigo, tardando tanto en este viaje como en el de España á Bolonia, ó por descuido de tus criados, ó por malicioso manejo de los correos. Mi corazón no puede estar tanto tiempo sin saber de ti, ni para aquietarle hallo otro medio que entablar nuestra correspondencia de quince en quince días; porque, si bien no se corregirá la antigüedad de la fecha, se logrará el consuelo de que sean mas frecuentes las noticias.

Aquí hemos tenido un cruel y largo invierno de nieves, aguas y hielos. Ha muerto mucha gente y enfermado mucha mas; pero yo, por la misericordia de Dios, no me acuerdo de otro en que haya padecido ménos, contra lo que me prometian las graves y peligrosas incomodidades que sufrí en el otoño; gracias á la providencia del Señor, á lo mucho que me cuidan estos señores, y á las precauciones que yo tomé, condenándome á reclusion en mi cuarto, sin salir de él sino para decir misa en el oratorio que está al mismo piso y casi tabique en medio; con cuya comodidad he podido tener el consuelo de celebrar diariamente el santo Sacrificio sin haberle dejado ni aun el mártir de la semana pasada, en que me sangré á prevención, como lo ejecuto cuando se acercan los dos equinocios, desde el año de 71, que padecí en Crespelano aquel insulto apoplético por el mes de marzo. Al presente me siento con una robustez (sólida ó aparente) cual no he tenido en toda mi larga vida; siendo buena prueba que tres días á la semana como de vigilia durante la cuaresma, sin haber experimentado hasta ahora la menor alteracion. Ayúdame á dar gracias á Dios por tantos beneficios, y á disponerme para el largo viaje de la eternidad, que en mis años no puede estar muy distante, á pesar de las falaces señales que me pretenden alucinar, pues lo cierto es que los mozos pueden morir, pero los viejos no podemos vivir.

Oigo decir que nuestro capellan mayor del santo Apóstol está en Madrid, sin expresarse el motivo de este viaje: supe en confuso que tuvo que padecer con ocasion de no sé qué pastoral, y sé por otra parte que tiene en la corte muchos que hacen justicia á su gran mérito. Estas especies encontradas me tienen perplejo é inquieto, neutral entre el sobresalto y el gusto, hasta que se aclaren los horizontes, que por todos lados están cubiertos de niebla.

Viven todos tus conocidos, á excepcion del *si devant* Padre Silva, prefecto que era de gramática en ese difunto colegio, y mozo santo, que pocos dias há murió como vivió.

El rey de Nápoles acaba de dar licencia á un ex-jesuita siciliano, provincial que fué de Sicilia y pariente del actual ministro, príncipe de la Sambucca, para que pueda residir en Sicilia ó en cualquiera parte de sus dominios que mejor le pareciere; pero añadiendo « que esto no debe servir de ejemplo ».

El abate Barreiro (que está sano, alegre, sereno y se gobierna con juicio) desea saber quién es el viudo ga-

loneado de seis hijos con quien se casó su hermana Doña Petronila. Es una curiosidad muy natural, y tan puesta en razon, que merece ser contestada.

Muchas de las principales señoras de esta gran ciudad desean verte. La mas atojada de todas es la vinda del difunto Welf, mariscal de los ejércitos del emperador, conde Pallavicini, quien cuando vivia te brindó por mi medio con un cuarto en su palacio. El viaje es corto; tu salud robustísima, la primavera está á la puerta, los hijos nada te embarazarán, doblones es lo de ménos, el alojamiento será cómodo y magnífico, Bolonia merece verse, que aun por eso es tan visitada de tantos soberanos de la Europa; las damas boloñesas por punto general agasajadoras, bizarras y espirituosas; óperas á pasto, comedias á escoger, músicas de encanto y bailes hasta reventar. Animo pues, y vénte en una litera por mar, que si los machos se ahogaren, no faltarán delfines que te conduzcan sobre sus húmidas espaldas, pues ya están acostumbrados á servir de palanquines á tal cual damo ó dama. Ratifica mi constante amistad á nuestro insigne Ramirez, y manda lo que gustares á tu amante hermano y servidor.—José Francisco.

CARTA CCLXXVIII.

Escrita en Bolonia, y mayo, dia del *Corpus Domini*, de 1777, á su hermana.

Hija y muy amada hermana mía: Veo por tu carta de 9 de abril, recibida en 27 de mayo, lo mucho que has padecido desde el dia 13 de diciembre. Veo que hasta el mismo dia en que la escribiste no te habian entregado las cuatro que yo te dirigí desde el mismo mes de diciembre del año pasado hasta 14 de marzo del año presente, por el prudente recelo de que el gusto ó el dolor no alterasen mas tu desbaratada salud. Veo con indecible amargura lo mucho que N... y N... te han dado que padecer con sus embustes y maliciosas cavilaciones. Veo el grosero y maligno testimonio que el primero levantó á tu juiciosa y acreditada conducta, así en el soñado divertimento del carnaval, como en las demas especies, en que se descubre alguna dosis de envidia con mucha porcion de simpleza. Veo en fin la templanza y la modestia con que te quejas de la facilidad con que (á tu parecer) di asenso á la primera noticia. Considera el efecto que habrán hecho en mi amante corazón unas especies tan desagradables. En los males que Dios envía es fácil la resignacion, porque la religion nos enseña que todos ellos vienen de una mano amorosa y paternal; pero en los que causa ó agrava la malignidad de los hombres, y mucho mas de aquellos que están obligados á solicitar en todo nuestro alivio, siempre es árduo, y por lo mismo casi heroico, el sufrimiento. Te hago la justicia de tenerte por muy capaz de este heroismo, y mas conociendo como conoces el verdadero carácter de las personas que han conspirado en aumentar tus trabajos. Yo tambien conozco á los dos íntimamente, y padezco el disgusto de ver acreditado mi concepto y verificados mis antiguos melancólicos pronósticos. Por lo que toca al asenso que te parece haber dado á la impostura de N..., vuelve á leer á sangre fria lo que escribí en este asunto, y quizá descubrirás en el modo un cierto airecillo de zumba, que no estaria en su lugar si se me hubiera pegado el pretendido asenso; porque no se hicieron las burlas para tratar cosas tan serias.

En la carta de 14 de marzo, que espero habrás recibido ya, te decia debes escribir de tu puño á mi condesa Todeschi para acompañarla con el tabaco que se ha de presentar á tu nombre, sin cuyo medio sería muy dudoso poderla reducir á que le admitiese, por lo mucho que me costó vencerla á que acetase tal cual miserable expresion de mi pobreza. Si la carta viniese ántes del tabaco, ó llegare el tabaco ántes de la carta, se esperarán el uno al otro; porque ambos deben hacer su cumplido á un mismo tiempo.

Agradezco mucho á Don José Caamaño la visita que te hizo, las noticias que te dió de mí, y la memoria con que me favorece, á la que corresponderás con igual fineza.

El señor abate Mourin, que se mantiene en Forlí vivo, sano y alegre, agradeció infinito la noticia del cuidado que merecia á su señora cuñada, y me encarga que no pierda ocasion de asegurarla de su vida y de su agradecimiento.

Ya habrás sabido la órden que se nos ha intimado de no escribir á España, aun los que teníamos licencia para hacerlo, sino por mano de nuestros comisarios, á quienes se deben entregar las cartas abiertas.

Favorece en lo que pudieses á D. N... Otero, pretendiente á curatos, vecino de esa ciudad y hermano de un ex-jesuita, á quien estimo. Recomiéndale en tu nombre y en el mio á la justificacion y piedad de nuestro gran capellan mayor del santo Apóstol, como ya te lo he suplicado; en la inteligencia de que, no conociendo yo al sugeto, no debo interesarme sino en lo que sea de razon y de justicia.

Mi salud se mantiene en la robustez que el Señor se ha servido concederme en este año para poderme disponer á darle cuenta de una vida tan larga y tan mal empleada. Esto me estremece, pero no me amilana; porque es grande la confianza que tengo en su bondad y misericordia infinita. A ella he encomendado á Don Manuel de Lago desde que dias há tuve noticia de su muerte, y lo mismo haré con mi buen amigo Fruime y con el ejemplar Palomino, acreedores uno y otro á mi estimacion y á mis sufragios.

No te puedo ponderar cuánto me aflige lo que ha padecido y está padeciendo nuestro buen amigo, recelando que se vea precisado á trasladarse á otro clima, y temiendo que te veas privada de este consuelo. Pero ánimo; que Dios no desampara á los que confían en él. Hazle una gran visita á nombre mio, y dile que solo piense en recobrase, abandonando el pensamiento de escribirme hasta que sin la menor incomodidad suya pueda darme por sí mismo esta deseadísima noticia. Cumple con todos los demas que se acuerdan de este inútil trasto viejo, que va engordando para dar presto un buen día á los gusanos. Acuérdate mucho de mí en tus oraciones, y vive en gracia del Señor cuanto desea tu amante hermano y servidor.—José Francisco.

CARTA CCLXXIX.

Escrita en Bolonia á 30 de junio de 1777, á su hermana.

Hija, hermana y señora mia: El día de San Pedro recibí los cuatro botes de tabaco y las dos cartas que los acompañaban. Inmediatamente presenté tres á mi condesa, juntamente con tu carta, cuya respuesta te diré mejor que yo la grande estimacion con que esta y aque-

llos fuéron recibidos, repartiéndose á rata por cantidad entre mujer, marido y cuñado, que comienzan y no acaban de celebrar la preciosidad del tabaco y la abundancia del exquisito regalo. De aquí inferirás las gracias que todos me encargan darte á nombre suyo, y las que te corresponden en el mio, habiéndome aliviado en gran parte el pudonoroso rubor que me causaba verme tan favorecido y sin arbitrio para dar algun indicio de que no me habia tocado un corazon insensible. El Señor te lo premie, ya que yo no lo puedo hacer sino amándote tanto como á mí, y dándote en todos mis sacrificios y tibias oraciones tanta parte como la que puedo tener yo.

Veó con indecible dolor, pero con toda la posible resignacion, el lastimoso estado á que te han reducido tus frecuentes y gallardas convulsiones: accidente casi desconocido en Europa hasta muy entrado este siglo, pero ya tan propagado en toda ella, que son raros los que se libran de sus molestos y peligrosos insultos, los que tambien experimento yo en algunas temporadas, turbándome la razon, borrándome la memoria, aprisionándose la lengua y dejándome sin fuerzas para manejar la pluma.

Hiciste muy bien en escribir de mano ajena tanto á la Condesa como á mí, y te suplico que lo hagas así en adelante, bastándome para mi consuelo ver tu firma, y no pudiendo sufrir el verme privado de él por tanto tiempo, con la intolerable duda de no saber si te debo contar entre los que viven ó entre los que vivieron.

El señor gobernador del Consejo respondió á mi carta, concediéndome generosamente cuanto le pedia.

Creo que á estas horas se le habrá quitado á N... la gana de escribir lijerezas ó especies tan maliciosas como mal digeridas; porque tiene allá cierta confeccion agri-dulce, con una buena dosis de uno y otro ingrediente, que espero le entrará en provecho. Segun lo que este me decia en su última carta, consideraba yo á N... restituida ya en Madrid á la compañía de su marido; pero veo por la tuya de 14 de mayo que todavía se mantenía en Santiago, aunque muy aliviada en sus males. Lo celebro mucho, para que cuanto ántes se vuelva adonde la llaman su obligacion y su conciencia, cuyos intereses están tan unidos con los de aquel á quien Dios la dió ó ella se tomó por cabeza y compañero; los cuales en uno y en otro pueden peligrar mucho con toda separacion que no sea muy precisa.

Prosigue mi salud sin novedad, es decir, cual no puede aparentarse mejor en una edad tan avanzada como la mia. Si es solo apariencia ó realidad, es un problema que Dios y el tiempo le han de resolver. Lo que puedo asegurar es, que cuanto mas me acerco al fin, mas presente le tengo y mas temo la cuenta de una vida tan mal empleada.

Me duelen indeciblemente el lastimoso estado en que me pintas la preciosa salud del Señor Ramirez Portocarrero. No hay bestia mas feroz que la hipocondría, ni medio mas eficaz para espantarla que el recurso á la oracion, segun aquello: *Si quis tristatur, oretur*. Cuando no lo pueda hacer el paciente, porque el bruto mal no se lo permita, dejándole sin aliento para todo, debemos hacerlo sus amigos, y yo he dado ya principio al desempeño de esta obligacion con grande confianza de ser oído. Hazle una tierna visita de mi parte, y saluda á cuantos se acordaren de este pobre viejo, particularmente á mi

señora Doña Juana Valdivieso y á los Maestros Foyo y Verea. El abate Mourin se mantiene en Forlì sano, alegre y superior á todos los vaivenes de este miserable mundo. Adios, hija mia; aprovéchate de tus trabajos para aliorrar de purgatorio y merecer mas gloria; tenme muy presente en tus oraciones, y ama á este tu amante hermano y padrino, que despues de Dios es todo tuyo.—*José Francisco.*

CARTA CCLXXX.

Escrita en Bolonia á 14 de marzo de 1778, á su hermana.

Hija, hermana y señora de mi corazon: Si el amor esperara á la razon para quejarse, no sería ciego como le suponen, ni mucho ménos tan vehemente como el mio á tu persona, que por tantos títulos es acreedora á él. Y sea esta la satisfaccion á la queja que me das en tu muy estimada carta de 21 del pasado (recibida en 12 del presente), por la que yo te anticipé en 25 de enero, obedeciendo al dolor que me habia excitado tu silencio. Lisonjéome de que te habrá quietado la que te escribí posteriormente en 12 del pasado, así como me tranquilizó á mí la que acabo de recibir; con que, pelicos á la mar, eterno olvido de nuestro recíproco disgusto, y vamos á otra cosa.

La bella descripcion de los embustes de la corte hace honor á tu penetracion, y me persuado no será ménos útil á tu desengaño, arreglando la práctica á lo que en tan breve tiempo te ha enseñado la teórica. Cuando la caza advierte las redes y reconoce la trampa, fácilmente se burla del cazador. Así creo lo harás tú, viviendo sobre aviso para evitar todos los lazos. No quiero decir que se ha de desconfiar de todos, sino que á todos se debe tratar con prudente y moderada cantela: lo primero siempre sería malignidad; lo segundo será siempre discrecion, entendimiento y prudencia. Si fuera imposible juntar la sencillez de la paloma con la astucia de la serpiente, el Espíritu Santo no nos hubiera exhortado á esta union en toda nuestra conducta.

Siento muchísimo que ese temple haya guardado tan poca consecuencia con tu salud, no correspondiendo los progresos á lo que nos hizo esperar en los principios; ¿pero quién sabe si este fué efecto del rigor extraordinario de la estacion (que tambien por acá ha sido muy extravagante, inconstante y caprichosa), mas que de la regular constitucion del temperamento? Si fuere así, podemos esperar que la primavera y el estío reparen lo que ha arruinado el invierno. Mas si despues de probadas todas las estaciones no hallares mejoría considerable, sería yo de parecer que te restituyeses á Santiago, donde será menor el gasto, y la quietud mucho mayor.

Díceme Don Manuel Mosquera que su mujer (cuyo nombre ignoro y me alegrara saberlo) es parienta tuya, y que por consiguiente lo será tambien mia por tabilla. Ya N... me habia apuntado esto; pero, como conozco su facilidad en contraer amistades y parentescos, habia hecho poco caso. Hoy ya no puedo dudarlo, ni tampoco puedo negar mi particular gusto por tan ilustre conexion con una familia que siempre me favoreció con su amistad y me distinguió mucho en su estimacion. Los cien reales con que dices me socorre dicho señor Don Manuel, se podrán entregar ahí á Don Francisco Antonio de Ibarrola, tesorero general y director

del giro, grandísimo amigo mio *in illo tempore*, y hoy marques de Zambrano, por cuya mano vienen á los suprimidos y desterrados los socorros que les envian sus amigos y parientes, aunque con la rebaja que corresponde al giro, á la cual está tambien sujeta la escasa pension del Rey. Este socorrillo llegará tan á tiempo, que servirá para hacerme alguna ropa, de que tenia harta necesidad.

El abate San Cristóbal está bueno. Vile tres dias há con ocasion de visitar á Don Lorenzo Uriarte, que ha escapado felizmente de un gran peligro. Pagaré al primero la visita que te hizo por medio de su sobrino, y tú recibirás las expresiones mas vivas y mas amistosas con que mis condes corresponden á las tuyas.

Yo me hallo actualmente muy recobrado de lo mucho que he padecido en todo este caprichoso invierno, pidiendo á Dios te conceda el mismo beneficio, como ardentemente lo desea tu amante hermano y padrino.—*José Francisco.*— Mi hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCLXXXI.

Escrita en Bolonia á 11 de abril de 1778, á su hermana.

Hija, hermana y señora mia muy amada: En diez y siete dias llegó aquí tu última carta escrita en Madrid el 21 del pasado, y apeada en Bolonia el 8 del presente. Me duele mucho lo poco que ha adelantado tu maltratada salud en ese clima, y veo la necesidad de restituirte al nativo si la primavera no te trata con mayor benignidad. Entónces volverémos á sufrir el intolerable atraso de las recíprocas noticias, ocasionado de las mayores distancias; pero habrémos de conformarnos con lo que Dios dispusiere. Mi salud se ha reparado suficientemente de lo mucho que padeció en este invierno. Al presente quedo lidiando con una violenta tos, que no me incomoda poco.

Daré las gracias al señor gobernador del Consejo por la benignidad con que te recibió y por la generosidad con que se ofreció á servirte en tu justísima pretension, no ya por respeto mio, sino por tu conocido mérito y por su propension natural á no escasear todo el bien que puede hacer.

No sé cómo daré gracias por la letra que me ofreces de los dos mil y cuatrocientos reales, que servirán para remedio de mis necesidades y desempeñar en parte mis obligaciones.

En el consistorio que se celebró el dia 30 del pasado fué proclamado por la corte de Francia, para no sé qué obispado de Irlanda, el abate Butler, ex-jesuita frances. Así en Roma como en todos los demas estados de Italia ejercitan los ministerios de enseñar, confesar y predicar todos aquellos que quieren los obispos, y entre ellos hay algunos españoles, particularmente aragoneses. El nuevo cardenal arzobispo de Bolonia, mi buen *padrone*, ha nombrado por maestro de retórica de este su seminario á un ex-jesuita boloñes, mozo muy hábil y de mi particular cariño.

Acaba de suceder en esta ciudad un caso trágico que no sabemos en qué parará. La semana pasada, una hora despues de mediodía, se encontró muerto en su cuarto un ex-jesuita portugues, por nombre N... Almeida, sacerdote muy ejemplar y muy amado de todos los que le conocian. Aparentábase como que él mismo se hubiese

ahorcado por sus manos; pero habia evidentes indicios de que no pudo haber padecido aquel género de muerte, ni mucho ménos de que él se la hubiese dado por su mano, sino recibido de la ajena. Hízose el exámen del cadáver muy de prisa, y aquella misma noche se le dió sepultura atropelladamente y á cencerros tapados. Por los rumores del pueblo, y por las circunstancias del difunto, á quien parece conocia el Cardenal legado, hizo este que le desenterrasen y fuese de nuevo visitado el cadáver á presencia de los médicos, los cuales declararon que no habia muerto ahorcado, y mas habiéndosele descubierto una pequeñísima herida, como de punzon ó aguja de ensalmar, que le atravesaba desde el vacío derecho hasta el corazon. Han sido arrestadas algunas personas, y se continúan las diligencias para descubrir el autor de tan bárbaro homicidio, que, no contento con quitar la vida al difunto, pretendió tambien cubrir de infamia á su honor. Este es el verdadero hecho.

Mucha consideracion pide tu viaje á Salamanca cuando te restituyas á Galicia; pero tu juicio y tu prudencia sabrán resolver lo que fuere mas conveniente. Miéntras tanto, yo me firmo con toda el alma tu amante hermano y padrino. — *José Francisco*. — Mi hermana y señora Doña María Francisca.

CARTA CCLXXXII.

Escrita en Bolonia á 1.º de julio de 1778, á su hermana.

Hija, hermana y señora mia: Ahí va el informe que me pediste, y es de dos sujetos de toda autoridad, verdad y confianza, sin saber uno de otro. Celebraré sea de satisfaccion de la persona que se interesó en ello, y mucho mas si cede en utilidad de aquella cuyas noticias se desean, aunque yo no la conozco.

El sobrino se detuvo aquí cinco dias, y llegó bueno á su casa. Se presentó en mi compañía á todas las personas de la primera distincion con quienes trato, singularmente á las que mas se distinguen en favorecerme. De todas fué recibido con el mayor agasajo, y todas generalmente quedaron muy prendadas de su hombría de bien, que le sale á la cara en todas sus modales, palabras, acciones y movimientos. Esta le ha granjeado la estimacion y amor universal de la corte á quien sirve, comenzando por los mismos soberanos.

La chautría de Oviedo habrá vacado ya en Roma por la muerte del que la habia obtenido en la misma curia, sin haber tomado posesion de ella. Partió en posta á pretenderla Don Jacinto Miranda, colegial en este colegio de España, asturiano, íntimo de nuestro Don Alonso, mi mayor confidente, y mozo singular. Si la consigue, como espero, perderé la compañía que mas me consolaba en Bolonia; pero primero es la amistad que el interés personal. Hoy es la última *recita* de la famosa ópera de Alceste, que ha inundado á Bolonia de forasteros, y dentro de tres dias me retiraré con la marquesa Tanary á la campaña, en una bella quinta á media legua de esta ciudad, donde naturalmente me detendré hasta setiembre, en que me trasladaré con mis condes á la campaña de la Tomba.

Aun no ha llegado el socorro que me avisabas haberme enviado por el giro, pero tampoco han llegado todavía las cambiales de la pension para el presente trimestre, y en verdad que todo me hace mucha falta, porque estoy interiormente desnudo. Adios, amada

hija, y manda á tu amante hermano y padrino. — *José Francisco*.

CARTA CCLXXXIII.

Escrita en Bolonia á 30 de julio de 1778, á su hermana.

Hija, hermana y señora mia: Estamos ya al fin de julio, y todavía no han parecido los dos mil y cuatrocientos reales que en carta de 11 de abril me avisabas haberme enviado « por los bancos del giro », dejando pagados en ellos sus intereses para que yo los recibiese sin descuento. Si se hubieran entregado al señor marques de Zambrano, director general de la negociacion del giro en los bancos del Rey, como mas de una vez te tenia prevenido, ya habria mas de un mes que estarian en mi poder, y yo no haria la mala figura que estoy haciendo con mis acreedores, pues en virtud de tu aviso y confiado en tu palabra, que jamas me ha faltado, me empeñé para hacerme un poco de ropa blanca, de que estaba sumamente necesitado. Como nunca le representado el papel de deudor en esta línea, no te puedo ponderar el dolor y la vergüenza que me cuesta haber de representarle al cabo de los años mil. Suplicote pues que por amor de Dios y por amor mio me libres cuanto antes de un peso que á mi poca humildad se le hace intolerable, doliéndome mucho que hayas quedado tan mal servida del sugeto que tomó á su cargo la direccion de aquel socorro.

Deciasme en la citada carta de 5 de junio que pensabas restituirte á Santiago por la via de Salamanca, para consuelo de aquella pobre viuda, en todo este mes de julio. Si por allá han hecho los calores que aquí estamos experimentando, no dejará de ser temeridad exponer una salud tan quebrantada como la tuya á un viaje tan largo, en el mayor rigor del estío, y de un estío tan abrasado. Así que yo estaré en un continuo sobresalto hasta tener noticia cierta de tu última resolucion, y no me daré paz miéntras no la tenga de que estás felizmente restituida á tu natural destino.

En este verano hice ya dos campañas en compañía de mi señora la marquesa Tanary, dama veneciana que, habiendo casado en una de las mas principales de Bolonia, quedó viuda en la edad de treinta años, con un único hijo de este segundo matrimonio, que apenas cuenta siete y es ya la admiracion de toda esta gran ciudad. La primera campaña solo duró ocho dias, la segunda llegó á quince; pero en esta ni la Marquesa ni yo gozamos la mejor salud, por cuyo motivo nos retiramos á Bolonia, donde uno y otro nos hemos reparado. Ahora solo falta la campaña de esta casa Todeschi, que se acostumbra en los meses de setiembre y octubre, en sitio mucho mas distante, pero mucho mas aneno y divertido que el antecedente. En estas *villaggiatures* yo no hago otro papel que el de una fastidiosa compañía, como necesariamente lo es por punto general la de los viejos, y me figuro que estos señores, no solo sufren, sino que muestran no disgustar de la mia, precisamente porque sirva de contraste á otros continuos y gustosos divertimientos.

Se dice que el rey de Prusia ha batido en Bohemia á un cuerpo de veinte y dos mil imperiales, por cuyo motivo se cree haberse suspendido en Milan el teatro, interiniéndose en lugar de él un triduo de rogativas. Aquí ha sido abundante la cosecha de trigo: se espera mayor

la del maíz, y promete ser muy copiosa la del vino. Sin embargo, siempre está todo mas caro que en Madrid, por la inmensa multitud del pueblo y por lo bien que todos se tratan. Cuando escribas al Señor Ramirez, acuérdate mi amistad. A Dios, hija mia, que te guarde cuanto le pide incesantemente tu amante hermano y padrino.—*José Francisco*.—Amada hermana y mi señora Doña María Francisca de Isla.

CARTA CCLXXXIV.

Escrita en Bolonia á 5 de agosto de 1778, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mia: Consuélame mucho las amorosas quejas que me das en tu muy estimada carta de 11 del corriente, doliéndote de mi silencio, porque son nueva prueba de tu constante amor, al que correspondo y deseo merecerle. Si dichas quejas no fueran injustas, me avergonzarian mucho; pero por lo mismo que lo son, me consuelan mucho mas.

Después de la última carta tuya con fecha de 5 de junio, á que respondí en 20 del mismo, te escribí otra en data de 8 de julio, remitiéndote el informe que me pediste. A esta carta se siguió otra mia en data de 30 del mismo mes de julio, en que te avisaba cómo no habia recibido aun los dos mil cuatrocientos reales vellon que en la citada tuya de 5 de junio me decias haberme remitido por los bancos del giro, previniéndome dejabas pagado en ellos lo que les correspondia, para que yo percibiese sin descuento dicha cantidad. Este socorro todavia no ha parecido, siendo así que por el banco del giro del Rey (de que es director el marques de Zambrano) todas las semanas llegan con la mayor puntualidad cuantos socorros se quieren enviar de España á los expatriados. Yo estoy padeciendo el mayor rubor, no teniendo con que pagar la ropa blanca que encargué, confiado en tu positivo aviso. Una dilacion tan extraña me obliga á temer algun puercio juego de manos en el sugeto de quien te valiste para la direccion de esta limosna. Sírivate esto de aviso para tu gobierno.

Dichas dos cartas mias las habrás sin duda recibido después que me escribiste esta última; y por consiguiente, habrás ya conocido qué sin razon te has quedado de mi silencio; pero pocas veces se acompaña con aquella una vehemente pasion.

Escribí dichas cartas con recelo de que ya no te cogiesen en Madrid, en virtud de lo que me decias que pensabas restituirte á Galicia en todo el mes de julio; pensamiento que me sobresaltó y no aprobé, pareciéndome la estacion mas impropia para hacer un viaje tan largo en tu debilísima constitucion. Hoy veo con grande consuelo mio que lo has pensado mejor, dilatándolo hasta fines de setiembre ó principios de octubre, tiempo mas á propósito para caminar con ménos peligro y con mayor comodidad.

Allá se quedó la carta del Señor Mosquera, que dices me incluías en la tuya, sucediendo con ella lo mismo que con la primera cedula en que venia el nombre del abate. Enviámela ántes que se traspapelen, y en penitencia de tu descuido escribe cuanto ántes á Mosquera, confesando humildemente tu culpa, para que no me la eche á mí viendo que se dilata tanto mi respuesta.

Los que hicieron el viaje á Praga para visitar el cuerpo de San Juan Nepomuceno, fueron dos americanos, á quienes quisieron ver la Emperatriz Reina y sus hijas cuando

supieron que estaban en Viena. Recibieronlos con la mayor benignidad, informáronse menudamente de algunas particularidades de la América y de su viaje á Europa, y después de media hora de audiencia, los despidieron con demostraciones de particular agrado, dando orden la Emperatriz de que se les costeara el resto del viaje hasta Praga, y recomendándolos al arzobispo de aquella por medio de una benignísima carta suya.

Su Santidad acaba de publicar un breve dirigido á los católicos de Holanda, en que, declarando cismáticos al arzobispo de Utrech y á su nuevo sufragáneo el obispo de Hamelen, renueva contra ellos todas las censuras y penas de sus predecesores, y exhorta á los católicos á que huyan de su doctrina y comunicacion. Este es el fruto que produjo la reciente deputacion que el Arzobispo envió al Papa reinante, solicitando capciosamente la union de la Iglesia romana con la utrechiana, que es la cabeza de la pseudo iglesia janseniana.

El día de San Ignacio murió en los baños de la Porretta el señor abate Don Ignacio Osorio, después de dos años de cama y agudísimos dolores, sufridos con invencible y heroica paciencia. Fáltome un buen amigo en la tierra, pero confío tener en él un nuevo protector en el cielo. Respóndeme presto, socórreme cuanto ántes, y manda lo que gustares á este tu amante hermano y padrino.—*José Francisco*.—Mi querida hermana y señora Doña María Francisca de Isla.

CARTA CCLXXXV.

Escrita en Bolonia á 8 de agosto de 1778, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mia: Tres días há que respondí á la tuya de 14 del pasado. Ahora voy á contestar á la de 18 del mismo, que acabo de recibir.

Llegó la del amigo, que se quedó allá por el motivo que me dices. Ahí va su respuesta. No es muy envidiable la elocuencia con que escribe; pero es muy estimable la confianza y la sinceridad con que habla.

El consuelo que yo habia menester con el recibo de aquel socorro tanto tiempo há confiado á los dichosos bancos del giro, parece (segun lo mucho que tarda) que se entregó en los bancos del Misipí. Por ninguna parte se descubre rastro de él, ni tú me la has vuelto á tomar en boca en estas dos últimas cartas, y miéntras tanto yo estoy lleno de rubor sufriendo la feísima nota de trapacero.

Si en restituyéndote á Galicia volvieses á padecer lo que padecias ántes, harás muy bien en retirarte á temple ménos contrario á tu importante salud.

Es cierto que no he estado ocioso el tiempo que he vivido en Italia. Mas ¿qué puede hacer un sastre sin agujas, un carpintero sin herramientas y un mal escritor sin libros? Pudiera haber frecuentado las muchas y buenas librerías públicas que hay en esta ciudad, si no estuvieran todas tan distantes de mi casa y mis piernas no estuviesen ya cansadas con mas de setenta y seis años de servicio. Fuera de eso, una imaginacion ya helada, una memoria muerta y una naturaleza ya podrida, solo es capaz de divertirse en bagatelas. Esto es lo único que por ahora te puedo responder á la pregunta que me haces en orden á mis tareas.

Días há que sabía la promocion de Don Pedro Manuel á un arcedianato de la iglesia de Oviedo: lo celebré muchísimo, como tambien celebro ahora que Don Fran-

cisco se haya resuelto finalmente á residir su prebenda de Ciudad-Rodrigo, haya logrado ó no retener el beneficio que se pretendia renunciase; porque ladrar contra quien tiene la cuesta y las piedras, es de perros rabiosos. Mis condes te saludan cordialísimamente, y tú harás lo mismo de mi parte con todos aquellos á quienes juzgues no será ingrata mi memoria. Supongo que en todas tus cartas haces conmemoracion de mí á nuestro grande amigo Ramirez. Prosiguen aquí los excesivos calores, como tambien á pesar de ellos y de mis setenta y seis del pico prosigue mi buena salud; pero ¡ay de aquel que se fie de ella en una edad como la mia! Conserve el Señor la tuya como ha menester é incesantemente le pide tu amante hermano y padrino.—*José Francisco*.—Hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCLXXXVI.

Escrita en Bolonia á 20 de agosto de 1778, á su hermana.

Hija, hermana y señora mia: Finalmente llegaron ya aquellos dichosos dos mil cuatrocientos reales. El señor marques de Zambrano, con fecha de 28 de julio próximo pasado, dió orden que se me entregasen, y ayer los recibí con el indispensable desfaleo del cambio é intereses de las muchas manos por donde pasan las cambiales. Con este socorro salí de trampas y puedo presentarme en la calle sin vergüenza. Te repito mil gracias por tanta caridad, y te suplico perdones los repetidos recuerdos que te hice por el rubor que me causaba el temor de pasar ni un solo instante por ménos veridico ó por tramposo.

A pesar de los excesivos y continuados calores que sin ejemplar se han padecido este verano en toda Italia, mi salud se ha mantenido y se mantiene hasta ahora en un estado discretamente bueno, y generalmente hablando, tampoco se experimenta en la universal aquellos estragos que se podian temer en una estacion tan fogosa y tan irregular. Los que hace la peste en Constantinopla son muy considerables, pues aseguran las últimas noticias, que mueren al dia mas de mil personas. Este terrible azote se ha comunicado ya á la Dalmacia, península no muy distante de Venecia, cuya república tomará todas las posibles precauciones para que no se nos introduzca en Italia. A mí poca vida me puede ya quitar, bastándome la peste de los años, contra la cual no hay preservativo.

El abate Don Javier Lampillas, catalan y ex-jesuita, acaba de publicar en italiano una bellissima obra en defensa de la literatura española, contra otros dos famosos italianos, tambien ex-jesuitas, que la hacian poquísima merced. Trátalos el catalan con la mayor atencion, respeto y cortesía; pero los mete la espada hasta la guarnicion. Convince cuanto dice, y la nacion debe estarle muy agradecida.

Yo me estoy disponiendo para salir la semana que viene á la tercera campaña con la marquesa Tanary. Es viuda, y como tal dice que nos toca á los clérigos el oficio de difuntos; y así la harémos compañía dos canónigos, un monseñor, camarero secreto del Papa (tio de la Marquesa), y un abate *in partibus*, que soy yo. Esta campaña durará no mas que ocho ó diez dias; pero despues se sigue la de mis condes Todeschli, que será de cinco semanas, comenzando á principios de setiembre y concluyéndose hácia mediados de octubre.

Avisame cuándo sales de Madrid, y no dejes de es-

cribirme luego que llegues á Santiago; porque no me dará paz hasta saber que te has restituido á tu casa con toda felicidad. Así se lo pediré incesantemente al Señor, que te guarde como ha menester tu amante hermano y padrino.—*José Francisco*.—Mi hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCLXXXVII.

Escrita en Bolonia á 28 de octubre de 1778, á su hermana.

Hija, hermana y señora mia de mi corazon: Recibo la tuya de 24 del pasado, vispera del largo regreso de Madrid á Galicia, con la del pariente que la acompañaba. Ahí va la respuesta á entrambas: quiera Dios te encuentre ya felizmente arribada al deseado término, como lo espero en el mismo Señor á quien he estado diariamente suplicándoselo por todo el mes pasado y por el presente, lo que continuará sin poder darme paz hasta saber que me ha oido su Majestad.

Yo puse dichoso fin á mis largas campañas el dia 19 del corriente, en que me restituí al acostumbrado cuartel de invierno con una salud que en mi edad puede parecer escandalosa; pero ¿quién se fiará de ella en setenta y seis años ya mediados? Mis condes corresponden muy agradecidos á tus finas expresiones, y mi gran marquesa Tanary me encarga mucho que no me olvide de las suyas.

Estoy muy agradecido á la visita que te hizo el colegial, y tanto mas, cuanto yo no se la encargué ni pude encargársela, porque partió cuando me hallaba en mi primera campaña. Vivíamos calle en medio, y siendo yo frecuentísimo en su colegio, pudo darte muchas noticias de mí, sin embargo de que á él le traté poco y siempre de chirinola. No debieron de ser buenas, cuando te hicieron llorar tanto; pero de mí no se podian esperar otras, si eran verdaderas. Es verdad que (segun me dices) «tu llanto era porque no podian tus ojos ser testigos de lo que él te referia». Esto solo significa que, como hombre advertido, político y bien criado, hablando con una hermana apasionada de su hermano, solo te diria lo que podia darte gusto, obedeciendo á la prudencia sin queja de la verdad.

Dos veces, si no me engaño, te he avisado del recibo de los dos mil cuatrocientos reales por el canal del tesoro general marques de Zambrano, que es el mas breve y el mas seguro, á costa de un corto y discreto desfaleo en beneficio del giro y del cambio, por lo que procurarás valerte del mismo conducto siempre que ocurra enviarme algun socorro.

Tengo ya dispuesto mi testamento, y en él te dejo un legado muy parecido al que Endamides de Corinto dejó á Carixénes y Aresto, dos linísimos amigos suyos.

Habia sido Endamides muy rico; pero murió tan pobre, que dejaba en la última miseria á su vieja madre y á una hija suya todavía soltera. No se desconsoló por esto, ántes bien, midiendo el corazon de sus amigos por el suyo propio, los hizo esta manda en su testamento: «Item mando á mi amigo Aresto el cuidado de sustentar á mi madre y de asistirle en su vejez; y á mi amigo Carixénes le mando la obligacion de casar á mi hija y darle la mayor dote que le sea posible; y en caso que alguno de los dos venga á morir, sustituyo en su lugar al que le sobreviviere.» Yo no tengo madre; pero tengo hijos, aunque tan pobres, que si tú no cuidas de ellos, se pudrirán de hambre en un rincón. Esta es la única heren-

cía que te puedo dejar, bien seguro que no serás ménos generosa que Carixènes, el cual casó á la hija de Eudamides el mismo dia que casó á la suya, y la dió igual dote que á ella. El célebre pintor Poyisin consagró esta accion á la posteridad con su delicado pincel. No faltará otro pincel que consagre tambien la tuya á la misma. Tenia Eudamides bien conocidos los amigos á quienes confiaba aquellas prendas, y yo no tengo ménos conocida la hermana á quien confio las mías.

Espero con ansia una individual relacion de tu viaje y compañía. Por hoy basta. El otro correo diré lo demas. Adios, vida mia. El mismo Señor te me guarde cuanto le pide y ha menester tu amante hermano y padrino.—
José Francisco.

CARTA CCLXXXVIII.

Escrita en Bolonia á 6 de diciembre de 1778, á su hermana.

Hija, hermana y señora mia de mi corazon: En fin, á pesar de un largo viaje, de una salud quebrantada, de un camino escabroso, y de otros inundados con las continuas y copiosas lluvias de todo el mes de setiembre (segun una *Gaceta de Madrid*), llegaste felizmente al término deseado, en compañía de tu querida cuñada y mi muy estimada Anita Tomasa. *Te Deum laudamus*, y mil gracias sean dadas á este Señor, porque se dignó oír mis diarias oraciones y librarme de un cuidado que me tenia en continua agitacion. Supuesto que el ejercicio á caballo ó en coche te hace tanto provecho, como los médicos te lo han dicho y como te lo ha enseñado la experiencia, ya que la calidad del terreno no te permita hacer el segundo, ¿quién te quita ejercitarte en el primero? Una buena mulita ó un caballito seguro y sosegado cuestan poco para mantenerse, y aunque costaran mucho mas, tu salud no tiene precio. Unos viajes á Cira y otros á la Coruña, donde no te puede faltar alguna amiga; y otros á Pontevedra, donde creo que el pariente te recibirá con el mayor gusto, te harian grande provecho. Anímate pues, y forma un nuevo sistema de vida arreglado á tu salud, despreciando cualquiera otro humano respeto que te le pueda estorbar.

Tenia mis temores de que Anita Tomasa mudase de parecer en punto á trasladarse á Santiago. Veo con particular gusto que se ha mantenido constante en él, y no es menor el que tengo de que le hayas cedido una casa tuya para que viva á su gusto y libertad, dando esa prueba mas de que la regla de tu acertada conducta no es lo que otros hacen contigo, sino lo que la religion y el honor te dictan que debes hacer con los demas. La separacion de casas es el medio mas eficaz para que se conserve entre las dos la debida union y amistad, cuya conservacion deseo yo vivamente; pero esto nunca se conseguirá mientras no se practique recíprocamente aquello de sufrir con paciencia las adversidades y flaquezas de nuestros prójimos. Todos tenemos las nuestras, y en las propias hemos de aprender á compadecernos y á disimular las ajenas.

La marquesa Tanary (tan apasionada tuya como mia) es mucho mas de lo que te pudo decir ese colegial ni de lo que yo te puedo explicar. Será difícil encontrar en el bello sexo mayor talento ni explicacion mas feliz. Ella me enseña en todo lo que me pregunta, y me instruye cuando me pide consejo. Nada es superior á las prendas de su claro entendimiento, sino que lo sean las

de su nobilísimo corazon. En suma, es una dama cabal; y si pudiera haber verdadera felicidad en esta vida, ella la lograria; pero no la goza precisamente, porque Dios no quiere que ninguno la goce habiéndonos criado para la felicidad eterna.

«La visita que mas de una vez seriamente has pensado hacermene», ántes que yo me despida de este mundo (lo que ya no puede tardar), no es tan impracticable como se figura á primera vista, supuesto que te hace tanto provecho el viajar. Basta que encuentres un administrador ó arrendatario de tus rentas hábil, fiel, celoso y abonado; que lo demas no es tan dispendioso como se representa, particularmente en saliendo de España, ni para hacerte compañía necesitabas mas que una criada y un criado de tu satisfaccion; bien entendido que vendrias al mejor pais de la Europa y á una de las mas bellas ciudades del mundo, donde, sin ser gravosa á nadie y acaso á ménos costa que en Santiago, podrias vivir con gusto y con mucha estimacion. Piénsalo bien, y si te resolvieres, avísame, para que yo te haga el plan del viaje mas cómodo y ménos dispendioso; pero esto no es mas que contestar á tu tierno y amoroso pensamiento, sin empeño ni pretension de traerle á mis deseos; ántes bien protesto que el menor sacrificio que puedo hacer á nuestro recíproco amor es el de sujetar á tus superiores luces, gobernadas siempre de tu juicio y tu prudencia, los mas vehementes afectos de mi apasionado corazon.

Hágome cargo de que las indispensables atenciones del mundo te dejarán poco tiempo para darme conversacion mas larga. Yo tambien tengo las mías, que no me molestan poco; y ademas de ellas, las de mi tabulino, que nunca está ocioso; mas cuando se trata de hablar contigo, todo lo arrimo; porque, despues de lo que debo á Dios, todo lo demas debe ceder á esta obligacion y á este incomparable gusto.

Mis condes y mi marquesita corresponden llenas de agradecimiento á tus expresiones, y de estimacion á tu persona. Yo saludo tiernamente á Anita Tomasa, y harás lo mismo de mi parte con todos aquellos y con todas aquellas que te parezca no desestimarán mi memoria. Vive todo cuanto desea tu amante hermano y padrino.—
José Francisco.

CARTA CCLXXXIX.

Escrita en Bolonia á 27 de febrero de 1779, á su hermana.

Hija mia, hermana y señora absoluta de mi corazon: El día 24 del corriente recibí la tuya de 23 del pasado. El consuelo que me causó fué correspondiente al cuidado con que me tenia tu largo silencio. Ni aquel se disminuyó por haber leído en una carta de esa ciudad, escrita á otro, que estabas buena y te divertias bien; ántes por el contrario esto mismo me le aumentó. Si era mentira (como lo suponía), porque tus graves incomodidades me privaban de aquel consuelo. Si era verdad (como lo deseaba), porque negarme ó dilatarle tu correspondencia estando buena, no podía ménos de ser ó por algun demérito mio ó por alguna aprension tuya, ó por algun otro motivo que fuese sensible á entrambos. Veo que nada de esto ha sido, y que solo dejaste de escribir por recelo de que no hubiese llegado á mis manos la primera carta que me dirigiste despues de tu restitucion á Santiago. No temas que nuestra inocente correspondencia nos produzca algun disgusto; porque para enta-

blarla me previene con las licencias necesarias; ni mucho ménos receles que se pierdan nuestras cartas, viniendo por el conducto que vienen, el cual no puede ser mas seguro, mas breve ni mas barato, pues las tuyas no me cuestan ni un solo maravedí, gracias al honradísimo interlocutor que la providencia del Señor nos ha preparado. Conveniencia igual ninguno la logra, y es lástima no aprovecharnos mas de ella, especialmente cuando el carácter del sugeto es tal que se complace mas en hacer bien que en recibirle.

Veo la obstinacion de ese temple en tratarte mal, la necesidad de dejarle y los graves estorbos que dificultan la ejecucion.

Tenemos ya por chantage, dignidad de la santa iglesia de Oviedo, á nuestro Don Jacinto Miranda. ¡Gran prebendado ha adquirido aquella santa iglesia! Grande amigo y gran consuelo me faltará á mí en Bolonia; pero la razon celebra infinito lo que llora el corazon.

Leeré á mi marquesa y á mi condesa el párrafo de tu carta, y puedes dar por supuestas las mas vivas y mas tiernas expresiones de su cariño y de su agradecimiento.

La Marquesa con el pretexto de divertir al Marquesito, su hijo, que solo tiene siete años y promete grandes cosas, dió en su palacio este pasado carnaval á toda la nobleza boloñesa y al cardenal Legado un espectáculo sumamente aplaudido y admirado. Representóse en dicho palacio el admirable drama de *Joas*, compuesto por el inimitable Metastasio, siendo los actores la misma Marquesa, su pequeño hijo, cuatro nobles y un coro de levitas. La Marquesa representaba á la madre de Joas, el Marquesito al hijo de aquella madre, y una y otro tuvieron en continuo ejercicio los aplausos y las lágrimas del nobilísimo auditorio todo el tiempo que les tocaba hablar. El teatro magnifico, el escenario de exquisito gusto, los vestidos soberbios, la orquesta y el coro cual no se habia visto en Bolonia: todo, en fin, digno de presentarse á la diversion y al embeleso de cualquier monarca. Cuatro veces se repitió la representacion, y aun se pretendió que se repitiese en la cuaresma, á título de ser un asunto tan tierno y tan religioso; pero no se condescendió por justísimos respetos. Interesándome tanto en todo lo que cede en mayor estimacion de esta singularísima señora, no he querido privarme del gran consuelo que tendré en que tú me acompañes tambien en este gusto. Al padre Maestro Vereá le dirás que me acuerdo mucho de su reverendísima siempre que oigo algun excelente orador, lo que en Italia no es tan difícil como en otros paises que yo sé: bien que Gerundios necesariamente los ha de haber en todas lenguas. *Si tú me idolatras cristianamente*, yo te idolatro á la italiana, en cuya lengua aquella voz casi nunca suena á *gentilidad*, y casi siempre solo significa *gentileza*. Adios, hija mia; áname como te ama tu fino hermano y padrino. — José Francisco.

CARTA CCXC.

Escrita en Bolonia á 24 de abril de 1779, á su hermana.

Hija, hermana y señora de mi mayor estimacion: El consuelo que tuve con tu carta de 24 de febrero me le disminuyó no poco la noticia que me dabas en ella de tu trabajada salud. Cosa semejante te sucederá con esta mia, extrañando desde luego que para escribirte me

valga de amanuense. Ello es así que, como amados y buenos hermanos, á tí y á mí nos ha visitado el Señor; pero con clemencia, dejándonos el consuelo de poder comunicarnos nuestros males. He sentido el tuyo como es razon. El mio, aunque mas grave los dias pasados, al presente te debe poner en menor cuidado. El domingo de Cuasimodo, rezando el rosario con mi criado, me dió tal vahido de cabeza, que hubie de dejarme caer entre sus brazos. De allí á poco, metido ya en la cama, me sobrevino con calentura un vómito tan furioso, que repitiéndome como á cada hora y media en el espacio de mas de cuarenta horas, me redujo á una extrema debilidad de fuerzas. Pedí por esto el Santo Viático al tercero dia, y se me administró en el cuarto, no solo con gran consuelo mio, sino tambien con corporal alivio; porque, cesando poco despues la calentura, lo pasé siempre mejor, hasta que el sábado siguiente, en que, sintiendo en mí novedad, pedí tambien la Extrema-Uncion, que me fué tambien administrada. Por estos ocho dias hasta el de la fecha la mejoría va adelante. Me levanto, aunque por poco tiempo, de la cama, y me dicen que no tengo por qué temer peligro. Aunque esta seguridad que me dan los médicos me alienta, las resultas me dan algun cuidado; porque me siento impedida la mano, muslo y pié izquierdo, á quienes, como lisiados de la parálisis, no comunica el cuerpo su vigor. A este cuidado sigue el de la perfecta curacion. Los setecientos reales que (con suma gratitud mia) me envió el Señor Capellan mayor, y que yo habia destinado para hacerme camisas, de que tenia harta necesidad, los he empleado en médicos y medicinas. Probablemente me recetarán algunos baños, los cuales ya por la distancia, ya por la compañía que deberé llevar conmigo, serán muy costosos. No quiero que ninguno, que aquí podria, me los costee. Hallaré fácilmente quien me preste el dinero necesario; pero ni aun este aceptaré prestado de ninguno, si no estoy seguro de poder compensárselo cuando y cuanto juzgare conveniente. Otra persona de quien mas fie que de tí, no la tengo; y así como espero harás por mí cuanto pudieres, así te pido y deseo que me avises cuanto ántes de la cantidad á que puedes extenderte. Con esta misma confianza te digo, hija y hermana, que desprecio todas las noticias que tocan á tu persona, si me vienen por cualquiera conducto que no seas tú. Estoy persuadido de tu cristiandad y de tu juicio, y que nada harás ni dirás contra lo uno ni contra lo otro. Con el mismo cariño te aconsejo de volverte cuanto ántes á la corte, en donde (como tú misma lo has experimentado) lo pasabas mejor de salud. El Padre Lorenzo Uriarte murió de mal de pecho en esta ciudad el 31 de marzo. Te pido que des aviso al Señor Capellan mayor de mi enfermedad pasada y del estado presente de mi salud. El nuevo señor chantre de Oviedo pasó de aquí para Roma y Nápoles, y le espero de vuelta en la semana siguiente. Animo, hija mia, y gran confianza en Dios. — Tu amante hermano y padrino. — José Francisco.

CARTA CCXCI.

Escrita en Bolonia á 30 de abril de 1779, á su hermana.

Hija, hermana y señora mia de mi corazon: Mi convalecencia va adelante con mucha felicidad, pero con igual lentitud, gracias á Dios y á los caldos de vibora que con mucho acierto me recetó mi médico. El brazo

y la mano izquierda son los únicos que se resisten á volver en sí á pesar de los continuados y excesivos sudores, sirviéndome aquel miembro de estorbo mas que de alivio. He podido celebrar dos misas con bastante trabajo, pero con mayor consuelo, y espero repetirle en los tres dias de las próximas pascuas. Este es mi estado presente. El del bolsillo fácilmente te lo podrás imaginar despues de una enfermedad tan larga y con remedios todos costosos, que no he querido ni debido permitir que cargasen á estos señores.

De Madrid me escriben con fecha de 20 de abril que allí ha muerto mas gente en los cuatro primeros meses de este año que en todo el año pasado, y esto con una epidemia tan ejecutiva, que en tres dias despachó á los que visita. Siendo esto así, si esta carta te coge todavía en Santiago, no creo harás el disparate de irte á meter en el campo de la muerte hasta que haya cesado el azote, como se puede esperar á beneficio del tiempo. Suplícote por lo que te amo, que en estas circunstancias no te muevas, acordándote del antiguo adagio español: «Viva la gallina, y viva con su pepita.» Solo por decirte esto escribo esta carta de puño ajeno; porque el mio, segun las señas, tardará mucho en ponerse corriente. Pide á Dios que me dé gracia para aprovechar estos últimos esperezos de la vida, para poder serte mas útil despues de la muerte de lo que te he sido en medio siglo y veinte y siete años mas. Saluda á cuantos me hacen merced, pidiéndoles sus oraciones, y no otra cosa. El Señor te guarde en su santa gracia, como se lo suplico incesantemente y como ha menester tu amante hermano y padrino. — José Francisco.

CARTA CCXCII.

Escrita en Bolonia á 14 de junio de 1779, á su hermana.

Hija, hermana y señora mia de mi corazon: Ayer recibí la tuya de 5 del pasado, en que solo me dices estas para restituirte á Madrid el dia 12 del mismo, quedando muy ocupada en las indispensables disposiciones para el viaje. Si en aquella corte hubiere cesado la epidemia de que te hablé en la última carta, no puedo ménos de aprobar tu resolucion; pero si prosiguere aquel azote, solo habrás adelantado el mudar de teatro aumentando el peligro. Al fin, á lo hecho pecho: la jurisdiccion de la muerte á todas partes alcanza, y en todas ha de ser lo que Dios quisiere.

Yo por ahora salí de sus garras para volver á ellas ántes de mucho tiempo. Así me lo prometen mi casi decrepita edad y las reliquias que me ha dejado el último terrible golpe. La cabeza flaquea, las piernas titubean, y la mano izquierda solo me sirve de estorbo y de materia para ejercitar la paciencia. El Señor me la dé, y venga lo que viniere.

Mañana salen de aquí para España los dos mayores amigos que tenia en el colegio de esta ciudad, Don Jacinto Miranda y Don Francisco Almonacid. El primero va á gozar su prebenda de Oviedo, y el segundo á oponerse á la lectoral de Málaga; y en caso de no llevarla, se retirará á esa corte en seguimiento de sus pretensiones. Ambos muy hombres de bien; ambos grandes cristianos, aunque por caminos muy diferentes. Ningunos te darán noticias mas ciertas y mas individuales de mí que estos dos, ni á ningunos debes corresponder con mayores demostraciones de estimacion y de confianza que á

ellos, si quieres mostrar lo mucho que agradeces lo que se hace conmigo.

Miranda te entregará un libro ascético intitulado *Arte de encomendarse á Dios*, traducido por mí precisamente por respeto tuyo. No he leído cosa mas eficaz, mejor parlada ni que mas aliente á un corazon pusilánime. Si tú fueres del mismo parecer (como no lo dudo), y si hallares algun librero que le quiera imprimir á costa suya, no lo hagas hasta darme aviso; porque en ese caso permitiré que se estampe en mi nombre, y al frente una carta mia para tí, que sirva de dedicatoria y de prólogo, con algunas advertencias que juzgo muy necesarias para ocurrir á los críticos reparos que se pueden oponer. Con este antidoto no dudo que será uno de los libros mas provechosos que se hayan visto en la nacion, singularmente para personas piadosas, de entendimiento y discrecion; que para los vulgares es pasto demasiadamente delicado.

Ahí va esa esquela que tuve los dias pasados de nuestro Capellan mayor: me la devolverás sin haberla comunicado á nadie ni darte por entendida de su contenido, que solo debe servir para tu gobierno.

Al comenzar el dia 2 del corriente se sintió en esta ciudad un violento terremoto, que se repitió cinco veces en aquel dia, y la tercera con igual violencia que la primera. Repitieronse por once dias los mismos estremecimientos mas ó ménos violentos, con gran consternacion del pueblo, pero sin daño considerable de los edificios, aunque con mucha comocion de las gentes, en las cuales ha hecho gran fruto esta elocuentísima mision: de manera que para Bolonia mas ha sido beneficio que castigo. En varias otras ciudades de Italia se experimentó el mismo temblor, pero mucho mas mitigado, sin que se sepa que haya perecido persona alguna dentro de Italia en tan iminente peligro. No así en Jerusalem, donde se dice que se arruinaron dos mil casas, con muerte de ocho mil personas; y en Trieste cayeron en tierra ochocientos edificios.

Don Lorenzo Casaus, caballero valenciano (á lo que presumo) residente en esa corte, y uno de tantos mis buenos amigos á quienes no conozco, quizá te hará una visita á nombre mio. Si te la hiciere, recíbele como acostumbrás á todos los que sabes que me favorecen con su amistad precisamente porque no me conocen ni me han tratado sino por escrito. Lo mismo harás con su mujer, mi señora Doña María Luisa (no sé de qué, porque ignoro su apellido), si te visitare. Me avisarás si lo hicieren, y al mismo tiempo me dirás lo que te pareciere del carácter de uno y otro.

En la *Gaceta de Madrid* de 4 de mayo leí que se «habia estampado, en el tomo 3.º de las obras en prosa y verso del cura de Fruiñe, una carta del Padre Isla autor, y su respuesta sobre el tratamiento de *Fray* aplicado á monjes y jesuitas». Admiréme mucho de que ninguno se hubiese atrevido á estampar cosa alguna mia sin mi permiso, y aun sin mi noticia, mucho ménos una carta de que no hago la menor memoria, habiendo sido tan larga y tan confidencial nuestra correspondencia. En las que son de esta especie se escriben muchas cosas que no son para el público, y mucho mas cuando la conversacion es entre gente de poca edad y ménos madura. Por estas consideraciones me desazonó grandemente aquella noticia, temiendo que en dicha carta, por la sustan-

cia ó por el modo, puede haber muchas cosas que sean ménos favorables á mi tal cual reputacion. Me harás un favor muy estimable si me enviares alguna copia de ella para mi sosiego y para reparar en la mejor forma posible lo que en ella hubiere que corregir.

No puedo ya mas, y estoy admirado de que haya podido tanto. Adios, hija mia: escribeme con la mayor frecuencia que puedas, y quiere bien á tu amante hermano y padrino.—*José Francisco*.—Amada María Francisca.

CARTA CCXCHII.

Escrita en Bolonia á 6 de julio de 1779, á su hermana.

Sosígate, amada hija y hermana carísima: la terrible borrasca con que el Señor me regaló y tanto te perturbó, como lo demuestran las tiernas expresiones de tu atrasada carta de 1.º de junio, ha calmado ya en gran parte. No me han quedado mas reliquias del maligno accidente, que alguna estupidez molesta y dolorosa en todo el lado izquierdo, cierta especie de laxacion en la elasticidad de los nervios, que solo me permite un movimiento trémulo y fácil á perder el equilibrio: de manera que no puedo andar, ni aun por casa, sin el arrimo de un baston y la guardia de un criado: gran debilidad de cabeza, expuesta á frecuentes vahidos. Por lo demas, las funciones naturales siguen su curso ordinario sin escasez y con bastante facilidad: lo poco que como es sin apetito, pero tambien sin disgusto; duermo por lo ménos cuatro horas con grande tranquilidad; sudo mucho, especialmente en los miembros lisiados y doloridos: benelicio que espero irá adelante con el auxilio de los calores, que, aunque tarde, han comenzado ya, y con fuerza extraordinaria. Sin embargo, mi médico no ha abandonado el pensamiento de los baños, manteniéndole indeciso mi ardiente constitucion, y mi gran debilidad despues de tanto padecer y en edad tan avanzada. A pesar de todo esto, leo y escribo algunos ratos, aunque con mucho trabajo; porque ninguna otra cosa de este mundo me divierte. Desde que enfermé como en mi cuarto dos ó tres horas ántes que los Condes, porque estos nunca se sientan á la mesa hasta las dos ó tres de la tarde, segun la costumbre general de toda esta nobleza. Así los Condes como la Condesa todos los dias asisten infaliblemente á mi comida, fuera de las extraordinarias visitas que me hacen entre dia. Mi marquesa viene dos ó tres veces cada semana á visitarme; y cuando sus muchos cuidados no se lo permiten, ó me ha menester para algo, me envia su silla de manos; porque ni mi rotura ni mis vahidos se pueden hasta ahora fiar al movimiento de la carroza. Tanto esta señora como mis condes y mi condesa corresponden cordialísimamente á tus finas expresiones.

Yo te rindo las mas humildes y reconocidas gracias por los dos mil reales con que me socorre tu amor y tu generosidad, los cuales se los podrás entregar al corresponsal de nuestro querido sobrino, por cuya mano vendrán con prontitud y sin el menor desfalco. Este socorro llega oportunísimo; porque médico, botica y cirujano se sobrieron todo el poco dinero que tenia, no sufriendo el honor ni la razon que permitiese yo cargasen estos señores con mis gastos extraordinarios, cuando no son pocos los que se echaron á cuestras en los regulares que han querido hacer conmigo, tanto mas generosamente

cuanto absolutamente de nada les sirvo, lo que es sin ejemplar en cuantos españoles y americanos estamos sembrados por toda la Italia. Es cierto que hay varios de ellos en casas de señores; pero ninguno que no sirva, ó de capellan, ó de secretario, ó de maestro y ayo de sus hijos, y algunos de todo esto junto. Solo yo de nada sirvo á estos mis condes, tanto que aun cuando en la ciudad quieren oír misa en casa, hacen venir un clérigo que se la diga, no queriendo de ningun modo sufrir que yo altere mis horas; y cuando vamos á campaña llevan siempre consigo á lo ménos otros dos españoles para que les digan dos misas y me hagan compañía, empeñados en que yo he de celebrar la mia como y cuando me acomode, sin la mas mínima sujecion. Algunas veces me he querido quejar; pero luego me tapan la boca diciendo que calle y obedezca, pues solo me han traído á su casa para que enide de mí y descuide de todo lo demas.

Si el médico se resolviese á los baños, espero que los dos mil reales alcanzarán, y cuando no alcancen y hubiese menester algun dinero, le pediré prestado sobre la fe de tu generosa caridad, volviendo á repetirte mil gracias por tan piadosa como amorosa fineza.

Esta carta y la antecedente te convencerán de que en el trabajoso estado en que me hallo, nada me divierte tanto como el leer y escribir. ¿Cuánto mas me divertirá este segundo ejercicio, practicándole en mantener contigo tan dulce conversacion? Adios, vida mia. no olvides en tus oraciones á tu amante hermano y padrino.—*José Francisco*.

CARTA CCXCIV.

Escrita en Bolonia á 5 de agosto de 1779, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mia: Tu estimadísima carta de 3 del pasado llegó el 1.º del corriente. Hallóme muy acosado de mis vahidos, que ya se han hecho cotidianos, no pudiendo dar un paso, ni aun dentro de casa, sin el baston en la mano y un criado al flanco. Fuera de ella no se me permite salir sino en silla de manos ó en carroza, proveyéndome de una y otra, así mi condesa Todeschi como mi marquesa Tanary. Esta viene indispensablemente á verme todos los dias. No podia hacer mas finezas conmigo si yo fuera padre suyo, como por la edad pudiera serlo, pues ella tiene la tuya, y yo la que tú sabes. Piensa salir á campaña al principio de la semana que viene, á su bello y magnífico palacio de la Cavallina, distante solo una pequeña legua de esta ciudad, y no quiere ir sin mí, particularmente cuando mi médico insiste en que me convendrá mucho el aire del campo, mas purificado que el de esta sobresaltada ciudad por los casi diarios terremotos que la están predicando y asustando desde el dia 1.º de junio hasta el presente, aunque sin otro daño que la ruina de mas de trescientas chimeneas, y tal cual hendidura de algunos edificios, con preservacion casi milagrosa de todas las personas, pues ninguna ha peligrado hasta ahora. No podré negarla este consuelo, que será grande para ella y para mí, como no suceda en mi desconcertada salud alguna grande novedad que absolutamente me lo impida. El lado izquierdo, medio ballado, se mantiene como al principio: sin embargo, ninguno de los muchos y grandes médicos de esta ciudad, á quienes se ha consultado sin saber unos de otros, ha sido de parecer que me convengan baños de ninguna especie, ni minerales ni de agua

dulce, á motivo de la hernia ó rotura que estoy padeciendo cinco ó seis años há. Así que los dos mil reales con que me socorre tu piadosa caridad y que ya me avisa el sobrino están en su poder, servirán para pagar médico, botica y cirujanos de la primera cura, que duró casi dos meses: lo que restare se empleará en los gastos de la segunda, que se hará en el mes de octubre, en que se han de repetir los caldos de víbora, no sé qué espíritus y varias *copelas*. Si me muriese ántes, como es muy natural, se aplicará á disminuirme el purgatorio, que necesariamente será muy largo si los sufragios de los amigos y la misericordiosa aceptación del Señor no me le abrevian. Repítote mil gracias por tantas pruebas de tu amor y de tu generosidad, pidiendo á Dios que tome de su cuenta mi reconocimiento, pues yo no tengo otro modo de manifestarle. Espero que despachará benignamente mi súplica, y que no quedarás descontenta de mi Soberano fiador.

En la *Gaceta de Madrid* de 16 de julio leí la muerte de tu pariente Monseñor de Mondoñedo, y en ella el breve, pero bello, elogio de aquel digno prelado. Estos obispos son los que honran las familias; pero los que no tuvieron de obispos mas que el título, el sombrero verde y el hábito pavonaceo, á lo sumo solo sirven para que sus retratos adornen las paredes.

Paciencia si no entiendes la letra: un pulso trémulo y una cabeza de papel no pueden dictar mas ni pintar mejor. Vive cuanto desea y ha menester tu amante hermano y padrino. — *José Francisco*.

CARTA CCXCV.

Escrita en Bolonia á 10 de agosto de 1779, á su hermana.

Hija, hermana y señora mía: Por tu fe de vida en la carta de mi amigo Don Lorenzo Casaus, sé que vivías el día 13 del pasado. Por este mi presente testimonio sabrás tú que vivo el día 10 del corriente; ¿pero cómo? Una gran parte del día sin cabeza, y lo restante de la máquina «la mitad sí, y la mitad no, como aquella casa del cura que se cayó». Da muchas gracias á Dios porque no me ves; si me vieras como estoy, me desearías mil leguas distante de tí.

La campaña de mi marquesa se dilata algunos días, porque ha comenzado á tomar ciertas aguas. El sobrino está afligidísimo por la hidropesía de pecho que padece la marquesa del Vellel, embajatriz de Parma. Es todo el consuelo de aquella señora, quien no le permite se aparte un punto de su lado, en grave perjuicio de la salud del pobre, á quien escribo que luego luego se retire á su casino, porque la caridad bien ordenada siempre comienza por *ego*. Me dicen que ya no habitas en la calle del Almenbro, sino en la de Relatores. Me admiro de que no me hayas avisado de esta novedad; porque allá han ido dos cartas mías dirigidas á la primera habitacion, á las cuales no me has contestado. Hoy se dará sepultura al Padre Salgado, que há doce años vivía de milagro. Encomienda mucho á Dios á tu amante hermano y padrino. — *José Francisco*.

CARTA CCXCVI.

Escrita en Bolonia á 17 de diciembre de 1779, á su hermana.

Hija, hermana y señora mía: Por tu carta de 16 del pasado veo que el Señor prosigue tratándote como suele tratar á sus amigos: sea su nombre bendito. Lástima

será que tú y yo malogremos este beneficio. Gran cosa es satisfacer por nuestros defectos, ahorrar de purgatorio, y merecer mas paraíso. Esto solo se logra en esta vida; que en la otra se padece mucho mas, y nada se merece. Mis pequeños ajes van adelante, y tambien va adelante la poca ó ninguna codicia que tengo de aprovecharme de ellos, en medio de conocer lo mucho que vale este tesoro cuando cae en buenas manos. Pide á Dios que esfuerce mi cohardía, dándome fuerzas para que la práctica corresponda á la teórica, y seré feliz.

Aquí ha entrado el frío con el mayor rigor, y como en mí al invierno de la estacion se añade el de los años, que dura todo el estío, haz cuenta que todo el año estoy tirando: considera cómo estaré ahora, en que hasta los mas mozos y mas robustos parecen sorbetes ambulantes ó garapiñas embozadas. Añádese á esto que los temblores de la tierra no cesan y los clamores al cielo se continúan; pero temo que los mas salen á la boca sin noticia del corazon. Si sucediere en Bolonia lo que sucedió últimamente en Lisboa, ¡oh! y qué de profanidades se engullirá la tierra; ¡oh! y de qué profanaciones se librarán los templos. Sin embargo no se ve tanto como se veía; pero se ve lo bastante para que el cielo se haga un poco sordo.

Gracias á Dios que me hablas por la primera vez del libro del Padre Bellati. Tu silencio me hacia sospechar que quizá nuestro chantre se le habria llevado á Oviedo, empaquetado por descuido entre sus libros. Ya sabes que estoy empleado en otra cosa, de la cual espero salir en todo este invierno. Cuando emprendo una, no pienso en otra hasta acabar aquella. Esta maña la he tenido toda la vida, y no la quiero perder en la vejez: ten paciencia; que á su tiempo serás servida con la carta, si vivo; pero si muero, la cosa se quedará así, y el mundo irá *son trueno*.

No te olvides de hacer copiar aquella que los editores de las obras de Fruime tuvieron á bien de publicar sin contar conmigo para nada. Voyme á calentar; que me llama la chimenea. Manda á zapatazos, si fuere menester, á tu amante hermano y padrino. — *José Francisco*.

CARTA CCXCVII.

Escrita en Bolonia á 12 de marzo de 1780, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mía: Para que pudieses comprender hasta dónde llegaba mi envidia, mi dolor, mi inquietud y mi sobresalto, viendo que se iban pasando tres meses sin el único consuelo que me ha quedado en esta miserable vida, era menester que te fuese posible hacer cabal concepto de la grandeza y vehemencia de mi amor. Esta es tal, que sin embargo de esforzarme en cuanto puedo á que sea sin perjuicio del derecho que tiene Dios á ser el único dueño de todo mi corazon, de toda mi alma y de todas mis entrañas, dudo muchas veces (y temo que con sobrado fundamento) si tú, sin culpa tuya y por pura miseria mía, llegas á usurparle gran parte de lo que es suyo. En este caso me consuelo con que yo solo seré el culpado, y te pido que con tus oraciones me ayudes á suplicarle que modere mis excesos, y no permita que los límites de la naturaleza lleguen jamas á confundirse con los de la religion.

Al fin llegó tu deseadísimas carta de 31 de enero, y respiró mi corazon, mas oprimido por la falta de noticias tuyas que por el terror de los frecuentes terremotos, por

el diluvio de las copiosas nieves y el rigor de los crueles frios, por la debilidad de los mas nevados años y por el aumento de los molestos ajes que cada día brotan de nuevo. Todo esto ya lo sabe llevar en paz mi paciencia; pero sus fuerzas no alcanzan á sufrir la falta de tus cartas, sin alboroto y turbacion de todos los humores.

Dicesme en esta última que á la erisipela pasada sucedió un reumatismo general que por un mes te dejó sin movimiento. Mucho te quiere Dios, cuando te trata como trató siempre á sus mayores amigos. Estas son las caricias con que regala á sus escogidos. No lo hace así su bondad con los que no saben aprovecharse de ellas. Estoy tan seguro de que tú no las malograrás, que no sé si es mayor la envidia que te tengo por lo que me enseña el Evangelio, que el dolor de verte padecer tanto por lo que me impele la naturaleza. Si son bienaventurados los que lloran, tú serás eternamente feliz.

Agradézcode mucho la copia de aquella carta mia que se estampó entre las obras del buen cura de Fruime. No me acordaba ya de tal carta; pero ella es verdaderamente mia, y aunque nada contiene de que me pueda avergonzar, todavía me ha sido muy sensible que se estampase sin mi asenso, el que jamas hubiera dado, porque su mismo contexto está diciendo que era una carta reservada de un amigo á otro, en que *in camera charitatis* le prevenía de un descuido que le podia perjudicar, como tambien de la excesiva pasion por un ejercicio que no era el mas propio ni el mas decoroso á su profesion y ministerio de párroco. Estos amistosos oficios nunca deben exponerse á las cavilaciones del público.

No puedo ponderarte cuánto me ha afligido la desgracia del pobre Casau por la fatal pérdida de la vista: desgracia que á lo humano es la mayor despues de la muerte. El tío que tiene en Roma y vistió mi misma lana, nada me habia comunicado de esta fatalidad, ó por ahorrarme un dolor que conocia habia de ser muy grande para mí, ó quizá (y esto es lo mas natural) porque, siendo un hombre tan frio como el invierno presente, segun me le dan á conocer sus cartas (pues solo le conozco por ellas), debió de creer que mi genio era tan helado como el suyo. En el trabajo de este mi incógnito amigo no tengo otro consuelo que el de estar persuadido á que su capacidad, de acuerdo con su religion, le sugerirá continuamente que, segun el Evangelio, mas vale entrar sin ojos en el cielo, pasando de las tinieblas á la luz, que con ellos abiertos dar un terrible salto de la luz á las tinieblas de aquella region terrible donde habita el sempiterno horror. Ruégote que así al pobre ciego como á su afligidísima mujer, mi señora Doña María Luisa, los asegures de la mucha parte que me toca en esta tan delicada prueba de su piedad y de su constancia. Ojalá que me tocara otra igual en la adquisicion del mérito.

Tengo por cierto que fué equivocada la noticia que te dieron de que ya se habia publicado ahí otra traduccion de aquella obra; pero aun cuando salga cierta, pasado algun tiempo, para dar algun despacho á aquella impresion por no perjudicar al inocente traductor, se puede pensar en estampar esta otra, habiendo tantos ejemplos de diversas traducciones de un mismo original que se estamparon en diferentes tiempos, sin perjuicio de unas ni otras. Uno de ellos es el *Compendio de la Historia de España* escrita en frances por el Padre Du Chesne, que tradujeron separadamente dos jesuitas. Ambas se estam-

paron con la distancia de dos años, y entrambas se despacharon en poco tiempo.

Espero desembarazarme en todo este mes de la conversacion con Gil Blas; y supuesto que este ha de desencasalar algun tiempo ántes de salir al público, aun cuando se piense en que salga, dispondré inmediatamente la carta prometida, que debe servir de prólogo al *Arte de encomendarse á Dios*, que tanto te ha gustado.

Me ha consolado infinito saber que has tenido tan cerca de tí al incomparable amigo Ramirez, en los trabajos de tan riguroso invierno. Ríndele mil gracias de mi parte, diciéndole que cada día va añadiendo nuevas cadenas á nuestra obligacion. Ellas á la verdad son de oro; pero al fin son cadenas, las cuales no dejan de ligar, aunque con una dulce esclavitud, que cierra la puerta á los groseros deseos de una ingrata libertad.

Vaya por fin un parrasito sobre mi salud. Esta se mantiene tan estropeada, ni mas ni ménos, como la dejó el terrible accidente del mes de junio. La cabeza habitualmente vertiginosa y sujeta á frecuentes vahidos; el lado izquierdo destituido de una gran parte de los espíritus vitales, tanto, que mas parece de madera que de carne viva; el manejo del brazo y de la mano, como si fuera el de un estafermo que se mueve por resortes artificiales: no puedo doblar los dedos ni cerrar el puño sin grandes dolores; los propios siento cuando me rasco con la misma mano. En suma, esta nunca ayuda á la otra sin pagarse bien de su auxilio á costa de mi paciencia. Las piernas tan débiles que cualquiera movimiento las fatiga, y luego se alborotan los rezagos del asma que padecí. Estoy convulso de piés á cabeza, y tanto que tal cual vez me diferencio poco de un azogado. A esto se añade la antigua incomodidad de la rotura, la cual ha crecido de manera, que para evitar el precipicio de las tripas, necesito estar en continua tortura á cualquiera movimiento. Desde el mencionado ataque como y ceno en mi cuarto con el benéfico de mis condes, porque sus horas me incomodaban mucho, particularmente la de mediodía, no usándose aquí en las casas distinguidas comer hasta las tres de la tarde. Por otra parte, tampoco era su mesa conveniente á mi salud, por la dificultad de observar en ella la dieta que esta necesitaba. En estos nueve meses mi comida se ha reducido á la sopa, media libra de ternera cocida, dos manzanas asadas y un bizcocho. La cena lo mismo, solo que en vez de carne tomo dos huevos; y en lugar de dos manzanas, una sola. Como una hora despues de mediodía, ceno á las nueve, acuéstome á las once, levántome á las seis, digo misa en el oratorio, que está inmediato á mi vivienda, leo algunos ratos, escribo otros, doy algunos paseitos cuando el tiempo lo permite, sin alejarme de la casa y siempre con un criado al lado, porque así lo quieren mis condes para resguardo de mis accidentes. Cada semana voy á pasar un día entero con mi marquesa Tanary, que há dos meses está bien quebrantada de salud; pero, como su palacio está distante de esta casa, no me dejan ir ni volver sino que sea en silla de manos ó en carroza. De esta manera, y con la conversacion de mis vecinos los colegiales de España, voy engañando mi vez y divirtiendo mis ajes, que, como no salen á la cara, son poco compadecidos; pero esto nada me importa.

¿Qué te parece, hija mia, de esta carta? Estaba re-

ventando por charlar contigo, y solté los diques á la charlataneria. Perdona si te he majado; pero te advierto que si me has de dar el perdon, ha de ser sin obligarme al propósito de la enmienda, pues desde luego te digo que no le quiero hacer, porque no acostumbro proponer lo que no tengo ánimo de cumplir. Solo si te diré para tu gobierno, que si me tienes otros tres meses sin ver letra tuya, te juro por tu misma vida, que me vengaré encajándote otra carta mucho mas larga, mucho mas pesada y mucho mas majadera que esta. Así te lo prometo y así lo cumplirá tu amante hermano y padrino.

—*José Francisco.*

CARTA CCXCVIII.

Escrita en Bolonia á 23 de abril de 1780, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mia: No sé cuál de los dos afectos que ha excitado en mi alma tu carta de 31 del pasado sea el mayor: si el vivo dolor por lo mucho que has padecido y estás padeciendo, ó la bien nacida envidia por la cristiana resignacion con que lo padeces. Hállome en circunstancias muy parecidas á las tuyas, por lo que toca á los molestos males que cada dia van arruinando mas y mas este ya cadente cuerpo. Mas ¡oh, y qué diferentes son las disposiciones del ánimo! Procuro (es así) no perder el mérito de la conformidad; pero temo con grande fundamento que en estos lánguidos esfuerzos tenga mas parte el amor propio, que la religion y el concepto de lo mucho que valen los trabajos á quien sabe aprovecharse de ellos. Ayúdame, hija mia, á pedir á Dios que no se pierda todo; y vamos á otra cosa.

Mucho me afligió la noticia de la gran prueba en que ha puesto el Señor á nuestro amigo; pero no me consuela ménos la edificante generosidad con que me dices corresponde á ella. Yo tambien estoy temiendo ser puesto en otra muy semejante, pues háll dias que se me va disminuyendo y turbando mucho la vista, sobre tantos otros ajes como me oprimen de piés á cabeza. Para quien no tiene en este mundo otra diversion que los libros y la pluma, la ceguedad del cuerpo es una muerte anticipada; mas si ayuda para abrir los ojos del alma, será una anticipada prenda que nos asegure la eterna y clara vista de Dios.

Tres dias há que en un lugarcillo distante dos leguas de esta ciudad sucedió el atroz caso siguiente. Llegó á él un pobre de muy mala traza pidiendo limosna. No habiendo sacado toda la que él deseaba, se arrojó furioso sobre un niño de dos años. Comenzó á comérle con voracidad, arrancándole del primer bocado lo mas sensible. Pasó despues á comérle un carrillo, y continuando en su carnicería, acudieron los labradores del lugar á los gritos de la criatura, que murió dentro de pocas horas. Costóles gran trabajo el arrancársela, y mayor el sujetarle á él mismo y amarrarlo á un árbol. Dieron cuenta á nuestro cardenal Legado, salió una cuadrilla de esbirros ó ministros de justicia á prender al bárbaro agresor, que queda asegurado en las cárceles de esta ciudad, sin que hasta ahora se sepa cosa cierta de su patria ni de su persona, porque á cada paso desdice todo lo que ha dicho. Ya va para un mes que los terremotos no nos han asustado. Estos mis condes te saludan, y yo ruego al Señor que te me guarde como ha menester tu amante hermano.—*José Francisco.*

CARTA CCXCIX.

Escrita en Bolonia á 8 de junio de 1780, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mia: Recibo tu estimadísima carta de 2 del pasado, acompañada con la *Gaceta de Madrid*, su fecha 23 del mismo, con que me regala siempre nuestro amantísimo sobrino. Segun estas dos fechas, tu carta se detuvo veinte y un dias en Madrid ó en Parma, porque si hubieran caminado juntas la *Gaceta* y ella, no pudiera la una ganar á la otra las enormes ventajas que la ganó en el camino. El que las recibe en Parma no es capaz de detenerlas ni un solo momento; porque, deseosísimo de servirte á tí y de complacerme á mí, é informado tambien de que ni á tí ni á mí nos ha quedado otro consuelo igual al de nuestra inocente conversacion, tampoco él tiene otro mayor que el de cooperar á que le logremos con toda la posible puntualidad y prudente frecuencia. Resta pues que dicha carta se hubiese quedado trasapelada en tu escritorio ó en el buró del que nos hace el singular favor de dirigirlas. Parecióme que debia advertirte esto para tu gobierno.

He celebrado mucho que hayas abandonado la casa húmeda, fria y sin ventilacion que habitabas, atribuyendo á ella, con sobrada razon, á lo ménos gran parte de lo que has padecido en el pasado invierno. Alegrarme infinito de que te trate mejor, como lo espero, la calle de Atocha, junto á Loreto, donde te has pasado. Si no tengo trastornada la memoria (como lo temo), parecíame que la calle de Atocha hace parte del cuartel del Oriente de Madrid, reputado por el mas sano, lo que si fuere así, no contribuirá poco á tu recobro. No me dices el número de la casa ni el cuarto que en ella habitas: lo que dicen es necesario saber para guia de los sobrescritos.

Al señor conde de Aranda solamente le escribí desde Calvi sobre los manuscritos que me habian embargado en España, suplicándole que si despues de examinados no se hallase en ellos cosa que ofendiese á la religion ni al Estado, se sirviese su excelencia disponer que aquellos inocentes hijos viniesen á hacer compañía á su pobre y desterrado padre. Respondióme aquel señor que eso ya no estaba en su mano, pero que estuviese sin cuidado, porque aquellos hijos estaban á cargo de quien haria que fuesen tratados como los trataria su mismo padre, sin permitir que ninguno se metiese con ellos. Esto fué en suma la respuesta.

Correspondo cordialísimamente á la memoria que hacen de mí los amigos Ramirez y Casaus. Deseo con las mayores ansias que el primero triunfe cuanto ántes, y no ceso de rogar á Dios por el recobro del segundo.

Dias há que está concluida la version de *Gil Blas*; pero ni mi cabeza ni mi pulso me han permitido emprender todavía el prólogo-dedicatoria. Los calores son excesivos, y con ellos se hace mayor cada dia mi debilidad y mi suma debilidad. Adios, hija mia, adios, y manda á este tu amante hermano, padrino y servidor.

—*José Francisco.*—Querida hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCC.

Escrita en Bolonia á 26 de junio de 1780, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mia: Dicesme en tu estimadísima carta de 2 del corriente, que mis cartas

alientan á tu pobre corazón, oprimido de una cruel melancolía. El mismo efecto producen las tuyas en el mío. Ellas y los molestos ajes con que Dios se ha servido regalar mi ancianidad, para perdonarme los errores de la juventud si acierto á llevarlos bien, son todo el consuelo que me ha quedado en esta miserable vida. Aquellas disipan por algunos momentos la melancolía que es inseparable de la vejez mas robusta: ¿qué será de la tan flaca y tan débil como la que á mí me ha tocado? Estas son claras señales de que Dios quiere afligirme en esta vida para perdonarme en la otra: ¿qué mayor consuelo para quien tanto le ha ofendido como yo? Así que, en vez de quejarme por padecer tanto, pido al Señor que me envíe mas y mas trabajos, con tal que me aumente la resignacion y la paciencia.

Aun no han llegado á Bolonia los dos colegiales Gil y Cueto, siendo así que por cartas de Turin se sabe llegó ya á aquella corte una señora que desde Madrid los acompañó hasta Barcelona. En el colegio no han tenido mas noticia que esta, y ya se está con cuidado. Luego que arriben los visitaré, manifestaré á Cueto tu agradecimiento y el mío por el caballeroso proceder de su hermano contigo; tratarélos á entrambos, y á su tiempo te diré lo que me parecieren. Mientras tanto, te rindo mil gracias por la limosna de las camisas con que me socorre tu piedad, la cual vendrá tan oportunamente, como que ya estaba precisado á emplear el poco dinero que me ha quedado en proveerme de ropa blanca, á vista de lo indecente que está la poca que me dejó el que me la robó en Crespelano.

Nada me importará que las cartas de Constantini se impriman ó no se impriman. Lo que deseo es recojas tú los manuscritos, como se lo tengo escrito al que los tiene. La obra es absolutamente buena, aunque no todas las cartas son iguales; porque eso no puede ser en materias tan distintas. Si ni la traduccion ni el original lograron ahí el mayor aprecio, será porque aquella sea floja y porque este dice muchas verdades que amargan á las damas de la moda, las cuales dan ahí el tono á todo género de gustos, siendo el siglo presente el siglo de las mujeres.

El antropófago que cometió el *niñicidio* y se engulló parte del cadáver, todavía se mantiene en estas cárceles sin habersele sentenciado, por algunos indicios que hay de que era loco furioso. Tres días há que una ciudadana moza, casada y de bastante crianza, mató de un pistoletazo á una criaduela suya de quince años de edad. Dúdase si fué casualidad ó furia mujeril, lo que será difícil averiguar, porque estaban solas ama y criada cuando sucedió el lance. De cualquiera manera, no la faltarán protectores á la agresora, como tres años há no faltaron á las mujeres de esta ciudad que en el breve espacio de un mes cometieron cinco homicidios, y no tuvieron otro castigo que el de destierro.

Tanto mi condesa como mi marquesa estiman mucho tu memoria y te corresponden con muy particular cariño. Lo mismo hago yo con nuestros hermanos y Ramirez.

Mucho celebro que logres el gusto de tener ahí á tu buena amiga y mi señora Doña Rosita Freyre, á quien te suplico renueves todo mi antiguo respeto. Adios, que te me guarde cuanto desea, ha menester á incesantemente le pide tu amante hermano y padrino.—José Fran-

cisco.—Mi amada hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCCI.

Escrita en Bolonia á 10 de julio de 1780, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mia: El día 30 del pasado llegaron felizmente á esta ciudad Don Felipe Gil Taboada y Don Lorenzo Fernandez Cueto, los cuales quedan ya corriendo las suaves caravanas que solo duran un mes y son indispensables para vestirse la bera de este colegio español. El primero me entregó luego las camisas con que me socorre tu piedad, y no pudieron llegar á mejor tiempo. El Señor premiará tu caridad, ya que me ha puesto en paraje de que yo no pueda corresponderla sino con la entrega de un corazón de que eres dueña absoluta muchos años há. Don Lorenzo sintió mucho no haberte visto al paso por esa corte, de que no tuvo la culpa él, sino el amigo que se ofreció á presentarle y enseñarle tu nueva casa; pero, habiéndole buscado para este fin en la suya por tres días consecutivos, nunca le pudo encontrar, y se vió precisado á partir de Madrid con este vivo dolor. En parte me alegro de que no le hayas conocido; porque es un jóven tan bello, tan compuesto y tan amable, que el conocerle para poco tiempo mas sería pesadumbre que consuelo. A entrambos he hecho una corta expresion en testimonio de lo agradecido que estoy á la buena correspondencia que han tenido contigo sus respectivas familias.

Don Domingo Campomanes, que esta noche misma parte de aquí y espera entraren Madrid del día 15 al 20 de agosto (lo que te servirá de aviso para enviarle recado á casa de su tío el Señor Fiscal, donde naturalmente parará, ó á lo ménos se sabrá dónde para), es un admirable mozo, lleno de honra, de espíritu y talentos. Su austeridad me es sumamente sensible; pero de buena gana sacrifico mi dolor, no solo á su conveniencia, sino principalmente á la del público, al que espero hará mucho bien en cualquiera carrera que siga, particularmente cuando los años le permitan pensar con mayor madurez y resolver á sangre fria. Te entregará de mi parte una reliquia que te renueve mi memoria mientras llega la dichosa hora en que nos veamos juntos en la corte celestial, para no separarnos por toda la eternidad. Así lo desea y lo espera tu amante hermano y padrino.—José Francisco.—Amada hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCCII.

Escrita en Bolonia á 12 de noviembre de 1780, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mia: Mil gracias al Señor por el tal cual recobro del maligno accidente que te amenazó, de que me avisas en tu muy estimada carta de 10 del pasado, escrita desde Ocaña. Yo lo pasé bien en mi campaña de la Tomba, que se concluyó á mediado del antecedente, sin que por ahora padezca mas que los molestos ajes con que me dejó el accidente que padecí dos años há, los cuales, con los que lleva de suyo el crecido número de mis años, naturalmente me acompañarán hasta la sepultura, que considero muy cercana.

Hoy mismo me escriben la gran noticia de que el rey de Suecia ha hecho saber al Papa que está resuelto á permitir en todos sus dominios el libre ejercicio de la religion católica apostólica romana, y suplica á su Santidad le

envie sacerdotes católicos cuando y como quisiere, para que prediquen y administren los sacramentos á todos los que la quisieren profesar. Gran noticia si es cierta, como apenas me lo deja dudar el conducto por donde viene.

Si vieres al chantre de Oviedo, dile que casi todos los días visito su antiguo cuarto, que ocupa el paisano Don Lorenzo Cueto, que es una perla y muy digno sucesor en su beca.

Tres días há que estoy sufriendo un gran dolor reumático que se me ha encajado en la espalda izquierda y me coge desde el hombro hasta la cintura. Por eso va esta carta tan mal escrita y tan peor dictada. Mi condesa y mi marquesa Tanary cordialísimamente te saludan.

A Dios, hija mía, que te me deje ver y te me guarde como ha menester tu amante hermano y padrino.—*José Francisco*.—Hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCCIII.

Escrita en Bolonia á 21 de enero de 1781, á su hermana.

Hija, hermana y señora mía: En tu carta de 12 de diciembre, que acabo de recibir, me dices la zozobra con que quedas por no haber tenido carta mía en cuatro meses, sin embargo de haberte asegurado así el sobrino de Parma como nuestro chantre de Oviedo de mi salud. A la penúltima tuya que llegó á mis manos, escrita desde Ocaña con fecha de 10 de octubre, respondí prontamente en 12 de noviembre, y después te escribí cuatro cartas, tres por mano del sobrino, en la primera de las cuales incluía una de Don Luis Corquecel para el Arceobispo; en la segunda, otra carta original que me escribió Don Luis Buendía para que se la comunicases á Madama Casaus y á su marido; y en la tercera te decía algo del estado actual de mi salud. Fuera de estas tres cartas, te escribí otra por mano de Don Luis de Urriola, colegial y rector de este colegio de españoles, nombrado oidor de la audiencia de Chile, patria suya, que pasaba á esa corte por sus títulos y despachos, entregándole los tomos últimos de la traducción de *Gil Blas de Santillana*, juntamente con el prólogo dedicatoria que debía estamparse en el primer tomo, para que los pusiese en tus manos y pasasen de ellas á las del amigo Casaus. Que no hubieses recibido esta carta el día 12 de diciembre, de cuya fecha es la tuya, no lo extraño; porque dicho Don Luis partió de aquí el día 20 ó 21 de noviembre, y no es maravilla que en tiempo tan destemplado no hubiese llegado á Madrid. Lo que me causa admiración es que no hayan llegado á tus manos las otras tres que fueron por las del sobrino. Yo no he estado ménos inquieto que tú, viendo tu gran silencio y halládoime sin contestación á tantas cartas.

Por lo que toca á mi salud, solo te puedo decir que consentí quedar ciego por una violenta y obstinada fluencia á los ojos, que me duró casi dos meses y de la que todavía hay grandes reliquias; que siento suma debilidad en las piernas; que rara vez puedo decir misa, aunque el oratorio está inmediato á mi cuarto; que en todo este riguroso invierno solo he salido de casa á oír misa en el colegio de España, que está casi pegado á ella, y dos ó tres veces al palacio de la marquesa Tanary en silla de manos, por la distancia y porque la flaqueza de

mis piernas no puede ya mas. La cabeza sumamente débil y los vahidos muy frecuentes.

Esta es mi actual constitución, durante la cual no me es posible aplicarme á cosa alguna. Si me recobro algo con el tiempo, dispondré la carta que debe preceder al *Arte de encomendarse á Dios*. Mientras tanto, no dejes de avisarme si llegaron á tus manos las citadas cartas.

No sé de qué Navarro me hablas: si de aquel antiguo magistral de Leon, debes tener entendido que tres años ántes que saliésemos de España cesó de escribirme, sin saber hasta ahora por qué. Los amigos de Bilbao ninguno es Navarro de apellido ni de origen. Es cierto que á uno de estos le hice años há una sucinta relación de ciertas fiestas de Bolonia, que se llaman los *adovos*, esto es, el adorno de las calles para las procesiones del Corpus. Da un estrechísimo abrazo en letra á todos los hermanos, asegurándoles del tierno amor que les profeso. Mil cariñosos recuerdos á todos los amigos y conocidos, implorando de nuevo las oraciones de mis monjitas de Vista-Alegre, dirigidas precisamente al único fin de que Dios me dé una buena muerte; y tú vive tanto como necesitas tu amante hermano y padrino.—*José Francisco*.

CARTA CCCIV.

Escrita en Bolonia á 15 de abril de 1781, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mía: Gracias á Dios, que me dejó ver letra tuya después de tres meses que no lograba este consuelo. Ya no esperaba lograrle en el poquísimo tiempo que me permiten de vida mis muchos años y multiplicados gravísimos ajes, después que supe por el sobrino la repetición de tu peligroso accidente, que le comunicó nuestro ejemplarísimo chantre. La parte superior se esforzaba cuanto podía á la conformidad, pero la inferior gemía mucho agobiada de su flaqueza. Mi opresión era excesiva; y considerándote muerta, ó á lo ménos moribunda, solo me consolaba la esperanza de que tardaría poco en seguirte, y la viva confianza en los méritos de Jesucristo de que nos juntáramos en el paraíso para no separarnos por toda la eternidad. Ni tus circunstancias ni las mías sufren que nos lisonjemos con la idea de otro consuelo.

Las cartas que se perdieron por la consabida inconfidencia, nada contenían que nos pudiese dar el más mínimo cuidado. Supongo que Madama Casaus habrá ya avisado á su tío de la pérdida de aquella que dirigió por mi mano.

Lo que me daba mayor cuidado eran los dos tomos de la *Historia de Gil Blas*, que confíé al Señor Urriola: los demás todos se dirigieron conforme se iban acabando, por mano del tío de Madama Casaus, según la instrucción que me habia dado el mismo Don Lorenzo. Este me avisó que habia recibido los dos primeros, y que los otros tres estaban seguros. Yo no sé por qué manos pasaron después aquellos y estos: solo sé que todos llegaron á Roma, como me avisó el señor abate Don Luis. Así que, le será fácil á Don Lorenzo recogerlos todos, los cuales se reducen á siete tomitos: dos que están en su poder, otros tres que pararán en el del sugeto á quien Don Luis los despachó para que los enviase á Madrid, y los dos que te entregó dicho Señor Urriola. Por tanto, yo evacué mi encargo y cumplí enteramente mi palabra. Si no se lograre mi trabajo, nada perderé el mundo y nada perderé yo, ántes bien habré ganado el servir á

un buen amigo y el divertir la ociosidad : dos ventajas que son muy estimables.

Todos mis manuscritos quedaron en mi cuarto, los cuales no sé en qué manos pararian ; pero en cualquiera que parasen , nada se encontraría en ellos que perjudicase á nadie, ni que á tí ni á mí nos deba ocasionar el mas mínimo sobresalto. Mi librería, segun me han dicho, fué aplicada por el Rey á la universidad de Santiago. Ella no era grande, pero escogida : la que bastaba para mi diversion, y la que habia menester para varias obrillas que pensaba trabajar. Lo poco que he podido hacer en mi destierro, entre una suma escasez de libros y tantas miserias como hemos padecido, todo está en mi poder.

Lo mejor que tiene mi retrato es el no parecerse nada á mí. Ni vivo ni pintado soy bueno para original : cualquiera copia mia será ménos imperfecta cuanto ménos se me parezca. Hasta ahora no he sabido, porque tampoco lo he preguntado, quién tuvo el mal gusto de apeteecer una figura que representa mal un prototipo peor.

Un pobre soldado de mi antiguo regimiento me acaba de suplicar dirija cuanto ántes á Madrid la carta que va para Talavera de la Reina, encargando solo que se eche sin dilacion en ese correo. Haz esta obra de caridad : no escasees tanto tus cartas á este tu pobre viejo, que el día 25 del corriente (si llega allá) entrará en los setenta y nueve años : aprende de él á darle conversacion larga, y vive cuanto desea y ha menester tu amante hermano y padrino. —*José Francisco.* —Hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCCV.

Escrita en Bolonia á 6 de mayo de 1781, á su hermana.

Hija, hermana y señora mia : ¡ Gran fineza ! Y aun estaba para exclamar ¡ gran milagro ! pues casi tengo por tal que me hayas dado el consuelo (nunca logrado hasta aquí) de haber recibido en quince dias dos cartas tuyas, una de 15 de marzo, á la que respondí en 15 de abril, y la que acaba de llegar, con fecha de 10 del mismo. No veo otro en esta vida que tanto me alegre y me conforte, ni hay cosa en ella que tanto me abata, me contriste, ni mas altere mi quebrantada, ó por mejor decir, mi ya podrida salud, como la falta ó dilacion de tus cartas, temiendo siempre lo peor, en vista de tu débil y estragada constitucion. Sábenlo bien las personas que me miran con particular inclinacion ; y así, siempre que me ven me preguntan si he tenido carta tuya, alegrándose tanto como yo cuando me oyen que he logrado este consuelo, y desconsolándose ellos mucho si llegan á entender que me ha faltado. No obstante, se turbó no poco mi gusto al leer en esta tu última carta, que la habias escrito en el día «en que te habian sangrado». Esta fué una indiscrecion del amor á expensas del buen juicio. Amo mas tu vida y tu salud que la mia propia. Sírvote esto de regla para no exponer la tuya si quieres conservar la mia. Esta no se halla peor de sus habituales incomodidades : para quien entró ya en los setenta y nueve años desde el día 25 del pasado, sería demasiada gulloría el desear mas.

Quince dias há que te remití dos cartas, una mia para tí, otra del autor del *Arte de orar*, para el Padre Mazzarrosa, y la introduccion que debe preceder al capítulo primero de la obra, en la impresion de dicho *Arte*. Estos tres

escritos se han de estampar con el órden que aquí van puestos, esto es, en primer lugar la carta dirigida á tí, en segundo la que se dirige á dicho jesuita Mazzarrosa, y en tercero la introduccion. Esto servirá de prólogo, y no es necesario mas. Me avisarás prontamente si recibiste el pliego en que iban dichos papeles.

El retrato mio que has visto, es el mismo que Don Miguel Lorenzana hizo sacar aquí por encargo de no sé quién. Los pocos que le vieron en Bolonia convinieron todos que me era muy parecido. Si nuestro amabilísimo y amadísimo chantre no es del mismo sentir, será porque me habrán desfigurado los graves y continuos males que he padecido desde que él se fué ; y por consiguiente, aunque no se parezca al original como el chantre le dejó, puede ser muy semejante á él en el estado presente.

Salúdale cordialísimamente de mi parte, y dile que Don Lorencito Cueto es dignísimo sucesor suyo en su cuarto y en sus máximas. Este juiciosísimo asturianillo es sumamente aplicado y le amo de corazon. Escribo casi á tientas. Manda como puedes á tu amante hermano y padrino. —*Jose Francisco.* —Mi señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCCVI.

Escrita en Bolonia á 25 de mayo de 1781, á su hermana.

Hija, hermana y señora mia : Acabo de recibir tu carta de 20 del pasado. Dios sabe cuánto me consoló, y el alivio que experimento en todos mis molestos y habituales ajes siempre que la providencia del Señor y tu fraternal amor me proporcionan este indecible consuelo. Si talvez me he quejado con alguna amargura de que me le hagas desear tanto, no es, cierto, porque dude de tu fineza, sino porque un amor vehemente es poco sufrido : sus quejas, cuanto mas injustas, son mas estimables, no por lo que suenan, sino por lo que significan. Perdóname y ámame, bien persuadida á que no pocas veces las que parecen ofensas del oído, son lisonjas del corazon. Las personas que aquí me favorecen, y me tratan con alguna confianza, saben ya que mis incomodidades se aumentan ó se disminuyen segun la mayor ó menor frecuencia de tus cartas, tanto, que me tienen prevenido las avise prontamente siempre que las recibo. Basta esto para que infieras cuánto las deseo, cuánto las aprecio y el mucho bien que me hacen.

Segun la instruccion de Casaus, los cuatro primeros tomos de la obra consabida fuéron por mano de su tío el ex-jesuita que está en Roma, y este los entregaria al tesoro del giro, á quien no conozco. El mismo Don Lorenzo me avisó que habia recibido los dos primeros, y que los otros tres estaban seguros en manos del tesoro. No sé si este reside en Roma ó en Jénova ; pero resida donde residiere siempre se le ofrecerán á él mas ocasiones que á mí, de remitirlos á España, por lo que juzgo estarán mejor en sus manos que en las mías. Correspondo finalmente á las muy estimadas expresiones de esa amabilísima familia, como á las de nuestro muy amado chantre.

Mucho tiempo há que oí pretendian los judíos establecerse en España, como lo están en otros reinos católicos, para su comercio, y que ofrecian muchos millones á la Corona por esta facultad. Puede ser que sea este el fin de ese poderoso comerciante de París, hebreo de

religion, que se ha presentado allí y bautizado en Sigüenza. Al Rey y á sus ministros toca considerar bien este punto, como á los tribunales y cabezas de la religion hacer las representaciones convenientes para que esta no peligre ni padezca. A los demas solo nos toca obedecer, callar y recurrir á Dios, que te guarde como desea y ha menester tu amante hermano y padrino. — *José Francisco.* — Hermana y mi señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCCVII.

Escrita en Bolonia á 24 de junio de 1781, á su hermana.

Hija, hermana y señora mia : Gran milagro, ó por mejor decir, gran consuelo, me ha preparado Dios cuando estaba bien necesitado de él, en dos cartas tuyas, una de 18 y otra de 28 de mayo, que recibí á un mismo tiempo. En la primera me dices el gran desconsuelo que experimentas cuando te faltan las mias, nada inferior al que padezco yo cuando se me retardan las tuyas; «pero con la diferencia de que yo encuentro voces para explicar con energía mi dolor, y tú no las hallas correspondientes para explicar los sentimientos de tu amante corazón.» No, querida mia : no te hagas á tí tanta injusticia, ni á mí tan demasiada merced. Ni tú ni yo, ni persona alguna que ame de véras, sabe traducir bien lo que el corazón quiere decir. Su lenguaje original es absolutamente intraducible, y en todas materias es menester entender mucho mas de lo que dice, aunque no se halle modo de expresar lo que se entiende. Ya que la nativa cortedad de tu vista y la accidental debilidad de la mia (que cada dia se va haciendo mayor) no nos permita conversar por escrito todas las semanas, puesto que la divina Providencia nos ha proporcionado medio tan seguro para hacerlo sin queja de la economía, hablemos á lo ménos cada quince dias, pues de esa manera tendríamos ménos que hablar, no daríamos tanto que hacer á nuestros pobres ojos, y ademas de eso, cambiaremos con mayor frecuencia nuestra fe de vida.

Repetiré segunda carta al señor abate Buendía, acordándole la pérdida de la última que fué por mi mano, y suplicándole repita su contenido para consuelo de esos dos pobres señores, cuyos trabajos me duelen tanto como los míos. No sé lo que hará, porque nunca le he visto; mas por sus cartas conozco que su virtud habrá tenido poco que hacer en acostumbrar su genio á la abstraccion y al retiro. Siempre que veas á sus sobrinos, no te olvides de renovarles la memoria de mi amistad verdadera.

Cuando escribas á mi señora Doña Josefa Gayoso, remuévala todos mis antiguos respetos á toda su casa, sin miedo de exceder en las expresiones, por grandes que sean; y suplicala que á mi nombre se sirva ejecutar lo mismo con todas las señoras que vivieren de la casa de Cotes, y muy particularmente á mi señora Doña Ines, viuda de Don Antonio del Sello.

Se menudean los terremotos en el estado eclesiástico. Uno asoló casi enteramente la pequeña ciudad de Calli, con muerte de mas de ochocientas personas. Arruináronse todas las iglesias y casi todas las casas, quedando inhabitables las pocas que no cayeron. Se arruinan á dos mil las personas que murieron en aquellas cercanías.

Leí á las sorinas de Santa María Egipcíaca el capítulo

de la tuya que habla con ellas. No es ponderable cuánto le agradecieron, y ménos lo mucho que me encargaron te dijese de su parte. Es una comunidad de ángeles, y te he asegurado una diaria comemoracion en todas sus oraciones. Así la marquesa Tanary como mis condes y condesa me han encargado que nunca te escriba sin hacer memoria de ellos. Hasta aquí la respuesta á la de 18 : ahora voy á contestar á la de 28.

Encomendaré á Dios al buen Don José Ozores; y para que conozcas el infeliz estado en que se halla mi pobre cabeza, te confieso que no me he podido acordar de quién sea este tal Don José, ni dónde está el Rial, donde murió. Gracias á Dios que mi corazón no es como mi memoria; porque á serlo, sería el hombre mas desgraciado del mundo.

Leí á Cueto lo que le tocaba á él, y lo estimó mucho. Está dedicado á la lengua griega como nuestro incomparable chantre, cuyo cuarto ocupa, y yo tengo el consuelo de frecuentarlo dos ó tres veces cada semana con ocasion de la misa que voy á oír al colegio cuando mis achaques no me la permiten decir en el eratorio de casa. Di á nuestro chantre, de mi parte, que en mi sentir se debe sacrificar la conveniencia propia y el genial espíritu de retiro, al mayor bien del público; y con esto quedan contestadas tus dos cartas por tu amante hermano y padrino. — *José Francisco.* — Mi hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCCVIII.

Escrita en Bolonia á 8 de julio de 1781, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mia : Cumpro lo prometido y doy principio á nuestra mas frecuente correspondencia de quince en quince dias. Prosigue sin novedad el universal quebranto de mi inútil salud, hallándome poco ménos que sin ojos para ver, sin piés para caminar, sin manos para usar de ellas, y sin cabeza para discurrir. Mis condes están ya pensando en salir á su campaña; mas no á la Tomba, que dista solas diez millas, sino á la Masa Lombarda, distante treinta millas, esto es, diez leguas, de esta ciudad. Dudo mucho que yo pueda acompañarlos; porque es demasiado viaje para un hombre tan estropeado como yo, particularmente en los excesivos calores que nos abrasan, nada inferiores á los del año de 26, tan fatal para la Italia. Nuestra marquesa prosigue con toda felicidad en el reducido casino extramuros de Bolonia, donde se previene con una lijera cura contra las incomodidades que padece, de las cuales se siente muy aliviada. Así esta dama como mis condes y nuestras angelicales sorinas de Santa María Egipcíaca te saludan cordialísimamente.

Cada dia me gusta mas nuestro colegialillo Cueto, cuyo porte no puede ser mas grato ni mas juicioso. Me encarga que haga comemoracion de su respeto siempre que te escriba.

La pequeña ciudad de Calli, en la legacion de Urbino, enteramente se arruinó con un furioso terremoto al amanecer el dia 5 de junio. Hundióse la catedral con muerte de un canónigo que decia la misa, y mas de sesenta personas que la estaban oyendo. No quedó casa habitable en ella, y en sus cercanías se arruinaron enteramente veinte y tantas parroquias, cinco ó seis conventos de monjas y de frailes, con muerte de cuatro de las primeras.

El mismo terremoto hizo en Faenza grandes estragos en las casas y en casi todos los edificios públicos; pero pocos, y aun casi ningunos, en las personas, aunque á costa de grandes prodigios, atribuidos á la proteccion de Nuestra Señora de las Gracias, patrona de aquella distinguida ciudad. Encontróse bajo las ruinas de una casa una cuna hecha pedazos; y el niño de pocos meses que estaba en ella, sin la mas mínima lesion y durmiendo con la mayor tranquilidad. Dormía un sacerdote en un cuarto, y en una cama arrimada á la pared que caía hácia la calle: el primer vaiven del terremoto arrojó la cama á la pared opuesta, derribó despues la que caía á la calle, hundiéndose todo lo restante del cuarto ménos aquel preciso sitio que ocupaba la cama, y el buen sacerdote se libró de aquel peligro solo con el susto. Dormía una mujer en un cuarto con una hija suya, desplomóse la mitad del pavimento, y con él la madre y la hija cayeron en la bodega ó en la cantina: despertó espavorida la otra hija que estaba durmiendo en la parte que no se habia desplomado, y sin tener noticia de esto corrió sobresaltada adonde creía estar su madre; precipitóse en la cantina sobre esta y sobre su hermana, desplomándose sobre todas lo que restaba del cuarto, pero todas tres quedaron sin el mas leve rasguño. Dormían en una misma cama dos pobres labradores algo separados por causa del calor: desprendióse una gran viga, la cual se encajó á la larga y de plano entre los dos sin el menor daño de ninguno, ni mas ni ménos como si de propósito la hubieran ajustado. Todo esto y mucho mas consta de la relacion estampada con autoridad del Señor Obispo, que he leído, en la cual se dice quedarse autenticando estos prodigios por el tribunal eclesiástico. Así castiga Dios á los hombres en esta vida, templando las amenazas de su justicia con las piedad de su misericordia; pero en la otra no hay lugar á estas; porque, segun lo que nos intima David, es *juditium sine misericordia* lo que nos espera en ella. Memorias á toda la familia, y manda como puedes á tu amantísimo hermano y servidor.—José Francisco.—Mi hermana y señora Doña Maria Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCCIX.

Escrita en Bolonia á 22 de julio de 1781, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mía: La semana pasada recibí una carta tuya con fecha de 23 de junio, y en la presente otra en data de 11 del mismo mes. Si no hubo equivocacion en las fechas, como consta por el contexto que no la hubo, consistiría en algun descuido, ya en Madrid ó ya en Parma; pero sea lo que fuere, importa poco, y he logrado el indecible consuelo de disfrutar tu amable conversacion por dos semanas seguidas, lo que no he conseguido en muchos años. A este precio ruego á Dios que se menudeen semejantes descuidos ó equivocaciones.

Tu maltratada salud en los años mas robustos me tiene en continuo cuidado. La mía tan desbaratada, pero en una edad caduca, ántes debe admirarse que sentirse. Ella es una muerte prolíja; mas si se sabe aprovechar, se satisface y al mismo tiempo se merece con ella. Ruégote pidas á Dios me dé gracia para no malograr lo que me puede hacer tanto bien en la otra vida.

Santiguate ahora. Acabo de recibir la carta adjunta, que me devolverás, á cuyo pié va la respuesta, y creo no te desagradará. No puedo persuadirme á que me haya escrito las cinco cartas que cita, ni ménos una; pero necesitaba de esta mentira para introducirse á mi correspondencia, que no conseguirá mientras no mude de tono en su conducta. Llama á muy mala puerta para lograr el apoyo que pretende. Conocílo ántes que ninguno, y si no me engañó la primera vez, ménos me engañará la segunda.

No me acuerdo verdaderamente de ese mi discípulo ó mi conocido antiguo. La falta de memoria no es falta de voluntad: esta es potencia libre; aquella, necesaria: por eso sus defectos son flaquezas, pero no son delitos: esto no quita que le haya tenido muy presente en el sacrificio de hoy.

Prosiguen los terremotos en las ciudades de estas cercanías. Las desgracias de la gente han sido pocas, pero Faenza y Forlì han quedado medio arruinadas y despobladas en gran parte de sus habitadores, porque apenas hay casa que no amenace ruina. En Bolonia se han sentido algunos estremecimientos; pero gracias al Señor y á su Santísima Madre, á quien los boloñeses profesan muy particular devocion, en tres años de este casi continuo azote, no se ha experimentado la menor desgracia.

Yo estoy ya pared en medio de los ochenta años, bien atestado de molestísimos ajes, con ojos que no ven, con piernas que no andan, con manos que de poco ó nada me sirven, y con un ahogo de pecho, que al mas leve movimiento me falta la respiracion: pero estoy muy lejos de pedir á Dios que me alivie; solamente le pido que me asista, para que sepa aprovecharme bien de estos preciosos trabajillos.

Mi condesa, mis condes, nuestra marquesa y las *sororinas* egipcíacas han apreciado mucho tu memoria, y la corresponden con la mayor lineza. Haz lo mismo de mi parte con nuestro amabilísimo chantre, y manda lo que gustares á este tu amante hermano y padrino.—José Francisco.—Mi hermana y mi señora Doña Maria Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCCX.

Escrita en Bolonia á 29 de julio de 1781, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mía: No te puedo ponderar el consuelo que recibí con tu estimadísima carta de 30 del pasado, en medio de haberla escrito cuando te hallabas dos veces sangrada por el violento dolor de corazon que habias padecido. El único, único, consuelo que me ha quedado en la miserable vida que ya arrastra mi vejez, es el rato de tu amabilísima conversacion: cuanto mas frecuente sea esta, mas tolerables se me harán los muchos ajes que me atropellan y me tienen abatido hasta el último extremo. Pero, como estimo sin comparacion mucho mas tu preciosa vida que la mía, siempre inútilísima, pero hoy sumamente gravosa á los que tienen la caridad de tolerarla, no quisiera que este consuelo fuese á costa de la mas mínima incomodidad tuya. Por tanto, yo no depare de molestarte, á lo ménos cada quince días, mientras el Señor me degare la poca y turbada vista con que al presente me hallo, por lograr siquiera este rato de gusto y de honesto desahogo, para ti, hija mía, cuando no puedas hacer otra

cosa sin alguna incomodidad, escribeme un solo renglon que sirva de fe de vida, y esto bastará para mi mayor aliento.

Mi condesa, la Marquesa y las egipcias te saludan afectuosísimamente. Prosiguen los violentos terremotos en estas cercanías. La ciudad de Faenza, que dista diez leguas de aquí, sufrió trece golpes ó fuertes conmociones en ménos de veinte y cuatro horas. Los mas de sus vecinos duermen en las plazas, en los jardines y en los campos. Muchos de ellos han levantado la casa y se han ido á vivir á otros países. Se dice que se hundió la catedral de Cesena, patria del Papa reinante, y que la mayor parte de las casas quedaron muy resentidas. Esta ciudad dista veinte leguas de Bolonia, donde el día 17 del corriente, á las diez de la mañana, se sintió un ligero movimiento. Es general la consternacion, y si fuera igual la enmienda, es natural que el Señor levantara la mano de este azote. Ahora se dice que la catedral arruinada con el último terremoto no fué la de Cesena, sino la de Faenza. Su Majestad te me guarde como le pide y ha menester tu amante hermano y padrino. — *José Francisco.*

CARTA CCCXI.

Escrita en Bolonia á 19 de agosto de 1781, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mía : Como por tres semanas seguidas me hiciste probar el imponderable gusto de tu conversacion en tres no interrumpidas cartas, acostumbrado ya á este pasto, y persuadido á que á lo ménos de quince en quince dias no me faltaria, experimento con dolor que estos se han pasado sin que el sobrino ni yo hayamos tenido noticia alguna tuya ; y como me decias en la última que así tú como toda tu corta familia quedabais en manos de los médicos y en poder de asistentes forasteros, aumenta esta circunstancia mi cuidado, no hallando otro consuelo para él, que la consideracion de que si hubiera particular novedad, no dejara nuestro chantre ó algun otro buen amigo de avisársela al sobrino, quien me asegura no haber sabido de tí desde las últimas mencionadas cartas que recibimos entrambos.

Prosiguen sin novedad mis molestísimos ajes, los que, siendo efectos naturales de una edad tan avanzada como la mía, no puedo prometerme que se alivien, sino que cada dia se aumenten ; y así solo deseo no malograrlos para que me sirvan de satisfaccion y de mérito. Esto es lo único que pido al Señor, y espero que á lo mismo me ayudarás tú con tus oraciones, dirigiéndolas precisamente á este importantísimo fin.

Aquí estamos sufriendo intensísimos calores, cuales jamas se han experimentado en Italia ; y como en la Rumania continúan los terremotos, aunque ménos fuertes que al principio, es general la consternacion y no ménos universal el recurso á la proteccion del cielo ; pero en las costumbres se observa poca enmienda. Manda lo que gustares á tu amante hermano y padrino. — *José Francisco.*

CARTA CCCXII.

Escrita en Bolonia á 25 de agosto de 1781, á su hermana.

Hija, hermana y señora mía : Desde que salí de España no he tenido consuelo igual al de estas tres semanas. En cada una he recibido carta tuya ; y aunque en

todas ellas me dices lo maltratada que está tu salud, añadiendo en la última, con fecha de 9 del pasado, que estaba enferma toda tu corta familia, pero el paje, de mucho peligro ; todo el desconsuelo que me habia de causar esta noticia, me la desvanece tu cristiana conformidad. «A los que son escogidos labra Dios con los trabajos,» dice el Espíritu Santo. Segun este oráculo, grandes señales tenemos tú y yo de que el Señor, por su infinita misericordia, nos tiene predestinados. Basta saber aprovecharnos de los trabajos con que nos regala, para vivir con esta dulce y alegrísima confianza. Los míos van adelante ; pero yo estoy tan léjos de pedir á Dios que me los alivie, que solo le suplico me los aumente, como al mismo tiempo me aumente las fuerzas y paciencia para llevarlos, en union de los que padeció por mí su Santísimo Hijo, y en satisfaccion de mis pecados. Lo mismo misinísimo le pido para tí todos los instantes.

Te equivocas mucho en el concepto de que á pesar de mis años mis sentidos y potencias se conservan robustas y despejadas. De los cinco sentidos apénas me han quedado mas que los órganos, y de las tres potencias solamente se ha mantenido en casa la buena voluntad. No sé que en Rimini haya muerto ninguno de los dos ó tres jesuitas de la que fué provincia de Castilla, que hay en aquella ciudad. En ella solo se mantiene una gran parte de la que fué provincia de Andalucía. Años há que murió allí un andaluz de vida muy ejemplar, la que dicen se dió á la estampa ; pero ni yo la he visto, ni aun siquiera sé el nombre de aquel sugeto, ni de sus milagros he oido mas de lo que tú me dices. Lo cierto es que de todas las antiguas provincias españolas y americanas han muerto hombres muy ejemplares.

Mi marquesa se restituyó tres dias há de su primera campaña suburbana : si hiciere la segunda en su palacio de la Cavalina, distante una corta legua de esta ciudad, naturalmente la haré compañía, la que no podria hacer á mis condes si fueran, como lo pensaron, á pasar la suya en su palacio de Masa-Lombarda, treinta millas, es decir, diez leguas distante de aquí : viaje muy largo para mi suma debilidad y actual constitucion ; pero ya no piensan en eso, por no irse á meter en los terremotos, que tienen tan asombrado y tan asolado aquel pobre país. El jnéves de la semana pasada, dia de Santa Ana, se sintieron siete temblores en Faenza, y seis en la noche del domingo al lúnes siguiente, uno de ellos bastantemente violento. Así esta ciudad como la de Forlí están casi despobladas, y la última se teme que quede inhabitable. Dios nos mire con piedad y te guarde como le pide y ha menester tu amante hermano y padrino. — *José Francisco.* — Mi hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCCXIII.

Escrita en Bolonia á 9 de setiembre de 1781, á su hermana.

Hija, hermana y señora mía : Tu estimada carta de 5 de agosto fué recibida el día 26 del mismo mes en la Cavalina, palacio de campaña de la casa Tanary, donde pasé trece dias en compañía de nuestra marquesa, de una hija suya, digna de tal madre, de otros dos españoles amigos míos, de un canónigo italiano gran literato, entre los muchos que se cuentan en esta pobladísima y cultísima ciudad, y del resto de la familia, que entre

todos pasábamos de veinte personas. Ganó bastante mi salud en esta corta campaña, que pude hacer por estar inmediata á la ciudad, como que solo dista de ella una escasa legua; mas no podré acompañar á mis condes en la Tomba, adonde irán la semana que viene; porque, sobre distar doce millas, no hay las comodidades que en la Cavalina para que por mi debilidad pueda hacer un poco de ejercicio. A esto se añade que debo sangrarme luego á prevención por orden de mi médico, y este es de parecer que en mi grande edad y presente constitucion no debo exponerme á semejante viaje.

No he vuelto á escribir á N. por lo mucho que cuesta este ejercicio á mi falta de fuerzas y de vista, pues tardo ahora en un solo renglon lo que ántes me bastaba para una mediana carta. Si escribieses á mi señora Doña Josefa Gayoso, asegúrala lo mucho que he celebrado el premio de su ejemplar resignacion en la muerte de los dos primeros hijos, con el nacimiento del tercero. Mucho van á ganar los que en todo y por todo se dejan en las manos del Señor.

Quedo sumamente agradecido á la visita que te ha hecho Don J. N., y la memoria con que favorece á este trasto viejo é inútil de la naturaleza y de la sociedad. Cuando le vuelvas á ver, asegúrale de mi reconocimiento, ya que no puedo ofrecerle mas.

Me alegro de que hubiese llegado á tus manos la carta del Abate para su sobrino, y me alegraré mucho mas si produce el efecto que desea tu recomendado. Dicho señor abate vive muy distante de mí, y aunque le falta bastante para llegar á mis años, no le faltan sus ajes, por los cuales y por los míos nos vemos pocas veces. Ayer encontré á uno de su casa, por medio del cual le di mil gracias á nombre tuyo y mio.

No te hagas á ti misma tan poca merced. La conexion que tienes conmigo puede ser que haya excitado en algunos el deseo de conocerte, y que con este pretexto lo hayan solicitado; pero la estimacion que se siguió á tu trato siempre fué y siempre será hija únicamente de tu mérito, del cual á solo Dios debes estar agradecida, correspondiéndole de manera que seas mas celebrada por tus costumbres que por tus talentos. Así lo espero y así se lo suplico.

Nunca tuve la fortuna de tratar ni aun de conocer á ninguna de las señoras salesas, sino por el espíritu de su nobilísimo y utilísimo instituto, heredado de una madre y de un padre que ambos fueron originales en su sexo y en la Iglesia, donde han hecho tanto bien con su verdadera dulzura, discrecion y urbanidad evangélica, como daño los que aparentan un hipócrita rigor, una postiza suavidad de palabras y de gestos, acompañados de una diabólica corrupcion de costumbres, disfrazadas con la máscara de máximas austeras.

A nuestro amado chantre mil recuerdos, y tú recibe otros tantos respetos de nuestro serísimo Cueto, todo juicio, toda aplicacion, todo cristianidad y todo honor. Mis condes, mi marquesa y mis sorores se acuerdan de tí como de mí, ó por mejor decir, me favorecen tanto á mí porque soy tu amante hermano y padrino. — *José Francisco*. — Mi hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCCXIV.

Escrita en Bolonia á 16 de setiembre de 1781, á su hermana.

Hija, hermana y señora mia: Es indecible el consuelo que me ocasionó tu carta de 12 de agosto, recibida en 11 del corriente. Cogióme bastante aliviado en mis habituales ajes, gracias á la breve campaña de la Cavalina y á una oportuna sangría que me hice dar con acuerdo del médico dos dias despues que me restituí á esta ciudad, donde me he quedado por dueño de este palacio mientras mis condes hacen su acostumbrada *villagiatu*ra de la Tomba, á la cual no les he acompañado, por la distancia y porque no hay la comodidad para pasar en todas horas á la sombra como en la Cavalina. Sin salir de mi cuarto, que se compone de siete cámaras en fila, puedo hacer el ejercicio que sufre por ahora mi suma debilidad, sentándome cuando quiero, y no exponiéndome á la impresion que me hacen todos los temporales.

Hemos padecido excesivos calores por espacio de tres meses. Ha comenzado á refrescar el tiempo, y se teme mucho que se pase de un extremo al otro en gran perjuicio de la salud y de la vida. Por estas razones me he contentado con la primera campaña, y no he querido arriesgarme á las incomodidades que trae consigo el campo, la alteracion de las horas, la bulla y la hueua compañía.

Todavía no se ha aquietado el territorio de Faenza ni el de gran parte de la Romanía. Prosiguen frecuentes los terremotos, pero ménos fuertes y mas perniciosos á los edificios que á las personas. En Roma se siente un cierto olor de azufre que da mucho que temer, y tiene muy sobresaltados á los filósofos del tiempo, de que hay abundante cosecha en aquella capital de la religion.

Dices egregiamente. Es de fe que la verdadera fe ha de durar hasta el fin de los siglos; pero no lo es en qué nacion ha de permanecer; y como la hemos visto mudar tantos sitios, y transferirse de gente en gente y de nacion en nacion en los diez y ocho siglos que han pasado despues de su establecimiento, todos debemos vivir muy sobresaltados y pedir al Señor constantemente que nos mantenga donde no se pierda jamas.

No hay otro remedio que el de la buena quina para cortar las calenturillas periódicas. Confio en Dios y en ella, que ya te habrán librado de huéspedes tan molestos.

Mis condes, nuestra marquesa y nuestras sorores, con la añadidura del incomorable Cueto, te corresponden finisimamente. Lo mismo hago yo con nuestro querido y venerado chantre. Manda y vive cuanto desea tu amante hermano y padrino. — *José Francisco*. — Hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCCXV.

Escrita en Bolonia á 7 de octubre de 1781, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mia: No te puedo ponderar el gusto con que recibí juntas tus dos cartas de 28 de agosto y 9 de setiembre. Este es el único consuelo que me ha quedado en esta miserable vida, ó á lo ménos el que aprecio infinitamente mas que todos cuantos ella me puede proporcionar. Supuesta esta verdad, mira si tendrás valor para negármele siempre que lo puedas hacer sin perjuicio de tu preciosa salud, que estimo mas

que la mia. Mis ajes habituales no son pocos ni poco molestos, baldado todo el lado izquierdo, casi enteramente perdida la vista de él, continuas convulsiones, poco ménos que universal temblor de todos los miembros, tanta debilidad en las piernas, que no puedo estar en pié ni decir misa sino raras veces, y siempre con grande trabajo; á cuatro pasos que dé, luego me canso, me falta la respiracion y casi me ahogo. Por eso no me permiten estos señores que salga de casa sino en silla de manos cuando me ocurre cosa precisa en alguna mediana distancia; ni aun dentro de la casa misma quieren que salga de mi cuarto sin un criado al lado. Ahora están en su campaña de la Tomba, á la cual no los pude acompañar, porque aunque solo dista de aquí doce millas, que hacen cuatro leguas, temieron que me perjudicase mucho el movimiento de la carroza, y no quisieron exponerme. Esta es mi presente constitucion, y aunque tan gravosa, estoy muy contento con ella, tanto que léjos de pedir á Dios que me la alivie, solo le suplico que me dé paciencia para sufrirla, conociendo que tengo mucho que satisfacer, y que si no lo hago en esta vida con mérito, lo habré de hacer en la otra, satisfaciendo sin merecer, aun cuando libre mejor. Veo con grandísimo gusto mio que del mismo sentimiento eres tú en los males que padeces. Dios nos conserve en él, como incesantemente se lo suplico, y que se extienda esta gracia, no solo á los males físicos, sino á cualesquiera otras aflicciones con que el Señor nos quiera purificar y experimentar.

Don Luis de Buendía há dos meses que padeció un accidente apoplético, de que salió con felicidad; pero quedó tan pobre, que me consta pidió limosna á otro hermano suyo, el cual se hallaba á la sazón con doce pesos, y le envió seis, quedándose él con otros tantos, pero muy conolido por no poder hacer mas. Si yo pudiera remediarlo, sabe Dios con el gustazo con que lo haria.

Estoy tan léjos de querer llevarte ventajas en todo, como de concederte que yo te las lleve en el entendimiento ni que tú me las hagas en el amor. Démonos ambos por buenos; pero bajo el supuesto de que yo te envidio muchas cosas, y en mí ninguna hay que no sea digna de compasion.

Hago el mayor aprecio de la memoria con que me favorece mi señora Doña Manuela Gayoso, mujer de mi amigo Urbina. Te suplico la asegures de mi sumo reconocimiento, como tambien de la continua memoria que hago en todos mis sacrificios, de nuestro amado cononel.

No estimo ménos el recuerdo que hace de mí nuestra tenienta Antolina, á quien finamente corresponde, doliéndome mucho de la muerte de su suegro y mi anti-

guo condiseípulo Don José Robleda, que tiene y tendrá mucha parte en todos mis sacrificios.

Si te hiciere una visita Don Vicente de Soto y Valcarce, natural de Villafrañca, provisor que fué del obispado de Guadix, recíbele con la estimacion y agrado que se merece por sí mismo y por ser hermano de otro hermano mio de mi misma provincia, mozo de prendas muy singulares y que en el dia es toda mi confianza. Espero que tendrás tú tanto gusto en conocerle y tratarle, como yo tengo en la comunicacion con su hermano.

Dirás (como si lo oyera), ¿cuándo se acaba esta eternísima y pesadísima carta? Ten paciencia, que ya se acabó: solo falta el protestarme, ratificarme y confirmarme tu amante hermano, por toda la conjugacion del verbo *amo, amas, amavi, amatum*. — José Francisco. — Hermana y señora Doña María Francisca de Isla y Losada.

CARTA CCCXVI.

Escrita en Bolonia á 21 de octubre de 1781, á su hermana.

Amada hija, hermana y señora mia: Tu carta de 16 de setiembre me coge lleno de flatos, de vómitos, de continuas convulsiones y de una molesta disenteria; pero, gracias á Dios, sin calentura. En dos dias no ha entrado en mi cuerpo mas que una jicara de chocolate; pero han salido de él algunas azumbres de humor. Experimento algun alivio; pero no tanto que pueda gobernar la pluma por mí mismo. En mis años esto es poca cosa, y desear mas sería pedir gullorías.

Hasta ahora no he pedido á Dios que á tí ni á mí nos dé la salud del cuerpo, sino mucha paciencia para merecer con los desórdenes de la máquina. Considera ahora si vamos acordes en nuestras oraciones.

Mucho celebro que una carta de Lisboa te hiciese conocer el verdadero sentido del justísimo decreto de la reina Fidelísima. Por otra mia, que habrás recibido despues, conocerás que yo tambien penetré el sentido verdadero de aquel real decreto.

Pregúntasme qué parte tuve en el libro de *La juventud triunfante*. Respóndote que casi la mitad de él. Desde que comienza la segunda parte de las fiestas que hicieron los jóvenes teólogos á los dos santicos, y comienza el párrafo de esta manera: «Este dia (segun el burrillo mitológico, y agradezca el diminutivo á la decencia),» hasta el fin del libro, toda la prosa es mia, como tambien el diálogo ó acto de San Luis Gonzaga; y con esto está satisfecha tu pregunta.

A los hermanos y á toda la casa de Casaus dirás de mi parte todo cuanto de bueno te venga á la boca. No puedo mas, querida mia; y así, á Dios, que te guarde cuanto desea y ha menester tu amante hermano. — José Francisco.

SEGUNDA PARTE.

CARTAS ESCRITAS POR EL PADRE ISLA Á VARIOS SUJETOS.

CARTA PRIMERA.

Escrita en Pamplona á 9 de junio de 1744.

Amigo mío y señor: No se dude que he tenido grandísimo gusto con la cartica de usted de 26 del que va pudre; y no me ha dado ménos rabia la pérdida de las otras dos que usted encomendó á la mala de Francia, que, siendo mala y francesa, no podía ménos de hacerme esta traición. Aun de las buenas de Francia es razon nos fíemos con cautela; ¿qué será de las malas y perversas? Cien veces hubiera reconvenido yo á la pereza de usted, si tuviera alguna esperanza de hacer fruto; pero, como sé por experiencia que no es lo mismo predicar en la corte de Navarra, que á los cortesanos de Aranjuez, y mas á los de *petit collet*, no quise exponer á algun desaire mi talentazo de misionero. Así es que, sin saber cómo ni cuándo, me vi metido de patitas en el ejercicio de predicador apostólico, habiéndosele antojado á este ilustrísimo que podía Dios renovar en Navarra el milagro de la jumenta, que hizo en Palestina, sin otra diferencia que la del sexo dentro de la misma especie. Con efecto, correspondió Dios al buen celo del prelado, haciendo por nuestro medio lo que pudiera hacer por los Calatayudes, por los Ontarís, y aun por los Señerys, para que se vea que *manus Domini non est abbreviata*, y que cuando su Magestad quiere hacer las cosas por sí solo, á nadie ha menester para nada. Persuádime (y no fui solo en esta persuasión) á que el Señor se habia valido de este medio para convertirme á mí ántes que á otros, poniéndome en precision de ser serio en la misma patria nativa de la gaita y del tamboril. Las resultas de una mision, en que pasaron de cuatro mil las confesiones generales que hice yo solo en tres meses continuados, se deja conocer que no me tendrán muy ocioso, añadidas al cuidado de la cátedra en uno de los teatros mas serios que tenemos en toda la provincia. Sin embargo, da Dios fuerzas y gusto para todo, aunque pocos dias há me acomedió una calenturilla hipocondriaca que dió algun cuidado; pero la lanceta, y mucho mas la naturaleza, la desalojaron, de manera que ya estoy como una guitarra.

Lástima es que el tiempo y la golilla de ministerio apostólico no permitan hacer un elogio fúnebre á la tierna memoria del compañero del P. F..., que Dios haya. ¿Qué de pensamientos sentenciosos no se podrian decir sobre la volubilidad y la inconstancia de las grandezas humanas! Hoy lacayo espiritual de mi señora la Duquesa, mañana barrendero en jefe de la conciencia de su M..., y luego vuélvete de repente á la librea del P. S... Para que nos fíemos del mundo, y para el cabron que haga caso de sus vanidades. Consuele usted de mi parte á ese desgraciado cortesano, con aquel famoso distico de Oyen, encargando á Altolaguirre (que es vascogado latino) que se le construya en vascuence para que lo entienda.

Ut, re, mi, fa, sol, la, cum tollitur aliquis requit:
La, sol, fa, mi, re, ut, cum cadit alter ait.

Y si no entendiere el concepto, por estar en música, expliquésele usted con el símil de los dos fuelles, que es lo mismo, y para un vizcaino es ejemplito mas casero.

Mucho sentiria la muerte de Macomble, y mucho celebrosu mejoría, porque le quiero bien y me hace merced, *aún* que sea frances; que no todos los monsiures han de ser Courtes ni Amelotes. Estimaré á usted que le haga una gran visita de mi parte, en le *felicitant sur le retablissement de sa santé*.

Es cierto que deseo con la mayor ansia imaginable ver colocado á mi amigo N. donde merece y le corresponde; porque entre todos cuantos sujetos de carrera he conocido, ninguno le excede y poquísimos le igualan en las prendas obispaes. Mas ingenio y mas literatura tendránla muchos; pero mas juicio, mas prudencia, mas entendimiento práctico, mas caridad, mayor celo, *secundum scientiam*, mas docilidad, y mayor deseo del acierto, ninguno, ninguno. Este es mi parecer, *salvo meliori*. Por eso en nada podrá usted acreditar tanto lo que me favorece, ni complacer mas á mi amistad, que en aplicar todo su influjo, que yo tengo por muy poderoso, á que este grande hombre sea cuanto ántes atendido. El padre confesor está bien enterado de sus prendas, y por informes mas autorizados que el mío.

Yo tengo hecho muchos dias há un concepto muy superior de la gran justificacion de este R. P... pero recelo que no le informen bien de otro compañero de mi amigo, sujeto que siempre se está riendo y nunca se rió de gana. La franqueza con que me explico con usted acredita mi confianza suya, y estoy cierto que usará usted de mi abertura con el tiento y el secreto que pide la materia.

A todos nos tiene en grande expectacion y curiosidad el ver por dónde parte el padre confesor en la resulta de Búrgos, y en quién recaerá la mitra de Guadix. Si yo fuera el repartidor de estas peras, la última recaeria en nuestro meritísimo R...; y la primera, que naturalmente será la de Osma, en el sujeto de nuestra historia. Esto se entiende hasta que usted tenga tantas barbas en la cara como en el alma, y hasta que esa carilla de obispo se vaya masculinando un poco; porque si no, ha de pasar á historia la fábula de aquella papisa Juana.

Luego que llegué aquí, ó poco tiempo despues, escribí á nuestro Ribera dándole satisfaccion de mi silencio; pero ó mi carta no llegó á sus manos, ó no salió de ellas la respuesta, ó la debió de encaminar tambien por la mala de Francia, que á malas nacidas la coman.

Nada me dice usted del amigo Ayala, y desco saber mucho de su paradero y fortuna. El acto de contricion, en verso, del Doctor C. será capaz de hacer compungir de risa á la seriedad mas empedernida. Ni le he visto ni me da gana de verle; porque tengo tanta lástima á la poesia de este buen hombre, como envidia á su honradísimo, santísimo y generosísimo corazon. El se guardará de enviármelo, porque tiene experiencia de que le doy muy elogios hermofroditas, entre sátira y panegirico, que por una parte le entran muy en prove-

cho, y por otra le hienden de medio á medio. Mas gusto que el acto de contrición le dará á usted el memorial adjunto que remitió aquí un sugeto de Arequipa, asegurando haberse presentado real y efectivamente á aquel prelado. Es pieza dignísima de andar por las posadas de las damas y *damoiselles* de la corte, y de hacerla lugar en los gabinetes eruditos mas curiosos.

Hora bien, señor mio: no hay paciencia para estar-nos callando tanto tiempo. Tengo muy presente que usted me escribió *olim*, que se le había antojado entablar conmigo correspondencia regular, aunque añadia que habia de ser en frances. A mí, para disparatar todos los idiomas me parecen iguales. Por lo que á mí toca *ecce adsum*: tendré especialísimo gusto en respirar con usted un día al cabo de la semana, de tanta especie melancólica como atormenta los oídos y los ojos á un pobre misionero.

Aviseme usted de sus intenciones y del modo de dirigirlas con seguridad las cartas; que esta va por N. para que no se pierda; pero guárdese usted de comunicar á este el parralillo que trata del concurrente del amigo; y si usted por paisano fuese tambien apasionado del tal concurrente, haga cuenta que no se lo he dicho.

Encargo á usted expresamente una visita de respeto á tiros largos para mi señora la Duquesa, á quien dirá usted que, así los sacrificios del padre misionero como las oraciones de todas sus beatas, se ofrecerán incesantemente por su excelencia, por su importantísima salud y por la del Señor Duque, que tan necesaria es á toda la Monarquía. Mande usted lo que gustare, y adios. — De usted fiel amigo. — Jhs. — José Francisco.

CARTA II.

Escrita en Pamplona á 15 de Agosto de 1744.

Monseñor casi madama: Si no cumplo yo mejor con los propósitos de estos ejercicios, que usted con los de mi correspondencia, buenas chafarrinadas de fuego me esperan en el purgatorio. El mayor hombre es usted para propósitos en seco que calienta el sol en las dos medias bolas. Quizá no habrá despertado usted de las cabezadas que quedaba dando cuando me escribió la del correo pasado. Si usted se duerme tanto en la corte, dígoles que tiene tanto de cortesano como de capuchino; que es la mayor ponderacion.

Voy temiendo que no ha llegado á manos de usted la carta que le escribí por las del Padre Nieto; y á fe que me dará mucho cuidado que se pierda. Tocábale á usted cierta especie de un sugeto muy conocido de los dos, que siendo cierta, pedia remedio pronto, y usted podia aplicarle con suavidad, con secreto y con confianza, sin necesitar valerse de otro que de sí mismo; y aun por eso le escogí yo para aplicar la medicina, pues la bondad del tal sugeto, sobre su carácter, la inclinacion que le debí y la veneracion que le profeso, son acreedores á todos los miramientos. Despéneme usted, si le place, y solicite saber el paradero de la tal esclava, que iba separada de la carta.

Amigo, es un horror lo que he aprovechado en estos ejercicios. Casi llevo ya en paciencia que el guardadamas de mi señora la Duquesa, y sustituto que hubo de ser de Macomble, no me hubiese respondido á la única carta seria que en mi vida le escribí. ¿No le parece á

usted que esta es prueba del gran fruto? ¿Seria creíble que ese tornasol de su señoría y lego en jefe de toda la familia llegase á engreirse tanto, que tuviese avilantez para negarme una respuesta? ¿No se acuerda el grandísimo pragmática que yo le hice hombre, y que si no fuera por mí hubiera él llegado á la dignidad de portero del consejo de conciencia, como yo á la de papa. ¿Quién le dió á conocer al reverendo asesor de los pecados excelentes? Yo. ¿Quién le introdujo en el gabinete de la gran Duquesa? Yo. ¿Quién ponderó en la corte sus elevados talentos para guardar un secreto en castellano? Yo. ¿Quién elogió, quién ensalzó aquel pico de oro para decir disparates? Yo. ¡Y así me lo paga el ingrato, y así me lo agradece el desconocido! Al fin, ya se le conoce que va aprovechando mucho en lo cortesano. Dígame usted si se han traducido en vascence los célebres libros de *Ciencia de la corte*; porque si no, es imposible que Don F... E... haya aprendido tanto en esta facultad, salvo que sea por ciencia infusa. Soy tan bueno, tan santo y tan benigno, que no me dedigno de suplicar á usted que, en lugar de muchas memorias, le dé una pizca de entendimiento, que lo habrá menester mas.

Ahí va la carta ofrecida para desenojar al amigo Ribera. La que escribí á usted la posta pasada, fué por Don Juan Bautista y Murga: esta va en derecho, para experimentar por cuál de los dos Coles podemos penetrar en el Piamonte. Enríquezcame usted con novedades; que aquí todo es una pobretería. El rey de Francia en la Alsacia, el duque de Richelieu todavía en Paris, y el mes de setiembre á la puerta de casa. Se casará en esta jornada la futura delina como yo. A Dios, que guarde á usted cuanto quiero. — De usted. — Jhs. — Isla.

CARTA III.

Escrita en Estella á 1.º de setiembre de 1744.

Amigo y señor: Escribo esta en casa del excelentísimo señor duque de Granada, de camino para mi peregrinacion de Loyola, de la que me restituiré á esta misma casa y ciudad á mediado del que viene, para dar los ejercicios del Corazon de Jesus y hacer una especie de mision á todo el pueblo. La que hice en Pamplona me acarreó algunas impertinencias caritativas, en las que es menester implorar el socorro de las buenas almas; y aunque la de usted no es de las mejores, al fin es pasada en el siglo que corre.

El pobrecillo á quien se le debe lo que expresan los documentos adjuntos, es un comerciante que se vió con mediano caudalejo, y hoy está casi por puertas por haberse fiado de algunos Pedros Fernandez como el sugeto de quien rezan los dichos documentos; que de estos Pedros Fernandez hay mas en el mundo de los que se piensa. No halla modo el triste de cobrar esos maravilises, que le harian muy al caso en sus presentes ahogos; y compadecido yo de ellos, me acordé de que usted de cuando en cuando se descuida en ser piadoso; y que, hallándose en ese sitio sin tener que hacer la mitad del día, y ocioso la otra mitad, podria aplicarse á esta obra de caridad, buscando sugeto de satisfaccion y de actividad en quien sustituir el poder, que con ese fin lleva la cláusula de sustitucion; pero practicando primero con el tal Señor José Hernandez las diligencias ó amonestaciones atentas que pide el precepto de la caridad

fraterna. Porque no se pierdan esos papeles, los remito el Señor Duque por mano del secretario de su primo el señor Don Carlos de Arizaga, y estimaré que usted me avise prontamente de su recibo, dirigiéndome aquí la respuesta con cubierta al excelentísimo señor duque de Granada de Ega, conde de Javier. Voyme á cenar, porque he de madrugar. Con la enfermedad del rey de Francia no se pensará por este año en boda del Delfín. Agur, jauna. Estella *ut supra*. De usted amigo *ex corde*. — Jhs. — José Francisco.

CARTA IV.

A Don Leopoldo Jerónimo Puy: escrita en Pamplona á 15 de octubre de 1744.

Amigo y señor: El día 24 de agosto salí de Pamplona á predicar de San Agustín en Puente la Reina; á visitar en la provincia de Guipúzcoa la casa nativa de mi santo padre y patriarca, á cierta comision que me encomendó en la villa de Hernani este señor obispo; y volví finalmente á Estella, á petición del excelentísimo señor duque de Granada, así á hacer una especie de mision en tono de ejercicios á toda aquella ciudad, como á evacuar ciertas dependencias que ocurrieron en casa de su excelencia, quien hizo concepto que podía ser necesaria mi asistencia para su consuelo y para el de mi señora la Duquesa. En estas gestiones consumí todo el tiempo que va desde el día mencionado 24 de agosto hasta el 6 de octubre, en que me restituí á mi rincón, por el cual estaba continuamente suspirando, para descansar del quebranto que me ocasionaron los llamados caminos de Guipúzcoa, y son en todo rigor de la lengua castellana verdaderos descaminos, precipicios y despeñaderos. No contribuyó poco á este descanso la estimadísima de usted de 26 del dicho mes de agosto, que me estaba aquí esperando con el admirable librito *Noticias de la vida de San Luis, rey de Francia, en forma de novena*. Antes de hacerme cargo de la carta de usted, lei, ó por mejor decir, engullí toda la obrilla. En una palabra diré con mi realidad acostumbrada lo que siento de ella. Siendo muy superior el concepto que años há tengo formado de los elevados talentos que la divina Dignacion ha querido depositar en usted, todavía es mas ventajoso el que acabo de formar por esta sola obrilla, que por todas las demas, que tanto y con tanta razon le han acreditado á usted en la España literata. Hombres que discurran con ingenio, con juicio, con erudicion, con crítica acertada en todas las materias, se hallarán algunos, aunque pocos; pero quien disponga una cosa tan sencilla y tan simple como una novena, con la inventiva, con la utilidad, con la eleccion, con el peso y con el espíritu con que usted la ha dispuesto, digo que no se hallará mas que usted solo; y perdónenme este agravio todos los demas, ó no me lo perdonen, que para mí todo es á un precio. No es fácil añadir en este punto á lo que dicen los discretísimos y juiciosísimos aprobadores. Solo diré (y no es poco decir) que en todo cuanto dicen no hacen mas que ejercitar el oficio de censores rigurosos y justificados. En un siglo en que hay epidemia de novenas (mejor diré peste), no haberse contagiado el espíritu y el buen gusto de usted, y salir con una novena que, no solo no inficionase la devocion, sino que la alentase con pasto tan sustancial para el entendimiento en los rasgos historiales; con motivos de tanto peso para la razon en las gravísimas

reflexiones, y con incentivos de tanto espíritu para la voluntad y para los afectos en las magestuosas, nerviosas y verdaderamente eclesiásticas oraciones, digo que es un milagro de talentos y de espíritu bien complexionado. Ciertamente que usted es autor original en esta especie. En Estella comencé á leer la *Historia de San Luis*, escrita recientemente por un jesuita, de cuyo nombre no me acuerdo, pero de una pluma francesa patética, persuasiva y elegante. Aquel excelentísimo, que la estaba leyendo, y es un caballero de singular piedad y de no vulgar cultura, discretamente crítica, me la habia alabado mucho. Hallé que tenia razon, pero mas alta idea me ha hecho usted concebir del santo rey frances por los rasgos historiales de su novena, que por aquella historia dilatada. Así se lo escribo al Duque, y aun le añado que por el correo se hallará con un ejemplar remitido por su autor, á quien conoce y venera como yo; porque tiene todos los siete tomos de los *Diarios* y los seis de las *Memorias de Trevoux*. Diríjasele usted con cubierta al excelentísimo señor duque de Granada de Ega, conde de Javier. — Estella. — El ejemplar que usted me envió, me le tiene pedido esta señora vireina, á quien y á su marido debo los mayores favores y confianzas. Y no queriendo yo carecer de esta preciosísima obra, tomará usted el trabajo de reservarme otra copia, que me remitirá por alguna ocasion que se ofrezca, de la que yo tendré cuidado de avisar, para que el Procurador no tire corcovos por los portes del correo, que aquí son de plata.

Reniego yo de esa negra secretaría que de tantos gustos me priva. Por Dios, de cuando en cuando haga usted lugar á consolarme, y dígame algo de nuestro presidente, de quien há un siglo que solo tengo las noticias generales, que no pueden ser mejores. Tambien estoy rabiando por saber si aquel maldito gallego ha cumplido ya con su obligacion. Dame malísimo tufo el que no me haya escrito una palabra, y por vida de usted, que me consumo. A Dios, que guarde á usted cuanto deseo. Pamplona á 15 de octubre de 1744. Besa la mano de usted su fiel amigo y servidor. — Jhs. — José Francisco de Isla. — Señor Don Leopoldo Jerónimo Puy.

CARTA V.

Escrita en Pamplona á 19 de noviembre de 1744.

Excelentísima señora. — Señora: Ni soy tan necio que pretenda, ni soy tan vano que presuma consolar á vuestra excelencia en el justísimo dolor con que la contemplo, y sé que está lastimosamente penetrada por la muerte del Duque mi señor. Tampoco me detendré á persuadir á vuestra excelencia que la hago dolorosa y muy sincera compañía en la amargura de tan congojosa pérdida. ¿Qué querrá decir que yo sienta en el alma lo que toda España llorará con lágrimas de sangre, y lo que celebrarán los enemigos de nuestra nacion? Ni á vuestra excelencia la puede servir de lenitivo el saber que todos los buenos españoles lloran lo que vuestra excelencia llora; ántes el llanto universal aumenta muy especiales motivos al llanto de vuestra excelencia. Solo pido licencia á vuestra excelencia para acordarla que ya tiene vuestra excelencia la mitad ménos que morir despues que murió el Señor Duque; y que es amorosa providencia de nuestro gran Dios el disponer que vayan ántes de nosotros los que con razon ó sin ella eran dueños

de nuestros corazones, así para que estos se desprendan poco á poco de lo que ha de tener fin, como para tener eso ménos que sentir al tiempo de nuestra partida, que al cabo ha de llegar, sirviéndonos entónces de consuelo la esperanza de ir á ver en el país de la felicidad á las personas que amámos en este valle de miserias. Desde hoy en adelante convertiré en sufragios por el descanso eterno del excelentísimo difunto los sacrificios propios que ofrecia, y las oraciones ajenas que solicitaba por su robusta salud. La de vuestra excelencia conserve el cielo por dilatados años con el consuelo que le pido y que he menester.—Excelentísima señora.—Besa la mano de vuestra excelencia su mas rendido servidor y capellan.—Jhs.—*José Francisco de Isla*.—Excelentísima señora duquesa de Atrisco, mi señora.

CARTA VI.

Escrita en Pamplona á 5 de junio de 1745.

¡Hay tal gracia, señor capellan inválido, como salir ahora usted con la donosura de reñirme, suponiendo que no hago caso de un hombre aunque se caiga muerto! Digo, señor pretendiente de ánima de purgatorio, ¿no se acuerda usted que en su última carta se me franció un poquitico, y muy á lo de hombre que echa bendiciones al Rey desde el altar, la echó usted á mi correspondencia *pro tempore existente*, con aquella cláusula final llena de enfático herrinche: «Adiós para muchos meses? ¿Y con estas dimisorias quería usted que me atreviese yo á inquietar su sosiego? Guarda, Pablo; que tengo gran miedo y gran respeto á un hombre que tiene á los reyes por monacillos, y si se ofrece sabe santignar á sus reales majestades. Mas, no obstante que dicha despedida no me supo á acitron ni á sopa duquesal, tengo ahora muchísimo que sentir con las perversas noticias que usted me da de su desmoronada salud, y lo mismo hubiera tenido que sentir ántes, si ántes lo hubiera sabido. Pero ni una palabra me ha escrito el bendito Estéban, y es que, como lego, debe de creer que está en latin la salud de todos los capellanes, y no habla de ella porque no la entiende. Sea lo que fuere, esta mala noticia me agua mucho mucho el gusto de la otra que usted me participa del obispado de mi amigo; porque no puedo celebrar con sincero gozo la mitra de uno, al mismo tiempo que otro me escribe en tono de quien está para obispar. No lo quiera Dios; ántes bien ruego á su Majestad que cubra á usted con una buena capa de sarna, como aquella con que me ha abrigado á mí por todo este invierno; porque dicen los naturales que es un admirable específico para librarse de achaquillos habituales y de asegurar una salud robusta para muchos años. El medio bien puede ser eficaz, pero es costoso; y dudo si es peor la medicina que la enfermedad.

Como quiera, yo me hallo vigoroso despues de haber despedido á este huésped; aunque, para asegurar mejor el que no me vuelva á visitar, iré, mediante Dios, á mediado del que viene á bañarme en el río de Hernani, haciendo compañía á Zuaznabar, y á tomar los aires guipuzcoanos, que son capaces de resucitar á un muerto. Vengase usted á tomar los burgaleses; que ellos le pondrán en parage de que pueda proseguir en su carrera; porque eso de dejarla á lo mejor téngolo por disparate, pues todavía no hay méritos para pensar con tanta melancolía.

El cura de la Granja, Mendibil, llegó aquí muy estropeado, pero con muchas esperanzas de recobrarse presto. Díjome que nuestro Ribera tambien lo estaba, y tanto, que tendría necesidad de ir á la fuente del Toro; lo que me ha conolido mucho.

Dé usted mil enhorabuenas de mi parte al amigo Ayala, asegurándole que ninguno ha celebrado mas que yo el que finalmente hayan sido atendidas sus admirables prendas, teniendo confianza de que se le ha de acelerar la salida todo el tiempo que se le ha detenido la entrada.

Ahora trate usted de hacer una gran visita en mi nombre á mi señora la Duquesa, y por Dios tengan compasion de los disparates que escribo al pobre Estéban, que hoy lleva tambien una medianica carga; pero su admirable genio sufre ancas para todo. Basta y sobra para quien está delicadillo.—De usted amigo.—Jhs.—*José Francisco*.

CARTA VII.

Escrita en Valladolid á 20 de febrero de 1751.

Amigo y señor: Para asuntos arduos he menester á usted; que para los fáciles mas acá hay posada. En las circunstancias tengo por muy difícil el que contiene la carta adjunta, cuya autora es viuda de un oficial (como ella lo expresa), y hermana del difunto conde de N., que acaba de morir en esa corte, como tambien lo da á entender. A la memoria del Conde debo mucho, y yo suelo mostrarme aun mas amigo de los muertos que de los vivos: al honor de esta señora, que, segun se explica, debe estar demasiadamente interesado, todo hombre de bien ha de deber mucho mas. El disparate por su parte no puede ser mayor; por la del oficial no le concibo tan grande; pero si está hecho, ¿qué remedio? ¿Perderlos á entrambos? No cabe en la piedad del Rey. Yo discurro que la autoridad de un maestro sobre su discípulo ya bastará para conseguir la licencia que se solicita, y mas cuando se dirige al ejercicio de las conjugaciones. Pues usted me entiende y me conoce, y pues el asunto es muy correspondiente al ministerio de entrambos, sírvase de hacer lo que sabe y puede cuando quiere; pero en todo caso respóndame de manera que conste donde convenga que yo hice cuanto pude y supe. La respuesta venga por mano de mi excelentísimo Maceda, por quien va esta.

De mí solo puedo decir á usted que estoy todavía aquí derramando desengaños, sin quedarme con los que he menester, necesitándolos tanto como el que mas. Insto, reinsto por el alivio; pero no soy oído con gusto, solo porque otros me oyen con él. A 14 del que viene son nuestros comicios; y el antecesor de usted no tendrá que volver á Roma por todo, porque todo lo tendrá sin necesidad volver allá, como ántes no pase á ser nada; que se puede temer segun lo decaído que está.

Cuando usted vea al Señor Director principal, acuérdale la firmeza de mi purísima ley sin mezcla de interes, y exhórtele á que trabaje ménos si quiere trabajar mas. Viva usted y mande.—De usted fiel amigo.—Jhs.—*José Francisco*.

CARTA VIII.

Escrita en Valladolid á 27 de febrero de 1751.

Amigo y señor: Si usted consigne la licencia en cuestion, diré que tienen disculpa los que le levantaron el

falso testimonio del magisterio. ¿Y piensa usted que fueron raras? Pues yo me burlé de la especie, hasta que la oí leer en carta de sugeto que está reputado por una grandísima ballena. Pero esto ¿qué prueba? Que también hay charcos que llevan ballenas como ranacajos. Quedemos en que todo lo que se ha dicho es una gran patraña, y como no se digan otras mayores, no se quejará mucho la cristiandad ni la monarquía.

Y ahora dígame usted: ¿quién le dió noticia de mi sermón de *circunstancias*? Me huele á travesura de mi sobrinito el Maestro Ordeñana; pero, sea lo que fuere, no quiero mayor castigo de su curiosidad que contentársela. Ahí va para que usted le lea en pena de su pecado, esperando le tratará con mas piedad que tal cual * *muy circunstanciado*, que, sin haberle oído, blasfema del sermón y del autor, solo por lo que oyó. Generalmente la gente cuerda y que no tiene interés en que se hagan patentes sus sacrílegas necesidades, á uno y á otro nos hacen mas merced de la que merecemos; pero los cerquillos de prima tonsura, aunque sean graduados y chorreen seda blanca al redor de sus molleras, es gusto cómo se encrespan. ¿Cogeríame á mí esto muy de susto? No, señor: tuve bien presente cuando me resolví á disparar contra la muchedumbre con el cañon cargado á metralla. Suponen que la batería fué en particular contra un dominico, pero se engañan; porque no tuve noticia de que hubiese predicado tal sermón, hasta despues que yo prediqué el mío. Se espera que el tal dominico se venga del insulto imaginario el día de San Gregorio: por mí tiene licencia para hacerlo, como lo ajuste con el Espíritu Santo y con su conciencia, sobre el seguro de que no le retrucaré.

Prevengo á usted que ese papel es el borrador y la copia en una pieza, y que no puedo estar sin él hablándose tanto de su contenido. Esto quiere decir que usted me la vuelva por la misma mano por donde va. Esta precaucion es necesaria, porque lidio con viejos y con procradores, que unos por la edad, y otros de oficio, todos adolecen de un mismo achaque, y aun por este reparo dejo de hablar con usted y con otros algunas veces mas.

Ya que tratamos de sermones, ¿cómo predicó el P... la primera dominica de cuaresma? Hasta cuatro dias há no habia visto su sermón al apóstol Santiago. Sería sin duda de lo grande que he leído en la línea, si no hubiera afectado enfrancesarle hasta el alma. Esto me abochornó infinito. Tomemos de los franceses lo tonalhe; pero qué, ¿hemos menester sus idiotismos? No se puede tolerar una traduccion que huele mucho á frances; ¿y ha de ser gracia de una obra castellana original (*pieza* diria un culto moderno con crepúsculos de monsier) que parezca haber nacido en Paris? Si fuera hombre poderoso declararia por eunucos de la nacion á cuantos pretenden introducirnos estas boberías. Nuestra lengua es capaz de cuanta enerjía se halla en las forasteras, de las cuales solo se debe tomar tal cual cosa que tiene particular chiste; mas para esta eleccion es menester núnen ó gusto. Francesear adredemente en castellano, es una cosa intolerable; es llenarlos á ellos de vanidad, y á nosotros de confusion. No se puede negar que nos han enseñado muchas cosas buenas; pero no se debe permitir que nos enseñen á echar á perder nuestra lengua. Esto va largo, y tengo frío. Adios. — De usted. — Jhs. — Isla.

CARTA IX.

Escrita en Valladolid á 10 de marzo de 1751.

Amigo y señor: Sentiré que no se consiga la licencia, mas por el honor, que por el consuelo de los interesados; pero si no pudiere ser, ni usted ni yo lo podemos remediar, y deberán agradecernos nuestra buena voluntad, así como yo agradezco á usted sus buenos oficios.

Recibí el sermón circunstanciado, cuya pronta restitution no es la mayor prueba de la fidelidad de usted, sino de su discernimiento. Desahacerse presto de una alhaja ajena, cuya inutilidad ó cuyo poco precio se conoce, no es mucho desinterés. Es verdad que la copia con que usted se quedó, acredita la estimacion que hizo de él; pero esto á lo sumo podrá significar que á usted se le ha pegado algo de la codicia antojadiza de que suelen adolecer los señorones entre quienes anda. No hacen caso de las mayores preciosidades de que tienen atestados sus gabinetes, y se les van los ojos tras de una estampica de papel que ven en la celda de un fraile. El pensamiento que usted y el amigo tuvieron de imprimirle, precisamente debo agradecerle infinito; pero infinito mas agradezco que no lo hubiesen hecho, teniendo presentes mis circunstancias y la delicada suspicacidad de mis hermanos. Es cierto que todos estos celebraron la pieza *ultra condignum*, porque en realidad ahora tengo todo el terreno doméstico por mío; pero si la vieran impresa sin las licencias necesarias, se mudarian los bastidores ó se acabaria el entremes en palos. Conseguir dichas licencias me es sumamente fácil; pero me es sumamente difícil resolverme á solicitarlas, porque tengo el mayor miedo del mundo á dar á luz este género de obras, hasta que esté mas desterrada la barbarie del gusto español en esta determinada materia. Conozco que va ganando algun terreno la buena crítica, y que la salutacion podia contribuir á que adelantase algo mas; pero todo es nada respecto del campo que ocupa el enemigo, y para desalojarle es menester combatirle mas de propósito y con mayores fuerzas, como lo tenia pensado aquel hombre grande que se nos murió dos años há. No estoy yo ajeno de atacarle con todas las mias, siguiendo el mismo plan de campaña que tenia ideado aquel insigne general; mas para eso es menester desembarazarme de esta atareada ocupacion y de este engorroso teatro, como lo tengo ya conseguido en virtud de repetidas instancias, pues ya se me ha nombrado sucesor, y con la cuaresma se me acabará el casi mecánico oficio de platicante. Aun no se ha determinado mi destino; pero siempre sera adonde pueda trabajar sin apuro, con libertad y con alguna distincion.

Necesitaba mucho papel para responder á la pregunta que usted me hace sobre el P...; pero diré en pocas palabras, que su conducta exterior no puede ser mas apostólica ni mas ejemplar; pero su tiesura, su vanidad y su engarrotamiento están mas allá del grado *ut octo*, y aun del diez y seis. Compuso los grandes pleitos cediendo en todo, y comenzó desde luego á mover otros pequeños. A los mastinazos rinde la cabeza, á los cachorrillos los despedaza. De los primeros se deja mandar, á los segundos los manda en gran visir y los castiga en sultan. Parece que hace colacion con epifanias,

según lo que regfúeldá á reyes. Están amedrentados los que no tienen narices, y se rien mucho los que son buenos podencos; pero se rien hácia dentro, que hácia fuera sería peligroso, y aun escandaloso, por los muchos parciales que tiene de todos gremios. Del mio están por él cuantos no estuvieron por su antecesor, *et è contra*; mas estos se guardan bien de manifestar su concepto, y á usted suplico encarecidamente que por ningún caso manifieste á nadie el mio; porque á los dos nos podia perjudicar, pues sé que el de las narices grandes en este particular no se ha acreditado de nason ni de nasno, hasta que el tiempo le dé en ellas con el desengaño. Viva usted y mande. — *Isla*.

CARTA X.

Escrita en Valladolid el miércoles santo de 1751.

Amigo y señor: Ahí va el sermón, le tan mala letra como pluma; pero tú te lo quieres, tú te lo ten. Quédome despidiendo á todo despedir, para marchar en toda la semana que viene á mi nuevo destino de Salamanca, con el sobrescrito de prefecto de la congregación de Caballeros; que es beneficio simple, y con el único empleo de hablar con la pluma, concluyendo lo comenzado, y comenzando lo que me mandaren. Es el oficio ménos mecánico y mas de mi inclinación que hasta ahora he tenido; con que voy gustosísimo, y el deseo de mis amigos queda bien servido. Póngalo usted en noticia del señor Don Bartolomé, para que sepa dónde debe mandarme, y téngalo usted por sabido; pero respóndame luego á la especie que le toqué sobre la impresión de aquella obra verdaderamente grande; y si usted lo hace sin perder correo, aun me cogerá la respuesta en Valladolid, donde se escribe esta. — De usted fiel amigo. — *Jhs. — Isla*.

CARTA XI.

Escrita en Salamanca el sábado santo de 1752.

Amigo y señor: ¿Por qué se han de dar pascuas de Navidad, y no de Resurrección? Para lo de Dios, ¿no son estas tan pascuas como aquellas? Y para lo de la religión, ¿no dicen los padres que son mas? ¿Pero será este el principal asunto por que escribo á usted? Yo me guardaria bien de eso. La sustancia es, que no se me ofreció mejor embocadura para suplicar á usted que, si nuestro hermano Bartolo cumple este año con la Iglesia, y á título de vago ó de vagamundo se arrinara á la de palacio, con la que tiene particular devoción, no le dé usted la cédula de comunión hasta que me restituya ciertos barquillos ultramarinos que me tiene allá, con item mas, un legado por vía de donación que me hizo cierto señor (en el otro mundo lo halle de aquí á un par de siglos), lo que ya me hace tanta falta como el humo á las chimeneas en día de viénes santo. Ofrecióseme esta comparación porque ayer lo fué en esta ciudad, donde los gatos y yo estamos hoy de aleluya con la esperanza de llegar á mañana.

Y por no apartarme del asunto, si á usted le dieren el obispado de Segovia, no se haga de rogar, y tómelo; que el que espera salvarse cuidando de las ovejas de palacio, también se podrá salvar aunque le hagan mayoral de la cabaña del Paular y rabadan del P. N.

En materia mas importante y en otro tono escribiré á usted cuando tuviere lugar y me diere la gana. Hoy solo

la tengo de que llegue el día de mañana para hacer prueba de la memoria de mis dientes, viendo si se acuerdan cómo se come el carnero. Viva usted y mande. — De usted fiel amigo. — *Jhs. — Isla*.

CARTA XII.

Escrita en Salamanca á 2 de setiembre de 1752.

Amigo y señor: Las noticias funestas no suelen aguar dar á que las publiquen las letras de plomo, y así llegó muy pronta la de la muerte de nuestra amada duquesa; y para que me hiriese mas profundamente, me escribían que habia sido *cuasi repentina*. Esto me estremeció y me contristó altísimamente; porque *à subitancé et improvisé morte libera nos Domine*; pero usted me da todo el consuelo que cabe en la materia, asegurándome que se dispuso para aquel lance á su satisfacción, aprovechando todos sus grandes talentos. No hay mas que decir; y así, respiré en mi gravísimo dolor; mas no por eso discontinuare en ofrecer por su eterno descanso los sacrificios á que di principio desde la primera noticia, siendo para eso muy oportuno el tiempo de ejercicios en que me hallo desde el día 30 del pasado: reconocimiento muy debido á los particulares favores con que me honró su excelencia, y á la singular veneración que siempre la profesé.

No es inferior motivo de consuelo la prevención que dejó hecha con tanta anticipación en el poder que otorgó el año de 44, con la remisión á esa otra memoria que también dejó firmada. A quien tan anticipadamente se disponia para morir, no se puede decir que la cogió la muerte de repente ó desprevenida. La confianza que hizo de usted aun mas allá de la muerte, es muy correspondiente á la suma que supo merecerla en vida; y así, no hay términos honrados, ni aun cristianos, para que se excuse usted de un trabajo que puede ceder en tanto alivio de tal hija.

Esta última circunstancia la he celebrado infinito: lo primero por el bien de la difunta, lo segundo por el de la pobre familia, y lo tercero porque también yo espero interesar algo, no para mí, sino para el público, como despues diré.

Pero ante todas cosas recomiendo á usted con las mayores véras á la pobre Doña N., que entre la familia de escalera arriba no ignora usted era de las mas distinguidas, y fué también de las mas desgraciadas, porque su ama tardó mucho en conocer el gran tesoro que tenia en su casa, en una mujer de las mas capaces y de las mas pundo-noras que hasta ahora he tratado. En los últimos meses de su vida ya llegó á hacerla justicia; y si la muerte hubiera dado tiempo á que la conociese mas, se hubiera sin duda levantado con todas las demostraciones de su gracia. Como á esta admirable señorita no le tocaron en suerte aquellas prendas exteriores que hablan mas con los ojos que con el juicio de los hombres, se hace por lo mismo mas acreedora á todos los esfuerzos de la piedad; porque, no sintiéndose llamada al estado religioso, para tomar cualquiera otro es menester que suplan las conveniencias lo que no quiso concederla la naturaleza, liberal en todo con ella, ménos en el buen parecer. Está usted en la inteligencia de que si fuera hermana mia no se la recomendaria con mas ardientes deseos de que la atiende y mire por ella en todos los términos que per-

mitiere la equidad, y adonde se extendiero el arbitrio de la testamentaria.

Ahora me sigo yo. En este lunes inmediato se dará principio en esta ciudad á la impresion de mi grande obra, ó por mejor decir, de la grande obra del Padre Croiset, en la cual no tengo yo otra parte que la de un trabajo molestísimo, casi puramente material, del todo inglorioso para mí, pero utilísimo para la mayor gloria de Dios y para mucho bien de innumerables almas. Esta consideracion es la única que me ha movido á consagrar mi pluma á esta oscura pero religiosa tarea, prefiriéndola á otras muchas con que pudiera contentar la curiosidad ajena, fomentando al mismo tiempo la vanidad y la estimacion propia; sin haber sido capaces de desquiciarme de esta idea las fortisimas instancias que me han hecho muchos amigos míos que esperaban de mi otra obra y otro asunto. Pero cincuenta años de edad, treinta y cinco de jesuita, tanto conocimiento del mundo, tanto desengaño práctico y tanto tiempo perdido con vivos deseos de restaurarle, han podido mas conmigo que todas las consideraciones humanas y todas las bachillerías del amor propio.

La religion ha aprobado y especulativamente ha fomentado tambien mi pensamiento; pero prácticamente no le ha ayudado ni le ayudará con un solo maravé; ántes bien, para que el colegio de San Ignacio de Valladolid me franquease alguna porcion de papel por mi dinero, para dar principio á la impresion del primer tomo, me vi precisado á recurrir á la experimentada fineza de nuestro incomparable Valencia; porque mis hermanos me lo negaron con el pretexto de estar embargado todo para la operacion del catastro.

En esta suposicion, y en la de que el todo de la impresion subirá á diez mil ducados de coste, me veo en la rubrosísima precision de andar petardeando espiritualmente para juntar estos caudales, sin acobardarme su enorme cantidad, aunque hasta ahora no tengo mas que cuatro mil reales, que apenas alcanzan para la mitad del primer tomo; pero el mismo Dios, que me da aliento para proseguir con un trabajo tan seco, me infunde tambien espiritu para que no me aterre la falta de dinero, dándome una vivísima confianza de que todo ha de salir de los fondos de su alta inagotable providencia, aplicando yo los medios que buenamente pudiere, para que la confianza no pase á ser tentacion.

Esto es lo que me cuesta mas que todo; pero es preciso hacerlo, cueste lo que costare. Sin la circunstancia de la testamentaria conté con la actividad de usted, con su celo y con su piedad, aludiendo á esto lo que le decia en la última carta, de que «tenia que escribirle otra sobre otro asunto y en diferente tono». Hoy contemplo que se le puede proporcionar á usted ocasion fácil para contribuir á esta utilísima obra, con tanto mayor bien de la difunta, cuanto exceden las obras de misericordia espirituales á las corporales: ya destinando para ella alguna cantidad de las limosnas que acaso dejaría al arbitrio de los testamentarios, ó ya enviándole las misas que pudiere, para que yo las distribuya entre muchos amigos míos, que prontamente me dispensarán este favor, cuyos recibos remitiré á manos de usted, sin que por esto desista de suplicarle que dedique su celo, su fineza y su poder á discurrir y facilitar otros medios con que se vayan juntando fondos para la edicion de una obra

que no parece posible otra de mayor y mas sólida utilidad.

A mí se me habia ofrecido uno que sería el atajo de todos. Este era dedicársela al rey mas piadoso que despues de San Fernando ha venerado España en su trono, por mano del mayor ministro que ha conocido la monarquía desde su ereccion. Por tal tengo al señor marques de la Ensenada, y por tal se lo he hecho conocer en mil ocasiones aun á los mas ciegos. Una obra que se dedicó á Clemente XI por mano del cardenal Paulucci, su secretario de Estado, bien se pudiera dedicar á Fernando el Sexto por la del señor marques de la Ensenada, su secretario de todo; y un rey que expende tan inmensos caudales con piedad sin ejemplar, solo porque sus vasallos logren algun alivio temporal, ¿qué dificultad tendrá en expender una mínima partecita de ellos para facilitar que innumerables se salven, y mas considerando que los reyes católicos no tienen mejores vasallos que los que son mejores cristianos? ¿Pero cómo me he de atrever á poner en ejecucion este pensamiento sin saber cómo será recibido? ¿Ni de quién mejor me he de valer para rastrear esto que de usted, favorito del gran ministro?

Dirá usted que del padre confesor. Respondo, lo primero, que somos hijos de una misma madre. Respondo, lo segundo, que en medio cuarto de hora de conversacion diría á usted lo que no pudiera en una resma de papel, y lo que no es razon liar á cosa tan débil. No se hable de esto, y vea usted qué semblante pone el Señor Marques á esta especie, leyéndole todo el capítulo que habla de ella, mientras yo quedo pidiendo á Dios, en *ma retraite spirituelle*, le mueva el corazón á lo que hubiere de ser de su mayor gloria; que la mia (como no sea la eterna) doyla por un melon que valga cuatro cuartos.

Hoy escribo al Padre Nieto para que haga publicar en la *Gaceta* la impresion de la obra, porque así conviene, segun me avisan de diferentes partes.

¿Pensará usted que salió ya del día? Espérese un poco y lo verá. El memorial adjunto se ha de poner en manos de su excelencia, porque el pretendiente es hijo de Don José de Lopeola, difunto, grande amigo mio, gran vasallo del Rey, habiendo sacrificado la vida á su obediencia, en cuyo actual ejercicio le cogió la muerte el año pasado fuera de su casa y á la mitad del camino de la corte, adonde caminaba cuando se ordenó á la direccion de la compañía de Carácas que se trasladase á ella. Casi él solo llevó el peso de dicha direccion por muchos años, y en los mas fatales, con la inteligencia y con la fidelidad acrisolada que consta á su excelencia y á mí tambien, porque fuí archivo de su confianza, y auxilio, aunque débil, en sus ahogos todo el tiempo que viví en San Sebastian. Los servicios del padre parecen acreedores á que el Rey explique sus piedades con el hijo: á lo ménos su amistad lo es á que la mia haga estos oficios por los vivos, sobre los que le he aplicado de difuntos.

Mal hizo Medina en no mostrar á usted la carta que escribí á Ordeñana; porque, sobre tenerle dicho que no dé paso sin la aprobacion de usted, la mayor razon que alegaba para enamorarle del utilísimo proyecto, era que habia merecido á usted esta misma aprobacion. Atribuyó á encogimiento el no haber manifestado mi carta, por lo mismo que usted no se la pidió. En esto no

me detengo mas; porque, estando usted tan persuadido como yo á la utilidad de la idea, y ardiendo en celo del bien público y del honor del ministerio presente, no ha menester estímulo para promoverla hasta donde pudiese.

Perdone usted la brevedad de esta carta; que en otra me emendaré. Viva usted y mande.—De usted.—Jhs.—Isla.

CARTA XIII.

Escrita en Salamanca á 16 de setiembre de 1752.

Amigo y señor: Comienzo por donde usted acaba, porque me escuece un poco. Los viejos no han tenido arte ni parte en el pensamiento de mi traduccion: túvele vivísimo desde que vi la obra, leyendo teología en Pamplona, y cuando parecia delirio dedicarme á ella: desechéle; porfió, y con tan extraordinarias circunstancias, que conocí claramente resistia á la voluntad de Dios en resistirme. Rendíme, y cada dia han sido mas visibles las señas de que esto es lo que Dios queria y quiere de mí. No soy tan apocado, que por el mundo todo hubiese de emprender un trabajo tan improbo, tan mecánico, tan prolijo y de tan ningun atractivo á mi inclinacion natural. Jamas pensé en ganar á los viejos ni á los mozos; pero si hoy pensara en eso, cometeria un pecado irremisible en este siglo y en el futuro.

Hay abundancia, hay peste (si usted quiere) de obras espirituales: es así. Pero de este carácter, de esta solidez, de esta eficacia y de este atractivo, con especialidad para gente culta, discreta y advertida, ninguna que yo haya visto ó tenido noticia de ella. La Europa toda la ha hecho esta justicia, pues, ademas de las cuatro impresiones que se hicieron en Francia en poquísimo tiempo, se tradujo al instante en italiano, en aleman, y hasta en inglés por un obispo de la iglesia anglicana, quitándola únicamente en misterios y festividades las expresiones que no se acomodaban á sus errores. Sé que los ministros tienen otras ideas y conciben diferentemente que nosotros; pero son los ministros vulgares y puramente políticos. No son de este carácter los que hoy están al timon de nuestra monarquía. Si con la limosna corporal se redimen los pecados, ¿con la espiritual cuánto se redimirá? Añádese (si puede servir de alguna congruencia) que la segunda impresion del *Año cristiano* se hizo á costa del difunto duque de Orleans, príncipe piadosísimo; ¿pero lo sería mas que su primo Fernando VI? No lo crea usted.

La impresion se ha comenzado con letra nueva, en papel hermano del de esta carta, y sale tan hermosa, que no la excede ninguna de cuantas hasta ahora se han trabajado en España. Es mejor que la del *Pueblo de Dios*, y no es inferior á la de la *Oracion pamejirica á San Ignacio de Loyola*, que dijo el padre Don Juan de Arábarca, y aprobó el señor Don José de Rada y Aguirre. Acá bola de recibir, acabo de leer la aprobacion, y si la oracion corresponde á ella, será perfecta en su género.

Haciéndose la impresion á mi vista, es regular que salga mas correcta, porque á ninguno le duele tanto. Y esto es lo que tengo que decir á la de usted: lo que usted tiene que hacer, lo sabe mejor que yo; y lo que Dios se lo agradecerá, ni usted ni yo lo sabemos. Faltábame lo mejor. Yo no quiero interesar en esta impresion ni lo que importa un maravedí. Puramente por Dios emprendo

la obra, puramente por Dios la continúo, y puramente por Dios quiero concluir. Digo esto para que usted entienda que todo lo que ella produjere, caso que la piedad del Rey quiera costearla, ha de estar á la disposicion de su majestad y de sus ministros, á excepcion de los cuatro mil reales que me ha adelantado un pobre comerciante, á quien es preciso satisfacerlos; y yo no tengo ni cuatro mil blancas, ni aun cuarenta cuartos, y estoy contentísimo. He dicho á usted mi atrevido pensamiento. Ahora obre Dios, por medio de usted, lo que fuere de su agrado; que yo no trueco mi serenidad por la del doge de Venecia.

Aunque esta va en el pliego del conde de Maceda, ignora absolutamente su contenido. Agur, janna.—De usted.—Jhs.—Isla.

CARTA XIV.

Escrita en Salamanca á 20 de setiembre de 1752.

Amigo y señor: *Deus, bonorum omnium largitor et auctor*, pague á usted el bien y la honra que me ha hecho en solicitar que el Rey y su excelencia admitan mi dedicatoria y su vehículo. Una y otro irán allá ántes que los vea el impresor ni otro alguno, y procuraré disponer ambas piezas de manera que no empalague ni mienta. Para lo primero es menester arte; para lo segundo (gracias á Dios) solo es menester conocimiento, ojos y oídos desviados de la vulgaridad y limpios de toda pasion. Diré lo que nadie me podrá negar, y haré reparar lo que todos han visto; pero si lo hubieren visto mal ó no lo hubieren reparado bien, ¿de quién será la culpa? En fin, procuraré que dedicatoria y carta correspondan en la sustancia y en el modo á los objetos á quienes se dirigen, al carácter de la obra y á la profesion del autor. Tomaré la ayuda de costa que me dieren, en la inteligencia de que ya todos los tesoros del mundo no hacen ruido en mi agradecimiento, respecto de la honra que el Rey y su ministro me han franqueado.

Lo que ahora conviene es que usted haga insertar cuanto ántes en la *Gaceta* el capítulo que acompaña á esta; porque, habiendo tenido varios avisos de que algunos padres de esa provincia se dedicaban á la misma traduccion, receloso de que me sucediese con ella lo que con la del *Compendio de la historia de España*, en la que me jugaron una pieza muy sensible, luego que se comenzó la impresion se le remiti al Padre Nieto, y su reverendísima me responde con las soñadas dificultades que le han hecho concebir, y yo no concibo. ¿Qué inconveniente político ni moral puede haber en que se anuncie una obra en la *Gaceta*? En todas las gacetas del mundo se está esto. No solo publican los libros nuevos ya impresos, sino los que se están imprimiendo, los que se están trabajando, y aun los que se están no mas que ideando. A cada paso lo vemos en las gacetas de Amsterdam, de Utrecht, de Paris, y en las eclesiásticas de Nápoles. Yo creo que en esto no hay mas que un poco de pereza ó qué sé yo qué; y así, disponga usted que se desengañe viendo en la *Gaceta* cómo no hay inconveniente.

El libro de que hace mencion en el capítulo del Padre Panel es el manuscrito de dicho *Compendio*. Dos años há que me le pidió para hacerle imprimir en Francia, y no parece ni la impresion ni el manuscrito; y en verdad que lo siento mucho, porque la traduccion para-

frástica de los versos técnicos, el estilo de la prosa, y las muchas notas que añado de *ma façon*, dicen los *connoisseurs* que todo estaba muy curioso, y entre ellos los domésticos, que son *parcissimi laudatores*. En fin, el todo de la obra era muy distinto de la del Padre Espinosa, que se anticipó á sacar su *Compendio*, sabiendo que yo estaba trabajando en el mío.

Si es gusto de su excelencia que yo me dedique al Don Quijote de los predicadores, *paratum cor meum, Domine, paratum cor meum*. Y digo *cor meum*, porque en realidad tengo esta obra muy en el corazón y en el deseo. Añado mas: tengo ya echados muchos rasgos hácia ella, y aun hechas algunas apuntaciones. Pero represento, lo primero, que no me siento realmente con todo aquel caudal de gracia, de sal y de viveza que es menester para desterrar del mundo español, haciéndolos ridiculos, á tantos charlatanes con licencia del ordinario, como infestan y apestan nuestros pulpitos. Represento, lo segundo, que siendo público en esta provincia, y aun en otras, que estoy empleado en esta otra obra tan seria y tan prolija, no solo con aprobacion, sino con estímulo, de nuestro difunto Padre General, se tendria por lijereza mia el divertirme á otra, y mas siendo de tan distinto carácter, aunque no ménos necesaria ni ménos provechosa.

La primera dificultad no es fácil vencerla. La segunda pudiera superarse si su excelencia tuviera por conveniente hacerme alguna insinuacion en derecho ó en su nombre, ó de órden del Rey, para que trabajase en desterrar este lastimoso abuso, sin dejar de la mano la traduccion del *Año cristiano*, cuya materialidad ya me daría lugar para atender tambien á la otra obra. Esta carta se haria muy natural con el motivo de decirme su excelencia que el Rey venia en hacerme la honra de admitir la dedicatoria de la primera; pero que sería de su real agrado (ó del de su excelencia) que atendiese tambien á la segunda; con cuyo arbitrio ocurriria yo á los reparos de nuestros padres, y lograria se me facilitasen algunos materiales que podrian servirme mucho. Rumié usted esta representacion, y con consulta de nuestro excelentísimo patrono recete lo que gustare. — De usted. — Jhs. — *Isla*.

CARTA XV.

Escrita en Salamanca á 30 de setiembre de 1732.

Amigo y señor: No tiene par la actividad de usted, á la que estoy agradecidísimo. De ahí me zumban con que la Mingoti y yo hemos salido á lucirlo en una misma *Gaceta*, ella con su cantar y yo con el mío, que es otro cantar. Esto importa poco, y no importarán mucho mas los entripados del Padre N., que serán algunos viéndose cogido en la trampa de su poltronería. ¿Pero sería justo que por ella me dejase yo perjudicar y que segunda vez me hiciesen la mamola nuestros reverendos toledanos? Riase usted de eso como yo me río. Aquí he contado el hecho á nuestros padres, y todos le han celebrado; y es menester que el acierto haya sido tan de hulto y tan de piedra de sillería como lo es este colegio, para que, siendo mío, le celebren. *Ex ungue leonem*. Por este casito conocerá usted lo que les debo, y esto que N. se dice de mis amigos.

Como falta tanto para la impresion del primer tomo, que aun estamos mucho mas acá de la mitad; aun no

habia pensado en la dedicatoria; pero, habiendo por allá tanta curiosidad de verla, la procuraré disponer en toda la semana que entra. Hasta aquí no se estilaban dedicatorias largas á los reyes; pero, habiéndolas introducido el señor don Fray Benito Feijóo, del Consejo de su majestad, no ha de quebrar por mí este nuevo estilo. De la otra especie tratará usted cómo y cuándo le pareciere; que yo quedo enteramente resignado en su prudencia.

Recelo que á la hora de esta ya habrá visto el dictámen que me pidieron sobre el sermón de Arabaca. Mucho será que no nos conformemos en un mismo parecer, por mas que usted le aprobese. El del Padre Guerra á la Beata Fremiot estaba afrancesado, pero vivo; el del Padre Arabaca remedó algo lo primero, mas no acertó á copiar lo segundo. Con todo eso, ménos malo es esto, que estarse subiendo y bajando por la escala de Jacob á manera de grumete de navío, y haciendo en cada texto mas reparos que en casa vieja de miserable. Mande usted y viva. — De usted. — *Isla*.

CARTA XVI.

Escrita en Salamanca á 11 de octubre de 1732.

Ilustrísimo señor. — Señor: No puede vuestra ilustrísima darme señas mas convincentes del paternal amor con que mira á la Compañía, y de la especialísima benignidad con que su dignacion distingue á mi persona, que la amorosa prevencion que se sirve hacerme en su carta de 3 del corriente, la que no llegó á mis manos hasta ayer 10 del mismo. Y confesando que no hay expresion que llegue á este favor, porque su fondo, que penetra bien, es muy superior á cuanto puedo decir para explicar mi sumo reconocimiento, logro el consuelo (que pienso lo será tambien para vuestra ilustrísima, por su singular benignidad) de haber prevenido en mi traduccion del *Año cristiano* las sabias paternales advertencias que se digna hacerme, habiendo evitado la version de las epístolas, evangelios, introitos, el ordinario de la Misa, que llaman los franceses *secreta* y *cánon*, etc.; bien que de esto último nada se encuentra en el original. Todo en consecuencia de la prudentísima regla del expurgatorio y de los varios decretos que han dimanado del vigilante celo del Santo Tribunal. Unicamente se ha traducido la oracion propia del santo ó misterio que se celebra en el día y se reza en el oficio divino, que no siendo privativa de la misa ni compuesta por la mayor parte de palabras de la Sagrada Escritura, sino una mera deprecacion á Dios por intercesion del santo, fundada ó en alguna virtud dominante suya, ó en la que se considera transcendental á la clase en que se le coloca, ó en la que hace su particular carácter y distintivo; siendo por otra parte dispuesta por sugeto particular, sin que la Iglesia la eleve mas que á una mera aprobacion de su piedad, decencia y solidez, no se ha considerado comprendida en ninguna de las prohibiciones, ni mucho ménos en los justísimos motivos que las han ocasionado. Antes bien han parecido mas propias para implorar la divina clemencia, que tantas otras oraciones que andan por el innumerable enjambre de esos devocionarios, unas prolijas, otras secas, muchas casi fatuas, y ninguna positivamente aprobada por la Iglesia. Añadiéndose que, siendo esta una, santa, católica y apostólica, todo lo que sea uniformidad en las preeces de los fieles (como por otra parte no se oponga á sus santos esta-

tos) parece mas conforme á aquella sagrada union, que la diferencia de todas las demas llamadas iglesias.

Por todas estas razones, y principalmente por no hallarse decreto alguno particular ni regla general que prohiba la traduccion de semejantes oraciones, pues no la hay, ni aun el castigadísimo Indice que por autoridad de vuestra ilustrísima se publicó el año de 47, no encontraron el mas leve tropiezo en que se tradujesen los padres revisores de esta obra, que han sido de los mas sabios y mas graves de esta provincia. Pero si vuestra ilustrísima fuere de otro dictámen, siendo para mí tan superior por la exquisita sabiduría que en vuestra ilustrísima venero, desde luego protesto que me conformaré con él; y con su orden ó aviso haré borrar las diez oraciones correspondientes á los diez primeros dias de enero, que ya están impresos, y daré providencia para que no se estampe la version en todas las sucesivas, siendo fácil dar razon de esta novedad en el prólogo, sin el mas mínimo indicio del singularísimo favor que la ha motivado.

Esto en cuanto á la primera de su estimadísima carta de vuestra ilustrísima, escrita como Inquisidor general. La segunda, que está dictada como verdadero español, como verdaderamente sabio y cómo fino amante de nuestros nacionales que lo son, así como me deja extremadamente confundido por el desmerecido concepto que vuestra ilustrísima tiene formado de mi pequeñez, así me ha colmado de un extraordinario gozo, viendo respirar á vuestra ilustrísima tanto amor á nuestra España, tanto debido concepto de sus sublimes conceptos é ingenios, y tanta generosa indignacion de que, habiendo sido estos los originales de las ciencias, particularmente de las sagradas, por confesion de los mismos extranjeros, y singularmente los franceses, hoy han degenerado tanto, que se hacen copistas de estos, aun en aquellas facultades que ellos mismos aprendieron de nosotros, siendo indignas simias hasta de su moralidad, y haciendo indecente moda de predicar, de discurrir, y aun de meditar, y faltando poco para declarar que no está fiel y legítimamente convertido el que no se convierte á la francesa.

No me cogen de susto estos dictámenes de ese noble corazon españolísimo, porque tuve la dicha de oírlos inmediatamente de la boca de vuestra ilustrísima, cuando cinco años há logré la honra de disfrutar su dignacion y de admirar de cerca sus elevados talentos: ellos son tan conformes á los míos, que verdaderamente me lastimo de que la brevedad del correo no me permita extenderme en este punto, aunque fuese á costa del sufrimiento de vuestra ilustrísima. Pero no queriendo ni debiendo perder un minuto de tiempo en darme por entendido á sus excesivas honras, solo diré á vuestra ilustrísima, que, aunque no con la misma discrecion, ya se ve, ni con tan enérgicas oportunas voces, tengo explicado en la misma sustancia mi dolor, en varias cartas escritas á sujetos de algun carácter de esa corte, y aun alguna todavía está chorreando tinta. Pues ¿por qué un Padre Isla (señor, esta significativa expresion, sumamente honorífica para mí, actualmente me tiene cubierto el rostro de rubor): pues por qué un Padre Isla (replica vuestra ilustrísima) incurre él mismo en lo que abomina en los otros, y se mete á traductor de obras ajenas, cuando pudiera fundir las propias, y mas teniendo dentro de

casa tan ricos y tan fecundos minerales? Señor, esta misma honrosa reconvenccion me la han hecho muchísimos, aunque ninguno de la elevacion de vuestra ilustrísima ni de sus superiores circunstancias. A los demas los he respondido como he podido, sin faltar á la verdad; á vuestra ilustrísima le he de responder descubriéndosela toda; porque es muchísima razon que *loquar ad Dominum meum in simplicitate cordis mei*.

Respondo, lo primero, que para escribir como muchos, como los mas, como casi todos nuestros autores modernos escriben en ciertas determinadas facultades, me parece que tengo suficientes talentos; pero para escribir como debe escribir uno solo en cualquiera facultad, liago seguro juicio delante de Dios que estoy distantisimo de tenerlos.

Respondo, lo segundo, que en virtud de este práctico conocimiento, de que ninguno me desquiciará, porque ninguno me conoce como yo, y por otra parte, instado de muchos á que dedicase mi pluma á alguna obra que fuese útil al público, hice el mismo juicio delante del Señor, de que ninguna otra era mas proporcionada á mi limitadísima esfera, ninguna de mayor gloria de Dios, ninguna de menor gloria mia, ninguna de mas utilidad para la salvacion de las almas ajenas, y ninguna de menos riesgo para la salvacion de la propia. Esta sólida consideracion fué la que últimamente me venció á tomar partido.

Respondo, lo tercero, que aun, no obstante todo esto, estuve resistiendo tres años continuados á los mas vehementes, porfiados y no interrumpidos impulsos de dedicarme á esta traduccion, con circunstancias tan poco regulares, que al cabo me vi precisado á comunicarlal al que gobernaba entónces mi conciencia, quien me ordenó los hiciese presentes con toda sinceridad á nuestro difunto padre general; y este me exhortó y me alentó á que me entregase á dicha obra.

Respondo, lo cuarto, que tambien me sirvió de mucho incentivo saber que un Padre Gabriel Bermudez y un Padre Luis de Losada pensaron seriamente en emplear sus delicadísimas plumas en esta vasta traduccion, y no siéndoles posible hacerlo por sus graves, muchas y notorias ocupaciones, desearon con ansia que algun otro la tomase de su cargo.

Respondo, lo sexto, que, noticioso yo de que con efecto algunos pensaban en lo mismo, y temeroso de que su cediese con esta traduccion lo que ha sucedido con las mas, que solo han servido para echar á perder el original, y para echarnos á perder la lengua, frunciéndola, violentándola, desmayándola y afrancesándola, quise anticiparme á hacerlo yo, con el conocimiento de que para esta ingloriosa materialidad gozo algun mayor talento que otros, y para hacer ver en obra digna de mi profesion, que nuestra lengua nada ha menester mendigar de las ajenas, sin que haya en ellas expresion, modal, ni aun idiotismo, que no tenga equivalente en la nuestra, igualmente vivo, igualmente enérgico, igualmente airoso, igualmente natural.

Respondo, lo sexto, que tambien me motivó una especie de honrada correspondencia á los jesuitas y no jesuitas franceses. Ellos han confirmado soberanamente el acertado dictámen de vuestra ilustrísima sobre el mérito original de nuestros insignes ascéticos Luis de la Puente, Alonso Rodriguez, Eusebio Nieremberg y Santa Te-

resa de Jesús. No se han contentado con verterlos en sus obras con diverso método para librarse de la nota de plagarios, como dice vuestra ilustrísima con tanta discrecion como verdad; sino que tambien los han vertido en su idioma, traduciéndolos á la letra, como están en su original español. El célebre abad de Villefore tradujo las *Cartas de Santa Teresa* y casi su *Vida*. El Padre Juan de Brignon tradujo las obras del Padre Luis de la Puente; y el Padre Nicolas Frison hizo segunda traduccion del *Compendio de sus meditaciones*. Aquel piadosísimo, discretísimo y elocuentísimo prelado Sprit Flehier, obispo de Nismes y honra de la Francia, dedicó su rara pluma á la traduccion de las dos partes del Padre Alonso Rodriguez, y la segunda la concluyó el famoso abad Vertot, uno de los genios mas amenos y de los talentos mas sublimes que ha celebrado en su gremio la academia francesa. El citado Padre Brignon tradujo la *Diferencia entre lo temporal y eterno*, y el *Aprecio de la divina gracia*, del Padre Nieremberg.

Esta justicia han hecho los más sabios y los mas discretos franceses á nuestros primarios ascéticos que vuestra ilustrísima nombra. Nosotros de obras suyas largas y seguidas puramente espirituales no sé que hayamos traducido mas que las de San Francisco de Sales, y aun este en rigor no fué frances, aunque escribió en aquel idioma. Dije *puramente espirituales*, porque las del Padre Nicolas Causino, aunque piadosísimo, no parece se deben colocar en la clase de las que principalmente hablan con el corazon para moverle, sino con el entendimiento para instruirle y para convencerle é iluminarle. De los demas no sé que tengamos en nuestra lengua (fuera de algunos libritos, que son libritos y no mas) otros libros de este carácter, que una parte del *Retiro espiritual*, del Padre Croiset; otro del Padre Nepen, con sus *Reflexiones cristianas*; otro del Padre Burdalue, para personas religiosas; y las *Ilusiones del corazon* y los *Discursos espirituales*, del Padre Croiset; el librito de la *Confianza en Dios*, del señor Languet, obispo de Soissons: cuyas obras todas acaban de recibir un fatal golpe del parlamento de Paris, que acaso no será la menor calificación de su solidez, de su eficacia y de su piedad. Pues me parecia á mí que pedia la buena correspondencia, que acá emprendiésemos la traduccion de alguna obra grande, seguida, metódica, puramente espiritual, que hablase al corazon mas que al entendimiento, que estuviese enteramente despojada de aquellas noticias curiosas que no sirven para recoger el alma, que fuese un maná del cielo dulcemente destilado sobre ella, que la ablandase, que la sustentase, que la penetrase, que la moviese. Este es el bellísimo carácter que vuestra ilustrísima hace de las obras espirituales que desea: este es el que no niega se halle en algunos franceses, pero pocos; y este el que me pareció á mí haber encontrado en el *Año cristiano*, del Padre Croiset, con preferencia á todo lo que hasta ahora he leído en su idioma en orden á mover el corazon. En la exposicion de los misterios se evita cuidadosamente toda critica contenciosa, todo punto de controversia: se va derechamente á lo que la Iglesia cree, á lo que el dogma enseña, y á explicar solidísimamente el alma, el espíritu, la significacion natural y moral del misterio.

Las vidas de los santos son sustanciales, compendiosas, desembarazadas de todo lo que no es absolutamente

necesario para formar una clara idea de su carácter y virtudes principales; y aunque en los puntos controvertidos de cronología y de historia van arregladas á lo que dicen los mas juiciosos críticos; pero en ellas nada se disputa, nada se ventila; practicase la critica indirectamente; reflejamente no se ejerce. Las reflexiones sobre las epístolas no pueden ser mas vivas, mas eficaces ni mas oportunas, en aquellos lugares del sagrado texto que dan mas golpe hácia las costumbres. Las meditaciones, unas veces sobre el evangelio del dia, otras fuera de él, pero siempre sobre las verdades mas sólidas y mas terribles de la religion, no parece posible sean mas penetrantes ni mas convincentes. Las jaculatorias son verdaderamente lo que suenan; dardos que penetran, y centellas que conservan entre dia el fuego de la meditacion de la mañana. Los propósitos con que se concluye son los que verdaderamente corresponden á la meditacion que se acaba de hacer, oportunísimos, sumamente prácticos, muy factibles, muy menudos, muy individuales. Estos es, señor, el carácter de la obra en que estoy trabajando. Si vuestra ilustrísima me permite la honra de que le vaya remitiendo los pliegos conforme se fueren estampando, lo ejecutaré con la mayor complacencia, y me conformaré ciegamente en lo sucesivo con sus sabias correcciones.

No puedo dilatar me mas, porque la de vuestra ilustrísima ha llegado puntualmente en el dia mas ocupado para mí de todo el año. Por eso va esta carta tumultuaria, atropellada, sin alioño y sin cultura; pero muy arreglada á la verdad. Nuestro Señor guarde á vuestra ilustrísima muchos años. Besa la mano de vuestra ilustrísima su reverente humilde siervo y capellan.—Jhs.—*José Francisco de Isla*.—Ilustrísimo señor, etc.

CARTA XVII.

Escrita en Salamanca á 11 de octubre de 1752.

Amigo y señor: El sábado porque el correo viene de priesa, y hoy porque lo estoy yo, ni pude ni puedo dar á usted toda la conversacion que merece y era correspondiente á su última sustancialísima carta. Es el caso que ayer, dia de San Francisco de Borja, fué la funcion magna de mi congregacion de Caballeros, de que soy prefecto *in partibus*; porque los caballeros de Salamanca son como el arzobispado de Damasco, de Edesa y de Tesalónica; pero en cambio de esto, la segunda parte de que se compone dicha congregacion, que es de *pobres*, es demasidamente efectiva; con que, por este lado tambien es demasidamente real mi prefectura, que en suma se reduce á ser limosnero mayor de sus excelencias y señorías; pero sin los honores, gajes y emolumentos que señaló Felipe el Hermoso para el limosnero mayor de Francia, declarando, como nos lo dice el abad Archon en su bella *Historia de la capilla real de Francia*, que fuesen mayores que los del mismo guarda-sellos, siendo así que tambien tengo yo este oficio. En conclusion, ayer di limosna por mi propia mano á mas de dos mil pobres, y en ellos, sin mucha ponderacion, daría víveres para algunos dias á mas de cien mil vivientes. Y no piense usted que hablo de aquellos millones animados que el Maestro Feijóo creyó, sobre la fe de un microscopio vivificador, que cada uno de nosotros alimenta dentro de su boca. (¿Adónde estarían nuestras bocas si esto fuera así, especialmente

en la de aquellos que solo se limpian los dientes cuando hacen gárgaras? No, señor: los cien mil vivientes seguros que yo alimenté ayer, son de estos que se ven y que se palpan, y hasta los ciegos pueden dar testimonio pulgar, ya que no sea ocular, de su existencia. En cuya suposicion hará usted muy bien en suponerme muy fatigado, con poco gusto y sin el tiempo que era menester para responder ménos mal á una carta que está tan bien escrita.

He visto el discurso sobre... Pero cuidado, que no reputo por ganancias mías la excesiva, ciega y visible pasion con que ustedes leen mis cartas, el disparatado concepto que esta misma pasion les hace formar de ellas, y el pensamiento aun mucho mas disparatado «de recogerlas por sí el tiempo puede hacerles la justicia de imprimirlas». Conozco bien que este no fué mas que un hervor de la conversacion, en que la voluntad se levantó con toda ella, sin dejar hacer baza al entendimiento y al buen juicio de ustedes. Si creyera otra cosa, ya tendria á vuestras un sobresalto de por vida, y desde el poyo me despedia de la correspondencia de usted; porque en realidad el que fuese mi mayor enemigo no me podria hacer mayor mal. ¡Imprimir muchas cartas escritas sin cuidado, de galope, ninguna de erudicion, las más familiares, casi todas de confianza, y todas, sin casi, ligerísimas! ¡Imprimir muchas cartas de estilo alegre, de alusiones festivas, de gracias frescas, de dictámenes francos, y de un jesuita! ¡Qué poco saben ustedes el berengenal en que me meterian! Hora bien, amigo mio, «aunque mis cartas fuesen mas elocuentes que las de Ciceron, mas sentenciosas que las de Séneca, mas eruditas que las de Justo Lipsio, mas sazonadas que las de Voiture, mas discretas que las de Balzac, mas juiciosas que las del cardenal Palavicino, mas graciosas y mas embusteras que las del ilustrísimo Guevara, mas almidonadas que las de Don Antonio de Solis, mas lúguidas y mas afectadas que las de Mayans, mas elegantes que las de San Jerónimo, mas graves que las de San Gregorio el Grande, mas dulces que las de San Bernardo, mas tiernas que las de San Francisco de Sales, mas místicas y mas caseras que las de Santa Teresa, mas duras que las del Padre Nieremberg, y mas espirituales que las del Padre Colombier:» digo que, aunque fueran todo esto y mucho mas, tendria que sentir si las viera de molde. Dejemos este punto, y no hay que pensar en él: solo imaginarlo me estremece; y si lo considerara posible, habia de dedicarme á aprender el estilo de monja para seguir en adelante mis correspondencias. — De usted. — Jhs. — Isla. — Señor Don N.

CARTA XVIII.

Escrita en Salamanca á 25 de octubre de 1732.

Ilustrísimo señor.—Señor: En la de 18 del corriente, con que la dignacion de vuestra ilustrísima me honra, veo con nuevo reconocimiento mio la continuacion de sus piedades, así en la satisfaccion que mereció á vuestra ilustrísima la ingenuidad de mi respuesta antecedente, como en las sabias advertencias que me hace para asegurar el acierto en mi piadosa tarea.

No puedo ponderar á vuestra ilustrísima cuánto gozo me resulta al ver que tambien ha querido mi fortuna que en la traduccion de las *Reflexiones sobre las episto-*

las, diese en el mismo pensamiento de vuestra ilustrísima. Porque, aunque todas ellas son una glosa bien moralizada del texto, como por lo comun no suelen ser sobre un punto seguido, sino sobre diferentes que saltan de la letra en los versos, á los que no tienen presente todo el contexto pueden parecer reflexiones inconexas y totalmente fuera del asunto. En el original frances no habia tanto peligro de que no se observase la conexion ó la oportunidad, por leerse las epístolas en los dos idiomas, y quizá por esto omitiria el autor muchas veces el hacer el reclamo al texto á que correspondia la reflexion; pero, observando yo que no militaba esta razon en la traduccion castellana, y que unos lectores no tendrian presente toda la epístola latina, y los mas no la entenderian, enidé, sin atemperarme al original, de poner en latin el verso á que correspondia la reflexion. Es verdad que caí en la cuenta un poco tarde, y así no corregí esta falta en los primeros dias.

En órden á la traduccion de las oraciones de los santos (salvo el superior dictámen de vuestra ilustrísima, al que vuelvo á protestar que me rendiré ciegamente), no concibo pueda haber peligro de delacion bien fundada, por las razones que apunté en mi antecedente, que no han parecido del todo despreciables á la sabia comprension de vuestra ilustrísima. Y caso que algun escrupuloso quisiere reparar en ellas, creeré que á cualquiera docto calificador del Santo Tribunal le sobrarian armas para desvanecer enteramente su escrúpulo. Dije *las oraciones de los santos*; porque estas (á excepcion del comun) cada dia las reforma ó las corrige la misma Iglesia, como quien solamente las da una aprobacion puramente permisiva; y esto, no solo á las oraciones particulares de los santos, sino á todos los oficios particulares de los santos; que por eso cuando las aprueba usa de la palabra *indulxit* ó *benignè annuit*: que no excede la esfera de una mera permission. El rezar de todos los santos que no son *ad libitum*, es precepto; pero el rezar tal oficio particular, es mero indulto. Y si la Iglesia no adopta por suyo el oficio particular de ningun santo, ménos parece que adoptará sus oraciones particulares, especialmente cuando en las comunes y en sus oraciones ha habido la variedad que sabe vuestra ilustrísima mejor que yo, como consta por la *Historia del Breviario*, que escribió en latin un jesuita italiano, y por el prólogo á la célebre obra *Explicacion historial de las ceremonias de la Iglesia*, escrita en frances por el erudito y docto cisterciense Don Claudio Vert.

Otra cosa es las oraciones de las dominicas y de las ferias. Estas son antiquísimas, como dice vuestra ilustrísima con su acostumbrado peso y erudicion: comenzaron por tradicion apostólica, y se perfeccionaron con particular luz del Espíritu Santo, no usándose otras en aquellos primeros siglos de la Iglesia, en que solo se rezaba de ferias y de dominicas, con mas ó ménos formalidad que ahora. Estas son acreedoras á tan particular veneracion, que en cierta manera sería profanarlas el exponerlas en lengua vulgar; y así, dando á vuestra ilustrísima reverentes gracias por la luz que me comunica, le empeño mi palabra de dejarlas en su majestuoso y venerable latin, cuando llegare el caso, si me diere Dios vida, de traducir los seis últimos tomos dedicados á las fiestas movibles de todo el año.

En punto á milagros, está el Padre Croiset, y general-

mente todos los jesuitas franceses, distantísimo de la impiedad aforrada en bachillería que mostró el librero de París en la respuesta al español que le reconvió con la reducción del *Flos Sanctorum* del Padre Rivadeneyra. En varias partes del *Año cristiano* se enciende vehementemente contra los que se llaman en Francia (por burla) «espíritus fuertes», que hacen chacota de los milagros, criticando unos, despreciando otros y dudando de todos. Declama con vehemencia contra estos impíos, y sin declinar al extremo de la misma credulidad, que no negaré á vuestra ilustrísima haber sido excesiva en algunos autores mas piadosos que reflexivos, toca en las vidas de los santos aquellos milagros mas famosos y mas justificados, y se remite á los otros muchos que hicieron los que fueron mas sobresalientes en este don, por no faltar á la verdad que profesa; conociéndose que tuvo muy presente el famoso *Tratado de los abusos de la critica en materia de religion*, que en el año de 1710 dió á luz el Padre Ignacio Labrusel, el cual, por mas que los padres de Trevoux no lo aprueben en todo, es uno de los mas completos y de los mas enérgicos que se han escrito sobre este inportantísimo punto, y en mi dictamen deja muy atras los *Lugares comunes* del doctísimo dominico Melchor Cano.

Donde he tenido no poco que moderar, ha sido en las proposiciones catequísticas ó morales, en las cuales, ya sea por algunas expresiones nativas, pero nimamente fuertes, de la lengua francesa, ya porque casi todos los teólogos de aquella nacion inclinan un poco al rigorismo, se hallaban muchas que acá parecerian demasíadamente rígidas, por representar con la idea de pecados graves algunas acciones que nuestros teólogos no se atreven á condenar rotundamente como tales. El primero que observó este inconveniente en el *Retiro espiritual*, del Padre Croiset, fué el Padre Luis de Losada, aquel grande hombre que murió cuatro años há en este real colegio, á cuyo lado tuve la dicha de criarme; y así, en la reimpresion que se hizo en esta ciudad de aquella utilísima obrita, moderó algunas proposiciones, ménos seguras ó mas fuertes, que se habian escapado á la perspicacia y al juicio de su docto traductor el Padre Gabriel Bernudez. Teniendo yo presente esta necesaria precaucion, he leído con ella el original, y en la construccion he templado con un adverbio, con una palabrita, y tal vez con una sola letra, bastantes proposiciones que acá disonarian, por lo mismo de que las almas meticulosas las entenderian como suenan.

La última advertencia que vuestra ilustrísima se sirve hacerme sobre las fiestas de nuestra gran Reina y Señora, me ha llenado de ternura. ¡Oh cuánta devocion respira á esta Madre de misericordia! Oh qué sobresalto tan digno de un prelado empapado en el amor de María, á quien la Iglesia ha encomendado el depósito de sus glorias, no ménos que el de la fe! Pero desde luego puedo consolar el devotísimo susto de vuestra ilustrísima, atreviéndome á decirle con toda seguridad: *Non turbetur cor vestrum, neque formidet*. Bien puede desterrar de ese amantísimo corazón de María todo temor, toda turbacion, todo miedo de que no se traten dignamente por el Padre Juan Croiset las glorias de esta gran Reina. Oso decir á vuestra ilustrísima, que apenas se podian fiar estas glorias á pluma mas delicada, mas sólida, mas juiciosa, mas tierna, mas abrasada en el

amor de la Emperatriz del cielo y tierra. En todos sus misterios se derrite, se exhala, se evapora; y siendo muy breve en las demas, en estos no acierta á levantar la pluma; tanto, que ciertamente peca en ella de prolijo, atendiendo al carácter de la obra. Si encuentra en el camino algun punto controvertido por la crítica, por lo comun le omite con desprecio; y si se ve precisado á hacerse cargo de él, no solo le deshace, sino que le aniquila, y fervorosamente se enfurece.

Certifico á vuestra ilustrísima que, habiendo leído lo que han escrito sobre el misterio de la Concepcion nuestros autores Izquierdo, Osorio, Alba, y la gran *Carta apologética* del Padre Nieremberg al papa Urbano VIII, todo jinto no me convenció ni encendió tanto mi devocion al purísimo misterio como lo que escribió el Padre Croiset. Es verdad que apenas añade cosa especial de lo que se lee en los demas; pero ¡con qué claridad lo dice, con qué método, con qué viveza, con qué energía, con qué eleccion en las autoridades que hacen inmediatamente al asunto! La *Carta de San Bernardo á la iglesia de Leon*, que dió tantas armas á los que se opusieron al misterio, y de cuya verdadera respuesta estuvieron tan distantes algunos de sus defensores, que al cabo cayeron de ánimo, y contaron á aquel ternísimo capellan de María por contrario á su inmaculada Concepcion, ¡con qué sinceridad la refiere, con qué claridad la expone, y con qué solidez convence que el santo no negó en ella la sustancia del misterio! Solo condena que la iglesia de Leon se metiese á celebrarle públicamente, hasta que la Iglesia universal lo hubiese determinado.

En el misterio de la Presentacion no puede estar mas tierno, ni mas dulce, ni mas moral, ni mas sólido, sin desviarse un punto de lo que dice la Madre Agreda. En la Visitacion solo dice que, inspirada del Espíritu Santo para que fuese á visitar á su prima con ocasion de su milagrosa fecundidad, pidió licencia á su esposo, y obtenida, se puso luego en camino para Hebron: no se mete en si fué á pié ó á caballo, si la acompañó ó no la acompañó San José. Podiera hacerse cargo de la opinion de San Agustín, de Teofilato, de Teodoro, de Eusebio y otros muchos padres, que dicen no la acompañó en este viaje el Santo Patriarca; porque si la hubiera acompañado, hubiera conocido el misterio de la Encarnacion, por las maravillas que sucedieron luego que se saludaron las dos primas y por lo que recíprocamente se dijeron; y consta que San José no descubrió este misterio hasta despues de las sospechas, que no pudieron ser ántes del viaje á la montaña, porque este le emprendió la Virgen á los tres meses de su preñado, en cuyo tiempo no podia su esposo conocerle, ni aun sospecharle. Pero el Padre Croiset, absteniéndose totalmente de todo punto controvertido, segun su costumbre, nada de esto toca, ni aun insinúa, y va derecho á la sustancia y al espíritu del misterio.

Lo mismo le sucede en el viaje á Belen y en el nacimiento del Salvador. Ni una palabra dice sobre que hiciesen á pié esta jornada los divinos Esposos, ni mucho ménos que la Virgen llevase las sagradas fajas sobre su santa cabeza; y en órden al Nacimiento solo expresa lo que consta del Evangelio, que en un establo fué, y que despues de nacido el divino Infante, le envolvió en los pañales y le reclinó en el pesebre.

En el misterio de la Asuncion, en donde verdaderamente se excede á sí mismo el Padre Croiset, lejos de incidir en el loco abismo de la carta del concilio efesino, como la entienden sin razon los críticos fanáticos de este tiempo, ni siquiera la toma en boca. Pero sin hacer mencion de ella ni de las disparatadas razones de los pseudo-críticos, las deshace y las aniquila tan convincentemente, comenzando por una carta de San Dionisio Areopagita á San Timoteo, primer obispo de Efeso, y prosiguiendo por el testimonio de todos los siglos, que es verdaderamente gusto leer este grande hombre, casi embriagado en las glorias de la soberana Reina. Aunque en el día 13 de agosto, en que se celebra este misterio, apunta estas razones, pero donde mas las extiende, proponiéndolas y ponderándolas con todo el nervio que tienen, es en los párrafos 6, 28 y 29 del tomo XVIII, que concluye con toda la vida seguida de la Santísima Virgen, tan devota, tan tierna, tan juiciosa, que uno ó dos años há se tradujo y se imprimió separadamente en esa corte. Solo con que vuestra ilustrísima lea el párrafo primero de dicha vida, que trata de la idea general «de las prerogativas de la Santísima Virgen», conocerá que la devocion y religion del Padre Croiset no ceden ni á nuestros Rivadeneyras, ni á nuestros Mendozas, ni á nuestrás Agredas, ni á nuestros Eusebios, y que casi casi puede competir con la de los nuestros Ildefonsos.

Finalmente, para que vuestra ilustrísima acabe de conocer que este insigne jesuita frances no se infatuó en la crítica de tantos compatriotas suyos, por lo que toca á las excelencias y al culto de la Reina de los ángeles (en lo que por la misericordia de Dios le han imitado casi todos los jesuitas de su nacion), díguese leer el párrafo 32 de la citada vida de Nuestra Señora, y allí verá con qué devocion, con qué piedad, con qué eficacia trata y promueve sus fiestas y devociones particulares: verbigracia, su rosario, su escapulario, su correa, su sagrado corazon, sus congregaciones y cofradías, lastimándose altamente de la impiedad de aquellos críticos que califican estas utilísimas devociones de simplezas, de parvuleces, de invenciones mujileres y de bigoterías.

Tan lejos estoy de pedir perdon á vuestra ilustrísima de lo que le he molido con esta carta, que ántes siento no poderme dilatar mas para lisonjear su tierna devocion á la Señora: ella se la premiará como acostumbra con su poderosa intercesion para con su Santísimo Hijo; y la misma imploro yo para mostrarme agradecido á tanto favor como debo á vuestra ilustrísima, rogándole incesantemente por la conservacion de su preciosa vida. Besa la mano á vuestra ilustrísima su reverente humilde siervo y capellan. — Jhs. — José Francisco de Isla. — Ilustrísimo señor, etc.

CARTA. XIX.

Escrita en Salamanca á 18 de noviembre de 1751.

Amigo y señor: Acá están las dos esquelas con sello del Rey, cuyo humo, por aromático, ha hecho mucho daño á ciertas cabezas histéricas: la mía es masculina, aunque yo lo diga, y los vapores no me evaporan; con que, de esas me haga, y caiga quien cayere.

Ya sabrá usted que el amigo N. ha sido el real alcahuete de la real dedicatoria. La historia de esta la leerá usted en la carta y papeles adjuntos.

Luego que usted los reciba, publique treguas ó sus-

pension de armas por un par de horas, de otros negocios. Llame á N., ciérrense en su gabinete, léanlos, reflexionenlos, ríanse ustedes á tiros largos, resuelvan lo que mejor les pareciere, avisenme de su resolucion, y sea siempre bajo el sello del Rey; que yo me voy á la cama á cozer un gran catarro. — De usted. — Isla.

CARTA XX.

Escrita en Salamanca á 25 de noviembre de 1752.

Amigo y señor: Hoy se me avisa que llegaron sanos y salvos los documentos de aquella dependencia. Contémplele á usted entregado en ellos, juntamente con el amigo Medina; y vuelvo á protestar que para este preciso caso renuncio todo pacto implícito y explícito de amistad, queriéndoles á ustedes dos severos Minos, integérrimos Radamantos, y aun rígidos Aristarcos.

Dije que renunciaba todo pacto de amistad, y dije un gran disparate, de que me retracto. Antes bien llamo en mi favor todas las leyes de la amistad verdadera, la cual nunca es mas rígida en estas materias que cuando es mas fina; porque, en suma, ¿á qué debemos tirar sino á acercarlo? En cuya suposicion no hay mas que cortar, trincar y rajar; que yo ya discierno entre las que son cuchilladas de enemigo, y sajaduras de mano caritativa, diestra y cirujana.

Prevengo á usted que dentro de quince dias se acabará de imprimir el cuerpo del primer tomo, y que si no se despacha ese expediente, habrá de parar la impresion.

Yo habia mandado bordar unas armas reales y otras del Señor Marques para los ejemplares que se les habian de entregar; pero, habiéndolo sabido el Padre Sagardoy, me lo disuadió, diciéndome que ni el Rey ni la familia real ni el ministro gustaban de esto, ni mucho ménos de escudos, broches ni cantoneras de plata, que fué mi primer pensamiento, porque solo servian de hacer difícil el manejo de los libros, y de engorro en sus librerías; que la moda y el gusto, así de las personas reales como de los ministros, era que los ejemplares destinados para su uso se encuadernasen por el librero del Rey en esa corte, quien sabía ya cómo lo habia de hacer. Instrúyame usted de todo lo que hubiere en esto, y de los ejemplares que deberé remitir; porque, segun la frase favorita de mi amigo Sancho Panza, «yo soy un porro en estas cosas»; y en otras no soy mucho mas.

Hombre, si usted quiere que yo le tenga por tal, trate de disponer que se vista luego una garnacha nuestro incomparable Medina; porque *guay*, yo apostaré que no hay en toda España cuatro mozos que lo merezcan mejor. Por lo ménos haga usted que le conozca y que le tantee el Señor Marques, pues con esto solo, ó yo he de ser un *zimal*, ó le hemos de ver en los cuernos de alguna chancillería. Como soy hijo de Dios, que ya me duele tanto la cabeza que no sé dónde la tengo. Viva usted, y ya no me agradezca estos deseos, porque ántes eran de puro amor, y ya son interesados. — De usted todo. — Isla. — Señor Don N.

CARTA XXI.

Escrita en Salamanca á 25 de noviembre de 1752.

Amigo y señor: Acabo de levantarme de la cama, donde he estado ocho dias tosiendo, como pudiera un alcalde de aldea cuando entra en su casa despues de un

concejo ganado. Todavía tengo mis reliquias de los, las que bastan para hacer personas á dos docenas de gatos con romadizo. A esto debe atribuir usted mi dilacion en contestar á la esqnela y carta del correo pasado, y en verdad que no me han hecho daño los ocho dias de tiempo que me he tomado para responderlas; porque de poco acá se ha echado usted un demonchuelo de secretarillo que me hace aguzar los puntos de la pluma; pero por mucho que los quiera adelgazar, siempre se quedarán romos en comparacion de los suyos. Si prosigue como ha comenzado, bien podrán los franceses escabechar á su Voiture y á su Balzac, los ingleses á su Harrison y Nicols, los italianos á su Palavicini y Muratori, los portugueses á su conde de la Erizeyra y Barbadillo, y los castellanos á sus dos Don Antonios Guevara y Solis; porque el mancebito ha de hacer con el tiempo que las cartas de los primeros parezcan insulsas, las de los segundos frias, las de los terceros pesadas, las de los cuartos flojas, y las de los quintos necias. Usted hágale cultivar el gran talento que muestra, y verá cumplida mi profecía, pues protesto á usted con aquella verdad que gasto, que en su corta edad no he visto hasta ahora ni mayor desembarazo de estilo ni mas castiza expresion ni mayor peso y oportunidad de pensamientos. No solo por complacer á mi gusto, sino por lo que interesaria mi utilidad, pondria á usted todos los correos en la cortesana precision de que no estuviese ocioso conmigo su admirable secretario, si esto me fuese posible; pero repetidas veces tengo significado á usted que, como á Don Quijote le perseguian malignos encantadores, á mí me persiguen molestos encartadores (cuidado que no es lo mismo que encartados), los cuales, consumiéndome el tiempo y el buen humor con sus impertinencias, me estragan el segundo y me quitan el primero, para gastar uno y otro con quien lo emplearia de tan lindísima gana. Añada usted á esto las tareas en que ya estoy empeñado; y que, no pudiéndome acomodar á usar de amanuense, tengo ya la vista tal que algunos dias pudiera con mucha decencia vender coplas en las gradas de San Felipe. No obstante, doy á usted palabra, ó por mejor decir, me la doy á mí mismo, pues soy el que va á ganar, de aprovechar todos los claros que pueda para tirar por la pluma á ese garzon admirable. Y mientras tanto, usted, mi señora Doña N... y nuestro joveneto viven asaz engañados si piensan echarme el pié adelante en la memoria y en las conversaciones. Si no, apelo al Padre Lino Franco, nuestro fabriquero mayor: aquel que me hace concebir cómo seria San Pedro de Alcántara cuando nos le pintan como un hombre de raíces de nogal; aquel enyo testimonio es *irreproachable* (sorda sea la real Academia); porque, al fin, aunque no haga milagros, es sin disputa el que mas nos edifica. Diga este carton humano y pergamino viejo arrugado, si en materia de memoria y de conversacion me alcanza de cuenta la Sacra Familia. Tres horitas nos llevaron ustedes la otra noche, que á nosotros se nos hicieron tres sopillos, tres obleas, y á lo mas mas tres suplicaciones. Por mas señas que el tal padre rector de Ordaña, que Dios haya, me hubiera llenado de celos, si no me aquietara la consideracion de que, aunque su cara es mas al alma, mis ojos son mas de moda. Y con esto, señor mío, con licencia de usted voyne á la cama; que hoy es el primer pinico. — De usted siempre. — Jhs. — *Isla*.

CARTA XXII

Escrita en Salamanca á 14 de marzo de 1753.

Amigo y señor : A ver si en tiempo de cuaresma traga usted inénos; porque en vegada de carne se engulle usted esquelas y cartas como codornices por mayo. Sentílo por un empeño de mi rector, á quien era menester complacer cuanto estaba de mi parte, como pudiera usted discurrir. Pero usted discurre como quiere y cuando quiere : si ha venido por ahí un concordato pontificio, en que declare del patronato del Rey, ó los haga todos los ayunos simples y enrados, *cuales se vean con ilibatez* ó sin ella, *equitativos* ó injustos, despues de muchos *contrastes* perdí el capítulo, y usted se tragará la carta del pobre Sagardiburu y mi recomendacion, aunque sea en viénes santo; porque dirá que la última es parvidad de materia, no es carne ni pescado, y que no quebranta el ayuno. Reniego yo de usted por los siglos de los siglos. Amen Jesus.

A propósito de concordato : cosa mayor no se ha pensado; cosa igual no se ha creído; cosa tal la palpan todos, y todos creen que sueñan. Hasta los fanáticos están locos : yo no lo soy, y estoy borracho. ¡Oh cuánto siento que esto no se hubiera ajustado un mes ántes, para tener la gloria de ser el primero que lo pusiese al arpa, ó al clavesin, que es mas de moda, y encargar á nuestros íntimos amigos los franceses, que hagan las exequias al suyo, como se las hicieron á la pragmática en tiempo de Leon X y de Francisco I, haciéndoles confesar que el suyo no merece descalzar los zapatos al nuestro! ¿Y todavía habrá aturdidos que disputen la intencion, el celo y los aciertos á los que nos gobiernan? *Déixelo, Padre Porcel*.

Hoy salieron de aquí doscientos ejemplares de mi construccion. Tardará en presentarse al Rey y á usted lo que tardare el librero en ponerlos decentes.

La adjunta vaya en la primera posta : es gratulatoria á uno que es amigo mío treinta y tres años há.

¿Será usted hombre para decir en mi nombre al Señor Marques mil borracheras nacionales por este felicísimo suceso, ya que no lo ha sido para tratar, para conocer y para colocar á Don Miguel de Medina? ¡Oh qué poquitos se hallan de estos! Pero ustedes son ustedes, y el cura de N. es de lo que no hay. — De usted por mis pecados. — Jhs. — *Isla*.

CARTA XXIII.

Escrita en Salamanca á 17 de marzo de 1753.

Amigo y señor : Aquí no se habla mas que de concordato, y aun de eso no se habla; porque desde que se recibió la noticia, el que dice mas es abrir y cerrar tanta boca como el mascarón del órgano de Palencia. ¡Oh cuánto he sentido que no se hubiese perficionado este gran negocio un mes há, ántes que se hubiese acabado de estampar mi resumen historial llamado *Dedicatoria*! Mal haya el plomo, que tan lijero fué en esta ocasion, fuera de tiempo. Pero, al fin, aunque no se lea en él este suceso imponderable, servirá para que los fanáticos lean sin ojeriza los demas, y no se atrevan á chistar contra todas sus cinco envidias, que son los cinco sentidos de que adolecen.

Allá están ya doscientos ejemplares á cargo del amigo Medina, para su encuadernacion, distribucion y venta.

Si esta no pinta, acabóse la impresion, aunque ya están los dos tomos siguientes prevenidos; porque estoy empeñado en los nueve mil y mas reales que me ha costado: con que el público piadoso me agradecerá mi buena voluntad, suponiendo desde luego que no serán muchos los agradecidos.

Aunque, según la instruccion que he dado á Medina, solo se deberán encuadernar á la real los cuatro ejemplares que usted cuidará de presentar á las personas reales, si hiciere usted juicio que la encuadernacion del que se ha de poner en manos del Señor Marques debe no ser muy desemejante, en esto y en todo lo demas tiene usted mis plenos poderes para disponer á su arbitrio. Solo suplico á usted encargue á Medina que avise todo lo posible á los sastres de pergaminos para que cuanto antes se vistan los libros, se entreguen á sus majestades, y se publiquen en la *Gaceta* como á él le pareciere, previniendo que solo se venden allí en el librero que nombrare, y aquí en la portería del colegio Real.

¡Al fin Medina se está como se estaba!; Y usted y Valencia son mis amigos! Voto á...

Diga usted de mi parte al Padre *aliàs* Confesor, hoy papa, que le haga á usted obispo de Calahorra; porque, aunque á mí me sirve mas de cura que de arzobispo de Toledo, soy hombre que sabe sacrificar su interes particular en obsequio del bien comun. Viva usted mucho; que yo cuidaré de aliorarle de purgatorio con mis impertinencias. Tenga usted muchos dias de San José por retrotraccion; que del mártir al lúnes no hay mucho que regular.

Olvídashaseme decir á usted que prediqué el domingo de cuarenta horas, y el primer viérnes de cuaresma. Dicen que prediqué bien. De aquí inferirá usted qué predicadores se estilan en nuestra península.—De usted.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA XXIV.

Escrita en Salamanca á 7 de abril de 1753.

Amigo y señor: Perdió usted un gran padre. Para esto no hay consuelo. Era un gran cristiano. Llore usted ahora su eterna felicidad. El dia que se bautizó le llamaron Félix: el dia que murió comenzó á serlo. ¿Se atreverá usted á sentirlo? Pero la naturaleza... Pero la naturaleza debe ser esclava de la razon y de la gracia, y la vendrá muy ancho. Ofrezco por el difunto y por usted mis sacrificios; que, aunque sean míos, valen infinito. Busque usted quien le ofrezca mas.

Parecerá importunidad hablar en esta escuela de otra cosa; ¿pero será importunidad todo lo que sea sufrágio? ¿Y quién le dice á usted que le hay mayor que amparar á pobres, beneméritos y agraviados? Todo lo es Don Diego Zubiate, que está agradecidísimo á la buena acogida, y yo mas que él. Pero *finis coronat opus*. Consuele Dios á usted, y me le guarde como he menester para hacer bien por entrambos.—De usted todo.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA XXV.

Escrita en Salamanca á 29 de abril de 1753.

Amigo y señor: Lea usted por mi gusto la vida de San Francisco de Sales, escrita por el Padre Francisco García, en el *Flos sanctorum* de Rivadeneyra. Allí encontrará usted en cierto lance que le sucedió en Padua,

aquello de «y el Señor Doctor no venía». Haga usted alto sobre este dicho, y aplíquelo á que se ha pasado el córeo de antaño y el de hogaño, «y la señora ayuda do costa no venía;» con que, beso á usted la mano.

Ahora, señor mío, examine usted bien su genealogía, y si no hallare en ella algun cuarto moscovita, que me pelen como á un perro chino. De las mujeres de aquellos mousieures, escriben los naturales, que se quejan de sus maridos cuando no las apalean. ¿Mas va que por la línea materna le toca á usted algun costado de Petesbourg? Siendo esto así, queda de mi cargo que usted no se queje de mí, y mientras tanto el *Año cristiano requiescat in pace*; pero por mi cuenta, que usted no tendrá mucha. Besa la mano de usted su mayor aguijon.—Jhs.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA XXVI.

Escrita en Salamanca á 19 de mayo de 1753.

Amigo y señor: Sin que usted lo jure, le consideraba siempre tan desazonado como á mí por la dilacion de aquella ayuda de costa, que me hubiera dado bien poco cuidado si no hubiera en el mundo acreedores envidiosos y malignos, que á cada paso me ponian en el estrecho de mentir ó de tergiversar, siendo uno y otro violentísimo á mi humor. En el mismo estado me mantendré hasta que el socorro sea efectivo, haciéndome cargo de los altos y bajos de la corte; pero si la órden llegase á serlo, he de merecer á usted tome de su cuenta la prontitud de su comunicacion y de su despacho, aunque de este no tengo la menor duda, como baje aquella á mi amigo Horcasitas. He llegado á sospechar si el padre de la patria nos ha hecho roer el poste por tanto tiempo, sentido de que yo no le hubiese escrito. Pero ¿cómo me habia de atrever á hacerlo con quien no me respondió á la carta que le escribí por Medina? Y por otra parte, consideraba que cuando usted no me lo prevenia, no lo juzgaria necesario ni acaso conveniente. Si contemplase usted uno ú otro, cuando llegue el convoy no deje de advertírmelo, como tambien si será preciso ejecutarlo con su excelencia; porque tanto abomino parecer ingrato como ser entremetido.

Tengo ya dicho á usted que yo me resolveria desde luego á hablar por mí, si esto se me mandase ó se me insinuase de órden superior ostensible, dejando á otro que prosiguiese la obra comenzada, cuyos tres primeros tomos están ya concluidos. Pero ¿cómo la he de abandonar yo de propio movimiento, estando dedicado á ella con aprobacion, y aun con insinuacion, de dos jefes supremos míos, el difunto y el que reina, concediéndome á título de esto ciertas exenciones y privilegios, que me ha disputado mucho su señoría el antecesor de usted, de feliz recordacion, y en que me han mantenido los dos jefes, á pesar de sus intrigas? Añada usted el estar empeñada mi palabra con el público, á quien era menester dar satisfaccion notoria y convincente, so pena de argüirme de inconstante ó de lijero. Discurra usted arbitrio para vencer con honra uno y otro estorbo: determinenme la materia que parezca mas proporcionada á mi estado y á mis fuerzas, y verá usted la puntualidad con que es obedecido. Mande usted y viva como me importa.—De usted.—Jhs.—*Isla*.

* CARTA XXVII.

Escrita en Salamanca en el mes de mayo de 1753.

Amigo y señor: Al gran concordato impreso, que acabo de recibir por la gracia de usted y de la Santa Sede Apostólica, le falta un artículo separado, que es de suma importancia, conviene á saber, que su majestad Católica se obliga á tener presente el extraordinario mérito de Don Miguel de Medina, y en caso de crearse alguna oficina para el expediente de los negocios que deben ocurrir en la nueva providencia, será obligacion de sus ministros, y especialmente de Don Bartolomé Felipe Sanchez de Valencia, hacérselo presente al señor marques de la Ensenada y al padre confesor, para que le consulten á su majestad en aquel empleo que fuese mas proporcionado á sus relevantes prendas y talentos; bien entendido que, sobre los informes que ya ha tenido dicho Don Bartolomé Felipe, del negligentísimo enra, y los que podrá tomar cuando gustare del remiradísimo Don Cristóbal de Taboada y Ulloa, primer oficial de Hacienda, será de la incumbencia del amado hijo José Francisco de Isla, presbítero de la compañía de Jesus, disponer que el referido buen hijo Don Bartolomé Felipe tantee por sí mismo al susodicho Medina, á cuyo fin el expresado presbítero dará comision á este para que ponga en manos de aquel un libro que no le quitará un solo instante de tiempo, porque él se guardará bien de leerle: con cuya ocasion podrá sondearle; y no cumpliéndose este importantísimo artículo, se declara nulo, caso y de ningún valor el mencionado concordato: de manera que las *madonas* volverán á sus galantes *huomos*, los monseñores no tendrán que despedir á sus *palafrenieri*, los eminentísimos gozarán el privilegio de tener gentileshombres, coperos, camareros y *porte faldi* á sueldo de España; las cocinas de Roma serán servidas de racioneros futuros, como hasta aquí; las reposterías del Corso, Monte-Cavalo, plaza Narbona y palacio Borghese, serán mantenidas en la quieta y pacífica posesion de ser seminario de canónigos, arcedianos y deanes, como en lo *anticho*; de la plata y oro mejicano se podrán fabricar *julios* y agostos sin oposicion de *qualchi si voglia*, y finalmente, la fe y palabra pontificia será de ningún vigor, ni mas ni ménos como si fuera fe y palabra de cura de palacio.

Non se sottoscrive questo articolo segregato per buone ragioni; pero quedan las partes obligadas á cumplirle, y yo me empeño bajo mi palabra de honor á agradecerle. Dada aquí, á treinta y seis leguas de allí, hoy mismo de este presente año.—De usted fiel amigo.—Jhs.—José Francisco.—Señor Don N.

CARTA XXVIII.

Escrita en Salamanca á 8 de junio de 1753.

Amigo y señor: Dígame usted que tiene nueve mil reales á mi disposicion, mandados entregar por su excelencia para que pueda continuar la impresion de la obra. Yo digo á usted que tiene á la suya nueve millones de gracias para que los ponga á los piés de su excelencia, pasándolos ántes por el bufete del señor Don Agustín Pablo de Ordeñana, á fin únicamente de que su señoría mande pesarlos y contrastarlos, y caso que se hallen defectuosos ó no sean de ley, me declare á mí por un hombre sin ella: que es la mayor maldicion que

puedo temer de nubes abajo. Y ve aquí usted que, hallándome de repente hombre poderoso, no se me ofrece cosa de provecho que decir: tanta verdad es que la necesidad afila y la abundancia embota los ingenios. Solo me consuela haber leído en aquel buen hombre de Ciceron, que los grandes beneficios tienen calidades de acedera, que traban la lengua y disuelven las entrañas; asegurando otro su contemporaneo y grande amigo suyo, que los muy agradecidos no suelen ser muy habladores. Bendito sea Dios, que me socorrió con este textecillo para salir decentemente del dia y para que la falta de discrecion se atribuya á copia de agradecimiento. Si en él hubiere algunas ceremonias que suplir, á usted le toca esta funcion, por cura; bien asegurado de que mi intencion es que no se falte un punto á lo que prescribe el ritual.

Ahora encargo á usted que si volvieren á llamar á su puerta las tercianas, las dé con ella en los hocicos, y las conjure hácia Tánger ó hácia los corsarios de Argel, mientras yo rindo muchas gracias á Dios por su recobro, por el del padre confesor, y por el obispado de Calahorra, que me dicen se ha dado al Señor Porras; exclamando por esto último: *O Altitudo!*—De usted.—Jhs.—Isla.—Señor Don N.

CARTA XXIX.

Escrita en Salamanca á 22 de setiembre de 1753.

Amigo y señor: ¿Con que usted me supone tan tonto que le he de culpar de callado? Sea por amor de Dios la desvergüenza. Es cierto que usted es el hombre mas desocupado de la Monarquía; pero ¿qué importa, si en contrapeso le ha dado Dios esa rara flojedad que no parece sino gemela de la de nuestro cura? (¡Gallarda comparacion!) ¿Usted ha visto la susodicha instruccion sobre la dedicatoria? Pues yo no tengo mas noticia de ella que la que usted me da. Con todo eso, aconsejo á usted que no le dé esa mano con que le amenaza; porque esa mano mas tendrá de que dar cuenta á Dios por haberla tenido ociosa; y desengañese usted, que, aunque tuviera las ciento de Briareo, no las habia de menear mas. ¿Párecelle á usted que ha hecho poco en censurar bien y brevemente un buen sermon? Bástale de trabajo para este año, y en un par de ellos no tiene el padre que pensar en hacerle obispo, porque es menester dejarle descansar para consagrarse. El fruto de la carta adjunta y de esta esquela será una visita ahumdonada, y pagónos á entrambos. Usted es un bragazos: su excelencia bien puede saber gobernar dos ó tres mundos; pero hasta ahora no ha acertado á poner en razon á un curica epiceno, que estuvo consultado ocho meses y veinte y nueve dias para dama de palacio. En el otro asunto *in manus tuas Domine, et reliqua*. De usted.—Jhs.—Isla.—Señor Don N.

CARTA XXX.

Escrita en Salamanca á 22 de setiembre de 1753.

Amigo y señor: Habiendo ocho dias que usted no ve al amigo, ¿por qué le de extrañar que haya ocho siglos que no me escribe, aunque tenga que darme cierta instruccion para cierta dedicatoria, y yo me esté maseando cavilaciones en lugar de pensamientos? ¡Es usted un hombre de rara hechura! Y lo peor es, que

sicut erat in principio, nunc et semper, et in secula seculorum. No añado el *Amen*, porque sería maldición.

Con todo eso, la aprobacion de usted al sermón del Padre Ordeñana está buena, y el sermón merece todo lo que dicen los aprobantes. Ve aquí usted cómo yo no soy vengativo.

¡Ah, sí! ¡Un Padre N., primero de curso de Palencia, que acaba de llegar á este colegio, es pariente de usted? Necesito saberlo para tenerle presente en las provisiones del concordato. *Surge qui dormis*, y pereza afuera. — Amigo de usted por mis pecados. — Jhs. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA XXXI.

Escrita en Villagarcía á 31 de mayo de 1754.

Amigo y señor: Por mi cuenta há tres meses que no sé de qué humor está usted, y no juraré que desde marzo acá no se le haya olvidado el firmar. Despácheme usted el título de administrador general de la provincia de Cotanes, para que con la precision de escribir «á la superioridad, tenga el honor» de saber si mis jefes gozan salud. Y en la primera carta de oficio en que usted «me dispense» sus órdenes (tales pueden ser, que sin dispensacion no me sea lícito admitirlas), «franquéeme» alguna noticia del Señor Cura, el cual no ha tenido por conveniente que yo sepa si el Señor Marques puso bueno ó mal gesto á aquella cartica impresa: es verdad que tampoco yo se lo he preguntado; porque, como no estoy «iniciado en los misterios» del gabinete, temo cometer un sacrilegio indagando la revelacion de un sacramento (cláusula sonora y cadenciosa).

Ya supongo en su destino al Señor Visitador general, en compañía de mi señora la Señora Generala visitadora: oficio que tienen todas las novias, sin que se le confiera el Señor Marques; con que de los cuatro meses que usted le concedió, le sobran dos para cuando se case otra vez. Convendrá que usted le recomiende á su jefe, encargándole le haga trabajar á su lado para que aprenda á ganar el pan, ejercite sus buenos talentos y evite la ociosidad. Tampoco deja de convenir que sepa usted reservadamente cómo el bueno del viejo (con efecto debe ser bonísima criatura) entró en furiosos celos desde que se vió con aquel pelendengue al canto, y á los oficiales subalternos dicho se está que no les sabría á confites el hallarse con este estorbo mas delante de sí. Al primero ya procuré serenarle, escribiéndole que solo iba á aprender en su escuela á servir al Rey con honra, con aplicacion y con inteligencia: los segundos ellos se serenarán cuando les enseñe la experiencia que esto no les perjudica.

Mucho hemos hablado, y en verdad que suelen ser mas lacónicas nuestras conversaciones; pero hágase usted cargo de que hablo de represa. Viva usted como he menester. — De usted sin remedio. — Jhs. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA XXXII.

Escrita en Villagarcía á 15 de noviembre de 1755.

Amigo y señor: ¡Con que ya usted dejó de ser astro errante, y es estrella fija en el firmamento del consejo de Hacienda, donde tomaría posesion en toda esta

semana? La alegoría no era maluca, si no fuera tan intempestiva; porque «llorear mientras bambalea el orbe de la tierra», há muchos años que se reprendió como locura ó como insensibilidad, y con efecto estamos en el caso.

Ya que usted se fué á Madrid sin ver á Villagarcía, como siempre lo discurrí, yo me mantengo en Villagarcía sin desear ver á Madrid, sino que sea en la divina esencia; pero á las personas que están en esa villa, y me nombra usted en su carta, y al autor de ella enfrente de mí, ¡oh; cuánto diera por encontrarlas una de las tardes que me voy á pasear al monte de Torozos, no para robarlas lo que tienen, sino para saber en qué estado está lo que me robaron! Si usted se lo dijere así á todos, no tema engañarlos; y si á sí mismo se dijere que no tiene hombre mas apasionado que yo, yo propio salgo por fiador de esta verdad.

En..... oiría usted maravillas de mí; pero no tantas como yo dije de los... con la diferencia de que yo los alabé sinceramente, y muchos de ellos tambien me aborrecen con la mayor sinceridad del mundo. Los que distinguen de colores hacen justicia á mi corazon y merced á mi entendimiento. Pues á usted le regalaron con el papel de la discordia, ese ejemplar mas tengo yo para regalar á otro que quiera reirse ó de mí ó conmigo tanto como usted.

A la primera carta que me escribieron mis gallegos á Villagarcía, luego me preguntaron por su D... como si le hubiera yo de encontrar aquí visitando la aduana del noviciado, donde no haria daño un contra-registro mas. Alégrome tanto como ellos se alegrarán cuando reciban la de usted, á quien seguramente merecen toda buena memoria, y ahora la tienen mas asegurada, á lo ménos por tablilla, pues siempre que vea usted el original de mi señora la duquesa de Medinasidonia (y la verá todas las veces que se lo permita su empleo de Palacio), precisamente se ha de acordar de la copia, cuyas facciones dicen que son ahora las de moda: si esto es así, mejor está por ahora en Santiago que en Madrid.

A propósito de terremoto: una vieja de este pais ha publicado que le causó un teatino que está debajo de tierra. Si un teatino debajo de tierra alborota al mundo y le trastorna, ¿qué haria sobre toda ella? Otra cuestion: hundir á los teatinos causa terremotos, sorbe palacios, arruina cortes: ¿será mejor elevarlos? El aire en su esfera refrigera y vivifica: reconcentrado, todo lo trastorna. ¡Bagatelas y mas bagatelas! Hay Dios en Israel: este lo gobierna todo; á todos nos amenaza, á todos nos avisa. ¡Ay de los que no nos diéremos por notificados! Viva Villagarcía; y el cabron que descare otra cosa, á los orates.

Responderá usted lo que quisiere á la esquila adjunta. Díjome el Padre N., la noche ántes que dejase á Santiago, que era empeño del capitán general de Galicia; pero lo mismo se me da á mí por el capitán general de Galicia que por el rey Nicolao, del Paraguay, y por el rey Teodoro, de Córcega. Y ¿qué le parece á usted del rey Nicolao, del Paraguay? En una religion cuyos legos son monarcas, ¿qué serán los padres graves? ¡Oh pobres príncipes, oh pobres ministros, y oh pobres hombres! Hablo de todos aquellos que no se salvan.

Debo una respuesta al señor Don E... Pagarécela

cuando pudiere y cuando quisiere; porque el afecto que le debo, y es lo que yo mas estimo, ya se lo tengo bien pagado.

En este invierno (si un terremoto no me engulle ó un médico no me despacha) quedará *Fray Gerundio* en estado de ver lo que dice el mundo de la primera parte de su vida; pero si no se busca persona visible que quiera adoptarle por hijo, no podrá salir de la casa de su padre; porque los míos son supersticiosos, ó por mejor decir, tan remirados en esto como en todo lo demas: ajuste usted con el amigo N. cómo se ha de componer esto, y allá irá el infante para que le prohíjen.

Si usted me escribiere, le responderé; si se olvidare de mí, ni por eso me olvidaré de usted; si me despreciare, por lo mismo le apreciará mas su fiel amigo. —Jhs. —*Isla.*—Señor Don N.

CARTA XXXIII.

Que escribió en Villagarcía á 17 de enero de 1756, á un amigo suyo portugués, llamado F. Mascarenhas, con ocasion del terremoto acaecido en Portugal el año de 1755.

Amigo de mi corazon: No sé si en mi vida he tomado la pluma con igual consuelo. Responder á dos cartas de un finísimo amigo que está vivo, cuando se le consideraba en un mismo punto muerto y sepultado, es de aquellos gustos extáticos que apenas caben en el corazon, cuanto mas en las expresiones de la pluma. Bendito sea Dios, que me ha dejado ver la letra de usted formada en este mundo, y tan firme como si hubiera estado en el otro mientras se arruinaba esa noble parte de este. Las dos cartas de usted, que me remitió el amigo Medina, van ya caminando á Santiago para satisfaccion de mis hermanos, que deseaban verlas con una ansia que queria competir con la mia. La que viene destinada para el Padre Aguirre sigue el mismo camino, y en viniendo su respuesta, la incluiré en mi pliego, que será seguro de quince en quince dias, como usted me lo manda. Nada digo de la inestimable del excelentísimo padre de usted, sino que hubiera sido muy perjudicial á mi alma, á no ser visible que en toda ella habla la ciega pasion de usted y la noble bondad de su excelencia. Sírvasc usted de renovar mi mas profundo respeto, asegurándole que ciertamente no soy el que su excelencia concibe; pero soy con toda verdad el que mas desea serlo.

Hágome cargo de que todavía no es tiempo de pedir relaciones individuales de ese espantoso catástrofe, cuya sola imaginacion horroriza, estremece, hiela y desmaya, pareciendo la compasion estúpida é insensible de puro lastimada. ¿Quién ha de tener valor para disponerla de los que fueron testigos del estrago. No obstante, cuando pueda salir alguna relacion que se acerque á la verdad, no deje usted de remitírmela.

Yo tengo una idea bastante viva de lo que Lisboa fué. Su situacion, sobre siete colinas, como Roma; su longitud, de dos leguas desde el monte de San Vicente, á levante, hasta el de Santa Catalina, á poniente; su circunferencia, de siete; sus ochenta mil casas, sus cuarenta parroquias, sus veinte monasterios de religiosos y diez y ocho de monjas, sus veinte y seis puertas sobre el Tajo, y diez y siete hácia tierra; sus tres magníficas plazas, la del Terreiro do Pazo, la del Mercado, y el hermoso anfiteatro del Rueyo; su soberbio Palacio Real, en figura de

domo, de los mas suntuosos y de los mas ricamente alhajados que tenia la Europa; su catedral, dedicada á San Vicente, tan esclarecida por la fábrica como oscura por la disposicion; la bella y rica iglesia de los Padres Dominicos, con las tres insignes capillas que podian dar envidia á las mas celebradas de Italia, especialmente la del Crucifijo Sacramentado, cuyo costado abierto era el mas noble viril del angusto Sacramento; nuestras cuatro casas, con especialidad la de San Roque, y la brillante bóveda de su rica sacristia; la grande alfondega ó aduana, que no tenia consonante; y en fin, tanto palacio, tanto edificio público, tanto comercio, tanta riqueza, que acaso no tendrá igual en esta parte del mundo. Todo esto lo estaba viendo desde mi aposento, como pudiera desde la orilla meridional del Tajo, ó desde el palacio de Alcántara, enfrente de la ciudad; y ahora veo que los siete montes se han convertido en una sierra, ó en una cordillera de ruinas; y que aun estas perecieron en el segundo vaiven del día 21 del pasado, sin que se pueda decir: «allí estaba Lisboa;» sino «hácia allí estaba el sitio donde Lisboa se enterró».

Considere usted qué impresion haria y aun estará haciendo en mi esta vivísima imaginacion. Y mas cuando se me representan tantas ilustrísimas y opulentísimas familias que á las diez de la mañana del día 1.º de noviembre tenian vajillas de plata y oro, muebles, provisiones, dispensas abastecidas, cocinas en que estarian disponiendo banquetes ostentosos; y á las once de aquel mismo día no tenian un pan que comer, ni un miserable plato de barro en que servirse, ni una choza en que recogerse, ni una camisa que mudarse, ni un triste jergon para dormir; siendo lo mas, que ni el hijo sabia si tenia padre, ni el padre si tenia hijos, ni la casada si estaba viuda; y cuando por la noche los que estaban vivos echaron menos á los que quedaron muertos, ¿qué llantos, qué alaridos, qué desconsoles! Sin haber uno que consolase á otro, porque no se encontraria ni uno solo que no necesitase él mismo ser consolado. Protesto á usted que apenas se me ha pasado hora del día, desde que llegó á mi noticia la fatalidad, en que todo esto y mucho mas no se me haya representado á la imaginacion con los mas vivos colores; y como lo primero que se me ofrecia en ella era usted y toda su ilustrísima casa, hecho cargo de su corazon y de su genio, llegaba á comprender que casi seria menos infeliz la suerte de usted sepultado, que la de haber quedado para testigo de tanta lástima.

Estas especies hicieron en mí tan profunda impresion, que no he tenido instante de gusto ni de salud; y aun ahora acabo de salir de la cama, habiendo estado en ella diez dias con una calentura, acompañada de acepciones, que me destroncó, y me hubiera maltratado mas, á no haberme cerrado en no admitir medicina alguna, dejando enteramente mi curacion á beneficio de la razon y de la naturaleza. Quedo libre de la fiebre, pero poseido de una profunda melancolía que me despedaza: bien que con las dos cartas de usted he sentido un desahogo indecible.

Empeña usted toda su amistad y la mia en que le diga mi parecer sobre la reedificacion de Lisboa y sobre las providencias que juzgare deben tomar en tan fatal coyuntura. Bien necesitaba tan poderoso conjuro para hablar en una materia que no entiendo ni tengo obliga-

cion de entender, siendo tan ajena de mi profesion como de mi genio y estudios. Pero como usted no me manda que acierte, sino que hable, diré con ingenuidad lo mismo que ya tenia expuesto muchas veces en conversaciones familiares.

Por punto general soy de parecer que no deben edificarse las cortes sobre las costas de la mar, ni sobre rios caudalosos tan inmediatos á ellas, que reciben de cerca todas las impresiones de este furioso elemento. Sobre el peligro de las inundaciones, tan frecuentes en la historia, consta de ella que casi todos los terremotos que ha habido desde la creacion del mundo, han reventado en las costas, causando en ellas mas lastimosos estragos que en las provincias internadas en el continente.

La filosofia apoya tambien este efecto, señalando para él causas muy especiosas; y en virtud de eso, el mismo día del furioso fenómeno dije á estos padres y á las gentes del lugar: ¡Ay de los que viven en las costas donde ha reventado ó ha de reventar este aire comprimido ó este fuego reconcentrado! Exclamacion que repetí muchas veces, hasta que el efecto verificó mi sobresalto.

Una ciudad ó un pueblo particular puede arriesgarse á lograr las conveniencias y las ventajas de este sitio; porque, aunque llegue á perecer por sus peligros, parece un pueblo ó una ciudad; pero la destruccion de una corte es la destruccion de un reino, como ese lo experimentará, pues se han de pasar muchos años, y acaso siglos, ántes que se recobre.

Reedificar á Lisboa en el sitio que ocupaba, lo juzgo desacierto, y aun lo repunto empresa punto ménos que imposible. ¿Cuántos caudales y cuánto tiempo consumirá solo el desmontarla de las ruinas? Casi tanto como costará edificar una corte nueva en otro sitio; pero, aun despues de desmontado este, ¿qué cimientos se pueden asegurar en un terreno tan movido, que verisimilmente habrá penetrado su conmocion muchas leguas hácia el centro? Considerada la extension, la igualdad proporcional, la instantaneidad y la duracion del terremoto, hago juicio muy probable que los fuegos subterráneos que le ocasionaron, están á mas de cuarenta leguas de profundidad hácia el centro de la tierra. Y si esto fuere así, ¿hasta dónde llegarán el estremecimiento, remocion y concavidades de ella?

Por esta disposicion *laxaromosa*, y á largos trechos cóncava, en que queda el terreno que padeció algun grande terremoto, aunque anteriormente nunca hubiese estado sujeto á estas violentas fermentaciones de la naturaleza ó á estos formidables azotes de su irritado autor, desde entónces queda ya muy naturalmente expuesto á padecerlos con frecuencia: así lo ha experimentado esa comarca, y así lo experimentará ya por precision en muchos siglos, y quizá hasta el fin de todos ellos, debiéndose atribuir á esta disposicion natural del payimento los frecuentes estremecimientos que se han sentido en ella despues del principal: motivo á mi parecer muy suficiente para que no solo deje la corte de pensar en reedificar á Lisboa, sino para que huya de todo el distrito que ocupa su comarca. Y diciendo á usted en realidad lo que siento, estoy admirado del valor con que sus majestades Fidelísimas se mantienen en ella; y no hay correo que no me asuste, temiéndome que nos conduzca la noticia de mayores fatalidades.

La situacion montuosa donde estaba Lisboa levantada

sobre las siete colinas, era tambien mas ocasionada á padecer este estrago; porque no ignora usted que la formacion de los montes, atribuida comunmente á lo que mudaron la superficie de la tierra las aguas del Diluvio, apenas se pudo hacer, ni aun se puede concebir, sin grandes senos ni cavernas. Estas sin duda están muy expuestas á los temblores, vaivenes y concesiones, sea su principio el que fuere.

Por estas razones soy de parecer que no se debe pensar ni en el sitio antiguo de la corte ni en sus cercanías, y por decirlo todo de una vez, ni en toda la provincia de Extremadura. Lo primero, porque las treinta y cinco leguas de largo y diez y ocho de ancho en que se comprende, necesariamente han de haber quedado muy conmovidas; y lo segundo, porque á excepcion de la comarca de Leyra y de la de Lisboa, con la cual ya no se debe contar, las otras cuatro de que se compone no pueden sufragar las provisiones necesarias para la subsistencia de la corte, porque son bastante estériles, salvo el limitado territorio de Pedragon el grande y Pedragon el pequeño, que bañan las corrientes de Cerezo y le fertilizan prodigiosamente.

En fin, despues de haber considerado con la mayor reflexion todas las seis provincias de que se compone ese nobilísimo reino, juzgo que en ninguna estará mejor la corte que en la provincia Entre Duero y Miño: aunque por su extension es la mas reducida de todas, por su fertilidad, por su riqueza, por la pureza y sanidad de sus aires, y por su situacion entre los dos caudalosos rios que la franquean, la limitan y la fecundan, es sin disputa la mejor. En ninguna otra parte de Portugal es mas dilatada ni mas robusta la vida de los hombres; en ninguna son mas fecundas las mujeres; en ninguna es mas universalmente feraz el terreno, y consiguientemente, á proporcion, ninguna está mas poblada. Fuera del Duero y Miño, que la bordean, el Tamaga, el Lima, el Cavado y el Abes parece se compiten á fertilizarla. ¿Dónde se hallarán en el corto espacio de diez y ocho leguas de largo y doce de ancho cuatrocientas y sesenta parroquias, un opulento arzobispado rico, ciento y treinta casas de religiosos y religiosas, todas con crecidas rentas, seis puertos de mar, y entre ellos el que por antonomasia se llama Oporto; doscientos puentes de piedra, y mas de cinco mil fuentes que nunca se secan? ¿Qué otra provincia hay en ese reino, que en tan ceñido recinto sea capaz de tener prontos diez y seis mil milicianos, distribuidos en ocho regimientos, y en caso necesario muchos mas, pues no há un siglo, ó há poco mas de él, que en solo el territorio de Barcelos se hallaron diez y siete mil hombres capaces de tomar las armas?

Por eso escogeria yo dicha provincia para asiento de la corte, y hecha esta eleccion, no tendria razon de dudar para fijarla en Braga, su capital: ella fué la corte de los suevos por espacio de ciento setenta años, cuando, conquistada Galicia, se apoderaron de ese reino. Ella lo fué tambien de los godos por espacio de otros ciento setenta años, cuando, arrojados los suevos, entraron á dominar su fertilísimo terreno, abundante en vino, trigo, frutas, pastos, legumbres, ganados y todo género de caza; está convidando á la corte con su bella situacion, y la llanura que ocupa ofrece la mayor comodidad para que aquella se extienda hasta donde se quiere. La proximidad de Oporto, á una jornada de ella, la

hará gozar de todas las ventajas del comercio y conveniencias de la mar, á bastante distancia de sus riesgos.

Es cierto que solo dista de este cinco leguas, hasta Eposendo, donde el Cavado desagua en el mar, y que por esta razon parece estar expuesta á los mismos que Lisboa, desviada de él la misma distancia; pero es grande la diferencia: Lisboa estaba sobre el Tajo, cuya comunicacion con el mar por el canal de Belen era tanta, que ya el Tajo debia de ser rio en aquel sitio, y era en realidad una gran bahía ó un capacísimo puerto de mar; por consiguiente estaba expuesta á todas las alteraciones de este feroz elemento, cuyos síntomas se observaban en él como en lo mas vivo del golfo. El Cavado no deja de ser rio hasta su desagüadero, siempre igual, siempre manso, siempre dentro de sus márgenes, con bastante caudal para recibir embarcaciones pequeñas que faciliten el comercio, y sin aquella peligrosa correspondencia con el Océano, que puede ocasionar ruinas.

Pero se dirá que Braga y toda la provincia Entre Duero y Miño es frontera de España, y que en buena política las cortes deben estar desviadas cuanto sea posible de las provincias fronterizas. El reparo tiene mas de especioso que de sólido; porque, aunque es innegable que es limítrofa de nuestro reino aquella provincia, lo es por la parte de Galicia, y por aquí nada tiene que temer de España, Portugal: nunca podemos hacerla mucho daño por aquella parte. El reino de Galicia no es capaz de mantener la tropa suficiente para alguna empresa grande; ni lo montuoso, escarpado, y en muchos parajes inaccesible, de su terreno, permite el trasporte de la artillería, pertrechos y bagajes necesarios para cualquier mediano intento. Añádese que por ninguna está Portugal mas fortificado que por aquella frontera. Las plazas de Camiña, Valencia, Villanneva de la Cervera, Melgazo, Monzon, Claves, son buenas fiadoras de su seguridad; por el mar es inconquistable la provincia, y por aquella parte que la separa de la Detras de los montes, tiene en estos toda la defensa que puede desear.

Esto es lo que se me ofrece decir acerca del sitio donde juzgo debe trasladarse la corte. Edificarla de nuevo y de planta me parece imposible en el estado en que contempló al erario real y á todo ese atligido reino: son menester muchos años y muchas flotas del rio Janeiro para que tenga lo que le baste, cuanto mas lo que le sobre; y las obras, de las sobras, dice el adagio: siendo Braga una de las mayores ciudades de Portugal, ya está lo más hecho. A poco que se le añada al palacio arzobispal, puede vivir el Rey con mucha decencia; y los particulares tardarán ménos en acomodarse allí, que en edificar casas y palacios nuevos: en fin, á lo ménos provisionalmente, yo no veo otro mejor partido que se pueda tomar. Viva usted, y mande á su fiel amigo. — *Isa.*

CARTA XXXIV.

Escrita en Villagarcía á 14 de marzo de 1736.

Amigo y señor: Mande usted á su pluma que me dé los buenos dias, encargándola que no se olvide de decirme si su dueño vive en este mundo ó en la Tebaida del otro, donde me figuro que tambien ha de haber almas solitarias en medio de la corte celestial, empleadas únicamente en las contemplaciones divinas, distantes de las humanas, y dejando que los montes y los valles

del paraíso se gobiernen al arbitrio de la divina Providencia, sin que dichas almas anacoretico-beatíficas atiendan mas que á la direccion general de sus operaciones gloriosas. Esto se me representaba á mí ayer en la oracion de por la mañana, no sé si en vision imaginaria, intelectual ó corporea; porque no lo pude discernir, ni aun me atrevo á asegurar que en esto no haya algo de ilusion: por lo que suplico á usted se sirva consultarlo con nuestro cura para que me desengañe; porque yo en todo caso renuncio todo engaño del enemigo, y protesto tener por míos personales á los que lo fueren de usted, cuya vida me guarde Dios muchos años como le menester. — De usted todo. — *El abad Pambo.*

CARTA XXXV.

Escrita en Villagarcía á 25 de octubre de 1736.

Muy señor mio: Como usía en su vida ha sabido lo que es predicar una euaresma en Zaragoza, me convivia con la mayor serenidad del mundo, en su estimadísima carta del 12 del corriente (que no recibí hasta ayer 22), á que en lugar de registrar homilias, versiones, variantes y expositores, me vaya á diverir cuatro dias en ver cauces, zanjas, pavimentos, puenteillos, espolones, glacies, y finalmente acueductos, ántes que estos se cubran; porque en cubriéndose, solamente los zahories podrán divertirse en su estructura. En este finísimo convite, que aprecio con todo mi corazon, y disfrutaré á su tiempo, me hace usía mas merced de la que suena, porque añade, á lo que significa el concepto que merezco á usía, de que soy tan gran predicador como lo es teólogo su cocinero, que en la facultad tengo noticia excede á los sutiles y á los eximios, pues no honrándome usía con este elevado concepto, solo pensaria en aumentar me los dias, y no en cercenármelos. Pero, porque me hago cargo de la razon de usía, siendo natural que luego que llegue á Zaragoza, ante todas cosas me examinen acerca del canal de Campos, y viendo que no doy pelota, ni mas razon que del de Tolosa, Stringehen, Surate y el de Bahama, digan los aragoneses con grandísima razon: «¿qué diablos de predicador hemos traído?» Doy palabra á usía de hacer mi viaje por el cuartel general de Villanubrales, allá hácia el día 8 ó 9 de enero; y si para entónces estuvieren cubiertos ya los acueductos, nada importa; que tambien lo estará su mesa, y no por eso será ménos divertida.

Pero ya me estoy riendo del chasco que llevará usía luego que me vea ó que me sospeche, porque soy de aquellos objetos en quienes mas resplandece la divina Omnipotencia, si es cierto que esta se deja admirar mas en lo mínimo que en lo máximo, cuya disputa se la dejó al Maestro Feijóo y á los hijos de San Francisco de Paula; porque yo soy parte ó soy punto apasionado, y no puedo tomar partido. Ni tampoco me mato por adivinar quién fué esa gran señora que se quiso burlar de usía y de mí, sin que me cueste trabajo creer que pudo hacerlo cualquiera de las señoras grandes; porque estas piensan que todos se deben conformar con aquella perversa inclinacion con que ellas gustan tanto de enanos, de micos, de monos y de otras sabandijas por el término; pues, aunque en nada participo yo de la especie de las dos últimas, me parezco mucho á los primeros animales. En conclusion, viva su grandeza muchos años, porque me ha proporcionado la hora de que

usía me reconozca por su verdadero servidor, siendo esto lo único que hay que conocer y que reconocer en mí.

Como el *Dia grande de Navarra* lo quiere hacer á usía ménos larga una noche eterna de invierno, puede ser que me dedique á formar un Génesis entero, criando por lo ménos los dias que basten para componer una semana, ya que no puedo servir con otra cosa á mis amigos; pero mientras estoy aprendiendo el oficio de redentor, no puedo divertirme al de criador; y así, es preciso tener paciencia hasta que me desocupe.

Dirijo esta por el señor arcediano de Campos, porque no se detenga tanto como la de usía, quien se expone á peligro de que no lleguen á mi noticia sus preceptos, si no me los dirigiere por Valladolid y Medina del Campo; porque el estafetero de Rioseco debe de pensar en sacar á luz una coleccion de las cartas que me escriben y llegan á sus manos, puesto que desde el mes de mayo no se ha dignado regalarme con alguna, sobre lo cual tengo hechos ya mis recursos, que espero producirán buen efecto.

Suponga usía que debe mandarme como gustare, supuesto que yo intereso ya mucho en pedir á nuestro Señor que guarde su vida y la de su cocinero muchos años. Besa la mano de usía su reconocido servidor y capellan.—Jhs.—*José Francisco de Isla*.—Señor Don N.

CARTA XXXVI.

Escrita en Villagarcía á 6 de noviembre de 1756.

Muy señor mio: Perdono al estafero de Rioseco la burla que me ha hecho desde el mes de mayo acá, creyendo que iban para él todas las cartas que venían para mí, por el puntual regalo que me acaba de hacer de la de usía, escrita en Palencia á 2 del que va andando. Buen provecho le hagan todas las demas cartas que me ha engullido; porque estoy bien seguro que todas ellas no valen esta sola, y si ya no estuviera para dejar el oficio, creo que nos habiamos de ajustar fácilmente, cediéndole yo todas las otras conversaciones que se dirigen á mis ojos y pasan por su cerbatana, con tal que franquease el paso á la de usía. Con todo eso no me fio de él, ni se fio tampoco el Señor Arcediano, que con efecto dirigió la carta por Valladolid y por Medina, segun estaba prevenido, y no obstante cayó en las uñas del gavián, de las que se escapó milagrosamente; lo que atribuyo á que el buen cajero de Palencia, ignorante de lo que nos pasa con nuestro Aqueronte riosecano, creyó que iba errada la direccion, y con la mas buena fe del mundo corrigió la plana, no reflexionando el santo varon, que tarda mas en pasar el rio el que se ahoga en la barca que el que va á buscar el puente.

Bien creeré que por bajos que sean los acueductos, me podré pasear por ellos, sirviéndome de gran consuelo que usía pueda hacermé compañía sin peligro de que se ensucie el sombrero. No puedo negar que estoy muy mal con mi ruindad (y con la de ninguno estoy bien); pero no dejo de conocer las conveniencias que tiene el haber en cualquiera parte, especialmente cuando ya se han hecho moda los terremotos, de los cuales se burlan los topos y los ratones, y por eso hay ahora tanta abundancia de ellos en toda la Europa, pues cuando á los demas les destruyen las habitaciones, á estas sabandijas se las fabrican y se las aumentan. Fuera de que el hombre que se hace lugar en todas partes, di-

cen que es grande hombre, por cuya regla ningunos son mayores que los mas chicos; y en fin, si para conocer de algun modo á Dios, es preciso abstraerse de toda materia, tambien para conocernos á nosotros es menester no envainarse en ella demasiado.

Sé muy bien que están llenos de islas grandes esos mares de Dios; pero tambien sé que el *Jardin de Holanda* está en la menor de las Terceras, la *isla Formosa* es la mas pequeña del mar de la China, y aun en el continente se observa, que por lo regular ningunos reinos son mas abundantes de todo, que los mas ceñidos, esto es, aquellos reinos cuyos monarcas pueden decir sin faltar mucho á la verdad: «Mi reino no es de este mundo.» En medio de eso, confieso ingenuamente que mas quisiera ser Don Juan y medio, que medio Don Juan; y si á usía no le agradare esta doctrina, tenga paciencia, que los predicadores apostólicos no nos liemos de acomodar al paladar de los oyentes.

Tan comprendida está en ella esa gran señora (y no esa señora grande) cuyo nombre no me quiere decir usía hasta despues del vigésimo cubierto, como la madre que la parió, siendo su excelencia el mejor apoyo de la infinita divisibilidad de los puntos, pues vemos con admiracion los que tenemos la honra y la dicha de conocerla por especies abstractivas, que de un punto va saliendo otro punto y otro punto y otro punto: de manera que la mitad del año es punto hinchado, y la otra mitad punto fecundo. ¡Apuesto á que piensa usía que hablo de mi señora la condesa de Santa Eufemia! El diablo del hombre, y qué adivinador que es. Pues no tengo de decirle si acertó; que tambien yo gasto á *mon tour* mi poco de espíritu de mortificar curiosidades.

Esta mañana salió de aquí Don Pedro Rodrigo con ánimo de cerrar su comision de Tazmias en Villaumbrales. Lleva encargo mio de hacer una gran visita al cocinero de usía, cuya habilidad me aseguran no ser inferior á la de su amo, y hay sentencia muy probable de que la excede. Mande usía, y viva cuanto pido á Dios. Besa la mano de usía su fiel servidor, amigo y capellan.—Jhs.—*José Francisco de Isla*.—Señor Don N.

CARTA XXXVII.

Escrita en Villagarcía á 27 de noviembre de 1756.

«Mi dueño y amigo: ¿De 16 á 27 cuántos van? Pues otros tantos dias ha tardado en llegar la de usía, escrita la mañana siguiente al dia 15. Pero ¿quién me dijo á mí que se escribió por la mañana y no por la tarde ó por la noche? Soy un Merlin Cocayo, y adivino cosas profundísimas. Luego que leí en dicha carta que usía la iba á cerrar por cuanto tenía que dar orden para que se sacudiese el polvo de las mesas mientras el cocinero disponia ensuciar bien los platos, para que comiesen con usía en aquel mismo dia no sé qué madamas de Valladolid que estaba esperando, dije para mí: «Sin duda que esta carta se escribió ántes de comer.» Y como no me consta que usía siga el ceremonial de San Ildefonso, ni crea tampoco que Villaumbrales sea antípoda de Villagarcía, discurrí con grande probabilidad que la carta se habia escrito por la mañana. Esto es saber: lo demas es idiotismo.

Don Pedro Rodrigo cumplió con la obligacion de su genio en mudar de rumbo al mas leve encuentro que le disputase su primera direccion. Y si, como encontré en

el camino á un compañero suyo, hubiera encontrado á una monja, ¿qué hubiera sido? Sin duda que se hubiera ido tras ella á Londres con tanta paz como á su santa iglesia. Hará usía muy bien en no decirle qué hora es, aunque se lo pregunte cien veces; porque para vivir embobado, todas las horas del día son unas misimas.

¿Si pensará usía que escribo de puño ajeno por hacer del hombre grande y ocupado? Así son los juicios de este mundo. Dos semanas he guardado la cama por un constipado traidor, que algunos días me dió el alegron de consentir en no predicar la cuaresma en Zaragoza, si no me la iban á oír al purgatorio. Ayer me levanté por la primera vez; pero conozco que todavía necesito de mas dosis de lino y lana. Mande usía como puede, y viva cuanto deseo. Besa la mano de usía su fiel amigo, servidor y capellan. — Jhs. — *José Francisco de Isla.* — Señor Don N.

CARTA XXXVIII.

Escrita en Villagarcía á 18 de diciembre de 1736.

Muy señor mio y amigo: Llegó como un reguilete la de usía de 10, por la via de Rioseco, pues aunque se hubiese detenido allí cinco ó seis días, ¿eso qué quiere decir? Hizo muy bien la pobre, si acaso se apeó fatigada del camino. Para que á mí no me suceda ese trabajo, no pasaré de Ampudia el día 7 del que viene, en que espero salir de aquí; y aunque aquel señor abad piensa detenerme hasta que le vea celebrar de pontifical, esté usía seguro de que no lo conseguirá por mas excomuniones que fulmine, y que el día 8 hemos de medir las personas, ya que no podamos las espadas. No tiene remedio: ese día he de experimentar si el cocinero de usía es tan bravo como le pintan, y si sabe hacer en viérnes una sopa de domingo. Dígolo porque es cosa sabida que todo predicador famoso (como yo) está dispensado en los mandamientos de la ley de Dios y de la santa madre Iglesia; que harto hace el triste en desgañitarse sobre que otros los observen, sin echarse á cuestras esa carga. Con esto no extrañará usía que yo coma carnero y gallina, cuando los otros comen sardinas, sapos y culebras. Aprender buen oficio y dejarse de pataratas.

¿Qué se me da á mí de que Don Pedro Rodrigo hubiese leído mi carta? Cítrole ante el tribunal de Dios, y por mí la cuenta si me desmientiere.

Aquella gran señora anónima que cabe en un dedal, me tiene con cuidado porque me faltó carta suya el correo pasado. Protesto á usía que es mal negocio esto de querer bien y mucho; por lo cual había de empeñar la plata labrada para comprar un corazon estóico en caso de que los hubiese de venta.

Lo mejor se me olvidaba. Además de mi compañero lego, quizá me hará compañía hasta Palencia un jesuita, estrecho amigo mio, que desea ver el canal, despues de haber paseado el de Tolosa, y es el *negro mas prodigioso* que he tratado. No le pesará á usía conocerle, y si le pesare, será como la carga del oro, nunca mas apeteccida que cuanto mas pesada. Viva usía y mande. Besa la mano de usía su fiel amigo, servidor y capellan. — Jhs. — *José Francisco de Isla.* — Señor Don N.

CARTA XXXIX.

Escrita en Villagarcía á 24 de diciembre de 1736.

Señor N.: ¿Manda usted algo para la Virgen del Pilar? El día 7 del que viene voy á ponerme á sus piés, dignísimo sucesor en el ministerio de la palabra, no ménos que del apóstol Santiago. A esta dignidad no ha llegado usted todavía; pero consuéllese con que ya le sucederá en la otra á que esta está conexas.

Muy enfadado me tendria usted, si no supiera con cierta ciencia que usted es mas amigo de la pereza que de todo el género humano, incluso el Rey y el Papa. Aun así y todo soy tan majadero, que le quiero á usted mucho. — De usted el mismo, siendo usted el propio. — Jhs. — *Isla.* — Señor Don N.

CARTA XL.

Escrita en Villagarcía á 29 de diciembre de 1736.

Amigo y señor: Si usía sudó bien, ya no habrá noticia de tal constipado, ó como fuere su gracia. Quíralo Dios.

El año bisiesto tiene un dia mas, y ese dia es el que yo no tuve presente cuando escribí que estaria allí el viérnes. No estaré tal, sino el sábado de la semana que viene: almorzaré aquel dia en Ampudia, á costa del Abad, y cenaré con usía, si tuviere qué; porque en invierno, cuando camino, reservo hacer mediodía para bien entrada la noche. Prevéngolo para que no me espere usía con la sôpa, pues no es cosa de madrugar, ni aun por ver un cerdo en canal; que en línea de canales es el que mas me gusta; y andar cinco leguas por la mañana es mucha obra para un ordinario sinónimo de arriero.

Ademas de mi socio, va en mi compañía el maestro de este seminario, á quien se alegrará usía conocer, si tiene el gusto que debe: con que seis sábanas le cuesta á usía la maula.

Ya me escribió la anónima la gran boda de Marianita; pero ocultándome los antecedentes. Viva usía y mande. — De usía fiel amigo. — Jhs. — *Isla.* — Señor Don N.

CARTA XLI.

Escrita en Zaragoza, en el hospital de Gracia, á 22 de febrero de 1737.

Amigo y señor: El día 5 entré en Zaragoza; el 19 en el hospital; mañana en el púlpito, de donde no saldré en toda la cuaresma; porque habiendo de predicar todos los días, mejor será que me pongan en él la mesa y la cama. Viaje trabajoso, visitas sin número, buena salud y grande miedo es lo que puedo ofrecer á la disposición de usía, cuya vida guarde nuestro Señor cuanto puede. Sirva esta para nuestro arcedianísimo señor. Besa la mano de usía su fiel amigo y servidor. — Jhs. — *Isla.* — Señor Don N.

CARTA XLII.

Escrita en Villagarcía á 28 de mayo de 1737.

Amigo: Llegó como un reguilete por el correo de Rioseco la de usted, escrita qué sé yo á cuántos, y llegará la campanilla, no de Caloto, sino de Loreto, si usted la trajere el día 11 del que viene, ó mejor será el día 10, para ver el colegio y la danza del Córpus, con su zagaron y todo, que comienza á pernear desde el día 11, y

signe por todo el día 12 con la mayor gracia del mundo : en la inteligencia (dice el Padre Rector) que debe usted apearse derechamente donde se apea todo fiel teatino, y donde me apeé yo el día 21, tan boníticamente como se apea el eruditísimo Don Lucas, de cualquiera dificultad. Los botines (que no eran del Padre Roque) se recogerán ; y usted otra vez no se meta en botines míos, mientras no se usen redingotes de cordobán.

¡ Admirable es la advertencia que usted me hace sobre la carta á Don Cristóbal de Taboada ! Cuide usted de N., y este de la sopa y de mi arroba de vaca, y déjese de cuidados ajenos. Quiero escribir largo, y por eso lo suspendo hasta el correo que viene ; porque desde que llegué no he hecho otra labor que epistolear á los aragoneses, y aun me falta la mitad.

Soy muchísimo de todos esos señores, y de usted muy poco hasta que comiencen á venir las *Gacetas* ; pero el Padre Rector y el Padre Petisco, que no le conocen como yo, quieren mucho á usted. Firmélo, etc. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA XLIII.

Escrita en Villagarcía á 5 de junio de 1757.

Amigo y señor : Ya suena demasiado esa campanillita de Loreto : tráigala usted el día 10, y no nos rompa la cabeza. El Padre Roque debió de hacer presa de los botines por vía de alquileres ; pero ya los sollará, aunque sea con dolor. Sí, señor ; son míos los tales botines, y no me llegan hasta la cintura, como usted piensa maliciosamente, porque tengo mas piernas de las que quisiera cierto amigo ; y al fin, hasta ahora ninguna dama se me ha arrodillado para que alcance á ponerla la mantilla, como sucedió á cierto camarada. Hola, señor gnapo : « el que tiene zanquillas de enano no arroje botines á las de su hermano. » Y á Don Lucas que añada este adagio mas á la *ledanía* de los suyos.

¿ Quién se lo niega á usted ? El rey de* hizo, en su invasion en la Bohemia, la primera accion de soldado que hayamos sabido hasta ahora sus humildes servidores. No admite disculpa el desenido de los austriacos, y en cuanto á su lentitud es menester oírlos. Pero si son ciertas las noticias que se escriben de Valladolid, como traidas á la corte por una posta de Francia, estos han vuelto por su honor. Aseguran que á son *tour* derrotaron á los prusianos en la Bohemia, quedando muertos en el campo doce mil de ellos. Tambien dice el autor de la misma carta, que por una posta que recibió el marques de la Ensenada, le declaró el Rey por bueno y fiel ministro suyo, de lo que admitia públicas enhorabuenas ; y finalmente, añade la noticia de haber llegado á Valladolid un decreto del Rey, desterrando para siempre las comedias, y mandando se dé otro destino al teatro y casa de ellas, sin especificar si este decreto se extiende á todo el Reino. Cuando nada de esto sea cierto, agradezcasele al autor la buena voluntad.

Al llegar aqui me entregaron la de usted con fecha de 31 de mayo, y las *Gacetas* holandesas de 26 y 29 de abril. Usted ha echado bien la enenta, y se conoce que es un lujurioso aritmético. Efectivamente son tres las cartas de usted que con esta he recibido despues de nuestro arrancamiento ; y tambien son dos con esta las respuestas que yo he dado á ellas, dirigiéndolas por Valladolid y Palencia, por ignorar el día en que sale

para Villanubrales el correo de Rioseco, y por no haber ocasion regular desde aqui á esa ciudad sino los juéves. Hoy vienen por ella muy seguras las de usted, y si yo encuentro modo de asegurar las mías, irán por la misma ruta ; pero mientras tanto, seguirán á Dios y á dicha la de Valladolid.

Los señores ingenieros serán conjurados en tiempo y en sazón : ahora no estoy para exorcismos poéticos, porque la multitud de cartas me tiene preocupado el ánimo ; pero prevéngales usted que no me le irriten mas ; porque los volaré con una mina de décimas de á diez piés, que todos los Ulloas ni Sieres del mundo no sabrán contraminar.

En todo caso envidio la vaca del día de San Fernando, y para que usted vea con cristiana compasion la razon con que la envidio, trate de venir á comer la que se usa en el refectorio de Villagarcía el día 12 del corriente, suponiendo que el día 10 es menester estar aqui para asistir el 11 á la entrada pública del Birria, á quien se llama en griego Zagarron.

Doy por perdida la Bohemia, y por no ganada á la Austria. Acá tenemos á Atila, Gustavo, Carlos y Monsieur Orry. Los austriacos son unos cobardes, y el gran Carlos de Lorena se deberá casar como su hermano, en cuyo *metier* probará mejor fortuna. Estoy furioso y medio resuelto á pedir el mando de las armas.

Mañana corresponderé á las memorias de mi señora la condesa de Santa Eufemia ; y ahora se va á leer las *Gacetas* su buen amigo de usted. — *El Padre Isla*. — Señor Don N.

CARTA XLIV.

Escrita en Villagarcía á 8 de junio de 1757.

Amigo y señor : A Dios y á dicha va esta por Rioseco : no sé cuándo llegará. Solo sé que la de usted de 3, con las cuatro *Gacetas* que la acompañaban, llegó ayer felizmente á mis manos, porque ya aquella playa está libre del corsario que nos cortaba la correspondencia. Ni el Padre Rector ni el Padre Petisco ni yo nos podemos oponer á que usted cumpla con su obligacion ; y así, dando por buenas las razones que usted alega para dilatar su visita de Villagarcía hasta despues del viaje á Reinosa, se le coge á usted la palabra en todas sus partes de hacerla entónces, y de no hacerla *à la hâte*.

Ya conviene con usted en que la primera accion de buen capitán y de buen soldado que ha hecho hasta ahora el rey de* es su irrupcion en la Bohemia, y á los austriacos les costará dificultad encontrar razones sólidas para excusar su negligencia. Mas ¿ por dónde cohonestaremos la prision de la reina de Polonia y de toda la familia real y electoral, en su palacio, con las torpes circunstancias que la hacen mas sensible ?

Por la vía de Valladolid (que es la vía lavicana de las noticias) se ha escrito aquí que el rey de* tiene ya sitiado á Praga, y que el duque Carlos de Lorena y el mariscal Broune se encerraron en ella con treinta mil hombres para defenderla. Si se verificase esta noticia, sería el mejor partido que hoy pudieran tomar los austriacos, á excepcion del encerramiento del mariscal Broune ; que este, solo en caso de necesidad extrema le debe practicar un general. El sitio de Praga daría tiempo para que se juntasen las tropas austriacas y las del Imperio con gran parte de las francesas ; haría lugar á las grandes

operaciones que se esperan del general Apraxin, y facilitaría el medio de una batalla decisiva delante de Praga con fuerzas ménos desiguales, y quizá sería el recurso que librase á la Alemania de este aprieto.

A la hora de esta ya ha leído Don Cristóbal de Taboada mi dictámen sobre el canal, y no apostaré yo á que el Señor Conde no le haya leído tambien. Si les amargare la verdad, echarán la culpa á su paladar; que yo, aunque pudiera valerme del privilegio de asturiano, no sé mentir, ni aun disimular.

Ya le han dicho á usted que no se meta en botines de once varas; que de estos solo podemos hablar los que tenemos once y media de piernas. «Acuérdate, hombre, que te pusiste de rodillas, y que de rodillas te has de poner.» Saludo en prosa á todos esos señores ingenieros, mientras me tomo un mes de término para disponerles un soneto de repente. Viva usted y mande á su amigo.—Jhs.—Isa.—Señor Don N.

CARTA XLV.

Escrita en Villagarcía á 11 de junio de 1757.

Amigo: Estamos con los danzantes, estamos con el Zagarron: voy á capitular las vísperas, cantaré mañana la misa, y no estoy para fiestas ni para contestar á la de usted, escrita desde Palencia el día 7. Solo me enfada que esa sobrinita de usted, y muy señora mia, no se hubiese casado un mes ántes, y no hubiese concurrido en Villaubrales para que en la mesa hubiese echado yo la bendición nupcial. No supo cuál fué su matrimonio derecho.

¡Y luego dirá usted que unos malos cascos no son muy perjudiciales en la corte! Ahí está la noche de San Fernando, que no me dejará mentir.

Lo único que hay cierto de Bohemia, es que Cárlos de Lorena (¡gran soldado!) hizo una salida de Praga, y que mató mil prusianos; que hizo cuatrocientos prisioneros; que el ejército de Daun se juntó al resto del de Broune; que ámbos componen cien mil hombres, y que cada día se espera la noticia de una batalla verdaderamente decisiva. La del día 11, que usted cita, pide mucha confirmacion.

Nuestra condesita está graciosísima porque se me antojó una vez ser modesto y humillarme en la presencia de usted.—Isa.—Señor Don N.

CARTA XLVI.

Escrita en Villagarcía á 16 de junio de 1757.

Amigo: Paciencia: si usted no puede digerir mis botines, tampoco yo puedo digerir los doscientos cincuenta cañones tomados por los prusianos, con todo el bagaje y campo austriaco. Esto no se compone bien con cuatro generales muertos por parte de aquellos, y con una carnicería casi igual por entrambas partes. Añádese que las relaciones vienen de parajes sospechosos: del campo prusiano, del rey de Prusia, de Leipsic, donde á nadie se le deja escribir sino lo que quiere el Señor Federico, y lo mismo en toda Sajonia. Esperemos á ver lo que nos cuentan los austriacos; y en todo caso, hacer tan prontamente Cárlos de Lorena una salida tan vigorosa y tan feliz contra unos hombres tan pujantes, no acredita mucha consternacion en los unos, ni tanto triunfo en los otros.

Ahí va ese soneto contra esos malos hombres. Si no

alcanzare, en escribiendo yo al Rey que los ingenieros de Becerril, en lugar de anivelar terreno, evitar filtraciones y proporcionar acueductos, se andan glosando *Gacetas*, y reteniendo injustamente lo ajeno contra la voluntad de su dueño, estará todo remediado.

Conjuro á los ingleses de Becerril.

SONETO Ó COSA TAL.

Señores Sieres y señores míos:
El Rey los hizo á ustedes ingenieros;
¿Pero cuándo los hizo gaceteros
Ni á ustedes ni á sus padres ni á sus tíos?
¿De qué les servirán los desvaríos
De prusianos, de heseses; ni los fieros
De tártaros, panduros ni panderos,
Para eso de canales ni de ríos?
¿En Becerril *Gacetas* detenidas!
¿En Becerril *Gacetas* holandesas!
¡Oh mundo, y cómo todo lo trabucas!
Ya no hay qué ver. Mañana habrá cumplidas
En Villaubrales treinta y dos duquesas:
Ya un obispo será el Dómine Lúcas.

Mande usted á su amigo.—Isa.—Señor Don N.

CARTA XLVII.

Escrita en Villagarcía á 25 de junio de 1757.

Amigo y señor: Usted logra dos correos; yo uno solo, salvo alguna casualidad. Pues ¿quién debe extrañar que yo tenga que responder muchas veces á dos cartas de usted? No hay cosa mas regular.

En la de 14 del corriente se esfuerza usted á defender, si no el modo, á lo ménos la sustancia, de la prision ó arresto de la reina de Polonia y del Príncipe real y electoral. Si por mi flaqueza incurriere yo en alguna causa desesperada, no buscaré otro abogado que á usted. Hombre de Satanincas, una princesa y un príncipe, punto ménos que mendigos, ¿qué daño podían hacer, aunque los dejase á las espaldas el baladron del Norte, con cuarenta mil hombres de sus mas fieles servidores que dejaba en su compañía para cortejarlos?

Sobre las noticias que vienen de Valladolid estamos conformes, y yo há dias que solo oigo con respeto lo que se escribe de aquella ciudad tocante á pleitos y á los rápidos progresos que va haciendo la academia de los Caballeros,

Tambien las *Gacetas* holandesas necesitan *fe de erratas*; y puesto que parece tiene usted estrechez con Madama Aleson, si esta goza todavía honores y privilegios de correctora general, sírvase prevenirla que corrijo las *Gacetas* de 17 y 20 de mayo, por las de 24 y 27. No niego que los prusianos están muy encima, pero no tanto como se ponderaba; y aunque es dificultoso que los austriacos, acobardados ya, cojan el ascendiente (á lo ménos en esta campaña), no es imposible. Las apacencias condenan á estos últimos de omisos ó de poco soldados; no obstante, tienen derecho á que los oigamos ántes de dar la sentencia.

No debe hacer el prusiano tan poco caso de Apraxin, cuando corona de artillería hasta los puentes y las calzadas. Lo que parece indubitante es, que el tal moscovita debe ser hombre de flema, y de contado hay este nuevo ejemplar de que las alianzas muy distantes sirven de ruido mas que de socorro.

Aun no ha respondido á mi carta el Señor Taboada; pero no lo extraño, porque tenia mucho que responder.

También puede ser que deje de hacerlo por política, y mas si mi dictámen y mi claridad se oponían al modo de discurrir de su jefe, como lo recelo.

Es selecta la erudición de nuestro Don Lucas, y no hay resistencia á la autoridad con que defiende su *Ledánias*. No obstante ahí va mi respuesta, sin que sirva de empeño para volver á gastar el tiempo en estos *amusemens*; porque si supiera usted en qué lo estoy empleando, se acusaría al mismo Don Lucas de divertirme en asuntos lucanales.

La carta para Don José Idiaquez fué sin parar en el pliego de su hermano, quien con el Padre Petisco hacen á usted devotas, pías y cariñosas expresiones, entrando los dos muy á la parte en el agradecimiento por las *Gacetas*.

En hora menguada llegaría el soneto que remití el correo pasado, conjurando á los ingenieros de Becerril para que no las detuviesen. Muy sensible me ha sido la muerte del padre de los Sicres, á quienes usted se servirá darles un pésame nacido de un corazón que ama de veras á toda la familia. Discurso que con esta ocasion se volverá á España mi señora Doña Teresa, porque ya no tiene que hacer en Jénova. Si usted supiere algo, avíseme.

Un Don Manuel Nanclores, que dijo ser natural de Ceinos, me vino á pedir una carta para usted, que yo no le quise dar. Nunca me empeño por quien no conozco. Instruíle en lo que debía de hacer; pero usted sabrá los informes que debe pedir ántes de emplearle. Fáltame carta de nuestra condesita; y en verdad que la echo ménos, porque cuando me meto á cortejante soy un pequeño Barrabas. — *Isla*. — Señor Don N.

Noticias eruditas en que el señor Don Lucas de N. funda la voz de Ledánias, sacadas de un libro antiguo, sin principio ni fin, cuyo privilegio para imprimirle se concedió en 24 de diciembre de 1584, sin que se sepa dónde fué impreso. Este libro contiene las constituciones sinodales de aquel tiempo para buen gobierno del obispado de Palencia.

DISPOSICION DE DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

En el libro 5, capítulo 6, dice el título: «Que á costa de las iglesias no se hagan gastos en *Ledánias* ni otras fiestas.» Y mas abajo: «Estatuimos y ordenamos que en las *Ledánias* y otras fiestas generales, etc.»

DISPOSICION DE DON LUIS VACA, AÑO DE 1548.

En dicho libro, capítulo 16, comienza el título: «Que las *Ledánias* ni otras procesiones no se hagan fuera de los términos del lugar, etc.» Y mas abajo: «Y considerando el poco servicio que á nuestro Señor se hace en algunos lugares adonde, con color de procesiones y *Ledánias*, se hacen embriagueces, etc.»

Es copia legalísimamente sacada de dicho libro, y aunque en él (registrado de priesa) se hallan los términos de *obsequias de difuntos* y otros semejantes, se desafia toda la erudición del universo, para que, si tuviese que replicar contra autoridades de tanto peso, exponga aquí sus razones á continuacion, á fin de que se examinen y critiquen por el citado señor Don Lucas.

No hay que replicar á la autoridad de un libro de tanto peso (que será mayor si fuere de á folio y tuviere muchas hojas), especialmente habiendo sido impreso en el año de 1584, si no fué equivocacion en lugar del año

de 1548, como lo hace sospechar la nota marginal que hace relacion á Don Luis Vaca. Lástima es que este Don Luis, como fué Vaca, no fuese Becerro; porque un Becerro y un libro antiguo ya saben los críticos que son de grande autoridad. Ni el libro pierde nada de la suya porque no tenga principio ni fin. Tampoco Dios le tiene, y nadie se atreve á tacharle por eso.

Los libros hebreos comienzan por el fin á nuestro modo de entender. ¿Y sería bien que un monigote negase á los rabinos la fe que se merecen, por decir que sus libros son sin piés ni cabeza, ó que esta la tienen á los piés? Váyase con eso á Osorno (mi amada patria), ó á Frómista, que no está léjos, y verá cómo lo pasa.

Concedo pues al libro en cuestion toda la autoridad que se merece. Venero las disposiciones de Don Diego Hurtado de Mendoza; y aunque no conocí, ni aun de vista, al señor Don Luis Vaca (Dios le haya perdonado), soy su servidor. Pero despues de todo, ¿qué tenemos para el asunto?

Digo, lo primero, que la palabra *Ledánias* fué descuido del copista. Digo, lo segundo, que fué yerro de la imprenta. Digo, lo tercero, que alteró infiel y maliciosamente la palabra algun novator eterodoxo que cuidó de la edicion. Digo, lo cuarto, que habria pocas *tt* y muchas *dd* en los cajones respectivos de la oficina, y el impresor quiso gastar las unas, y reservar las otras para mayores y mas urgentes necesidades. Digo, lo quinto, que el corrector era tartamudo de especie particular; y como los tartamudos ó trabados de lengua mas comunes no pueden pronunciar las *rr*, y así en lugar de *Pedro*, dicen otra cosa, nuestro corrector no podía pronunciar las *tt*, y escribiendo como hablaba, en lugar de *peto*, escribirla lo que no se puede decir.

Si se me replicare que en otras partes del mismo libro están bien escritas las *tt*, responderé que el corrector era tartamudo respectivo, y que solo se le trababan la lengua y la pluma en la palabra *Letania*. ¿Que dificultad hay en esto? ¿No hay maníaticos parciales? Pues ¿por qué no puede haber tartamudos inadecuados?

Esta última razon es para mí de tanto peso, que por ella sola no me persuadirán á que diga *Ledánias* todas las constituciones sinodales que se hayan impreso en cuantos años de 1584 puede haber habido desde Adan acá; y lo firmo. — *El monaquillo del Señor don Lucas* (1).

CARTA XLVIII.

Escrita en Villagarcía á 2 de julio de 1757.

Amigo y señor: Allá va esta, á Dios y á dicha, á Santander, por si á usted le encuentra.

¿Y quién quitará á usted enviarme las *Gacetas* desde cualquiera parte por Valladolid, despues de haberlas leído? Aquí siempre llegarán á tiempo; porque las de Madrid omiten muchas particularidades.

En sabiendo dónde vive usted, le remitiré una carta que acabo de recibir de la corte, en respuesta á lo que escribí sobre el canal, que le dará gran gusto. No quiero aventurarla hasta que usted me avise. — *Isla*. — Señor Don N.

(1) El estilo de esta carta es prueba nada equívoca de que la disputa era en tono burlesco, pues un hombre tan erudito no podía ignorar que antiguamente se decía *Ledánias* por *Letanias*.

CARTA XLIX.

Escrita en Villagarcía á 25 de julio de 1757.

Muy señor mío y amigo : Los favores del Señor N. siempre vienen engastados en oro. Así viene el de las *Gacetas* de 7 y 10, 21 y 24 de junio, que de su orden me envía usted, acompañado con su carta de 15 del corriente. No aprecio ménos el engaste que la reliquia, y si usted no está en eso, váyase al rollo. Pero valga cuenta y razon. Las tres *Gacetas* que faltan desde 10 hasta 21 no son de mi cargo, y deberá usted prevenirselo al Señor N., para que no me le haga de ellas cuando le presente mis cuentas. Me dicen que llegará ahí en toda esta semana: si fuere así, ha hecho un viaje muy acelerado; y como han sido excesivos los calores, mi cuidado de sus resultados es mas que mediano. Sirvase usted felicitarle en mi nombre á su regreso, preguntándole si recibió una carta aventurera que le escribí á Santander.

Tiene usted letra abierta para decir de mi parte á la Señora Arcediana y al Señor Arcediano enantas perrieras se le vengan á la pluma, y para mandarme á mí lo que gustare. — Besa la mano de usted su amigo, servidor y capellan. — Jhs.—*José Francisco de Isla.*—Señor don N.

CARTA L.

Escrita en Villagarcía á 15 de agosto de 1757.

Amigo y señor : Hoy han faltado carta y *Gacetas*; pero Dios ha socorrido á su siervo por otras partes. Diviértase usted con esas papeletillas, copia de las que llegaron al Rey por expreso que entró en Madrid el día 9.

El oficial milanés que mandaba el destacamento del canal, que ayer pasó por aquí, á nombre de usted me hizo una visita de relámpago, á tiempo que iba á sentarme á la mesa. Estiméla mucho; pero él es un furioso prusiano, á quien ni usted ni yo hemos de convertir á la religion verdadera política, militar ni civil. Segun él, nos mearán todos los que quisieren, como no adolezcan de retencion de orina. Yo no soy de ese parecer; porque, aunque no somos los que pudiéramos, tampoco estamos en paraje de que nos hagan la mamola. Memorias á todo el género humano, incluso el ilustrador de los *hipapantes*, voz griega que quiere decir *Ledantias*. — De usted. — *Isla.* — Señor don N.

CARTA LI.

Escrita en Villagarcía á 27 de agosto de 1757.

Amigo y señor : Si los ingenieros de Becerril me detuvieren las *Gacetas*, me tirarán por la paciencia; pero por la musa yo les libraré de eso.

El rey de * ya está en Pirna; y si el teatro de su primera violencia lo fuera tambien de su escarmiento, ¡oh qué aviso, y oh qué día! Los franceses se han hecho dueños de todo el electorado de Hanóver, y cuando llegue á Cumberland el refuerzo de Inglaterra, tendrá ménos pan y mas gente á quien nsstentar. Dicen que Estrees viene á tomar las aguas de Aquisgran: no lo creo: en Inglaterra hay bellas fuentes minerales, que no están lejos de Ostende y de Newport. Desde allí podrá pasar á tomarlas con ochenta mil asistentes ó enfermeros que cuiden de una salud tan importante.

Las mismas noticias de revoluciones palaciegas han

esparcido por todas partes los cortesanos. Se me harian mas verisímiles, si no fueran tan anticipadas; pero estos golpes siempre se descargan sin que preceda la amenaza, y mas cuando las acusaciones del inglés son de tan mala casta. La misma multitud de los que nombran hace sospechosa la noticia. En ciertas materias, cuando son muchos los llamados, ninguno es el escogido.

¡Con que usted no encargó al aragones que me hiciese la visita! Pues revoco las expresiones con que se la estimé; porque la embajada me era grata, pero no el embajador. A la primera cláusula que le oí en la mesa de usted, le puse mi calcilla; y si yo fuera mujer, á no ser bárbara, no me casaria con él.

Algo de quintas debe de haber; porque en Montealegre me quisieron quintar á mi Anton Cubero, que haria un soldado como cualquiera monja. Es noble, y estudiante actual; pero á los alcaldes gorriilas ¿qué cuidado les da de pragmáticas-sanciones? Ya parece que se pusieron en razon. ¿Cómo está nuestra condesita? Porque há siglos que no me escribe. Viva usted, y mande á su fiel amigo. — *Isla.* — Señor Don N.

CARTA LII.

Escrita en Villagarcía á 2 de setiembre de 1757.

Amigo y señor : Acabo de comer; acabo de recibir la carta de usted de 26 del pasado; están para partir los que han de llevar esta á Palencia, y no es tiempo ni hay lugar para conversacion.

Ahí va la *Gaceta* que usted pide, y sirva de señal de que vino con ella su compañera. Si N. tiene juicio, nosotros estamos locos. Los ingleses no pudieran hacer mayores insolencias si estuviéramos con ellos en plena guerra. ¡Gran lástima ha sido no admitir á aquel milord su dejacion! Pero el Rey le dará gusto cuando ménos lo piense.

Esperamos á usted despues del día 8, y hablaremos de todo lo que nos diere la gana. Memorias á todos los ingenieros; y adios. — De usted. — *Isla.* — Señor Don N.

CARTA LIII.

Escrita en Villagarcía á 21 de setiembre de 1757.

Amigo y señor : Lo cierto es que las cartas que vienen por Rioseco llegan mas aprisa y con seguridad. Pero si al director de Palencia se le antoja dadas el itinerario para Valladolid, ¿cómo lo podremos remediar usted ni yo?

Bueno es que en semana de témporas haya tambien ayuno de *Gaceta*. En la que viene nos desquitarémos, y convendrá comer con moderacion para que no nos dé alguna apoplejía de noticias.

Las últimas que aquí tuvimos fuéron las de estarse cañoneando los dos ejércitos austriaco y prusiano en la Lusacia los dias 15 y 16 de agosto, dudándose mucho si el intento del prusiano era empuñar á Daun en la batalla, ó solo avocar al todo las tropas austriacas que se habian internado en la Silesia, para desfilár el hácia ella, y hacer teatro de la guerra un ducado que muy probablemente considera está para volverse á su legítimo dueño, y se le dará poco en entregársele como encontrara el rey de Polonia á la Sajonia. En todo caso el príncipe de Soubise ya le va picando la retaguardia con los cuarenta mil hombres que dias há entraron en este electorado.

El correo pasado escribí al señor obispo de Palencia, que su pelmacitud pontifical, en no ir á echar la bendición á la mesa de usted, tenía la culpa de que usted no viniese cuanto ántes á echarla á la nuestra para siempre. Ha perdido usted la semana mas oportuna para la mesa de Villagarcía; porque en el mundo la hay mejor para ayunar como lo manda la santa madre Iglesia. Téname que Pepe N... lo experimente muy á su costa; porque ya le esperamos cada día. El de su venida de usted se va difiriendo tanto, que ahora me compadezco mas de los judíos; porque conozco experimentalmente qué desesperacion es la de estar perpetuamente esperando.

De Madrid me dicen que ni aun noticia han tenido de las muchas postas que han pasado por aquí. Su amigo de usted se las podrá dar si quiere, y tambien de lo que hicieron los paraguayos con los portugueses, sin rey Nicolao ni jesuitas. La Condesita escribirá cuando fuere servida; que yo soy del parecer de usted en correspondencias de esta tela. Los Padres Rector y Petisco aguardan á usted con impaciencia.—Adios.—De usted.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA LIV.

Escrita en Villagarcía á 1.º de octubre de 1757.

Amigo y señor: ¡Buena labor ha hecho usted! ¡Al Padre At. confía las *Gacetas* para que me las remita sin detencion y sin perjuicio de tercero! Conócele usted mal. Es hombre muy especulativo y abstraído, poco á propósito para cuidados regulares y prácticos. Enviáralas ó no las enviará, y de contado ya han comenzado á faltar por el primer correo. Usted es dueño de sus gracias y es acreedor á las mias mientras me las continúe, sin que me deba quejar de que las divierta á otra parte, y mas cuando los méritos de quien las disfruta son de otra línea. Con esta condicion escojo ántes mortificar la curiosidad hasta que me la contenten los *Mercurios*, que tener motivo para enfadarme todas las semanas; y así, podrá usted prevenir á dicho padre que lea las *Gacetas* sin apresurarse, y que se las restituya á usted sin este largo rodeo. Las últimas que recibí, de 30 de agosto y 2 de setiembre, irán allá con las demas en la primera ocasion; porque veo que va largo esto de venir usted por ellas.

Ayer llegaría á Madrid Pepe N..., segun me avisa su padre. Con efecto no vino por aquí, y habiendo de ver á Zamora, era mucho rodeo.

Hoy estoy riñendo amigablemente cierta pendencia con ese señor obispo, que sabrá usted á su tiempo. No tiene razon; y si no cede, se habrá de meter ruido con poca estimacion de su ilustrísima y con mucho dolor mio.

Muy dividido está el prusiano porque quiere hacer cara á todas partes, y si los austriacos no se aprovechan de esta division, serán reprendidos de los políticos de tanquera. Los paraguayos hicieron una furiosa carnicería en los portugueses, y aquí no hay mas de tallo. Ambas cortes procuran ocultar una noticia que saben todos, y saben tambien cómo Ceballos no se atreve á salir de Buenos-Aires.

Notable es la convencion del ejército frances y hano-veriano, por la mediacion del rey de Dinamarca. Cumberland se habia de entregar ó habia de perecer. Para

la total conquista del electorado no faltaba mas que la rendicion de Estado. ¡En estos términos convenirse y dejar aquel padrastró! No penetro el misterio. Celebro el restablecimiento del Tesorero y de Don Jorge, á quienes me encomiendo. Mande usted á su amigo.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA LV.

Escrita en Villagarcía á 8 de octubre de 1757.

Amigo y señor: ¿Velo usted cómo yo soy profeta natural? Hasta ahora no hallgado á Villagarcía ninguna de las *Gacetas* que usted envió á Palencia. El Padre Atela me dice que por descuido de uno que las leyó, no se remitieron por Rioseco; pero que las envia por Valladolid. Ni por una ni por otra via han parecido, y así sucederá regularmente; porque conozco á nuestros padres. En satisfaciendo cada cual su curiosidad, no cuidan de otra cosa; y es mucho trabajo poner un sobrescrito una vez cada semana, para que ninguno se encargue de él. Lo dicho dicho: usted es dueño de sus gracias y puedo aplicarlas á quien quisiere, sin que yo me pueda quejar de que usted prefiera á otro; porque la posesion no prevalece en lo gracioso. Así se lo escribo al Padre Atela, y así me libro de muchos enfados á trueque de carecer de un gusto.

Me escriben de Madrid que acaba de llegar una posta de Paris con la noticia de una sangrienta batalla entre los austriacos y prusianos, en que estos perdieron mas de diez mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros; y aquellos como unos cinco mil. Es muy verisímil la noticia; porque los prusianos buscarian á los austriacos ántes que entrase en Sajonia el todo de los franceses.

Muy revuelta está la corte de Portugal. Se ha separado del confesonario y del palacio á los tres jesuitas que tenian empleo en él. Ignórase el motivo; pero se presume sea por lo del Paraguay. ¡Gloriosa causa, estando los padres tan inocentes de aquellas revoluciones, como saben todos los que quieren. Y si no, que pruebe el Ministerio á que los de Villaumbrales dejen sus casas y sus haciendas, y se vayan doscientas leguas de allí, encargando á sus amigos que se lo persuadan, y verá qué lucidos quedan estos. Dios nos asista, y guarde á usted cuanto desea su amigo.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA LVI.

Escrita en Villagarcía á 29 de octubre de 1757.

Amigo y señor: Parece que la retirada de Apraxin fué un rasgo de la invencion del rey de Prusia, á manera del de las cucardas francesas. Mal está este caballero cuando se vale de estos estratagemas de teatro, aun mas que de la guerra. Aténgase á la humildad con que dicen que se la puesto en manos del rey de Francia para que haga la paz como quisiere. Pero ¿qué otro partido habia de tomar en el estado en que se halla? Si el frances se pica de generosidad y quiere dejarle tan pujante como estaba, contentándose con que restituya las Silesias y con que resarza en cuanto pudiere los daños de la Sajonia, tendríamos carambola á cada triquetraque. Yo sentiré que en todo caso no le echen á cuestras el bando del Imperio, y que sobre él recaiga la composicion.

Ya dicen que no está la peste en Almeyda, sino en Lisboa, donde hace grandes estragos. Lo cierto es, que nadie cree que las tropas se muevan por este fin; por-

que mucho tiempo ántes que se hablase de tal peste estaban dadas las órdenes para este movimiento, habiéndolas recibido el proveedor de Zamora dos meses há para hacer provision de cebada. Pero no correrá sangre, aunque las morisquetas que nos han jugado los portugueses son insufribles. Se asegura que su majestad Fidelísima ha desterrado de sus dominios el tribunal de la Inquisicion. Pide mucha confirmacion esta noticia, aunque si es cierta la de haber concedido iglesia pública á los ingleses, es consecuencia una de otra.

Murió nuestro general el día 2 de octubre, y está mortal nuestro Padre Idiaquez solo con esta noticia, sin embargo de que no parece verisímil que quieran exponerle segunda vez á otro golpe como el pasado. También murió con solos tres días de enfermedad el intendente de Zamora, y dicen que sufocado con las órdenes y contraórdenes de Madrid, donde no atan ni desatan acerca de las tropas, siendo Caraveo el que las manda por instrucciones verbales, sin traer alguna por escrito.

Esta mañana salió de aquí el conseyero de Ordenes Don Tiburcio de Aguirre, que viene de Leon de presidir á la eleccion de prior de San Marcos, que no hubo, porque se empataron obstinadamente los votos en los tres escrutinios. Muchos huéspedes de distincion hemos tenido este verano, incomodándonos mas los que hemos dejado de tener, que los que hemos tenido. Viva usted, y mande á su fiel amigo.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA LVII.

Escrita en Villagarcía á 6 de noviembre de 1757.

Amigo y señor: Si usted llegó en paz y con sosiego, estamos bien, aunque á mí me ha costado una fuerte fluxion la curiosidad de ver cómo brincaba usted para alcanzar á la silla del caballo. El Padre Rector tuvo ayer la noticia de haber muerto su querido hermano Don José, que estaba en Madrid y dieron con él en tierra unas viruelas. Recibióla como San Francisco de Borja la de la muerte de su querida hija la duquesa de Lerma.

Entérese usted de lo que pretende mi Anton Cubero para un tío á quien debe mucho toda la casa. Su pretension parece justa; y si tiene usted medio para esforzarla, lo estimaré; en cuyo caso será preciso que envíe usted á Montealegre la carta que escribiere á Palencia, para que la lleve el mismo Don Francisco, ó se la dirijan si estuviere ya allá. Acabo de salir del confesonario de tan mal humor como acostumbro. Reciba usted memorias de todos; porque todos la están haciendo de usted frecuentemente. Viva usted, y mande á su amigo.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA LVIII.

Escrita en Villagarcía á 12 de noviembre de 1757.

Amigo y señor: Tuvimos la felicidad (lograda pocas veces) de que no se nos dilatare un instante la noticia de su feliz arribo de usted; porque el lunes por la mañana nos trajeron sus cartas con las *Gacetas*. Dé usted por supuesta la complacencia universal, pero muy particular la del triunvirato, cada día mas devoto de usted.

Siendo cierta la noticia del marques de la Ensenada, como se puede creer sin imprudencia, ¡qué discursos no harán los contemplativos, y qué sobresaltos no padecerán los meticulosos! siendo así que todo puede ser

una grande friolera, efecto de la humanidad, sin otra consecuencia. A lo ménos tan inverisímil es esta como la guerra con Portugal mientras no se mude la constitucion. Sin embargo celebro infinito la libertad de aquel héroe.

Diérame algun cuidado el regreso de las tropas hanoverianas á Estade, si no considerara ya en Inglaterra al duque de Cumberland. No es verisímil que, si se pensase en violar la capitulacion, se hubiese retirado aquel jefe. Quizá se llevaria consigo á Inglaterra algunas tropas, y las hanoverianas irán á completar los cinco mil hombres que se estipuló habian de guarnecer á Estade.

No me dice usted cuándo piensa usar de la licencia y disponer su viaje á Madrid. Escribiré luego que usted me avise que es tiempo, y de contado bueno será que haga usted una visita en mi nombre al Señor Taboada.

Ya está oportunamente encajado en mi fraile el gran dicho del Dómine Lucas sobre las *Cartas eruditas* del Maestro Feijóo; porque merece eternizarse en bronce el reparo. No se le nombra al autor, y es lástima; que quizá le valdria un obispado.—Viva usted y mande á su fiel amigo.—*Isla*.

Firmada ya esta, llegó la de 8 con la noticia del constipadillo de usted, efecto sin duda del sol á la venida y á la vuelta. Me alegro como soy cristiano, porque si el Padre Rector y yo le cogimos tambien por cortejar á usted, ¿qué razon habria humana ni divina para que usted se burlase de nosotros?

La relacion de la peste de Almeyda está como Dios quiere las almas. El estilo del teniente capitan no es elevado; que á tantico que lo fuese, ni usted ni yo le alcanzaríamos. Eso se llama escribir para todos; porque los bajos no pueden empinarse, y los altos se pueden agachar.—Señor Don N.

CARTA LIX.

Escrita en Villagarcía á 19 de noviembre de 1757.

Amigo y señor: A Dios y á dicha va esta á Villumbrales, pues si no le encontrare ahí, le hallará en Madrid.

Ya me escribió Anton la puntualidad y la felicidad con que usted habia favorecido á su tío. (Gracias.) Si al sobrino no le han engañado, fué una infame calumnia la que levantaron al tío. Los golpes han sido imaginarios; el vómito vino, y la sangre era de carnero, de buey ó de oveja, desatada en agua. Así lo declararon médico y cirujano. El Provisor pidió al acusado que no se contrayerellase: yo le escribí lo mismo, porque así lo aconseja el Evangelio; no obstante, pareceme que en este pais son necesarios algunos escarnientos.

Con la visita del Padre Atela se renovaria la conversacion de las *Gacetas*. Mientras no discurremos prácticamente, todo se yerra. Nos habrémos de conformar con el chasco que nos han dado esta semana. Las deseaba porque de Madrid me avisaban (aunque en duda) de una sangrienta batalla entre austriacos y prusianos delante de Breslau. En todo caso, así los austriacos como los franceses y moscovitas se calentarán este invierno á costadel rey de Prusia; y es gran cosa esto de que el teatro de la guerra esté un poco mas allá.

Hoy escribo al Señor Taboada; y usted debe hacer, en

llegando, á nuestra condesita todos los respetos que yo la haria en persona, y que dejo de hacerla por escrito, respetando su excelentísima pereza. Cuando era doncella, y aun ántes de ser madre, éramos muy amigos: desde que dió en imitar á su tocaya Doña María Teresa de Austria, hay muchos en quienes repartir la atencion, y toca á poco.

A mis parientes los Prados y Ulloas, mis finos aque-
llamientos.

Ningun falso testimonio levanta usted á nuestros cocineros. Pero si no llenan los platos de especias, ¿de qué los han de llenar? Por algo tenía yo, tanto como deseaba, el que usted viniese á Villagarcía. Es claro que no me hacen provecho; pero la insulsez me daña mucho mas. Y así declaro por nula la apología que usted hace á favor de mi cocinera de Zaragoza. Depáremela Dios en tiempo de dieta, y fuera de él su Majestad la haga mucho bien en cualquiera parte adonde vaya.

El Padre Rector apreció infinito el recuerdo de usted con ocasion de la muerte de su hermano. De su reverendísima, del Padre Petisco y de todos los demas reciba usted felices recordaciones; porque al fin usted será siempre en Villagarcía lo que los papas en la Iglesia, que todos son de feliz recordacion.

En suma, usted se irá á Madrid sin que el señor obispo de Palencia haya ido á comer su sopa. Lo reservará para cuando venga á tener ejercicios en este colegio, como lo tiene prometido. Aquel fraile está muy agradecido á su ilustrísima, porque ya le van vistiendo de un hábito tan limpio, que por ahora no era posible lograrle igualmente aseado en su jurisdiccion. Viva usted, y mande á su amigo.—*Isla*.

Mudé de parecer: diríjola á Madrid con cubierta á nuestra ama, á quien usted escribió valientes elismes. ¡Cuántos la contara!—Señor Don N.

CARTA LX.

Escrita en Villagarcía á 26 de noviembre de 1737.

Amigo y señor: Con la carta de 18 llegaron las *Gacetas* pasadas y presentes. Esperamos de *rechef* las futuras, como usted lo promete.

Desde ayer se amotinó el tiempo; y como, segun mis cuentas, le considero á usted en las visperas ó en las antevisperas del puerto, me ha debido un cuidado tan tierno como si yo fuera su dama. No saldré de él hasta que usted firme haber llegado á Madrid rechoncho, sano, salvo y perdonado. Nuestra condesita recibirá á usted con una carta mia, que dirigí por su excelentísima mano, pues aunque nada importaba, no quise exponerla por no perder la hechura.

Antes de ayer pasó por esta villa un destacamento de cien hombres del regimiento de Milan, que iba á Villaumbrales de vuelta de la expedicion de Portugal. Hicieronle caminar con marchas forzadas desde Pamplona á Zamora: llegó, vió y venció. El cordon que parecia cable ya no es ni aun hilo de estopa; y en fin, tenemos el consuelo de que podemos comer cajas de Portugal sin miedo de que nos apeseten.

Al Señor Taboada no le harán salir de su paso todos los varilargueros del mundo. Pero yo tengo mas confianza en su pelmadidad que en otras actividades. Si me engañare, no será la primera equivocacion que he padecido ni la última que padeceré.

Dudé si dirigirla esta por mano de nuestra amiga excelentísima; pero mientras usted no me lo prevenga, no quiero tomarme las licencias que no me dan. Es sin duda insigne muchachía, pero es señora y es mujer; con que vámonos con tiento.

Dice el Padre Rector que en una cuartilla de papel se atreve á poner mil respetos de á folio. Es hombre que hará lo que dice, y no me atreví á replicarle.

Recoja usted verde y seco en papeleta aparte cuantas noticias llevaré la marea; que aquí todo nos divierte; y como yo no doy conversacion ni hay *apartement* en mi cuarto mas que una vez á la semana, me huelgo de tener materiales para divertir *le cercle*. Viva usted, y mande á su fiel amigo.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA LXI.

Escrita en Villagarcía á 5 de diciembre de 1737.

Amigo y señor: Con menos se ha de contentar usted, pues ha llegado el correo á las nueve, es día de San Javier, y dentro de una hora se han de despachar las cartas. En fin ya está usted en Madrid. Costóme tanto cuidado su viaje, como si mis faldas fueran de tonfillo.

Nunca esperé cosa buena del ejército del Imperio, compuesto por la mayor parte de aliados del rey de Prusia. Soubise es tan caballero como el rey de Francia, por su nacimiento; tan católico como el Papa, por su religion; pero eso de que sea gran soldado nada nos cuentan las historias. Richelieu cumplió con haber tomado á Puerto-Malon, y con haber escollado al duque de Cumberland hasta Estade: lo demas no era de su incumbencia. ¿Quién se avendrá ahora con el prusiano? ¡Pobres sajones!

Beso á nuestra condesita la orla de su guardapiés, si tienen piés las condesas. De algunas con patas ya dicen algo los libros, pero la nuestra dista tanto de ellas como usted de una estatura decente.

Tanto temo al Padre Petisco como á usted, porque soy el Federico Augusto de los pigmeos. Mande usted á su fiel amigo.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA LXII.

Escrita en Villagarcía á 17 de diciembre de 1737.

Amigo y señor: Ya comienza usted á ser contagioso. Antojósele dirigirme la carta y *Gacetas* del correo pasado por la via de Rioseco, figurándosese sin duda que todavía estaba en Villaumbrales, y pegó este mismo mal á nuestra condesita, con lo cual recibí su carta y la de usted con cuatro dias de atraso. Señor Topo-grafo, desde Madrid á Villagarcía no hay mas que un correo. Ese sale de ahí el miércoles, y debe llegar aquí el viérnes, aunque ahora llega el sábado. No se dirigen las cartas por Rioseco, sino pura y netamente á Villagarcía de Campos; porque somos mas persona de lo que á usted le parece, y este pueblo no es tan desconocido, que no se tenga mucha noticia de él en todas las cuatro partes del mundo, especialmente en los antipodas; que así llama un moderno á lo que el frances da el nombre de «fundamento». Si el tiempo que usted gastó en oír la Niteli, le empleara en registrar los mapas de mi pariente Monsieur de l'Isle, no incurriría en tan crasos errores.

Si usted quiere hablar despacio á mi amigo, vuélvase á Villaumbrales, y embóquele desde allí una resma de

papel, pues la habrá de leer, que quiera que no quiera. Yo á lo ménos há mucho tiempo que tengo hecha la observacion de que solamente los que estamos fuera de la corte logramos audiencia pronta de los ministros, porque las cartas no hacen antesala ni tienen que repetir segunda y tercera visita para esperar coyuntura. A mi bueno y grande amigo el Señor Valencia le solia yo decir: «Mire usted que mañana me voy fuera de Madrid para que hablemos despacio. Espéreme usted al volver de la oficina.» ¡Sobre que eso es una faramalla, y usted no me quiere creer!

No he dejado de escribir á usted correo alguno, á excepcion del pasado, que se me olvidó. El Padre Provincial, que el día 14 llegó á hacer ejercicios á este colegio, nos enriqueció con noticias que pueden consolarnos en la pérdida de la batalla de Mukelen. Hasta ahora solamente las tropas de María Teresa han humillado al prusiano. Dígole á usted que las Marías Teresas son heroínas; y cuando usted se case pregunte si la novia se llama María Teresa, en cuyo caso la debe perdonar las tres partes del dote, obligándose á conservársele á ella por entero.

Si Richelieu no ha ocupado ya la Sajonia con la mayor parte de su ejército, perderé la devocion á los franceses, y creeré, como los políticos rateros, que ellos solo iban á pillar el electorado de Hanóver, dándoseles un bledo por todo lo demas. Viva usted y mande. — De usted fiel amigo. — *Isla*.

Vea usted si tengo don de profecía. Ya estaba contestada la carta de 14 que acabo de recibir, firmada esta. Hazañosas y gloriosísimas acciones las dos delante de Breslau. Haga usted cuenta que en dos dias se tomaron dos plazas. Pero la desconfianza con que hablan en Paris los franceses ántes de la batalla de Mukelen, me ha pnesto de muy mala fe contra ellos; y aquello de que «yendo de auxiliares no les tocaba á ellos solos libertar á la Sajonia», me ha irritado extrañamente. ¡Muy mal me huele! Muy mal me huele! — Señor Don N...

CARTA LXIII.

Escrita en Villagarcía á 24 de diciembre de 1757.

Amigo: Por Riaseco recibí ayer las *Gacetas* holandesas, y pues ya sabe usted el itinerario, discurro que no volverá á exponerlas otra vez.

Taboada me escribe hoy hablando de usted como yo quiero, mas no me contento con palabras, y espero que ni él tampoco se contente.

Si tiene usted conocimiento con algunos consejeros de Castilla, es menester que los hable con el mayor esfuerzo para que en la cátedra de prima de cánones de la universidad de Cervera atiendan, con preferencia á los demas concurrentes, á Don Jacinto Claris, sugeto muy benemérito. Es empeño de la provincia de Aragon, á quien yo debo tanto, siendo nuevo favor el valerse de mí para su desempeño. Es preciso que dedique usted todas sus fuerzas propias y auxiliares á este asunto, implorando las de nuestra condesita, si se quiere mover; porque voy viendo que es una excelentísima pehnaza.

Ha quedado bien el rey de Dinamarca con su garantía de la convencion hanoveriana. Verémos qué hacen los franceses para su despique, y cómo disculpa el prusiano su atropellamiento por el derecho de las gentes. No le faltarán mentiras.

Por todas partes hiela furiosamente, y ya tenemos asegurada nuestra botica de verano en cerca de mil carros de hielo que están encerrados. Si el boqueron liciera diez mil, tambien los hubiera engullido. Tenemos calenda y villancicos: con que buen provecho hagan á usted sus Nitetis. — *Isla*. — Señor Don N...

CARTA LXIV.

Escrita en Villagarcía á 31 de diciembre de 1757.

Amigo y señor. Allá se han disipado las nieblas, y acá nos van ellas disipando á nosotros poco á poco. Dias há que parece estamos en Egipto, y no por la parte que tocaba á los hijos de Israel: nueva prueba de que esta mas es tierra de jitanos que de judíos.

Si usted no tiene conocimiento con ningún consejero de Castilla, tiénele con el provisor de Palencia, al cual es menester atacarle bien sobre el contenido de esa carta, pues si es cierta su relacion, es graciosísima cosa que se pidan diez mil reales de desmejoras por una casa que se compró en doscientos ducados.

Las noticias se han helado; y no lo extraño, porque el tiempo no está para otra cosa.

No sé si con el ejemplo del Señor Patriarca se designará el mundo de que la unción á ninguno mata si se da en vida, y no en muerte, como suele suceder.

El Señor Taboada está de buena fe; y si lo estuvieran así todos los demas, no tropezarian en chinas, ni aun en guijaros. A nuestra condesita mil respetos de parte de su fino amigo de usted. — *Isla*. — Señor Don N...

CARTA LXV.

Escrita en Villagarcía á 7 de enero de 1758.

Amigo y señor. Llega el correo cuando debe de salir, sin dar tiempo para decir mas que *llegó*.

Si las noticias que escriben de Valladolid no fueran de allí, nos consternarian mucho, porque suponen que el prusiano derrotó á los austriacos, mató á Daun, perniquebró al príncipe Carlos, y qué sé yo qué mas. Pero son de Valladolid, y esto basta para mi consuelo: ni sé con qué tropas lo pueda hacer, sino que sea con las que se llaman *huestes*, y algunos quieren sean ejércitos de duendes que se están acuchillando en las campañas del aire.

Pero ¿ha visto usted paciencia mayor que la del rey de Dinamarca? Ni una palabra se habla de él, habiendo quedado tan lucido con su famosa garantía. O fué una insigne perfidia, ó es una cólera muy reconcentrada.

Tanto llueve aquí como allá. Mande usted á su fiel amigo. — *Isla*. — Señor Don N...

CARTA LXVI.

Escrita en Villagarcía á 14 de enero de 1758.

Amigo y señor: Por acá no se caen los puentes, porque no se usan; pero hasta en las mismas casas se atollan las caballerías, de que hay abundancia.

Nuestro arcediano me escribe hoy, avisándome sus diligencias practicadas á favor de Cubero. Tan fino y tan activo es como usted: así se lo escribo á él, y así se lo digo á usted en sus barbas.

Mal lance ha sido el de los austriacos en la jornada del día 5. Este número debe ser de feliz agüero para el prusiano, pues en el mismo día fué la batalla de Rosbac un mes ántes. De todo tiene la culpa el marrullero Apraxin,

que hará bien en morirse ántes de llegar á Peteshurgo. Si es cierto que el rey de Prusia mandó pasar á cuchillo á los seiscientos croatos que rindieron las armas, fué barbaridad digna de tan gran monarca. El manifiesto del rey de Inglaterra para cohonestar el rouppimiento de la convencion, tiene mas de insolente que de convincente; pero la inaccion del rey de Dinamarca es verdaderamente estúpida.

Castaños habia escrito que iba á la intendencia de Mallorca. Mejor es la de Galicia; y si aquella recayera en otro amigo mio, para mí seria mejor y peor, porque llevaria la distancia muy á mal.

Hoy me escribe nuestra condesita; pero el correo no da tiempo para respuestas formales. ¡Es rara muchacha! y quizá de su clase no habrá otra que se la parezca. Haga usted en mi nombre una visita á su excelencia; que yo se la haré el sábado que viene. Esta mañana amaneció muerta la ardilla, lo que participo á usted para que se ponga el luto acostumbrado por tres semanas. Viva usted, y mande á su amigo. — *Isla*. — Señor Don N...

CARTA LXVII.

Escrita en Villagarcía á 14 de enero de 1758.

Amigo y señor: ¿Quién lo creyera? La pereza de usted me ha llenado de respeto, porque hasta los defectos de los que andan con los reyes, á los pobres patanes nos ponen miedo y nos causan veneracion. Este es el verdadero motivo por que he dejado descansar á usted tantísimo tiempo há en su dulcísima y profundísima poltronería.

Ahora es tiempo ya de meter á usted un aguijon como una lanza, aunque no sea mas que para decirle: No es tan poltron mi agradecimiento como su pluma de usted. Es verdad que el amigo me asegura haberse desquitado bien en la ocasion presente, pues me dice tiene usted prevenida ya una carta recomendatoria de nuestro frailecito, tan *catafracta*, que al lado de ella se puede andar seguro por entre todas las filas de los granaderos capillares, sin miedo, no solo de que le maltraten, pero ni aun de que le silben, cosa que casi parece imposible de evitar; porque esto de silbar lo tiene cada uno en la boca y en el aire.

Yo estoy ya rabiando por ver impresa dicha carta con las otras sus colaterales, y sumamente mortificado de la desidia de mi buen padre provincial, pues cuando creíamos que muchos meses há tenia hecho á Roma su recurso (en caso de juzgarle necesario) para que se imprimiese la primera parte, nos hallamos que lo habia suspendido hasta enviar á un mismo tiempo las censuras de la segunda. Esto no lo pudo hacer hasta el día 24 del pasado, porque las segundas censuras no se le entregaron hasta el 22. Dicho día las remitió todas á Roma de buena fe; y conviniendo los censores en que la obra es digna de imprimirse, una vez que yo me allané á sus reparos, como me allané sin réplica, no tiene contingencia el permiso, que podrá estar acá en todo el mes de febrero.

Este incidente suspende por pocos días la publicacion de la obra, pues casi es menester todo este tiempo para que se encuadernen los ejemplares; pero estos pocos días me son muy sensibles por la impaciencia de los que la desean, y porque se retarda el desengaño á los que la

temen con exceso. Yo estoy tranquilo saliendo al campo tan apadrinado. No temo á la razon; que esa la tendré de mi parte: solo el poder, ayudado del mal consejo, no tiene resistencia, segun aquello de Fedro:

*Contra potentes nemo est munitus satis;
Si vero accessit consiliator maleficus,
Vis et nequitia, quidquid oppugnant, ruit.*

Viva usted y mande. — De usted fiel amigo. — Jhs. — *Isla*. — Señor Don N...

CARTA LXVIII.

Escrita en Villagarcía á 21 de enero de 1758.

Amigo y señor: ¡Bendita sea mil veces la poltronería de usted! ¿Qué importa que la elefanta tarde tres años en parir, si al cabo pare un elefante? Es cierto que usted habla poco y muy de tarde en tarde; pero vale mas una oncita de lo que usted habla, que muchos quintales de otras conversaciones. En el estrechísimo tiempo que permite el correo, he leído ya dos veces la gran carta impresa de usted, y espero leerla ducientas, siempre con el mismo gusto. Lo que real y verdaderamente siento de ella, se lo digo al amigo Medina; y nose lo digo á usted, porque un hombre que ve á los reyes siempre que quiere, puede tentarse á sospechar que le lisonjean. *Apaga á me* esta ruindad. Tengo por cierto que si el fraile hiciere algun fruto, se le deberá todo ó casi todo á dicha carta. Pero ¿qué corcovos dará el sugeto de nuestra historia? Si para el verano cuajare el necesarísimo viaje que usted tiene proyectado, no hay que temer nos veamos en alguna de sus casas; porque há cuatro años que estoy esperando el coche que dijo me enviaria para que pasásemos juntos unas navidades, y todavia no ha llegado; pero desde el lancecito del fraile me dejé de ceremonias, y como dijo el otro soldado, «no he hecho caso de su divina Majestad.» Lo que temo es que en publicándose la obra, atropelle al pobre Lobon, y entónces es preciso que todos mis amigos echen el resto para arrancarle de sus uñas y para premiar á este clérigo tan ejemplar como hábil el sacrificio que ha hecho por puro celo al bien público. Téngaselo usted por dicho, y váyalo diciendo adonde convenga, siendo cierto que el Señor Inquisidor general no dará prebenda mas bien dada en Leon, Valladolid ó Zamora. Viva usted y mande. — De usted. — Jhs. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXIX.

Escrita en Villagarcía á 28 de enero de 1758.

Amigo y señor: El barómetro del Rey está sin duda en sitio mas abrigado que el de mi sensacion. En este ha subido mas de tres mil grados y medio al año antecedente, y al de todos los días de mi mala vida pasada; porque aquellos frios ya se pasaron, y estos son los que se sienten. Ellos son intensísimos, y me ha de dar licencia Monsieur Homborg, con todas las academias del mundo y sabios á la *dernière*, para decir que cuando ha nevado mucho, hiela mucho y corre mucho norte, hace mucho frio, sin que sns barómetros nos digan mas.

¡Gran prueba el habérsele helado á usted la memoria! Si la tuviera, se acordaria de que le avisé á tiempo el recibo de la *Guia de pecadores*, y consiguientemente de las *Gacetas* que la acompañaban, con que no eran estas las que faltaron. En fin, llegaron todas á puerto de salvamento, escoltando las cartas de 18 á 23 de enero, que-

dándose heladas las primeras en alguna estafeta, hasta que las debió de derretir un día tolerable de esta semana, en que yo anduve á pié un par de leguas.

No me da gana de hablar del rey de Prusia. Adoremos los juicios de Dios, y callemos hasta su tiempo. ¡Valiente satisfacción la que da el rey de Dinamarca en el capítulo de Hamburgo!

Ya sabíamos la desgracia de nuestra misión del Paraguay. El piloto que la gobernaba debía de ser tan inteligente como cierto gran general que anda por esos mundos, y cuyo nombre callo por justos respetos.

No me renueve usted la memoria de la ardilla, porque es impiedad.

Todo tiene sus inconvenientes. Si las doncellas paren ántes de casarse, no es bueno; si no paren, están expuestas á la equivocación de la de Huéscar. Aprendería de su incomparable hermana, que lo hizo la primera vez como si lo hubiera hecho otras ciento; pero el ingenio no ha de ser igual en todas.

Me he reído con la fe de erratas del artículo de nuestra *Gaceta*, sobre la intendencia de Aviles. Ya habia notado yo la equivocación de la pasada; pero es mas notable la que padece el corrector de la presente, pues le supone intendente de Castilla y corregidor de Zamora, siendo así que era intendente de Galicia, y no corregidor de la Coruña. — Viva usted, y mande á su buen amigo. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXX.

Escrita en Villagarcía á 4 de febrero de 1758.

Amigo y señor: El Señor Taboada me escribe lo mismo que usted, y yo le exhorto á lo mismo á que usted le exhortó, porque ni ha parecido su *Guia*, ni otras muchas cartas que se han extraviado. Si esto no se remedia eficazmente, perdióse toda la fidelidad de los correos, y padecerá el comercio lo que se deja considerar.

Hace usted muy bien en ejercitar poco la pluma, mientras le ejercite tanto la destilación. — Dígame usted su posada para que á su tiempo le encuentre un tomo de *Fray Gerundio*.

Hábleme usted con respeto, porque ya tengo voto en capítulo; pero si me le quiere comprar por una tajada de vaca, será el voto de usted. El sábado marchó á nuestra congregación de Valladolid con nuestro padre rector, con mis dos con viejos, que, agregados á los que vinieren de Galicia, Asturias y Leon, harémos un grueso destacamento. Para mí es pesadísimo chasco, y para todos los que no se apacienten de aire.

Respóndame usted aquí en derecho, porque quizá llegará el correo ántes que partamos; y como quiera, el miércoles siguiente ya estoy de vuelta en mi rincón.

Las memorias acostumbradas, y mande usted á su fiel amigo. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXXI.

Escrita en Villagarcía á 18 de febrero de 1758.

Amigo y señor: Las *Gacetas* que no llegaron el día que partí á Valladolid, se aparearon en esta posta el día despues que volví de mi jornada. En el capítulo no se habló del Padre Idiaquez, por contestar todos en que vivo nos sirve de mucho, y muerto de nada. Ahora ya respira con gusto, lo que en estos dos meses ha hecho con dolorosa dificultad, temiendo que se la freíamos.

Si sale tan bien de la congregación de Roma como de la de España, esperamos tener hombre para muchos años. Nuestro padre rector de Palencia salió por primer sustituto de los tres vocales, honor que le deferimos casi todos con especial gusto.

Poco tendrán los ingleses con las sesenta y dos embarcaciones que les cogieron los franceses, y ménos con los cuatro navíos de á setenta, y tres fragatas de á treinta, que á toda priesa se están armando en el Ferrol, con órden de estar prontas para 1.º de abril; cuyo destino seguramente no será para auxiliarlos. Pero nuestros austriacos están muy mal, como lo acredita lo mucho que andan arañando por todas partes; y peor estoy yo con la mudanza de generales franceses en Alemania, sin hacer caso del gran d'Estrées, y enviando principicos de la sangre, que casi nunca han probado bien. ¡Válgate no sé quién por mujeres! Mil respetos á nuestra condesita y á mis comparientes los Prados. — Soy de usted. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXXII.

Escrita en Villagarcía á 4 de marzo de 1758.

Amigo y señor: ¿Cómo habia de recibir usted carta mia el correo pasado, si no la escribí? Pero tampoco ha llegado hasta ahora la de usted, ni las *Gacetas* correspondientes á aquella posta. Sirva de aviso.

Prosiga usted enirme informando de todo lo que oyere de *Fray Gerundio*, pues aunque sé con menudencia lo que ha sucedido hasta aquí, conviene que nada ignore, y á uno solo no pueden llegar todas las noticias. Las que usted me diere sean con pelos y señales de los sugetos, que nunca se nombrarán; pero es preciso conocerlos para no hablar á bulto.

No hay que temer dictérios impresos, salvo que se impriman de contrabando, á cuenta y riesgo del autor y del impresor; pero aunque brotaran como verdolagas, Lobon estará inmóvil. Lógrese el fin; que lo demas ello parará. Y en fin, alguna vez habia de ser piadosa aquella máxima: «Máteme á mí, como él reine.»

Por ahora dicen que no hay en la corte mas rey de Prusia que *Fray Gerundio*. Sin embargo, yo no pierdo de vista á aquel, que no se habrá alegrado de que le hayan admitido al príncipe Carlos la dejación de sus empleos militares.

Estos padres se encomiendan á usted, y yo á nuestra condesita; y lo firmo. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXXIII.

Escrita en Villagarcía á 11 de marzo de 1758.

Amigo y señor: El correo de Galicia me restituyó la carta y *Gacetas* atrasadas, que se engulló el trabuco el de Madrid. Este va creciendo tanto para mí, con motivo de *Fray Gerundio*, que me habré de echar una secretaría con tres mesas; pero yo á ninguno contesto (á excepcion de los del conjuro), y solo me califico de secretario de Lobon en el departamento del *Fraile*, y á su nombre doy mis respuestas.

Mucho hemos reído con la especie del que llamó *Gerundia* á su mujer. No es ménos célebre la de un frailecillo que predicó de vereda el domingo pasado en la parroquia de Lobon, y preguntado por este si tenia no-

ticia de *Fray Gerundio de Campazas*, respondió con la mayor intrepidez: «Conocíle mucho, y era un fraile muy estrafalario.»

¿Apostemos dos cuartos á que acierto á la primera con ese anti-Gerundio y anti-Isla que encontró usted el primer día? Es un anti-Feijóo, un anti-Montiano, un anti-Florez, y un anti-todo lo sabio que hay en España, si no pasa primero á hacerle reverencia por la mesa de su oficina. Há muchos años que nos conocemos; y sería yo muy desgraciado si me tratara á mí de otra manera que trata á todos los hombres de bien. Ya tengo noticia de sus furiosos ladridos, y no he visto cosa mas parecida á aquel mastin de quien hace memoria Juan Owen, que acariciaba al adúltero, y ladraba al amo de la casa. No tengo ánimo de responder á alguno en particular; pero me haré cargo de todo en tiempo y en sazón.

Llegó la de usted de 8 con las *Gacetas* y noticias ocurientes. La del furioso predicador, en que contestan todas las cartas, debiera desearse si se pudiera hacer sin ofensa de ambas Majestades. Estos excesos aseguran la obra y acreditan mas y mas su necesidad.

Nada me habia dicho usted del Maestro Sarmiento, y para mí es de suprema estimacion su dictámen. Verdad es que ni del suyo ni del del Maestro Feijóo dudé jamas; porque juzgaria hacerles grande agravio.

Ninguno de esos papeles de tapadillo ha llegado á mis manos. Si llegaren, me divertirán; pero tambien llegarán tiempo en que yo divierta á otros.

Mal lance echaron los navios franceses que dieron sobre los ingleses; pero á bien que ya se tienen recompensados por avance. — Viva usted, y mande á su fiel amigo. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXXIV.

Escrita en Villagarcía á 25 de marzo de 1758.

Amigo y señor: Lo que por ahora me aflige es un flemon que me ha tendido en la cama casi toda esta semana santa; por la cólera de los Gerundios se me da un pito. Las minas suelen reventar contra los mismos minadores: verémos lo que dice el tiempo; pero diga lo que dijere, «la verdadera alegría está en la buena conciencia.» ¿Hay algo que replicar contra este oráculo del Espíritu Santo?

Escribí al señor duque de Alba, y responde grandemente. Ya he visto las décimas, unas redondillas, un romance, y otras mil cosas á este tenor, que me divierten mucho. Viva usted, y mande á su fiel amigo. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXXV.

Escrita en Villagarcía á 29 de abril de 1758.

Amigo y señor: ¿Cómo habia de recibir usted mi carta correspondiente al correo pasado, si se detuvo tres dias naturales en esta estafeta? Esos mismos tardó el balijero que la habia de conducir, detenido por las muchas aguas que, cuando suspendieron la jornada del Rey, no hay mas que ponderar. Hasta hoy no se habia mudado el aire: corre cierzo: si dura, cesó el diluvio.

¿Cuándo queman á *Fray Gerundio* y á su autor? Dígamele usted para despedirme de Lobon y para instruirle en que haga actos de contrición de que no hubiese salido á luz la segunda parte; aunque de esto no tiene él la culpa.

Una gran visita á nuestra amada condesita; y si la ofendiere el epíteto, dígala usted que ponga *venerada* en lugar del otro adjetivo, y quedaremos en paz. — De usted. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXXVI.

Escrita en Villagarcía á 15 de mayo de 1758.

Amigo y señor: Haga usted todo lo posible (equivóqueme, creí que escribia á otro)... Llegaron juntas las dos de usted de 5 y 9; esta con *Gacetas*, aquella sin ellas; con que faltan las de 3 y 8 de abril, que no debo dar en data.

¿Ahora salimos con que no se ha evacuado el expediente del canal? Esperar á tomar la última resolución para diciembre, y con eso se abrirá la obra al tiempo mas oportuno.

Diviértase usted con la adjunta, que acabo de recibir, y admire la santidad del domine Lucas, que me quiere divertir con estas gracias, como si yo estuviera tan de vagar. Sáquele al pobre de cuidado; que es una gran lástima.

Me dice nuestra condesita, como de oídas, que el Nuncio envió el *Fray Gerundio* al Papa, y que este le responde estimándose mucho, celebrando al libro mucho, elogiando al autor mucho, y concluyendo con que el libro solo tiene de malo el no haber salido mucho tiempo ántes. ¿Quién le ha dicho á usted que si se hubiese seguido mi plan, se hubiera publicado la primera parte sin la segunda, ni que se hubieran sacado tan pocos ejemplares? Nada se hizo de lo que yo quise; pero no podia mandar en dinero ajeno.

Si usted viniera á nuestra fiesta del Corpus, oiria predicar á su paisano el señor abad de San Isidro de Leon, y veria un par de paloteados que valen mas que media docena de óperas; pero usted es un badulaque, y yo soy muy amigo de usted. — Jhs. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXXVII.

Escrita en Villagarcía á 27 de mayo de 1758.

Amigo y señor: ¿Válgate Dios por canal, y qué parecido que es al libro de *Fray Gerundio*, por lo ménos en la suspension!

Verémos en qué pára el rey de Prusia con sus sesenta mil hombres de acompañamiento. Discurro que Daun no le saldrá á recibir; pero en llegando, le recibirá bien.

Dios dé á la Reina nuestra señora mas salud de la que tiene y mas vida de la que promete.

Creeré que los correos á los ministros extranjeris sean motivados de nuestros armamentos marítimos, que dan celos á muchos.

Véngase usted á ver la danza esta tarde, y á oír mañana al Señor Goiri. A Dios, que guarde á usted cuanto desee. — De usted. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXXVIII.

Escrita en Villagarcía á 5 de junio de 1758.

Amigo y señor: Mucho paloteo hay de embajadores, que ni es buena señal ni suele conducir mucho para los aciertos. Abren no era mas que enviado, y es regular que vaya á ser lo mismo en los Cantones.

Usted se perdió en nuestra fiesta del Corpus un buen sermón y una buena danza; pero yo no me perdí un buen dolor de cabeza que me acompañó toda la octava, y to-

avía duran bastantes reliquias. Librele Dios á usted de él, dándole una larga vida con mucha paciencia. — De usted fiel amigo. — Jhs. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXXIX.

Escrita en Villagarcía á 10 de junio de 1758.

Amigo y señor : Si usted no está para danzas, yo estoy para bailar, y al son que me hacen los frailes bailo que es un contento : ellos rabian y yo me divierto ; porque hallo por mi cuenta que es el mejor partido que puedo y debo tomar.

Supe el correo pasado la quinta obra que habia dado á luz nuestra condesita. Aun no he recibido aviso formal, pero mi amor no necesita de formalidades. Allá va hoy una carta mia que se puede poner por apéndice á cualquier honrado *Fray Gerundio*.

Los equipajes del canal y del general Batiani caminan á un mismo paso. Soy de parecer que no se piense en la obra hasta diciembre, porque á lo ménos entonces son mas seguras las agüas.

Si los Señores Rada y Montiano estuvieran en Cotanes, tendria envidia á usted ; pero estando en Aranjuez, lleve el diablo si se la tengo. — Firmólo su amigo de usted. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXXX.

Escrita en Villagarcía á 17 de junio de 1758.

Amigo y señor : ¿ Qué mas quiere usted, si se mantiene en ese sitio contra todos sus cinco sentidos ? Canal por canal, atégome al Tajo ; y si lo demas fuere revés, que le agradezcan á usted su buena voluntad.

A mí me mandan que escriba de propio puño lo ménos que pueda. Es precepto de mi cabeza y de mis ojos, á quienes es preciso obedecer ; porque al fin la cabeza ha de gobernar á las manos, y no las manos á la cabeza.

Fuérales mejor á los señores Rada y Montiano gastar ménos parleta con usted y mas actividad con otros. Sirvase usted decir al primero, que espere de hoy á mañana una corozo en lugar de mitra ; y al segundo, un capotillo de llamas en vez de un capote de aguas. Estárles bien empleado por fautores de herejes y aun de heresiarcas.

El prusiano y su paisano de usted Fray Amador de la Verdad acaban de firmar una liga ofensiva y defensiva. ¡ Ira de Dios ! ¡ Pobres águilas imperiales ! ¡ Pobres Canes aprobantes, y pobres Lobos de Torozos ! Viva usted y mande. — De usted. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXXXI.

Escrita en Villagarcía á 24 de junio de 1758.

Amigo y señor : Yepes no puede ménos de ser un gran lugar ; su boticaria precisamente ha de ser una gran mujer ; el almirez, de necesidad, ha de hacer mucha tinta ; pero yo no estoy para drogas, porque tengo hambre y va á tocar la campana del refectorio.

Y como que hago muy bien en dejar hablar á los Gerundios, tanto vocales, como bozales ; tanto impresos como manuscritos ; que á su tiempo nos veremos las caras honradas. Nunca la ha tenido mas risueña el Padre Rector que ahora ; y la gran razon es porque en Roma no le han tomado en boca para nada. Mire usted si recibiria con gusto sus recuerdos, y si los corresponderá con agrado. — Fino de usted. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXXXII.

Escrita en Villagarcía á 1.º de julio de 1758.

Amigo y señor : Añada usted á lo dicho la furiosa y larga tempestad que hemos padecido esta noche, pues duró desde la una hasta las siete de la mañana, y discorra si estará á mi cabeza para garambainas.

Bien creo que no se descuidarán los amigos Rada y Montiano ; item que la maligna estrella de Portugal extenderá sus influjos hasta el Tajo y Manzanares ; item que no les pesará de este pretexto á los que han menester pocos para estarse le diga ? *Pacencia, Cálros, pacencia*.

No he menester poca para sufrir el silencio de nuestra condesita. O está mala, ó está enojada, ó ¿ qué sé yo cómo está ?

Los franceses hacen bien en retirarse ; que lo mismo han hecho siempre desde que los conocemos. Aquí no hay mas duende que el genio de la nacion : yo por lo ménos no quiero creer otro. El prusiano auxiliar de Fray Amador es el Padre Marquina. Viva usted, y mande á su fiel amigo. — Jhs. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXXXIII.

Escrita en Villagarcía á 8 de julio de 1758.

Amigo y señor : Buen viaje dé Dios á la carta de usted y á las *Gacetas* de este correo, y sean dichosas en cualquiera parte donde se hallen, signiéndolas la fortuna do quiera que anduvieren. Pero esa mala hembra de la condesa de Santa Eufemia ¿ porqué no escribe ? Por qué no responde ? Por qué no habla ? Por qué no... ? Déjelo usted ; que estoy hecho un vinagre ; y respóndame á estos cuatro porqués, gastando por lo ménos cuatro resmas de papel, que por ahora bastarán, sin perjuicio de que en otra ocasion sea usted mas largo : tambien yo lo seré cuando tenga que hablar : por hoy acabóse la conversacion. — De usted. — Jhs. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA LXXXIV.

Escrita en Villagarcía á 15 de julio de 1758.

Sí, señor : Las *Gacetas* de 13 y 16 de junio acá están ; pero las antecedentes, ellas sabrán dónde paran : miéntras tanto búrlese usted de mis cartas con los amigos Rada y Montiano ; que yo me burlaré de la poltronería de todos tres. Es valiente friolera que estén viendo cómo me muerden los mastines, y sus señorías se estén mano sobre mano. Váyanse al Pages ó hácia la fuente de Baco ; que yo no trueco mi era ni mi trillo por sus jardines y por sus cochies.

La Condesita ya respiró. Es una chula, y tengo de dar en querrela mal. Algun trabajillo me costará ; pero no sabe usted bien lo mucho que puede una buena resolucion.

¿ Creerá usted que no me ha pesado del coscorrón de los franceses ? Bien merecido se lo tienen ; que es una infamia todo lo que han hecho despues que se retiró el gran d'Estrées. Considero abochornada, y con razon, á la incomparable María Teresa, y que á poco que Daun bata al prusiano, hará sus paces con él, echando á pasear á los gabachos. Déjeme usted ; que esto y lo de Por-

tugal me tienen sofocado. — De usted fiel amigo. — Jhs.
— *Isla.* — Señor Don N.

CARTA LXXXV.

Escrita en Villagarcía á 22 de julio de 1758.

Amigo y señor : ¿ Ahora se me anda usted con calenturillas ? A un gigante como usted solo le habian de acometer tabardillazos de á folio ; lo demas es hacer burla de la persona , aunque sea conformarse con el tamaño : discurre que para la sangría , en lugar de lanceta le aplicarian una pulga , y que la cisura le cogeria de piés á cabeza .

Tanto me enfadará esa condesita , que la tenga por tan ruin como usted . Su excelentísima picardía debe de pensar que no la conozco ; pero en materia de *conocencia* no rindo parias á su excelencia .

¿ Quiere usted que yo sea responsable de las *Gacetas* que no he recibido ? No ha hecho tanto el prusiano con la Sajonia , y dicen que no ha hecho cosas muy buenas . Para que el nuevo Papa las haga , Dios le haga suyo ; que así tambien lo será nuestro .

Rada ya estará en Madrid tan poltron como en Aranjuez : por sus murmuraciones , por las de usted , y por las del Señor Montiano se me da tanto como por lo que piso (ahora piso al gato) . Viva usted y mande . — De usted . — Jhs . — *Isla.* — Señor Don N .

CARTA LXXXVI.

Escrita en Villagarcía á 29 de julio de 1758.

Amigo y señor : Ayer por la mañana nos aseguraron que habia muerto la Reina el dia 23 , y las cartas de 26 nos dijeron por la noche que quedaba agonizando . Si como Dios la resucitó estos tres dias , resucitara á su majestad por otros treinta años , ¡ oh qué alegron seria el nuestro ! Y ¡ oh qué alegron seria el mio ! Pero paciencia . — Tambien nos han escrito no sé qué batalla de Daun , en que derrotó enteramente al rey de Prusia ; y aunque yo tengo un nominativo soberanamente respetable , como ni usted ni las cartas de Madrid hablan palabra , suspendo el juicio , mas no el ir á comer donde me llaman . — De usted . — *Isla.* — Señor Don N .

CARTA LXXXVII.

Escrita en Villagarcía á 12 de agosto de 1758.

Amigo y señor : Vaya usted enviando de esas papeletas , y serémos grandisimos amigos . Tambien lo serémos , si confiesa usted buenamente que Daun es mas soldado y mas general que el sngeto de nuestra historia . Los franceses parece que se van desenvolviendo ; pero mientras Estrées no esté á su frente , de contado fio poco de Contades (mire usted que dichico) .

El que ha hecho vivir á la Reina estas tres semanas , la podrá hacer vivir otras tres mil . Y en fin , vea usted cómo los médicos de la corte no saben mas que el médico de Villagarcía . ¿ Acabó usted ya de conocer que es un mal hombre ? La honra que me quitó con las *Gacetas* de 4 y 7 de abril , ¿ cuándo me la restituirá ? ¡ Ah señor ! que esto de salvarse un cristiano es obra .

Así el Padre Rector como todo el sacro colegio se ponen á la obediencia de usted , y desearán verle , no por fineza , sino por prueba de que tienen buena vista . ¿ Qué hace esa santa vestida de madre ? — De usted . — *Isla.* — Señor Don N .

CARTA LXXXVIII.

Escrita en Villagarcía á 19 de agosto de 1758.

Sí , señor : el rey de Prusia es el mayor hombre del mundo , y usted el mayor embrión de hombre que ha nacido de mujeres . Vé aquí las cosas puestas en su lugar .

Los franceses se van desenvolviendo , y si Estrées logra carta blanca , se desenvolverán mucho mas . ¿ Pero cree usted que mi tocayo Belleysle se la dé ? Pues yo no .

Vale un millon la carta que ese cochero escribió á su mujer . « Aquí todos se mueren menos la Reina . » Si Longino hubiera alcanzado á este , sin duda le hubiera puesto por modelo de lo sublime . Muchas señas son de que Dios la quiere trasladar de un reino á otro ; y si su Majestad lograre esto , entónces sí que será su Majestad .

Deje usted á la nuera que cuide de la suegra , y otra vez no se meta con nueras de once pulgadas ; que para ser de once varas todavia le falta tanto como á usted .

Aquí tenemos al marques de Valmediano , que ha venido á ver á su cuñado ; y por lo mismo que es tan bello caballero , me ocupa rias su cortejo . Mande usted ó no mande á su fiel amigo . — *Isla.* — Señor Don N .

CARTA LXXXIX.

Escrita en Villagarcía á 26 de agosto de 1758.

Amigo y señor : Estoy malico ; pero yo seré *giüeno* . Mucho le importa á usted el que no pueda contestar á sus disparates ; pero lo que se dilata , no se quita . Váyase usted por edecan del rey de Prusia , y déjenos en paz .

Usted será el muñeco y toda su alma ; que todo su cuerpo , aun para muñeco es indecente . Daré traslado á su excelencia de las lisonjas de usted , á quien guarde y de quien me guarde Dios . — De usted . — Jhs . — *Isla.* — Señor Don N .

CARTA XC.

Escrita en Villagarcía á 9 de setiembre de 1758.

Amigo y señor : Tan cerquita tenia el ser *giüeno* , que cáteme usted ya hecho un santo de resulta de los ejercicios que acabé ayer . Pida usted milagros , como no sea el que usted y cierta persona mas habian de menester , que es un poquito de bulto ; porque ni Dios con todo su poder puede dar cuerpo á la nada . Tambien tiene usted arbitrio para escoger reliquias , aunque le aconsejo que las elija de las piernas , y engastándolas en las suyas , será á un mismo tiempo devocion y conveniencia .

Vé aquí usted por qué se quedó sin carta mia el correo pasado . Bien sé que usted *ex genere suo* no estaba excluido de la conversacion de los ejercicios , la cual se debe tener con los espíritus , pero con los malos no conviene ; y si fuera lo mismo carecer de cuerpo que ser espíritu bueno , con ninguno hubiera hablado mas que con usted .

¡ Valiente majaderada es atribuir al confesor las disposiciones de la Reina ! La misma parte tendria él en ellas que yo ; porque le obligan las mismas leyes que á mí á no mezclarse en estas dependencias . Aconsejaria á su penitenta que hiciese testamento ; pero se guardaria bien de meterse , ni aun de saber el testamento que hacia . Las mismas disposiciones acreditan que solo se aconsejó con su inclinacion y con su modo de concebir ; pero ya está del diablo que los jesuitas han de tener la culpa de todo . Ahora trate usted de casar bien al Rey ,

para locual no es menester mas que disponer tenga su Majestad el mismo acierto que el conde de Santa Eufemia. Mande usted á su altísimo y grandísimo amigo.—Jhs.—Isla.—Señor Don N.

CARTA XCI.

Escrita en Villagarcía á 25 de setiembre de 1758.

Amigo y señor : O usted llegó á Palencia ántes que mi carta, ó mi carta no ha alcanzado á usted. Ignoro cómo viene usted ni á qué viene, sino que sea á proseguir las obras del canal con el invierno, porque en el verano hace demasiado calor. Hacen bien el Rey ó sus ministros, pues en el verano hasta las hormigas, moscas y moscardones tienen qué comer : en el invierno es el trabajo, y lo que no fuere economía será caridad.

Mis enemigos me interceptan la correspondencia que quisiera tener con mis amigos. Es costumbre de toda buena guerra, y no la debo extrañar.—Soy de usted.—Isla.—Señor Don N.

CARTA XCII.

Escrita en Villagarcía á 7 de abril de 1759.

Señor conde de Peñaflores (1).—Amigo y señor : Si no quito el sombrero á letra vista, despues me suelo pasar con la gorra calada; porque se me olvida ser cortés. Si lo hago á cortesía caliente, es menester hacerlo de priesa, porque este correo tal vez no da lugar ni aun para leer, medianamente cargado que venga. El de hoy llegó con tantos pliegos como espera Carvalho del Brasil; pero ninguno de mas gusto para mí que el de usía. Esto es bien cierto, y me alegrara que se me ofreciera un buen dicho para apoyarlo; pero ni él viene con la presteza que yo habia menester, ni el pícaro del postillon da tiempo para buscarlo. En suma, yo amo, estoy y ando amando á usía. ¿Pudiera decir mas el mismo *Despréauz*? Téngole en mi armario (porque no merece el nombre de librería), pero no le tengo en la memoria. ¡Oh si yo le tuviera! Veria usía cómo me cantaba á mí mismo aquella bella sátira que comienza :

*C'est à vous, mon esprit, à qui je veux parler ;
Vous avez des défauts que je ne puis celer.*

Pero pues no se me acuerda, ¿ para qué sería aporrear-me? Amémonos *sans façon*, y seamos amigos sin frances ni latin; porque yo me atrevo á serlo en castellano, tan fino como el que mas.

Conozco á nuestra galleguita. Estará consumida y mas avergonzada de no haber acertado á parir, que lo están otras cuando son madres sin dejar de ser doncellas, pero sin ser vírgenes santísimas.

Es la primera cosa que ha llegado á mi noticia no habia hecho á perfeccion : hoy la consuelo á la *hâte*, en virtud del aviso de usía, que ella no me le daría sino que fuese en confesion. Usía por su parte haga lo mismo, y dígala que, pues no ha sabido ser tonta hasta aquí, no quiera aprender este oficio en adelante.

El papel es gordo y malo : no lo hice yo, aunque peores y mas gordos los he hecho. Viva usía y mande. Besa la mano de usía su amigo y servidor.—Jhs.—*José Francisco de Isla*.—Señor conde de Peñaflores (olvidóseme que ya quedaba dicho).

(1) Esta carta es contestacion á la de 31 de marzo que escribió el Conde al Padre Isla, y que hemos insertado á continuacion de los *Aldeanos criticos*. (Véase la pág. 395 de este tomo, carta viii.)

CARTA XCIII.

Escrita en Villagarcía á 26 de mayo de 1759.

Amigo y señor : ¡ Qué sé yo la máquina de esquelas y *Gacetas* que he recibido en este tiempo! Solo sé que han llegado todas : tres remesas las recibí en Leon; las demas las encontré aquí. Eché un bello viaje. Recibíome el Leon con las garras encrespadas, esto es, con una fuerte cólica que me duró los dos primeros días : detúveme quince, y me despidió con unas terribles tercianas, que se declararon al primer día de jornada. No pude pasar de Benavente, en donde estuve diez dias en la cama : purgáronme, sangráronme, y quisieron repetir el mismo círculo vicioso; pero yo, aburrido, logré un día de hueco, y me retiré á mi cama mocha. Aquí me han llenado de quina, con lo que se cortó al enemigo; pero no sé si será para que vuelva con mas fuerzas al ataque. El hecho es que me hallo sumamente postrado, y esto es cuanto puedo decir de mi actual constitucion.

Usted es un mal hombre y un deshonrabuenos, pues ha quitado el crédito malamente y abusivamente á mi señora la marquesa de Villel, siendo lástima el afecto que desperdicia en usted. Léala el capítulo de aquella en que hablaba de su pereza, y para desmentir los malos informes de usted, me hallé con una carta suya muy larga cuando llegué á Villagarcía, sin esperar á la formalidad de que le avisase de mi arribo. Vea usted cómo ha de restituir este crédito que ha quitado. Verdad es (porque todo se ha de decir) que me inclino á que esta fineza es efecto de los primeros fervorcillos.

Por lo que toca á mi falta de espíritu en las cosas de Portugal, escribiría un tomo de á folio. Acuérdesse usted de aquella clausulita sobre los ministerios de la Compañía, y confúndase, cativa criatura.

Deseñoje usted á mi señora la condesa de Santa Eufemia; porque está su excelencia muy irritada contra la pereza del Intendente *in partibus*; porque eso del canal debe ser obispado en el Asia. Dígame usted qué hay en esto; y adios, hasta que sea mas hombre.—De usted.—Isla.—Señor Don N.

CARTA XCIV.

Escrita en Villagarcía á 9 de junio de 1759.

Amigo y señor : Júntese á los autos, y traslado á la parte de mi señora la marquesa de Villel la acusacion de remolona, y la de que recompensará con ventajas su anticipada correspondencia. Sentiré que usted tenga razon; pero no se la negaré cuando la reconozca. A la de Santa Eufemia digo hoy que usted la verá como á hermana mayor de la congregacion de las perezosas.

Bueno es que se meta á prudente el señor Don Federico, aunque creo que es por fuerza, porque la jornada de Bergen le desbarató sus ideas. El correo pasado me quisieron persuadir que iba á engañar á Dann : lo creeré en viéndolo, pues no se puede negar que este tiene mas chola. Ha venido en mala ocasion la enfermedad de Dos Puentes, y no me ha sonado bien la retirada de Cerveillon, si se verifica. No obstante, la Bohemia y la Franconia no están lejos, y los franceses tampoco se estarán ociosos si ven que el príncipe Ferdinando se quiere armar al príncipe Enrique, y es natural que los hanoverianos tambien tengan espaldas que guardar.

Celebro las buenas noticias del canal; pero eso de que

el proyecto necesite todavía de aprobacion, me ha hecho cosquillas; porque estaba persuadido á que usted volveria de la corte con todas las bendiciones necesarias; y si no, ¿qué hizo usted allá? ¿Fué tan misterioso su viaje como el de nuestro obispo? Díos guarde á usted cuanto desea su fiel amigo.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA XCV.

Escrita en Villagarcía á 25 de junio de 1759.

Amigo y señor : Usted con la cruz de Calatrava, y yo con la de mis tercianas, que me han vuelto con el mayor furor, con la mayor malicia y con la mayor tenacidad, ambos salimos á cruz; no obstante, si yo supiera aprovecharme de la mia, no la trocara por veinte de las de usted, á quien doy la enhorabuena de este remiendo, que tendrá mas gracia cuando le hagan á usted comendador, y no de la Merced.

Ya llevo ocho tercianas de repetición; pero las tres últimas tan benignas, que tengo esperanzas de que enteramente va cediendo el campo el enemigo. Aun así y todo, tardaré mucho en recobrarle; porque ha sido terrible la campaña, y apenas tengo fuerzas para mantenerme en pie. Supongo avisará usted cuando haga su viaje á Madrid; y sea con la salud que le desea su fiel amigo.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA XCVI.

Escrita en Villagarcía á 21 de julio de 1759.

Amigo y señor : El día despues que ustedes salieron de aquí recibí el Santo Viático. En el mismo empecé á mejorar, limpiándome de calentura, y así voy prosiguiendo. No he recibido carta de usted, ni mas *Gacetas* que cuatro juntas muy atrasadas. Si han de pasar primero por la aduana del Padre Atela, llegarán el año de 60 las de 59.

Su cocinero de usted hizo una visita á la intendenta de Leon, quien me dice le escribirá por él. Si lo hiciere, el género será exquisito y el guiso muy delicado.

Mis memorias al amigo Tesorero, á quien avisaré cuando sea tiempo de que vengan los chicos. Viva usted y mande. — De usted fiel amigo. — *Isla*. — Señor Don N.

CARTA XCVII.

Escrita en Villagarcía á 8 de agosto de 1759.

Amigo y señor : Y ahora que se nos va el Padre Petisco á maestro de herejías en el colegio de San Albano, ¿de quién se valdrá usted para ejercitar la obra de caridad de no escribirme? Y ahora que yo estoy cada dia mas flojo, no adelantando un paso de gallina en mi convalecencia, ¿de quién me valdré para escribir á usted? Traslado al amigo Tesorero que puede enviar sus garzones cuando quisiere; porque ya el Padre Prefecto los tiene prevenidos un decente nido en casa del músico Don Fernando. Lo demas pregúnteselo usted á Lobon, que le contará lo de mas y lo de ménos, lo pasado, lo presente, lo futuro, lo posible y lo que no puede ser; porque á todo alcanza su vivacidad y su elocuencia. Viva usted y mande. — De usted fiel amigo.—*Jhs*.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA XCVIII.

Escrita en Villagarcía á 11 de agosto de 1759.

Amigo y señor : Acaba de llegar Lobon con las *Gacetas*, y apenas le he podido saludar, con la priesa del correo.

Puede el amigo Mozo enviar luego al grande con los chicos, pues desde que llegue tendrá bien que trabajar, y nunca me hará mas al caso que cuando mas necesitado estoy de cirineo. De tres días á esta parte he adelantado mucho, por haberse ablandado algo la dureza del vientre, cuyos malos efectos atrasaban mi convalecencia.

Dicen que el rey de Nápoles ha tomado ya posesion del gobierno de estos reinos. Mis cartas no hablan palabra; pero es argumento negativo, aunque algo fuerte para mí. Viva usted, y mande á su fiel amigo.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA XCIX.

Escrita en Villagarcía á 15 de agosto de 1759.

Amigo y señor : Voyme á pasear mientras Mannelico dispone su cama; el oficial que le trajo, su regreso; y ustedes la venida de Pepe, detestando el disparate de no haberle enviado ahora.

De las novedades de Madrid solo hemos oido un ruido confuso que pide mas declaracion.

Diceme la intendenta de Leon que diga algo á usted en su nombre, sobre que se aleja. El asunto es tan estéril como su autora. Fínjase usted grandes cosas, pensamientos exquisitos, conceptos muy agudos, y téngase los por dichos.—De usted.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA C.

Escrita en Villagarcía á 18 de agosto de 1759.

Amigo y señor : Ambos vivimos de milagro : usted para hacer muchas cosas grandes, y yo para llorar las muchas ruines que he hecho. Entre estas no cuento al *Fray Gerundio*; ántes era la única buena obra en que confiaba (despues de la misericordia de Dios) en el peligro en que me vi el día 11 del pasado. Pensóse que no saliese de él, y me dieron el Viático á toda priesa, despues de tres meses de un cruel padecer. Pero en el mismo me curó el Médico celestial; porque ya está averiguado que los médicos de acá abajo á ninguno curan, mas que sean médicos de cámara y tengan cien *protos* por delante.

Doy á usted mil enhorabuenas por haber salido del horno de Babilonia, del lago de Daniel y de todos los peligros juntos, con el mérito de mártir de la fidelidad y de la caridad; pero muchas mas le doy por haber logrado felizmente el fruto de sus trabajos.

Ahora ha de hacer usted eficazmente una cosa por Dios y por mí. Me escriben que el Rey dejó grandes cantidades destinadas para limosnas. Está en paraje de pedirle mi señora la excelentísima señora Doña Maria de la Peña de Francia, dama de la reina de Portugal, bien conocida en Valladolid, y aun en toda España, por el nombre de la Portuguesa. Hállase sofocada de deudas, en medio de ceñirse á las precisas leyes de la decencia. Indispúsose con el embajador de Portugal porque informó la verdad en una calumnia, despreciando generosamente las ofertas que la hicieron como se pusiese de parte de la mentira. Há muchos años que la trato y que

admiro sus talentos. Es venerada en Valladolid, así por ellos como por su juicio y por su ejemplar piedad. Ruego á usted con las mayores véras que no perdone á diligencia alguna para que se le haga un lugar decente en la del difunto monarca, proporcionándola un buen socorro, que sea correspondiente á sus grandes circunstancias. Sea el primer motivo de estos piadosos oficios el de la caridad, y entre despues el de nuestra amistad por apéndice, sirviéndome de mérito el haber dejado descansar á usted por mas de un año. Estoy resuelto á desquitarme, si usted no lo há por enojo.

No le quiero preguntar lo que no me ha de decir, conviene á saber, si nuestro glorioso desterrado, etc. Soy fiel amigo de usted.—Jhs.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA CI.

Escrita en Villagarcía á 31 de agosto de 1739.

Amigo y señor : Con diferencia de pocas horas recibo dos de usted, una de 17 y otra de 30 del que acaba hoy. La primera estubo descansando en Ríoseco hasta esta mañana, y consiguientemente las *Gacetas* que venían con ella de 24 y 27 de julio. La segunda me la acaba de entregar Pepe Mozo, que no hace mas que apearse, presentarse, y marchar á disponer su alojamiento en el cuarto de Manuel, que está contento como siete jilgueros.

Pepe ha llegado puntualmente en el primer día de nuestros santos ejercicios; pero estos no le estorbarán los suyos, ni los suyos embarazarán los míos; porque, en pasándose los dos dias de descanso, dará principio á sus tareas en la sala de mi aposento, reservando el estudio para mis arrobos. Me ha parecido tan hijo de su padre, como Manuel de su madre. Si lo fuere en la hombría de bien del primero, en lo demas espero que ha de desmentir los melancólicos pronósticos de su tiote, y aun los de usted : por lo ménos correrá de mi cuenta el que no esté ocioso. Un muchacho destrozador de ropa es un tesoro escondido. Por aquí conocerá usted cuánto vale Manuel, de presente, y cuanto promete en lo futuro.

Al demas contenido de las dos cartas no contesto, porque en tiempo de ejercicios nuestra conversacion es en los cielos, y á ninguna carta respondo, sino que sean tan ejecutivas como esta.

Prevengo á usted que las *Gacetas* intermedias entre la de 27 de julio y 7 de agosto aun no han llegado : quizá vendrán esta noche por Valladolid.—Soy fiel amigo de usted.—Jhs.—*José Francisco*.—Señor Don N.

CARTA CII.

Escrita en Villagarcía á 2 de setiembre de 1739.

Muy señor mio y mi dueño : No es dedicatoria esta carta, sino confianza; ni en ella busco á usía para que proteja esta pieza, sino para que la lea. Si dijeren que no acerté á llorar la muerte de nuestro amabilísimo monarca, dirán una verdad que ninguno conoce mejor que yo, pues sé muy bien que distó infinito lo que sentí de lo que dije. Pero quisiera saber quién prescribió reglas al llanto ni quién sujetó el dolor á las leyes de la elocuencia. Poco afligido está el que se queja con alivio. Si repararen en que trasladé mal á la lengua el verdadero carácter del piadosísimo Fernando, tambien me tendrá de su parte este dictámen. ¿Pero un corazon turbado ha sabido jamas hacer definiciones? Cuando la alliccion penetra al alma, esta sola penetracion la ocupa toda; ni

es posible que saque buenas copias, al mismo tiempo que está humedeciendo el lienzo con las lágrimas que la exprime el original. En suma, yo dispuse esa parentacion cuando estaba traspasado; pronuncieíla cuando me mantenía afligido, y se la remito á usía en testimonio de nuestra amistad, cuando todos respiramos conociendo que la pérdida que hicimos no pudo aspirar á reparo mas dichoso que el que logró para hacer feliz á toda la Monarquía. Guarde Dios á usía cuanto deseo.

CARTA CIII.

Escrita en Villagarcía á 15 de setiembre de 1739.

Amigo y señor : Acá están las *Gacetas* de 14 y 17; pero aguardo con ansia las que contengan la relacion de la jornada de los dias 11 y 12.

Muy sospechoso se me hace el silencio de la corte de Lisboa, y mucho mas la indisposicion del Nuncio en estas circunstancias, achacando á ella el no haber puesto en ejecucion las últimas órdenes que recibió de Roma. Esta corte no estaba ya contenta con él, y ahora lo estará ménos; pero dejemos á Dios gobernar su mundo.

Cogiéme muy de susto el papel ó el título que á usted le avisas de Madrid. Pueden perjudicarme mucho en las presentes circunstancias los desahogos de mis apasionados, caso que lo sea el autor de este escrito; porque puede ser la obra muy diferente de lo que promete el título. Si llegare á manos de usted, estimaré que me la remita luego, pues siempre es conveniente saber todo lo que se escribe en pro y en contra.

Pepe no puede tener mejor genio; pero está muy atrasado tanto en leer como en escribir. En uno y otro se ejercita dentro de mi aposento desde las siete á las once por la mañana, y desde las dos á las seis por la tarde, despues de ayudarme á misa todos los dias á las cinco y media. Hácelo con gusto y con paciencia, oyendo con docilidad cuanto se le advierte; con que no desconfio de que se despeje con el tiempo. Manuel es allaja : en dejándole enredar y destrozor, está todo ajustado. Vásele á la mano en uno y otro, habiéndolo tomado el Padre Prefecto muy de su cuenta. Será sin duda hombre de importancia. Mis memorias á todos esos señores, y agur.—Soy de usted.—Jhs.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA CIV.

Escrita en Villagarcía á 30 de noviembre de 1739.

Mi dueño y amigo : Cuando el Señor Abad me escribió que el ahijado de usted y suyo pensaba en hacer oposicion á la plaza vacante en esta capilla, le respondí que la plaza se daría ciertamente á un portugues, pero que no tardaria en vacar; y con efecto, el mismo dia en que se le dió al portugues, luice yo mi pretension para el amigo Suarez. Cumpliósse mi vaticinio, y logréronse mis pasos; porque ya Isidoro es tan músico de la iglesia de San Luís, como lo era ántes de la de San Márcos. Su voz es mas decente que la renta; pero con aplicará esta capilla la mitad de la que gozaba y goza Farinelli, estaba todo remediado. Eso lo podrá usted conseguir fácilmente, escribiendo al marques Gregori que haga la aplicación, para lo cual no es menester bula del Papa; y como el Rey lo aprobara, saliamos de este pantano, logrando aquí unos músicos, en cuya comparacion esa capilla de ruiseñores, que le cantan á usted villaneicos por la primavera, sería un coro de chirriones ó una orques-

tra de jesuitas, que todavía es comparacion mas desentonada.

En fin, si fuere tan feliz en todo lo que usted me mandare, como lo he sido en esto poquito que me ha mandado, tendrá usted bien poca razon para quejarse de mí; y en cualquier acontecimiento, siempre que dudare usted de las véras con que le venero y le amo, daré providencia para que le quiten la presidencia de San Márcos, y le hagan presidente de las Charcas. Viva usted y mande. Besa la mano de usted su amigo servidor y capellan. — Jhs. — *José Francisco de Isla.* — Señor Don J. A. R. B.

CARTA CV.

Escrita en Santiago á 10 de enero de 1761.

Mi reverendísimo padre y señor: La muy estimada de vuestra reverencia escrita á 15 del pasado me buscó en mi retiro de Villagarcía, y me encontró en este tumulto de Santiago, adonde me trajeron desde el mes de setiembre, con indecible violencia mía, los trabajos de mis ancianos padres y numerosa parentela, los cuales, gracias á Dios, cada día son mayores. Aumentólos el Señor en estas pascuas con pesadumbres de muchos géneros; con que, si no las he tenido muy felices, habrá sido precisamente por no saber ó por no querer aprovecharme de este regalo. Si vuestra reverencia las ha logrado á medida de mi deseo, nada tendrá que apetecer el suyo.

El literato de Sevilla que dió á vuestra reverencia la noticia de que yo habia tomado el empeño de impugnar al Barbadiño, en parte le dijo la verdad, y en parte no estaba bien informado de ella. No he tomado este empeño de propósito y á destajo; pero le emprendí en todos los puntos en que le defiende Maimó. Apenas leí la miserable *Defensa* de este, cuando la combatí con vigor en un tomo casi de tanto volumen como el *Fray Gerundio*, el cual pasó á Madrid para darse á la prensa, dos meses despues que se publicó aquel cartapacio que quiso parecer librejo; y dicen los que le leyeron, que él solo sobra para hacer tan ridículo á Maimó como á su héroe. Pero habiendo comenzado por entónces á encreparse la borrasca que al cabo sumergió al desgraciado Frailecillo, y levantádose hasta el cielo la tormenta de Portugal, que por poco no nos anegó á todos, no pareció tiempo oportuno para que se publicase una obra de aquel carácter; mucho ménos despues que salió el edicto del Santo Tribunal, pues aunque el escrito tenia poco ó ningún parentesco con la malograda *Historia*, bastaria el ser referente á ella para que sus émulos volvieran á levantar el grito y nos hallásemos de paticas en otro barranco. Esta es, en suma, la historia de aquel manuscrito, que se quedará así hasta que Dios quiera; con lo que, por lo que á mí toca, bien puede vuestra reverencia continuar en su importante trabajo, pues aunque alguna vez pensé dedicarme muy de intento, no como quiera á impugnar, sino á hacer demostracion de la ignorancia, de la irreligion y de la intolerable presuncion del enmascarado fraile, ya no puedo ni aun abrigar esta idea, no solo por los graves negocios de familia en que estoy metido, sin arbitrio para abandonarlos, sino porque la obediencia me tiene encargadas otras tareas que se consideran muy útiles al comun de la religion, á las cuales es preciso entregarme luego que me lo permitan

las presentes ocupaciones, y acabe de repararse mi salud, que de dos años á esta parte ha padecido grandes quebrantos.

Pero debo prevenir á vuestra reverencia, para su gobierno, que otro jesuita aragones muy hábil y ya muy acreditado en el público por algunos escritos que ha dado á luz, está trabajando en el mismo asunto, y me ha pedido algunas noticias, que con gusto le he comunicado. Verdad es que esto no debe resfriar á vuestra reverencia; ántes en mi dictámen debe acalararle mas, no solo porque los rumbos serán diferentes, sino porque acredita la justicia de la causa el número de los que conspiran á defenderla; y en fin, las tropas auxiliares unas á otras se fomentan.

El que se quiso cubrir con el venerable disfraz de Barbadiño (así llamam en Portugal á los capuchinos) es Luis Antonio Vernei, arcedian de Evora; há muchos años que reside en la corte de Roma, donde logró la estimacion del difunto papa Benedicto XIV, á quien engañó como tantos otros eruditos de repente, osados y superficiales, en quienes se equivocó el concepto de aquel laborioso pontífice, sin duda porque, como leia tanto, no tenia tiempo para examinarlo todo. El era el brazo derecho de Carvalho y de su embajador en aquella corte el comendador de Almadá, teniendo por cierto para mí que él fué el autor del famoso libelo *República del Paraguay*; porque el estilo y el artificio no le pierde pinta al que gasta en las demas obras suyas.

Las que yo he visto y tengo de este autor, son un tomito de *Ortografia latina*, que pienso fué por donde se estrenó de escritor, porque hace vanidad de gran latino, y en realidad domina bastantemente esta lengua, aunque la echa á perder con la afectacion. Tres tomos en latin de *Lógica*, *física* y *metafísica*, sobre el pié del curso de Puerto Real, atestados de ignorancias, de inconsecuencias y de puerilidades. Los dos tomos de *Cartas sobre el método de estudiar*, la *Apologia en defensa de su método contra Fray Arsenio de la Piedad*, y otros dos ó tres papeles en respuesta á los muchos que se escribieron contra él en Portugal. No tengo presente cuándo comenzó á imprimir, ni lo puedo averiguar, por hallarme tan distante de mis libros; pero me inclino mucho á que el *Librito de ortografia* se imprimió el año de 44 ó 45. Cóntame que ha escrito una *Retórica latina*, de que comenzaron á usar en sus estudios los padres del oratorio de Lisboa; pero despues la dejaron solo por haber entendido que el Barbadiño era muy ciceroniano, tanto que afectaba andar por las calles de Roma en su coche con un libro de Cicéron en las manos: *risum teneatis, amici!* Estas son las noticias que sucintamente puedo dar á vuestra reverencia acerca de este atrevido escritor.

Las que vuestra reverencia se sirve comunicarme sobre sus literarias tareas, me sirven de indecible gusto, y si todos los jesuitas de prendas emplearan tan bien el tiempo que les sobra, no lloraríamos tantos trabajos ni tendríamos que envidiar á tantos escritores extraños como han ilustrado nuestro siglo. Es verdad que á muchos acobarda el miramiento tardo, pausado y sumamente escrupuloso con que camina en esto nuestra religion, cuyas leyes son tan severas en este particular, y su práctica tan exacta, que verdaderamente enfrian y desalientan á cualquiera; pero al fin no se puede dudar que

son prudentes y justas : con que es preciso conformarse con ellas.

Con el mayor gusto del mundo leería todo cuanto tiene escrito el licenciado Don Pedro Trebual, pues aunque la primera noticia de sus obras que llega á la mía, es la que vuestra reverencia se sirve confiarme, me basta haber visto un solo rasgo de su pluma, para esperar de ella los mas seguros aciertos; pero, como no lo considero asequible, no quiero perder tiempo en inútiles deseos.

La bondad con que vuestra reverencia me brinda con el honor de su correspondencia, me deja igualmente confuso que obligado. Pero como el carácter de mi genio es el candor y la mas pura realidad, con toda ella debo protestar á vuestra reverencia que si en mi conversacion busca la de un español llanamente sabio, seguramente se equivoca de medio á medio vuestra reverencia, como se lo irá acreditando el mismo trato. Y aunque por esta parte voy á perder todo el concepto de vuestra reverencia, como por otra voy á ganar tanto, puede mas conmigo el deseo de saber, que la humillacion de que me tengan por ignorante : en cuya consecuencia, siempre que vuestra reverencia me honrare, no solo encontrará mi contestacion, sino mi agradecimiento.—Viva vuestra reverencia y mande. Muy afecto servidor de vuestra reverencia.—Jhs.—*José Francisco de Isla*.—Reverendísimo Padre Matias Sanchez.

CARTA CVI.

Escrita en Pontevedra á 6 de noviembre de 1761.

Mi dueño y amigo : Tengo ya caudal para imprimir por lo ménos los tres tomos del *Año cristiano*, que mucho tiempo há están dispuestos para la prensa, con buenas esperanzas de que mientras se imprimieren estos, vendrán caudales para que se den á luz los demas; pero, muerto el amigo Medina, no tengo en esa corte quien se encargue de esta comision. El Padre Nieto, claro está que no puede tomar sobre sí otro encargo que el de hacerse caja de los caudales, para irlos dando al superintendente de la impresion como lo pidiere la necesidad.

No soy tan mentecato que sueñe en suplicar á usía que maneje este negocio por sí mismo; pero me sobra confianza para rogarle se sirva poner los ojos en algun subalterno de su satisfaccion, capaz de manejarle con inteligencia, de tratar con impresor que no le engañe, de aprovechar las ocasiones para la compra del papel, de corregir exactamente las pruebas, y de llevar en este asunto correspondencia conmigo, suponiendo se le ha de dar aquella gratificacion que usía considerase proporcionada. Díceme el Padre Nieto que comunicará este asunto con usía, de quien espero recibir este nuevo favor, que en el dia será uno de los mas estimables para mí.

Y porque está interesado mi honor, no ménos que mi agradecimiento al que ha solicitado los caudales con piadosísimo celo, en que no se pierda punto de tiempo, deseara yo se pusiese mano á la obra luego que lleguen estos á las de dicho padre, en cuyo poder estarán ya quizá á la hora de esta, como tambien el manuscrito del mes de marzo, que salió de aquí el dia 23 del pasado. Quedo esperando con impaciencia la respuesta de usía, á quien sé muy bien cuánto ha debido mi hermano. Nuestra Señora guarde á usía muchos años, como puede

y le suplico. Pontevedra y noviembre 6 de 1761. Besa las manos de usía, su fiel amigo, servidor y capellan.—*José Francisco de Isla*.—Señor Don Juan de Santander y Zorrilla.

CARTA CVII.

Escrita en Villagarcía á 22 de enero de 1762.

Amigo y señor : Desdígome de todo cuanto bueno he dicho de mi cuñado Don Nicolas de Ayala. Hasta aquí le tenía por un hombre de mas que vulgares talentos : ya conozco que es un pobre mentecato.

Con efecto, ¿puede haber mayor mentecatez que escribirme todo azorado y todo sobresaltado, porque á él y á los demas administradores los mandan irse á orear, á pasear y á divertir una semana cada mes á la Coruña, sin mas pension que la de concurrir tres ó cuatro dias á conversacion á casa del Intendente? ¡Oh señor, que tengo seis administraciones, cinco contadorías, dos tesorerías, y todas se abandonan! Majadero, ¿y á tí que cuñado te da? Es bueno que há tres años que ni cazas, ni te diviertes, ni encuentras tiempo para dar un breve paseo; que por el verano te levantas á las tres y media de la mañana, por el invierno á las cinco, y que hasta las once ó las doce de la noche estás continuamente escribiendo, papeleando, oyendo, despachando, sin reservar ni aun las horas de comer, habiendo desterrado de tu cama y de tus ojos esto que se llama siesta; y porque ahora, compadecido el Rey de tu insoportable trabajo, lastimado de tu durísima servidumbre, solicita su real piedad de la conservacion de tu salud, te da orden para que ocho dias cada mes levantes la mano de todo, y como si fuesen dependencias mostrense, las dejes á merced de la Redencion, tratando únicamente de pasearte desde Santiago á la Coruña, desde la Coruña á Santiago, para que esa cabeza se ventile, ese cuerpo se oree, ese ánimo se esparza, y ese corazon se dilate : ¡ tanta alieccion, tanta inquietud, tanto movimiento porque se te releve de ese viaje!

Nicolas, vuelvo á decirte que eres un grandísimo majadero. Mira : si yo fuera que tú, solo por cumplir con mi conciencia y por dar al Rey esa nueva prueba de que merezco el pan que le como, y aunque me diera algo mas, haria boníticamente mi representacion, exponiendo con precision, brevedad y claridad todos los inconvenientes; y despues daba principio á una novena á las benditas ánimas del purgatorio para que no se hiciese caso de ella, y que ántes bien en lugar de un viaje cada mes me mandasen hacer dos, en la inteligencia (eso se supone) de que el Rey me habia de pagar la mula y la posada.

Esto haria yo; y por lo que á mí toca, suplico á usted que haga todos los buenos oficios que pueda al mismo fin; porque sin esto presta me quedará sin cuñado; pero con esta tal cual ventilacion, espero en Dios que mi querida hermana tardará mas tiempo en ser vinda; y mande usted á este su fiel amigo.—Jhs.—*Isla*.—Señor Don N.

CARTA CVIII.

Escrita en Santiago á 17 de marzo de 1762.

Amigo y señor : Estimo á usted cuanto debo lo mucho que me consuela en la muerte de mi amado padre y señor, que me ha sido muy sensible. Quedo ya recogiendo

velas para restituirme cuanto ántes á mi quietud de Pontevedra, despues de haber dado providencia en lo mas preciso para el alivio de las huérfanas y de la viuda.

Ayala estuvo tambien muy decadente, pero ya se va recobrando. El administrador del tabaco vuelve á su antigua solicitud de trocar esta administracion por cualquiera otra, aunque valga ménos, cuyo temple no sea tan contrario á su salud. Si llegare el caso, espero no se olvidará usted de pasar sus eficaces oficios para que se agregue esta á la de aduanas, como lo estaba en tiempo del difunto Don Antonio de Piña, exonerando á Nicolas de la tesorería del tabaco, con la que se puede premiar el mérito de cualquiera honrado pretendiente. Mande usted como puede, y viva cuanto desee su fiel amigo. — Jhs. — *Isla.* — Señor Don N.

CARTA CIX.

Escrita en Pontevedra á 9 de agosto de 1762.

Ilustrísimo señor. — Mi venerado dueño : Toda la piedad que usía ilustrísima usó con mi difunta madre (páguela Dios), ofreciendo un novenario de misas por el alivio de su alma, la ha echado á perder con la crueldad que ha practicado con mi viva hermana, y sobradamente viva, María Francisca : sus piadosísimos sufragios bastarian para sacar á la una del purgatorio ; pero su expresivísima y honradorísima carta es mas que suficiente para echar á la otra en el infierno. Si ella no se llena de vanidad, de manera que se la lleve el diablo, estaba por decir que será una grandísima tonta ; pero me contiene el conocimiento de lo mucho que puede la gracia de Dios. Por lo demas, ¡ qué mujer (y una mujer como ella) podrá naturalmente resistir á la tentacion de engreirse, viéndose aplaudida con elogios tan crecidos, honrada con expresiones tan vivas, favorecida con dignaciones tan altas, y buscada para censora de lo que escribe no ménos que el ilustrísimo señor Don Francisco Alejandro de Bocanegra ! Lo dicho dicho : de tejas abajo daba desde luego por perdida á esta muchacha, si no tuviera tan presentes los milagros de la divina gracia. ¡ Y cierto que habria hecho buena labor en esto la excesiva modestia y la humanísima dignacion de usía ilustrísima ! Pero gracias á Dios que ella misma lo conoció así, haciéndose cargo de que no la debian parar perjuicio las atenciones de usía ilustrísima, enviándome desde luego su carta, acompañada de otra en que distinguia y expresaba muy bien la diferencia que hay entre los dictámenes del corazon y las voces de la cortesanía. No es nuevo que un prelado consulte sus obras con una dama. Desde que el famoso Monsieur Bossuet, obispo de Meaux, conoció á la célebre Ana Le Febre, por otro nombre Madame Dacier, nada dió á luz que no hubiese pasado ántes por la juiciosa crítica de aquella sabia señora : solo que nunca la pudo reducir á que censurase sus sermones, ni fué posible persuadirla á que diese á luz sus bellas notas sobre la Sagrada Escritura, diciendo que una mujer debe leerla y meditarla para arreglar su vida segun lo que enseña, pero debe callar sobre ella, conforme al precepto de San Pablo. Mi María Francisca no se paró en estos melindres : metióse de topeton en las reglas de la oratoria sagrada, en antilogias y en el manejo de la Escritura, como si hubiera andado á la escuela con Moises, con los profetas y con los cuatro evangelistas. Si no se extendió á explicar los cuatro

sentidos, literal, místico, anagógico y tropológico, gracias al poco tiempo que tuvo, concibiendo que era preciso responder á vuelta de correo. ¿ Sabe usía ilustrísima la única disculpa que yo le hallo ? Aquella del Apóstol : *Factus sum insipiens, vos me coegistis*. En fin, señor, ya no me puedo averiguar con esta muchacha, siendo lo mas gracioso, que me veo precisado á rendir mil gracias á usía ilustrísima por la bondad con que se ha dignado echármela á perder. Mi único consuelo es que la gran prudencia de usía ilustrísima se hará cargo de la flaqueza del sexo ; que nada habrá perdido en su estimacion por sus obedientes bachillerías ; y sobre todo, que habrá leído usía ilustrísima, como en confesion, estos eruputos suyos de culta y de viveza. Dios nos guarde á usía ilustrísima como hemos menester. — Ilustrísimo señor. — Besa la mano de usía ilustrísima su reverente humilde servidor y rendido capellan. — Jhs. — *José Francisco de Isla.* — Ilustrísimo señor obispo de Guadix y Baza, mi señor.

CARTA CX.

Escrita en Pontevedra á 10 de setiembre de 1762.

Ilustrísimo señor. — Mi mas venerado dueño : Sea lo que fuere María Francisca, si sus bachillerías han merecido, no solo la aprobacion, sino los elogios de usía ilustrísima, es preciso que yo tambien la tribute los mios ; y esta ya no será flaqueza de hermano, sino justo y debido respeto al superior dictámen de usía ilustrísima. Ella estaba tan desconfiada, de su carta por una chanzoneta mia, que el correo inmediato al que la envió, me escribió que daria cuanto tenia porque le fuese posible estorbar que llegase á manos de usía ilustrísima. Vime pues precisado á esforzarla ; pero nada la alentará tanto, como saber que usía ilustrísima, ó por pasion ó por cortesanía, ha querido disimular sus desaciertos, y esto ya se lo pronostiqué yo para su consuelo.

Ambos estamos enojados con el Padre Nieto, porque hasta ahora no nos ha dado el gusto de remitir la pastoral ; y aunque nos hacemos cargo de que habrá sido por la suma carestia de ordinarios á que nos condena el embargo general para el ejército, todavia puede mas nuestro enojo que la inocencia del padre, porque una impaciencia vehementemente nunca dió lugar á la razon.

Usía ilustrísima ha logrado ya ver el dictámen de los obispos de Francia, lo que hasta ahora no he podido yo conseguir ; pero hoy mismo he tenido el gran gusto de recibir por el correo la copia de esa gran carta del Papa, que remito á usía ilustrísima por si no ha llegado por allá ; con ella he respirado de la alta congoja que no solo me oprimia el corazon, sino que verdaderamente me turbaba el espíritu, á vista del profundo silencio del Vaticano.

El gran cuidado que aplica usía ilustrísima á corregir las equivocaciones que los copiantes ó los impresores introdujeron en sus escritos, aunque sean tan mínimas como las que me advierte en su carta, léjos de parecerme nimiedad, ó delicadeza ménos humilde, le juzgo muy digno de un hombre de su elevacion, y mas cuando tengo presente que San Jerónimo, San Ambrosio y San Agustín ejecutaron lo mismo : siendo cierto que la perfeccion de todas las obras, tanto en las

del entendimiento como en las de la voluntad, consiste en cosas menudas.

Sin duda que va de véras la guerra con Portugal, y que siempre lo fué por lo que toca á la corte; pero los descuidos de los ejecutores no se pueden remediar hasta que se conozcan, y ántes de conocerse se pasa y se pierde mucho tiempo. Mande usía ilustrísima, y viva como la santa Iglesia ha menester. — Ilustrísimo señor. — Besa la mano de usía ilustrísima su reverente servidor y capellan. — Jhs. — *José Francisco de Isla.* — Ilustrísimo señor obispo de Guadix, mi señor.

CARTA CXI.

Escrita en Santiago á 17 de octubre de 1762.

Ilustrísimo señor. — Mi dueño y amigo: Justamente llegó la muy estimada carta de usía ilustrísima al mismo tiempo que iba á montar á caballo para recibir en esta ciudad á mi nuevo cuñado, sobrino y yerno (todo en una pieza), que se apeó en ella hora y media despues que yo habia hecho esta diligencia. No extrañe usía ilustrísima el último parentesco, acordándose de que por mi edad puedo ser abuelo de todos mis hermanos; y por las circunstancias que concurren quedo haciendo el papel de padre con todos ellos. Agnónos este gran gusto una terrible fluxion que muchos dias há está padeciendo la pobre María Francisca, tan general, que la coge de piés á cabeza, y tan cruel, que la atormenta con acerbísimos dolores universales, los que no puede disimular en medio de su heroico sufrimiento; hallándose tan postrada que, no obstante su extraordinario espíritu, aun no la he podido hablar cuatro palabras sino con los ojos y con el corazon, habiendo ya cuatro dias naturales que llegué. Inmediatamente que se asome algun alivio, la leeré el capítulo de la de usía ilustrísima que habla con ella, bien persuadido á que ningún otro específico será igualmente eficaz para anticiparla su convalecencia, ó por mejor decir, para restituirla al estado habitual de su quebrantadísima salud, objeto lastimoso de la compasion universal de este pueblo. Mientras tanto, con toda seguridad puedo responder de su singular reconocimiento, pues sé muy bien que no sabe ya respirar, ni aun suspirar, sino por su obispo boca de oro, que así llama con mas verdad que respeto á usía ilustrísima; y no se lo llama en griego, porque huye de parecer *Greco-Latini* parla.

Dos veces he reconvenido ya al Padre Nieto por la carta pastoral, la que espero llegue aquí ántes que yo me restituña á mi delicioso rincón: si esto se verificare, la leerémos á *duo* María Francisca y yo, ofreciéndome á ser fiel relator de su dictámen, que verisimilmente no discrepará del mío. Para este ya es desde luego un gran pronóstico de su mérito sustancial el poco despacho que tiene, por la regla general de que la muchedumbre tiene el paladar estragado, ó á lo ménos el estómago, pues suele gustar mas de lo que ménos le aprovecha. Mas no por eso desconfie usía ilustrísima de que poco á poco se la vaya tomando el gusto, como sucede en este género de obras, á distincion de las que solo sirven para el entretenimiento, en las cuales, como la diversion es impetuosa, se atropella por la satisfaccion y se encuentra luego con la saciedad.

Ya há diez y siete dias que entré en esta ciudad, y hasta ahora ni uno solo ha dejado de llover, tan furiosa-

mente, que aun en ella ha parecido cosa extraña, que es la mayor ponderacion para los que saben cómo llueve en Santiago. Por este accidente están detenidos los novios, que no solo no se han podido poner en camino, pero ni aun apenas salir de casa para pagar sus visitas. Yo tampoco me puedo restituir á mi rincónico hasta haberlos despachado, y hasta evacuar otras dependencias de familia que quedaron pendientes, por excusarme así de otros viajes, para los cuales ya no estoy. Mande usía ilustrísima como puede, y viva como necesito. — Ilustrísimo señor. — Besa la mano de usía ilustrísima su reverente humilde servidor y rendido capellan. — Jhs. — *José Francisco.* — Ilustrísimo señor obispo de Guadix y Baza, mi señor.

CARTA CXII.

Escrita en Pontevedra á 19 de noviembre de 1762.

Ilustrísimo señor. — Mi venerado dueño y amigo: Restituido ya á mi aposento, despues de haber despachado los novios á su casa, y con el dolor de dejar martirizada á la pobre María Francisca con una terrible fluxion universal, sobreañadida á sus continnos inconstruibles males, tuve presente el precepto que me impuso usía ilustrísima de restituirla la copia del informe de los obispos de Francia, y le obedezco ahora despues de haber hecho sacar otra para los efectos que pueden ocurrir.

Sobre la fatalidad de la Habana hay muchísimo que callar y muy poco que decir. Los oficiales que han llegado al Ferrol en dos fragatas, relieren cosas tan contrarias, que no es fácil componerlas. Los cargos que se han publicado contra el gobernador y contra el jefe de escuadra, son por una parte tan graves, y por otra tan increíbles, que sería temeridad y suma lijereza dar asenso á ellos. Lo mismo digo de las voces que corren de que los naturales la han vuelto á recobrar: fantasías de la muchedumbre, que supone por hecho cuanto se la imagina posible; ó ficciones acaso de la política, que para acallar el dolor en las desdichas verdaderas, le pretende divertir con felicidades soñadas. Adoremos las altas disposiciones de Dios, y veneremos con respetuoso silencio, como buenos vasallos, las resoluciones del Príncipe; pero pidamos al Señor por la paz y concordia entre los príncipes cristianos; que esto no es meternos en el sagrado de los gabinetes, sino revestirnos del espíritu de la Iglesia.

¡Cosa increíble! Aun no ha llegado á nuestras manos la deseada carta pastoral, sin duda por la suma escasez de ordinarios, embargados casi todos para Portugal. Podíamos sospechar que queria Dios mortificar nuestra curiosidad, si no estuviera tan confundido con ella el deseo de nuestro aprovechamiento: naturalmente llegarán ántes los tres tomos del *Año cristiano*, que han salido á luz liarto desfigurados por mi pluma; los que no están ya en poder de usía ilustrísima, por haber tardado en trasladarse á Madrid una porcion de ejemplares del primero y segundo tomo, que se habian quedado como emboscados en Salamanca: seguirálos presto e cuarto tomo, y tras de este, dándome Dios vida y salud, irá saliendo lo restante de esta grande obra, á cuyo material trabajo espero dedicar los pocos años que en el curso regular me pueden faltar ya para terminar mi carrera, pues para el mes de abril (si llevo á él) entraré

en los sesenta, y son muchas las pruebas que tengo de que esto es lo que quiere Dios de mí. Su Majestad prospere y dilate losde usía ilustrísima como la santa Iglesia ha menester. — Ilustrísimo señor. — Besa la mano de usía ilustrísima su reverente humilde servidor y rendido capellan. — Jhs. — José Francisco de Isla. — Ilustrísimo señor obispo de Guadix y Baza, mi señor.

CARTA CXIII.

Escrita en Pontevedra á 27 de febrero de 1765.

Ilustrísimo señor. — Mi venerado dueño: Ya finalmente llegó la carta pastoral tan deseada. El maragato que me la condujo con otros recadillos, se detuvo dos meses en su casa, y en esto consistió la dilacion.

Luego que la recibí, no la leí, la devoré, sin acertar á dejarla de las manos: no me salió de ellas hasta que encontré con la última letra, y fué, cierto, mucho mas aprieta de lo que quisiera. Mi dictámen se reduce á pocas palabras. Es lo mas precioso que he leído en la línea, dentro de los términos de España. Hasta aquí daba la preferencia, sobre cuantas he visto de nuestros prelados, á la celebrada pastoral del Señor Valero. Ya no puedo mantener esta misma graduacion, por lo ménos respecto de los tres puntos ó las tres clases á que se ciñe la de usía ilustrísima: canónigos, sacerdotes simples y pastores. La primera se extiende á mas; pero en estas tres importantísimas materias no llega á tanto.

Es imponderable el gozo que me causó ver el generoso valor con que desde luego encabraba usía ilustrísima con el respetable y delicado gremio de canónigos, sin acobardarle ni el respeto á que es acreedor ni la delicadeza que es en él tan general. Apénas he leído carta, edicto, mandamiento, ya de instruccion, ya de providencia, publicado por nuestros mas insignes prelados, en que ni aun se tomase en boca el nombre de canónigos. Yo veneraba como debia este misterioso ó este cauteloso silencio; pero inútilmente me fatigaba en buscar razones para excusarle, pareciéndome que cuando se daba pasto á toda la grey, no era razon excluir de él á la porcion mas noble del rebaño. Es cierto que el ganado gordo no ha menester tanto como el llaco; pero no lo es ménos, que sin alguno no se puede mantener. Usía ilustrísima se lo da con tanta discrecion, con tanta cortesanía, con tanta dulzura y con tanta sal, que es preciso adolezca de un mortal hastío el canónigo que no se alampe por él. Ningun señor prebendado de las iglesias de España debiera estar sin esta carta pastoral; y me atrevo á pronosticar que en extendiéndose la noticia de su inestimable valor, ninguno estará sin ella, salvo aquellos pocos por quienes se dijo: «Bienaventurados los tontos, porque ellos serán canónigos.»

El punto de la asistencia á los cabildos, y de la cristiandad, celo y conducta con que se deben portar en ellos, está tocado con una solidez, con una delicadeza y con una suavidad, que verdaderamente convence, persuade y enamora. No le está ménos el vidrioso asunto de visitas, juegos y paseo. En fin, todo lo que toca á este autorizado y respetable gremio, está tratado con tanto pulso y con tino tan feliz, que en mi dictámen la primera cosa que debieran hacer todos los ilustrísimos cabildos de España, era escribir á usía ilustrísima las gracias por su fervoroso, discreto y prudente celo; y la segunda precisar á cada uno de sus individuos á que se

hiciesen con un ejemplar de este precioso librito; y para que ninguno se excusase, comprar los mismos cabildos el número correspondiente á sus capitulares, incluso los capellanes de coro, y descontárselo de sus prebendas. Yo tengo correspondencia con algunos señores canónigos de diferentes iglesias, y protesto exhortar á cuantos escribiere, á que no se priven de este incomparable tesoro.

En nada es inferior lo que pertenece á las otras dos porciones del estado eclesiástico, pues aunque las materias que se tocan son mas generales, y muchas veces agitadas en los escritos y cartas de esta especie, el modo y el estilo es tan particular, que se puede llamar original en España; siendo para mí de la mayor satisfaccion ver acreditado mi antiguo dictámen de que no debemos tomar de los extranjeros aquello que no hemos menester; porque lo tenemos acá de igual ó de mejor calidad; pero sí aquello que no tenemos, pues de esta manera se perfeccionaron todas las lenguas que no son originales. Y para mí es fuera de controversia que á la nuestra la hace mucha falta un poco de la dulzura y de la insinuacion francesa, cuando esta se usa con eleccion, con gusto, con moderacion y con oportunidad.

Claro está, señor ilustrísimo, que este sincero parecer mio, aun cuando fuera mas autorizado, nada significaria para graduar por él el mérito de la obra. De mi pasion á la persona y á los talentos de usía ilustrísima hago vanidad; y aunque nunca confesaré que es pasion ciega, sino muy á ojos abiertos, claros, limpios y despejados, al fin es pasion, y esto basta para excluirla de voto en todo lo que tenga relacion á usía ilustrísima: exclusiva tan gloriosa para mí, que léjos de no reconocerla, me anticipo á confesarla con mucha vanagloria mia.

Mas para que se vea que á lo ménos hago todos los esfuerzos que puedo para que la pasion no salga de los límites de su jurisdiccion y no se entremeta en la del entendimiento, expondré con igual candor y sinceridad dos únicas cosillas que detuvieron un poco mi reparo en la preciosísima carta: una puede parecer de algun peso; otra es de poca consideracion.

En la página 184 se dice que la Santa Escritura nos la *juiciosamente enseñado* lo que debemos á los sacerdotes. El adverbio *juiciosamente*, aplicado á doctrina de la Sagrada Escritura, me suena á ménos respetoso, como á mí parecer lo sería esta otra locucion en todo equivalente: «El Espíritu Santo nos enseña con juicio» á honrar al padre y á la madre. Y es la razon por que ambas calificaciones son limitadas á una prudencia y á una sabiduría puramente humana, á la cual es infinitamente superior toda la doctrina de la Sagrada Escritura. No me acuerdo dónde leí que el santo tribunal de Sevilla hizo retractar públicamente á cierto predicador (hacia la mitad del siglo pasado) esta proposicion que habia dicho en el púlpito: «Cristo es hombre muy machucho, mucho, mucho, mucho, mucho,» calificándola no solo de baja, sino de poco reverente. Tambien hago memoria de que entre San Agustín y San Jerónimo hubo no sé qué disputa sobre otro adverbio parecido al adverbio en cuestion, que ahora no tengo presente; pero bien sé que al cabo se rindió San Jerónimo, y le corrigió, no obstante el ardor y la fortaleza de su genio. Si este reparo mio mereciese alguna estimacion, será fácil en-

mendarle en las muchas reimpresiones que tengo por cierto se harán con el tiempo de la admirable carta.

El segundo reparo en realidad no merece este nombre, sino el de demasiada delicadeza mia. Yo hubiera omitido toda la crítica reflexa que se hace desde la página 334 hasta la 336, sobre que el estilo de la carta mas parece «concionatorio que epistolar». En primer lugar, á mí no me parece que el estilo sale de la clase que le corresponde, pues aunque haya en el discurso de la obra tal cual trozo algo mas vivo, es cuando naturalmente se enardece la pluma por razon de la materia; y esto no solo sucede muchas veces en las cartas familiares, sino en las conversaciones privadas; sin que por eso parezcan sermones las conversaciones ni las cartas. En segundo lugar, este género de cartas instructivas, doctrinales y exhortatorias, en realidad no son otra cosa que sermones, ménos aquella parte de la oratoria que se llama *declamacion*. Y en fin, aun cuando real y verdaderamente tuviese la obra este insustancial y levisimo defecto, me parecia á mí ajeno de la autoridad de un prelado atacarse á la satisfaccion, como que salia al encuentro de la censura y de la crítica, á la cual le hace muy superior la elevacion de su sagrado carácter.

Nosé si se quejará usía ilustrísima de que abuso demasiado de su excesiva bondad y confianza; pero estoy cierto (y eso me consuela mucho) de que á lo ménos se ha de asegurar bien de la sinceridad de mi amor. Poco se me dará de parecer ménos prudente, como me acredite de verdadero y fino amigo. Y en fin, la segunda parte de mi atrevida ó no atrevida, de mi acertada ó mi desacertada crítica, es la mejor fiadora de la realidad de la primera.

Voy á enviar esta excelente carta á María Francisca, con carga de restitucion; porque me desharé de toda mi librería ántes que de este librito. Tendrá con él deliciosísimos y utilísimos ratos, como yo los he tenido, y le dará á conocer á los muchos prebendados de aquella santa iglesia que frecuentan su casa y la favorecen, comenzando por el Señor Dean.

Nada supe del empeño hecho con usía ilustrísima despues del sensible lance con el sobrino de su marido, hasta que escribió la carta, ménos á impulso propio, que al de su querido consorte. Yo en puntos tan delicados nunca tomo cartas: conocí la dificultad, dije mi sentir y me retiré; pero nunca me puedo dar por desentendido á las honras que tan á manos llenas comunica la generosidad de usía ilustrísima á esta muchacha: agradezca las tanto, y mas que las que me reparte á mí. Espero y pido su continuacion, y me firmo fidelísimo siervo y amigo de usía ilustrísima. — Jhs. — José Francisco de Isla. — Ilustrísimo obispo de Guadix, mi señor.

CARTA CNIV.

Escrita en Pontevedra á 6 de junio de 1765.

Muy señor mio: Dos cartas recibo de usted á un mismo tiempo, á cual mas preciosa: una impresa, que habla conmigo como parte del público, y otra manuscrita en 21 del pasado, que me retira á un lado y me habla dos palabras en particular. Pero ¿qué palabras? Tales que si los viejos fuéran tan capaces de ponernos colorados, era preciso que al leerlas hiciese yo demostracion de que esto era posible. No me salieron los colores á las rugas de la cara, porque la sangre añeja es pedregosa y

no puede brincar tanto; pero se me llenó de ellos toda la razon. *Utinam talis essem qualem me existimas*, es todo cuanto puedo decir al concepto que usted ha formado de mí; pero sin empeñarme en desvanecersele. Yo me guardaré bien de eso. El hombre de bien nunca debe fingirse el que no es, dijo un filósofo antiguo; pero puede permitir el engaño de los que le suponen mas de lo que es, cuando él no influye positivamente en el error. No solo no he influido en el que usted padece acerca de mis talentos y de mi literatura, sino que las mismas pruebas en que se funda, son las mas concluyentes de su equivocacion. ¿Será usted en falta de discernimiento? Nada ménos. Estos dos primeros rasgos de su pluma que he visto hasta ahora, hacen evidencia de que le tiene muy fino y muy delicado. Pues ¿qué será? Mirar mis cosas con ojos franceses, es decir, llenos de cortesania y de bondad. Siga pues usted en un inocente engaño que me trae tantas conveniencias, y reciba duplicadas gracias por lo mucho que usted me honra, poniendo de su casa el mérito y el premio.

Mi correspondencia no será equívoca, pues se reducirá á obedecer pronta, ciega y sinceramente en lo que me manda. Intímame usted «que haga de su papel la crítica que me pareciere mas justa, dando una razon que acredite su gran juicio; pues resolviendo yo (añade usted) hacer crítica de los papeles de los demas, y no hallándome juez competente para sentenciar en mi propia causa, daré una prueba de que uso conmigo la misma imparcialidad que protesto al público». No es posible razon mas racional. Está fundada en aquel gran principio, que es como el cimiento y debiera ser el distintivo de nuestra naturaleza: «No quieras para otro lo que no quieras para tí;» y en el otro, que lo es de nuestra miseria: «Ninguno es buen juez en causa propia.» El primero no admite excepcion alguna; el segundo ha tenido muchas; y sin salir de la presente materia, sabe usted muy bien que algunos autores han hecho la crítica de sus mismas obras; pero tan imparcial, tan justa y tan severa, como la pudieran hacer aquellos censores avinagrados de quienes se dijo: *Nihil apud ipsos purum quibus vel Pluto displiceret*. O yo me engaño mucho, ó usted es uno de aquellos pocos á quienes seguramente se les pudiera fiar que se juzgasen á sí mismos; pero al fin no lo quiere hacer, y absolutamente desea que yo lo haga: voy á servirle.

La idea no puede ser mas vasta ni mas útil: «Moral, política, metafísica, bellas letras, fenómenos de la naturaleza, noticia, extracto y crítica de libros y papeles nuevos.» Es un campo interminable, á cuyo fin no han llegado hasta ahora las vidas de todos los siglos, y en que tendrá siempre que adelantar la de usted, aunque duren tantos como yo la desee. La utilidad no necesita de prueba, pues á excepcion de las materias metafísicas, todas las demas son las mas necesarias al hombre y las mas deliciosas á la racionalidad. ¿Pero bastará un hombre solo para tanto? Conforme: si se contenta con decir algo de todo, puede sobrar mucho hombre para eso; si pretende decir mucho de cada cosa, es imposible; solo para la última y mas delicada de todas: «Extracto y crítica de los libros,» son menester muchos. Nunca fuéron veinte y dos los que se empleaban en el famoso *Diario de Trevoux*, como lo equivocaron algunos; pero siempre fuéron bastantes. Con cuatro comenzó el nuestro, que

en mí sentir no era inferior á aquel, y ninguno de ellos sobró; siendo muy verosímil que si nuestra desgracia no hubiera hecho abortar aquella importantísima obra, hoy estaria por lo ménos triplicado el número de sus autores.

Temo pues que no alcancen á tanto las fuerzas de usted, ni las físicas ni las mentales, aunque aquellas sean las mas robustas, y estas las mas vigorosas y comprensivas. Para hacer la crítica de todo es menester un hombre quimérico, en el concepto de los que saben algo.

Aun supuesto este imposible, no me atreveré yo á aconsejar á usted que lo emprenda. La experiencia de lo pasado es leccion y es escarmiento para lo presente. Cortóse nuestro *Diario* puntualmente cuando todos teníamos consentido en que iba á tomar el mayor vuelo debajo de la proteccion real. Siguióse algunos años despues un cierto *quid pro quo* en el *Cordon critico*, que prometia lo mismo debajo de diferente titulo; pero apénas le dejaron salir del informe estado de embrion. Mucho es de temer que suceda lo propio á cuantos se empeñen en llevar adelante el mismo intento. El genio de la nacion no se ha mudado, ni verisímilmente se mudará en este particular. Nuestros autores no entienden *raillerie*, ni mucho ménos nuestros *autorcillos*, que en España, como en todas partes, son en mucho mayor número. O se les ha de alabar, ó no se les ha de contradecir. No reconocen otro tribunal para juzgarlos, que el de la Fe y el de las buenas costumbres y regalías. Niegan la jurisdiccion á la crítica, y si esta quiere erigir algun tribunal con autoridad privada, no es ya liga, es conspiracion, es furor, es alboroto popular, el que se levanta para aniquilarle, y á título de la paz se ve en precision el magistrado de sosegar el motin, quitándole la materia. Acaso disimulará con usted por los respetos de extranjerio, y querrá añadir esta atencion mas á las otras muchas de que usted mismo se reconoce deudor, no tanto en beneficio de la hospitalidad, como de su extraordinario mérito; pero yo no salgo por fiador de que llegue á tanto su deferencia, y mas cuando no es muy añejo el ejemplar de otro nacional de usted, á quien el público español tributó iguales atenciones hasta que se metió en hacer la crítica de cierta clase de escritos. Entónces cesaron las *politesse*s, y comenzaron los gritos y las invectivas, pues aunque le confesó la razon en los verbi-gracias que puso, se la negó en la generalidad con que quiso extenderse á todos los desaciertos de algunos. No temo que incurra usted en el mismo descuido; mas no por eso dejo de recelar, como usted mismo lo recela, que le traten mal todos aquellos que salieren reprendidos, y mucho peor los que mas merezcan serlo.

El dar á luz esta obra en papeles *periódicos* ó semanales, hoy es un problema para la utilidad del público, aunque no lo sea para la del autor. Dijo con cuidado que hoy era un problema, porque antiguamente no lo era. Antes que se inventase la imprenta, y con mas especialidad ántes que se descubriese el uso del papel egipcio, del bombaceo, del de algodón y del actual, todas las obras se publicaban, si no periódicamente, esto es, á determinado espacio de tiempo, á lo ménos á trozos, por partes y disipados: ni era posible otra cosa, ya por la dificultad de multiplicar los ejemplares, y ya por la mayor en abultar los volúmenes, cuando se escribía en plomo, tablas, pergamino, lienzo, cortezas, hojas de

árboles, pieles de peces, etc. Entónces era necesidad lo que hoy es arbitrio. Si esto es de mas perjuicio que de utilidad á los lectores, es lo que yo no me atreveré á resolver. Usted se esfuerza á persuadir las ventajas; pero disimula con prudencia los inconvenientes. Y no hablo precisamente de los del bolsillo, porque estos son notorios. Dos pliegos impresos y vendidos separadamente, cuestan por lo ménos un real, cuando no pasan de cuatro cuartos unidos en un justo volúmen, y esto sin contar los portes, que necesariamente se han de pagar si se quieren leer fuera de Madrid, y á poca distancia suben mas que el principal. Pero el inconveniente mayor es que estas obras, publicadas y leídas á retazos, sirven mas para una curiosidad pasajera, que para una instruccion sólida. Cuando llega el segundo papel ya se olvidó el primero; y si quedó pendiente la conversacion, es preciso repetir la lectura del uno para tomar el hilo á la materia del otro. Finalmente, poco adelantará en ninguna facultad y poco se aprovechará de cualquiera libro, el que solo lea media hora en él cada semana. Por estas y otras consideraciones no he gastado ni pienso gastar un maravedí en otros papeles periódicos que en las *Gacetas* y en los *Mercurios*. Estas son noticias del dia, que interesan la curiosidad presente. Los otros, por excelentes que sean, no corre prisa el leerlos; y si la experiencia ó la voz pública acreditaré su mérito, se compran con mayor conveniencia y se leen con mayor utilidad, unidos, que destrozados.

Hasta aquí he dicho algo precisamente acerca de la idea; voy á decir otro poco acerca de la ejecucion. Intitula usted á la obra, y aun se intitula á sí mismo: *El hablador juicioso*. Todos los que lo sean alabarán su modestia; los que sin serlo lo quieren parecer, encontrarán en este título aquella especie de extravagancia gótica, ó por mejor decir, caballeresca, que, á su modo de concebir, encuentran en los estrafalarios dictados de los académicos de la Arcadia Crusca. Pero los que ciertamente no le perdonarán la contradiccion, serán nuestros espíritus escolastizados. Al leer esta junta de adjetivos, «el hablador juicioso», dispóngase usted á oír en confusa gritería escolástica un *implicat in terminis* que le dejará titiritando, y ellos quedarán muy satisfechos, pareciéndoles haber convencido la implicacion no ménos que con aquella sentencia del Espíritu Santo: *En multiloquio non deerit peccatum*: en el mucho hablar nunca faltará pecado. Compadézcase usted de su materialidad, y no mude el título. Nunca habla mucho el que habla bien, y nunca habla poco el que habla mal: no es locuacidad la abundancia, sino la garrulidad. Todos los indicantes de estos dos papeles dan á entender que usted no tiene de hablador mas que la copia de especies y de voces; todo lo demas es juicio, método, delicadeza y sntancia.

Hay mucho de esto en el primer discurso *Elogio y dedicatoria al público*. Notaránle algunos de lisonjero con demasía, por el arduo empeño de probar que no hay vulgo en el público de España. A la verdad, un público sin vulgo sería un público bien particular. Pero debieran observar que usted intitula aquel discurso *Elogio y dedicatoria*, y que en este género de composiciones, ya que no la razon, por lo ménos la costumbre, ha introducido representar los objetos, no como son, sino como debieran de ser. Añádese que el que lo dice es un

extranjero que se reconoce obligado, que se muestra agradecido y que solicita la continuacion de la benevolencia del público cuando va á salir á él, porque en cierta manera guardó hasta aquí el incógnito. En estas circunstancias alguna gracia se le ha de hacer, y mas cuando un asunto que por su misma naturaleza es incapaz de pruebas sólidas, le promueve con las mas ingeniosas y mas delicadas que se pudieran alegar.

En el segundo discurso, que es otra especie de dedicatoria al público de las mujeres, con el epígrafe de *Nueva defensa de su sexo*, está usted divino. Verdaderamente es una defensa nueva, á lo ménos para mí, pues no he leído otra por el rumbo que usted apunta. Fundarla en la filosofía y en la razon, apoyada esta y aquella en la historia y en la experiencia, es el camino trillado de todos los que han tratado este asunto, tan justo como verdadero; con tal que la defensa se cña á los términos de concederlas igualdad, sin adelantarse á darlas preferencia á nuestro sexo. Creo que el que se llama *bello*, y lo es sin duda, se dará por satisfecho de esta justicia, no obstante ser tan ambicioso de gloria, pues aunque en lo general exceda al nuestro en algunas prendas que son mas amables, tambien es excedido en lo general por el nuestro en otras que son mas útiles, y con esta compensacion queda perfecto el equilibrio.

Digo que fundar esta apologia en la filosofía y en la razon es el camino trillado; pero apoyarla en la *metafísica*, como usted lo ofrece y desde luego lo comienza á cumplir, es una senda desconocida hasta ahora, por lo ménos para mí. No dudo del desempeño á vista de la primera prueba: el hombre (dice usted) fué formado del lodo, y la mujer, del hombre: luego la materia original de la mujer hace tantas ventajas á la materia organizada del hombre, cuantas esta hace á la del barro. El polvo en Adán se elevó á ser hombre: luego el hombre en Eva se elevó á ser mujer. Los antecedentes son físicos; las consecuencias metafísicas, y sin duda muy delicadas. ¿Pero son igualmente sólidas? Compóngase usted con los filósofos, sean de la secta que se fueren, que en sus respectivos primeros principios de las sustancias corpóreas no reconocen desigualdad ni diferencia, sino que sea á lo sumo en la figura, como los corpusculares. Todos le dirán que los corpúsculos, los átomos, los turbillones, la materia, el fuego, el aire, la tierra y el agua, tómese de donde se tomaren, son unos mismos en especie última, tanto en el lodo como en Adán y en Eva. Concederánle los antecedentes, negaránle las consecuencias, y se quedarán muy frescos. Pero los que no entiendan mucho de metafísicas se enamorarán de la disposicion, se dejarán encantar de la brillantez, admirarán la delicadeza y se darán por convencidos. Son estos sin comparacion los mas; y así esté usted seguro de la fortuna de su nueva defensa respecto del mayor número.

Lo que no admite duda es que todos los que se conocen bien en materia de estilo no hallarán voces para elogiar la nobleza, la propiedad, la pureza, la elevacion y la urbanísima naturalidad del de usted. Pasiaránse de que un frances posea nuestra lengua con tanta perfeccion como la poseen pocos españoles, y á vista de este bello ejemplo se debieran correr aquellos nacionales que hacen indecente y ridicula gala de hablar el español á la francesa. Un extranjero los enseña práctica-

mente á estimar su idioma sin despreciar los extraños, pero tampoco sin hacerles una lisonja indigna en agravio del propio. Se puede decir de usted que enseña á Madrid su lengua, como se dijo del otro escocés que enseñaba á Roma la suya: *Romam romano qui docet ore loqui*.

Esta memoria de la lengua latina me excita una especie que ya se me olvidaba, trayéndome á ella la del padre de este idioma. Habla usted de Ciceron en la página 3 y 4 de su discurso: dice con mucha razon que le favorecieron poco las musas; pero alega en prueba de eso dos disticos que, si fueran suyos, probarian todo lo contrario: los disticos, por lo que toca á la versificacion, á la naturalidad y á la gracia (prescindiendo del pensamiento), serían dignos de Marcial, y si no, que lo digan ellos:

*Crede ratem ventis, animum reerere puellis:
Namque est feminae tutior unda fide.
Feminae nulla bona est, vel si bona contigit ulla,
Nescio quo fato res mala facta bona est.*

Pienso que ningun latino de buen olfato poético extrañaria ver este epigrama entre los mas naturales y mas salados del poeta de Calatayud. Por lo mismo no quieren convenir los mejores críticos en que dichos versos sean de Ciceron, como no lo puede usted ignorar, pues en nada se parecen á aquel ridículo exámetro:

O fortunatam natam me consule Romam;

que solo se sabe de cierto hubiese compuesto el príncipe de los oradores, y fué recibido con desprecio universal por la insulsa y pueril recanecilla de *O fortunatam natam*: es verdad que por este preciso capítulo tampoco merecia mucha estimacion aquel otro epigrama de Marcial, que quizá por lo mismo se puso el último en algunas ediciones:

*Defunus, fungis homines Marciiani negabas;
Boleti leti causa fuere tui.*

Sin embargo, no por eso dejó de ser reputado por el príncipe de los poetas líricos.

Tengo dicho brevemente lo que concibo de la idea, del plan y de la ejecucion de la bella, erudita y útil obra á que ha dado usted feliz principio. La carta en que usted me honra con la confianza de solicitar mi dictámen, acredita su noble ingenuidad; y mi respuesta no desmiente la mía. Confíesamela cuantos me conocen y me tratan, y ni aun yo mismo puedo dejar de concedérmela, no como prenda digna de elogio, sino como un temperamento natural del corazon que me tocó por suerte.

La mayor torpeza de un hombre de bien es engañar á otro, sea el que fuere; pero mentir á quien se confia de él, es un engaño con circunstancias de alevosía. En la nacion de usted me enamora su genial franqueza: en la mia no me he podido acomodar á su reserva nacional, no porque la condene cuando no excede los límites de una prudente cautela; que eso sería condenar lo que alaba y aconseja el mismo Espíritu Santo; sino porque la considero muy propensa á declinar en el extremo contrario. Cuénteme usted en el número de sus apasionados, por lo que honra á nuestra nacion, por lo que promueve nuestra literatura, y por lo que favorece á mi persona.

Las otras especies reservadas que me toca usted en su estimada carta, piden mucha consideracion. Es cierto

tengo los papeles que usted me apunta, cuya noticia llegaría á sus oídos, no por algun familiar suyo, sino por algun familiar mio. De esta casta de diablillos meridianos y de duendezuelos caseros ninguno se puede librar, ni hay conjuro que alcance á exterminarlos. No es ménos cierto que tengo otros muchos de mi propia cosecha, por cuya divulgacion me han instado los que solo consultan la pasion y el gusto para sus resoluciones: para las mias procuro oír el voto de la razon y de la prudencia. Estas me aconsejan y me dictan que en mis circunstancias personales y de estado, debo proceder con la mayor circunspeccion, especialmente cuando tengo la desgracia de que no me puedo esconder, pues los que tienen buenas narices conocen á la legua lo que es mio; y los que no las tienen tan perspicaces, me adjudican lo que no permita Dios que jamas lo sea. Déjeme pues usted consultar muchas noches con la almohada lo que propone, y despues le avisaré el *ultimatum* de la consulta. De pronto le suplico que si se resolviere á imprimir esta carta, no ponga mas que la fecha, suprimiendo la firma y el lugar de la data. El título podrá ser este: *Respuesta al autor de un hombre de letras conocido en España*. Añada usted las notas que gustare, con la seguridad de que ninguno las agradecerá mas que yo. Los que desean saber y aprender, no porfian; los que solo intentan bachillerear, porfian y no aprenden. Disimule usted las testaduras y las correcciones; porque ni tengo amannense ni gasto borrador; y por otra parte no hay cosa mas tediosa para mí que copiarme á mí mismo. Va la carta como de repente la parió la fantasía, envuelta en las secundinas y demas basura. Si usted quiere tomar el trabajo de lavarla, lo puede hacer, y si no, nada se pierde en echarla en el Manzanares con bazofia y todo.

Nuestro Señor guarde á usted muchos años, como puede y le suplico. Besa la mano de usted su afecto apasionado, servidor y capellan. — Jhs. — José Francisco de Isla. — Señor Don L. Langlet.

CARTA CXV.

Escrita en Pontevedra á 26 de setiembre.

Pepe: El cura de San Pedro me escribió desde Ponferrada el día 18, y si salieron el 13 de esa villa, como me lo previniste, tardaron seis cabales en andar diez y ocho ó veinte leguas. A este paso no extraño que, hallándonos ya en el día 26, todavía no hayan parecido en este pueblo, sin embargo de haberlos salido á recibir desde el día 20, hasta que, cansado de tantos chascos, resolví esperarlos en mi aposento, donde me encontrarán cuando se les antoje llegar; que segun la priesa con que caminan, será allá hácia fines de diciembre. Decíjeme el cura de San Pedro, que acaso se detendrían en Cacabelos, y habrán hecho muy bien; porque desde Ponferrada allí hay dos furiosas leguas, en que es preciso tomar aliento, y mas habiendo tardado solo seis dias en las veinte leguas primeras. Los novios de los otros tiempos eran unos mentecatos, pues reventaban caballos y se reventaban ellos corriendo la posta por llegar cuanto ántes á los brazos de sus dueños: aténgome á los de nuestro siglo, y especialmente á los de Valderas, que aunque no se muestran tan finos, á lo ménos se acreditan de mas juiciosos, haciéndose cargo de que, mas ó ménos, sobra tiempo para cansarse de novia, y que las

ansias, las priesas, las aceleraciones son buenas para el papel y para la lengua; pero en saliendo de aquí, perjudican mucho al reposo; y si miéntras tantose deshiciera la señora mia, tanto mejor; porque á ménos mujer, corresponde ménos cruz: supongo que nada de esto deberá ir de cuenta del chico, sino de su director, que en calidad de celoso padre espiritual comienza á enseñarle de buena hora á moderar las pasiones, y de camino mortificar tambien las de otros, dándonos á entender que no debemos matarnos por las cosas de esta vida; importante leccion de grandes utilidades para el alma, y de no pocas conveniencias para el cuerpo: si miéntras tanto se consumiere mucha parte del dote en los gastos del viaje, eso importa un bledo; porque entónces irá lo gastado por lo perdido; y en todo caso, ¿quién deja un gusto presente por una hambre futura? El grande cuidado que se ha de suponer en todos los interesados, ninguno debe dar á los caminantes, no siendo culpa de estos el que aquellos sean bobos. Que el tiempo se adelante, que el invierno se acerque, que los caminos se pongan impracticables, eso es bueno para que se piense despues: de contado ande la procesion y cántense los villancicos; que si al fin cayese un chaparron, en cualquiera parte se recogen las insignias. Discurro que estas prudentes cuentas se ha echado nuestro gran cura; y aunque yo tuve bastante desazon ántes de hacerme cargo de ellas, luego que las reflexioné un poco, quedé muy tranquilo, pues aunque me pudiera sobresaltar el recelo de que haya sucedido algun accidente en el camino, me he sossegado considerando que esto mismo ya lo debiéramos de saber ó por el correo ó por algun propio. Lo que importa es que tú, que Isabel Ana, Mannelica y Perico os mantengais buenos, y que la vendimia de por allá haya sido como la de por acá, donde no hay memoria de otra mas abundante: las demas son cosas que van y vienen. — Manda y vive.

CARTA CXVI.

Escrita en Pontevedra á 30 de setiembre.

Mari-mica: Salíó de Valderas nuestro paladin Amadis de Gaula el día 15 del pasado, y no el día 13, como se me habia escrito. Corrió la posta, exhalacion ó rayo, y en cuatro dias cabales anduvo no ménos que veinte leguas, porque otras tantas hay hasta Ponferrada, donde entró el día 18. El 19 vuelve á dispararse rápido cometa, y ántes de ponerse el sol ya estaba en Cacabelos, distante no ménos que dos leguas de esta referida villa. Hace alto en aquel lugar, á gnisa del planeta luminoso, que, no obstante su prodigiosa celeridad, tambien se para en las casas de los signos para dar cebada de luz á los caballos. Asáltanle el día 20 unas malignas y atabardilladas tercianas, de tan portentosa duracion, que no se vió libre de ellas hasta el día 23, y aun entónces fué de milagro, á causa de unos prodigiosos polvos que le presentaron las dos primas, los cuales pensarás tú fuéron los de la madre Celestina, y no fuéron sino de Nuestra Señora de las Angustias. Júntase el consejo de Estado (que á este pertenecen los negocios de los novios), presidiéndole nuestro cura de San Pedro, de feliz recordacion, y por voto de todos los concurrentes, conviene á saber, del decano, de Don Diego de Villagroy, y de las consejeras de gabinete Doña I. y Doña P. B., se resolvió que el novio esperase allí á su mujer á pié firme, como si el haberse

casado fuese desafío; y que el Señor Cura partiese en diligencia por Pontevedra á Santiago, para poner en nuestra noticia esta resolucíon, y para llevarse la novia en una nube encantada, como se usaba en tiempo de los paladines.

El Señor Cura no ha llegado aquí todavía, sin embargo de que há nueve dias que salió de Cacabelos, y desde allá acá todos vienen eu ciñco, salvo los bueyes y las tortugas; pero venga su merced cuando fuere servido; que esto ya nada me empece: se paseará, subirá, bajará, verá montes, valles, prados, ríos, peñascos, riscos, castaños, nogales, navizas, gremos, mares, pozos, montañas, bosques y florestas; pero la novia no la verá, por lo ménos en sus uñas, pues acá tambien hemos tenido nosotros nuestro consejo, y resuelto por uniformidad de votos que mi señora Doña Isabel espere en su cuarto á su marido, si es que la quiere; y que el Señor Cura se esté, se vaya, se torne, ó se vuelva adonde le pareciere, conforme fuere su parroquial voluntad.

No tomamos este lance con la seriedad que merecia, haciéndonos cargo de que el rapaz no tiene la culpa de serlo, ni contra su padre resulta otra que la de haber fiado esta comision á un hombre á quien debiera tener muy conocido. Quien la tiene mayor es el susodicho cura, el cual, si dirige á sus ovejas por el camino del cielo como dirigió á su pupilo por el de Santiago, ciertamente adelantarán poco en el de la perfeccion; y mas segun aquella sentencia de que en este camino el no ir adelante es ir hácia atras: por lo demas el niño cumplió con la obligacion de tal. Llega al Vierzo en tiempo de las vendimias, convidarle con nvas y con bailes: pues ¿qué muchacho de su edad dejará un racimo y un fandango por todas las novias que se encierran en el serrallo del Gran Señor? Y ¿qué se le dará á él de que acá haya cuidados, sobresaltos, sustos, gastos inútiles y rechiflos, como él se divierta?

Ora bien, hija mia, tu hermano no tiene otro arbitrio para lavar este horror, sino montar á caballo, partir á Cacabelos, echarse su hijo á la gnrupa, y presentarle muerto ó vivo á su mujer, la cual, sin esta satisfaccion, estará justamente ofendida del poco caso que se hace de ella; y como todavía está en paraje de recalitrar, ¿qué sabemos lo que hará? Porque una mujer *resolvida*, ¿qué ejecutará que no piense? A Dios, que te conserve con robusta salud muchos años.

CARTA CXVII.

Escrita en Pontevedra á 9 de octubre.

Antonio: Muy fuerte ha sido el frio de tus tercianas, cuando á la segunda (porque no hubo lugar á la tercera) se te heló todo el calor de novio, agarapiándote en Cacabelos, donde inútilmente esperarás que te vaya á buscar tu mujer para servirte de enfermera, pues no puede hacer bien el oficio no conociendo aun de vista tu complexion ni genio. Cumpliría mejor con el de párroco el señor cura de San Pedro quedándose á tu cabecera, supuesto ser tan grave la enfermedad, y tan prolija que duró casi tres dias, y no dejarte en tanto peligro para venirse aporreando sin provecho por esos caminos, excusando el rodeo de Santiago, donde no entregarán la novia á otro que no sea su marido ó á su suegro; ni María Isabel puede recibir otros cariños que no sean de tu mano, despues que te dió la suya; por lo que dicho

señor cura te restituirá el aderezo, para que pase á tu esposa por el único engaste que hoy estima; las sortijas, para que tus mismos dedos les den todo el valor colcándolas en los suyos: y el papagayo de oro, para que su pico y el del señor Don Pedro hagan un buen par, ya que en esta ocasion ambos han ido muy iguales en el discurrir. De cualquiera manera, si haces ánimo de ver algun día á tu mujer, la podrás ir á buscar á Santiago en derechura, sin el rodeo ni los malos caminos de Pontevedra, pues cuando sepa que ya estás en aquella ciudad, partiré al instante á ver el prodigio de un rayo encendido, que despues de disparado se suspende al principio de la carrera: portento mucho mayor que el de la piedra mil trescientos años há suspendida en el aire en un monasterio de Etiopia. Mal rato habrá tenido tu padre con esta noticia, aunque peores nos los has dado á nosotros con ella y con los cuidados que la precedieron. No ha sido feliz el primer paso de novio; pero tú tienes disculpa, porque no lo has sido; y tu director tambien, porque ya no puede serlo: las que me pasman son las señoras primas, que, siendo ya tan profesas en la religion, no dirigieron bien tu noviciado. Ríndelas mis respetos, y sábette que las debes infinitas obligaciones, pues si te han de mantener hasta que tu mujer te vaya á buscar, comerás de mogollon toda la vida. Consérvetela Dios para ejemplar de novios morigerados, como la cristiandad ha menester. — *Tu Tío...* — Querido sobrino Antonio el Casto.

CARTA CXVIII.

Escrita en Pontevedra á 25 de mayo de 1764.

Muy señor mio y mi dueño: Tengo la fortuna de que usía me conozca muchos años há. Si no se le ha borrado de la memoria mi carácter, tendrá muy presente mi realidad y mi entereza. La carne y sangre no me hacen fuerza, ni las pasiones humanas me han cegado nunca la razon. Concederésla á mi mayor enemigo siempre que la tenga; negarésla, y se la negné alguna vez á mi mismo padre cuando concebí que no la tenia.

Hermano mio es Don José Joaquín de Isla y Losada. Si en el injusto, voluntario y empeñado pleito criminal que le suscitaron sus contrarios, no hubiera sido testigo ocular de su inocencia, y yo hubiese de sentenciarle, el primer voto que tendria contra sí sería el mio, y no sería el mas benigno. Sobradas experiencias tiene él mismo de esta mi entereza en los varios sucesos de su vida. En los mas me tuvo contra sí; pero en el presente no puedo desampararle, ni es razon que niegue á un hermano mio lo que en iguales circunstancias concederia á quien hubiese quitado violentamente la vida á mi padre y á mi madre.

Pasaron á mi vista todos los lances, porque me hallaba en Santiago en aquel turbado dia. No hallé qué condenar en este mozo, y, lo que mas es, ni tampoco lo hallaron sus mismos contrarios. Ellos formaron los primeros autos, y por estos mismos autos le absolvieron los señores jueces del recto tribunal de que usía es digno miembro. Me aseguran que la segunda probanza nada añade á la primera, sino confirmar mas y mas el empeño de acabar de arruinar á ese mozo para cubrir una inconsideracion con la pérdida de un inocente.

Alegan los contrarios su honor y el de mia comunidad verdaderamente muy respetable. Esta le tendrá siempre

muy resguardado, y nunca podrá depender de la precipitación de algunos particulares ménos detenidos. Pero supongamos que dependa; ¿y no se interesará tambien el honor del tribunal de usía, en que sin nuevos, grandes y evidentes documentos no reforme lo que pronunció con tanto exámen y con tanta madurez? Mas nada de esto es del caso. El dictámen de que conviene que perezca un inocente para que no perezcan muchos culpados, ya sabemos todos la haja cuna que tuvo. Nunca le adoptaron por suyo los tribunales cristianos. En ellos reina y reinará la máxima contraria: ménos malo es absolver á muchos culpados, que condenar á un inocente.

Estálo sin duda mi hermano en el feo delito que le imputan. Todos los esfuerzos de sus contrarios, siendo tantos, tan poderosos y tan empeñados, no pudieron conseguir que dejase de conocerlo y de definirlo así ese rectísimo tribunal. Grande es la fuerza de la inocencia cuando no bastan á oprimirla las máquinas del poder. Mejor diré: siempre es muy débil el poder con los tribunales donde preside la justicia. Este es hoy todo mi consuelo y toda mi esperanza.

Nada mas tengo que exponer á usía: pedirle que haga gracia á mi hermano sería suponerle reo, pues en pleitos criminales no cabe otra que moderar el rigor de las leyes. Suplicarle otra cosa, sería agraviar su integridad, que tengo muy conocida. Con que, en suma, esta carta solo se reduce á dar testimonio de que mi profundo silencio no ha dependido de que tenga por culpado á José Joaquín, como alguno ha querido soñar; sino precisamente de haber descansado y descansar en la justicia de la causa y en la equidad de los jueces. Tampoco he querido malograr esta oportuna y casi necesaria ocasion de renovar á usía todo mi antiguo respeto. Nuestro Señor guarde á usía muchos años, como puede y le suplico. Besa las manos de usía su mas atento servidor y capellán.—Jhs.—*José Francisco de Isla*.—Señor Don G. R.

CARTA CXIX.

Escrita en Pontevedra á 23 de febrero de 1766.

Muy señor mio y amigo: ¡Qué, quiere usted que un viejo escarriento y alimentado de melancolías presuma competir en brillantes y en discreciones, sobre un *Espejo*, con un jóven que lo puede ser, en lo físico y en lo moral, de todos los que desean presentarse en la calle sin desaliño y sin defecto! No, amigo mio: no se verá usted en ese espejo, que sería propiamente de aquellos que representan los objetos con orden inverso. Conténtese usted con que admire su discretísima carta de 22 del corriente, con que celebre sus oportunos ofrecimientos, con que me enamore de su bella explicacion, y con que le dé mil gracias por las diligencias que ha practicado y me ofrece practicar para que se extienda ese espejo entre los que desean peinarse á la *dernière* del Evangelio, y salir á la calle con el aseó de costumbres que pide la religion.

A la verdad, en el tal espejo no faltan algunas moticás, ni dejan de sobrar bastantes redundancias muy propias del pomposo genio de la nacion; pero es fácil limpiar las primeras y reducir las segundas á su justa medida, pudiendo un orador medianamente hábil descartar el follaje, y presentarle con un marco liso que le añada gracia, viveza y majestad. Usando así de la obra, la tengo por muy útil para todos; pero especialmente

para aquellos predicadores en cuya edad, circunstancias y profesion es algo disculpable que no se acomoden del todo con el estilo de los apóstoles.

A lo demas que contiene la carta de usted, sobre el ventajoso concepto que formo de su persona, no contesto. Cada cual es dueño de sus ideas, y como estas no sean en perjuicio del prójimo, se podrá figurar todas las que le pareciere: si se engañare, el mal será para él; pero de este estoy bien libre por lo que toca al retrato de usted pintado por mí y colgado en el cuarto principal de mi memoria. No hay en él rasgo que no concuerde perfectamente con su original, y solo tendré que borrar algunos, si este no me lo creyere así sobre mi palabra. Mande usted como puede, y viva cuanto desee. Besa las manos de usted su amigo, servidor y capellán.—*José Francisco de Isla*.—Señor Don Francisco Meseguer y Arrufat.

CARTA CXX.

Que escribió á un anónimo pregunton y curioso que no quiso descubrirse, y por esto le dejó de contestar. En Santiago á 16 de julio de 1766.

Muy señor mio: No descubro el motivo que pudo tener usted para disimularme su verdadero nombre en la carta pseudo-anónima que acabo de recibir en este colegio de Santiago, estando ya para restituirme al mio de Pontevedra. Si usted (como lo creo) es hombre para guardar un secreto con fidelidad, ¿qué razon podrá tener para persuadirse que no sabria yo tambien guardar otro santamente? En estos términos, en las recomendables circunstancias de usted, y en los talentos que me describe su misma carta, no podrá extrañar que no la conteste; ántes bien tengo por cierto que haria bajo concepto de mi juicio si respondiera al asunto, pues no puede ignorar usted los chascos á que se exponen los que se corresponden con duendes. Descébrase usted, si le pareciere, remítame el papel en cuestion (que yo no lo he visto), si lo juzgare conveniente, y entónces hablemos cara á cara y corazon á corazon, como yo lo acostumbro, observando invariablemente las sagradas leyes del siglo. Mientras tanto, conténtese usted con que celebre su celo y agradezca infinito su religiosa inclinacion á mi combatida república. Quedo sumamente reconocido á la que manifiesta á mi persona, y me profeso afectísimo servidor de la suya.—Jhs.—*José Francisco de Isla*.—Señor Don Próspero L. M.

CARTA CXXI.

Escrita al mismo sugeto, en Pontevedra á 4 de agosto de 1766.

Muy señor mio y amigo: Porque ¿quién me quita serlo de usted, aunque no sepa quién es? Tampoco los areopagitas sabian quién era el *dios desconocido*, y no solo le querian, sino que le adoraban. Es cierto que todavia da usted en la manía de ocultarme su nombre en esta segunda carta con fecha de 26 del pasado. Y bien, ¿qué se me dará á mí de eso, si no me disimula, ni puede, aunque quiera, disimularme sus talentos? Esto me basta para saber que amo á un alma que me lo merece; porque eso de amar á los cuerpos há unos buenos cincuenta años que hice voto de no hacerlo. Las almas (barto será que usted no lo sepa) no tienen cuerpo ni nombre, y con todo eso se las ama, especialmente los que somos padres de ellas, como verbi-gracia el Padre

Marquina. Y hé aquí que este buen padre vino también ahora á interrumpirme mi prólogo.

Cítamelo usted para persuadirme que no debe acobardar el empeño en que me quiere poner, á un hombre que lidió á brazo partido con el formidable penitente de aquel bendito padre. Señor Don Próspero: de un pobre penitente anónimo del Padre Marquina, á toda una nobilísima provincia de Guipúzcoa representada por sus diputados, á letra vista, en cuerpo y alma, va tanta diferencia como de mí al Papa. A una sabandija como aquella de cualquiera manera se le puede tratar, especialmente cuando ella de su bella gracia se adelantó á morder solo por su mala ralea y por su envenenada inclinación; pero un cuerpo tan respetable, singularmente á los de mi luna é instituido, como aquella ilustre provincia, bien conoce usted que, á bien y mal tratar, debe ser siempre correspondido con veneración profunda, atenta y respetosa. Ella fué madre de mi mejor padre, y por consiguiente es mi mayor abuela: vea usted la reverencia que la debo.

Yo tengo mil razones para persuadirme que no es suya la carta escrita á mi provincial, cuya copia me remite usted y yo no había visto. Estoy tentado á creer que la debió de fingir algun corresponsal de Monsieur Charlestois, enemigo declarado de la Compañía, y émullo mal encubierto de las glorias de aquella inclita nación. Tan ajena como todo eso me parece la tal carta, de la templanza, de la discreción, del peso, de la madurez, de la inviolable verdad con que acostumbraban proceder en sus escritos todos aquellos que tienen la honra de presentarla: hombres por lo común que, aun sin este respetable carácter, tienen en el suyo personal lo que les sobra para ser en todo modelos de piedad y de moderación. ¿Cómo me he de persuadir yo á que estos firmaron verdaderamente una carta en la cual ciertamente no brillan demasiado estas honradas y precisas calidades? Lo cual es fácil de mostrar de manera que el mas apasionado, el mas metafísico, y también el mas rudo se encojan de hombros, bajen la cabeza y confiesen con humildad que no sufren solución los argumentos.

Dejo por ahora como cosa de unos veinte, poco mas ó menos, para evidenciar esta verdad; y apunto uno solo, para convencer á cualquiera que no tenga el entendimiento panza arriba, que la carta en cuestión no puede ser de quien suena.

Y si no, dígame usted en puridad: ¿es verisímil que la circunspectísima, la prudentísima, la remiradísima provincia de Guipúzcoa divulgase una carta dirigida al provincial de una religión que por tantos títulos debe mirar y mira como el mas glorioso fruto de su nobilísimo terreno; y á un provincial hijo suyo, de tanto bulto dentro y fuera del territorio de su madre, como lo es el reverendo Padre Francisco Javier Idiaquez; y que divulgase una carta en que la misma provincia entra protestando que es una muy sentida sí, pero muy amorosa queja: una carta en que vuelve á protestar que la escribió con tanta confianza como disgusto: una carta, en fin, en que declara que, aunque pudiera dirigir su queja al Rey, se contenta con encaminarla al Provincial, «por las atenciones que la merece su persona, y por el singular amor que profesa á la religión de su gran hijo y patriarca?» Una carta de esta gravedad, de este

amor, de esta reserva, de esta confianza, si la hubiera escrito la provincia de Guipúzcoa, ¿cree usted benamente que hubiera salido jamás del sigiloso archivo de su diputación, á ménos que la pusiese en esta dolorosa precisión una necesidad inevitable? ¿Se persuadiría ninguno á que toda la confianza, toda la reserva y todo el amor había de parar en que la tal carta se leyese en los estrados, en los tocadores, en los corrillos, y acaso también en las cocinas de Madrid, ántes que la recibiese quizá el personaje de tanto tamaño á quien se dirigía? ¿No sería cosa graciosa que la provincia pretendiese hacer mérito de su amor, de su confianza y de sus atenciones al reverendo Padre Idiaquez, en no poner directamente sus quejas en los oídos del Rey, al mismo tiempo que las hacia públicas en todos los cafés, en todos los ligones y en todos los mentideros, tanto de la corte como de España? Verá usted como ántes de mucho regala á toda la Europa la *Gaceta* de Holanda, y después nuestro *Mercurio*, con esta noble pieza. ¿Qué figura hará con las mas sobresalientes con que Francia y Portugal nos han enriquecido de diez años á esta parte?

Así pues, señor Don Próspero, no crea usted, como no lo creo yo, que la carta custodiada sea producción de la respetabilísima república á quien se atribuye, y mas cuando la copia que ha llegado á mis manos (y lo mismo creeré de las que corren por España) viene sin fecha ni firma, circunstancia que la constituye absolutamente indigna de toda fe. Por el contrario, lo que usted, lo que yo y lo que todo hombre cuerdo debe creer, es que la nobilísima provincia de Guipúzcoa se llenará de una generosa indignación cuando llegue á su noticia tan torpe como grosera calumnia; que no perdonará á medio alguno para descubrir al autor de ella; que, descubierto, solicitará se la dé una satisfacción proporcionada al tamaño y á la enormidad del agravio; y finalmente, que ella misma volverá pundonorosamente por su honor y por el de una religión que hace gloria de tener en ella su verdadero solar, pues, aun dado caso que algunos hijos suyos tuviesen la desgracia de no haber acertado á complacerla, sabría ella muy bien proporcionar los medios de su satisfacción sin estrépito y sin añadir nuevas heridas al cuerpo.

Esta carta es reservadísima para usted, asegurándole que, aunque fuese verdadera la que tengo por supuesta, de mi voto nunca se respondería á ella sino con el mayor respeto, urbanidad y modestia, haciendo ver, lo primero, que las quejas parecen demasiado fuertes; y evidenciando, lo segundo, que se representan mal fundadas: esto sin estar mas instruido en los hechos, que por los términos en que los apunta la carta. Parece que esta mia merece bien el que usted se me descubra; pero si no lo quiere hacer, tan amigos como ántes. Solo vuelvo á suplicar á usted que esta respuesta no salga de su papelera, que me avise de haberla recibido, y que me añada al catálogo de sus amigos, salva la distancia que puede haber de la elevación de usted á un hombre tan tamaño como yo.

CARTA CXXII.

Escrita al mismo sujeto, en Pontevedra á 2 de setiembre de 1763.

Mi dueño y amigo: Puesto que usted deja abonada esta partida mas en la cuenta de amigos, segun me lo

avisa en su estimada carta del mes que ya no volverá á ser, ante todas cosas, no extrañe usted la respuesta de á pliego á la pregunta de marca; porque cada uno hace el papel que puede, ó por mejor decir, gasta el que tiene; y aunque nunca debo presumir que el mío pueda llegar al de usted, tampoco es posible vencerme á dejarle de expurrir hasta donde alcance. El verbo *expurrir* no es culto, pero es venerable por su antigüedad. Entrémonos en materia.

Dígame usted que «nadie le podrá impedir, si se le antoja, respetarme como á su padre, y aun como á su director y maestro». Evacuemos primero la paternidad, y después iremos á la reverencia de la direccion y magisterio. Pruebe usted concluyentemente que no repugna el concepto de padre y de hijo en una misma persona con diferentes respetos; y por hacer este honor al legislador romano, le cita para convencer una proposicion que, si alguno la negara, se reirian de él todos los que desde Adán acá han tenido hijos, salvo el mismo Adán y su mujer, cuyos primeros hijos no tuvieron abuelos. Convengo pues en que si á usted le da este antojo, ninguno se lo podrá impedir; pero bueno fuera buscar alguna ley que aprobara la adopcion activa de los hijos á los padres, ya que hay tantas que prescriben la de los padres á los hijos. Mientras esta no se encuentre, no me atrevo á encargarme de una patria potestad *ad libitum*, de que usted mismo me podria desposeer mañana, sin necesitar para eso ni aun de la triste jurisdiccion de un alcalde de monterilla.

En cuanto á lo *director*, debiendo de serlo de espíritu por mi profesion, me da tan mal el naípe para el empleo, que aun el mío, siendo harto ramplon y ordinario, nunca acerté á gobernarle bien: ¿cómo acertaria á dirigir el de usted, que en cada sílaba de sus cartas se muestra de orden muy superior, y tanto, que si fuera místico, estático y anagógico, todo lo delicado, lo primoroso y lo sublime, no sé si aun el mismo Padre Godínez, con toda su teología mística, aunque fuese auxiliada de los dos Montes impresos con que la comenzó el Padre la Reguera, sabria lo bastante para comprenderle, cuanto mas para dirigirle?

En lo de maestro vamos mas holgados desde que lei en San Agustin, que el hambre habia sido maestra de todas las artes, y que la ignorancia lo habia sido de todas las ciencias naturales: convendré sin mucha presuncion, y tambien sin grande humildad, que en este sentido puedo ser maestro general de todas ellas. Veo claramente por las tres cartas de usted, que lo único que necesita aprender es ignorar. Si en esta facultad me quiere usted por maestro, desde luego admitiré el título que casi está usted para despaularme. Después volveremos todavía otro poquito á este punto.

Es bien delicado el que usted me toca con sutilísimo primor sobre el deseo que insinúo de que se me descubra el dios desconocido á quien adoro. «Extraño (son bellas palabras de usted) que, viéndose vuestra reverencia tan hallado en estos ritos, aplicados al amor que me profesa, quiera sin mas ni mas, desamparándolos, abrazar nuevas ceremonias, ó tal vez mirarse con disgusto burlado y llamarse á engaño, pues todo cabe en la posibilidad.» Y como que cabe, no solo en lo posible, sino en lo existente; no solo en lo que fué, sino en lo que cada dia está siendo. Sabemos que allá en tiempos

muy reculados (¿por qué no tomaremos este puerco adjetivo de los franceses, ya que tomamos de ellos otras mayores y peores porquerías?): sabemos que allá en tiempos antiguos se escondian las deidades debajo de la figura que querian: de manera que tal vez era un dios el que parecia un escarabajo; y por el contrario, cuando se usaban aquellas enmascaradas ó mojjangas que los griegos llamaban y todavia llaman metamórfoseos, solia aparentarse una miserable lagartija con todo el aparato y ostentacion de una deidad. ¿Cuánto de esto vemos tambien el dia de hoy?

Pues ahora dígame usted, señor Don Próspero: ¿dejaría el escarabajo de ser dios aunque pareciese un escarabajo; y dejaría la lagartija de ser un vil insecto aunque se presentase con todo el equipaje de la madre de los dioses? ¿Y quedaria burlado el que, oliendo la divinidad en el escarabajo, le tributase el culto que dirigia á la sustancia, sin que tocase ni una pizeca de él á la figura? Este es el caso en que me hallo. Yo no sé de qué color ni de qué tamaño es la de usted. Representomela de mucho bulto, no por la materia, sino por la forma; no por el cuerpo, sino por el espíritu. A este dirijo todos mis inciensos: si corrida la cortina, me encuentro con este mismo espíritu engastado en un cuerpo á cuyo lado parece el mío una langosta, ó quizá en otro junto al cual puedo presumir de gigante, ¿qué tendrémos con eso? A todo reventar mudaré el rito, pero no el culto: serán distintas las ceremonias, pero la adoracion será la misma. ¿No lo estamos practicando así todos los dias con los príncipes andantes que se tapan con un *incógnito* de gasa? Pero «pues no nos hemos de quebrar mas la cabeza sobre este asunto», punto redondo en él, y vamos á nuestros provincianos.

Aunque, á mi parecer, mejor sería que los dejásemos en paz, puesto que, segun noticias, parece que se les va templando la cólera; y cuando no sea así, piden la razon y el respeto que no se les dé ni aun pretexto para que se les exacerbe mas. Si el cuento fuera directamente con los académicos aldeanos *reduplicative ut tales* (vea usted cómo todavia no se ha acabado la casta de los padres Fray Toribios), entónces sería otro cuento, y no habria el mayor inconveniente en que otro amigo de usted y mío los saludase segunda vez con alguna ó algunas cartas como las de antaño, que tambien yo tuve el gusto de leer; pero en negocio tan serio, en que toma la voz el senado y pueblo romano, no ha lugar á escaramuzas alegres; y mas en un idioma en que, por forastero al pais, fácilmente pudieran equivocar un significado con otro, pues aun en la *Proclamacion* sucedió algo de esto, siendo así que en el reino de Navarra está mas conocido el lenguaje del Cid Campeador y el de los jueces de Castilla. Por tanto, tambien yo ptedo sacar por capitulacion que en este asunto no nos quebreemos mas la cabeza.

Hendíomela usted de medio á medio con la última especie que toca en su discreta carta, mandándome «que en respuesta le desengañe y le dirija con el pulso acostumbrado, remitiéndole una descripcion del mérito de las obras de historia eclesiástica y profana, dadas á luz por nuestros nacionales, á las que quiere dedicar los ratos que le permitan sus ocupaciones».

Vamos claros, señor Don Próspero: ¿qué mal le he hecho yo á usted para que así se quiera burlar de mí con

tan poca piedad? ¿Puede ser otra cosa que burla el que un hombre de los talentos de usted, que vive en el centro de la erudición, de la crítica y de la sabiduría de España, acuda al último rincón y al último hombre del mundo, por unas luces que le sobran á él mismo, y cuando le faltaran, las tiene tan cerca de sí, que está rodeado de ellas por todas partes?

Respóndame usted á este argumento á *puntas*, que llaman dilema los dialécticos. ¿O por sus mismas cartas he conocido sus singulares talentos, ó no los he conocido? Si no los he conocido soy un porro; y un porro, ¿qué opinión puede hacer en ninguna materia? Si los he conocido, y todavía tengo valor para rendirme á la necia afectación de magisterio (este es aquel otro poquito que dejé arriba) respecto de un hombre tan superior al común de los demás, soy un atolondrado, un aturrido. ¿Y qué aprecio haría usted del dictámen de un tolondro? ¿Vale Dios que el porrazo que usted ha descargado sobre mis pobres cascos, todavía me dejó algún meollo! A no haber tenido esta dicha, y si se me hubiera salido á fuera toda la médula, entónces sí que usted se hubiera divertido un buen rato á costa de mi boba presunción.

Concluyamos: siempre que usted me buscare para amarme, para venerarle y aun para admirarle, me encontrará en actual ejercicio; pero por amor de Dios, jamás me busque debajo de otro concepto, si no quiere que me queje sentidamente de que hace burla de quien no se lo merece. Así lo protesta su apasionado y amigo á ojos cerrados. — Jhs. — José Francisco de Isla.

CARTA CXXIII.

Escrita al mismo sugeto, en Pontevedra á 29 de setiembre de 1766.

Dueño mio: De contado ya sé por la estimada de 17 del que corre, que usted se sienta en silla poltrona, que es hombre de peluca peinada á la greca, y que come cuando quiere un *roti* á la Wittemberg, ó un *fricasé* á la Brandemburg. Sé mas por la presente y las pasadas: sé que usted tiene un secretario de letra á la *dernière*, y que la suya propia nada debe en el rasgo ni en el aire ni en la *propriété*, á las que se pintan en Holanda con mano mas desembarazada y mas maestra.

Cuarenta años há todos estos indicios eran casi una demostración de un supuesto en el fuero externo, como yo me lo he representado: confieso que hoy (tal vuelta ha dado el mundo) no hacen mas que una opinión probable, pero de una «probabilidad tan caracterizada» (¿qué le parece á usted del galicismo?), que hasta el mismo Padre Cócina la habia de tragar, sin embargo de que su teórica era tan opuesta á este bocado como inclinada á él su práctica, no ménos que glotonoso su goloso apetito. Sea usted lo que fuere en el fuero de la calle, yo me mantengo en mis *trece* (todavía no he averiguado por qué no pueden ser catorce) de que en el fuero interior del alma y de la conciencia, si no llega á *majestad*, por lo ménos de *alteza* no baja nada, ni un pelo, ni una línea, aunque sea tan delicada como la que tiró Apéles en aquel lienzo que sirve de paño á todos los púlpitos. No *demorderé* de este concepto, aunque usted me asegure con juramento que se llama Toribio Morcon, que trata en agujas en París y que vive en el

barrio de Lavapiés. Pero esto maldita la cosa importa: entrémonos en materia.

Convence usted con su doctrina, tanto como con su modestia, que puede hacerme dueño absoluto de sus bienes y de su persona, con tanto despotismo (porque mayor no puede ser) como el que supone Maitre Emer Joli de Fleury en el general de la *soi-disant* Compañía sobre los *soi-disants* jesuitas; que puede respetarme como á su padre, si se le pone este disparate ó este anejo en la cabeza; y en fin, que puede hacer de su persona un sayo, como cualquiera, y ajustármele á mí como le diere la gana. De todo esto quedo convencido plenamente; pero nunca me acomodaré á ser padre de un hijo desconocido, mientras las leyes que han fijado las dudas de los hijos respecto de sus padres con el axioma legal: *Pater est quem nuptiae demonstrant*, no inventen otro, y nos lo intimen, que fije la incertidumbre de los padres respecto de los hijos. Ni aun me rendiré á declararme padre espiritual de usted, mientras se mantenga de tapadillo; porque, aunque sé muy bien que ni la carta ni el nombre son pecados, y por consiguiente ni materia de confesion, ¿cómo he de creer que tenga confianza para descubrirme su conciencia, el que me reserva lo que hace patente á todo el mundo? Así pues, no se trate ya de *paternidad*; que yo estoy muy contento con mi reverencia.

Tambien me lisonjeo de que lo estará usted con la breve descripción que le voy á hacer del mérito que concibo en la historia eclesiástica y profana, escrita por nuestros nacionales, como me lo mandaba en su carta de 20 de agosto y me lo inculca en la de 17 de setiembre, sin dar cuartel á unas excusas tan legítimas y tan legales. En esto no hay mas inconveniente que el que usted me tenga por un tonto; pero ese ¿qué inconveniente es? Voy pues allá prontamente.

Historia eclesiástica completa que merezca este nombre sin aliciar la voz, no la tenemos en España escrita por autor español; quiero decir que no tenemos cuerpo entero de historia eclesiástica, por lo ménos yo no le conozco, sino algunos miembros descuartizados. Illescas tomó de su cuenta á la cabeza en la *Historia pontifical*; buena, sin duda, por su estilo corriente, llano, puro y natural, sin bucles, sin papillota y sin turs. Mezcló en ella gran parte de la historia profana perteneciente á cada pontificado; y eso ¿qué importa? Los analistas de la Iglesia, digámoslo así, asalariados y de profesion, hicieron lo mismo; y si no, allí están Baronio, Poggio, Brozovio y Saliano, que no me dejarán mentir. Ni se puede hacer otra cosa. La *Concordancia del sacerdocio y del imperio* siempre ha sido grande, aunque la jurisdicción de este sobre la de aquel nunca haya sido tanta, ni con mucho, como pretenden el parlamento de París, sus clases subalternas (después del parlamento de Londres), y tal cual ultramontano, que estaria mejor de los Pirineos para allá ó á las márgenes del Támesis; pero disuena mucho á la orilla de Manzanares, eternamente desacostumbrada, hasta este infeliz siglo, á oír los graznidos de semejantes pájaros.

Gil Gonzalez Dávila, en su *Teatro de las iglesias de España*, se encargó de una parte muy noble de este cuerpo; pero nos regaló con poco mas que un Menologio: copió el Breviario, trasladó algunos papeles; mas con tanta desgracia, como lo notan á cada paso los bulandis-

tas; y á lo sumo, nos presentó un catálogo de todos los obispos, y aun este equivocado frecuentemente en nombres, en apellidos y en cronología.

De la *Historia de la Iglesia y del mundo*, que escribió Pellicer, no se hable: es admirable obra para aprender á hablar oscuro, á hablar de todo, y á saber de nada. La *España sagrada*, que anda en las manos de todos y está sobre el *tapis* (bufete sería mas claro, pero de *de* á *de* nos moda), es una coleccion ó hacinamiento de nobles materiales para formar una bella historia eclesiástica de España, como los coja, los coloque y los distribuya un buen maestro. El *Episcopio*, ó nombres y hechos de los obispos de Barcelona, que en muy puro latin dió á luz el Padre Mateo Heymerich el año de 1760, es lo que suena, y por consiguiente solo trata de un miembro, precioso sí, pero muy pequeñito, del gigante cuerpo eclesiástico, aunque hace su anatomía histórica con el primor, con la delicadeza y con la crítica que ninguno. De estas historias particulares se puede decir que hay casi tantas como iglesias. Pero usted me pregunta por una Historia eclesiástica universal y completa, escrita por autor español: á lo que yo respondo que no la halla; porque la del eminentísimo Orsi, que se está traduciendo, es trasplantada.

Olvidábaseme decir dos palabras sobre la *Monarquía eclesiástica* del Padre Pineda: es tan pesada como su autor, de quien he leído, no sé dónde, que fué hombre muy corpulento; sobre que, en suma, solo se reduce á probar historialmente el gobierno monárquico de la Iglesia, independiente de las formalidades que son de sustancia en las demas especies de gobierno.

Sobre la historia profana hablaremos en otra carta. En esta no puede ser por estar ya de marcha para la bella quinta de Lestrove, que tiene el señor arzobispo de Santiago en su villa del Padron, donde me espera pasado mañana, sin reparar que yo soy mas para vendimiado que para vendimiador, por lo que tengo de moscatel. No sé cuánto tiempo querrá su ilustrísima mortificarse en sufrirme junto á sí; porque voy enteramente sacrificado á su voluntad; pero las cartas no deben mudar de direccion, pues con solo un dia de atraso retrocederán á buscarse en aquella quinta, lo que prevengo á usted por si tiene algo que mandar á su agradecido y apasionado servidor á tientas.

P. D. ¡Qué gusto me daría usted si mandara á su secretario que sacase una copia de mi penúltima carta (caso que exista ya *in cartarum natura*) y me la remitiese!—Jhs.—José Francisco de Isla.

CARTA CXXIV.

Escrita en Pontevedra á 5 de setiembre de 1766.

¡Oh mi padre maestro tundidor! ¡Y cómo cardará vuestra reverencia la lana á la sagrada teología en ese antiguo teatro de mis hazañas profanas y sagradas; que de todo hubo! Riase vuestra reverencia de los pelaires ambrosianos y salmantinos, que verdaderamente lo son respecto de los segovianos. Orasme: el frio es cierto que aprieta un poco á su tiempo; pero con soplar bien en todos sentidos, está el cuento acabado. ¿Y qué trabajo le costará el soplar al que tiene figura de fuele estrujado? No sentí poco que vuestra reverencia se fuese sin ver este jardin, por ver si era tan ameno como la Fon-zisla, el paseo de la Soledad y los becoquines del con-

vento de San Vicente; pero á bien que vuestra reverencia comienza ahora á vivir, y le podrá ver cuando saque en el púlpito mi calavera. A fe que estuvo bien cerca de serlo quince dias há, por una desenfrenada disenteria, acompañada de vómitos, que dió algun cuidado; pero atájose, gracias á Dios, y aunque no tan corrientes, hemos quedado tan amigos como ántes. Buena prueba es del recobro el estar con todos los demas en los baños espirituales, quiero decir, en los santos ejercicios, los cuales ya sabe vuestra reverencia que no se suelen hacer en tiempo de curso ni de cursos. Aun no ha llegado aquí ninguno de los tres que vienen, y solo ha salido uno de los cuatro que se van. Este fué el Padre Granja, que se comenzó á ir cuatro dias despues que le llegó la póliga, y todavía no ha llegado á su destino ni sabemos cuándo llegará. No hay que extrañarlo, porque las granjas no suelen estar bien con los colegios.

Memorias al Padre Rector y Padre Bequers, el Noé de ese diluvio colegial. Miento. Olvidábase del Padre Pedro Piedra, Losa, Iliero y Machuca. Mande vuestra reverencia desde ese todo lo que se le antojare; y si necesitare dinero, acuda á esa casa de la moneda; que con esta y su recibo estará bien dado. —Vuestrísimo. —Jhs. —José Francisco de Isla. —Reverendísimo Padre Roza.

CARTA CXXV.

Escrita en Pontevedra á 22 de enero de 1767.

Amigo y señor: No he leído los caracteres de Monsieur de la Bruyère; con que nada puedo decir sobre ellos. Las cartas de Antonio Perez son muy aplaudidas de los genios oscuros y misteriosos: el mio no lo es, y así nunca me han agradado.

Sé que ha llegado á manos de usted aquella obrita, y que no le desagradó. Como tampoco desagrade al interesado en ella, nada importa que no me agrade á mí. Soy un padre á quien no ciega el amor de los hijos: hasta ahora no he engendrado ni siquiera uno de quien pudiese decir: *Hic est filius meus in quo mihi bene placuit*. Cuanto mas parentesco tienen conmigo los partos físicos ó intelectuales, con mas desconfianza los miro: quiero decir, con ojos mas críticos y ménos contentadizos. Quisierálos á todos perfectos en el último grado, y esto mas es para deseado que para conseguido.

El libro de que á usted le hablan es la llamada *Historia literaria de España*, escrita por dos frailes tercerones de San Francisco (como los de Mellid), ambos andaluces y ambos hermanos carnales, llamados Rodriguez Mohedano. Tengo casi leído todo el primer tomo, á expensas de un gran caudal de paciencia, por la pesadez de su estilo, que con una bella edicion junta una intolerable machaquería, repitiendo cien veces fastidiosamente una misma cosa. Lo que dicen contra mi Nota, mas merece desprecio que impugnacion, porque fingen lo que se les antoja, suponen lo que no digo, entienden mal lo que explico, y en fin, se conoce que tienen gana de tirarme por la pluma para cogerme por ella y aprovecharse de la ocasion en unos tiempos tan críticos; pero quedarán perfectamente burlados. Decir lo que me parece de esta primera muestra de la obra, es cuento largo; solo me atrevo á pronosticar que correrá poca fortuna entre los verdaderos sabios, de lo que ya se han dado bastantes señales en Madrid.

« Mi cabeza no está para mas conversacion , ni aun para tanta; y así quédese usted con Dios, que le guarde cuanto deseo.—De usted.—Jhs.—*José Francisco de Isla.*—Señor Don N.

CARTA CXXVI.

Escrita en Bolonia á 29 de setiembre de 1772.

Amigo y señor : He leído con singular gusto el utilísimo trabajo de usted, desde la primera letra hasta la última, y con particular atencion la bella Disertacion preliminar que le precede, la cual se puede llamar un compendio del mismo Compendio, en que oportunamente se traen algunos de aquellos tantos lugares, así de concilios como de padres, y tambien de autores profanos, que se hacian en el original, y con razon se omiten en el sinópsis. Gran lástima es que la turbacion de los tiempos no permita que se extienda por toda Europa un epitome, no solo tan provechoso, sino tan necesario en el infeliz siglo que corre, no tanto para desengañar á la ignorante muchedumbre, que con buena fe se deja deslumbrar de las doctrinas de moda, las cuales no son mas que una pomposa reproduccion de los antiguos errores; cuanto para abrir los ojos á los soberanos que incautamente los patrocinan, sin advertir que las que suenan defensas de su pretendida no limitada potestad, son cirzaques soterraneos atestados de insidiosas pólvora, que van á dar en tierra con su reputacion y con su imperio, como lo muestra invenciblemente el autor en el penúltimo artículo contra el impío Genovesi.

Los vivos pero naturales colores con que se pinta en la Disertacion el verdadero carácter de los autores cuyos escritos se impugnan, todos son fielmente tomados de la misma tabla del principal pintor que con tanta destreza los dibuja : quiero decir, que no hay pincelada en el Compendio que no sea copia de los rasgos con que aquí y allí los retrata el autor original, y consiguientemente, que de este y no de aquel se deben quejar los que se dieren por ofendidos del retrato.

Ni en la Disertacion ni en el cuerpo de la obra he notado cosa que no se pueda fácilmente corregir, caso que lo merezcan mis reparos. En el número 4 de la Disertacion se dice : « La Iglesia tiene la potestad regia residente en el universal vicario de Jesucristo.... como recibida inmediatamente del Rey de los reyes. » La Iglesia, ó su cabeza el vicario de Jesucristo, no tuvo esta potestad regia hasta el siglo VII, y en él no se la comunicó inmediatamente el Rey de los reyes, sino el emperador Carlo-Magno en la cesion que hizo á la silla apostólica del reino conquistado á los longobardos. El Rey de los reyes á ningún monarca particular ha comunicado hasta ahora « inmediatamente la potestad real », sino á Saul y á David por el conducto de Sammel.

En el mismo número : « Las leyes evangélicas, que hacen de sus súbditos otros tantos ciudadanos del cielo. » Yo diria de sus súbditos *que las observan*; porque sin esto serían *ciudadanos del cielo* todos los herejes, todos los cismáticos y todos los malos cristianos, que son verdaderamente súbditos de aquellas leyes. Ibidem. « La Iglesia tiene en su regio erario inmensos tesoros, no solo espirituales, sino temporales y terrenos. » Hablándose aquí, no de los tesoros de la Iglesia universal, sino de los de la Iglesia de Roma, como consta de

aquellas palabras *regio erario*, las cuales á ninguna otra iglesia particular pueden aplicarse, es dar armas á los herejes y á los políticos, que tanto gritan contra los tesoros de la iglesia romana en particular, y contra los del clero en general. El cardenal Pallavicini muestra concluyentemente que no hay soberano mas pobre respectivamente que el Pontífice.

Finalmente, en el número 2 se dice : « El estado bolonés, cuando era república libre, soberana, independiente, se entregó libremente al dominio de la Iglesia. » El estado bolonés nunca fué reconocido por « república libre, soberana, independiente ». Despues que Carlo-Magno se le quitó á los longobardos, le heredó con el tiempo la condesa Matilde, juntamente con la Romanía y gran parte de la Toscana. Esta princesa, que murió sin herederos forzosos, le cedió en plena soberanía á la Iglesia, bajo la proteccion del Imperio. En las civiles guerras de güelfos y gibelinos, en que casi todas las ciudades de Italia fueron usurpadas por diferentes tiranos, corrió Bolonia la misma fortuna, y sus usurpadores se arrogaron la soberanía y la independencia; pero, arrojados de la ciudad los que tiranizaban á Bolonia, no ya « se entregó libremente al dominio de la Iglesia », sino que « volvió á entrar » en el dominio de su legitimo soberano. La palabra *libertas*, de que usa en su escudo, no alude á que jamas haya sido república libre, sino á que con su valor se libró de los que la tiranizaban, y restituida al dominio de su legitimo dueño, mereció las libertades y franquicias que goza aun en el dia de hoy.

En el cuerpo de la obra solo observé de paso tal cual pasaje un poco embrollado y oscuro, algunos puntos tocados con demasiada prolijidad para un compendio, la division de los párrafos no la mas proporcionada, y una ú otra frase ménos propia, como *rescalentar* por *recalentar*, *decapitar* por *degollar*, *reino sucesivo* por *hereditario*, etc.; y en la Disertacion, « sanguijuela de cola cortada, » lo que acaso sería equivocacion, queriendo decir *lagartija*; porque las sanguijuelas no tienen cola.

Estos levisimos reparos, ni otros que por ventura me ocurrieran si tuviese tiempo para leer la obra con algun mayor cuidado, no disminuyeron un punto el gusto con que la lei, ni el concepto que formé, tanto de su grande utilidad como del acierto de usted en la eleccion de los pasajes mas fuertes y mas inmediatos al asunto, entresacándolos del inmenso almacén en que los amontona la vasta lectura del autor, confundidos con tantos otros que, ó no son tan convenientes, ó parecen mas remotos de la especie que se trata.

Tengo expuesto con sinceridad el juicio que hago por mayor del utilísimo trabajo de usted, á quien restituyo el manuscrito por mano de N., acompañándole con muchas gracias por la confianza con que me la favoreció, y tomándome la libertad de exhortar á usted á que continúe en emplear su laboriosidad y sus talentos en tareas de un digno eclesiástico. Ojalá que todos ocupáramos tan bien el tiempo que Dios nos da ahora tan desembarazado, para que pudiéramos decir á boca llena y con plena satisfaccion : *Deus hæc nobis otia fecit*. Mande usted y viva cuanto desea. Besa la mano de usted su mas afecto amigo y capellan.—Jhs.—*José Francisco de Isla.*—Señor Don N.

CARTA CXXVII.

Escrita en Bolonia.

Amigo y señor: Los maravedises que monsieur hizo llegar á mis manos llenaron mi bolsillo, que muchos tiempos há no era mas que titular, y como si dijéramos bolsillo *in partibus*, á la manera de los condes que se usan en Italia. Las gracias al bienhechor se suponen; pero los chistes no se hicieron para este género de gracias, porque las limosnas no se agradecen riendo, sino inclinando humildemente la cabeza. Hallándome ya tan poderoso, emprenderé la semana que viene (á la salud de usted y la mía) un pequeño viaje á Imola, que dista veinte y seis millas de aquí, es decir, poco mas ó ménos que nueve leguas españolas; porque estas gentes, entre las reglas matemáticas, ninguna es mas de su gusto que la de multiplicar, aunque sea por poquito.

El asunto de este viaje es mudar de objetos y ver si con el movimiento se consolida la anca derecha, la cual con las sangrias ha quedado un poco líquida, y mas que un poco mimosa; pero temo que esto no nazca de la falta de sangre, sino de la sobra de años; porque contando treinta y cinco en cada anca, con dos meses de añadidura, ¿qué han de hacer ya estos pobres muelles sino estar desgastados á fuerza de puro ejercicio? Otro fin tengo en esta política escapatina, y es huir de los adobos. Preguntará usted qué son adobos. No son cosa de mondongo: voy á decirlo: hay en esta gran ciudad cincuenta parroquias; y todas celebran cada año la fiesta del Corpus, pero entre todas se nombran alternativamente cinco que la celebran con particular magnificencia y solemnidad, compitiéndose unas á otras. Repáranse con tiempo las calles que corresponden á las cinco parroquias, que están en turno; revócanse las fachadas de todas las casas, adórnanse los santuosos frontispicios que por una y otra banda guarnecen no solo las hermosas, larguísimas y espaciosas calles maestras de toda la ciudad, sino tambien las otras de segunda clase que desembocan en ellas; se adornan con tanta pompa, con tanto aparato y con un gusto exquisito, formándose en bóvedas, columnas, arcos, cornisas, festones y capiteles, todo de brocado y de brillantísimas telas de oro y plata; que cada calle parece un templo eterno, compuesto de una nave interminable, y cada pórtico un salón ó galería en que el arte, la naturaleza, la riqueza y la propiedad derramaron pródigamente todas sus preciosidades y todos sus primores para determinar allí la admiración y el embleso.

Los capacísimos zaguanes de los palacios comprendidos en las parroquias del Rolde, presentan á la vista otros objetos no ménos preciosos, á la verdad, pero mucho mas apreciables. Todos ellos están llenos de varios trozos de arquitectura figurada, como pirámides, obeliscos, cúpulas, corredores, gabinetes, etc., que llegan hasta el techo; pero ¿de qué materia? Si á usted le parece, de panes, de permiles, quesos, salmones, frutas, etc., para distribuirse á los pobres de la parroquia con preferencia, y despues entre todos los de la ciudad. Las tapicerías que cubren las paredes de dichos zaguanes, desde el techo hasta el pavimento, tal vez suelen ser de piezas enteras de telas, paños y lienzos para vestir á los mismos pobres, gastando en esto millares de sequines: esto en los palacios de los nobles, que en

Bolonia pasan de trescientos á cual mas suntuoso; pero en las tiendas de los mercaderes, botegas de los tenderos, covachuelas de los quinquilleros y oficinas de los demas artesanos, que son innumerables de todos oficios, y por lo comun muy primorosos, cada uno forma lá piezas de arquitectura que mas le agradan. Este es un fuerte con todas sus fortificaciones y obras exteriores; aquel un teatro de los espectadores; el otro un circo figurando en él los gladiadores y las fieras; el de mas allá un jardín adornado de estanques, fuentes, estatuas, jarrones y banquetes; pero todos de las materias que corresponden á sus respectivos oficios: el mercader, de telas, paños, brocados y tisúes; el tendero, de su quinquillería; el tratante de sedas, solo de madejas de esta especie, distribuyendo en ellas los colores que ha menester para su idea; el zapatero, de sus pieles, de sus zapatos, de sus hormas, de sus lesnas, de sus trinchetes, de sus tirapiés y de sus sacabocados; y así de los demas.

El año pasado un boteguero ó pastichero que solo trataba en fideos de masa, formó un palacio de estos materiales, con su pórtico, sus corredores, su sala, su gabinete y un jardín grotesco, tan parecido, que me dió gana de embocarme en el tal material, y estuve por encerrarme en la gruta haciendo el San Jerónimo, solo que los cantos que habia eran mejor para darse en la boca que en los pechos. Estos son en bosquejo los célebres adobos de Bolonia: para verlos se despueblan las provincias vecinas, las toscanas, el modenese, el ferrares, el milanese, el mantuano, el veneciano y gente romana. Y como aquel bendito Fray G. está metiendo mas bulla en Italia que metió en España, toda la turbanulta de literatos y literatillos (hay en estas regiones de entrambas clases á enjambres) quieren ver de qué figura es el padre que le engendró y parió: de manera que el año pasado me molieron, me trituraron, me cernieron y convirtieron en polvos de salvadera, dejándome tal, que ya que no sirviera para adobo, me pudieran echar en escabeche. Por escapar esta secatura, quiero huir este año de los tales adobamientos, ya que, gracias á Dios y á una alma caritativa, tengo con que pagar un calesin. Dígaselo usted á la otra mitad suya, reverendísima padrona mia, que le hace epiceno, y déjeme rubricar que soy todo de los dos en iguales partes.

CARTA CXXVIII.

Escrita en Bolonia á 26 de noviembre de 1772.

Amigo y señor: Estoy vivo, robusto, alegre, flaco y viejo: voy á entrar en los setenta años. No me morí á tres jornadas de Turin, llamado del rey de Cerdeña, segun dijeron en Bilbao, no sé para qué. Sería para predicar en Ginebra el próximo advento.

Nada tengo y nada me falta, porque estoy mas contento con mi nada que cuando me sobraba todo. He tenido gran consuelo en saber de ustedes dos, ó de usted uno. Este pais no puede ser mas delicioso, ni la ciudad mas magnífica, ni la gente noble mas tratable: limpieza, policía y cultura, expresiones cuantas usted quisiere; mas no se hable de otra cosa. Los templos y edificios soberbios, palacios suntuosos, muebles especiales, calles espaciosas, carrozas, tabernáculos, caballos frisonos (salvo que son de azabache), mujeres polifemas, literatos á pasto, academias como paja, plaza abundan-

tísima, comercio grande y bullicioso, hombres que corren, damas que vuelan y frailes que bailan.

Este es el pueblo en donde vivo, las campañas, jardines, palacios, casinas, bosques, huertas, arroyos, ríos, pozos, fuentes, y en una misma pieza viña, monte, tierra y huerta. Los caminos públicos, como las calles de los jardines reales de Aranjuez y San Ildefonso: los alimentos de bella apariencia, pero de poca sustancia. El vino es la mitad agua, pero sabe á vino. Las damas mas damas lo beben como allá se bebe la horchata. Puede hacer hidrópicos, pero no borrachos (hablo del vino venal). Está usted obedecido en la descripcion que me pide de esta region, y lo estará siempre en todo lo que dependiere de mí. Lo mismo digo al otro usted; porque de entrambos soy uno, y lo rubrico.

CARTA CXXIX.

Escrita en Bolonia.

Amigo y señor: ¿Ha visto usted á la Calzada? Señor, sí; pues haga cuenta que vió á Imola; medio pueblo, media ciudad y media aldea. Solo tiene un domo, es decir una catedral; dije mal: dos catedrales de singular fábrica, porque están una encima de otra, figurándose una gran bella naranja, con una gran nave en la iglesia superior, cubiertas ambas con la misma soberbia cúpula, que les sirve como de pabellon. Está el cuento acabado y concluida la pintura. Venéranse en esta rara fábrica los cuerpos de San Pedro Crisólogo y de su patron San Casiano, aquel maestro de niños que debió de azotar mucho á los muchachos, por lo cual ellos le martirizaron de tan linda gana. Allí se consolidaron mis piernas y se evaporó el dolor de las ancas: si por virtud de los calores, que han sido y son excesivos, ó porque se agoló el manantial reumático, eso doctores graves tiene la medicina que no lo sabrán responder. Como quiera, despues de mes y medio me volví á mi Bolonia con algunos dias mas y con algunos ajes ménos: ó lo que es lo mismo, mas viejo, pero ménos débil. De usted. —*Isla*.

CARTA CXXX.

Escrita en Bolonia, antevíspera de Navidad de 1773.

Sí, señor y amigo: Budrio es el país de la cunaña; por otra frase *il quadaño sicuro al lotto*. *Signor, sí*. Recíbese en él, verbi-gracia, una carta por el correo, escrita á 9 de noviembre, cuesta el porte doce *bayocos*, es decir, casi tres reales: ábrese la tal cedulita, y hállase el recipiente (no digo *recibidor* porque no soy San Juanista) con doscientos reales en letra segura para dulces de Navidad, ó (lo que será mejor empleo) para collarines de *Monsieur l'Abbé*, convertido en tal por virtud de cierta trasmigracion que no conocí Pitágoras, y en fuerza de una especie de metamorfosis que se le escondió al tomitano Nason. Item, en este tal país llega uno (*exempli causa*) á tener setenta y un años cumplidos, cáensele todos los dientes, y come; púnzante por todas partes, y duerme; córtanle las piernas, y anda; átanle las manos, y está en continua accion; arráncanle la lengua, y coorrea y papagayea, y casi casi monjea. Por lo demas Budrio es un bostezo de ciudad, un flato de pueblo, un regüeldo de corte á *parte post*, y (en una palabra) un remedo de todo lo que no es. Hay en él tres conventos, dos de frailes por la mañana y cazadores por la tarde, y

el tercero de frailes á todas horas. Item, un conservatorio de *suoras* escabechadas, crepúsculos de monjas y pretendientes de lo que saliere, las cuales andan por las calles, ni mas ni ménos como todos los demas cristianos. Item, hay un conde real y verdadero, de carne y hueso como cualquiera hijo de Adán; ántes bien hay bueyes que no tienen tanto hueso ni tanta carne; el cual parecería bien tras de cualquiera recua honrada, ni estaría tampoco mal guiando el famoso carro de Bootes. Finalmente, en Budrio se provee caritativamente y á buen precio á todos los ahorcados del mundo, pues segun el cordel que aquí se fabrica, no parece posible haya alguno cuyo collar no descienda de esta alcuña.

Está usted obedecido en lo que me manda en la mencionada carta: así lo estuvieran mis deseos de que usted trate de mejorar de salud para mejorar de humor, y para que su compañía y yo mudemos tambien de terno; porque el fondo del mio es de *requiem*, por mas que la superficie suene á gaita. *Devotissimo ed obligatissimo*. —*Il Abbate Neonato*.

CARTA CXXXI.

Escrita en Bolonia á 18 de abril de 1776.

Muy señor mio y mi dueño: Porque son incesantes los beneficios de Dios, deben ser incesantes nuestras gracias. ¿Qué razon habrá para no usar lo mismo con los hombres? Miéntras usted no se canse (que, segun está fabricado su corazon, jamas se cansará de ser el vicede todo de mi amada hermana Maria Francisca), tampoco le podrán cansar jamas los estériles, pero vivísimos desahogos de nuestra gratitud. Ella podrá inny bien llorar la pérdida de un consorte, y yo la de un cuñado, que era sus delicias y las mias; mas ni ella ni yo, miéntras viva usted, podemos echar ménos la de un Ayala y de un amigo. El nombre es diverso; pero el hombre es el mismo, si es cierto que el alma constituye al hombre, y no la figura. Dichoso usted, que en sus mismas acciones encuentra mérito y premio; porque el premio del bien que se hace, es lo bien hecho. Esto nos debe consolar á la pobre vinda y á mí. A no ser esto, los continuados y grandes beneficios de usted debieron llenarnos de una honrada y pundonorosa desesperacion. No la hay mayor (para un corazon bien fabricado) que la necesidad de parecer ingrato; como el mayor consuelo de una alma generosa es el poder ser tan benéfica, que siempre se quede deudor el mas reconocido agradecimiento.

Usted me ha llenado de honor y de gozo con su estimadísima carta escrita en 10 de febrero. Ya no llamaré desgraciada á esa mi querida hermana: ya se ha cambiado mi compasion en envidia: ya no la hace falta mi presencia, sino que sea para ejercicio de su paciencia, para aumento de su mérito y para empleo de su caridad. Ann cuando aquella fuese posible, como no lo es sin un milagro de la naturaleza y de la gracia, no la podría yo servir para otra cosa. Un viejo mas que septuagenario, ménos oprimido de los años que de los achaques, siempre es insufrible carga, y nunca alivio. Pero demos que lo pudiese ser. ¿Cuánto podría durar? El hecho es que los mozos pueden morir, pero los viejos no podemos vivir. Asíque, por un relámpago de consuelo se comprarian muchos dias de arrepentimiento y de llanto. Suplico á usted que se sirva hacerla tomar el gusto á estas verdades, á fin de que no se caliente al

amor de engañosas esperanzas, que, cuando se experimentan fallidas, se convierten despues en intolerables amarguras. Y si el que quiere bien á Beltran, quiere bien á su can, el que tanto ama y tanto favorece á María Francisca, no puede aborrecer ni despreciar al hermano de esta viuda, no ya muy *apasionado*, sino muy obligado, muy justo, y muy indispensable servidor de usted. — *José Francisco de Isla.*

CARTA CXXXII.

Escrita en Bolonia á 22 de octubre de 1777.

Muy señor mío y mi dueño: Por mano de D... recibí la muy estimada de usted con fecha de 18 del pasado, rindiéndole las mas expresivas gracias por lo mucho que me favorece y me honra, no solo con su memoria, sino principalmente con su benigno concepto, suponiéndome capaz de vindicar el honor de nuestra nacion, que usted juzga atropellado con la graciosa obra *Gil Blas de Santillana*, que se atribuye á Monsieur Le Sage.

Mucho tiempo hace que tengo noticia de la tal obrita; pero nunca la he visto en frances ni en italiano; por lo que no puedo hablar de ella con conocimiento de causa y de dictámen propio, aunque me basta el de usted para creer desde luego que merece el desagrado de todo buen español. Sin embargo, mientras no la vea yo, no puedo reconocer perfectamente las fuerzas del enemigo, que tomar por ella la medida á las mías, que siempre fueron muy débiles, pero en la edad de setenta y cinco años es preciso considerarlas muy lánguidas, cansadas y disminuidas. Y pues usted me dice que por mano de su tío dispondrá que lleguen á las mías los cuatro tomitos que constituyen dicha obra, cuanto mas ántes lo dispusiere, mas presto diré yo con cristiana realidad lo que podré hacer ó no podré en punto á lo que se desea de mí.

De dos Monsiures Le Sage hace memoria el *Diccionario histórico manual*, ambos del siglo pasado. El primero es de Montpellier, y fué un puro, purísimo bufon, indigno del nombre de autor: solo hay de él una rapso-
dia ó coleccion de poesías líricas, intitulada *Les folies de Monsieur Le Sage* (*Las locuras del Monsiur Juicioso*), con una pueril y fria alusion á su apellido Le Sage. «El título, dicen los autores del *Diccionario*, corresponde perfectamente á la obra, pues se reduce á unas composiciones sueltas sobre asuntos ridículos y puercos.» El segundo es nuestro autor en cuestion, el célebre Monsieur Alano Renato Le Sage, acreditado de poeta frances, que remedó nuestro *Guzman de Alfarache*, al *Bachiller de Salamanca*, al *Gil Blas de Santillana*, al *Diablo cojuelo*, y escribió las *Nuevas aventuras de Don Quijote*, y compuso algunos dramas que fueron aplaudidos en los teatros de Francia.

Vuelvo á decir que nada he leído de este autor, porque siempre he sido poco inclinado á lecturas frívolas y de mera diversion: solo sé que pasa en Francia por buen crítico, por ingenio agudo, por pensador sólido, y por escritor muy sazonado, pero de una sal delicadísima. Si esto fuere así, desde luego me confieso poco David para salir á lidiar con tamaño Goliath; pero verémos si es tan fiero el leon como le pintan; porque siempre hay gran diferencia de lo vivo á lo pintado.

Los señores Torrubia y Don Luis Lasarte, si es que viven (lo que yo no sé), no habitan en esta ciudad, sino

en Forli, diez leguas de ella. Informarme, y si ambos existieren, sabrán la memoria que deben á usted y á mi señora Doña María Luisa, su dignísima consorte. A uno y á otro dedico yo todo mi respeto, deseándoles verdadera felicidad y larga vida. Besa las manos de usted su muy obligado servidor y capellán. — Jhs. — *José Francisco de Isla.* — Señor Don L. C.

CARTA CXXXIII.

Escrita en Bolonia á 23 de enero de 1778.

Amigo y señor: Avisáronme que tenia en la posta un grueso pliego, para cuyo rescate me pedian 11 libras y 16 bayocos, es decir, 47 reales y 4 maravedises vellon de nuestra moneda. Estuve dudoso si le rescataria, temiendo que fuese una pesada burla de carnaval (que en este país amanece muy temprano) inventada por algun maligno, para insultar mi pobreza; pero pudo mas la curiosidad, que la necesaria economía. Redimíle pues de aquella tirana esclavitud, y halléme con el impreso intitulado: *Declamacion oportuna contra el libertinaje del tiempo*, que en forma de carta pastoral dirigió á su rebaño el ilustrísimo señor Don Francisco Alejandro Bocanegra, arzobispo y señor de Santiago. No le acompañaba carta, esquila ni el menor indicio de la generosa mano que me hacia este inestimable regalo, y por lo mismo quedé convencido de que solo usted era capaz de haberme proporcionado este honor, este gusto y este indecible consuelo.

Solo con haber leído el título y el autor de la obra, conocí que la habia comprado á bajísimo precio. Pasé inmediatamente á engullirme toda la *Declamacion*, atropellándose el aliento por acabarla, y saliéndole al encuentro el disgusto porque se acababa. Volví á leerla con mayor sosiego, para que durase mas el gusto, y calmado el alboroto y el alborozo del alma, se desprendiese de toda preocupacion importuna, para hacer juicio sereno de la oportunísima *Declamacion*. Tercera y cuarta vez repetí la misma lectura, y tercera y cuarta vez tumultaban mas los afectos de admiracion y de gozo, porque cada cláusula del *Silbo pastoral* nuevamente los excitaba, empujándose los unos á los otros.

Desconfiado, en fin, de lograr la quietud y la indiferencia que pretendia, me contenté con levantar el corazón á Dios, y rendirle humildes gracias porque en tiempos tan turbados hubiese concedido á su Iglesia un pastor de este celo, de este espíritu y de tan triunfante elocuencia; pero muy particularmentese las rendí, porque un pastor de tal carácter hubiese tocado á aquel rebaño de que por un breve tiempo yo mismo fui flaca, roñosa é inútil res.

Ya tenia noticia, con imponderable dolor mío, de lo necesitada que estaba aquella grey de un *Silbo* por una parte tan fuerte, y por otra tan dulce como el que alienta esta *Declamacion*, para dispartirla de su modorra.

En el edicto del Santo Oficio, publicado en 20 de junio del año pasado, habia leído la total prohibicion de un cuaderno manuscrito y de otro impreso en esa ciudad, su autor un *sustituto* de la cátedra de prima en la universidad de Santiago, «por estar llenos de doctrina escandalosa, y defenderse las conclusiones contenidas en el manuscrito con proposiciones formalmente heréticas ó próximas á herejía, apoyadas sobre los fundamentos que usan los ateístas, y con pruebas de que

se sirven los herejes, calvinistas y protestantes cismáticos;» mandándose borrar en el impreso catorce proposiciones, «por contener doctrinas falsas, impías, escandalosas, temerarias, injuriosas á la santa Iglesia, erróneas, heréticas, tomadas de autores herejes, como Lutero y Calvino.»

Esto me hizo conocer que la peste de la gran moda, quiero decir, los libros de los filósofos á la *dernière*, y espíritus fuertes por antífrasis, habia cundido hasta la ciudad santa, depositaria del catolicismo español en la sagrada urna del grande apóstol y patron de las Españas, que primero le sembró en ella con la cruz, y después le defendió con la espada, cortando la eizaña agarena que por los pecados de nuestros abuelos habia permitido el cielo se introdujese á sofocar en casi todo el campo de la Monarquía el grano del santo Evangelio.

Dije que por la condenacion de aquellas proposiciones, y por la designacion de los hediondos manantiales donde las bebió su autor, habia conocido la introduccion de los pestilentes libros y apestados filósofos de la última moda en la ciudad de Santiago; porque los Voltaires, los Russeans, los Montesquius, los Dalmaberts, y los otros corifeos de la moderna impiedad, no bebieron de otras fuentes que de los Calvinos y Luteros, como estos en las de los Wiclefes, Juannses, Miseres, Espinosas, copiados despues en gran parte por los Richeres y Caneyraes; de cuyas impiedades hicieron despues una pomposa coleccion los campanudos y ácreos enciclopedistas: verdad que no podrá negar cualquiera que tenga alguna leve tintura de la historia eclesiástica.

Sorprendiome sobremanera ver protegidos estos errores por el tal catedrático, á quien conocí muy jóven: era entónces de unas costumbres tan castigadas, y de una aplicacion á estndios serios, que prometia otros aciertos en la eleccion de sus fatigas literarias; pero al fin, todo hombre es hombre sujeto á las miserias de la humanidad, y por lo mismo le considero como una de las excepciones de aquella regla general que nos enseñó el Espíritu Santo cuando dijo: *Adolescens juxta viam suam etiam cum seruerit non recedet ab ea*: excepcion que ya observó San Gregorio Nacianceno en otro viejo muy parecido á nuestro sustituto de la cátedra de prima, cuando dejó escrito hablando de él: *Angelicus juvenis senibus satanizat in annis*.

Pero, volviendo á mi asunto, supuesto que el contagio de aquellos libros haya cundido tanto en aquella desgraciada grey, no parecia posible remedio humano mas necesario ni mas eficaz, que el que le aplicó su vigilantisimo pastor. No se detiene en confutar las infernales máximas de que están llenos, lo que sabria hacer con tanta valentia como el que mas (diga lo que quisiere su modestia), porque este fácil empeño le han tomado tantos de su cuenta y le han desempeñado con tanta felicidad, que se haria agravio á los mismos reproducidores y engalanadores de aquellas rancias y pestilentes doctrinas, si no se creyese que ellos mismos eran los primeros que estaban bien convencidos de su falsedad. Lo propio digo de sus prosélitos y secuaces, si han leído y entendido lo mucho y muy escogido que se ha escrito en la materia. Así que no se trata ya de convencer el entendimiento con razones; trátase únicamente de mover la voluntad á que abraza lo que la razon y la con-

ciencia la enseñan. Para esto era ociosa aquella parte de la elocuencia didascálica que pertenece al género deliberativo ó instructivo; y solo era necesaria la que toca á la mocion, comprendida en el patético, declamatorio y exhortativo.

¿Y en esta especie será fácil encontrar en nuestra lengua otra declamacion que dispute las ventajas á la de nuestro celosísimo y elocutísimo prelado? ¿Se podrán esperar muchas que la compitan ó que se la acerquen? ¡Oh, y con cuánta propiedad la llama *Silbo*! Penetra, mas no lastima; despierta, pero no hiere; no es estallido de la honda, que asusta y estremece; no es golpe violento del cayado, que tal vez produce fracturas y contusiones. Es silbo que avisa, reclamo que llama, y ruido inocente que desvela con dulzura á los que duermen sentados á la sombra de la muerte.

Pero ¿logrará esta imponderable pieza la universal aceptacion y el general aplauso que de justicia se la debe? No lo sé: solo sé que el partido de los volteristas y de los rusistas es muy numeroso: no lo es tanto, ni con mucho, pero lo es bastante para no ser despreciado, el de aquellos delicados críticos que, pagados de sus ideas, no saben aprobar lo que no se conforma con ellas, aun en objetos que no es fácil los miren ellos sin preocupacion ni segun su verdadero punto de vista: miseria humana, de que solo están exentas aquellas pocas almas grandes que, para formar concepto cabal de las cosas y de las personas, se abstraen perfectamente de todas las relaciones personales que interesan al propio individuo. El primer partido no puede celebrar lo que tan directamente le hiere y con tanta claridad descubre lo que verdaderamente es: el segundo no se atreverá á suscribir lo que indirectamente puede exacerbar su dolor, viendo anticipadamente canonizado (y por tal pluma) al que inocentemente, y aun quizá con mucho mérito suyo, se le ocasionó. Unos y otros merecen compasion mas que enojo, porque en unos y otros sentencia el interés lo que habia de juzgar la razon, desnuda de todo humano respeto.

Lo restante del mundo mirará esta pastoral como una pieza digna de su ilustrísimo autor y que hace honor á la sagrada elocuencia española, tan poco extendida en España, y por lo mismo ménos conocida y ménos estimada de las naciones extranjeras. Como los originales son tan raros, no son frecuentes las copias; pero á vista de este modelo se puede esperar que crezca mucho el número de aquellas, y tanto, que á ningun otro pueblo tengamos que envidiar. En nuestra nacion hubo siempre, y siempre hay grande abundancia de talentos: para que en todo género de literatura sean iguales á los mayores de la Europa, solo falta la aplicacion, el buen gusto y el acertado cultivo.

Esto es lo que arrebatadamente me ha ocurrido decir con motivo de esta bellísima y oportuniísima *Declamacion*, repitiendo á usted mil gracias por el inestimable favor de habérmela dejado ver, añadiendo esta obligacion á las muchas con que me tiene ligado á la dulce necesidad de protestarme eternamente su fiel amigo y muy reconocido servidor. — José Francisco de Isla.

CARTA CXXXIV.

Escrita en Bolonia á 26 de febrero de 1779.

Ilustrísimo señor : Mi venerado dueño : Anoche envié un recibo al abate Teobaldini por el generoso socorro de setecientos reales con que se acordó de mí la piedad de un bienhechor anónimo. No hubo forma de que dicho abate me declarase su nombre : quizá ni aun él mismo lo sabrá ; pero se me ha puesto en la cabeza que puede usár ilustrísima no ignorarlo ; y si fuese así, suplico á usía ilustrísima que se digne rendirle á nombre mio setecientos millones de gracias, asegurándole que su oportuna limosna servirá para proveerme de camisas, de que tenía harta necesidad ; porque este mundo todo es hipocresía de diferentes especies : la peor, pero la ménos numerosa, singularmente en nuestro siglo, es la de la virtud. Tirar la piedra y esconder la mano, eso siempre se estiló ; pero arrojar el dinero y ocultar el brazo, solo se comenzó á usar cuando San Nicolas de Bari lo introdujo en el mundo, introduciendo despues en su obispado la moda de que el obispo se vendiese á un turco por esclavo en lugar de un diócesano suyo. El primer ejemplo, ya tengo noticia de algun prelado que le imita, y sé que si ocurriera el caso, es muy capaz de imitar igualmente el segundo. Bendito sea Dios.

A su tiempo recibí cierto discretísimo billete que se escribió en Pontevedra en el pasado mes de julio. Consolóme infinito, pero como era contestacion al juicio que yo habia hecho de cierta carta pastoral, no me atreví á ser nuevamente importuno, por respeto á la persona, por consideracion á sus gravísimas ocupaciones, y porque nuestros abuelos nos enseñaron que «al amigo y al caballo no apurallas».

En dicho billete se me ofrecia otra carta como la primera, tanto ó mas aplaudida que ella, la que se me enviaria en primera ocasion. Han pasado ya siete meses, y la ocasion no ha parecido. No lo extraño, porque há muchos años que no se ha visto en Italia invierno tan largo ni tan cruel. Si los correos no podian atravesar los caminos, ménos lo podrian vencer los pasajeros. Ya estamos en otro tiempo, y yo acabo de leer en un buen libro :

*Che la promessa fatta ed accettata,
Lega ancora le dame di Granatta.*

Vea ahora usía ilustrísima si lo que obliga á una dama de Granada dejará de obligar aunque sea al mismo Papa. *Intelligenti pauca.*

La condenacion de la segunda parte del *Fray Gerundio* era consecuencia precisa á la condenacion de la primera. Ella es muy justa, pues no se puede negar que una y otra parte están llenas de herejías ; pero á la manera que lo está el libro de San Epifanio y todas las obras de los mas famosos controversistas. Por otro motivo mas justo condenaria yo tambien esta segunda parte : es á saber, porque está tan atestada de crasísimos errores de imprenta, de voces bárbaras castellanas y latinas, de períodos enteros truncados, sin sentido y sin conexión, que mandaria yo dar doscientos azotes al que la estampó, cuatrocientos al que la corrigió y ochocientos á quien la costeó. Quién fué este y aquel, ni dónde se imprimió, lo ignoro absolutamente ; pero barto será que no se imprimiese en la Laponia, que no fuese el impre-

sor un batneco, el corrector un mameluco, y el que la costó un paraguayano.

Perdone por Dios usía ilustrísima si es excesiva la confianza, que deberá perdonar á su propia benignidad mas que á mi atrevimiento, ni á las licencias de un viejo de setenta y seis años y diez meses mas, en quien la chochez es gracia y es tambien naturaleza. Viva usía ilustrísima como la santa Iglesia ha menester.

CARTA CXXXV.

Escrita en Bolonia á 10 de agosto de 1779.

Excelentísimo señor : La estimadísima carta en data de 21 de julio, con que la benignidad de vuestra excelencia se dignó colmarne de honras que me llenaron de confusion, me cogió tan atropellado de mis males, y especialmente tan visitado de mis, no ya diarios, sino casi continuos vahidos, que me vi necesitado á abandonarme otra vez en manos de los físicos. Estos repitieron sus acostumbradas habilidades, para volver á concertar la desordenada máquina ; pero la dejaron poco mas ó ménos en el mismo desconcierto. Un mueble que bien ó mal ha servido muchos años, y está gastado precisamente por la dilatada duracion de sus buenos ó malos servicios, no debe esperar otro alivio que ser agregado al hospital de los inválidos, quiero decir, al donde de los trastos viejos, logrando en él un rincon en el que aguarde con descanso á que el tiempo acabe de arruinar lo que ha comenzado.

El remedio de la electrizacion, que la piedad de vuestra excelencia me sugiere para la curacion del embargo general que experimento en todo el lado siniestro, muy desde los principios se le ofreció al hábil médico director de mi conciencia temporal ; persuadido, como otros muchos, á que el fuego natural, que en mayor ó menor cantidad entra en la composicion de todos los cuerpos sensitivos, es de la misma especie que el eléctrico ó comunicativo. Pero conociendo por mi temperamento, que de este fuego duende me tocó una excesiva cantidad, como se deja conocer, aun en una edad tan *conserca*, ó (por hablar en nuestro idioma) tan *nevera* como la mia, no se ha atrevido ni se atreve á tentar este peligroso experimento, acordándose de que en Holanda quitó de repente la vida á dos eslabones que formaban la cadena de doscientos hombres, que se quisieron electrizar por mera curiosidad, y eran de los mas distantes de la máquina, los cuales quizá no serian tan fogosos como yo. A esto se añade que todos los que vivimos en Bolonia estamos habitualmente electrizados de dos meses á esta parte, en virtud de los casi diarios terremotos y temblores que hemos experimentado, y de las sensibles exhalaciones ígneas que la tierra está enviando continuamente á nuestra atmósfera, las cuales juzga ser bostezos eléctricos la mayor parte de estos físicos ; sin embargo, yo rindo mil gracias á vuestra excelencia por el caritativo cuidado que le debe una salud inútil, que ciertamente no lo merece.

Mucho tendrán que perdonar á vuestra excelencia el gran Cervantes y el eruditísimo Feijóo, por el agravio que les ha hecho en querer que hombrée con ellos, quiero decir, con sus obras, el mentecato *Fray Gerundio* ; pero fácilmente se lo perdonarán, sabiendo que las almas grandes, su misma elevacion las expone á estas honradas equivocaciones.

Yo por mi parte no me compeadezo ménos de vneccencia, viéndole empujado en lidiar con los enormes despropósitos del que entrampó la segunda parte de aquel atolondrado Frailecito, siendo para mí un problema de difícil solncion cuál de los dos ha sido mas mentecato, si el estampador frances, ó el orador campesino: problema que en mi juicio solo se podrá resolver, diciendo que el orador fué un gran Gerundio, y el estampador un gran Supino.

Era menester todo el valor de vneccencia para acometer esta empresa. Yo, que nunca he sido valenton, y siempre he tenido mas de gallina que de grifo, tengo por cierto que ántes me expondría á montar una brecha, que á leer todo un libro lleno de tantos disparates de imprenta como locuras de púlpito. Protesto que solo por librar á vneccencia de una molestia tan fastidiosa, si mi cabeza y mis trémulas manos me lo permitieran, tomaría el trabajo de copiar la segunda parte de mi letra liendre, ó de hacerla estampar á mi vista si el bolsillo anduviera de acuerdo con el corazon; pero quien se considera mantenido de limosna, solo puede idear cosas grandes y practicar las mas ruines.

Significame vneccencia su deseo de ver alguna otra produccion mia. Si con particular órden no se hubieran echado sobre mi pobre librería y de mis manuscritos, podría servirle con algunos de estos, que acaso le divertirían mucho sin enseñarle cosa alguna. Pero al presente solo pára en mi poder uno, que por fortuna vino á Italia desde la América, y yo le lice copiar aquí de buena letra. Creo que no desagradará á vneccencia, á cuyas manos pasará luego que vneccencia se sirva mandarme avisar de conductor seguro; porque no quisiera exponerle.

Esta carta se ha escrito á sorbos, como bebe la gallina. Dos renglones, y levantar la mano; porque la cabeza se iba de casa sin hablar palabra, y se volvía á ella cuando se le antojaba.

Dios guarde á vneccencia como he menester.

CARTA CXXXVI.

Escrita en Bolonia á 10 de agosto de 1779.

Amigo y señor: Mil gracias por los favores que usted y mi señora Doña María Luisa dispensan á esa pobre vinda, mi muy querida hermana y alijada mia. Ella, despues de Dios, es todo mi consuelo en mis trabajos de alma y cuerpo, todo mi amor y todo mi respeto: si la pasion no me burla mucho, creo que se lo merece. Vea usted cuánto agradeceré lo que se hace por ella. La inutilidad de esta mi vieja y pequeñita máquina en todo su lado siniestro, va adelante: los validos ya no son diarios, son continuos: á cada paso se va la cabeza fuera de casa, y vuelve cuando la da la gana. Sin embargo, el cuarto tomo de nuestro asturiano sigue su camino: ya estoy en el último libro, y espero acabarle en todo este mes, aunque escribo como bebe la gallina, un renglon, y levantar cabeza y ojos al cielo, *unde venit auxilium mihi*.

Quedo ya trabajando en un prólogo de nueva invencion, que irá caminando por la posta conforme fuere saliendo. Será prólogo y dedicatoria en una pieza: si esto se consigue, logrará la obra tantos Mecénas como protectores, medio muy eficaz para asegurar el despacho y la aceptacion. Basta que yo acierte á parir lo que

yo tengo concebido; pero temo que el desórden de los humores se comunique á la imaginacion y embrolle la pluma; pero aun falta el rabo por desollar. Es el caso que supe casualmente que habia en Bolonia otros tres tomos mas, en el primero de los cuales, y quinto sobre los otros cuatro, se da fin á la *Historia de Gil Blas*, refiriendo lo sucedido hasta su muerte, y enlazándola despues con las *Aventuras de Juan el siciliano*, que se supone ser nieto suyo, las cuales ocupan los dos tomos siguientes hasta el fin del sétimo. Las tales aventuras, sobre no estar mal tejidas, son bastantemente graciosas, y sobre todo muy morales, sirviendo mucho para conocer los hombres, para la instruccion y para el escarmiento; esto se entiende *emendatis emendandis*, y *suppresis supprimendis*. Parecióme pues conveniente divertir este invierno en traducir dicho apéndice, que se podrá llamar *El arrabal de las aventuras de Gil Blas*, el cual suena traducido del frances al italiano; pero en mi dictámen en Italia se concibió y se parió por una pluma á la verdad no tan metódica ni tan limpia como la de Monsieur Le Sage; pero no ménos salada, y un poco mas machucha y mas religiosa en las reflexiones. Este suplemento contribuirá mucho al mayor despacho de la obra, siendo regular que por razon de él la soliciten no pocos que, teniendo los cuatro tomos franceses, no querrian gastar su dinero en comprar los españoles. Así que el prólogo, que ya habia comenzado á sacar la cabeza, tendrá que retirarse, á lo ménos por este invierno, y con eso no saldrá tan frio.

Los que consuraron de satírico el papel intitulado *Aclamacion del reino de Navarra*, etc., hicieron mas justicia á su achacosa intencion, que merced á su crítica sindéresis.

Es cierto que al principio se pensó en baños de Luca para mis males; pero los tres mas famosos médicos de esta ciudad fuéron de parecer que los baños sulfúreos no se habian hecho para mi alquitranada constitucion. La receta de usted, ó el régimen que usted me prescribe, sí que aprovechará en todo género de males. Cinco meses há que estoy usando de él, y á esto atribuyo que mi calavera parezca todavía cabeza, y no lo que verdaderamente es. A los pies de mi señora Doña María Luisa; y usted, Señor Don L., mande á su fiel amigo y servidor. —José Francisco.

CARTA CXXXVII.

Escrita en Bolonia á 16 de octubre de 1779.

Excelentísimo señor: La estimadísima carta de vuestra excelencia, que acabo de recibir con fecha de 6 del corriente, me libró de un grandísimo cuidado. No porque echase ménos la respuesta á la mia de 10 de agosto, pues no estoy tan distante del conocimiento propio, que me fisonjase de merecerla; sino por el temor de que la mia se hubiese perdido desde Venecia á San Salvador, habiéndola dirigido para mayor seguridad por mano distinguida en aquella república. Saquéme de este temor la benignísima contestacion de vuestra excelencia; pero me encontré con el dolor de saber lo mucho que le ha mortificado la descortes y molestisima Chiragra, la cual se atrevió á una mano tan temida y tan respetada de los enemigos de la angusta casa á quien vuestra excelencia sirve; pero los héroes no están exentos de aquellas miserias que lleva consigo el mecanismo de la humanidad.

Consuélome con entender que por ahora se ha desembrizado vuestra excelencia de un huésped tan fastidioso, llámenle los físicos como le quisieren llamar; que esa es cuestión de nombre.

Yo tambien me siento por ahora ménos molestado de los validos que por cinco meses se arrancharon en mi cabeza, tan bien hallados en ella como yo desazonado con ellos. Sin embargo de este alivio, acepto desde luego el eficaz exorcismo de las sanguijuelas y de las piladoras con que el Esculapio ochentón conjuró y expelió para siempre los diablillos vertiginosos que poseyeron *in illo tempore* la sólida y bien fabricada testa de vuecencia, esperando que á su regreso á Milan se dignará enviarme la receta de las piladoras, así como yo remitiré á vuestra excelencia por el conducto que me señala, luego que tenga noticia del tal regreso, el *Rasojo* español que alivió de las barbas al Capuchino. Este murió poco despues de la rapadura, y era tan buen hombre, que sin pasar por el purgatorio, avergonzado de presentarse lampiño y rapado en tan honrado lugar, se iria derecho á hacer alguna mision á los niños del limbo.

Los caballeros Pignateli, luego que se restituyeron de Turin á Bolonia, dieron principio á una *villagiatura diurna* poco distante de nuestras murallas, donde hace su *campaña* mi señora la marquesa Espada. Por el día son *campagnuoli*, y por la noche *cittadini*; por cuya razon no podré desempeñar la comision de vuestra excelencia, y otra que tengo para ellos de un sobrino mio al servicio de la corte de Parma, cuya casa honraron con su hospedaje á la ida y vuelta de Turin, hasta que dejen de ser *pipistrelli*. Oigo decir que dentro de dos ó tres días se retirarán á los cuarteles de invierno, y entónces cumpliré con uno y con otro encargo, de lo que será vuestra excelencia avisado. Mientras tanto mande vuestra excelencia lo que gustare á este vejete, que de nada puede ya servir, y viva como le menester.—Excelentísimo señor.—Besa las manos de vuestra excelencia su reverente servidor y capellan.—*José Francisco de Isla*.

CARTA CXXXVIII.

Escrita en Bolonia á 16 de enero de 1780.

Ilustrísimo señor: Mi venerado dueño: Acabo de dar un recibo de veinte y seis pesos duros y treinta y un bayocos, que se me entregaron esta mañana en el papel adjunto por seiscientos reales vellon, de orden de un vecino de esa ciudad, y por cuenta de cierto señor. Quién sea este señor no es fácil adivinarlo, y ménos en tanta distancia. Un señor puede ser un monsieur que valga medio hombre, y puede ser un hombre que valga por un millon de monsiures. A esta segunda clase me persuado que pertenecerá el tal señor por cuya cuenta vino aquel socorro. Si por fortuna supiese usía ilustrísima quién es, le suplico, puesto á sus sagrados piés humildemente, se digne darle á mi nombre tantas gracias, cuantas son las que cada momento está derramando Dios sobre justos y pecadores, asegurando al generoso bienhechor que por lo que toca á mí, la mayor parte, ó acaso toda, del abundante socorro, vendrá á parar en mi médico, mi cirujano y mi boticario, que naturalmente serán mis herederos en vida, segun las reclutas de años y de ajes que se van agregando á mi estropeada vejez.

Estamos padeciendo un invierno cruelísimo despues de seis meses de continuos terremotos. Y luego nos

querrán hacer creer que estas convulsiones de la tierra son violentos desahogos de los fuegos subterráneos. Si fuera verdadera esta filosofia, la atmósfera de esta ciudad sería tan abrigada como la del purgatorio, ó á lo ménos como la del horno de Babilonia; pero el hecho es, que la experimentamos tan helada como lo puede ser la de la cordillera que separa á Chile del Perú. Considere usía ilustrísima cómo estará entre estas flores un pobre viejo que dentro de pocos meses agarrará con la mano los ochenta.

Habrà casi un año que la benignidad de usía ilustrísima me hizo consentir en que dentro de pocos meses veria cierta segunda pastoral, que me entregaria en propia mano no sé qué cenobita. Ni este ni la pastoral han parecido hasta ahora, y yo me estoy con la gana. Llegará seguramente á mis manos (y á bien poca costa) si usía ilustrísima se sirviese dar orden de que se me dirija bajo la escolta de otro sobrescrito externo á nombre del sugeto por cuya mano va esta, y tiempo há fué otra de cuyo paradero no he tenido noticia.

Si se verifican las grandes novedades que se esperan en Roma, segun se dice, ¡oh y qué grande consuelo para la Iglesia! El frio no me permite escribir mas.

Nuestro Señor guarde á usía ilustrísima como la santa Iglesia ha menester.—Ilustrísimo señor.—Besa las manos de usía ilustrísima su mas reverente y humilde siervo.—*José Francisco de Isla*.

CARTA CXXXIX.

Escrita en Bolonia en el mes de octubre de 1781.

Muy señor mio: Pocos días há que llegó á mis manos el tomo del dignamente celebrado Diario de usted, en que presenta al público una fiel y curiosa coleccion, ya de cartas enteras, ya de trozos de otras, y ya tambien de memorias algun tanto prolijas sobre los recientes sucesos de Portugal. Añade usted despues algunas noticias de la moderna literatura española, que le da su correspondal Don Antonio Capdevila en carta de 20 de mayo de 1778, escrita desde Chinchilla. En ella, á la página 298 y 299, le da algunas noticias de mi persona y escritos, bastantemente equivocadas. Tales son las siguientes.

Dice, lo primero, «que el señor Don José Francisco de Isla tradujo bien la *Historia de Teodosio el Grande*». Yo no «traduje, bien ni mal», la historia del gran Teodosio: saquéla, sí, de la que escribió en frances el Señor Flechier, obispo de Nîmes. Así se dice en la misma que el Señor Capdevila llama *traduccion*, cuyo título es este: *Historia del emperador Teodosio el Grande, sacada de la que escribió en frances, etc.*; y la razon fué, que habiéndome divertido en aquella obrilla solo por complacer á quien no me podia negar, y en edad poco madura, sin que me pasase por el pensamiento que jamas saliese á luz, me desvié mucho del noble estilo del autor, y en no pocas partes de sus no ménos nobles pensamientos: de manera que hoy me avergonzaria de lo que entónces me agradaba. Por estas razones, cuando me avisaron que ya se estaba imprimiendo, para que la dedicase á quien mejor me pareciese, previne que no se estampase *traducida*, sino *sacada*, pareciéndome que de esta manera no faltaba á la fidelidad, y por otra parte no pasarian mis desaciertos por descuidos del discretísimo obispo Flechier.

Dice, lo segundo, el Señor Capdevila, que el año de 46 escribí en Pamplona un papel con este título: *Dia grande de Navarra, ó Proclamacion del señor Don Fernando VI, rey de España*; «en el cual hago ridículos á todos los individuos de la metrópoli de aquel reino.» Es así que escribí dicho papel; pero es totalmente ajeno de verdad que en él hago ridículos, no solo á todos, pero ni aun al menor individuo de la metrópoli de aquel reino. La prueba es perentoria. Escribí dicho papel dentro de la misma metrópoli. Conforme iba escribiendo los pliegos, los iba enviando á la diputacion que representaba el Reino: esta los leía, y me los devolvía con elogio y con encargo de que los hiciese estampar sin mudar palabra alguna; ántes bien, al cuarto ó quinto pliego que le envié, me hizo decir por su secretario, que no me tomase aquel trabajo; que la Diputacion se confiaba enteramente de mi amor á la Nacion y de mi talento; que si me ocurría alguna duda, bastaba que la comunicase con Don José Colmenáres, miembro de aquel consejo, hijo de Pamplona y sugeto de todo género de literatura. Así lo ejecuté: estampóse el papel, publicóse; es increíble el aplauso que logró por espacio de quince ó veinte dias. No podia yo andar por las calles, porque me sofocaban á abrazos y á enhorabuenas. De todas las ciudades del Reino me llovian cartas, dándome mil gracias y mil parabienes. Llenáronme de honores los personajes mas visibles de Navarra. El ilustrísimo Señor Miranda, obispo de Pamplona, el excelentísimo señor duque de Granada, y el grande arzobispo de Zaragoza, señor Don Francisco de Añoa, me colmaron de gracias y de dignaciones.

No pudieron sufrir esta universal aclamacion un cierto cenobita y otro cierto secular, uno y otro por sus razones particulares. Ambos tenían séquito; y dando la mas maligna y la mas violenta inteligencia á la décima que se aplicaba á cada uno de los que componian la diputacion que representaba el Reino, conmovieron furiosamente la muchedumbre del vulgo contra el autor del papel, pintándole como á un hombre que hacia burla de toda la nacion navarra. Considérese si, habiendo pasado el manuscrito por los ojos de los Señores Diputados, y despues por los de aquel consejero tan amante de su patria como literato: considérese, vuelvo á decir, si estos no descubrirían la pretendida malignidad de unas décimas que los hacian ridículos; y si, descubierta, la dejarían colar. Ofendida dicha diputacion, aun mucho mas que yo, de las destempladas voces que corrían entre el mas ínfimo vulgo, escribió á mi provincial el Padre Diego de Tobar, con grandes elogios del papel, manifestando la mayor estimacion de mi persona con expresiones muy superiores á mi mérito, y protestando el vivísimo dolor que la causaba ver al ignorante y ciego vulgo tan neciamente conmovido á influjo de la malignidad y de la envidia, contra un escrito ornado á petición suya, leído y aprobado por los que representaban el Reino, estampado de orden suya á costa del mismo Reino, y celebrado sumamente por todos los que en él tenían algun voto: agravio mucho mas ofensivo á la misma Diputacion, que á la persona del acreditado autor, cuya vida ninguno podia asegurar entre tantos desalmados y furiosos como abrigaba en su seno la muchedumbre. Esta carta y esta última reflexion movió á mi provincial á proponerme que tenia por conveniente,

y aun necesario para mi seguridad, que saliese de Navarra, dejando á mi eleccion el colegio que mejor me pareciese fuera de aquel reino.

Dice, lo tercero, el referido Capdevila, que, «esto no obstante, con el despotismo que tenían los jesuitas, la hicieron reimprimir en Valencia; pero que el arzobispo de aquella ciudad, su amigo Don Andres Mayoral, la mandó prohibir». No he tenido noticia de semejante reimpresion hasta que la leí en dicha carta; pero dudo mucho de su verdad, por lo mismo que añade el autor de ella. Afirma que el señor arzobispo de aquella ciudad, Don Andres Mayoral, «su amigo (no hacia falta esta expresion, que suena un poco á jactanciosa), la mandó prohibir». ¿Pero á quién se lo mandó aquel prelado? Seria á sí mismo; porque en España nada se podia imprimir sin licencia del ordinario á cuya diócesis pertenecia la estampa donde se imprimia la obra. Si se estampó con su licencia, «¿cómo la prohibió despues?» Esto seria hacerse á sí mismo poco honor; y si se estampó sin ella, esto bastaba para que aquel prelado la declarase prohibida en su diócesis, sin meterse en bueno ni en malo con la misma obra, á la cual no perjudicaba poco ni mucho semejante prohibicion.

Dice, lo cuarto, que el tal papel «se prohibió tambien por el consejo de Castilla». Yo tambien ignoré absolutamente dicha prohibicion hasta que la leí en la mencionada carta. Si fué efectiva (lo que dudo mucho), seria la de alguna impresion hecha fuera de Navarra sin licencia del supremo consejo de Castilla. Dije «fuera de Navarra», porque las que se hacen dentro de aquel reino, segun sus particulares leyes y privilegios, no están sujetas á otra autoridad civil que á la del consejo peculiar del mismo reino (el único de los doce ó trece que se comprenden dentro de la península de España, que tiene dentro de sí un tribunal con título de consejo). Digo pues, que aun cuando sea cierta la prohibicion del consejo de Castilla (de la que dudo mucho), no seria del estampado en Pamplona, sino el de alguna otra impresion sujeta á su autoridad suprema, sin cuya licencia saliese á luz: motivo muy suficiente para ser prohibido; pero que en nada perjudica á la sustancia del papel.

Dice, lo quinto, que dió á luz el Señor Isla el primer volúmen de *Fray Gerundio de Campazas*, «el cual se prohibió por el supremo consejo de la Fe.» Así es; pero sabe, ó fácilmente pudo saber, que se empataron los votos, y los desempató el que mas aplaudió la obra dentro y fuera de Madrid, diciendo que el autor era por ella benemérito de la Iglesia y digno de que le levantase estatua la Nacion. La censura que da el edicto á la obra es por contener muchas proposiciones «malsonantes, erroneas, heréticas ó sapientes *haeresim*». Es muy justa la censura, porque verdaderamente se «contienen en el libro»; pero no son de su autor, ni la censura dice que lo sean: con que solo fuéron de los que predicaron los sermones cuyas cláusulas se extractan con la mayor fidelidad y pureza, aunque sin nombrar los autores. No hay libro donde se contengan mas herejías que la grande obra *De haeresibus*, que escribió San Epifanio; pero estas no son del santo que las impugna, sino de los herejes que las adoptaron.

Dice, lo sexto, «que fué bien hecho que se prohibiese por aquel Santo Tribunal, porque verdaderamente

hace ridícula la predicacion evangélica de un modo no correspondiente á un cristiano español.» El libro no hace ridícula la predicacion evangélica, sino á los predicadores que no solo la hacen ridícula, sino profana, sacrilega, escandalosa y chocarrera: de modo que, en lugar de ser «predicacion evangélica», es una charlatanería pantomímica, teatral, fantástica, y muchas veces bufonesca.

Dice, lo séptimo, que *Don Miguel Cervántes* hizo ridículos los libros de caballería de una manera que no es fácil imitarle, y logró el fruto que deseaba, en su sátira; pero el Señor Isla, «cuyo ingenio es muy inferior al de Cervántes (esta es la única verdad que dice), con mal modo quiso corregir y reprender á los malos oradores, se malquistó con los buenos, y no logró la enmienda de los malos.» El Señor Isla, si es que fué autor de una obra que salió á luz á nombre de un eclesiástico, párroco, graduado y opositor á cátedras en la universidad de Valladolid, muy conocido en gran parte de Castilla la Vieja: el Señor Isla, vuelvo á decir, si fué autor de *Fray Gerundio*, no quiso reprender á los malos predicadores, para lo cual ninguna autoridad tenía; sino corregirlos haciendo burla de ellos, para lo cual tiene autoridad todo fiel cristiano que tenga una onza de caridad, un escrúpulo de celo, y un adarme de juicio y de suficiencia.

Añade el Señor Capdevila, que «por haberlo hecho con mal modo, se malquistó con los buenos y no logró la enmienda de los malos». Por lo que toca al «mal modo», remítome á la aprobacion del ilustrísimo señor don Fray Alonso Cano, «calificador de la suprema y general Inquisicion, académico de la real academia de la Historia, censor diputado por su majestad para la revision de libros en estos reinos, redentor general de la orden de la Santísima Trinidad, redencion de cantivos, y finalmente obispo de Segorbe.» Remítome á la carta de Don Agustín de Montiano y Luyando, «del consejo de su majestad, y su secretario de la cámara de Gracia y Justicia y Estado de Castilla, director perpetuo de la real academia de la Historia, del número de la Española y de las Buenas Letras de Sevilla, consiliario en la de las Bellas Artes de esta corte, honorario de la de Barcelona, y entre los árcades de Roma *Legintho Dulichio*.» Remítome á la del ilustrísimo señor Don José de Rada y Aguirre, «capellan de honor de su majestad, su predicador del número, cura de su real palacio, y académico del número de la real academia Española, que murió obispo electo de Balastro. Remítome á la del señor Don Juan Manuel de Santander y Zorrilla, «colegial mayor en el de San Ildefonso, universidad de Alcalá, canónigo doctoral que fué de la santa iglesia de Segovia,

bibliotecario mayor de su majestad, académico de la real academia Española, y honorario de la de las tres Nobles Artes.» Remítome, vuelvo á decir, «á dicha aprobacion, y á las tres eruditísimas cartas de aquellos cuatro ilustres sabios, corifeos todos de la moderna literatura española, las cuales se leen estampadas al principio del tomo primero de la *Historia de Fray Gerundio*.» Remítome tambien al «prólogo con morrion de la misma Historia»; y en todas ellas verá usted aplandido y vindicado el que llama «mal modo» el Señor Capdevila.

A lo que dice, que con este mal modo «se malquistó» el Señor Isla «con los buenos predicadores, y no logró la enmienda de los malos», solo puedo asegurar á usted que si se imprimieran las cartas gratulatorias que recibió el autor, así de la mayor parte de los señores obispos de España, como de los sujetos mas distinguidos de varias religiones, dándole mil parabienes y mil gracias por el gran bien que habia hecho á la religion y á la nacion, se podía formar un volúmen justo de ellas.

Dice tambien que el segundo tomo tiene por título: *El confesionario de monjas*. ¡Furioso despropósito! Señal cierta de que ni siquiera lo ha visto. El segundo tomo tiene el mismo título que el primero, conviene á saber: *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, aliàs Zotes. Tomo segundo*. Estampóse no sé dónde, pero presumo que fuera de España, por alguna copia sacada por quien nada entendia de la lengua castellana ni latina, supuesto estar tan lleno de tan enormes errores en una y en otra lengua, que ni aun yo mismo entenderia lo que queria decir, si no tuviese el manuscrito original del mismo Lobon, en cuyo nombre se publicó el tomo primero, cuya perversa letra leo fácilmente en virtud de la costumbre.

Dice, finalmente, que este segundo tomo, con el disparatado título del *Confesionario de monjas*, «le dí yo al señor Don Tomas de Vime, secretario de embajada del rey de Inglaterra, en Madrid, amigo del Señor Capdevila y tambien mio, para que le imprimiese en Londres.» Protesto delante del cielo y de la tierra, que no conozco al tal señor Don Tomas de Vime, ni me acuerdo de que jamas haya oido nombrar al tal hombre, y hoy es el dia en que no sé quién era el último embajador de Inglaterra en Madrid, cuando le habia en aquella corte. Así que en esto hay tantas mentiras como palabras; y en los demas puntos, casi tantas equivocaciones ó faltas de verdad, como especies se tocan: de donde podrá inferir Monsieur de Murr lo poco ó nada que se debe fiar de las noticias literarias que le comunica el buen Don Antonio Capdevila, su corresponsal en la villa de Chinchilla, etc., etc.

APÉNDICE.

CARTAS ESCRITAS Á VARIOS SUJETOS, Y QUE NO SE HALLAN EN LA COLECCION DADA Á LUZ POR LA HERMANA DEL PADRE ISLA, PERO QUE SE PUBLICARON POSTERIORMENTE EN EL **Rebusco** DE LAS OBRAS LITERARIAS DE ESTE.

CARTA PRIMERA.

Escrita en Segovia.

Amigo y dueño mio : Está usted empeñado en que no ha de hablar palabra, si no le tiran por la pluma; y yo lo hubiera hecho muchas veces, si tuviese el tiempo tan á mi mandar como la voluntad y el deseo. No sé si escribí á usted que este ilustrísimo me había melido á misionero de su diócesi, persuadido á que podía Dios repetir en este obispado el famoso milagro de la jumenta de Balan en Palestina. Sucedió puntualmente como su ilustrísima lo aprendió, pues aquel Señor que predicó y alumbró á un profeta por medio de un bruto, iluminó á estos pueblos por medio de otro, y vea usted mas diversidad mi ociosidad, que lo que podía presumirse.

El trabajo mas que ordinario con que hube de atender á este ministerio y á otros asuntos (que son de mi genio), quebrantó algun tanto la salud, que ya se va restableciendo y volviendo á su antigua robustez, quedándose en su sér natural, aunque no sin el socorro de alguna medicina. ¡Quiera Dios que usted no necesite de este auxilio en muchos años! Aquí no hay cosa remarcable, sino la de hallarnos de repente mudados desde el diciembre al mes de junio, pasando de un extremo á otro, sin aquel medio que va disponiendo los humores á sentir ménos la irregularidad de todas las estaciones.

La Señora Francia cada dia nos hace mas ricos de mentiras públicas, que otros llaman noticias, sin que hasta el mes de setiembre se pueda saber á punto fijo lo que ha sucedido en el de enero. No deje usted de decir á mi señora Doña Teresa, que no mida mi correspondencia por la lengua ni por la pluma, porque son medidas cortas y falibles; que la experimente, y la verá: hasta aquí pudo llegar su seguro amigo. — *José Francisco de Isla.*

CARTA II.

Escrita en Segovia.

Mi dueño y amigo: Por Dios y por esta $\dagger$, que tenía fieros remordimientos de amistad, por no haber escrito á usted desde que acabé mi santa tuna. La culpa principal fué de la pereza; despues, de varias dendas atrasadas; despues, de los interpreses que vienen á almorzar y merendar tiempo há á mi aposento; y así á este tenor vaya usted añadiendo todos los despueses que le diera la gana, no olvidando que casi en todos los correos se vienen á poner entre mí y entre mi gusto algunas cartas impertinentes, que quitan la vez á las que serían de grande pertenencia.

Ahora voy derecho á responder á la pregunta de usted: que el señor obispo de Segovia está en esta ciudad vivo, sano, gordo y duradero; porque los obispos de este tenor, y los presidentes de ese, son hombres inmortales: con esto podrá usted sosegar la inquietud de ese su amigo, y amigo de este señor, quien se está disponiendo para proveer ciertos curatos que tiene vacantes.

Es de grande espectacion la conjuncion magna de los dos presidentes, y será de ver la pelotera que haya entre los dos asturianos; pero yo creo que la provision de carbon que ha hecho el N. servirá para el uso de los braseros de N., y que las mulas de este se comerán el forraje que ha sembrado el otro, á quien se le mandará sin duda que vaya á calentarse á otra parte: si así fuere la providencia, solo le faltará para su perfeccion esta letra: *homen, et nomen habet.*

Aquí estamos ya, no en el corazon, sino en los ijares del invierno, que están mucho mas profundos: toda la sierra está vestida de penitente, y la falda se ha convertido en faldon, los tejados están jalbegados, y toda la sierra está cubierta de espinilla ó melindres de San Quirce: á esta palabra liago dos profundas inclinaciones con el corazon y con la pluma, y si hubiese nombrado á Santa Isabel, haria tres; pero yo me guardaré de tomar en la boca la casa de los Estradas; porque entónces era menester quedarme habitualmente encorvado. Avise usted con puntualidad las novedades que ocurran, y Dios le dé vida para que me cuente las que haya de aquí á cien años, como lo desea su afectuoso. — *José Francisco de Isla.*

CARTA III.

Escrita en Segovia.

Amigo y dueño mio: Quedo muy alegre con la carta de usted; quedo muy agradecido á su fineza; quedo muy enterado de su poca habilidad, falta de talentos y todas las demas zarandajas de la modestia; y aun así todo, quedo yo y quedan los interesados sumamente gozosos de que el manejo de esta dependencia corra por cuenta de usted. Allá va esa letra, para que usted use de ella *ad libitum*, cómo y cuándo se lo dictare su poca habilidad y falta de talentos, pagando, agasajando y gratificando á quien y segun le pidiera la susodicha falta y carestía de habilidad.

A cuenta del proenrador solo ha de correr el correr en la dependencia; hacerle tambien proenrador de la bolsa, es cargarle demasiado: usted, que es refrendatario de tablas de contar, entenderá mejor de cuentas, porque las sabrá como el *Christus*. Buscaráse coyuntura para el Señor Presidente, y cuando sepanos en manos de qué ministro caemos, tambien se buscará la tetilla á los tales nuestros jueces. Al fin, usted reparta, ordene y avive allá, instruya, ilumine y dirija por acá; que nada se perderá por pecado de omision.

El Señor magistrad de Granada, aunque tiene apellido con alusion de Pastor, parece que no quiere serlo en Valladolid: las señales son de no haber caído en la tentacion de mitra, y de que, aunque se la han puesto en las manos, no la quiere poner en la cabeza: procede con cordura tan propia, como digna de un grande juicio: una renta decente con una prebenda y cargo honrado, sin ninguna pesada carga, solo podrá trocarla por mitra, ni aun por tiara, el que no tenga cabeza ni aun para

bonete, salvo que sea el colorado, insignia de los orates. Se acabó la carta con su fecha.—*José Francisco de Isla.*

CARTA IV.

Escrita en Segovia.

Amigo y señor: Supongo que no nos hemos de estar así toda la vida; porque eso sería una insensatez de primer orden, y mas cuando para un silencio tan profundo no ha habido mas motivo que el favor de usted, y el que me dispensan esos señores. Es el caso que esta fineza, que para mí se convierte en sustancia, para ciertos hermanitos míos se debe convertir en aceite de tábanos, segun lo que se han irritado de saber nuestra correspondencia, que hacen bien en envidiármela, y así son disculpables. Dije en poco lo que si hubiera de decir en mucho, gustaria tanto papel como borran inútilmente los impresores.

Por esta razon he estado todo este tiempo sobre la defensiva, contentándome con cumplir las leyes de la caridad ajena y de la propia, quedando miéntras tanto expuesto al juicio de los que discurren como quieren; porque el entendimiento no es potencia necesaria. Añádese á esto, que el bochorno del humor que regularmente se sigue á semejantes pasajes, se trasladó á los humores que han estado extraordinariamente revueltos consensible detrimento de la salud, que va perdiendo cada dia mucho terreno, y marchitando algunas hojas á la esperanza que concebí de que se apagase el fuego de aquella calenturilla que me lamió por dos meses lo mejor del húmedo radical.

Esto y mucho mas hubiera dicho á Don Basilio, que, segun las señas que me han dado, pasó por aquí, y llamó muy de mañana á la puerta de mi guarida; pero debió de llamar tan paso como aquel portero que, yendo á la media noche á avisar á su prelado de que á toda prisa llamaban un religioso para ayndar á bien morir á uno que acababa de recibir una mortal estocada, tocó á la puerta de la celda con tanto tiento como si arañara un gato. El Superior, que estaba despierto, le sintió, le abrió, y despues que oyó el recado, le dijo: Pnes para una cosa como esa, ¿cómo llamaba tan paso? Y el lego le respondió muy mesurado: Padre, hacialo por no despertar á vnestra paternidad. El hecho es que yo no sentí el llamamiento de Don Basilio, aunque sentí mucho el no haberle sentido, y el que no hubiese entrado aunque fuese echando la puerta á tierra. Hace doce dias que estoy tomando leche de burra (Dios quiera que con ella no rebazue), con la que suelo desquitarme por la mañana, en alguna parte, de aquel sueño que por las noches me roban el calor y los malos vapores que exhala á la cabeza el estómago obstruido. Don Basilio tropezó con un hermanito caritativo, que debió encajarle toda esta historia: llenóle de compasion, y le quitó las ganas de insistir, como á mí me las quitó de volverme á dormir cuando me lo dijeron.

Discurro que usted no me habrá hecho la injusticia de juzgar á mi corazón por mi silencio, y mas cuando este tiene tambien su poquito de lenguaje: no hay en el corazón mas novedad hácia usted, que el aumento ó la mayor intension de amistad *per additionem gradus ad gradum*; y esto lo haré bueno cuerpo á cuerpo, en campo abierto y en batalla singular, con armas cortas ó largas, contra cualquiera que tuviere valor para dudarlo: en

cuyo supuesto, y en el de que tengo la cabeza, si la tengo, como mi carro, mande usted saludar en mi nombre, ó por mejor decir, visite usted todos los altares de Santa María la Mayor, y quédese con Dios, que guarde á usted cuanto y como quiero.—*José Francisco de Isla.*

CARTA V.

Escrita en Segovia.

Amigo mío: Si no temiera que la bellaquería de usted me retrucase con aquello de *es cartilla regular*, le diria, sin faltar á la verdad, que estaban nuestros pensamientos tan conformes como lo están siempre nuestras voluntades. Ciertamente aguardaba á desembarazar los oídos de pecados ajenos, como es uso y costumbre en Semana Santa, para examinar la conciencia de usted, despues de haber expurgado muchísimas de Segovia; pero usted se anticipó á escedriñar la mía, y á fe que me huelgo de ser una vez en el año por Pascua florida el galanteado, ya que en las demas ocasiones he ido delante como Juan Galan. Aunque el Señor Mateo Rufo fuera el rufo eminentísimo, con su cacho de votos para papa, no se olvidaria jamas de ustedes; ántes haria entónces que Santa María Carvajal fuese Santa María la Mayor. Dudar en esto, voto á que es agravarme demasiado; y ántes que se escape la especie de lo rufo, luego que me olió este nombre á cosa de cardenal, hice ánimo á renunciarlo, por no oponerme al voto que tengo hecho de no vestirme de colorado, si Dios me conserva la sesera; y el último dia del correo amanecí trasformado en Don Antonio Montenegro, nombre y apellido que dicen mas consonancia con mi color y contextura: así lo tendrá usted entendido para encaminar los despachos que ocurrieren en su oficina.

Aunque el Señor N. es mi favorecedor, y aun estaba por decir amigo, por ahora me han de perdonar sus méritos; que tengo brava gana de que pierda la plaza en que va consultado, solo porque la gane esa ciudad. Soy agradecido al pan que comí, y acordándome que le he comido algunas veces al Señor N., es razon que desee sus ascensos, no solo al consejo de Castilla, mas aunque fuera al mismo parlamento de Paris: lo contrario sería en mí una torpísima ingratitud; pero soy tan desgraciado, que tengo ha de perder ese caballero sus merecidas conveniencias solo porque yo se las deseo.

Don Francisco Gonzalez, mercader en esa, entregará á usted quinientos reales: recíbalos sin decir por qué ni para qué, y así irá recobrando poco á poco y á sorbos lo que arrojó á bocanadas; pero estas ganancias tienen los que tratan conmigo. Usted crea que todos los dias se me aparece esta denda en figura de vestigio; porque, siendo tan dendor á usted por otros cien caminos, de lo que hago mucha vanidad, el serlo por este me cuesta á mis solas algo de rubor.

La célebre planta para establecer con arreglo la marina de España, ha principiado á fabricar embarcaciones: usted no las necesita para apotrar á San Quirce y á Santa Isabel, desembarcando allí, en nombre mio, quinientas toneladas de lo que usted quisiere: acuérdome del Areopagita y de Santa María la Roturada, en cuya compañía viva usted lo que yo quiero, y vivirá hasta no querer mas.—*Antonius Mons Niger.*

CARTA VI.

Escrita en Segovia.

Amigo mio : En diciéndole á usted que tiene muchísima razon en grado superlativo si culpa mi reconocimiento de tardo, perezoso y galbanero en cumplir con sus primeras obligaciones, queda desarmada la furiosa nube de justísimas quejas con que usted me truena, las que me lisonjean en vez de herirme; porque yo las construyo en tono de requiebros.

Sepa usted que, habiendo huído de este departamento por librarme de ciertas ingratitudes domésticas, me he restituido con sorna, llegué con salud, y me mantengo sin disgusto, esperando continuar del mismo modo; y habiendo evacuado ya algunos cumplimentillos de hijos de vecino, quiero desahogarme ahora de otro, que no es el último ni el que ménos me importa: este tal es usted. Sepa que me tendrá aquí como en todas partes, quiero decir, afectuoso sin par, pero inútil á par de afectuoso; que es la mayor ponderacion, pues la ilustre prenda de hombre sin provecho á todas partes me sigue: consuélome con que mi corazon no está en los labios ni en la pluma, sino muy dentro del pecho, y que no admite alteraciones algunas: ¡ojalá que no las padezca la salud de usted, quien me escribirá lo que haya de los Areopagitas ó Dionisios, de los Selencios ó Basílios, de los Conquenses ó Julianes, de las Isabelas, ó bien húngaras ó bien portuguesas, pues discurre y me temo que toda esa relacion, arca de Noé, se habrá olvidado del cenovo desde que salió de ella, como si en ella nunca hubiera entrado. Mande usted y visite todas las casas de su devocion y de la mia. — José Francisco de Isla.

CARTA VII.

Escrita en Segovia.

Amigo mio : Si mal no me acuerdo, ántes de ahora avisé á usted que estaba amagado á mudar de cátedra, pasando desde la de los peripatéticos á la del Espíritu Santo, y desde los predicables á los predicadores: este oficio no suele reputarse por el de mayor predicamento; y es natural que, siguiendo la aprension comun y su afecto particular, se contristase usted; pero *noli timere, ego sum*: soy el mismo que era ántes, quedándome con los antiguos gajes de maestro, aunque con nuevos ajes. Hasta aquí se tenia por monstruosidad que uno fuese ambizurdo, y ahora salgo yo á fundar la cátedra de los ambidiestros.

Córrame de ser tan maza; pero sé que usted es mi amigo, y tambien sé que *cháritas patiens est, omnia suffert*, y no extrañará el textecito, si se acuerda de que soy predicador. Don Eustaquio esta bueno y rollizo, y acá está usted en nuestras conversaciones, ni mas ni ménos que desemos que usted esté allá en la envidiable diversion de sus amigos.

Alégrome que esa cabeza esté ménos débil, el pulso no tan flaco, el estómago mas firme, y de todo tan perfectamente restablecido como deseaba; y fuera, que firmo. — José Francisco de Isla.

CARTA VIII.

Escrita en Segovia.

Amigo mio : Tres dias despues que llegó el correo, pasó á mis manos la última carta de usted, detencion

sensible para mi deseo, y no ménos vergonzosa para la obligacion de responder luego; pero detencion que se evitará en adelante, dirigiendo las cartas con primera cubierta á Don Mateo Rufo.

Para que usted vea que he sacado fruto de los últimos ejercicios, restituyo á usted lo que le debo en dinero, pues lo que debo en otra especie no es tan fácil pagarlo: trampa adelante, y vaya una impetinencia, que añadirá á las demas. Procure usted dirigirme otra porcion, tanta y enanta, del mismo género, individuo y especie que la pasada: la deuda de este favor la apuntaré en el libro de mi reconocimiento, y la del precio en el de caja, haciéndome cargo que debo satisfacer su importe luego que pueda; pero prevengo que quizá no podré tan luego.

Ocho dias há que tiene usted en esa ciudad á un gran señor suyo, aunque incógnito, que por las señas es hermano del que hace veinte y cuatro años que es mi padre: con que, si no mienten las genealogías, es tio urto para lo que usted quisiese mandarle: digo esto, porque usted no me riña como otras veces, y para que los amigos no me gruñan igualmente: corra la palabra, hago los mementos acostumbrados, y concluyo como suelo. — José Francisco de Isla.

CARTA IX.

Escrita en Segovia.

Amigo y dueño mio : Apostemos algo á que, aunque usted no me haya publicado por tramposo, á lo ménos me ha tenido por tal de sobrepelliz adentro: ¿y sería juicio temerario? No por cierto; pero juicio errado si sería. Es el caso, que cierto cura gordo de esta ciudad me lamó trescientos reales, ofreciendo pagarlos en todo el mes de abril: en fe de su palabra, dí yo la medio mia de salir de mi trampa en dicho mes: no la cumplió hasta ahora el señor bonete mocho, con que tampoco la ha podido cumplir el señor bonete erguido; mas, por enanto dicho señor bonete, aunque nunca saldrá de dendor, quiere salir de tramposo, previene á usted que siempre que haga falta lo adendado, podrá acudir en virtud de la presente á Don Manuel de la Torre, mercader en esa, quien sin duda lo entregará, y cargará su corresponsal Don Eustaquio, que es mi tesoro de honor, y despacha mis libramientos como si lo fuera de ejercicio: esto en caso que haga falta, y si no la hiciere, tenga usted flema; que tanto tiempo ha tenido para aprenderla, y aun para haberse graduado en ella.

¿A cuántos estamos de administracion de oelo por ciento? Los colegios de la Compañía pensaron en seguir el rumbo de canónigos; pero los han sitiado por hambre, segun dicen, poniéndoles intervencion en los juros, único plato de las mas de las casas, y el principal casi de todas ellas; con que les han hecho la forzosa por aquella regla general de que el comer y el rascar no se pueden dilatar. Las iglesias envian varios comisionados con poder amplio para ajustarse bajo de los preliminares de que todas las cosas se queden *in statu quo*, frascilla que debemos al simplicísimo Mañer; pero me persuado ó me temo á que *ardua patris*: lo demas del concepto preguntélelo usted al amigo Don Nicolas, que está muy ejercitado en los poetas latinos, aunque lo está mas en los delirios, pronósticos ó mentiras de corte; que todo es uno.

Ahora verémos cómo los Quirícos é Isahelicas se salen á pasear; y cuánto me alegro de que las metan en pretina: dígaselo usted que yo lo digo, añadiendo á todas y todos lo que quisiere. — *José Francisco de Isla.*

CARTA X.

Escrita en Segovia.

Amigo y dueño mio: Ya sabrá usted que una de las primeras vistas que tuve, recién llegado á este pueblo, fué la de ciertas tercianas, y esas dobles, las que no levantaron la visita hasta que entraron unas cuartanas: ambos cumplidos hubiera yo exensado; pero al fin, ambos vinieron, y á uno y á otro les despidió la quina; y aunque las bellaquerías roñosas aprovechan mas que dañan, con todo eso yo las luyo en el comercio siempre que la necesidad no me obliga á hacer estudio declarado á cometerlas.

En todo me confesaré dendor á usted, ménos en punto de gratitud y de buena correspondencia, en que deseo quedemos iguales, en medio de la grande desigualdad que hay en otras prendas. Quizá usted me escribiría, pero sin quizá que no he recibido carta á que no respondiese. Yo escribí otra, y no tuve respuesta: á todo echo la culpa, ménos á usted; y será razon que me corresponda echándola á todo, ménos á mí: en conclusion, ninguna amistad aprecio mas que la de esa casa, en la que intereso mucho; y siendo así, no puedo en la opinion comun abandonar tan fácilmente lo que es propio de tontos, que es su provecho.

Una de las señoritas á quien usted visitó por Semana Santa, la mayor de cuerpo y alma, ha casado estos dias: sé que allí la llamaron dama de azabache; en linea de dama, no disputo si es de azabache ó de cachumbo; pero en linea de mujer, ciertamente que es mujer de *honra*, digno, de oro. Usted querrá saber algo de corte, y yo no puedo decir con certeza mas de lo que sé de mí, esto es, que soy el que he sido, y seré el que soy, y por la verdad lo firmo. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XI.

Escrita en Segovia.

Mi dueño y mi amigo: *Rem difficilem postulasti*; porque ninguna mas repugnante á mi genio que el ejercicio de informante, para el cual es menester que un hombre se desnude de hombre, y se vista de ángel: solamente estos espíritus, como desnudos de pasiones, como despejados de vista, y como constantísimos de pulso, pueden conocer lo que cada uno es, y no lo que parece, dándole el peso que le corresponde, y no el que representa. Mas al fin, como para el comercio humano es menester que los hombres nos prestemos mutuamente estos oficios, y como al que le piden informe no le preguntan lo que en la realidad es el sujeto de quien se le piden, sino lo que es en su concepto, no puedo resistirme á lo que usted manda, y mas con un conjuro tan fuerte.

Desconfiado de mi parecer, como era justo, porque el poquísimo comercio que he tenido y que he querido tener con el sujeto por quien usted me pregunta, apenas me le ha dado á conocer mas que por noticias abstractivas, pasé á informarme de dos individuos juiciosos y cristianos de su comunidad, del comun predicamento en que esta le tenia en cuanto á sus prendas de ecle-

siástico y de juicio. Ambos convinieron en que prendas de eclesiástico, ni las tenia ni estaba en obligacion de tenerlas, porque no ha pasado de la primera tonsura, ni naturalmente pasará mientras no encuentre algun señor obispo de grandes tragaderas, pues ni sabe palabra de gramática, ni ha habido forma de aplicarse á ella, aunque se ha aplicado mucho á todo género de curiosidades gacetales y á la leccion de papeletes alegres, que le divierten mas y le aprovechan ménos.

En cuanto á las prendas de su juicio y de su porte, tambien convinieron ambos en que hasta ahora no se le habia reprendido ni notado cosa sustancial; pero que todos le tenían por ligero de cascos y por algo fácil de lengua, con grande á hablar mucho, y pocas veces bien. Este concepto, que me dijeron se hacia, corresponde al que yo habia formado, por lo cual nunca he querido tratarle mas que lo preciso, sin embargo de que él lo ha deseado mucho, y me ha galanteado infinito. Pienso que esto bastará para que usted forme su conciencia práctica, con la reflexion de que á este hombre no se le quiere para obispo; y por todo podrá usted conocer (si ya no lo conoció por ella misma), que cierta carta que escribí en el correo anterior fué *ad instantiam partis, et rogatus ab amicis*; y así quise por otra via prevenir á usted de la calidad de mi empeño; pero lo omití, pareciéndome que el buen olfato de usted y el conocimiento práctico que tiene de mí le darian tufo de lo que queria decir, y no de lo que decia.

Me ha servido de incomparable gusto la tierna memoria del reverendísimo Areopagita, á quien se la correspondo, y se la corresponderé finamente mientras viva: tambien he celebrado mucho, mucho, la confianza que merece á su padre generalísimo, cuya sustitucion en parte deseo con ansia que sirva de prólogo para ejercer la propiedad en el todo. El cambio de la corbata por el cuello, que ha hecho nuestro amigo Don Julian, tiene pocos ejemplares en su edad, disposiciones y conveniencias, sirviendo de mucho consuelo y de pan de edificacion.

He dado órden para que se entreguen á usted quinientos reales que me deben en esa: el dendor ha pedido alguna espera; es hombre muy seguro, y dinero efectivo: con que cuando se verifique la entrega, se servirá usted recibirlo, glosarlo, y avisarme; y se acabó la carta. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XII.

Escrita en Segovia.

Mi amigo y señor: Acá está la de usted de 10 del pasado del año pretérito, y con ella está acá muchísimo gusto, muchísima complacencia y muchísimo consuelo de que viva nuestra amistad tan fresca en su memoria, como está, y está caliente en mi corazon, á pesar de mil pesares y de quinientas pesadimas pesadeces que me embarazan á explicarla por la pluma con aquella frecuencia que *olim*. Viviria yo desconsoladísimo por esto, si no conociera que usted lo conoce bien, y que está muy asegurado de mi ley inalterable, independiente de estafetas, y muy superior á todos los cuidados, que jamas me desviarán el de amar y estimar á usted, deseando servirle finamente por mérito, por simpatia, genio y obligacion, que no puede satisfacerse con una paga tan lijera como la pluma, ni tan negra como la tinta.

Yo me metí la víspera de Navidad en la cabaña de mi aposento para contemplar mas al vivo el dulce misterio del tiempo, sin la interrupcion molesta de los enfadosos cumplimientos político-pascuales, que son insufribles por muchos y por precisos en este pueblo; por esto, y por el atraso de los correos, que dos semanas há entrán con detencion, ocasionándola el temporal durísimo é impertinente, se retardó la de usted, y se alargó su respuesta, en la que no quiero acordarme de pascuas de Navidad, Año nuevo y de Reyes; porque para mí afecto hácia á usted, todo el año es Epifanía, todo el año es Navidad, y no reconozco vejezes de años ni novedades de meses.

Aprecio las coplas que leí, y tienen muy buenas cosas: dígolo porque usted no piense que en ellas hay algo mío, pues há muchos dias que abjuré de *levi* los errores del Parnaso, condenando al tribunal de mi inquisicion cuantos rasgos encontré míos, los que pagaron con la pena del fuego la culpa de quien los había concebido. Ponga usted en solfa patética el *miseremini mei, saltem vos amici mei*; y adios. — José Francisco de Isla.

CARTA XIII.

Escrita en Segovia.

Mi dueño y amigo: Porque usted no vuelva á echarme la colecta picaresca del correo antecedente, le respondiendo á letra vista, y digo que aportó aquí la flota de los amigos escolares (otra letra, y es la de usted, de vagamundos y tunantes), y tuve la fortuna que el primer desembarco le hicieron en mi cuartel ó departamento, habiéndose aparecido todos juntos con grande vanidad, y con grande contentamiento mío. El primero que tomó tierra en este puerto, fué Villegas, á quien abracé estrechamente, y hablé con toda la longura que permitió lo ceñido de la detencion: esto fué el viérnes al anocheecer, la mañanita del sábado *valde mané orto jam sole*. Vinieron todos cuatro al monumento, y me hallaron resucitado; porque aunque estuviera siete veces muerto, resucitaria con tanto favor: estimélo mucho, muchote y muchisimote: todos se llevaron tantísimos recuerdos para ustedes dos, quienes pudieran aprender el buen ejemplo de sus compañeros; pero el gran Basilio el de Selencia está muy retirado y distante de esta tentacion, y el máximo doctor de la Iglesia, Jerónimo, va por el camino del retiro hácia Belen.

Descubrióse el comercio que tenia un suizo con el almirante Norris, y se le han recetado dos varas de esparto. El incendio que ha sucedido en el sitio de San Ildefonso fué ménos de lo que se temió y se dijo, aunque fué bastante para que, con todo lo que se desplomó, se perdiese un millon de reales. Recé usted por mi intencion dos Padres nuestros en casa, dos Salves en San Quirce, dos Ave-Marías en Santa Isabel y un Credo en San Ignacio; que yo voy á firmar esta carta. — José Francisco de Isla.

CARTA XIV.

Escrita en Segovia.

Amigo y señor: Supongo que esta carta logrará la fortuna, que no mereció mi antecedente, de llegar á manos de usted, y decirle que los puertos de Guadarrama están muy distantes de mi corazón. En órden á usted, aunque estén tan inmediatos á la vista y á la triste fi-

gura de este cuerpo, en esta suposicion no crea que es capaz de enfriarse mi voluntad, ni tema que se lielen los deseos que tengo de servirle. Hanto me alegrara de que le pellizcara á usted eficazmente la tentacion de ver el sitio de San Ildefonso, porque yo le ayudaria á caer en ella, y con este motivo renovaríamos memorias de todos los padres del concilio Valisoleitano, que creo andan medio tentados; y jûnten ustedes tentaciones, pues juntan meriendas, y vénganse por acá, pues á fé que el tal sitio es digno de que venga á noticia de todas las vistas canónicas que tienen comodidad y buen gusto; y por ser verdad lo firmo yo, que lo ví. — José Francisco de Isla.

P. D. Despues de escrita esta me ha sido forzoso decir á usted, que un músico pretendiente á la maestría vacante en esa iglesia, donde ya se oyó, segun he sabido, su voz y su destreza, ha olido que pudiera yo recomendarle; y usando de su derecho me estrecha á que informe á usted en este asunto. Este es uno de los eclesiásticos mas juiciosos, mas modestos y mas queridos de los que le han tratado en este pueblo, donde todos los que le conocen sienten mucho que se ausente, y entre ellos soy uno yo, aunque le he tratado muy poco; pero desde la primera vez que le ví me hizo lástima que fuese músico y no fuese penitenciario, enamorándome mas la armonía de sus modales que la dulzura de su voz, sin embargo de ser muy buena, y un compositor bellísimo. Sé que usted desea para su iglesia lo mejor, y sé tambien que con dificultad han de hallar ustedes cosa tan buena; por eso estoy tan léjos de dar á usted las gacetas anticipadas por el favor que confío hará á este mi ahijado; que ántes bien espero me las ha de dar usted por haberle interesado en que influya para su acomodo; *et haec de littera textus dicta sufficient*.

CARTA XV.

Escrita en Segovia.

Amigo y dueño mío: Su silencio de usted ya peca en mas que perezoso, y tambien mi paciencia sería demasiado zozca si no me quejara con seriedad de su poltronería: es el caso, que su amistad de usted es fina, su agencia eficaz, y su todo como usted se debe á sí mismo, y yo no merezco: avíséle á usted me remitiese la cuenta del coste que tuvo el último encargo, y usted no acaba de avisármelo: no sé en lo que consiste, pero sé que no era usted tan galbanero el año pasado: espero que este recuerdo de burlas me excuse de argüir de véras.

Rúgese que las tropas no se muen; que la expedicion fraguada para esta primavera es hermana carnal de las grandes expediciones que se forjaron las primaveras antecedentes: por lo que á mí toca, celebraré mucho que las enchilladas se den en seco, las batallas se ganen en borron, las plazas se tomen en el mapa, y que tratemos todos de vivir en paz y no ser locos. No hay mas que decir: concluyo, como acostumbro, dando memorias, pidiendo preceptos y deseando á usted mucha vida. — José Francisco de Isla.

CARTA XVI.

Escrita en Segovia.

Amigo y dueño mío: Con el puño débil y calenturiento, con la cabeza tan débil como el puño, y con el estómago tan estragado y débil como el puño y la ca-

beza, tomo la pluma para escribir á usted en un asunto que viene á ceder en útil suyo y en disgusto mio. Es el caso, que el portador de esta desea servir de maestro de capilla en esa iglesia. Confieso á usted que he practicado cuantos esfuerzos he podido para disuadirle esta pretension, sin otro motivo que el de creer firmemente que las selectas prendas de este admirable eclesiástico no han de lograr allí toda la suma estimacion que se merecen; porque no todos son como usted, para distinguirlas y apreciarlas.

Es de saber, señor Don Jerónimo, que mi recomendado, siendo, como es, eminente en la facultad que profesa, junta un complejo de prendas rarísima vez unidas en los que profesan semejante arte: entiende latin con perfeccion; sabe filosofia con fundamento; estudió teología con inteligencia y créditos de habilidad; actualmente trata todo género de libros eclesiásticos, sagrados y profanos, con aplicacion y feliz uso; no es forastero en la poesía; tiene bien manejada la historia; y las admirables composiciones que forma, él mismo las ejecuta en una sala (cuando se ofrece ocasion decente) con incomparable destreza, gala y dulzura.

A este bello compuesto de prendas sobresalientes añade mi alijado una virtud muy segura y sólida, un juicio muy asentado, una modestia muy natural y agradable, con quedo lento y apacible, que le hace dueño de los afectos y estimaciones de cuantos le tratan. Muchos que tiene aquí por amigos, el que ménos le ama le venera mucho: varios de estos me lo habian pintado á mí como yo se lo pinto á usted, abriéndome las ganas de conocerle y de tratarle: despues que lo logré, reconocí que la pintura no habia hecho merced al prototipo, y que siendo tan excelente la copia, no exageraba los colores del original. Vea usted ahora si yo tuve razon en decir que el coadyuvár á esta pretension habia de ceder en utilidad de usted, como particular de buen gusto, que podrá disfrutarle, y en desazon mia; mas al fin, como esto de ser amigo, es serlo ántes de las conveniencias ajenas que de las propias, con grande sentimiento mio, pero con todo el esfuerzo de mi voluntad, ruego encarecidamente á usted que no solo sufrague á mi benemérito pretendiente, sino que haga un vivísimo y eficaz agente del buen suceso de esta mi súplica, estando muy asegurado de que será sumamente dificultoso que ninguno de los muchos competidores pueda igualarle ni en la principal parte de compositor insigne, ni en las otras que le constituyen un todo admirable. En hacerlo así, hará usted un grande obsequio á esa iglesia, y una lisonja de primera clase á mi verdadera amistad, la cual dificultosamente puede encontrar asunto en que se empeñe con mayores ni aun con iguales véras: hágalo usted con las mismas; y ademas de eso, quiero, y me importa mucho, saber en qué categoría ó predicamento esté constituido entre la turba canónica mi recomendado, de quien supongo allá larga noticia. En la confianza con que ruego, podrá usted aprender la que debe tener para mandarme, teniendo entendido que será tan eficaz en obedecer como en pedir: estoy con calentura, y voy á vomitar á toda prisa. Quédese usted adios. — José Francisco de Isla.

CARTA XVII.

Escrita en Segovia.

Mi dueño y amigo: Grandemente me alegro de que, siendo mi recomendado de edad de treinta y tres años, le hayan hecho anciano los informes de sus favorecedores; porque en realidad *cani sunt sensus hominis adolescentia sua*; y como los años no se deben contar por los dias que se viven, sino por los que se viven bien, su edad toca ya en la senectud, segun aquella regla, *aetas senectutis vita immaculata*: de esto informará su fe de hantismo, y el mismo pretendiente informará mejor á vista de ojos en la semana de Pascua, en que tiene resuelto pasar á esa ciudad.

En cuanto á sus enfermedades, si fuera tan viejo como se supone, seria tan enfermo como le hacen, por aquel principio que *senectus ipsa est morbus*; pero es mozo, y tan sano, que á los médicos solo los conoce por el nombre, á los boticarios por noticia, y á los barberos por aquel preciso corto trato de navaja á que se ven precisados todos los que no son imperfectos: de dos años á esta parte ha padecido algunos lijeros vahidos, que los físicos llaman vértigos; pero estos, ¿qué hombre aplicado á composiciones de cabeza no los padece? Hácese cargo del mucho mal que le pueden hacer los ejecutores, segun el discreto reparo de usted, á cuya fineza está agradecidísimo; y aun queria firmarlo con su nombre, si yo no se lo embarazara hasta mejor ocasion.

Usted con su maña y eficacia pondrá en armonía las pasiones de los músicos, que no suelen estar tan en solfa como las gargantas. Los maestreros de aquí y de Toledo, que tenian sus recomendados, se han retirado en buen órden dejando libre el campo á mi pretendiente luego que supieron que se declaraba como tal, y todos le han escrito con expresiones muy correspondientes al gran concepto que forman de su habilidad y de su juicio: al fin, usted le tratará, y encontrará en él un sacerdote muy hábil, muy modesto, muy ajustado, y de mas universal cultura que la que comunmente lleva de suyo su música profesion. Nada tenemos de nuevo, sino la continuacion de nieves y tiempo extraordinariamente frio, que ya peca de prolijo aun mas que de riguroso. Acuerdo mis acostumbrados afectuosos respetos; y Cristo con todos. — José Francisco de Isla.

CARTA XVIII.

Escrita en Segovia.

Muy señor mio: Tos, calentura, invierno y sesenta y cinco años, es una cuádruple alianza ofensiva, que sin duda nos debe dar algun cuidado; pero el *Dios sobre todo* no ajusta ménos bien á los pronósticos médicos que á los astronómicos: esto se reducirá á que yo me detendré de aquí adelante un poquito mas en el *memento* primero de la misa, y espero en Dios que por no oirme habrá de restituir presto la salud á su madre: la mia me la va restituyendo á plazos y poco á poco, como si el santo Señor no tuviera infinito caudal para hacerlo de repente; pero ejecuta conmigo, porque quiere lo que yo ejecuto con usted por no poder mas.

La respuesta de Madama Escolástica es tan propia de su bodeguera, que aunque usted me la contara sin especificar autor, habia yo de dar con él al primer golpe de adivinacion: todavia espero reirme del apotegma la

primera vez que escriba á su hermana, que no suele divertirme ménos con sus cartas, que allá con sus conversaciones.

Ustedes se divertirán bien con las futuras fiestas de boda que se previene para la primavera inmediata : si salen bien, se reirán con ellas ; si salen mal, se reirán de ellas ; con que el entretenimiento siempre es seguro : á mí me quisieron hacer tamboritero de la tal danza, pero me excusé con que mi musa estílica mas estaba para recibir gaitas que para tocarlas ; pero lo cierto es, que el vivo deseo que tengo de vivir de asiento en ese pueblo, me sirvió de motivo para no querer ir á visitarle tan de paso.

Dícenme que ha muerto Don Estéban , que es notable casualidad ó notable providencia, la que sin duda dará materia de grande consideracion á las chicas de N. , viendo tan inopinadamente postradas en tierra las dos principales columnas de la liga de sus enamoramientos. Aviseme nste del alivio de su madre, y mande lo que quiera. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XIX.

Escrita en Segovia.

Amigo mio : Participo á usted mi promocion , noticia que comunico por no dilatarle el gusto que recibirá con ella , segun el favor con que siempre me ha distinguido. En esta exaltacion solo he tenido que sentir el sonrojo que ha de padecer la autoridad de su ministerio por la precisa disminucion de mi mérito ; pero como toda la disposicion ha corrido paramente á cuenta de la Providencia , á ella , y no á mí , tocará dar razon del despeno.

Tengo muchos motivos para interesarme en todo lo que sea conveniencia del pobre clérigo que recomendé á usted : añádese á esto el precepto eficaz de uno de sus protectores, que se merece mi mejor cariño. La experimentada fineza de usted me ha enseñado que ni usted se cansa de ser mi amigo , ni yo debo cansarme de parecerlo de otros : con que el implorar el eficaz influjo de usted en la ocasion presente , léjos de mortificarle , será lisonjear sus prácticos documentos. En lo demas me sirve de gran consuelo el nuevo destino para acercarme al paso á los preceptos de usted , á cuya obediencia me repito en copia , hasta que á mediados de junio pueda hacerlo en original ; y entre tanto ruego por la vida larga y salud robusta de usted. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XX.

Escrita en Segovia.

Amigo y señor : Aunque sea arrebatadamente , no puedo ménos de condolerme con usted muy de véras , por la sensibilísima muerte de su tío Don Manuel ; y si mis sufragios tuvieran la misma eficacia para consolar á los vivos que para aliviar á los difuntos , tendrían todos ustedes tan seguro este consuelo como el difunto afianzado su alivio. Mucho me alegro que el accidente de mi señora Doña María no haya tenido peores resultas , que , en su edad y repetidos golpes , se hace siempre muy temible.

Estoy muy léjos , en la opinion comun , de las cosas de Don Andres , porque tengo principios muy particulares para sentir de otra manera : tan distantes contemplo sus acciones de la malicia que se las imputa , como

á su corazon de sentimientos y máximas vulgares ; y me hace la mayor extrañeza que puedan mas para ustedes dos únicos lances , que pueden tener mil visos indiferentes , que algunos años de experiencia y de aplauso de su virtud y buena conducta. Ni es verisímil que esperase Don Andres á ser malo cuando casi se halla físicamente necesitado á ser bueno , y cuando él mismo conoce que las leyes del matrimonio le imposibilitan la vida licenciosa : los que no se hicieron cargo del genio y humor de Don Andres , yerran mucho , queriendo medir las realidades por las apariencias. Diga usted á Doña Isabel que no se engañe , que este es el único arbitrio para no vivir inquieta , desconsolada y oprimida. Tengo gana de hablar despacio , y ahora no puedo , porque estoy de prisa. — Adios. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XXI.

Escrita en Segovia.

Amigo mio : Lindamente hizo usted en dejar que se pasasen las Pascuas , para que llegase su carta en tiempo ménos sospechoso ; porque si hubiera arribado á este puerto en aquellos días , en el mismo puerto se hubiera ido á pique la respuesta , como sucedió con todas cuantas vinieron á decirme lo que nos contaba á todos el calendario. Aun cuando andaba por el mundo , habia abjurado de esta impertinentísima bagatela : ahora que me cuento entre los muertos , cuánto me reiría de que me ofreciesen pascuas por modo de sufragios ; pero no tenga usted lástima , sino mucha envidia , á mi difuntería ; porque le aseguro , como á amigo , que soy un muerto resignadísimo , y por tanto me parece que jamas he tenido mejor vida que esta linda muerte.

Solo aspiro al *requiescat in pace* que se nos debe de derecho á todos los difuntos ; y conseguido esto , doy licencia , por lo que á mí toca , para que las garnachas obispen , y para que los obispos engarnachen ; porque el mundo lo mismo ha de ser así que así. Pero en todo caso alabo el buen gusto de los señores Oidores en trocar la golilla por el cuello , porque parece el atajo para descollar mas presto , y es mejor depender de cillas y tazmías que de tesoreras reales.

La comision del Padre Guerra por todos lados es feliz : si consigne el aumento de renta á las cátedras de medicina , se acredita con su gremio ; y si no se logra , eso mas le deberá la salud pública. Pensaba yo que el mundo se iba desengañando ya mas cada día , pero cada día le veo con los ojos mas vendados. Me confirmo en que todo el mundo es país : aquí sudábamos cuando ustedes sudaban allá , y comenzamos á helarnos en el mismo día que allá daban ustedes diente con diente. Años hace que vivo persuadido , por mis cortas observaciones , de que la variedad de temperamentos , á lo ménos en nuestro continente , ó es ninguna ó es casi imperceptible : por lo demas , los hombres y las mujeres las mismas son en todas partes , con la diferencia de que en unas se gastan pelucas y tacones , y en otras se gastan abarcas y polainas.

Aléngome á nuestros vecinos los franceses (vaya algo de *Gaceta*) , que dentro del mismo mismísimo puerto de Santoña se echaron sobre un pobre navio holandés que venía con géneros para las compañías de Caracas y la Habana ; por señas , que buscaron prestada una barca para abordarle , y con grandísima serenidad se lo lleva-

ban á Francia si los vientos no le hubieran arrojado dentro del Pasaje, donde, noticioso el consulado de la picardía, le tiene embargado hasta dar cuenta á la corte. El atrevimiento y latrocinio no pueden ser mas claros, y con todo me temo que en Paris nos pidan el navío con costas; ¿y luego querrá usted y otros amigos que yo ande por el siglo? Para el grandísimo mentecato que no se mete á muerto. Vuelvo á decir que no hay vida en el mundo como morirse un hombre: las memorias de siempre; y adios, que me arrebujó en la mortaja. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XXII.

Escrita en Segovia.

Muy señor mío y amigo: En tiempo de Pascuas todos entran, salen y escriben, ménos yo, que ni escribo, entro ni salgo: usted las habrá tenido muy felices si han correspondido á mi deseo, y para no interrumpir este gusto con algun azar, conduciria tambien el que yo callase; por eso callé, como suelo en semejantes ocasiones, aunque hablando mas con la voluntad que con la pluma y con la lengua; porque eso de callar de todo punto con la lengua, con la voluntad y con la pluma, tiene para mí dificultades insuperables. En suma, el mismo que antaño soy hogaño: sépalo así, y reconózcalo. Este correo escribo á Madama Escolástica, perdida la mascarilla, y así va la carta en su cara original: si no la rescatase del correo, se quedará cautiva; y lo firmo. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XXIII.

Escrita en Segovia.

Amigo y dueño mío: Estimé la puntualidad con que usted me participó la muerte de nuestro buen amigo; porque no debía poder mas la aparente piedad con mi dolor, que fué muy crecido, que la sólida con el mayor bien y alivio del difunto; pues, aunque mis sufragios, que no le dilaté un punto, merezcan poco por quien los ofrece, nunca les puede faltar el infinito valor de lo que en ellos es ofrecido. Así las cristianas y honradísimas disposiciones que usted me comunica, como los demas religiosos ejemplos de suma edificacion que dió en su enfermedad, sirvieron de lenitivo á mi sentimiento, de envidia y confusion á mi tibieza, viendo que me enseñan á vivir los que por su estado no tenían tanta obligacion como yo en esta facultad, en que cada día me confieso mas atrasado, sin embargo de las repetidas lecciones de continuos desengaños.

Como el mundo se compone de muertes y de pretensiones, sin que la falta del antecesor haga reparar al que le sucede el por qué, sino lo que le deja, hay ya muchos que solicitan ocupar el empleo de nuestro amigo, para seguirle despues en lo que ahora ocupa su antecesor. Entre estos hay uno por quien me pidieron una carta de recomendacion para usted, la que di sin repugnancia, pero sin particular empeño. Agraviaria á usted y á mí si le encargara el secreto: las noticias que tengo de este pretendiente, son solo abstractivas y de inspeccion ajena, con que no las vendo por mías: esté usted en esto, y puede ejecutar lo que mejor le pareciere. Visite usted en mi nombre todos los altares de la familia y viva cuanto deseo. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XXIV.

Escrita en Segovia.

Amigo y señor: Este perpetuo gusano roedor del tiempo, del gusto y de la razon (que así llama un moderno al cartapacio perdurable), tiene la culpa de muchos actos de virtud que yo practico á mas no poder, y particularmente de las obras de caridad que ejerzo con mis amigos, dejándoles descansar sin tocarles muchas armas falsas con cartas inútiles, insulsas é impertinentes. Añádese á este enemigo el que se descubre en muchos retos con que me sobresaltan el púlpito y el confesonario; con que vea usted si mereceré mucho en fatigar á usted poco.

Júntase á esto, que la presencia de un acreedor que calla (y que por eso mismo grita mas), respecto de un deudor que no es sordo y que no puede todo lo que quiere, se me aparece en figura de vestigio; con que usted, que por su desgracia tiene la partida de discreto, puede disculparme, y confesar que no me falta razon en callar tanto; y vea satisfecha su amigable queja.

Recibí el encargo de los dulces sin la noticia del coste; por lo primero doy muchas gracias, pero por lo segundo, ninguna; y si usted quiere que no riña de véras, vamos dejando burlas y dilaciones; que sobrada deuda ha contraído mi perpetuo agradecimiento, sin cargarse con esta mas. El Espíritu Santo nos conceda todos sus dones, y á usted me le conceda un don de larga vida y otro de salud robusta; y adios. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XXV.

Escrita en Sepúlveda.

Amigo y señor mío: ¿Quiere usted que nos estemos así toda la vida? A mí me parece que seria una grandísima insulsez. Usted calla, ó de desengañado ó de quejoso, y yo no hablo, mas veces por cansado, otras por galbanero, algunas porque no se me antoja, y muchas, que son las mas, por ocupaciones que no dejan de ser ociosidad. Ahora voy á decir á usted como há dos meses que estoy aprendiendo todas las divinidadas de la aldea en este paraíso del idiotismo. El verano pasado estuve en él algunos días á instancias de un amigo, el que se engolosinó de manera, que hizo voto de visitar este país siempre que pudiese.

En cumplimiento de esta devocion dispuso para los dos esta peregrinacion; y la hemos llevado tan larga porque, necesitando tomar ciertos baños para remedio de cierta enfermedad, el tiempo no ha querido dar licencia, pues no hemos visto el verano sino en el calendario; con que eso ménos de calor y de pulgas, y eso mas de buen temple, he logrado yo para hacer mi cortejo á las señoras fiebres y galantear á las perdices.

Ya tenemos calzadas las espuelas para restituirmos á Segovia, en donde limpiaré las telarañas de holgazan y haré la solemne abjuracion de haraganeria, para poder continuar las tareas del santo cartapacio. No sé qué mas le diga á usted; porque el país es tan abundante de provisiones de boca, como estéril de materiales de pluma; con que, en suplicando á usted que acuerde á las señoras hermanas mi obligacion, á la señora tesorera del acuerdo y de las ciencias mi gratitud, y á los demas que fueren de la devocion de entrambos mi corresponden-

cia, está concluida la carta, y es menester acudir á la fecha.—*José Francisco de Isla.*

CARTA XXVI.

Escrita en Segovia.

Mi dueño y amigo : Desde que leí en cierta esquila original las consultas que la Cámara de castilla hizo el miércoles antecedente, comencé á disparar luminarias intencionales por la promocion de mi paisano, señor, amigo, pariente y huésped; y apenas deletreé en la *Gaceta* de hoy, que aunque mis luminarias se habian encendido al aire, nose las habia llevado el viento, cuando juntándome en espíritu de verdad con los muchachos de este pueblo, arrojé á revolotear mi montera, gritando con toda mi fuerza : «Viva el Señor Consejero, y vengan acá esos ochavos.» Así descompuse adrede mi innata seriedad, haciéndome cargo de que hay lances en que el amor ha de poder mas que la gravedad y compostura, y que el aplaudir el ensalzamiento de los beneméritos, es virtud que pertenece á las etiquetas de la buena inclinacion.

Es verdad que, como es pension inseparable de los gustos terrenales la mezcla de algun sinsabor, pudo turbar mucho el exceso de mi contentamiento, por esta exaltacion, la amarga y dolorosa consideracion de la pérdida que iba á hacer esa ciudad en la ausencia de un ministro tan sazonado al paladar de todos los mortales, si por otra parte no se templara mi cuita con el conocimiento práctico y experimental de la heroica constancia y conformidad de que ha dotado naturaleza pródiga á ese mi venerado pueblo, para soportar con grandeza de ánimo estos y otros reveses de su desguisada estrella, ó hablando mas culto, estos melancólicos lances de amor y fortuna, que dijo la letra cómica.

Toda la familia de usted arrastraria luengos lutos en esta ocasion dolorosa, si no la detuviera su generosidad y prudencia hereditaria; pero, siendo asaz leal y bondadosa, habrá de sacrificar su interes particular en obsequio del amado, como nos predicán los cultos de la tarde del juéves Santo; y aun estoy por creer que con esta noticia la salud de Doña Teresa ha de correr parejas con su sanidad; y si fuere así, como lo deseo, volverá segunda vez al aire mi gorro con todas sus pertenencias, entonando una cancion real, y no de pié quebrado.

Yo viviré tullido hasta que cumpla enteramente con mi deber; pero me ha cortado los posibles el pícaro que robó y se llevó los dos navíos de guerra que estaban en Portobelo, por uno de los cuales, llamado *El Triunfo*, se despachó la noticia á Francia, diciendo que era el triunfo de los españoles al reves. Así se alternan en esta vida los gustos y pesadumbres, las que no quiera Dios que se atrevan jamas á los Basílios y Julianes, con todos sus Aleñaños, Quíricos é Isabelicas; y dejen ustedes que los huracanes del infierno agiten la tierra, pues el Señor que manda á los vientos, tambien puede aplacar los torbellinos del falso celo y de la envidia; y lo firmo.—*José Francisco de Isla.*

CARTA XXVII.

Escrita en Segovia.

Amigo y señor : ¿Y qué haré yo con reprobar y dar por nulas todas las disculpas de Don Basilio? Ellas son tan eficaces, que maldita la fuerza me hacen : si venia

acompañado, tanta razon era que el compañero se atermperase á él, como él al compañero : si usted le esperaba por precision, y yo no le habia de detener por necesidad; si venia fatigado del viaje, por eso mismo le era mas conveniente algun descanso; si su complexion es delicada, la misma delicadeza clamaria por alguna respiracion; con que fallo que cayó en falta, y le condeno á que por tres dias continuos deje la residencia del coro y de la contaduría, yendo á orearse por igualdad de partes á los dos conventos de San Quirce y Santa Isabel. La apelacion que interpone á mi amistad, solo se le admite en lo devolutivo, pero no en lo suspensivo, pues á la misma amistad á que apela para ser absuelto, apelo yo para que por ella sea condenado : perdonánsese las costas por respetos de usted, y en albricias de la buena noticia que me da de las tercianas que se atrevieron al reverendísimo anacoreta, de quien espero murmurar dentro de pocos dias, porque me tiene tan inquieto, que, si pudiera, le habia de echar aunque fuera al otro mundo.

Aquí ha muerto el *et cum spiritu tuo* del Amen de N. Los reyes diz que traen un luto tan riguroso, como si no fuera de burlas; y porque algunos señores han ido á besar la mano en traje de aleuya, no los han admitido hasta que volvieron vestidos de dolor blondo como peluca. La corte se restituirá aquí mismo luego; con que sabrémos en Segovia los secreticos mas monos y mas recónditos de toda la Europa, con la misma distincion y claridad que se podrian saber en Renedo. La ventaja de la generosidad cristiana y española nadie nos la podrá quitar; pero nos han quitado cierta flota ó conducta que por la posta iba á Nápoles, llevando para afilieres la miseria de sesenta mil escudos. No echaron mal lance los ladrones, aunque no les arriendo la ganancia, como ni tampoco á los que pensaron en robar á nuestro Don Manuel, sino que fuesen á hurtarle entendimiento, discrecion, gracias y chistes, de que está tan rico, como pobre de todo lo demas. Haga usted las acostumbradas conmemoraciones eclesiásticas, canónicas, monásticas y domésticas. Rumboso acabamiento de carta, y es lástima echarlo á perder : pues á la fecha.—*José Francisco de Isla.*

CARTA XXVIII.

Escrita en Segovia.

Amigo y señor : Usted me conoce, y no extrañaria que hubiese callado en tiempo de Pascuas, cuando todos hablan. Lo cierto es que entónces hablé con el corazon, ya que no siempre puedo hablar con la pluma : sé que usted vive sano y rollizo; pues en sabiendo usted que yo por ahora imito su robustez, sabemos todo lo sustancial por lo que toca á nuestros mutuos deseos.

Voy ahora á lo que voy. Cierta superior de cierta comunidad religiosa, extraordinariamente pobre, me pide un socorro de misas para mantener á sus frailes : el superior es amigo mio verdadero, la comunidad no puede estar mas necesitada, la limosna no puede ser mas bien hecha; pero yo no puedo hacerla sin valerme de mis amigos, que me quieren solo porque quieren. Asegúrame, y lo creo, que usted es uno de ellos, y me consta que, si quiere, le sobra maña para sacarme con aire de este piadoso empeño : ruego á usted me agencie con eficacia cuantas pudiere, y me avise para que yo agencie el recibo, y descubra el pobre vergonzante á quien se

ha de hacer la limosna, anticipándole desde luego las gracias, con deseo de que se las repitan á usted eternamente en la gloria : *quam mihi et vobis*. Cuando usted escriba á Don Nicolas, dígame que aun vivo y bebo como viví y bebí, haciéndole este recuerdo de mi amistad, el que por la boca ha de pasar tambien á los oídos de las religiosas, corriendo despues á noticia de toda esa familia, á quien amo como amé, y amaré como amo; y en esto cualquiera duda chica es un agravio muy grande: ahí está la carta del *sicut erat in principio, nunc et semper*.—José Francisco de Isla.

CARTA XXIX.

Escrita en Segovia.

Amigo y señor mio: Aunque escribiré á usted por agosto, aunque no recibí respuesta suya, aunque hemos callado tanto tiempo, aunque colaron las Navidades sin darnos un gusto pascual, y todos los demas aunques, conques, y sinques; todavía yo soy amigo de usted el año de 40, lo mismo, ni mas ni ménos, que lo era el año de 39, y lo será toda la vida sin dependencia de accidentes, que caen muy por defuera. Estoy tambien en que he sido, soy y será correspondido de usted; y en prueba de esta mi plenísima satisfaccion, allá va la súplica que se sigue. Un sugeto de este pueblo, á quien amo de véras, y que de véras merece ser amado por su virtud, honradez y apacibilidad, me ha pedido busque en esa ciudad persona de toda mi satisfaccion para que maneje y distribuya los caudales que fueren precisos, y se librarán de aquí, á fin de seguir cierto pleito en esa chancillería.

Solo se desea persona que elija abogado y procurador oportuno, que reparta el dinero con justificacion aquí y allí, segun lo juzgare conveniente ó necesario para la paga y para la gratificacion: lo demas es súplica, punto y honroso empeño mio, que corra á cuenta de usted. Espero que en esta dependencia ha de ser usted mejor correspondido que en la de Don Blas, cuyo pleito ahora sé que se perdió. Es este mozo, sobre corto de genio, asturiano injerto en gallego; partidas todas que le retraen de la comunicacion, ménos cuando la necesidad le obliga á ello: él no sabe que á usted y á mí iguales gracias nos debe dar habiéndose perdido, que si se hubiera ganado el pleito, pues cuanto es de nuestra parte no le podíamos servir mas de una manera que de la otra; y ya que él no entiende esta filosofia, la entiendo yo, y por tanto he sentido se me detuviese la noticia del suceso, para agradecer á usted, como le agradezco con todo el corazon, la agencia, que si tuvo algun defecto, fué la demasiada honradez y actividad con que usted procedió en ella. Lo demas, que depende de arbitrio ajeno, sería necedad pedirnoslo á nosotros; y siento por eso que se haya retardado tanto la expresion de mi reconocimiento.

La carta adjunta es para una señorita á quien estimo mucho, recien trasplantada de esta ciudad, y que fué sumamente favorecida de nuestro amigo Don Antonio, por cuya conexion logré tratarla; y como está acostumbrada á las caricias eclesiásticas, acaso echará de ménos algun clérigo de su devocion á quien pueda encomendarse. Ruego á usted se tome el trabajo de ver alguna vez á esa damisela, y de halagarla de su parte y de la mía, pues es acreedora á toda atencion por su nacimiento, educacion, conveniencias, y por su natural ase-

Soy el mismo y el propio de usted seguro.—José Francisco de Isla.

CARTA XXX.

Escrita en Segovia.

Mi amigo y dueño: Esperaba la noticia de la muerte de mi venerado y querido el reverendísimo Fray Dionisio; pero no la sabía, porque Don Francisco solamente se la debió comunicar á medias al señor Don Felipe, y este me la comunicó en los mismos términos en que el otro se la habia participado. Yo mas le envidio la suerte, que se la compadezco; porque en cuantos religiosos he tratado, ninguno conocí que le aventajase en la solidez de la piedad y en la sanidad de un corazon que respiraba bondad y un modestísimo candor por todas las potencias y sentidos exteriores: estas grandes partidas me hubieran arrebatado necesariamente á venerarle y á amarle, aunque no estuviera empeñada la correspondencia y el reconocimiento en lo que estaba tan empeñada la inclinacion. Creo piadosamente que mas necesitamos nosotros de su intercesion, que él de nuestros sufragios; pero, porque en el tribunal de Dios son distintos sus juicios que los de los hombres, tendrá seguros los míos en el tiempo que me durare la vida.

Usted me mortifica sensibilísimamente en persuadirse que el paréntesis de nuestra correspondencia nació de haberme divertido en otras mas útiles que la suya. Jamas tuve amistad ni correspondencia por utilidad propia, aunque algunas he mantenido por interes ajeno. No es razon que me haga á mí mismo el poco favor de vindicar mas mi verdad, cuando usted se manifiesta tan distante de creerla. Algo me expliqué en mi carta pasada, más dije á Don Manuel, mucho mas dejo escondido en el hondon de mi pecho, donde estará perpetuamente sigilado si el tiempo no lo descubre, aunque espero en Dios no tardará en volver por mi causa.

Tengo muy presente que lo que ménos debo á usted es el dinero, lo mas es una inclinacion finísima: lo primero, que es lo que puedo pagar, presto lo satisfaré; á lo segundo siempre me reconoceré dendor, porque confieso que el corresponder con mi inclinacion no es paga. Ese señor presidente ha hecho ya tantas burlas á la muerte, que se puede esperar la deje ahora burlada, aunque parezca estar ya dentro de la alcoba con tanto acompañamiento de accidentes carniceros. Si fuese así, tambien quedarán burlados los que esperan sucederle en la presidencia; y si no lo fuere, y lograsen lo que descan, aun será la burla mas pesada. De corte nada dicen, ni por ahora se puede esperar que nos digan cosa buena: las noticias del tiempo son mas propias para matar á quien las tiene, que para matarnos por tenerlas. Adios, amigo.—José Francisco de Isla.

CARTA XXXI.

Escrita en Segovia.

Amigo y dueño mio: Haga usted memoria de aquella reglecita del libro v, que dice así: *At Carmen poterit producere, seu brevire*; y teniendo presente que hoy es día de Nuestra Señora del Cármen, en que he estado algunas horas amarrado al poste de la antesala, dejando á un lado el extremo del *producere*, conténtese con el *brevire*, y reciba esta carta como si fuera breve de Roma. Escribola solo por tener respuesta y saber el paradero

de aquellas calenturas de un día sí y otro no, que echaron de Valladolid á mi señora Doña Isabel, cuyo cariño correspondo con el amor debido, y su salud me tiene mas que medianamente cuidadoso, porque sobre su vida y la de su marido tengo ya echadas ciertas líneas acá en los desvanes de mi fantasía, como que no era del todo imposible disponer que enviasen á ambos, con harta envidia de muchos, al otro mundo ántes de morir.

Lo que ha padecido nuestro Don Tomas lo confirman de varias partes; pero como todas pueden haber bebido de un mismo manantial turbio, no será malo creer con remordimiento. Este mártir tendrémos aquí la corte, si Dios no lo remedia; y yo quisiera estar no mas que treinta leguas distante de ella, pues este espacio mas me alejaba del país de la mentira, y me acercaba á la patria de mi gusto. En la carta antecedente se me olvidó decir que á muchísimos sugetos de Valladolid, incógnitos para mí, he debido lo que no merecí á mi señora Doña Teresa, la que estuvo aquí sin noticia mia y sin que ustedes me lo avisasen. Ciertamente que la verdadera amistad que profeso á usted era acreedora de justicia á esta correspondencia, y á que esa señora no me hubiese negado el consuelo que tendria en visitarla; pero yo no soy vengativo, y así, en testimonio de eso, repítala usted mis memorias, repartiéndolas, como si fuesen dulces, á toda la familia pública y enebierta, velada y por desvelar; y adios.—*José Francisco de Isla.*

CARTA XXXII.

Escrita en Segovia.

Amigo y señor : Usted ha encontrado con el pretexto peor que podia encontrar para encubrir su dilatado y su cruel silencio, causándome admiracion que un hombre de tan especial habilidad haya dado en una disculpa tan ruda : ese señor, casi privado de la vista corporal, y enteramente bizco del ojo de la intencion, no es capaz de quitar á usted ni un flusco de la mucha honra que arrastra en la estimacion de todos cuantos le conocen ; ántes bien si la susodicha honra no hubiese llegado en usted hasta lo sumo, y fuera capaz de crecer, debiera en conciencia regalar al señor bizco por lo que se le aumentará con su injusta persecucion. Vea usted aquí, que yo tengo por sumamente desgraciados á los sugetos á quienes su señoría deja en paz, quiere mucho, y de quienes habla bien : pareceme que su lengua y su pluma tienen calidades de podadera, que, cuanto mas cortan, hacen crecer mas.

Así pues, amigo mio, haberme usted dejado sin carta suya tanto tiempo, por suponerse sin honor, es un supuesto que no puede pasar entre ninguna persona. Por el mismo principio celebro ménos en usted, que la celebraria en cualesquiera otro, la airosísima, puntosísima y honradísima resolucion que ha tomado despues del triunfo y la victoria. Estas acciones de garbo, de punto y de honor son tan connaturales en usted, que ya sería injuria aplaudirlas con exceso, como que se extrañaban algo; pero con todo, si usted me perdona el agravio que en uno y otro le puedo hacer, le diré que todo el contenido de su carta me llenó de extraordinario gozo, tanto, que sofocó el sentimiento con que me tenia su silencio. A mi reverendísimo mis venerandísimas, y á proporcion las distribuirá usted á toda la familia eclesiástica, regular y secular; y de puertas afuera asegure usted á Doña

Isabel que en mí no hay novedad hácia el deseo de servirla. Viva usted cuanto quiero, y vivirá hasta no querer mas. Adios. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XXXIII.

Escrita en Sepúlveda.

Amigo mio y señor : Dice usted con discrecion, como siempre : Al lado de un buen patron, en tiempo de un buen tiempo, y con los recuerdos de un buen amigo como usted, no lo puedo pasar mal : hay salud, hay diversion, hay gusto, y no hay lodos ni calles ni sombreradas; con que dé usted por supuestas unas Pascuas como usted me las desea; pero tan perfectamente retrucadas para todos los de esa casa, como si cada uno de mis individuos se las hubiera fabricado para sí; y es mi intencion extender este memento hasta San Quirce, pasando y haciendo tránsito por Santa Isabel.

Aunque ya habíamos recibido acá la capitulacion con Roma, no por eso dejé de estimar mucho la copia de molde que usted remite. Hace algunos meses que yo tenia noticia de lo que me honraba y distinguia Doña Joaquina, y cierto que no sabia el por qué, hasta ahora, que me consta de la estrecha conexion que tiene con ustedes : la constelacion de los Estradas siempre fué para mí estrella benigna, y sin duda que, aun ántes que yo tuviese la dicha de conocerla, comenzó á obrar esta señora por profecía ó por instinto : mucho celebraré que se me proporcione ocasion de manifestar que no soy desagradecido.

Los artículos de la composicion con Roma solo se parecen á los artículos de la Fe en que son catorce, y en que fueran increíbles si no fueran revelados; sin embargo de eso, yo habia concebido con tanta melancolia, que al leerlos hallé ménos motivo de dolor que el que esperaba : naceria sin duda de que hablo en una materia que no entiendo.

Tambien aquí se vió horrorosamente encendido el aire la misma noche que allá, y el mismo fenómeno se descubrió en la Andalucía y Cataluña, segun escriben. Confieso que á mí no me atemorizó mucho; porque en una estacion tan extraordinariamente fria está el aire como cubierto de unas delicadísimas vidrieras que forman los vapores congelados, y junta la reverberacion de las estrellas á la copia de exhalaciones ardentísimas y casi inflamadas que arroja de sus entrañas la tierra, puede nacer naturalmente esta representacion de llamas y de hogueras : sin embargo, debemos respetar estas señales naturales como avisos de mas luz, que se deben entender con el cuidado para despertar el escarmiento : basta de moralidad y de filosofia.

El día despues de Reyes me restituiré á mi rincón de Segovia; y con esto, hasta que nos veamos, hasta entonces, hasta perpetuamente, soy de usted; con otra *hasta* mas que añadiera, eran cuatro *hastas*, y acaba la carta como un bonete. Adios. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XXXIV.

Escrita en Segovia.

Amigo mio : No tengo yo la culpa de que sus hermanos, los señores canónigos de Valladolid, se vengan á mi cuarto á almorzar y merendar el tiempo; pero pago la pena : añádese á esto el que en los días de correo se ponen entre mí y el gusto otras cartas rebalsadas é imper-

tinientes, que quitan el lugar y la ocasion á las que me son de mayor pertenencia.

Están muy bien dadas, con muchísima atencion, con muchísima cortesania y con muchísima política, las gracias que usted me escribe á instancias de su hermano; y si yo no tuviera otras y largas experiencias de nuestra amistad, me echaria á sospechar que esta no debia de ser tan sólida y tan cierta como yo presumia y presumo con sobrada vanidad y con harta y propia satisfaccion. Déjese usted de ceremonias del ritual valisoletano, y mande sin ellas, pues se acabó la carta con el Dios guarde á usted que se usa, y sin aquellos cumplimientos que suelen hacerse, mas por costumbre, que por genio. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XXXV.

Escrita en Pamplona.

Amigo mio : A 16 de julio interrumpió usted nuestro largo silencio, y viéndole continuado en mí, aun despues de este eficazísimo recuerdo, ¡qué de cosas no se le habrán ofrecido contra mi correspondencia! Pues allá va el descargo. Hace dos meses que salí de mi colegio á buscar la salud en unas aguas minerales, oportunas para desmoronar canteras racionales como la mia, agitada de continuos vértigos, en donde me hallo al presente, y en vísperas de brincar al cuartel de mi aposento: aquí me salió á recibir la susodicha carta de usted, que habia estado rebalsada con sentimiento mio; y yo la acaricié con gran alborozo, celebrando mucho mucho la continuacion de prosperidades que por allá corren, deseando y pidiendo á Dios que corran perpetuamente sin parar, ya que las de mi salud se han alejado tanto de mí, que me tienen corrido.

No me hable usted de Don Blas, de su beneficio ni de su arriendo, que hace muchos dias me tiene envenenado: usted dice que yo no lo sé todo, y yo digo que he procurado hacer lo posible para que usted ignorelo mas. Estoy agradecidísimo de lo que usted ha hecho, y sentidísimo de lo que ha padecido, con arrepentimiento vivo y con propósito firme de no embarazar la suma honradez de usted en otros empeños que estén expuestos á tan indignas correspondencias. No puedo explicarme mas, y quizá el no poder explicarme me hace daño. Diga usted algo de mi parte, y dígame algo de la suya, esto es, de la de mi señora Doña Teresa, á quien há siglos que no saludo con la pluma, por mas que lo deseo con el corazon, que es invariable hácia ustedes. — Su afectísimo. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XXXVI.

Escrita en Pamplona.

Mi dueño y amigo : Ahora por lo ménos no se pasará medio siglo, medio año, ni aun medio mes, en responder á la de usted del 16 del pasado, pues habiéndola encontrado aquí de vuelta de mi peregrinacion con sus caireles de tuna, que fué el dia de San Agustin por la noche, solo la he dejado descansar el tiempo necesario á desbravar la cólera de ciertos ejercicios en que entré el dia 31, y que emprendí para digerir los humores de la conciencia. Ahora, por la misericordia de Dios, estoy ya de la otra parte del infierno, previniéndome para entrar en la gloria; y no es el peor ensayo para esto el hablar un poquito con usted, pues quizá por ser esta tanta

gloria mia, me la escasean las impertinencias, llamadas ocupaciones, que en todos tiempos me persiguen. Cuente usted en este número una que me tenia prevenida para mi regreso la diputacion de este reino, empuñada en que he de referir lo que no vi, abultar lo que no se divisó, y en suma, en que he de ser criador, haciendo una cosa de la nada, é ideando una copia de un original imaginario: así saldrá ello, como el tiempo lo dirá; pero miéntas tanto resérvelo usted para sí solo (1). Parece que en la última consulta se me ha hecho algun lugar en el cielo de los planetas errantes, y celebraria que me declarasen para siempre en el de las estrellas fijas; porque, no esperando asequible el único zodiaco que apetezco á las márgenes del Pisuerga, me conformaré con aquel firmamento, aunque no es el que mas congenia á mi complexion, resignándome en el conocimiento de que tengo poca panza y ménos carrillos para empleo de mucha gravedad.

Claro es que la promocion de N. hizo grande novedad á cuantos le conocemos: virtudes mienten señales, dice el refran; pero es menester inventar otro que diga que tambien desmienten experiencias. Quiera Dios que mi señora Doña Isabel se halle con el alivio que le pido y la deseo; y este mi voto se extiende á la felicidad de toda la familia, *cujuscumque sexus, status, et conditionis*. No falta mas que la fecha y la firma: pues á ello. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XXXVII.

Escrita en Pamplona.

Mi dueño y amigo : Para servir á Dios y á usted, mosqueo ménos, escupo mas, no toso tanto, y el catarro se va retirando con buen orden, sin haber quedado mas que algunos gargajos, que hacen parte de la retaguardia, bagajes é impedimentos, gracias á los lamedores de sol que he tomado en estos dias, en que el cielo nos ha hecho merced de despejarse y mostrarnos buena cara; porque en los dos meses pasados no se le podia mirar á ella. Celebro que los tres estados, eclesiástico, secular y regular, de que se compone la iglesia de Santa María la Rotunda, se mantengan sin necesidad de puntales, y el Señor los conserve así por muchos años.

Allá esperan ustedes con impaciencia la noticia de presidente; y acá, que no somos mas sufridos, no aguardamos con mucho sosiego la de nuestro presidentazo, pues el Supremo consejo, para lo de Dios, es tan consejo como lo puede ser el de las obras de Misericordia espirituales: es verdad que tal cual vez abate demasiado su soberanía, como al presente, que está lidiando con la señora ciudad sobre cuál de los dos ha de cuidar de los carneros, en cuyo asunto se están dando las dos comunidades grandísimas testeradas, y yo digo: Ahí me las den todas. Es el caso, que porque murieron con la ayuda de los médicos en pocos dias media docena de personas, levantó no sé quién el grito contra los carneros (si fuera contra el Carnero, se levantaria con mayor razon) diciendo que estaban, como yo el año pasado, sarnosos, tiñosos y leprosos. El Consejo mandó á la villa que enviase los pellejos, lo que era muchísimo pe-

(1) Alude á la instancia con que la diputacion del reino de Navarra le encomendó la descripcion de las funciones que hizo con motivo de la exaltacion al trono del señor rey Don Fernando el Sexto, que intituló *Dia grande de Navarra*.

dir en un pueblo en donde se beben vinos generosos y algo mas : sea por esto ó por otra cosa, la ciudad se resistió, hizo sus protestas, y recurrió al Rey, alegando que á ella le toca privativamente, en fuerza de privilegios, el conocimiento de carneros, cabras, bueyes y demas ganado cornuto que come á costa de sus propios. El caso es punti-agudo, la resolucion no sabemos cuál será, y mientras tanto se teme que el Consejo excomulgue á la ciudad, y que la ciudad ponga entredicho al Consejo : como sea ántes del doningo inmediato, tendrémolos el consuelo de que el predicador de la bula, usando de su autoridad, echará á rodar todas las censuras.

El grande imitador de Carlos XII, quiero decir, el hijo del pretendiente, bien puede igualar á su prototipo en el valor, pero le hace grandes ventajas en la prudencia, pues si no miente la *Gaceta*, luego que se le acercó el duque Cumberland, hizo lo que mi catarro, y se ha ido retirando con buen orden á Escocia, donde no sabemos lo que hará. El Evangelio manda huir las ocasiones, y como él es tan católico, quiere dar á sus futuros vasallos el buen ejemplo de seguir al Evangelio. Item, hay otro texto que dice que si un rey hace guerra á otro rey, y el agresor no tiene mas que diez mil hombres, y el invadido le sale á recibir con veinte mil, ó se retire ó haga paces ántes que el otro se acerque. Pues ¿qué mas pueden pedir á aquel pobre príncipe, ni qué señas puede dar mas evidentes de qué se ha criado con la doctrina de Roma? Y de la Francia, ¿qué dirémos? Que tiene prevenido un desembarco de ciento y veinte mil hombres, los cuales cuidará de que arriben á Escocia cuando Carlos Estuardo se haya embarcado para restituirse á Italia, lleno de miedo, y de lanreles con que escabechar sus conquistas. Oye usted, señor Don Jerónimo, ¿no le parece á usted que los señores príncipes se burlan de todo el género humano, y que á los españoles nos tratan como á fatuos? Vaya usted repartiendo conmemoraciones mías *ad mentem*, como dicen muchos decretos de la congregacion del Concilio, y mande lo ménos que pueda; que así lo serviré mejor. — José Francisco de Isla.

(Las treinta y siete cartas hasta aquí copiadas, van dirigidas todas á un tal Don Jerónimo, que sospechamos sea el señor Don Jerónimo de Puig, de quien es la carta sobre el Dia grande de Navarra que hemos insertado en la página 24.)

CARTA XXXVIII.

Escrita en Villagarcía, á 19 de junio de 1756, al Hermano Francisco Ignacio Fernandez, con motivo de la promocion de Don Juan de Vega á la fiscalía de Valencia.

Monsiur le consul de los reinos de Leon y Galicia : Y como que he celebrado muchísimo la promocion de los nuevos fiscal y fiscal de la audiencia de Valencia, quedando sumamente agradecido á la anticipacion de esta gustosa noticia, no dudo que habrá andado en esta danza valenciana la mano de nuestro reverendo padre; y ciertamente que, aunque hubiera hecho el son algunos años há, á ninguno que tenga buen oído disonaria. En fin, usted, en calidad de mi embajador extraordinario, ha de entregar la carta adjunta, ha de hacer la gran visita de ceremonia en mi nombre á la Señora Fiscala, y ha

de ofrecer á sus dos señorías dos docenas de cajones de jaculatorias empapeladas, de las mas finas que se hacen en esta fábrica, para que refresquen en el camino. Y usted viva mil años por la danza valenciana con que me ha regalado tan oportunamente para celebrar este año la fiesta del Córpus, que solemnizamos aquí mañana; y habrá de tener paciencia la del H. Ramiro, porque respecto de esta, desde luego digo que no vale un ardite.

Los padres franciscanos, hallándose ya con general de culo desahogado, estarán en sus glorias; pero no las cantarán del todo, quedando todavía expuestos á algunos flatos del reculo. La cuarteta con que le saludaron no es ingeniosa, pero es patética; y ya que no acredite la agudeza del poeta, á lo ménos convence la cariñosa ternura de su corazón hácia los culi-cosidos.

No mas Nuncio presidente,
No mas Blanco provincial,
No mas Capitulo en Murcia,
Ni Reculo general.

El Padre Idiaquez no aparece : hágame el gusto de enviarme por la via de Valladolid el xii tomo de las *Cartas edificantes*, y mande usted á su fiel servidor y capellán.— José Francisco de Isla.—Mi Hermano Francisco Ignacio Fernandez.

CARTA XXXIX.

Que remitió adjunta con la antecedente.

Señor Fiscal de la dulzaina : Acabáramos con ella. El parto se detuvo demasiado; pero salió derecho, y pagó con usuras en el fruto las esperanzas molestas de la dilacion. Si usted cree que esta noticia la he celebrado en el año de 56 tanto como la hubiera aplaudido en el de 47, al acabar de emborracharnos usted y yo en compañía de mi señora Doña Jacoba, á quien me inclino ahora profundamente, no hará mas que tener una fe viva correspondiente á mi ardiente caridad; pero si no lo creyere, váyase al rollo, y déjenos en paz. Su compañero de usted, Don Teodomiro Caro, es amigo mio, y mi señora Doña Rafaela Antonia de Cotés y Montalvo, mujer, hija y nieta del decano Don Martin Dávila, tambien es amiga mia, y lo será de mi señora Doña Jacoba, ó yo no me conozco bien en fisonomías. Con esto, y con que usted haga bien el son (que si hará) para que revoloteen en el aire media docena de valencianos, será usted el primer fiscal del mundo, y ántes de mucho le verémos consultando obispos, abadías, prebendas y arcedianatos en nuestra real dataría.

Al Padre Francisco Ignacio Fernandez, que me anticipó esta gustosísima noticia, como quien sabía bien cuánto habia de repiquetearla, le encargo la entrega de esta carta, la visita de ceremonia, y esto que se llama *felicitar* en el vocabulario de los monos. Viva usted mucho, y mande poco. Villagarcía y junio 19 de 1756. Besa la mano de usted su amigo.— José Francisco de Isla.— Señor Don Juan de Vega Cansaco.

CARTA XL.

Escrita en Villagarcía á 19 de agosto de 1757.

Amigo y señor : En la misma sustancia que usted me habla de nuestro arcedianato, respondí yo á quien me dió la noticia que hacia tan poca merced á su buen juicio. Ratificóse en ella, no obstante mi respuesta, y ratifiquéme yo en mi concepto; pero me pareció conveniente sig-

nificar á usted esta especie, esperando lograr la bella apologia que ahora logro, para desengañar al autor de la noticia, y tener ocasion de repetirle lo que ya le advertí: que convenia examinar mucho ántes de creer algo.

Celebro que fuese tan del gusto de usted la respuesta del Señor Taboada; y si murmuré de alguno, ni me he confesado de esta culpa ni estoy arrepentido de ella. Resta que los efectos correspondan á las palabras; porque sin dinero y sin aliento, como yo escribí, nada se puede adelantar.

Mientras no desalojen de la Bohemia al rey de Prusia, y no le estorben que se junte con el ejército de su hermano, vivirá receloso de algun revés que nos vuelva á *plonger* en nuevos sobresaltos. Sobre todo, me admira que no haya penetrado ya en la Sajonia algun ejército frances, aunque no sea mas que para libertar aquella pobre señora y á sus hijos de la indigna esclavitud en que gimen, amenazados aun de mayores fatalidades. Sospecho si los rusianos habrán tomado de su cuenta esta empresa; porque la disposicion de sus almacenes indica que hacen punta hácia la Sajonia. ¿Ha visto usted manifiesto mas desvergonzado ni mas insultante de todo el género humano, que el que publicó el Señor Federico contra los moscovitas, proponiéndose á sí mismo por ejemplo de moderacion entre gentes cultivadas? ¿Y ha visto usted pachorra como la nuestra á vista de la befa que nos está haciendo Inglaterra? Si nos insulta así cuando está tan abatida, ¿qué hará si vuelve á verse en su antiguo neptunismo?

Dícenme que Wal está al borde del precipicio, y que vienen llamados á Madrid el duque de N., y N. Si esta noticia no estuviera tan pública y tan anticipada, se haria mas verisímil. No lo es que si Wal cae, se vaya á dormir á su casa.

Por el monton de papeletas que remití á usted la posta pasada, veria que ya sabíamos en este rincón lo que contienen las que hoy recibo de usted, á excepcion de la pieza de N., que he estimado mucho, no por las lisonjas de la primera parte, sino por los desengaños en tono de vaticinios de la segunda (1). Pero algo se ha de perdonar á un hombre que midió sus armas poéticas con el rey de Prusia, y se hallaba en necesidad de justificar su desercion de la Francia.

De todo habla usted ménos de lo que yo deseo mas, que es su prometido viaje: ahora suspéndale usted hasta el día 8 de setiembre, en que saldremos de nuestro anual recogimiento.

Mil cosas al amigo tesorero y á toda la ingeniatura, con especialidad á mis Sicres, quienes están cuidadosos, con mucha razon, del dilatado silencio de su madre. Viva usted y mande á su fiel amigo. — *José Francisco de Isla.*

(1) Alude al *Mercurio general de Europa*, que tradujo libremente el PADRE ISLA.

CARTA XLI.

Escrita en Villagarcía á 7 de mayo de 1738.

Amigo y señor: Mientras usted no me diga por qué me ha faltado hoy carta y *Gaceta*, creeré que se han pasado á Galicia: si fuese así, buen viaje; que ellas volverán cansadas y mojadas. No hay que llegar á la pluma. — Adios. — De usted. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XLII.

Escrita en Villagarcía á 20 de mayo de 1738.

Amigo y señor: Acá están las *Gacetas* de 18 y 21 del pasado, con la fe de vida de 16 del presente; pero esto de que usted la pase en Aranjuez me suena mal y me huele peor; salvo que ahora se lleve toda la atencion la única contribucion que está para plantearse, y el canal se quedará para cuando se haga la matanza. Venga usted á ver nuestra fiesta del Córpus, y tendrá el gusto de oír predicar á su paisano el Señor Goiri, que ciertamente nunca ha sido Gerundio. Adoremos los altos juicios de Dios en los progresos del prusiano. Mande usted á su fiel amigo. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XLIII.

Escrita en Villagarcía á 25 de diciembre de 1738.

Amigo y señor: ¿Qué llama usted que no escribo? Allá tiene usted dos cartas mías sin respuesta, ó las tendrá alguno de quien no me he acordado en todos los dias de mi vida.

No he estado bueno esta semana, ni lo estoy todavía, aunque no estoy peor.

Escriben de Valladolid, citando cartas de Palencia, que la *dependiencia de Lobon está de muy mala data*. No puede ser mientras haya justicia en el mundo. De los seis testigos que depusieron en la sumaria, los cinco no son admisibles. Cuide usted de que se le oiga y no se le atropelle; porque lo contrario será capaz de sofocarme ó de perderme. Viva usted y mande á su fiel amigo. — *José Francisco de Isla.*

CARTA XLIV.

Escrita en Villagarcía á 27 de diciembre de 1738.

Amigo y señor: Buen viaje dé Dios á nuestro ilustrísimo, y feliz entrada en Villaviciosa, donde le estaban esperando sus amigos; que el Rey nada sabia de eso. Si le lleva la salud y la vida, ¡oh cuánto lo celebraré! Pero si se vuelve con el desconsuelo de no haberle visto, ó con el dolor de que no le hubiese conocido, ¡oh cuánto me pesará! En fin, este viaje para mí no ha tenido otro misterio que el amor del Señor Obispo á su amo, y el amor de sus amigos al Señor Obispo.

Llega el correo sin dar apenas tiempo para leer. Muy cuidadoso me tiene el silencio de nuestra condesita: un mes há que la escribí: pedía respuesta, y no ha parecido. Mande usted á su fiel amigo. — *José Francisco de Isla.*

INDICE.

NOTICIA de la vida y obras del Padre Isla.	I
Vida del Padre Isla.	II
OBRAS del Padre Isla.	XXIV

TRIUNFO DEL AMOR Y DE LA LEALTAD, DIA GRANDE DE NAVARRA.

DOS PALABRITAS del impresor, y léanse.	5
DEDICATORIA al excelentísimo señor Don Antonio Pedro Nolasco de Lanzos, conde de Maceda, etc.	5
PRÓLOGO de prisa, al que estuviere despacio.	6
DIA GRANDE DE NAVARRA.	7
Carta de Don Leopoldo Jerónimo de Puig, capellan del Rey, etc. á un navarro amigo suyo, residente y vecino de la ciudad de Pamplona.	21
Carta del reverendísimo padre maestro José Francisco de Isla, á Don Leopoldo Jerónimo de Puig, en accion de gracias de la que este escribió á un amigo suyo, residente y vecino de la ciudad de Pamplona.	26

HIISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS, alias ZOTES.

AL PÚBLICO.	55
Aprobacion del muy reverendo padre maestro Fray Alonso Cano.	54
Licencias.	55
Carta del señor Don Agustin de Montiano y Luyando, del consejo de su majestad, etc.	56
Otra del señor Don José de Rada y Aguirre, capellan de honor de su majestad, etc.	58
Otra del señor Don Juan Manuel de Santander y Zorrilla, colegial en el mayor de San Ildefonso de Alcalá, etc.	44
Otra del señor Don Miguel de Medina, del consejo de su majestad, etc.	55
PRÓLOGO CON MORRION.	54

LIBRO PRIMERO.—CAPÍTULO PRIMERO.—Patria, nacimiento y primera educacion de Fray Gerundio.	69
CAP. II.—En que, sin acabar lo que prometió el primero, se trata de otra cosa.	71
CAP. III.—Donde se prosigue lo que prometió el primero.	72
CAP. IV.—Acábase lo prometido.	75
CAP. V.—De los disparates que aprendió en la escuela de Villaornate.	76
CAP. VI.—En que se parte el capítulo v, porque ya va largo.	78
CAP. VII.—Estudia gramática con un domine que, por lo que toca al entendimiento, no se podia casar sin dispensacion con el cojo de Villaornate.	81
CAP. VIII.—Sale Gerundio de la escuela del domine, hecho un latino horroroso.	84
CAP. IX.—En que se da razon del justo motivo que tuvo nuestro Gerundio para no salir todavia de la gramática, como lo prometió el capítulo pasado.	88
CAP. X.—En que se trata de lo que él mismo dirá.	95

LIBRO SEGUNDO.—CAPÍTULO PRIMERO.—Concluido su noviciado, pasa á estudiar artes.	96
CAP. II.—Prosigue Fray Gerundio estudiando su filosofia, sin entender palabra de ella.	100
CAP. III.—Del grave y docto razonamiento que un padre provincial de la órden hizo al predicador mayor de la casa donde estudiaba las artes nuestro Fray Gerundio.	103
CAP. IV.—De la burla que hizo el predicador mayor del ra-	

zonamiento del ex-provincial, y de lo que pasó despues con Fray Gerundio.	107
CAP. V.—De una conversacion muy provechosa que un beneficiado del lugar tuvo con Fray Gerundio, si Fray Gerundio hubiera sabido aprovecharse de ella.	111
CAP. VI.—En que se parte el capítulo pasado, porque ha crecido mas de lo que se pensó, y se da cuenta de la conversacion prometida.	115
CAP. VII.—Cánsase de hablar el beneficiado, saca la caja, toma un polvo, estornuda, suénase, limpiase, y prosigue la conversacion.	119
CAP. VIII.—Predica Fray Gerundio el primer sermon en el refectorio de su convento, encaja en él una graciosísima salutation, y deja los estudios.	125
CAP. IX.—De los varios pareceres que hubo en la comunidad acerca de la salutation y talentos de nuestro Fray Gerundio, y de cómo prevaleció en fin el de que era menester hacerle predicador.	129
CAP. X.—En que se trata de lo que verá el curioso lector, si le leyere.	154

LIBRO TERCERO.—CAPÍTULO PRIMERO.—De un enredo de Barrabas que hizo el mal dimoño, para acabar de rematar á Fray Gerundio.	159
CAP. II.—Sálese á pasear Fray Blas y Fray Gerundio, y de las ridiculas reglas para predicar que le dió aquel con todos sus cinco sentidos.	165
CAP. III.—Lee el Maestro Prudencio el sermon de Santa Orosia; da con esta ocasion admirables instrucciones á Fray Gerundio, pero se rompe inútilmente la cabeza.	117
CAP. IV.—Entra el granjero la cena; interrumpe la conversacion, y se vuelve á continuar de sobre-mesa.	153
CAP. V.—Estrena Fray Gerundio el oficio de predicador sabatino con una plática de disciplinantes.	157
CAP. VI.—Donde se refiere la variedad de los juicios humanos, y se confirma con el ejemplo de nuestro famoso predicador sabatino, que no hay fatuidad que no tenga sus protectores.	161

PORTE SEGUNDA.

LIBRO CUARTO.—CAPÍTULO PRIMERO.—En donde se pondra lo que va saliendo y verá el curioso lector.	166
CAP. II.—Lee Fray Gerundio un papel acerca del estilo, y queda aturullado.	169
CAP. III.—Predica Fray Gerundio en su lugar, y atúrtese la gente.	174
CAP. IV.—Expónense á la admiracion algunas cláusulas del sermon de Fray Gerundio.	179
CAP. V.—Dase cuenta de lo que pasó en la mesa de Anton Zotes.	185
CAP. VI.—De la conversacion no menos útil que graciosa que hubo sobre comida.	187
CAP. VII.—Levantase de la siesta el Magistral, y prosigue la conversacion del capítulo antecedente, con todo lo demas que irá saliendo.	190
CAP. VIII.—Corta la cólera del Magistral un huésped no esperado, pienza muy divertida, que á tal tiempo llegó en casa de Anton Zotes.	195
CAP. IX.—Donde se cuenta el maravilloso fruto que hizo el sermon del Magistral en el ánimo de Fray Gerundio.	199

LIBRO QUINTO.—CAPÍTULO PRIMERO.—Encárganle un sermon de horas, y no lo escupe; con todo lo demas que iremos diciendo.	204
CAP. II.—Pide Fray Gerundio á su amigo Fray Blas una ins-	

truccion para disponer el sermón de honras, y se la da divina.	207
CAP. III.—Interrompe la conversacion un huésped inopinado que se aparece de repente; vuelven á atar el hilo, con todo lo demas que irá saliendo.	211
CAP. IV.—Olvidase la sed á Don Casimiro; llegan á Campazas sin saber cómo; quédase allí el colegial aquella noche, y se evacua el punto que se tocó y no se prometió en el capítulo pasado.	214
CAP. V.—Dispone Fray Gerundio su sermón de honras, y sale á predicar.	220
CAP. VI.—De lo que sucedió en Fregenal del Palo, y cómo llegaron los convidados á Pedro-rubio.	222
CAP. VII.—Lo mismo que el otro.	225
CAP. VIII.—Sálense á pasear los cuatro religiosos, y el Padre Abad, en tono de conversacion, da á Fray Gerundio admirable doctrina.	228
CAP. IX.—Es buena cosa, y merece leerse.	253
CAP. X.—Donde se refiere lo que no se sabe; pero al fin del capítulo se sabrá su contenido.	240
CAP. XI.—Estornuda el Beneditado, interrumpe la conversacion con el <i>Dominus tecum</i> y con el <i>vivan vuestras mercedes mil años</i> , y despues se suena.	244
CAP. XII.—Dispone Fray Gerundio su Semana Santa.	247
CAP. XIII.—Interrumpe la obra por el mas extraño suceso que acaeció al autor, y de que quizá no se encontrará ejemplar en los anales.	251

COLECCION DE VARIOS ESCRITOS CRITICOS, POLÉMICOS Y SATÍRICOS, EN PROSA Y VERSO, QUE SE DIERON Á LA ESTAMPA Ó CORRIERON MANUSCRITOS CON MOTIVO DE LA HISTORIA DE FRAY GERUNDIO.

PRÓLOGO breve y compendioso del tercer tomo de la Historia del famoso predicador español Fray Gerundio de Campazas.	257
CARTA de Fray Amador de la Verdad, carmelita descalzo, al reverendísimo Padre Isla.	259
REPAROS de un penitente del padre Fray Matías Marquina, dirigidos al autor de la Historia de Fray Gerundio de Campazas.—Prólogo.	261
Introduccion.	265
REPARO PRIMERO.—Si es lícito valerse de sátiras contra los predicadores que abusan de su ministerio, viendo que no han bastado las serias amonestaciones de los santos padres y prelados.	265
REPARO II.—Si el valerse de la figura de Fray Gerundio para remediar el abuso de los predicadores, es sátira conocida.	267
REPARO III.—Si este libro Historia de Fray Gerundio vulnera la autoridad de nuestro rey católico, y la de los eclesiásticos superiores, induciendo el tribunal de la Fe.	268
REPARO IV.—Si el haber algunos malos sermones en España consiste solo en los predicadores.	269
APOLOGIA de Don N. Cernadas contra los reparos de Fray Matías Marquina.—Prólogo.	271
CARTA del lirondo Crisanto Criton, ex-decurion de la banda de Roma, etc., al morondo Jusepe Benoit, famoso eunuco, etc.	272
DIALOGO entre el cura del Zángano y el guardian de Lorian, sobre Fray Gerundio de Campazas, <i>aliás</i> Zotes.	297
EL CIRCUNLOQUIO del Padre José Francisco de Isla.—Prólogo á la obra y advertencia á los leyentes.	500
CIRCUNLOQUIO PRIMERO.—Sobre la vida del famoso Fray Gerundio de Campazas. Daré una vuelta entera y redonda de la derecha á la izquierda. Preámbulo circular ó introduccion circularia.	502
CIRCUNLOQUIO I.—Los fundamentos ó las pruebas.	505
DEFINICION y remate del circunloquio.	507
APENDICE.—Jácara nueva y curioso romance.	508

CARTAS apologéticas en defensa del autor á Historia de Fray Gerundio de Campazas, etc.—CARTA PRIMERA.—Que se me antojó escribir á cualquiera que la quiera leer.	509
CARTA II.—De aquel mismo <i>quidam</i> para aquel propio <i>cuidam</i>	519
CARTA III.—De aquel mismo para aquel propio.	551
CARTA IV.— <i>Ejusdem, eidem, de eodem, et secundum idem</i>	545
CARTA escrita por el barbero de Gorpa á Don José Maimó y Ribes, doctor en teologia y leyes, etc.	559
CARTA del padre Don Juan de Aravaca en respuesta á otra de Don Agustín de Montiano.	565
CARTA de Lucio Comitolo, elogiando la obra.	566
LOS ALDEANOS CRITICOS, ó cartas criticas sobre lo que se verá.—Al que leyere.	567
CARTA PRIMERA.—De Don Roque Antonio de Cogollor á Don P. X., residente en L.	568
CARTA II.—Al mismo.	575
CARTA III.—A Don J. M. N., residente en V.	574
CARTA IV.—Al mismo.	579
CARTA V.—Al mismo.	585
CARTAS que, con motivo de la publicacion de los <i>Aldeanos criticos</i> , mediaron entre el conde de Peñaflores y Don Francisco Lobon y el Padre Isla.—CARTA PRIMERA.	587
Carta II.	587
Carta III.	589
Carta IV.	589
Carta V.	590
Carta VI.	591
Carta VII.	592
Carta VIII.	592

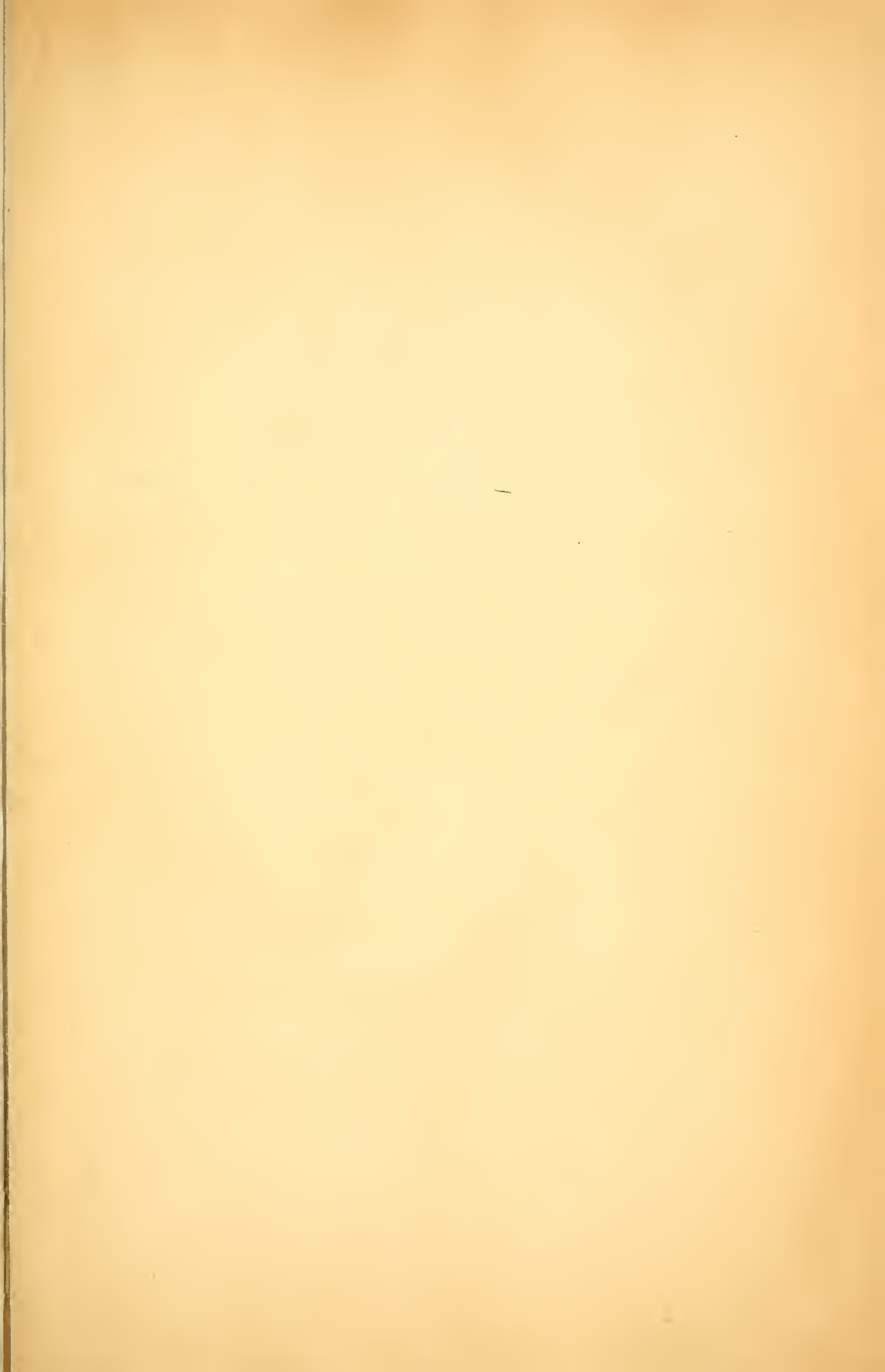
ROMANCE contra Fray Gerundio, escrito por el marques de la Olmeda.	595
CARTA en romance de Fray Supino á Fray Gerundio.	594
AL ENTE sin sustancia, al átomos bullicioso, al orate de las tertulias, etc., y fingido Fray Amador de la Verdad.	594
UN APASIONADO de la verdad; en favor de la Historia de Fray Gerundio de Campazas.	595
ENDECHAS del Padre Marco contra el famoso predicador Fray Gerundio de Campazas y contra su autor el Padre Isla.	596
DECIMAS de un cocinero de cierta religion contra Fray Gerundio.	598
MEMORIAL de un Gerundio converso.	598
NOTICIOSO Fray Gerundio de que le busca su autor, le participa su paradero.	409
DECIMAS del Padre Isla.	401
SEGUIDILLAS que aseguran ser de un novicio de la compañía de Jesus.	403

CARTAS DE JUAN DE LA ENCINA.

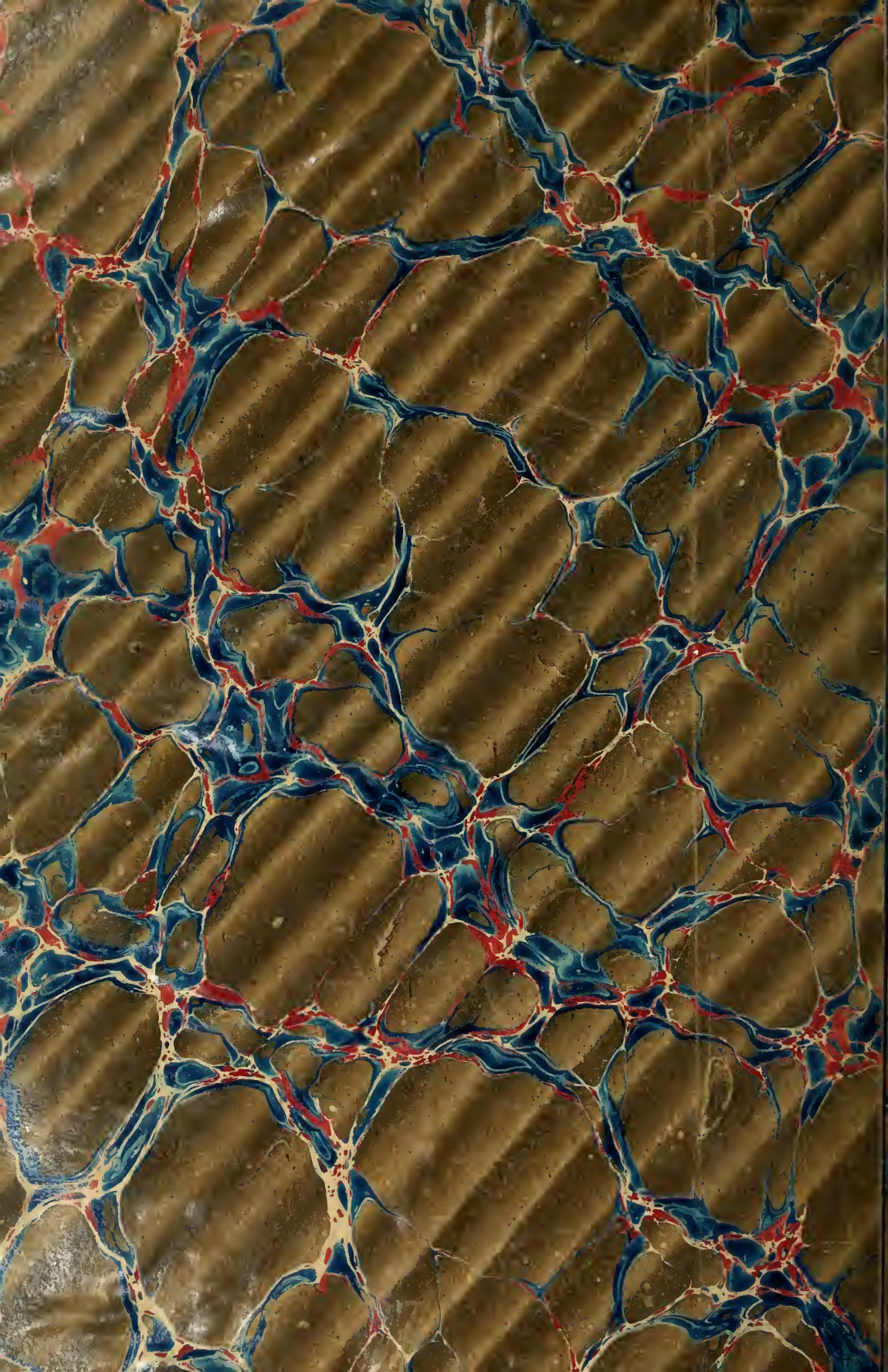
CARTA PRIMERA.	405
CARTA II.	407
CARTA III.	415

CARTAS FAMILIARES.

PRIMERA PARTE.—Cartas escritas á su hermana Doña María Francisca de Isla y Losada, y á su cuñado Don Nicolás de Ayala.	424
SEGUNDA PARTE.—Cartas escritas á varios sugetos.	555
APENDICE.—Cartas escritas á varios sugetos, y que no se hallan en la Coleccion dada á luz por la hermana del Padre Isla, pero que se publicaron posteriormente en el <i>Rebusco</i> de las obras literarias de este.	617







CIRCULATE AS MONOGRAPH

PQ
6171
A2B5
t.15

Biblioteca de autores
españoles

**PLEASE DO NOT REMOVE
SLIPS FROM THIS POCKET**

**UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY**

